



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

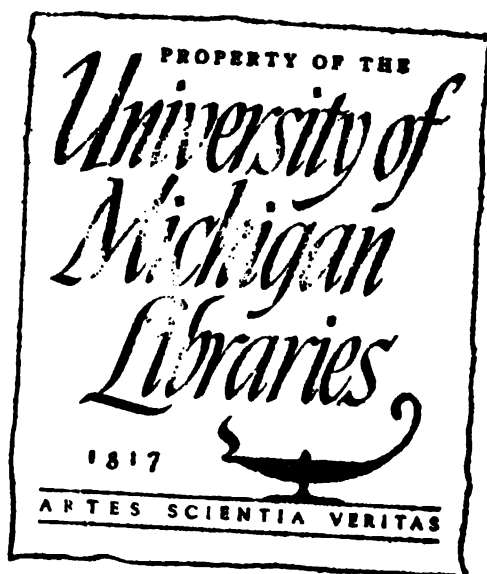
Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>



41

BIBLIOTECA
DE
AUTORES ESPAÑOLES.

(TOMO XLI DE LA COLECCION.)

BIBLIOTECA

DE

AUTORES ESPAÑOLES,

DESDE LA FORMACION DEL LENGUAJE HASTA NUESTROS DIAS.

COMEDIAS' ESCOGIDAS

DE

FREY LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO,

JUNTAS EN COLECCION Y ORDENADAS

POR DON JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

TOMO TERCERO.



MADRID,
M. RIVADENEYRA.—EDITOR.
ADMINISTRACION : MADERA BAJA, NÚM. 8.
4873.

260.8
B582
V.41

CONTRA VALOR NO HAY DESDICHA.

PERSONAS.

CIRO.
ARPAGO.
EL REY ASTIÁGES.
EVANDRO.

FINEO.
ALBANO.
FÍLIS, *dama*.
FLORA, *villana*.
BATO, *gracioso*.

MITRIDÁTES.
RISELO.
SILVIO.
UN CAPITAN.
UN CRIADO.

VILLANOS.
MÚSICOS.
SOLDADOS.
AGOMPAÑAMIENTO.

La acción pasa en la corte de Astiáges y en otros puntos.

ACTO PRIMERO.

Prado y arboleda cercanos á un pueblo.

ESCENA PRIMERA.

CIRO y MITRIDÁTES, *los dos en hábito de villanos*.

MITRIDÁTES.

¡Quitarte tengo la vida.

CIRO.

Tened, padre, la cayada;
Que la sufro levantada,
Pero no podré, caída.

MITRIDÁTES.

¡Tú tienes atrevimiento
Para responderme así!

CIRO.

Mas sufrimiento hay en mí,
Que hay en vos entendimiento.

MITRIDÁTES.

Acabóse: ya perdiste
La vergüenza; mas ¡perder,
Ciro, cómo puede ser,
Cosa que nunca tuviste?

CIRO.

¡Qué causa os he dado yo
Para tratarme tan mal,
Si este valor natural
Conmigo mismo nació?
Un honrado pensamiento,
Que me habéis de agradecer,
¡Viene con vos á perder
Su justo merecimiento!
Padre, no penseis que vos
Solo mi artífice fuistis;
Porque si el cuerpo me distes,
Las almas infunde Dios.
Este pensamiento honrado
Nace del alma: y así,
Lo que Dios infunde en mí,
¡Cómo puede ser culpado?
Corta un escultor un leño,
Y señala una figura,
Que acabar despues procura
Por las líneas del diseño.
Este leño os debo á vos,
Figura muda y en calma;
Que la perfección del alma
Solo se la debo á Dios.
Si traigo de la ciudad
Algunos libros que leo,
Decís que mi vida empleo
En tan loca vanidad;
Si lo que dellos aprendo
Escribo, os da tal cuidado;
Que virtuoso os estado,

L. M.

Y hombre de bien os ofendo.
¡Todo ha de ser cultivar
La tierra y seguir dos bueyes?
No tienen los dioses leyes
Para saberlos honrar?
No es bien saber los secretos
Naturales de las cosas
A la labranza forzosas,
Para acertar los efectos?
¡Qué se pierde por saber
El celestial movimiento?

MITRIDÁTES.

Ese desvanecimiento,
Ciro, te ha echado á perder.
Esas guerras que has leído,
Y esos amores, te han hecho
Caballero á mi despecho,
Y por tu daño, atrevido.
Todas estas caserías
Quieres gobernar; muy necio,
Haces de todos desprecio:
Tales pensamientos crías.
Vive Filis esta aldea,
De Arpago hermana, privado
Del Rey, por no dar cuidado
A su madrastra Dantea;
Y siendo tan principal,
La sirves, y eres contrario
De nuestro príncipe Dario:
¡Puede haber locura igual?

CIRO.

Padre, si á Filis serví,
No toda la culpa fué
Mía; que no la miré
Sin que me mirase á mí.
Nace de habernos criado
Juntos este noble amor.

MITRIDÁTES.

Tan grande competidor,
Ciro, me pone en cuidado;
Que el peligro á que te pones
Es el que debo temer.

CIRO.

Yo me sabré defender
Con excusar ocasiones
En que le pueda dar celos.

MITRIDÁTES.

De tu discreción lo fio.

CIRO.

Id seguro, padre mío.

MITRIDÁTES.

Guarden tu vida los cielos.

(Vase.)

ESCENA II.

CIRO.

Las altas luces, despeñado en ellas,
Para que con sus rayos se confronte,

En el carro del sol pisó Faetonte
Con los diamantes de sus ruedas bellas.
Del fulgurante ardor formó querellas
Del Eridano claro el horizonte,
Viendo correr por el celeste monte
Extraño sol, atropellando estrellas.
Así, mi dulce pensamiento honrado,
¡Quién te podrá negar que al sol subiste,
Aunque mueras de Filis abrasado?
Con gloria mueres, si atrevido fuiste;
Pues ya que no eres sol, has confirmado,
Muerto en el cielo, que del sol naciste.

ESCENA III.

BATO. — CIRO.

BATO.

¡Gracias á Júpiter santo,
Que vengo á topar contigo!
¿Dónde estabas?

CIRO.

Bato amigo,
Canséme de esperar tanto.

BATO.

Las árboles uno á uno
He contado por el prado,
Buscándote, y no he dejado
Valle ni pastor ninguno
Sin preguntalles por tí.

CIRO.

¡Qué hay de Filis?

BATO.

Que salía
Hoy para alegrar el día,
Y el alba en sus ojos vi.
Di luego la norabuena
A la selva; y á la fe,
Que donde estampaba el pie,
Quedaba de flores llena.
Cantaban los ruiseñores
De árbol en árbol á coros,
Y los arroyos sonoros
Los bajos entre las flores.
Llegué con mi reverencia,
Y la dije: «Vénus bella
Te guarde, aunque de su estrella
Le ofenda la competencia.»
Y ella, que apenas con risa,
«Bien vengas,» me respondió,
Del clavel con que me habló
Cerró las hojas aprisa;
Que, á tardarse, no lo ignores,
Tan bellas perlas mostrara;
Que el alba se las tomara
Para aljofar de las flores.

CIRO.

Parece que se ha mudado
Tu rústico entendimiento.

BATO.

¡No has visto en el aposento
Que el príncipe Dario ha entrado,
Quedar olor por un rato
Del guante de ámbar? Así,
En despues que á Filis vi,
Has de imaginar á Bato;
Porque habrá sido ocasion,
Si estoy discreto contigo,
Que traigo el ámbar conmigo
De su rara discrecion.
Mas aunque agora me precio
De discreto embajador,
Luego que cese el olor,
Verás que me vuelvo á necio.

CIRO.

¡Oh Bato! mil años goces
La nueva sabiduría;
Que aun te dura todavía
El ámbar, pues te conoces.
Pocos hombres hallarás
Que conozcan lo que son;
Pero es esta imperfeccion
Piedad del cielo en los mas.
Con esto, cielos, hicistes
Que no haya tales desprecios;
Que á conocerse por necios,
Muchos anduvieran tristes.—
¡Dístele mis versos?

BATO.

Di

Tus versos.

CIRO.

Y ¿los leyó?

BATO.

Los leyó y agradeció.

CIRO.

Y ¿qué te dijo de mí?

BATO.

Que se admiraba de ver
Tan honrados pensamientos.

CIRO.

El estar tan desatentos
Daño nos pudiera hacer.
—Ella pasa por el prado.
Si en la fuente se detiene,
Yo ¿la hablo?

BATO.

Hablaron hombres
Mortales diosas: ¿qué temes?

ESCENA IV.

FILIS. — DICHOS.

CIRO.

A tu pié, Filis divina,
Dice Bato que florecen
Las selvas; yo, que las haces
Campo de estrellas celestes.
No espera la blanca aurora,
En el nido donde duerme
El pájaro, con mas ansias
Para ver las ramas verdes
Que tiñe de horror la noche
Y en mudo silencio envuelve,
Que yo tus hermosos ojos.

FILIS.

Ciro discreto y valiente,
Dario vino de la corte:
Peligro en hablarme tienes.
Mira que estimo tu vida.

CIRO.

Si tanto la favoreces,
Tendría en mucho por tí.

FILIS.

A tus nobles partes debe
Este amor mi obligacion.

CIRO.

Si desafortunada engrandeces
Un villano como yo,
No será mucho que piense
Que estas selvas, estos montes
A ver los amores vuelven
De Endimion y la Luna,
Permitiendo que contemple
Los rayos de tu hermosura,
Que el primer cielo enriquecen,
La humilde baja mia.
¡Ay cielos! ¿Qué culpa tienen
Las almas de que los cuerpos
Naciesen humildemente?
El cielo no pudo errar
La infusion del alma: advierte
Que en ella están las virtudes,
Por quien el cuerpo merece.
Mirame todo por alma,
De la manera que suele
Mirar las perlas el alba
Por el agua trasparente,
Sin reparar en la concha
Que les dió, cauta, á los peces,
Naturaleza por arma,
Que las cubre y las defiende.
Alma soy, Filis: el alma,
Por inmortal, te merece,
Y prenda que con los dioses
En la eternidad conviene.

FILIS.

Ciro, si mi hermano Arpago
Y mi fortuna quisieren
Disponer de mí, te doy
La palabra... Escucha...
(Hablan bajo.)

ESCENA V.

FLORA, sin ser vista de Cirro, Bato
ni Filis. — DICHOS.

FLORA. (Ap.)

¿Puede
Llegar á mas mi desdicha?
Puede el rigor de mi suerte?
Hablando están... ¿Qué lo dudo?
¡Oh Filis! si tú supieses
Qué es celos, dudo que amor
Te dispusiese á ofenderme.
Celos es enfermedad
Que el mismo que la padece,
Con vergüenza de decirla,
No quiere que la remedien.
Pero yo ¿por qué me quejo,
Cuando Cirro me aborrece,
Cuando de verme se espanta,
Cuando mi nombre le ofende?
Pero pienso que es la causa
Que mas en el alma duele,
Ver que Cirro quiera á Filis,
Que no el ver que no me quiere.
Pidiéndola está un favor,
Y le dió una cinta verde,
Para mis celos azul.
¡Mal fuego la cinta quemé!
¡Mal fuego el favor abrase!
Y si lo invisible puede,
Queme tambien la esperanza.
Ya se va. Cielos, tenedme.

CIRO.

Estaré, Filis divina,
Siempre á tu gusto obediente;
Que en tanta desigualdad,
El alma que favoreces
Apénas me da palabras
Con que pueda agradecerte
La esperanza desta cinta,
Dulce prenda, lazo fuerte
Que hará que mi obligacion
Dure en ella eternamente.

Yo me voy; tú, Bato amigo,
Ven conmigo, y no me dejes;
Que si hay muertes para tristes,
Tambien las hay para alegres.

BATO.

¡Oh Cirro! ¡plega á los cielos
Que este favor no te cueste,
Cuando no la vida, el seso!
(Vanse Cirro y Bato.)

ESCENA VI.

FILIS, FLORA.

FLORA.

¡Dásmela licencia que llegue
Para hablarte dos palabras?

FILIS.

¡Oh Flora! ¿en qué te detienes?
Yo soy tu amiga.

FLORA.

Y yo soy
Tu esclava. Escucha.

FILIS.

¿Qué quieres?

FLORA.

Filis, hoy hace dos años
Que, para tantos enojos,
En Cirro puse los ojos,
Como él en mí sus engaños.
Referirte aquí los daños
Que me ha costado llegar
A merecer sujetar
Su rigor á mis querellas,
Será contar las estrellas,
O las arenas del mar.
Finalmente, me quería
Por dejarme de querer;
Que tanto suele vencer
Una amorosa porfía.
En estas selvas hoy día
Suenan fuentes, viven flores,
Testigos destos amores;
Pero hay, Filis, voluntades
Que no llegan á verdades,
Y se quedan en favores.
Despues, Filis, que veniste
De la corte á nuestra aldea,
Celos me mandan que crea
Que de mí mal causa fuiste.
Veneno pienso que diste
Desde tus ojos á Cirro.
Ya se enfada si le miro:
Tanto me pierde el decoro,
Que se aburre si le adoro,
Y me llago y me retiro.
Está ya tan caballero
El que era ayer labrador,
Que le respeto señor,
Y cortesano le quiero.
De tu discrecion espero
Que de sus locos intentos
Vengarás mis sentimientos;
Que pierdes de lo que vales
Si á prendas tan desiguales
Humillas los pensamientos.

FILIS.

Flora, esa misma razon
Te ha de obligar á pensar
Que yo no le pude dar
Para quererme ocasion.
Su buena conversacion
Mi soledad-entretiene;
Mas si á darte celos viene,
Mira que es necio rigor
Pensar que de mi valor
Alguna esperanza tiene.
Cirro entre esta humilde gente
Es un mancebo entendido,
A los demás preferido
Por lo discreto y valiente;

Pero no creas que intente
En público ni en secreto
Perderme, Flora, el respeto;
Que ese día, fuera poco
Que castigara por loco
A quien escucho discreto.
Pero toma en tus desvelos
Un cuerdo Consejo agora,
Y es, que nunca pidas, Flora,
De tu amor á nadie celos;
Porque de aquellos recelos
Y las penas que refiere,
Que lo merece se infiere;
Y siéndonos natural
La envidia, por hacer mal
Queremos lo que otra quiere.
Así que, pedir te asombre
Celos, aunque haya razon;
Que es dar imaginacion
De los méritos de un hombre;
Que la de mas casto nombre
Quiere ver lo que no viera
Sin la celosa tercera;
Y si le estorban el ver,
Por tema querrá querer
Lo que le quitan que quiera. (Vase.)

ESCENA VII.

FLORA.

¡Por qué notable camino
Castigó mi atrevimiento!
Despertó su pensamiento
Mi celoso desatino.
Tarde su consejo vino,
Y vino mi muerte en él;
Mas no piense la cruel
Salir con lo que desea;
Que he de revolver la aldea,
Si la vuelvo á ver con él. (Vase.)

ESCENA VIII.

CIRO, BATO, ALBANO, RISELO,
SILVIO, VILLANOS.

ALBANO.
Ciro ha ganado á todos.
BATO.
¡Vitor Ciro!
CIRO.
La honra os agradezco;
Que bien sé que por mí no la merezco.
RISELO.
La ligereza como el salto admito.
SILVIO.
Valiente ha sido de la barra el tiro.
ALBANO.
No hay mozo que igual sea
A Ciro en el aldea.
BATO.
Si no soy yo; que lo que habeis saltado
Miré sentado en la mitad del prado.
ALBANO.
Solo resta luchar.
CIRO.
Pues si hay quien quiera,
Con los brazos abiertos Ciro espera.
BATO.
Yo lucharé contigo.
CIRO.
Mira que soy tu amigo.
Pero vén, con un brazo.
BATO.
Para darte un abrazo.
(Lucha Ciro con Bato.)

SILVIO.
Con Bato dió en el suelo,
Asiéndole del brazo solamente.
BATO.
Una costilla me ha quebrado. ¡Ay cielo!
CIRO.
Ea, persiana juventud valiente,
¿Quién lucha? quién me tuerce aqueste
BATO. [brazo?
No yo; que estoy sin mí del batacazo.
CIRO.
Bato, dame esa mapo, si ver quieres
Milagros.
BATO.
Temo que de hierro eres.
CIRO.
Muestra, no temas.
BATO.
¡Ay! que me ha quebrado
La mano.
CIRO.
No hay, mancebos, en el prado
Quien luche, corra, salte ó quien esagri-
RISELO. [ma?
A todos desanima
Tu fuerza, ligereza y gentileza.
Mas justo es coronarte la cabeza
Deste verde laurel, que envidie Apolo,
Por siempre vencedor, único y solo.
ALBANO.
Tu digna frente adorne,
(Pónle una corona de laurel.)
Para que cuando del ocaso torne,
En sus amadas hojas amanezca.
RISELO.
¿Quién hay que como tú el laurel me-
BATO. [rezca?
Hagamos algun juego,
Ya que estás coronado, porque luego
Celebremos alegre tu vitoria.
CIRO.
Juguemos al reinar, con la memoria
Deste laurel divino.
ALBANO.
Pues ¿quién ha de ser rey?
BATO.
Yo.
ALBANO.
Desatino.
CIRO.
Echad suertes, mancebos generosos,
Y á quien la suerte caiga obedeciendo,
El juego podréis ir entreteniendo.
SILVIO.
Si fuera por los hechos valerosos
Y por la dignidad de tu persona,
Tú solo merecieras la corona.
RISELO.
El que dijere tres cosas
Las mas fuertes, que ese salga
Por rey.
CIRO.
Bien dice Riseló,
Y comience Silvio.
SILVIO.
Vaya.
La cosa mas fuerte, digo
Que es la fortuna, contraría
Para todas sus acciones,
En un discreto que calla.
La necesidad es fuerte,
Pues obliga á cosas bajas;
Y la muerte, pues los reyes
Son yerba de su guadaña.

CIRO.
Diga Albano.
ALBANO.
La porfia,
La ambicion, que nunca pára,
Y el diamante, pues que solo
Con otro come él se labra.
CIRO.
Diga Riseló.
RISELO.
La mar
Con tormenta, ó cuando baja
El rayo rompiendo el viento
A dar en sus torres altas;
Y sin temor de los dioses,
Un tirano de su patria.
CIRO.
Diga Bato.
BATO.
La mas fuerte
Es la que á los hombres saca
De sentido, que es el vino,
Tan poderoso monarca,
Que hace á muchos de su nombre,
Que en diversas lenguas hablan;
Y con dormir siempre en cueros,
Entre la nieve y escarcha
Jamás amanece helado;
Pues si un hombre se desmaya,
Con un traguito de gloria
Vuelve lo amarillo en grana.
La hambre es cosa muy fuerte;
Y porque de veras haya
Alguna cosa, es la honra,
Si la tiene á quien agravian.
ALBANO.
Diga Ciro.
CIRO.
Lo mas fuerte
Que en cielo y tierra se halla
Es la voluntad, divina
Forma en la materia humana;
El amor, en cuyo triunfo
Tantas letras y armas tantas
Y tantas coronas rinden
Libros, laureles y palmas.
La mujer y su hermosura
Son fortaleza que basta
A rendir los altos dioses,
De quien en historias tantas
Desde el principio del mundo
Sangrientas memorias hablan.
ALBANO.
Ciro venció.
BATO.
¡Vitor Ciro!
SILVIO.
El sacro laurel, que enlaza
Su frente, con verde auspicio
Pronosticó su esperanza.
Hincad todos la rodilla.
ALBANO.
¡Viva el Rey!
TODOS.
¡Viva!
CIRO.
Por tanta
Fiesta, vasallos, hoy queda
Mi voluntad obligada.
Ye os haré merced á todos.
BATO.
¡Oigan qué presto nos manda,
Con ser rey por madurar!
RISELO.
Siéntate sobre estas ramas.
CIRO.
Quien ha de velar vasallos,
Una república varia

De guerra y paz, no es razon
Que se siente.

BATO.

¡Buena entrada!
Pues ¿ha de ser grulla un rey?

CIRO.

Pues ¿qué labrador trabaja
Como un rey? Y yo he leído
Que un sábio á los reyes llama
De la república esclavos,
Y que por eso se pagan
Las rentas, que se le deben
Por ley divina y humana.

ALBANO.

Ya somos vasallos tuyos.
¿Qué mandas?

CIRO.

Quiero dar traza
En lo que importa al gobierno
De mi reino y de mi casa.
Tener un amigo es fuerza;
Quien esto niega se engaña,
Porque yo no puedo solo
Gobernar provincias tantas.
Quiero que éste Albano sea;
Que lo que el rey quiere y ama
No lo ha de escoger el pueblo,
Sino su gusto y su gracia.

ALBANO.

Beso tus manos mil veces.

CIRO.

Mi capitán de la guarda
Será Silvio.

SILVIO.

Soy tu esclavo.

CIRO.

Mi presidente en la sala
De mis Consejos, Riselo;
Pues la falta de las canas
Suplirá su entendimiento.

BATO.

Luego á mí ¿no me das nada?

CIRO.

Mi secretario has de ser.
Despachos, decretos, cartas
Y audiencias corran por tí.

ESCENA IX.

FINEO. — DICHOS.

FINEO.

Ciro, tu padre te llama:
Deja las fiestas y juegos.

RISELO.

Con mas respeto le habla.
Hinca la rodilla en tierra:
Mira que la mano alarga
Porque se la beses.

FINEO.

¡Yo!

Un tigre puede besarla.
Astiáges es mi rey;
Que de Ciró la arrogancia
Ya debe de ser locura.

BATO.

¡Al Rey desa suerte tratas!

CIRO.

Presidente...

RISELO.

Gran Señor...

CIRO.

De piés y de manos ata
Este villano á aquel robe,
Y hasta que la sangre salga,
Dos labradores le azotes.

RISELO. (A Fineo.)

Camina.

FINEO.

¿Sabes que hablas
Con un hijo de un criado
Del Rey?

RISELO.

¿Para qué te cansas?
Mándalo el Rey, y ha de ser.

FINEO.

¿Qué rey ó qué calabaza?

FINEO.

Llevalde de aquí.

RISELO.

Camina.

FINEO.

¡Hay tal insolencia!

RISELO.

Calla.

(Riselo y otros villanos se llevan
á Fineo.)

ESCENA X.

CIRO, BATO, ALBANO, SILVIO,
VILLANOS.

CIRO.

Vasallos, ya tengo edad
Para casarme.

BATO.

¿Eso tratas

Tan presto?

CIRO.

A la sucesion

Importa, para que vaya
En aumento mi corona,
Y porque á la guerra salga
En teniendo quien me herede.
Pero decíme: ¿qué dama
Estará mejor al reino?

ALBANO.

Lucinda es bella zagala.

CIRO.

Es necia, y saldrán mis hijos
Necios.

ALBANO.

Pues ¿salen del alma?

SILVIO.

Aunque morena, es hermosa
Y discreta Felisarda.

BATO.

No la quieras, porque tiene
Una madre temeraria,
Vieja, loca y socarrona.
Mejor me parece Antandra,
Sino que es un poco roma.

ALBANO.

Belisa tiene mil gracias.

BATO.

Belisa es fiaca.

ALBANO.

¿Qué importa?

BATO.

¿No importa una reina fiaca?
A Semíramis, Camila
Y otras las pintan las caras
Como un tamboril, á quien
La nariz sirve de flauta.

CIRO.

Si os digo verdad, vasallos,
Solamente á mí me agrada
La hermana de Arpago, Filis.

BATO.

¡Oh qué graciosa arrogancia!

Siendo hija de un privado
Del Rey!

SILVIO.

Flora se olvidaba...
—Pero ella viene.

ESCENA XI.

FLORA. — DICHOS.

FLORA.

¿Qué es esto,
Ciro? ¿en qué locuras andas?
A Fineo dos pastores,
Atado al tronco de una haya,
Le han dado tantos azotes,
Que el suelo de sangre baña.
Dícneme que te haces rey;
Eso solo te faltaba.
Fílis te ha quitado el seso.

BATO.

Mira, Flora, cómo hablas;
Que te mandará azotar,
Si le replicas palabra.

CIRO.

En las cosas de los reyes,
Flora necia ó avisada,
Ningun discreto se meta.
Yo lo mando, y esto basta. (Vase.)

FLORA.

¿Hay semeiante locura?

BATO.

Flora, mucho te adelantas.
Tres cosas te importan, Flora,
Si quieres morir lograda,
Que en tres palabras se encierran.

FLORA.

Y ¿son?

BATO.

Oye, mira y calla. (Vase.)

Sala en el palacio de Astiáges.

ESCENA XII.

EL REY ASTIÁGES, ARPAGO.

REY.

Hoy hace algunos años, noble Arpago,
Que vi mi reino libre con mi vida
De la desdicha del fatal estrago,
Por los sábios de Media prometida.
A Júpiter divino satisfago
La sucesion que reparé perdida,
Con víctimas, por quien, deshecho en

(llanto,

Mancho las aras de su templo santo.
Sueños me atormentaban cada día;
Ya, gracias á los dioses, me dejaron
Sombras que nuestra antigua monar-
Al imperio de Persia trasladaron. [Quis
Casé á Mandane, sucesora mia
(Tanto los adivinos me obligaron), [de,
Con el hombre mas bajo que hallar pu-
Porque á los hados el decreto mude.
Y no solo con esto satisfecho,
A mi primero nieto eché á las fieras,
En cuyos dientes rígidos deshecho
(Ap. No salgan mis sospechas verdade-
(ras),

Los altos cielos inmortal han hecho,
Como en su cielo están las once esfe-
(ras);

Mi reino en Dario, pues de aquí se ar-
(guye
Que eterno en su valor se constituye.

ARPAGO.

Aplacar á los dioses, sacro Astiáges,
Es inviolable ley, contra sus iras:

Así corren del mundo los linajes,
Que tantos siglos propagados miras.
Con esto, sin mudanzas, sin ultrajes,
De mármoles fabrica eternas piras
La sucesión de la imperial corona
Desde la fría á la abrasada zona.
Muerto aquel niño, que cumplió á los
[bados
El decreto cruel contra tu imperio
De quitarte el laurel, y los sagrados
Cercos romper con tanto vituperio,
Pacíficos quedaron tus cuidados
(Que fué del cielo singular misterio),
Y asegurada la fortuna adversa
De trasladar de Media el reino al persa.

ESCENA XIII.

EVANDRO, FINEO.—DICHOS.

EVANDRO.
Si no castiga, Señor,
Tu justicia esta maldad,
Ociosa la majestad
Tendrá suspenso el valor.
Pues has sido padre, advierte
Qué sentirán mis enojos,
Mirando un hijo á mis ojos
Maltratado desta suerte.
Un mozoelo, labrador
Del monte en que tus ganados
Tengo, con bríos soldados
Y corazón de traidor,
Fingido en un juego rey,
Mi hijo mandó azotar
Porque no quiso guardar,
Siendo de burlas, su ley.
¡Vive Júpiter sagrado,
Que como no le castigues,
A poner fuego me obligues
Al monte en que se ha criado!
De agraviado el seso pierdo,
Y con los locos me igualo.
Soy padre, y no hay hijo malo;
Es hijo, y no hay padre cuerdo.
Mas fio de tu piedad
Que vengarás su malicia;
Que en la paz y la justicia
Consiste la majestad.

REV.
Por los dioses soberanos,
Que me has causado temor.
¡Rey fingido un labrador!
No son pensamientos vanos;
Porque no sin fundamento
En hombre tan bajo y vil
Cupiera lo varonil
De tan alto pensamiento.—
Dime, mancebo, su nombre.

FINEO.
Ciro se llama, Señor.

REV.
¿Es fuerte? ¿Tiene valor?
¿Es bien hecho? Es gentilhombre?

FINEO.
Es tal, que en su compostura
Trasladó naturaleza
De Alcides la fortaleza
Y de Adónis la hermosura.
Ni hay hombre en toda la aldea
Que no le tema, Señor,
Ni por fuerza ó por amor
Moza que suya no sea.
El goza, sin que con él
Ruego ó justicia aproveche;
De las ovejas la leche,
De las colmenas la miel.
El come lo que no ara,
Y coge lo que no siembra;
Un oso á brazos desmembra,
Y una tigre desquijara.

Verdad es que, por lo hablado,
Es apacible y discreto.

REV.
(Ap. ¡Cielos! ¿si es este mi nieto,
Que habeis, por mi mal, guardado
Para quitarme el imperio?
Mas quiero disimular;
Que mandarle yo matar,
Y vivir, no es sin misterio.)
Parte con Evandro, Arpago,
Y á Ciro me trae. ¿Qué estás
Suspenso?

ARPAGO.
Yo voy.

REV.
Verás,
Evandro, si satisfago
Con mi ofensa tu venganza.

EVANDRO.
Así lo espero, Señor.

REV. (Ap.)
Cielos, quitadme el temor,
Pues que me dais la esperanza.
(Vase.)

—
Calle ó plaza del pueblo en que vive Ciro,
con vista exterior de la casa que habita
Filis.

ESCENA XIV.

CIRO, ALBANO, SILVIO, BATO Y VILLANOS, de soldados, con chuzos, espadas y bandera.

CIRO.
Parad, soldados, aquí
Para que la Reina os vea.

ALBANO.
¿Qué reina? ¿Estás en tu seso?

CIRO.
¿Pues ha de haber rey sin reina?

SILVIO.
Mira que se ha de enojar
De ser reina.

CIRO.
No lo creas;
Demás de que esto es de burlas,
Y Filis es muy discreta.

BATO.
Yo la dije esta mañana
Que querías hacer guerra
A los vecinos mancebos
De la contrapuesta aldea,
No solo para enseñarte,
Mas por castigar la afrenta
De entrarse por nuestras viñas
Y desfrutar nuestras huertas.
Dijela cómo cazaban
Por las vedadas dehesas
Con redes nuestros conejos,
Nuestras perdices con percha.
Y parecióla muy bien.

CIRO.
Juega, Albano, esa bandera
Con aire y donaire.

ALBANO.
¿Cómo?

CIRO.
Mírame á mí.

ALBANO.
Toma.
CIRO.
Muestra.
Toca á rebato la caja,

Pon el pié desta manera,
(Juega la bandera.)

Y vuelve y revuelve.
ALBANO.
¿Quién

Te enseñó?
CIRO.
Naturaleza.

ESCENA XV.

MITRIDATES, en la calle; FILIS, á la ventana.—DICHOS.

MITRIDATES.
¿Qué es esto, loco? ¿Qué haces?
Suelta la bandera, suelta.
No hay mas de quitar de casa
Esta cortina de seda,
Que dejó olvidada Evandro?
Rompela, y vendrán por ella,
Y será buena disculpa,
Que en tus locuras la empleas.

CIRO.
Padre, temerario andals
Conmigo.

MITRIDATES.
Déjala, deja.
CIRO.
Por Dios, que creo que habemos
De atropellar la obediencia.

FILIS.
Dádsela, Ciro; que yo
Daré una cortina nueva
Que en la bandera pongais.

CIRO.
En un libro de una guerra
He leído que es deshonra
Que la bandera se pierda.
Mi padre se irá en buen hora,
Y vos, mi dueño y mi reina,
Veréis en esta campaña
Cómo su ejército ordena
Este capitán de amor,
Que hoy en serviros se emplea.

ESCENA XVI.

ARPAGO, EVANDRO, FINEO.—DICHOS.

ARPAGO.
¿Cuál es Ciro?
FINEO.
Aquel que tiebo
En la mano la bandera.

FILIS. (Ap.)
Mi hermano! ¿A qué viene al monte?
Irme quiero, no me vea.
(Quítase de la ventana.)

ESCENA XVII.

CIRO, ARPAGO, MITRIDATES, EVANDRO, FINEO, BATO, SILVIO, ALBANO, VILLANOS.

ARPAGO.
¿Eres Ciro?

CIRO.
Yo soy Ciro.
ARPAGO.
¿Qué gente de guerra es esta?

CIRO.
Los mozos deste lugar,
Que para tiempos de veras
Se ejercitan en las burlas.
Por eso, cuando se ofrezca

En qué girvamos al Rey,
No hayais miedo que nos vean
Bisafios, sino enseñados.

ARPAGO.

¿De qué doctrina y escuela
Has aprendido á ordenar,
Ciro, ese campo que llevas,
Y que tan diestro conduces?

CIRO.

Naturaleza me enseña
La inclinacion, lo demás
He aprendido de un poeta
Que arte militar escribe.

ARPAGO.

El Rey te llama: no seas
Rebelde á su mandamiento.

CIRO.

Por dicha le ha dado quejas
De mí el padre dese mozo;
Y supuesto que pudiera
Defenderme con mi gente
De que castigarme pueda,
No quieran los dioses, no,
Que á la corona suprema,
Aunque aventure la vida,
El justo respeto pierda.

MITRIDÁTES.

Oye, Ciró.

CIRO.

¿Qué queréis,

Padre?

MITRIDÁTES.

Escucha.

CIRO.

Si es que temás,

Perdonadme.

MITRIDÁTES.

Si allá vas,

Hijo, no espero que vuelvas.

CIRO.

¿Por qué?

MITRIDÁTES.

Yo sé la ocasion.

CIRO.

Si me echasen á las fieras
O me diesen dos mil muertes...

MITRIDÁTES.

Pues no pienses que me dejas;
Que allá tengo de ir contigo.

CIRO.

Matarán las dos ausencias
A mi madre.

MITRIDÁTES.

No lo excuso.

CIRO.

Dejad, soldados, la guerra,
Deponed todos las armas.
Tú, Bato, avisa á la Reina
De que se va el rey de burias,
Porque le llama el de veras.

ACTO SEGUNDO.

Sala en el palacio de Astiáges.

ESCENA PRIMERA.

EL REY, ARPAGO, ACOMPAÑAMIENTO.

REY.

¿Tan obediente ha llegado,
Arpago, el fingido rey?

ARPAGO.

Merece, por justa ley,
La muerte, si está culpado;

Pero cuando á pensar llego
Que esta villana invencion
No ha sido conspiracion,
Sino solo burla y juego;
Libre le sientó de culpa,
Y el venir sin resistencia
Declara mas su inocencia.

REY. (Ap.)

Mi temor no le disculpa.
No me atrevo á declararme
Con este, porque he pensado
Que le disculpa culpado
Para volver á engañarme.
No ha de penetrar mi intento
Hasta que sepa si ha sido
Cómplice en el rey fingido.

ARPAGO. (Ap.)

Algun grave pensamiento
Molesta al Rey con temor
De tales fingidos nombres.

REY.

(Ap. Fué siempre el alma en los hom-
El adivino mejor. [bres
¿Cuántos, por no haber creído
Su divina profecía,
Lloraron, cual yo la mía,
Después de haber sucedido!
Que cuando el temor en calma
Tiene un pensamiento impreso,
Se ve pintado un suceso
En el espejo del alma.)
¿Quién viene con él?

ARPAGO.

Su padre,

Que allá tus ganados guarda.

REY.

Y ¿tiene madre?

ARPAGO.

Lisarda

Se llama, Señor, su madre,
Labradora como él.

REY. (Ap.)

Diles que entren.

(Vase Arpago.)

ESCENA II.

EL REY, ACOMPAÑAMIENTO.

REY. (Ap.)

Vil temor

Me oprime, porque en rigor
No siento malicia en él,
Pues padres tiene en su aldea,
Tan rústicos labradores.

ESCENA III.

ARPAGO, CIRO, MITRIDÁTES,
BATO. — Dichos.

CIRO. (Ap. á Mitridátes.)

Padre, no temas ni llores.
Entra, y lo que fuere sea.

MITRIDÁTES.

¡Ay Ciró! temblando voy. (Ap. á él.)

ARPAGO.

Ya están, Señor, á tus pies.

REY. (A Ciró.)

¿Eres tú el Rey?

CIRO.

¿No me ves?

Rey de los mancebos soy,
Que se juntan en mi aldea
A jugar y entretener;
Porque ¿cómo puede ser
Que de otra manera sea?

Es verdadera en tí solo,
Gran Señor, la majestad;
Solo tu imperio es verdad;
Que, como en el cielo Apolo,
Eres único monarca,
Cuya vida de justicia,
Como al ave de Fenicia,
Siempre respeta la Parca.
Reina entre los animales
El leon; el campo alegra
Del aire el águila negra
Con plumas y alas reales;
El sol en sus luces bellas
Reina; la luna en la noche;
Que de su argentado coche
Son vasallos las estrellas;
El delín en el rigor
Del mar, que asombra á las naves;
Y entre domésticas aves
El gallo madrugador.
De sierpes, naturaleza
Al basilisco le dió
Imperio, y así nació
Coronada la cabeza;
Y porque las monarquías
Del tiempo mas claras vieses;
Mayo es el rey de los meses
Y el jueves rey de los días;
En las flores el clavel,
Y en las semillas el trigo;
Y el tiempo de cuanto digo,
Porque está sujeto á él.
Reinan, con mucha razon,
De los humanos despojos
En las facciones los ojos,
Y en el cuerpo el corazon.
De las pasiones mayores
Rey quieren que el amor sea;
Y yo tambien en mi aldea
Soy rey de los labradores.

REY.

(Ap. ¡Vive Júpiter sagrado,
Que tanto á Mandane imita,
Que tiene en el rostro escrita
La verdad de mi cuidado!
Este sin duda es mi nieto;
Que en aquel rudo horizonte
No fuera el parto de un monte
Tan atrevido y discreto;
Porque son precisas leyes,
De que tengo claras señas,
Que peñas engendran peñas,
Y reyes producen reyes.
No le quisieron matar
Traidores que me engañaron,
O los dioses le guardaron
Porque les quise estorbar
El intento que tenían
De que me matase á mí:
Oráculo que temí,
Y adivinos me decían.
Mas no salió muy adversa
Entonces la astrología,
De que este trasladaría
Mi cetro y corona al persa,
Quitándola de mi frente.
Pero ya el cielo, aplacado
De sacrificios, me ha dado
Remedio piadosamente;
Pues que vino á mi poder
Cuando en su primera edad
Intentó la majestad,
Reino que pudiera ser
Verdadero, aunque fingido,
De los juegos de la aldea,
En que puede ser que sea
El pronóstico cumplido.
Por lo menos, con secreto
Haré matar al villano:
Sin ser abuelo inhumano,
Hoy he de matar mi nieto.)
Dime tu nombre, mancebo.

CIRO.
Ciro me llamo, Señor.

REY.
¡Breve nombre!

CIRO.
A mi valor
Y virtud pienso que debo
Hacerle con obras grande.

REY.
Con notable libertad
Hablas. (Ap. Ello fué verdad.
¡Que lo que su rey le mande,
No cumpla un vasallo! ¡Ah cielo!
Mas yo me sabré vengar.)
¡Por qué mandaste azotar,
Bañando de sangre el suelo,
Un labrador inocente?

CIRO.
Porque no me obedecía,
Ni, como á rey, me tenía
El respeto conveniente.
Dos acciones de los reyes
Son premiar y castigar.

REY.
Y no se han de moderar
Con justa piedad las leyes,
Como lo hacemos nosotros?

CIRO.
Había poco que era rey,
Y echéle toda la ley
Para ejemplo de los otros.
No tengais por nueva cosa
Mi exceso, si se reprueba;
Porque la justicia nueva
Entra siempre rigurosa.
Después que pase algún mes
De juez y de señor,
Templarán este rigor
El amor ó el interés.
Tiene el gobierno, pasadas
Las horas de la opinion,
Del amor la condicion,
Que es mas fuerte en las entradas.
Temer y amar ha de ser
La ley del buen gobernar:
Con beneficio el amar,
Y con castigo el temer;
Que aunque el beneficio hallo
Por la ley mas provechosa,
Un buen castigo es gran cosa
Para que tema un vasallo.
Porque si un delito es grave,
Y este el Rey no le castiga,
Mucho al cielo desobliga,
Y al reino, que ya le sabe.

REY.
¿Adónde aprendiste, Ciró,
Esas razones de estado?

CIRO.
Los libros me han enseñado.

REY.
Tu virtud y ingenio admiro,
Porque cavar y leer
No caben en un sugeto.
(Ap. ¡Qué dudo de que es mi nieto,
Y de que pudiera ser
Mi muerte, si la piedad
Del cielo no me librara,
Y el pronóstico cesara
Fingiéndole la majestad?)
¿Tu padre?

MITRIDÁTES.
Yo soy, Señor.

REY.
Quedáos aquí tú y Arpago.—
Llevad á Ciró vosotros
Donde con mucho regalo
Quiero que tenga aposento
Algun tiempo en mi palacio.

CIRO.
Beso tus reales piés.—
¿Qué te ha parecido, Bato, (Ap. d. el.)
De lo que le he dicho al Rey?

BATO. (Ap. d. Ciró.)
No te quisiera tan sábio.
Los reyes son como el sol,
Que han de deslumbrar sus rayos;
Que es tener en poco el ceiro
Mirarlos de claro en claro.

CIRO.
Engañaste; que yo sé
Que me queda alicionado.
Así son los hombres hombres;
Que, letrados ó soldados,
Sin favor del Rey, ¿qué importan?

BATO.
Por azotar un villano
¡Quieres que te dé favor!
Yo me holgaré que volvamos
Al monte como venimos.

(Vanse Ciró, Bato y el acompañamiento.)

ESCENA IV.

EL REY, ARPAGO, MITRIDÁTES.

REY.
Solos habemos quedado,
Porque me importa el secreto.

MITRIDÁTES. (Ap.)
En el pecho me está dando
Mil saltos el corazón.

REY.
Dime, labrador honrado,
Tu patria y tu nombre.

MITRIDÁTES.
Soy
Tu ganadero, y me llamo
Mitridátes.

REY.
Este Ciró
¿Es tu hijo? Por el santo
Júpiter, que si me engañas,
Que de Agrigento el tirano
No ha de haber formado toro
Que te abraze á fuego manso,
Como le haré para ti.

MITRIDÁTES.
En la lealtad de vasallo
Pienso que hallaré mejor
La respuesta, que en el daño
Que me puede suceder
De no respetarte airado.
Arpago está presente, que á mi aldea
Trujo un niño, Señor, entre mantillas
Ricas, en quien naturaleza emplea
Pinceles de sus altas maravillas.
Como suele en la copia de Amaltea
Azucena entre humildes florcillas,
Así, entre los pañales primitivos,
Del rostro en el marfil dos soles vivos.
Llegó, en efecto, con secreto y prisa,
Y me mandó que á fieros animales,
Adonde planta de pastor no pisa,
Le echase entre peñascos y jarales.
Apenas le tomé, cuando con risa,
De su inocencia me mostró señales,
Porque fuese testigo en su inocencia
El recibir con risa la sentencia.
¡Cruel decreto! Dar la muerte á vida
Que de la ejecucion se está riendo!
Pero como de mí no fué admitida
La apelacion, calló, perlas vertiendo.
Fué Arpago, Señor; yo, infanticida,
Lléveme al monte, aunque entre mi di-

(ciendo: «¿Qué mas fiero que yo?» Pues no pudiera

Ninguna de aquel monte ser mas fiera.
Echéle entre dos peñas, que parece
Que piadosas entonces se abrazaban.
Aun agora decillo me enternece,
Y entonces ellas pienso que lloraban.
La yerba así que en sus espacios crece,
Y las flores, parece que ocultaban.
El tierno niño, en ocasion tan fuerte,
Porque no le pudiese ver la muerte.
Volví á mi casa, que con tierno llanto
La senda apenas de aquel monte via,
Donde hallé mi mujer ¡oh cielo santo!
Que un hijo muerto malparido habia.
Contéle el caso, y afligióse tanto,
Que me dijo llorando que tendria
Consuelo, si aquel niño le trujese,
Si Júpiter vivir le permitiese.
Al monte parto con ligero paso,
Que apenas con los piés tocaba al suelo,
Cuando al bordar el sol de oro el ocaso
Hallo mi niño, y mi dolor consuelo.
Una perra le daba ¡extraño caso!
Piadosa el pecho por piedad del cielo,
Y de aves y animales defendia,
Que en torno dél la muerte conducia.
Alzole en brazos de la dura tierra,
Imprimiendo en su cara tiernos besos.
Voy por el monte, sígueme la perra
Entre las peñas y árboles espesos.
Llego á mi casa, en fin... ¡Oh cuánto

[yerra
cesos
Quien piensa que impedir puede su-
[cesos
Que tienen ya los cielos decretados,
Ni reprimir la fuerza de los hados!
Críble mi mujer, púsole Ciró,
Por la perra que el pecho le habia dado
(Que así se llama en nuestra lengua), y
El cielo á su favor determinado; ¡miro
Porque cuando fingido rey le admiro,
Y saber su valor te da cuidado,
Conoces que es el niño que ha vivido
Para hacer verdadero el rey fingido.
Conociase bien que era tu nieto,
En tanta discrecion y valentia;
Que no pudiera ser menor efecto
El que tan alta causa producía.
Ya de los cielos se cumplió el decreto
En el reino de burlas que fingía;
Si el haberle criado culpa ha sido,
De mi inocente error perdon te pido.

REY.
Dame tus brazos, dignos justamente
De un rey; que por piedad ninguno ha
[sido
Castigado en el mundo, ni ha perdido
El premio de librar á un inocente.—
¡Oh Arpago! ¿De qué temes, cuando
[siento
Tu pecho que mi amor te ha perdonado
No haber ejecutado
Mi necio mandamiento?

ARPAGO.
Señor, yo le cumpla; que solo siento
No verte el alma agora.

REY.
Pues ¿puede ser traidora
Alma de un rey?

ARPAGO.
El pensamiento humano
Solo del cielo se defiende en vano.

REY.
Por mi corona, que te debo, Arpago,
La vida, y que te pago
Con la verdad que debo,
Agradecido á sucesor tan nuevo.
Y porque lo que digo verdad sea,
Vuélvase Ciró, vuélvase á la aldea;
Váyase libremente
Hasta que llegue tiempo conveniente
Que pueda declaralle por mi nieto;

Pero advirtiéndome que ha de estar se-
Porque, por todo el coro [creto;
De los dioses que adoro,
Que si le declarais quien es, que luego
Os abraze á los dos en vivo fuego.
¿Daisme aquesta palabra?

ARPAGO.

Yo la juro
A Marte, protector del patrio muro.
MITRIDÁTES.

De mí no tengo yo que asegurarte;
Que bien puede obligarte
Lo que he tenido tanto tiempo oculto.

REY.

Pues ya no dificulto
Que con estar secreto
Haré jurar por sucesor mi nieto.
Tú parte, Mitridátes,
Porque de volver traes
Con Ciro al monte donde se ha criado.

MITRIDÁTES.

¿Diréle alguna cosa?

REY.

Que me he holgado
De conocer en rústico sugeto
Un mozo tan valiente y tan discreto.

MITRIDÁTES.

Guarde tu vida el cielo. (Vase.)

ESCENA V.

EL REY, ARPAGO.

REY.

De tu piadoso celo
Satisfecho, con justa confianza,
Arpago generoso,
Te quiero dar de Ciro la crianza;
Que espero harás un rey tan belicoso,
Que ponga nuestra Media monarquía
En los últimos límites del día.

ARPAGO.

Tan justas confianzas
Puedes tener de mí como de Ciro,
Mancebo de tan altas esperanzas,
Que al resplandor de tus hazañas miro
Aguila caudalosa.

REY.

Para pagarte la amistad piadosa
Que con él has usado,
Hoy, Arpago, serás mi convidado. [to
Hoy comerás conmigo, que es muy jus-

ARPAGO.

Beso tus reales piés.

REY.

Por este gusto
No sé qué honras hacerte.
Llámame á Evandro.

ARPAGO.

Voy á obedecerte.
(Vase.)

ESCENA VI.

EL REY.

¿Habrá maldad que como aquesta sea?
¿Oh fementido Arpago!
¿Así mi imperio tu traición desea?
Pero yo te daré tan justo pago,
Que sea mas dolor que el darte muer-
Villano, ¿desta suerte [te.
Obedeces tu rey? ¿Viven los cielos
Que la sangre sosiegue mis desvelos
Del labrador valiente,
Que quiere los laureles de mi frente
Trasladar á la suya! [guya
Que no es justicia que á maldad se ar-
Que á quien quiere matarme al medio-
Le mate yo á la aurora. [día,

ESCENA VII.

EVANDRO. — EL REY.

EVANDRO.

¿Qué manda vuestra alteza?

REY.

Evandro, agora
Mandé partir á Ciro sin castigo.

EVANDRO.

¿Así guardas justicia?

REY.

Evandro amigo,
No fué sin ocasion, porque no quiero
Parecer tan severo
A los ojos del pueblo, aficionado
A ese mancebo loco y alentado.
Hoy se parte, y hoy quiero que le ma-
Solo va con el viejo Mitridátes: [tes.
Síguele con soldados de mi guarda,
Y de noche le aguarda
Al paso mas oculto deste monte.
Pero á pensar disparte
Que has de traerme su cabeza fiera,
Que el frontispicio de mi templo espera,
Como del oso ó jabali le adorna
El cazador que torna
Alegre de la presa.

EVANDRO.

De que se tarde el claro sol, me pesa,
De partirse al ocaso.

REY.

Ya te espero.
Por verlo muerto muero. [gurarme
(Ap. ¡Oh cielos! no os canseis de ase-
De un hombre que nació para matar-
(Vanse.) [me.

Vista exterior de la casa de Filis en el
pueblo.

ESCENA VIII.

FILIS, BATO.

FILIS.

Como si fuera la ausencia
Fácil pena al sentimiento,
Añadieron mis desdichas
El peligro á mis deseos.
¿Cómo dejas, Bato, á Ciro?
Que amor en tales sucesos,
Del mal temiendo lo mas,
Del bien espera lo menos.

BATO.

Aunque el Rey le recibió
A los principios severo
Por enojo ó por costumbre
(Que es la majestad en ellos
Como un vínculo real),
Después con rostro risueño
Templó la deidad; que mueve
Mucho al airado el discreto.

Así diez años Ulises,
Matador de Polifemo,
Aquel gigante de un ojo,
Anduvo por varios reinos.
¿Oh si le vieras hablar
Con atrevido despejo!
Pensaras que era Sibila
O el oráculo de Delfos.
Finalmente, le mandó
Regalar: y así, le dejo
En un cuarto de palacio,
Tan metido á caballero,
Que parece que lo ha sido
Toda su vida.

FILIS.

El ingenio

Lo alcanza todo: y así
Muchos hombres que sublerón
En brazos de la fortuna
A ocupar honrosos puestos,
Saben presto ser señores.

BATO.

Y aun saben serlo tan presto,
Que cuanto fueron humildes,
Parecen después soberbios.
Finalmente, por quitarte,
Filis, del peligro el miedo,
Me ha enviado á que te diga
Que no le tengas en esto.
Porque aunque lamenta Evandro
Los azotes de Fineo,
Espera Ciro del Rey,
En vez de castigo, premio.

FILIS.

¿Qué dice mi hermano Arpago?

BATO.

Por Júpiter, que no entiendo,
Filis, si verdad te digo,
El alma destos enredos:
El y el Rey y Mitridátes
Andan hablando en secreto.
Ayer comió con el Rey.

FILIS.

¿Con el Rey! ¿Qué dices?

BATO.

Puedo
Asegurar lo que vi,
Y que entré á verlos comiendo.
Tanta plata, tantos platos,
De tantos manjares llenos,
Tanto servicio y criados,
Este entrando, aquel saliendo;
Todos atentos al Rey,
Y alguno por dicha atento
Mas al capon que comía
Que á la deidad del imperio!
¿Oh bien haya, dije yo,
Debajo de un pobre techo
La olla de un labrador,
Los rotos manteles puestos
Sobre una tabla de pino,
Y aquel ver salir hirviendo
El repollo en el verano,
Los nabos en el invierno,
A su lado su mujer
Con el hijo tierno al pecho,
El gato por mayordomo,
Y por maestra sala el perro!
Porque los contentos, Filis,
Si hay en el mundo contentos,
No están en las ceremonias,
Sino en el gusto y el sueño.

FILIS.

¿Bueno vienes de la corte!

BATO.

Filis, está poco seso
De acá le llevé; que allá
No venden entendimientos.

FILIS.

Y ¿cuándo piensas volver?

BATO.

Esta noche volver pienso;
Que solo á verte he venido.

FILIS.

Escucha un atrevimiento.

BATO.

¿Cómo?

FILIS.

Yo he de ver á Ciro;
Que secretamente quiero
Irme contigo esta noche.

BATO.

A no estar el monte en medio,

Fuera fácil la jornada
Con recato y con silencio.

FILIS.

Entra, y despacio en mi casa
La venida trataremos;
Que amor no permite espacio
Donde le lleva el deseo.

BATO.

Míralo, Filis, mejor.

FILIS.

No gusta amor de consejos.

BATO.

Pues ¿de qué gusta el amor?

FILIS.

De ejecutar los remedios.

(*Vanse.*)

—

Monte.

ESCENA IX.

MITRIDÁTES; CIRO, con espada.

CIRO.

Apenas de la licencia
Del Rey, padre, me informé,
Cuando de la corte fué,
Y para siempre, mi ausencia.
¡Bien haya mi pobre aldea,
Que me falte ó que me sobre,
Porque no hay contento pobre,
Ni bien que sin él lo sea!

MITRIDÁTES.

Solo me causa cuidado,
Ciro, de Evandro la queja,
Pues sin venganza le deja,
El Rey, del hijo azotado.
No hay satisfacción que cuadre
A injuria tan afrentosa,
Y ya sabes que es la cosa
Mas ciega del mundo un padre;
Que el amor con que le viene
A estimar su pensamiento,
Le quita el entendimiento;
Pues ¿qué hará si no le tiene?
Temo, al fin, un padre airado,
Ciro, y aumenta mi pena,
Saliendo en noche serena,
Haberse el cielo turbado;
Que, aunque no está del aldea
Este monte muy distinto,
No hay Creta ni laberinto,
Que como su centro sea.
Las nubes, rotos los senos,
Las estrellas amenazan,
Que el campo desembarazan
Del cielo, huyendo los truenos.
Alguna desdicha temo
Entre tanta obscuridad.

CIRO.

Si vos, de tan larga edad
Llegando, padre, al extremo,
Temeis, con mayor razon
Temiera mi juventud
La muerte, sin la virtud,
Que es alma del corazón.
¿Qué monte? ¿Qué padre airado?
¿Qué cielo tempestuoso?
¿Qué enemigo poderoso
En obscura noche armado?
¿Qué voraz actividad
Del fuego, ni qué violencia
De agua ó viento, ó negra ausencia
De la solar claridad?
¿Qué relámpagos y truenos?
¿Qué rayos ni qué centellas?
Que, si huyeren las estrellas,
Estará firme á lo menos

CONTRA VALOR NO HAY DESDICHA.

La que nació con mi dicha.
Venga el mundo contra mí;
Que si con valor nací,
Contra valor no hay desdicha.

MITRIDÁTES.

¡Ay hijo! ¿qué estás diciendo?
Aunque de valor te armas,
Gran rumor de gente de armas
Está el monte estremeciendo.
Pienso que sale verdad,
Ciro, el rigor que temí.

CIRO.

Pues, padre, escondéos allí
Entre aquella obscuridad;
Que, si no habéis de ayudarme,
Mejor es que vivaís vos.

MITRIDÁTES.

Eso no permita Dios.
Vengan primero á matarme,
Y ¡ojalá pudiera ser
Que me transformara en tí,
Porque, matándome á mí,
Te pudiera defender!
Que es mi amor tan excesivo,
Que, si por tí me matara,
Pienso que resucitara
Con saber que estabas vivo.

CIRO.

Padre, retiráos allí.
Mirad que se acercan ya.

ESCENA X.

EVANDRO, FINEO, SOLDADOS.—

DICHOS.

EVANDRO.

Aquí suenan.

CIRO.

Y aquí está

Quien buscáis.

EVANDRO.

¿Es Ciró?

CIRO.

Si.

EVANDRO.

¡Muera!

MITRIDÁTES.

¡Ay hijo de mi vida!

(*Riñen.*)

(*Ap.* ¿Cómo te diré quién eres
Antes que mueras, pues mueres?)

FINEO.

¡Tienes, hombre, revestida
La furia de Flegetonte
En ese pecho?

CIRO.

Villanos,
Mal conocéis estas manos.
(*Mételes á cuchilladas.*)

ESCENA XI.

MITRIDÁTES; despues, FINEO.

MITRIDÁTES.

Huyendo van por el monte.

¿Quién pensara tal valor?

FINEO. (*Dentro.*)

¡Padre! muerto soy!

MITRIDÁTES.

Fineo

Es aquel.—No es este Ciró;
Marte de su quinto cielo
Debió de bajar, armado
De diamante.—Ya no siento
Las voces. ¡Ay de mí triste!
¿Si por dicha Ciró es muerto?

¡Ciró!...—Nadie me responde.
Solo, de lástima, el eco
Repite su amado nombre.
Subir por el monte quiero.
Animo, caducas fuerzas.

(*Sábesse por el monte.*)

ESCENA XII.

CIRO, sangriento, con la espada desnuda.

Tres de los villanos dejo
Entre las peñas tendidos,
Y los demás van huyendo.
Herido estoy; pero poco.
Solo de mi padre siento
La pena, porque habrá sido
La espada con que le han muerto.
¡Qué terrible obscuridad!
Si ignorar pudiera el cielo
Que no habían de matarme,
Pensara que lo había hecho
Por cubrir su gran teatro
De paños de luto negro.

ESCENA XIII.

BATO; y luego, MITRIDÁTES, ambos dentro.—CIRO.

BATO. (*Dentro y lejos.*)

¡Ciró!...

CIRO.

¿Qué voz es aquella?
Pensara que destos cerros
Era pastor, si mi nombre
No pronunciara tan presto.

MITRIDÁTES. (*Dentro.*)

¡Ciró!...

CIRO.

Otra voz diferente.
Que es de mi padre sospecho.—
Por acá, por acá, padre.—
No responde: mi deseo
Debió de burlarme.

ESCENA XIV.

FILIS, dentro.—DICHOS.

FILIS. (*Dentro y lejos.*)

¡Ciró!...

CIRO.

¡Júpiter santo! ¿qué es esto?
Parece voz de mujer,
Y si el alma no hace enredos
(Porque no es mujer el alma,
Si en el nombre, no en los hechos),
Filis es la que me llama.—
¿Qué pensamiento tan necio!
En un monte... á media noche!

FILIS. (*Dentro.*)

¡Ciró!...

CIRO.

Mas cerca la siento.
Quiero responder.—¿Quién es?
¿Quién llama á Ciró?
(*Salen por tres partes á un tiempo,
Filis, Mitridátes y Bato.*)

FILIS.

Yo.

MITRIDÁTES.

Yo.

BATO.

Yo.

CIRO.

¡Cielos! ¿Quién respondió?

Yllo.
Yo soy.
Ciro.
¡Fílis!
Fílis.
¿No me ves?
Mitridátes.
Si hay para un padre despues
Brazos, aquí estoy contigo.
Ciro.
¡Padre!...
Bato.
Y despues un amigo.
Ciro.
¡Bato! ¿Es posible que os veo,
O es burla de mi deseo
Que los tres estéis conmigo?
Fílis.
¡Ay, mi bien! ¿Herido estás?
Ciro.
De tu amor, Fílis hermosa.
Fílis.
No de balde tu dichosa
Presencia ¡oh! ¡Ciro! me das;
Pero pudiendo ser mas
Entre enemigos tan fieros,
Que el eco de sus aceros
Llevaba el aire al oído,
Dichosa desdicha ha sido.
Ciro.
¡Ay bellísimos luceros!
Cese el aljófár que os baña;
Que mas me podréis vencer
Que los que pueden volver
Con mas gente á la montaña.
Aun pienso que amor me engaña;
Que cuando tu voz oí,
Que era el alma presumí,
Que con la imaginacion,
Hurtando á tu voz el son,
Hablabas dentro de mí.
¿Cómo vienes desta suerte?
Fílis.
Llevando á Bato por norte,
Me llevaban á la corte,
Ciro, las ansias de verte.
Era el estruendo tan fuerte
De las armas y las voces
De tus contrarios atroces,
Que en hielo me transformaron,
Y aun pienso que se espantaron
Los animales feroces.
Y si en aquesta ocasion
Vives, yo pienso que fué
Porque tu vida pasé
Desde el campo al corazon;
Que entre aquella confusion,
Fiero y bárbaro tropel
De tanta gente cruel,
Con el alma enternecida,
Dije: «Aquí estará su vida,
Y me matarán por él.»
Ciro.
Con este favor, mi bien,
Que amor trujo á mis oídos,
Los que huyeron, van vencidos;
Los demás, muertos se ven.
Pero pelear tan bien
No fué mucha valentía,
Si Fílis me defendia;
Que si mas cerca llegara,
Con los ojos los matara,
Y yo descansar podia.—
Padre, gran pena me distes.
Mitridátes.
Ninguna á mi pena iguala,
Ni pensé volverte á ver,
Perdido por la montaña.

Ciro.
Bato amigo, mucho debo
A tu amor.
Bato.
Si me le pagas,
Claro está que no le debes.
Fílis.
¡Ay de mí! Gente con armas
Discurra el monte.
Bato.
Ellos vuelven.
Huyamos, **Ciro.**
Ciro.
Esta espada
No sabe huir. Todos juntos
Os pondré á mis espaldas.
ESCENA XV.
ARPAGO, SOLDADOS.—DICHOS.
ARPAGO.
Pisando voy cuerpos muertos,
Que la misma luz del alba
Nos enseña por las sendas.
UN SOLDADO.
Sangrientas están las ramas.
ARPAGO.
¡Ay de mí! ¿Si es muerto **Ciro**?
Ciro. (Ap. á **Fílis**.)
¡Ay **Fílis**! Gran mal me aguarda.
ARPAGO, tu hermano, es este.
Detrás destas altas hayas
Es fuerza que os escondais.
Fílis. (Bajo.)
¡No estás, fortuna, cansada
De perseguirme?
BATO. (Ap. á **Fílis**.)
Señora,
No temas, aunque haya causa;
Que quien ha muerto á los otros
Se dará tan buena maña,
Que hará de aquestos lo mismo.
(Retranse **Fílis**, **Mitridátes** y **Bato**.)
ESCENA XVI.
CIRO, ARPAGO, SOLDADOS.
CIRO.
Arpago, yo soy. ¿Qué aguardas?
ARPAGO.
Esperaba á conocerte;
Que tan poco á poco baja
El alba, que se ve apenas
Si es la noche ó la mañana.
CIRO.
Si á matarme vienes, ¿cómo
Tienes la espada en la vaina?
ARPAGO.
No vengo á matarte, **Ciro**;
Ciro, en que he sido, repara,
Quien dos veces te dió vida
A costa de sus entrañas.
Retirás todos.
CIRO.
¿Qué dices?
(Retranse los soldados.)
ARPAGO.
Que escuches la historia larga
De tu vida y mi desdicha.
CIRO.
Dime, **Arpago**, si me engañas,
Porque no será valor.
ARPAGO.
Antes que del monte salgas,

Sabrás si te engaño: escucha.
CIRO.
Yo escucho en tu confianza,
Pero mas en mi virtud;
Porque si á traicion me matas,
Volveré del otro mundo,
Y sabré tomar venganza.
ARPAGO.
Ciro valiente, de quien
Pende la corona toda
Del Asia, aunque te quitaban
Con la vida la corona,
Ya no es tiempo de callar;
Que cuando la verdad sobra,
Aunque rompa mi palabra,
Mas que me infama, me honra.
No es la causa que yo tengo
Para vengarme tan poca;
Que no pedirá palabras
Quien hace tan malas obras.
El cielo me manda hablarte,
Que rompérsela no importa;
Antes el cielo se sirva
De que á un tirano la rompa.
El rey **Astíages**, de Media,
Tuvo por hija la hermosa
Mandane, de cuyo vientre
Soñó que con verdes hojas,
Entre fértiles racimos,
Salía una vid frondosa
Que toda el Asia cubría:
Por cuyo temor se informa
De los sabios que en su reino
Guarnecen talares togas.
Todos dicen que su hija,
Y unánimes se conforman,
Pariría un bello infante,
Que con fuerzas belicosas
El reino le quitaria;
Y de suerte el Rey se asombra,
Que en Persia casa á **Mandane**
Con la mas pobre persona,
Aunque noble, que halló en Persia,
Pensando que al cielo estorba
El poder, á quien están
Sujetas todas las cosas.
Pero no hay fuerzas humanas
Que á las divinas se opongan;
Antes resistido el cielo,
A mas rigor se provoca.
Preñada **Mandane**, el Rey
La vuelve á su casa, y toma
El niño que della nace,
Y á su marido la torna.
Este me entrega, y me manda
¡Qué crueldad! que en una sola
Selva le deje á las fieras
Que le devoren y coman.
No quise yo ser verdugo
De un ángel; que galardona
La piedad el cielo, tanto
La inocencia le enamora.
Con esto, aquel mismo día
Con tierno llanto le arroja
Mi ganadero á las fieras;
Despues le vuelve á su choza,
Donde por suyo le cria,
En cuna rústica ropa
Aquel ánimo real
No de otra manera brota
(Volviendo en coturnos de oro
Las que eran abarcas toscas)
Que del conduto la fuente,
Por la superficie rota,
Bullendo las arenillas,
Revierta menudo aljófár.
Este fuiste, fuerte **Ciro**,
Que de burlas rey te nombras,
Porque te enseñaba el cielo
Que á las veras te dispongas.
Astíages, viéndote vivo,

De tal manera se enoja,
Que me convida á comer
¡Ay Dios! con alma traidora.
Como, y despues me pregunta
Si fué espléndida y sabrosa
La comida; yo, ignorante,
Le agradezco tantas honras.
Eseñame luego... ¡Ay cielo!
¡Qué lágrimas y congojas
El prólogo quieren ser
De mi tragedia llorosa!
Me enseña, dije... ¡Ay de mí!
¿Cómo diré...? ¿De qué forma?
—En una sangrienta fuente
Vi la cabeza amorosa,
Piés y manos de mi hijo.
Tanto mueve y alborota
El alma ver que su cuerpo
Su mismo padre le coma.
En mi llanto y en su sangre
Mis tiernos ojos se mojan,
Por ver si pueden lavar
La misma engañada boca.
Volví el ser que di á mi hijo
A mi ser, como quien cobra
Lo que ha dado, y de mi carne
Se aumenta mi carne propia.
Así me dijo: «En tu hijo
Tomar venganza me toca
De no haberme obedecido,
Pues vive mi nieto agora.»
—¡Qué león de Albania, qué sierpe
De Libia, qué tigre, qué onza
Hiciera tan gran crueldad
Cuando los hijos le roban?
Disimulé cuanto pude,
Y el Rey con falsas lisonjas
Te deja volver al monte,
Para que sus peñas sordas
Y mudas fuesen testigos
De tu muerte lastimosa.
Apenas lo supe, Ciro,
Cuando quiere que socorra
Dos veces tu vida el cielo;
Pero cuando ya la aurora
Abre las puertas al día,
Veo en la florida alfombra
Del monte tres hombres muertos,
Y esa mano vencedora
De la crueldad de tu abuelo.
Vuelve, Ciro, á la memoria
Tus agravios; que los cielos
Con su mano poderosa
Te defienden, y te llaman
Al hecho de mayor gloria,
Que en eterno bronce anima
De la alta fama la trompa.
Honra á tu madre Mandane,
Tu imperio heredado cobra
De quien mil veces te ha muerto
Con fieras, hierro y ponzoña.
Aunque, para no matarte,
Defenderte el cielo sobra;
Que es querer matar en él
Del sol la dorada antorcha.
Consagra al templo inmortal
Esta verdadera historia,
Tu mismo imperio restaura,
Tu frente de lauro adorna.
Yo te ayudaré. ¿Qué esperas?
Pelea, mata, despoja,
Atropella, venga, rinde,
Tala, quema, vence, roba;
Rey te llama, gente junta,
Las banderas enarbolan.
Valor tienes, di quien eres;
Que Dios te dará vitoria.

Entre este verso y el siguiente deben faltar algunos. En otras partes de esta relación y en varias de la comedia se ocha menos.

CIRO.
¡Notable historia! y tan llena
De prodigios, que me ha dado
Contento como cuidado,
Y como esperanza pena.
Lo que Júpiter ordena,
Resistir intenta en vano
La mas poderosa mano;
Porque es mortal desatino
Contra el decreto divino
Oponerse intento humano.
No sin causa me ponía
El alma en el pensamiento
Ser rey; que este fingimiento
De aquella verdad nacía.
Esforzándose va el día;
Si nos ven, perdido soy.
Palabra de rey te doy,
Si me ayudas, de vengarte,
Escribiéndote en qué parte
Gente levantando estoy.
Mi padre, aunque no lo ha sido,
Y un amigo que venía
Conmigo, buscar quería,
Que en el monte se han perdido;
Que por eso me despido
De ti con tanto recelo.
Dame tus brazos.

ARPAGO.
El cielo
Confirme nuestra amistad.

CIRO.
Tú verás mi voluntad.

ARPAGO.
Tú mi favor.

CIRO.
Tú mi celo.

ARPAGO.
Seré tu esclavo.

CIRO.
Tu amigo
Seré yo.

ARPAGO.
Mi rey serás.

CIRO.
Arpago, tu amigo es mas,
Y cumpliré lo que digo.

ARPAGO.
Presto me veré contigo.

CIRO.
Cielos, escribise en vos
Esta amistad de los dos.

ARPAGO.
Ya la guerra me provoca.

CIRO.
Toca al arma.

ARPAGO.
Al arma toca.

CIRO.
Arpago, adios.

ARPAGO.
Ciro, adios.

ACTO TERCERO.

Campo.

ESCENA PRIMERA.

FLORA; BATO, de soldado gracioso.

BATO.
¿No vengo bizarro, Flora?

FLORA.
Y galan tan singular,

Que te pudiera envidiar
El que lo fué de la aurora.
Bien es que en esta jornada
Del mas gallardo presumas,
Porque no hay galan sin plumas
Ni valiente sin espada.
A lo gallardo he pensado
Que has de igualar el valor,
Porque del ruin labrador
Sale siempre el buen soldado.
Entre cuanta gente viene
Por varias partes á Ciro,
Solo te alabo y te admiro
De cuantos soldados tiene.

BATO.

Diceslo, Flora, burlando;
Mas, pues ya no puede ser
Que á Ciro puedas querer,
Que me quieres voy pensando.
Ya Ciro es rey, ya gobierna
Ejércitos, no ganados;
Ya camina entre soldados
A conquistar fama eterna.
Ya, en vez del rudo jumento,
Feroz caballo corrige
Con duro freno, y le rige
Entre la tierra y el viento.
Ya no hay bueyes que administre
La aguijada del arado;
Armas viste, y Fresno herrado
Pasa de la cuja al ristre.
Con esto de las crueldades
De su abuelo se defiende:
Imperios Ciro pretende;
No labranzas ni heredades.
No busca Ciro las tierras
Donde los ganados pacen;
Que las majestades nacen
Enseñadas á las guerras.
Ya, con mas altos intentos,
Aspira á reinar, no á ti:
Quiéreme tú, Flora, á mí,
Y juntemos pensamientos.
Llevaréte, si me quieres,
Al lado por esas guerras;
Verás mares, verás tierras,
Que es condicion de mujeres.
Ea: ¿qué lo estás pensando?
Que Filis, con ser quien es,
A Ciro sigue, despues
Que ha visto á Ciro reinando.
Y tenemos copia inmensa
Contra el viejo rey cruel,
Aunque nos han dicho que él
No se duerme en la defensa.
Que sabiendo que vivía
Su nieto, y que gente armaba,
De Júpiter blasfemaba,
Y á Arpago matar quería.
Y así, de varias naciones
Tan grande campo ha formado,
Que cubre el mas dilatado
De banderas y escuadrones.
Pero de Ciro el valor
Tan animoso le espera,
Que no pienso que pudiera
Ser el de Marte mayor.

FLORA.

Yo, Bato, desengañada
De que era bárbara ley
Querer un nieto de un rey,
Entre estos montes criada,
De pensamientos mudé;
Que era loca fantasía,
Y aquel amor que tenía,
Como se vino se fué.
Ni de tí ni otro alguno
De cuantos Dios ha criado,
Estimaré su cuidado,
Ni le tendré de ninguno.
Hayan los hombres nacido

En buen hora, cuantos fueren,
Para quien ellos quisieren;
Logren su amor ó su olvido;
Que yo los doy desde aquí
A las que no los conocen;
Y muchos años los geceen
Sin darme celos á mí.
Siempre nos causan desvelos
Los firmes y los mas justos:
¡Mal año para sus gustos,
Si tengo de ver mis celos!

(Vase.)

ESCENA II.

BATO.

Dejarás de ser mujer,
Serás piedra, y no persona;
Que la mas fuerte amazona
Hombres hubo menester.—
Mas ya nuestro Marte miro,
Que con la divina rama
Del sol, su gente le aclama
Por rey.

(Tocan cajas dentro.)

ESCENA III.

CIRO, con laurel; FÍLIS, en hábito
corto; MITRIDATES, SOLDADOS, mÚ-
sICOS.—BATO.

SOLDADOS.

¡Rey Ciro, rey Ciro!
músicos. (Cantando.)

Coronad, soldados,
La ilustra cabeza
Del valiente Ciro,
Nuevo rey de Persia. [guerra!
¡Al arma, al arma, al arma! guerra,
Toca la caja, y ríndase la tierra.
(Tocan la caja á rebato.)

CIRO.

No desdice á mi laurel
La música, pues se cuenta
De Aquiles, que se incitaba
Con la música á la guerra.
Por incapaz el caballo
Del dulce son de las cuerdas;
Al de la caja se anima,
Y á la voz de la trompeta.

músicos.

[guerra!
¡Al arma, al arma, al arma! guerra,
Toca la caja, y ríndase la tierra.

FÍLIS.

Bien pareces laureado;
Pero no sé cómo pueda
Pensar que me ha estado bien,
Ciro, tu inmensa grandeza.
Alégrome de mirarte,
Príncipe de Persia y Media,
Y de ver que con justicia
Tan grande imperio pretendas;
El aplauso que te han dado,
Las escuadras que gobiernas,
La fama de tus principios,
Las armas de tus banderas;
Pero no puedo alegrarme
Que contra mí te engrandezcas.
Reina me hiciste en las burlas,
Para no serlo en las veras.

CIRO.

Fílis, aquel mismo soy
Que antes de ser rey: no temas;
Que obligaciones honradas
Son en las almas eternas.
Bajos pensamientos tiene
Quien los amigos desprecia
Que tuvo cuando era humilde;
Por vanidad y soberbia.

Para mí siempre serás
Lo que fuiste.

FÍLIS.

No desea
Mi alma tus reinos, Ciro;
Tú solo en mi pecho reinas:

CIRO.

Mitridátes...

MITRIDATES.

Hijo mío...

Perdona; que no quisiera
Perder aquel nombre amado
Que trasladaron las fieras
A mis entrañas el día
Que pude librarte dellas.

CIRO.

Esta carta al Rey mi abuelo
Escribo, para que crea
El ánimo con que estoy.
Tú la has de llevar.

MITRIDATES.

Mis fuerzas
Ya no son para embajadas.
A un soldado la encomienda,
Que tenga tanto valor.

BATO.

Aunque locura parezca,
Yo se la pondré en las manos.

CIRO.

Pues ¿qué dirán si la lleva
Hombre como tú?

BATO.

Señor,
Los avisos de la guerra
No requieren calidades,
Sino personas resueltas.
Yo soy loco, y le daré
La carta, cuando el Rey fuera
Júpiter.

CIRO.

Pues parte, Bato,
Adonde las cajas suenan,
Y ten buen ánimo.

BATO.

Basta
Que á tu valor me parezca.
Hoy no volveré con vida,
O te traeré la respuesta.

(Vase.)

ESCENA IV.

CIRO, FÍLIS, MITRIDATES, SOLDADOS,
músicos.

CIRO.

Bella Fílis, vén conmigo,
Verás la gallarda muestra
Que hoy he mandado que haga
Mi ejército en tu presencia.

FÍLIS.

Los cielos te den vitoria.

CIRO.

Llevándote por estrella,
Es poco ganar un mundo.—
¡Hola, capitán! apresta
Un caballo.

CAPITÁN.

Ya te aguarda
Con paramentos de tela.

CIRO.

MI virtud es mi fortuna;
Que la virtud no se hereda.

(Vase.)

Sala en el palacio de Astiáges.

ESCENA V.

EL REY, ARPAGO.

REY.

¿Que muestra tanto valor?

ARPAGO.

Partí, Señor, á la aldea,
Patria, si es bien que lo sea,
De aquel mónstruo labrador;
Y antes, Señor, de llegar,
Sonaba de la manera
El estruendo, como altera
Montes de espumas el mar.
Pregunté á un pastor que hallé
Del estruendo la ocasion,
Y díjome: «Este escuadron
Que mal formado se ve,
Es la gente del rey Ciro,
Que de varias partes viene.»
«¡Ciro, respondí, previene
Gente! su locura admiro.
Pues un villano, ¿á qué efeto,
Que ayer ovejas guardó?»
«No es villano, replicó;
Que es del rey Astiáges nieto.»
Su historia le ha referido
Un hombre que le ha criado.
Temíóse apenas formado,
¿Qué hará despues de nacido?
Que si antes de ser su ser,
Le da el ser temor igual;
Despues de ser, y ser tal,
¿Querrá que deje de ser?
De su poder engañado,
Piensa que el del cielo excede;
Porque aun el cielo no puede
Quitar el ser que no ha dado.»
—Entro en el lugar, y veo
Las flautas vueltas templadas
Cajas, lanzas las azadas,
Y el cavar galan paseo.
Hallo á Ciro finalmente
Entre estas bárbaras sumas,
Mas coronado de plumas
Que de laureles la frente;
Y hablándole de tu parte,
Le digo cómo desea
Tu amor que el reino posea,
Dándole á Dario su parte.
Dice con vana arrogancia
Dos mil locuras, Señor;
Y es repetirlas error,
Porque no son de importancia.
No le espantas general
Esta empresa.

ESCENA VI.

UN CRIADO.—EL REY, ARPAGO;
despues, BATO.

CRIADO.

Aquí, Señor,
Un rústico embajador,
A quien le despacha igual,
Trae una carta de Ciro.

REY.

Dile que entre.

CRIADO. (Yendo á avisar.)

Entrad.

(Sale Bato.)

BATO. (Ap.)

No sé

Si pida silla; que en pié
Al Rey con Arpago miro.
Mas no será maravilla
La que el jumento me dió;

Que muchos hay como yo,
Que pasan de albarda á silla.

REY.

¡Buena soldado!

ARPAGO.

Desta traza,
Deste tallo, desta ley
Son los demás.

BATO.

Señor Rey...

REY.

Hablad.

BATO. (Ap.)

Todo me embaraza.

REY.

Dejad la espada, y decid.

BATO.

Vuestro nieto, que Dios guarde,
Me dió esta carta ayer tarde.

REY.

Es lo demás proseguir.

BATO.

Lo demás se me ha olvidado;
Pero todo viene ahí.

REY.

¿Sois soldado?

BATO.

Señor, sí.

REY.

Y ¿há mucho que sois soldado?

BATO.

Soldado y embajador
Soy desde ayer.

ARPAGO. (Ap. á Bato.)

Para mí

¿Traes alguna carta?

BATO.

Sí;

Luego os la daré, Señor.

REY.

(Lee.) «Ciro á su abuelo.» ¡Arrogante

Titulo! «Tu gran crueldad

«(Que no hay hombre ni deidad

«Que en cielo y tierra no espante,

«Pues antes de tener vida,

«Me la quisiste quitar)

«Me obliga á solicitar

«Vería de tí defendida.

«Para esto, y no perder

«El reino de mis pasados,

«Hice levas de soldados

«Contra tu injusto poder.

«El dinero que traía

«De Persia tu tesorero

«Tomé, porque es lo primero

«Que mayor falta me hacía.

«Verdad es que le dejé

«Luego un resguardo firmado

«De cómo estaba bien dado,

«Y que á cuenta lo tomé

«De lo que he de habet; que en todo

«Es bien la cuenta y razon.»

BATO.

Y á mí en la misma ocasión

Me lo dijo dese modo.

Es Cirio muy puntual.

REY.

¡Mi tesoro! Hoy le destruyo.

BATO.

De lo que no fuere suyo

No ha de tomar un real.

REY.

(Lee.) «Si quieres, como mi abuelo,

«Volverse el reino que es mío

«(Que matarme es desvario,

«Cuando me desdiché el cielo),

»Yo te prometo de darte,
»Y como rey lo prometo,
»Donde vivas con secreto,
»De mi reino alguna parte.»
—Torres en el viento labra.

BATO.

¿Oye, Señor?

REY.

Hombre, di.

BATO.

Todo lo que viene ahí
Me lo dijo de palabra.

REY.

Si mandarte castigar
Mi grandeza permitiera,
Villano, tu muerte fuera
La que te hiciera callar.

ARPAGO.

Señor, si á tan vil sugeto
Humillas la majestad,
La suprema autoridad
Padecerá indigno efeto.
¿Qué gentil Héctor, qué Aquiles,
Qué rey de los animales
Ensangrentó las reales
Uñas en las liebres viles?
Demás de ser labrador
Y desigual enemigo,
Le reservan del castigo
Las leyes de embajador.
Cause risa á tu grandeza
Ver los soldados que tiene
Ciro, pues este á dar viene
La muestra de su bajeza.

REY.

Arpago, no le imagines
Tan vil; que de no temer
Los principios, suelen ser
Tan desdichados los fines.
Que, aunque no es Aquiles griego
Para ponerme desmayo,
De un vapor se engendra un rayo,
Y de una centella un fuego.
—Tú, villano, véte, y di
Que yo mismo á verle voy.

BATO.

Capitan de Cirio soy,
Aunque villano nací,
Y por allá nos verémos;
Que de la hoz á la espada
No es muy larga la jornada,
Aunque parezcan extremos.
No os fleis en escuadrones;
Que hay mancebo por allá
Que con la honda os hará
Ir tropicando terrones;
Porque si Cirio tuviera
Cuatro mozos como yo,
No digo este imperio, no,
Mas toda el Asia rindiera.
Que es imposible criar
Tantos ejércitos vos
Como puede matar Dios,
Y yo ayudarle á matar.
Solo de haberme mirado
Ciro, he quedado tan fuerte,
Que puedo matar la muerte,
Si fuese vuestro soldado.
¿Pensais que viene enseñado
Este fuerte capitan
Al regalado falsan
Y al vino aromatizado?
¡Vive Dios, si no le dais
El reino y restituis!...

REY.

¡Dioses! ¿aquesto sufrís?
En qué entendeis? ¿Dónde estáis?
Blasfemo de vuestro nombre.
¿A mí un villano!...

ARPAGO.

Señor,
Que es loco y embajador.

REY.

¿Qué importa matar un hombre?

BATO.

Téngase allá todo rey;
Que no me envían á mí
Para que me mate así.

REY.

Válgale, Arpago, la ley,
No de embajador, de loco.—
Di, villano, al otro infame
Que mi nieto no se llame;
Que á mas furor me provoco.
Y que me espere: verá
Quién es rey y quién traidor.

BATO.

Ya no es Cirio labrador;
Rey es Cirio, y rey será.
(Vase.)

—

Campo.

ESCENA VII.

ALBANO, SILVIO, RISELO; *después*,
CIRO.

ALBANO. (Dentro.)

¡Válgate Júpiter santo!

SILVIO. (Dentro.)

Tan presto se levantó,
Que pienso que no ha caído.

RISELO. (Dentro.)

No hay pájaro tan veloz.

CIRO. (Dentro.)

Paso; no es nada, soldados.
Bueno estoy, no hagais rumor.

ESCENA VIII.

CIRO, FILIS.

FILIS.

¡Mal agüero!

CIRO.

Si es agüero,

No para mí.

FILIS.

¿Cómo no?
Caer, corriendo un caballo,
Cuando con tanta atencion
Te aplauden y aclaman rey
Tus soldados á una voz,
¿No es agüero de caer
Del puesto á que te subió
Tu fortuna?

CIRO.

Espera, Filis;
Que á ver si es agüero voy. (Vase.)

ESCENA IX.

ALBANO, RISELO, SILVIO,
SOLDADOS. — FILIS.

ALBANO.

Donde al furioso caballo
Le detuvo el resplandor
De las espadas (que huyendo,
Tan velozmente corrió,
Que no se quejaba el prado
Que le lastimase flor
(Tanto puede aun en un bruto
Librarse de la prision),

Bañado en sudor el cuerpo
De aquella furiosa acción,
Y el freno de espuma y sangre)
El fuerte Ciro llegó.

RISELO.

La espada saca.

FILIS.

¿A qué efecto?

SILVIO.

Las dos piernas le cortó,
Con aire y airada mano,
De un revés.

ALBANO.

¡Bravo rigor!

RISELO.

Sentóse en tierra sin ellas
El que las puso mejor
Al parar en la carrera.

SILVIO.

Y el animal que formó
Naturaleza mas bello
Para dar envidia al sol;
Porque á tenerle su carro,
No despeñara á Faeton.

ESCENA X.

CIRO, MITRIDATES.—DICHOS.

CIRO.

Ya, vasallos, el agüero
En mi caballo cayó:
Tal es el temor y engaño
De la humana condicion.
El es muerto y yo soy vivo,
Con que el agüero cesó;
Que no hay fortuna contraria,
Que no la venza el valor.

MITRIDATES.

Conozco y todos conocen
Tu valiente corazón;
Pero cuando avisa el cielo,
¿Quién no ha de tener temor?
¿Qué rey murió sin cometa?
¿A qué fatal destruccion
No precedieron presagios?
¿Que infante en el pecho habló,
Que no sucediesen guerras?

CIRO.

Pues, padre, en la guerra estoy.

ESCENA XI.

BATO.—DICHOS.

BATO.

Dame tus reales plés,
Capitan, cuyo blason
Ya le temen los dos polos.

CIRO.

¡Oh Bato, mi embajador!
Dististe la carta al tirano
De mi vida?

BATO.

Y respondí,
Con injuria de los dioses,
Que daré satisfaccion
Presto á tu loca arrogancia.
Pero mira ¡cómo Dios,
Cuando los hombres castiga
Por algun notable error,
Les ciega el entendimiento!
Pues la memoria perdí
Del hijo muerto de Arpago,
Y vienen juntos los dos,
Fiándole la mas parte
Del ejército, que yo
Vi formar en escuadrones,
Que pudiera dar temor

A los feroces gigantes
De la torre de Nembrot.

FILIS.

¡Oh fuerte Ciro! no esperes
Este primero furor.
Retira tu gente adonde
Puedas con la dilacion
Hacer mayor tu defensa,
Y su peligro menor.

CIRO.

Por mirar á un caballero,
Que de un caballo feroz
Se apea, no te respondo.
De paz las señales son.

FILIS.

¡Ay Ciro! mi hermano es este.

CIRO.

Escóndete.

(Retírase Filis.)

ESCENA XII.

ARPAGO.—CIRO, MITRIDATES, ALBANO, SILVIO, RISELO, SOLDADOS.

CIRO.

¿Qué ocasion
Te la ha dado, noble Arpago,
Para hacerme este favor?

ARPAGO.

El Rey tu abuelo, Ciro valeroso,
No solo airado de que no eres muerto,
Mas de entender que intentas animoso
De darte la batalla á campo abierto;
Con saber que del tuyo numeroso
El dilatado monte está cubierto,
Por ser bisofia gente, determina
Ver á qué parte Júpiter se inclina.
Y ardiendo en ira de que tú dijese
Que una parte del reino le darias
En que viviese, luego que rey fueses,
Pues el justo respeto le perdías;
Como de espigas las doradas mieses
De julio miran los postreros días,
Cubrió los campos de la gente propia,
Conducida á la gente de Etopia. [zo,
Treinta mil hombres tuvo en breve pla-
de á caballo los diez, de á pie los veinte,
De alfange al lado y arco persa al brazo,
O el freno al ristre del arnés luciente.
Las varias plumas en diverso lazo
Compiten á la fénix del Oriente:
De suerte que, confusas las colores,
Parecen campos de diversas flores.
Como primero que á la blanca aurora
Enrubie el sol las candidas guedejas,
De sus vivientes átomos colora
Los blandos aires escuadron de abejas;
Así á la voz del atambor sonora
Y á la trompa marcial marchan parejas
Las armadas hileras, y el sol mira
En cada morrion un sol mentira.
De fogosos aligeros bridones,
Que la máquina elevan corpulenta,
Eocintan lazos, crines y cordones;
Que al mas bruto animal la gala alienta:
Y tan iguales van los escuadrones,
Que donde aquel levanta el pié, lesienta
El que le sigue con destreza tanta,
Que no cubre mas tierra que la planta.
En medio las banderas son el alma
Deste cuerpo que digo, donde el viento
Cuando respeta las divisas, calma,
Y luego las convierte en su elemento.
El Rey detrás, como la verde palma,
Resiste al tiempo, de su ley exento;
Que la venganza, si en los años crece,
La mas caduca edad rejuvenece.
Por no cansarte, digo que pudiera
El rey de Media conquistar á Troya,
Si con Agamenon á Grecia fuera

Por la veñanza de la hurtada joya.
No es inconstancia la que el alma altera;
Que la mitad del corazón apoya [to
Nuestra amistad, si no saber que es cie-
ra. Queno te has de librar de preso ó muer-
to. Esto será, si esperas enemigo [to.
Tan poderoso con tan flaca gente;
Que yo solo podré morir contigo,
Cuando tu pecho intrépido lo intente.
Será la fe de verdadero amigo
Polo en que estribe amor eternamente,
Si en competencia del que sufre Atlan- [to,

Donde fuere cristal, seré diamante.
Y porque en un estrago tan notable,
Dicen que no ha de haber viva perso- [na,
Quiero llevar mi hermana donde enta- [ble
Justa defensa á lo que el Rey blasona;
Porque es la guerra parca inexorable,
Que á ninguno respeta ni perdona;
Que si la pongó con defensa fuerte,
Luego contigo abrazaré la muerte.

(Vase.)

BATO.

Huye, Señor; ¿qué esperas?

CIRO.

No he sentido,
Bato, que venga el Rey tan poderoso,
Siento la ausencia con temor de olvido
De aquel amor que conquisté dichoso.

ALBANO.

¡Agora, Ciro, amor!

RISELO.

¿Tienes sentido?

SILVIO.

Mira, Señor, que es el huir forzoso.

CIRO.

Dejadme solo aquí, porque recele
Que de vuestro temor se ofende el cielo.
(Vanse todos, menos Ciro.)

ESCENA XIII.

CIRO.

Quando la nave en el mar
Con fiera tormenta sulca
Las ondas, que con el viento
Arenas y estrellas juntan,
¿Qué de varios pensamientos
En la bitácora turban
Al piloto, que contempla
Tocada de iman la aguja?
Qué cuidadosa que sirve,
Y por todas partes cruza,
Mas turbada que obediente,
La mal prevenida chusma!
Cuál dice «camaina», cuál «vira»,
Para que de presto acuda
A la troza, al chafaldete,
A la triza y á la amura.
Entre los cables y amarras
No hay cosa que no confunda
El temor, y no aprovechan
Filicigas ni ataduras.
Con remolinos pretende
El mar que la nave suba
A la que argentan estrellas
Por escalas de agua turbia;
Hasta que, tranquilo el mar,
Quiere el cielo que descubra
Aquel brillador diamante,
Que paz en la gavia anuncia;
Y aquel celestial topacio
Tiende la melena rubia,
Formando círculos de oro
Entre las nubes purpúreas.
Así corre mi esperanza

Con desesperada furia
Tormenta de pensamientos
En el mar de mis fortunas.
Sentémonos pues, cuidados,
Porque no déis en la dura
Tierra con el grave peso,
Aunque hay valor que le sufra.
Hable el alma, que preside
A las potencias, y infunda
Su luz al entendimiento,
Que oprimen sombras oscuras.
Apenas sueños despiertos
La imaginación confusa
Fabrica por divertirme,
Cuando el temor me deslumbra.
(*Suenan toques de cajas en el aire.*)

¡Cajas de guerra! ¿Qué es esto,
Que por la región segunda
Tocan del aire, y los ecos
A los dos polos resultan?
Las negras nubes se apartan,
Dando lugar que discurran
Tropas de armados persianos,
Que vanas sombras figuran.
Ya con lanzas, ya con rayos,
Ya con espadas desnudas,
Unos con otros pelean.—
Ya se esparcen... ya se ocultan.
—Allí suenan instrumentos,
En cuyos ecos pronuncian
Victoria los claros aires.
¿Qué confusiones, qué dudas!

ESCENA XIV.

LA VOZ DE UNA SOMBRA.—CIRO.

LA VOZ.

Ciro, no esperes al Rey.
Huye; que es mejor que huyas,
Que no que la vida pierdas.

CIRO.

Mucho mal valor injurias.
¿Quién eres?

LA VOZ.

Tu padre soy.

CIRO.

Con tu bajeza deslustras
La majestad de mi madre,
Pues mi empresa dificultades.
¿Mal haya el tirano abuelo,
Que por temer, pues me escuchas,
Le dió á tan bajo caballo
Yegua de tanta hermosura!
Que si me diera un Aquiles,
¡Viven las deidades sumas,
Que aun ellas mismas no estaban
De mis hazañas seguras!
Si tuviera al sol por padre
Como por madre la luna,
Su fénix me viera el cielo
Sin abrasarme la pluma.
¿Mal haya el tirano abuelo,
Mal haya una vez y muchas,
Que un sátiro y una ninfa
Puso á una misma coyunda!
Naciera yo todo sol,
Sin faltarme parte alguna,
Con que, sin mojar los rayos,
Bebiera del mar la espuma.
Véte, sombra, á tu descanso,
Vive la fúnebre tumba
De hombre vil, pues no mereces
Como rey doradas urnas.

LA VOZ.

Grandes desdichas te aguardan.

CIRO.

Mientras que la vida dura,
Contra valor no hay desdicha.
Déjame, sombra importuna.
(*Pasa un cometa por el teatro.*)

¡Qué fiero cometa pasa!
Todo parece que acusa
Mi temerario valor,
Y es lo que mas me disculpa.
Parece que allí me nombra
Entre sangrientas angustias
El hijo de Arpago muerto.
¿Qué cosa, cielos, mas justa
Que vengar un inocente?
Pues, valor, ó muere ó triunfa.
Dios penetra pensamientos,
Dios los corazones juzga,
Y á quien las vidas quitare,
Dios le quitará la suya.

ESCENA XV.

FILIS, en corto, con espada, bolas y espuelas; SOLDADOS.—CIRO.

FILIS.

Ciro, de mi hermano huyendo,
Porque no me hallase, fui
Alejándome de ti,
Y acercándome volviendo.
El se fué ya, presumiendo
Que me volví de temor
A la corte; y no era error,
Si yo la vida estimara;
Pero no hay cosa tan cara,
Que no la desprecie amor.

CIRO.

Filís, de tanta firmeza
No sé yo qué gracias darte.
Yo soy en la guerra Marte,
Tú Vénus en la belleza.
Coronaré tu cabeza,
Si la victoria me dan
Los cielos.

FILIS.

Pienso que están

Contrarios á tu fortuna,
Si puede temer alguna
Tan ilustre capitán.
El Rey viene poderoso,
Cajas y trompetas suenan,
Todos el valor condenan
Con que esperas animoso.
El retirarte es forzoso,
Hasta prevenir mejor
Quien esfuerce tu valor.

CIRO.

Filís, agravio me hicieras,
Si tal consejo me dieras
Menos que con tanto amor.
Las cajas se acercan ya.
Yo voy á ordenar mi gente.

FILIS.

Oye.

CIRO.

Déjame.

FILIS.

Detente.

Tu vida en peligro está.

CIRO.

El cielo la guardará.

FILIS.

Muévate, Ciró, mi amor.

CIRO.

No puedo mas.

FILIS.

¿Qué rigor!

CIRO.

Filís, morir ó vencer;
Porque es imposible haber
Desdicha contra el valor.

FILIS.

¿Oh amor! ¿cómo temes tanto,
Siendo todo corazón?

CIRO.

Suspende, que no es razon,
Filís amorosa, el llanto.

FILIS.

No puedo decirte cuánto
Tengo en los ojos impresos
Tus atrevidos excesos.

CIRO.

Quejaréme ¡oh luces bellas!
Que quieran vuestras estrellas
Pronosticar mis sucesos.

FILIS.

Si fueras, Señor, tan mío,
Como yo tu esclava soy,
Yo sé que dejaras hoy
Ese loco desvarío.

CIRO.

Con justa razon confío.

FILIS.

Sin ella muerte me das.

CIRO.

¡Puedo ya volver atras
En hechos malos ó buenos?
Déjame intentar lo menos;
Que el cielo hará lo demás.
—Soldados, hoy quiero ver

(*Saca la espada.*)

Lo que me habeis prometido.
No os espante que haya sido
Del Rey mayor el poder.
Yo he de morir ó vencer:
Llevad siempre en la memoria
La fama, el triunfo, la gloria
De la alta empresa que sigo;
Que un poderoso enemigo
Hace mayor la victoria.

(*Tocan, y dase la batalla, huyendo los soldados de Ciró de los del Rey, y éntranse.*)

ESCENA XVI.

FILIS, BATO; despues, CIRO.

CIRO. (*Dentro.*)

¡Así dejais vuestro rey
Y vuestro amigo, traidores!
¿Así cumplís la palabra?
¿Falta amor, la fe se rompe?
Cobardes, ¡huyendo vais!

FILIS.

¡Ay Júpiter! que del monte
Cubierto de flechas baja
Ciro entre peñas y robles.

BATO.

Su gente cobarde huye,
Y él la sigue dando voces.
Cayó en tierra. ¿Si está herido?

(*Sale Ciró con algunas flechas clavadas en la rodela.*)

CIRO.

Persas, ¿dónde vais sin orden?
Mataré...

FILIS.

Deten la espada.

Filís soy, ¿no me conoces?

CIRO.

¡Oh Filís! mi gente infame,
Las espaldas vueltas, corre;
Que nunca fueron las obras
A las palabras conformes.

FILIS.

¿Estás herido?

CIRO.

No siento
Heridas, sino traiciones. —

Capitanes, yo soy Ciro;
Cese la infame desorden:
Soldados, yo soy el Rey.
Vivo estoy: ¿qué os descomponen?
Las mujeres os infaman
Con afrentosas razones;
¿Quién hay que oiga sus afrentas,
Y á la batalla no torne?

ESCENA XVII.

ARPAGO, SOLDADOS. — CIRO, FÍLIS,
BATO.

ARPAGO.

Ánimo, valiente Ciro;
Que ya Arpago te socorre.
Mi gente paso á la tuya:
Los escuadrones recoge;
Que, aunque publica vitoria
El Rey, si al paso te pones
Del monte, harás por lo menos
Que no los rinda y despoje.

CIRO.

¡Oh Arpago amigo! cumpliste
La palabra como noble.
Aunque parezco vencido,
No lo estoy, mientras informe
El alma esta vida: tengo
Justa esperanza en los dioses.
Dellos soy hijo, estas flechas
Te dirán que no soy hombre.
Diamantes tengo por alma
En pecho y manos de bronce.
Ninguna dellas me ha herido,
Marte detuvo sus golpes;
No pasan mortales flechas
A divinos corazones.
Mi gente vuelve; que en fin
No hay cosa que los provoque
Como ver que las mujeres
Los afrenten y deshoren.
Ea, soldados, al arma.
¡Ah, cómo vuelven feroces!

ARPAGO.

Leon, capitán de liebres,
Hará las liebres leones.

*(Éntranse. Tocan y vuélvese á dar la
batalla, saliendo y entrando como
suelen.)*

ESCENA XVIII.

CIRO, EL REY, ARPAGO, FÍLIS, con
el rostro cubierto; MITRIDATES,
BATO, SOLDADOS.

REY.

Midió mi soberbia el suelo.
La espada, Ciro, detén;
Que no puede estarte bien
Matar á tu mismo abuelo.
En vano se opone al cielo

Poder mortal: no me des
La muerte, pues ya no es
Venganza, sino bajaiza,
Pues, siendo yo tu cabeza,
Me estás mirando á tus pies.

CIRO.

Levántate.

REY.

Para estar
De rodillas.

CIRO.

Eso no;
Que ningún hombre venció,
Si no supo perdonar.

REY.

Aun no me dejan hablar
Las lágrimas para darte
Las gracias.

CIRO.

Fuera olvidarte
De que antes me has obligado
Rendido, porque me has dado
Ocasión de perdonarte;
Porque es tan alta la gloria
De perdonarte vencido,
Que hasta este punto no ha sido
Verdadera la vitoria.
Que puesto que la memoria
De tus crueldades pedía
La pena que merecía,
¿Cómo quitarte podré
Aquella vida que fué
El principio de la mía?
Casaste con hombre vil
Mi madre, porque lo fuera
El que della procediera;
Que fué prevención sutil;
Mas yo en su pecho gentil,
Como el alma lo sabía,
Viendo que hombre vil nacía,
Dejé la del padre aparte,
Y solo saqué la parte
Que de mi madre tenía.
Que aunque es en la formación
El padre primera forma,
Dios, que las almas informa,
Trocó la primera acción
En su vientre. Tu intención
Tanto al cielo se declara,
Que desde entonces me ampara;
Porque á no nacer á ley
De todo príncipe ó rey,
Allá dentro me quedara.
De suerte que haberme dado
Padre humilde entonces, es
Mas agravio que despues
Mi muerte solicitado.
En fin, lo que no me has dado,
Que es vida, abuelo, te doy:
Vive; pues que vivo estoy,
No dejes de ser por mí;
Pues finalmente por tí
Soy todo aquello que soy.

Para que pases la vida
Una ciudad te daré.
De mi reino, donde esté
Tu persona bien servida,
Y la mía defendida
De algun loco desvario;
Que ya de tí no me fio;
Porque estás á toda ley
Mas enseñado á ser rey
Que no á ser abuelo mío.
¿Qué nombre á tus hechos das?
¿Qué historia, qué fama esperas,
Pues hallé piedad en fieras,
Y en tus entrañas jamás?
Pero con esto no mas,
Por no ofender la esperanza
Que te da mi confianza;
Que, aunque el cuerpo no lo sienta,
El que de palabra afrenta,
Toma del alma venganza.

REY.

Yo daré con humildad
A tu imperio la obediencia
Que verá el mundo.

CIRO.

Ya, Arpago,
Llegó ocasión á tus quejas,
Pues no he vengado á tu hijo.

ARPAGO.

Antes agravio me hicieras
En no darme parte á mí
De la piedad y grandeza
Con que has perdonado al Rey;
Y te suplico que seas
Tan piadoso, que me des
De aquesta piedad la media,
Para que perdones al Rey.

CIRO.

¡Palabras de tu nobleza!
¿Dónde está Fílis?

BATO.

Aquí,
Con esta banda cubierta.

FÍLIS.

Yo soy tu esclava.

CIRO.

Soldados,
La hermana de Arpago es reina.

FÍLIS.

Pagaste mi amor.

ARPAGO.

Y el mío.

CIRO.

Y aquí dió fin el poeta,
Que aun vive para servirnos,
A su historia verdadera,
Fiado en vuestro valor,
Porque llamarse pudiera
Contra valor no hay desdicha,
Y el primero rey de Persia.

EL GUANTE DE DOÑA BLANCA.

PERSONAS.

DON JUAN DE MENDOZA.
BRITO.
DOÑA BLANCA.

JULIA.
DON NUÑO DE ANDRADA.
MENDO, criado.

EL REY DON DIONIS.
DON PEDRO DE ATAIDE.
DOÑA LEONOR.

TOPIÑO, escudero.
ACOMPANAMIENTO.
CRIADOS.

La escena es en Lisboa.

ACTO PRIMERO.

Sala en el palacio del Rey.

ESCENA PRIMERA.

DON JUAN, *de camino*; BRITO.

BRITO.

Mas parabienes te doy
Que tiene estrellas el cielo,
Aunque del notable agravio
Tengo justo sentimiento.
Dejásteme en Portugal,
Cuando pudo mi deseo
Ver á Castilla contigo.

DON JUAN.

Fuera mi mayor contento
Llevarte en mi compañía;
Pero de mi ausencia el miedo
Fue causa que te dejase
En Lisboa, no sabiendo
Que Nuño fuera á Aragón,
De quien tengo justos celos.

BRITO.

Luego que de aquí partiste
A pedir al rey don Pedro
Su hija, partió don Nuño.

DON JUAN.

A mi fortuna agradezco
Que no quedase en Lisboa;
Que, aunque (como sabes) tengo
Favores de doña Blanca,
Ni en mí, ni en ella, ni en ellos
Puedo ausente confiarne,
Pena de loco ó de necio.
¡Tuviste dicha de hablarla
Alguna vez?

BRITO.

Cuando quiero,
Con la capa del donaire
Todo el palacio penetro.
Seguro estás de su parte:
Ella te quiere en extremo,
Y con el mismo aborrece
A Nuño.

DON JUAN.

¡Milagro nuevo,
Si le favorece el Rey,
Que mira con tal desprecio
Todas mis acciones, Brito!
Pues ninguna cosa intento
En que acierte á darle gusto.
El título que pretendo,
Tengo ya por imposible.

BRITO.

Quien pretende (estáme atento);
Tres cosas ha de tener.

DON JUAN.

¿Qué son? que ya las espere.

1-2.

BRITO.

Son diligencia y paciencia;
Y poco merecimiento.

DON JUAN.

Todas pienso que me faltan.

BRITO.

Hoy te dará, por lo menos,
De las paces confirmadas
Con Castilla, el justo premio.—
Pero doña Blanca pasa
De su cuarto al aposento
De la Infanta, ó se la hurtaron
Mis ojos á tus deseos.
Llega. ¿De qué estás turbado?

DON JUAN.

Del peregrino suceso;
Que amor y temor el alma
Entre fuego y hielo han puesto.

BRITO.

Pues parece portugués
En lo tierno y lo discreto.

DON JUAN.

Lo discreto se me olvida,
Y de lo tierno me acuerdo.

BRITO.

Llega, que ya pasa, llega.

ESCENA II.

DOÑA BLANCA, JULIA. — DICHOS.

DON JUAN.

Aquí, mi señora, un cuerpo
Que fué sin alma á Castilla,
Y en un mes siglos eternos
Vivió sin vida (que ausente
Fué lo mismo que estar muerto),
Viene á Portugal por ella.

DOÑA BLANCA.

No quiero, si yo la tengo,
Dársela; que no es razon
Que tengais lo que no es vuestro.
¿Cómo venis?

DON JUAN.

Como fui.

Y vos ¿cómo estáis?

DOÑA BLANCA.

No puedo
Deciros cómo me he visto,
Pues os lo dice que os veo.

DON JUAN.

Temo vuestra discrecion,
Y vuestra hermosura temo;
Que si aquella hablando mata,
Esta callando me ha muerto.
¿Qué os preguntaré de mí?

DOÑA BLANCA.

Que todos mis pensamientos
Me llevastes á Castilla.

DON JUAN.

De los míos, os prometo
Que allá no llevé ninguno;
Que todos se me perdieron
Al salir de Portugal.

DOÑA BLANCA.

Perdonadme, porque creo
Que ya se viste la Infanta.

DON JUAN.

Dado me ha notables celos
El corazon de esa joya;
Que está en fin en vuestro pecho.

DOÑA BLANCA.

Pues tomad el corazon,
Porque soseguéis el vuestro.
(*Dañ un corazon de diamantes, y vase.*)

BRITO.

Yo no vengo de Castilla,
Señora Julia, ni quiero
Corazon de oro.

JULIA.

Ni yo

Le quiero dar el que tengo. (*Vase.*)

ESCENA III.

DON JUAN, BRITO.

BRITO.

Ahora verás que ha sido
Todo lo que dije cierto.

DON JUAN.

¿Hablé bien?

BRITO.

No, sino mal,
Pues que llegaste muy necio
Diciendo, á lo sacristan,
Que venias por el cuerpo.

DON JUAN.

Por el alma dije, Brito.

BRITO.

Cuerpo, Señor, no es requiebro
Para dama de palacio.

DON JUAN.

Poco logré mi contento.
Nuño, dicen que ha venido;
Y haz cuenta que sin remedio
Desembarca en mi temor
Toda una flota de celos.

ESCENA IV.

DON NUÑO, *de camino*; MENDO.
— DICHOS.

MENDO. (*Ap. á don Nuño.*)

Don Juan vino de Castilla.

DON NUÑO.

Ya tengo por mal agüero
Ser, al entrar en palacio,
La primer cosa que veo.

MENDO.
Háblale; que ya te ha visto.
DON NUÑO.
Si él me ha visto cuando llego,
¿Por qué no ha venido á hablarme?
BRITO. (Ap. á don Juan.)
Señor, ¿de qué estás suspenso?
Nuño de Andrada te ha visto:
Háblale.

DON JUAN.
¿No eres mas necio?
Si él entra, y yo estoy aquí,
Y no llegamos á un tiempo
A hablarnos, ¿no ves que ya
El fuera mas y yo menos?
DON NUÑO. (Ap. á Mendo.)
¿Qué hay, Mendo, de doña Blanca?

MENDO.
Mucho mal.
DON NUÑO.
¿Mucho? No entiendo
Cómo puede ser, estando
Ausente don Juan.

MENDO.
Yo pienso
Que os ha de vencer á entrambos
Un nuevo galán, por nuevo.
DON NUÑO.

¿Quién?
MENDO.
Presumo que el Rey sea,
Aunque no lo sé de cierto.

DON NUÑO.
Cuando me envía á Aragón
A tratar su casamiento,
¿Sirve el Rey á doña Blanca?

MENDO.
¿Eso te parece exceso?
¿No sabes sus bizarrías?
Verdad es que no lo tengo
Por cierto.

DON NUÑO.
El viene.

ESCENA V.

EL REY, DON PEDRO, ACOMPAÑAMIENTO. — DICHOS.

DON PEDRO.
Hoy tendrá
Dos embajadas á un tiempo
Vuestra alteza.

REY.
Y son entrambas
Todo el fin de mi deseo.
(Don Juan y don Nuño llegan al Rey,
cada uno por su parte.)

DON JUAN.
Ya, Dionís invictísimo, confirma
El castellano rey la paz contigo:
Este el despacho fué, y esta su firma,
En fe de ser tu verdadero amigo.

DON NUÑO.
Ya, generoso Príncipe, se afirma
(Como verás por esta, y soy testigo)
El rey aragonés en que tú seas
Quien entre tantos á Isabel poseas.
Tu fama adora, tu valor prefiere
Al águila imperial, á la lis de oro;
Vecino te anticipa y yerno quiere:

REY.
De tan grande servicio el premio igno-
¿Es hermosa Isabel? (ro.)

DON NUÑO.
Si no se inflere
De su fama, Señor, piensa en el coro

Angélico, y de allí forma una idea
Que igual en todo á su hermosura sea;
Que despues de vencer con su belleza
Cuanto la antigüedad único admira,
Adorna su real naturaleza
Tanta virtud, que á ser divina aspira.

REY.
Pedro dejó por mí tanta grandeza,
Que hasta del mismo imperio se retira?
Muy obligado estoy: veré estas cartas,
Para que, vistas, por mi esposa partas.
Con título de conde irás honrado,
Amigo Nuño, cuando tiempo sea.

DON PEDRO.
¿Cómo á don Juan, Señor, no le has pre-
Si la paz de Castilla se desea? (miado,

REY.
Si es en esto su rey interesado,
Premie al embajador cuando le vea:
Yo, Nuño, á tí, que casamientos haces,
Y á quien le está mejor, pague las pa-
[ces.]

Háganse fiestas, máscaras, torneos,
Y arda en luces Lisboa, porque sea
Notorio á tierra y mar que en mis de-
[seos]

Lo que al César negó, don Pedro em-
Donde juntan eternos himeneos [plea.
El Tajo y el Océano se vea
Otra tanta ciudad, y retratada
En lienzo de cristal la indiana armada.

¿Oh Nuño! ¿quién pudiera hacerme el
Que recibo de tí, sino tu mano? [gusto
Poco premio te doy, pero muy justo,
Por la bella Isabel, ángel humano.
Ya ni el lirio francés ni el cetro augus-
Compieten con el orbe lusitano; (to
Pues hoy, amor, á un lazo eterno incli-
[nas]

Las barras de oro y las sagradas quinas.
(Vase con su acompañamiento.)

ESCENA VI.

DON JUAN, DON NUÑO, BRITO,
MENDO.

DON JUAN. (Bajo.)
No sé cómo fué posible
Reportarme en tanto agravio.

BRITO. (Bajo.)
Siempre fué el silencio sábio
Y la paciencia invencible.

DON JUAN.
¿Qué paciencia puede haber
Donde no vale el valor?

BRITO.
Mira que te oyen, Señor,
Y hay quien se pueda ofender.

DON JUAN.
Porque me escuche, lo digo,
Nuño, sin razon premiado.

DON NUÑO.
El premio que el Rey me ha dado,
Y cuanto hiciere conmigo,
Señor don Juan de Mendoza,
Es en don Nuño de Andrada
Merced tan bien empleada,
Por los títulos que goza
De su sangre y su valor,
No por lo que el Rey le da;
Que ningún noble dirá
Que en él lo estará mejor.
Y admírame que digais
Que sin razon me ha premiado;
Pues sin ella habeis mostrado
Que, mas que el premio, envidiais
El haberlo merecido.

DON JUAN.
Yo, señor Nuño, pudiera

Responderos, si aquí fuera
Al respeto permitido;
Pero no pudiendo ser,
Solo digo que me agravio
De que el Rey, prudente y sábio,
Tanto se pueda ofender
De mi fortuna ó de mí,
Que, con servirle del modo
Que veis, se canse de todo,
Y todo lo pague así.
¿Cuándo efetos de mi pluma
Ó de mi espada escuchó
Con gusto, ó quizá que yo
De alguna dellas presuma?
Cuándo de cosa que hiciese,
Su alteza gusto mostró?
Cuándo mi amor le sirvió,
Que premio alguno tuviese?
Cuándo, aun de solo un donairo
Bien dicho, me hicieron dueño,
Que no le oyes con ceño
Y con torcido desaire?
Cuándo merecí tener,
Como otros tienen, lugar
Cuando se humana á tratar
Cosas de gusto y placer?
Cuándo en guerra ó paz mi voto
Fué importante ni discreto?
Cuándo de ningún secreto
Fué conmigo maniroto?
Pero si disculpa alguna
Puede mi agravio tener,
Su virtud no puede ser,
Sino mi adversa fortuna.

DON NUÑO.
A que su alteza no os dé
El merecido lugar
No tengo qué replicar;
Pero yo responderé
A lo que vos me obligais,
Luego que salga de aquí.

DON JUAN.

Sea luego.

DON NUÑO.

Sea por mí.

DON JUAN.

Pues salid.

DON NUÑO.

Voy.

ESCENA VII.

EL REY. — DICHOS.

REY.
¿Dónde vais?
DON NUÑO.

Donde vos mandeis, Señor.

REY.

Ya conozco lo que ha sido,

Y á no lo haber entendido,

Lo viera en vuestra color.

DON JUAN.

Señor...

REY.
Basta con que os mando

Que esto cese.

DON JUAN.

Será así.

REY.

Vos, Nuño, dejadme aquí

Con don Juan.

BRITO. (Ap.)
Estoy temblando.

(Vanse don Nuño y Mendo.)

ESCENA VIII.

EL REY, DON JUAN, BRITO.

REY.

Don Juan...

DON JUAN.

Señor...

REY.

Yo he sabido,
Sin lo que agora escuché,
Las quejas de vuestra fe
Y lealtad, contra mi olvido.
Andais por toda Lisboa
Contando vuestros agravios,
Cosa que en los hombres sábios
Mas causa ofensa que loa.
Decis que no os quiero bien,
Y que en nada me agradais;
Vuestra fortuna culpais
Y mi mal gusto tambien.
Pero estáis muy engañado;
Que por agradarme en todo,
Os trato de aqueste modo;
Que si os hubiera mostrado
Amor en las ocasiones,
Fuera daros enemigos,
Cuidados, penas, testigos
De todas vuestras acciones.
Pero si es vuestra opinion
Tan grave peso admitir,
Y os atreveis á sufrir
La envidia y murmuracion;
Desde hoy serémos amigos;
Pero despues no os quejéis,
Quando cercado os halléis
De cuidados y enemigos.
Por eso dejo á mil buenos
De los no tales atrás,
Porque á los que quiero mas,
Siempre favorezco menos.

(Vase.)

ESCENA IX.

DON JUAN, BRITO.

DON JUAN.

Suspenseo quedo.

BRITO.

¿Por qué?

Que yo parabien te doy,
Pues todo un reino desde hoy
Sobre tus hombros se ve.

DON JUAN.

Necio, conciertan estrellas
El amor, la fuerza no;
Que nunca nadie llegó
A grande lugar sin ellas.
Si bien esto se concede,
No quitando al albedrío
Aquel libre señorío
Con que sujetarias puede.

(Vanse.)

ESCENA X.

DOÑA LEONOR, DOÑA BLANCA.

DOÑA LEONOR.

Ofendes, Blanca, mi amor
En negarme la verdad.

DOÑA BLANCA.

Mal juzgas de mi amistad
Con esa duda, Leonor.

DOÑA LEONOR.

¿Qué desengaño mayor
Que esconder tu entendimiento
Del mio tu pensamiento?
Que á pensamiento escondido,
El que despues le ha entendido
No debe agradecimiento.

DOÑA BLANCA.

Si yo quisiera á don Juan,
¿De quién mejor me fiera,
Pues mis celos excusara,
Sabiendo que es tu galán?
Otros cuidados me dan
Estas tristezas, Leonor.

DOÑA LEONOR.

Si yo sé que son de amor,
¿Para qué me niegas quién
Venció, Blanca, tu desden
Y tu pasado rigor?
Si yo te digo que adoro
A don Juan, y que si sé
Que le quieres, dejaré
La empresa por tu decoro,
¿Qué causa (que yo la ignoro)
¿A tal silencio te obliga,
Siendo tu mayor amiga?

DOÑA BLANCA.

¿Por qué preguntas celosa,
Quando quieres que otra cosa
De lo que piensas te diga?
Un reloj, alguna vez
Que el desconcierto le inquieta,
Suele apuntar la saeta
A la una, y dar las diez.
Tú así, con esa altivez
De tus celosos desvelos,
Haciendo los celos cielos,
Por saber lo que hay en mí,
Apuntas buen celo aquí,
Y darás despues mil celos.

Un vaso tras de otro viene
En una noria, y entrega
Su parte de agua el que llega,
Donde su término tiene;
Pero luego se previene
A volver por mas: tú vas
Desta suerte y vuelta das,
Pues no habrás, parando aquí,
Tus celos dejado en mí,
Quando volverás por mas.
Yo, Leonor, quiero, y no puedo
Decir á quién quiero bien:
Esto basta, y que tambien
Me obligan respeto y miedo.
Tú, deshaciendo el enredo
De tus celos mal pensados,
Sigue tus bien empleados
Pensamientos sin desvelos,
Y de quien no te da celos
No quieras saber cuidados.

DOÑA LEONOR.

Oye.

DOÑA BLANCA.

¿Qué?

DOÑA LEONOR.

Doyme á entender

Que quieres al Rey.

DOÑA BLANCA.

Pues di,

¿No es obligacion en mí?
¿Qué cosa puedo yo hacer
Tan justa como querer
Al Rey?

DOÑA LEONOR.

Pues sigue tu intento;

Que el tratado casamiento
Aun no tiene ejecucion;
Que si él te tiene aficion,
No es vano tu pensamiento.
Muchas veces ha mezclado
En Castilla y Portugal
La vasalla y la real
Sangre la razon de estado
O el amor; y yo he pensado,
Aunque es tu silencio injusto,
Que no te mira sin gusto.

DOÑA BLANCA.

Nunca yo pude obligar
Mi pensamiento á pensar
En lo que no fuese justo.
Verdad es que el pensamiento
De una mujer principal
Debe, aunque sea desigual,
Aspirar á casamiento;
Pero nada desto intento,
Porque quien los rayos mira
Del sol, y á su luz aspira,
En su dorada grandeza
Examina su flaqueza,
Y su presuncion retira.
No quiero yo persuadirme
A ser tan loca, Leonor,
Que pueda en su resplandor
Beber luces y arder firme;
Su esposa en su sol se afirma.

DOÑA LEONOR.

Bien pudiera tu belleza
Y gracia.

DOÑA BLANCA.

Con mas llaneza,
Leonor, hablemos las dos.

DOÑA LEONOR.

¡Ay Blanca! guárdete Dios
Para que te llame alteza.

(Vase doña Blanca.)

ESCENA XI.

EL REY, DON JUAN.—
DOÑA LEONOR.

REY. (A don Juan.)

Recoged esos papeles,
Y despacharé las cartas,
Pues que ya somos amigos:
Y no os parezca la entrada
De mi servicio difícil;
Que, aunque es á los hombros carga,
Pienso que os será ligera,
Si el premio ayuda á llevarla.

DON JUAN.

Señor, mi lealtad y fe
Os darán presto fianzas
(Aunque vos por bizarria
Me admitis á vuestra gracia)
De las obras, y el deseo
Con que á servirlos me llama
Mas el amor que el imperio.

(Vase.)

ESCENA XII.

EL REY, DOÑA LEONOR.

REY.

¿Leonor!

DOÑA LEONOR.

Señor...

REY.

¿Aquí estabas?

DOÑA LEONOR.

Mirábamos desde aquí
Estos jardines yo y Blanca,
Donde son las flores peces,
Los cuadros ondas saladas,
Los árboles son navios,
Cuyas maromas y jarcias,
Sin ver jamás primavera,
Parecen brazos y ramas.
Fuése, y dejóme estar sola;
Que la música y el agua
Aumentan la pena al triste.

REY.

Pienso que no tiene dama
Como Blanca Portugal.

Dime, Leonor: ¿no te agrada
Su entendimiento?

DOÑA LEONOR.

De suerte
Es su hermosura, que iguala
Las Elenas y Lucrecias,
Unas libres y otras castas.
Su talle, brio y aseo
Son el alma de sus galas,
No como en otras mujeres,
Que son las galas el alma.
Y alabo tu discrecion.

REY.

¿Por qué?

DOÑA LEONOR.

Porque si me agrada
Su entendimiento preguntas,
Siendo su hermosura tanta;
Porque, como esta se ve,
Y aquel se trata, no habias
De lo que se ve á los ojos,
Como de cosa tan clara.
Aqui me dijo, despues
De persuadida y rogada,
Que era la luz de sus ojos
Vuestra alteza.

REY.

Tú me engañas
Por saber mi pensamiento.

DOÑA LEONOR.

No se logre mi esperanza,
Si te miento en lo que digo.

REY.

Puesto que los reyes andan
Mas vestidos de lisonjas
Que de la púrpura sacra,
Quiero pagarte, Leonor,
Aunque pienso que me engañas,
Con dos premios la mentira
Con que alientas mi esperanza.
Sea el primero fiarte
Mi pensamiento, que estaba
Oculto en lo mas secreto
De los retiros del alma.
A tu eleccion queda el otro,
Si tengo dadas fianzas
De quien soy á todo el mundo
Para cumplir mi palabra.

DOÑA LEONOR.

Bizarro Dionis (que quiero
Como en el vulgo te llaman
Obligarte tu gentileza),
Yo amo tambien, si amas;
Yo quiero tambien, si quieres;
Yo aguardo tambien, si aguardas.
No hay oro en Tíbar, no hay perlas
En el Sur, no hay esmeraldas
Ni diamantes en Arabia
Que estime amor, sino solo
Gozar la persona amada.
No puedo con mas favor
Salir, Señor, de tu casa,
Que casada con don Juan
De Mendoza.

REY.

Leonor, basta.
A mí me importa, celoso,
Que, como pretendes, salgas.
Véte; que yo le hablaré.

DOÑA LEONOR.

El cielo señor te haga
Del imperio del Oriente,
Y en el mar de Trapobana
Carguen tus naves tributos,
Conducidos á sus playas
De elefantes de Etiopia,
Adonde lleguen tus armas.

(Vase.)

ESCENA XIII.

DON JUAN.—EL REY.

DON JUAN.

Reconocido, gran Señor, el Moro,
Que vino á verte á Ceuta cuando hiciste
El África temblar, cuyo tesoro
Por feudo humilde de tus piés pusiste,
Donde la fama ya las alas de oro
De varias plumas inmortales viste,
Haciendo libre, al discurrir el orbe,
Que ni monte ni mar su vuelo estorbe;
Diez caballos alárabes te envia,
Que el mismo carro de Faeton respete,
Cuyos jaeces le labró Bujia,
Y frenos y acicates Tafilete.
Por el codon, que no hay en Berbería,
Encintan perlas crines y copete,
Y al modo de jinetes andaluces, [ces.
Plumas de Oran los vuelven avestru-
No queda alfombra de los montes cla-

[ros,

Ni cuero de Azamor, de ámbar teñido,
Ni adarga de ante á prueba de reparos,
Que en su Marruécos la sepulte olvido;
Y como á España se conducen raros,
Dos leones tan fieros ha traído,
Que, aunque en imagen los contempla
[y mira,
Parece que el del cielo se retira.

REY.

Erró, don Juan, en enviar el Moro
Por novedad á Portugal leones;
Que aquí todos lo son en cada poro,
Mas fieros que en sus bárbaras regio-
Envieme diamantes, plata y oro; [nes.
Que viven por acá tantos Sansones,
Tantos valientes Hércules altivos,
Que se sabrán comer leones vivos. [ra),
Tengo que hablaros (no hay lugar ago-
Mendoza, en cosa que me importa, cuan-
A vos satisfacer quien os adora; [to
Que por ella empené crédito tanto.

DON JUAN.

Cuanto mas vuestra hechura se mejora,
Y yo de mi bajeza me adelanto,
Tanto, Señor, valdré para serviros.

REY.

Venid despues; que tengo que deciros.
(Vase.)

ESCENA XIV.

DOÑA BLANCA, BRITO.

BRITO.

Despues que endiosado vive,
No hay quien alcanzarle pueda.

DOÑA BLANCA.

No está tan alta la rueda,
Que mas que de burlas prive.

BRITO.

Principio quieren las cosas.
Por lo menos no te pesa.

DOÑA BLANCA.

Quien quererle bien confiesa
Con prendas tan amorosas,
¿Cómo no se ha de alegrar?

BRITO.

¡Oh cuánto el secreto importa!

DOÑA BLANCA.

¿Qué mal amor se reporta
En el placer y pesar!
Que si el Rey viene á saber
Que nos tenemos amor,
Ni hay disculpa á su rigor,
Ni defensa á su poder.
Pero ¿cómo entraste aquí?

BRITO.

Una dueña me parió.
Que esta licencia me dió,
De quien, como vez, nací
Parlero y entremetido.

DOÑA BLANCA.

¿Qué hace en esta ocasion
Tu dueño?

BRITO.

Tu corazon
Le tiene desvanecido.
Todó es versos y sonetos.

DOÑA BLANCA.

No enseñe ninguno al Rey.

BRITO.

Secreto es la primer ley
De los amantes discretos.
Por pagarte el corazon,
Una joya quiere hacer;
Pero no acierta á poner
Al intento ejecucion.
Yo le digo que, pues es
Corazon prenda de amantes,
Haga una alma de diamantes,
Que ofrezca, Blanca, á tus piés.
Que todos los tres lugares,
Adonde las almas van,
En tí los tendrá don Juan
Cuando en el mote repares:
El purgatorio en desvelos
De tus deseos y antojos,
El cielo en tus bellos ojos,
Como el infierno en tus celos.

DOÑA BLANCA.

Mejor le dijeras, Brito,
Que, excusando los diamantes
(Porque en llanezas de amantes
Es el interés delito),
Me diera el alma sin ellos;
Porque en el cielo de amor
Entran las almas mejor
Sin diamantes, que con ellos.

BRITO.

Pensé que me preguntaras
Que cómo no te escribía;
Y un papel que te traía
Guardé, porque en él me hablaras.
Pero pues no mereció
Tu cuidado en esta parte,
Quiero los conceptos darte
Que en él don Juan te escribió.

DOÑA BLANCA.

Erraste en la dilacion.
Muestra.

BRITO.

Lee. (Dale un papel.)

DOÑA BLANCA.

Ya no puedo;
Que viene Leonor.

BRITO.

Esconde
El papel.

DOÑA BLANCA.

Mátame á celos.

ESCENA XV.

DOÑA LEONOR. — DICHO.

DOÑA LEONOR.

Si estabas con el Mercurio
De don Juan, ¿qué sentimiento,
Blanca, habias de tener
Del alboroto que han hecho
Los leones africanos
Que envió el rey de Marruécos
Al invencible Dionis?

DOÑA BLANCA.
Con el buen entendimiento
De Brito me entretenía.

DOÑA LEONOR.
Las infantas van á verlos:
Véa; que no será razón
Que en tal fiesta te echen menos.

DOÑA BLANCA.
(Ap. á Brito. Aun el descansar contigo,
Brito, de mis pensamientos
Esta enemiga me quita.)
Vamos, Leonor.

DOÑA LEONOR. (Ap. á Brito.)
Di á tu dueño,
Embajador de mentiras,
Que aquí te hallaron mis celos.

DOÑA BLANCA. (Ap. á Brito.)
Brito, no le digas nada;
Que te mataré.

(Vanse las dos.)

ESCENA XVI.

BRITO.

Parezco
A aquel sábio que tenía
Dos mujeres por lo menos,
Que la una le quería
Quitar los blancos cabellos,
Y la otra, mas celosa,
Le repelaba los negros,
Con que vino á quedar calvo.

ESCENA XVII.

TOFIÑO. — BRITO.

TOFIÑO.
¡Yo leones! Ni aun por sueños.
Váyase sola mi ama,
Sea su galán bracero;
Que no pienso acompañarla
Por cuanto vale este reino.

BRITO.
¿Qué es esto, señor Tofiño?
TOFIÑO.

¡Oh Brito! Perdido vengo,
De miedo de los leones;
Que aun cuando en las salas veo
Los que están en los tapices,
Me voy apartando dellos.
¡Leones! ¡Soy yo profeta?

BRITO.
No son tan bravos ni fieros;
Que yo en un anfiteatro
Vi un leon que andaba huyendo
De un toro español.

TOFIÑO.
Sería
La causa ver por momentos
Gente, porque hace el trato
Humilde lo mas soberbio.

BRITO.
Bien dices; que una doncella
Mas hosca que un toro nuevo,
A pocos días casada,
Habla, escucha y pierde el miedo.
TOFIÑO.

Por ventura ese leon
Estaba, Brito, á ese tiempo
Con la cuartana. Mas dime,
¿No te admira un moro necio,
Que anda entre ellos con un palo,
Y que le obedecen ellos?
Mira, Brito: no me espanto
Que haya en el mundo arrieros,
Barrenderos, coge-trapos,

Ni zapateros de viejo,
Ganapanes, aguadores;
Cura-potras, busca-yernos;
Ni que haya mujeres que echen
Melecinas por dineros;
Pero leoneros, es cosa
Que pierdo el entendimiento.
¡Dar de azotes á un leon,
Y decir: «Pasa aquí, perro»!
Por la mula de Belen,
Que son locos ó hechiceros.

BRITO.
¡Eso te espanta, si hay
Quien dome potros, y aquellos
Que danzan en las maromas,
Que son peligros mas ciertos?
¿Qué mas necesidad que andar
Toda la vida esgrimiendo,
Teniendo solos dos ojos?
O ¿qué peligro mas cierto
Que andar con una casada
De amores por largo tiempo,
Si el marido y la mujer
No van horros en el juego?

(Dan voces dentro.)
Pero ¿qué voces son estas?

TOFIÑO.
Soltado se ha; yo soy muerto.

BRITO.
Que no es nada.

TOFIÑO.
¿Cómo no,

Si todos los caballeros
Van á defender las damas?

BRITO.
Estáos quedo.

TOFIÑO.
¿Cómo puedo?

Soy flojo de orina, Brito.

BRITO.

Portugués, y decis eso!
Implica contradicción.

TOFIÑO.
No implica sino grigüescos.

BRITO.
¿Qué hombre para la guerra
De África! No tengais miedo;
Que yo estoy aquí... temblando.

TOFIÑO.
Sin que jureis lo lo creo.

(Vanse.)

—
Patio del palacio, rodeado de dos galerías,
alta y baja.

ESCENA XVIII.

DON JUAN, con la capa á un lado, y la
mano en el puño de la espada. Luego,
BRITO y TOFIÑO, y despues, DON
NUÑO.

DON JUAN.
Sola de mi valor será la empresa.

BRITO.
¡Don Juan descolorido y dando voces!
¿Dónde, Señor?

DON JUAN.
Que sean dos me pesa.
Abre esta puerta ó romperéla á coces.
(Sale don Nuño.)

DON NUÑO.
Esto ha de hacer quien mi valor profesa.
Abre; don Nuño soy, ¿no me conoces?
Abre, leonero, presto.

DON JUAN.

Abre, leonero.
Primero vine, y he de entrar primero.

DON NUÑO.
Despues que yo los haya muerto, y lleve,
Señor don Juan, el guante á doña Blan-
[ca,
Entrar podréis mejor si amor os mueve.

TOFIÑO.
¡Notable necedad!

BRITO.
La puerta arranca.
DON JUAN.

¿Quién es aquel que á mi valor se atre-
[ve?

Porque no solo con la espada blanca,
Mas con la vaina que la cubre...

DON NUÑO.
Quedo;
Que os mataré, don Juan, con solo el
[miedo.

DON JUAN.
Dándome el que teneis, será bastante.
Dejad que corte yo sus fieros cuellos,
O en vos, don Nuño, si os poneis delante,
Ensayaré lo que he de hacer en ellos.

DON NUÑO.
Yo he de llevar á doña Blanca el guante,
Y hacer el timbre de mis armas dellos,
Si fuera todo el Portugal leoneras,
Y en ellas toda el África de fieras.

DON JUAN.
Ya no será, don Nuño, valentía,
Pues solo de temor de mis razones,
Llegando á conocer que yo quería
Entrar, ya estarán muertos los leones;
Pero, si no lo están, que ser podría,
Alabo sus valientes corazones;
Aunque será mas cierto que el leonero
No les ha dicho que matarlos quiero.

DON NUÑO.
Don Juan, yo soy Andrada.

DON JUAN.
Y yo, don Nuño,
Soy don Juan de Mendoza.

DON NUÑO.
La que cifo

En sangre alarbe de la punta al puño
Publica toda el África que tiño.

DON JUAN.
Agora os lo diré la que yo empuño;
Que es Marte mi valor, si Amor es niño.

DON NUÑO.
Si habéis de huir, no prevengais repa-
[ros.

DON JUAN.
Leon os fingiré para mataros.
(Al querer sacar las espadas, sale
el Rey.)

ESCENA XIX.

EL REY, DON PEDRO, ACOMPAÑA-
MIENTO. — DICROS.

REY.
Envidio tanto valor,
Y de manera me mueve,
Caballeros, esta empresa,
Que dejaría, si fuese
Posible, que no lo es,
El ser de ser rey, por verme
Capaz de intentar la gloria
De tan heróicos laureles.
Yo os pusiera, caballeros,
En paz, si pudiera hacermos
Igual de vuestra fortuna.

DON PEDRO.

Vuestra alteza se sosiegue;
Que el ánimo belicoso
No es menester que le muestre,
Siendo ya tan conocido
En iguales accidentes;
Pues sabe que contradicen
Divinas y humanas leyes
Que se aventure la vida
De quien todo un reino pende.

REY.

Derriba mi sufrimiento
El corazon impaciente,
Apartando á la razon.

DON PEDRO.

Si ya vuestra alteza tiene
Muerto en Africa un leon
A lanzadas, ¿qué pretende?

REY.

Sacar quisiera este guante,
Para que de mí dijese
Las historias esta hazaña,
Que los castellanos suelen
Alabar de un caballero
Que, como aquí nos sucede,
Sacó un guante que su dama
Dejó cautelosamente
Caer entre dos leones,
Por probarle.

DON PEDRO.

No conviene,
Señor, imitar su hazaña;
Que ese fidalgo valiente
Le dió un bofetón despues;
Y mi hija no merece
Que alguna mano en el mundo
Mi honor y su rostro afrente;
Porque de su honestidad
Ninguno presumir puede
Que con cautela dejase
Caer el guante; y si quiere,
Invictísimo Señor,
Vuestra alteza que yo entre,
No me estorbarán las canas
Que los filos ensangrienta
En las africanas fieras,
Para que despues le diese,
No bofetón, sino abrazos,
Por la ocasion que me ofrece
De hacer tan famosa hazaña.

DON JUAN.

Señor, aunque justamente
Acometer esta empresa
Tan gran caballero puede,
Yo haré que la substituya
En mi edad, si me concede
Vuestra alteza este favor.

DON NUÑO.

Cualquiera de los presentes,
Invicto Dionís, podrá
Serviros; mas si prefriere
Vuestra alteza mi deseo,
Que lo que merece emprende,
Yo pondré el guante en sus manos.

REY.

Generosos portugueses,
Todos lo sois, y soy yo
El rey de nacion tan fuerte.
Si el mundo llama al leon
Rey de las fieras silvestres,
De rey á rey fuera justo
Ver quien se rinde ó quién vence;
Pero, pues no se permite
Este peligro á los reyes,
Ninguno quiero que pueda
Hacer lo que yo no hiciera.

BRITO.

Escuchad, Dionís heróico,
De Brito un arbitrio breve
Para sacar ese guante.

REY.

Di, veamos.

BRITO.

Que se encierren
Los leones, y yo solo,
Sin voces, armas ni gente.
Pondré el guante en vuestras manos.

REY.

¡Notable hazaña prometes!
Tu consejo es el mejor;
Mas solo quiero que llegue
El leonero, y me le traiga.
(*Vanse el Rey, don Nuño, don Pedro
y Tofño, y el acompañamiento.*)

ESCENA XX.

DON JUAN, BRITO.

DON JUAN.

Triste estoy.

BRITO.

¿Qué te parece
Del arbitrio que le dí?

DON JUAN.

Tus disparates me ofenden,
Y mis desdichas me cansan.

BRITO.

Alaba, Señor, tu suerte;
Que así entrarás...

ESCENA XXI.

DOÑA BLANCA, en la galería alta.—

DICHOS.

DOÑA BLANCA.

¡Ah don Juan!

DON JUAN.

¿Sois vos, Señora?

DOÑA BLANCA.

Suceden

Unas desdichas á otras.
Al leer secretamente
Vuestro papel, Leonor vino;
Y yo, porque no le viese,
Metile dentro del guante,
Que con alborozo alegre
Me quitó, para romper
La nema ¡ay triste! De suerte
Que si no puede cobrarse
Antes que á las manos llegue
Del Rey, los dos nos perdimos. (*Vase.*)

DON JUAN.

Aguarda, Señora.

ESCENA XXII.

DON JUAN, BRITO.

BRITO.

Fuése.

DON JUAN.

¿Qué haré?

BRITO.

Saber si le han dado

Al Rey.

DON JUAN.

Si mi amor entiende,
Haz cuenta, Brito, que á Blanca
Don Juan de Mendoza pierde;
Y si la pierdo, el remedio
Será que á la muerte apele.
Mas son tantas mis desdichas,
Que aun no me querrá la muerte.

ACTO SEGUNDO.

Sala del palacio.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA BLANCA, DOÑA LEONOR.

DOÑA LEONOR.

¿De qué, Blanca, estás corrida?

DOÑA BLANCA.

¿No me tengo de correr?

DOÑA LEONOR.

¿Cuándo se corrió mujer

Por celebrada y querida?

DOÑA BLANCA.

Pues ¿no lo tengo de estar
De causar tanto alboroto
En la corte?

DOÑA LEONOR.

De mi voto,

No pudiste imaginar
Mas invencion para hacer
Prueba de uno y otro amante.
Si no fué acaso que el guante
Se te pudiese caer.
Que te ha de dar esta hazaña
Mayor fama en Portugal
Que á quien del indio oriental
Trujo el primer oro á España.

DOÑA BLANCA.

Tu malicia ¿no repara
En que era necia invencion
Que á quien tuviera aficion
Honra y vida aventurara?
Honra en no bajar por él;
Vida, pues morir pudiera,
Cosa que á mis ojos fuera
Espectáculo cruel.

DOÑA LEONOR.

Ya dieron al Rey el guante,
Y entrara por él su alteza,
A ser menos la nobleza
Que se le puso delante.
Mira si debes amor
Al Rey.

DOÑA BLANCA.

No hiciera por mí
Lo que dices, porque allí
Habló su invicto valor;
Que es tanta su bizarría
Y gallarda presuncion,
Que aun no quiere que un leon
Compita su valentía;
De quien hace tal conceto,
Que en su casa no tuviera
Rey que con él compitiera,
A no tenerle sujeto.

DOÑA LEONOR.

Ha mandado celebrar
El guante.

DOÑA BLANCA.

¿Cómo?

DOÑA LEONOR.

Escribiendo

Versos, y aun él mismo, entien lo,
Y tú los has de juzgar.

DOÑA BLANCA.

¡Yo, Leonor!

DOÑA LEONOR.

Porque presume
Quien no la vió celebrada
Por vitoria de la espada,
Que lo ha de ser de la pluma.
Y tú, que la causa diste
Cuando el guante caer dejaste,

Si la espada no premiaste,
Laurel de la pluma fuiste.
Por eso el gusto restaura,
Que finges, Blanca, perder,
Gloriosa de que has de ser
Otra celebrada Laura;
Que con esto no hay persona
Alta ni humilde en palacio,
Sin tomar en breve espacio
Postas al monte Helicon.
Van tan bien cargadas naves,
Que, al llegar Febo al ocaso,
Surgirán en el Parnaso;
Que es, Blanca, si no le sabes,
El rey Dionis el primero
Que en España en lengua propia
Hizo versos, cuya copia
Mostrarte esta noche quiero.
Mira tú si es justa ley
Que premies al inventor
De los versos.

DOÑA BLANCA.
Yo, Leonor,
Desde aquí le doy al Rey.

ESCENA II.

EL REY, DON JUAN.—DICHAS.

REY.
Esto respondió, don Juan,
Al de Castilla.

DOÑA BLANCA. (*Bajo á doña Leonor.*)

El Rey viene.

(*Vase don Juan.*)

DOÑA LEONOR. (*Ap. á doña Blanca.*)
Gallarda presencia tiene.

DOÑA BLANCA.
¿Qué bizarro y qué galán
Que me le pintan tus celos!
Y no es menester, Leonor,
Porque yo le tengo amor.

DOÑA LEONOR.
Guarden tu vida los cielos.

REY.
Discreta Leonor, ¿qué hacías
Con Blanca?

DOÑA LEONOR.
Hablaba de tí.

REY.

DOÑA LEONOR.

Sí, Señor.

REY.

De mí,
¿En qué materia podías?

DOÑA LEONOR.
Pues vuestra alteza ha venido,
De Blanca se informará,
Y agradecerme podrá
Que buena tercera he sido;
Que yo, que de mas estoy,
Y he visto su pensamiento,
Por cumplir el mandamiento
De «no estorbarás», me voy. (*Vase.*)

ESCENA III.

EL REY, DOÑA BLANCA.

REY.
Huelgo que hayamos quedado
Solos.

DOÑA BLANCA.
¿Puedo á vuestra alteza
Servir en algo?

REY.
Belleza

Cruel el cielo te ha dado.
No vengo contigo airado,
Sino con mi mala estrella,
Pues que reinando por ella,
No reino en tu voluntad:
Así amor la majestad
Con pié divino atropella.
Diéronme, Blanca, tu guante,
Y quiso mi loco amor
Que le perdiese el temor,
Y le calzase arrogante;
Mas por donde algun diamante
Rompió el telliz celestial
De tu azucena real,
No sé qué blanco miré,
Y en la vaina reparé
De tu espada de cristal.
«¿Quién se asoma, dije, aquí,
Donde su dueño no está?»
Y parecióme que allá
Me respondieron así:

«Ténganse á Blanca;» y en mí
Fué novedad que prevenga
Justicia al Rey vaya ó venga,
Pues suele ser justa ley
El decir: «Ténganse al Rey;»
Pero no que el Rey se tenga.
Finalmente, quise ver
Quien substituyó tirano
Cinco rayos de tu mano
Contra mi real poder;
Y cual la suele poner
El que la perdiz buscaba,
En el nido en que criaba,
Sobre algun áspid cruel;
Mordióme el alma un papel
Que dentro del guante estaba.
Bien pienso que pudo ser
Ver el que el guante traía
El papel; mas no osaría
Ver lo que un rey ha de ver.
Ni el papel quiso al caer,
El guante apartando, verse,
Ni en el aire suspenderse;
Que lo que ha de dar pesar
Siempre se suele guardar
Del peligro de perderse.
Saquéle, en fin, y leído
Con temer apresurado,
Mas me mató declarado,
Que me mataba escondido.
Así está descolorido
El que lee algun papel
De desafío cruel,
Las venas alborotadas;
Que le parecen espadas
Cuantas letras hay en él.
Dime, Blanca: ¿quién ha sido
Quien te escribió estas razones?

DOÑA BLANCA.
Saliendo á ver los leones
La infanta, un paje atrevido
Me le dió, bien prevenido
Para el engaño, diciendo
Que era de mi prima; y viendo
La letra apenas, Señor,
Vino á llamarme Leonor
Entre tan confuso estruendo.
Yo, porque no me culpara
De lo que estaba ignorante,
Hice escritorio del guante;
Porque, hablando verdad clara,
El quise que le guardara
Para volverle á leer;
Que esto de ver y saber,
Y mas si se mira amada,
Aunque no le importe nada,
Es condición de mujer.
Y con esto, vuestra alteza
Me dé licencia, Señor;
Que son vergüenza y temor
Efeitos de su grandeza.

REY.

Cuando toma la belleza
El imperio, no hay poder
Que se le pueda oponer.
Vete, Blanca; pero mira
Que no hay tan diestra mentira,
Que no se venga á saber.

(*Vase Blanca.*)

ESCENA IV.

DON JUAN.—EL REY.

DON JUAN. (*Ap.*)

Mal me va de pensamiento.
¡Tanto tiempo el Rey con Blanca!

REY.

¿Es Mendoza?

DON JUAN.

Sí, Señor;
Que, para daros, aguarda,
Memoriales y consultas.

REY.

De esos cuidados descansa
Tal vez el entendimiento
(Que no son bngones las almas)
Con divertir la memoria;
Porque no por otra causa
Tomaba Alejandro lira
Cuando dejaba las armas:
Y fuera desto, don Juan,
El amistad no se paga
Con dar trabajos á quien
El amigo quiere y ama.
No os quiero tan fatigado,
Pues Castilla no embaraza
Con guerra nuestro Consejo,
Y Aragon de espacio trata
La venida de Isabel;
El Africa feudataria
Reconoce el señorío;
La India las naves carga
De oro y blancas margaritas,
Dos hijos del sol y el alba.
Y así, en el ocio presente,
Quiero que sepais que alcanza
La jurisdiccion de amor
A los mayores monarcas.
Esto es mas que los negocios
Que mi gobierno os encarga,
Pues descubrir los delitos
Es la sujecion mas llana.
En fin, don Juan de Mendoza,
Yo quiero bien una dama,
Y le escribo este papel;
Y porque no es bien que vaya
De mi letra, el trasladarle
Tengo por cosa acertada;
Porque papeles han dado
A quien su descuido engaña,
Mas pesares que razones.
Mas desdichas que palabras.
Escribid; que aquí os espero.

(*Dale el papel.*)

DON JUAN.

Haré, Señor, lo que mandas.
(*Ap.*) Vive Dios, que es el papel
Del guante de doña Blanca,
Y que es la mayor industria
Que pudo ser inventada
Para conferir las letras!
No en balde el mundo te alaba,
(Oh Rey, oh ingenio divino!)

(*Pónese á escribir.*)REY. (*Ap.*)

Si aqueste de amores anda
Con Blanca, dirá la letra,
Si á sí mismo se traslada;
Que há tan poco que me sirve,
Y son las formas tan varias

De las letras de papeles
Y negocios que despacha,
Que aun no conozco la suya
Entre diferencias tantas.

DON JUAN.

Ya, Señor, le trasladé.

REY.

Mostrad. (Ap. ¡Invencion extraña!)
¿Cómo, don Juan, la habeis hecho
Tan descompasada y larga?

DON JUAN.

Aguardaba vuestra alteza,
Y fué la prisa la causa.

REY.

(Ap. Probados quedan mis celos;
Que este no diferenciara
La letra, á no ser la suya
Esta misma que traslada.)
No diréis, don Juan, agora
Que no soy amigo vuestro,
Pues que toda el alma os muestro;
Porque esta ingrata señora
Reina en ella como yo
En Portugal.

DON JUAN.

Vuestros piés

Beso mil veces.

REY.

(Ap. El es.)

Ya ¿no os quejais?

DON JUAN.

Señor, no.

REY.

¿Queréis mas de mí?

DON JUAN.

No fuera;

Señor, quejarme razon.

REY.

Para mas confirmacion
De mi amor, don Juan, quisiera
Casaros hoy de mi mano
Con la dama que servís.

DON JUAN.

Celos, invicto Dionís,
Os han engañado en vano
De alguno, que por ventura
Trata desta pretension.

REY.

Leonor os ama, y no son
Sus partes y su hermosura
Para no estimarlas tanto.

DON JUAN.

Trato casarme, Señor,
En Castilla, y que Leonor
Os lo haya dicho me espanto.

REY.

¿En Castilla vos! ¿Con quién?

DON JUAN.

Es del marqués de Villena
Sobrino la bella Elena,
Que ya es mi Troya tambien:
Y así, me daréis lugar
Para poderos servir,
Pues será justo escribir
Que se deje de tratar.

REY.

Idos con Dios.

DON JUAN.

¡Oh papel,
Siempre terrible enemigo! (Vase.)

REY.

Mal me va con este amigo;
Deshacerme quiero dél.

ESCENA V.

BRITO. — EL REY.

BRITO. (Ap.)

Buscando á don Juan, mi dueño,
Con el mismo Rey he dado.
¡Oh imagen del mismo Dios!
¿Qué mucho que turbes tanto?
Vuélvome á salir quedito,
Como si fuera pisando
Sobre cabezas de niños.

REY.

¿Quién es?

BRITO.

Yo soy, que me ensayo
A andar sobre la maroma.

REY.

Vuelve, vuelve.

BRITO. (Ap.)

Paso á paso
Voy, como saludador,
Por barras de fuego entrando.

REY.

¿Qué hay de nuevo por la villa?

BRITO.

Esto mismo que en palacio.
Todos escriben al guante,
Pues tú, ingenio soberano,
Tambien quieres competir
Contigo mismo.

REY.

¿Que tantos

Escriben?

BRITO.

Toda Lisboa

De manera se ha enguantado,
Que á ser guantes los sonetos,
Cubrieran del sol los rayos.
Mas la misma diferencia
Que hay en los guantes, hallamos
En los sonetos tambien;
Mas todos son guantes blancos.

REY.

La sutileza te envidio,
Aunque lo dijiste acaso,
Pues guantes blancos, por ser
De Blanca, está bien pensado.
Toma este diamante, Brito.

BRITO.

Beso tus reales manos.

¿Qué valdrá, Señor?

REY.

Ser mío.

BRITO.

Bien dicho: y así le pago
Con volverle á vuestra alteza.

REY.

Necedad y desacato.

BRITO.

¿Por qué?

REY.

Porque, como rey
Te he dado tres mil ducados,
Y quieres tú hacer lo mismo,
Siendo de don Juan criado.

BRITO.

Tres mil este gusanillo
Del sol! ¿Este sol enano!
Esta centella del sol!
Este retal de sus rayos!
Este ojo de brillador
De castellana con manto;
Epitome de la luz,
Y pedacillo quebrado
Del orinal de la luna!
¿Este, tres mil? ¡Malos años!

Mas los quisiera en veintenes;
Que es como tener guardado
Un familiar en rodoma.
Y ¿qué mayor desengaño
Que ser en polvos veneno?
Oro, Señor, oro santo,
Que nunca pierde el valor,
Porque es su valor tan claro:
Que hasta para hablar con Dios.
Decimos siempre que *oramos*.
Mirra, encienso y oro á Dios
Los tres reyes presentaron,
Y no diamantes, con ser
De tierra en que nacen tantos.

REY.

Muestra, y daréte en oro.

BRITO.

Despues que me le hayas dado;
Que es fácil cosa olvidarla
Entre negocios tan altos.

REY.

Pues ¿no te fías de un rey?

BRITO.

Diréte por qué lo hago:
Que, deteniendo el dinero,
Puedo decir entre tanto
Una necesidad que sea
Ocasión para no darlo;
Que los gustos de los reyes
Para los sugetos bajos
Son un cristal de Venecia.
Harto os he dicho, maldito.

REY.

Ahora bien, ¿qué barás del orc?

BRITO.

En comprar libros le gasto.

REY.

¡Libros! ¿y si tienes hijos?

BRITO.

Si son hombres, enseñarlos
A que vayan á servirlos
Con las armas en la mano;
Si mujeres, vos, Señor,
Que sois cristiano Alejandro,
Me daréis con qué las case,
Pues estudiante y soldado
Os ha servido mi amor.

REY.

Ahora bien, Brito, volvamos
A tratar de nuestro guante.

BRITO.

Digo, Señor, que entre tantos
Hay, como guantes, sonetos:
De ámbur los altos y claros,
De jazmines los floridos,
Y de polvillos los bajos.
Hay sonetos de gamuza,
Mas que Mendozas hurtados,
Y bordados de Milan,
Con los aforros de raso.
Hay sonetazos de lana
Para pastores del campo,
Y blancos, sin decir nada,
Porque se quedan en blanco.
Hay tambien guantes de p. rro,
Que muerden satirizando,
Y de Ingalaterra en nueces,
Porque son versos cifrados,
Que llaman de revoltillo,
Del vulgo excelente plato.
Hay sonetones de nutra
Con estupendos vocablos,
A quien llama la ironía
Cultos, por mal cultivados.

REY.

Y tú ¿has escrito?

BRITO.

Allá tengo

Mis catorce; que el Parnaso
Para todos está abierto.

REY.

Y ¿quién juzgas que de tantos
Llevará el laurel?

BRITO.

Señor,
Tu ingenio aparte dejando,
El que tú favorecieres;
Que ningún ingenio raro
Lo fué sin favor del Rey.
Mira á Virgilio, que, estando
En vil pobreza, le hizo
Divino el favor de Octavio.

REY.

Lláname á Blanca.

BRITO.

Ella viene.

REY.

Pues salte allá fuera.

BRITO. (Ap.)

¡Malo!

Las palabras de los reyes
Tempestades llamó un sábio;
Que cuando se oyen los truenos,
Ya han hecho efecto los rayos. (Vase.)

ESCENA VI.

DOÑA BLANCA.—EL REY.

DOÑA BLANCA.

Turbada llego á tus piés... (Cae.)

REY.

Por eso te doy las manos.

DOÑA BLANCA.

Perdone el guante tu alteza.

REY.

Ya le tengo perdonado.

No lo que dentro venía.

DOÑA BLANCA.

Desgraciada en guantes ando:

Todos caen en leones.

REY.

¡Tan bravo soy?

DOÑA BLANCA.

Lo bizarro

Llamo braveza, Señor;

Que en lo demás no eres bravo.

REY.

Caíste, Blanca, en fin.

DOÑA BLANCA.

Si me levanta

Tu mano poderosa,

Dire que mi caída fué dichosa.

REY.

Blanca, ya no soy parte,
Aunque te dé la mano, á levantarte,
Con ser quien soy: tal fué tu desvario,
Contrario al poder mío,
Después que supe que el papel del
Fué de tu loco amante, [guante
Fué de quien ya tu entendimiento goza,
Fué de don Juan Mendoza.
El parábien te doy del justo empleo;
Pero si tu deseo
Se paga, como entiendo, de lo escrito,
Verás que solicito
Con él tu gusto, si verdad me dices.

DOÑA BLANCA.

Amante contradices

Lo que rey me concedes generoso:

Efectos de celoso,

Por saber la verdad, fingir olvido.

REY.

No soy celoso yo, soy ofendido.

DOÑA BLANCA.

¿De quién, Señor?

REY.

¿De quién? De tus desprecios.

ESCENA VII.

DON JUAN, quedándose detrás de una
antepuerta. — DICHOS.

REY. (Ap.)

[cios]

Don Juan está escuchando. ¡Ah celos ne-
¡Oh amor, juego de niños! Que cubierto
De la antepuerta de la cuadro, incierto
De que le puedo ver, esté escuchando!
Quiero, disimulando, [do
Irme y dejarle entrar, porque escondi-
También escuche de su amor mi olvido,
Como él me escucha ahora;
Que amor con estos juegos enamora.
Ya se esconde, ya trueca los desvelos,
Ya vuelve, y dice que es amor, y es ce-
Que todas sus celosas vanidades [los;
Deseos son de averiguar verdades.

(Hace que se va, y quedase escondido
detrás de otra antepuerta.)

DOÑA BLANCA.

El Rey se fué enojado.

¡Oh amor, todo temor, todo cuidado!

Ni sin ti ni contigo

Puede vivir el mundo.

(Pasa don Juan á la sala.)

DON JUAN.

Y yo testigo,

Hermosa Blanca, de peligros tales.

¡Ay infeliz de mí! que á tantos males

Me sujetó mi suerte,

Que es el menor la perezosa muerte!

Oí cuanto ha pasado;

Ya sabe que mi amor te da cuidado.

Pues ¿cómo un poderoso

Sufrirá competencia?

Paréceme forzoso

[cia.

Poner mi vida en manos de mi ausen-

El África me mate, y las ardientes

Arenas de la Libia me sepuliten.

O en espumosas ondas las crecientes

Del mar mi cuerpo oculten,

Atravesado de pintada flecha

Del alarbe desnudo.

DOÑA BLANCA.

El Rey, don Juan, sospecha

Tu amor, que del papel entender pudo;

Mas no sabiendo el mío,

Paréceme tu ausencia desvario;

Que el Rey no sabe lo que yo te adoro.

REY. (Ap.)

Si lo estoy escuchando, no lo ignoro.

DON JUAN.

¡Ay Blanca! que el poder enamorado

No ha de hallar imposible á su cuida-

Y mas de ti celoso.

[do,

REY. (Ap.)

En qué soy poderoso,

[cido?

Pues no venzo al poder que me ha ven-

DON JUAN.

Hoy, Blanca, te he perdido.

Por lo menos será imposible hablarte.

DOÑA BLANCA.

Luego ¿puede ser parte

El Rey ni el mundo...

REY. (Ap.)

Declaróse todo.

DOÑA BLANCA.

Padiendo buscar modo

Para vernos de noche con secreto?

REY. (Ap.)

Ni amor con vista ni galán discreto;
Pues cuando me escuchaba y se encu-
Debiera prevenir que yo podría [bria,
Estar oculto y escucharle atento.

DON JUAN.

Blanca, si amor es todo entendimiento,

Dime: ¿qué industria ó arte

Me le dará para que pueda hablarte?

DOÑA BLANCA.

Hay una puerta, que jamás abierta,

Ya no parece puerta,

Cubierta de rosales y jazmines,

Detrás destes jardines.

Julia me ha dicho que el criado sabe

A quién pedir llave.

DON JUAN.

¿Querrá dar?

DOÑA BLANCA.

Como eso puede el oro.

REY. (Ap.)

¿Qué bien guarda el decoro

De un palacio real! Qué bajo estilo!

DOÑA BLANCA.

De la noche en el filo,

Cuando solo murmuren entre dientes

De perlas estas fuentes

Mis cuidados celosos,

Por Leonor fieros y por tí dichosos,

Y la celeste rueda

Con ojos de diamante vernos pueda,

Podrás venir, don Juan; que cuidadosa

Entre el jazmin y rosa

Me hallarás escondida para abrirte.

No es menester decirte

La honestidad con que has de estar

Siendo Julia testigo. [conmigo,

DON JUAN.

La palabra te doy de no enojarte.

¡Oh cielos! ¿En qué parte,

Que quiero tanto bien agradecellas;

Tiene amor sus estrellas?

Zafiro celestial, suba amorosa

Vénus á tu campaña luminosa,

Y haréte de mi alma sacrificio.

REY. (Ap.)

No quiero dar indicio

Por donde estos presumen que los veo,

Pues tan necios publican su deseo,

De que nadie los oye satisfechos;

Que son los reyes hechos [cubren,

Del mismo sol, pues cuando mas se en-

Por cualquiera lugar rayos descubren.

(Vase.)

DOÑA BLANCA.

Véte, don Juan; que juzgan los amantes

Los años por instantes.

DON JUAN.

Írme, hermosa Blanca, agradecido,

Obligado y rendido,

Pues miran blandamente mis enojos

Las dulces almas de tus bellos ojos.

Mas no puedo, si no te vas primero.

DOÑA BLANCA.

Pues yo me voy, y donde digo espero.

(Vase.)

ESCENA VIII.

DON JUAN.

¡Dichosa posesion, dulce esperanza,

Si tanto bien alcanza!

Allá me aguarda entre las rosas, rosa,

Sino mi Blanca hermosa:

Cuando su nieve á tu belleza inclines,

Aguárdame, jazmin entre jazmines.

ESCENA IX.

BRITO. — DON JUAN.

BRITO.

¿Estás ya mas bien templado?

DON JUAN.

Brito, haber visto el papel
El Rey, fué causa que dél
Tuviese fin mi cuidado.
Esta noche...

BRITO.

Di adelante.

DON JUAN.

Blanca y yo por un jardín
Habemos de hablar.

BRITO.

Tu fin

Buscas, ténemario amante.
Mira lo que intentas, mira
Que el Rey es mozo, y galán
De Blanca, y que le tendrán
Sus celos siempre á la mira,
Y que te puede costar
La vida tan loca acción.

DON JUAN.

¿Cuándo amor, de la razón
Se ha dejado gobernar?
Demás de que no estaré
De suerte que no me pueda
Defender cuando suceda.

BRITO.

Pues ¿cómo estarás?

DON JUAN.

No sé.

BRITO.

¡Ah Señor! cuántas burladas
Confanzas, de improviso,
Antes de ver el aviso,
Han sentido las espadas!
Pero, en fin, si te sintiesen,
¿Qué piensas hacer de ti?

DON JUAN.

Darles por disculpa allí
La envidia que me tuviesen.

BRITO.

Halló un marido ofendido
Con su mujer acostado
Un galán, tan descuidado
Como si fuera el marido.
Era el caso á mediodía,
Y el galán, con el temor
De la espada y del rigor
Con que el marido veía,
Sola la camisa puesta,
Salió á la calle, y corriendo,
Iba á la gente diciendo:
«¡Fuera! que va sobre apuesta.»
Desviábase la gente
Hasta que el galán llegó
A su casa, en que ganó
La apuesta por diligente.
Tú, si el Rey se manifiesta,
La misma carrera arranca,
Y di en camisa tan blanca:
«¡Fuera! que va sobre apuesta.»

DON JUAN.

¿Qué de necesidades juntas!

BRITO.

Mayor es la que tú intentas.

ESCENA X.

EL REY, DON NUÑO, DOÑA BLANCA,
DOÑA LEONOR, JULIA, ACOMPAÑAMIENTO. — DICHO.

DON NUÑO.

Hoy el palacio, Señor,

Se transforma en academia.

REY.

Júntense los que han escrito,
Y presida Blanca en ella,
Como la décima musa.

(*Sientase el Rey, y ellas toman
almohadas.*)

DOÑA BLANCA.

No lo mande vuestra alteza,
Pues es el divino Apolo
Que este Parnaso gobierna.

REY.

Llegad, pues habeis escrito,
Don Juan.

DON JUAN.

Yo, Señor, quisiera

Que excusara mi ignorancia
Vuestra celebrada ciencia.

DOÑA LEONOR.

Siempre, Señor, fué costumbre
De músicos y poetas
Querer que todos les rueguen
Lo que ellos mismos desean;
Que don Juan con mucho gusto
A doña Blanca celebra.

DOÑA BLANCA.

Mejor su ingenio empleara
Don Juan, Leonor, en tus prendas;
Que, á ser guante de tu mano,
Hiciera por excelencia
Versos mas altos que el sol,
Para que el laurel le dieras.

REY.

No haya mas, Blanca y Leonor;
Que esta competencia es nuestra,
Y no en prosa, sino en verso.

BRITO. (*Ap. á su amo.*)

No viene Leonor contenta
Después que al Rey respondiste
Lo del marqués de Villena.

DON JUAN.

Ya he conocido los celos.

REY.

Comenzad, Nuño.

DON NUÑO.

Quisiera

Ser un Virgilio, ser vos.

BRITO. (*Á su amo.*)

Oye; que Nuño comienza.

DON NUÑO.

Al signo de Leon de nueva estrella
Quiso Blanca adornar, y fué bastante
Dejar caer desde su cielo un guante.
La estrella no, que se quedó con ella.
Vistió su claro sol púrpura bella,
Su mano mas cristal, y todo amante
Para tanto laurel vistió diamante,
Determinado de morir por ella. [vano
Nube era el guante, que ocultaba en
La nieve que en las almas fuego llueve,
Con que pensó templarse amor tirano.
Pero burlóse cuando mas se atreve,
Porque, quitado el guante de la mano,
Cayó la nube y se quedó la nieve.

REY.

Está bien imaginado.

Diga don Juan.

DON JUAN.

¿Qué soberbia

De Faeton á vuestro sol

Hará, Señor, competencia?

Si fué descuido, mi cuidado siente
No haber en mi vuestro descuido halla-
Si fué cuidado, mucho habeis fiado [do;
De mi descuido cuando el vuestro mien-
[te.

Mas, cuidado ó descuido, el accidente

No halló mi pensamiento descuidado,
Si os ofreció la vida mi cuidado; [te.
Que no hay dificultad que amor no inten-
Probar con vuestro guante corazones
Crueldad indigna fué de vuestros cie-
O de mayor imperio presunciones. [los,
Y si quisistes dar á amor desvelos
Para probarle, no busqueis leones;
Que mas difícil fué cayendo en celos.

REY.

No se puede mejorar.

DON NUÑO.

Eso podrá vuestra alteza.

BRITO.

Podrá en tu real parnaso
Un donado de poetas
Apearse de si mismo?

REY.

Lo mismo te da licencia.

BRITO.

Oiga pues, y esos galanes
Y damas estén atentas,
Un manojito de versos;
Que en verdad que no me quedan
Otros tantos.

REY.

Di, veamos.

BRITO.

Yo escribo en la propia lengua.

Cayóse un escarpión de la derecha
Mano (que de la izquierda importa poco)
A la señora Blanca, y amor loco
A dos fidalgos disparó la flecha.

Éranse dos leones en la estrecha
Cárcel, que ya lo fué de Africa el zoco,
Cuando á sus puertas, que temblando
Bajan los dos el día de la fecha. [toco,
Dijo el amor que fué el amor bastante
Para probar amantes corazones,
Estando el Rey de Portugal delante.

Y yo digo que en tales ocasiones
Oler al ámbar fino pudo el guante,
Mas no de los fidalgos los calzones.

REY.

Es como yo le esperaba.

DOÑA BLANCA.

Señor, cuando ya comienza
El sol á mostrar sus rayos
Por las orientales puertas,
Todas las nubes se apartan.
Salid vos.

REY.

Saldré por fuerza,

Pues habeis sido mi aurora,
O seré pájaro en ella
Que cante en vuestra alabanza.

DON JUAN. (*Ap.*)

¡Vive Dios, que se requiebran!

BRITO. (*Ap.*)

Aquí podemos decir:

«¡Fuera! que va sobre apuesta.»

REY.

Soberbio un guante que se vió corde-
Porque cubrió feliz mano leona, [ro,
Al sol se opuso, y de otro sol blasona
Que blanca aurora le mostró primero.
Cayó del cielo, y discurrió ligero
Desde la blanca nieve que corona
Al suelo estéril de la ardiente zona,
Entre leones para ser tan fiero.

Azóle amor, porque pensaba amante
Volverse á Blanca, y dijole la diosa
Vénus: «No se le vuelvas, ignorante.

»No le cubras la mano poderosa,
Pues mejor matarás, quitado el guante,
Con cinco flechas de su mano hermosa.»

DOÑA BLANCA.

Es vuestro.

BRITO.
Todo lo ha dicho
En una palabra cierta.

DOÑA LEONOR.
Bien puedes darle el laurel.

DOÑA BLANCA.
Señor, mande vuestra alteza
Que se me entreguen escritos,
Para que de espacio pueda
Dar lugar á cada uno;
Que muchas cosas que suenan
Al oído con la gracia
Que muchos las representan,
Descubren despues mil faltas,
Que escritas se consideran;
Que entre leer y escuchar
Hay notable diferencia;
Que aunque son voces entrambas,
Una es viva y otra es muerta.

REY.
Es muy discreto juicio. (*Levántase.*)
La noche nos hace señas
Para suspender las liras.
Id con Dios.—Tú aquí te queda,
Don Juan.

DOÑA LEONOR. (*Ap. á Blanca.*)
Necia has andado,
Haciendo á su alteza ofensa
Sin premiarle, por don Juan.

DOÑA BLANCA.
Y tú en pensarlo mas necia.
(*Vanse todos, menos el Rey, don Juan y Brito.*)

REY.
¡Don Juan!
DON JUAN.
Señor..
REY.
Twiste quedo.
DON JUAN.
La causa es justa, pues fuera
Razon que os premiara Blanca.

REY.
Dejemos de hablar en ella,
Y á las once estad aquí
Con Brito, espada y rodela,
Porque he de hablar á una dama.
(*Vase.*)

ESCENA XI.

DON JUAN, BRITO.

DON JUAN.
¡Hay desdicha como esta?
BRITO.
Antes es dicha.

DON JUAN.
¡Por qué,
Si me quita que no vea
A Blanca á la misma hora?

BRITO.
Por eso tu dicha es cierta,
Pues te excusa de peligro.

DON JUAN.
¡Pluguiera á Dios que perdiera
Mil vidas, como llegara,
Brito, solamente á verla!
(*Vanse.*)

—
Vista exterior del jardín de palacio, con una
puerta pequeña.

ESCENA XII.

DON NUÑO Y MENDO, de noche.

DON NUÑO.
Para ponerle el Rey por bazarria

A don Juan de Mendoza, amigo Mendo,
En el puesto que yo tener solia,
Mucho crece el favor, mucho me ofendo
MENDO.

Suele una dama que un galan queria,
Con otro á quien estaba aborreciendo
Casar forzada, y, el desden vencido,
Al que dejó galan, querer-marido.
Así, tratado (aunque por fuerza fuese)
De don Juan el valor, sucederia
Que el Rey, como te amó te aborrecie—
Amando á quien primero aborrecia. [se,

DON NUÑO.
No es esto, Mendo, porque á mí me pe-
Que no hay mas atrevida tiranía [se;
Que contra humanas y divinas leyes
Hacer violencia al gusto de los reyes;
Pero porque he pensado que ha trocado
Don Juan el ser amante en ser tercero.

MENDO.
Mal pensamiento de un fidalgo honrado.
Estás celoso, perdonarte quiero.
Lo mejor de un poeta es lo borrado,
No lo mas limpio, que pensó primero:
Y así, ha venido á ser en tus desvelor
Lo limpio amor y lo borrado celos.
Habla con Blanca, escucha de su boca
El desden ó el favor.

DON NUÑO.
No soy bastante.
Temor detiene cuanto amor provoca.

MENDO. [amante
Pues, Nuño, el que ha de ser dichoso
En cuatro cosas esenciales toca,
Que ha de tener el buen representante,
Que son, para salir con su porfia,
Accion, memoria, lengua y osadia.
Pendiente al hombro de la noche helada
Sobre la tierra cuelga el manto obscuro,
Y la noche, de nubes rebozada,
Es centinela del celeste muro;
Y yo no he visto, Nuño, desvelada
Amanecer aurora en cristal puro
En esas rejas. Llega, mira y llama;
Que á cobarde galan no hay tierna da-
DON NUÑO. [ma.

No fio de mi dicha buen suceso;
Mas llegaré por ti.

MENDO.
Llega, suspira.

ESCENA XIII.

EL REY, DON JUAN Y BRITO,
de noche.—DICHOS.

REY. (*A don Juan.*)
No te parezca la fineza exceso;
Que el mas prudente, con amor, delira.

DON JUAN.
Cuando me prevenias, te confieso
Que otra cosa pensé. Llega, habla, mira;
Que estimo en mucho haberme confiado
Tu secreto, tu amor y tu cuidado.
Mas ¿no podré saber quién es la dama?

REY.
Esa no es parte que al amigo toca,
Por ser respeto de su honesta fama.
MENDO. (*Ap. á don Nuño.*)
Galanes vienen.

DON NUÑO.
Blanca los provoca.
BRITO.
Un hombre pienso que á las rejas llama.
La musa Blanca por ventura invoca;
Que ha hecho aqueste guante mas poe-
Que el sol vapores y la envidia tretas. [tas

DON JUAN. (*Ap. al Rey.*)
Yo llevo á saber quién es.

REY.
Eso para mí se guarda.
DON JUAN.
Conocerá á vuestra alteza.

REY.
¿En qué, si ha de hablar la espada?
DON NUÑO. (*Ap. á Mendo.*)
Este es el Rey.

MENDO.
Y don Juan.
DON NUÑO.
Pues si él viene á ver á Blanca,
Voyme, porque dén lugar
Mis celos á su esperanza.
(*Vanse don Nuño y Mendo.*)

ESCENA XIV.

EL REY, DON JUAN, BRITO.

BRITO.
El se fué, y anduvo bien;
Que si no, Brito le ensarta
Como cuenta y sin perdones.

REY.
¿Eres valiente?
BRITO.
¡Oh qué gracia!
¡Llevando al Rey en el cuerpo!

REY.
Que huyese el hombre me espanta,
No sabiendo que era yo.

DON JUAN.
Como el olor del leon basta
Para que las fieras huyan
Del monte por donde pasa,
Así dan tambien los reyes
Con lo divino del ámbar
Un respeto no entendido.—
Pero, Señor, ¿cómo bajas
Al muro de los jardines?
Que por aquí no hay ventanas.

REY.
Aquí hay una puerta antigua,
Que tienen siempre cerrada
Los linteles de jazmines
Y de rosales las jambas.
Esta me ha de abrir, don Juan,
A media noche esta dama.
¿Serán ya las doce?

DON JUAN. (*Ap.*)
¡Ay cielos!

REY.
¿Qué dices?
DON JUAN.
Que serán dadas.
(*Ap. Y ¿cómo si lo serán,
Pues que las dan en el alma!*)

REY.
Retírate allí. Yo llamo.
BRITO. (*Ap. á su amo.*)
Señor, á la puerta llama
El Rey.

DON JUAN.
Calla; que estoy muerto.

ESCENA XV.

JULIA, abriendo la puerta del jardín.
—DICHOS.

JULIA.
Ya estaba desesperada
De aguardar entre esas fuentes

Mi señora doña Blanca.
Dijeme que te escondiese,
Señor, en estas retamas,
En tanto que con secreto
De Leonor se aseguraba.
Entra, y cerraré.

REY.
Bien puedes.
(*Éntranse los dos.*)

ESCENA XVI.

DON JUAN, BRITO.

¿Entró?

BRITO.
Pues ¿eso dudabas,
Estando la puerta abierta?

DON JUAN.
¿Cosa prodigiosa!

BRITO.
¿Extraña!
DON JUAN.
Blanca al Rey la puerta abrió,
Que para mí concertaba!

BRITO.
Una vez los atenienses
A Leontíquidas llamaban
Para que viese un prodigio,
Y era que un áspid estaba
Todo revuelto á una llave
De un templo, y dijo en voz alta:
«Atenienses, el prodigio
Fuera si la llave hallara
Revuelta al áspid; que el áspid
Naturalmente se enlaza.»
Que el Rey éntre, si le abrieron,
Y que se revuelva Blanca
Entre sus brazos, no es cosa,
Don Juan, prodigiosa y rara,
Sino cosa natural:
Luego sin causa te espantas.

DON JUAN.
¡Oh maldito historiador!
¡Vive el cielo, que te haga
Con esta daga mas pueria
Que Blanca al Rey, que me mata!
Pero solo te perdono
Porque al áspid la comparas.—
Estrellas, que veis oscura
A Blanca, dosel de plata;
Que os concertais con la noche
A cubrir maldades tantas;
Exhalaciones, huid;
Bajad, fulgurantes llamas,
De los montes de zafiro
A los valles de esmeraldas.
Huye, intempestiva sombra,
De los alientos del alba,
Para que descubra el día
Los hurtos de mi esperanza.
Hacha de la noche, luna,
Con la mas oscura capa
Te emboza el rostro, pues dicen
Que eres vergonzosa y casta.—
Estoy por romper la puerta.

BRITO.
Detente, Señor: no hagas
Algun loco desatino,
De que el Rey tome venganza.

DON JUAN.
Ateniense del infierno,
¿Tú me estorbas!

BRITO.
Sufre y calla;
Que quien al poder se opone,
Su misma espada le mata.
No es valor ser temerario

Un hombre; es necia arrogancia,
Como los perros, que, viendo
La luna creciente, ladran.

DON JUAN.
Y ¿quieres tú que yo espere
Hasta que le llame el alba,
Pasando imaginaciones
De lo que con Blanca pasa?
Eso no.

BRITO.
Dices muy bien:
Y así, es mejor que te vayas,
Aunque se queje de tí;
Pues no faltará mañana
Para tu ausencia disculpa.

DON JUAN.
Vamos, si es que menos dañan
Las desdichas desde lejos,
Como en la guerra las balas.
Pero como la memoria
Siempre á la honra acompaña
Si hay agravio, poco importa
Estar lejos del que agravia.
Blanca, adios; y diga el mundo
Que fué lástima y desgracia
Que tal mancha haya caído
En una cosa tan blanca.

ACTO TERCERO.

Jardín de palacio.— Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA BLANCA, bizarra; JULIA.

JULIA.
Estará desesperado
En las retamas don Juan:
DOÑA BLANCA.
No puedo mas; que me dan
Celos de Leonor cuidado;
Que parece que ha sabido
(Como si pudiera ser),
No viéndome recoger,
Que está don Juan escondido.
¿Has vuelto á verle, después
Que le abriste?

JULIA.
No, Señora.
DOÑA BLANCA.
No sé si es luna ó aurora
Este resplandor que ves.

JULIA.
Lo que has esperado allá
Te hace parecer que es tarde.
DOÑA BLANCA.
Túvome Leonor cobarde;
Mas ya recogida está.
¿Vengo bien en este traje?

JULIA.
La primavera parece
Deste jardín que florece.
DOÑA BLANCA.
Pues ya no temo que baje
Leonor. Vén, Julia, quedito,
Y di que salga don Juan;
Que hasta las fuentes que están
Por ese ameno distrito,
Pienso que están murmurando
De mí.

JULIA.
Voy.

(*Vase.*)

ESCENA II.

DOÑA BLANCA.

¡Oh amor, engaño
Dulce del alma, á qué extraño
Error me vas despeñando!
Quien mas me puede culpar,
Que es el Rey, á don Juan quiero
Tanto, como ya se infliere
De verle con él privar.
Luego si á entender viniese
Este error, disculpa ha sido
Querer lo que él ha querido.

ESCENA III.

EL REY, embozado; JULIA.—
DOÑA BLANCA.

JULIA. (*Al Rey.*)
Hasta que el sueño no fuese
Deste secreto fiador.
No ha osado Blanca bajar
Al jardín, por no obligar
A que la viese Leonor.
Allí está junto á la fuente:
Llegad: ¿de qué os recelais?
O ¿que es la niña pensais
De su parlara corriente?
Que aunque es famosa escultura
De mármol, es cierta cosa
Que es mas que la niña hermosa,
Y no es para vos tan dura.

DOÑA BLANCA. (*Al Rey.*)
Bien venga el esposo mío,
Bien venga el mejor Mendoza
De España, el galán que goza
Mejor tallo y mejor brio.
De muchas soy murmurada
Por vos, Mendoza galán;
Mas yo sé que no dirán
Que vivo mal empleada;
Que en esta elección dichosa
Quise mas ser (y fué justo)
De todas por mi buen gusto
Envidiada, que envidiosa.—
¿Cómo no hablais? Por ventura
El tardarme ¿os ha enojado?
Aun no os pensaba embozado,
Como hace la noche oscura.
Que sois mi bien es muy cierto;
Pues es cosa natural
Venir descubierto el mal,
Y siempre el bien encubierto.
O ¿aguardais á que yo sea
Sumiller de la cortina
De vuestro rostro?

REY.
La indina
Mano deten: no me vea
Por ella tu ciego error,
Sino por la sirada mía. (*Descúbresse.*)
DOÑA BLANCA.

¡Jesus!

REY.
De tu alevosía
Tomó venganza mi amor.

JULIA.
¡Ay, Señora, que es su alteza!
DOÑA BLANCA.
¿Señor! ¿vuestra alteza aquí!
¿Por dónde entró?

JULIA.
Yo le abrí.
DOÑA BLANCA.
De mí turbada flaqueza,
Desmayado corazón
Y débil fuerza, no puedo
Sacar mas voz, que del miedo

Una breve exhalación
Al sol de su gran poder,
Injustamente ofendido.
Mujer soy, mujer he sido:
Fue propia acción de mujer.

REY.

No fué la ofensa el error
De querer un hombre así;
Solo el despreciarme á mí
Siente, Blanca, mi valor;
Porque, teniéndote amor,
Ninguna mujer hubiera
Que mas á don Juan quisiera
Que me estimó yo por mí,
Sin ser él, por lo que fui,
Cuando lo que soy no fuera.
Por lo que yo me preciaba
El despreciarme sentía,
Porque para mí tenía
Que, sin ser quien soy, bastaba.
Galan, y no rey, te amaba:
Pues que, sobre rey, me dan
De bizarro y de galán
Título, ¿por qué razón
Fueron, Blanca, tu elección
Los méritos de don Juan?
Dirás tú que un bajo espino
Con silvestre fruto y flores
Tiene méritos mayores
Que un alto laurel divino;
Y es bárbaro desatino
Pensar que no hay fruto en él;
Que este mi real laurel
Eclipar, Blanca, pudieras,
Si entre mi sol te opusieras
Y la luna de Isabel.
La corona soberana
De un rey á un niño pusieron
Y una manzana, y se fueron
Sus manos á la manzana.
Naturaleza liviana
Y niña al fin heredaste,
Y como mujer, erraste
La elección de tu persona,
Pues dejaste la corona,
Y la manzana tomaste.
Siguiendo engañada vas
Pasos de tu honor ajenos;
Que ser rey en mí es lo menos,
Siendo en el mundo lo mas.
Sin esto, culpada estás
En tan grande atrevimiento;
Mas no tengo sentimiento,
Amque á tanto extremo pasa,
Del agravio de mi casa;
Que solo el del alma siento.

DOÑA BLANCA.

Señor, si atención me dais,
Y culpada, la merezco,
Por ventura quedaréis
De mi agravio satisfecho.
Vos sois, invicto Dionis,
El mas galán caballero
De Portugal, sin ser rey,
Y de mas merecimientos.
Gallardo á pié y á caballo,
Mas cuerdo que lisonjero,
Os llama bizarro el vulgo;
Que no porque sois su dueño.
Vuestras liberales manos
Roy á vuestros piés han puesto
Los Césares y Alejandro,
Uno romano, otro griego.
Sois valiente con los moros,
Y á lanzadas habeis muerto
Leones en Ceuta, y sois
Tan animoso y tan diestro,
Que habeis con la espada blanca
Hecho (el ser rey encubriendo)
Huir algunos fidalgos,
Que dicen que os conocieron,
Y encubrir lo cobarde.

Danzais, cantais, hacéis versos,
Y todo con tal primor,
Que á ser vuestro nacimiento
Humilde, fuérais rey
De galanes y de ingenios:
Y por vuestra vida misma,
Sin obligación del miedo,
Que siempre me parecistes
Mejor que don Juan. Mas viendo
Que sois rey y soy vasalla,
Aparto mi pensamiento
Desta locura, juzgando
Que amaros, y no quereros,
Era mejor, y emprender
Por mi honor mi casamiento.
Confesada esta verdad,
Veréis que no os tuve en menos,
Sino que mi honor ha sido
Para con vos mal tercero;
Que muchas cosas que el gusto
Tierno apetece, soberbio
Las desbarata el amor;
Que uno es mozo y otro es viejo.
Y es cosa injusta, Señor,
Con tal padre y tales deudos,
Que se pierda en vuestros brazos,
Y que mañana, viniendo
Vuestra esposa de Aragón,
Queden afrentados ellos,
Y yo sin honra y sin vos.
Mirad pues, prudente y cuerdo,
Si fuera buena elección
Ganaros para perderos.
Pero, pues fué mi desdicha
Que la puerta os haya abierto
Por engaño esta criada,
Y no puede haber remedio
Contra la noche y la fuerza
De un poderoso deseo
(Pues decir; aquí del Rey!
Es acercaros al pecho),
Pague mi honor mi locura
Y venga un yerro otro yerro;
Que haber para desdichados
Muerte, fué piedad del cielo. (Llora.)

REY.

Oh lágrimas de mujer,
Pólvora sorda sin truenos,
Artillería con agua,
Que no con balas de fuego!
En fin, Blanca, ¿mas galán
Que el Mendoza te parezco
Sin lo de rey?

DOÑA BLANCA.

Sí, Señor.

REY.

¿Que soy mejor caballero
En todas acciones yo?

DOÑA BLANCA.

Sí, Señor.

REY.

¿Y que si quiero,
¿Puedo á mi fuerza rendirte?

DOÑA BLANCA.

Sí, Señor.

REY.

Pues si yo excedo
En todo al galán Mendoza,
¿Qué vencimiento, qué reino
Como ser rey de mí mismo?
Blanca, adios; adios, deseos.
Blanca se da por vencida,
Y yo me doy por contento. (Vase.)

ESCENA IV.

DOÑA BLANCA, JULIA.

DOÑA BLANCA.

¿Hay tan grande bazarria!

JULIA.

No ha salido por la puerta.

DOÑA BLANCA.

Arriba sube.

JULIA.

¿Si abierta

Estará la galería?

DOÑA BLANCA.

No importa; que él tiene llave.

JULIA.

Gente viene.

DOÑA BLANCA.

¿Qué temor!

ESCENA V.

DOÑA LEONOR. — DICHAS.

DOÑA LEONOR.

No temais.

DOÑA BLANCA.

¿Quién es?

DOÑA LEONOR.

Leonor.

DOÑA BLANCA.

Parezco en las ondas nave
Del mar de mi pensamiento,
Y tú el viento que la impeles.

DOÑA LEONOR.

Ya, Blanca, no te receles
De las ondas ni del viento.
Tan segura es bien que vaya
Llena de esperanzas tuyas,
Que ya las áncoras tuyas
Muerden la arena á la playa.
De verte inquieta lo estuve,
Bajé al jardín (que no hay ley
En celos), y vi que el Rey,
De hablarte, á su cuarto sube.
Desde la escalera vi
Contigo un hombre, y pensé
Que era don Juan.

DOÑA BLANCA.

El Rey fué.

DOÑA LEONOR.

Puesto que al Rey conocí,
«¿Quién es?» le dije turbada;
Y él, despegando la voz
Al pecho, pasó veloz.
Como en siesta sosegada
Manso viento por jardines,
Que las alas transparentes
Viste entre cuadros y fuentes
Del ámbar de los jazmines:
De que tan contenta estoy,
Por asegurar mis celos,
Que á ti, al amor, á los celos
Gracias y alabanzas doy.
Quiero ser de aquí adelante
Tu amiga con tal verdad,
Que junte nuestra amistad
Lazo de eterno diamante.
Prosiga pues la bonanza
De un desengaño tan cierto
Mi navegación al puerto
Del cabo de mi esperanza.
Llamaré á don Juan, si en tí
Alguna tuvo algun día,
Diciéndole, Blanca mía,
Que con su alteza te vi.
Con que el quererme y llamarme
Suya por tan cierto tengo,
Que á darme contigo vengo

El paraben de casarme.
¿En qué estás tan divertida?

DOÑA BLANCA.

Cuando del clima oriental,
A vista de Portugal,
Nave se vió sumergida;
Y aligerando la hacienda,
La hambrienta boca le tapa
Al mar con ella, y escapa,
La vida sola por prenda,
El mercader; y sentado
En algun peñasco solo,
Enjuga al rayo de Apolo
La ropa que le ha quedado,
Como pájaro la pluma;
Y la sepultura advierte
Que le labraba la muerte
Entre mármoles de espuma;
Dice (y alegre contrasta
La codicia, aunque le ofenda):
«Allá quedarás, hacienda;
Que á mí la vida me basta.»
Y así yo digo al amor,
Pues libre del Rey me veo:
«Allá quedarás, deseo;
Que á mí me basta el honor.»

DOÑA LEONOR.

Espera.

DOÑA BLANCA.

No hay que esperar.

(Vase doña Blanca y Julia.)

ESCENA VI.

DOÑA LEONOR.

¿Qué quiso Blanca decir?
Mas ya de verme reír,
El alba quiere llorar.
Troquemos las dos aquí
Efetos; pues algun día
A estas horas se reía
De verme llorar á mí.
Flores, sus lágrimas bellas
Recibid, pues os avisa
Que, de envidia de mi risa,
Os quiere esmaltar con ellas.
De vuestros ojos los velos
Cubrid de aljófares, flores;
Que no es bien vestir colores
Después de muertos mis celos.
Sirvan las perlas de luto;
Que viendo con Blanca al Rey,
Mi esperanza á toda ley
Ya no es flor; que toda es fruto.
Ya es mío don Juan, ya vi
Desengañada mi fe.
Quiso bien, sufrí, esperé:
¡Victoria, flores! vencí!

(Vase.)

Sala de palacio.

ESCENA VII.

DON JUAN, BRITO.

DON JUAN.

¿De qué sirve consolarme?
Déjame, Brito; ¿qué quieres?

BRITO.

Advierte...

DON JUAN.

¿Qué necio eres!
Pues no me dejas matarme.

BRITO.

Señor, si vieras mudar
Los polos, ejes del cielo,
Venir su máquina al suelo,
O cubrir al mundo el mar;
Si vieras pasar un monte

Desde Portugal á Roma,
O que sobre una maroma
Danzaba un rinoceronte;
Si vieras merecimientos
Premiados, y la virtud
Sin envidia, y en quietud
Inmortal los elementos;
Si vieras que se alcanzó,
Sin favor, dichoso estado;
Si vieras hombre estimado
De la patria en que nació
(Porque tan poco los honra,
Ejemplo la tuya y mía,
Que dijo Dios que no había
Profeta en ella con honra);
Fuera justa admiracion;
Mas que la tengas de ver
Que se mude una mujer
Por natural condicion,
Es cosa para admirar.

DON JUAN.

¿Cómo no, siendo discreta?

BRITO.

Viendo poner la veleta
A una torre de un lugar
Un sábio que estaba atento,
La causa le preguntó,
Y el maestro respondió:
«Para conocer el viento.»
Y él dijo: «Ya que en la torre
Veleta habeis menester,
Con poner una mujer
Sabréis el viento que corre.»

DON JUAN.

Conozco, Brito, mi engaño;
Pero en tanta obligacion
De nobleza y discrecion
¿Quién vió tan vil desengaño?
¿No es ángeles Blanca?

BRITO.

Sí es.

DON JUAN.

Pues ¿cómo al viento la iguales?

BRITO.

Nunca yo te vi las alas,
Y muchas veces los piés.
Pero, Señor, si en el cielo
Un ángel, que Dios crió,
Tan ingrato le salió,
Que dió con él en el suelo,
Y era un espíritu alado;
No ha hecho contigo exceso
Un ángel de carne y hueso,
Con moño y con verdugado.
Trata de vengarte della,
Y no seas necio, Señor,
Pues que te adora Leonor,
No menos discreta y bella;
Que si toda enfermedad
Con los contrarios se cura,
Amor no; que es mas segura
Voluntad con voluntad.
Si allá el frío con calor,
Y al calor le cura el frío,
Aquí (y la experiencia fio)
Se cura amor con amor;
Que vive Dios, que el dejar
Caer el guante fué enredo
Para conocerte el miedo,
Y que te quisó probar.

DON JUAN.

Esta ¿no es Leonor?

BRITO.

La misma,

Porque en viéndote, Señor,
No hay pájaro que del nido
Salga mas alegre al sol.

ESCENA VIII.

DOÑA LEONOR. — Dichos.

DOÑA LEONOR.

¿Tan de mañana en palacio,
Galan Mendoza!

DON JUAN.

Si vos

Sois mi sol, y habeis salido,
No es mucho que salga yo.

DOÑA LEONOR.

Si yo lo fuera, por veros
Fuera la noche menor,
Anticipando la luz,
Y al tiempo el curso veloz,
Aunque se agraviera el Rey,
Que con Blanca la pasó
En el jardín sin testigos.

DON JUAN.

No le envidiara mi amor,
Si yo con vos la pasara.

DOÑA LEONOR.

No lo creo.

DON JUAN.

¿Por qué no?

DOÑA LEONOR.

Porque teneis en Castilla
Empeñado el corazon,
Donde vi-llena vuestra alma
De esperanza y de favor.

DON JUAN.

Que no hay Villena, Señora;
Que todo ha sido invencion
Nacida de un necio engaño.
Vos sois mi verdad, vos sois
Mi pensamiento y el alma
De mis sentidos accion,
Desde aquel guante que necia
Blanca en la leonera echó
Para aventurar mi vida.

ESCENA IX.

DOÑA BLANCA, que se queda oculta
escuchando. — Dichos.

DOÑA BLANCA. (Ap.)

¿Qué buena conversacion!

BRITO. (Ap. á su amo.)

Pégale agora de tajo,
Don Juan; que del corredor
Bajó Blanca y os escucha;
Que en agravios sin razon
Un cintarazo de celos
Es la receta mejor.

DOÑA BLANCA. (Ap.)

Extrañas son mis desdichas.
¿A qué mujer sucedió
Que esperando lo que amaba
Con secreto y sin temor,
Se hallase casi en los brazos
Lo que nunca imaginó,
Y viesé en otros su gusto?
¿Qué desprecio, qué traicion!

DOÑA LEONOR.

En efeto: ¿al Rey diré
Que sois mío?

DON JUAN.

Vuestro soy.

BRITO. (Ap. á su amo.)

Pégala; que está perdida.

DOÑA LEONOR.

Y ¿no sois de Blanca?

DON JUAN.

No.

DOÑA BLANCA.

(Ap. No dijo; bien lo merece
Mi desdicha, que no yo.
¡No sois de Blanca, Mendoza,
Y sois de Leonor? Ay Dios!
Si esto una mujer dijera,
¡Qué dijeran de su honor?
Siempre se quejan los hombres,
Y ellos los traidores son.
Finalmente, de casarse
Están tratando los dos.
¡Qué prueba de sufrimiento
Vieron los cielos mayor?)
Leonor, la Infanta te llama.

DOÑA LEONOR.

¡Muy aprisa?

DOÑA BLANCA.

Mucho.

DOÑA LEONOR.

Adios,

Gallardo Mendoza.

DON JUAN.

El cielo

Os guarde, hermosa Leonor.

(Vase Leonor.)

ESCENA X.

DOÑA BLANCA, DON JUAN, BRITO.

DOÑA BLANCA.

¡Hermosa Leonor, don Juan!

DON JUAN.

Siempre á mí me lo parece.

DOÑA BLANCA.

¡Qué bien tu infamia mereco
Los favores que te dan!
Qué buen amante y galán!
¿Cuándo se vió caballero
Que de galán á tercero
Pasase tan bajamente?
Pues nunca el mas insolente
Llegó á mas que lisonjero.
Para decir á su alteza
Por dónde habia de entrar,
¡Lo vienes á consultar
Conmigo con tal bajeza!
¡Qué buen aire de nobleza!
Qué fidalgo tan galante,
Que quiso quitar un guante
A dos leones por fama,
Y agora pone á su dama
En los brazos de otro amante!
¡Esta sí que es valentía!
Porque á te, que es menester
Para dar una mujer
Gran valor, grande osadía.
Del leon no se diría
A lo menos tal resabio,
Injuria de hombre tan sabio:
Pues, aunque animal, le abona
Despedazar la leona
Con el olor del agravio.
Engañoso el cazador,
Pone la liga en el ramo,
Y no léjos el reclamo
Del pajarillo cantor.
Así fué, don Juan, tu amor,
Que junto al jardin cantaba,
Donde el Rey la liga armaba
Cuando inocente le abriese,
Para que mi amor cayese,
Que por el aire volaba.
Mas no lo sufriendo el cielo,
A quien la inocencia obliga,
El pájaro, ramo y liga
Juntos vinieron al suelo.
Agora tu falso cielo,
Muy vano de su favor,
Vuelve á la hermosa Leonor,

Que es el leon de aquel guante,
Cobarde como arrogante
Y infame como traidor.

DON JUAN.

Paso, Blanca; que no he sido
Cobarde, traidor ni infame,
Ni dije lo del jardin
Al Rey; que tu loca y fácil
Hiciste que me trajese
Consigo para guardarle,
Porque viéndole contigo,
Pudiese desengañarme.
El me trajo hasta la puerta;
Tú le abriste y me obligaste
A que hiciera un desatino,
A no estar Brito delante;
Que á quien no matan afrentas,
No hay espada que le mate.
Y por no pasar de aquí...

DOÑA BLANCA.

Pues no pases adelante;
Que si te viese, don Juan,
Llorar siglos inmortales
La quinta esencia del alma,
No dudes que las llamase
Lágrimas de cocodrilo.
Y si te viese en dos partes
Dividir el pecho, y viese
De tu corazon mudable
Los pensamientos escritos,
Era imposible obligarme
A creer que no dijiste
A tu rey, fidalgo infame,
Que viniese por la puerta
Del jardin para forzarme:
Lo que no se ejecutó,
Porque, en fin, defensas tales
Están á cargo del cielo.
Y el cielo supo librarme.
Pero el testigo mayor
De toda exencion no trae
Menos prueba que los ojos:
Mira si es prueba bastante.
Con ella te vi tratar,
Traidor don Juan, de casarte,
Llamarla «hermosa Leonor»,
Y en el Leonor regalarte;
Que cuando la voz del nombre
Se detiene en los finales,
Dando en el alma los ecos,
Se derriten los amantes.
¡Hoy pido licencia al Rey:
Casa tengo y tengo padre;
Nuño de Andrada me quiere:
Con Nuño quiero casarme.
Este sé que es hombre firme,
No lisonjero cobarde;
No sirve al Rey con su dama,
Sino con oficios graves.
Voyme, aprendiendo de tí,
Siendo firme, á ser mudable;
Siendo prudente, á ser loca;
Siendo cera, á ser diamante;
Siendo humilde, á ser soberbia;
Siendo imposible, á ser fácil;
Siendo tuya, á ser ajena,
Y finalmente, inconstante,
Ser hoy Andrada, si ayer
Fui Mendoza por amarte.
Ni me mires ni me nombres;
Que solo para matarte
Quisiera ser basilisco;
Pero no para mirarte.

DON JUAN.

¡Señora!

BRITO.

¡Señora!

DOÑA BLANCA.

Fuera.

(Vase.)

ESCENA XI.

DON JUAN, BRITO.

DON JUAN.

¡Qué furia!

BRITO.

Sin arrojarme,
Imita con los corderos
Los piadosos elefantes;
Que al pasar, por no pisarlos,
Rodean por otra parte.

DON JUAN.

¡Vive Dios, que he sospechado
Que está inocente!

BRITO.

Bien haces.

DON JUAN.

Milagro fué detenerme,
En satisfacciones tales,
De no abrazarla mil veces.

BRITO.

¡Qué presto!... ¡Ah necios amantes!
—Fué á la India con anteojos
Un corto de vista fraile;
Vió un cacique de paz,
Y como le preguntase
A un criado qué era aquello,
Le dijo: «Es señal que traen
Los grandes de Portugal.»
Y él, para ser de los grandes,
Unos le compró en mil pesos;
Pero, viendo menos que antes,
Le rogó que otros le diese,
Aunque mucho mas costasen;
Y unos le vendió sin lunas:
Y, quitados los cristales,
Con los cercos solamente
Miraba por todas partes,
Diciendo: «Con estos veo,
Sin reparar, ignorante,
Que via, sin los anteojos,
Con los ojos naturales.
Tú, Señor, indio de amor,
Los anteojos le compraste
De los celos, con que ciego
Viste sombras por verdades;
Y agora que las dos lunas
Blanca ha venido á quitarte,
Lo que ves con propios ojos
Quieres que anteojos se llame.
Por mí, compra con tu honor
Tu agravio.

DON JUAN.

¡Piensas que cae
Esta afrenta en algun loco?

BRITO.

Pues escúchame.

DON JUAN.

El Rey sale.
(Vase Brito.)

ESCENA XII.

EL REY.—DON JUAN.

REY.

¡Qué bueno sois para guardar un puesto,
Mendoza amigo, pues saltó al instante
Para buscaros, y érades traspuerto!
¡Mas que un amigo rey os debe un guan-
[te]
Llegó con gente algun traidor, despues-
A matarme, Señor, tan arrogante, [to
Que fué forzoso, por no ser oido,
Retirarme de vos sin ser vencido.
Volvi despues, y os esperé animoso,
Hasta que vino á matizar la aurora
Con pié de nieve y paso presuroso
El campo de los cielos y el de Flora.

REY.

Yo ¡no os dije, don Juan, que era forzoso

Seguir al valimiento la traidora
Envidia, y que á quien yo mas bien que-
Mas lejos de mis cosas le tenia? [ria,

DON JUAN.

Señor, por fuerza soy vuestro valido:
Con tanta claridad, si nos quejamos
De disfavor ó agravio recibido,
Los portugueses con el Rey hablamos.
Pero ¿cómo, Señor, favorecido
De la noche, entre fuentes, flores, ramos
Dejastes esa dama, que tan presto
Salistes á buscarme al mismo puesto?

REY.

Porque (para deciros como amigo,
Mendoza, la verdad) este concierto
Hizo con quien amaba, y no conmigo:
Y así, fué todo mi suceso incierto.
Turbóse en viendo que quien soy le digo;
Mas, conociendo ya su desconcierto,
Tales cosas me dijo, que podía
Vencer, como su amor, su cortesía.
Yo entonces, por ganar la eterna fama
Que tan alta virtud me prometía,
Cual pájaro veloz de rama en rama;
Antes de amanecer buscaba el día.
Húyole el rostro, aunque el amor me lia-
Que el deleite delante me ponía; [ma,
Y como tiene el alma luces puras
Topé con la virtud andando á oscuras.
Trabaron el valor y el apetito
Guerra campal al pié de unos laureles,
Cuando ser Alejandro solicito
Y dar materia á plumas y á pinceles.
Ya pues que la licencia le permito,
Con tales azucenas y claveles
Me la pintaba amor, que en ciego abismo
Topaba con la sombra de mi mismo.
Así las ondas de la mar rompidas,
En la arenosa playa dilatadas,
Vuelven atrás, y de otras recibidas,
Tornan á la ribera acrecentadas;
Ya estaban en sus brazos repetidas
Las ansias de mi pecho enamoradas,
Y ya volviendo atrás se deshacían,
Pues mientras mas llegaban, mas vol-
[vían.

Al fin yo me vencí, y hice, Mendoza,
Lo que en España Escipión, dejando
Libre la dama, que el honor que goza
Con lágrimas estaba celebrando.
La luna, que en su cándida carroza
Mi casta acción estaba contemplando,
Aprieta retiró su lumbre pura,
Porque no me incitase su hermosura.

DON JUAN.

Ha sido tan gran victoria,
Lusitano Escipión,
Que obscureceis su blason
Y de Alejandro la gloria;
Pero referir la historia
Y callar el apellido
De la dama, agravio ha sido
De la merced que me hacéis.

REY.

Vos, Mendoza, le sabréis;
Que yo le he puesto en olvido.

DON JUAN.

Si es quien yo pienso, y supiera
El vuestro mi loco amor,
Bien cierto estaréis, Señor,
Que con vos no compílera;
Mas yo la diré que os quiera,
Si vos quereis.

REY.

No, don Juan:
Bien empleadas están
Las gracias de Blanca en vos.

DON JUAN.

Ya no puede ser, por Dios.

REY.

Pues ¿qué recelos os dan?

DON JUAN.

¿No son muy justos recelos
Concertar que en el jardín
La viese, y ser vos, en fin,
Dueño de tan altos celos?

REY.

Eso no os cause desvelos;
Que si yo pude atreverme,
Fué que os escuché sin verme;
Pero no pude vengarme;
Que supo Blanca obligarme,
Y yo, Mendoza, vencerme.
Volved á hablarla.

DON JUAN.

Señor,

Ya no puede ser.

REY.

¿Por qué?

DON JUAN.

Porque denantes la hablé
Con mas libertad que amor,
Si no es que vuestro favor
La desempeñe primero.

REY.

Mirad que sois caballero:
Volved, don Juan, por mi fama.
Basta dejaros la dama;
No me hagais vuestro tercero.

DON JUAN.

Eso que hicistes por vos
En vuestra gloria resulta;
Lo que mi amor os consulta,
Eso nos toca á los dos.

REY.

Yo la hablaré; mas, por Dios,
Que aunque sean los rigores
De Blanca buenos fiadores,
Que no es discreto primor
Hacer al competidor
Tercero de los amores.

DON JUAN.

La danza, gran Señor,
En vuestro valor está,
Si de Blanca vistas ya
Las lágrimas y el honor;
Y seréis vos con mi amor
(Con honra de los pinceles)
Alejandro con Apéles,
Y Blanca será Campaspe,
Ocupando bronce y jaspe
Vuestros divinos laureles.

(Vase.)

ESCENA XIII.

DOÑA BLANCA.—EL REY.

DOÑA BLANCA.

Aunque con algun temor,
Pero no sin confianza,
Mas que en mi propia esperanza,
En vuestro invicto valor,
Os vengo á pedir, Señor,
Una merced.

REY.

No habrá cosa
A mi amor dificultosa,
Ni pienso que á mi poder,
Como no vintese á ser
Imposible, Blanca hermosa;
Que no creo que presumas
Pedir estrellas del cielo,
Ni el fénix único al suelo,
Que nace y muere en sus plumas;
Mas si innumerables sumas
De oro y diamantes pidieres,
Haz cuenta que dueño eres
De cuantos engendra el sol,

Porque es blason español
Saber honrar las mujeres.
¿Qué quierdes, Blanca?

DOÑA BLANCA.

Licencia

Para volverme á mi casa;
Que mi viejo padre pasa
Con mucha pena mi ausencia.

REY.

¿Es temor de mi presencia?

DOÑA BLANCA.

¿Cómo puede ser temor,
Habiendo visto, Señor,
Que sois de vos mismo rey,
Que es la mas oscura ley
De las que tiene el valor?

REY.

¿Qué causa, Blanca, te obliga
A hacer tan nueva mudanza?

DOÑA BLANCA.

Mudar, Señor, de esperanza;
Pues esto basta que os diga.

REY.

¿Son celos de alguna amiga?

DOÑA BLANCA.

No, Señor; que son agravios.

REY.

Con ellos hay pocos sabios.
Perdiste, Blanca, el temor;
Que calenturas de amor
Presto salen á los labios.
Ahora bien, licencia doy,
Porque negarte no es justo
Cosa que sea tu gusto.

DOÑA BLANCA.

Si no lo juras, estoy
Dudosa.

REY.

A fe de quien soy.

DOÑA BLANCA.

Basta: tu palabra es
Infalible.

REY.

Parte pues
A disponer tu partida;
Mas vénme á ver, por tu vida,
Primero.

DOÑA BLANCA.

Beso tus piés. (Vase.)

ESCENA XIV.

DON NUÑO.—EL REY.

DON NUÑO.

Ya, Señor, está dispuesta
De la manera que mandas
La partida de Aragón.

REY.

Conozco, Nuño de Andratia,
El amor con que servís;
Y pues es tiempo que vayan
A Aragón por Isabel,
Vos seréis desta jornada
El dueño, como es razon.
Mirad si quereis que os haga
Alguna merced primero.

DON NUÑO.

La mayor de mi esperanza,
Y mas fácil para vos.

REY.

¿Cómo?

DON NUÑO.

Que me deis á Blanca,
Con que me doy por pagado
De cuanto en consejos y armas
A mis mayores debéis.

REY.

Ahora, don Nuño, acaba
De pedirme que le diese
Licencia de irse á su casa:
De forma que ya no corre
Por cuenta mía el casarla,
Sino de su padre, á quien,
Si la pedís, cosa es clara
Que se ha de honrar de teneros
Por yerno.

DON NUÑO.

Yo voy á hablarla.

REY.

Y yo la hablaré también
Antes que Blanca se parta.
(Vase don Nuño.)

ESCENA XV.

DOÑA LEONOR. — EL REY.

DOÑA LEONOR.

(Ap. Fuése Nuño. Solo está.)
Aunque la lengua embaraza
El tratar una mujer
Cosas que terceros tratan,
Vengo, Señor, á pedirlos
Favorezcáis una causa
Piadosa.

REY.

¿Cómo, Leonor?
Que tengo muy obligada
La mía á vuestra persona.

DOÑA LEONOR.

Don Juan de Mendoza aguarda
Solo que le deis licencia,
Y que os la pida me manda
Para casarnos los dos.

REY.

¡Don Juan! Mira que te engañas.

DOÑA LEONOR.

No engaño, Señor, ni yo,
Cuando no me lo mandara,
Fuera tan loca en querer
Solicitar vuestra gracia;
Que fuera tenerme en poco.

REY.

Pues, Leonor, luego le llama,
Y si él dice que te quiere,
Una y mil veces te casa.

DOÑA LEONOR.

Beso tus pies. Por él voy. (Vase.)

REY.

¿Qué invenciones, qué mudanzas
Son estas? Basta; que hoy
Soy el que casa y descasa.

ESCENA XVI.

BRITO. — EL REY.

BRITO.

¡Aquí está su alteza!

REY.

¿Es Brito?

BRITO.

Si, Señor.

REY.

Tú solo faltas.
¿Vienes á casarte acaso?

BRITO.

Cuando tú me aseguraras
Des cosas, pudiera ser,
Porque son muy necesarias.

REY.

Y ¿qué?...
L-M.

BRITO.

Que yo fuera sordo,
Que es de notable importancia,
Y mi mujer fuera muda.

REY.

Pues fáciles son entrambas,
Tú no quediéndola oír,
Y ella viendo que se cansa.

BRITO.

Tengo un vecino, Señor,
Que es atambor de tu guarda,
Y en hablando su mujer,
Toca á rebato la caja.
Pero como viese un día
Que la caja no bastaba,
Hizola con los palotes
Caja, y calló tres semanas.

REY.

Ahora bien: ¿á qué venías?

BRITO.

A una cosa bien extraña.
Del anillo que me diste
Dicen que es la piedra falsa.

REY.

¿Tiénecala ahí?

BRITO.

Si, Señor.

REY.

Muestra.—En mí no es de importancia
Que sea falsa ó sea fina;
Que estar en mi mano basta.

BRITO.

Luego ¿quedaste con ella?

REY.

Si, necio, porque te engañan.
Hoy te darán el dinero.

BRITO.

Yo le tomaré mañana.

ESCENA XVII.

DON JUAN. — DICHOS.

DON JUAN.

Para trocar los sucesos
El amor á la esperanza,
Siempre en venturas comienza
Y en desventuras acaba.

¿Qué bien me favoreciste,
Gran Señor, con doña Blanca,
Pues que le has dado licencia

Para volverse á su casa!

Ella y su padre don Pedro
De Año de solo aguardan
Besar tu mano, y partirse.
Don Nuño los acompaña,
Que es tu privado de veras;
Que á mí, como me tratabas
De burlas, porque él la goce,
Quisiste burlarme el alma.

REY.

¿Adónde están?

DON JUAN.

Juntos vienen

Quien me estima y quien me agravia.

ESCENA XVIII.

DON PEDRO, DOÑA BLANCA, DOÑA
LEONOR, DON NUÑO, CHADOS.—
DICHOS.

DON PEDRO.

No por mercedes, Señor,
Del servicio de la Infanta,
Sino á besarte la mano,
Viene Blanca, y de mis capas
Fía su remedio ya.

REY.

Don Pedro, de que se vaya
Blanca, no es la culpa mía.

DON PEDRO.

Ya, Señor, Nuño de Andrada
Me la pide: dad licencia;
Que con él quiero casarla.

REY.

No es justo que de palacio
Sin premio, don Pedro, salgas.
Luego que faltó la orden
De los Templarios á España,
La de Cristo instituí
Para suplir tan gran falta,
De quien os hago maestro.
Y por cumplir la palabra
Que he dado á Blanca (y es justo)
De que se vaya á su casa,
Y la de toda mujer

La del marido se llama,

Dadle la mano, don Juan;
Y á vuestra casa llevadla,
Pues que vos sois su marido,
Con que sale mi palabra
De su empeño; pues la di
De que se fuese á su casa.

DOÑA LEONOR.

¿Y la que me diste á mí?

REY.

Fué si don Juan confirmaba
Lo que me dijiste.

DON JUAN.

Yo
No pude partir el alma,
Como Leonor merecía.

DOÑA LEONOR.

Y está muy bien empleada.

DOÑA BLANCA.

Favor es, Leonor discreta.

DOÑA LEONOR.

En faltando la esperanza,
Celos se vuelven favores.

REY.

Leonor con don Nuño parta
Por mi Isabel á Aragón.

DOÑA LEONOR.

¿Yo, Señor! ¿Cómo?

REY.

Casada.

DON NUÑO.

Yo lo tengo á gran merced.

BRITO.

¿Y Brito nació en las malvas?
Pero no quiero mujer
De tu mano.

REY.

¿Por qué causa?

BRITO.

Porque pienso que has de darme
Piedras y mujeres falsas.
Dame otra cosa, Señor.

REY.

Aquí la comedia acaba.

BRITO.

¿Sin darme nada?

REY.

Al senado

Pide perdon.

BRITO.

Eso basta.

DOÑA BLANCA.

Y yo limosna por él
A caballeros y damas,
Tomando para pedirle
El guante de doña Blanca.

LA CAMPANA DE ARAGON,

COMEDIA DE LOPE DE VEGA CARPIO.

DEDICADA

A DON FERNANDO DE VALLEJO,

colegial del colegio mayor de San Bartolomé, y hijo del señor Gaspar de Vallejo, caballero del hábito de Santiago, del Consejo Supremo de su Majestad.

La fuerza de las historias representada es tanto mayor que leída, cuanto diferencia se advierte de la verdad á la pintura y del original al retrato; porque en un cuadro están las figuras mudas y en una sola accion las personas; y en la comedia hablando y discuriendo, y en diversos afectos por instantes, cuales son los sucesos, guerras, paces, consejos, diferentes estados de la fortuna, mudanzas, prosperidades, declinaciones de reinos y períodos de imperios y monarquías grandes. De la historia dijo Ciceron que no saber lo que antes de nosotros habia pasado, era ser siempre niños: conocida es su utilidad, tan encarecida de tantos; pero entre todos, me agradan aquellas palabras verdaderamente sábias en la prefacion del Jovio al príncipe de la república de Florencia:

«Despues de esta vida, la qual está dispuesta á la generacion humana con inciertos y estrechos términos de edad breve, ninguna cosa puede ser mas feliz que el haber extendido la fama de su nombre con memorias inmortales de ánimo invicto y cierta esperanza de eternas alabanzas de sus hechos.»

Pues con esto, nadie podrá negar que las famosas hazañas ó sentencias, referidas al vivo con sus personas, no sean de grande efeto para renovar la fama desde los teatros á las memorias de las gentes, donde los libros lo hacen con menos fuerza y mas dificultad y espacio. La materia desta historia no ofendiera á Dionisio Halicarnaseo, donde se queja de Anaxilao y Teopompo que no la eligieron á propósito del ejemplo, dando á entender que «cada uno en lo que se escribe retrata su inclinacion y su ánimo». La obediencia y veneracion del Rey muestra con sangriento castigo la presente historia, cuánto bien resulta de amarle y servirle, y cuánto mal de resistirle y desobedecerle; á cuyo propósito Jenofonte dijo: «Que todo el bien que tenia su república se debia á la obediencia de su Principe.» Y divinamente san Bernardo: «Que era la obediencia amiga de la salud,» pues que vemos que en ella consiste la felicidad de los grandes y la quietud y vida de los pequeños. Dió causa la inobediencia al rey de Aragon para tan vivo ejemplo, y el consejo á la ejecucion de tan notable castigo: de donde se colige cuánto importa á la vida y conservacion del príncipe el prudente ministro y consejero. Bien pudiera yo con atrevida pluma retratarle del señor Gaspar de Vallejo, padre de vuestra merced, delineando con vivos colores qué virtudes, qué letras, qué costumbres, qué nobleza le convienen; como no fuera castigada mi culpa, aunque mi amor la abone, en atrevimiento tan ajeno de mis fuerzas, quanto ajustado á la verdad que á tales méritos se debe; pues como mi voluntad no puede ser á todos manifesta, habrá de ser tenido por error mi obligacion, y por ignorancia mi buen deseo; pero podré decir con Propercio:

*Quod et defloant vires, audacia certè
Laus erit: in magnis, et voluisse sat est.*

Pero antes que me pongan por objeccion que ya está hecho el retrato, y del mayor artífice, esa

mismo ofrezco en vuestra merced á la censura del mundo, donde no habrá lince tan sutil, que descubra en sus virtudes, en su excelente ingenio, en sus letras y discretas costumbres, de diferencia un átomo; que puesto que parezca por tan tiernos años principio solo, ya sabe vuestra merced de la ley primera de *Orig. Jur.* que *principium cujusque rei potentissima pars est*. Platon la llamó grande; y como Aristóteles tuvo por imposible que sin él ninguna cosa pudiese serlo, la expectacion es justa en principio heródico, y como dijo un poeta español:

Antes que mire al occidente Febo,
Ya se previene la dorada aurora.

Dios guarde á vuestra merced, como deseo.

Su capellan,

LOPE DE VEGA CARPIO.

LA CAMPANA DE ARAGON.

PERSONAS.

EL REY DON PEDRO DE ARAGON.
DON ALFONSO, su hermano.
DON FORTUNIO LIZANA, ciego.
LOPE DE LUNA.
GARCÍA DE VIDAURE.
RAMIRO, recoleta, hermano del Rey.

DON PEDRO DE ATÁRES.
LEONARDO, monje.
BENITO, monje.
UNA FIGURA, que es ARAGON.
DOÑA ELVIRA.
PORCELO, soldado.
SALSINO, soldado.
EL REY MORO DE ZARAGOZA.

DOS ALCAIDES SUTOS:
ARMINDA, mora.
TARIFE, moro, alcalde de Fraga.
OTROS DOS ALCAIDES.
SELIN, mora.
DON NUÑO.
DON SANCHO, secretario.
LA REINA.
UN PAJE.

PERALTA, soldado.
OSORIO, soldado.
DON DIEGO. — DON RODRIGO.
DOS Ó TRES NIÑOS NIJOS DE LOS GRANDES.
SOLDADOS CRISTIANOS.
SOLDADOS MOROS.
GRUADOS. — ACOMPAÑAMIENTO, ETC.

ACTO PRIMERO¹.

Vista exterior de los muros de Huesca.

Empiézase la comedia con ruido de cajas y batalla, MOROS que salen huyendo y CRISTIANOS tras ellos, y descábrese SANTIAGO á caballo, armado, en lo alto, y MOROS heridos á los pies.

Sale EL REY DON PEDRO, mirando á SANTIAGO, y DON ALFONSO y DON FORTUNIO.

REY.

Haced la rodilla en tierra.

DON ALFONSO.

No es, rey don Pedro, del suelo
 Quien tanto valor encierra.

REY.

¡Oh caballero del cielo,
 Vencedor de aquesta guerra!
 Solo á Dios se debe honor,
 Y á ti luego.

DON ALFONSO.

¡Extraña cruz!

REY.

¡Quién sois? ¡No me habláis, Señor?

DON ALFONSO.

No me deja ver la luz
 Su divino resplandor.
 Es Jorge, si no estoy ciego.

(Cábrese la apariencia.)

DON FORTUNIO.

Desaparecióse luego
 Que le nombraste. ¡Si es él?

REY.

¡Notable estrago!

DON ALFONSO.

¡Cruel!

REY.

Tal espada trae.

DON FORTUNIO.

De fuego.

REY.

A Dios se debe la gloria,
 Y á Jorge, desta vitoria,
 Y entre nosotros es llana
 De don Fortunio Lizana

La hazaña digna de historia.

DON ALFONSO.

De grande importancia ha sido,
 Fuera del que al cielo pides,
 El socorro que ha traído.
 Para ser igual á Alcides
 Solo le falta el vestido.

REY.

Causaron grandes desmayos
 Estos trescientos lacayos
 Con las mazas que traían,
 Que en los moros discurrían
 Como por el viento rayos.
 Quebraban piernas y brazos;
 Máquinas, caballos y hombres
 Iban haciendo pedazos.

DON ALFONSO.

Bien es que rayo le nombres.

REY.

Hoy merece mis abrazos.

DON FORTUNIO. *(De rodillas.)*

En el suelo estoy, Señor,
 Y tu perdón esperando.

REY.

En mi pecho estás mejor,
 Donde hoy te he visto animado
 Con el tuyo mi valor.
 Y de haberte desterrado,
 Fortunio, estoy enojado
 Con mi esquiva condición.

DON FORTUNIO.

Juntos en esta ocasión
 Habemos, Señor, ganado,
 Tú á Huesca al valiente moro,
 Y yo tu gracia, tesoro
 Que ha de enriquecer mi honor;
 Porque es tu gracia mayor
 Que ciudades, plata y oro.
 Desterrado me tenías,
 En los montes Pirineos
 Pasando noches y días,
 Donde á mis buenos deseos
 Tan notable agravio hacías.
 Supe que á Huesca asaltabas;
 Trescientos hombres junté
 Con esas mazas ó clavas,
 Y de los montes bajé
 Por el peligro en que estabas.
 Si merecí tu perdón,
 El parabien es razón
 De la vitoria me dén.

REY.

Y á mí, Fortunio, también,
 Que por vos tengo á Aragon;
 Y quiero que por memoria
 De la maza, que fué traza

Para ganar la vitoria,
 Don Fernando de la Maza
 Os llame de hoy mas su historia;
 Que aunque Lizana apellido
 De vuestro linaje ha sido,
 Deste quedais mas honrado,
 Pues que Maza habeis ganado
 Lo que Lizana perdido.

DON NUÑO, en lo alto, poniendo el
 estandarte del Rey en el muro:

DON NUÑO.

¡Huesca por el rey don Pedro!
 ¡Huesca del rey de Aragon! *(Retírase.)*

REY.

Ya de tierra y honor medro.

DON ALFONSO.

Voces de don Nuño son,
 Bien digno de lauro y cedro.

REY.

Fuertemente ha peleado.

DON FORTUNIO.

Es, aunque mozo, soldado
 De gran valor.

REY.

Yo lo estimo.
 ¡Oh cuánto en mirar me animo
 Aquel pendon levantado!

Salen DON NUÑO con espada y rodela, y DOS Ó TRES GRUADOS, que traen cuatro cabezas de reyes moros.

DON NUÑO.

Ya queda Huesca por tí,
 Rey famoso aragonés;
 Que á su mezquita subí,
 Y aquestas lunas que ves;
 A tus cruces abatí.
 Allí, Señor, enarboló
 Tu estandarte, y queda solo,
 Dando terror al pagano.

REY.

Eres un Marte cristiano,
 Famoso de polo á polo.
 Son señal de tus proezas
 Esas cabezas cortadas.

DON NUÑO.

Son, Señor, cuatro cabezas
 Que se hallaban adornadas
 De aquellas doradas piezas.
 Hazaña ha sido este día
 De tu heroica valentía
 Y de mí fe celebrada;
 Que los ha muerto tu espada,
 Y los degolló la mía.

¹ Se reimprime esta comedia sin dividirla en escenas.

REY.
Famosa victoria ha sido.
Cuatro reyes ha costado
Hoy al morisco atrevido.

DON ALFONSO.
Al caballero cruzado
Hoy te muestra agradecido.

REY.
Hoy, Alfonso, quiero dar
Armas nuevas á Aragón;
Que de la cruz singular
De ese angélico varón
Quiero mi escudo adornar.
Y en cuatro partes partido
El campo, que blanco sea,
Por serlo su armés lucido,
Y porque mejor se vea,
De la cruz roja ceñido,
Los cuatro cuadros tendrán
Aquestas cuatro cabezas.

DON ALFONSO.
Famosas armas serán,
Y que ya de tus grandezas
Ilustres indicios dan.

REY.
Estas le doy á Aragón,
Y á Fortunio la tenencia
De Huesca, si en ocasión
Se me ofrece hacer ausencia
Contra el morisco escuadron.
A Nuño doy del despojo
Una parte, y á mi hermano
Dos ó tres.

DON ALFONSO.
Mucho me enoja.
Bástame el honor que gano,
Y en premio un bonete rojo.
Todo lo habrás menester.

REY.
Desde aquí pienso volver
A San Ponce de Tomaras.

DON ALFONSO.
De Alcides á Huesca amparas.

REY.
A mi hermano quiero ver;
Que, como sabeis, está
Ramiro monje en San Ponce.

DON NUÑO.
Ya de par en par te da
Huesca sus puertas de bronce,
Y el moro huyendo se va.

REY.
Id, Fortunio, á la montaña,
Y vuestra casa traed.

DON FORTUNIO.
Si don Nuño me acompaña.

DON NUÑO.
Recibo en eso merced,
Heróico Roldán de España.

DON FORTUNIO.
Quiérodos regalar, pariente,
En mi casa.

DON NUÑO.
Y yo serviros.

Salen DON PEDRO DE ATÁRES, con
espada y rodela.

ATÁRES.
¡Oh famoso rey! Detente;
Que el cielo oyó mis suspiros,
Y llegué salvo á tu gente.

REY.
¿Quién es?
DON ALFONSO.
Don Pedro de Atáres.

ATÁRES.
Señor, no permita el cielo
Que la victoria declares,
Cuando estampan en tu suelo
Moros los pies á millares.

REY.
¿De dónde?
ATÁRES.
De Zaragoza;
Que su rey Albochacen
Tus campos tala y destroza.

REY.
¿Vienen cristianos?
ATÁRES.
Tambien.
Con sueldo cristianos goza.

REY.
¿Quién le acompaña?
ATÁRES.
Un García,
Del Rey de Castilla hermano.

REY.
¿Cristiano ayuda este día
A un moro contra un cristiano?
Vamos; que esta causa es mia.
Póngase en orden mi gente,
Vitoriosa justamente;
Que contra dos moros voy.

DON FORTUNIO.
De cólera ardiendo estoy.
Sígueme, Nuño valiente.

REY.
Id; que para mas espanto
Las armas te han de pintar.

DON NUÑO.
La cruz roja de aquel santo
Puede al mundo hacer temblar,
Si á tu lado la levanto.

DON ALFONSO.
Salgámosles al camino.

REY.
¡Oh buen Alfonso, tan dino
De ser mi hermano!

DON ALFONSO.
No quiero
Serlo, ni ser caballero,
Viviendo ese moro indino.
Tú verás lo que se goza
Mi espada, en los que destroza
Abriendo sangrienta plaza.

DON FORTUNIO.
Aun no han probado la maza
Los moros de Zaragoza.
(Vase.)

—
Claustro del convento de San Ponce.

Salen FRAY LEONARDO, BENITO y
RAMIRO; este con una escoba en la
mano.

LEONARDO.
Deje (y llévelo en paciencia)
La escoba, padre y señor,
Pena de santa obediencia;
Que la igualdad, en rigor
Siempre admite diferencia.

RAMIRO.
Parece riguridad.
Si así me trata, en verdad
Que estorba mi salvacion.

LEONARDO.
Deo gratias: bien sé que son
Actos de mucha humildad;
Pero en fin puede ocuparse
En obras mas meritorias.

RAMIRO.
¿Hayla mayor que humillarse?
LEONARDO.

Sacras y humanas historias
Pueden por ejemplo darse;
Que vil David se llamaba
Cuando con Micol hablaba;
Que era polvo dijo á Dios,
Hablando una vez los dos,
Abrahan, que humilde estaba;
Y Gedeon otra vez
Su casa llamó pequeña;
Siendo del pueblo juez.

RAMIRO.
¡Oh padre! ¡cuán bien me enseña
Vuestra discreta vejez!
Yo soy rudo y negligente.

LEONARDO.
No es rudo el que es obediente.

RAMIRO.
Dígame mas, padre mio.

LEONARDO.
En el del cielo confío
Que tu propósito aumente.
Enojado algunos días
Este gran Señor tambien,
Por la humildad que decias
Perdonó á Jerusalem
Por boca de Semeías.
Al que es humilde, el Profeta
Dice que Dios salvará;
El que á humildad se sujeta,
Salomon diciendo está
Que alcanza gloria perfecta.
Por Isaias promete
Con el humilde vivir;
En el capitulo siete
Quiso Ezequiel decir
Que el que es hombre se sujete.
Ninive, por humildad,
Y de Judit la ciudad,
De Dios perdon alcanzó.
Cristo al morir se humilló
Para mayor caridad.
Humillado al ángel Juan,
Su igual el ángel se hizo;
Que hasta ellos ejemplos dan
De virtud, que satisfizo
A Dios, David y Abrahan.
Por humildad se llamó
La Virgen santa y bendita.

RAMIRO.
Luego el que está como yo
A tantos buenos imita,
Y el que lo contrario, no.

LEONARDO.
Es verdad que Pedro dice
Que Dios da gracia al que está
Humilde, y que contradice
Al que en ser soberbio da,
Que desta virtud desdice.
El que es de Dios elegido,
Pablo dice que vestido
Tenga de humildad el pecho.

RAMIRO.
De amaria estoy satisfecho,
De no la tener corrido.

LEONARDO.
Jerónimo la primera
De las virtudes la llama;
Bernardo la considera
Una virtud que nos llama
A la virtud verdadera.
Que ha de hallar, dice Agustino,
Aquel humilde camino
De Cristo el hombre, que viene
A dar el premio que tiene
Asiento eterno y divino.

Que el mayor se hizo menor
Gregorio dice tambien.
Hijo, grande es su valor:
Y así, te asienta mas bien
Cuanto eres mayor señor.
Eres, fray Ramiro, hermano
Del rey Pedro de Aragon;
Y dando al mundo de mano,
Diste ejemplo en religion
De ser principe cristiano:
Donde tu mucha humildad,
Estorbada en mi presencia,
No impide tu caridad;
Mas mira que la obediencia
Es negar la voluntad;
Y esta es de grande importancia.

RAMIRO.

Padre Leonardo, en la mia
Ya no ha de haber repugnancia:
Enseñadme cada día,
Pues sois luz de mi ignorancia.
Palabra os doy de no hacer
Cosa en mi vida, Leonardo,
Sin pedirlos parecer.

LEONARDO.

Ya, Ramiro, el tiempo aguardo
En que ha de ser menester.

RAMIRO.

Mire, hermano, como yo
Soy tan bobo é inocente
(Que así el cielo me crió),
Pienso que el que es obediente,
Es humilde, y quien no, no.
Como no soy estudiante
Ni á la Escritura me aplico,
Procedo como ignorante;
Que estoy de deseos rico,
Y de efectos mendigante.
En romance, aunque avergüence
Decirlo, en un libro vario
Leí (con cruz se comienza)
Que el diablo dijo á Macario:
«Fraile, tu humildad me vence.»
Desde entonces profesé
Ser muy humilde.

LEONARDO.

Ansí fué,
Y que lo sea es razon;
Pero trate de oracion,
Y algun rato en ella esté.
No sea todo barrer,
Fregar, servir y llevar
Cosas que son menester;
Pues sabe que el contemplar
Es de tan perfecto ser.
El especular la gloria
De Dios, en sétimo grado
Pope Bernardo, y la historia
Del Evangelio sagrado
Tenga, padre, en la memoria.
Ya sabe lo que decía
Cristo de Marta y María.
Aquí le quiero dejar.

RAMIRO.

Obedecer y callar.

LEONARDO.

Esto ha de hacer cada día.

(Vanse fray Leonardo y Benito.)

RAMIRO.

Señor, predicar he oído
Que aquel vuestro amigo grande
Mucho quisiera haber sido;
Que, ¿quién hay que se desmanda
A hablar con vos atrevido?
Pero por obedecer,
Quiero hablar, Señor, con vos.
Mi Dios, vos me disteis ser,
Y vos sabeis, como Dios,
Qué es lo que yo he menester.

Dos hermanos me habéis dado:
Pedro es ya rey coronado
De Aragon; Alfonso es mozo;
Yo el menor, que no me gozo
Poco de tan alto estado.
Guardadlos, y á mi tambien.
—No sé mas que le rogar.—
Si no he contemplado bien,
Padre, mandad perdonar
Por siempre jamás amén.—
Ved; en lo que me ha metido
Leonardo; que de estar quedo,
Me siento casi dormido!
—Mas dormido volver puedo
Los ojos á mi sentido.
Sueño me vence. Yo soy
De condicion, que si aquí
Llama el sueño, aquí le doy
Los sentidos que hay en mí.
¡Ay ojos! dormido estoy:
Contemplad pues lo de dentro,
Pues el alma dentro está,
Y volveis la vista al centro.
Alma, abrid las puertas ya;
Que ya á contemplarlos entro.

*Quédase durmiendo de rodillas, y
suena una trompeta, y descúbrense
UNA FIGURA, que es ARAGON, vestida
de luto y armada.*

ARAGON.

¿Duermes, ilustre Ramiro?

RAMIRO.

Durmiendo estoy.

ARAGON.

Yo suspiro

Por verte dormir.

RAMIRO.

¿Quién eres?

ARAGON.

Aragon soy.

RAMIRO.

¿Qué me quieres?

Que ya de verte me admiro.

ARAGON.

¿Sabes que eres decendiente
Del rey don Sancho famoso?

RAMIRO.

Su hijo soy.

ARAGON.

Dios aumente

Ese valor generoso.
Porque su ley se acreciente.

RAMIRO.

Pues ¿de qué te sirvo á tí?

ARAGON.

No duermas, Ramiro, así;
Mira que te he menester.

RAMIRO.

¿Tú á mí! ¿Cómo puede ser?

ARAGON.

Está mi remedio en tí.

RAMIRO.

Allá tienes mis hermanos,
Pedro y Alfonso; que yo
Ya me escapé de tus manos.
No quiero tus honras, no;
Que son tus imperios vanos.

ARAGON.

Dios quiere que tú me mandes.

RAMIRO.

Son sus secretos tan grandes,
Que al cielo causan temor.

ARAGON.

Presto serás mi señor,
Por mas que revuelvas y andes.

RAMIRO.

Mira lo que dices bien;
Que yo soy monje profeso,
Y al alma no le está bien.

ARAGON.

Si ordena Dios tu suceso,
¿Por qué me muestras desden?
Mira que el pagano y moro
Tiene mi tierra oprimida:
Duélate mi luto y lloro.

RAMIRO.

Guarda á mi reclusa vida,
Patria, el debido decoro.
Monje soy: véte con Dios;
Que aunque soy de un rey hermano,
Tambien allá tienes dos.

ARAGON.

Tú te defiendes en vano.
(Desaparecese Aragon.)

RAMIRO.

Religion, ¡valedme vos!
¡Valedme, valedme, cielo!
¡Padre Leonardo, Leonardo!
(Despierta.)
¡Divino Dios! ¿Duermo ó velo?
¿Cómo en defendirme tardo,
Mujer, de tu falso celo?
A este mármol quiero asirme.

Salte LEONARDO.

LEONARDO.

Deo gratias. Padre, ¿qué es esto?

RAMIRO.

Tú eres columna mas firme.
Yo sé que en tus brazos puesto,
Nadie podrá dividirme.

LEONARDO.

¿De quién huye?

RAMIRO.

¡Ay padre mío!

Vencióme, estando rezando,
El sueño, con quien porfio;
Mas, como voy recordando,
Su incierta imagen desvío.
Soñaba que una mujer
Con hermoso parecer
Corona y cetro me daba
De imperio, y del monasterio,
A fuerza de su poder,
Me sacó á la portería.
De las aldabas me asía;
Y por eso voces daba.

LEONARDO.

Pues, padre, si contemplaba,
¿Por qué razon se dormía?

RAMIRO.

Leonardo, no pude mas.
¿No sabe mi condicion?
No me lo mande jamás;
Que es darme á contemplación
Dar muchos pasos atrás.

LEONARDO.

Mire, padre: en la Escritura
Faraon y algunos soñaron,
Porque en mejor coyuntura
De Dios la gloria ensalzaron.
Con vida ó con muerte dura.
Cuando Dios algo revela
En sueños, grande misterio
El alma entonces recela.

RAMIRO.

Salir yo del monasterio
Es del demonio cautela.

LEONARDO.

Lo que es el sueño animal

Procede de pensamiento,
Que es al hombre natural:
Mire por este argumento
Si es su pensamiento igual.

RAMIRO.

¡Yo, padre! Yo haber pensado
Jamás el salir de aquí!

LEONARDO.

Quando el seso está ocupado,
Lo que trae impreso allí,
Forma el sueño imaginado;
Que á todos los exteriores
Sentidos descubren luego
Mas libres los interiores;
Y como está un hombre ciego,
Juzga á verdad sus errores.
Venga á mi celda conmigo;
Que quiero darle castigo
De sueño tan torpe y malo.

RAMIRO.

No es castigo, que es regalo
La reprension del amigo.
(*Vanse.*)

Valle en las montañas de Jaca.

Salen DOÑA ELVIRA, en hábito de
hombre, con capa gascona y espada y
pistolete; PORCELO y OTRO CRIA-
DO.

DOÑA ELVIRA.

¡Que el rey don Pedro en efeto
A mi padre perdonó?

PORCELO.

El socorro le pagó,
Agradecido y discreto;
Que él y sus trescientos hombres,
Con las mazas que llevaron,
En la batalla ganaron
Fama eterna, ilustres nombres.
Díole á Huesca en alcaidía,
Donde pienso que estuvieras,
Si del moro las banderas
No vieran el mismo día;
Que el bizarro Albochacen
De Zaragoza bajó,
Con quien don Pedro mostró
Su poder invicto bien;
Que le venció peleando
Desde el alba al mediodía,
Y prendiendo á don García,
Se volvió á Huesca triunfando.

DOÑA ELVIRA.

Mi padre, al fin, perdonado
De las injurias del Rey;
Volverá por justa ley
A aquel su primero estado.
Pero yo, mudando el traje,
Mudaré de libertad,
Perdiendo mi voluntad
Lo que gana mi linaje.
Andaba en esta montaña
Defendiendo su persona
Mi padre, á quien hoy perdona
El piadoso rey de España.
Traíame desta suerte
Desde que pequeña fui,
Donde á ser hombre aprendí,
Robusto, gallardo y fuerte.
Y como mudar costumbre,
Que es otra naturaleza,
Ofenda y cause tristeza,
Dame mortal pesadumbre.
No sé cómo he sufrir
Dejar tal hábito agora.

PORCELO.

Con el contento, Señora,
De verte en quietad vivir;

Con volver á ser mujer
En vida honesta y segura;
Que cuanto hoy vive procura
Estar en su mismo ser.
Que es la pretension del fuego
Subir siempre á su lugar,
La de la tierra bajar
Buscando su centro luego.
Por su patria los ausentes
Suspiran; los presos lloran
Por la libertad que adoran;
Van al mar rios y fuentes.
El amante no está en sí
Si no es pensando en su prenda,
El rico avaro en su hacienda,
El loco en su frenesí.
Todo, en fin, está en su ser
Mejor que en ajeno está:
Tú también descansas ya,
Si hoy vuelves á ser mujer.

DOÑA ELVIRA.

No me digas mas, Porcelo;
Que aunque él ser hombre es fingido,
Muestra en la mujer que ha sido
Un bien perfecto del cielo.

Aquella gran libertad
De andar, hacer y decir,
Aquel gallardo seguir
La luz de la voluntad,
Aquel gozar su albedrío
Sin seguir dueño tirano,
Aquel estar en su mano
Su condicion, gusto y brío,
No puede dejar de ser
Imperfeccion el faltar,
Ni dejarle de envidiar
La mas honesta mujer.
Verás mil hombres perdidos,
Buscando varias mujeres,
Con diferentes placeres
Alma y cuerpo divertidos,
Darse al juego ó á otros daños
De su salud ó su nombre;
Y con ser vicio en el hombre,
Durar con honra mil años.
¡Desdichada la mujer
Que hiciera un yerro!

PORCELO.

Es así.

DOÑA ELVIRA.

Pues no me culpes á mí
Que diga mal de mí ser.
No porque tener deseo
La libertad para errar;
Que no puedo yo gozar
Todas las cosas que veo;
Mas ¡por qué nací tan hombre,
Y mi padre me ha criado
Tan hombre, que me he quedado
Con el vestido y el nombre?
Más me daba gusto aquí
Servir una montañesa
(Aunque era gozarla empresa
Imposible para mí),
Que los tesoros del suelo.
¡Oh aquel salir á rondar,
Hacer señas, requebrar,
Coger un suspiro al vuelo,
Ver una mujer rendida
Confesar una flaqueza,
Darle con celos tristeza,
Y no querer que los pida,
Verla llorar y enjugalle
Las lágrimas con la boca,
Volverla á lisonjas loca
De su hermosura y su talle:
¡Pesía tal! ¡qué linda cosa!
¡Ah! mal baya haber nacido
Larga de solo el vestido,
Y corta en el ser dichosa!
Nadie me llame mujer;

Que, vive Dios, que esta espada,
De la punta á la dorada
Guarnicion, le he de meter.

EL CRIADO.

¡Bueno es eso, por mi vida,
Para venir yo por tí!
No te halle tu padre así,
Sino de mujer vestida;
Que es colérico en extremo.

DOÑA ELVIRA.

Antes estás engañado,
Pues él me hubiera avisado,
Y que se enojase temo.
Si nadie en aquesta tierra
Sabe que mujer he sido,
Y en este traje he vivido
Libre de su ofensa y guerra,
Por lo que todos sabeis,
¡Antes de su gusto, es justo
Que para darle disgusto,
Este consejo me deis?
Fuera de que entre los dos
Lo contrario está tratado:
Pues hombre aquí me ha dejado,
Hombre me ha de hallar, por Dios.

PORCELO.

El eco de voces siento
En estos valles de Jaca.

DOÑA ELVIRA.

Aquí del fuerte me saca
Ese mismo pensamiento.
Vuestras armas aprestad,
Y venga el mundo.

Salen DON FORTUNIO y DON NUÑO.

DON FORTUNIO.

Estos ramos
Nos muestran que cerca estamos
Del fuerte y de la ciudad.

DON NUÑO.

En tan áspera montaña,
Don Fortunio, habéis vivido?

DON FORTUNIO.

En sus riscos defendido,
Ninguna ofensa me daña.
Fué tal del Rey el consejo,
Y su aspereza fué tal,
Que quise con otra igual
Resistir su vano enojo.—
Pienso que habemos llegado.

DOÑA ELVIRA.

Deténganse, caballeros.

DON NUÑO.

En manos de bandoleros,
Don Fortunio, habemos dado.

DON FORTUNIO.

¿Quién es el que nos detiene?

DOÑA ELVIRA.

Deste fuerte el dueño soy.

DON FORTUNIO.

Yo tu padre.

DOÑA ELVIRA.

Pues ya estoy
A tus pies.

DON NUÑO.

Gallardo viene.
¿No es vuestro hijo don Juan?

DON FORTUNIO.

Para serviros, don Nuño.

DON NUÑO.

¡Brava estocada de puño!

DON FORTUNIO.

Es fuerte.

DOÑA ELVIRA.

Soy un Roldan.

DON FORTUNIO.
Dad á don Nuño los brazos.
DOÑA ELVIRA.
Conózcole por el nombre.
DON NUÑO.
¡Qué hermosa presencia de hombre!
DOÑA ELVIRA.
Haré dos lanzas pedazos.
DON NUÑO.
Abrazadme; que ya os quiero
Por vuestro valor no mas.
DOÑA ELVIRA.
A un leon los brazos das
Y á un honrado caballero.
DON NUÑO.
Cuando no por sangre y parte
De un hombre á quien tanto debo,
Os amo, ilustre mancebo,
Por nueva imágen de Marte.
No puede en su casa hacer
Vuestro padre mas regalo
A un huésped, si á un rey le igualo,
Don Juan, que dejáros ver.
¡Hay tal brio y compostura
De partes todas iguales?
DOÑA ELVIRA.
Dejáos de lisonjas tales
Con quien serviros procura;
Que este tallo y bizarría
Mejor se alabara en vos,
Pues sois en quien puso Dios
Tanta gracia y valentía.
De vos dicen por acá
Que no hay moro en Aragon
Que no os tenga por leon.
DON NUÑO.
Y de vos, que lo sois ya.
Fortunio, lástima ha sido
Que tal caballero esté,
Bello del cabello al pié,
En este monte escondido.
DON FORTUNIO.
Agora le llevarémos
Donde vea cortesanos,
Y pruebe mejor las manos
En las guerras que tenemos.
Que la capa de sayal,
Puesto que aforrada en tela,
Es como hablar con cautela,
Que suena bien y hace mal.
Aquel bonete, y la pluma
Que al rededor le corona,
No es decente á su persona;
Que es de bandolero en suma.
DOÑA ELVIRA.
Galas, gorra y capotillo,
Calzas, cuera, martinetes,
Muchas veces me prometes,
Que pienso que has de cumplillo;
Mas no llega la ocasion
Que tales honras me hagas.
DON FORTUNIO.
Presto haré que satisfagas
A tu misma obligacion.
Vé al fuerte y haz prevenir
Con que á don Nuño regale.
DOÑA ELVIRA.
Yo voy.
(Vanse doña Elvira y los criados)
DON NUÑO.
¡Puede haber que iguale
Al verle hacer y decir?
Envidia sois justamente
De los padres desta edad.
DON FORTUNIO.
Honraisle por amistad:

La que os tengo lo consiente.
—Ya los criados se han ido,
Que es lo que yo deseaba.
DON NUÑO.
Lo que pensais esperaba,
Después de haberse partido;
Que no fué sin ocasion
El enviar de aquí á don Juan.
DON FORTUNIO.
Hoy mis secretos os dan
Las llaves del corazon.
Preveniros caminando,
Don Nuño, con tantas veras,
Y con tan varias quimeras
Veniros siempre obligando,
Nació de que imaginé
Que, en viendo á don Juan, diría
La causa por qué lo hacia:
Y aquí sabréis la que fué.
DON NUÑO.
Notablemente deseo
Saber lo que os ha movido
A haberme á Jaca traído
Por tan extraño rodeo.
Lleno traigo el pensamiento
De imaginaciones varias.
DON FORTUNIO.
Dos cosas son necesarias.
DON NUÑO.
¿Qué son?
DON FORTUNIO.
Vuestro juramento,
Y consentir en el daño
Que de no cumplirlo os viene.
DON NUÑO.
Notables enigmas tiene
Ese oculto desengaño.
Digo que lo haré.
DON FORTUNIO.
Poned,
Para hacer pleito homenaje,
La mano aquí.
DON NUÑO.
¿Que la encaje
Decís?
DON FORTUNIO.
Lo que pido haced.
DON NUÑO.
Entre las vuestras las quiero
Poner, don Fortunio, así.
DON FORTUNIO.
¿Haceis juramento aquí,
Como hidalgo y caballero,
Que este secreto tendréis
Por todo un año secreto?
DON NUÑO.
Pleito homenaje os prometo,
Si no es que vos lo mandéis.
DON FORTUNIO.
¿Sabeis que si le quebráis,
Quedais por traidor?
DON NUÑO.
Sí sé.
DON FORTUNIO.
Y que retaros podré
Para que al campo salgais?
DON NUÑO.
Que lo sé y lo juro así,
Y que á cumplirlo me obligo.
DON FORTUNIO.
Pues escuchad lo que os digo.
DON NUÑO.
Escuchadme vos á mí.
DON FORTUNIO.
¿Cómo?

DON NUÑO.
Si aqueste secreto
Es en daño de mi rey,
No hay pleito homenaje ó ley
Por donde no quede exceto.
Como contra el Rey no sea,
Cosa que de vos no creo,
Decid.
DON FORTUNIO.
Que me digáis deseo.
DON NUÑO.
¿Quién como yo lo desea?
DON FORTUNIO.
Don Ramiro valeroso,
El que defendió á la Reina
De aquel testimonio infame
Que á los tres hijos afrenta
(Pues por no dar un caballo,
Estando el Rey en la guerra,
De adulterio la acusaron),
Tuvo á Aragon por herencia.
Cupo á Fernando Castilla,
Y de Navarra y Tudela
Don Garcia fué señor,
Don Sancho heredó á Gascuña.
Esta, que llaman Sobrarbe,
Muerto don Sancho, se entrega
Al rey de Aragon Ramiro,
Y el justo heredero niega.
Don Fernando, á quien tocaba
El reino, en guerras sangrientas
Mató á Ramiro su tío,
Y Sancho á Aragon hereda.
Este Sancho, aunque á su padre
Mató Fernando en su tierra,
Le ayudaba como amigo
Contra el moro en sus empresas.
Murió Sancho, á quien don Pedro
Sucedió, que agora reina,
Que tuvo en esta venganza
La condicion mas soberbia.
Buscaba cómo pudiese
Vengar su abuelo por fuerza
En la sangre de Fernando,
Si hallaría entonces pudiera;
Y supo que en Aragon
Quedó de una hermosa dueña
Una hija de dos años:
Ved ¡qué venganza tan tierna!
Pues viendo que en mi poder,
Después de su madre muerta,
Quedó la niña, envió
Con un hidalgo por ella.
Temiendo yo de su furia
Alguna injusta tragedia,
La niña le niego al Rey,
De cuyo agravio se queja.
Mandóme prender alrado,
Y con mi familia y prendas
A las montañas de Jaca
Me subo, y labro esta fuerza.
A doña Elvira, que así
Se llamaba la doncella,
En hábito de hombre visto:
Ingeniosa estratagema.
Murió mi hijo don Juan,
Tuve su muerte secreta,
Guardando su tierno cuerpo
En una caja de piedra.
Fiéme de los criados
Que agora parten con ella,
Y publico que es don Juan
Por esta montaña y sierra,
Donde en el traje que veis,
Como otra Atalanta nueva,
Ya saltador, ya montero,
Sigue los hombres y fieras.
Ya pone al arco morisco
La jara llena de yerba,
Ya el acerado cuadrillo
A la cristiana ballesta.

Ya sale gallarda al campo
 Cuando el alba clara y bella
 Lleva en albricias del sol
 Lirios, rosas y azucenas,
 Con su capa de sayal
 Listada de varias sedas,
 Aforrada en tela de oro,
 Asida á un cordon de perlas;
 Con un bonete de grana,
 De armiños blancos las vueltas,
 Que sobre el cabello hermoso
 Descubren rizadas trenzas.
 Sigue el conejo medroso,
 Y esperándole en la cueva,
 Mata, pensando que sale,
 La matizada culebra,
 Y al hombro, al acero atada,
 Trae al fuerte dentro della
 Los mal tragados gazapos
 Aun vivos despues de muerta.
 Ya debajo de algun fresno
 Pasa la insufrible siesta,
 Cuando el sol al leon de Alcides
 Dora las pardas guedejas.
 Ya mata el ligero gamo,
 Ya el oso lascivo espera,
 El jabali colmilludo,
 La liebre ó cabra montesa.
 Ya vuelve al mostrarse Vénus
 En la vespertina estrella,
 Requebrando las serranas
 Que llevan cargas de leña.
 Ya, en oyendo el enemigo,
 A media noche despierta;
 Si es contrario, le cautiva;
 Si es caminante, le deja.
 Con esto el Rey agraviado,
 De mi furor se querella;
 Yo, como vasallo humilde,
 Acudo al cerco de Huesca.
 Trecentos hombres con mazas
 La victoria hicieron cierta,
 Despues de Dios y de aquel
 Que trujo la roja enseña.
 Perdonóme el Rey entonces,
 Y díome á Huesca en tenencia;
 Mándame llevar mi casa,
 Y por eso os traigo á ella,
 Porque con pleito homensaje
 Os tengo de hacer entrega
 De doña Elvira, ó don Juan,
 Para que nadie lo sepa.
 En la corte de don Pedro
 Por paje habeis de tenella,
 Sin que ella sepa de vos
 Que sabeis cosa en su ofensa.

DON NUÑO.

¡Extraño y notable caso!
 Yo os confieso que á saber
 Que don Juan era mujer,
 No diera á este monte un paso.
 Mi deudo sois y mi amigo;
 Yo lo he jurado, y lo sé:
 Lo que he dicho cumpliré,
 Pena de mayor castigo.
 Por traidor quedo en efeto,
 Si á ella ni á cuantos viven,
 Por mas que conmigo priven,
 Dijere vuestro secreto.

DON FORTUNIO.

Yo fio que cumpliréis,
 Don Nuño, el pleito homensaje,
 Como hombre de mi linaje,
 Que es lo mejor que teneis.
 Mas vamos á descansar
 Del enojoso camino.

DON NUÑO. (Ap.)

Mi perdicion adivino.
 La vida me ha de costar.

(Vase.)

Sala en un palacio de Huesca.

Salen DON ALFONSO, LOPE DE LUNA, GARCIA DE VIDAURE y DON PEDRO DE ATÁRES, con lutos.

LOPE.

A un mismo tiempo, don Alfonso ilustre,
 El paraben y pésame te damos,
 Pues ya eres rey y destos reinos lustre,
 Y muerto el noble que lo fué lloramos.
 Ver que Aragon de tu valor se ilustre
 Es el consuelo solo que esperamos;
 Porque, muerto tal Pedro, fuera en vano
 Buscarle menos que en su propio her-

VIDAURE. [mano.]

Los cuidados, Alfonso, de la guerra,
 Las desveladas noches y los días,
 Alojado en los robles de la sierra,
 Cubierto á veces de sus nieves frías,
 A Pedro para siempre nos destierra
 Con nuestras esperanzas y alegrías;
 Mas vive tú; que todo á vivir vuelve,
 Y con tu sol el llanto se resuelve.

ATÁRES.

Morir sin hijos nuestro Pedro amado
 No se puede decir, pues que tú quedas,
 Que heredas su valor y su cuidado,
 Y todo el peso de Aragon heredas.
 Hoy quedas en Alcides transformado
 Para que por Atlante servir puedas:
 Rige, gobierna y vive largos años
 Para remedio de mayores daños.

DON ALFONSO.

Si aquí no pareciera el sentimiento
 Placer fingido en heredero ingrato,
 Viérades, caballeros, cómo sienta
 La muerte de quien ya tan lejos trato.
 Pero, pues no han de ser justo argumén-
 Las lágrimas y quejas que dilato [to
 Para mi soledad, las honras vuestras
 Agradezco, pues son de quién sois inue-

tras.]

Soy vuestro rey legítimo, y soy hijo
 Del rey don Pedro, y dedon Sancho nie-
 Justamente su reino mando y rijo, [to:
 Pues á la muerte todo está sujeto.
 Y pues de mi corona el regocijo
 Quiero que se celebre en lo secreto,
 Estad atentos al intento mio
 Con el favor de Dios, en quien confio.
 No he de ponerme la corona de oro,
 Insignia de que el rey que hereda goza,
 Ni cetro en mano para mas decoro,
 Ni galas dignas de mi edad tan moza,
 Hasta que pueda, desterrando al moro,
 Coronarme en la insigne Zaragoza,
 Adonde luego iré por mi persona,
 En su Coso poniendo mi corona.
 Que no es bien permitir tanta mancilla,
 Nobles aragoneses, donde baña
 El Ebro fértil la famosa orilla,
 Espejo y campo desta gran montaña,
 Y que viva cautiva la capilla,
 Primera iglesia de la fe de España,
 Donde para su bien se labró luego
 Que habló la Virgen al patron gallego.
 Librese aquel pilar en que se apoya
 La famosa corona aragonesa;
 No usurpe el moro la famosa joya;
 Que el que es hidalgo libertad profesa.
 Si dura otros diez años, como Troya,
 El fin dudoso desta noble empresa,
 Al sol, al hielo asistiré á porfía,
 Sin quitarme las armas noche y día.
 En lo demás, llevar el cuerpo quiero
 Del rey don Pedro adonde está mi her-
 En cuya vida y santidad espero [mano,
 Hará lo que se debe á un buen cristia-
 Y con aquestas causas considero [no.
 Lo que en las dilaciones pierdo ó gano:

Allí pues colgarémos las banderas
 Por honra en las edades venideras.
 Venid conmigo; que me abraza el pecho
 El deseo de verme adonde digo;
 Que he he poner á Zaragoza el pecho
 Contra el poder del bárbaro enemigo.

ATÁRES.

No hay hombre que no quede satisfecho
 De tu valor hasta morir contigo.

¡Alfonso viva!

DON ALFONSO.

Paso.

ATÁRES.

Será en vano.

DON ALFONSO.

No lo digáis hasta enterrar mi hermano.

(Vase.)

Vista exterior de Huesca.

Salen DON FORTUNIO, DON NUÑO y DOÑA ELVIRA.

DON FORTUNIO.

Ya sabes lo que has de hacer.

DOÑA ELVIRA.

Ya sé que le he de servir.

DON NUÑO. (Ap.)

Y yo sé que he de morir.

DOÑA ELVIRA. (Ap. á don Fortunio.)

El ¡sabe que soy mujer?

DON FORTUNIO.

¡No te he dicho que no sabe
 Cosa ninguna de mí?
 Guarda que entienda de tí
 Lo que entre nosotros cabe;
 Que será tu perdicion.

DOÑA ELVIRA. (Ap.)

Por fuerza lo habrá de ser,
 Pues es hombre, y yo mujer
 Que ya le tengo aficion.
 Pensamiento que jamás
 En mi corazon entró,
 Cuando menos lo pensé,
 Vino á sujetarme mas.
 ¡Notable desdicha mia!
 Pero á consolarme vengo;
 Que, en fin, pues servirle tengo,
 Podré servirle algun día;
 Que bien puede suceder
 Con solo decir mi nombre,
 Que cese el servirle de hombre,
 Y le sirva de mujer.

DON NUÑO. (Ap.)

Desesperado camino
 Con mis pensamientos traigo,
 Puesto que mil veces caigo
 En mi error y desatino.
 Pierdo el seso en contemplar
 Las partes desta enemiga:
 A hablar el amor me obliga,
 Y el juramento á callar.
 ¡A cuál hombre pudo ser
 Que jamás le sucediese
 Que á una mujer no pudiese
 Hablarla como á mujer?
 Que yo guardara el secreto
 Al Rey, al amigo, á todos
 Cuantos por diversos modos
 Esta importancia prometo,
 No era mucho sufrimiento;
 Pero ¡que no ha de saber
 De mí que sé que es mujer!
 Aquí es rabia el juramento.
 ¡Qué haré? Si muero, ¡qué medio
 Será con mi daño igual?
 Que no hay mal que iguale al mal

Imposible de remedio.
 ¡Traidor y desafiado,
 Y don Fortunio enemigo!
 El primer punto maldigo
 De haberla visto y hablado.

DON FORTUNIO.

Parece que caminamos
 Los tres con melancolía.

DON NUÑO.

Debe de causarlo el día.
 Ya, Señor, en Huesca estamos.
(Suena caja dentro.)

DOÑA ELVIRA.

Cajas suenan.

DON FORTUNIO.

¡Triste son!

DON NUÑO.

Las campanas clamorean.
(Ap. ¡Plega á Dios que por mí sean!)

*Salen por su órden CUATRO ENLUTADOS
 con las insignias del Rey don Pedro
 delante; luego la caja ronca y bande-
 ras arrastrando y el cuerpo del Rey
 don Pedro, armado, en hombros, y AL-
 FONSO detrás y ACOMPAÑAMIENTO.*

DON FORTUNIO.

¡Qué enlutada procesion!
 A triste tiempo he venido.

DON NUÑO.

Don Pedro el rey dicen que es.

DON FORTUNIO.

Dadme, Alfonso, vuestros piés,
 que tan dichoso habeis sido.
 A la tenencia venia;
 Dios os prospere y aumente.
 ¡Qué me mandais?

DON ALFONSO.

Esa gente
 Gobierna en ausencia mía;
 Que porque no entienda el moro
 Del Rey la muerte, y se atreva
 Desde el punto que se lleva
 Con ese indigno decoro,
 No lo habemos publicado.

DON FORTUNIO.

Don Nuño viene conmigo.

DON ALFONSO.

Venid vos, don Nuño amigo,
 A enterrar mi Pedro amado.

DON NUÑO.

A servirlos como debo,
 Y á daros el parabien.

DON ALFONSO.

Y el pésame ¿no?

DON NUÑO.

También.
 Dios sabe el pesar que llevo.

DON FORTUNIO.

Yo entro, con tu licencia,
 En Huesca.

DON NUÑO. *(A don Alfonso.)*

Yo voy contigo.

DON ALFONSO.

Ea, marchad.

DON NUÑO. *(A doña Elvira.)*

Paje amigo,
 Vuelve al camino, y paciencia.

DOÑA ELVIRA. *(Ap.)*

No poca habré menester.

DON NUÑO. *(Ap.)*

Como Tántalo he de estar;
 Que no tengo de gozar
 Lo que tengo en mi poder.

ACTO SEGUNDO.

Vista exterior de los muros de Zaragoza.

*Salen EL REY DE ZARAGOZA y dos
 ALCAIDES.*

REY.

Cerrad las puertas, retiráos al muro.

ALCAIDE 1.º

¡Temerario cristiano!

ALCAIDE 2.º

No ha tenido

Enemigo tan fuerte Zaragoza.

REY.

Con extraño furor nos acomete.

ALCAIDE.

Por nuestro mal salimos en campaña.

ALCAIDE 2.º

La flor de tus vasallos has perdido.

REY.

Ya, fuera de vosotros, ¡qué me queda?
 ¿Este es Alfonso? ¿Alfonso es este? ¡Ah
 ¡Cielos!

¡Cuánto mejor nos fuera un Pedro vivo!
 ALCAIDE.

Conocéle en las armas, y te juro
 Por los huesos que Meca en honra tiene,
 Que derribaba moros con la espada
 Como el que siega con la hoz espigas,
 Cuyos manojos recogió la muerte.

REY.

Las cajas tocan, el alcance siguen.
 ¡Miseria Zaragoza! aquí te pierdo.
 Hoy pierdes á tu rey, aquel invicto
 Que á dos Pedros, dos Sanchos y un Ra-
 Se defendió tan valerosamente. [miro
 Al muro, alcaides, ciérrense las puer-
 [tas,
 Y tomen armas niños y decrepitos,
 Y aun no quede mujer que no defienda
 Su casa, su marido, hijos y hacienda
(Éntrense en la ciudad.)

*Salen EL REY DON ALFONSO, DON
 NUÑO, DON FORTUNIO, LOPE
 DE LUNA, GARCÍA DE VIDAURE,
 DON PEDRO DE ATÁRES, DOÑA
 ELVIRA, que tras un estandartillo
 del Rey, y SOLDADOS con rodela y
 escalas.*

DON ALFONSO.

Las puertas han cerrado.

DON NUÑO.

No han tenido
 La culpa los caballos, noble Alfonso;
 Que, abiertos los ijares, por el campo,
 Entre el aliento grueso, espuma y san-
 El alma sensitiva al aire rinden. [gre,
 DON ALFONSO.

Tras este vencimiento ¡quién se cansa,
 Sino quien no conoce lo que es honra?
 Quien no espera á la gloria desta em-
 [presa,

Atiende al agua y á la verde yerba.
 Nosotros, que nacimos obligados
 Al claro honor desta victoria insigne,
 No habemos de rendirnos al trabajo.
 Los moros descansados cobran fuerzas
 Para volver de nuevo á resistirse;
 Vencidos, son al doble pusilánimes.
 Ea, don Nuño Pardo de la Casta

*(Que de los Pardos, moros agarenos,
 Le dieron este nombre á vuestro padre
 Los míos, que me ayudan desde el cie-
 Ea, Lope de Luna, [lo];*

Y vos, noble García de Vidaure,
 Con todos los demás aragoneses
 Que honrais mi casa y el presente siglo,
 Esta es la gran ciudad de Zaragoza:
 En su Coso sabeis que he prometido
 Ponerme la corona deste imperio;
 Ayudadme á cumplir esta promesa.

DON NUÑO.

Por mí, Señor, ya tardan las escalas.
 Si tú prometes coronar tus sienes
 En su Coso famoso, yo prometo
 Poner este pendon sobre aquel muro.

ATÁRES.

El de la puerta principal que miras,
 Ya de valientes moros coronada,
 Está, de tiernos niños y mujeres.

DON NUÑO.

Parecen los bonetes y almalafas
 Ropa tendida al sol, y las aljubas
 Teñidas granas sobre verde yerba.

LOPE.

Aquí están las escalas.

VIDAURE.

Pues arrimense,
 Haciendo una cubierta de paveses;
 Que ya las duras piedras amenazan,
 Fuegos arrojados y alcancías.

DON ALFONSO.

Pues juntad los paveses; que yo mismo
 La escala llevaré.

LOPE.

Suelto la escala
 Vuestra alteza; que aquí tenemos vidas
 De menos importancia que ofrecelle.

DON NUÑO.

¡Arrima, arrima escala!

TODOS.

¡Arrima, arrima!

*Salen al muro EL REY DE ZARAGOZA
 y MOROS.*

REY.

Empavesados las escalas ponen.
 ¡Aquí piedras, aquí flechas y espadas!

DON NUÑO.

Yo subiré el primero.

DOÑA ELVIRA.

¡Ay Nuño mío!

¿Adónde subes?

DON NUÑO.

Muestra el estandarte.
 ¡Oh cruz que Jorge nos mostró en su pe-
 [cho,

Y Cristo en sus espaldas y hombros san-
 Su santo original, y vos, cabezas [tos
 Ganadas de aquel Pedro, que la muer-
 En tiernos años se llevó del mundo! [te
 O moriré sin que la mano os suelte,
 O en Zaragoza os meterá don Nuño.

REY.

¡Aquí, moros gallardos, aquí, alcaides!
 DON ALFONSO.

¡Aquí, vasallos míos! aquí, hidalgos
 Aragoneses y navarros fuertes!
 Vended las vidas y vengad las muertes.

*(Aquí hay mucho alcancíazo y cuchilla-
 das, y huyen los moros; sube don
 Nuño el primero con el estandarte.)*

DON NUÑO.

Huid, perros, huid. Yo soy don Nuño.
 A mí me llaman Pardo de la Casta.

DON ALFONSO.

¡Oh valeroso Nuño!

DON NUÑO.

Aquí de Alfonso

Pongo, á vuestro pesar, el estandarte.

Las plazas desamparan, todos huyen.

Rompe esas puertas, rompe, y entre

[Alfonso;

Que por otra se escapan los cobardes,

Y á cuestras hijos y mujeres llevan.

ATÁÑES.

Ya están en tierra las herradas puertas.

LOPE.

Entra, Señor, y la vitoria goza.

DON ALFONSO.

Abrazadme, sagrada Zaragoza.

(*Vanse.*)

Campo.

Salen EL REY MORO y DOS ALCAIDES.

ALCAIDE 1.º

Salva, Señor, tu persona.

REY.

Alá se duela de mí,

Si mi paciencia me abona.

Temiendo voy desde aquí

Al Conde de Barcelona.

ALCAIDE 2.º

En los Alfaques te embarca,

Y iremos desde Tabarca

A Oran, Tripol ó Biserta.

REY.

Será mi partida incierta;

Que apenas tengo una barca.

ALCAIDE 1.º

Pues ¡han de faltar, Señor,

De allí tartanas ó zabras?

REY.

Todo falta á mi temor,

Pues aun me faltan palabras

Para decir mi dolor.

ALCAIDE 2.º

Mejor salvarte podría

O Málaga ó Almería,

Alicante ó Cartagena.

REY.

Todo es ir por tierra ajena,

Y todo es dejar la mia.

ALCAIDE 1.º

Parte á Castilla ó Toledo.

REY.

Pienso que es ya del cristiano.

Pero vamos; que al fin puedo

Valerme del rey mi hermano,

A quien tuve tanto miedo;

Que si en la prosperidad

Me persiguió su aspereza,

Ahora en la adversidad

Acudirá su nobleza

A tener de mí piedad.

ALCAIDE 2.º

No te detengas, Señor.

REY.

Por una parte el amor

De Zaragoza me duele,

Por otra, amigos, me impelo

Del saco el fiero rigor.

Adios, muros, que teneis

Tal reliquia de cristiano,

Que por ella le acogéis,

Obra del César romano,

Cuyo nombre agradeceis;

Que muchas veces temia

Que este pilar de María,

Cuyo nombre, aunque soy moro,

Creo, estimo y siempre adoro,

Mi eterno daño sería.

Firme el pilar se quedó;

Mas fué para los cristianos;

Que hoy sobre mí se cayó,

Arrojado de las manos

Que en él sus piés estampó.

Adios, fuerte Aljafería;

Que mal podré derribar

Ciudad, aunque ha sido mía,

Que sustenta tal pilar,

A que ayuda tal María.

Adios, plaza, calles, Coso,

Adios, Ebro caudaloso;

Que el llanto con que os celebro

Ya vuelve mis ojos Ebro,

Rio del alma piadoso.

Adios, nevado Moncayo,

Cuyos extremos corona

Del Sol el primero rayo,

Siendo una frígida zona

Desde diciembre hasta mayo:

Adios, adios; que á Toledo

Me parto, si partir puedo,

Dejándoos el corazón.

ALCAIDE 1.º

Formando van escuadron.

¿Qué aguardas?

REY.

Partome y quedo.

(*Vanse.*)

Atrio del alcázar de Zaragoza.

Sale ARMINDA, huyendo de DOÑA

ELVIRA, que sale tras ella con una

daga.

ARMINDA.

Deten la daga y repara,

Soldado, en que soy mujer.

DOÑA ELVIRA.

En eso el enojo para;

Que menos me ha de mover

Cuanto tenga mejor cara.

ARMINDA.

¿Eres dellas enemigo?

DOÑA ELVIRA.

Quiérolas mal por extremo,

Las mas hermosas maldigo.

ARMINDA.

Pues ¡por qué?

DOÑA ELVIRA.

Porque las temo,

(*Ap. De celos de cierto amigo.*)

ARMINDA.

Hombre de tu talla ¡puede

Querer mal á quien le goce?

Eso la razon excede.

DOÑA ELVIRA.

¿Habemos de echallo á doce,

Ó quiere que aquí se quede?

ARMINDA.

Ten las manos; que aquí estoy

Para servirte. ¿Quién eres?

DOÑA ELVIRA.

Paje de don Nuño soy.

ARMINDA.

Y ¡aborrece él las mujeres?

DOÑA ELVIRA.

¿Que eso escucho y no te doy!

¿Quién la mete á la muy gaiga

Si las ama ó aborrece?

ARMINDA.

Tente. ¡Mahoma me valga!

DOÑA ELVIRA.

¡A qué buen santo se ofrece!

Ea: todo el oro salga.

ARMINDA.

Tener quisiera un tesoro

Que darte, porque yo adoro

Tu talla, hermosura y brio;

Que es muy poco el oro mío

Para quien es como un oro.

DOÑA ELVIRA.

¡Oiga, que es tierna!

ARMINDA.

Quisiera

Que el alma de aqueste pecho

Oro puro se volviera.

DOÑA ELVIRA.

Fuera de poco provecho,

Cuando de diamantes fuera;

Que si algun alma teneis

Los moros, tan falsa es toda,

Que oro falso dar podeis.

ARMINDA.

A la razon te acomoda,

Si tanto della sabeis.

Y pues la profesas, mira

Que usar piedad con mujer

A grande nobleza aspira,

Y mas si por bien querer

La misma mujer suspira.

Por dos cosas ten piedad,

Por mujer y por rendida.

DOÑA ELVIRA.

¡Rendida!

ARMINDA.

A tu voluntad

Dos veces rindo la vida,

Dos veces la libertad.

Presa soy en esta guerra,

Presa soy en la de amor:

Mira, mis ojos, si yerra

En matarme tu rigor.

DOÑA ELVIRA.

¡Tus ojos! ¿Qué dices, perra?

Daca mas oro.

ARMINDA.

Abre el pecho;

Que allí estás de perlas hecho.

Sácate y róbate á ti.

DOÑA ELVIRA.

¡Que la está sufriendo aquí,

Y que pierda mi provecho!

Quédate, voto á Mahoma;

Que el soldado tierno en saco

Mas viento que perlas toma.

¡Ved la riqueza que aseo!

No hay para que juegue y coma.

ARMINDA.

Tente, escucha.

DOÑA ELVIRA.

¿Qué te obliga?

ARMINDA.

Mándame amor que te siga,

Y que este ardor satisfaga.

DOÑA ELVIRA.

He de meterte esta daga

Seis veces por la barriga.

Es esclava la perrona,

Y déjola en libertad,

¡Y esas locuras pregona!

ARMINDA.

Pues llevas la voluntad,

Lleva tambien la persona.

Mira que hablo en mi provecho.

¿Cómo?
DOÑA ELVIRA.

ARRINDA.
Que si tú me dejas,
Me pones en mas estrecho,
Pues otro, ingrato á mis quejas,
Habrá de pasarme el pecho.
Y si me han de cautivar,
Y he de ser de algun robusto
Que me pretenda forzar,
¿No es mejor, pues es mi gusto,
Que tú me puedas gozar?
Cautívame, por tu vida,
El cuerpo; que el alma es ya
Tu esclava, á tu amor rendida.

DOÑA ELVIRA.
Basta, que la galga está
Por mis pedazos perdida.
Que aquí se quede la digo:

ARRINDA.
Señor, llévame contigo.

DOÑA ELVIRA.
Lebré de Mahoma, á tiento
Era aqueste casamiento.
¿Que la he de llevar conmigo?
Vive Dios, si desta raya
Pasas, que hago en el suelo,
Que te acuchille la saya!

ARRINDA.
Pasaré por ir al cielo,
Después que á tus brazos vaya.

DOÑA ELVIRA.
¿Pasaste?

ARRINDA.
Y ¿es maravilla?

DOÑA ELVIRA.
¿Mica, perra, la rodilla.

ARRINDA.
¿Qué quieres hacer?

DOÑA ELVIRA.
Matarla.

ARRINDA.
Pues máteme.

DOÑA ELVIRA.
Quiero herrarte
De frente, barba y mejilla.

Sale DON NUÑO.

DON NUÑO. (Sin ver á las mujeres.)

Todo mi yerro ha nacido
De haber á mi hermosa prenda
A tal peligro traído:
No sé qué hombre encomienda
Su honra á un hombre perdido.
Sia duda es muerta; que alguno
Con flecha ó espada fiera,
Hallando tiempo oportuno,
No quiso sufrir que fuera
Mi amor al cielo importuno.
Perdí el cuidado y temor
De romper el juramento.
¿Así perdiera el amor!

DOÑA ELVIRA.
Este es Nuño: ¡oh gran contento!

¿Adónde bueno, Señor?

DON NUÑO.

¿Es don Juan?

DOÑA ELVIRA.
Pues ¿no me ves?

DON NUÑO.
Negarte quiero, y es justo,
Mis brazos.

DOÑA ELVIRA.
No me los des.

DON NUÑO.
Tú me has dado lindo susto.

DOÑA ELVIRA.
Tuya es la culpa.

DON NUÑO.
No es.

DOÑA ELVIRA.
Tú ¿no me dejaste?

DON NUÑO.
No.

DOÑA ELVIRA.
Luego al poner de la escala,
¿No quedé en el campo yo?

DON NUÑO.
Solo al bien de hallarte iguala
Mal que el perderte causó.

Mis brazos te quiero dar.
¿Qué hacías aquí?

DOÑA ELVIRA.
Quería

A aquesta galga azotar,
Porque ella quiere ser mía,
Y yo la quiero dejar.

DON NUÑO.
¿Hasla cautivado?

DOÑA ELVIRA.
Este oro

Le quitó.

DON NUÑO.
¡Bravo soldado!

DOÑA ELVIRA.
Tal dueño tengo.

ARRINDA.
Un tesoro,

Un mundo le hubiera dado.

DON NUÑO.
Luego ¿quiéresle?

ARRINDA.
Le adoro.

DON NUÑO.
Basta; que te quieren bien,
Mi don Juan, cuantos te ves,
Sean moros ó cristianos.

ARRINDA.
De haber venido á sus manos
A Alá bendigo también.

¿Sois vos su dueño?

DON NUÑO.
Yo soy

El que le tiene en empeño,
Y por él todo me doy;

El que parece que es sueño
Cuanto mas despierto estoy.

El que sabe y el que ignora,
El que á un tiempo río y llora,

El que corre y se detiene,
El que tiene y que no tiene,

Y el que su muerte atesora;
El que muere y el que vive,

El que no pide y desea,
El que ha dado y no recibe,

El que consigo pelea,
Coge el aire, en agua escribe;

El que niega y el que enseña,
El que duda y ejecuta,

El que está despierto y sueña,
El Tántalo de la fruta
Y el Sisifo de la peña;

El que huye y que batalla,
El que pierde y el que halla,

El que niega y que concede,
El que puede y que no puede,
El que habla y el que calla.

El descontento, el contento,
El pródigo, el avariento,

El que me niego y me doy,
El que soy y el que no soy;
Todo por un juramento.

DOÑA ELVIRA.
Oye, Señor.

DON NUÑO.
¿Qué me quieres?

DOÑA ELVIRA.
¿Quéjaste del Rey?

DON NUÑO.
Sí quejo.

DOÑA ELVIRA.
Pues del bien ó mal que hicieras,
Nunca, de mi mal consejo,

Dés tanta cuenta á mujeres;
Que no tienen buen consejo
Los hombres de su secreto.

Déjala, y vamos de aquí.

DON NUÑO.
Vamos, si te agrada á tí.

DOÑA ELVIRA.
Procedes como discreto.

ARRINDA.
¿Cómo! ¿que en esta ocasion
Los dos me desamparais?

DON NUÑO.
Tiene la mora razon.

ARRINDA.
Esperad; que me llevais
La mitad del corazon.

(Vase.)

Salen en el real alcazar de Zaragoza.

Salen EL REY DON ALONSO, FRAY
RAMIRO, FRAY LEONARDO y mu-
chos caballeros. Ha de haber una
silla y dos taburetes.

DON ALFONSO.
Que se haya hallado en este alegre día
De mi coronacion mi amado hermano
Ha sido para mi tanta alegría,
Que no es mayor que la ciudad que ga-

RAMIRO. [no.
El ver de tu dichosa monarquía [no,
La corona en la frente, el cetro en ma-
Tangrandeme le ha dado, Alfonso mío,
Que al suelo alegres lágrimas envío.

¡Plega al Señor, que es rey sobre los
reyes,
Que anime así tus ángeles de guarda,
Que en regir á Aragon con santas leyes
Conozca yo que su piedad te guarda!
Y pues de ovejas, cabras y de bueyes
Era pastor Amós, ¿qué me acobarda?
Rústico soy; mas ya, para el bien tuyo,
Bien me puede hacer Dios profeta suyo.
Siéntate; que despacio quiero hablarte.

DON ALFONSO.
Yo, mi Ramiro, con espacio oírte.

RAMIRO. [aparte,
Fray Leonardo está en pie: siéntese
Si mandas y esto puedo yo pedirte,
O estaréme yo en pie.

DON ALFONSO.
Manda sentarte,

Y él se sienta también.

RAMIRO.
Quiero decirte
Que para honrarlos siempre, es bien que [notas
Que son cristos de Dios los sacerdotes.

Mire, hermano, yo soy hombre igno-
No le diré retóricas en vano. [ante:
Sino lo que es á un principe importan-
Que profesa las leyes de cristiano. [te
No vengo á verle próspero y triunfante
De Albóhacen, el bárbaro africano,
Ni á verle coronar en Zaragoza
De la vitoria y posesion que goza.
Vengo á decirle cosas que le importan
Para su salvacion, rústicamente,
Como ramas del tronco que se cortan;
Que no da un robie bálsamo de Oriente.
Las causas todas que á la guerra exhor-
Se reducen en una suficiente. [tan,
Que es ensalzar la fe, echando de Es-
[paña

Al moro alarbe, que la oprime y daña.
He sabido que luego que mi hermano
Pedro, que tiene el cielo, fué traído
A San Ponce, mi casa, aunque fué en
[vano,

Pues fué á Monte Aragon restituído,
El morisco de Huesca y castellano,
De quien entonces fué favorecido,
Corrió la tierra y hizo en ella estrago,
Sin temor de las cruces de Santiago.
Y que él, Alfonso hermano, salió luego
Donde, ganando villas y lugares,
Les fué dando castigo á sangre y fuego,
Y talando sus campos y aduñares;
Mas que alojaba en el comun sosiego
En templos, en capillas y en altares
Sus gentes, sus caballos y armas fieras,
Haciendo de las aras pesebreras. [no,
Dios nació en un pesebre; pero, herma-
Esa humildad del santo nacimiento
Fué misterio distinto y soberano,
Conveniente á tan alto sacramento.
Mas ya que para bien del hombre hu-
[mano

En pan se comunica por sustento,
No ha de estar en pesebres de caballos,
Ni á los retablos es razon atallos.
¿No sabe lo que cuenta la Escritura
De aquellos sacerdotes abrasados,
Y del rey Baltasar la desventura
Por los vasos del templo profanados?
Y que Almanzor de Córdoba nos dura
Por ejemplo entre muchos celebrados,
Que entrando por Galicia, hasta Santia-
[go

Llegó despues del castellano estrago;
Y en una pila (que lo habia jurado)
Mandó que á su caballo á beber diesen
Agua bendita; pero el cielo, airado,
Quiso que todos reventar le viesen?
Hermano, pues en todo es tan honrado,
Y tuvo padres que enseñar pudiesen
Cielo del culto santo á muchos reyes,
Mire que no es de rey solo dar leyes.

DON ALFONSO.

De mí estoy satisfecho, hermano mío.
Le han informado mal; y cuando fuera,
Se puede perdonar tal deavario,
Por ser necesidad de guerra fiera.
Pero la enmienda en Dios y en mí confío,
Y que de hoy mas se hará de otra ma-
[nera;

Que me pesa en el alma, si he tenido
Descuido igual en lo que me ha reñido.
Márchase á veces con extraña prisa:
Los soldados son muchos, las posadas
Tan pocas, que en la tierra que se pisa
Suelen hacer barracas y enramadas.
Como mi hermano y superior me avisa:
Deseo ya sus órdenes sagradas
Por besarle sus manos, y aun agora...
(*Váscelas á besar.*)

RAMIRO.

Téngase, señor Rey.

LEONARDO.

De placer llora.

Sale DON FORTUNIO.

DON FORTUNIO.

Desde Huesca hasta aquí vengo á la pos-
Invicto rey Alfonso: tus piés beso. [ta,
DON ALFONSO.

[Oh Fortunio, mi alcalde! ¿qué hay de
DON FORTUNIO. [nuevo?

Despues que de Daroca y de Tudela,
Borja, Calatayud y Tarazona
Echaste los moriscos atrevidos;
Despues que el arrabal edificaste [bre
De la insigne Pamplona, y diste nom-
A Belorado, á Almansa y á Berlanga;
Despues que al Conde de Tolosa diste
El castellanoreino, por que tuvo
Un hijo de la infanta doña Urraca,
Tu mujer de segundo matrimonio,
Señora nuestra y de Aragon señora;
A todas sus hazañas diste el lauro
Con haber conquistado á Zaragoza.
Ya parece que nadie se atrevia:
Tan medrosos los bárbaros estaban
Del principe mayor que tiene el mundo;
Mas ya, Señor, que con aquesta empre-
Les pareció que descansar querias, [sa
De Fraga salen con extraño ejército,
Talandos los lugares y las villas,
En grande afrenta de tu heroico nom-
[bre.

DON ALFONSO.

[do,
No prosigas, Fortunio. Hermano ama-
No me puedo holgar mas con él: perdo-
[ne.

Moros me llaman, responderles quie-
[ro.

— Seguidme, don Fortunio, y todo
Que se precie de ser hidalgo, sígame.

LOPE.

Todos te seguiremos.

RAMIRO.

Dios te guarde.

(*Vanse don Alfonso y don Fortunio
y los demás caballeros.*)

RAMIRO.

Fray Leonardo, nosotros nos volvamos
A nuestra guerra, ó paz, si verdad digo.
¿Qué le parece del sermón? ¿Soy rústico?
¿No sé guardar el término á los reyes?

LEONARDO.

Calle; que Dios habló por esa boca.

RAMIRO.

Hice lo que á mi oficio y sangre toca.

(*Vanse.*)

Alojamiento de don Nuño en Zaragoza.

Sale DOÑA ELVIRA.

DOÑA ELVIRA.

Ya, de verme aborrecer
Esta mujer por extremo,
Que entienda y presuma temo
Don Nuño que soy mujer.
Mal hice, pues mejor fuera
Regalarla todo el día,
Y que, como yo solia,
La noche en blanco durmiera.
Pero estos celos, que son
Nieblas del entendimiento,
El sol del conocimiento
Eclipsan á la razon.
¿Qué mal, viviendo en montaña,
De robusta presumi,

Donde entre sus peñas fui
Otra peña tan extraña!
El primer hombre de corte
Me rindió; mas no podia
Resistir el alma mia
Golpes dados tan de corte.
Ya es hecho: aquí me conviene
Hacer del hombre y callar.
La mora quiero engañar,
Que por tan hombre me tiene,
Y proseguir el engaño
Hasta ver el fin que espero.

Salen DON NUÑO Y ARMINDA.

ARMINDA.

Hacéis como caballero
En dar remedio á mi daño.
De estaros agradecida
Ya vengo á quererlos bien.

DON NUÑO. (Ap.)

Amor quiere que me dé
Celos nuevas de mi vida.
Hame dado el pensamiento
Que mi amada doña Elvira
Con tiernos ojos me mira,
Aunque pese al juramento.
Decirle yo que es mujer
No puedo, aunque muero así;
Ella decírmelo á mí
Sin rompelme, puede ser;
Pues si me tiene afición,
No es posible que lo encubra,
Y pienso que lo descubra;
Si yo la diese ocasion.
Si á tener celos comienza,
A dárseles voy dispuesto,
Que es lo que rinde mas presto
Respeto, honor y vergüenza.
La ocasion es extremada
Para tenella celosa;
Que es en fin la mora hermosa
Y no poco enamorada,
Y anda turbada de suerte,
Que no hay voz que no la asombre,
Rindiéndose á cualquier hombre,
Con el miedo de la muerte.
Mostraba á don Juan amor,
Y ya me le muestra á mí.

DOÑA ELVIRA. (Ap.)

¿Qué habla don Nuño allí?
Amor la tiene el traidor.
¿Mas que concierto gozalla?
Quiero lo que pasa oír.

DON NUÑO. (Ap.)

Sin verla quiero fingir
Que tengo de regalalla.

ARMINDA.

¿Sois, Nuño, de aquesta suerte
Todos los cristianos?

DON NUÑO.

¿Cómo?

ARMINDA.

Porque ya sospechas tomo
De mi acelerada muerte.
Por no me hablar, allá aparte
Estás hablando contigo.

DON NUÑO.

Todo cuanto hablo y digo,
Todo se dirige á amarte.
Imaginaba que el cielo
Gran rigor contigo usó,
Pues, siendo infiel, te crió
La mas hermosa del suelo.
¿Eres noble?

ARMINDA.

Soy sobrina

Del que ayer era señor
De Zaragoza.

DON NUÑO.

El valor

Tiene sutil la cortina:
Vese por ella en cualquiera
El buen nacimiento suyo.

ARMINDA.

Y en tus palabras el tuyo,
Donde Arminda amparo espera.
Inclinéme á aquel don Juan
Por su talle y bizarría;
Mas con nieve menos fría
Blancas las sierras están.
Pues siendo yo una mujer
De tanto rescate y nombre,
Cuando no fuera que un hombre
Suele amar y agradecer,
Mil veces quiso acabarme.

DON NUÑO.

Es mozo de poco aviso.

ARMINDA.

No basta que no me quiso,
Sino que quiso matarme.

DON NUÑO.

Préciase mas de valiente
Que de tierno, aunque lo es tanto.

ARMINDA.

De ver su talle me espanto,
Con alma tan diferente.

DON NUÑO.

No te espantes que sea nieve:
Que se ha criado en montaña,
Saltando la campaña
Que en el Ebro habita y bebe.
Mírame á mí; que te juro
De no te desamparar.

ARMINDA.

Hombre eres, sabes amar:
Rendirte el alma procuro.
Libreme, don Nuño, Alá
De sufrir rapacías.

DOÑA ELVIRA. (Ap.)

¿Qué aguardais, desdichas milas?
Desengañada estoy ya.
Mas don Nuño ¿qué me debe,
Pues piensa en fin que soy hombre?

ARMINDA.

Si amor engendró tu nombre,
Tu vista á adorarte mueve.
Prosigue, honrado cristiano,
En ampararme, y verás
Que á Dios un alma le das,
Y que yo por tí la gano.
Cristiana me volveré.

DOÑA ELVIRA. (Ap.)

Solo falta, por mi vida,
Que casamiento le pida
Y que la mano le dé.

¡Hay mora mas bellacona,
Mas mudable ni mas mala?
¡Oiga y cómo se regala,
Y cómo el señor se entona!
Y ya le querrá engañar
Con que bautizarse quiere.
No es tiempo que mas espere;
Siempre es cuerdo el estorbar.

DON NUÑO.

Dame en señal un abrazo
De que cristiana has de ser.

ARMINDA.

Y de que soy tu mujer.

DOÑA ELVIRA.

Espera, detenga el brazo.

DON NUÑO.

¡Oh don Juan! pues ¿á qué efeto

Lo estorbas?

DOÑA ELVIRA.

¡Gentil razón!

Estos bienes ¿cúyos son?

DON NUÑO.

A tu razón me sujeto.
Tuya es la esclava, don Juan.

DOÑA ELVIRA.

Pues ¿por qué la esclava goza
Quien sabe que en Zaragoza
Ciento por un sueldo dan?
Allá las compra, Señor;
Y esta sola que me cabe,
No me la quites.

DON NUÑO. (Ap.)

¡Oh llave

De celos! Abrid, amor.
Salga este amor encerrado
Por aquestas puertas, celos.

ARMINDA.

Basta; que hoy en tí los celos
Dueño y verdugo me han dado.

DOÑA ELVIRA.

¿Qué hallado estabas con ella!
Juegas de hermano mayor.
¿Soy hombre, ó qué soy, Señor?
¿No sabré yo gozar della?
¿Con gentiles tretas sales?

DON NUÑO.

Digo que razón te sobra:

DOÑA ELVIRA.

¿Quién le da poder, que cobra
El mis bienes gananciales?
Quince mujeres tenía
En la montaña, por Dios.

DON NUÑO.

Pues aquí para los dos
Sobrara en una, á ser mía.

DOÑA ELVIRA.

Y ella, perra, ¿cómo toma
Tan mal lo de su Alcoran?
¿Sabe bien quién es don Juan?
¿Vive Dios, que me la coma!

ARMINDA.

¡Ay, Mahoma, y qué cristiano!

DOÑA ELVIRA.

Soy el diablo.

DON NUÑO.

Hazle la cruz.

ARMINDA.

Cerrada tiene la luz
Como lanterna en la mano.
Sé que el fuego viene allí,
Mas quién le trae no se ve;
Pero de ser fuego es fe,
Porque ya le siento en mí.

DOÑA ELVIRA.

¿Sabe que á Mahoma y ella
Los puedo yo echar en sal,
Y que, á no estarme tan mal,
Aquí me vengara della?
Tome luego ese camino.

ARMINDA.

¿Dónde me llevas?

DOÑA ELVIRA.

A Fraga

Va el Rey: sirva, perra, y haga
Lo que mando.

ARMINDA.

¡Oh Alá divino!

Basta; cristiano; que das
En ser perro de hortelana.

DOÑA ELVIRA.

¿Ha de volverse cristiana?

ARMINDA.

Va lo soy: tú lo verás.

DOÑA ELVIRA.

Pues entonces mataréte,
Y irás al cielo derecha.

DON NUÑO. (Ap.)

Cierta salió mi sospecha.

DOÑA ELVIRA.

O camina, ó picaréte.

DON NUÑO.

¡Don Juan! don Juan! poco á poco.

DOÑA ELVIRA.

Señor, mi hacienda castigo.

DON NUÑO. (Ap.)

Bien se ha hecho.

DOÑA ELVIRA.

Vén conmigo.

DON NUÑO. (Ap.)

¿Quién ha visto amor tan loco?
(*Vanse.*)

Campo y vista exterior de los muros de Fraga.

Salen TARIFE, CELIN y otros moros.

TARIFE.

¡En Fraga el rey Alfonso!
¡Es rayo este hombre, cielos!
¿Cuál hombre tan invicto habeis criado
Para castigo nuestro?
¿Que viene ya marchando
Dices, Celin?

CELIN.

Y que tan cerca llega,
Que pueden ya tus moros
Apercebir los fuegos,
Las flechas y alcancías.

TARIFE.

Vitorioso mancebo, ¿qué pretendes
Con tan altas vitorias?
Papel ha de faltar á las historias.
Ya pienso que de España
Nos ha de echar á todos,
Y que no ha de quedar reliquia en ella
De cuantos en el África
Por el famoso estrecho
De Gibraltar pasó el cristiano Conde.
¡Siempre armado en el campo,
Siempre al lado ceñida
La vencedora espada,
Siempre cercando villas,
Labrando fuertes muros y defensas!
De tan heroica mano
No ha nacido español desde Trajano.
Alcaide soy de Fraga,
Y esta, y el mundo todo
Que en mi poder tuviera, te rindiera;
Mas la lealtad debida
Al Rey que me la fia,
Me obliga á que me ponga en resisten-
Salir quiero al camino [cia.
A detener su furia.
Si mi gente rompiere,
Aquí tengo los muros.

CELIN.

Camina, fuerte Alcaide,
Que hoy Alá santo te ha de dar vitoria,
Y cuando no, morir con honra y gloria.
(*Vanse.*)

Salen EL REY DON ALFONSO, LOPE
DE LUNA, GARCÍA DE VIDAURE,
DON PEDRO DE ATÁRES, DON
NUÑO, DON FORTUNIO.

DON ALFONSO.

No tendrán tanto valor,

Que salgan del muro afuera.

ATÁRES.

Es Tarife hombre de honor :
Que es valiente considera,
Y desta tierra el mejor.

DON ALFONSO.

Creo que llegais cansados.

LOPE.

¿Qué hiciéramos descansados?
Así servirte queremos.

DON FORTUNIO.

¿Cómo viene mi don Juan,
Don Nuño?

DON NUÑO.

Viene tan hombre;

Tan soldado y tan galán,
Que no hay moro que no asombre,
Y todos parias le dan.

(*El Rey y los demás han de estar
hablando en secreto.*)

DON FORTUNIO.

Militando á vuestro lado,
Será gallardo soldado.

DON ALFONSO.

Fortunio, llegás acá.

DON NUÑO.

El Rey en consejo está.

DOÑA ELVIRA.

¿Aun no está determinado?

DON NUÑO.

¿Dónde está la esclava?

DOÑA ELVIRA.

Me preguntas por la esclava!
¿Aquí?

DON NUÑO.

Quiérola bien.

DOÑA ELVIRA.

(*Ap. ¡Ay de mí!*)

Con el bagaje quedaba.
Cargo á Peralta lo di
Para que no le faltase
Lo que hubiese menester.

DON NUÑO.

Procura que bien lo pase;
Que es en efeto mujer.

DOÑA ELVIRA.

¡Oh que mal fuego la abrase!
Posible es que te dé gusto?
Que; si eso es, no la quiero,
Ni gozarla á tu disgusto.

DON NUÑO.

Eres, don Juan, caballero,
Y ser liberal es justo.
Dame esa esclava.

DOÑA ELVIRA.

Yo voy

Por ella.

DON NUÑO.

No, no, detente.

DOÑA ELVIRA.

Al punto contigo estoy.

DON NUÑO. (*Ap.*)

¿Qué aguardo? ¿Qué es bien que inten-
Amado en extremo soy. [*Le!*]

DON ALFONSO.

Nuño...

DON NUÑO.

Señor...

DON ALFONSO.

Ya de acuerdo

Estamos de acometer.

¿Qué harémos?

DON NUÑO.

No soy tan lerdo;

Que en hablando de romper,
Luego los estribos pierdo.

DON ALFONSO.

Lope de Luna ¿qué dice?
Don Fortunio y don García
Me animan, y lo que hice
Alaban.

LOPE.

Cierra y porfia.

DON ALFONSO.

Don Pedro lo contradice.

DON NUÑO.

Cierra, Señor.

DON ALFONSO.

Pues, Santiago

En el moro, que se acerca,
Para su postrer estrago.

DON NUÑO.

Rómpele, y á Fraga cerca;
Que es de su arrogancia el pago.

DON ALFONSO.

¡A ellos, Fortunio, á ellos!

¡A ellos, Nuño! — ¡Ay de mí!

DON FORTUNIO.

¿Qué es esto? ¿Tú tiembles dellos?

DON ALFONSO.

Muerto soy. Absalon fui,
Soberbio por mis cabellos.

(*Hándese el Rey por arteficio
en el tablado.*)

DON NUÑO.

La tierra se lo ha tragado.

LOPE.

Todo estoy, de verlo, helado.

DON FORTUNIO.

Cumplido el castigo miro,
Que dijo el monje Ramiro,
De ver el templo violado.

Retirad toda esa gente.
Nadie, amigos, sin el Rey
Acercarse á Fraga intente.

DON PEDRO.

¿Por qué no?

DON FORTUNIO.

Porque no es ley

Legítima ni decente.

DON NUÑO.

¡Ay mancebo desdichado!
Siendo rey tan bueno y justo,
El cielo te ha castigado.

VIDAURE.

Fué en guardar el templo injusto,
Y en sus honras desdichado.

LOPE.

Dios sabe que eso nació
De que á la guerra atendía,
Sin reparar que era agravio.

ATÁRES.

No procedió como sabio.
¡Oh Aragón! ¿Qué triste día!
Sin rey y sin herederos,
¿Qué harémos ya, caballeros?
Venid á Huesca conmigo;
Que si este es de Dios castigo,
No ha embotado los aceros.

LOPE.

Aplacalle es menester.
¿Qué rey habemos de hacer?

DON FORTUNIO.

Allí se podrá pensar,
Y el que perdemos llorar,
Que tan bueno solía ser.

(*Vanse.*)

Campo.

Salen DOÑA ELVIRA y ARMINDA.

ARMINDA.

¿A qué me traes así?

DOÑA ELVIRA.

A matarte.

ARMINDA.

Y ¡desta suerte

Quieres vengarte de mí!
Digo que vuelvo á quererte;
Que nunca te aborrecí.
Tu ingratitud dió ocasión
A aquella nueva afición
Que á don Nuño le cobré.

DOÑA ELVIRA.

Ya sé, perra, lo que fué,
Ya sé vuestra condición.
Hinca la rodilla presto
Y confiéstate á Mahoma;
Que anda el campo en armas puesto,
Si no es por dicha que toma
De volverse presupuesto.

ARMINDA.

¿Que he de morir á tu mano,
Hermosísimo cristiano?

DOÑA ELVIRA.

Si, perrísima señora.

ARMINDA.

¿Luego, en este punto?

DOÑA ELVIRA.

Ahora.

ARMINDA.

Detente.

DOÑA ELVIRA.

Ruégame en vano.

Salen TARIFE y LOS MOROS.

TARIFE. (*Bajo á los suyos.*)

De la celada salid;
Que van huyendo cobardes.
Aquí hay un cristiano.—Oid.

ARMINDA.

¿Que no es posible que aguardes?

DOÑA ELVIRA.

Enojado, soy un Cid.

ARMINDA.

Deten la daga.

CELIN.

¡Ah cristiano!

¿Por qué la matas?

DOÑA ELVIRA. (*Ap.*)

¡Oh cielo!

¿Quién me detiene la mano?

TARIFE.

Ríndete, pobre mozuelo.

DOÑA ELVIRA. (*Ap.*)

¡Esto, cielos, por vos gano!

TARIFE.

¿Quién eres, gallarda mora?

ARMINDA.

Arminda soy, del que agora
Me daba la muerte, esclava.

TARIFE.

Muera, si muerte te daba.

ARMINDA.

No muera.

TARIFE.

¿Por qué, Señora?

ARMINDA.

Quiérole llevar cautivo.

TARIFE.

¿Que de Zaragoza aquí
Te trujo el villano alívo?

ARMINDA.

Para servirse de mí
Desenfrenado y lascivo;
Que por eso me mataba.

TARIFE.

A las manos te ha venido.

DOÑA ELVIRA.

Esclavo soy de mi esclava.

ARMINDA.

Notable ventura ha sido,
Como yo la deseaba.
Ven, perro; que hoy morirás.

DOÑA ELVIRA.

Eres mujer: ¿qué no harás?

ARMINDA.

Vén, perro; que hoy he de herrarte.

DOÑA ELVIRA.

Mas acertarme en la parte
Que mas engaño hallarás.

ARMINDA.

Anda, perro, ó picaréte.

DOÑA ELVIRA.

Venganza de mujer toma.
Mátame ya.

ARMINDA.

Mataréte.

Confésate.

DOÑA ELVIRA.

No á Mahoma,
Sino á Dios.

ARMINDA.

Camina, Amete;
(*Vanse.*)

Huerta del convento de San Poncé.

Salen FRAY LEONARDO y RAMIRO.

RAMIRO.

Extraño suceso ha sido.
Débole, hermano, llorar.

LEONARDO.

Bastante causa ha tenido;
Mas debe considerar
Que fué de Dios permitido.
No dude que importa así.

RAMIRO.

Tarde habrá consuelo en mí,
Muerto mi Alfonso, de suerte
Que siento al doble su muerte.
Dios sabe que lo temí.

LEONARDO.

Mire, Ramiro, que escribo
San Pablo que la tristeza
Por Dios nunca se prohíbe;
Que á penitencia endereza
El corazón en que vive.
Mas la del mundo es de suerte
Que dice que engendra muerte,
Y allá dice Salomón
Que humilla al fuerte varón
Y el consuelo le divierte.
Jamás á tristezas des
Tu alma y tu alegre vida,
Nos dice el *Eclesiastés*.
Vuelva en sí, y el llanto impida,
Pues sabe tan bien lo que es.
Su alma á Dios encomiendo,
Que es lo que ya se pretende;
Porque el llorar es sin fruto.
Allá el mundo vista el luto;
Acá en oración se entiende.

RAMIRO.

Conozco que voy errado,
Siendo voluntad del cielo;

L-III.

Pero, como hombre, he llorado.

Arde la sangre en el hielo:
La sangre me ha disculpado.
Era bueno y virtuoso
Mi Alfonso; fué descuidado
En el culto religioso,
Por solo darse á soldado
Temerario y belicoso.
Quiso el cielo con ejemplo
Mostrar que ha de venerarse
Su santo y sagrado templo.

LEONARDO.

Deben en tanto estimarse
Cuantos castigos contemplo.
Juan nos pinta á Cristo airado;
A Dios también Isala,
Y Jacob dice admirado
Que el lugar que Dios vivía
Era terrible y sagrado.
Y así se entiende también
El decir Dios á Moisés
Que el zapato se descalce,
Porque el suelo santo ensalce,
Que es digno de tanto bien.

RAMIRO.

Un hombre ha entrado en la huerta:
Sin tu licencia habrá sido.

Sale DON NUÑO.

DON NUÑO.

Ya pues que la nueva es cierta,
No quiero al noble sentido
Abrir para el llanto puerta.
Don Nuño soy: esos pies (*A Ramiro.*)
Me da á besar.

RAMIRO.

Eso es

Decir que me des los tuyos.

DON NUÑO. (*A Leonardo.*)

Mandad que me dé los suyos,
Padre, y hablaré despues.

LEONARDO.

Alzad del suelo, Señor,
Y á lo que venís decid.

RAMIRO.

Si es encargar á mi amor
De Alfonso el alma, advertid
Que es mi cuidado mayor.

DON NUÑO.

Navarros y aragoneses,
Despues de la muerte trista
Del amado rey Alfonso,
Rifieron sobre elegirle.
No se conciertan los votos,
Pasión los ciega y oprime:
Unos eligen sus deudos,
Otros su persona eligen.
Salió del postrer acuerdo
Que lo fuese estable y firme
Don Pedro de Atáres, noble
De real sangre y origen.
Fuéronle á besar la mano,
Y en lugar de hallarle humilde,
Tan arrogante le hallaron,
Que los trató de hombres viles.
Torna al pasado alboroto
Aragon, y juntos dicen
Que eres hermano del Rey,
Y que los reinos te piden.
Viéndote monje y profeso,
Luego al Padre Santo escriben:
Lope de Luna se parte
Con el cuidado posible.
Viendo á Aragon sin señor,
Como á Grecia sin Aquiles,
No hay moro que no pretenda
Reino tan fértil y insigne.
Del Bétis baja Muzarte;
Que le dicen Alfaquies

Que ha de entrar á Zaragoza
Con las lunas sin eclipse,
Y que han de verse sus calles
Entoldadas de matices
De la sangre que otras veces
Vertió Roma, y en Dios vive;
Que ha de haber Engracias santas
Por cuyas cabezas hinquen
Clavos que su frente pasen,
Que allá de guirnaldas sirven;
Que ha de haber también Lambertos,
Que cuando los sacrificuen
Lleven sus mismas cabezas
En sus manos invencibles.
También de la gran Toledo
Viene orgulloso Almeliqne,
Jurando que sus caballos
Han de ser en Ebro cisnes.
Todo aquesto será cierto
Si tu elección contradices;
Y á mí me envían delante
A que de todo te avise.
Vuelve á mirar ¡oh Ramiro!
La patria donde naciste;
Mira al gran rey de tu nombre,
Que nos la dejó tan libre.
Allí servirás á Dios,
Que te guarde y encamine,
Para que en tus armas pongas
Tu escapulario por timbre.

RAMIRO.

¡Esta sí que es desventura!
No era en balde mi tristeza,
No fué mi sueño locura;
Mas esta humana grandeza
No romperá mi clausura.
¡Ah traidor mundo! ¿qué quieres?

LEONARDO.

Gran gente á las puertas llama.

DON NUÑO.

Ramiro, nuestro rey eres.

RAMIRO.

Padre, debajo la cama
Me esconderé.

LEONARDO.

No te alteres;
Que esta es permission de Dios.

DON NUÑO.

No huyas.

RAMIRO.

No sea molesto;
Que soy profeso.

DON NUÑO.

Yo y vos
Se lo roguemos.

RAMIRO.

Ya he puesto,
Mundo, tierra entre los dos. (*Vase.*)

Salen DON FORTUNIO, DON PEDRO
DE ATÁRES, LOPE DE LUNA,
GARCÍA DE VIDAURE y otros ca-
balleros.

LEONARDO.

¿Adónde se va á esconder?
Deo gratias. ¡Padre Ramiro! —
No le puedo detener.

DON FORTUNIO. (*Dentro.*)

Que se resista me admiro.
Ya lo debe de saber.

LOPE.

¿Dónde está Ramiro?

DON NUÑO.

Agora
Se va huyendo de aquí;
Que sola su celda adora.

DON FORTUNIO.
Siempre eso mismo temí.
Pero esta licencia ignora.—
(A *fray Leonardo*.)
Padre, esa bula nos lea.

LEONARDO.
Digo mil veces que sea.
En mi cabeza la pongo,
Y en su obediencia dispongo
Cuanto este reino desea.
Pero de Ramiro creo
Que no lo tiene en deseo,
Y que ya estará escondido.

VIDAURE.
Descuido de Nuño ha sido.

DON NUÑO.
Fuera asirle caso feo.
ATÁRES.
Mire, padre, que la casa
Toda habemos de buscar.

LEONARDO.
Eso de límite pasa.

ATÁRES.
¡Luego él lo quiere estorbar?
¡No ve que Aragon se abrasa?
(*Vase.*)

—
Claustro y una capilla del convento.

Sale RAMIRO.

RAMIRO.
¿Adónde podré escondirme,
Gran Dios? ¡Gran padre Benito,
Venid vos á socorrerme!
Si los hábitos me quito...
¿Si podrán desconocerme?
Mejor estaré en la huerta...
—Pero estaré mas notorio;
Que es mas clara y descubierta.

DON FORTUNIO. (*Dentro.*)
Aquí, Nuño, al refectorio.

RAMIRO.
Dios os detenga y divierta.

LOPE. (*Dentro.*)
¡Al jardín! al jardín vamos.

VIDAURE. (*Dentro.*)
Ya de la huerta en los ramos
Puede ser que esté escondido.

RAMIRO.
Estoy como retraído.
De la iglesia nos valgamos.

ATÁRES. (*Dentro.*)
Suba alguno al campanario.

RAMIRO.
Quiero quitar la cortina
(*Descábrese, quitando la cortina, una
imagen de Nuestra Señora.*)

A este santo relicario.—
¡Aquí estáis, Virgen divina,
De Dios virginal sagrario!
¿Saldré ó no saldré? ¿Qué haré?
¿Seré rey, ó no seré?
¿Es gusto de vuestro Hijo?
Quien si tan dichoso dijo,
¿Por qué le niega á mí fe?
Salir quiero por la puerta.

(*Cáese una puerta que tapa la entrada.*)

De golpe se me ha cerrado.
Su voluntad es muy cierta.
Aragon está alterado,
Su gente no se concierta.
Si queréis que á reinar salga,
Palabra os doy de volver
Cuando tenga quien le valga,

Siendo rey hasta poner
Gobierno á su gente hidalga.
Sin duda es su voluntad.
(*Torna á levantarse la puerta.*)
Toda la puerta se abrió.

*Salen DON FORTUNIO y los demás
CABALLEROS, y LEONARDO.*

DON FORTUNIO.
Entrad, hidalgos, entrad.

DON NUÑO.
Danos los pies.

RAMIRO.
¿Por qué yo?

LEONARDO.
Deje, padre, la humildad,
Y la corona reciba.

RAMIRO.
Si en mí de Aragon estriba
El remedio, su rey soy.

LEONARDO.
Y yo el parabien le doy.

DON FORTUNIO.
¡Viva el gran Ramiro!

TODOS.
¡Viva!

ACTO TERCERO.

Sala en el alcázar real de Huesca.

*Salen DON PEDRO DE ATÁRES,
LOPE DE LUNA y GARCÍA DE
VIDAURE.*

LOPE.
¡Gentil rey!

VIDAURE.
¿Donose imperio!

ATÁRES.
¡Lindo fraile!

LOPE.
Si lo fuera.

VIDAURE.
¿Este era rey por misterio?

LOPE.
¡Pluguera á Dios que no hubiera
Salido del monasterio!

ATÁRES.
¿Qué fué nuestro pensamiento
De hacer rey sin fundamento
Un mármol tosco, y vestido?

VIDAURE.
Creer que hubiera tenido
Discurso y entendimiento.
No he visto cosa tan ruda.

LOPE.
Y es lo bueno que no quiero
Consejo, favor ni ayuda.

ATÁRES.
Temo que Aragon se altere;
Que todo lo trueca y muda.

VIDAURE.
Extrañas cosas intenta
En modo de gobernar.

Salen DON NUÑO y DON FORTUNIO.

LOPE.
La plebe tiene contenta;
Porque en cualquiera lugar
Tanta humildad representa.
No ha de ser el Rey así.

DON FORTUNIO. (*Ap. á don Nuño.*)
¿Qué hacen estos aquí?
Mas ¿que murmuran del Rey?

DON NUÑO.
No les agrada la ley
Que ayer publiqué por tí.

DON FORTUNIO.
Como es buen hombre, criado
En aquel encerramiento,
Simple en materia de Estado,
Y de poco entendimiento,
Debe de haberles cansado.
Trata de la religion
Como si en ella estuviera:
Sus costumbres santas son,
Aunque cierto que no era
Para regir á Aragon.

DON NUÑO.
Ansí dicen que le tiene
Por fuerza y contra su gusto.

DON FORTUNIO.
El Rey, como suele, viene
A oír plicitos.

DON NUÑO.
Rey tan justo,
Aunque ignorante, conviene.

*Salen EL REY DON RAMIRO y DON
SANCHE.*

RAMIRO.
Extremada nueva ha sido.
Ya, caballeros, quedó
Nuestro pleito dividido,
Ya la sentencia se dió:
Don Sancho me la ha traído.

DON FORTUNIO.
¿Qué es, Señor?

RAMIRO.
La que esperaba
De Navarra.

DON FORTUNIO.
Y ¿por quién queda?

RAMIRO.
Por mí, como antes estaba.

DON SANCHE.
No hay donde quejarse pueda,
Y en este acuerdo se acaba.

*Sale UN CRIADO, y despues, FRAY
LEONARDO.*

CRÍADO.
Fray Leonardo ha ya llegado.

RAMIRO.
Entre.

LEONARDO.
Dame, Rey, tus pies.

RAMIRO.
Padre, ¿ya se le ha olvidado
Que soy su súbdito? Pues
¿Cómo sus pies no me ha dado?

LEONARDO.
Su majestad se levante.

RAMIRO.
No me alzaré deste suelo
Sin su bendicion.

LEONARDO.
Espante
Al mundo su humilde celo.

ATÁRES. (*Ap. á don Lope.*)
¡Qué simple rey!

LOPE.
¡Qué ignorante!

LEONARDO.
Dios le bendiga.

RAMIRO.
Y me dé
Lo que él sabe y yo le ofrezco.
Síntese, padre.

LEONARDO.
No hará.

RAMIRO.
Síntese, acaba.

LEONARDO.
Obedezco.

RAMIRO.
¡Yo había de estar en pie!
Yo fuera, padre, el indino;
Que ante los cristos de Dios
¿Cuál hombre mortal es digno?

LEONARDO.
Vos sois Moises.

RAMIRO.
Y Aaron vos.

LEONARDO.
Vos capitan.

RAMIRO.
Vos divino.

LEONARDO.
Vos sois Saul belicoso.

RAMIRO.
Vos Melquisedec celoso.

LEONARDO.
Vos sois David.

RAMIRO.
Vos Natan.

LEONARDO.
Paso; que vos oye Amán.

RAMIRO.
Seré Asnero riguroso.

ATÁRES. (Ap. á don Lope.)
¿Que á este monje asiento dé,
Y apenas nos haya hablado!

LOPE.
Notable ignorancia fué
Tener un fraile sentado,
Y á tantos grandes en pie.

RAMIRO.
Grandes delante de vos
Son pequeños: no habéis dellos...

VIDAURE. (Ap. á los otros señores.)
¿Si lo ha dicho por los dos?

RAMIRO.
Que Dios es mas grande que ellos,
Y bajais del cielo á Dios.

LEONARDO.
¿Qué carta es esa?

RAMIRO.
Es sentencia

De una cierta diferencia
De Navarra y Aragon.

LEONARDO.
¿Cómo?

RAMIRO.
Oiga la razon,
Padre, vuestra reverencia.
Alcanzada ya la bula
De su santidad del Papa
Para que yo fuese rey
De Aragon y de Navarra,
Como ya sabe mejor,
Del monasterio me sacan,
Dándome aquí la corona
Y quitándome la sacra.
Los navarros, que supieron
Que sin advertirles nada
Los habían dado rey,

La nobleza á cortes llaman.
Eligen á don García,
Que con los moros estaba
En el reino de Valencia,
Y embajadores despachan.
Vino á Navarra contento,
Donde trayendo la fama
De su corona las nuevas,
Parto á Pamplona á estorballa.
Garci-Ramírez, ya rey,
Niega á Aragon la demanda;
Formo ejército, y comienzo
A castigar su arrogancia.
Viendo en guerra los dos reinos
Los fieros moros de España,
A entrambos nos hacen guerra;
Las villas y campos talan.
Nosotros, por defendernos
Y al moro volver las armas,
Pusimos en seis varones
La sentencia desta causa.
Nombró Aragon tres jueces:
Fueron don Pedro de Amaya,
Don Ferriz de Huesca y Rojas,
Don Pedro Caxal de Záyas.
Por los navarros tambien
Fué don Ladrón de Guevara,
Don Jimen Torres Cortés,
Guillen Aznarez de Otazza;
Los cuales, habiendo visto
Mi justicia justa y clara,
A Navarra me adjudican
Y por su rey me declaran.
Su condestable á García
Eligen, y ahora tratan
Que le dé algunos lugares
Fuera y dentro de la raya;
Y doyle á Ariza, á Ferrera,
A la parte castellana,
A Tudela y Tarazona;
Y á la parte de Navarra,
A Santa Engracia del Puerto,
Y cuanto hasta el Ida baña
Sarazon hasta la puente
Del que á Dios le dió su capa,
Vadaluengo y Galipienso,
Rio Aragon, rio Arga,
Hasta que paran en Ebro
Y el pié de Tudela bañan.
Con esto no tengo ahora
Guerra alarbe ni cristiana,
Si no es en el pensamiento;
Porque en efeto me cansan.
¿Quién dijera, padre mio,
Cuando barriendo me hallaba
Los dos claustros de San Ponce,
Que trocara escoba en lanza,
Aquella corona en esta,
Aquella capilla en armas,
Aquella correa en tiros,
Y escapularios en lanza;
Aquella cogulla en gola,
Aquel manto en régia grana,
En esta bota y espuela
Aquella media y abarca;
Mi oracion en estos pleitos;
Mi silicio en estas camas,
Mi reftorio en tal mesa,
Y aquel barro en esta plata?
Ya don Ramon Berenguel,
Sangre noble, antigua y clara
De condes de Barcelona,
Mi suegro y padre se llama.
Esperando estoy su hija:
Mire el dolor que me falta,
Pues ha de casar el cuerpo
Quien tiene profesa el alma.

LEONARDO.
Llevando siempre en los ojos
Que Dios le trujo á esta guerra
Para gloriosos despojos
Y para bien desta tierra,

No le dará el reino enojos.
Lleve bien el casamiento:
Dios lo quiere así; mas diga,
¿Qué fué en llamarme su intento?

RAMIRO.
Si no hay quien me contradiga,
Diréle mi pensamiento.
Un templo en Huesca edifico:
De monjes le quiero hacer,
Y acabar en él, si aplico
Mi reino á mayor poder.

LEONARDO.
Por ahora no replico.
ATÁRES. (Ap. á los caballeros.)
¿Qué buenos nos tiene aquí!

LEONARDO.
El tiempo dirá el suceso.
RAMIRO. (A don Sancho.)
¿Hay negocios?

DON SANCHE.
Señor, sí.

RAMIRO.
Id diciendo; que por eso
Hoy á esta sala salí.

DON SANCHE.
A Juan Nuñez le mataron
Los moros, y á su rocín
Medio le desjarretaron.
Volvióse á Huesca; que al fin
Aquí en Huesca le criaron.
Llega á casa de su hijo,
Y échale á palos de allí.

RAMIRO.
Oid pues, ¿quién se lo dijo?

LEONARDO.
Naturaleza.
RAMIRO.
¿Es así?

DON SANCHE.
Llama el caballo prolijo
Con la frente en las dos puertas,
Porque no las halla abiertas;
Pero el mozo de caballos,
Que en casa solia curarlos,
Vertiendo lágrimas ciertas
Al heredero afrentó,
Porque al hidalgo alazan
Tanta ingratitude usó.
Salió á sus voces don Juan,
Y algunos palos le dió.
Pide justicia.

RAMIRO.
Y expresa;
Que así lo dice el vocablo.
Mando que su cama y mesa
Dén al rocín, y el establo
Al que ser bestia profesa;
Y que el mozo, hasta que muera,
El caballo á costa suya
Cure y piense.

DON SANCHE.
Considera..
RAMIRO.
No repliques, pues no es tuya
La causa; y aunque lo fuera...

DON SANCHE.
El caballo ¿ha de comer
En mesa y dormir en cama?

RAMIRO.
Quien supo á casa volver,
Y quien á las puertas llama,
¿Por qué no lo sabrá hacer?

DON FORTUNIO. (Ap. á don Nuño.)
Advierte que por burlar
Del Rey, estos pleitos son.

DON NUÑO.
Ya que tiene aquel lugar,
Respeto fuera mejor,
Que al Rey se debe guardar.

DON FORTUNIO.
Disimula, porque notes
Su inocencia y santidad.
No le adviertas ni alborotes.

DON NUÑO.
¿No sabes que son deidad
Los reyes y sacerdotes?

DON SANCHO.
Oye.

DI.

DON SANCHO.
Luis Labrador
Tiene una viña en un cerro,
Que llaman San Salvador.
Entró de un clérigo un perro,
Que es cura de Camposflor;
Cogióle el dicho Luis
Y aborcióle. Pide el Cura
Trescientos maravedís.

RAMIRO.
¿Por el perro ó por la hechura?
DON SANCHO.
Por la vida.

RAMIRO.
¿Qué decis?
Pues ¿tiene alma?

DON SANCHO.
Sensitiva,
Con que á cazar aprovecha,
Y el Cura á los montes iba.

RAMIRO.
En este pleito hay sospecha.
Luego á prueba se reciba;
Que un sacerdote ocupado
No es bien que lo esté en cazar
Y en el monte desvelado,
Pues en rezar y estudiar
Ha de tener su cuidado.
Que no le dé nada di,
Y que yo lo mando así
Por quitar inconvenientes.
Si el perro tiene parientes,
Vengan, pidanmele á mí.

ATÁRES. (Ap.)
¿Hay mas graciosa ignorancia?
DON NUÑO. (Ap.)
¿Hay santidad mas profunda?

DON SANCHO.
Oye un caso de importancia.
RAMIRO.
Veamos en qué se funda.

ATÁRES. (Ap.)
No tendrá mucha sustancia.

DON SANCHO.
Tenía una vaca un moro
En su casa, y de un vecino
Pasóse al corral un toro:
De la junta á parir vino...

RAMIRO.
Decí un niño como un oro.
¿Donaire teneis á fe!
Ya un rocín, ya un perro fué,
Ya vaca y toro se casan...
Creo que estos pleitos pasan
En el arca de Noé.

DON FORTUNIO. (Ap.)
Cayendo va en ello.

RAMIRO.
DI,
¿Qué quiere ahora el cristiano?

DON SANCHO.
La mitad del hijo.

RAMIRO.
¿Así?
Perdió el derecho.

LEONARDO.
Y es llano,
Aunque se burlan de ti.

RAMIRO.
¿Qué dice, padre?

LEONARDO.
Que es justo.

Sale UN CRIADO.

CRIADO.
Aquí ha llegado don Busto.

RAMIRO.
¿Viene la Infanta?

CRIADO.
Ya viene.

RAMIRO.
Recebillas me conviene,
Puesto que me falte gusto.—
Caballeros de mi corte,
No hay ocasion como esta,
Que mas vuestro honor me importe.

LOPE.
Gran Rey, tu partida apresta;
Que eres nuestra luz y norte.

LEONARDO.
Y yo á San Ponce la mia.

RAMIRO.
Yo le avisaré del día
Que estará el templo acabado.

(Vanse todos, menos don Fortunio
y don Nuño.)

DON NUÑO.
¿Vienes?

DON FORTUNIO.
¿Adónde has dejado,
Don Nuño, tu compañía?
¿Qué se ha hecho mi don Juan?
¿Cómo no vienes conmigo?

DON NUÑO.
¿Ay triste!
DON FORTUNIO.
(Ap. Indicios me dan
Tus suspiros, enemigo,
Que sin doña Elvira están.)
Nuño, ¿qué es esto?

DON NUÑO.
Señor,
Dos meses há que te encubre
Tu desdicha mi rigor.

DON FORTUNIO.
¿Es muerta?

DON NUÑO.
Por ella cubre
Luto hasta el alma.

DON FORTUNIO.
¿Y mi honor?

DON NUÑO.
En el combate de Fraga
Piedra ó flecha te acertó.

DON FORTUNIO.
¿Oh infame!

DON NUÑO.
Deten la daga;
Que el cielo, quanto y mas yo,
Impide que yo lo haga.

DON FORTUNIO.
VII Nuño, tú la has gozado,
Tú la has muerto y escondido.

DON NUÑO.
Si el juramento he quebrado,
Si en lo que he dicho he mentado,
Ya estoy, Fortunio, retado.
No me afrentes; que soy hombre
Que á ti ni al mundo sufriera
Esta afrenta.

DON FORTUNIO.
Y de mi nombre
La grandeza ¿no te altera?

DON NUÑO.
No hay hombre que á mí me asombre.
Si tú con el tronco duro
Hiciste en los moros plaza,
Yo el pendon puse en el muro;
Que no ha de romper tu maza
Filo tan hidalgo y duro.
Que es verdad probaré presto.

DON FORTUNIO.
Dénos campo el Rey, pues eres
Hombre á pelear dispuesto.

DON NUÑO.
Por una ni mil mujeres
No diré mentira en esto.
Si no lo quieres creer,
Yo no puedo mas hacer
Que pasar por el ultraje
Del ya pasado homenaje.

DON FORTUNIO.
¿Quién no miente por mujer?
Por mujer perdí el honor,
Nuño vil.

DON NUÑO.
Paso, Señor;
Que el que lo dijere miente.

DON FORTUNIO.
Yo pido campo.

DON NUÑO.
Yo veinte.
DON FORTUNIO.
Retado estás de traidor.
(Vanse.)

Calabozo en Fraga.

Salen DOÑA ELVIRA, vestida de
cautivo, ARMINDA, y UN MORO.

DOÑA ELVIRA.
Mátame; dobla el castigo;
Que vida tan desdichada
Mejor estará acabada
Que en manos de su enemigo.
Dos meses há que me tienes
En esta dura prision;
Dos meses, que un siglo son,
De mis males y tus bienes.
Bien vengada estás de mí;
Mas tu venganza ha de ser
Como agravio de mujer;
Que siempre se venga así.
Yo como hombre te trataba,
Si un tiempo mal te traté;
Y nunca de veras fué,
Porque siempre me burlaba.
Verdad es que en no quererte
Hice agravio á tu hermosura,
Si no fué mi desventura
La que pudo agravio hacerte;
Que yo estaba enamorado,
Arminda, cuando te vi;
Que mal pudiera yo ansi
Agradecer tu cuidado.
Esta ha sido la ocasion,
Y que te digo verdad,
De no dar la libertad
Que estaba en otra prision.
¿Por qué mandas maltratarme?
¿Eso llamas querer bien?

ARMINDA.
Amor se ha vuelto desden
Y deseo de vengarme.
Morirás, traidor don Juan,
Ya que estás en mi poder.
DOÑA ELVIRA.
¡Propia hazaña de mujer!
ARMINDA.
Pues qué, ¿soy yo capitán?
¿Soy algún César famoso?
¿Soy Alejandro, soy Dario?
Ser quien soy es necesario,
Y necesario y forzoso.
Si os quitamos vuestros nombres
Con hacer hazañas tales,
Vendremos á ser iguales
Las mujeres á los hombres.
De Alejandro, César vengas,
Dario junto campos grandes,
Y á una mujer no le mandes
Mas triunfo que su vergüenza.
¿Qué haces de darme en cara
Que soy mujer? No me asombres;
Que á ser como tú los hombres,
¿Qué mujer los envidiara?
¿Quita la imita es bien que calle;
Porque te hago saber
Que tienes mas de mujer
Que de hombre en rostro y tallo.
Deja la vana arrogancia
Y el preciarte de quien eres;
Que tuvo el mundo mujeres
Ejemplo de fe y constancia.
Que te trate ahora mal
Porque no me quieres bien,
Pues nace de tu desden,
¿No es condicion natural?

DOÑA ELVIRA.
O natural ó violenta,
Basta, que en mi daño ha sido;
Pero ya que estoy perdido,
Del partido sé contenta.
Por estar mi dueño ausente,
Que á Navarra fué á la guerra,
No supo que en esta tierra
Quedaba don Juan presente.
Pues há días que ha venido,
La mi carta le habrán dado.

ARMINDA.
El espartido excusado;
Que no he de admitir partido.
¿Para qué quiero rescate
De un paje de un hijodalgo?

DOÑA ELVIRA.
¿No estimas mi precio en algo?

ARMINDA.
Mas estimo que te mate
Este moro; que no viene
Sino á atormentarte, perro.

MORO.
¿Por qué no le pones hierro?

ARMINDA.
¿Qué hierro como el que tiene?
Tú no ves que quiere bien,
Y está ausente de su dueño?

DOÑA ELVIRA.
Y mi palabra te empeño
Que me aborrece tambien.

MORO.
Con todo aqueso, has errado
En no le berrar, y acertaras
Si en el rostro y pié le berraras
Con hierro vivo y pintado,
Y no vivir con recelo.

ARMINDA.
Es la cara no, Selin;
Que es berrar un serafín,
Y no sufre hierro el cielo.

Trae una fuerte cadena,
Y en los piés se la pondré.

MORO.
Voy.
DOÑA ELVIRA. (Ap.)
¡Triste de mí! ¿Qué haré,
De tantas desdichas llena?

ARMINDA.
¡Selin!
MORO.
Señora...

ARMINDA.
Traerás
La mas ligera.

MORO.
¿No ves
Que se irá?

ARMINDA.
Y aquellos piés
¿Cómo podrán sufrir mas?

MORO.
Yo la traeré bien ligera.

ARMINDA.
En estos brazos la hallaras.

DOÑA ELVIRA.
Nunca, Arminda, me trataras
Tan mal, si eso verdad fuera.

ARMINDA.
Pues, mi bien, quíereme bien:
Verás si te trato mal.

DOÑA ELVIRA.
Soy á mi ausente leal.

ARMINDA.
¡Ah, perro! ¿tanto desden!
Quebrarrete aquesa boca.

DOÑA ELVIRA.
Tu esclavo soy.

ARMINDA.
No haré;
Que antes mi boca pondré
Donde tu pié pisa y toca.
¡Ay, amor, y qué cristiano,
Si lo fuera en ser piadoso!
Quíereme ya, riguroso,
Dame á besar esa mano.
Tarife es primo del Rey,
De quien yo sobrina soy;
Puesto que en su tierra estoy,
Mi gusto adora por ley.
Si quieres volverte moro
Y con Arminda casarte,
Puede una alcaldia darte
Con parte de su tesoro;
Y yo te daré, mi bien,
Ricas joyas de valor,
Y si es tu ley la mejor,
Seré cristiana tambien.

Aunque en esta, mi don Juan,
Tendrás mas descanso y gusto,
Y en hábito menos justo
Podrás andar mas galan.
Yo te labraré alcandoras
De oro y sedas diversas,
Que no aventajen las persas
A nuestras labores moras.
Listaréte blancas tocas
De azul, nácar y pajizo,
Y mas si entonces enrizo
Plumas en el aire locas.
Haré traer borceguies
De Melilla y Tremecen,
Jacos de Tanger tambien;
Ricas adargas fecies,
Alfanjes, que no se escapa
De tu rigor su denuedo,
Las cuchillas de Toledo,
Las vainas de negra zapa,
Hierros de lanzas que dén

En el sol diversas luces,
Y caballos andaluces
Que corran y paren bien.
¡Ay, quién te viera salir
De mis brazos á la plaza!

DOÑA ELVIRA.
Cuanto tu deseo traza
Es darme mas que sufrir.
Resuélvome que es en vano.

ARMINDA.
¿Que no te duele mi pena?

Vuelve EL MORO.

DOÑA ELVIRA.
No.

ARMINDA.
Pues venga la cadena.

MORO.
Ya la tienes en la mano.

ARMINDA.
Hiérrale.

MORO.
Daca ese pié,
Perro obstinado.

DOÑA ELVIRA. (Ap.)
¡Ay don Nuño!

ARMINDA.
¿Si le has hecho algun rasguño?

MORO.
Digo que no le toqué.

ARMINDA.
¿Quíerame?

DOÑA ELVIRA.
Menos agora.

ARMINDA.
Pues apríeta.

DOÑA ELVIRA.
Cuanto quieras.

ARMINDA.
Perro, ¿asi me desesperas?

DOÑA ELVIRA.
No puedo amarte, Señora.

ARMINDA.
Llévale, y con mil cerrojos
Le cierra en una sajena.

MORO.
¿Va bien?

ARMINDA.
No; que esa cadena
La voy llevando en los ojos.

(Vase.)

Sala del real alcázar en Huesca.

Salen EL REY y LA REINA, GARCÍA
DE VIDAURE y DON SANCHE, DON
PEDRO DE ATÁRES, LOPE DE
LUNA, DON NUÑO y DON FORTU-
NIO.

RAMIRO. (A la Reina.)
Alegre está la ciudad
De vuestro recibimiento.

REINA.
Conoce mi voluntad.

RAMIRO.
¿Está á punto el aposento?

VIDAURE.
Sí, Señor.

RAMIRO.
Señora, entrad.

REINA.
Voy; que el cansancio me obliga.

(Vase.)

RAMIRO.
¿Quereis que verdad os diga?
No sé cómo á entrar me alreva;
Que es esta cosa muy nueva,
Y vergüenza me fatiga.

ATÁRES.
¿De qué, si es ya tu mujer?

RAMIRO.
Dios ordenó el casamiento,
En que aquí me vengo á ver,
Para dar al mundo aumento
Y acrecentar nuestro ser.
Ya sé que esto no es pecado;
Pero verme yo obligado
En tan notable vergüenza,
Aun no es posible que vengza
El saber que soy casado.

VIDAURE.
Vaya vuestra majestad.

RAMIRO.
¡Ay quleta celda mía!
¿Qué es de vos, mi soledad?

DON SANCHE.
Advierte que esto sería
Pagar mal su voluntad.
Muéstrala amor: considera
Que el reino rey no te hiciera
Sino por la sucesion.

RAMIRO.
Pues advertid, Aragon,
Que el monasterio me espera.
No os habré dado heredero,
Cuando me vuelva á mi casa.

VIDAURE.
Dios lo haga.

RAMIRO.
En Dios espero.
(*Vanse el Rey, don Fortunio y don Nuño.*)

LOPE.
¿No advertis bien lo que pasa?

VIDAURE.
¿Qué ignorante!

ATÁRES.
¿Qué grosero!

DON SANCHE.
Basta; que está la doncella
Acá afuera, que no allá,
Por mucho que allá lo es ella.

LOPE.
¿Qué necio! ¿Qué le dirá?
¿Que quiere apartarse della?

DON PEDRO.
¿No dicen que el desposado,
Cuando habla, lo primero
Es necesidad?

DON SANCHE.
Descuidado
Estará este majadero
De haber necesidad hablado.

ATÁRES.
¿Cómo?

DON SANCHE.
Que todas lo son
Cuantas ha dicho hasta aquí.

VIDAURE.
Vamos.

LOPE.
Para en uno son.

DON PEDRO.
No; que ha de ser monje.

DON SANCHE.
En dando rey á Aragon.
(*Vanse.*)

Sala en casa de don Nuño, en Huesca.

**Salen DON NUÑO, PERALTA
Y MATEO.**

DON NUÑO.
Aplazado en efeto quedó el campo
Entre Fortunio y yo; saben los cielos
Cuánto me pesa del intento suyo,
Y juntamente la razon que tengo.

PERALTA.
Á dos hidalgos, que en servicio suyo
Estamos desde el día que nacimos,
Y de sus padres los antiguos nuestros
Con el mismo homenaje, nos ha dicho
Eso mismo que á ti; pero ninguno
Pasó de su lealtad el justo término,
Ni lo habrás hecho tú.

DON NUÑO.
¿Que la he gozado.
Y que, si no la he muerto, está escondi-
Para disculpa del haber rompido (da
El homenaje que en sus manos hice!
Si sé de doña Elvira, ó si he quebrado
El juramento, y ella de mi boca
Sabe quién es, en la estacada muera,
Muera sin honra y de traidor retado.

PERALTA.
Digo, Señor, que lo que dices creo.

Salen UN SOLDADO.

SOLDADO.
Esta carta, don Nuño valeroso,
Me dió un moro de paz, de los que vie-
A la plaza con fruta y hortaliza. (nen
Dice que se la dió un cautivo.

DON NUÑO.
Muestra;
Que me da el corazon que este cautivo
Debe de ser don Juan. ¿Don Juan es vivo!
(*Lee.*) «No suelen caballeros honra-
dos tratar con tanto descuido lo que
sus deudos y amigos les encomiendan.
» Por no dejarte en Fraga y por guar-
darte á Arminda, me cautivó Tarfe y
» me la dió por dueño, y en pago desto
» me da tan mala vida, que si no llegas
» á rescatarme presto, no me hallarás
» con ella. Guarde Dios la tuya. — Don
» Juan de Lizana y Maza.»

Esto escuchan mis oídos!
Abrid descubierta plaza
Al llanto y dolor, sentidos,
Si no hay de remedio traza
Para mis bienes perdidos.
¿Qué remedio buscaré?
¿Cómo, amigos, libraré
A don Juan de la prision;
Que aventuro mi opinion
Y el crédito de mi fe?
¿Ay don Juan! Mas ya se admira
Amor con soberbia é ira
De que tal nombre le dan.
¿Qué sirve decir don Juan?
Digo, amigos, doña Elvira.
Ya sabeis mi juramento
Y el silencio que he tenido;
Pero no sabeis mi intento,
Ni que callando he vivido
Mártir de mi pensamiento.
Ya no es tiempo de callar;
Ayuda me habeis de dar
Para que la goce y cobre;
Que soy noble, aunque soy pobre,
Y pobre os puedo pagar.

SOLDADO.
Nuño, si en alguna cosa
Peralta y yo teservimos,
No la habrá dificultosa.
PERALTA.
Nuño, en la casa nacimos

De nuestra cautiva hermosa.
Libreria puedes y hacer
Que no entienda que es mujer
De tu boca, y vuelve al plazo.

DON NUÑO.
Confirmad con este abrazo
Que me habeis de socorrer.
Yo sé arábigo.

SOLDADO.
Y nosotros.
DON NUÑO.
¿Dónde pudiera con otros
Salir de aquesta desdicha?

PERALTA.
Todo será por tu dicha.
DON NUÑO.
Basta ayudarme vosotros.
(*Vanse.*)

Huerta y jardín del convento de San Ponca.

Salen FRAY LEONARDO.

LEONARDO.
Divina fuente perenal, de donde
Proviene cuanto bien el hombre tiene,
Supuesto que aunque ve que de vos
[viene,
Ingrato á vuestras obras corresponde.

Las maravillas que ese pecho escond-
[de,
Las partes y grandezas que contiene,
Al hombre, al ángel en pensar detiene
Lo que solo de vos, á vos responde.

Ramiro estaba aquí lejos del mundo;
Llamóle el mundo allá; mas no bastara
Sin vuestra voluntad con lazos varios.
Hacelde, gran Señor, David segundo;
Que si vuestro poder el suyo ampara,
Vencerá con paciencia sus contrarios.

Salen DON FORTUNIO.

DON FORTUNIO.
A muchas cosas pudiera,
Padre, veniros á ver,
Si lo esencial no lo fuera
Tanto, que habré menester
Dejar á las demás fuera.
Esta de mi rey tomad.

LEONARDO.
¿Oh Fortunio! levantad.
Dadme esos brazos.

DON FORTUNIO.
Leed,
Y lo que es escribe haced.

LEONARDO.
(*Lee.*) «A fray Leonardo, mi abad.»
Muy apriesa habeis venido.

DON FORTUNIO.
Cierta queja que he tenido
De un caballero traidor,
Para despertar mi honor
Mis años puso en olvido;
Y creo que el Rey me envia,
Contra el gusto y honra mia,
A que vos me lo estorbeis;
Pero no sé si podréis,
Llegado del plazo el día.

LEONARDO.
Desviáos, Fortunio, allí.
DON FORTUNIO.
Padre, el Rey lo hará muy mal,
Y vos en tenerme aquí.

LEONARDO.
Deo gratias.
DON FORTUNIO.
Estoy mortal.

Leonardo, mi honor perdí.

LEONARDO.

(*Lee para sí.*) «Los grandes caballeros de mi corte han dado, viéndome ignorante, en hacer burla de mí, tanto, que si juzgo los pleitos, son de animales ridículos; si peleo, me hacen llevar la lanza en la una mano y la badarga en la otra y las riendas en la boca; detrás de mí murmuran todos, tanto, que ayer les oí querían hacer rey á don Pedro. Aconsejadme, padre Leonardo, para que estos me teman, y no digáis nada á Fortunio; que él piensa que va á otra cosa. — El que solía ser vuestro súbdito, *el rey Ramiro.*»

(*Ap.*) ¡Oh ciencia infusa del cielo!

Ved por dónde el ignorante Pidió consejo y consuelo, Sin que el secreto importante Causa en Aragon recelo. Este piensa que ha venido A ser aquí detenido Por la batalla aplazada, Y viene á pedir la espada Que venga á un rey ofendido. ¿Qué haré? ¿Cómo le podré Responder? Que si le escribo, Abrirá el papel. No sé, De los medios que apercibo,Cuál escoja y cuál le dé.) Ahora bien, Fortunio, escucha.

DON FORTUNIO.

Mire, padre, que mi honor Con mis largos años lucha. Vuelve tú por mi valor Y por la razón, que es mucha. Nuño ha sido, Nuño fiero, Quien, como mal caballero, La palabra me quebró.

LEONARDO.

Y ¿haslo dicho al Rey?

DON FORTUNIO.

¿Pues no?

Del Rey mi remedio espero. Ya sabe que doña Elvira Es la que á Nuño entregué.

LEONARDO.

Es justo tu enojo é ira. (*Ap.* Aunque hablo con él, no sé De qué se enoja y admira. ¿Qué doña Elvira es aquesta? Mas quiero disimular Y dar al Rey la respuesta.)

DON FORTUNIO.

Mandaríame el Rey quedar; Que será disculpa honesta. Padre, si saltar supiese Las tapias del monasterio, Saldré, puesto que al Rey pese.

LEONARDO. (*Ap.*)

¿Qué para este ministerio Tal ingenio el Rey tuviese! Misterios del cielo son.

DON FORTUNIO.

Yo sin honra y opinión! Padre, despachadme luego; Que al Rey la obediencia niego, Y me saldré de Aragon.

LEONARDO.

¡Jesús! ¿con tanta imprudencia! Aguardad; que deste escuche Sacaré vuestra advertencia.

DON FORTUNIO.

¿Qué queréis, padre, que escuche, Si no es que me dais licencia?

LEONARDO.

En este jardín florido

Quiero entrar: está advertido De lo que vieres hacer, Porque le has de responder A los ojos, no al oído.

DON FORTUNIO.

Ya, padre mío Leonardo, Eso que habeis considerado, Y saber el fin aguardo; Pero á fe de caballero Que ha de pagarlo el bastardo; Que no solo la gozó, Mas que la tiene escondida Despues que el traidor rompió La palabra prometida Que á mí y al cielo juró. ¡Esto ha de sufrir un hombre De mis prendas y mi nombre?

LEONARDO. (*Ap.*)

¿Qué diferente es mi intento!

DON FORTUNIO.

No hay humano entendimiento A quien su culpa no asombre; Que faltar la confianza En un hombre es gran baja.

LEONARDO.

En todo tendré bonanza.

DON FORTUNIO.

Cortándole la cabeza, Que es el fin de mi venganza.

LEONARDO.

Ahora bien: ¿hasme entendido?

DON FORTUNIO.

Vi, padre, que habeis cortado De aqueste jardín florido Las flores que habeis hallado Que mas altas han crecido.

LEONARDO.

Pues esto al Rey le dirás; Y vén conmigo, saldrás, Por si te cierran la puerta.

DON FORTUNIO.

Solo espero verla abierta. Padre, no te pido mas.

(*Vanse.*)

Jardín morisco en Fraga.

Salen DON NUÑO, PERALTA y EL SOLDADO en hábito morisco.

DON NUÑO.

Hablando como alarbes, nos ha dado Señales del cautivo de mi vida Aquel moro que ya del corvo arado Tiene la humilde yunta desasida. Este jardín, de su cristal cercado De aquella fuente que á beber convierte pequeño monte despeñado, [da, Dicen que rompe con la tosca azada. ¡Ay, manos bellas, que al jardín pudie-

[ran

De Vénus adornar como jazmines! ¿Cómo en este trabajo os consideran Los que os mandan cavar tales jardi-

PERALTA.

[ues?

Las estrellas del cielo vituperan.

DON NUÑO.

[clines

¿Cómo es posible, Arminda, que te in-

SOLDADO.

[te.

Pues has entrado, en el silencio advier- Mira que puede ser que entre estas Algun áspid morisco viva oculto. [flores

DON NUÑO.

Bien temo aquestos bárbaros traido- Y la salida oculta dificulto. [res,

PERALTA. [ignores,

Pues nuestra muerte no es razón que Si se conoce nuestro grave insulto. Gobiérnate de suerte que volvamos.

DON NUÑO.

Ya viene gente: aquí nos escondamos.

Sale DOÑA ELVIRA con un azadón.

DOÑA ELVIRA.

Tierra, que para ser de mí cavada, Por ser tan seca, dura y no rompida, Con razón de mi llanto humedecida, Mejor que de tu cielo, estás regada; Si aquella prenda de mi alma amada Estuviera presente endurecida, Presumo que quedara enternecida A menos golpes de mi tosca azada. Si en las piedras las lágrimas se im-

[primen,

Piedras adoro; pero están ausentes. ¿Qué importa que mis ojos se lastimen? Asperos montes, á mi mal presentes, ¿Cómo os podrán mover cuando se ani-

[men?

Si el mar es poco y son mis ojos fuentes?

Sale ARMINDA.

ARMINDA.

Bien pensabas sin mí pasar el día,

DOÑA ELVIRA.

Bien pensaba sin tí pasar mis días.

ARMINDA.

¿Tanto te enoja ya mi compañía?

DOÑA ELVIRA.

Somos en ley y en condicion extraños.

ARMINDA.

¿Que no te ha de ablandar tanta porfía?

DOÑA ELVIRA.

Ni largos siglos de prolijos años.

ARMINDA.

Morirás trabajando en esta huerta.

DOÑA ELVIRA.

Entonces ha de ser mi vida cierta.

ARMINDA.

Duélete de mi mal, hermoso esclavo.

DOÑA ELVIRA.

Déjame con mi mal, ingrato dueño.

ARMINDA.

Menos te venzo cuanto mas te alabo.

DOÑA ELVIRA.

Justa dureza á tu blandura enseñó.

ARMINDA.

Tú me acabas la vida, y yo te acabo.

DOÑA ELVIRA.

¿Por qué me quitas el sustento y sueño?

ARMINDA.

Por ver si te venciese mi castigo.

DOÑA ELVIRA.

Con el regalo vence el enemigo.

DON NUÑO. (*Ap. á los suyos.*)

¿Podrán sufrir mis ojos lo que veo?

PERALTA.

Si no viene la mora acompañada,

La ocasion llama á voces tu deseo.

DON NUÑO.

Venga, del mundo y su poder guardada.

Soy yo quien ha ganado igual trofeo,

Y quien con solo aquesta misma espada

Puse el pendon de Alfonso en Zaragoza

Y el que de Pardo el apellido goza.

Llegad, asilda por detrás las manos;

Y tú ponle ese lienzo por la boca

Mientras que llevo á hablarla.

ARMINDA. (A Elvira.)

¿Que son vanos
Mis pensamientos? ¿Nada te provoca?

DON NUÑO.

¡Alay Zulema!

ARMINDA.

¿Qué quereis, hermanos?

DON NUÑO.

¡Peralta, agora!

SOLDADO.

Apriétala esa toca.

ARMINDA.

¡Alá, Mahoma, valme!

DON NUÑO.

¿Qué es Mahoma?

Nuño soy.

DOÑA ELVIRA.

¡Nuño!

DON NUÑO.

Si: el camino toma.

(Vanse.)

Sala del real alcázar de Huesca.

Salen EL REY y DON FORTUNIO.

RAMIRO.

¡Cómo! ¿que no respondió
Por letra á mi carta?

DON FORTUNIO.

Piensa,

Gran Rey, que de ver mi ofensa,
Suspense el abad quedó.
Pero de palabra allí
Respondió lo que diré.

RAMIRO.

¿Qué causa tuvo?

DON FORTUNIO.

Esta fué.

RAMIRO.

Ya la espero.

DON FORTUNIO.

Escucha.

RAMIRO.

Di.

DON FORTUNIO.

Luego que le di la carta,
Leyó tu firma y la fecha,
En un pequeño jardín,
Rey Ramiro, el abad entra.
Está con laureles verdes,
Cuyas ramas la flor dejan
Entre paredes antiguas
Cubiertas de verdes hiedras
Y de lúgubres cipreses
Acomodados á obsequias,
Que compiten en altura
Con las torres de la Iglesia,
Tan intrincado y devoto,
A la espalda de la celda,
Que un san Onofre parece
Que quiere salir por ella.
Estaba lleno de flores
Entre unos cuadros, tan bellas,
Que en criaras compitieron
El arte y naturaleza.
Vieras los narcisos blancos
Y las moradas violetas
Entre las rosas de nácar
Hacer dulce diferencia;
Los pensés, las maravillas,
Alelías y azucenas,
Los lirios rojos y azules,
La flor de azahar y mosqueta,
La del hojoso sauco
Y de la humilde verbena.

Vieras la salvia olorosa
Entre la yerba doncella;
La malva, el junquillo, el mirto,
El clavel, la pempinela,
Albahaca y toronjil,
Trébol, jazmín, flor de alheña,
El paraíso florido,
La retama y madreselva
Y el cinamomo, que imita
Al árbol de la canela;
Y por no causarte, muchas
Que suele engendrar la tierra
Cuando son recién casados
Abril y la primavera.
En viéndose dentro, dijo:
«Di al Rey, Fortunio, que entienda
De lo que me ves hacer
De su carta la respuesta.»
Luego un pequeño cuchillo
Sacó de una vaina negra,
Que de su cinta pendía,
Y entre las flores y yerbas
Fué cortando las mas altas,
Que mostraban mas soberbia,
Escapando de sus manos
Las humildes y pequeñas.
Esto es, Señor, lo que dice
Que en este negocio adviertas;
Mas ¿qué tiene esto que ver
Con satisfacer mi afrenta?

RAMIRO.

[ciencia]

(Ap. ¡Oh poderoso Dios! oh inmensa
De vuestra mano viene este consejo.
Sin duda dice aquí el abad Leonardo
Que corte las cabezas de los grandes,
Y tomarán ejemplo los pequeños.
Piadoso soy; extraña cosa es esta
Para mi condicion; mas ya he caído:
Que el rey que no castiga no es temido.
Ahora bien, el abad es hombre santo:
No me diera consejo que no fuera
Inspirado del cielo; mas soy rústico.
Cómo podré, sin que me venga daño,
Trazar lo que conviene á mi respeto?
Mas ya, ya calgo en el remedio.) Escu-

DON FORTUNIO.

[cha.

¿Qué mandas?

RAMIRO.

Parte luego, don Fortunio,
Y di á mis grandes, nobles y hijosdalgo
Que yo he trazado hacer una campana
Que se oiga en todo el mundo, y para esto
Tengo necesidad de que se junten
Los nobles de Aragon en mi palacio.

DON FORTUNIO.

¡Campana que se oiga en todo el mun-
do! ¿Qué dices, gran señor?

RAMIRO.

Fortunio, parte.

No repliques en esto.

DON FORTUNIO.

No replico;

Pero advierte, Señor, que no es posible,
Y que esta gente mira mal tus cosas,
Y si esto entienden...

RAMIRO.

No respondas nada.

La campana he de hacer, y oirse tiene,
Para que sea maravilla octava.

DON FORTUNIO.

Coloso tuvo Roma, Faro, torre,
Templo Diana, simulacro Júpiter,
Pirámides Egipto, Caria entierros
Y Babilonia levantados muros.
Los hombres hacen tales maravillas;
Pero campana que la escuchentodos...

RAMIRO.

El alemán, el indio, el scita, el persa,
El chino, el de Etiopía, el de Polonia,

Y todas las naciones han de oírlo.
Yo ¿no soy rey?

DON FORTUNIO.

Si sabes mi buen celo,
Créeme, gran señor, y no lo digas.

RAMIRO.

[za

¡Por qué, Fortunio? Dios ¿no puso fuer-
En yerbas, en palabras y en metales?
Yo sé que puede ser, pues yo lo digo.
¿No fabricó, cuando era rey de España
Hércules, un espejo en que se vian
Las naves al salir de Inglaterra,
Clavado en una torre en la Coruña?
¿No hicieron los romanos aquel fuego
Que le llamaron fuego inextinguible,
Que dumba mil años sin matarse
Entre las sepulturas de los muertos?
Pues bien podré yo hacer una campana
Que se oiga en todo el mundo.

DON FORTUNIO.

Yo me parto,

Persuadido, Señor; que pues lo dices,
Debe de ser verdad.

RAMIRO.

Leal vasallo,

No dudes que tendrás galardón justo.

DON FORTUNIO.

Yo no replico á cosas de tu gusto.

(Vase el Rey.)

DON FORTUNIO.

A no ser, como lo ha sido,

Este mi rey natural,

Mas le hubiera reprendido;

Pero el Rey, en bien ó en mal,

Ha de ser obedecido.

Sabe que estoy sin honor,

Hele contado el rigor

Con que Nuño me ha engañado,

Y que le tengo retado

De caballero traidor;

Y respondió la mas vana

Cosa y error mas profundo

Que he visto en criatura humana,

Como es hacer que en el mundo

Oigan todos su campana.

Salen DON PEDRO DE ATÁRES, LO-
PE DE LUNA, GARCÍA DE VIDAU-
RE, DON SANCHE, DON RODRIGO,
DON DIEGO, y otros señores.

ATÁRES.

Rey mío, si no lo fueras,

Pensara que loco eras,

O á lo menos ignorante.

VIDAURE.

Don Lope, á rey semejante

Nunca le trateis de veras.

LOPE.

¿Si se habrá ya levantado?

ATÁRES.

No; que estará en oración.

DON SANCHE.

Es muy buen fraile.

LOPE.

Extremado,

Y para rey de Aragon

Por dos veces coronado.

DON SANCHE.

Don Rodrigo, yo y don Diego

A verle habemos venido

Solo para burla y juego.

DON DIEGO.

De tener tal rey, corrido

A besar sus manos llevo.

DON RODRIGO.

Yo no quiero obedecer

La provision que envió;
Que por rey no he de tener
Quien órdenes recibí,
Y á quien era fraile ayer.
Fuera de eso, ¡ha de regirme
Un hombre que es ignorante!

DON SANCHE.

Yo solo vengo á reirme.

DON FORTUNIO.

Y yo á que el mundo se espante
De lealtad tan noble y firme.

DON DIEGO.

¡Oh Fortunio!

DON FORTUNIO.

¡Oh caballeros!

El Rey me envia á llamaros.

LOPE.

¡Qué quiere?

DON FORTUNIO.

Después de vóros,

La intencion comunicaros
Que tiene de engrandeceros.
Sin esto, os quiere pedir
Parecer en cierto intento.

VIDAURE.

Al Rey debemos servir;
Mas de entrar en su aposento
¡Qué bien se puede seguir!

DON FORTUNIO.

Quiere hacer una campana
Que se oiga en todo el mundo,
Tocada tarde y mañana.

ATÁRES.

¡Qué bravo ingenio!

DON SANCHE.

Profundo.

LOPE.

¡Rica industria!

VIDAURE.

Soberana.

ATÁRES.

¡Bravo Arquimedes!

LOPE.

Notable.

VIDAURE.

¡Hay hombre tan mentecato!
Ya muerro porque nos hable.

DON SANCHE.

¡Linda fiesta!

DON RODRIGO.

¡Lindo rato!

DON DIEGO.

¡Sábila invencion!

DON RODRIGO.

Agradable.

LOPE.

¡Rey campanero!

DON FORTUNIO.

Señores,

Entrad, y no murmureis.

VIDAURE.

Cansados aduladores,
Si esta bestia obedecéis,
Vosotros sois los traidores.
Entrad, y déi nos burlemos.

LOPE.

¡Qué dirá de necedades!

ATÁRES.

¡Qué necedades oírmos!

DON SANCHE.

Hoy le digamos verdades.

LOPE.

Hoy el reino le quitemos.

(Vase todos, menos don Fortunio.)

DON FORTUNIO.

¡Oh fiero escuadron villano!

¡Tan malo es un rey cristiano,

Santo, humilde y inocente,

Piadoso, justo, clemente,

De corazon limpio y sano?

¡Plegue al cielo que os castigue,

Y pues no le conocéis,

Que á un rey tirano os obligue!

Salen DON NUÑO, DOÑA ELVIRA, AR-
MINDA, PERALTA y EL SOLDADO.

DON NUÑO.

Así quiero que le habléis,
Porque su furia mitigue.

DOÑA ELVIRA.

Aquí está.

DON FORTUNIO.

¡Qué gente es esta?

DON NUÑO.

Un caballero retado

Que venir al plazo apresta.

DON FORTUNIO.

Con tal padrino á tu lado

Mas vienes, don Nuño, á fiesta.—

¡Don Juan!

DOÑA ELVIRA.

¡Señor mío!...

DON FORTUNIO.

¡Qué es esto?

DOÑA ELVIRA.

Vengo cautivo de Fraga.

DON NUÑO.

Vesme aquí á tus plantas puesto.

DOÑA ELVIRA.

¡Esto permites que haga?

DON FORTUNIO.

Don Nuño, levanta presto.

DON NUÑO.

¡Plega á Dios que si he quebrado

El homenaje á que estoy,

Como quien soy, obligado,

Que muera á tus manos hoy,

O de algun rayo abrasado!

Un Juan me diste: aquí tienes

El mismo hombre que me diste.

DON FORTUNIO.

De suerte á obligarme vienes,

Que su mano mereciste

Con mi hacienda y con mis bienes.

Con esta misma intencion

De que fuera tu mujer,

Tela di en guarda.

DON NUÑO.

Es razon

Que á tal pesar tal placer

Se le diese en galardón.

Abstuélveme el homenaje.

DON FORTUNIO.

Si absuelvo.

DON NUÑO.

Pues, señor paje,

Mi mujer sois.

DOÑA ELVIRA.

Ya mi amor

Conocéis.

DON NUÑO.

Mandad, Señor,

Que mude don Juan de traje.

¡Puedo hablar, puedo romper

Este silencio y recelo?

DON FORTUNIO.

Ya bien lo puedes hacer.

DON NUÑO.

Pues sabed, aire, mar, cielo,

Que don Juan era mujer.
Sombras, plantas y animales,
Aves, peces y metales,
Mujer es, mujer es ya.

PERALTA.

¡Oyes el pregon que da?

Arminda, ¿cómo no sales

De suspensa, helada y fria?...

DOÑA ELVIRA.

No temas, Arminda mía.

ARMINDA.

¡Que eres mujer?

DOÑA ELVIRA.

¿No lo ves?

ARMINDA.

Aquí estoy, dame tus piés.

DOÑA ELVIRA.

Y libertad este día.

ARMINDA.

Volverme cristiana quiero.

DON NUÑO.

Y yo darte un caballero

Destos dos para marido.

PERALTA.

Yo, si tú mandas, la pido.

SOLDADO.

Gánome, por ser primero.

Salen DOS ó TRES NIÑOS, hijos
de los Grandes.

NIÑO 1.º

¡Que el Rey nos llama?

DON NUÑO.

¡Qué quiere

El Rey en esta ocasion?

DON FORTUNIO.

Oid, puesto que os altere.

Hijos de los grandes son

Los que veis.

DON NUÑO.

Lo que es refiero.

DON FORTUNIO.

Hase metido en consejo

Con sus padres, y ahora llama

Sus hijos.

DON NUÑO.

¡Oh claro espejo

De santidad, gloria y fama,

Rey mozo, en virtudes viejo!

¡Qué querrá hacer?

DON FORTUNIO.

Ha trazado

Cierta cosa, que me ha dado,

Viendo estos niños, recelo.

DON NUÑO.

Algo le ha inspirado el cielo.

DON FORTUNIO.

¡Gran ruido! Estoy turbado.

*Haya dentro ruido de armas, córrase
una cortina, y están á modo de cam-
pana las cabezas de los GRANDES, y el
rey RAMIRO con su cetro y una es-
pada desnuda en la mano, y un mun-
do á los piés del Rey, encima de la
campana.*

RAMIRO.

Aragon, oye al segundo

Ramiro, pues hoy te allana

Con castigo tan profundo;

Porque aquesta es la campana

Que se oirá por todo el mundo.

Y vosotros, decendientes

Destos que veis degollados,
A vuestros ojos presentes,
Quedaréis escarmentados
De ser al Rey obedientes.
Temblad, temblad, y creed
Que soy rey. En fin, haced
Como vasallos leales;
Que os pondré así si sois tales;
Y si no, os haré merced.

DON NUÑO.

¡Qué espectáculo tan fiero!

NIÑO 1.º

Señor Rey, todos seremos
Obedientes.

RAMIRO.

Eso espero.

NIÑO 2.º

Todos de hoy mas te tendrém^{os}
Por nuestro rey verdadero.

RAMIRO.

¡Juráisle así?

TODOS.

Sí juramos.

RAMIRO.

Dios os guarde.

TODOS.

Y á tí, Rey.

DON NUÑO.

Como atónitos estamos.

NIÑO 1.º

Su voluntad será ley:
Esta palabra le damos.

RAMIRO.

A ti, Fortunio, es razon
Premiarte.

DON FORTUNIO.

Ya mi afición
Y lealtad tu nombre alaba.

DON NUÑO.

Aquí, Senado, se acaba
La campaña de Aragón.

DINEROS SON CALIDAD.

PERSONAS.

FEDERICO, *viejo*.
OTAVIO.
RUFINO.
LUCIANO.
LA ESTATUA DEL REY
ENRIQUE.
MACARRON, *criado*.

LUCILA, *criada*.
JULIA LAURENCIA, *duquesa de Calabria*.
CÉSAR, *almirante*.
CAMILA, *princesa de Nápoles*.
AURELIA, *dama*.

AMADEO, *condestable*.
CLAUDIO.
PEREIRO.
CLARINDO.
URBAN.
LELIO.
FAUSTO.

UN MÚSICO.
UN CABALLERO.
UN CRIADO.
UNA DAMA.
ACOMPAÑAMIENTO.
SOLDADOS.
GENTE.

La escena es en Nápoles y otros puntos.

ACTO PRIMERO.

Una calle de Nápoles.

ESCENA PRIMERA.

FEDERICO, OTAVIO, RUFINO y LUCIANO, *vestidos pobremente*. — *Tocan dentro chirimías.*

OTAVIO.

Ya llega el aplauso.

FEDERICO.

Ansi,

Para el adorno os prevengo,
Porque otras telas no tengo,
Hijos, que colgar aquí.
Sus edificios valientes
Nápoles con tal decoro
Adorne, que montes de oro
Se finjan al sol lucientes;
Que yo, para que la palma
Me ofrezca en los regocijos,
Mi puerta adorno con hijos,
Que son pedazos del alma.
Adornad, brocados tiernos,
Pues ansi el tiempo me humilla,
Los tres mi pobre casilla,
Centro de llantos eternos;
Que si la vista le aplica
La que tan soberbia pasa,
Verá en la mas pobre casa
La colgadura mas rica.

RUFINO.

¡Señor!...

LUCIANO.

¡Padre!...

OTAVIO.

¿Vos llorais?

FEDERICO.

Si en los aplausos presentes
Hay tambien arcos y fuentes,
Fuentes son las que mirais.
Cabrid la pobre pared.
(Arrímanse los tres á ella.)

RUFINO.

¿Estarémos bien ansi?

FEDERICO.

Poco se encubre: ¡ay de mí!
Algo los brazos tendid.

RUFINO.

¿Estamos bien?

FEDERICO.

¿Hay brocados

Para mí de mas belleza?
Bien llaman cruz la pobreza,
Pues estáis crucificados,

ESCENA II.

MACARRON, *roto, vestido á lo frances*.

— DICHOS.

MACARRON.

Con la mayor majestad
Y aclamacion de la gente
Que se ha visto eternamente,
Triunfando por la ciudad
Entra la Reina gloriosa;
Que anegado en su arrebol
Parece que viene el sol
En brazos del alba hermosa;
Pues Julia Laurencia ansi
Honrando el tumulto viene,
Que de primavera tiene
La beldad que en ella vi.
Echate á sus piés y pide *(A Federico)*.
Clemencia.

FEDERICO.

Es inadvertencia,

Porque jamás la clemencia
Con la hermosura se mide;
Antes de fuerza ha de ser
Cruel, si es hermosa; y ya
Cruel dos veces será,
Por hermosa y por mujer.

MACARRON.

Señor, ¿qué calvario es este?

FEDERICO.

Estos mis doseles son,
Porque la coronacion
Tanto cuidado me cueste.
Estos pongo en mi pared
Para aventajarme á todos.

MACARRON.

Conseguirás de esos modos
Rigor en vez de merced.
A aquel rústico imitar
Quieres en los desatinos,
Que colgó los dos tocinos,
No teniendo qué colgar.
Mándalos, Señor, quitar;
No añadas agravio á agravio. —
Rufino, Luciano, Otavio,
No es ese vuestro lugar.
Dejalde: mirad que en él
Pareceis los tres improprios,
Por ser doseles mas propios
De un molino de papel.

OTAVIO.

Ansi, loco, obedecemos
A nuestro padre.

FEDERICO.

Y ansi,

Hijos, me agradais á mí.

MACARRON.

Considera que la hacemos

Toro, y no reina.

FEDERICO.

¿Por qué?

MACARRON.

Por ponelle de esta suerte
Tres dominguillos. Advierte
Que cuando el toro los ve,
Venga en ellos los enojos;
Y podrá, llegando á vellos
La Reina, vengarse en ellos,
Señor, como en tus despojos.

LUCIANO.

Bárbaramente interpretas
Lo que tú hicieras reinando.

MACARRON.

Parece que estáis jugando
A Juan de las Cadenetas.
No estéis ansi... — Mas ya viene
La Reina. Aquí he de estar yo,
Y haced cuenta que faltó
Un tapiz que nada tiene.

ESCENA III.

Tocan chirimías, sale el ACOMPAÑAMIENTO, y tras él CÉSAR, con un estoque desnudo, y la reina JULIA, trayéndola la falda UNA DAMA. — DICHOS.

JULIA.

Al compas de la riqueza
Es, César, la admiracion.

CÉSAR.

Orientes sus calles son.

JULIA.

No he visto mayor grandeza.

CÉSAR.

Y no es la menor, Señora,
La que ves.

JULIA.

Duque, ¿qué es eso?

CÉSAR.

De amor el mayor exceso
Que se ha admitido hasta agora.
Un viejo que, no teniendo
Qué colgar, adorna ansi
Su puerta.

FEDERICO.

Señora, aquí,

Mis deseos excediendo
Las maravillas extrañas
Con que hoy Nápoles os ve,
Estas paredes colgué
De telas de mis entrañas.
Pedazos del alma son...
Mal he dicho, almas enteras,
Colgaduras tan de veras,
Que las obró el corazon.

De almas quise así adornaros
Mis pobres paredes hoy.
Almas tengo, almas os doy:
No me queda mas que daros.

JULIA.
¿Quién sois?

FEDERICO.

Soy lo que no fui.

JULIA.
¿Quién fuistes?

FEDERICO.

Lo que no soy.

Tan otro del que fui estoy,
Que no me conozco á mí.

JULIA.
¿Quién sois?

FEDERICO.

Esto baste y sobre;
Que así á voces lo publico.

JULIA.
¿Quién sois?

FEDERICO.

Hombre que fui rico;
Que es decirlo que soy pobre.
Y siendo, Señora, así,
Que soy otro, claro está;
Y pues tengo otro ser, ya
No soy aquello que fui.

JULIA.
¿Sois de Nápoles?

FEDERICO.

En ella
Fui hombre gran poderoso,
El mas rico, el mas famoso
Y el de mas felice estrella;
Y hoy así me considero
Puesto en la mayor baja:
Tanto abate la pobreza,
Y tanto ensalza el dinero!

JULIA.
¿Cómo os perdistes?

FEDERICO.

Preslé.

JULIA.
Necedad.

FEDERICO.

Yo lo confieso.

JULIA.
¿Tan grande fué vuestro exceso?

FEDERICO.

Tan grande mi exceso fué.

JULIA.
¿A quién prestastes?

FEDERICO.

Al Rey,
Mi dueño y vuestro enemigo;
Que este fué de Dios castigo,
Y esta fué del cielo ley;
Pues él muerto, y la ciudad
Entrada por vuestro hermano,
Perdió el reino soberano,
Y perdi la calidad,
Y lo prestado perdí,
Que eran dos millones, y hoy
En esta casilla estoy
Admirando lo que fui.
Vuestro hermano me quitó
Las villas que poseía,
Y las fuerzas; que en un día
Tan sin ellas me dejó.

JULIA.
Luego vos sin duda alguna
¿Sois el conde Federico?

FEDERICO.

Yo fui conde siendo rico,
Ya objeto de la fortuna.
Ya, después que pobre estoy,

Todos me tienen en poco.
Pasé por cuerdo; ya loco,
Ya necio y altivo soy.
Cuanto digo es necesidad,
Desprecio cuanto publico.
¿Ah pobreza!

JULIA.

Federico,
No os aflijais; levantad.
Y si es que no lo sabeis,
Pues llegais á conoceros,
Volved á juntar dineros,
Y lo que fuistes seréis.
Este consejo estimad;
Que en ser piadosa me fundo,
Pues veis que solo en el mundo
Dineros son calidad.

(Tocan y vase Julia con su acompañamiento y César.)

ESCENA IV.

FEDERICO, OTAVIO, RUFINO,
LUCIANO, MACARRON.

MACARRON.

Tú quedas bien despachado.

OTAVIO.

¿Vive Dios!

RUFINO.

¿Pesia!...

FEDERICO.

No más.

LUCIANO.

¿Así con paciencia estás?

FEDERICO.

Así con paciencia he estado.
¿Qué se podía esperar
De la Reina, siendo hermana
De Ludovico?

OTAVIO.

¿Oh tirana!

—¿Dineros has de buscar,
Para volver á tener
Calidad?

MACARRON.

Son los dineros
Del mundo efectos primeros
Y espíritus de su ser.
Las inteligencias son
De las cosas, los concetos
Mas vivos y mas perfectos,
Y los de mas opinion.
Hacen lindo á un corcovado,
Y doctor hacen á un tordo;
Dan entendimiento á un gordo,
Y dan prudencia á un delgado.
Un bermejo con dineros
No es Júdas, Adónis es;
Y así, los cuatro, despues
Que os faltan, sois majaderos.

RUFINO.

Padre y señor, pues se ha visto
Ser de los dineros causa
La calidad, por ser ellos
De todas las cosas alma;
Yo los dineros perdidos
Y la calidad que os falta,
Cobrar con las obras quiero,
Y acreditar con las armas.
Y así, pues las armas son
Principio de tantas casas,
Que la ambicion las ilustra
Y el dinero las levanta,
Por armas juro y prometo
Ganar gloriosa alabanza,
Hasta daros calidad
Con inmortales hazañas.
No he de ver eternamente

Esas venerables canas,
Que al pecho en sierpes de nieve
Generosas se desatan.
Hasta que las vista y cubra
Del oro rubio que os traiga
De las entrañas de Ofir.
De los abismos de Arabia;
No con mercancías viles,
No con engañosas trazas,
Sino con la industria sola
De este brazo y de esta espada;
Que con ellos pienso ser
De estos desprecios venganza,
De estos agravios castigo,
Fortuna de estas desgracias,
De esta muerte eterna vida,
De esta vida heroica fama,
De esta afrenta honor, y al fin,
De esta miseria abundancia.

FEDERICO.

Detente, Rufino, espera.

Oye, escucha, advierte, aguarda.

RUFINO.

Perdonad, padre y señor;
Que pues con baja tanta
La Reina os vituperó,
Os he de honrar por las armas. (Vase.)

ESCENA V.

FEDERICO, OTAVIO, LUCIANO,
MACARRON.

LUCIANO.

Yo la calidad, Señor,
Que los dineros engendran,
A pesar de la fortuna,
Que os tiene en tanta baja,
Si mi hermano por las armas,
Quiero adquirir por las letras;
Que ellas tambien dan imperios,
Y majestades dan ellas.
No los mal perdidos años
De mi edad florida y tierna
Me han de acobardar, ni hacer
Que las esperanzas pierda;
Que tambien Leontino Górgias
De ciento y veinte años era
Cuando comenzó á estudiar
Con admiracion de Grecia.
Pobre y noble soy; y así,
Salir de mi patria es fuerza;
Que es la desdicha mayor
De las humanas miserias
Vivir con pobreza un hombre
Adonde tuvo riqueza.
No he de volver á esos ojos,
No he de ver esa presencia,
Hasta que de mis estudios
Generosos premios tenga;
Porque si la calidad
En los dineros se aumenta,
Y en letras, como ya he dicho,
Los dineros se conservan,
Por ellas voy á buscallos,
Para que con ellas pueda,
A pesar de la fortuna,
Sacaros de esta baja.

FEDERICO.

Hijo Luciano, ¿tambien
Me desamparas y dejas?
Oye, escucha, espera, aguarda.
Oye, escucha, aguarda, espera.

LUCIANO.

Perdonad, padre y señor;
Que pues con tanta vileza
A este estado habeis venido,
Os he de honrar por las letras. (Vase.)

ESCENA VI.

FEDERICO, OTAVIO, MACARRON.

OTAVIO.

En las letras y en las armas
Luciano y Rufino han puesto
La calidad, parto infame
Del pecado y del dinero;
Que la codicia del oro,
En negros abismos preso,
Ha dado á los vientos finos
Y ha dado á las aguas leños,
Soberana tiranía
De esos libres elementos,
Fingiéndolo en ellos delirios,
Y águilas mintiendo en ellos,
Penetrando poderosos
Los climas no descubiertos,
Vistos apenas del sol,
Con ser lince de los cielos;
Pero yo solo, sin arte,
Sin amistad, sin aliento,
Sin amparo, sin favor,
Sin alma, y pobre en efecto
(Que es cifraros cuanto he dicho
Y es decirlo cuanto puedo;
Que consta el nombre de pobre
De infinitos epítetos),
¿Qué mares puedo sulcar,
Qué provincias ó qué reinos,
Que en unos no halle rigor
Y en otros no halle escarmiento?
¡Oh viles leyes del mundo,
Que en los dineros han puesto
La calidad de la sangre,
Aliento y calor primero!
¡Maldiga el cielo al tirano
Que con loco desatiento
Hizo deidad al metal
E hizo dios al embeleco!
¡Ay, padre, que estoy sin mí!
Ay Señor, que pierdo el seso,
Juzgando infinito el daño,
Viendo imposible el remedio!
Temo una reina enemiga;
Pobre estoy y pobre os veo,
De los tiempos obliación,
Y de la fortuna ejemplo.
Mas si los dineros hallan
Los que los procuran menos
(Que eso tienen de tiranos
Y eso tienen de indiscretos),
Por los orbes, sin buscallos,
Hasta ver si los encuentro,
Saltaré mares, abismos,
Barraré montes excelsos.
Necedad hago en dejaros;
Pero ser necio pretendo;
Que para ser venturoso,
Quiero empezar á ser necio. (Vase.)

ESCENA VII.

FEDERICO, MACARRON.

FEDERICO.

Amigo, corre tras él,
Y deténle.

MACARRON.

Antes pretendo
Buscar también calidad,
Hallándola por dineros.
Para hallarlos, he pensado,
Y un famoso arbitrio tengo,
Que es hacerme mentecato,
Miserable y avariento;
Que á estos los dineros buscan,
Y á los zurdos y á los tuertos,
Antipodas de los lindos,
Que de sí viven contentos.
Seguir en esta facción
Uno de tus hijos quiero,

Que aquí te han desamparado
Con diferentes intentos;
Y no sé á cuál dellos siga;
Porque las armas no apruebo,
Que son médicos crueles,
Y los soldados, enfermos,
Que al récipe de un balazo
Están continuo sujetos:
Soldados los zurdos sean.
También en las letras veo
Inconvenientes terribles.
Las pasitas y los huevos
Sorbídicos me desmayan,
Diciendo entre *próbo y nego*,
Temerarias bernardinas
Y solecismos tan gruesos.
El de Otavio me parece
Mas sano y mas libre acuerdo:
A Otavio quiero seguir;
Que si no es el fin tan bueno,
Es descansada la vida.
Nápoles, de vos me ausento
Hasta tener calidad
Que me zurza estos gregüescos. (Vase.)

ESCENA VIII.

FEDERICO.

¿Qué mármol, qué bronce duro
Podrá tener sufrimiento
En tan graves desventuras
Y en tan miseros sucesos?
Luciano, Otavio, Rufino,
Aguardad.

ESCENA IX.

LUCILA. — FEDERICO.

LUCILA.

¿Señor! ¿qué es esto?

¿Tú das voces!

FEDERICO.

¡Ay Lucila!

Grave es el mal, pues me quejo.

LUCILA.

¿Qué tienes?

FEDERICO.

El no tener

Es, Lucila, el mal que tengo.
Las almas que me animaban
Me han faltado; los luceros
Que iluminaban mi noche,
En negro ocaso se han puesto.
Perdieron la luz mis ojos,
Quebráronse mis espejos,
Que es decirte que á Rufino,
Otavio y Luciano pierdo.

LUCILA.

¿Cómo?

FEDERICO.

Como me han dejado
Por desdichado y por viejo;
Que aquí condeno el rigor,
Si la piedad agradezco.
Mira lo que puedo hacer.

LUCILA.

Consolarte.

FEDERICO.

¿Qué consuelo
Hallaré sin tener hijos?

LUCILA.

El de Dios.

FEDERICO.

Paciencia tengo.

LUCILA.

En mí te queda una esclava;
Que lo mucho que te debo
Te quiero pagar agora.
Tú me has criado y me has hecho,
Siendo de padres humildes,

La merced que no me tezcó.
Señor, no te desanimes;
Que sustentarte prometo,
De calle en calle llorando,
De puerta en puerta pidiendo,
Hasta venderme á mi misma.

FEDERICO.

Lucila, mi fin es cierto.
Vamos á ver si se han ido:

LUCILA.

Vamos.

FEDERICO.

¡Ay Dios! ya se fueron.

LUCILA.

¿Quién lo dice?

FEDERICO.

El corazón,
Que está reventando el pecho.
(Vase.)

Sala en un castillo.

ESCENA X.

CAMILA, con sayas negras y cola ar-
rastrando, y un lienzo en los ojos;
AURELIA, con una vela en la mano;
UN MUSICO.

CAMILA.

Soberana ostentación!
De su amor siempre inmortal,
Pues tan sacra admiración
No quiso que fuese igual,
Aurelia, á su corazón.
En él halló sepultura
Mas capaz; pero yo soy
Piedra en tanta desventura,
Y así á mi padre le doy
Sepulcro de piedra dura.
Este llanto hasta vengaros
Eterno, padre, ha de ser.
En sangre pienso bañaros,
Y así granates hacer
Estos alabastros claros.
Ludovico morirá
A mis manos.

AURELIA.

La comida
Señora, aguardando está.

CAMILA.

Como me sobra la vida;
Sobre la comida: ya
No quiero comer.

AURELIA.

Advierte
Que comiendo has de vivir,
Y viva, vengar su muerte.

CAMILA.

Si el mal se acaba en morir,
Morir es la mejor suerte.

ESCENA XI.

CLAUDIO Y PEREIRO, con capuces,
sacan la mesa tapada con un tafetan
negro. — DICHOS.

CLAUDIO.

Ya está la comida aquí.

CAMILA. (Al músico.)

Refiéreme el triste caso,
Como sueles.

MÚSICO.

Oye.

1 Parece que falta alguna quintilla antes
de estos versos.

CAMILA.

Dí.

Si cómo, la ley traspaso.
Padre, perdonáme aquí.

MÚSICO. (Canta.)

*El soberbio Ludovico,
Duque de Calabria insigne,
De Nápoles y Sicilia
Desposée al magno Enrique.
(Llora Camila.)*

AURELIA.

No cantes; que se entenece.

CAMILA. (Al músico.)

¡Ay dulce padre!— Prosigue;
Que aquí el llanto es importante
Para que el dolor se alivie.

MÚSICO.

*Con engaño y con traición
Plazas y puertas oprime,
Ayudándole al tirano
Los rebeldes que le siguen.*

CAMILA.

Agua.

(Va Pereiro corriendo á servir
el agua.)

PEREIRO.

Aquí está.

CAMILA.

¿Qué me traes?

PEREIRO.

Traigo el agua que pediste.

CAMILA.

Llegaron antes mis ojos;
Que ellos la copa me sirven
Con mayor puntualidad.
Vuelve el agua.—Y tú, prosigue.

(Llora.)

MÚSICO.

*Saló á la defensa el Rey;
Pero una noche le embisten
Sobre seguro mil fieras;
Que fieras conduce un tigre.
Los suyos mismos le venden
Y la tienda le hacen libre,
Donde de diez puñaladas
Su nieve corales tiñen.*

CAMILA.

¡Diez puñaladas! ¡Ah fieras!

CLAUDIO. (Al músico.)

No cantes mas.

CAMILA.

No me prives,
Bárbaro, de este contento;
Que el llanto es gozo del triste.—
Prosigue.

ESCENA XII.

AMADEO, en cuerpo, con plumas.—
DICHOS.

AMADEO.

Dame esos pies.

CAMILA.

¡Tú en mi presencia veniste,
Amadeo, desta suerte!
Tú de mis penas te ríes!
¡Ansi á mi padre profanas,
Que á entrar aquí te atreviste?
¡Ansi el decoro le pierdes?
Vuélvete, no me visites.

AMADEO.

Este atrevimiento honrado
Las buenas nuevas te afirman
Que traigo.

CAMILA.

¿A mi buenas nuevas?

AMADEO.

Ya los sucesos felices
De Ludovico pararon
En la muerte; ya le ciñe
Pálido ciprés, ya ocupa
Sagrados jaspes.

CAMILA.

¿Qué dices!

AMADEO.

Que cayó, Faeton soberbio,
Del carro del sol, que rige.
Presente me hallé al suceso.

CAMILA.

Quitad la mesa.—¿Que viste
Muerto á Ludovico?

AMADEO.

Aquí
De su historia lo colige.
En un caballo de España
Que otro hipogrifo se finge,
Cielo en sus líneas y estrellas,
En las manchas jaseo tigre,
Saló Ludovico, haciendo
Que la tierra al bruto envidie,
No permitiéndole apenas
Que con las manos la pise.
Mas llegando á Pié de Gruta,
A la voz de unos clarines
Que animosos le incitaron,
La espuela le pone, y libre,
Los aires corta en caseras,
Como las aguas el cisne;
Y con tal ferocidad

Contra las peñas embiste,
Sin que la rienda le fuerce
Ni las voces le apacigüen,
Que en ellas chocando el monstruo,
Hace que se precipite
La majestad sacra, estatua
Que, profanada, nos dice
Que es barro el poder humano,
Y hay piedra que le derribe.
Matan el caballo, en quien
Bárbaras furias embisten;
Que Dios irrita los brutos
Para que al hombre castiguen.

¡Ansi acabó la soberbia,
¡Ansi la crueldad se rinde!
Y ansi en las sangrientas piedras
Dios tus venganzas escribe.
Después de las régias pompas,
Nápoles, mintiendo abriles,
Pone en el solio á su hermana,
Ganando lo que perdiste.
Esta nueva te provoqué,
Este castigo te incite:
Restaura tu reino, haciendo
Como Camila invencible.
Deja el ocio de esta cárcel,
Lista infantes, junta rístrres,
Y si el nombre infunde esfuerzo,
Tu mismo nombre te anime;
Que yo en Nápoles te ofrezco
De los nobles que me siguen
La mayor parte del reino
Y la ocasión mas felice.

CAMILA.

Dios al fin me ha vengado,
Amado padre mío, y ya me absuelve
La fe que os he jurado.
Ya por vos vuelve el cielo y por mí vuel-
Ya labraros intento (ve;
En Nápoles eterno monumento.
El ánimo redima
La muerte de un tirano desamable;

¡Aquí y en muchas partes de la comedia
el estilo no parece de Lope: dudamos que
sea suya. Tal vez esté refundida.

Al arma el viento gima,
Salga el reino del yugo miserable,
Truéquese el luto en galas;
Que Camila he de ser, si no soy Pálas
(Vanse.)

Sala en el palacio real de Nápoles.

ESCENA XIII.

JULIA, CÉSAR.

CÉSAR.

En un castillo vive reirrada,
Que le eligió por fuerte, lugar solo
Defendido del mar, donde la entrada
Ve en noche siempre la deidad de Apolo.
Allí en griega Artemisa transformada,
Nuevo milagro y sacro mausoleo,
Eternos alabastros al sol medra,
Donde á su padre resucita en piedra.

JULIA.

César, á esa mujer prender me impor-
CÉSAR. (ta.

Ha de ser imposible.

JULIA.

¿Qué imposible?
Cuando se determina y no reporta
El hombre, ¿no atropella?...
CÉSAR.

Es invencible

La gallarda Camila.

JULIA.

Duque, acorta
Sus alabanzas; que andas insufrible.
CÉSAR.

Para que mis deseos no desdore,
Yo prometo matalla.

JULIA.

Sí, de amores.

CÉSAR.

¿De amores?

JULIA.

Pues quien tanto la encarece,
Parece que en el alma la retrata. [ce
¿No echas de ver que en la alabanza cre-
La voluntad? Mas, Duque, será ingrata.
Mujer que tan gallarda se te ofrece,
Matará de gentil.

CÉSAR.

De ilustre mata.

JULIA.

Y tú matas de necio al que te escucha.
Grande es tu amor y mi paciencia es mu-
[cha.

Para ver si es tan fuerte y es tan bella,
Al campo he de salir: junta mi gente;
Que ansi la prenderé ó haré prendella,
Y veré si es hermosa y si es valiente.

CÉSAR.

Al lado de tu sol no será estrella.

JULIA.

Poca lumbre le das: tu pincel miente
Ya en alabarme á mí, y en despreciarla
Andas tan necio como en alaballa.
Un bando se eche luego, donde ofrezco
Todo lo que pidiera al que la prenda;
Que la dificultad así encarezco, [da.
Porque mas bien mi voluntad se entien-

CÉSAR.

¿Valdrá esta prision lo que merezco?

JULIA.

Valdrá que jamás de tí me ofenda.

CÉSAR.

Premio infinito es ese.

JULIA.
Echese el bando,
Y digan lo que pido y lo que mando.
(*Vanse.*)

Campo y arboleda.

ESCENA XIV.

OTAVIO Y MACARRON, *de camino, pobremente.*

OTAVIO.
Ciegos y perdidos vamos
Tras el mayor imposible.
MACARRON.
Un disparate terrible
Es, Otavio, el que intentamos.
Un mentecato buscamos.
Puesto que su nombre adoro,
Sin respeto y sin decoro,
Cuya ignorancia publico;
Que lo que tiene de rico
Tiene de cansado el oro.
Pero discursos dejando,
Dime, ¿qué piensas hacer,
Cansados y sin comer?

OTAVIO.
Quejarme al cielo.

MACARRON.
Callando,
Y comiendo y descansando,
Menos vendrás a sentir.

OTAVIO.
¿Por qué había de vivir
Un pobre, y mas cuando ha sido
Rico?

MACARRON.
Tu padre ha tenido
La culpa.

OTAVIO.
Puedes decir
Qué es causa de este desprecio.
La lealtad le costó cara.

MACARRON.
¿Que dos millones prestara
Un majaderote, un necio!

OTAVIO.
Considera que me precio
De hijo obediente.

MACARRON.
Señor,
Esto es culpar el error.

OTAVIO.
Del Rey son vida y hacienda.

MACARRON.
Eso en lo moral se entienda,
No en lo político.

OTAVIO.
AMOR
Natural en los vasallos
Obliga a tales excesos.

MACARRON.
Los mentecatos son esos.

ESCENA XV.

CAMILA, *de corto y con espada*;
AMADEO, AURELIA. — Dichos.

CAMILA.
Los infantes y caballos
Janta.

AMADEO.
Voy á convocarlos,
¿Dónde me esperas?

CAMILA.
Aquí.
La guarda venga tras mí;
Que entre esos olmos asisto.
(*Vase Amadeo.*)

ESCENA XVI.

CAMILA Y AURELIA, *sin ver á*
OTAVIO Y MACARRON.

OTAVIO. (*Bajo.*)
¡Válgame Dios!
MACARRON. (*Ap. á su amo.*)
¿Qué hay? ¿Qué has visto?

OTAVIO.
Un ángel vi;
Un sol, una admiración.

MACARRON.
Todo eso viniera á ser,
A ser cosa de comer.

OTAVIO.
Eres civil.
MACARRON.
Soy gloton.

OTAVIO.
¿Has visto mujer tan bella?

MACARRON.
Y ¿has visto hambre mayor?

OTAVIO.
Eres civil.
MACARRON.
Soy pastor.

OTAVIO.
Mira en el mundo una estrella.

AURELIA. (*A Camila.*)
Mírate en el agua; que ella
Libre te está provocando,
Las yerbas descalabrando
Con las perlas que te tira.

OTAVIO. (*Ap. á Macarron.*)
Mira un sol, un cielo mira.

MACARRON.
Pienso que estás delirando.
Ya lo miro: ¿qué tenemos?

OTAVIO.
Esta la comida sea.
Mira cómo se pasea.
Come; que es maná el que vemos.

MACARRON.
No siento lo que comemos.

OTAVIO.
¿No ves que espíritus son?

MACARRON.
Son de blanda digestión,
Pues los como y no los siento;
Mas ya me abrasa el pimiento.
¡Oh maldito pimentón!
¡Guisado espiritual
Con pimiento! ¡Infame gusto!
Digo que es guisado injusto.
¡Oh cocinero infernal!

CAMILA.
Limpio y parlero cristal,
Que con labios de rubí,
Que de esas flores teñís,
Perlas mostráis transparentes,
Si no son líquidos dientes
Con que mis penas reis:
Trocad la naturaleza
En ocasión tan precisa;
Sed lágrimas, si sois risa:

¡Faltan seis versos para formar décima
con los cuatro precedentes.

Por piedad y por terneza,
Acompañad mi tristeza
Con vuestros sordos gemidos.

MACARRON.
Pues ya estamos bien comidos,
Vámonos á reposar.

OTAVIO.
¿Siempre cansado has de estar?

MACARRON.
¿Qué tiernos y qué manidos
Los espíritus estaban!

¡Linda comida, por Dios!
AURELIA. (*Ap. á Camila.*)
Allí están dos hombres.

CAMILA.
¿Dos?

AURELIA.
Los álamos les prestaban
Celosías.

CAMILA.
¿Si escuchaban
Mís quejas?

AURELIA.
Pienso que sí.

CAMILA.
Hazles que lleguen aquí.

AURELIA.
¡Hola!

MACARRON.
Ya nos han sentido.
De lo que habemos comido
Querrán escote.

AURELIA.
¿Hombre!

MACARRON.
¿A mí?

AURELIA.
Llamad al que os acompaña.

MACARRON.
Ya la hermosura me encoge.

CAMILA. (*A Otavio.*)
¿Quién sois, y qué hacéis aquí?

OTAVIO.
Dos peregrinos, que el orbe
Discurrimos, que á la risa
De este cristal, que se rompe
Sin compasión en las peñas,
Y sin aviso en las flores,
Estábamos dando un rato
Treguas al cansancio inorme.

CAMILA.
¿De dónde sois?

MACARRON.
De un país
Donde espíritus se comen,
Y andamos endemoniados.

OTAVIO.
Vuestra hermosura perdona
A este necio.

MACARRON.
No hay discreto

Sin comer.

OTAVIO.
Basta.

CAMILA.
¿De dónde

Sois?

OTAVIO.
De Nápoles, y agora
De los inconstantes golpes
De la fortuna, tras quien
Sin albedrío y sin orden
Vamos así peregrinos.

CAMILA.
Pues ¿teneis quien os enoje
En Nápoles?

OTAVIO.
Las mudanzas
Y los tiranos rigores
Que en ella ha habido en dos años,
En tal cuidado nos ponen.
Tiranizóla un ingrato,
Un Fálaris, un Creonte,
Que así á los nobles ha opresso
Con crueldades.

CAMILA.
¿Sois vos noble?
OTAVIO.
No; que en los pobres jamás
La nobleza se conoce.

CAMILA.
¿No murió ya el Rey?
OTAVIO.
El cielo
Oyó las piadosas voces
Del pueblo; mas le sucede
Julia, en la crueldad conforme.

CAMILA.
¿Cruel es Julia?
OTAVIO.
Es hermana
De Ludovico.

CAMILA.
Y ¿qué nombre
Tiene por allá Camila?
OTAVIO.
No hay quien su virtud no adore,
Quien su clemencia no estime,
Y quien su hermosura no honre.
Su reina la aclama el pueblo,
Y como gentes convoque,
La han de admitir. ¡Plegue al cielo
Que á su antigua patria torue!

CAMILA.
Y al fin, ¿qué es lo que buscas?

MACARRON.
Calidad, monstruo que corre
Con los dineros, pues dellos
En el mundo se compone.
Dineros vamos buscando,
Sin saber cómo ni dónde.
Ya le digo que saltee.
Ya le aconsejo que robe,
Pues los que roban los hallan
En los campos y en los montes.

CAMILA.
Si calidad vais buscando,
La fortuna en mí os socorre.
Aurelia, estos peregrinos
Lleva, y manda que se alojen
Junto á mi tienda.

OTAVIO. (Ap.)
Fortuna,
Pues en mis ideas pones
Tan altos los pensamientos,
No quieras que se malogren.

MACARRON.
Y mande también vusía,
Si es que en las cocinas la oyen,
Que qualche cosa magnemo
De gratato ó macarroni,
Le pignata y de rostuto.

CAMILA.
Harás que un refresco tomen.

MACARRON.
¡Vivas, Señora, mas años
Que el alano de san Roque!

OTAVIO. (Ap. á Macarron.)
¿Quién será aquesta mujer?

MACARRON.
Un ángel que nos socorre.

OTAVIO.
Es ángel, es sol, es cielo.

Ya voy perdido de amores.

MACARRON.
Yo de hambre y sed, porque llevo
Sed por mí y hambre por doce.
(*Vanse Otavio, Aurelia y Macarron.*)

ESCENA XVII.

RUFINO, en cuerpo. — CAMILA.

RUFINO. (Ap.)
Perdido y desesperado
Y loco (que este es el nombre
Que merece la osadía
En que la ambición me pone),
Vengo á emprender una hazaña
Que ha de dar vida á los bronces,
Materia eterna á la fama
Y aliento á las ambiciones.
César el premio me ofrece,
Y á ayudarme se disponen
La velocidad del sol
Y las sombras de la noche.
Mi resolución ayudan
Y me aseguran los bosques.
Haz, fortuna, que mi padre
Sea Federico el conde,
Y que con mi atrevimiento
Su vil fortuna se postre.
(*Llégase á Camila y tómala en brazos.*)

CAMILA.
¿Hombre! ¿quién eres?
RUFINO.

Las plantas
Mudamente responden;
Que en esta ocasión remito
A las plantas las razones.

CAMILA.
¿Aurelia! gente! Amadeo!
Soldados!

RUFINO.
Para que compre
Calidad mi atrevimiento
Los pies son alas veloces. (*Llévala.*)

ESCENA XVIII.

**AMADEO, AURELIA, OTAVIO,
MACARRON.**

AMADEO.
Voces da su alteza. — ¡Cielos!
Robada la lleva un hombre,
Que en un caballo la ha puesto
Que ijares y piedras rompe.
El ejército los siga.

AURELIA.
Amadeo, al arma toquen.

OTAVIO.
¿Triste suceso!

AURELIA.
¡Infeliz!
OTAVIO.

Yo he de ir desmintiendo montes
Tras ellos.

MACARRON.
Será imposible
Alcanzállos.

OTAVIO.
Traidor, oye.

Guárdense de mí sus pueblos
Y fuerzas.

MACARRON.
Y de mí sus bodegones.

ACTO SEGUNDO.

Sala en el palacio real de Nápoles.

ESCENA PRIMERA.

CAMILA, RUFINO.

CAMILA.
Hombre, ¿qué pudo moverte
A tan bárbara locura?

RUFINO.
Desestimar mi ventura,
Perder el miedo á la muerte;
Porque los hechos gloriosos
Los consiguen los osados,
Como los desesperados
Los casos dificultosos.

CAMILA.
Sí; que desesperación,
Puesto que bien te ha salido,
Lo que has intentado ha sido.

RUFINO.
Tienes, Señora, razón;
Pero como el desdichado
Tiene descanso en la muerte,
Buscándola de esta suerte,
Esta locura he intentado.

CAMILA.
Pues ¿qué te movió?

RUFINO.
Su alteza
Prometió al que te prendiere,
Todo lo que le pidiera
En Nápoles.

CAMILA.
La bajeza
Del interés ¿pudo hacerte
Desesperado?

RUFINO.
Pues ¿quién
Podía hacello mas bien
Que un monstruo tan bravo y fuerte?

CAMILA.
Pues si interés te movió,
¿Yo dártele no podía
Sin tanta hajeza mía?

RUFINO.
No, Señora.

CAMILA.
¿Por qué no?

RUFINO.
Porque en Nápoles codicio
Este interés, donde tengo
Un padre, á quien le prevengo,
Con digno y piadoso oficio,
El descanso que tenía;
Que un hijo que tiene honor
Debe pagar en rigor;
Por piedad y cortesía,
Parte de lo que les debe
A sus padres; que á querer
Llegar á satisfacer
Toda la deuda, es muy breve
Plazo la vida. Tal es
Del hijo la obligación;
Y así, esta piadosa acción;
Mas que el villano interés,
Me ha movido al desacuerdo
Que has visto. Padre has tenido;
Si lo has amado y querido,
Y si hoy lo veneras muerto,
Por tu amor disculpa el mío.

CAMILA.
No pases mas adelante;

Porque en caso semejante
Honro todo desvario.
No podías suspender
Mi pesar con otra cosa;
Que soy hija y soy piadosa,
Y sé amar y agradecer.
Por mi padre estoy así,
Y en tan enorme pesar
Me consuelo con hallar
Hijo que me imite á mí.
Toma este diamante.

RUFINO.

Advierte...

CAMILA.

Esta ha sido ejecución
Por tu padre, y la prision
Te pago yo desta suerte.

RUFINO.

Dame esos piés.

ESCENA II.

CÉSAR, LELIO, FAUSTO.—DICHOS.

CÉSAR.

Vaya preso.
(Ap. Así mi intento consigo.)

RUFINO.

¿Preso yo?

CÉSAR.

Haced lo que digo.

RUFINO.

¿Yo preso!

CÉSAR.

Vos.

RUFINO.

¿Por qué exceso?

CÉSAR.

Allá os lo dirán.

RUFINO.

Señora...

CAMILA.

Yo, amigo, ¿qué puedo hacer,
Siendo una pobre mujer,
Que su prision tambien llora?

LELIO.

Venid.

FAUSTO.

Vamos.

RUFINO.

Ya es forzoso
Morir de desesperado,
Si el premio del desdichado
Se guarda para el dichoso.
(Llévanle Lelio y Fausto.)

ESCENA III.

CAMILA, CÉSAR.

CÉSAR.

Vuestra alteza me perdona;
Que la orden que traía
Fervió mi corteza.

CAMILA.

No hay disculpa que os abone;
Que no excusa el ser cortés
La orden. Podiais, grosero,
Serlo conmigo primero,
Y ejecutar después.

CÉSAR.

¿Conóceme vuestra alteza?

CAMILA.

Muy bien os he conocido.

CÉSAR.

¿Quién soy?

L.—m.

CAMILA.

Un inadvertido,

Un necio.

ESCENA IV.

JULIA, LELIO y FAUSTO, que se quedan á la puerta escuchando.—DICHOS.

JULIA. (Ap. á Lelio.)

Con aspereza

Le trata.

LELIO.

¿No ha de tratallo,
Si presa la trae así?
Volar con ella la vi
En un alado caballo.

JULIA.

Quiero llegar.—César...

CÉSAR.

Ya

Tiene vuestra alteza aquí
Lo que deseaba.

JULIA.

Ansí

De vos satisfecha está
Vuestra reina: cumpliré (Siéntase.)
Mi palabra.—¿Eres tú aquella
Camila, invencible y bella?

CAMILA.

¿Hola! ¿No hay quien me dé
Un asiento?

CÉSAR.

Solamente

La Reina lo tiene aquí.

JULIA.

¿Eres tú Camila? Di.

CAMILA.

¿No traeis en que me siente?
¿Hola!

JULIA.

Solo la que reina

Se sienta.

CAMILA.

Pues ponte en pié

(Quítala de la silla, y siéntase.)

Para que sentada esté,
Pues sabéis que soy la reina.

JULIA.

Alza, loca.

CAMILA.

Si lo soy,
Nadie llegue; que empuñada
Tengo en la mano la espada,
Y con ella mas lo estoy.
Ya el mundo dello se admira;
Que es, si á furia me provoco,
Espada en mano de loco,
Lengua en la mujer con ira.
Pero el asiento quitad...
O yo así le quitaré;
Que estando las dos en pié,
Se duda en la majestad.

(Derriba la silla.)

JULIA.

Natalda.

CAMILA.

Será á traicion,
Porque de la misma suerte
Venga á ser, Julia, mi muerte
Que hoy ha sido mi prision.
Mas gloria el triunfo te diere
Saliéndome tú á prender,
Pues de mujer á mujer
Poca la ventaja fuera;
Pero mandar á un soldado
Que en el bosque se escondiese,
Y así á traicion me prendiese,

Tus victorias ha infamado.
Y ¡á este prendelle despues
Porque el premio te ha pedido!

JULIA.

¿No es César quien te ha vencido?

CAMILA.

¿César á mí!

JULIA.

Pues ¿no es
César? ¿Qué es esto!

CÉSAR.

Señora,
Cuando este caso emprendí,
Orden á un soldado di,
Que queda en mi cuarto agora.
Y mi favor, sin el cual
No consiguiera la gloria;
Y así, es mia esta victoria,
Por ser yo su general.

CAMILA.

Eso es cuando está presente
Y cuando atreve su vida;
Mas la gloria merecida
Es del preso solamente.

JULIA.

Haced el preso traer.

CÉSAR.

(Ap. Mi descortesía ha sido
Demonio, pues ha infundido
Furias en esta mujer.)
En mi cuarto retirado
Le tengo; que fué mi intento
Premiarle el atrevimiento.

JULIA.

Id, Duque, por el soldado.
(Vase César.)

ESCENA V.

CAMILA, JULIA, LELIO, FAUSTO.

CAMILA.

Agora que has emprendido
Conmigo tan vil empresa,
¿Qué intentas?

JULIA.

Tenerte preso.

CAMILA.

Villano temor ha sido,
Porque el traidor, temeroso
Siempre del que ofende está,
Y alevosas trazas da
Por vivir con mas reposo.

JULIA.

Temo la conspiracion
Del reino, y la excuso así,
Teniéndote presa aquí.

CAMILA.

No está el ánimo en prision,
Aunque esté preso.

ESCENA VI.

CÉSAR, RUFINO.—DICHOS.

CÉSAR.

Aquí viene

El soldado.

JULIA.

Alzate. ¿Fuiste
El que á Camila prendiste?

RUFINO.

El Duque mi lengua tiene:
Mi general es; y así,
Lo que él dijere será.

CÉSAR.
Que la prendió, claro está,
Quien sabe vencerme aquí.
El la trujo: á él se le debe
El premio.

RUFINO.
Dame esos pies.
CÉSAR.
Los brazos sí.

JULIA.
(Ap. Galán es:
Alma y espíritus mueve
En toda acción.) ¿Qué os movió
A esta locura?

RUFINO.
Saber
Que tu palabra ha de ser
Inviolable: ella me dió
Atrevimiento, ella labra
En mí; que nadie emprendiera
Hecho glorioso, si hubiera
Falta en la real palabra.

JULIA.
Yo la dí y la cumpliré.
Haced memorial.

RUFINO.
Yo voy.

JULIA.
Pedid; que deudora soy
Y reina. Andad.

RUFINO.
Vida os dé
En bronce la eternidad.
(Ap. Ya rico y ya ilustre soy;
Ya, padre, tendrás desde hoy
Por las armas calidad.) (Vase.)

ESCENA VII.

**CAMILA, JULIA, CÉSAR, LELIO,
FAUSTO.**

JULIA.
Duque, á Camila pondrás
En una torre.

CAMILA.
¿A la Reina?

JULIA.
Laurencia solo es la reina.

CAMILA.
Necia, Camila dirás.
Yo reino.

JULIA.
Yo soy quien reina
Por única.

CAMILA.
Yo por sola.

JULIA.
Plaza á vuestra reina. ¡Hola!

CAMILA.
¡Hola! Plaza á vuestra Reina.
(Vase.)

—
Calle en Nápoles.

ESCENA VIII.

FEDERICO, pobre.

La fortuna loca y ciega,
El bien que gozando está,
Al que lo huye lo da,
Y al que lo busca lo niega;
Y es desdichado el que llega
A buscallo, conociendo
Su tiranía, y sabiendo

Que la inconstante fortuna,
Si tiene piedad alguna,
Es con el que la va huyendo.

ESCENA IX.

**RUFINO, galán, trayendo una sotani-
lla y un ferreruelo en las manos. —
FEDERICO.**

RUFINO.
(Ap. Tanto al deseo se esconde,
Que pienso que no he de hallallo;
Mas la prisa de buscallo
Hace el cuidado mayor.
Mas él es.) ¡Padre y señor! —
¿Callais?

FEDERICO.
De contento callo;
Que por poderme vencer
Y de mí mismo triunfar,
Como he callado el pesar,
Quiero callar el placer.
Pero imposible ha de ser,
Aunque atropellarme intento
En tan grave sufrimiento;
Que es, cuando el alma se enfrena,
Menos resistir la pena
Que resistir el contento.

RUFINO.
Por las armas prometí
Volveros la calidad
Contra la desigualdad
De la fortuna en que os ví;
Y esto ha sucedido así;
Pues vuelvo, Señor, á veros
Con calidad y dineros,
Si los dineros lo son.

FEDERICO.
¿Qué dices?

RUFINO.
Que la opinión
Y la hacienda he de volveros.
Ponéos, padre, este vestido,
Y vamos luego á palacio;
Que el gusto no pide espacio,
Cuando de prisa ha venido.
Hoy un diamante he vendido
Para vestirnos: entrad,
Y estas glorias celebrad,
Y decid, pues llevo á veros
Por las armas con dineros,
Que ellos dan la calidad.
(Vase.)

—
Sala en el palacio real de Nápoles.

ESCENA X.

JULIA, CÉSAR.

JULIA.
César, prudencia no tiene
Quien no teme los peligros;
Que es la confianza siempre
De los agravios principio.
Mostrarse aquesta mujer,
Duque, tan libre conmigo,
No debe de ser sin causa.
Conspiración imagino
En el reino.

CÉSAR.
Lleno está
De encubiertos enemigos
Que tu confusión desean,
Aunque yo no te lo he dicho.
El condestable Amadeo
En sus villas y castillos
Armas encubre y soldados;

El Regente y tus ministros
Te engañan, y de secreto
Quien mas mueve es Federico,
Ambicioso por cobrar
Los estados que ha perdido
Por soberbio.

JULIA.
Yo de todos,
Duque, vengarme imagino.
De la corte he desterrado
Al Regente, y tengo escrito
Que me envíe de París
El rey de Francia, mi primo,
Un varón de su asistencia
Y de mi privanza digno;
Que de consulto á ninguno
De Nápoles me confío.
Será el regente de Francia,
Y de ella algunos presidios
Pondré en el reino, y saldrán
Dél por rigor y castigo
Los enemigos secretos.

CÉSAR.
Federico y sus tres hijos
Son los contrarios mas fuertes:
No digas que no te aviso.

ESCENA XI.

**FEDERICO y RUFINO, galanes. —
DICHOS.**

RUFINO.
Glorioso vengo á esos pies
Por el premio prometido,
Pues las palabras reales
El cielo leyes las hizo.
(Da un memorial.)

JULIA.
Así dice: (Lee.) «La merced
»Que á vuestra alteza le pido
»Por la prision de Camila
»Es solo que en sus antiguos
»Estados hoy restituya,
»Abonando mis designios,
»A Federico, mi padre.»
Vuestro padre ¿es Federico?

RUFINO.
Sí, Señora.

FEDERICO.
Sí, Señora.

JULIA.
¡Loco, villano, atrevido!
Así los estados vuelvo,
Y así los papeles firmo.
(Rompe el memorial.)

Salid de Nápoles luego,
O en los átomos rompidos,
Blancas lisonjas del viento,
Hallaréis tantos castigos
Como letras, con que aquí
La sentencia os notifico
De muerte, si en ella estáis
Mañana; que Ludovico
Vive en Laurencia, y Laurencia
Sabe castigar delitos.
(Vase Julia y César.)

ESCENA XII.

FEDERICO, RUFINO.

RUFINO.
¿Qué dices desto?
FEDERICO.
Que aquí
Claro el efeto se ha visto
De tu poca discrecion
Y de mi poco juicio.

RUFINO.

Si dice por bando expreso,
Y por pregones y editos,
Que el que á Camila le traiga
Presa, pida á su albedrío
Lo que en Nápoles quisiere,
Y yo le pido lo mismo
Que era nuestro, ¿en qué soy necio?
En qué soy inadvertido?

FEDERICO.

En que siendo desdichado,
Aguardabas beneficios
De la fortuna, que ingrata
Así ha dado en perseguirnos.
De Nápoles nos salgamos.
Excusemos los precisos
Daños que nos amenazan;
Dejemos esta Calipso,
Esta Medea de Italia,
Y esta cruel, que es lo mismo
Que Calipso y que Medea,
Con sus encantos y hechizos.

RUFINO.

¡Ah cruel!

FEDERICO.

¡Ah ingrata!

ESCENA XIII.

CAMILA. — DICHOS.

CAMILA.

Da voces? ¿Quién

FEDERICO.

Dos afligidos,
Que á la fortuna llamamos,
Y es sorda y no quiere oírnos.

RUFINO.

Denos tus pies.

CAMILA.

Levantad.

¡No sois vos el que atrevido
Me prendió?

RUFINO.

¡Pluguiera á Dios
Que en tan loco desatino
Perdiera la vida entonces!

CAMILA.

Julia Laurencia ¿no os premia?

FEDERICO.

Porque el premio le pedimos,
De Nápoles nos destierra.

CAMILA.

¿Quién sois?

FEDERICO.

Tan desconocido
Estoy despues que soy pobre;
Que quien soy no sé deciros;
Solo sé decir que estoy
Tan pobre y tan abatido
Por vuestro padre y por vos.

CAMILA.

¿Qué decis?

FEDERICO.

Verdades digo.
Yo soy Federico el conde,
Que para restituirlos
En el reino, dos millones
Os presté, y agora vivo
Por ello en tanta miseria,
Que de puerta en puerta pido.

CAMILA.

¡Ay Federico! creed
Que todos en él perdimos
Estados y libertad;
Pero si vivo y me libro
De esta prision en que estoy,
Y á quien vos me habeis traído,

La mitad prometo daros
De mis reinos, si á ser míos
Llegan algun tiempo. Agora
Con esta puedo servirlos;
Que solo tiene una presa
Cadenas.
(*Dale una cadena.*)

RUFINO.

Ponernos grillos
Quereis con ella; que som os
Piadosos y agradecidos.
Y así, Señora, prometo,
Por los orbes peregrino,
Convocar nobles vasallos,
Incitar reyes vecinos,
Hasta daros libertad;
Ya que os prendí inadvertido.

CAMILA.

El condestable Amadeo,
Con sus parientes y amigos,
Gente junta: vé á buscarle,
Y dile como he sabido
Que las gentes de esta fiera
Postraron el obelisco
Donde mi padre habitaba,
Jaspes y alabastros limpios
Desmantelando la fuerza;
Que esto lloro.

RUFINO.

Ya publico
A voces tu libertad.

FEDERICO.

Yo á los cielos se la pido.

CAMILA.

Id con Dios; que si la cobro,
Todos quedaremos ricos.
(*Vanse.*)

—

Patio de la Sorbona.

ESCENA XIV.

GENTE, y despues LUCIANO y URBAN.
— *Tocan chirimías y atabalillos.*

voz 1.^a

¡Luciano, vitor!

voz 2.^a

¡Vitor!

(*Vuelven á tañer y salen galanes de licenciados, con capirotes y borlas, Luciano y Urban.*)

LUCIANO.

Quedo muy agradecido
Al favor que he recibido.

voz 3.^a

¡Vitor el señor doctor!

URBAN.

No ha visto jamás Paris
Tan grave acompañamiento
Eternamente: argumento
De lo mucho que lucis
En esta universidad,
Cuyo claustro hace de vos
Tanta estimacion.

LUCIANO.

A Dios,
Que engrandeca la humildad,
Estos favores le debo;
Que pienso que premios son
De mi piadosa intencion;
Pues comenzando de nuevo
Mis estudios, he lucido
En tan breve tiempo tanto,
Que de mí mismo me espanto.

URBAN.

Premio á la virtud ha sido
De estudios tan continentes,

Pues viendo vuestro cuidado,
El claustro os ha graduado
Con los aplausos presentes,
A su costa.

LUCIANO.

Mueve Dios
Sus ánimos en mi aumento.

URBAN.

Subiréis al parlamento
Del Rey.

LUCIANO.

Será de los dos
El honor que consiguere.

ESCENA XV.

UN CABALLERO, con un papel. —

DICHOS.

CABALLERO.

¿Quién es el doctor Luciano,
De vuestras mercedes?

LUCIANO.

Gano

Tanto en serlo, que no quiere
Que lo dilate el honor
Que merezco. Yo soy ese.

CABALLERO.

Este mandó que le diese
Agora el Rey, mi señor.

LUCIANO.

¿A mí?

CABALLERO.

Si no hay en Paris
Otro Luciano, será
Vuesamereced.

URBAN.

Claro está.

LUCIANO.

¡Válgame Dios!

URBAN.

¿No le abris?

Si es gusto, ¿que hay que temer?

LUCIANO.

Cuando llega sin pensar,
Mas que se teme un pesar
Se ha de temer un placer.

(*Lee.*) «La Reina de Nápoles, mi prima, me pide un regente para su vicaría, varon selecto en nuestras escuelas, en quien juntamente resplandezcan virtudes y letras. Hanme dado noticia de vos vuestros maestros; y así, os hago en su nombre merced de esta plaza. Venidme á ver; que quiero admirar en tan pocos años tanta alabanza, y daros la ayuda de costa necesaria para el camino. — *El Rey.*»

URBAN.

Déme vuestra señoría
Las manos.

LUCIANO.

Los brazos son
Lisonjas del corazon
Y efetos de mi alegría.
¡Ay Urban! que esto es p' emiar,
Como el Sabio lo predijo,
Dios los deseos de un hijo
Que sabe á un padre estimar.
(*Ap.* Ya la calidad os llevo
Que por las letras juré
Conseguiros, ya os pagué,
Padre y señor, lo que os debo.
Ya con espíritu nuevo
Al mundo resucitais,
Ya Federico os llamaís.)
Vén, Urban.

URBAN.

Hoy partiréis.

LUCIANO.
¡Oh letras! mucho teneis
De Dios, pues hombres criáis.
(*Vanse.*)

Cercanías del castillo de Camila.

ESCENA XVI.

OTAVIO y MACARRON, *pobres.*

OTAVIO.
¡Que con tan grande rigor
El cielo me desampara!
¡Vive Dios, que me matara
Con el demonio!

MACARRON.
Mejor
Fuera con la que nos mata;
Que contigo de hambre muero:
Y si es ingrato el dinero,
Ella también es ingrata.

OTAVIO.
¡No dicen que aparecérse
Suele el demonio al que está
Desesperado, y le da
Cuanto pide?

MACARRON.
Suele verse
Mil veces.

OTAVIO.
Locuras deja;
Que hablar de veras deseo.

MACARRON.
Digo que sí, y yo le veo
Siempre que encuentro una vieja.

OTAVIO.
¡Vive el cielo, que te mate!
Siempre de burlas estás.

MACARRON.
¡Aun quieres matarme mas?

OTAVIO.
¡Demopios!...

MACARRON.
Es disparate
Llamarlos; que no vendrán;
Porque de prestar dinero
Se está muriendo un coímero;
Y allá ocupados están.
Mas, por tu vida, Señor,
Que echas de ver que anochece,
Y que lugar no parece,
Y que este tiempo es traidor;
Que las nubes en invierno
Son azacanes del mundo,
Y que este valle profundo
Es retrato del infierno.

OTAVIO.
En estos desiertos vimos
A Camila.

MACARRON.
¡Aun das en eso?

OTAVIO.
Aquí, amigo, perdí el seso.

MACARRON.
Y aquí la cena perdimos.
Mira; qué nubes se van
Levantando poco á poco!

OTAVIO.
Húndase el mundo.

MACARRON.
¡Estás loco?
Si lloviera vino y pan,
¡Pluguiera á Dios que esta noche
Otro diluvio se viera!

OTAVIO.
Piquemos pues.
MACARRON.
Yo lo hiciera
Sobre la arquilla de un coche,
Donde un Saturno barbon
Salpica sin cortesía
A la pobre infantería,
Y pega sin compasión;
Pero á pié no puedo mas.

OTAVIO.
Allí apenas se termina
Un edificio.
MACARRON.
Ruina
Desmantelada dirás.

OTAVIO.
Vámonos allá acercando.

MACARRON.
Y allá; qué habemos de hacer,
Cansados y sin comer?
¡Esto es buscar, no buscando,
Dineros? Esto es buscar
Desdichas y menosprecios.
¡Qué envidia tengo á los necios,
Porque jamás sin cenar
Se acostaron!

OTAVIO.
¡No es pastor
Aquel?

MACARRON.
Ángel di, ángel es.
OTAVIO.
Dale una voz, pues le ves:

MACARRON.
¡Señor pastor! ¡ah señor
Pastor! — ¡Oh, qué bien criada
Es la hambre y qué discreta!
Mas si la engendró un poeta
Aguda y sutilizada,
Claro está que lo ha de ser.
¡Ah señor pastor!

ESCENA XVII.

CLARINDO, *en lo alto de un monte.*—
Dichos.

CLARINDO.
¡Quién llama?

OTAVIO.
No temáis.

CLARINDO.
Como la fama
Del mal que suelen hacer
Los soldados siempre es tal,
En los montes los tememos.

MACARRON.
En la hambre lo seremos;
Pero no en haceros mal.

OTAVIO.
Decid: ¡hay cerca de aquí
Población alguna?

CLARINDO.
Hay dos.
MACARRON.
Buenas nuevas os dé Dios.
Y ¡habrá bien que comer?

CLARINDO.
Sí.

MACARRON.
La que mas cerca se ve,
¡Cuánto está de aquí?

CLARINDO.
Larguillas
Doce millas.

MACARRON.
¡Doce millas!
Malas nuevas Dios os dé.

OTAVIO.
¡No teneis cabaña vos,
En que esta noche pasemos?

CLARINDO.
No, por Dios; que perecemos.

MACARRON.
¡Teneis leche?

CLARINDO.
No, por Dios.
MACARRON.

¡Y pan?

CLARINDO.
No, por Dios.
OTAVIO.
¡Grosero!

¡Vive Dios!...

CLARINDO.
Hoy vino todo
A faltarnos.
MACARRON.
¡Lindo modo
Este de buscar dinero!

CLARINDO.
A la mañana vendrá
El zagalejo que fué
A Beasi, y franca os haré
Mi voluntad.

OTAVIO.
Y ¡no habrá
Abrigo donde pasemos
Esta noche?

CLARINDO.
Este castillo
(Tiembo, Señor, de decillo)
Algunas noches solemos
Habitir; pero son tales
Los estruendos, los ruidos,
Los suspiros, los gemidos,
Y las voces infernales
Que se oyen, que, sin dormir,
A lo raso nos salimos
Y á los montes nos subimos,
Sin podellos resistir.

MACARRON.
Será algun duende, ó será
Alguna doncella en pena,
Que es lo mismo.

CLARINDO.
Estruendo suena,
Que horror á los montes da.

MACARRON.
¡De muchos?

CLARINDO.
De muchos.

MACARRON.
Pues
Almas de sastres serán
Que aquí cosiendo estarán.

CLARINDO.
Antes dicen muchos que es
Estar en él enterrado
El rey de Nápoles muerto
A puñaladas; y es cierto,
Que yo le he visto animado
En blanca piedra, y me espanto
Que un rey de piedra ande en pena,
Y mas, que en Beasi se suena
Que fué varon justo y santo.
Y otros dicen que anda aquí
El alma de un Ludovico,
Que le mató.

MACARRON.
¡Albergue ricol
Comerémos bien así.

OTAVIO.
Por lo que me has dicho, en él
Esta noche he de quedarme.

MACARRON.
Eso es querer añadir
Disparate á disparate.
¿Qué dices?

OTAVIO.
Que quiero entrar.
MACARRON.
Dime: ¿qué puede ganarse
Con almas en pena?

OTAVIO.
Esas
Jamás de las penas salen
En que están: y así esas voces
Tan horribles y espantables
Serán de demonios, y estos
Son espíritus cobardes.

MACARRON.
¿Cobardes son los demonios!
¿Qué dices, si aun de su imagen
Tiembra el mundo?

OTAVIO.
Verdad digo.

MACARRON.
Si por ser sus semejantes,
A los soplores tememos,
Con ser demonios en carne;
Ellos, que incorpóreos son,
Por ser materia del aire,
¿No han de ser mas invencibles
Y mas espantosos?

OTAVIO.
Baste:
No me repliques.

MACARRON.
¿Señor!...

OTAVIO.
¿Vive el cielo, que te mate!

MACARRON.
Si tú estás desesperado,
Yo no; que es mucho con hambre
No estarlo.

OTAVIO.
En este castillo
Tantas desdichas se acaben.
Aquí tengo de morir.
Entra.

MACARRON.
Señor, no me mandes
Entrar: por amor de Dios,
Que me dejes que te guarde
La puerta; que aquí estoy bien.

OTAVIO.
Esto ha de ser, no te canses.

MACARRON.
¡Pobre Macarron!

CLARINDO.
De día
La entrada no excusa nadie;
Antes sin entrar, jamás
Ha pasado caminante;
Que hay en sus salas y techos
Admiraciones notables,
Y entre todas un sepulcro,
Que sobre bruidos jaspe
Blancos alabastros sufre,
En quien de rodillas yace
También de alabastro el Rey.
Y porque no te acobardes,
Mira cómo entro yo solo.
Seguidme.

MACARRON.
Señor, ya es tarde.
Con la mañana entraremos.

OTAVIO.
¡Vive Dios, que he de llevarte
En los brazos!

(Llévalo en brazos.)
MACARRON. (Va dentro.)
San Remigio
Y san Cirilo me saquen
Deste peligro.

CLARINDO. (Léjos, dentro.)
Seguidme.

MACARRON. (Dentro.)
Del infierno la voz sale.

OTAVIO. (Dentro.)
¿Por dónde vas?

CLARINDO. (Dentro.)
Por aquí,
Antes que la luz nos falte.

Panteon réglo. Un sepulcro de piedra, con
la estatua del rey Enrique arrodillada, de-
bajo de un dosel negro.

ESCENA XVIII.

CLARINDO, y luego, MACARRON
Y OTAVIO.

CLARINDO. (Dentro.)
Entrad, veréis el sepulcro.

MACARRON. (Dentro.)
¿Por qué al infierno me traes?
¿Eres tú mohatra ó juego?
Suéltame.

CLARINDO. (Dentro.)
De aquí no pases;
Que esta es la sala primera.
(Salen Otavio, Clarindo y Macarron.)

OTAVIO.
¿Famosa vista!

CLARINDO.
¿Agradable!
MACARRON.
De día; pero de noche,
Bercebú que en ella aguardo
A un espíritu que ahoga,
Y en el viento se deshace.

OTAVIO.
¿Cobarde! A tres hombres juntos,
¿Quién habrá que los contraste?

MACARRON.
La mas ruin alma en pena
De la otra vida. No trates
De hacer locas experiencias
Con almas que nos desalmen.

CLARINDO.
Mira el sepulcro.

OTAVIO.
En las venas
Apenas me queda sangre,
Viendo el retrato de aquel
Que á estado tan miserable
Nos reduce.

CLARINDO.
Aunque Laurencia
Mandó que le derribasen,
Los soldados, respetando
Su presencia venerable,
No la obedecieron.

OTAVIO.
Dice
Así este epitafio: *Hic jacet
Federicus Magnus Rex
Sicilliarum et Italiae,
Occisus à Ludovico
Violenta crudelitate.*

(Vase.)

Sit terra levis. — Por vos
Padecen, rey inconstante,
Mis hermanos tantas penas,
Tantas desdichas mi padre.
Por vos desta suerte vamos,
Sin hallar quien nos ampare,
Por los orbes peregrinos,
Examinando desastres.
Y pues en vos no he podido,
¡Vive Dios, que he de vengarme
En vuestro alabastro eterno,
Como el toro que deshace
La capa del que le ofende!
(Saca la espada y dale cuchilladas.)

MACARRON.
Respeto el frío cadáver
Que el sagrado bulto ocupa.

OTAVIO.
Vivo, glorioso y triunfante
Agora verle quisiera
Para hacer lo mismo.

MACARRON.
Dale;
Que, por mucho que le hieras,
Le sacarás poca sangre.

OTAVIO.
Tirano y bárbaro rey,
Mi honor y mi hacienda dadme,
O ¡vive Dios, que he de haceros
Tantos átomos y partes
Como miserias nos distes,
Como hacienda nos quitastes!
Y para que echéis de ver
Que no hay temor que me espante,
Aquí he de pasar la noche.
Vengan furias infernales
Contra mí.

MACARRON.
¿Señor! ¿qué dices?
OTAVIO.

Digo que aquí he de quedarme,
Para ver si con Enrique
Contra mi espíritus salen,
Su oscura prision rompiendo,
Burlando su eterna cárcel. —
Entrad mas adentro.

CLARINDO.
Espera;
Que ya no hay luz, y son grandes
Las salas.

MACARRON.
Yo estoy reñido
Con el alma de un pelaire:
Excusa aquí, por tu vida,
Que me mate ó que le mate,
Porque es alma de la carda.

OTAVIO.
Ya no es tiempo de donaires.
Entrad.

MACARRON.
¡Pobre Macarron!
¡Plega á Dios que desta escapes!

ACTO TERCERO.

Galería del castillo arruinado. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

OTAVIO, con la espada desnuda; CLA-
RINDO Y MACARRON, asidos de él.

MACARRON.
¿Señor! por amor de Dios,
Que de nosotros te duelas.
¿Dónde nos llevas así?

OTAVIO.
A ver si hay almas que vengan
A espantarnos.
MACARRON.
Necedad
Será tan loca experiencia.
Si no eres excomunion,
Con las almas no te metas.
Déjalas en su país;
Que los tres en tal tiniebla
Los raigones parecemos
En la boca de una vieja.
(Va tentando con las manos, y encuentra con las de Clarindo.)
Mas ¡ay!

CLARINDO.
¡Ay!
OTAVIO.
Callad, cobardes.
MACARRON.
¡Vive Dios, que un alma en pena
Me asíó las manos!

CLARINDO.
Y á mí.
MACARRON.
Salgámonos allá fuera,
Por amor de san Cirilo;
Que quiero ver las estrellas.
CLARINDO.
Esta es una galería;
Por allí se va á una huerta,
Que á otra pieza corresponde,
Y ha de haber una cisterna
No sé en qué parte, y podrías
Así á oscuras dar en ella.
No pases de aquí.

OTAVIO.
El temor,
Pintando lo que deseas,
Hace tu lengua pincel.

MACARRON.
Si dicen que los que esperan
A solas al enemigo
Muestran mayor fortaleza,
Mas ánimo y mas valor;
Tú, que de fuerte te precias,
De gallardo y de animoso,
A solas tu esfuerzo prueba
Con las almas; y á nosotros,
En ese campo nos deja;
Que allí estaremos mejor,
Aunque hiele y aunque llueva;
Que hace aquí bochorno extraño,
Y es infernal la marea.

OTAVIO.
Si en eso solo consiste,
Dejadme, y salíos.

MACARRON.
Espera.
OTAVIO.
Cobardes, dejadme solo.

MACARRON.
Si tú, Señor, no nos llevas,
Bercebú que á solas salga.
Aquí un poco te recuesta.

OTAVIO.
Recostémonos; que es todo
Lo que de espíritus cuentan,
Mentiras y disparates.
Duerme un poco.

(Recuéstanse.)
MACARRON.
Yo quisiera;
Mas, como estoy sin comer,
Tengo, Señor, la cabeza
Como cofre de tabur,
Como casa de poeta:

Mira cómo he de dormir
Con tal vanidad en ella.
(Duérmense Otavio y Clarindo.)
¡Señor! ¡Amigo! ¡Señor!...
Recuerda, amigo, recuerda.
¡Vive Dios, que se han dormido!
¡Que haya bellacos que apenas
Se acuestan, cuando roncando,
El sueño en los ojos tengan,
Que parece que venia
Guardado en la faltriquera!
Estos perros ¿no discurren?
Estos bellacos ¿no piensan?
Estos brutos ¿no imaginan?
No se santiguan? no rezan?
¡Ah, quién pudiera imitallos!
Pero si el rosario es treta
(Saca el rosario.)

Contra el sueño, en este trance
Me ampare y me favorezca.
(Ruido de cadenas dentro.)
Pater noster... Malo es esto.
(Otra vez.)
Qui es in coelis... ¡Más cadenas!
Sanctificetur... ¡Amigo!

CLARINDO.
¿Quién llama?
MACARRON.
Saber quisiera...
Nomen tuum...
CLARINDO.
¿Mi nombre?
MACARRON.
(Cadenas.)
CLARINDO.

Mañana.
MACARRON.
Ya otra vez suenan.
Muerto soy.—¡Amigo! ¡amigo!
CLARINDO.

Déjame dormir.
MACARRON.
Adventat
Regnum tuum...

CLARINDO.
Déjame.
MACARRON.
Fiat

Voluntas tua...
CLARINDO.
¿Es culebra?

MACARRON.
Para mí. Sicut in coelo...
Escuche.

CLARINDO.
Déjame.
MACARRON.
Es fuerza

Saber su nombre.
CLARINDO.
Es Clarindo.

MACARRON.
¿Cómo?
CLARINDO.

Clarindo.
MACARRON.
Et in terra.
Panem nostrum quotidianum
Da nobis hodie... Oiga, advierta.
Et dimitte nobis...

(Cadenas.)
CLARINDO.
Basta.
MACARRON.
Debíta nostra...

ESCENA II.

UNA VOZ, dentro.—DICHOS.

LA VOZ.
¡Ay!
MACARRON.
¿Quién reza
Con esto? Sicut et nos
(Cadenas.)
Dimittimus... Más se acercan.

LA VOZ.
¡Ay!
MACARRON.
Debitoribus nostris.
Mucho estas almas vocéan.
Et ne nos inducas...

LA VOZ.
¡Ay!
MACARRON.
Esta es alma de doncella.
In tentationem.—Señor,
Mucho el mal olor me aprieta.
Sed libera nos á malo.
Bueno aquí el romero fuera.
Amen Jesus.

OTAVIO.
¿Qué hay?
MACARRON.
Escucha.
OTAVIO.
¿Qué he de escuchar las quimeras
Que engendra el no haber comido?
Reposa; que esa es flaqueza
Del cerebro.

LA VOZ.
¡Ay!
MACARRON.
¿Y esto?
OTAVIO.
Aguarda.—
¿Quién suspira? ¿Quién se queja?

MACARRON.
Alma que andará de parto.
LA VOZ.

¡Ay!
OTAVIO.
¡Válgame Dios! Qué fiera
Y espantosa voz!

LA VOZ.
¡Otavio!
OTAVIO.
¿Nombráronme?

MACARRON.
En nuestra lengua.

LA VOZ.
¡Otavio! ¡Otavio!

OTAVIO.
¿Quién llama?

LA VOZ.
Llega á vello.

MACARRON.
¡Guarda afuera!
Contra nosotros, Señor,
El purgatorio se suelta.
Armémonos de respuestas.

LA VOZ.
¡Otavio!
OTAVIO.
¿Quién eres?

LA VOZ.
Llega,
Y lo sabrás.

OTAVIO.
Sin luz ¿cómo?

LA VOZ.
Llegue ese mozo á encenderla.
MACARRON.
¡Yo! Bercebú que allá vaya.
LA VOZ.
Pues yo haré que luz te enciendan.
Llega.
(*Aparece una vela encendida.*)
CLARINDO.
Ya aparece luz.
MACARRON.
¡Qué á punto tiene la yesca!
LA VOZ.
Ya hay luz, vén.
OTAVIO. (Ap.)
El corazon
En el pecho me revienta,
Y el cabello se me eriza.
LA VOZ.
¡Ya te acobardas? Ya tiembblas?
OTAVIO.
¡Yo temblar! Yo acobardarme,
¡Si los infernos viulieran
Contigo!
LA VOZ.
Pues vén.
OTAVIO.
Aguarda.
Ya voy.
(*Vase á entrar, y sádele al encuentro
la estatua del rey Enrique.*)
ENRIQUE.
No quiero que vengas.
OTAVIO.
¡Válgame Dios!
(*Caen Macarron y Clarindo.*)
CLARINDO.
¡Muerto soy!
MACARRON.
Ya á mí no me falta cera
Para el entierro, aunque está
Corrompida.
OTAVIO.
Aguarda, espera.
ENRIQUE.
¿Conóceme?
OTAVIO.
Sí, sí, sí.
ENRIQUE.
¿Quién soy?
OTAVIO.
En... En... En...
ENRIQUE.
No temas,
Si te precias de gallardo.
OTAVIO.
¡Yo temer? Cólera es esta.
ENRIQUE.
¿Quién soy?
OTAVIO.
Enrique.
ENRIQUE.
Y tu rey.
OTAVIO.
Mis desdichas lo confiesan.
ENRIQUE.
Pues confiesas que lo soy,
Sígueme.
OTAVIO.
¿Dónde me llevas?
ENRIQUE.
Donde el valor ilustremos,
Donde probemos las fuerzas,

Porque otra vez á los bultos
Soberanos no te atrevas;
Que al rey en mármol le anima
La deidad que representa.
¿Defenderás lo que hiciste?
OTAVIO.
¿No quieres que lo defienda?
Camina.
ENRIQUE.
Toma esa luz,
Y guía por esa puerta.
OTAVIO.
¿Por esa puerta?
ENRIQUE.
Sí, acaba.
No tiembles, no te suspendas.
OTAVIO.
Ya voy.
ENRIQUE.
Camina delante.
OTAVIO.
¿Voy seguro?
ENRIQUE.
Sí.
OTAVIO.
Pues entra;
Que ya alumbro.
ENRIQUE.
Es en mi noche
Esa luz obscura y muerta.
OTAVIO.
Pues alumbrarme á mí.
ENRIQUE.
Mira que no te arrepientas.
OTAVIO.
Sígueme: mal me conoces.
ENRIQUE.
Enrique soy.
OTAVIO.
Aunque seas
Demonio; que no me espantan
A mi demonios de piedra.
(*Vanse Otavio y la estatua.*)

ESCENA III.

MACARRON Y CLARINDO, caídos
en el suelo.

MACARRON.
Clarindo amigo, levanta.
CLARINDO.
No puedo.
MACARRON.
Pues como puedas,
Sigamos la luz.
CLARINDO.
Bien dices.
MACARRON.
Porque nadie nos ofenda,
Espalda á espalda finjamos
Las dos águilas del César.
CLARINDO.
Dices bien.
MACARRON.
Tiende los brazos,
Por ver si espíritu encuentras.
CLARINDO.
Y tú tambien.
MACARRON.
Pues sigamos
La luz.
CLARINDO.
Si escapamos desta,
No mas almas.
MACARRON.
Como estamos,

Ver dos médicos quisiera,
En quien las almas tomaran
Venganza de sus recetas.
(*Vanse.*)

Jardin desbaratado.

ESCENA IV.

LA ESTATUA DEL REY ENRIQUE,
OTAVIO.

OTAVIO.
Basta ya: aquí estamos bien.
ENRIQUE.
Pues deja la luz, y sea
Este jardin el testigo
De tu infelice tragedia.
OTAVIO.
¿Este es jardin? Dile infierno,
Cuyos árboles descuelgan
Del cielo horror á los ojos,
Bañados de sombras negras.
ENRIQUE.
Aquí sacarte he querido,
Villano, para que entiendas
Que de ti ofendido estoy.
OTAVIO.
Y ¿qué pretendes?
ENRIQUE.
Que mueras.
OTAVIO.
Pues saca la espada.
ENRIQUE.
Yo
No la he menester; sin ella,
Aquí te he de hacer pedazos.
OTAVIO.
Retírate: ¿qué te acercas?
ENRIQUE.
Di, ¿por qué me profanaste?
OTAVIO.
Por mil causas manifiestas
Que tú sabes, pues por ti
Me veo en tanta miseria.
ENRIQUE.
Propon tus quejas.
OTAVIO.
Escucha;
Y sabrás mis justas quejas.
ENRIQUE.
DL.
OTAVIO.
Primeramente estoy
Ofendido de la fuerza
Que hiciste á mi padre, haciendo
Que dos millones te diera,
Confiscando sus tesoros
Y embargándole sus rentas,
Cuando él con tres mil caballos,
Atlante de tus empresas,
A su costa te servia.
ENRIQUE.
¿Tienes otra?
OTAVIO.
Fuera desta,
Tengo el haberle forzado
A que la plata vendiera,
Tapicerías, caballos,
Muebles y pinturas, que eran
La valentía de Italia
Y la admiración de Grecia.
ENRIQUE.
¿Tienes otra?
OTAVIO.
Y la mayor,

Que es ver en tanta bajeza
A mi padre y mis hermanos
Por tu ocasion.

ENRIQUE.
Todas esas
Son quejas injustas.
OTAVIO.
¿Cómo!

ENRIQUE.
Como las vidas y haciendas
De los vasallos, son todas
De su rey por justa deuda;
Y así, digo que anduviste,
Tratando con indecencia
A mi alabastro, alevoso
Y vil caballero; y piensa
Que aquí te he de hacer pedazos.

OTAVIO.
Retírate: ¿qué te acercas?
ENRIQUE.
¿Cómo retirarme? Agora
Verás lo que te aprovechan
El corazon y la espada,
Pues no hay golpe que me ofenda.

OTAVIO. *(Dando cuchilladas.)*
¿Cómo eres viento, si tienes
De alabastro la presencia?

ENRIQUE.
Viento y alabastro soy,
Villano, para que entiendas
Que has de hallar piedra al castigo,
Y has de hallar viento á la ofensa.

OTAVIO.
No te alcanzo.
ENRIQUE.
Piedra miras,
Y con el viento peless.
La espada no importa aquí.

OTAVIO.
Pues vén á los brazos.
ENRIQUE.
Llega.

OTAVIO.
Aquí he de morir...
ENRIQUE.
Aguarda;
Que esto solo ha sido prueba
De tu valor invencible
Y tu heroica fortaleza.
Detente; que no es mi intento
Ofenderte; que eso fuera
Ser al beneficio ingrato.
Dios manda que le agradezca
A tu padre la piedad,
Y en premio de su paciencia
Quiere que le restituya
A tu padre, de mi hacienda,
Los dos millones; y así,
Cavarás cuando amanezca
Este lugar en que estoy,
Hincando en él para seña
Este clavo; y luego al punto
Busca á mi hija; que á ella
Quiere Dios que des favor,
Porque su estado posea
Con tu ayuda.

OTAVIO.
Ilusion vana,
¿Es de veras?

ENRIQUE.
Tan de veras
Como las penas que paso
En la residencia eterna.

OTAVIO.
¿Estás condenado?

ENRIQUE.
No;

Que, esta restitution hecha,
Del purgatorio saldré.
Cava aquí, porque paz tenga;
Y tu padre calidad,
Que en los dineros se aumenta.
Sácame de estos rigores,
Redímeme de estas penas.

OTAVIO.
¿Tales son?
ENRIQUE.
Dame esa mano,
Porque compasion me tengas.
OTAVIO.
¡Ay! ay! ¡Válgame Dios! ¡Ay!
¡Que me abrasas! Suelta, suelta.

ENRIQUE.
Pues ves el rigor que paso,
No quieras que en él perezca.
(Hándese Enrique, y Otavio cae desmayado.)

OTAVIO.
Muerto soy!

ESCENA V.

MACARRÓN, CLARINDO. — OTAVIO,
en el suelo.

MACARRÓN.
¡Ay! Vive Dios,
Que me astieron de una pierna!
Aguarda. Mi amo está aquí.

CLARINDO.
En tierra está Otavio: es cierta
Su muerte.

MACARRÓN.
Si lo es la suya,
También lo será la nuestra.
Ya le dije que con almas,
Clarindo, no se metiera.

CLARINDO.
Si le han muerto, ¿qué juez
Las sacará de la Iglesia?

MACARRÓN.
Lleguemos. — ¡Señor!...
OTAVIO.

Yo haré
Lo que me pides y ordenas,
Porque de ese rigor salgas.

MACARRÓN.
¿Señor! ¿Vivo estás?
OTAVIO.

Pudiera
No estarlo, á no ser de Dios
Particular providencia.
Luchando con la vision,
Se desvaneció en la tierra,
Y yo sobre ella caí,
Como ves.

MACARRÓN.
Siempre fué necia
Tal experiencia, Señor.
Salgamos antes que vuelva,
Pues tenemos luz.

OTAVIO.
Las glorias
Y las virtudes comienzan
Siempre en las temeridades;
Que estas la fortuna premia.
Hoy á mi temeridad
Debo esta gloria.

MACARRÓN.
¿Qué sueñas?
OTAVIO.

¿No te dicen mis palabras
Mi ventura? ¡Oh noche! mezcla
Tus sombras en las espumas

Del mar, para que el sol vierta,
Entre espíritus de luz,
Granos de oro y blancas perlas.
Salgamos á recibir
Al día; que el que se acerca
A la esperanza, entre tanto
Engaña lo que desea.

MACARRÓN.
Bien dices. Guía y salgamos.
OTAVIO.
Porque mañana se vea,
Donde Enrique se escondió,
Hincado ese clavo deja.

MACARRÓN.
¿Curiosidades agora?
OTAVIO.
Estando yo aquí, no temas.
Hinca el clavo.

MACARRÓN.
¿Temor yo?
Haré que el clavo se sienta
En los abismos.

OTAVIO.
Ya basta.
MACARRÓN.

Pues vamos.
OTAVIO.
Toma esa vela.

MACARRÓN.
¡Ay de mí, Señor!
OTAVIO.
¿Qué tienes?

MACARRÓN.
Por Dios, que me favorezcás;
Que de la capa me tiran...
— Mas dejarélos con ella.

OTAVIO.
¿No adviertes que la clavabas?
MACARRÓN.
El miedo es inadvertencia.
Sí, por Dios: clavada está.

OTAVIO.
Salgamos.
CLARINDO.
Lo peor queda.

MACARRÓN.
Ruego al cielo que las almas
No nos cojan entre puertas.
(Vanse.)

Habitacion pobre de Federico en un pueblo
de Italia.

ESCENA VI.

FEDERICO, LUCIANO, URBAN,
GENTE.

LUCIANO.
No temais, padre y señor ¡;
Que yo, para enriqueceros,
Poderoso vuelvo á veros,
Pues en tan bárbara edad
Es tan vil la calidad,
Que consiste en los dineros.
Ya mis letras el decoro,
Que perdistes, os han vuelto,
Y esa caña se ha resuelto
Báculo de piedras y oro.
Ya, padre, rico os adoro,
Si consiste en el ser rico
La calidad que publico.
Volved de tanta bajeza,
Si es el honor la riqueza,
A llamarnos Federico.

¡ Faltan cuatro versos para formar décima
con los seis primeros de esta escena.

Abraza á mi padre, Urban.

URBAN.
Si esto en secreto se hiciera,
Mas cordura pareciera;
Que murmurarte podrán
Los que adulándote están;
Que, aunque piedad te pareco,
Tal vez la virtud parece
Por semejantes acciones.

LUCIANO.
En todas las ocasiones
El padre este honor merece.
Y si porque así lo ves,
Urban, lo desconociera,
Yo el vil, yo el villano fuera,
Y él fuera lo mismo que es.
Padre, postrado á esos pies,
Quiero á Italia publicar
Que vos no podeis bajar,
Ni que yo os puedo exceder;
Que el tiempo os quitó el poder,
Pero no os quitó el lugar.
Balanzas somos los dos,
Y aunque alto me considero,
Abatirme al suelo quiero,
Para que os levanteis vos;
Que si á las manos de Dios
Nuestro peso he reducido,
Tiranía hubiera sido,
Habiéndonos Dios pesado,
Ver el hijo levantado,
Estando el padre caído.

FEDERICO.
¡Ay hijo del alma mía!
Las balanzas igualemos,
Porque las almas pesemos
Al compás de la alegría.

LUCIANO.
Padre, ya ha llegado el día
De pagáros lo que os debo.

FEDERICO.
Ya á llamarte no me atrevo
Hijo aquí; yo el hijo soy,
Tú el padre, pues vuelves hoy,
Hijo, á engendrarme de nuevo.

URBAN. (Ap.)
Que un villano sea regente!
Diré quién es á su alteza.

LUCIANO.
Debo, amigos, la grandeza
Mía al que aquí veis presente.

FEDERICO. (Ap. á Luciano.)
Luciano, no digas que eres
Mi hijo á la Reina; mira
Que son el amor y la ira
Vehementes en las mujeres.
Hazme villano, si quieres
Verte en su reino estimado:
Mira que me ha desterrado
De Nápoles por traidor,
Y mira que su rigor
De nuevo se ha confirmado;
Porque despues que Rufo
Dió á Camila libertad,
Alterada la ciudad
Con bárbaro desatino,
Su gente á prenderme vino,
Y para encubrirme así,
Este vil traje vestí.

LUCIANO.
Padre, estimo la advertencia,
Aunque ya de la regencia
Traigo la cédula aquí.

FEDERICO.
Este aviso es de importancia.

! Faltan seis versos para formar décima
con los cuatro anteriores.

LUCIANO.
Haré lo que me has mandado.

ESCENA VII.
UN CRIADO.—DICHOS:

CRIADO.
Ya está aguardando el Senado.

LUCINDO.
Urban, tú á Nápoles pasa,
Visita á su alteza y traza
Los aumentos de tu estado.
Besa en mi nombre sus pies,
Abonando mis defectos;
Que en los amigos perfectos
La ausencia el exámen es.

URBAN.
Documentos no le dés,
Luciano, á nuestra amistad.

LUCIANO.
Padre, la mano me dad.
Que lo que el tiempo no pudo,
Restaura el poder.

URBAN.
No dudo
Que esta es del cielo piedad.
(Vase.)

Salen en el palacio real de Nápoles.

ESCENA VIII.
JULIA, CÉSAR.

CÉSAR.
¿No le cumples la palabra?

JULIA.
Así palabras se cumplen,
Cuando se dan á traidores
Para que el daño ejecuten.
Camila dél se fió,
Cuando sus campos conduce;
Y bien en tal confianza
Las obligaciones cumple.
Y si esto hizo con ella,
La razon me hace que juzgue
Que hará lo mismo conmigo;
Que un traidor no hay mal que excuse.
Yo habia de ser esposa
De un traidor! ¿Cómo no crujen
Desencajadas sobre él
Las eternas pesadumbres?
Los reyes premiar no deben,
Aunque por traiciones triunfen,
Los que las hacen; que solo
Se han de premiar las virtudes.
César, tenle en una torre;
Que no hallo lugar que ocupe
Mas debido á su soberbia,
Que Dios en torres confunde.

CÉSAR.
Tan justa pena merece.
No hay disculpa que le excuse,
Ni te obligue á la palabra. (Vase.)

ESCENA IX.
URBAN.—JULIA.

URBAN.
Ya el aire los ecos dulces
De los instrumentos queiebra

! Faltan cuatro versos para formar décima
con el anterior y los cinco siguientes.
! Trase no es consonante de pase.

En los montes de sus nubes,
Nuncios que el Regente llega.

JULIA.
Mucho á sus partes acudes.

URBAN.
Soy francés y caballero.

JULIA.
La lengua del alma es lumbre;
Ella descubre tu ingenio,
Y tu nobleza descubre.
Y ¿de qué país de Francia
Es el Regente?

URBAN.
Dél supe
Ser napolitano.

JULIA.
¿Cómo!
¿No es francés?

URBAN.
Las letras suben
Al cielo las humidades;
Que son fortunas que infunden
Próspera suerte en los hombres.
Ellas le hicieron que curse
En París, donde ha ganado
Tantos aplausos comunes
Del pueblo en tan breve tiempo;
Que ser prodigio presumen
O fortuna superior;
Que sin ella, aunque uno estudie,
No logra sus esperanzas;
Que antes de sazón se pudren.

JULIA.
¿Que es napolitano?

URBAN.
Y tiene
Padre vivo.

JULIA.
¿Es hombre ilustre?

URBAN.
La virtud hace los nobles,
Porque es como el sol, que excluye
Todo defecto y tiniebla:
Tanto puede y tanto luce.

JULIA.
Eso es decir que no es
Bien nacido.

URBAN.
Nunca busque
Mal nacido vuestra alteza,
Hablando virtudes.

JULIA.
¿Puse
En mi primo el Rey mi honor
Para que lo ría y burla?
Pedí regente francés;
Y, haciéndome pesadumbre,
Me lo da napolitano,
Y hombre vil! ¿Dónde se sufre
Tal menosprecio y afrenta?
Su plaza quiero que ocupe
Tú.

URBAN.
¿Señora!...

JULIA.
Esto ha de ser:
URBAN. (Ap.)

¿Qué bien incitarla supe!
¡Oh ambicion desatinada,
Que de lealtades destruyes!

ESCENA X.

CÉSAR. — JULIA, URBAN. Despues,
LUCIANO Y ACOMPAÑAMIENTO.

CÉSAR.
Ya queda preso Amadeo.

JULIA.
A vos os lo encargo, Duque.
No sea como Camila.
CÉSAR.
Ya el nuevo regente sube.
(*Tocan chirrimas y salen Luciano y el acompañamiento.*)

LUCIANO.
Déme á besar vuestra alteza
Su mano, por el favor
Que debe al Rey, mi señor,
En su nombre mi bajeza;
Que él por regente me envía,
Y es la cédula presente
La merced.

JULIA.
¡Gentil regente
A Nápoles nos envía!
(*Toma el papel, y rompele.*)
Volved, y decid que os dé
La plaza en su parlamento.
Y en Nápoles un momento
No estéis; que me enojaré.
Venid, Regente. (A Urban.)
(*Vanse Julia, César, Urban y el acompañamiento.*)

ESCENA XI.

LUCIANO.

¿Qué es esto?
Qué fué? qué me ha sucedido?
¿Cómo así se me ha caído
Sobre mí el cielo tan presto?
No soy el que agora fui
Venerado de la gente?
No era yo agora el regente?
Pues ¿qué soy agora aquí?

ESCENA XII.

FEDERICO. — LUCIANO.

FEDERICO.
Hijo, ¿qué es esto?

LUCIANO.
No sé;
Solo sé que me han dejado
Los que me han acompañado,
Y que la Reina se fué.
La cédula me rompió
La Reina, airada y cruel.

FEDERICO.
Luciano, en otro papel
A romperla se enseñó.
Siempre este daño temí;
Que el sabio debe temello,
Si no quiere padecello.

LUCIANO.
Pues yo el ignorante fui.
Urban, padre, me ha vendido.
Regente es Urban.

FEDERICO.
Salgamos
De este infierno.

LUCIANO.
Padre, vamos;
Que glorias del mundo han sido.

FEDERICO.
No irriteos la fortuna.
A la aldea nos volvamos,
A ser Aristides nuevos,
Y á ser nuevos Belisarios.
(*Vanse.*)

ESCENA XIII.

OTAVIO y MACARRON, *de esgüizaros; este último, ridículo.*

OTAVIO.
El dinero redimimos,
Si esfuercas bien el engaño,
Fingiéndote embajador,
Como tengo concertado.

MACARRON.
En desposeerte dél
Fuiste un grande mentecato.

OTAVIO.
Con ellos juntó en un día
Camila diez mil soldados,
Y con ellos viene agora
Con tal silencio marchando.
Viene en nombre del Vaiboda,
Porque de secreto entrando
En la ciudad, la prision
Hará de la Reina; y dando
El dinero yo á Camila
Que el rey difunto me ha dado,
Su padre, será forzoso
Que ella vuelva á sus estados,
Y yo á mi padre socorra
Y libre de sus contrarios.

MACARRON.
Allí va tu padre.

OTAVIO.
Amor
Me hace agora ser ingrato.
No quiero hablarle hasta verme
Con honor y con descanso.

MACARRON.
Eso es si el dinero vuelve;
Que, si no, á oscuras quedamos.

OTAVIO.
La Reina sale.

MACARRON.
Esto es hecho.
Aquí me azotan. Temblando
Estoy.

OTAVIO.
Calla, porque llevo.

ESCENA XIV.

JULIA, URBAN, ACOMPAÑAMIENTO. —
DICHOS.

OTAVIO. (A la Reina.)
Del Vaiboda transilvano
Está aquí un embajador,
Gran príncipe y potentado
De la Moldavia.

JULIA.
Pues ¿cómo
Viene con silencio tanto?

OTAVIO.
Pasa el príncipe Vaiboda
A Roma. Viene excusando
Ansi gastos y alborotos,
Aunque el Colegio Romano
Lo acompaña; y viene á darte,
Aunque en lenguaje polaco,
Un gran recado en su nombre
El príncipe Balfraganio,
De quien yo vengo por lengua.

JULIA. (A Macarron.)
Vuestrañoría llegado
Sea en buen hora á esta corte.

MACARRON.
Cochuni.

OTAVIO.
Pide tu mano.

URBAN.
¡Extraña lengua!
MACARRON.
Osfricot,
Quirlin, cucut.
OTAVIO.
Tan de espacio
Quiere hablar, que pide asiento.
JULIA.
Dadnos asientos.
MACARRON.
Quitambo.
OTAVIO.
La merced así agradece.
MACARRON.
Guturo.
JULIA.
¡Lenguaje extraño!
OTAVIO.
MACARRON.
Gaturo.
OTAVIO.
Prosigue.
MACARRON. (Ap. á Otavio.)
Sácame de estos vocablos;
Porque, si mucho me aprietan,
Tengo de hablar por abajo.

ESCENA XV.

CÉSAR. — DICHOS.

CÉSAR.
¿Qué haces, gran Señora, así
Con ese descuido, cuando
Camila en Nápoles entra?
MACARRON.
Tripifornio dinerango.
OTAVIO.
Dice, Señora, que diga
Que es el Vaiboda el que ha entrado.

CÉSAR.
Mas de diez mil hombres vienen.
OTAVIO.
De tanta gente es su campo.

MACARRON.
Capolican.
OTAVIO.
Que prosiga
Mc mánda.
(*Ruido dentro.*)

ESCENA XVI.

UN CABALLERO. — DICHOS.

CABALLERO.
¿No oyes entrando
A Camila en la ciudad
Con diez mil napolitanos,
Aunque en trajes diferentes?
OTAVIO.
¡Lo que el Vaiboda ha causado!
JULIA.
¡Camila! ¿Cuándo Camila
Pudo, necio, juntar tantos,
Sin poder y sin dineros?
CABALLERO.
¿No oyes el marcial rebato
De Castelnuovo y Santelmo?

JULIA.
El príncipe transilvano
A Roma pasa de paz
Con ese escuadron bizarro.

OTAVIO.
Aquí está el Príncipe ya.
JULIA.
¿Veis cómo el temor fué falso?

ESCENA XVII.

CAMILA y AURELIA, *vestidas de hombre, con extrañeza*; SOLDADOS.—
DICHOS.

OTAVIO. (A Camila.)
La Reina tienes presente.
JULIA.
Dadme, Señor, esos brazos.
CAMILA.
Para prenderte.
JULIA.
¿Qué es esto?
CAMILA.
Castigo de tus pecados.
JULIA.
¡Tan grande engaño conmigo!
CAMILA.
Engaños hacen engaños.
¡Muere, traidora!
OTAVIO.
Detente.
CAMILA.
Tu lengua es ley de mi brazo.
VOCES. (Dentro.)
¡Viva Camila!
JULIA.
¡Ah fortuna!
Pero si hay falsos vasallos,
¿Cómo reyes puede haber?
CAMILA.
Danme lo que me quitaron.
OTAVIO.
Esto á mis dineros debes.
MACARRON.
Y esto debes á mi engaño.
CAMILA.
La mitad del reino es tuyo.

OTAVIO.
Que me coronen aguardo
Hoy juntamente contigo.
CAMILA.
Llegadme aquellos villanos.

ESCENA XVIII.

FEDERICO, RUFINO, LUCIANO,
LUCILA. — DICHOS.

LUCILA.
En el traje; que son nobles
Sus espíritus gallardos.
OTAVIO.
Y será enemigo mío
Quien dijere lo contrario.
Agora, padre, os conozco,
Que honor y calidad traigo,
Y dineros; que con ellos
Tan alta ventura alcanzo.
FEDERICO.
Dame esos plés.
CAMILA.
Levantad.
FEDERICO.
Laurencia, rico y honrado,
Ya puedo decirte agora,
Como dijiste triunfando:
Dineros son calidad.
JULIA.
Verdad.
FEDERICO.
Pues puedes buscarlos
Agora para tenella.
JULIA.
Mi soberbia has castigado.
RUFINO.
De tu fortuna me pesa.
CAMILA.
Ya el dinero te he pagado
Con la mitad de mi reino,
Y agora el amor te pago
Con mi mano. Tuya soy.
OTAVIO.
Y yo soy tu humilde esclavo.
De la parte de Sicilia,

Que yo elijo, señor hago
A Rufino.
RUFINO.
Premio es tuyo.
OTAVIO.
Ya del triforme peñasco
Eres rey.
RUFINO.
Pues hoy mi reino
Pongo en los plés soberanos
De Laurencia: suyo es ya.
JULIA.
A quien sabe obligar tanto,
¿Qué he de responder? Corrida
Y afrentada me acobardo.
RUFINO.
Con la mano el sí de esposa,
Confirmándolo los labios.
CAMILA.
Mañana con régia pompa
Y con glorioso aparato
Se traiga mi padre al Domo.
MACARRON.
¿Ha de quedar sin formacho
Macarron? Dénme algo á mí.
OTAVIO.
Lucila y seis mil ducados
De renta son tuyos.
MACARRON.
Fué
Merced con aforro.
OTAVIO.
Y hago
Del ducado de Calabria
Merced, Señora, á Luciano.
CAMILA.
Yo gusto dello.
OTAVIO.
A Clarindo
Haré merced.
MACARRON.
Hoy quedamos
Todos, Señor, con dineros.
OTAVIO.
Para que decir podamos:
Dineros son calidad,
Pues se alcanza con hallarlos.

LA MAYOR VIRTUD DE UN REY.

PERSONAS.

DON JUAN.
EL PRÍNCIPE DE PORTUGAL.
EL REY, su padre.
MENDO, gracioso.

SOL.
TEODORA, condesa.
LEONOR.
RISELO.

DON SANCHE DE MENDOZA.
NUÑO, caballero.
TRISTAN, caballero.
LAIN, criado.

JUANA.
CONDESTABLE.
FERNANDO.
UN BARQUERO.—CRIADOS.

La acción pasa en Lisboa y en sus inmediaciones.

ACTO PRIMERO.

Calle en Lisboa.

ESCENA PRIMERA.

NUÑO, TRISTAN, DON JUAN DE CASTRO y EL PRÍNCIPE DE PORTUGAL, bizarros, en traje de noche.

PRÍNCIPE.

¡Buen gusto y entendimiento!
Que no se suelen juntar.

TRISTAN.

De la gracia del hablar
Suelen ser el fundamento.

NUÑO.

Hablar mal y entender bien
Implican contradicción.

PRÍNCIPE.

Tan distintas cosas son,
Que pocas veces se ven;
Que el gusto no es entender,
Sino gracia en el decir,
Desenfadado en discursar
Y agudeza en responder;
Que en conversaciones tales
El donaire y el primor
No suele ser el menor
De los dones naturales.
Y así, es cosa mas segura
La discreción y el buen aire,
Porque á veces el donaire
Puede mas que la hermosura.
Solo el llamarse Brianda,
Esta dama me cansó.

NUÑO.

Por dicha el nombre tomé
Del buen brio con que anda.

TRISTAN.

Gran dicha es tener buen nombre.

PRÍNCIPE.

Y ¡cómo, Tristan, si es buena!
Porque hay nombre que sin pena
No es posible que se nombre:
De cuyo efecto se saca
Que tiene el nombre valor.

NUÑO.

Un frances embajador,
Que vino por doña Urraca,
La princesa castellana,
Por el nombre la dejó,
Y á doña Blanca llevó,
Que era su segunda hermana.

TRISTAN.

Nombres hay ocasionados
Para decir mal ó bien,

Y, mas ó menos, tambien
Suelen ser autorizados
Los títulos de señores.

PRÍNCIPE. (Ap. á Tristan y Nuño.)

¡Cómo no habeis reparado
En que no solo ha llamado
A las gracias y primores,
Don Juan, de aquella mujer,
Pero ni aun se llega aquí?

NUÑO.

Señor, el venir así
Cuidado debe de ser.

PRÍNCIPE.

¡Ah don Juan! Don Juan!
DON JUAN.

Señor!...

TRISTAN. (Ap. al Príncipe.)

Parece que ha despertado
De algun sueño.

PRÍNCIPE.

(Ap. He sospechado
Que son tristezas de amor.)
¡Toda la noche callando!
Don Juan, ¿qué es esto? ¿Qué tienes?
¿De qué tan suspenso vienes?
¿Qué vienes imaginando?
Bien puedes hablar conmigo.
Mal pagas, don Juan, mi amor,
Porque mas que tu señor,
Soy tu verdadero amigo.
Si esto conoces de mí,
Habla en virtud de quien soy;
Que la palabra te doy
De hacer lo mismo por tí,
En remediar tu tristeza,
Que si nacieras mi hermano.

DON JUAN.

Beso mil veces la mano,
Gran señor, á vuestra alteza;
Que, aunque es verdad que estoy tris-
No es cosa para que os dé (te,
Cuidado el mío.

PRÍNCIPE.

¡Por qué,
Pues el amistad consiste
En partir el bien ó el mal?
Y si la verdad te digo,
Mas me precio de tu amigo
Que de ser en Portugal
El príncipe.

DON JUAN.

Antes fué
Cumplimiento cortesano
Besaros, Señor, la mano;
Pero agora os beso el pié.
Las mercedes que conmigo
Generosamente usais,
No igualan á que digais
Que os preciais de ser mi amigo;

Que no hay diferencia alguna
De humildad á majestad,
Cuando puede la amistad
Hacer de dos almas una.
Días há que este cuidado
A silencio me obligó:
El respeto se engañó;
Que amor no ha sido culpado.
Perdonadme, y retirad
A Nuño y Tristan de aquí...
—Mas quejaránse de mí.
Para mañana dejad,
Cuando os vista, el escucharme.

PRÍNCIPE.

No dormiré, vive Dios,
Sin saberlo. — ¡Hola! los dos
Allá podréis esperarme;
Que voy á ver una dama
Con don Juan.

NUÑO.

Vamos, Tristan; (Ap. á él.)
Que el silencio de don Juan
Serán celos de quien ama.

TRISTAN.

Pues ¿sabes quién es?

NUÑO.

No y sí;
Y no quiero aventurarme.

TRISTAN.

Vamos.

(Vanse Nuño y Tristan.)

ESCENA II.

EL PRÍNCIPE, DON JUAN.

DON JUAN.

Ya puede escucharme,
Señor, vuestra alteza.

PRÍNCIPE.

DI.

DON JUAN.

Serenísimo don Juan,
Sucesor de la corona
De Portugal, que tan digno
De la imperial, tiene y goza
El heróico don Manuel,
Vuestro padre, á cuyas hojas
De verde laurel incline
Su blanca frente la aurora,
Pues por su rey y señor
El indio oriental le nombra:
Vino, estando vos en Ceuta,
Un don Sancho de Mendoza,
Caballero castellano,
Desde Toledo á Lisboa,
Hombre estimado en Castilla
Por sus hazañas heróicas,
De edad larga, nobles canas
Y venerable persona;

Fuése, quejoso del premio
Del Rey, ó por otras cosas
De que no tengo noticia;
Pero por ejemplos consta
Que los grandes capitanes
Tienen fortuna dudosa,
Y pocas veces los reyes
Sus servicios galardonan:
Alejandro á Efestion
Un leon por premio arroja,
Y el triunfador Belisario
Murió pidiendo limosna.
Recibíóle vuestro padre,
Por la fama de sus obras,
Con gusto; pero no quiso,
Entre tanto que se informa,
Servirse dél en su casa;
Y el castellano se aloja,
Como sintiendo el desprecio,
En una quinta que agora
Fuera de Lisboa vive.
Esta es la parte que toca
A don Sancho: presumios
Que es prólogo de mi historia,
Y agora escuchad la mía.
Tiene dos hijas hermosas
Don Sancho: con que la he dicho
En una palabra toda.
Llaman Leonor á la una,
Y doña Sol á la otra,
Con quien me parece á mí
Que fuera el del cielo sombra.
Este sol estaba un día,
Cuando el otro se trasmonta
Bañándose los cabellos
Del mar en las crespas ondas,
Fuera de la quinta, adonde
Algunos álamos bordan
Un dosel verde á una fuente,
Que, de aquel campo señora,
También le pone á los plés
No menos florida alfombra,
En cuyas franjas de lirios
El agua ensartaba aljófar.
Mirábase en el cristal,
Y trocándose las formas,
El agua le daba perlas,
Porque ella le diese rosas.
Llevado de mi fortuna,
Llegué á ocasion tan dichosa,
Siguiendo á un azor, y hallé
La garza de mayor pompa
Que han respetado los aires,
Ni cuantas aves le azotan,
Aunque éntre aquella que mira
Del sol la dorada antorcha.
Miréla al descuido, y ella
Alzó el rostro cuidadosa,
Y díjeme en portugués:
«¿Qué fazéis, menina, sola?»
Respondíome por donaire:
«Si eu vos tenho de dar conta,
Saudades de minha terra
Me fazem morrer á solas.»
Desta ocasion y principio
(Que amor presto se ocasiona;
Que siempre son accidentes
De su materia la formé)
Quedé perdido, y sentí,
Como della me despoja,
Que en hombros de mi deseo
Mudó casa mi memoria.
Allí fué el entendimiento;
De libertad se despoja
La voluntad... — «Los sentidos,
Que tarde amando se cobran,
Quejas (le dije en su lengua)
De vuestra hermosura forman,
Pues hablando en portugués,
En castellano enamoran.»
Até mi caballo á un olmo,
Y viendo que de una joya

Tenia un búcaro atado,
Cinta color de congostas,
Agua le pedí, y risueña
Le desató, y presurosa,
Como el unicornio suele,
Porque no hubiese ponzoña,
Metió el marfil de la mano
Con el búcaro en la undosa
Fuente, que en círculos crespos
Apartaba bulliciosa,
Como afrentada, el cristal.
Yo dije: «En agua tan poca,
Como ese búcaro cabe,
Que apenas es cuarto de onza,
Mal se aplacará mi fuego:
Sed, como hermosa, piadosa;
Dadme á beber en cristal,
Aunque con indigna boca
A vuestra mano me atreva.»
Ella entonces agua toma
De la fuente con la mano,
Y los jazmines sonroja
Del rostro; yo entonces, necio
Voy al agua con sed loca;
Y como las hay de fuego,
Fuí del agua mariposa;
Que al llegar junto á la mano,
Mar donde el alma se engolla,
A buscar perlas de quien
Era su mano la concha,
Con aire mezclado en risa
El agua al rostro me arroja,
«Bebed, diciendo, y guardad
Para otra vez la que sobra.»
Comparacion ordinaria
Es la fragua, donde forjan
El hierro; mas para mí
Es notablemente propia.
Ardió el fuego con el agua;
Y ella, menos vergonzosa,
Me arroja un lienzo, diciendo
(Después que todo me moja):
«Si estáis lavado, enjugáos.»
Respondí: «Lienzo no importa,
Si puedo enjugarme al sol.»
Y al aguardar que respondía,
Llegó con voz alterada
Una despejada moza,
Diciendo que la llamaba
Su padre: mi sol se enoja,
Y se despidió cortés;
Yo asiendo á la labradora
(Que ya don Sancho no trata
De familia mas honrosa),
La pregunto, y me responde
Tan bachillera, tan pronta,
Que de cuanto saber quise
Liberalmente me informa.
Cansaros con referir
Diligencias amorosas
Como las permite un campo,
Era numerar las ondas
Al mar, ó á los olmos ramas;
Que su ameno sitio entoldan.
No le fuera á mi esperanza
Empresa dificultosa,
Pues casándome con Sol,
Ganara nobleza y honra;
Que es Mendoza por su padre,
Y por su madre Cardona;
Pero quiere mi desdicha
Que antes que entrase en Lisboa
Don Sancho, el Rey por honrarlo
(Que bien sé que le provoca
El amor que me teneis),
A la condesa Teodora
De Portugal me promete.
Yo la aceto por esposa,
Y doy la palabra al Rey;
Vos, por hacerme mas honra,
Por mí le besais la mano;
Ella, en tratando las bodas,

Me favorece y empeña
En regalos y lisonjas.
Este azar la pretension
De mi bella Sol estorba,
Pues no puede ser posible
Que al Rey la palabra rompa.
En este estado me tiepe
Fortuna tan rigurosa,
Que ha de matarme este sol,
Si no es que loco me torna;
Que amado, que aborrecido,
Si se ablanda, si se enoja,
Si me huye, si me espera,
Si me olvida, si me nombra,
Sufriendo, amando, esperando,
Ira, amor, muerte, vitoria,
A sus rayos, á su nieve,
Blanda cera, firme roca,
Tengo de ser deste sol
En bien, en mal, pena ó gloria,
Su eclíptica por el cielo,
Y por la tierra su sombra.

PRÍNCIPE.

Pésame, por Dios, don Juan;
De verme en tal confusion.

DON JUAN.

Estas mis tristezas son,
Y estas mi muerte serán.

PRÍNCIPE.

Un remedio solo siento,
Si alguno lo puede ser.

DON JUAN.

¿Qué remedio puede haber?

PRÍNCIPE.

Dilatar el casamiento,
Y entretenir los cuidados
Del Sol que te abraza el pecho;
Que pocas veces se han hecho
Casamientos dilatados.

DON JUAN.

De haberle dado me pesa
La palabra al Rey.

PRÍNCIPE.

No importa.

Tú en tanto, don Juan, reporta
El servir á la Condesa,
Mostrándola poco amor;
Que podré poco, ó será
Sol tu mujer.

DON JUAN.

No querrá

Dar licencia el Rey, Señor.

PRÍNCIPE.

Ya el alba empieza á reir
De ver á los dos hablar...
—Pero vénme á desnudar
(Que mejor fuera á vestir);
Que tiempo queda después.

DON JUAN. (Ap.)

¡Oh bello sol castellano!
Tente, no abrases en vano
Un corazón portugués.

(Vase.)

—

Campo.

ESCENA III.

DON SANCHE, MENDO.

DON SANCHE.

En tí pensé yo, Mendo, que tenía
Un Hércules famoso, que guardara
Mi casa con lealtad y valentía.

MENDO.

Quando yo huera miércoles, no hallará

Cosa, á ya he, que de importancia fuera;
Que es la señora Sol mas que el sol cra-
Leonor es una verde primavera [ra
De virtudes y gracias.

DON SANCRO.

Yo lo creo.

Sus gracias oigo y sus virtudes veo;
Que son mis hijas, Mendo; pero esta-
En tierra ajena. [mos

MENDO.

No hay que te desveles

DON SANCRO.

Destos olmos que ves, destos laureles,
Hombres pienso que son los verdes ra-
[mos.

MENDO.

Pues si Sol y Leonor son dos angeles.
Perdona; que son necios tus enojos.

DON SANCRO.

Yo he visto un cazador con estos ojos
Pasear este campo muchas veces.

MENDO.

Estaba por decir que son vejezes.
¿Es tuya aquesta tierra?
¿Has vedado este coto?
Los conejos y urracas deste soto,
Los cervuos y torcaces
¿Son tuyos por ventura?

DON SANCRO.

Prevenir es cordura
Lo que puede tamerse.

MENDO.

Muy bien haces;
Que siempre dió cuidado la hermosura.

DON SANCRO.

Tú, que por tu llaneza
Y poco entendimiento,
Das ocasion á no guardarse, mira
Si es causa desta caza la belleza
De Sol y de Leonor, y siempre atento
Las guarda, y del peligro las retira.

MENDO.

¿A mí me mandas que doncellas guar-
Pobre villano, rudo! [de,
¿Quién en el mundo pudo,
Por mas que huese honrado, sabio y
La mujer mas cobarde, [fuerte?
En llegando á querer (y más doncella),
Se honor y el de sus padres atropella,
Ni repara en la fama ni en la muerte.
Mírame tú guardar serpientes fieras,
Cocodrilos, dragones,
Osos, tigres, lagartos y leones,
Grifos, escoloprendos y panteras,
Culebras, lagartijas;
Y no guardar doncellas.
Verdad es que tus hijas
Son cuerdas como bellas;
Pero hay hombres, demonios tan soti-
Dando y enamorando, [les,
Y mas si topan las defensas viles,
Que son, Señor, criadas codiciosas,
Que no hay honra segura.

DON SANCRO.

Estoy pensando
Que sabes algo tú.

MENDO.

Si lo sopiera,
Como esto digo aquí, te lo dijera;
Que el no querer guardar á gente moza,
Cuando la nueva sangre les retoza,
Es miedo de que algun amante loco
Me pegue un sopetón.

DON SANCRO.

Traer contigo
Un grabaz, como que estás cazando.

MENDO.

Harélo así; mas todo importa poco.
Ellas vienen.

DON SANCRO.

Silencio, Mendo amigo,
No sepan lo que estábamos hablando.
Haz lo que digo, porque te defiendas.

MENDO.

¿Gentil habar ó villa me encomiendas!
(Vase.)

ESCENA IV.

SOL, LEONOR.— DON SANCRO.

SOL.

¿Cuándo querrá cansarse la fortuna,
Padre y señor, de tantas sinrazones?

LEONOR.

El no vivir con esperanza alguna
En todas las humanas pretensiones
Hace mayor el daño.

DON SANCRO.

A Portugal me trujo un necio engaño
De hallar amparo y á mi mal consuelo.

LEONOR.

No sabe la desdicha mudar cielo.

DON SANCRO.

El Rey teme ofender al castellano
En darme su favor, si está ofendido.

SOL.

Sin el divino, no hay favor humano.

DON SANCRO.

Servirse no ha querido
En paz de mi consejo y experiencia,
Ni en guerra de mi espada;
Antes de su presencia
Parece que me aparta, cuando honra-
Debia ser la mia: [da

¡Mal haya el hombre que del hombre
Dejó la corte, y vine cuerdamente [fia!
A este campo á vivir; que mal pudiera
En Lisboa con honra sustentarme.
Sirveme, como veis, rústica gente;
Y aun no sé si podré desta manera,
Hijas, en tierra ajena conservarme.
Cuanto puede el honor aconsejarme
Es que mudemos todos de vestido,
Por ver si desconoce la fortuna.
A los que tanto tiempo ha perseguido.

LEONOR.

Ya la presumo menos importuna,
Si por otros nos tiene.

DON SANCRO.

¡Ay hijas! cuando viene
Tan alrada, sospecho
Que no ha de haber engaño de prove-
Mejor hubiera sido [cho.
Salir de España; pero ya que el cielo
Para mayor rigor nos ha traído
A tanto desconsuelo,
Mostremos obediencia;
Que rompe los trabajos la paciencia.
Como el cautivo, de la patria ausente,
Que en triste soledad desdichas llora,
Habemos de vivir, mientras que el cie-
[lo

Nos quita la esperanza y el consuelo
De volver á la patria deseada.
Un báculo será de hoy mas mi espada,
Y un gaban mi vestido,
La caza mi ejercicio: y así os pido
(Pues el ejemplo os muestro)
Que imiteis la desdicha con el vuestro.
(Vase.)

ESCENA V.

SOL, LEONOR.

SOL.

No ha sido sin ocasion,
Leonor, este advertimiento.

LEONOR.

Los celos del pensamiento
Previenen la ejecucion;
Que como aquel caballero
Ha dado en venir aquí,
O te culpa á tí ó á mí.

SOL.

Algun desacierto espero
Deste venir tan aprisa
Desde que me vió en el prado.

LEONOR.

Ya con eso tu cuidado
De que le tienes me avisa.

SOL.

Bien conozco que don Juan
Merece amor por quien es,
Y mirándole despues
Tan gentil hombre y galán,
Tan cortés, tan entendido
Como en la fuente le vi;
Pero ¿qué ha de ser de mí,
Si está mi padre advertido?
Pues aguardar á que él pueda
Casarnos, ¿cómo ha de ser?

LEONOR.

Desdichada es la mujer
Que, tan bien nacida, queda
En manos de la fortuna.

SOL.

Muchas suele amor casar.

LEONOR.

Y aun es milagro acertar
De muchas veces alguna.

SOL.

Y esto de dejar las galas
¿Cómo se ha de obedecer?
Que en la mujer suelen ser
Lo que en las aves las alas.
La hermosura mas lucida
Sin las galas se acobarda;
Que no puede andar gallarda
Una mujer mal vestida.
Mas pienso que está engañado,
Porque el disfraz de la aldea
Dará ocasion á que sea
Mas advertido y mirado.

LEONOR.

Tienes, Sol, mucha razon;
Mas despierta y enamora,
Porque dama y labradora
Es extremada invencion.

SOL.

Su propio nombre la llamas;
Que apenas nos ha de ver,
Cuando nos vuelva á poner,
Como primero, de damas.
¿No has visto que, aunque es justicia,
Y de las penas se vale,
Si una premática sale,
Sale tambien la malicia?
Pues lo mismo en las mujeres;
Porque es darles ocasion
A que con nueva invencion
Tengan nuevos pareceres.

ESCENA VI.

JUANA.— SOL, LEONOR.

JUANA.

Yo lo diré desa suerte,
Puesto que pena les dá.

SOL.
¿Qué es eso, Juana?

JUANA.
A la he,
Que no sé cómo lo acierte.
Vienen á ver á Señor
El príncipe don Manuel,
Y otro fidalgo con él,
Que anda aquí con un azor,
Haciendo enredos por veros
Volar al viento suave;
Que, como el amor es ave,
Tiene pájaros terceros.
En un caballo venia
El Príncipe, tan hermoso,
Que, de alentado y brioso,
Su propia espuma bebía;
Y el cazador, si te acuerdas,
En un nevado jazmín,
Barriendo el suelo la clín
Con una escoba de cerdas.
Pero apenas, preguntando,
Se apean en el zaguan,
Y entrando á las cuadras, van
Vuestros retratos mirando,
Cuando con desasosiego
Me llamó y dijo Señor:
«Diles á Sol y á Leonor,
Juana, que se escondan luego,
Y di que en el campo están,
Si te preguntaren algo.»

SOL.
El Príncipe y el fidalgo,
Juana, á pesar, nos verán;
De los celos de Señor.—
Vén, Leonor.

LEONOR.
¿Cómo ha de ser,
Si nos mandan esconder?

SOL.
Pregúntaselo al amor;
Que él te dirá si es posible,
Porque en nuestra condición,
En habiendo privación,
No hay desatino imposible.
(Vense Sol y Leonor.)

ESCENA VII.

JUANA.

Oh, cómo me da contento
De mis amas el cuidado!
Que cierto paje me ha dado
Un pellizco al pensamiento.
Después que el dicho don Juan
Anda en estas arboledas,
Ni las ramas están quedas,
Ni los arroyos lo van.
Este guardarnos Señor
Desta gente palaciega,
Tal vez obliga, y aun ciega,
Para algun notable error.
Como fruta suelen ser
Las mujeres encerradas;
Que, de puro estar guardadas,
Nos venimos á perder.
Bueno es guardarnos, mirando
Por el honor; mas yo sé
Que no es malo que nos dé
El aire de cuando en cuando.

ESCENA VIII.

MENDO.—JUANA.

MENDO.
Huélgome de hallarte aquí.

JUANA.
Y yo no huelgo de verte.

MENDO.
¿Cuánto va, Juana, que traes
Solevantado el calletre?

JUANA.
Malicias nunca te faltan.

MENDO.
Esta cortesana gente
Es propia para el humor
De Señor; porque él pretende
Que á Sol no la mire el sol,
Y que Leonor estuviese
Guardada con diez leones;
Y ellos, á la he, no vienen
Por él.

JUANA.
Pues ¿por quién?

MENDO. Por ellas.
Y si prosigue el Príncipe
Esto de venir á caza,
Yo te digo que ellos vuelen
(Que son halcones reales)
Las dos mozas fácilmente;
Y que no te falte á ti
Cernicalo que te pesque
Entre tanto escuderito.

JUANA.
¿A mí?

MENDO.
Luego tú, no eres
Hija de Adán y de Esgueva
Como las otras, ni tienes
Ya tu poquito de amor?

JUANA.
¿Yo!

MENDO.
Juana, no me lo niegues;
Que se te ve en los quillitros
De los ojos craramente.

JUANA.
¿De qué lo sabes?

MENDO. Permite
Que á verlos, Juana, me acerque.
(Légase.)
Cada uno tiene un hombre.

JUANA.
¿No ves que son transparentes,
Y á ti mismo te retratan?

MENDO.
¿A mí!

JUANA.
Pues ¿á quién?

MENDO. No pienses
Engañarme; que yo sé
Que á algun cortesano quieres;
Que, en teniendo amor las amos,
No hay cosa que mas se pegue,
Y es fuerza que las criadas
Hacer lo que ven intenten.
En un convento en mi tierra
Cantaban, como otras veces,
Los maitines en el coro,
Y estaban (que así los leen)
Unos tras otros diez frailes.
Durmióse el primero, y este
Dió con el cuerpo al segundo;
Y como estaban enfrente,
De fraile en fraile cayeron
Todos diez, como acontece
Cuando juegan á los bolos.
Ya sospecho que me entiendes.
Quiere Sol, y da en Leonor,
Cae Leonor de repente;
De una en otra dan en ti.
¿No quieres que te derruequen?

JUANA.
Grandes tus malicias son.
Mas dime, pues de allá vienes,
¿Cómo ha tomado nuesto amo
La venida de esta gente?

MENDO.
¿Qué me preguntas, si sabes
Lo que siente y lo que teme?
Tener hijas, ó sean feas
O hermosas, es triste suerte:
Feas, no las quiere nadie,
Hermosas, todos las quieren.
Guardarlas es imposible;
Que son hombres y mujeres,
Éllas queso, ellos ratones:
Unas callan y otros muerden.

JUANA.
También los suelen coger.

MENDO.
Yo veo que muchas veces
Queda el queso ratonado,
Y ellos huyen, y se meten
En sus agujeros libres.

JUANA.
¿Qué hace Señor?

MENDO. Entretiene

JUANA.
Al Príncipe.

JUANA.
¿Y don Juan?

MENDO.
Anda mirando si puede
Hallar á Sol.

JUANA.
Tendrá frío.

MENDO.
Teme al viejo, que es valiente,
Honrado y sabio.

JUANA.
Esos son
Los que engañan las mujeres
Con mayor facilidad.

MENDO.
Ya sé yo que cuando quieren,
No hay valentía que valga
Ni discreción que aproveche.

ESCENA IX.

SOL, DON JUAN.—DICHOS.

DON JUAN.
Ventura hallaros ha sido;
Que aunque vuestra luz buscaba,
Como en una selva andaba
En vuestra casa perdido.
No de otra suerte escondido
Tiene, por mayor decoro,
Naturaleza el tesoro
Puesto en tan desierta parte;
Porque no la venza el arte
Por la codicia del oro.
Así suele el peregrino
En noche obscura esperar
La luz que le ha de enseñar,
Mejor que el norte, el camino.
Y así sale el sol divino
Esparciendo sus cabellos;
Aunque á mí sin merecellos,
Por mas claros arreboles,
Me amanecieron tres soles,
Vos y vuestros ojos bellos.
Como despierta el pastor
Cuando le llama el aurora
Con la dulce voz sonora
Del músico ruiseñor,
Que al canto y al resplandor
Mira, aunque alegre, turbado,

Cielo azul y verde prado,
En esta ocasion he sido,
Pues me habeis favorecido
Cuanto me habeis deslumbrado.

SOL.

Mi padre tales desvelos,
Señor don Juan, ocasiona
Solo el ver una persona,
Aunque inútiles recelos,
Que escondidas por sus celos
Yo y Leonor, mi hermana, estamos;
Pero á lo que no pensamos,
Los celos nos solicitan,
Porque aquello que nos quitan
Es lo que mas deseamos.
Siempre resulta engañado
El cuidado de guardar,
Porque nos fuerza á pensar
En la causa del cuidado.
Y como á lo imaginado
Poco los deseos tardan,
Más me animan que acobardan,
Porque, como en vos pensé,
Viéndolos pasar, os llamé
Para ver de quién me guardan.

DON JUAN.

¿No me visteis en la fuente,
A vuestra hermosura atento?

SOL.

Es ahora pensamiento,
Y entonces era accidente.

DON JUAN.

¿Qué os parezco, finalmente,
Ya que para verme os den
Luz vuestros soles también?

SOL.

Un hombre que me han mandado
Que no vea, que ha bastado
Para parecerme bien.

DON JUAN.

Decaos mil veces las maños.

SOL.

No lo digo porque os quiero;
Que hay mucho que ver primero.

DON JUAN.

Nació mi esperanza en vano.
Sol de invierno y de verano
Os considera mi ciego
Amor cuando á veros llevo,
Y todo para matarme:
De verano en abrasarme,
De invierno en ponerse luego.

MENDO. (Ap. á Juana.)

¿Qué atenta estás, sin cansarte,
Juana, de ver y escuchar!

JUANA.

Querría aprender á hablar.

MENDO.

¡Eso debe de faltarte!

JUANA.

Pienso que es esto escucharle,
Y el ver que cuando me miras,
Como borrico sospiras?

MENDO.

Juana, en estas soledades
Habla amor con las verdades,
Como allá con las mentiras.

JUANA.

¿Eres tú muy entendido
Para verdades de amor?

MENDO.

Un escudero es mejor,
Todo de lana embotido?

JUANA.

Mira ¡qué hermoso y poético
Está don Juan!

L.-III.

MENDO.

Es don Juan

Para Sol propio galán;
Pero es razón que te allanes;
Que todos somos don Juanes
Por línea recta de Adán.

DON JUAN.

¿Qué os hace dificultad
Que para querirme importe?

SOL.

El no saber si en la corte
Teneis otra voluntad.

DON JUAN.

De la fuente os acordad,
Donde con agua de olvido
Así bañais mi sentido,
Que se me hubiera olvidado,
Si ha sido lo que ha pasado,
O pasado lo que ha sido.
Ningun hombre tan exento
Vivió como yo viví;
Que aun para querirme á mí
No he tenido pensamiento.
Ahora mi entendimiento
No sabe por dónde huya,
Que á su ser le restituya,
Pues piensa sin libertad
Que si tiene voluntad,
No debe de ser la suya.
De verme están mis sentidos,
Y no sin causa, admirados,
Porque se ven ocupados
Donde se han de ver perdidos.
El alma, que reducidos
Los tenía hasta que os vi,
A ser lo que de antes fui,
Tales teneis á los dos,
Que, despues que vive en vos,
No sabe si vive en mí.

SOL.

Como es el alma invisible,
Hase de creer por fe
El ser lo que no se ve.

DON JUAN.

Aunque es el verla imposible,
En los ojos es visible,
Cuando en su amorosa calma
Toda el alma se desalma.

SOL.

¿Qué calma tan mentirosa!
Porque miran una cosa,
Y tienen otra en el alma.

DON JUAN.

Lo discreto os ha engañado,
Porque quien os mira á vos,
Quisiera entonces que Dios
Mil almas le hubiera dado.

SOL.

A cuantas habréis amado,
Habréis dicho esa terneza.

DON JUAN.

Hasta ver vuestra belleza
Ni amé, ni amaré despues.

SOL.

Andá; que sois portugués,
Y amais por naturaleza.

DON JUAN.

Huélgame que así me honreis;
Que quien portugués no fuera,
Ni os amara, ni entendiera
Lo mucho que mereceis;
Mas, porque no os alabeis,
Que castellana seais
Me pesa.

SOL.

¿En qué lo fundais?

DON JUAN.

En que no sabeis querer,

Ni pagar, ni agradecer,
Porque mas fingis que amais.

ESCENA X.

LEONOR. — Dichos. Despues, DON
SANCHE y EL PRÍNCIPE.

LEONOR.

Sol, Señor viene á buscarte.
No sé qué remedio tenga;
Que quiere el Príncipe verte.
(Salen el Príncipe y don Sancho.)

DON SANCHE.

Aquí están Sol y Leonor,
Mis hijas.

PRÍNCIPE.

Tendréis con ellas
Consuelo en vuestras desdichas
Y descanso en vuestras penas.

DON SANCHE.

Y vos, Señor, dos esclavas.

SOL.

Démos los pies vuestra alteza.

PRÍNCIPE.

Quien tiene tanto de cielo,
¿Por qué se humilla á la tierra?
¿Qué gallardas dos hermanas!
Mucho que vivan me pesa,
Don Sancho, esta soledad.
Mejor su ilustre belleza
Era para hourar la corte.

SOL.

Al destierro de la nuestra,
Señor, pensó nuestro padre
Que el vuestro remedio fuera;
Pero, como la fortuna
Nos viene siguiendo adversa,
En Portugal es la misma.

PRÍNCIPE.

Temerá el Rey que se ofenda
El de Castilla; mas yo
Haré de suerte que tenga
Don Sancho lo que merece.
¿Sois vos Sol? Pero; qué necia
Pregunta! que solamente
Un ciego pudiera hacella;
Que dudar si el sol es Sol,
O fuera ignorancia extrema,
O querer, como las aves,
Aguardar á que amanezca.

SOL.

Yo soy Sol.

PRÍNCIPE.

Nadie en el mundo
Mejor decirlo pudiera.

LEONOR.

Y yo, gran Señor, Leonor.

PRÍNCIPE.

Bien podeis, siendo tan bellas,
Ser la una de la otra,
Sin verse la diferencia,
Espejos, cuando os toqueis.

SOL.

Honrais dos esclavas vuestras.

MENDO.

Juana, llega tú también.
Conozca su reverencia
A Juana, y también á Mendo.

JUANA.

Señor, este es una bestia,
Que no sabe que os llamais
Majestad.

MENDO.

Ya se me acuerda.
Déme los pies vuestra ceme.

G.

JUANA.
Necio, ¿no ves que esa letra
Quiere decir majestad,
Que es cifra con que se abrevia;
Si lo has visto en algún libro?

MENDO.
Señor, esta es bachillera;
Que yo soy un mentecato...
¡Verá el diablo! ¿Quién sopiera
Que la eme es majestad,
Por abreviar su grandeza?

PRÍNCIPE.
Don Juan...

DON JUAN.
Señor...

PRÍNCIPE.
¡Bellas damas!

DON JUAN.
Señor, vuestra alteza advierta
Que es tarde para volverse.

PRÍNCIPE.
Don Sancho...

DON SANCHO.
Señor...

PRÍNCIPE.
Quisiera
Valer mucho con mi padre;
Que aunque os parezca extrañeza,
Por ser hijo, lo que digo,
Sabed que no hay hoy quien pueda
Mas con el Rey que don Juan.
Conocelde; que si llega
A hablarle por vos, no habrá
Cosa que imposible sea
Para el amor que le tiene.

DON SANCHO.
Señor, cuando se me ofrezca
Alguna cosa, vos sois
A quien es justo que deba
Pedir favor: — y con esto,
Dad á mis hijas licencia.

PRÍNCIPE.
Dios os las guarde; y creed
Que habiendo quien las merezca,
De que ya llevo cuidado,
No será poca nobleza
Casallas en Portugal.

DON SANCHO.
No está de suerte mi hacienda,
Que pueda tratarlo agora.

PRÍNCIPE.
No hay en el mundo riqueza
Como hermosura y virtud.
(*Vanse el Príncipe, don Sancho,
sus hijas y don Juan.*)

ESCENA XI.**MENDO, JUANA;**

Juana...

JUANA.
¿Qué quieres?

MENDO.
Que adviertas

El recato de Señor
Y el poco de las doncellas.
Trocaban ojos don Juan
Y Sol. ¿Qué cosa tan ciega
Es este diablo de amor!

JUANA.
¡Buena noche nos espera,
Si Señor nos ha entendido!

MENDO.
Toda la culpa está en ellas.

JUANA.
Son castañas en el fuego;

Que si las ponen enteras,
Luego saltan á los ojos.

MENDO.
Pues para que se estén quedas,
Ya tú sabes el remedio.

JUANA.
Hizo la naturaleza,
Para conservar el mundo,
Este amor.

MENDO.
Y fué discreta
La naturaleza, Juana,
En hacer esa conserva
De las hembras y los machos.

JUANA.
Fué justa correspondencia.

MENDO.
Pues quíereme á mí.

JUANA.
Si haré.

MENDO.
Dame un favor.

JUANA.
Toma. (*Dale y qase.*)

MENDO.
Espera.
Pero no me lleva nada;
Antes pienso que me deja.

ACTO SEGUNDO.

Sala en el palacio real de Lisboa.

ESCENA PRIMERA.**EL REY, LA CONDESA TEODORA.**

REY.
Cuando á don Juan te propuse,
Condesa, para tu esposo,
Y de tu bien cuidadoso,
Preciso término puse
Para que tuviera efecto,
Te vi con tanta alegría,
Cuanto un hombre merecia,
Tan galan, noble y discreto,
Y á quien yo por su valor,
Después del Príncipe, estimo.

TEODORA.

No sin causa me lastimo
De mi fortuna, Señor.
Luego que fuisteis servido
De tratar el casamiento,
Tuve aquel justo contento
Que aquí me habéis referido,
Por las partes de don Juan,
Su entendimiento y valor;
Y él me mostró tanto amor,
Que, procediendo galan,
Con papeles, con paseos,
Todas las noches y el día
Mostraba lo que sentia
Las ansias de sus deseos.
Pero todo este furor
Tan de improviso ha parado,
Que aun lo cortés no ha quedado,
Ya que ha faltado el amor;
Como nube que transforma
En noche el sereno día,
Y el sol que resplandecía
Convierte en oscura forma.
Si me escribe, son razones
Tan llenas de cumplimientos,
Que deben sus pensamientos
Convenir entre renglones.
Si me mira, es á traición;
Lo desatento es mentira,

Que desprecia lo que mira
Quien mira sin atencion.
Si le hablo en que se intenta
La boda que se dilata,
Con mil rodeos me trata
De materia diferente.
No de otra suerte el que debe,
Cuando al que debe encontró,
O finge que no le vió,
O aprisa los pasos mueve;
Como sucede á don Juan
En iguales ocasiones:
Bien diferentes acciones
De marido y de galan.
Así vivo disgustada,
Y en su desprecio he creído,
O que él está arrepentido,
O que yo soy desdichada.
Conmigo está disculpado,
Pues que, pudiendo eximirse,
No deja el arrepentirse
Para después de casado.

REY.

No pudiendo yo haber hecho
A don Juan mayor favor
Que emplearle en tu valor,
No he quedado satisfecho
Del desprecio, porque yo
Vengo á ser mas despreciado;
Por la parte que le he dado
Lo mismo que despreció.
Di verdad. ¿Quién te ha servido
O te sirve? Que recelo
Que son celos tanto hielo,
Y en tanto amor tanto olvido.

TEODORA.

Puedo á vuestra majestad
Jurar por su misma vida
Que ni fui ni soy servida,
Ni he tenido voluntad,
Fuera de don Juan, á hombre
Nacido.

REY.

Muévesme á ira.
El viene: allí te retira.
(*Retírase Teodora.*)

ESCENA II.**DON JUAN, LAIN.—EL REY;
TEODORA, retirada.**

DON JUAN. (Ap. á Lain.)
Aborrezco hasta su nombre.

LAIN.

No lo merece, Señor,
Ni su amor ni su hermosura.

DON JUAN.

Si me estorba mi ventura;
¿Qué hermosura ni qué amor?

REY.**Don Juan...****LAIN. (Ap.)****¡El Rey! (Vase.)****ESCENA III.****EL REY, DON JUAN, TEODORA,
retirada.****REY.**

Aquí estaba
Tratando con la Condesa
De lo que á los dos nos pesa
Ver que por vos no se acaba
De concluir con efecto
El casamiento tratado;
Que, habiéndolo ya mandado,
No ha sido intento discreto.
No os pregunto en su presencia

La causa, porque no hay ley
Que á la voluntad de un rey
Excuse la inobediencia.
¡Por qué procedéis tan mal,
Siendo el que mas interesa,
Pues no hay como la Condesa
Casamiento en Portugal?
La palabra os obligó:
Casaros teneis mañana;
Porque sois vos el que gana,
Y soy quien lo mando yo.

(Vase.)

ESCENA IV.

DON JUAN, TEODORA, retirada.

DON JUAN. (Ap.)

¡Hay tal desdicha! hay rigor
Tan grande? ¡Oh Sol! ¿Qué he de hacer?
¿De qué sirvió merecer
Mi esperanza tu favor,
Si apenas el resplandor
De tu hermosura amanece,
Cuando á mi vida anochece!

TEODORA.

(Ap. ¡Qué suspense se quedó!
¿Qué quiero, qué intento yo
De un hombre que me aborrece?
¿Es posible que he llegado,
Cielo, á merecer tan poco?
Pero mi amor es tan loco,
Que pienso que me ha engañado.
Pero cuando despreciado
De quien no me ha merecido
Quede mi amor, más corrido
Y con mas pena y pesar
Vendrá despues á quedar
De darse por entendido.
No puede haber mas extraño
Linaje de loco amor
Que presumir que es mejor
Que el desengaño el engaño.
Si el desengaño es mi daño,
Mejor es entretenerse
Con el engaño, hasta verse
Dónde el bien pueda gozarse;
Que solo el desengañarse
Es bueno para perderse.)
Si acaso, señor don Juan,
Puede á disgusto obligaros
El ver que para casaros
Tan breve término os dan,
A tiempo estáis que podrán
Desahacerse sin rigor
Los conciertos; que el valor,
Cuando se pierden las dichas,
No sufre que las desdichas
Se atrevan al propio honor.
Si es dejarme de escribir,
Y muchas veces de ver,
Anticipar lo mujer
A lo que está por venir,
Bien os podeis descubrir,
Aunque ya estáis entendido.
No os quiero, aunque os he querido;
Que quien se casa forzado,
Antes de haberse casado
Previene lo arrepentido:
Los reyes, que á Dios imitan
En que de nada hacen algo,
Aunque sois noble fidalgo,
Lo que merezco me quitan.
Por quereros, solicitan
Que á ser mi dueño lleguéis;
Pero vos, que conocéis
La diferencia en los dos
Desde la excelencia al vos,
No amais lo que no podeis.

(Vase.)

ESCENA V.

DON JUAN.

¡Qué confusion tan cruel!
Qué laberinto, qué aprieto!
¡Oh, qué bien dijo un discreto:
«Pequeño mal es aquel
Que el seso puede con él!»
Pues si agora no le pierdo,
Ni dél ni de mí me acuerdo.
Mas cuanto padezco es poco;
Que nunca de un amor loco
Resulta efeto mas cuerdo.
La Condesa con razon
Infama mi proceder:
No sé cómo pueda ser
El darla satisfacion.
Hoy vendrá á ser privacion
Lo que en el Rey fué prianza:
Ya murió la confianza,
¡Oh Sol! de que fueras mia;
Que es inútil la porfía
Dónde falta la esperanza.
Casarme es fuerza, y querer
A la Condesa, que aquí
Me trató tan mal por tí.
Tanto debo al Rey temer,
Porque no le obedecer
Será ocasion de mi muerte.
Pues, si tengo de perderle,
Haz cuenta, Sol, que te vas
Al ocaso, en que jamás
Vuelvan mis ojos á verte.

(Vase.)

Portal en casa de don Sancho, con rejas en
el fondo. Mas allá, campo.

ESCENA VI.

DON SANCHE, con gaban y báculo;
JUANA.

DON SANCHE.

De las tristezas de Sol
Estoy con notable pena.

JUANA.

No te espantes que ande triste,
Viviendo una pobre aldea,
La que enseñada á las cortes,
Era sol de la belleza.

DON SANCHE.

No, Juana; algun pensamiento
La causa tanta tristeza.

JUANA.

Extraña es tu condicon.
Los árboles y las peñas
Deben de serviria aquí.

DON SANCHE.

No presumo yo que sea
De su virtud y valor
Menos que tristeza honesta.—
¡Mendo!

ESCENA VII.

MENDO. — DICHOS.

MENDO.

Señor...

DON SANCHE.

¿Está á punto
El rocín de campo?

MENDO.

Queda
Boca abajo como siempre,
Y esperándote á la puerta
Dos criados y seis galgos.

DON SANCHE.

Haced, en tanto que vuelva,
Algun regocijo á Sol.
Cantad á la portuguesa,
De lo que habeis aprendido,
De suerte que se entretenga.
Haced con los instrumentos
Ruido, porque suspenda
La nueva melancolía
Que estos dias la atormenta.

(Vase.)

ESCENA VIII.

JUANA. — MENDO.

JUANA.

Hacerla quiere ruido,
Como á gusano de seda;
Que las penas y las nubes
Con tempestades atruenan.

MENDO.

¡Ay, Juana! que estos recelos
De Señor no me contentan.
Mucho se atreve don Juan.

JUANA.

No te espantes que se atreva,
Dándole Sol la ocasion.

MENDO.

Para ser Sol tan discreta,
Mucho se fia de un hombre
Tan Mendoza, que si fuera
Don Juan el Principe, creo...

JUANA.

Ni lo digas ni lo creas.

ESCENA IX.

SOL y LEONOR, de labradoras,
bizarras. — DICHOS.

SOL.

¿Fuéste ya Señor?

JUANA.

Ya es ido.

Y sintiendo tu tristeza,
Nos manda que te alegremos.

SOL.

¿Cómo?

JUANA.

Haciéndote una fiesta
Que te divierte. — Ea, Mendo,
Llama esa gente.

(Vase Mendo.)

SOL.

Si viera
Como los ojos del alma,
Que un loco amor me atormenta,
No tratara de alegrarme.—
Agora, Leonor, me cuenta
Lo que Nuño te decía.

LEONOR.

Lisonjas de quien desea
Engañar á una mujer.

SOL.

Tendrá por fácil la empresa,
Porque tienen en lo fácil
Mala fama las doncellas;
Pues en oyendo marido,
Padre y honor atropellan.

LEONOR.

Del Principe está celoso;
Pero no con mucha pena.

SOL.

Desiguales señorías
No compiten con altezas.

LEONOR.

Decirme el Principe amores,
¿No es amor?

SOL.

Cuando lo fuera,

Nunca las desigualdades
Ajustan correspondencias.

LEONOR.
Todo debe de ser gala;
Que es propia naturaleza
De los hombres.

SOL.
Cuanto miran,
Tanto quieren y desean.
Luego que quise á don Juan,
Hice, Leonor, diligencia
Para saber si en Lisboa
Le quedaba alguna prenda
De los amores pasados.
Yo tengo celos, él niega;
Yo me enojo, él jura y miente;
Yo me entristezco, él se alegra.
No sé qué me han dicho, ¡ay cielos!

LEONOR.
Que sirvió cierta condesa
En palacio te habrán dicho;
Pero ni deña se acuerda,
Ni fué mas...

SOL.
No digas mas,
Si se casaba con ella.
LEONOR.
Ya los labradores vienen;
Que los instrumentos sueñan.

SOL.
Después tengo que decírtelo.
Mi pena y tristeza aumentan.

ESCENA X.

MENDO, LABRADORES, MÚSICOS.— SOL,
LEONOR, JUANA.

(Canta Mendo, responde Juana,
y luego los músicos.)

MENDO.
«Barqueriña fermosa, passalme
»Da banda d'alem do rio Tejo,
»Nome de Jesu.»

JUANA.
«Si trazeis dinheiro, eu vos passarei.»

MENDO.
«E si non le tenho?»

JUANA.
«Non vos passarei,
»Nome de Jesu.»

MENDO.
«Nãõ.»

JUANA.
«Nãõ.»

MENDO.
«Y então ¿que fareis?»

JUANA.
«Em la praya vos ficareis.»
(Repiten todos, y bailan los dos.)

MENDO.
«Passalme, miñ'alma; que por vos mor-
ro.»

JUANA.
«Non se move o barco sen prata ou
oro.»

MENDO.
«Ollai, meos ollos, que nãõ le tenho.»

JUANA.
«Ollai, que non queiro.»

MENDO.
«Y então ¿que fareis?»

JUANA.
«Em la praya vos ficareis.»

MENDO.
«Dexalme chegar á vossa falua.»

JUANA. [zumba.]
«Quem entra, é non paga; em passado

MENDO.

«Non se alstam crua, que eu vos pagaré.»

JUANA.

«Em la praya vos ficareis.»
(Repiten.)

ESCENA XI.

EL PRÍNCIPE, DON JUAN Y NUÑO,
fuera de la reja.— Dichos, en el portal.

PRÍNCIPE.

Esconde en esa alameda,
Nuño, los caballos.

NUÑO.

Creo
Que temes que mi deseo
Competir al tuyo pueda.

PRÍNCIPE.

Pues ¿tú miras á Leonor?

NUÑO.

Ojos tengo y alma tengo.

PRÍNCIPE.

Por vida del Rey, que vengo
Sin cuidado y sin amor.
Más altas empresas sigo;
Que otros cuidados me dan;
Que no vengo á ser galán,
Sino solo á ser amigo.
Todo esto puede el amor
Que tengo á don Juan.

NUÑO.

Díre

Al mío que en esa fe
Sin celos sirva á Leonor.

(Vase.)

ESCENA XII.

EL PRÍNCIPE, DON JUAN, SOL,
LEONOR, MENDO, JUANA, LA-
BRADORES, MÚSICOS.

PRÍNCIPE.

Entrarémos preguntando
Por don Sancho.

DON JUAN.

Bien será;
(Ap. Aunque ya mi amor está
Ni temiendo ni esperando.)
(Pasan al portal el Príncipe
y don Juan.)

PRÍNCIPE.

No cese por mí, señoras,
La fiesta.

SOL.

Ahora, Señor,
Lo ha sido con tal favor.

PRÍNCIPE.

¡Qué gallardas labradoras!

SOL.

Soledades de la corte
Me obligan á entretener
Tristezas, si puede ser
Que divertirlas importe.

PRÍNCIPE.

Quien tan bien acompañada
Está de sí misma, creo
Que solo tendrá deseo
De estar consigo ocupada.
(Vanse los criados, los labradores
y músicos.)

ESCENA XIII.

EL PRÍNCIPE, SOL, LEONOR,
DON JUAN.

PRÍNCIPE.

Hermosa Leonor, ¿qué es esto?
Qué traje es este?

LEONOR.

Engañar
La fortuna, que en lugar
Tan humilde nos ha puesto.

PRÍNCIPE.

Aunque es el traje de aldeá,
No con el campo se iguala;
Que no habrá en la corte gala
Que como la suya sea.
Parece, aunque mas se priven
De cortesanos primores,
Que se han vestido de flores
De los campos donde viven.
¿Cómo no hablas, don Juan?
Pero es propio de discretos
Prevenir á los concetos
Mientras que callando están;
Que como es receta amor,
Cuando escribe en su cuidado,
Hace la lengua traslado
Y los ojos borrador.

SOL.

No nace la suspension,
Señor, dese caballero
De ver del traje primero
La mudanza y la razon;
Nace aquel divertimento,
Que por fineza se loá,
De haber dejado en Lisboa
Lo mas del entendimiento;
Que en toda amorosa historia
Que se trata con verdad,
No habla la voluntad
Ausente de la memoria.
Dígame allá vuestra alteza
A la condesa Teógora
Esta, pues la ha visto agora,
Enamorada fineza:
Y sabrá su señoría
Cuán de veras la cumplió,
Si la palabra le dió
De que aquí no la diría.

DON JUAN.

No he dejado sin razon
De hablar, ni porque he dejado
En la ciudad el cuidado
De vuestra imaginacion;
Fuera de que ser podia
El veros causa primera,
Y hablando el Príncipe, fuera
Notable descortesía;
Que, cuando en silbos suaves,
Dulce en esta selva amena
Suele cantar Filomena,
Escuchan las demás aves.
Novedad, Señora, ha sido
El hablarme en la Condesa,
Y de que creais me pesa
Que la quiero ni he querido;
Si bien el Rey, mi señor,
Por ponerme en alto estado,
Muchas veces lo ha tratado;
Pero ninguna mi amor.
Y cuando por vos dejara
Tal estado y tal mujer,
Fineza pudiera ser
Que á estimarla os obligara.

SOL.

Quando yo licencia os di,
Fiada en palabras vuestras
Y en las amorosas muestras,
Para entrar de noche aquí
Por esa puerta secreta;
Tan necia como mujer,
Porque en llegando á querer,
Se pierde la mas discreta;
Ignoraba la traicion
Con que pensasteis vencerme,
De que es tan justo ofenderme,
Como es dejaros razon.

Sin vos viviré y sin mí
Entre aquestas asperezas,
Porque mis propias tristezas
Tomen venganza de mí.

DON JUAN.

Señora, á tan grande engaño
Mal podrá satisfacer
Quien ya comienza á temer
Mas la desdicha que el daño.
No ponga vuestra aspereza
Mala voz á fe tan pura,
Que sola vuestra hermosura
Puede igualar mi firmeza
Todos cuantos han amado
Hasta que yo vuestro fui,
Boy aprendieran de mí,
Como no hubieran pasado.
Aquí vive mi verdad:
Vos sois el bien que desea,
Vos haceis la corte aldea,
Y corte la soledad.
Más firme que antigua palma,
Tanto estimo mi tormento,
Que envidia mi pensamiento
La inmortalidad del alma.
No hay oro que en el crisol
Mas que mi fe limpio quede;
Que no sois vos Sol que puede
Ni aun tener celos del sol.
Si ingrata á vuestra belleza,
Los tenéis desca Teodora,
¿Qué culpa tienen, Señora,
Mi desdicha y mi firmeza?
Mirad qué seguridad
Queréis tener de mi amor,
Aunque ninguna mayor
Que mi propia voluntad.

SOL.

¡Oh cuánto mal puede hacer,
Por mas que el temor asombre,
El saber hablar un hombre,
Y escuchar una mujer!
De palabras de fingidos
Nombres pienso, pues lo eres,
Que se hizo en las mujeres
La cera de los oídos.
Y como con el calor
De amor se derrite luego,
Estran á burlar el sosiego,
Y por ventura el honor.
¡Oh, si para hacer constante
La mujer, el cielo hiciera
Que esta defensa de cera
Fuera puerta de diamante!
En fin, ¡tengo de creer
Por verdades tus mentiras!

DON JUAN.

Si lo que me dices miras,
¿Qué dudas puedes tener?

SOL.

¿Engañarme?

DON JUAN.

¿Qué rigor!

SOL.

¿Cierto?

DON JUAN.

No me des enojos.

SOL.

¡Ay, don Juan.

DON JUAN.

Por tus ojos.

SOL.

¡Buen juramento!

DON JUAN.

El mayor.

SOL.

¿Por qué?

DON JUAN.

Son la luz que veo.

¿Quién lo dice?

SOL.

DON JUAN.

Tu beldad.

SOL.

¿Qué mentira!

DON JUAN.

¿Qué verdad!

SOL.

Loca estoy, pues que te creo.

ESCENA XIV.

JUANA.— Dichos.

JUANA.

No faltará pesadumbre.
Señor llegó, y se volvió.

PRÍNCIPE.

¿Por qué no entró?

JUANA.

¿Qué sé yo?

Por su celosa costumbre.
Allá va con una cara
De hombre que ha perdido al juego.

LEONOR.

Que no le culpeis os ruego.

SOL.

Es viejo, en nada repara.

PRÍNCIPE.

¿Supo que yo estaba aquí?

JUANA.

Sí, Señor.

PRÍNCIPE.

¿Celoso efeto!

LEONOR.

No os ha perdido el respeto;
Que es su condicion así.

PRÍNCIPE.

Pues mirad qué me mandáis.—
Vámonos, don Juan.

DON JUAN.

Los cielos

Os guarden.

SOL.

De tener celos,

Y mas si vos me los dais.
(Vanse el Príncipe y don Juan; Juana
los acompaña y vuelve.)

LEONOR.

El Príncipe se ha enojado.

SOL.

Y justa razon ha sido.

LEONOR.

¿Descortés término!

SOL.

¡Extraño!
(Vuelve Juana.)

JUANA.

Saliedo el Príncipe, dijo:
«Todo es honra este Mendoza,
Todo es presuncion y brios.»

ESCENA XV.

DON SANCHE, MENDO.— SOL,
LEONOR, JUANA.

MENDO.

Yo, Señor; ¿qué culpa tengo?

DON SANCHE.

¡Buen criado!

MENDO.

Yo te sirvo

Con lealtad.

DON SANCHE.

Mientes, villano;

Porque si me hubieras dicho
Que esta gente entraba aquí,
Remedio hubiera tenido.

MENDO.

¿Gente es un príncipe, que hoy
Del rey don Manuel es hijo,
Y mañana será rey?
Si por manto de soplillo
Me dieran un pontoon,
¿Qué hicieras despues conmigo,
Mas que llamar á los cregos,
Y con la cruz y dos cirios
En un latín por la posta
Soterrarme á medio oficio,
Dándome dos hisopadas,
Sin kiries y parcemicos,
Como á los ricos entierran?

DON SANCHE.

Ya ¿no estabas advertido
De traer un arcabuz?

MENDO.

No entiendo lo del gatillo;
Que lo demás...

DON SANCHE.

¿Qué?

MENDO.

Tampoco.

LEONOR.

¿Qué es esto, Señor?

DON SANCHE.

¡Qué lindo

Donaire! Entráos allá dentro.

LEONOR.

Pues ¿de qué estás ofendido?
¿Qué culpa tiene mi hermana,
Si el Príncipe?...

DON SANCHE.

¡Buen principio

De disculpa! Y el don Juan
Entre renglones.

LEONOR.

Su oficio

De camarero mayor,
O mayor caballero,
Le traen; no Sol ni yo.

(Vanse Sol y Leonor.)

ESCENA XVI.

DON SANCHE, MENDO, JUANA.

DON SANCHE.

Y á vosotros, enemigos...
De mi honra y de mi vida,
¿Qué os han dado ó prometido?

JUANA.

Yo, Señor, ¿qué culpa tengo
Si folijé? Mendo dijo
Que tú lo habías mandado.

MENDO.

¿Dar en Mendo!

DON SANCHE.

¡Mal nacido!

Hoy morirás á mis manos.

MENDO.

Trátame bien, te soprico;
Que con un za que toviere
Tan soldemente, añadido
Al Mendo, huera Mendoza.

DON SANCHE.

¡Ingratos, desconocidos!
¡Vive Dios!...

JUANA.

Huyamos, Mendo.

MENDO.

Huye, no saque el cochillo.
(Retranse.)

DON SANCHO.

¡Esto es hijas! Mas valiera
Que nunca hubieran nacido.
Mas yo sé lo que he de hacer
Bonde es tan cierto el peligro;
Que contra el poder no hay fuerza,
Ni contra el agravio olvido.

(Vanse.)

Salon de palacio.

ESCENA XVII.

TEODORA, NUÑO.

TEODORA.

Extrañas cosas me refieres.
NUÑO.

Mira,

Bella Teodora, que aunque soy celoso,
Donde suele ser propia la mentira
(Que lo mismo es celoso que envidio-
Todas son verdaderas. [so],

TEODORA.

¡Oh, si antes me dijeras
De don Juan el engaño!
Pero aun está por suceder el daño,
Pues esta noche el Rey casarme intenta,
Que fuera para mí notable afrenta.

NUÑO.

Hay una quinta, que la mar combate
Con uno y otro embate,
Cuyo pié bañan infinitas sumas
De nácares y espumas,
Fingiéndole un jardín de mil colores
Las algas, yerba, los corales, flores,
Aunque á veces en círculos deshechos,
Salpican las pizarras de los techos.
Tiene á la parte de la tierra enfrente,
Como en conversacion, puestos en tor-
Seis olmos por adorno, [no
Doseles de una silla y de una fuente.
Aquí vive, Teodora, aquel valiente
Don Sancho de Mendoza,
Que por sus hechos este nombre goza,
Con dos hijas, milagros de hermosura,
Con mas merecimientos que ventura:
Sol y Leonor hermosa.
La Sol es de don Juan prenda amorosa.
Por ella te desprecia.

TEODORA.

No hará, Nuño, no hará; no soy tan ne-
NUÑO. [cia.

La Leonor fuera mía,
Porque la vi tambien el mismo día;
Mas, como es arrogante, [te,
Aunque el Principe finge ser su aman-
Porque en Castilla tratan de casalle,
Me mata con miralle y con hablalle.
Venganza de don Juan es cuanto digo,
Porque para encubrir sus pretensiones
Al viejo ilustre, le llevó consigo.
Tú, si de mis razones
Has hecho ya conceto,
Agradece con ánimo discreto
El noble aviso de su falso engaño.

TEODORA.

Aunque es de amor castigo el desenga-
Le estimo y agradezco. [no,

NUÑO.

Si algun premio merezco,
Solo el silencio os pido.

TEODORA.

Mi amor te deberá su justo olvido.
(Vase Nuño.)

ESCENA XVIII.

TEODORA.

Salid del alma huyendo,
Mal empleado pensamiento mio;
Que aun de pensar me ofendo
El ciego error de tanto desvario.
No mas, salid; no mas, mudad de inten-
O negaré que sois mi pensamiento. [to,
No mas vana porfia;
Que tanta ingratitud os ha deshecho.
Loca esperanza mía,
Salid tambien de mi abrasado pecho,
Porque si vuelvo á amar escarmentada,
Mármol seré, que no mujer burlada.

ESCENA XIX.

DON JUAN. — TEODORA.

DON JUAN.

Del Principe, mi señor,
Le traigo á vuestra excelencia
Un recado, si licencia
Me permite su rigor;
Que ya me turba el temor
De tan injusta aspereza.

TEODORA.

¡Qué es lo que manda su alteza?

DON JUAN.

Siendo contrarias las dos,
¿Cómo se juntan en vos
La crueldad y la belleza?

TEODORA.

¡Yo cruel! De vos me espanto,
Que ni galan ni marido,
Lo que sois no habeis querido
Declarar en tiempo tanto.
Si yo os he querido cuanto
Conoceis, ¿por qué llamais
Cruel á quien despreciais?
Reloj de sol pareceis;
Que no mas de sombra haceis,
Mas nunca las horas dais.
Comparacion extremada
De quien apenas me nombra
De un sol castellano sombra,
Y como sombra estimada.
Pero ya desengañada
De vuestros vanos antojos,
Tanto siento mis enojos,
Que si reloj de agua hubiera
Como de sol, yo le hiciera
De lágrimas de mis ojos.
Justamente desconfío
Cuando veo que os ha dado
Tanto sol, que, de abrasado,
Estáis para mí tan frio.
Pero en sus mudanzas fio
Que bien podrá escurecerse,
Y vengándome, esconderse
Cuando le pensais gozar;
Que sol que está junto al mar
No está lejos de ponerse.—
Pero ¿qué es lo que os mandó
Decir el Principe?

DON JUAN.

Quiero
Satisfaceros primero.

TEODORA.

Pues eso no quiero yo;
Que quien me desengañó
Sabe que sois desleal,
Y que ese sol celestial,
Nueva de amor maravilla,
Aunque ha nacido en Castilla,
Os abraza en Portugal.

DON JUAN.

Siendo así que no gustais

De oirme, bella Teodora,
Dice el Principe, Señora,
Si es que crédito me dais,
Que al Rey seis días pidais
Que espere para casarme,
Porque quiere acompañarme;
Que bien los han menester
Las galas que quiere hacer
Para servirlos y honrarme.
Su alteza pide esto, y yo
Que las colores me déis.

TEODORA.

Al Principe le diréis
Que hicisteis lo que os mandó,
Y que mi honor respondió
Que os daba infinitos años,
Con tan justos desengaños,
Para que tengais lugar,
No de galas que sacar,
Sino de pensar engaños.
Las colores de mi gusto
No pienso que las querreis;
Las de mi rostro podréis
Trasladar de mi disgusto.
Que la vergüenza y el susto
Ya de colores esmalta:
Será la gala mas alta
Que halleis en esta ocasion,
Porque vistais la traicion
De la vergüenza que os falta. (Vase.)

ESCENA XX.

DON JUAN.

Todo soy confusiones,
Todo desdichas, todo pensamientos.
¡Oh amor! ¿en qué me pones!
¡Qué nave combatida de los vientos
Se ha visto en mas confusa desventura,
Adivinando el norte en noche oscura?
Qué preso fugitivo
Mas temeroso á las espaldas siente
El juez ejecutivo,
Volviendo á instantes la turbada frente,
Que yo este casamiento, que me asom-
bra,
Pues busco el sol y me persigue sombra?
En tan dudosas calmas
El ver el puerto solicito en vano.
¡Oh Sol! troquemos almas.
Yo seré con la tuya castellano;
Tú con la mía, hermosa portuguesa,
Porque no nos conozca la Condesa.

ESCENA XXI.

MENDO. — DON JUAN, sin verlo.

MENDO.

¡Si le hallaré por aquí?
Que vengo todo tembrando,
Porque estoy mas ducho á ver
Los campos que los palacios.
Allá la inocencia vive
Sin melindre y sin recato;
Por acá las lenguas dulces
Y los corazones falsos.
¿Qué tienen que ver las frores
De que se visten los prados
Con estos dorados techos
Sobre columnas de mármol,
Y ver nacer una fuente
Los cristales relozando
Con las arenillas de oro
Entre los piés de un peñasco,
Y ver al alba risueña
Cantar los dulces pájaros,
Con el ruido y los greitos
De aquestos soberbios patios?
Mejor canta un silguerrillo
Sobre la copa de un árbol

Que el mejor procurador
Y mas llovido escribano.
¡Preitos! ¡Oh buego de Dios!
Bien bayan los verdes llanos,
Papel en que el cielo escribe
Trigos, frutos y ganados.—
Pero ¡no es aquel don Juan,
Que está suspenso mirando
La pelusa de los aires,
Que ensucia del sol los rayos?
¡Ah caballero! ¡A quién digo?
¡Ah Señor!

DON JUAN.
¡Ay cielo santo!

MENDO.

¡No me conoce? Yo soy
Mendo, el mozo de don Sancho,
El que le abría estas noches
La puerta cuando mi amo
Estaba acostado.

DON JUAN.

¡Oh Mendo!
No te admires que cuidados
Y desdichas me suspendan.
Conjuráronse en mi daño
Los cielos, amor y un rey:
Mira ¡qué fuertes contrarios!
¿Cómo está el ángel de Sol?

MENDO.

El ángel, Señor, volando,
Y el Sol llorando por vos;
Que debéis de ser nublado.
Todos tenemos salud,
Gracias al Rey de lo alto,
Leonor, Señor, Juana y yo
Y con los demás criados,
El cuartago de Señor
Y el rocín en que va al campo,
Flacos como vos tambien,
Porque están enamorados.
Este papel os envía...
No entendais que es el cuartago,
Porque aun no sabe escribir,
Sino Sol, que os quiere tanto,
Con mas lágrimas que letras;
Y díjame que un abrazo
Me dariades de porte;
Que haría mejor huera un sayo.
Mas dicen que los señores
Ya pagan solo abrazando;
Que han dado en ser amorosos,
Discretos y cortesanos.

DON JUAN.

Nunca yo fuera señor,
Mendo, de un ajeno estado;
Pero en esa bolsa llevas
Pienso que son cien cruzados,
Porque si para abrazarse
Se cruzan, Mendo, los brazos,
Cruzados lleveis los míos.

MENDO.

Dios os guarde tantos años
Como un avariento rico
A un hijo galán y franco.
Nunca a vuesa casa llegue
Preito, ni bueno ni malo,
Ni en vuesa vida os obligue
Aquello de *sepan cuantos*.
Jamás con palabras dulces
Os engañe amigo falso,
Ni a quien hiciéredes bien
Os salga traidor, ingrato.

DON JUAN.

(Lee.) «Señor mío, ¡Ap. ¡Señor vuestro!
Sol mío, decid esclavo.»
«Ya mi vida, ya mis dichas
Con perdersos se acabaron.»
(Ap. ¡Válgame el cielo! ¡Tan presto
Ha sabido que me caso?)
«Mi padre, viendo que el Rey

«Tan áspero se ha mostrado,
«Hoy nos manda prevenirnos
«(Mirad si me quejo en vano)
«Para volver á Castilla.
«Hoy está determinado
«De besar la mano al Rey,
«Y que vamos caminando
«A Sevilla, donde tiene
«Deudos que le den amparo.
«Por lo que debéis, os pido,
«A estos ojos, que bañando
«De lágrimas el papel,
«Escriben mas que la mano,
«Que me veais, pues podeis
«Llegar al coche entre tanto
«Que está mi padre en Lisboa;
«Que no es mucho, pues me parto
«A morir por vuestra causa,
«Que viva este breve espacio.—
«Vuestra Sol, esposo mío.»
—¡Cielos! ¡Qué espera aguardaudo
Quien amó con tanta dicha
Para ser tan desdichado?
Amor, tus alas me presta.

(Vase.)

ESCENA XXII.

MENDO.

¡Qué es esto que le ha tomado?
¡Ah Señor, Señor! ¡No escucha?
Yerra con notable daño
La ciudad en no hacer
Hospital de enamorados.
Pero si no los hubiera,
¿Cómo medrara el criado,
La alcayuela y el cochero,
Huésped de cama de campo?
Caso extraño es ver que un hombre
Encubra á su secretario
Su dama, y luego la fie
De un cochero y de un lacayo.
¡Bien haya amor, por quien tengo
Estos benditos cruzados,
Que me han de hacer caballero,
Naciendo un pobre villano!
Que con oro y con favor
Cualquiera da sayo pardo,
Habiendo sido borrico,
Bosteza para caballo.

(Vase.)

Campo.

ESCENA XXIII.

SOL, LEONOR, con capotillos y som-
breros de camino; JUANA, FER-
NANDO, RISELO.

SOL.

No pasémos adelante
Hasta que mi padre venga.

FERNANDO.

Podrá ser que le detenga
El Rey.

LEONOR.

¡Qué firme y constante
Ha estado en que ha de salir
De Portugal!

SOL.

Di al cochero,
Fernando, que aquí le espero;
Que no es razon proseguir
El camino comenzado,
Sin él.

RISELO.

A esperar convida
La verde alfombra tejida
De las flores deste prado,
Que de nuevo se han vestido

Cuantas tienen sus riberas;
Aunque con dos primaveras,
¿Qué mucho que esté florido?

SOL.

Con mas amenos despojos
Esmaltara sus colores
Si dieran alma á sus flores
Las lágrimas de mis ojos.
¡Ay Leonor! ¡qué confianza
Podré tener de don Juan,
Cuando ya espirando están
Las fuerzas de mi esperanza?
Escribille que viniese
A verme en esta partida,
Para que mi corta vida
Este consuelo tuviese;
Y con ser causa del daño
Que por su ocasion padezco,
Aun respuesta no merezco.
A tanto amor, ¡tanto engaño!
Justo castigo, Leonor,
De mi loco pensamiento.

LEONOR.

Por no tener sufrimiento
Llamaron fuego al amor;
Que no pudiendo su llama
Hasta su esfera parar,
Arde amor hasta llegar
A la vista de quien ama.

SOL.

Pues si el fuego y el amor
Producen un mismo efeto,
¿Qué te admira mi inquietud?

ESCENA XXIV.

MENDO. — DICROS.

MENDO.

¡Parado el coche, y paciendo
Los caballos desuncidos?
Ellas son.

JUANA.

Pienso que es Mendo,
Señora, el que viene allí.

SOL.

Y ¡viene solo?

JUANA.

No veo
Otra persona.

SOL.

¡Ay de mí!

MENDO.

Discretamente habeis hecho
En deteneros aquí,
Y aun huera mejor volveros;
Que andaba Señor despaño
Para habrar al Rey.

SOL.

No puedo;

Mendo, dejar de seguir
Las iras de sus preceptos.
Muere por verme apartada
De Lisboa.

MENDO.

El caballero

A quien llevaba el papel,
Como suele entre humo y fuego
La bala del arcabuz,
Salí, Señora, en leyendo
El papel, que fué la cuerda.

SOL.

¿Sin decirte nada?

MENDO.

Pienso

Que la respuesta es venir.

JUANA.

Tenlo, Señora, por cierto;
Que allí vienen muchos hombres.

FERNANDO.

De una carroza salieron,
Y vienen tras de nosotros.

ESCENA XXV.

DON JUAN y LAIN, y dos criados con
máscaras y arcabuces. — DICHOS.

DON JUAN.

Dejad las mujeres luego,
Villanos.

RISELO.

Huye, Fernando.

(Vanse Ríselo y Fernando.)

JUANA.

¡Ay Mendo!

MENDO.

¡Ay Juana!

JUANA.

¿Qué haremos?

SOL.

Señores, si el oro acaso...

DON JUAN.

Vos sois el oro que vengo
A buscar.—¡Hola! A esos olmos
Atad fuertemente, y presto
(Porque seguirmos no puedan,
Y esté el robo mas secreto),
A esos dos villanos.

LAIN.

Muestre

Las manos.

(Atanloc.)

JUANA.

Paciencia, Mendo.

MENDO.

Paciencia.

DON JUAN.

Estas dos señoras
Volando vayan, Marcelo,
En ese coche á Lisboa.

SOL. (Ap.)

¡Esto me faltaba, cielos!

(Llévanse á las damas; y quedan atados
Juana y Mendo.)

ESCENA XXVI.

MENDO y JUANA, atados á sendos
árboles.

MENDO.

¡Buenos habernos quedado!

JUANA.

Que nos ataron sospecho
Para blancos de sus balas.

MENDO.

De azotes no escaparemos,
Como las hijas del Cid,
Aunque yo no lo parezco.

JUANA.

Mis amas me dan dolor.

MENDO.

Muriéndome estoy de miedo.
¡Hay en esta tierra lobos?

JUANA.

Suelen bajar desos cerros
Y comerse los pastores.

MENDO.

A tener entendimiento,
Mejor asieran de tí.

JUANA.

Yo, Mendo, reliquias tengo.

MENDO.

Y yo, Juana, cien cruzados:
Pues con ellos muy bien puedo
Estar seguro.

ESCENA XXVII.

DON SANCHO, de camino, por una
altura. — DICHOS.

DON SANCHO.

Gran yerro

Hice en mandarlas partir.
Díome el honor el consejo,
Y es colérico el honor.

MENDO.

Allí un caminante veo.—

¡Señor!

JUANA.

¡Señor!

MENDO.

Caballero,

Dadnos favor.

DON SANCHO.

Voces oigo.

Sean quien fueren los dueños,
Yo tengo de ver lo que es.

Algunos ladrones fueron

Los que á dos olmos ataron...

—Mas ¿qué digo? ¿No son estos

Mis criados?

JUANA.

¿Es Señor?

MENDO.

¿No lo ves?

DON SANCHO.

Gran mal sospecho.

¿Cómo ó quién os puso aquí?

JUANA.

Señor, por aquí vinieron
Con máscaras y pistolas
Ciertos hombres encubiertos,
Que en un coche se llevaron
A Sol y á Leonor.

DON SANCHO.

¿Que puedo,

Cielos, oír tanto agravio,
Sin que me mate primero
Mi desdicha! Culpa tuve
En dejarlas. ¿Van muy lejos?

MENDO.

No, Señor.

DON SANCHO.

¿Hay tal traición!

¿Tanto agravio á mí? ¿Á un Mendoza!
(Vase.)

ESCENA XXVIII.

JUANA, MENDO.

JUANA.

Mendo, vámosle siguiendo;
No vueivan los salteadores.

MENDO.

Mejor lo ha entendido el viejo.
No hayas miedo que las maten.

JUANA.

¿Si es don Juan?

MENDO.

Tenlo por cierto.

JUANA.

¡Gran maldad!

MENDO.

La alcayuela, dices eso?

JUANA.

Y tú ¿qué has sido?

MENDO.

Lo mismo.

JUANA.

Yo, Mendo, perdida quedo;
Que tú llevas cien cruzados.

MENDO.

En las espaldas los temo.

ACTO TERCERO.

Salon de palacio.

ESCENA PRIMERA.

EL REY, EL CONDESTABLE
DE PORTUGAL.

REY.

En fin, ¿quedan, Condestable,
Firmados ya los conciertos?

CONDESTABLE.

Serán para siempre ciertos,
Durando la paz estable
De Castilla y Portugal,
Y en los conciertos dichosos
De los nuevamente esposos
La descendencia real.

REY.

Vivirá con firme ley
La paz y amistad que espero.

CONDESTABLE.

De don Felipe Primero,
Archiduque de Austria y rey
De Castilla, y doña Juana,
De Fernando y Isabel
Hija, oh claro Emanuel,
Ella reina castellana,
Y él de Aragon y Sicilia,
Desde hoy podeis esperar
Lo que el cielo ha de aumentar
Vuestra gloriosa familia.

REY.

Es muy hermosa la infanta
Doña Catalina?

CONDESTABLE.

Creo

Que aumenta el dichoso empleo
Gracia y hermosura tanta.

REY.

Dad al Príncipe esa nueva.
Id á hablar con él.

CONDESTABLE.

El cielo

Os guarde.

(Vase.)

ESCENA II.

EL REY.

Ya no hay recelo
De que la envidia se atreva
A contrastar amistades,
Que inviolables ha de hacer
Dar al Príncipe mujer
De tan altas calidades.
El dar al Oriente leyes
No puede ser gloria igual
Como honras á Portugal
De los católicos reyes.

ESCENA III.

MENDO. — EL REY.

MENDO.

(Ap. Pensando que soy bufon,
Aquestos de los cochillos,
Colorados y amarillos,
Como en Castilla lo son,
Me han dejado entrar. No hay hombre
Que me pregunte quién soy,
Si bien donde entrando voy
No hay sombra que no me asombre.
¡Cosa que me quede acá!
Pero no me quedaré;
Que de mi desdicha sé

Que ninguno me querrá.
Un caballero está aquí.
Por don Juan pescudar quintero.)
¡Oye, señor caballero?
¿Hace caso de mí?
(Ap. ¡Qué grave está del favor
De su rey! Y es justa ley,
Pues habra al Rey; porque el Rey
Figura á muese Señor.)
¡Oye, Señor?

REY.
(Ap. ¡Qué notable
Persona! No hay mas que ver.
Esto debe de traer
De Castilla el Condestable.)
¿Cuándo veniste?

MENDO.
Señor,

En este punto.

REY.
¿Qué gracias
Tienes?

MENDO.
A decir desgracias,
Hubiera dicho mejor.

REY.
¿Tántas tienes?

MENDO.
He llegado
A ser dichoso en tener
Tantas, que no puede ser
Que sea mas desdichado.

REY.
¿Cantas? ¿Tañes?

MENDO.
Allá huera
Con Juana suelo cantar.

REY.
¿Es tu mujer?

MENDO.
No hay tratar
Que por marido me quiera;
Que tiene tal sopiteza
Y señoril fantasía,
Que me tiró ell otro día
Una mano de almirez.

REY.
¿Quién es Juana?

MENDO.
Una criada

De Sol.

REY.
¿Quién es ese sol?

MENDO.
Es hija del español
Mejor que ha ceñido espada,
Que es don Sancho de Mendoza;
Y á fe que, aunque es buena el ama,
Que no (para no ser dama)
Monda nisperos la moza.

REY.
¿Es tu señor muy valiente?

MENDO.
Es hombre que de un revés
Mató á dos, y fueran tres
Si ell otro estuviera en frente.

REY.
(Ap. Esto tiene algun secreto.)
¿A qué veniste á palacio?

MENDO.
Es cuento para de espacio;
Que estamos con grande aprieto,
Y solo vengo á traer
Cierta papel á don Juan
De Castro, el bravo, el galán;
Mas nadie lo ha de saber.

REY.
A ver, muestra.
MENDO.
Es muy secreto.

REY.
Pues ¿qué importa verle yo?

MENDO.
No, no; que me le metió
El propio en el balsepeto
Para que nadie le viesse
Cuando por él pescudase,
Y á ninguno le mostrase
Hasta que á don Juan le diese.

REY.
Muestra, villano.

MENDO.
Señor,
Estése quedo. ¡El cochillo
Empuña!

REY.
Suelta, hombrecillo.

MENDO.
¿Qué quiere? No soy mayor.
¡El papel rasga! El dimuño
Hoy me ha traído á palacio;
Que en él, quien no tiene estrella,
No medra mas que cuidados.

REY.
No es de mujer el papel.
La firma dice don Sancho.
(Lee.) «No suelen los caballeros
»Que se precian de fidalgos
»Hacer á los que lo son
»En el honor tanto agravio.
»Si el señor Principe ha sido
»Cómplice y está culpado,
»No puedo yo con su alteza
»Tratar de mi desagravio;
»Con vos sí, que sois mi igual,
»Que os honro para mataros:
»Y así, os reto y desafío
»Por traidor y amigo falso.
»Junto á Belen estaré,
»Esperándoos en un barco
»Mañana de sol á sol,
»Para que juntos nos vamos.
»De la otra parte del mar,
»Adonde solo, en el campo
»Sustentaré lo que digo.—
»El castellano don Sancho.»
¡Hola!

ESCENA IV.

NUÑO, TRISTAN.—DICHOS.

NUÑO.
Señor...

REY.
Con secreto
Encerrad á este villano
Hasta que os mande otra cosa. (Vase.)

TRISTAN.
¿Qué has hecho, rústico?

MENDO.
El diablo
Me engañó. ¿No me conoce?
Mendo soy.

NUÑO.
Este es criado
De don Sancho de Mendoza,
El fidalgo castellano,
Padre de Sol y Leonor.

TRISTAN.
No es sin causa el encerrarlo.—
Ea, camina.

MENDO.
¿Soy toro,
Que me encierran?

NUÑO. (Ap. á Tristan.)

He pensado
Que ha sabido el Rey que sirve
El Principe, ó yo me engaño,
á Leonor; y como trata
Casarle, estará enojado.

MENDO.
¿Oyen, señores?

TRISTAN.
¿Qué quierens?

MENDO.
Si el encierro va de espacio,
No se olviden de enviarme,
Cuando coman, algun prato.
Será la primera vez
Que me dén algo en palacio.
(Vanse.)

Playa.

ESCENA V.

DON SANCHO, con capa de color;
JUANA.

DON SANCHO.
Vuélvete á Lisboa, Juana,
Si le entregaste la ropa
Al arraez.

JUANA.
En la popa

La puse.
DON SANCHO.
Aun es de mañana;
Que el sol en cercos de grana
Rayos á la tierra envía
Desde la cuna del día.

JUANA.
Triste estás, Señor. ¿Qué tienes?

DON SANCHO.
Muchos males, pocos bienes.

JUANA.
Tu pena aumenta la mía.
¿Adónde tan solo vas?
¿Sabes de Sol y Leonor?
Porque sin gente, Señor,
En grande peligro estás;
Que aunque es verdad que podrás
Fiar del nombre famoso
De Mendoza el belicoso,
Que tienes en toda España,
El que vive en tierra extraña
Siempre ha de estar receloso.
No es buen modo de cobrar
Las hijas que te han robado,
Con sola tu espada al lado
En un barco por la mar.

DON SANCHO.
Cerca me voy á informar,
Donde hallar nuevas espero.

JUANA.
Esa ropa, ese dinero
Que me has mandado traer,
¿De qué efeto puede ser
Contra tan gran caballero?
Es don Juan de Castro á quien
Mas quieren en Portugal
Los reyes, por principal
Y por su valor tambien;
Míralo primero bien,
Como discreto ofendido;
Que de un rey favorecido
Y de un príncipe estimado,
Adonde vas confiado
Volverás arrepentido.

DON SANCHO.
Juana, no voy á cobrar

Mis hijas, sino mi honor;
Y porque sé que el amor
Es quien te ha enseñado á hablar,
Te perdono aconsejar
Con tu ignorancia mis canas.

JUANA.

¡Plega á Dios que salgan vanas
Mis sospechas! El te guarde. (Vase.)

ESCENA VI.

UN BARQUERO.— DON SANCHE.

BARQUERO.

Mirad, fidalgo, que es tarde,
Y con estas tramontanas
Podrémos salir agora,
Haciéndonos á la vela.

DON SANCHE.

Al caso que me desvela
Pensé salir al aurora;
Farda, porque léjos mora,
Un caballero, un amigo,
Y por eso no prosigo
La jornada adonde voy;
Que con harta pena estoy,
Si se ha de embarcar conmigo.
Paseáos por esa playa;
Que á su tiempo os llamaré,
Porque no me embarcaré
Si no es que conmigo vaya,
Y serviréis de atalaya,
Por si algun criado envía.

BARQUERO.

Por mí, mas qué pase el día.
Llamadme en siendo ocasion. (Vase.)

ESCENA VII.

DON SANCHE.

¡Qué propia de la traición
Fué siempre la cobardía!
Aunque no puedo creer
Que un hombre tan principal
Pueda, con término igual,
Ni salir ni responder.
Es indigno proceder
De lusitano valor.
Tres hombres ¡bravo rigor!
Se apean de un coche allí.
Si ellos vienen contra mí,
Mucho debo á su temor.
Esforzad (pues razon llevo),
Corazon, las bien nacidas
Canas, que en sangre teñidas,
Parecerán de mancebo:
Cumpliréis con lo que debo
Al valor que el nombre goza.
Ya la sangre se remoza
De ver que el honor cobrais.
¡Qué son tres, si os acordais,
Corazon, que sois Mendoza?

ESCENA VIII.

EL REY, NUÑO, TRISTAN.—
DON SANCHE.

REY.

Aguardáos los dos allí.

DON SANCHE.

(Ap. Ya se dividen los tres,
Y viene el uno. El Rey es.
¡Si viene á buscarme á mí!)
¡Gran señor! Pues ¡vos aquí!

REY.

Aquel airado papel
Que á don Juan (ó á mí por él)
Escribiste, castellano
Valiente, vino á mi mano,

Aunque no la causa dél.
Como al Príncipe culpaste
De ser en tu deshonra
Cómplice, á cuyo valor
Digno respeto guardaste,
A lo que ves me obligaste;
Porque hasta haberlo entendido,
Ni él ni don Juan lo han sabido;
Que al mensajero mandé
Que le encerrasen.

DON SANCHE.

No sé

¡Oh Príncipe esclarecido!
Qué pueda decir de vos
En accion tan valerosa,
Sino que sois generosa
Imagen del mismo Dios.
De no lo saber los dos
Me pesa, sin ofenderos;
Pero confieso que el veros
En tal confusion me pone,
Que me turba y descompone
Para poder responderos.
Si venis á castigarme
Por lo que á don Juan queréis,
Rey sois y vístome habeis:
Ya es forzoso perdonarme.
Pues ¡cómo sin escucharme,
Aunque juez para mí?...
REY.

Sancho, haber venido aquí
No es amor de quien te agravia;
Prevencion sí, justa y sabia,
Para informarme de ti.
Favorecer al extraño
Fué ley que Dios escribió;
Si lo eres, y rey soy yo,
Tu recelo ha sido engaño,
Y basta por desengaño,
Que es igual la majestad.
Habla con seguridad
De que yo te escucho aquí;
Que no hay don Juan para mí,
Sino justicia y piedad.

DON SANCHE.

En tan justa confianza,
Invictísimo Señor,
Proferiré mi desdicha
Mas la razon que la voz;
Que cuando los agraviados
Se quejan con tal dolor,
Las lágrimas son la lengua,
Que pide mas atencion.
Del marqués de Santillana
Segundo hermano nació
Don Luis, mi padre, en Castilla;
Mendoza por sucesion.
Por segundo no fué rico,
Supuesto que conquistó
Voluntades con virtudes,
Que es la riqueza mayor.
Púsome á servir á Enrique;
Su palacio me crió,
Las guerras me dieron brios,
La sangre me dió valor.
Ya comenzaba mi nombre
Cuando vino de Aragon
El infante don Fernando,
Que con Isabel casó.
Los servicios que le hice,
Aunque fueron contra vos,
Siendo mi rey, fueron justos;
No lo ha sido el galardón.
Vino el archiduque de Austria
De Flandes á España, y yo
Inclinéme á su servicio,
Dejando el traspuesto sol,
Cuando Filipo Primero
En Castilla amaneció.
En su antecámara un día,
Estando en conversacion

Castellanos y flamencos,
La plática se movió
Del gobierno de Fernando:
Hablaron mal sin razon.
Con tres dellos salí al campo
En la edad que veis que estoy;
Que el ánimo no envejece:
Y por deciros, Señor,
En una palabra el caso,
Maté el uno, herí á los dos.
Para dejar á Castilla
Hicieron de vos eleccion;
Que como tratáis casar
Al Príncipe, del favor
Que pensé que en vos hallara,
Mayor mal me resultó.
Truje conmigo dos hijas,
Sol y Leonor: estas vió
Don Juan un día en el campo,
De cuya loca aficion
Nació enfado para mí;
Que ya os he dicho quien soy.
Trujo al Príncipe consigo;
Si quiere bien á Leonor
No lo sé; sé que don Juan
Al mismo Sol se atrevió.
Quise remediar el daño,
Y puse en ejecucion
Irme á Sevilla; y viniendo
A despedirme de vos,
Cuando al camiao volví,
Hallé, Señor (¡qué traicion!)
A mis dos hijas robadas
(Que ya es amor salteador),
Dos criados en dos robos,
Cuya triste informacion
Me dijo mi desventura,
Me contó mi deshonra.
Pareciéndome el quejarme
Bajeza de mi opinion,
Y tambien porque á don Juan
Teneis tan notable amor;
Teniéndole por fidalgo
De tanta reputacion,
Que por el reto saldria,
Que á darme disculpa no;
Aquel papel escribí
Para dar satisfacion
A mi honor con la venganza
De un delito tan atroz.
Agora, invicto Manuel,
Cuyo cetro besan hoy
Los indios mas orientales,
Juzgaréis como quien sois;
Que rey que sabe el agravio
No cumple su obligacion,
Si deja que un padre apele
Para el tribunal de Dios.

REY.

Basta, don Sancho, no mas:
Al mismo doy por testigo
(Y por mi hijo lo digo,
Si dél agraviado estás),
De que bien presto verás
Un Tito Manlio, un Trajano;
Un Aristides greciano,
Que de la frente el laurel,
Mas que piadoso, cruel,
Les quite con propia mano.
Pésame de que viniendo
Confiado á Portugal
En mi clemencia real,
Que es de lo que mas me ofendo,
Te ofenda don Juan, sabiendo
Que son indignos resabios
De hombres tan nobles y sabios
El valerse del favor
Del poderoso señor
Para cometer agravios.

DON SANCHE.

Disculpas amor codicia.

REY.

Conmigo no hay mas amor
Que coronar el valor
La espada de la justicia.
No reinará la malicia
Donde yo reinare.

DON SANCHE.

Vos

Sois rey.

REY.

Fiad que los dos
Escarmienten en quien yerra.

DON SANCHE.

Si vos sois Dios en la tierra,
¿Quién no ha de fiar de Dios?

(Vase.)

Habitacion de don Juan en palacio.

ESCENA IX.

SOL, DON JUAN.

SOL.

¿De qué sirve persuadirme
Después de tan grande error?

DON JUAN.

¿Qué culpa tiene un amor
Tan verdadero y tan firme?
Si vuestro padre os llevara
Adonde jamás os viera,
¿Qué vida mi muerte fuera?
¿Qué muerte mi vida hallara?
Vuestra súbita partida
No me permitió pensar
Cómo pudiera librar
De tal peligro mi vida.
El remedio fué violento,
El consejo fué de amor,
Pues conociendo el error,
Dispuse el atrevimiento.
Pero no tan grande ha sido,
Pues á vuestro padre igual,
No hay fidalgo en Portugal
Mas noble y mas bien nacido.
Pues casándome, Sol mía,
Con vos queda remediado
Cuanto puede haber errado
Portuguesa fantasía.

SOL.

Si fué siempre vuestro intento
Casaros, ¿por qué razon
Habo tanta dilacion
En tratar el casamiento?
Mi padre estaba presente,
Yo enamorada: ¿á qué efeto
Dilata un hombre discreto
Ejecutar lo que siente?
Pues de haberlo dilatado
Nació el quererse volver,
Temeroso del poder,
Y del honor incitado.
Diréis que yo os escribí:
Es verdad; mas fué por veros.

DON JUAN.

Llegando á satisfaceros,
Sol, de mi amor y de mí,
Pues ya es tiempo de verdades,
Dilatarte el casamiento
Procedió del fundamento
De algunas dificultades.
Antes de veros, Señora,
Que fué de mi dicha azar,
El Rey me mandó casar
Con la condesa Teodora.
Servíla, y como marido,
Fué lícito su favor;

Pero vino vuestro amor,
Y el suyo puse en olvido;
Que hay amores tan violentos,
Que acabados de llegar,
A coces quieren echar
Del alma los pensamientos;
Pues por no quebrar, Señora,
La palabra que al Rey dí,
El casarme suspendí,
Que será por fuerza agora.
Pero es menester pensar
Cómo sea sin disgusto
Del Rey.

SOL.

No podeis, ni es justo,
Mi casamiento intentar;
Que si la palabra dada
Cumplirla es precisa ley
A cualquiera, dada al Rey.
¿Cómo puede ser quebrada?
Ya, don Juan, el alma os veo:
Vos pensaréis engañarme
Con palabras, y dejarme,
Ejecutado el deseo.
Dan los hombres en tener
Por ley necia y singular
Que no se debe guardar
Palabra dada á mujer.
Con esto y con los amores
Que les enseña el deseo,
Tienen el ser por trofeo
De una mujer vencedores.
Pues mal habeis conocido
El castellano valor,
Señor portugués. Mi honor
No será de amor vencido,
Si mil años me teneis
Encerrada adonde estoy.

DON JUAN.

¿Y si mil firmas os doy?

SOL.

¡Pleitos! ¡Jesus! No las déis;
Que el viento lleva el papel,
Y de un juramento loco
Pesa la firma tan poco,
Que se la lleva tras él.
La palabra es invisible
Como el alma, y el honor
Es cuerpo, usura de amor,
Posible por imposible.
¡Oh qué honrada y justa empresa,
Perderme, y veros después,
Por tan dudoso interés,
Casado con la Condesa!
Vuestra Señora, Señor,
Se case muy en buen hora;
Que es muy linda la Teodora
Y le tiene grande amor.
Dícenme que es tan discreta,
Que la temo desdichada;
Mas no hay desdicha, empleada
En vos, á que esté sujeta.
El Rey me sabrá volver
A mi padre.

DON JUAN.

¿Qué razon

Tan cruel!

SOL.

Mas ¿qué traicion
Contra tan noble mujer!

DON JUAN.

Bien os dije, Sol, un día
Que todas las castellanas
Eran falsas y tiranas.

SOL.

¿Esto llamais tiranía?

DON JUAN.

Y crueldades manifestas
Con quien por alma os adora.

SOL.

¿A quién?

DON JUAN.

A vos.

SOL.

A Teodora.

Los hombres sois como fiestas:
Ir y venir por ventana,
Prevenir, entapizar;
Y acabadas de pasar,
Pagarias de mala gana.

DON JUAN.

Pues ¿qué remedio me dais,
Ya, mi bien, que os truje aquí?

SOL.

Uno se me ofrece á mí.

DON JUAN.

Si es fros, no le digais.

SOL.

No, sino que me lleveis
A Teodora, y atrevido
Digais que sois mi marido,
Y por mujer me teneis.

DON JUAN.

Eso no cabe en razon.
¿Cara á cara á tal señora!

SOL.

Yo soy mejor que Teodora.

DON JUAN.

Castellana presuncion.

SOL.

Portuguesa bizarría,
Una dama castellana
Tratarla como villana!

DON JUAN.

Propongo desde este día
No cansaros.

SOL.

Bien será.

DON JUAN.

Ni aun quereros.

SOL.

Con dejarme

Excusaréis el casarme.

DON JUAN.

¡Oíhai, oíhai!

SOL.

¡Tíral-lá!

(Vase.)

ESCENA X.

DON JUAN.

No importa que os vais; que aquí
Habeis de estar muy de espacio:
Por eso os truje á palacio.
Vivamos juntos así,
Vos olvidando, yo amando;
Vos huyendo, yo siguiendo;
Vos matando, yo sufriendo;
Vos rindiendo, yo penando;
Que un continuo persuadir
Suele imposibles vencer.
Seré diamante en querer,
Si vos piedra en resistir;
Que pues ninguno ha sabido
Que el que os ha robado soy,
De todos seguro estoy,
Aunque no de vuestro olvido.
Y si con tantos tormentos
No os venciere mi porfía,
Será por desdicha mía,
Que ne por merecimientos.

(Vase.)

A tu majestad le pido
Que los case, y mi venganza
Será ser yo su madrina.

MENDO.

¡Oh, viva su señoría
Mas años que un campanario!

REY.

Queriendo Teodora, basta.
Dénse las manos.

NUÑO.

Señora,
Leonor está desposada
Con Nuño, aunque de secreto.
Sea general la gracia,
Y sed madrina también.

MENDO.

Y Mendo, Señor, con Juana.

JUANA.

¡Yo! ¿Cuándo?...

MENDO.

No hay que negar;
Que me dijo una mañana,
Cuando iba en la borrica:
«Mendo, ponme bien las sayas.»

PRÍNCIPE.

Solo resta para mí
Que la infanta castellana
Venga á Liaboa.

REY.

Ya es ido

El Condestable á la raya
De Castilla.

DON JUAN.

Aquí, Senado,
Con mis fortunas acaba
La mayor virtud de un rey.
El poeta no se cansa
De servir, aunque ya
Le jubilaban las canas:
Tan agradecido está
A las mercedes pasadas.
Dadle aplauso, y á nosotros
El perdón de nuestras faltas.

PORFIAR HASTA MORIR.

PERSONAS.

EL REY DON ENRIQUE III.
EL MAESTRE DE SANTIAGO.
MACÍAS, *galán*.
LA CONDESA DOÑA JUANA.

CLARA, *dama*.
PAEZ.
NUÑO, *gracioso*.
LEONOR, *esclava*.

FERNANDO.
TELLO DE MENDOZA.
TRES RUFIANES.
UN VENTERO.

UN ALAIDE.
Músicos.
ACOMPANIAMIENTO.
SOLDADOS. — CRIADOS.

La escena es en Córdoba y sus inmediaciones.

ACTO PRIMERO.

Campo, y vista exterior de las ventas de Alcolea.

ESCENA PRIMERA.

MACÍAS y NUÑO, *de camino*.

MACÍAS.
Para quien llegar desea,
Ni largas noches ni fiestas.
¿Estas son las ventas?

NUÑO. Estas
Son las ventas de Alcolea.

MACÍAS.
Y esta ¡la famosa puente?
NUÑO.

Esta fué por quien pasaron
Tantos ciegos, que dejaron
Tal memoria entre la gente.
La delantera tenía
El buen viejo don Beltran.

MACÍAS.
Ese nombre á amor le dan,
Porque es ciego, y ciegos guía.
NUÑO.

No guía amor, pues le ven,
Tantos yerros en quien ama.

MACÍAS.
De una manera se llama
El guiar al mal y al bien.
Luego habemos de salir,
Aunque dormir te prometas.

NUÑO.
¿Qué cristalino en limetas
Yace el buen Guadalquivir!
Aunque en estas ocasiones
Mejor lo tinto me agrada.
¿Qué brava está la portada
De naranjas y limones!
Como allá en las cortes graves
Ponen galas los roperos,
Aquí estos santos venteros
A la puerta peces y aves.
Descansa, así Dios te guarde,
Si el síbalo te provoca;
Que de aquí á Córdoba hay poca
Tierra, aunque parece tarde.

MACÍAS.
Pues ¿qué leguas ponen?

NUÑO. Dos.
MACÍAS.
Ya refresca, Nuño, el día,
Con ser en Andalucía.

NUÑO.

No siento nada, por Dios,
Con solo haber arropado
De licor de Baco el pecho.

ESCENA II.

TRES RUFIANES, *rodeando al MAESTRE DE SANTIAGO, que sale de casa, con gaban, cubierta la cruz.* — DICHOS.

RUFIAN 1.º
¿Qué sirve hablar sin provecho,
Oloroso y entonado?
¡Por el agua de la mar,
Que ha de dar prenda ó dinero!

MAESTRE.
Mirad que soy caballero.

RUFIAN 2.º
No tenemos que mirar,
Porque habemos de comer.

RUFIAN 3.º
¿Cuál se estaba el cortesano
A la chimenea muy vano,
Dejándonos perecer!

MAESTRE.
Si yo comiera, no fuera
Descortés; mas no he comido.
Solo cebada he pedido.

RUFIAN 1.º
Luego ¿cebada comiera?

MAESTRE.
Perdime por esta sierra
Cazando, y aquí llegué.

RUFIAN 2.º
Mas ¿que ha de volverse á pié?

RUFIAN 3.º
Si hará; que es llana la tierra.

MAESTRE.
No haré, porque si ha comido
El caballo, me irá luego.

RUFIAN 1.º
Suelta el gaban, palaciego.

MAESTRE.
Que os vais en buen hora os pido.

RUFIAN 1.º
Suelta, digo.

MAESTRE.
Pues, rufianes;
Gallinas, aquí veréis
Quién soy.

MACÍAS.
Y al lado teneis
Dos hombres.

NUÑO.
Y dos Roldanes.
(*Acuchillandos.*)

ESCENA III.

EL VENTERO. — DICHOS.

VENTERO. (*Dentro.*)
Acude, Gil, que se matan. (*Sale.*)
Tened, tened.

(*Huyen los rufianes.*)

MACÍAS.
Los ladrones
Huyen.

MAESTRE.
En las ocasiones
Al viento mismo retratan.

VENTERO.
Dios os lo pague; que habeis
Estos rufianes echado
De la venta, que me han dado
La pesadumbre que veis,
Con cuantos vienen aquí.

NUÑO.
Ladrando va el uno dellos;
Que le rapé los cabellos,
Y un palmo de casco abrí.
¿Tienen mujeres?

VENTERO.
¿Pues no?
Aquí están dos mujercillas.

NUÑO.
Pues á azotes quiero abrillas.

VENTERO.
Mejor sabré hacerlo yo;
Que me han desacreditado
La venta.

NUÑO.
¡Santo ventero!
(*Vase el ventero.*)

ESCENA IV.

EL MAESTRE, MACÍAS, NUÑO.

MAESTRE.
Daros muchas gracias quiero
De haber, como hidalgo honrado,
Ayudado á un hombre, al fin
Hombre solo.

MACÍAS.
Antes sospecho,
Señor, que agravio os he hecho;
Que, aunque tres, es gente ruin.

MAESTRE.
¿Vais á Córdoba?

MACÍAS.
Allá voy.
MAESTRE.

Podría ser que os sirviese

En ella, si en algo fuese
De provecho.

MACÍAS.

Cierto estoy,
De vuestra presencia noble.
¿Cómo habeis llegado aquí?

MAESTRE.

Cazando, el rastro perdí
Por entre uno y otro roble;
Y como vi tan cansado
El caballo, y me acordé
Desta venta, en ella entré,
Donde cebada le han dado.
Llegué al fuego, en que tenían
Su comida estos rufianes,
De tales damas galanes
Como veis que merecían;
Y diérais cortesmente
Dineros ó prenda de oro;
Mas no, perdiendo el decoro
De quien soy, con tal vil gente.
Lo demás que sucedió
Habeis visto: yo he quedado
A serviros obligado.
Ya mi caballo comió,
Y me es forzoso partir:
Servios deste diamante.
(Dale un anillo, y Macías no le toma.)

MACÍAS.

Que en ocasion semejante
Os acertase á servir
Debo á mi buena fortuna.
Guardadle; que podrá ser,
Si allá os vengo á conocer,
Que tenga por vos alguna.

MAESTRE.

Dios os guarde.

MACÍAS.

Guárdeos Dios.

(Vase el Maestro.)

ESCENA V.

MACÍAS, NUÑO.

NUÑO.

¿No preguntaras quién era?

MACÍAS.

Si menos prisa tuviera,
Discurriríamos los dos
De aquí á Córdoba en mis cosas;
Que no poco me importara:
Por ventura las guiara
A partes mas provechosas
Por la paz que por la guerra,
Respeto de haber yo sido
Estudiante.

NUÑO.

Haber querido
Dejar tu estudio y tu tierra
No sé si ha sido acertado;
Pero ya en efeto es hecho.

MACÍAS.

Tengo á las armas el pecho,
Mas que al estudio, inclinado;
Y estas cartas que he traído
Pienso que han de aprovechar
Para que tenga el lugar
Por la guerra pretendido.
O daré en ser cortesano
Que tambien tengo afición
A su estudio.

NUÑO.

Iguales son,
Señor, tu ingenio y tu mano.
Para paz y guerra tienes
Habilidad y valor.

ESCENA VI.

TELLO DE MENDOZA, FERNANDO,
PAEZ. — DICHOS.

TELLO.

Buscarle mas será error.

FERNANDO.

Y mas donde agora vienes;
Que esta gente que camina,
¿Cómo puede saber dél?

TELLO.

Ir á Córdoba sin él,
Fernando, me desatina. —
Ah, hidalgos! ¡vieron pasar
Un caballero, por dicha,
Con un gaban de color,
Plumas negras y pajizas,
Las espuelas plateadas,
De oro y verdé la mochila
De un alazan, cabos negros?

MACÍAS.

Dueño desas señas mismas
Salió desta venta agora,
Tanto, que con poca prisa
Le alcanzaréis, si os importa.
Pero ¿quién es, por mi vida?

TELLO.

El maestre de Santiago,
Que la sangrienta cuchilla
Que le honraba el fuerte pecho
Con aquel gaban cubria.

MACÍAS.

Por Dios, que he hablado con él,
Y que tengo por desdicha
El no haberle conocido;
Que le traigo de Castilla
Un pliego de cartas.

TELLO.

Fuera,

Galan, menos cortesía
Darle cartas en el campo.
El caballo en que camina
De nadie deja alcanzarse,
Cuando el Maestro le pica.
Si con nosotros venis,
Mas acertado sería
Darle ese pliego en su casa.

MACÍAS.

Es razon, como advertida
De un caballero de corte.
Iré en vuestra compañía,
Si me dais licencia.

TELLO.

Paez...

PAEZ.

Señor...

TELLO.

Adelante guía.

(Vanse Tello, Fernando y Paez.)

ESCENA VII.

MACÍAS, NUÑO.

MACÍAS.

¿Que no conocí al Maestro?

NUÑO.

No tengas á poca dicha
Haberle dado favor,
Y con tanta valentía,
Que le habrás aficionado;
Que aun pienso que á mi me estima
Por haber dado al rufán
Que el dinero le pedía,
Cuchillada, que le pueden
Poner un colchon por hilas.

(Vanse.)

Sala en casa del Maestro, en Córdoba.

ESCENA VIII.

LA CONDESA DOÑA JUANA, CLARA.

CONDESA.

Nunca tanto se ha tardado
El Maestro, mi señor.

CLARA.

Siempre está de prisa amor,
Nunca se para el cuidado.

CONDESA.

Como la guerra y la caza
Son cosas tan parecidas,
Amor las hace temidas
Del alma á una misma traza.
Y así, cuando al monte sale,
Mi paz y quietud destierra,
Como cuando va á la guerra.

CLARA.

Pues no es razon que se iguale
La caza, guerra fingida,
Con la verdadera y cierta.

CONDESA.

La memoria que despierta,
Me tiene, Clara, ofendida.

ESCENA IX.

EL MAESTRE. — DICHAS.

MAESTRE.

Por lo menos he venido,
Como mas solo, mas presto.

CONDESA.

¡Solo, Maestro! ¿Qué es esto?

MAESTRE.

Condesa, haberme perdido.
Y no sin peligro fué;
Mas no donde me perdí;
Pues que dos leguas de aquí
Cierto valientes hallé,
Que con obras y razones
Me probaron el valor.

CONDESA.

Si moros no os dan temor,
¿Cómo os le darán ladrones?
No estaba yo temerosa
Sin causa.

MAESTRE.

Un hidalgo honrado
A buen tiempo tuve al lado.

CONDESA.

Y ¿disteis alguna cosa?

MAESTRE.

No lo quiso, y me pesó;
Que ya un diamante le daba,
Porque en traje noble estaba,
Y en las obras lo mostró,
Gallardo valiente y diestro.

CONDESA.

¿Que sin premio le dejastes?
¿Por qué no le porfiastes?

MAESTRE.

Porque este diamante es vuestro.

CONDESA.

Trujéradesle con vos,
Donde yo le agradeciera
Que esa vida defendiera
Con que vivimos los dos.
Y creed que yo me holgara,
Y aun quedara agradecida,
Que defender vuestra vida
Con mis prendas se pagara.

MAESTRE.

Él viene á la corte y creo

Que en palacio le veré,
Donde pagarle podré
Y obligar vuestro deseo.

ESCENA X.

TELLO, MACÍAS, FERNANDO, PAEZ,
NUÑO. — Dichos.

TELLO.

Tú mismo juzga, gran Señor, agora
Con el cuidado que nos has tenido
Desde que coronó la blanca aurora
Con círculos de luz el negro olvido;
Mas cuando iguala el monte y valles dora
De su diadema el claro sol vestido,
Llegamos á la venta y á la puente
Que oprime al Bétis la feroz corriente.
Allí tuvimos deste hidalgo aviso
Que volvíais á Córdoba.

MAESTRE.

Habéis hecho
En traerle, muy bien.

MACÍAS.

Tan de improviso
No te fué mi servicio de provecho;
Mas ya, Señor, que mi fortuna quiso
Que del ánimo quedés satisfecho,
Ese recibe solo... y estas cartas,
Porque el favor entre los dos repartas.
(*Dale un pliego.*)

CONDESA.

¿Sois vos, hidalgo, el que al Maestro hi-
tando favor? [cistes]

MACÍAS.

La tierra humilde beso
Desos plés, gran señora.

CONDESA.

Merecistes
Mas honra que él os hizo en tal suceso.
Tomad esta cadena.

MACÍAS.

Ya quisistes
Que fuese con prisiones vuestro preso;
Pero de manos que cual debo adoro,
No fueran menos que prisiones de oro.

MAESTRE.

(*Lee.*) «Daré á vuecshoría esta carta
»Macías, el mas honrado hidalgo de
»mis vasallos: dejó los estudios por se-
»guir las armas, con que he dicho su
»inclinación, y que debo suplicar á
»vuecshoría le favorezca á la sombra
»de sus banderas; que él lo merece, y
»yo lo su servicio y agradecimiento.—
»Don Luis ALVAREZ DE TOLEDO.»

¿Adónde queda mi primo?

MACÍAS.

En Alha quedaba agora,
Que con dos soles se dora.

MAESTRE.

La carta por suya estimo
Y por el buen portador.
En mi servicio os quedad:
Ya os trato con amistad.

MACÍAS.

Soy vuestro esclavo, Señor.

CONDESA.

En mi tendréis buen tercero
Para el Maestro.

MACÍAS.

Señora,
Querré imposibles agora.

L. M.

CONDESA.

Haceros merced espero.

(*Vase el Maestro y la Condesa, Tello,
Fernando y Paez.*)

ESCENA XI.

MACÍAS, CLARA, NUÑO.

CLARA.

Quedéme aquí por saber
(Como en fin soy castellana,
Y vos pienso que lo sois;
Que así lo dice la carta)
De ciertos deudos que tengo.

MACÍAS.

¿Adónde?

CLARA.

En el Barco de Ávila.

MACÍAS.

Señor de Valdecorneja
Al Toledo heróico llaman,
Y el Barco entre sus lugares
No merece humilde fama.
Pero nunca estuve en él,
Puesto que yo imaginaba
Que no la tierra, que el cielo
Es de los ángeles patria.
Mas siendo del Barco vos,
Habrá para el cielo barca,
Como la hay para pasar
A los abismos las almas,
Como dicen los poetas:
De suerte que á vuestra gracia
Pasarán los venturosos
Que merecieron hallarla,
Y á vuestras penas aquellos
Que mate vuestra desgracia.

CLARA.

En fin, en él ¿no estuvistes?

MACÍAS.

No ha sido mi dicha tanta;
Pero he estado en vuestros ojos.

CLARA.

Si las letras por las armas
Dejais, ¿cómo sois tan tierno?

MACÍAS.

Porque no estorba la espada
Para que el entendimiento,
Como potencia del alma,
Entienda vuestra hermosura.
Porque la belleza rara
Sujetó los capitanes
Que con mayores hazañas
Han asombrado la tierra.
Mirad las historias sacras,
Veréis rendido á Sansón;
Y mirad en las humanas
A Hércules.

CLARA.

El amor

Rinde, sujeta, avasalla
Cuanto cubre el cielo, á cuya
Pasión ninguna se iguala;
Pero no es tal su poder,
Que en un instante (que pasa
Como cometa de fuego)
Tan grandes efectos haga.

MACÍAS.

Si no fueran sus efectos
Tan breves, no le pintaran
Rompiendo en el aire un rayo.

CLARA.

Amor yo pienso que anda
Al paso de los humores;
Que los coléricos aman
Presto, y no es así mejor;
Que los sanguíneos tardan;

Pero quieren largo tiempo.

MACÍAS.

Pues en mí todo se halla:
Cólera para ser luego,
Flema para edad tan larga,
Que, siendo el alma inmortal,
Tendré la vida del alma.

CLARA.

Que no lo intenteis os ruego;
Que llegan tarde esas ansias.
Y quedad con Dios.

MACÍAS.

Decidme

Vuestro nombre.

CLARA.

Clara.

MACÍAS.

¡Oh Clara!

NUÑO. (*Ap.*)

¡Oh escural!

(*Vase Clara.*)

ESCENA XII.

MACÍAS, NUÑO.

MACÍAS.

¡Qué gran belleza!

NUÑO.

¡Qué gran necesidad! y tanta,
Que á decírtelo me obliga.
Entras hoy en esta casa,
Y ¡enamórate!

MACÍAS.

¿Qué quieres?

¡Hay pasión mas temeraria
Que una locura de amor?
Cuando un cuerdo se remata,
En un instante se vuelve
El seso de que gozaba,
Y comienza á hacer locuras.

NUÑO.

En eso, Señor, te engañas.
La locura y la poesía
De una manera se hallan.
Hace un hombre cuando mozo
Dos romances á su dama,
De allí se pasa á un soneto,
Luego á una canción se pasa,
Luego á un libro de pastores,
Y cuando ya tiene fama,
Y es declarado poeta
(Que no es pequeña desgracia),
Dice que es Virgilio, Homero,
Desprecia con arrogancia
A todos cuantos escriben;
Y de aquesta misma traza
Es un loco. A los principios
Deja el sombrero y la capa;
Luego, si no se la quitan,
Saca furioso la espada;
Y cuando está rematado,
Dice que es rey ó monarca;
Estrella, sol, y aun se atreve
A las deidades sagradas.
Tú, que, en viendo á una mujer,
Tantas locuras ensartas,
¿De qué linaje de locos
Tienes el humor que gastas?
¡Ah! si: ya he caído en ello;
Porque no se me acordaba,
Macías, que eres poeta.
Pues ya que fué requiebrarla,
En viéndola, necedad,
¿Fué con discretas palabras!
Allí, porque fué del Barco,
Trujiste la negra barca
De Caron; que solo hacer
Un mal Orfeo te falta;

Luego á Sanson, por ejemplo:
De que va tan enfadada,
Que no te verá en su vida.

MACÍAS.

Pues yo pienso amarla.

NUÑO.

¿Amarla?

MACÍAS.

Lo que durare la vida.

ESCENA XIII.

TELLO. — DICHO.

TELLO.

Que os acomode me manda
El Maestro, mi señor.
Venid, sabréis la posada.

MACÍAS.

¿Será dentro de palacio?

TELLO.

Pues ¿viene á ser de importancia,
Si habeis de asistir aquí?

MACÍAS.

Oídme: Señor, la causa.
Yo vi, luego que aquí puse la planta,
El sol de la belleza, la hermosura
Que la naturaleza misma espanta,
Y en otras lo que obró, copiar procura.
Yo vi, cuando la aurora se levanta,
Los claros rayos de su lumbre pura,
Antes que el sol, vecino á sus laureles,
La busque entre jazmines y claveles.
Yo vi, mas bella que en la fuente clara
Se bañaba Diana, un ángel bello,
Que me quitara el ser, si me tirara
Una flecha sutil de su cabello;
No porque entonces el cristal faltara,
Venciéndole la nieve de su cuello,
Mas porque mas honesta en sus rigores,
Pudiera al mismo amor matar de amor-
res.

Finalmente, yo vi de amor hermoso
Las armas, y mejor que fueron hechas
De Apéles, de Protógenes famoso,
Las cejas arcos, y los ojos flechas.
En este centro celestial dichoso,
De mi bien ó mi mal ciertas sospechas,
Paró mi alma, y se cubrió de olvido
Con otro nuevo ser cuanto habia sido.
Díjome, abriendo un cielo por dos rosas,
Que se llamaba Clara; y claro estaba
Que si el nombre conviene con las cosas,
En él su claridad significaba;
Supliqué me digais, pues sus hermo-
sas

Partes os dije, aunque mi amor bastaba,
Quién es, qué calidad, para que intente
Servirla y adorarla honestamente.

TELLO.

Señor Macías, esa bella dama,
Sirviendo á mi señora la Condesa,
Tiene de honesta, como hidalga fama,
Y en todos actos la virtud profesa.
Un caballero que la quiere y ama,
Y que públicamente lo confiesa,
La sirve agora, y de casarse trata;
Y ella, aunque honesta, no le mira in-
grata.

En dos veces que el sol por líneas de oro
Plató dos primaveras, dos estíos,
Ha mostrado, guardándole el decoro,
En fiestas galas, y en batallas bríos.
Con mil despojos del alarbe moro,
Sufriendo sus desdenes y desvíos,
Obligada la tiene á que le estime,
Y á proseguir su pretension se anime.
Tratan ya de casarlos el Maestro
Y mi señora la Condesa: en tanto

Le dan licencia que confiestas muestre
Su gallardía, desta tierra espanto.
Si amor os ha cegado, que os adiestre
Será razon, con advertiros cuánto
Importa que dejeis, pues no es importa,
Una esperanza que nació tan corta.
Esta es la dama y la belleza rara
Que amais. Disculpa fué; que es gentil

[moza.

Esta es la Clara, y porque sea mas clara,
Es Tello de Mendoza el que la goza.

MACÍAS.

Pues ya que me habeis dicho quién es
Decidme quién es Tello de Mendoza.

TELLO.

Luego ¿no lo sabeis?

MACÍAS.

Degeo sabello;

Que le quiero envidiar.

TELLO.

Pues yo soy Tello. (Vase.)

ESCENA XIV.

MACÍAS, NUÑO.

MACÍAS.

¿Hay suceso como el mío?

NUÑO.

Terrible, Señor, estás,
Pues no llegas, cuando das
En tan loco desvario.
Si bien, con saber que tiene
Dueño, cesó tu locura.

MACÍAS.

Ya, Nuño, á tanta hermosura
El alma incendios previene.
Ya sé que á mi corazón
Grandes trabajos le esperan;
Mas no por eso se alteran
Las fuerzas de la razon.
¿Qué amor, dime, no ha tenido
Algun estorbo ó azar?

NUÑO.

Luego ¿piensas intentar
Querer á Clara, advertido?

MACÍAS.

Pues aqueste advertimiento
¿Es de marido, por dicha?

NUÑO.

O te ha de sobrar desdicha,
O faltar entendimiento.
Llegas á servir aquí,
Y entras haciendo pesar
A quien te puede ayudar!

MACÍAS.

Nuño, estoy fuera de mí.

NUÑO.

Lo primero que ha de hacer
Quien sirve es ganar la gracia
Del privado; que en desgracia
Suya, ¿qué ha de pretender?
Lo primero que conquista
El amante es la criada,
El lisonjero la entrada,
El escribano el pleitista,
El pretendiente el portero:
Tanto, que fué desdichado
Orfeo por no haber dado
Un regalo al Cancerbero;
Ni llevara por tesoro
De la huerta Dragontea,
Sin agradar á Medea,
Jason las manzanas de oro.
¿No sería necedad
Que viniese un forastero
A un lugar, y lo primero

Fuese con poca humildad
Murmurar los naturales
Que le pudieran honrar?
Yo nunca he visto medrar
Hombres de arrogancias tales.
Dicen que el cangrejo un día,
Que entonces sabia andar,
Pretendió entrar en la mar
Con tan soberbia osadía,
Que á nadar desafió
A las mayores ballenas.
Júpiter, que en las arenas
Del mar su arrogancia vió,
Dijo: « Cangrejo arrogante,
Yo te mando que, de hoy mas,
Tanto camines atrás
Cuanto fueres adelante. »

MACÍAS.

Nuño, bien conozco yo
Que fuera bien, como dices,
Para entrar con piés felices,
Y con pronósticos no,
Agradar los naturales.

NUÑO.

Pues dí, si son majaderos
Los que, siendo forasteros,
Entran con acciones tales,
¿Cómo quieres ofender
A Tello? Tello, que ha sido
Para el favor pretendido
La puerta que has de tener!
¿Por dónde quieres entrar,
Si cierras la puerta?

MACÍAS.

¡Ah, cielos,

Que me entró el amor con celos!
Del primero encuentro azar.
No sé qué ha de ser de mí.

NUÑO.

¿Qué propio amor de poeta!
No hay sangre á amor tan sujeta.

MACÍAS.

Justamente me perdí,
Justa fué mi perdición:
De mis males soy contento,
Pues vuestro merecimiento
Satisizo á mi pasión.

NUÑO.

¿Ya compones villancicos?

MACÍAS.

Este tengo de glosar,
Y tú se le has de llevar.

NUÑO.

Ea pues, salgamos ricos
Los dos desta pretension.
Mas yo glosaré primero.—
Pues sirvo á tal...

MACÍAS.

Dí.

NUÑO.

Escudero,

Justa fué mi perdición.
(Vase.)

Sala del real alcazar.

ESCENA XV.

EL REY, EL MAESTRE,
ACOMPANIAMIENTO.

REY.

Destá manera se me atreve el moro,
Perdiendo á las palabras el decoro,
Y el temor á las armas castellanas?

MAESTRE.

Cuando vos, gran Señor, vuestras cris-

PORFIAR HASTA MORIR.

89

Banderas levanteis, y deis al viento
El castillo dorado, el leon sangriento,
Arrepentido volverá á Granada
De haber sacado contra vos la espada,
Si no le alcanza la que tengo al lado,
Antes que de mí gente atropellado,
Mueran tan lejos de la puerta Elvira,
Como cerca feroz las nuestras mira.

REY.

¡Que quebrase la tregua! Estoy corrido
De haber, Maestro, entonces admitido
La suspensión de nuestras armas tanto,
Que de parar en Córdoba me espanto.
Salgan luego en banderas y pendones
Las cruces, los castillos y leones
A quien pierde respeto el africano;
Que yo sé que ha de ser rayo en mi mano
El castigo esta vez, y que ha de verme
Donde entre lirios y espadañas duerme
Genil, volviendo en bárbaros corales
De su fingida plata los cristales;
Que si una vez el tafetán despliego,
Entraré por Granada á sangre y fuego.

MAESTRE.

Señor, será tenerle en mucha estima
Salir vos en persona; y así, os ruego
Me permitais que su furor reprima.
Yo saldré con mi gente: mis criados
Han de ser deste ejército soldados,
Y aun pienso que es también tenerle en
[mucho.]

REY.

¡No veis que desde aquí su voz escucho,
Y me alteran sus cajas y trompetas?

MAESTRE.

Vos las tendréis á vuestros piés sujetas
Sin que salgais de Córdoba.

REY.

Yo creo
De vuestro gran valor mayor trofeo.
(Vase el Rey y su acompañamiento.)

MAESTRE.

Tello, parte á avisar mi gesto.

TELLO.

Al punto
Verás armado un escuadrón, que junto
Puede llegar la victoriosa espada
A coronar el muro de Granada.

(Vase.)

—

Salen en casa del Maestro.

ESCENA XVI.

NUÑO, LEONOR.

LEONOR.

¡Tanto amor tiene Macías
En dos días?

NUÑO.

Si discreta
Le consideras poeta,
Tendrás por años los días.
Yo le sirvo, y vive Dios,
Que estoy ya sin sufrimiento
De escuchar su atrevimiento!

LEONOR.

Poco es perdonar los dos.

NUÑO.

¡Quisieras que te dijera
Amores?

LEONOR.

¡No los merezco?

NUÑO.

A decirte los me ofrezco.

LEONOR.

Yo no quiero.

NUÑO.

Escucha, espera.

En esos hierros, Leonor,
Que te sirven de lunares,
Puso el amor mis pesares,
Porque son cifras de amor.
En ellos de mis destiernos...

LEONOR.

No me digas mas razones,
Pues habiendo perfecciones,
Me has alabado los yerros,
Y acordado mis desgracias.

NUÑO.

Comencé por los defectos;
Que dicen que es de discretos
Para encarecer las gracias.
Dijole una dama tuerta
A un galán: «Vos no me amais,
Pues la boca me alabais
Siempre, cerrada ó abierta;
Los cabellos, de perfetos,
La frente y los ojos no;
Y quien ama, pienso yo
Que ha de alabar los defectos.
Las gracias, cuando lo son,
Ellas están alahadas;
Dad á estas niñas turbadas
Un requiebro; que es razon.
Alabadme la desgracia
Deste ojo, aunque á ver no acierto;
Que, en verdad, que para tuerto
No mira con poca gracia.»

LEONOR.

Ahora bien: tú eres bellaco.
No mas socarronerías:
¡Qué es del papel de Macías?

NUÑO.

Espera; que ya le saco.

LEONOR.

Si no son versos, no creas
Que Clara le ha de tomar.

NUÑO.

Vile escribir y pensar.

LEONOR.

¡Qué importa que tú lo veas?

NUÑO.

Y vi que gestos hacía.

LEONOR.

¡Gestos? ¡Extraña invención!

NUÑO.

Y entre razon y razon
Una y media se comía.

LEONOR.

Si escribe desa manera,
No tiene buen natural.

NUÑO.

Un poeta artificial
Entré á ver (que me debiera),
Y en la cama componía
Con un tocador y anteojos;
Díole en la boca y los ojos
Una cierta perleata,
Con que parió sin comadre
Un verso, que apostaré
Que al parirme, le costó
Menos dolor á mi madre.

LEONOR.

Clara viene: véte presto.

NUÑO.

Este es el papel: adios.

(Date el papel, y vase.)

ESCENA XVII.

CLARA. — LEONOR.

CLARA.

¡En conversacion los dos!
Leonor, ¿es término honesto?

LEONOR.

¡Díome ese loco un papel
De unos versos de Macías.

CLARA.

¡En eso te entretenías?

LEONOR.

¡Tengo yo que hablar con él?
Como aqueste hidalgo ha dado
En quererte, hablaba en tí.

CLARA.

¡Son esos los versos?

LEONOR.

¡Sí!

Que tiene ingenio extremado.

CLARA.

Muestra.

LEONOR.

¡Tan presto! ¡Es mudanza
De tu honesto proceder?

CLARA.

Pues, Leonor, ¿á qué mujer
Le pesó de su alabanza?

LEONOR.

Escóndele; que ha venido
Tello.

ESCENA XVIII.

TELLO. — DICHAS.

TELLO.

Aunque el primero sea
Que de una ausencia tan breve,
Señora, te traigo nuevas,
No lo he podido excusar.

CLARA.

¡Cómo, Tello, breve ausencia?

TELLO.

Pues ¿qué mas breve que luego?

CLARA.

¡Adónde vais?

TELLO.

A la guerra;
Porque habiendo de ir el Rey
A defender las fronteras
De Almanzor, rey de Granada,
Que atrevido las molesta,
Le ha suplicado el Maestro
Que remita á las banderas
De su ejército el castigo.
Y el Rey le ha dado licencia.
Ya se viene despidiendo
¡Oh Clara! de la Condesa,
Para ejemplo de mal;
Que no porque le consuela;
Y alborotando el palacio,
Cajas y trompetas suenan.
Todo es guerra, y la de amor
Es para mí mayor guerra. (Vase.)

ESCENA XIX.

**EL MAESTRE, LA CONDESA, CLARA,
MACÍAS, LEONOR, NUÑO, FER-
NANDO, PAEZ.**

MAESTRE.

Quien vive tan enseñada
A mis jornadas y empresas,
¡Quiero que agora el sentillas
Por malos agüeros tenga!
¿Es novedad en mi casa

Este género de ausencia?
¿Tantos días há que vine
De la guerra de Antequera?
Ya no lo puedo excusar.

CONDESA.

Ni es justo; mas no os parezca
Nuevo el sentimiento mío.

MAESTRE.

Siento yo veros con pena.

CONDESA.

¿Llevais gente á vuestro gusto?

MAESTRE.

No milita en mis banderas
Hombre que no pueda ser
Héctor, Aquiles y César.
Llevo gente de mi casa,
A Tello, á Fernando, á Estéban,
A Alvaro, á Fortun Paez,
Ramiro y Sancho de Biedma,
Y otros hidalgos vasallos.

MACÍAS.

Y á mí, Señor, ¿no me cuenta
Entre ellos vueseñoría?

MAESTRE.

Como os criastes en letras,
Es presto para las armas.

MACÍAS.

Eso es en quien gobierna;
Mas para mandar la espada,
¿Quién le quita que no pueda
A Platon como Alejandro?

MAESTRE.

Venid conmigo, y entienda
Quien lo hiciere como hidalgo,
Que no ha de andar en las puertas
De palacio á pretender;
Que yo premio, si él pelea.

(Vanse con sus cumplimientos el Maestre y la Condesa, y siguenlos Paez y Fernando.)

ESCENA XX.

MACÍAS, CLARA, LEONOR, NUÑO.

MACÍAS.

Old, Señora.

CLARA.

¿En qué os sirvo?

MACÍAS.

Yo voy por vos á la guerra.

CLARA.

¿No decís mas?

MACÍAS.

Bien podría;

Pero falta quien me entienda.
Yo os amo desde que os vi
Con fe tan pura y honesta,
Que os quisiera dar mil almas;
Si estáis queréis, será vuestra.
Y aunque vos no la queráis,
No es posible que ya pueda
Vivir conmigo sin vos.
Dadme, Señora, una prenda
Para que me sirva de alma,
Mientras aquí se me queda;
Que os prometo, á fe de hidalgo,
Que sin despojos no vuelva,
Aunque me cueste la vida,
Que anima vuestra presencia.
¿Qué decís? ¿En qué pensáis?

CLARA.

Há poco tiempo que fuera
A ese amor agradecida;
Que era mía, y soy ajena.
Trata casarme con Tello
Mi señora la Condesa;
Y aunque no me ha dicho nada,

Basta saber que concierda
Su señoría estas bodas,
Para que yo la obedezca.
Creedme, á fe de hijadalgo,
Que ese amor agradeciera,
Porque vos lo mereceis.
No puedo: dadme licencia.
(Vanse Clara y Leonor.)

ESCENA XXI.

MACÍAS, NUÑO.

MACÍAS.

¡Ah Nuño! Yo soy perdido.

NUÑO.

Pues ¿qué hay en esto que pierdas?
¿No fué esta resolución
De una mujer muy discreta?
No estás contento de ver
Que tu deseo agradezca?
Ya es de Tello: ¿qué la quieres?

MACÍAS.

Pues ¿qué importa que la quiera?
¿Quitaseme á mí el amor
Porque diga que es ajena?
Si ella me diera un remedio
Con que yo la aborreciera,
Aunque fuera mas hermosa,
Yo dejara de quererla.
Pero si con mas amor
Con lo que dice me deja,
Y si antes celos no tuve,
Ya con los celos se aumenta,
¿Cómo la puedo olvidar?

NUÑO.

Con imaginar las prendas
Del que ha de ser su marido;
Que no es razon que te atrevas
A un hombre de su valor.

MACÍAS.

¿Qué bendición de la Iglesia
Tiene este hombre, majadero?
Déjame adorar en ella
Mientras que no tiene dueño.

NUÑO.

¿Y despues cuando le tenga?

MACÍAS.

Entonces la querré mas;
Que no hay cosa que mas crezca
El amor, que un imposible,
Y el verse un hombre á la puerta
De una mujer que otro goza.

NUÑO.

Yo mucho mas la quisiera
Si fuera el que la gozara.

MACÍAS.

¿Qué grosera impertinencia!
Que vil imaginación!

NUÑO.

Pues ¡vive Dios, que si hiela,
Que quiero mas una manta
Que mil balcones y rejas,
Si está la dama acostada,
Y yo en la calle por ella!

ACTO SEGUNDO.

Airio de palacio.

ESCENA PRIMERA.

Tocan cajas, y salen en alarde soldados, PAEZ, FERNANDO, TELLO, NUÑO, MACÍAS y EL MAESTRE.

TELLO.

Toda Córdoba se admira

De tu venida, Señor.

MAESTRE.

Destá manera el valor
Los enemigos retira.

FERNANDO.

¿Qué veloz el africano
Supo á Granada volver!

TELLO.

Hasta en el ver y el vencer
Eres César castellano.
Por mas que intente decirte,
Será imposible alabarte.

PAEZ.

El Rey lo muestra en hourarte,
Pues que sale á recibirte.

ESCENA II.

EL REY, ACOMPAÑAMIENTO. — DICHOS.

REY.

Dadme los brazos, Maestro.

MAESTRE.

¡Gran Señor!...

REY.

Honrar es justo

Vuestro valor, y este gusto
Es bien que en público muestre.
No os pregunto cómo estáis,
Pues vitorioso venís,
Porque viniendo decís
El estado en que os halláis.
Hoy á vuestra roja espada
Habeis dado tanta gloria,
Que ha de ser esta vitoria
Freno y temor de Granada;
Porque volver castigado
El moro de la frontera,
Como si en su Alhambra viera
Nuestro pendon levantado
Me ha dado contento y gusto.

MAESTRE.

Honrais los buenos deseos
De ofreceros por trofeos
El mundo. Principe augusto.
Estos soldados lo han hecho
Con tan heróico valor,
Que merecan bien, Señor,
Que honreis su valiente pecho.
Tello de Mendoza es
Mi camarero, y os juro
Que puede su alarbe muro
Rendir Granada á sus pies.
Fortun Paez y Fernando
Giron mostraron en todo
Que tienen del nombre godo
Sangre y valor heredado.
Mas desde que me cefí
La espada, puedo jurar
Que no he visto pelear
Mas bien que á este hidalgo vi;
Recien venido á servirme
De Castilla; porque creo
Que no he visto en cuantos veo
Hombre tan valiente y firme,
Tan gallardo y alentado;
Tanto, que á decir me atrevo
Que la vitoria le debo.

MACÍAS.

Quien fué, gran Señor, soldado
Del Maestro, poco hacia
Cuando mil moros venciera,
Pues dél imitar pudiera
Tanto valor aquel día.
Yo, bisoño, solo fui
A dar principio al deseo
De servirlos.

REY.

En él veo

Lo que decís.

MACÍAS.

Si hay en mí
Algun átomo pequeño
De aliento, de ánimo y brío,
Puesto que parece mío,
Todo se reduce al dueño.

REY.

¡Qué bien hablado y cortés!
Pide, mancebo galán,
Alguna merced.

MACÍAS.

Tendrán
Mis labios tus reales piés
Por merced tan singular,
Que no quieren mas ventura.
Mas, si tu alteza procura
Pecho tan humilde honrar,
Le suplico sea servido
De darme aparte.

REY.

Si haré;
Porque es muy justo que esté
A quien sirve, agradecido.
(Apártense los demás.)

MACÍAS.

Inculto rey don Enrique,
Sangre de los godos reyes,
Que el laurel que perdió España
Vas restaurando á su frente;
Tú, que al divino Pelayo
De tal manera pareces,
Que á sus gloriosos principios
Fin tan dichoso prometes:
Yo soy Macías, hidalgo
De los buenos que decenden
De la Montaña á Castilla;
Que supuesto que se debe
El buen nacimiento al cielo,
Yo pienso que quien le tiene
También se puede alabar,
Si obrando bien, lo merece.
Los estudios de Palencia,
En este tiempo eminentes,
Me dieron letras bastantes
Para no ignorar las leyes.
Mas yo, que en la variedad
Hallaba mas gusto siempre,
La retórica y poesía
Quise que mis ciencias fuesen.
Hice versos amorosos,
Porque son los años verdes
Para sus conceptos alma,
Si bien el alma divierten.
Fuérme forzoso dejar
Por algunos intereses
La patria; pensé en la corte;
Que no hay cosa que se piense
Mas presto cuando un mancebo
Salir de su patria quiere.
Truje cartas del señor
De Alba, y dílas al Maestre.
Recibíome en su servicio,
Y así los cielos aumenten
Tus glorias, y hasta Marruecos
Tus rojos pendones lleguen,
Que lo que quiero decirte
Me perdonas, pues que tienes
Ingenio, á quien no le espantan
Los humanos accidentes.
La Condesa doña Juana,
Señora de Lara excelente,
A cuya virtud es sombra
La fama que la encarece,
Tiene en su servicio agora
Una dama, que si puede
Disculparme el hacer versos,
Es un serafín celeste.
Su bien compuesta persona
Labró de púrpura y nieve

Naturaleza despacio,

No con la prisa que suele:
De suerte que quiso ser,
Aunque el arte se le niegue,
Para su mármol Lisipo,
Para su pintura Apéles.
Retrató el sol en sus ojos,
Y en un hilo de lucientes
Perlas puso artificiosa
Dos encendidos claveles.
Perdona otra vez, Señor,
Si mi loca lengua excede
Del modo con que es razón
Que los reyes se respeten.
Clara es su nombre, y obscuro
El sol mirando su frente.
Llévome el alma: sin alma,
¡Qué vida teneria puede?
Desasosiegos de amor
Me pusieron de tal suerte,
Que me alegré de que el moro
Tan atrevido viniese,
Pues con gusto de morir
Fui á la guerra; mas la muerte
Nunca viene á quien la busca;
Que á los descuidados viene.
Por vida de vuestra alteza,
Que nunca, que yo me acuerde,
Había sacado la espada,
Porque no á todos se ofrece,
Hasta que á los moros vi;
Mas amor, que hace valientes,
Me dió tal brío y valor
Para que obligar pudiese
Al Maestre; que no creo
Que airado cierzo en noviembre
Derriba al olmo las hojas
Que dé, medio secas, penden,
Con mas violencia y furor,
Y en remolinos envuelve,
Que yo cabezas de moros:
Y esto es fácil de creerse.
Porque las fuerzas de amor
A todo imposible exceden.
Como me mandaste aquí
Que te pidiese mercedes,
Y sé que aun el mismo Dios
Quiere que le pidan siempre,
Parecióme bien pedirte
Que le mandes al Maestre
Me dé por mujer á Clara;
Que todo el oro de Oriente
No estimaré como ser
Su marido, si concedes
Esta merced á mi amor;
Porque los humanos bienes
No compiten con las almas,
Reino que el amor posee.
Y así, en hacerme este bien
Mostrarás, Señor, quien eres;
Que en teneria está mi vida,
Y en perderla está mi muerte.

REY.

Huelgo de haberte escuchado;
Que, como hombre, tal vez
Soy de los hombres jüez,
Y en la piedad lo he mostrado.
Retírate, hidalgo, allí.—
Maestre...

MAESTRE.

Señor...

REY.

Sabed
Que os pide á vos la merced
Este soldado por mí.

MAESTRE.

Señor, con tan buen tercero
No queda que encarecer.

REY.

Dalde á Clara por mujer.

MAESTRE.

Díosela á mi camarero
La Condesa, y ya se han dado
Las manos.

REY.

Pésame.

MAESTRE.

Haré

Que no se casen.

REY.

Seré,

Si ya lo impido, culpado
Para con Dios.

MAESTRE.

Esto es cierto.

REY.

Macías...

MACÍAS.

Señor...

REY.

Está

Casada esa dama ya,
Por escrito su concierto.

MACÍAS.

Desdichado soy, Señor.

REY.

Con una cruz de Santiago
Lo que he prometido pago,
Bien debido á tu valor.—
Maestre...

MAESTRE.

Señor...

REY.

Daréis

Por mí un hábito á este hidalgo;
Que por sus méritos saigo.

MAESTRE.

Vos le dais, y vos le hacéis;
Que ninguno le ha tenido
Por término mas honrado,
Si un rey le ha calificado
Y su informacion ha sido.
(Vanse todos, menos Macías y Nuño.)

ESCENA III.

MACÍAS, NUÑO.

MACÍAS.

¡Qué desdicha puede haber,
Nuño, que iguale á la mía!
Llegó de mi muerte el día:
Ya no es Clara mi mujer.
No sé qué tengo de hacer
Sin esperanza ninguna,
Porque donde hay alguna
Que mire á la posesion,
Aun falta jurisdiccion
Al poder de la fortuna.
¡Ay de mí! Clara perdida,
Vida, ¿para qué sois buena?
Que de tantos males llena,
Más seréis muerte que vida.
De una esperanza asida,
Con el bien de su memoria
Animastes la victoria;
Que á estar de perderla cierto
Quedar en el campo muerto
Tuviera mi amor por gloria.
Tello de Mendoza ¡ay cielos!
¿Ha de gozar de mi bien?
¿Cómo puede ser que estén
Juntos mi amor y mis celos?
Mal pueden fuegos y hielos
Tener en paz mi cuidado;
Mas si helado y abrasado
No puede ser que me vea,
Hará que posible sea
La dicha de un desdichado.

NUÑO.

Mal tus sentimientos mides
Con tu ingenio y discrecion.
¡Qué injusta lamentacion
Cuando te dan lo que pides!
De una substancia es el pago,
Y la cruz el testimonio,
Pues por la del matrimonio
Te han dado la de Santiago.
La diferencia ha de ser,
Dejo aparte los decoros,
El pelear con los moros,
O con la propia mujer.
Aquella es roja cuchilla,
Y esta del martirio palma;
Aquella se pega al alma,
Y esta en la capa y ropilla.
Cuál dellas venga a tener
Mayores obligaciones,
Consiste en otras razones,
Que hay de marido a mujer.
Pero es justa imitacion
Por la roja cruz del lado;
Que ha de traerla el casado
Al lado del corazon.
Que con este amor se abone,
Es del honor vida y luz;
Que hay casado que la cruz
A las espaldas la pone.
Hombre, imita al caballero:
Ponla en el pecho, y verás
Que lo que te pesa mas
Es en el alma ligero.

MACÍAS.

¡Qué tiene, Nuño, que ver
Ese discurso conmigo?
Mejor le haré yo contigo,
Si ha sido cruz la mujer;
Porque como un caballero
Muerto en la tumba la pone,
Eso mismo el Rey dispone
Que me pongan cuando muero.
Vamos a verla entre tanto
Que vivo, si son consuelos
De amor ver celos; que celos
Tienen por consuelo el llanto.
Vayan mis ojos a ver
Lo mismo que han de llorar,
Porque no hay mayor pesar
Que del ajeno placer.

NUÑO.

Que no eres tan desdichado
Como tienes presumido,
Ni Tello por ser marido
Es tan bienaventurado.
Que aunque la ventura es suya,
A pocos dias de Clara,
Estoy cierto que tomara
Tello tu cruz por la suya.
Que en trato discreto ó necio,
Si a los ejemplos te pones,
Hay muy pocas posesiones
Que no paren en desprecio.
Yo te doy que cada día
Comas perdiz y capon:
Desearás un salpicon
De cebolla y vaca fria.
Piensas tú que la deidad
De una mujer en su estrado,
Es de su marido al lado
La misma?

MACÍAS.

¡Qué necesidad!
Unos amores discretos,
Tratados, pueden perder?

NUÑO.

Digo yo, si la mujer
Va descubriendo defectos.
Pero si discreta ha sido,
Limpia y de buen parecer;

Yo sé que es la tal mujer
Corona de su marido.

(Vase.)

Sala en casa del Maestro.

ESCENA IV.

LA CONDESA, CLARA, LEONOR.

CONDESA.

Estos vestidos gusto
Que lleves esta noche.

CLARA.

Tus piés beso;
Mas mira que no es justo
Que llegue tu favor a tanto exceso.
CONDESA.
No es exceso quererte:
Yo quiero que te vistas desta suerte.
La cintura y cadena
Te doy tambien, y el parabien, que es
De lo que el cielo ordena [Justo,
Para remedio tuyo, tan a gusto
Del Maestro, que creo
Que retrató tu dicha su deseo.
Es Tello de Mendoza
Hidalgo de los buenos de Castilla.

ESCENA V.

FERNANDO, PAEZ.—Duchas.

FERNANDO.

Por Dios, que es bella moza.

PAEZ.

No la hay desde Toledo hasta Sevilla
De tal ingenio y cara.

FERNANDO.

Merece a Tello justamente Clara.

CONDESA.

A todos regocija
Tu casamiento: gracias doy al cielo.

FERNANDO.

Salir a la sortija [No.
Que han intentado, me ha de dar desve-

PAEZ.

¡Qué mayores tesoros [ros?
Que para la invencion vender dos mo-

FERNANDO.

Tantos hemos traído, [tes.
Que no valdrán entrambos treinta rea-

PAEZ.

Buscar de los que han sido,
Para rescate, moros principales.

FERNANDO.

¡Quién ha de mantenerla?

PAEZ.

Tello será mantenedor por ella.

FERNANDO.

Dijeron que Macías.

PAEZ.

No sé por qué razon, favorecido,
Anda triste estos dias.

FERNANDO.

La ausencia de la patria habrá sentido.

PAEZ.

Voy a vender un moro.

FERNANDO.

Trocalde a un mercader a seda y oro.
(Vase Fernando y Paéz.)

ESCENA VI.

LA CONDESA, CLARA, LEONOR.

CONDESA.

Las fiestas de tu boda,
Clara, traen la casa alborotada.

CLARA.

De querernos bien toda,
Nace alegrarse de que esté casada
Con hidalgo tan noble.

CONDESA.

Y por su dicha dél se alegra al doble.
A tus padres escribe.

CLARA.

Con tu licencia los escribo agora.

CONDESA.

Clara, contenta vive,
Y Dios te haga dichosa.

CLARA.

¡Oh gran Señora!
Aqui una esclava tienes.

CONDESA.

Tus méritos te dan los parabienes.

(Vase.)

ESCENA VII.

CLARA, LEONOR.

CLARA.

Dame, Leonor amiga,
Recado de escribir.

LEONOR.

Goces mil años,
Sin que de la enemiga
Fortuna sientas los contrarios daños,
Estado tan dichoso
Con Tello, mi señor, tu amado esposo.
Mas, siendo la primera
Que las nuevas te di, no me has pagado
Con palabras siquiera.

CLARA.

Leonor, todas mis galas te he dejado;
Que quiera desde agora
Que me vista las tuyas mi señora.
Como fuiste presente
De Tello, y nuestra fe tomaste luego,
Dudé, mas neciamente,
El darte libertad: esa te entrego.

LEONOR.

Beso tus piés mil veces.
En fin, Señora, ¡libertad me ofreces!

CLARA.

Ya eres tuya.

LEONOR.

Ya puedo
Darme a quien yo quisiera?

CLARA.

Si eres tuya,
Bien puedes.

LEONOR.

Pues si quedo
Con libertad, como de cosa suya,
Dispone el alma mía
Que vuelva a ser del dueño que solia.
Ser por fuerza tu esclava
No me obligaba a ser agradecida;
Mas si quien libre estaba
Te vuelve a dar su libertad rendida,
Más hace, siendo suya.

CLARA.

Eso es, Leonor, hacerme esclava tuya.

ESCENA VIII.

MACÍAS, NUÑO. — DICHA.

MACÍAS.
¡Puedo darte el parabien
De tu dicha y de mi muerte,
Clara hermosa?

CLARA.
Pienso yo
Que mi dicha le merece.

MACÍAS.
Que le merece tu dicha,
¡Quién puede haber que lo niegue?
Que mi muerte le merezca
Es lo que extraño parece.
Mándome el Rey, por servicios
Que le hice, que pidiese
Mercedes, y te pedi
Por las mayores mercedes.
Díjole al Maestre el Rey
¡Ay Dios! que te mereciese
Por mujer; y respondió
Al mismo Rey libremente
Que estabas casada ya.
El Rey, de ver que no fueses
El premio de mis servicios,
Mándole, Clara, al Maestre
Que de un hábito me honrase:
Pensólo disoretamente,
Porque si las de los muertos,
Que por últimas les deben,
Llaman bonras en Castilla,
El Rey por muerto me tiene.
No sé cómo hable contigo,
Porque fué necesidad siempre
Hablarles en cosas tristes
A los que viven alegres.
Casarte tú y morir yo
Son cosas tan diferentes,
Que no puede concertallas
Ni quien vive ni quien muere.
Pero en tu bien y en mi mal
Una cosa solamente
Puede caber, y no quiero
Que ser esperanza pienses;
Que no soy tan descortés.

CLARA.
Pues ¿que será lo que quieres,
Siendo cosa tan honesta?

MACÍAS.
Que te dé lástima el verme.

CLARA.
¿No quieres mas?

MACÍAS.
No, por Dios;
Que pedirte que te pese
Fuera gran descompostura.

CLARA.
Pues, hidalgo noble, adviérte.
No solo me has dado pena
De la que, amándome, tienes;
Pero, a no estar ya casada,
Fuera tuya eternamente.
Esto sin que haya esperanza
Ni atrevimiento que llegue
A pasar tu amor de aquí;
Porque el día que esto fuese,
Yo propia diré a mi esposo,
Honrado como valiente,
Que te quitase la vida.

MACÍAS.
No hayas miedo que yo deje
De amarte.

CLARA.

¿Cómo?

MACÍAS.

No mas

PORFIAR HASTA MORIR.

De amarte, sin ofenderte.
(*Vanse Clara y Leonor.*)

ESCENA IX.

MACÍAS, NUÑO.

NUÑO.
¡Cuerpo de tal! ¡Qué mujer!
Esta sí; que no mujeres
Todas melindres y engaños,
Sino decir lo que sienten.
¡Con qué gracia de sus labios,
Rosas de abril entre nieve,
Dijo: «A no estar ya casada,
Fuera tuya eternamente!»

MACÍAS.
Y ¡no es nada lo que dijo
Después? Que si yo quisiese
Pasar a esperanza sola,
O a mas que amaría atreverme,
Diría a su mismo esposo,
Honrado como valiente,
Que me quitase la vida.

NUÑO.
Habló noble y justamente
Para atajarte los pasos.
¡Bien haya quien agradece
El amor, y el honor guarda!
No como algunas crueles,
Que por pescar las haciendas,
A los hombres desvanecen.
Aquí no queda que hacer,
Macías, mas de que entierres.
Tu amor, pues tú mismo dices
Que estás muerto.

MACÍAS.
¡Bien lo entiendes!
Con advertimiento, Nuño,
De que en nada me aconsejes,
Desde hoy comienzo a servir
A Clara.

NUÑO.
Pues ¿qué pretendes?
Qué han de sentir su marido,
La Condesa y el Maestre?
Si esta necesidad intentas,
Que es fuerza llegue a saberse,
¿Qué ha de ser de tí y de mí?

MACÍAS.
¿No puedo quererla?

NUÑO.
Puedes.

MACÍAS.
Quererla ¿es delito?

NUÑO.
No.
MACÍAS.

¿Oféndola?
NUÑO.
No la ofendes.

MACÍAS.
Pues ¿qué importa?
NUÑO.
Andar perdido.
MACÍAS.
Pues ¿qué pierdo?

NUÑO.
El tiempo pierdes.
MACÍAS.
Yo ¿no me muero?

Es locura.

MACÍAS.

Confieso.

NUÑO.
No lo confieses.

403

MACÍAS.
¿Qué haré?
NUÑO.
Dejarlo de hacer.
MACÍAS.
Y ¿quién podrá?
NUÑO.
Tú, si quieres.
MACÍAS.
Quiero y no puedo.
NUÑO.
Porfia.
MACÍAS.
Por Dios, Nuño, que me dejes;
Que a quien le cansa la vida
Será partido la muerte.
(*Vanse.*)

Sala en palacio.

ESCENA X.

EL REY, con un libro; EL MAESTRE.

MAESTRE.
Informacion trujo honrada
De su noble nacimiento.

REY.
De su ingenio estoy contento,
Como lo estáis de su espada.
En fin, ¿ha escrito Macías
Todo este libro?

MAESTRE.
Ha mostrado
Lo tierno de enamorado,
Mayormente en estos días
Que casé a Clara, en hacer
Leiras, romances, canciones
A diversas ocasiones,
Que todas deben de ser
Dirigidas a haber sido
En perderla desdichado.

REY.
Si le hubiérades casado,
Todas se hubieran perdido.

MAESTRE.
¿Por qué, Señor?

REY.
Porque amor
En posesion no desea,
Y no hay materia que sea
Para los versos mejor
Que un amante desdichado
O en esperanza del bien.

MAESTRE.
Pocos escriben tan bien.
REY.
Él tiene ingenio extremado.
Tienen gracia y agudeza
Los españoles, Maestre,
En hacer versos.

MAESTRE.
Que muestre
Tanta aficion vuestra alteza
Hará que vuelva a tener
España, en versos, iguales
Mil Sóaecas y Marciales.

REY.
Las causas que dan de hacer
Tan peregrinos concetos
En las obras amorosas,
Mas que la historia y las prosas,
Son del mismo amor efetos;
Pues dicen que no hay nacion
Que así estime, adore y quiera
Las mujeres, ni prefiera

A la hacienda, á la opinion,
Y aun á la vida, su gusto.

MAESTRE.

Bien se ve en las galas y oro
Que les dan.

REY.

Con gran decoro
Las sirven y aman, y es justo,
Así por deuda tan clara
Del nacer, como por ser
La hermosura de mujer
Cosa tan perfecta y rara.
Leedme esa direccion
Que de su libro me hace
Macías.

MAESTRE.

Si os satisface,
Confirmaréis su opinion. [tilla.
(Lee.) «Al muy poderoso señor de Cas-
»El gran decendiente del Magno Pelayo,
»De España corona, del Africa rayo,
»De moros alarbes sangrienta cuchilla,
»A quien obedezcan Granada y Sevilla,
»Como en el tiempo que fué de los godos,
»Macías ofrece sus versos, y todos
»Al pié soberano los postra y humilla.»

REY.

¡Extremada direccion!

MAESTRE.

Como á quien va dirigida.

REY.

Pero leed, por mi vida,
De amor alguna cancion.

MAESTRE. (Lee.)

«Amores me dieron corona de amores,
»Porque mi nombre pormas bocas ande.
»Entonces no era mi mal menos grande
»Cuando me daban placer sus dolores.
»Vencen el seso sus dulces errores;
»Mas no duran siempre segun luego
»Y pues que me hirieron del mal que vos
»Sabad al amor desamar, amadores.»

REY.

¡Qué excelente y qué ejemplar!
Maestre, estimad este hombre.

MAESTRE.

¡Quién como vos dese nombre
Le puede calificar?
Yerra en lo que persevera,
Y mas casándose Clara.

REY.

Si el moro no lo estorbara,
Grandes ingenios hubiera.

(Vanse.)

Sala en casa del Maestro.

ESCENA XI.

MACÍAS, NUÑO.

NUÑO.

¡Qué descompostura es esta?
¡Tienes seso?

MACÍAS.

Hele perdido
Con lo que he visto y oído.

NUÑO.

Bien claro se manifiesta.
¡Para qué entraste en la fiesta,
Si lo habías de sentir?

MACÍAS.

Si me vienen á decir
Que al novio, Nuño, acompaño,
Cuando mas me desengaña,

¡Puedo dejar de morir?

En la noche confiado,
Que, en fin, encubre mejor
Cualquiera efeto de amor,
Entré con el desposado.
Llevaba el color mudado,
Como quien va á desafío;
Y el corazon, aunque el brio
De tantas penas deshecho,
Tan descortés en el pecho
Como si no fuera mio.
Llegué, volví atrás, temblé,
Paró el pié la confusion;
Pero luego el corazon
Hizo el oficio del pié.
Miré, perdíme, lloré,
Y de suerte vine á estar,
Que andaban para buscar
Consejos, donde hay tan pocos,
Todos los sentidos locos,
Sin conocer su lugar.
Parecióme que no via
Lo mismo que viendo estaba;
Sin oír lo que escuchaba,
Lo que imaginaba oía.
¿No has visto un fuego? así ardía
La casa del alma, y luego
El entendimiento ciego
Pedía con mil enojos
A las fuentes de los ojos
Agua que templase el fuego.
Como al crepúsculo frio
Del alba, entre luces rojas,
Abre una rosa las hojas
Para beber el rocío,
Estaba aquel dueño mio,
Aquella divina fiera,
Tan hermosa, que pudiera
Adoralla como al sol,
A ser indio, el español
Que entonces sus rayos viera.
Cuando Dios no fabricara
Púrpura y cristal de roca,
Naturaleza en su boca
Cristal y púrpura hallara;
Y cuando el sol no formara,
Se viera en sus bellos ojos;
Y á no haber claveles rojos,
Allí los vieran los cielos,
Y cuando no hubiera celos,
Se hallaran en mis enojos.
Levantóse del estrado,
Y la Condesa con ella,
Llegó el desposado á ella
Mas dichoso que turbado,
Y con el padrino al lado.
La sala se suspendió,
Luego el padrino llegó,
Y tomándose las manos...
— ¡Cómo, cielos soberanos,
Vivo yo, si lo vi yo!
Preguntó á Tello (¡ay de mí!)
Si por mujer la quería.
Dijo que sí, y yo vivía;
Que aun faltaba el otro sí.
Luego á Clara; y hasta aquí,
Como si en la horca fuera,
Mi loca esperanza espera;
Pero en oyendo mi daño,
El verdugo desengaño
Me arrojó de la escalera.
Yo no sé cómo viví;
Pero ¡quién habrá que crea
Que me pareciese fea
Al tiempo que dijo sí?
Mas por dicha no entendí
La causa que pudo haber.
Hermosa debió de ser,
Porque son todas las cosas,
Nuño, mucho mas hermosas
Cuando se quieren perder.
Mira tú ¡qué pensamiento

El de una loca afición!
Que tuve imaginacion
De poner impedimento.
Pero en este necio intento
La bendicion les llegó,
Y Tello á Clara llevó
Donde con otras señoras
Sentados, culpan las horas
Que estoy dilatando yo.
Pero ya las dos serán,
Y siento que se levantan;
Que ya ni danzan ni cantan,
Antes pienso que se van.
¡Ay Dios! la muerte me dan
Con ver acortar los plazos
De sus regalos y abrazos;
Que si una mano que dió
Clara á Tello me mató,
¿Qué haré si le da los brazos?

NUÑO.

Tello no es tan venturoso
Como á tí te ha parecido.
¿No es, en efeto, marido?

MACÍAS.

¿Y puede ser mas dichoso?

NUÑO.

No sé, por Dios. ¿No ha de estar
En casa?

MACÍAS.

Pues, ¿dónde quieres?

NUÑO.

Muy dignas son las mujeres
De amar y reverenciar.
Pero esto de estar allí
A todas horas, es cosa,
Por fácil, menos gustosa.

MACÍAS.

Tal me sucediera á mí.

NUÑO.

Aunque viendo lo que pasa,
Hay mujer que, por ser nueva
De noche, el día se lleva
De un vuelo fuera de casa.
En un año una mujer
Es silla, es banco, es bufete,
Porque como no inquiete,
Eso mismo viene á ser.
La novedad es gran cosa.

MACÍAS.

No, para quien ha llegado
A tener (¡qué dulce estado!)
Mujer discreta y hermosa.

NUÑO.

¿No es nada la novedad?

¡Pues hoy una dama vi
Que sin dientes conocí,
Y los tiene en cantidad.
Y dijela: «Cosa vil,
Que falta de doce perlas
Supla quien llegare á verlas
Un forastero marfil.
Y respondiome: «Há mil dias
Que los traía, en verdad,
Y por mayor novedad
Troqué por estas las mías.»
Pero retirate aquí;
Que pienso que salen ya.

(Retíranse á un lado embozados.)

ESCENA XII.

PAJES con hachas, PAEZ, FERNANDO;
TELLO, que trae de la mano á CLA-
RA; LA CONDESA, EL MAESTRE.

MACÍAS.

Conjurado, Nuño, está
Todo el cielo contra mí.

TELLO.
Suplico á vueseñoría
No pase mas adelante.

CLARA.
Señora, hasta el favor.
No es bien que adelante pase
De aquí vuestra señoría.

CONDESA.
Ahora bien, el cielo os guarde
Y os haga muy venturosos.

MAESTRE.
Clara, no he podido honrarte
De mas gallardo marido.

CLARA.
Ni hacerme favor mas grande;
Pero, en fin, de tales manos,
Que beso mil veces.

FERNANDO.
Paez, (Ap. á Paez.)
¡Vive Dios, que llevo envidia!

PAEZ.
¡Linda moza!

FERNANDO.
Es como un ángel.
(Vanse los desposados por una parte,
y el Maestro y la Condesa por otra.)

ESCENA XIII. MACÍAS, NUÑO.

NUÑO.
Ellos se van á acostar.
Bien puedes desembosarte;
Y vamos á hacer lo mismo,
Pues ya no hay Clara que aguardés,
Sino es la mañana clara.
¡No hablas? Pero no hables,
Si ha de haber lamentaciones,
Y aquello de los amantes
Cuando glosan muchas veces
Con siete mil disparates:
«No goces al desposado.»
Vamos á casa; que es tarde,
Y es mañana la sortija,
En que, por lo menos, sales
A ser el mantenedor.
Mira que estás, por las partes
De valiente y de poeta
E inventor de nuevos trajes,
En los ojos de la corte;
Y que será bien que saques
Galas y discretas letras.

MACÍAS.
¡Ay fortunas inconstantes
Del mar de amor, en que voy,
Como en el golfo la nave
Combatida de los vientos!

NUÑO.
Anda pues, y no te pares.

MACÍAS.
¡Cómo andar?

NUÑO.
Pues bien, ¿qué implica
Que á un mismo tiempo hables y andes?
En un auto un día del Córpus
Decía un representante:
«Quiero destruir el mundo.»
Y como entonces llegase
La procesion, aunque estaba
En figura venerable,
Dijo un regidor: «Andando
Y destruyendo, Juan Sanchez.»
Tú agora quéjate y anda.

MACÍAS.
Sin andar pienso quejarme;
Que no me puedo mover
Con peso de tantos males.

NUÑO.
Pareces perro de caza
Que vió la perdiz delante;
Que como te halló te quedas.
Mira que tocan á laudes
En cuarenta monesterios.
MACÍAS.
Diles que para enterrarme
(¡Ay Nuño!) toquen á muerto;
Y si no lo estoy, matadme,
Celos, envidias de amor,
O ¿queréis que yo me mate?
(Vanse.)

Calle. ESCENA XIV. MACÍAS, NUÑO.

MACÍAS.
Dejadme, imaginaciones,
Que de la pintura el arte
Imitais en mis sentidos,
Pintando figuras tales,
Que me abrasan y me hielan.
Ya veo en forma de Marte,
Cómo Tello de Mendoza
Le dice amores suaves.
Ya veo la hermosa Vénus,
Que sobre las flores yace
De un verde prado, despues
Que dió nieve á sus cristales.
Ya veo dos mil Cupidos
Por los ramos de los sauces,
Esparciendo azahar y rosa
Sobre los tiernos amantes.
Nuño, ¿sabes que he pensado?
Que con grandes golpes llames,
Y que digas que el Maestro
Le manda que se levante.
Hazme este bien, Nuño amigo.

NUÑO.
Los malos remedios hacen
Lo que hace el agua en la fragua,
Con que mas las llamas arden.
Y este hombre no es tan necio,
Que en tal ocasion pensase
Que le llamaba el Maestro.

MACÍAS.
¡No sirve? Pues no te espantes;
Que él sabe que los señores
No hallan cosa en que reparen
Cuando los han menester.

NUÑO.
¡Qué ocasion habrá bastante
Para que él pueda creerlo?
Que á tal hora no es muy fácil.
Decirle que á la Condesa
Le dió un recio mal de madre,
Es necedad, porque Tello
No cura destos achaques.
Demás, que desde la cama
Dirá Clara: «Quemad, paje,
Unas plumas de perdiz,
Y si no, ponelde un parche.
El Maestro orina bien.»

MACÍAS.
¡Qué consuelos!

NUÑO.
Si los sabes
Mejores, dílos; que ya
Descubre el alba celajes
En el cuchillo del monte
Que corta á Córdoba azahares.

MACÍAS.
Dile que han venido moros.
NUÑO.
¿A qué?

MACÍAS.
¿Cómo á qué? A vangarse.
NUÑO.
Como era tan de mañana,
Pensé que á dar por las calles
Letuario y aguardiente.
Mas ¿si pregunta á qué parte?

MACÍAS.
Di que á Écija.

NUÑO.
¿Y si dice
Que, habiendo ocho leguas grandes,
No pueden llegar tan presto,
Y que entre tanto descansen
Su señoría, ¿qué haremos?

MACÍAS.
Da golpes: basta vengarme
En que despiertes á Tello.

NUÑO.
Necedad de necedades.
Tello habia de dormir,
Teniendo al lado aquel ángel?

MACÍAS.
¡Maldigate el cielo, Nuño,
Que me has muerto!

NUÑO.
No te canses.
Mira que estás á su puerta,
Mira que el alba, que sale,
Se rie de tus locuras,
Y se las cuentan las aves.

MACÍAS.
¿Que es posible que no quietes
De la cama levantalle?

NUÑO.
¿Quieres tú que se resfrie
Ese desposado, en balde?
Mira, Señor, que entra el día.

MACÍAS.
Entre, y entren mil pesares
Hasta el alma.

NUÑO.
Gente suena
En casa, y las puertas abren.—
¿Dónde van perros y alcones,
Y cazadores delante?
¡Vive Dios, que es el Maestro!
Ya no hay que huir, no te apartes;
Que será darle sospechas.

MACÍAS.
¡No hay desdicha que me falte!

ESCENA XV. EL MAESTRE, de caza; FERNANDO, PAEZ.—Dichos.

MAESTRE.
¿Es Macías?
FERNANDO.
Sí, Señor,
Si no es que el alba me engañe.

MAESTRE.
¿Cómo has madrugado tanto?

MACÍAS.
Solo vengo á acompañarte;
Que supe que al campo ibas.

MAESTRE.
Seráme mas agradable
Contigo. Dalde el overo,
Si no es que caballo traes,
Y dalde una haca á Nuño.

NUÑO.
¿Haca ó qué? ¡Sin acostarme
Tras esta noche una haca,
Y entre árboles y jarales

Andar buscando un venado,
O una garza por los aires!
¡Muerto soy!

MAESTRE.

Vamos, Macías.

NUÑO.

¿No llevas almuerzo, Paez?

PAEZ.

Levántaste de la cama,
Y ¡quieres comer!

NUÑO.

A nadie
Le dé Dios tan mala noche.
¿Volverás presto?

PAEZ.

A la tarde.

ACTO TERCERO.

Sala de palacio.

ESCENA PRIMERA.

EL REY, PAEZ, FERNANDO; MACÍAS,
con hábito de Santiago, NUÑO.

MACÍAS.

A besaros los pies, Señor, me envía
El Magstre, al honor agradecido
Que traigo al pecho este dichoso día,
Mas grande cuanto menos merecido.

REY.

Para que os viese usó de cortesía:
A él ese favor habeis debido.
El es el dueño dese honor: no es justo
Reberme mas que intercesion y gusto.

MACÍAS.

Vuestro valor el alto cielo extienda
Donde hasta agora no plantas ningunas.
Y plegue al cielo que de vos decidienda
Quien ponga en otro mundo las columnas.

REY.

¿Cómo va de las musas?

MACÍAS.

La contienda,
Claro señor, de envidias importunas
Las tiene retiradas; mas no tanto,
Que no os celebren en su dulce canto.
Apenas hoy comienza el que desea
Por los versos, Señor, fama constante,
Cuando quiere vencer con breve idea
Al que la tiene en bronce y en diamante.
Otro veréis que en enseñar se emplea,
Y está de los principios ignorante:
Todos estos resiste la prudencia.

REY.

¿Qué virtud se libró de competencia?
La sortija no vi, por ocupado.
Aquella tarde, y me alabó el Maestre
Letras, galas y lanzas de un soldado
Que no hay accion en que valor no muestre.
¿Quién la mantuvo? (Ire.)

MACÍAS.

El mismo desposado,
Porque las armas el amor adiestre,
Con mas primor que el arte.

REY.

¡Buenos bríos!

MACÍAS.

(Ap. ¡Ay dulce causa de los males mios!)
Salió Tello galan, de blanca tela
Bordada de laureles; que le alcanza
Favor; que enamorado se desvela,
Y vió la posesion de su esperanza.
Dorada de la lanza la arandela,

Los bríos igualó la confianza,
Con manto al hombro, que barriendo el
Era cometa de arrogante cielo. [suelo,
Prometo, gran Señor, á vuestra alteza
Que un castaño bridon de tela armado
Le hacia un edificio en la firmeza,
Si puede ser en aire fabricado.
Aquella corpulenta ligereza,
Como baquetas de atambor templado,
Las fuertes manos con tal son movia,
Que pensaban las piedras que tañia.
Llevaba dos gigantes por padrinos,
Presos de un niño amor, que los guiaba,
«Mis deseos» por letra, y que eran di-
Desu grandeza con razon mostraba; fijos
Que puesto que de Clara los divinos
Cielos de amor pacífico gozaba,
Quiso mostrar que dulces himeneos
No tiemplan, antes crecen los deseos.
Fortun Paez salió de verde y plata,
Todo bordado de diversas flores;
Llevó por letra en quejas de una ingrata:
«No pasan de esperanzas á favores.»
Un bayo obscuro los del sol retrata,
Y tan ligero al aire dió colores. [viento,
Que aunque en Córdoba son hijos del
Este lo fué del mismo pensamiento.
Fernando (que presente miras) quiso,
Para tomarlos, mas que dar consejos,
Ser de sí mismo y de su amor Narciso,
Y en oro y nácar se vistió de espejos.
Las damas, que temieron este aviso,
Mirábanse en sus luces desde lejos,
Si bien por los espejos y dos años [hos.º
De amor, por letra dió: «Mis desenga-
En esto un monte, vomitando fuego,
En dos partes la máquina divide,
Y sale déi un caballero luego
Que mil ardientes círculos despide,
Cuyas breves cometas á don Diego
De Lara dan lugar: la lanza pide,
Y sospechosos, á dos azules cielos
Llevó, por letra: «Aquí me tienen celos.»
Con el caballo en forma de una fiera
Sierpe, ya imagen del celeste polo,
Pasó Dionis Peralta la carrera,
De suerte que previno el arco Apolo;
Y á la mitad, con invencion ligera,
Cayó la piel, quedó el caballo solo,
Tan blanco y tan hermoso, que se atreve
A llamar cisne retratado en nieve.
Entró de plumas, avestruz fingido,
Con un hierro en la boca, Recaredo;
La letra (de algun yerro arrepentido)
Dijo: «Por ver si digerirle puedo.»
El caballo, de plumas guarnecido,
No tuvo al hierro de las plantas miedo,
Porque, alzando las manos, parecia
Que juntarias al freno pretendia.
Mas; para qué te canso, si me esperas?
Yo entré en figura del furioso Orlando:
Tela negra sembré de áspides fieras
Que estaban corazones enlazando.
En hábito francés, reconocieras
Que, la historia de Angélica imitando,
Envidiaba, Señor, algun Medoro.
Dichoso dueño de la luz que adoro.
Caballo negro, que servir pudiera
Al carro de la noche, retratado
En ébano lustroso, y en la esfera
Del sol quedar por su valor dorado,
Las arenas midió de la carrera
Paso á paso, tan firme y alentado,
Que si alguna en las plantas recogia,
Al levantar las manos la volvía.
En figura de Astolfo, por padrino
Iba delante Nuño, mi escudero,
Con mi seso en un vidrio cristalino,
Y por letra con él: «Ya no le quiero.»
Gané todo hombre que á las fiestas vino;
Yo solo, sin ventura aventurero,
Gané la joya de galan, que ha sido

Mentira, pues perdí la de marido.

REY.

Haberos visto quisiera;
Mas hasta haberos oído.

MACÍAS.

Corri, Señor, tan corrido,
Que no es mucho que perdiera.

REY.

Essa memoria olvidad;
Y porque menos se sienta,
Con mil ducados de renta
Lo perdido restaurad;
Que estos vale la alcaldía
De Arjona.

MACÍAS.

Cante la fama
Tu nombre en cuanto derrama
Su luz el autor del día.

(Vase el Rey.)

PAEZ.

Ya sois alcalde de Arjona.

FERNANDO.

Debéis al Rey grande amor.

(Vanse Fernando y Paez.)

ESCENA II.

MACÍAS, NUÑO.

NUÑO.

Necio has andado, Señor:
Que te lo diga perdona;
Que estando Clara casada,
Bien pudieras excusar
Esta manera de hablar;
Que es Tello persona honrada,
Y ofendes su calidad.
Y el Rey mostró sentimiento
Cuando dijo descontento:
«Essa memoria olvidad;»
Que fué discreta advertencia.

MACÍAS.

Nuño, quitame el amor,
Porque si no, ¿qué temor
Me puede poner prudencia?
(Vanse.)

Salí en casa del Maestre.

ESCENA III.

EL MAESTRE, TELLO.

MAESTRE.

Aquí me puedes hablar.

TELLO.

Señor, Dios sabe que tengo
Vergüenza; mas ya que vengo
A hablar con tanto pesar,
Yo sé que le has de tener.
Está cierto que me obliga
Justa causa á que te diga
Que siendo ya mi mujer
Clara, no es justa razon
Que me la sirva hombre humano.
Antes de darla la mano,
Macías tuviera accion
A pretenderla; mas ya
¿Qué es lo que intenta Macías,
Que con tan necias porfias
En el mismo error está?
Que si bien cualquier error
Por amor disculpa ha sido,
No la dieron al marido,
Sino al que tiene el amor.
Bien sé que Clara es honrada,
Bien conozco su virtud;

Mas una necia inquietud
Y voluntad porfiada,
Un siempre constante amor,
Que en los ojos muestra el pecho,
A muchas buenas ha hecho
Dejar de serlo, Señor.
Quién se puede prometer
Vivir honrado y seguro?
Cercó Dios de foso y muro
Los ojos de una mujer?
¿Qué guardas puso en su pecho
Para que pueda el honor
Vivir del ajeno amor
Agraviado y satisfecho?
Es la voluntad, por dicha,
Diamante, ó vidrio por quien,
En quien le guarda mas bien,
Puede entrar cualquier desdicha?
Tengo yo de estar sin miedo
Mientras se desvela aquel,
Y no puedo guardar del
El alma que ver no puedo?
¿Qué sé yo si vendrá dia
En que á Clara desvanezca
Su hermosura, y la enternezca
De un loco amor la porfia;
Y atropellando la honra,
Pueda comenzar á amar
De lástima, y acabar
Su lástima en mi deshonra?
Fuera desto, ¿es bien, Señor,
Que se atreva un hombre así,
Fiado en el Rey y en tí,
A querer manchar mi honor?
Es bien que en Córdoba canten
Los niños claras canciones
De Clara, que á los varones
De prudencia y honra espanten?
Es bien que esto se prosiga
Después de casado yo?

MAESTRE.
No por cierto, Tello, no,
Ni que de Clara se diga
Que pudo dar ocasion
A desatinos tan grandes.

TELLO.
Como tú, Señor, le mandes
Que deje la pretension,
Sin decir que yo lo sé,
Yo sé que la dejará;
Porque si ocasion me da...

MAESTRE.
Casando él ocasion te dé,
Castigaré su locura;
Pero no tengas temor.

TELLO.
Bien sabes tú que el honor
No ha de estar en aventura,
Ni es razon que un hidalgo se
Se tome tanta licencia,
Que á costa de mi prudencia
Toda la corte alborote,
Y que se atreva á servir
La mujer de un caballero
Como yo; porque primero...

MAESTRE.
No lo acabes de decir;
Que tienes mucha razon,
Y yo lo escucho con pena;
Porque en la mujer mas buena
Puede haber mala opinion,
De que hay tantas ofendidas;
Que muchas hay lastimadas
En el honor, siendo honradas,
Porque fueron perseguidas;
Que en andando en pareceres,
Destruyan sus claros nombres
La necesidad de los hombres,
La envidia de las mujeres.
Clara es quien es; pero, en fin,

La lengua del vulgo es tal,
Que dirá de un ángel mal.

TELLO.
Con hablarle tendrá fin
Su porfia y mi pesar.

MAESTRE.
Y yo salgo por fiador.

TELLO.
Pongo en tus manos mi honor.

MAESTRE.
Pues yo le sabré guardar.
(Vase Tello.)

ESCENA IV.

EL MAESTRE; luego, PAEZ.

MAESTRE.
¡Hola!
(Sale PAEZ.)

PAEZ.

Señor...

MAESTRE.
¿Está ahí

PAEZ.
Macías?
Leyendo está
Unos versos.

MAESTRE.
(Ap. No tendrá
Mas ocasion.) Que entre, di.
(Vase PAEZ.)

ESCENA V.

MACÍAS. — EL MAESTRE.

MACÍAS.
Pensé que ocupado estabas
Con Tello, y no entré, Señor,
A decirte un gran favor
Del Rey.

MAESTRE.
Por eso ¿dejabas
De darme parte, Macías,
De tus aumentos?

MACÍAS.
Su alteza,
Por su liberal grandeza,
Que no por las prendas mías,
El alcaldía me dió
De Arjona, con mil ducados
De renta.

MAESTRE.
Bien empleados.

MACÍAS.
Por tí me favoreció
Deste honor; que no por mí.

MAESTRE.
Yo tengo que hablarte.

MACÍAS.
Soy
Tu bechura.

MAESTRE.
Quejoso estoy,
Y no sin causa, de tí.
Cuando veniste á servirme,
Pusiste en una doncella
De la Condesa los ojos,
Hermosa como discreta,
Y tan virtuosa y noble,
Que la empleó la Condesa
En el hombre mas honrado
Que me sirve en paz y en guerra.
Por tus servicios, al Rey
Se la pediste; que fuera
Justo, pues él lo mandaba;
Casarte entonces con ella.

Pero no se pudo hacer;
Que, las escrituras hechas
Y dadas las manos ya,
Fuera impiedad y violencia.
Casóse Tello: ese dia
Cerró la razon la puerta
A tu esperanza; no es justo
Que neciamente la tengas;
Que está en medio el noble honor
De un hombre de tales prendas,
Que es tan bueno como yo.
Hanme dicho que no cesas
De servirla y inquietarla,
Que me ha dado mucha pena.
Tello es mi propia persona:
Advierte que no te atrevas
A enojarle; que en mi casa
Corre su honor por mi cuenta.
No porque él no está seguro;
Pero sus deudos se quejan
De tus versos y canciones,
Famosas por la excelencia
De tu ingenio, á cuya causa
No solo aquí se celebran,
Pero en Granada los moros
Las traducen en su lengua.
A tu entendimiento basta
Que esto de mi boca entiendas
Antes que lo entienda Tello,
Que no sufrirá su ofensa.

(Vase.)

ESCENA VI.

MACÍAS.

¡Oh confusion de mi amoroso enga-
Esto faltaba solo á mi tormento. [ñol
En qué puede ofender mi pensamiento
La hermosa causa de mi eterno daño?
¡Oh ley cruel! oh injusto desengaño!
¡Que aun no quiere que sienta el mal
[que siento?
¡Qué honor puede quitar mi entendi-
[miento,
Con cuyos versos mi esperanza enga-
[ño?

Mandarme que no quiera es la violen-
[cia
Mayor que puedo hacer á mi sentido,
Y en presencia del bien sufrir ausen-
[cia;

Que estando, como estoy, de amor
[perdido,
Aumentará el amor la resistencia;
Que para largo amor no hay breve olvido

ESCENA VII.

NUÑO. — MACÍAS.

NUÑO.
Bien me puedes dar albricias
De que va la primavera
A dar cristales al Bétis
O flores á sus riberas,
No sin envidia del sol,
No sin igual competencia.
Clara...

MACÍAS.
¡Ay Dios!
NUÑO.
Clara, Señor,
En un coche, en una esfera
De luz, con Leonor, esmalta
Las estampas de las ruedas.
Llevaba Clara unos ojos,
Que pudieran ser estrellas
De la mas templada noche.
Poco he dicho; que pudieran
Ser soles del mismo sol.
Miróme, y fué cosa nueva

Mirarme Clara con ellos;
Mas fué la causa mas cierta
De mirarme aquellos ojos
No tener otros tan cerca.
Tambien me miró Leonor,
Y sentí no sé qué flechas
Desde los ojos al alma.
Parecióme que eran señas,
Y acerquéme.

MACÍAS.
Bien hiciste.
NUÑO.

Tan bien, que en llegando á ellas,
Me dieron un cortinazo,
Que entre la mano y la seda
Me llevaron las narices.

MACÍAS.
Si acercabas la cabeza
Por el estribo, ¿no quieres
Que un ángel, Nuño, se ofenda
De que á su trono divino
Un hombre humano se atreva?

NUÑO.
Trono ó trueno, mis narices,
Que no destilaron perlas,
Sintieron el disfavor;
Que no hay parte que mas duela,
Mas opuesta á cualquier daño,
Mas delicada y mas necia.
¿Téngolas derechas?

MACÍAS.
Nuño,
Notables cosas me cuentas.
¿Qué sentiste al tiempo cuando
Esa dichosa cabeza
Por el estribo acercabas
A las blancas azucenas
De aquella divina mano?

NUÑO.
Sentí lo que tú sintieras
Al llevarte las narices
Una azucena de piedra.

MACÍAS.
¡Ay! quién fuera tan dichoso
Que de aquella mano bella,
De aquel cristal, de aquel nácar,
Ese favor recibiera!

NUÑO.
¿Eso tienes por favor?
Mas porque envidia me tengas,
Seguillas, y se apearon
Del coche en la primer huerta,
Y al bajar Clara, no sé
Si fué el brio ó fué la prisa,
Yo vi...

MACÍAS.
¿Cuánto quieres, Nuño,
Antes que tu dicha sepa,
Por los ojos?

NUÑO.
Pues ¿los ojos
Quieres, Señor, que te venda?

MACÍAS.
Cuenta, cuenta lo que viste.

NUÑO.
Vi unas botas de baqueta,
Con que el cochero llegó
A apearias.

MACÍAS.
¿Eso era?
NUÑO.
Pues ¿qué pensaste? ¿que había
Zapatilla cordobesa,
Argentada en oro y plata,
De corazones y flechas?
¿Pensaste que había manteo
Con guarnicion sobre tela?

MACÍAS.
Ya no te compro los ojos.
NUÑO.
Si las narices quisieras,
Esas te vendiera yo;
Porque las mas aguilillas
Hará un cortinazo romas.

MACÍAS.
¿Qué tanta la dicha sea
De un cochero, que á los brazos
De un ángel sin temor llega!

NUÑO.
Si vieses un aguador
Con un vestido de jerga,
Coger una dama y dar
En las jamugas con ella,
¿Qué dirías?

MACÍAS.
Que son dichas
Que merece la inocencia.

NUÑO.
Los cocheros y aguadores
Son sacristanes de iglesias,
Que las imágenes ponen,
Mas nunca reñan en ellas.

MACÍAS.
¿No podré yo ver á Clara?

NUÑO.
Con discrecion, podrás verla;
Pero no sin discrecion.

MACÍAS.
Nuño, como yo la vea,
¿Qué mal me puede venir?
Y cuando muchos me vengan,
¿No es por ella? Pues ¿qué gloria
Mayor que tan dulce pena?

NUÑO.
Yo me pongo en las narices,
Por si llegáremos cerca,
Un capirote de halcon.

MACÍAS.
¿Clara ofende?

NUÑO.
Muy bien pega.
(Vanse.)

Jardín á orillas del Guadalquivir.

ESCENA VIII.

CLARA, LEONOR.

CLARA.
No puedo, Leonor mía,
Imaginar la causa.

LEONOR.
Pues ¿tan presto
Vive sin alegría!

CLARA.
Nunca en pensar el pensamiento he
Que de su nuevo estado [puesto
Proceda la tristeza que le ha dado.
No falta en los favores
Mi esposo y los regalos que solia;
Con los mismos amores
Le halla la noche y le despierta el día.

LEONOR.
Pues ¿en qué se han fundado
Esas tristezas?

CLARA.
En algun cuidado;

LEONOR.
¿Cuidado?

CLARA.
Unos suspiros
Tal vez le salen del ardiente pecho,

Que, como al blanco tiro;
Me traspasan el alma; en que sospecho
Que algunos locos celos
Le dan estas tristezas y desvelos.

LEONOR.
¿Celos pueden, Señora,
En tu virtud, de todos conocida,
Tener inquieto agora
A quien conoce de tu honesta vida
Tan gran recogimiento?

CLARA.
Celos engaños son del pensamiento.
Como va caminante
En noche obscura hasta que llegue el
Así celoso amante [día,
Camina por su ciega fantasía,
Hasta que deste engaño
Le divierta la luz del desengaño.
Entre tanto padece
El sujeto que adora.

LEONOR.
Yo sospecho
Que no le desvanece
Culpa que ofenda tu inocente pecho;
Que en el servir hay cosas
Que obligan á tristezas cuidadosas.

ESCENA IX.

MACÍAS, NUÑO. — DICHAS.

NUÑO. (Ap. á Macías.)
Allí están.

MACÍAS.
Ya las he visto;
Pero ¿cómo llegaré?

NUÑO.
Pues vuélvete.

MACÍAS.
No podré.
(Ap. ¿Qué hermoso mármol conquisto!
Pero ¿por qué me resisto,
Si á lo mismo me provocho?
Cuanto temo, y luego loco.
Pero temer no es razon;
Que quien pierde la ocasion
Tiene la fortuna en poco.)
Hermosa Clara, ocasion
De mis versos y mis penas,
Vuelve esas luces serenas
A mi obscura confusion.
No pido mas galardón
De amor tan desatinado
Que saber que mi cuidado
Halló lástima en tu pecho,
Para morir satisfecho
De que fué bien empleado.
No quiero yo de tí mas
De que digas (oye, advierte):
« Hombre, pésame de verte
En el estado en que estás.»
Mira tú ¿qué premio das
Tan fácil á mi tormento!
Bien sabes tú que no intento
Cosa que ofenda tu honor,
Pues este fué de mi amor
El mayor atrevimiento.

CLARA.
Macías, cuando me hablaste
En la pena que tuviste
De saber que me perdiste,
A decirte me obligaste
Que lo agradeci: pues basta
Que agradezca yo tu amor
Para un hombre de valor.
Retírate á tí de tí;
Que no me quieres á mí
Mientras no quieras mi honor.
El que no estima el disgusto

Que da el quitarle la fama,
Ese no estima su dama;
Que solo estima su gusto.
Tú eres discreto, y no es justo
Que esté á tu pluma sujeta.
No escribas; que se inquieta
Mi marido, y no es razon
Que á costa de mi opinion
Ganes fama de poeta.
Tus canciones y favores
Son para lágrimas mías;
Escribe guerras, Macías,
Deja de escribir amores.
¡Sujetos no son mejores
Esas banderas opuestas?
Mas que me sirves, molestas;
Y advierte que las casadas
Perdemos por celebradas
La opinion de ser honestas.
A una casada le basta
Para estimacion honrosa,
No el saber que ha sido hermosa,
Sino saber que fué casta.
Tú piensas que me contrasta
La vanidad que previenes
Del grande ingenio que tienes?
Pues en tan locos engaños,
Escribe tus desengaños,
Y no escribas mis desdenes.
MACÍAS.
Señora, Señora, advierte ..

ESCENA X.

TELLO, *que al ver á Macías, retrocede y se esconde detrás de un árbol.*
—DICHOS.

TELLO. (Ap.)

¿Qué es esto que estoy mirando?

CLARA.

¿De qué sirve porfiando
Dar ocasion á tu muerte? (Vase.)

MACÍAS.

No fué mi intento ofenderte.—
¡Leonor, Leonor!

LEONOR.

No hay Leonor. (Vase.)

NUÑO.

Necio has andado, Señor.

MACÍAS.

¿Cómo puede andar discreto,
Aborrecido y sujeto,
Un hombre que tiene amor?

NUÑO. (Ap. á Macías.)

Entre esos árboles vi
A Tello como escondido.

MACÍAS.

Con el Maestro ha venido,
Que suele andar por aquí.
¿Si me vió?

NUÑO.

Pienso que sí.

Mas vén por aquí, Señor.

MACÍAS.

A ver el coche es mejor.

NUÑO.

¡Eso dice!

MACÍAS.

Ya no esperes,
Mientras con vida me vayas,
Sino locuras de amor.

(Vase Macías y Nuño.)

TELLO.

Ya es infame el sufrimiento
Que pone el honor en duda.

(Saca la espada.)

ESCENA XI.

EL MAESTRE. — TELLO.

MAESTRE.

¿Dónde, la espada desnuda?

TELLO.

Cortar un árbol intento.

MAESTRE.

Pues ¿tú me engañas á mí?
Y ¡hablando visto á Macías!

TELLO.

Yo te dije sus porfías,
Poniendo mi honor en tí;
Y su privanza, Señora,
De mi honor te ha descuidado;
Que si le hubieras hablado,
No se atreviera á mi honor.
Quise matarle, mirando
Su atrevimiento.

MAESTRE.

Yo hablé

Con Macías, y pensé
Que bastara, imaginando
Que era hombre de razon;
Pero, pues que no lo ha sido,
Ni el haberle yo refido
Templa su necia aficion,
Vén conmigo.

TELLO.

Presumí

Que no le habías hablado.
Perdona.

MAESTRE.

Estoy enojado.

TELLO.

Mi remedio pongo en tí.

MAESTRE.

Ya fué tu agravio pequeño
Con el que hace á mi valor,
Porque no merece amor
Quien no obedece á su dueño.
(Vase.)

Sala en casa del Maestro.

ESCENA XII.

MACÍAS, NUÑO.

MACÍAS.

¿Vino el Maestro?

NUÑO.

No sé.

La Condesa está esperando.

MACÍAS.

Y yo estoy desesperando
De que mi firmeza y fe
Quieran con tanta desdicha.

NUÑO.

Quien se puede divertir
Y se ha dejado morir,
No se queje de su dicha.

MACÍAS.

¿Cómo tendré sufrimiento
Para el dolor de olvidar,
Cuando lo quiera intentar?

NUÑO.

Poniendo el entendimiento
En que esto ha de durar poco.

MACÍAS.

No podré tener paciencia
Para vivir en su ausencia,
Nuño, sin volverme loco.

NUÑO.

A Júpiter se quejaron

Las muelas del hombre un día,
Diciendo á su señoría
Los años que trabajaron
Desde la muela primera,
Mascando lo que comía.
Y que por dolor de un día
Luego las echaban fuera.
Don Júpiter le riñó,
Y él respondió: «¿Qué he de hacer,
Si no dejan de doler?»
A quien luego replicó:
«Hombre, sufre, pues te toca,
El dolor, que bien podrás;
Que despues te alegrarás
De ver tu muela en tu boca.»
Sufrá pues tu voluntad
Ese pequeño disgusto;
Que despues te dará gusto
Gozar de ta libertad.

ESCENA XIII.

PAEZ, UN ALCAIDE. — DICHOS.

PAEZ.

Macías...

MACÍAS.

¿Quién es?

PAEZ.

Yo soy.

MACÍAS.

¿Qué quieres, Paéz?

PAEZ.

Advierte

Que prenderte me han mandado.

MACÍAS.

¿Quién?

PAEZ.

El Maestro.

MACÍAS.

El Maestro

Es mi dueño y es mi juez.
Paéz, si él lo manda, puede.
¿Dijote la causa?

PAEZ.

No.

MACÍAS.

Vamos.

PAEZ.

El Alcaide viene
A ponerte en esa torre.

ALCAIDE.

No pienso yo que lo sientes
Como yo.

MACÍAS.

No tengas pena,
Don Pedro; que estos vaivenes
Deben de ser de fortuna,
Si la cabeza le duele.

NUÑO.

¿A ti en prision!

MACÍAS.

Calla, Nuño;

Que el criado inobediente
A lo que el dueño le manda,
Este castigo merece.
(Vase.)

ESCENA XIV.

TELLO, CLARA.

TELLO.

Cierto estoy de tu valor,
Conozco tu honestidad
Pero tanta libertad
Obliga á mirar mi honor.
No te dén, Clara, temor

Mis diligencias, á efeto
De haber tenido respeto
Al Maestro; que si fuera
De otra suerte, yo me hubiera
Vengado menos discreto.
¡Bueno es que sepa un marido
Que sirven á su mujer,
Y que lo que pueda ser
Pueda poner en olvido!
El que su afrenta ha sabido
No es hombre, ni aun animal,
Si consiente tanto mal;
Pues en ocasiones tales
Hacen muchos animales
Venganza al agravio igual.
Entre todas las naciones
Tiene el español valor,
Fundado todo su honor
En ajenas opiniones;
Y en estas satisfacciones,
Que en fin de la honra son,
En que estriba su opinion,
Aunque fundada en mujer,
Veo que debe de ser
La mas honrada nacion.

CLARA.
Tello, desdicha fué mia
Que aqueste necio haya dado
En ser, sobre porfiado,
Hombre de tanta osadía.
No porque en esta porfía
Haya mas atrevimiento
Que decir su pensamiento,
Sin pretender esperanza.

TELLO.
Pues ¿qué espera quien alcanza
Poner en prision al viento?

CLARA.
No mas de la vanidad
De sus canciones de amor.

TELLO.
Y ¿ha de estar siempre mi honor
Sujeto á su libertad?
¿Quién ha visto voluntad
Tan necia en hombre discreto?
Si es para solo el efeto
De escribir, ¿por qué ha de ser
El sujeto mi mujer?
¿Falta en el mundo sujeto?

CLARA.
Como tú rivas, de mí,
Como merezco, seguro,
De la opinion que aventuro,
Quiero consolarme así.

TELLO.
Tus dueños vienen aquí.
No te entienda la Condesa.

CLARA.
De lo que sabe me pesa;
Pero ella sabe mi honor.

ESCENA XV.

LA CONDESA, EL MAESTRE, PAEZ,
FERNANDO, CRIADOS. — DICHOS.

CONDESA.
Bien sé que vuestro valor
Le obliga á daros la empresa.
¿Cuándo será la partida?

MAESTRE.
Antes que venga la gente
De Castilla, no hay qué intente.

CONDESA.
Vos la llevaréis lucida.
A Tello no llevaréis;
Que ya está Tello casado.

TELLO.
No dejo de ser soldado,

Si no es que vos lo mandéis.

CONDESA.
Llevad á Paez por Tello,
A Fernando ó á Macías.

MAESTRE.
Téngole preso; que há dias
Que tiene sobre el cabello
La espada de cierto honor.

TELLO. (Ap. á Clara.)
¡Vive Dios, que no le prende
Por mi honor! que le defiende
De mí, por tenerle amor.

CLARA.
No digas tal, por tu vida.

TELLO.
Clara, yo lo entiendo ya.

CONDESA.
¿Preso Macías está?

MAESTRE.
(Ap. á la Condesa. Mejor está defendi-
desta suerte su persona.) [da
Allí olvidará mejor.

FERNANDO.
Ya los músicos, Señor,
Han llegado de Archidona.

ESCENA XVI.

MÚSICOS. — DICHOS.

UN MÚSICO.
A servirte nos envía
El Alcaide.

MAESTRE.
Yo agradezco
Así vuestra voluntad
Como el gusto que me ha hecho.
¿Teneis muchas cosas nuevas?

MÚSICO.
Romances, Señor, tenemos,
Y algunas letras.

MAESTRE.
Cantad
Sin templar los instrumentos.
MÚSICOS. (Cantan.)

*Dulce pensamiento mío,
Si en una obscura prision
El hierro es mi dulce gloria,
La tiniebla es claro sol,
Decidla á mi bella ingrata
Cómo en la imaginacion
Tan presente la contemplo
Cuando ausente della estoy.*

MAESTRE.
No cantéis mas: bueno está.—
Vamos, Señora; que quiero
Hablar en nuestra jornada.

(Vanse el Maestro, la Condesa, Clara,
Fernando, los criados y los músicos.)

ESCENA XVII.

TELLO, PAEZ.

TELLO.
¿Paez, Paez!

PAEZ.
¿Llamas, Tello?

TELLO.
¿Eres mi amigo?

PAEZ.
Sí soy.

TELLO.
¿De los que son verdaderos
O de los que son fingidos?

PAEZ.

Verdad y amistad profeso.

TELLO.
Pues ¿qué has sentido de ver
Que con tal atrevimiento
Haga de mi honor Macías
Romances, estando preso?
Los músicos de Archidona
Envía á Córdoba el necio
Para que los oiga Clara.

PAEZ.
Lo que del Maestro entiendo,
Es que le quiere muy bien.

TELLO.
Pues yo, que lo entiendo, y veo
Que paga así mis servicios,
¿Qué aguardo?

PAEZ.
No te aconsejo
Que te quejes. Pues matarle,
No puedes.

TELLO.
¿Cómo no puedo?
Por la reja de la torre
(¡Ay dé!, Paez, si le acierto!)
Le he de tirar una lanza.

PAEZ.
No harás, Tello; que eres cuerdo,
Y si te prende el Maestro,
Que te quitase, sospecho,
La cabeza.

TELLO.
Noble soy.
No importa: mi honor defendo. (Vase.)

ESCENA XVIII.

NUÑO. — PAEZ.

NUÑO.
Porque estaba Tello aquí,
No entré á hablarlos.

PAEZ.
Mucho siento
De Macías la prision.

NUÑO.
Que es de sentirlo os prometo;
Que este es un honrado hidalgo,
Que con amor tan honesto
Ha querido á doña Clara,
Que he visto en sus pensamientos
Lo que sentía Platon
Pintando un amor perfecto.
No quiere mas de querer.
Aqueste papel le llevo
Al Rey.

PAEZ.
Querrá libertad.

NUÑO.
Esa pide en treinta versos.
(Ruido dentro.)

ESCENA XIX.

EL ALCAIDE, con la espada desnuda,
tras TELLO, que sale retirándose. —
DICHOS.

ALCAIDE.
Prendelde, y si no es posible,
Matalde, soldados.

TELLO.
Creo,
Si ya he vengado mi honor,
Que estimo la muerte menos. (Vase.)

PAEZ.
¿Qué es esto, señor Alcaide?

ALCAIDE.
Que ha muerto á Macías Tello,
Tirándole por la raja
Una lanza.

(Vase.)

ESGENA XX.

MACÍAS, *atravesado con una lanza, y*
SOLDADOS, *teniéndolo*.—NUÑO, PAEZ.

MACÍAS.
¡Ay cielo! hoy muero.

NUÑO.
Señor, ¿qué es esto?

MACÍAS.
No sé,
Nuño; solamente puedo
Decirte que ya tu miedo
Verdad en mi muerte fué.
Quise bien, canté, lloré,
Escribí; y el escribir,
Amar, llorar y sentir,
Y cuanto he escrito y sentido
Y llorado, todo ha sido
Porfiar hasta morir.
¡Ay Clara! que me has costado
La vida! que no tenía
Mas que te dar, si te había
Todas mis potencias dado.
Honestamente te he amado;
Que tú lo puedes decir;

Pero de amar y servir
Justo galardón me alcanza,
Pues quise, sin esperanza,
Porfiar hasta morir.
Di al Maestro, mi señor,
Que á Tello perdono aquí,
Pues yo la ocasión le di,
Y él ha guardado su honor.
¡Cielos! perdonad mi error.
Pensé que un casto servir
Se pudiera permitir.

ESGENA XXI

EL MAESTRE, LA CONDESA, CLARA,
LEONOR, EL ALCAIDE, CRIADOS.—DICHOS.

MAESTRE.
¿Muerto?

ALCAIDE.
Mira el desengaño.
MACÍAS.

Si, Señor; que fué mi daño
Porfiar hasta morir. (Muere.)

CONDESA.

¡Caso extraño!

MAESTRE.
Lastimoso.

¡Que no prendiesen á Tello!

ALCAIDE.
No fué posible, Señor.
Amigos le defendieron.

CLARA.
Leonor, ¿quién ha de mirar
Tanto dolor?

LEONOR.
El que tengo
Muestran mis ojos.

CLARA.
¿Qué hará
Quien fué la causa?

MAESTRE.
Está cierto,
Macías, de tu venganza.
¡Vive el cielo, que si puedo,
He de poner su cabeza
Por pies de tu honroso entierro,
Y por memoria de amor
Tan verdadero y honesto,
En un sepulcro famoso
Honrar y poner tu cuerpo,
Con unas letras doradas
Que digan en mármol terso:
«Aquí yace el mismo amor»!

NUÑO.
Y aquí, Senado discreto,
Porfiar hasta morir
Dió fin á servicio vuestro.

EL SABER PUEDE DAÑAR.

PERSONAS.

CÁRLOS, *galán*.
EL PRÍNCIPE DE FRANCIA.
EL DUQUE OTAVIO.
PERSIO, *criado*.

CAMILO, *criado*.
INES.
CELIA, *dama*.
ROSELA, *dama*.

TURIN, *gracioso*.
RUGERO, *galán*.
LISENO, *criado*.
MÚSCOS.

La escena es en París.

ACTO PRIMERO.

Calle.

ESCENA PRIMERA.

PERSIO y CAMILO, con las espadas desnudas; CÁRLOS, rebozado, con una pistola.

CAMILO. (A Cárlos.)

Decid quién sois, caballero.

CÁRLOS.

Vuelvanse, hidalgos, y adviertan que si otra vez lo preguntan, será plomo la respuesta.

PERSIO.

Pues desembosad el rostro.

CÁRLOS.

Ya les digo que se tengan; que he remitido á esta boca que lo que preguntan sepan.

ESCENA II.

EL PRÍNCIPE LUDOVICO. — DICHOS.

PRÍNCIPE.

Caballero, detenéos.

El Príncipe soy.

CÁRLOS. (Desembózase.)

Respeto

Esse nombre toda Francia, cuanto mas la hechura vuestra. Cárlos soy.

PRÍNCIPE.

¡Cárlos! ¿tú aquí?

CÁRLOS.

Pues ¿no es mas que vuestra alteza me lo pregunte á estas horas?

PRÍNCIPE.

¡Salid de aquella puerta?

CÁRLOS.

Seda de aquella casa.

PRÍNCIPE.

¿Qué tienes, Cárlos, en ella, que para salir te han dado á tales horas licencia? Si no es que entrabas agora, que hace mayor la sospecha.

CÁRLOS.

Tener, Señor, amistad con los nobles dueños della.

PRÍNCIPE.

Pues ¿tan tarde los visitas? Y siendo cosa tan necia, ¿entrar en casas honradas

L. II.

Con pistolas y rodela!
Ese traje ¿puede ser
Para visitar doncellas
Tan principales? ¿No sabes
Que las personas discretas
No entran á hacer visitas
Menos que estando compuestas,
Y que se agravia una casa
Principal, entrando en ella
Sin aquella compostura
Con que al dueño se respeta?
Si yo con el que se debe
A Aurelio, por ver á Celia,
Pongo con temor los ojos
En los hierros destas rejas,
¿Cómo tú, Cárlos, visitas
En forma que á las ramerás,
Que se pagan del ruidito
De broqueles y escopetas,
Dos damas de tal valor
Como son Celia y Rosela,
Hijas de Aurelio y hermanas
De Rugero?

CÁRLOS.

No tuviera

Para este traje, Señor,
En esta casa licencia
Ningun dendo á quien se trata
Con amorosa llaneza,
Mirando su calidad;
De donde es justo que inferas
Que yo á Rugero visito,
Tan descuidado de verías,
Que no las hablo de día,
Aunque muchas veces pueda.
En aposentos de mozos
Así los amigos entran;
Así en mi casa Rugero,
Con públicas ó secretas
Armas, con que vamos juntos
A ver damas, que no esperan
Las visitas ensilladas
Ni las personas compuestas.
Verdad es que sus hermanas
Me quieren bien; que conserva
Amor no decir amores;
Que cuando á decirse llegan,
Se suele poner, Señor,
La amistad en contingencia.

PRÍNCIPE.

Tambien suele ser mayor,
Si las almas se conciertan,
Porque amor sobre amistad
Tiene andadas muchas leguas
Para llegar á los brazos.
Pero teniendo por ciertas
Las causas de hallarte aquí
(Que no es posible que sean
En casa tan principal
Para que me den sospecha);
Valerme quiero de ti,
Y que desde agora sepan

Que adoro á Celia.

CÁRLOS. (Ap.)

¡Ay de mí!

PRÍNCIPE.

Y así, pues que sales y entras
Con libertad, tú has de ser
Por quien hablaria merezca;
Que pienso que, aunque la miro,
O no lo entiende, ó lo niega;
Que hay mujeres que no crean
Que el amor y la grandeza
No caben en un sugeto,
Como si posible fuera
Haber en nuestras pasiones
Distintas naturalezas.
¿No harás aquesto por mí?

CÁRLOS.

Por dos cosas no quisiera,
Si me pudiera excusar,
Adonde tu imperio es fuerza.
La deslealtad á un amigo
En su honor, es la primera;
La segunda, que me falta
Para este oficio la ciencia.

PRÍNCIPE.

Cárlos, quien sirve no ofende,
Como á su dueño obedezca.
En lo demás, ¿quién no sabe
Pedir de un papel respuesta?
Mañana hablaré despacio
Contigo. Con Dios te queda.
En fe de lo que me has dicho,
Te dejo á la misma puerta.
(Vanse el Príncipe, Camilo y Persio.)

ESCENA III.

CÁRLOS.

[Ha,
Rompe el tridente azul rota barqui-
Las alas bate, de los vientos pluma,
Y sin que el pescador traicion presume,
Corre, sentada en el cristal la quilla.
Mas sale de una cala de la orilla,
Donde estaba esperando mayor suma,
Turcabajel, y levantando espuma,
Las aguas con los remos acuchilla.
Así yo ¡triste! libre de recelos
Sarcaba el mar, cuando cosario altivo
Permitieron las iras de los cielos.
Sin libertad, sin esperanza vivo,
Y atado al duro banco de los celos,
En la galera del amor cautivo.]

ESCENA IV.

TURIN. — CÁRLOS.

TURIN.

Desde la esquina, Señor,
Que discreto me detuve,
Atento mirando estuve

En qué paraba el rigor
Desta belicosa gente;
Pero luego presumí
Que eran amigos.

CÁRLOS.

Aquí
Me hubieran, Turín valiente;
Quitado tantos la vida.
No faltara quien llevara
Las nuevas.

TURÍN.

Antes faltara,
Porque, á no ser conocida,
Como se echaba de ver
En tanta conversacion,
Yo llegara á la ocasion
Que me hubieras menester,
Y vieras, si no valor,
Mi lealtad hasta morir.
¿Quién eran?

CÁRLOS.

Vióme salir
El Príncipe, mi señor,
Y llegaron sus criados
A reconocirme. En fin,
Supe á mi pesar, Turín,
Sus celos y sus cuidados,
Y mis desdichas también.

TURÍN.

Pienso que en la celosía
Hacen señas.

CÁRLOS.

Desconfía
De que remedio me dén
Favores en tanto mal.

TURÍN.

Voy á ver quién anda en ella.

ESCENA V.

CELIA. *á sus rejas.*— DICHOS.

CELIA.

¿Es Turín?

TURÍN.

Hermosa estrella,
Nuncio del alba oriental.

CELIA.

¿Es Cárlos aquel?

TURÍN.

¿Pues quién?
Y por Dios, que está de suerte,
Que solo el hablarte y verte
(De su mal último bien)
Puede darle vida agora.

CELIA.

Llámalas.

TURÍN.

Llega, Señor.

CÁRLOS.

¿Es Celia?

TURÍN.

En el resplandor
¿No se conoce el aurora?

CÁRLOS. *(A Celia.)*

En las postreras desdichas
De mis pensamientos veo
Tu esperanza y mi deseo,
Tus favores y mis dichas.
Apenas pueden ser dichas
Las fortunas que han pasado
(Después de haberte dejado)
Por mí; pero fué forzoso
Que, siendo aquí tan dichoso,
Fuese allí tan desdichado.
El Príncipe, que llegó
A consultar estas rejas,
Me dió, del hallarme, quejas,
Y satisfacciones yo.
Finalmente, me mandó,

Pues entrar aquí podía,
Le sirviese, Celia mía,
De tercero de su amor.
Aquí hay poder y hay valor:
¿Qué puedo hacer, si porfia?

CELIA.

Cárlos, amor ha sacado
Un privilegio á sus celos
Para engaños y desvelos.
No te lames desdichado;
Pues con traerle engañado
Y confiarte de mí,
Pues ha de pasar por tí
Lo que yo he de responder,
Segura puedes tener
La voluntad que te di.
No respondas que es traicion,
Pues nunca en amor lo fué,
Sino defenderme, en fe
De tu misma obligacion.
Si el hacerle oposicion
No puedes, por ser criado;
Porque palabra te he dado
De ser tuya, es ya tu honor
Defenderme de su amor
Para cuando estés casado.
Esto no pudiendo ser
Con armas, entra el engaño
Para remediar el daño
Que me puede suceder.
Si no he de ser su mujer,
Y tuya sí, no es razon
Que esto se llame traicion,
Pues estás mas obligado
Que á la lealtad de criado.
A tu honor y á mi opinion.
Entretenle con razones;
Que señores resistidos
Son siempre poco sufridos
De amorosas dilaciones.
Sus mayores aficiones
Llevan mal la resistencia.
Tú fingirás diligencia,
Y él se cansará también;
Que nunca se hallaron bien
La grandeza y la paciencia.

CÁRLOS.

Mucho confío de tí;
Pero mis celos, podrán
Sufrir que un hombre galan
Te quiera, aunque sea por mí?
¿No he de hablarte por él?

CELIA.

SÍ.

CÁRLOS.

Pues ¿no basta hablarte en él?

CELIA.

En él sí, mas no por él.
Si de alabar nace amar,
Mal le podrás alabar,
Estando celoso del.

TURÍN.

Señor, gran gente y ruido
De instrumentos.

CÁRLOS.

¿No será.
Turín, quien celos me da?

CELIA.

Licencia, Cárlos, te pido;
Que si es un cierto galan
Que da en servir á Rosela,
Para vivir con cautela
Desdichas consejos dan.

CÁRLOS.

El alma te dejo aquí:
Mira tú cómo la tratas.

CELIA.

No queda en manos ingratas.

CÁRLOS.

¿Acordarás de mí?

CELIA.

No, porque es el acordarse
De aquello que se olvidó.

(Vase)

ESCENA VI.

CÁRLOS, TURÍN.

CÁRLOS.

¿Fué mi sol!

TURÍN.

Y le dió
Licencia de levantarse
Al que ya por arreboles
Nos visita sin dormir.

CÁRLOS.

Dile que puede salir;
Que ya se fueron mis soles.

TURÍN.

Pues vámonos.

CÁRLOS.

No querrán
Los celos darme licencia;
Que puede en mi competencia
Haber tercero galan.

TURÍN.

¿No, sino todo París!
Vente, Señor, á acostar.

ESCENA VII.

EL DUQUE OTAVIO, LISENO,

músicos: — DICHOS.

OTAVIO.

Comenzad, y sin templar.

LISENO.

¿Templado viene Amadís!
¿Tan cuidadosa, Señor,
Quieres que Rosela esté?
Deja que templen.

OTAVIO.

Yo sé

Que la despierta mi amor.

músicos. *(Cantan.)*

Recordad, hermosa Celia,
Si por ventura dormis;
Que vida que ha muerto un hombre
No es justo que duerma así.

CÁRLOS. *(Ap. á Turín.)*

Y esto ¿no es por Celia?

TURÍN.

No,
Porque este romance es viejo.

CÁRLOS.

Si tomara tu consejo,
Sin celos durmiera yo.

músicos. *(Cantan.)*

Abrid esas celosías,
Ya que las puertas no abris,
Si no teméis que entre dentro
Como sombra del que fué.

TURÍN. *(Ap. á Cárlos.)*

Parece que dieron plé,
Señor, á la celosía.

CÁRLOS.

¿Abrieron?

TURÍN.

Y aun la del día;
Que ya la noche se fué.

ESCENA VIII.

ROSELA, *á la reja.* — DICHOS.

ROSELA.
¿Es el Duque?
OTAVIO.
Soy, mi bien,
Quien no le tiene sin vos.
LISENO.
Paso; que te escuchan dos.
CÁRLOS. (*Ap. á Turin.*)
¿Era Rosela?
TURIN.
¿Pues quién?
CÁRLOS.
Con eso me voy.
TURIN.
¿Había
De mentir Celia?
CÁRLOS.
¡Ay, Turin!
Que principio, medio y fin
De una amorosa porfía
Todo es celos y desvelos.
TURIN.
Sí; pero agravian la dama.
CÁRLOS.
Miente quien sin celos ama,
Porque no hay amor sin celos.
(*Vanse Carlos y Turin.*)

ESCENA IX.

ROSELA, *en la reja*; OTAVIO,
LISENO, músicos.

ROSELA.
¿Cómo habéis tardado tanto?
OTAVIO.
Porque andaba por aquí
El Príncipe.
ROSELA.
No es por mí.
OTAVIO.
De cualquier sombra me espanto.
ROSELA.
A Celia mira, y me pesa
Por lo que me ha de estorbar.
OTAVIO.
¿Quérele Celia?
ROSELA.
Es pensar
La mas difícil empresa
Que pudo hallar el poder.
OTAVIO.
El poder lo puede todo.
ROSELA.
Si pudiera hallar el modo
De ser Celia su mujer.
OTAVIO.
Ese es mayor imposible
Que querer Celia al Delfín.
ROSELA.
Por dicha es honesto el fin;
Porque amar lo que es posible
Del estado de una dama,
Es del amor perfección.
OTAVIO.
Nunca tan perfectos son
Los deseos de quien ama.
LISENO.
Señor, ¿no ves que es de día?
OTAVIO.
Si el sol me daba en la cara,
¿Quién, Liseno, imaginara

Que á las espaldas le habia?
Señora, quedad con Dios;
Que de la luz me recelo,
Porque solo desde el cielo
Me retiraran de vos.

ROSELA.

El mismo, Señor, os guarde. (*Éntrase.*)

ESCENA X.

OTAVIO, LISENO, músicos.

LISENO.
¿Cómo te fué de favor?
OTAVIO.
Al mas atrevido amor
Harán los celos cobarde.
El Príncipe quiere aquí.
LISENO.
¿A quién?
OTAVIO.
Dícame Rosela
Que á Celia, y será cautela
Para desvelarme á mí.
LISENO.
Mejor te guarden los celos,
Que es Rosela cautelosa.
OTAVIO.
¿Sabes qué pienso, y es cosa
Nunca dicha, de los celos?
¿No has visto cómo el pincel,
Cuando no es la mano ingrata,
Liseno, un rostro retrata
Que le parece, y no es él?
Pues con semejanza igual
Son, si los pinta el honor,
Celos retrato de amor,
Y amor el original.
(*Vanse.*)

Habitacion del Príncipe.

ESCENA XI.

EL PRÍNCIPE, CAMILO,

PRÍNCIPE.
No he podido dormir.
CAMILO.
Tantos desvelos
Son del poder injusta confianza.
PRÍNCIPE.
Amor me obliga á respetar dos cielos,
Si por esencia no, por semejanza.
De Celia desamor, de Carlos celos
No le dejan lugar á la esperanza:
Pues no esperando el bien, ¿de qué te
Siel sueño de los ojos se retira? [admira
CAMILO.
Para tanto poder ¿hay cosa alguna
Que nombre de imposible tener pueda?
PRÍNCIPE.
Si un reino conquistara, de ninguna,
Camilo, mi valor dudoso queda.
Ni al poder, ni al valor ni á la fortuna,
Sino solo al amor, se le concede
Hacer que una mujer inaccesible [ble.
Se humane, siendo ingrata, á ser posi-
No quiero yo con término violento
Rendir la voluntad que no me estima,
Si bien confieso que el desprecio siento,
Aunque no es parte á que mi amor re-
CAMILO. [prima.
Pues ¿qué es agora gran señor, tu inten-
PRÍNCIPE. [lo?
Saber, Camilo, esta celosa enigma,
Y luego, blandamente porfiando,

Vencer sirviendo y obligar amando.
Dios, que lo puede todo, hacer pudiera,
Como Rey de infinito poderío,
Que el hombre mas rebelde le quisiera;
Mas no quiere forzar el albedrío. [ra
Pues si vemos que Dios por premio espe-
De su amor otro amor, espere el mío;
Que no es razon, si amor de amor se in-
[fiere,
Que quiera un hombre lo que Dios no
[quiere.
Yo sé que hacer pudiera con violencia
Que me quisiera Celia; mas no es justo;
Que es mucha la distancia y diferencia
Que tiene amor desde la fuerza al gusto.
Parecióme discreta diligencia,
Para excusar de Carlos el disgusto,
Hacerle mi tercero, pues le obligo
En fe de ser criado y ley de amigo
Porque si yo le fio mi secreto,
Y él me fuese traidor, está muy claro
Que con justicia á mi rigor sujeto
Quedaba Carlos, sin humano amparo.

CAMILO.

Los celos te proponen un conceto,
No sé si tan discreto como raro;
Pero en fin justificas desa suerte
La causa que te da para su muerte.
¡Oh cuántos hombres que jamás pensa-
Hacer ofensa al deudo y al amigo, [ron
Cuando de la ocasion cerca se hallaron,
Ni temieron la infamia, ni el castigo
Nobles mujeres que su honor guarda-
Es la ocasion tan bárbaro enemigo, [ron!
Que le perdieron por hallarse en ella.
Tanto puede vencer, tanto atropella.

ESCENA XII.

CÁRLOS, TURIN. — EL PRÍNCIPE,
CAMILO.

TURIN. (*Ap. á Carlos.*)
El Príncipe está aquí.
CÁRLOS. (*Ap.*)
Temblando llego.
PRÍNCIPE.
Carlos, ¿de dónde bueno?
CÁRLOS.
Haciendo estaba
A unos caballos mal.
PRÍNCIPE.
Honesto juego.
¿De dónde son?
CÁRLOS.
De España.
PRÍNCIPE.
¿Casta?
CÁRLOS.
Brava.
PRÍNCIPE.
Que no les hagas mal, Carlos, te ruego,
Si el estilo comun te disculpaba;
Porque no lo merecen los caballos
De España.
CÁRLOS.
Hacerles mal es enseñallos.
Un bayo, cabos negros, me trujeron,
Que, aunque mal enseñado á los borre-
[nes,
Le admiraron, Señor, cuantos le vieron.
Ninguno en tantos mas hermoso tienes.
Las crines, frente y cuello compusieron
De suerte...
PRÍNCIPE.
Picador, no amante, vienes;
Quisieras tú pintármelos agora
De oro del sol, de plata del aurora.
¿Quisieras tú decirme que pisaban
Del elemento volador los fines,

Y que las bajas nubes entoldaban
Copiosa cola y esparcidas orines?
Dirás que pensamientos se llamaban,
Piés de hierro, Toledos y jazmines.
Pues, Cárlos, deja ya cosa tan fría,
Para el tiempo en que estoy, á la poesía.
No hay cosa, sino es Celia, que me agra-

De Celia me has de hablar, no de otra co-

O que me escuche bien ó que se enfade;
Que es plática mas dulce y amorosa.
Esto me cuenta, pinta y persúade;
Háblame en que es discreta como her-

Dime que es toda cristalina, y dime
Que no tengo mas alma que me anime.
Este papel le he escrito, y este quiero
Que le laves y des, Cárlos; y advierte
Que de tu buena dicha solo espero
Las nuevas de mi vida ó de mi muerte.

Celia es hija de un noble caballero,
Y su hermano mi amigo...

Podrás entrar y verla, hablarla y dario.

Siento...

¿Qué hay que sentir?

A traer la respuesta no me obligo,
Pues no consiste en solo mi deseo.

Cárlos, con solo hacer lo que te digo
Cumplies conmigo, y lo que pienso creo.

Yo debo obedecerte, aunque un amigo
Quejoso ya de mis intentos veo.

No hay de culparte ley, término ó mo-
Que el gusto del señor es sobre todo.
(Vanse el Príncipe y Camilo.)

ESCENA XIII.

CÁRLOS, TURIN.

Acabando va conmigo
Mi desdicha.

Es la cosa mas cruel
Que ha podido usar contigo;
Que, haciéndote su tercero,
Te obliga á guardar lealtad.

Celos han sido.

¿Qué has de hacer?

Dárselo quiero.

¿Dárselo?

Pues ¿qué remedio?
A su casa quiero ir;
Que de dárselo á morir
No hay mas deste tiempo en medio.

Si fuera tu discrecion
Menos que tu sentimiento,
Dijera mi pensamiento,
Señor, en esta ocasion.
Pero, como son iguales,

¿Qué te puede aconsejar
Quien te mira fluctuar
Entre pensamientos tales?
Dejar á Celia pudieras,
Porque el no querer querer
El fin de amor suele ser,
O que otra dama quisieras.
Pero ¡llevar los recados
Del Príncipe, sin desvelos,
Con un linaje de celos
Tan picantes y abrasados,
Que en vez de olvidar serán
Desesperacion de amor;
Porque entonces es mayor
Cuanto mas celos le dan!....

Su casa es esta; que quieren
Mis desdichas inhumanas
Que, aun el verse sus ventanas,
Mis pensamientos alteren.
Tan cerca está de palacio,
Que aun celos vengo á tener
Que desde él la pueda ver.

Pues véte en celos despacio;
Que pensarás, si esto pasa
A traerte antojadizo,
Que ha de hacer un pasadizo
Desde palacio á su casa.

(Vanse.)

Sala en casa de Celia.

ESCENA XIV.

CÁRLOS, TURIN; despues, CELIA
Y ROSELA.

Tan confuso estoy, Turin,
Que, de confuso y de ciego,
A tratar mis penas llevo,
Sin imaginar el fin.
Esta es la causa (¡ay de mí!)
No menos que de mi muerte.

Bien alegre viene á verte.
¿Qué importa? Ya la perdí.
(Salen Celia y Rosela.)

Ya, Cárlos, el corazon
Me avisó de que venias.

Bien pudo, pues le tenias,
Que es su propia condicion.

¿Qué puntial es quien ama!
¿Ha de estar Celia sin él?

Quien le da no tiene del
Mas del nombre que se llama.

Pienso, Cárlos, que no vienes
Con gusto.

Y piensas muy bien,
En que se prueba tambien
Que el mio en tu pecho tienes;
Pues te ha dicho mi tristeza,
Tal, que no me da lugar
A que te pueda negar;
Que, siendo sol tu belleza,
Descubrir es fuerza en mí
Hasta el mismo pensamiento.

¿Qué es esto, Turin?

¿Qué intento
Te mueva á saber de mí
Lo que Cárlos, mi señor,
Muere por decirte ya?

Pues habla, Cárlos; que está
En un cabello mi amor.

Quebrarás, si está así.

No hará; que le tengo yo.

Ya no podrás.

¿Cómo no?

Escucha la causa.

Di.

El Príncipe...

No prosigas;
Que todo entendido está.

Culpada te sientes ya.

Culpada en que tú lo digas.

Salí de notable trance;
Que cuando el escuchas oí,
De dos leguas presumí
Que geniamos romance.

Déjame decir lo que es;
Que, aun entre gente vulgar,
Cuando se comienza á hablar,
Es término descorrés...

¿Qué me puedes tú decir
Sin ser en ofensa mía?

Pues temes, algo recelas.

No mi culpa, mi desdicha.

Menester habeis tercero,
Porque en celosas porfias
Se satisfacen mejor.

La voluntad clara y limpia
Oféndese fácilmente,
Rosela, de niñas.
Puedo á un hombre poderoso
Resistir?

No le resistas;
Pero escucha lo que intenta.

Oye á Cárlos, así vivas.

Ya le escucho.
Aquella noche
Que el Príncipe (cuando iba
A salir) me halló en tu puerta
(Aunque la disculpa mía
Fué la amistad de tu hermano),
De suerte le desatina
De celos, que ha dado, Celia,
Mientras no los averigua,
En que yo te solicite,
Presumiendo que me obliga
(Como es verdad) á lealtad;

Y llega lo que imagina
A que te traiga un papel,
Cuya respuesta confía
Del amistad de los dos,
Si bien el intento mira
A abrasarme y á quitarme
Que desde aquí no te sirva:
Lo cual es fuerza; que es dueño,
Y no es justo que compitan
Un pobre hidalgo y un rey,
Pues de privanza me privan
Dos cosas, ciertas entrambas:
La primera, que mi vida
Corre peligro en sus celos;
La segunda, y la que estima
Mi amor en mas, es perderle;
Porque si por él me olvidas,
Como lo pienso y es justo,
Si á su grandeza te inclinas,
¿Qué será de mí?

CELIA.

Respondiendo
Que tu vida no podría
Perderse en esta ocasion,
Pues el secreto confirma
La lealtad de los presentes.
Que yo te olvide es mentira;
Que miente tu pensamiento,
Tu amor y tu fantasía,
Y tu alma, si lo dice;
A quien la mia, ofendida
De tal imaginación,
Desde aquí la desafia.

TURIN. (Ap.)

¡Bravo reto! Mas; quién viera
A dos almas en camisa,
Con espadas y rodellas,
En campaña ó en campiña
Combatir de sol á sol!

CÁRLOS.

Pues dime, señora mía,
Cuando todo sea tan cierto
Como noble amante afirmas,
Y cumplas como quien eres
La palabra prometida,
¿Qué harémos deste papel,
Pues es fuerza que le escribas?

CELIA.

¿No has visto que los que labran,
De aquel dibujo que imitan,
El papel en que le tienen,
Por todas las líneas pican,
Y puestó sobre la seda,
Por las señales se guían,
Que figuran con carbon,
Y lo que señalan pintan?
Pues responde tú al papel
Lo que quieras que le diga,
Y trasladaréle yo,
Para que el papel me sirva
De dibujo, sin que exceda,
Cárlos, de las letras mismas;
Con que serémos los dos,
Tú el que inventa, y yo el que pinta.

ROSELA.

Aquí no tendrás razon,
Si á tanta verdad replicas.

CÁRLOS.

Yo lo confieso, Rosela,
Con el alma agradecida,
Y que picar el papel
Divinamente se aplica,
Dando papel tan picado
Ventanas y celosías
Para que mis celos, Celia,
Puedan mirar lo que escribas.
Pero mira cómo pones
El negro carbon encima,
No se te enciende el papel.

CELIA.

No hayas miedo; que la tinta

Serán lágrimas entonces.

TURIN. (Ap.)

¿Qué extraña bachillería!

CÁRLOS.

Tu hermano, Celia.

ESCENA XV.

RUGERO. — DICHOS.

RUGERO.

¿Oh Cárlos! ¿aquí estabas,
Y andábate á buscar, desvanecido?

CÁRLOS.

Por ver si alguna cosa me mandabas,
A buscarte solícito he venido.

RUGERO.

Oyeme atento.

CÁRLOS.

¿Qué me mandas?

RUGERO.

Creo

Que tienes, como es justo, conocido
(Años debe de haber) mi buen deseo...

CÁRLOS.

Prosigue; que eso es cosa tan segura,
Que por cristal el corazón te veo.

RUGERO.

Aunque nuestra amistad sencilla y pura
Para los dos es tan segura cosa,
Mi padre con la edad no se asegura.
Mis dos hermanas, cada cual hermosa
Por su camino (ya las ves presentes),
Causan cuidado á su vejez celosa;
Y queriendo exousar inconvenientes,
Me ha mandado decirte, y yo lo digo,
Dos cosas, aunque juntas, diferentes.
Que no entres mas aquí, si yo te obligo,
Sino que nos tratemos allá fuera;
Sin ver con la verdad que eres mi amigo.
La otra, desigual de la primera,
Es, que si alguna de las dos te agrada,
Luego te la dará, como ella quiera.
Esto para mostrar cuán estimada
Es tu persona dél, y el gran disgusto
De que te quite el murmurar la entrada.
Pero mirar por nuestro honor es justo.

CÁRLOS.

Rugero, con la llaneza
Que sabeis os visitaba,
Y con respeto miraba
El valor, gracia y belleza
Destas damas, á quien hoy
Vuestro padre me ha ofrecido
Para honrarme, si ha sabido
De qué sangre en Francia soy.
Dos principes merecian;
Pero ya que mi ventura
Tan alto honor me asegura
Que de mi humildad las fían,
Dadme vos la que querais,
Pues cualquiera es la mejor.

RUGERO.

Aunque es igual su valor,
Y tan cortesano andais,
No negueis la inclinacion,
Que es efeto natural.

CÁRLOS.

¿A quién dió juicio igual
Tan honrada confusion?
En Venus, Pálas y Juno
Tuvo París que escoger;
Y aquí todo viege á ser
Vénus, pues que todo es uno.
No hubiera París ninguno
Que aquí se determinara;
Cada cual, única y rara,
Dice que naturaleza
Formó de su igual belleza

Los dos ojos de su cara.
Como suelen dos figuras
Salir de una misma estampa,
En su estampa el cielo estampa
Sus dos raras hermosuras.
Como quien de rosas puras
Mira esmaltados rosales,
Que, viéndolas tan ignales,
No sabe cuál corte, estoy
Tan confuso, que las doy
Por estrellas celestiales.
Que supuesto que hay en ellas
Algun lucero mayor
En belleza y resplandor,
Todas, en fin, son estrellas;
Y destas damas tan bellas,
Que hoy tan descuidado vi,
Digo, y me despido ansi,
Para que os lo diga á vos,
Que querré mas de las dos
La que mas me quiera á mí.

(Vase Cárlos y Turin.)

ESCENA XVI.

CELIA, ROSELA, RUGERO.

RUGERO.

¿Qué os parece?

ROSELA.

Dice bien

Cárlos, al término atento
Que debe á quien es.

RUGERO.

Pues yo,

Por su parecer y acuerdo,
Os pregunto cuál le quiera.

CELIA.

¿Qué pregunta de discreto!

RUGERO.

Pues ¿qué puedo hacer?

CELIA.

Escucha;

Que quiero darte un consejo.

RUGERO.

¿Cómo?

CELIA.

Cárlos es criado

Del Príncipe, y es mal hecho
Casarse sin su licencia.
Habla á! Príncipe, Rugero;
Di que conmigo le casas.

RUGERO.

¿Qué sutil advertimiento
Para decir que le quieras
Por término tan honesto!
Voyle á hablar.

CELIA.

¿Tan presto?

RUGERO.

Sí.

CELIA.

Pues ¿por qué?

RUGERO.

Porque sospecho

Que hiciera agravio el espacio
A quien respondió tan presto. (Vase.)

ESCENA XVII.

CELIA, ROSELA.

ROSELA.

Necia has estado, aunque agora
Alabó tu entendimiento
Mi hermano.

CELIA.

¿Por qué?

ROSELA.

¿No ves
Que el Príncipe está tan ciego,
Que no ha de querer?

CELIA.

Bien dices;
Pero el peligro era cierto
Si yo no me anticipara,
Pues que las dos proponiendo,
Te casara á ti con él.

ROSELA.

No se hiciera el casamiento,
Porque no quisiera yo,

CELIA.

Bien; pero hicieras con eso
Que Carlos no entrara aquí,
Siendo el casarse concierto,
Y yo no vivo sin Carlos;
Que muero si no le veo.

(Vase.)

Habitacion del Príncipe.

ESCENA XVIII.

EL PRÍNCIPE, OTAVIO.

PRÍNCIPE.

Dícenme que os ven allí
Todas las noches, Otavio.

OTAVIO.

No pensando vuestro agravio,
Pasos y tiempo perdí
En ganar la voluntad
De cierta dama que quiero.

PRÍNCIPE.

Yo os tengo por caballero
Que me diréis la verdad.
¿Cuál es de las dos hermanas?

OTAVIO. (Ap.)

Aquí he de hablar con cautela,
Porque si digo á Rosela,
No siendo sospechas vanas,
Me mandará que la deje.
A Celia será mejor,
Pues que no la tengo amor,
Cuando de Celia se queje.

PRÍNCIPE.

¿Qué estáis pensando? ¿No soy
De quien os podeis fiar?

OTAVIO.

En que la puedo agraviar,
Gran Señor, pensando estoy;
Pero mi justa lealtad
Se rinde á vuestro valor.
A Celia sirvo, Señor,
Con honesta voluntad.

PRÍNCIPE.

¿A Celia! Y ¿os favorece,
Duque?

OTAVIO.

Que me escuche basta;
Que una fe tan limpia y casta
Correspondencia merece.

PRÍNCIPE.

¿Sabíades que la quiero,
Y con toda el alma, yo?

OTAVIO.

No, Señor.

PRÍNCIPE.

¿No, cierto?

OTAVIO.

No,

Por la fe de caballero.

PRÍNCIPE.

Pues, Duque, de aquí adelante
Ni la calle habéis de ver.

OTAVIO. (Ap.)

Errastes, celos, por ser
Bachilleres, lo importante.

ESCENA XIX.

CAMILO, y después, RUGERO.—

DICHOS.

CAMILO.

Rugero te quiere hablar.

PRÍNCIPE.

Por lo que tiene de Celia,
Me holgaré de verle.

CAMILO. (Va á avisar.)

Entrad.

(Sale Rugero.)

RUGERO.

Démelos piés vuestra alteza.

PRÍNCIPE.

¿Qué se os ofrece, Rugero?

RUGERO.

Señor, pediros licencia
Para casar á mi hermana.

PRÍNCIPE.

¿A vuestra hermana! ¿Cuál dellas?
Que pienso que teneis dos.

RUGERO.

A Celia, Señor.

PRÍNCIPE.

¿A Celia!

¿Con qué?

RUGERO.

Con Carlos, Señor.

PRÍNCIPE.

¿Con Carlos! Pues ¿quién concerta,
Rugero, este casamiento?

RUGERO.

Mi padre, que tiene della
El sí.

PRÍNCIPE.

Pues ¿pidióla Carlos,
Sin haberme dado cuenta?

RUGERO.

No, Señor; pero es mi amigo,
Y codicio su nobleza;
Que el amistad y la sangre
Fácilmente se concertan.

PRÍNCIPE.

Tengo yo casado á Carlos
Con vuestra hermana Rosela.
Decid esto á vuestro padre,
Porque el Duque sirvo á Celia,
Y yo los pienso casar.—
¡Hola! Los caballos lleva,
Que me trujeron agora,
A Rugero.

RUGERO.

Vuestra alteza

Me dé los piés.

PRÍNCIPE.

Esto basta,

Rugero, para que sepa
Aurelio mi voluntad.

RUGERO.

Como mandáredes sea,
Pues tanta ventura ha sido
Que Celia y Rosela tengan
Maridos de vuestra mano,
Que por mi padre y por ellas
Os beso, invicto Señor.

(Vase.)

ESCENA XX.

EL PRÍNCIPE, OTAVIO, CAMILO.

PRÍNCIPE.

Duque, perdonad; que es fuerza

Que entretengais esta gente
En tanto que yo merezca
Que Celia escuche mis anias.

OTAVIO.

Pues ¿qué diré?

PRÍNCIPE.

Que con ella

Trato de casaros, Duque.
Pero advertid que esto sea
Sin que la veais ni habléis.

OTAVIO.

Solo hablaré con Rosela.

PRÍNCIPE.

Solamente para eso
Os doy, Otavio, licencia.

ESCENA XXI.

CÁRLOS, TURIN. — DICHOS.

CÁRLOS.

Yo voy con harto temor.

TURIN.

Basta amar para que temas.

PRÍNCIPE. (A Carlos.)

¿Delante de mí te pones,
Infame! Si no tuviera
Respeto á que te ha criado
Mi padre, el alma te hiciera
Pedazos dentro del pecho.

OTAVIO.

Sostéguese vuestra alteza.
Por ventura no es culpado
Carlos.

CÁRLOS.

Pues, Señor, ¿qué ofensa
En tu deservicio puede
Haber hecho mi inocencia?

PRÍNCIPE.

Pides á Celia á Rugero,
Que aquí me pide licencia
Para que os caseis los dos,
Y ¡estás inocente!

CÁRLOS.

Advierta

Vuestra alteza que hoy me dijo
Que me casase con ella
Ó con Rosela, ó no entrase
En su casa, porque llegan
Los vecinos á poner
En su honor villanas lenguas.
Y en fe de que esto es verdad,
Sea este papel la prueba,
Respuesta del que me diste;
Pues, trayéndote respuesta,
¿Cómo es posible casarme?

PRÍNCIPE.

¿Respuesta!

CÁRLOS.

Sí, Señor.

PRÍNCIPE.

Muestra.

(Lee el papel.)

CÁRLOS.

¿Qué os parece desto, Otavio? (Ap. á él.)

OTAVIO.

Carlos, si á su hermano ciega
Tu amor, libre está el Delfín.
El dijo que Aurelio intenta
Casarte con Celia.

CÁRLOS.

Duque,

Si él os quitara á Rosela,
Yo sé si tuviera culpa.

OTAVIO.

¿No es quitármela, si piensa

Casarla con vos?

CÁRLOS.
¿Conmigo?
OTAVIO.

Con Rugero lo concerta.
En lo demás, perdonadme.

PRÍNCIPE.
Yo he leído... — Aquí te llega,
Cárls; verás lo que dice.

CÁRLOS.
No quiero que me lo lea
Vuestra alteza; antes le ruego
Que para que yo no venga
A ser traidor á Rugero
(Hombre que mi bien desea),
Ni á mi honor, que basta haber
Tratado casar á Celia
Conmigo para que yo
El nombre de honrado pierda,
Solicitando tu gusto...

PRÍNCIPE.
¿Qué honra, Cárls, tan nueva!
Porque trataron casarte,
Sin que llegue á ser, ¿te afrentas?
¿Qué hicieras, á ser casado?

CÁRLOS.
Servirte en cosas honestas
Es, Señor, mi obligacion.

PRÍNCIPE.
Creciendo vas mi sospecha.
El primer criado eres
Que de las cosas secretas
Del gusto de su señor,
No quiere parte en saberlas.

CÁRLOS.
Aquí tengo yo un hidalgo
En mi servicio, de prendas
Seguras, y que en su casa
Con libertad sale y entra,
De quien te puedes fiar.

PRÍNCIPE. (A Turin.)
¿Sois vos?

TURIN.
Soy de vuestra alteza
Vasallo humilde.

PRÍNCIPE.
¿Tu nombre?
TURIN.
Turin, Señor; mi ascendencia
Es tan noble, que de Adán
La traigo por línea recta.

PRÍNCIPE.
¿Tú sales y entras en casa
De Celia?

TURIN.
Privo con ella
En razon del buen humor.

PRÍNCIPE.
Si aquesta noche conciertas,
Turin, de Adán descendiente,
Que me hable por sus rejas,
Dos mil ducados te mando.

TURIN.
Pues tenlo por cosa cierta.

PRÍNCIPE.
¿Que tanto con ella puedes?

TURIN.
No es fácil, Señor, la empresa;
Pero, en fin, no es imposible
Al ruego y la diligencia.

PRÍNCIPE.
Hombre de bien me parecés.

TURIN.
No hay hombres que mas lo sean
Que los que son oficiales

Del gusto.
(Vase el Príncipe, Otavio y Camilo.)

ESCENA XXII.

CÁRLOS, TURIN.

CÁRLOS.
¿Qué has hecho, bestia?
TURIN.

Lo que tú, Señor, me mandas.
¿No le dijiste á su alteza
Que despachase conmigo
Las resistencias de Celia?

CÁRLOS.
Y ¿piensas hablarla?

TURIN.
¿Yo?
CÁRLOS.

Grandes desdichas me cercan,
Grandes fortunas me siguen.
Hoy es forzoso perderla.
Tú, si algun papel, Turin,
A mi amada prenda llevas,
Dámela á mí; que no son
Entregas de fortalezas
Para cometer traiciones;
Que Celia quiere que crea
Que ha sacado un privilegio
El amor para que puedan
Usar los que son queridos
De todo engaño y cautela.

TURIN.
Dice bien; que es guerra amor,
Y no es traicion en la guerra
La celada por los bosques,
La engañosa diferencia,
Mudándose los vestidos,
Trocando en la mar las velas,
Quitando las propias armas
Y poniendo las ajenas,
Encamisadas de noche,
Minas debajo de tierra.
Y por lo mismo, quien ama
Sepa que tiene licencia
Para usar en cualquier tiempo
Engaños y estratagemas.

CÁRLOS.
Si es derecho de las gentes,
Turin, la propia defensa,
Celia es ya mi propia vida,
Y es justo que la defiendas.
Vengan engaños é industrias;
Que si la mayor nobleza
Es la guerra, y se han usado
Tantos engaños en ella
Sin tenerse por infamia,
Donde el poder hace fuerza,
Mejor podré yo valerme,
Siendo en el Delfin violencia
Del privilegio de amor.

TURIN.
Todos los que amaren sepan
Que no incurren en traicion.
Guarde cada cual su hacienda.

ACTO SEGUNDO.

Calle.

ESCENA PRIMERA.

TURIN é INÉS, á la puerta de casa
de Celia.

TURIN.
Todo en el ánimo estriba.

INÉS.
Yo soy cobarde, Turin.
TURIN.
Eres mujer, y hecha al fin
De materia fugitiva.
INÉS.
¿Qué es fugitiva, hablador?
TURIN.
De las espaldas nacistes,
Y por eso la volvistes
Al mas mínimo temor.
INÉS.
Fingirme Celia y hablar
Con un príncipe de Francia,
¿No es negocio de importancia?

TURIN.
Por eso nos han de dar
Dos mil ducados, Inés,
Que partiremos los dos.
Y aunque lo entienda, por Dios,
Que el peligro no lo es;
Porque no es el engañado
Algun hombre vil, que luego
Se venga, de enojo ciego.

INÉS.
Y ¿no es nada un rey airado?
TURIN.
Por lo que un rey puede hacer,
Inés mía, no te aflijas;
Que nunca con sabandijas
Ejercitan el poder.
INÉS.
Las águilas mas reales
Se abaten á liebres viles.

TURIN.
Siempre la espada de Aquiles
Se preció de sus iguales;
Y un rey, para que te asombres,
Mas quiso escoger de dos,
Caer en manos de Dios
Que en el poder de los hombres.
Y así, es justo reparar
Que es mejor á toda ley
Caer en manos del rey
Que de hombre particular.

INÉS.
La ofensa en él ¿no es mayor?

TURIN.
Sí; pero en mayor grandeza
Halla perdon la flaqueza,
Como en supremo señor.
INÉS.
Yo te confieso que tengo
Temeraria tentacion.

TURIN.
Si á tomar con bendicion
Los dos mil ducados vengo,
Nos podemos ir de aquí,
Y casarnos luego, Inés.
Ea, mis ojos, no estás
Dudosa.

INÉS.
¿Júraslo así?
TURIN.
Por esos claveles juro
Ser tuyo, y maritalmente
Tu diatriba eternamente.

INÉS.
¿Qué es diatriba?
TURIN.
Es algo obscuro;
Pero despues lo sabrás.
Vete á la reja, que es tarde,
Porque el Príncipe no aguarda,
Donde con él hablarás
Melindrosa y cristalina,

Envuelta en un tafetán,
Como Celia y ella están;
Que con una mantellina
Engañaba la criada
A aquel galán que tenía
De la bella Estefanía,
Que llamaron desdichada.

INÉS.

Yo voy por el tafetán,
Y luego á la reja salgo.

(Vase.)

ESCENA II.

TURIN.

Es barba, si á un pobre hidalgo
Dos mil ducados le dan?
Si yo por mil mundos de oro
Sangre alguna derramara,
Ninguna disculpa ballara,
O si perdiera el decoro
A la majestad real;
Mas por fingir que una dama,
Siendo Inés, Celia se llama,
¿A quién le resulta mal?
Este es el francés Delfín.
Quien ama todo es cuidado.

ESCENA III.

EL PRÍNCIPE y CAMILO, de noche.
—TURIN.

PRÍNCIPE.

Pienso que nos ha engañado,
Camilo amigo, Turin.

CAMILO.

Es tan loco aquel desden,
Que no le podrá rendir;
Y del hacer al decir
Hay muchas leguas también.

PRÍNCIPE.

¿Quién va?

TURIN.

Quien está esperando
A vuestra alteza, Señor.

PRÍNCIPE.

¡Oh, Turin!

TURIN.

No hagais rumor.
Id poco á poco llegando;
Que si Celia no ha salido,
Es imposible tardar.

PRÍNCIPE.

¿Que pudiste negociar
Lo que Carlos no ha podido?

TURIN.

Este género de ciencia
Quiere un poco de invención.
Celia me tiene afición,
Y es mucha la diferencia
De fiar de un hombre grave
Estos negocios de amor,
Porque se guarda el honor
De quien de sus leyes sabe.
Hacemos mucha ventaja
En ablandar asperezas;
Porque siempre las flaquezas
Se fián de gente baja.
Llega, Señor; que ya siento
Ruido en la celosía,
Como á la risa del día
Mueve las flores el viento.

PRÍNCIPE.

Dale lo que prometí,
Camilo, á Turin. Yo llevo.

TURIN.

Haz que me despachen luego.

CAMILO.

Yo lo haré, Turin, por tí,

Trayendo carta de pago.

TURIN.

El ribete ofrezco, y ¡cómo!

CAMILO.

Nunca de los pobres tomo.
De hacer bien me satisfago.

TURIN.

Si tienes quien no te quiera,
Encárgame su desden,
Y haré que te quiera bien,
Si es piedra, si es mar, si es fiera.

CAMILO.

De tu habilidad lo creo.
Vén mañana á verme.

TURIN.

Iré,
Y un cuadro te llevaré
En que está cantando Orfeo.

CAMILO.

Para mí no es menester.

TURIN.

En la ciudad de Tomar
Se ha mandado pregonar
Que se llame *Agradecer*.

(Vase.)

ESCENA IV.

INÉS, que sale á la reja reboxada en
un manto.—EL PRÍNCIPE, CAMI-
LO. Despues, CARLOS y OTAVIO.

INÉS.

Sea, Señor, vuestra alteza
Bien venido.

PRÍNCIPE.

¡Celia hermosa!

(Salen Carlos y Otavio, sin reparar en
el Príncipe y Camilo.)

CARLOS.

De su fuerza poderosa
Tiembla, Otavio, mi firmeza;
Y mas que de ser quien es,
De ser mi dueño.

OTAVIO.

Es verdad,
Porque de vuestra lealtad
Se puede quejar despues.

CARLOS.

Celoso estuve de vos;
Pero ya, desengañado,
Mi pecho os he declarado.

OTAVIO.

Carlos, sirviendo los dos
A Celia y Rosela, es justo
Ayudarnos contra quien
A fuerza de su desden
Quiere ejecutar su gusto.
Esto con justo respeto
De la majestad.

CARLOS.

No fuera

Justo que yo me atreviera,
Ni en público ni en secreto,
A contradecir su gusto.
Pero siendo casamiento
Mi intento, y su pensamiento
Por desigualdad injusto,
No hace mi amor agravio
A la lealtad que le debo;
Dejando aparte que llevo
La razon, amigo Otavio,
De ser querido primero.

OTAVIO.

Bien decís: llegad á hablar;
Y si no os puedo estorbar,
Venga también lo que quiero,
Pues ya sabeis que es fingido

Querer casarme el Delfín
Con Celia.

CARLOS.

Ya entiendo el fin
Que en este engaño ha tenido,
Que es impedir que Rugero
Me case con Celia á mí.

¿Hay gente en la reja?

(Vase.)

OTAVIO.

SÍ.

CARLOS.

¿Gente aquí?

OTAVIO.

Mirad, primero
Que intenteis saber quién es,
Si es el Delfín.

CARLOS.

Pues ¡aquí!

OTAVIO.

Eso ¿os maravilla?

CARLOS.

SÍ.

OTAVIO.

El poder y el interés
Tienen notable amistad.

CARLOS.

¿Celia interés?

OTAVIO.

Las criadas
Allanan, Carlos, pagadas,
La mayor dificultad.

CARLOS.

Retirémonos aquí,
Y déme el cielo paciencia.

OTAVIO.

Aquí importa la prudencia.
¿Oís lo que dicen?

CARLOS.

SÍ.

INÉS.

Iré donde vuestra alteza
Me manda.

PRÍNCIPE.

Con eso voy
Contento á dormir, y doy
Mil gracias á tu belleza
Por la promesa, mi bien.
(Entrae Inés.)

ESCENA V.

EL PRÍNCIPE, CAMILO, CARLOS,
OTAVIO.

CARLOS.

¿Promesa?

OTAVIO.

Ya se ha quitado.

PRÍNCIPE.

Camilo, el amor me ha dado
Victoria de su desden.

CAMILO.

¿Rindióse la fortaleza?

PRÍNCIPE.

Vén, y sabrás que el poder
Halla en cualquiera mujer
La puerta de la flaqueza.

CAMILO.

Desta no lo imaginara.

PRÍNCIPE.

Mañana he de ir á un jardín...

(Vanse el Príncipe y Camilo.)

ESCENA VI.

CÁRLOS, OTAVIO.

CÁRLOS.

Aguarda, ingrata.

OTAVIO.

¿A qué fin?
Tu loco amor ¿no repara
En la locura que intentas?

CÁRLOS.

Déjame, Otavio, vengar
Mi noble amor.

OTAVIO.

No es lugar
La calle, por mas que sientas,
Para dar satisfacion
A tu agravio; y por ventura
Podrá ser que tu locura
Causase tu perdicion.

CÁRLOS.

¿Puédome yo mas perder,
Otavio, de lo que estoy?
¿Ser menos de lo que soy
Con lo que he venido á ver?
Déjame que en estas rejas
Dé voces, déjame hablar,
Por lo menos suspirar,
Para que entiendan mis quejas.

OTAVIO.

Suspiros siempre se han dado
Para dar tiernos desvelos;
Pero para pedir celos,
Ningun hombre ha suspirado.
Dejad la reja, y volvámos
A casa, y en vos tambien,
Porque hablarías ya no es bien,
Ni es justo que nos pongamos
A averiguar este agravio
Donde lo entienda Rugero.

CÁRLOS.

Pues, Otavio, yo me muero;
Yo pierdo la vida, Otavio.
Volver ya no puede ser,
Si allá no he de sosegar;
Que acabado de llegar,
Sé que tengo de volver.
Idos vos; que yo no puedo
Dejar de hablar á esta ingrata,
Si la osadía me mata
O aqui me amaneca el miedo.
Llamaré, no tiene duda.

OTAVIO.

Haréis mal, y no abrirán;
Que á marido, y no á galán,
Abre quien ya se desnuda,
No siendo mujer que ya
Sepa los brazos del dueño,
Que aguarda, á pesar del sueño,
A ver si en la calle está.
Y no hay engaño en el mundo
Que permita un caballero
Tan noble como Rugero.

CÁRLOS.

Pues yo en que me mate fundo
Mi venganza.

OTAVIO.

Es necesidad.

CÁRLOS.

¿Por qué, si yo se lo digo?

OTAVIO.

Porque, siendo vuestro amigo,
Cometeréis deslealtad.

CÁRLOS.

Pues algo tengo de hacer
Que me pueda sosegar.

OTAVIO.

¡Los, Carlos, y pensar

Que esta dama era mujer.

CÁRLOS.

Si firmes no las hubiera
De gran virtud y valor,
Era el remedio mejor
Que hallar mi agravio pudiera,
Mas, si por una mudable
Hay mil firmes, no es razon
Que culpe su condicion,
Siendo su ser inculpable.

OTAVIO.

No estáis vos muy enojado.

CÁRLOS.

¿Cómo no?

OTAVIO.

Porque no hubiera
Cosa que el respeto hiciera
Para su virtud sagrado;
Que en no siendo firme alguna,
Es condicion de los hombres
Que con generales nombres
Lo paguen todas por una.

CÁRLOS.

Nunca tan fuera de mí
Pienso estar, que ofenda á tantas
Firmes, honradas y santas,
Por una que yo perdi;
Y mas, cuando me ha dejado
Por quien vale mas que yo.

OTAVIO.

¿Disculpáisla?

CÁRLOS.

¿Por qué no?

OTAVIO.

Pues si no estáis agraviado,
Yo os dejo.

CÁRLOS.

Hacedme un placer,
Por vida del Duque.

OTAVIO.

¿Cómo?

CÁRLOS.

Por último acuerdo tomo
Hablar hoy esta mujer.
Sacad la espada, y fingid
Que reñís conmigo.

OTAVIO.

Harélo,
Si os sirvo; que ya recelo
Lo que intentais.

CÁRLOS.

Advertid
Que vais huyendo.

OTAVIO.

Si haré,
Si bien, aunque sea burlando,
Me pesa.

CÁRLOS.

Estoy aguardando
Que huyais, Otavio.

OTAVIO.

No sé:

CÁRLOS.

Huid; que burlas no hacen
Fe del valor.

OTAVIO.

Así es.

CÁRLOS.

Hombres hay de tales plés;
Que huyen desde que nacen.

OTAVIO.

Yo huyo.

CÁRLOS. (Alzando la voz.)

Pues ¿cuatro á uno?

¡Perros!

OTAVIO.

¿Eso mas?

CÁRLOS.

Huid,

Traidores.

OTAVIO.

Carlos, decid
Que no va huyendo ninguno.
(Vase.)

Sala en casa de Celia.

ESCENA VII.

CELIA, ROSELA, RUGERO.

RUGERO.

Mas confusion me poneis.

CELIA.

Pues ¿qué respuesta pretendes,
Si nuestro disgusto entiendes?

RUGERO.

¿Al Principe os atreveis,
A quien yo no pienso hablar?
Pues casándoos de su mano,
Y acetando vuestro hermano
Lo que él nos puede mandar,
¿Tú, Celia, al Duque desprecias,
Y tú, Rosela, á mi amigo
Carlos!

ROSELA.

Si verdad te digo,
Pues tanto della te precias,
Dile al Principe que mude
Los mismos dos que nos da;
Y que servido será
Sin que nuestro dote ayude.

RUGERO.

¿Cómo mudar?

ROSELA.

Dando á Carlos
A Celia, y al Duque á mí.

RUGERO.

Muy claro hablais.

ROSELA.

Para tí
Esto ¿se llama mudarlos?

CELIA.

Rosela dice muy bien.
¿Qué le va al Principe en esto?

ROSELA.

Voces dan.

RUGERO.

Bien divertido
Há rato que estoy atento,
Porque no determinaba
Si golpes de espada fueron,
Y agora á la puerta llaman.

ESCENA VIII.

INÉS.—DICHO:

CELIA.

¡Inés!

INÉS.

¿Señora!...

CELIA.

¿Qué es eso?

INÉS.

Carlos, que ha llamado tanto,
Que en efeto le han abierto.
Desnuda la espada trae.

RUGERO.

Voy á ver lo que es.

CELIA.
No quiero
Que salgas. Di que entre Cárlos.
RUGERO.
Déjame pues.
INÉS.
Ya está dentro.

ESCENA IX.

CÁRLOS, *la espada desnuda y la capa mal puesta.* — DICHO.

CÁRLOS.
Aparte quisiera hablarte.
RUGERO.
Que vienes herido creo.
CÁRLOS.
No vengo sino cansado.
RUGERO.
Pues vamos á mi aposento.
CÁRLOS.
Vamos.—Perdonad, señoras:
CELIA.
Perdonad vos; que Rugero
No ha de salir de la sala;
Que es Rugero hermano nuestro.

CÁRLOS.
Señoras, tenéis razon.
Sosegad el justo miedo;
Que aquí diré lo que ha sido;
Aunque no entendiendo veros
Para daros esta pena,
He entrado tan descompuesto.
Muy cerca de vuestra casa
(Que ya, como esclavo vuestro,
Vine á mirar estas rejas),
Vi en ellas un hombre: luego
A reconocerle, salen
Tres de una esquina, y poniendo
Mano los cuatro, me aprietan
Con peligro manifiesto
De la vida, que me ha dado
La piedad sola del cielo;
Que quererlo atribuir
Al propio valor no puedo,
Porque valor para tantos
No le hay sin armas de fuego.
Entre tanta confusion
Oigo decir á uno dellos:
«¡Ay, que me han muerto!» Y entonces
Todos se retiran.—Creo
Que fué pena del herido,
Que no del temor efeto.
En la voz y en el cuidado
De los que con él vinieron,
Me pareció el duque Otavio.
Sería notable yerro
Y eterna desdicha mía
Si le hubiese herido ó muerto;
Que, fuera de ser el Duque
Mi grande amigo y mi deudo,
El Rey y el Delfín lo estiman
Por el mejor caballero
De los que hoy tiene París.
Hacedme merced, Rugero,
De sacarme desta duda.
Vaya un gentilhombre vuestro,
Que sepa con discrecion
Si es el Duque, porque quiero
(Si tan desdichado he sido,
Entre las muchas que tengo)
Pasarme á Italia ó á España.

RUGERO.
¡Qué desdichado suceso!
CELIA.
No será por dicha el Duque.
ROSELA.
¡Ay, Celia, que á mí me han muerto!

RUGERO.
No es este negocio, Cárlos,
Para fiar del secreto
De un criado. Aquí esperad;
Que yo lo sabré tan presto
Cuanto requiere el cuidado
Con que quedais.

CÁRLOS.
¿Con qué puedo
Pagaros el que mostrais
De mi bien?

(Vase Rugero.)

ESCENA X.

CELIA, ROSELA, CÁRLOS, INÉS.

CÁRLOS.
Ya que Rugero
Es ido, sabed que yo
Quise, abrasado de celos,
Por no morirme esta noche,
Entrar desta suerte á veros.
ROSELA.
¿No es muerto el Duque?

CÁRLOS.
Sosiega,
Hermosa Rosela, el pecho;
Que locuras de un celoso
Ni tienen razon ni tiempo.—
Y tú, en el poco que queda
Para que vuelva Rugero,
Oye las últimas quejas
Que desesperado ofrezco,
Celia ingrata, á tus oídos.

CELIA.
La causa, Cárlos, espero
De la locura que dices,
Tan inocente, que creo
Que de tu ofensa no sabe
El nombre mi pensamiento.

CÁRLOS.
Llegando, Celia, á estas rejas,
Adonde mi loco amor
Piensa que queda el olor
Que de estar en ellas dejé,
No para decirte quejas,
Sino tan tiernos amores,
Que mereciesen favores
En justas correspondencias,
Cesando las competencias
De esperanzas y temores,
Hallo en ellas al Delfín,
Como tú sabes mejor;
Y agradeciendo su amor
Tú, ingrata; tú, Celia, en fin;
Tú, que un tiempo serafín,
Desdenes fueron tus galas,
Con mariposas te igualas,
Pues á la luz del poder
Diste tornos hasta hacer
Ceniza tus bellas alas.
«Sea bien venido, oí,
Tu alteza,» cuando llegó;
Cosa que escuchaba yo
Cuando mas dichoso fui.
Lo demás no lo entendí;
Pero bastóme entender
Que ya le quierdes querer.
¿Quién hubiera imaginado
Que yo fuera desdichado
Y que tú fueras mujer?

¡Ay, Celia, qué satisfecho
De tus palabras me vi!
Qué diamante presumí
Era el alma de tu pecho!
¿Qué de cosas has deshecho
Con tal determinacion!
Pero dirás que es razon,
Y yo, Celia, por venganza,

Que fué injusta la mudanza,
Si fué justa la eleccion.
Mientras que no le quisiste,
Osé competir con él;
Querido, esono, cruel,
Pues por él me aborreciste.
Yo parto á Italia, tan triste
De mi esperanza burlada,
En tus palabras fundada,
Para no volver á verte,
Que yo, el amor y la muerte
Hacemos esta jornada.
Yo celoso, amor corrido,
La muerte para quitarme
La vida, aunque de matarme
Debo estar agradecido.
Voy tan fuera de sentido
Como quien sin alma parte,
Porque, presente, olvidarte
Es aumentar mis desvelos.
Porque hay de mi parte celos,
Y hermosura de tu parte.
Nadie, presente, olvidó
Con celos, porque ha de ver,
Y viendo, no puede ser
Que olvide quien tanto amó.
Mucho te adoraba yo:
¿Cómo á olvidarte me obligó?
Que si para mi castigo
Tan viva te retraté
En el alma, ¿dónde iré
Que no te lleve conmigo?

CELIA.
Si tu pena no mirara,
Esos celos de la reja,
Como injusta y necia queja,
Con risa los celebrara;
Pero cuéstame muy cara
La burla, pues sin prudencia
Tratas, Cárlos, de tu ausencia;
Y aunque sé que no ha de ser,
Para el nombre es menester
Mil vidas de resistencia.
¡Yo en la reja! Yo al Delfín!
¿Qué dices, Cárlos? ¿Qué tienes?
¿Qué mal informado vienes
De quien procura mi fin!
Que debe de ser Turín,
Pues á tus ojos les fías
Esas locas fantasías
Que me has venido á decir;
Y no te pudo mentir
El alma, que allá tentas.
El Delfín no me rindiera,
Cárlos, si fuera el Delfín,
Como delfín, serafín,
Y á toda Francia me diera.
Quien me estimara y quisiera
No diera crédito, no,
A quien así le engañó;
Porque si no vienes loco,
¿Cómo tienes en tan poco
Una mujer como yo?
En el mar de mi valor
Cuando quien soy imagines,
No se han criado delfines,
Sino ballenas de amor,
Y tan llenas, que al mayor
Del mundo llevan la palma.
Estése la luz en calma,
Y los tornos que encareces;
Que no se queman dos veces
Las mariposas del alma.
Que soy mujer es verdad;
Pero tan firme mujer,
Que ejemplo pudiera ser
De agradecida lealtad.
Respeto la majestad;

Pero, Cárlos, no me asombres;
Que en mudar de pareceres
Hay hombres que son mujeres,

Y mujeres que son hombres.
Yo he sido, Carlos, teal:
Ni al Príncipe hablé ni vi.

CÁRLOS.

¡Ay, cielos, si fuera así!
Mas yo lo vi, por mi mal.
Con un desengaño igual,
¡Quieres, Celia, que te crea?

ROSELA.

Cárlas, ya es cosa muy fea
Sustentar un desatino.
Ni Celia á la reja vino,
Ni es posible que tal sea.

CÁRLOS.

Pues los ojos ¡han mentido
Después que Dios los crió?
¡Cuándo el testigo que vió
No fué, Rosela, creído?

ROSELA.

Mil veces ese sentido
Se engaña, y le desatinan
Sombras que á creer le inclinan;
Porque suelen los antojos,
Siendo espejo de los ojos,
Retratar lo que imaginan.

CÁRLOS.

Está bien, yo lo confieso;
Pero en un hora que hablé,
¡Puede engañarme?

ROSELA.

¡Pues no?

CÁRLOS.

Que estoy loco te confieso.

CELIA.

Déjale, que ya es exceso
Su locura y su porfía.

ROSELA.

Rugero viene.

CÁRLOS.

Y ¡podía

Engañarse el ver y oír?

ROSELA.

Suele la noche fingir
Lo que desengaña el día.

ESCENA XI.

RUGERO. — DICHOS.

RUGERO.

Albricias, Cárlas.

CÁRLOS.

El cielo,

Amigo Rugero, os guarde.

RUGERO.

Llegué á su casa del Duque,
Dije que importaba hablarle
La vida de un grande amigo;
Y en ver que no se alterasen
Ni hubiese el comun rumor
Que suele en desgracias tales,
Sosegué, Cárlas, las penas.
Espantóse que llegase
A tales horas, aunque él
Comenzaba á desnudarse.
Díjeme vuestro temor,
Y respondió: «Aseguralde
A Cárlas, porque el herido
No es de peligro notable,
Y es un gentilhombre mío.»
Con esto, sin que aguardase
A ver quién era, partíme
Tan contento como parte
Quien trae nuevas de fía.

CÁRLOS.

Que mil veces os abraza
Me permitid; y con esto
Será bien, porque es ya tarde,

Pidiéndolos perdon, partirme
Donde mi fortuna sabe.

CELIA.

Pues ¡no basta el desengaño?

CÁRLOS.

Es por agora bastante.

Adios, Rugero.

RUGERO.

Adios, Cárlas.

(Vase Cárlas.)

ESCENA XII.

RUGERO, CELIA, ROSELA.

CELIA.

Ventura fué no matarle.

ROSELA.

Del temor voy muerta yo.

CELIA.

Y yo de que me levante
Cárlas tan gran testimonio.

ROSELA.

Celos dirán mal de un ángel.
Alguno engañarle quiso.

CELIA.

Antes que se desengañe
Me habrá muerto, ó me habrá puesto
En ocasion de dejarle.

(Vase.)

Habitacion del Príncipe.

ESCENA XIII.

EL PRÍNCIPE, CAMILO.

CAMILO.

Son las joyas que le das
Conformes á su valor.

PRÍNCIPE.

Si se las diera mi amor,
Camilo, valieran mas,
Porque es menester que cries;
Naturaleza, diamantes
En la China mas brillantes,
Y en Ceilan nuevos rubies;
Y aun son cambios diferentes,
En que ella recibe agravios,
Con las rosas de sus labios
Y las perlas de sus dientes.

CAMILO.

¡Bravo pintor es amor!

PRÍNCIPE.

¡Estaba Cárlas ahí?

ESCENA XIV.

CÁRLOS. — DICHOS.

CÁRLOS.

Si, Señor.

PRÍNCIPE.

Cárlas, vencí.

Turin fué bravo inventor.
Anoche con Celia hablé,
Y hoy me prometió que iría
A un jardín, donde podría
Hablarle despacio.

CÁRLOS.

Fué

Empresa de tu valor;
Y dices bien que venciste,
Pues aun no llegaste y viste,
Cuando alcanzaste favor.

PRÍNCIPE.

Palabra, Cárlas, le di

De casarte con Rosela,
Su hermana.

CÁRLOS.

Plensio que apela

Al duque Otavio de mí.

PRÍNCIPE.

Visítala, Cárlas, hoy,

Rosela apele ó no apele.

CÁRLOS.

Perder al Duque le duele.

PRÍNCIPE.

Yo lo quiero, y soy quien soy.
Quédale; que ando juntando
Joyas que á Celia le dé.

CÁRLOS.

Siempre el dar dichoso fué.

Entra, Señor, obligando;

Verás que las almas robas.

PRÍNCIPE.

Si; mas con diversas tretas;
Que se pagan las discretas
Y se enamoran las bobas.

(Vase.)

—

Calle.

ESCENA XV.

CÁRLOS, y despues, TURIN.

CÁRLOS.

Hoy hizo mi vida fin.
Y ¡Celia quiere negar,
Y esta tarde ha de ir á hablar
Al Príncipe en un jardín!
¡Hay tal maldad!

TURIN.

Cárlas es.

¡Era ya tiempo de verte?
¡Tanto Celia te divierte?
Desde hoy me pongo en los plés
Las alas de aquel planeta
Que es árbitro de la mar.
No dés en imaginar;
Que te volverás poeta.

CÁRLOS.

Hoy es llegado tu fin, (Saca la espada.)
Infame.

TURIN.

¡Por qué, Señor?

Mira que soy pecador.

CÁRLOS.

Confésate á Dios, Turin.

TURIN.

¡No hay mas de enviar á un hombre,
Como piedra, al cuarto bajo?

CÁRLOS.

Irás con menos trabajo.

TURIN.

Será infamia de tu nombre.
¡No sabes que desde el cielo
Tardaría, á poder ser,
Seis mil años en caer,
Señor, una piedra al suelo,
Y que un alma en un instante
Baja del suelo al infierno?

CÁRLOS.

Vivir bien, si hay fuego eterno.

TURIN.

Mátame con un montante,
Y no con ese espeton,
Que no me dará lugar
Para que pueda llevar
De mis culpas contricion.
Pero di, ¿por qué me matas?

CÁRLOS.

¡Por qué habló Celia al Delán?

TURIN.
¿Celia? Aquí sea mi fin,
Comido de garrapatas,
Si no era Inés, que cubierta
De un tafetan de su ama,
Habló de Celia á lo dama
(Tanto el interés concierta),
Por pescar dos mil ducados,
De que le tocan los mil.

CÁRLOS.
¿Qué dices?

TURIN.
Que amor sutil
Lleva los ojos tapados
Cuando le guían los celos;
Y si lo puedes saber,
Tenme lástima, y de ver
Que estoy haciendo buñuelos,
Sirviéndome de sartén
Los miserables calzones.

CÁRLOS.
¿Que dije tales razones;
Por tu ocasion, á mi bien!
Por eso morir mereces.

TURIN.
No hay tal; porque las verdades
Luego harán las amistades,
Que perdidas encareces.
Vestías allí donde vienen
A subir á la carroza.
Llega á hablar, la ocasion goza;
Que te han visto, y se detienen.

CÁRLOS.
Agradécelas la vida.

TURIN.
¿Oh interés! ¿en qué me has puesto?

ESCENA XVI.

CELIA Y ROSELA, con sombreros y capotillos; UN ESCUDERO. — Dichos.

ROSELA.
Aquí está; que no se fué.

CÁRLOS.
A pediros perdon vengo,
Celia hermosa, de mi engaño.

CELIA.
Quitad el estribo, Alberto.
(Van pasando las damas de un lado
del teatro á otro, y Cárlos tras Celia
hablando.)

CÁRLOS.
Detente, señora mía.

CELIA.
Diga ese paje á Rugero
Que voy al campo.

CÁRLOS.
¿No escuchas
Que desengañado llevo
A que me perdones?

CELIA.
¡Hola,
Cochero!

CÁRLOS.
Aguarda.
CELIA.
Cochero,
Al campo hácia los jardines.

CÁRLOS.
Celia, dejarásme muerto.
Oye, mi bien; que ya sé
Que fué engaño que le han hecho
Al Príncipe.

CELIA.
Por aquí
Saldréis al campo mas presto.
(Vanse las dos.)

CÁRLOS.
Fuése Celia.

TURIN.
Está enojada.

CÁRLOS.
Agora á matarte vuelvo.

TURIN.
No hayas miedo que me alcances.
(Vase.)

CÁRLOS.
¿En qué confusiones quedo!
Seguir quiero al coche. ¡Ay Dios!
Sin ser Faetonte, me atrevo
Al carro del sol. ¿Quién duda
Que me mate por soberbio? (Vase.)

Jardín.

ESCENA XVII.

EL PRÍNCIPE, OTAVIO, CAMILO, PERSIO.

PRÍNCIPE.
Mil siglos há que tarda.

OTAVIO.
Así los llama,
Príncipe invicto, quien espera y ama.

PRÍNCIPE.
No tuviera esperanza, si no fuera
Celia quien prometió que aquí vendría.

CAMILO.
Por dicha vuestra alteza ha errado el

PRÍNCIPE.
Camilo, yo sé bien lo que me dijo.

CAMILO.
Puede ser que Rugero no permita,
Sin que él venga también, esta visita.

PRÍNCIPE.
Eso tengo por cierto;
Y si Rugero viene, yo soy muerto.

OTAVIO.
[ra;
No piense vuestra alteza en lo que espe-
Que hace mayor la pena el pensamien-
[to.

PRÍNCIPE.
¿Puedo yo no pensar en lo que siento?

OTAVIO.
Mire deste jardín las claras fuentes;
Divirtiéndose en verlas,
Distribuyendo su cristal en perlas.
Mire con la violencia y dulce estruendo
Que contra su elemento van subiendo,
Enojándose el aire de que se entren
En la jurisdicción que no les toca.

PRÍNCIPE.
Todo á mayor memoria me provoca.

OTAVIO.
Mire las varias desta margen flores,
Pidiéndose prestadas las colores;
Oiga las dulces aves
Cómo trinan suaves
La solfa no aprendida.

PRÍNCIPE.
¿Es coche aquel? Escucha, por tu vida.

CAMILO.
Es un carro de bueyes, que un villano,
Con una vara en la gruesa mano,
Sobre su yugo puesta, rige y guía.

PRÍNCIPE.
También es carro en el que viene el día.

OTAVIO.
De caballos, Señor, que no de bueyes.

PRÍNCIPE.
Bueyes, Duque, sustentan á los reyes.
¿Qué haré yo que entretenga mi deseo?

OTAVIO.
Preguntarnos, Señor, alguna cosa.

PRÍNCIPE.
¿Cuál es la mas odiosa?

CAMILO.
Un ignorante que de sí presume,
Y todos le aborrecen.

PRÍNCIPE.
¿Qué cosa mas los hombres apetecen?

CAMILO.
La honra y buena fama.

PRÍNCIPE.
¿Quién duerme en mejor cama?

OTAVIO.
Quien no sirve ni debe ni pretende,
Habla de todos bien, y á nadie ofende.

PRÍNCIPE.
¿Cuál hombre por su culpa es desdicha-
[do?

OTAVIO.
El rico miserable, que, forzado,
Deja en su muerte lo que mas quería
Al que en su vida mas aborrecía.

PRÍNCIPE.
¿Quién es el rey?

CAMILO.
Un hombre semideo,
Que tiene de Dios solo dependencia,
A quien todos le prestan obediencia,
Y es única justicia que el bien premia,
Y que castiga el mal.

PRÍNCIPE.
¡Brava academia

OTAVIO.
Hacéis mi amor! Aquella ¿no es carro-
[za?

OTAVIO.
Son, Señor, arrieros,
Que llevan unos cofres y una moza.

PRÍNCIPE.
A mano izquierda digo.

CAMILO.
Los overos

PRÍNCIPE.
Conozco. Celia es, y ya se apea.

PRÍNCIPE.
Ponéos aquí detrás, porque no os vea;
Que á su tiempo saldré solo. No quiero,
Si la sigue, dar celos á Rugero.

(Escóndense.)

ESCENA XVIII.

CELIA, ROSELA, INÉS. — Dichos.

CELIA.
Parecióme este jardín
A propósito, Rosela,
Para templar en sus fuentes
El fuego de mi tristeza.

ROSELA.
Por estar solo acertaste,
Aunque excusarlo pudieras,
Pues que ya te hablaba Cárlos.

CELIA.
Sí; pero es justo que sienta
Que no merece mi honor
Que le agraven sus sospechas.

ROSELA.
Ya te pedía perdon.

CELIA.
Son de artillería piezas
Los celos, que en disparando,
Se pueden entrar por ellas.

PRÍNCIPE.
(Llegando á las damas.)
Señal, Celia, bien venida.

Perdido estoy de esperaros.

CELIA.
Y yo, Señor, de miraros
Estoy perdiendo la vida.
PRÍNCIPE.
La palabra y se cumplida
¿Os ha dado tal temor?
CELIA.
¿Cuándo os he dado, Señor,
La palabra que decís?
PRÍNCIPE.
Negais, cuando la cumplís,
Agradecida á mi amor?
CELIA.
Yo, Señor, ¿cuándo os hablé,
Ni vos me habíastes ni vistes?
PRÍNCIPE.
Anoche ¿no me dijistes,
Cuando á la reja llegué,
«Mañana al jardín iré
Del duque Otavio»?

CELIA.
¡Yo!
PRÍNCIPE. Sí.

CELIA.
Nos hablé, Señor, ni os vi.
PRÍNCIPE.
Cuando engaño pueda ser,
No puedo yo merecer,
Celia, este favor por mí?

CELIA.
Aun no tengo ser, respeto
De lo que es digno de vos;
Que os hizo, Príncipe, Dios,
Calvo, gallardo y discreto.
Pero mi honor, en efeto,
Y de mi padre y mi hermano,
No están, Señor, en mi mano,
Aunque los puedo perder;
Pero no lo pienso hacer
Por ningún mérito humano.

PRÍNCIPE.
Celia, pues me han engañado,
Bien veréis que estoy corrido;
Mas, despues que habeis venido,
Mayor sospecha me ha dado.
Lo que habeis determinado
Volveis á negar por quien
Por ventura queréis bien;
Que cuando os hablé y os vi,
Yo sé lo que merecí.
Y vos lo sabeis tambien.
Toqué vuestra mano hermosa
Con tanta facilidad
Como aqui dificultad.
Pero advertid una cosa:
Que, si no os tengo amorosa,
Jamás os querré forzada.
Pues de Carlos sois amada,
Decidme si le queréis;
Que con esto dejaréis
Mi voluntad sossegada.
Por vida del Rey, que igual
Juramento es nuevo en mí,
De que me sosiegue así.

CELIA.
¿No veis que estará muy mal
A una mujer principal
A vuestros ojos decir
Lo que os mas justo encubrir?

PRÍNCIPE.
Pues ¿cómo queréis que sea,
Para que libre me vea
Cuando estoy para morir?
Retirarme obligado,
Si me decís la verdad;
Que empeños de voluntad
No quieren gusto forzado.

¿Quereislo bien?

CELIA.
Mi cuidado
Sabréis luego en un papel.
PRÍNCIPE.
Aqui servirá por él
Este libro de memoria.
CELIA.
Dádmele; que en breve historia
Os diré lo que hay en él.
Pero no ha de ser aqui.

PRÍNCIPE.
¿Dónde?
CELIA.
En la carroza.
PRÍNCIPE.
Sea;
Que, como escrito lo vea,
Yo me libraré de mí.

CELIA.
Prometo decir allí
La verdad á vuestra alteza,
Porque aqui fuera bajeza.
PRÍNCIPE.
Id en buen hora.

CELIA. (Ap.)
Escapé
De gran peligro, y guardé,
Carlos mio, tu cabeza.
(Vanse las tres.)

ESCENA XIX.

EL PRÍNCIPE, CAMILO, OTAVIO.

PRÍNCIPE.
¿Camilo! ¿Otavio!
CAMILO.
Señor...
PRÍNCIPE.
¿Oistes esto?
OTAVIO.
Aseguro
A vuestra alteza que estamos
Admirados de que pudo
Sufrir tanta libertad.

PRÍNCIPE.
Lo demás no fuera justo.
CAMILO.
Si fuera, pues prometió
Venir, y se va.

PRÍNCIPE.
Yo cumplo
Con quien soy.
OTAVIO.
Arrepintióse,
Si determinada estuvo.

PRÍNCIPE.
Pedile que me dijese
Si quiere á Carlos, y puso
La vergüenza por defensa;
Mas viendo que la importuno,
En un libro de memoria
Juró escribirlo; y yo juro
De no importunarla mas
Si me abraza y me consumo.

CAMILO.
Ya viene aqui su privanza.

ESCENA XX.

INÉS. — Dichos.

INÉS.
Escribió, Príncipe augusto;
Lo que le mandastes Celia.
(Dale el libro.)

PRÍNCIPE.

Hízome notable gusto.
Tomad vos este diamante.
INÉS.

Quede á los siglos futuros
Eterna vuestra memoria. (Vase.)

ESCENA XXI.

EL PRÍNCIPE, OTAVIO, CAMILO.

PRÍNCIPE.
Por poco, me hablara en culto.
¿Pobre Carlos! Si te quiere,
De matarte no me excuso.
Este libro es el proceso;
Celia le ha escrito y yo juzgo.

OTAVIO.
Lee, Señor, lo que dice.

PRÍNCIPE.
Leo... pero no descubro
La verdad que yo esperaba,
Pues dice en término obscuro:
(Lee.) «Preguntáisme si le quiero.
Número cincuenta y uno.»

OTAVIO.
¿Qué quiere decir en eso?

CAMILO.
Yo dese número arguyo
Los dias que há que le quiere.

PRÍNCIPE.
¿Burlas, Camilo?

CAMILO.
No burlo.

PRÍNCIPE.
¿Qué dices, Otavio?

OTAVIO.
Digo
Que todo el sentido dudo,
Si en tan grande disparate
Se puede poner alguno.
Ella se quiso escapar
Deste peligro, y no supo
Mejor que con este enigma.
Por mas que intento discursos,
No puedo dar en el blanco.

PRÍNCIPE.
Si hay algun sentido oculto,
Debe de ser el que entiendo.

OTAVIO.
¿Cómo?

PRÍNCIPE.
Su padre dispuso
El casamiento de Carlos;
Y de lo que ya la culpo
Se libra con la obediencia,
Porque con su edad ajusto
El número de sus años,
Que serán cincuenta y uno.

CAMILO.
¿Qué bien dice vuestra alteza!

OTAVIO.
El sentido mas seguro
Me parece desta enigma.

PRÍNCIPE.
Pues ¿este os agrada?

CAMILO.
Mucho.

PRÍNCIPE.
Lisonja al fin de criados,
Que, en diciendo el dueño suyo
Una necesidad, la aprueban
Como por divino impulso.

ESCENA XXII.

CÁRLOS, TURIN. — DICHOS.

CÁRLOS.
Si no habló con el Delfín
Celia, Turin, sino Inés,
¿Cómo salieron las tres
A mis ojos del jardín?

TURIN.
Yo te diré la razón.

CÁRLOS.
¿Buscarás otra mentira?

TURIN.
Que está aquí el Príncipe mira.

PRÍNCIPE.
Cárls, á buena ocasión.
Pero no vendrás por mí.

CÁRLOS.
Como tu licencia tengo,
A ver á Rosela vengo.

PRÍNCIPE.
¿A Rosela?

CÁRLOS.
Señor, sí.

PRÍNCIPE.
Tenemos una cuestión
Los tres sobre cierta enima.
Pues toda París estima
Tu ingenio y tu erudicion;
Este libro de memoria
Tiene dos versós, que han sido
De tan difícil sentido,
Que te dará fama y gloria
El declararle ó decir
Tu parecer.

CÁRLOS.
¿Yo, Señor?

PRÍNCIPE.
Pues ¿quién en París mejor?

CÁRLOS.
En pretenderte servir.

PRÍNCIPE.
¿Conoces la letra?

CÁRLOS.
Escrita
En barniz, ninguna forma
Se conoce, ni conforma
Con lo que el papel la imita.
(Lee.) «Preguntáisme si le quiero.
Número cincuenta y uno.»

PRÍNCIPE.
No lo ha entendido ninguno.

CÁRLOS.
Bien fuera saber primero
La causa desta pregunta.

PRÍNCIPE.
A una dama pregunté
Si quería á un hombre, y fué
Tan vergonzosa, que junta
Los oráculos dudosos
Que había en la antigüedad
Con su necia voluntad.

CÁRLOS.
En los casos amorosos
Hay siempre motes y enimas
Y empresas, y así es razón
Estimar su discrecion.

PRÍNCIPE.
Dilo pues, si tú la estimas.

CÁRLOS.
Pregúntanle que si quiere
Su galan, y dice aquí...

PRÍNCIPE.
¿Qué dice?

CÁRLOS.
Que sí.

PRÍNCIPE.

¿Que sí?
Pues, Cárls, ¿de qué se infiere?

CÁRLOS.
Cincuenta y uno en guarismo
Dicen claramente SÍ;
Que una S y una I
Hacen el número mismo.
Pues S y I sí dirán:
Y si lo dice, Señor,
Claro está que tiene amor
Esa dama á su galan.

PRÍNCIPE.
Ea, no hay mas que saber.
Vamos de aquí.

CAMILO. (Ap. al Príncipe.)
Gran disgusto
Lleva tu alteza.

PRÍNCIPE.
Y ¿no es justo?

OTAVIO.
¿Que lo pudiese entender!

PRÍNCIPE.
Fué, Duque, para su daño.
Cárls ha de morir hoy.
(Vanse el Príncipe, Otavio y Camilo)

ESCENA XXIII.

CÁRLOS, TURIN.

CÁRLOS.
¿En gran confusion estoy!

TURIN.
La culpa fué de tu engaño,
Pues considerar debieras
Que errabas en decir sí.

CÁRLOS.
No pensé que era por mí.
Pero de tantas quimeras
Tú tienes culpa, Turin.

TURIN.
¿Querrás volver á matarme?

CÁRLOS.
Solo puede consolarme
De haber venido al jardín
Aquel libro de memoria,
Que dejará eterno en mí
Este soberano sí,
Porque con esta vitoria
Ya no tengo que temer.

TURIN.
El Príncipe va enojado.
Sospecho que te ha causado
No poco daño el saber.

CÁRLOS.
¿Qué me puede resultar?
Pero el peligro responde
Que hay ocasiones adonde
El saber puede dañar.

ACTO TERCERO.

Sala en casa de Cárls.

ESCENA PRIMERA.

CÁRLOS, TURIN.

CÁRLOS.
¿Qué dices?

TURIN.
Que están aquí
Dos damas que habiarte quieren.

CÁRLOS.

Diles, Turin, que no esperen.
Demonios son para mí.

TURIN.
Pues, por Dios, que se han entrado.

CÁRLOS.
¿No llamaron?

TURIN.
Señor, no.

CÁRLOS.
Y ¿tapadas?

TURIN.
Pienso yo
Que lo grave lo ha causado.
Ellas traen buen olor.

CÁRLOS.
No verías fuera mas justo.

TURIN.
Háblalas; que para el gusto
Es bravo despertador.

CÁRLOS.
Diles que no se rebocen.

TURIN.
Graves son: llega, si quieres;
Que melones y mujeres
Por el olor se conocen.

ESCENA II.

CELIA, ROSELA é INÉS, con mantos.
—DICHOS.

CELIA.
¿De cuándo acá recatado
El señor Cárls está?

TURIN.
Señoras, de cuando allá
Que anda un poco disgustado.

ROSELA.
¿Son celos?

CÁRLOS.
Y con razón,
Señoras, debo tenellos.

CELIA.
¿Vos celos?
CÁRLOS.
No fui por ellos;
Que me dieron á traicion.
TURIN.
Celos, y con mil desvelos;
Que amor, como es accidente,
Suele dar al mas valiente
Un cintarazo de celos.

CELIA.
Un hombre que es tan galan,
¿Tiene tal desconfianza?

CÁRLOS.
La mujer y la mudanza
En un maridaje están.

CELIA.
No pensé que érades vos
De los que habian dellas mal.

CÁRLOS.
¿Yo mal, señoras? No hay tal;
Que las respeto, por Dios.

CELIA.
¿No es barto que un hombre diga
Que son mudables aquí?

CÁRLOS.
La que lo fué para mí
A que lo diga me obliga.

CELIA.
¿No podría algun engaño
Ser causa desos enojos?

CÁRLOS.
Si yo lo vi por mis ojos,

¿Qué mas claro desengaño?

CELIA.

Como eso se suele ver,
Que no es lo que se imagina.

CÁRLOS.

Quien mira y no determina,
Muy ciego debe de ser.

CELIA.

¿Qué visteis, Carlos, que en fin
Os fuerza á tal inconstancia?

CÁRLOS.

Al mayor señor de Francia
Con mi dama en un jardín.

CELIA.

¿No podría ser que acaso
Hubiesen entrado allí?

CÁRLOS.

No fué acaso para mí,
Sino muy terrible caso.

CELIA.

Nunca un noble caballero
De su dama piensa mal.

CÁRLOS.

Ni la mujer principal
Olvida el amor primero.

CELIA.

¿Qué es lo que pensáis hacer,
Si estáis ya desengañado?

CÁRLOS.

Morirme desesperado;
Que olvidar no puede ser.

CELIA.

Dos mujeres hay aquí,
Que entrambas os quieren bien.

CÁRLOS.

Dios se lo pague, y tambien
Me dé sufrimiento á mí.

CELIA.

¿Queréis que nos descubramos,
Y diréis cuál os parece
Mejor?

CÁRLOS.

(Ap. Venganza me ofrece
Amor. Celos, ¿qué aguardamos?)
Descubrios para veros,
Mas para quereros no.

CELIA. (Descubriéndose.)

Quien desta suerte os buscó,
Carlos, no quiso ofenderos.

ROSELA. (Descubriéndose.)

Pues de mí, seguro estáis
De que no la acompañara,
Si vuestra ofensa tratara.

TURIN.

Y vos, daífa, ¿no os quitais
La sobrevaina?

INFÁ. (Descubriéndose.)

Aquí tienes,
Turin, tu esposa en agraz.

TURIN.

¿Con qué desollada faz
A pescarme el alma vienes!

INFÁ.

Eres de mis ojos lumbre.

TURIN.

Lo de agraz estoy pensando.
¡Plegue á Dios que en madurando
No tengamos pesadumbre!

CÁRLOS.

Comenzo que fué fineza
El haber venido aquí,
Y que con verte perdí
Gran parte de mi tristeza.
¿Cual hombre lo que ha querido,
En su casa resistió?

CELIA.

No haberte ofendido yo
Con libertad me ha traído.
Si el Príncipe me pregunta
Si te quiero, y respondi
Que sí, ¿qué quieres de mí?

ROSELA.

Esto á los engaños junta,
Carlos, de Turin y Inés.

CÁRLOS.

¡Pluguiera á Dios que no hubieras
Escrito, ni causa dieras
Para tanto mal despues!

CELIA.

¿Para qué tú declarabas
Lo que ninguno entendia!

CÁRLOS.

¿Para qué yo no sabia
Si era yo de quien hablabas?
Perdí, Celia, por saber,
Al Príncipe de tal modo,
Que le desagrado en todo,
Y ya no me puede ver.
Con cuanto hago le enfado;
Ya no entro donde está,
Y fui, como sabes ya,
Su valido el mas privado.
Celoso estaba de mí;
Pero no me aborrecia
En tanto que no sabia
Que era querido de tí.
No sé qué habemos de hacer.
¡Mal haya el saber, que ha sido
Causa de haberme perdido!

ROSELA.

A muchos daña el saber
Cuando es con bachilleria.

CELIA.

Y aunque sea con prudencia,
Porque la envidia y la ciencia
Tienen inmortal porfia.

ROSELA.

Da el saber sin fundamento
Arrogancia y presuncion.
Los sabios con discrecion
Humillan su entendimiento.

CÁRLOS.

¿De cuáles te he parecido?

ROSELA.

No sé cómo responderte;
Pero no quisiera verte
Por entendido perdido.

CELIA.

Oigo en la sala rumor.

CÁRLOS.

Eso alguna causa tiene.

TURIN.

Por Dios, que dicen que viene
El Príncipe, mi señor.

CÁRLOS.

¡A mi aposento! ¿A qué efeto?

CELIA.

¿Hay por donde salir?

CÁRLOS.

Sí.

TURIN.

Turin, ya sabes...

CELIA.

Aquí
Veré yo si eres discreto.
(Van las tres y Turin.)

ESCENA III.

EL PRÍNCIPE, CAMILO. — CÁRLOS.

CÁRLOS.

¡Vuestra alteza en mi aposento!

PRÍNCIPE.

Carlos, vengo á visitarte.

CÁRLOS.

Es en muy humilde parte :
Indigno, Señor, me siento;
Pero de muchas maneras
Hay visitas : de amistad,
De prision, de enfermedad,
O precediendo primeras,
O á los hombres que han tenido
Oficio y cargo importante.

PRÍNCIPE.

A tí, Carlos, por amante,
Como tú dices, querido :
Cargos que debo mirarlos.

CÁRLOS.

¿Yo, Señor?

PRÍNCIPE.

¿Esto te admira?

Entra tú, Camilo, y mira
Esos papeles de Carlos.
Hagámosle una visita;
Que soy supremo juez.

CÁRLOS.

Podrás verlos de una vez,
Si ese deseo te incita :
Trayéndotelos aquí.

¡Turin! (Llamándole.)

ESCENA IV.

TURIN. — DICHO.

TURIN.

Señor...

CÁRLOS. (Ap. á Turin.)

¿Qué hay de aquello?

TURIN.

Desapareció sin vello
Mas que yo, que solo fui
El que andaba la tramoya.

CÁRLOS.

Entra y saca cuantas prendas
Ser, Turin, de Celia entiendas.

TURIN.

Voy, Señor. (Ap. Aquí fué Troya.)

CÁRLOS.

No dejes allá ninguna. (Vase Turin.)

PRÍNCIPE.

Hoy, Carlos, para conmigo,
Con este blando castigo
Dió fin tu buena fortuna.
Quiero saber el estado
Que con esta dama tienes.

CÁRLOS.

Si como quien eres vienes,
Ya no temo verte alrado.

ESCENA V.

TURIN, con una caja de papeles; dos
CRIADOS, con un retrato grande de
Celia. — EL PRÍNCIPE, CÁRLOS,
CAMILO.

TURIN.

Estos los trastos son destos amores,
Como quien muda casa.

PRÍNCIPE.

¡Buen retrato!
Si como la hermosura fuera el trato...
Gallarda es Celia.

CÁRLOS.
Temo, si la miras,
Y con tanta atención la consideras,
Que es bastante á quitar mayores iras.

PRÍNCIPE.
¿Adónde nacen tan hermosas fieras?
Pero ¿qué viene aquí?

CÁRLOS.
Papeles vienen.

PRÍNCIPE.
¿Qué negocios tendrán?

CÁRLOS.
Amores tienen.

PRÍNCIPE.
¿Con cinta negra? ¡Bueno!

CÁRLOS.
Desde el día
Que supe que tu alteza la servía,
La puse negra, y le quité la verde.

PRÍNCIPE.
¿Qué puntal amante!

CÁRLOS.
¿Qué se pierde?

TURIN.
Ya, Señor, que barajas los papeles,
Mira si tomas de mí léas alguno.

PRÍNCIPE.
Con tu licencia, Carlos, leamos uno.
(Lee.) «Carlos mío: Yo estoy desat-
nada de verte celoso del Príncipe, tan
inferior á tus partes como superior á
tu nombre; yo le aborrezco galan cuan-
to le estimo señor. Si me respondie-
res, sea amores; porque, si no, él
me pagará en desdenes lo que tú me
dijeres de disparates.»

TURIN.
No está en culto el papellillo.

PRÍNCIPE.
¿Plugüera á Dios lo estuviera,
Para que no le entendiera!

CÁRLOS.
Que leas me maravillo.

PRÍNCIPE.
(Lee.) «Esos cabellos corté para tí,
porque hoy, tocándome, me parecie-
ron bien, y luego quise que fuese tuyo
lo que me parece bien. No han sobra-
do al peine, como tú querías humilde:
guárdalos, Carlos; que algun prínci-
pe diera por ellos lo que yo te doy á
tí porque los estimes.»

PRÍNCIPE.
¿En todo tengo de entrar?
Malilla debo de ser.

CÁRLOS.
¿Quieres dejar de leer?

PRÍNCIPE.
Quisiera dejar de amar.

PRÍNCIPE.
¿Dónde están estos cabellos?

CÁRLOS.
Aquí están.

PRÍNCIPE.
Que diera yo,
Como Celia imaginó,
Lo que ella dice por ellos.

CÁRLOS.
¿Qué es eso de oro?

CÁRLOS.
Una banda.

PRÍNCIPE.
También tendrá su papel.
No mas; que el amor cruel
Tanto conmigo lo anda,
Por lo que en esto conciben
Imaginar y envidiar,
Que me hace enamorar

De papeles que á otro escriben.
Tomad áquese retrato,
Y llevade á mi aposento.

CÁRLOS.
Perdidísimo te siento.

PRÍNCIPE.
Amo un corazón ingrato.

CÁRLOS.
Me espanto de que no mandes
Que con hachas le llevemos.

PRÍNCIPE.
No son públicos extremos,
Sino sentimientos grandes.
(Vase el Príncipe y Camilo, y los dos
ortados llevando el retrato.)

ESCENA VI. CÁRLOS, TURIN.

TURIN.
¡Bueno quedas!

CÁRLOS.
Aun apenas
Pienso que pasa por mí,
Turin, lo que he visto aquí,
Si apenas se sienten penas.
¿Hase usado tal rigor?

TURIN.
¡Bravos de celos efetos!
¿Que no haya celos discretos,
Siendo tan discreto amor!

CÁRLOS.
Allá se lleva el retrato.

TURIN.
¿Quién vió saquear los celos
Al amor?

CÁRLOS.
¡Valedme, cielos!

TURIN.
¡Vive Dios, que ha sido ingrato
Al tiempo que le has servido!
¿No hay apelar deste agravio?

ESCENA VII. OTAVIO. — Dichos.

CÁRLOS.
Seas bien venido, Otavio.

OTAVIO.
No sé si soy bien venido.—
Déjanos solos, Turin.

TURIN.
Aquí me voy á tomar
Los polvos de estornudar. (Vase)

ESCENA VIII. CÁRLOS, OTAVIO.

OTAVIO. (Ap.)
Tendrás desdichado fin.

CÁRLOS.
La tristeza con que vienes,
Y el decirme que no sabes
Si eres bien venido, Otavio,
Me ha dado pena notable.
¿Es del Príncipe por dicha?...
OTAVIO.

Si no nos escucha nadie,
Sabrás, Carlos, á qué vengo.

CÁRLOS.
Seguro puedes hablarme,
Aunque las paredes oyen;
Porque los hombres se guarden.

OTAVIO.
Peor es un falso amigo,
Que dice lo que no sabe,
Y lo que entre sí presume
Publica por todas partes.

CÁRLOS.
No serás tú desos hombres.

OTAVIO.
Carlos, mandóme matarte
El Príncipe con secreto;
Que no quiero dilatar me
En prólogos excusados.
Conocerás de avisarte
Cuán lejos estoy de hacello;
Mas, porque no te matase,
Si yo lo negaba, alguno
De mil que se persuaden
Que basta, para ser justo,
Que el poder lo injusto mande,
Aceté el darte la muerte;
Y como si te mirase
Ya con la envidia que muchos
Que con tu virtud deshaces,
Aprobé su injusto acuerdo;
Que, á fe, que si freno hallasen
Los que consultan lisonjas,
Y todo lo juzgan fácil,
Que acertasen, Carlos, mas,
Y en lo mas menos errasen.

CÁRLOS.
¿Turbado estoy!

OTAVIO.
No te turbes,

Pues tan buen amigo hallaste
Para tan fuerte ocasión.

CÁRLOS.
Ya no quiero que me abracen,
Sino que me des tus piés.

OTAVIO.
Mejor es que te levantes,
Y con toda brevedad
De nuestro remedio trates;
Que el mío es mayor peligro.

CÁRLOS.
Dí, Otavio, que me mataste;
Que yo en hábito seguro
Me iré á Alemania ó á Flándes,
Donde no sepan de mí.

OTAVIO.
¿Qué bien, Carlos, empleaste
Tantos servicios!

CÁRLOS.
Quisiera
De nuevo agora obligarle.
¿Qué tanto pudiesen celos!

OTAVIO.
Dice que tú le engañaste,
Y que traidor te castiga.

CÁRLOS.
Bien puedo yo disculparme
Como Adán, pues por saber

En la tragedia de Voltaire intitulada
Adelais de Borgogne hay una situación igual
á la que se indica en esta relacion y se des-
envuelve despues. El duque de Vandoma, ce-
loso de su hermano el duque de Nemours,
quiere que el señor de Coucy se encargue de
quitarle la vida: Coucy conviene en ello, pa-
ra salvar á Nemours. (Acto 4.º, escena última.)

VENDOME. (se.
Alles: Vendome encor, dans le sort qui le pres-
Toussera des amis qui tiendront leur promesse;
D'autres me serviront, et n'allégueront pas,
Cette triste verté, l'excuse des ingrats.

COUCY. (rice.
Non; j'ai pris mon parti. Soit crime, soit jus-
tice, vous ne vous plaindrez pas que Coucy vous
trahisse.)

Vine á estado miserable.
Dejando que Celia, Otavio,
Que era justo, me mostrase
Por privilegio de amor
Defenderme y engañarle.

OTAVIO.
Es menester que los dos
Vamos juntos esta tarde
En dos caballos al campo,
Sin escuderos ni pajes,
Porque yo pueda decir
Que en él te maté, y tornarte
Puedes á París de noche.

CÁRLOS.
Ya los del Consejo salen.
Vamos á tomar caballos,
Y el cielo, Otavio, te pague
Esta vida que te debo,
Porque yo no soy bastante,
Aunque fuese esclavo tuyo.

OTAVIO.
Con saber me satisfaces,
Cárls, que te quiero bien.
Dios te libre.

CÁRLOS.
Dios te guarde.
(*Vase.*)

Habitacion del Principe.

ESCENA IX. EL PRÍNCIPE, CAMILO.

PRÍNCIPE.
No soy amigo, Camilo,
De que en cosas de mi gusto
Me digas si es justo ó injusto;
Que ese término y estilo
No es oficio de criado.

CAMILO.
Porque te has de arrepentir,
Señor, me atrevi á decir
Que, habiéndole desterrado,
Asegurabas tus celos
Con menos culpa y rigor.

PRÍNCIPE.
La sentencia fué de amor,
Que es poderoso en los cielos.
Las mas figuras que puse
La antigüedad en él fueron
Los que por amor murieron.
Destas estrellas compuso
Aquel manto celestial
La profunda astrología.
Aquella filosofía
Fué la mas grave y moral.
Hiera Cárls por traidor.

CAMILO.
Por saber muere á lo menos.

PRÍNCIPE.
Pues muera entre muchos buenos;
Que ignorar fuera mejor.
Sea la esfinge de Tébas
Roy Celia para los dos.

CAMILO.
Última ha sido, por Dios.

ESCENA X. PERSIO.— DICHOS.

PERSIO.
Dame albricias.
PRÍNCIPE.
¿De qué nuevas?

PERSIO.
Las aguarda en la sala.
L-M.

PRÍNCIPE.
Pensé que en Roan ó en Bles.
Dila que entre, majadero.

PERSIO.
Albricias quise primero.—
Entra, Inés. (*Avisa y vuelve.*)

ESCENA XI.

INÉS.— DICHOS.

INÉS.
Dame tus plés.
PRÍNCIPE.
¿Qué milagro es este? Di;
Que me has dado en qué pensar.

INÉS.
Tus plés me manda besar
Celia, y te escribe.

PRÍNCIPE.
¿A mí!
INÉS.
Sí.

PRÍNCIPE.
¿En qué negocio?
INÉS.
El papel
Es lengua de todo ausente.

PRÍNCIPE.
Siempre la tengo presente.
Veró lo que dice en él.

(*Lee.*) «Vuestra alteza tiene ciertos
papeles míos y un retrato: dígame en
la margen deste á qué quiere feriar-
melos; que, aunque no son ganados
en buena guerra, las obligaciones de
mi honor me obligan á rescatarlos.»
—Camilo...

CAMILO.
Señor...
PRÍNCIPE.
Al punto
Lleve retrato y papeles
INÉS.

INÉS.
Con la suma vuelas
De César y Aquiles junto
Por tal liberalidad.

PRÍNCIPE.
O Persio dárseles puede.

PERSIO.
Vén, Inés.
(*Vase Inés y Persio.*)

ESCENA XII. EL PRÍNCIPE, CAMILO.

PRÍNCIPE.
Por Dios, que excede
A toda temeridad
Lo intrépido, lo terrible
Desta mujer.

CAMILO.
Bien pudiera
Tu alteza á cosa que fuera
A sus desdenes posible,
Feriár retrato y papeles.

PRÍNCIPE.
No lo dije, porque quiero
Verla, Camilo, primero;
Que, como son tan crueles,
Será bien sin darle aviso.

CAMILO.
El duque Otavio, Señor.
PRÍNCIPE.
Véto; que ya su color

Muestra que no fué remiso
En obedecer mi gusto.
(*Vase Camilo.*)

ESCENA XIII. OTAVIO.— EL PRÍNCIPE.

PRÍNCIPE.
¿Qué hay, Otavio?
OTAVIO.
Ya, Señor,
Se ejecutó con rigor
Tu gusto, justo ó injusto.
PRÍNCIPE.
¿Cómo?

OTAVIO.
Salimos al campo
En dos caballos, Señor,
Cuando ya en el mar de Atlante
Los suyos bañaba el sol.
Díjeme en París que había
Visto en un jardín la flor
De Francia en cierta madama,
De cuya conversacion
Quedé una tarde cautivo,
Y que teniendo temor
A ciertos hermanos suyos,
Cuya valiente opinion
Era conocida en Flándes,
Y en Alemania mejor,
Confiaba dél mi vida,
Si se ofreciese ocasion.
Díjeme que llevaria
(Que es la defensa mayor)
En un tahali dos pistolas;
Y aunque entonces me pesó,
Porque no entrase en sospecha
(Que es profeta el corazon),
Le dije que era acertado,
Porque nunca defendió
La prevencion de las armas
Al que matan á traicion.
Salió Cárls tan gallardo
Y de tal disposicion,
Que no sé cómo no pudo
La estrella con que nació
Librarle deste peligro.
Pues que tanta perfeccion
En las letras y en las armas
Liberalmente le dió.
Yace á legua de París
Un bosque que fabricó
Dédalo naturaleza
Para laberinto al sol.
Allí la caza y las fieras,
La calandria y ruiseñor,
Por verdes rejas le miran,
Que por cielo abierto no.
En la margen de un arroyo,
Cuya verde guarñicion
La primavera francesa
De lirios de oro vistió,
Un castillo tiene, á quien
La puerta adorna el blason
De mis nobles ascendientes;
Y aquí llegamos los dos.
La dama que le decia
Fué un villano cazador,
Que saliendo del castillo,
Luego que llegar nos vió,
Haciendo blanco del pecho,
El polvo ardiente sembró
Por el aire, y todo el plomo
Desde el pecho al corazon.
Cayó Cárls, de la suerte
Que, por loca presuncion,
Florido almendro en hebrero
Derriba cierzo veloz,
O como la hermosa garza,
Herida del pardo halcon,

Baja del aire á la tierra,
Teñida en sangriento humor.
Fué á decir «Traición, Otavio!»;
Cuando, rota la razón,
Metió la muerte el cuchillo
Entre la vida y la voz.
Eché el cuerpo en una acequia,
Y de sepulcro y de honor
Sirvieron, Señor, las piedras
Con que cubierto quedó.
Dí al villano mil escudos;
Mas con una condición:
Que no parase hasta ver
Tierra de puerto español.
—Mas ¿qué suspensión es esa?
Presumo, Delfín, por Dios,
Que te ha pesado su muerte
Después de la ejecución.

PRÍNCIPE.

El alma me has visto, Otavio.
Diera á París por no haber
Muerto á Carlos. ¿Qué he de hacer?

OTAVIO.

Mozo tan gallardo y sabio
No es mucho que te lastime.

PRÍNCIPE.

¡Oh cómo ha sido mal hechol
Lágrimas me pide al pecho;
Ya como sombra le oprime.
¡Oh celos, fiero accidente!

(Vase.)

ESCENA XIV.

OTAVIO.

Aunque llorando se va,
No diré que vivo está,
Por si finge ó se arrepiente.
Ejecutan poderosos
Su mudable condición,
Y en un mismo tiempo son
Vengativos y piadosos.
¿Qué piensan los ofendidos?
¿Qué intentan los agraviados,
Si apenas están vengados,
Cuando están arrepentidos?

(Vase.)

Sala en casa de Celia.

ESCENA XV.

CELIA, ROSELA, INES; PERSIO,
con el cuadro del retrato.

PERSIO.

Aguardé que anocheciese,
Por no traer el retrato
En público.

CELIA.

Ese recato
Quiso el cielo que os debiese,
Ya que tan grosera fui
En pedirle á su alteza.

INES.

Mucho de su gentileza
En esta acción conocí.
Estos los papeles son.

CELIA.

Ponlos, Inés, donde sabes.

ROSELA.

Causa tienes porque alabes
El valor y discreción,
Celia, de su alteza.

CELIA.

Quedo

Tan obligada, que ya
Dos veces dueño será
De cuanto ofrecerte puedo.

PERSIO.

Pagalde tan grande amor.

CELIA.

Siempre ha sido de mi amado,
Por las leyes de mi estado
Y licencia de mi honor.
Esto, Persio, le diréis...
—Y el cielo os guarde.

PERSIO.

Y á vos

Os dé, hermosa Celia, Dios
Lo mismo que merecéis. (Vase.)

ROSELA.

Pienso que de haber pedido
Estas prendas te arrepientes.

CELIA.

Por muchos inconvenientes,
Forzoso, Rosela, ha sido.

ESCENA XVI.

RUGERO.—CELIA, ROSELA, INES.

RUGERO.

¿Quién, Celia, salió de aquí?

CELIA.

Un pintor, que me traía
Ese retrato, que había
Copiado, habrá un mes, sin mí,
Por otro que vió pequeño.

RUGERO.

Bien está.

CELIA.

¿Qué traes?

RUGERO.

No sé.

CELIA.

Pues no te agrada, no fué
Diestro en el arte su dueño.
O ¿lo causa el mal humor?

ROSELA.

Es de la pintura el arte
Tal, que una mínima parte
No alcanza el mayor pintor.

CELIA.

Triste estás. Dime qué tienes.
¿Hante dado celos?

RUGERO.

No.

Más causa me entristeció.

ROSELA.

Perdido, Rugero, vienes.
No nos suspendas así.

RUGERO.

No sé por dónde comience;
Que tanto el dolor me vence,
Que aun no viene el alma en mí.
Pero ¿qué mucho, si ya
Carlos la llevó consigo?
¿Carlos, mi mayor amigo?
Carlos, que sin ella está?
Carlos, que era el mismo ser
Del ser por quien era yo!

CELIA.

¿Carlos dices que murió?

RUGERO.

No; que yo debo de ser.
Entré á buscarle, y estaban
Sus criados dando voces.
Ya tú las partes conoces
Por donde á Carlos amaban.
Preguntéles la ocasión,
Y su muerte me dijeron,
Si bien en contarla fueron
De diferente opinión.
Pero lo cierto (que el mal

Siempre es cierto) es que le han muer-
Traidores. (to

ROSELA.

Será muy cierto,
Pues era Carlos leal.
Pero el Príncipe ¿no manda
Que se haga información?

RUGERO.

Cuando es grave la ocasión,
La justicia á oscuras anda.

ROSELA.

Parte, hermano, por tu vida,
E infórmate bien del caso.

RUGERO.

Voy con tan helado paso,
Que llevo el alma rendida. (Vase.)

ESCENA XVII.

ROSELA, CELIA, INES.

ROSELA.

Habla; que Rugero es ido.
Vuelve en tí.

CELIA.

Ya no podré,

Y si vivo, no tendré
Alma, vida ni sentido.
Pero quien fué culpa muera.
No es razón que viva mas,
Muerto Carlos.

ROSELA.

¿Dónde vas?

CELIA.

Voy á despeñarme.

ESCENA XVIII.

CÁRLOS, que al correr CELIA, le pone
la mano en el pecho.—DICHAS.

CÁRLOS.

Espera.

CELIA.

¡Jesus! ¿Es Carlos?

CÁRLOS.

Yo soy.

CELIA.

¿No eres muerto?

ROSELA.

¿Es Carlos?

CELIA.

Sí.

CÁRLOS.

Pudiera serlo por tí...
—No sé si seguro estoy.

CELIA.

Bien puedes: habla.

CÁRLOS.

Si Otavio

No fuera á quien lo mandó
El Príncipe, de quien yo
Supe tan injusto agravio.
El consejo al fin mas sabio
Fué que al Príncipe dijese,
Luego que á verte volviese,
Que en el campo me mató
Con una bala, y que yo
De toda Francia me fuese.
Sin verte y ver á Rugero,
No quise. Dame tus brazos
Con los últimos abrazos.

CELIA.

¿Qué dices?

CÁRLOS.

Partirme quiero

Donde no sepan que muero,

Porque con menos violencia
Se venga de mi inocencia.
Y tú no te ofendas dél;
Que mal se guardó fiel
Quien vive en eterna ausencia.
Es tan breve mi partida
Como el peligro responde:
Ni puedo decirte dónde;
Que le va á Otavio la vida.
Quien queda, todo lo olvida,
De que mas pena recibo
Que de ver que quede vivo.
Mas no vivo; muerto estoy,
Pues para partirme estoy
Puesto ya el pie en el estríbo.
No hay morir como partir,
Sin saber dónde parar,
Pues ya no hay tierra ni mar
Adonde pueda vivir.
Yo voy, en fin, á morir
Con la pena de no verte,
Con el dolor de perderte,
Con la fe de no olvidarte,
Y de celoso, en dejarte
Con las ansias de la muerte.
Si pudieras escribirme,
O yo escribirte pudiera,
Vida de mi muerte fuera
El saber que estabas firme;
Mas ni tú puedes decirme,
No sabiendo dónde vivo:
«Carlos, tus cartas recibo
Para volverme á escribir.»
Ni yo te puedo decir:
Señora, aquesta te escribo.
Tan mal á partirme acierto,
Que pienso mi loco amor
Que hubiera sido mejor
Que Otavio me hubiera muerto.
No fué remedio el concierto,
Si á la muerte me apercebo;
Pues en mal tan excesivo
Seguro puedo decir
Que allá no podré vivir,
Pues partir no puedo vivo.
Si tuviera confianza
De verte algun tiempo, creo
Que entretuviera el deseo
La mas pequeña esperanza.
Mas fué para su venganza
Un poderoso tan fuerte,
Que me ha de llevar mi suerte
Donde no sepas de mí,
Ni yo, Señora, de tí,
Canto mas volver á verte.

CELIA.

Carlos, tú vive; que alcanza
Tantas cosas el vivir,
Que solamente el morir
Es el fin de la esperanza.
Terrible fué la venganza
Que toma el Príncipe así,
Pues tú me matas á mí:
¿Quién presumiera que fuera
Tal mi fortuna, que hiciera
Veneno, Carlos, de tí?
Dudar que he de ser quien soy
Es cruel ingratitud:
De proseguir mi virtud,
Carlos, palabra te doy.
Para el peligro en que estoy
Vana fué mi diligencia;
No puedo hacer resistencia,
Pero puedo asegurarte
Que sabrá, Carlos, amarte
Mujer y firme en ausencia.
Mil veces solicité
De mi pecho asegurarte;
Ya ¿qué prendas puedo darte,
Si mi verdad no lo fué?
La misma fui que seré...
O no seré; que el perderte

Ya son principios de muerte;
Con que no habrás menester
Ni de mi vida saber,
Ni yo de volver á verte.
Supremo ha sido el poder
Que á los dos nos apartó;
Porque no pudiera yo
Otro ninguno temer.
Mas no ha de poder hacer
Que vuestras almas divida
Tiempo, que todo lo olvida;
Que aun morir será de suerte,
Que tú vivas con mi muerte,
Y yo muera con tu vida.

CARLOS.

Dadme los brazos, y adios. —
Ea, Rosela, ¿no llegas?

ROSELA.

El alma y brazos son tuyos.

CARLOS.

¿Qué aguardas, hermosa Celia?

INÉS.

¡Ay, Señora! de un caballo
Agora el Delfín se apea,
Que con Camilo á las ancas
Llegó furioso á la puerta,
Y preguntando por ti,
Sube sin pedir licencia.

CELIA.

Mátete, Carlos, detrás
Dese retrato. ¿Qué esperas?

CARLOS.

En fe de imagen que es tuya,
Le tomo por mi defensa.
(Escóndese detrás del cuadro.)

ESCENA XIX.

EL PRÍNCIPE, CAMILO. — CELIA,
ROSELA, INÉS; CARLOS, oculto.

PRÍNCIPE.

¡Tanto alboroto por mí!
¿Soy áspid en verde yerba?
¿Soy dragon? Soy alma en sombra?
Soy por dicha, hermosa Celia,
Como Roma le tenía,
Anfiteatro de fieras?
¿No soy hombre? ¿A quién jamás
Hice yo agravio ni fuerza?
A feriar vengo, Señora,
Este retrato y las prendas
Que vos misma me pedistes:
Esto no ha sido violencia.
No os turbéis, pues no es razón,
Sino hagamos estas ferias,
Para que yo aquesta noche
Con mas esperanza vuelva
De la que hasta agora tuve;
Si fué justo que merezca
Perdon quien de toda Francia
Tiene la llave maestra.
Cortés llevo á vuestra casa:
El Rey no pide licencia;
Que es privilegio del sol
Que pueda entrar donde quiera.
Muy poco favor me hacéis.

CELIA.

Confieso que fué imprudencia,
Invictísimo Señor,
Alterarme, pues pudiera
Considerar cuando os vi,
La naturaleza vuestra;
Que entre deidad y ser de hombre
Compone humildad y alteza.
Mil veces honreis la hechura
Que ser tan vuestra profesa.
Mirad pues cómo han de ser
Las ferias, para que dellas
Quede aquesta casa honrada;

Que, como sabéis, hereda
Rugero á Aurelio, mi padre,
Cuya espada en tantas guerras,
Del vuestro bañada en sangre,
Del tahali bordado cuelga
Entre enemigos despojos,
Que en su recámara enseñan,
Aunque de armas librería,
Lo que hacer Rugero deba
Cuando se os ofrezca á vos,
Que por vos la sangre vierta.

PRÍNCIPE.

Yo, Celia, en ferias de amor
Quiero que las mias sean
Pagarme el que os he tenido.

CELIA.

Soy contenta; ya están hechas.

PRÍNCIPE.

Esto es cuanto á papeles;
Cuanto á cabellos y prendas,
Como bandas y otras cosas,
Quiero que me deis licencia
Para veniros á ver.

CELIA.

Pues ¿quién, Señor, os lo niega?

PRÍNCIPE.

Déoslos mil veces las manos.

CAMILO. *(Ap. á Rosela.)*

Bien las ferias se concertan.

ROSELA.

¿Qué pedirá que le niegue?

PRÍNCIPE.

Restan solamente, Celia,
Las ferias deste retrato.

CELIA.

Y ¿qué quiere vuestra alteza?

PRÍNCIPE.

Esas manos con los brazos,
Para que mas firmes sean
Estas nuevas amistades.

CELIA.

Eso no es justo que tenga
Efecto, pues yo no pude
Obligar mi honor por fuerza;
Que es siempre menor de edad.
Vuestra alteza se divierta
Deste pensamiento agora,
Y fuera dél, mire y vea
Lo que de mi casa quiere.

PRÍNCIPE.

¿Querré yo alguna cadena,
Alguna joya ó sortija?
Ahora bien: ¿estáis resuelta,
Madama, á tratarme así?

CELIA.

Si cosa posible fuera,
¿Quién la pudiera negar?

PRÍNCIPE.

Luego desá suerte, ¿queda
Este retrato por mío?

CELIA.

Como vuestra alteza quiera,
Se lo llevarán mañana.

PRÍNCIPE.

No quiero yo cosa vuestra,
Pues la voluntad no es mia.
Y porque nadie le tenga,
Con rabia de despreciado,
Le he de hacer pedazos.

(Al dar al lienzo con la espada sale Carlos.)

CARLOS.

Tenga,

Señor, tu alteza las manos.

PRÍNCIPE.

¿Quién es?

CÁRLOS.
Quien, para defensa
De su vida, halló esta imágen.

PRÍNCIPE.
¡Jesús! ¿Eres Cárlos?

CÁRLOS.
Era
Cárlos cuando Dios quería.

PRÍNCIPE.
¿Hay tal maldad é insolencia?
¿Que no eres muerto?

CÁRLOS.
Guardéme
Para tu mano; que fuera
Deshonor de mis pasados
El morir por mano ajena
Y con fama de traidor.

CAMILO.
Rugero y Otavio llegan.

PRÍNCIPE.
Allí te retira, Cárlos.
(Vase Cárlos.)

ESCENA XX.

RUGERO, OTAVIO, TURIN. — EL
PRÍNCIPE, CELIA, ROSELA, INES.

RUGERO.
¡Señor! ¿Aquí vuestra alteza?
¿Tantas honras á mi casa?

PRÍNCIPE.
Basta, Rugero, ser vuestra.

TURIN.
Señor, ya que os hallo aquí,
Aunque de hallaros me pesa,
Haced que Otavio me diga
En qué parte muerto queda
Cárlos, mi amado señor;
Que dicen que en una selva
Le mataron salteadores,
Y aun no faltan malas lenguas
Que dicen que está culpado,
Si fueron celos de Celia.

PRÍNCIPE.
Duque...

OTAVIO.
Señor...

PRÍNCIPE.
¿Qué hay de Cárlos?
Dadnos de su vida cuenta.
¿Fuisteis vos con él?

OTAVIO.
Yo fui,
Y de un castillo á la puerta,
Que estaba en medio de un bosque,
Con espantosa respuesta
Le tiraron una bala.

PRÍNCIPE.
Como tienen dependencia
Los reyes de Dios también,
Mentirles es grave ofensa.—
Salid, Cárlos.

ESCENA XXI.

CÁRLOS. — DICHOS.

CÁRLOS.
Aquí estoy.
TURIN.

San Blas! Que te atiente deja.
El es. ¿Qué lo estoy dudando?

PRÍNCIPE.
Otavio, que Cárlos quiera
Vivir es cosa forzosa
Y naturaléza nuestra;
Mas que yo matarle os mande,
Y vos con desobediencia
Le dejéis viyo, no tiene
Disculpa.

OTAVIO.
Escuche tu alteza.
Cuando le dije su muerte
¿No le pesó, y no quisiera
Que fuera vivo?

PRÍNCIPE.
Es verdad.
OTAVIO.

¿No lloró?
PRÍNCIPE.
Lloró de pena.

OTAVIO.
Pues, como yo lo sabía,
Y que, en viendo que lo era,
Se había de arrepentir,
Que era accion de su grandeza,
Quise hacerle este servicio,
Para que me le agradezca
Vuestra alteza y toda Francia.

PRÍNCIPE.
Que yo perdon os conceda
Es justo por tal disculpa;
Mas cortádele la cabeza
A Cárlos será forzoso
Por tantas desobediencias;
Que aunque no sean traiciones,
Hay muchas que lo parezcan.
Llévenle preso, y su alcaide
No quiero que Otavio sea,
Porque buscará invención
Para que Cárlos no muera.

CELIA.
Señor, si el matar á Cárlos

Adelaida Duguesclin, acto 5.º, escena 4.ª
coucy.

*Et bien! puisque la honte avec le repentir,
Par qui la vertu parle à qui peut la trahir,
D'un si juste remords ont pénétré votre âme;
Puisque, malgré l'esclat de votre aveugle flamme,
Au prix de votre sang, vous voudriez sauver
Ce sang dont vos fureurs ont voulu vous priver;
Je pens donc m'expliquer.....*

ESCENA 5.ª

*Et prenant encore
Les aveugles fureurs du feu qui vous dévore,
J'ai fait donner soudain le signal odieux,
Sûr que le repentir vous ouvrirait les yeux.*

ESCENA 5.ª

ADELAIDE.
*Puisque je suis réduite au déplorable sort
Ou de trahir Nemours, ou de hâter sa mort,
.....*
[vous:
Mon abais est fait, Seigneur, et je me donne à

Es por interés de Celia,
Dálde la vida por mí,
Y acabaremos las ferias;
Porque yo le estimo tanto,
Que seré como Lucrecia,
Entrando con mi virtud
La venganza en competencia.
Alma de vida inmortal
Es el honor que se venga.
Veisme aquí sin voluntad,
Ejecutad vuestra fuerza.

CÁRLOS.
Eso no; yo he de morir
Antes que sufrir tu afrenta.

CELIA.
Yo quiero tu vida, Cárlos.
CÁRLOS.
¿Qué importa que tú la quieras?

CELIA.
Esto ha de ser.
CÁRLOS.
No ha de ser.

PRÍNCIPE.
Tan amorosa pendencia
Un tercero ha menester.
Rugero...

RUGERO.
Señor...
PRÍNCIPE.
A Celia

Demos á Cárlos.
RUGERO.
Palabra.
Digna de vuestra grandeza.

PRÍNCIPE.
Otavio, por tanto gusto
Como las fingidas nuevas
De Cárlos, quedando vivo,
Le dé la mano á Rosela.

TURIN.
Y para Turin ¿no hay nada?
No sobra una de aquellas
Que pescan los holandeses?
La mano salada ó fresca
Toca, Inés.

CÁRLOS.
¡Viva el delfín
De Francia!

PRÍNCIPE.
Aquí dió el poeta,
Senado, en vuestro servicio,
Fin al ejemplo, en que prueba
Que el saber puede dañar,
Aunque imposible parezca.

*Par le droit des forfaits vous êtes mon époux.
Je trahis mon amant; je le perds à ce prix.
.....*
[le.
Commandes, disposez, ma main est toute prête

ESCENA 5.ª

VERDUNE.

*Je l'adore encore plus... et mon amour la cède.
.....*
[moins.
coucy.
.... Du sang des Bourbons je n'attendais pas
Parece que Lope y Voltaire trabajaron sobre un mismo asunto. Se atribuye á un Duque de Bretaña, por los años de 1387, la resolución de mandar quitar la vida á un Condestable á quien salvó el caballero encargado del homicidio, empleando el medio que usa Otavio en esta composicion.

EL REMEDIO EN LA DESDICHA,

COMEDIA DE LOPE DE VEGA,

desdicha

A DOÑA MARCELA DEL CARPIO, SU HIJA.

Escambié la historia de Jarifa y Abindarráez Montemayor, autor de la *Diana*, aficionado á nuestra lengua, con ser tan tierna la suya, y no inferior á los ingenios de aquel siglo : de su prosa, tan celebrada entonces, saqué yo esta comedia en mis tiernos años. Allí pudiérades saber este suceso, que nos calificaron por verdadero las *Corónicas de Castilla* en las conquistas del reino de Granada; pero si es mas obligacion acudir á la sangre que al ingenio, favoreced el mio con leerla, supliendo con el vuestro los defetos de aquella edad, que en la tierna vuestra me parece tan fértil, si no me engaña amor, que pienso que le pidió la naturaleza al cielo para honrar alguna fea, y os le dió por yerro; á lo menos á mis ojos les parece así; que en los que no os han visto pasará por requiebro. Dios os guarde y os haga dichosa; aunque teneis partes para no serlo, y mas si heredais mi fortuna, hasta que tengais consuelo, como vos lo sois mio.

VUESTRO PADRE.

EL REMEDIO EN LA DESDICHA.

PERSONAS.

ABINDARRÁEZ.
JARIFA.
ZORAIDE.
ALBORAN.
NARVAEZ.
NUÑO.

ALARA.
DARIN.
PAEZ.
SAJAMED.
ARRÁEZ.
ESPINOSA.

ALVARADO.
GABRERA.
ORTUÑO.
PERALTA.
ZARA.
MANILORO.

CELMDO.
MENDOZA.
ARDINO.
ZARO.
SOLDADOS. — Músicos.
MOROS.

La escena es en Carlama, Alora y Coin.

ACTO PRIMERO.

Jardín en Carlama.

ESCENA PRIMERA.

JARIFA y ABINDARRÁEZ, *cada uno por su lado, sin verse.*

ABINDARRÁEZ.
Verdes y hermosas plantas,
Que el sol con rayos de oro y ojos tristes
Ha visto veces tantas,
Cuántas há que de un alma el cuerpo
Laureles, que tuvistes {fuistes;
Hermosura y dureza:
Si no es el alma agora
Como fué la corteza,
Enternézcas de un hombre la tristeza,
Que un imposible adora.

JARIFA.
Corona vencedora, {te,
De ingenios y armas, Dafne, eternamen-
Por quien desde el aurora
Hasta la noche llora tiernamente
El sol resplandeciente:
Si no habeis de ablandaros
Al son del llanto mio,
¿De qué sirve cansaros,
Y mi imposible pretension contaros,
Que al viento solo envío?

ABINDARRÁEZ.
Claro, apacible río,
Que con el de mis lágrimas te aumen-
Oye mi desvario, {tas,
Pues que con él tus aguas acrecientas.
Razon será que sientas
Mis lágrimas y daños,
Pues sabes que me debes
Las que por mis engaños
Llorar me has visto tan prollos años,
Y por bienes tan breves.

JARIFA.
Porque tu curso llevas;
Famoso río, con mayor creciente,
Y la márgen renueves
Que en tus orillas hizo la corriente
De aquella inmortal fuente,
Que á mis ojos envía
El corazón mas triste
Que ha visto en su tardía
Carrera el sol en el mas largo día,
Hoy á mi llanto asiste.

ABINDARRÁEZ.
Jardín, que adorna y viste
De tantas flores bellas Amalteas:
Aquí, donde tuviste
Aquella primavera que hermosa es,
Cuando por tí pasea;

Aguas, yerbas y flores,
Aquí vengo á quejarme,
Y no de sus rigores,
Sino de un imposible mal de amores,
Que ya quiere acabarme.

JARIFA.
Si para lamentarme,
Aquí, donde perdí mi libre vida,
Lugar no quieren darme
El blando río y planta endurecida,
Al cielo es bien que pida
Piadoso oído atento.
Oídme, cielo hermoso;
Oyeme, amor, contento
De haber triunfado de mi libre intento
Con arco poderoso.

ABINDARRÁEZ.
Si hay algun dios piadoso
Para con los amantes, y si alguno
Deste mal amoroso
Probó el rigor, tan fiero y importuno;
Pues no hay amor ninguno
Que pueda ser tan fiero,
Ó me remedie ó mate;
Que por mi hermana muero,
Y en tan dulce imposible desespero:
Tal es quien me combate.

JARIFA.
Al último remate
De mi cansada vida, al postrer de-
Cuando no es bien que trate
De buscar medicina ni consejo,
Como cisne me quejo.
Fiero amor, inhumano.
Mi hermano adoro y quiero,
Por imposibles muero.

(*Vense.*)
ABINDARRÁEZ.

{Jarifa!

JARIFA.
¿Abindarráez!

ABINDARRÁEZ.
¿Hermana!

JARIFA.
¿Hermano!

ABINDARRÁEZ.
Dame esos brazos dichosos.

JARIFA.
Dadme vos los vuestros caros.

ABINDARRÁEZ.
¿Ay ojos bellos y claros!

JARIFA.
¿Ay ojos claros y hermosos!

ABINDARRÁEZ.
¿Ay divina hermana mía!

JARIFA.
¿Ay hermano mío gallardo!

ABINDARRÁEZ. (Ap.)
¿Qué nieve cuando mas ardo!

JARIFA. (Ap.)
¿Qué fuego entre nieve fría!

ABINDARRÁEZ. (Ap.)
¿Qué esperas, tiempo inhumano?

JARIFA. (Ap.)
Tiempo inhumano, ¿qué esperas?

ABINDARRÁEZ. (Ap.)
¿Ah, si mi hermana no fueras!

JARIFA. (Ap.)
¿Ah, si no fueras mi hermano!

ABINDARRÁEZ.
Señora, ¿de qué sabeis
Que hermanos somos los dos?

JARIFA.
De lo que yo os quiero á vos,
Y vos á mí me queréis.
Todos nos llaman así,
Y nuestros padres también;
Que, á no serlo, no era bien
Dejarnos juntos aquí.

ABINDARRÁEZ.
Si ese bien, señora mía,
Por no serlo he de perder,
Vuestro hermano quiero ser,
Y gozaros noche y día.

JARIFA.
Pues tú, ¿qué bien pierdes, di,
Por ser hermanos los dos?

ABINDARRÁEZ.
A mí me pierdo y á vos:
¿Ved si es poco á vos y á mí!

JARIFA.
Pues á mí me parecía
Que á nuestros amores llanos
Obligaba el ser hermanos,
Y que otra causa no había.

ABINDARRÁEZ.
Sola esa rara hermosura
A mí me pudo obligar,
Ese ingenio singular
Y esa celestial blandura,
Esos ojos, luz del día,
Esa boca y esas manos;
Porque esto de ser hermanos
Antes me ofende y resfria.

JARIFA.
No es justo que en el amor,
Abindarráez, tan justo,
De hermanos, halles disgusto,
Siendo el mas limpio y mejor.
Amor que celos no sabe,
Amor que pena no tiene,
A mayor perfeccion viene,
Y á ser mas dulce y suave.

Quíreme bien como hermano:
No te aflijas ni desvelas,
Sigue el camino que sueles,
Verdadero, cierto y llano;
Que amor, que no tiene al fin
Otro fin en que parar,
Es el mas perfecto amar;
Que es al fin amar sin fin.

ABINDARRÁEZ.

¡Ah hermana! ¡pluguiera á Alá
que vuestro hermano no fuera,
Y que este amor fin tuviera,
Que el de mi vida será,
Y que celos y querellas
Tuviera mas que llorar
Que arenas tiene la mar
Y que tiene el cielo estrellas!
Por bienes que son tan raros
Era poco un mal eterno;
Que penas, las del infierno
Era pocas por gozaros.
Mas, pues vuestro hermano fui,
No despreciéis mi deseo.

JARIFA.

Antes le estimo, y te creo.

ABINDARRÁEZ.

¿Pediréte algo?

JARIFA.

Si.

ABINDARRÁEZ.

¿Si?

JARIFA.

Si pues.

ABINDARRÁEZ.

¿Qué te pediré?

JARIFA.

Lo que te diere mas gusto.
Todo entre hermanos es justo.

ABINDARRÁEZ.

No fué justo, pues que fué.
Ahora bien: dame una mano,
Y pondréla entre estas dos,
Por ver si así quiere Dios
Que sepa que soy tu hermano.

JARIFA.

¡Aprietas?

ABINDARRÁEZ.

Doyle tormento

Porque diga la verdad;
Que es juez mi voluntad,
Y potro mi pensamiento.
Con los diez dedos te aprieto,
Cordeles de mi rigor,
Siendo verdugo el amor,
Que es riguroso en efeto.
Pues agua no ha de faltar;
Que bien la darán mis ojos.
Mi verdad á mis enojos.

JARIFA.

Paso; que es mucho apretar;
Que no lo sé, por tu vida.

ABINDARRÁEZ.

Yo no lo pregunto á ti.

JARIFA.

¡Ha de hablar la mano?

ABINDARRÁEZ.

Si.

Bien podeis, mano querida...
—Pero mi pregunta es vana,
Y ella cae en el tormento.
A lo menos, en el tiento
No sabe á mano de hermana.
¿Que al fin lengua te faltó?
Dime, blanca, hermosa mano:
¿Soy su hermano? Digo hermano,
Y responde el oco no.
Testigos quiero tomar.

JARIFA.

¿Qué testigos?

ABINDARRÁEZ.

Esos ojos,
A quien por justos despojos
Mil almas quisiera dar.
¿No respondeis? Culpa os doy,
Lenguas de fuego inhumano.
No me miran como á hermano:
No es posible que lo soy.
Pues ¿preguntaré á la boca?
Esta no dirá verdad,
Cuando pura voluntad
El instrumento no toca.
Pues ¿á los tiernos oídos?
Pero ya con escucharme,
O pretenden consolarme
O quitarme los sentidos.
El gusto, si está olvidado,
¿Qué pregunta le he de hacer?
Que el gusto de la mujer
No quiere ser preguntado.
Mas ¿qué importa, ojos, oídos,
Boca, manos, gusto, haceros
Testigos, si he de perderos,
Solo porque sois queridos?
Dése pues ya la sentencia
En que sea el cuerpo hermano,
Y el alma no; que es en vano
Querer que tenga paciencia.
Pero, aunque vencido estoy
Y á la muerte condenado,
Quiero morir coronado,
Pues como victima voy.
Dadme, hermosas flores bellas,
Rubí, zafir y esmeralda
Para hacer una guirnalda.
(*Compone una guirnalda.*)

JARIFA.

Bien es que te adornes dellas.
Triunfa de mi loco amor
Y de mi seso perdido;
Que, aunque piensas por vencido,
Yo sé que es por vencedor.
Pon la rosa carmesí
De mi prestada alegría,
Y mi celosa porfia
En el lirio azul-turquí;
En el albeli pajizo
Mi desesperado ardor,
Y en la violeta el amor
Que mi voluntad deshizo;
Mi imposible en el jazmín
Blanco, sin dar en el blanco.

ABINDARRÁEZ.

¿Cuánto se te muestra franco
El cielo, hermoso jardín!
Bella guirnalda he tejido.
Cifra mis dichosas sienes.
(*Pónese la guirnalda.*)

JARIFA.

Galan por extremo vienes.

ABINDARRÁEZ.

Y coronado y vencido.

JARIFA.

Muestra, pondrémela yo.

¿Qué te parece de mí?

¿No estoy buena?

ABINDARRÁEZ.

Mi bien, si.

JARIFA.

¿Soy tu hermana?

ABINDARRÁEZ.

Mi bien, no.

Y en lo que es quiero me fundo.

JARIFA.

Dime ya tu parecer.

ABINDARRÁEZ.

Hoy acabas de vencer,
Como otro Alejandro, el mundo.
Parece que agora en él
No cabe vuestra persona,
Y que os laurea y corona
Por reina y señora déla.

JARIFA.

Si así fuera, dulce hermano,
Vuestra fuera la mitad.

ABINDARRÁEZ.

¿Tanto bien á mi humildad?
Dadme vuestra hermosa mano.

ESCENA II.

ZORAIDE, ALBORAN. — Dichos.

ZORAIDE.

¿Eso dicen en Granada
Del buen Fernando?

ALBORAN.

Esta nueva
Agora la fama lleva.

ZORAIDE.

Tu buen suceso me agrada.
No hay á quien amor no deba.

ALBORAN.

Es muy propio del valor
Obligar al tierno amor
Desde el propio hasta el extraño.
No habrá mas guerras este año;
Que así lo dice Almanzor.

ZORAIDE.

¿Traes cartas?

ALBORAN.

Señor, si.

ABINDARRÁEZ.

Nuestro padre.

ZORAIDE.

¡Oh hijos caros!
Huélgome mucho de hallaros
En esta ocasion aquí.
Llegad, que quiero abrazaros.

ABINDARRÁEZ.

Sin duda trae Alboran
Buenas nuevas.

ZORAIDE.

No me dan
Poco gusto, si este invierno
Descansaré del gobierno
De militar capitán.

ABINDARRÁEZ.

¿Dejó Fernando la guerra?

ALBORAN.

Por este año está olvidada.

ZORAIDE.

Colguemos todos la espada,
Y esté segura la tierra,
Y la frontera guardada;
Que barto el cuidado me aprieta
En defender á Cartama,
Porque jamás en la cama
Me halló el sol ni la trompeta.
Que la gente al campo llama.
Fernando es ido á Toledo:
Seguro pienso que quedo
De dejar la casa. Ven,
Responderé al Rey y á Hacen
Cuanto agradecerles puedo.
O quédate, si por dicha
Abindarráez quisiere
Saber nuevas.

ABINDARRÁEZ.

No hay que espere
Después de la nueva dicha.
(*Ap. Aquí mi esperanza muere.*)

ZORAIDE.

Vén tú, Jarifa; que tengo
Que hablarte.

JARIFA.

Adios : luego vengo.
(*Vanse Jarifa y Zoraide.*)

ESCENA III.

ABINDARRÁEZ, ALBORAN.

ABINDARRÁEZ.

(*Ap.* ¿Que aquí mi padre se queda?
Posible es que vivir pueda
La esperanza que entretengo?)
Alboran, ¿que no hay jornada?

ALBORAN.

Ya el cristiano ha recogido
Sobre la pica ferrada
El tafetan descogido
De la bandera cruzada.
Ya Mendozas y Guzmanes,
Leivas, Toledos, Bazanes,
Enriquez, Rojas, Girones,
Pachecos, Lasos, Quiñones,
Pimentales y Lujanes
Truecan las armas por galas,
Por música el atambor,
Y por las plazas las salas,
Y a Belona por Amor,
A quien nacen nuevas alas.
Ya Bencerrajes, Zegries,
Zaros, Muzas, Alíquies,
Abenabós, Albenzaides,
Mazas, Gomeles y Zaides,
Hacenes y Almoradies
Dejan lanzas, toman varas,
Juegan cañas, corren yeguas,
Que se escuchan á dos leguas
Los relinchos y algazaras
Con que celebran las treguas.

ABINDARRÁEZ.

¿Abencerrajes dijiste?
Pues ¿han quedado en Granada
Después del suceso triste?

ALBORAN.

Fuése la lengua engañada
Al nombre ilustre que oiste;
Que ya no hay en todo el mundo
Sino tú.

ABINDARRÁEZ.

¿Cómo?

ALBORAN.

No digo
Sino que eres tú segundo
Al valor de que es testigo
Cielo, tierra y mar profundo.

ABINDARRÁEZ.

No, Alboran, eso me di.
Dame esa mano.

ALBORAN.

Mancebo,
¿Qué deudos perder te vi!
Reviente con llanto nuevo
El alma de nuevo aquí.
No te miro vez alguna,
Que de su triste fortuna
Y próspera no me acuerde:
A nadie de vista pierdo
La envidia, aunque esté en la lana.
Aun veo en viles espadas
Las cabezas separadas
De aquellos ilustres cuellos,
Y asidas de los cabellos,
En el Alhambra clavadas.
Aun corre la sangre aquí,
Y aun aquí la envidia aleve
Me parece que la bebe.
¿Oh vil Gome!, vil Zegri!—
¿Lloras?

ABINDARRÁEZ.

Su historia me mueve.

Pero dime, Alboran, así los cielos
Te dejen ver el fin de tu esperanza,
Y lo que quieres bien gozar sin celos;
Ansi en el campo tu gallarda lanza
Y en la plaza tu caña sea famosa, [za;
Y el Rey te dé su Alhambra en confian-
Ansi de amiga cara ó dulce esposa,
Si dellos tienes esperanzas vanas,
Alcances hijos, sucesión dichosa;
Y dellos en moriscas africanas
Los nietos, que colgados de tu cuello,
Con tiernas manos jueguen con tus ca-
Ansi primero veas su cabello [nas;
Nevado que tu muerte, y lleno acabes
De fama y años, que Alá puede hacello,
Que me digas, pues sé yo que lo sabes,
Si soy yo Bencerraje, y si deciendo
De los que alabas y esrazon que alabes.
O, como por ventura estoy temiendo,
Soy hijo del alcaide de Cartama,
Puesto que la verdad del alma ofendo;
Que por la fe que el noble estima y ama,
De guardarte secreto eternamente.
Dime tú lo que dicen alma y fama.

ALBORAN.

¡Oh ilustre y generoso descendiente
De aquellos malogrados Bencerrajes
Por su valor y envidia juntamente!
Oh reliquia de aquellos dos linajes!
Oh fénix de su muerte á sangre y fuego,
Porque mejor de los aromas bajas!
En este punto de Granada llevo,
Y el traer sangre tuya en la memoria
(Que casi te la doy en llanto ciego)
Ha hecho que te obligue con su histo-
Que ya la sabes por ajena fama, [ria,
A restaurar su antiguo nombre y gloria.
No es tu padre el alcaide de Cartama;
Que puesto que es tan noble, fué Seli-
(*mo.*—
Pero el Alcaide, como ves, me llama.
No puedo detenerme.

ABINDARRÁEZ.

Tanto estimo...

ALBORAN.

Vénme después á hablar.

ABINDARRÁEZ.

¿Que así me dejas?

ALBORAN.

Perdona un poco. (Vase.)

ESCENA IV.

ABINDARRÁEZ.

Mi esperanza animo:

Cierre la puerta el alma á tantas quejas.
Hermosas, claras, cristalinas fuentes,
Jardines frescos, celebrados árboles,
Que aquí me vistes de Jarifa hermano,
Ya no soy el hermano de Jarifa;
Ya puedo ser su amante y ser su esposo.
Dad todos parabien á Abindarráez.
Ya no soy aquel triste Abindarráez
Que os daba tanto llanto, puras fuentes;
Ya no escribiré *hermano*, sino *esposo*,
Por las cortezas de los verdes árboles.
Pero, si no me quiere mi Jarifa,
¿Cuánto mejor me fuera ser su herma-
(*no?*
Mas, aunque no me quiera, el ser su her-
(*mano*
Ya quita la esperanza á Abindarráez
De la gloria que el alma ve en Jarifa.
Dirán que esto es verdad las sordas
[fuentes,
Y sus hojas harán lenguas los árboles:
Tanto es el bien de poder ser su esposo.

Si solo el ser posible ser su esposo
Estorbaba del todo el ser su hermano,
Jardines, hiedras, flores, plantas, árbo-
Aquí, donde lloraba Abindarráez, [les,
Hechos sus ojos caudalosas fuentes,
Aquí se llama esposo de Jarifa.
¡Cielos! ¿Que gozar puedo de Jarifa?
Que ya es posible que yo sea su esposo?
Riendo lo murmuran estas fuentes,
Que me llamaron tristemente *hermano*.
Decid que soy su esposo Abindarráez;
Que el viento os dará voz, amigos árbo-
[les.

¿Qué de veces al pié de aquestos árboles
Miré los bellos ojos de Jarifa,
Y ella me dijo: «Hermano Abindarráez!»
Pues ya su esposo soy, no soy su herma-
(*no,*
O á lo menos ya puedo ser su esposo.
Decidse lo, si vuelve, claras fuentes.
Fuentes, ya cesa el llanto; verdes árbo-
Ya parto á ser esposo de Jarifa; [les,
Que ya no soy su hermano Abindarráez.
(Vase.)

Sala en el castillo de Alora.

ESCENA V.

NARVAEZ, NUÑO.

NARVAEZ.

Bañaba el sol la crespa y dura cresta
Del fogoso león por alta parte,
Cuando Vénus lasciva y tierno Marte
En Chipre estaban una ardiente siesta.

La diosa, por hacerle gusto y fiesta,
La túnica y el velo deja aparte;
Sus armas toma, y de la selva parte,
Del yelmo y plumas y el arnés compues-
(*ta.*

Pasó por Grecia, y Pálas vió en Té-
[bas,

Y díjole: «Esta vez tendrá mi espada
Victoria igual de tu cobarde acero.» [vas,
Vénus le respondió: «Cuando te atra-
Verás cuánto mejor te vence armada
La que desnuda te venció primero.»

NUÑO.

Oyendo he estado hasta el fin,
Si en historias tengo parte,
Esa de Vénus y Marte,
Desarmado en el jardín;
Y que Pálas la vió en Tébas;
Y vencerla quiso armada,
Porque cortase su espada
Desde la gola á las grevas;
Y que Vénus respondió
(Que es todo flatería)

Que armada la vencería
Quien desnuda la venció.
Pero, Señor, ¿á qué intento
Tanto estos días te inclinas
A Vénus, cuanto afeminas
A nuestro Marte sangriento?
Dime la causa, Señor.

NARVAEZ.

Todo es, Nuño, declararte
Que, puesto que armado Marte,
Le vence desnudo Amor.

NUÑO.

¿Pues qué! Un fuerte capitan
¿Puede á nadie estar sujeto?

NARVAEZ.

¿A un dios no?

NUÑO.

¿Dios?

NARVAEZ.

En efeto;

A amor ese nombre dan.

¿Quién le dió?

NUÑO.

NARVAEZ.
La antigüedad.

NUÑO.

¡Gentil Dios! ¡Buena razón!
Donde hay tanta imperfección,
Inconstancia y variedad,
Entre otras mil cosas, dos
Le quitan ese gobierno.

NARVAEZ.

¿Cuáles son?

NUÑO.

No ser eterno,
Forzoso atributo en Dios,
Y carecer de razón.

NARVAEZ.

Luego amor ¿no es inmortal?

NUÑO.

No; que al primer vendabal
Suele mudar de opinión;
Y tarde se vé en mujer
Amor firme, amor durable.

NARVAEZ.

Antes no hay mujer mudable
Cuando comienza á querer.
Y no hay para qué te afirmes
En el engaño que cobras:
Hacémoslas malas obras,
Y querémoslas muy firmes.
Antes amor en el hombre
Suele ser mas imperfecto.

NUÑO.

Antes, por ser mas perfecto,
Le dieron como hombre el nombre,
Porque á ser, antes ó agora,
Mas en mujer su valor,
No le llamaran amor.

NARVAEZ.

¿Qué le llamaran?

NUÑO.

Amora.

NARVAEZ.

¡Amora!

NUÑO.

Sí. ¿No pintamos
Como mujer la piedad,
La castidad, la verdad,
Porque en ellas tanta hallamos?
Pues si en mujer el querer
Es de perfección capaz,
¿Por qué le pintan rapaz,
Y no en forma de mujer?
Mas, dejando á las escuelas
Tan vanas sofisterías,
Dime; Señor, ¿de qué días
Es este dolor de muelas?

NARVAEZ.

De un mes.

NUÑO.

Y ¿quién te enamora?

NARVAEZ.

Bien dices; que mora fué.

NUÑO.

¡Mora!

NARVAEZ.

Mora.

NUÑO.

Bien podré
Cantarle: A la perra mora.
¿Dónde la viste?

NARVAEZ.

En Coin.

NUÑO.

¿Cuándo?

NARVAEZ.

En las treguas pasadas,

Dando á unas rejas doradas
Por remate un serafín.

NUÑO.

Y el zancarrón de Mahoma
¿Te da á ti desasosiego?

NARVAEZ.

¡Oh, Nuño! Todo soy fuego,
Que hable ó calle, duerma ó coma.

NUÑO.

No se te dé dos cuatrines.
Consuelo y regalo toma;
Que en el cielo de Mahoma
Son bajos los serafines.
Estas moras son lascivas;
Tú eres hombre famoso:
No será dificultoso
Gozarla, como la escribes.
Toda esta tierra te adora
Por galán, noble y discreto,
Valiente, rico: en efeto,
Ya te conoce esa mora.
Dame una carta, y yo haré
Que venga esa galga aquí.

NARVAEZ.

¿Llevarásela tú?

NUÑO.

Sí;

Que bien su arábigo sé.
Pondréme unos almaizales,
Y hecho moro, iré á Coin
A traerte el serafín,
Que aquesta noche regales.
Que basta por testimonio
Que te firmes don Rodrigo
De Narvaez.

NARVAEZ.

¡Oh, Nuño amigo!

¡Vive Dios, que eres demonio!

Pero la letra cristiana

¿Cómo la podrá entender?

NUÑO.

Que para todo ha de haber
Remedio y industria humana.
Aquel moro tu cautivo
La escribirá.

NARVAEZ.

Dices bien.

NUÑO.

Pues voy por él.

NARVAEZ.

Trae también

Recado.

NUÑO.

Ya le aperebico.

(Vase.)

ESCENA VI.

NARVAEZ.

Amor, si fuerais igual
A la edad y al cuerpo mío,
Yo os retara en desafío;
Pero así, parece mal.
Aquel fronterizo fuerte,
Aquel andaluz temido,
Aquel Narvaez, que ha sido
Entre moros rayo y muerte;
Hoy venceis, hoy sujetais
Con una mora! ¿Qué es esto?

ESCENA VII.

NUÑO, con recado de escribir;

ARRÁEZ. — NARVAEZ.

NUÑO.

Toma esa pluma.—Di presto.

ARRÁEZ.

¿Qué es, Señor, lo que mandais?

NARVAEZ.

Hinca la rodilla en tierra,
Y escribe.

ARRÁEZ.

Decid, Señor.

NARVAEZ.

¿Eres hombre de valor?

ARRÁEZ.

Fuilo en la paz y la guerra.

NARVAEZ.

¿Dónde tan á solas ibas
Cuando ayer te cautivé?

ARRÁEZ.

Después te lo contaré,
Señor, que esta carta escribas.

NARVAEZ.

¿Cómo te llamas?

ARRÁEZ.

Arráez.

NARVAEZ.

¿De dónde eres?

ARRÁEZ.

De Coin.

NUÑO.

¿Conoces al serafín
De Rodrigo de Narvaez?

NARVAEZ.

Calla, loco; que ya escribo.

NUÑO.

No creo que lo estás poco.

(Dicta Narvaez y escribe el moro.)

¿Cuántos locos hace un loco!

¡Cuerdo yo, que libre vivo!

¡Vive Dios, que es gran flaqueza

Tropezar la voluntad!

Que amor es enfermedad,

Y sale por la cabeza.

Yo no quiero mas amor

Que mis armas y caballo:

En esto mis gustos hallo,

Y me porto á mi sabor.

Solo mi arnés es mi dama:

Este adoro, deste fio,

Tanto, que, á no ser tan frio,

Aun le acostara en la cama.

Yo le limpio, yo le visto,

Porque en la necesidad

Me muestra la voluntad

Con que una espada resisto.

Mi amor es lanza y caballo:

Soldado que á amor se inclina,

Tan cerca está de gallina,

Cuanto pretende ser gallo.

Bien que, amor, ya os tengo á vos

Alguna vez por jüez;

Pero esto sola una vez;

Que no ha de ser mas por Dios.

La mujer, fácil estopa,

Es mancha de aceite, fuego,

Que, si no se ataja luego,

Cuende por toda la ropa.

NARVAEZ.

No tengo que decir mas.

ARRÁEZ.

Mucho debe á tu valor

Esta á quien tienes amor.

NARVAEZ.

Bien la quiero.

ARRÁEZ.

Tierno estás,

Pues te confesas vencido,

Siendo Narvaez, Señor,

El hombre mas vencedor

Que el mundo ha visto y tenido.

NARVAEZ.

Toma, Nuño, y á un balcon

De cuatro rejas azules,
Después que te disimules
Con la trazada invención,
Dirige tus pasos ciertos;
Que en la plaza le verás.
Llama á su puerta.

NUÑO.

Y ¡qué mas?

NARVAEZ.

La respuesta y los conciertos.

NUÑO.

La mora ¿se llama?

NARVAEZ.

Alara,

Y que es casada he sabido.

NUÑO.

Creo que con su marido
Más presto se negociara;
Que te tienen tanto amor
Los moros destas fronteras,
Que es lo menos que pudieras
Alcanzar de su favor.

ARRÁEZ.

Dice Nuño la verdad,
Adoran tu nombre y fama.

NUÑO.

Voyme.

ARRÁEZ.

¡Dichosa la dama

A quien tienes voluntad!

NARVAEZ.

Guíete amor.

(Vase Nuño.)

ESCENA VIII.

NARVAEZ, ARRÁEZ.

NARVAEZ.

Dime, Arráez,

¿Dónde ayer ibas?

ARRÁEZ.

Señor,

Solo á saber que el amor
Era mayor que Narvaez.
Mi cautiverio he tenido,
Señor, por bien empleado,
Solo por ver humillado
Hombre á quien nadie ha vencido.
Yo iba á ver mi labor,
Y alejéme, sin pensallo,
Donde me llevó el caballo,
Y á él le llevó el furor.

NARVAEZ.

Pues ¿en qué ibas divertido?

ARRÁEZ.

En un largo pensamiento
Con que á veces mar y viento;
Cielo, fuego y tierra mido.

NARVAEZ.

Moro, pues sabes el mío,
Dime el tuyo; que, si puedo,
Obligado á tu bien quedo.

ARRÁEZ.

De tu grandeza lo fio.

NARVAEZ.

Esta mi pasión me obliga
A pensar qué quieres.

ARRÁEZ.

Quiero...

—Pero mi tormento fiero
No permitas que os le diga.
Mayor es que amor alado.

NARVAEZ.

¿Mayor que amor puede ser?

ARRÁEZ.

Es celos de mi mujer,
Rodrigo; que soy casado.

NARVAEZ.

¡Con celos, y estás aquí!
No lo quiera Dios, Arráez.
Ya eres libre.

ARRÁEZ.

¡Oh gran Narvaez!

Hoy vive mi honor por tí.

Dame esos piés.

NARVAEZ.

Véte luego.—

¡Paez!

(Llamando.)

ESCENA IX.

PAEZ. — DICHOS.

PAEZ.

Señor...

NARVAEZ.

Dale á este moro

Su caballo y armas.

ARRÁEZ.

Lloro

De alegría.

PAEZ.

Ya lo entrego.

(Vase.)

ARRÁEZ.

Yo te enviaré mi rescate,
A fe de hidalgo.

NARVAEZ.

Con celos

No quieran, moro, los cielos

Que yo en la prisión te mate.

Véte libre, que es razon,

Aunque poco lo has quedado;

Que con celos y casado,

No quieras mayor prision.

¿Tienes hermosa mujer?

ARRÁEZ.

No la hay mas bella en Coin.

NARVAEZ.

Aunque soy cristiano, en fin,

Te he de dar mi parecer.

Mira no entienda de tí

Que de su amor no te fías;

Que, en viendo que desconfías,

Todo lo ha de hacer ansí.

Amala, sirve y regala,

Con celos no la des pena;

Que no hay mujer que sea buena,

Si ve que piensan que es mala.

ARRÁEZ.

No solo das libertad,

Mas saludables consejos.

NARVAEZ.

Pues estoy de darlos léjos,

Y tengo necesidad.

Parte á Coin, porque veas

Mi mora, que no conoces.

ARRÁEZ.

¡Plega al cielo que la goces

Con el gusto que desees!

(Vanse.)

Jardín en Cartama.

ESCENA X.

ABINDARRÁEZ, JARIFA.

ABINDARRÁEZ.

Ya que no me amais, Señora,
Como antes, de amor tan llano,

Cual era el de vuestro hermano,
Habládme mas tierno agora.

Decidme lo que sentís,

Jarifa hermosa, y creed

Que me hacéis mayor merced

Cuanto mas de mí os servís.

Ya pasó el temor cobarde

Que la hermandad nos ponía:

Habládme, Jarifa mia,

Mas tierno, así el cielo os guarde.

JARIFA.

¿Qué te tengo de decir?

ABINDARRÁEZ.

Tu ingenio ¿puede ignorar

Qué es hablar, sabiendo amar,

Sabiendo amar, qué es sentir?

JARIFA.

Si digo lo que te quiero,

¿Qué te puedo decir mas?

ABINDARRÁEZ.

Es libro ó carta que das

Sin el título primero.

Cuando al Rey quieren hablar,

O negociar por escrito,

¿No le llaman grande, invita?

JARIFA.

Ansí le suelen llamar.

ABINDARRÁEZ.

Pues títulos tiene amor.

JARIFA.

¿Cómo?

ABINDARRÁEZ.

Mi bien, alma y vida.

La esperanza entretenida

Ansí negocia el favor.

JARIFA.

Luego ¿diréte *mi bien*?

ABINDARRÁEZ.

¿Soy tu bien?

JARIFA.

Si.

ABINDARRÁEZ.

Pues bien dices,

Y porque ansí le autorices

Al amor contra el desden.

JARIFA.

Luego, si mi alma eres,

¿Ansí tengo de llamarte?

ABINDARRÁEZ.

¿Eso tengo de enseñarte,

Ó es que decirlo no quieres?

Nadie las ciencias podría

Sin la experiencia saber;

Mas no es posible aprender

El amor y la poesía.

El hacer versos y amar

Naturalmente ha de ser.

JARIFA.

Si no es siendo tu mujer,

Yo no me puedo esforzar.

ABINDARRÁEZ.

Pues, mi bien, si soy cautivo

De tu padre, y como preso,

Por aquel triste suceso,

En fe de su guarda vivo;

Si él piensa que yo no sé

Que soy preso Bencerraje,

Del envidiado linaje,

Que un tiempo el mas noble fué,

¿Cómo te podré pedir?

Casémonos de secreto,

Cuanto el ser preso y sujeto

Puedan, mi bien, permitir.

JARIFA.

Como palabra me des

Que libre la cumplirás.

ABINDARRÁEZ.
Y eso ¿a quién le importa mas?
Dame tus hermosos pies.

JARIFA.
La mano te quiero dar.
Tuya soy desde este día.

ABINDARRÁEZ.
Yo tuyo, Jarifa mía.
Ya bien te puedo abrazar.

JARIFA.
Como hermano y como esposo,
De que ya te doy la mano.

ABINDARRÁEZ.
No hables de eso de hermano;
Que vuelvo á estar temeroso.
¡Oh famoso y claro día,
Que tanta gloria me apresta!
Cada año os haré una fiesta
Por señal de mi alegría.
Oh bien sufrido tormento!
Oh bien lograda esperanza,
Bien fundada confianza,
Bien nacido pensamiento!
Alegres pesares míos,
Discreta y justa porfía,
Cuerda y famosa osadía,
Venturosos desvaríos!
Dulce amar, dulce penar,
Dulce temer, dulce ver,
Dulcísimo padecer,
Felicísimo esperar!
Favoreced hasta el fin
Empresa tan justa, cielos,
Sin mudanza, olvido y celos!

JARIFA.
Mi padre viene al jardín.

ABINDARRÁEZ.
Euyamos.

JARIFA.
Dame la mano.
Deja de estar temeroso.

ABINDARRÁEZ.
Ya temo, secreto esposo,
Lo que no público hermano.
Vamos donde no nos vea
Tratar de nuestro contento;
Que aun temo que el pensamiento
Visto de sus ojos sea.
Mira que me has de querer.

JARIFA.
Hasta morir te he de amar.

ABINDARRÁEZ.
Pues yo no te he de olvidar.

JARIFA.
Eres hombre.

ABINDARRÁEZ.
Y tú mujer.

JARIFA.
Para tí soy piedra.

ABINDARRÁEZ.
Y yo.

JARIFA.
Pues no temas.

ABINDARRÁEZ.
Probaré.

JARIFA.
Quíreme mucho.

ABINDARRÁEZ.
Sí haré.

JARIFA.
Ya ¿no soy tu hermana?

ABINDARRÁEZ.
No.

JARIFA.
¿No en público?

ABINDARRÁEZ.
Aun no quisiera.

JARIFA.
Ya eres mi bien.

ABINDARRÁEZ.
Tú mi vida.

JARIFA.
¿Soy tu hermana?

ABINDARRÁEZ.
Sí, fingida.

JARIFA.
¿Y tu esposa?

ABINDARRÁEZ.
Verdadera.
(*Vanse.*)

Sala en la casa de Arráez en Coín.

ESCENA XI. ALARA, DARIN; luego, NUÑO.

ALARA.
¿Moro á mí de Alora!

DARIN.
A tí.
Busca un morisco de Alora.

ALARA.
¿Dice á Alara?

DARIN.
Sí, Señora.

ALARA.
Di que entre.

DARIN.
Ya viene aquí.
(*Sale Nuño en hábito de moro.*)

NUÑO.
Dame, Señora, los pies,
Después que te guarde Alá.

ALARA.
¿Si mi Arráez preso está?
Moro, di presto lo que es.

NUÑO.
Solos habemos de hablar.

ALARA.
Salte allá fuera, Darin.
(*Vase Darin.*)

ESCENA XII.

ALARA, NUÑO.

NUÑO.
Para venir á Coín
Quise este traje tomar;
Que sabed que soy cristiano
Y soldado de Narvaez.

ALARA.
No son nuevas de mi Arráez:
Salió el pensamiento vano.
Pues, cristiano, el Capitan
¿Qué puede quererme á mí?

NUÑO.
No os quiere poco, si aquí
Correspondencia le dan.
Está perdido por vos;
Que os vió en las treguas pasadas
Sobre estas rejas doradas.

ALARA.
¿Qué necios que sois los dos,
El alcaide en enviarte,
Y tú en venir!

NUÑO. (*Ap.*)
No entra bien;
Pero es el primer desden.

ALARA.
A tí no debo culparte;
Que eres, en fin, mensajero,
Aunque á buen tiempo has venido;
Que no está aquí mi marido,
Y há tres días que le espero.
Pero á él, que es tan discreto,
Como nos dice la fama,
Mucho le culpo.

NUÑO.
Si os ama,
No tiene culpa, os prometo.
Esta carta leed agora,
Veréis en lo que se funda.

ALARA.
Va la necesidad segunda.
(*Lee.*) «Narvaez, alcaide de Alora.»
¡Ay de mí! La firma es suya,
Y la letra de mi Arráez.
¿Quién escribe esto á Narvaez,
Cristiano, por vida tuya?

NUÑO.
Un moro, para que fuese
Mas claro.

ALARA.
¿Qué suerte de hombre?

NUÑO.
Ni sus señas ni su nombre
Podré darte, aunque quisiese.
Dos días há que está cautivo;
Que en una celada dió.

ALARA.
¿Sabe á quién escribe?

NUÑO.
No.

ALARA.
Algun consuelo recibo;
Que es en extremo celoso.
Esta letra he conocido.

NUÑO.
¿Cómo?
ALARA.
Que es de mi marido.

NUÑO.
Aun será el cuento gracioso.
Luego el cautivo de allá
¿Es vuestro marido?

ALARA.
Sí.

NUÑO. (*Ap.*)
Yo negocio por aquí.
Segura la prenda está.)
Pues alto, venid conmigo,
Trataréis de su rescate.

ALARA.
Justo será que dél trate,
Aunque injusto el ir contigo.
Pero donde está mi Arráez,
Mas sus celos aseguro,
Y mas si su bien procuro.
Pero ¿qué dirá Narvaez?
Que voy á lo que me llama,
Sin duda, creará de mí.

NUÑO. (*Ap.*)
Basta; que llevé de aquí
A uno mujer y á otro dama.

ALARA.
Mas diga lo que quisiere,
Pues se ha de desengañar;
Mis joyas quiero llevar,
Y el dinero que pudiera.
Vamos; que es de amor indicio.
Haré ensillar en qué vamos.

NUÑO. (*Ap.*)
Una para dos llevamos;
No anda muy malo el oficio.
(*Vanse.*)

Jardín en Cartama.

ESCENA XIII.

ZORAIDE, JARIFA, ABINDARRÁEZ.

ZORAIDE.

No me puede pesar con mas extremo.
Forzosa es mi partida, Abindarráez.
Y el dejarte en Cartama es mas forzoso.
En poder del alcaide que aquí viene;
Que así lo escribe el Rey y así lo manda.

ABINDARRÁEZ.

¿Que así lo manda el Rey y así lo escribe?

ZORAIDE.

Que me parta á Coin con mi familia
Me manda el Rey, y que te deje solo
Aquí en Cartama, mientras Zoro viene,
Que ha de ser el alcaide de Cartama.
Yo me he de partir hoy, porque me man-
da acuda de Coin á la flaqueza, [da
De los fieros cristianos oprimida,
Ejercitados en continuos robos,
Celadas, quemadas, correrías, talas,
Y otras malas y ruines vecindades
Que suelen siempre hacer los fronteri-
Y mas donde Rodrigo de Narvaez [zos,
Está con tal valor, consejo y fuerza,
Que es uno de los nueve que publica
Del sur al norte la española fama.

ABINDARRÁEZ.

¿Que así lo manda el Rey y así lo escribe?

ZORAIDE.

Hijo, Dios sabe lo que á mí me pesa,
Si basta solamente decir hijo.
¿Cómo puedo exceder de lo que él man-
[da?

ABINDARRÁEZ.

¿De qué me tiene el Rey á mí tal odio.
Si os hace el Rey á vos merced tantas?
¿Por ventura soy yo del Rey esclavo?
¿He cometido algun delito enorme
Contra sus leyes ó real cabeza,
Que me manda dejar solo en Cartama,
Y sujeto al alcaide que aquí viene;
Y á vos, que sois mi padre, y á Jarifa,
Mi amada hermana, que á Coin se par-
[tan?

ZORAIDE.

Hijo, el Rey me lo escribe, el Rey lo
[manda.
Yo voy á responder y obedecelle.
Tú entre tanto, Jarifa, haz que aperi-
[ban
Tus mujeres tu ropa, que esté á punto.
En tanto que Alboran parte á Granada.

JARIFA.

Ansí lo haré, Señor; que á la partida
Ya estoy desde esta tarde apercebida.
(Vase Zoraide.)

ESCENA XIV.

ABINDARRÁEZ, JARIFA.

ABINDARRÁEZ.

Sola esta vez quisiera,
Dulce Señora mía,
Hacerme lenguas para hablaros tanto,
Que del alma se viera
La pena y la porfía.
Mas salga por los ojos, vuelta en llanto.
De que viva me espanto
Tan desdichada vida,
Si ha de quedar en calma;
Apartándose el alma
De aquellos brazos donde estaba asida.
Fui esposo ayer presente;
Hoy ¿qué será, si estoy de vos ausente?

¿Que os vais, hermosos ojos,
Soles del mismo cielo?
Que dejais nuestra tierra y vuestro ami-
Que de ausencia y enojos [go?
Nubes del bajo suelo
Eclipsan vuestra luz, que adoro y sigo?
Que no hablaréis conmigo,
Ni me diréis amores?
Que no podré tocaros?
Que ya no podré hallaros
Entre estas aguas y olorosas flores?
¿Qué es esto, vida mía?

JARIFA.

De la de entrambos el postrero día,
Si no me consolara,
Gallardo dueño mio,
Señor del alma, que la tuya adora,
Que la fortuna avara
No es peña, monte ó río,
Sino mudable viento de hora en hora.
La ausencia que ya llora
El corazón presente
Me acabará la vida,
Que vive entretenida
En que has de estar tan poco tiempo au-
Cuan to pueda llamarte [sente,
Para poder secretamente hablarte.
No habrá ocasion tan presto,
Cuando te llame á verme;
Que presto la ha de haber, aunque ya es
Y en pago, esposo, desto [tarde.
Tan tuya quiero hacerme,
Que entre mis brazos tu venida aguarde.

ABINDARRÁEZ.

Huya el temor cobarde,
Señora, de mi pecho,
Si ese bien me prometes.

JARIFA.

Paso, no te inquietes;
Que por ventura por mi bien se ha hecho;
Que, viniendo secreto,
Tendrán nuestros deseos dulce efeto.
Yo entiendo que mi padre
Irá presto á Granada,
O que tendrá otro justo impedimento
Que á nuestra vida cuadre,
Y yo estaré ocupada
En solo este cuidado y pensamiento.

ABINDARRÁEZ.

Y en este apartamiento
¿Qué me dejas por vida,
Si la vida me llevas?

JARIFA.

La esperanza y las nuevas
De que será tan presto tu partida.

ABINDARRÁEZ.

Al fin ¡te vas, Señora!
¡Triste de mí, si yo me muero ahora!

JARIFA.

No morirás, mi vida;
Que la mía te queda.

ABINDARRÁEZ.

Pues viviré mil siglos inmortales.
Dame, esposa querida,
Tus brazos, en que pueda
El alma descansar de tantos males.

JARIFA.

Véngante tan iguales
Como yo lo deseo.

ABINDARRÁEZ.

¿Llamarásme?

JARIFA.

¿Eso dudas?

ABINDARRÁEZ.

No haré, si no te mudas.
¡Ay, cuántos siglos há que no te veo!

JARIFA.

¿Cómo, si no has partido?

ABINDARRÁEZ.

Pensé que era pasado, y no es venido.

ACTO SEGUNDO.

Sala en el castillo de Alora.

ESCENA PRIMERA.

NARVAEZ, PAEZ, ALVARADO,
ESPINOSA, CABRERA.

NARVAEZ.

Dalde la mano, Alvarado,
Y no haya mas.

ALVARADO:

No permitas,
Pues siempre honor solicitas,
Que pierda el que me han quitado.

NARVAEZ.

Volvedme á contar lo que es;
Que en lo que hasta agora entiendo,
Poco vuestro honor ofendo.

ALVARADO.

El mio pongo á tus piés;
Pero no has de permitir
Que quede en mala opinion.

NARVAEZ.

¿Sobre qué fué la quistion?

ESPINOSA.

No se la mandes decir;
Que es parte, y dirá á su gusto.

ALVARADO.

Yo diré mucha verdad,
Y el que mas.

NARVAEZ.

Paso, acabad;
Que ya recibo disgusto.

ESPINOSA.

Oyeme, Señor, á mí.

NARVAEZ.

Ni Alvarado ni Espinosa
Me han de hablar ni decir cosa;
Paez lo cuente.

PAEZ.

—Y remítome á Cabrera,
Que estaba delante.

NARVAEZ.

Acaba.

PAEZ.

Jugando Alvarado estaba,
Y Espinosa desde afuera;
Y en una suerte dudosa,
Sin pedirle ó ser tercero,
A pagar de su dinero
Juzgó la suerte Espinosa.
Alvarado respondió:
«¿Quién le mete en esto?» Y luego
Replicó Espinosa: «El juego;
Que veo juego, y tercio yo.»
«Mejor fuera que callara,»
Dijo Alvarado mas recio.
Dijo Espinosa: «Algun necio
La suerte le barajara;
Que yo sé de tropelías.»
Alvarado replicó:
«Miente el que dice que yo
Puedo hacer bellaquerías.»
Espinosa en este punto
El sombrero le tiró,

El partir: género de éipsis muy comun
en las obras de Lope.

Metieron mano, y llegó
El presidio todo junto,
Y pusieronlos en paz,
Hasta que con la alabarda
Llegaste al cuerpo de guarda.

NARVAEZ.

Y ¿en eso estás pertinaz?
Gentil engaño porfiás!
Si estotro dice que sabe
Tropelias, ¿en qué cabe
Que entiendas bellaquerías,
Y que lo entiendas por tí?
Y el haberle desmentido,
A Espinosa no ha ofendido,
Pues él lo dijo por sí.
Y si ofensa no se ve,
Ni Alvarado desmintió,
El sombrero que tiró
De ningún efecto fué.
Y cualquier soldado sablo,
Que en agravio, si le hubiera,
Las espadas juntas viera,
Dirá que cesó el agravio.
No hay cosa que con haber
Metido mano á la espada
No quede desagraciada,
Porque es lo posible hacer.
Quede esto á mi cuenta, y yo
Vuestro honor tomo á mi cargo,
Y satisfacer me encargo
Lo que otro diga.

ALVARADO.

Eso no;
Que nadie hablará en aquello
Que hablare tal capitán.

NARVAEZ.

Y esas manos ¿no se dan?

ALVARADO.

Si daré, pues gustas dello.

ESPINOSA.

Su amigo soy.

ALVARADO.

Yo su amigo.

ESCENA II.

ORTUÑO, ZARA. — DICHOS.

ORTUÑO.

¿Con quejas al capitán?

ZARA.

Por dicha en él hallarán
Mas piedad que en tí, enemigo:

ORTUÑO.

Óyete, galga.

ZARA.

¿Señor!

NARVAEZ.

¿Qué es eso?

ZARA.

Una pobre esclava,
Que en la nobleza que alaba
El mundo, espera favor.

NARVAEZ.

¿Qué es esto, Ortuño?

ORTUÑO.

Esa perra
Me levanta no sé qué.

NARVAEZ.

¿Cáya es?

ORTUÑO.

Tuya y mía fué,
Y cautiva en buena guerra.

ZARA.

Señor, de noche y de día
Me hace fuerza y maltrata.

NARVAEZ.

¿Ansi la esclava se trata?

ORTUÑO.

Miente, por tu vida y mía;
Sino que no entiende bien,
Y cualquier cortés favor
Luego piensa que es amor,
Y fuerza dirá también.
Haciendo estaba mi cama,
Y porque á ayudarla fui,
Se vino, huyendo de mí.

NARVAEZ.

¡Sí, sí: deso tienes fama!
Ahora bien: ¿qué te he de dar
Por ella?

ORTUÑO.

Tuya es.

NARVAEZ.

Dí, acaba.

ORTUÑO.

Ya ves que es buena la esclava,
Y mejor de rescatar.

NARVAEZ.

Doyte por ella una copa
De plata: vé al repostero.

ORTUÑO.

Doyle yo, pobre escudero,
Diez mil y cama de ropa,
Y ¡una copilla me das!

NARVAEZ.

Sin dinero estoy, por Dios;
Pero dí que te den dos,
Si con tanta sed estás.

ORTUÑO.

Beso tus manos.

NARVAEZ.

Ya, moro;

Eres mi esclava.

ZARA.

Si soy.

NARVAEZ.

Pues yo libertad te doy.
Véte á tu tierra en buen hora.

ZARA.

Déte el cielo mil victorias,
Caudillo de los cristianos. (Vase.)

CABRERA.

¿Qué rotas tiene las manos!

PAEZ.

Y ¡qué llenas de honra y glorias!

ESCENA III.

PERALTA, NARVAEZ, PAEZ, ALVARADO, ESPINOSA, CABRERA, ORTUÑO.

PERALTA.

Aquí, Señor, está el moro
Que viene por el rescate
Del sargento.

NARVAEZ.

¡Buen quitate

Descubre esta vez el oro!
No tengo un real, por Dios...

—Llama ese morillo aquí,

Y por él me lleve á mí,

O estémos juntos los dos.—

Pero escucha: al repostero

Dí que mi plata le dé;

Que yo la rescataré.

Cuando tuviere el dinero.

Venga el sargento al momento,

Donde es tan bien menester,

Porque mas vale comer

Sin plata que sin sargento.

PERALTA.

¡Oh Alejandro! Oh gran Narvaez!

NARVAEZ.

Id vos, Peralta, con él.

PERALTA.

Voy, Señor.

(Vase.)

PAEZ.

¿Qué das por él?

NARVAEZ.

Quinientos escudos, Paéz.

PAEZ.

Aunque de esclavo le sacas,
Por esclavo le has comprado.

ESCENA IV.

NUÑO, en hábito de moro, con un rebozo. — NARVAEZ, PAEZ, ALVARADO, ESPINOSA, CABRERA, ORTUÑO.

NUÑO.

¿Hay acaso algún soldado,
Que no tenga fuerzas flacas,
Que quiera luchar conmigo?

NARVAEZ.

¿Por dónde este moro entró?

¿Quién puerta y licencia dió

En mi casa á mi enemigo?

NUÑO.

Yo me entré solo á probar
Mis fuerzas ó en paz ó en guerra.

ALVARADO.

¡Bravo moro! En esta tierra
Suelen desafíos usar.
Yo quiero luchar contigo.

PAEZ.

Y yo con adarga y lanza.

ESPINOSA.

Yo con la espada, si alcanza
La suya á igualar conmigo.

NUÑO.

A todos juntos os reto,
Fuera del alcaide.

PAEZ.

Bien;

Mas conmigo solo vén.

NUÑO.

Eres valiente en efeto;
Mas no vengo á pelear,
Sino á avisar á Narvaez.

NARVAEZ.

Salios todos, y tú, Paéz,
Haz esas puertas guardar.

PAEZ.

Bien dices; que este podría
Intentar tu muerte.

ALVARADO.

Vamos.

(Vanse los soldados.)

ESCENA V.

NARVAEZ, NUÑO.

NARVAEZ.

Ya, moro, solos estamos.

NUÑO.

¿No me conoces?

NARVAEZ.

Querria.

NUÑO.

Soy el moro Marfuz.

NARVAEZ.

Creo

Que eres famoso y gran hombre,
Aunque nunca oí tal nombre;
Mas verte el rostro deseo.

NUÑO.

Soy sobrino de Mahoma.
Vengo á matarte.

NARVAEZ.

¿A mí?

NUÑO.

Si.

A tí pues.

NARVAEZ.

¿Adónde?

NUÑO.

Aquí.

NARVAEZ.

Pues alto: la espada toma.

NUÑO.

Pues ya, como ves, la empuño.

NARVAEZ.

Ea, moro, á mí te vén.

NUÑO.

Nuño soy.

NARVAEZ.

¿Nuño?

NUÑO. (*Descubriéndose.*)

¿Pues quién?

NARVAEZ.

¡Válate el diablo por Nuño!

NUÑO.

¿No sabes lo que ha pasado?

NARVAEZ.

¿Cómo?

NUÑO.

El moro que escribió,
Era el dueño de quien yo
La misma carta he llevado.

NARVAEZ.

¿Qué dices?

NUÑO.

Que es su marido,
Y que viendo su prision,
Viene á verle.

NARVAEZ.

Y á ocasion
Que ya libremente es ido.

NUÑO.

¿Ido?

NARVAEZ.

Envíele á su casa.

NUÑO.

¿Por qué?

NARVAEZ.

Porque era celoso.

NUÑO.

¡Por Dios, que es cuento donoso!
Todo á propósito pasa;
Que la mora traigo aquí:
Y así la podrás gozar,
Pues da el marido lugar.

NARVAEZ.

¿Qué buen remedio le di!

NUÑO.

La vida, por Dios, le has dado,
Pues á su casa le envías
Cuando á la tuya traías
La prenda que le has quitado.
¡Buen recado hallará en ella!
¡Oh celosos! Siempre vi
Que les sucediese así.
El guardalla es no tenella.

NARVAEZ.

Bien dices.

NUÑO.

Ya viene; escucha.

ESCENA VI.

ALARA. — NARVAEZ, NUÑO.

NARVAEZ.

Pésame por Dios, Señora,
De que hayáis venido agora.
(*Ap. á Nuño.* ¡Qué grande hermosura!)

NUÑO.

Mucha.

NARVAEZ.

En aqueste punto envío
Vuestro marido de aquí,
Aunque no le conocí.

ALARA.

Bésoos los piés, señor mío,
Por la merced recebida.
Pero soy tan desdichada,
Que á sus celos y á su espada
Ofrezco mi cuello y vida;
Que, como allí no me halla,
No ha de creer mi intencion,
Sino que ha sido invencion
Por gozarme y engañalle.
Pero ya, despues que os veo
Tan gallardo, ilustre y fuerte,
Tendré por justa mi muerte,
Y por vida mi deseo.
Cuanto publica la fama
Es poco en vuestra presencia.

NARVAEZ.

Yo os quise mucho en ausencia,
Y presente el alma os ama;
Pero en ella me ha pesado
Que de la carta haya sido
Tercero vuestro marido,
A quien libertad he dado.

ALARA.

No os cause, Señor, pesar,
Sino servios de mí;
Que ya que he venido aquí,
Vuestro amor quiero pagar.
Y ¡dichosa yo, si acaso
Amor firme hallase en vos!

NARVAEZ. (*Ap. á Nuño.*)

¿Qué te parece?

NUÑO.

Por Dios,
Que habla desenvuelto y raso.
(*Ap.* ¿Vos erais la desdenosa?
Malo estaba de entender.
No he visto fácil mujer,
Que no sea vergonzosa.)

NARVAEZ.

Yo os agradezco en extremo
La voluntad, mi señora;
Pero, aunque el alma os adora,
La ofensa de mi honor temo;
Que parece que deshonorra
Mi opinion y calidad
Que á quien di la libertad
Le venga á quitar la honra.
¿Qué dirá vuestro marido,
Sino que yo le engañé?
Y sabe el cielo que fué
No habiéndole conocido.
Sabed que soy caballero;
Y que quitalle el honor
Contradice á mi valor.

NUÑO.

(*Ap.* Mejor dirás majadero.)
(*Ap. á Narvaez.* Gózala, pesa á mi vida;
O si no, dámela á mí.)

ALARA.

Señor, ya he venido aquí,
Y os quiero, si soy querida.
Y aunque ese término sea
Del valor que en vos se ve,

Advertid que pensaré
Que os he parecido fea.

NUÑO.

Dale ese contento, acaba;
Que en amor no hay cortesia.

NARVAEZ.

Basta, Nuño. — Alara mía,
Mas os amo que os amaba.
Mas hermosa estáis aquí
Que entre las rejas azules.

NUÑO.

Ya entiendo, no disimules.
Señora, queredme á mí.
(*Ap.* ¡Vive Dios, que es impotente!)

NARVAEZ.

Nuño, parte y vé con ella
A Coin. Vos, mora bella,
Tenedme por vuestro.

NUÑO.

Tente,
No pierdas esta ocasion.

NARVAEZ.

A quien libre quise hacer
¿He de quitar su mujer?

NUÑO.

¡Oh nuevo andaluz Cipion!
Hazañas son de tu mano.
Vamos, Alara, de aquí.

ALARA.

¿Qué me desprecies así!
¡Oh riguroso cristiano!

(*Vanse Alara y Nuño.*)

ESCENA VII.

NARVAEZ.

Si fué mayor la gloria y noble el pago
Que dió en España á Cipion la fama,
En no querer gozar la presa dama,
Que el vencimiento ilustre de Cartago;
Y si despues de aquel lloroso estrago
De Dario, mas heróico el mundo llama
Al macedon, que no violó su cama;
Mi deuda con lo mismo satisfago. [ben
No quiero que me estimen ni me aia
Las propias ni las bárbaras naciones,
Porque en mi pecho sus grandezas ca-
No son los capitanes Cipiones, [ben
Ni Alejandro los reyes, si no saben
Vencer sus apetitos y pasiones,

ESCENA VIII.

PERALTA, ORTUÑO, ALVARADO,
ESPINOSA, CABRERA. — NARVAEZ.

PERALTA.

¡Albricias!

NARVAEZ.

Yo te las mando.

ORTUÑO.

Ea: ¡fiestas y alegría!

PERALTA.

Dos mil ducados te envía
De socorro el rey Fernando.

NARVAEZ.

Dios guarde al Rey, mi señor.
Esta tarde hay paga.

ALVARADO.

¡Vivas

Mil años, y déi recibas
Premio igual á tu valor!

NARVAEZ.

Ea, poned mesas luego.
Todo os lo he de dar, por Dios,
Y á ser diez mil, como dos.

ESPIROSA.
Peralta, mis pagas juego.
PAEZ.
¿Quién habrá que eso no haga?
NARVAEZ.
Llama a esas cajas, Paez.
CABRERA.
¡Vivan Fernando y Narvaez!
ALVARADO.

¡Paga!
CABRERA.
¡Paga!
ORTUÑO.
¡Paga!
ESPIROSA.
¡Paga!
(Vase.)

Jardín en Cartama.

ESCENA IX.

ABINDARRÁEZ.

Esperanza entretenida,
Mal nos llevamos los dos:
No hay quien lleve como vos
Hasta la muerte la vida.
Sois una vela encendida,
Que va ardiendo hasta acabarse;
Pues también, si ha de matarse,
Quedarás el alma á oscuras;
Y entre tantas desventuras,
Bueno es vivir y quemarse.
Por tí, esperanza, el cuidado
Entretiene de una suerte
Al soldado entre la muerte,
Y en el palo al sentenciado,
En el mar al que va á nado,
Al peregrino en el yermo,
En el peligro al enfermo:
Y así, yo por tí en la guerra,
Cordel, peligro, mar, tierra,
Hablo, vivo, como y duermo.
Todo se finge por tí,
Dudosa y tarda esperanza;
Por tí lo imposible alcanza
Quien tiene esperanza en tí.
Si se pasa el mar así,
La enfermedad, el cordel,
En esta ausencia cruel
De mi Jarifa querida
Pasa hasta el fin de mi vida,
Pues está el remedio en él.
Y vos, hermosa señora,
Acordaos que aquí los dos
Vivimos, queriendo Dios,
Con mas regalo que agora.
Desde la noche á la aurora
En este jardín hermoso
Pasábamos el gozoso
Tiempo que agora nos falta,
Porque la gloria mas alta
Tiene su fin mas dudoso.
Mas ya estaréis, por ventura,
Destos tiempos olvidada,
Porque la gloria pasada
Poco en la memoria dura
De quien olvidar procura.
Para vivir sin tormento
Bien lloré mi apartamiento;
Que bien echaba de ver
Que palabras de mujer
Tienen la firma del viento.
Bellas flores y jazmines,
Que hartábedes por favor
A su aliento vuestro olor
En estos frescos jardines,

Mirad ¡qué tristes fines
Han venido mis victorias!
Mirad ¡cuáles son las glorias,
Y los tormentos qué tales!
Pues no me mataron males,
Y me han de matar memorias.

ESCENA X.

MANILORO.—ABINDARRÁEZ.

MANILORO.
Ya, Señor, las tres han-dado:
Hora será de comer,
Si por dicha, como ayer,
No te quedas olvidado.
Deja la melancolía;
Come, y desecha la pena;
Que, aunque comas, será cena,
Pasado lo mas del día.
Aunque á Jarifa aguardaras
Con la mesa puesta así,
Era ya tarde.

ABINDARRÁEZ.
¡Ay de mí!
Que en solo el cuerpo reparas.
Déjale al alma comer
Suspiros, lágrimas, quejas.

MANILORO.
Por Dios, que si al cuerpo dejas,
Que ella le venga á perder.
No te digo que no peneas,
Mas que para poder dar
Fuerzas á tan buen penar,
Tendrás mas si á comer vienes;
Porque el que bien ha comido
Mas peso llevará á cuestras.

ABINDARRÁEZ.
Tu inocencia manifiestas,
Tu libertad y tu olvido.
Véte con Dios, Maniloro,
Y déjame aquí morir.

MANILORO.
Mucho ese tierno sentir
Hace ofensa á tu decoro;
Y aun á tu Jarifa ofende,
Que tanto tu vida estima:

ABINDARRÁEZ.
¿La estima?
MANILORO.
Sí, pues la anima,
Y que se amante pretende.
Y pues tu pecho recibe
Su alma, y casa le has hecho,
¿Por qué maltratas el pecho
Adonde Jarifa vive?

ABINDARRÁEZ.
¡Ay, Maniloro! ¿Qué intento?
Mal hago en querer morir,
Si el huésped ha de salir
Del pecho en que le aposento.
Viva yo; sustento venga;
Viva Jarifa.

MANILORO.
Eso sí.
ABINDARRÁEZ.
Mas ¡no es engaño, no, así;
Que vida en ausencia tenga?
Si muero, mi alma irá
A ver á Jarifa luego.
Véte con Dios.

ESCENA XI.

CELINDO, con sus cartas.—Dichos.

CELINDO.
Creo que llego
A buen tiempo.

MANILORO.
¿Quién va allá?
CELINDO.
Celindo soy, Maniloro.
¿Y Abindarráez?

MANILORO.
¡Oh Celindo!
Aguarda.

ABINDARRÁEZ.
A morir me rindo:
Tanto, ausente, peno y lloro.

MANILORO.
¿Que me darás, y tendrás
Nuevas de Jarifa y cartas?

ABINDARRÁEZ.
La vida, el alma que partas.
MANILORO.

CELINDO...
ABINDARRÁEZ.
¿Amigo! ¿aquí estás?

CELINDO.
Dame tus piés, y esta toma.
ABINDARRÁEZ.

¿Que tal bien se me conceda!
¿Cómo mi Jarifa queda?

CELINDO.
Buena, gracias á Mahoma.

ABINDARRÁEZ.
Mil besos doy á su firma,
Que hasta el alma me penetra:
¿Qué hará el sentido? La letra
Sola mi gloria confirma.
(Lee.) «Esposo: Mi padre es ido
»A Granada desde ayer.
»Venme aquesta noche á ver...»

—¡Cielos! yo pierdo el sentido.
En el camino podré
Leer, amigos, lo demás.
Maniloro, ¡no me das
Caballo? ¿Heme de ir á pié?
Mi vida, ¿que podré veros?
Mi alma, ¿que podré hablaros?
Mis ojos, ¿que he de gozaros,
Y en estos brazos teneros?
Ea, loco estoy del todo.
Celindo, esta toma, ten.

Y tú estas joyas también:
Vuestro soy y vuestro es todo.
Dame una mariota rica,
Llena de aljófar y perlas;
Que ha de verme y ha de verlas
Quien al sol su lumbre aplica.
Dame un hermoso alquicel
O bordado capellar,
Y también me puedes dar
Alguna banda con él.
Dame bonete compuesto
De mil tocas y bengalas
Y plumas, porque no hay galas
Que luzgan sin plumas: presto.
Dame una manga bordada
De aljófar y oro, á dos haces.
Los amores son rapaces:
Con rapacejos me agrada.
Dame borcegui de lazo
Y acicate de oro puro,
Y porque vaya seguro,
Ensilárame el picazo.
Ponle una mochila azul
Y un freno de campanillas,
La mas fuerte de mis sillas
Y una adarga de Gazal;
Una lanza de dos hierros,
Que los extremos se igualen,
Por si al camino me salen
Algunos cristianos perros.
No habrá salido andaluz
Tan galán á escaramuza,

Ni Almadan ni el moro Muza
Contra el de la roja cruz.
Ea, mi bien, aguardad
Vuestro Abindarráez: ya voy. (Vase.)

ESCENA XII.

MANILORO, CELINDO.

MANILORO.
Loco está, á fe de quien soy.

CELINDO.
Amor es enfermedad.

MANILORO.
Voy á darle de vestir.

CELINDO.
Tiene razon de querella;
Que le adora, y es tan bella
Cuanto se puede decir.

MANILORO.
¿Está seguro el camino?

CELINDO.
Para moro tan valiente,
¿Qué importa un mundo de gente?

MANILORO.
¿Va solo?

CELINDO.
Solo, imagino.
(Vanse.)

Vista exterior de los muros de Alora.

ESCENA XIII.

ARRÁEZ, á caballo.

¡Gracias á Alá, que llegué
Donde mi muerte ó venganza
Descansarán mi esperanza!
Aquí al muro arrojaré,
Pidiendo guerra, la lanza.—
Pero ya están en el muro.

ESCENA XIV.

NARVAEZ, ORTUÑO, PAEZ, ALVARADO, CABRERA, ESPINOSA y PERALTA, en el muro.—ARRÁEZ, delante de él.

NARVAEZ.
¡Moro dices á caballo?

ORTUÑO.
Desde aquí puedes mirallo.

ARRÁEZ.
(Ap. Vengarme ó morir procuro:
Quiero desde aquí retallo.)
Don Rodrigo de Narvaez,
Valiente por solo el nombre,
Y mas cobarde en los hechos
Que gallardo en las razones;
Tú, que, fingiendo valor
Entre quien no te conoce,
Has ganado injusta fama
Del ocaso á los tríones:
Yo soy Abenabó Arráez,
A quien ayer, como doble,
Diste libertad fingida;
Quien no te entiende te compre.
Mi infamia trazaste, Alcaide;
Que apenas pasé del monte,
Cuando á mi casa enviaste
El mayor de tus ladrones.
A mi mujer me ha robado;
Que primero que la goce,
Te pienso sacar el alma,

Cuerpo á cuerpo, entre estos robles.
¡Esos eran los consejos
De caballero y de noble?
¡Buenas tretas son, Alcaide!
Quien no te entiende te compre.
Apenas entré en mi casa,
De donde pensaba entonces
Enviarte un rico presente,
Cuando entiendo tus traiciones.
Iba yo por el camino
Cantando tus grandes loores,
Y pensando qué rescate
Te diese, aunque rico, pobre.
Imaginaba caballos,
Atados en los arzones
Ricos alfanjes de Túnez,
Con mochilas de colores;
Finas alfombras de seda,
Frenos y estribos de bronce,
Y unos para tí de plata,
Sin otras joyas y dones;
Cuando la mejor que tengo,
Hallo que me falta; y díome
Mas pena en que tú la tengas,
Y me aconsejes y robes;
Que la traicion del amigo
Mas se siente y duele al doble;
Y engañar, fingiendo amar,
Es gran baja en el hombre.
Por eso te desafío,
A tí, á tres, á seis, á doce,
Y os reto como á villanos,
Como á infames y traidores,
De que no teneis palabra
Ni mirais obligaciones,
Que no hay entre todos uno
Que el amigo no deshonre.
Dame mi esposa, Rodrigo,
Si mis palabras te corren;
Que no he de salir del campo
Menos que muera ó la cobre.

NARVAEZ.
Moro, engañado has venido;
Que á quitarte las prisiones
Vino á mi Alora tu Alara,
Como verás cuando tornes.
Porque apenas vino aquí,
Cuando á volver se dispone,
Por asegurar tus celos
Y temer tus sinrazones.
Si con ella te he ofendido;
¡Plega al cielo, moro noble,
Que me atraviere la espada
De un moro villano y torpel
A fe de hidalgo y cristiano,
Por la vida, que Dios logre,
Del rey, mi señor, Fernando,
Por quien guardo aquestas torres,
So pena de que en castigo
Vuelva sin honra á su corte,
Que no he tomado su mano,
Ni en presencia dicho amores.
Y tú eres, moro, el primero
A quien doy satisfacciones;
Y no te las doy por mí,
Que no temo armas ni voces,
Sino por ella, á quien debes
El amor que desconoces
Con esos injustos celos
Y villanas presunciones.

PAEZ.
¡Pesía al moro! Señor mío,
Con él en eso te pones
Tú, que no sueles sufrir
Marsilios ni Rodamontes?
Aguarda; que á pueros palos
Le haré que el camino tome
A refir con su mujer
Los celos que se le antojen.

NARVAEZ.
Paez, no salga ninguno,

Si no es que el moro responde
Que no está contento desto.

PAEZ.
Suplícote me perdones;
Que le he de quitar la vida.

ORTUÑO.
Tiene razon. Baja, corre,
O haremos todos lo mismo.

ALVARADO.
Mejor es que alguno nombres
De los que estamos aquí,
Sufriendo que nos deshonre.

CABRERA.
El que llegare mas presto
Basta.

NARVAEZ.
Ninguno me enoje.
ESPINOSA.
Perdona; que no hay remedio.

PERALTA.
Baja, y la boca le rompe.

NARVAEZ.
¡Por vida del Rey!

PERALTA.
No jures.

NARVAEZ.
¡Ah, señores! ¡Ah, señores!
(Quítanse todos del muro.)

PAEZ. (Dentro.)
Permíteme, Alcaide ilustre,
Que de una almena le ahorque.

CABRERA. (Dentro.)
Dame licencia, Señor,
Que las narices le corte.

ESCENA XV.

ARRÁEZ.

Basta, que vienen todos los cristianos.
Mal hice en presumir de un hombre no-
Una baja igual; pero los celos (bla
No dan lugar á la razon, ni miran
Si es justo ó no lo que su rabia intenta.
Bien puedo á la defensa prevenirme,
Que dijera mejor para la muerte,
Porque cualquiera dellos es un Héctor,
Y el Alcaide famoso el mismo Aquiles.

ESCENA XVI.

PERALTA, ALVARADO, ORTUÑO, PAEZ, CABRERA y ESPINOSA, con las espadas desnudas, y NARVAEZ, deteniéndolos.

NARVAEZ.
Ténganse, digo; ténganse, soldados,
O ¡por vida del Rey!...

PERALTA.
Señor, ninguno
Quiere ofenderte.

NARVAEZ.
Envainen pues.
ARRÁEZ.

¡Oh ilustre
Rodrigo, á quien el cielo haga dichoso
Sobre todos aquellos que celebra
La antigüedad con palmas y laureles!
Rendido estoy á tu nobleza, y veo
Que mi ignorancia fué mi propio engaño;
Aunque si amor á todos da disculpa,
¡Por qué no la tendrán mi amor y celos?
Si tú, si tus soldados, si los hombres,
Si las aves, los peces, si las fieras,
Si todo sabe amor, si todo teme

Perder su bien, y con sus celos propios
Defiende casa, aldo, mar y cueva,
Llora, lamenta, gime y brama; advier-
Que celos y sospechas me obligaron [te
Al desatino que á tus piés me rinde.

NARVAEZ.

Moro, la libertad que yo te he dado
Me obliga á tu defensa; y sabe el cielo
Que te he dado tres cosas en un día,
Que es de ellas cada cual la mas preciosa:
La libertad, la honra, y hoy la vida.
Vuelve á Coin; pero primero jura
Que no has de dar á Alara pesadumbre;
Que si lo sé, por vida del Rey juro
Que he de quemar tu casa, y á ti en ella,
Cuando fuera Coin, Granada ó Córdoba.

NARVAEZ.

Yo te doy la palabra, y por Mahoma
Te juro de querella y regalalla.

NARVAEZ.

Parte con Dios; que buena mujer tienes
En Coin, y en Alora buen amigo.
Cuando alguno tratase de enojártela,
Acude á mí; que yo seré tu espada.

NARVAEZ.

Los cielos guarden tu famosa vida.
(Vase.)

NARVAEZ.

Esto es mi gusto: no replique nadie.

ESCENA XVII.

NUÑO.— NARVAEZ, y los CINCO
SOLDADOS.

NUÑO.

Ya queda, ilustre Alcalde, en Coin Alara;
Mas yo no sé qué enredos son aquestos,
Pues parto de aquí agora su marido.

NARVAEZ.

Vino en su busca, no la hallando en casa.
NUÑO.

Tiene aqueste camino tantas sendas,
Que el miedo y las celadas han causado,
Que le hemos siempre errado en el cami-
NARVAEZ. [no.

Mobino estoy del moro, aunque habeis
[visto

Que le he hablado tan bajo y tan humilde.
La culpa tengo yo de que se atrevan
Por la quietud con que en mi casa vivo.
La buena vecindad lo causa. Basta;
Que yo lo enmendaré de aquí adelante;
Y dese buen principio en esta noche.
Nueve, los mas gallardos de vosotros,
Ensilien sus caballos y armen luego;
Que quiero poner miedo á estos villanos,
Y que no tengan de sosiego un hora.
Tú, Nuño, aquí te queda; y si te hallares
Para salir al campo descansado, [bes.
Vé, y podrásme alcanzar donde ya sa-
NUÑO.

En quitándome aquestos galgamentos
Y mahométicos hábitos, te alcanzo.
No te apartes de aquellos olivares.

NARVAEZ.

Corre; que allí te aguardo.—[Hola! se-
No sepan en Alora que salimos.
(Vase todos, menos Nuño.)

ESCENA XVIII.

NUÑO.

Extraño fué de Alara el pensamiento,
En viendo la presencia de Narvaez,
Pues en todo el camino no ha cesado
De distilar mil perlas de sus ojos,

L-11.

De enamorada, tierna y despreciada;
Que la mujer con el desprecio quiere.
Díjeme mi razon; pero fué en vano;
Que tiene el alma del Alcaide llena.

ESCENA XIX.

MENDOZA.— NUÑO.

MENDOZA. (Sin ver aun á Nuño.)

[Gracias al cielo, que estos muros veo,
Ya de mi cautiverio el cuello libre!
[Oh generoso Alcaide! claro ejemplo
De aquellos capitanes felicisimos
Cuyas cenizas honra Italia y Grecia...
—Mas ¿cómo es esto? Salgo de entre

Y el primero que encuentro ¡es moro en
NUÑO. [casa!
Señor Mendoza...

MENDOZA.

¿Quién es?

NUÑO.

Yo soy Nuño.

MENDOZA.

[Oh Nuño amigo!

NUÑO.

Muchos años goces

La libertad.

MENDOZA.

¿Adónde está el Alcalde?

NUÑO.

Por el portillo entiendo que ha salido
Con algunos soldados de secreto;
Que quiere hacer aquesta noche un robo.

MENDOZA.

No excuso de servirle ni de verte,
Y besarte las manos como á padre,
Por la merced de mi rescato.

NUÑO.

Que yo sé dónde van. Vamos;

MENDOZA.

Pues, Nuño, ensilla.

NUÑO.

En quitándome aquestas sopalandas.

MENDOZA.

Pues ¿cómo estás así? Mas ya imagino
Que habrá por qué.

NUÑO.

Sabráslo en el camino.

(Vase.)

—

Campo.

ESCENA XX.

NARVAEZ, PERALTA, PAEZ, ESPI-
NOSA, ALVARADO, y otros CINCO
soldados.

NARVAEZ.

Todo hombre esté atento y surto,
Que apenas nos oiga el viento,
Con tan poco movimiento
Como el lobo cuando al hurto
Camina solo y atento;
Que si en los montes ó llanos
De los ganados cercanos
Hace en las piedras ruido
Con las manos, de corrido,
Se muerde las mismas manos.

La nota de la edicion que copiamos aña-
de: Todos con adargas, lanzas y acicates, lo
mejor que puedan; que esta es la salida de
importancia.

Creció ya la desvergüenza
Desta bárbara canalla,
Y es lo mejor atajalla.
En los pasos que comienza
Que en los fines remedialla.
Todos sois fuertes soldados,
Todos hidalgos, y hallados
En famosas ocasiones:
Aquí son, con las razones,
Los consejos excusados.
Deseo hacer una presa
Con que enviar á Fernando,
Que siempre me está obligando,
Algun fruto desta empresa;
Que há mucho que estoy callando.
Yo soy como el labrador
A quien alquila el señor
La viña por su tributo,
Pues si no le rindo el fruto,
Quejarse puede en rigor.

PERALTA.

Famoso alcaide de Alora
Y de la fuerte Antequera,
Que á Sevilla honrar pudiera,
Si la ocasion es agora,
Suceso dichoso espera;
Que cualquiera piensa hacer
Lo que se debe á tener
Tu militar disciplina.

PAEZ.

Gente á caballo camina.
¿Quién será?

ESPINOSA.

¿Quién puede ser?

NARVAEZ.

Oid; que llegan aquí.

NUÑO.

Ellos sin duda serán.

ESCENA XXI.

MENDOZA y NUÑO, con lanzas
y adargas.— Dichos.

MENDOZA.

Mas ¿que encubiertos están?

NARVAEZ.

¿Quién va allá?

MENDOZA. (Ap. á Nuño.)

¿Quién somos di.

NUÑO.

Tus soldados, capitán.

MENDOZA.

Nuño y Mendoza.

NARVAEZ.

¡Oh Mendoza!

La libertad justa goza
Mil años.

MENDOZA.

Dame tus piés.

NARVAEZ.

Allá hablaremos despues.

NUÑO.

¿Que perdiste aquella moza?

NARVAEZ.

Calla, Nuño; que me importa.
Y pues aquí hay dos senderos,
Divididos, caballeros,
Será la empresa mas corta.

NUÑO.

Vengan diez mil moros fieros;
Que en diez hay para diez mil.

NARVAEZ.

Habla con voz mas sutil.
Si el contrario nos aprietta,
Acudid á esta coraeta.

ALVARADO.
Cualquiera contrario es vil.

NARVAEZ.
Los cuatro venid conmigo,
Y los cinco id por allí.—
Nuño, calla.

NUÑO.
Harélo así,
Aunque en no yendo contigo,
Voy sin fuerzas y sin mí.

ALVARADO.
¿Por dónde, Nuño, echarémos?

NUÑO.
Por entre estos olivares.
(*Vanse Narvaez, Mendoza y otros tres soldados.*)

ESCENA XXII.

NUÑO, ESPINOSA, PERALTA,
ALVARADO Y ORTUÑO.

ESPINOSA.
¡Plega al cielo que topemos
O ganados ó aduares!

NUÑO.
Y algun moro que almorcemos:

ALVARADO.
¿Acordádsos de aquel día
Que solo Narvaez venía?

ESPINOSA.
Paso; que he oído cantar.

ALVARADO.
Aquí podeis escuchar;
Que parece algarabía.

ESCENA XXIII.

ABINDARRÁEZ, *dentro*. — *Dichos.*

ABINDARRÁEZ. (*Dentro, canta.*)
*En Cartama me he criado,
Nací en Granada primero,
Y de Alora soy frontero,
Y en Coin enamorado.
Aunque en Granada nací
Y en Cartama me crié,
En Coin tengo mi fe
Con la libertad que di.
Allí vivo adonde muero,
Y estoy do está mi cuidado,
Y de Alora soy frontero
Y en Coin enamorado.*

(*Sale Abindarráez.*)

ABINDARRÁEZ. (*Para sí.*)
¡Gracias á Alá, que ya llego!

NUÑO. (*Ap. á sus compañeros.*)
¡Bizarro moro!

ALVARADO.
Gallardo.

ABINDARRÁEZ. (*Para sí.*)
Llévame al premio que aguardo,
Dulce Amor, aunque eres ciego.

ESPINOSA.
Detente, y date á prision.

ABINDARRÁEZ. (*Ap.*)
¡Cristianos! ¡Oh suerte avara!
De mi dicha lo jurara.
¡Oh cielo! ¡a tal ocasión?

NUÑO.
Date, ó morirás.

ABINDARRÁEZ.
¡Adel!

Se dan los hombres cual yo?

(*Pelean.*)

ESPINOSA.

¿Qué hay, Peralta?

PERALTA.

Aquí me hirió.

ALVARADO.

A él; que me ha herido á mí.

PERALTA.

¡Bravo esfuerzo!

NUÑO.

¡Extraña cosa!

A cinco ha desbaratado.

PERALTA.

Ya está en el suelo Alvarado,
Y medio muerto Espinosa.
Dad un silbo al gran Narvaez.

ESCENA XXIV.

NARVAEZ y CUATRO SOLDADOS.—
Dichos.

NARVAEZ.

¿Qué es esto, amigos?

NUÑO.

Que un moro

Nos mata.

ABINDARRÁEZ. (*Ap.*)

¡Oh cielo, que adoro,

Ayuda tú á Abindarráez!

NARVAEZ. (*A los cuatro que vienen con él.*)

Paso, no le acometáis.—

Caballero fuerte y diestro,

Siendo tanto el valor vuestro

Como entre cinco mostráis,

¡Dichoso aquel que os venciese!

Y aunque yo arriesgue mi vida,

La juzgo por bien perdida

Como en vuestras manos fuese.

Pero al fin he de probar;

Que empresa de tanta gloria

Solo intentalla es victoria.

ABINDARRÁEZ.

Pues alto: dadnos lugar.

(*Aquí batallan el Alcaide y
Abindarráez.*)

PAPEL.

A no estar el moro herido

Y de pelear cansado,

Diera al Alcaide cuidado.

NARVAEZ.

Moro, date por vencido,

O si no, daréte muerte.

ABINDARRÁEZ.

En tu mano está matarme;

Mas vencerme y sujetarme,

En otra mano mas fuerte.

Tu esclavo soy. (*Ap.*) ¡Ay de mí!

Ay de mí! mil veces ay!

Pues ya para mí no hay

Sino llorar que nací.

¡A tal tiempo, vil fortuna!

Desespero, por Alá.

Mataréme.)

NARVAEZ.

Triste está.

ABINDARRÁEZ. (*Ap.*)

Ya no hay esperanza alguna.

NARVAEZ.

¡Hombre de tanto valor

Siente tanto el verse preso?

O ¿es las heridas?

¹ Dice la nota de la edición antigua: *Con las lanzas y adargas se ha de hacer esta batalla de cinco contra uno, porque es cosa nueva.*

ABINDARRÁEZ.

No es eso.

NARVAEZ.

¿Pues qué?

ABINDARRÁEZ.

Desdicha es mayor.

NARVAEZ.

Atáos este lienzo en ellas,
O aguardad, y os le pondré.

ABINDARRÁEZ.

Aquí en el brazo saqué
La que mas me duele dellas.
(*Ap.*) ¡Oh mal trazada alegría!
¡Triste! ¿qué haré?)

NARVAEZ.

¿Qué cuidado

Os tiene tan lastimado?

ABINDARRÁEZ. (*Ap.*)

Ya os perdí, señora mía;
Gloria mía, ya os perdí;
Dulce Jarifa, mi bien,
Ya os perdí.

NARVAEZ.

¿A mi casa ven:

Serás preso y dueño allí.

Pero boigárame en extremo

Saber tu pena importuna;

Que esto de guerra es fortuna,

Que mañana por mí temo.

Alza ese rostro, noble caballero;

Porque á la libertad pierde el derecho,

Perdiendo en la prision el prisionero

El ánimo que debe al noble pecho.

Esos suspiros tiernos, ese fiero

Dolorno corresponde á lo que has hecho;

Ni menos es tan grande aquesta herida,

Que cause indicios de perder la vida.

Ni tú la has estimado de manera

Que dejes por tu honor de aventuralla.

Si es de otra causa tu tristena fiera,

Dimela; que por Dios, de remedialla.

ABINDARRÁEZ.

Ya el alma en tu nobleza aliento espera.

En vano mi temor sus penas calla.

¿Quién eres, generoso caballero?

NARVAEZ.

Satisfacerte de quién soy espero.

Rodrigo de Narvaez soy llamado,

Soy alcaide de Alora y de Antequera

Por el rey de Castilla.

ABINDARRÁEZ.

¿Que he llegado

A tus manos, Alcaide?

NARVAEZ.

Tente, espera.

ABINDARRÁEZ.

Ya no me quejo del rigor del hado,

Puesto que ha sido en ocasión tan fiera.

Huelgo de ver, Alcaide, tu presencia,

Aunque me cuesta cara la experiencia.

No me ha agraviado mi fortuna en nada,

Y pues debo estimarme por tu hacienda,

No es bien que esta flaqueza afeminada

De cosa tuya sin razon se entienda.

Retírese tu gente; y confiada

Mi alma en tu palabra, llustre prenda,

Sabrás mi historia y muerte de dos vidas;

Que no lloro prision ni siento heridas.

NARVAEZ.

Soldados, vayan todos adelante.

NUÑO.

¿Quedará yo?

NARVAEZ.

Camina tú el primero.

(*Adelantanse los soldados; pero quedan á corta distancia.*)

ESGENA XXV.

NARVAEZ, ABINDARRÁEZ.

ABINDARRÁEZ.

Que la fortuna en tiempo semejante
Me trajo á verte, ilustre caballero!
Pero, porque te dé dolor y espante,
Mi historia triste referirte quiero;
Que por ventura, porque mas te obli-
Sabras qué es amor. [gue,

NARVAEZ.

Di.

ABINDARRÁEZ.

Escucha.

NARVAEZ.

Prosigue.

ABINDARRÁEZ.

Famoso alcaide de Alora,
Invicto y fuerte Narvaez,
A quien por tantas hazañas
Pudieran llamar el Grande:
Sabras, capitán, que á mi
Me llaman Abindarráez,
A diferencia del viejo,
Que era hermano de mi padre.
Nací desdichado al mundo,
De la casta Abencerraje,
Y porque sepas la suya,
Escucha, así Dios te guarde.
Hubo en Granada otro tiempo
Este famoso linaje,
En la paz gallardo y sabio,
Y en las armas arrogante.
Del consejo eran del Rey
Los ya viejos venerables,
Los mozos seguían la corte
O en la guerra capitanes.
Amábalos todo el pueblo
Y aun los moros principales,
Y mas el Rey sobre todos,
Con honras y oficios graves.
No hicieron cosa jamás
Que su valor no mostrase,
Siendo en todo tan gentiles,
Valientes y liberales,
Que en Granada se decía
Que no había Abencerraje
De mala disposición,
Necio, escaso ni cobarde.
Eran maestros de todo,
Inventores de los trajes,
De las galas, de los mores
Y de otras ilustres partes.
No sirvió dama ninguno
Que su favor no alcanzase,
Ni dama llamarse pudo
Sin galan Abencerraje.
Pero la envidia y fortuna,
Una vil y otra mudable,
Los derribaron al suelo;
Que siempre los altos caen.
Que al Rey quisieron matar
Y con sus reinos alzarse
Les levantaron Zegries;
Si fué cierto, Dios lo sabe.
Cortáronles las cabezas
Un triste y aciago mártir,
Quedando de todos ellos
Solo mi tío y mi padre.
Derribáronles las casas,
Mandando la misma tarde
Pregonarlos por traidores
Y su hacienda confiscalles.
No quedó en Granada alguno
Que este nombre se llamase,
Si no son los dos que digo;
Que no pudieron culpárles.
No quiso que en la ciudad
Los varones se criasen,
Y mandó sacar las hijas

En Africa ú otras partes.
Y así, á mi ¡triste! en naciendo,
Me llevaron al alcaide
De Cartama, hombre muy rico,
Ilustre en armas y sangre.
Este tenía una hija,
Rodrigo, en belleza un ángel,
Que es el mayor bien que tengo;
Si otro tengo, Alá me falte.
Crióse conmigo niña,
Engañados y ignorantes,
Que ser hermanos creímos;
Mas no engaña el tiempo á nadie.
Crióse amor con nosotros,
Niños, niño; grandes, grande:
Lo que pasó en este tiempo
No es tiempo que aquí lo trate.
Desengañáronos un moro,
Y vimos en un instante
El imposible posible,
Y lo posible alejarse.
Casámonos de secreto;
Pero, en gloria semejante,
Que se partiese á Coin
Mandó Almanzor á Zoraida,
Y que á mí, mientras viviese,
Otro alcaide me dejase
En Cartama, donde he estado
Ausente del bien que sabes.
Lloramos nuestra partida,
Y partiendo, si se parte,
Concertamos que en ausencia
De su padre nos llevase.
Fué su padre á Granada;
Escribíome, y yo esta tarde
Aderecéme cual viste,
Por ir de gallardo talle.
Aguardándome está agora:
¡Mira si lloro de balde,
Pues voy herido en prisiones,
Sin bien y entre tantos males!
De Cartama iba á Coin,
Breve jornada, aunque alargue
Siempre la tierra el deseo,
Poniendo montes y mares;
Iba el mas alegre moro
Que vió Granada, á casarme
Con mi señora Jarifa,
Que ya en su vida me aguardo.
Véome preso y herido,
Y lo que siento es que pasé
De mi bien la coyuntura.
Déjame agora matarme.

NARVAEZ.

Notable es tu suceso, fuerte moro;
Pero, pues tanto tus desinios daña
La dilación, no es justo que los pierdas;
Que has sido por extremo desdichado.
Pero hallaste el remedio en la desdicha;
Y porque veas que mi virtud puede
Vencer á tu fortuna, si me juras
Volver á mi prision dentro en tres días,
Libertad te daré para que vayas
A gozar de Jarifa, tu señora.

ABINDARRÁEZ.

Beso tus pies mil veces, gran Narvaez;
Que harás en eso, aunque es hazaña tu-
La mayor gentileza que en el mundo[ya,
Ha hecho caballero generoso.

NARVAEZ.

¡Ah, hidalgos!

ESGENA XXVI.

Vuelven los SOLDADOS.—DICHOS.

PAEZ.

¿Qué nos mandas?

NARVAEZ.

Este preso,

Señores, si gustais de darme, quiero
Salir por fiador de su rescate.

PERALTA.

Haced, Señor, de todo á vuestro gusto.

NARVAEZ.

Dadme esa mano diestra, Abindarráez.

ABINDARRÁEZ.

Tomad, Señor.

NARVAEZ.

¡Jurais y prometeisme,
Como hidalgo, venir á mi castillo
De Alora, y ser mi preso al tercer día?

ABINDARRÁEZ.

Sí juro.

NARVAEZ.

Pues partid en hora buena;
Y si queréis mis armas ó persona,
Iré con vos.

ABINDARRÁEZ.

Vuestro caballo quiero,
Porque entiendo que está cansado el
NARVAEZ. [mio.

Tomalde, y vamos.

NUÑO.

Tuvo extraña dicha.

ABINDARRÁEZ.

Basta; que hallé el remedio en la desdi-

ACTO TERCERO.

Vista exterior de la casa de Zoraida en Coin.

ESGENA PRIMERA.

ABINDARRÁEZ.

Agora que á mi bien no pone obstáculo
La fortuna cruel, y mis pies débiles
Los rayos de mi sol llevan por hálculo,
Que el llanto enjugan de mis ojos flébi-
[les,
Haciendo al alma verdadero oráculo,
Mis esperanzas, hasta agora estériles,
Tendrán, ya libres de otra fuerza bélica,
Fin en los brazos de mi esposa angelica.
Venció Narvaez mi fortuna trágica,
Y díome libertad como magnánimo:
Que no hay en toda el Asia, Europa y

[Africa

Caballero de tanta virtud y ánimo:
Y así, aunque herido, aquella dulce má-
[gica,

Que adoro como al sol, mi pusilánimo
Aliento, desmayado y melancólico,
Ha vuelto un Héctor ó Alejandro orgólico.
En mis desdichas hasta agora infelices,
Si esto no es sueño, fábula y apólogo,
Remedio hallaron mis intentos felices.
Y el corazón, de su ventura astrólogo,
Tenéis un poco, luna y claras élices;
Que ya llevo á Jarifa, que ya el prólogo
Le digo de mi historia, y los capítulos
Con dulces besos y con tiernos títulos.
¡Quién fuera Adónis bello ó de Liriope
El hijo que murió en el agua viéndola,
O la lengua de Apolo y de Calíope
Tuviera para hablalla, respondiéndola?
Mas fuera á un alemán y á un negro etio-
[pe,

A un dulce rulseñor y á una oropéndola
Darles comparaciones verisímiles:
Mas basta ser en el amor tan símiles.
Aquí llega, Jarifa, vuestra víctima,
Abrid; que pasa ya la luna errática.
Seréis de mis heridas dulces píctima,
Solo en oyendo vuestra dulce plática:

Seréis, Señora, mi mujer legítima;
Que así en la orilla fresca y aromática
De aquella fuente fué nuestro propósito,
Y amor de nuestras almas el depósito.
Pena traigo, Señora; mas repórtola
Con ver que llevo á puerto salutar.
Mi esperanza se alarga; pero acórtola
Con la grandeza de Narvaez belifero.
Ya os casaréis, y ya cual dulce tórtola
Que mató el lazo ó cazador mortífero,
Que el alto nido derribó del álamo,
Lleno de sangre dejaréis el tálamo.

ESCENA II.

JARIFA, CELINDA.—ABINDARRÁEZ.

JARIFA. (Dentro.)

¡La voz, dices, de mi bien?

CELINDO. (Dentro.)

Digo que le oí llamar.

ABINDARRÁEZ.

A Jarifa siento hablar
Y á Celindo oigo también.
Tiemblo... la sangre me acude
Al corazón... ¡Buen testigo!
Que no puede el enemigo
Hacer que el color me mude.
Desmayo dulce me acaba,
Siento aflojarse las fuerzas.

(Salen Jarifa y Celindo.)

JARIFA.

¡Esposo!

ABINDARRÁEZ.

Si no me esfuerzas,
Para espirar casi estaba.
Cobre aliento el alma mía
En tus brazos, dulce esposa.

JARIFA.

Ya estaba de ti quejosa,
Y mas del temor del día;
Que como la noche fuera
De un siglo, un siglo esperara,
Sin que esperar me cansara,
Si esperara que te viera.

ABINDARRÁEZ.

¡Ay brazos hermosos míos!
Ay puerto de mis tormentos,
Vida de mis pensamientos
Y de mis temores fríos!
Descanso de mi esperanza,
Fin de mis deseos cumplidos,
Centro de aquestos sentidos
Y cielo que el alma alcanza,
Gloria que esperé y temí,
Regalo que imaginé,
Premio de mi pena y fe,
Para quien solo nací.
Hálleme agora la muerte,
Que esta noche me ha buscado.

JARIFA.

¡Ay, dueño de mi cuidado!
¿Posible es que vengo á verte?
¡Ay, mi bien, mi dulce esposo,
Mi Abindarráez, mi señor,
Parte sola en quien mi amor
Ha dado al alma reposo,
Luz de mi alma y sentido;
Vida de mi entendimiento,
Consuelo en mi sufrimiento,
De mil celos oprimido;
Rey desta alma y desta casa,
Destos brazos gusto, y vida
Desta tu esclava rendida,
A quien justo amor abraza!
¿Cómo vienes? ¿Vienes bueno?

ABINDARRÁEZ.

¡A tu servicio, y que fuera

Muerto, aquí vida tuviera,
Mi cielo hermoso y sereno.

JARIFA.

¿Cómo has pasado mi ausencia?

ABINDARRÁEZ.

Como sin tí, mi Jarifa;
Que es donde batalla y rifa
El seso con la paciencia.
No me han faltado recelos,
Miedos y desconfianzas.

JARIFA.

¡Miedos! ¿De qué?

ABINDARRÁEZ.

De mudanzas,

Hijas de olvidos y celos.

Pero volviéndome á tí,

Todo quedaba seguro.

Tú ¿estás buena?

JARIFA.

Por tí juro,

Que es mucho jurar por tí,

Y por esos ojos míos,

Juramento que no sale

Sino á fiestas, que no iguale

El tuyo á mis desvarios;

Porque he pensado que allá

Ya tenías otro gusto;

Que de tu tardanza el susto

Aun aquí durando está.

¿Cómo has tardado?

ABINDARRÁEZ.

No sé;

Que buena prisa he traído.

JARIFA.

¡Ay! que esposo tan querido

En hora buena lo fué.

Llegada es ya la ocasión

Que de aquestos brazos gocés.

ABINDARRÁEZ.

¿Es posible que conoces

Mi enamorada afición?

Si conoces, pues la pagas.

JARIFA.

Ya en efecto soy tu esposa.

ABINDARRÁEZ.

Quiere Alá, Jarifa hermosa,

Que así mi amor satisfagas.

CELINDO.

No estáis agora en razones.

Entra á dormir, Bencerraje.

JARIFA.

Mira si hay doncella ó paje,

Celindo, en esos balcones.

CELINDO.

Todo está seguro.—Vén,

No os amanezca en hablar.

ABINDARRÁEZ.

¿Puedo entrar?

JARIFA.

Puedes entrar.

ABINDARRÁEZ.

Voy, mi alma.

JARIFA.

Entra, mi bien.—

Echa, amigo, esa alcatifa.

ABINDARRÁEZ.

¿Cuánto te debo, Narvaez!

Por tí goza Abindarráez

De su querida Jarifa.

Sala en el castillo de Alora.

ESCENA III.

NARVAEZ, NUÑO, PAEZ,
Y ALVARADO.

NARVAEZ.

Descansen todos; que hoy á mediodía
Concertaremos si salir podremos;
Que este descuido llaman cobardía
Los viles fronterizos que tenemos;
Y aunque la presa desta noche es mía,
Yo sé que su rescate partiremos;
Y cuando me engañara Abindarráez,
Yo hice lo que debo á ser Narvaez.
Ponga todo hombre la acerada silla
Entre los mismos palos del pesebre,
Porque en diciendo la trompeta ensilla,
Hasta el caballo la cadena quiebre.
Esté la lanza donde pueda asilla,
Con que en el campo su valor celebre,
Y el arnés que no falte bebillá ó perno,
Que se vista mejor que algodón tierno.
Veamos si con esta pena ó miedo
Su desvergüenza se sosiega un poco;
Que en no mostrándolo que valgo y pue-

do,

Luego el morisco vil me tiene en poco.
Presumirá llegar hasta Toledo,
Segun se precia de arrogante y loco,
Cuanto mas hasta Alora y Antequera,
Si duerme aquí como en Argel pudiera.

PAEZ.

Un moro pide para hablar licencia.

NARVAEZ.

¿Es hombre principal?

PAEZ.

Es un criado

De Alara, segun dice.

NARVAEZ.

¡Ah dura ausencia!

¿Con qué fiero rigor que me has tratado!

¡Oh leyes del honor, cuya inclemencia

Quita el gusto del alma procurado!

Gozar de Alara pude... mas no pude;

Que pierda el bien quien al honor acude.

ESCENA IV.

ARDINO. — Dichos.

ARDINO.

Con un pequeño presente

Alara salud te envía

Y esta carta.

NARVAEZ.

Gallardía,

Moro amigo, conveniente

A su extremada hidalguía.

¿Cómo queda?

ARDINO.

Algo indispuesta,

Aunque para que compuesta

Viniese esta caja, ayer

Se levantó.

NARVAEZ.

Quiero leer

Para darte la respuesta.

(Lee.) «Ya que no me quieres bien,

»No es de pecho principal

»Sufrir que me traten mal;

»Pues siendo tu amor desden,

»Me han dado castigo igual.

»De tí maltratada he sido

»Con el desden recebido;

»De mi marido, de celos,

»Porque me han dado los cielos

»Mal galán y peor marido.

»Y pues que por tí me dan,

»No admitiendo tu consejo,

»Vida que de vivir dejo;

»Ya que no como á galán,
 »Como á mi padre me quejo.
 »Esas camisas labradas
 »Te envío, mal acabadas,
 »Por hacellas con secreto;
 »Que lleven, yo te prometo,
 »Mas lágrimas que puntadas.
 »La sangre que lleva una,
 »No la laves; que por tí
 »Me las sacaron á mí;
 »Porque no hay hora ninguna
 »Que no me traten así.
 »Yo no pido que tu olvido
 »Deje de ser lo que ha sido;
 »Pero, pues por tí me dan,
 »Sé enemigo ó sé galán,
 »O dame mejor marido.»
 —;Cómo qué! Abenabó Arráez
 »Así cumplió el juramento?
 »Que me haya engañado siento;
 »Mas, por vida de Narvaez,
 »Que no se la lleve el viento.
 »Moro infame, ¿no sabías
 »Que mi propia vida herías,
 »Que está en aquel pecho honesto?

NUÑO.

Tú tienes la culpa desto,
 Por hacer alejandrias.
 Deja esas francas divisas;
 Que si gozaras de Alara,
 El moro no la llevara
 Donde te enviara camisas
 Con la sangre de su cara.—
 ;Que en aquel rostro has sufrido
 Hacer un corto rasguño (A Ardino.)
 Con el palo ó con el puño?

ARDINO.

¿Qué he de hacer, si es su marido?

NUÑO.

Perro, aguarda.

NARVAEZ.

Escucha, Nuño.

NUÑO.

No hay escuchar. ¡Vive Dios,
 Que hemos de reñir los dos,
 Y que le he de dar mil palos!

NARVAEZ.

Aguárdate.

NUÑO.

¿Qué regalos!

ARDINO.

Señor, remedialdo vos
 Con poner miedo á mi amo,
 Que os tiene miedo y respeto.

NARVAEZ.

Remediarlo te prometo
 Por lo que la quiero y amo,
 Y por quien soy, en efeto.

ARDINO.

Vos ¿teneisla algun amor?

NARVAEZ.

Grande; pero por su honor
 Y hacer á Arráez amistad,
 Enfreno la voluntad
 Y doy la rienda al valor.

ARDINO.

Pues, Señor, sabed que tiene
 Concertado de matalla.

NARVAEZ.

¡Matalla! Ni osar miralla.

ARDINO.

Creedme que lo previene.

NARVAEZ.

Y ¿podré yo remedialla?

ARDINO.

Podrás, viniendo conmigo
 Esta noche de secreto.

NARVAEZ.

Pues ármate, Nuño amigo;
 Que esta noche le prometo
 Al moro infame castigo.
 ;Camisa y ensangrentada!
 ;Vive Dios, que, esta vestida,
 No la mude ni otra pida
 Hasta que con esta espada
 Quite al perjurio la vida.

NUÑO.

Yo, aunque poco las refresco
 Por el trato soldadesco,
 Esta es bien que le consagre,
 Aunque la cueza en vinagre
 Como herrero tudesco.
 Vamos donde está ese galgo.
 Pero escucha aparte.

NARVAEZ.

Di.

NUÑO. (Ap. á Narvaez.)

¿Habemos de ir cierto?

NARVAEZ.

Si.

NUÑO.

Pues disfrazate con algo,
 O vamos como yo fui;
 Que aunque eres tan animoso,
 Podrá el perro malicioso
 Venderte á los de Coin.

NARVAEZ.

Para mí no hay, Nuño, en fin,
 Peligro dificultoso.
 Yo he de ir á Coin.—Vos, Paéz,
 Tened á punto la gente,
 Por si fuere conveniente.

ARDINO.

Seguro estás, gran Narvaez.

NUÑO.

No lo está mucho, pariente.
 Y así, vuelvo á aconsejarte.
 Oye, por tu vida, aparte.

(Habla bajo á Narvaez.)

ALVARADO. (Ap. á Paéz.)

¿Qué mal hace el capitán!

PAEZ.

Tales combates le dan
 Ira, gusto, amor y Marte.

NARVAEZ.

A cuanto venga me obligo.

NUÑO.

Pues, Señor, seguirte quiero.

NARVAEZ.

Darte mi ventura espero.
 Nuño, César va contigo,
 Como él lo dijo al barquero.—
 Entra, moro á descansar.—
 Tú, Nuño, empléate á armar.

NUÑO.

Lo que llevé...

NARVAEZ.

¿Cómo así?

NUÑO.

Un jaco.

NARVAEZ.

Dame otro á mí,
 Y hazme el overo ensillar.
 (Vase.)

Jardín de casa de Zoraida en Coin.

ESCENA V.

JARIFA, ABINDARRÁEZ, CELINDO,
 BAJAMED, ZARO, músicos.

JARIFA.

Toda la casa se huelga
 De mi bien y tu contento,
 Porque de solo tu aliento
 Saben que mi vida cuelga.
 No te escondas de ninguno.—
 Llegad, besalde los pies.

BAJAMED.

Quien señor de todo es,
 ¿Por qué se teme de alguno?
 Con nosotros te has criado,
 Bencerraje; ¿qué has temido?
 ¿O acaso estás encogido,
 Como recién desposado?

ZARO.

Aunque al Alcaide tenemos
 Por legitimo señor,
 De tu crianza el amor
 Y obligacion conocemos.
 Quien te tuvo por su hermano
 No será dificultoso
 Que te tenga por su esposo.

JARIFA.

Da, esposo, á todos la mano.

ABINDARRÁEZ.

Los brazos les daré.—Aquí
 Podréis estar á placer,
 Viendo esta fuente correr.

JARIFA.

En otra te di yo un sí,
 En otra dueño te hice
 Deste bien que hoy se confirma.
 Aquí se rompió la firma,
 Y la deuda satisface.

Viendo estas rosas y flores,
 Estos árboles y fuentes,
 Tengo, Abindarráez, presentes
 Nuestros pasados amores.
 Parece que aquí te veo
 Enamorado y turbado,
 En mis respetos helado,
 Y abrasado en tu deseo;
 Y salir llenas de amor
 Del alma tierna encendida,
 Cada palabra vestida
 De diferente color.
 ¿Es posible que te ven
 Mis brazos cerca de sí?
 ¿Que puedo llegarte á mí,
 Y regalarte también?
 Amor mio, no me olvides;
 Que harás la cosa mas fiera
 Que en hombre humano cupiera,
 Si tu ser al suyo mides;
 Que no debe de ser hombre
 En quien tantas gracias hay.

ABINDARRÁEZ.

¡Ay!

JARIFA.

¿Qué dices, mi bien?

ABINDARRÁEZ.

¡Ay!

JARIFA.

Bien merece de ángel nombre.—
 Celindo, Bajamed, Zaro,
 ¿No he sido yo muy dichoso
 En ser de tal hombre esposa?

CELINDO.

Que es muy noble está muy claro,
 Y que fué elección discreta;
 Pero él también es dichoso
 En ser dueño y ser esposo

De una mujer tan perfeta.
Y puesto que humilde estás,
Acá os juzgamos tan buenos,
Que si él no merece menos,
No hallará en la tierra mas.
Sentáos, y canten los dos
Mientras el almuerzo llega.

JARIFA.

O esto es verdad, ó estoy ciega.
Más, mi bien, merecéis vos.
¿No es esto verdad?

ABINDARRÁEZ.

¡Ay triste!

JARIFA.

Canta, amiga.

ZARA.

¿Qué diré?

JARIFA. (A Abindarráez.)

¿Qué extremo es ese? ¿Qué fué?

CELINDO.

Dí aquella que ayer dijiste.

JARIFA.

Cualquiera podréis decir.—
Mandalos, Señor, sentar.

ABINDARRÁEZ.

Sentáos.

JARIFA.

¡Tanto suspirar!

ABINDARRÁEZ. (Ap.)

¡Ay, que estoy para morir!

ZARA. (Canta.)

*Críese el Abindarráez
En Cartama con Jarifa,
Mozo ilustre, Abencerraje
En méritos y desdichas.*

JARIFA.

¡Dichosa el alma mía,
Que dió tan dulce fin á su porfía!

ZARA. (Canta.)

*Pensaban que eran hermanos;
En este engaño vivían;
Y así, dentro de las almas
El fuego encubierto ardía.*

JARIFA.

¡Dichosa el alma mía,
Que dió tan dulce fin á su porfía!

ZARA. (Canta.)

*Pero llegó el desengaño
Con el curso de los días;
Y así, el amor halló luego
Las almas apercebidas.*

ABINDARRÁEZ. (Ap.)

¡Triste del alma mía,
Que dió tan triste fin á su porfía!

ZARA. (Canta.)

*Quisieronse tiernamente,
Hasta que, llegado el día
En que pudieron gozarse,
Dieron sus penas envidia.*

ABINDARRÁEZ. (Ap.)

¡Triste del alma mía,
Que dió tan triste fin á su porfía!

JARIFA.

No cantéis mas. Bien está.
Bien os podeis todos ir.

CELINDO. (Ap.)

Algo le quiere decir.

JARIFA.

Salios todos allá.

BAJAMED. (Ap.)

Todo se lo quiere á solas.

ZARA. (Ap.)

No toma el ser novia mal.

(Vanse Zara, Bajamed, Celindo
y los músicos.)

ESCENA VI.

ABINDARRÁEZ, JARIFA.

ABINDARRÁEZ. (Ap.)

Del mar en que voy mortal
Hasta morir llegan olas.

JARIFA.

Ingrato, esquivo, cruel
Y el mas villano del suelo,
¿Cuál hombre ha criado el cielo
Que puedan fiarse dél?

¿Piensas que no entiendo mas

Que declaran tus suspiros?

Pues bien veo que son tiros

Que al alma asestando estás.

Con ellos y con los ojos

Dices mas que con la lengua,

Para que trague mi mengua

Poco á poco tus enojos.

¿Quieres matar con sangría,

O dasme el veneno á tragos?

Los hombres ¡dais tales pagos!

¡Ay de la que en hombres fia!

¿Qué suspiras, di, traidor?

O ¿de qué estás triste, injusto,

Después que ofrecí á tu gusto,

Tras la vergüenza, el honor?

¿Qué es lo que en tal coyuntura

Te da pena y soledad?

¿Mi mucha facilidad

O mi poca hermosura?

¿No has hallado agora en mí

Lo que ausente imaginabas,

O en las penas que pasabas

Fué poco el bien que te di?

Mas los maridos sois ríos,

Que en llegando á la mar

De la noche del gozar,

Perdeis del curso los brios.

¿Tan fea soy, engañador?

¿Tan poco te he regalado?

Debes estar enseñado

A otra experiencia mayor.

Si amartelado venias,

¿No era remedio bastante

Una mujer ignorante

Que para mujer querias?

Yo no supe mas amores

Que los que á tu boca oí:

Si sabes mas, mas me di,

Y si mayores, mayores;

Que esa en quien es bien que quepa

Tu alma, y que así la nombres,

Aprendidos de otros hombres,

No es mucho que muchos sepa.

Véte pues, tirano injusto, (Levántase.)

Con tu gusto y mi deshonra;

Que es mejor quedar sin honra

Que casada con disgusto.

Y yo me sabré matar.

ABINDARRÁEZ.

Detente, Jarifa mía;

Que si escucharte podia,

Fué querer tu amor probar.

Escucha, espera.

JARIFA.

¿Qué quieres?

ABINDARRÁEZ.

Que menos traidor me nombres;

Que jamás los nobles hombres

Se burlan de las mujeres.

Oye, espera, por tu vida.

No me hagas correr tras tí;

Que apenas me tengo en mí,

De dolor de cierta herida.

No soy yo ingrato á tus obras,

Pues vengo á ser tu marido;

Ni el suspirar causa ha sido

De la sospecha que cobras.

No fué tu poca hermosura
O mucha facilidad;
Que eres ángel en beldad
Y reina en la compostura.
Ni te imaginó mi amor
Mas perfeta en mi pintada;
Que antes, después de gozada,
Me has parecido mayor.
Ni soy río en la corriente,
Que en la mar he de parar;
Que es mi amor el mayor mar,
Y así es bien que el tuyo aumente.
Ni he venido amartelado;
Que Dios sabe que tú has sido
Quien de aquesta boca ha oído
Amores que te he enseñado.
Alegra el rostro y escucha,
Volviendo á tu gracia el alma;
Que está ya la vida en calma.

JARIFA.

Y dime, ¿la herida es mucha?

¿Dónde la tienes? A ver.

¿Quién te hirió? ¿Cómo?

ABINDARRÁEZ.

Mi esposa,

No es herida peligrosa.

JARIFA.

Todo lo quiero saber.

¡Ay de mí! que no era en vano

El quejarte y suspirar

Toda la noche.

ABINDARRÁEZ.

Has de estar

Atenta.

JARIFA.

Di, esposo, hermano.

ABINDARRÁEZ.

¿Tu hermano soy todavía?

JARIFA.

Fuése la lengua, perdona.

ABINDARRÁEZ.

El trato antiguo la abona.

Escucha, Jarifa mía.

Llegó á Cartama Celindo

Con tu carta, cuando estaba

El sol inclinado al sur,

Pardo y triste, y no sin causa.

Leíla, beséla, y díle

Albricias de mi esperanza,

Que se perdió en el ausencia,

Después de llena de canas.

Vestíme, hermosa Señora,

Colores, plumas y galas;

Que un alegre pensamiento

Con todas tres se declara.

Bajé á nuestra huerta antigua,

Y despedíme en voz alta

De los árboles y flores,

De las fuentes y las aguas.

Díles mil abrazos tiernos,

Y ellos también se inclinaban

A darme para tí muchos;

Que aun tienen alma las plantas.

Puse al estribo las mias

Sin el arzon, y á la casa

Le dije, volviendo el rostro:

«Piedras, Jarifa me aguarda.»

No sé si me respondieron;

Pero sentí que sonaban

Por largo trecho las fuentes:

O era envidia ó tu alabanza.

Estas por todo el camino,

Jornada, aunque breve, larga,

Iban alternando á veces

Entre la lengua y el alma,

Cuando de unos robles verdes

Entre pálidas retamas

Oigo relinchos y voces,

Y alzo la lanza y la adarga;

Pero al punto estoy en medio

De cinco lanzas cristianas;
Mas sin soberbia te digo
Que eran pocas otras tantas;
Y quizá porque eran pocas
Trajo luego mi desgracia
Otras tantas de refresco,
Y una la mejor de España.
Esta fué el alcalde fuerte,
Si sabes su nombre y fama,
Que es de Alora y Antequera,
Y estaba puesto en celada.
Aparió sus caballeros,
Desafiome á batalla,
Como caballero fuerte,
Cuerpo á cuerpo en la campaña.
Como era fuerza, aceté;
Y así, con la luna clara
Comenzamos nuestra guerra,
Jagando las fuertes lanzas;
Y pues al fin me venció,
No me alabo; decir basta
Que tenía tres heridas,
En brazo, muslo y espaldas.
No me las dieron huyendo;
Pero quien con diez batalla,
También sospecho que tiene
En las espaldas la cara.
Don Rodrigo de Narvaez,
Que así el alcalde se llama,
Me prendió y llevaba á Alora,
De sus diez hombres en guarda,
Cuando, viendo mi tristeza,
Si le contaba la causa,
Me prometió dar remedio;
Y así, fué justo contaría.
Hizo el cristiano conmigo
Esta gentileza extraña
Con solo mi juramento,
Porque le di la palabra
Que dentro el día tercero
Volveria á Alora sin falta
A ser su preso y cautivo.
Mira si es justo quebrarla,
Y mira, mi bien, si debo
Llorar mi suerte contraria,
Pues le he de llevar el cuerpo
De quien tú tienes el alma.

JARIFA.

No es justo que á hombre tan noble
La palabra le rompas,
Sino que antes la cumplas
Con satisfacion al doble.
Cuando os quisierais quedar,
No os lo consintiera yo;
Que á quien tan bien procedió
No se le puede engañar.
Gran valor mostró el cristiano,
Y obligó vuestro valor:
No han hecho hazaña mayor
César ni Alejandro Mano.
De la herida vuestra y mía
Paciencia habré menester,
Pues es forzoso volver
Dentro del tercero día.
Pero perdonadme vos
Si con esto os importuno;
Que si prometistes uno,
Es fuerza que le déis dos.
Yo, que soy vuestra cautiva,
Tengo de ir con su cautivo,
Porque si en vos, mi bien, vivo,
No es justo que sin vos viva.
Tracemos partir á Alora
Antes que mi padre venga.

ABINDARRÁEZ.

¿Quién hay, Jarifa, que tenga
Tal esposa y tal señora?
No muestras menos valor
En ir con tu Abindarráez
Que entonces mostró Narvaez,
Y aun creo que este es mayor.

Dame esas manos hermosas
Por la merced que me haces;
Que así por mi satisfaces
Obligaciones forzosas.
Conozco tu heroico nombre
Y entendimiento en querer
Enseñarme, aunque mujer,
Lo mas que debo á ser hombre.
Pues es forzoso ir á Alora,
Y quieres acompañarme,
Hasta allá no he de curarme,
Si no lo mandas, Señora.
Prevengamos la partida
Para que el día tercero
Cumpla á tan buen caballero
La palabra prometida;
Que yo fio dél que allí
De nuestro remedio trata.

JARIFA.

Y cuando no haya rescate,
Yo daré el alma por ti.

(Vase.)

Huerta de una casa de labor de Arráez.

ESCENA VII.

ARRÁEZ, atando las manos con un cordel á ALARA.

ARRÁEZ.

Vuelve esas manos atrás,
Y confésame de plano
Si te ha gozado el cristiano.

ALARA.

Digo que hablado no mas.

ARRÁEZ.

¿De qué suerte?

ALARA.

No me aprietes.

Y ¡el traerme á tu heredad
Fué para tal crueldad!
¡Bien cumples lo que prometes!

ARRÁEZ.

Con este engaño he querido
Quitarte la vida aquí.
Todo lo que pasa di,
Pues sabes que lo he sabido.

ALARA.

Digo que siempre Narvaez
Me ha tratado con desden,
Aunque me ha querido bien,
Y esta es la verdad, Arráez.
La razon deste despecho
No ha sido haberme olvidado,
Sino sentirse obligado
A la merced que te ha hecho;
Porque es de tanto valor...

ARRÁEZ.

No le alabes.

ALARA.

Bien le alabo;

Que no quiere que á su esclavo
Falte por su causa honor.

ARRÁEZ.

¿Qué te ha enviado?

ALARA.

Aquel papel

Que tú escribiste.

ARRÁEZ.

Y ¿no mas? —

(Llévala á lo interior de la huerta.)

Vista exterior de la casa de labranza de Arráez.

ESCENA VIII.

NARVAEZ y NUÑO, en hábito de moros, con ARDINO.

ARDINO.

Dentro en su heredad estás,
Y aun pienso que cerca dól.

NARVAEZ.

Entre aquellos olivares
Desta huerta hablando están.

NUÑO.

Nuestros caballos sé oírán:
Bien es que aquí poco pares,
Porque los ate en la cerca.
Si hay yeguas en los establos,
Relincharán como diablos,
Si les da el viento de cerca.
Vuélvete, Señor, á Alora;
Que hay grande peligro aquí.

NARVAEZ.

Nuño, en mi vida te vi
Con miedo, sino es agora.

NUÑO.

Señor, cuando solo vengo,
Jamás temo al enemigo;
Mas cuando vengo contigo,
Miedo de perderte tengo.

NARVAEZ.

Pues calla, que es desvario;
Y pues el cielo te ha hecho
Sin poner miedo en tu pecho,
No le pongas en el mío.
Cuanto mas, que no habrá aquí,
Siendo en el campo heredad,
Tanta gente.

ARDINO.

Así es verdad.

NARVAEZ.

Y algo valdré yo por mí.
Escuchemos lo que pasa.
(Vase.)

Trozo de olivar en la huerta.

ESCENA IX.

ALARA, atada; ARRÁEZ; despues, NARVAEZ, NUÑO y ARDINO.

ARRÁEZ.

No se excusa tu castigo,
O me dirás si Rodrigo
Ha entrado en mi propia casa.
(Salen Narvaez, Nuño y Ardino, sin que los stentan, y quédanse escuchando.)

NARVAEZ. (Ap. á Nuño.)

Demi la pregunta. Escucha.

ALARA.

Jamás le he visto en Coin.

NUÑO. (Ap.)

Él la da tormento, en fin.
Debe de ser de garrucha.

ARDINO. (Ap.)

El la debe de matar.

ARRÁEZ.

Y tú, cuando á verme fuiste;
¿Qué hiciste con él? ¿Qué hiciste?

ALARA.

No mas de hablar.

ARRÁEZ.
¿Solo hablar?

¿Qué te dijo?

ALARA.
Que si hubiera
Sabido que era mujer
Tuya, se dejara arder
Primero que me escribiera.

ARRÁEZ.
Más paso. Di la verdad,
Perra; que te mataré.

ALARA.
¡Ay, que me matan!

NARVAEZ.
¿Podré,
Nuño, sufrir tal crueldad? (Ap. d. él.)

NUÑO.
Aguarda.

ARRÁEZ.
Y ese villano,
Ese cobarde Rodrigo,
¿Podrá á tan justo castigo
Agora impedir mi mano?
Que si la ponía en ti,
Dijo que á Coin vendría.
Y mi casa quemaría,
Y aun dijo que dentro á mí.
Por Alá, que habló el villano
Tal, que me obliga á reir,
De ver que entrar y salir
Le parezca que es tan llano.
¡Oh Rey, que por eso pasas!
¿Que digan cristianos quieros
Que forzarán las mujeres
Y pondrán fuego á las casas?
¿Quién dió á Narvaez cuidados
De los casamientos? Di.
¿Por dicha es nuestro alfaquí,
Que compone los casados?
El habla entre su canalla;
Que aquí, no sé si conmigo
Osara el perro enemigo
Cuerpo á cuerpo hacer batalla;
Que no hay una hormiga en él,
Ni en otros diez, para Arráez.

NARVAEZ. (Adelantándose.)
Aquí tienes á Narvaez,
Moro villano y cruel.
Desnuda presto la espada.

ARRÁEZ.
(Ap. ¡Ay de mí! vendido soy.)
Señor, á tus pies estoy,
Y te la rindo envalada.

NARVAEZ.
¿Por qué tan humilde quieros
Ofender tus altos nombres?

ARRÁEZ.
Porque todos somos hombres
Hablando con las mujeres.
Mal mi palabra cumplí.
Pues has visto lo que pasa,
Ves aquí, Señor, mi casa:
Abrásame en ella á mí.

NUÑO.
¿Quién dió á Narvaez cuidados
De los casamientos? Di.
¿Por dicha es nuestro alfaquí,
¿Que compone los casados?
¿Osará el perro enemigo
Cuerpo á cuerpo hacer batalla?

NARVAEZ.
¿Por qué Alara, Ardino, calla,
Y no viene á hablar conmigo?

ALARA.
Porque sé que has de dejarme
Otra vez en el poder
Deste moro, y ha de ser
Ocasión para matarme.

NARVAEZ.
No será: fíad de mí.
Tomemos nuestros caballos;
Que á Alora quiero llevarlos.

NUÑO.
Bien haces. Vamos de aquí.

ARRÁEZ.
¿A qué punto, triste moro,
Te han traído injustos celos!

ALARA.
¡Ay, mi alcalde de los cielos!

NARVAEZ. (Ap.)
¡Ay, Alara, que te adoro!

(Vase.)

Sala en casa de Zoraide.

ESCENA I.

ZORAIDE, CELINDO, BAJAMED,
ZARA.

ZORAIDE.
¿Qué es lo que dices, bárbaro enemigo?

CELINDO.
Córtaame, gran Alcáide, la cabeza,
Si te parece que la culpa es mía.

ZORAIDE.
¿Adónde está Jarifa?

CELINDO.
No presumas
Que alguno de tu casa parte ha sido
Para tanta desdicha.

ZORAIDE.
Dime luego
Quién la llevó y adónde está, Celindo,
O pasaréte aqueso infame pecho.

CELINDO.
Señor, cuando á Granada te partiste,
Vino aquí de secreto Abindarráez,
Y se casó con ella.

ZORAIDE.
¿Ah santo cielo!
Cumplióse lo que yo siempre temía.
¿Que en fin el mal nacido Abencerraje
Se casó con Jarifa? Pues di, perro,
¿Quién le dijo que no era hermano suyo?

CELINDO.
Dicen que há mucho que ellos lo sabían,
Y que casados de secreto estaban.

ZORAIDE.
¿Dónde la tiene agora?

BAJAMED.
El miedo tuyo
Por ventura le esconde de tus ojos.

CELINDO.
No es miedo, Bajamed; que ha sido fuer-
ir á Alora los dos, porque era preso [za
De su alcalde Narvaez, y al tercer día
Juró volver, si libertad le diese;
Y ella, como mujer, con él ha ido,
Así, por no esperar tu justo enojo,
Como por no dejar á su marido.

ZORAIDE.
Ensillame un caballo, ponle á punto.
Dame una lanza y una adarga fuerte;
Podrá ser que le alcance en el camino.

CELINDO.
Bien puede ser.

ZORAIDE.
¿Ah fiero Benecerraje,
Deshonra de mi honor y mi linaje!
(Vase.)

Sala en el castillo de Alora.

ESCENA XI.

NARVAEZ, ALARA, ARRÁEZ, NUÑO.

NARVAEZ.
Ya que en Alora estáis, mi dulce Alara,
Pruebe vuestro cruel fiero marido
El gusto de escuchar estos requiebros,
Pues no quiso sufrir celos injustos.

ALARA.
Ya no es aqueso nombre el propio suyo.
Que yo, Señor, me he de volver cristiana.

ARRÁEZ.
Ni yo quiero tener el que he tenido;
Que quien tiene mujer que le da celos,
Mejor dirá que tiene sobre el pecho
Una aguija que come sus entrañas,
Un monte grave y una eterna pena.

NARVAEZ.
Si vos cristiana habeis de ser, Señora,
Daréte libertad, y á Coin se vuelva.
Y vos podréis quedaros en Alora,
Donde no os faltará lo que perdistes.

ARRÁEZ.
Pues eso quiero; y si sufrir no pude
Mujer hermosa, viviré sin ella, [puedo,
Y haré cuenta que es muerta; que bien
Pues si es cristiana, no es la que solía.

NARVAEZ.
Primero que á Coin vuelvas, Arráez,
Le has de dar la mitad de tu hacienda
Para que viva aquí; si no, no creas
Que deste cautiverio libre escapes.

ARRÁEZ.
Y es poco lo que pides; yo me ofrezco
De darla con qué viva, y es partido
A trueco de escapar de sus rigores.

NARVAEZ.
Pues alto, en esto queden concertados.

ESCENA XII.

PAEZ. — DICHOS.

PAEZ.
Dame, Señor, albricias.

NARVAEZ.
Buenas sean.

PAEZ.
Su palabra ha cumplido Abindarráez.

NARVAEZ.
No esperé menos de su nobleza;
Que al fin acude á lo que debe en todo.

PAEZ.
Y trae su persona acompañada
De una bella morisca rebozada.

ESCENA XIII.

ABINDARRÁEZ, JARIFA. — DICHOS.

ABINDARRÁEZ.
Danos, huestre Narvaez,
Los pies á mí y mi esposa.

NARVAEZ.
Bien vengais, Jarifa hermosa,
Y vos, noble Abindarráez.

ABINDARRÁEZ.
Bien merezco lauro y palma
De la merced que recibo,
Pues, siendo el cuerpo el cautivo,
Te vengo á traer el alma.

JARIFA.
Yo, famoso don Rodrigo,
Como á quien de tu valor

Cupo la parte mayor,
Tu nombre alabo y bendigo;
Y así, vengo á ser tu esclava.

NARVAEZ.

Mi señora seréis vos.
¡Cuán justamente á los dos
El cielo á amar inclinaba,
Que sois en extremo iguales!
Y estad vos, Jarifa hermosa,
De Abindarráez quejosa,
Que dice de vos mil males;
Que aunque mucho me decía,
Hallo agora mas en vos,
Y es grande engaño, por Dios.

JARIFA.

¡Qué extremada cortesía!
Antes, si él os engañó
Con deciros bien de mí,
Vengo á estar corrida aquí.

NARVAEZ.

El que lo ha de ser soy yo;
Que si tal huésped creyera
Que mi pobre casa honrara
De otra suerte la ensanchara
Para que mejor cupiera.
Pero si en la voluntad,
Como en la casa, se vive,
Esta el alma os apercibe
Y os da á vos su libertad.
Ya sois, señor Bencerraje,
De Jarifa: andad con Dios.

ABINDARRÁEZ.

Ella y yo somos de vos
Con justo pleito bomenaje.

JARIFA.

Señor, no me desechéis;
Que quiero yo ser muy vuestra.

NARVAEZ.

Sujeta el alma se os muestra
Para que vos la mandéis.
Y perdonad si no había
Preguntado cómo estáis.

JARIFA.

Con la salud que me dáis,
Dando vida á la que es mía.

NARVAEZ.

¡Cómo va de las heridas?

ABINDARRÁEZ.
Un poco las tengo hinchadas.

NARVAEZ.

Aquí os serán bien curadas
De quien os diera mil vidas.

ESCENA XIV.

ZORAIDE, MOROS. — DICHOS.

ZORAIDE. (Dentro.)

Digo que tengo de entrar.

NARVAEZ.

¡Qué alboroto es ese?

ZORAIDE. (Saliendo.)

Afuera.

Si en tu casa no estuviera...

NARVAEZ.

Vuelve la espada á envainar,
Y di quién eres.

ZORAIDE.

Yo soy

El alcalde de Coin.

NARVAEZ.

Ya sé tu enojo, y en fin
De por medio agora estoy.
Deja, famoso Zoraida,
Las armas; que esto ya es hecho.

ZORAIDE.

Por tí las dejo, á despecho
De mi honor, famoso Alcalde.
No pudieran venir ellos
A otro sagrado mayor.

NARVAEZ.

Si estos son yerros de amor,
Ya viene el perdón con ellos.
Noble es el Abencerraje;
Por tu hijo le has tenido:
Que le perdones te pido,
Pues es de honrado linaje.

ZORAIDE.

¡Cómo te puedo negar
Cosa que tan justa es?

NARVAEZ.

Besa, Abindarráez, sus piés.

ABINDARRÁEZ.

Temblando habré de llegar. —
Llegad, Jarifa, también.

ZORAIDE.

Por mis hijos los recibo.
Mas quedáos con el cautivo.

NARVAEZ.

Es de Jarifa.

ZORAIDE.

¿De quién?

NARVAEZ.

A Jarifa se le di.

JARIFA.

Yo, Señor, le doy á vos.

NARVAEZ.

Pues yo os entrego á los dos.

ZORAIDE.

Yo á vos tres, dándome á mí;
Y os daré seis mil ducados
Por los tres.

NARVAEZ.

Esos le doy

A Jarifa.

JARIFA.

Vuestra soy.

NARVAEZ.

Queden al dote obligados.

JARIFA.

Dos arcas de ropa blanca
De mi mano os enviaré.

NARVAEZ.

Esas solas tomaré,
Por ser de mano tan franca.

ZORAIDE.

Su yerro juzgo por dicha.

NARVAEZ.

Y yo haberos obligado.
Aquí acaba, gran Senado,
El remedio en la desdicha.

LA ARCADIA,

COMEDIA DE LOPE DE VEGA CARPIO,

REVISADA

AL DOCTOR GREGORIO LOPEZ MADERA,

del consejo supremo de su majestad.

De haber llegado vuestra merced por tan justos méritos al lugar que tiene en el Supremo Consejo, le dan el parabien, entre infinito número de aficionados á sus virtudes y letras, todos los naturales de su patria, que tanto ha honrado con los singulares frutos de sus estudios; y á los que escriben el arte de la poesia de las comedias pueden asimismo dársele de que vuestra merced haya sucedido en la proteccion y amparo de las que para serlo de los pobres, y honesto entretenimiento desta corte, se representan en ella y en las demás ciudades de España. Destas he escrito muchas; que con ingenio particular me dediqué á este género de letras desde mis tiernos años; aunque para dar satisfacion de otras mayores en diversos libros, llamé las musas á mas sublime estilo; puesto que en la antigüedad no fuera necesario, pues ni el heróico era lírico, ni el epigramatario, trágico. Así los describe Crinito; y dieron á los cómicos notables honras Italia y Grecia, tanto, que nunca parece que acaban de alabar graves autores las fábulas y comedias de Sexto Turpilio, mayormente la *Lindia*, donde celebran aquellos senarios, de que hoy se hiciera tan poco advertimiento en los teatros de España. De las que he escrito, si bien inferiores á las de tantos ingenios, que las escriben con suma felicidad y elegancia, he dado á luz algunas, para remediar, si pudiese, que las impriman, como lo han hecho, tan desfiguradas de sus principios, que tales agravios no se han recibido en el mundo de autor vivo, ni tales testimonios levantado á entendimiento muerto; porque mas parecen sueños que versos, y mas locuras que sentencias: de las que he dado á luz es esta la quinta parte, y en orden á las demás, la decimatercia. Debíase su direccion justamente á vuestra merced, como primitivo don del nuevo cargo; que ya estos campos son suyos; y pues en algunas se trata tanta variedad de letras humanas y divinas, ¿á quién mejor que al príncipe de todas, como son evidente ejemplo las *Animadvertiones al derecho*, las *Excelencias del Bautista*, los *Santos de Granada* y las *Grandezas de España*; que á escribirlas otra pluma, la de vuestra merced fuera la mayor suya? Espero, entre otras cosas, que quien ha escrito y impreso (si bien en tan distintas y altas materias) se dolerá de los que escriben, y que ahora tendrá remedio lo que tantas veces se ha intentado, desterrando de los teatros unos hombres que viven, se sustentan y visten de hurtar á los autores las comedias, diciéndolo que las toman de memoria de solo oirlas, y que este no es hurto, respeto de que el representante las vende al pueblo, y que se pueden valer de su memoria; que es lo mismo que decir que un ladrón no lo es, porque se vale de su entendimiento, dando trazas, haciendo llaves, rompiendo rejas, fingiendo personas, cartas, firmas y diferentes hábitos. Esto no solo es en daño de los autores, porque andan perdidos y empeñados, pero, lo que es mas de sentir, de los ingenios que las escriben; porque yo he hecho diligencia para saber de uno de estos, llamado *el de la gran memoria*, si era verdad que la tenia; y he hallado, leyendo sus traslados, que para un verso mio hay infinitos suyos, llenos de locuras, disparates y ignorancias, bastantes á quitar la honra y opinion al mayor in-

genio en nuestra nacion y las extranjeras, donde ya se leen con tanto gusto. Pues si aquel antiguo poeta quebró al ollero los vasos con el báculo, porque cantaba mal sus versos, ¿qué harán los que ven contrahacer los suyos de oro en barro? La memoria llamó Aristóteles *habitus phantasmatis*, y en otra parte, *figurationis*; en oradores y jurisperitos famosa joya adquirida y aumentada con la cultura, como Ciceron lo dijo; pero si el filósofo siente que *magis memoria vigent, qui obtuso, hebetique ingenio sunt*, claro está que no pudiendo este adquirir, de oír representar, una comedia toda, ha de suplir sus defectos con sus versos; y que siendo de tan corto ingenio, ha de ser disparates lo añadido, porque no es posible que en tanta copia de figuras y diversidad de acciones pueda percibir á la letra mas de lo que permite la brevedad del tiempo en que las oye, y que desde allí al que las escribe ha de pasar distancia; y así, llamó san Agustin á la memoria *infiduciosus*, y en su *Ciudad de Dios* dijo: *Quis enim dubitet multo esse melius habere bonam mentem, quam memoriam quantumlibet ingentem?* En sus *Tusculanas* la llamó Tulio *rerum signatarum in mente vestigiis*; pero no para las mismas palabras, dicciones y versos, donde seria tan notable defecto saltar una sílaba; cuanto mas una cadencia. Al ilustrísimo arzobispo de Toledo don Bernardo de Rojas oí un sermón entre los dos coros, y se le envié el día siguiente escrito en verso, como anda impreso en mis *Rimas sacras*. Esto es posible, porque no se obliga la memoria á las mismas palabras, sino á las mismas sentencias, y es mas fuerza del ingenio que suya; pero percibir rigurosamente una fábula toda, de solo oirla las veces que se representa, fuera cosa rara: mas no la habemos visto. Confieso que es una excelente potencia; que *non modo philosophiam, sed omnis vitae usum, omnesque artes una maximè continet*, y así la estimo; pero con invencion y mentira la desalabo. Hombres ha habido de gran memoria. Plinio y Gelio escriben de Mitridates que sabia las lenguas de veintidos naciones sujetas á su imperio; dos mil nombres recitaba Séneca, y esto mismo hacia el ilustrísimo señor don Íñigo de Mendoza, catedrático en la universidad de Alcalá cuando yo estudiaba en ella. Scipion sabia los nombres de sus soldados, y en las divinas letras supo Esdras de memoria toda la ley y doctrina de los hebreos. Porcio Romano escribia, y lo mismo estudiaba sin volverlo á leer; pero estos son hombres raros y excepciones de la regla general de Aristóteles, como es ejemplo el insigne jurisconsulto don Francisco de la Cueva y Silva; pero estos que en un acto de comedia ponen innumerables desatinos, ¿qué memoria tienen? Vuestra merced pues pondrá remedio, por buen principio de su proteccion, á este abuso, y recibirá en su amparo la primera comedia deste libro, que, puesto que es de pastores de la Arcadia, no carece de la imitacion antigua, si bien el uso de España no admite las rústicas *Bucólicas* de Teócrito, antiguamente imitadas del famoso poeta Lope de Rueda. Esto entre tanto que se le dirigen mayores obras y se celebra su clarísimo nombre, digno de eternos mármoles, aunque ningunos lo serán mas que sus mismos escritos, donde la envidia está suspensa, y ella misma alaba lo que admira; que es la mayor vitoria.

Capellan de vuestra merced,

LOPE DE VEGA CARPIO.

LA ARCADIA.

PERSONAS.

BELISARDA.
ANFRISO.
SILVIO.

ERGASTO.
SALICIO.
ANARDA.

BATO.
FLORA.
OLIMPO.

FRONDOSO.
CARDENIO.
Músicos.—Pastores.

La escena es en Arcadia.

ACTO PRIMERO.

Campo.

ESCENA PRIMERA.

BELISARDA.

Hermosas luces del cielo,
Que influis en los mortales,
Ya los bienes, ya los males,
Ya las mudanzas del suelo;
Supuesto que vuestro celo
Es seguir vuestro camino,
¿Qué inclinacion, qué destino
Es este, con que mi amor
Va conduciendo mi honor
Al último desatino?
¿A qué mas puede llegar
La fuerza de un pensamiento,
Que á no tener sentimiento
De morir y porfiar?
La razon no halla lugar;
Porque amor amor no fuera,
Cuando á la razon le diera,
Puesto que amar altamente
Ya es razon; mas fácilmente
No ama bien quien mal espera.
¿Qué esperanza queda en mí
Cuando á un tirano me dan,
Y dividiéndome van
Del primero bien que vi?
De Anfriso dicen que fui
Estos prados y estas fuentes,
Cuyas flores y corrientes
Son los testigos mayores
De mis presentes favores
Y de mis penas ausentes.
¿Ay sitio ameno y florido!
¿Cuáles horas tuve en vos!
Tan grande amor de los dos
¿Se ha de trocar en olvido?
Un bien seis años querido,
Padre ingrato, dejar puedo?
¿Casarme yo!

ESCENA II.

ANARDA.—BELISARDA.

ANARDA. (Dentro.)
No hayas miedo.

BELISARDA.
¿Oh qué bien me respondió!

ANARDA. (Dentro.)
No hayas miedo, porque yo
A Dafne en rigor excedo.
(Sale Anarda.)

BELISARDA.

¿Eres tú la que dijiste:
«No hayas miedo»?

ANARDA.

A una celosa
Dijo, Belisarda hermosa,
El «no hayas miedo» que oíste.

BELISARDA.

¿Qué estado de amor tan triste!

ANARDA.

Pidíome que si me hablase
Su pastor, no le escuchase;
Y respondí: «No hayas miedo.»

BELISARDA.

Si hacerte mi Apolo puedo,
Tu voz por respuesta pase.
¿Ay Anarda! El padre mío
Ha resuelto de casarme
Con Salicio, y yo á quejarme
Sali al prado deste río;
Y como en amar porfío
A Anfriso, «casarme yo lo
Dije; y tu vez respondió
A este tiempo: «No hayas miedo»;
De que ya con menos quedo,
Tomando á mi intento el no.

ANARDA.

Pues no hayas miedo que sea;
Que, fuera de que es injusto
Casarte contra tu gusto,
Ya el cielo tu bien desea,
Pues en tus miedos emplea
Mi voz para darte aviso.
¿Sabe estas nuevas Anfriso?

BELISARDA.

Ya las debe de saber;
Que en el alma desde ayer
De mis sucesos le aviso.

ANARDA.

No entiendo.

BELISARDA.

Amor le estampó

Del alma en el mismo centro;
Y así, cuanto pasa dentro
Lo ve tan bien como yo.
Cuando mi padre me habló,
Anfriso oyéndolo estaba;
Que á los ojos se asomaba
Para oír lo que decía,
Por donde también salía
Cuando yo á veces lloraba;
Porque en tan fuerte ocasión
Mis lágrimas de improviso
Eran pedazos de Anfriso
Que lloraba el corazón.
Que si en el verano son
Hielos las aguas del cielo
Cuando graniza, recelo
Que no es en mi amor espanto

Que del calor y del llanto
Se engendren almas de hielo.

ANARDA.

Pésame de tu desdicha;
Pero al fin, es cierta cosa
Que no fueras tan hermosa
Si tuvieras mejor dicha.

BELISARDA.

En una palabra dicha,
Toda mi desdicha, Anarda,
Es que la muerte me aguarde
En los brazos de Salicio.

ANARDA.

Bien dan tus ojos indicio
De tu dolor, Belisarda.
Mas mira qué puede hacer
En tu servicio una amiga.

BELISARDA.

Porque yo no se lo diga
(Que sé que no he de poder),
Si le ves, hazme placer
De decirle que me casan.

ANARDA.

El valle sus cabras pasan.
Yo le diré tu suceso.

BELISARDA.

Dile cómo estoy sin seso,
Y que sus ojos me abrasan. (Vase.)

ESCENA III.

ANARDA.

Haced fiestas, pensamientos,
Haced nuevas alegrías;
Vanas esperanzas mías,
Bajad, no andéis por los vientos;
Arboles, que siempre atentos
Estuvistes á mis penas;
Aguas puras y serenas,
Donde mirándome estoy,
Oid las nuevas que os doy,
De nueva esperanza llenas.
A Belisarda ha casado
Su padre, por cuyo efeto
Saldrá de mi amor secreto
En público mi cuidado.
De mi alma ha sido amado
Anfriso sin esperanza;
Pero en aquesta mudanza
Confío que ha de ser mío;
Que en las del tiempo confío,
Que el tiempo todo lo alcanza.
Cuando este mi amor nació,
Aquestos sauces nacían;
Cuando ramos altas erian,
Verdes esperanzas yo.
Belisarda las perdió,
Yo las hallé, ya son mías:
Justas son mis alegrías.

¡Oh lo que los tiempos saben,
Pues no hay cosa que no acaben
Las mudanzas de los días!

ESCENA IV.

ANFRISO, SILVIO.—ANARDA.

ANFRISO.

Seguro estoy, Silvio amigo,
De que me pidas albricias.

SILVIO.

Ni tú dárme las codicias,
Ni yo las nuevas te digo,
Para que albricias me des,
De que tu dueño se casa.

ANFRISO.

Anarda el arroyo pasa.

SILVIO.

Haránte cristal sus pies.

ANARDA.

En el color alterado,
Anfriso, he visto que ya
De mi cuidado será
Excusado tu cuidado.
Belisarda me pidió,
De casarse consolada,
Que te diese la embajada:
Péame de serlo yo;
Que á los amigos procuro
Excusar cualquiera pena.

ANFRISO.

Que está de infinitas llena
Tal nueva, Anarda, te juro.
Pero no digas que has sido
Quien la pena me ha excusado,
Porque mayor me la has dado
Con lo que viene añadido.
Solo de Silvio entendí
Ser Belisarda casada;
Mas que estaba consolada,
Solo lo entiendo de ti.
¿Cómo sabes que lo está?

ANARDA.

Porque en las demostraciones
Se miran los corazones;
Que no se penetra allá.
Es como espejo la cara,
Adonde el alma se mira:
La pena, el amor, la ira
En su cristal se declara;
Y si ella en ella tuviera
Dolor de perderte, Anfriso,
El espejo diera aviso,
Y en la cara se le viera.

ANFRISO.

Por dicha, como no pienza
Obedecer á su injusto
Padre, no muestra disgusto
De la suya y de mi ofensa;
Que tantos años de amor
No se desprecian así.

ANARDA.

Yo digo lo que entendí:
Perdona, Anfriso, mi error.
Pero, cuando consolada
O por consolar esté,
Tú eres hombre, que yo sé
Que se te dé poco ó nada.
Fácilmente os consolais,
Fuera de que eres pastor
Digno de tenerle amor.

ANFRISO.

Y vosotras ¿cuándo amais?

ANARDA.

¿Cuándo?

ANFRISO.

Si.

ANARDA.

¿Quieres saber

La verdad?

ANFRISO.

Eso deseo;
Que ninguna ó pocas veo
Firmes, Anarda, en querer.

ANARDA.

Dejando las que se precian
De invenciones y de extremos,
Nunca de veras queremos
Sino cuando nos desprecian.

ANFRISO.

Desa suerte, ¿nunca he sido
De Belisarda estimado?

ANARDA.

Lo que he dicho no he sacado
De experiencia que he tenido;
Que aunque os confieso que quiero,
Por este cielo, pastores,
Que no sabe mis amores
La causa por quien yo muero.

ANFRISO.

Pues ¿de qué saben que adquieren
Amor, siendo despreciadas?

ANARDA.

Porque viven descuidadas
En sabiendo que las quieren.

SILVIO.

Anarda, de tí me espanto
Cómo quieres sin decillo,
Porque querer y encubrirlo
No es amor, y si es, no tanto.
Amor es fuego, y el fuego,
Aunque le encubran, presumo
Que ha de decir por el humo:
«Aquí estoy,» y verse luego.

ANARDA.

¿Qué sabes tú, Silvio amigo,
Si mi dueño está empleado
En otro mayor cuidado,
Por quien á callar me obligo?
Que era término grosero
Y ocasion para perderme
Que, no pudiendo querermelo,
Le dijese que le quiero.

SILVIO.

Tienes, Anarda, razón;
Mas quiero un consejo darte.

ANARDA.

¿Es mudar en otra parte
Esta mi loca afición?

SILVIO.

¿Parécete mal?

ANARDA.

Muy mal.
Mas quiero mis pensamientos
Que cuantos merecimientos
Tiene el mejor mayoral.

SILVIO.

¿Cuánto va que te adivino
A quién amas?

ANARDA.

Ya sé yo
Que en Arcadia os enseñó
Varios hechizos Clarino;
Pero yo os diré su nombre.

SILVIO.

¿Su nombre?

ANARDA.

Si.

SILVIO.

¿De qué modo?

ANARDA.

Siete letras tiene en todo.

SILVIO.

¿Siete letras?

ANARDA.

No te asombre.

SILVIO.

Ses, Anarda, tiene el mío.
¿Qué desdichado soy yo!
En una que me faltó,
Salió mi suerte en vacío.

ANARDA.

En siete partes están
Estas letras repartidas.
Una tiene amor.

ANFRISO.

No pidas
Mas señas, que hartas te dan.

ANARDA.

Otra la noche.

SILVIO.

No son
Enigmas sin causa alguna.

ANARDA.

La tercera la fortuna,
Y la cuarta la razón;
La injuria tiene la quinta,
La sabiduría la sexta,
La séptima el oro: en esta
Cesa esta cifra sucinta.
Y aunque en enigmas la fundo,
No há una hora que no pudiera
Decirla, ni me atreviera
Por los tesoros del mundo. (Vase.)

ESCENA V.

ANFRISO, SILVIO.

ANFRISO.

¿Entiendes esto?

SILVIO.

Yo no.
Consultemos á Clarino,
A Benalcio, al sabio Alcino.

ANFRISO.

Lo que puedo entender yo
Con alguna diligencia,
Nunca á nadie lo pregunto.
Y si todo el nombre junto
No tiene mas alta ciencia
Que sacarle desas partes,
Verás cómo en las primeras
Letras consiste.

SILVIO.

Aunque fueras
Un Apolo en estas artes,
No adivinaras mejor.

ANFRISO.

¿Quién en el principio está?

SILVIO.

Amor.

ANFRISO.

Su letra será
A; que en A comienza amor.

SILVIO.

Luego la noche.

ANFRISO.

Una N
Tiene la noche, enemiga
Del sol.

SILVIO.

La fortuna amiga
Viene tras ella.

ANFRISO.

Una F.

Esa tiene

SILVIO.

No por firme;
Que de mudable y ligera,

Por falsa, fingida y fiera,
La letra se le confirme.
Luego viene la razon.

ANFRISO.

Una R. Di adelante.

SILVIO.

La injuria.

ANFRISO.

Una I, bastante

Para cualquiera traicion.

SILVIO.

Luego la sabiduria.

ANFRISO.

Esa letra tienen pocos;
Mas vuélvenla B mil locos.

SILVIO.

¿Cómo B?

ANFRISO.

Bechillería.

Y deso sin duda nace
El engaño que se ve,
Pues se quedan en la B,
Que es cuanto sabe quien paca.

SILVIO.

Luego el oro.

ANFRISO.

El oro es letra
Que quien la alcanza á tener,
Le basta para saber,
Porque todo lo penetra.
En fin, es oro, y es la O,
En que todo el mundo fundo:
Quien le tiene, manda el mundo,
Y quien no le tiene, no.

SILVIO.

Pues en efecto, ¿qué quiso
Decir?

ANFRISO.

Ya las junto.

SILVIO.

DI.

ANFRISO.

A, N, F, R, I,
S y O dicen Anfriso.

SILVIO.

¡Por Apolo, que es verdad,
Y que se declara Anarda,
Como ve que Belisarda
Se casa!

ANFRISO.

Fué libertad,

Aunque disfrazada así;
Que no es Belisarda acaso
Pastora de á cada paso,
Para olvidarse de mí;
Ni yo, Silvio, tan grosero,
Que así la puedo olvidar.
Ella me sabrá pagar
Lo que yo la estimo y quiero;
Que no hayas miedo que pueda
Casarla el padre cruel.

SILVIO.

El viene, y viene con él
El novio.

ANFRISO.

Ya no me queda
Color ni habla.

ESCENA VI.

ERGASTO, SALICIO. — DICHOS.

Salicio.

Para mí

No hay dote de mas valor
Que su hermosura.

ERGASTO.

El amor;

Salicio, lo dice así;
Mas los hombres en efeto,
Y llegados á casar,
Siempre os queréis aumentar.

SALICIO.

Ergasto, si eres discreto,
¿Por qué en interés te pones
Con quien ama?

ERGASTO.

Porque es bien
Aumentar la hacienda en quien
Se aumentan obligaciones.

ANFRISO. (Ap. á Silvio.)

Ellos su concierto tratan:
No los puedo oír ni ver;
Que aunque sé que no ha de ser,
Con que lo tratan me matan.
Echa, Silvio, por aquí.

SILVIO.

A Belisarda me atengo.

ANFRISO.

Es mujer, y temor tengo
De la brevedad de un sí.

SILVIO.

Pues eso ¿qué contradice?

ANFRISO.

Que es tan breve el responder,
Que lo dice una mujer,
Sin saber lo que se dice.
¡Ay Dios, si tan largo fuera,
Que mas la lengua tardara!
Pues mas se considerara
Mientras mas letras tuviera.

SILVIO.

Necio temor te engañó.

ANFRISO.

¿Necio temor? ¿Cómo así?

SILVIO.

Porque si es tan breve un sí,
Eso mismo tiene un no.

ANFRISO.

¡Ay, Silvio, cómo estás ciego!
Que el no no es importunado,
Y el sí sí; que el sí es rogado,
Y todo lo vence el ruego.
(Vanse Anfriso y Silvio.)

ESCENA VII.

ERGASTO, SALICIO.

ERGASTO.

Tendrás, Salicio amigo,
Como heredero de mis breves dias
Que desde aquí te obligo,
Sobre estas siempre verdes praderías
Esta hermosa cabaña,
Que parece un pedazo de montaña;
Grande, y labrada toda
De valientes sabinas y altos pinos,
Que el sitio la acomoda
Contra los cierzos frígidos, vecinos
De aquella eterna nieve,
Que en estas cumbres el diciembre llueve.
Famosas chimeneas [ve.
Que pueden albergar cien labradores,
Con encendidas teas,
En poyos de madera y de labores,
Que acaso en las ciudades
Sillas pudieran ser de majestades.
Tiene buenas calderas
En cadenas de hierro sostenidas,
Grandes, nuevas y enteras;
Trébedes bien forjadas y fornidas,
Con un respaldar luego
De duro bronce, que defiende el fuego.
El vasar, bien colgado,
Parece una curiosa librería

De algun rico letrado,
Con tal orden, concierto y policia,
Verás el plato, el jarro,
Donde el oro y cristal envidia al barro.
Dos camas hay famosas
De cedro incorruptible, y para ellas
Sábanas tan dichosas,
Que jamás el cuidado durmió en ellas,
Con ricas almohadas.
De Belisarda en su niñez labradas.
Los colchones de pluma
Son propios de pastor; porque, Salicio,
Si para tanta suma
La tienen las ciudades por oficio,
Y á tantos atropella,
¿Qué mayor dicha que dormir sobre
Sillas y mesas tienes, [ella?
Con arcas de cipreses olorosos,
Y otros iguales bienes,
Como carros y arados provechosos,
Y trillos ya cercanos,
Donde triunfan los Césares villanos.
Lo que es de mis ganados,
Ya has visto los corderos, las ovejas
Nevar los verdes prados
Con vellones de cándidas guedejas,
Y ver los toros sueles
Dorar los montes con sus rojas pieles.

SALICIO.

Cesa, por Dios, Ergasto,
De pintarme tu hacienda; que parece
Que yo á entender no basto
Lo que la prenda que me das merece.
Allá, para las feas,
Camas puedes pintar y chimeneas;
La hermosa Belisarda
Es la mayor hacienda que tú tienes.
Esta riqueza aguarda
Mi amor, que no tus bienes; que estos
Son mayores tesoros [bienes
Que en prados cabras y en montañas to-
Vamos, si te parece, [ros.
Como es costumbre de la Arcadia, al
De Venus, en que ofrece [templo
La paz de los casados justo ejemplo,
Y allí quede jurada
La boda entre nosotros concertada.

ERGASTO.

¡Bato!

ESCENA VIII.

BATO. — DICHOS.

BATO.

¿Qué mandas?

ERGASTO.

Que luego—

A Belisarda le digas
Que juntando sus amigas,
Y mas bizarra á mi ruego,
Al templo de Venus vaya
A jurar nuestro concierto.

BATO.

Luego ¿es ya cierto?

ERGASTO.

Ya es cierto.

BATO.

Pues aquesta noche haya
Luminarias de tal modo,
Que parezca la cabaña
Troya, ardiendo en la montaña
Robles, peñas, nieve, todo.
¡Oh qué ha de haber que comer!
(Vanse Ergasto y Salicio.)

ESCENA IX.

CARDENIO. — BATO.

CARDENIO.
¿Qué hay, Bato?

BATO.

¡Oh Rústico amigo! —

CARDENIO.

¿Qué tienes?

BATO.

Ya ¡no lo digo
Con reventar de placer?

CARDENIO.

De comer fuera mejor.

BATO.

Casado se ha Belisarda.

CARDENIO.

¿Qué es lo que dices? Aguarda.
¿Es con Anfriso?

BATO.

El amor
No tuvo, á la fe, poder
Esta vez; ya es de Salicio.

CARDENIO.

¿De Salicio!

BATO.

A tu servicio.

CARDENIO.

Y ¿deso tienes placer?

¿No era Anfriso mejor dueño?

BATO.

Dalo á Dios; que es muy erguido,
Muy entosado y sabido.
Salicio es manso, es risueño,
Es fácil.

CARDENIO.

Para casado,
Manso es linda condición.

BATO.

Siendo tú el mas socarrón
Pastor que guardó ganado,
¿Por qué te llaman, Cardenio,
El Rústico?

CARDENIO.

¡Yo! ¿Qué dices?

BATO.

Que á ese nombre contradices
Con sutil y agudo ingenio.

CARDENIO.

Pues si tú dices que es manso
El novio, ó el que *no ves*,
¿Qué culpa le tengo yo?

BATO.

Manso es fácil.

CARDENIO.

Manso ó ganso,
Él se ha pescado la moza,
Que estaba para el mejor
Pastor de Arcadia.

BATO.

El pastor
Que hoy la merece y la goza
Es el mejor; y yo voy
A decirle á Belisarda
Que se ponga...

CARDENIO.

Di una albarda. —

BATO.

Gallarda á las fiestas hoy;
Que van al templo á jurar
El concierto, como es uso
Del Arcadia.

(Vase.)

ESCENA X.

CARDENIO.

La que él puso
Puede á la novia prestar,
Y puede prestar paciencia;
Que quien casa con pastora
Que á otro desea y adora
No tiene mucha prudencia;
Porque viene á ser, en fin,
Para quien la treta sabe,
Como quien aguarda llave
Para entrar en un jardín.
Ahora bien, puesto que soy
El mas rústico villano
De Arcadia, no será en vano
Turbar estas bodas hoy;
Que me ha enternecido Anfriso,
Y le tengo obligación;
Pues diera pasto á un león
Un día en Val de Narciño,
Si él con su honda y cayado
No le aventara de allí.
Agradecido nací:
A Anfriso estoy obligado.
Arcadia entró estos pellejos
Me tiene por hombre astuto;
Hoy quiero coger el fruto
De mis sutiles consejos.
Yo sé por dónde podré
Detrás del altar meterme;
Y pues que la Diosa duerme,
Yo por la Diosa hablaré.
Que, si lo que yo dijere
Creen que dice la Diosa,
Será Belisarda hermosa
Para quien yo se la diere.

ESCENA XI.

FLORA. — CARDENIO.

FLORA.

¡Oh Rústico!

CARDENIO.

Hermosa Flora,

¿Vas al templo?

FLORA.

Al templo voy.

CARDENIO.

A fe que pudieras hoy
Jurar tú con tu señora.

FLORA.

¿Con quién?

CARDENIO.

Aquí cerca está.

FLORA.

¿Quién, Cardenio?

CARDENIO.

Yo le veo.

FLORA.

Adónde saber dices.

CARDENIO.

¿Adónde? Una vuelta da.

FLORA.

Ya la he dado, y no le vi.

CARDENIO.

Pues dé otra.

FLORA.

Ya la doy.

CARDENIO.

¿No me ve?

FLORA.

Sí.

CARDENIO.

Pues yo soy,

FLORA.

¡Linda bestia!

CARDENIO.

¿Bestia?

FLORA.

Sí.

CARDENIO.

Y ¿es malo para marido?

FLORA.

Y ¿en qué una bestia has hallado
Buena?

CARDENIO.

En que ha de andar cargado
Y en que ha de ser muy sufrido.
Pero quédese con Dios,
Pues no me quiere.

FLORA.

Adios.

CARDENIO.

Ea,

¿Que no me quiere?

FLORA.

No sea

Pesado.

CARDENIO.

Peso por dos.

En efeto, ¿que es verdad
Que no me quiere?

FLORA.

En efeto,

Que no le quiero, y prometo
No le tener voluntad.

CARDENIO.

Y ¿lo promete?

FLORA.

También.

CARDENIO.

Pues voyme.

FLORA.

¿Adónde?

CARDENIO.

A morirme.

FLORA.

Muérase.

CARDENIO.

¿Sin despedirme?

FLORA.

¡El socarrón!

CARDENIO.

Hago bien.

FLORA.

No sé quién puede sufrir
Una bestia tan pesada.

CARDENIO.

En fin, ¿no se le da nada
De que me vaya á morir?

FLORA.

¿No le ve?

CARDENIO.

Pues, ¡vive Dios,

Que he de vivir y comer,
Aunque os pese!

FLORA.

Eso ¿es querer?

¡Malos años!

CARDENIO.

Para vos. —

(Vase.)

ESCENA XII. A OTRA.

BELISARDA, BATO. — FLORA.

BELISARDA.

¿Qué dices?

BATO.

Que sólo me manda,

Y que no te lo dijera,
A saber tu sentimiento.

BELISARDA.

¡Yo á jurar con tanta priesa!
Yo al templo de Vénus! Yo
Con Salicio!

BATO.

Ya te espera
Con tus amigas Ergasto.

BELISARDA.

Flora, ¿sabes estas nuevas?

FLORA.

Ya, Señora, las sabía;
Pero, por no darte pena,
No te las quise decir.

BELISARDA.

Antes yo mil veces muera
Que dé la mano á Salicio.

ESCENA XIII.

ANFRISO, SILVIO. — Dichos.

SILVIO.

No es mala palabra aquella.

ANFRISO.

¿De qué sirve, Belisarda,
Que agora, que ya te esperan
Para jurar el concierto
Que tus mudanzas concierta,
Digas que antes morirás?
¡Ay ingrata! ¿Cómo dejas
Los años de mis suspiros
Y los siglos de mis penas
Por una palabra sola,
Y esa por ventura necia,
Que oíste á un hombre, extranjero
De tu gusto y desta tierra?
¡Mal bayan mis confianzas,
Si ya puede ser que tengan
Mayor mal, pues que te casás,
Y te burias de mí y dellas!
¿Cuántas veces me dijiste:
«Esta montaña soberbia
Pondrá primero sus pinos
Entre las mismas estrellas,
Y ellas servirán de flores
Por las faldas de esas sierras,
Donde los pastores hagan
Ramilletes de planetas;
Primero verás trepar
Contra su curso á la sierra,
De unas pizarras en otras,
Las fuentes que bajan dellas;
Primero verás las almas,
Que el Aqueronte navegan,
Volver á los cuerpos fríos
Que en las sepulturas dejan;
Y verás que los pintados
Tigres juntos se apacientan
Con los corderos humildes
Y las paridas ovejas,
Que te olvide, Anfriso mío,
Ni que otros amores puedan
Mudar de mis pensamientos
Esta inviolable firmeza!»
Testigos hay, dulce ingrata,
Destas fingidas promesas:
Aquí hay flores que lo saben,
Arboles, fuentes y peñas.
¿No es verdad, árboles? Dícen,
Que sí, las altas cabezas
Bajan. Fuentes, ¿no lo dije?
Murmurando lo confiesan.
Peñas, esto ¿no es verdad?
Enternecidas lo muestran.
Todos serán contra tí,
Que hoy te casas y hoy lo niegas.
Pues presto pienso vengarme.

L-III.

BELISARDA.

¡Qué desatinado llegas
A ofender una mujer
Que tanta lealtad profesa!
¿En qué has visto mi mudanza?
¿De qué sabes que me llevan
Gustos de un nuevo pastor
A lo que Ergasto concierta?

ANFRISO.

Pues ¿no se ve claramente?
Dime tú: si tú quisieras,
¿Quién pudiera, Belisarda,
Hacer á tu gusto fuerza?
A la fe, pastora mía..
— ¿Mia dije? ¡ah necia lengua!
Vos sola habeis ignorado
Que ya es Belisarda ajena.
A la fe pues, que Salicio,
O tosco ó gallardo sea,
Para marido te agrada;
Que basta que el nombre tenga.
¡Plega á Dios que muchos años
Le goces y le aborrezcas,
Aunque aborrecerlo hará
Que pocos te lo parezcan!
Mira á quién quieres que dé
Estas amorosas prendas;
Que amor, cuando muda casa,
Todas las alhajas lleva.
Papeles hay y retratos,
Cintas hay: cosas son estas
Que, amando, tienen valor
De inestimable riqueza;
Y olvidando, son lo mismo
Que los cerros en la cuenta,
Que á los números de amor
Añaden sumas inmensas.
¿Quieres que las traiga Silvio?

BELISARDA.

¿Con qué sinrazon te quejas,
Anfriso, de mis desdichas,
Por ensalzar tus firmezas!
Traje yo con ocasiones
Este pastor á la aldea?
¿Hiciele jamás favor?
Pero ¿cómo soy tan necia
Que te doy satisfacciones?
Las que son en mi amor ciertas
Es que llevo en este pomo,
Asido de aquestas perlas
Con aquesta negra cinta,
Una ponzoña tan fiera,
Que, en obedeciendo á Ergasto
(Que es bien prestar obediencia
A un padre á quien debo tanto),
Pienso matarme con ella.

ANFRISO.

Mi bien, mi bien, ¡en tu pecho
Cupo tal crueldad! No tengas
Tan poca piedad de tí;
Que no quiero yo que mueras,
Para que el alma me mates;
Que esa vida hermosa y tierna
Es el alma de la mía.

SILVIO..

Belisarda, mas ofensa
Harás á Anfriso en matarte.

BELISARDA.

Pues ¿tú, Silvio, me aconsejas
Que no me mate? Tú eres
Su amigo? Traicion es esta.

ANFRISO.

¡Ay, Belisarda! En dos males
Tan grandes tu vida venza
El menor, que es el perderte,
Pues es mejor que te pierda
Que no que pierdas la vida.

BELISARDA.

Anfriso, tarde me ruegas.

ANFRISO.

Deja el veneno, por Dios;
No eclipses las luces bellas,
Armas de amor, donde están
Dos niñas haciendo flechas.
Vive tú, goce Salicio
Tu hermosura, porque sea
Anfriso el muerto.

BELISARDA.

Desvía;
Que si tú á mí me quisieras,
Más que de otro hombre gozada,
Estimaras verme muerta.
No tienes, Anfriso, amor;
Que están las historias llenas
De mil que han muerto á quien aman,
Porque otros no lo posean.

ANFRISO.

Deja, mi bien, la ponzoña;
Dámela á mí; que si es prueba
De tu valor, esta basta.

BELISARDA. (Yéndose.)

Anfriso, déjame, deja
Que me quite cien mil vidas.

FLORA. (A Bato.)

Ella se va: adios te queda.

BATO.

Anfriso, adios; que nos vamos
A morir. No te bago fuerza,
Belisarda, por matarme
Luego que tu muerte vea.

(Vase Belisarda, Flora y Bato.)

ESCENA XIV.

ANFRISO, SILVIO.

ANFRISO.

¡Ay Silvio! ¿Qué puedo hacer?
¿Qué lastimosa tragedia
Verá Arcadia de los dos!

SILVIO.

Pues ¿qué harás?

ANFRISO.

Morir con ella.

SILVIO.

No sé qué consejo darte
En causa de tanta pena.

ANFRISO.

Si ella muere, no hay consejo.

SILVIO.

Podrá ser que la detengan
Las canas del viejo padre.

ANFRISO.

Silvio, Belisarda lleva
Veneno, y acero yo.
Aunque excusarle pudiera;
Que basta el dolor de ver
Muerta la mayor belleza.
¡Ay, dulce amor, castigo de la tierra!
Añade esta vitoria á tus banderas.

(Vase.)

Vista exterior de un templo.

ESCENA XV.

BELISARDA, muy triste; ANARDA
y FLORA, bailando; ERGASTO,
SALICIO, OLIMPO, FRONDOSO,
BATO, músicos, pastores.

músicos. (Cantando.)

Los dos bellos novios
Para en uno sean,

*Y por muchos años
A este templo vengán.
Las verdes guirnaldas
Al altar ofrezcan
De la diosa Venus,
Que este amor concierta.
Séales propicia;
Sus palomas bellas
Ejemplo les pongan
De paz y firmeza;
Que paz en casados,
No hay cosa en la tierra
Que de mas descanso
Ni contento sea.*

ESCENA XVI.

ANFRISO, SILVIO. — DICHOS.

SILVIO. (Ap. á Anfriso.)

Llega, que quieren abrir.

ANFRISO.

¿Con qué profunda tristeza
Viene la rara belleza
Que ha de matarme y morir?
¿Quién es aquel extranjero?
Por mi vida, que es galán.

SILVIO.

Este es Olimpo, á quien dan
El nombre y lugar primero
Las montañas de Cilene:
Es de Salicio vecino,
Y vendrá á ser su padrino.

ANFRISO.

Buen talle y presencia tiene.

OLIMPO.

Bién puedes, si eres servida,
Abrir el templo.

(Abren el templo, en el cual se descubre la diosa Venus, cubierto el rostro, y á sus piés Cupido con arco y flecha.)

SALICIO.

Ya está

Abierto, en que se ven ya
La bella diosa y Cupido.

ERGASTO.

Ea, pastores de Arcadia,
Las guirnaldas y los ramos
Hoy á la diosa ofrezcamos
Que á la Minerva y Paladia
Ganó el laurel que la dió
Paris en el monte Ida.

OLIMPO.

No vi, Frondoso, en mi vida
Tanta belleza.

FRONDOSO.

—Ni yo.

Mas ¿cómo viene tan triste?

OLIMPO.

No se debe de casar
Con su gusto.

ERGASTO.

Si en jurar
Nuestro concierto consiste
La fe deste matrimonio,
Pon en el arco la mano,
Salicio.

ANFRISO. (Ap.)

—¿Ay cielo inhumano!

¿Qué mas claro testimonio
De que se quiere matar
Belisarda? Ya desata
La cinta... ¡Ay Dios! ya me mata.

SILVIO.

Calla.

ANFRISO.

No puedo callar.

ERGASTO.

Pon la mano de esa suerte,
Belisarda, al arco.

ANFRISO.

Ya
Con una jurando está,
Y con otra se da muerte.

ERGASTO.

Vénus bella, Belisarda
Y Salicio...

ESCENA XVII.

CARDENIO, que, oculto, habla por
detrás de la Diosa. — DICHOS.

CARDENIO.

Old, pastores.

OLIMPO.

¡La diosa de los amores
Habló!

ERGASTO.

No jures, aguarda.

CARDENIO.

¿Para qué quieres casarte,
Salicio? Porque cualquiera
Que con Belisarda case,
Júpiter divino ordena
Que á tres dias desde el día
Que esté casado con ella,
Muera por justo castigo
De la locura y soberbia
Que contra la diosa Venus
Tuvo su madre Laurencia,
Haciéndose mas hermosa.

ERGASTO.

¿Hay desdicha como aquesta?

OLIMPO.

Paró en tragedia la fiesta.

ERGASTO.

Cerrad el templo á la Diosa.
(Sálense del templo, y cierran á
entornan las puertas.)

SALICIO.

Ergasto, nuestro concierto
No es bien que pase adelante;
No porque el morir me espante,
Siendo por tal causa muerto,
Pero porque no se enojen
Los dioses.

ERGASTO.

Ni era razon,
Porque con la indignacion
Rayos puede ser que arrojen.
Belisarda desdichada,
Que basta ser hija mia,
Ya de tu loca porfia
Queda mi intencion vengada.
Ahora te casarás
A tu gusto.

BELISARDA.

Padre mio,
Si obedece mi albedrio
Las que por leyes le das,
¿Qué me pones culpa á mi
De las soberbias ajenas?

ERGASTO.

Hija, sintiendo tus penas,
Habla tu dolor en mí.
¿Adónde hallarás esposo
Para tres dias de vida?

BELISARDA.

A la deidad ofendida
De Júpiter poderoso
Moverá mi desventura
Primero que en paz repose;
Que no son hombres los dioses,

En quien la venganza dura.
Y cuando los sacrificios
No los muevan, niñas tiene
Diana.

ERGASTO.

De que ya viene
Mi muerte me dáis indicios. (Vase.)

BELISARDA.

Vén, Anarda, por aquí.

ANARDA.

Mucho tu desdicha siento.

BELISARDA.

Deshecho este casamiento,
No hay desdicha para mí.
(Vanse las pastoras.)

ESCENA XVIII.

ANFRISO, SILVIO, SALICIO, OLIMPO,
FRONDOSO, BATO, músicos, PAS-
TORES.

SILVIO. (Ap. á Anfriso.)

Pues, Anfriso, ¿qué tenemos?

ANFRISO.

No sé, Silvio: estoy de suerte,
Que aun no es remedio la muerte
Para el mal que padecemos.

SILVIO.

Pues ¿no te alegras de ver
Que esté libre Belisarda?

ANFRISO.

Quien tanto pesar aguarda,
¿Cómo ha de tener placer?
¡Ojalá que se casara
Salicio, porque muriera!

SILVIO.

¿Quién ha de haber que la quiera
Con una pension tan cara?

ANFRISO.

¡Ay, Silvio! yo la querré.

SILVIO.

¿Para tres dias?

ANFRISO.

Amor

Me esfuerza, porque, en rigor,
A mas peligros mas fe.

SILVIO.

Así pudiera ser ella
Elena ó la reina Dido...

ANFRISO.

¡Ay, Silvio! A los cielos pido
Que muera Anfriso por ella.
(Vanse Anfriso y Silvio.)

ESCENA XIX.

SALICIO, OLIMPO, FRONDOSO,
BATO, músicos, PASTORES.

OLIMPO.

En fin, Salicio, ¿no piensas
Casarte con Belisarda?

SALICIO.

La muerte á amor acobarda,
Con ser sus fuerzas inmensas.
Yo te agradezco el venir,
Olimpo, á ser mi padrino;
Pero vivir imagino;
Que mas me importa el vivir.
En mi cabaña te espero:
Mi huésped quiero que seas.

(Vanse Salicio, Bato, los músicos
y pastores.)

ESCENA XX.
OLIMPO, FRONDOSO.

OLIMPO.
Frondoso, hoy quiero que veas
Si es amor tirano fiero.
De envidia me deshacia
De ver el bien que esperaba
Salicio, cuando miraba
La hermosura que tenia
La divina Belisarda.

FRONDOSO.
¿Que nunca la viste?

OLIMPO.
No,
Si bien no ignoraba yo
Que era en extremo gallarda.
He tenido á buen suceso
Que no se casen los dos.

FRONDOSO.
Pues ¿qué pretendes?

OLIMPO.
Por Dios,
Que puede quitarme el seso.
No dudes que la pidiera
A Ergasto, á no estar airado
El cielo.

FRONDOSO.
Menos cuidado
Esa pretension me diera;
Si me enamorara á mí;
Pues no hay mejor pretendes
Que para no ser mujer.

OLIMPO.
Pues ¿podré servirla?

FRONDOSO.
Sí;
Que ella no se ha de casar
Ni ser ninfa de Diana,
Aunque lo dice.

OLIMPO.
Mañana
La comienzo á conquistar.
Yo soy, como tú bien sabes,
El mas rico mayoral
De Arcadia, y en sangre igual
A los mas nobles y graves.
Apenas el alba hermosa
Baja las gradas del cielo,
Corriendo á la noche el velo
Fugitiva y vergonzosa,
Cuando mis blancos ganados,
Escuadron que un río se bebe,
Forman montañas de nieve
Sobre esos húmedos prados.
Las chozas de mis pastores
A la noche dan cien fuegos,
Que alumbran sus ojos ciegos
En las tinieblas mayores.
Fáltame tierra en que siembre;
Porque á la coyunda atados
Salen veinte y cinco arados
De mi casa en el noviembre.
Fieras por mis manos muertas,
Que por esos montes nacen,
Con diversas armas hacen
Arquitectura á mis puertas.
Mis abejas, que prefiero,
A las de Abido conforman,
Docientos panales forman,
Todos de flor de romero.
Frutas cien huertas me dan,
Y pescados claros rios;
Y aunque estos bienes son míos,
De Belisarda serán.
Pondrélo todo á sus piés.

FRONDOSO.
Pues tú saldás vencedor,

LA ARCADIA.

Porque son los piés de amor
Las manos del interés.
(*Vanse.*)

ESCENA XXI.

CARDENIO, que sale del templo.

Ya no ha quedado pastor,
Y seguramente puedo,
Pues que ninguno me ha visto,
Dejar el templo de Vénus.
¡Qué bravo miedo he tenido!
Así por ver que su templo
Con este engaño ofendía
Y el religioso respeto,
Como por ver que podian
Conocer mi atrevimiento,
Y por diosa Vénus macho
(Que tambien suele tenerlos)
Mondarme sobre la espalda
Cuatro varas de cerezo!
¡Oh religion de los hombres!
¿Cuánto puedes, pues has hecho
Que esta mi voz jumentil
Pase por tiple del cielo!
Ahora bien, con este engaño
Toda la Arcadia he revuelto:
Pues no hay decir que yo he sido,
Sino tenerlo en silencio;
Porque, si saben que fui
Vénus falsa, por lo menos
El novio á quien engañé
Me ha de poner como nuevo.
Este es Bato.

ESCENA XXII.

BATO. — CARDENIO.

CARDENIO.
¿Qué hay, buen Bato?

BATO.
Pardiez, Rústico, no pienso
Que hay hombre mas desdichado.

CARDENIO.
Dime por Dios tu suceso.
¿Hásete acaso perdido
Algun becerro, algun puerco?
¿Hate hecho algun desden
Tu Flora?

BATO.
Eso sí, Cardenio:
Revuelve puercos y Floras.

CARDENIO.
Tanto mas estimo y precio
Un puerco de diez arrobas,
Recien pelado y abierto,
Con aquel unto, mas blanco
Que la nieve desos cerros,
Que la mujer mas hermosa
Con afeites y embelecos,
Cuanto va de cuerdo á loco.
Mas dime el caso, te ruego.

BATO.
¿Que no sabes cómo habló
La diosa de aqueste templo?

CARDENIO.
¿Qué diosa?

BATO.
La diosa Viérnes.

CARDENIO.
¿La diosa!

BATO.
Tenlo por cierto.

CARDENIO.
¿Por dónde habló?

BATO.
Por detrás.

163

CARDENIO.

¿Por detrás? ¡Bravo elemento!

BATO.

Cuando la miré á la boca,
Los labios no se movieron.

CARDENIO.

Y ella ¿tiene buena voz?

BATO.

Como aquí se queda al hielo,
Debe de estar resfriada,
Porque habló como un becerro.

CARDENIO.

¿Qué dijo?

BATO.

Que moriría,
En despues del casamiento
De Belisarda, Salicio.

CARDENIO.

Y ¿casóse?

BATO.

No es tan necio.
Todos van desesperados,
Y está de suerte el viejo,
Que le ha de costar la vida.

CARDENIO.

Pardios, Bato, que yo tiemblo.
¡Las cosas que hay en Arcadia!
Todos son encantamientos;
Todos son dioses y diosas,
Faunos, dríes, semideos,
Sátiros, medio-cabritos,
Circés, gaxmíos, Polifemos,
Centauros y semi-capros.

BATO.

Sí; que el dios Pan ó el dios Queso
Dicen que de una cabaña
Arrebató como un viento
Una moza de quince años.

CARDENIO.

Y ¿volvióla?

BATO.

No muy luego;
Pero á nueve meses justos
Dicen (que yo no lo creo)
Que partió un gazapo.

CARDENIO.

¿Zape!
Sin duda el padre es conejo.
No se puede aquí vivir.

BATO.

Sabe Dios lo que deseo
Irme á otro monte.

CARDENIO.

A la fe,
Que á no estar el mar en medio,
Que yo me pasara á Italia;
Que andan por estos enebros
Unos medios-niños trasgos,
Que, en viendo un pastor durmiendo,
Le vuelven en cabra, en mona,
En lechuga ó en jumento.
No has oido que en Tesalia
Era jumento Apuleyo?

BATO.

Pardiez, si á mí me transforman,
La mitad se tienen hecho.

CARDENIO.

Pues ¡mal año, si es hermosa
La mujer de algun vaquero!
A manadas no se quitan
De su cabaña un momento.

BATO.

No me caso yo en Arcadia.

CARDENIO.

Bato, no te lo aconsejo.

BATO.
Temblando de miedo estoy.

CARDENIO.
Conmigo no tengas miedo;
Que yo sé bravos conjuros.

BATO.
Solo que me vuelvan temo
Jumento, que es animal
Cuitado y de poco precio.
Ya si yo fuera caballo...

CARDENIO.
Para rocin eras bueno.

BATO.
Pudiera llevar á tres
Desde la cola al pescuezo.

CARDENIO.
Ahora bien, ¿qué me darás,
Y en este bolsillo nuevo
Te daré ciertas palabras
Que me dió el sabio Fileno,
Que con solo que las traigas
O dentro ó fuera del pecho,
Aunque sátiros y gizmios
Te den con mano de hierro,
No sentirás golpe alguno?

BATO.
¡Ay, mi querido Cardenio!
Dámelo; que aquesta noche
Te ofrezco un par de corderos
Cuyas pieles te parezcan
Descortezados almendros.

CARDENIO.
Toma; que yo fio de tí.

BATO.
Quiero ponérmela al cuello.

CARDENIO.
Bien haces; mas será bien
Probar la gracia primero.

BATO.
¿Tienes tú con qué me daré?

CARDENIO.
El cinto.

BATO.
Pues prueba quedo.
—Basta, basta.

CARDENIO.
¿Sientes algo?

BATO.
No me déis mas; que me has muerto.

CARDENIO.
Es como es nueva la gracia.
Cuando traigas los corderos,
Volveremos á probar.

BATO.
Bien dices: probarla tengo.

CARDENIO. (Ap.)
Labradores de la Arcadia,
Guardáos de mí; que os prometo
Que he de hacer, pues me teneis
Por hombre de rudo ingenio,
Que tiemblen selvas y montes
De mis famosos enredos.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

ANARDA, OLIMPO.

ANARDA.
Haré, generoso Olimpo,
Tan nuevo oficio por tí.

OLIMPO.
Si no pareciera en mí
Este amor honesto y limpio,
Por no se poder casar
La divina Belisarda,
Dile que quien ama aguarda,
Y que yo quiero aguardar.
Que me contento de ser
Admitido en las estrellas
De sus ojos, pues en ellas
Quiero esperar, quiero arder.
Los dioses se aplacarán,
No lo dudeis.

ANARDA.
Ya te aviso
Que adora á Anfriso, y que Anfriso
Es generoso y galán.

OLIMPO.
Anarda, las novedades
Son propias en las mujeres.
¿Cómo pones, pues lo eres,
En su amor dificultades?
Dile tú de parte mía
Todo lo que te he contado;
Que, como Anfriso fué amado,
Ser olvidado podría.
No son sus pechos diamantes,
Ni tan cortos suelen ser,
Que no les puedan caber
Las almas de dos amantes.
Partes concurren en mí
De nobleza y de riqueza,
Que igualan con su belleza.

ANARDA.
Véte; que ella viene aquí.

OLIMPO.
Los dioses te den, Anarda,
Buena dicha en mi suceso.

ESCENA II.

ANARDA.

Por Anfriso pierdo el seso,
Como este por Belisarda.
Bien sé que no ha de querer
A Olimpo; pero es el modo
Para que se pierda todo,
Y yo le venga á tener.
Sosegando mis sentidos;
Que son en estos desvelos
Rios revueltos de celos,
Ganancia de aborrecidos.
Yo haré tales invenciones,
Si está Olimpo de por medio,
Que tengan algun remedio
Estas mis locas pasiones.
Este papel que me dió
Ha de ser el fundamento
De todo mi pensamiento.

ESCENA III.

BELISARDA.—ANARDA.

BELISARDA.
Desde lejos te vi yo
Hablar con Olimpo, Anarda,
Y por eso no llegué.

ANARDA.
En daño de Olimpo fué,
Que tus favores aguarda,
Y me ha dado este papel,
Contándome en este prado
Pensamientos que ha soñado
Para volverte laurel.
Por cierto que él es galán
Y por extremo discreto;
Mas cansarase en efeto;
Que tus deseos te dan

Más justamente cuidados
Por Anfriso, en quien el cielo
Cubrió un ángel con el velo
De un cuerpo tan bien formado.
De suerte me ha persuadido,
Que, en fin, el papel tomé,
Y de tu amistad en fe,
Respuesta le he prometido.
No fué poco atrevimiento;
Pero soy de parecer
Que te importa responder,
Y templar su pensamiento.
Que, como así cortésmente
Le despidas, cesará
Desa locura en que está,
Que es el primero accidente;
Que con este desengaño,
Pondrá los ojos en mí
O en otra.

BELISARDA.
¿Agradate á tí?

ANARDA.
Alguna esperanza engaño.

BELISARDA.
Pues si el responderle yo
Importa á tu pensamiento,
Haré tanto atrevimiento;
Mas, si no te importa, no.

ANARDA.
Pues yo te vengo á pedir
Esta merced, Belisarda.
Bien creerás...

BELISARDA.
Espera, aguarda;—
Que ya le voy á escribir. (Vase.)

ANARDA.
¡Oh qué bien se va trazando
Dar estos celos á Anfriso!

ESCENA IV.

CARDENIO, con un paño.—ANARDA.

CARDENIO. (Ap.)
Yo voy con aqueste aviso
Toda la Arcadia engañando.
No puede la sutileza
De un hombre llegar á mas.

ANARDA.
¡Oh rústico! ¿Dónde vas?

CARDENIO.
¡Oh peregrina belleza!
A la fe, que vienes hoy
Para guardarte de Apolo.

ANARDA.
¿Qué llevas?

CARDENIO.
Un paño solo,
En que á coger flores voy.

ANARDA.
Mientes.

CARDENIO.
Encubrirte á tí
Ninguna cosa es traicion.
Mudas para el rostro son.

ANARDA.
¿Mudas para el rostro?

CARDENIO.
Sí;
Que me las ha encomendado
Cierta pastora.

ANARDA.
¿Que desto
Se te entiende?

CARDENIO.
Quien se ha puesto
Mis mudas, me ha celebrado.

Parecen nieve fingida
En el luciente color.

ANARDA.

Hazme una muda, pastor,
Que Dios alargue tu vida.
Pero ha de ser de mudanza
De un pensamiento muy necio.

CARDENIO.

No tienen mis mudas precio.
La que á ponérsela alcanza
Queda hermosa por mil años.

ANARDA.

¡Ay, Cardenio! Séalo yo
Por tí.

CARDENIO.

La que me enseñó
Aplicó medios extraños,
Y estos son cosa forzosa.

ANARDA.

Di lo que te he de enviar;
Que no es justo reparar
En nada, por ser hermosa.
¡Entran raíces de lirios,
Almendras, aceites, huevos?

CARDENIO.

Mis remedios son mas nuevos,
No causan tantos martirios.
Yo no me meto en limones,
En solimanes ni en hieles,
Ni en otras mudas crueles,
Untos, sebos ni jabones.
Envíame seis gallinas,
Que las pechugas quitadas,
Con dos yerbas destiladas,
Que conozco peregrinas,
Y para quitar el sebo
Dos cabritos; que yo haré
Que adonde tu mano esté
Se afrente el rostro de Febo.
Tu cara será en blancura
Tal, que hará la nieve pez;
Y advierte bien que es la tez
Gran parte de la hermosura.
Cuando dicen: «Bella viene
Hoy Anarda,» estas razones
No son porque las facciones
Diferentes de ayer tiene,
Sino porque trae mejor
La tez, que hace el rostro claro
Y limpio.

ANARDA.

¡Ay, Cardenio cafo!
Paga mi afición y amor
En hacermos aquesta muda.

CARDENIO.

Envía las aves luego.

ANARDA.

Yo voy.

(Vase.)

ESCENA V.

CARDENIO.

Que es ingenio ciego
El de la mujer, no hay duda.
Si dicen á la mas cuerda
Que ha de parecer mejor,
Dará en el mayor error,
Haránla que el seso pierda.
Pues si por astrología
Dicen que la harán saber
Si el otro la ha de querer,
O ausente vendrá tal día,
O con quién se ha de casar,
Acabóse; no hay discreta
Que no sea necia, y es treta
Que muchos suelen usar.
Yo he dado en esto de hacer
Mudas, y tan bien se toma,

Que no hay perdiz que no coma.
Mas hice una muda ayer
Para Clorinda, en que había,
Por decillo en dos palabras,
Polvos de estiércol de cabras,
Tártago, adelfa y lejía;
Con que se le ha de poner
La cara como un pandero;
Pero de otro enredo espero
Lindamente enriquecer.
En esta jaula metí
Estos pájaros doritos,
Que por sus nuevos estilos
Arcadia los llama así.
Su naturaleza extraña
Es nuestra lengua aprender:
Yo, para opinion tener
En toda aquesta montaña;
A que digan enseñélos
«Cardenio es sabio»; que oída
Esta voz, será tenida
Por milagro de los cielos.
Todos vendrán á saber
Sus dudas, y me han de dar
Cuanto tengan.

ESCENA VI.

ANFRISO, SILVIO.—CARDENIO.

ANFRISO.

¡Qué pesar
Tan grande en tanto placer!

SILVIO.

Mira, Anfriso, que te aviso,
Como amigo, que este intento
Te lleva á tu perdimiento.

CARDENIO. (Ap.)

Estos son Silvio y Anfriso.
Mis pájaros enseñados
Por los montes soltar quiero:
Cubran con vuelo ligero
Los sotos, valles y prados.
«Cardenio es sabio» dirán.
¡Oh, qué han de hacer los pastores!

(Vase.)

ESCENA VII.

ANFRISO, SILVIO.

ANFRISO.

Si remedios para amores,
Silvio, en las yerbas no están,
Aunque los busque Medea
En el monte de la luna;
Si olvidar no es ciencia alguna,
Ni hay libros en que se lea,
¿Cómo puedo yo olvidar?

SILVIO.

Pues ¿qué pretendes hacer,
Si no ha de ser tu mujer?

ANFRISO.

La Diosa quiero aplacar.
Visitar quiero su templo,
Bañando en sangre sus aras,
Pues con historias tan claras
Nos ha dado Grecia ejemplo.

ESCENA VIII.

ANARDA.—DICHOS.

ANARDA.

(Ap. Aquí mi enemigo está.)
¡Oh Anfriso!

ANFRISO.

¡Oh serrana bella;
Mas que la amorosa estrella
Que con el sol viene y val

ANARDA.

Si yo contigo viniera,

¡Oh nuevo, ingrato Narciso!
Fuerras tú mi sol, Anfriso,
Y entonces tu estrella fuera.
Pero ¿cómo os va de nombre?
¿Habeislo entendido?

SILVIO.

Si;

Y que me quieras á mí
Estimo, aunque á Arcadia asombra.

ANARDA.

¡Yo á tí, Silvio!

SILVIO.

Así lo siento.

ANARDA.

¿Cómo, si tu nombre tiene
Seis letras, que no conviene
Con seis á mi pensamiento,
Que en siete letras está?

SILVIO.

Si; mas viniendo á querer
A Silvio, se ha de entender;
Con que se le añade el A.

ANFRISO.

Bien dice; que siete son.

SILVIO.

Amor, principio de todo,
Dió el A.

ANARDA.

Querrás dese modo
Negar mi clara afición.
Si de la letra segunda
La noche no empieza en S,
Silvio, claro error es ese.

SILVIO.

Muy bien la cifra se funda.
Dos eses la noche tiene,
Sola y secreta, y también
La S del sueño.

ANFRISO.

Bien.

ANARDA.

Si en tercero lugar viene
La fortuna, ¿dónde está
La F en Silvio, que es I
Tras la S?

SILVIO.

Escucha.

ANARDA.

Di.

SILVIO.

A la fortuna se da
El nombre y ser de *inconstante*:
Mira si tiene la I.

ANARDA.

Y la *razon* ¿es aquí
Con la L semejante?

SILVIO.

Si; que la *razon* es alma
De la ley: la *ley* es L.

ANARDA.

¿La V que falta?

SILVIO.

No suele
La injuria llevar la palma
Menos que con la venganza.
Venganza comienza en V.

ANARDA.

Harto bien te vengas tú
De mi necia confianza.

SILVIO.

En dos que faltan está
La inteligencia y el oro.
Siete son.

ANARDA.

La junta ignoro.

SILVIO.
Pues juntas dicen: el A,
La S, la I y la L,
La V, la I y la O,
A Silvio.

ANFRISO.
Y él las juntó
Con el ingenio que suele.

ANARDA.
Silvio, bien sé que el ingrato
Pastor á quien he querido
No se da por entendido,
Y que entre los dos fué trato.
No importa; que dél yo quedo
Vengada en que no ha de ser
La que él quiere su mujer,
Y que ser su mujer puedo.
Por la agudeza te doy
Estas castañuelas mías,
Que de oro y seda estos días
Guarneci.

SILVIO.
Pagado estoy,
Aunque no soy el querido,
Con el premio que me has dado.

ANFRISO.
Todo esto, Silvio, es enfado
Y tiempo al aire perdido.
Vén por aquí.

SILVIO.
Queda adios.

ANARDA.
¿Hay mayor descortesía?
Pero yo sé que algun día
Me vengaré de los dos.

ANFRISO.
¿Tú de mí?

ANARDA.
Sí.

ANFRISO.
¿Cómo?
ANARDA.

ANORA.
Te dará Olimpo que hacer.

ANFRISO.
¿Puede hacer mas de querer
Neciamente á mi pastora?

ANARDA.
Y ella ¿no puede dejarte
Por él?

ANFRISO.
No.

ANARDA.
¿Qué necio y vano
Amor!

ANFRISO.
El ejemplo es llano.

ANARDA.
¿De qué suerte?

ANFRISO.
Escucha aparte.
Si te precias de gallarda,
Y no la dejo por tí,
¿Cómo ha de dejarme á mí.
Por Olimpo Belisarda?
Que si yo, de tí querido,
No la olvido, claro está
Que ella por él no pondrá
Tanto amor en tanto olvido.
(Vanse Anfriso y Silvio.)

ESCENA IX.

ANARDA.

Acaben hoy mis locas esperanzas
De darme con inútiles intentos
Plumas para las alas de los vientos;

Que alguna vez son cuerdas las mudan-
[zas.

No quiero yo tan necias confianzas,
Que entreteñan mis locos pensamien-
Que para castigar atrevimientos [tos;
Da licencia el amor á las venganzas.

Parécense los celos al infierno
En que castigan con eternos daños
Al mismo que es su rey y su gobierno.
Hijos sois de mi amor, no sois extra-
[ños,

Celos, porque tenéis en fuego eterno
La verde primavera de mis años.

ESCENA X.

BELISARDA.—ANARDA.

BELISARDA.
Huélgame de haberte ballado;
Que solo por tí escribiera
Este papel.

ANARDA.
No pudiera,
Belisarda, haber llegado
A mas feliz ocasion.

BELISARDA.
Tú misma se le has de dar.

ANARDA.
Un presto desengañar
Es muerte de una aficion.

BELISARDA.
¿Quieres otra cosa, Anarda?
ANARDA.
Solo que el cielo te guarde.

BELISARDA.
¿Irás al prado esta tarde?
ANARDA.

Si fueres, allá me aguarda.

BELISARDA.
A la fuente del laurel
Me hallarás.

ANARDA.
Iré por tí.
(Vase Belisarda.)

ESCENA XI.

ANARDA.

¡Ay! mi papel dice así;
Que abierto viene el papel:
(Lee.) «No hay que esperar, Olimpo,

[de mi vida
»Otro gusto mayor que aborrecerte
»Mi alma; es imposible ya quererte:

»La firme voluntad está rendida.
»Estoy del grande amor reconocida

»De Anfriso: no hay que hablar, hasta
[la muerte;

»Primero la veré, que se concierte
»Extraño amor; que quiero y soy que-

[rida.
»Necio será si intenta perseguirme
»(Que en conocer el bien no soy tan

[ruda)
»Quien quiere de sus lazos dividirme.
»Yo quiero á Anfriso; no mi amor se

[muda
»En tí; no hay que esperar de fe tan fir-

[me.
»Esto confieso, en lo demás soy muda.»

—;Bravamente le desprecia!
Pero el ingenio ha de ser

Sutil como de mujer;
Que amando, ninguna hay necia.

Con estas mismas razones
Que es Olimpo aborrecido,
Le tengo de hacer querido.

ESCENA XII.

BATO, con unas alforjas al cuello y una
bota de vino; ERGASTO, dándole de
palos.—ANARDA.

ERGASTO.
Pues; tú conmigo te pones!

BATO.
Basta, Señor, basta ya.

ERGASTO.
Villano, lo que yo mando
Se ha de hacer.

BATO.
No dices cuándo;
Que en eso el descuido está.

ANARDA. (Ap.)
Quiero, como que es acaso,
Buscar á Anfriso: este día,
Celos, halló mi porfia
A mis esperanzas paso.
Este papel ha de ser
Mi remedio ó mi venganza. (Vase.)

ESCENA XIII.

ERGASTO, BATO.

BATO.
Siempre tu enojo me alcanza,
Siempre yo vengo á tener,
Para que me desgobiernes,
La culpa de tus cuidados.
Si responde en los sagrados
Laureles la diosa Viérnes
Que el novio se ha de morir
Porque Laurencia pecó,
¿Qué culpa le tengo yo?

ERGASTO.
De aquí se puede inferir
Mi desdicha, pues se atreve
Una bestia á mi dolor.

BATO. (Ap.)
Este ¿es bolsillo ó traidor?
Tempestad de palos llueve
Después que al cuello le puse.

ERGASTO.
Ahora bien, en tanto agravio
Quiero buscar algun sabio
Que con la Diosa me excuse.
¿Sabes tú quién tenga ciencia
De adivinar?

BATO.
Sí, Señor.

Cardenio.
ERGASTO.
Y es un pastor
Rústico por excelencia.
¿Mirad con quién me aconsejo! (Vase.)

BATO.
Contra palos sabe hacer.
Bolsillos, que desde ayer,
Aunque me dan, no me quejo.
Mas tal tenga la salud.

ESCENA XIV.

CARDENIO.—BATO.

CARDENIO.
¿Qué hay, mi buen amigo Bato?

BATO.
Que tu amistad y tu trato
Me causan mucha inquietud.
Véte con Dios; que me han dado
Mil palos.

CARDENIO.
¿Hante dolido?

BATO.
Que me han muerto.

CARDENIO.
Pues no ha sido

Sin causa.

BATO.
¿Qué lo ha causado?

CARDENIO.
No sé cómo te lo diga;
Que estoy de temor perdido.

BATO.
¿De temor?

CARDENIO.
Pues ¿no me ves
El rostro todo amarillo?

BATO.
Las barbas tienes medrosas;
Que nunca te las he visto
Tan amarillas.

CARDENIO.
¡Ay, Bato!

¡Tristes de los que nacimos
En Arcadia!

BATO.
¿Hay algún trago?

Algun fauno? Hay algún jirri?

CARDENIO.
¿No me prometiste dar
Dos corderos?

BATO.
¡Oh, qué lindo!

¿Dos cabritos no te di?

CARDENIO.
Y ¿quién te dió los cabritos?

BATO.
Yo los hurté del ganado.

CARDENIO.
Apenas puse el cuchillo
Para degollar el uno,
Cuando estas palabras dijo:
«No me mates; que no soy
Cabrito, porque soy hijo
De la pastora Macania
Y del sátiro Cantinios.»
Soltéle, Bato, y al punto
Se fué al campo dando gritos.
Pues si tú niños me das,
¿Qué ha de servirte el bbsillo?
¿Cómo no te han de doler
Los palos?

BATO.
Cosa me has dicho
Que me ha de matar de miedo.
Aunque me le den cocido,
No he de comer en mi vida
Cabrito ni corderillo.
Está de suerte el Arcadia
Con estas ninfas y niños,
Sátiros, faunos y tragos,
Cinoprosopios, esfincos,
Que no saben los pastores
Cuál es cabrito ó cuál niño.
¡Ay del pastor que en Arcadia
Es desde niño cabrito!

¡Triste de mí, si mataras
Ese disfrazado hijo
De la pastora Macania
Y del sátiro Cantinios!

CARDENIO.
No dudes que te matara.
Mas ¿dónde vas?

BATO.
Este vino
Llevo al que había de ser
Yerno de Ergasto.

CARDENIO.
¿A Salicio?

Pues ¡bota de vino á un hombre
Tan poderoso y tan rico!

BATO.
Cuando nació Belisarda
Se cogió, y Ergasto dijo
Que hasta el día de su boda
No se tocara á este vino.
Hablaron desto en el prado,
Y á la fe Salicio quiso
Proballo, por medio yerno.

CARDENIO.
¡Bravo olor!

BATO.
Es ámbar fino.

CARDENIO.
Yo llevo mejor presente.

BATO.
¿Qué llevas?

CARDENIO.
Llévole á Silvio
Este paño de la sabia
Prestigitolia.

BATO.
¿Es de hechizos?

CARDENIO.
Si en los ojos se le pone
Un hombre, mira edificios
Llenos de balcones de oro,
Diamantes, perlas, jacintos;
Arboles que en vez de frutas
Llevar jamones cocidos,
Bellas perdices asadas
Y empanados palominos.
Son las hojas de las parras
Hojaldres, y los racimos
Buñuelos, la flor almibar,
Y los sarmientos prestiños.
Vense unas fuentes de leche
Con bizcochos, y de vino
Otras, y por margen tienen
Mil tazas de oro y de vidrio.
Vense frescas alamedas,
Y mil ninfas en los sitios
Mas ocultos.

BATO.
Tente, espera,
Que me tienes sin sentido.
Y eso que dices ¿se puede
Comer?

CARDENIO.
¿Pues no?

BATO.
¡Lindo vicio!

CARDENIO.
Y mas, que no te hará mal
Aunque estés comiendo un siglo.

BATO.
Por el de tu padre y madre,
¡Oh Cardenio! te suplico
Que me le dejes poner.

CARDENIO.
Voy de prisa.

BATO.
Espera.

CARDENIO.
Digo
Que me está Silvio esperando.

BATO.
Pues ponédme un poquito.

CARDENIO.
Ahora bien, por darte gusto;
Por los ojos te le cifo.

BATO.
No apriates tanto.

CARDENIO.
Esto importa.

BATO.
Ya me parece que miro
Mil fuentes de vino y leche.

CARDENIO. (Ap.)
No lo beberá Salicio.
(Quítale la bota, y vase.)

ESCENA XV.

ANFRISO, SILVIO.—BATO, con los
ojos vendados.

ANFRISO.
Pues si lo dicen las aves,
¿Qué mayor milagro quieres?

SILVIO.

Bien es que remedio esperes,
Pues en sus voces suaves
Dicen que es Cardenio sabio.

BATO.
Yo no veo cosa alguna.

ANFRISO.
Sospecho que la fortuna
Quiere deshacer mi agravio.

BATO.
Cardenio, ¿cómo no veo
Dónde están las empanadas?
(Llega á abrazarse con los recién ve-
nidos.)

ANFRISO.
Quita, bestia.

BATO.
¿Y las tortadas?

Que probar una deseo.

ANFRISO.
¿Estás en tí?

BATO.
¿No es Cardenio?

SILVIO.

¿Juegas por dicha?

BATO.
¿Quién es?

ANFRISO.
Anfriso soy. ¿No me ves?

BATO.

¿Y Cardenio?

ANFRISO.
El grande ingenio
De Cardenio ando buscando.
¿Hasle visto, Bato?

BATO.
Aquí
Me dió este paño; que así
Había de andar mirando
Mil edificios de oro;
Mas nada he visto, y se fué.

ANFRISO.
Véle á buscar.

BATO.
No podré;
Que voy á Montemedoro
A llevar aqueste vino....
¡Ay!

SILVIO.
¿Qué hay?

BATO.
Que no le hay,
Y bien puedo decir ¡ay!
Pues ha de haber palo fino.
¿Estos eran los jamones?
Mil palos me han de costar.

ESCENA XVI.

OLIMPO, FRONDOSO.—DICHOS.

OLIMPO.
Digo que los oigo hablar
Y decís tales razones.

FRONDOSO.
Que los dorilos cantando
Dicen que es sabio Cardenio,
Siendo el mas rústico ingenio?

OLIMPO.
A Cardenio regalando,
Pienso hacer que ablande el pecho
De Belisarda.

FRONDOSO.
Sí hará,
Pues las aves dicen ya
Que es sabio.

OLIMPO.
Mi amor lo ha hecho.

ANFRISO.
Retírate, Silvio, aquí; (Ap. á él.)
Que, deste Olimpo celoso,
Quiero ver si él ó Frondoso
Hablan á Bato.

SILVIO.

Es ansi.

(Retíranse Anfriso y Silvio.)

OLIMPO.

¿Qué hay, Bato?

ANFRISO. (Ap.)

¿Dijelo yo?

BATO.

¡Oh valiente mayoral,
Digno de fama inmortal!
¿Cuándo el prado mereció
Que tú le honrases así?

OLIMPO.

En él honrado viviera,
Si de Ergasto mereciera
La hermosa prenda que vi.
Muero, Bato, amigo mío,
Por Belisarda, tu dueño.
Ya pierdo el gusto y el sueño,
Ya del placer me desvío,
Ya, de mi patria olvidado,
Como el cautivo en la ajena,
Canto al son de la cadena.

BATO.

Ya, Olimpo, estoy informado
De tu amor; mas no es posible
Casarte para tres días
De vida.

OLIMPO.

A las ansias mías
No tiene el mundo imposible.
Entre tanto que se aplaca
Vénus, conquistar deseo
Su amor.

BATO.

Que te querrá creo,
Si por dicha los piés saca
Del laberinto de Anfriso.

OLIMPO.

¿Quiérame hacer un placer?

BATO.

Servicio.

OLIMPO.

Amor no ha de ser
En los regalos remiso.
Alejandro ganó el mundo
Con dar, no con pelear.
Estas perlas le has de dar;
Que amor en el dar le fundo.

BATO.

Pues ¿podréme atrever?

OLIMPO.

Sí;

Porque, cuando no las quiera;
¿Qué hay perdido?

BATO.

Aquí me espera.

OLIMPO.

Antes írémos tras tí,
Para mirar desde lejos
Con qué semblante y color
Las toma.

BATO.

Vamos, Señor;
Que no son malos consejos,
Pues Júpiter gozó en oro
La bella Dánae; que el dar
Las piedras suele ablandar.

OLIMPO.

Daréle, Bato, un tesoro,
Daréle firmes diamantes,
Y menos firmes que yo,
Telas que Persia tejó
De mil lustrosos cambiantes.
Daréle el rojo coral,
Verde en el agua, y daréle
Sangre del pez que dar suele
Vida al color natural.
Daréle con mil trofeos
Nácares de varia hechura,
Y daréle una alma pura,
Llena de castos deseos.

(Vanse Olimpo, Frondoso y Bato.)

ESCENA XVII.

ANFRISO, SILVIO.

ANFRISO.

¡Ay, Silvio! Todo ó lo mas
De lo que dijo entendi.
Perlas le dió, fuego á mí.

SILVIO.

Sin razon airado estás,
Si bien con causa celoso;
Que es Olimpo muy galán.
Mas las cosas que se dan
A un tercero cauteloso,
No siempre son con el gusto
Del dueño para quien son.

ANFRISO.

Disculpa tú la traición;
Mas no culpes el disgusto.
Desde que casarse quiso
Belisarda, andan revueltos
Los valles, los celos sueltos.

SILVIO.

Seis años de amor, Anfriso,
¿Quieres tú que un extranjero
Acabe así?

ANFRISO.

¿Por qué no?

Lo extranjero temo yo,
Y que lo prefiera espero.
Si un extranjero compone
Un libro, es mas estimado;
La tela, el oro, el brocado
Con mayor gusto se pone.
Si un artífice se llama,
Escogen al extranjero;
El propio siempre es postrero,
La envidia eclipsa su fama.
¡Ay Dios! Tú verás querido
A Olimpo de Belisarda.

ESCENA XVIII.

ANARDA.—DICHOS.

ANARDA. (Ap.)

Aquí están.

SILVIO.

Esta es Anarda.

ANARDA. (Ap.)

Hoy me vengo de su olvido.

ANFRISO.

¿Dónde tan sola?

ANARDA.

A buscar

A Olimpo.

ANFRISO.

Aquí estaba ahora.

ANARDA.

Tengo de cierta pastora
Este papel que le dar.

ANFRISO.

¿Con risa ó burla? ¡Oh qué bien!
Darásme á entender, Anarda,
Que es papel de Belisarda.

ANARDA.

Y que ella es tuya tambien.

ANFRISO.

¿Estás en tí?

ANARDA.

¿No conoces

Esta letra?

ANFRISO.

Suya es.

Anarda, no se le des,
Así tu hermosura goces.
¡Ay de mí, Silvio! Cuán ciertos
Han salido mis temores.

SILVIO.

¿Papel á Olimpo de amores,
Y tú en aquestos conciertos?
¡Por Apolo!...

ANFRISO.

¿Podré ver

Lo que escribe?

ANARDA.

Como sea

Que yo le tenga y le lea.

ANFRISO.

Sí, sí: comienza á leer.

(Lee Anarda partiendo los versos, con
que le da otro sentido.)

«No hay que esperar, Olimpo de mí
[vida,

»Otro gusto mayor; que aborreceré

»Mi alma es imposible, y á quererte

»La firme voluntad está rendida.

»Estoy del grande amor reconocida.

»De Anfriso no hay que hablar hasta la

[muerte:

»Primero la veré que se concierte

»Extraño amor; que quiero y soy que-

[rida.

»Necio será si intenta perseguirme;

»Que en conocer el bien no soy tan ruda,

»Quien quiere de sus brazos dividir-

[me.

»Yo quiero; á Anfriso no; mi amor se

[muda

»En tí: ¿no hay qué esperar de fe tan

[firme?

»Esto confieso, en lo demás soy muda.

ANFRISO.

Y muda; plegue á Dios! eternamente

Quede la lengua que escribió mudanza

Que muda mi esperanza, y quien no sien-

[te

Que es el mudarse la mayor venganza.
Déjamele leer.

ANARDA.

Si eres prudente,
Bejaréte el papel, en confianza
Que me le has de volver.

ANFRISO.

Prudente he sido,
Pues no me he muerto mientras le has
[leído.]

SILVIO. (Léete para sí.)

Es posible que escribe, hermosa Anar-
Este papel á Olimpo, que ayer vino [da,
A este monte, la ingrata Belisarda?
Castigue amor su injusto desatino.

ANARDA.

Acélsela tan divina y tan gallarda,
Que, como el sol, su resplandor divino
Quiere que gocen todos, y que á todos
Se comuniquen por extraños modos.
Aconséjale, Silvio, que la olvide;
Que tú verás que ella le quiere luego.

SILVIO.

Si á la razon esa venganza mide,
Tú, Anarda, de su hielo serás fuego.

ANFRISO.

Ella, Anarda, es verdad. Dos cosas pide
Esta traicion. Que me le des te ruego;
Que porel alto Júpiter te juro
De no dársele, pena de perjurio.

ANARDA.

Pues con esa palabra, tuyo sea.
Mas ¿qué dos cosas son las que decias?

ANFRISO.

Volverme loco y abrasar la aldea,
O que remedies tú las ansias mías.

ANARDA.

Si es porque Belisarda hablar te vea
Conmigo tiernamente algunos días,
Por el amor, Anfriso, que te tengo,
Contra mi honor en el concierto vengo.

ANFRISO.

No, sino porque yo quiero quererte;
Que bien mereces tú que yo te quiera,
Y el tiempo, amor y el trato harán de
[suerte]

Que te adore, y que olvide aquella fiera.
ANARDA. [te;
Yo quiero, aunque es traicion, obedecer-
Que puesto que á una amiga, no pudiera
Serlo nadie de mí como yo propia.

ANFRISO.

Amando, Anarda, no hay disculpa im-
ANARDA. [propia.

Belisarda ¿no es aquella?

ANFRISO.

Para mí no hay Belisarda;
Que solo hay Anarda bella.

ESCENA XIX.

BELISARDA, que baja de un monte.—
Dichos.

BELISARDA. (Ap.)

¡Juntos Anfriso y Anarda!
SILVIO.

Habla á lo tierno con ella;
Que ya os ha visto.

ANFRISO.

No sé,
Mi Anarda, cómo podré
Decirte mi sentimiento.

BELISARDA. (Ap.)

Si es acaso, pensamiento,
Ilusion que el alma ve?

¿Son cosas ciertas ó enredos?
Pasos libres, estad quedos;
Que en la noche del temor
Suele mil veces amor
Hacer personas los miedos.
Hablando de amor están.
¿Qué lo dudo, pues favores
El uno al otro se dan?
Cintas truecan de colores...
Saliendo al rostro me van.
¿Este es Anfriso? Si, él es;
Que es hombre.

ANFRISO.

Verde esperanza
Quiero, Anarda, que me des,
No pajizo, que es mudanza.

ANARDA.

¿Mudanza?

ANFRISO.

Pues ¿no lo ves?
Un árbol que verde hizo
Abril, y octubre deshizo,
¿No muda el verde que alcanza
En pajizo? Pues mudanza
Se ha de llamar lo pajizo.

ANARDA.

No hayas miedo que me mn de
Todo el mundo deste intento.

SILVIO. (Ap. á Anfriso.)

¿Con qué sentimiento acude!

ANFRISO.

Pague ansi mi sentimiento.
SILVIO.

Llore.

ANFRISO.

Rabio.

SILVIO.

Tiemble.

ANFRISO.

Sude.

BELISARDA. (Ap.)

¿Esto han llegado mis ojos
A ver? ¿Qué hay mas que decir?
Pero porque da en los ojos
Este amor, este sufrir
Debe de llamarse enojos.
Mas los ojos que tal ven,
Ojos no, que enojos son:
Tal nombre es bien que les den.

ANFRISO.

En fin, ¿tú me quieres bien?

ANARDA.

Pregúntalo al corazón.

ANFRISO. (Ap. á Anarda.)

Ya parecen éstas veras.

ANARDA.

¡Ay Dios, si me las dijeras
Con gusto!

ANFRISO.

El tiempo lo hará.

SILVIO. (Ap. á Anfriso.)

Muerta Belisarda está.
¿Qué mayor venganza espejas?

ANFRISO.

(Ap. á Silvio. Mayor será vernos ir.)
Sígueme, Anarda.

ANARDA.

¿Qué puedo
Hacer mejor que seguir
Mí sol?

(Vanse Anfriso, Anarda y Silvio.)

ESCENA XX.

BELISARDA.

Ofendida quedo.

No es mayor mal el morir.

¡Qué bien un sabio, celos, os pñtaba
En la forma de un hombre que corria
Sobre llamas de fuego, en quien ponía
Los piés como quien fuego al fin pisaba!
Y queluego que á un campo se acerca-
Todo de nieve rigurosa y fria, [ba,
Las llamas de aquel fuego sacudia
Y entre la blanca nieve descansaba.
Así me siento yo para que pruebe
Este rigor, castigo de los cielos,
Con forzoso dolor, con paso breve.
Yo voy pasando el fuego de los celos;
¡Oh si llegase al campo de la nieve,
Templando tanto amor en tantos hielos!

ESCENA XXI.

CARDENIO.—BELISARDA.

CARDENIO.

(Ap. Famosamente sucede.
Los pajarillos dorilos
Cantan con dulces estilos
Lo que ya mi ciencia puede.
«Cardenio es sabio» repiten
Con sus piquillos de amores;
Con que todos los pastores
Para buscarme compiten;
Porque viendo que las aves
Cantan mi sabiduría,
Buscan de noche y de día
Mi cabaña los mas graves.—
¡Belisarda estaba aquí!)
Guarden tu vida los cielos.

BELISARDA.

Rústico, á quien matan celos
No vive.

CARDENIO.

¿Celos á tí?

BELISARDA.

Celos, y crueles celos;
Que de la mayor amiga
Es con lo que mas castiga
La indignacion de los cielos.

CARDENIO.

¿Son por ventura de Anarda?

BELISARDA.

¿Quién te lo ha dicho?

CARDENIO.

¿No sabes

Que van cantando las aves
Que soy sabio, Belisarda?

BELISARDA.

¡Ay, si lo fueras de suerte
Que de ese mal me curaras!

CARDENIO.

Si ya en curarte reparas,
Oye.

BELISARDA.

Aun no podrá la muerte.

CARDENIO.

Ríete deso.

BELISARDA.

¡Ay de mí!

CARDENIO.

Quiere otro pastor: verás
Que tan presto olvidarás.

BELISARDA.

¿Podré?

CARDENIO.

Siendo mujer, sí.

BELISARDA.
Y ¡qué tal se me ofrecía!
CARDENIO.
¿Olimpo?
BELISARDA.
Todo lo sabes.
CARDENIO.
¿No ves que cantan las aves
La extremada ciencia mía?
BELISARDA.
Haz de manera que olvide.
CARDENIO.
¿Qué me darás?
BELISARDA.
Veinte ovejas
Que con sus blancas guedejas
La nieve estos campos mide.
CARDENIO.
Pues véte, y déjame aquí
Hacer un círculo.
BELISARDA.
¡Ay cielos!
Por lo menos de sus celos
Me libra.
CARDENIO.
Fía de mí.
BELISARDA.
No quiero yo aborrecer.
CARDENIO.
¿Pues qué?
BELISARDA.
Solo no sentir.
CARDENIO.
Tú harás á Anfriso morir.
BELISARDA.
Voy muerta.
CARDENIO.
Déjame hacer.
(Vase Belisarda.)

ESCENA XXII.
BATO. — CARDENIO.

BATO.
Aguardaba á que se fuese
Mi ama.
CARDENIO.
Bato, ¿qué ha habido?
BATO.
Ladron vinoso, hoy ha sido
Tu muerte.
CARDENIO.
¿Qué engaño es ese?
¿Sabes tú que habias conmigo?
BATO.
Daca el vino, socarrón.
Tu paño es este.
CARDENIO.
Quíston.
Es baja, con amigo.
Si la bota me llevé,
Fué porque quien ha bebido,
No ve con el paño.
BATO.
Ha sido
Engaño.
CARDENIO.
¿Engaño esto fué?
Yo sé que bebido habias.
BATO.
Probado no mas, por Dios.
CARDENIO.
¿Cuántos tragos?
BATO.
Uno ó dos.

CARDENIO.
Con eso, Bato, no vias.
Amargo estaba de ver.
BATO.
¿Que siempre me has de engañar!
CARDENIO.
¿Guarda el fauno!
BATO.
Hazme temblar;
Que, por Dios, que eche á correr.
Mas pues eres hombre sabio,
Te perdono lo del vino,
Y pues eres adivino,
Dime si merced ó agravio
Puedo recibir en dar
Estas perlas á mi ama.
CARDENIO.
¡Perlas! A ver.
BATO.
Son de fama.
Pero no me has de engañar.
CARDENIO.
¿Que ya te haces alcabuate,
Y mas de perlas?
BATO.
Pues bien,
¿Qué tienen perlas?
CARDENIO.
Si á quien
Sueña perlas, le promete,
Rato, lágrimas el sueño,
Quien las lleva para ser
Tercero de otra mujer,
¿Qué ha de esperar de su dueño?
¡Oh qué palos han de darte!
BATO.
¡Ay, Rústico! De temor
No las he dado.
CARDENIO.
Mi amor
Siempre me obliga á ayudarte.
Dácalas; que quiero hacer
Un conjuro de tal modo,
Que lo pongan en paz todo.
BATO.
No las pensarás volver.
CARDENIO.
Si no las volviere, digo
Que me degüelles.
BATO.
Pues eso
No lo dudes.
CARDENIO.
Tu suceso
Ha sido topar conmigo.
BATO.
Mira, Rústico, que son
De Olimpo.
CARDENIO.
¡Válgame el cielo!
BATO.
Siempre vivo con recelo
De tu mala condicion.
CARDENIO.
Que me quites dos mil vidas,
Si no las volviere tales.
BATO.
Haré las perlas corales.
CARDENIO.
¿Cómo?
BATO.
En tu sangre teñidas.
Pero di, pues sabes tanto,
¿Cómo no me das remedio
Para que me quiera Flora,
Flora, que me tiene muerto?

Dicen todos los zagales
Que eres tan sabio, Cardenio,
Que hasta las aves lo dicen.
CARDENIO.
Soy monstruo, Bato, en el suelo.
Y porque claro lo creas,
Que goces á Flora quiero
Esta misma noche.
BATO.
¡Ay Dios,
Si fuese tanto tu ingenio!
¿Tú no ves que ya anochece?
CARDENIO.
El asnochece estoy viendo;
Pero no importa; que yo
Haré luego con mi ingenio
Que te transformes en lobo.
BATO.
¿En lobo?
CARDENIO.
Con ciertos versos.
Irás pues á tu cabaña,
Y los pastores huyendo,
Si se desmayare Flora...
Harto te he dicho.
BATO.
Pues quedo;
Que ánimo no ha de faltarme.
CARDENIO.
Aunque de erizados pelos
Te veas cubrir el rostro,
No te dé pena; que luego,
Lavándote en una fuente,
Quedarás como primero.
BATO.
Y ¿he de tener cola?
CARDENIO.
Sí.
BATO.
Eso de la cola temo.
CARDENIO.
No fuera mucho peor
Que te transformara en ciervo?
Pero si no quieres cola,
Yo te haré mona; mas quiero
Que sepas que está la honra
En la cola, y que por eso
Estiman tanto un caballo,
Y que mirando el asiento
De una mona, no hay pastor
Tan sabio, discreto y cuerdo,
Que no se caiga de risa.
BATO.
No era menester tu ingenio
Si yo quisiera ser mona;
Que con ponerme á los viejos,
Hiciera gestos tres dias.
(Vanse.)

ESCENA XXIII.
OLIMPO, FRONDOSO.

OLIMPO.
Habría, Frondoso, intento
Esta noche, si me ayudan
Las estrellas y el silencio;
Que puesto que á mi papel
No ha respondido, estoy cierto
De que ha tomado las perlas.
FRONDOSO.
Si amor te ayuda, yo creo
Que no ha de ser imposible
El temido casamiento.
Cardenio me ha dicho á mí
Que ha de estudiar tu remedio.

OLIMPO.

Hoy te envío dos novillos,
Que fueran signo del cielo,
A haber *gémilas* de toros
Como le hay de niños tiernos.
Escrito de manchas blancas
Tiene el uno el lomo negro,
Y el otro se baña en oro,
Tostado a partes y crespo.
Hoy cerca destos laureles
Vi con Anarda riendo
A Anfriso y Silvio, y no sé,
Fronroso, que sienta desto.
Si la quiere, ¿qué mas dicha
Que amar un hombre sin celos?
Que aunque son salsa de amor,
Yo sabré comer sin ellos.
Pero arrímate, Fronroso,
A esos pungentes enebrios;
Que sienta gente.

FRONROSO.

Es verdad,
Aunque con piés soñolientos
Baja la noche a estos prados
Desde esos montes soberbios.
(*Apártanse a un lado.*)

ESCENA XXIV.

ANFRISO, SILVIO. — DICHOS.

ANFRISO.

Ahora que Belisarda,
Silvio, no sabe que tengo
Esta memoria en su olvido
Ni este cuidado en sus celos,
Vengo a adorar su cabaña.

SILVIO.

Lástima te tengo.

ANFRISO.

Creo

Que Anarda crece mi amor,
Como suele el agua al fuego
Cuando para que arda mas
Mojan el sonoro brezo. —
Amada pastora mía,
De tu sinrazon me quejó,
Tus desdenes me fatigan,
Tus sinrazones me han muerto.
Las paredes de tu choza
Ya de diamantes las veo,
Y entre ellas y mi esperanza
Un mar de quejas y celos.
Hoy me querías, ingrata,
Y hoy me aborreces. ¿Qué es esto?

OLIMPO. (*Ap. a Fronroso.*)

El que se queja es Anfriso.
¿Qué hará?

FRONROSO.

Vivir contento

De que se queje.

OLIMPO.

Mi amor

Me da mas fácil remedio.

FRONROSO.

¿Cómo?

OLIMPO.

En quitarle la vida.

ANFRISO. (*Ap. a Silvio.*)

Gente, Silvio, ocupa el puesto.

SILVIO.

Este es Olimpo sin duda.

ANFRISO.

Temo algun triste suceso,
Si habla con él Belisarda.

ESCENA XXV.

CARDENIO; SALICIO, LIDIO, VIRENO y OTROS PASTORES con hondas y cayados. — DICHOS.

CARDENIO.

Id todos con gran silencio.

SALICIO.

Pues ¿adónde viste el lobo?

CARDENIO.

Ha oído ciertos corderos
En la cabaña de Flora,
Y piensa cebarse en ellos.

SALICIO.

No hayas miedo que él se vaya.

OLIMPO. (*A Fronroso.*)

Tras un lobo vienen estos.

A la fuente te retira.

(*Vanse él y Fronroso.*)ANFRISO. (*A Silvio.*)

Olimpo nos deja el puesto.

Mis celos se van tras él.

(*Vanse él y Silvio.*)

SALICIO.

Famosas hondas tenemos.

Si él viene, Rústico, él muere.

CARDENIO.

Él quedaba entre unos tejos.
Yo voy a hacerle salir.

ESCENA XXVI.

Oyense dentro voces de ¿guarda el lobo! y sale BATO; vestido de lobo, y dan los PASTORES tras de él a palos y con hondas; entranse por un lado y salen por otro.

LIDIO.

Pastores, paso, tenéos;
Que parece que habla el lobo.

VIRENO.

¿Cómo que habla?

LIDIO.

Estad atentos.

VIRENO.

¿Si desde el tiempo de Isopo,
Que hablaban con los corderos,
Se quedó este lobo aquí?

BATO.

Pastores, oídme os ruego.

VIRENO.

Huye, Lidio; que habla el lobo.

LIDIO.

Echa por aquí, Vireno.

BATO.

No me mateis; que soy Bato.

VIRENO.

¿Otra vez! Huye, Riselo.

(*Vanse.*)

ESCENA XXVII.

BATO.

¡Bueno he quedado, a la fe!
Todo mordido de perros,
Y de las hondas y palos
Roto en mil partes el cuerpo.
¡Oh! mal hubiese el pastor
Que se cree de hechiceros,
Soberbios con ciencia humana

En los divinos secretos.
Pero yo tuve la culpa
En querer ser hombre engerto
En lobo.

ESCENA XXVIII.

CARDENIO. — BATO.

CARDENIO.

¿Qué hay, Bato amigo?

¿Gozaste a Flora?

BATO.

No puedo
Mirarte de pesadumbre.

CARDENIO.

¿Dijote muchos requiebros?

¿Es discreta? Es amorosa?

BATO.

Desespérame, Cardenio,
Con tus malicias, de suerte
Que estoy...

CARDENIO.

Pues bien, ¿qué tenemos?

¿Hate dado licantrópia?

BATO.

Toma allá tus arrapiezos;
Que aun temo, si mas los traigo,
Otro mas triste suceso.

CARDENIO.

Yo apostaré que has tenido
La culpa.

BATO.

¿Cómo?

CARDENIO.

Di: luego

Cómo entraste en la cabaña...

BATO.

Púseme desde los fresnos
A gatas, y dije *buf*.

CARDENIO.

¿No lo dije yo? ¿En qué pueblo,
En qué valle, selva ó monte
Has oído, pastor necio,
Que los lobos digan *buf*?

BATO.

Como yo era lobo nuevo,
Y no hay en toda la Arcadia
Vocabulario lobesco.
Era mucho que buscase
De mi capricho, Cardenio,
Este *buf*, que me ha costado
Bufar por montes y cerros?

CARDENIO.

Todo lo echaste a perder;
Mas no me espanto, pues veo
Que los mas de los pastores
También se pierden por eso.
Verás que quieren hablar
La lengua que no aprendieron,
Y por *alfa* dicen *buf*,
Presumidos de hablar griego.
Yo te enseñaré la lengua
Lobuna, y mañana quiero
Que vuelvas a ver a Flora.

BATO.

¡Malos años! Yo no pienso
Verme mas en tal peligro.

CARDENIO.

Júpiter, Mercurio y Febo
¿No se transformaron?

BATO.

Si,
En toros, cisnes y ciervos;
Pero ¿en lobos?..

CARDENIO.
Ahora bien,
Vén á curarte.
BATO.
Recelo...
Mirame, Cardenio, bien,
Que llevo roto el pellejo.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

ERGASTO, SALICIO.

ERGASTO.
Hice á la Diosa airada sacrificios,
Salicio amigo, que á parar bastaran
Del alto cielo los dorados quicios;
Y con saber que eternamente paran
Las ruedas en que viven sus planetas,
Pleno que detenidos me escucharan.
Y como son las víctimas perfectas
Para los dioses lágrimas, mis canas,
En esta edad á tanto mal sujetas,
Regalaron sus aras soberanas,
Y respondió, despues de tantos dias,
Que eran mis ruegos y esperanzas vanas;
Que en tanto que por fin de mis porfias
De Arcadia algun pastor no le ofreciese
Su sangre en vez de las ofensas mías,
Y las aras del templo enrojeciese,
No podia casarse Belisarda,
Sin que su esposo ¡ay misero! muriese.

SALICIO.
Pues desafortunada, vanamente aguarda
Que se mueva á piedad el amor mío.

ERGASTO.
Todo me da temor y me acobarda.
Ya de todo remedio desconfío, ¡quiera.
Pues no ha de haber pastor que morir

SALICIO.
Y fuera, Ergasto, loco desvario.
Si la Diosa por dicha respondiera
Que un esclavo extranjero se matara,
Grecia por el dinero nos le diera;
Mas morir por su gusto sobre el ara
Pastor de Arcadia por tu yerno, Ergasto,
En los mayores imposibles para.
El labrador mas vil, que lleva al pasto
Dos pobres cabras, no dará su vida
Por todo el mundo.

ERGASTO.
En vano el tiempo gasto.
Ya tengo á Belisarda prevenida
Para ser cazadora de Diana,
Y á sus sagrados bosques ofrecida.
Apenas al balcon de la mañana
El sol asomará su rubia frente
Tirado sobre azul líneas de grana,
Cuando calce su planta diligente
Argenteado coturno, de listones
Cebido en torno, y el carcax pendiente,
Con las hebillas de oro y los tachones;
Tahall de tigre llevará en el cuello
Con flechas para fieros corazones.
No matará con las del rostro bello
Al mozo libre ya que la requiebre,
Opreso con la red de su cabello.
Timido ciervo y pavorosa liebre
Matará Belisarda con Diana
Donde ese monte los arroyos quiebre.
En vez de nietos que mi barba anciana
Con tierna mano y lengua balbuciente
Regalaran la noche y la mañana,
Y colgados del cuello tiernamente

Me llamaran abuelo, en esas puertas
Cuelgue el oso feroz y el leon valiente.
Sus linteles y jambas encubiertas
Estén de los clavados jabalies, ¡las.
Las colmilludas bocas siempre abier-

SALICIO.
Conozco que es razon que desconfies
Del remedio que pide tu desgracia.
El cielo te consuele. (Vase.)

ERGASTO.
Aunque porfies,
Salicio, como el músico de Tracia,
No sacarás mi Euridice llorando,
Pues no tienen los ruegos eficacia.

ESCENA II.

BELISARDA.—ERGASTO.

BELISARDA.
¿Qué estaba aqueste bárbaro tratando
Contigo agora? ¿Qué pretendey quiere?

ERGASTO.
Estaba vuestro amor desconcertando.
Si Venus respondió que si no muere
Un pastor de la Arcadia por tu esposo,
¿Qué será justo que Salicio espere?
¿Adónde habrá pastor tan valeroso
O tan desesperado, que se deje
Quitar la vida?

BELISARDA.
Júpiter piadoso
Remedio en tantos males te aconseje.

ERGASTO.
Ya he tomado consejo, Belisarda;
Y aunque tus ojos de mi vista aleje,
La trina diosa entre su casta guarda
Albergará tu vida: ponte luego
De cazadora en hábito gallarda.
Deja las armas del muchacho ciego,
Y toma el arco de Diana hermosa,
Trocando en casto amor lascivo fuego.
Velo de plata y de color celosa
Con mil lazadas encarnadas viste,
Por quien á medio abril parezcas rosa;
Y con el girasol y el amatiste
Cubre de laberintos el trenzado,
Si ya no es que el cabello lo resiste;
Que mejor á los vientos dilatado
El mar revolverá con ondas de oro.
Tú vivirás las selvas sin cuidado,
Y yo en tu ausencia con eterno lloro. (Vase.)

ESCENA III.

BELISARDA.

• Creced, creced, ansias mías,
Y acabadme de matar,
Pues ya no pueden durar,
Con tanta pena, mis dias.
Dieron fin mis alegrías;
Que ser mías les bastó,
Pues nunc el amor me dió
Contento para tenelle;
Que solo para perdelle,
Pudiera tenerle yo.
Adios, mi antigua cabaña,
Donde vi la luz primera;
Adios, hermosa ribera
Del Erimanto, que os haña;
Adios, nevada montaña;
Prados, adios; adios, flores,
Testigos de mis dolores;
Que de Venus la porfia
A extrañas selvas me envia,
Donde no tratan de amores.
Y tú, mi querido Anfriso,

Tan querido como ingrato,
Y como ingrato, retrato
De la beldad de Narciso,
Quédate adios, pues que quise
Tu crueldad que en tus engaños
Parasen de amor seis años,
No en mí, que vivos están;
Que los años no podrán,
Pues no pueden desengañar.

ESCENA IV.

ANFRISO y SILVIO, sin ser vistos de BELISARDA.

SILVIO.
Digo que su voz oí.
ANFRISO.
Y dices bien, ella es. (Ocúltanse.)

BELISARDA.
Amor, que mis males ves,
¿Por qué te vengas de mí?
¿Quieres que muera así?
ANFRISO. Si.

BELISARDA.
¡Ay cielo! ¿Quién respondió
A lo que dije yo?

ANFRISO.
Yo.
BELISARDA.
El eco engañarme quiso;
Que como Anfriso es Narciso,
En eco me transformó.
Mas ¡ay cielo! ¿no es aquel?
Huiré dél.

ANFRISO.
Detente, fiera,
Circe de aquesta ribera,
Mas que Medea cruel;
Toma ejemplo del laurel,
Que fué de Apolo castigo.

BELISARDA.
¿Qué me quieres, enemigo?
¿Piensas que yo soy Anarda?

ANFRISO.
Bien conozco, Belisarda,
Que estoy hablando contigo.

BELISARDA.
Pues ¿qué me quieres á mí?
¿No tienes tu gusto allí?

ANFRISO.
Mi gusto contigo está;
Que no está en ella ni en mí.
Pésame de hablar así;
Pero ya no puedo mas;
Que los celos que me das
Me traen de los cabellos
A dar á tus ojos bellos
Venganzas que viendo estás.

BELISARDA.
Los que me das, enemigo,
Me dices que yo te doy.
¿Sabes por dicha quién soy?
¿Conoces que hablas conmigo?

ANFRISO.
Silvio, Señora, es testigo
Que no te quise ofender.
Tú sí, con querer querer
A Olimpo; mas tu mudanza
Solo por disculpa alcanza
Que en fin naciste mujer.

BELISARDA.
¿Por mujer culparme quieres?
¿Merece el hombre mil palmas?
Bien sabes tú que las almas
Ni son hombres ni mujeres.

Si al ser de mujer reflexos
Las mudanzas del querer,
Y el alma da al cuerpo ser,
Decir es yerro notable
«Si es mujer será mudable»,
No siendo el alma mujer.

ANFRISO.

A tanta bachillería
También diré yo mejor
Que pega el vaso al licor
El sabor que antes tenía.
Y si de tenerle un día
Le suceden estos daños;
Alma que está tantos años
En un cuerpo de mujer,
Tomar tiene de su ser
El sabor de hacer engaños.
Si á Olimpo quieres y escribes,
¡Fué milagro, Belisarda,
Que habíase yo con Anarda?

BELISARDA.

Anfriso, engañado vives.

ANFRISO.

Pues ¡disculpas apercibes?
¿En tuya esta letra?

BELISARDA.

Sí.

ANFRISO.

Pues oye:

BELISARDA.

Déjame á mí

Que la lea.

ANFRISO.

Sí yo veo

Lo que lees.

BELISARDA.

Así leo.

ANFRISO.

Pues comienza.

BELISARDA.

Dice así: {de mi vida
(Lee.) «No hay que esperar, Olimpo,
»Otro gusto mayor que aborrecerte
»Mi alma; es imposible ya quererte:
»La firme voluntad está rendida.»

ANFRISO.

Espera.

BELISARDA.

¿Qué he de esperar?

ANFRISO.

Como esto no se divida,
Dice «Olimpo de mi vida.»

BELISARDA.

Eso es queriendo engañar.

ANFRISO.

¿Cosa que me haya engañado
Quien este papel me dió?

SILVIO.

Ya llevo pensado yo
Que á los dos nos han burlado.

BELISARDA. (Lee.)

«Estoy del grande amor reconocida
»De Anfriso: no hay que hablar hasta la
[muerte;
»Primero la veré que se concierte
»Extraño amor; que quiero y soy que-
[rida.

SILVIO.

Anfriso, el papel despidió;
Que antes es en tu favor,
Y á Olimpo muestra rigor.

ANFRISO.

Como las partes divide,
Tiene contrario sentido.

SILVIO.

Quien primero le leyó
A los dos nos engañó,

Todo el papel dividido.
¡Bravo ingenio de mujer!

ANFRISO.

Comrido estoy.

SILVIO.

Y lo estás

Con causa.

ANFRISO.

Di lo demás.

SILVIO.

Acábalos de leer.

BELISARDA. (Lee.)

»Necio será, si intenta perseguirme
»(Que en conocer el bien no soy tan ruda)
»Quien quiere de sus brazos dividirme.
»Yo quiero á Anfriso; no mi amor se
[muda
»En ti; no hay que esperar de fe tan fir-
[me.
»Esto confieso, en lo demás soy muda.»

ANFRISO.

Este papel ¿no decía:
«Yo quiero.» y aquí paró
La razón?

SILVIO.

Y «á Anfriso no»,
Adelante proseguía.

BELISARDA.

El «no», Anfriso, va en la parte
Que prosigue, y dice así:
«No mi amor se muda en ti.»

ANFRISO.

¿Que pueda de amor el arte
Mudar el sentido todo?

BELISARDA.

¿Quién te ha dado ese papel?

ANFRISO.

Anarda, y cuanto hay en él
Me lo leyó de otro modo.

BELISARDA.

¡Ay, Anfriso! Lo que es cierto
Es que pensó tu mudanza
En Anarda hallar templanza
Al fuego antiguo encubierto,
Con el temor que tenías
Que si conmigo casabas
A la muerte caminabas
Por jornada de tres días.
Mas, como al fuego escondido,
Adonde lo estaba yo,
El mismo tiempo quitó
Las cenizas del olvido,
Vienes con tal fingimiento
A que hagamos amistad;
Mas quien no trata verdad
No merece acogimiento.
Vuélvete á Anarda, mi vida;
Que pues tú tienes creído
Que por Olimpo te olvidó,
Quiero ver cómo se olvida;
Que hombre de quien tú creíste
Que me obligaba su tallo,
Bueno será para amallo.
Celos, mis ojos, me diste:
Déjame que te dé celos,
Sufre como yo sufrí;
Que también me han hecho á mí
Con alma, Anfriso, los cielos.
Lo que te aviso, mi bien,
Es que mi puerta no veas,
Porque si verme deseas,
Verás á Olimpo también.
Y como obligan enojos
A hacer algún disparate,
No quiero yo que te mate,
No, por vida de tus ojos.

ANFRISO.

Belisarda, espera, aguarda.
¡Ah mi bien! oye.

BELISARDA.

¿Qué quieres?

SILVIO.

Terribles sois las mujeres.
Oye á Anfriso, Belisarda.

BELISARDA.

¿Qué quieres, Silvio?

SILVIO.

¿Es posible

Que tomes esta venganza?

ANFRISO.

Mi luz, mi amor, mi esperanza,
Ese es castigo terrible.
Oye la disculpa mía,
Mátame si te ofendí,
Y no te vayas así,
Que es matarme con sangría.
¡Plega á Dios si á Anarda quiero!..

BELISARDA.

Ya no podéis ser creídos;
Que andais trocando sentidos,
Y que me engañois espero.
Jurarás, y entenderás,
Cuando mudes pensamiento,
De otra suerte el juramento.

ANFRISO.

¿Si yo hablare á Anarda mas!...

BELISARDA.

No te canses en cantar,
Pájaro, en jaula enemiga;
Que estoy mirando la liga
En que me quieres cazar.
Aves con menos cordura
Engaña con tal reclamo;
Que yo me voy á otro ramo,
Adonde te oiga segura.

(Vase.)

ESCENA V.

ANFRISO, SILVIO.

SILVIO.

¡Belisarda, Belisarda!

ANFRISO.

Déjala, Silvio; que es ya
Bajera. Vamos; que está
Esperándonos Anarda.
¿No vuelve?

SILVIO.

No, me parece.

ANFRISO.

¿Ni la cabeza?

SILVIO.

Tampoco.

ANFRISO.

Pues haz cuenta que estoy loco,
Y mi humildad lo merece.
Dica que si voy á vella,
Veré á Olimpo.

SILVIO.

Hase vengado.

No parezca en todo el prado.

ANFRISO.

Solía ser, Silvio, estrella,

Y ya la desdicha mía
En cometa la volvió,
Que apenas rastro dejó
Del resplandor que tenía.

¿Que por venganzas y enojos

Dijese tal disparate!

«No quiero yo que te mate,

No, por vida de tus ojos.»

Muerto soy; si ella me ha muerto,

Mal puede Olimpo matarme.

ESCENA VI.

BATO. — Dichos.

BATO. (Para sí.)

Hoy acabo de curarme:
Apenas á andar acierto:
Pedradas y mordeduras
Me han puesto... Pero aquí están
Anfriso y su sombra.

ANFRISO.

Hoy dan
Fin á mi amor mis locuras.
Bato, ¿has visto á Belisarda?
¿Está en su cabana?

BATO.

No;
Que ahora al prado bajó,
Mas que la aurora gallarda.

ANFRISO.

¿Qué hay de Olimpo?

BATO.

Yo ¿qué sé?
Sé que anoche me llamó
Belisarda, y me pidió
Una luz.

ANFRISO.

¿Luz! ¿para qué?

BATO.

Tus papeles pienso que eran
Ciertas cosas que quemó,
Y aun un retrato vi yo.

ANFRISO.

Ya mis engaños ¿qué esperan?

BATO.

«Arde, par diez, les decía
Cuando los ojos quemaba;
Arde, pues en vos estaba
Alma tan helada y fría.»
Pero así, á medio quemar,
Mas de una vez le besó,
Y aun presumo que lloró,
Queriendo el fuego apagar.
No quedó cinta ni joya
Que no pereciese allí.
Caballo de Grecia fui.

ANFRISO.

Y ella, Elena; Anfriso, Troya.

BATO.

Pues no debió de quedar
Con gusto el papel quemando;
Que andaba despues juntando
Lo que estaba por quemar.
Pues una cinta leonada
Medio quemada vi yo,
Que á la muñeca la ató,
Y aun faltó para lazada.
Si os queréis bien, ¿en qué andais?

ANFRISO.

A buscarla, Silvio, vamos.
Sombra ofrecen estos ramos.
(Vanse él y Silvio.)

BATO.

Tarde buscándola vais;
Que mi amo me ha contado
Que de la diosa Aduana
Ha de ser niña mañana.

ESCENA VII.

CARDENIO, sin ver á BATO.

CARDENIO.

Lindamente se ha trazado!
Puesto detrás del altar,
A Ergasto le respondí,
Y á mil pastores que allí

Le fueron á acompañar,
Que si de Arcadia un pastor
Por Belisarda moría,
Su marido viviría;
Con que ha crecido el temor.
Todos van á consultarme.
¡Dichoso el que ofrece mas!

BATO. (Coge á Cardenio los brazos por detrás.)

Ahora no te me irás.

CARDENIO.

¿Quién es?

BATO.

Yo. No hay engañarme.
Vengan mis perlas.

CARDENIO.

Quedito.
Con ellas vengo á buscarte.

BATO.

Rústico, engaños aparte;
Que aquí no hay vino ó cabrito.

CARDENIO. (Sécalas en un tafetan colorado, y enseña la sarta.)

Vestas aquí, mentecato,
Y advierte bien que las ves,
Porque no digas despues
Que quiero engañarte, Bato.
¿No son estas?

BATO.

Ellas son.

CARDENIO.

Pues déjame, haré un conjuro.

BATO.

Aqueso no.

CARDENIO.

Yo te juro
Que no hay engaño ó traición.
Sopla.

BATO.

Soplo.

CARDENIO.

¿Linda cosa!
(Dale otro tafetan colorado y guarda
el de las perlas.)

Ya no te puede venir
Mal por ellas. Quiero ir
En busca de Anarda hermosa.
A mas ver.

BATO.

Gran cosa es
Fingirse un hombre valiente;
Es el temor diligente,
Alas le puso en los piés.
Si él me muestra algún valor,
Las perlas pierdo, á la fe.
¡Lindamente las cobré!

ESCENA VIII.

OLIMPO. — BATO.

OLIMPO.

Dulces engaños de amor,
¿Por qué me dais á entender
Que puede haber esperanza
Donde no ha de haber mudanza
De tan antiguo querer?—
¿Bato!

BATO.

Galan mayoral...

OLIMPO.

¿Qué hay de aquella bella ingrata,
Que me da vida y me mata
Como deidad celestial?
Mi vida así se resuelve,

Hacha en su mano encendida,
Que si alta me da la vida,
Me mata cuando me vuelve.

BATO.

Olimpo, por darte gusto,
A Belisarda le di
Las perlas.

OLIMPO.

¿Tomólas?

BATO.

Sí;

Pero con tanto disgusto,
Que á Ergasto, su padre, quiso
Darias, y me amenazó;
Mas despues me las volvió.

OLIMPO.

Todos son miedos de Anfriso.

BATO.

Dijome que te las diese
Tu atrevimiento culpando;
Sali temblando y rogando
Que á Ergasto no lo dijese.
Estas son: quédate á Dios,
No me vea hablar contigo.

OLIMPO.

Oye.

BATO.

Temo su castigo,
Si ve que hablamos los dos.
(Dale el tafetan y vase.)

ESCENA IX.

OLIMPO.

¿Hay pastor de menos dicha
En toda Arcadia que yo?
¿Que las perlas me volvió
Para firmar mi desdicha?
En fin; significan llanto!
Pues, vive Dios, que he de hacerlas
Mil pedazos. Salid, perlas.
(Desenvuelve el tafetan, y halla un
cordel en lugar de las perlas.)

¿Qué es esto, Júpiter santo?
Esto es cordel. ¿Que un cordel
En vez de perlas me envia
Belisarda! ¡Ay suerte mía!
Coigad mi esperanza en él.
Cuantas que un desden fué parte
Cuandó de un balcon se ahorcó
Ífis; mas no que le dió
La misma cuerda Anajarte.
Mas ¿qué me lamento aquí?
Ella de la fuente viene.

ESCENA X.

BELISARDA. — OLIMPO.

BELISARDA. (Para sí.)

Así muera y así pene
Quien pudo matarme así.
Sea ó no sea mudanza,
El tiene de padecer;
Que esto tengo de mujer,
Que es el desear venganza.

OLIMPO.

¿Conoces, pastora bella,
Este tafetan?

BELISARDA.

Yo no.

OLIMPO.

¿Y este cordel?

BELISARDA.

Nunca yo.

Aunque es tan cruel mi estrella,
Me vi tan desesperada.

OLIMPO.
Unas perlas que te di,
¡Vuelves, Belisarda, así,
Siendo tú la celebrada
De discreta y de cortés?

BELISARDA.
¡Tú perlas, Olimpo, á mí!

OLIMPO.
A Bato una sarta di;
Pero no es bien que me des
Tan infame galardón.

BELISARDA.
Tenme, Olimpo, por mas cuerda;
Que en mi vida se me acuerda
Haber hecho sinrazón.

OLIMPO.
¡Luego ¿Bato me ha engañado?

BELISARDA.
Son burlas entre pastores....

ESCENA XI.

ANFRISO, SILVIO.—DICHOS.

BELISARDA. (*Viendo venir á Anfriso y Silvio.*)

Y porque de mis rigores
No estés tan mal informado,
Quiero trocarte el cordel
A esta banda.

OLIMPO.
El cordel no;
Que quiero guardarle yo
Para hacer un lazo dél
En que deste sauce verde
Cuelgue mi desconfianza,
Pues en esta banda alcanza
Lo que por desdicha pierde.
Y quiero darte la mia,
Aunque azul; que no son celos,
Sino color de los cielos.

ANFRISO. (*Ap. á Silvio.*)
¡Ay Silvio! verdad decia.
Ya la vine á ver, y vi
A Olimpo.

SILVIO.
¡Estoy admirado!
Su verde banda le ha dado.

ANFRISO.
¡Y él la azul! ¿Qué aguardo aquí?

BELISARDA. (*Ap.*)
Agradezca los favores
Olimpo á que he visto á Anfriso.
Padezca, pues él lo quiso;
Que á un desleal dos traidores.

OLIMPO.
De tantos merecimientos,
Señora, como en vos miro,
Algunas veces retiro
Mis cobardes pensamientos;
Mas, á vuestra luz atentos,
Responde vuestra hermosura
Que amándoos con fe tan pura,
No os tendréis por deservida
De ser dueño de una vida
Que morir por vos procura.
Paso las noches y días
Solo imaginando en vos,
Y en pensar que os hizo Dios
Para mis melancolías.
No aumenta las ansias mías
Que me despreciéis, pues cuanto
Me humillais, yo me levanto;
Solo me causa disgusto
Que el aborrecer sea justo
A un hombre que os quiere tanto.
Pero en tan cruel estado,

Mas estimo, de perdido,
Ser de vos aborrecido
Que de todo el mundo amado.
Gusto de ser desdichado;
Y me pesara, por Dios,
Que me quieran esas dos
Estrellas de gloria llenas,
Porque no me falten penas
Que pueda sufrir por vos.
Aborrecido, he querido
Obligaros con amaros,
Porque mas viene á obligaros
Amaros aborrecido.
Y no hayais temor de olvido;
Que antes que sea posible
Faltar mi amor invencible
De obligacion tan forzosa,
Dejaréis de ser hermosa,
Que es el mayor imposible.

BELISARDA.
Por el gusto que me ha dado
Esa humildad, daros quiero
De mi rostro un verdadero
Retrato, harto bien pintado.
Con esta liston leonado
En mi nombre le traeréis.

OLIMPO.
Si tanta merced me hacéis,
¿Quién podrá seros ingrato?
ANFRISO. (*Ap. á Silvio.*)
¿Qué le ha dado?

SILVIO.
Su retrato.
ANFRISO.
Ojos, ¿qué mirais? ¿qué veis?

OLIMPO.
Bos quiero por este daros,
Y aun son pequeños despojos;
Que en las niñas de estos ojos
Os retraté con miraros.

BELISARDA.
Dellos quiero trasladaros
Al alma.

OLIMPO.
Celos de dos
Me dais.

BELISARDA.
Yo me voy.

OLIMPO.
Adios.
Pero acompañaros quiero.

BELISARDA.
Seguidme.
OLIMPO.
Si por vos muero,
Preguntaldo...

BELISARDA.
¿A quién?
OLIMPO.

A vos.
(*Vanse asidos de las manos Olimpo y Belisarda.*)

ESCENA XII.

ANFRISO, SILVIO.

ANFRISO.
¿Fgéronse juntos?

SILVIO.
Mira
Qué se puede fiar en tal sugeto.

ANFRISO.
Su libertad me admira.
De celos, Silvio, es el postrero efeto
Volver á un hombre loco,
Conque el alma y la vida tiene en poco.
Pues no mas alma y vida;

Plérandse vida y alma juntamente,
La libertad perdida.
Prado, montaña, selva y monte y fuente,
Llorad al pastor vuestro,
Si os mueve aquel amor antiguo nuestro.
Ya se murió, pastores,
Aquel pastor que tanto habeis amado.
Llorad, silvestres flores, [*do:*]
Selva, montaña, bosque, fuente y pra-
Belisarda, os aviso,
Que adora á Olimpo y aborrece á Anfriso.
Aves, que aquí la visteis,
Y ano esperéis que á ver un muerto vuel-
Cantad endechas tristes, [*va;*]
Bosque, fuente, montaña, prado y selva;
Decidla que es ingrata.

SILVIO. (*Ap.*)
Si ella no vuelve, mi pastor se mata.
Aunque Olimpo me vea,
Quiero llamarla. (*Vase.*)

ANFRISO.
¿Que con él se embosque!
¿Quién habrá que tal crea,
Prado, montaña, selva, fuente y bosque?
Murmurad, arroyuelos,
Que Belisarda me mató de celos.

ESCENA XIII.

CARDENIO, BATO.—ANFRISO.

CARDENIO.
Tengo el libro que digo
De secretos famosos.

BATO.
Y ¿no puedo
Verle, Rústico amigo?

CARDENIO.
Que lo digas á nadie tengo miedo.
Contiene cosas graves.

BATO.
Tu ciencia cantan las parleras aves.

ANFRISO.
¡Hola! ¿Quién va?

BATO.
¿Qué es esto?

ANFRISO.
¿De quién sois, almas? Respondedme,
CARDENIO. [*sombrag.*]

¿No es este Anfriso?

ANFRISO.
Presto.

BATO.
¿Cómo ó por qué razon sombra me
CARDENIO. [*nombras?*]

¿Adónde vas? ¿Qué tienes?

ANFRISO.
Voy á mis males y perdí mis bienes.
¿Qué nuevas hay del mundo,
Tú, que vienes de allá?

BATO.
Loco se ha vuelto
Anfriso. ¿Amor profundo!

CARDENIO.
Señor, el mundo todo está revuelto,
Los grandes y los chicos,
Los pobres y los ricos.

ANFRISO.
Pues ¿hav ricos?

CARDENIO.

Los que tienen dinero.

ANFRISO.
¿Riqueza puede haber adonde hay
¿Qué nuevas bay, grosero? [*muerte!*]

CARDENIO.

Señor, que vence al flaco el que es mas
Hasta tragarle vivo; [fuerte,
Que está libre el pedir, y el dar cautivo;
Que mueren avarientos,
Y pródigos heredan sus haciendas;
Que hay muy pocos contentos,
Y que los desengaños ponen tiendas
De espejos á los años,
Y que ninguno compra desengaños;
Que cuanto un hombre adquiere
Le gasta su mujer en locas galas;
Que la ignorancia quiere
Entronizarse con prestadas alas,
Y que el ingenio y ciencia
Piden limosna y pierden la paciencia.
La envidia hace su oficio;
La soberbia desprecia, como suele;
La virtud huye al vicio,
El vicio á la virtud; el tiempo muele,
Y llegan de mil modos
Con sus costales á la muerte todos.

ANFRISO.

¿Hay pleitos?

CARDENIO.

¿Cuándo faltan?

ANFRISO.

Lástima tengo á quien los averigua,
No á quien los trata.

CARDENIO.

Saltan

De entre los piés, que es su costumbre
[antigua.

ANFRISO.

¿Hay celos?

CARDENIO.

¿Qué son celos?

ANFRISO.

Un infierno de amor, color de cielos.

CARDENIO.

Que tú los tienes creo,
Segun estás. Mal hace Belisarda
En este ajeno empleo.—
Bato, temblando estoy. (Ap. á sí.)

ANFRISO.

Cardenio, aguarda.

¿Sabes alguna cosa?

CARDENIO.

Que estima á Olimpo Belisarda hermo-
[sa.

ANFRISO.

¿Oh perro! ¿eso sabías?

Morir tienes.

CARDENIO.

Ayúdame aquí, Bato.

BATO.

¿Para qué le decías

Que amaba á Olimpo?

ANFRISO.

Pagarás, ingrato,

La nueva desta suerte.

CARDENIO.

Bato, que me degüella.

BATO.

Tente fuerte. —

Suéltale, Anfriso amigo,

Suéltale.

ANFRISO.

¿Quién lo manda?

BATO.

Belisarda.

ANFRISO.

¿Adónde está?

BATO.

Contigo.

ANFRISO.

¿Oh pastora bellísima y gallarda!

BATO.

Esto faltaba agora.

¿Yo tengo cara ¡ay triste! de pastora?

ANFRISO.

Vuelve esos bellos ojos.

CARDENIO. (Ap.)

Por este sauce preparé ligero.

(Sútese á un árbol.)

ANFRISO.

¿Por qué me das enojos,

Pues yo te adoro?

BATO.

(Ap. Aquí perezo y muero.)

Rústico, dame ayuda.

¿No hay un pastor que á socorrerme

¡Ah; Cardenio! dicienda. [acuda?

CARDENIO.

No bajaré, si el mundo me lo manda.

BATO.

Pastor, ¿que me pretende!...

ANFRISO.

¿Cómo á Olimpo dejó llevar mi banda?

Pues ¿dónde está?

BATO.

Allí viene.

Valedme, piés. (Vase.)

ESCENA XIV.

ANFRISO, CARDENIO, en el árbol.

CARDENIO.

Ciprésa.

ANFRISO.

Banda tiene.

¿Si es este que subido

Está en aqueste sauce? ¡Hola! ¿quién

CARDENIO.

¿No lo ves en el nido?

Un pajarote soy.

ANFRISO.

Baja, si quieres.

CARDENIO.

Estoy sobre los huevos.

ANFRISO.

Pues yo suelo coger pájaros nuevos.

Piedras barán que bajen.

CARDENIO.

Espera, espera.

ANFRISO.

Pájaros he visto,

Mas no destos linajes.

CARDENIO.

Soy un urracó y hombre, que conquisto

El monte y la ribera.

ANFRISO.

La banda me has de dar, Olimpo.

CARDENIO.

Espera.

Ya bajo; pero advierte

Que yo no soy Olimpo.

ANFRISO.

Belisarda.

Lo dijo.

CARDENIO.

Desta suerte

Pienso escaparme.

ANFRISO.

¿Oh perro ingrato! aguarda.

CARDENIO.

¿Extraño desvario!

ANFRISO.

Así pienso arrojarte en ese río.

(Arrójale.)

CARDENIO.

¿Ay cielos! que me has muerto!

ESCENA XV.

BELISARDA, SILVIO.—ANFRISO.

ANFRISO.

Por las ondas del agua va nadando.

BELISARDA.

¿Extraño desconcierto!

SILVIO.

¿No le ves con los árboles hablando?

BELISARDA.

Anfriso, ¿qué es aquesto?

ANFRISO.

Que he muerto á Olimpo.

BELISARDA.

¿Tal furor tan presto!

ANFRISO.

¿Presto te ha parecido,

Belisarda cruel?

BELISARDA.

Saben los cielos

Que todo fué fingido

Por darte celos; que me diste celos;

Y si me das amores,

Amores te dará con mil favores.

ANFRISO.

Pues ¿dónde Olimpo queda?

BELISARDA.

Ya le he dicho que deje sus engaños.

ANFRISO.

No habrá cosa que pueda,

Dulce enemiga, reparar mis daños.

Tarde remedio espero.

BELISARDA.

Calla, por Dios.

ANFRISO.

Déjame hablar, pues muero.

BELISARDA.

¿No basta que yo diga

Que todo fué fingido?

SILVIO.

Calla un poco,

Pues la razon te obliga.

ANFRISO.

¿Cómo puedo callar, de celos loco?

¿Oh terribles agravios!

Mátasme el alma ¡y ciérrasme los labios!

BELISARDA.

Advierte, vida mía,

Que estoy arrepentida de tu pena.

SILVIO.

Anfriso, ya es porfía

Injusta.

ANFRISO.

Tengo el alma de amor llena.

Aumentas mis agravios.

Mátasme el alma ¡y ciérrasme los labios.

BELISARDA.

¿Con qué tendrás sosiego?

ANFRISO.

Con que te cases hoy, mi bien, conmigo.

BELISARDA.

¿Y si has de morir luego?

SILVIO.

No hará; que Silvio es verdadero amigo.

Yo moriré en las aras [ras?

Porque os goceis los dos. ¿En qué repa-

ANFRISO.

Pues yo ¿sufrir tenía

Que murieses por mí?

SILVIO.

Cuando no quieras,

Sabré yo aqueste día
Pedir el sacrificio.

ANFRISO.

¿Hablas de veras?

SILVIO.

Ejemplo eres de amores,
Y yo de amigos. Aprended, pastores.
(Vase.)

ANFRISO.

Belisarda, mi amigo [da.
Va á morir por los dos. Aquí me aguar-
(Vase.)

BELISARDA.

Vaya Apolo contigo. [da.
¿Cielos! ¿que tanto mal me hiciese Anar-

ESCENA XVI.

ANARDA.—BELISARDA.

ANARDA.

¿Que murmuras mi nombre?

BELISARDA.

Tu nombre, Anarda, toda Arcadia asom-

ANARDA.

[bre.

Pues ¿de qué puedes culparme?

BELISARDA.

De la traición que me has hecho;
Mas no se te ha de lucir;
Que ya queda descubierto
El engaño de la carta.
Hoy los dos nos casaremos;
Que Silvio quiere morir,
Como amigo verdadero,
Por Anfriso, y van los dos
Juntos al templo de Venus.
¿Este sí que es buen amigo,
Y no tú, pues de su pecho
Ofrece la propia sangre,
Y tú envidiosos enredos!
Aunque te pese, ha de ser
Anfriso mío.

(Vase.)

ESCENA XVII.

ANARDA.

¿Hay suceso
Mas lastimoso y extraño?
¿Triste! ¿qué remedio tengo?
Ya la verdad se ha sabido,
Mi engaño se ha descubierto.
¿Cómo podré, muerto Silvio,
Estorbar el casamiento?
Pero no será difícil,
Dando voces á los cielos
Que no consientan que muera
Pastor tan noble y discreto
Por solo el gusto de Anfriso.

ESCENA XVIII.

CARDENIO, arropado, como que sale
del río; BATO.—ANARDA.

BATO.

¿Que te arrojó?

CARDENIO.

Por el viento

No va pelota veloz
Como él arrojó mi cuerpo.
Tiritando estoy de frío;
Si no sé nadar, perezo.

BATO.

¿Que hasta el río te arrojó?

CARDENIO.

Tal cuentan de Hércules griego,
Cuando estrelló al pobre Licas.

L-III.

ANARDA.

(Ap. Piérdase el honor, pues pierdo
La vida.) ¿Quién va? Pastores,
¿Quién solá?

BATO.

Yo Bato.

CARDENIO.

Cardenio

Soy yo, pasado por agua,
Por lo que tengo de huevo.

ANARDA.

¿Sabéis que se casa Anfriso?

CARDENIO.

¿Otro farioso tenemos?

ANARDA.

¿Sabéis como Silvio muere?

CARDENIO.

El monte se abrasa en celos.

ANARDA.

¿Sabéis como me han quitado
La vida?

BATO.

Aun este suceso

Mejor se puede sufrir,
Porque es el peligro menos
Que Anfriso hacerme pastora,
Y poner, loco de celos,
En contingencia mi honor;
Pues si esta me hace su dueño,
No pienso mostrarme ingrato.

ANARDA.

Rústico, ¿qué haré? que mucro.

CARDENIO.

Para amor, buscar, Anarda,
Algun entretenimiento,
Pues no has de mudarle en otro,
Siendo tan casto tu pecho.

ANARDA.

¡Ay! ¿qué te podré decir,
Carillo? Ya no hay contento,
Ya el placer se me acabó...

CARDENIO.

Mucho estos celosos tiemblo.

ANARDA.

Y en su lugar me dejó
Suspiros, ansia y tormento.

BATO.

¿Qué bien puedes alegrarte,
Pastora, y entretenerte!

ANARDA.

Ya ninguna cosa es parte,
Hasta que la misma muerte
Desta tristeza me aparte.
Tristezas y soledades
Que me han causado querellas
Y me han costado verdades,
Porque contrarias estrellas
No conforman voluntades,
Divierten mi pensamiento
De procurar alegría;
Ya me condeno á tormento;
Que donde haberle solía,
Carillo, ya no hay contento.
Quien no mereció tener
Placer de que se alegrar,
Nunca tuvo qué perder,
Porque no hay mayor pesar
Que haber perdido el placer.
Tiempo fué que tuve yo
El placer que me ha faltado,
Con que el pesar se aumentó;
Pero, como era prestado,
Ya el placer se me acabó.

CARDENIO.

La fortuna siempre ha sido,
Con las mudanzas, mujer.

ANARDA.

No lo fué para mi olvido.
Tal estoy, que vengo á ser
Sombra de mi bien perdido.
En Anfriso el bien me dió
Que me ha trocado en desden,
Y como soy sombra yo,
Llévose el sol de mi bien,
Y en su lugar me dejó.
De manera que he quedado
Por sombra de lo que fui,
En tan miserable estado,
Que solo viven en mi
Memorias del bien pasado.
Sin ser estoy, ya no siento...
—Aunque sin sentido estoy,
Del mal tengo sentimiento.—
Nada soy; que solo soy
Suspiros, ansia y tormento.
Pero dime, pastor sabio,
En qué entretenerme puedo,
Si ese remedio de amor.

CARDENIO.

En cazar por esos cerros
Aves que en el aire nadan,
Y por la tierra los ciervos.
Y para que te entretengas,
Tres cazas decirte quiero,
Con que yo por estos valles
Muchas veces me divertí.
La primera es para grullas.

ANARDA.

¿De qué suerte?

CARDENIO.

A un cordel prendo

Un ajo, y échole al aire.
Las grullas por el invierno
Pasan siempre unas tras otras.
La primera, el ajo asiendo,
Como lo siente caliente,
Por detrás lo arroja luego.
La que camina tras ella
Coge el ajo, y prosiguiendo,
Se ensartan unas en otras.
Yo, en mirando el cordel lleno,
Tiro, y cojo tantas grullas
Cuanto es el cordel que tiendo.

ANARDA.

¡Notable caza! Y me agrada.

CARDENIO.

Es cosa de gran contento
Ver cómo se ensartan todas.

ANARDA.

¿Sabes otra?

CARDENIO.

Muchas tengo.

¿Quieres una para liebres?
Pues toma en lluvioso tiempo
Un agraz, y cuando sale
El sol véte á un campo desos.
Ellas salen á que el rayo
Les caliente todo el cuerpo,
Y para mirar al sol
Cierran siempre el ojo izquierdo.
Tú con el agraz has de ir
Y echárselo en el derecho,
Con que es fácil, si las ciegas,
Cogerías como durmiendo.

ANARDA.

Y la otra caza ¿cuál es?

CARDENIO.

De urracas.

ANARDA.

Di, á ver.

CARDENIO.

Poniendo

A un asno que esté matado
Una mano de mortero

En la celda en este soto,
Bajan á picarle luego.
El pollino, como siente
Aquel dolor, revolviendo
La cola para espantallas,
Con la mano de mortero
Que tiene asida á la cola
Mata dos costales llenos.

ANARDA.
¡Qué justamente te llaman
Rústico!

CARDENIO.
Y dello me precio.

ANARDA.
¿Sabes con qué caza amor?

CARDENIO.
¿Pues no? Con liga de celos.

ANARDA.
Y ¿qué caza?

CARDENIO.
Pesadumbres.

ANARDA.
Hartas tengo, te prometo.

CARDENIO.
¿Son celos de Belisarda?

ANARDA.
Mejor dijeras infernos.
Anfriso y ella se casan;
Que Silvio muere por ellos.

ESCENA XIX.

ERGASTO, SALICIO.—Dichos.

SALICIO.
Si aquesto constintiere Arcadia, Ergas-
Yo juntaré mis deudos. [to]

ERGASTO.
¿Estás loco?

SALICIO.
Yo solo digo que á estorbarlo basto.

ERGASTO.
Silvio quiere tener su vida en poco,
Silvio quiere morir.

SALICIO.
Envidia tengo;
Que con su dicha á envidia me provocho.

ERGASTO.
Ya que las bodas trágicas prevengo
De Anfriso y Belisarda, no desahagas
La concertada paz en que yo vengo.

SALICIO.
¿Qué bien mi amor y mis deseos pagas!
¿No soy tu yerno yo?

ERGASTO.
Serás, Salicio,
Mi yerno cuando á Vénus satisfagas.

ANARDA.
Salicio, si es de amigo ó no es oficio
El que hace Silvio, no por eso quede;
Que yo quiero morir en tu servicio.
Si Ergasto á Belisarda te concede,
Yo moriré en las aras de la Diosa;
Que un verdadero amor la muerte exce-
Salicio, Belisarda fué tu esposa; [de.
Si está en hallar quien muera, yo me
SALICIO. [ofrezco.

¿Por qué quieres morir, pastora hermo-
ANARDA. [sa?

Porque la vida inútil aborrezco.
No me preguntes mas.

SALICIO.
No eres, pastora
Bella, víctima tú que yo merezco.

ERGASTO.

Anarda, ¿qué locura te desdora
Aquel claro juicio que has tenido?
¿Por qué quieres morir tan necia ahora?

ANARDA.

La causa yo la sé, la muerte pido. [do.
Entiéndame quien puede, yo me entien-
Yo os doy lo que mas tengo aborrecido.
Ni vida quiero yo ni la pretendo.

CARDENIO.

No la creais, pastores; que está loca.

ANARDA.

Si yo quiero morir, ¿en qué os ofendo?
Si presumis que mi razon es poca,
Probad á estar celosos.

ERGASTO.

Salen celos,
Como las calenturas, á la boca.

ESCENA XX.

ANFRISO, SILVIO.—Dichos.

ANFRISO.

No lo permitan, ni es razon, los cielos.
Vuelve, Silvio, en tu acuerdo.

SILVIO.

Estoy corrido,
Anfriso, de tus ansias y desvelos.
Si morir un pastor decreto ha sido
De la ofendida Diosa, morir quiero. —
Pastores, ¿qué aguardais? La muerte
Y yo no soy amigo lisonjero [pido.
De los que en esta edad solo acompañan
Los gustos del amigo verdadero.

ERGASTO.

Ya de piadosas lágrimas se bañan
Mis ojos. ¿Qué he de hacer?

ANARDA.

Si los amigos
Ningun peligro de la vida extrañan,
Que yo vine primero, sois testigos,
A morir por Salicio.

ANFRISO.

Y ¿á qué efeto?

ANARDA.

A efeto de matar mis enemigos.
Salicio es yerno tuyo; este decreto
En mí se cumpla. Abrid el templo, y [muera

Quien supo amar tan desleal sugeto.

ANFRISO.

Anarda, si tu intento persevera,
Mira que perderás la honra y vida.

ANARDA.

Esa puede estimar quien bien la quiera.

ANFRISO.

¿Por qué quieres morir?

ANARDA.

Por ofendida.

ANFRISO.

¿Por qué pierdes tu honor?

ANARDA.

Por desdichada.

ANFRISO.

Pues ¿quién te ha dado causa?

ANARDA.

Quien me olvida.

ANFRISO.

¿La vida pierdes?

ANARDA.

No la estimo en nada.

ANFRISO.

Pastores, ¿qué está loca.

ANARDA.

Y lo confieso.

ANFRISO.

Vive, Anarda, por Dios.

ANARDA.

Morir me agrada;
Que no es justo vivir, perdido el seso.

ESCENA XXI.

BELISARDA, OLIMPO.—Dichos.

BELISARDA.

Déjame; que es sinrazon,
Olimpo, aunque me perdones,
Pedir palabras á quien
Las dijo celosa entonces.

OLIMPO.

Luego ¿celosa de Anfriso,
Me estabas diciendo amores?

BELISARDA.

Pues ¿puede ser olvidado,
Olimpo, el rey de los hombres?

OLIMPO.

¿Vive Júpiter, alevé,
Que he de hacer que no le goces!

BELISARDA.

No, á lo menos, que le olvide;
Que pienso quererle al doble.

OLIMPO.

Pastores, yo soy Olimpo,
Señor del mas alto monte
De la pastoral Arcadia.
Por mi mal vine, pastores,
A las bodas de Salicio.
Belisarda enamórame,
Servilla, escuchó mis ruegos,
Y no despreció mis dones;
Cultivé mis pensamientos
A sombra de sus favores.
Cuando pido la palabra,
Dice que no me conoce.
Perdona, Salicio amigo;
Que estas no fueron traiciones,
Pues tú dejaste la empresa.

SALICIO.

Y fué hazaña de hombre noble.
Mas ¿qué puedes tú pedir,
Cuando por Anfriso pone
La vida Silvio, y Anarda
Por mí?

OLIMPO.

Crueldades inormes
No se han de sufrir, Ergasto,
Pues no es el Arcadia adonde
Los citas y bracamanos
Uuos á otros se comen.
Si Anfriso y Salicio quieren
A Belisarda conformes,
Mueran por ella, y no Silvio
Ni Anarda, porque los dioses
No querrán esta crueldad,
Si han de tener este nombre.

ERGASTO.

Olimpo dice muy bien.
Echen suertes, y al que toque
Morir, aplaque la Diosa,
Y el dichoso se despose
Con Belisarda.

SALICIO.

Yo digo
Que lo aceto y que se tomen
Las suertes.

ANFRISO.

¿Quieres tú, Olimpo,
Entrar en ellas?

OLIMPO.

Escoge
Las que quisieres, Anfriso;
Que ya mi amor se dispone
A morir por Belisarda.

BELISARDA.

No puede ser sin mi orden
Ejecutado ese acuerdo
Que vuestro pecho propone,
Porque si Anfriso no sale.
Con buena suerte, pastores,
Tengo de morir con él.

ANARDA.

¿Tú dices esas razones?

BELISARDA.

Yo las digo, Anarda, yo;
Que no hayas miedo que tornes
A los engaños pasados,
Ni que con carias provoques,
Leídas con dos sentidos,
A que te digan amores.
Finalmente, me resuelvo,
Si duran vuestras pasiones,
A ejecutar de Diana
La caza en ocultos montes.
No dudeis que tome el arco
Y los fieros pasadores,
Ya contra cobardes ciervos,
Ya contra fieros leones;
Que yo solo quiero á Anfriso.

ANFRISO.

¿Qué pecho de duro bronce
A hastina no se mueve?
Diosa, que los aires rompes,
Cuyo imperio constituyen
Los humanos corazones,
Dadme de mí, pues dicen
Antiguos habitantes
Esta tierra que soy hijo
Tuyo, y no de pastor pobre,
Si no del divino Marte:
Así, gran Diosa, coronen
Mirtos tus aras, y en ellas

Quenien para siempre aloes,
Que me des algún remedio.

ERGASTO.

Paso: la Diosa responde.

ESCENA XXII.

Abrese un templo por lo alto, y venen la diosa VÉNUS y CUPIDO.—DICHOS.

LA DIOSA.

Yo no he mandado matar
A nadie; que son traiciones
Del Rústico, que mil veces
Detrás de mi altar se pone.
Antes quiero que merezcan
Los trabajos, los dolores
De Anfriso, Ergasto, á tu hija.

(Ciérrase.)

ANFRISO.

Versos y prosas te loen.

SILVIO.

¡Oh traidor Rústico! ¿Tú
Fuiste destas invenciones
Autor? Agárrale, Bato.

CARDENIO.

Yo lo confieso, pastores:
Yo enseñaba á hablar las aves
Que volaban por los montes,
Porque me llamasen sabio,
Siendo el que todos conocen.
Detrás del altar de Vénus
Fingi con mis roncadas voces
Los oráculos que veis.

BATO.

Tú mereces que te ahorquen.

A mis manos has venido:
Hoy pagarás tantos golpes
Como me dieron por tí
Serranos y labradores.
Cuando lobo me fingiste,
Me dieron mil mordiscones
Los perros de los ganados
Y de las casas los gozques.
Pagarás el vino y perlas.

CARDENIO.

Bato, merezco que un roble
Lleve por fruta mi cuello;
Mas suéltame, así te goces,
Y daréte dos cabritos.

BATO.

¿Haráslos niños que lloren?

CARDENIO.

No haré, por Dios.

ERGASTO.

Pues los cielos

Tanto, Anfriso, te socorren,
Da la mano á Belisarda,
Y si ver que se interponen
Mis canas y autoridad
Obligare á Anarda, adórcela:
Su cuello brazos de Olimpo.

ANARDA.

Como Olimpo no se enoje
De mi antiguo pensamiento.

OLIMPO.

Porque tú el mío perdonas,
Te doy la mano.

ERGASTO.

Pues año,
Celébrense aquesta noche
Las bodas, y en su principio
Dé fin la Arcadia de Lope.

LA LEY EJECUTADA.

PERSONAS.

EL REY DE HUNGRÍA.
LA REINA DE POLONIA.
EDUARDO.
FEDERICO.
LISARDA.

BLANCA.
EL DUQUE OTAVIO.
EL CONDE LUCINDO.
FABRICIO.

ARNESTO.
UN CAPITAN.
CLARIN.
FLORA.

UN CRIADO.
UN LABRADOR.
GUARDAS.
SOLDADOS.
ACOMPAÑAMIENTO.

La escena es en la corte de Hungría y en otros puntos.

ACTO PRIMERO.

Calle.

ESCENA PRIMERA.

EL DUQUE OTAVIO Y UN CRIADO.

OTAVIO.
Nunca tuve mejor suerte
En pretensiones de amor.
CRIADO.
Echa por aquí, Señor;
Que pueden reconocerle,
Y si sabe el Rey quién eres,
Te ha de prender ó matar.

OTAVIO.
¿No era mejor esperar,
Que no parecer mujeres?
CRIADO.
El huir no es cobardía
Adonde importa el secreto.

(Vase.)

ESCENA II.

FEDERICO, CLARIN.

CLARIN.
Huyendo van, en efeto;
Por lo secreto sería.

FEDERICO.
No parecen hombres bajos.

CLARIN.
Si los alcanzo, por Dios,
Que reparto entre los dos
Dos revases y dos tajos.
Bravo olor llevaba el uno.

FEDERICO.
Ese olor me da cuidado.

CLARIN.
Nunca el bueno me le ha dado.

FEDERICO.
¿Que no conociste a alguno?

CLARIN.
Andan por nuestra princesa
Tantos de secreto aquí
Bebiendo el aire (aunque á mí
Me parece que es empresa
En que gastan tiempo en vano),
Que no sé quién puede ser.
El Rey mandó ayer prender
Al duque Otavio y Albano;
Que pienso que tiene gusto
Que el conde Lucindo sea
Su yerno.

FEDERICO.
Si él lo desea,
Será, Clarín, lo mas justo.

De suerte que este sería
El Duque.

CLARIN.
No sé, por Dios.
Pretendientes son los dos
De la Princesa ó de Hungría.
¿Es el reino ó la hermosura
Lo que á tantos enloquece?

FEDERICO.
La hermosura lo mercede.

CLARIN.
Notable fue tu ventura;
Si pudieras igualar
Con ella el mercedimiento.

FEDERICO.
No me falta atrevimiento.

CLARIN.
Ni te ha faltado lugar,
Pues en ser Blanca, tu hermana.
La dama que quiere mas,
Cuanto quisieres tendrás.

FEDERICO.
Todo es esperanza vana,
Todo mayores desvelos,
Todo mas pena y cuidado,
Porque no hay mas triste estado.
Que el de amar y tener celos.

Es celos una pasión;
Que al mas cuerdo desatina,
Y de amor, doidad divina,
Adúltera sucesión.
Son celos unas escuallas
Y solicitudes locas,

Que para verdades pocas
Hacen diligencias muchas.
Son celos haber creído
Una sombra é ilusión,
Que del sol de la razón
Forma el interior sentido.
Son celos cierto temor
Tan delgado y tan sutil,
Que, si no fuera tan vil,
Pudiera llamarse amor.
Son celos cierta violencia
Que hace el crédito á la fama,
Fuego que esconde la llama
Con humo de la paciencia.
Son cuerpo del pensamiento
Que no le tuvo jamás,
Pasos que amor vuelve atrás.
Para correr por el viento.
Son principio de mudanza
Y fin de la obligación,
Son ajena estimación
Y propia desconfianza.
Son, finalmente, un rigor,
Que, amando, obliga á temellos;

* Este trozo, en que se define y describe lo
que son celos, está ingerido en la refundi-
ción de *Lo cierto por lo dudoso* que hizo
Don Vicente Rodríguez de Arellano.

Pues ni amor está sin ellos,
Ni ellos están sin amor.

CLARIN.
Mas breves son por acá
Esas cifras y desvelos.

FEDERICO.
Pues ¿cómo entiendes los celos?

CLARIN.
La definición que da
Quien ama gente posible...
Ya entiendes... gente tratable,
De esfera comunicable,
Que no de cierto imposible,
Es sospechar y avivar,
Llegar y reconocer
Si fué pronto en el saber,
Si fué fácil en hablar;
Y, mentiras é verdades,
Sin oír satisfacciones,
Darle cuatro moñicones,
Y luego hacer amistades.
Mas mira que viene el alba,
El sobrescrito del sol,
A cuyo hermoso arrebol
Hacen los pájaros salva;
Y que pierdes ocasión
Para ver en el jardín
A la Princesa, que en fin
Sale á poner confusión
En las flores, pues las dora,
Antes de saber las flores
A quién deben sus colores,
Y cuál es de ellas la aurora.
Vén, para que mas honesto
Entres á velar.

FEDERICO.
No sé
Cómo á mí firmeza y fe
Estar, y á morir, dispaceto.
Si aquí soy un caballero
A quien el Rey quiere bien,
Sin que otro nombre me den,
¿Qué premio, Clarín, espere
De tanto amor, si mañana
Lisarda se ha de casar,
Con que por fuerza ha de dar
Fin á mi esperanza vana?
Sin esto, la ley de Hungría,
Tan cruel, que no perdona
A la misma real persona,
¿Cómo aceptará la mía?
Manda que si algun delito
Entre dos se prueba y sabe,
Siendo de materia grave,
Y que conste por lo escrito
Que el uno y otro es culpado,
Muera el que la causa dió,
Y despues quien le ayudó
Solo salga desterrado.
Pues siendo yo desigual,
Y provocando á Lisarda,
¿Qué castigo no me aguarda,
Fuera de ser desleal?

CLARIN.

Déjate agora de leyes,
Y mas si hay amor en ellas:
Que bien pueden deshacellas,
Como las hacen, los reyes.

FEDERICO.

Esta fiera ley de Hungría
Jamás, Clarín, se ha quebrado.

CLARIN.

Advierte que al sol dorado
Previen ventana el día
Para ver este teatro
Lleno de tantas figuras.

FEDERICO.

Las luces están seguras,
Aun no habrán dado las cuatro.
Pero, pues suele bajar
Lisarda al amanecer,
Vamos; que la pienso ver,
Si no la pudiere hablar.

CLARIN.

¿Iré yo contigo?

FEDERICO:

Si,

Pues que licencia te han dado.

CLARIN.

Mi vergüenza me ha costado
Hacerme burlón por ti.

(Vase.)

Jardín.

ESCENA III.

ARNESTO, EL CONDE LUCINDO.

ARNESTO.

Aunque el Rey os tiene preso,
Pues andar por la ciudad
No es prision, que es libertad,
Esperad feliz suceso;
Que de los que aquí le han dado
Memoriales, en su pecho
En primer lugar sospecho
Que estáis, Conde, designado.
Seréis príncipe de Hungría,
A lo que imagino yo,
Segun lo que á mi me habló
En secreto cierto día.
Y así, desde agora os ruego
Que no os olvidéis de mí.

LUCINDO.

Si vos me animáis así,
Bien puedo pensar que llevo
En las alas de mi amor
Al sol de tanta hermosura;
Que el reino, aunque se asegura,
No tiene tanto valor.

ARNESTO.

También es bueno llegar,
Conde, á reinar en Hungría;
Que la hermosura es un día,
Y siempre dura el reinar.
Yo no sé vuestra intención;
Pero sé que sois discreto.

LUCINDO.

El duque Otavio, en efeto,
Asiste en su pretension.

ARNESTO.

Dicenme que anda embozando,
Y el Rey le quiere prender;
Pero, pues á amanecer
Viene, como sol dorado,
A estas flores la Princesa;
Yo os quiero solo dejar.

LUCINDO.

Por vos me han dejado entrar

A dar principio á mi empresa.
Satisfaré al jardín
Y á vos, si algo llevo á ser,
Lo que os podéis prometer
De un honrado caballero.

ARNESTO.

El cielo os dé su favor.

(Vase.)

ESCENA IV.

LUCINDO.

¡Oh, si fuese mi ventura
Tan grande, que en tu hermosura
Hallase lugar mi amor!
Fleddras, encubridme aquí,
Pues tan de veras amais,
Que estos muros abrazais,
Donde firmes siempre os vé.
Pero no me encubrais, no,
Pues al duque Otavio veo,
Que con el mismo deseo
Y el mismo favor entró.
Si Arnesto le dió lugar,
¡Vive Dios, que fué traidor!

ESCENA V.

OTAVIO. — LUCINDO.

OTAVIO. (Para sí.)

Inciertos pasos de amor,
¿Dónde me queréis llevar?
Dejad tan necia porfia;
Mirad que es gran desconcierto
Andar de noche encubierto,
Y descubierta de día.
Mucho se tarda Lisarda.
Puede ser que, habiendo gente,
No salga el sol, si su oriente,
Quien le mira, le acobarda.—
¿Qué es esto? ¡Vive los cielos,
Que el conde Lucindo está
En el jardín! ¿Quién podrá
Sufrir tan injustos celos?
Páreceme que es mejor
Irme que dar á entender
Que á Lisarda vengo á ver,
Y á que sospeche mi amor,
Ya que no es posible hablar.

LUCINDO.

¡Ah, señor Duque!

OTAVIO.

Quisiera
No responderos, no puedo.
¿Hay cosa que se os ofrezca,
Conde, en que pueda servir?

LUCINDO.

Suplicaros que no sea
Vuestra presenela ocasion
Para que, viéndoos su altera,
No baje al campo este día.

OTAVIO.

Lo mismo, por Dios, quisiera.
Suplicarós, que sospeche
Que por vos de venir deja
A estas huertas, como suelo.

LUCINDO.

Si hay alguno que merezca
Que por él venga, soy yo.

OTAVIO.

Pues engañase quien piensa
Que como yo la merece.

LUCINDO.

Ya es esa mucha soberbia.

OTAVIO.

Yo respondo con la espada;
Que palabras no son buenas
Mas que para ser palabras.

LUCINDO.

Así lo serán las vuestras.

(Sean las espadas.)

ESCENA VI.

FEDERICO. — DICHOS.

FEDERICO.

Caballeros, pues ¡aquí!

LUCINDO.

Federico, tu presencia
Solo detenerme puede.

OTAVIO.

La misma Otavio respeta.
Oye, sabrás la ocasion.

FEDERICO.

Ya lo he sabido, y quisiera
Que no lo entendiera el Rey.

LUCINDO.

¿Qué importa que el Rey lo entienda?

FEDERICO.

Conde, menos confianza.

LUCINDO.

En mí puede ser discreta.

FEDERICO.

Si; mas no lo digáis vos.

OTAVIO.

Y aunque no lo diga, es necia.

FEDERICO.

Lisarda y Blanca han venido.

LUCINDO.

Hacedme placer que sepa
Lisarda de vos que el Conde
Verla y hablarla desea.

OTAVIO.

Lo mismo podéis decirle,
Y á quien le diere licencia,
Que goce su buena suerte.

FEDERICO.

Pues retiráos; que ellas llegan.

(Retíranse Lucindo y Otavio.)

ESCENA VII.

LISARDA, BLANCA. — FEDERICO;
OTAVIO y LUCINDO, retirados.

LISARDA.

Parabien, Blanca, te doy
De la venida del Conde.

BLANCA.

Mi poca dicha responde
Que mas desdichada soy;
Que si viene por tu altera.
Antes me ha de dar enojos
Verle servir á mis ojos
Tu peregrina belleza.
Enojos dije, por ser
El lenguaje de los celos,
Indignos de mis recelos.

LISARDA.

¿Puedo yo culpa tener,
Blanca, de tu pretension?

BLANCA.

Ahora bien, haz ejercicio
Por el jardín.

LISARDA.

¿No es indicio
De amor y de obligacion
Asegurarte de mí?

BLANCA.

No, Señora; que procura
Desconfiar tu hermosura

Cuanto aseguro de tí.—
Federico viene á hablarte.

LISARDA.
Federico, ¿cómo vienes
Tan triste?

FEDERICO.
No sé.

LISARDA.
¿Qué tienes?

FEDERICO.
Vuelve el rostro á aquella parte,
Y verás que hoy entendí
Por qué les llamaron celos
A los cielos; pues recelos
Que se han de entender por mí,
Yo solo puedo llamarlos
Celos, Señora, pues vengo
A ver que de vos los tengo,
Y sin poder remediarlos.
Ellos te piden, en fin,
Que al uno licencia des,
Para que el otro despues
Deje invidioso el jardín.

LISARDA.
Los dos desterrara yo;
Pero, por cierto respeto,
Llama al Conde.

BLANCA.
¿Qué discreto

Acuerdo!
LISARDA.
Bien te agradó.

FEDERICO.
Otavio, bien podeis irros.

OTAVIO.
Ya lo sabía y temía.

FEDERICO.
Apelad, Otavio, á amor.
(Vase Otavio.)

ESCENA VIII.

LISARDA, BLANCA, FEDERICO,
LUCINDO.

LUCINDO.
(Ap. ¡Victoria por mis suspiros!).
Aunque la desconfianza
Desmaya la pretension,
Alientan el corazón
Los aires de la esperanza.
Señora, quien hoy alcanza
A veros no viene preso;
Que mejorar de suceso
Es favor de la fortuna,
Pues no esperando ninguna,
La tuvo con tanto exceso.
Mis esperanzas perdidas
Hoy se han cobrado con veros.
Cuando de pensar perderos
Estaban tan ofendidas.
¡Oh quién tuviera mil vidas
Que daros por los favores
Que hoy les dáis á mis temores.
Porque vuestros piés pudieran,
Cuando á este jardín vinieran,
Pisar almas como flores.
A mi secreto deseo
De estarlo culpa le doy,
Pues cuando público estoy,
Tan dichosamente os veo:
Dicha que apenas la creo;
Y estáme bien no creer
Que os veo, por no tener
En esperanza perdida
Ventura tan atrevida,
Que esa me puede perder.

LISARDA.
Lucindo, vuestra prision
No fué crueldad, sino celos;
Que ya sabeis los desvelos
Del Rey en esta ocasion.
No se sabe condicion
Que como la suya sea:
Tanto en la crueldad se emplea,
Que tiene preso á su hermano,
Siendo suplicarle en vano
Que le destierre ó le vea.
Mayor dicha habeis tenido
En la prision, pues podeis
Ver á Blanca, á quien debéis
Amor tan bien merecido;
Y yo de mi parte os pido
Que la estiméis, pues es dña
De igual amor.

LUCINDO.
Ya se inclina
Mi dicha á serme tirana,
Porque no hay firmeza humana
Sin contradiccion divina.
¡Vos, Señora, intercedéis
Por Blanca! Pues ¿qué será
De vida que el alma os da,
Si á Blanca darla quereis?
Mas mirad que no intenteis
Tal crueldad; que mis recelos
Harán que corra los velos
Del temor para quejarme.

FEDERICO. (Ap. á Blanca.)
No puedo, hermana, ayudarme
Del amor contra los celos;
Porque es de suerte el temor,
Que vence tantos favores.

BLANCA.
Yo conozco sus rigores.
Llamar al Conde es mejor:
Hablárle yo en su amor,
Y tú á Lisarda dirás
Tus celos.

FEDERICO.
Vida me das.
BLANCA.
Seas, Lucindo, bien venido.

LUCINDO.
Grande mi descuido ha sido,
Pero la disculpa es mas.
Dadme perdon, si es razon
Pedille, Blanca, quien ama,
Viendo en ocasion la dama
Que puede darle ocasion.

BLANCA.
Tan justas disculpas son,
Que quien menos os quisiera,
Por disculpa las tuviera.

LISARDA. (A Federico.)
¿De qué estás tan enojado?

FEDERICO.
De la ocasion que me has dado,
Cuando excusarse pudiera.

LISARDA.
¿Cómo la pude excusar?

FEDERICO.
Pasando á hacer tu ejercicio;
Que el detenerte es indicio
De que le quisiste hablar.
Mas está lleno de azar
Este jardín.

LISARDA.
Es error;
De encuentro dirás mejor;
Pues encontrando con él,
Ser cortés, y no cruel,
No son señales de amor.
Blanca le tiene aficion,
Y yo haré que le entretenga.

FEDERICO.
Y ¿no es mejor que él no venga
Adonde te dé ocasion?

LISARDA.
Cobardes tus celos son.

FEDERICO.
Antes son tan atrevidos,
Que llegan á tus oídos;
Porque, si cobardes fueran,
Nunca en la lengua estuvieran,
Sino en el alma, escondidos.

LISARDA.
Ya es muy tarde. Este papel
Amorosa te escribía:
Lo que me debes querría
Que conocieses en él.

FEDERICO.
Pondré toda el alma en él,
Porque no es digna la boca.

LISARDA.
De suerte amor me provoca,
Mi bien, á descomponerme,
Que pienso que has de tenerla
Por atrevida ó por loca.
Vamos, Blanca.

BLANCA.
Conde, adios.

LUCINDO.
El cielo os haga dichosa.
(Vase Lisarda y Blanca.)

ESCENA IX.

FEDERICO, LUCINDO.

FEDERICO.
¿Quereis, Lucindo, otra cosa?

LUCINDO.
Hablar de espacio con vos.

FEDERICO.
Pues vamos juntos los dos.

LUCINDO.
Federico, yo he de ser
Rey, Lisarda mi mujer;
Que lo mereceis es cierto;
Pero á la vista del puerto
Se puede un hombre perder.
(Vase.)

Sala del real palacio.

ESCENA X.

EL REY, FABRICIO, CLARIN.

REV.
¿Cúyo es ese memorial?

FABRICIO.
Es, gran Señor, de tu hermano.

REV.
No lo tomara, á saberlo.

FABRICIO.
No pide en él Eduardo
Su libertad.

REV.
Pues ¿qué pide?

FABRICIO.
Que tengas mucho unido
En honrar á Federico.

REV.
Necio acuerdo, pues le amo
Como hijo, y por lo mismo
Le reputan mis vasalios.

FABRICIO.
También que cases á Blanca.

REY.
¿A Blanca! ¿Qué nuevos casos
Le obligan? Confuso estoy.

FABRICIO.
Pienso que le han obligado
Los deseos que ellos tienen
De su libertad, rogando
Blanca á Lisarda, él á tí.

REY.
Sí; pero no es caso extraño
Que niegue el aborrecido
A quien le aborrece tanto.

FABRICIO.
Eres su hermano, y presume
Por dicha que ha sido engaño
La causa de su prision.

REY.
¿Y ese otro papel?

FABRICIO.
Es largo,
Porque es del reíuo.

REY.
¿Qué pide?

FABRICIO.
Dice, Señor, que há dos años
Que alargas el casamiento
De Lisarda.

REY.
Y otros tantos
Que ella no admite á ninguno,
Y que me trae engañado.

CLARIN.
Aun no llega mi papel.

REY.
Clarín, ¿tú pretendes algo?

CLARIN.
¿No quieres que algo pretenda,
Si salgo y entro en Palacio?
¿Hay hombre que en esas losas,
Sepulturas dese patio,
Ponga el pié, que no pretenda?
Pues oye un prodigio raro:
Que, como á los cuerpos muertos
Tienen las losas debajo,
En palacio andan sobre ellas,
Aunque vivos, enterrados.
No hay hombre que no presuma
Que oficios, honras y cargos
Le debe el Rey mas que á todos,
Y anda quejoso de agravios.
Cuando de panes y peces
Hizo Dios aquel milagro,
Hubo quien dijo: «Señor,
Cinco mil están sentados;
Ya ve vuestra majestad
Que cuando los repartamos,
No cabe á un átomo solo
Entre tantos convidados.»
Lo mismo sucede á un rey:
Dos mil pretendientes vamos,
Cinco cargos, dos oficios;
Pues ¿qué ha de haber para tantos?

REY.
¿No sabes que no se puede
Mezclar divino y humano?
Muy necio vienes, Clarín.

CLARIN.
¡Ah sí! No te cause espanto;
Que ando entre muchos aquí,
Y aprendo así lo que es malo.

REY.
¿Pégase la necesidad?

CLARIN.
Es sarna de cortesanos.

REY.
¿Que es, en fin, lo que pretendes?

CLARIN.
Una comision, un palo,
Con alguna novedad,
Para casos ordinarios.

REY.
¿De qué suerte?

CLARIN.
Contra necios
Que murmuran de los sabios,
Y de aquellas mismas culpas
De que ellos son murmurados.
Contra los que fingen nuevas,
Gente baldía, que echando
En corrillos lo que inventan,
Quieren vengar los agravios.
Contra quien fla, porfia
Y desmía; que cuantos
No huyen destas tres cosas
Son majaderos frisados.
Contra los que casan pobres;
Que no habiendo algun resguardo,
¿Qué hará un hombre no pudiendo,
Y una mujer ayunando?
Si él no trae, y ella no come,
Es mas que la palma llano
Que algun cristiano ha de haber
Que tenga piedad de entrambos.
La mujer es guante de ámbar;
Que huelen bien á su amo
Solos los primeros dias;
Después, al que traen al lado.
Contra los que, no teniendo
De hacienda treinta ducados,
Traen vestidos de á docientos,
Dios sabe el cómo y el cuándo.
Contra los que no respetan
A los poderosos y altos,
Diciendo Dios que se guarden
De no venir á sus manos.
Contra curiosos vecinos,
Que siempre están murmurando;
Y porque es breve la vida,
Contra relojes de cuartos.
Finalmente, porque creo,
Invicto Rey, que te canso,
Contra temáticos hombres
Que hablan y viven despacio.

REY.
Serás malquisto, Clarín.

CLARIN.
No seré, porque llegando
A ejecutalles las penas,
Perdonaré á los culpados.

REY.
Dénle á Clarín mil escudos
Por lo que ha estado pensando
Este necio memorial.

CLARIN.
Dios te dé tantos vasallos,
Como viviendo en su tierra
Desdichas tiene un hidalgo.
¡Plegue al cielo, gran Señor,
Que vivas cuatro mil años!
Pero tasarte la vida
Parece de pecho ingrato.

(Vase el Rey.)

ESCENA XI.

FABRICIO, CLARIN.

FABRICIO.
El Rey es ido, Clarín.
Si este dinero te pago,
¿Qué me darás?

CLARIN.
¿Ya te pagas?

FABRICIO.
Yo me daré por pagado,
Después de estar muy contento,
Si me dices sin engaño
En qué entiende Federico.

CLARIN.
En servir al Rey.

FABRICIO.
No hablo
De los servicios del Rey.

CLARIN.
Está el pobre embarazado,
Como no sabe quién es.
Vos que al Rey se le habeis dado,
¿Es hijo vuestro por dicha?

FABRICIO.
A mí me le dió Eduardo
Para que le diese al Rey.

CLARIN.
De sus pensamientos altos
Presumo su nacimiento.

FABRICIO.
¿Qué hace de noche?

CLARIN.
En cenando,
Con un broquel y una espada,
Y tal vez un fuerte casco,
Sale á ver si hay algo fresco.

FABRICIO.
¿No hay de asiento algun cuidado?

CLARIN.
Dias há que anda de mezcla.

FABRICIO.
Vén por esos mil ducados. (Vase.)

ESCENA XII.

CLARIN.
¡Mil ducados! ¡Vive Dios,
Que compro treinta caballos,
Y que si hallara el de Troya,
Que me atreviera á comprarlo!
Coche será lo de menos;
Pero, pues yo no le hallo
Cuando prestado le pido,
¡Vive Dios, de no prestallo!
Ea, gente de mi gremio,
De hoy mas, don Clarín me llamo.
¡Andújar! Oro me fecit.
¡Hola, llamad los lacayos! (Vase.)

Calla.

ESCENA XIII.

FEDERICO, ARNESTO.

FEDERICO.
Fiado en nuestra amistad,
Sea ó no sea discreto,
Os he dicho mi secreto.

ARNESTO.
Conociendo mi lealtad,
Ninguno habrá que condene
Esa justa confianza.

FEDERICO.
La puerta de mi esperanza
Sola vuestra llave tiene.
Y fuera desto, sin vos
¿Cómo me puedo atrever?

ARNESTO.
Determinada mujer!
Temeroso estoy, por Dios.

¿Es posible que la puerta
Que decís, os quiere abrir?

FEDERICO.

Amor, hacer y decir
Fo'o en el mundo concierta.
¿A qué habéis visto el papel,
¿Qué podéis dudar?

ARNESTO.

Ya veo
Rendida á un loco deseo
Tanta majestad en él.

FEDERICO.

A la puerta habéis de estar
Para avisarme advertido,
Si el eco de algun ruido
Os diere que sospechar;
Que ya sabéis cuán sangrienta
Es del Rey la condicion.

ARNESTO.

Llegada la posesion
De lo que Lisarda intenta,
Que es notable atrevimiento,
¿Qué pensáis hacer?

FEDERICO.

Amor

No teme humano rigor.
Pero estadme un rato atento.
Yo fui, generoso Arnesto,
Un hombre que no llegó
A saber quién fué su padre,
Que no hay confusion mayor.
Verdad es que por la mia
Conozco su condicion;
Que sin valor, no pudiera
Comunicarme valor.
Quedamos yo y Blanca, hermanos,
Como á la disposicion
Del cielo quedan las aves
A quien el nido faltó.
Crónos por hijos suyos
Fabricio, gobernador
De Hungria, en buenas costumbres,
Hasta edad de discrecion.
Enseñóme á mi las armas,
Noble maestro me dió
Para las espadas negras,
De la blanca imitacion.
De la escarcela á la gola
Doradas armas vistió,
Coronando buenas plumas
La celada ó morrion.
El arcabuz en la mano,
A disparar me enseñó
El plomo ardiente á las fieras
Por el cañon tromador.
Tal vez que subiese armado
En el gallardo bridon,
Que adornaban negras celines
Cintas de verde color,
Puesta en el ristre la lanza,
En la tela me mostró
A perder para las veras
En las burlas el temor.
No se olvidó de las letras:
Ya supe lo que bastó
Para no ser ignorante,
Como otros muchos lo son.
Blanca labores y danzas,
Como mujer, aprendió,
Virtudes y cortesias,
De los palacios temor.
Con esto y buenos consejos,
El Rey contento nos dió,
Diciendo que éramos hijos
De un caballero español,
Que, viniendo por la mar,
En este puerto murió,
Que es menos mal, aunque el golfo
Es sepultura mayor.
A la sombra de Lisarda
Creció Blanca, y crecí yo

A la del Rey, que me ha puesto
En el lugar en que estoy.
Aquí viene, como suele,
A dármele la ocasion
De ver y hablar á Lisarda,
Creciendo juntos los dos.
Aquel mónstruo mal nacido
De la que en la mar nació,
Que todo lo ve, y es ciego,
Y, siendo tirano, es dios,
Con tal violencia de estrellas
Nuestras almas enlazó,
Que hablábamos por los ojos,
Y era la vista la voz.
Yo, Arnesto, no me atrevia
Mas que á morir, y llegó
Mas que á suspiros mi pecho,
Mas que á lágrimas mi amor.
Pero una alegre mañana
Que la Princesa bajó
A ser del jardin aurora
Y del cristal resplandor,
Dió aljófares á las perlas,
Vista al agua, al viento son,
Voz al ave, oro á los lirios,
Y á los claveles color;

Amor, privanza y mi hermana
Me dieron licencia, y voy
A ver cómo amanecía,
Sin que lo supiese, el sol.
No le pesó, porque luego
De dos cielos apartó
Velo de plata, que puso
Mi libertad en prision.
Pidióme que me acercase;
Pero de un helado ardor
Sentia cubrirme el alma:
Sus potencias desmayó.
Mas tomando amor en brazos
La voluntad, despertó
Al entendimiento, y pudo
Perder, hablando, el temor.
Favorecióme Lisarda,
De manera que venció
La grana de las mejillas
La mas encarnada flor.
Desde este dichoso dia,
Arnesto, supe quién soy;
Porque quien Lisarda estima
Ya tiene inmenso valor.
Hoy me ha escrito este papel
Tan loco, de quien te doy
Parte como á la mitad
De mi propio corazon.
No quiero que me aconsejes,
Puesto que el caso es atroz;
Que no recibe consejos
Amorosa obstinacion.
Yo quiero morir, yo quiero
Solo decir que tocó
Mi mano su nieve viva:
¿Qué celestial posesion?
La noche apresuró el paso,
Llegó su curso veloz.
A la mitad del imperio
Del silencio y confusion.
Mas teme que le amanezca
Más presto, y tiene razon;
Que donde Lisarda es dia,
Pareciera noche el sol.

ARNESTO.

Como me habéis prevenido
De que no he de aconsejaros,
Quiero sola acompañaros
Lisonjero y atrevido;
Que en esto os pienso pagar
El confaros de mí.

FEDERICO.

Mi casa es esta, y aquí
Nos podremos disfrazar. (Llama.)
¿Clarín!

ESCENA XIV.

CLARIN. — DIGNOS.

CLARIN.

Señor...

FEDERICO.

El cuidado
Te agradezco: danos presto
Armas á los dos.

CLARIN.

¿Qué es esto?

¿Andas hoy desafiado?
¿Qué tienes?

FEDERICO.

Menos saber,

Y mas servir.

CLARIN.

¿Qué armas quieres?

FEDERICO. (A Arnesto.)

Pide tú las que quisieres.

ARNESTO.

Clarín las puede traer
A su gusto y eleccion.

CLARIN.

Para de noche no siento
Que haya como un aposento
Armas de mas perfeccion.
El que de noche no sale
Tiene la testa segura,
Porque de la noche oscura
Todo delito se vale.
Pero en pasos que no hay luz,
Y hay lo que llaman esquina,
Llevad una culebrina,
Cuanto mas un arcabuz;
Que ya no se usa refill.
En el campo en desafío.

FEDERICO.

¿Qué consejo!

CLARIN.

Como mío,

Que trato solo en vivir.

ARNESTO.

Luego ¿vo irás con nosotros?

CLARIN.

No me llevaréis los dos,
Y si fuere, ¡vive Dios,
Que no me alcancen seis potros!

ARNESTO.

Ora bien, en vuestras armas
Iré á escoger lo mejor.

CLARIN.

Si me lleva mi señor,
En vano, Arnesto, te armas.

ARNESTO.

¿Eres diestro?

CLARIN.

Singular.

ARNESTO.

Pues tén.

CLARIN.

Tengo á qué acudir...

—Mas comenzad á reñir;
Que luego os iré á buscar.
(Vase.)

ESCENA XV.

EL REY, LISARDA, BLANCA.

REY.

No me dejan negocios recogerme;
Mal el cuidado duerme.

LISARDA.

¡Qué aprovecha, Señor, la cama blanda
Ni el envolverse en la flamenca holan-
[da,
Al cuidado de un rey en su gobierno?

REY.

Sísifo lleva en su tormento eterno
Un gran peñasco, para justo asombro
De los reyes, al hombro;
Y no pintan su pena sin misterio
Para la carga del angusto imperio.
¡Jeroglífico triste!
Si bien en ti consiste,
Lisarda, la mas parte del cuidado;
Que en viéndote en estado,
Todo será suave.
Has cercado con llave
Tu voluntad á todos,
Y todos te pretenden.

LISARDA.

Varios modos

Para servirte intento;
Pero, como aborrezco el casamiento,
Ninguno me contenta.

REY.

El duque Otavio por su parte intenta
Suceder en el reino por tu mano.
Lucindo hace lo mismo.

LISARDA.

Todo es vano...
(Ap. á Blanca. Respecto del amor de Fe-
A quien el alma aplico. [derico,
¿Si habrá venido ya?)

BLANCA. (Ap. á Lisarda.)

Lisarda, advierte
Que puedes darsa suerte
Dar sospechas al Rey del amor tuyo,
Si bien la causa del efecto arguyo.

LISARDA.

Dame, Señor, tu mano y tu licencia.

REY.

Duerme, Lisarda mja;
Que para mí no hay noche, todo es día.

LISARDA.

Pues vence tu inquietud con tu pruden-
[cia.

REY.

Cuando tomes estado,
Por el descanso trocaré el cuidado.

(Vase Lisarda y Blanca.)

ESCENA XVI.

FABRICIO. — EL REY.

FABRICIO.

Dicen que me ha llamado vuestra alteza,
Y á tan extrañas horas, he pensado
Que gran causa le obliga.

REY.

Una tristeza
Mortal, Fabricio, me consume el pecho,
Para que no hay remedio de provecho,
Nacida de Lisarda,
Cuya elección para casarse aguarda
Por ventura mi muerte.
Quiero prender á Otavio, y desta suerte
A cuantos con secreto y medios locos
Su casamiento intentan.

FABRICIO.

No son pocos.

REY.

Dicenme, Federico, que no hay hombre
Que sepa dónde vive, y se presume
Que se ha mudado el nombre.

FABRICIO.

Si toda tu tristeza se resume
En que se prenda Otavio, yo te digo
Que nos le ha de vender el mas amigo.

REY.

Si te digo verdad, mas me contenta
Lucindo; quiero que no estorbe Otavio
Lo que para mi agravio
Con tal secreto y confianza intenta.
Para esto á tales horas te he llamado.

FABRICIO.

Pierde, Señor, la pena y el cuidado;
Que á Otavio buscaré, y antes del día
Le tendrás en prision, porque yo creo
Que le lleva de noche su deseo
A los balcones de palacio.

REY.

Parte; [te.

Que yo sabré, como es razon, premiar-
(Vase.)

Vista exterior de un jardín y puerta
del mismo.

ESCENA XVII.

OTAVIO, UN CRIADO.

CRIADO.

Aun no está el Rey recogido.

OTAVIO.

Todo palacio está en vela;
Presumo que soy la causa.

CRIADO.

Bien puede ser que lo seas.

OTAVIO.

¿Qué quieren saber de mí?

CRIADO.

Lo que por ventura intentas.

OTAVIO.

El competidor lo causa.

CRIADO.

Yo temo que el Rey te prenda.

OTAVIO.

Yo diré que á Celia sirvo,
Y que vengo á hablar con ella.

CRIADO.

Con celos dirás mejor.

OTAVIO.

Gente viene, y viene cerca.

CRIADO.

Pues aquí nos escondamos,
Y á la noche te encomienda.

OTAVIO.

En su oscuridad me fio.

(Vase.)

ESCENA XVIII.

FEDERICO, ARNESTO; despues,
BLANCA.

FEDERICO.

Dice el papel que á la puerta
Ha de estar Blanca, mi hermana.

ARNESTO.

Pues seguramente llega.

(Sale Blanca.)

BLANCA.

¿Es Federico?

FEDERICO.

Yo soy.

BLANCA.

Seguros estamos, entra.

FEDERICO.

¡Jesus!

BLANCA.

¿Tropiezas?

FEDERICO.

Sí.

BLANCA.

En tu ventura tropiezas.

(Éntranse en el jardín Federico
y Blanca.)

ESCENA XIX.

ARNESTO.

Entró Federico. ¡Ah cielos!
Habrá, Lisarda, quien crea
Tal desatino de amor?
Blanca sin duda era aquella:
Es Federico su hermano,
Y no es razon que me atreva
A pedirle, pues le sirvo,
Lo que otro amigo pudiera.
Gente viene: aquí me escondo.

(Retírase.)

ESCENA XX.

OTAVIO y SU CRIADO; ARNESTO,
retirado.

OTAVIO.

O ñejo, ó mis ojos sueñan,
O mis celos me enloquecen,
O mis locuras me ciegan,
O entró un hombre en el jardín.

CRIADO.

Ni sueñes ni te enloquezcas
Ni te ciegues; que es sin duda.

OTAVIO.

¡Vive Dios, que la Princesa
Hace favor á Lucindo,
Y que viene á hablar con ella!
Daré voces, que las oiga
El Rey por aquestas rejas.

CRIADO.

Quedo, que viene gran gente.

OTAVIO.

Venga el Rey, el mundo venga.

CRIADO.

¿No es mejor irte?

OTAVIO.

¿Qué esirme?

¿Qué importa que el Rey me vea?

ARNESTO. (Para él.)

Mucha gente, y bien armada,
A la muralla se acerca.
Este es el Gobernador.
Seguro mi amigo queda:
Yo me voy, veré qué pasa,
Y despues daré la vuelta.

(Vase.)

ESCENA XXI.

FABRICIO, UN CAPITAN, SOLDADOS.—
OTAVIO, EL CRIADO.

FABRICIO.

Reconocidos.

CAPITAN.

¿Quién va?

OTAVIO.

Quien ya su nombre no niega.

CAPITAN.

Pues ¿quién es?

OTAVIO.
El duque Otavio.
CAPITAN. (Ap. á Fabricio.)
Ya tienes lo que deseas.
FABRICIO.
¿Cómo?
CAPITAN.
Al Duque.
FABRICIO.
(Ap. ¡Gran ventura!)
El Rey me manda que os prenda.
OTAVIO.
No debe de ser á mí,
Sino á quien por esa puerta
Osa entrar en su palacio.
FABRICIO.
Por esa ni sale ni entra
Otra que su real persona.
OTAVIO.
Pues si os engaño, rompeldo;
Que dentro el conde Lucindo
Habla ó goza á la Princesa.
FABRICIO.
¿Estáis loco?
OTAVIO.
Yo lo he visto,
Y no está lejos la prueba.
FABRICIO.
¡Extraña Husion de celos!
OTAVIO.
No son celos ni quimeras,
Sino verdades.

CRÍADO.
Señor,
Llegando el Duque á estas rejas
A hablar con Celia no mas,
Que ya sabeis que es su deuda,
Vió entrar al conde Lucindo;
Y yo, puesto que no sea
De tanto crédito, he visto
Lo mismo.

FABRICIO. (Ap. al Capitan.)
¿Qué haré que pueda,
Entre tanta confusion,
Ser mas honor de su alteza?
¿Llamaré al Rey, capitan?

CAPITAN.
Mejor es que no lo sepa
Primero que entres, Señor,
Y con tus ojos lo veas.

FABRICIO.
Romped las puertas, romped.

CAPITAN.
Abierta estaba la puerta.

FABRICIO.
Entrad dentro, capitan;
Porque temo que yo pueda
Dejar de matar al Conde.

(Entra el Capitan en el jardin.)

(Ap. ¡Que yo este gobierno tenga
En tan notable ocasion!)
¿Quién puede ser, que no tema
La ira de un rey, tan loco?

OTAVIO.
Quien quiere bien, y halla abierta
La puerta y la voluntad.

ESCENA XXII.

EL CAPITAN, FEDERICO, embosado.
— FABRICIO, OTAVIO, SOLDADOS.

CAPITAN.
Salid, Conde, salid fuera.

FABRICIO.
¡Vive el cielo, que es verdad!

CAPITAN.
Ocupando aquellas piedras
De la fuente del jardin,
Lucindo con la Princesa
En conversacion estaba.

FABRICIO.
Conde, ¿son hazañas estas
De vuestras obligaciones?

FEDERICO.
No soy, Fabricio, quien piensas.

FABRICIO.
Pues ¿quién eres?

FEDERICO.
Federico.

FABRICIO.
¡Federico!

FEDERICO.
¿Qué te alteras?
¿No es dicha haberme criado,
Aunque mis padres no sepas?

FABRICIO.
Con tan altos pensamientos,
¿Qué mucho que el seso pierdas,
Si ya perdiste la vida?

FEDERICO.
Perdiera mil que tuviera.

FABRICIO.
¡Oh, nunca yo te criara!

FEDERICO.
¿De mi ventura te pesa?

OTAVIO.
¿Que no es el conde Lucindo?

CRÍADO.
¿No lo ves?

FABRICIO.
¿Quien me dijera
Que yo habia de criar
Á un traidor?

FEDERICO.
¿De qué te quejas?

FABRICIO.
¿Es bajeza amar á un ángel?

Más siento que no lo sientas.
Llevalde, y súpalo el Rey.

OTAVIO.
¡Pluguiera á Dios que yo fuera!

FEDERICO. (Ap.)
Lisarda, ser traza tuya
Convierte en gloria la pena.

ACTO SEGUNDO.

Sala de palacio.

ESCENA PRIMERA.

LUCINDO, ARNESTO.

LUCINDO.
¿Cómo ejecutar la ley?

ARNESTO.
Esto dice, esto porfia.

LUCINDO.
Tan bárbara tiranía
¿Cabe en el pecho de un rey?

ARNESTO.
La prueba, Conde, aperciben.

Muerto de pena y disgusto,

Quiere parecer tan justo
Como de Selenco escriben.

LUCINDO.
Antes no, pues queda vivo,
Si su hija matar piensa.

ARNESTO.
Disfraza vengar la ofensa,
Sangriento y ejecutivo,
Con la observacion severa
De la ley en sangre propria.

LUCINDO.
¿En qué Cidia, en qué Etiopia
Tan fiero bárbaro hubiera?
Pero ¿quién imaginara
Que Federico era aquel,
Por quien Lisarda cruel
Tantos príncipes dejara?
¿Federico! ¿Hay cosa igual?

ARNESTO.
En los bienes de fortuna
No le dió parte ninguna
La influencia celestial;
Que es hombre que el Rey crió
Sin saber su nacimiento,
Ni tener mas fundamento,
Que su privanza le dió;
Pero en bienes naturales
Disculpa Lisarda tiene.

LUCINDO.
Si por esos bienes viene
Federico á tantos males,
No sé si debo envidiar
La ventura que ha tenido.

ARNESTO.
Dichosa desdicha ha sido.
La vida te ha de costar,
Pues está la ley tan clara,
Y él provoca á la Princesa;
Que en toda amorosa empresa,
Fundamento en que repara,
Siempre es el hombre el primero.

LUCINDO.
Claro está que él le daría
La causa.

ARNESTO.
El reino queria
Oponerse al rigor fiero,
Y pedir á su señora,
Pues no hay otro sucesor;
Y el Rey con mayor rigor
Dice que no sabe agora
Quién de los dos es culpado.
Mas en caso de tener
Lisarda culpa, ha de ser
Federico el desterrado,
Y ella la que ha de morir.

LUCINDO.
Si este un hombre bajo fuera,
Cuyo padre se suplera,
No se pudiera admitir
Ni al reino ni al casamiento;
Pero siendo un hombre obscuro,
La disculpa le aseguro
En fe de su pensamiento.
Bien se puede presumir
Cuán altamente nació
Quien á imaginar llegó
Que le pudiera admitir
Una princesa de Hungría.
Y no sabiendo quién es,
Lo que no es sabrá despues
Que llegue á tal monarquía.
Los reyes no dan nobleza,
Pues da la nobleza el Rey;
Que no es ley la que no es ley
Conforme á naturaleza.

ARNESTO.
El viene: por Dios te rugo

Que le ruegues por piedad
De noble, que esta crueldad
No ejecute á sangre y fuego;
Que me va la vida á mí
En que Federico viva.

LUCINDO.

Si en mi ruego, Arnesto, estriba,
Aunque pretendiente fui,
Olvidando la venganza,
Hoy quiero ser su abogado.

ARNESTO.

Hoy con tu nobleza has dado
Vida á mi muerta esperanza.

ESCENA II.

EL REY, FABRICIO. — DICHOS.

REY.

¿Cómo tiene mi hermano atrevimiento
Para escribirme á mí? Yo ¿no he man-
[dado]

Que apenas haya luz en su aposento?

FABRICIO.

La piedad del suceso lo ha causado.

REY.

¡A Federico abona! á Federico!

FABRICIO.

No será Federico su cuidado;
Que á la Princesa con razon le aplico,
Que en fin es hija tuya y su sobrina;
Y que no le condenes te suplico.

REY.

Antes le viene bien, pues determina
Quitarme el reino, y dice que no hereda
Mujer, cuya opinion le desatina.
Si Lisarda es culpada, él solo queda
Absoluto señor. Siga su intento
Cuando salir de las prisiones pueda;
Que yo no puedo hacer un casamiento
Tan bajo contra ley tan conocida.

FABRICIO.

Piedad debe de ser su pensamiento.

REY.

Tú, que me diste el bárbaro homicida,
Fabricio, de mi honor, culpa tu engaño.

LUCINDO.

Guarden los cielos, gran Señor, tu vida.

REY.

¡Oh Lucindo! ¿qué venganza
Del Conde se te ha ofrecido!

LUCINDO.

Del pesar que has recibido
La mayor parte me alcanza.
Pero quedame esperanza
Que has de mirarlo mejor;
Que el absoluto señor
Derogar puede las leyes;
Que no las hacen los reyes
Para las culpas de amor.
Federico, aunque es tan grave
El delito cometido,
Una firma en blanco ha sido,
Pues de quién es no se sabe.
Será medio mas suave
Que escribas menos severo.
En el papel: «Caballero
Noble Federico es»;
Que quien le viere despues
No sabrá quién fué primero.

REY.

Bien te finges abogado,
Conde, de quien es forzoso
Que estés con razon quejoso,
Pues un reino te ha quitado.
Si Federico es culpado,
Yo escribiré en el papel:

«La sentencia que hay, en él
Justa ejecucion aguarda,
O por ventura en Lisarda;
Que no hay justicia cruel.»
Vén, Fabricio; que hoy Hungria
Verá con justa razon
Que hay en ley ejecucion
De la propia sangre mía.

LUCINDO.

Tambien ves que es cosa ímpra
Observar leyes sangrientas.

REY.

Conde, en vano me atormentas.

LUCINDO.

El buen juez es el buen rey.
Tiembra el rigor de la ley.

REY.

Tarde su remedio intentas.

(Vase el Rey y Fabricio.)

ESCENA III.

LUCINDO, ARNESTO.

LUCINDO.

No dirás que no he cumplido
Con lo que debo á quien soy.

ARNESTO.

Satisfecho, Conde, estoy,
Cuanto del Rey ofendido.
Hoy la esperanza he perdido
De cierto bien.

LUCINDO.

Pues advierte

Que el Rey agora está fuerte,
Y no la tengas perdida;
Que si hasta la muerte es vida,
Aun no ha llegado su muerte.
Yo solo el reino perdí;
A Lisarda, Arnesto, no;
Que el desengaño me dió
Las armas con que vencí.
Blanca se pierde por mí:
A Blanca pienso querer;
Que si amor se ha de vencer,
Es infamar los remedios
Buscar yerbas, poner medios,
Sino amor de otra mujer.

ARNESTO.

¿Blanca te quiere?

LUCINDO.

Eso es cierto.

ARNESTO. (Ap.)

¿Ay de mí! ¿Qué es lo que escucho?

LUCINDO.

Y no te parezca mucho,
Ya que de su amor te advierto,
Porque á mayor desconcierto
Obliga cosa tan fea,
Sea amor ó no lo sea;
Que es muy fina necesidad
Conquistar la voluntad
Que en otro gusto se emplea.

(Vase.)

Cárcel.

ESCENA IV.

CLARIN, DOS GUARDAS.

GUARDA 1.º

No ha sido favor pequeño
No haceros mas resistencia.

CLARIN.

Yo tengo del Rey licencia
Para servir á mi dueño.

GUARDA 2.º

En no constando, Clarín,
Por escrito, no hay tratar
De poderle ver ni hablar.

CLARIN.

¿Yo no?

GUARDA 1.º

No.

CLARIN.

¿Yo miento, en fin?

GUARDA 2.º

No digo tal; pero es justo
Hacer nuestro oficio bien.

CLARIN.

Y aun dos cédnulas tambien
Saqué por solo mi gusto.
Tomad vos esta del Rey,
Y vos esta de Fabricio.

(Saca dos papeles doblados, con dinero dentro.)

GUARDA 1.º

¿Cómo pesa!

CLARIN.

Es claro indicio

De que no quebrais la ley.

GUARDA 2.º

¿Para qué las doblas tanto?

CLARIN.

Porque son las letras dobles.
Ceded y haced como nobles.

GUARDA 1.º

De que lo dudes me espanto.

(Ap. ¡Vive Dios, que son doblones
Los desta! Aquella será
La del Rey.)

CLARIN.

No os pesará

De entender bien las razones.

GUARDA 2.º (Ap.)

Oro es cuanto hay aquí.

Aquella debe de ser
La del Rey.

GUARDA 1.º

(Ap. ¿Qué puedo hacer?

¿Puedame valer á mí
Mas oro aquesta prision?)
Habla, Clarín; que obedezco
Al Rey.

GUARDA 2.º

Yo lo mismo ofrezco

Por mi parte; que es razon
Obedecer á Fabricio,
Que en lugar del Rey está.

CLARIN.

Yo sé que el Rey lo tendrá,
Guardas, por justo servicio.

GUARDA 1.º (Ap.)

No pienso decirle nada
Del oro á mi compañero.

GUARDA 2.º

Encubrirle el oro quiero;
Que será burla extremada,
Porque él debe de tener
La cédula verdadera.

GUARDA 1.º

(Ap. Pues este no considera
Lo que Clarín puede hacer,
Sin duda alguna que tiene
La cédula de Fabricio.)
Habla, Clarín; que el indicio
Lo muestra.

CLARIN.

Mi dueño viene.

GUARDA 1.º

Pues á la puerta nos vamos.
(Vase los guardas.)

ESCENA V.

CLARIN.

¡Oh metal digno de honor,
Amarillo de temor
De que tantos te busquemos!
Oh divina criatura,
Hijo del sol en efeto!
¿Cómo puede haber secreto
Donde entra tu lumbré pura?
Oro ilustre, para quien
No hay guardas en fuertes muros,
Piedras y diamantes puros
Rendidas párias te den!
El cielo tu copia aumente,
Donde mas fino has nacido,
Oro valiente, vencido
De la virtud solamente.

ESCENA VI.

FEDERICO. — CLARIN.

FEDERICO.

¡Aquí, Clarín? ¿Cosa extralía!
Dícanme que el Rey te dió
Licencia.

CLARIN.

Y la puerta abrió,
Si fuera dura montaña;
Porque es rey sin resistencia.

FEDERICO.

¿Por quién dices?

CLARIN.

Por el oro,
Que su divino tesoro
Es rayo en furia y violencia.

FEDERICO.

Agradesco tu lealtad,
Y si yo muero, está cierto
Que me heredarás.

CLARIN.

No acierto
A agradecer tu piedad
En materia que no toca
La estimación de tu vida;
Que si esta llega perdida,
A lo mismo me provoca.

FEDERICO.

Pongo en duda el morir yo
Para mas violenta muerte;
Pues viniéndome a tomar
La confesión, como suelen,
Hoy me han mostrado, Clarín,
La de Lisarda, y advierte
Que se confiesa culpada,
Y que temerariamente
Dice que me ha provocado;
En lo que se ve que quiere
Morir porque viva yo.

CLARIN.

¿Qué dices!

FEDERICO.

Que quiere hacerse
La causa deste delito
Contra su amor, pues le pierdo
Juntamente con la vida.

CLARIN.

¿Cómo puede agradecerse
Ni alabarse amor tan grande?
Hablen luego de mujeres
Villanas lenguas de tantas
Que niegan lo que les deben.
¡Oh hijo bien nacido!
¿Cuán justo fué que os hiciesen
De la costilla del hombre

Para ser firmes y fuertes!
Si os hicieran de la carne,
Fuera vuestra carne leve;
Pero del hueso, es forzoso
Ser fuertes hasta la muerte.
Aquí ninguna me escucha:
No es lisonja; pero pueden
Vencer montes en constancia:
Tal es el valor que tienen.
Si se enojan cuando aman,
Sufren, callan y padecen;
Un hombre luego se rinde
En viendo cuatro desdenes.
Amando son liberales,
Y en los peligros como este
Tienen en poco la vida.

FEDERICO.

¿Que Lisarda se condene
Por darme la vida a mí!
¿Qué hará, Clarín? que me encienden
Amor y agradecimiento.
¡Ay duras, injustas leyes!
¿Cuál fué el bárbaro que dijo,
Clarín, que un ángel muriese?
Pero no será verdad;
Que yo pienso hacer de suerte,
Que me den crédito a mí.

CLARIN.

¡Ah Señor, si yo pudiese
Verla!

FEDERICO.

No será posible:
Guardas el castillo tiene.

CLARIN.

Disfrazado quiero ir
A decirle que tú quieres
Matarle, si ella prosigue
En decir que te destierran
Y que le quitan la vida;
Pues cuantos vivir te vieren
Te han de culpar de cruel.

FEDERICO.

Digo que dije mil veces
Que yo la culpa tenía.

CLARIN.

Pues no es menester que lleguen
Al castillo ni a las guardas;
Que si los dos juntamente
Decís una misma cosa,
La ley, el Rey y los jueces
Se han de ver en confusión.

FEDERICO.

Gente sienta. Clarín, véte,
No te hallen aquí conmigo.

CLARIN.

Señor, ya que pude verte;
¿No he de ser de algun provecho?

FEDERICO.

Di a Lisarda, si la vieres,
Que no me quite la vida
Con tormentos tan crueles;
Que yo soy hombre, y es justo
Que muera. Y a Blanca puedes
Dar aquellas pobres joyas
De mis malogrados bienes;
Que, aunque privado, no tengo
Otras riquezas que herede;
Porque lo he sido de un rey,
Que en crueldad bárbara excede
Domicianos y Ezzelinos,
Fálaris, Claudio y Jérjes.
Que ponga al fuego; ay de mí!
Mis papeles; que papeles
Son los mayores testigos
Que los desdichados tienen.
Y que le diga a Lisarda...
— Ya vienen: véte.

CLARIN.

¡Que lleguen
A este punto tus desdichas!

FEDERICO.

Ya no tienen mas que intenten.

(Vase Clarín.)

ESCENA VII.

EL CAPITAN. — FEDERICO.

CAPITAN.

Viendo su alteza, Federico, ahora
La confesión que has hecho
Y ha dado la Princesa, mi señora,
En furia ardiendo y en rencor el pecho,
Manda que os junten en presencia su-
Para que con las leyes se concluya. ¡ya,

FEDERICO.

¿Qué se ha de concluir? Yo soy culpado.

CAPITAN.

El amor, Federico, te ha engañado.
Deja a Lisarda que se culpe, y mira
Que es del Rey hija, y templará su ira.
No morirá Lisarda.

FEDERICO.

En esa duda
Quiere mi amor y mi lealtad que acuda
A mis obligaciones.
¿Ella ha de oír de mí tales razones?
¿Yo tengo de culpalla?

CAPITAN.

No digo que la culpes; pero calla.

FEDERICO.

Ni callar, capitán; que si dos hombres,
Que celebró la antigüedad sus nom-
[bres,
El uno por el otro, siendo amigos,
No habiendo mas testigos,
Se culpaban, queriendo
Morir a manos del cruel tirano,
Cuya amistad templó su airada mano;
Yo, que un ángel adoro,
¿Cómo podré faltar a su decoro?
¿Cómo podré querer que sus agravios
Ejecute mis labios?

CAPITAN.

¿Qué necia obstinación!

FEDERICO.

Yo haré de suerte [te.
Que en remediar mi vida esté mi muert-
(Vase.)

—

Sala de palacio.

ESCENA VIII.

EL REY, LUCINDO, ARNESTO, OTAVIO, FABRICIO, CLARIN, ACOMPAÑAMIENTO.

FABRICIO.

Aquí están los que han jurado
En aquesta informacion.
El Conde en su pretension
Por ninguno se ha mostrado.
Clarín dice solamente
Que armas esa noche dió
A Federico.

CLARIN.

Si yo
Estuve de todo ausente,
¿Qué quieres, Señor, que diga?

* Verso suelto entre consonantes.

REV.
Si en un tormento estuvieras,
Mejor pienso que dijeras
Lo que la verdad te obliga.

CLARIN.
¿Tormento agora tenemos?
¿Ese rigor contra mí?

FABRICIO.
De los dos que están aquí
Mejor la verdad sabrémos,
Porque dice el duque Otavio,
Con quien contesta Fineo,
Que le trujo su deseo
A ver su celoso agravio;
Pero que nunca pensó
Que era Lucindo el que entraba.

OTAVIO.
Cerca del jardín estaba
Cuando Fabricio llegó.
No es mucho que me engañase.

LUCINDO.
Si Federico se viera,
Era justo que yo fuera
Quien esta traición pagase.

OTAVIO.
Yo he confesado mi engaño.

LUCINDO.
¿Para qué buscas, Señor,
Contra quien movió este amor
Mas prueba ni desengaño?
¿No entró dentro el Capitán?
No huyó Lisarda, y fué preso
Federico, en cuyo exceso
Los dos la culpa se dan?
Pues ¿de qué sirven testigos?

FABRICIO.
Señor, mándalos juntar,
Si ejemplo te pueden dar
Aquellos griegos amigos.
Oyelos juntos, si tienes
Corazon para sufrir
Que cada cual á morir
Te pide que le condenes;
Que su determinacion
Mudará á diverso efecto
De tu presencia el respeto.

REV.
Tienes, Fabricio, razon.
Vengan los dos; que yo tengo
Valor contra todo amor;
Porque bien sabe mi honor
Que á ser su defensa vengo.
(Vase Fabricio.)

Plataba la antigüedad
La justicia en la balanza,
Que parte en el cielo alcanza
Por su divina igualdad.
Y aquel estrellado peso
Que iguala noches y dias
Muestra que en las ansias mías
No hay un átomo de exceso.
No haya miedo que el amor
La ley de la patria tuerza,
Porque la justicia esfuerza
Lo que enlaquece el temor.

ESCENA IX.

FABRICIO, EL CAPITAN, LISARDA,
BLANCA, FEDERICO. — EL REY,
OTAVIO, LUCINDO, ARNESTO,
CLARIN, ACOMPAÑAMIENTO.

CAPITAN.
Ya está Federico aquí.

FABRICIO.
Y aquí Lisarda tambien.

LISARDA.
Si aquí mis ojos le ven,
¿Qué puede haber contra mí?

BLANCA. (Ap. á Lisarda.)
Señora, templa el amor.

LISARDA.
¡Oh qué bien me las avisado!
Que un instrumento templado
Obliga á cantar mejor.
No hayas miedo que disuene
Al amor de Federico,
Si al amor del alma aplico
Las consonancias que tiene.

BLANCA.
Mira que le quitarás
La vida con mas rigor.
Di que te obligó su amor.

LISARDA.
Mi amor me obligó no mas.
Déjame, Blanca; no seas
Con tu hermano tan cruel.

BLANCA.
Antes yo vuelvo por él,
Contra lo que tú desas;
Que si él pretende morir
Porque tú vivas, Señora,
No hay mayor crueldad agora
Que condenarle á vivir.

REV.
Toma, Fabricio, tu asiento.
Prosigue en lo que has de hacer.

FABRICIO.
Sí; que aunque juez vengo á ser,
Soy culpado en el tormento. —
Llega, Federico aquí. —
Y vos, Señora, llegad.

LISARDA.
No ha llegado la crueldad
Al rigor que siento en mí.

FEDERICO. (Ap.)
Ojos, que mirando estás
La causa de mis enojos,
Llorad, pues que fuistes, ojos,
Para amar lo que miras.
Si es tener piedad de mí
Morir yo por su valor,
Deba Lisarda á mi amor
Lo que quiere para sí;
Y no se diga que he sido
De ser ingrato culpado,
Ya que he sido desdichado
En no haberla merecido.
Muestre aquí mi firme amor
Que la respeta y adora.

FABRICIO.
¿Conoces esta señora,
Federico?

FEDERICO.
Sí, Señor.

FABRICIO.
¿Es la misma que has jurado
En la confesion que has hecho?

FEDERICO.
La misma que de mí precho,
Fabricio, al papel traslado.
Cuanto allí la lengua habló
Es fe del alma que veis.

FABRICIO.
Vos, Señora, ¿conocéis
A Federico?

LISARDA.
Pues ¿no?

FABRICIO.
¿Es el mismo que dijistes
En lo que habéis confesado?

LISARDA.
Pues ¿puedo haberme engañado?

FABRICIO.
Suelen á veces los tristes

Formar imaginaciones
Que por verdaderas tienen.

LISARDA.
Quando á tales tiempos vienen,
No niegan obligaciones;
Que en principales mujeres
Amor sin tristezas anda.

FABRICIO.
Federico, el Rey me manda
Que te pregunte quién eres.

FEDERICO.
Vive Dios, que no lo sé!
Dilo tú, que me has orlado;
Que yo, que lo he deseado,
Lo que pienso te diré.

Un día me dije á mí:
«¿Quién eres? que estoy en calma.»
Y sentí que dijo el alma:
«Necio, ¿no lo ves en tí?»
¿Para qué pregunta agora
Su principio y nacimiento
El que tuvo pensamiento
De amar á tan gran señora?
Que como el sol que conquista
Puede una agülla mirar,
No la pudieras amar
Con menos ilustre vista.»

FABRICIO.
A tí y á Blanca me dió
Un caballero perdido
En el mar.

FEDERICO.
Su hijo he sido;
Pero en las mudanzas no.

FABRICIO.
¿Cómo te dió la Princesa
Lugar á amarla?

FEDERICO.
No fué
La culpa suya.

FABRICIO.
¿Por qué?
FEDERICO.
Porque fué mía la empresa.
Yo solicité su amor,
Yo sus ojos, yo su pecho,
Temeroso y satishecho
De su divino valor.
Vila tan hermosa un día
Por la reja de un jardín,
Que hacia un blanco jazmín
A su cielo celosía,
Que le dije mil amores,
Y ella por loco me oyó.

LISARDA.
Mientes.
FABRICIO.
¿Cómo?

LISARDA.
Porque yo
Le obligué con mis favores
A tener atrevimiento
Para mirarme y hablarme;
Que Federico de amarme
Nunca tuvo pensamiento
Hasta que yo le obligué.

FEDERICO.
Señora, ¿por qué te ofendes
Contra la verdad que entiendes?
Hombre fui; yó te miré,
Yo te provoqué á mirarme.

LISARDA.
No hay tal; porque no tuvieras
Tal libertad, si no vieras
Por los ojos declararme.
Con ellos te habló mil veces
Mi amorosa voluntad,

Y yo sé que esta verdad
Hoy satisface á los jueces;
Porque siendo yo quien soy,
Y tú un hombre desigual,
Siempre á tu señor leal,
En cuya presencia estoy,
No pudieras atreverte,
Si yo no te provocara.

FEDERICO.

Pues ¿qué probanza mas clara
Que verte excusar mi muerte?—
Rey, Fabricio, caballeros,
¡Vive Dios, que la inocité,
Y un año con esta fe
Hice mis ojos terceros!
Después la hablé, la escribí,
La engañé, la requebré,
Compuse versos, lloré,
Y mil desdenes sufrí.
Ella sabe que mil veces
Quiso mandarme matar:
Blanca lo pudo estorbar.
Esta es la verdad, ¡jueces;
Y que si se enterneció,
Fué porque, viendo tan fuerte
Desden, enfermé, y la muerte
A visitarme llegó.
Aquí no pudo, vencida,
Dejar de amarme Lisarda;
Y como entonces...

LISARDA.

Aguarda;
Que solicitas mi muerte,
Y se te ve claramente.
Oye aparta.

FEDERICO.

¿Qué me quieres?
(Ap. los dos.)

LISARDA.

Hoy, Federico, pues eres
Tan firme, noble y valiente,
Haz una cosa por mí.

FEDERICO.

No la puede haber, Señora,
Que te niegue quien te adora,
Si quiere morir por ti.
¿Qué me mandas?

LISARDA.

Que me des
Las prendas que de mi diencs.

FEDERICO.

Aquí tengo tu retrato,
Causa de mi dulce muerte,
Con el papel que me enviaste,
Mi bien, para que te viese
La noche que me prendieron.

LISARDA.

Muestra.

FEDERICO.

¿Para qué los quieres?

LISARDA.

Para que no te los hallen,
Mis ojos, cuando te lleven
Donde dices que deseas,
Pues ya tus ruegos me vengas.
Queriendo morir así,
Tú verás, si por mí mueres,
Cuán presto muero por ti.—
Rey cruel, fieros jueces,
Si queréis averiguar
Cuál de los dos culpa tiene,
Estos testigos lo digan.

FEDERICO.

Señora, ¿qué es lo que emprendes?

FABRICIO.

Este es un retrato.

REY.

¿Cáyo?

FABRICIO.
De Lisarda será... y este
Es un papel de su mano.

FEDERICO.

Mataréme, si le leas.
Suelta, Fabricio, el papel.

FABRICIO.

Si el Rey que le dé quisiere...

LISARDA.

Aunque él quiera, yo no quiero.

REY.

¿Hay tan gran traición?

LISARDA.

Leélda.

FABRICIO. (Lee.)

«Federico, mi señor y mi esposo, las
ansias de acercarme á tus brazos
han llegado á extremo tan imposible
á mi sufrimiento, que quiero esta no-
che verte y hablarte en el jardín.
Blanca estará á la puerta: no te aco-
barde el temor de mi padre ni el pen-
sar que eres desleal, pues yo soy tu
mujer, y lo he de ser, aunque le pese.»

LISARDA.

¿Podeisme agora negar
Que yo le he dado ocasión?

REY.

No hay que hacer información
Ni queda qué averiguar.

Que te quisiera matar
Está cierto, monstruo fiero;
Mas, porque un verdugo espero,
Que lo puede hacer mejor,
No me permite mi honor
Que infame tan noble acero.
Salgan Blanca y Federico
De la corte desterrados;
Que pues fueron incitados,
Esta pena les aplico.
Y al cielo, infames, suplico
Que el castigo que yo os doy
Tengais de sus manos hoy.—
Vén, Fabricio.—Trae contigo
A ese mortal enemigo. (A Arnesto.)
De quien fui lo que no soy.

(Vanse el Rey, Fabricio y Otavio,
Lucindo y el acompañamiento.)

ESCENA X.

LISARDA, FEDERICO, BLANCA, AR-
NESTO, CLARIN, EL CAPITAN.

ARNESTO. (A Lisarda.)

Temblando os vengo á decir
Que en este aposento entreis,
Donde pienso que ballaréis
Con lo que habeis de morir,
Y lo que al alma conviene.

LISARDA.

Federico, ya mostré
Mi amor, mi lealtad, mi fe;
Ya el fin de mi vida viene.
Pero este consuelo tiene:
Que es la esperanza de verte,
Si aquí no puedo tenerte,
En region mas extendida,
Donde es eterna la vida
Y no se teme la muerte.
Yo cumplí la obligacion
De mi noble nacimiento;
Porque tú vivas, no siento
Mi muerte en esta ocasion.
Acuérdate (que es razon)
Del amor que te he tenido,
Y muéstrate agradecido
En la piedad, no el dolor;

Que bien sé que no es mi amor
Para que le venza olvido.
No respondas ni me hables;
Que podrá ser que me quites
El ánimo, si permites
Acciones tan miserables.
Historias serán notables
Al mundo por larga edad
Mi firmeza y la crueldad
Del Rey, pues por una ley
No dejara de ser rey,
Y lo fuera en la piedad.—
Tú, Blanca, dame los brazos,
Y no me hables tampoco;
Que así á sentir me provoco
Lo fiero de tus abrazos.
Serán de mi cuello lazos,
Matarme podrás con ellos;
Los males, hablando en ellos,
Aumentan mas sus dolores,
Porque los hace menores
El callar y padecellos.—
Tú, Clarín, con Dios te queda.

CLARIN.

Si; pero tango de hablar;
Que tú no me has de mandar
Que tengá la lengua queda.
Hablar tengo cuanto pueda
Y llorar hasta caer.

LISARDA.

Federico, adios.

(Vanse ella y Arnesto.)

ESCENA XI.

FEDERICO, BLANCA, EL CAPITAN,
CLARIN.—Después, LISARDA.

CLARIN.

¿Vencer
Puede el callar tus enojos?

FEDERICO.

Para llorar son mis ojos;
Que ya no son para ver.
Pues corazon he tenido,
Mi bien, para penas tantas,
Si es posible que soy hombre,
Hábrame faltado el alma.
¿De qué tigre soy nacido?
¿En qué rigurosa Hircania
Me dió á la luz de los cielos,
O en que desiertos de Arabia?
Callé, porque cuando amor
Tragedia tan desdichada
Representa en actos tristes,
Las lágrimas son palabras.
¿Dónde se vió igual firmeza,
Tanto amor, tanta constancia?
Mujer nacida altamente!...
Sangre real!... Esto basta.
Ojos, ¿qué pensais hacer?
¿Adónde iréis, cuando os falta
La luz, el alma, la vida
De mi señora Lisarda?—
¿Qué estarán haciendo agora?
¡Ay! que el alma me traspasan
Imaginaciones tristes.
¿Si la matan? ¿Si me matan?
Vive el cielo que antepuesto
El fiero cuchillo pasan
Por su cuello! que he sentido
El dolor en la garganta.
¡Ay, alabastro divino!
Si la crueldad os esmalta
Desos hermosos rubios...
¡Ay!

LISARDA. (Dentro.)

¡Ay!

BLANCA.

Arnesto vuelte, calla.

ESCENA XII.

ARNESTO. — FEDERICO, BLANCA,
EL CAPITAN, CLARIN.

ARNESTO.

En viendo á Lisarda muerta,
El Rey, Federico, manda
Que salgais los dos de aquí.

FEDERICO.

¡Muerta! ¡Hay crueldad tan extraña!

ARNESTO.

Vuelve los ojos, si puedes
En tal compasion mirarla.

FEDERICO.

¡Ay, dulce señora mía!
Ay, mi esposa! Ay, mi Lisarda!

ARNESTO.

Detente.

FEDERICO.

Déjame, Arnesto,
Si está espirando, abrazarla;
Que podrá ser que la infunda.
La mía, al partirse, el alma.
Pero no querrá la herida...
¡Oh Rey cruel! — Vamos, Blanca;
Que voy ciego, que voy loco,
Y si de aquí no me sacan,
Mataré al tirano fiero.

BLANCA.

Mira que te oyen las guardas.
Vén por aquí.

CLARIN.

Vén, Señor;
Que de aquesta ley tirana
Te vengará presto el cielo.

FEDERICO.

¡Cómo, vida, no te acabas,
Pues se ha partido de ti
El alma que te animaba?
¡Hay rosas en nieve puras
De un almendro deshojadas,
Como aquella sangre ¡ay cielos!
En el marfil de su cara?
Déjame verla otra vez.

CLARIN.

Mira que puedes ser causa,
Señor, de mayor desdicha.

FEDERICO.

¡Mayor que, muerta Lisarda,
Mi bien, mi luz, mis amores,
Mi señora y mi esperanza!
No mi esperanza; que ya
Toda esperanza me falta.—
Adios, mi bien, para siempre:
No te parezca que tarda
Mi vida en irte á buscar.
Aguarda, Lisarda, aguarda.

ACTO TERCERO.

Campo.

ESCENA PRIMERA.

FABRICIO; LISARDA, en hábito
de hombre.

LISARDA.

Solo por ti tengo vida.

FABRICIO.

Yo pude engañar las guardas
Con aquel paño sangriento
Que te puse en la garganta,
Advirtiéndote que callases,

Hasta verte aquí encerrada
En estos lugares míos,
Que yacen en las entrañas
De estos montes, habitando
Entre sus chozas y casas
El tesoro de tu vida;
Que como los tiempos pasan,
Ellos traen el remedio
De las mayores desgracias;
Que porque no lo entendiera
Tu padre, que me mandaba
Ejecutar el rigor,
Ley que pudo derogalla,
Un entierro fingi, y tal,
Que al mas ilustre monarca
Deja absorto cuando llega
A dilatarle la fama.

LISARDA.

¡No ha de saber Federico
Que vivo?

FABRICIO.

¡Agora me tratas
De Federico?

LISARDA.

¡Ya olvidas
El amor y la crianza?

FABRICIO.

No, Señora; pero temo
Las locuras de quien ama.
Fía de mí, que no pueden
Cuántas cosas hay criadas
Igualarse con su amor;
Pero el temor me acobarda
De que el Rey piensa que ya
Fué la ley ejecutada;
Y si lo contrario sabe,
En defensa de su patria,
A ti, á Federico, á mí,
Pidiendo á Neron la espada,
Nos ha de quitar la vida,
Que en él no puede ser larga.

LISARDA.

Obedezco á la fortuna.

FABRICIO.

Es discrecion, si está airada;
Que á la mayor tempestad
Sucede mayor bonanza.
Sosiega: yo volveré
A verte; que el Rey me aguarda.

(Vase.)

ESCENA II.

FLORA. — LISARDA.

FLORA.

Bien es que tu nombre sea,
Lucindo, del sol, pues todo
Resplandece de otro modo
Después que estás en la aldea.
Los campos producen flores,
Las plantas frutas suaves,
Y son las parleras aves
Poetas de sus amores.
No hay aquí manso arroyuelo
Que en mil perlas no se envuelva;
El soto, el prado, la selva,
Como eres luz, vuelves cielo.
Luz hermosa, ¿de qué estás
Triste? que el sol no merece
Padece; que si él padece,
El mundo lo estará mas
Que á la confusion primera,
Porque ya montes y prados
Quiéren, de tus pies pisados,
Tenerte por primavera.

LISARDA.

Flora, de estos campos flor,
Yo vivo con gusto aquí,

Si bien por desdicha fui,
Como me ves, labrador.
Y como memorias son
Del alma eterno castigo,
Tienen mas fuerza conmigo
Que el valor y la razon.
Estas me tienen de suerte,
Que soy mi propio homicida,
Aborreciendo la vida,
Solicitando mi muerte;
Y aunque es verdad que Fabricio,
De aquesta tierra señor,
Mostró en hacerme favor
De padre piadoso oficio,
No puede cosa ninguna
Causar en mi mal mudanza,
Porque mi muerta esperanza
Se ha rendido á mi fortuna.
Solo de tu compañía
Siente alivio mi dolor;
Que no es poco en su rigor
Querer tener alegría.

FLORA.

Lucindo, si me quisieras
Como te quiero, sin duda
Que amor los afectos muda,
Y que contento estuvieras.
No te quiero dar pesar
Con este mi necio amor;
Que aborrecido es mejor
Morir, sufrir y callar.

ESCENA III.

UN LABRADOR. — LISARDA, FLORA.

LABRADOR.

¿Está por acá Lucindo?

LISARDA.

Aquí estoy, Silvio, y agora
Mas alegre, pues te veo.

LABRADOR.

Fui á la ciudad á las cosas
Que me encomendaste ayer;
Que para servirte, sobra
Saber yo tu voluntad.
A fe que hay nuevas famosas.

LISARDA.

¿Cómo?

LABRADOR.

Todo es prevenciones
De guerra: cajas sonoras
Rompen los aires, las armas
Resplandeciendo lustrosas.
Todo es plumas, todo es galas;
Ya no hay hombre que se ponga
Luto por Lisarda muerta,
Si bien lo sienten y lloran.
Es la causa, según dicen,
Que la reina de Polonia
Con grande ejército marcha
De naciones belicosas
Contra Hungría, porque el Rey,
Viendo que el reino le toca
Por la mas cercana denda,
Otros sucesores nombra.
El valiente Federico,
Que, aun muerta, á Lisarda adora,
Dicen que por su venganza
A la guerra la provoca,
Y viene por general
De esta gallarda amazona,
Con voces que el viento y ellas
En las banderas tremolan.
Mas, como curan los tiempos
Las pasiones amorosas,
Toda la corte mormura
Que la sirve y enamora.
Puede ser que sea mentira
Y que él la diga ilsonjas

Porque ella se ha de vengar,
Que no porque en la memoria
No tenga viva la sangre
Que aquella ilustre señora
Vertió por darle la vida,
Con hazaba tan heróica.

LISARDA.

Que Federico sea ingrato
A obligacion tan forzosa
No me parece posible,
Puesto, Silvio, que le abona
El ser ya Lisarda muerta;
Que si es cosa tan notoria
Que un vivo ausente se olvida,
Un muerto menos importa.
Yo, para decir verdad,
En esta corteza tosca
Vivo con mucho disgusto,
Porque el alma generosa
Me levanta el pensamiento
A igualarla con las obras.
Quedáos con Dios; que las cajas
Dentro del alma me tocan.
Yo me parto á ser soldado,
Por vengar á mi señora
Del general Federico.

FLORA.

¿Qué dices?

LISARDA.

Que no te pongas
Delante; que vive Dios,
Que si me detienes, Flora,
Que el rostro de una puñada,
Y aun el corazon, te rompa.

LABRADOR.

Déjale, Flora; que presto
Aqueña soberbia loca
Mudará cuando al lugar
Vuelva con las piernas rotas.

LISARDA.

¡Venganza, cielos, venganza
De Lisarda!

FLORA.

¡Qué furiosas
Voces que va dando!

LISARDA.

Escucha,
Silvio: si vuelve á esas chozas
Fabricio, el que aquí me puso,
Decid que lástima y honra
Y ingratitud me llevaron
A la guerra de Polonia.

LABRADOR.

Yo lo diré de esa suerte.

LISARDA.

¡Ya Federico con otra!
¡Venganza, cielos, venganza! (Vase.)

FLORA.

Rompiendo va cuanto topa.
(Vase.)

Acampamento de la reina de Polonia.

ESCENA IV.

FEDERICO, CLARIN.

FEDERICO.

El hábito de soldado,
Apenas el rostro enjuto,
Me obliga á quitarme el luto.

CLARIN.

Justamente te ha obligado.
¡Hasta cuándo ha de durar
Esta tristeza, Señor?
Mira que es necio el amor
Que no se puede gozar.

L-III.

Aunque mil cartas le escribas,
No te puede responder,
Ni vivo la puedes ver.

FEDERICO.

Están las memorias vivas.

CLARIN.

Eso es falta de valor;
Que no es agradecimiento.

FEDERICO.

¡Ay Dios! ¿Qué necio argumento,
Debiéndole tanto amor!

CLARIN.

Que la quieras está bien;
Pero, si la has de vengar,
El saber disimular
Es lo que importa tambien.

FEDERICO.

¿No ves que murió por mí?

CLARIN.

Confieso; mas no es valor
Ni disimular, Señor,
Estando la Reina aquí,
Que tanto amor te ha mostrado.

FEDERICO.

Ya me procuro esforzar;
Mas no me quieren dejar
Memorias del bien pasado.
Imagino las crueles
Manos segando las venas
Que aquel cuello de azucenas
Coronaron de claveles.

CLARIN.

Dejemos ya las poesías.
Remedia con la hermosura
De la Reina esa locura;
Que si en quererla porías,
Olvidarás á Lisarda.
Ya viene la Reina aquí:
Mírala bien, vuelve en tí;
Que ¡vive Dios! que es gallarda.
Que se estima con razon,
Y con extremo excesivo
Mas un pajarillo vivo
Que muerto el mas lindo alcon.
¡Muertos! ¡Guarda! Gente fria
¿Para qué puede ser buena?
¿Qué muerto no ha dado pena?
¿Qué vivo no da alegría?

(Vase.)

ESCENA V.

LA REINA DE POLONIA.—
FEDERICO.

REINA.

Pues, Federico, ¿ha crecido
Tu tristeza el verte ya
Tan cerca de donde está
Muerta quien nunca lo ha sido
En tu memoria? Que olvido
No puede cubrir memoria
De tan lastimosa historia,
Ni es posible que la olvides,
Si fuerza á los tiempos pides
Para escurecer su gloria.
Ellos pasarán, y en tí
Podrá ser (que no lo creo)
Que dén puerta á algun deseo,
No quiero decir de mí,
Si darte honor ofrecí
Cuando veniste á pedirme
Que tu venganza confirme;
Que mal se puede olvidar
Quien solo se va á vengar
De enamorado y de firme.
Dicen que en este lugar
Tiene preso el rey de Hungría
A su hermano, y yo querría
Por fuerza de armas entrar;

Que si le puedo librar,
Comenzaré bien mi empresa;
Y yo sé que no te pesa,
Porque me dicen que ha sido
El que te ha favorecido
Por gusto de la Princesa.

FEDERICO.

Señora, mis pensamientos,
Como sabeis, fueron altos,
Aunque de méritos faltos
Para tan altos intentos.
Mas vuestros merecimientos
Me obligaron á pensar
En olvidar, que ya es dar
Fin á una cosa querida;
Porque quien piensa que olvida,
No está lejos de olvidar.
Yo presumo que olvidé,
Si bien no la obligacion,
Porque no fuera razon
Vivo amor con muerta fe.
Siempre en el alma tendré
Su imagen para ofreceros.
Dáos prisa, sin ofenderos,
A borrarla del alma;
Que yo, para daros palma,
Me daré prisa á quereros.
Es verdad que voy llegando
Donde Lisarda murió;
Mas por eso os digo yo
Que aquí os voy acompañando,
Para que yo pueda, cuando
Llegasen esas memorias
De tan sangrientas historias,
Presumirlas como ajenas;
Que bien pueden tales penas
Rendirse á tan altas glorias.
En aquesta fortaleza
Tiene á Eduardo aquel rey
Que de tan bárbara ley
Ejecutó la fiereza.
Será piedad y grandeza
Que vos le deis libertad;
Que si á él por la crueldad
Todos desean la muerte,
A vos, Reina, de otra suerte,
La vida por la piedad.

REINA.

Siendo ya muerta Lisarda,
Federico, mi valor
Dice que te tenga amor,
Y el mismo amor me acobarda.
El tiempo que mas se tarda
Es de los males paciencia.
Yo quiero hacer resistencia
A lo que tan poco dura;
Que de una muerta hermosura
Es fácil la competencia.
Haz, Federico, tambien
Que acometan la ciudad;
Que quiero dar libertad
A un hombre que quieres bien,
Para que á mí me la dén
Por dicha algunos cuidados,
No sé yo si bien pagados;
Pero dicen atrevidos
Que, no siendo agradecidos,
Basta ser bien empleados. (Vase.)

ESCENA VI.

CLARIN. — FEDERICO.

CLARIN.

Desde que llegó Isabela
A hablarte, embozada aguarda
Una mujer tan gallarda
Que pienso (si no es cautela
Y de la guerra invencion,
Como suele acontecer)
Que podrás entretener

Y divertir tu pasión.
Yo, á lo menos, me desvelo
En que no lo sientas tanto.

FEDERICO.

De tus cuidados me espanto.

CLARIN.

Por lo menos es buen celo;
Y está seguro de mí
Que si traerte pudiera
A la reina Elena, fuera
A Troya, á Grecia por tí.
Háblala; que no es razon
Dejarte morir.

FEDERICO.

No sé

Cómo á mi firmeza y fe
Pueda hacer tan gran traición.

CLARIN.

¿Qué traición? Anda; que ya
No es firmeza, que es locura.
Enfermo estás, ponte en cura.

FEDERICO.

¿Cómo, si el alma lo está?

CLARIN.

Cuando enferma un gran señor,
No viene un médico solo;
Vienen mil, y el mismo Apolo;
Que dicen que fué doctor.
Probando las medicinas,
Alguna suele acertar;
Que mal te puedes curar,
Si á tomarla no te inclinas.
Recipe, dice un doctor,
Para males de *mujeres*;
Otras *mujeres*, si quieres
Curar amor con amor.
En una tienda se ven
Mil vestidos: sin proballos,
Nadie puede, con mirallos,
Saber cuál le viene bien.
Júpiter, viendo arrogantes
Los hombres, dió un buen remedio,
Que fué partíroslos por medio.

FEDERICO.

¿Qué necio estás!

CLARIN.

No te espantes:

Dicen que de cada uno
Sacó una mujer.

FEDERICO.

¿Y bien?

CLARIN.

Y como medios estén,
Y no está entero ninguno,
Buscando van su mitad,
Y de una en otra mas bella,
Porque hasta topa con ella,
No pára la voluntad.
Ya entra: paciencia; no seas
Descortés; que yo me voy.

FEDERICO.

¿En qué confusión estoy!

CLARIN.

Nunca en mayores te veas.

(Vase.)

ESCENA VII.

LISARDA, *tapada*. — FEDERICO.

LISARDA.

¿Podré hablaros?

FEDERICO.

Bien podéis;

Y decid qué os ha traído.

LISARDA.

Presto sabréis lo que ha sido.

FEDERICO.

Decildo, y no os acerqueis.

LISARDA.

¿Teneis temor á Isabela?

FEDERICO.

No, porque es señora mía.

LISARDA.

¿Qué temeis?

FEDERICO.

Que ser podría

Vuestra venida cautela.
Si es aviso, descubrios;
Y si es amor, perdonad;
Que estoy tan sin libertad,
Que aun los ojos no son míos.

LISARDA.

Mentis.

FEDERICO.

Pues ¿de esa manera
Con un general hablais?

LISARDA.

Y tan general, que estáis
General para cualquiera.
Pero no habeis dicho mal
En que libertad os falta.
Dándola á prenda tan alta,
De quien ya sois general.
¿Estáis muy enamorado?

FEDERICO.

Si lo estoy, y estoy ausente.

LISARDA.

De lo que teneis presente
Poco tiempo habeis faltado.

FEDERICO.

¿Cerca de un año os parece
Poco?

LISARDA.

¿Un año? Ni un instante.

FEDERICO.

Bien decis, porque delante
De mis ojos resplandece
Como el sol divino y claro.

LISARDA.

¿La Reina?

FEDERICO.

Cansada estáis.

LISARDA.

Pues yo en que á la Reina amais,
Para no amaros, reparo;
Que me pareceis muy bien;
Pero por ella muy mal;
Que en siendo su general,
Seréis su amante también;
Porque es en extremo hermosa,
Y ya es fama que ella os ama.

FEDERICO.

No déis crédito á la fama;
Que es mujer y es mentirosa.
Yo quiero bien á una muerta;
Y esto es verdad, y que estoy
Tan triste, que porque voy
A vengarla con fe cierta,
No me he quitado la vida.

LISARDA.

¿Conmigo disimulais?
Yo sé que á la Reina amais.

FEDERICO.

Dejadme, si sois servida;
Que aun para no ver mujer,
No os pido que os descubrais.

LISARDA.

Pues, porque celos me dais,
Por fuerza me habeis de ver.

(Descúbrese.)

FEDERICO.

¿Válgame el cielo! ¿Qué veo?

Señora, ¿de dónde vienes?
¿Cómo dejas las estrellas
Que en tus plantas resplandecen?
Detente, señora mía;
Que, aunque me hueigo de verte,
Falta el ánimo á las fuerzas,
Y el corazón desfallece.
Y cuando te viera viva
Después de un año de ausente,
Como aquí muerta, de triste,
Desmayárame de alegre.
Tú sabes mi sentimiento,
Las lágrimas que me debes;
Y que á quitarme la vida
Me vi dispuesto mil veces.
Fui á Polonia por vengarte,
Y no porque yo tuviese
Deseos de la hermosura
Que dices que me enloquece.
Verdad es que ser pudiera,
Si no vinieras á verme,
Que diera su amor lugar;
Pero fuera honestamente
En materia de casarme;
Que no lo haré si tú quieres.

LISARDA.

¿Casarte, traidor!

FEDERICO.

Señora,

No entendí que era ofenderte,
Que de casarse los vivos
Nunca los muertos se ofenden.

LISARDA.

¿Piensas que en el otro mundo
No hay amor? Pues no lo pienses.
Amor hay y celos hay.

FEDERICO.

En dos partes diferentes
Tu alma dividida está,
Si es que dividirse puede:
En el cielo, en que hay amor,
Pues dices que me le tienes;
Y en el infierno, en que hay celos,
Que fueron demonios siempre.
¿Quieres tú que no me case?

LISARDA.

Quiero que llores mi muerte
Un año cabal; que es cosa
Que á los muertos se concede.
Dentro dél no has de casarte,
Porque no es razon; y advierte
Que antes del año no es honra
Que las cenizas se afrenten.
No has de hablar con Isabela
De amor, aunque ella se inquiete,
Sino en la guerra no mas,
Hasta que mi sangre vengues.

FEDERICO.

Pues yo te doy la palabra.

LISARDA.

Para que no me la quiebres,
Enviaré mi sombra aquí,
Que te acompañe y te cerque
En figura de soldado.

FEDERICO.

¿De soldado? No lo intentes;
Que andaré siempre temblando.

LISARDA.

Pues yo quiero que me tiembles.

FEDERICO.

Haz lo que fueres servida.

LISARDA.

Para que no te desvelas,
Traerá mi rostro el soldado;
Que quiero que le respetes.

FEDERICO.

Sin la palabra, soy hombre

Que la palabra que diere
Sabré cumplir.

LISARDA.

No se fian
Los vivos, estando ausentes,
Y ¿quieres tú que los muertos,
Que olvida tiempo tan breve,
No se olviden? Federico,
Si el ejemplo te desmiente,
¿Qué hijo da vida al padre?
¿Qué marido hay que se acuerde
De la mujer que perdió?

FEDERICO.

Yo, que seré eternamente
Tu esposo, luz de mis ojos.

LISARDA.

(Ap. Este mas ánimo tiene
Mientras mas me va tratando:
Irme es bien, no se me lleque;
Que si una vez vuelve en sí
Y á los brazos se me atreve,
Hallará cuerpo con alma;
Y cuerpos nadie los teme.)
Adios, Federico, aguarda
Que venga el soldado.

FEDERICO.

Fréese.

¿Qué temeraria ilusión!
En mi vida pensé verme
Con el valor que he tenido.

ESCENA VIII.

CLARIN. — FEDERICO.

CLARIN.

¿Lindamente te entretienes!
Basta; que eres como algunos,
Que gran castidad prometen,
Y en llegando la ocasión,
Aun en la purga se aduermen.
¿Era hermosa? ¿Qué la has dicho?
¿No me respondes? ¿Qué tienes?

FEDERICO.

No puedo volver en mí.

CLARIN.

Ya te entiendo.

FEDERICO.

No me entiendes.

CLARIN.

¿Quieres decir que era fea?

FEDERICO.

Era un ángel.

CLARIN.

Engrandeces

Su fealdad por ironía.
Los años, cuarenta y nueve,
Perigallos todo el rostro,
Tres medias muelas y un diente,
Sus cejas en relacion,
Arafranadas las sienes,
Desguarnecidos los ojos
Y hasta el cogote la frente.
¿A eso vino la embozada?
Háblame. ¿Qué te suspendes?
¿Hate hechizado? ¿Qué miras?

FEDERICO.

Estoy mirando si vuelve.

CLARIN.

No osará; que vive Dios!...

FEDERICO.

Si osará, Clarin, si quiere.

CLARIN.

¿Cómo osar?

FEDERICO.

Era Lisarda.

¿Qué Lisarda?

CLARIN.

FEDERICO.

A reprehenderme
Los amores de Isabela
La muerta Lisarda viene.

CLARIN.

¿San Juan! San Jorge! ayudadme;
Que el corazon me estremece.

FEDERICO.

Vino Lisarda, y me dijo
Que era ingrato, que era aleve,
Y que era traicion á infamia
Que quisiese disponerme
A casarme antes de un año...

CLARIN.

¿Sueñas? Presumo que duermes.

FEDERICO.

Y que enviaria su sombra
En la forma de un valiente
Soldado que me guardase.

CLARIN.

Ya, Federico, no pueden
Llegar á mas tus tristezas.
Loco estás: mira que pierdes
Mucho de tu honor así.

FEDERICO.

Allá lo verás.

CLARIN.

No dejes

Tan alta prenda, Señor,
Por una cosa tan leve.

ESCENA IX.

LA REINA, ACOMPAÑAMIENTO. — DI-
GHOS. — Despues, EDUARDO Y
BLANCA.

REINA.

Al tiempo que la gente prevenida
Para el asalto, Federico, estaba,
Se entregó la ciudad, mal defendida,
Matando al capitán que la guardaba.
Goza Eduardo libertad y vida [¡Uaba.
A quien Blanca, tu hermana, acompa-
De que por tu contento estoy contenta.
¿Qué esperanza en su dicha no se alienta?

FEDERICO.

¿Podrélos ver, Señora?

(Salen Eduardo y Blanca.)

EDUARDO.

¡Ah, caballero,
A quien los hados prósperos previenen
El cetro que en tus manos ver espero!
Mis lágrimas apenas se detienen,
Mirando en tu valor lo que mas quiero.
Perdone Blanca.

BLANCA.

No se llame culpa
Ningun amor que la razon disculpa.

FEDERICO.

Verte ha sido, Señor, tan gran deseo
De quien tu libertad en tanto estima,
Que el bien de verte, como ya te veo,
El pecho alienta, el corazon anima.

EDUARDO.

¡Plegue al cielo, Isabel, que por trofeo
Te dé aquel monstruo, á quien tu planta
[oprima

La indomable cerviz, y que tu gloria
Le deba á Federico la vitoria.

FEDERICO. (A Eduardo.)

¿Quieres oirme una palabra aparte?

EDUARDO.

Ya escucho.

FEDERICO. (Ap. á Eduardo.)

¿Quién soy yo? Porque Fabricio

Me dijo que tú solo serás parte
Para hacerme tan alto beneficio.

EDUARDO.

Con Isabela puedes igualarte.
No quieras de quién eres mas indicio.
Camina á la ciudad; que este secreto
Decirte cuando vuelvas te prometo.
(Vanse todos, ménos Clarin.)

ESCENA X.

CLARIN.

Notable temor me ha dado
Ver á Federico loco.
Quien tuviere el seso en poco
Ni es valiente ni es honrado:
Valiente, pues le faltó
Valor para consolarse;
Ni honrado, pues á faltarse
A su valor se atrevió.

ESCENA XI.

LISARDA, de soldado. — CLARIN.

LISARDA.

¡Soldado!

CLARIN.

¿Quién es?

LISARDA.

Yo soy.

¿Habeis visto al General?

CLARIN.

¡Santo Dios! Estoy mortal.
Muerto estoy, sin alma estoy.
No era locura el decir
Que á Lisarda visto habia.
¿Si es sueño? si es fantasia?
¿Cómo, despues de morir,
Andan por aquí los muertos?
Toda la sangre me altera.

LISARDA.

Clarin, ¿qué temes? Espera.
Los espíritus cubiertos
De aqueste mortal vestido,
¿Cómo pueden espantar?

CLARIN.

Dame, espíritu, lugar
Para cobrar el sentido.

LISARDA.

Acércate á mí, no temas.

CLARIN.

¡No temas!

LISARDA.

Daca la mano.

CLARIN.

¡La mano! Espíritu vano,
No te llegues; que me quemas.
¡Señor, señor!

ESCENA XII.

FEDERICO. — DIGNOS.

FEDERICO.

¿Qué es aquesto?

CLARIN.

No es nada: allá lo verás.

FEDERICO.

¿Tienes seso? Voces das
Como loco descompuesto.

CLARIN.

En justa razon me fundo.

FEDERICO.

¿Qué causa, Clarin, te ha dado?

CLARIN.
Vuelve, y mira ese soldado,
Que viene del otro mundo.

FEDERICO.
¡Válgame Dios!

LISARDA.
No temais.
Lisarda con vos me envía.

FEDERICO.
El mismo rostro tenía.

LISARDA.
¿Qué teméis? ¿Qué os espantais?
¿En qué vision ha venido?
¿No es esta la mesma cara
De Lisarda?

FEDERICO.
Cosa es clara.

LISARDA.
¿Hay mas que en este vestido
Diferencia de su ser?

FEDERICO.
No, Señor.

LISARDA.
Pues esta espada
¿A qué soldado no agrada,
Y qué mal os puede hacer?
Estas plumas que ves pardas,
¿Son fuego?

CLARIN.
Tiene razon,
Y los muertos muertos son.
Habla á Lisarda. ¿Qué aguardas?
Llega anímoso.

FEDERICO.
No puedo,
Aunque quiero.

CLARIN.
¿Cómo no?
No temas; que aquí estoy yo,
Que estoy temblando de miedo.

FEDERICO.
Y ¿cómo os llamais, soldado?

LISARDA.
Lisardo.

FEDERICO.
Pues tú, Clarín,
Le acomoda; porque, en fin,
Ha de andar siempre á tu lado.

CLARIN.
¿Cómo á mi lado?

LISARDA.
Una sombra,
Soldado, ¿qué puede hacer?

CLARIN.
Nada, siendo de mujer;
Mas, siendo de hombre, me asombra.

FEDERICO.
Dale tu lado; que voy
A hacer la gente marchar. (Vase.)

CLARIN.
Yo ¿qué lado le he de dar?

LISARDA.
¿De qué temblais? Sombra soy.

CLARIN.
Del estar muerta me alcanza
El temor en que me veo.

LISARDA. (Ap.)
Estoy viva á mi deseo
Y estoy muerta á mi esperanza.
(Vase.)

Sala del real palacio.

ESCENA XIII.

EL REY, FABRICIO, LUCINDO.

REY.
¿Que esto..... ha pasado?

FABRICIO.
Tan arrogante viene.

LUCINDO.
A Federico
Agradezca el valor.

REY.
Pondré cuidado,
Mas que el que desde agora significo.

LUCINDO.
A vengarse de ti determinado,
Justa disculpa que al amor aplico,
Pidió á Isabela gente, y ella viene
Con la esperanza que del reino tiene.
Al principio traía retratada
A Lisarda, Señor, en su bandera,
Sobre un estrado negro degollada,
Y en un cielo esta letra: *¿Quién espera?*
Mas luego que á Isabela enamorada
De su gentil persona considera,
Quita á Lisarda, y por empresa ha puesto
Una corona y estas letras: *Presto*.

REY.
Presto, luego y aprisa; que la tiene.
ARNESTO.

Por lo menos, Señor, eso imagina.
FABRICIO.

Resistir á este mozo te conviene:
A vencer ó morir te determina.

LUCINDO.
Libre á Eduardo ya en su campo tiene.

REY.
La ambicion de los dos me desatina.
Ya confirmó de su prision la culpa,
Muchas escriben que el reinar discul-
Tó me has suceder, y no Eduardo [pa.
Ni la reina Isabela, que lo intenta.
Toma luego un baston, Conde gallardo,
Y la batalla al húngaro presenta.

LUCINDO.
Esa licencia solamente aguardo.
FABRICIO. (Ap.)
No saber de Lisarda me atormenta;
Que por haber huido de mi tierra,
Callar es fuerza y permitir la guerra.
(Vase.)

Acampamento de la Reina.

ESCENA XIV.

LA REINA, FEDERICO.

REINA.
Tu tibieza me acobarda.
No sé qué piense de ti.

FEDERICO.
¿Qué puedes pensar de mí?

REINA.
Que estás pensando en Lisarda.

FEDERICO.
No pueden memorias muertas
Borrar esperanzas vivas.

REINA.
Siéntate, y dime, así vivas,
Cómo este olvido conciertas;

Que ya no puedo creer
Que tú no tengas amor.

FEDERICO.
Señora, á tu gran valor
¿Cómo me puedo atrever?

REINA.
Mucho esa respuesta siento;
Que á quien ocasion le han dado,
Aun no ha menester cuidado,
Cuanto mas atrevimiento.

FEDERICO. (Ap.)
Estoy mirando la sombra;
Que esta no debe de vella,
Sino yo solo: por ella
Todo me aflige y asombra.

REINA.
¿Qué dices?

FEDERICO.
Que esta tristeza
Tiene diferente causa.

REINA.
Pues dime de qué se causa;
Porque si es de mi grandeza,
El día que una mujer
Tiene á un hombre voluntad,
Aunque haya desigualdad,
Se transforma y muda el ser.

FEDERICO.
No puedo hablarte, Señora.

REINA.
¿Quién te lo impide? ¿Qué tienes?

FEDERICO.
Un gran temor.

REINA.
¿Cómo vienes
Con esa mudanza ahora?

FEDERICO.
No me aprietes, por tu vida.

REINA.
¿Dónde miras de esa suerte?
¿Qué escuchas? ¿Qué te divierte?
¿Toda la color perdida!
¿Es por dicha aquel soldado,
Que luego que le miré,
Solos nos dejó y se fué.

FEDERICO.
Ese es todo mi cuidado.

REINA.
Si es mujer (que lo parece
En la hermosura y el talle)
No le des celos; que es dale
Lo que él á mi amor ofrece.
Dime toda la verdad.

FEDERICO.
¿Oyenos álguien?

REINA.
Ninguno.

FEDERICO.
No quiero ser importuno
Ni ingrato á tu voluntad.
Esta es sombra de Lisarda,
Que se anda siempre tras mí.

REINA.
¿De la muerta?

FEDERICO.
Sí; que aquí
Me amedrenta y acobarda.

REINA.
No mas; ya entiendo tu engaño.
No te aflijas desa suerte.
Yo dejaré de quererte
Con mas fácil desengaño:
Yo soy mujer que sabré
A mis fuertes escuadrones,
Como á todas mis pasiones,

Poner debajo del pié.
Que no te canses te pido
En fingir engaño igual:
Yo te quise general;
Que no te quiero marido.
Lo menos en esta acción
De lo que soy signífico,
Y así, desde hoy, Federico,
Puedes dejar el bastón;
Que yo sabré gobernar
Mi gente mucho mejor
Que he gobernado mi amor,
Pues no te supe agradar.

ESCENA XV.

FEDERICO; luego, CLARIN.

FEDERICO.
No sé qué tengo de hacer
En confusión tan extraña.

(Sale Clarin.)

CLARIN.
¿Vino por acá el soldado?

FEDERICO.
Apenas de mí se aparta.
Vióle Isabela, y yo dije
De mis tristezas la causa.

CLARIN.
¿Descubrístele quién era?

FEDERICO.
Dije todo lo que pasa.

CLARIN.
¿Qué respondió?

FEDERICO.
Que era achaque,
Y que era cosa muy clara
Que era el soldado mujer,
Y no sombra de Lisarda.

CLARIN.
Vive Dios, que para sombra,
Que ha comido lo que basta
Para un cuerpo! que esta noche
La convidaba á mi cama,
Y que no ha sido posible...
—Pero escucha, si te agrada,
Una notable agudeza.

FEDERICO.
¿Cómo?

CLARIN.
La sombra se causa,
No de alma, sino de cuerpo;
Que es un espíritu el alma,
Pues si esta sombra hace sombra,
De que es cuerpo desengaña;
Que á ser alma, no la hiciera:
Luego es cuerpo, y no fantasma.

FEDERICO.
Tienes razón. Vive el cielo,
Que es bajeza y aun infamia,
De un soldado como yo
Tener miedo á sombras vapas!
Hoy lo tengo de saber.

CLARIN.
Ella viene.

FEDERICO.
Ahí te aparta.
(Vase Clarin.)

ESCENA XVI.

LISARDA, de soldado.—FEDERICO.

FEDERICO.
No dirás, por lo que has visto,
Que no respeto á Lisarda.

¡No escuchaste de qué suerte
Hablé á Isabela?

LISARDA.
No basta
Hablar bien.

FEDERICO.
Pues ¿qué mas quieres?

LISARDA.
Que no te llegues á hablarla.

FEDERICO.
Con sola una condición
Te doy, sombra, la palabra.

LISARDA.
¿Qué condición?

FEDERICO.
Que me abracés.

LISARDA.
Detente. ¿Aun mi sombra abrazas?

FEDERICO.
Dime, ¿cómo tienes cuerpo?
Tú eres traidor, tú me engañas.
Hoy morirás, hechicero.

LISARDA.
Escucha, deten la daga.
Carlos soy; que no soy sombra.

FEDERICO.
¿Qué Carlos?

LISARDA.
Carlos de Irlanda.
Hijo soy del rey de Hungría,
De quien pretendes venganza.
Desdichas me han puesto así;
Que, muriendo quien las causa,
Me ha desterrado, quien soy,
Dándome al reino esperanza.

FEDERICO.
Mientés; que Carlos murió
En los brazos de su ama,
Con que de Hungría quedó
Por heredera Lisarda.

LISARDA.
El ama fingió mi muerte,
Y me echó en una montaña,
Dando al Rey un hijo suyo,
Que es el muerto de quien hablas;
Porque los cielos quisieron
Destá suerte castigarla.
Infórmate en esa aldea
Si es verdad que en ella estaba
Guardando algunas ovejas.

FEDERICO.
Pues ¿qué te obligó á dejallas?

LISARDA.
Ver que ya Lisarda es muerta,
Y que al reinar aspirabas,
Quitándome la corona.

FEDERICO.
(Ap. Tanto parece á su hermana,
Con tal extremo, que aun dudo:
Pienso que es ella que me habla.)
Esta duda solamente,
Y verte fingir fantasma,
Me obliga á creerte; y yo
Le debo tanto á tu hermana,
Que he de ponerte en el reino
Sin jurisdicción tirana.

LISARDA.
Si tú me pones en él,
Yo me casaré con Blanca.

FEDERICO.
Pues esa palabra tomo.

LISARDA.
Ven donde la Reina aguarda. (Vase.)

ESCENA XVII.

CLARIN.—FEDERICO.

CLARIN.
¿Qué te ha dicho?
FEDERICO.
Grandes cosas.

CLARIN.
¿Es cuerpo?
FEDERICO.
Cuerpo sin alma.

CLARIN.
¿Sentístelo bien?
FEDERICO.
Y ¡cómo!

CLARIN.
¿Cuerpo con sus zarandajas?
FEDERICO.

Digo que sí.
CLARIN.
¡Pesía tal!

Que anoche...
FEDERICO.
Camina y calla.
(Vase.)

Otro punto del acampamento.

ESCENA XVIII.

EL REY, FABRICIO, LUCINDO,
ARNESTO, ACOMPAÑAMIENTO.

REY.
Cesen las cajas, no toquen
Mientras que de paces tratan.

LUCINDO.
Si la Reina las acepta
Contradice su ignorancia.

ARNESTO.
Por vuestro interés, Lucindo,
No es bien dejar de aceptallas.

LUCINDO.
No porque soy sucesor
Del reino quiero las armas,
Sino porque es gran bajeza
Antes de llegar, dejallas.

FABRICIO.
Conde, el Rey acierta en esto;
Que aventurar vidas tantas
No es vitoria generosa,
Y es justa piedad guardallas.

LUCINDO.
Fabricio, tales consejos
Bien pienso yo que se hallan
En los libros de las leyes
Que andan ya señaladas.
Dejad al Rey la justicia
Con el honor de sus armas.

FABRICIO.
Yo las sé como las leyes.

REY.
No mas; que es mi gusto, y basta.

LUCINDO.
Basta, pues vos lo queréis.

ARNESTO.
Y cuando el Rey no alcanzara
Victoria, el reino eligiera
Señor de su sangre y casa.

ESCENA XIX.

FEDERICO, LA REINA, BLANCA,
EDUARDO, CLARIN, ACOMPAÑAMIENTO;
LISARDA, retirada, aun de soldado.

FEDERICO.

El Rey, Señora, os espera.

ARNESTO.

¡Della mujer!

FABRICIO.

¡Gentil dama!

REINA.

Dadme las manos.

REY.

Los brazos;

Hermosa Reina, os aguardan.

REINA.

Dad licencia á Federico
Para que lo mesmo haga.

REY.

Por vos, Señora, los doy
A Federico y á Blanca.

REINA.

Eduardo, vuestro hermano,
Ha de tener vuestra gracia
Antes que nos concertemos.

REY.

Ya tiernamente le abraza
Quien le perdona por vos.

EDUARDO.

No le pide quien no agravia.
Yo nunca quitaros quise
El reino, pues le heredaba
Lisarda.

REY.

¡Ay tristes memorias!
Que si ella estaba casada....

EDUARDO.

Con mi hijo de secreto.
Ser traidor fué ignorancia.

REY.

Pues ¿quién era vuestro hijo?

EDUARDO.

Federico; que á él y á Blanca
Me dejó de aqueste nombre
Una señora de España.

REY.

Si yo lo hubiera sabido,
Mi desdicha se excusara,
Pues no quebrara la ley
Casándole con Lisarda. —
Ahora, Reina, ¿qué intentas?

REINA.

El reino con justa causa,
Si me casas con tu hijo...

REY.

¡Hijo tengo! ¿Quién te engaña?

REINA.

Cárlos; que el muerto no era
Cárlos; que quien le criaba
Te dió el suyo, porque el tuyo
Pastor vivió en las montañas.

REY.

Eso no puede saberse.

LISARDA.

En mirándole la cara,
Dirás que es Cárlos, Señor,
Que es la de su propia hermana.

REY.

¿Adónde está?

REINA.

Cárlos, llega.

LISARDA.

Llego á tus pies.

REY.

¡Cosa extraña!

Habla y rostro suyos son,
En su cara se retratan.

LISARDA.

Señor, da el Conde á Isabela,
Porque goce Arnesto á Blanca.

FABRICIO.

Pues ¿qué das á Federico?

REY.

Si viviera mi Lisarda,
¡Qué dicha fuera la mía!

FABRICIO.

Cuando mandastes matalla,
Fingi su muerte, y la puse
Entre esos montes que baña
El mar.

REY.

¿Que mi hija vive!

Pues vayan luego á llamarla;
Que quisiera darle un reino.

FABRICIO.

Ha sido tal mi desgracia,
Que se fué, y ni saber della
Ni ha sido posible hallarla.

LISARDA.

Yo sé dónde está, Señor.

REY.

¡Tú, Cárlos! ¡Venturas tantas,
Todas, tantas en un día!
¿Dónde está?

LISARDA.

Contigo habla.

REY.

Pues ¿quién es?

LISARDA.

Yo.

REY.

¡Tú! ¿Qué dices?

LISARDA.

Yo soy; que por lo que amaba
A Federico, de celos,
Hice invenciones tan raras.

CLARIN.

¡Hay mayores embelecos?
Ya eres hembra, ya eres alma,
Ya eres hombre, ya mujer,
Ya eres Cárlos, ya Lisarda.

FEDERICO.

¿Podré creer tanto bien?

LISARDA.

Podrás, y suplir mi falta
Dando á Lucindo la Reina,
Porque goce Arnesto á Blanca.

REY.

Parece baile, que truecan
Los puntos con las mudanzas.

FEDERICO.

Y con esto se da fin
A *La ley ejecutada*.¹

¹ La notable falta de conexión que se advierte en los lances de este acto, y las muchas y torpes erratas de la edición que nos sirve de original, nos obligan á creer que la comedia fué impresa por un manuscrito mutilado y lleno de yerros del amanuense.

El estilo, en diversos pasajes, no parece de LOPE: más parece obra de tres autores que de uno.

¿DE CUÁNDO ACÁ NOS VINO?

PERSONAS.

LEONARDO, *alférez*.
BELTRAN, *su camarada*.
EL CAPITAN FAJARDO.
PACHECO, }
RIÑO, } *soldados*.
CELEDON, }

ZAMUDIO, }
PEREA, }
TOLEDO, } *soldados*.
CERVANTES, }
ROSALES, }
MELENDEZ, }

ALFARO, *sargento*.
DON ALONSO, *caballero*.
DON ESTEBAN.
DON OTAVIO.
CAMILO, *mayordomo*.
MARIN, *lacayo*.

DOÑA BÁRBARA.
DOÑA ÁNGELA.
LUCÍA, *esclava*.
LOPE, *oriado, gracioso*.
Músicos.

La escena es en una ciudad de Flándes y en Madrid.

ACTO PRIMERO.

Un cuartel en Flándes.

ESCENA PRIMERA.

EL ALFÉREZ LEONARDO Y EL
CAPITAN FAJARDO.

FAJARDO.

Mi deseo os acompaña.

ALFÉREZ.

Alma tengo agradecida.

FAJARDO.

En fin, ¿es hoy la partida?

ALFÉREZ.

Hoy, Señor, me parto á España.
Su alteza me dió licencia,
Y cartas el campo todo.

FAJARDO.

No sé, Alférez, de qué modo
Encarezca vuestra ausencia.

ALFÉREZ.

Y yo, señor Capitan,
¿Cómo sentiré la vuestra!

FAJARDO.

Del alma la mayor muestra
Así mis ojos os dan.
Como á hijo os he querido.

ALFÉREZ.

Y yo por padre, Señor,
Respetado ese valor,
Y ese gusto obedecido.
Y ahora os pido perdon
De las faltas que os he hecho.

FAJARDO.

No me enternezcáis el pecho
Ni me déis satisfacion;
Porque habeis tan bien servido
A su majestad en Flándes,
Que á los servicios mas grandes
Pienso que habeis preferido. ¿

Y cuando mi compañía
De Alejandro y César fuera,
El tener vos su bandera
La honrará como la mía.
Pienso que lleváis papeles
Tan claros destas verdades,
Que por las dificultades
De cortesanos canceles
Hallarán fácil entrada
Para vuestras pretensiones,
Pues en tales ocasiones
Honran las plumas la espada.

ALFÉREZ.

Cartas llevo de su alteza,

Del Archiduque; y agora
De la infanta, mi señora,
(En cuya hermosa cabeza
Se puede honrar el laurel
De las griegas y romanas,
Por virtudes soberanas
Que son estrellas en él)
Me dicen que las espere;
Mas ya no tengo lugar.

FAJARDO.

Allá os podrán alcanzar,
Si honraros su alteza quiere.
Y porque en esta partida
Las mias no os pueden dar
Lo que os debo desear
A la ocasion ofrecida,
Una carta ofrezco sola.

ALFÉREZ.

¿Para quién?

FAJARDO.

Estadme atento.

Mi primero nacimiento
Fué Madrid, corte española,
De donde á Flándes pasé
Muy mozo; y es cosa extraña
Que nunca mas en España
Desde entonces puse el pié.
Tengo una hermana en Madrid,
Que no ha podido el ausencia
Borrarla de mi presencia;
Y que me paga, advertid,
De tal suerte aqueste amor,
Que no hay cosa que la escriba
Que no obedezca y reciba
Como de hermano mayor.
Es rica, Leonardo, y puede
Acudir, si la ocasion
Se ofrece, á mi obligacion;
Que quiero que allá la heredé,
Escribiréla entre tanto
Que os traen caballos, y creo
Que suplirá mi deseo,
Aunque le encarezco tanto;
Porque, fuera de que vos
Mereceis ser estimado,
Se le dará mi cuidado.

ALFÉREZ.

Mil años os guarde Dios,
Y á esa señora tambien,
A quien deseare en extremo
Conocer, si bien me temo
Que los negocios me den
Poco lugar de servilla.
Y ya parto consolado,
Aunque hallarle á mi cuidado
Lo tengo por maravilla,
De que os serviré en la corte,
Retratado en vuestra hermana.

FAJARDO.

Pues en amistad tan llana

No hay miedo que me reporte,
Desta cadena os servid.

ALFÉREZ.

Tal cosa no habeis de hacer.

FAJARDO.

Mirad que son menester
Esta y muchas en Madrid;
Que van de espacio las cosas,
Y se gasta mucho allá.

ALFÉREZ.

Yo llevo dineros ya
Para ocasiones forzosas,
Y no pienso detenerme
En ajenas esperanzas.

FAJARDO.

Al son de esas confianzas,
Alférez, el favor duermo.
No repliqueis, y advertid
Una cosa que decia
Un hombre que conocia
Los olvidos de Madrid
En pretensiones cansadas
De tantos como allí viven:
Que en las puertas donde escriben
«Esta es casa de posadas»,
Para ejemplo de las gentes
Dijera un grande renglon:
«Estas sepulturas son
De ignorantes pretendientes.»

ALFÉREZ.

Por prenda de vuestra mano
No me atrevo á replicar.

ESCENA II.

BELTRAN, PACHECO, RIAÑO,
CELEDON. — DICHOS.

PACHECO. (A Beltran.)

En fin ¿nos quereis dejar?

BELTRAN.

Es como mi proprio hermano
El Alférez: ya lo veis.

RIAÑO.

En efecto, ¿á España os vais?

CELEDON.

En soledad nos dejais.

PACHECO.

¿No decís que escribiréis,
Que es el postrer cumplimiento
De todos los que se van?

BELTRAN.

Pues por vida de Beltran,
De escribir desde una á ciento,
Y no solamente en prosa;
Que ha de haber verso y coplita.

RIAÑO.

Tambien acá se ejercita

Esa ciencia fabulosa,
Y habrá respuesta terrible.

FAJARDO.

Yo voy á escribir, Leonardo.

ALFÉREZ.

Solo ese favor aguardo.

FAJARDO.

No sentirlo es imposible.
Dadme los brazos.

CELEDON.

Aquí
Tiernos abrazos se dan
Alférez y Capitan.

(Vase Fajardo.)

ESCENA III.

EL ALFÉREZ, BELTRAN, PACHECO,
RIANO, CELEDON.

PACHECO.

Llega y el prólogo di.

RIANO.

Estos señores soldados
Se vienen á despedir...
—Diré mejor, á decir
Que los dejais agraviados,
Y toda la compañía
Queda con la misma queja.

ALFÉREZ.

Ella, señores, me deja;
Porque yo ¿cómo podía?
Ahora bien, vamos de aquí.—
Adios, señores soldados.

CELEDON.

Vais tan bien acompañados,
Que dais envidia.

RIANO.

Es así.
(Vase.)

Una calle de Madrid.

ESCENA IV.

DON ESTÉBAN, DON ALONSO.

DON ESTÉBAN.

Estees mi pensamiento, dicho en suma,
Si se puede sumar el pensamiento.

DON ALONSO.

¿Qué tanto habrá que le seguís, sirvien-

A la hermosa doña Ángela Fajardo?

DON ESTÉBAN.

Desde que vine de Aragon la sirvo.
Verdad es que con tibias diligencias
A los principios; mas despues que el al-

Se fué empeñando en proseguir mi in-

Puse mayor cuidado en la conquista,
Despues de declararse por la vista.
Mas el temor de su gallarda madre,
Que, como veis, es moza y cuidadosa,
Me ha reportado tanto, que aun apenas
Oso hablar los criados de su casa;
Y con el imposible el amor crece,
Y mucho mas hermosa me parece.

DON ALONSO.

A la cuenta ¿venís á preguntarme
La calidad y partes de doña Ángela?

DON ESTÉBAN.

Vos entendeis muy bien.

DON ALONSO.

Vuestra pregunta
Se divide en dos partes: la primera

Es de su calidad, y la segunda
De su hacienda.

DON ESTÉBAN.

Es verdad.

DON ALONSO.

Estadme atento.

Doña Ángela no pierde en nacimiento,
Puesto que no es legítima; que un con-

Sospecho que aleman, dando palabra
De casamiento y cédula á su madre,
La tuvo sin cumplirla, ó porque fuese
Su gusto así, ó como dicen otros,
Por no le dar su majestad licencia.
Volvióse el Conde, aunque dejó á su hija
Hermosa cantidad para su dote.
La madre nunca mas trató casarse.

Crió su hija, y vive recogida;
Y os juro, don Estéban, que en mi vida
Oí cosa de entrambas, que no fuese
Digna de su virtud: el que profese
Galas su madre, siendo moza y bella,
No es tampoco objecion para ofendella;
Que no siendo viuda ni casada,
Puede usar el vestido que la agrada.

DON ESTÉBAN.

Siendo tan principal hombre su padre,
Y engañando con cédula á su madre,
Palabra y fe que no cumplió forzado,
Bien queda el nacimiento confirmado
De doña Ángela bella: yo la abono,
Y la parte bastarda la perdono.

DON ALONSO.

Natural es doña Ángela; que el Conde
Era mozo tambien.

DON ESTÉBAN.

Pues de esa suerte
No dudo que la boda se concierte.
De ella seréis tercero.

DON ALONSO.

Siendo justo
Acudir como amigo á vuestro gusto,
Haré cuanto pudiere de mi parte;
Que desto de casar entiendo el arte.

DON ESTÉBAN.

A San Felipé van á misa siempre.

DON ALONSO.

Pues vamos hácia allá; que querréis ve-

DON ESTÉBAN.

He puesto lo mejor del alma en ella.

(Vase.)

Orillas del Manzanares.

ESCENA V.

DON OTAVIO, CAMILO.

DON OTAVIO.

En fin ¿sabes que vendrán?

CAMILLO.

Pasan por este sombrío
De las orillas del rio
Las otavas de San Juan.
Yo vi prevenir, Señor,
Capotillos y sombreros.

DON OTAVIO.

No hay Mercurios mas ligeros
Que los que tratan de amor.
¿Qué presto habemos venido!

CAMILLO.

Verdad es, pues no han llegado.

DON OTAVIO.

Los músicos han tardado.

CAMILLO.

Si se hubieran prevenido,
Hubiera sido mejor.

DON OTAVIO.

¿Quién fué por ellos?

CAMILLO.

Marin.

Mas dime para qué fin,
Pues es publicar tu amor.

DON OTAVIO.

Antes por disimular,
Y dar ocasion á hacer
Que las pueda hablar y ver,
Si se llegan á escuchar.

CAMILLO.

Doña Bárbara, Señor,
Es recatada en extremo.

ESCENA VI.

MARIN, músicos.—DICHOS.

MARIN.

Que habemos tardado temo,
Y mas en furias de amor;
Que los amantes son gente
Imposible de servir,
Porque no saben sufrir
Ni esperar.

UN MÚSICO.

¿Si es este?

MARIN.

Tento.

DON OTAVIO.

¿Es Marin?

MARIN.

El mismo soy.

DON OTAVIO.

¿Cómo has tardado!

MARIN.

¿Yo?

DON OTAVIO.

SI.

MARIN.

¿Piensas que se junta así?

Esta gente musical?
¿Vive Dios, que antes quisiera
Que me mandaras que fuera
Hasta la Arabia oriental,
Y te trujera á Madrid
El fénix!

DON OTAVIO.

No habeis tardado,
Pues Ángela no ha llegado...
—Pero ¿qué digo? Advertid
Que el coche que en esta orilla
Toma puerto, es ella. ¡Ay cielo!

MARIN.

Que desembarca, recelo
Aquella hermosa esclavilla,
Por quien ando embelesado.—
¿Qué breves tus glorias son,
Amor, pues el picarón
De Lope la viene al lado!
¿Celos en casa, en la villa
Y en el soto!

ESCENA VII.

DOÑA BÁRBARA Y DOÑA ÁNGELA,
con capotillos y sombreros de plu-
mas; LUCÍA y LOPE, con un taba-
que de merienda.

DOÑA BÁRBARA.

Aquí podeis

Tender la alfombra.

DON OTAVIO. (Ap. á su gente.)

¿No veis

En esta dichosa orilla,
En esta verde ribera,

¡ Falta un verso.

Todo un Ovidio de ninfas,
Haciendo perlas las linfas
Del agua, que lisonjera
Baña las ruedas del coche,
Ya que no puede sus pies?

DOÑA ÁNGELA.

Este mismo sitio es
Donde de San Juan la noche
Estuvimos hasta el alba.

DOÑA BÁRBARA.

Ángela, siéntate aquí.

LOPE.

¿Está bien la alfombra así?

DON OTAVIO.

Haced, músicos, la salva
A la nave del Amor
En que la Aurora ha venido.

DOÑA BÁRBARA.

Sentáos vosotros.

LOPE.

No ha sido
Para mí poco favor.

LUCÍA.

Ten queda, Lope, la mano.

LOPE.

Hay figuras en el soto.

MARIN.

Sentióse.

LUCÍA.

No me alboroto
De lacayil gente, hermano.
músicos. (Cantan.)

*Al valle de nuestra aldea
Baja la bella Amarilis,
Descontenta, aunque casada;
Que no le agradaba Tirsi.
Enseñaba el bello rostro
Cómo han de hacer los matices,
Ya en color, ya en pura nieve,
Las rosas y los jazmines.
¡Ay de quien era libre,
Casó á disgusto y en prisiones vive!*

DOÑA ÁNGELA.

¡Oh qué bien cantan allí!

¡Di que se acerquen, Señora.

DOÑA BÁRBARA.

¡Ah, caballeros! si agora
No importa pasar de aquí,
Suplicoos que os detengais.

DON OTAVIO.

Basta que vos lo mandeis.

DOÑA BÁRBARA.

Merced, Señor, nos haceis,
Si no es que á otra parte vais.

DON OTAVIO.

Antes tengo á gran ventura
Hallar tan buena ocasion.

DOÑA ÁNGELA.

Vecinos pienso que son.

DON OTAVIO. (Ap. á doña Ángela.)

Soy quien serviros procura.

DOÑA ÁNGELA.

Hablad, Señor, con recato;
Que es mi madre rigurosa.

MARIN. (Á Lucía.)

Alcancemos, seora hermosa,
Algun bocado del plato.

LUCÍA.

Téngase vuesa merced;
Que se rellana á lo payo.

LOPE. (Ap. á Lucía.)

Cayó el pájaro lacayo
Por tu reclamo en la red.
Pues no importa; que allá en casa
Te tomaré residencia.

Cantad.

DON OTAVIO.

LOPE. (Ap.)

Déme amor paciencia.

ESCENA VIII.

DON ESTÉBAN, DON ALONSO.

—DICHOS.

DON ESTÉBAN. (Ap. á don Alonso.)

¡Reparais en lo que pasa?

DON ALONSO.

Sospecho que la ocasion
Del soto y música ha sido
Por donde la habrán tenido
Para hacer conversacion;
Que os juro que es gente honrada,
Bien nacida y principal.

DON ESTÉBAN.

¡A quién no parece mal
Ver una mujer sentada,
Que profesa honestidad,
Con un hombre?

DON ALONSO.

Son licencias

Del campo.

DON ESTÉBAN.

Destas dolencias
Enferma el honor.

DON ALONSO.

Callad.

músicos. (Cantan.)

*Halló á Amarilis sentada
Entre Flora y Celia Filis,
Que en viéndola conoció
El mal de que estaba triste;
Y en vez de los parabienes
Del casamiento, prosigue
En preguntarle la causa,
A quien suspirando dice:
¡Ay de quien era libre,
Casó á disgusto y en prisiones vive!*

DOÑA BÁRBARA.

Suplicoos, Señor, que cese
La música y nos dejéis.

DON OTAVIO.

Si hay gei te que conocéis,
Írme.

DOÑA BÁRBARA.

El temor es ese.
Id con Dios, y perdonad.
—Mas mejor es írme yo,
Y que os quedeis.

DON OTAVIO.

Eso no.

DOÑA BÁRBARA.

Antes sí; que es libertad,
Por ser tan público el puesto,
El estar sentada aquí.

DON OTAVIO.

Perdonad si os deservi;
Que no soy culpado en esto.—
Y vos mandadme, Señora.

DOÑA ÁNGELA.

Yo os debo, Señor, servir.
(Vase doña Bárbara, doña Ángela
y Lucía.)

ESCENA IX.

DON OTAVIO, LOPE, MARIN, CAMILO
y músicos, á un lado; DON ESTÉBAN
y DON ALONSO, retirados.

MARIN.

Bien las podemos seguir
Por estos olmos agora.

DON OTAVIO.

¡Lope! Lope!

LOPE.

¿Qué me mandas?

DON OTAVIO.

¡Quién estos hidalgos son,
Por quien perdí la ocasion?

LOPE.

Considera en lo que andas,
Y eso mismo piensa de ellos.

DON OTAVIO.

¿Cuál de ellos es el galán?

LOPE.

Tus celos te lo dirán,
Mirando de espacio en ellos.
Don Estéban es aquel,
Caballero de Aragon
Y mayorazgo.

DON OTAVIO.

Es razon
Que Ángela repare en él.

LOPE.

El otro llaman, Señor,
Don Alonso de Solís;
Ansi que, este es Amadis
Y el otro su Galaor.

DON OTAVIO.

En esta bolsilla van
Treinta escudos.

LOPE.

¿A qué efeto?

DON OTAVIO.

A saber, Lope, en secreto
En qué estado agora están.

LOPE.

Tomo el partido y no miro.
El don Estéban pasea,
Hácese el alma jalea
Con la vista y el suspiro;
Pero no le han dado entrada;
Que no son moscas allí.

DON OTAVIO.

¿Y mi aficion?

LOPE.

Buena está.

DON OTAVIO.

¿Agradecida?

LOPE.

Ypagada.

DON OTAVIO.

¿Podrías seguir?

LOPE.

Camina.

DON OTAVIO.

Vamos, criados, de aquí.
(Vase don Otavio con su gente.)

ESCENA X.

DON ESTÉBAN, DON ALONSO, LOPE.

DON ESTÉBAN.

¡Lope, Lope!

LOPE.

¿Llamas?

DON ESTÉBAN.

Sí.

LOPE.

¿Qué mandas?

DON ESTÉBAN.

Tú lo adivina.

LOPE.

Mas ¿que quieres preguntar
Quién es aquesto infanzon?

DON ESTÉBAN.
Celos de aquel ángel son.
LOPE.
Es hombre de allende el mar.
DON ESTÉBAN.
¿Cómo ha nombre?
LOPE.
Don Otavio.
DON ESTÉBAN.
¿Será rico?
LOPE.
Y principal.
DON ESTÉBAN.
¿Vale bien?
LOPE.
No le va mal,
Sin dar al honor agravio.
DON ESTÉBAN.
En este lienzo hallarás
Ciertos escudos.
LOPE.
No, no.
DON ESTÉBAN.
Sí, sí.

LOPE.
Fui tan corto yo,
Que aun de vos tomara mas.
DON ESTÉBAN.
¿Qué estado tiene su intento?
¿Qué punto su pretension?
LOPE.
Ser hombre camaleon
Y andarse papando el viento.
Nuestra calle, hablando en suma,
Pasean el caballo y él,
Uno derriendiendo miel,
Y otro deshaciendo espuma.
Tal relincha y tal suspira.
En efecto, entrambos son
Los asnos de san Anton.
DON ESTÉBAN.
¿No podré seguirlos?
LOPE.
Mira
Que entre estos árboles sea.
DON ESTÉBAN.
¿Don Alonso?
DON ALONSO.
¿Qué hay?
DON ESTÉBAN.
Que vamos.
DON ALONSO.
¿Por dónde?
DON ESTÉBAN.
Por estos ramos.
(*Vanse don Estéban y don Alonso.*)

ESCENA XI.

LOPE.

¿Qué bien el servir se emplea
Adonde hay mujer hermosa!
Todo buen dinero vale,
Si habla, si está, si sale;
Si despierta, si reposa,
Si escribe, si se recata,
Si el acero ha de tomar;
Hasta el mentir y engañar
Se paga á peso de plata.

(*Vase.*)

Gradas de San Felipe el Real.

ESCENA XII. EL ALFÉREZ, BELTRAN.

ALFÉREZ.
Apenas, señor Beltran,
Conozco á Madrid.
BELTRAN.
Es cosa
Nueva, extraña y prodigiosa.
ALFÉREZ.
¿Cómo llaman este puesto?
BELTRAN.
Las Gradas de San Felipe.
ALFÉREZ.
¿Que tal vista partícipe!
BELTRAN.
En sus losas veréis presto
A todo Flándes...
ALFÉREZ.
¿Aqui?
BELTRAN.
Italia y Francia.
ALFÉREZ.
Ya veo
Tanta gente, que no creo
Mi despacho.
BELTRAN.
Pues yo sí;
Porque, como yo imagino,
Tan poco el dinero sea,
Antes que el Rey nos provea,
Tomaremos el camino.

ESCENA XIII.

EL CAPITAN MELENDEZ y ZAMUDIO;
luego CERVANTES y ROSALES, y
despues PEREA y TOLEDO. —
DICHOS.

MELENDEZ.
Luego al instante que sefué el de Fuen-
Y vino el serenísimo Archiduque, [tes
Fueron nuestros caminos diferentes.
ZAMUDIO.
Sí: volvi entonces para ver al Duque.
MELENDEZ.
Sucedieronme mil inconvenientes.
(*Salen Cervantes y Rosales.*)
CERVANTES.
Pasé á la India, como os he contado.
ROSALES.
[des,]
Cuando le dijo Enéas: «No me man-
A Elisa Dido, «referir mi historia,
Por no traer mi pena á la memoria.»
(*Salen Perea y Toledo.*)

PEREA.
Don Pedro fué en Amiens mi camarada.
TOLEDO.
Agora acabo de pagar el porte
De cartas de don Pedro en el correo.
PEREA.
Verle, por Dios, como es razon, deseo.
ALFÉREZ.
Mirad qué damas salen de oír misa.

¹ Falta un verso.

² Si esta escena y la siguiente fueron es-
critas en octavas, como nos parece, faltan
aquí tres versos, y cuatro despues del si-
guiente.

³ Faltan cinco versos para una octava.

ESCENA XIV.

DOÑA BÁRBARA y DOÑA ÁNGELA, con
mantos; LUCÍA y LOPE, con unas al-
mohadas; DON ESTÉBAN. — DICHOS.

DOÑA ÁNGELA. (*Ap. á don Estéban.*)
Mire vuesamerced que se ha enojado.
Mi señora.
DON ESTÉBAN.
¿Qué tarde amor se avisa!
Que nadie amó secreto y recatado.
DOÑA BÁRBARA.
¿Doña Ángela!...
DOÑA ÁNGELA.
Ya voy, no me dés prisa.
(*Vanse doña Bárbara, doña Ángela,*
Lope, Lucía y don Estéban.)

ESCENA XV.

EL ALFÉREZ, BELTRAN, MELEN-
DEZ, ZAMUDIO, CERVANTES,
ROSALES, PEREA, TOLEDO.

ALFÉREZ.
¿Qué lindo brio y qué notable agrado!
BELTRAN.
¿Bien! ¿Os agrada?
ALFÉREZ.
Y tanto, que quisiera
Seguirla.
BELTRAN.
¿Necia pretension!
ALFÉREZ.
No fuera.
BELTRAN.
¿No veis que lleva al lado quien la mata?
ALFÉREZ.
Ya vi picando allí sus lamedones.
BELTRAN.
Despues que las mujeres son de plata
Llevan en su conserva galeones.
CERVANTES.
Las doce.
ROSALES.
Adios; que en dando, no se trata
De Flándes, India, Italia y pretensiones.
CERVANTES.
¿Adónde nos verémos?
CAPITAN.
En palacio.
TOLEDO.
Después os hablaré con mas espacio.
ALFÉREZ.
La mujer me ha picado.
BELTRAN.
A mí la olla.
ALFÉREZ.
Sígamosla.
BELTRAN.
Comamos.
ALFÉREZ.
Sois grosero.
BELTRAN.
Comer, y luego cientos ó una polla,
Es lo que importa prevenir primero.
ALFÉREZ.
Blasonad, y despues alguna rolla
Os hará dar mas vueltas que un tornero.
BELTRAN.
En habiendo comido, no en ayunas.
Despues, vengan mujeres y aceitunas.
(*Vanse.*)

Sala en casa de doña Bárbara.

ESCENA XVI.

LOPE, LUCÍA.

LUCÍA.
Pon esos estrados bien;
Que hay vistas de un desposado.

LOPE.
Ya está bien puesto el estrado.
LUCÍA.

Las sillas, Lope.
LOPE.
También.

Mas si aquí viene Marín
Y hemos de tener celera,
Salte, Lucía, allá fuera.

LUCÍA.
La suela de mi chapín
No se limpia con gualdrapas;
Que ya repite á virillas.

LOPE.
Todas haceis maravillas,
Y al primer tapon zurrapas.

ESCENA XVII.

DOÑA BÁRBARA, DOÑA ÁNGELA.
— DICHOS.

DOÑA BÁRBARA. (A doña Ángela.)
Mira que la compostura,
La honestidad y el valor
Son como dueñas de honor
De la princesa hermosura.
Está con mucho cuidado.

DOÑA ÁNGELA.
Ya sé cómo debo estar.

DOÑA BÁRBARA.
Que no has de hablar ni callar
Advierte, porque he pensado
Que hablando serás tenida
Por loca, y necia callando.

DOÑA ÁNGELA.
Callando estaré y hablando,
Como tú fueres servida.

DOÑA BÁRBARA.
¿Deseas mucho casarte?

DOÑA ÁNGELA.
Así así.

DOÑA BÁRBARA.
¿Dos veces sí?

DOÑA ÁNGELA.
No digo sí, sino así.

DOÑA BÁRBARA.
Ya te entiendo.

DOÑA ÁNGELA.
Por no darte

En casa mas pesadumbre.

DOÑA BÁRBARA.
Eres tú muy comedida.

DOÑA ÁNGELA.
Es una cuesta la vida,
Subida, bajada y cumbre.
La mujer se ha de casar
Cuando sube por la cuesta;
Que al bajar, si el sol se acuesta,
Ya es hora de levantar.

ESCENA XVIII.

MARIN, y luego, DON OTAVIO.

— DICHOS.

MARIN.
Don Otavio, mi señor,
Pide licencia.

¿DE CUÁNDO ACÁ NOS VIÑO?

DOÑA BÁRBARA.
Entre pues.
(Va Marín á avisar, y sale don Otavio.)

DON OTAVIO.
Bésosos mil veces los pies.

DOÑA BÁRBARA.
¿Tanta humildad!

DON OTAVIO.
¡Tal favor!
DOÑA ÁNGELA. (Ap. á su madre.)

¿Tengo de hablar ó callar?

DOÑA BÁRBARA.
Síntese vuesamerced.

DON OTAVIO.
Conozco de esa merced
Cuán despacio pienso estar.
¿Cómo se halla mi señora
Doña Ángela?

DOÑA ÁNGELA. (Ap. á su madre.)
¿Qué he de hacer?

DOÑA BÁRBARA.
Responder.

DOÑA ÁNGELA.
Y ¿podrá ser

Callando?
DOÑA BÁRBARA.
Y hablando agora.

DOÑA ÁNGELA.
A vuestro servicio estoy.
Vos ¿estáis bueno?

DOÑA BÁRBARA. (Ap. á su hija.)
No tanto.

DOÑA ÁNGELA.
Pues ¿cómo?

DOÑA BÁRBARA.
De tí me espanto.

DOÑA ÁNGELA.
Hablando y callando voy.

MARIN. (A Lucía.)
Y ella ¿no me habla á mí?

LUCÍA.
No me dan tanta licencia.

MARIN.
Otras me ruegan: paciencia.

LUCÍA.
¿Con esa carita?

MARIN.
Sí.

Y ¿es mas lindo su reclamo?

LUCÍA.
¿No le agrada?

MARIN.
Un trasgo amas.

LOPE.
A no estar aquí mis amas,
Le diera un ponte con amo.

MARIN.
Estos gallos caquiranos
Hablan en su casa así.

ESCENA XIX.

DON ALONSO, y luego, DON ESTÉBAN. — DICHOS.

DON ALONSO.
Don Estéban está aquí,
Que os viene á besar las manos.

DOÑA BÁRBARA.
Por ser vos el mensajero
Se le da esta vez lugar.

(Sale don Estéban.)

DON ESTÉBAN.

Como os viene á visitar,
Señora, este caballero,
Tomé atrevimiento yo.

DOÑA BÁRBARA.
Vuesamerced tome asiento.

DON OTAVIO. (Ap. á don Estéban.)
No excusa el atrevimiento
El venir yo.

DON ESTÉBAN.
¿Por qué no?

DON OTAVIO.
Porque consta á estas señoras
De mi intencion.

DON ESTÉBAN.
No es la mía

Menos justa.
DON OTAVIO.

Esa porfia
No es buena para estas horas
Ni para aqueste lugar.

DON ESTÉBAN.
A cualquiera y en cualquiera,
Porque sabré hacer afuera
Lo que aquí supiere hablar.—

(A las damas.)
¿Cómo estan vuestras mercedes?

DOÑA BÁRBARA.
A vuestro servicio estamos.

DON OTAVIO.
Sospecho que os enojamos
En vez de hacernos mercedes;
Y así, Señora, me voy.

DOÑA BÁRBARA.
Dios os guarde.

DON OTAVIO.
Adios.

MARIN. (Ap. á su amo.)
¿Qué es esto?

DON OTAVIO.
Ese necio descompuesto...

(Vanse don Otavio y Marín.)

DON ESTÉBAN.
Pienso que disgusto os doy;
Y así, no quiero cansaros.—

Vamos, don Alonso.
DON ALONSO. (Ap. á don Estéban.)

En todo
Parece que errais el modo,
De agradar y de casaros.

DON ESTÉBAN.
Yo no pude mas aquí.
Venid; que ese hombre me aguarda.

(Vanse don Alonso y don Estéban.)

ESCENA XX.

**DOÑA BÁRBARA, DOÑA ÁNGELA,
LUCÍA, LOPE.**

DOÑA BÁRBARA.
Tú quedas...

DOÑA ÁNGELA.
¿Cómo?

DOÑA BÁRBARA.
¡Callarda!

DOÑA ÁNGELA.
Pues bien, ¿qué se me da á mí?

DOÑA BÁRBARA.
Vé, Lope, á saber lo que es.

LOPE.
Voy, Señora, como un rayo.

(Ap. Si allá topo aquel lacayo...)

DOÑA BÁRBARA.
Vuelve.
LOPE.
¿Qué quieres?
DOÑA BÁRBARA.
No dés
A que piensen ocasion
Que quedamos con cuidado.
Mucho los dos me han cansado.
DOÑA ÁNGELA.
Y tienes mucha razón.
DOÑA BÁRBARA.
¿A cuál te inclinas?
DOÑA ÁNGELA.
¿Yo?
DOÑA BÁRBARA.
¿Pues?
DOÑA ÁNGELA.
A ninguno.
DOÑA BÁRBARA.
Yo lo creo.
DOÑA ÁNGELA.
Pero si alguno deseo,
No de los dos, de los tres,
Es á don Alonso.
DOÑA BÁRBARA.
Aquel
No te pretende.
DOÑA ÁNGELA.
Por eso.
DOÑA BÁRBARA.
Vamos; que yo te confieso
Que los ojos puse en él.
(*Vanse doña Bárbara y doña Ángela.*)

ESCENA XXI.

LOPE, LUCÍA.

LOPE.
Ahora bien, todos se han ido.
¿Cómo estamos ella y yo?
LUCÍA.
Diciendo al lacayo no,
Y á tí sí, Lope.
LOPE.
Eso pido.
¿A cuál quieres?
LUCÍA.
¿Eso esperas?
A ti.
LOPE.
Dí que eres de Lope
A cualquiera que te tope,
Como rábanos y peras.
(*Vanse.*)
—
Calle.

ESCENA XXII.

EL ALFÉREZ, BELTRAN.

BELTRAN.
¡Oh qué bien pagaste el porte!
La casa, el dueño maldigo.
ALFÉREZ.
Estos son, Beltran amigo,
Los peligros de la corte.
Pero aun me queda la carta
Que me dió mi capitán.
BELTRAN.
Y por ella ¿qué os darán,
Si la dama se descarta?
Pero para que os risais,
Os quiero decir que ha sido

Señal de que habeis perdido,
Que con cartas os quedais.
ALFÉREZ.
Con todas habia de ser.
BELTRAN.
¿Habeisla perdido?
ALFÉREZ.
No;
Que en la maleta quedó,
Y pienso que la vi ayer,
Buscando en ella unas ligas.
BELTRAN.
Pues oye una industria.
ALFÉREZ.
¿Cuál?
BELTRAN.
Yo contraharé al natural
La letra...
ALFÉREZ.
A mucho te obligas.
BELTRAN.
En la carta ha de decir
Que eres su hijo.
ALFÉREZ.
¿De quién?
BELTRAN.
Del Capitán.
ALFÉREZ.
¡Oh qué bien!
BELTRAN.
Y luego puedes fingir,
Pues pasó tan mozo en Flándes,
Que en una flameuca dama
Te hubo.
ALFÉREZ.
Ulises te llama.
BELTRAN.
Las obligaciones grandes
Que la corren como á tía,
Y un sobrino de tu talle,
No te han de echar en la calle.
ALFÉREZ.
Mi remedio ser podría.
¿De manera que he de ser
Hijo de su hermano?
BELTRAN.
Sí.
Y déjame hacer á mí
Lo que puede suceder.
ALFÉREZ.
Y ¿cómo se ha de llamar
Mi madre?
BELTRAN.
Madama Flor.
ALFÉREZ.
¡Brava industria!
BELTRAN.
La mejor
Que te puede remediar;
Que doña Bárbara es rica,
Y sola una hija tiene.
ALFÉREZ.
Si ella aquí nos entretiene,
Esa dama que me pica
(La de San Felipe digo)
Tengo de servir despacio.
BELTRAN.
A las cosas de palacio
Irás despacio conmigo;
Que son ciertos los amores,
Si á Flándes piensas volver.
ALFÉREZ.
Bieff se pueden pretender
Juntos bandera y favores.

BELTRAN.
Ahora bien, voy á escribir.
ALFÉREZ.
Si la contrahaces bien,
No hay qué temer.
BELTRAN.
Y tan bien,
Que no sabrá distinguir
Su letra el mismo Fajardo.
ALFÉREZ.
Perdonadme, Capitán;
Que necesidades dan
A vuestro alférez Leonardo
Los medios de quien espero
Perdon; que es justo el perdon,
Si estoy en esta ocasion
Con amor y sin dinero.
(*Vanse.*)

Sala en casa de doña Bárbara.

ESCENA XXIII.

DOÑA BÁRBARA, DOÑA ÁNGELA.

DOÑA BÁRBARA.
¡Bien se aliña tu remedio
Con tan nueva competencia!
DOÑA ÁNGELA.
Dirás que tengo la culpa.
DOÑA BÁRBARA.
Bien puede ser que la tengas.
DOÑA ÁNGELA.
Sí; que debo de morirme,
Porque de los dos prefieras
Al mas galán, al mas lindo,
Al de mayores finezas.
¿Qué papeles me has hallado,
Qué joyas, galas ó prendas?
¿Cuándo me has visto escribir,
Hablar cifrado, hacer señas?
¿En qué ventana de noche,
En qué balcon, en qué reja
Me has visto hablar? ¿Qué embozados,
Qué música á nuestra puerta,
Qué cuchilladas, qué muertes?
DOÑA BÁRBARA.
Pues ¿no quieres tú que sienta
Que venga á vistas Otavio,
Y que don Estéban venga,
Muy majadero y celoso,
A visitarnos por fuerza,
Y que aquí se desafien?
¿En qué casa de ramera
Pasan cosas semejantes?
DOÑA ÁNGELA.
¡Ríñeme, márame, piensa
Invenciones contra mí!
DOÑA BÁRBARA.
Eres la misma inocencia,
Eres la misma virtud.
Llora un poco.

ESCENA XXIV.

LOPE. — DICHAS.

LOPE.
¡Bueno queda
Por tribunales tu honor!
DOÑA BÁRBARA.
¿Qué hay, Lope?
LOPE.
¡Brava pendencia!
Aunque de liebre á conejo
Poco dicen que se llevan.

DOÑA BÁRBARA.

¿Hirieronse?

LOPE.

No se hirieron;
Que eran los dos gente cuerda,
Y es mejor que lo que gastan
Aceites, hilos y mechas,
Se gaste en papel y tinta;
Y anden por alto las pruebas
Y el *dijo este que declara*;
Que, aunque son cosas que cuestan,
Mejor que en el cirujano
Y en los aceites se emplea.
Finalmente son amigos.

DOÑA BÁRBARA.

Ángela, cosas son estas
Que me han de costar la vida.
No sé si tú lo deseas.
Casa sin hombre y sin dueño
Desta suerte se gobierna.
Determinate á casarte.

DOÑA ÁNGELA.

¿Has visto que me defendía
De tu gusto y voluntad?

ESCENA XXV.

LUCÍA.—DICHOS.

LUCÍA.

Llamando están á la puerta
Dos hombres de buenos talles,
Plumas, trencellines, medias
De color, como que agora
Se quitaron las espuelas,
Dagas y espadas doradas,
Valonas...

DOÑA BÁRBARA.

¿Qué lo rodeas,
Necia? Di soldados. Entren.

LUCÍA.

Debenlo de ser, pues entran.

DOÑA BÁRBARA.

Ángela, escóndete tú.

DOÑA ÁNGELA.

¿También de aquestos me celas? (*Vase.*)

ESCENA XXVI.

EL ALFÉREZ, BELTRAN.—DOÑA
BÁRBARA, LUCÍA, LOPE.

ALFÉREZ.

¿Quién es aquí la señora
Doña Bárbara?

DOÑA BÁRBARA.

Bien sean

Venidos vuestras mercedes.

Yo soy.

BELTRAN. (*Ap. al Alferez.*)

¿Qué turbado llegas!

ALFÉREZ.

En Flándes el capitán
Fajardo nos dió esta letra
Para vuestras mercedes.

DOÑA BÁRBARA.

De

mi hermano es.

ALFÉREZ.

Después que lea
Sus renglones, le diré
Quién yo soy.

DOÑA BÁRBARA.

Su firma es esta.

BELTRAN. (*Ap. al Alferez.*)

Tal trabajo me ha costado
De picarla y contrahacerla.
Lo mas, Leonardo, está hecho.

ALFÉREZ.

¿Sabes que tengo en sospecha
Que es esta dama la madre
De aquella hermosa doncella
Que iba á misa á San Felipe?

BELTRAN.

Y por aquella antepuerta
Está acechando la hija.

ALFÉREZ.

No pongas duda que es ella.

DOÑA BÁRBARA.

No alicerto á leer de gusto.

(*Lee para sí la carta.*)

Aquí dice: «El que esta lleva
»Es don Leonardo, mi hijo,
»Y de una dama flamenca
»De lo mejor de Anamur.»

BELTRAN. (*Ap. á Leonardo.*)

Ya te mira.

DOÑA BÁRBARA. (*Lee.*)

«A la ligera

»Quise enviarle á la corte

»A negocios...»

BELTRAN. (*Ap. á Leonardo.*)

Otra vuelta

Te vuelve á dar; mas no es mucho
Que la sangre la remueva.

DOÑA BÁRBARA.

(*Lee.*) «Confiado en que tú estás,
»Hermana querida, en ella,
»Y harás con él lo que debes
»A tu sobrino, y á prenda
»De tu sangre y de la mía.»
—Yo para cosas tan tiernas
Soy mas que mujer. No puedo
Parar la sangre en las venas,
Las lágrimas en los ojos,
Ni los brazos, que desean
Juntaros, sobrino mio,
Al alma.

ALFÉREZ.

Bastantes señas

Son esas, tía y señora,
De ser mi sangre y yo vuestra.
Mas los pies me habeis de dar.

BELTRAN. (*Ap.*)

Obró la purga en la letra.

DOÑA BÁRBARA.

¿Ángela! ¡Muchacha! ¡Hola!

ESCENA XXVII.

DOÑA ÁNGELA.—DICHOS.

DOÑA ÁNGELA.

Señora...

DOÑA BÁRBARA.

¿Qué miras? Llega,
Da los brazos á tu primo.

DOÑA ÁNGELA.

¡Mi primo!

ALFÉREZ.

¿Prima tan bella
Tenia en España yo?

DOÑA BÁRBARA.

¿Para qué te esquivas, necia?
Que es el señor don Leonardo
Hijo, y qué bien que se muestra!
De tu tío y de mi hermano.

ALFÉREZ.

Madama, no estéis suspensa;
Que en viéndoos me dijo á mí
El alma que érades prenda
De mi sangre.

DOÑA ÁNGELA.

No os espante
Que, como á cosa tan nueva,

No diese luego el lugar
Que ya mis brazos os dejan,
Primo y señor.

ALFÉREZ.

¡Prima mía!

LOPE. (*Ap.*)

¿Qué diablos de parentela
Es la que se junta aquí?

ALFÉREZ.

No quiso que se supiera
El Capitan, mi señor,
Que era su hijo, hasta hacerla
A madama Flor, mi madre,
Su mujer; que no lo era,
Si he de decir la verdad.

DOÑA BÁRBARA. (*Ap.*)

¿Qué libre que lo confiesa!
¿Cómo debe de saber
Que el padre de Ángela bella
Tampoco fué mi marido!

ALFÉREZ.

Ahora bien, dadme licencia
Que vaya á buscar posada,
Porque mis criados quedan
En Barcelona; que allí
Tomé postas.

DOÑA BÁRBARA.

Si yo fuera

Donde estuviera mi hermano,
No pienso yo que sufriera
Que me fuera á una posada;
Y aunque esta, sobrino, sea
Humilde para un soldado
De tantas galas y prendas,
No la despreciéis, os ruego.

DOÑA ÁNGELA.

Todas estamos con queja,
Primo, de que así trateis
Vuestra casa, pues lo es esta.

ALFÉREZ.

Prima, escuchad la disculpa:
El término de la guerra
Al amigo, al camarada,
A usanza de soldadesca,
No me permite dejar:
Y el señor Beltran de Vega
Solo por mí viene á España.

DOÑA BÁRBARA.

No es la casa tan estrecha,
Que el señor Beltran y vos
No podáis caber en ella.
Aposento hay para todos.

BELTRAN.

Bésoos los pies.

LOPE. (*Ap. á Lucía.*)

Ya se quedan

El primo y el camarada.

LUCÍA.

Esto de plumas me alegra.

LOPE.

Teneis todas las mujeres,
Aunque Venus os gobierna,
Espíritu belicoso.

DOÑA BÁRBARA.

¡Hola! póngannos la mesa.—
Vamos, sobrino, y veréis
Mi casa.

ALFÉREZ.

¿Qué hay mas que verla
Después de veros á vos?

DOÑA BÁRBARA. (*Ap. á su hija.*)

El término me contenta
Del sobrino.

DOÑA ÁNGELA.

Es muy galan.

ALFÉREZ. (Ap. á Beltran.)

¿Qué te parece la fiesta?

BELTRAN.

Que ya tienes en Madrid,
Mientras el Rey te provea,
Cuanto puedes desear.

LUCÍA. (Ap. á Lope.)

¿De qué estás triste?

LOPE.

Reniega
De un camarada de aquestos.

LUCÍA.

Eso ¿es justo que te ofenda?

LOPE.

El primo, vaya con Dios:
Ya tiene prima á quien quiera;
Mas el otro camarada,
Camarada ó camarena,
Si desliza de la tia,
Que en fin es prudente y cuerda,
Lucía peligro corre.

LUCÍA.

¿Celitos? ¿Qué impertinencia!

LOPE.

¿Camarada! ¿Plegue á Dios
Que el mal agüero me mienta!
Que hombre que entra con cama,
Buscará quien duerma en ella.

ACTO SEGUNDO.

Calle.

ESCENA PRIMERA.

DON OTAVIO, MARIN.

DON OTAVIO.

¿Qué hombre es este?

MARIN.

Yo ¿qué sé?

Traza tiene de soldado.

DON OTAVIO.

¿Buen tallo?

MARIN.

Talle extremado,
Y galan del cuello al pié.

DON OTAVIO.

Debe de vivir aquí.

MARIN.

Primo me dijo Lucía
Que es de doña Ángela, el día
Que tu recaudo le di.

DON OTAVIO.

¿Primo suyo?

MARIN.

Y á la cuenta,
Habido en Flándes, bastardo
De aquel capitan Fajardo
Que doña Bárbara intenta
Hacer mas bravo que Aquiles.

DON OTAVIO.

Y es justo, pues no ve el sol
En Flándes tal español.
Mas, como son tan sutiles
Los celos, aunque esto sea
Su sobrino (y si será,
Si en su misma casa está
Y en la corte se pasea),
Hánseme entrado de modo,
Con el buen tallo que tiene,
Que pierdo el seso.

MARIN.

Antes viene

Para tu remedio en todo;
Que si tomas mi consejo,
Verás que verdad te digo.

DON OTAVIO.

¿Cómo?

MARIN.

Haciéndote su amigo.

DON OTAVIO.

¿Podré, cuando de él me quejo,
Hacer con él amistad?

MARIN.

Si ganas entrar por ella
En casa de Ángela bella,
Conquista su voluntad.
Y aun puedes en ocasion
Darle parte de tu intento;
Que para tu casamiento
Mejores terceros son
Los deudos que los criados;
Y mas á tiempo que ves
Por aqueste aragonés
Tan mal puestos tus cuidados.
Si doña Ángela se inclina
A don Estéban, y agora
La madre, que en fin la adora,
El dársela determina,
¿Quién mejor que su sobrino
Lo puede desbaratar,
Si tú sabes negociar
Por este mismo camino?

DON OTAVIO.

Calla; que viene á la calle.

MARIN.

No te gane el pensamiento.
(Vase.)

ESCENA II.

DON ESTÉBAN, DON ALONSO.

DON ESTÉBAN.

Celos en el alma siento.

DON ALONSO.

Tiene el soldado buen tallo;
Pero siendo primo suyo,
No es justo que los tengais.

DON ESTÉBAN.

De lo que me asegurais
Toda mi sospecha arguyo.
¿Fuéronse?

DON ALONSO.

Por no encontrarse

Con vos.

DON ESTÉBAN.

Hicieron muy bien.

¿Que este, con tanto desden,
Se determine á casarse,
Confiado en su riqueza?

DON ALONSO.

No estáis vos muy adelante
Para que deste os espante
El intento y la firmeza.

DON ESTÉBAN.

En fin, me admiten mejor.

DON ALONSO.

Ángela me ha parecido
Mujer que tiene el olvido
Por tornasol del amor.
Ya se inclina á don Otavio,
Ya os mira á vos, y ya á mí.

DON ESTÉBAN.

¿A vos?

DON ALONSO.

Sospecho que si;
No para haceros agravio;

Mas para dar á entender
Que á ninguno tiene amor.

DON ESTÉBAN.

El primo...

DON ALONSO.

Aun este es mejor
Para amar y pretender.

DON ESTÉBAN.

Pues vos ¿no me asegurais
Los celos?

DON ALONSO.

Seguros son;
Mas de una dispensacion
No es malo que los tengais.

ESCENA III.

EL ALFÉREZ, BELTRAN. — Dichos

BELTRAN.

Bien puedes llamar tu vida
Libro de ¿qué quieres, boca?

ALFÉREZ.

Antes en la misma roca
Quedó la nave rompida.

BELTRAN.

¿Qué donaire! Pues quien tiene
Tal mesa y cama y tal dama...

ALFÉREZ.

La dama y la mesa y cama,
Que en la corte me entretiene,
Agradezco á mi ventura
Y á tu ingenio; pero ya
Todo perdiéndose va.

BELTRAN.

¿Perdiéndose? ¿Qué locura!
¿No me decias ayer
Que doña Ángela te adora?

ALFÉREZ.

Lo mismo me dice agora;
Pero ¿qué tengo de hacer,
Si su madre da en lo mismo?

BELTRAN.

¿Su madre!

ALFÉREZ.

Como lo cuento,
De donde mi pensamiento
Vive en un confuso abismo.

BELTRAN.

Pues ¿toda la honestidad,
El melindre y el recato!

ALFÉREZ.

Beltran, parentesco y trato
¿Qué han de engendrar?

BELTRAN.

Voluntad.

ALFÉREZ.

Si un deudo de algun valor
Y una deuda de las mias
Comen juntos muchos dias,
¿Qué ha de resultar?

BELTRAN.

Amor.

ALFÉREZ.

Y si dan en regalarse,
Y crece la voluntad
Y sobra la libertad,
¿Qué pueden hacer?

BELTRAN.

Gozarse.

ALFÉREZ.

Quedito; que hay gente aquí.

BELTRAN.

Este es uno de los tales
Que adoran estos umbrales.

ALFÉREZ.
¿Sirve á doña Ángela?
BELTRAN.
Sí.
Aquí el cuitado bobea,
Pagando en finos ducados
Embelecos de criados.
ALFÉREZ.
Ya finge que se pasea.
BELTRAN.
Tendráos miedo por pariente.
ALFÉREZ.
Téngamelo por galán.
BELTRAN.
Páreceme que se van.
ALFÉREZ.
Y finge que mira en frente.
(*Vanse don Estéban y don Alonso.*)

ESCENA IV.

EL ALFÉREZ, BELTRAN.

BELTRAN.
¡Válame Dios! ¿quién pudiera
Desengañar mentecatos?
ALFÉREZ.
Beltran, amorosos tratos
Se hicieron de esta manera.
Pensar que ha de haber amor
Que no se entienda, es locura.
BELTRAN.
Quien ama tenga cordura.
ALFÉREZ.
No la permite el favor.
Mas, viniendo á vuestra historia,
¿Qué haré, de Bárbara amado?
BELTRAN.
Amarla.
ALFÉREZ.
¡Gentil letrado!
Si es doña Ángela mi gloria.
BELTRAN.
Hermano, dejar el gusto
Por el provecho, y querer
Una gallarda mujer.
ALFÉREZ.
Fuera pensamiento injusto
Pagar mal á su hija bella;
Y aunque quiera, no podré.
BELTRAN.
¿Que os quiere tanto?
ALFÉREZ.
No sé
Cómo me defienda della.
BELTRAN.
La gravedad de una tía
Tan reverenda; ha parado
En un sobrino soldado!
ALFÉREZ.
Para mas desdicha mía;
Para azar de mi ventura.
— Mas un remedio he pensado.
BELTRAN.
¿Cómo?
ALFÉREZ.
Si amor mal pagado
Con ajeno amor se cura,
Servida vos, y de mí
Se le quitará el martelo.
BELTRAN.
Si me hato de nuevo el cielo,
Os responderé que sí;
Pero si sabéis mi humor,
Que en viendo mujer de seda

Es imposible que pueda
Tenerle un instante amor,
¿Cómo me quereis poner,
Leonardo, en tal disparate?

ALFÉREZ.
Por divertir que me mate,
Y deje de pretender.
BELTRAN.
No hay tratar deso. En no viendo
Chinelas y devantal,
Cofia, picote y sayal,
Y estar fregando y barriendo,
No hay hacer caso de mí;
Que seda, afeite y colores
Son, en dosel de señores,
Sillas vueltas para mí.
Demás, que si quereis bien
En casa, también yo quiero.
ALFÉREZ.

¿Vos! ¿A quién?
BELTRAN.
Al escudero.
Ya ¿no conocéis á quién?
¿Hay cosa como Lucía?...
ALFÉREZ.
¿Lucía?
BELTRAN.
Vertiendo flores,
Cerner en paños menores
Tres horas antes del día,
Las mangas presas al hombro,
Que pueden rendir al Draque;
Y en aquel triquitraque,
Que puede causar asombro
A un maestro de capilla,
Cantar lo de Escarraman,
Y el llevar al hombro el pan
No es notable maravilla,
Pues sin tocar á la tabla
Va mas derecha que un huso?
Pues ¿es verdad que es confuso
Lo que escribe ó lo que habla!
«Téngase, quítase allí,
No me pellizque, ¿qué manda?
¿Han visto el hombre cuál anda?
¡Yo! pues: otra le dará;
Ea, que quiebra las velas;»
Y otras cosillas así,
Que nacieron para mí;
Y no endiosadas cautelas.
No quiero mujeres de oro;
Que en fin es andar de amor
Con algun aparador.

ALFÉREZ.
¿Ay de mí, que el oro adoro!
BELTRAN.
Un pecho de una mujer
Y una tienda de un platero
Ya es uno todo; y no quiero
Pagar lo que puedo ver
Conirme á la platería
Y dar una vuelta ó dos.
ALFÉREZ.
¿Bueno me dejais!
BELTRAN.
Por Dios,
Que yo quisiera á la tía.
ALFÉREZ.
Pues ¿cómo podré?
BELTRAN.
Fingiendo,
Con que tendréis mas lugar.
ALFÉREZ.
¿Y si se quiere casar?
BELTRAN.
Eso es lo mejor, haciendo
Que traigan dispensacion;

Pues entre tanto podréis
Hacer que de Ángela estéis
En segura posesion.
Entrad, y dejadme á mí.

ALFÉREZ.
Por fuerza habré de tomar
Vuestro acuerdo.
BELTRAN.
Es negociar,
Pues os conservais así.
ALFÉREZ.
¡Oh si amárades la tía!
BELTRAN.
En eso no me metais,
Vos, que de prima enfermais,
Que os cureis con *alutia*.
(*Vanse.*)

Sala en casa de doña Bárbara.

ESCENA V.

DOÑA BÁRBARA, LUCÍA.

DOÑA BÁRBARA.
¿No ha venido mi sobrino?
LUCÍA.
Fué á palacio: no vendrá
Tan presto.
DOÑA BÁRBARA.
(*Ap. Basta; que es ya
Este mi amor desatino.*)
¿Dónde está Ángela?
LUCÍA.
Aquí hace
Labor en el corredor.
DOÑA BÁRBARA.
¿No era allá dentro mejor?
Mas bien sé yo de qué nace.
Querrá mirar por allí
Los galanes de la calle.
LUCÍA.
¿Aun eso quierdes quitalle?
DOÑA BÁRBARA.
¿Cómo no me mira á mí?
Véte adentro á estar con ella.
LUCÍA.
La cama tengo que hacer
Del señor Beltran.
DOÑA BÁRBARA.
Poner
Puedes ropa limpia en ella.
LUCÍA.
Yo voy.
DOÑA BÁRBARA.
Sacarás también
Acerillos y almohadas.
(*Vase Lucía.*)

ESCENA VI.

DOÑA BÁRBARA.

¡Ay resistencias honradas!
Déjeos Dios parar en bien.
Desde el ausencia del Conde
No he tenido pensamiento
Ni aun primero movimiento
Desto que á amor corresponde;
Porque, como me quebró
La palabra, aborrecia
A cuantos hablaba y vía,
Por uno que me engañó.
Y quiso mi desventura
Que para hacer las mas grandes,

Mi hermano engendrarse en Flándes,
En flamenca nieve pura,
Un rayo para su honor
Y para el mío en Leonardo,
Mozo discreto y gallardo
Y digno de todo amor.
Pero yo ¿qué me fatigo,
Si casándome con él,
No pierdo nada? que en él
Mi propia sangre prosigo.
Escribir al Capitan,
Su padre, en esto quisiera.
Pero ¿si acaso se altera
(Que en fin son cosas que dan
Pesadumbre entre parientes),
Y toma postas á España?
Necio consejo me engaña
Con medios indiferentes.
¿Cuánto es mejor darme prisa
A casar á Ángela, y luego
Declarar este amor diego!

ESCENA VII.

DOÑA ÁNGELA y EL ALFÉREZ, *sin*
ver á DOÑA BÁRBARA.

DOÑA ÁNGELA.
¿Mis celos echas en risa?

ALFÉREZ.
¿Celos, Ángela! ¿De qué?

DOÑA ÁNGELA.
De que mi madre te mira.

ALFÉREZ.
¿No me ha de mirar?

DOÑA ÁNGELA.
Suspira.

ALFÉREZ.
¿De qué suspira?

DOÑA ÁNGELA.
No sé.

ALFÉREZ.
Anda, que fué desatino;
Que amor los hace creer.
¿Por qué no me ha de querer,
Siendo su sangre y sobrino?

DOÑA ÁNGELA.
Ríete de eso; que yo
Fuí tu prima, y no muy cuerda.

ALFÉREZ.
Tía no es nombre de cuerda,
Si no es que en tercera dió.
Por eso la haré tercera;
Que, templada con la prima,
A pretenderte me anima.

DOÑA BÁRBARA. (Ap.)
Quien tal escucha ¿qué espera?
Basta; que estos en mi daño
Deben de tratar de amor.
¿Qué buen modo de labor!

ALFÉREZ.
Las noches, Ángela, engaño
Con tu memoria; ¿qué haré
Para que hablemos un rato?

DOÑA ÁNGELA.
Guárdame con tal recato
Mi madre, que yo no sé
Que haya remedio de hablarte.

ALFÉREZ.
Dame una prenda con quien
Pase la que viene bien.

DOÑA ÁNGELA.
Ya estoy pensando qué darte.—
Toma ese guante.

* Aunque doña Bárbara escucha, parece, según lo que dice después, que no oye lo que se dicen su hija y Leonardo.

ALFÉREZ.
Del modo
Que se calza, pienso yo
Que de tu amor se vistió
Mi alma tan justo en todo.

DOÑA BÁRBARA.
(Ap. Ya no se puede sufrir.)
¿Qué es esto?

ALFÉREZ.
¡Oh tía y señora!
Mandóme mi prima agora,
Que por guantes quiero ir
A la calle de Santiago,
Que unos en su nombre pida;
Y para mejor medida
Me dió este guante.

DOÑA BÁRBARA. (Ap.)
Yo hago
Quimeras sin duda alguna.
Tales sombras son los celos.

ALFÉREZ.
Ansí te guarden los cielos,
Y me den mejor fortuna
Que á tu hermano y padre mío,
Que habemos de remediar
(Pues yo sé lo que es rondar
En Flándes al aire, al frío)
Esto destos pretendientes
De mi prima.

DOÑA BÁRBARA.
Cuando hablemos
Estas cosas, no tenemos
De hacer junta de parientes.—
Entrate allá.

DOÑA ÁNGELA.
Pues ¿qué importa?

ALFÉREZ.
Muy bien dice; entráte allá.
Cuando mi señora está
En plática, larga ó corta,
De tu remedio, no es bien
Que estés aquí.

DOÑA ÁNGELA.
Ya me voy,
Primo, si enfado te doy.

ALFÉREZ.
¿Tú enfado, y á mí!
DOÑA ÁNGELA.
¿Pues quién?

ALFÉREZ.
Tu madre dice que quiere
Soledad para tratar
Tu bien.

DOÑA ÁNGELA.
Ya me quiero entrar...
(Ap. Y mándame amor que espere.
Por aquí me escondo á oír;
Que estoy perdida de celos.)
(Retírase y escóndese.)

DOÑA BÁRBARA.
Ya que han querido los cielos
(Que no suelen permitir
Sin ocasión cosas tales)
Que aquí de Flándes vinieses,
Para que esta guerra hicieses
Con pensamientos iguales
A tu misma sangre, advierte
Que á mujer de mi valor
No está bien tratar de amor,
Aunque es amor de otra suerte;
Que puesto que soy tu tía,
Bien nos podemos casar.

DOÑA ÁNGELA. (Ap.)
¿Oh quién los oyera hablar!

ALFÉREZ.
No puedo, señora mía,
Sino es besando el chapín

Sobre que asienta ese pié,
Daros las gracias.

DOÑA ÁNGELA. (Ap.)
No sé
De aquella humildad el fin.

ALFÉREZ.
Solo me aflige el temor
(Que no lo excuso decir)
De lo que puede sentir
El Capitan, mi señor.

DOÑA BÁRBARA.
Pues por eso es bien tratar
Estas cosas con secreto,
Hasta que llegue el efeto
Y nos podamos casar.
Que casados una vez,
Tómelo como quisiere;
Pues del bien ó el mal que hiciere,
No es mi hermano mi juez.
Y él me debe que te quiera,
Pues se ha retratado en tí;
Que á no le querer así,
Tampoco á tí te quisiera.
Si él me envía á que te ayude
Cartas, quien te da su hacienda,
Y luego á sí misma en prenda,
Mejor á su sangre acude.
¿De qué se puede quejar?

ALFÉREZ.
Digo que tienes razon.
DOÑA BÁRBARA.
Por una dispensacion
Quiero ya al momento enviar.
Gástese toda mi hacienda,
Y en señal dame esos brazos.

ALFÉREZ.
Ya no son estos abrazos
De sobrino.

DOÑA BÁRBARA.
Nadie entienda
Esto que los dos tratamos.

DOÑA ÁNGELA. (Ap.)
Sino sola yo. (Sale de donde estaba.)

DOÑA BÁRBARA.
¿Qué quieres?

DOÑA ÁNGELA.
¿No llamaste?

DOÑA BÁRBARA.
¿Linda eres!
Ves que en tus cosas estamos,
Y andas necia al rededor,
Mas que una mosca importuna!
¿No se ha de tratar ninguna
Sin tu consejo y favor?
Pues bien, se ha de hacer sin él.

DOÑA ÁNGELA.
¿Qué te espantas que el deseo
Me haga mosca, si te veo
Que te estás haciendo miel?

DOÑA BÁRBARA.
Díle á tu primo los brazos
Por un consejo.

DOÑA ÁNGELA.
Pues ya
Que él sus consejos te da
Y tú le das tus abrazos,
¿Qué viene á quedarme á mí?

DOÑA BÁRBARA.
Pues ¿qué tienes tú que ver
Con lo que yo quiero hacer,
Si todo resulta en tí?

DOÑA ÁNGELA.
¿En mí! A risa me provooco,
Y de tu traza me espanto,
Porque si te tomas tanto,
Vendrá á quedarme muy poco.—
Primo, salte allá; que quiero

Tratar tus cosas también
Con mi señora, y no es bien
Que estés aquí.

ALFÉREZ.

Lo primero
Que mi padre me enseñó
Fué no estorbar. Voyme.

DOÑA ÁNGELA.

Véte.

(Vase el Alferez.)

ESCENA VIII.

DOÑA BÁRBARA, DOÑA LUCÍA.

DOÑA BÁRBARA.

¿Quién en mis cosas te meté?
¿No soy en mi casa yo
Quien puede hacer y decir?

DOÑA ÁNGELA.

¿Quién te lo niega?

DOÑA BÁRBARA.

Pues bien...

DOÑA ÁNGELA.

Oye sin tanto desden.

DOÑA BÁRBARA.

¿Qué es lo que tengo de oír?

DOÑA ÁNGELA.

Las cosas que en los principios
Se atajan por buenos medios,
Suelen tenerle mejor;
Que despues no son tan buenos.
Yo he visto ahora y oído
Que con gusto y sin consejo
Quieres bien á tu sobrino.

DOÑA BÁRBARA.

Mientes.

DOÑA ÁNGELA.

Tú sabes si miento.

Al principio de la historia,
Me parece intento cuerdo
Decirte que lo he sentido.

DOÑA BÁRBARA.

Pues fué sentimiento necio;
Que yo con tu primo trato
De casarte, y esto es cierto...

DOÑA ÁNGELA.

¿Con mi primo? ¿Qué bien haces?
Vesme aquí puesta en el suelo.
Vivas mil años, amén.

DOÑA BÁRBARA.

Oye, boba; que no es eso.
Que lo trato con él digo,
En cuanto á tomar consejo.

DOÑA ÁNGELA.

Luego ¿no es con él?

DOÑA BÁRBARA.

¿Con él!

DOÑA ÁNGELA.

Pues ¿con quién?

DOÑA BÁRBARA.

Eso le ruego

Que me aconseje, entre dos
Tan gallardos caballeros
Que te pretenden aquí.

DOÑA ÁNGELA.

Pues advierte que te advierto
Que á cualquiera de los dos
Por todo extremo aborrezco.

DOÑA BÁRBARA.

Pues ¿dónde tengo de hallar
Un marido á tu contento?
¿Es chapín, zapato ó calza,
Ropa, haquíña ó manteo?
¿Hay tienda donde se venda?

L-M.

DOÑA ÁNGELA.

¿Pidote yo casamiento?
No me cases en tu vida.

DOÑA BÁRBARA.

¿Cómo no? Casarte quiero;
Que yo no te he de guardar,
Ni andar, Ángela, sufriendo
Tus palabras ni tus galas,
Tus locos atrevimientos;
Que estás ya muy sobre tí.

DOÑA ÁNGELA.

¿Qué escuadra de alabarderos
Me has puesto á mí? ¿qué presidio?

DOÑA BÁRBARA.

¿Apriétasme!

DOÑA ÁNGELA.

¿Yo te aprieto?

DOÑA BÁRBARA.

Pues, Ángela, has de saber
Que no quiero estar mas tiempo
Sin casarme.

DOÑA ÁNGELA.

Esto aguardaba.

Dime tú que tienes miedo
De dormir sola de noche,
Y entenderáse el misterio.
Pero si quieres casarte,
¿Quién te lo quita?

DOÑA BÁRBARA.

No quiero

Que digan que yo me caso,
Y que por casar te dejo.

DOÑA ÁNGELA.

En fin, ¿yo me he de casar?

DOÑA BÁRBARA.

Tú te has de casar primero.

DOÑA ÁNGELA.

Pues, madre, razon será
Que todos nos declaremos.
Tú me has de casar...

DOÑA BÁRBARA.

¿Con quién?

DOÑA ÁNGELA.

Con mi primo.

DOÑA BÁRBARA.

¿Lindo cuento!

DOÑA ÁNGELA.

Pues esta es resolucion.

DOÑA BÁRBARA.

No puedes.

DOÑA ÁNGELA.

¿Por qué no puedo?

DOÑA BÁRBARA.

¿Ay Dios! ¿si me has de obligar
A que te diga un secreto?

DOÑA ÁNGELA.

¿Secreto en esto?

DOÑA BÁRBARA.

¿Pues no!

DOÑA ÁNGELA.

Y ¿qué secreto hay en esto?

DOÑA BÁRBARA.

Ángela, ¿dasme palabra
De callar, con juramento?

DOÑA ÁNGELA.

Si lo dijere, no tenga

Dicha.

DOÑA BÁRBARA. (Ap.)

Amor, agora es tiempo
Que déis á mi ingenio industria,
Pues sois prueba del ingenio.

DOÑA ÁNGELA.

El secreto para mí

Es que, como yo te quiero,
Le quieres para casarte.

DOÑA BÁRBARA.

De tu loco pensamiento
Ha nacido esa malicia;
Pero escucha, y verás presto
Que es imposible.

DOÑA ÁNGELA.

¿Imposible?

DOÑA BÁRBARA.

Este soldado flamenco,
Este Leonardo es tu hermano.

DOÑA ÁNGELA.

¿Mi hermano!

DOÑA BÁRBARA.

Admirate quedo;

Que no quiero que se entienda.

DOÑA ÁNGELA.

Yo á lo menos no lo entiendo.

DOÑA BÁRBARA.

Sabe que el Conde, tu padre,
Se le llevó á Flándes luego
Que vió que á mi me quedabas,
Entre los dos repartiendo
Los hijos, y que á tu tio
Se le dió niño pequeño
Para que en nombre de hijo
Le criase; y así, creo
Que él piensa que es mi sobrino;
Porque no sabe el secreto.

DOÑA ÁNGELA.

¿Que tus hijos los dos somos?

DOÑA BÁRBARA.

¡Ay, Ángela, sabe el cielo
Qué dolores me costais!

DOÑA ÁNGELA.

Afuera, locos deseos;
Querámosle como á hermano,
Y cesen los pensamientos
De marido desde aquí.

DOÑA BÁRBARA.

Mi honor, hija, te encomiendo.
No sepa aquesto tu hermano,
Y que te llames te ruego
Primo siempre.

DOÑA ÁNGELA.

Ansí lo haré.

DOÑA BÁRBARA.

¿Prométselo?

DOÑA ÁNGELA.

Si prometo.

Y para que ya los dos
Mas cuidado no te demos,
Te suplico que me cases
Con don Estéban; que pienso
Que es hombre que lo merece
Mas que Otavio.

DOÑA BÁRBARA.

No deseo

Otra cosa en esta vida
Como verte con remedio.—
¡Lope!

ESCENA IX.

LOPE.— DICHAS.

LOPE.

Señora...

DOÑA BÁRBARA.

¿Tú sabes

(Que si la sabrás sospecho)
La casa de don Estéban?

LOPE.
Bien la sé.
DOÑA BÁRBARA.
Parte corriendo,
Y di que se llegue aquí.
LOPE.
Dime, Señora, si puedo
Pedirle albricias.
DOÑA BÁRBARA.
Bien puedes.
LOPE.
Yo parto alegre. *(Vase.)*
DOÑA BÁRBARA. (A su hija.)
Y yo entro
A prevenir de qué modo
Tu casamiento tratemos.
(Ap. ¡Bravamente la engañé!
¡Agora sí, amor, que puedo
Casarme con mi sobrino!
El remedio te agradezco.)

ESCENA X.

DOÑA ÁNGELA.

Mal empleados pensamientos míos,
¡Aun antes de nacidos acabados!
Pero en buena sazón desengañados;
Que puedo remediar mis desvarios.
Derriba, amor, denieve montes fríos,
Que consuma el rigor de tus cuidados;
Vuelvan los imposibles declarados
Mis intentos atrás, que no son ríos.
Si se suele sacar la sangre en copia
Para templar el fuego de las venas,
Sangrarne yo de amor no es cosa im-
[propia].
Leonardo, si de tí las tengo llenas,
Sal de mis brazos, que eres sange pro-
[pia].
Para que cese el fuego de mis penas.

ESCENA XI.

EL ALFÉREZ Y BELTRAN, sin
reparar en DOÑA ÁNGELA.

ALFÉREZ.
Vuestro consejo tomé.
BELTRAN.
Y Bárbara ¿cómo está?
ALFÉREZ.
Toda su hacienda me da.
BELTRAN.
Poseed con buena fe,
Y no podeis prescribir.
ALFÉREZ.
Mil dudados buenos son
Para la dispensación,
Y se los quiero pedir.
BELTRAN.
¿Qué haréis dellos?
ALFÉREZ.
Pagaré
Deudillas que me dan pena,
Y compraré una cadena,
Que en necesidad nos dé
El dinero que pesare.
BELTRAN.
¡Bueno! Ángela está aquí.
ALFÉREZ.
¡Prima mía!
DOÑA ÁNGELA.
¡Oh primo!
ALFÉREZ.

Ans

El cielo me la depare
En tierra y mar por guardarme.

DOÑA ÁNGELA.
Sea vuesarced bien hallado
En la corte.

ALFÉREZ.
No he buscado
En la corte dónde hallarme.

DOÑA ÁNGELA.
Pues ¿dónde?
ALFÉREZ.
Donde perderme.

DOÑA ÁNGELA.
Vuesamerced no se pierda,
Siendo persona tan cuerda.

ALFÉREZ.
Eso ¿es matarme ó querermel?

DOÑA ÁNGELA.
¿Cómo va, señor Beltran,
De Gradas de San Felipe?

BELTRAN.
Puesto que yo participe
De las cosas que le dan
Gusto al Alférez, no sé
Que fuera de vos le tenga.

DOÑA ÁNGELA.
Vuesamerced le entretenga;
Que es justo que se le dé.

ALFÉREZ.
Prima, ya son tus mercedes
Desdenes; por vida mía,
Que dejes la cortesía;
Que las mayores mercedes
Son el tú donde hay amor.

BELTRAN.
Antes vives engañado,
Que el tú y el vos se han usado
Para el desprecio y rigor;
El vuesamerced jamás
Fué de nadie desmentido,
Ni enojado ni ofendido.

ALFÉREZ.
¿En qué disparates das,
Beltran! Las cosas de humor
Son buenas para alegrías;
Reniega de cortesías
Donde se trata de amor.
No, prima, no viene bien
La merced con mi deseo:
Con mucho capote os veo;
Y cuando los hombres ven
Ese capote de enojos
Con que las mujeres vienen,
Luego ven que se previenen
Para el agua de los ojos.
¿Qué teneis, que no mirais
Con la gracia que soleis,
Y á vos misma os ofendeis,
Pues la hermosura os quitais?
Hablad: ¿de qué estáis suspensa?

DOÑA ÁNGELA.
Vuesamerced se ha engañado;
Que eso no nace de enfado,
De pena, enojo ni ofensa.
Cuidados nuevos en mí,
Como ve, me han suspendido.

ALFÉREZ.
¿Cuidados?
DOÑA ÁNGELA.
Pues un marido
¿No es oídado para mí?

ALFÉREZ.
¡Marido!
DOÑA ÁNGELA.
Agora mi madre
Me ha casado.

ALFÉREZ.
¡A vos! ¿Con quién?
DOÑA ÁNGELA.
Con don Estéban.

ALFÉREZ.
Y ¿es bien
Sin que lo sepa mi padre?
DOÑA ÁNGELA.

Antes por esa razón.—
Y dadme, Señor, licencia
Para hacer de vos ausencia...
Digo, en aquesta ocasión...
Que no quiero que me vea
Mi marido hablar con vos.

ALFÉREZ.
Oid, escuchad.
(Vase doña Ángela.)

ESCENA XII.

EL ALFÉREZ, BELTRAN.

BELTRAN.
Por Dios,
Que ha dado el amor librea;
Que en vistiéndose los pajes
De azul, que son los sentidos,
Luego juntan ofendidos
La sala de los linajes,
Y tocan á la venganza.

ALFÉREZ.
Esta ha sabido el intento
Del fingido casamiento,
Y perdida la esperanza,
Se casa con don Estéban.
¿Qué haré, Beltran?

BELTRAN.
Proseguir
En casarte y en fingir
Mientras el nido te ceban.
Pesquemos los mil ducados
De esta bárbara mujer,
Y acaba de pretender.
Volvamos, Leonardo, honrados,
Y lleve el diablo al amor.

ALFÉREZ.
De fingir, si fingiré;
Pero di, ¿cómo podré
Sufrir de Ángela el rigor?

BELTRAN.
Calla; que si esto ha nacido
De celos por darte pena,
Este casamiento ordena,
Y todo ha de ser fingido.
Enamora tú muy bien
A su madre hasta que seas
Dueño del alma, y poseas
Toda su hacienda también;
Que bien podrás dilatar
El casamiento á su hija.

ALFÉREZ.
Bien dices.
BELTRAN.
Nada te añija,
Nada te cause pesar
Mientras la llave tuvieres
De casa en el dueño.

ALFÉREZ.
Aquí
Me quiero guiar por tí.
BELTRAN.
Estas, en fin, son mujeres.
Declara tu casamiento
Con Bárbara, y ella crea
Que tu gusto la desea,
Y verás que el pensamiento
De doña Ángela es vano,
Pues será lo que quisieres.

ALFÉREZ.

En dos tan ciegas mujeres
Todo lo tengo por llano.

ESCENA XIII.

MARIN.—DICHOS.

MARIN.

Para el señor alférez don Leonardo
Traigo aqueste papel.

ALFÉREZ.

Soy el Alférez.

MARIN.

Pues don Otavio, mi señor, le envía,
Y con él un caballo, que á la puerta
Queda reconociendo la posada,
Y ya con los relinchos deseando
Conocerlos á vos para su dueño.
Es Valenzuela potro y ha costado
Mil escudos en Córdoba, es overo,
Negro de cabos, y con blanco bebe.

ALFÉREZ.

No conozco á ese ilustre caballero.
Leeré el papel.

MARIN.

Aquí respuesta espero.

ALFÉREZ.

(Lee.) «Creo que á vuesamerced le
serán ya notorias mis pretensiones del
casamiento de mi señora doña Ánge-
la; no me he atrevido á besar á vue-
stra merced las manos, como á señor
miyo y primo suyo, hasta agora que
se ha ofrecido ocasion de servirle con
este caballo, donde estará tan léjos
de los del ejército. Soy muy servidor
del señor Capitan, su padre, á quien
deseo escribir; para todo lo cual su-
plico á vuestra merced me señale hora en
que le bese las manos.—Don Otavio.»

(A Marin.)

Diga vuesamerced que no respondo
Hasta hablar á mi tia, y que le beso
Las manos muchas veces... Y reciba
Estos escudos y en la puerta aguarda;
Que luego salgo á ver el *Presentado*;
Que este nombre tendrá de aquí adelan-
ta.

MARIN.

Nombre de fraile no le viene á cuento.
Mejor será llamarle el *Desposado*.
(Ap. Porque está fué la necesidad primera
de don Otavio, que casarse espera.)

(Vase.)

ESCENA XIV.

EL ALFÉREZ, BELTRAN; *después*,
LUCÍA.

ALFÉREZ.

¿Qué te parece?

BELTRAN.

Que á Madrid veniste,
Y que estás en las Indias.

ALFÉREZ.

Ya está público
Que es mi padre Fajardo.

(Sale Lucía.)

BELTRAN.

¿Qué hay, Lucía?

LUCÍA.

Sole á saber lo que mandas venta.

ALFÉREZ.

¿Qué hace doña Bárbara?

LUCÍA.

Tratando

Queda con don Estéban destas bodas.

¿DE CUÁNDO ACÁ NOS VINO?

ALFÉREZ.

¿Aquí está don Estéban?

LUCÍA.

Y sospecho

Que corren tan apriesa, que está hecho.

ALFÉREZ.

No lo puedo sufrir. Beltran, espera.

BELTRAN. (Ap. al Alférez.)

No hagas disparates.

ALFÉREZ.

No querría.

(Vase.)

ESCENA XV.

BELTRAN, LUCÍA.

BELTRAN.

¿Cómo estamos yo y vos, doña Lucía?

LUCÍA.

Yo muy al servicio vuestro,
Si tenéis qué me mandar.

BELTRAN.

Lo que os deseo agradar,
Aunque quiero, no lo muestro
Por muchos inconvenientes,
Y el principal este Lope;
Que no hay hora en que no tope
Sus celos y ojos presentes.

ESCENA XVI.

LOPE.—DICHOS.

LOPE. (Dentro.)

Aquí le tengo de hallar. — (Sale.)
Señor Beltran...

BELTRAN.

¿Buen encuentro!

LOPE.

Leonardo queda allí dentro.
Pienso que os anda á buscar.

BELTRAN.

Agora se fué de aquí.

LOPE.

Esto pasa

BELTRAN.

Voy á ver

Lo que me puede querer.

(Vase.)

ESCENA XVII.

LOPE, LUCÍA.

LOPE.

¿Qué hacías aquí?

LUCÍA.

¿Yo?

LOPE.

Sí.

LUCÍA.

Díjome su camarada
Del Alférez, mi señor...

LOPE.

¿Camarada? ¡Lindo humor!
La soldadesca te agrada.

¿Ya me hablas á lo fiandesco?

LUCÍA.

Que un cuello le jabonase,
Y al fuego se le enjugase,
Por lo que hace el tiempo fresco.

LOPE.

¿Y á eso le respondías,
Soy indigna?

LUCÍA.

¿Qué he de hacer?

LOPE.

Creo que vienes á ser
Como la novia de Ollas;
Que, como los que estuviesen
A la mesa de la boda,
Entre la comida toda,
El arroz encareciesen,
Respondió muy á deshora
Con baja y humilde voz:
«Yo soy quien hizo el arroz,
Aunque indigna pecadora.»
No, Lucía; el camarada
Te ha levantado los cascotes:
Tú le llevarás los frascos,
Tú irás en esta jornada
Sirviendo de mochillera.

LUCÍA.

¿Estás loco?

LOPE.

Y el soldado
Que, si anochece, ha jurado
Asentarme la mollera,
No sabe que me hace mal
El sereno, y que no salgo
De noche.

ESCENA XVIII.

DOÑA BÁRBARA, DOÑA ÁNGELA.—
DICHOS.

DOÑA BÁRBARA.

¿Tan poco valgo,
Que con libertad igual
Osas tratarme, atrevida?

DOÑA ÁNGELA.

Pues ¿qué tengo yo de hacer,
Si te veo enloquecer?

DOÑA BÁRBARA.

Tú me has de quitar la vida.

DOÑA ÁNGELA.

Conciertas con don Estéban
Casarme, y apenas parte
Por un notario, y por darte
Gusto una cédula llevan
En que doy mi voluntad,
Cuando mil ducados cuentas
Y dispensacion intentas,
Sin poner dificultad,
Para casar con Leonardo,
Y quieres darme á entender
Que es tu hijo!

DOÑA BÁRBARA.

Quise hacer
A mi amor ese resguardo
Hasta casarte no mas;
Pero ya que estás casada,
Y la cédula firmada
No puede volver atrás,
Advierte que es mi sobrino,
Y que es gusto de mi hermano.

DOÑA ÁNGELA.

Señora, engaño tan llano
Obliga á un gran desatino.
Tú me has hecho esta traicion,
¿Y dices que amor me tienes!

DOÑA BÁRBARA.

¿Con lindos descuidos vienes!
Si tan ciega de aficion
Te vi inclinada á tu primo,
Y yo le adoro, ¿qué quieres?
Así somos las mujeres.
Ángela, mi gusto estimo.

DOÑA ÁNGELA.

Bien haces; mas no sé yo
Si saldrás con lo que intentas.

DOÑA BÁRBARA.

Pues ¡palabras tan exentas
A tu madre!

DOÑA ÁNGELA.
¿Por qué no
En engaños, que por ellos
Muero?

DOÑA BÁRBARA.
¡Por vida del Conde,
Que le he dar, si responde,
Una vuelta de cabellos!

DOÑA ÁNGELA.
No importa en el casamiento
El traer dispensación;
Que yo sabré en la ocasión
Poner un impedimento.

DOÑA BÁRBARA.
¿Qué impedimento?

DOÑA ÁNGELA.
Decir
Que es tu hijo, y que lo sé
De tu boca.

DOÑA BÁRBARA.
Y yo te haré,
Hija ingrata, desdecir.
DOÑA ÁNGELA.
Bárbara madre, á quien hoy
Viene el nombre tan al justo,
¡No logres tu amor injusto!

DOÑA BÁRBARA.
¿Estás loca?

DOÑA ÁNGELA.
Loca estoy.

DOÑA BÁRBARA.
Criados, hola, advertid
Cómo dice que está loca.

DOÑA ÁNGELA.
Sí digo.

DOÑA BÁRBARA.
Y que por su loca
Lo está confesando oíd.
A su tiempo juraréis
Que dice que mi sobrino
Es mi hijo.

DOÑA ÁNGELA.
El desatino
No es mío, aunque lo penseis;
Que ella me lo ha dicho así,
Y con su hijo se casa.

DOÑA BÁRBARA.
Yo te echaré de mi casa.

LOPE.
¡Ah Señora! vuelve en tí.
DOÑA ÁNGELA.
Déjame, Lope; que yo
Me entiendo.

LUCÍA.
¡Ah señora mía!
DOÑA ÁNGELA.
Déjame también, Lucía;
Que no ha de casarse, no.

ESCENA XIX.

EL ALFÉREZ, BELTRAN.—DIGNOS.

ALFÉREZ.
¿Qué es esto?

DOÑA BÁRBARA.
Un atrevimiento,
Que no se ha visto ni oído,
Con esta loca engañada,
Que dice que eres mi hijo,
Y que eres hermano suyo.

ALFÉREZ.
Ángela, ¿quién os ha dicho
Que yo soy hermano vuestro?
DOÑA ÁNGELA.
Mi madre misma.

DOÑA BÁRBARA.
Ha querido
Buscar con esta invención
Ocasión para impedirnos
El tratado casamiento,
Después que la necia ha visto
Que se ha de partir la hacienda;
Que ella pensó que su lindo
Y adorado don Estéban
Se quedara introducido,
Y fuéramos á pedir
Limosna.

ALFÉREZ.
¡Gentil arbitrio!
¡Hola, doña Ángela, hola!
Allá vuestro maridillo
Y vos tomaréis la puerta,
En habiendo los dos dicho
Sí, que tanto deseáis.
Y esto sin voces ni gritos;
Que esta casa tiene dueño,
Y esta señora marido.
Yo no soy hermano vuestro;
Sabed que soy vuestro primo.

DOÑA ÁNGELA.
¡Mi primo!

ALFÉREZ.
Sí que lo soy.
DOÑA ÁNGELA.
Y ¿de cuándo acá nos vino?

BELTRAN.
Ea, señores, ¿qué es esto?
Pues ¡entre deudos y amigos
Ha de haber tales discordias
Ni alborotar los vecinos!
Doña Ángela ¿está casada?

DOÑA ÁNGELA.
No estoy.

DOÑA BÁRBARA.
Sí estás.

DOÑA ÁNGELA.
No estoy, digo.

BELTRAN.
Ea, pártase esta hacienda
Como entre padres y hijos.

DOÑA ÁNGELA.
Bien dices, pues lo es Leonardo
De mi madre.

DOÑA BÁRBARA.
¡Hay desatino
Como este, para estorbar
Que yo me case contigo?

ALFÉREZ.
¡Hola, prima, ó lo que sois!
Ya no me tengáis por primo.
Vuestro padre soy.

DOÑA ÁNGELA.
¡Mi padre!
Y ¿de cuándo acá nos vino?

ALFÉREZ.
Desde que con vuestra madre
Estoy casado.

DOÑA ÁNGELA.
Yo impido
Desde agora el matrimonio,
Con aquestos dos testigos.

ALFÉREZ.
¡Hola, testigos! no estén
Para lo que aquí decimos
Presentes; váyanse abajo.

LOPE. (Ap.)
Bien dice el refrán antiguo
Que, en doliendo la cabeza,
Los pies no saben su oficio.

ALFÉREZ. (A Lucía.)
Váyase ella á la cocina:

Friegue, barra, limpie el trigo,
Cierna, mase, guise, lave,
Casa y platos tenga limpios;
Sepa que ya tiene amo,
Si hasta aquí no lo ha tenido.

LUCÍA.
¡Mi amo!
ALFÉREZ.
Sí.

LUCÍA.
Yo me iré.
Y ¿de cuándo acá nos vino? (Vase.)

ALFÉREZ.
Ea, éi, el que está mirando,
Tome al instante el camino.

LOPE.
¿Dónde?
ALFÉREZ.

A la caballeriza.
Limpie zapatos y estribos.
Vaya, ó darle mil palos.
No replique.

LOPE.
No replico.
¿Palos á mí?

ALFÉREZ.
Aguarde.
LOPE.

¿Palos! (Vase.)
Y ¿de cuándo acá nos vino?

ALFÉREZ.
Id vos, Señora, también;
Que sospecho que han venido
Don Estéban y el notario.

DOÑA BÁRBARA.
Ya os temo como á marido;
Mas no hayais miedo que os diga
Que ¿de cuándo acá nos vino? (Vase.)

BELTRAN.
¿Miráisme á mí?

ALFÉREZ.
A vos también,
Beltran, aunque amigo, os miro;
Que hoy riño toda mi casa,
Y hasta mis amigos riño.

BELTRAN.
Luego ¿queréis que me vaya?

ALFÉREZ.
¿Pues no?

BELTRAN.
Voyme, y por vos digo,
O por la dicha de entrambos,
Que ¿de cuándo acá nos vino? (Vase.)

ESCENA XX.

EL ALFÉREZ, DOÑA ÁNGELA.

ALFÉREZ.
¡Ángela mía!

DOÑA ÁNGELA.
¡Traidor!

ALFÉREZ.
Mi bien...

DOÑA ÁNGELA.
Enemigo mío,
¿Quién eres?

ALFÉREZ.
Quien tú quisieras.
Un hombre soy que prosigo
Una difícil empresa,
Mas que Faetonte perdido,
Por adorar en tu sol.

DOÑA ÁNGELA.
En mí, que estoy sin juicio
De verte ya mi padrastro!

ALFÉREZ.

¡Ay luz de los ojos míos!
Que todo lo causan celos
De ver que tan de improviso
Te cases con don Estéban.

DOÑA ÁNGELA.

Pues ¿qué he de hacer, si me dijo
Mi madre que eras mi hermano?

ALFÉREZ.

Luego ¿esto la causa ha sido?

DOÑA ÁNGELA.

Pues ¿cómo puedo olvidarte,
Si en viendo el engaño, he dicho
Las libertades que ves?

ALFÉREZ.

Yo á tí, mi bien, por lo mismo.
Luego ¿podré yo ser tuyo,
Si quieres... y no has querido
A don Estéban?

DOÑA ÁNGELA.

El cielo

Sabe que solo te estimo.
¿Casarás con mi madre?

ALFÉREZ.

¡No ves que todo lo finjo
Hasta llegar á ser tuyo?

DOÑA ÁNGELA.

Pues di, falso, ¿cómo han ido
Por esta dispensación?

ALFÉREZ.

No hayas miedo, aunque hayan ido,
Que vaya el dinero á Roma;
Que entre deudillas de amigos
Íran los quinientos hoy,
Y de los otros te sirvo
Con un brinco de diamante.

DOÑA ÁNGELA.

Deja diamantes en brincos,
Y sé tú diamante amante
En estar firme conmigo;
Que, en gastando esos quinientos,
Dineros, joyas, vestidos
A tu servicio está todo,
Y yo estoy á tu servicio.
Engañemos esta madre.

ALFÉREZ.

Eso has de hacer.

DOÑA ÁNGELA.

Ya no digo,

Primo, que ¿de cuándo acá?
Sino que del cielo vino.

ACTO TERCERO.

Cañe.

ESCENA PRIMERA.

DON ESTÉBAN, DON OTAVIO,
LOPE.

DON ESTÉBAN.

Esta sospecha he tenido.

DON OTAVIO.

Vuestra amistad deseaba,
Porque os confieso que estaba
Loco, celoso y perdido
De ver en aquesta casa
Este alférez hablador.

DON ESTÉBAN.

Lope nos hará favor
De decirnos lo que pasa.

LOPE.

Pues ya sois los dos amigos
(Que es buena razon de estado
En peligro declarado
Juntarse los enemigos,
Y hacer liga y amistad
Contra el que es de mas poder),
Lo que yo alcanzo á saber
Os diré con libertad.
Doña Bárbara le adora,
Y ha llegado su afición
A que la dispensación
Están esperando agora.
Pero pareceme á mí
Que don Estéban tambien
Debe de quererle bien.

DON ESTÉBAN.

¿Qué dices!

LOPE.

Que pasa así,
Porque madre y hija están
Con tanto desasosiego
De celos, que verá un ciego
En la locura que dan.
Las voces, los desafíos,
Las pendencias son notables.

DON OTAVIO.

Cosas dices admirables.

LOPE.

¡Ay de los trabajos míos!
Que tambien el bellacon,
El camarada, el Beltran,
Es de mi ninfa galán.

DON ESTÉBAN.

Entre tanta confusion,
¿Qué hace el alférez?

LOPE.

¡Bueno!

Comer, beber y reir,
Jugar, dormir y reñir,
De vana arrogancia lleno.

DON OTAVIO.

Si tiene la posesion
De las almas de los dueños,
Malas comidas y sueños
Os dará en toda ocasion.
¡Bien habemos pretendido
Don Estéban y yo!

LOPE.

Bien,

Pues que todo su desden
Deste Leonardo ha nacido.
Pues ¿pensaréis que no pasa
Doña Ángela mil enojos?

DON ESTÉBAN.

Será porque ve á sus ojos
Que con su madre se casa.

LOPE.

No, sino porque la mata
Con recatos y desvelos,
Que deben de ser de celos,
Y como á esclava la trata.
No quiere que á la ventana
Se ponga sola un momento,
Ni salga de su aposento;
Y si á misa, de mañana.
Nunca la deja vestir
Ni tocar, como solía.

DON OTAVIO.

Pues ¿eso sufre su tía?

LOPE.

Huelga de verle reñir;
Y dile que obedezca
A su primo, que es razon,
Haciendo que el socarrón
Se ensanche y se ensoberbezca.

DON OTAVIO.

Ahora bien, Lope, volved
A casa en buen hora.

LOPE.

Os guarde y me dé consuelo. (Vase.)

DON ESTÉBAN.

Paciencia agora tened;
Que podrá ser que algun dia
No esté el gobierno en la mano
De ese soldado tirano.

DON OTAVIO.

Vengarme, por Dios, querría.
(Vase.)

Sala en casa de doña Bárbara

ESCENA II.

DOÑA BÁRBARA, DOÑA ÁNGELA,
EL ALFÉREZ.

DOÑA BÁRBARA.

Pues ¿qué te parece á tí?

ALFÉREZ.

Que no estará bien casada
Con don Estéban.

DOÑA ÁNGELA.

Cansada

Estoy de decirlo así.

DOÑA BÁRBARA.

Pues, ya hecho y concertado,
¿Lo tengo de deshacer?

ALFÉREZ.

Oye aparte.

(Hablan bajo los dos.)

DOÑA BÁRBARA.

¿Podrá ser,

Después de escrito y firmado?

ALFÉREZ.

Que es eso cosa de risa.

DOÑA BÁRBARA.

Pues ¿con quién se ha de casar?

ALFÉREZ.

Con don Otavio hay lugar,

Que me mata y me da prisa
A que contigo me case.

DOÑA BÁRBARA.

¿Por qué es Otavio mejor?

ALFÉREZ.

Fuera de tenerle amor,
Nos está bien que la pase
A Italia, y nos deje en paz.

DOÑA BÁRBARA.

Tienes razon.

ALFÉREZ.

No querría
Yerno en casa, amada tía,
Aunque es la hacienda capaz.

DOÑA BÁRBARA.

Tienes razon; que es polilla
De la hacienda y del contento.

ALFÉREZ.

Yo, señora tía, intento
Tu descanso en esta vida.

DOÑA BÁRBARA.

No me llares tantas veces
Tía; que para mujer,
Me deslucas.

ALFÉREZ.

Suele ser

Adonde hay muchos jueces.

DOÑA BÁRBARA.
Agora solote hallas.
ALFÉREZ.
Bien mis desculdos condenas.
DOÑA BÁRBARA.
Las tías solo son buenas,
Leonardo, para heredallas.
Si yo quisiera algun día
Al vivo una cosa hacer
Muy indigna de querer,
Te retratará una tía.

ALFÉREZ.
No lo diré mas, por Dios.
DOÑA BÁRBARA.
¿Cómo estoy en tu amistad?

ALFÉREZ.
Echando á mi libertad
Prisiones de dos en dos.
Voy por instantes á Roma
Con el pensamiento, á ver
Qué dispensan.

DOÑA BÁRBARA.
¿Qué placer
De oírlo mi alma toma!
¡Ay, mi Leonardo, si el día
De mi bien llegase ya!

ALFÉREZ.
No dudes de que será
Muy presto, señora tía.

DOÑA BÁRBARA.
¿Es eso lo prometido?

ALFÉREZ.
La costumbre lo causó.

DOÑA ÁNGELA.
En fin, ¿qué se concertó?

ALFÉREZ.
Que no será tu marido
Don Estéban, sino Otavio.

DOÑA ÁNGELA.
Oye aparte.

ALFÉREZ.
Ya te entiendo...
(*Hablan aparte él y Doña Ángela.*)

Porque cuanto yo pretendo
Resulta en su mismo agravio.
Ángela, yo adoro en tí.

DOÑA ÁNGELA.
Muy celosa me has tenido.

ALFÉREZ.
Si todo engañarla ha sido,
¿En qué te ofendes de mí?

DOÑA ÁNGELA.
¿Qué dice en resolución?

ALFÉREZ.
Que te casemos aprisa.

DOÑA ÁNGELA.
Y tú ¿qué dices?

ALFÉREZ.
Que es risa;
Porque la dispensacion
Que ha de venir para ella
Se ha pedido para tí.

ESCENA III.

BELTRAN. — DICHAS.

BELTRAN.
¿Está el Alférez aquí?

ALFÉREZ.
¡Beltran!

BELTRAN. (*Ap. al Alférez.*)
Todo lo atropella,
Todo lo deja, Leonardo.

ALFÉREZ.
¿Qué ha sucedido?
BELTRAN.
Yo vi
Agora cerca de aquí
Nuestro capitán Fajardo.

ALFÉREZ.
¡Al Capitán! ¿Es por dicha
Invencion tuya?

BELTRAN.
¡Pluguiera
A Dios, Leonardo, que fuera
Invencion, y no desdicha!
Preguntando viene ya
Por esta casa.

ALFÉREZ.
¿Qué harémos?

BELTRAN.
El remedio que tenemos
En cinco letras está.

ALFÉREZ.
¿Cinco letras? ¿Cuáles son?

BELTRAN.
Irnos.
ALFÉREZ.
Pues vámonos luego. —
(*A Doña Bárbara.*)

Mi señora, á saber llevo
De nuestra dispensacion,
Y á prevenir un viaje
Que á Illéscas tengo de hacer.

DOÑA BÁRBARA.
¿A Illéscas?

ALFÉREZ.
No puede ser.
Que se deje ni se ataje;
Que fué promesa que hice
En las pomas de Marsella.
Adios, mi Bárbara bella.
(*Vanse él y Beltran.*)

ESCENA IV.

DOÑA BÁRBARA, DOÑA ÁNGELA.

DOÑA ÁNGELA.
¿Qué es lo que Leonardo dice?

DOÑA BÁRBARA.
Que va á buscar en qué ir
A Illéscas.

DOÑA ÁNGELA.
Pues ¿á qué efeto?

DOÑA BÁRBARA.
A un voto.

DOÑA ÁNGELA.
Yo te prometo
Que lo debeis de fingir
Para casaros allá.

DOÑA BÁRBARA.
Malicia tuya.

DOÑA ÁNGELA.
Si veo
Declarado tu deseo,
¿Qué llamas malicias ya?

ESCENA V.

LUCÍA. — DICHAS.

LUCÍA.
¡Albricias, señora mía!
¡Ay Dios! qué grande placer!

DOÑA BÁRBARA.
¡Placer! ¿De qué puede ser?
Yo te las mando, Lucía.
¿Vino la dispensacion?

LUCÍA.
Allá tus cuidados van.
Mi señor el Capitán
Llegó en aquesta ocasion.

DOÑA BÁRBARA.
¡Mi hermano!

DOÑA ÁNGELA.
¡Mi tío!

LUCÍA.
Sí.

DOÑA BÁRBARA.
No puede ser.

LUCÍA.
¿Cómo no,
Si acabo de hablarle yo?
Ya se apean, ya está aquí.

ESCENA VI.

EL CAPITAN FAJARDO, EL SARGENTO ALFARO, LOPE. — DICHAS.

FAJARDO.
¿Entrar puede un hermano sin licencia?

DOÑA BÁRBARA.
Y á los brazos llegar puede un hermano.

FAJARDO.
Merécelos mi amor y diligencia.
¿Y mi sobrina?

DOÑA ÁNGELA.
Dadme vuestra mano.

FAJARDO. [*sencía!*]
¿Qué hermosa y bella! qué gentil pre-
Si fuera mozo yo, tened por llano
Fueran dispensacion estas razones.

DOÑA ÁNGELA.
No faltan por acá dispensaciones.

DOÑA BÁRBARA. (*Ap.*)
Sin duda le han escrito el casamiento.

FAJARDO.
Haced, señoras, al sargento Alfaro,
Como á mi propio hermano, acogimien-
ALFARO. [*to.*]

Su esclavo he sido, y vuestro me declaro.

DOÑA BÁRBARA.
Esta casa, aunque es pobre alojamiento
(Que por eso ofreciéndola reparo),
Tendréis para serviros por posada.

LOPE. (*Ap.*)
Mas ¿que tenemos otro camarada?

ALFARO.
La casa, por sí mesma y por el dueño,
De aposentar á un rey es digna en todo,
Y yo para ocuparla muy pequeño.

FAJARDO.
Digo, sobrina, que me falta modo,
Por mas amor que por la vista enseño
Y al lazo de los brazos acomodo,
Para deciros lo que en veros siento.
Vuestro galan será de pensamiento;
Que, como os dije, si otra edad tuviera,
Nuestra dispensacion no se excusara.

DOÑA BÁRBARA. [*tera;*]
(*Ap.* Tanta dispensacion mucho me al-
Pero, á no lo saber, no lo tratara.)
Si la hablas, Capitán, de esa manera,
Y la intencion en otra parte pára,
Culpáos á vos de lo que os han escrito,
Ya que con vos la máscara me quito.

FAJARDO.
No os entiendo, por Dios.

DOÑA BÁRBARA.
Pues no há un momento
Que vuestro hijo estaba aquí.

FAJARDO. (Al Sargento.)

¿Qué dijo?

ALFARO.

Que vuestro hijo estaba aquí.

FAJARDO.

No siento

Que tenga squini en todo el mundo hijo;
Y pésame de veros sentimiento,
Cuando esperaba tanto regocijo.

DOÑA BÁRBARA.

[to?

¡Vuestro hijo negais! Pues ¿a qué efe-

FAJARDO.

[to.

Que os desconozco, Bárbara, os prome-
¡En qué hijo me hablais? Que no he te-
Hijo en mi vida. [nido

DOÑA BÁRBARA.

Si es por ser bastardo,

¡Qué inútil prevención!

FAJARDO.

Pierdo el sentido.

¿Sabeis que soy el capitán Fajardo?

DOÑA BÁRBARA.

Si yo por vuestra carta he recibido
En mi casa al alférez don Leonardo,
Y, como á mi sobrino y hijo vuestro,
El justo amor que me mandais le mues-

[tro,

¿De qué sirve decir que en vuestra vida
Tuvistes hijo?

FAJARDO.

Bárbara, yo tuve
A don Leonardo en Flándes por alférez,
Soldado honrado, virtuoso y noble;
Y cuando vino á pretender á España
Con papeles y cartas de su alteza,
Le di una mia para vos, diciendo
Que era mi alférez; pero no mi hijo.

DOÑA BÁRBARA.

Hijo decia; que le habeis tenido
En Anamur, en una hermosa dama
Flamenca, que madama Flor se llama.

FAJARDO.

La flor debió de ser el engañaros;
Que ¡vive Dios, que si otro lo dijera,
Por engaño y malicia lo tuviera!
¿Es posible, Sargento, que Leonardo
Ha hecho tal maldad?

ALFARO.

Es imposible;
Sino que alguno con su mismo nombre
Ha querido engañar á vuestra hermana.
¿Quién venia con él?

DOÑA BÁRBARA.

Otro soldado,

Que se llama Beltran.

FAJARDO.

¿Beltran venia?

LOPE.

¿Qué te parece de Beltran, Lucía?

LUCÍA.

Que á mi ama engañó, que es mas hon-

LOPE.

[rada.

¡No viera yo quemar la camarada!

FAJARDO.

Antes que ponga dolo en el Alférez,
Y me quite, Sargento, las espuelas,
He de buscar á don Leonardo.

ALFARO.

En todo

No parece el hablarle el mejor modo.

LOPE.

A las Gradas acude á San Felipe,

FAJARDO.

Y aquí ¡tíame sponento?

LOPE.

Aquí le tiene;

Mas no vendrá despues que habeis veni-

[do;

Porque ¿quién duda que lo habrá sabi-

[do?

FAJARDO.

Vamos, Sargento, en busca suya.

ALFARO.

Vamos.

No he de dejar Palacio, Prado, Gradas,
Ni otro lugar adonde hallarle pueda,
En que no le busquemos.

(Vanse Fajardo y Alfaro.)

ESCENA VII.

DOÑA BÁRBARA, DOÑA ÁNGELA,
LUCÍA, LOPE.

DOÑA BÁRBARA.

Muerta quedo.

DOÑA ÁNGELA.

Y yo ¿cómo estaré?

DOÑA BÁRBARA.

Tiemblo de miedo

Del Capitan, si el casamiento sabe.

DOÑA ÁNGELA.

Yo pienso que el Alférez no se alabe
De la burla, si está en Madrid agora.

DOÑA BÁRBARA.

Y ¿qué hará un alma que en Leonardo

DOÑA ÁNGELA. (Ap.) ¿adora?

No estoy muy libre yo.

DOÑA BÁRBARA.

¿Que se fingiese

Un hombre tan honrado primo tuyo?

DOÑA ÁNGELA.

Agora no dirás que es desatino
Decirte yo ¿De cuándo acá nos vino?

(Vanse.)

Calle.

ESCENA VIII.

EL ALFÉREZ, BELTRAN.

ALFÉREZ.

¿Dónde vamos por aquí?

BELTRAN.

Esta es la Carrera nueva,
Que con la antigua del Prado
Osa entrar en competencia.

ALFÉREZ.

Tanta gente sale aquí,
Ya por nueva, ya por bella,
Que no estaremos seguros
De que soldados nos vean.

BELTRAN.

Bien dices; que ya me han dicho,
Y es cosa forzosa y cierta,
Que el Capitan te buscaba.

ALFÉREZ.

Pues, Beltran, el temor deja;
Que ya ha dado con nosotros,
Si no es que engañarme pueda
La propia imaginacion.

BELTRAN.

¡Hay desdicha como esta!
El Capitan es, por Dios.
Echa por aquesta senda.

ALFÉREZ.

¿Para qué, habiéndonos visto?

Porque, mientras mas te alejas
De la villa y de la gente,
Mayor peligro nos queda.

ESCENA IX.

FAJARDO, ALFARO. — Dichos.

FAJARDO.

¡Ah, caballeros!

ALFÉREZ.

¿Quién llama?

FAJARDO.

¿Qué digo? Con menos prisa.
Suplico á vuestras mercedes
Que un momento se detengan.

BELTRAN.

¿Quién es?

FAJARDO.

Ya ¿no me conocen?
Pero las cosas mal hechas
Tienen esa propiedad.

BELTRAN.

¿Qué desatinado llega!

ALFÉREZ.

¿Es el señor Capitan?

FAJARDO.

Si soy, si es bien que lo sea
De semejantes soldados.

ALFÉREZ.

Señor Capitan, advierta
Vuesamerced que los hombres...

FAJARDO.

No hay disculpa, y la mas buena
Es meter mano á la espada,
Pues nos defiende esta cuesta
De ser vistos de la gente.
Ea, gallinas, ¿qué esperan,
Pues estamos dos á dos?

ALFÉREZ.

En ocasiones como estas
Suelen los viejos soldados
Mostrar valor y prudencia.
De dos maneras lo sois,
Por la edad y por la guerra:
Tenelda, pues es razon,
Y declaradme la queja
Que podeis tener de mí.

FAJARDO.

Puesto que no lo merezca
En ocasion semejante
El término de la ofensa,
Digo que al salir de Flándes
Os di una carta, y por ella
Aviso á mi noble hermana
De mi amistad y la vuestra;
Como de un alférez mio
Que ha servido mi bandera,
Para que aqui os regalase.
Vos, contrahaciendo la letra,
Os fingistes hijo mio
Y de una dama flamenca,
Llamada madama Flor,
Para engañar su inocencia;
Con que vos y el camarada,
Que ha sido el perro de muestra,
En su casa habeis vivido.

ALFÉREZ.

¿Hay mas de eso?

FAJARDO.

Pues ¿podiera
Hacer esto ningún hombre
Con sangre honrada en las venas?

ALFÉREZ.

Dadme, señor Capitan,
Atencion á la respuesta.

FAJARDO.

¿Qué respuesta puede haber,
Señor Sargento, que sea
Bastante á envainar la espada?

ALFARO.

Déla mala ó déla buena,
Debeis, en fe de soldado
Que el honor que vos profesa,
Oír la satisfacción.

FAJARDO.

Diga; que tiempo nos queda.

ALFÉREZ.

Luego que llegué á Madrid,
Con ocasiones que euredan
La libertad de un soldado
Que léjos las armas deja,
Gasté mi hacienda, y al juego
Tambien perdí dos cadenas
Y hasta trecientos escudos.
La necesidad, que apela
A la industria, me acordó
Que tenía en la maleta
La carta; abríla, escribí
La que decis, y llevéla
A vuestra hermana, que luego
Me hizo quedar por fuerza
En su casa, en que he vivido
Con el honor que pudiera
Si, como el hijo fingí,
Lo fuera vuestro de veras.
Digo pues que no debeis
Llamar, Capitan, ofensa
Haberme honrado con vos,
Siendo yo de aquellas prendas
Que vos mismo conocéis;
Que esa ofensa mas lo era
De mi madre que de vos;
Que si yo en la paz y guerra
He vivido á vuestro lado,
Sepamos qué infamia os queda
De teneros yo por tal,
Que para mi padre os quiera;
Pues si se diera á escoger,
El mas vil hombre escogiera
A un duque, á un marqués, á un conde
Y á un rey: luego, es cosa cierta,
Honra os di yo, Capitan,
Y la mayor que pudiera,
Pues os entregué á mi madre,
Sea española ó flamenca,
Y me llamé vuestro hijo.
En lo demás no me queda
Obligacion de sacar
La espada contra la vuestra,
Aunque me llameis gallina,
Por dos cosas: la primera,
Porque sois mi capitan;
La segunda, y de mas fuerza,
Porque me habeis visto hacer
Cosas honradas con ella.
Y si haber aqui testigos
Puede ser razon tercera,
Si ellos en Amiens lo han sido,
¡Brava ocasion! y antes desta
En Cambray y en Chatelete,
De hazañas que escritas quedan
Con mi nombre en toda Elánde,
¿Qué satisfacion mas cierta?
Finalmente, á lo que os quiero,
Y á lo que es justo que os quiera,
Rindo el cuello: degolladme;
Que con igual obediencia,
Si fui vuestro hijo en burlas,
Os quiero serlo de veras.

FAJARDO.

¿Qué decis, señor Sargento?

ALFARO.

Que ya las lágrimas tiernas
Se me vienen á los ojos
De escuchar cosas como estas.

¿Qué honra os quita el Alférez
Por querer honrar sus prendas,
Haciéndoos padre en la corte?

FAJARDO.

Por Dios, que si bien se piensa,
Que creo que antes me ha honrado.

ALFARO.

¿En qué cárcel ó galera
Os llamó el Alférez padre?
¿Qué cosa no ha sido honesta
De las que ha hecho en su vida?

BELTRAN.

¡Vive Dios, que si no fuera
Por él y por mí, que habemos
Guardado con diligencia
La casa de vuestra hermana,
Que por dicha hubiera en ella
Sucedido algun disgusto
En aquesta competencia
De atrevidos pretendientes
De doña Ángela!

ALFARO.

Desecha

Toda sospecha y enojo.

FAJARDO.

Ya confieso que me pesa
Del que he mostrado al Alférez,
Pues es bien que le agradezca
Que se haya honrado de mí;
Y así, mis brazos le entregan
La posesion de ese nombre.

ALFÉREZ.

De obligaciones me cercas,
Y con honras me conquistas,
Y á la usanza de la guerra,
Con armas, aunque rendido,
Salgo con caja y bandera;
Y quírote suplicar
Que hasta que el Rey me provea,
Me dejes llamar tu hijo.
Porque este crédito pveda
Darme valor en la corte.

FAJARDO.

Digo que de tal manera
Me siento en este obligado,
Que, para que no le pierda,
Quiero que vuelva á mi casa
Y como antes viva en ella;
Que yo le diré á mi hermana
Que fué por causas secretas
Negar que no era mi hijo.

ALFÉREZ.

¿Quién, sino tú, me pudiera
Dar tanto honor?

ALFARO.

Vos hacéis

El acto de mas nobleza
Que en toda mi vida oí.

BELTRAN.

Es un Alejandro, un César.

ALFÉREZ.

Vivais, Fajardo, mil años;
Que bien esta hazaña os muestra
De la casa de los Vélez.

FAJARDO.

Id delante, porque crean
Lo que habemos concertado.

ALFÉREZ.

¿Qué te parece?

BELTRAN.

Que quedas

En eterna obligacion
Al Capitan.

ALFÉREZ.

La elocuencia

Libre de tantos peligros
Llevó á Ulises á su tierra.
(*Vanse.*)

Sala en casa de doña Bárbara.

ESCENA X.

DOÑA BÁRBARA, DOÑA ÁNGELA,
LUCÍA, LOPE.

DOÑA BÁRBARA.

¿Quién creyera tal maldad!

DOÑA ÁNGELA.

¿Si habrán topado con él?

LOPE.

Hoy pienso vengarme dél.

LUCÍA.

¿Qué notable autoridad
Había tomado el primo!

DOÑA ÁNGELA.

Su talle, persona y cara
Cualquiera cosa abonara.

DOÑA BÁRBARA.

Que no me engañase estimo.

LOPE.

¿Con qué notable invencion
Pretendió ser tu marido!

DOÑA ÁNGELA.

¿Si habrá de Roma vendido
Aquella dispensacion?

DOÑA BÁRBARA.

¿Burlaste de mí?

DOÑA ÁNGELA.

No es justo.

El cielo te ha castigado.

DOÑA BÁRBARA.

Y á tí el no haberte casado,
Obedeciendo mi gusto.

LOPE.

¿Quién le vía al bellacon
Hablar con señora tía,
Y aquello de *prima mía*,
Y luego en toda ocasion
Decir que la sangre hierve!
Pues ¡el otro camarada!

DOÑA BÁRBARA.

No me quieras mas vengada,
Por mucho que le reserve
La confusion de la corte,
De dar con el Capitan.

ESCENA XI.

EL ALFÉREZ, BELTRAN.—*Dícnos.*

ALFÉREZ.

Entra animoso, Beltran.

BELTRAN.

Ya no hay temor que reporte
El ánimo que he cobrado.

DOÑA BÁRBARA.

¡Ay Dios! ¿Qué es esto?

DOÑA ÁNGELA.

Ellos son.

LOPE.

¡Qué terrible confusion!

ALFÉREZ.

(*Ap.* De vernos se han espantado.)
¿Qué es esto, señora tía?—
Querida prima, ¿qué es esto?

DOÑA BÁRBARA.
Véte, infame, véte presto.

ALFÉREZ.
¡Yo infame, señora mía!

DOÑA ÁNGELA.
Si no sabes que ha venido
El Capitan, véte luego;
Que nuestro desasosiego
De tu peligro ha nacido.
Véte, hombre.

ALFÉREZ.
¿Cómo véte?
Aunque es verdad que soy hombre,
No es ese, Señora, el nombre
Que la sangre me promete.
Si el Capitan, mi señor,
Ha venido, sea en buen hora;
Que á él le pesará, Señora,
De que me hagais disfavor.

DOÑA BÁRBARA.
¿Cómo disfavor, villano,
Si con tanto desatino
Te has fingido mi sobrino
Y ser hijo de mi hermano?
Véte luego; que no quiero
Que te maten en mi casa.

ALFÉREZ.
Beltran, ¿oyes lo que pasa?

BELTRAN.
¿Quién ha sido el majadero
Que os ha dicho que no es
Hijo el alférez Leonardo
Del Capitan?

DOÑA BÁRBARA.
¿De Fajardo,
Mi hermano?

BELTRAN.
Del mismo pues.

DOÑA BÁRBARA.
Mayor confusion es esta.

DOÑA ÁNGELA.
Pues si el mismo Capitan
Lo niega, y dice, Beltran,
Que es mentira manifesta,
¿Cómo osais estar aquí?

ALFÉREZ.
El Capitan, mi señor,
No dirá tal; que es error.
El me engendró.

BELTRAN.
Y aun á mí.
DOÑA ÁNGELA.

¿A vos tambien?

BELTRAN.
Cuando importe,
A mí me engendró tambien.

ALFÉREZ.
Si á mi padre vos tambien
Negar su sangre en la corte
Para algunas pretensiones,
¡Harto bien honra á mi madre!
Pero señáleme padre.

DOÑA BÁRBARA.
¿Hay mayores confusiones!
Lope, ¿qué dices?

LOPE.
¿No vos
Que estoy temblando?

ALFÉREZ.
Alma llena
Mi padre: ¡á la corte viene
A decir que no lo es!
El padre que me engendró,
¡Me niega desta manera!
Pues aunque mi madre fuera,

Que tanto con él perdió.
¿Debió de hallarla en la calle?

DOÑA ÁNGELA.
Sin duda dice verdad;
Que fuera temeridad,
Siendo mentira, esperalle.

ALFÉREZ.
Madama Flor hija fué
De mosiur de la Rochela,
En Cambray, y fué mi agüela
De Holanda, esto solo sé;
Y del no sé si es Fajardo.

LOPE. (Ap.)
Toda aquesta parentela
De Cambray y Holanda apela
A la probanza de un fardo.
No he visto linaje así,
Aunque en los cuellos le hay.

DOÑA ÁNGELA.
¿Nació de Holanda y Cambray?
¿Qué vendrá á ser?

LOPE.
Caniquí.
LUCÍA.

¡Ay, Señora, que pienso que han llega-
[do!]

DOÑA BÁRBARA.
Sin duda que ellos son.

ESCENA XII.

FAJARDO, ALFARO.—DICHOS.

ALFÉREZ.
¿Oh padre mio!...
—Aunque me dicen que me habeis ne-
[gado].

Dijéronme, Leonardo, un desvario,
Y yo por estas causas enojado,
Negué mi sangre; pero ya confío
Que lo podré decir seguramente,
Como lo ha visto quien está presente.

ALFÉREZ.
¿Qué os dijeron de mí?

FAJARDO.
Que te casabas
Con una vil mujer; y á eso de Flándes
Vine furioso, porque, si lo estabas,
Te esperaban por mi desdichas gran-
[des].

ALFÉREZ.
Luego ¡por eso airado me buscabas?

FAJARDO.
No quiero permitir que en dudas andes.
Esta fué la razon; mas, informado,
Mi engaño he visto.

ALFÉREZ.
¿Yo, Señor, casado,
Y con mujer tan desigual!

FAJARDO.
Agora,
Beltran, me dad los brazos; que decían
Que érades vos la causa.

BELTRAN.
A quienadara
Tus cosas, ¡oh qué mal le conocian!

FAJARDO.
Ya que en España estoy, sabed, Señora,
Que por lo que de ausentes desconfían
Los que tienen honor, que en vidriovive
Sujeto á cualquier golpe que recibe,
No me pienso volver sin que en sosiego
Quede, hermana querida, vuestra casa.
Que me digais qué estado tiene os rue-
[go].

DOÑA BÁRBARA.
No hay mas de que doña Ángela secasa.

FAJARDO.

¿Con quién? Y si está bien, dársela lue-
DOÑA BÁRBARA. [go].
Dos la pretenden; pero excede y pasa
Un cierto aragonés al otro en prendas.

FAJARDO.
¿Es noble?
DOÑA BÁRBARA.
No hay mas partes que pretendas.

FAJARDO.
Hablarle quiero.

DOÑA BÁRBARA.
Lope, en un momento
A don Estéban de Aragon me llama.

LOPE.
Voy por albricias, igualando al viento.

ALFÉREZ. (Ap. á Beltran.)
¿Qué hará, Beltran, el que la adora y
BELTRAN. [ama?]
Calla; que no está hecho el casamiento.

ALFÉREZ.
De don Estéban la virtud y fama
Le ha de dar á doña Ángela.

DOÑA ÁNGELA. (A su tio.)
Oye aparte.

FAJARDO.
Sobrina, ¿qué me quieres?

DOÑA ÁNGELA. Informarte.

FAJARDO.
¿No te agrada por dicha don Estéban?

DOÑA ÁNGELA.
Quedemos solos.
FAJARDO.
Id con Dios, hermana,
Y vosotros, señores, juntamente;
Que quiero hablar á solas con doña An-
[gela].

ALFÉREZ. (Á doña Bárbara.)
¿Conoces que ya soy sobrino tuyo?
DOÑA BÁRBARA.
Y que serás, si puedo, mi marido,
Si no lo estorba el por mi mal venido.
(Vase doña Bárbara, el Alférez,
Beltran, el Sargento y los criados.)

ESCENA XIII.

FAJARDO, DOÑA ÁNGELA.

FAJARDO.
¿Qué tienes que me decir?
DOÑA ÁNGELA.
Estáme, por Dios, atento.

FAJARDO.
Atento es callar y oír:
Ya callo y oigo.

DOÑA ÁNGELA.
Y yo intento
Hablar, llorar y sentir.

Luego que á esta casa vino
Tu hijo, que no viniera,
Amor amarle previno;
Que ser la sangre tercera
Disculpa mi desatino.
Cuando quise declararme,
Hablar con él y casarme,
Halló á mi madre perdida;
Que, de celos ofendida,
Quiso mil veces matarme.
Al fin, se determinó
A casar con su sobrino,
Y á casarme me forzó,
Por remediar, imagino,
Celos que le daba yo.

La dispensacion le cuesta
Mil escudos, y ha venido.

FAJARDO.

Ángela, ocasion es esta
Para perder el sentido.
Esto te doy por respuesta.

DOÑA ÁNGELA.

Señor y tío, aquí estoy.
Tu hechura y tu hija soy:
Con quien quisieres me casa,
Y salga yo de esta casa,
Puesto que á la muerte voy;
Porque en mi gran desatino
En mi primo el alma he puesto,
Si ella adora en su sobrino.

FAJARDO.

(Ap. ¡Sobrino y primo! ¿Qué es esto?
Y ¿de cuándo acá nos vino?)
Ángela, véte de aquí,
Y envíame el primo acá.

DOÑA ÁNGELA.

Dúesle, Señor, de mí. (Vase.)

FAJARDO.

Perdida la casa está.
¿Qué necio en dejarle fui
Que mi hijo se llamase!
¿Qué remedio he de tener
En que adelante no pase?
Y ¿cómo podré yo hacer
Que Bárbara no se case?

ESCENA XIV.

EL ALFÉREZ.—FAJARDO.

ALFÉREZ.

Mi prima agora me dijo
Que me llamabas.

FAJARDO.

Leonardo,
Ya del concierto me afijo.

ALFÉREZ.

Con estos actos aguardo
La posesion de tu hijo.

FAJARDO.

Leonardo, á tus pretensiones
Bien te puedo yo ayudar
Mientras en lugar te pones;
Pero no para pagar
Tan malas dispensaciones.
¿Tú te casas con mi hermana?
No en balde Bárbara es.

ALFÉREZ.

Si mi disculpa no es llana,
Córtame el cuello á tus pies,
Saca mi sangre villana.

FAJARDO.

Cansando, Alférez, me van
Esos vanos cumplimientos,
Que tanto enfado me dan,
Y el ver que tan por momentos
Quieras hacerme Abrahán.
Y ¿qué me importa que airada
Quiera castigar tu culpa,
Si al estar desenvainada,
El ángel de tu disculpa
Me viene á tener la espada?
En el campo el sacrificio
Hubiera sido mejor,
Y á mi honra mas propicio;
Que ya en casa, en vez de honor,
Será la venganza vicio.
Cese la dispensacion,
Si es que mi hijo has de ser.

ALFÉREZ.

Oye sola una razon;
Que el nombre me hace atrever,

Tales sus licencias son.
Sabe, Señor, que he fingido
Haber tu hermana querido,
Y que el dinero he gastado,
Porque á Roma no ha llegado,
Ni de la corte salido.
A doña Ángela le di
Palabra de casamiento.

FAJARDO.

¿Eso es cierto?

ALFÉREZ.

Señor, sí.

FAJARDO.

Llama á Bárbara al momento.

ALFÉREZ.

Voy.

(Vase.)

ESCENA XV.

BELTRAN.—FAJARDO.

BELTRAN.

¿Está Leonardo aquí?

FAJARDO.

¿Qué hay, Beltran?

BELTRAN.

Este papel

De un escritorio le envía
Un oficial.

FAJARDO.

(Ap. ¿Qué habrá en él?)
Muestra y véte.

BELTRAN.

No querría

Que se enojase por él.

FAJARDO.

Dile que le tengo yo.

BELTRAN.

Bien seguro queda en tí.

(Vase.)

FAJARDO.

Antes de agora; ya no.
Quiero ver lo que hay aquí.—
Ya su provision salió.

(Lee.) «Su majestad ha hecho merced á vuesamercé por sus servicios y á los del capitán Fajardo, su padre, de un hábito de Santiago y docientos escudos de entretenimiento donde pareciere que convenga á su real servicio.»

¿Para qué paso adelante?

¿Bien premiado quedo yo,

Si con treta semejante

Hoy la bendicion me hurtó,

Y es Fajardo el Bustamante!

¿Hay mas daños que me haga

Mi alférez? Mas buen remedio

Con que todos los deshaga,

Que es casarle, pues es medio

Con que satisface y paga.

Yo estoy viejo: el pretender

Sin hijos ¿qué ha de servir?

Pues este lo quiere ser,

No se lo quiero impedir.

Huélguese y tome placer.

Sucesion dejo bastante

A mi casa en don Leonardo,

Que es hidalgo Bustamante,

Y que honrará mi Fajardo

Con un hábito delante.

Mas noten los que hacen fiestas

Por los hijos, cuán molestas

Nos las dan sus regocijos.

Pues aun de burlas los hijos

Dan pesadumbres como estas.

ESCENA XVI.

DOÑA BÁRBARA.—FAJARDO.

DOÑA BÁRBARA.

Díjome que me llamabas
Mi sobrino. ¿Qué me quieres?

FAJARDO.

Aunque de mi amor estabas
Segura, pues al fin eres
Mi hermana, nunca pensabas
Que tanto amor te tenia,
Como verás, si este día
Te doy el mayor contento.

DOÑA BÁRBARA.

¿Es de Ángela el casamiento?

FAJARDO.

Con el tuyo, hermana mía.

DOÑA BÁRBARA.

¿Yo casarme!

FAJARDO.

Ya lo sé,

Y que á mi hijo has honrado,
De que es bien que yo lo esté.

DOÑA BÁRBARA.

La sangre me ha disculpado.

FAJARDO.

Honesta disculpa fué.

DOÑA BÁRBARA.

¿Qué habrás pensado de mí?

FAJARDO.

Que tiene fuerza el amor.

DOÑA BÁRBARA.

Cúlpate también á tí,
Que engendraste su valor
Y que le enviaste aquí.

FAJARDO.

¿Vendrá don Estéban ya?

DOÑA BÁRBARA.

Pienso que á la puerta está.

FAJARDO.

Pues véte, hermana, á vestir;
Que lo quiero concluir.

DOÑA BÁRBARA.

Nombre de esclava me da;
Que ese tengo desde hoy.

FAJARDO.

Ricamente te adereza
Mientras con ellos estoy.

DOÑA BÁRBARA.

Pon los pies en mi cabeza;
La tierra que pisas soy.
De boda voy á vestirme.

¡Ay mi Leonardo! Hoy podré
Tenerte segura y firme.

(Vase.)

FAJARDO.

¿Que en esta locura dé!
La tuya, amor, se confirme.

ESCENA XVII.

LOPE, precediendo á DON ESTÉBAN
Y DON ALONSO.—FAJARDO.

LOPE.

Aquí el señor don Estéban
Viene á veros.

DON ESTÉBAN.

Y á servirlos.

FAJARDO.

(Ap. No sé qué tengo de hacer.
Mas ya no lo excuso.)
En extremo el conoceros.

† Falta el fin del verso.

DON ESTÉBAN.

Y al que es mi mayor amigo,
Que es el señor don Alonso.

DON ALONSO.

Mandadme, si en algo os sirvo,
Y alistadme desde hoy,
Puesto que la corte sigo,
Por soldado vuestro en Flandes.

FAJARDO.

A serlo vuestro me animo,
Aunque estoy viejo y cansado.

LOPE.

La novia viene y su primo.

ESCENA XVIII.

DOÑA ÁNGELA, con otro vestido; EL
ALFÉREZ, mas galán.— DICHOS.

FAJARDO.

Vuestras mercedes se asienten;
Que conciertos son prolijos,
Y quieren algún espacio.

ALFÉREZ. (Ap. á doña Ángela.)

En fin, ¿te casas?

DOÑA ÁNGELA.

No he sido
Parte á estorbar mi desdicha.

ALFÉREZ.

Pues hoy perderé el juicio,
Pues hoy me dará la muerte.

DOÑA ÁNGELA.

Antes hoy serás marido
De mi madre.

ALFÉREZ.

¿Yo?

DOÑA ÁNGELA.

¿Pues quién?

ALFÉREZ.

Ábrase el profundo abismo
Primero, y entre sus llamas
Vivas me sepulte vivo.

ESCENA XIX.

DON OTAVIO y MARIN, que se quedan
retirados.— DICHOS.

MARIN. (Ap. á don Otavio.)

Sospecho que vienes tarde.

DON OTAVIO.

Antes pienso que he venido
A buen tiempo, si ya hay tiempo
Que venza mis desvarios.

MARIN.

¿Qué has de hacer?

DON OTAVIO.

Ver en qué para

El intento que han tenido
Y impedir el desposorio.

MARIN.

¿Quién es el viejo?

DON OTAVIO.

Su tío.

MARIN.

Contento está don Estéban.

DON OTAVIO.

Don Estéban me ha vendido.

MARIN.

Ya íveme su madre á ser
La novia de su sobrino.

DON OTAVIO.

Luego ¿con Leonardo casa?

MARIN.

Así en su casa lo han dicho.

ESCENA XX.

BELTRAN, ALFARO, DOÑA BÁR-
BARA, de boda, trayéndole LUCÍA
la falda.— DICHOS.

FAJARDO.

Seals, Señora, bien venida.

DOÑA BÁRBARA.

Vengo, Señor, á servirlos
Y á honrarlos de vuestra mano.

FAJARDO.

Que aquí os sentéis os suplico,
Para que demos un corte
A lo que importa.

DOÑA BÁRBARA.

El oficio
De padre y señor os toca.

FAJARDO.

A doña Ángela ha pedido
Don Estéban de Aragón,
Noble mayorazgo, antiguo
En aquella gran ciudad.

DON OTAVIO.

Este matrimonio impido,
Y me ofrezco á dar razones.

FAJARDO.

¿Quién ha sido el atrevido
Que aquí habla desta suerte?

DON OTAVIO.

Oldme.

FAJARDO.

No quiero oiros.

DOÑA BÁRBARA.

Dejalde; que es don Otavio,
Que tiene acción por servicios
Al casamiento propuesto.

FAJARDO.

De mis soldadescos bríos
Os pido, Señor, perdón.

DON OTAVIO.

El no me haber conocido
Bastantemente os disculpa.

FAJARDO.

Decid vuestra razón.

DON OTAVIO.

Digo

Que á doña Ángela primero
He servido y pretendido
Que don Estéban, de quien
Me quejo por falso amigo;
Pues ya, porque despreciados
De doña Ángela nos vimos,
Dejamos de pretendella,
Y él con secreto ha venido
A solicitarla aquí.

DON ESTÉBAN.

El Capitan es testigo
De que he venido llamado,
Y yo he de ser preferido,
Por quien soy.

DON OTAVIO.

Yo soy tan bueno,
Que no se iguala conmigo
Ninguno de...

FAJARDO.

Paso.

ALFARO.

Paso;

Que yo daré un buen arbitrio
Para ponerlos en paz.

DON OTAVIO.

Señores, yo solo os pido
No la deis á don Estéban.

DOÑ ESTÉBAN.

Y yo, señores, lo mismo;
Que, no dándosela á Otavio,
Quedo contento:

FAJARDO:

Yo digo

Que no la daré á ninguno
De los dos.

DON OTAVIO.

Pues yo permito
Mi acción en otro cualquiera.

DON ESTÉBAN.

Y yo, aunque sea á un judío.

FAJARDO.

Con beneplácito vuestro,
Visto el proceso, y oído
Cada pretensor por sí,
Fallo: que de Ángela es digno
El alférez don Leonardo,
Que con nombre de mi hijo
Ha vivido en esta corte.

DOÑA BÁRBARA.

Luego Leonardo ¿no es mío?

FAJARDO.

No, Bárbara; que era suyo,
Y en secreto me lo han dicho.

DOÑA BÁRBARA.

Y ¿no es tu hijo?

FAJARDO.

Fué engaño.

DOÑA BÁRBARA.

Pues no siendo bien nacido,
Digo que me haces fuerza.

FAJARDO.

Beltran...

BELTRAN.

Señor...

DOÑA BÁRBARA.

No le admito

Por yerno.

FAJARDO.

En aquel papel
El decreto viene escrito
De la merced que le hace
Su majestad por servicios
Suyos y míos.

BELTRAN.

¿Qué dice,
Mientras albricias le pido?

FAJARDO.

Que un hábito de Santiago
Le honre el pecho.

BELTRAN.

Dét es digno.

FAJARDO.

Y con docientos escudos
De entretenimiento.

DOÑA BÁRBARA.

Digo

Que le quiero para yerno.

FAJARDO.

No burlemos el vestido.
Beltran es muy hijodalgo;

Solo le falta ser rico.
Tú lo eres...

DOÑA BÁRBARA.

Ya te entiendo.

BELTRAN.

Pienso que me ha sucedido
Lo que al otro que ahorcaban;
Que, viendo que el perdon vino,

No le quería tomar
Por no hacer burla á los niños.

*(Danse las manos doña Bárbara
y Beltran.)*

LUCÍA.

Si Beltran tiene ya dueño,
Lope, tú me has prometido
Matrimonio.

LOPE.

Tuyo soy.

Senado, en vuestro servicio
Acaba aquí la comedia;
Aunque bien pueden decirnos,
Si nos honrais y escuchais,
Que *¿de cuando acá nos vino?*

LA MAYOR VITORIA.

PERSONAS.

ELENA.
FLORA.
CASANDRA.
FABIA.
OTAVIO.

FINEO.
POMPEYO.
OTON.
ALBERTO.

LIBIO.
FINEO.
RODULFO.
FABRICIO.

LIDORO.
LEONELO.
PERSIO.
UN CRIADO.
TRES CRIADAS.

La escena es en Florencia y sus cercanías.

ACTO PRIMERO.

Sala de una quinta á media legua de Florencia.

ESCENA PRIMERA:

ELENA, FLORA, CASANDRA.

ELENA.
Yo nunca supe de amor.

FLORA.
Sus leyes tengo por vanas.

CASANDRA.
De muerte que, en tres hermanas,
Vino á dar en la menor.

ELENA.
Debe de fundarse en tí.

CASANDRA.
Yo no he tenido por dicha,
Amor, puesto que lo soy;
Antes la culpa le doy
Deste amor á mi desdicha,
A solo sentir ausencia,
Retirada en esta quinta,
Aunque tan poco distinta
De la ciudad de Florencia.

ELENA.
Los celos de nuestro padre,
Casandra, dan ocasion
A su cuidado, en razon
Justa de faltarnos madre.
Entró en Florencia el famoso
Oton, á quien nombre dan
De emperador alemán;
Su ejército victorioso
Se aloja por la Toscana,
Sus gallardos capitanes
En Florencia, mas galanes
Que de guerra; y pienso, hermana,
Que el retirarnos acá
Es asegurar su honor.

CASANDRA.
Mal lo pasará mi amor,
Si Oton se detiene allá.

FLORA.
Bien puede venir Otavio
A verte, pues está ausente
Nuestro padre.

CASANDRA.
Si la gente
De Oton no hace á nadie agravio;
Si viene como señor,
Aunque con soldados viene;
Si nombre de dueño tiene,
Y no de conquistador,
¿Qué teme Pompeyo?

ESCENA II.

FINEO, FABIA.— DICHAS.

FINEO. (A Fabia.)
¿Puedo

Llegar?

FABIA.
Seguro podrás.

FINEO.
La licencia que me das,
Fabia, me ha quitado el miedo.

FABIA.
Eres tú muy temeroso.

FINEO.
Señoras, el cielo os guarde.

CASANDRA.
¿Fineo!

FINEO.
¿Podrá un cobarde
Ser, para hablar, animoso?

CASANDRA.
Seguro estás: llega.

FINEO.
Llego.

CASANDRA.
¿Tráesme papel?

FINEO.
Papel vivo.

A Otavio.

ESCENA III.

OTAVIO.— DICHOS.

OTAVIO.
Mejor te escribo
Mi amor, mi pena, mi fuego
Con la lengua, aunque turbada,
Que con la pluma.

CASANDRA.
Aquí están
Mis hermanas.

OTAVIO.
No tendrán
Mi voluntad por culpada;
Que, puesto que son estrellas,
Bien puede haberme cegado
El sol, pues no he reparado,
Hermosa señora, en ellas.
A las dos pido perdon;
Y como París troyano,
No fuera juez villano
De tan igual perfeccion.
Dividiera el premio en tres:
A Minerva dírale uno
Por la guerra, el otro á Juno
Por la riqueza, y despues

A Vénus diera el tercero
Por diosa de la hermosura.

ELENA. (A Flora.)
¿Por buen estilo procura
Otavio darle el primero!
Mas Casandra lo merece,
Y merece nuestro amor.

FLORA.
Justamente á su valor
El primero premio ofrece.

CASANDRA.
Dejad agora el burlalla,
Para que Otavio nos diga
Qué hay de Florencia.

OTAVIO.
Si obliga
La patria por madre á honralla,
Oid la entrada de Oton
En Florencia, aunque sucinta.

CASANDRA.
No está mi padre en la quinta:
Hablad, pues hay ocasion.

OTAVIO.
Coronado del inculto Gregorio,
De la Iglesia santísimo monarca
Por el sacro romano Consistorio,
Que del gran Pescador le dió la barca,
El nuevo Constantino, el nuevo Hono-
Oton, que con sus águilas abarca, [rio,
No Ganimédes, que era humilde robo,
Mas todo el peso del terrestre globo;
Quiso, como señor de la Toscana,
Honrarla con su espléndida presencia,
Y dejando la máquina romana,
Calificar los muros de Florencia.
Amaneció serena la mañana
(Que aun hacer sabe el tiempo diferen-
Y abierta la primera celosía, [cia),
Huyó la noche y asomóse el día.
De la ciudad mas bella y mas hermosa,
Y mas ilustre que en Europa mira
Purpúreo Febo, se encendió la honrosa
Fama en la luz que á eternizarle aspira;
Vistióse de la tela mas preciosa
Con que la Persia y China desafia,
Y las calles, distintas en colores,
Formaron cuadros de fingidas flores.
Pintaros en su entrada las ventanas
Con tantas damas de Florencia bellas,
Donde faltaron tales tres hermanas,
No excusa la razon de encarecellas.
Los ojos, que á hermosuras alemanas
Estaban enseñados, solo en velas,
Como retratos del celeste coro,
Olvidaban su nieve, rosas y oro.
Entró delante la mayor nobleza
De Florencia, con galas que mostraron
De la ciudad la próspera riqueza,
En que de Italia el resto aventajaron;
Confundióse de ver naturaleza

El arte con que tanto la industriaron,
Pues pudo confesar en esta parte
Que la enobiece y perficiona el arte.
Iban detrás los ricos magistrados
Con las insignias de la paz divina,
Haciendo las colores de los grados
Honra al honor y vista peregrina:
Los dos derechos, verdes y encarnados,
Amarillo color la medicina,
Azul y blanco la sagrada ciencia,
De su celo y candor correspondencia.
Luego por los metales sonorosos
Las desiguales voces concertadas,
Penetraban los aires espaciosos,
Y las cajas belisonas templadas;
Y puestos en alarde numerosos,
Al hombro las cuchillas aceradas,
Soldados de la guarda la seguían,
Que con plata y azul resplandecían.
Después de las insignias militares,
Banderas conquistadas y blasones,
Por varias tierras, por distintos mares,
Políticas y bárbaras regiones,
Suspendiendo las voces populares,
En que suelen mostrar los corazones,
El César se mostró, cuya persona
Aun era digna de mayor corona. [Ilan,
No queda en olmo, en que las aves chi-
Entrando azor, mas suspendido el can-

[to,
Ni el son con que los aires acuchillan
Mansas palomas, si cesó el espanto;
Ni el yunque en que los ciclopes marti-

[Ilán,
Cesando el golpe, se suspende tanto,
Pues del caballo bélico se oía
El son con que ácompás el suelo hería.
Era un frison castaño, corpulento,
Tan poblado de crines, que pudieran
Llegar donde el bordado paramento,
Si las cintas y rizos lugar dieran.
El mismo de sí mismo era instrumento;
Las manos y los pies el compás eran;
Que, como la trompeta se alejaba,
Tascaba el freno y á su son danzaba.
El magnánimo Oton es un mancebo
Proporcionado, varonil, robusto,
Galan, airoso, y á decir me atrevo
Que enseñara grandeza al mismo Au-

[gusto.
Coronábale Dafne, ingrata á Febo,
El con celos de amor, ella con gusto,
Pues presumiendo el sol que á Oton he-
De las armas y dél mas luz salía. [ría,
Estas, que á Marte parecieran graves,
Mirando, en lince convertido, estuve,
Y en sus ojos pronósticos suaves
De que Florencia á sus laureles sube.
Llegó á palacio, recibió las llaves
De un ángel que bajó desde una nube,
Diciendo: «Al grande Oton Florencia

[ofrece
Lo mas que puede y menos que mere-
ELENA. [ce.]

Si como la relacion
Entró el César, ¡quién le viera!
FLORA.

Pues yo, Elena, no quisiera
Ver mas vivamente á Oton.

CASANDRA.

Ruido siento: mi bien,
Vete de la quinta luego.

OTAVIO.

Nunca el bien tiene sosiego.

CASANDRA.

Allá me llevas tambien.

(Vase Otavio y Fineo.)

ESCENA IV.

ELENA, FLORA, CASANDRA,
FABIA.

ELENA.

¿No iríamos disfrazadas
A Florencia á ver las fiestas?

FLORA.

Las voluntades dispuestas
Presto se ven concertadas.

ELENA.

En hábito, digo yo,
De labradoras podrémos,
Y al César Oton verémos,
Que tanto Otavio alabó.
Damas, calles, fiestas son
Una confusion: ¿quién duda
Que donde todo se muda
Gocemos de ver á Oton?

FLORA.

Bien dice Elena. ¿Quién puede
Conocernos?

CASANDRA.

¿Si entre tanto
Viene nuestro padre?

ELENA.

Cuanto
De ver mujeres sucede,
Está disculpado ya.
Fuera de que nos dejó
Por irse, y presumo yo
Que hoy ni aun mañana vendrá.

CASANDRA.

Pues, Fabia, entre las villanas
Mas ricas de aquesta aldea
Busca vestidos.

FABIA.

Dantea

Y con Libia con sus hermanas
Las galas mayores tienen.
Mas ¿no tengo de ir allá
Con vosotras?

ELENA.

Claro está.

FLORA.

Cuantos de Florencia vienen,
Cuentan mil cosas.

ELENA.

El ver
Tanto á la mujer recrea;
Que la que ver no desea,
No debe de ser mujer.

(Vase.)

Campe á vista de la quinta de Pompeyo.

ESCENA V.

(POMPEYO, LIBIO.)

POMPEYO.

Proteguid, y no os turbéis.

LIBIO.

No os cause mi turbacion,
Pompeyo, la admiracion
Que de otras cosas tenéis.
Honesto caso ha de ser,
Si todo lo prueba el fin.
Amo á Casandra, y en fin
Os la pido por mujer.

POMPEYO.

Donde el fin es bueno, es clara
Filosofia que todo
Es bueno.

LIBIO.

Pues de ese modo
En mi justo amor repara.

POMPEYO.

Yo confieso tu riqueza,
Y que soy pobre; mas mira:
Nunca la riqueza admira
Adonde falta nobleza.
Pobre soy; pero no tanto,
Que no esté, gracias á Dios,
Contento.

LIBIO.

¿Pues en los dos
¿Qué es lo que te causa espanto?

POMPEYO.

No me quieres entender.
El faltarte la nobleza;
Que no cubre la riqueza
Lo que ella puede ofender.
Y en consuelo á tus intentos,
Digo á tu buen natural
Que no me parecen mal
Los honrados pensamientos. (Vase.)

ESCENA VI.

LIBIO.

¿A quién ha sucedido
Tan gran deshonra, sin haber ¡ay cielos!
Ocasión precedido?
El alma me lo dijo con recelos.
Mas ¿quién imaginara
Que de mi honrado amor se deshonra-
Pedirle que me diese [ra]
La menor de sus hijas, ¿es posible
Que afrenta mereciese
Tan bárbara, enojosa é imposible?
Despedirme pudiera
Sin deshonrarme, si el honrado fuera.
(Vase.)

Salga del palacio que ocupa Oton
en Florencia.

ESCENA VII.

OTON, ALBERTO.

OTON.

Alberto, yo querría
Que esta insignie ciudad reconociese
Fácil la gracia mía;
Que libremente me tratase y viese.
Dése á todos la puerta;
Hállenla siempre el pobre y rico abierta.

ALBERTO.

Señor, los altos reyes
Mas muestran su real naturaleza
En el templar las leyes
De la severidad, que en la grandeza;
No rinde tantas palmas
Reinar un rey en reinos, como en almas.

OTON.

Marqués, esto es mi gusto.
Ni á mí ni á mis valientes capitanes
Quiero tener por justo
Que nos llamen feroces alemanes.
Abrid todas las puertas,
Pues tengo yo las demi pecho abiertas.
(Vase.)

ESCENA VIII.

FLORA, ELENA, CASANDRA y FA-
BIA, de labradoras, con rebozos y
sombreros.—ALBERTO.

FLORA.

A la fe, que nos entramos
Por el hilo de la gente.

ELENA.
Temerosa voy.
CASANDRA.
Yo no;
Que quien no ofende no teme.

ELENA.
Las guardas me dan temor.
ALBERTO. (Para sí.)
Con la licencia que tienen,
No queda pequeña aldea
Que a ver al César no llegue.

CASANDRA. (A Alberto.)
Guarde Dios a su merced.
ELENA. (A Casandra.)
¡Hola! dile que nos deje
Ver algo deste palacio,
Pues mas atrevencia tienes.

CASANDRA.
Señor, ¿podrémos mirar
(Ya ves que el mirar no ofende)
Estas telas y pinturas?

ALBERTO.
Mirad cuanto gusto os diere.
Hoy está franco el palacio.

ELENA.
¿Han visto qué bien parecen
Tantos hermosos brocados,
Sillas, tablas y doseles?
Si así visten por acá
Los suelos y las paredes,
El señor emperador
¿De qué se viste? ¿En qué duerme?

CASANDRA.
Calla, necia; que sus madres
Paren vestidos los reyes;
Que no son como los hombres,
Que se andan vistiendo siempre.
¿No has visto un ángel pintado
Con su corona en la frente?
Pues así, desde que nacen,
Coronados resplandecen.

FLORA.
Unos céasares vi yo
De mármol junto a una fuente.
¿Es así también Oton?
¿Está en nichos de verjeles?

ALBERTO.
¿Oh qué preciosa inocencia!

FLORA.
¿Qué quiere? Soy inocente.

CASANDRA.
Déjala, Señor; que es boba.
FLORA.

Soy boba, Señor.
CASANDRA.

No pienses
Que son los mármoles vivos;
Son que en ellos se convierten,
Después que están sepultados,
Por no ser polvo, los reyes.

ALBERTO.
¿Oh labradora fingida!
¿Es razón no conviene
Con el rústico lenguaje.

CASANDRA.
El cura lo dijo el viérnes;
Que te juro que no es necio,
Y que en nuestro pueblo suele
Hacer algunos sermones
Que los ánimes suspenden.

ALBERTO.
Ya es tarde para engañarme.
Suelen decir comunmente:
«No es oro lo que reluce»;
Pero aquí al revés se entiende;

Que no reluce, y es oro.
Entrad, entrad, porque os muestre
Los grandes aparadores,
Donde veréis que se exceden
Oro y arte el uno al otro.

CASANDRA.
¿Más adentro quiere que entre?
¿No ve que también el cura
Dijo que al mar se parece
El palacio en los peligros?

ALBERTO. (Ap.)
Bravamente se defiende
Con el cura de su aldea.

CASANDRA.
A la fe, que si le oyese,
Que no le desagradase,
Sino que, en vez de laureles,
Ha dado en cazar ratones
Con la grasa del bonete.

ESCENA IX.

OTON. —Dichos.

OTON.
Detrás de aquesta antepuerta,
Labradora, te miré,
Y tu discurso escuché.

CASANDRA.
¡Ay, señores! ¿yo soy muerta!
¿Es su merced, por ventura,
El señor Emperador?

FLORA.
Huye, Elena.
OTON.
No es menor
Tu ingenio que tu hermosura.
Espera. ¿Quién son aquellas?

CASANDRA.
Señor, mis hermanas son.
Si su merced es Oton,
De mí se conduela y dellas.

OTON.
¿De qué sirve que pretendas
Encubrirte?

CASANDRA.
¿Quién se encubre?
OTON.

Tu mismo rostro descubre
La calidad de tus prendas.
¿Eres dama florentina?

CASANDRA.
El diablo me engañó.
OTON.

Mira que nunca encubrió
Cuerpo humane alma divina,
Y que tu discurso oí,
De que estoy maravillado.
Quien tan altamente ha hablado,
¿Por qué se encubre de mí?
De una rosa las divinas
Hojas ¿no se conocieran,
Por mucho que se escondieran
En laberintos de espinas?
Claro está. Pues ¿qué pretendes?
A los reyes es traición
Mentirles con invención.

CASANDRA.
Señor, bien sé que me entiendes,
Y que no es justo engañarte,
Pues cuando en la rustiqueza
Se imita naturaleza,
Es imposible en el arte.
Hija soy de un caballero
Florentin; mis dos hermanas
Son las que mira tu alteza,
De mi traje disfrazadas.

Pensando, divino Oton,
Ferocidad alemana,
Y que el ejército tuyo
Fuera destrucción de Italia,
Nos ha llevado a una quinta,
Donde estamos retiradas,
Media legua de Florencia;
Mas, como a guardar no basta
Poder, discreción ni fuerza
Mujeres determinadas,
Y la novedad es cebo,
En cuyo sedal y caña
Nos suelen pescar los hombres
Honras, vidas, cuerpos y almas,
Con este traje venimos
A mirar grandezas tantas
Como nos cuentan de tí
Las trompetas de la fama.
Por tu valor, por quien eres,
Divino sol de Alemania,
Que nos dejes ir; no sea
Nuestra desdicha que vaya
Antes que vamos nosotras
Nuestro padre a nuestra casa;
Que no admitirá en disculpa,
Pues que ninguna es casada,
De haber venido a Florencia,
Haber hallado tu gracia.

OTON.
Por cierto, la tuya puedes
Rendir el mayor valor.
Notable rey es amor;
Al nuestro su imperio excede.
Mas no es mucho que al altura
Del laurel pueda llegar,
Si toma para mandar
El cetro de la hermosura.
Publican que le defiende
De los rayos el laurel;
Es mentira, pues con él
El rayo de amor ofende.
Dime el nombre de tu padre.

ELENA.
Pompeyo.
OTON.
Véte con Dios;
Que tratáremos los dos
Lo que a tu remedio cuadre. —
Ea, señoras...

FLORA.
Vuestra alteza
Nos perdona.

OTON.
No hay razón
Para que a la inclinación
Pida perdon la belleza.
¿Vuestro nombre?

FLORA.
Elena y Flora.

OTON.
Esta cadena tomad,
Flora, en señal de amistad.

FLORA.
No en balde Italia os adora.

OTON.
Vos este diamante, Elena.
Vos ¿cómo os llamais?

CASANDRA.
Señor,

Casandra.
OTON.
A vuestro valor
Mayor premio el alma ordena.

ELENA.
Pues, Señor, ¿no le dais nada?

OTON.
No; que si el alma le di,

No quiero ofender así
La prenda mas estimada.
(*Hacen las damas su reverencia
y vanse.*)

ESCENA X.

OTON, ALBERTO.

ALBERTO.
¿Qué cortesano y galán
Vuestra majestad se muestre!

OTON.
No es ya la condicion nuestra
De rígido capitán.
En la paz se ha de vivir
Como en la paz: pocos años
Bien pueden sufrir engaños.

ALBERTO.
¿Qué es lo que quieres decir?
OTON.

Que la púrpura imperial,
El cetro, la monarquía
Del mundo, la valentía
Del alma, el rigor marcial,
El laurel, y todo el ser
Diera, Alberto, en una vista
Por la dichosa conquista
Esta divina mujer.

ALBERTO.
¿Burla tu alteza?

OTON.
No son
Burlas; verdades te digo.
Mas ¿quién duda que contigo
Tratas de liviano á Oton?
Pues, Marqués, has de saber
Que en el cielo están fundadas
Las voluntades amadas
Años antes de nacer.

¿Qué me aconsejas?

ALBERTO.
Señor,
A tu poder ¿habrá cosa
Difícil?

OTON.
¿Qué hermosa
Mujer! Matóme de amor.

ALBERTO.
Llamar al padre y honrarle,
Como á noble de Florencia,
Era fácil diligencia,
Gran Señor, para obligalle.
Que deste conocimiento
Resultará que la veas,
Y tengas lo que desees.

OTON.
Es discreto pensamiento,
Y que mi honor asegura.

ALBERTO.
Pues, Señor, voyle á buscar.
OTON.

Yo entre tanto á imaginar
La gloria de su hermosura.
(*Vanse.*)

Vista exterior de la quinta de Pompeyo.

ESCENA XI.

OTAVIO, FINEO.

OTAVIO.
¿Casandra faltar de aquí?

FINEO.
¿No miras que oírte pueden?

OTAVIO.
Cuando los males exceden,
Danse las quejas así.
Volvamos á la ciudad.

FINEO.
¿Cómo en tanta confusion
Las hallaremos?

OTAVIO.
Ya son
Mi fe y amor necesidad.
¿Irse Casandra sin darme
Parte?

FINEO.
Nunca la mujer
Para lo que quiere hacer
Busca estorbos.

OTAVIO.
Fué matarme;
Muero hasta volveria á ver.
¿Qué gente es esta?

FINEO.
Aldeanas.
OTAVIO.
¿Con tantas galas!

ESCENA XII.

FLORA, ELENA, CASANDRA,
FABIA. — Dichos.

ELENA.
Ya, hermanas,
¿Qué nos queda que temer?

FLORA.
¿Qué dice Fabia?

FABIA.
Llegué,
Pregunté por el Señor,
Y está en la ciudad.

CASANDRA.
¿Oh amor
Agradecido á la fe! —
Mi Otavio es aquel: llegad.

ELENA.
¿Ah, caballero! ¿Queréis
Algo del campo?

OTAVIO.
Traéis
Tanto mas de la ciudad,
Que pienso que estáis burlando.

CASANDRA.
¿Ay, mi Otavio, que no puedo
Encubrirme de tus ojos,
Que se quejan los deseos!

OTAVIO.
¿Es Casandra?

CASANDRA.
Sí, mi bien.

OTAVIO.
Notable agravio me has hecho.

CASANDRA.
¿En este disfraz? ¿Por qué?

OTAVIO.
Con ese disfraz me has muerto.

FINEO.
Otavio tiene razon.

CASANDRA.
Levanta, Otavio, del suelo
El rostro; que pensaré
Que es tu enojo fingimiento.
¿Qué importa que hayamos visto
La ciudad? No fué mal hecho
Que, si tú viste las damas,
Viese yo los caballeros,
Pues todos procuran ver.

OTAVIO.
Si te viera, ¡plegue al cielo!

FINEO.
No plegues, por vida tuya;
Que el cielo...

OTAVIO.
Déjame, necio.
¡Plegue á Dios!

FINEO.
¿Mas plegues?
OTAVIO.

Basta.
No quiero jurar; mas quiero
Tomar venganza de mí
Con no verte. (*Vase.*)

CASANDRA.
¿Bueno es eso!

FINEO.
No es muy bueno: bien pudieras
Excusarlo. (*Vase.*)

ELENA.
Ya sospecho
Que viene gente á la quinta.

FLORA.
Hermana, á quitarnos presto
Estas galas aldeanas.

CASANDRA.
¿Hay gusto como dar celos?
(*Vanse.*)

Salon del palacio de Oton.

ESCENA XIII.

OTON, ALBERTO.

OTON.
En tal estado el ciego amor me tiene.

ALBERTO.
¿Es posible que llega á tal estado
Aquel valor, que victorioso viene
Con el laurel del mundo conquistado?

OTON.
Amor, Marqués, ni avisa ni previene;
En medio del camino sale armado,
Y como saltador, sin resistencia,
Roba del alma la mejor potencia.

ESCENA XIV.

POMPEYO. — Dichos.

POMPEYO.
Déme vuestra majestad
Sus invictísimos pies.

OTON.
¿Eres Pompeyo?

POMPEYO.
El Marqués,
Honrando nuestra ciudad,
Me dijo que me mandabas
Servirte y verte, en razon
Que de mi noble opinion,
Señor, informado estabas.

OTON.
Dame tus brazos, Pompeyo;
Que el que viene á conquistar
Voluntades, ha de dar
Mas al noble que al plebeyo.
Pues el imperio te debe
Los consejos que le has dado
De Florencia al magistrado,
Y que nuestro amor te mueve,

Quiero honrarle, como es justo,
Antes que á Alemania vuelva.

POMPEYO.

Corone una verde selva
De lauros, César augusto,
Esas vencedoras sienes.
Yo, Señor, no te he servido;
Y me espanto que haya sido
Tal la información que tienes;
Porque en la patria es mas propia
La envidia, y causa inquietud.

OTON.

Con la máxima virtud
Fué siempre la envidia impropia.
Quiero tambien que me digas
Qué nobles tiene Florencia,
Para premiarlos tambien,
Porque presumo que dejan
Los reyes, cuando se parten,
Mas segura la nobleza
Cuando estiman los vasallos,
Cuando los servicios premian.
Quiero honrar letras y armas;
Que las armas y las letras
Conservan imperios grandes,
Que se perdieran sin ellas.
¿Tienes hijos?

POMPEYO.

No, Señor.

Hijas tengo.

OTON.

¿Es diferencia?

POMPEYO.

Son mas que hijos; que son
Hijas y cuidados.

OTON.

Deja

Esos cuidados á mí.
¿Tienes por ventura hacienda
Conforme á tu calidad?

POMPEYO.

No, Señor; que destas guerras
Ningun bien me ha resultado;
Que nunca resulta dellas.

OTON.

¿Cuántas hijas tienes?

POMPEYO.

Tres,
Que, como las tres potencias
Del alma, están en mi honor,
Y le tengo puesto en ellas.
Son virtuosas sin madre,
Que no es poco. La primera
Se llama Elena, Señor,
Pero mas casta que Elena.
La segunda, Flora, y flor
Que pudo dar á Florencia
Nombre: como padre os hablo,
Perdonadme. La tercera
Es Casandra; aquí bien puedo,
Sin ser de padre licencia,
Tomarla para alabarla,
Porque es lo menos en ella
Incomparable hermosura.
La lengua latina y griega
Sabe, y no como mujer.
Sino con toda eminencia.
Estudió filosofía
Casandra, y puede leerla
En escuelas.

OTON.

¿Grandes partes!

(Ap. Y yo me muero por ellas.)
¿Dónde vivís?

POMPEYO.

Con temor

De vuestra gente tedesca,
Y la feroz alemana
Que en Florencia se aposenta,

L-21.

Las he llevado á una quinta,
Que está de aquí media legua.

OTON.

Pues traedlas, con seguro
Que ninguno las ofenda;
Que quiero verlas y honrarlas.

POMPEYO.

Ellas son esclavas vuestras.

OTON.

Id norabuena, Pompeyo.

POMPEYO.

¿Cómo puede ser mas buena
Que llevando vuestra gracia?

OTON.

Creedme que estáis con ella.
(Vase Pompeyo.)

ALBERTO.

Contento estás.

OTON.

¿No es razon?

ALBERTO.

Ya tu descanso se acerca.

ACTO SEGUNDO.

Salen en casa de Pompeyo en Florencia.

ESCENA PRIMERA.

FINEO, FABIA.

FINEO.

¿Tambien tú das en matarme?

FABIA.

Cuando á Florencia venias,
Fineo, mejor sabias
Con celos desesperarme.
Pues ya que estamos en ella,
Permite siquiera el ver
Lo que el ser de ser mujer.

FINEO.

Fabia, de Casandra bella
Es esa buena leccion.

FABIA.

Como de mujer, es mía.
¿Ha de venir cada día
Un emperador Oton?

FINEO.

Fabia, Casandra es mujer.

CASANDRA.

De mi honesto amor pudieras
Estar seguro.

ESCENA II.

CASANDRA, OTAVIO. — Dignos.

OTAVIO.

¿Que quieras
Que pueda amar sin temer?
Casandra, cuando temia
A Libio, un rico mancebo
De Florencia, que por cebo
Oro á tu padre ponía,
Pudieras reprehender
Mis celos, pues te sobraba
Virtud, á quien respetaba
De todo el oro el poder:
Demás de haber respondido
Pompeyo á su voluntad
Con alguna libertad,
De que está Libio ofendido,
Y sé yo que se ha quejado
A muchos de su rigor;
Pero de un emperador
¿Quién no ha de tener cuidado?

CASANDRA.

¿Hame visto Oton á mí
Mas de una vez?

OTAVIO.

¿A qué efeto

Honra á tu padre?

CASANDRA.

Es discreto,

Y ha querido honrarle así,
Conociendo su valor;
Mas no sabe que yo he sido
Su hija, ni ha conocido
Como tú piensas, mi amor.
Cuando á mí me vió, tambien
A mis hermanas habló;
Joyas les dió, y á mí no:
Parecía menos bien.
Está seguro, y no creas
Que te quiero y he querido
De suerte, que ofenda olvido
El justo fin que deseas;
Que yo seré tu mujer,
O dejaré de vivir.

OTAVIO.

Como lo sabes decir
Lo quisiera yo creer.

FINEO.

Señor, el mayor engaño
De amor es creer.

OTAVIO.

Fineo,

Con el temor solo creo
Lo que ha de ser en mi daño.

CASANDRA.

Tú no ignoras que bien creo
Que me puedes enseñar.

FABIA.

Que te viene á visitar,
Entra á decir Doricleo,
El marqués Alberto.

CASANDRA.

¿Quién?

FABIA.

Pienso que es aquel privado
Del Emperador.

OTAVIO.

Tú has dado
Causa á estos males, mi bien.
¿Quieres ya mas claridad?

CASANDRA.

Tú ¿no ves que este es favor?

OTAVIO.

¿Favor que nace de amor?

CASANDRA.

Allí los dos os entrad,
Y veréis que esta visita
No tiene que os cause enojos.

OTAVIO. (Ap. á Fineo.)

Como ha engañado los ojos,
Cegármelos solicita.
El alma llevo en los labios;
No me tiene menos costa.

FINEO.

Señor, señalar la posta,
Si celos fueren agravios.
(Vase Otavio y Fineo.)

ESCENA III.

ALBERTO. — CASANDRA, FABIA.

ALBERTO. (Dentro.)

Quedáos afuera todos. (Sale.)

CASANDRA.

Esta casa [lla.

¿Merece que la honreis? — Fobia, un así-

ALBERTO.
A honrarme en ella vengo, y á hesaros
Las manos, como amigo de Pompeyo.

CASANDRA.
El conoce, Señor, que las mercedes
Que de su majestad ha recibido,
Las debe á la que vos le hacéis en todo.

ALBERTO.
Servirle he deseado.

CASANDRA.
Llamar quiero
A mis hermanas, porque todas juntas
Este favor es justo recibamos.

ALBERTO.
No, no; no las llameis, si sois servida.

CASANDRA.
Quiero que gocen...

ALBERTO.
No, no, por mi vida.

CASANDRA.
Quejaránse de mí.

ALBERTO.
Tengo que hablaros,
Y importa mucho que secreto sea.

CASANDRA.
¡Secreto á mí, Señor!

ALBERTO.
Oton desea,
Por excusar de prólogos cansados,
Deciros por mi lengua sus cuidados.

CASANDRA.
¿Qué cuidados, Señor? Mucho le enga-
Los que de mis estudios le fabrican [han
Quimeras, que en llegando á fundamen-

[to,
Como nubes se esparcen por el viento.
Si son cosas que tocan al Estado,
¿Qué leyes imagina que he estudiado?
Si de la guerra, ¿en qué servirle puedo?
La mujer mas valiente toda es miedo.

ALBERTO.
No pienso yo que se te olvida el día
Que en disfrazado traje á ver veniste
El palacio de Oton, y que le viste...
— No dije bien; que si le vieras, creo
Que, cuando te libraras del deseo,
Por lo menos vivieras con memoria.
Bellísima Casandra, ten por gloria
Rendir á quien serínde Europa, y mira
Que despreciado amor se vuelve en ira;
Cuya persona, aunque quien es no fue-

[ra,
Obligará á que un mármol le quisiera.
Mira su verde edad y gentileza;
No correspondas mal á tu belleza.
Oton se ha de volver, no ha de infamarte
Con largo trato, como siempre vemos.
Sé reina del que reina en toda Europa,
Y quedas, aunque en breve, muy honra-

[da
De que el mayor laurel, mejor espada,
Mas alto entendimiento...

CASANDRA.
No prosigas;
Que mientras mas, á mas rigor me obli-
[gas.

ALBERTO.
¿Qué quieres decir en eso?

CASANDRA.
Que excusado hubiera sido,
Marqués, hablar atrevido
En el honor que profeso.

ALBERTO.
¿Esto te parece exceso?

CASANDRA.
¿Qué mayor lo puede ser?

Pero haste dado á entender,
Con pensamiento plebeyo,
No el ser hija de Pompeyo,
Sino solo el ser mujer.
El tenerme Oton amor
Le agradezco; que es muy justo;
Que es César invicto, Augusto,
Soberano emperador.
Pero, en llegando á mi honor,
Si el mismo Júpiter fuera,
Y en Roma nacido hubiera
Cuando Roma fué gentil,
Como al esclavo mas vil
Le mirara y le admitiera.

ALBERTO.
Siempre fui de parecer
Que naturaleza agravia
A la mujer que hace sábia,
Pues deja de ser mujer;
Porque, en llegando á saber,
La natural vanidad
La pone en tal dignidad,
Que quiere quitar al hombre,
Con la grandeza del nombre,
La imperiosa majestad.
No, por feroz alemán,
Te hará agravio el César, no;
Humildemente me habló,
Mas que rey, cortés galán.
Tantos deseos le dan
Tus gracias, que no sosiega.
Mira al extremo que llega,
Y que es razón excusar
Que, aunque noble, eres mujer,
Y que es un rey quien te ruega. (Vase.)

CASANDRA.
¡Otavio, Otavio!

ESCENA IV.

OTAVIO, FINEO. — CASANDRA,
FABIA.

OTAVIO.
Por cierto
Que de manera ha fundado
El señor embajador
La justicia deste caso,
Que no puedes excusar
De servir al César, dando
Dulce fin á sus deseos.
¡Ay, Casandra! ¿No está claro?
De tribunal de mujer
¿Qué decreto salió sabio?
Pues no, mi bien, mi señora,
Mi amor primero engañado,
Mi muerte, mi perdición;
Que es poderoso el contrario.
Partiréme de Florencia,
Iréme á Roma entre tanto;
Que no quiero yo esperar
La sentencia de mis daños.
El cielo te dé mi vida...
— Mal dije, estaba turbado;
Que ha de ser breve, y mereces
Que la goces largos años. (Vase.)

CASANDRA.
¡Ah mi bien! Ah mi señor!
Ah mi celoso! Ah mi Otavio!
¿Qué sordos que son los celos
Cuando presumen agravios!
— Oye, Fineo.

FINEO.
¿Qué quieres?
CASANDRA.
Dile á Otavio que es engaño
Quererse ausentar con celos.
FINEO.
Bien dices, porque entre tanto

Pueden salir verdaderos,
Y ser el dueño culpado.
(Vanse Fineo y Fabia.)

ESCENA V.

CASANDRA.

Poder y amor combaten mi firmeza.
¿Qué haré, poder? — Rendirte. — Mal
[consejo.
Amor, ¿qué dices tú? — Que te aconsejo
Que muestres atrevida fortaleza.
— Oton tiene valor y gentileza...
— Otavio es de tus ojos claro espejo. —
No te pienso dejar. — Pues yo te dejo.
— ¿Qué temes? — Mi desdicha y tu fla-
[queza.
— Amor, que se va Otavio. A detenerte
Salgo, mi bien. — Yo parto sin consuelo.
— ¿No piensas verme mas? — No pienso
[verte.
— Mira que tengo honor. — Temo y recelo.
— ¿Qué haré contra el poder? — ¿Qué?
[Defenderte;
Que contra el alma solo puede el cielo.

ESCENA VI.

POMPEYO, ELENA, FLORA. —
CASANDRA.

POMPEYO. [do
Esto me mandó Oton: si me ha obliga-
Ya lo veis, con oficios tan honrosos.
ELENA.
Obedecelle es justo.

POMPEYO.
Mi cuidado
Puse sobre sus hombros poderosos.
FLORA.
En fin, ¿nos quiere ver?
POMPEYO. **Hañle contado**
Las gracias que teneis.

ELENA.
No son dichosos
Sino los que se acercan á los reyes.
POMPEYO.
Los filósofos hacen otras leyes.
¿Qué es ver por lo moral algunos necios
Sénecas, de sí mismos retirarse,
Diciendo á los palacios mil desprecios,
Y de las soledades agradarse;
Como Diógenes dar mayores precios
Alsol que no á Alejandro; y conpreciar-

[se
De vivir por tan graves aforismos,
Ser locos homicidas de sí mismos? [ro
No hay cosa como el príncipe; mas quie-
Ser en su fuego y rayos salamandra,
Que filósofo rígido y austero
En la presencia bélica alejandra. —
¿Casandra estaba aquí?

CASANDRA. (Ap.)
¡Cielos! Hoy muero.

POMPEYO.
¿Sabes cómo has dever á Oton, Casan-
CASANDRA. [dra?
Yo no, Señor; irán Elena y Flora;
Que no estoy buena para verle agora.

POMPEYO.
No se puede excusar; que le he contado
De tus letras y ingenio lo que siento.
Bien puedes ir, honrada de mi lado;
Yo soy quien puede darte atrevimiento.
Es, aunque mozo, circunspeto, y dado
A las letras con tanto fundamento
El César, que bien puede tu hermosa

Entre sus ojos caminar segura. [ña;
No es Oton mas soldado que en campa-
Sabio es Oton, depuesto el noble acero,
Con que le tiemblan Francia, Italia, Es-
Y todo el orbe. [paña,

CASANDRA.

Obedecerte quiero.

POMPEYO.

No solo de soldados se acompaña,
Conquistador y capitan severo;
Letrados tiene, sabios comunica,
Porque á escribir y pelear se aplica.

ELENA.

De Julio César cuentan, y la fama
Lo muestra de su historia celebrada,
Que escribía de noche con la pluma
Lo que de día obraba con la espada.

POMPEYO.

No quiero, Elena, yo que Oton presuma
Que vuestra fama le ha engañado en na-
[da.

Conmigo vais; ya conocéis que he sido
Padre de vuestro honroy Argos marido.
Vestíos ricamente, porque os vea
En traje de mujeres principales;
Que las galas han hecho á alguna fea
Lucir hermosa en ocasiones tales.

ELENA. (Ap. á Casandra.)

¿De qué vas triste?

CASANDRA.

De que Otavio crea
Que no somos, amando, mas leales
Que los hombres.

FLORA.

Pues de eso no estés triste;
Que solo en celos el amor consiste.
(Vase.)

Habitación de Oton.

ESCENA VII.

OTON, ALBERTO.

OTON.

¿Qué dices, Marqués?

ALBERTO.

Quisiera
Saber decirte, Señor,
Lo menos de su rigor,
Pues es lo mas que pudiera.
Después que con mil colores
Retóricos persuadí
Tu amor á su honor, y vi
Las de su rostro mayores,
Dijo: « Debes de entender
Con pensamiento plebeyo,
No el ser hija de Pompeyo,
Sino solo el ser mujer.
Agradezco á Oton, Augusto,
Soberano emperador,
Marqués, que me tenga amor;
Que agradecerlo es muy justo;
Pero si en Roma naciera
De padre y madre gentil,
Para mi honor, el mas vil
Esclavo Júpiter fuera;
Porque, supuesto que son
Menos en los reyes sabios
Para el honor los agravios,
Son mas para la opinion;
Y que si fueras su igual,
Tuviera disculpa amor.»
Con esto, invicto Señor,
Las cortinas de cristal,
Guarnecidas de pestiñas,
Eché á las dos vidrieras

De sus ojos, en que vieras
De amor rotas las hazañas.
Y aunque palabras crueles,
Por lo que á quien eres toca,
Puso al sello de la boca
Una neme de claveles.

OTON.

¿Eso te ha dicho?

ALBERTO.

No he visto
Hermosura y crueldad
Estar en tanta amistad.

OTON.

¿Qué fiera, Alberto, conquistó?
¿Que airada no quiso oírte?
¿Qué diamante! qué rigor!—
Mas bien sé que á mi dolor
No he de poder persuadirte.
¡Oh pesar de la venida
A Italia! ¿Qué me ha importado
Cefirme el laurel sagrado,
Si me ha de costar la vida?
¿Nunca dejara á Alemania,
Nunca á Florencia viniera!
Aunque por tigre tan fiera,
No es Florencia, sino Hircania:
Nunca mi ejército viera,
Marqués, la margen de Tibre,
Pues estar su señor libre
Mas alta vitoria fuera.
¿Quién dijera que el poder
De Oton, con tan bajo modo
Se viniera á poner todo
A los pies de una mujer?
¿Pesía al imperio! ¿Yo soy
Su señor? Yo capitán?
Yo soy Oton? Yo alemán,
Y en esta baja estoy?
Haz que rompan mis banderas,
Quema las cesáreas aves,
Vuelvan humildes, no graves,
Del Danubio á las riberas,
Pues tiembra el cetro en mis manos,
De una mujercilla roto.
Dile al sagrado piloto
Que nombre rey de romanos.

ALBERTO.

Nunca pensé que llegara
Tu sentimiento, Señor,
A tal estado.

OTON.

Es amor;
En que soy hombre repara.
Pasiones humanas tienen
Esta igualdad. Yo saldré
De Italia presto, y pondré
Remedio.

ALBERTO.

Negocios vienen.

ESCENA VIII.

RODULFO. — DICHOS.

RODULFO.

Aquí traigo la lista que mandaste,
De los nobles y oficios de Florencia.

OTON.

¿Qué nobles y qué oficios?

RODULFO.

Esta lista
Tienen los nobles, y esta los oficios.
Faltan de proveer los magistrados
Y algunos cargos de la guerra.

OTON.

Guerra
Fué siempre amor: el general del alma
Piensa ganar en la conquista palma;
Salen los capitanes, los deseos;

Y en lugar de ganar, pierden trofeos;
Y como de unos ojos ven los tiros,
Quiérenlos imitar con los suspiros.
Vete, Rodulfo; que no quiero agora
Tratar de los negocios.

RODULFO.

En buen hora.

OTON.

Vuelve... Pero no vuelvas.

RODULFO. (Ap. á Alberto.)

¿Qué es aquesto?

ALBERTO.

Está de ciertas dudas indispueto.

ESCENA IX.

FABRICIO, con papeles; UN CREADO, con
recado de escribir. — DICHOS.

FABRICIO.

Aquí las cartas están.

OTON.

¿Para dónde?

FABRICIO.

Para Roma.

OTON.

Vuestra á ver.

FABRICIO.

La pluma toma.

OTON. (Rasga los papeles.)

Pues mira ¡qué presto van!

FABRICIO.

¿Por qué rasga vuestra alteza
Las cartas?

OTON.

Está mal puesto

Ese principio.

FABRICIO. (Ap. á Alberto.)

¿Qué es esto?

ALBERTO.

Cierto dolor de cabeza.

RODULFO.

Aquí está un embajador.

OTON.

Pues bien, ¿qué se me da á mí?

RODULFO.

Es el de Milan.

OTON.

¿Ansí?

¿Quiere hablarme?

RODULFO.

Si, Señor.

OTON.

Pues decid que yo no quiero
Hablarle á él.

RODULFO.

Quiérese ir.

OTON.

Abrale para salir
Toda la puerta el portero.

FABRICIO.

Agora llega un correo
De Alemania.

OTON.

Llegará

Cansado: descansa allá,
Pues no descansa un deseo.
— ¡Ay, Casandra! ¿Qué trajiste
En esos ojos el día
Que te vi? ¿Con qué osadía
Arcénique al César diste?
Pero, puesto que condeno
Tu error, no soy en rigor
El primer emperador
Que mataron con veneno.

ALBERTO.
Señor, si es tanto tu mal,
Valgámonos del poder.
OTON.
Desdize mucho del ser
De la grandeza imperial.
FABRICIO.
Aquí Pompeyo ha venido
Con sus hijas.
OTON.
¿Con quién? Di.
FABRICIO.
Con sus hijas.
OTON.
Eso sí.
¡Cielos, tened mi sentido!
Alberto, ¿será verdad?
ALBERTO.
Pues ¿eso dudas, Señor?
OTON.
En todo pone el amor
Dudosa dificultad.
Vestirme quiero en el traje
De mi grandeza y poder,
Porque Casandra ha de ver
Quién es á quien hace ultraje.
Dame el manto y el laurel.
ALBERTO.
¿A qué efeto?
OTON.
Ya te digo:
¡Tanto puede amor conmigo,
Y yo tan poco con él!
(*Vanse.*)

ESCENA X.

POMPEYO; FLORA, ELENA y CASANDRA, ricamente aderezadas y acompañadas de criadas. Despues, LIBIO.

POMPEYO.
Aquí presumo que está.
ELENA.
No vayas triste.

CASANDRA.
No puedo
Excusar, Elena, el miedo
Que ver al César me da.
(*Sale Libio.*)
LIBIO. (Ap.)
Siguiendo á Casandra vengo,
Aunque Pompeyo me ha visto:
Tan mal los ojos resisto
De solo el cielo que tengo.
Y aunque su muerte prevengo
Por la conocida afrenta,
Mientras el brazo la intenta,
Quieren mis justos enojos
Que se entretengan los ojos
Con lo que el amor se aumenta.
¡Ah Pompeyo! ¿Qué razon
Te ha movido á despreciarme?
¿Despreciarme y deshonrarme!
¡Premio injusto á mi aflicion!
Es mejor traer á Oton
Tus hijas de aquesta suerte?
Mas de mi amor loco advierte,
Aunque no estimas mi amor,
Que vengo á vengar tu honor,
Solicitando tu muerte.

ESCENA XI.

OTAVIO, FINEO. — Dichos.

OTAVIO.
¡Aquí Pompeyo y sus hijas!
FINEO.
Pues bien, ¿á quién hace agravio?
OTAVIO.
Haré, por vida de Otavio...
FINEO.
Quedo, Señor; no te afijas,
Ni por los celos te rijas
En materias del honor.
OTAVIO.
Pues ¿por quién será mejor?
FINEO.
Por el sabio desengaño;
Que no puede haber engaño,
Si le previene el temor.
OTAVIO.
¿Que Casandra haya venido?
No lo puedo resistir.
¿No pudo algun mal fingir?
Pero tuvo amor fingido.
FINEO.
Alguna culpa ha tenido;
Que las mujeres, Señor,
Saben fingir un dolor,
A un desmayo semejante,
Mejor que un representante
Cuando se queja de amor.
Con solo que ella dijera
Que la madre le dolía,
Desde la hermana á la tía
El linaje revolviera,
Que por el palacio fuera
Este por ruda ó por plumas
De perdiz. Mas no presumas
Que aquí la trajo el deseo.
OTAVIO.
Mas penas tengo, Fineo,
Que el mar arenas y espumas.
Aquel es Libio tambien,
Y áspid libio para mí.

ESCENA XII.

ALBERTO, RODULFO. — Dichos.

ALBERTO. (Ap.)
Bien queda el César: así
Obliga á quererle bien.
RODULFO.
Alberto, ¿qué tiene Oton,
Que tan fiero se ha mostrado?
ALBERTO.
Un amor desengañado
Y una engañada razon.
RODULFO.
¿Qué culpa habemos tenido?...
ALBERTO.
¿No has visto un toro que escapa
De la plaza, de la capa,
Del silbo y de verse herido;
Y despues en la ribera,
Buscando al que le silbó,
Un olmo inocente halló
Como si él las varas diera,
Y allí se quiere vengar
Hasta desfogar la furia?
Pues tal á quien no le injuria
Pretende Oton castigar.—
Llegad, Pompeyo; que aquí
Aguarda el Emperador.

ESCENA XIII.

Corren una cortina, y vese debajo de un dosel OTON con el laurel y el cetro y con un manto romano, en una silla con almohada. — Dichos.

POMPEYO.
Ya el César, nuestro señor,
Hijas, se descubre allí.
Llegad, besadle la mano.
ELENA.
Pone temor su grandeza.
FLORA.
¿Quién será tan atrevida?
OTON. (Ap.)
¡Oh amor! ¿qué habrá que no puedas?
¿Quién no conoce por mí
Tu extraña naturaleza?
¿Que tiemble yo de mirar
A quien de mirarme tiembla!
¿Quién dirá que estas insignias
Con que la humana soberbia
Ha puesto el mundo á mis pies,
A tu poder se sujetan?
POMPEYO.
Llega, Casandra.
CASANDRA.
A mí no
Me toca el ser la primera,
Por ser la menor, Señor,
En besar la mano al César.
POMPEYO.
Elena, ¿qué aguardas?
ELENA.
Miro
Mi humildad y la grandeza
De Oton; pero ya me atrevo,
Forzada de tu obediencia.—
Déme vuestra majestad
Su mano.
OTON.
Recibo, Elena,
Contento en verte, y te estimo
Como á la primera prenda
De Pompeyo.
ELENA.
Justamente
Tus negras águilas vuelan
Desde el timbre de tus armas
A las antárticas selvas.
Prospera tus verdes años
El cielo, para que tengas
Un siglo el mundo en los hombros
Que humilde tus plantas besa.
FLORA.
Esas, invicto señor,
Vuestra majestad conceda
A Flora, porque á su mano
Loco atrevimiento fuera.
OTON.
Mucho le debe Pompeyo
Al cielo, porque tan bellas
Hijas coronan de honor
Sus canas.
FLORA.
La gloria vuestra,
Gran príncipe del imperio,
No en las armas, no en las guerras,
Sino en la humana piedad,
Mas altamente se muestra.
Prospera vuestras victorias
El cielo, y donde no llega
El pensamiento, se claven
Vuestras invictas banderas.
CASANDRA.
Casandra, heróico señor,

Que á vuestros piés se presenta
Para besar vuestra mano,
Supuesto que indigna sea,
La India quisiera ser,
En cuya inmensa riqueza
Puso los piés Alejandro,
Porque á los vuestros rindiera
Mas oro, plata y diamantes.

OTON.

Casandra, si tú deseas
Que diamantes, oro y plata
Tus bellas manos me ofrezcan,
Hoy no te has visto, ni sabes
Tu condicion, pues en ella
Mas firmes diamantes hay,
Y mas oro en tu belleza.
Impropios los dos estamos;
Que tú mejor estuvieras
Aquí con este laurel
Por reina de la belleza;
Y yo á tus hermosos piés,
Confesando que sujeta
Cetros y armas la hermosura,
Y que de los reyes reina.
Pero, ya que no es así,
¡Pluguiera al cielo que fueras
Mi igual, y que este laurel
Entre los dos dividiera!
No estoy desta suerte bien:
Levantarme quiero, espera.—
Tomad aquestas insignias.—
¡Estas, Casandra, desprecias?

CASANDRA.

Señor, de mi estimacion
Injustamente se queja
Su majestad; que yo adoro
Sus piés, que los polos besan.
En fe de esto, ya en su mano,
De tantas victorias llena,
He puesto mi indigna boca.

OTON.

Traidora mejor dijeras,
Pues siendo tu rey, Casandra,
Me has dado veneno en ella.
Pero de tu boca hermosa
Tambien es justo que advierta
Que á rey no se dió veneno
Jamás en copa tan bella.
Cuando temia Marco Antonio
Que Cleopatra se le diera,
Ella trujo una guirnalda
De rosas en la cabeza.
Comia Antonio con saliva,
Brindóle á beber con ellas;
Mas la guirnalda traía
Veneno en sola la media.
Tomó Cleopatra las rosas
Sin veneno, y viendo el César
Que bebía sin peligro,
Se atrevió á beber con ellas.
Echó las que se tenia
Cleopatra, y matar pudieran
A Antonio; que en las mujeres
Hay notables sutilezas.
Así, Casandra, has traído
Veneno en las rosas bellas
De tus labios para mí,
Y á ti no te han hecho ofensa.

CASANDRA.

Señor, ya dije al Marqués
Que mi honor...

OTON.

¡Disculpa necia!
Deja, Casandra, el honor.

CASANDRA.

Pues ¿de qué, Señor, te alteras?

OTON.

Las mujeres que aborrecen,
Casandra, á quien las desea,
Luego del honor se adargan,

Que con amor atropellan.
No hay cosa mas por el suelo
Que el honor, cuando se ciegan;
Y en no queriendo, le ponen
Encima de las estrellas.
Guarda tu honor; que es muy justo,
Casandra, y que no agradezcas
Mi amor, pues no soy tu igual;
Que yo sabré si en Florencia
Hay causa para que trates
De esta suerte la grandeza
De Oton, pues que no hay en mí
Partes que no te merezcan.
Antes del bozo vencí
Seis batallas; cien banderas
Truje á Colonia, rendidas
Tantas naciones diversas.
Con él he pasado á Italia
En la edad que me contemplas,
Con bendiciones del mundo,
Que á Dios por mi vida ruegan.
Deseos habré causado
Por grandeza ó gentileza;
Palabra te doy que he sido
Un mármol en resistencia
Hasta el punto que te vi.
Tú, sola tú me desprecias,
Casandra, y mi muerte pides.

CASANDRA.

De haber nacido me pesa.
Mas mira lo que te agrada
De mí; que yo haré que sea
Tus despojos con matarme.

OTON.

¡Eres mujer ó eres fiera?
¡Que no te admiró mirarme
En el trono en que me tiemblan
Tan graves embajadores!

POMPEYO. (Ap. á Alberto.)

Enojo ha mostrado el César.

ALBERTO.

Es que argumentan los dos;
Que Oton de cualquiera ciencia
Tiene principios bastantes.

OTAVIO. (Ap. á Fineo.)

¡Ay, Fineo! con qué fuerza
Oton la está persuadiendo!

FINEO.

No me admiro de que temas;
Que es mujer, y persuadida,
Podrá ser muestre flaqueza.

OTON.

Pompeyo, vos teneis hijas tan bellas,
Que pienso que os ofendo en alabrarlas.
Ciertó estaréis que me he alegrado en

[vellas;

Presto conoceréis que pienso honrarlas.
Si tres las gracias son, de solas ellas
La antigüedad pudiera retratarlas;
Aunque teniendo tantas, los pinceles
Quedaran cortos del divino Apéles.
Pero cierto que el grave entendimiento
De Casandra no tiene semejante.
Propúsete un difícil argumento;
Mas no hay cosa tan alta que la espante.
Deféndese con justo atrevimiento. [te.
¡Qué ingenio, qué valor! Es un diamante
Gozadas muchos años; que muy presto
Veréis la obligacion en que me han

POMPEYO.

[puesto.

Señor, quisiera que fueran
Tres mundos que presentaros,
Que tres mil reinos os dieran,
Y que á vuestros hechos claros
Iguales correspondieran.
Mas recibid, gran señor,
Mi amor con vuestro valor;
Que, como estoy satisfecho
Que son almas de mi pecho,

Os doy tres mundos de amor.
Voy contento, soberano
César, que tal proteccion
Las ampare, pues es llano
Que cesa mi obligacion
Donde vos poneis la mano.
¡Plegue al cielo que veais
El mundo que gobernais,
A esos piés un siglo entero!
Que para mí yo no quiero
Ver mas bien del que me daís.

OTON.

Alzáos, Pompeyo, del suelo.—
Id en buen hora, señoras.
Prospera esa vida el cielo.

(Vanse Pompeyo, sus hijas y sus
criadas, y Libio.)

ESCENA XIV.

OTON, ALBERTO, OTAVIO, FINEO,
RODOLFO, FABRICIO, UN CRIADO.

OTAVIO. (Ap. á Fineo.)

¡Que vi sus manos traidoras,
Para mi amor fuego y hielo,
Asir la de Oton!

FINEO.

Los sabios
Disimulan sus agravios.

OTAVIO.

¡No quieras que el ver me pese
Que en la mano le imprímiese
Los claveles de sus labios?

FINEO.

Mira que Libio la sigue,
Que es enemigo mayor.

OTAVIO.

Ya no hay pena que me obligue;
Que ese sigue con amor,
Y Oton con poder persigue.

ALBERTO. (Ap. á Oton.)

Parece que mas disgusto
Has recibido de verías.

OTON.

¡Con qué gusto quedar puedo
Viendo tanta resistencia?

ALBERTO.

Pues ¿no te besó la mano?

OTON.

¡No has visto enfermo que llega
Por las márgenes del vaso
Los labios con asco y fuerza
Para tomar la bebida?
Pues lo mismo considera
De la boca de Casandra.

ALBERTO.

¡Cosa extraña!

OTON.

Cosa nueva.

Mas ¿no has oído que un pez
Con veneno, á quien le pesca,
Por el sedal y la caña
La mano y brazo le hiela?
Pues tales fueron sus labios,
Que por la mano derecha
Dulce veneno infundieron
Al corazón.

ALBERTO.

Si te dejas
Llevar de imaginaciones,
Puede ser que el seso pierdas.

OTON.

Muérame, Alberto, por Dios,
Deja los engaños, deja
Las lisonjas; que en criados
Son las ruedas de su lengua.

Deja aquellas vanidades,
Con que, viendo que los premian,
Los defectos llaman gracias,
Las bajezas gentilezas.
Dime la verdad; ¿qué cosa
En mí contemplas tan fea,
Que no merezca á Casandra,
Y que su desden merezca?
Sirve de espejo, y perdona
Estas locuras.

ALBERTO.

¿Pudiera
Decir el hombre mas vil
Estas humildades?

OTON.

Piensa
Que como estoy despreciado
De una mujer, mi soberbia
Anda por el suelo humilde.

ALBERTO.

¿No puedes hacerle fuerza,
Como otros muchos de menos
Poder?

OTON.

¿Qué mal me aconsejas!
Quien ama y fuerza, no ama.
Para mí lo mismo fuera
Tomar su retrato en brazos
Que al dueño, siendo por fuerza.
Los gustos que son forzados
Son deleites que se sueñan;
Que no estando nadie allí,
El que lo sueña lo piensa.

ACTO TERCERO.

Sala en casa de Pompeyo.

ESCENA PRIMERA.

OTAVIO, CASANDRA, FINEO, FABIA.

OTAVIO.

Dame licencia de darte
Las prendas que tuyas tengo.

CASANDRA.

¿Vienes loco?

OTAVIO.

Loco vengo,
Si es locura no cansarte.

CASANDRA.

¿Diceslo de veras?

OTAVIO.

¡Bueno!
Muestra esos papeles.

FINEO.

Mira
Que son los celos mentira.

OTAVIO.

¿Mentira lo que es veneno?

FINEO.

¿Qué cosas te persuades?

OTAVIO.

Yo sé que mi muerte tratan,
Porque si mentiras matan,
¿Qué tienen mas que verdades?
Y que huya no te espantes
Las sombras destos temores;
Que amores emperadores
Hacen los celos gigantes.
Toma, ingrata, tus papeles;
Que no me han de acompañar.

CASANDRA.

Aquí los puedes rasgar

O quemarlos, como sueles.

¿Por qué me los das á mí?

OTAVIO.

Para que envuelvas favores,
Casandra, de emperadores.
Pero no cabrán aquí.
¿Qué hallarás de falsedades,
Si te pones á leerlos?
Qué de mentiras en ellos,
Que parecieron verdades!
Mentira con trato doble
Que en verdades se amortaja,
Es como la gente baja
Cuando quiere hacerse noble.
¿Qué de veces envidiaba
El marfil con que excedías
Al papel en que escribías!
Qué de veces le besaba!
Ya no, puesto que te enfades,
Por no imprimir en traiciones
La boca, en cuyas razones
Hallaste siempre verdades.
Estas cintas tuyas son:
De tu ventana con ellas
(Testigos tantas estrellas
En el celestial balcón)
Recibí mas de un papel
Aquellas noches dichosas,
Que tus manos amorosas
Me daban almas en él.
Aquí está de tus cabellos
Parte que al peine sobran,
Reliquias que se arrojaban,
Y yo las buscaba en ellos.
No podrás quejarte ya
Que me llevo obligaciones,
Pues te dejo las prisiones
Como preso que se va.
Mira en qué puedo servirte
En Roma.

CASANDRA.

¿Acabaste?

OTAVIO.

Si,

Pues he de acabar aquí,
O partirme sin oírte.

CASANDRA.

Gallardo Otavio, agradezco
Tus celos; pero no rompa
El caso de nuestro amor
Ausencia tan peligrosa.
Vuelve á tomar tus papeles;
Mira, mi bien, que te enojas
Con tu esclava, que soy yo,
Y quien te estima y te adora.
Llenos están de verdades,
Con una mentira sola
Que escribí enojada un día:
Debia de estar celosa.
«No te quiero, Otavio,» dije.
Esta mentira perdona,
Pues adorándote estaba,
Señor mío, como agora.
Las demás estima, Otavio,
Porque son verdades todas;
Que dar crédito á los celos
No es razon, sino deshonra.
¿Qué importa que me conquiste
Un César? Lo mismo importa
Que si lo fuera de mármol
Con su laurel y su toga.
Vuelve á tomar los cabellos;
Mira que el amor se enoja
De que la cárcel quebranten
Los que en la suya aprisiona.
Las cintas, mi bien, que fueron
Aquellas noches dichosas
Las manos que te bajaban
Esos papeles que arrojas,
No es razon que las desprecies.
Y para que no te pongas

En camino, quiero atarte
Con ellas.

OTAVIO.

¿Que no conozcas
Que estoy, Casandra, enojado,
Y que los celos abonan
Todo pensamiento infame,
Toda locura amorosa?
Suelta las cintas, no quieras
Que las rompa.

CASANDRA.

¿Enojo tomas
De que te prenda y detenga?
Véte con Dios.

OTAVIO.

Ya es forzosa
Mi jornada. No he de ver
Qué fuerza contra la honra
Tiene el poder. Dios te guarde.

CASANDRA.

Espera, Otavio.

OTAVIO.

¿Estás loca? (Vase.)

ESCENA II.

CASANDRA, FINEO, FABIA.

CASANDRA.

¿Hay mayor desdicha mía?

FINEO.

¿Qué me manda para Roma,
Señora Fabia; que voy
Por todo?

FABIA.

Que busque en toda
Muchas cosas que traerme.

FINEO.

¿Muchas cosas?

FABIA.

Muchas cosas.

FINEO.

En Roma hay muchas estatuas,
Pirámides que se asoman
A ver lo que hay en las nubes.
¿Quieres desto?

FABIA.

Ni por sombra.

FINEO.

Pues ¿qué quieres?

FABIA.

Seda y tela
Y algun poquito de joyas.

FINEO.

¿Jo... qué?

FABIA.

Joyas.

FINEO.

Pues partamos
El nombre, y adios, mi polla;
Que está la posta aguardando.

FABIA.

Adios.

(Vase Fineo.)

ESCENA III.

CASANDRA, FABIA.

FABIA.

¿Qué tienes, Señora?

CASANDRA.

Desdichas, Fabia, nacidas
De celos, que entre las olas

Del mar de amor me atormentan.
¿Qué haré?

FABIA.

Tú verás que torna
Con mas furia que se fué.

CASANDRA.

Una cosa me reporta;
Que á quien la muerte desca,
Toda la vida le sobra.

(Vanse.)

Emboscacion de Oton.

ESCENA IV.

POMPEYO, ALBERTO.

POMPEYO.

¿Secreto me quiere hablar?

ALBERTO.

Así me tiene advertido.

POMPEYO.

Novedad me ha parecido.

ALBERTO.

Pues ¿qué podeis sospechar?

POMPEYO.

Como en los principes es
La primera informacion
Tan peligrosa, es razon
Temer el llegar despues.
¿Quién no teme vez alguna
Sin causa, Alberto, ofenderlos,
Pues basta para perderlos
Que se enoje la fortuna?
Que puedo perder su gracia
Me da sospecha: esto siento,
Pues no hay mas de un pensamiento
De su gusto á su desgracia.
La envidia, de quien se cuenta
Que jamás durmió en palacio,
No debe de andar de espacio:
Algo en mí desdicha intentó.

ALBERTO.

Pompeyo, á vuestra quietud
La envidia tendrá respeto.
No pienso que este secreto
Ofende vuestra virtud.
Antes es por vuestro bien.

ESCENA V.

OTON.— DICHOS.

OTON.

¿Vino Pompeyo?

ALBERTO.

Aquí está.

OTON. (A Alberto.)

Salte afuera.

POMPEYO. (Ap.)

¿Qué será?

ALBERTO.

¿Cerraré, Señor?

OTON.

Tambien.

(Vase Alberto.)

ESCENA VI.

OTON, POMPEYO.

OTON.

Pompeyo, si la salud
De un príncipe consistiese
En un vasallo, y tuviese

Honra; nobleza y virtud,
¿Seria justo que luego
La aventurase por él?

POMPEYO.

Habiendo nobleza en él,
Salud, vida, honor, sosiego,
Hijos y patria debria
El vasallo aventurar.

OTON.

Quien bien sabe aconsejar
Sabrás volver por la mia.
Pompeyo, ni la grandeza
Del imperio, ni el poder
Del cetro pueden hacer
Que mude naturaleza
Nuestra humana condicion,
Porque en cosas naturales
Tienen los cetros reales
General inclinacion.
Verdad es que se resiste,
Considerando su ser;
Mas no siempre; que hay poder,
Que en mayor fuerza consiste.
Ira y amor son pasiones
De quien decirte pudiera,
Si cansarte no temiera,
Notables difiniciones.

No sé cuál es la mayor;
Mas no me vi tan alrado
Jamás, que no haya pensado
Que tiene mas fuerza amor.
Dirás tú, confuso ya:
«¿A qué efeto el César hace
Estos prólogos? Si nace
De algun amor?» Claro está.
Amo, Pompeyo, y de suerte,
Puesto que mi amor infamo,
Que en tener esto que amo
Está mi vida ó mi muerte.
Puedeme un vasallo dar
Vida y muerte: vida en darme
Lo que amo, y muerte en negarme
Lo que no puedo olvidar;
Que ¡por el sacro laurel,
Que Gregorio me dió,
Que no biciera mas que yo
El bárbaro mas cruel!
Porque intentando excusar
Llegar á tan bajo estado,
Muchas veces he llegado
Hasta querirme matar.
Ya no puedo resistir
Tantas penas; y así, quiero,
Viendo, Pompeyo, que muero,
Hablar y intentar vivir.
Tiene un vasallo el tesoro
Que adoro; una hija tiene,
De quien tanto mal me viene:
Tanto su hermosura adoro.
¿Podréle pedir, Pompeyo,
Que á mi amor la persuada
Su padre?

POMPEYO.

¿Es de gente honrada?
¿Es ilustre ó es plebeyo?

OTON.

Caballero principal
Es su padre.

POMPEYO.

Pues no es justo
Que intentes, Señor, tu gusto,
Si ha de responderte mal.

OTON.

¡Mal! ¿Por qué? Luego ¿es razon
Matar su príncipe un hombre
Porque tenga ilustre nombre?
¿No es matar al Rey traicion?

POMPEYO.

Sí, Señor; pero no así,
Pues el hombre no es culpado

Por haber hija engendrado
Que te diese muerte á tí.
El espadero no mata
Porque la espada forjó,
Ni el padre porque engendró
La beldad que mal te trata.
Y con este pensamiento,
Mas culpa el cielo tendria,
Porque la hermosura cria,
Que el hombre, que es instrumento.
Pues ponerle culpa al cielo,
Bien ves que no puede ser.

OTON.

Conozco en tu proceder
Que es sospechoso tu celo.
El que la espada forjó
No es culpado si otro mata,
Como el padre que retrata
Su ser en el ser que dió.
Mas si estando dos riñendo,
Uno pudiese estorbar
El no llegarse á matar,
Que estará culpado entiendo.
Así el padre, por no dar
Remedio al que ha de morir.

POMPEYO.

Y ¿no es mejor resistir,
Gran señor, que aventurar
De ese vasallo el honor?

OTON.

Pues ¿es mejor que el Rey muera?

POMPEYO.

¿Morir! ¿Por qué?

OTON.

¿No pudiera?

POMPEYO.

Nadie se muere de amor.

OTON.

¿Bastará un ejemplo?

POMPEYO.

Sí.

OTON.

Es de las letras sagradas,
Para que te persuadas
Que hay tanto peligro en mí.
Hijo de David Amon,
Enfermó de amor, y fué
De su hermana, en que se ve
La fuerza desta pasion.
No comia ni dormia.
Envió el Rey á Tamar,
De que pudo resultar
La vida, que ya perdía:

POMPEYO.

El Rey su hija envió
Sin saber lo que intentaba
Amon, y no imaginaba
Lo que despues sucedió.
Mas mire su majestad
Que ese ejemplo le condena,
Pues puede templar su pena
Verde Absalon la crueldad.

OTON.

Pompeyo, deja razones,
No andemos en argumentos:
Yo entiendo tus pensamientos,
Y tú entiendes mis razones.
Lo que pudiera tomar
Como absoluto señor,
Te pido; no seas traidor,
Pues ya me intentas matar.
Adoro á Casandra bella,
Oton soy, tu señor soy...
Bien ves que casado estoy:
No he de casarme con ella.
Que si aquesto dispensara
El Pontífice, ella fuera
Emperatriz, y tuviera

Laurel por única y rara.
Otros grandes capitanes
Se han rendido como yo.
Mira tú si se casó
Alejandro con Rojanes.
Vé á tu casa y persuádele
Tu hija: rey soy.

POMPEYO.

Señor,
Persuádeme tu amor,
Y mi honor me disuade.
Entendí tus pensamientos
Desde el principio. Yo iré,
Y á Casandra le diré
Tus amorosos intentos.
No la forzaré, Señor;
Que fuera baja en mí,
Ya que no lo sea en tí
Haberme dicho tu amor.
Bien pudieras, como sabio,
Destá deshonra excusarme;
Que mas siento que agravarme
El darme culpa en mi agravio.
Que de un padre ó de un marido
No es la culpa el no saber
La ofensa de la mujer,
Sino el haberla sabido.
No hay mas claro testimonio
De infamia, si bien se piensa;
Que quien ayuda á su ofensa
No es hombre, sino demonio.
Las honras que he recibido
De tu mano perdonara,
Pues me han salido á la cara,
Y aun al alma me han salido.
Vengo á confesar en esto
Que me has honrado, Señor,
Si puede llamarse honor
El que se quita tan presto.
Mas ¿quién habrá que no crea
Que el tuyo se ha de perder,
Pues le quieres ofender
Con una mancha tan fea?
El estimar tus victorias
Mayor lástima me dió,
Por ver que engendrarse yo
Quien obscurezca sus glorias.
Bien pienso que erré, Señor,
Cuando con poca cordura
Te alababa su hermosura,
Pues no te alabé su honor.
Pero estaba confiado
De tu virtud, ni sabía
Que en tanto valor cabía
Pensamiento afeminado.
Voy á decirle que estás
Tan declarado conmigo;
Que yo, gran señor, contigo
Ya no puedo estarlo mas.

OTON.

Padre, Señor, no llores.
Oid.

POMPEYO.

Oír no quisiera;
Que no oyendo, no sintiera
El agravio que me hacéis.

OTON.

Mirad que sois mi gobierno,
Mi presidente... Mi ser,
Mi rey sois.

POMPEYO.

¿Qué puedo ser,
Condenado á llanto eterno?
Un hombre soy sin honor.

OTON.

Paso, Pompeyo, no mas;
Que ya cansándome vas.
Yo te doy con mi valor
Mas honra y autoridad
Que te han dado tus mayores.

POMPEYO.

El haber sido mejores
Que yo me dió libertad...

OTON.

Ninguna; que claramente
Será verdad lo que digo,
Pues no tuvo rey amigo,
Y por ventura pariente.

POMPEYO.

No es honra, aunque honrarne intentes,
Ver que ese nombre me llames,
Porque los grados infames
Antes deshacen parientes.
Voy á hacer que ella no crea
El nombre que á entrambos das,
O que contigo no mas
Este parentesco sea.

(Vase.)

ESCENA VII.

OTON.

La fácil voluntad, que el alma inclina
A amar ó aborrecer, no da vitoria
Tan grande á amor, como la grande glo-
De que el entendimiento desatina. [ria
Esta de amor hazaña peregrina
Consagre mármol á inmortal memoria.
Pues se atreve á ofender mi loca historia
La majestad humana y la divina.
Es disculpa de cosas tan violentos
Que nuestro entendimiento persuades,
Amor, con prometer dulces contentos.

Disculpa en tus mentiras mis verda-
[des;
Que en llegando á vencer entendimien-
[tos,
¿Qué se puede esperar de voluntades?
(Vase.)

Calle y vista exterior de la casa de Pompeyo.

ESCENA VIII.

OTAVIO y FINEO, de camino.

FINEO.

¡Buen modo de caminar!
¡A Roma vamos así?

OTAVIO.

No acierto á salir de aquí.

FINEO.

Quien yerra ¿en qué ha de acertar?

OTAVIO.

¿Piensas tú que puedo mas?

FINEO.

Aunque vamos caballeros,
Parecemos cabestreros,
Que caminan hácia atrás.

OTAVIO.

Fineo, todo el furor
Con que á Casandra dejé,
Luego que no la miré
Se volvió piedad y amor.
Apenas dejé de ver
La casa, cuando entre hielos
De temores y recelos
Comencé á temblar y arder.
Parecióme que delante
Casandra se me ponía,
Y llorando me decía:
«¿Adónde vas, loco amante?
¿Cómo me dejas así
Tan á peligro, que Oton
Aproveche la ocasión,
Desamparada de ti?
Ingrato, ¿así me has pagado
El amor que me has debido?

Amor pagas con olvido,
Y con descuido cuidado?
Pues á morir me resolví.
Y que yo le respondía:
«No me voy, señora mía;
No me voy; que luego vuelvo.»
No sé si ha sido verdad
O imaginación en mí,
Pues en efeto la vi
Con mas que humana beldad.
Viste aparecer la aurora
Coronándole la frente
La cinta resplandeciente
Con que el sol los montes dora?
Las candidas azucenas,
Rematando en granos de oro
Aquel precioso tesoro
De las líneas de sus venas?
Un clavel, cuando vestido
De rubí la vista engaña,
Y entre la verde espadaña
Parece que le han fingido?
Una fuente cristalina
Que bulle en un campo yermo,
No mas clara que un enfermo
Con mortal sed la imagina?
Con bonanza humilde un mar?
Un prado en abril ameno?
Un cielo en julio sereno,
Cuando el sol se va á acostar?
Un almendro que se atreve
Con la flor á las beladas,
Por vencer las encarnadas,
Las blancas bañando en nieve,
Y envidiando sus colores?
Un céfiro blando, en fin,
Que salta por un jardín
Para enamorar las flores?
Pues así la vi, y en calma
Después de verla quedé,
Y á los ojos trasladé
La imaginación del alma.

FINEO.

Si desas suerte lo sientes;
Tú propio te eres traidor.
¿Qué mas se quiere el amor,
Sino que tú lo fomentes?
Yo nunca pinto mis damas
Desa suerte, porque es dar
Armas á amor.

OTAVIO.

No es amar,
Si así no pintas quien amas.

FINEO.

Una mujer entre clara
Y morena en los cabellos,
Negros los ojos, y en ellos
Ningun cristiano repara;
La nariz como una esquila
De borrico de aguador,
Y por cencerro el humor
Que del cerebro destila;
Una boca descubierta
Y no limpia, sin poesía
De perlas, que es cosa fría,
Con sus labios de antepuerta;
Los dientes como los potros,
Donde los años le hallo,
Y que puestos á caballo
Se llevan unos á otros;
Las manos como tajadas
De bacallao...

OTAVIO.

¿Estás loco?

FINEO.

Todo lo que digo es poco.

OTAVIO.

Y ¿desa mujer te agradas?

«Aquí ha de faltar algo.

FINEO.

No me agrado; pero ansí
Pintaría, Otavio, es razon,
Porque la imaginación
Se vaya huyendo de mí.
Pero dime, ¿qué has de hacer,
Ya de Casandra á la puerta?

OTAVIO.

Ver la de mi cielo abierta.

FINEO.

Y si te acertase á ver,
¿Qué dirá de tus enojos?

OTAVIO.

Que iba huyendo y que volví,
Porque ha enviado tras de mí
El alguacil de sus ojos.

ESCENA IX.

LIBIO, LIDORO, LEONELO y PERSIO,
con armas. — DICHOS.

LIBIO.

Ya os he contado el estilo
Con que me dió la respuesta.

LIDORO.

Y ¿te trató de esa suerte?

LIBIO.

Puso falta en mi nobleza,
Como si fuese algun hombre
Que no supiera Florencia
Mis nobles antecesores.

LEONELO.

Entonces mas justo fuera
Que con la espada ó la daga
Castigaras su soberbia.

PERSIO.

Dice Leonele muy bien,
Pues la privanza del César
Le tiene en lugar tan alto,
Que ha de ser mayor la ofensa.

LIBIO.

Antes el lugar que tiene
Solicita mis afrentas
Para que tome venganza,
Pues es con tanta fijeza.
Sus hijas le lleva á Oton
Pompeyo. ¡Extraña manera
De adquirir la voluntad!

LIDORO.

El viene.

OTAVIO. (Ap. á Fineo.)

¿Qué gente es esta?

FINEO.

Por Dios, que me dan cuidado.
La puerta á Pompeyo cercan.

OTAVIO.

¿Si es Libio?

FINEO.

Así lo parece.

OTAVIO.

Retírate aquí.

(Oculanse Otavio y Fineo.)

LIBIO.

Ya llega.

ESCENA X.

POMPEYO. — Dichos, retirados en
diversos puntos.

POMPEYO. (Para sí.)

Pasos, ¿dónde me llevas?
Mas no sabéis que me guía

La misma desdicha mía,
Pues la vida sustentais.
Mirad que á la muerte vais:
No vais, pasos, tan ligeros;
Que bien puede deteneros
La novedad destes casos.
Vamos poco á poco, pasos;
Que habeis de ser los postreros.

Acaso fué fantasía
Todo su seny valor,
Yo pienso que fué el amor
Autor de la tiranía.
Tan alta fama tenía,
Que era Alejandro segundo
En tierra y en mar profundo;
Pero mujer le engañó,
Disculpa que nos dejó
El primer hombre del mundo.
Casa en que dije mil veces
Que estaban mis tres potencias,
¿Qué notables diferencias!
Qué triste vida me ofreces!
Un infierno me paraces
En llamas, iras y penas,
A que desde hoy me condenas
Con mis tres hijas por furias;
Que esto pueden las injurias,
Aunque por culpas ajenas.

LIBIO. (Ap. á su gente.)

Llegad agora, metiendo
Mano.

POMPEYO.

¿Qué es esto?

PERSIO.

Que muerdes.

POMPEYO.

¿A mí? ¡Traidores!

OTAVIO.

No hará,
Porque habrá quien le defienda.
(Acuchillanse.)

FINEO.

Huid, ladrones infames.

OTAVIO.

¡Oh buen Fineo!

(Huyen Libio y los suyos.)

ESCENA XI.

POMPEYO, OTAVIO, FINEO.

POMPEYO.

No sea,
Mancebo ilustre, el seguirlos
Ocasión para que pierdas
La vitoria que has tenido.

OTAVIO.

¿Sabes por dicha quién eran?

POMPEYO.

Uno pienso que conozco,
Y ese presumo que lleva
El castigo de tu mano.

OTAVIO.

¡Ojalá que todos fueran!

POMPEYO.

Envaina el acero noble,
Y que te bese me deja
Los pies.

OTAVIO.

Señor, ¿eso haces?

POMPEYO.

¿No es justo que te agradezca
Háberme dado la vida?

OTAVIO.

Quién podía defenderla

¡ Parece que falta aquí una décima.

Con tanto brío, no es justo
Que á ningún hombre la deba.

POMPEYO.

Tu calidad preguntará;
Pero vese en tu presencia.
Tu nombre solo me di.

OTAVIO.

Bien sabes tú mi nobleza.
Sangre soy de los Adornos.

POMPEYO.

Y la mejor desta tierra.

OTAVIO.

Fabio Adorno fué mi padre.

POMPEYO.

La patria se le confiesa
Agradecida.

OTAVIO.

Es mi nombre

Otavio.

POMPEYO.

Otavio, quisiera,
Pues estamos en mi casa,
Que parte de aquesta deuda
Te pudiera agradecer.
(Vanse.)

Salen en casa de Pompeyo.

ESCENA XII.

ELENA, FLORA, CASANDRA y FA-
BIA; despues, POMPEYO, OTAVIO y
FINEO.

ELENA.

¿Qué dices?

FLORA.

¿De qué te alteras?

ELENA.

De que dice que es mi padre.

FABIA.

No me engañé, pues ya llega.

(Salen Pompeyo, Otavio y Fineo.)

CASANDRA.

Señor, ¿qué es esto que dicen?
¿Tú espadas! ¿Tú, que en Florencia
Eres el mayor gobierno!

POMPEYO.

Hijas, no he dejado al César
Con gusto, ni yo le truje;
Antes con mortal tristeza,
Pues no aguardé mis criados,
Vine á deciros mi pena.
Pero apenas vi esta calle,
Cuando de mi propia puerta
Salió Libio con tres hombres;
Libio, por vengar la ofensa
De no le dar á Casandra
Por no hacerla á mi nobleza.
¡Gracias á Dios que este ilustre
Mancebo, que de Florencia
Es lo mejor, me ha librado!
Agradecedle la deuda
En que os ha puesto; que yo
No tener vida quisiera,
Pues no merece este nombre
Vida que su dueño afrenta.

ELENA.

A tan grande obligación
¿Qué palabras hay que puedan
Satisfacer?

OTAVIO.

Yo, señoras,
Iba, como el traje os muestra,
A tomar postas; que voy
A Roma: vi la pendencia,
Sequé la espada... No hice

Cosa de importancia en ella;
Que el señor Pompeyo es hombre
Ejercitado en la guerra,
Y los hiciera pedazos.

FINEO.

Con todo eso, se llevan
Ciertos tantos de camino
Para que otra vez no vuelvan.

POMPEYO.

Otavio, mi obligacion
Y mi amor, en competencia,
Quisieran darte algun premio;
Y aunque de alguna riqueza
Hay joyas en esta casa,
No igualan á las tres prendas
Que estás mirando. Si acaso,
Para que mi hijo seas,
Alguna dellas te agrada,
Dime cuál es; que con ella
Te daré diez mil ducados;
Que mi hacienda valdrá treinta.

OTAVIO.

Bésoos mil veces las manos
Por tanto honor.

POMPEYO.

Si te quedas
En mi casa, así has de honrarla.
¿Quieres á la hermosa Elena
Ó á Flora? Escoge.

OTAVIO.

Señor,
Ya que París me contempla
Mi fortuna, mas me agrada
Casandra.

POMPEYO.

No hablemos della;
Qu: hay un grande inconveniente.

OTAVIO.

Pues, Señor, como no sea
Casandra, cesa el partido.—
Perdonad, señoras bellas;
Que amor ha sido la causa.

ELENA.

Vuestra eleccion es tan cuerda,
Que nadie puede culpalla.

OTAVIO.

Qu: te obliga á que no puedas
Darne á Casandra?

POMPEYO.

No sé.

FABIA.

Golpes han dado á la puerta,
Y re ponden que es Oton.

POMPEYO.

Eso te doy por respuesta.—
Llévadle por el jardín;

Que no quiero que le vea. (Vase.)

ESCENA XIII.

CASANDRA, OTAVIO, ELENA,
FLORA, FABIA, FINEO.

CASANDRA.

¡Ay Otavio! ¿quieres darme
La muerte?

OTAVIO.

Matar quisiera
Mis celos. Pompeyo es noble.
¿Dentro de su casa el César!
¿Oton, Casandra, en su casa?

FINEO.

Tú b: rás que Pompeyo entienda
Tus celos.

OTAVIO.

Déme la muerte,
Si darme vida desea,

Pues no tengo agora en mi
Cosa que mas aborrezca.
(Vase.)

ESCENA XIV.

OTON, POMPEYO.

OTON.

¿Quién no dirá que somos muy amigos,
Pompeyo, visitándote en tu casa?

POMPEYO.

Yo no quisiera deste amor testigos.

OTON.

Con la noche, Pompeyo, todo pasa.

POMPEYO.

¿Qué piensas que dirán mis enemigos.
A quien de mi favor la envidia abrasa?

OTON.

Que sola la amistad en cosas tales
Junta, enlaza y iguala desiguales.
¿Has hablado á Casandra, padre mio?
¿Hasle dicho el estado en que me ha

POMPEYO.

[puesto?

No he podido, Señor, aunque porfio,
Demás de ser muy presto.

OTON.

Un año ¿es presto?

POMPEYO.

¿Un año?

OTON.

Dije mal. ¿Qué desvario!
Un siglo y mas, despues que hablamos
Háblala; que yo quiero retirado [desto.
Oír lo que responde á mi cuidado.

POMPEYO.

Tiemblo, por Dios; pero si obedecerte
Es fuerza (que justicia no es posible),
Yo la hablaré.—Casandra, escucha, ad-
[vierte...

Aquí está nuestro rey, hombre invenci-
Quírele tú; que dice que tu suerte [ble.
Será dichosa; que el furor terrible
De amor le lleva á no mirar mis daños,
Precipitado de sus verdes años.
Agradece, Casandra, que te adora,
Puesto que te parezca barbarismo
Hablarte un padre, que el dolor que llora
Puede templar el fuego del abismo.

OTON.

Pompeyo, aquí no está Casandra agora.
¿Con quién estás hablando?

POMPEYO.

Si es lo mismo
Para no te quier eternamente, [te?
¿Qué importa que esté ausente ni presen-
OTON.

Pompeyo, poco á poco, y está cierto
Que si tu larga edad no respetara,
Y esas lágrimas que hoy pasan el puerto
De la nieve que ya cubre tu cara,
Con una voz á quien te hubiera muerto
Llamara y de tu agravio me vengara.

POMPEYO.

Cuando esta enemistad te mueva á ira,
Que somos César y Pompeyo mira.

ESCENA XV.

CASANDRA. — Dichos.

CASANDRA. (Ap. á su padre.)

Ya se fué Otavio, Señor.

OTON. (Ap.)

Aquí me quiero apartar. (Retrass.)

POMPEYO.

Hija, yo te quiero hablar.

CASANDRA. (Ap.)

¿Si sabe acaso mi amor?

POMPEYO.

Casandra, el Emperador
Está de suerte por tí,
Que me ruega y manda á mí
Que te diga y mande luego
Que le quieras: mando y ruego
Que tiene tu muerte en sí.
¿Cómo te podré rogar
Ni mandar cosa tan ciega,
Aunque él como amante ruega
Lo que rey puede mandar?
Yo digo que esto es forzar,
Y que no es mando ni ruego,
Si es juez amor y es ciego;
Pero mas lo viene á ser,
Pues lo confirma el poder
Con *ejecútese luego*.
Dícame que está su vida
En tí, Casandra, y me advierte
De que tú serás su muerte,
Y yo seré su homicida;
Que ser ó no ser perdida
Consiste en los dos; y así,
Vengo á ser tercero aquí,
Y á rogarte que le quieras,
Porque la infamia que esperas,
Comience, Casandra, en mí.

CASANDRA.

Padre mio, si el Rey manda
Cosas que son contra ley,
Deja entonces de ser rey,
Y en vez de mandar, desmanda.
¿Para qué con ruegos anda
En cosas que son injustas?
Y pues que tú te disgustas,
¿Para qué me persuades,
Pues obedecer maldades
No son obediencias justas?
El Rey es rey, el honor
Es honor, entrambos reyes
Deben tener unas leyes
Y observallas con rigor.
Amor, en fin, es amor,
El poder al fin poder;
Pero es menester saber
Quién destos tiene la culpa;
Que siempre al hombre disculpa
Que dió la causa mujer.
Con esto se cierra y jura;
Que solo sabe este nombre,
Y lo que es vicio en el hombre
Es culpa de la hermosura.
¿Oh cómo fuera ventura
Que, por excusar enojos,
Nacieran (pues los antojos
Han hecho daño infinito)
Los hombres sin apetito,
Y las mujeres sin ojos!
No sé qué diga de mí
Mas de que culpa he tenido
En irle á ver; que esta ha sido
La causa que á Oton le di.
Confieso que á verle fui,
Pero no á darle ocasion;
Y pues pagar es razon
La que debo haberle dado,
Déjame, padre, el cuidado
De volver por tu opinion;
Que si bramase en el toro
Del tirano de Agrigento,
Tu honor y mi pensamiento
Tendrán un mismo decoro.
Perlas, piedras, plata y oro—
No tienen, padre, poder
Para la mas vil mujer;
Y aunque la muerte la asombre,

Para que se rinda al hombre,
Si dice que no ha de ser.

OTON. (Ap.)

A escuchar mejor mi mal
Quiero acercarme á los dos.

POMPEYO.

¡Ay hija! bien sabe Dios
Que á mi pensamiento igual
Fue tu respuesta leal;
Pero cuando están rendidos
Poderosos atrevidos
A sus deleites y antojos,
Hasta contentar los ojos
Ponen guarda á los oídos.
¿No has visto enfermo á un señor,
Y fabricar en la calle
Un palenque, por no darte
Pena con ningún rumor?
Pues así cuando de amor,
De deudas y de cuidados,
Quieren estar retirados,
Fabrican, desconocidos,
Defensas á los oídos
Por no escuchar agraviados.
El me dice que es traición
Ser autor de la hermosura
Que le dió muerte segura,
Pues fui primera ocasión;
Que quito, prosigue Oton,
Rey al imperio, si él muere,
Por no le dar lo que quiere;
Y yo no quiero incurrir
En su muerte, ni vivir
Si tanta deshonra adquiéres.
Tú, hija del alma mía,
Hoy morirás por mi mano,
Antes que el poder tirano
Venga tu honesta porfia.
Para que en mi sangre fría
La que en esta daga lleve
A darme su fuerza pruebe
Para matarme mejor,
Aunque yo sé que el dolor
Hará entonces lo que debe.

OTON. (Deteniendo á Pompeyo.)
¿Qué haces!

POMPEYO.

Ya ¿no lo ha visto,
Señor, vuestra majestad?
La rebelde voluntad
De mi Casandra conquistó.
Con esta daga resisto
El valor de su respuesta,
Porque la miro dispuesta
Para no me obedecer;
Que dice que no ha de ser,
Si vida y alma le cuesta.

CASANDRA.

Lo mismo vuelvo á decir, -
No porque no haya qué amar
Es tu valor singular,
Qué estimar y preferir;
Sino para no vivir,
César, perdido el honor;
Que puesto que emperador,
Eso es bueno para tí,
Pero mi honor para mí
Debe de ser lo mejor.
¿Piensas tú que no te quiero,
Que no te estimo y te adoro,
Y que tu real decoro
A ningún mortal prefiero?
Piensas tú que persevero
Por soberbia en tal porfia?
No, Señor; pero querría
Estimar tanto mi honor,
Que fuese mas mi valor
Que tu inmensa monarquía.
Querría, César, dejar
Un ejemplo á las mujeres,

Que á vuestros vanos placeres
No diese tanto lugar.
Que Lucrecia es de alabar,
Pero no de cuerda y fuerte;
Que su castidad se advierte
Después de haber sido necia;
Y yo quiero ser Lucrecia
En solo darme la muerte.

OTON.

¡Fabricio, Rodulfo, Alberto!

ESCENA XVI.

ALBERTO, RODULFO, FABRICIO. —
DICHOS.

RODULFO.

¡Señor!...

OTON.

Entrad, escuchad
La mas notable piedad
Con el mayor desconcierto.

ESCENA XVII.

ELENA, OTAVIO, FLORA, FABIA,
FINEO. — DICHOS.

ELENA. (Dentro.)

Entra, Otavio, que le han muerto.
(Salen Otavio, Elena, Flora, Fabia
y Fineo.)

OTAVIO.

Vivo está. ¿De qué te admiras?

FLORA.

Desprecios se vuelven iras.

OTON.

¿Qué gente es esta que ha entrado?

ALBERTO.

Ya te han visto; que has llamado
Con tus voces cuantos miras.

POMPEYO.

Señor, mi familia es.
Vendrán acaso á llorarme,
Viendo que quieres matarme,
Y que han subido los tres.
De que la puerta me des
Estoy contento, Señor.
Pues que muero con valor;
Que viendo mi resistencia,
No se dirá por Florencia
Que me has quitado el honor.

OTON.

Ahora bien, Pompeyo, di:
Si Casandra se casara,
¿A quién la afrenta tocara?
¿A su marido, ó á tí?

POMPEYO.

No puede tocarme á mí,
Si está casada, Señor.

OTON.

Pues busca alguno que amor
Le obligue, si puede ser,
Porque siendo su mujer,
Le toque guardar su honor.

OTAVIO.

¡Dame vuestra majestad
Licencia de hablar!

OTON.

Si doy.

OTAVIO.

Pues yo su marido soy.

OTON.

¡Extraña temeridad!

OTAVIO.

Noble soy desta ciudad,
Otavio Adorno es mi nombre,
Gran César, y no te asombre
Que me oponga á tu poder

Y á guardar una mujer,
Cosa imposible en el hombre.
Muerto ó vivo, yo he querido
A su honor aventurarme,
Y aunque sé que has de matarme,
Quiero morir su marido.
Su mano, Señor, te pido,
Porque tengo tanto amor
A su hermosura y valor,
Que pretendo desde aquí
Que corra su honor por mí,
Porque no pierda su honor.

OTON.

Pensando estoy de los tres
El valor mas bien nacido
Que se ha visto ni se ha oído,
Si no le venzo después.
Pompeyo parece que es
Un castillo de valor
Con barbacana de amor,
Casandra una torre fuerte
Que se resiste á la muerte,
Y Otavio un monte de amor.
Pero no se ha de decir
Qué me habeis aventajado;
Que he de salir coronado
De mas vitoria, ó morir.
Yo me sabré resistir
Para ganar esta gloria
Y dejar de mí memoria
Contra amor, contra su abismo;
Porque vencerse á sí mismo
Llaman *La mayor vitoria*.
Yo quiero vencer mi nombre
Y estimar mi pensamiento
Por el mayor vencimiento
Que pudo caber en hombre.
Desto la Italia se asombre,
No de las armas y gloria
Que me dan eterna historia,
Pues solo quien se venció
A sí mismo, ese alcanzó
Solo *La mayor vitoria*.
A fe de rey, de cumplir
La palabra que aquí os doy
(Ya sabeis todos quién soy),
Aunque supiese morir.
Bien puede Otavio vivir
Seguro de mi poder;
Yo se la doy por mujer:
Déle la mano seguro,
Porque en este punto os juro
Que me acabo de vencer.
Oid, Pompeyo, dos cosas:
El ducado de Ferrara
Doy á Otavio con su esposa.

CASANDRA.

Vivas, Señor, muchos años.

OTAVIO.

Tu grandeza te responda.

OTON.

A Alberto y Rodulfo quiero
Casar con Elena y Flora.

ALBERTO.

Dicha es mía.

ELENA.

Vuestra soy.

FLORA.

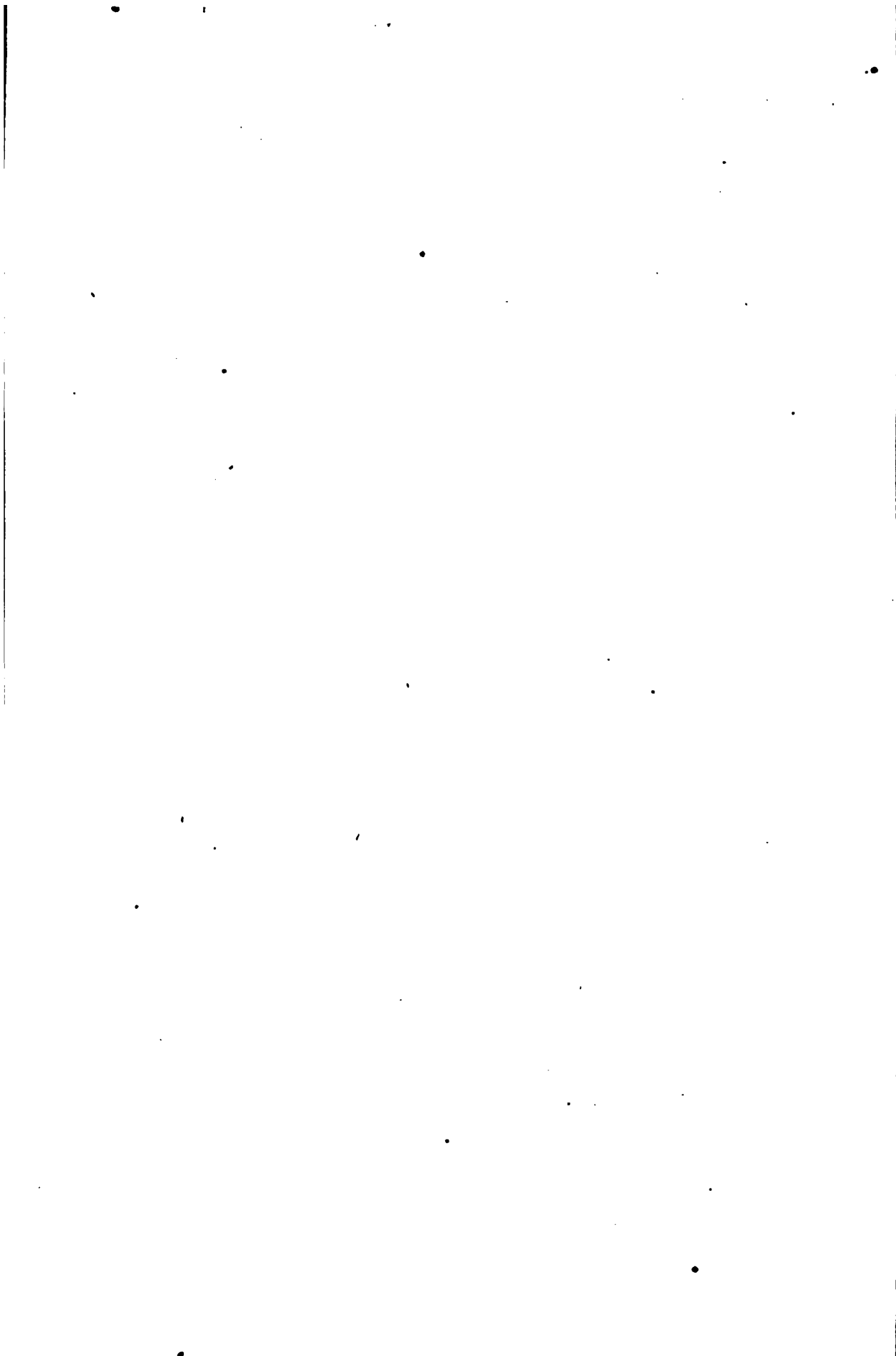
Y yo en ser vuestra dichosa.

FINEO.

Y ¿no me darán á mí
Aquella moza redonda?

OTAVIO.

En diciendo que se acaba
Aquí *La mayor vitoria*;
Que no lo será pequeña,
Si nos haceis tanta honra,
Que recibais los deseos
Adonde faltan las obras.



PORFIANDO VENCE AMOR.

PERSONAS.

EL REY DE HUNGRÍA.
CÁRLOS.
ALEJANDRO.
LEONARDA.
LUCINDA.
OTAVIO.

FABIO.
CELIA.
INÉS.
ARMINDO.
FELINO, *labrador*.
ALBANO.

SIRENA.
RUTILIO.
ALCINDO.
UN SECRETARIO.
UN ESCUDERO.
PRETENDIENTES.

CRÍADOS.
GUARDAS.
LABRADORES.
MÚSICOS.
ACOMPANAMIENTO.
GENTE.

La escena es en la corte de Hungría y en otros puntos.

ACTO PRIMERO.

Sala del real palacio.

ESCENA PRIMERA.

ALEJANDRO, LEONARDA, CELIA,
ARMINDO.

ALEJANDRO.
Pensaba yo que el amor
En méritos consistía.

LEONARDA.
Pensó bien vuesañoría,
Si tuviera vista amor.

ALEJANDRO.
Decis bien, pues le habeis puesto
En quien no le mereció.

LEONARDA.
Basta que le tenga yo,
Para saber que es honesto.

ALEJANDRO.
Querer á Cárlos es culpa,
Aunque viva amor sin ley.

LEONARDA.
Basta que le quiera el Rey,
Para que tenga disculpa.

ALEJANDRO.
El Rey le quiere, engañado
De honras y de estrellas.

LEONARDA.
Pues lo mismo pueden ellas
Haber mi amor obligado.

ALEJANDRO.
¿Qué ciencia vuestro conceto
De sus partes pudo hacer?

LEONARDA.
Todas las que puede haber
En un amable sugeto.

ALEJANDRO.
¿Tiene Cárlos parte alguna
Mas que fortuna y privanza?

LEONARDA.
Quien por méritos la alcanza,
Poco debe á su fortuna.

ALEJANDRO.
De tantos que os estimaban,
¿Hacéis injusta elección?

LEONARDA.
Cuando no fuera razon,
Mis pretensiones bastaban.

ALEJANDRO.
¿De suerte que está fundado
Este amor en interés?

LEONARDA.
Comenzó; pero despues
Sus partes le han aumentado.

ALEJANDRO.
Si vos me quereis, tambien
Podré yo favoreceros.

LEONARDA.
¿Cómo puedo yo quereros,
Queriendo, y diciendo á quién?

ALEJANDRO.
Si la mudanza es mejor,
¿Cómo puede ser culpable?

LEONARDA.
Y ¿qué mujer, si es mudable,
Merece en el mundo honor?
Y porque tengo temor
De que hablar con vos me vea,
Me voy; que no es bien que crea
Que le doy celos con vos.
Dios os guarde.

ALEJANDRO.
Guárdeos Dios.

LEONARDA.
Para que de Cárlos sea.
(*Vanse ella y Celia.*)

ESCENA II.

ALEJANDRO, ARMINDO.

ARMINDO.
¿Agora estarás contento,
Que Leonarda te ha escuchado?

ALEJANDRO.
Nunca mas desesperado
Se ha visto mi pensamiento.
Propuse á Cárlos, pensando
Que negara su afición,
Su estado, honor y opinion
Y su respeto mirando;
Y díjome, sin vestir
Su jazmin solo un clavel,
Que tenia puesta en él
La esperanza de vivir,
Y que le habia obligado
Lo que Cárlos merecia,
Y lo que el Rey le queria
Para volver á su estado;
Y que de tanta privanza
No debia cosa alguna
Al favor de su fortuna.
Quien por su virtud la alcanza;
Que, fuera de ser verdad
Que sus pretensiones fueron
Las que la causa le dieron
De admitir su voluntad,
El ser amable sugeto
Aumentó despues su amor.
Necio sufrí su rigor,

Mi agravio callé discreto;
Mas ¡viven los altos cielos,
Loca Leonarda, atrevida,
Que me ha de costar la vida,
Ó que he de vengar mis celos!
Dos envidias tengo en mí,
De su amor y su privanza:
Entrambas piden venganza.

ARMINDO.
Detente; que viene aquí
Escuchando pretendientes;
Que tiempo habrá de buscar
El modo, el tiempo, el lugar
En que la venganza intente.

ESCENA III.

CÁRLOS, LUCINDA, INÉS, FABIO,
PRETENDIENTES. — DICHO.

CÁRLOS.
¿Tan gran señora en mi audiencia!

FABIO.
Grandes negocios la obligan.

LUCINDA.
Vuesañoría me dé
La mano.

CÁRLOS.
No lo permita
La pretension del favor;
Antes vos honrad la mia
Con darme á besar la vuestra.

LUCINDA.
Quien pretende y solicita
Vuestra gracia, mas desea
Verdades que cortesias;
Y advertid, Cárlos, que temo
Vuestra mano desde el día
De aquel rio, del olvido
Para vos, pues se os olvida.
(*Hablan aparte Cárlos y Lucinda.*)

ALEJANDRO. (*Ap. á Armindo.*)
Armindo, ¿qué te parece
Del modo con que se humillan
Tales señoras á Cárlos?

ARMINDO.
¿Qué quieres? Si Cárlos priva,
La república del mundo
La de los cielos imita.
A los santos ¡no rogamus,
Para que ellos á Dios pidan
Lo que habemos menester?
Pues ¡de qué, Señor, te admiras
Que imite la tierra al cielo,
Y que ruegue á los que privan?

ALEJANDRO.
Sí, pero estoy envidioso;
Y en el cielo no hay envidia.

ARMANDO.
Dejarla ó satisfacerla.

ALEJANDRO.
¿Ves esta torre que aspira
A medir la frente al sol?
Pues hoy con fatal ruina
Ha de venir á la tierra.

ARMANDO.
¿Con qué?
ALEJANDRO.
Con una mentira.
(*Vanse Alejandro y Armando.*)

ESCENA IV.

CÁRLOS, LUCINDA, INÉS, FABIO,
PRETENDIENTES.

CÁRLOS.
Pues ; para mí memoriales !
LUCINDA.

A quien tiene tan perdida
La memoria , son forzosos.

CÁRLOS.
Quien sirve, señora mía,
No es libre ; y aquí en palacio,
Aunque es verdad que cautivan
Grillos y cadenas de oro,
Tan dulcemente nos quitan
El tiempo y la libertad,
Que antes se acaba la vida
Que gocemos con descanso
Un día de tantos días.

LUCINDA.
¿Un hora puede faltar
Para hacer una visita?
Ahora bien , Cárlas, leed
El memorial.

CÁRLOS.
Holgaría
Que fuese cosa en que yo
Con su majestad os sirva.
(*Lee.*) « Lucinda , amante de Cárlas,
» Al rey Amor le suplica
» Que el que le debe y le niega,
» Le mande pagar. — *Lucinda.* »
¿Qué gracioso memorial !
Este negocio tenía
Vuesñoría en palacio?

LUCINDA.
Una mujer noble y rica,
Con un hermano en la guerra,
Que su obligacion olvida,
¿Qué tiene que pretender
Sino casarse ella misma
Con quien tan bien lo merece?
¿Qué responde Amor?

CÁRLOS.
Replica
Que para daros respuesta
Bide el término de un día,
Y que Fabio os llevará,
Que es persona fidedigna,
Decretado el memorial.

LUCINDA.
Yo me voy agradecida
A la esperanza , que ya
Cuanto pretendo confirma.

FABIO. (*Ap. á Inés.*)
Y ella ¿ trae algun despacho?

INÉS.
No soy de las que anticipan
La voluntad á los hombres.
Miro despues que me miran,
Hablo despues que me hablan,
Quiero despues de querida;
Que no soy como mi ama,

Que de la primera vista
De Cárlas, anda en los aires.

FABIO.
Notable bellaquería
Tienes escrita en los ojos.
(*Vanse Lucinda, Inés y los preten-*
dientes.)

ESCENA V.

CÁRLOS, FABIO.

CÁRLOS.
Fabio...
FABIO.
Señor...

CÁRLOS.
En mi vida
Vi mas gracioso donaire.
El memorial contenía
Que le pagase el amor
Que dese rio en la orilla
Le debo, desde una tarde
Que con otras damas iba,
Y las truje á la ciudad.
FABIO.
Es altamente nacida
Esta señora.
CÁRLOS.
¿Qué importa,
Si por esa razon misma
No merece que la engañe?
Porque imposible sería
Querer, queriendo á Leonarda.

FABIO.
Leonarda, Señor, es digna
De tu amor ; pero los hombres
No son doncellas que libran
Su honor á sus casamientos,
Y como pollas se crían
Para solamente un gallo.
Del hombre la bizarria
Es ser galan para todas :
A la linda, porque es linda ;
A la sabia, porque es sabia ;
A la limpia, porque es limpia.
Todas merecen amor,
Que una sola es bohería,
Como no pasen , se entiende,
Desde treinta y siete arriba. (*Vase.*)

ESCENA VI.

EL REY. — CÁRLOS.

REY.
Cárlas...
CÁRLOS.
Rey invictísimo...
REY.
No tengo
Otro mayor descanso en mis cuidados,
Cuando contigo á conferirlos vengo,
Que verlos, si no en todo remediados,
En parte de su pena remitidos
Y á mejor esperanza levantados.

CÁRLOS.
Siempre están mis deseos prevenidos
A tu servicio, como dueño solo
Del alma, que gobierna mis sentidos.
Unico rey, como en el cielo Apolo,
Das luz á todo el orbe de mi vida :
Su movimiento es tu dorado polo.

REY.
La guerra , á los confines reducida
De Hungría por el Conde, mi cuñado,
Primero ejecutada que temida,
Siendo ambicion de dilatar su estado,
Pide tan grave y breve resistencia,

Que quede arrepentido y castigado.
¿Quién te parece á tí que con prudencia
Gobernará el baston desta jornada?

CÁRLOS.
Señor, aunque es tan alta preeminencia
Fíalde á mi juicio y á mi espada ; [cia,
Que amor me enseñará lo que hacer
[debo,
Pues quien sirve con él no yerra en na-
[da.

REY.
No es tu valor á mi experiencia nuevo ;
Mas no querrá mi amor sufrir tu ausen-
[cia,
Y aunque importara tanto, no me atre-
[vo.

CÁRLOS.
Tanto favor, Señor, me da licencia
A pedirte humillado que permitas
Que vaya á hacer al Conde resistencia.

REY.
En vano la jornada solicitas. [tace.
Que no sientas mi ausencia me entris-
CÁRLOS.

CÁRLOS.
Reconozco mercedes infinitas ;
Pero el deseo de servir merece
Perdon, si amor es culpa.

REY.
Dime, Cárlas,
¿Quién de los caballeros te parece
Mejor para el baston?

CÁRLOS.
Puede envidiarios
El águila dorada en su defensa,
Y los mayores reyes estimarlos ;
Mas cuanto á mí, sin que reciba ofensa,
El de mayor valor que tiene Hungría...

REY.
Míralo bien.
CÁRLOS.
Que es Alejandro piense
El de mas experiencia y gallardía.
Es gran soldado el Duque generoso.

REY.
La buena dicha capitanes cria.
CÁRLOS.
Alejandro merece ser dichoso
Por sangre, por virtud y por la espada.

REY.
Cuandono fuera el nombre vitorioso,
No quiero yo contradecirte en nada.
Pero ¿no era mejor el conde Otavio?

CÁRLOS.
Será mejor, si á tí, Señor, te agrada.
Otavio es valeroso, cuerdo y sabio.

REY.
Sea Alejandro, Cárlas, si tú quieres.
CÁRLOS.
Recibiera, Señor, tu gusto agravio,
Pues á mí humilde voto le prefieres.

REY.
Parte, y al Conde le dirás mi intento :
CÁRLOS.
Es justa cosa que del Conde esperes
Lograr en esta empresa el pensamien-
(*Vase.*) [to.

ESCENA VII.

ALEJANDRO. — EL REY.

ALEJANDRO.
Notablemente se esfuerza,
Señor, la guerra del Conde.
REY.
A su intencion corresponde
La deslealtad y la fuerza.

Al conde Otavio le doy
El cargo desta jornada.

ALEJANDRO.

De su prudencia y su espada,
Señor, satisfecho estoy.

REY.

Cárlas el baston pedía;
Mas no se le concedí
Por no apartarle de mí.

ALEJANDRO.

¡Cárlas!

REY.

Pues bien, ¿no podía
Cárlas llevar el baston
Desta empresa?

ALEJANDRO.

¡Quién pudiera

hablar!

REY.

Pues ¿no mereciera
Cárlas en esta ocasion
Lo que el mas noble de Hungría?

ALEJANDRO.

Mil cosas, Señor, están
Escondidas, que saldrán
Descubiertas algun día.
El vivir de engaños llenos
Los reyes causa tambien
Que todo lo que no ven
Lo ven con ojos ajenos.
De aquí nace no poder
Remediar lo porvenir,
Porque ven por el oír,
Oyendo lo que han de ver.
A Cárlas habeis criado,
Y teneis tanto amor,
Que es imposible, Señor,
Que vivais desengañado;
Pero, porque cumpla yo
Con la lealtad que he nacido,
Que no le enviéis os pido
A esta guerra.

REY.

¿Por qué no?
¿Haos dicho la envidia acaso
Que no hay en Cárlas valor?

ALEJANDRO.

Yo cumplo en esto, Señor,
Mi obligacion; y así, paso
A negocios diferentes.

REY.

No se ha de quedar así.

ALEJANDRO.

Es bajeza, y mas en mí,
Hablar mal de los ausentes.

REY.

Aun no son las suspensiones
Entre iguales cortesía,
Porque es matar con sangría
Ir suspendiendo razones.
Decid pues lo que pensais
De Cárlas; pero advirtiéndolo
Que se ha de probar, en viendo
Que en el honor le tocais.

ALEJANDRO.

¿Qué hay que deciros, Señor?
Cárlas con el Conde os vende,
Y con el baston pretende,
No la ambicion deste honor,
Sino entregalle la tierra,
Y el Conde le ha prometido
Su hija.

REY.

Mucho el oído
De un hombre como vos yerra
En dar crédito á la envidia:
Y no me habéis mas en esto;
Que pienso que el alto puesto

Os desvanece y fastidia,
En que veis á Cárlas.

ALEJANDRO.

Yo
No os lo pensaba decir,
Temiendo el veros sentir
Su agravio, que el vuestro no.

REY.

Pues ¿cómo quereis que crea
De Cárlas tal deslealtad?

ALEJANDRO.

Como puede ser verdad.

REY.

No es posible que lo sea.

ALEJANDRO.

¿No están las historias llenas
De traidores alevosos?

REY.

Tambien lo están de envidiosos
De las privanzas ajenas.

ALEJANDRO.

A quien le engaña, mil veces
Disculpa en su daño amor.

REY.

Y ¡creer luego es error
En los reyes y los jueces?

ALEJANDRO.

Si una carta se cayó
En una visita á Cárlas
Del pecho, por sacar dél
De cierta dama un retrato,
Que cuanto digo confirma,
¿Será verdad?

REY.

En llegando
A la prueba de los ojos,
¿Cómo puede haber engaño?
ALEJANDRO. (Muestra al Rey una
carta.)

¿Es esta su firma?

REY.

Si,
Esta es su firma, Alejandro;
La letra no, porque es cifra.

ALEJANDRO.

Yo amaba á Cárlas, y tanto
Como vos; pero de celos
Desta dama, y con cuidado
De mi vida, saber quise
De la cifra el desengaño;
Y hallé, Señor, quien me dió
Este traslado: tan raros
Ingenios hay en los hombres.
(Muéstrale otro papel.)

REY.

El viene: las cartas guardo;
Que vos y yo las veremos
Con secreto y con espacio.

ESCENA VIII.

CÁRLOS, EL CONDE OTAVIO,
FABIO. — Dicen.

CÁRLOS.

Aquí está el conde Otavio.

REY.

Ya presumo
Que Cárlas os ha dicho lo que os quiero.

OTAVIO.

Yo cuanto puedo responder resumo
En que serviros con el alma espero.

REY.

El conde Vincislao, fundando en humo
De su ambicion y de su intento fiero
Las esperanzas desta injusta guerra,

Quejas da al cielo y rayos á la tierra.
Juntad la gente que en tan larga copia
Levaron la pasada primavera
Mis capitanes; que la empresa propia
Os llama alegre, y victorioso espera.

OTAVIO.

Aunque parece á mi humildad impropia
Esta arrogancia, haré que la bandera
De vuestras armas la celeste parte
Haga temblar adonde reina Marte.
De turcos dicen que se vale el Conde,
Vuestro cuñado, en el confin de Hun-
Pero yo los haré volver adonde [gría;
La Escitia helada el mismo fuego enfria.

REY.

Otavio, la promesa corresponde
A vuestra generosa valentía.
Venid los dos conmigo.

OTAVIO. (Ap.)

¡Cosa rara!

Aun no ha mirado á Cárlas á la cara.
(Vase el Rey con Alejandro y Otavio.)

ESCENA IX.

CÁRLOS, FABIO.

FABIO.

Si el Rey te diera el baston
De aquesta empresa, no hubiera
Cosa que mas te subiera
A la estrellada region;
Pero el tenerte aficion
De tanto honor te desvia.

CÁRLOS.

Pedíle con osadía,
Y él con amor le negó;
Que parece que entendió
Lo que á Leonarda queria,
Cuya ausencia me mata
Con tanto extremo la adoro.
Pero el honor es decoro
Que en ningún amor repara.

FABIO.

Hoy, que nunca yo pasara
Por la calle de Lucinda,
Con dulce risa me brindó;
Llego á ver lo que me manda;
Que una mano tierna y blanda
No hay corazon que no rinda.
Dijome: «Aquel tu señor
Mal despacha memoriales;»
Y encendiendo dos corales,
Salió con bachas amor.
Pierdo entonces el temor,
Y digo: «Yo le traeré
A veros.» ¿Cómo diré
Que perlas mostró la risa?
Pero guardólas aprisa,
Y sin ellas me quedé.
Finalmente, aunque Leonard.
Te rinda, es justo, Señor,
Ser mas cortés de tu amor
Con quien tu favor aguarda.
A tu persona gallarda
Se inclinan cuantas te ven
Discreto y galan tambien;
Pero el ser favorecido
Del Rey, la mas parte ha sido
Para que te quieran bien.
Las gracias de Efestion
Alejandro las hacia;
La aurora en que viene el día,
Bostezos de Febo son.
De un príncipe la aficion
Es premática inviolable;
Que como él de un hombre hable,
A todos, Señor, es justo
Que les parezca admirable.

CÁRLOS.

De manera que ¡el favor
Me ha dado merecimiento?

FABIO.

Es de tus partes aumento
El tenerte el Rey amor.
¿Qué ingenio no hará mayor
Su afición? Qué gentileza,
Qué virtud, gracia y destreza?

CÁRLOS.

Si; pero en toda ocasión
Ha de dar mas opinión
La verdad que la grandeza;
Si bien le deba al favor
Cuanto presumen de mí.

FABIO.

Esto considero en tí,
Sin ofender tu valor.

ESCENA X.

ALEJANDRO. — DICEOS.

ALEJANDRO.

Cárlos, el Rey, mi señor,
Me dió agora este papel.
No sé lo que viene en él;
Que él le escribió y le cerró,
Y dárosle me mandó.

CÁRLOS.

Turbado me habeis con él.
¡Su majestad... de su mano!...

ALEJANDRO.

El mismo. ¿De qué os altera?

CÁRLOS.

Nunca del daño que espera
Teme el corazón en vano.
Vile aquí menos humano,
Y no entiendo la ocasión.

FABIO.

Si los reyes hombres son,
Lee, Señor, no te asombres;
Que no siempre están los hombres
De una misma condición.

CÁRLOS.

(Lee.) «Cárlos, ved en qué lugar,
»De los que cerca teneis
»De la corte, estar quereis;
»Que tengo cierto pesar,
»Que me importa averiguar,
»De cosas poco fieles.
»Dad al Duque los papeles,
»Y salid dentro de un hora.»
No pido, Alejandro, agora
Que el secreto me reveles,
Que sería disparate;
Ni me causa alteración
Esta notificación,
Ni que el Rey tan mal me trate.
La envidia que me combate
Ha ejecutado la ira;
Solo el crédito me admira
Que ha dado su majestad
Contra mi limpia verdad,
En favor de la mentira.
Decide que mi inocencia
Saldrá á cumplir el destierro,
Aunque por ajeno yerro,
Con humildad y paciencia;
Que la segura conciencia
No puede temer castigo.
—Y á vos solamente os digo
Que me pesa cuanto puede
De que el Rey, mi señor, quede
En poder de mi enemigo;
Que quien me ha puesto con él,
Porque envidia le obligó,
Desta suerte, pienso yo
Que no le será fiel.

¡Oh envidia, fiera cruel!
¡Oh rey, al sol semejante,
Que, cuando con luz constante
Mayor claridad enseña,
Le cubre nube pequeña
Que se le pone delante!
¡Qué firmeza tan extraña
A mi privanza le dió!
Qué día me amaneció!
Qué noche me desengañó!
Tal el sol las nubes baña
En oro cuando amanece,
Tal al mediodía crece,
Y al declinar de la tarde
Llama la noche cobarde,
Que en su lugar aparece.
Duerme el pájaro escondido
Entre las hojas y ramas,
Cuando en desmayadas llamas
Parte el sol medio dormido;
Llega el alcotán al nido,
Y arrojando al aire inclerto
El mal tejido concierto,
Las pajas de sangre baña:
Esta es, envidia, tu hazaña,
Y yo el pajarillo muerto.—
Vé, Fabio; y con esta llave...

ALEJANDRO.

No la deis; que hay mas rigor.
Vuestra casa un senador
Visita: es negocio grave,
Que el Rey solamente sabe.
Voy á tomar los papeles.
Dios sabe que estos crueles
Términos...

CÁRLOS.

No lo digais;
Que mi obediencia afrentais.
Y pues los amigos fieles
Se conocen en ausencia,
Hablad al Rey bien de mí.

ALEJANDRO.

Harélo, Cárlos, así
Con justa correspondencia.
Dadme los brazos.

CÁRLOS.

Paciencia,
Y obedecer al poder.
(Vase Alejandro.)

ESCENA XI.

LEONARDA, CELIA. — CÁRLOS,
FABIO.

FABIO.

¿Qué es lo que piensas hacer?

CÁRLOS.

Partirme, Fabio, á la aldea
Luego que á Leonarda vea,
A morir y á no la ver.

LEONARDA.

Dicha he tenido en hallarte;
Que hoy tengo necesidad
De hablar á su majestad.

CÁRLOS.

Pues; bien podré yo ayudarte!
Hoy desterrado se parte
Cárlos, Leonarda, á una aldea.
Desgraciada es bien que sea
La verdad, porque es hermosa;
Que ser la envidia dichosa
Debe de ser porque es fea.
Que salga dentro de un hora,
Me manda el Rey, de la corte.
Tú, de mis desdichas norte,
Como de mi noche aurora,
Por cuanto el alma te adora,
Pues es forzoso partirme,

Vive en mis fortunas firme;
Que en tanto podrá durar
La vida que has de animar,
Cuanto gustes de escribirme.

LEONARDA.

Hasme dejado de suerte
Con la nueva que me has dado,
Que ya mi vida ha tocado
Los umbrales de la muerte.
Vengo á hablar al Rey y á verte,
Y hallo en todo tal mudanza,
Que de tu desconfianza,
Y del pasado favor
Del Rey, á solo mi amor
Viene huyendo la esperanza.
¡Oh Cárlos! ¿Qué valimiento
De la envidia se escapó?
Qué virtud no derribó?
Qué verdad, qué entendimiento?
No por mis negocios siento
Tu caída, aunque mujer
Sin favor puede temer,
Pero por verte ausentar;
Que no puede haber pesar
Como dejarte de ver.
¿Quién pensara que pudiera
Olvidarte el Rey así,
Y que su amor contra tí
Crédito á la envidia diera?

CÁRLOS.

Sol el Rey, palacio esfera,
Sube terrestres vapores
A sus claros resplandores;
Y aunque él padece desmayos,
Tal vez que se engendran rayos,
Dan en las torres mayores.
Pero mirándolo bien,
¿Qué envidia tanto alcanzó,
Que la verdad padeció
Mas que el primero desden?

LEONARDA.

Parte, y los cielos te den,
Cárlos, igual la paciencia;
Que de mi correspondencia
Seguro puedes estar
Que no habrá roca en el mar
Como yo seré en tu ausencia.

CÁRLOS.

Así lo creo de tí,
Si no es que ya mi fortuna
No me deje parte alguna
Que me defienda de mí.
¿Piensas escribirme?

LEONARDA.

Sí;

Que, si no, ¿quién viviría?

CÁRLOS.

Pues, adios, Leonarda mía.

CELIA.

¿No me hablas, Fabio?

FABIO.

Estoy

Tan triste, que apenas soy,
Celia, el Fabio que solía.
Mira á Cárlos; cómo está
Llorando!

CELIA.

Y tú á mi señora.

¿Qué tiernas lágrimas llora!
Qué perlas al lienzo dal

CÁRLOS.

Acabó la envidia ya
Conmigo.

LEONARDA.

Y aun con los dos;

Pero la verdad con vos
Hará vitoria el agravio.
Adios, Cárlos.

CELIA.
Adios, Fabio.
CARLOS.
Leonarda, adios.
FABIO.
Celia, adios.
(Vanse.)

Sala en casa de Lucinda.

ESCENA XII.

LUCINDA, INÉS.

LUCINDA.
Pues nos ofrece la ocasion espacio,
La causa te diré de mi tormento.

INÉS.

Erraste en ver á Carlos en palacio.

LUCINDA.

No me deja vivir mi pensamiento.
Cuando la luz del único topacio
El celeste zafir cubre sangriento,
Comienza mi dolor, hasta que vuelve
Y el manto de la noche se resuelve;
Y cuando por las aguas reverbera,
Temo los rayos de la blanca aurora.

INÉS.

Comun sentencia ha sido y verdadera
Que el mal comunicado se mejora.

LUCINDA.

Estaba la florida primavera
Dando colores á la verde Flora,
Cuando salí mas libre y mas lozana
Que por abrí la cándida mañana.
Daba ocasion ese pequeño río,
Espejo de los árboles que baña,
Que antes de ser cristal líquido y frio,
Capa de plata fué de su montaña,
Que con otras amigas del igual brio,
A quien el tiempo y lo bizarro engaña,
Andábamos mirando en sus riberas
Hacer el agua con el aire esferas.
Todas por los enfaldos descubrían
Ricos manteos, que de rizas telas
Con las flores del prado competían;
Lirios, jazmin, ázar, rosas y espuelas
Ya por blancas arenas imprimían,
Breve cárcel del pié, negras chinelas,
Cuyas cintas, ó ya lazos los nombres,
Son liga de los ojos de los hombres,
Cuando Carlos, ¡ay Dios! como si fuera
De los dioses alguno que pintaba
La fabulosa edad, á la ribera
En su carroza como el sol bajaba.
Paró en nosotras la inquietud ligera
De los caballos, porque claro estaba
Que á mujeres, y solas, no podía
Carlos negar lo que á su edad debía.
Habló cortés, en fin, y la carroza
Para pasar el río nos ofrece
Con que las mas traviesas alborozas,
Y ver la opuesta margen les parece.
Así la libertad el tiempo goza,
Y lo que no se tiene se apecece.
Entré tambien, aunque callando esta-

ba,

Y presumo que fué porque miraba.
Pisan las ruedas la menuda arena,
Y los caballos, que á la orilla aspiran,
Al son del agua que, batida, sueña,
Pedazos de cristal al aire tiran;
Pero (que fuese traza ó fuese pena)
Ya con turbado anhélito respiran,
Y tropezando la portátil casa,
Ni atrás se queda ni adelante pasa.
Parando pues, hicimos aposento
Sobre el cristal del arenoso río,
Donde el donaire en uno y otro cuento

L.-III

Dió licencia al favor, despejo al brio.
Parecióme que Carlos mas atento
Que á las demás miraba tierno el mio,
Porque es en la mujer la confianza
Jurisdiccion que cuanto mira alcanza.
Mientras otros caballos añadieron,
De sí misma cayó la noche helada,
Y las estrellas contra mí salieron,
De Carlos, por su culpa, enamorada.
Sus manos á la vuelta se atrevieron,
No diré yo que estando descuidada;
Que, aunque vieron mis ojos que me

[asian,

No quise yo que vieses lo que vian.
Déjeme asir la mano... Poco digo:
Déjeme asir el alma, y en un punto
A puros pensamientos me persigo,
Y lo mismo que ignoro me pregunto.
Iba Carlos en sí, yo no conmigo;
Que amor para abrasarme todo junto
El fuego elemental tomó del cielo,
Y para Carlos la region del hielo.
Llegamos juntos (que no fué posible
Que nos dejase Carlos); yo, perdida,
Busqué á mi necio amor sueño imposi-

ble,

De varios pensamientos combatida.
Con este dulce mal, fuego apacible
Y tierna inclinacion con alma y vida,
Como la flor del sol le voy siguiendo,
Y, como ella las hojas, almas tiendo.
No hay fiesta, no hay carrera, plaza ó ca-

lle,

Parte, lugar ó campo donde asista,
En que falte Lucinda, aunque obligalle
No puede tanto amor, tanta conquista.
Hoy fui para vivir resuelta á habíalle;
Cortés le hallé al favor, dulce á la vista;
Mas no quiere entender mi pensamien-
Ni yo desengañar mi sufrimiento. [to,

ESCENA XIII.

RUTILIO. — DICHAS.

RUTILIO.

Bien me puedes por el porte
Osta carta dar tus manos.

LUCINDA.

¿De mi hermano son?

RUTILIO.

¿Por quién

Pidiera favores tantos?
Pero la guerra extranjera
No iguala la de palacio.

LUCINDA.

¿Por qué causa?

RUTILIO.

Porque el Rey

Dicen que destierra á Carlos,
Sin saberse la ocasion.

LUCINDA.

Si se sabe; porque tanto
Favor y amor ¿quién pudiera
Sino la envidia acabarlos?
Cosa imposible parece

Que á Carlos, laurel sagrado,
En tempestades de envidia
Pudiesen tocar los rayos.

¿Qué arquitectura del mundo
Tendrá los extremos altos
Seguros de su violencia?

Que bronce, que duro mármol,
Que mar tranquilo y dormido
No despiertan los contrarios

Golpes de los vientos fieros,
Que no respetan peñascos?

Pero por ventura es nueva
De las que el vulgo, inclinado

A novedades, inventa,

Siendo hermafrodita parto
De la envidia y la malicia,
Que va siguiendo los pasos
De la virtud, como sombra.

RUTILIO.

¿Cómo puede ser engaño,
Si á su puerta vi, Señora,
Su carroza y sus criados,
Que se parten á una aldea?

LUCINDA.

¡Tan aprieta!

RUTILIO.

Pues, ¿qué espacio
Dió jamás al que derriba
El poder, estando airado?

LUCINDA.

Bien dices; que la fortuna
Sube á un hombre paso á paso,
Y la envidia, como á vidrio,
De un golpe le hace pedazos.
Voy á ver si á Carlos veo,
Para que los dos partamos
Este golpe de fortuna,
El sufriendo y yo llorando.

(Vanse.)

Sala de una casa de pueblo.

ESCENA XIV.

FELINO, ALBANO.

FELINO.

¿Que Carlos, mi señor, viene á la aldea,
Y de asiento, decís? Para bien sea.

ALBANO.

Esta mañana amaneció, Felino,
Bien seguro de hacer este camino,
Y en un instante, como suele el cielo
Tefir el rostro del sereno velo
De pardas nubes, me llamó turbado,
Y me dijo que el Rey le había mandado
Que se fuese al lugar que de la corte
Estuviese mas cerca, y este elige.
«¿Qué casa quiereres que te lleve?», dijo.
Y él me mandó que cuanto pueda acorte
La ostentacion, y que prevenga casa
Como para quien ya la vida pasa
Sin mas cuidado que pasar la vida.

FELINO.

El alcalde tenía prevenida
Una danza de mozas del aldea;
Pero, pues viene triste, que no sea
Hasta que mude el tiempo la fortuna.
Mas ¿no pondrémos colgadura alguna
En estos aposentos?

ALBANO.

Solamente
Poned sillas y camas.

FELINO.

Y ¿qué gente
Trae de sus criados?

ALBANO.

No ha querido
Que venga nadie.

FELINO.

¿Qué suceso ha sido
El que á tanta tristeza le ha obligado?

ALBANO.

A Fabio solamente lo ha contado.

FELINO.

Ya suena el coche, y aunque triste sea,
Carlos, nuestro señor, honre su aldea;
Que ya yo sé que cosas de la corte
Nunca las guía mas seguro norte.

ESCENA XV.

CÁRLOS, *de camino*.—DICHOS.

CÁRLOS.

Vuélvanse todos luego; que no quiero
Que aquí me sirvan mas que Albano y
FELINO. (Ap.) [Fablo...]

¡Qué triste viene!

CÁRLOS.

Porque ya no espero
Tener contento en tan injusto agravio.

FELINO.

Mirando tu tristeza, señor nuestro,
Tu mano pido con temor.

CÁRLOS.

No nuestro
La mas pequeña parte de mi pena.
¿Estáis bueno, Felino?

FELINO.

El veros triste
Nos quita la salud, que en vos consiste;
Que ya os daban, Señor, la norabuena
Los campos, esmaltándose de flores.
Silencio tienen ya los ruiseñores,
Y hasta los aires callan por las ramas
Destos blancos jazmines olorosos,
Verdes mirtos y pálidas retamas.
Mudos los arroyuelos sonorosos
Atrás la plata líquida retiran.
Tan tristes ya, que por cantar suspiran.

CÁRLOS.

Pues no es razon que desá suerte sea;
Que no es para tristezas el aldea,
Mas para solo divertir cuidados
En puras fuentes y en amenos prados.

(Vanse Albano y Felino.)

ESCENA XVI.

FABIO.—CÁRLOS.

FABIO.

Ya, Señor, no será nuestra venida
Para tan triste y solitaria vida;
Ya parece que el cielo nos ayuda,
Y la fortuna de semblante muda.

CÁRLOS.

¿Qué dices, Fabio? Mi fortuna ¿puede
Mudar semblante?

FABIO.

¿Hay cosa que mas ruede?
Entré por nuestra ya corte aldeana,
Y veo un coche y gente cortesana
Apearse á una casa prevenida;
Y del rústico dueño recibida,
Veo una dama, dando á un escudero
La blanca mano, pluma en el sombrero,
Orazo en el manteo, y las virillas
Pidiéndoles licencia á las orillas
Para salir brillando por las bajos.
Los ojos, que caminan por atajos,
Del chapín al cabello se pasean;
Mas no es posible que la faz le vean;
Que unas delgadas tocas la encubrian,
Por donde mil relámpagos salian.
Dos carros largos á este punto llegan,
Y á los criados rica ropa entregan,
Colgaduras, estrados, sillas, camas;
Llego á saber quién son las dichas da-
Si se quedan ó pasan adelante, [mas,
Y díjome un anciano escuderante
Que vienen á vivir en nuestra aldea.

CÁRLOS.

Es imposible, Fabio, que eso sea.

FABIO.

Lo que he visto, Señor, ¡es imposible!
No es este sitio alegre y apacible
Para gozar la verde primavera?

Obligacion te corre, aunque no fuera
Sino por ser deste lugar el dueño,
A hacerle una visita.

CÁRLOS.

Dese empeño
Nos ha sacado, pues á vernos viene.

FABIO.

Ella es, por Dios: alguna causa tiene.

ESCENA XVII.

LUCINDA, *de camino*; INÉS,
CRIADOS.—DICHOS.

LUCINDA.

Seguro vueseñoría
Desta visita y de verme
Estaría en su lugar.

CÁRLOS.

Apenas los ojos pueden
Determinarse á creer
Lo que imposible parece.
¿Es Lucinda?

LUCINDA.

Pues ¿quién fuera,
Sino yo, Carlos, quien viene
A teneros compañía
En la soledad presente?

CÁRLOS.

¿Aquí venis á vivir!

LUCINDA.

¿No es justo que quien os tiene
Tanto amor, en las desdichas
Y en los destierros lo muestre?
Persuadieron mis tristezas
A mis deudos y á mi gente
Que la soledad del campo
Para vivir me conviene;
Y sois vos mi soledad,
Porque solamente os quiere
El alma por compañía.

FABIO. (Ap. á su amo.)

Responde.

CÁRLOS.

¡Oh Fabio! ¿qué quieres,
Que estoy pensando en Leonarda?

FABIO.

No hayas miedo que ella piense
En tí, porque es el olvido
La sombra de los ausentes.

LUCINDA.

Carlos, amigos fingidos
Son para tiempos alegres;
Quien acompaña los tristes
De verdadero se precie.
Parte las penas amor
Cuando la causa padece,
Haciendo menos el mal,
Si entre dos almas se siente.
Luego que supe que el Rey
Por envidiosos alevos
Os desterraba á estos campos,
Determiné de ponerme
En manos de la fortuna,
Que persigue injustamente
Vuestra virtud, Carlos noble;
Después de haber muchas veces
Con lágrimas consultado
Mi honor y estado; que suele
Ser este justo temor
Rémorra que á amor detiene.
No os enojéis, si por dicha
Mi atrevimiento os ofende.
Al César mi hermano sirve;
No hay ocasion de temerle:
Tened un vasallo mas,
Y un amigo que os consuele.
Vivir quiero en esta aldea

En tanto que el Rey os vuelve
A su gracia; que yo gusto
De que con vos me destierre.
Esto es amor, que si acaso
Ser pagado no merece,
Por lo menos estimarle
De justicia se le debe.

CÁRLOS.

Ha sido resolucion
Tan notable, y de tal suerte
Me habeis, Señora, obligado,
Que, para satisfacerle
A vuestro amor parte alguna,
No tengo vida, aunque fuese
Tan inmortal como el alma.
Lo que siento solamente
Es la descomodidad
Que agora mis cosas tienen
Para poderos servir.

LUCINDA.

¿Eso os da pena? Tenedme
Por mujer determinada;
Que no puede encarecerse
Accion alguna de cuantas
A los mortales suceden,
Como que lleguen, amando,
A este punto las mujeres.
Quereros, Carlos, privando;
Con el Rey llevar la gente
Como piedra imán tras vos;
Miraros el que pretende
Como á deidad, y sacando
Los futuros contingentes
Por la brújula del rostro,
Si son azares ó reyes,
No es amor, sino interés.
Agora, que humildemente
Os ha puesto la fortuna
Adonde ninguno os quiere,
Grave ejemplo de los hombres
Que los puestos desvanecen,
Quiero yo, Carlos, seguiros,
Y cuando todos os dejen,
Quebrar los ojos al tiempo,
Rasgar hojas á sus leyes,
Para que los hombres libres
Sepan que hay mujeres fuertes,
Venciendo con la constancia
La naturaleza débil.
Los hábitos del aldea
Vestiré rústicamente
Por luto de vuestras dichas,
Que en desgracia del Rey muerean.

CÁRLOS. (Ap.)

Apenas acierto á hablar.

FABIO.

Inés, ya sé yo que vienes
Por tu ama, y no por mí;
Que bien se ve que no eres
Tan loca, que acompañaras
A quien ya desfavorece
La fortuna; que en el mundo
No hay mas de viva quien vence.

INÉS.

Confieso que soy su sombra;
Mas, fuera desto, me debes
Dejar la corte con gusto,
Fabio, de venir á verte;
Que me ha pegado mi ama
Su locura.

CÁRLOS. (Á Lucinda.)

Gente viene.
Ponte la toca en el rostro.

LUCINDA.

Hombre de palacio es este.

ESCENA XVIII.

ARMINDO, *de camino*. — DICHOS.

ARMINDO.
¿Está aquí Carlos?
CÁRLOS.
¡Oh Armindo!
¿Dónde bueno? Que no suelen
Visitar los cortesanos
Los que sus lugares pierden.
Del palio de la fortuna
Son médicos excelentes;
Mas no curan de caídas;
Que no quieren ó no pueden.
¿Cómo está el Duque, tu dueño?
ARMINDO.
Ya le dieron tus papeles,
Y contra su voluntad,
Carlos, en tu pleito entiende.
CÁRLOS.
¿Qué pleito?

ARMINDO.
No sé, por Dios;
El me mandó que te diese
Un recado de su parte,
Y te diga cuánto siente
Estos enojos del Rey;
Que te manda, porque abrevie,
Que no salgas desta aldea
Hasta que otra cosa ordene,
Pena de la vida, Carlos.
CÁRLOS.
Ella será ya tan breve,
Que saldré por fuerza della.
¿Que Carlos obedece
Cuanto manda la fortuna.
¿Qué hay de mi casa?

ARMINDO.
No pienses
En que ya la tienes, Carlos.
CÁRLOS.
Pues ¿fui yo traidor?
ARMINDO.
No creen
En la corte menos causa;
Y aunque es la jornada breve,
Vuelvo, porque soy mandado.
CÁRLOS.
Pues déjame responderle.
ARMINDO.
No tengo licencia, Carlos. (Vase.)

ESCENA XIX.

CÁRLOS, LUCINDA, INÉS, FABIO, CRIADOS.

FABIO.
Fuése.
CÁRLOS.
¡Extraños accidentales
Sin casa y sin honra estoy.
LUCINDA.
No estás; que honra y casa tienes:
Honra en tu inocencia, y casa
En la mía, que ya puedes
Mandar como propia tuya.
CÁRLOS.
Mis ojos te lo agradecen
Enternecidos, Lucinda.
LUCINDA.
¿Qué jaspes, qué bronce fuerte
No enternecen tus desdichas?
Oro y joyas, Carlos, vienen
En esos cofres, que hastan
Por agora á entretenerle.
Voy á enviártelos.

PORFIANDO VENCE AMOR.

CÁRLOS.
Oye.
LUCINDA.
¿Eso me dices?
CÁRLOS.
Detente.
LUCINDA.
Es detener nueve cielos
Sobre los dorados ejes,
Una cometa volante
Que á soplos del sol se enciende,
Un rayo que rompe nubes
Por las regiones celestes,
Un mar que sube á dar voces
Donde las estrellas duermen,
Y una mujer con amor,
Que ningun peligro teme,
Porque quien ama no estima
Ni la vida ni la muerte.

ACTO SEGUNDO.

Campo y afueras de un pueblo.

ESCENA PRIMERA.

CÁRLOS.
Desiertas soledades,
Riberas apacibles,
A quien la vida desterrado ofrezco,
Pobladas de verdades,
Supuesto que insufribles
A quien padece como yo padezco,
¿Por qué culpa merezco
Del Rey, que me ha criado,
La ausencia y la desgracia,
Que en vida de su gracia
Me tiene en tanto olvido sepultado?
¡Oh qué tristes memorias,
Presentes penas y pasadas glorias!
Y tú, Leonarda hermosa,
Que vives descnidada
Del aumento que has dado á mi tristeza,
¿Por qué tan rigurosa
Me dejas, olvidada
De que iguale mi amor á tu belleza?
¿Es esta la firmeza?
¿Son estos los amores?
Son estas las promesas,
Con lágrimas impresas,
Entre tantos regalos y favores,
En mi rostro al partirme?
Ni hay palabra en mujer, ni ausencia
Aqui puedo ofenderte [firme.
Con Lucinda amorosa,
Y no te ofendo yo, ni amor lo quiera.
Tú sí, que de tal suerte
Procedes rigurosa,
Que sola mi verdad no te ofendiera.
Aires desta ribera,
Que con lascivos giros
Parece que á las flores
Queréis hurtar colores,
Llebad en vuestras alas mis suspiros.
Mas detened el vuelo;
Que si fuego partís, volveréis hielo.
De púrpura vestido
El claro sol se ausenta;
Todo descansa cuanto vive y siente.
Las pajas de su nido
El pajarito calienta
Hasta la risa del dorado oriente.
Despéñase esta fuente
De aquella nieve pura,
Y duerme en este prado;
Que solo mi cuidado
El privilegio de la noche oscura

243

No goza ni se olvida.
¡Oh perezhosa muerte! oh larga vida!

ESCENA II.

FABIO. — CÁRLOS.

FABIO.
El haberme detenido
Tendrás, Señor, por agravio.
CÁRLOS.
Bien vengas, amigo Fabio;
Que basta que hayas venido
Para que mi mal reporte.
Deja disculpas, y di
Qué hay en la corte de mí,
Pues que vienes de la corte.

FABIO.
Por Dios, Señor, que si fuera
De la Escitia ó la Etiopia,
Que pienso que menos copta
De malas nuevas trujera.
¡Válame Dios, qué mudanza
Hace en el mundo el favor!
No sé quién tiene, Señor,
En su favor esperanza.
De cuantas carias llevé
No traigo respuesta alguna:
¡Ansi en la adversa fortuna
Se guarda amistad y fel
El amigo mas amigo
Apenas me conoció,
Que algun día le vi yo
Preciarse de igual conmigo.

CÁRLOS.
¿Qué bien mi mal se remedia
Sin esperanza ninguna!

FABIO.
¿Sabes cómo es la fortuna?
Como un baile de comedia:
Ella toca, y bailan todos.
Ya están aquestos aquí,
Y ya los otros allí,
Mudándose de mil modos.
Donde aquel tiene la cara,
Este las espaldas tiene;
Uno pára y otro viene,
Y hasta el fin ninguno pára.
Nadie tiene lugar cierto
Donde le piensa tener,
Porque todo viene á ser
Desconcertado concierto.
Aqui dos bailando están,
Y cuando suelen volver
El rostro, ya la mujer
Baila con otro galán.
El que en este sitio estaba,
Ya no está; que siempre vi
Andar de aquí para allí
Hasta que el baile se acaba.
¿Quién piensas que agora es
El que mas con el Rey priva?

CÁRLOS.
¿Será Alejandro?

FABIO.
Ansi viva,
Que pienso que en solo un mes
Se ha mudado toda Hungría.
No hay cosa con cosa ya.

CÁRLOS.
Eso, Fabio, claro está.
Dime de la prenda mía,
Que es lo que me importa á mí;
Que esotro ya se perdió.

FABIO.
Fui á verla, Señor; mas yo
No la vi.

CÁRLOS.
¿Qué?

FABIO.
No la vi.
CÁRLOS.
¿Cómo no?
FABIO.
Porque con ella
Alejandro de visita
Estaba; que solicita
Su favor Leonarda bella.
Hablé con Celia, Señor,
Quejándome del agravio;
Pero respondiome: «Fabio,
Todo esto puede el favor.
Mi señora ha menester
A Alejandro: no te espantes
De mudanzas semejantes,
Si culpas el ser mujer.
Viendo que á Carlos olvida;
Porque la necesidad
Es la mayor tempestad
Que tiene el mar de la vida;
Y para ejemplo te basta,
Si diez años firme estubo,
Que, porque nunca la tuvo,
Fué Penélope tan casta;
Que no tiene punto fijo
En el amor quien la tiene.
Esto que ves le conviene;
Que bien sabes tú que dijo
Un poeta de la inmensa
Copia en que al mundo fatigan,
Que los trabajos obligan
A lo que el hombre no piensa.»
Con todo, aguardé, Señor,
A que Alejandro se fuese.
Entré, y como ella me viese,
Mudó semblante y color.
Hiné la rodilla, y di,
Besándole, tu papel.
Abrió entonces el clavel,
Y á lo real, dijo así:
«Yo le veré.»
CÁRLOS.
¿Qué me dices?
FABIO.
¿Qué te tengo de decir?
CÁRLOS.
¿Qué dilatado morir!
¡Oh ausencias siempre infelices!
¡Yo le veré!
FABIO.
Y aun mintió;
Que pienso que no le ha visto.
CÁRLOS.
Si esta desdicha resisto,
¿Qué bronce fué como yo?
FABIO.
¿Quieres mas, que unas perrillas,
Que otras veces me halagaban,
Me mordían y ladraban,
Como estaba de rodillas?
Cuyas voces, al bajar,
Sentidas de dos lebreles,
Apenas de sus crueles
Dientes me pude librar.
Si son los favores sueños
Verás en efectos tales,
Pues siguen los animales
Los semblantes de sus dueños.
CÁRLOS.
No te acierto á responder.
FABIO.
Yo, finalmente, celoso,
Dejo el noturno reposo,
Y vuelvo á su puerta, á ver
Si la noche conformaba
Con el día; y veo, Señor,
De su familia el rumor,
Porque de visita estaba

De noche, como de día,
Alejandro con Leonarda.
Coche á dos casas le aguarda,
Y de la propia desvia:
Invencion que viene á ser
O cubierta ó desatino.
Porque piensen que al vecino
Le visitan la mujer.
CÁRLOS.
¿Duré mucho estar allí?
FABIO.
Toda la noche duró,
Que al Duque se le pasó
Mas brevemente que á mí.
CÁRLOS.
¿Que toda la noche hablasen!
FABIO.
Fué tal la conversacion,
Que abrió la aurora el balcon,
Y les dijo que callasen.
CÁRLOS.
No mas: perdí en este punto
Rey, patria, vida y honor.
¿Hay tal liviandad!
FABIO.
Señor;
Una cosa te pregunto:
Si te dejan los amigos,
¿Es mucho que una mujer?
CÁRLOS.
Fabio, hoy la tengo de ver.
Sean mis ojos testigos
De tan claro desengaño.
FABIO.
¿Qué locura!
CÁRLOS.
No lo es;
Que no quiero que despues
El alma se llame á engaño.
FABIO.
No sé nada; tú verás
El peligro á que te pones.

ESCENA III.

LUCINDA, INÉS.—DICHOS.

LUCINDA. (A Inés.)
Las pasadas ocasiones
¿Quién duda que priven mas?
CÁRLOS. (Ap. á Fabio.)
Lucinda viene. No estoy
Para hablar con ella, Fabio:
Entretenla; que á mi agravio
Todo el sentimiento doy.
Y advierte que he de partir
Al anochechar.
FABIO.
Yo creo
Que este tu loco deseo
Nos va llevando á morir.
(Vase Carlos.)

ESCENA IV.

LUCINDA, FABIO, INÉS.

FABIO.
¿Señora mía!...
LUCINDA.
¿Oh mi Fabio!
¿Con qué pena te esperé!
¿Qué traes de la corte?
FABIO.
Erré
El rumbo del astrolabio,
Y heme pensado perder.

Apenas un hombre vi
Que se acordase de mí.

LUCINDA.

¿Ni mujer?

FABIO.

Pues ¿qué mujer?

LUCINDA.

Donaire tienes.

FABIO.

¿Donaire?

LUCINDA.

Pues negar una verdad
A quien la sabe es crueldad,
Y á quien la ignora desaire.
Si todos aquestos días
Carlos suspirando pasa,
Y ni en el campo ni en casa
Pueden diligencias mías
Alegrarle, ¿qué ocasion,
Sino amoroso accidente,
Turba un ánimo valiente?

FABIO.

Si; porque de burlas son
La gracia del Rey, la corte,
Los amigos y la hacienda,
Todo perdido, sin prenda
Que para su vida importe.
Sino bres tú, que, piadosa
Hasta en su necesidad,
Muestras generosidad;
Porque, en fin, es cierta cosa
Que es último bien del hombre
La mujer que tiene amor,
Pues no hay muerte ni temor
Ni peligro que la asombre.
Con hazañas inmortales
Dais á las plumas sugeto;
Que bien os llamó un discreto
Los divinos animales.

LUCINDA.

Menos retórica, Fabio.
Cartas llevaste, yo sé
Para quién.

FABIO.

Que las llevé

Es verdad; mas no en tu agravio.
Todas eran para amigos,
Si amigos se llaman ya.

LUCINDA.

Cosa que tan clara está
No quiere muchos testigos,
Ni es lealtad ni discrecion
Lo que es público encubrir.

FABIO.

Como eso sabéis decir
Para engañar á traicion.

LUCINDA.

¿Quieres que te dé á entender
Que Carlos quiere otra dama?

FABIO.

¿Cómo?

LUCINDA.

En que á mí me desama;

Que esto no pudiera ser
Sin estar enamorado
Y la memoria perdida,
Pues con la hacienda y la vida
Tengo á Carlos obligado.

FABIO.

Desamarte es imposible,
Ni querer otra mujer.

LUCINDA.

Si quiere.

FABIO.

No puede ser.

LUCINDA.

Si puede.

FABIO.
Ya estás terrible.
¡Cárlos ingrato contigo!

LUCINDA.
Mujeres con celos, Fabio,
Por averiguar su agravio
Buscan su mismo castigo.
No hay oro ni diligencia
Que perdonen: yo he sabido
Cuanto has hecho.

FABIO.
Si he tenido
Mas, que para dar, licencia,
Recados y cartas, plega...

LUCINDA.
Deja, Fabio, de plegar;
Que una sombra te vió entrar
En cierta casa.

FABIO.
¿Quién niega
Que en una y mil entraria?

LUCINDA.
Pero ya ¿qué me acobarda?
Cárlos muere por Leonarda.
¿Quieres mas?

FABIO.
(Ap. Menos querria.)
¿Qué Leonarda?

LUCINDA.
Una de oro.
¿Qué necesidad preguntarme
Quién es, viendo declararme!

FABIO.
Yo pregunto lo que ignoro.
¡Ah! sí, la Marquesa... Pues
¡Por fuerza habia de entrar
Por Cárlos?

LUCINDA.
No hay que negar.

FABIO.
Digo, con perdon de Inés,
Que allí requebrar solia
A Celia, cierta doncella;
Y entré, no, por Dios, á vella,
Sino porque allá tenia
Ciertas valonas que hacer.

INÉS.
¿Cómo respondes así,
Fabio, delante de mí?

FABIO.
¡No tengo de responder
La verdad, si está inocente
Cárlos?

INÉS.
Cuando estoy delante,
Es buen término de amante
Decirme tan libremente
Que sirves otra mujer?

LUCINDA.
Déjale, Inés; que mi necio
Amor merece el desprecio
En que ya me vengo á ver.
¿A quién no hubiera vencido
Mi término? ¿Qué crueldad
Mi amorosa voluntad
Pagara con tanto olvido?

FABIO.
Escucha.

LUCINDA.
Déjame, Fabio.

FABIO.
Oye, Inés.

INÉS.
Déjame, necio.

LUCINDA.
¿Qué ingratitud!

INÉS.
¡Qué desprecio!
LUCINDA.
¿Qué mal término!

INÉS.
¡Qué agravio!
(Vanse las dos.)

ESCENA V.

FABIO.
Esto es bueno para ir
A la corte Cárlos hoy.
Por donde quiera que voy,
Deben de hacerme seguir.
Estorbaré la jornada,
Diciéndole que ha sabido
La causa de tanto olvido
Lucinda desengañada;
Que no hay desengaño sabio.
Mas ¿quién será poderoso
A persuadir un celoso
Cuando quiere ver su agravio? (Vase.)

—

Sala en casa de Leonarda.

ESCENA VI.

LEONARDA, ALEJANDRO, ARMIN-
DO, CELIA; despues, MÚSICOS.

ALEJANDRO.
Para no veros de día
Es causa la ocupacion.

LEONARDA.
Mis dias las noches son
En viendo á vuesañoría.

ALEJANDRO.
Tengo mil cosas que hacer:
Creed que estoy disculpado.

LEONARDA.
Entre tantos, mi cuidado
¿Qué lugar puede tener?

ALEJANDRO.
El alma, Leonarda hermosa,
Donde los otros no llegan.

LEONARDA.
Si la entrada no le niegan,
¿Quién es como yo dichosa?
Siéntese vuesañoría. —
Dame, Celia, una almohada.

ALEJANDRO.
¡Oh pena bien empleada,
Que á tanta gloria se fia!
(Siéntanse, y hablan quedo. — Salen los músicos.)

CELIA. (Ap. á Armindo.)
A fe, que toman despacio
La noche.

ARMINDO.
Viene perdido
El Duque, y hará atrevido
Dos mil faltas en palacio.
Y hablando en mí, Celia mía,
¿Cómo lo estaré por vos?

CELIA.
¿Haréis falta al Rey?

ARMINDO.
Por Dios,
Que si lo fuera de Hungria,
Que hasta los mismos diamantes
De la corona quitara
Para daros.

CELIA.
¿Cosa rara!

Usanse ya los amantes,
Armindo, mas mercaderes.

ARMINDO.
¿Cómo?

CELIA.
Compran mas barato.

ARMINDO.
Tal se ha encarecido el trato
Del amor de las mujeres.

CELIA.
Si todo lo viene á ser,
No te espantes.

ARMINDO.
No me espanto
De que se encarezcan tanto,
Siendo tanto menester.

ALEJANDRO.
Los músicos ¿han venido?

ARMINDO.
Sí, Señor.

ALEJANDRO.
¿Cantarán?

LEONARDA.
Sí.

ALEJANDRO.
Cantad, mientras lloro aquí
Mal pagado y bien perdido.
MÚSICOS. (Cantan.)
*No estuvo bien en lo cierto
Quien llamó muerte á la ausencia;
Que no ha menester paciencia
Un hombre despues de muerto.*

ALEJANDRO.
Buena, aunque antigua.

LEONARDA.
Extremada.

ALEJANDRO.
Bien entonces se escribia.

LEONARDA.
Y ¿ahora no?

ALEJANDRO.
La poesía
Está ya tan levantada,
Que no hay hombre que la alcance.
Ella viene á ser, en fin,
Romance como latín,
Y latín como romance.
(Ruido dentro.)

LEONARDA.
¡Hola! ¿Qué ruido es ese?

ESCENA VII.

UN ESCUDERO; CÁRLOS y FABIO,
como de camino. — DIGNOS.

ESCUDERO.
Ténganse pues.

CÁRLOS.
¿Por qué causa?

Si está aquí el Duque, no es justo
Que á nadie estorbeis la entrada.

ALEJANDRO.
Armindo, ¿qué es eso?

ARMINDO.
Un hombre
Que entró por fuerza en la sala.

LEONARDA.
¿Por fuerza! ¿Qué es lo que dices?

ALEJANDRO.
¿Es de casa?

ARMINDO.
No es de casa.

ALEJANDRO.
¿Quién eres, hombre?
CÁRLOS.
Alejandro,
Cárlas soy. ¿De qué te espantas?

ALEJANDRO.
Cárlas, ¿tú estás en la corte!
CÁRLOS.
Viendo que mis cosas andan
Tan remisas y secretas,
Y que quien habla me falta.
Al Rey por mí, y que tú eres
La puerta para su gracia;
Sabiendo que cada día
Vienes á ver á Leonarda,
Vine á su casa á buscarte,
Y suplicarte que hagas
Lo que yo hiciera por tí,
Si la fortuna contraria
Te pusiera en mi caída,
Y estuviera en tu privanza.
Habla al Rey: ¡así te quiera
Con tal firmeza esta dama,
Que no te desprecie ausente,
Que no te olvide, aunque caigas.
Dile que me dé los cargos
Que la envidia me levanta;
Que no es justo que sin ellos
Padezca mi honor infamia.
Dile que yo le he servido
Con tal lealtad...

ALEJANDRO.
Cárlas, basta;
Que ya sé yo á lo que vienes,
Y los negocios que tratas.
Si el Rey, porque te ha criado,
Solo que vivas te manda
En una aldea á tu gusto
Mientras no tienes su gracia,
Mucho atrevimiento ha sido;
Y fuera cosa excusada
Venirme á buscar aquí;
Que no es audiencia esta casa
Para negociar en ella.
Pero ya que te declaras,
Habla á Leonarda, y advierte
Que mires cómo la hablas;
Porque ha de ser sin ofensa
De su persona y su fama;
Que ella me hablará por tí,
Y yo por ella mañana
Al Rey; que destes enojos
El solo sabe la causa.
Con esto me voy, más cuerdo
Enirme y con mas templanza
Que tú en entrar con tan poca
Modestia y con furia tanta. —
Señora Leonarda, yo
Diré al Rey lo que me manda
Vueseforía; que es justo
Servirla, aunque celos hagan
Atrevimientos, que piden
Mas lástima que venganza.

(Vanse Alejandro, los músicos
y el Escudero.)

ESCENA VIII.

CÁRLOS, LEONARDA, FABIO,
CELIA.

LEONARDA.
Apenas estoy en mí:
De tal manera me espanta
Esta locura que has hecho.

CÁRLOS.
Con razon locura llamas
Este frenesí de amor;
Pero, si mejor reparas

En la ocasion que me has dado,
Culpa tu injusta mudanza.
No quiero decir aquí
Que cuando en la gracia estaba
Del Rey me tuviste amor;
Que como en el mundo pasan
Estas cosas cada día,
Fueran mis quejas cansadas;
Ni menos que en mi partida
Con lágrimas (y ¡qué falsas!)
Juraste lo que has cumplido
Con tal firmeza y constancia.
Pero ¡que llegues á ser
Tan libre, siendo, Leonarda,
Quien eres, que no respondas,
Descortésmente, á mis cartas!
Que no responder á quien
Escribe, ó es arrogancia
O necedad; que el honor
Tambien se funda en palabras.
Desesperacion ha sido
Entrar cuando el Duque estaba
Contigo; mas fué mil veces
Consultada con el alma.
No negarás por lo menos
Lo que he visto:

LEONARDA.
Cárlas, calla;
Que tales atrevimientos
Son para mujeres bajas.
Múdase tu estrella, siendo
Parte del cielo tan clara,
Y tu influencia en su velo
Fija con clavos de plata;
Múdase un rey, que aunque es hombre,
Tiene, como las campanas,
Metal de divinidad
Con lo humano en partes varias;
Múdanse los mas amigos,
Que siempre te acompañaban;
Múdase con todo el vulgo
El aplauso de tu patria;
Muda inconstante la luna
Tres veces al mes la cara,
En niña, en moza y en vieja;
Creciendo y menguando el agua;
Múdanse los campos verdes
De flores en pura escarcha
Cuando pestañas de hielo
Guarnecen las esmeraldas
De los ojos del aurora;
Y el mar, que con arrogancia
Cuando mas humilde duerme
Turbulento se levanta,
Y otra vez el que del cielo
Con las puntas de las gabias,
Barrenando pardas nubes,
Las estrellas desencaja,
No sufriendo galeones,
Se deja pisar de barcas;
Y ¡quieres que una mujer,
Por naturaleza flaca,
Por escuchar peligrosa,
Por hablar ocasionada,
Esté firme, cuando en tí
Cielo y tierra se barajan?
Vuelve, Cárlas, á la aldea;
Sufré tu fortuna y calla,
Que derriba los soberbios
Y los humildes ensalza.

ESCENA IX.

CÁRLOS, FABIO, CELIA.

CÁRLOS.
¿Soy yo quien aqueste sufre?
Soy yo por quien esto pasa?
¿Esto vi y esto escuché?

FABIO.
Oye, Celia, y no te vayas.

CELIA.
¿Qué me quieres, hablador?
FABIO.
Aun no he dicho una palabra,
Y ¡hablando te canso ya?

CELIA.
Tú, Fabio, aun callando hablas.
(Vase.)

FABIO.
Señor, vámonos de aquí.
CÁRLOS.
Vamos; qué tamo que haga
Algun disparate.

FABIO.
Mira
Que el tiempo te desengaña.
Sal desta casa, en que ya
Hasta los perros nos ladran.
(Vanse.)

—
Calle.

ESCENA X.

CÁRLOS, FABIO.

FABIO.
Despídete para siempre
Desta puerta, que de España
Aquella cerrada imite
Por donde salió la Cava.

CÁRLOS.
Déjame hablar con las rejas.

FABIO.
Pues ¿qué quieres?

CÁRLOS.
Ablandallas.

FABIO.
Mira que estás en la calle,
Y que alguna gente pasa.

ESCENA XI.

LUCINDA é INES, con sombreros,
capas y espadas. — Dichos.

INES.
Admira tu atrevimiento.

LUCINDA.
No hay cosa mas atrevida
Que amor: ni estima la vida,
Ni escucha al entendimiento,
Ni permite á la razon
El feudo del señorío,
Ni el imperio al albedrío.
Tales sus efetos son.

INES.
Si; pero de noche aquí
Y con armas, ¿qué has de hacer
Cuando fuesen menester?

LUCINDA.

Refir.
INES.
¿Eso dices?

LUCINDA.
SI.
Dos cosas, que no ejercitan
Las mujeres, á los hombres
Las sujetan, y los nombres
Que ellos adquieren las quitan,
Que las letras y armas son;
Que si estas nos enseñaran,
Yo sé que no se alabaran
De la injusta sujecion.
Como tan determinadas
Y tan discretas nos vieron
Los hombres, nos escondieron

Las ciencias y las espadas.
Nuestra ignorancia y temor
En este engaño tropieza,
Pues nos dió naturaleza
Mayor ingenio y valor.

INÉS. (*Bajo, á su ama.*)
Dos hombres están allí.

LUCINDA.
En las rejas de Leonarda
Hay un hombre, y otro aguarda.
¿Si es Carlos?

INÉS.
Pienso que sí.
FABIO. (*Ap. á Carlos.*)
¿Señor!

CÁRLOS.
¿Qué quieréis?
FABIO.

Advierte
Que vienen por esta parte
Cuatro hombres; si es á buscarte,
Sentencia ha sido de muerte;
Que otros dos están allí.

CÁRLOS.
Estos con máscaras vienen.

FABIO.
El luto en las caras tienen,
Y debe de ser por mí.
¿Seis hombres!

ESCENA XII.

ARMINDO y TRES CRIADOS, con máscaras,
broqueles y espadas.—DICHOS.

ARMINDO. (*Ap. á los tres criados.*)
Ejecutad
Lo que Alejandro os mandó.
CRIADOS.
¡Muera Carlos!

LUCINDA. (*Desenvainando.*)
Eso no.
INÉS.
¿Qué ciega temeridad!

LUCINDA.
Refid, Carlos; que aquí están
Dos hombres á vuestro lado.

ARMINDO.
Otros dos se le han juntado.
LUCINDA.

Llama esa gente, Tristan,
Y disparen las pistolas.

ARMINDO.
¡Pistolas! No aguardo mas.
CÁRLOS.

Síguelos, Fabio, pues vas
Dando en las espaldas solas.
FABIO.

Dí á Tristan que no dispare;
Que no será menester.⁴
(*Éntrense Carlos y Fabio acuchillando
á Armindo y á los tres criados.*)

LUCINDA.
Agora, Inés, ¿para qué?
INÉS.
De aquella reja te llaman.

⁴ Faltan dos versos que con los dos anteriores formen redondilla, ó falta uno para formar romance.

ESCENA XIII.

LEONARDA, saliendo á la reja.—LUCINDA é INÉS, en la calle.

LEONARDA.
Una palabra.

LUCINDA.
¿Quién es?
LEONARDA.
Soy la marquesa Leonarda.

LUCINDA.
Pues si acaso me quieréis
Preguntar lo que esto ha sido,
Por vos, mi señora, fué.
Cuatro máscaras hirieron
A Carlos.

ESCENA XIV.

CÁRLOS, FABIO.—DICHOS.

CÁRLOS.
¿Qué de tropel
Huyeron!

FABIO.
Los tres; que el otro
Pagó, Señor, por los tres.
CÁRLOS.

¿Dístele?
FABIO.
No, sino el alba.
¿Iba yo á tratar con él
Algun casamiento acaso?
¡Vive Dios, que le pegué,
Uñas arriba de puño,
Estocada tan cruel,
Que no ha menester ensalmo!

CÁRLOS.
A dicha tengo que esté
Aquel hidalgo en la calle.

FABIO.
Por Dios, que riñó muy bien,
Y que lo de las pistolas
Digo la primera vez
Que vuelva á sacar la espada.
CÁRLOS. (*Ap. á Fabio.*)

Parece que habla también
Con él Leonarda en la reja.

FABIO.
Por Dios, que cantan á tres
Los galanes desta casa.

CÁRLOS.
Escucha.
LUCINDA. (*A Leonarda.*)

Nunca pensé
Que esto usarades con Carlos.

FABIO. (*Ap. á su ama.*)
Por tí vuelvo.

LEONARDA.
Si despues
Que Carlos, por lo que él sabe,
Perdió la gracia del Rey,
Mis pretensiones me obligan
A lo que vos no sabéis,
¿Para qué quieréis que quiera
A quien ya no puede ser
De provecho ni de gusto?

LUCINDA.
A la fe que sois mujer
De las de viva quien vence.
Yo sé quien le quiere bien,
Que dice, aunque os pese á vos
(Mas celos no los tendréis),
Que viva quien lo merece.

CÁRLOS. (*Ap. á Fabio.*)
Si se pudiera creer,

Fabio, que estaba Lucinda
Adonde este hidalgo ves,
Y si una mujer pudiera
Tanta destreza tener
En las armas, y en el alma
Con un hombre tanta ley,
Me persuadiera su voz.

FABIO.
Si se suelen parecer
Los rostros, la voz no es mucho.

LUCINDA.
En fin, ¿que vos no quieréis
A Carlos?

LEONARDA.
Fuera locura.
Allí le puede querer
Esa dama que decís.

LUCINDA.
Notable merced me hacéis.

LEONARDA.
Caballero, adios.
(*Quítase de la ventana.*)

ESCENA XV.

CÁRLOS, FABIO, LUCINDA, INÉS.

INÉS.
¿Que aquesta
Le amaba por interés?
¿No tuviera qué tirarle!

LUCINDA.
Yo le agradezco el desden.
Vamos de aquí.

CÁRLOS. (*A Lucinda.*)
Caballero,
Un instante os detenéd.
Yo soy Carlos, á quien vos
Tan obligado teneis.
Deseo saber quién sois
Por poder agradecer
La merced que me habeis hecho.

FABIO. (*A Inés.*)
Vos tambien me hacéd merced
De lo mismo, porque quiero
Ser vuestro amigo fiel,
Aficionado de veros
Jugar espada y broquel;
Que dejando que los dos
Dos Héctores parecéis,
Aquello de las pistolas
Es milagroso arancel
Para dar miedo, si hay muchos.

CÁRLOS. (*A Lucinda.*)
¿No merezco que me habléis?

FABIO. (*A Inés.*)
¿Ni á mí vos?

LUCINDA.
Yo soy el duque
De Orleans.

CÁRLOS.
El duque de Orleans
Está en Francia.

FABIO.
Y vos, por dicha,
¿Queréis tambien ser francés?

INÉS.
El marqués de Brandemburque
Me llamo.

FABIO.
No hay tal marqués
En la corte.
(*Vanse Lucinda é Inés.*)

CÁRLOS.
Yo los sigo,

Y tengo de conocer,
Por cierta sospecha.

FABIO.

Y yo,
Porque me doy á entender
Que este marqués Brandemburque
Tiene bostezos de Inés.

(*Vanse.*)

—
Campo.

ESCENA XVI.

LUCINDA, INÉS.

LUCINDA.

Ya no hay qué dude ó qué crea;
Que si buscando mi norte,
Fui con celos á la corte,
Infiernos llevo á la aldea.
¡Qué bien dijo en tus engaños,
Amor, aquel entendido,
Que un hombre que está perdido
No ha menester desengaños!
Pues si de un hombre el valor
Aun no los quiere tener,
¡Qué harán en una mujer
Tus desengaños, amor?
¡Ay, tema ó locura mía!
Porque quien tiene esperanza,
En tanto que el bien no alcanza
Muy justamente porfia;
Pero yo, desesperada,
¡Qué fin ó qué fundamento
Le doy á mi pensamiento?
De Carlos desengañada,
Esperanzas me tenían
Engañada en su desden;
Pero no esperando el bien,
Solo los locos porfían.

INÉS.

Si desta manera vas,
Señora, por el camino,
Tú harás algun desatino.

LUCINDA.

Ya no puede serlo mas.
¿Cuál piensas que desto ha sido
Mi sentimiento mayor?
Ver que Carlos tenga amor
Donde ha sido aborrecido.
¿Es posible que hay mujer
Que á Carlos aborreció?
¿Cómo lo que quiero yo
Puede nadie aborrecer?
Esto lloro y esto siento;
Esto, cielos, me atormenta;
Esta es la mayor afrenta
De mi honrado pensamiento.
No que, conmigo cruel,
No me quiera bien sintiera
Más que él á Leonarda quiera,
Y que no le quiera á él.
Mujer, ¿dónde están tus ojos,
Tu gusto, tu entendimiento,
Que tanto merecimiento
Tratas con tantos enojos?
¿Eres piedra? eres figura
De marmol? ¿Quién te engendró?
O ¿es que sin alma te dió
El cielo tanta hermosura?
¿Cómo fuiste tan cruel?
Que Carlos, Leonarda, es tal,
Que á no parecer tan mal,
Te fuera á rogar por él.
Vuelve por tu entendimiento,
Leonarda; quíerele bien,
Para que tenga tambien
Disculpa mi pensamiento.
¡Oh si aquesto conocieses!

No digan que quiero yo
Hombre que no mereció
Que tú tambien lo quisieses.
Si es condicion de mujer
Querer lo que ve querido,
¿Cómo, siendo aborrecido,
No te puedo aborrecer?

INÉS.

Tú vas perdiendo el juicio.

LUCINDA.

¿Agora lo ves?

INÉS.

No sea,
Pues ya llegas al aldea,
Que des de tu amor indicio.

ESCENA XVII.

CÁRLOS, FABIO.—*Dichas.*

CÁRLOS.

Muy de mañana llegamos.

FABIO.

Ya la aurora soñolienta
Con hurtada plata argenta
Puntas de flores y ramos;
Ya los dormidos pastores
Salen del aldea al prado,
Y las voces del ganado
Espantan los ruiseñores.

CÁRLOS.

¿Son hombres, ó son mujeres,
Aquellos bultos?

FABIO.

No sé.

CÁRLOS.

Dicha en mi desdicha fué
De mis enemigos fieros,
Fabio, triunfando venir,
Y á tiempo volver que crea
Lucinda que del aldea
No pude anoche salir,
Pues dormirá descuidada...
—Si acaso no ha sido cierta
Mi sospecha; que á su puerta,
Con la luz mas declarada
Del alba, los bultos son
Dos mujeres.

FABIO.

Llego á ver

Lo que comienza á temer,
No sin causa, el corazon.
¿Qué gente?

LUCINDA.

¿Es Fabio?

FABIO.

Señora...—

Cárlos, Lucinda está aquí.

CÁRLOS.

¿Lucinda! En mi vida vi
Tan de mañana el aurora.—
¿Adónde desta manera?

LUCINDA.

A recibiros salia.

CÁRLOS.

Pues ¡con tanta valentía!

FABIO. (*Ap. á su amo.*)

¿Qué la miras? Ella era.
Por la tribuna de Dios,
Que te ha cogido con queso.

CÁRLOS.

¿Tanto exceso!

LUCINDA.

No es exceso,
Cárlos; que viendo que vos
Ibades á la ciudad
Sin despediros de mí,

El peligro conocí;
Que en tanta dificultad
No hay sueño que me reporte
Y así salí con el día
A ver si mi sol venia
Del oriente de la corte.
Dicen que la aurora hermosa,
Cuando el sol tarda y no viene,
En los brazos le detiene
Enamorada y celosa;
Y dije, viendo que adora
El cielo tanto arrebol:
«Poco tardará mi sol,
Pues no le quiere la aurora.»
Que yo le agradezca es justo
El bien de verle salir;
Que quien le deja venir
Ocupado tiene el gusto.
Cuando el sol en el Leon
Toca por el julio ardiente,
Campos, flores, prados, gente
Incendios de fuego son;
Y ya tan poco le duele,
Que haciendo burla le aguarda.
¡Gran milagro, que en Leon arda
El sol, y el Leon se hiele!

FABIO. (*Ap. á su amo.*)

¡Por qué camino te dió
A entender que el nombre sabe!

CÁRLOS.

No tiene pleito tan grave
Mayor defensa que yo.
Por no daros pena fui
A la corte, donde hablé
A Alejandro, á quien ballé
Donde alguna vez me vi.
No soy Dario ni Pompeyo,
Ni soy Jérses ni soy Mario;
Mas no soy, si no soy Dario,
De nacimiento plebeyo.
Cuando por la puerta entré,
De la fortuna despojos,
Bañé con agua los ojos.

FABIO. (*Ap. á su amo.*)

¿Disimulas?

CÁRLOS.

Doyle el pié.

FABIO.

¡Oh ejemplo de intentos vanos!
¿Qué habrá que no desengañes?
¿Que tú los ojos te bañes,
Cuando Alejandro las manos!
Lave pues sus falsos tratos;
Que he pensado muchas veces
Que para malos jueces
Dejó la fuente Pilatos.
Yo no vi su testamento;
Que soy del Nuevo, Señor;
Pero sé que un grande autor
Lo dice en cierto comentario.

LUCINDA.

A quien no quiere entender
Y se piensa disculpar,
Tan claro se puede hablar,
Que no se pueda ofender.
Ya no queda qué perder
Ni qué aventurar por tí.
Cárlos, á la corte fui,
Y donde venden engaños
Vuelvo con mil desengaños
En todo, si no es en mí.
A la puerta de Leonarda
(Que ya digo claro el nombre)
Te vi con el gentilhomme
Que las espaldas te guarda.
Dicenme que es muy gallarda,
Y yo lo sé de tus quejas
Cuando ablandaban sus rejas;
Pero no era menester,
Pues que lo puedo saber

De que por ella me dejas.
Dirás que el merecimiento,
Cárlos, de Leonarda es mas;
Pero negar no podrás
Que no tiene entendimiento:
Y es evidente argumento
De necedad conocida
Ver que por otro te olvida
Y á tu valor le prefiere;
Que mujer que no te quiere
No puede ser entendida.
Tienes de la vida pená,
Cárlos, y á la corte vas;
Señal que la quiereras más,
O vives con alma ajena.
Pero aunque el Rey te condena,
Vuelve á escuchar sus desdenes,
Pues sin vida vas y vienes;
Que estando sin ella ya,
Ni el Rey ni el mundo podrá
Quitarte lo que no tienes.
Sin alma hermosas mujeres
No merecen cuerdo amor:
Gusto tienes de escultor,
Que un mármol bien hecho quiereras.
Mas porque no consideres
Que te estorbo, yo me iré,
Y á Alejandro le daré
Las gracias de darte celos,
Vengando con tus desvelos
Los agravios de mi fe.
Mejor supe yo guardarte
De quien te quiso ofender
Con alma y vida, y mujer,
Maté quien vino á matarte.
Pues ninguna cosa es parte
Para que me quiereras bien,
Vida los cielos te dén;
Que con esta cortesía
Yo te dejo mi porfía,
Y me voy con tu desden.

(Vase.)

ESCENA XVIII.

CÁRLOS, FABIO, INÉS.

CÁRLOS.
¡Lucinda! Lucinda!
FABIO.
Fuése.
CÁRLOS.
Llama á Inés.
FABIO.
¡Escucha!
INÉS.
A Celia
Que le escuche.
FABIO.
Oye á mi amo.
INÉS.
Óigale Leonarda, bestia.
FABIO.
Sin bestia le puede oír.
(Vase Inés.)

ESCENA XIX.

CÁRLOS, FABIO.

CÁRLOS.
¿Es posible que yo sea
Hombre noble y bien nacido,
Y que una mujer me venza
Entérmino y cortesía!
¡Que me quiera y la aborrezca,
Y que yo, bárbaro amante,
A quien me aborrece quiera!
¡Que sea tal mi ceguedad,
Y que tan ingrato sea,
Que á quien me da vida mate,
Y á quien me defiende ofenda!

¡Tengo entendimiento? No,
Porque si yo le tuviera,
Despreciara á quien ingrata
Por Alejandro me deja;
Porque, cuando fuera el mismo
Que las historias celebran,
Aun no tuviera disculpa.

FABIO.

Señor, procura la enmienda
Y quiere bien á Lucinda;
Que, como dijo un poeta,
Olvidar era querer,
Y olvidarás como quiereras.

CÁRLOS.

Quiero mucho, y danme celos

FABIO.

¡Malditos los celos sean,
Que á los enfermos de amor
Las calenturas aumentan!
Sangran á un amante belado,
Y hasta que con su lanceta
Le pican celos el alma,
No le pone amor la venda.
Mira que tantos desprecios
Son de quien eres afrenta.

CÁRLOS.

Antes, por no ser quien fui,
Esa mujer me desprecia.
Ya no soy, otro soy ya;
Y como no soy quien era,
Aborrécame Leonarda.

FABIO.

Prueba á aborrecerla, prueba:
Parte del fin tiene ya
El que una cosa comienza.
Mas dime cómo se quiere.

CÁRLOS.

Pensando en la gentileza,
Hermosura y discrecion
De una mujer.

FABIO.

Luego es fuerza
Que tambien, por lo contrario,
Lo que pienses aborrezcas.
No imagines en su gracias;
Imagina en su soberbia,
Su interés y su mudanza:

CÁRLOS.

Ahora bien, aunque me muera
Tengo de sacar del alma
Esta dulce hermosa fiera,
Este veneno endiosado,
Esta confeccion compuesta
Con hechizos de palabras,
De oro, esmeraldas y perlas.
Amores voy á decir
A Lucinda, Fabio.

FABIO.

Aciertas.

CÁRLOS.

Mas no sé si he de saber.

FABIO.

Si sabrás, si á verla llegas
Agradecido á su amor.

CÁRLOS.

Aunque necedad parezca,
Ponte allí enfrente; que quiero,
Como estudiante por fuerza,
Enseñarme á requebrarla.

FABIO.

¿Eres tú como un poeta
Que en un velador ponía,
Escribiendo una comedia,
Un verdugado y un moño,
Para escribir coplas tiernas?
Pero ¿que has hallado en mí?...

CÁRLOS.

Señora, el alma...

FABIO.

Bien entras;
Mas no pases adelante;
Que dirán, si me requeibras,
Que fué tuya la hermosura,
Aunque yo la dama sea;
Que dicen que se usa agora.

CÁRLOS.

Ahora bien, locura es esta,
Ya lo veo, loco estoy;
Mas, vive Dios, que aunque venga
A sacarme el alma misma
Que ha de salir de mis venas
Este hermoso basilisco!
Hoy toda mi gente sepa
Que es Lucinda su señora.

FABIO.

¡Vitor Lucinda!

CÁRLOS.

Me alegras.

FABIO.

Cola Leonarda.

CÁRLOS.

Me gustas.

FABIO.

Pues ¡viva Lucinda y muera
Leonarda!

CÁRLOS.

¡Viva Lucinda!
Responded, montes y selvas,
Y ¡muera Leonarda! — ¡Ay Dios!
Que voy muriendo por ella.

ACTO TERCERO.

Campo.

ESCENA PRIMERA.

LUCINDA.

Selvas, que un tiempo fuistes
Aumento á mis tristezas,
En cuya soledad viví muriendo,
De mis historias tristes
Por estas asperezas
Tapices vuestros árboles haciendo;
Tú, fuente, que corriendo
De aquellas nieves frías
Te apresurabas tanto,
Que á competir mi llanto
Parece que en las peñas te rompías:
Oid cuánta mudanza
Un firme amor, por no mudarse, alcan-
Cárlos, enternecido [za].
De mis obligaciones
(Que nunca el premio á las verdades tar-
Ha puesto en justo olvido [da],
Las necias sinrazones,
Celos y ingratitudes de Leonarda.
Ya me sigue ó me aguarda.
¡Oh selvas amorosas!
Creced el verde manto.
¡Oh fuentes! Si á mi llanto
Bajastes destas peñas presurosas,
Agora con mas prisa
Trozearéis en vuestra misma risa.
Aquí desde que rubio
Al cuello destes montes
Se cuelga el sol como cadena de oro,
Y en dorado diluvio
Baña los horizontes
De nuestro polo espléndido tesoro,
Hasta que el dulce coro

De las aves sepulta
En silencio la noche,
Y su enlutado coche
El color de las cosas dificulta,
Me está diciendo amores
Y me corona de diversas flores.
Con esto ya no siente
Del Rey y de la corte
El destierro cruel, la injusta ausencia.
Ya no hay cosa que intente
Ni gracia que le importe,
Ni en cargos habla, ni en pedir senten-
De sola mi presencia [cia.
Cárlas está contento.
Vencióle mi firmeza;
Que quien tiene nobleza,
Y con ella valor y entendimiento,
¿Cómo puede, querido,
Dejar de amar y ser agradecido?

ESCENA II.

INÉS, de labradora. — LUCINDA.

INÉS.
Con alboroto gozoso
Toda la aldea contenta
Fiestas hacer hoy intenta
Al nacimiento dichoso
De Cárlas, su dueño y tuyo.
El monte, el arroyo, el ave,
Todo parece que sabe
Que es el regocijo suyo.
Está el prado tan lozano
Con su capa de colores,
Que parece que las flores
Vienen desde el pie á la mano.
Los mozos, bailando á coros
Por donde quiera que vuelvas,
Hacen retumbar las selvas
Con los relinchos sonoros.
Tus puertas, como las suyas,
De flores han coronado,
Porque al venidero estado
Feliz agüero atribuyas.
Pero ¿qué te estoy contando,
Si él viene también con ellos,
A los bosques los cabellos
De los árboles cortando?
¿Quién pensara que olvidara
Cárlas sus penas por tí!

LUCINDA.
Viendo tal firmeza en mí,
Volvió fortuna la cara.

ESCENA III.

CÁRLAS, FABIO, FELINO, SIRENA,
ALCINDO, LABRADORES, MÚSICOS. —
DICHAS.

MÚSICOS.
*Las tierras eran altas
Y malas de subir,
Los caños corren agua
Y dan en el toronjil.*

FELINO.
Pardiez, amq y señor nuestro,
Que nos debéis grande amor.

CÁRLAS.
Amigos, todo el mayor
Que puede mi alma os muestro.

SIRENA.
Contéis desde aqueste abril
Mil años.

ALCINDO.
¿Mil? Dos mil sean.

FELINO.
Justamente en vos se emplean.

FABIO.
Y dan en el toronjil.

LUCINDA.
Entre tantos parabienes,
¿No tendrá lugar el mío?
CÁRLAS.
Y entre los piés de ese brio
Toda mi esperanza tienes.
Llega, Lucinda gentil,
Porque con tiernos abrazos
Me den parabien tus brazos.

FABIO.
Y dan en el toronjil.
CÁRLAS.

Vivo ya tan olvidado
(Con el amor que te tengo)
De la corte, que no vengo
Mañana ni tarde al prado
Que no me admire de mí,
Burlando el encantamiento
En que tuve el pensamiento
Cuando en la corte me vi.
Y en llegando á imaginar,
Señora, lo que te debo,
Vuelvo á admirarme de nuevo,
Y no con poco pesar,
De la ingratitud pasada.

LUCINDA.
Ya, Cárlas, te perdoné
Ella que vi mi fe
Agradecida y pagada
De tu nobleza gentil.

INÉS.
Y tú, sobre tanto agravio,
¿No nos dices nada, Fabio?

FABIO.
Y dan en el toronjil.

CÁRLAS.
Labradores de mi aldea,
Ya no soy quien ser solía.
Celebrad la prenda mía,
Que el alma agradar desea.
Bailes, juegos, versos, fiestas,
Músicas, voces, ruido
Sean río del olvido,
Entre estas verdes florestas,
De la corte, á quien se rinda
La envidia; que si hace allí
Corte al Rey, también aquí
Está su reina Lucinda.
Ea, sentaos en la yerba,
Tengamos con igualdad
Asiento; que la verdad
A su llaneza reserva. —
Inventa, Fabio, algun juego.
(*Siéntanse.*)

FABIO.
Es cosa vieja inventar
Juegos.

SIRENA.
Cantar y bailar
No es viejo. Invéntale luego;
Que no cansa lo que es gusto.

INÉS.
En la boca puesto un palo,
Hay un juego... pero es malo;
Que lo honesto solo es justo.

FABIO.
Jugó un galán ese juego,
Algo de nariz cumplido;
Tenía su dama asido.
El palo con gran sosiego
Para que él se le quitase,
Y nunca se le quitó.
Como el juego se acabó
Y esto á un amigo contase,
El amigo le reñía
No haber la ocasión gozado
Por cobarde ó por turbado,
A quien triste respondía:
«¿Qué queréis? Soy infeliz.

No pude, aunque lo intentaba,
Pues cuantas veces llegaba,
Me estorbaba la nariz.»
CÁRLAS.
Quejarse della fué justo.
FABIO.
Es la envidia tan avara,
Que aun hay quien tenga en su cara
Enemigos de su gusto.

FELINO.
Gente parece que suena.
SIRENA.

Estos de la corte son.

LUCINDA.

No vienen sin ocasión.

CÁRLAS.

Por Dios, que me han dado pena.

ESCENA IV.

UN SECRETARIO, GUARDAS. — DICHOS.

UN GUARDA.
Aquí, Señor, está Cárlas.
SECRETARIO.

Estar sentado en la tierra
Es señal de su caída.

CÁRLAS.
Estoy, Secretario, en ella
Como quien ya la fortuna
Sola esta parte me deja,
Como á los que entierra vivos.
(*Levántanse todos.*)

SECRETARIO.
Pienso, Cárlas, que á las piedras
Diera sentimiento el veros,
Conociendo la grandeza
En que os vistes algun tiempo.

CÁRLAS.
Si pasais por esta aldea
Acaso, hacedme merced
Que regalados merezca
Solo un día, y porque hablemos
De algunas cosas que puedan,
No servir de memoriales
Al Rey en mi larga ausencia,
Sino de consuelo mío;
Y si la venida vuestra
Se dirige á mi persona,
Aquí estoy; que no me altera
Novedad en mi fortuna
Ni desdicha en mi baja.

SECRETARIO.
El Rey me ha mandado, Cárlas,
Que con estas guardas venga
Por vos. Aquí traigo un coche:
La causa es si la reserva;
Que yo soy tan vuestro amigo,
Que, á saberla, os la dijera,
Si aventurara la vida
Poneros en resistencia.
¿Qué decis?

CÁRLAS.
Que me esperéis
A que dos palabras sean
Como testamento mío,
De mi amor, no de mi hacienda,
Con aquella labradora;
Que bien sé yo que me lleva
La envidia á que en el teatro
De mi fortuna me vean
Ella y la falsa amistad,
Aunque están entrambas ciegas.
¿Dais licencia?

SECRETARIO.
Y para iros
Quisiera daros licencia.

CÁRLOS.
Oye, Lucinda.
LUCINDA. (Ap. á Carlos.) Presumo

Que mis desdichas comienzan;
Que ya me lo ha dicho el alma,
Anticipando las nuevas.

CÁRLOS.
Yo voy donde me lleva mi fortuna,
Lucinda mía, sin saber su intento.
¿Quién duda que no habrá desdicha al-

[guna]
Mayor que de perderte el sentimiento?
Que bajarme del cerco de la luna,
Donde me puso algún merecimiento,
No fué mas novedad que su mudanza,
Y de la envidia natural venganza.
Llevo en los ojos el perder tus ojos,
Llevo el no te pagar lo que te debo.
Aquí mostró la envidia sus enojos,
Nuevo tirano da tormento nuevo.
Cuelgue en su infame templo mis des-

[pojos],
Ríndome á su poder; que no me atrevo
A resistir la pena de perderte,
Mayor que mi calda y que mi muerte.
Mis pocos bienes y esta pobre aldea,
Que solo de mi hacienda me ha quedado,
De tanta obligacion memoria sea,
Porque la tengas del amor pasado.
Como mereces tu persona emplea,
Pues no te merecí por desdichado;
Que ya por lo demás, ¿qué mejor suerte
Que acabar mis desdichas con mi muer-

LUCINDA. [te?]
Carlos, bien sabes tú que te he querido
Con la verdad de mi constante pecho;
Que amigo solo en tu fortuna he sido:
Pienso que el tuyo queda satisfecho;
Que puesto que tan poco te he servido,
Lo que es el alma, cuanto pudo ha hecho.
Parte seguro, donde el cielo querrá
Que no serás el que primero muera.
Nací para ser tuya eternamente,
Y con la misma fe morir deseo;
Que no es posible que consuelo intente
Quien hizo en tu valor tan alto empleo.
Mi grande amor lo que me ofreces sien-
Habló por ti el dolor; que yo no creo [te:
Que fué el amor; que amor solo me dió
La causa de morir cuando él muriera.
Si viviere en mis ojos alegría
Ni mas consuelo que un eterno llanto,
Este de mi dolor último día
La vida acabe, que aborrezco tanto.
¿Agora si que la desdicha mía
Y tu envidia cruel mostraron cuánto
Pueden contra el amor, pues nos dividen!

SECRETARIO. (Ap.)
¿Con qué tiernos suspiros se despiden!
CÁRLOS.

¿Fablo!

FABIO.

¿Señor!...

CÁRLOS.

Pon á punto

Lo que fuere necesario.

FABIO.

Estoy sin alma, Señor.

CÁRLOS.

Adios, mis pobres vasallos,
Adios para siempre, adios.
Verde selva, ameno campo,
Aunque se va vuestro dueño,
No sois al nuevo ingratos.
Pues la primavera os queda,
Floreced fértiles, dando
Flores que á sus pies debéis,
Para que gocen sus manos.

Aves, decid que en mi ausencia
Se acuerde que en vuestros ramos
Aprendistes los amores
Y envidiastes los abrazos.
(Vanse todos, menos Lucinda é Inés.)

ESCENA V.
LUCINDA, INÉS.

INÉS.
Alza los ojos, Señora,
Y no te entristezcas tanto;
Que prevenir las desdichas
Hace mayores los daños.
Por ventura quiere oír
El Rey la culpa de Carlos,
Y entendida su inocencia,
Castigar á sus contrarios.

LUCINDA.
¿Ay de mí! que bien creyera
Que la fortuna, mudando
Condicion, si no remedio,
Diera alivio á mis cuidados,
Si fuera por Carlos solo!
Pero yo desbago cuanto
Solicita su inocencia.
Siempre fué consejo sabio
Que se aparten los dichosos
De los que son desdichados.
¿Qué será lo que el Rey quiere?
¿Qué resolucion hallaron
Los jueces de la envidia
En la sala de Alejandro?
Ahora bien, ya fué mi estrella
Amar á Carlos. ¿Qué aguardo?
¿Qué importa perder lo menos
Donde se ha perdido tanto?
¿Para qué quiero la vida
Sin Carlos? A morir vamos
Donde muere, y acabe
La fortuna con entrambos:
Con él la envidia, conmigo
Amor; que es amor bastardo.
El que, viendo los peligros,
Detiene cobarde el paso.
Cuando Carlos no me quiso,
Sin duda estaba informado
De que era yo desdichada,
Y que era consejo sabio
Que se aparten los dichosos
De los que son desdichados.
Todo esto le ha sucedido
Por mí; pero yo me parto
A morir con él, contenta
Que he vencido porfiando.
Sepa Carlos, sepa el mundo
Que muero por desengaño
De que hay constantes mujeres,
A quien piensa lo contrario.
Vamos á la corte, Inés,
De mis desdichas teatro,
Porque fuera quedar viva
Hacer á Carlos agravio.
Será mi muerte un ejemplo
Sangriento en tan triste caso,
Viendo morir los dichosos
Por los que son desdichados.

(Vanse.)
—
Entrada á la ciudad.

ESCENA VI.
EL REY, OTAVIO, ALEJANDRO,
ACOMPAÑAMIENTO.

REY.
Las paces confirmadas con el Conde
Mi hermano, en fin, os agradezco, Ota-

OTAVIO.
En todo á vuestro gusto corresponde,
Galan, soldado y consejero sabio.

ALEJANDRO. (Ap.) [conde!
¿Qué es esto, cielo? ¿El Rey de mí se es-
¿Qué mayor desengaño de mi agravio?
¿Con Otavio secretos que me niega!
Pensando voy que el desengaño llega.
Fabrica sobre débil fundamento
Quien de mentiras ambiciones fia.
Así las esperanzas lleva el viento,
Así de la venganza llega el día.
No perdonaba el Rey un pensamiento,
Atomo de su misma fantasía,
Sin partirme conmigo, y ya me encubre
Lo que apacible al Conde le descubre.
Sin esto, venir hoy acompañado,
Sin saber la ocasion, hasta la puerta
De la ciudad, justo temor me ha dado
De que fué mi malicia descubierta.
Bien puede un testimonio dilatado
Algun tiempo tener la prueba incierta;
Pero despues él mismo rompe el velo,
Quita las nubes y descubre el cielo.

REY. (Ap. á Otavio.) [guna
No entienda el Duque, Otavio, cosa al-
De lo que el Conde, mi cuñado, escribe.

OTAVIO.
No tuvo, gran señor, culpa ninguna
Carlos, que ausente y desterrado vive.

REY.
Por saber lo que escribeme importuna.
¿Tanto temor de la verdad recibe!
Disimulad y habladme de la guerra.

(En alta voz.)
En fin, ¿queda pacífica la tierra?

OTAVIO.
Puestos, como te dije, frente á frente
Los dos fuertes ejércitos, lucidos
De armas, valor y número de gente,
Del río, aunque pequeño, divididos,
Cuyo cristal, entonces transparente,
En vez de verdes árboles vestidos
De ramas y hojas, retrataba sumas
De árboles hombres, y de ramas plumas;
Ya pasaban en tropas los caballos,
Dividiendo las aguas con los pechos,
Rompiendo arenas los herrados callos,
Y habiendo en qué nadar, delfines he-
Cuando reconocerse tus vasallos, [chos,
Y de la injusta guerra satisfechos,
Paró las armas; ¿tanta fuerza tienen!

REY.
Y pára tú tambien; que Carlos viene.

ESCENA VII.
EL SECRETARIO, CÁRLOS, GUAR-
DAS, FABIO; detrás, LUCINDA é
INÉS. — Dichos.

CÁRLOS.
Pues ¡aquí su majestad!

FABIO.
Echemos por otra parte.

SECRETARIO.
No, Carlos; que á recibirte
Con toda la corte sale.

LUCINDA. (Ap. á Inés.)
Inés, el Rey viene aquí.

INÉS.
Para prenderle ó matarle
Mucha fiesta me parece.

CÁRLOS.

Fabio, ¿qué haré?

FABIO.
Preguntarme

Qué harás es muy lindo, agora
Que el mismo Rey viene á darte
Los brazos.

REY.

Cárlos, ¿qué temes?

FABIO. (Ap.)

Aquí pudiera cantarle :
«Témome, buena cara,
Que no me quieres.»

REY.

Llega, Cárlos, á abrazarme;
Que en honra de tu inocencia,
Yo propio salgo á buscarte.
¿Qué desconfías? ¿Qué aguardas?

CÁRLOS.

Señor, quien se ve delante
Del juez cuando pensó
Que quería sentenciarle,
Y con la imaginación,
Por el cuello miserable,
Anticipado el temor,
Pasaba el cuchillo infame,
No es mucho que esté suspenso,
Viendo, Señor, que le hacen
Las honras que vos me haceis,
Con diferente semblante
Cuanto va de muerte á vida.
Bien pudiera yo ausentarme,
Bien pudiera defenderme,
Que fuera yerro notable;
Pero mas quise morir
Que dar indicio tan grave
De la culpa que no tuve.

REY.

Cárlos, yo tengo que hablarte
Con el conde Otavio. Vamos.

OTAVIO.

Bien podeis los brazos darme,
Cárlos, como á quien se alegra
De vuestro bien.

CÁRLOS.

Son bastantes
Pruebas deste sentimiento
Las pasadas amistades.

ALEJANDRO.

Dadme los brazos á mí,
Cárlos; que tambien me cabe
Gran parte deste suceso;
Que no he sido poca parte
Para que su majestad
(Después de tantos pesares)
Os restituya á su gracia;
Que á fuerza de importunarle,
Vuestros antiguos servicios
Merecen honras iguales.

FABIO. (Ap.)

Tal te dé Dios la salud.

CÁRLOS.

Yo tengo por fe constante
Que sois vos por quien me ha hecho
Su majestad honras tales.

OTAVIO.

¡Oh cómo el pueblo se alegra
De ver que á tu lado pase
Cárlos, Señor!

GENTE. (Dentro.)

¡Cárlos vitor,
Y muera la envidia infame!

REY.

Es el triunfo de Josef
Cuando salió de la cárcel.

GENTE. (Dentro.)

¡Cárlos vitor!

FABIO.

Cárlos vitor,
Van diciendo por las calles.
(Vanse todos, ménos Lucinda é Inés.)

ESCENA VIII.

LUCINDA, INÉS.

LUCINDA.

Si suele un grande placer
Y una súbita alegría
Quitar la vida, la mía
¿Qué otro fin puede tener?
De pensar que puede ser,
Por no morir, me retiro.
¡Ay cielo! si aquí no espiro,
El alma tengo de acero,
Pues cuando muerto le espero,
César triunfando le miro.
No de otra suerte que á quien
Desde tormenta á bonanza
Pasó la muerta esperanza,
Puedo darme el parabien.
Peropensando tambien
En que mudando lugar
Cárlos se puede mudar,
Por no venir á perder
La vida, es dicha tener
En tal placer tal pesar.
Cárlos, á este triunfo atento,
Ya sin memoria ninguna,
Como muda de fortuna,
Mudará de pensamiento.
Su sobrina en casamiento
Le dará el Rey, esto es cierto :
La misma dicha me ha muerto,
Pues otros suelen dejar
La vida en medio del mar;
Pero yo, llegando al puerto.

INÉS.

Quando del cielo recibes,
Señora, tanto favor,
¿Tienes el mismo temor,
Y con mas tormento vives?
Ingratamente procedes;
Que no es razon presumir
En lo que está por venir,
Que sin los méritos quedes,
Que amando en baja fortuna
A Cárlos, tal premio esperan.

LUCINDA.

La mar y la tierra alteran
Las mudanzas de la luna,
Y es mi desdicha inconstante
Tan cobarde al bien presente,
Que la he temido creciente
Mas que la temí menguante;
Porque, á poder presumir
Que otra mujer le gozara,
Sospecho que me pesara
De ver á Cárlos vivir. —
Este ¿no es Fabio?

ESCENA IX.

FABIO. — Dichos.

FABIO.

En extremo
Me alegro de verte aquí.

LUCINDA.

¿Qué sabes, Fabio, de mí?
Que mil desventuras temo
Después que en tanta grandeza
He visto á Cárlos.

FABIO.

Señora,
Cárlos te estima y te adora.
Tu discrecion, tu belleza,
Tu virtud, tu grande amor
Es la grandeza en que está;
Que respeto desto, es ya
Sombra del Rey el favor
Y el aplauso de la corte.

Y aunque de mí te escondias,
Le dije que le seguías
Como la iman sigue al norte,
Y dijo : «¿Ves la grandeza
En que el Rey me ha puesto ya?
Pues sin Lucinda será
Aumento de mi tristeza.
Búscala y dile que aquí
Procure andar encubierta;
Pero de mi alma cierta
Que ha de vivir sola en mí.»
Y calló, porque mandó
El Rey que saliese á dar
Audencia, por contentar
Al pueblo, que la pidió;
Que con mejores alientos
Sirven y guardan su ley
Cuando con prudencia el Rey
Tiene los pueblos contentos.
Tú, pues que Cárlos lo está,
Alégrate de que el cielo
Quiere premiar tu buen celo.

LUCINDA.

¿Que Cárlos se acuerda ya,
Fabio, del amor pasado?

FABIO.

¿Habíase de olvidar
Tan presto?

LUCINDA.

Un alto lugar,
Fabio, un diferente estado,
No solo presumo yo
Que esta enfermedad padece;
Pero pienso que aborrece
A quien humilde le vió.
Huyen de ver la grandeza
Los que la vieron sin don;
Que le parece que son
Testigos de su baja.

FABIO.

Pues Cárlos siempre fué mas;
Que los que antes fueron buenos
No pueden venir á menos.

LUCINDA.

Ahora bien, tú le dirás
Que yo andaré en este traje
Oculta, porque ninguna
Fortuna de la fortuna
En que le miro me baje.
Y tú buscarme podrás;
Que no saldré desta puerta
De palacio.

FABIO.

Así encubierta
Mejor, Señora, estarás,
En rústica transformada.
Mira en qué te sirvo yo.

LUCINDA.

Que le digas... Pero no,
No le digas, Fabio, nada;
Que no le puedes decir
Mas que Cárlos entender
De verme por él perder,
De verme sin él morir.

FABIO.

Servitor, señora Inés.

INÉS.

¿Ya hablas á lo sublime?

FABIO.

Pues ¿hay cosa que yo estime
Como tus...

INÉS.

¿Qué tus?

FABIO.

Tus piés.
Soy mortal apasionado
De piés, por cierta receta,

Y tanto, que á ser poeta,
Te los hubiera glosado.

(Vase.)

ESCENA X.

LUCINDA, INÉS.

LUCINDA.

Salé la nave, y salé la esperanza,
Que para el golfo desde el puerto alienta;
Con su peso en las ondas se sustenta,
Y cuantas deja atrás tantas alcanza.

El piloto, que sabe la mudanza,
La vista por las nubes alimenta,
Y con temor del golfo y la tormenta,
Le pesa de mirar tanta bonanza.

Así mis bienes, si es razón llamallos
Bienes, en duda, amor, de merecellos,
Salen, y la esperanza á acompañallos.

Afligeme el temor de estar sin ellos,
Porque toda la gloria de gozallos
Diminuye la pena de perdellos.

(Vase.)

Sala de palacio.

ESCENA XI.

LEONARDA, CELIA Y UN ESCUDERO;
RO; después, LUCINDA é INÉS.

LEONARDA.

¿Que vos le vistes salir
A Carlos á dar audiencia?

ESCUDERO.

Cualquiera tiene licencia
De hablar, y Carlos de oír.

(Salen Lucinda é Inés.)

INÉS. (Ap. á Lucinda.)

Esta es Leonarda, Señora.

LUCINDA.

¿Qué quiere Leonarda aquí?

INÉS.

Ver á Carlos.

LUCINDA.

¡Ay de mí!

LEONARDA.

Si yo pudiera pensar
Y tan adivina fuera,
Celia, que Carlos volviera
A ocupar este lugar,
No hubiera usado con él
De término tan ingrato.

CELIA.

Amor, aunque falte el trato,
Vivirá, Señora, en él;
Que apenas le mirará
Tierna, cuando vuelva luego
Mas obediente que al fuego
La cara.

LEONARDA.

En lo cierto estás;
Que el grande amor que me tuvo,
¿Cómo se pudo acabar?

CELIA.

Estuvo para espirar
De amor, impaciente estuvo.

LEONARDA.

Apenas le habré mirado
Con los ojos que yo miro,
Cuando con tierno suspiro
Reciba el amor pasado.
¿No has visto, Celia, matar
Con breve soplo una vela,
Cómo por el humo anhela
Volver al mismo lugar?

Pues así cuando amor llama
La muerte correspondencia,
Por el humo de la ausencia
Se vuelve á encender la llama;
Que cuando un amante ciego
Olvida viendo el rigor,
Sopla la ceniza amor,
Y vuelve á encenderse el fuego.—

(Al Escudero.)

Mirad vos si hay por aquí
Paje que pueda avisalle;
Que lo que tardo en hablalle,
Tarda en perderse por mí.

ESCUDERO.

Aquí están dos labradoras.
Deben de ser negociantes.

LEONARDA.

Amigas, ¿de dónde bueno?

LUCINDA.

Somos, Señora, del Valle,
Tierra del señor don Carlos;
Venimos della esta tarde,
Sabiendo que su merced
Del Rey y él hicieron paces,
Para que mos dé favor
Contra un mozo que mos trae
Sin joiicio con un preito;
Mas no podemos habralle,
Porque en viendo los porteros
Gente deste humilde traje,
No hay dimuños mas soberbios.
¡Bien haya Dios, que de balde
Deja entrar á cuantos quieren
A pedirle y á rogarle!

Pensando estoy muchas veces
Cuando pregunte á los tales:
«¿Por qué no dejaste entrar
A la mujer miserable,
Al pobre, al soldado roto,
Que trae de Italia ó Flándes
Los servicios por arrobos,
Como por onzas la sangre?»
¿Qué le podrán responder?

LEONARDA.

¿Qué pleito es ese tan grande
Que traeis con ese mozo?
Que gustaré de escucharle,
Porque teneis buena gracia.

LUCINDA.

Hasta agora no se sabe;
Que aun está mi preito en duda.

LEONARDA.

Pues por mi vida, contadme
La causa por qué os conviene
Hablar persona tan grave.

LUCINDA.

Si ella primero me dice
Quién es, y puedo fiarme
De su mercé, irá de preito,
Aunque ya ciertos mensajes
Llevan el alma á los ojos,
Nacidos de vuestro talle,
De que sois una señora,
Que dicen que le dejastes
Luego que el Rey le dejó.

LEONARDA.

Eso, amiga, no te espante;
Que es la costumbre del mundo
Desamparar los que caen,
Y seguir á los que suben.

LUCINDA.

Pues personas hay que saben
Andarse con los caídos
Sin que el mundo se lo mande.
Pero en efeto, ¿quién sois?

LEONARDA.

Soy quien hará (como hable
Una palabra con Carlos)

Que ese vuestro pleito alcance
Sentencia en favor.

LUCINDA.

¡Mal año!

¿Sois su quillotra? Que el Valle
Atronaba con suspiros,
Por la mañana y la tarde,
Como horrico en las eras,
Diciendo mil necedades
De una Leonarda.

LEONARDA.

Esa soy.

LUCINDA.

Yo le vi llamaros ángel,
Con otras borracherías.
Allá tenemos un sastre
Que suele cantar de noche
Seguidillas y romances,
Y le daba muchas cosas
Que de Leonarda cantase.

LEONARDA.

(Ap. á Celia. Celia, ¿no lo dije yo?)
Pero no se desbarate
El pleito.

LUCINDA.

Es cuento muy largo,
Y estoy temiendo que os cause.
Haced cuenta que os quería
Un mozo, y que por dejalle
Vos por otro, que era entonces
Mas valido ó vos mas fácil,
Se fué tambien él con otra,
Que andaba, por obligarle
A su amor, de rama en rama,
De flor en flor, de olmo en sauce,
De una peña en otra peña,
Como dicen los cantares.
Pero como el dicho mozo
Volvió á ser lo mismo que antes,
Tambien habeis de hacer cuenta
Que venistes á rogarle.
La querida, con quillotras
(Que no sé cómo los llame),
Porque dos que se conocen
Presto vuelven á juntarse,
Con este miedo y sin vida
Vino á ver... — Mas perdonadme;
Que pienso que queda mucho.

LEONARDA.

Pues ¿en qué se funda el pleito?
Porque es la historia notable.

LUCINDA.

Carlos lo ha de sentenciar.
Hablalde por mí; que él sale.

(Cúbrense con los rebozos Lucinda é Inés.)

ESCENA XII.

CARLOS, acompañado de PRETENDIENTES,
que le dan memoriales; ALEJANDRO,
FABIO.—DICHOS.

CARLOS. (A Alejandro.)

¿Vueseñoría negocia
Conmigo?

ALEJANDRO.

Lo que fué antes
No es mucho que agora sea,
Porque como yo quedase
En vuestra ausencia á suplir
Los papeles y la llave,
Agora que habeis venido,
Y es justo que el Rey me mande
Que os la vuelva, vuelvo yo
A ser vuestro negociante.

(Falta un verso.)

CÁRLOS.

¿Qué pide vuesañoría
Al Rey?

FABIO. (Ap.)

¿Que este Ulises hable!

ALEJANDRO.

Una plaza en su Consejo.

FABIO. (Ap.)

¡Plaza! Bien dice, y cortalle
En ella con una sierra
La flauta de los gacnates.

CÁRLOS.

Yo hablaré á su majestad.

ALEJANDRO.

El cielo, Carlos, os guarde.

FABIO. (Ap.)

De tí, aunque es dificultoso;
Mas para Dios todo es fácil.

(Vanse Alejandro, los pretendientes
y el Escudero.)

ESCENA XIII.

CÁRLOS, LUCINDA, INÉS,
LEONARDA, CELIA, FABIO.

LEONARDA.

¡Señor Carlos!

CÁRLOS.

¿Quién es?

LEONARDA.

Yo.

¿Así quien ama se olvida?

CÁRLOS.

La diferencia de vida

En los ojos la causó.

Señora Leonarda, ¿adónde?

LEONARDA.

A daros el parabien.

CÁRLOS.

¡Tanta merced! ¡tanto bien!

LUCINDA. (Ap. á Inés.)

Inés, ¿así le responde?

INÉS.

Advierte, señora mía,

Que es audiencia donde está.

LUCINDA.

Si desta suerte la da

A quien negarla debía,

¿Qué dejará para quien

Tiene tanta obligación?

CÁRLOS.

Estimo, como es razon,

Vuestro alegre parabien.

LEONARDA.

¿Qué sin vida me ha tenido

La pena de vuestra ausencia!

CÁRLOS.

Veros hoy en esta audiencia

Claro desengaño ha sido.

LEONARDA.

Siempre á Alejandro rogaba

Que al Rey hablase por vos.

CÁRLOS.

Y se ha lucido, por Dios,

La pesadumbre que os daba.

LEONARDA.

Que nos debéis, Carlos, creo

Este puesto á mí y á él.

CÁRLOS.

La noche que os vi con él,

Conoci vuestro deseo.

LEONARDA.

¿Qué cuidado me habeis dado,
Después que de aquí partistes!

CÁRLOS.

Las cartas que me escribistes
Me han dicho vuestro cuidado.

LEONARDA.

No me han dado mas lugar
Mis pretensiones aquí.

CÁRLOS.

Mira, Fabio, por ahí
Si hay quien quiera negociar.

FABIO.

No, Señor.

LEONARDA.

Una merced

Me haced.

CÁRLOS.

Servicio, Señora.

LEONARDA.

Una pobre labradora
Encomendada tened,
Que por ser de vuestra aldea
Me ha puesto en obligacion.

CÁRLOS.

Véngame á hablar; que es razon
Que yo os sirva y que ella vea
Que sois vos su protectora.

LEONARDA.

¡Ah labradora! Llegad,
Y con su excelencia hablad.

LUCINDA.

Dios se lo pague, Señora.

CÁRLOS.

¿Qué es lo que queréis?

LUCINDA.

Aparte se lo diré. Aquí
(Descúbresse.)

CÁRLOS.

¡Lucinda!

LUCINDA.

¡Carlos!

CÁRLOS.

No sé

Cómo he de vivir sin tí.
Conozco que fué piedad
Del cielo que mi inocencia
Se viese restituida;

Mas dame notable pena

Vivir sin tí y acordarme

De la vida de la aldea.

¡Ay queridas soledades,

Fuentes claras, verdes selvas!

¿Qué se han hecho aquellas horas?

LUCINDA.

¿Cómo quieres que te crea,

Si te veo con Leonarda

Tan tierno, que en mi presencia?...

CÁRLOS.

No prosigas; que me agravia.

Mira que mi amor se queja,

Y si piensas que te olvido

Por verme en esta grandera,

Harás que la deje loco

Y que contigo me vuelva.

Díjome el Rey en secreto

Que mi destierro y ausencia

Nació de una firma falsa,

Que con mi nombre supuesta

Hizo escribir Alejandro.

Bien pienso que se te acuerda,

A la puerta de Leonarda,

La noche de la pendencia,

Murió Armindo de la herida

Que le diste, y la conciencia

Le obligó á dejar escrito

Que de cierta cifra y letra

Fué por Alejandro autor.

Sin esto, como la guerra

Cesó del Conde, en las paces

Quedó mas cierta la prueba
Por la relacion de Otavio.

LEONARDA.

¿Tanto tiene que hablar, Celia,
Esta villana con Carlos? (Ap. á ella.)

CELIA.

Tiene tan graciosa lengua,
Que, como ya gran señor,
Gustará de hablar con ella.

LUCINDA.

¿Quién dijera que Leonarda
Desta manera te viera,
Cuando yo fingí que herido,
Carlos, llegaste á su puerta
Para probar si te abría,
Y se quitó de la reja
Con tal crueldad!

CÁRLOS.

¿Qué castigo
No ha tenido la soberbia?
Mas retiráte, mi bien,
Y aguardame; que el Rey llega
Con Otavio y Alejandro.

ESCENA XIV.

EL REY, OTAVIO, ALEJANDRO.—
DICHOS.

REY.

Siendo la prueba tan cierta,
¿Qué disculpa podéis darme?

ALEJANDRO.

Que lo que Armindo confiesa
Es que él escribió la carta;
Pero engañóme con ella;
Que yo, por seros leal,
La tuve por verdadera.
Pero pues yo me engañé,
Aquí tengo la cabeza,
Y estoy á los piés de Carlos.

REY.

Pues él os dé la sentencia.

CÁRLOS.

Llegando á que estén, Señor,
Estas cosas descubiertas,
Sea el perdon de Alejandro
El triunfo de mi inocencia.
Éi á mis piés, yo á los vuestros,
Os pido por la primera
Merced su vida.

REY.

No á mí,

A mí la vida agradezca.

ALEJANDRO.

A entrambos, más admirado
De la virtud y prudencia
De Carlos, que de los hechos
De Alejandro, Pirro y César.

REY.

Carlos, yo tengo tratado
Casarte, y quiero que sea
Mi sobrina Rosimunda
Quien tus virtudes merezca.
Hoy escribiré á mi hermano.

LEONARDA.

Una palabra quisiera
Hablar á tu majestad.

REY.

Decid.

LEONARDA.

Puesto que se emplea
Carlos en tan gran señora,
Como quien es sangre vuestra,
Amor que estima su gusto,
Altos imperios desprecia.

Este me tiene, y yo sé
Que, puesto que os obedezca,
No será con voluntad.

REY.

¿Qué es esto, Carlos?

CÁRLOS.

Que fuera

Verdad, Señor, si Leonarda,
Cuando mi fortuna adversa
Me puso en tan bajo estado,
Como agora me quisiera,
Que en alto lugar me mira,
Pues le debo esta fineza
A su interés, no á su amor.

LEONARDA.

¿Quién imaginar pudiera,
Mirando vuestra caída,
Que diera, Carlos, tal vuelta
Con vos la fortuna varia,
Que desde aquella bajeza
Volviérades donde estáis?

CÁRLOS.

Quien sabe que la inocencia
Sufre por cuenta del cielo

Los testimonios y afrentas,
Y nadie en el mundo ignora
Que la amistad verdadera,
No la próspera fortuna,
Sigue la fortuna adversa.
Pero ya es tiempo, Señor,
Que vuestra majestad sepa
Que una dama, en sangre ilustre,
Y fénix en su firmeza,
Cuando todos me dejaron,
Ella sola fué á mi aldea,
Y acompañó mi destierro.
Con su favor y su hacienda
Viví; que si no...

REY.

Detente.

Obligaciones son estas
Que no las pienso impedir.
Antes bien, si aquí la viera...

CÁRLOS.

Aquí está, Señor.

REY.

¿Quién es?

CÁRLOS.

Esta labradora. — Llega,
Llega, Lucinda.

LUCINDA.

Señor,

En mis fortunas se prueba
Que, por mas que los desdenes
Fin dichoso le defiendan,
Porfiando vence amor.

REY.

Dalde la mano, Condesa,
A Carlos, mi condestable;
Y si hay castigos que premian,
Pues la queréis, Alejandro,
Dalde á Leonarda la vuestra.

FABIO.

Y á Fabio ¿no le darán
Con Inés alguna renta?—
Príncipe, dadme favor.

CÁRLOS.

No le pidas en tu tierra,
Si no es pidiendo al Senado
Por el autor y el poeta
Perdon con toda humildad.
Demos fin á la comedia.

LA FUERZA LASTIMOSA.

PERSONAS.

LA INFANTA DIONISIA.
EL CONDE ENRIQUE.
EL DUQUE OTAVIO.
EL REY DE IRLANDA.
BELARDO, { criados del conde En-
HORTENSIO, { rique.
CLENARDO, secretario del Rey.

CELINDA, dama de la Infanta.
EL MARQUÉS FABIO.
ISABELA, mujer del conde Enrique.
DON JUAN, niño, su hijo.
Otros dos niños.
POLIBIO, { criados del duque Otavio.
TEREO, {

EL CONDE DE BARCELONA.
LUCINDO, { soldados españoles.
FENICIO, {
EL CAPITÁN CÁRLOS, español.
DOS VILLANOS.
DOS PESCADORES.
MÚSICOS. — DAMAS. — SOLDADOS.

La escena es en varios puntos de Irlanda.

ACTO PRIMERO.

Selva.

ESCENA PRIMERA.

LA INFANTA DIONISIA, de caza, con
un venablo en la mano.

Si por sendas tan estrechas
Al ligero viento iguales,
Que yo soy viento sospechas,
O muestras que llevas alas
En las plumas de mis flechas.
Párate, ciervo, un momento,
A ver mi cansancio atento,
Si algún descanso te da:
¿Piensas que siguiendo va
Tu curso mi pensamiento?
¡Oh notable ligereza,
Que á la del tiempo equipara
La común naturaleza!
Ya en aquellas aguas pára,
Bañando pies y cabeza.
¡Dichoso tú, que, afligido,
Llegaste al centro querido
Dese arroyo puro y manso!
Que tarde llega al descanso
Un corazón afligido.

ESCENA II.

EL CONDE ENRIQUE, de caza.—
DIONISIA.

ENRIQUE. (*Sin ver á la Infanta.*)

Enramadas arboledas,
Hiedra que las vas visitando,
Y por sus ramas te enredas;
Aguas que, estando corriendo,
Parece que os estáis quedas;
Sombras que el temor alteran,
Y contra el sol perseveran;
Montes, de aspereza llenos,
Para pensamientos buenos,
Si en vosotros se perdieran:
Veis aquí un hombre dichoso,
Si no estuviera confuso;
Pero el punto venturoso
En que mi estrella me puso,
Tiene el fin dificultoso.
Donde el alma apenas toca,
En una fortuna loca,
Soy Tántalo de mi bien;
Que, por mas que me le dén,
No puedo llegar la boca.

L—III.

DIONISIA.
¡Enrique!
ENRIQUE.
Señora mía...
No en balde esta fuente hermosa
Sus márgenes excedía,
Y con envidia la rosa
Mas vivo color tenía.
No en balde el viento le daba
Música al monte, y tocaba
Estas hojas á concierto.
No en balde el sol descubierto
Las verdes cumbres doraba.
No en balde este claro río,
Detenido entre esas piedras,
Paraba su curso frío,
Y abrazaban estas hiedras
Este olmo, retrato mío.
No en balde, por ver, Señora,
Aquestas plantas ligeras,
Todas las flores agora
Se quitan las vidrieras
Del rocío de la aurora.
No en balde estaba este prado
De mas cambiantes pintado
Que del cielo el arrebol,
Sirviendo de alfombra al sol,
Adonde está reclinado;
Que esas estrellas dichosas
Alegran, con dar sus lumbres,
Al sol, montes, fuentes, rosas,
Olmos, ríos, hiedras, cumbres,
Prados y flores hermosas.

DIONISIA.
Mucho aquestas soledades
Me obligan á que te diga
Del alma grandes verdades.

ENRIQUE.
Harto mas mi fe te obliga,
Si á mi amor te persuades.
No mires á tu valor;
Aparta de tu grandeza
Los ojos de mi favor;
Que, no viendo mi bajeza,
Es la distancia menor.
Quien en alto está subido,
Ya no es bien que mire al suelo:
Que no me mires te pido;
Que soy suelo dese cielo,
De mil estrellas vestido.
De amor las ciertas señales
Es igualar desiguales;
Que en su mano celestial
Tiene una balanza igual,
Que hace las almas iguales.

DIONISIA.
Conde, si tanta humildad
Os detiene á mi valor

Para tener igualdad,
Pensaré de vuestro amor
Que no me tratáis verdad.
Que, como no he de tener
En pensamiento jamás
Que menos pudistes ser,
Vos os habeis de atrever
A no pensar que soy mas.

ENRIQUE.
¡Oh divino entendimiento!
¡Por qué camino ha igualado
Su amor y mi pensamiento,
Y á su grandeza animado
Mi cobarde atrevimiento!

DIONISIA.
Dejemos divinidades,
Y la grandeza hmanemos;
Desnudemos las verdades,
Y, si es posible, juntemos
A un alma dos voluntades.

ENRIQUE.
Decid, mi bien; que aquí estoy.
(*Bajan la voz.*)

ESCENA III.

EL DUQUE OTAVIO.— ENRIQUE
Y DIONISIA, *sin verle.*

OTAVIO. (*Parasi, sin reparar en la Infanta y el Conde.*)

Siguiendo mi suerte voy,
Perseguido de una fiera;
Que hasta que en sus manos muera,
Ignorante Adónis soy.
¿Quién ha visto que el que caza
Vaya de la fiera huyendo,
Como del toro en la plaza,
Sino yo, que voy siguiendo
La que mi muerte amenaza?
¿Qué fuerza puede tener
Contra un hombre una mujer?
Pero, pues que vence á un hombre,
Sin duda es fuerza del nombre,
Que no valor de su ser.
No es la fortuna importuna
Porque tiene fuerza alguna,
Ni la muerte tiene ser;
Mata el nombre de mujer,
Si lo son muerte y fortuna.
Puso gran virtud el cielo
En palabras, piedras, yerbas,
Que dice y que tiene el suelo;
Y aquí, fiero amor, reservas
Tu poder de fuego y hielo.
En la yerba de tu flecha
Hay virtud, piedra en el pecho

Que adoro, y que no aprovecho;
Pero palabras han hecho
Mas daño que se sospecha;
Y la de mayor poder
Es el nombre de mujer:
Luego bien se ve que el nombre
Es el que da muerte al hombre,
Que no la fuerza del ser. —
¡Ay enemiga! ¿Aquí estás?
Déjame, amor, que publique
Mi pena esta vez no mas. —
Mas aquí está el conde Enrique.

ENRIQUE. (A la Infanta.)

¿Esta palabra me das?

DIONISIA.

Esta palabra te doy.

OTAVIO. (Ap.)

Palabras se dan. ¿Qué escucho?
Aquí mas oculto estoy.

(Retírase y acecha.)

DIONISIA.

¿Puedo hacer mas?

ENRIQUE.

Esto es mucho.

DIONISIA.

Tu mujer digo que soy.

OTAVIO. (Ap.)

¿Cómo? ¡Ay cielos! ¿Que la Infanta
Confiese que es su mujer?

ENRIQUE.

Prenda mía, en merced tanta
El callar al responder
Muchas leguas se adelanta:
El diga lo que no digo.
Pero, con gusto del Rey,
Ya sabes que el viento sigo,
Y que antes por justa ley
Me amenaza su castigo.

¿Quién nos ha de dar consejo?

DIONISIA.

No me querer yo casar,
Y estar mi padre tan viejo.

ENRIQUE.

Luego ¿quieres aguardar
A que se rompa su espejo?

DIONISIA.

Si quedo sola, ¿no puedo
Hacer mi gusto sin miedo?

ENRIQUE.

Si; mas ¿dónde, hasta su muerte,
Habrá paciencia tan fuerte,
Ni amor que quiera estar quedo?
Yo á lo menos á esperar,
Sin sus ayudas de costa,
No sé si podré llegar.

OTAVIO. (Ap.)

Este amor, ya por la posta,
En mi muerte ha de parar.

DIONISIA.

Verdad es que es largo plazo;
Pero el papel, el abrazo,
Y la esperanza con él,
Bien podrán...

ENRIQUE.

Deja el papel,
Y al abrazo alarga el brazo;
Que amor de papel no es bueno
Para andar tanto camino,
Ni estar de noche al sereno;
Que, en fin, el papel mas fino
Viene de lisonjas lleno;
Que, si se viene á olvidar,
Cree que el papel mejor
Es, llegando á pleitear,
Cédula por donde amor
A nadie obliga á pagar.
Pero para esperar años

Son menester desengaños
Que entretengan el desco.

DIONISIA.

No lo digas con rodeo.

ENRIQUE.

Temo tu enojo y mis daños.

DIONISIA.

Ahora bien, mañana quiero
Que vengas por el terrero,
Y en mi aposento entrarás.

ENRIQUE.

No hay que dar ni pedir mas.
Dame esas manos.

OTAVIO. (Ap.)

¿Qué espero?

Ya de mi muerte inhumana
Ha llegado la sentencia.

DIONISIA.

¿Qué dificultad no allana
Amor?

ENRIQUE.

¿Quién tendrá paciencia
Para esperar á mañana?

DIONISIA.

Pues ¿cómo! ¿Aun no estás contento?

ENRIQUE.

Como soy buen comprador,
Regateo del tormento,
Porque son años de amor
Esperanzas de un momento.

DIONISIA.

¿Tormento da la esperanza?

ENRIQUE.

Mientras el bien no se alcanza,
Y mayor cuando es mayor.

DIONISIA.

De aquí á mañana el favor,
Eso es poca confianza.

ENRIQUE.

De hoy á mañana se vió
Troya famosa abrasada,
Roma su lustre perdió,
Deshizo el viento la armada
Que mas gallarda se vió.
De hoy á mañana acontece
Que el rico pobre amaneca,
El privado aborrecido,
El levantado abatido,
Y que la mar mengua y crece.
De hoy á mañana está el cielo
Mas sereno, mas nublado;
Está seco y verde el suelo,
Y el pájaro mas atado
Por el aire esparce el vuelo.
Vemos un almendro en flor,
Y helado todo mañana;
Vemos esclavo al señor,
La sierra mas alta llana,
Y mas mudable el favor.
Entre la taza y el labio
Dijo, en cierto pasatiempo,
Que habia peligro, un sabio;
Que en dos minutos de tiempo
Puede caber un agravio.

OTAVIO. (Ap.)

¿Cómo, si es cuerda la Infanta,
Debe al Conde aborrecer,
Pues, cuando ella se adelanta
A lo que no puede hacer,
La aprieta con fuerza tanta?
¿Cuán diferente que fuera,
Si ese bien me prometiera
De aquí á una semana, á un mes,
A un año, á un siglo! y despues
¿Mas que nunca lo cumpliera!

DIONISIA.

Para darte ese contento,

Es fuerza que al punto vuelva
A la ciudad.

ENRIQUE.

Ahora siento
Tu grande amor. Esta selva
No fuera mal aposento;
Pero no todas las Didos
Agua y cuevas han de hallar.

OTAVIO. (Ap.)

Ciegos están y perdidos.
Su gusto quiero estorbar
Y el fuego de mis sentidos.

(Llégase á ellos.)

¿Ha llegado por aquí,
Que habrá mucho que aquí estáis,
Gran Dionisia, el jabali?

DIONISIA. (Bajo.)

En hora mala vengais.

ENRIQUE. (Ap.)

Y habrá de ser para mí.

OTAVIO.

Pienso que iba á esta fuente,
Bañando en espuma el diente.

ENRIQUE.

A lavárselos vendría.

(Ap. á la Infanta.)

Vamos de aquí, prenda mía.

DIONISIA.

Buscad, Otavio, la gente.

(Vanse Dionisia y Enrique.)

ESCENA IV.

OTAVIO.

Buscaré mi muerte fiera,
Y haré mucho si la hallo,
Cuando va huyendo ligera.
¿Por qué me detengo y callo?
¿Muera el conde Enrique! muera!
¿Dirélo al Rey? Pero no;
Que si en desdichas iguales
Solo el ingenio ayudó,
Siendo las que tengo tales,
¿Quién las tendrá como yo?
Mia será esta mujer.
¿Qué dices, alma? — Sin duda.
Digo, que tuya ha de ser.
— ¿Quién me ayuda? — Amor te ayuda.
— Pues si es dios, tendrá poder.
¿Gozaréla? — Bien podrás.
Mas ¿cómo te atreverás?
— Esta noche iré al terrero,
Donde llegaré primero...
Y haga el amor lo demás. —
Arboles con altas copas,
A quién dió librea junta
El tiempo de verdes ropas;
Monte, que con esa punta
En los mismos cielos topas;
Prados, hechos á colores
Con aromáticas flores,
Manchados de varias tintas,
Ajrionados de cintas
De arroyos murmuradores;
Animales escondidos,
Altas y parieras aves,
Que habláis por cuevas y nidos,
Unas con voces suaves,
Y otras con fuertes bramidos:
Cáuseos risa, aunque no sea
Vuestro el reir ni entender,
Que diga un hombre y que crea
Que gozará una mujer
Que Otavio tambien desea.
Pero no importa querello,
Si así tengo de vivir:
Intentallo será hacello;
Que con ello he de salir,
Y de sentido sin ello.

ESCENA V.

EL REY DE IRLANDA, *de caza, con gaban*; DOS VILLANOS.— OTAVIO.

REY.

¿Que no habeis visto la Infanta?

VILLANO 1.º

Pardios, Señor, que en correr De tal suerte se adelanta, Que al viento quiere exceder, Y atrás dejar á Atalanta.

REY.

Que se recoja esa gente Será agora conveniente, Y que á la ciudad volvámos.

VILLANO 2.º

Ella suena entre esos ramos... —Pero no, que es una fuente. Allá en su busca partimos. Su merced sobre esta piedra Se sienta, mientras venimos. Será do sale esa hiedra Con sus hojas y racimos.

REY.

Id, y diréis que aquí aguardo. *(Vanse los villanos.)*

ESCENA VI.

EL REY, OTAVIO.

OTAVIO.

Cansado estará su alteza.

REY.

¡Oh Duque!

OTAVIO.

Cuando gallardo Jóven corrió esta aspereza, Venciera al mas suelto pardo.

REY.

Pasa, Otavio, nuestra edad Como el sol, que da la sombra. Eso llaman mocedad, Esto, en fin, vejez se nombra, Y es la misma enfermedad. ¿Cómo os habeis alejado?

OTAVIO.

Porque solo te he buscado Desde los rayos de Apolo, Y en fin, quiere Dios que solo Te haya en este monte hallado.

REY.

¿A qué efeto solo á mí?

OTAVIO.

No habrá sido sin efeto. Dame la palabra aquí De guardarme...

REY.

¿Qué?

OTAVIO.

Un secreto.

REY.

¡Secreto!

OTAVIO.

Sí, Señor.

REY.

DI.

OTAVIO.

Pero no le digo bien. Prende aquesta noche á un hombre.

REY.

¿Quién?

OTAVIO.

El conde Enrique.

REY.

¿Quién?

OTAVIO.

El Conde.

REY.

Dudaba el nombre.

OTAVIO.

Duda la prision tambien. La causa no has de saber Hasta mañana.

REY.

¿A qué efeto

Sin causa le he de prender?

OTAVIO.

En eso estriba el secreto.

REY.

Secreto sabré tener.

OTAVIO.

No hay mucho de aquí á mañana; Y si esta noche lo sabes, Será mi esperanza vana: Tú muestra en cosas tan graves Paciencia madura y cana. Pero advierte que si entiende Mas que un hombre su prision, Tu vida y honra se ofende.

REY.

Extrañas quimeras son.

¿Qué es lo que el Conde pretende?

OTAVIO.

Mañana al amanecer, Gran Señor, lo has de saber.

REY.

¿Solo un hombre ha de prendello?

OTAVIO.

Llámale, y podrás hacello.

REY.

Y ese hombre, ¿quién ha de ser?

OTAVIO.

El capitan de tu guarda, El marqués Fabio, que es hombre De valor.

REY.

La noche tarda.

¿No tendrá esta prision nombre?

OTAVIO.

Yo sé que tu vida guarda.

REY.

¿Que en el secreto consiste Poner en esto remedio?

OTAVIO.

Sí, Señor.

REY.

Vamos.

OTAVIO.

¿Vas triste?

REY.

Voy de aqueste mar en medio, En que agora me pusiste. Pero, siendo conveniente, Mostraré, Otavio, valor.

OTAVIO.

Muéstrate agora apacible.

REY.

El conde Enrique traidor! Parece cosa imposible. Sabrá, Otavio, esta prision Mi hija?

OTAVIO.

De ningún modo; Que estorbas mi pretension.

REY.

Eilo es tan confuso todo, Que es la misma confusion. *(Vanse.)*

Sala en casa del conde Enrique.

ESCENA VII.

BELARDO, HORTENSIO.

BELARDO.

Dicen que ha vuelto su alteza A gran prisa en la carroza.

HORTENSIO.

Es briosa.

BELARDO.

Es gentil moza

De los piés á la cabeza. Otra vez al monte fui, Y al salir de la mañana, Como otra hermosa Diana, Con un venablo la vi. Echéla mil bendiciones: Que Dios la diese un marido Galán, gallardo y brioso En obras como en razones, Mas que Alejandro dichoso, Mas lleno de oro que Midas, Y que alargue Dios sus vidas Un siglo en paz y reposo.

HORTENSIO.

Si nuestro amo el Conde oyera, Belardo, tus bendiciones, No acabaras las razones, Cuando con algo te diera.

BELARDO.

¿Qué? ¿Dírame algun vestido?

HORTENSIO.

Sin duda, y de lienzo fuera, Que hasta los piés te cubriera.

BELARDO.

¡Oh loco desvanecido!

Pues ¿qué! piensa por ventura Que se ha de casar con él?

HORTENSIO.

No sé si lo piensa él; Pero sé que lo procura.

BELARDO.

Hortensio, los pensamientos Altos se llaman honrados; Pero mas que altos, culpados, Y es dar que hacer á los vientos. Que el Conde la quiere creo Por muchas demostraciones; Que agradece sus razones Por los favores que veo. Mas llegada la ocasion En que el Rey la ha de casar, El Conde se ha de quedar Con su mal de corazon.

HORTENSIO.

El Conde ha venido: espera.

ESCENA VIII.

ENRIQUE. — Dichos.

ENRIQUE. *(Para sí.)*

¡Día enfadoso y pesado! Sin duda el sol se ha parado En medio de su carrera. Pero si milagro fué Pararse el sol ó ir atrás, Para que corriera mas Quisiera fuerzas y fe. ¡Oh amor! pues dicen que estás Allá en la tercera esfera, De la cuarta á la tercera Poca distancia hallarás. Rúégale al sol que camine Y se vaya á descansar; Rúégale, amor, que á la mar Su dorada frente incline.

Dile que se acuerde bien
Cuando por Dafne corria;
Que yo tendré al fin del día
Otros laureles tambien.)
¿Aquí estás?

HORTENSIO.

Aquí esperamos.

ENRIQUE.

Ya me podeis descalzar,
Y para esta noche dar
Lo que otras veces llevamos...
Digo, en lo que toca al pecho.

BELARDO.

Nunca defensas son malas.

HORTENSIO.

Yo siempre llevo unas alas,
Por si fuere el paso estrecho.

ENRIQUE.

¿Galas dices?

HORTENSIO.

Si, Señor.

(Ap. Alas dije, entendió galas.)

ENRIQUE.

Las negras todas son malas
De noche: dadme color.

BELARDO.

Gala negra, plata y oro,
Muy bien recebido está.

ENRIQUE.

Eso es mal agüero ya,
Aunque lo cubra un tesoro.
Dame color; que hoy es día
De que hasta el alma vistamos
De color.

BELARDO.

(Ap. ¡Buenos estamos!,

¿Hay favor?

ENRIQUE.

Por vida mía;

Que reviento por deciros
Mi bien; pero su grandeza
Me enfrena.

BELARDO.

¿Fué que su alteza
Oyó acaso tus suspiros?
Estará descalabrada
De alguno, si era muy duro.

ENRIQUE.

Hortensio, yo na procure
Decir á este necie nada.
Ven acá tú, por mi vida:
Sabrás tú solo mi bien.

HORTENSIO.

¿Mas que me dices tambien
Que está de tu amor perdida?
Yo apostaré que te vió
Si los ojos puso en ti,
Y que te dijo que sí,
Si no te dijo que no.
¿Cuánto va que la has mirado,
Y que la viste muy bien?

ENRIQUE.

¡Mal fuego te queme, amén!
¿Qué pesadumbre me has dado?
Ven acá, Belardo, tú.

BELARDO.

¡No sabrémos lo que tienes?
Loco parece que vienes.

ENRIQUE. (Ap.)

¡Jesú! La Infanta! Jesú!

BELARDO.

¿Santiguaste?

ENRIQUE.

Loco estoy.

Loco, pero buen cristiano;
Haces cruces.

ENRIQUE.

Es en vano

Callar el bien á que voy.
Desta va.

BELARDO.

Hortensio, desvia.

HORTENSIO.

¿Cómo?

BELARDO.

Pensé que tiraba.

ENRIQUE.

(Ap. Casi por decirlo estaba.

¡Oh fuerza de mi alegría!
Bien dicen que en el pesar,
Mas fácil que en el placer,
Se puede un hombre tener
A las riendas del callar.)
Hijos, mi bien tuvo ya
El fin que yo le pedí...

BELARDO.

¿Cómo, Señor?

HORTENSIO.

¿Cómo así?

BELARDO.

Suspenseo y callando está.

HORTENSIO.

¡Ah Señor!

ENRIQUE.

¿Qué me queréis?

BELARDO.

¿No dices eso?

ENRIQUE.

Ya no;

Que un pensamiento llegó
A decir que lo diréis.
A la lengua el bien salía,
Y detúvole el temor,
Para que fuese mayor
Cuanto mas le detenía.
Desvíaos de aquí, enemigos;
Que os daré de cuchilladas.

HORTENSIO.

Loco está.

BELARDO.

¿De qué te enfadas?

ENRIQUE.

¡Oh luna! oh cielos amigos!
Ni tú salgas, ni vosotros
Saquéis vuestro apardor
De estrellas, porque mejor
Os las darémos nosotros.
Veránse los ojos bien
De aquel ángel celestial.

HORTENSIO.

No nos estuviera mal
Que durara su desden.

ESCENA IX.

CLENARDO.—DICHOS.

CLENARDO.

¿Está en casa el Conde?

ENRIQUE.

Aquí

A vuestro servicio estoy.

CLENARDO.

Una buena nueva os doy:
Que os llama el Rey.

ENRIQUE.

¿Cómo así?

CLENARDO.

Pienso, según me encomienda

Que yo propio venga acá,
Que alguna encomienda os da.

ENRIQUE.

Vuestra será la encomienda;
Que si de llamarme á mí,
A vos, Clenardo, os la dió,
En tenerla antes que yo
No os ofrezco nada aquí.—
¡Hola! escuchadme vosotros.

HORTENSIO.

¿Qué mandais?

ENRIQUE. (Ap. á los criados.)

En el terrero

Esperad.

HORTENSIO.

Yo allí te espero.

BELARDO.

¿Armarémosnos nosotros?

ENRIQUE.

Ponéos entrambos bien,
Y no tenga que buscaros.
Ya sabeis dónde he de hallaros.

BELARDO.

Y á ti nosotros tambien.

ENRIQUE.

¿Qué quiere el Rey, secretario?

CLENARDO.

Pienso que haceros merced.

ENRIQUE. (Ap.)

¡Oh cielos santos! haced
Que no sea lo contrario.
(Vanse.)

Corredor en el real palacio.

ESCENA X.

DIONISIA, CELINDA.

DIONISIA.

En las determinaciones
De pechos enamorados
Los consejos son culpados
Y cansadas las razones.
Yo, Celinda, quiero bien:
Deja de pensar que puedo
Tener á mi padre miedo
Ni al Conde mostrar desden.
Yo nací para servir
A Enrique; Enrique es mi dueño:
Todo es viento, es sombra, es sucio
Cuanto me puedes decir.
Si ha sido mala eleccion,
Que me disculpes te ruego
Con que, si el amor es ciego,
Ciegos sus efectos son.

CELINDA.

Señora, el Conde es muy noble;
Pero hay mas desigualdad
De aquella á tu calidad
Que desde la palma al roble.
Si amor es ciego, por eso
Es un lince la razon,
Y siempre la obstinacion
Es madre del mal suceso.
¿Qué bien se puede seguir
De que el Conde éntre atrevido
A tu aposento?

DIONISIA.

El marido

Bien puede entrar y salir.

CELINDA.

El marido; quién lo duda?
Pero el Conde no lo es.

DIONISIA.

Es lo que ha de ser despues;

Y en lo que ha de ser no hay duda.

CELINDA.
Perdida está vuestra alteza.

DIONISIA.
Ganada, Celinda, estoy.

CELINDA.
¡Señora!...
DIONISIA.

A fe de quien soy,
Que me quiebras la cabeza.
El Conde ha de entrar aquí:
A la ventana estarás
Hasta que venga.

CELINDA.
¿Eso mas?
DIONISIA.

¿Oyeslo?
CELINDA.
Señora, sí.

DIONISIA.
Pues yo voy solo á rogar
Al cielo el tiempo apresure,
Y que la vida asegure
De quien me la puede dar.
Estarás bien advertida
Que no baya luz.

CELINDA.
Yo lo haré.
DIONISIA.
Mira que si el Rey lo ve,
Puede costarme la vida. (Vase.)

ESCENA XI.

CELINDA.

Nunca, tirano amor, de tus embustes
Resultaron menores desatinos;
Ya no podrás hallar otros caminos
Para que mas de veras me disgustes.

¿Que un conde humilde y una reina
[ajustes?
Enlaza, amor, las hiedras con los pinos;
Mas no enredes los frágiles espinos
Cuando, por niño, de locuras gustes.

Mira, amor, que era el Conde propio
[centro
Desta alma y calidad, y que es pequeño
Para los brazos de la infanta bella.

Mas eres vino, amor; que una vez den-
[tro,
Quieres que te obedezcan mas que al
[dueño,
Y echas de casa á quien te puso en ella.

ESCENA XII.

EL REY, EL MARQUÉS FABIO, CLE-
NARDO.—CELINDA.

REY.
En fin, ¿dijo que vendría?
CLENARDO.

A la puerta le dejé.

REY.
¿Vino triste?

CLENARDO.
Antes le hallé
Con una extraña alegría,
Y con la misma ha venido.

REY.
Llamadle, y quedáos allá.
(Vase Clenardo.)

Mirad, Capitan, si está
Alguien por aquí escondido.

FABIO.
Celinda pasa al retrete.

REY.
¿Quieres algo?

CELINDA.
No, Señor.

REY.
Pues despeja el corredor.

CELINDA.
Voyme, si te sirvo.

REY.
Véte.
¿Qué hace Dionisia?

CELINDA.
Despues
Que te habló fué á su aposento. (Vase.)

ESCENA XIII.

EL REY, FABIO.

REY.
No tiene mas fundamento
De lo que os digo, Marqués.
Otavio me le ha mandado
Prender.

FABIO.
Pues, sin dar razon,
¿A un hombre que, en opinion
Del mundo, no está culpado!
¿A Enrique! á un hombre leal!

REY.
Marqués, no hay mucha jornada
De aquí á mañana.

FABIO.
Y ¿no es nada
Que á un hombre tan principal
Prendas de aquesta manera?

REY.
Con tal secreto, no importa;
Y pues la distancia es corta,
En mi sufrimiento espera.
¿Qué quieres? ¿Qué puedo hacer,
Si dice Otavio que es cosa
Tan secreta y tan forzosa?

FABIO.
El lo debe de saber;
Mas, ¡vive Dios! así ha hecho
Enrique cosa en tu ofensa
Como yo soy...

REY.
Marqués, piensa
Que es hombre.

FABIO.
Y de noble pecho.
¡Plegue á Dios que algun traidor!...

REY.
¿Quieres que piense que fuiste
Cómplice en esto?

FABIO.
Si diste
Crédito al primero error,
Dale tambien al segundo,
Y manda prenderme á mí.

ESCENA XIV.

CLENARDO; despues, ENRIQUE.—
DICHOS.

CLENARDO.
Señor, el Conde está aquí.

FABIO.
Y el que es la lealtad del mundo.

REY. (A Clenardo.)
Ya te he dicho que él me vea,
Y que tú no entres acá.
(Va Clenardo á mandar entrar á Enri-
que; sale éste y habla aparte á Cle-
nardo en la puerta.)

ENRIQUE.
Por ver lo que el Rey me da,
Clenardo, el mundo rodea.—
Aquí, Señor, he llegado,
Como tu hecubura, á servirte.

REY. (A Fabio.)
Marqués, no hay mas que decirte:
Harás lo que te he mandado.

ENRIQUE.
¿Cómo, Señor! ¿Así os vais!
Pues ¿qué es esto? ¿Vuestra cara
No merezco ver?
(Vase el Rey.)

ESCENA XV.

ENRIQUE, FABIO.

FABIO.
Repara
Un poco.

ENRIQUE.
¡Oh Fabio! ¿aquí estás?
¿Sois vos á quien dice el Rey
Que lo que os manda se haga?

FABIO.
Así tus servicios paga:
Del mundo ordinaria ley.

ENRIQUE.
¿Cómo que paga? Pues ¿qué?
¿Qué os manda, ó qué he de hacer yo?
¿Para qué el Rey me llamó,
Y á verme Clenardo fué?
¿En qué puedo al Rey servir?
¿Qué me puede el Rey querer?
¿Qué tengo yo que hacer?
¿Qué tenéis vos que decir?
¿Qué importan aquí las leyes?

FABIO.
No sé mas en tu disgusto
De que obedecer es justo
De cualquier suerte á los reyes.

ENRIQUE.
¿Yo he deservido á su alteza!
¿Qué es esto, Fabio?

FABIO.
No sé.
Callar, Enrique, juré,
Con pena de la cabeza.

ENRIQUE.
Pues sacadme deste enredo;
Que me tenéis encantado.

FABIO.
Sabels vos que os he estimado
Mas que encareceros puedo.
Pechos andan por aquí,
Que no están del todo buenos.

ENRIQUE.
Agora os entiendo menos
Que al principio os entendí.
Yo sé bien vuestra amistad,
Conozco vuestro valor...

FABIO.
¿Dígoles, en fin?

ENRIQUE.
Sí, Señor.
Los prólogos excusad.

FABIO.
Vos sois un gran caballero,

Mentiras no pueden nada.
Con solo darme la espada
Podeis saber lo que os quiero.

ENRIQUE.

La espada yo!

FABIO.

Sí, por Dios.

ENRIQUE.

Acertó desa manera
El Rey; porque no la diera,
Fabio, á quien no fuera vos.
Desde que fui vuestro amigo,
En serviros procuré
Emplearla, y lo mostré
Delante de algun testigo.
No esté mas tiempo ceñida.

(Dale el Conde la espada)

Tomadla; que no doy nada
En dar á un hombre la espada
A quien le diera la vida.

FABIO.

Conde, no me la habeis dado,
Ni vos la podeis rendir;
Que lo que podeis decir
Es que me la habeis trocado.
La mia de vos se fia;

(Dale Fabio la suya al Conde.)

Que persona tan honrada
Ni ha de ir preso sin espada,
Ni le ha de faltar la mia.
Por el nombre de prision
La espada tomo, y os doy
La mia en fe de que estoy
Mas preso de obligacion.

ENRIQUE.

Vamos adonde mandais;
Que esperais, y el Rey espera.

FABIO.

Para que quién sois supiera,
Basta que eso respondais.
Pues ¿cómo sin preguntarme
Por qué os prendo?... ¡Extraño pecho!

ENRIQUE.

Lo que vos, Fabio, habeis hecho
No es prenderme, es obligarme.
Y el obligado está preso,
Como yo lo estoy de vos,
Y prision vuestra, por Dios,
Que ha de tener buen suceso.
Y aunque es propria obligacion
Saber por qué me llevais,
Basta que vos me prendais
Para saber que hay razon.
Fuera desto, no me altera
Que el Rey os lo haya mandado;
Que agora no estoy culpado,
Y mañana lo estuviera.
Y como el llevar razon
Hace fácil la pendencia,
Así, Marqués, la inocencia
Hace alegre la prision.
Sin esto, causa ni ley
Para replicarle hallo;
Ni prende el Rey al vasallo,
Basta que lo quiera el Rey.
Antes yo le debo en eso,
Porque me ha dado, por Dios,
Mas honra en prenderme vos
Que pena en tenerme preso.

FABIO.

De todo salis tan bien
Como de vos se esperaba.
Vamos.

ENRIQUE. (Ap.)

Hoy la envidia acaba
De quitarme todo el bien.

(Vanse.)

Vista exterior del palacio.

ESCENA XVI.

HORTENSIO y BELARDO, con broque-
les y espadas.

BELARDO.

¡Gran sueño!

HORTENSIO.

Echóse á dormir.

BELARDO.

No es posible; que tenia
El Conde mucha alegría,
Que el sueño suele impedir.

HORTENSIO.

El alegre ¡puede estar
Sin dormir!

BELARDO.

Bien puede ser:
Tanto desvela el placer
Como si fuera un pesar.

HORTENSIO.

¿No dijo que aquí vendría?
No debe de ser la hora.

BELARDO.

A Dios plegue que el aurora
Haga madrugar al día.

HORTENSIO.

Segun eso, ¿ya imaginas
Que hasta el alba no vendrá?

BELARDO.

Primero le correrá
La noche al sol las cortinas.

HORTENSIO.

¿Qué cortinas, mentecato?
¿Es el cielo barbería?

BELARDO.

¿No ves que, hablando poesía,
La metáfora retrato?
Mal sabes tú lo que es esto.

HORTENSIO.

Quisiera, pese á la dama,
Ser poeta de mi cama,
Y estar en ella hecho un cesto.
¡Hay galeras, hay Argel,
Hay tahona, hay mal casado,
Como servir á un penado
Destos de azúcar y miel!
Vendrá la bestia á lo oscuro,
Hecho un molde de galanes,
A besar los mazapanes
De las piedras deste muro;
Y á lo mejor, una dueña.
Mas seaga que una borrica,
Verterá una bacínica,
Y él pensará que es la seña;
Y recibiendo el favor
Sobre mucha tela y gasa,
Le llevaremos á casa
Cubierto de agua de olor.

BELARDO.

¡De lo que hacen favores
Aquestos desventurados!
Nuevo amo tiene guardados
Claveles, listones, flores,
Plumas, piedras, palos, lienzo,
Guantes viejos, zapatillos,
Estuches, clavos, cuchillos,
Y cosas, que me avergüenzo
De decirlas, y aun no quiero,
Por no tocar en su honor.

HORTENSIO.

Sábete que tiene amor
Mil cosas de bohonero.—
Quedo. De arriba deciendo
Un hombre por una escala.

BELARDO.

No tuvo la noche mala,
Ni en vano el Conde pretende.
¡Pese á mí! que el alegría
No era acaso y sin razon.

ESCENA XVII.

Descuélgase OTAVIO por una escala,
embozado.— DICHO.

HORTENSIO.

Ten del postrer escalon.

BELARDO.

Baje derecho vusía.
(En viéndose abajo Otavio, echa mano
á la espada.)

OTAVIO.

¿Qué gente? ¿Quién va? ¿Quién es?
Ténganse; que haré pedazos
A quien llegare.

HORTENSIO.

Esos brazos
Nos da á entrambos, ó esos plés.
¿Cómo allá te detenías?
Casi has aguardado al alba,
Que ya con alegre salva
Le da al sol los buenos días.

OTAVIO.

Ninguno se llegue á mí,
Ni procure conocirme.

HORTENSIO.

¿Qué dices?

BELARDO.

Pienso que duerme.

HORTENSIO.

¿Quicres que nos vamos?

OTAVIO.

Sí.

HORTENSIO.

¿No nos habías mandado
Guardar aqueste balcon?

OTAVIO. (Ap.)

Criados del Duque son.
BELARDO. (Ap. á Hortensio.)
O está loco ó se ha casado.

HORTENSIO.

Pues ¿qué hace el casamiento?

BELARDO.

Muda de gusto y lenguaje.

OTAVIO.

¡Oh pesar de mi linaje!

¿No se van?

BELARDO.

¡Extraño cuento!

(Emplézales el Duque á dar de cintas-
razos.)

Paso, Señor; ya nos vamos.

HORTENSIO.

Belardo, vamos de aquí.

BELARDO.

¡Bien pagas lo que portí
Toda la noche velamos!
(Vanse Belardo y Hortensio santiguán-
dose.)

ESCENA XVIII.

OTAVIO.

¿A cuál hombre jamás le ha sucedido
que, en lugar de galan que fué espera-
Su dama desdeñosa haya gozado [do,
Con el seguro nombre de marido?
Fábula le parece á mi sentido
Lo que por todos juntos ha pasado.

Todo cobarde, amando, es desdichado,
Y solo el venturoso es atrevido. [fria!]
¡Oh escurisima cuadra! Oh noche
Yo te ofrezco una lámpara de plata,
Agradecido á la ventura mia.
Ni celos temo ya, ni amor me mata;
Venciste, noche, el mas alegre día,
Y yo engañé la mas hermosa ingrata.
(Vase.)

7

Sala del palacio.

ESCENA XIX.

EL REY, FABIO, CLENARDO.

REY.

Apenas se mostraba en el oriente
La blanca aurora, cuando me despierta
Este papel del Duque, marqués Fabio,
Que ya tenia desde anoche escrito,
Porque anoche á su tierra se partia.
Extrañas confusiones me ha dejado.
Mas dudas que al principio tengo ahora,
Y mas temor de algun siniestro caso.

FABIO.

Dame licencia de que lea.

REY.

Toma..

FABIO.

(Lee.) «La causa de haber advertido
que prendieses al conde Enrique, fué
para impedir que anoche no le mata-
sen unos soldados extranjeros, ni que
éél supiese que le buscaban, porque no
los acometiese. Ellos se han ido, te-
merosos de que han sido descubiertos:
bien le puedes dar libertad, y á mi
licencia; que me voy á mi tierra á cas-
tigar cierto desacato de mis vasallos.
— El duque Otavio.»

REY.

¿Qué os parece?

FABIO.

Que fué, si es verdad esto,
Remedio impertinente, pues pudiera
Guardarse el Conde, sin que tú lo hicie-
Por medio de alboroto semejante. [ses
Voy, con licencia tuya, por el Conde,
Contento de saber que está inocente,
Y provocado á risa y aun á enojo
De ver la necesidad del Duque.

REY.

Parte,

Y venga el Conde aquí.

FABIO.

.Yo voy. (Vase.)

ESCENA XX.

EL REY, CLENARDO.

CLENARDO.

Agora

Acabo de entender lo que me cuesta
Haberme desvelado aquesta noche.
¿Preso tenias al Conde?

REY.

Preso estaba.

CLENARDO.

Y ¿esta fué la ocasion?

REY.

La que has oido.

CLENARDO.

Es el Conde, Señor, tal caballero,
Tan discreto, leal, noble, sencillo,
Tan liberal, tan bien intencionado,
Tan poco entremetido y cauteloso,
Tan bienquisto de todos, tan amable,
Tan seguro, y tan bueno finalmente,

Que cuando me mandaste con secreto
Que le llamase, dije que sin duda
Merced le hacias de algun nuevo título.

REY.

Ventura tiene el Conde.

CLENARDO.

Tiene méritos.

REY.

Oigo decir á todos que es un ángel.

CLENARDO.

La voz del pueblo la de Dios se llama.

REY.

Si; pero la virtud tiene enemigos:
No tiene mucha, pues que no los tiene.

CLENARDO.

La virtud general vence la envidia;
Y al que es en todo bueno ámanle todos.

REY.

Mi gracia ha conquistado con tu lengua.

ESCENA XXI.

ENRIQUE, FABIO.—DICHOS.

ENRIQUE.

Aquí tienes, Señor, la hechura tuya.

REY.

Alzáos, Conde, y cubrios.

ENRIQUE.

¿Por qué causa
Ayer me prendes, y hoy cubrir me man-
[das?

REY.

Levantáos, Almirante.

ENRIQUE.

Tus piés beso

Por merced tan notable.

FABIO.

Justamente

El Conde es digno dese honrado título.

CLENARDO.

Todos, Señor, el parabien le damos.

REY.

No os cause admiracion haberos preso,
Y haceros hoy merced.

ENRIQUE.

Mi humildad miro.

CLENARDO.

Josef para ser rey dejó la cárcel.

REY.

Ahora bien, yo tendré de hoy mas, En-
En haceros merced cuidado. [rique,

ENRIQUE.

Bastan
Tantas mercedes para muchas vidas.

REY.

Vamos, Marqués, y vos tambien, Cle-
[nardo,
Para que despachemos luego á Escocia
Sobre este casamiento de la Infanta.
(Vanse el Rey, Fabio y Clenardo.)

ESCENA XXII.

ENRIQUE.

Engáñase la fortuna,
O piensa con este engaño
Del ya recibido daño
Satisfacer parte alguna.
Toda la noche he pasado
Divertido en la ocasion
Desta mi nueva prision,
Y nunca en lo cierto he dado.
Porque, si el Rey me prendiera
Por el concierto que hacia

Con su hija y mujer mia,
Mas larga prision tuviera.
No pregunté la razon,
Porque á los reyes no es justo,
En las cosas de su gusto,
Preguntarles la ocasion.
Como al cielo por qué llueve
No se puede preguntar,
Así el Rey no ha de contar
Lo que á su gusto le mueve.
En cosas del comun bien,
O justicia en opinion,
Es bien que satisfacion
Los reyes entonces den,
Y esa de su voluntad;
Que el Rey de nadie depende.
En fin, anoche me prende,
Y hoy me ha dado libertad.
El título de almirante
Es agravio á toda ley,
Pues tanto me quita el Rey
En ocasion semejante.
¡Ah cruel fortuna mia!
¿Cómo hiciste una quimera
Tan extraña? ¿No pudiera
Aguardar tu furia un día?
¿No pudiera suceder
Hoy esta prision sin culpa?
Bien, fortuna, te disculpa
Que eres mudable y mujer.

ESCENA XXIII.

HORTENSIO, BELARDO.—ENRIQUE.

BELARDO.

¡Gracias á Dios, que pareces,
Mas quieto y sosegado!

HORTENSIO.

¿Qué bien que me has animado
Para esperar otras veces!

BELARDO.

¡Así el estarle esperando
Toda la noche al sereno,
Mientras tú en el huerto ajeno
La fruta estabas hurtando,
Nos pagas á cintarazos?
Bajas de gozar la Infanta
Toda una noche, y ¡te espanta
Que te pidamos los brazos!
Por Dios, si no te reparo
La punta en el *vade mecum*,
Que con un *Dominus tecum*
Me pasas de claro en claro.
Y dejaste allí la escala!
Que no lo hiciera un... No quiero
Decírtelo.

ENRIQUE.

Majadero,

Véte mucho en hora mala;
Que ni escala me dejé,
Ni la Infanta anoche vi,
Ni cintarazos te di,
Ni dentro ni fuera hablé.

HORTENSIO.

¡Niegas que no descendiste
Con una escala el balcon,
Y al hablarte, sin razon
De cintarazos nos diste?
Que ¡vive Dios, si no eras,
Que otro galán la ha gozado!

ENRIQUE.

¿Hombre dices que ha bajado?

HORTENSIO.

¿Qué te demudas y alteras?
¡Vive Dios, que descendió,
Y que fué hurla de fama,
Pues te ha quitado la dama,
Y muchos palos nos dió!

ENRIQUE.

Que por la Infanta no fué,
Ese es negocio muy cierto.

BELARDO.

No; pero es cierto el concierto
De los palos que llevé;
Que, á saber que tú no eras,
Le hiciéramos mil pedazos.

ESCENA XXIV.

DIONISIA, CELINDA.—DICHOS.

CELINDA.

Aquí está.

DIONISIA.

Dame esos brazos.—

¿Qué te detienes? ¿Qué esperas?
Ya me tiene el ciego amor,
Prenda mía, de tal suerte,
Que he vuelto el rostro á la muerte,
Y atropellado el honor.
¿Cómo estás? ¿Que yo estoy tal
Con la noche que he tenido
Contigo, que no hay sentido
Que no tenga gloria igual.
¡Ay, mi bien! ¿Serán verdades
Todas aquellas razones
Que me dijiste? ó ¿traiciones
De hombre al fin me persuades?
¿Cumplirás lo prometido?
Mira, amores, cuárestoy,
Pues apenas digna soy
De que seas mi marido.
La mañana maldecia,
Viendo que ya de tus brazos
Tantos amorosos lazos
Con envidia desahacia.
No me atreví, ni era justo
Esperar á que llegase,
Porque un gusto no quitase
Para siempre tanto gusto.—
¿De qué me escuchas suspenso?
¿Ofendete el ser quien soy?

ENRIQUE.

Suspenso escuchando estoy,
Porque en lo que dices pienso.
Yo, Señora, ¡anoche entré
En tu aposento!

DIONISIA.

Si es eso

Por Celinda, este suceso,
Conde, en su presencia fué.
Si miras á tus criados,
Ninguna pena te dén.
Tú eres mi esposo, mi bien.
Mis padres, reinos y estados.

ENRIQUE.

Señora, no es la ocasión
De mi admiración la gente
Que está presente ó ausente...

DIONISIA.

Pues ¿qué?

ENRIQUE.

Tus palabras son.

¿Yo anoche te hablé ni vi?
Yo anoche estuve en tus brazos?
Harto diferentes lazos
Me puso tu padre á mí.
Preso me tuvo, Señora:
Mira que yo no sería
El que gozaste hasta el día;
Pues el Rey me suelta agora.

DIONISIA.

¿Cómo preso?

ENRIQUE.

Aquesto es cierto.

DIONISIA.

Celinda, ¿tú no le abriste?

CELINDA. (A Enrique.)

Luego ¿niegas que veniste
De galas y armas cubierto,
Y que yo te abrí el balcon,
Y entraste en el aposento?
Di también, Conde, que miento.

ENRIQUE.

Celinda, tus celos son.
¿Yo te hablé! Yo entré! Yo vi
Á la Infanta!

DIONISIA.

Esos criados
Lo dirán, pues embozados
Amanecieron allí.

BELARDO.

Verdad es que bajó un hombre;
Pero no se dejó ver.
No pudiera el Conde ser
Quien nos negara su nombre.

DIONISIA.

¿Qué es esto? ¿Que pierdo el seso.
Conde, ¿que no entrastes vos?

ENRIQUE.

No, Señora, no, por Dios;
Que esta noche estuve preso.

DIONISIA.

Daré voces como loca.
Al Rey lo diré, villano.

ENRIQUE.

¿Señora!...

DIONISIA.

Suelta la mano.

Tu muerte será mi boca,
Pues que la tuya lo fué
De su honor y el mío.

ENRIQUE.

Señora,

Oye un poco, escucha agora.

DIONISIA.

¿Qué dices?

ENRIQUE.

Que me burlé.

DIONISIA.

Pesadas burlas, Enrique.
Siendo reina, y tú vasallo,
¿Gozarme, y querer negallo!

ENRIQUE.

Pues ¿quieres que lo publique?
¿Así es razón que te entregues?...
¿No ves que á gran mal te obligas?

DIONISIA.

No quiero yo que lo digas;
Mas no quiero que lo niegues.

ENRIQUE.

Ahora bien; si gustas deso,
Yo lo diré de tal suerte,
Que tu deshonra y mi muerte
Tengan un mismo suceso.
A mucho el amor te obliga.
¿Quieres que dé voces?

DIONISIA.

No;

Pero que quien me gozó,
Si lo pregunto, lo diga.
Y este pesar que me has dado,
Me aparta agora de ti.

ENRIQUE.

Pues ¿cómo? ¿Así te vas?

DIONISIA.

Sí;

Que me has, Enrique, enojado.
(Vanse la Infanta y Celinda.)

ESCENA XXV.

ENRIQUE, HORTENSIO, BELARDO.

BELARDO.

Mal has hecho, ya que vias
Que ella no mira á su honor,
En contradecir, Señor,
Que ya gozado la habías;
Que bien podías llegar,
Y decírselo al oído.

HORTENSIO.

No sé si discreto has sido
En tanto disimular;
Pero no dure el mal año,
Mas que duren sus ojos.—
¿Cómo aun no mueves los ojos?
¿Temes, por ventura, el daño
Que de saberse tu bien
Te podría resultar?

BELARDO.

¿Qué notable imaginar!

ENRIQUE.

Esto me estará mas bien.
Ea, amigos: alto, á España.

BELARDO.

¿Cómo, Señor? Vuelve en tí.
¿Gozasla, y déjasla así!
¿No ves que es infame hazaña?
¿Quién no perdiera mil vidas,
Aunque un hombre bajo fuera?

ENRIQUE.

Si yo gozado la hubiera,
Las diera por bien perdidas.
Amigos, otro hombre fué.
Triste de mí, que estoy loco!
Ni entré, ni la vi tampoco,
Ni á los balcones llegué.
Prendíome el Rey, y en verdad
Que he estado preso.

BELARDO.

Confieso

Que es un extraño suceso.

ENRIQUE.

Salgamos de la ciudad;
No he de estar un punto aquí.
Alto: á embarcar.

HORTENSIO.

¿Dónde iremos?

ENRIQUE.

A España.

HORTENSIO.

No hagas extremos.

ENRIQUE.

¿Cómo no, si voy sin mí?
No me quejaba con poca
Razon cuando yo decia
Que una desgracia cabía
Entre la taza y la boca.
Mi esperanza dejó al viento,
Pues que la mas cierta engaña.
¡Plegue á Dios, áires de España,
Que mudeis mi pensamiento!

ACTO SEGUNDO.

Jardín.

ESCENA PRIMERA.

EL REY, DIONISIA, CELINDA, CLE-
NARDO, músicos.

REY. (A la Infanta.)

Si para darte alegría
Mi propia vida bastara,
De mil años la trocará

Por darte contento un día.
 ¿Es posible que el espejo
 En que se miran mis ojos,
 Quieran quebrar tus enojos
 A un rey, á un padre y á un viejo?
 ¿Hasta cuándo ha de durar
 Tan fiera melancolía,
 Que la vida tuya y mía
 Quiero de un golpe acabar?
 Dos filos tiene esta espada,
 Con que las corta á las dos.
 ¡Ay, Dionisia! quiera Dios
 Que acabe la mas cansada!
 ¿No me hablas? No respondes?
 ¿No son justas mis querellas?
 En qué cielo las estrellas
 De tu alegre rostro escondes?
 Siéntate en este jardín.—
 ¡Hola, esa silla llegó.
 ¿Cantarán?

DIONISIA.

Sí.

REY.

Pues cantad.

DIONISIA.

A las honras de mi fin;
 Aunque, quien muere sin honra,
 Ningunas honras merece.

REY.

Esta enfermedad padece.

DIONISIA.

¿Qué mayor que la deshonra?

REY.

¿Tú deshonra? Loca estás.
 Quien da honra, que es el rey,
 ¿Está sin honra? ¿Qué ley
 Comprehende á un rey jamás?

DIONISIA.

Cantad ó salios allá.

REY.

Ya cantan; no te apasiones.

DIONISIA.

Ea pues, dejad razones.

CELINDA. (Ap.)

Loca está.

CLENARDO. (Ap.)

Furiosa está.

músicos. (Cantan)

*Madrugaba entre las rosas
 El alba, pidiendo albricias
 A las aves y á las fieras
 De que se acercaba el día,
 Cuando, viéndose engañada
 Del duque Vireno Olimpia,
 A voces dice en la playa
 A la nave fugitiva:
 ¡Plegue á Dios que te anegues,
 Nave enemiga!
 Pero no, que me llevas
 Dentro la vida.*

DIONISIA.

¿Esto consistentes cantar?

REY.

Pues, hija, ¿en qué te ha ofendido?

DIONISIA.

Gozóla el duque atrevido,
 Y alargó la nave al mar...
 Yo sé muy bien lo que siento;
 No es locura, sino engaño.

REY.

¿Qué importa el ajeno daño
 Para el propio sentimiento?

DIONISIA.

¿No importa? Luego la ley
 De Dios ¿no lo manda así?
 ¿Queréis vos quebrarla aquí,
 No mas de porque sois rey?

¡Oh duque falso, traidor!

¿Que á Olimpia dejas?

CLENARDO.

Señora,

Deje vuestra alteza agora
 Ese fabuloso amor.

DIONISIA.

¿Quién os mete, majadero,
 En si fué verdad ó no?
 Verdad es. (Ap. Pues que soy yo
 La que por el Duque muero.
 Yo soy la que un triste día
 A la orilla de la mar,
 Viendo á Vireno embarcar,
 Con tristes voces decía):
 «¡Plegue á Dios que te anegues,
 Nave enemiga!»

CELINDA. (Ap. á Clenardo.)

¿De quién piensas que se queja?

CLENARDO.

Ya sé que del conde Enrique.

CELINDA.

Mucho temo que publique
 La razon por qué la deja.

CLENARDO.

Cuatro años há que falta:
 Mucho es durarle el amor.

CELINDA.

Quizá le falta el honor.

CLENARDO.

¿Cómo á persona tan alta?

CELINDA.

Como, si aquesto no fuera,
 La Infanta menos llorara
 Que el Conde allá se casara,
 Y aquí su mujer trajera.
 Todo aqueste sentimiento
 Es porque el Conde ha llegado
 De España á Irlanda casado.

REY.

Descansa, amiga, un momento;
 Deja esa tristeza extraña,
 Y procura entretenerte.

DIONISIA.

¿Que se fuese desta suerte
 El duque Vireno á España!
 Que desde la noche al día
 En sus brazos la tuviese,
 Que la gozase y se fuese,
 Esto ¿no es alevosía?
 ¡Plegue á Dios que te anegues,
 Nave enemiga!
 Pero no, que me llevas
 Dentro la vida.

REY.

Hija, aquestas son canciones:
 No repares tanto en ellas.

CELINDA. (Ap. á Clenardo.)

Ella se queja por ellas
 Con disfrazadas razones.
 Despues que el Conde ha venido
 Ha crecido este furor.

CLENARDO.

Bien dices que no es amor,
 Pues que no le vence olvido.
 Sin duda el Conde gozó
 De la Infanta.

CELINDA.

Yo testigo.

CLENARDO.

Pues ¿cómo el fiero enemigo
 Huyó á España y la dejó?

CELINDA.

Miedo á su padre tendria.

CLENARDO.

Sí; mas ¿por qué se ha casado?

CELINDA.

Cuatro años ausente ha estado,
 Que dél ninguno sabía.
 Daba el Rey por ocasion
 De su ausencia aquel agravio,
 Cuando por el duque Otavio
 Le tuvo un hora en prision;
 Y al cabo de aquestos años
 Vuelve con una mujer
 Y tres hijos, para hacer
 Mas insufribles sus daños.
 El Rey le recibe bien,
 Porque no sabe su mal;
 La Infanta con pena igual
 Lloro, sin decir por quién.
 Dió en esta melancolía,
 Y della en este furor.

ESCENA II.

FABIO.—DICHOS.

FABIO.

Aquí está el Conde, Señor,
 Que besar tus pies querría,
 Con su mujer la Condesa;
 Y á ti, Señora, si das
 Licencia.

DIONISIA. (Ap.)

¿Qué aguardo mas?

REY.

Dile, Fabio, que me pesa
 Que venga en esta ocasion;
 Que está la Infanta indispueta.

DIONISIA.

Antes lo tendré por fiesta,
 Y les darán colacion.
 ¿No es de España esa mujer?

FABIO.

Sí, Señora.

DIONISIA.

Pues deseo

Verla; que si yo la veo,
 ¿Qué me queda ya que ver?

REY.

Diles que entren.

DIONISIA. (Ap. á Celinda.)

¡Ay, Celinda!

Hoy será aquí mi locura
 Como mi dolor.

CELINDA.

Procura

Que su fuerza no te rinda.
 Para grandes penas hizo
 El cielo el grande valor.

DIONISIA.

Sí; mas perder el honor
 ¿A qué valor no deshizo?

ESCENA III.

ENRIQUE, LA CONDESA ISABELA
 Y DON JUAN, niño, delante, y
 HORTENSIO Y BELARDO.—DICHOS.

ENRIQUE.

Déme vuestra majestad
 Los pies.

ISABELA.

Y á mí vuestra alteza.

CLENARDO.

¡Bello rostro!

CELINDA.

¡Gran belleza,
 Compostura y gravedad!

REY.

Seais, Conde, bien venido
 Y en hora buena casado;

Que estar tan bien empleado
No poca ventura ha sido.
¿Cómo venis? ¿Venis bueno?

ENRIQUE.

A vuestro servicio.

REY.

¿Viene

La Condesa buena?

ENRIQUE.

Tiene

Salud.

DIONISIA. (Ap.)

Más tiene veneno.

REY.

Dad asiento, por mi vida,
Hija, á la Condesa.

DIONISIA:

Aquí

Se sentará junto á mí.

ISABELA.

Pues vuestra alteza es servida,
Por los méritos del Conde
Tomaré este atrevimiento.

REY.

Tomad vos, Enrique, asiento.

FABIO.

Todo á su valor responde.

CLENARDO.

Toda esta honra merece.

DIONISIA. (Ap.)

Si ha cabido resistencia
En mi acabada paciencia
Al mal que el tiempo me ofrece,
No debe de ser valor,
Sino que, suspensa el alma,
Tiene el sufrimiento en calma
La grandeza del dolor.
¿Posible es que viendo están
Mis ojos á mi enemiga,
Sin que á voces se lo diga?

ENRIQUE.

Llegáos vos acá, don Juan.
Pedid á su majestad
Las manos.

REY.

¿Quién es?

ENRIQUE.

Señor,

Es mi hijo.

REY.

¿Es el mayor?

ENRIQUE.

Por él lo dice su edad;
Que el año de mi partida,
Y el mismo que me casé,
Nació al fin dél.

REY.

Bien se ve
Vuestra imagen esculpida
En su rostro y compostura.

ENRIQUE.

A lo menos en él queda
Quien á vuestros nietos pueda
Servir con igual ventura.

DON JUAN. (Al Rey.)

Vuestra majestad, Señor,
No se dignará ser dueño
De criado tan pequeño;
Pero ya tengo fiador
En el Conde, mientras llevo
A edad que os pueda servir.

REY.

¿Qué mas se puede decir?

ENRIQUE.

Haced lo que os dije luego.

DON JUAN.

Vuestra alteza, mi Señora,
Me dé sus manos reales.

DIONISIA.

(Ap. ¿En qué penas infernales
Hay mayor tormento agora?)
¡Bonito niño!—¿Teneis
Mas que este, Condesa?

ISABELA.

Dos

Que os sirvan...

DIONISIA.

Guárdeoslos Dios.

ISABELA.

Tan finos como el que veis.

DIONISIA.

¿Quiéreos mucho el Conde?

ISABELA.

El dice

Que en su vida quiso bien
Si no es á mí; mas tambien
Se enoja y se contradice.
Si, como eso me pregunta
Vuestra alteza, me dijera
Si yo le queria, viera
Toda la fe y lealtad junta
Que en Julia y en Porcia puso
La romana antigüedad;
Y porque es tanta verdad,
Mis alabanzas excuso.
Pero dirá vuestra alteza
Que Enrique tiene valor
Para merecer mi amor
Con esta justa firmeza.
Y no querré yo negallo;
Que no pienso que ha tenido
Mujer mas noble marido,
Ni rey mas leal vasallo.

DIONISIA.

(Ap. ¡Triste de mí! ¿Por qué gusta
El Rey que me den veneno?
Basta un trago; pero lleno
Todo el vaso, es cosa injusta.
Entraban por los oidos
Otro tiempo mis enojos;
Pero si entran por los ojos,
¿Cómo serán resistidos?)
Afuera, mujer, afuera,

(Levántase muy furiosa.)

Lazo de mi alma estrecho,
De cuatro viboras hecho,
Que mi helada sangre altera.
Afuera, deshonra mia
Con fruto de bendicion,
Pues ha sido maldicion
De mi esperanza este día.
(Ap. ¡Oh cielo! ¿Cómo adelantas
Pasos al fin de mi honra,
Y al árbol de mi deshonra
Le vas añadiendo plantas?
¿Faltan mas muertes por dicha?)

REY.

El mal le ha dado mas fuerte.

ENRIQUE.

Pésame que vengo á verte
En tiempo de tal desdicha.
Ya me habian dicho allá
Que la Infanta padecía
Tan fiera melancolla.

REY.

A tiempos, Conde, le da.

ENRIQUE.

Tenla, Isabela.

ISABELA.

Si haré. —

¡Ah mi señora!

DIONISIA.

¡Ah traidora!

¿Tú me tienes? Pero agora
Tienes... (Ap. Mi bien, si bien fué.)
Echalos luego.

REY.

Hija mia.

FABIO.

De veros muestra dolor.

REY.

Idos, Conde.

ENRIQUE.

Yo, Señor,

No pensé que os deservia.

FABIO.

Condesa, vamos de aquí.

DIONISIA.

Váyanse todos.

CLENARDO.

Tambien

Dice que nos vamos.

CELINDA.

Vén,

Clenardo.

CLENARDO.

Yo voy tras tí.

(Vanse todos, menos el Rey y la Infanta.)

ESCENA IV.

EL REY, DIONISIA.

REY.

Hija, ya todos se han ido:
Sosiega un poco.

DIONISIA.

No puedo. —

Esta vez le pierdo el miedo.

REY.

¿A quién?

DIONISIA.

A mi honor perdido.

REY.

Hija, ¿qué honor puede ser
Este, de cuya razon
Toma tu mal ocasion?

DIONISIA.

¡Oh padre! honor de mujer.

REY.

Yo pienso tantas quimeras
Deste tu confuso mal,
Que he de hablar lenguaje igual,
Si á mi pensamiento esperas.
Porque esta locura tuya
Nunca tiene mas rigor
Que cuando tratan de amor:
Luego la ocasion es suya.
Tras eso, el honor perdido
Muestra que álguien te ha engañado,
Que cobarde te ha dejado,
Y te ha gozado atrevido.
Yo cumplo mi obligacion
En esto; tú agora puedes
Hacer de suerte que quedes
Con igual satisfacion.
¿Qué te suspendes atenta?
Padre soy: habla, confía;
Pues es tu sangre la mia,
Tambien lo será el afrenta.
Pensé darte en el de Escocia
Marido, á Irlanda señor;
Pero ya el embajador
Que está allá, no lo negocia,
Porque de tu enfermedad
Se va la fama extendiendo.
¿No hablas?

DIONISIA:

Señor, yo entiendo
Que amor te obliga á piedad.
Yo veo que mi tristeza

¡Que tu vida en aprieto,
Y que en padre tan discreto
Puede cargar mi flaqueza.
Mas que yo te pueda hablar
En caso tan insufrible,
Es el mayor imposible
Que puedes imaginar.

REY.

Pues algun medio ha de haber.

DIONISIA.

¡Celinda!

ESCENA V.

CELINDA.—DICHOS.

CELINDA.

Señora...

DIONISIA.

Aquí

Trae tinta y pluma.—Así

Te quiero satisfacer.

(Vase Celinda.)

REY.

Como mal pintor has sido,
Que, retratado algun hombre,
Le quiere poner el nombre
Porque no está parecido.
Si eres mis ojos, mal haces
En no ser tambien mi lengua,
Pues con la tuya mi mengua
Remedias y satisfaces.

(Vuelve Celinda.)

CELINDA.

Ya tienes papel aquí.

DIONISIA.

Sobre esta almohada escribo.

REY. (Ap.)

Gran sobresalto recibo.

DIONISIA. (Ap.)

Duélese el cielo de mí.

(Vase Celinda, y asiéntase la Infanta á escribir aparte.)

ESCENA VI.

EL REY, DIONISIA.

REY. (Ap.)

Cual reo, en tanto que el juez escribe
La sentencia, esperando estoy la mía:
Tiembra el deseo, y la piedad porfia;
Muere el remedio, y la esperanza vive.
De las vanas quimeras que concibe
Mi loca y engañada fantasía,
Nace un monstruo, que el miedo des-

[pues cria,

hasta que el ser de mi dolor recibe.

El de saber el mal es un deseo

Comun en los mortales desengaños;

Que, con saber que es mal, mueren por

[velle.

Y yo le quiero ver, aunque están feo;
Que mas matan las dudas que los daños,
Y el esperar el mal que el padecello.

DIONISIA.

Ya escribí. Déjame ir
Antes que abras el papel.

REY.

Ya sé que has escrito en él
Receta para morir.

(Dale la Infanta el papel, y vase con licencia.)

ESCENA VII.

EL REY.

¡Con qué priesa que se fué!
No menos la tengo yo
De saber lo que escribió.
Dice así. (Lee.) «Yo me casé
»Con Enrique de secreto,
»Y en secreto me gozó;
»Fuése á España y me dejó,
»Padre, sin honra en efeto.
»Como ves, vuelve casado,
»Con sus hijos y mujer;
»Juzga de qué puede ser
»La enfermedad que me ha dado.»
¡Ah de mis criados! Guardas!
Gente! Capitan!

ESCENA VIII.

FABIO.—EL REY.

FABIO.

Señor...

REY. (Ap.)

Cielo, ¡para tal rigor
Mis cansados años guardas?
Pierdo el seso.

FABIO. (Ap.)

¡Si le dió

El mal de la Infanta?

REY.

¡Fabio!

FABIO.

Señor...

REY.

(Ap. ¡Cómo! ¿Que este agraxio
Sufre el cielo y sufro yo?)
¡Capitan!

FABIO.

¿Qué es lo que quieres?

REY.

(Ap. ¿Que alcansase á la grandeza
De mi hija la flaqueza
Que á las comunes mujeres?)
¡Marqués!...

FABIO.

¿Qué es lo que me mandas,
Que no acabas de decillo?

REY.

Error será diferillo.

FABIO.

¿Tambien en los aires andas
Como la Infanta? ¿Qué tienes?

REY.

Lláname á Enrique.

FABIO.

Yo voy.

REY.

Pues has de advertir que estoy
Penando en tanto que vienes.

(Vase Fabio.)

ESCENA IX.

EL REY.

Peligro tiene el mas probado

Quien no teme que el mal le impida,

Mientras la suerte le convida,

Y goce el bien tan sin cuidado

Mas cuanto en mas afortunado

Fuerza y poder se descomida,

Cuán presto adonde mas resida,

La gloria vil deste prestado

La honra puede tu estandarle

Amor, por quien la recatada

Tuvo en el fuego que reparte

Fué la defensa, aunque ordenada,

Pues es por tí, sin remediarte

La cuerda loca, la encerrada

ESCENA X.

ENRIQUE, FABIO.—EL REY.

FABIO.

Aquí está el Conde.

ENRIQUE.

¿Qué es lo que me mandas?

REY.

Salte, Fabio, allá fuera, cierra, y guarda
Que no llegue ninguno á este aposento.

FABIO.

Harélo así. (Vase.)

ESCENA XI.

EL REY, ENRIQUE.

ENRIQUE.

(Ap. ¿Qué extrañas prevenciones!)
Señor, ¿en qué te sirvo?

REY.

Escucha.

ENRIQUE. (Ap.)

¡Ay, cielos!

REY.

Enrique, este papel es una carta
Que del rey albanés recibo agora:
Contiene en suma una desdicha grande;
Y como amigo, pídemle consejo.
Yo, que no fio de mi ingenio cosas
Tan árduas, y del tuyo estoy contento,
Quiero que me aconsejes lo que pueda
Escribirle en desdicha semejante.

ENRIQUE.

Señor, si el mundo, y otros mil que hu-

[biera,

Pudieran por un hombre gobernarse,

Tú solo fueras digno de regirlos; [to,

Y espántome que á mí me encargues es-

Sabiendo mi ignorancia; mas presumo

Que amor te engaña, y mi lealtad te obli-

[ga.

Propon el caso; que á las veces suele

Un ignorante dar consejo á un sabio.

REY.

Tiene el rey albanés, Enrique amigo,

Solo una hija, como yo á Dionisia;

Pídensela mil príncipes y reyes,

Y ella pone los ojos en un hombre,

Noble por cierto, mas vasallo suyo.

Este la goza, y con temor del padre,

Huye á otro reino, donde al fin se casa,

Y casado despues á Albania vuelve.

Enferma de dolor la Infanta, y dice

Al padre la ocasion; el padre, airado,

No se atreve á matarle por su hija,

Ni se la puede dar, porque es casado.

El caso es grave, y pídemle consejo.

Yo te le pido á tí. ¿Qué te parece?

ENRIQUE.

Extraño es el suceso, y que pedía Mas ingenio y mas tiempo; mas si es fuer- Obdecerte, digo que, aunque mate [za El rey á ese hombre, no remedia nada, Pues se queda la Infanta sin remedio, Y casarle con ella está mas puesto En razon y justicia.

REY.

¿De qué modo, Siendo casado el hombre?

ENRIQUE.

Dando muerte El propio á su mujer en justa pena De su delito.

REY.

Pues ¿qué debe, Enrique, La inocente mujer?

ENRIQUE.

Los grandes daños Con los menores atajarse deben. Menor mal es que esa inocente muera Que no que el reino quede destruido, La Infanta sin remedio, el Rey sin honra.

REY.

¿Y si clama la sangre á Dios, Enrique?

ENRIQUE.

No clamará; que no es de Abel la sangre.

REY.

Todo inocente la de Abel refresca.

ENRIQUE.

David por Bersabé dió muerte á Urias, Y no era su mujer, sino su dama.

REY.

Y Natan, ¿qué le dijo despues desto? Y ¿qué lloró David?

ENRIQUE.

Fué su deleite La causa; y aquí, Rey, la causa es honra.

REY.

La honra solamente á Dios se debe; Con ofensa de Dios no hay honra, Con-

ENRIQUE. [de.

Tambien le manda Dios al que recibe Un bofetón que ponga el otro lado, Y en el mundo es deshonra, y es la honra Vengarse, siendo siempre la venganza Odiosa á Dios, cuanto apacible al hom-

REY. [bre.

Las leyes en el mundo recibidas, Si son entre cristianos, no son justas, Cuando con las de Dios no se conforman.

ENRIQUE.

Toda ley es injusta que no pende De las leyes de Dios, yo lo conozco; Pero debajo de que no hay remedio, Y que pedir á Dios milagro agora Para que lo que fué no sea, no es justo; Yo, si fuera este rey, hiciera á este hom- Que esa mujer matara, y le casara [bre Con mi hija, y despues, del homicidio Hiciera penitencia conveniente.

REY.

Bien dices, pues que no hay otro reme- Mas lee este papel, por vida mia. [dio. Veamos si confirmas lo que has dicho.

ENRIQUE.

Dice así: «Yo me casé [Lee el papel Enrique y vase turbando.) »Con Enrique de secreto...» Señor, ¿qué es esto? ¿A qué efeto?...

REY.

Ese hombre el vasallo fué. Esa letra ¿no es posible Que no la conoces tú?

ENRIQUE.

¡Jesus mil veces! ¡Jesú! ¡Caso espantoso y terrible!

REY.

Tú fuiste juez discreto.

ENRIQUE. (Vuelve á leer.)

«En secreto me gozó, »Fuése á España, y me dejó, »Padre, sin honra en efeto. »Como ves, vuelve casado »Con sus hijos y mujer.» — Señor, ¿cómo puede ser? Mira que te han engañado.

(Acaba de leer el papel.)

REY.

Enrique, Enrique, este papel ha escrito Mi hija, y desta causa es el proceso; Tú el juez, que, sin verle, sentenciaste Contra ti lo que has visto; yo no tengo De buscar mas testigos, ni esto escosa Que tengo yo de audar en su probanza. Tú me diste el consejo: parte luego, Y á la Condesa quitarás la vida, Para que aquesta noche seas esposo De la Infanta, mi hija.

ENRIQUE.

¡Señor!...

REY.

Conde, No repliques palabra. Tú lo has dicho, Tú has hecho esto: basta.—¡Ah marqués [Fabio!

ESCENA XII.

FABIO.—DICHOS.

FABIO.

Señor...

REY.

Id con el Conde á su posada Con cien hombres de guarda, que se A la puerta. [queden

ENRIQUE.

Suplico á vuestra alteza Que, si ha de ser, sin alboroto sea; Que yo gano en aquesto un bien supre- [mo, Como se vetan claro; y pues yo gano, No será necesario guarda ó gente, Y el secreto en aquesto es de importan- [cia A ti, á la Infanta, á mí y á la Condesa.

REY.

Pues parte, y de su muerte echarás fama Por alguna ocasion, la que tú quieras; Y vuelve luego aquí.

ENRIQUE.

Yo vuelvo luego.

(Vase el Rey.)

ESCENA XIII.

ENRIQUE, FABIO.

FABIO.

¿Qué es esto, Conde?

ENRIQUE.

Mis desdichas, Fabio; Fabio, mis desventuras; Fabio, muero. Marqués, mirad qué os digo. Ningun [hombre De cuantos hizo Dios puede habervisto Fuerza tan lastimosa por su honra, Por su gusto, su bien y por su casa. ¡Ah, cielos, penetradme con un rayo! ¡Tierra, tu centro y tus entrañas rompe, Sepulta en ti la mas penosa vida Que fué regida de mortal espíritu!

¿Hay cosa como esta? Hay tal suceso? Hay fuerza tan extraña y lastimosa? Yo á la Condesa! á un ángel en belleza. En pura honestidad, en mansedumbre! A aquellos ojos, á aquel blanco pecho! Yo mismo! yo! sin culpa! ¡Jesus! ¡cielos!

FABIO.

No dés voces aquí; sal de palacio.

ENRIQUE.

Vén, y sabrás, Marqués, mi desventura. ¡Ay, mi Isabel! ¡Ay, mi querida esposa! ¡Ay, rey cruel! ¡Ay, fuerza lastimosa! (Vase.)

Sala en casa de Enrique.

ESCENA XIV.

ISABELA, BELARDO.

ISABELA.

En fin, me quedé sin misa.

BELARDO.

Está malo el capellan.

ISABELA.

¿Si tomó licion don Juan?

BELARDO.

Partes va juntando aprisa. Muy presto sabrá leer.

ISABELA.

Pena me da, Dios le guarde, El Conde, porque es muy tarde, Y no ha venido á comer.

BELARDO.

El Marqués vino por él.

ISABELA.

¿Dijo que el Rey le llamaba?

BELARDO.

Sí, Señora.

ISABELA.

Y ¿quién estaba, Cuando le llamó, con él?

BELARDO.

Solo estaba y solo fué.

No tengas pena, Señora.

ISABELA.

En mi vida, como agora, De su ausencia la tomé. Esta noche no he dormido, Con mil sueños desvelada. Una tórtola casada Soñé que estaba en su nido, Y que un fiero cazador Tomó una flecha á su aljaba, Y con tres hijos la echaba Del nido. ¡Ay Dios, qué dolor! Levantéme, y dando abrazos A mi Laurencia, sin ver La ocasion que pudo haber, Cayóseme de los brazos. Hice vestir á don Juan, Y propuse de ir á misa, Y por mas que me doy prisa, No parece el capellan. Agora el Conde no viene, Que nunca suele faltar.

BELARDO.

Albricias me puedes dar.

ISABELA.

¿Cómo?

ESCENA XV.

ENRIQUE, FABIO.—DICHOS.

BELARDO.

En los brazos te tiene.

ENRIQUE.

¡Isabela!

ISABELA.

Señor mío,
Mi vida, mi bien, mi Enrique,
¿Cómo haré que os signifique,
Si en lágrimas no la envío,
El alma, el placer que tengo
De veros, más que otros días?

ENRIQUE.

Suspended las alegrías,
Mi gloria: mirad que vengo
Del Marqués acompañado.

ISABELA.

Perdonad, señor Marqués;
Que esto es amor.

FABIO.

Justo es.

ISABELA.

¿Sois hoy nuestro convidado?
Que en extremo me holgaría.

FABIO.

Soy tan vuestro servidor,
Que aun pienso que de ese amor
Parte alcanzarme podría.

ISABELA.

Tan divertida quedé
En el Conde, que no os vi.

FABIO.

Con lo mismo que entendí,
Mi Señora, os disculpé.

ISABELA.

¿Cómo venis, Conde, en quien
Tengo vida y por quien soy?
¿Cómo estáis, y cómo estoy
En vuestra gracia también?

ENRIQUE.

Aunque ese gusto os resisto,
Mi vida, no le tengais;
Que mucho porte pagais
De cartas que no habeis visto.
Si las abris, yo sé bien
Que os pesará de hacer fiestas
Al sobrescrito; y pues estas
Es fuerza que hoy os le dén,
Salte, Belardo, allá fuera;
Que esa puerta me es forzoso
Que cierre.

(Vase Belardo.)

ESCENA XVI.

ENRIQUE, ISABELA, FABIO.

ISABELA.

¿Qué es esto, esposo?
¿Cómo habláis desa manera?

ENRIQUE.

Ya la puerta está cerrada.
Fabio, decidle lo que es.

ISABELA.

¿Qué es esto, señor Marqués?
¿Qué es esto? Que estoy turbada.

FABIO.

No sé si de enternecido
Os podré hablar.

ISABELA.

¿Vos lloáis!
Mas ¿qué es? Conde, ¿no me habláis?
¿Qué puede haber sucedido?
¿También vos estáis llorando?
¿Tan fuerte yerba soy yo,
Que lágrimas os sacó,
Solo de estarme mirando?

ENRIQUE.

¡Ay, ojos, que estos adoran!

ISABELA.

Mirad que es vergüenza ver
Con ánimo una mujer
Entre dos hombres que lloran.
Dos arroyos parecéis,
Yo la yerba que regaláis;
Mas, si tanta agua me dais,
Mirad que me anegareis.

FABIO.

Isabela desdichada,
En triste punto nacida,
Debajo de las estrellas
Que influyen mayor desdicha;
Tan hermosa como honrada,
Siendo tú la honra misma,
Que en el sol de tus virtudes
Las demás luces se miran;
Inocente, á quien un rey
Os manda quitar la vida
Al hombre que mas te adora,
Y al que mas tu bien estima;
Dechado de nobles damas,
Adonde los cielos pintan
Mas valores y excelencias
Que en las matronas antiguas;
Española milagrosa,
Que á las romanas imitas,
Y ellas á tí te imitaran,
Si fueran despues nacidas:
Sabe que el Conde, tu esposo,
Cuando á España se partía,
Amaba, y era adorado
De nuestra infanta Dionisia.
Creció el amor en la ausencia
Con tanta melancolía,
Que ha llegado á ser locura,
Llena de celos y envidia.
Hoy, que te vió con tus hijos,
Nació de aquella visita
Decir á su viejo padre
Una cosa nunca oída;
Porque le ha dicho que el Conde
La gozó, siendo mentira;
Porque el Conde me ha jurado
Tantas cosas, tantas vidas,
Que he conocido que amor
A lo que dice la obliga,
Con ánimo de gozalle.
Loca, furiosa y rendida.
El Rey, por guardar su honor...
No sé cómo te lo diga...
—Le ha mandado que te mate,
Y se case con su hija.

ISABELA.

¡Jesus, Marqués! ¿Eso es cosa
Tan grande y encarecida?
Pensé yo, Fabio, que el Rey
Al Conde matar quería.
Vivid vos, amado Enrique,
Vivid vos muy largos días;
Que como vos la tengais,
¿Qué importa esta triste vida?
No lloro yo de pesar;
Lloro de mucha alegría
De que el Conde, mi señor,
En tan alto estado viva.
Mil años goceis, mi bien,
Vuestra esposa, que os estima
Y procura con razon...
Reinas es razon que os sirvan.
Vos nacistes para rey;
Rey sois, y Dios lo permita;
Que vuestros merecimientos
A cetro y corona aspiran.
Y pues ya sois rey, Enrique,
Mercedes es bien que os pida.
No es bien que me las negueis
Por dos cosas, que os obligan:
La una, que cuando heredan
Los reyes, á sus provincias
Y reinos hacen mercedes

Por grandeza y por justicia.
La otra, porque os casais;
Que los reyes tales días
Muestran el extremo á todos
De su grandeza excesiva.
Yo tengo de vos, Enrique,
Tres hijos; no es bien que vivan
Con madre tan extranjera,
Con madrastra tan altiva.
El conde de Barcelona
Es mi padre; aquí está Arsinda,
Una aya que me ha criado,
Y vino en mi compañía:
Enviémoslos á España
Con ella; que mejor crian
Abuelos que padres hijos
De madre muerta ó cautiva.
Haced esto, Enrique amigo,
Si por ventura os obligan
Tantos días de regalo,
Tantas horas de caricias.
Que si Dios me lleva á sí
(Lo que esta alma en él confia,
Porque, aunque soy pecadora,
Su santa sangre me anima),
Yo le rogaré por vos,
Por vos, mi prenda querida,
Y por la señora Infanta,
Mujer vuestra y reina mia.

ENRIQUE.

Cesa de matarme hablando;
Basten los rayos que tiras
Con esos ojos, por donde
Mi propia vida destilas;
Que ni para que yo sepa
Tu virtud, Isabel mia,
Ni para darte remedio,
El ver tu humildad me obliga.
Bien sabe Dios que no ha sido
De mi jamás ofendida
La honra del Rey, Condesa,
Aunque la Infanta lo diga.
En esta locura ha dado;
Propíusome el Rey la enigma,
Yo le he dado este consejo...
Juzgué lo que no sabia.
Dar yo causa de tu muerte
Solo en mi deshonra estriba,
Matando contigo alguno
De los que en mi casa habitan.
Pero no permita Dios
Que con engaño y malicia
Te quite el Conde la honra,
Ya que te quita la vida.
Esto el Rey por un papel
En este punto me avisa,
Que á la puerta me le dió
Un paje que con él priva.
Pero mas quiero, Condesa,
Que los hombres me maldigan,
Que no que, en el cielo mártir,
Sin honra en la tierra vivas.
Los hijos de mis entrañas
Haz cuenta que ya caminan
A España con sus abuelos,
Donde venganza les pidan;
Que no es justo que en Irlanda
Queden sus santas reliquias
Con un padre que á su madre
Sin razon la vida quita.
Y porque me aguarda el Rey,
Pon en tierra la rodilla,
En tanto que á tu garganta
Pongo esta funesta liga.

ISABELA.

Hazme, Señor, un placer;
Por el postrero, bien puedes.

ENRIQUE.

¿Que le tengas puede ser,
Ni el verdugo hacer mercedes?

ISABELA.

Mis hijos me deja ver.

ENRIQUE.

Vaya Fabio, aunque quisiera
Que esto no me enterneciera...
Pero, al fin, martirio agora,
Y sin ángeles, Señora,
Descuido del cielo fuera.

FABIO.

Llorando voy á traerlos.
Esta es fuerza lastimosa.

(Vase.)

ESCENA XVII.

ENRIQUE, ISABELA.

ENRIQUE.

Venid, mis ángeles bellos,
A ver vuestra madre hermosa,
Para que muera con ellos.
Venid para que os halleis
Presentes al sacrificio,
Porque contra mí jureis
En aquel alto juicio,
Donde pedirme teneis.
Que yo me quiera excusar
Con huir, no puede ser:
Esta isla cerca el mar,
Guardas hizo el Rey poner,
El Rey la manda matar.
¡Válgame el poder de Dios!
Si yo he de ser su homicida,
Muramos juntos los dos.

ISABELA.

¿Qué es eso, Enrique? ¡Ah mi vida!
¿El ánimo falta en vos?

ENRIQUE.

No tienes de qué espantarte
Que me falte la osadía,
Isabela, en esta parte;
Que, como eras alma mía,
Fáltame para matarte.
Dame esos brazos mil veces,
Por ver si este bronce duro
Con regalalle enterneces...
— Cuanto mas mal te procuro,
Mas hermosa me pareces.
¿Que haré si agora te mato,
Y estando solo? ¡Ay de mí!
Imagino en tu retrato...
¿Qué hará esta noche sin tí
Este tu marido ingrato?
¿Qué haré? ¿Qué diré de cosas
Tan tiernas, tan amorosas,
Tan tristes, tan desdichadas!
Qué me pasarán de espadas
Las entrañas rigurosas!
Perdóname. Vesme aquí
Que te mato... que te adoro.
Duélete, Isabel, de mí,
Y allá en el celeste coro
Ruega á Dios, ángel, por mí.

ISABELA.

No llores de esa manera;
Que pareces tú el que está
Temiendo la espada fiera.

ESCENA XVIII.

FABIO, con una niña en brazos y otra
y un niño de las manos.—DICHOS.

FABIO.

Aquí están tus hijos ya.

ENRIQUE.

¿Queda algun hombre allá fuera?

FABIO.

Ninguno.

ENRIQUE.

¿Cerraste?

FABIO.

Sí.

ISABELA.

Hijos, hoy os llamo aquí
Por testigos de mi intento,
Que quiero hacer testamento:
Bien estáis juntos á mí.
Y sabe Dios que quisiera
Volveros donde os tenia,
Porque cuando yo muriera,
De una vida con la mía
Cuatro almas al cielo diera.
¡Pluguiera á Dios que mi ruego
Oyera, para que luego
Que me mataran aquí,
Salieran almas de mí,
Como centellas del fuego!
Hijos, hoy muero, hoy acaba
Mi vida, no porque fui
De culpa ni infamia esclava;
La causa es porque nací;
Que para morir bastaba.
Mando á Dios el alma mía,
El cuerpo á la tierra fría,
Que ya le está deseando,
Y estas mis lágrimas mando
Al Conde para algun día;
Al cual suplico me abone,
Y de no le haber servido
Como merece, perdone,
Pues el tiempo breve ha sido,
Y en medio el morir se pone.
Bienes que mandar no tengo;
Sóislo vosotros no mas,
Y aunque á daros me prevengo,
No os apartaré jamás
De donde á poneros vengo,
Porque es en el alma, adonde
Os llevo y amor esconde.
Perdonad, amores míos,
Del tiempo los desvarios
Y las desgracias del Conde.
Por manda de testamento,
Que la ley hace tan fuerte,
Os mando (estad, Juan, atento)
Que no le pidais mi muerte,
Pues vos teneis sentimiento.
Mirad que mas no ha podido
El Conde: pues fué forzosa,
Poned mi muerte en olvido;
Que esta es fuerza lastimosa,
Y basta que fuerza ha sido.

ENRIQUE.

Isabela, bien está.

ISABELA.

Juan, vos sois el padre ya
De vuestros hermanos: creo
Que cumpliréis mi deseo.

DON JUAN.

Señora, ¿adónde se va?

ISABELA.

Hijo querido, á la muerte.

DON JUAN.

Lléveme consigo, madre.

ENRIQUE.

Deja ya de enternecerte.

DON JUAN.

¿Por qué la mata mi padre?

ISABELA.

Por desdichada y por suerte.
No pidais mi muerte á Dios.

DON JUAN.

Si él la ve, ¿qué importará
No se la pedir los dos?

ENRIQUE.

Metedlos, Marqués, allá.

DON JUAN.

¡Ay, padre! ¡triste de vos!

ISABELA.

Besadme, Juan de mi vida,
Vos, Laurencia, y vos, Lisarda,
Huerfaua apénas nacida.

ENRIQUE.

Suéltalos.

ISABELA.

Aguarda, aguarda,
Siquiera por despedida.
(Lleva los niños Fabio.)

ESCENA XIX.

ENRIQUE, ISABELA.

ENRIQUE.

Isabela, el llanto muda.

ISABELA.

Ya mi garganta se pone,
Conde, á tu filo desnuda;
Que, pues el sol se me pone,
La noche viene sin duda.
Tener vida no es razon
Despues de aquestos abrazos,
Y que dure es confusion,
Sacándome tres pedazos
Tan grandes del corazon.
Ea, ¿de qué estás temblando?
Mas por merced te demando
Que no me enlacen tus ligas;
Si con las manos me ligas,
Será el tránsito mas blande.
Ponme las manos, Señor;
Salga mi espíritu en ellas...
Mas detendrále el favor.

ENRIQUE.

Desvia tus manos bellas.
No despiertes mi furor.

ISABELA.

Pues ¿no piensas abrazarme?

ENRIQUE.

Ea, Isabela...

ESCENA XX.

FABIO.—DICHOS.

FABIO.

¿Es ya muerta?

ENRIQUE.

No acierto á determinarme,
Ni el amor tampoco acierta
A matarla sin matarme.
Llega el brazo, y tiembla el pecho,
Osa el pecho, y tiembla el brazo;
Y cuando llevo de becho,
En vez de apretar el lazo,
La abrazo con lazo estrecho.
¡Ay! ¡Quién no hubiera nacido!

FABIO.

Conde, yo he considerado
Que ser en esto atrevido
No es valor de pecho honrado.

ENRIQUE.

¡Ay, Fabio! remedio os pido;
Que habiéndome de casar,
No es posible sin morir
La Condesa.

FABIO.

Otro lugar
Se puede en esto elegir,
Y á otra mano encomendar.
Venga Isabela conmigo.

ENRIQUE.

¿Dónde?

FABIO.

Yo tengo un criado

Leal y en lugar de amigo.
Vive en un monte apartado;
Y este, sin otro testigo,
En el mar la puede echar
En un barco, en que un barreno
Se puede dar al entrar,
Y así, poco a poco lleno
De agua, irá al fondo del mar.
Esta será de tu esposa
Muerte y sepultura junta,
Mas secreta y mas piadosa,
Y di, si el Rey te pregunta,
Que entre su arena reposa.

ENRIQUE.

Bien has dicho, amigo Fabio.

ISABELA.

Piadoso remedio y sabio.

ENRIQUE.

Véte, Isabela, con él;
Sea yo esposo cruel,
No verdugo de tu agravio.
Dirélo al Rey desahogada.

FABIO.

De mi lealtad conocida
No quiero satisfacerte.

ISABELA.

Adios, causa de mi vida.

ENRIQUE.

Mejor dirás de tu muerte.
(*Vanse.*)

Sala en palacio.

ESCENA XXI.

EL REY, DIONISIA.

DIONISIA.

Crueldad notable fuera;
Por mi voto, está muy cierto
Que Isabela no muriera.

REY.

Puesto que inocente ha muerto,
Que fué justo considera.
Y pues por tu liviandad
Pagó lo que no debía
La inocente castidad,
Mira tu culpa en la mía,
Y la tuya en mi maldad.
Esto fué razon de estado.

DIONISIA.

Sinrazones fueron todas.

REY.

Con esto libre ha quedado
El Conde para tus bodas,
Aunque no de estar culpado.
Si tuviera posesion,
Matara al Conde y pusiera
Tu libertad en prision.
Pero viva el Conde, y muera
De mi infamia la ocasion.

DIONISIA.

Si fui yo, ¿por qué merece
Muerte esa triste española?

REY.

Porque mas justo parece
Que viva tu honra sola,
Que es quien mas muerte padece.

DIONISIA.

No me puedo consolar.

REY.

Ni yo dejar de buscar
Remedio á mi honor perdido.

DIONISIA.

De tan sangriento marido
¿Qué menos puedo esperar?

REY.

Que me has enojado advierte.
Los dos somos homicidas:
Tú por culpa, yo por suerte.

DIONISIA.

Mal se lograrán dos vidas
Fundadas sobre una muerte.

REY.

No debes ya de querer
Que dure mucho la mia
Con tu loco proceder.

ESCENA XXII.

ENRIQUE.—DICHOS.

ENRIQUE.

A besar tus pies venia.

REY.

Habla, Conde, á tu mujer.

(*Vase.*)

ENRIQUE.

¿Por qué se va el Rey así?
¿Hase enojado conmigo?

DIONISIA.

Porque reprehension le di
De tu crueldad, enemigo,
Pues fué justo hacerla en tí.
Di, infame Conde, ¿qué hallaste
En mí, que de verme huiste
La noche que me gozaste?
¿Por qué la fe me rompiste,
Y con otra te casaste?
¿Fué mejor hija tercera
De un conde de Barcelona
Que de tu rey la primera?
¿Dejas la propia corona
Por la nobleza extranjera!
¿No miras lo que has causado?

ENRIQUE.

Miro que soy desdichado,
Miro que no te gocé.

DIONISIA.

¿Qué dices?

ENRIQUE.

Que Dios lo ve,
Y que Dios me ha castigado.

DIONISIA.

Pensé que negar querias.

ENRIQUE.

Ahora bien, muerta Isabela,
¿Qué haré?

DIONISIA.

Pues que tenias
Con tu engañosa cautela
Secas las entrañas mías,
No puedo negar que has sido
Amado como marido,
Y que agora lo has de ser.
Procura, Conde, poner
A tu Isabela en olvido.

ENRIQUE.

Yo lo haré, Señora, así.

DIONISIA.

Vamos á desenajar
Al Rey.

ENRIQUE.

Voy luego.

(*Vase la Infanta.*)

ESCENA XXIII.

ENRIQUE.

¿Ay de mí!

¿Si habrán entrado en la mar?
¿Si estaba la barca allí?
Cielo, sol, estrellas, luna,

Elementos, hombres, aves,
Fieras sin razon alguna,
Mar azul, donde mil naves
Corren tormenta y fortuna,
Esa barquilla que llega
A vuestra piedad temblando,
Con dos ángeles navega:
Ved que la están barrenando,
Ved que se pierde y se anega.
Cargada va de tesoro:
Indias fué mi amor; que en fin
Déj truje esa plata y oro.
Halle Anfiton el delin
Otra vez, y Europa el toro.
Viva el barco, y no perezca
Aunque dé en Constantinopla.
Luz en lanterna parezca.
Muerte es el viento que sopla;
A su pesar resplandezca.
No seas, mar, su enemigo.
Madre tierra, dale abrigo.
Viento, déjala correr;
Que no se puede perder
Quien lleva el norte consigo. (*Vase.*)

Orilla del mar.

ESCENA XXIV.

EL DUQUE OTAVIO, POLIBIO, TE-
REO, ISABELA; *después*, DOS PESCA-
DORES.

OTAVIO. (*Dentro.*)

Acosta, acosta, patrón.
Rema, perro.

POLIBIO. (*Dentro.*)

El viento es bravo.

OTAVIO. (*Dentro.*)

Llega, aborda, dale un cabo.

ISABELA. (*Dentro.*)

¡Cielo! tus milagros son.

OTAVIO. (*Dentro.*)

Asela en brazos, Tereo.

TEREO.

Ya la tengo.

OTAVIO. (*Dentro.*)

Caminad

A la orilla.

ISABELA. (*Dentro.*)

Tu piedad,

Cielo, en mis desdichas veo.

(*Salen el Duque, Polibio y Tereo, y dos
pescadores que traen en brazos á
Isabela.*)

OTAVIO.

¿Tienes vida?

ISABELA.

Vida tengo.

OTAVIO.

Esfuérzate.

ISABELA.

Eso procuro.

OTAVIO.

Ya tienes puerto seguro.

ISABELA.

Basta que á tus manos vengo.

OTAVIO.

¿De dónde eres?

ISABELA.

Española.

OTAVIO.

¡Española, y aquí!

ISABELA.

Sí;

Que de una armada yo fui
La que se ha librado sola.

OTAVIO.
¿Eres casada?

ISABELA.
No sé;
Que fué mi ventura corta.

OTAVIO.
Dadla que coma.

ISABELA.
No importa.
Animo, Señor, tendré.

OTAVIO.
Ser española te abona.
Dónde naciste me di.

ISABELA.
En Cataluña nací.

OTAVIO.
¿Y en qué ciudad?

ISABELA.
Barcelona.

POLIBIO.
¿Quién duda que es principal?

OTAVIO.
Necio, ¿no se echa de ver?

ISABELA.
¿Quién eres deseo saber.

OTAVIO.
Desta tierra natural.

ISABELA.
De que me encubras me agravio,
Tu nombre.

OTAVIO.
Hombre noble soy.

ISABELA.
Pues dime en qué tierra estoy.

OTAVIO.
En tierra del duque Otavio.

ISABELA.
¿Eres tú?

OTAVIO.
Yo soy, que andaba
Pescando en aquesta orilla,
De donde vi tu barquilla,
Que el mar furioso anegaba.
No temas; que en mi poder
Nada te puede faltar.

ISABELA.
Solo te quiero obligar
Con decir que soy mujer.
La corte del rey de Irlanda
¿Está lejos?

OTAVIO.
Cerca está.

ISABELA.
Tú ¿piensas volver allá?

OTAVIO.
Cualquiera cosa me manda
Que ir á la corte no sea,
Donde en seis años no entré.

ISABELA.
Antes yo procuraré
Que nadie en ella me vea.

OTAVIO.
Sí, para cualquiera cosa
Que intentes, menester fuese
Que en tu servicio ofreciese
La vida, española hermosa,
No dudes de que me inclinas
De tal manera á tus ojos,
Que la ofrezco por desposos
A sus estrellas divinas.
No soy casado ni tengo
A quien dar cuenta de mí.

ISABELA.
Ya olvido el bien que perdí,
Pues en tí á cobralle vengo.
Mas tu estado, te prometo,
Tu vida, tu honor también,
No me pueden dar mas bien
Que guardarme con secreto.

OTAVIO.
¿Eso te importa?

ISABELA.
La vida
Por lo menos.

OTAVIO.
Pues yo haré
Que aquí tu persona esté
Cuanto quisieres escondida.

ISABELA.
Tu palabra me asegura.

OTAVIO.
Al mismo cielo la doy.

ISABELA.
¿Vamos?

OTAVIO.
Ven
(Ap. á sus criados. Perdido voy
Por su divina hermosura.)

TERCIO.
Pues ¿tan presto estás tan ciego?

OTAVIO.
Todo me siento abrasar.
No sé cómo de la mar
Pudo salir tanto fuego.

ACTO TERCERO.

Sala en palacio.

ESCENA PRIMERA.

EL REY, DIONISIA, CELINDA.

DIONISIA.
A su culpa corresponde.
Mayor castigo merezca.

REY.
En fin, ¿que ya convalece
De su enfermedad el Conde?

DIONISIA.
Larga y peligrosa ha sido
Y llena de confusion,
Mas no para la ocasion
Que de tenella ha tenido.

REY.
Muy como mujer procedes,
Pues vienes á aborrecer
Lo que solias querer
Cuando ya gozario puedes.
Sospecho que queres mal
A Enrique.

DIONISIA.
No le aborrezco;
Pero mucho me enristezco
De verle tan desigual.
Que ya que por tu rigor
A la Condesa dió muerte,
No veo que se divierte
De aquel su pasado amor.
Y no me puede estar bien
Casamiento con un hombre
Que siempre llora su nombre
Y que la adora también.

REY.
Dionisia, si tuyo ha sido
Deste suceso el honor,
Busca marido á tu honor,
Y no á tu gusto marido.
El Conde llora á su esposa.

CELINDA.
Y razon debe tener,
Que fué una santa mujer,
Y por todo extremo hermosa.
Mas dame que venga á estar
Con tu nueva compañía:
Verás que ese mismo día
Ama y comienza á olvidar;
Que cuando mas tiernamente
Lloran pasada amistad,
Con cualquiera novedad
Se consuelan fácilmente.

REY. (A Dionisia.)
Hoy, pues el Conde está bueno,
Se desposará contigo.

ESCENA II.

CLENARDO. — DICHOS.

CLENARDO.
Parece justo castigo
Del cielo, de enojos lleno.
Rayos son de su venganza.

REY.
¿Qué es eso, Clenardo?

CLENARDO.
El Conde,

Que en todo tan mal responde
Al gusto de tu esperanza,
Acabando de vestirse
Las galas de desposado,
Cuando en el siniestro lado
Quiso la espada ceñirse,
Quedóse suspenso un rato,
Y al fin desta suspension
Dijo que via en vision
De su Isabela un retrato;
Y diciendo: «Espera, espera,»
Se comenzó á desnudar,
Y se ha querido matar,
Si por nosotros no fuera.

REY.
¿Ah, cielo, que desta suerte
Tu justicia me revela
Que la sangre de Isabela
La pide á Dios de su muerte!
Hija, ¿qué tengo de hacer?

DIONISIA.
Aplacar á Dios con ruegos.

REY.
Todos estuvimos ciegos.

ESCENA III.

ENRIQUE, en calzas y en jubon, como loco; dos criados. — DICHOS.

ENRIQUE.
Aguarda, aguarda, mujer.
Espera, Isabela hermosa.

REY.
Tenedle, asidle.

ENRIQUE.
Dios sabe
Que me es la vida mas grave
Que la mas pesada cosa.
Ni Sisifo con el canto,
Ni con la rueda Ixion
Siente mas grave pasion
En el reino del espanto.
¿Qué esperas, muerte? ¿A quién digo?
Mata ¡oh muerte! un homicida.
Mas déjame con la vida
Por darme mayor castigo.
Si no sabes quién mató
A la Condesa, yo fui.

REY.
Hacedle callar.

ENRIQUE.
Y á mí
Este Rey me lo mandó.

REY.
Conde, quien eso te oyere
¿Qué juzgará de los dos?

ENRIQUE.
Temed vos que os juzgue Dios
Cuando llamados quisiere,
Y al mundo no le temais.
Si para Dios no sois bueno,
Para el mundo yo os condeno,
Por bueno que parezcáis.

DIONISIA.
No está loco en lo que dice.

REY.
¿Cómo no? Su furia espanta.

ENRIQUE.
¿Diz que yo gocé á la Infanta!
Mal me haga Dios si tal hice;
Que la verdad desto es
Que ello estaba concertado,
Estando el cielo nublado,
Entre las dos ó las tres.
Pero pásame en prision...
¿Quién pensais? Aqueste viejo
Con sus barbas de conejo;
Y entre tanto un abejon
Se comió el panal de miel.
¿Por qué me prenden á mí,
Que cuando á cogerle fui,
Solo el corcho estaba en él?

REY.
Todavía contradice
Tu opinion.

DIONISIA.
Eso me espanta.

ENRIQUE.
¿Diz que yo gocé á la Infanta!
Mal me haga Dios si tal hice.
Algun bellaco embozado,
Que se entró por el balcon,
Viendo en cueros la ocasion,
Quiso acostarse á su lado;
Que yo por ningun tormento
Que el Rey me pudiera dar,
Si la pudiera gozar,
Negara el atrevimiento.
¡Ay Dios! Tapadme los ojos,
Tapadme.

GLENARDO.
¿Qué te desvela?

ENRIQUE.
No ves cómo está Isabela
Llena de tristes despojos?
No la veis, altos los pies,
Cubierta de negro luto,
Con el lastimoso fruto
De mis hijos todos tres?
No veis á don Juan llorando,
A Ricarda y á Laurencia,
Testigos de la sentencia
Que el cielo está pronunciando.
No veis aquel tribunal
Cuyas gradas son leones,
Y entre mil santos varones
El Salomon celestial?
No veis la sangre que pide
Justicia del caso feo?
No veis que el engaño es reo,
Y la ignorancia preside?
No veis contra mí fiscal
El que del cielo cayó?
No se excusa morir yo,
Digno soy de pena igual.
Mi conciencia me lo dice.
Maté un ángel, una santa...
Y; diz que gocé á la Infanta!
Mal me haga Dios si tal hice.

L-III.

DIONISIA.
¿Que aqueste fin ha tenido
Tu intento, padre, engañado!

REY.
Amor y honor me han forzado,
Y tuya la culpa ha sido.

ENRIQUE.
¡Oh Isabela! Oh serafín,
Que hasta el cielo ver no aguardo!
¿Que no hubiera un Mandricardo
Que diera muerte á Zerbiu,
A pesar de mi obediencia
Y de quien me lo mandó!

REY.
Enrique, ¿sabes que yo
Soy rey?

ENRIQUE.
¿Buena impertinencia!
Culebra sois en cautela,
Esta Eva, vo fui Adán,
La manzana que me gan
Fué la muerte de Isabela;
De la conciencia el aviso
En mi furia declarada,
Es el ángel con la espada
Que os echa del paraíso;
Mas ¿este mi cuerpo es
El de Adán? Mucho lo dudo;
Que Adán andaba desnudo
De la cabeza á los pies.
Pero mal he conocido
Que en esto soy engañado;
Que Adán, despues del pecado,
Quedó de pieles vestido.

REY.
¿Qué me aconsejas en esto,
Causa de todo mi mal?

DIONISIA.
No sé, padre: estoy mortal.

ENRIQUE.
Por Dios, Rey, que sois un cesto
Ya vuestra opinion y fama
Como de ajedrez ha sido;
Que el ser rey habeis perdido
Todo por guardar la dama.
¿Qué os hizo á vos, mentecato,
Una paloma sin hiel?
Ya vos dijo el rey de Argel
Que tocaban á rebato.

GLENARDO.
Extraña furia le toma;
Mas tanto amor le combate.

ENRIQUE.
¿Que mi gallina me mate,
Y mis tres pollos me coma!
¿Buenos mis negocios van!
¿Quién tendrá en esto paciencia?
Apelo de la sentencia
Para el señor preste Juan.
Dirálo un jüez de palo.
Término pido y repido;
Mas ¿cómo término pido
A quien le tuvo tan malo?

REY.
Ahora bien, Dionisia, este hombre
Ha de morir, porque en medio
Desto mal, solo es remedio
Para su fama y mi nombre.
En este fin se remata
Todo el daño que hemos hecho,
Pues vivo no es de provecho,
Y muerto tu infamia mata.

DIONISIA.
Ese ¿es remedio?

REY.
Este hallo.

ENRIQUE.
¿Eso no, milano fiero!

Gallina y pollos primero,
¿Y agora quieres el gallo!
¿Vive Dios, que he de cantar
Antes que amanezca Dios,
Que me lo mandastes vos,
Aunque seais para negar!
¿Yo morir, siendo alma en pena?

GLENARDO.
Señor, matarle es crueldad.

REY.
Pues con esta enfermedad
¿Que aguardo del cosa buena?

GLENARDO.
Señor, causa desto ha sido
Que el Conde dos dias ha estado
Sin comer, de que ha quedado,
Como ves, desvanecido.
Hazle comer y beber,
Y verás que vuelve en sí.

REY.
Traed de comer aquí.
Dénle á Enrique de comer.

ENRIQUE.
¡Ah, perros, que concertais
Darne veneno comiendo!
Si pensais que no lo entiendo,
Muy engañados estáis,
No he de comer, ¡vive Dios!
Hasta que á Isabela vea.
¿Caramelos y jales!
¿Quitarme queréis la tos?
Vén acá, rey embutido,
Heródes entre inocentes,
Remedio de inconvenientes,
Y entre remedios perdido;
Rey de paramento viejo,
Que el rétulo significa
Como caja de botica,
Lleve el diablo tu pellejo,
¿Por qué me echaste en prision?
¿Quién te engañó, rey mochuelo?
¿Qué capítulo del duelo
Te dió mi satisfacion?
¿Por qué mandaste cortar
El blanco cuello á Isabela?
¿Con qué azúcar y canela
Se puede agora curar?
Todo el mundo te maldice.

GLENARDO.
Mucho el furor se adelanta.

ENRIQUE.
¿Diz que yo gocé á la Infanta!
Mal me haga Dios si tal hice.

REY.
Llevalde luego de aquí,
Metedle en una prision.

ENRIQUE.
¿Vos conmigo Faraon?
¿Vos conmigo? Vos á mí?
Afuera, perros villanos.

REY.
Asidle; que está furioso.

CRÍADO 1.º
¡Ay, que me ha muerto!

GLENARDO.
Es forzoso
Atalle de pies y manos.

REY.
Llamad la guarda.

ENRIQUE.
Isabela,

Allá te voy á buscar.

REY.
Asidle y haciedle atar.

ENRIQUE.
Alguno habrá que le duela.

CLENARDO.
No hay quien no se atemorice.
CRIADO 2.º
No se ha visto fuerza tanta.
ENRIQUE.
¡Diz que yo gocé la Infanta!
Mal me haga Dios si tal hice.
(Vase Enrique persiguiendo á los criados.)

DIONISIA.
Hazle de suerte encerrar (A Clenardo.)
Que mi infamia no publique.
(Vase Clenardo.)

ESCENA IV.

FABIO.—EL REY, DIONISIA,
CELINDA.

FABIO.
¿Dónde va corriendo Enrique?
¿Por qué le mandas matar?

REY.
Fabio, encerrarle he mandado
Porque está loco y publica
Mi infamia.

FABIO.
¡A buen tiempo aplica
Ese sentimiento honrado!

REY.
¿Cómo?

FABIO.
Como agora llega
Del conde de Barcelona,
Adonde él viene en persona
Y mil banderas despliega,
Al puerto una fuerte armada,
Llena de gente española,
Cuya entrada y salva sola
De la primera rociada
Puso el primer fuerte en tierra,
Y á la playa en barcos sale,
Donde de los piés se vale
Tu poca gente de guerra,
Que huyendo la fiera muerte
Con que te amenaza el Conde,
Van enseñando por dónde
Pueden llegar á prenderte.
Si esto es libertad, perdona,
Y procura resistilla;
Que viene media Castilla
En favor de Barcelona.
Fuerte gente toledana
(Porque jamás supo el miedo
Por dónde van á Toledo),
Cordobesa y sevillana
Trae el Conde, porque tiene
Gran deudo al rey de Castilla.
Ya todos cubren la orilla,
Ya en orden marchando viene.
El niño don Juan, su nieto,
Dicen que es el general,
A cuyo guion real
Guardan los demás respeto.
Este es un negro pendon,
Donde pintada Isabela,
Por el aire al cielo vuela
A pedir satisfacción.
Mira, Señor, qué has de hacer.

REY.
Por puntos crece este daño,
Y para mí desengaño
Basta ser causa mujer.
¿Quién te parece á tí, Fabio,
Que sea mi general?

FABIO.
Pues dura del Conde el mal,
Haz que venga el duque Otavio.

REY.
Há seis años que no viene
A la corte.

FABIO.
¿Hasle agraviado?
REY.
No.
FABIO.
Pues el Duque es soldado
Y hombre que experiencia tiene.
¿Iréle á llamar?

REY.
Camina,
Y entre tanto haré juntar
Gente que camine al mar.
DIONISIA.
Esta es justicia divina.
(Vase.)

Sala en una quinta de Otavio.

ESCENA V.

OTAVIO, ISABELA.

OTAVIO.
¿Que eres, hermosa española,
Del conde Enrique mujer!

ISABELA.
Soy la que sola ser,
Otavio, su mujer sola.
Y pues palabra me has dado
Del secreto prometido,
Y del amor pretendido
Ya quedas desengañado,
Haz de manera que pueda
Volver á mi padre á España.
Pues mi vida en tierra extraña
En tanto peligro queda.

OTAVIO.
Enrique, Isabela hermosa,
Fué competidor conmigo;
Dos años fué mi enemigo
En competencia amorosa;
Y aunque entonces es verdad
Que está en su punto el rigor,
Luego que acaba el amor
Acaba el enemistad.
Y digo que de tu cuento
Solo á tí misma te diera
Crédito quien conociera
De Enrique el entendimiento.
¿Es posible que, aunque el Rey
Mil muertes le amenazara,
Y que en él la ejecutara,
Ya por fuerza, ya por ley,
Osó entregarte á la muerte
Y dar tus hijos á España?

ISABELA.
No fué suya aquella bazaña,
Mas del rigor de mi suerte.
Aunque no sé si el reinar,
Que es poderosa disculpa,
Fué la ocasion de su culpa.

OTAVIO.
Al fin te mandó matar,
Y debe de estar casado
Con Dionisia injustamente.

ISABELA.
¿Cómo?

OTAVIO.
Porque está inocente
De la culpa que le ha dado.
Y como tú me prometás
Que un secreto callarás,
Quién la ha gozado sabrás.

ISABELA.
No han sido menos secretas
Las cosas que te he fiado.
Unas por otras troquemos.

OTAVIO.
Mil cosas que escritas vemos,
O acaso nos han contado,
Imposibles nos parecen.
Pues sábeta que yo fui
Quien la gozó.

ISABELA.
¿Cómo así?
Que mil dudas se me ofrecen.

OTAVIO.
Con una industria amorosa
En un oscuro aposento
Me dió amor atrevimiento
Y gocé la Infanta hermosa,
Y una sortija la di
Por el Conde.

ISABELA.
¡Extraño enredo!

OTAVIO.
Y esta que traigo en el dedo,
Me dió también ella á mí.
Cuanto á ella, bien conviene
Hacer al Conde casar;
Cuanto al Conde, no hay dudar
De la inocencia que tiene.
El fué á España y yo á mi tierra,
Donde seis años he estado,
Que es el tiempo que casado
Della el Conde se destierra.
Discúlpale del error,
Y cúlpale de tu injuria.

ISABELA.
Culparé del Rey la furia
Y disculparé su honor.
De Enrique no digo nada;
Que le he querido de suerte,
Que me pesa que mi muerte
Fué sin efecto ordenada.
Pero, pues ya estoy sin él,
Déjame, Otavio, gozar
De mis hijos; que es estar
Casi con tres partes dél.
Tres son mis hijos, bien digo,
Tres partes del Conde son;
Una falta al corazón,
Téngala el Conde consigo.
Y pues esto fuerza es
O gusto de la fortuna,
Mejor estaré sin una,
Duque, que sin todas tres.
Ese anillo te pidiera
Por consuelo de mi mal,
Si á pedirte merced tal
Mi desdicha se atreviera.
Con él fuera consolada;
Mas si la tienes amor,
No es justo.

OTAVIO.
Si en tu dolor,
Isabela desdichada,
Causa esta prenda consuelo,
Servirte della podrás. (Dale el anillo.)

ISABELA.
No puedo pagarte mas
Que con obligar al cielo.

OTAVIO.
¡Polibio!

ESCENA VI.

POLIBIO.—DICHOS.

POLIBIO.
Señor...

OTAVIO.
Al puerto

Con esta dama camina,
Y en llegando á la marina,
La entrega á Atilo ó Alberto,
Que en este primer viaje

La pasen á Barcelona;
Regalando su persona;
Y para el mataleaje
Haz que le dén mil escudos.

POLIBIO. (Ap. á Otavio.)
¿Gozástela?

OTAVIO.
Los criados
Tienen por blason de honrados
Ser obedientes y mudos.
(A Isabela.)

Por secreto no te encargo
A mas gente.

ISABELA.
Este hombre basta.

OTAVIO.
Adios, Isabela casta.

POLIBIO.
Yo llevo un hermoso cargo.

ISABELA.
Adios, Duque generoso.

POLIBIO. (Ap.)
Por Dios, que antes de llegar
Al puerto, la he de gozar.
(Vanse Polibio á Isabela.)

ESCENA VII.

OTAVIO.

¿Caso extraño y espantoso!
Que de aquel atrevimiento
Haya este mal procedido?
Que mia la culpa ha sido,
Y de Isabela el tormento?
Ved, á cabo de seis años
Que esto á verdad se reduce,
El fruto que aquí produce
La causa de mis engaños!
Todo engaño y compasion
De una mujer inocente.

ESCENA VIII.

FABIO.— OTAVIO.

FABIO.
Aunque no quiera tu gente...

OTAVIO.
¿Fabio! En aquesta ocasion,
¿Adónde bueno?

FABIO.
Por tí.

OTAVIO.
¿Lláname el Rey por ventura?

FABIO.
Por ventura, y tan segura,
Que albricias te pido.

OTAVIO.

¿Así?

Pues ¿qué me quieres?

FABIO.

Que seas
De una empresa general.

OTAVIO.

¿Traes gente?

FABIO.

El baston real,
Solo para que lo creas.

OTAVIO.

Si es por mi daño, Marqués,
En mi tierra estoy. No quiero
Servirle.

FABIO.

Soy caballero.
Crédito es bien que me des.
Yo hago pleito homenaje

Al cielo y á tí que es cierto
Lo que digo: por el puerto
Recibe de España ultraje
Con navios que han llegado.

OTAVIO.

Ya la ocasion adivino.

FABIO.

Vamos; que por el camino
Te diré lo que ha pasado.

OTAVIO.

¿Es del conde Enrique hazafia?

FABIO.

Y de Dionisia cautela.

OTAVIO. (Ap.)

Peligro corre Isabela
De no llegar viva á España.
(Vanse.)

—

Campo.

ESCENA IX.

SOLDADOS, con caja y bandera negra, y
en ella pintada la imágen de Isabe-
la; el niño DON JUAN, armado sobre
una sotana negra, con baston de ge-
neral; detrás, EL CONDE DE BAR-
CELONA.

CONDE.

Aunque justo parece que vengara
La muerte de mi hija como padre,
Y que el baston de general llevara,
Mejor será que á vos el cargo os cuadre.
Si á mí por viejo la experiencia es clara,
Amor, por el dolor de vuestra madre,
Nieto, os haré mover (que este es mi ce-
[lo])

Con guerra el mundo y con justicia el
No llevaron á Troyalos de Grecia [cielo].
Niños tiernos, mas fuertes viejos canos,
Por capitanes; que la guerra precia
Más que de Aquiles las valientes manos.
Roma triunfante y la sagaz Venecia,
Mas que los Anibales y Africanos,
Viejos Torcatos, honra de su tierra,
Sacaban de la paz para la guerra.
Confieso que esto es justo; pero creo
Que el no tener jamás causa tan justa
Hizo fiar sus armas y trofeo
Mas de la antigua que la edad robusta;
Pero ya que en tan justa causa veo
Viejo el contrario, la defensa injusta,
Quiero que en este niño el mundo vea
Que no las armas, la razon pelea.
Este es el general, nobles soldados;
Este es mi nieto y de Isabela hijo.
De su inocencia estáis desengañados,
El Conde por sus cartas os lo dijo.
Pues si vais de razon tan justa arma-
[dos],

Con justa causa un niño tierno elijo
Por general contra su fiero padre,
Cubierto de la sangre de su madre.
DON JUAN.

Famoso Conde y noble abuelo mío,
Gloria y honor del nombre de Moncada,
Pequeño corazon y grande brio
Rigen este baston y aquesta espada;
Pero tan grande ya con vos le crio,
Y con la injuria de mi madre amada,
Que dentro de dos dias este pecho
Ha de romper como aposento estrecho.
Para asombrar esta cobarde gente
Yo basto solo, fuera de que es justo
Que un inocente venga á otro inocente:
Del cielo vengador acuerdo y gusto.
Fuera de que soy hombre tan valiente,

Y para casos de honra tan robusto,
Que al rey cruel desafiar pretendo,
Y con favor de Dios vencerle entiendo.

CONDE.

Besar quiero la boca que eso dice,
O con aquestos brazos levantarte,
(Toma el niño en brazos.)
Porque esta barba blanca te autorice.
Alto estás, mira bien ese estandarte,
Y aquí la historia trágica infelice
Quiero desde mis brazos enseñarte
De tu difunta madre.

DON JUAN.

No, no, abuelo,
No la quiero mirar, bajadme al suelo;
Que pues llorar es fuerza, puesto en alto,
Anegaré con otro mar la tierra.
Vamos á darles el primer asalto:
Veréis qué corazon mi pecho encierra.

CONDE.

Dadme la sangre, de que ya estoy falto.
A fuego y sangre les publico guerra.

DON JUAN.

Vayan espías á saber qué hace
El Rey.

UN SOLDADO.

Bien dice.

CONDE.

De otra causa nace.
(Vanse.)

—

Sala en palacio.

ESCENA X.

EL REY, DIONISIA, CLENARDO.

REY.

Perdidos somos.

DIONISIA.

¿Qué remedio pones
En tantas desventuras?

REY.

Vé, Clenardo,
Y trae de la prision atado al Conde.

CLENARDO.

¿A qué efecto le quieres, loco y preso?

REY.

Camina á hacer lo que te mando.

CLENARDO. (Ap.)

Se engaña el Rey. En todo
(Vase.)

DIONISIA.

¿Qué intentas con Enrique?

REY.

Dársele intento á quien por él me pone
En tanto aprieto.

DIONISIA.

Esa es crueldad notable.

REY.

Pues si Ramon, cual ves, desembarcan-
Tanta copia de gente en esta isla, [do
Desierta de reparo y desarmada,
Ya derriba mil villas y castillos,
Y sin nuestra prision no se contenta,
¿Qué puedo hacer mejor que darle á
[Enrique?

Enrique es loco, Enrique es hombre in-
[útil,
Por Enrique esta guerra origen tuvo,
A Enrique quiere el Conde.

ESCENA XI.

CLENARDO, ENRIQUE, *atado.* —
DICHOS.

CLENARDO.

Aquí está Enrique.

REY.

Haz luego que le lleven cien soldados
Al fiero catalán, y di que venga
En el duro homicida de su hija
La sangre de que yo no estoy culpado.
Matándole podrá vengar mi honra.

ENRIQUE.

¡Agora sí que cumples mis deseos,
Piadoso cielo! agora sí que llega
Otra vez la razón a mi discurso!
Cobré sentido con oír mi muerte,
Y con ver que á las manos de mi hijo
Voy á vengar la sangre de su madre.
Protesto al cielo y á sus santos ángeles,
A sus inteligencias, á sus luces,
Sol, luna, estrellas, signos y planetas,
A la tierra, á sus plantas, á sus árboles,
A sus fieras, sus fuentes y sus ríos,
A las nubes, al aire, á cuantas cosas
En su región tercera se congelan
Desde el granizo hasta el ardiente rayo,
A las aves parlteras y á las mudas,
Al mar furioso y sus nadantes peces,
Al fuego elemental y al que hemos visto,
A los hombres mas altos y comunes
Desde el rey adorado al pastor pobre,
Y desde el mas letrado al ignorante;
Que no debo á la infanta cosa alguna
De su honor, ni fui yo de ningún modo
Aquel de quien se queja, pues la noche
De su desgracia el Rey me tuvo preso.
Verdad es que confieso que esta muerte
La debo por la muerte de Isabela.

REY.

Llévadle luego.

ENRIQUE.

¡Oh bárbaro enemigo!
Presto verás por tí mayor castigo.

CLENARDO.

Vamos. (*Lleva Clenardo á Enrique.*)

ESCENA XII.

EL REY, DIONISIA.

DIONISIA.

¡A quién no mueve á sentimiento
El desdichado Conde?

REY.

Yo, Dionisia,
Quedo temiendo que inocente muere.
Esta protestación que al cielo hace,
A la tierra, á las fieras y á los hombres,
Que no ha sido el autor de tu desdicha,
¡A quién no puede dar cuidado?

DIONISIA.

A aquellos
Que supieren que Enrique estaba loco;
Que no estan claro el día como es cierto
Ser el autor de la deshonra mía.

ESCENA XIII.

FABIO, OTAVIO. — DICHOS.

FABIO.

Aquí está el duque Otavio.

REY.

¡Amigo Duque!
Otavio. (*los.*)
Dé vuestra alianza á Otavio sus pies incli-

REY.

¡Tanto tiempo sin veros!

OTAVIO.

No pudiera,
Señor, menos ausencia de la corte
Descansar mis estados, que tenía
Perdidos y empeñados su asistencia.
Esto, y no ser en ella necesario,
De tu servicio me tuvieron lejos;
Pero ofrecida la ocasión agora,
Estados, honra y vida, todo es poco
Para emplear en tu real servicio.

REY.

Ya sabes el aprieto en que me ha puesto
Del español la armada.

OTAVIO.

Ya he sabido
Del Marqués el agravio y la venganza.
El remedio conviene que sea presto.

REY.

Venid donde sepáis lo que he trazado,
Si no bastare haberle dado á Enrique,
Que es lo que dicen que pretende el Con-
FABIO. (*de.*)

¡A Enrique has dado al español?

REY.

Agora
De dar acabo al español á Enrique.

FABIO.

¿Por qué tan gran crueldad has hecho?

REY.

Fabio,
Enrique es la ocasión, Enrique muera.
Fuera de que ya es loco y hombre inútil.

FABIO.

Yo perderé la vida en su defensa.

OTAVIO. (*Ap.*)

¡Ay Dionisia! mirándote, mi herida
Vierte sangre de nuevo.

DIONISIA.

¡Venis bueno,

Otavio?

OTAVIO.

A tu servicio. (*Ap. á ella.* Tan
Como agora seis años.) [*perdido*]

DIONISIA.

Sabe el cielo
Que estoy arrepentida de no amaros.

OTAVIO.

Yo no de mi afición. (*Ap. Ni de gozaros.*)
(*Vanse.*)

—

Campo.

ESCENA XIV.

ISABELA, *en hábito de hombre.*

Dejando al traidor dormido
Que el Duque me dió por guarda,
Y tomando su vestido,
Vengo donde el mar me aguarda,
Con pensamiento atrevido;
Que en esta primera aldea
Dicen (*¡quiera Dios que sea!*)
Que de una armada de España
Sale gente á la campaña
Y estas riberas pasea.
Forzarme quiso el villano;
Mas como el sueño y el vino
Le retuvieron la mano,
Enfrenó su desatino
La noche, descanso humano.
Pero cuando el alba apenas
Sobre rosas y azucenas

Vertía aljofar, tomé
Su vestido, y caminé
Por estas blancas arenas.
Allá queda con el mio
Y en poder de dos villanos,
Que reirán su desvarío.

ESCENA XV.

LUCINDO y FENICIO, *con escopetas.* —
ISABELA.

LUCINDO.

Rinde á este cordel las manos,
O aqueste irán de te envío.

ISABELA.

Ten el arcabuz, soldado;
Que no soy hombre de guerra,
Aunque traigo espada al lado.

FENICIO.

Basta ser de aquesta tierra
Y que aquí te hemos ballado.

LUCINDO.

Bien dices; que este es espía.
(*Isabela.*)

ISABELA.

Españoles, no podía
Dar al cielo mas bien junto
Que rendiros á este punto
La espada y la vida mia.
Pero ya que os dí la espada
Y he rendido mi persona,
Decidme cómo es la armada.

LUCINDO.

Del conde de Barcelona.

ISABELA.

¿Quién?

LUCINDO.

Don Ramon de Moncada.

ISABELA.

¡Cielos! ¿hay ventura igual?

FENICIO.

Aquí viene el General.
Llega, y hincas la rodilla.

ESCENA XVI.

DON JUAN, EL CAPITAN CARLOS. —
DICHOS.

DON JUAN.

En fin se rindió la villa.

CAPITAN.

Temió tu bando real.

ISABELA. (*Ap.*)

¿Qué es esto, cielos, que veo?
¡No es este niño don Juan?
¡Hijo!... Mas tenéos, deseo;
Que brazos que atados van,
A mal tiempo los empleo.
Las lágrimas derramadas
Por los ojos, de placer,
Han sido mas desmandadas;
Que lo pudieron hacer,
Como no estaban atadas.
Toma estas lágrimas mías,
Nuevo capitán de hazañas,
Que son en mis alegrías
Reliquias de las entrañas
Que habitaste tantos días.
Quiérome disimular,
Si lo permite el contento.

FENICIO.

Agora puedes llegar.

DON JUAN.

¿Qué es eso?

LUGARDO.
Aquí te presento,
General de tierra y mar,
Del enemigo esta espía.

DON JUAN.
¿A qué venías?

ISABELA.
Venía
Bien libre de ver tal bien
Donde no esperaba bien
El mayor bien que tenía.

DON JUAN.
¿Qué hace tu espía?

ISABELA.
No sé,
Porque jamás mi rey fué.

DON JUAN.
¿Qué es lo que tienen pensado
Para defender su estado
Después que á Irlanda llegué?

ISABELA.
Jamás, Señor, lo entendí.
CAPITAN.

Manda que le den tormento.

DON JUAN.
Traed un tormento aquí.

ISABELA.
No es el primero que siento,
Noble general, por tí.

DON JUAN.
¿Por mi dolor has sentido?

ISABELA.
El mayor que puede ser.

DON JUAN.
Yo soy muy agradecido.
Eso deseo saber:

Que me lo digas te pido.

ISABELA.
A su tiempo lo sabrás.

DON JUAN.
Desatadle.

CAPITAN.
Aquí le mata
A tormentos.

DON JUAN.
Necio estás.
Desatadle; que retrata
La cosa que quiero mas.

CAPITAN.
¿Son como tú los soldados?
Porque tendréis buen aliño.

DON JUAN.
Tendrá el Rey pocos cuidados.
Como ve el general niño,
Trae soldados desbarbados.
¿De dónde eres?

ISABELA.
¿No lo ves?
Español soy de nación.

DON JUAN.
¿De dónde?

ISABELA.
Barcelonés.

DON JUAN.
Que te honremos es razon.

ISABELA.
Beso, General, tus pies.
Cree que no soy espía,
Sino un hombre que servía
Al conde Enrique, tu padre.

DON JUAN.
Y ¿conociste á mi madre?

ISABELA.
Sí, Señor.

DON JUAN.
¡Ay, madre mía!
¿Dónde ibas?

ISABELA.
Iba á España.

DON JUAN.
Dalde la espada.

ISABELA.
Es hazaña
De tu valor, gran don Juan.

DON JUAN.
De hoy mas serás capitán.
Tú mi persona acompaña.

ISABELA.
Siendo tú muy pequeñito
Te acompañé nueve meses.

DON JUAN.
De esa obligacion me quito.

ISABELA.
Si las que tienes supieses,
Era proceso infinito.

DON JUAN.
¿Cómo?

ISABELA.
También te he criado,
Aunque no me has conocido.
Mas, pues á tiempo he llegado
Que el amor que te he tenido
Te muestre en ser tu soldado,
Dame para cierto efecto
Licencia.

DON JUAN.
Parte en buen hora.
(Vase Isabela.)

CAPITAN.
Que es gallardo te prometo.

DON JUAN.
Su rostro, Carlos, adora
Mi pensamiento secreto.

CAPITAN.
¿Cómo?

DON JUAN.
Si no fuera muerta
Mi madre, que era jurara
Aquesta sombra encubierta.

CAPITAN.
Mucho le imita en la cara.

ESCENA XVII.

EL CONDE, ENRIQUE, atado; CLE-
NARDO, SOLDADOS.—DICHOS.

CONDE.
No sé si el de Irlanda acierta.

CLENARDO.
A Enrique, Señor, te envía,
Y suplica que su muerte
Ponga freno á la osadía
De tu gente airada y fuerte.

CONDE.
No poco he puesto á la mía
Viendo presente al traidor,
Que deteniendo la mano...
—Don Juan...

DON JUAN.
Abuelo y señor,
¿Qué es esto?

CONDE.
Un hombre villano,
Homicida de mi honor;
Un hombre que, por reinar,
Mató la mejor mujer
Que en el mundo pudo hallar;
Un hombre que te dió el ser,
Que te quisiera quitar.

Este es aquel que mató
Tu madre santa y hermosa.

DON JUAN.
Padre, nunca pensé yo
Que hiciérais vos tal cosa.

ENRIQUE.
Hijo, un hombre me forzó.

DON JUAN.
¿Un hombre puede forzar
A nadie el libre albedrío?

CONDE.
Admira el oírle hablar.

ENRIQUE.
Hombre he nacido, hijo mío,
Y como hombre, pude errar.

DON JUAN.
Matastes mi madre, padre,
¿Por casaros con la infanta!
¿Qué disculpa habrá que os cuadre,
Siendo tan hermosa y santa,
Como vos sabeis, mi madre?

Arrojásteisla en la mar,
Pensando poder lavar
Con tanta agua tal pecado;
Mas lo que sangre ha manchado,
Con sangre se ha de sacar.
Y pues que sangre ha de haber,
De vos la sangre conflujo;
Que la que se ha de verter
No ha de ser, abuelo mío,
De sangre que me dió ser.

(Hincase de rodillas.)

Ante el tribunal, abuelo,
De vuestra clemencia justa,
De rodillas por el suelo,
De aquesta sentencia injusta
De parte del Conde apelo.
Mi madre es muerta, Señor;
Si mi padre muere así,
Yo moriré de dolor.

ENRIQUE.
Hijo, no ruegues por mí;
Que haces mi culpa mayor.
Matadme, Señor; la diestra
Levantad de la ira vuestra.
Yo lo reconozco, yo,
Pues maté á quien engendró
Quien tanto valor os muestra.
Veisnos aquí, ya no apelo,
Porque justicia me falta.
Cortad, cortad sin recelo;
Mi cabeza está mas alta,
Y vendrá primero al suelo;
Que deste golpe cortada,
Veréis que pasa la espada
Por encima del cabello
De don Juan, sin ofendello,
Porque no es sangre culpada.

CONDE.
Para mi injuria y poder
Bien fué el sagrado importante,
Adonde te vengo á ver.
¿Como te puedo ofender
Con esta imagen delante?
Como retraído has sido,
Que con un niño en los brazos
A una torre te has subido:
Tenle bien; que estos abrazos
Te han guardado y defendido.
Contra el plomo, que ya vuela,
Del tiro de mi justicia,
Tu hijo hiciste rodela,
Donde pintó tu malicia.
La imagen de mi Isabela.
Y bien fué rodela á prueba
De mi buen nieto el valor,
Yo el cobarde, él el temer,
Que por defensa le lleva.
¿Quién ha visto al lobo fiero,

Porque el pastor no le mate,
Que en brazos lleve al cordero?
Quién ha visto que rescate
El que es libre al prisionero?
Mas como, para templar
La ira, es bueno mirar
Su rostro un hombre al espejo,
Porque me he visto, te dejo
De castigar y matar.
Es mi nieto espejo mío,
Tú la guarnición, y tal,
Que si romperte porfío,
Pongo á peligro el cristal,
Y por eso me desvío.

ENRIQUE.

Señor, ¿dónde vas así?
Mátame, yo te ofendí.—
(*Vanse el Conde, Cleonardo y los soldados.*)

Hijo, abrázame.

DON JUAN.

Detente;
Que estando mi abuelo ausente,
Queda tu enemigo en mí.

ENRIQUE.

Pues mátame tú también,
Porque mis entrañas abras;
Que no hay muerte que me dén
Mas fuerte que estas palabras.

CAPITAN.

El español viene.

DON JUAN.

¿Quién?

CAPITAN.

El que hiciste capitán.

ESCENA XVIII.

ISABELA.—ENRIQUE, DON JUAN, EL CAPITAN.

ISABELA.

Ya tratan, fuerte don Juan,
Los enemigos que ves
De echarse á tus nobles pies,
Y concertándolo están.
Servirte quieren y honrarte.

DON JUAN.

Cárlas...

CAPITAN.

Señor...

DON JUAN.

Oid aparte.

No disgustemos mi abuelo.
Prened mi padre, aunque el cielo
Sabe que el alma me parte;
Mas, por darle confusión,
Téngale ese hombre en prision,
Que así parece á mi madre,
Porque viéndole mi padre
Conozca su sinrazón.

CAPITAN.

Como lo mandas lo haré:

(*Vase don Juan.*)
(*A Isabela.*)

Soldado, ¿cómo es tu nombre?

ISABELA.

Tomás, Señor, me llamé
Después que vi que en un hombre
Faltó la sangre y la fe.

CAPITAN.

Ese preso has de guardar;
Que el General lo ha mandado.
Tanto te pretende honrar.

ISABELA.

¿Dónde estará bien guardado?

CAPITAN.

En una nave en la mar.

ISABELA.

Sin cuidado podeis ir;
Que yo le haré llevar luego.

CAPITAN.

Voyme.

ENRIQUE.

Y yo fuera á morir.
Esto, soldado, te ruego;
Que ya me cansa el vivir.

(*Vase el Capitán.*)

ESCENA XIX.

ENRIQUE, ISABELA.

ISABELA.

¿Quién eres?

ENRIQUE.

Ya ¿no lo ves?

Un hombre á quien la fortuna,
Dando su nave al través,
Desde enclima de la luna
Pudo bajar á tus pies.
Un hombre á quien hoy combate
Un enfadoso vivir,
Y pesa que se dilate,
Y porque quiere morir.
No halla un hombre que le mate.
Un hombre, un diamante fuerte
En quien se mella la espada,
Ni hay espada que le acierte;
Que por cosa desechada,
No le conoce la muerte.
Un castigado sin culpa
En un delito famoso,
Y en otro en que no hay disculpa,
Sin castigo y temeroso
De ver que el cielo me culpa;
Que cuando su espada aplique,
Mayor daño me desvela;
En fin, soy el conde Enrique,
Que dió la muerte á Isabela.
¿Qué mas quieres que publique?
Pero tú, español soldado,
A quien por guarda me han dado,
¿Eres por dicha la sombra
Que de Isabela me asombra?
¿Dónde ese rostro has hurtado?
Ya que en la tragedia muero
De mis mal logrados bienes,
Que vivo cobrar no espero;
Si eres sombra, ¿cómo vienes
Antes del acto postrero?
¿Eres el hijo mayor
Del Conde? Eres mi cuñado?
Habla; que tengo temor
De ver que no me has hablado,
Mirándome con rigor.

ISABELA.

Enrique, el hombre que ha muerto
A sangre fría algun hombre
Inocente y encubierto,
Siempre trae con su nombre
Viva la imagen del muerto.
Débete de parecer
Que parezco á tu mujer,
Porque tu mismo pecado
Miras siempre retratado
En cuanto aciertas á ver.
Mas ya que conmigo estás,
¿La razón no me dirás
De dar á Isabela muerte?
¿Fué flaca mujer tan fuerte?
¿Hízote ofensa jamás?

ENRIQUE.

Fué santa, llegando á eso.
Solo un rey pudo forzar me;
Mas yo, llorando el suceso,
Paguéla con no casarme,
Y luego, perdiendo el seso,
Viéndome inútil, me entrega

Al Conde. Yo, por morir
Y no hacer lo que me ruega,
Doy en llorar y en fingir,
Por ver si mi muerte llega.

ISABELA.

¿Que no te has casado?

ENRIQUE.

No.

ISABELA.

Bien has hecho; que yo sé
Que otro á la Infanta gozó.

ENRIQUE.

¿Quién?

ISABELA.

El duque Otavio fué.

ENRIQUE.

Por él lo he pagado yo.
Eso ¿suenase en la corte?

ISABELA.

Hasta agora no se suena;
Pero quiero que se acorte
Tu peligro y tu cadena,
Y que tu cuello no corte
La espada del Conde airado.
Véte, Enrique desdichado,
Donde el hado te aconseja.

ENRIQUE.

Deja la cadena, deja;
Suelta, piadoso soldado.
Yo agradezco tu piedad,
Y verás, como lo veo
En la tuya y mi verdad,
Que porque morir deseo,
Todos me dan libertad.

ISABELA.

Véte, Conde.

ENRIQUE.

No lo mandes.

ISABELA.

¿No es mejor que libre andes,
Y negociarás mejor?

ENRIQUE.

Desear vida es error
Donde hay trabajos tan grandes.
Causame mas confusion
Ver que en aquesta ocasion,
Porque á Isabela pareces,
Que me dió vida mil veces,
Tienes de mi compasión.

ISABELA.

¿Que no te irás?

ENRIQUE.

No podré.

ISABELA.

Pues ¿qué has de hacer?

ENRIQUE.

Moriré.

ISABELA.

¿Por qué?

ENRIQUE.

Por pagar mi culpa.

ISABELA.

Ya la pagas.

ENRIQUE.

No hay disculpa.

ISABELA.

Disculpa habrá.

ENRIQUE.

No la sé.

ISABELA.

Dios perdona.

ENRIQUE.

Dios castiga.

ISABELA.

Quien se arrepiente le obliga.

ENRIQUE.
Arrepentido estoy yo.

ISABELA.
Pues véte, Enrique.

ENRIQUE.
Eso no,
Aunque el mundo me persiga.

ESCENA XX.

EL REY, DIONISIA, EL CONDE, DON JUAN, OTAVIO, FABIO, CLENARDO, CELINDA, DAWAS, SOLDADOS. — DICHOS.

REY.
Si despues de darte al Conde
Quieres mas satisfacion,
Tú mismo á mi honor responde.

CONDE.
Sucesos extraños son
Que el tiempo en su pecho esconde. —
¿Qué hicistes dél? (A Isabela.)

ISABELA.
Aquí está.
CONDE.

Huégome que aun vivo estás,
Si mereces vivir ya,
Porque la razon me dés,
Que nadie por tí me da,
De haber la Infanta dejado
Despues de haberla gozado,
Traidor, y engañarme á mí
En España, pues te di
La prenda que me has quitado.
¿No era, villano, mejor
Que con la Infanta casaras,
Satisfaciendo su amor,
Que no que á los dos quitaras,
A uno sangre y á otro honor?
Disculpa tiene conmigo
El Rey; que el Rey pretendió
Reparar su honor contigo;
Pero tú, bárbaro, no,
Que diste á un ángel castigo.

ISABELA.
Aunque á todos os parezca
Nuevo que disculpe á un hombre
Que tan culpado se ofrece
A vuestros ojos, señores,
No os espanteis que lo haga,
Por grandes obligaciones
Que pienso deciros, cuando
Laurel mi frente corone:
Y así, digo que si alguno
Dijere que gozó el Conde
De la Infanta, desde aquí
Le reto y desmiento á voces.
Verdad es que está engañada
Dionisia, cuyos amores
Fueron ciertos con Enrique,
En cuyo gusto conformes,
Concertaron que se viesen
En su aposento una noche,
Donde no acudiendo Enrique,
Porque el Rey le echó en prisiones,
Yo, que con él competía,
Aunque nadie me conoce,
Entré en su aposento oscuro,
Hurtando señas y nombre.
En fin, poniendo en las obras
Lo que quité á las razones,
Le di un anillo por prenda
De los gozados favores,
Con una piedra en que impresas
Se miran mis armas nobles,
Que son cinco flor-de-lises
Y tres rapantes leones.
Esta que traigo, ella diga

Si es suyo ó le desconoce;
(Dale el anillo.)

Que no le podrá negar,
Aunque confusa se pone.

REY.
¿Qué dices, Dionisia?
DIONISIA.
Rey,
Pregunta quién es ese hombre,
Que en todo dice verdad. —
Hombre, ¿eres plebeyo ó noble?

OTAVIO.
Una palabra, soldado.

ISABELA.
Duque, ¿para qué te encoges?
Bien sabes tú que esto es cierto.

REY.
¿Qué es esto, infames traidores?
Tú gozándola, y tú, ingrato,
Entendiendo cuándo y dónde!
¿Por el cielo, que he de hacer!...

OTAVIO.
Paso, Señor, no te arrojes;
Y tú, soldado, que guardas
Tan mal la fe, siendo noble,
Si luego no te desdices,
A todos diré tu nombre.

ISABELA.
Diré yo, Otavio, que fuiste,
Para que venganza tome
El Rey, quien gozó su hija,
Entrando por los balcones;
Que no fui yo, sino tú,
Por mas que decirlo estorbes,
Y tuyas son en Irlanda
Estas armas y blasones.

OTAVIO.
Hoy lo confieso, y te pido
Que la cabeza me cortes;
Pero primero me deja
Que á este soldado despoje.

REY.
Si mi hija está contenta
Que mi honor contigo cobre,
Mejor será, duque Otavio,
Que con ella te desposes.
No solo daré mi reino,
Donde mi honor se interpone,
A un duque; pero á un hidalgo
Que fuese en extremo pobre.

OTAVIO.
Pues, Señor, cuando te dije
Que á Enrique echases prisiones,
Sabe que fué por gozar
De Dionisia aquella noche.
Por esto estuve seis años
Desterrado de tu corte.
Mio es el anillo y armas,
O me mates ó perdones.

REY.
¿Qué dices, Dionisia?

DIONISIA.
Digo
Que yo fui engañada entonces;
Y aunque el Duque merecía
La muerte por sus traiciones,
Le quiero por mi marido,
Pues es mejor que me honres
Que no que tú y yo quedemos
Sin honra y sin sucesores.

REY.
Dale la mano.
OTAVIO.
Y el alma
A quien me estima y escoge.

DON JUAN.
Duque, ya estás despachado.

OTAVIO.
¿Qué mandas, General?
DON JUAN.
Oye.
Digo que, pues por tu causa
A mi madre mató el Conde,
Te reto y te desafío.
El campo y armas escoge.

OTAVIO.
Eres muy niño, don Juan;
Mas si de tus españoles
Alguno sale, aquí estoy.

CONDE.
Ya mis canas te responden.

OTAVIO.
Conde Hustre, ya tus canas
Es razon que se reporten.

DON JUAN.
Por viejo os dejan, abuelo,
Y á mí porque no soy hombre.
¡Pesar de la barba amén!
Si en ella un peine me ponen,
Yo le meteré en la barba.

ENRIQUE.
Suplicoos que se me otorgue
Campo contra el fiero Duque.
Mi agravio ¡oh Rey! te provoque.
Por este maté á Isabela;
Esta razon baste y sobre
Para que con él me mate.

OTAVIO.
Eres preso, busca otro hombre.
ISABELA.

Ahora bien, aquí estoy yo.
OTAVIO.
Tú sí, que secretos rompes.
Contigo acepto batalla
En mar, en campaña, en monte.

ISABELA.
No, sino aquí donde estamos.

OTAVIO.
Soy contento. A punto ponte.
Mas di primero la causa.

ISABELA.
¿Qué mas que engañar al Conde?

OTAVIO.
Esa ¡ya la he satisfecho:
Sin causa te descompones.
Marido soy de la Infanta.

ISABELA.
Otras causas hay mayores.
OTAVIO.

Dílas.
ENRIQUE.
Que por tu ocasion
A Isabela el mundo lllore.

OTAVIO.
Y ¡si yo diese á Isabela
Viva?

CONDE.
¡Viva!
OTAVIO.
No te asombres.

ISABELA.
Tendrá Enrique libertad,
Quedando todos conformes.

OTAVIO.
¿Quedaralo el Conde?

CONDE.
Digo
Que desde la popa al tope
Cubrirá laurel mis naves,
Y que á España haré que tornen.

OTAVIO.
Pues alto: quedad amigos,

Y á leva en tu armada toquen;
Que esta misma es Isabela.

CONDE.

¿Quién?

OTAVIO.

La que miráis, señores;
Que Fabio en el mar la puso,
Y ella, asiéndose á los bordes
De un barquillo ya anegado,
Vino á la orilla de un bosque
Por donde entrando yo al río
Con algunos pescadores,
La vi, la saqué y libré.

CONDE.

¡Hija!

ISABELA.

¡Señor!

DON JUAN.

¡Madre!

ISABELA.

¡Amores!

ENRIQUE.

¡Esposa!

ISABELA.

¡Enrique!

FABIO.

Mil años

Los tres vivan y se logren;
Que Fabio os da el parabien.

ENRIQUE.

Mis brazos le reconocen.

REY.

¿Qué ruido y gente es esa?

CELINDA.

Soldados deben de ser,
Que traen una mujer
De aquestas montañas presa.

CONDE.

Ya no hay guerra, todo es paz.
Haced que la dejen luego.

ESCENA XXI.

LUCINDO y FENICIO, *que traen preso á POLIBIO, en hábito de mujer.*—
Dichos.

POLIBIO.

Que me déis la muerte os ruego.

LUCINDO.

Anda; que eres pertinaz.

CONDE.

¿Qué es esto?

LUCINDO.

Este gentil hombre,
Que por huir de la guerra,
Andaba así por su tierra.

OTAVIO.

¿Es Polibio?

POLIBIO.

Ese es mi nombre.

OTAVIO.

Pues ¿cómo vienes así?

POLIBIO.

La dama que llevé al mar,
Después de muy bien brindar
Y que á mi placer dormí,
Me dió aquesta madrugada.
Yo, por no andar, como Adán,
En el puro cordobán,
Me he vestido de amazona.

ISABELA.

¿Conóceme?

POLIBIO.

Sí, traidora.

Mi vestido es este.

FABIO.

Ya

Otro mejor te dará
La Condesa mi señora.

POLIBIO.

¿Qué condesa?

ENRIQUE.

Mi mujer.

POLIBIO.

Conde y señor, perdonad.

REY.

Volvamos á la ciudad
Con este gusto y placer,
Donde á Celinda con Fabio
Un rico dote daremos...

CELINDA.

¡Gran favor!

REY.

Y casaremos
A Dionisia con Otavio.

DIONISIA.

Ya que todo se declara,
De aquella noche parl
Una niña.

CELINDA.

Yo lo vi,
Que es vuestro retrato y cara.

REY.

Esa quiero yo que sea
Para don Juan, y que herede
A Irlanda.

CONDE.

Todo eso puede
Quien en serviros se emplea.

ISABELA.

¿Conde amado!

ENRIQUE.

¡Amada esposa!

POLIBIO.

Señores, dejadme hablar.

ENRIQUE.

Ya no, porque aquí ha de dar
Fin *La Fuerza lastimosa*.

PERIBAÑEZ Y EL COMENDADOR DE OCAÑA,

TRAGICOMEDIA.

PERSONAS.

EL REY DON ENRIQUE III DE CASTILLA.

LA REINA.

PERIBAÑEZ, *labrador*.

CASILDA, *mujer de Peribañez*.

EL COMENDADOR DE OCAÑA.

EL CONDESTABLE.

GÓMEZ MANRIQUE.

INÉS.

COSTANZA.

LUJAN, *lacayo*.

UN CURA.

LEONARDO, *criado*.

MARIN, *lacayo*.

BARTOLO,

BELARDO,

ANTON,

BLAS,

GIL,

BENITO,

LLORENTE,

MENDO,

labradores.

CHAPARRO,

HELIPE,

labradores.

UN PINTOR.

UN SECRETARIO.

DOS REGIDORES.

LABRADORES Y LABRADORAS.

MÚSICOS.

PAJES.

HIDALGOS. — ACOMPAÑAMIENTO.

GUARDAS.

GENTE.

La acción pasa en Ocaña, en Toledo y en el campo.

ACTO PRIMERO.

Sola en casa de Peribañez, en Ocaña.

ESCENA PRIMERA.

PERIBAÑEZ Y CASILDA, *de novios*;
INÉS, *de madrina*; EL CURA,
COSTANZA, MÚSICOS, LABRADORES
Y LABRADORAS.

INÉS.

Largos años os goceis.

COSTANZA.

Si son como yo deseo,
Casi inmortales seréis.

CASILDA.

Por el de serviros, creo
Que merezco que me honreis.

CURA.

Aunque no parecen mal,
Son excusadas razones
Para cumplimiento igual.
Ni puede haber bendiciones
Que igualen con el misal.
Hartas os dije: no queda
Cosa que deciros pueda
El mas dando, el mas amigo.

INÉS.

Señor Doctor, yo no digo
Más de que bien les suceda.

CURA.

Espéro en Dios, que ayuda
A la gente virtuosa.

Mi sobrina es muy sesuda.

PERIBAÑEZ.

Solo con no ser celosa -
Saca este pleito de duda.

CASILDA.

No me deis vos ocasión;
Que en mi vida tendré celos.

PERIBAÑEZ.

Por mí no sabréis qué son.

INÉS.

Dicen que al amor los cielos
Le dieron esta pension.

CURA.

Sentíos, y alegrad el día
En que sois uno los dos.

PERIBAÑEZ.

Yo tengo harta alegría
En ver que me ha dado Dios
Tan hermosa compañía.

CURA.

Bien es que á Dios se atribuya;
Que en el reino de Toledo
No hay cara como la suya.

CASILDA.

Si con amor pagar puedo,
Esposo, la afición tuya,
De lo que debiendo quedas
Me estás en obligacion.

PERIBAÑEZ.

Casilda, mientras no puedas
Excederme en aficion,
No con palabras me excedas.
Toda esta villa de Ocaña
Poner quisiera á tus piés.
Y aun todo aquello que baña
Tajo hasta ser portugués.
Entrando en el mar de España.

El olivar mas cargado
De aceitunas me parece
Menos hermoso, y el prado
Que por el mayo florece,
Solo del alba pisado.

No hay camuesa que se afeite
Que no te rinda ventaja,
Ni rubio y dorado aceite
Conservado en la tinaja,
Que me cause mas deleite.
Ni el vino blanco imagino
De cuarenta años tan fino
Como tu boca olorosa;
Que como al señor la rosa,
Le huele al villano el vino.
Cepas que en diciembre arranco
Y en octubre dulce mosto,
Ni mayo de lluvias franco,
Ni por los fines de agosto
La parva de trigo blanco,
Igualan á ver presente
En mi casa un bien, que ha sido
Prevencion mas excelente
Para el invierno aterido
Y para el verano ardiente.

Contigo, Casilda, tengo
Cuanto puedo desear,
Y solo el pecho prevengo;
En él te he dado lugar,
Ya que á merecer te vengo.
Vive en él; que si un villano
Por la paz del alma es rey,
Que tú eres reina está llano,
Ya porque es divina ley,
Y ya por derecho humano.
Reina, pues que tan dichosa
Te hará el cielo, dulce esposa,
Que te diga quien te vea:
La ventura de la fea
Pasóse á Casilda hermosa.

CASILDA.

Pues yo ¿cómo te diré
Lo menos que miro en tí,
Que lo mas del alma fué?
Jamás en el baile oí
Son que me bullese el pié,
Que tal placer me causase
Cuando el tamboril sonase,
Por mas que el tamborilero
Chillase con el guarguero
Y con el palo tocase.
En mañana de San Juan
Nunca mas placer me hicieron
La verbena y arrayan,
Ni los relinchos me dieron
El que tus voces me dan.
¿Cuál adufe bien templado,
Cuál salterio te ha igualado?
¿Cuál pendon de procesion,
Con sus borlas y cordon,
A tu sombrero chapado?
No hay piés con zapatos nuevos
Como agradan tus amores;
Eres entre mil maucebos
Hornazo en pascua de Flores
Con sus picos y sus huevos.
Pareces en verde prado
Toro bravo y rojo echado;
Pareces camisa nueva,
Que entre jazmines se lleva
En azafate dorado.
Pareces cirio pascual
Y mazapan de bautismo,
Con capillo de cendal,
Y parécete á tí mismo,
Porque no tienes igual

CURA.

Ea, bastan los amores;
Que quieren estos mancebos
Bailar y ofrecer.

PERIBAÑEZ.

Señores,
Pues no sois en amor nuevos,
Perdon.

UN LABRADOR.

Ama hasta que adores.
(Cantan los músicos y bailan los
labradores y labradoras.)

MÚSICOS.

Dente parabienes
El mayo garrido,
Los alegres campos,
Las fuentes y ríos.
Aicen las cabezas
Los verdes alisos,
Y con frutos nuevos
Almendros floridos.
Echen las mañanas,
Después del rocio,
En espadas verdes
Guarnicion de lirios.
Suban los ganados
Por el monte mismo
Que cubrió la nieve,
A pacer tomillos.

(Folia.)

Y á los nuevos desposados
Eche Dios su bendicion;
Parabien les dén los prados,
Pues hoy para en uno son.

(Vuelven á danzar.)

Montañas heladas
Y soberbios riscos,
Antiguas encinas
Y robustos pinos,
Dad paso á las aguas
En arroyos limpios,
Que á los valles bajan
De los hielos frios.
Canten ruiseñores,
Y con dulces silbos
Sus amores cuenten
A estos verdes mirlos.
Fabriquen las aves
Con nuevo artificio
Para sus hijuelos
Amorosos nidos.

(Folia.)

Y á los nuevos desposados
Eche Dios su bendicion;
Parabien les dén los prados,
Pues hoy para en uno son.
(Susna dentro gran ruido.)

ESCENA II.

BARTOLO. — DICHOS.

CURA.

¿Qué es aquello?

BARTOLO.

¿No lo veis
En la grita y el ruido?

CURA.

Mas ¿que el novillo han traído?

BARTOLO.

¿Cómo un novillo? Y aun tres.
Pero el tiznado que agora
Traen del campo, ¡voto al sol,
Que tiene brio español!
No se ha encintado en un hora.
Dos vueltas ha dado á Bras,
Que ningún italiano
Se ha vido andar tan liviano
Por la maroma jamás.

A la yegua de Anton Gil,
Del verde recién sacada,
Por la panza desgarrada
Se le mira el perejil.
No es de burlas; que á Tomás,
Quitándole los calzones,
No ha quedado en opiniones,
Aunque no barbe jamás.
El nuevo Comendador,
Señor de Ocaña, y su tierra,
Bizarro á picarle cierra,
Mas gallardo que un azor.
¡Juro á mí, si no tuviera
Cintero el novillo!...

CURA.

Aqui

¿No podrá entrar?

BARTOLO.

Antes sí.

CURA.

Pues, Pedro, de esa manera,
Allá me subo al terrado.

COSTANZA.

Dígale alguna oracion;
Que ya ve que no es razon
Irse, señor licenciado.

CURA.

Pues oracion ¿á qué fin?

COSTANZA.

¿A qué fin? De resistillo.

CURA.

Engañaste; que hay novillo
Que no entiende bien latin.

(Vase.)

COSTANZA.

Al terrado va sin duda.

(Voces dentro.)

La grita creciendo va.

INÉS.

Todas iremos allá;
Que atado, al fin no se muda.

BARTOLO.

Es verdad; que no es posible
Que mas que la sogá alcance.

(Vase.)

ESCENA III.

PERIBAÑEZ, CASILDA, INÉS, COS-
TANZA, LABRADORES, LABRADORAS,
MÚSICOS.

PERIBAÑEZ.

¿Tú quieres que intente un lance?

CASILDA.

¡Ay no, mi bien, que es terrible!

PERIBAÑEZ.

Aunque mas terrible sea,
De los cuernos le asiré,
Y en tierra con él daré,
Porque mi valor se vea.

CASILDA.

No conviene á tu decoro
El día que te has casado,
Ni que un recién desposado
Se ponga en cuernos de un toro.

PERIBAÑEZ.

Si refranes considero,
Dos me dan gran pesadumbre:
Que á la cárcel, ni aun por lumbre,
Y de cuernos, ni aun tintero.
Quiero obedecer.

(Ruido y voces dentro.)

CASILDA.

¡Ay Dios!

¿Qué es esto?

ESCENA IV.

GENTE, dentro; despues, BARTOLO. —
DICHOS.

GENTE. (Dentro.)

¡Qué gran desdicha!

CASILDA.

Algun mal hizo por dicha.

PERIBAÑEZ.

¿Cómo, estando aquí los dos?

(Sale Bartolo.)

BARTOLO.

¡Oh! que nunca le trujeran,
Pluguiera al cielo, del soto!
A la fe, que no se alaben
De aquesta fiesta los mozos.
¡Oh mal hayas, el novillo!
Nunca en el abril lluvioso
Halles yerba en verde prado,
Mas que si fuera en agosto.
Siempre te venza el contrario
Cuando estuvieres celoso,
Y por los bosques bramando,
Halles secos los arroyos.
Mueras en manos del vulgo,
A pura garrocha, en coso;
No te mate caballero
Con lanza ó cuchillo de oro;
Mas lacayo por detrás,
Con el acero mohoso,
Te haga sentar por fuerza,
Y manchar en sangre el polvo.

PERIBAÑEZ.

Repórtate ya, si quieres,
Y dinos lo que es, Bartolo;
Que no maldijera mas
Zamora á Beilido Dolfos.

BARTOLO.

El Comendador de Ocaña,
Mueso señor generoso,
En un bayo que cubrian
Moscas negras pecho y lomo,
Mostrando por un bozal
De plata el rostro fogoso,
Y lavando en blanca espuma
Un jafetan verde y rojo,
Pasaba la calle acaso;
Y viendo correr el toro,
Caló la gorra y sacó
De la capa el brazo alroso,
Vibró la vara, y las piernas
Puso al bayo, que era un corzo;
Y al batir los acicates,
Revolviéndose el vulgo loco,
Trabó la sogá al caballo,
Y cayó en medio de todos.
Tan grande fué la caída,
Que es el peligro forzoso.
Pero ¡qué os cuento, si aquí
Le trae la gente en hombros!

ESCENA V.

EL COMENDADOR, á quien traen sin
sentido unos LABRADORES; MARIN,
LUJAN. — DICHOS.

MARIN.

Aquí estaba el Licenciado;
Y lo podrán absolver.

INÉS.

Pienso que se fué á esconder.

PERIBAÑEZ.

Sube, Bartolo, al terrado.

BARTOLO.

Voy á buscarle.

PERIBÁÑEZ.

Camina.

(Vase Bartolo. Ponien en una silla al Comendador.)

LUJAN.

Por silla vamos los dos
En que llevarle, si Dios
Llevarsele determina.

MARIN.

Vamos, Lujan; que sospecho
Que es muerto el Comendador.

LUJAN.

El corazon de temor
Me va saltando en el pecho.
(Vanse Lujan y Marin.)

CASILDA.

Id vos, porque me parece,
Pedro, que algo vuelve en sí,
Y traed agua.

PERIBÁÑEZ.

Si aquí

El Comendador muriese,
No vivo mas en Ocaña.
¡Maldita la fiesta sea!
(Dejan al Comendador en la silla y se
retiran todos, menos Casilda.)

ESCENA VI.

EL COMENDADOR, sin sentido;
CASILDA.

CASILDA.

¡Oh qué mal el mal se emplea
En quien es la flor de España!
¡Ah gallardo caballero!
Ah valiente lidiador!
¡Sois vos quien daba temor
Con ese desnudo acero
A los moros de Granada?
Sois vos quien tantos mató?
Una sogá ¡derribó
A quien no pudo su espada!
Con sogá os hiere la muerte;
Mas será por ser ladrón
De la gloria y opinión
De tanto capitán fuerte.
¡Ah, señor Comendador!

COMENDADOR.

¡Quién llama? ¿Quién está aquí?

CASILDA.

¡Albricias, que habló!

COMENDADOR.

¡Ay de mí!

¡Quién eres?

CASILDA.

Yo soy, Señor.
No os asijais; que no estáis
Donde no os desean mas bien
Que vos mismo, aunque también
Quejas, mi señor, tengais
De haber corrido aquel toro.
Haced cuenta que esta casa
Es vuestra.

COMENDADOR.

Hoy á ella pasa

Todo el humano tesoro.
Estuve muerto en el suelo,
Y como ya lo creí,
Cuando los ojos abrí,
Pensé que estaba en el cielo.
Desengañadme, por Dios;
Que es justo pensar que sea
Cielo donde un hombre vea
Que hay ángeles como vos.

CASILDA.

Antes por vuestras razones
Podría yo presumir
Que estáis cerca de morir.

COMENDADOR.

¿Cómo?

CASILDA.

Porque veis visiones.
Y advierta vueseñoría
Que si es agradecimiento
De hallarse en el aposento
Desta humilde casa mía,
De hoy solamente lo es.

COMENDADOR.

¿Sois la novia, por ventura?

CASILDA.

No por ventura, si dura
Y crece este mal despues,
Venido por mi ocasión.

COMENDADOR.

¿Que vos estáis ya casada?

CASILDA.

Casada y bien empleada.

COMENDADOR.

Pocas hermosas lo son.

CASILDA.

Pues por eso he yo tenido
La ventura de la fea.

COMENDADOR.

(Ap. ¡Que un toco villano sea
Desta hermosura marido!)
¿Vuestro nombre?

CASILDA.

Con perdon,
Casilda, Señor, me nombro.

COMENDADOR.

(Ap. De ver su traje me asombro
Y su rara perfeccion.)
Diamante en plomo engastado,
¡Dichoso el hombre mil veces
A quien tu hermosura ofrezcas!

CASILDA.

No es él el bien empleado;
Yo lo soy, Comendador:
Créalo su señoría.

COMENDADOR.

Aun para ser mujer mía
Teneis, Casilda, valor.
Dame licencia que pueda
Regalarte.

ESCENA VII.

PERIBÁÑEZ. — Dichos.

PERIBÁÑEZ.

No parece
El Licenciado: si crece
El accidente...

CASILDA.

Ahí te queda,
Porque ya tiene salud
Don Fadrique, mi señor.

PERIBÁÑEZ.

Albricias te da mi amor.

COMENDADOR.

Tal ha sido la virtud
Desta piedra celestial.

ESCENA VIII.

MARIN, LUJAN. — Dichos.

MARIN.

Ya dicen que ha vuelto en sí.

LUJAN.

Señor, la silla está aquí.

COMENDADOR.

Pues no pase del portal;
Que no he menester ponerme
En ella.

LUJAN.

¡Gracias á Dios!

COMENDADOR.

Esto que os debo á los dos,
Si con salud vengo á verme,
Satisfaré de manera
Que conozcais lo que siento
Vuestro buen acogimiento.

PERIBÁÑEZ.

Si á vuestra salud pudiera,
Señor, ofrecer la mía,
No lo dudeis.

COMENDADOR.

Yo lo creo.

LUJAN.

¿Qué sientes?

COMENDADOR.

Un gran deseo,
Que cuando entré no tenía.

LUJAN.

No lo entiendo.

COMENDADOR.

Importa poco.

LUJAN.

Yo hablo de tu caída.

COMENDADOR.

En peligro está mi vida
Por un pensamiento loco.
(Vanse el Comendador, Lujan y Marin.)

ESCENA IX.

PERIBÁÑEZ, CASILDA.

PERIBÁÑEZ.

Parece que va mejor.

CASILDA.

Lástima, Pedro, me ha dado.

PERIBÁÑEZ.

Por mal agüero he tomado
Que caiga el Comendador.
¡Mal haya la fiesta, amén,
El novillo y quien le ató!

CASILDA.

No es nada, luego me habló.
Antes lo tengo por bien,
Porque nos haga favor,
Si ocasión se nos ofrezca.

PERIBÁÑEZ.

Casilda, mi amor merece
Satisfacion de mi amor.
Ya estamos en nuestra casa,
Su dueño y mío has de ser:
Ya sabes que la mujer
Para obedecer-se casa;
Que así se lo dijo Dios
En el principio del mundo;
Que en eso estriban, me fundo,
La paz y el bien de los dos.
Espero, amores, de tí
Que has de hacer gloria mi pena.

CASILDA.

¿Qué ha de tener para buena
Una mujer?

PERIBÁÑEZ.

Oye.

CASILDA.

Di.

PERIBÁÑEZ.

Amar y honrar su marido
Es letra de este abecé,
Siendo buena por la B,
Que es todo el bien que te pido.
Haráte cuerda la C,
La D dulce, y entendida
La E, y la F en la vida

Firme, fuerte y de gran fe.
La G grave, y para honrada
La H, que con la I
Te hará ilustre, si de ti
Queda mi casa ilustrada.
Limpia serás por la L,
Y por la M maestra
De tus hijos, cual lo muestra
Quien de sus vicios se duele.
La N te enseña un no
A solicitudes locas;
Que este no, que aprenden pocas,
Está en la N y la O.
La P te hará pensativa,
La Q bien quista, la R
Con tal razon, que destierre
Toda locura excesiva.
Solicita te ha de hacer
De mi regalo la S,
La T tal que no pudiese
Hallarse mejor mujer.
La V te hará verdadera,
La X buena cristiana,
Letra que en la vida humana
Has de aprender la primera.
Por la Z has de guardarte
De ser zelosa; que es cosa
Que nuestra paz amorosa
Puede, Casilda, quitarte.
Aprende este canto llano;
Que con aquesta cartilla
Tú serás flor de la villa,
Y yo el mas noble villano.

CASILDA.

Estudiaré, por servirte,
Las letras de ese abecé;
Pero dime si podré
Otro, mi Pedro, decirte,
Si no es acaso licencia.

PERIBÁÑEZ.

Antes yo me huelgo. Di;
Que quiero aprender de tí.

CASILDA.

Pues escucha, y ten paciencia.
La primera letra es A,
Que altanero no has de ser;
Por la B no me has de hacer
Burla para siempre ya.
La C te hará compañero
En mis trabajos; la D
Dadivoso, por la fe
Con que regalarte espero.
La F de fácil trato,
La G galán para mí,
La H honesto, y la I
Sin pensamiento de ingrato.
Por la L liberal,
Y por la M el mejor
Marido que tuvo amor,
Porque es el mayor caudal.
Por la N no serás
Necio, que es fuerte castigo;
Por la O solo conmigo
Todas las horas tendrás.
Por la P me has de hacer obras
De padre; porque querirme
Por la Q, será ponerme
En la obligación que cobras.
Por la R regalarme,
Y por la S servirme,
Por la T tenerte firme,
Por la V verdad tratarme;
Por la X con abiertos
Brazos imitaría así,
Y como estamos aquí,
Estemos despues de muertos.

PERIBÁÑEZ.

Yo me ofrezco, prenda mía,
A saber este abecé.
¿Quieres mas?

CASILDA.
Mí bien, no sé
Si me atreva el primer día
A pedirte un gran favor.

PERIBÁÑEZ.

Mi amor se agravia de tí.
CASILDA.

¿Cierto?

PERIBÁÑEZ.

Sí.

CASILDA.

Pues oye.

PERIBÁÑEZ.

Dí

Cuanto es obligar mi amor.

CASILDA.

El día de la Asunción
Se acerca; tengo deseo
De ir á Toledo, y creo
Que no es gusto, es devoción
De ver la imagen también
Del Sagrario, que aquel día
Sale en procesion.

PERIBÁÑEZ.

La mía

Es tu voluntad, mi bien.
Tratemos de la partida.

CASILDA.

Ya por la G me pareces
Galán: tus manos mil veces
Beso.

PERIBÁÑEZ.

A tus primas convida,
Y vaya un famoso carro.

CASILDA.

¿Tanto me quieres honrar?

PERIBÁÑEZ.

Allá te pienso comprar...

CASILDA.

Dílo.

PERIBÁÑEZ.

Un vestido bizarro.

(Vase.)

Sala en casa del Comendador.

ESCENA X.

EL COMENDADOR, LEONARDO.

COMENDADOR.

Lláname, Leonardo, presto
A Lujan.

LEONARDO.

Ya le avisé;
Pero estaba descompuesto.

COMENDADOR.

Vuelve á llamarle.

LEONARDO.

Yo iré.

COMENDADOR.

Parte.

LEONARDO. (Ap.)

¿En qué ha de parar esto?
Cuando se siente mejor,
Tiene mas melancolía,
Y se queja sin dolor;
Soplos al aire envía:
Mátenme si no es amor.

(Vase.)

ESCENA XI.

EL COMENDADOR.

Hermosa labradora,
Mas bella, mas lucida,

Que ya del sol vestida
La colorada aurora;
Sierra de blanca nieve,
Que los rayos de amor vencer se atreve;
Parece que cogiste
Con esas blancas manos
En los campos lozanos,
Que el mayo adorna y viste,
Cuántas flores agora
Céfiro engendra en el regazo á Flora.
Yo vi los verdes prados
Llamar tus plantas bellas,
Por florecer con ellas,
De su nieve pisados,
Y vi de tu labranza
Nacer al corazón verde esperanza.
¡Venturoso el villano
Que tal agosto ha hecho
Del trigo de tu pecho,
Con atrevida mano,
Y que con blanca barba
Verá en sus eras de tus hijos parva!
Para tan gran tesoro
De fruto sazonado
El mismo sol dorado
Te preste el carro de oro,
O el que forman estrellas,
Pues las del norte no serán tan bellas.
Por su azadon trocará
Mi dorada cuchilla,
A Ocaña tu casilla,
Casa en que el sol repara.
Dichoso tú, que tienes
En la troj de tu lecho tantos bienes!

ESCENA XII.

LUJAN.—EL COMENDADOR.

LUJAN.

Perdona; que estaba el bayo
Necesitado de mí.

COMENDADOR.

Muerto estoy, matéme un rayo;
Aun dura, Lujan, en mí
La fuerza de aquel desmayo.

LUJAN.

¿Todavía persevera,
Y aquella pasión te dura?

COMENDADOR.

Como va el fuego á su esfera,
El alma á tanta hermosura
Sube cobarde y ligera.
Si quiero, Lujan, hacerme
Amigo deste villano,
Donde el honor menos duerme
Que en el sutil cortesano,
¿Qué medio puede valerme?
Será bien decir que trato
De no parecer ingrato
Al deseo que mostré,
Y hacerle algun bien?

LUJAN.

Si yo

Quisiera bien, con recato,
Quiero desir, advertido
De un peligro conocido,
Primero que á la mujer,
Solicitar tener
La gracia de su marido.
Este, aunque es hombre de bien
Y honrado entre sus iguales,
Se descuidará también,
Si le haces obras tales
Como por otros se ven.
Que hay marido que, obligado,
Procede mas descuidado
En la guarda de su honor;
Que la obligación, Señor,
Descuida el mayor cuidado.

COMENDADOR.

¿Qué le daré por primeras
Señales?

LUJAN.

Si consideras

Lo que un labrador adulas,
Será darle un par de mulas
Mas que si á Ocaña le dieras.
Este es el mayor tesoro
De un labrador; — y á su esposa
Unas arracadas de oro;
Que con Angélica hermosa
Esto escriben de Medoro.

Reinaldo fuerte en roja sangre había
Por Angélica el campo de Agramante;
Roldan valiente, gran señor de Anglan-

[te,

Cubre de cuerpos la marcial campaña;
La furia Malgesi del cetro engaña,
Sangriento corre el fiero Sacripante;
Cuanto le pone la ocasion delante,
Derriba al suelo Ferragut de España.

Mas, mientras los gallardos paladines
Armados tiran tajos y reveses,
Presentóle Medoro unos chapines;
Y entre unos verdes olmos y cipreses
Gozó de amor los regalados fines,
Y la tuvo por suya trece meses.

COMENDADOR.

No pintó mal el poeta
Lo que puede el interés.

LUJAN.

Ten por opinion discreta
La del dar, porque al fin es
La mas breve y mas secreta.
Los servicios personales
Son vistos públicamente,
Y dan del amor señales.
El interés diligente,
Que negocia por metales,
Dicen que lleva los pies
Todos envueltos en lana.

COMENDADOR.

Pues alto, venza interés.

LUJAN.

Mares y montes allana,
Y tú lo verás despues.

COMENDADOR.

Desde que fuiste conmigo,
Lujan, al Andalucía,
Y fui en la guerra testigo
De tu honra y valentia,
Huelgo de tratar contigo
Todas las cosas que son
De gusto y secreto, á efeto
De saber tu condicion;
Que un hombre de bien discreto
Es digno de estimacion
En cualquier parte ó lugar
Que le ponga su fortuna;
Y yo te pienso mudar
Deste oficio.

LUJAN.

Si en alguna
Cosa te puedo agradar,
Mídamela, y verás mi amor;
Que yo no puedo, Señor,
Ofrecerte otras grandezas.

COMENDADOR.

Sácame destas tristezas.

LUJAN.

Este es el medio mejor.

COMENDADOR.

Pues vamos, y buscarás
El par de mulas mas bello
Que él haya visto jamás.

LUJAN.

Ponles ese yugo al cuello;
Que antes de un hora verás

Arar en su pecho fiero
Surcos de aficion, tributo
De que tu cosecha espero;
Que en trigo de amor no hay fruto,
Si no se siembra dinero.

(Vanse.)

Sala en casa de Peribañez.

ESCENA XIII.

CASILDA, INÉS, COSTANZA.

CASILDA.

No es tarde para partir.

INÉS.

El tiempo es bueno, y es llano
Todo el camino.

COSTANZA.

En verano

Suelen muchas veces ir
En diez horas, y aun en menos.
¿Qué galas llevas, Inés?

INÉS.

Pobres, y el talle que ves.

COSTANZA.

Yo llevo unos cuerpos llenos
De pasamanos de plata.

INÉS.

Desabrochado el sayuelo,
Salen bien.

CASILDA.

De terciopelo

Sobre encarnada escarlata
Los pienso llevar, que son
Galas de mujer casada.

COSTANZA.

Una basquiña prestada
Me daba, Inés, la de Anton.
Era palmilla gentil
De Cuenca, si allá se teje,
Y obligame á que la deje
Menga, la de Blasco Gil;
Porque dice que el color
No dice bien con mi cara.

INÉS.

Bien sé yo quien te prestara
Una faldilla mejor.

COSTANZA.

¿Quién?

INÉS.

Casilda.

CASILDA.

Si tú quieres,
La de grana blanca es buena,
O la verde, que está llena
De vivos.

COSTANZA.

Liberal eres

Y bien acondicionada;
Mas, si Pedro ha de reñir,
No te la quiero pedir,
Y guárdete Dios, casada.

CASILDA.

No es Peribañez, Costanza,
Tan mal acondicionado.

INÉS.

¿Quiérete bien tu velado?

CASILDA.

¿Tan presto temes mudanza?
No hay en esta villa toda
Novios de placer tan ricos;
Pero aun comemos los picos
De las rosas de la boda.

INÉS.

¿Dicete muchos amores?

CASILDA.

No yo sé cuáles son pocos;
Sé que mis sentidos locos
Lo están de tantos favores.
Cuando se muestra el lucero
Viene del campo mi esposo,
De su cena deseoso;
Siéntele el alma primero,
Y salgo á abrille la puerta,
Arrojando el almohadilla;
Que siempre tengo en la silla
Quien mis labores concierta.
El de las mulas se arroja,
Y yo me arrojo en sus brazos;
Tal vez de nuestros abrazos
La bestia hambrienta se enoja,
Y sintiéndola gruñir,
Dice: « En dándole la cena
Al ganado, cara buena,
Volverá Pedro á salir. »
Mientras él paja les echa,
Ir por cebada me manda;
Yo la traigo, él la zaranda,
Y deja la que aprovecha.
Revuélvela en el pesebre,
Y allí me vuelve á abrazar;
Que no hay tan bajo lugar
Que el amor no le celebre.
Salimos donde ya está
Dándonos voces la olla,
Porque el ajo y la cebolla,
Fuera del olor que da
Por toda nuestra cocina,
Tocan á la cobertera
El villano de manera,
Que á bailalle nos inclina.
Sácola en limpios manteles,
No en plata, aunque yo quisiera;
Platos son de Talavera,
Que están vertiendo claveles.
Abáhole su escodilla
De sopas con tal primor,
Que no la come mejor
El señor de muesa villa;
Y él lo paga, porque á fe,
Que apenas bocado toma,
De que, como á su paloma,
Lo que es mejor no me dé.
Bebe y deja la mitad,
Bébole las fuerzas yo,
Traigo olivas, y si no,
Es postre la voluntad.
Acabada la comida,
Puestas las manos los dos,
Dámosle gracias á Dios
Por la merced recebida;
Y vámonos á acostar,
Donde le pesa á la aurora
Cuando se llega la hora
De venirnos á llamar.

INÉS.

¡Dichosa tú, casadilla,
Que en tan buen estado estás!
Ea, ya no falta mas
Sino salir de la villa.

ESCENA XIV.

PERIBÁÑEZ. — DICHAS.

CASILDA.

¿Está el carro aderezado?

PERIBÁÑEZ.

Lo mejor que puede está.

CASILDA.

Luego ¿pueden subir ya?

PERIBÁÑEZ.

Pena, Casilda, me ha dado

El ver que el carro de Bras
Lleva alhombra y repostero.

CASILDA.

Pídele á algun caballero.

INÉS.

Al Comendador podrás.

PERIBAÑEZ.

Él nos mostraba afección,
Y pienso que nos le diera.

CASILDA.

¿Qué se pierde en ir?

PERIBAÑEZ.

Espera;

Que á la fe que no es razón

Que vaya sin repostero.

INÉS.

Pues vámonos á vestir.

CASILDA.

También le puedes pedir...

PERIBAÑEZ.

¿Qué, mi Casilda?

CASILDA.

Un sombrero.

PERIBAÑEZ.

Eso no.

CASILDA.

¿Por qué? ¿Es exceso?

PERIBAÑEZ.

Porque plumas de señor
Podrán darnos por favor,
A tí viento y á mí peso.
(*Vanse.*)

Sala en casa del Comendador.

ESCENA XV.

EL COMENDADOR, LUJAN.

COMENDADOR.

Bellas son por extremo.

LUJAN.

Yo no he visto
Mejores bestias, por tu vida y mía,
En cuantas he tratado, y no son pocas.

COMENDADOR.

Las arracadas faltan.

LUJAN.

Dijo el dueño
Que cumplen á estas yerbas los tres
[años,

Y costaron lo mismo que le diste,
Habrá un mes, en la feria de Mansilla,
Y que saben muy bien de albarda y silla.

COMENDADOR.

¿De qué manera, di, Lujan, podrémos
Darlas á Peribañez, su marido,
Que no tenga malicia en mi propósito?

LUJAN.

Llamándole á tu casa, y previniéndole
De que estás á su amor agradecido.
Pero cáusame risa en ver que hagas
Tu secretario en cosas de tu gusto
Un hombre de mis prendas.

COMENDADOR.

No te espantes;
Que sirviendo mujer de humildes pren-
[das,

Es fuerza que lo trate con las tuyas.
Si sirviera una dama, hubiera dado
Parte á mi secretario ó mayordomo
O á algunos gentilhombres de mi casa.
Estos hicieran joyas, y buscaran

Cadenas de diamantes, bríncos, perlas,
Telas, rasos, damascos, terciopelos,
Y otras cosas extrañas y exquisitas,
Hasta en Arabia procurar la fénix;
Pero la calidad de lo que quiero
Me obliga á darte parte de mis cosas,
Lujan; que aunque eres mi lacayo,

[miro
Que para comprar mulas eres propio:
De suerte que yo trato el amor mío
De la manera misma que él me trata.

LUJAN.

Va que no fué tu amor, Señor, discreto,
El modo de tratarle lo parece.

ESCENA XVI.

LEONARDO. — DICHOS.

LEONARDO.

Aquí está Peribañez.

COMENDADOR.

¿Quién, Leonardo?

LEONARDO.

Peribañez, Señor.

COMENDADOR.

¿Qué es lo que dices?

LEONARDO.

Digo que me pregunta Peribañez
Por tí, y yo pienso bien que le conoces.
Es Peribañez labrador de Ocaña,
Cristiano viejo y rico, hombre tenido
En gran veneración de sus iguales,
Y que, si se quisiese alzar agora
En esta villa, seguirán su nombre
Cuantos salen al campo con su arado,
Porque es, aunque villano, muy honra-
LUJAN. (*Ap. á su amo.*) [do.

¿De qué has perdido la color?

COMENDADOR.

¡Ay cielos!

Que de solo venir el que es esposo
De una mujer que quiero bien, me sien-
Descolorir, helar y temblar todo. [to

LUJAN.

Luego ¿no ternás ánimo de verle?

COMENDADOR.

Dí que entre; que del modo que á quien
La calle, las ventanas y las rejas [ama,
Agradables le son, y en las criadas
Parece que ve el rostro de su dueño,
Así pienso mirar en su marido
La hermosura por quien estoy perdido.

ESCENA XVII.

PERIBAÑEZ, con caps. — DICHOS.

PERIBAÑEZ.

Dame tus generosos piés.

COMENDADOR.

¡Oh Pedro!

Seas mil veces bien venido. Dame
Otras tantas tus brazos.

PERIBAÑEZ.

¡Señor mío!
Tanta merced á un rústico villano
De los menores que en Ocaña tienes!
¡Tanta merced á un labrador!

COMENDADOR.

No eres

Indigno, Peribañez, de mis brazos;
Que, fuera de ser hombre bien nacido,
Y por tu entendimiento y tus costum-
Honra de los vasallos de mi tierra, [bres
Te debo estar agradecido, y tanto
Cuanto ha sido por tí tener la vida;

Que pienso que sin tí fuera perdida.
¿Qué quieres desta casa?

PERIBAÑEZ.

Señor mío,
Yo soy, ya lo sabrás, recién casado.
Los hombres, y de bien, cual lo profeso,
Hacemos, aunque pobres, el oficio
Que hicieran los galanes de palacio.
Mi mujer me ha pedido que la lleve
A la fiesta de agosto, que en Toledo
Es, como sabes, de su santa iglesia
Celebrada de suerte, que convoca
A todo el reino. Van también sus primas.
Yo, Señor, tengo en casa pobres sargas,
No franceses tapices de oro y seda,
No reposteros con doradas armas,
Ni coronados de blason y plumas
Los timbres generosos; y así, vengo
A que se digne vuestra señoría
De prestarme una alhombra y repostero
Para adornar el carro; y le suplico
Que mi ignorancia su grandeza abone,
Y como enamorado me perdone.

COMENDADOR.

¿Estás contento, Peribañez?

PERIBAÑEZ.

Tanto,

Que no trocara á este sayal grosero
La encomienda mayor que el pecho cru-
De vuestra señoría, porque tengo [za
Mujer honrada, y no de mala cara,
Buena cristiana, humilde, y que me
[quiere,

No sé si tanto como yo la quiero,
Pero con mas amor que mujer tuvo.

COMENDADOR.

Teneis razón de amar á quien os ama
Por ley divina y por humanas leyes;
Que á vos eso os agrada como vues-
[tro.

¡Hola! Dalde el alfombra mequinez,
Con ocho reposteros de mis armas;
Y pues hay ocasión para pagarle
El bien acogimiento de su casa,
Adonde hallé la vida, las dos mulas
Que compré para el coche de camino;
Y á su esposa llevad las arracadas,
Si el platero las tiene ya acabadas.

PERIBAÑEZ.

Aunque bese la tierra, señor mío,
En tu nombre mil veces, no te pago
Una mínima parte de las muchas
Que debo á las mercedes que me haces.
Mi esposa y yo, hasta aquí vasallos tuyos,
Desde hoy somos esclavos de tu casa.

COMENDADOR.

Vé, Leonardo, con él.

LEONARDO.

Vénte conmigo.

(*Vanse Leonardo y Peribañez.*)

ESCENA XVIII.

EL COMENDADOR, LUJAN.

COMENDADOR.

Lujan, ¿qué te parece?

LUJAN.

Que se viene

La ventura á tu casa.

COMENDADOR.

Escucha aparte.

El alazan al punto me adereza;
Que quiero ir á Toledo rebozado,
Porque me lleva el alma esta villana.

LUJAN.

¿Seguiría quiereres?

COMENDADOR.

Si, pues me persigue.
Porque este arder con verla se mitigue.
(*Vase.*)

—
Entrada á la catedral de Toledo.

ESCENA XIX.

EL REY DON ENRIQUE III, EL CONDESTABLE. — ACOMPAÑAMIENTO.

CONDESTABLE.

Alegre está la ciudad,
Y á servirme apercebida;
Con la dichosa venida
De tu sacra majestad.
Auméntales el placer
Ser víspera de tal día.

REY.

El deseo que tenía
Me pueden agradecer.
Soy de su rara hermosura
El mayor apasionado.

CONDESTABLE.

Ella en amor y en cuidado
Notablemente procura
Mostrar agradecimiento.

REY.

Es otava maravilla,
Es corona de Castilla,
Es su lustre y ornamento;
Es cabeza, Condestable,
De quien los miembros reciben
Vida, con que alegres viven;
Es á la vista admirable.
Como Roma, está sentada
Sobre un monte que ha vencido
Los siete por quien ha sido
Tantos siglos celebrada.
Salgo de su santa iglesia
Con admiracion y amor.

CONDESTABLE.

Este milagro, Señor,
Vence al antiguo de Efesia.
¿Piensas hallarte mañana
En la procesion?

REY.

Iré,
Para ejemplo de mi fe,
Con la Imagen soberana;
Que la querria obligar
A que rogase por mí
En esta jornada.

ESCENA XX.

UN PAJE; y despues, dos REGIDORES DE TOLEDO. — DICHOS.

PAJE.

Aquí
Tus plés vienen á besar
Dos regidores, de parte
De su noble ayuntamiento.

REY.

Di que lleguen.
(*Asíen el paje y llegan los dos regidores.*)

UN REGIDOR.

Esos plés
Besa, gran Señor, Toledo,
Y dice que, para darte
Respuesta con breve acuerdo
A lo que pides, y es justo,
De la gente y el dinero,
Juntó sus nobles, y todos,
De comun consentimiento,

Para la jornada ofrecen
Mil hombres de todo el reino
Y cuarenta mil ducados.

REY.

Mucho á Toledo agradezco
El servicio que me hace;
Pero es Toledo en efeto.
¿Sois caballeros los dos?

REGIDOR.

Los dos somos caballeros.

REY.

Pues hablad al Condestable
Mañana, porque Toledo
Vea que en vosotros pago
Lo que á su nobleza debo.

ESCENA XXI.

INÉS, CASILDA Y COSTANZA, con
sombreros de borlas, y vestidas de labradoras á uso de la Sagra; PERIBANEZ; *detrás*, EL COMENDADOR, *embozado*.

INÉS.

Pardiez, que tengo de verle,
Pues hemos venido á tiempo
Que está el Rey en la ciudad.

COSTANZA.

¿Oh qué gallardo mancebo!

INÉS.

Este llaman don Enrique
Tercero.

CASILDA.

¿Qué buen tercero!

PERIBANEZ.

Es hijo del rey don Juan
El Primero, y así, es nieto
Del Segundo don Enrique,
El que mató al rey don Pedro,
Que fué Guzman por la madre,
Y valiente caballero;
Aunque mas lo fué el hermano;
Pero cayendo en el suelo,
Volvióse la fortuna,
Que los brazos desasiendo
A Enrique, le dió la daga.
Que agora se ha vuelto cetro.

INÉS.

¿Quién es aquel tan erguido
Que habla con él?

PERIBANEZ.

Cuando menos

El Condestable.

CASILDA.

¿Que son

Los reyes de carne y hueso?

COSTANZA.

Pues ¿de qué pensabas tú?

CASILDA.

De damasco ó terciopelo.

COSTANZA.

Si, que eres hoba en verdad.

COMENDADOR. (*Ap.*)

Como sombra voy siguiendo
El sol de aquesta villana,
Y con tanto atrevimiento,
Que de la gente del Rey
El ser conocido temo.
Pero ya se va al alcázar.

INÉS.

¡Hola! el Rey se va.

COSTANZA.

Tan presto,

Que aun no he podido saber
Si es barbirubio ó tabeño.

INÉS.

Los reyes son á la vista,
Costanza, por el respeto,
Imágenes de milagros;
Porque siempre que los vemos,
De otra color nos parecen.
(*Vanse el Rey, el Condestable y el acompañamiento.*)

ESCENA XXII.

LUJAN, UN PINTOR. — PERIBANEZ, CASILDA, INÉS, COSTANZA, EL COMENDADOR.

LUJAN.

Aquí está.

PINTOR.

¿Cuál dellas?

LUJAN. (*Al pintor.*)

Quedo.

Señor, aquí está el pintor.

COMENDADOR.

¡Oh amigo!

PINTOR.

A servirme vengo.

COMENDADOR.

¿Traes el naípe y colores?

PINTOR.

Sabiendo tu pensamiento,
Colores y naípe traigo.

COMENDADOR.

Pues, con notable secreto,
De aquellas tres labradoras
Me retrata la de enmedio
Luego que en cualquier lugar
Tomen con espacio asiento.

PINTOR.

Que será dificultoso
Temo; pero yo me atrevo
A que se parezca mucho.

COMENDADOR.

Pues advierte lo que quiero.
Si se parece en el naípe,
Deste retrato pequeño
Quiero que hagas uno grande
Con mas espacio en un lienzo.

PINTOR.

¿Quiéresle entero?

COMENDADOR.

No tanto;

Basta que de medio cuerpo,
Mas con las mismas patenas,
Sartas, camisa y sayuelo.

LUJAN.

Allí se sientan á ver
La gente.

PINTOR.

Ocasion tenemos.
Yo haré el retrato.

PERIBANEZ.

Casilda,

Tomemos aqueste asiento
Para ver las luminarias.

INÉS.

Dicen que al ayuntamiento
Traerán bueyes esta noche.

CASILDA.

Vamos; que aquí los veremos
Sin peligro y sin estorbo.

COMENDADOR.

Retrata, pintor, al cielo,
Todo bordado de nubes,
Y retrata un prado ameno
Todo cubierto de flores.

PINTOR.
Cierto que es bella en extremo.

LUJAN.
Tan bella, que está mi amo
Todo cubierto de vello,
De convertido en salvaje.

PINTOR.
La luz faltará muy presto.

COMENDADOR.
No lo temas; que otro sol
Tiene en sus ojos serenos,
Siendo estrellas para ti,
Para mi rayos de fuego.

ACTO SEGUNDO.

Sala de juntas de una cofradía, en Ocaña.

ESCENA PRIMERA.

BLAS, GIL, ANTONIO, BENITO.

BENITO.
Yo soy deste parecer.

GIL.
Pues asentáos y escribiendo.

ANTON.
Mal hacemos en hacer
Entre tan pocos cabildo.

BENITO.
Ya se llamó desde ayer.

BLAS.
Mil faltas se han conocido
En esta fiesta pasada.

GIL.
Puesto, señores, que ha sido
La procesion tan honrada
Y el Santo tan bien servido,
Debemos considerar
Que parece mal faltar
En tan noble cofradía
Lo que ahora se podría
Fácilmente remediar.

Y cierto que, pues que toca
A todos un mal que daña
Generalmente, que es poca
Devocion de toda Ocaña,
Y á toda España provoca,
De nuestro santo patron,
Roque, vemos cada día
Aumentar la devocion
Una y otra cofradía,
Una y otra procesion
En el reino de Toledo.
Pues ¿por qué tenemos miedo
A ningún gasto?

BENITO.
No ha sido
Sino descuido y olvido.

ESCENA II.

PERIBAÑEZ. — DICHOS.

PERIBAÑEZ.
Si en algo serviros puedo,
Veáme aquí, si ya no es tarde.

BLAS.
Peribañez, Dios os guarde.
Gran falta nos habeis hecho.

PERIBAÑEZ.
El no seros de provecho
Me tiene siempre cobarde.

BENITO.
Toma asiento junto á mí.

GIL.
¿Dónde has estado?

PERIBAÑEZ.
En Toledo;
Que á ver con mi esposa fui
La fiesta.

ANTON.
¿Gran cosa?

PERIBAÑEZ.
Puedo
Decir, señores, que vi
Un cielo en ver en el suelo
Su santa iglesia, y la imagen
Que ser mas bella recelo,
Si no es que á pintarla bajen
Los escultores del cielo;
Porque, quien la verdadera
No haya visto en la alta esfera
Del trono en que está sentada,
No podrá igualar en nada
Lo que Toledo venera.
Hízose la procesion
Con aquella majestad
Que suelen, y que es razon,
Añadiendo autoridad
El Rey en esta ocasion.
Pasaba al Andalucía
Para proseguir la guerra.

GIL.
Mucho nuestra cofradía
Sin vos en mil cosas yerra.

PERIBAÑEZ.
Pensé venir otro día,
Y hallarme á la procesion
De nuestro Roque divino;
Pero fué vana intencion,
Porque mi Casilda vino
Con tan devota intencion,
Que hasta que pasó la octava
No pude hacella venir.

GIL.
¿Que allá el señor Rey estaba?

PERIBAÑEZ.
Y el maestro, oi decir,
De Alcántara y Calatrava.
¡Brava jornada aperciben!
No ha de quedar moro en pié
De cuantos beben y viven
El Bétis, aunque bien sé
Del modo que los reciben.
Pero, esto aparte dejando,
¿De qué estábades tratando?

BENITO.
De la nuestra cofradía
De San Roque, y, á fe mía,
Que el ver que has llegado cuando
Mayordomo están haciendo,
Me ha dado, Pedro, á pensar
Que vienes á serlo.

ANTON.
En viendo
A Peribañez entrar,
Lo mismo estaba diciendo.

BLAS.
¿Quién lo ha de contradecir?

GIL.
Por mí digo que lo sea,
Y en la fiesta por venir
Se ponga cuidado, y vea
Lo que es menester pedir.

PERIBAÑEZ.
Aunque por recién casado
Replicar fuera razon,
Puesto que me habeis honrado,

Agravio mi devocion,
Huyendo el rostro al cuidado.
Y por servir á san Roque,
La mayordomia aceto
Para que mas me provoque
A su servicio.

ANTON.
En efecto,
Haréis mejor lo que toque.

PERIBAÑEZ.
¿Qué es lo que falta de hacer?

BENITO.
Yo quisiera proponer
Que otro san Roque se hiciese
Mas grande, porque tuviese
Mas vista.

PERIBAÑEZ.
Buen parecer.
¿Qué dice Gil?

GIL.
Que es razon;
Que es viejo y chico el que tiene
La cofradía.

PERIBAÑEZ.
¿Y Anton?

ANTON.
Que hacerle grande conviene,
Y que ponga devocion.
Está todo desollado
El perro, y el panecillo
Mas de la mitad quitado,
Y el santo, quiero decillo,
Todo abierto por un lado,
Y á los dos dedos, que son
Con que da la bendicion,
Falta mas de la mitad.

PERIBAÑEZ.
Blas ¿qué diz?

BLAS.
Que á la ciudad
Vayan hoy Pedro y Anton,
Y hagan aderezar
El viejo á algun buen pintor;
Porque no es justo gastar
Ni hacerle agora mayor,
Pudiéndole renovar.

PERIBAÑEZ.
Blas dice bien, pues está
Tan pobre la cofradía;
Mas ¿cómo se llevará?

ANTON.
En vuesa pollina ó mia
Sin daño y golpes irá,
De una sábana cubierto.

PERIBAÑEZ.
Pues esto baste por hoy,
Si he de ir á Toledo.

BLAS.
Advierto
Que este parecer que doy
No lleva engaño encubierto;
Que, si se ofrece gastar,
Cuando Roque se volviera
San Cristóbal, sabré dar
Mi parte.

GIL.
Cuando eso fuera,
¿Quién se pudiera excusar?

PERIBAÑEZ.
Pues vamos, Anton; que quiero
Despedirme de mi esposa.

ANTON.
Yo con la imagen te espero.

PERIBAÑEZ.
Llamará Casilda hermosa
Este mi amor lisonjero;
Que, aunque desculpado quedo

Con que el cabildo me ruega,
Pienso que enojaría puedo,
Pues en tiempo de la siega
Me voy de Ocaña á Toledo.

(Vase.)

Sale en casa del Comendador.

ESCENA III.

EL COMENDADOR, LEONARDO.

COMENDADOR.

Cuéntame el suceso todo.

LEONARDO.

Si de algun provecho es
Haber conquistado á Inés,
Pasa, Señor, deste modo.
Vino á Ocaña de Toledo
Inés con tu labradora,
Como de su sol aurora,
Más blanda y menos extraña.
Pasé sus calles las veces
Que pude, aunque con recato,
Porque en gente de aquel trato
Hay maliciosos jueces.
Al baile salió una fiesta,
Ocasión de hablarla hallé;
Habléla de amor, y fué
La vergüenza la respuesta.
Pero saliendo otro día
Á las eras, pude hablalla,
Y en el camino contalla
La fingida pena mía.
Ya entonces mas libremente
Mis palabras escuchó,
Y pagarme prometió
Mi adición honestamente;
Porque yo le di á entender
Que ser mi esposa podría,
Aunque ella mucho temia
Lo que era razon temer.
Pero asegúrela yo
Que tú, si era su contento,
Harias el casamiento,
Y de otra manera no.
Con esto está de manera,
Que si á Casilda ha de haber
Puerta, por aquí ha de ser;
Que es prima y es bachillera.

COMENDADOR.

¡Ay, Leonardo! si mi suerte
Al imposible inhumano
De aqueste desden villano,
Roca del mar siempre fuerte,
Hallase fácil camino!

LEONARDO.

¡Tan ingrata te respondes!

COMENDADOR.

Seguía, ya sabes dónde,
Sombra de su sol divino;
Y en viendo que me quitaba
El rebozo, era de suerte,
Que, como de ver la muerte,
De mi rostro se espantaba.
Ya le salian colores
Al rostro, ya se teñia
De blanca nieve, y hacia
Su furia y desden mayores.
Con efectos desiguales,
Yo con los humildes ojos
Mostraba que sus enojos
Me daban golpes mortales.
En todo me parecia
Que aumentaba su hermosura,
Y atreviése mi locura,
Leonardo, á llamar un día
Un pintor, que retrató
En un naípe su desden.

Le-III

LEONARDO.

Y ¡parecióse?

COMENDADOR.

Tan bien,
Que despues me le pasó
A un lienzo grande, que quiero
Tener donde siempre esté
A mis ojos, y me dé
Mas favor que el verdadero.
Pienso que estará acabado:
Tú irás por él á Toledo;
Pues con el vivo no puedo,
Viviré con el pintado.

LEONARDO.

Iré á servirte, aunque siento
Que te aflijas por mujer,
Que la tardas en vencer.
Lo que ella en saber tu intento.
Déjame hablar con Inés;
Que verás lo que sucede.

COMENDADOR.

Si ella lo que dices puede,
No tiene el mundo interés...

ESCENA IV.

LUJAN, de segador. — DICHO.

LUJAN.

¡Estás solo?

COMENDADOR.

¡Oh buen Lujan!

Solo está Leonardo aquí.

LUJAN.

¡Albricias, Señor!

COMENDADOR.

Si á tí

Deseos no te has dan,
Hacienda tengo en Ocaña.

LUJAN.

En forma de segador,
A Peribañez, Señor
(Tanto la apariencia engaña),
Pedi jornal en su trigo,
Y desconocido, estoy
En su casa desde hoy.

COMENDADOR.

¡Quién fuera, Lujan, contigo!

LUJAN.

Mañana al salir la aurora
Hemos de ir los segadores
Al campo; mas tus amores
Tienen gran remedio agora,
Que Peribañez es ido
A Toledo, y te ha dejado
Esta noche á mi cuidado;
Porque, en estando dormido
El escuadron de la siega
Al rededor del portal,
En sintiendo que al umbral
Tu seña ó tu planta llega,
Abra la puerta, y te adiestre
Por donde vayas á ver
Esta invencible mujer.

COMENDADOR.

¡Cómo quieres que te muestre
Debido agradecimiento,
Lujan, de tanto favor?

LEONARDO.

Es el tesoro mayor
Del alma el entendimiento.

COMENDADOR.

¡Por qué camino tan llano
Has dado á mi mal remedio!
Pues no estando de por medio
Aquel celoso villano,
Y abriéndome tú la puerta
Al dormir los segadores,

Queda en mis locos amores
La de mi esperanza abierta.
¡Brava ventura he tenido,
No solo en que se partiese,
Pero de que no te hubiese
Por el disfraz conocido!
¿Has mirado bien la casa?

LUJAN.

Y ¡cómo si la miré!
Hasta el aposento entré
Del sol que tu pecho abrasa.

COMENDADOR.

¿Que has entrado á su aposento?
Que de tan divino sol
Fuiste Faeton español?
¡Espantoso atrevimiento!
¿Qué hacia aquel ángel bello?

LUJAN.

Labor en un limpio estrado,
No de seda ni brocado,
Aunque pudiera tenello,
Mas de azul guadameci,
Con unos vivos dorados,
Que, en vez de borlas, cortados
Por las cuatro esquinas vi.
Y como en toda Castilla
Dicen del agosto ya
Que el frio en el rostro da,
Y ha llovido en nuestra villa,
O por verse caballeros
Antes del invierno frio,
Sus paredes, señor mio,
Sustentan tus reposteros.
Tanto, que dije entre mí,
Viendo tus armas honradas:
«Rendidas, que no colgadas,
Pues amor lo quiere así.»

COMENDADOR.

Antes ellas te advirtieron
De que en aquella ocasion
Tomaban la posesion
De la conquista que hicieron;
Porque donde están colgadas,
Léjos están de rendidas.
Pero, cuando fueran vidas,
Las doy por bien empleadas.
Vuelve, no te vean aquí;
Que, mientras me voy á armar,
Querrá la noche llegar
Para dolerse de mí.

LUJAN.

¡Ha de ir Leonardo contigo?

COMENDADOR.

Paréceme discrecion;
Porque en cualquiera ocasion
Es bueno al lado un amigo.

(Vase.)

Portal de casa de Peribañez.

ESCENA V.

CASILDA, INÉS.

CASILDA.

Conmigo te has de quedar
Esta noche, por tu vida.

INÉS.

Licencia es razon que pida.
Desto no te has de agraviar;
Que son padres en efecto.

CASILDA.

Enviaréles un recado,
Porque no estén con cuidado,
Que ya es tarde te prometo.

INÉS.

Trázalo como te dé
Mas gusto, prima querida.

CASILDA.

No me habrás hecho en tu vida
Mayor placer á la fe.
Esto debes á mi amor.

INÉS.

Estás, Casilda, enseñada
A dormir acompañada:
No hay duda, tendrás temor.
Y yo mal podré suplir
La falta de tu velado;
Que es mozo á la fe chapado,
Y para hacer y decir.
Yo, si hubiese algun rüdo,
Cuéntame por desmayada;
Tiembla una espada envainada;
Desnuda, pierdo el sentido.

CASILDA.

No hay en casa qué temer;
Que duermen en el portal
Los segadores.

INÉS.

Tu mal
Soledad debe de ser,
Y temes que estos desvelos
Te quiten el sueño.

CASILDA.

Aciertas;
Que los desvelos son puertas
Para que pasen los celos
Desde el amor al temor;
Y en comenzando á temer,
No hay mas dormir que poner
Con celos remedio á amor.

INÉS.

Pues ¿qué ocasion puede darte
En Toledo?

CASILDA.

Tú ¿no ves
Que celos es aire, Inés,
Que viene de cualquier parte?

INÉS.

Que de Medina venia
Oí yo siempre cantar.

CASILDA.

Y Toledo ¿no es lugar
De adonde venir podría?

INÉS.

Grandes hermosuras tiene.

CASILDA.

Ahora bien, vénte á cenar.

ESCENA VI.

LLORENTE, MENDO. — DICHAS.

LLORENTE.

A quien ha de madrugar
Dormir luego le conviene.

MENDO.

Digo que muy justo es.
Los ranchos pueden hacerse.

CASILDA.

Ya vienen á recogerse
Los segadores, Inés.

INÉS.

Pues vamos, y á Sancho avisa
El cuidado de la huerta.
(Vanse Casilda é Inés.)

ESCENA VII.

BARTOLO, CHAPARRO. — LLORENTE, MENDO.

LLORENTE.

Muesama acude á la puerta.
Andará dándonos prisa,
Por no estar aquí su dueño.

BARTOLO.

Al alba he de haber segado
Todo el repecho del prado.

CHAPARRO.

Si diere licencia el sueño.—
Buenas noches os dé Dios,
Mendó y Llorente.

MENDO.

El sosiego
No será mucho, si luego
Habemos de andar los dos
Con las hoces á destajo,
Aquí manada, aquí corte.

CHAPARRO.

Pardiez, Mendo, cuando importe,
Bien luce el justo trabajo.
Sentáos, y antes de dormir,
O cantemos ó contemos
Algo de nuevo, y podremos
En esto nos divertir.

BARTOLO.

¿Tan dormido estás, Llorente?

LLORENTE.

Pardiez, Bartol, que quisiera
Que en un año amaneciera
Cuatro veces solamente.

ESCENA VIII.

HELIPE, LUJAN, de segador. — DICHOS.

HELIPE.

¿Hay para todos lugar?

MENDO.

¡Oh Heli! Bien venide.

LUJAN.

Y yo, si lugar os pido,
¿Podréle por dicha hallar?

CHAPARRO.

No faltará para vos.
Aconcháos junto á la puerta.

BARTOLO.

Cantar algo se concerta.

CHAPARRO.

Y aun cantar algo, por Dios.

LUJAN.

Quien suplere un lindo cuento,
Póngale luego en el corteo.

CHAPARRO.

De mi capote me aborro,
Y para escuchar me asiento.

LUJAN.

Va primero de cancion,
Y luego diré una historia
Que me viene á la memoria.

MENDO.

Cantad.

LLORENTE.

Ya comienzo el son.
(Cantan con guitarras.)

Trébole, ¡ay Jesus, cómo huele!
Trébole, ¡ay Jesus, qué olor!
Trébole de la casaca,
Que á su esposo quiere bien;
De la doncella tambien,
Entre paredes guardada,
Que fácilmente engañada,
Sigue su primero amor.
Trébole, ¡ay Jesus, cómo huele!
Trébole, ¡ay Jesus, qué olor!
Trébole de la soltera,
Que tantos amores muda;
Trébole de la viuda,
Que otra vez casarse espera,

Tocas blancas por defuera
Y al faldellín de color.
Trébole, ¡ay Jesus, cómo huele!
Trébole, ¡ay Jesus, qué olor!

LUJAN.

Parece que se han dormido.
No tenéis ya que cantar.

LLORENTE.

Yo me quiero recostar.
Aunque no en trébol florido.

LUJAN. (Ap.)

¿Qué me detengo? Ya están
Los segadores durmiendo.
Noche, este amor te encomiendo:
Prisa los silbos me dan.
La puerta le quiero abrir. (Abre.)

ESCENA IX.

EL COMENDADOR y LEONARDO, embezados. — LUJAN; LLORENTE, MENDO, CHAPARRO, BARTOLO, y HELIPE, dormidos.

LUJAN.

¿Eres tú, Señor?

COMENDADOR.

Yo soy.

LUJAN.

Entra presto.

COMENDADOR.

Dentro estoy.

LUJAN.

Ya comienzan á dormir.
Seguro por ellos pasa;
Que un carro puede pasar
Sin que puedan despertar.

COMENDADOR.

Lujan, yo no sé la casa.
Al aposento me guía.

LUJAN.

Quédese Leonardo aquí.

LEONARDO.

Que me place.

LUJAN.

Vén tras mí.

COMENDADOR.

¡Oh amor! ¡Oh fortuna mía!
Dame próspero suceso.

(Entranse el Comendador y Lujan;
Leonardo se queda detrás de una
puerta.)

ESCENA X.

LLORENTE, MENDO, CHAPARRO, BARTOLO, HELIPE; LEONARDO, oculto.

LLORENTE.

¡Hola, Mendo!

MENDO.

¿Qué hay, Llorente?

LLORENTE.

En casa anda gente.

MENDO.

¿Gente?

Que lo temí te confieso.
¿Así se guarda el decoro
A Peribañez?

LLORENTE.

No sé.

Sé que no es gente de á plé.

MENDO.

¿Cómo?

LLORENTE.

Tras capa con oro.

MENDO.
¿Con oro? Mátenme aquí
Si no es el Comendador.

LLORENTE.
Demos voces.

MENDO.
¿No es mejor

Callar?

LLORENTE.
Sospecho que sí.
Pero ¿de qué sabes que es
El Comendador?

MENDO.
No hubiera
En Ocaña quien pusiera
Tan atrevidos los pies,
Ni aun el pensamiento, aquí.

LLORENTE.
Esto es casar con mujer
Hermosa.

MENDO.
¿No puede ser
Que ella esté sin culpa?

LLORENTE.
Sí.
Ya vuelven. Hazte dormido.

ESCENA XI.

EL COMENDADOR Y LUJAN, *emboscados*.—Dichos.

COMENDADOR. *(En voz baja.)*
¿Cel! Leonardo!

LEONARDO.
¿Qué hay, Señor?

COMENDADOR.
Perdí la ocasión mejor
Que pudiera haber tenido.

LEONARDO.
¿Cómo?

COMENDADOR.
Ha cerrado, y muy bien,
El aposento esta fiera.

LEONARDO.
Llama.
COMENDADOR.
¿Si gente no hubiera!...
Mas despertarán también.

LEONARDO.
No harán, que son segadores;
Y el vino y cansancio son
Candados de la razón
Y sentidos exteriores.
Pero escucha; que han abierto
La ventana del portal.

COMENDADOR.
Todo me sucede mal.

LEONARDO.
¿Si es ella?
COMENDADOR.
Tenlo por cierto.

ESCENA XII.

CASILDA, *con un rebozo, acomodándose á una ventana que da al portal*.—
Dichos.

CASILDA.
¿Es hora de madrugar,
Amigos?

COMENDADOR.
Señora mía,
Ya se va acercando el día,
Y es tiempo de ir á segar.
Demás, que saliendo vos,

Sale el sol, y es tarde ya.
Lástima á todos nos da
De veros sola, por Dios.
No os quiere bien vuestro esposo,
Pues á Toledo se fué,
Y os deja una noche. A fe
Que si fuera tan dichoso
El Comendador de Ocaña
*(Que sé yo que os quiere bien,
Aunque le mostrais desden
Y sois con él tan extraña),*
Que no os dejara, aunque el Rey
Por sus cartas le llamara;
Que dejar sola esa cara
Nunca fué de amantes ley.

CASILDA.
Labrador de léjas tierras,
Que has venido á nueva villa,
Convidado del agosto,
¿Quién te dió tanta malicia?
Ponte tu tosca antipara,
Del hombro el gaban derriba,
La hoz menuda en el cuello,
Los dediles en la cinta.
Madruga al salir del alba,
Mira que te llama el día,
Ata las manadas secas
Sin maltratar las espigas.
Cuando salgan las estrellas
A tu descanso camina,
Y no te metas en cosas
De que algun mal se te siga.
El Comendador de Ocaña
Servirá dama de estima,
No con sayuelo de grana
Ni con saya de palmilla.
Copete traerá rizado,
Gorguera de holanda fina,
No cofia de pinos tosca
Y toca de argentería.
En coche ó silla de seda
Los disantos irá á misa;
No vendrá en carro de estacas
De los campos á las viñas.
Dirá en cartas discretas
Requiebros á maravilla,
No labradores desdenes,
Envueltos en señorías.
Olerá á guantes de ámbar,
A perfumes y pastillas;
No á tomillo ni cantueso,
Poleo y zarzas floridas.
Y cuando el Comendador
Me amase como á su vida
Y se diesen virtud y honra
Por amorosas mentiras,
Más quiero yo á Peribañez
Con su capa la pardilla
Que al Comendador de Ocaña
Con la suya guarnecida.
Más precio veré venir
En su yegua la tordilla,
La barba llena de escarcha
Y de nieve la camisa,
La ballesta atravesada,
Y del arzon de la silla
Dos perdices ó conejos,
Y el podenco de trallía,
Que ver al Comendador
Con gorra de seda rica,
Y cubiertos de diamantes
Los brahones y capilla;
Que mas devoción me causa
La cruz de piedra en la ermita
Que la roja de Santiago
En su bordada ropilla.
Véte pues, el segador,
Mala fuese la tu dicha;
Que si Peribañez viene,
No verás la luz del día.

COMENDADOR.
Quedo, Señora... ¡Señora...!

Casilda, amores, Casilda,
Yo soy el Comendador;
Abridme, por vuestra vida.
Mirad que tengo que daros
Dos sargas de perlas finas
Y una cadena esmaltada
De mas peso que la mía.

CASILDA.
Segadores de mi casa,
No durmais; que con su risa
Os está llamando el alba.
Ea, relinchos y grita;
Que al que á la tarde viniere
Con mas manadas cogidas,
Le mando el sombrero grande
Con que va Pedro á las viñas. *(Éntrase.)*

MENDO.
Llorente, muesa ama llama.
LUJAN. *(Ap. á su amo.)*
Huye, Señor, huye aprisa;
Que te ha de ver esta gente.

COMENDADOR. *(Ap.)*
¡Ah cruel sierpe de Libia!
Pues aunque gaste mi hacienda,
Mi honor, mi sangre y vida,
He de rendir tus desdenes,
Tengo de vencer tus iras.
(Vanse el Comendador, Lujan y Leonardo.)

BARTOLO.
Yérguete cedo, Chaparro;
Que viene á gran prisa el día.

CHAPARRO.
Ea, Helipe; que es muy tarde.

HELIPE.
Pardiez, Bartol, que se miran
Todos los montes bañados
De blanca luz por encima.

LLORENTE.
Seguidme todos, amigos,
Porque muesa no diga
Que porque muesamo falta,
Andan las hoces baldías. *(Vanse.)*

—
Sala en casa de un pintor en Toledo.

ESCENA XIII.

PERIBÁÑEZ, ANTON, EL PINTOR.

PERIBÁÑEZ.
Entre las tablas que vi
De devoción ó retratos,
Adonde menos ingratos
Los pinceles conocí,
Una he visto que me agrada,
O porque tiene primor,
O porque soy labrador
Y lo es también la pintada.
Y pues ya se concertó
El aderezo del santo,
Reciba yo favor tanto,
Que vuelva á mirarla yo.

PINTOR.
Vos teneis mucha razón;
Que es bella la labradora.

PERIBÁÑEZ.
Quitálda del clavo ahora;
Que quiero enseñarla á Anton.

ANTON.
Ya la vi; mas si queréis,
También holgaré de vella.

PERIBÁÑEZ.
Id, por mi vida, por ella.

PINTOR.
Yo voy.
PERIBÁÑEZ.
Un ángel veréis.
(Vase el Pintor.)

ESGENA XIV.

PERIBAÑEZ, ANTON.

ANTON.
Bien sé yo por qué mirais
La villana con cuidado.

PERIBAÑEZ.
Solo el traje me le ha dado;
Que en el gusto, os engañais.

ANTON.
Pienso que os ha parecido
Que parece á vuestra esposa.

PERIBAÑEZ.
¿Es Casilda tan hermosa?

ANTON.
Pedro, vos sois su marido:
A vos os está más bien
Alaballa, que no á mí.

ESGENA XV.

EL PINTOR, con un retrato grande de Casilda. — DIGNOS.

PINTOR.
La labradora está aquí.

PERIBAÑEZ. (Ap.)
Y mi deshonra tambien.

PINTOR.
¿Qué os parece?

PERIBAÑEZ.
Que es notable. —
¿No os agrada, Anton?

ANTON.
Es cosa
A vuestros ojos hermosa,
Y á los del mundo admirable.

PERIBAÑEZ.
Id, Anton, á la posada,
Y ensillad mientras que voy.

ANTON.
(Ap. Puesto que inorante soy,
Casilda es la retratada,
Y el pobre de Pedro está
Abrazándose de celos.)
Adios.

(Vase.)
PERIBAÑEZ.
No han hecho los cielos
Cosa, Señor, como esta.
¡Bellos ojos! linda boca!
¿De dónde es esta mujer?

PINTOR.
No acertaria á conocer
A imaginar me provoca
Que no está bien retratada,
Porque donde vos nació.

PERIBAÑEZ.
¿En Ocaña?

PINTOR.
Sí.
PERIBAÑEZ.
Pues yo
Conozco una desposada
A quien algo se parece.

PINTOR.
Yo no sé quién es; mas sé
Que á hurto la retraté,
No come agora se ofrece,
Mas en un naípe. De allí
A este lienzo la he pasado.

PERIBAÑEZ.
Ya sé quién la ha retratado.
Si acierto, ¿dirélelo?

PINTOR.
Sí.

PERIBAÑEZ.
El Comendador de Ocaña.

PINTOR.
Por saber que ella no sabe
El amor de hombre tan grave,
Que es de lo mejor de España,
Me atrevo á decir que es él.

PERIBAÑEZ.
Luego ¿ella no es sabidora?

PINTOR.
Como vos antes de agora;
Antes, por ser tan fiel,
Tanto trabajo costó
El poderla retratar.

PERIBAÑEZ.
¿Queréisme la á mí fiar,
Y llevaréscela yo?

PINTOR.
No me han pagado el dinero.

PERIBAÑEZ.
Yo os daré todo el valor.

PINTOR.
Temo que el Comendador
Se enoje, y mañana espero
Un lacayo suye aquí.

PERIBAÑEZ.
Pues ¿sábelo ese lacayo?

PINTOR.
Anda veloz como un rayo
Por rendirla.

PERIBAÑEZ.
Ayer le vi,
Y le quise conocer.

PINTOR.
¿Mandaís otra cosa?

PERIBAÑEZ.
En tanto
Que nos reparais el santo,
Tengo de venir á ver
Mil veces este retrato.

PINTOR.
Como fuéredes servido.
Adios.

ESGENA XVI.

PERIBAÑEZ.

¿Qué he visto y oído,
Cielo alrado, tiempo ingrato?
Mas si deste falso trato
No es cómplice mi mujer,
¿Cómo doy á conocer
Mi pensamiento ofendido?
Porque celos de marido
No se han de dar á entender.
Basta que el Comendador
A mi mujer solicite;
Basta que el honor me quita,
Debiéndome dar honor.
Soy vasallo, es mi señor,
Vivo en su amparo y defensa;
Si en quitarme el honor piensa,
Quitaréle yo la vida;
Que la ofensa acometida
Ya tiene fuerza de ofensa.
Erré en casarme, pensando
Que era una hermosa mujer
Toda la vida un placer
Que estaba el alma pasando;
Pues no imaginé que cuando
La riqueza poderosa
Me la mirara envidiosa,
La codiciara tambien.
¡Mal haya el humilde, amén,
Que busca mujer hermosa!
Don Fadrique me retrata
A mi mujer; luego ya

Haciendo debujo está
Contra el honor, que me mata.
Si pintada me maltrata
La honra, es cosa forzosa
Que venga á estar peligrosa
La verdadera tambien:
¡Mal haya el humilde, amén,
Que busca mujer hermosa!
Mal lo miró mi humildad
En buscar tanta hermosura;
Mas la virtud asegura
La mayor dificultad.
Retirarme á mi heredad
Es dar puerta vergonzosa
A quien cuanto escucha glosa,
Y trueca en mal todo el bien...
¡Mal haya el humilde, amén,
Que busca mujer hermosa!
Pues tambien salir de Ocaña
Es el mismo inconveniente,
Y mi hacienda no consiente
Que viva por tierra extraña.
Cuanto me ayuda me daña;
Pero hablaré con mi esposa,
Aunque es ocasion odiosa
Pedirle celos tambien.
¡Mal haya el humilde, amén,
Que busca mujer hermosa!

(Vase.)

Sala en casa del Comendador.

ESGENA XVII.

EL COMENDADOR, LEONARDO.

COMENDADOR.
Por esta carta, como digo, manda
Su majestad, Leonardo, que le envíe
De Ocaña y de su tierra alguna gente.

LEONARDO.
Y ¿qué piensas hacer?

COMENDADOR.
Que se echen bandos
Y que se alistén de valientes mozos
Hasta docientos hombres, repartidos
En dos lucidas compañías, ciento
De gente labradora, y ciento hidalgos.

LEONARDO.
Y ¿no será mejor hidalgos todos?

COMENDADOR.
No caminas al paso de mi intento,
Y así, vas lejos de mi pensamiento.
Destos cien labradores hacer quiero
Cabeza y capitán á Peribañez,
Y con esta invencion tenelle áusente.

LEONARDO.
¿Extrañas cosas piensan los amantes!

COMENDADOR.
Amor es guerra, y cuanto piensa ardi-
¿Si habrá venido ya? [des.]

LEONARDO.
Lujan me dijo
Que á comer le esperaban, y que estaba
Casilda llena de congoja y miedo.
Supe despues de las que no diría
Cosa de lo pasado aquella noche,
Y que de acuerdo de las dos, pensaba
Disimular, por no causarle pena,
A que viéndola triste y afligida,
No se atreviese á declarar su pecho
Lo que despues para servirte haría.

COMENDADOR.
¡Rigurosa mujer! ¡Maldiga el cielo
El punto en que caí, pues no he podido
Desde entonces, Leonardo, levantarme
De los umbrales de su puerta!

LEONARDO.

Calle;

Que mas fuerte era Troya, y la conquista
Derribó sus murallas por el suelo. [ta
Son estas labradoras encogidas,
Y por hallarse indignas, las mas veces
Niegan, Señor, lo mismo que desean.
Ausenta á su marido honradamente;
Que tú verás el fin de tu deseo.

COMENDADOR.

Quéralo mi ventura; que te juro
Que, habiendo sido en tantas ocasiones
Tan animoso, como sabe el mundo,
En esta voy con un temor notable.

LEONARDO.

Bueno será saber si Pedro viene.

COMENDADOR.

Parte, Leonardo, y de tu Inés te infor-
Sin que pases la calle ni levantes [ma,
Los ojos á ventana ó puerta suya.

LEONARDO.

Exceso es ya tan gran desconfianza,
Porque ninguno amó sin esperanza.
(Vase.)

ESCENA XVIII.

EL COMENDADOR.

[adoraba,
Cuentan de un rey que á un árbol
Y que un mancebo á un mármol asistia,
A quien, sin dividirse noche y día,
Sus amores y quejas le contaba,
Pero el que un tronco y una piedra
Mas esperanza de su bien tenia, [amaba
Pues en fin acercársele podia,
Y á burto de la gente le abrazaba.
¡Miserio yo, que adoro en otro muro
Colgada, aquella ingrata y verde hiedra,
Cuya dureza eternecer procuro! [dra;
Tal es el fin que mi esperanza me-
Mas, pues que de morir estoy seguro,
¡Plega al amor que te convierta en pie-
[dra! (Vase.)

Campo.

ESCENA XIX.

PERIBÁÑEZ, ANTON.

PERIBÁÑEZ.

Vos os podeis ir, Anton,
A vuestra casa; que es justo.

ANTON.

Y vos ¿no fuera razon?

PERIBÁÑEZ.

Ver mis segadores gusto,
Pues llevo á buena ocasion;
Que la haza cae aquí.

ANTON.

Y ¿no fuera mejor haza
Vuestra Casilda?

PERIBÁÑEZ.

Es así;
Pero quiero darles traza
De lo que han de hacer, por mi.
Id á ver vuesa mujer,
Y á la mia así de paso
Decid que me quedo á ver
Nuestra hacienda.

ANTON.

(Ap. ¡Extraño caso!
No quiero darle á entender
Que entiendo su pensamiento.)
Quedad con Dios.

PERIBÁÑEZ.

El os guarde,
(Vase Anton.)

ESCENA XX.

PERIBÁÑEZ.

Tanta es la afrenta que siento,
Que solo por entrar tarde,
Hice aqueste fingimiento.
¡Triste yo! Si no es culpada
Casilda, ¿por qué rehuyo
El verla? ¡Ay mi prenda amada!
Pero á tu gracia atribuyo
Mi fortuna desgraciada.
Si tan hermosa no fueras,
Claro está que no le dieras
Al señor Comendador
Causa de tan loco amor.—
Estos son mi trigo y eras.
¡Con qué diversa alegría,
Oh campos, pensé miraros
Cuando contento vivia!
Porque viniendo á sembraros,
Otra esperanza tenia.
Con alegre corazon
Pensé de vuestras espigas
Henchir mis trojes, que son
Agora eternas fatigas
De mi perdida opinion.
Mas quiero disimular;
Que ya sus relinchos siento.
¡Oíros quiero cantar,
Porque en ajeno instrumento
Comienza el alma á llorar.
(Oyese dentro grito de segadores.)

ESCENA XXI.

MENDO, BAROLO, LLORENTE Y
OTROS SEGADORES, dentro.—PERIBA-
ÑEZ.

MENDO. (Dentro.)

Dato mas priesa, Bartol;
Mira que la noche baja,
Y se va á poner el sol.

BAROLO. (Dentro.)

Bien cena quien bien trabaja,
Dice el refran español.

UN SEGADOR. (Dentro.)

Échote una pulla, Andrés:
Que te bebas media azumbre.

OTRO SEGADOR. (Dentro.)

Échame otras dos, Ginés.

PERIBÁÑEZ.

Todo me da pesadumbre,
Todo mi desdicha es.

MENDO. (Dentro.)

Canta, Llorente, el cantar
De la mujer de muesamo.

PERIBÁÑEZ.

¡Qué tengo mas que esperar?
La vida, cielos, desamo.
¡Quién me la quiere quitar?

LLORENTE. (Canta dentro.)

La mujer de Peribáñez
Hermosa es á maravilla;
El Comendador de Ocaña
De amores la requeria.
La mujer es virtuosa
Cuanto hermosa y cuanto linda;
Mientras Pedro está en Toledo
Esta suerte respondia:
«Mas quiero yo á Peribáñez
Con su capa la pardilla,
Que no á vos, Comendador,
Con la vuesa guarnecida.»

PERIBÁÑEZ.

Notable aliento he cobrado
Con oír esta cancion,
Porque lo que este ha cantado

Las mismas verdades son—
Que en mi ausencia habrán pasado.
¡Oh cuánto le debe al cielo
Quien tiene buena mujer!—
Que el jornal dejan recelo.
Aquí me quiero esconder.
¡Ojalá se abriera el suelo!
Que aunque en gran satisfacion,
Casilda, de tí me pones,
Pena tengo con razon,
Porque honor que anda en canciones
Tiene dudosa opinion. (Vase.)

Salen en casa de Peribáñez.

ESCENA XXII.

CASILDA, INÉS.

CASILDA.

¡Tú me hablas de decir
Desatino semejante?

INÉS.

Deja que pase adelante.

CASILDA.

Ya ¿cómo te puedo oír?

INÉS.

Prima, no me has entendido,
Y este preciarle de amar
A Pedro te hace pensar
Que ya está Pedro ofendido.
Lo que yo te digo á tí
Es cosa que á mí me toca.

CASILDA.

¿A tí?

INÉS.

Si.

CASILDA.

Yo estaba loca.
Pues si á tí te toca, di.

INÉS.

Leonardo, aquel caballero
Del Comendador, me ama
Y por su mujer me quiere.

CASILDA.

Mira, prima, que te engaña.

INÉS.

Yo sé, Casilda, que soy
Su misma vida.

CASILDA.

Repara
Que son sirenas los hombres,
Que para matarnos cantan.

INÉS.

Yo tengo cédula suya.

CASILDA.

Inés, plumas y palabras
Todas se las lleva el viento.
Muchas damas tiene Ocaña
Con ricos dotes, y tú
Ni eres muy rica ni hidalga.

INÉS.

Prima, si con el desden
Que ahora comienzas, tratas
Al señor Comendador,
Falsas son mis esperanzas,
Todo mi remedio impides.

CASILDA.

¡Ves, Inés, cómo te engañas,
Pues porque me digas eso,
Quieres fingir que te ama?

INÉS.

Hablar bien no quita honor;
Que yo no digo que salgas
A recibirle á la puerta
Ni á verle por la ventana.

CASILDA.
Si te importara la vida,
No le mirara á la cara.
Y advierte que no le nombres
O no entres mas en mi casa;
Que del ver viene el oír,
Y de las locas palabras
Vienen las infames obras.

ESCENA XXIII.

PERIBÁÑEZ. *con unas alforjas en las manos.* — **DICHAS.**

¡Esposa!

PERIBÁÑEZ.

CASILDA.

¡Luz de mi alma!

PERIBÁÑEZ.

¡Estás buena?

CASILDA.

Estoy sin tí.

¡Vienes bueno?

PERIBÁÑEZ.

El verte basta

Para que salud me sobre. —

¡Prima!

INÉS.

¡Primo!

PERIBÁÑEZ.

¡Qué me falta,

Si juntas os veo?

CASILDA.

Estoy

**A nuestra Inés obligada;
Que me ha hecho compañía
Lo que has faltado de Ocaña.**

PERIBÁÑEZ.

**A su casamiento rompás
Dos chinelas argentadas,
Y yo los zapatos nuevos,
Que siempre en bodas se calzan.**

CASILDA.

¡Qué me traes de Toledo?

PERIBÁÑEZ.

**Deseos; que por ser carga
Tan pesada, no he podido
Traerte joyas ni galas.
Con todo, te traigo aquí
Para esos piés, que bien hayan,
Unas chinelas abiertas,
Que abrochan cintas de nácar.
Traigo mas seis tocas rizas,
Y para prender las sayas
Dos cintas de vara y media
Con sus herretes de plata.**

CASILDA.

Mil años te guarde el cielo.

PERIBÁÑEZ.

**Sucedíome una desgracia;
Que á la fe que fué milagro
Llegar con vida á mi casa.**

CASILDA.

¡Ay Jesus! Toda me turbas.

PERIBÁÑEZ.

**Caí de unas cuestras altas
Sobre unas piedras.**

CASILDA.

¡Qué dices?

PERIBÁÑEZ.

**Que si no me encomendara
Al santo en cuyo servicio
Caí de la yegua baya,
A estas horas estoy muerto.**

CASILDA.

Toda me tienes helada.

PERIBÁÑEZ.

**Prometle la mejor
Prenda que hubiese en mi casa
Para honor de su capilla;
Y así, quiero que mañana
Quiten estos reposteros,
Que nos harán poca falta,
Y cuelguen en las paredes
De aquella su ermita santa
En justo agradecimiento.**

CASILDA.

**Si fueran paños de Francia,
De oro, seda, perlas, piedras,
No replicara palabra.**

PERIBÁÑEZ.

**Pienso que nos está bien
Que no estén en nuestra casa
Paños con armas ajenas:
No murmuren en Ocaña
Que un villano labrador
Cerca su inocente cama
De paños comendadores,
Llenos de blasones y armas
Timbre y plumas no están bien
Entre el arado y la pala,
Bieldo, trillo y azadon;
Que en nuestras paredes blancas
No han de estar cruces de seña,
Sino de espigas y pajas,
Con algunas amapolas,
Manzanillas y retamas.
Yo ¡qué moros he vencido
Para castillos y bandas?
Fuera de que solo quiero
Que haya imágenes pintadas:
La Anunciacion, la Asuncion,
San Francisco con sus llagas,
San Pedro Mártir, san Blas
Contra el mal de la garganta,
San Sebastian y san Roque,
Y otras pinturas sagradas;
Que retratos es tener
En las paredes fantasmas. —
Uno vi yo, que quisiera...
Pero no quisiera nada.
Vamos á cenar, Casilda,
Y apercibanme la cama.**

CASILDA.

¡No estás bueno?

PERIBÁÑEZ.

Bueno estoy.

ESCENA XXIV.

LUJAN. — **DICHOS.**

LUJAN.

**Aquí un criado te aguarda
Del Comendador.**

PERIBÁÑEZ.

¡De quién?

LUJAN.

Del Comendador de Ocaña.

PERIBÁÑEZ.

Pues ¡qué me quiere á estas horas?

LUJAN.

Eso sabrás si le hablas.

PERIBÁÑEZ.

**¡Eres tú aquel segador
Que anteayer entró en mi casa?**

LUJAN.

¡Tan presto me desconoces?

PERIBÁÑEZ.

**Donde tantos hombres andan,
No te espantes.**

LUJAN. (Ap.)

Malto es esto.

INÉS. (Ap.)

Con muchos sentidos habla.

PERIBÁÑEZ. (Ap.)

¡El Comendador á mí!

**¡Ay, honra, al cuidado ingrata!
Si eres vidrio, al mejor vidrio
Cualquiera golpe le basta.**

ACTO TERCERO.

Plaza de Ocaña.

ESCENA PRIMERA.

EL COMENDADOR, LEONARDO.

COMENDADOR.

**Cuéntame, Leonardo, breve
Lo que ha pasado en Toledo.**

LEONARDO.

**Lo que referirte puedo,
Puesto que á cenirio pruebe
En las más breves razones,
Quiere más paciencia.**

COMENDADOR.

Advierte

**Que soy un sano á la muerte,
Y que remedios me pones.**

LEONARDO.

**El rey Enrique el Tercero,
Que hoy el Justiciero llaman,
Porque Caton y Aristides
En la equidad no le igualan,
El año de cuatrocientos
Y seis sobre mil estaba
En la villa de Madrid,
Donde le vinieron cartas,
Que quebrándole las treguas
El rey moro de Granada,
No queriéndole volver
Por promesas y amenazas
El castillo de Ayamonte,
Ni menos pagarle parias,
Determinó hacerle guerra;
Y para que la jornada
Fuese como convenia
A un rey el mayor de España,
Y le ayudasen sus deudos
De Aragon y de Navarra,
Juntó Cortes en Toledo,
Donde al presente se hallan
Prelados y caballeros,
Villas y ciudades varias...
—Digo sus procuradores,
Donde en su real alcázar
La disposicion de todo
Con justos acuerdos tratan
El obispo de Sigüenza,
Que la insignie iglesia santa
Rige de Toledo ahora,
Porque está su silla vaca
Por la muerte de don Pedro
Tenorio, varon de fama;
El obispo de Palencia,
Don Sancho de Rojas, clara
Imagen de sus pasados,
Y que el de Toledo aguarda;
Don Pablo el de Cartagena,
A quien ya á Burgos señalan;
El gallardo don Fadrique,
Hoy conde de Trastámara,
Aunque ya duque de Arjona
Toda la corte le llama,
Y don Enrique Manuel,
Primos del Rey, que bastaban,
No de Granada, de Troya,**

Ser incendio sus espadas;
Ruy Lopez de Avalos, grande
Por la dicha y por las armas,
Condestable de Castilla,
Alta gloria de su casa;
El Camarero mayor
Del Rey, por sangre heredada
Y virtud propia, aunque tiene
También de quien heredaría,
Por Juan de Velasco digo,
Digno de toda alabanza;
Don Diego Lopez de Estúñiga,
Que Justicia mayor llaman;
Y el mayor Adelantado
De Castilla, de quien basta
Decir que es Gomez Manrique,
De cuyas historias largas
Tienen Granada y Castilla
Cosas tan raras y extrañas;
Los odores del Audiencia
Del Rey, y que el reino amparan;
Pero Sanchez del Castillo,
Rodríguez de Salamanca,
Y Peribañez...

COMENDADOR.
Detente.
¿Qué Peribañez? Aguarda;
Que la sangre se me huela
Con ese nombre.

LEONARDO.
¡Oh qué gracia!
Háblote de los odores
Del Rey, y ¡del que se llama
Peribañez, imaginas
Que es! ¡el labrador de Ocaña!

COMENDADOR.
Si hasta ahora te pedía
La relación y la causa
De la jornada del Rey,
Ya no me atrevo á escucharla.
Eso ¿todo se resuelve
En que el Rey hace jornada
Con lo mejor de Castilla
A las fronteras, que guardan,
Con favor del Granadino,
Los que le niegan las parias?

LEONARDO.
Eso es todo.
COMENDADOR.
Pues advierte
Solo (que me es de importancia)
Que mientras fuiste á Toledo,
Tuvo ejecución la traza.
Con Peribañez hablé,
Y le dije que gustaba
De nombralle capitán
De cien hombres de labranza,
Y que se pudiese á punto.
Parecióle que le honraba,
Como es verdad, á no ser
Honra aforrada en infamia.
Quiso ganarla en efeto;
Gastó su hacendilla en galas,
Y sacó su compañía
Ayer, Leonardo, á la plaza;
Y hoy, según Luján me ha dicho,
Con ella á Toledo marcha.

LEONARDO.
Bueno. Y te deja á Casilda,
Tan villana y tan ingrata
Como siempre.

COMENDADOR.
Si; mas mira
Que amor en ausencia larga
Hará el efeto que suele
En piedra el curso del agua.
(Tocan cajas dentro.)

Pero ¿qué cajas son estas?
LEONARDO.
No dudes que son sus cajas.

COMENDADOR.
Tu alferez trae los hidalgos.
Toma, Leonardo, tus armas,
Porque mejor le engañemos,
Para que á la vista salgas
También con tu compañía.

LEONARDO.
Ya llegan. Aquí mē aguarda. * (Vase.)

ESCENA II.

PERIBÁÑEZ, con espada y daga, man-
dando una compañía de LABRADORES,
armados graciosamente, entre ellos
BLAS y BELARDO. — EL COMEN-
DADOR.

PERIBÁÑEZ.
No me quise despedir
Sin ver á su señoría.
COMENDADOR.
Estimo la cortesía.

PERIBÁÑEZ.
Yo os voy, Señor, á servir.
COMENDADOR.
Decid al Rey mi señor.

PERIBÁÑEZ.
Al Rey y á vos...
COMENDADOR.
Está bien.
PERIBÁÑEZ.
Que al Rey es justo, y también
A vos, por quien tengo honor;
Que yo ¿cuándo mereciera
Ver mi azadon y gaban
Con ombre de capitán,
Con jineta y con bandera
Del Rey, á cuyos oidos
Mi nombre llegar no puede,
Porque su estatura excede
Todos mis cinco sentidos?
Guárdeos muchos años Dios.

COMENDADOR.
Y os traiga, Pedro, con bien.
PERIBÁÑEZ.

¿Vengo bien vestido?
COMENDADOR.
Bien.
No hay diferencia en los dos.

PERIBÁÑEZ.
Sola una cosa querría...
No sé si á vos os agrada.
COMENDADOR.

Decid, á ver.
PERIBÁÑEZ.
Que la espada
Me ciña su señoría,
Para que así vaya honrado.

COMENDADOR.
Mostrad, haréos caballero;
Que de esos brios espero,
Pedro, un valiente soldado.

PERIBÁÑEZ.
Pardiez, Señor, héla aquí.
Ciñámela su mercé.

COMENDADOR.
Esperad, os la pondré,
Porque la lleveis por mí.
BELARDO.
Híncate, Blas, de rodillas;
Que le quieren ber hidalgo.

BLAS.
Pues ¿quedará faltar algo?

BELARDO.
En mucho, si no te humillas.
BLAS.
Belardo, vos, que sois viejo,
¿Hanle de dar con la espada?

BELARDO.
Yo de mi burra manchada,
De su albarda y aparejo
Entiendo mas que de armar
Caballeros de Castilla.

COMENDADOR.
Ya os he puesto la cuchilla.
PERIBÁÑEZ.
¿Qué falta agora?

COMENDADOR.
Jurar
Que á Dios, supremo Señor,
Y al Rey serviréis con ella.

PERIBÁÑEZ.
Eso juro, y de traella
En defensa de mi honor,
Del cual, pues voy á la guerra,
Adonde vos me mandais,
Ya por defensa quedais,
Como señor desta tierra.
Mi casa y mujer, que de jo
Por vos, recién desposado,
Remito á vuestro cuidado
Cuando de los dos me alejo.
Esto os fio, porque es mas
Que la vida, con quien voy;
Que aunque tan seguro estoy
Que no la ofendan jamás,
Gusto que vos la guardéis,
Y corra por vos, á efeto
De que, como tan discreto,
Lo que es el honor sabeis;
Que con él no se permite
Que hacienda y vida se iguale,
Y quien sabe lo que vale,
No es posible que le quite.
Vos me ceñistes espada,
Con que ya entiendo de honor;
Que antes yo pienso, Señor,
Que entendiera poco ó nada.
Y pues iguales los dos
Con este honor nos dejais,
Mirad cómo le guardais,
O quejaréme de vos.

COMENDADOR.
Yo os doy licencia, si hiciere
Es guardalle deslealtad,
Que de mí os quejeis.

PERIBÁÑEZ.
Marchad,
Y venga lo que viniere.
(Vanse los labradores, y Peribañez
con ellos.)

ESCENA III. EL COMENDADOR.

Algo confuso me deja
El estilo con que habla,
Porque parece que entabla
O la venganza ó la queja.
—Pero es que, como he tenido
El pensamiento culpado,
Con mi malicia he juzgado
Lo que su inocencia ha sido.
Y cuando pudiera ser
Malicia lo que entendi,
¿Dónde ha de haber contra mí
En un villano poder?—
Esta noche has de ser mía,
Villana, rebelde, ingrata,
Porque muera quien me mata.
Antes que amanezca el día. (Vase.)

Calle de Ocaña con vista exterior de la casa de Peribañez.

ESCENA IV.

CASILDA, COSTANZA e INÉS,
en un balcon.

COSTANZA.

En fin ¿se ausenta tu esposo?

CASILDA.

Pedro á la guerra se va;
Que en la que me deja acá,
Pudiera ser mas famoso.

INÉS.

Casilda, no te enternezcas;
Que el nombre de capitán
No como quieran le dan.

CASILDA.

¡Nunca estos nombres merezcas!

COSTANZA.

A fe que tienes razon,
Inés; que entre tus iguales
Nunca he visto cargos tales,
Porque muy de hidalgos son.
Demás que tengo entendido
Que á Toledo solamente
Ha de llegar con la gente.

CASILDA.

Pues si eso no hubiera sido,
¿Quedárame vida á mí?

ESCENA V.

Tocan caja, y va saliendo la COMPAÑÍA
DE LABRADORES, mandada por PERI-
BAÑEZ.—DICHAS, en el balcon.

INÉS.

La caja suena: ¿si es él?

COSTANZA.

De los que se van con él
Ten lástima, y no de tí.

BELARDO.

Veislas allí en el balcon,
Que me remozo de vellás;
Mas ya no soy para ellas,
Y ellas para mí no son.

PERIBÁÑEZ.

¿Tan viejo estás ya, Belardo?

BELARDO.

El gusto se acabó ya.

PERIBÁÑEZ.

Algo dél os quedará
Bajo del capote pardo.

BELARDO.

Pardiez, señor capitán,
Tiempo hué que el sol y el aire
Solía hacerme donaire,
Ya pastor, ya sacristán.
Cayó un año mucha nieve,
Y como la recibí,
A la Iglesia me acogí.

PERIBÁÑEZ.

¿Tendréis tres dieces y un nueve?

BELARDO.

Eso y otros tres decía

* Alusión de Lope á sí mismo, sin duda por haber escrito esta comedia poco después que abrazó el estado eclesiástico. Lope en el final de *El Acero de Madrid* y de *El Villano en su rincón*, como también en otras obras de distinto género, se da el nombre de Belardo.

* Según esta cuenta, Lope tendría cuarenta y dos años entonces; pero cuando se aco-

Un aya que me criaba;
Mas pienso que se olvidaba.
¡Poca memoria tenía!
Cuando la Cava nació,
Me salió la primer muela.

PERIBÁÑEZ.

¿Ya ibades á la escuela?

BELARDO.

Pudiera juraros yo
De lo que entonces sabía;
Pero mil dan á entender
Que apenas supe leer,
Y es lo mas cierto, á fe mía;
Que como en gracia se lleva
Danzar, cantar ó tañer,
Yo sé escribir sin leer,
Que á fe que es gracia bien nueva.

CASILDA.

¡Ah, gallardo capitán
De mis tristes pensamientos!

PERIBÁÑEZ.

¡Ah, dama la del balcon,
Por quien la bandera tengo!

CASILDA.

¿Vaisos de Ocaña, Señor?

PERIBÁÑEZ.

Señora, voy á Toledo
A llevar estos soldados,
Que dicen que son mis celos.

CASILDA.

Si soldados los llevais,
Ya no ternéis pena dellos;
Que nunca el honor quebró
En soldándose los celos.

PERIBÁÑEZ.

No los llevo tan soldados,
Que no tenga mucho miedo,
No de vos, mas de la causa
Por quien sabéis que los llevo.
Que si celos fueran tales
Que yo los llamara vuestros,
Ni ellos fueran donde van,
Ni yo, Señora, con ellos.
La seguridad, que es paz
De la guerra en que me veo,
Me lleva á Toledo, y fuera
Del mundo al último extremo.

A despedirme de vos
Vengo, y á decir que os dejo
A vos de vos misma en guarda.
Porque en vos y con vos quedo;
Y que me déis el favor
Que á los capitanes nuevos
Suelen las damas, que esperan
De su guerra los trofeos.
¡No parece que ya os hablo
A lo grave y caballero?
¿Quién dijera que un villano
Que ayer al rastrojo seco
Dientes menudos ponía
De la hoz corva de acero,
Los piés en las tintas uvas,
Rebosando el mosto negro
Por encima del lagar,
O la tosca mano al hierro
Del arado, hoy os hablara
En lenguaje soldadesco,

¡Vos á la Iglesia, realmente no bajaba de cuarenta y seis. Acaso le habrían motejado de viejo, á lo cual hubo de contestar aquí diciendo que no faltaba quien le creyese con menos años que tenía; de modo que entre la chanzoneta de hacerse contemporáneo del rey don Rodrigo, y afirmar el dicho de la 2.ª, real ó supuesto, dejó sin declarar su edad verdadera.

* No cabe duda en que Lope dice esto por sí y de sí.

Con plumas de presunción
Y espada de atrevimiento!
Pues sabed que soy hidalgo,
Y que decir y hacer puedo;
Que el Comendador, Casilda;
Me la cifó, cuando menos.
Pero este menos, si el cuando
Viene á ser cuando sospecho,
Por ventura será mas;
Pero yo no menos bueno.

CASILDA.

Muchas cosas me decís
En lengua que yo no entiendo;
El favor sí; que yo sé
Que es bien debido á los vuestros.
Mas ¿qué podrá una villana
Dar á un capitán?

PERIBÁÑEZ.

No quiero

Que os tratéis así.

CASILDA.

Tomad,
Mi Pedro, este listón negro.

PERIBÁÑEZ.

¿Negro me lo dais, esposa?

CASILDA.

Pues ¿hay en la guerra agüeros?

PERIBÁÑEZ.

Es favor desesperado.

Promete luto ó destierro.

BLAS.

Y vos, señora Costanza,
¿No dais por tantos requiebros
Alguna prenda á un soldado?

COSTANZA.

Bras, esa cinta de perro,
Aunque tú vas donde hay tantos,
Que las podrás hacer dellos.

BLAS.

¡Plega á Dios que los moriscos
Las hagan de mi pellejo,
Si no dejare matados
Cuantos me fueren huyendo!

INÉS.

¿No pides favor, Belardo?

BELARDO.

Inés, por soldado viejo,
Ya que no por nuevo amante,
De tus manos le merezco.

INÉS.

Tomad aqueste chapín.

BELARDO.

No, Señora, deteneldo;
Que favor de chapinazo
Desde tan alto, no es bueno.

INÉS.

Traedme un moro, Belardo.

BELARDO.

Días há que ando tras ellos.
Mas, si no viniere en prosa,
Desde aquí le ofrezco en verso.

ESCENA VI.

UNA COMPAÑÍA DE HIDALGOS, con caja y
bandera, y LEONARDO de capitán.—
DICHOS.

LEONARDO.

Vayan marchando, soldados,
Con el órden que decía.

* Véase la nota anterior.

INÉS.
¿Qué es esto?
COSTANZA.
La compañía
De los hidalgos casados.
INÉS.
Mas lucidos han salido
Nuestros fuertes labradores.
COSTANZA.
Si son las galas mejores,
Los ánimos no lo han sido.
PERIBAÑEZ.
¡Hola! Todo hombre esté en vela
Y muestre gallardos bríos.
BELARDO.
¡Que piensen estos judíos
Que nos mean la pajueta!
Déles un gentil barzon
Mueca gente por delante.
PERIBAÑEZ.
¡Hola! Nadie se adelante;
Siga á ballesta lanzon.
(*Va una compañía al rededor de otra, mirándose.*)
BLAS.
Agora es tiempo, Belardo,
De mostrar brio.
BELARDO.
Callad;
Que á la mas caduca edad
Suple un ánimo gallardo.
LEONARDO.
Basta, que los labradores
Compiten con los hidalgos.
BELARDO.
Estos huirán como gaigos.
BLAS.
No habrá ciervos corredores
Como estos, en viendo un moro,
Y aun basta oírlo decir.
BELARDO.
Ya los vi á todos huir
Cuando corrimos el toro.
(*Vase la compañía de labradores, y Peribañez con ella. Casilda y Costanza se quitan del balcon.*)

ESCENA VII.

LEONARDO, con su compañía; INÉS,
en el balcon.

LEONARDO.
Ya se han traspuesto.—¡Ce! ¡Inés!
INÉS.
¿Eres tú, mi capitán?
LEONARDO.
¡Por qué tus primas se van?
INÉS.
No sabes ya por lo que es?
Casilda es como una roca.
Esta noche hay mal humor.
LEONARDO.
No podrá el Comendador
Verla un rato?
INÉS.
Punto en boca;
Que yo le daré lugar
Cuando imagine que llega
Pedro á alojarse.
LEONARDO.
Pues ciega,

Si me quieres obligar,
Los ojos desta mujer,
Que tanto mira su honor;
Porque está el Comendador
Para morir desde ayer.

INÉS.
Dile que venga á la calle.
LEONARDO.
¿Qué señas?
INÉS.
Quien cante bien.
LEONARDO.
Pues adios.
INÉS.
¿Vendrás también?
LEONARDO.
Al alférez pienso dalle
Estos bravos españoles,
Y yo volverme al lugar.
INÉS.
Adios. (Éntrase.)
LEONARDO.
Tocad á marchar;
Que ya se han puesto dos soles.
(*Vanse.*)

Sala en casa del Comendador.

ESCENA VIII.

EL COMENDADOR, LUJAN.

COMENDADOR.
En fin ¿le viste partir?
LUJAN.
Y en una yegua marchar,
Notable para alcanzar
Y famosa para huir.
Si vieras cómo regia
Peribañez sus soldados,
Te quitara mil cuidados.
COMENDADOR.
Es muy gentil compañía;
Pero á la de su mujer
Tengo mas envidia yo.
LUJAN.
Quien no siguió no alcanzó.
COMENDADOR.
Lujan, mañana á comer
En la ciudad estarán.
LUJAN.
Como esta noche alojaren.
COMENDADOR.
Yo te digo que no paren
Soldados ni capitán.

LUJAN.
Como es gente de labor,
Y es pequeña la jornada,
Y va la danza engañada
Con el son del atambor,
No dudo que sin parar
Vayan á Granada así.
COMENDADOR.
¿Cómo pasará por mí
El tiempo que ha de tardar
Desde aquí á las diez!
LUJAN.
Ya son
Casi las nueve. No seas
Tan triste, que cuando veas
El cabello á la ocasión,
Pierdas el gusto esperando;
Que la esperanza entretiene.

COMENDADOR.
Es, cuando el bien se detiene,
Esperar desesperando.
LUJAN.
Y Leonardo ¿ha de venir?
COMENDADOR.
No ves que el concierto es
Que se case con Inés,
Que es quien la puerta ha de abrir?
LUJAN.
¿Qué señas ha de llevar?
COMENDADOR.
Unos músicos que canten.
LUJAN.
¿Cosa que la caza espanten?
COMENDADOR.
Antes nos darán lugar
Para que con el ruido
Nadie sienta lo que pasa
De abrir ni cerrar la casa.
LUJAN.
Todo está bien prevenido;
Mas dicen que en un lugar
Una parentela toda
Se juntó para una boda,
Ya á comer y ya á bailar.
Vino el cura y desposado,
La madrina y el padrino,
Y el tamboril también vino
Con un salterio extremado.
Mas dicen que no tenían
De la desposada el sí,
Porque decia que allí
Sin su gusto la traían.
Junta pues la gente toda,
El cura le preguntó,
Dijo tres veces que no,
Y deshizose la boda.
COMENDADOR.
¿Quieres decir que nos falta
Entre tantas prevenciones
El sí de Casilda?
LUJAN.
Pones
El hombro á empresa muy alta
De parte de su dureza,
Y ora menester el sí.
COMENDADOR.
No va mal trazado así;
Que su villana aspereza
No se ha de rendir por ruegos;
Por engaños ha de ser.
LUJAN.
Bien puede bien suceder;
Mas pienso que vamos ciegos.

ESCENA IX.

UN PAJE, dos músicos. — DICHOS.

PAJE.
Los músicos han venido.
MÚSICO 1.º
Aquí, Señor, hasta el día
Tiene vuesa señoría
A Lisardo y á Leonido.
COMENDADOR.
¡Oh amigos! agradeced
Que este pensamiento os fio;
Que es de honor, y en fin, es mio.
MÚSICO 2.º
Siempre nos haces merced.
COMENDADOR.
¿Dan las once?

LUJAN.
Una, dos, tres...

No dió mas.
MÚSICO 2.º
Contaste mal.

Ocho eran dadas.
COMENDADOR.
¿Hay tal?

¡Que aun de mala gana des
Las que da el reloj de buena!

LUJAN.
Si esperas que sea mas tarde,
Las tres cuento.

COMENDADOR.
No hay qué aguarde.

LUJAN.
• Sosiégate un poco, y cena.

COMENDADOR.
¡Mala pascua te dé Dios!
¿Que cene dices?

LUJAN.
Pues bebe

Siquiera.
COMENDADOR.
¿Hay nieve?

PAJE.
Sí hay nieve.

COMENDADOR.
Repartida entre los dos.

PAJE.
La capa tienes aquí.

COMENDADOR.
Muestra. ¿Qué es esto?

PAJE.
Bayeta.

COMENDADOR.
Cuanto miro me inquieta.
Todos se burlan de mí.
¡Bestias! ¿De luto? ¿A qué efeto?

PAJE.
¿Quieres capa de color?

LUJAN.
Nunca á las cosas de amor
Va de color el discreto.
Por el color se dan señas
De un hombre en un tribunal.

COMENDADOR.
Muestra color, animal.
¿Sois criados ó sois dueñas?

PAJE.
Ves aquí color.

COMENDADOR.
Yo voy,
Amor, donde tú me guías.
Da una noche á tantos dias
Como en tu servicio estoy.

LUJAN.
¿Iré yo contigo?

COMENDADOR.
Sí,
Pues que Leonardo no viene. —
Templad, para ver si tiene
Templanza este fuego en mí.
(*Vase.*)

—
Calle.

ESCENA X.
PERIBAÑEZ.

¡Bien haya el que tiene bestia
Destas de huir y alcanzar,
Con que puede caminar
Sin pesadumbre y molestia!

Alojé mi compañía,
Y con ligereza extraña
He dado la vuelta á Ocaña.
¡Oh cuán bien decir podría:
Oh caña, la del honor!
Pues que no hay tan débil caña
Como el honor, á quien daña
De cualquiera viento el rigor.
Caña de honor quebradiza,
Caña bueca y sin sustancia.
De hojas de poca importancia,
Con que su tronco entapiza.
¡Oh caña, toda aparato,
Caña fantástica y vil,
Para quebrada sutil,
Y verdestan breve ratol
Caña compuesta de fuidos,
Y honor al fin dellos lleno,
Sólo para sordos bueno
Y para vecinos mudos!
Aquí naciste en Ocaña
Conmigo al viento ligero;
Yo te cortaré primero
Que te quiebres, débil caña.
—No acabo de agradecerme
El haberte sustentado,
Yegua, que con tal cuidado
Supiste á Ocaña traerme.
¡Oh, bien haya la cebada
Que tantas veces te di!
Nunca de tí me servi
En ocasión mas honrada.
Agora el provecho toco,
Contento y agradecido.
Otras veces me has traído;
Pero fué pesando poco;
Que la honra mucho alienta:
Y que te agradezca es bien
Que hayas corrido tan bien
Con la carga de mi afrenta.
Préciese de buena espada
Y de buena cota un hombre,
Del amigo de buen nombre
Y de opinion siempre honrada,
De un buen feltro de camino
Y de otras cosas así;
Que una bestia es para mí
Un socorro peregrino.
¡Oh yegua! ¡en menos de un hora
Tres leguas! Al viento iguales;
Que si le pintan con alas,
Tú las tendrás desde agora. —
Esta es la casa de Anton,
Cuyas paredes confinan
Con las mías, que ya inclinan
Su peso á mi perdición.
Llamar quiero; que he pensado
Que será bien menester.
¡Ah de casa!

ESCENA XI.

ANTON.—PERIBAÑEZ.

ANTON. (*Dentro.*)
¡Hola, mujer!
¿No os parece que han llamado?

PERIBAÑEZ.
¡Ah de casa!

ANTON. (*Dentro.*)
¿Quién golpea
A tales horas?

PERIBAÑEZ.
Yo soy,

Anton.

ANTON. (*Dentro.*)
Por la voz ya voy,
Aunque lo que fuere sea.
¿Quién es?

(Abre.)

PERIBAÑEZ.
Quedo, Anton amigo.
Peribañez soy.

ANTON.

¿Quién?

PERIBAÑEZ.

Yo,

A quien hoy el cielo dió
Tan grave y cruel castigo.

ANTON.

Vestido me eché dormido,
Porque pensé madrugar;
Ya me agradezco el no estar
Desnudo. ¿Puedoos servir?

PERIBAÑEZ.

Por vuesa casa, mi Anton,
Tengo de entrar en la mia;
Que ciertas cosas de día
Sombras por la noche son.
Ya sospecho que en Toledo
Algo entendiste de mí.

ANTON.

Aunque callé, lo entendí.
Pero asegurados puedo
Que Casilda...

PERIBAÑEZ.

No hay que hablar.

Por ángeles tengo á Casilda.

ANTON.

Pues regaladla y servíla.

PERIBAÑEZ.

Hermano, dejadme estar.

ANTON.

Entrad; que si puerta os doy,
Es por lo que della sé.

PERIBAÑEZ.

Como yo seguro esté,
Suyo para siempre soy.

ANTON.

¿Dónde dejais los soldados?

PERIBAÑEZ.

Mi alférez con ellos va;
Que yo no he traido acá
Sino solo mis cuidados.
Y no hizo la yegua poco
En traernos á los dos,
Porque hay cuidado, por Dios,
Que basta á volverme loco.
(*Entranse.*)

Calle con vista exterior de la casa de Ibañez.

ESCENA XII.

EL COMENDADOR Y LUJAN, con
broqueles; músicos.

COMENDADOR.

Aquí podéis comenzar
Para que os ayude el viento.

MÚSICO 2.º

Va de letra.

COMENDADOR.

¡Oh cuánto siento
Estó que llaman templar!

MÚSICOS. (*Cantan.*)

*Cógíome á tu puerta el toro,
Linda casada;
No dijiste: Dios te valga.
El novillo de tu boda
A tu puerta me cogió;
De la vuelta que me dió,
Se rió la villa toda;
Y tú, grave y burladora,
Linda casada,
No dijiste: Dios te valga.*

ESCENA XIII.

INÉS, *abriendo una puerta de casa de Peribañez.*—DICHOS.

(Los músicos tocan.)

INÉS.

¡Ce, ce! señor don Fadrique!

COMENDADOR.

¿Es Inés?

INÉS.

La misma soy.

COMENDADOR.

En pena á las once estoy.
Tu cuenta el perdón me aplique
Para que salga de pena.

INÉS.

¿Viene Leonardo?

COMENDADOR.

Asegura

A Peribañez. Procura,
Inés, mi entrada, y ordena
Que vea esa piedra hermosa;
Que ya Leonardo vendrá.

INÉS.

¿Tardará mucho?

COMENDADOR.

No hará;

Pero fué cosa forzosa
Asegurar un marido
Tan malicioso.

INÉS.

Yo creo

Que á estas horas el deseo
De que le vean vestido
De capitán en Toledo
Le tendrá cerca de allá.

COMENDADOR.

Durmiendo acaso estará.
¿Puedo entrar? Dime si puedo.

INÉS.

Entra; que te detenía
Por si Leonardo llegaba.

LUJAN.

Lujan ¿ha de entrar?

COMENDADOR. *(A uno de los músicos.)*

Acaba,

Lisardo. Adios hasta el día.

MÚSICO 1.º

El cielo os dé buen suceso.

(Éntranse el Comendador, Inés y Lujan.)

MÚSICO 2.º

¿Dónde íremos?

MÚSICO 1.º

A acostar.

MÚSICO 2.º

¡Bella moza!

MÚSICO 1.º

Eso... callar.

MÚSICO 2.º

Que tengo envidia confieso.
(Vanse.)

Salta en casa de Peribañez.

ESCENA XIV.

PERIBAÑEZ.

Por las tapias de la huerta
De Anton en mi casa entré,
Y deste portal hallé

La de mi corral abierta.

En el gallinero quise

Estar oculto; mas hallo

Que puede ser que algun gallo

Me cuidado les avise.

Con la luz de las esquinas

Le quise ver y advertir,

Y víle en medio dormir

De veinte ó treinta gallinas.

Que duermas, dije, me espantas,

En tan dudosa fortuna;

No puedo yo guardar una,

Y ¡quieres tú guardar tantas!

No duermo yo; que sospecho,

Y me da mortal congoja

Un gallo de cresta roja,

Porque la tiene en el pecho.

Sali al fin, y cual ladrón

De casa hasta aquí me entré:

Con las palomas topé,

Que de amor ejemplo son;

Y como las vi arrullar,

Y con requiebros tan ricos

A los pechos por los picos

Las almas comunicar,

Dije: «¡Oh, maldígale Dios,

Aunque grave y altanero,

Al palomino extranjero

Que os alborota á los dos!

Los gansos han despertado,

Grühe el lechón, y los bueyes

Braman; que de honor las leyes

Hasta el jumentillo atado

Al pesebre con la soga

Desasosiegan por mí;

Que su dueño soy, y aquí

Ven que ya el cordel me ahoga.

Gana me da de llorar.

Lástima tengo de verme

En tanto mal... — Mas, si duermes

Casilda? — Aquí siento hablar.

En esta saca de harina

Me podré encubrir mejor;

Que si es el Comendador,

Lejos de aquí me imagina. *(Escóndese.)*

ESCENA XV.

CASILDA, INÉS. — PERIBAÑEZ,
oculto.

CASILDA.

Gente digo que he sentido.

INÉS.

Digo que te has engañado.

CASILDA.

Tú con un hombre has hablado.

INÉS.

¿Yo?

CASILDA.

Tú pues.

INÉS.

Tú ¿lo has oído?

CASILDA.

Pues si no hay malicia aquí,

Mira que serán ladrones.

INÉS.

¡Ladrones! Miedo me pones.

CASILDA.

Da voces.

INÉS.

Yo no.

CASILDA.

Yo sí.

INÉS.

Mira que es alborotar

La vecindad sin razón.

ESCENA XVI.

EL COMENDADOR, LUJAN.—DICHOS.

COMENDADOR.

Ya no puede mi afición
Sufrir, temer ni callar.
Yo soy el Comendador,
Yo soy tu señor.

CASILDA.

No tengo

Mas señor que á Pedro.

COMENDADOR.

Vengo

Esclavo, aunque soy señor.

Duélete de mí, ó diré

Que te hallé con el lacayo

Que miras.

CASILDA.

Temiendo el rayo,

Del trueno no me espanté.

Pues, prima, ¿tú me has vendido!

INÉS.

Anda; que es locura ahora,

Siende pobre labradora,

Y un villano tu marido,

Dejar morir de dolor

A un príncipe; que mas va

En su vida, ya que está

En casa, que no en tu honor.

Peribañez fué á Toledo.

CASILDA.

¡Oh prima cruel y fiera,

Vuelta de prima, tercera!

COMENDADOR.

Dejadme, á ver lo que puedo.

LUJAN.

Dejémoslos; que es mejor.

A solas se entenderán.

(Vanse Inés y Lujan.)

ESCENA XVII.

EL COMENDADOR, CASILDA; PE-
RIBAÑEZ, *escondido.*

CASILDA.

Mujer soy de un capitán,

Si vos sois comendador.

Y no os acerquéis á mí,

Porque á bocados y á coces

Os haré...

COMENDADOR.

Paso, y sin voces.

PERIBAÑEZ. *(Sale de donde estaba.)*

(Ap. ¡Ay honra! ¿qué aguardo aquí?

¡Mas soy pobre labrador:

Bien será llegar y hablalle...

Pero mejor es matalle.)

*(Adelantándose con la espada des-
envainada.)*

Perdonad, Comendador;

Que la honra es encomienda

De mayor autoridad.

(Hiere al Comendador.)

COMENDADOR.

¡Jesus! Muerto soy. ¡Piedad!

PERIBAÑEZ.

No temas, querida prenda;

Mas sígueme por aquí.

CASILDA.

No te hablo, de turbada.

(Vanse Peribañez y Casilda.)

COMENDADOR.
Señor, tu sangre sagrada
Se duela agora de mí,
Pues me ha dejado la herida
Pedir perdon á un vasallo.
(*Siéntase en una silla.*)

ESCENA XVIII.

LEONARDO. — EL COMENDADOR.

LEONARDO.
Todo en confusion lo hallo.
¡Ah, Inés! ¿Estás escondida?
¡Inés!

COMENDADOR.
Voces oigo aquí.
¿Quién llama?

LEONARDO.
Yo soy, Inés.
COMENDADOR.
¡Ay Leonardo! ¿No me ves?
LEONARDO.
¿Mi señor?

COMENDADOR.
Leonardo, sí.
LEONARDO.
¿Qué te ha dado? Que parece
Que muy desmayado estás.

COMENDADOR.
Díome la muerte no mas.
Más el que ofende merece.

LEONARDO.
¡Herido! ¿De quién?
COMENDADOR.
No quiero

Voces ni venganzas ya.
Mi vida en peligro está,
Sola la del alma espero.
No busques, ni hagas extremos,
Pues me han muerto cor razon.
Llévame á dar confesion,
Y las venganzas dejemos.
A Peribañez perdono.

LEONARDO.
¿Que un villano te mató,
Y que no lo vengo yo?
Esto siento.

COMENDADOR.
Yo le abono.
No es villano, es caballero;
Que pues le cefil la espada
Con la guarnicion dorada,
No ha empleado mal su acero.

LEONARDO.
Vamos, llamaré á la puerta
Del Remedio.

COMENDADOR.
Solo es Dios.
(*Llévase Leonardo á su señor.*)

ESCENA XIX.

PERIBAÑEZ, INÉS, LUJAN.

PERIBAÑEZ. (*Dentro.*)
Aquí moriréis los dos.
INÉS. (*Dentro.*)
Ya estoy, sin heridas, muerta.
(*Salen huyendo Lujan é Inés.*)

LUJAN.
Desventurado Lujan,
¿Dónde podrás esconderte?
(*Éntranse por otra puerta, y sale Peribañez tras ellos.*)

PERIBAÑEZ.
Ya no se excusa tu muerte. (*Éntrase.*)

LUJAN. (*Dentro.*)
¿Por qué, señor capitan?
PERIBAÑEZ. (*Dentro.*)

Por fingido sedador.
INÉS. (*Dentro.*)
Y á mí ¿por qué?

PERIBAÑEZ. (*Dentro.*)
Por traidora.

LUJAN. (*Dentro.*)
¿Muerto soy!
INÉS. (*Dentro.*)
¿Prima y señora!

ESCENA XX.

CASILDA; despues, PERIBAÑEZ.

CASILDA.
No hay sangre donde hay honor.
(*Vuelve Peribañez.*)

PERIBAÑEZ.
Cayeron en el portal.

CASILDA.
Muy justo ha sido el castigo.

PERIBAÑEZ.
¿No irás, Casilda, conmigo?

CASILDA.
Tuya soy al bien ó al mal.

PERIBAÑEZ.
A las ancas desa yegua
Amanecerás conmigo
En Toledo.

CASILDA.
Y á pié, digo.
PERIBAÑEZ.
Tierra en medio es buena tregua
En todo acontecimiento,
Y no aguardar al rigor.

CASILDA.
Dios haya al Comendador.
Matóle su atrevimiento.
(*Vase.*)

Galería del Alcázar de Toledo.

ESCENA XXI.

EL REY, EL CONDESTABLE,
GUARDAS.

REY.
Alégrame de ver con qué alegría
Castilla toda á la jornada viene.
CONDESTABLE.

Aborrecen, Señor, la monarquía
Que en nuestra España el africano tiene.

REY.
Libre pienso dejar la Andalucía,
Si el ejército nuestro se previene,
Antes que el duro invierno con su hielo
Cubra los campos y enternezca el suelo.
Iréis, Juan de Velasco, previniendo,
Pues que la Vega da lugar bastante,
El alarde famoso que pretendo,
Porque la fama del concurso espante
Por ese Tajo aurífero, y subiendo
Al muro por escalas de diamante,
Mire de pabellones y de tiendas
Otro Toledo por las verdes sendas.
Tiembie en Granada el atrevido moro

De las rojas banderas y pendones,
Convierta su alegría en triste lloro.

CONDESTABLE.
Hoy me verás formar los escuadrones.

REY.
La Reina viene, su presencia adoro.
No ayuda mal en estas ocasiones.

ESCENA XXII.

LA REINA, ACOMPAÑAMIENTO. —
DICHOS.

REINA.
Si es de importancia, volveréme luego.
REY.

Quando losea, que no os valís os ruego.
¿Qué puedo yo tratar de paz, Señora,
En que vos no podáis darme consejo?
Y si es de guerra lo que trato agora,
¿Cuándo con vos, mi bien, no me acon-
¿Cómo queda don Juan? [sejo?

REINA.
Por veros llora.

REY.
Guárdele Dios; que es un divino espejo
Donde se ven agora retratados,
Mejor que los presentes, los pasados.

REINA.
El príncipe don Juan es hijo vuestro.
Con esto solo encarecido queda.

REY. [nuestro,
Más con decir que es vuestro, siendo
Él mismo dice la virtud que encierra.

REINA.
Hágale el cielo en imitaros diestro;
Que con esto no mas que le conceda,
Le ha dado todo el bien que le desco.

REY.
De vuestro generoso amor lo creo.

REINA.
Como tiene dos años, le quisiera
De edad que esta jornada acompañara
Vuestras banderas.

REY.
¡Ojalá pudiera,
Y á ensalzar la de Cristo comenzara!—

ESCENA XXIII.

GOMEZ MANRIQUE. — DICHOS.

REY.
¿Qué caja es esa?
GOMEZ.
Gente de la Vera

Y Extremadura.
CONDESTABLE.
De Guadalajara
Y Atienza pasa gente.

REY.
¿Y la de Ocaña?

GOMEZ.
Quédase atrás por una triste hazaña.
REY.

¿Cómo?
GOMEZ.
Dice la gente que ha llegado
Que á don Fadrique un labrador ha
REY. [muerto.

¿A don Fadrique y al mejor soldado
Que trujo roja cruz!

REINA.
¿Cierito?

GOMEZ.

Y muy cierto. ¿La letra?

REY.

En el alma, Señora, me ha pesado.—
¿Cómo fué tan notable desconcierto?

GOMEZ.

Por celos.

REY.

¿Fueron justos?

GOMEZ.

Fueron locos.

REINA.

Celos, Señor, y cuerdos, habrá pocos.

REY.

¿Está preso el villano?

GOMEZ.

Huyóse luego

Con su mujer.

REY.

¿Qué desvergüenza extraña!
¡Con estas nuevas á Toledo llevo!
¡Así de mi justicia tiembla España?
¡Dad un pregon en la ciudad, os ruego,
Madrid, Segovia, Talavera, Ocaña,
Que á quien los diere presos ó sea

¡muertos,
Tendrá de renta mil escudos ciertos.
Id luego, y que ninguno los encubra
Ni pueda dar sustento ni otra cosa,
So pena de la vida.

GOMEZ.

Voy.

(Vase.)

REY.

¿Que cubra
El cielo aquella mano rigurosa!

REINA.

Confíad que tan presto se descubra
Cuanto llegue la fama codiciosa
Del oro prometido.

ESCENA XXIV.

UN PAJE, Y LUEGO UN SECRETARIO.
—EL REY, LA REINA, EL CONDE-
TABLE, GUARDAS Y ACOMPAÑAMIENTO.

PAJE.

Aquí está Arceo,
Acabádo el guion.

REY.

Verle deseo.

SECRETARIO.

Este es, Señor, el guion.

(Sale un secretario con un pendon ro-
jo, y en él las armas de Castilla, con
una mano arriba que tiene una es-
pada, y en la otra banda un Cristo
crucificado.)

REY.

Mostrad. Paréceme bien;
Que este capitán también
Lo fué de mi redención.

REINA.

¿Qué dicen las letras?

REY.

Dicen:

«Juzga tu causa, Señor.»

REINA.

Palabras son de temor.

REY.

Y es razón que atemorícen.

REINA.

Destotra parte ¿qué está?

REY.

El castillo y el león,
Y esta mano por blasón,
Que va castigando ya.

REINA.

REY.

Solo mi nombre.

REINA.

¿Cómo?

REY.

«Enrique Justiciero;»

Que ya en lugar del Tercero
Quiero que este nombre asombre.

ESCENA XXV.

GOMEZ.—DICHOS.

GOMEZ.

Ya se van dando pregones,
Con llanto de la ciudad.

REINA.

Las piedras mueve á piedad.

REY.

Basta. ¡Qué! Los azadones
¡A las cruces de Santiago
Se igualan? ¿Cómo ó por dónde?

REINA.

¡Triste dél si no se esconde!

REY.

Voto y juramento hago
De hacer en él un castigo
Que ponga al mundo temor.

ESCENA XXVI.

UN PAJE.—DICHOS.

PAJE. (Al Rey.)

Aquí dice un labrador
Que le importa hablar contigo.

REY.

Señora, tomemos sillas.

CONDESTABLE.

Este algun aviso es.
(Va el paje á avisar.)

ESCENA XXVII.

PERIBÁÑEZ, de labrador y con capa
larga; CASILDA.—DICHOS.

PERIBÁÑEZ.

Dame, gran Señor, tus plés.

REY.

Habla, y no estés de rodillas.

PERIBÁÑEZ.

¿Cómo, Señor, puedo hablar,
Si me ha faltado la habla
Y turbado los sentidos
Después que miré tu cara?
Pero siéndome forzoso,
Con la justa confianza
Que tengo de tu justicia,
Comienzo tales palabras.
Yo soy Peribañez.

REY.

¿Quién?

PERIBÁÑEZ.

Peribañez el de Ocaña.

REY.

Matalde, guardas, matalde.

REINA.

No en mis ojos.—Tenéos, guardas.

REY.

Tened respeto á la Reina.

PERIBÁÑEZ.

Pues ya que matarme mandas,
No me oirás siquiera, Enrique,
Pues Justiciero te llaman?

REINA.

Bien dice: oíde, Señor.

REY.

Bien decís; no me acordaba
Que las partes se han de oír,
Y mas cuando son tan flacas.—
Prosigue.

PERIBÁÑEZ.

Yo soy un hombre,
Aunque de villana casta,
Limpio de sangre, y jamás
De hebrea ó mora manchada.
Fuí el mejor de mis iguales,
Y en cuantas cosas trataban
Me dieron primero voto,
Y truje seis años vara.
Caséme con la que ves,
También limpia, aunque villana;
Virtuosa, si la ha visto
La envidia asida á la fama.
El comendador Fadrique,
De vuestra villa de Ocaña
Señor y comendador,
Dió, como mozo, en amaria.
Fingiéndome por servicios,
Honró mis humildes casas
De unos reposteros, que eran
Cubiertas de tales cargas.
Móme un par de mulas buenas...
Mas no tan buenas; que sacan
Este carro de mi honra
De los lodos de mi infamia.
Con esto intentó una noche,
Que ausente de Ocaña estaba,
Forzar mi mujer; mas fuése
Con la esperanza burlada.
Vine yo, supelo todo,
Y de las paredes bajas
Quité las armas, que al toro
Pudieran servir de capa.
Advertí mejor su intento;
Mas llamóme una mañana,
Y díjome que tenía
De vuestras altezas cartas
Para que con gente alguna
Le sirviese esta jornada;
En fin, de cien labradores
Me dió la valiente escuadra.
Con nombre de capitán
Salí con ellos de Ocaña;
Y como vi que de noche
Era mi deshonra clara,
En una yegua á las diez
De vuelta en mi casa estaba;
Que oí decir á un hidalgo
Que era bienaventuranza
Tener en las ocasiones
Dos yeguas buenas en casa.
Hallé mis puertas rompidas
Y mi mujer destocada,
Como corderilla simple
Que está del lobo en las garras.
Dió voces, llegué, saqué
La misma daga y espada
Que ceñí para servirte,
No para tan triste hazaña;
Paséle el pecho, y entonces
Dejó la cordera blanca,
Porque yo, como pastor,
Supe del lobo quitarla.
Vine á Toledo, y hallé
Que por mi cabeza daban
Mil escudos; y así, quise
Que mi Casilda me traiga.
Hazle esta merced, Señor;
Que es quien agora la gana,

Porque viuda de mí,
No pierda prenda tan alta.

REY.

¿Qué os parece?

REINA.

Que he llorado;
Que es la respuesta que basta
Para ver que no es delito,
Sino valor.

REY.

¡Cosa extraña!
¿Que un labrador tan humilde
Estime tanto su fama!

¡Vive Dios, que no es razon
Matarle! Yo le hago gracia
De la vida... Mas ¿qué digo?
Esto justicia se llama.
Y á un hombre deste valor
Le quiero en esta jornada
Por capitán de la gente
Misma que sacó de Ocaña.
Dén á su mujer la renta,
Y cúplase mi palabra,
Y despues desta ocasion,
Para la defensa y guarda
De su persona, le doy
Licencia de traer armas
Defensivas y ofensivas.

PERIDÁÑEZ.

Con razon todos te llaman
Don Enrique el Justiciero.

REINA.

A vos, labradora honrada,
Os mando de mis vestidos
Cuatro, porque andéis con galas,
Siendo mujer de soldado.

PERIDÁÑEZ.

Senado, con esto acaba
La tragicomedia insigne
Del Comendador de Ocaña.

LA DISCRETA VENGANZA.

PERSONAS.

DON JUAN DE MENÉSES.
TELLO, su criado.
DON RAMIRO.
RODRIGO, criado.
DOÑA ANA.

LEONOR.
DON NUÑO.
DON VASCO.
DON ALONSO, REY DE
PORTUGAL.

LA REINA DOÑA BEA-
TRIZ.
DOÑA INÉS, dama caste-
llana.
LA GUARDA.

UN ESCUDERO.
ACOMPANAMIENTO.
PRETENDIENTES.

La escena es en Lisboa.

ACTO PRIMERO.

Calle.

ESCENA PRIMERA.

DON JUAN, TELLO.

TELLO.

Aquí entraron.

DON JUAN.

¿Si saldrán

Tan presto?

TELLO.

Quien ama espere.

DON JUAN.

¿Será mucho?

TELLO.

Como fuere

La gracia del capellan.

Pero que entres es mejor.

DON JUAN.

Jamás en la iglesia entré
Mas que á ver á Dios.

TELLO.

Y fué

Lo demás notable error.
Aunque algunos gentilhombres,
De poca edad en efeto,
Que por tenerles respeto
No quiero decir sus nombres,
Están en el templo santo
Tan inquietos por hablar,
Que no sé yo en qué lugar
Pudieran estarlo tanto.

DON JUAN.

¿Quién con doña Ana venia?

TELLO.

Solamente vi á Leonor,
Que era la madre de amor,
Y ella al amor parecia.
Lo demás era escuderos,
Gente de bulto, pintados
Al olio, bien confirmados,
Pero de pocos dineros.
Orden estrecha, en rigores
Del mal pasar mas perfetos,
Que son como recoletos
De otras ordenes mayores;
Gente de alhaja, en quien tienen
Su aguja y remiendos juntos,
Tan amigos de sus puntos,
Que así las medias mantienen.

DON JUAN.

¿Damas del barrio?

TELLO.

Si había.

Doña Lucrecia, no sé
Si tan casta, ó porque fué
Lucrecia por ironía.
Doña Guiomar, que en deseos
De casarse es infeliz,
Y tan roma en la nariz,
Que puede dar jubileos.
Desta quiero que el jubon
A la rodilla imagines;
Que en dejando los chapines,
No es mujer, sino sayon.
Doña Esperanza, sin ella,
Y de su color vestida.

DON JUAN.

No digas mas, por tu vida...

TELLO.

La pesa de ser doncella.

DON JUAN.

Satirico estás.

TELLO.

Si quieres,

Callaré.

DON JUAN.

¿No hay hermosuras

Que alabes?

TELLO.

Bellas criaturas,

Más ángeles que mujeres.
Con primera de setenta
Y cabellera famosa
Entró doña...

DON JUAN.

Tente.

TELLO.

¿Es cosa

La edad, por dicha, que afrenta?

DON JUAN.

Dile, Tello, á una mujer
Cuántas inventó la ira,
Y verás que no se admira
Como de verse tener
Por vieja: es fuerte apellido.

TELLO.

Luego ¿no es bueno vivir?

DON JUAN.

Bueno, no hay mas que pedir;
Pero no el haber vivido.
El tiempo es mas cortesano;
A nadie viejo llamó;
Siempre en secreto quitó
La edad con ligera mano.
Hoy un día, otro mañana...
De suerte que, sin ofensa,
Cuando en la verde se piensa,
Ha llegado la edad cana.

TELLO.

¿Quieres un cuento, sin ser
Satira?

DON JUAN.

Con mil oídos.

TELLO.

Con unos ojos dormidos
Nació una hermosa mujer,
Señor, en nuestra Lisboa;
Y viéndola celebrada
Las mujeres, fué envidiada
Su fama, que aun hoy se loa.
Y por pensar agradar,
Han dado en traer fingidos
Esto de ojuelos dormidos...
Digo, á medio despertar.
Unas se fingen bisojas,
Otras bizcas, otras tuertas,
Otras templan las compuertas
Como que les dan congojas.
Otras no ven á tomar
Lo que les dan... Pero miento,
Porque á tomar, aun á tiento,
Cualquiera sabe acertar.
Otras con ojos saltaditos
Son carneros mortecinos...
En fin, por varios caminos
Todas traen ojos plegados.
Y ¡plega á Dios!...

DON JUAN.

¿No es aquel

Don Nuño?

TELLO.

Y con él Ramiro.

DON JUAN.

¡Brava sombra!

TELLO.

No me admiro;

Que da mucha sombra en él.

ESCENA II.

DON NUÑO, DON RAMIRO.—Dichos.

DON NUÑO. (A don Ramiro.)

En fin, ¿há rato que están
En la iglesia?

DON RAMIRO.

Há mas de un hora.

DON JUAN. (A Tello.)

¿Que aun este me siga agora!

DON NUÑO. (A don Ramiro.)

Ya está á la puerta don Juan.

DON RAMIRO.

Con lo de primo pretende
Lo de galán encubrir.

DON JUAN.

¿Que aun de tanto perseguir
La iglesia no me defiende?
¿Vendrá á verla?

TELLO.
Si vendrá.
DON JUAN.
Celos tengo.
TELLO.
No son justos.
DON JUAN.
No tienen razon los gustos.
¿Querrá la bien?
TELLO.
No querrá.
DON NUÑO.
Don Juan tiene, por lo primo,
Gran ocasion para hablar.
DON JUAN.
Este ha dado en porfiar.
TELLO.
Yo tu buena dicha estimo.
DON JUAN.
Ellas salen.
TELLO.
Desde aquí
Las puedes ver.
DON RAMIRO.
Ellas salen.
DON NUÑO.
Si celos y amor me valen,
La ocasion vuelve por mí.

ESCENA III.

DOÑA ANA, con la mano sobre el brazo de su ESCUDERO; detrás, **LEONOR** y **acompañamiento**. — Dichos.

ESCUDERO.
Detenerte en el sermón
Fué causa que vayas tarde.
DOÑA ANA.
Oír hablar á un discreto
No puede cansar á nadie.
LEONOR.
Aquí está don Juan, tu primo.
DOÑA ANA.
Alzadme, Sancho, ese guante.
DON NUÑO.
Aquí estoy yo.
DON JUAN.
Y yo tambien.
DON NUÑO.
Yo le he tomado.
DON JUAN.
Dejalde.
DON NUÑO.
¿Que le deje? ¿Qué decís?
DON JUAN.
Lo que digo.
DON NUÑO.
Si el alzarle
Fuera, don Juan, vuestra dicha,
Callara yo.
DOÑA ANA.
No se trate
De mis cosas de esa suerte.
Llévele don Nuño, y calle
Don Juan.
DON NUÑO.
El favor me obliga,
Señora, á que os acompañe.
DOÑA ANA.
Hacedme merced que os vais.
DON NUÑO.
¿Qué puede haber que me mande

Vueseforía, que yo
No obedezca?
(*Vanse doña Ana, Leonor, el escudero y el acompañamiento.*)
DON JUAN. (Ap.)
Cielos, dadme
Paciencia.
DON NUÑO.
Ramiro, vén.
DON RAMIRO.
¡Extraño favor!
DON NUÑO.
Notable.
(*Vanse don Nuño y don Ramiro.*)

ESCENA IV.

DON JUAN, TELLO.

DON JUAN.
¿Qué sientes?
TELLO.
Que quiere bien
A don Nuño.
DON NUÑO.
¡Que declare
Señora tan principal,
Y en ocasion semejante,
Desta manera su gusto!
TELLO.
Si quiso desengañarte,
¡Terrible medio!
DON JUAN.
No fuera
Menor, bastante á obligarme.
Hago juramento, ingrata,
De no quererte ni hablarte
Mas en mi vida.
TELLO.
Y yo juro
Lo mismo á Leonor.
DON JUAN.
Si entrare
Mas en tu casa, cruel,
Ni pasare por tu calle,
El amigo que tuviere
Mas obligado, me mate.
TELLO.
Si te viere mas, Leonor,
¡Plega al cielo que me canse
Un necio con sus visitas,
Con sus hechuras un sastre,
Con sus versos un poeta,
Con sus prosas un pedante
Destos que cuentos de viejas
Llaman novelas morales!
Y ¡plega á Dios que me mire
Con anteojos, por donaire,
Una destas damas frias,
De quien no los tiene nadie!
Y ¡plega á Dios!...

DON JUAN.

Calla, Tello;
Que vuelve doña Ana á darme
Mas celos.

TELLO.

Antes sospecho
Que quiere partir los guantes.

ESCENA V.

DOÑA ANA, LEONOR, EL ESCUDERO, **acompañamiento**. — Dichos.

DOÑA ANA.

Desviáos todos allá. —
Tú llama á mi primo.

LEONOR.

Voy.

DON JUAN.

No es menester; que aquí estoy.

LEONOR.

Aquí responde que está.

DOÑA ANA.

Estarás pensando ya
Mil quimeras contra mí,
Porque el guante permití
Que don Nuño se llevase.

DON JUAN.

Cuando de tí me quejase,
¿No me diste causa?

DOÑA ANA.

Si.

Pero siendo portugueses
Y hombres de tanto valor,
Donde los puntos de honor
Tienen tales intereses,
Querria que conocieses
Que se le dejó llevar,
No porque le quise dar
El favor, que ha sido engaño,
Mas por excusar el daño
Que podia resultar.
¿Era fuerza reñir?

DON JUAN.

Si.

DOÑA ANA.

Pues si este daño excusé,
Discrecion, y no amor, fué
Aquel favor que le di.

Y pues á darte volví,
Primo, tal satisfacion,
Volvamos por mi opinion,
Yo en decirte la verdad,
Y tú en que esta libertad
Te parezca discrecion.
Que creas, don Juan, te ruego
Que en ocasion semejante
Mi amor pidió en aquel guante
De limosna tu sosiego.
Ya estabas de enojo ciego,
Y Nuño ciego de amor:
Componeros fué mejor,
Y agora no darte á tí
El guante que tengo aquí,
Por no igualar el favor.
Quedemos amigos llanos,
Y de guantes no te espantes;
Que no quiero yo dar guantes
A quien puedo dar las manos.
Salgan pues los celos vanos,
Si el alma toda se os muestra;
Que es una la sangre nuestra,
Y que lo veréis confío,
Pues si vos quereis ser mío,
Tambien quiero yo ser vuestra.

(*Vanse doña Ana, Leonor, el escudero y el acompañamiento.*)

ESCENA VI.

DON JUAN, TELLO.

DON JUAN.

Como quien sueña y despierta,
Tello, he quedado de ver
El valor desta mujer.

TELLO.

Ya vi tu esperanza muerta.

DON JUAN.

Llegó el amor á la puerta.
La mano que prometió,
A su lugar la volvió.

TELLO.

¡Bien haya quien quiere bien

A mujer discreta, amén!

DON JUAN.

Bien puedo decir que yo.

TELLO.

Mujeres hay que en no viendo
Sangre por ellas y espadas,
Piensan que no son amadas.

DON JUAN.

De ese necio amor me ofendo.
Vén á palacio; que entiendo
Que pedirá de comer
El Rey.

TELLO.

Si fuera mujer,
Buscará, á lo Celestina,
Un hombre rico y gallina
Para pelar y comer.

(Vase.)

Sala del real palacio.

ESCENA VII.

EL REY, DON NUÑO, DON RAMIRO,
DON VASCO.

REY.

Muerto mi hermano, y posesion tomada
De Portugal, Coimbra ya rendida,
Temerosos los moros, y ganada
La parte mas rebelde y mas temida,
De pacífica oliva coronada
La guerra, en sangre y en furor teñida,
Sacando á solas fiestas los aceros.
Mas, como en esta vida no es posible
Teuer descanso sin pension de pena,
Entanto bien ¡oh confusion terrible!
Mortal cuidado mi placer condena,
Teniendo el heredar por imposible.
Caséme, como veis, en tierra ajena,
Y aunque casado bien, sin esperanza
Del dulce fruto que el amor alcanza.
Es de Borgoña la condesa ilustre
Mujer de gran valor y muchos años,
Y no hay cosa que á un reino mas desluse
Que padecer la sucesion engaños. ¡tre
No he menester quien mi prosapia ilus-

tre,
Mi sangre es conocida en los extraños;
Hijos quisiera yo, porque no fuera
En mi la de mis padres la postrera.
No sé qué pueda hacer.

DON VASCO.

Pues ha quedado
La Condesa, Señor, en Francia agora.
Y dos años que el reino has gobernado
Vivió sin ti como tan gran señora.
Trata divorcio justo; que tu estado
Con solas esperanzas se mejora;
Pero, si no te casas, cada día
Irás perdiendo mas la que tenia.
Fué don Sancho Capelo, hermano tuyo,
Inhábil para el reino y para todo.
La justicia cesó, de donde arguyo
Que le faltó para el gobierno el modo.
Ya Portugal con el dichoso tuyo,
Que á tus padres y abuelos acomodo,
Restaura el bien perdido; mas no puede
Mientras que no le dejas quien te herede.
Cásate, gran Señor; que justamente
Dispensará el Pontífice.

REY.

Bien creo
Que, como padre, lo será Clemente,
Por el público bien, de mi deseo;
Mas no es razon que sin saberlo intente
Su permission.

L-III.

DON VASCO.

Yo, gran Señor, no veo

Dificultad.

REY.

Don Nuño, ¿qué os parece?

DON NUÑO.

Si aquí la poca edad lugar merece,
Y donde habló la gravedad anciana
De don Vascode Acuña hablar podemos,
No contradice la piedad cristiana
Que matrimonio igual te aconsejemos.

DON RAMIRO.

A todos nos parece cosa llana,
De vuestra edad mirando los extremos.
Tú mozo, y ella ya de tantos años,
Pronostica, Señor, futuros daños.

REY.

Ya don Juan de Meneses ha venido,
Hombre de tal valor y entendimiento,
Que supliendo su edad, dirá si ha sido
Digno de ejecutar mi pensamiento.

ESCENA VIII.

DON JUAN. — Dichos.

DON JUAN.

Los plés, Señor, á vuestra alteza pido.

REY.

Don Juan, ya que pacífico me siento,
Y me siento en la silla de mi hermano,
Rey del famoso imperio lusitano,
He propuesto lo que es tan importante,
A aquestos caballeros, y deseo
Que vuestro voto, á todos semejante,
Confirme su opinion. Pues rey me veo,
La falta de los hijos ¿es bastante
Causa, don Juan (que yo portalla creo),
Para que, repudiando á la Condesa,
Pueda casarme? Ya mostráis que os pesa.

DON JUAN.

Señor, á la Condesa, mi señora,
El tiempo que con vos estuve en Francia,
Tanto debí, que referirlo agora
Ni parece lugar ni es de importancia.
Si todas las riquezas que átesora,
Teniendo el despreciallas por ganancia,
Gastó con vos, y á ser el mundo entero,
Cuando érades un pobre caballero,
Agora que sois rey, ¿es justa cosa
Que no sea reina la que os hizo conde?
Y pues os hizo conde, ¿no es forzosa
Hacerla reina? La razon responde:
«Pagad deuda tan justa y amorosa,
Y reine en Portugal; que corresponde
Al valor con que nacen y á las leyes
Los reyes hombres y los condes reyes.»
Si ella, mujer, os hizo conde, ¿es justo
Que vos, hombre, no hagais á la Condesa
Reina cuando podeis?

DON VASCO.

Y ¿no es injusto
Ser de un extraño esta corona opresa?
Su majestad propone su disgusto,
Nosotros lo pedimos, á él le pesa.
¿Qué sucesion prometen cincuenta años?
¿No han de mirarselos comunes daños?

DON NUÑO.

No los mira Meneses, solo mira
El bien de la Duquesa y su privanza.

DON JUAN.

Que habéis, don Nuño, aquí tan mal,
don Nuño. ¡me admira.

¿Quién habla mal?

REY.

¿Qué es esto?

DON JUAN.

Tu mudanza.

REY.

Salid todos de aquí.

(Vase don Nuño, don Ramiro y don Vasco.)

ESCENA IX.

EL REY, DON JUAN.

DON JUAN.

Templa la ira,
Si á tu respeto alguna parte alcanza,
Porque cuando preguntas pareceres,
No ha de ofenderte ser el que no quieres;
Que en lo demás yo soy tan obediente
Y te amo tanto, que seré el primero
Que obedecer, Señor, tu gusto intente,
Porque bien sabes tú lo que te quiero.
Una cosa es decir lo que uno siente
A su rey, como libre consejero,
Y otra el obedecer como criado
Que á sola la obediencia está obligado.

REY.

Don Juan, vuestra discrecion
Siempre me tuvo contento.
Servime de vos en Francia,
Y no tuve en mis destierros
Otro amigo, otro pariente,
Otro sabio consejero.
Aquellas eran fortunas,
Mas fácil era el consejo;
Estas son prosperidades,
Por mas difícil le tengo.
Sabed que el embajador
De Castilla me ha propuesto
Que el rey don Alonso el Sabio
Desea hacerme su yerno.
Doña Beatriz de Guzman,
Su hija, me ofrece, y creo
Que con lo que él me promete
Alcanzo el bien que pretendo.
Dáme en dote los Algarbes,
Que es un reino, y todo aquello
De la otra parte del Tajo,
Que acá decis Alentejo.
Ayudadme como amigo,
Porque desta suerte quedo
Con reino y con esperanzas
De tener sucesion presto;
Porque aguardar á que muera
La Condesa, ó por mal medio
Intentar lo que no es justo,
No es cristiano pensamiento.

DON JUAN.

Señor, mirad en qué os sirvo.

REY.

Mostraros, Meneses, quiero
Un retrato que me ha dado
El Embajador. ¿No es bello?

DON JUAN.

Siendo así el original...

REY.

Que es un ángel os prometo.
Vos habeis de ir á Sevilla
A tratar mi casamiento
Con tal secreto, don Juan,
Que aun no lo sepa el secreto.
Si os la diere el Rey, traelda
Con poco acompañamiento
Y con nombre disfrazado;
Porque en sabiéndolo, creo
Que lo impida la Condesa;
Y cuando hay impedimento,
Para los interesados
Es mejor cuando está hecho.—
Pues ¿de qué os entrístecéis,
Don Juan? De qué estáis suspenso?

Alguna cosa os lastima;
En todo contrario os veo.
¿Qué es esto? Decid, hablad.

DON JUAN.

Con mi rey, Señor, no puedo;
Con un amigo, si hiciera.

REY.

Pues ¿no soy yo amigo vuestro?

DON JUAN.

Bésoos mil veces los plés.

REY.

Hablad, don Juan; decid luego
La causa desta tristeza.

DON JUAN.

Señor...

REY.

Acabad.

DON JUAN.

Viniendo
De Francia, como era justo,
Fui visitando á mis deudos.
Entré en casa de mi tío,
Y vi un ángel de los cielos
En doña Ana de Meneses.

REY.

Dicen que es hermosa.

DON JUAN.

Pienso

Que rompió naturaleza
La estampa, y quedó diciendo:
«No ha de hacerse otra hermosura
Donde doña Ana se ha hecho.»

REY.

Habláis como enamorado.
No vais, don Juan; ya os entiendo.

DON JUAN.

«No es eso, Señor, por Dios,
Por lo que yo me entristezco.

REY.

Pues ¿por qué?

DON JUAN.

Sírvela Nuño

De Tabora, y tengo celos
Que en mi ausencia no se casen.

REY.

No podrán, si yo no quiero.

DON JUAN.

Esto temo; que el hablaría
No, porque en su calle puedo
Dejar de noche un criado.

REY.

Partid; que entre tanto ofrezco
Hacer oficio de amigo.

DON JUAN.

Otra vez los plés os beso.

REY.

Tomad la posta, don Juan,
Sin que de mi pensamiento
Déis parte á vuestra alma misma.

DON JUAN.

Pleito homenaje os prometo.

REY.

Voy á escribir. (Vase.)
Y yo; ¡triste!
De celos muriendo quedo.
¡Oh ausencia, siempre enemiga!

ESCENA X.

TELLO.—DON JUAN.

TELLO.

En tu busca vengo.

DON JUAN.

¡Ay Tello!

TELLO.

¡Ay Tello! ¡Cuerpo de tal!
¿Qué tenemos?

DON JUAN.

No tenemos.
¿Es bueno ausentarse un hombre,
Cuando quiere bien?

TELLO.

No es bueno.

DON JUAN.

Pues yo me ausento, y me voy
A Sevilla, cuando menos.

TELLO.

¡A Sevilla! ¿Pesa tal!
¡Vive el cielo, que me huelgo!
¡Linda tierra! Un paraíso.
Pardiez, Señor, que tenemos
De enamorarnos allá,
Y dejar estos requiebros,
Tan necios como cansados.

DON JUAN.

Dios sabe cuánto contento,
Tello, tuviera en llevarte.

TELLO.

Luego ¿no voy? Lindo es eso.

DON JUAN.

No, Tello; que en mi lugar,
Para que guardes, te dejo,
La calle, en que ya don Nuño
Quiere matarme de celos.
Acude todas las noches
A ver lo que pasa.

TELLO.

En viendo
Que te sirvo, no replico.
Mas ¿para qué te entretengo,
Si con aqueste papel
Te doy el mayor consuelo
Que en esta partida esperas?

DON JUAN.

No sé si consuelo espero.
¿Quién te le ha dado?

TELLO.

Leonor.

¿Qué miras? Abrele presto;
Que no te he visto en mi vida
Sin ánimo.

DON JUAN.

Voyme, y temo
Que no he de hallar estas cosas
Con la fe que las merezco.
Mándame el Rey que me parta,
Al Rey hice juramento
De no decir la ocasión;
Y pues á tí te la niego,
Siendo tan honrado hidalgo,
No hay mas encarecimiento.
Leo el papel con tristeza.

TELLO.

No la tengas, si estás cierto
Desta lealtad y esta espada.
Mas lee el papel.

DON JUAN.

Ya leo.

(Lee.) «Esta noche tengo qué decir-
ros: hacéme placer de poneros junto
á la reja, dadas las once; que no he
creído que os dejé satisfecho, ni yo lo
estoy de mí misma, hasta que sepais
lo que os quiero.—Vuestra prima.»

TELLO.

Poco, y de mujer de bien,
Sin acción ni superior.

¡No irás á verla, Señor,
Y á despedirte también?

DON JUAN.

No, Tello; que mi partida
Ha de ser con gran secreto.

TELLO.

¿Despedirte no?

DON JUAN.

En efeto,
Parto de la misma vida,
Y no puedo despedirme.
Calla tú, Tello, también;
Que esto llaman servir bien.

TELLO.

Seré como un monte firme,
Y en guardar aquella puerta
De mas vista que el dragon
Que pintan á Pálas.

DON JUAN.

Son
Mis dichas desdicha cierta.
El Rey habrá escrito ya
Lo que te he dicho;—y adios,
Pues sabes que entre los dos
Todo mi remedio está:
Doña Ana, pagando bien
Mi amor en aquesta ausencia,
Y tú haciendo resistencia
A mis contrarios también.

TELLO.

De mí ya hay prueba bastante,
Y de ella no hay que temer;
Que si es vidrio por mujer,
Es por amante diamante.
(Vase.)

Saló en casa de doña Ana.

ESCENA XI.

DOÑA ANA, LEONOR.

DOÑA ANA.

No hay por qué culpa me déan
Tus consejos sin razón;
Que fué determinación
De mujer que quiere bien.

LEONOR.

No te culpo ni disculpo
Por lo que te has disculpado;
Que de no haber aguardado
Es solo lo que te culpo.
Ocasión tener pudieras
De asegurar á don Juan.

DOÑA ANA.

Nunca tanto espacio dan
Celos, amando de veras.
Quedaba tan mal mi primo.
Que esto y mas fué menester.
Yo pienso ser su mujer,
Ya por mi dueño le estimo.
Amarme para burlarme
No puede ser; que es su honor
El mío, ni es mi valor
Para burlarme y no amarme.
Dame unos guantes; que estoy
Como quien suele, perdiendo,
Quedar en un naípe, viendo
Con lo que perdí.

LEONOR.

Ya voy. (Vase.)

ESCENA XII.

DOÑA ANA.

(ronj)
Todos los daños que el amor viene

De haber competidores resultaron ;
Que cuando sin terceros se amaron,
Seguro fin á su esperanza dieron.

Nunca los celos ocasion tuvieron,
Ni las mudanzas gusto imaginaron,
Los desdenes y agravios se vengaron,
Ni de verse las horas se perdieron.

Donde hay competidor, ó tierno ó gra
Se siguen á los dos graves desvelos. [ve,
Y no hay seguro amor que bien acabe;
Que siendo tres, hay celos y recelos,
Y nadie con amor tan poco sabe,
Que espere paz adonde hubiere celos.

ESCENA XIII.

LEONOR, con una salva y unos guantes
en ella. — DOÑA ANA.

LEONOR.

Los guantes tienes aquí.

DOÑA ANA.

Muestra. ¡Qué extremado olor!
¡Hanse hecho en casa, Leonor?

LEONOR.

Estoy por decir que sí.

DOÑA ANA.

¡Qué dices?

LEONOR.

No se me acuerda.

Calza primero la mano
Derecha; que no es en vano,
Si ayuda mejor la izquierda.

DOÑA ANA.

¡Qué es aquesto que está aquí?

LEONOR.

¡En el guante?

DOÑA ANA.

Dentro dél.

¡Dos sortijas y un papel!

LEONOR.

Yo ni lo sé ni lo vi.

DOÑA ANA.

Dí la verdad: ¿quién te ha dado
Estos guantes?

LEONOR.

Envíó

Don Nuño un paje, á quien yo
Bien mostrara rostro airado,
Si no entrara á la ocasion
Quien, si por dicha me oyera,
Alguna duda pusiera
En tu virtud y opinion.

DOÑA ANA.

¡Ah, Leonor, que las criadas
Siempre pensais que agradais
Con tomar! y es que tomáis
Por quedar aprovechadas.
Mostrais confidentes pechos,
Y sois contra nuestras famas
Puerto seco de las amas,
Que se os pegan los derechos.
¡Cuántos señores tambien,
Porque toman sus criados,
Sin culpa han sido culpados;
Haciendo su oficio bien!

LEONOR.

Unos guantes para tí,
¡Qué pudo de su valor
Quedarme, si no el olor
De que pasaron por mí?

DOÑA ANA.

Aun esto no perdonais.
Por lo que escuchais, veréis
Que del olor gusto hacéis
Y que déis os sustentais.
¡Diamantes don Nuño á mí!

Basta, que el necio ha querido
Pagarme, aunque fué fingido,
El guante que yo le di.

LEONOR.

Lee, Señora, el papel;
Que él se sabrá disculpar.

DOÑA ANA.

Antes se le pienso dar,
Sin ver lo que viene en él,
Aquesta noche á mi primo.

LEONOR.

Pues ¿qué importa que le leas
Primero?

DOÑA ANA.

Quiero que creas
Lo que le adoro y estimo.

LEONOR.

Aunque lo tengo por llano,
Eres la primer mujer
Que ha dejado de leer
Papel que llegó á su mano.

DOÑA ANA.

Guantes, papel y diamantes
Serán de don Juan despojos,
Y cuanto llegue á mis ojos
De ocasiones semejantes.
Y tú, si quieres, Leonor,
Vivir donde te has criado,
Ten respeto á quien te ha dado
De hoy mas para tí señor;
Que ya he venido á creer
Que no quieres bien á Tello.

LEONOR.

Si pensara en un cabello,
En un átomo ofender
Tan grandes obligaciones,
Antes me diera mil muertes.

DOÑA ANA.

Pues, Leonor, para que aciertes
En iguales ocasiones,
De aqueste consejo infiere
Lo que has de hacer y decir:
O no servir, ó servir
De hacer lo que el dueño quiere.
(*Vanse.*)

—

. Calle.

ESCENA XIV.

DON NUÑO, DON RAMIRO y RODRI-
GO, de noche.

DON RAMIRO.

Fué presente muy discreto.

DON NUÑO.

Por el guante envié los guantes,
Por las manos los diamantes,
Por el favor el soneto.

DON RAMIRO.

De manera que el papel
¿Un soneto contenia?

DON NUÑO.

En él el favor decia,
Y enviaba el alma en él.

DON RAMIRO.

Y ¿compusistesle vos?

DON NUÑO.

Pues ¿quién hay que, enamorado,
Le haya pedido prestado?

DON RAMIRO.

Yo he pedido mas de dos
A quien sabe componer,
Al mismo Virgilio igual,

Porque, para hacerlos mal,
No los he querido hacer.

DON NUÑO.

Eso no me diera pena.
Versos son, cuerdos ó locos;
Que cosa que entienden pocos,
¿Qué importa ser mala ó buena?

DON RAMIRO.

¿Por qué invidian al que escribe
Los que escriben?

DON NUÑO.

Porque están

Desconfiados.

DON RAMIRO.

Don Juan

¿Escribe?

DON NUÑO.

Confiado vive.

DON RAMIRO.

No hay ciencia mas desigual;
Todos juzgarla pretenden.

DON NUÑO.

Si juzgan lo que no entienden,
Claro está que juzgan mal.
Es ciencia que el que hoy comienza,
Dice que él solo la sabe,
Y que del mas culto y grave
Habla con poca vergüenza:
Defecto del no saber;
Que el que comienza á pintar
Es imposible igualar
Al que le enseña á tener
Los pinceles en la mano;
Y así, verás mil personas,
Poetas de pintar monas,
Llenos de arrogancia en vano.

DON RAMIRO.

Dime el soneto.

DON NUÑO.

Este fué...

Mas no le juzgues con arte.

DON RAMIRO.

Amor es arte en la parte
Que se vale de su fe.

DON NUÑO. (*Lee.*)

«Cubre la parda nube el luminoso
Cuerpo del sol; pero pretendo en vano
Su negro luto oscurecer tirano
Los resplandores de su rostro hermoso.
»Tal fué aquel guante que cubrió di-

[choso

La blanca nieve de su tierna mano,
A quien lo terso del marfil tirano
Su vencido color rindió lustroso. [ve
»Mirando el sol de vuestra mano esta-
Y la nube del guante, que pudiera
Cubrir la luz en que abrasado anduve.
»Mas, porque lo mortal no se atrevie-

[ra,

Por no abrasarme, me dejó la nube,
Y fuése el sol á su divina esfera.»

DON RAMIRO.

Bien le podeis alabar;
Que dicen que ahora se usa.

DON NUÑO.

En materia tan difusa
Mas le pude levantar.

DON RAMIRO.

No sois poeta de ahora,
Pues no alabais lo que hacéis.

DON NUÑO.

¿Por tan necio me teneis?
Eso ¿qué ensalza ó mejora?
Yo sé qué el hombre que sabe,
Nunca de humillarse acaba;
Que el que á sí mismo se alaba
Es por no hallar quien le alabe.

No es una mujer hermosa
Porque lo diga su espejo;
Que es falso tomar consejo
Con tan lisonjera cosa.
Y así, mirarse el poeta
En sus obras, le engañó,
Porque á sí mismo se vió,
Donde no hay cosa imperfecta.—
La noche está ya en su filo,
Baste la conversacion;
Que ya los que saben son
Conocidos por su estilo.
No piensen los principiantes
Que nos han de volver locos;
Que los sabios ya son pocos,
Y muchos los ignorantes.

DON RAMIRO.

Póngase Rodrigo allí,
Yo á esta parte, y vos llegad.

DON NUÑO.

¡Ay soberana beldad!
¡Si te has de doler de mí?

ESCENA XV.

TELLO, *de noche, con espada
y broquel.* — DICHOS.

TELLO. *(Para sí.)*

Perdone esta vez el sueño;
Que tengo de desvelalle,
Para rondar esta calle
En ausencia de mi dueño.
El se partió, no de mí;
Que partiendo, en mí quedó;
Su cuidado me dejó,
Con el mismo vengo aquí.—
¡Son estas sombras acaso
Destas famosas columnas,
Que por eso quedán lunas
Partiendo el sol al acaso?
Sombras son... pero no son.
Hombres son, y tres parecen,
Que bien armados se ofrecen:
No vienen sin ocasion.
Acometer á los tres
Es loca temeridad,
Aunque la mucha lealtad
Me está incitando los piés.
Puesirme, sin dar razon
A don Juan deste suceso.
Que es gran flojedad confieso.
Mas ¿cómo sabré quien son?
Valedme, industria. *(Grita.)* ¡Ay de mí!
¡Ay! que me han muerto!

DON NUÑO.

¿Qué es esto?

TELLO. *(Ap.)*

Ya dejan todos el puesto.

DON RAMIRO.

¿Eres quien te quejas?

TELLO.

SÍ.

DON RAMIRO.

¿Quién te ha herido?

TELLO.

Aquí me han dado

Dos heridas entre seis.
Si sangre noble tenéis,
Del alma tened cuidado.

DON NUÑO.

Asíde vos de esa parte.

RODRIGO.

Tente, hombre.

TELLO.

Ya me tengo;
Que tan desangrado vengo...
(Ap. ¡Qué poderoso es el arte!)
Que aun no me puedo tener.
Mi alma os encomendaré,

Y de quien sois me fiara,
Si lo pudiera saber.

DON NUÑO.

Nuño de Tabora soy.
Hombre, lo que quieréis di.

TELLO.

¿Nuño de Tabora?

DON NUÑO.

SÍ.

TELLO.

Gracias á los cielos doy.—
Y vos ¿qué nombre tenéis?

DON RAMIRO.

¿Impórtaos el nombre mío?

TELLO.

Por saber de quién confío
Los secretos que sabréis.

DON RAMIRO.

Ramiro de Gama soy.

TELLO.

¡Ah! Sí. ¡Ramiro de Gama!
Caballero sois de fama.

Gracias á los cielos doy.
Y este mancebo ¿quién es?

RODRIGO.

Yo Rodrigo me apellido.

TELLO.

Y ¿sois hombre bien nacido?

RODRIGO.

Dicen que nací de piés;
Pero, como veis, estoy
Del talle que veis y os digo.

TELLO.

¡Qué buen mancebo, Rodrigo!
Gracias á los cielos doy.
*(Ap. ¡Vive Dios, que todos tres
Son gallegos! Engañarlos
Quiero; que para matarlos
Buscaré ocasion despues.)*
¡Ay que me da un parasismo!
Suélttenme; que veo visiones.
No me pidan mas razones;
Que yo me entiendo á mi mismo.
¡Afuera! A curarme voy.

DON NUÑO.

No me he visto mas turbado.

TELLO.

(Ap. Yo voy muy bien informado.)
Gracias á los cielos doy. *(Vase.)*

ESCENA XVI.

DON NUÑO, DON RAMIRO, RODRIGO.

DON RAMIRO.

Reconocer he querido
El hombre.

RODRIGO.

Estaba de suerte,
Con el temor de la muerte,
Turbado y descolorido,
Que no pude verle bien.

DON RAMIRO.

De la reja han hecho señas.

DON NUÑO.

Sol, si tus rayos me enseñas,
Seré tu aurora también.

DON RAMIRO.

Mucho os quiere esta señora.

DON NUÑO.

Está perdida por mí.
Los diamantes que le di,
Debe de pagarme agora.

DON RAMIRO.

Llégate á la reja bien.

ESCENA XVII.

DOÑA ANA, *de una reja alta.* — DICHOS.

DOÑA ANA.

¿Es don Juan?

DON NUÑO. *(Ap. á don Ramiro.)*

¿Si me ha tenido

Por él?

DON RAMIRO.

No me ha parecido

Bien.

DOÑA ANA.

Escuchadme, mi bien;
Que detenerme no puedo.

DON NUÑO. *(Ap.)*

¡Mi bien y don Juan! ¿Qué haré?

DOÑA ANA.

Dos palabras os diré,
Llenas de amor y de miedo.
Esos guantes y diamantes
Y ese papel me envié
Don Nuño, sin saber yo
De diamantes ni de guantes.
Todos son vuestros despojos,
Nadie os puede dar desvelos:
No tengáis, mis ojos, celos;
Que os quiero mas que á mis ojos.

(Entrase.)

ESCENA XVIII.

DON NUÑO, DON RAMIRO, RODRIGO.

DON NUÑO.

¿Hay fortuna semejante?

DON RAMIRO.

Pues ¿fuése?

DON NUÑO.

Ya ¿no lo veis?

DON RAMIRO.

¡Muy buenos guantes tenéis,
Don Nuño, en pago del guante!
Mucho os quiere esta señora.
«Está perdida por mí.
Los diamantes que la di,
Debe de pagarme agora.»

DON NUÑO.

¿Agora es tiempo de darme
Pena, sobre tanta pena?

DON RAMIRO.

Yo la tuviera por buena
Con darme y desengañarme.

DON NUÑO.

Donde la vida entretienen
Los gustos y los engaños,
Mal vienen los desengaños
Que á quitar los gustos vienen.

ESCENA XIX.

TELLO. — DICHOS.

TELLO. *(Ap.)*

No me he podido acostar
Sin ver si aquestos se han ido;
Tanto á un hombre bien nacido
Puede el honor obligar.
¡Vive Dios, que están aquí!
Acabóse, esta mujer
Ya no debe de querer
A mi señor, ¡pesa á mí!
Pero ¿cómo le dijera
Tantos engaños?... Mal hago
En dar á su fe tal pago.
Si es quien es, será quien era.
Esto es que Nuño porfia.

¿Podré aquí tener paciencia?
¡Ah gallego! ¡Esta es ausencia,
Amistad y cortesía?
Solo á tres será locura;
Y con dejarme matar,
Que á nadie puedo obligar
Tengo por cosa segura.
¿Qué haré?

ESCENA XX.

EL REY, *de noche*. — DICHOS.REY. (*Para sí.*)

Si la obligación
De la amistad es cumplir
En hacer como en decir
Lo que es palabra ó razón,
No vengo á mala ocasión,
Pues que está llena de gente
La calle, y puestos en frente
Los que dan por dicha celos
A don Juan, cuyos recelos
Prometi quitarle ausente.
El partió en mi confianza,
Y puesto que soy su rey,
De la palabra la ley
Al mayor imperio alcanza.
Pierda Nuño la esperanza,
Porque salió por fiador,
No de quitarle el amor,
De estorbar si el casamiento,
Si llega su pensamiento
A merecer su valor.
Yo quiero tanto á don Juan,
Que se ha criado conmigo,
Que mas nombre de su amigo
Que no de su rey me dan.
Todos estos que aquí están
Tengo ya por enemigos,
Y los pienso hacer testigos
De que el amor hace iguales,
Porque sepan los leales
Cómo han de ser los amigos.

TELLO. (*Ap.*)

Allí he visto un caballero
Que repara en estas rejas.
Quiérome llegar á hablarle,
Aunque atrevimiento sea.

REY.

¿Quién va?

TELLO.

Detened la espada;
Que un hombre á pedirnos llega
Una merced.

REY.

A estas horas
Y en tan oscuras tinieblas
¿Quién hay que mercedes haga?

TELLO.

Quien ser hidalgo profesa.
Vos lo sois; que bien lo dice
Vuestra gallarda preñez.

REY.

Hidalgo soy, á Dios gracias,
De conocida nobleza.

TELLO.

Ya sabréis las leyes todas,
Y que es la primera dellas
Defender los agraviados.

REY.

Como fueron las ofensas.

TELLO.

Por abreviar, ¿tenéis gana
De aouchillaros?

REY.

No sea
Que seas de esa cuadrilla,
Viendo que la capa es buena...

TELLO.

No, por Dios, no os alteréis.

REY.

Pues ¿qué queréis?

TELLO.

Estas rejas
Tienen un ángel, que sirve
Un hombre de buenas prendas.
Está ausente, hame dejado
Por perdida centinela.
Son tres, soy uno: ya veis
Que es mucha la diferencia.
Vive Dios, si me ayudais,
No mas de porque me teman,
Que les he de dar mil palos!

REY.

No sé qué os dé por respuesta.
Por lo que soy caballero,
Me obliga el nombre por fuerza;
Pero es poca discreción
Meterme en causas ajenas.

TELLO.

No temais; que vive Dios,
Que no mas de con que vean
Que no soy solo, yo basto
Para tres y para treinta!

REY.

No temo yo, ni en mi vida
Tuve temor; mas quisiera
Que no dijera despues
Alguna enemiga lengua
Que aventurarse sin causa
Un hombre es poca prudencia.
Mas si me decís quién es
Quien en su lugar os deja,
Palabra os doy de ayudaros,
Y lo que viniere venga;
Que aunque sé que es desatino,
El ánimo que en mí reina
Me obliga á sacar la espada.

TELLO.

Pues, por la palabra vuestra,
Don Juan de Meneses es.

REY.

Muy en hora buena sea;
Que soy muy amigo suyo.
Llegad con gentil destreza,
Y daldes dos cuchilladas.

TELLO.

Hidalgos, los de la reja,
¿Qué están acechando ahí?
Quitense della, ó en ella
Les daré de cabezadas.

DON NUÑO.

¿De la brida ó la jineta?

TELLO.

Del diablo.

DON RAMIRO.

Mataldo á palos.

TELLO.

¿A quién, hidalgo?

(*Pelean.*)RODRIGO. (*Ap.*)

Pelea

Como un Rodamonte el hombre.

DON NUÑO.

No quiero hacer resistencia,
Por el honor de esta casa.

TELLO.

Gallina, disculpa es esa.

(*Vanse don Nuño, don Ramiro y Rodrigo.*)

ESCENA XXI.

EL REY, TELLO.

REY.

¿No vais tras ellos, hidalgo?

TELLO.

Mil veces beso la tierra
Adonde poneis los pies.
¡Pesia tal! Si el Rey os viera,
Daros un hábito es poco.
Enviarnos puede á Ceuta
Por general.

REY.

Hombre soy
Que puedo estar á su mesa.

TELLO.

¿Qué valientes cuchilladas!
Qué brio, qué gentileza!
¿No podré saber quién sois?

REY.

Si pudiera, os lo dijera;
Pero id, cuando haya lugar,
A palacio.

TELLO.

Y ¿con qué señas
Os tengo de conocer?

REY.

Si me dais alguna prenda
Que no os sirva, vos sabréis
Quién soy yo cuando os la vuelva.

TELLO.

Cosa aquí que no me sirva,
No sé... mas ya se me acuerda.
La bolsa nunca me sirve,
Nunca tengo nada en ella.
Veisla aquí.

REY.

Pues ¿tan vacía?

TELLO.

Señor, poco se maneja
El dinero entre escuderos.
Todo es tratar de noblezas,
De dorar ejecutorias,
De mostrar armas diversas,
Castillos, leones, barras,
Perros, gatos y culebras;
Cómo se pondrá una olla,
Y se hará, sin que se vea,
De una capa una ropilla,
Y que no falte montera
Para casa en todo caso;
Hacer de una media vieja
Chafallos para las otras,
Cuando dejan de ser nuevas,
Y otras cosas á esta traza.

REY.

Pues los dueños ¿no remedian
Tan justas necesidades?

TELLO.

No, Señor.

REY.

Crueldad es esa.

TELLO.

Porque no remedian ellos,
Los que los sirven remiendan.

REY.

Hombre sois de buen humor.

TELLO.

La brevedad de las cenas
Nos desahollina el sentido.

REY.

De vuestros males me pesa,
Y de ver que está vacía
Esta miserable prenda.

TELLO.

Señor, en el mismo cielo

Las lunas crecen y menguan;
El mar es inmenso, y tiene
Humildades y soberbias;
Al campo falta algun año
La prometida cosecha,
Y alguno comió faisanas
Que no alcanza berengenas.

REY.

Si vos me veis algun día,
Comeréis en mejor mesa.
Echad por aquella calle;
Que yo tengo de ir por esta.

(Vase.)

ACTO SEGUNDO.

Sala en casa de doña Ana.

ESCENA PRIMERA.

DON JUAN, DOÑA ANA, LEONOR,
TELLO.

DON JUAN.

No suele así recibirse
Quien vuelve con tanto amor.

DOÑA ANA.

No merece otro favor
Quien se va sin despedirse.

DON JUAN.

El Rey debe preferirse
A todo amor.

DOÑA ANA.

El que tiene,

Por lo que á su bien conviene,
Mas rey que amor, premio pida
Al Rey.

DON JUAN.

No ofende partida
De quien tan rendido viene.

DOÑA ANA.

Eso es lo que no se ve;
Lo que se ve fué partiros.

DON JUAN.

Bien sabe amor mis suspiros,
Mis lágrimas y mi fe.

DOÑA ANA.

No me desenojaré
Por mas engaños, don Juan.

DON JUAN.

Si vuestros enojos dan
Tan airados en perderme,
Será fuerza defenderme;
Que celos me ayudarán.

DOÑA ANA.

¿Celos agora?

DON JUAN.

No es tarde
Donde hay celos con razon.

DOÑA ANA.

No hay razon sin ocasion.

DON JUAN.

¿Qué ocasion quereis que aguarde?
Vuelvo á serviros cobarde,
Aunque animoso partí,
Porque hay un testigo aquí
Que una noche en estas rejas
Os daba un amante quejas,
Celoso tambien de mí.

DOÑA ANA.

Si os di el papel y los guantes
Que don Nuño me envió,
¿No fué fineza en que yo
Competi con sus diamantes?

DON JUAN.

Con engaños semejantes
No se da satisfacion:
Mirad si tengo razon
De quejarme y de perderme.

DOÑA ANA.

¿Negaréis, por ofenderme,
Cosas que tan ciertas son?

DON JUAN.

¿Cuándo ó con quién me habeis dado
Tales prendas?

DOÑA ANA.

Yo os las di.

DON JUAN.

¿Vos misma?

DOÑA ANA.

Yo misma.

DON JUAN.

¿A mí?

DOÑA ANA.

A vos.

DON JUAN.

¿Quién os ha engañado?

DOÑA ANA.

¿No estabades rebozado
Debajo deste balcon,
Y os dije: «Estas prendas son
De don Nuño; mas no puedo
Hablaros, por justo miedo
De mi padre?»

DON JUAN.

¿Qué invencion!

DOÑA ANA.

Si no fuistes, finalmente,
El hombre que las tomó,
Calló quien se las llevó.

DON JUAN.

¿Yo prendas, estando ausente!

DOÑA ANA.

Si el amor con celos miente,
Mentis, si teneis amor.

DON JUAN.

El saber vuestro valor
Me obliga á desengañarme;
Pero tambien á quejarme
De que fué notable error.
Sin saber primero á quién,
¿Las distes á quien no hablaba?

DOÑA ANA.

Ver que las rejas miraba
Pudo engañarme tambien.

DON JUAN.

Amor permita que estén
Las prendas en buena mano.

DOÑA ANA.

Que es Nuño tengo por liano.

DON JUAN.

Si fué Nuño, dicha ha sido;
Que prendas que os han servido,
No quierap dueño tirano.
Yo parti con el secreto
Que me ha mandado mi rey.

DOÑA ANA.

Es de un noble justa ley;
Bien lo ha mostrado el efeto.

DON JUAN.

Y pues ya quiere que sea
Público á todos por mí,
Sabad que á Sevilla fui;
Que el Rey sucesion desea,
Y no la puede tener
De la Condesa.

DOÑA ANA.

Es verdad;

Que no es ya su larga edad
Mas que para ser mujer.

DON JUAN.

Yo truje una hermosa dama,
Hija del rey castellano,
Serafin en velo humano,
Tanto mayor que su fama,
Cuanto va de la pintura
A la verdad, porque creo
Que no pudiera el deseo
Imaginar su hermosura.
El Rey salió de Lisboa
Una jornada, y la vió,
Donde á la fama culpó
De lo poco que la loa.
Y de suerte enamorado
Vuelve, que quiere que sea
En público, y que lo vea,
Si bien en esto culpado,
Todo el reino, y que la llame
Su reina.

DOÑA ANA.

Pues ¿puede ser,
Mientras vive su mujer,
Sin que su nombre dislame?

DON JUAN.

Al Pontífice ha propuesto
Las causas.

DOÑA ANA.

Bastantes son.

DON JUAN.

Para tener sucesion
Parece remedio honesto.
En fin, él está casado,
Y hoy la corte ha de besar
La mano á la Reina, y dar
Parabien de que ha llegado.
Esto es deciros, en suma,
Si fué justa ó no mi ausencia,
Y porque en tal competencia
No éntre espada ni haya pluma.
Nuño, que guantes os dió,
Pues ya debe de esperar
Las manos en que han de estar,
Merece mejor que yo
Lo que ellas mismas confiesan;
Que yo debo de perder
Por pariente.

DOÑA ANA.

¿Soy mujer,
Don Juan, de las que profesan
Ese estilo, por ventura?

DON JUAN.

¿Oh ausencia! ¿Dónde estarás
Segura? Basta, no mas,
Pues aquí no estás segura.
No fué mala prevencion
Para si yo lo sabia;
¿Maldiga Dios mi porfia,
Y necia satisfacion!
Yo merezco el mal que tengo;
Pero no será mayor,
Pues que ya sabé mi amor
Con el engaño que vengo.
Y creed, dulce homicida,
Que no llevaréis la palma;
Que yo os echaré del alma,
Aunque me cueste la vida.

DOÑA ANA.

¿Primo, primo!

TELLO.

No hay remedio.
Vé tras él antes que salga.

DOÑA ANA.

Quando este medio no valga,
Mi honor está de por medio. (Vase.)

ESCENA II.

TELLO, LEONOR.

TELLO.
¿Qué dice vuesa merced
De estos sucesos de amor?

LEONOR.
Que de un tirano señor
No se espera mas merced.

TELLO.
He sabido que un Rodrigo,
Del señor Nuño criado,
Ciertos regalos la ha dado,
Y de algunos soy testigo.
Pues si habemos de correr
Los amos y los criados
Parejas en los cuidados,
Paciencia habré menester.
Abra la boca, y despida;
Que aquí estoy como un conejo.

LEONOR.
En la suya le aconsejo
Que no me tome en su vida;
Que ese hidalgo de quien habla,
Con honrado pensamiento
Me quiere de casamiento
Mi honor y remedio entabla.

TELLO.
Mujer que entabla su honor,
Quebrado le tiene ya.
Paciencia: bien dicho está.
¡Mal baya quien tiene amor
Con una mujer no mas!

LEONOR.
Pues ¿con cuántas ha de ser?

TELLO.
Por lo menos ha de haber
Dos ó tres.

LEONOR.
Gracioso estás.

TELLO.
Quien tiene un coche, ¿no ves
Que aunque por ley que lo manda
Con sus dos caballos anda,
Es fuerza que tenga tres,
Porque si se manca alguno
Pueda servir el que queda,
Para que no le suceda
Faltarle en tiempo ninguno?
Ya por mí, ya por don Juan,
Leonor, el ejemplo infieres:
Por lo menos, dos mujeres
Tenga el discreto galán.
Haya dos, no falte noche,
Una morena, otra blanca,
Porque si una se le manca,
No deje de andar el coche.
Yo sé de alguna mujer
Que tiene cinco frisonos,
Porque en todas ocasiones
Ande el vestir y el comer;
Y mas si tiene, ofendida
De lo que en el mundo pasa,
Caballo barbado en casa,
Manco por toda la vida.

LEONOR.
Tello, tú eres hablador,
Nunca ayudas las mujeres;
Yo te dejo por lo que eres.

TELLO.
En fin, ¿me dejas, Leonor?

LEONOR.
Ni aun por esta calle pases.

TELLO.
Pues...

LEONOR.
Véte, Tello.
TELLO.
Perdona,
Que allá tengo una frisona,
Por si acaso te mancasa.
(Vase.)

Salon del real alcázar.

ESCENA III.

EL REY, LA REINA DOÑA BEATRIZ,
DOÑA INÉS, DON NUÑO, DON RA-
MIRO, DON VASCO, ACOMPAÑA-
MIENTO.

REY.
Quiero que todos mi ventura entiendan,
Y que sepan que sois señora suya.

DON VASCO. [dan
No pienso yo que en Portugal se ofen-
De que este matrimonio se concluya.
Que en otras partes con rigor pretendan
Para que á la Condesa restituya
Vuestra alteza, no es mucho; mas no creo
Que viva en vuestros reinos tal deseo.

REINA.
Y yo, Señor, ¿en qué seré culpada,
Si mi padre, que el mundo llama el Sa-
Me ha casado con vos? [bio,

REY.
Beatriz amada,
No hagais á vuestros ojos ese agravio.
Bien sé que ni á mi cetro ni á mi espada,
Volver los ojos ó mover el labio,
En todo el reino los que mas se atreven,
Perderán el respeto que me deben.
El Pontífice sabe mi suceso,
Y sabe mi razon, porque es tan justa,
Que era dejar á Portugal opreso
De ajenas armas y de guerra injusta.
Si instare la Condesa en tanto exceso,
Y no verse en el reino la disgusta,
Por un particular gusto no es justo
Que venga Portugal á imperio injusto.
Cincuenta veces ha corrido el cielo
El claro sol, Beatriz, desde aquel día
Que la Condesa vió su luz, y el suelo
De su patria el suceso que tenía.
Yo me casé cuando ni solo un pelo
El bozo de mis labios ofendía,
Y ella ya tan mujer, que he parecido
A su lado mas hijo que marido. [ra
Juzgue quien sabe y sin pasion nos mi-
Si es bien que lo que pido se me niegue.
Si no es nuevo mi pleito, ¿quién admira?
Pero ¿qué habrá que el interés no ciegue?
Si la Condesa por reinar suspira,
¿Qué le debe mi amor para que llegue
A destruir mi reino, porque venga
Donde ella gusto y yo desdichas tenga?
Si me quisiera á mí por mí, yo creo
Que de su mismo gusto se apartara,
Y que de mi persona hiciera empleo
Donde tuviera yo quien me heredara.
Quien amando no tiene igual deseo,
Solo en su gusto y interés repara;
No tiene amor, y la razon lo infiere,
Quien mas se quiere á sí que á lo que
[quiere.

REINA.
Yo no estaré jamás arrepentida
De haber al Rey, mi padre, obedecido;
Que ser de vos; como lo soy, querida
Satisfacion de mayor daño ha sido.
No sentiré perder honor ni vida,
No perdiéndoos á vos; así me olvido
De cuanto vos no sois, porque en vos veo

Retratado en espejo mi deseo
Ponedme donde mas vengarse pueda
La que fuere de mí mas homicida,
O donde apenas paso le conceda
Prision al sol en que acabar la vida.
Guzmana sangre aqueste pecho hereda
Por madre, sangre ilustre y conocida
En toda Europa, porque el Rey mi padre
Mas que por él, me obliga por tal madre;
Que no me faltará el valor debido
Para mayor mudanza la fortuna.

REY.
Quien no tuviera amor agradecido
A tanto amor, no mereciera alguna.
No cubrirá jamás tiempo ni olvido,
Ni la envidia, á mis glorias importuna,
Tan justa obligacion; hoy vuestra frente
Hará en laurel á vuestro sol oriente.
Besará Portugal la estampa hermosa
De vuestro pie, y el que contrario fuere
Probará de mi espada rigurosa
Los flos, con que amor la invidia hiere.

REINA.
Yo con ser vuestra moriré dichosa.

REY.
Seguro está mi amor de lo que os quiero.
DON NUÑO. (Ap. á don Ramiro.)
La dama castellana es brava dama.

DON RAMIRO.
¿Cómo se llama?
DON NUÑO.
Doña Inés se llama.

REY.
¿Queréis alguna cosa, Vasco amigo?
DON VASCO.

Aquí te aguarda por negocios varios
Diversa gente para hablar contigo.

REY.
Acudan á don Juan.
DON VASCO.
¿Qué don Juan?
REY.

¿Bueno!
En mí no hay mas don Juan que el de Me-
Esto ya era razon que lo supieses. [véase.
(Vase el Rey, la Reina, doña Inés
y el acompañamiento.)

ESCENA IV.

DON NUÑO, DON RAMIRO,
DON VASCO.

DON VASCO.
¿Qué os parece de aquesto?
DON NUÑO.

Que quisiera
Antes la muerte que escuchar tal cosa.
DON RAMIRO.

Desto ya estaba yo desengañado.
DON VASCO.

Notable es el amor que le ha cobrado
Después que vió á la Reina.

DON RAMIRO.
Obligaciones
Estrellas suelen ser de voluntades.

DON VASCO.
Quien mas contradecía el casamiento
¡Fué el que mas ayudó su pensamiento!

DON RAMIRO.
En los principios son todas las cosas
Mas fáciles de verse remediadas;
Que si las voluntades cobran fuerza,
Después es imposible dividirlas.

DON VASCO.
Por mí, yo os juro de poner remedio:

DON NUÑO. [ra.
Pues yo le haré un pesar en lo que ado-
DON RAMIRO.
Y yo se le prometo desde agora.

ESCENA V.

DON JUAN, UN SOLDADO, OTROS PRE-
TENDIENTES. — DICHOS.

UN SOLDADO.
Vue señoría se duela
De aqueste pobre soldado.

DON JUAN.
Yo tendré, amigo, cuidado.

UNA MUJER.
Para tu piedad apela,
Señor, mi preso marido.

DON JUAN.
Vos veréis mi voluntad.

UN VIEJO.
Por mis servicios y edad,
Aunque es tarde, premio os pido.

DON JUAN.
De mi parte estad seguro.
DON VASCO. (Ap. á don Ramiro y don Nuño.)

¡Notable ejemplo!

DON RAMIRO.
Quien medra
Al lado del Rey es hiedra
Asida á valiente muro.
DON NUÑO.
Yo no le puedo negar
Los méritos ni el servir;
Pero no puedo sufrir
Verle en tan alto lugar.
(Vanse los pretendientes.)

DON JUAN. (Ap.)
Estos me están murmurando
De verme medrar sirviendo,
Y no ven que los entiendo
Y que estoy disimulando.
Como las mudas figuras
De los tapices colgados
Debieran ser los criados;
Que asistentes y seguras
Ni pueden hablar ni ver;
Mas, como sin envidiosos
No puede haber venturosos,
O sufrir ó no lo ser.
Si cualquiera destos fuera
Quien tuviera mi lugar,
¡Dejárame murmurar
Del favor que el Rey le hiciera?
¡Oh vil costumbre, nacida
Con el mando, pues no hay quien
Pueda volar con el bien
Sin llevar la envidia asida!
Pero aunque pesar me des
Sin dejarme levantar,
Contento pienso volar,
De que te llevo en los pies.

DON RAMIRO.
El Rey viene.

DON NUÑO.
Ya no espero
El verle favorecer.

DON RAMIRO.
Ni yo oirle.

DON VASCO.
Ni yo ser
Para mentir lisonjero.
(Vanse los tres.)

ESCENA VI.

EL REY. — DON JUAN.

REY.
¿Estás solo?
DON JUAN.
No, Señor;
Que la envidia está conmigo.

REY.
Siendo el tener un amigo
Para un hombre el mayor bien,
Quieren muchos ignorantes
Que carezca deste bien
Un rey.

DON JUAN.
No pienso que hay quien
Pienso engaños semejantes,
Pues no hay bien que pueda ser
Bien, si no es comunicado.
Con tener amor templado
Se puede amar sin temer.

REY.
Pues ¿tengo yo de templar
Mi amor con la invidia?

DON JUAN.
Puedes
Templarte en hacer mercedes,
Para no le dar pesar.

REY.
Don Juan, ¿te pesa á tí
De ser mi amigo, ó no quieres
Que sea quien soy.

DON JUAN.
Ser quien eres
Es fuerza, y desdicha en mí
Hacerme tanto favor.

REY.
Hablemos en otra cosa.

DON JUAN.
Perdona; que esta invidiosa
Gente me aflige, Señor.

REY.
¿Cómo te sabré pintar
La gran hermosura y brío
De mi Beatriz? Desconfío,
Tanto bien no he de gozar.

DON JUAN.
Parabien te quiero dar
De tan grande acertamiento;
Que en casar con igualdad
No está la felicidad
De un dichoso casamiento.

REY.
Bien dices, porque consiste
En ser la propia mujer
Digna de amarla.

DON JUAN.
Sin ver
Tu dicha, dichoso fuiste.

REY.
En mi vida tuve amor
Como el que tengo á mi esposa.

¹ Este verso es necesario para el sentido del diálogo; pero se halla entre dos redondillas completas, rimando con el último de la primera, como se hace en la primera mitad de una décima. En otra edición antigua se omite el verso

Tanto bien no he de gozar.
en cuyo caso el sentido es este:

Cómo te podré pintar
La gran hermosura y brío
De mi Beatriz, desconfío.

Quiere decir: Desconfío cómo te podré pin-
tar la hermosura de Beatriz.

DON JUAN.
La hermosura es poderosa.

REY.
Es el tirano mayor;
Pero mas hay que hermosura
En mi Beatriz contra mí.

DON JUAN.
Contento estás.

REY.
No entendi
Tener tan alta ventura.
Ni el reino ni las vitorias
De los vencidos Algarbes,
Ni el ver los fieros alarbes
Presos lamentar mis glorias,
Ni cuanto tesoro viene
Del indio, estimo en un pié
De mi Beatriz, y yo sé
Que esto á mi reino conviene.

ESCENA VII.

DON NUÑO. — DICHOS.

DON NUÑO. (Ap.)
Solos están.

REY.
¿Quién entró?
DON NUÑO.
Yo quiero hablar á tu alteza.

REY.
Dí, Nuño.
DON JUAN. (Ap.)
Quiero apartarme.
DON NUÑO. (Al Rey.)
Vengo á pedirte licencia
Para casarme.

REY.
¿Con quién?
DON NUÑO.
La igualdad, Señor, es cierta.
Con doña Ana de Meneses.

REY.
Pues ¿sabes tú que quiero olla?
DON NUÑO.
He hablado á su padre, y digo
Que, como tú me concedas
Esta licencia que pido,
Lo tendrá por dicha.

REY.
Espera.
DON JUAN. (Ap.)
Algo te dice de mí.

REY.
Habla á don Juan.
DON NUÑO.
No son estas
Las cosas que se remiten
(Perdóneme vuestra alteza)
A caballeros que sirven,
Aunque mayor lugar tengan,
Sino al Estado, Señor.

REY.
Pues don Juan, en paz ó en guerra,
Es mi consejo de Estado.
El dirá lo que convenga;
Que quiero bien á don Juan,
Bien lo sabéis de experiencia.
No puedo hacer mas por vos
Que hacer que don Juan lo sepa,
Si es mi consejo de Estado. (Vase.)

ESCENA VIII.

DON JUAN, DON NUÑO.

DON NUÑO.
(Ap. ¿Hay felicidad como esta?)
Oídme, don Juan, no os vais.

DON JUAN.
¿En qué os sirvo, Nuño?
DON NUÑO.

Llega
Vuestro favor á que el Rey
Quiere que agora os dé cuenta
De mi casamiento.

DON JUAN.
¡A mí!
Debe de ser porque pueda
Daros, como amigo vuestro,
El parabién.

DON NUÑO.
¿Quién supliría
Honrar con mas discrecion?

DON JUAN.
¿Quién es, Nuño, vuestra prenda?
DON NUÑO.

Es doña Ana de Meneses.
Mirad si me dais licencia,
Pues su alteza así lo manda.

DON JUAN.
Remítiros quiero á ella,
Como él os remite á mí;
Que, como ella, Nuño, os quiera,
¿Quién os lo puede estorbar?

DON NUÑO.
Que ella quiere es cosa cierta.

DON JUAN.
Si ella quiere, yo también;
Mas no primero que vea
Una cédula firmada
De su nombre y de su letra.

DON NUÑO.
¿Daisme esa palabra?

DON JUAN.
Sí.
DON NUÑO.
Pues, don Juan, yo voy por ella.
DON JUAN.
Y yo os aguardo, don Nuño.
(Vase don Nuño.)

ESCENA IX.

DON JUAN.
Mucho debo á mi paciencia.
Sin duda es verdad. ¡Ay prima,
La mas fácil de las cuerdas!
¿Qué de veces que me faltas!
¿Qué de veces que disuenas
El instrumento del alma!
Si de aquesta vez te quiebras,
No sonará mas tu amor.
Loco estoy, hacer quisiera
Mil desatinos indignos
De quien soy. ¿Quién hay que tenga
Luz sin noche, amor sin celos,
Bien sin mal, gloria sin pena?
¿Qué sirve que el Rey me estime,
Y mis servicios merezcan
En Francia y en Portugal
Su amor con tanta fineza,
Si no tengo el bien que adoro?

ESCENA X.

EL REY. — DON JUAN.

REY.
¿Fuése Nuño?
DON JUAN.
Aquí me deja
Lleno de celos y agravios.
REY.
Con temor de que lo fueran,
A tus celos remití
Su amor.

DON JUAN.
Ya le di licencia.
REY.

¿Por qué?
DON JUAN.
Porque yo no quiero,
Señor, voluntad por fuerza.
REY.

Pues ¿quiere doña Ana á Nuño?
DON JUAN.
Yo dije que me trujera
Firmada su voluntad.
REY.
Bien hiciste; mas no creas
Que la traiga.

DON JUAN.
Si traerá.
REY.
Yo salgo flador por ella.
Véte á escribir una carta
Tan sustancial y discreta
Como tuya, en que yo pida
Que no impida la Condesa
Mi casamiento, pues creo
Que el Pontífice conceda
Lo que es tan justo, al instante
Que ella misma lo consienta.
Y escribe á su santo tío,
El rey Luis, porque venga
En el bien de Portugal,
Pues mas obligado queda
A un reino que á su sobrina.

DON JUAN.
Voy á escribirle. (Vase.)

ESCENA XI.

TELLO. — EL REY.

TELLO. (Ap.)
Quien entra
Con tan gran atrevimiento,
¿Qué espera que le suceda?

REY.
¿Quién es?
TELLO.
Un hombre turbado,
Que há dias que hallar desea
Un caballero que busca,
Para cobrar cierta deuda.

REY.
¿Quieres justicia?
TELLO.
Señor,
Misericordia quisiera.
REY.
(Ap. Pleno que conozco este hombre.)
No te turbes, llega, llega.
¿Quién eres?

TELLO.
Nunca he mirado
A vuestra alteza tan cerca.
Soy criado de don Juan
De Meneses, fué una dueña
De su madre madre mía,
Húbome su padre en ella...
Digo, crióme su padre.
Y porque para las letras
Me faltaba habilidad
Y me sobraba pereza,
Ya que barbaba don Juan,
Fuimos los dos á la guerra
Contigo.

REY.
Nunca te he visto.
TELLO.
En Francia verme pudieras,
Siendo conde de Borgoña;
Que los hombres con pobreza

Siempre tienen mejor vista;
Porque ya, despues que reñas,
Como nunca el cuerpo doblas,
Es fuerza que menos veas.

REY.
No eres necio.
TELLO.
Estoy turbado.

REY.
¿Tu nombre?
TELLO.
Tello.
REY.
¿Tu tierra?

TELLO.
Toma.
REY.
Segun eso, ¿bien
Tomaras si algo te dieran?

TELLO.
Mi padre en la sepultura
Mandó que una mano fuera
Le dejasen, por si acaso
Le daban algo.

REY.
Bien suena
Esto de tomar.
TELLO.
Pregunto:
Pues pasó por vuestra alteza
Esto de tomar y dar,
Pues tomó de la Condesa
Siendo pobre, y siendo rey
Da tanto, ¿de cuál se huelga
Mas? ¿De tomar ó de dar?

REY.
De dar, cosa cierta es esa,
Porque el que da queda flustre,
Y el que toma siempre queda
Obligado y inferior,
Que es sujecion y vergüenza.

TELLO.
En fin, ¿es gran gusto dar?

REY.
Notable.
TELLO.
Mucho quisiera
Que si el dar es tanto gusto,
Le tuviera vuestra alteza.

REY.
Toma.
TELLO.
¿Qué es esto?
REY.
Una bolsa.

TELLO.
Mi bolsa, Señor, es esta;
Mas vuelvésmela preñada,
Y yo te la di doncella.

REY.
Dias há que te he mirado.
Valientemente peleas.
TELLO.
Si fué á tu lado, Señor,
¿Qué te espantas que lo fuera?
¿Hay príncipe semejante?
Beso... Mas antes del beso,
Toco. Bien suena. Confieso
Que solo fueras bastante
Para vencer mi fortuna.
(Vase el Rey.)

ESCENA XII.

TELLO.
Mas no me quiero alegrar,
Porque bien puede sonar,

Y ser plata en parte alguna.
Fuera en esto paga ingrata
Y contra la hidalga ley,
Porque en la mano de un rey
Cupiera poco, á ser plata.
Abro un poquito, y acecho.—
Oro es todo. Bailo y salto.
¡Ay, bolsa! En poder tan alto
¡Brava barriga habeis hecho!—
Quedo; que hay dentro un papel.
Dice el sobrescrito... ¡Ay cielos!
Que el alma me da recelos
Que viene algun daño en él.
Pero si escudos me dan,
Mi temor injusto fué.
(Lee.) «Cédula de alcalde de
» Mi castillo de San Juan
» Con mil escudos de renta.»
Abro... El nombre en blanco viene;
Que el renglon espacio tiene.
—Ea, Tello, luego asienta
Tu nombre aquí con un don
Y tres ó cuatro apellidos.
Los reyes, y bien servidos,
¡Qué hay que decir? reyes son.
¡Qué dirá agora Leonor?
¡Vive Dios, que he de vengarme!
Que en efeto vengo á hallarme
Con dinero y sin amor.
Amen los tontos, los rudos;
Libertad pienso vender;
Que no hay tan linda mujer
Como una bolsa de escudos. (Vase.)

Sala en casa de doña Ana.

ESCENA XIII.

DOÑA ANA, DON NUÑO, RODRIGO.

DON NUÑO.
Manda don Juan el reino, como os digo,
Y yo tengo negocios de importancia.
Sé lo que os quiere, de que soy testigo
Desde que á Portugal vino de Francia.
No sé si tan corriente está conmigo;
Que entre amistad y celos hay distancia
Mayor que el mundo, y por saberlo, quie-
Valerme agora del favor que espero. [ro
Escribidle un papel que solo diga
Que de lo que os suplico tendréis gusto;
Debidá deuda á la mortal fatiga
De amor, que mereció premio tan justo.
Por los años, Señora, que os obliga[ro.
Que el hacerme este bien no os dé disgus-
Dadme aqueste papel, pues solo intento
Satisfacer mi justo pensamiento.

DOÑA ANA.
¡Queréis, don Nuño, que en servicio
Haga otra cosa yo? [vuestro

DON NUÑO.
Ninguna pido.
DOÑA ANA.
Voy á escribir.

DON NUÑO.
El alma toda os muestro,
Al favor que recibo agradecido.
(Vase doña Ana.)

ESCENA XIV.

DON NUÑO, RODRIGO.

DON NUÑO.
Bien se dispone del engaño nuestro
La ejecucion.

RODRIGO.
Bien queda referido;

Mas si el papel de lo que has dicho exce-
[de,
Temer es justo que entendido quede.

DON NUÑO.
Escribiendo conmigo no es posible
Que excedan sus palabras á las mías.

RODRIGO.
Mas se atreve el amor á lo imposible.
Testigos son tus bárbaras porfías.

DON NUÑO.
Bien sé que está notado de imposible;
Pero en esta ocasion mal desconfias;
Que amor, cuando perder el bien espera,
De las cosas mas fáciles se altera.

(Vase.)

Sala en palacio.

ESCENA XV.

EL REY, LA REINA.

REY.
Esto me ha notificado.

REINA.
Pues ¡á un rey!...

REY.
Cristiano soy,
Al Papa obediencia doy,
Ansí he nacido obligado.
La Condesa se ha quejado
A su santidad; no sé
Remedio.

REINA.
Yo os lo daré.

REY.
¿Cómo, Señora?

REINA.
Matarme,
Si fué delito casarme
El Rey con tan buena fe.

REY.
Mataros, luz de mis ojos,
Mi solo y único bien!
Antes mil muertes me dén
Que pueda daros enojos.
Todos han de ser despojos
De esos piés.

REINA.
Tan desdichada
Mujer, ó nació engañada
Que es rey su padre, ó lo ha sido
Más en haberos querido
Para ser de vos dejada.
¡Sabía yo por ventura
Que este divorcio no estaba
Con la fuerza que estaba
Para casarme segura?
Si la Condesa procura
Que no tenga Portugal
Rey de la sangre real
De aquel Enrique Primero,
No se vengue en mí, que os quiero,
Sino en vos, si os quiere mal.
¡Desdicha de un rey extraña
Y de un reino! que él no puede
Hacer que con reyes quede.
De su ascendencia en España;
Y el reino, á quien tanta hazaña
Hizo ilustre, á estado viene
Que su perdicion previene,
Porque un celoso interés
Quiere un laurel portugués;
Que no por amor que os tiene.
Pero hacédme tanto bien,
Alfonso, por lo que os quiero
(Que en fin sois mi amor primero,

Y el último sois también),
Que porque enojo no os dén,
Me enviéis luego á Sevilla.
Y si aquesto os maravilla,
Matadme; que es menos mal
Quedar muerta en Portugal,
Que volver viva á Castilla.

REY.
Primero, Beatriz hermosa,
Arderá en el fuego el hielo,
El sol detendrá en el cielo
Su carrera luminosa,
Dará la mar espaciosa
Cuevas de arena á las fieras,
Y por las verdes riberas
Los peces entre las ramas,
Que el primero amor que llamas
Te olvide, aunque no le quieras.
Y primero la mentira
Durará mucho encubierta,
Al oro saltará puerta
Y armas breves á la ira,
La envidia, que triste mira
Los sabios y los señores,
Tendrá gusto en sus favores,
Que yo te mate, mi bien,
Aunque mil muertes me dén
Tus ojos y tus amores.
Y primero á la verdad
No dará el cielo favor,
Será prudente el amor
Y pobre la necesidad,
Alegre la enfermedad,
Discreta la maravilla,
El Tajo irá por Sevilla,
El Bétis por Portugal,
Que, vivo mi amor leal,
Vuelvas, Beatriz, á Castilla.

REINA.
¿Qué pensais hacer de mí?

REY.
Poneros, Señora, en parte
Que os vea, sin que me aparte
De la ley en que nací.

REINA.
Dichosa sin dicha fui,
Si os tengo para perderos.

REY.
Yo pienso en descanso veros,
Y cuando no pueda ser,
No hay en la muerte poder
Para dejar de quereros.
(Vase la Reina.)

ESCENA XVI.

EL REY.

Antes que fuera rey, antes que fuera
Señor de Portugal, en pobre estado
Vivi contento, alegre y apartado
De ser planeta de una corta esfera.
Entonces en la caza, en la ribera,
En el soto, en el monte, selva ó prado,
Pasaba libre, sin tener cuidado,
De mi vida la verde primavera.
Agora, que la púrpura, el decoro
Real me pone en tantos descontentos,
Que un Midas vengo á ser de mitesoro,
Conozco, y con notables sentimien-
[tos,
Que no está el bien en la corona de oro,
Sino en tener en paz los pensamientos.

ESCENA XVII.

DON JUAN. — EL REY.

DON JUAN.
Vengo con tanta tristeza,

Que si pudiera, Señor,
Me excusara del dolor
De ver hoy á vuestra alteza.
Tres correos despaché,
Y si pudiera deseos,
Corrieran dos mil correos
Adonde el primero fué.
¿Es posible que ha tenido
La Condesa, mi señora,
Tan grande rigor agora?

REY.

Paciencia á los cielos pido.

DON JUAN.

¿Que no le pudo mover
El bien de un reino!

REY.

¡Ay, don Juan!

Los celos ¿qué no podrán?
Que celos deben de ser,
Si ya no fué que el reinar
La puso en tal interés.

DON JUAN.

Si amor la disculpa es,
No hay quien la pueda culpar;
Pero si el reino, es rigor
Indigno de su grandeza.

REY.

Muerto, don Juan, de tristeza,
Muerto de pena y de amor.
Si vieras á mi Beatriz,
Tales sus ojos están,
Dijeras por mí, don Juan:
«No hay hombre mas infeliz.»
Traspasóme el corazon,
Un mar sus estrellas hechas;
Que hay lágrimas como flechas,
Que rayos del alma son.
Porque á mí, que las hebía
Y su hermosura adoraba,
Tantos venenos me daba
Cuántas lágrimas vertía.
Mientras esto dura, quiero
Que esté aparte, con temor
Del intentado rigor.
Bien sabe amor que me muero;
Que ruegos, promesas, oro
Quizá podrán obligar
A que me dejen casar.

DON JUAN.

¿Qué pierde de su decoro
Mi señora la Condesa,
Si en tanta edad vive agora?

REY.

No la llares mi señora;
Que aun de escucharlo me pesa.
Voy, don Juan, á consolar
A mi esposa; ¡Extraña pena!
¿Que la tenga como ajena,
Cuando la puedo gozar?

DON JUAN.

Espero destos enojos
Muy presto en descanso verte.

REY.

¡Ay, Beatriz! si he de perderte,
¡Nunca te vieran mis ojos! (Vase.)

ESCENA XVIII.

DON NUÑO.— DON JUAN.

DON NUÑO.

Déseaba que su alteza
Se partiese para hablarte;
Que quiero el papel mostrarte.

DON JUAN.

(Ap. Para mi mucha tristeza
Viene este necio pintado.)
¿Qué dices?

DON NUÑO.

Que este papel
Te dirá que viene en él
Mi casamiento firmado.

DON JUAN.

¿Mi prima, Nuño, firmó
Que se ha de casar contigo?

DON NUÑO.

Mira si verdad te digo.

DON JUAN.

La letra conozco yo.

(Lee.) «Si alguna voluntad debo á
»vuestra señoría; fuera del deudo de
»nuestra sangre, le suplico sea servi-
»do de concluir con su alteza este ne-
»gocio de don Nuño de Tabora, sin
»acordarse de las cosas pasadas; que
»pues yo soy la intercesora, claro está
»que lo deseo, y que vuestra señoría
»lo ha de tener por bien, pues es el re-
»medio de todos.»

DON NUÑO.

¿Hay mas que hacer?

DON JUAN.

Nuño amigo...

Todo pienso que está hecho.

DON NUÑO.

En fin, ¿estás satisfecho?

DON JUAN.

De tal manera, que digo...
Que es mi prima muy dichosa,
Y te doy el parabien...
(Ap. Para que á mi me le dén
De burla tan afrentosa.)

DON NUÑO.

Luego ¿bien puedo casarme?

DON JUAN.

Casados estáis por mí.

DON NUÑO.

Guárdate el cielo.

DON JUAN.

Y á tí

Te guarde... (Ap. Para matarme.)
(Vase don Nuño.)

ESCENA XIX.

DON JUAN.

El humo que formó cuerpo fingido,
Quecuando está mas denso pára en na-
El viento que pasó con fuerza airada[da,
Y que no puede ser en red cogido;
El polvo, en la region desvanecido
De la primera nube dilatada,
La sombra que, la forma al cuerpo hur-
Dejó de ser, habiéndose partido, [lada,
Son las palabras de mujer: si viene
Cualquiera novedad, tanto le asombra,
Que ni lealtad ni amor ni fe mantiene.
Mudanza ya, que no mujer, se nombra,
Pues cuando mas segura, quien la tiene
Tiene polvo, humo, nada, viento y som-
[bra.

ESCENA XX.

TELLO.— DON JUAN.

TELLO.

No te puedo encarecer
Lo que me cuesta de hallarte;
Y aunque soy de los criados
Que no traen novedades,
Como el Rey quiere que viva
Nuestra nueva reina aparte,
Quiere que algunas señoras

La entretengan y acompañen.

Como doña Ana, tu prima,
Es de la mas principales,
Es la primera que viene
A palacio como un ángel.
¿Vive Dios, que en todo el mar
No hay tan hermosos corales
Como los dos de sus labios!
Parece que vierten sangre.
Pues ¿los ojos? ¡Pésia tal!
Aquí sí que entran brillantes,
Candores, lucientes rayos,
Dos soles, cifras, esmaltes.
De cada cabello viene
Colgando un alma; que trae
El purgatorio en la frente
Y el cielo en los ojos graves.
Dichoso cuarenta veces
Quien del uno al otro pase,
Y otras tantas quien merezca
De aquella boca la margen!
Los dientes de un jabali,
Los del mas fiero elefante
No dan el temor que ponen
Diez perlas en dos granates.
Para que me muerda un perro
Tendré corazon bastante,
Mas no para ver los dientes
Que por sus claveles salen.
Pues las mejillas, por Dios,
Que temo que se matasen,
Si la nariz no estuviera
En medio metiendo paces.—
¿Cómo es esto? ¿No te alegras
De escuchar mis disparates?
¿Qué tenemos? Habla. ¡Bueno!

DON JUAN.

Déjame, necio, y no hables.

TELLO.

¿Que te deje?

DON JUAN.

Esa mujer,

Que pintas con tantas partes,
Es fiera, es monstruo y es furia,
Es muerte, es demonio, es áspid,
Es sierpe.

TELLO.

¡San Blas! ¿Qué dices?

DON JUAN.

Cuandó con Nuño se case,
Sabrás lo demás.

TELLO.

¿Qué Nuño

Ni calabaza? Esta tarde
Me miró con dos muchachas,
Que dentro de los suaves
Ojos chillaban de risa:
Claras y ciertas señales
De que, queriendo á Beltran,
A su perro amores hace.

DON JUAN.

Véte de aquí, majadero.

TELLO.

¿Ansí hablas á un alcalde
De San Juan?

DON JUAN.

Yo estoy muerto.

TELLO.

¿Muerto?

DON JUAN.

Sí.

TELLO.

Enterrarte...

En aquel ángel que viene.

DON JUAN.

No sé, Tello, si le aguardo.

ESCENA XXI.

DOÑA ANA Y LEONOR, con quantos.
— DICHOS.

DOÑA ANA.
No pase nadie de aquí.

LEONOR.
A don Juan tienes delante.

DOÑA ANA.
¡Primo de mi alma!

DON JUAN.
¿A quién?

DOÑA ANA.
A vos, mi bien.

DON JUAN.
No me trate
Vuesefioria, Señora,
Con palabras semejantes;
Que, aunque primos, no es razon.

DOÑA ANA.
Señora á mí! Pero pase
Por palacio. En él estoy.

DON JUAN.
Aquí os dejo. Perdonadme.

DOÑA ANA.
¿Qué sinrazones son estas?
Volved, oidme.

DON JUAN.
¿Que haste
Sufrimiento en tal agravio!
Tengo que hacer.

DOÑA ANA.
Escuchadme.

DON JUAN.
Si viene vuestro marido,
Será justo que me mate
Por oír vuestras mentiras?

DOÑA ANA.
¡Marido!

DON JUAN.
¿Puede negarse
Lo que vos me habeis escrito?

DOÑA ANA.
Don Juan, si para dejarme
Y querer la castellana
Que alaban de lindo talle,
Y con la Reina ha venido,
Con sevillano donaire,
Con melindres de Castilla
(Basta decir novedades),
Son estos celos fingidos,
No es menester engañarme;
Que yo me doy por vencida.

DON JUAN.
Señora, el cielo me falte
Si he hablado con doña Inés
En el camino, ni en parte
Que pueda ser sospechosa.
Licencia para casarse
Con vos pidió Nuño al Rey;
El Rey, que mis cosas sabe,
Me remitió la licencia;
Dijome que vuestro padre
Y vos gustábades dello.
Yo, porque no me engañase,
Remitilo á vuestra firma;
Esta me trujo esta tarde.
¿Podeis negar que es verdad?

DOÑA ANA.
Pues de que Nuño os engañe
¿Tendré yo culpa?

DON JUAN.
¿A mí?

DOÑA ANA.

Si;
Que para negocios graves,
Como privais con el Rey,
Me pidió el papel. Mostralde:
Veréis como es general,
Sin que en otra cosa trate.

DON JUAN.
Si en él decís que me olvide,
Como quien quiere dejarme,
De las cosas ya pasadas,
¿Qué puedo pensar?

DOÑA ANA.
¿Qué grandes
Los antojos de los celos
Letras y razones hacen!
Yo hablo de las pendencias
Pasadas y enemistades
Que habeis tenido con él.

DON JUAN.
Pues ¿puede ser que intentase
Darme aquesta pesadumbre
Solamente por burlarme?

DOÑA ANA.
Revolvernó á los dos
No era mucho disparate;
Que en rios vueltos de celos
Suelen medrar los amantes.
Si vos con esta pasión,
Por vengaros y matarme,
Sirviéades esta dama,
Tanto viniera á enredarse
Nuestra enemistad celosa,
Que no bastara á obligarme
Ni á reduciros á vos
Cuanto el amor puede y sabe.

DON JUAN.
Pues si fuere bastante, prima mía,
Todo su engaño á darme mas desvelos,
Lainvidia, que es lo mismo que los ce-

[los,
Que en las paces de amor áspides cria;
Ni toda la infusion de la armonía
Con que se vuelven los celestes velos,
Los planetas contrarios, que en los cie-
Con mal aspecto ven el primer día; [los
Queen la region adonde el sol se parte,
Y donde el alba esparce sus cabellos,
El alma que has de ver ha de adorarle;
Mira estos ojos, y veráste en ellos,
Y antes que pueda yo dejar de amarte
Me mate un rayo de los tuyos bellos.

DOÑA ANA.
Pues si fuere bastante, primo mío,
Del tiempo el curso, del amor la ausen-
El celoso rigor que la prudencia [cia,
Suele sacar al campo en desafio;
Llevarme la fortuna adonde al frío
Hielo de Scitia ignoran resistencia,
O donde tiene el sol tanta asistencia,
Que forma por enero seco estío; [tiva,
Ni el verme entre mil bárbaros cau-
Y á mis despojos ya, sin saber cuyos,
La tierra se mostrase fugitiva,
A decir que estos ojos fuesen suyos,
Ni á darles otro dueño mientras viva,
Máteme doña Inés de celos tuyos.

TELLO.
¿Abrazáronse?

LEONOR.
Pues ¿no?

TELLO.
¿Qué presto amor hace paces!

LEONOR.
Sí; pero tú no las haces.

TELLO.
¿Cómo puedo hacerlas yo?
¿No ves que es notable afrenta,
Siendo alcalde de San Juan?

DOÑA ANA.

Entra conmigo, don Juan;
Que quiero andar con mas cuenta.

DON JUAN.
¿Qué temes?

DOÑA ANA.
A doña Inés.

DON JUAN.
Tuyo soy.

DOÑA ANA.
Y yo soy tuya.
(*Éntranse.*)

LEONOR.
¿No quieres que se concluya
Nuestra amistad?

TELLO.
Si interés
Te ha movido, no es razon.
Véte allá con tu Rodrigo;
Que ya no ha de hablar conmigo
Mujer sin coche y sin don.

LEONOR.
Tus iras se aplacarán.

TELLO.
Ha de ser muy gran señora
La que venga á ser ahora
Alcaldesa de San Juan.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA INÉS, DON RAMIRO.

DON RAMIRO.
Querria que os diese gusto
La nueva que os traigo.

DOÑA INÉS.
Siendo
De vuestra boca, no entiendo
Que me pueda dar disgusto.

DON RAMIRO.
Don Juan de Meneses es
El mayor amigo mío.
El me lia y yo le fio
Cosas que sabréis despues.
Desde que trajo á Lisboa
La Reina, por vos perdido,
Puesto que en secreto ha sido,
Os ama, os sirve y os loa.

DOÑA INÉS.
¿A mí, Ramiro!

DON RAMIRO.
Es de suerte,
Que quiere con vos casarse.
No puede desocuparse
Por lo que el Rey le divierte,
Y quiere saber de mí
Si tendréis gusto de ser
Su mujer.

DOÑA INÉS.
Para mujer
Dicen que es honesto el sí.

DON RAMIRO.
Ya su majestad le ha hecho
Su camarero mayor.

DOÑA INÉS.
Basta, Ramiro, el valor
De aquel generoso pecho;
Y págame bien don Juan

La inclinación que he tenido
A sus méritos.

DON RAMIRO.

No ha sido
Sin causa. (Ap. ¡Qué presto dan
Las mujeres en la red,
Tratándoles casamiento!)
Pues ya que sabéis su intento,
Habeis de hacerle merced
De hablar á la Reina luego,
Para que al Rey se lo diga.

DOÑA INÉS.

Mi propio interés me obliga.

DON RAMIRO.

Toda su bien y sosiego
Consiste en la brevedad.
Con esto lugar os doy.

DOÑA INÉS.

Decide cuán suya soy.

DON RAMIRO.

Hablad á su majestad,
Que viene aquí con su prima.
(Ap. ¡Qué bien sucedió mi engaño!)
(Vase.)

ESCENA II.

LA REINA, DOÑA ANA. — DOÑA INÉS.

REINA.

Ya con tanto desengaño
No sé qué fuerza me anima.

DOÑA ANA.

Ver que su alteza te adora.
La Condesa es desigual;
Tú eres de Portugal
La legítima señora,
A pesar de la Condesa,
Que injustamente porfia.

DOÑA INÉS. (A la Reina.)

Hablarte de mi alegría,
Cuando estás triste, me pesa;
Pero no fuera razon
Dejar de fiar de ti
Lo que siempre conocí
De tu favor y afición.

REINA.

Tus alegrías, Inés,
Quiero yo tener por mías,
Y en las penas destes días
Mas á propósito es.
Tu buen suceso me di.

DOÑA INÉS.

Don Juan de Meneses...

DOÑA ANA. (Ap.)

¡Cielos!
Vuelven á matarme celos.

DOÑA INÉS.

Perdido de amor por mí,
Quiere casarse conmigo.

REINA.

No me pudieras traer
Nuevas de mayor placer.

DOÑA ANA.

Don Juan ¿se casa contigo?

DOÑA INÉS.

Sí, doña Ana; y porque sé
El gusto que te ha de dar,
Esta ocasión y lugar
Aguardé.

DOÑA ANA.

Muy justo fué.

DOÑA INÉS.

Como es tu primo, no quise
Que sin saberlo te fueses,

Y porque merced me hicieses,
Para el día que te avise,
De honrar nuestro desposorio.

DOÑA ANA.

Óyeme aquí. ¿Cómo ó cuándo
(Porque me estoy admirando
Que no haya sido notorio
En la corte vuestro amor,
Ni que yo lo haya sabido)
Te ha querido y te ha servido,
Y tú le has hecho favor?

DOÑA INÉS.

Donde no se puede hablar,
Hablan, doña Ana, los ojos;
Que para amores ó enojos
Dicen que basta mirar.
Por el camino me habló
Con ellos, y aquí por el
De su amigo el mas fiel
Supe el casamiento yo.

DOÑA ANA.

¿Qué amigo? ¿Es Nuño por dicha?

DOÑA INÉS.

No, sino Ramiro.

DOÑA ANA.

Bien.

Quiero darte el parabien...
(Ap. De mi muerte y mi desdicha.)

DOÑA INÉS.

Ya soy tu prima, ya debes
Hacerme todo favor.
Dile á don Juan, mi señor,
Que serán las horas breves
Largos años para mí,
Esperando que mis brazos
Con tan honestos abrazos
Le merezcan.

DOÑA ANA. (Ap.)

¡Ay de mí!

REINA.

Inés...

DOÑA INÉS.

Señora...

REINA.

Yo quiero

Hablar á su alteza.

DOÑA INÉS.

Harás

Por mí, gran Reina, lo mas
Que de tu grandeza espero.
(Vanse la Reina y doña Inés.)

ESCENA III.

DON JUAN, TELLO. — DOÑA ANA.

DON JUAN.

¡Gracias á Dios, que te ven
Sola, mis ojos, un día!

DOÑA ANA.

¿Con quién hablas?

DON JUAN.

Prima mía,

Con quien es todo mi bien.
¿De qué sirve que me den
Los reyes tantos favores,
Si me faltan tus amores?
Véte á tu casa, mis ojos;
Que ando aquí con mil enojos
De que te engañen traidores.

DOÑA ANA.

Traidor eres tú, que quieres;
Don Juan, y olvidas tan presto.
Ya sé quién eres.

DON JUAN.

¿Qué es esto?

DOÑA ANA.

¿Qué ha de ser? ¿Que sé quién eres.

DON JUAN.

¡Qué cielo sois las mujeres,
Tan mudable en cuanto haceis!
Ya haceis sol, y ya lloveis.

TELLO.

No la culpes; que no ha sido
Sin causa.

DON JUAN.

Pierdo el sentido.

TELLO.

Mi invidiosos teneis.
¿Sabes tú por qué se llaman
Traidores los que lo son?
Pues no fué sin ocasion.

DON JUAN.

Sé que sin culpa me infaman.

TELLO.

Tambien hay mil que te aman;
Pero estos aduladores,
Que traen á los señores
Mentiras y fingimientos,
De traidores destes cuentos
Los han llamado traidores.

DON JUAN.

Señora, si os ofendí,
Quíteme la vida el cielo.
Vos sabéis mi honesto celo.

DOÑA ANA.

Bien decís honesto, sí;
Mas no lo fué para mí
Que os caseis con doña Inés.

DON JUAN.

¡Yo!

DOÑA ANA.

Vos.

TELLO.

¡Oh gente traidora!

DON JUAN.

¿Quién os lo ha dicho, Señora?

DOÑA ANA.

La misma, por su interés,
Aquí á la Reina pidió
Licencia de vuestra parte
Para casarse.

DON JUAN.

Hoy el arte
A cuanto pudo llegó.

DOÑA ANA.

Y ella tambien me contó
Que la habeis solicitado,
Y en el camino mirado.

DON JUAN.

¿Ella dice que la quiero?

DOÑA ANA.

Y que es Ramiro el tercero
De vuestro amor y cuidado.
Pues si casaros quereis,
Pues si el brio castellano
Fué de vuestra alma tirano,
No hay para qué me engañeis.
De que vitoria le déis
A Castilla en caso igual,
A Portugal le está mal;
Que puesto que armas no son,
De cualquiera innoble accion
Se ha de correr Portugal.
Pálas, de la guerra diosa,
Se corrió de que el troyano
Juzgase, engañado y vano,
Que era Vénus mas hermosa.
La competencia es odiosa,
Y por eso maravilla
Que á la dama de Sevilla
Deis premio tan desigual;

Que, aun en rostros, Portugal
No ha de rendirse á Castilla.
Yo, desta burla corrida,
No pienso veros casar,
Porque yo me sabré dar
Prisa á fenecer la vida;
O, pues que quise querida,
Sabré dejaros dejada,
Engañaros engañada,
Aborreceros celosa,
Y como amada amorosa,
Olvidaros olvidada.

DON JUAN.

No me espanto que enmudezca
Mi amor en tal sinrazon,
Y daros satisfacion
Imposible le parezca;
Mas de vos, mi bien, merezca,
Por los pasados engaños,
Templanza para mis daños;
Que, pues Nuño os engañó,
Para mi disculpa dió,
Y para vos desengaños.
Andan con envidia aqui
Por vos y el Rey mas de dos,
Y aciertan los que por vos;
Que aun yo la tengo de mí.
No creais que pretendí
Casarme con doña Inés;
Malicia y envidia es
De quien... Mas tendré paciencia;
Que si hay de por medio ausencia,
Soy enemigo cortés.
Pero la palabra os doy
De traerle, si esperais,
Donde muy presto veais
Quién es Ramiro y quién soy;
Que la razon con que voy
Nos sabrá favorecer,
Y vos echaréis de ver
Que quien pudo una vez veros,
Ni se libró de quereros,
Ni os dejará de querer.

ESCENA IV.

DOÑA ANA, TELLO.

TELLO.

Mal has andado, y perdona.

DOÑA ANA.

¿Por qué, Tello?

TELLO.

Porque ya,

Buscando á Ramiro va,
A peligro su persona.
Cuando diste á Nuño el guante,
Fuiste discreta.

DOÑA ANA.

Era amor,

Y de un fingido favor
Fué satisfacion bastante.
Agora, que celos son,
No me mandes ser discreta,
Porque no hay quien me prometa
Debida satisfacion.
Vé tras él, y me dirás
Lo que intentaren los dos,
Mientras hablo al Rey.

TELLO.

Adios.

DOÑA ANA.

Con celos no supe mas;
Que con celos, no hay error
Que pueda llamarse grave,
Porque quien con celos sabe,
No diga que tiene amor.

(Vase Tello.)

ESCENA V.

EL REY, DON VASCO, DON NUÑO,
DON RAMIRO. — DOÑA ANA.

REY.

Callad; que está aquí su prima
Doña Ana.—¿Qué hay de su alteza?

DOÑA ANA.

Vivir con tanta tristeza
Que en el alma me lastima.

REY.

Yo espero en Dios que muy presto
Tendrá su tristeza fin.

DOÑA ANA.

Mata el ver un serafín
En tantas desdichas puesto.

REY.

No la dejes; que no alcanza
Otro consuelo.

DOÑA ANA.

Yo voy,

Con tu licencia.

(Vase.)

ESCENA VI.

EL REY, DON VASCO, DON NUÑO,
DON RAMIRO.

REY.

Yo estoy

Con mayor desconfianza.
¿Es posible que don Juan
Intente, en mi deservicio,
Tan bajo, tan vil oficio?

DON VASCO.

Las cartas te lo dirán.

REY.

(Lee.) «Mi señora la Condesa me
mandó que os respondiese que aceta
vuestra buena voluntad. Ofrece, si
acabais con su alteza que deje á doña
Beatriz de Guzman, y permita que
vaya á Portugal como su legítima mu-
jer, cincuenta mil ducados...»

No puedo pasar de aquí.—
¿Quién es este?

DON VASCO.

Un secretario

De la Condesa.

REY.

¿Contrario

Don Juan á Beatriz y á mí!

DON VASCO.

¿No se acuerda vuestra alteza,
Cuando casarse trató,
Lo que don Juan respondió,
Y su cuidado y tristeza?
Pues sepa que siempre ha sido
Quien á la Condesa ha hecho
Que vuelva por su derecho
Y que pida su marido.
Y no solo á la Condesa,
Pero al Pontífice, al rey
De Francia...

REY.

¿Qué injusta ley!

De haberle honrado me pesa.

¿De qué me admiraba yo
Que todo allá se sabia,
Si este traidor lo escribia?

DON VASCO.

En las cartas que escribió,
Este pleito se ha fundado.

DON NUÑO.

No hubiera durado un hora,

Y á la Reina, mi señora,
Gozaras en paz, casado.

DON RAMIRO.

Por él no tiene su alteza
La corona lusitana.

REY.

No ha de pasar de mañana
Sin cortarle la cabeza.
Prendelde luego, Ramiro,
Llamad mi guarda... — Esperad;
Que le tuve voluntad,
Y como padre le miro...
—Pero prendelde. ¿Qué importa?
También á un hijo castiga
Un padre. El rigor me obliga
Cuanto el amor me reporta.
Prendelde... Esperad... Matalde...
No le ofendais... Mas ¿qué espero
Con un traidor caballero?
Pasalde el pecho... Dejalde.
Este papel lo confirma:
Sirva pues este papel
De sentencia contra él;
Aqui se sentencia y firma.
Don Juan, pues culpado estás,
Pasa por las mismas leyes;
Que no hay justicia en los reyes
Como en los que quieren mas.
Venza la justicia aqui,
Quédese aparte el amor;
Que desde que fué traidor,
Murió la piedad en mí.—
¿Guarda!

ESCENA VII.

LA GUARDA. — DICHO.

UN GUARDA.

Señor...

REY.

Ya no es parto
Tanto amor.—Obedeced
A Ramiro, y luego haced
Lo que os dijere.

DON RAMIRO.

¿En qué parte
Le mandas poner?

REY.

Ramiro,

En esa torre: no quiero
Estar presente; que espero
Que si enojado le miro,
Sacaré con mano airada
La espada, á pesar de amor;
Y no es justo que un traidor
Muera con tan noble espada. (Vase.)

ESCENA VIII.

DON JUAN, TELLO. — DON RAMIRO,
DON NUÑO, DON VASCO, LA
GUARDA.

DON JUAN.

[loco?

¿Tú me tienes? ¿Qué es esto? ¿Vienes
TELLO.

¿Parécete locura detenerte?
¿Qué descanso pretendes de su muerte?
Vive como discreto en tu fortuna, [te]
Deja correr la envidia desbocada;
Que ella se romperá los ojos presto.

DON JUAN.

¿Qué gente es esta?

TELLO.

Guardas.

DON JUAN.

Pues ¿qué es esto?

TELLO.
No lo entiendo, por Dios; todos te miran.

DON JUAN.
¿Quieres una palabra solamente,
Ramiro, donde escuche menos gente?

DON RAMIRO.
Don Juan, no es tiempo ya de esas pala-
El Rey manda prenderte. [bras.

DON JUAN.
¿A quién? ¿Qué dices?

DON RAMIRO.
A ti, don Juan, el Rey prenderte manda.

DON JUAN.
Topó la envidia donde hacer el golpe.
Muéstrame algún papel.

DON RAMIRO.
Estos testigos.

DON JUAN.
¡Buenos testigos son los enemigos!

DON RAMIRO.
Vasco, ¿mandólo el Rey?

DON VASCO.
Mandó prenderte.

DON RAMIRO.
Nuño, ¿estabas presente?

DON NUÑO.
Como agora.

DON RAMIRO.
Guarda, ¿qué dijo el Rey?

UN GUARDA.
Que te prendiesen
Y te pusiesen en aquesta torre.

DON JUAN.
Obedezco del Rey el mandamiento,
No triste de perder del Rey la gracia,
Porque de mi verdad estoy seguro
Que saldré desta cárcel con vitoria,
Y será de ísef corona y gloria;
Pero de no poder, Ramiro noble,
Decirte las palabras que pensaba;
Que tú me entiendes ya.

DON RAMIRO.
Todo se acaba.
Y esta prision se acabará muy presto,
Y á responderte me hallarás dispuesto
Siempre que tú quisieres.

DON JUAN.
Pues yo tomo
Esa palabra por consuelo mío.

DON VASCO.
No es tiempo de tratar de desafío,
Cuandopor fuerza has de dejar la espa-
Ni pienso que en el Africa bañada [da;
Se vió de tanta sangre, que amenace
Caballeros que son como Ramiro.

DON JUAN.
Vasco de Acuña, nunca yo me admiro
De las adversidades de fortuna.
Admirome de ver que estéis haciendo
Lances lostres en mí, porque os parece
Que el Rey es hombre y que engañarle [puede

La envidia que teneis de que me estima.
Esta espada que os doy, bien sabéis to- [dos

Que en Coimbra sirvió y en los Algarbes,
Si en el Africa no... Mas ¿qué me canso
Emplar satisfacción á vuestra furia?
Tomadla, y estad ciertos que esta inju-
Me pagaréis muy presto. [ría

DON NUÑO.
A no estar preso,
No hablaras tan soberbio.

DON JUAN.
Nuño amigo,
Menos rigor.

DON RAMIRO.
Camina alerta, guarda.
DON JUAN.

¡Tello!
TELLO.
Señor...

DON JUAN. (Ap. á Tello.)
Dirás lo sucedido.

DON NUÑO. (Ap. á don Vasco.)

¡Qué bien se ha hecho!

DON VASCO.
Gran ventura ha sido.
(Llévanle.)

TELLO.
¿Qué contentos los tres van!
Paciencia el cielo me preste.

ESCENA IX.

DOÑA ANA. — TELLO.

DOÑA ANA.
Tello, ¿qué alboroto es este?

TELLO.
Que llevan preso á don Juan.

DOÑA ANA.
¡Ay de mí! ¿Mató á Ramiro?

TELLO.
Cuando á Ramiro llegó,
Para prenderle mostró
Orden del Rey.

DOÑA ANA.
No me admiro;
Que ellos son los que le han puesto
En tanto mal.

TELLO.
Pues si sabes
Que para cosas tan graves
Con el Rey le han descompuesto,
¿Por qué crédito les das?

DOÑA ANA.
Ya sé que todo es traicion,
Tello. Si las iras son
Fuertes, en los reyes mas.
Yo temo algún mal suceso.
¿Cómo le podré librar?

TELLO.
Dicen que suelen pintar
La industria sacando un preso.

DOÑA ANA.
Pues ¿cuál podrémos tener?

TELLO.
Con las llaves que yo tengo,
Todas las torres se abren.
No sé si es traicion, teniendo
Nombre de alcaide de rey;
Y si no, mira el ejemplo
Del alcaide de Coimbra,
Que dos años sufrió el cerco,
Hasta que murió don Sancho,
Y le dió las llaves muerto.

DOÑA ANA.
Tello, entregar una tierra
Es traicion á un rey y á un reino;
Sacar á un preso inocente
Es industria, y mas teniendo
Obligacion de criado.

TELLO.
Las dos cosas te confieso.

DOÑA ANA.
Y desengañado el Rey,
Como en la verdad lo espero,

De lo que piensas castigo,
Te dará agradecimiento.

TELLO.
Mas que en la verdad del caso,
Me confío del secreto;
Que no es traidor el criado
Que libra de muerte al dueño.
Pero ¿cómo ha de saber
Don Juan lo que pretendemos?

DOÑA ANA.
Antes que á mujer engaños
Faltarán luces al cielo,
Pensamientos á los pobres,
Desdichas á los discretos.
Doña Inés le ha de llevar
Un papel; que por lo menos
No la negarán la entrada.

TELLO.
Es castellana, y no pienso
Que la querrás engañar.

DOÑA ANA.
De cuantas burlas me ha hecho
La castellana, perdone;
Que esta vez vengarias quiero.

TELLO.
¡Buen agüero!

DOÑA ANA.
¿Cómo?

TELLO.
Viene.

DOÑA ANA.
Entreténla mientras vuelvo
Con el papel. (Vase.)

ESCENA X.

DOÑA INÉS. — TELLO.

DOÑA INÉS.
¿Qué desdicha!
¡Qué lástima! ¿Hay tal suceso?
TELLO.
¿Qué es la desdicha, Señora?
¿Es esta prision?

DOÑA INÉS.
¡Ay, Tello!
Ver tan enojado al Rey
Y tan resuelto, que creo
Que le ha de mandar matar.

TELLO.
Y ¿tú crees que él ha hecho
Lo que tú pien?

DOÑA INÉS.
No me ha dado
Mi amor licencia tan presto.

TELLO.
Señora, si no es maldad
Mátame un rayo ó un necio;
Que es un necio que hab'a mucho
Mayor encarecimiento.
De envidiosos es, Señora,
La fábrica deste enredo,
Que le han quitado la gracia
Del Rey; que, como mancebo,
Fácil crédito les dió:

Vicio á que viven sujetos
Siempre los grandes señores.
Tú puedes darle remedio.

DOÑA INÉS.
¿Yo, Tello? ¿Cómo?

TELLO.
Doña Ana
Está, Señora, escribiendo
Un papel... que has de llevar.

DOÑA INÉS.
Si entrar en la torre puedo,

No dudes de que mi amor
Lo intente.

TELLO.

Tu nombre eterno
Hará, castellana hermosa,
La fama en su heróico templo.
Mira el amor que le debes.

ESCENA XI.

DOÑA ANA. — Dichos.

DOÑA ANA.

Apenas la pluma he puesto
En el papel; que corría
Mas veloz que el pensamiento.

TELLO.

Aquí doña Inés te aguarda,
Y me ha dicho que, pudiendo,
Dará el papel á don Juan.

DOÑA ANA.

Castellana de los cielos,
Escucha aqueste papel
De don Juan. (Ap. Sin letras leo.)

(Finge leer.) «Prima de mi alma,
solo por doña Inés me pesa de mi
prision; si hubiese órden para sacar-
me de aquí, llevarla á Castilla me se-
rá fácil, donde me casaré con ella,
y entre tanto se sabrá mi inocencia
para que el Rey me restituya á su
gracia...»

Pero dejo este papel,
Que es largo, como de preso.
Si el que le escribo le dais,
Vos daréis á un caballero
La vida; el mas bien nacido,
El mas gallardo y discreto
Que ha tenido Portugal,
Para ser marido vuestro.
¿Qué decis?

DOÑA INÉS.

Estoy pensando
Lo que diré, porque temo
Que no me dejen entrar...
Pero ya tengo remedio.
Hoy, levantándose el Rey
(Ya sabéis que sola entro
Donde se acuestan los dos),
El anillo de su dedo
En una salva dejó
Por olvido.

DOÑA ANA.

Es justo el cielo.

DOÑA INÉS.

Halléle, y también á mí
Se me ha quedado en el dedo
Por olvido, como estoy
Tan triste deste suceso.
Dadme el papel, y partid
Los dos, seguros que quedo
Con mas deseo que entrambos.

DOÑA ANA.

Vamos, Tello.

TELLO.

Vamos presto;
Que ¡vive Dios, que en tus bodas
He de hacer, á lo moderno,
Un famoso epitafio
En jerigoncinos versos!
(Vase.)

Sala de una torre del alcázar.

ESCENA XII.

DOÑA INÉS; y luego, DON RAMIRO.

DOÑA INÉS.

¡Ah de la torre!

DON RAMIRO. (Saliendo.)

¿Quién va?

DOÑA INÉS.

Doña Inés, Ramiro, soy.

DON RAMIRO.

¡Señora! Mas ¿cómo estoy
Tan firme al sol que me da
En el alma por los ojos?
Aguila debo de ser,
Aunque ya temo caer
Con abrazados despojos
En el mar que castigó
Mas de algun atrevimiento.

DOÑA INÉS.

No en balde mi pensamiento,
Ramiro, se os inclinó
Desde que os vi con el Rey.

DON RAMIRO.

¿Qué es lo que mandais aquí?
Que obedeceros en mí
No es obligación, es ley.

DOÑA INÉS.

¿Conocéis este?

DON RAMIRO.

Pues ¿no?

DOÑA INÉS.

El Rey manda que dejéis
Que hable á don Juan.

DON RAMIRO.

Bien podéis. —

¡Don Juan!

ESCENA XIII.

DON JUAN. — Dichos.

DON JUAN.

¿Quién me llama?

DON RAMIRO.

Yo.

DON JUAN.

¡Vos á mí! ¿Viene por dicha
La piedad en su rigor?

DON RAMIRO.

No, sino el mayor favor
Para la mayor desdicha.

DON JUAN.

¡Señora! pues ¿vos á verme?

DOÑA INÉS. (Ap. á don Juan.)

Aquí aparte me escuchad.

Leed, y disimulad;

Que quien os ama no duerme.

DON JUAN. (Ap. á doña Inés.)

Entretened á Ramiro.

DOÑA INÉS.

Ramiro, hablemos los dos.

DON RAMIRO.

Por hablar, Inés, con vos
Dos meses há que suspiro.

DON JUAN.

(Lee para sí.) «Tello tiene llaves que
hacen á esa torre: estad á las nueve
á su puerta con algun achaque; que
él y yo os estaremos esperando, y en-
ganad á doña Inés con el casamiento;
que el verdadero será el mio cuando

«Dios quiera. El os guarde. — Vuestra
prima.»

¡Hay mujer de mas valor?

Callen griegas y romanas.

Esconder quiero el papel.

DOÑA INÉS. [aguardan.]

(A don Ramiro. Quiero volver; que me
Don Juan, ¿habeis ya leído?

DON JUAN.

Señora, es tan poco un alma
Para poderos pagar,
Que quisiera tener cuantas
Crió el cielo desde el día
De nuestra fábrica humana.
Id con Dios, y estad segura
Que cumpliré la palabra
Que he dado en este papel.

DOÑA INÉS.

Yo voy, Ramiro, obligada
A vuestra gran cortesía.

DON RAMIRO.

Yo hago lo que el Rey manda;
Que lo que os pienso servir,
Al tiempo lo dejo. — ¡Ah, guarda!

ESCENA XIV.

UN GUARDA. — Dichos.

GUARDA.

Señor...

DON RAMIRO.

Cuenta con don Juan.

DON JUAN. (Ap.)

No tiene cosa criada
El cielo tan atrevida
Como una mujer que ama.
(Vase.)

Sala en palacio.

ESCENA XV.

EL REY, LA REINA.

REINA.

No puedo persuadirme
Que un hombre que os sirvió con tal
Tan leal y tan firme, [cuidado,
Que fué de vos por tal extremo amado,
Que me tuvo celosa,
Acometiese tan infame cosa.
El príncipe que mira
El Estado con justa diligencia,
La espada de la ira
Guarnece con templanza y con pruden-
Que al castigo violento [cia,
Se sigue arrepentido sentimiento
Por eso dan las leyes
Disposicion á los sucesos todos,
Y es justo que los reyes,
Prosiguiendo sus términos y modos,
Las causas justifiquen
Primero que á la sangre el hierro apli-
Don Juan, de vos amado, [quea.
Por hombre valeroso conocido,
Aun no está confesado,
Cuanto mas del delito convencido,
Y no es justo quitalle
La vida, que despues no podréis dalle.

REY.

Señora, en quien tenía
Toda el alma de un rey, la menor cosa
Parece alevosía;
Y así, cualquiera pena rigurosa
Tiene mayor disculpa;
Demás, que contra vos es fuerte culpa.

Vos, que sois de mis ojos
La misma luz, en cuyos cielos veo
La paz de mis enojos;
Vos, el principio y fin de mi deseo,
¡Vos de don Juan vendida!
Tengo mas alma ni conozco vida?
De mi boca sabia
Que al blanco aparecer del alba hermosa
En vuestro rostro via
Labrado un cielo de jazmin y rosa,
Y vuestras manos llenas
De cándidas lustrosas azucenas;
Y que al bajar dormida
La perezosa noche destocada,
Hallaba luz y vida
El alma á vuestro lado regalada,
Cual pajarillo tierno
La madre espera en riguroso invierno.
Pues ¿cómo me quitaba
El bien de veros yo, y á la Condesa
Con cartas incitaba,
De quien, aunque de hablar así me pesa,
No tuve alegre día?
Tanto el faltarme sucesion temia.

REINA.
¿No puede ser engaño
De algunos envidiosos?

REY.
No, Señora,
Porque fuera en su caño.

REINA.
Esta sola merced os pido agora:
Que hasta que esté probado
No muera un caballero tan honrado.

REY.
Por vos digo que sea,
Y dénselo los cargos.

REINA.
Esto es justo,
Y que lo entienda y vea
Júz que vos nomebris.

REY.
Digo que gusto
De servirlos en esto.

REINA. [to.
Pues vos veréis que está inocente pres-

REY.
¿Quién como yo se bolará
Que vuestro pensamiento verdad fue-
El reino aventurara, [ra?
Y cuanto no sois vos, Beatriz, perdiera;
Pues nunca fué criado
Con tal extremo de su dueño amado.
(Vase.)

Pisa y vista exterior de la torre donde está
preso don Juan.

ESCENA XVI.

DOÑA ANA, de hombre y con espada;
TELLO.

TELLO.
Bizarra vienes.
DOÑA ANA.
No hay mujer cobarde.

TELLO.
Las guardas dentro están.
DOÑA ANA.
Así parece.

TELLO.
Abre, y mátenme aquí.
TELLO.
Sí haré; que es tarde,
Y la luna se nubla y oscurece.
(Abre una puerta y entrase.)

L.-III.

DOÑA ANA. [aguardé,
No hay sentenciado que la muerte
Como este breve espacio me parece.
Abrió.—Salió.—¿Qué puede la ino-
[cencia!

ESCENA XVII.

DON JUAN, TELLO.—DOÑA ANA.

TELLO.
Don Juan está, Señora, en tu presencia.

DON JUAN.
¿Luz de mi vida!

DOÑA ANA.
¿Primo de mis ojos!

TELLO.
¿Cuerpo de tal! ¿Agora requiebritos?

DON JUAN.
Mil almas te da un alma por despojos.

DOÑA ANA.
Yo cien mil, con abrazos infinitos.

TELLO.
Parece que lo haceis por darme enojos.
Salid de aquí, y hablad despues á gritos.

DON JUAN.
No puedo mas.

TELLO.
No andas por un pollo.

DON JUAN.
¿Dónde está doña Inés?

TELLO.
Está en el rollo.

DON JUAN.
¿No tenemos caballos?

DOÑA ANA.
No es acierto.

En mi casa estaréis los dos seguros,
Porque os han de seguir, y hallar es cier-
Si salis una legua de los muros. [to,

DON JUAN. [cierto
Bien dices; que despues con mas con-
Saldremos destos bárbaros perjuros;
Porque aates que me parta he de ven-
[garme

De quien á tanto mal pudo obligarme.
¿Tienes dineros tú? Que ya mi casa
Toda debe de andar en manos fieras,
Y con dinero el peregrino pasa
Seguro entre naciones extranjeras.

TELLO.
La bolsa es flaca, no es la mano escasa,
Porque se han de tener de tres mane-
Si acaso los dineros idolatras, [ras,
Con heredar, tratar y hacer mohatras.
Ni heredé ni traté, ni por lo hebreo
Supé mohatrazar.

DOÑA ANA.
¿Ay triste! Tente.

DON JUAN.
No tomas; que aquí estoy.

TELLO.
Y yo ¿soy barro?

¿Vive cribas, que soy, sin arrogancia,
Hércules portugués!

ESCENA XVIII.

DON VASCO, DON NUÑO y RODRIGO,
de noche.—DICHOS.

DON VASCO.
Templó la ira
El Rey por ruegos de la Reina.

DON NUÑO.
¿Cómo?

Pues ¿cómo, si la abrieron, no está

DON VASCO.
Pienso que doña Inés se lo ha rogado.
RODRIGO.
Gente hay aquí.

DON NUÑO.
¿Quién va?

TELLO.
Pasen delante.

DON VASCO.
Digan quién son; que toda aquesta plaza
Se guarda por el Rey.

TELLO.
Mil años viva.

Pero váyanse luego; que nosotros
La guardamos tambien.

DON VASCO.
Pues meta mano,
Y el que pudiere mas conozca al otro.

TELLO.
¡Aquí, Señor, aquí!

RODRIGO.
Tiran y huyen.

DON VASCO.
No los sigais; que debe de ser gento
Que mira las ventanas de palacio.

(Vase don Juan, doña Ana y Tello.)

ESCENA XIX.

DON RAMIRO, con LA GUARDA.—DON
NUÑO, DON VASCO, RODRIGO.

DON RAMIRO.
¿Quién va? Ténganse al Rey.

DON VASCO.
Amigos somos,

Vasco y Nuño coumigo.

DON RAMIRO.
¿Dónde bueno?

DON VASCO.
A deciros que el Rey está templado
A ruego de la Reina, y de tal suerte.
Que ha revocado de don Juan la muerte.

Y siendo así, tened por cosa cierta
Que ha de volver don Juan á su privan-
[za,

Y de los tres ha de tomar venganza;
Y así, con la experiencia de ser viejo,
Os quiero prevenir de un gran consejo.

Hablémosle los tres aquesta noche,
Con él juguemos y con él cenemos,
De suerte que nos tenga por amigos,
Para que cuando el Rey lo fuere suyo,
No nos pueda culpar ni perseguirnos.

Y cuando nunca vuelva, ¿qué hay per-
[dido?

DON RAMIRO.
Acuerdo al fin de hombre discreto ha
[sido.

(Aun guarda.) ¿Hola! Llama á don Juan,
Salga seguro. [di que á este patio

GUARDA.
Voy. (Vase.)

DON NUÑO.
No has dicho cosa

En que conozca mas tu entendimiento.

DON VASCO.
Con esto cesará su pensamiento
De pensar que nosotros le envidiamos.

(Vuelve el Guarda.)

GUARDA.
Aunque mil voces por la torre damos,
No responde don Juan; falta mi espada,
Que estaba á las paredes arrimada,
Y dice Julio que oyó abrir la puerta.

DON RAMIRO. [abierta?

Pues ¿cómo, si la abrieron, no está

DON NUÑO.
Porque luego á cerrarla volverían.
DON VASCO.
¡Vive el cielo, que son los que refían,
Y que el aire me dió del rostro y talle
De don Juan de Meneses!

DON RAMIRO. Ellos eran;
Que de otra suerte, á no lo ser, riñeran.
Perdido, Nuño, soy; don Juan esido.

DON NUÑO.
¿Cómo puede tan presto haber partido?
Acúdase á la mar, dése al Rey cuenta.

DON VASCO.
¿Cómo puede salir con lo que intenta
Quien no lleva razón? ¡Brava desgracia!
Pero menor que si del Rey la gracia
Volviera á haber don Juan.

DON NUÑO.
¡Oh envidia fiera! ¡pera?
Quien anda en hacer mal, ¿qué bien es—
(*Vanse.*)

Sala en casa de doña Ana.

ESCENA XX.

DOÑA ANA, DON JUAN, TELLO, LEONOR.

DON JUAN.
Bien estaremos aquí
Hasta que la furia pase.

TELLO.
Presumo que el Rey abraza
Toda la ciudad por ti.

DOÑA ANA.
No está ya tan enojado.

DON JUAN.
Eso tiene la mentira;
Que si luego mueve á ira
A un hombre mal informado,
Luego le temple el rigor,
Porque siendo examinada,
Responde necia y turbada
Lo que le enseña el temor.

DOÑA ANA.
Ese tengo yo, mi bien,
Que no sepa el Rey de ti.

DON JUAN.
¿Cómo puede hallarme en mí?

DOÑA ANA.
¿No, mis ojos? Pues ¿en quién?

DON JUAN.
En ti, Señora; que vivo
En ti, y no en mí, y es razón
Que te guardes de traición:
Tal vida en verte recibo.
Huye; que á tus ojos bellos
Dan mis invidias enojos;
Que si te prenden los ojos,
Llevaránme preso en ellos.

DOÑA ANA.
Quien no los guardó de ti,
Ya no tiene qué guardar;
Pero si en mí te han de hallar,
Yo sabré guardarme á mí.
Solo Leonor dónde estás
Ha de saber.

DON JUAN.
De Leonor
No puedo tener temor.
LEONOR.
Agravio á mi honor harás.

DON JUAN.
Fuera desto, yo querría
Hacer un atrevimiento,
Si quiere Tello, notable.

TELLO.
Fío, Señor, de tu ingenio
Que no me pondrás en cosa
Que no importe á tu remedio;
Por lo cual, si dos mil vidas
Diera el cielo á un hombre, el cielo
Sabe que perderlas todas
Taviera á dicha.

DON JUAN.
Está atento.
Tú mañana en el palacio
Has de entrar, llevando un pliego
Que yo te daré esta noche,
Y aguardar al Rey á tiempo
Que pasezca que te turbas,
Porque reparando en esto
Te llame, y tu turbación
Le dé ocasión por lo menos
A que te miren; tú harás
Como que lo estás temiendo,
Hasta que el pliego te hallen.

TELLO.
Pues ¿qué hará despues de abierto?

DON JUAN.
Eso el tiempo lo dirá.—
Vén, mi bien; que con tu acuerdo
Tres cartas he de escribir.

DOÑA ANA.
Que no lo entiendo confieso;
Pero sé que si te pones
En esto, tu entendimiento,
Ayudándote el amor,
Como á mí, que iba leyendo
A doña Inés un papel,
De mi cabeza compuesto,
Sin que en él hubiese nada
De cuanto la iba diciendo,
Saldrás con cuanto deseas.

DON JUAN.
Solo libertad deseo,
Y para que, siendo tuyo,
Te pague lo que te debo.
(*Vanse doña Ana y don Juan.*)

ESCENA XXI.

TELLO, LEONOR.

TELLO.
¿Cómo mis cosas están
Con vuesamercé?

LEONOR.
Despues
Que vuesamercé no es
Alcaide de San Juan,
Le tengo en menos; que así
Se suele en el mundo usar,
Porque en perdiendo el lugar,
El respeto le perdí.

TELLO.
Bien dice. ¡Ay de aquel que viene
A menos de lo que fué!
Que no hay quien dél se le dé
Mas de lo que entonces tiene.
Téngase todo cristiano
En no caer de lo que es,
Porque no ha de haber despues
Quien llegue á darle la mano.
Quien pierda un alto lugar,
Mejor le fuera morir,
Pues vive para sentir
Que todos se han de vengar.
Pues de las moralidades,
Viniendo á cosas menores,
¿Dónde hay ejemplos mayores

Que en amores y amistades?
En no habiendo, como digo,
Qué dar al que lo gastó,
Ni la dama le escuchó,
Ni le vió mas el marido.

LEONOR.
¿Quieres tú, Tello, enmendar
El mundo?

TELLO.
No; mas quisiera
Que mas diferencia hubiera.

LEONOR.
Tello, si tienes qué dar,
Serás amado, esto es cierto;
Porque, si no, yo te advierto
Que nadie te ha de buscar.
Y así, cuando algun señor
Da en no dar, de serlo deja,
Y verás que dél se queja
Desde el pequeño al mayor.
Es la liberalidad
Una virtud atractiva:
Quien da vengza, quien da viva.

TELLO.
Digo que dices verdad.
Personas la corte cria
Que ya que no dan dinero,
No quieren dar del sombrero
Dos dedos de cortesía.
Y los que son destas trazas,
Y de nadie bienhechores,
Señores son; mas señores
Engertos en calabazas.

LEONOR.
Cuando eras alcaide, Tello,
Gentilhombre parecías,
Otras acciones tenías
Desde los pies al cabello.
Agora no sé qué tienes...

TELLO.
Tengo el no ser lo que fui.
Pero ¿quieres ver en ti
La bajesa que á ser vienes?
¿Cómo en estas desventuras
Quiere doña Ana á don Juan?

LEONOR.
Porque casados están;
Que ya son prendas seguras.

TELLO.
No, sino porque es mujer
Principal. Quédate adios;
Que aun puede ser que los dos
Despues volvamos á ser.

LEONOR.
Entonces te querré yo.

TELLO.
¡Oh qué bien, Leonor, harás,
Porque te regale mas!

LEONOR.
Pues ¿qué? ¿Matarásme?

TELLO. No.

LEONOR.
Toca, y seas lo que fueras.

TELLO.
Agora no quiero yo.

LEONOR.
Ni yo tampoco.

TELLO.
Eso no;
Que soy tuyo, si tú quieres.

LEONOR.
Quiero.
TELLO.
El contento adivino;
Mayor tras tantos desvelos,

Porque amistad sobre celos
Es haber sobre tocino.

Sala de palacio.

ESCENA XXII.

EL REY, LA REINA, DON VASCO,
DON NUÑO, DOÑA INÉS.

REY.

¿Qué puede alegar Ramiro?

DON VASCO.

Señor, por disculpa basta
Lo que amastes á don Juan,
Pues la ausencia de la patria
A él le sirve de castigo,
Y os detiene á vos la espada.

DON RAMIRO.

Señor, si con deslealtad
De la prision le sacara,
No pagara con mil vidas
Traicion que ninguna iguala;
Pero si don Juan se fué
Con llave maestra ó falsa,
Sola mi desgracia ha sido
De vuestra ofensa la causa.

REINA.

Templad, Señor, el enojo.

REY.

Vos, porque veis tan culpada
A doña Inés, no queréis
Que de Ramiro no haga
El ejemplo y el castigo
Que piden maldades tantas.

DOÑA INÉS.

Señor, cuando aquel papel
Me dió su prima doña Ana,
Ya fui mujer de don Juan,
Si bien mujer engañada;
Y por mi marido pude
Tener disculpa.

ESCENA XXIII.

TELLO.—DICHOS.

TELLO. (Para sí.)

Quien anda

En tales pasos, ¿qué espera?
El Rey. ¿Qué notable traza
Ha imaginado don Juan!
Que aquí me turbe me manda.

REY.

Esperad; ¿qué hombre es aquel
Que anda mirando la sala?—
Hombre, detente.

TELLO.

¡Ay de mí!

REY.

Detenedle, no se vaya.

DON VASCO.

Tente, villano, y advierte
Que el Rey, mi señor, te llama.

REY.

Llegadle acá.

DON VASCO.

Llega presto.—

La color tiene mudada,
Y todo tiembla.

REY.

¡No es este,
O los deseos me engañan,
Tello, de don Juan criado?

DON VASCO.

Sí, Señor.

REY.

Dime, ¿no estabas
Por alcalde de San Juan?

TELLO.

Sí, gran Señor, y le guarda
Mi teniente en mi lugar;
Que no he dejado la plaza.
Pero, como me ha criado
Don Juan, en su busca andaba,
Y ciego de amor entré.

REY.

Miente. Quitadle las armas;
Que este á matarme venia.

TELLO.

Yo, Señor, no te matara,
Aunque fuera tabardillo,
Necesidades ó tercianas.

REY.

Miradle todo.

DON NUÑO.

Está quedo.

TELLO.

Tengo cosquillas.

DON VASCO.

Acaba.

TELLO.

Tuve sarna este verano,
Y por buscarme me rascas.

DON VASCO.

Aquí hay un pliego.

TELLO.

¡Ay de mí!

DON VASCO.

Señor, un pliego de cartas
Tiene aquí.

TELLO.

Vasco, callad; (Ap. á él.)
Que no es de poca importancia
Para vuestro honor y vida.

REY.

Dime, infame: ¿á quién llevabas
Estas cartas, que no tienen
Sobrescrito?

TELLO.

No sé nada

Mas de que son de don Juan,
Y que dárselas me manda
A Vasco de Acuña.

DON VASCO.

¿A quién?

TELLO.

A vos.

DON VASCO.

¿A mí! ¿Por qué causa?

TELLO.

Vasco, no disimuleis,
Descubierta es la celada;
Que á vos, á Nuño y Ramiro
Traigo tres cartas.

DON VASCO.

¿Qué cartas?

REY.

Esta carta dice así:

(Lee.) «Mil agradecidas gracias
»Os doy, Vasco, por las limas
»Y por las dos llaves falsas.
»Con eso habeis satisfecho
»A la maldad intentada
»De aquella carta fingida.
»Si del Rey vuelvo á la gracia,
»No temais que de vos tome
»Eternamente venganza.»
Vasco, ¿qué es esto?

DON VASCO.

Señor,

Si yo tales limas...

REY.

Calla.

DON VASCO.

¿Yo á don Juan? ¡Viven los cielos,
Que antes le sacara el alma!

REY.

Para Nuño es esta.

DON NUÑO.

¡A mí!

REY.

A tí pues.

DON NUÑO.

Mentira clara.

¡Yo con él!...

REY.

Oye.

DON NUÑO.

Señor...

REY.

(Lee.) «Nuño, obligaciones tantas
»¿Con qué se pueden pagar?
»Yo os prometo que volaba
»El alazan que me distes.»
—¡Traidores! Cuando yo estaba
Mas contento de don Juan,
Me contastes mil infamias,
Y cuando le tengo preso,
Uno le da llaves falsas,
Y otro caballo en que huya?
Pues mas; que otra carta falta.

DON RAMIRO.

A lo menos no será
Para mí; que ellos andaban
Por congraciarse con él.

REY.

Pues ¿Ramiro no te llamas?

DON RAMIRO.

Sí, Señor.

REY.

Pues á tí dice.

DON RAMIRO.

¿A mí? ¿Falsedad extraña!

REY.

(Lee.) «Ramiro, si por salir
»De la prision en que estaba,
»Dije que os ayudaria
»En aquella infame traza
»De dar veneno á su alteza,
»Ser quien soy os desengaña
»De que agora, que estoy libre,
»Le he de avisar desde Francia
»Para que os quite las vidas;
»Que le adoro, aunque me trata
»Desta suerte por vosotros.»
Pues, traidores, ¿esto pasa!

DON NUÑO.

Señor...

REY.

No hay que replicar.
Los tres al instante salgan
De mi reino, ó ¡vive Dios!...

DON VASCO.

Pues, Señor, ¿por unas cartas,
Y sin mas informacion?...

REY.

Cuando de don Juan me hablabas,
¿No te di crédito yo
Por una carta?

REINA.

La causa

Que tiene para enojarse
Su alteza, hidalgos, es tanta,
Que os aconsejo os quiteis
De su presencia.

DON VASCO.

En campaña
Sustentaré que es mentira,
Y voy á buscarle á Francia. (Vase.)

DON NUÑO.

Donde quiera que estuviere,
Probaré con esta espada
Que miente. (Vase.)

DON RAMIRO.

Y yo haré lo mismo. (Vase.)

ESCENA XXIV.

EL REY, LA REINA, TELLO.

TELLO.

Permite, Señor, que salga
A esa plaza; que á los tres
Les daré mil cuchilladas.

REY.

Agradezcan á la Reina
Esta piedad y templanza;
Que ya sus viles cabezas
Esos muros afrentaran.
—¡Ah, don Juan, cuánto me pesa
Que en una cosa tan varia
Diese crédito á traidores!

TELLO.

Si vuestra alteza le llama,
Yo sé que vendrá á servirle.

REY.

Pues, Tello, camina á Francia,
Y dente seis mil ducados,
Con que siguiéndole vayaa.

TELLO.

¡Postas, postas! Toca, toca.
Sube, pica, corre, pára.
Ya estoy en Castilla; corre,
Pica. Ya estoy en Vizcaya,
Ya paso de Irun el río.
¡Por Dios, que lleva mucha agua!
Ya estoy en San Juan de Luz:
Pica; que á Bayona pasa.
Aquel es, y va con él
La bellísima doña Ana.
Llegué: «Vuélvanse, señores,
Vuélvanse; que el Rey los llama.
Ya desterró los hidalgos
Que envidiaban tu privanza.—
Cuéntame, Tello, el suceso.—
Pica; que la historia es larga.»
De Francia salimos ya.
Beso la tierra de España.
Pasemos presto á Castilla.
¡Oh qué bellacas posadas!
Ya entramos en Portugal;
Esta es Lisboa, mi patria.
Llegad; su alteza está aquí.
(Abre una puerta.)

ESCENA XXV.

DON JUAN, DOÑA ANA. — DICHOS.

DON JUAN.

Danos los piés.

REY.

¡Cosa extraña!

TELLO.

Aquí estaban escondidos
En una secreta cuadra.

REY.

Levanta, don Juan, del suelo

DON JUAN.

Mi inocencia me levanta.

REY.

Hoy á nuestra gracia vuelves.

DON JUAN.

No quiero mas de tu gracia.

REY.

Besa los piés á la Reina.

DON JUAN.

Con una nueva extremada,
Que ya lo es de Portugal;
Que hoy tuve nuevas de Francia
De que es muerta la Condesa.

REINA.

Por las nuevas, á doña Ana
Doy la tierra que en Castilla
Me dió el Rey.

DOÑA ANA.

Grandes tanta
Solo pudiera ser tuya.

DOÑA INÉS.

En fin ¿yo quedo burlada?

DOÑA ANA.

Sí, porque una portuguesa
Engañe á una castellana.

TELLO.

Y Tello, no será alcaide
De San Jean?

REY.

Si te casas,
Porque acabe la comedia
De *La discreta venganza*.

LA BUENA GUARDA,

COMEDIA DE LOPE DE VEGA CARPIO,

DIRIGIDA

A DON JUAN DE ARGUJO, VEINTICUATRO DE SEVILLA.

HABIENDO leído este prodigioso caso en un libro de devocion una señora destos reinos, me mandó que escribiese una comedia, dilatándole con lo verisímil á sus tres actos; representóla Riquelme, y despues de algunos años llegó á mis manos, y he querido darla á luz, para que sea mas comun á todos tan raro ejemplo. Las virtudes de vuesamerced me obligaron á dedicársela: cosa á que tenia tan hecha la mano, que luego me llevó tras la imaginacion la pluma. A sombra de su valor tuvo vida mi *Ángelica*, resucitó mi *Dragontea* y se leyeron mis *Rimas*; y si vuesamerced, por modestia, no me hubiera mandado que no pasara adelante en esta resolucion tan justa, mi *Jerusalén* tuviera el mismo dueño, y así le di á nuestro gran monarca, rey de dos mundos; porque, en mi opinion, desde la excelencia de los ingenios solo se puede pasar á la majestad de los principes, y aun esto es por seguir la opinion del Filósofo en sus *Éticas*: «que el arte del gobernar tiene el principado en todos los demás artes.» Amo á vuesamerced tan aficionadamente, y tienen desta verdad tanta satisfacion los que han leído mis escritos, que, ó seria decir lo dicho tratar aquí sus alabanzas, ó gastar vanamente las palabras, como los que aconsejan á los que están persuadidos; que aunque sea bueno lo que tratan, como cosa sin efeto, no se escucha: solo esto diré con Platon, que la dificultad que puso en hallar «un hombre varonil, ingenioso y humilde» (así lo refiere en el *Diálogo de ciencia*, hablando Teateto con Sócrates), no se lo pareciera si hubiera conocido las partes que admiran cuantos conocen su raro ingenio, magnánimo corazon y profunda mansedumbre; antes creo que le hubiera dado el lugar que en el mismo diálogo á Teodoro Tersio ó Euclides. Vuesamerced no admita esta memoria con lo que el nombre suena, sino con la difinicion de Aristóteles; que si ella lo es de las cosas pasadas, la opinion es fe de las por venir, donde aun espero que vuesamerced me conozca mas agradecido, y siempre firme en aquella primera verdad con que supe estimalle, y estimé conocelle. Dios guarde á vuesamerced.

Capellan y aficionadísimo servidor,

LOPE DE VEGA CARPIO.

LA BUENA GUARDA,

LA ENCOMIENDA BIEN GUARDADA.

COMEDIA DESTE AÑO 1610.

PERSONAS DEL PRIMERO ACTO.

LEONARDA.
DOÑA LUISA.
UN ESCUDERO.
DON JUAN.
DON LUIS.

CATALINA.²
MARIANA.
VIVAR.
LUIS.
ESPAÑA.

EL HERMANO CARRIZO,
RIZO, *sacristan*.
FÉLIX, *mayordomo*.
DOÑA CLARA.
BASURTO.
OLMEDO.
MARÍA DE ARGÜELLO.

DOÑA ELENA.
DON PEDRO, *su padre*.
RICARDO, *viejo*.
DON CARLOS.
LOS NIÑECOS.
CATALINA.
QUIÑONES.
ESPAÑA.
BENITO.

ACTO PRIMERO.

Entren DOS DAMAS, con mantos, y sus ESCUDEROS.

LEONARDA.
Tarde pienso que venimos.
DOÑA LUISA.
Sin misa nos quedaríamos.
ESCUDERO.
La intencion ofreceremos.
LEONARDA.
Culpa de tardar tuvimos;
Aunque yo, por aguardaros,
La tengo mucho mayor.

DOS GALANES entren por la otra parte.

DON JUAN.
Ayer me dijo Leonor
Que esto viniese á avisaros;
Y pienso que recibis
Justamente estos favores,
Pues tan honestos amores
A casaros dirigis;
Que yo culpo grandemente
Los mancebos atrevidos,
No solo que divertidos,
Están mirando la gente,
Mas que quiten del altar
Por un instante los ojos.

DON LUIS.
Desta guerra los despojos
Á su templo se han de dar.
En sus gradas nos verémos
Yo y Leonarda, si Dios quiere;
Y pues es bien que esto espere,

¹ Se reimprime esta comedia teniendo á la vista el original del autor, que nos ha franqueado con su acostumbrada bizarría el excelentísimo señor marqués de Pidal. El autógrafo está enmendado en muchas partes con letra parecida á la de Lope; el texto de las enmiendas es el de la comedia, tal como se halla en la parte décimaquinta de Lope, impresa en Madrid año 1621. Aquí seguimos el manuscrito segun el autor lo escribió, restituyendo lo borrado, que casi siempre ha podido leerse bien.

² Nombres de los actores á quien por primera vez se repartió la comedia.

No es mucho que á verla entremos.
El matrimonio, don Juan,
Es sacramento; ese intento,
Y á fin deste sacramento
Licencia á los ojos dan.
Miro una honesta mujer,
Que la miro para mí.

DON JUAN.
Traigan los cielos el día
En que ya lo venga á ser.
DON LUIS.
Podré en el agua bendita,
Donde la mano metió,
Ponerla yo?

DON JUAN.
Nunca yo
Supe mas de que nos quita
Pecados y tentaciones,
Porque es arma que defiende
Contra el demonio, que emprende
Encender nuestras pasiones.
Para templar las de amor
No fuera mal instrumento,
Si fuera bueno el intento.

*Entre EL HERMANO CARRIZO,
sacristan, con su sobrepelliz.*

CARRIZO.
Alabado sea el Señor.
DOÑA LUISA.
Dígame, hermano Carrizo,
¿Habrá misa?

CARRIZO.
Misa habrá,
Aunque por milagro ya,
Que un extranjero le hizo;
Que si agora no viniera
De camino, como digo,
No habia en Ciudad-Rodrigo
Quien decírsela pudiera.
¿Por qué se levantan tarde?
¿Que las valga Dios, amén!
Digan, hermanas, ¿es bien
Que la misa las aguarde?
Lo primero que el cristiano,
Luego que el alba le avisa,
Ha de hacer, es oír misa,
Por pedirle á Dios temprano
Que los pasos de aquel día
En su servicio se den,
Y por librarse tambien
De aquel traidor que porfia,
Como sangriento leon,
Devorar nuestra inocencia.

LEONARDA.
¿Qué santidad!
DOÑA LUISA.
¿Qué advertencia
Tan digna de estimacion!
CARRIZO.
Si ellas salen á las nueve
Con un manteo bordado
De entre el cambray delicado,
Como unos copos de nieve;
Y puestos en sus chapines
Los piés, aun no se persinan,
Que como grullas caminan
Al estrado y los cojines;
Y sentadas en damasco,
Piden con grande mesura
El cofre de la hermosura,
Que abierto puede dar asco
A un enfermero de sala
De cámaras, ni hay pintor
Que tan diverso color
Ponga en la tabla ó la pala,
Porque puede en este almarior,
De ver por varias recetas
Tantos botes y cajetas,
Confundirse un boticario;
Y la primera oracion
Es consultar el espejo,
Con notable sobrecejo
De ver su misma vision;
Y luego, abriendo la boca,
Hacer tres ó cuatro gestos
Mas locos y descompuestos
Que una mona cuando coca;
Y con un paño de dientes
Acicalar las espadas
Que el sueño tuvo envainadas,
En manjares diferentes;
Dalle con polvos al hueso
Y con la sangre de drago
O aceite de azufre, en pago
De algun hurtado suceso;
Y si tras esto limpiáis
La cera y la palomina
Que hizo el labio clavellina,
Mientras vos os engañais;
Y si luego hay lavatorio,
Y la redoma enjuagais.
Para que aljófár bagais
Lo que Dios hizo abalorio;
Y tras esto, echais encima
Dos capas de soliman,
Que los ciegos las verán,
Aunque os precieis de mas prima;
Si luego (y no es maravilla),

Como veis que es carne falsa,
Porque se coma con salsa
Calentais la salserilla,
Y os poneis, con mas primor
Que una gata que se aseita,
Ese color que deleita,
Aunque fingido color;
Y en tierra como ceniza
Sembráis claveles; y luego
Sacáis cabellos, que el fuego
O el cordel quiebra y enriza,
Hebras por fuerza doradas,
De que es el sol buen jües,
Y que pueden ser tal vez
Canas mal disimuladas;
Y gastáis en la cabeza
Otras dos horas, tejendo
Lazos en que va cayendo
La ignorancia y la simpleza;
Y por uno y otro lado
Andáis tomando consejo
Tan prolijas, que el espejo
Da bostezos de cansado;
Si luego viene el vestido,
Y encima os poneis el dote,
Aunque el pueblo se alborote
Y no se alegre el marido;
Si luego hacéis con el oro
Vuestro pecho aparador;
Y luego el quemado olor
Os incienso el bajo coro,
Y salís que parecéis
El pabellon de Holoférnes,
Y como el domingo el viernes
En esto os entretenéis;
¡Qué misa á buscar venís
A las dos, pues no á mirar
Salís el divino altar,
Que á ser miradas salís?
Y aunque tanta pepitoria
Os cuesta cuidado eterno,
Considerad que hay infierno,
Muerte y vida, pena y gloria.

LEONARDA.

Basta, hermano; que se ha hecho
Satírico.

DOÑA LUISA.

No creyera
Que contra mujeres era
De tan riguroso pecho.
¡Jesus! ¡qué cosas nos dice!

CARRIZO.

Menos he dicho que sientó.
No tardé en el monumento
Que el año pasado hice,
Lo que ellas hoy se han tardado
En componer para ser
Vistas.

LEONARDA.

Ya de bachiller
Se nos hace licenciado.

CARRIZO.

Esta ¿es licencia?

DOÑA LUISA.

Pues ¿no?

CARRIZO.

Y si ellas vienen así,
Esos ¿miraránme á mí?

DOÑA LUISA.

¿No sabré cubrirme yo?

CARRIZO.

¿Qué importa, si con el manto
Están haciendo caireles,
Y mostrando por cancelos
Eso que encarecen tanto?
El paño que el mercader
Pone, y que la tienda cubre,
Es el manto con que encubre

Sus defectos la mujer;
Que hay mil que en el día claro
Demonios parecerían.
¡Ay de los que en ellas fian!

DOÑA LUISA.

Pare; que es necio.

CARRIZO.

Y reparo.

Pues; mira el otro habera,
Cómo se la está mirando,
El manto brujuleando
Para ver si hace primeral —
Entrense á misa, en mal hora.

DON JUAN.

Ya nos vamos.

CARRIZO.

Vayan ellas.

LEONARDA.

Ya vamos.

CARRIZO.

¡Lindas doncellas!

¡Piensan que, porque es agora
Carnestolendas, no hay mas?

DOÑA LUISA.

Sufre; que es santo, Leonarda.

DON JUAN.

Acá en la puerta la aguarda,
Y hablarla, don Luis, podrás;
Que este hará grande misterio
De cualquier cosa que impida.

DON LUIS.

No he de venir en mi vida
A misa á este monesterio.

CARRIZO.

Vayan, y estén apitados
Y con mucha devoción —
Siempre de inorantes son
Los sacristanes culpados,
Y no ven sus inorancias
Los que respeto no tienen.

(Toquen dentro.)

Son es este... Danzas vienen.
¡En qué Italia, en qué Francias
Se celebra el Carnaval
Con mayor solicitud?
Perdone Dios la inquietud.
¡Hay tal son? Hay son igual?
Todos andan de alboroto.
Quedito, bravas cosquillas,
Por qué no podré sufrillas,
Y andará todo á lo roto.
Ellos tornan á tocar.
Quedo, piés. Mas ¿qué se pierde
De oír cantar, si no es verde
Lo que empiezan á cantar?

(Canten dentro.)

*Si decís de la aldeana
Que con sayuelo de grana
Excede á la cortesana
En limpieza y en blancura,
Ara, vén y dura,
Aunque se alborote el cura.*

CARRIZO.

Todo me estoy deshaciendo,
Como torrezno en sartén.
¡Lindo son! Y cantan bien.
¿Qué es esto, piés? No os entiendo.
Harémos una floreta
Siquiera, y la sotanilla
Levantando á la rodilla,
Sonarémos castañeta. —
Tened, por amor de Dios;
Que me pico. Piés, tenéos.
¡Ay Jesus! ¡qué bamboleos!
No mas, piés, oígamonós.

↑ Entrense en la iglesia los galanes y da-
mas, quedando solo Carrizo.

(Canten.)

*Si decís de la barbera
Que parece por desfuera
Bajilla de Talavera
En el lustre y la blancura,
Ara, vén y dura;
Que amor es todo ventura.*

CARRIZO.

¿Qué es lo que dijo de amor
Y de la barbera? ¡Ay cielo!
¿Soy yo de bronce? ¿Soy hielo?
En la puerta estoy mejor.
Desde aquí los quiero ver.
Ya pasan. — Ya vuelve el son.
— Pues Carnestolendas son,
Sotana, no hay que temer.

† Los músicos y cuatro ó seis máscaras
de hombres y mujeres, bailando.

(Canten.)

*Si decís de la del saestre
Que tiene por gran desastre
Que falta á su nave lastre
En la mejor coyuntura,
Ara, vén y dura,
Aunque se alborote el cura.
Si decís de la mujer
Del letrado, puede ser
Que dé mejor parecer
En los pleitos que procura,
Ara, vén y dura;
Que el amor todo es ventura.*

(Entrense con mucho regocijo.)

CARRIZO.

¿Que hube yo de ser agora
Destas monjas sacristan!
Enloquecido me han.
Pues ¡es que el son empeora!
Alzáos, señora sotana.
Tras ellos la calle tomo...
— Mas este es el mayordomo.
¿Qué breve es la gloria humana!

FÉLIX entre.

FÉLIX.

Doña Clara me ha mandado,
Carrizo hermano... esté atento...
Que dé á hacer el monumento
Que ayer dejamos tratado.
Quiere que nuevo se haga
Y que se pinte y se dore...
Esté atento... y se mejore,
Y el pasado se deshaga,
Para que se eche de ver
En toda Ciudad-Rodrigo
Que es abadesa...

CARRIZO.

Eso digo,

Y es muy principal mujer.
— ¡Qué lindo ara, vén y dura!
Aun se me bullen los piés.

FÉLIX.

¿Qué es eso que dice?

CARRIZO.

Que es
Notable la arquitectura,
Y que el papel me agradó.
Mas esto de monumento
En Carnestolendas, siento
Que no es tiempo.

FÉLIX.

¿Por qué no?

Si no se toma temprano,
¿Cómo se hará la pintura?

CARRIZO.

Hará... Ara, vén y dura.

‡ Sobre esta línea hay en el manuscrito
una cruz, que indica la salida de los per-
sonajes.

FÉLIX.
¿Qué es eso, Carrizo hermano?
CARRIZO.
Esto del cantar me altera.
Ensayo lamentaciones.

FÉLIX.
Esté atento á estas razones.
CARRIZO.

Si decís de la barbera...

FÉLIX.
¿Qué es eso?
CARRIZO.
Ya ¿no lo ve?

El tiempecillo, por Dios.

FÉLIX.
Venga esta tarde á las dos:
Lo que ha de hacer le diré;
Que aquí por la portería
Quiero hablar á mi señora
Doña Clara.

CARRIZO.
No há media bora
Que ni sentido tenía.
Si decís de la del sastre...
Si decís...

FÉLIX. *(Éntrese.)*
¡Extraña cosa!
—Pero vos, nave amorosa,
¿Dónde caminais sin lastre?
¿Dónde vais, loca de vos,
En tan peligroso mar,
Que me habeis de sepultar,
Si no me remedia Dios?
¿Nunca á esta casa viniera!
Nunca este oficio tomara!
Nunca hablara á doña Clara!
Nunca su hermosura viera!
Diérame algun accidente
Primero, y fuera mortal;
Que no hay mal que tenga igual
A amar imposiblemente.
¡Ay de mí! que no fne he visto
Jamás en dolor tan fiero!
Y mas cuando considero
Que es Clara esposa de Cristo.
Pues ¿qué intento? ¿Qué pretendo?
Que si ofendo tal esposo,
Pensamiento peligroso,
Advertid á quién ofendo.
Mas ¿cómo podré vivir?
Porque llega ya mi fuego
A tanto desasosiego,
Que se lo pienso decir.
Ya vengo determinado.
Pasos, no volvais atrás,
Porque imagino que es mas
Matar me desesperado.
—*Deo gracias.*—¡Oh, qué mal digo!
Que no es dar gracias á Dios,
Sino ofenderle. Mas vos
Templad, Señor, el castigo.
—*Deo gracias.*— A mi señora
La Abadesa, soror Juana.

(Dentro.)
Aquí está Félix.

DOÑA CLARA.
Mañana
Dirás que vuelva Teodora.

Entre DOÑA CLARA, monja, en el hábito que parezca mas á propósito.

DOÑA CLARA.
Félix, ¿qué hay de nuevo allá?
¿Vino el trigo? ¿Hizose cuenta
Con Estéban? ¿Qué hay? ¿Qué intenta?
¿Cuándo vendrá por acá?
¿Advertistes lo que os dije
Del monumento?—¿Qué es esto? [to?
¿No hablais? ¿De qué estáis compues-

Pues ¿qué teneis? ¿Qué os afige?
¿No estáis bueno? ¿Qué os ha dado?
Algo estáis descolorido.

FÉLIX.
Enfermo estoy.
DOÑA CLARA.
Pues ¿qué ha sido?
FÉLIX.

Cuidado.
DOÑA CLARA.
Y ¿qué es el cuidado?
¿Puédese acá remediar?
FÉLIX.
Bien remediarse pudiera,
Por mas que imposible fuera;
Mas no lo pienso intentar.

DOÑA CLARA.
¿Fáltaos dinero? ¿Han hurtado
Alguna cosa?

FÉLIX.
Sí han;
Mas no me la volverán;
Que de voluntad la he dado.
Y pues que Dios os crió
Tan discreta como hermosa,
Oid, Señora, una cosa.

DOÑA CLARA.
Hablad: muy vuestra soy yo.
No hay en casa quien os ame
Con tan grande voluntad;
Yo os haré tanta amistad,
Que casi exceso se llame.
No soy pobre; bien podeis
Con seguridad hablar.

FÉLIX.
Todo está en el comenzar.
DOÑA CLARA.
Ya aguardo que comenceis.

FÉLIX.
Hanme dado unas tristezas
Y ansias en el corazón,
Que á tal desesperación
Han traído mis flaquezas,
Que hoy he querido tomar
Un lazo y echarle al cuello.
Ahogarme puede un cabello.

DOÑA CLARA.
¿Un hombre llega á llorar!
¿Qué teneis, por vida mía?
¿Jesus! ¿Ahorcaros! ¿Por qué?

FÉLIX.
Solo porque en vos se ve
Mas claridad que en el día.
Por santa, en tan verdes años,
Deste convento os han hecho
Abadesa.

DOÑA CLARA.
No sospecho
Que en eso estén vuestros daños;
Que si es falta que le habeis
Al convento, hoy me prefiero
A pagar con mi dinero.
No os ahorquéis ni lloreis.

FÉLIX.
Dicen mil cosas aquí
De vuestra gran santidad.

DOÑA CLARA.
Cuando eso fuera verdad,
Mas podeis fiar de mí.

FÉLIX.
Señora, yo quiero bien;
Que no es falta de dinero
Mi mal, sino que no espero
Que algun remedio me dén.
Ya os he dicho mi dolor.

DOÑA CLARA.
¿Jesus! ¿Por eso llorais?

Si alguna doncella amais,
Casaos; que de aqueso amor
Quedará servido el cielo.

FÉLIX.
No puede ser, que es casada;
Que deso tengo anegada
El alma entre fuego y hielo.

DOÑA CLARA.
¿Casada!
FÉLIX.
Señora, sí,
Y es tan alto su marido,
Que tiemblo verle ofendido
De mi pensamiento aquí.
Tiene notable poder;
Mas tambien es piadoso.

DOÑA CLARA.
Habrá de ser riguroso,
Si vos amais su mujer.
Mas yo haré hacer oración,
Con disciplina y ayuno,
Por vos.

FÉLIX.
No sé yo que alguno
Mueva mi loca intencion.

DOÑA CLARA.
No veais esa mujer.

FÉLIX.
¿Qué importa, si ya la vi?
DOÑA CLARA.
Rogaldo á Dios, fiad de mí,
Que lo mismo pienso hacer.

FÉLIX.
De otra manera sé yo
Que me podréis remediar.

DOÑA CLARA.
Aunque la pudiera hablar,
Libreme Dios: eso no.
¿Cosa que el demonio acaso
Os haga amar religiosa?

FÉLIX.
Religiosa, y tan hermosa,
Que por sus ojos me abraso.

DOÑA CLARA.
¿Jesus! ¿Quién es?

FÉLIX.
Vos, mi bien.—
Temblando estoy.—Perdonad.

DOÑA CLARA.
Aunque con riguridad
Responderos fuera bien,
No quiero descomponerme;
Que basta por testimonio
De que os incita el demonio,
Que es astuto y nunca duerme,
Ver la desesperación
Con que os obliga á mataros.
Mas yo quiero consolaros
Con irme á hacer oración
Y alguna mas penitencia,
Por afear la hermosura
Que os obliga á tal locura.

FÉLIX.
¿Qué humildad y qué paciencia!
Dadme, Señora, perdon.
No os ofenderé en mi vida.

DOÑA CLARA.
Flaca será, resistida,
La mas fuerte tentación.

FÉLIX.
No sea con vos malquisto.

DOÑA CLARA.
Si el demonio os tienta hoy,
Acordáos, Félix, que soy
Esposa de Jesucristo. *(Váyase.)*

FÉLIX.

No mas, desatinado pensamiento.
Clárame ha dado luz mas que el sol clá-
Porque los claros rayos de su cara [ra,
Me enseñaron mi loco atrevimiento.

Ya tengo diferente sentimiento;
Con justa causa mi temor repara.
Deten, Señor, la rigurosa vara;
No me mandes prender, y me presento.

Todo eres manos y ojos; no hay valer-
De tu esposa el adúltero, en fiarse [se.
Que podrá del secreto socorrerse;
Que cuando pueda en el abismo en-
[trarse,

No puede de tus ojos esconderse,
Ni puede de tus manos escaparse.

Váyase, y entren DON PEDRO y RI-
CARDO, viejos.

DON PEDRO.

Conozco bien ese mancebo ilustre,
Y sé las partes suyas, que bastara
Tu autoridad y estar yo satisfecho;
Que lo que cuadra con el gusto tuyo
Bien puede ser satisfaccion del mío.

RICARDO.

Es don Carlos un hombre de aquel tallo,
Y tiene condicion tan generosa
(Fuera de ser mancebo virtuoso),
Que por ella pudiera ser bienquisto,
No solo entre sus deudos, entre bárba-
Yo tengo para mí que doña Elena [ros.
No puede hallar su igual; y aunque sois
[padre,

Creo que en desear su bien y aumento,
Don Pedro, os aventaja el amor mío.

DON PEDRO.

¿No venia con vos?

RICARDO.

Aquí venia,
Y aguardó en el portal.

DON PEDRO.

Desde la reja
Me pareció...

RICARDO.

Verdad, no he de negarlo;
Y pues venis en ello con tal gusto,
Béseos las manos.

DON PEDRO.

Será bien que agora...

RICARDO.

Yo no os dijera cosa que no fuera
Muy conforme al honor de vuestra casa.
Hablaide y velde; que si fuera padre,
Primero me casara con mis yernos
Que darlos á mis hijas.

DON PEDRO.

Y aun es justo
Primero contentar del padre el gusto.

RICARDO.

¡Ho!a! Llama á ese noble caballero
Que me aguarda á la puerta.

DON PEDRO.

Yo le estaba
Aficionado ya de solo verle;
Mas bien será que vamos con espacio;
Que esto de casamientos, dijoun hom-
[bre
Que era como la tecla de los órganos,
Que en todas era bien poner los dedos.

RICARDO.

Tocad en su nobleza, en sus costum-
En sus inclinaciones, en su trato, [fres,
En sus amigos, en sus deudos, todo
Lo hallaréis de una misma consonancia.

DON CARLOS entra.

DON CARLOS.

Béseos los piés mil veces.

DON PEDRO.

No es mi casa,
Señor don Carlos, tan extraña.

DON CARLOS.

Ha sido
Encogimiento mas que otro respeto;
Que bien sé la merced que siempre hi-
A mis padres. [cistes

DON PEDRO.

Yo fui servidor suyo,
Y vuestro lo seré, si se ofreciere
Ocasión de servirlos.

RICARDO.

De qué sirven
Los vanos cumplimientos? Yo he tra-
[tado

Vuestra intencion, don Carlos, libre-
[mente

Con el señor don Pedro, y él responde
Que holgará de teneros por su hijo.

DON CARLOS.

Agora con mas veras por el suelo
Os besaré los piés.

DON PEDRO.

Señor don Carlos,
No, por mi vida, ni esto aquí se trate;
Que podrán entenderlo los criados,
Y publicarse en la ciudad sin tiempo;
Que un casamiento es pretension de un
[hábito,

Donde suelen hablar los enemigos.
Ya sabéis que yo tengo á doña Elena,
Después que Clara religion profesa,
Casi por mi heredera; porque creo
Que ha de dar don Bernardo en esto mis-
Es la luz de mis ojos, y merece [mo.
Serlo por su virtud. No puedo daros
Otro dote mayor que lo que digo.

DON CARLOS.

En llegando á tratar de dote alguno,
Pierde, Señor, valor mi pensamiento.
Suplicoos que dejeis esas bajezas
Para quien piensa que consiste en oro
Del casamiento el singular decoro.
Yo quiero á doña Elena por sí misma
Y porque es hija vuestra: aquesto basta.

DON PEDRO.

Añadiréis amor y obligaciones,
Carlos, con eso, y vos seréis el dueño
De la hacienda que tengo. Hacedme
De irós á la iglesia y esperarme. [gusto
A Dios este suceso encomendemos,
Y en el claustro los tres le trataremos.

DON CARLOS.

Voyme alegre, Señor, y confiado
De que soy vuestro hijo.

DON PEDRO.

Yo me honro,
Don Carlos, de que vos me llameis pa-
RICARDO. [dre.

Huélgome de que Carlos os contente.
DON PEDRO. [da,

La modestia en el mozo siempre agra-
Porque es la libertad necia y cansada.
(Váyanse don Carlos y Ricardo.)

+ ELENA.

DON PEDRO.

¡Elena!

ELENA.

¿Qué me mandas?

DON PEDRO.

¿Qué de presto

Me respondiste! ¿Estabas escuchando?

ELENA.

[negocios,
Yo, Señor? Pues ¿yo entiendo en tus
O tengo de pensar que me murmuras?
Los que escuchan es gente sospechosa,
Y que tiene por qué.

DON PEDRO.

¿No has entendido
Que te quiero casar?

ELENA.

Ni imaginado;
Que tengo mas envidia á doña Clara
Por vivir religiosa, y de tal suerte,
Que por su santidad, en verdes años,
Gobierna á las demás, que si tuviera
Ceptro del mundo y su señora fuera.

+ EL HERMANO CARRIZO, con un ta-
baque, y su herrueto y sombrero.

CARRIZO.

Deo gratias. ¿Quién está acá?

DON PEDRO.

¿Es el hermano Carrizo?

CARRIZO.

Tan grande como me hizo
Quien deshacerme podrá.
El niño Jesus los guarde.
¿Están buenos?

DON PEDRO.

¿No lo ve?
Y él ¿tiene salud?

CARRIZO.

No sé.
Bueno me siento esta tarde;
Dios sabe quien ha de estar
Vivo mañana.

DON PEDRO.

Es así..

CARRIZO.

Y ella ¿está buena?

ELENA.

Yo sí.
Ya ¿no me llega á abrazar?

CARRIZO.

Como vengo embarazado...

ELENA.

Llegue, porque algo me pegue.

CARRIZO.

¿De qué?

ELENA.

Y mire que le ruegue
A Dios con mucho cuidado
Que me haga buena.

CARRIZO.

Si haré
En mis pobres oraciones,
Y allá con los canelones
Algo desto le diré.
Su hermana y nuestra abadesa,
Que Dios guarde, acá le envia
Esta fruta; y á fe mia
Que de no poder me pesa
Probarla, porque hoy ayuno.

ELENA.

¿Qué santidad!

DON PEDRO.

Es ejemplo
Desta ciudad.

ELENA.

Aquel templo
No produce árbol ninguno
Que... no sea.

+ No se lee bien en el manuscrito lo bor-
rado aquí.

DON PEDRO.
Hermano, un negocio emprendo
Que será remedio, entiendo,
De mi hija. Si desea
Su bien, encomiende á Dios
Su buen suceso.

CARRIZO.
Si haré,
Aunque pecador. A fe
Que es casamiento.

ELENA.
Los dos
Tratábamos desto agora.
Ruéguelo á Dios por allá.

DON PEDRO.
Clara, hermano, ¿cómo está?

CARRIZO.
Muy buena está mi señora;
Aunque con ayunos tales,
Diciplinas y abstinencias,
Y espantosas penitencias,
Salen al rostro señales
De lo que en el cuerpo pasa.

DON PEDRO.
De escuchallo me enternezco.

CARRIZO.
A dar probado me ofrezco,
Con las mas santas de casa,
Que es ángel en velo humano.

DON PEDRO.
Gracias á Dios.—Mira, Elena,
Que seas tan santa y buena,
Con tal ejemplo en la mano.
Ven; que le quiero enviar
Un regalo.

ELENA.
Y yo tambien.
CARRIZO.
Dígame, hermana, ¿con quién,
Con quién se quiere casar?

ELENA.
Con don Carlos... ¿No conoce
A don Carlos?

CARRIZO.
¡Pesía tal!
Es hombre muy principal.
Cuatro mil años le goce.
En verdad que he de venir
A la boda.

ELENA.
Ruegue á Dios
Que nos casemos los dos...

CARRIZO.
Diga lo que iba á decir.

ELENA.
Que yo le mando de paño
De Segovia un herreruelo
Y una sotanilla.

CARRIZO.
El cielo
Le dé un hijo al primer año...

ELENA.
Hoy se han de hacer los contratos.

CARRIZO.
Y tantos le dé despues,
Que no conozca en un mes
Las calzas ni los zapatos.
(Váyansse.)

FÉLIX entra:

FÉLIX.
Extraño pensamiento,
Quimera á lo divino,
Infierno de mis locas esperanzas,
Esperanza en el viento,

Que con tal desatino
Presumes que del sol el rayo alcanzas,
¿Qué vanas confianzas
De un morir atrevido
Llevan tu mariposa
A la luz amorosa
Del mismo fuego que arde tu sentido?
¿Adónde vas? ¿Qué quieres?
¿Mas es un ángel que cien mil mujeres.
Advierte lo que emprendes,
Advierte lo que sigues.
¿Desto han servido tantas oraciones?
¿Cómo de nuevo enciendes,
Sin que átomo mitigues
De mis locas y bárbaras pasiones,
Mis ciegas pretensiones?
Ya ¿no estaba acabado?
Ya ¿no me arrepentía?
Ya ¿templar no quería
Con la virtud de Clara mi cuidado?
¿Qué puede haber que esperes?
¿Mas es un ángel que cien mil mujeres.
No es mujer la que adoras.
Detente, pensamiento;
Ángel es Clara, el nombre lo declara.
Su honestidad desdoras
Con loco atrevimiento,
Que en un abismo de tinieblas para.
Pensé que descansara
Cuando vi la paciencia
Con que sufrió el camino
Que abrió mi desatino
Contra su honestidad en su inocencia.
¿Que de nuevo me alteres?
¿Mas es un ángel que cien mil mujeres.
¿Oh cielo rigúraselo!
Ya no cómo ni duermo,
Perdido estoy de llanto y de tristeza;
Parezco, sin reposo,
Un abrasado enfermo
Que no hay donde descansen la cabeza.
Fuentes de su belleza
Se me estan acordando:
Los cristales que veo
Con ardiente deseo,
Dulce muerte me están pronosticando.
¿Oh amor! Infierno eres.
¿Mas es un ángel que cien mil mujeres.
Yo no desesperara
Si cien mil pretendiera.
Aunque fueran mas altas que la luna;
Pero si doña Clara
Es ángel, ¿quién creyera
Que la emprendiera confianza alguna?
El amor me importuna,
El miedo me detiene,
A hablarla no me atrevo,
Porque es volver de nuevo
A despertar su ira...—Mas ya viene.
¿Oh amor! ¿que perseveres?
¿Mas es un ángel que cien mil mujeres.

+ **DOÑA CLARA.**

DOÑA CLARA.
Dijéronme que llamabas.

FÉLIX.
Vino aquel recadador
Por quien ayer preguntabas.

DOÑA CLARA.
¿Qué dice?

FÉLIX.
Que es ciego amor.
DOÑA CLARA.
¿Cómo ó qué? ¿Con quién hablabas?

FÉLIX.
No sé lo que te decía,
Si va á decir la verdad.
Llego á tal temeridad,
Que he de matarme este día.

DOÑA CLARA.
Pues ¿qué te ha dado?

FÉLIX.
No sé;
Sé que he rezado, ayunado,
Y sé que me quebranté
A azotes, y no ha bastado.

DOÑA CLARA.
¿Que dices, hombre sin fe?
Si tú á Dios te encomendaras,
Y orando perseveraras,
Dios te ayudara: ¿qué dudas?
Mas tú sus auxilios mudas,
Porque en deleites reparas.
Si no llevas intencion
Y casto y limpio deseo,
¿De qué sirve la oracion?

FÉLIX.
Pues ¿qué he de hacer, si te veo
Con tal gracia y perfeccion?
Dios ¿no te hizo?

DOÑA CLARA.
Es así.
FÉLIX.

Yo quiero lo que Dios hizo.
¿De qué te quejas de mí,
Si el cielo se satisfizo
Del valor que puso en tí?

DOÑA CLARA.
Quedo, loco. ¿Qué es aquesto?
¿Tú hablas tan descompuesto,
Que hasta á los cielos se atreve
Tu lengua?

FÉLIX.
Ponme esa nieve
Sobre aquestos labios presto.
Ponla presto, que me abraso.

DOÑA CLARA.
Algun demonio te incita.
FÉLIX.

Esto por un ángel paso.

DOÑA CLARA.
Nunca mi Esposo permita
Tan feo y enorme caso;
Porque si la vez primera,
Necio, te hablé con blandura,
Fué pensando que no fuera
Adelante la locura,
Que en su rigor persevera.
Hoy te he de hacer despedir,
Y que esta mayordomía
Otro la venga á servir.

FÉLIX.
Detente, señora mía;
Perdon te quiero pedir.
Mira que perdona Dios
A los que á sus piés se humillan
Roguémolos los dos.

DOÑA CLARA.
Mucho, Señor, maravillan
Las grandezas que hay en vos.
Dos veces he derribado
Este enemigo atrevido.—
Félix, ya estás perdonado;
Porque el verte arrepentido
Y llorando, me ha obligado.
El tiempo es santo: repara
En que Dios murió por tí.
Haz penitencia y declara
Tus culpas.

FÉLIX.
Harélo así,
Y tú se lo ruega, Clara.

DOÑA CLARA.
Esa palabra te doy;
Desde aquí á encerrarme voy.
Confésate.

FÉLIX.

Tú verás
Que no he de inquietarte mas.

DOÑA CLARA.

¡Ay, Señor! la culpa soy. (Váyase.)

FÉLIX.

[Magdo,
¡Cuántas veces, Señor, me habeis lla-
Y cuántas con vergüenza he respondido,
Desnudo como Adán, aunque vestido
De las hojas del árbol del pecado!

Seguí mil veces vuestro pie sagrado,
Fácil de asir, en una cruz asido,
Y atrás volví otras tantas, atrevido
Al mismo precio en que me habeis com-
[prado.

Besos de paz os di para venderos;
Pero si fugitivos de su dueño
Hierran cuando los hallan los esclavos;
Hoy que vuelvo con lágrimas á veros,
Clavadme vos á vos en vuestro leño,
Y tendréisme seguro con tres clavos.

Váyase, y entren DON CARLOS
Y CARRIZO.

DON CARLOS.

Sé que vos entráis allá.

CARRIZO.

Yo no le digo que no;
Que allá voy mil veces yo
Para saber cómo está.
Mas cierto que me he espantado,
Y la causa no sospecho,
De que un negocio tan hecho
Se hubiese desconcertado.

DON CARLOS.

Hay siempre, hermano Carrizo,
Malos terceros en todo.

CARRIZO.

¡Ah! ¡que se pongan del todo!

DON CARLOS.

Ya sé yo quién lo desbizo.
Pero acabara de dar
En tierra mi pretension,
Si yo en aquesta ocasion
Me pretendiese vengar.

CARRIZO.

Y en cualquiera tiempo es malo,
Señor don Carlos, vengarse.
Eso á Dios ha de dejarse;
Que tiene Dios por regalo
Satisfacer los agravios
De quien se los deja á él.

DON CARLOS.

Ello fué cosa cruel.
Yo tengo el alma en los labios:
Muero por la bella Elena.

CARRIZO.

No diga tal; que es pecado.

DON CARLOS.

Si es voluntad de casado,
Para santo fin se ordena.
Ya don Pedro me la daba,
Y cierto competidor
No trató bien de mi honor.

CARRIZO.

Mucho la prudencia alaba
El agravio en el discreto.
Tórnelo á tratar.

DON CARLOS.

Si haré;
Pero entre tanto no sé
Que con hombre mas secreto
Pueda animar á quererme
A mi Elena, que con él.
¡No la llevará un papel?
No querrá este bien hacerme?
Que en casándome, le juro...

CARRIZO.

¡Abernuncio, Satanás!
¡Yo papel? Es por demás.

DON CARLOS.

Pues si casarme procuro,
¡No ve que se sirve Dios?
Tome esos cuatro doblones.

CARRIZO.

Para santas ocasiones,
Y siendo santos los dos,
Y tan santo el pensamiento
Desta santa pretension,
Aun parece que es razon
Ayudar su casamiento.

¿Oye? Váyase con Dios;
Que hoy la señora Abadesa,
Que de envialle no cesa
Recados de dos en dos
Allá me enviará, y dará
Este papel á su Elena.
Pero mire que se ordena
Para que con ella esté
En servicio del Señor.

DON CARLOS.

Eso es sin duda. Adios quede.
(Váyase don Carlos.)

CARRIZO.

¡Oh cuánto el dinero puede!
Más puede que el mismo amor.
Quiero esconder el papel
Para hablar con doña Clara;
Que en solo verme la cara,
Me dirá cuanto hay en él.
Entraré en la portegia;
Que está hablando con fray Juan.
Los dobloncillos me dan
Una intrínseca alegría,
Que estoy cosquilloso todo.
No puedo disimular.

† DOÑA CLARA.

DOÑA CLARA.

Allá lo pueden dejar
Concertado de ese modo,
Y las joyas de la palia
Entréguenmelas á mí.

CARRIZO.

Ya huele á santos aquí;
Que no hay tal ámbar ni algalia.

DOÑA CLARA.

Deo gratias.

CARRIZO.

Por siempre.

DOÑA CLARA.

¿Dio

A mi hermana aquel recado?

CARRIZO.

Dado está, y aun olvidado.

DOÑA CLARA.

Y ¿respondió?

CARRIZO.

Respondió.

DOÑA CLARA.

Muestre el papel, y en un vuelo
Vaya á doña Elvira, y diga
Lo que la palabra obliga;
Que daría en esto es al cielo.
Diga que te dé las joyas.

CARRIZO.

Voy.

DOÑA CLARA.

Leer quiero este papel.
(Váyase Carrizo.)

(Lea.) «Señora, si estás cruel,
»Puedes abrasar mil Troyas.»
¡Cómo es esto! «Mas si miras

»Blandamente mi pasión...»

Letra y razones no son
De Elena. «Cuanto te admiras,
»Trocarás en lastimarte.»
»Papel de amores á mí?
Carrizo ¿se atreve así!...
»Pues verás en cualquier parte
»Las señales de mi pena.»
Este sacristán ¿es santo?
»Este han estimado en tanto?
Mas ¿si fué yerro de Elena?

Entre FÉLIX.

FÉLIX.

Digo que me mataré,
Ya no hay de qué porfiarme.
Déjame ya, pensamiento;
Que yo quiero contentarte.
Yo echaré en estas paredes
Un lazo, para que acabes
De perseguir un rendido.

DOÑA CLARA.

¿Qué es esto?

FÉLIX.

Vengo á matarme.

DOÑA CLARA.

¿Por qué?

FÉLIX.

Por solo quererte;
Pues no es posible que basten
Diligencias ni temores.

DOÑA CLARA.

Tente, Félix, no te mates.

FÉLIX.

¿Cómo que no?

DOÑA CLARA.

Escucha un poco,
Escucha, así Dios te guarde:
Verás la mayor desdicha
Que en nuestra flaqueza cabe.
El día que me dijiste
Amores ú disparates,
No pude dormir, pensando
Los efectos que amor hace;
Y de pensar los efectos,
Me nació á determinarme
A quererte; mas callé
Porque tú perseverases.
La segunda vez ¡oh Félix!
Hice mucho en despreciarte,
Porque ya entonces temia
Que de temor me olvidases.
Muchas diligencias hice;
Pero no fueron bastantes
A contrastar la memoria
De lo que allí me contaste;
Que mientras mas resistía,
Mas sentía desatarme
Las venas en vivo fuego.
Si hay fuego que tanto abraze;
Que se imprimieron en mí
Las lágrimas que lloraste
De suerte, que se mezclaron
En el alma con mi sangre.
Alterado el corazón,
Daba golpes desiguales,
Como que puerta pedía
Para salir ó matarme.
No he comido ni dormido,
Buscando para mirarte
Las rejas y celosías.
O en la iglesia ó en la calle.
Ayer me determiné
Que si volvías á hablarme,
De aquí contigo saldría,
Para que tú me llevases
Dónde tu gusto quisiese;
Y así, vengo á suplicarte
Con lágrimas de mis ojos
Que me lloves ó me mates.

FÉLIX.
No llores, señora mía;
Mi bien, no llores; que haces
Ofensa á los claros soles
Que desos orientes salen.
Deten el cristal corriente
Que de las entrañas nace,
Que yo imaginaba peñas,
Y ya son tiernos cristales.
Yo soy un esclavo tuyo:
Como á tal puedes mandarme.
¿Cuándo me mandas, Señora,
Que desta casa te saque?
Abrevia; que estoy muriendo.

DOÑA CLARA.
Malísima podrás llevarme,

Quando la confusa noche
A la mitad se levante
Del cielo, y sepulte en sueño
Hombres, animales y aves;
Busca un vestido seglar.

FÉLIX.
Y ¿de quién podré fiarme
Para servir? Que es forzoso.

DOÑA CLARA.
Este Carrizo es bastante.
Háblale de parte mía.

FÉLIX.
¿A un santo dices que hable?

DOÑA CLARA.
Yo sé bien que no lo es:

Contigo puedes llevarle.
Yo sé que sabe traer
Un papel, aunque sea un ángel
De los que tiene la tierra,
La persona á quien le trae.

FÉLIX.
Yo lo haré, pues que lo dices;
Y no hay mas de que me aguardes.

DOÑA CLARA.
Aguardaré como tuya.

FÉLIX.
Quien amare se declare;
Porque, como perseverare,
No es posible que no alcance.

FIN DEL PRIMERO ACTO DE LA BUENA GUARDA.

HABLAN EN EL SEGUNDO ACTO.

FÉLIX.
CARRIZO.
DOÑA CLARA.
UN ÁNGEL.

OLMEDO.
BASURTO.
MARIA DE ARGÜELLO.
MARIANA.

UNA VOZ.
DON CARLOS.
GINÉS.
CARRIZO, Angido.

CATALINA VALCAGER.
BENITO.
CORONEL.
VIVAR.

UN PASTOR.
UN HUÉSPED.
PORTERA.

RIQUELME.
CALLENUEVA.

ACTO SEGUNDO.

**FÉLIX Y EL HERMANO
CARRIZO.**

CARRIZO.
Sin sentido me has dejado.

FÉLIX.
Yo te he dicho la verdad.

CARRIZO.
¿Que sufras, Suma Bondad,
Tan espantoso pecado!
Mira, Félix, que del cielo
Bajarán rayos de furia,
Si haces tan grave injuria
A su castísimo velo.

FÉLIX.
Deja aparte hipocresías,
Loco; que ella me ha contado
Que tú la has solicitado
Con papeles estos días
De un caballero de aquí.

CARRIZO.
¿Yo?

FÉLIX.
Tú.
Serán de su hermana.

FÉLIX.
Pues que contigo se allana,
Ella te conoce á ti.
Y abreviemos. O esta daga
Te ha de pasar ese pecho
(Pues si te quedas, sospecho
Que mayor daño me haga),
O conmigo has de venir.

CARRIZO.
Ten la daga; que te juro
Que con el alma procuro
A ti y á Clara servir.
No es miedo ni cumplimiento,
Sino que mi propio humor
Me lleva á cosas de amor

El alma y el pensamiento.
Soy retozon de mi gusto,
Tierno de mi natural:
Un chapín, un delantal
Me causan notable susto.
No hay cofia ó cabello suelto,
Que no me lleve tras sí;
Que vive un pimiento en mí,
En esta sotana envuelto.
En oyendo yo un cheriba
Me desato en pura miel,
Porque soy tan moscatel,
Que de sentido me priva.
Cuanto aquí me has visto hacer,
Todo ha sido fingimiento;
Que no hay centro en lo violento,
Y es mi centro una mujer.
Pueden con mi corazón,
En oyéndolas hablar,
Como con manteca, dar
Lardo á un asado capon.
No hay alimbar que me iguale
En tratándome de amor,
Porque el placer y el color
Al rostro y ojos me sale.
Vaya fuera la sotana,
No haya mas hipocresía;
Humana condicion mía,
Declarad que sois humana.
Venga espada y vengán plumas,
Rompan el mundo estos pies.

FÉLIX.
Huelgo que por tu interés
A servirme te resumas.
Clara vistiéndose está
Para el camino un vestido.
Lindas joyas ha cogido,
A punto las tiene ya;
Yo las mulas á la puerta
De la ciudad, que un villano
Guarda.

CARRIZO.
¿Quién?
FÉLIX.
El hortelano
Desa mi heredad ó huerta.
No hay mas de hacer una seña.

CARRIZO.
Y yo ¿no me he de mudar?

FÉLIX.
Sí; mas fuera del lugar.

CARRIZO.
Aun pienso que Félix sueña.—
Félix, ¿es esto de veras?
¿Clara tan loca por ti,
Que quiere salir de aquí!
¿A un ángel tan santo esperas!
A una mujer que por santa
La dieron este gobierno!

FÉLIX.
Un amor lloroso y tierno,
Carrizo, un mármol quebranta.
Mi trabajo me ha costado;
Tres veces la combatí...
—Mas no tratemos aquí
Lo padecido y pasado,
Pues dello surtió el efecto
Que ves. Yo he vencido; basta.

CARRIZO.
¿Qué mujer habrá tan casta,
Donde no quepa un defecto,
Si este enemigo porfia,
Y el principio no remedia?

FÉLIX.
Temí que fuera tragedia,
Carrizo hermano, la mía,
Y hase convertido en boda.—
Doy un silbo... Mira bien
Si hay alguien.

CARRIZO.
Agora ¿quién?
Porque está la ciudad toda
Envuelta en tiniebla y sueño.

*Silbe Félix, y salga DOÑA CLARA, de
seglar, muy gallarda.*

DOÑA CLARA.
¿Eres tú?

FÉLIX.
¿Quién puede ser?
Dame esos brazos, mujer,
Esposa y eterno dueño.

DOÑA CLARA.

¡Ay día de mi esperanza
Hoy en tus brazos cumplido!—
¡Jesus! ¡Con quién has venido?

CARRIZO.

¿No me ves?

DOÑA CLARA.

¡Qué buena lanza!

CARRIZO.

Lanza ó lanzon, cuando aquí
Sales á casarte, Clara,
Carrizo solo repara
En que se pierde por tí.
La sacristía me dan
Desta casa, y imagina
Que si la imagen camina,
No se queda el sacristán.
La manga voy á llevar
En aquesta procesion.

DOÑA CLARA.

Yerros por amores son,
A quien dió el alma-lugar.
Retiráos los dos allí;
Que un poco tengo que hacer.

FÉLIX.

Presto; que deben de ser
Las doce.

DOÑA CLARA.

¿Las doce?

FÉLIX.

Si.

(Retírense los dos, y ella diga.)

DOÑA CLARA.

Virgen, que estáis sobre esta puerta san-
Por donde salgo á tanta desventura, ¡ta,
Engañada de amor con fuerza tanta,
Que no repara el alma en mi locura;
Vara de Aron, divina, fértil planta,
Que distes al Criador, siendo criatura,
Por cuyo fruto os echan bendiciones
Las mas fieras y bárbaras naciones;
Hermosa Virgen, cándida cortina
De aquel Sol de justicia soberano;
Raquel del gran Jacob, Ester divina,
Salud eterna del linaje humano, [na
Preciosa piedra iman, que al norte incli-
Que nos enseña siempre vuestra mano,
Yo rompo la palabra que habia dado
A nuestro Hijo y á mi Esposo amado.
Con lágrimas lo digo, Virgen bella:
Adúltera soy ya, y yo voy perdida;
Que un ciego amor me arroja y atropella,
Y una pasión en vano resistida.
¡Que vergüenza que tengo, clara estre-
Divina fuente de la eterna vida, [lla,
De alzar mis feos ojos á miraros, ¡ros!
Siendo los vuestros mas que el cielo cla-
Mas ya el demonio, envuelto en mi fla-
[queza,

A desesperacion tan grande incita
Mi loca y femenil naturaleza.
Que á matarme ó salir me solicita.
Por vuestra intacta virginal pureza,
Entre todas santísima y bendita,
María celestial, madre piadosa,
Os pido hagais por mí sola una cosa.
No sé cómo me atrevo, cuando intento
Tan gran maldad; pero por ser tan justo
Lo que os suplico, tengo atrevimiento;
Que no lo hiciera yo si fuera injusto;
Yes, que pues yo con loco pensamiento,
Llevada de la infamia de mi gusto,
Voy á perderme en tanto vituperio,
Quedeis en guarda deste monesterio.
Aquí tuve el gobierno, y voy perdida:
Guardad estas ovejas, Virgen santa,
Pues su pastorá con infame huida
Las deja al lobo, que el ganado espanta.
No se pierda ninguna, aborrecida

De mi maldad, ni caiga en la garganta
Del hambriento leon, á ejemplo mio.
Guardaldas, Virgen; que de vos las fio.

CARRIZO.

Paréceme que llora.

FÉLIX.

No lo entiendo.

¿Si se arrepiente ya?

DOÑA CLARA.

Virgen hermosa,
Y vos, Esposo mio, aunque os ofendo
Y el nombre pierdo aquí de vuestra es-
Guardad estas ovejas. [posa,

FÉLIX.

¿Si temiendo

La justicia del cielo rigurosa,
No se atreve á partir?

CARRIZO.

Eso sospecho.

Llega, y esfuerza su medroso pecho.

FÉLIX.

[nezca,

¿Qué es esto, Clara? ¿Quieres que ama-
Y nos hallen aquí? ¿Qué estás llorando?

DOÑA CLARA.

Despedirme de aquí: no te parezca
Mucho sentirlo, el daño imaginando.

FÉLIX.

[ofrezca,

No hay cosa que el temor, Clara, te
Quenola venza amor. ¿Qué estás dudando?

DOÑA CLARA.

[do?

Vamos.

FÉLIX.

¿Agora el miedo te acobarda?

DOÑA CLARA.

Virgen, en vos les dejo Buena Guarda.
UNA VOZ dentro diga así.

VOZ.

Ángel, escucha.

UN ÁNGEL salga.

ÁNGEL.

¡Oh Reina de la vida!

¿Qué me mandais?

VOZ.

Al punto te transforma

En esta miserable, que perdida,
A su Esposo desprecia desta forma.
De su rostro y sus hábitos vestida,
Sirve su oficio, y las demás informa
De consejos divinos.

ÁNGEL.

Obediente

Haré su oficio mientras vive ausente.

¡Oh poderoso Señor,
Que los hombres tanto estimas!
Que tu justicia reprimas
Y detengas tu furor?

Que quieras que los sirvamos
Y que en su lugar quedemos,
Que á los buenos los honremos
Y á los malos defendamos?
Das en el desierto á Agar
En tal desdicha consuelo,
Bajando un ángel del cielo;
Tres haces tambien bajar
En el valle de Mambré,
Que Abraham á adorar viene;
Y otro el cuchillo detiene
Por tanta obediencia y fe.
Cuando bendicion le dan,
Jacob los vió por la escalá,
Que el cielo y la tierra iguala,
Y al partirse de Laban.

Ya en la zarza que no ardía,

¡Vanse.

Ya en la columna de fuego,
Ya prometiéndole luego
El ángel que á Moisés guía,
Ya puesto contra Balán,
Ya en favor de Josué,
Y ya Gedeon le ve
Al huir de Madian,
Ya dándole pan á Elias
Y á los asirios agravios,
Ya purificando labios,
Poniendo fuego á Isaías,
Ya en el horno á Misael,
Dándole á Dios bendiciones,
Ya enfrenando los leones
Sustentando á Daniel,
Y ya en Betulia guardando
A Judit, casta y valiente,
Ya con Tobías ausente
Su camino acompañando;
Ya á Josef santo durmiendo,
Y cuando á Egipto camina,
Ya moviendo la piscina,
Ya las cárceles abriendo;
Ya en el monte Sinaí,
Ya á Filipe y Pedro santo;
Pero no es mucho que tanto
Les diese favor allí,
Si viene á comparacion
Con aquesta miserable
Que á su Esposo venerable
Ha hecho tan vil traicion.—
Maitines tocan: yo quiero
Ir á estar en su lugar,
Pues me le manda ocupar
Aquel celestial lucero.
¡Cuán mejor gobierno aguarda
Su casa del que tenía!
Que despues de Dios, María
Fué siempre la Buena Guarda.

Váyase, y entre DON CARLOS y GI-
NES, lacayo.

DON CARLOS.

Yo lo tengo averiguado;
No hay que replicar en esto.

GINÉS.

¿Don Juan?

DON CARLOS.

Don Juan.

GINÉS.

¿Quién te ha puesto
Con don Juan en tal cuidado?
Que siempre te ha sido amigo.

DON CARLOS.

No hay amigos cuando es
Sobre este vil interés,
Y este ejemplo es buen testigo.
Dame que llegue ocasion
Que pique la voluntad;
Que la mayor amistad
Viene á parar en traicion.
Hay hombre que por su gusto,
En materia de mujer,
A su padre sabrá hacer
Cualquiera engaño y disgusto.
Si saber por dicha quieras
Quién es tu amigo, y su intento,
Pruébale con mucho tiento
En dineros y mujeres;
Que allí se pierden los mas.

GINÉS.

Mejor será no proballos;
Que no quiero ocasionarlos
Para perdellos jamás.

DON CARLOS.

Yo sé que me ha hecho tiro
En esta ocasion don Juan,
Porque, de Elena galán,
Le cuesta mas de un suspiro.

Con siniestra informacion
A don Pedro ha persuadido,
Por quien á Elena he perdido,
Mi honor y reputacion;
Que pienso que en sangre mia
Ha puesto falta; y si en ella
La dejo, vendrá á tenella
Toda manchada algun dia;
Que de engaños deste modo
Tantos peligros resultan,
Que un hábito dificultan
Y se piedad el honor todo.
¡Cuántos por mala opinion
Que han puesto los enemigos,
Son, Ginés, falsos testigos
En mas de una informacion!
¡Cuántas honras hay quitadas,
Cuántas noblezas perdidas
Por pasiones no entendidas
De enemistades pasadas!
Dios te libre de quedar
Una opinion asentada;
Que no puede ser lavada
Con toda el agua del mar.
No ha de sucederme así,
Porque jurara mañana
Alguna gente liviana
Que esto se dijo de mí.
Hoy ha de morir don Juan,
Y venga lo que viniere.

GINÉS.

Si quitarte el honor quiere,
Aquí estos brazos están,
Que á sesenta mil como él
Desbaran y harán pedazos.

DON CÁRLOS.

Esos brazos ó estos brazos
Tomarán venganza dél.
¡Quién es este?

GINÉS.

Este es Carrizo,
El sacristan desta casa,
Hombre que por santo pasa,
O tray el nombre postizo.

*Otro CARRIZO entra con el traje que
traia el que se fué con Félix y Clara.*

Este se entra en los zaguanes
A reñir á los que juegan,
Y si los naipes le niegan,
Finge dos mil ademanes.
Y para mí, por la pinta,
Conoce mejor la suerte
Que un tahir.

DON CÁRLOS.

Calla y advierte.

GINÉS.

Algunas flores despinta.

CARRIZO FINGIDO.

Deo gracias, señor don Carlos.

DON CÁRLOS.

¡Oh hermano!

CARRIZO FINGIDO.

Por siempre, diga.

DON CÁRLOS.

Por siempre.

CARRIZO FINGIDO.

Dios le bendiga.

A los dos quiero abrazarlos,
Y déles el Sumo Bien
De sus bienes celestiales.

GINÉS.

No tiene aquellas señales
Que en el hermano se ven.
Es el mismo y no es el mismo;
Mas modesto y mas compuesto
Trae el hábito y el gesto.

DON CÁRLOS.

Calla; que es todo un abismo
De pureza y santidad.

CARRIZO FINGIDO.

Mi señora la Abadesa,
Que, como sabe, profesa
Tanta virtud y humildad,
Le suplica que se llegue
Un rato á la portería.

DON CÁRLOS.

¡A la noche ó por el día?

CARRIZO FINGIDO.

No es justo que se lo niegue;
Que le ha mucho menester.

DON CÁRLOS.

¡Jesus! Hermano, aquí estoy.
Índigno de verla soy.—
Novedad debe de haber.

GINÉS.

Doña Clara ¿no es hermana
De Elena?

DON CÁRLOS.

¿Agora lo sabes?

GINÉS.

Estos negocios tan graves
Siempre un santo los allana.
Ella debe de querer
Conformarnos.

DON CÁRLOS.

Quiera Dios.

GINÉS.

Hablad primero los dos,
Que este mal vayáis á hacer.

DON CÁRLOS.

Hermanos ¿hay lugar agora?

CARRIZO FINGIDO.

Pues ¿no? Vengase conmigo.

GINÉS.

Sepa que le soy amigo.

CARRIZO FINGIDO.

Diga: ¿con don Carlos mora?

GINÉS.

Sí, hermano.

CARRIZO FINGIDO.

¿Qué oficio tiene?

GINÉS.

Lacayo dicen que soy;
Pero yo delante voy;
Que mi amo detrás viene.

CARRIZO FINGIDO.

Si sirve á Dios muy de veras,
Y promete desde luego
Dejar mujeres y juego,
Juramentos y quimeras,
Serémos grandes amigos.

GINÉS.

Ruégueselo á Dios.

CARRIZO FINGIDO.

Sí haré.

GINÉS.

¡Juego y mujeres!... No sé...

CARRIZO FINGIDO.

Son terribles enemigos.

*Váyanse, y entren DOÑA CLARA y
FÉLIX.*

FÉLIX.

En este verde prado,
Donde compiten tan hermosas fuentes,
Que su cristal helado,

Dividido por lazos diferentes,
La yerba lisonjea,
Porque ¡juez apasionado sea;
Aquí donde las flores
Parecen que se esfuerzan diligentes
A vencer tus colores,
Aunque las desengañan las corrientes,
Espejos de sus hojas,
Contigo menos blancas, menos rojas,
Puedes, hermosa Clara,
Pasar aquesta siesta calurosa,
Si no es que el sol se pára
A verte entre estas flores, mas hermosa
Que Dafne y que Jacinto.
Rompiendo aqueste verde laberinto.
Mira las dulces aves,
Cantándote motetes acordados
Con los picos suaves;
Mira por los vivares los pintados
Conejuelos medrosos,
Del esparcido plomo sospechosos.
Mira en la verde cama
La liebre temerosa, y por la selva
La presurosa gama,
Que está esperando que su esposo
Y por aquesta orilla [vuelva,
Gimiendo en solidad la tortolilla.
Mira cuán abrazados
Están aquestos chopos destas vides,
Y que, como casados,
Se enredan en los árboles de Alcides.
Mas, pues papel me ofrecen, [cen.
Libros serán del bien, que me enloque-

DOÑA CLARA.

Pues ¿qué intentas en ellos,
Dulce esposo del alma que te adora?

FÉLIX.

Fiar mi gloria dellos,
Porque me vino á la memoria agora
Lo que escribió Medoro
Cuando gozó de Angélica el tesoro.

DOÑA CLARA.

Detente, no lo escribas;
Queno es Orlando el que leerlo puede,
De quien seguro vivas
Con el anillo que á la vista excede,
Sino quien todo es ojos,
Y se podrá vengar de sus enojos.
No donde se escondia
Angélica en la India, de su furia
Segura vivirla,
Si quisiese vengar su injusta injuria,
Porque hasta el mismo infierno
Abre su centro á su ¡juez eterno.
Escribe, Félix mio,
Tus glorias en tu pecho; que dél solo
Estos secretos flo.

FÉLIX.

No pienso que del uno al otro polo
Hay hombre tan dichoso.
¿Eres mi esposa?

DOÑA CLARA.

Y tú mi amor.

FÉLIX.

Tu esposo.

Aquí te sienta un poco:
Dormiré en tu regazo.

(Siéntense.)

DOÑA CLARA.

Aquí te acuesta.

FÉLIX.

¡Que no se vuelva loco [cuestal
Quien goza un bien que tanto mal le
DOÑA CLARA.

Para mayor descanso,
Ya con las hojas juega el viento manso.

† No se leen bien las palabras de enmedio de este verso.

+ UN PASTOR.

PASTOR.

¡Hay tal desdicha mía,
Si yo puedo llamarme desdichado?
Pensaba que tenía
Seguro de los lobos mi ganado,
Y llevome la oveja
De mas hermosa y cándida pelleja.
Daré silbos mortales,
Daré gritos, que atruene monte y selva
Por entre estos jarales:
Tanto deseo que á su pasto vuelva. —
¡Hola, pastores míos!
¡Habeis visto mi oveja entre estos ríos?
Montes altos, cubiertos
De antiguos robles y robustas hayas,
De mis ovejas puertos
Cuando se escapan de mis blancas pla-
¡Habeis visto una oveja, [yas,
Que, por ir con el lobo, el pastor deja?
¿Qué digo? ¡Hola, vaqueros!
¡Ala! ¡aho! montañeses cabrerizos,
Celosos ganaderos,
Cubiertos con espinas, como erizos,
Habeis mi oveja visto?

DOÑA CLARA.

Parece que el pastor imita á Cristo. —
Despertaré mi esposo...
Mas él duerme cansado, no es bien he-
¡Hola! Pastor celoso, [cho.—
Que por tu oveja se te abraza el pecho.
Parece que tu queja
Se imprime en mí, con noser y tu ove-
¿Qué buscas afligido? [ja.

PASTOR.

Una ovejuela pobre desmandada,
Que há poco que se ha ido,
De la voz de los lobos engañada.
¿Habeisla acaso visto?

DOÑA CLARA.

Tiemblo como si viera al mismo Cristo.

PASTOR.

Lindas señas tenía.
Toda era blanca, aunque en la frenteso-
Una mancha tenía; [la
Mas no hay lirio en el prado ni amapola
En trigo, ni aun estrella,
Que se pudiese comparar con ella.
Yo le puse una esquila
En un collar de mas valor que el oro;
Silbé, llaméla y díla
Sal en mis manos por mayor decoro;
Que aun por ella entre espinas
Andar juzgan mis pies por clavellinas.
Hice yo mi cabaña
De tres palos, por ella, en ese monte
Para que á la montaña
No se vaya perdida, y se remonte
De mi sabroso pasto,

En la comedia del Maestro Tirso de Mo-
lina, titulada *El Condenado por desconfado*,
inserta en el tomo v de esta Colección, se
introduce un pastor que busca, como aquí,
la oveja perdida. Entre otros dice estos ver-
sos (acto 3.º, escena xvii):

Ya de aquestos montes
En las altas peñas
La llamé con silbos
Y avisé con señas.
Ya por los jarales,
Por incultas selvas,
La anduve á buscar:
¿Qué de ello me cuesta!
Ya traigo las plantas,
De jaras diversas
Y agudas espinas,
Botas y sangrientas.

En compañía de un cordero casto.
Mas no sirvió de nada
Ni amalla ni querella ni servilla;
Que cuando mas guardada,
Se me fué con los lobos de la villa.
Dios sabe cómo vengo,
La sed, el ansia y el calor que tengo.

DOÑA CLARA.

Pastor, que tan celoso
Vienes buscando tu querida oveja,
Mira ese soto umbrroso;
Que si la sed con la calor la aqueja,
Al agua vendrá luego.

PASTOR.

[go.

No hará, porque ya tiene muerto el fue-

DOÑA CLARA.

Yo, pastor, á lo menos
No la he visto pasar por este prado.

PASTOR.

Teniendo vos tan llenos
Los ojos del marido regalado
Que teneis en los brazos,
Haciendo al cuello suyo tantos lazos,
No lo habréis advertido.
Quedad con Dios. (Váyase.)

DOÑA CLARA.

¡Qué hermoso y lindo talle!
¿Con qué galán vestido
Andan los ganaderos deste valle!
(Despierta Félix.)

FÉLIX.

Clara, ¿con quién hablabas?

DOÑA CLARA.

[tabas.

Con un pastor, mientras durmiendo es-

FÉLIX.

¿Qué buscaba?

DOÑA CLARA.

Una oveja;
Que te moviera á lástima la suya;
Pues que por ella deja
Todo el ganado, solo porque arguya
El amor que la tiene.

FÉLIX.

[ne.

Quien tiene amor con tales ansias vie-

DOÑA CLARA.

Sudaba, de cansado,
Por un rostro que á un rey honor le die-

[ra.

Echado en el cayado
Miraba selvas, montes y ribera,
A ver si parecía,
Y á silbos la campaña estremecía.
Una honda de seda
De tres lazos que en uno remataban,
Porque llamarla pueda,
Le pendía del cinto, que adornaban
Un pasador y hebilla
Labrados por extraña maravilla.
Las abarcas de pieles,
Asidas con lazadas encarnadas,
A guisa de claveles
Entre azucenas blancas deshojadas,
Puestas me parecieron
En los pies, que este prado florecieron.

FÉLIX.

Sin duda que soñabas.

DOÑA CLARA.

Yo así lo creo, y todo ha sido un sueño.

FÉLIX.

Como acaso pensabas
En los amores de tu nuevo dueño,
Soñabas hermosa,
Y el alma fué el pincel de la pintura.

CARRIZO *entre de soldadete, con es-*
pada y plumas.

CARRIZO.

¿Habemos hoy de acabar
De dormir y de partir?

FÉLIX.

Si al partir daña el dormir,
Ya le comienzo á dejar.
¿Has dado bien de comer
A esas bestias?

CARRIZO.

A esas bestias,

Que sufren nuestras molestias,
Les di á comer y á beber.
He comprado dos capones,
Que pueden servir á pavos
Los remates de los cabos,
Con un par de perdigones.
Estos van en el arzon.

FÉLIX.

Dios te haga bien.

CARRIZO.

Cada día

La bucólica me fia,
Y tú verás que no son
Las de Virgilio tan buenas,
Aunque por lisonja estén
Con aquellos versos bien
Galo, Títilo y Mecénas.
Pero falta lo mejor.

DOÑA CLARA.

¿Cómo?

CARRIZO.

Todo es cosa vil
Adonde falta un pernil;
Que escribe cierto doctor
Que tomado por jarabe
Cada mañana, es la cosa
Mas cordial y mas sabrosa
Que de Hipócrates se sabe.
Yo estoy mucho bien con él
Por una cosa.

FÉLIX.

¿Y será?

CARRIZO.

La diferencia que va
Del agua, Félix, á él.
El agua, para ser buena,
Ni color, sabor ni olor
Ha de tener. ¿Qué rigor!
Solo nombraría da pena.
Y el tocino, en competencia,
Tiene, para ser mejor,
Buen color, sabor y olor.
¿Cuál es mejor diferencia?
Color, lo magro, que exceda
La grana, sabor que llame
Al vino, olor que derrame
Ambar que vencerle pueda.
Todas estas condiciones
Confortan y recuperan
La vida, mas que pudieran
Boticas ni confacciones.
Tome un poeta al aurora
Dos tragos sanmartiniegos,
Con dos bocados manchegos
Desto que Mahoma ignora
(Bersebtú le lleve presto
A Argel ó á Constantinopla),
Y podrá de copia en copia
Henchir de versos un cesto.
Beba agua, aunque sea endibia,
Con azúcar ó rosado
O blanco; y, el día pasado,
Hará una copia tan tibia,
Que parezca que ha salido
Por boca de cantimplora.

DOÑA CLARA.

Notable vienes agora.

CARRIZO.

Alegre tu algo el sentido.

FÉLIX.

¿Adónde habemos de ir?

CARRIZO.

Vamos á la gran Toledo;
Que en no-nbrándola, no puedo
Ni tengo mas que decir.
Gente no se, entendimientos
Raros, damas siempre hermosas.

DOÑA CLARA.

¿Qué cosas tan enfadosas!

CARRIZO.

¿Celos?

DOÑA CLARA.

No.

CARRIZO.

¿Qué?

DOÑA CLARA.

Pensamientos.

CARRIZO.

Digo que no vamos ya;
Y si buscas gente fea,
Pasémonos á Guinea;
Que no habrá celos allá,
Porque en Mandinga y en Zape
Nunca han entrado los celos,
Si no es que quieran los celos
Que dellos nalle se escape.
Pardiez, vamos á Sevilla.

FÉLIX.

¡Oh! qué famosa ciudad!

CARRIZO.

Y de mayor libertad
Que las que tiene Castilla,
Porque la gran confusion
De grandeza y forasteros,
De naves y de extranjerios,
Causa de tenerla son.
Es bellísima en extremo.

DOÑA CLARA.

Apresta, y vamos allá,
Aunque en toda España habrá
El mismo temor que temo.

CARRIZO.

A Valencia puedes ir;
Que es un jardín en la tierra.

FÉLIX.

Notable grandeza encierra;
Mas no podremos vivir
Sin que quién somos se entienda.

CARRIZO.

Pues vamos á Barcelona,
Ciudad que la mar corona
Por su mas querida prenda;
Y podeis por Vinarrós
Pasar á Italia, ó por ella.

DOÑA CLARA.

Todo el amor lo atropella.
Muramos juntos los dos.
Vamos á cualquier lugar.

FÉLIX.

Hacia Toledo camina...
O Valencia, si imagina
Clara que la han de buscar.

CARRIZO.

Las mulas están á punto
Y la cena.

FÉLIX.

Pues ¿qué esperas?

CARRIZO.

Que partas, y que tú quieras.

DOÑA CLARA.

Por el lugar te pregunto,

CARRIZO.

Habrás dos leguas no mas.

DOÑA CLARA.

Pues pica.

CARRIZO.

¡Lindo camino,
Adonde pernil y vino
No pueden faltar jamás!

FÉLIX.

¿No vas contenta, mi amor?

DOÑA CLARA.

Pues ¿no?

CARRIZO.

Caminemos presto.

DOÑA CLARA.

Algun cuidado me ha puesto
Lo que me dijo el pastor.
(*Váyanse.*)

*Entren EL ÁNGEL, ya en figura de
doña Clara, y DON CARLOS.*

ÁNGEL.

Yo os prometo de hacer mi diligencia
Y persuadir mi padre á vuestro gusto;
Mas la palabra habeis de darme luego
De no poner las manos ni la espada
En ese caballero.

DON CARLOS.

¿Quién ó cómo
Os ha dicho, Señora, que queria
Castigar á don Juan de aqueste agravio?

ÁNGEL.

Basta que yo lo sepa.

DON CARLOS.

Mal he dicho
En preguntaros cómo lo supistes;
Que vuestra santidad es tan notoria
En toda la ciudad, que solo un hombre
Tan malo como yo fuera inorante
Y peregrino de virtud tan rara,
Y cómo lo sabeis os preguntara.

ÁNGEL.

Carlos, no quiere Dios que los agravios
Venguen los agraviados; y así, dice
Que no busqueis venganza, en el *Levítico*
Ni os acordéis de la pasada injuria: [co,
Suya la llama en el *Deuteronomio*.
Judit dice que esperen los humildes;
David le ruega á Dios que se levante,
Y que le venga de sus enemigos.
Que no se olvida, dicen los *Proverbios*,
Y que es Dios de venganza, en quien es

[justo
Que espere el hombre libertad y honra.
El que pidiere á Dios de quien le ofende
Satisfaccion, nos dice el *Eclesiástico*
Que la hallará sin duda, y á Idumea
Promete Dios por Israel castigo,
Por quererse vengar de su enemigo.
Tres veces llama á Dios Nahum, pro-

[feta,
Vengador, y aun el mismo Señor dice
Por san Mateo que volvais el rostro
A quien os diere en él, y á los romanos
Y hebreos Pablo escribe estos conse-

[jos.
Diego y Pedro nos muestran esto mis-
Y de las almas de los justos dice [mo,
Juan en su *Apocalipsis* que pidiendo
Están á Dios venganza de su sangre.
Pedidla pues á Dios, señor don Carlos,
Y á mí dejadme el cargo de abonaros,
Si hoy me viere mi padre, como pienso,
Aunque siempre me ve mi Padre lamen-

DON CARLOS.

Clara, mas clara y pura que el sol claro;
Clara, que las estrellas escureces,
No solo con oírte y con mirarte

Piedad infundes en mi duro pecho,
Pero me obligas que á tus pies echado,
Pida perdón de mi pasado intento [to.
A Dios y á ti, por quien sus voces sien-
Verdad es que matar á don Juan quise;
Mas ya, si quieres que perdón le pida,
Haré lo mismo que contigo hago.

ÁNGEL.

No; que será advertirle, pues no sabe
La ofensa que intentabas á su vida.
Yo te prometo de cobrar tu honra,
Aunque ninguna en esto aventuraste,
Y de pedirle que te vuelva á Elena,
Como al principio fué su pensamiento,
Para que llegue á efeto el casamiento.

DON CARLOS.

Señora, con mirarte estoy de suerte,
Que ya no solo quiero que le pidas
Me vuelva lo que tanto he deseado,
Pero si quieres que de aquí me vaya
A Salamanca, y que con un pobre há-

[bito
Me ponga en un recluso monesterio,
Lo haré sin detenerme: tales rayos
Me da solo mirarte.

ÁNGEL.

Cuando fuera
De Dios la vocacion, yo me alegrara.
Agora trata de tomar estado; [so,
Quemi hermana te quiere, á lo que pien-
Y en fin es sacramento el matrimonio,
En que podeis vivir como Tobias
Vivió con Sara tan alegres dias.
Guardate, si se hiciere este concierto,
De llegar, como aquellos desdichados
Y lascivos mancebos que á las manos
Murieron del demonio; sino ofrece
A Dios humilde tu oracion, y pide
Que sea aquella junta solo á efeto
De su servicio.

DON CARLOS.

Si por ángel, Clara,
Te llevo en el camino de mi intento,
¡Oh que honesto será mi pensamiento!
Sé tú mi Rafael, vé tú conmigo.

ÁNGEL.

Vete con Dios; que Dios irá contigo.
(*Váyase don Carlos.*)

¡Oh soberana piedad!
Qué de cosas que te deben
Los hombres, y no los mueven
A agradecida humildad!
¡Cuánto sufre! cuánto aguarda,
Pues por quien le desprecio
Hace que su Madre y yo
Sirvamos de buena guarda!
¡Cuán altos son tus secretos,
Sin que se entienda á qué fin!
¡Qué abrasado serafín
Penetrará tus conceptos?

† LA PORTERA.

PORTERA.

Haga vuestra caridad
Que llamen al Mayordomo.

ÁNGEL.

Tambien su defensa tomo.—
No está agora en la ciudad;
Que es ido á cierta cobranza.—
Mejor diré perdición.

PORTERA.

Pues he pensado que son
Dineros de una libranza.

ÁNGEL.

¡Libranza? Yo los daré.—
¡Ay Dios! si la suya fuera,

Y Félix libre se viera
Del pecado en que se ve!

PORTERA.

Cien ducados se han de dar
También para la madera
Del cuarto nuevo.

ÁNGEL.

¡Ah! sí. Espera;

Que no les han de faltar.

PORTERA.

¡Para qué en esta ocasión
El Mayordomo enviaste,
Que no hay leña que se gaste,
Y se ha acabado el carbon?

ÁNGEL.

Todo se ha de proveer.
Félix ocupado está.
Si hay alguna falta acá,
Decid lo que es menester.

PORTERA.

Hay una y muchas.

ÁNGEL.

Pues yo

Acudiré á todas luego.

PORTERA.

Que hables al hombre te ruego,
Que el monumento pintó.

ÁNGEL.

Pues ¿cómo no le han pagado?

PORTERA.

Por saltar Félix de aquí.

ÁNGEL.

Ahora bien, pídame á mí,
Pues Félix anda ocupado.
A visperas han tañido.

PORTERA.

Después dellas es costumbre,
Si no te da pesadumbre
(Que para tí no lo ha sido),
Barrer tal día como hoy
El coro y claustro de afuera,
La abadesa la primera.

ÁNGEL.

La menor de todas soy.
Apercíbeme una escoba.

PORTERA.

¡Qué humildad! qué perfección!
Por cierto que el corazón,
A cuantos la tratan, roba.

ÁNGEL.

Pues ténmela apercibida.

PORTERA.

Yo lo haré. ¡Qué alegre parte!
De unos días á esta parte
Está en ángel convertida.

Váyanse, y entren FÉLIX y CARRIZO.

FÉLIX.

Y ¿duerme Clara?

CARRIZO.

Vestida,

Sobre la cama está echada.
¿De qué suspiras? ¿Qué tienes?
Responde. ¿Enmudeces? Habla.

FÉLIX.

No sé qué tengo, Carrizo.
Véte, no me digas nada;
Que no quieren mis tristezas
Que nadie sepa la causa.

CARRIZO.

¡Tú secreto para mí!

FÉLIX.

Si he de decir verdad clara,

L-45,

Clara me ofende, Carrizo;
Clara me enfada y me cansa.

CARRIZO.

¡Clara, mas bella que el día!

FÉLIX.

Pues, en las cosas humanas,
¿Piensas tú que están los bienes
Seguros de sus mudanzas?
Con la furia que la amé,
Ha caído en mi desgracia,
Y ella lo va conociendo;
Que ya se lo dice el alma.

CARRIZO.

¿Por qué?

FÉLIX.

Yo te lo diré.

CARRIZO.

En lo público no hay falta,
Si las tiene en lo secreto...

FÉLIX.

Oye; que es otra la causa.
Desnudándose una noche,
Le vi encima de la faja
Un habitillo pequeño.
Preguntéle por qué andaba
Con esas reliquias ya,
Y díjome: «¿Qué te espanta?
Que como el primero esposo
Me dió, Félix, estas armas»,
Y nunca el amor primero
De todo punto se acaba,
Así estimo aquestas prendas,
Porque estas son las del alma,
Como las tuyas del cuerpo.»
En diciendo estas palabras,
Temblé como si estuviera
Donde el azogue se saca.
Dormí mal aquella noche,
Imaginando la espada
De Cristo sobre mi cuello,
Del adulterio en venganza.
Fuime á la iglesia otro día,
Que aun no era bien de mañana;
Y quitándole el sombrero
A un crucifijo, que estaba
Sobre los arcos del claustro,
Le vi volver las espaldas,
De suerte que los dos clavos
Que tenía por las palmas
Quedaron por lo de encima,
Las dos cabezas sacadas.
Miré abajo, y vi hacia mí
De los pies vueltas las plantas,
Donde los clavos también
Las cabezas remataban.
Erizáseme el cabello
De imaginar tales ansias
Como entonces recibí.
Yo pienso que si tomáran
Cada cabello, pudieran
Pasar con él una tapia.
No me atreví á hablar, Carrizo,
Ni á oír misa.

CARRIZO.

¡Cosa extraña!

Muriéndome estoy de miedo.

FÉLIX.

A Clara he escrito esta carta,
Aunque breve de razones,
De pesadumbres bien larga.

CARRIZO.

Pues ¿dónde te quieres ir?

FÉLIX.

Pienso dar la vuelta á Italia
Con el dinero que queda.
Llama, amigo, al huésped, llama.

CARRIZO.

El viene, no te apasionés.

† UN HUÉSPED.

FÉLIX.

Huésped, yo traía hurtada
Esa señora, que ahora
Mi esposa y mujer llamaba.
El temor de la justicia
De su presencia me aparta
Con este mozo también,
Que fué cómplice en sacarla.
Decídele que adios se quede,
Y daréisle aquesta carta;
Que no hay derecho en la fuerza
Ni en las desdichas palabra.

HUÉSPED.

Mucho me pesa, Señor,
Que de esa suerte se vaya.
Háblela, por Dios, primero.

FÉLIX.

No hay que tratar, esto basta.
No me puedo detener.—
Ven, Carrizo.

CARRIZO.

¿Adónde?

FÉLIX.

A Italia.

CARRIZO.

Vamos á romper el mundo,
Ya segura la garganta;
Que esto de sacar la lengua
Y andar por sogas tan altas
Es burla de volatines.
Ellos esas vueltas hagan.

(Váyase Félix y Carrizo.)

HUÉSPED.

¡Ah, Señora! Ah, mi señora!

† DOÑA CLARA.

DOÑA CLARA.

¡Jesus! ¿Qué es esto? ¿Quién llama?

HUÉSPED.

El Huésped.

DOÑA CLARA.

¿Qué quiere el huésped?

HUÉSPED.

Que recibais esta carta.

DOÑA CLARA.

¿De quién?

HUÉSPED.

De aquel gentilhombre
Que ayer os trujo á mi casa;
Y porque es de poco gusto,
Y lágrimas no me agradan
Donde no he de ser remedio,
Sola os quedad á llorarlas.

(Váyase el Huésped.)

DOÑA CLARA. (Abra y lee.)

«Clara, yo sé que nos siguen,
»Y que ya toma venganza
»Tu esposo del adulterio
»Que habemos hecho en su casa.
»Yo te dejo, y voy tan triste...»
—No mas, letras desdichadas.
«Esta es la fe de los hombres?
»En viento y palabras pagan!
»Ay miserable de mí,
»Perdida y en tierra extraña,
»Sola, sin Félix!... ¿Qué digo?
»Sin Félix no fuera nada.
»Mejor dijera sin Dios,
»A quien he vuelto la cara,
»Y sin mi querido Esposo,
»A quien rompí la palabra.
»¿Qué menos me prometían
»Tan malas obras, que paran

Siempre en tan míseros fines?
Cansoso; que todo cansa.
¡Oh gustos del mundo loco,
Flores hermosas al alba,
Marchitas al mediodía,
Y á la noche derribadas!
Gigantes, imaginados,
Son los deleites, que pasan
Como sueño, y quien los goza
Muy diferentes los halla.
Recelos desto tenía.
Engañome la esperanza:
Púsele en un hombre vir,
Baja sangre, oscura casta.

Pero quitéla de Dios:
¿Adónde en el mundo hallará
En quien segura estuviera?
¿Qué haré? Toda estoy turbada.
Ya tiemblo mi airado Esposo,
Y no sé por dónde vaya
A buscarle, aunque jamás
Cerró sus puertas al alma
Que le llamase contrita.
Mas; cómo alzaré la cara
Que le negó tan vilmento?
Afuera, desconfianza;
Que yo no ofendi marido
De la tierra, que se baña

Espada y mano en la sangre
De quien la fe le quebranta.
A Dios ofendi. Pues, Dios,
Si á nadie cierras tus llagas,
A ti voy; piadoso eres,
Yo sé, Esposo, que me aguardas.
¿Esposo dije? ¡Ay de mí!
Adúltera soy. Desata,
Corazon, estas dos fuentes,
Y á la Reina de la gracia
Toma por madrina, y dile...
—Pero no le digas nada
Hasta confesar tus culpas,
Pues conoces que son tantas.

FIN DEL ACTO SEGUNDO DE LA BUENA GUARDA.

HABLAN EN EL TERCERO ACTO.

CARRIZO.
FÉLIX.

TRES BANDOLEROS.

LISENO, }
COSME, } *villanos.*

DOÑA CLARA.

BASURTO.
OLMEDO.CORONEL ESPAÑA.
CALLENUEVA.ARGÜELLO.
LUIS.

MARIA DE ARGÜELLO.

DOS DAMAS.

DOS GALANES.

DOS MÚSCOS.

DOS NADADORES.

DON CARLOS.

CATALINA.
JERÓNIMA.ESPAÑA.
LUIS.

VIVAR.

CALLENUEVA.
BENTO.

UN PASTOR.

UN ÁNGEL.

DON PEDRO.

GINÉS.

LA HORTELANA.

LA PORTERA.

CARRIZO, *Angido.*

UN PLATERO.

RIGUELME.

MARIANA.

QUÍÑONES.

CORONEL.

JERÓNIMA.

CATALINA.

VIVAR.

CALLENUEVA.

ACTO TERCERO.

CARRIZO Y FÉLIX.

CARRIZO.

Mil veces en en Castilla
Que en el Coll de Balaguer
Habla bien que temer,
Ya porque es del mar la orilla,
Y moros de Argel, piratas,
Entre calas y recodos,
Donde despues salen todos,
Tienen ocultas fragatas;
Ya porque en él, por pasiones,
Nunca faltan bandoleros.

FÉLIX.

Quien lleva pocos dineros
Cantar suele entre ladrones,
Como lo dijo un poeta.
¿Qué tenemos que temer,
Pues que nos faltaba ayer?

CARRIZO.

Y el moro no te inquieta,
Que hace los cuerpos dinero,
Cuando en Biserta los vende,
O en Tripol?

FÉLIX.

Nunca me ofende
El moro ni el bandolero
Tanto como yo á mí mismo,
Imaginando que estoy
En España.

CARRIZO.

Triste voy;
Que soy alma de tu abismo.

FÉLIX.

Años há, Carrizo hermano,
Que de España á Italia fuimos,
Donde hasta agora estuvimos
Sirviendo y viviendo en vano,

Pues no merecemos vida,
Aunque con seguridad,
Pues que por nuestra maldad
Fué la muerte merecida.
La patria ó la perdicion
Nos lleva á Ciudad-Rodrigo,
Y yo pienso que al castigo.

CARRIZO.

Secretos del cielo son.
Mil veces el delincuente,
Sin entender quién le lleva,
Quiere que vaya y se atreva
A poner entre la gente
Donde comete el delito.
Tal puede ser que los dos
Vamos, queriéndonlo Dios.

FÉLIX.

A su piedad lo remito.
Si un largo arrepentimiento,
Si una tierna contricion
Hallan la puerta al perdón,
Luz de mi remedio siento.
La penitencia no ha sido
Tal como debiera ser.

CARRIZO.

¿Tanto ha habido que comer?
Tan bien habemos dormido?
¿Qué regalo en tantos años
Por nuestros cuerpos pasó?

FÉLIX.

Harto trabajo nos dió
El tiempo en reinos extraños;
Que si se ofreciera á Dios,
De satisfacion sirviera,
Aunque pequeña, y corriera
Por la cuenta de los dos.

CARRIZO.

¡Válame Dios! ¿Qué habrá sido
De doña Clara?

FÉLIX.
No sé.

No poco tormento fué
Su memoria en mi sentido.
Mil veces me vi de suerte,
Que quiso volver por ella,
Aunque de volver á veila
Me resultara la muerte.
Fácil cosa fué dejalla;
Vivir sin ella no fué
Tan fácil, porque pensé
Morir volviendo á buscalla.
Poco tuvo de nobleza
El dejalla, en lo exterior,
Pues la engañé con amor,
Y la dejé con bajaiza.
Pero como yo temí
Al Esposo que ofendía,
Busqué su vida y la mía,
Y al fin huyendo vinei.
Errar es de hombre mortal,
Y mas en esto que ves;
Pero de demonios es
Perseverar en el mal.

CARRIZO.

Al fin volvimos á España,
Como ya desconocidos
En rostro, barba y vestidos,
Si el tiempo no nos engaña.
Ya salimos de la mar
Y entramos en Barcelona,
Donde no hallamos persona
Que nos pudiese juzgar
Menos que por extranjeros.
Lo mismo será en Madrid,
Toledo y Valladolid.

† CUATRO BANDOLEROS, con sus pistolas
y capas, de la montaña.

BANDOLERO 1.º

Pongan luego los dineros
Sobre esa piedra, soldados.

FÉLIX.
¡Mal encuentro!

CARRIZO.
Dile azar.—
Si ellos nos le quieren dar,
Serán hidalgos honrados,
Porque no llevamos niente.

RANDOLERO 2.º
Los vestidos se desnuden
Antes que de ahí se muden,
O disparo.

FÉLIX.

Espera.

CARRIZO.

Tente.

(Váyense desnudando.)

Ofrezco al diablo artificio,
Que con apretar la mano,
Derriba al hombre mas sano
Hasta el día del juicio.

FÉLIX.

Trabajos me han sucedido;
Mas nunca en este me vi.

RANDOLERO 3.º

¡No acaban ya?

FÉLIX.

Señor, sí.

CARRIZO.

Parece que dió el vestido,
Segun le manda quitar.
Pues no le cosía el sastre
Pensando en esta desastre;
Que él diera prisa á hilvanar.
Tomen, y vayan con Dios.

RANDOLERO 1.º

¡De dónde son?

CARRIZO.

¡Lindo aviso!

¡No lo ve? Del paraíso,
Aunque no estamos los dos
En estado de inocencia.

RANDOLERO 2.º

Y ¿adónde van?

CARRIZO.

A acostar,

Porque tras el desnudar
No queda otra diligencia.

RANDOLERO 2.º

Por parecer gente honrada...

CARRIZO.

Honrada su vida sea.

RANDOLERO 2.º

De cierta vieja libra,
De unos pobres desechada,
Si quieren, los vestiremos.

CARRIZO.

Eso es dar ropa y oficio;
Que hay mil que piden de vicio,
Y de vicio pedirémos.

RANDOLERO 2.º

Caminen.

FÉLIX.

¡Qué triste vida!

CARRIZO.

Mas te debe alegrar;
Que ya no puede faltar,
Por lo menos, la comida.

Váyense, y entra LIENO, viejo villano,
y COSME, su hijo.

LIENO.

El tiempo de engerir, Cosme, á propó-
Ha de ser en creciente de la luna, [silo
Día sereno y claro; mas la rama

Ten cuenta que sea nueva por lo menos,
Que no pase de un año. En tierras calien-
das

Por mayo es la sazon; pero en las frias
Por junio y julio.

COSME.

Estoy tan inquieto,
Que le escucho sin gusto y por respeto.

LIENO.

Cuando vieres que suda la corteza
Y despide la yema, pon el ramo
Al pecho ó sobre la rodilla, y corta
Haciendo dos rayitas, como escudo,
Que por eso se llama de escudete.
Vé por un lado sizando la corteza,
Y entre el dedo pulgar y el otro cógela,
Y sácala el meollo y adérezala,
Y en tanto que previenes otro corte,
Ponla en la boca.

COSME.

Poco estoy atento.

La huerta me perdone y los engertos;
Que no se engieren bien vivos y muer-
tos.

LIENO.

Donde la has de asentar no tenga raja;
Que despide mejor estando lisa.
Corta luego al través cuanto es la yema,
Y véla desviando por la parte
De arriba, hasta quedar el corte justo.

COSME.

Padre, yo escucho con bellaco gusto.
Dejáos de engertos de escudete agora,
De mesa, pié de cabra ó cañutillo,
Coronilla, barren, ó calabaza,
Y tratad de engerirme en casamiento,
Porque solo no puedo llevar fruto.
Poned en esto el pensamiento, padre;
Que la huerta ya tiene plantas y árboles.
Las plantas duran tres y cuatro años,
Los árboles á treinta y á sesenta,
Y árboles hay que pasan de cien años,
Llevando, como veis, sabroso fruto.
A no ser vos engerto con mi madre,
Cosme no fuera fruto vuestro, padre.

LIENO.

¡Maldito seas! que aun apenas tienes
Treinta años, y ya tratas de casarte!
Y tú ¿serás por dicha para eso?

COSME.

Aun hay en el lugar algun testigo;
Demás, que no será el peligro vuestro.

LIENO.

Muchas aldeas tiene y caserías
La ribera del Tajo, en ellas viven
Labradoras hermosas; yo te ofrezco
Poner los ojos en alguna á intento
De engerirte con ella en casamiento.

COSME.

No, padre, no; que ya sé yo la moza
Que el ánima me pudre y me retoza.

LIENO.

¿Quién, Cosme?

COSME.

Juana, aquesta moza nuestra.

LIENO.

¡Pues! Juana! ¿Una mujer que habrá
[tres años
Que aqui vino perdida? ¿Estabas loco
Cuando te dió tan deshonesto intento?

COSME.

Pardiez, padre, vos sois un mentecato,
Si infamais la limpieza de su trato.
Vive como una santa, recogida
En oracion perpétua y en ayunos,
Métese en esas peñas que coronan
Las márgenes del Tajo, y dase en ellas
Tantos azotes, que sus carnes bellas

Las hacen jaspes con la sangre viva;
Y ¡llamaisla perdida y fugitiva!

LIENO.

Pues cuando sea tal como tú dices,
Estaré á propósito que tengas
Una mujer tan penitente en casa?

COSME.

[sa!

¡Qué mal sabeis el fuego que me abra-
No sé lo que me traigo, que al oído
Me andan diciendo, cuando está en el
campo,

Que la fuerce, la ruegue y solicite,
La penitencia y la oracion la quite.

LIENO.

Ella es hermosa, y no eres, Cosme, solo
El que pretende desviar á Juana
De aquellos recogidos pensamientos;
Que el señor de la huerta por momentos
La viene á ver y á molestarla tanto,
Que crece su dolor y aumenta el llanto.
Mas pues que Juana, Cosme, es á tu gus-
to,

Y tiene las costumbres que tú sabes,
¿Qué mejor dote? Yo la baré mi hija.

COSME.

El cielo aumente, padre, vuestros años.

LIENO.

Sufre hasta el fin los amorosos daños.

(Váyase Lieno.)

COSME.

Esto que traigo en el pecho
No es posible que es amor,
Porque parece un ardor
De muchos infiernos hecho.
A mí me incita y me mueve
Tan vivo desasosiego,
Que es nieve, y me abraza en fuego;
Y es fuego, y me hiela en nieve.
Si cómo, me está llevando
¡Oh Juana! tu perfeccion
Toda la imaginacion,
Y estoy comiendo y pensando.
Si duermo, despierto luego
Con tu nombre, de tal modo,
Que me parece que todo
Es un infierno de fuego.
Esta es la orilla del río;
En él quisiera arrojarme,
Si pensara que templarme
Pudiera el tormento mío.
¡Oh! Héla allí. Corazon,
No tembleis de un ángel ya.

+ CLARA, de labradora.

DOÑA CLARA.

¿Cuándo, Señor, llegará
De mi pecado el perdón?
Cuándo, Jesus de mi vida,
Me dirá vuestra piedad,
Pues le costó mi maldad
Toda la sangre y la vida:
«Mujer, perdonada estás»?
Pero ¿cómo podrá ser
Que esto pueda merecer
La que no os sirvió jamás,
La que siempre os ofendió,
La adúltera del Esposo
Mas honrado y mas hermoso
Que el cielo á la tierra dió?
Pero tengo confianza
En esa sangre, Señor;
Que aunque es roja en el color,
Es verde por la esperanza.
Jesus mío, yo pequé,
Terrible fué mi pecado.
Vos sabeis lo que he llorado
En esta esperanza y fe.
Dícame aquel enemigo
Que no me ha de aprovechar,
Y que vos me habeis de dar,

Como á adúltera, castigo;
Mas yo le digo, Señor,
Que nunca vos despreciais
Corazon en quien hallais
Este contrito dolor.
¡Ay piadosa Virgen bella!
¡Qué fuera de mí sin vos?
¡Por dónde llegara á Dios,
Por tal mar, sin tal estrella?—
¡Ay cielos! ¡Quién está aquí?

COSME.

Cosme soy; ¿de qué te alteras?
No son mis manos tan fieras,
Que te defiendas de mí.
¿Cuál oso viste bajar
De los montes de Toledo,
Que te ha causado tal miedo?
Pero debes de pensar
Que vengo á hurtar la colmena
De la miel de tu hermosura.

DOÑA CLARA.

Así Dios te dé ventura,
Y á mí, Cosme, me haga buena,
Que me hagas un placer.

COSME.

Máname, Juana, y verás
Que en mandarlo tardas mas
Que yo lo tardo en hacer.

DOÑA CLARA.

Que vuelvas á nuestra quinta
Por un libro que olvidé.

COSME.

Si voy, ¿dónde te hallaré?

DOÑA CLARA.

En esta alfombra que pinta
De tantas flores el Tajo.

COSME.

¿Está en tu aposento?

DOÑA CLARA.

SÍ.

COSME.

Pues yo vuelvo luego aquí,
Porque vuelvo, y sé el atajo.
No te vayas, desden mio.

(Váyase Cosme.)

DOÑA CLARA.

Divino vencedor, de amor vencido,
Con túnica de sangre y con diadema,
Donde escribió la Majestad suprema
El nombre que vos solo habeis leido;
Cordero asado en cruz, el pecho he-

rido,

Para que exhale el fuego en que se

quem,

Encuya herida amor con hostia y nema
Firmó la carta al hombre redimido:
¿Quién se alistara, capitán benigno,
Debajo desa cruz, bandera santa,
Imperio que en sus hombros se enar-
Cordero de Sion, si fuera digno [bola?
Mi pecho de ofreceros la garganta,
Yo os siguiera con palma y con estola.

† *Canta de música y baile, DAMAS y GALANES, y un MOZO con un tabaque de merienda.*

MÚSICA.

*Laveréme en el Tajo,
Muerta de risa;
Que el arena en los dedos
Me hace coquillas.*

DAMA 1.ª

Pon la merienda en el prado;
Que él nos servirá de mesa.

DOÑA CLARA.

¡Lo que el demonio atraviesa,
Por despertar mi pecado!

GALAN 1.º

Hermosa estás como un oro.

DAMA 2.ª

Y tú galan como un sol.

GALAN 1.º

¡Hay tan dichoso español?

DOÑA CLARA.

Alma, mientras cantan, lloro.

MÚSICA.

*Que no quiero bonetes;
Que soy muy boba,
Y en andando con picos,
Mepico toda.*

DOÑA CLARA.

Todas invenciones son
Del demonio, que despierta
Mis deleites.

DAMA 1.ª

¿No es la huerta
De mayor recreación?

GALAN 2.º

Yo me quiero desnudar.

GALAN 1.º

Y yo; que hace gran calor.

GALAN 2.º

En aquel chopo es mejor.

DAMA 1.ª

¿Huélgaste de ver nadar?

DAMA 2.ª

¿Eso dudas?

DAMA 1.ª

Pues allí

Podréis pasar la merienda.

GALAN 1.º

Mil primores, dulce prenda,
Haré en el agua por tí.

MÚSICA.

*Si te echares al agua,
Bien de mis ojos,
Llévame en tus brazos;
Nademos todos.*

(Éntrense todos.)

DOÑA CLARA.

¿Qué de cosas representa,
Para ponerme en cuidado,
A mi deleite pasado
Quien mi perdición intenta!
Pues, cuerpo, ya conocéis
Los castigos que lleváis.

DOS GENTILHOMBRES entran.

GENTILHOMBRE 1.º

Mirad, Guzman, que sudáis,
Y que á peligro os poneis.
Enjugáos; que tiempo habrá.

GENTILHOMBRE 2.º

¡Oh qué graciosa aldeana
Con veinte ovejas!

GENTILHOMBRE 1.º

Serrana,

¿Dónde menos hondo está?

DOÑA CLARA.

No nadéis, si no sabeis.

GENTILHOMBRE 2.º

En verdad que yo nadara
Adonde mejor templara...

DOÑA CLARA.

De espacio, no os acerqueis.
Id en buen hora á nadar.

GENTILHOMBRE 1.º

¡Lindo brazo!

GENTILHOMBRE 2.º

Y ¡qué rollizo!

DOÑA CLARA.

Esto el demonio lo hizo,
Que no me quiere dejar.

GENTILHOMBRE 2.º

Daréle para corales,
Si á los labios me los trueca.

GENTILHOMBRE 1.º

Oiga, no sea tan seca.

DOÑA CLARA.

Si son hombres principales,
No ven que es mucha bajeza
Tratar mal una mujer?

GENTILHOMBRE 2.º

Pefiasco debes de ser,
Aunque un ángel en belleza.
Pues guardáneos los vestidos
Entre tanto que nadamos,
Porque desnudos pensamos
Despertarte los sentidos.

DOÑA CLARA.

Esas palabras no son
De gente desta ciudad.

GENTILHOMBRE 2.º

¿Qué notable honestidad!

GENTILHOMBRE 1.º

Quedo; que tiene razon.
Dejada; que aun tengo miedo
De una mujer virtuosa.

GENTILHOMBRE 2.º

No la he visto mas hermosa
En la Sagra de Toledo.

(Váyense los dos.)

DOÑA CLARA.

No pienses, fiero enemigo,
Vol verme al mundo jamás;
Que esto que á mis ojos das,
Te pienso dar en castigo.
Así el alma se desagua;
Cuando va de culpas llena.

(Dentro, como que nadan.)

GALAN 1.º

¡San Juan y la Magdalena!
Un baño parece el agua.

DOÑA CLARA.

Ojos, ya no hay qué mirar;
Mirad solamente al cielo;
Que en aquel hermoso velo
Hay mucho que contemplar.
Dejad las cosas, mis ojos,
Del mundo, pues tales son,
Que han sido mi perdición
Y el blanco de mis enojos.
Pensad en lo que perdí
Cuando mi Esposo dejé.

¡Ay Señor! ¿Cuándo osaré
Volver mis ojos á tí?

Dulcísima vida mía,
¿Cómo dejé tus regalos?

¿Cómo por otros tan malos
Olvidé tu compañía?

¿Cómo te quebré la fe?

¿Cómo el anillo rompí
Que me diste y que te di

Cuando tu mano toqué?

Llorad, ojos, no os canséis;
Y ¡jalá pluguiera á Dios

Fuérades mil como dos,
Porque dos poco podréis!

¿Dónde estás, Esposo mio?

¡Oh qué enojado estarás!

¡Ay Dios! ¿Si recibirás
Los suspiros que te envío?

Señor, que en piedad excedes
Mis culpas, dame tu luz:
Clavado estás en la cruz,
No te me irás; que no puedes.

† EL PASTOR.

PASTOR.

Verdes riberas amenas,
Frescos y floridos valles,
Aguas puras, cristalinas,
Altos montes de quien nacen,
Guíadme por vuestras sendas
Y permitidme que halle
Esta prenda que perdí
Y me cuesta amor tan grande.
Ya de pisar las espinas
Llevo teñidas en sangre
Las abarcas, y las manos
Rotas de apartar jarales.
De dormir sobre el arena
De aquella desierta margen,
Traigo enhebrado el cabello;
Y cuando el aurora sale,
Mojado con el rocío
Que por mi cabeza esparcen
Las nubes que del sol huyen,
Humedeciendo los aires.
¡Ay Dios! qué cansado estoy!
¿Qué cayado habrá que baste
Para sufrir este peso?

DOÑA CLARA.

Cielo santo, declaradme
Si es este pastor aquel
Que vi en el Tórmes, la tarde
Que en mi regazo dormía
Félix al pie de unos sauces.—
¡Ah pastor! Ah ganadero,
Que Dios muchos años guarde!
Páreceme que otra vez
Te he visto yo en otros valles,
Porque es tanta tu hermosura,
Que años y trabajos tales
No han borrado en mi memoria
Esas mas que humanas partes.
¿Vives ahora estos montes?
¿Guardas ganado? ¿Qué haces
En las orillas del Tajo?

PASTOR.

Serrana, lo mismo que antes.
¡No te acuerdas que buscaba
Por prados, por arenales,
Por sierras, por altos montes
Una oveja aquella tarde?
Pues la misma busco agora;
Que tan perdido me trae,
Que no volveré sin ella
A los ojos de mi padre;
Aunque siempre estoy en ellos
Por la merced que me hace,
Por el amor que me tiene,
Y porque somos iguales.

DOÑA CLARA.

Pastor gallardo y hermoso,
¿Por qué te cansas en balde?
Que tanto amor no merece
Cosa que tan poco vale.
¿Para qué perdido vienes,
Pues aunque peñas ablandes
Con silbos, no la enterneces?
Que son bien claras señales
Que vino á manos del lobo.

PASTOR.

Si vino; que el lobo infame
Persigue ovejas que estimo,
Porque presume vengarse
De un golpe que cierta vez
Le di en un monte una tarde,
Aunque por darle con fuerza
No me costó poca sangre.
Mordióla, no la comió.

Recuérdense los versos de *El Condenado por desconfiado*, que se han copiado en la nota puesta á la escena del pastor en el acto segundo.

DOÑA CLARA.
¿Es posible que la llares
Tanto tiempo, y que no venga?

PASTOR.

No se atreve, aunque bien sabe
Que estoy los brazos abiertos
Siempre que ella me buscare;
Porque yo no soy pastor
Como algunos arrogantes
Que vengan los adulterios
Que las ovejas les hacen.
Si ellas lloran y les pesa
(Que no hay cosa mas suave
Para mí, que ver llorar,
Porque el corazón me parten),
Luego les doy sal, y algunas
Con esta sal tales salen,
Que no hay carne mas sabrosa
En la mesa de mi padre. (Váyase.)

DOÑA CLARA.

No te vayas. Oye, espera.—
¿Sueño ó velo? ¿Si me hacen
Estas burlas mis deseos?
Mas; ay burlas celestiales!
Ora pasen á mis ojos,
Ora en mis sentidos pasen,
Avisos me ha dado el cielo
Para que su gracia alcance.
Ir quiero animosamente
En este villano traje
Desde aquí á Ciudad-Rodrigo.
Quizá este pastor es ángel,
Y me anima á dar la vuelta,
Donde penitente acabe
Esta miserable vida.—
Ángel, si lo sois, guíadme.

Váyase, y entren EL ÁNGEL, en el hábito de doña Clara, y DON PEDRO.

DON PEDRO.

Por tí casé mi hija con don Carlos,
Porque á no ser por tí, no se la diera,
A mis deudos cansado de escucharlos.
No digo que es tu hermana la primera
¡Oh Clara! que ha vivido mal casada;
Pero que yo su bien y paz quisiera.
Ni digo yo de tí que estás culpada.
Yo sé cuán bueno en esto fué tu intento;
Pero sé que es Elena desdichada.

ÁNGEL.

Pues ¿qué tiene don Carlos?

DON PEDRO.

Descontento;
Que no quieras mas mal para un casado,
Aunque no sabes tú de casamiento.

ÁNGEL.

Yo vivo con mi Esposo regalado
En otro matrimonio diferente.

DON PEDRO.

¡Dichosa quien escoge tal estado!
Dos años há que vive como ausente;
Que mujeres y juego le distraen.
Tras esto, celos bien injustos siente.

ÁNGEL.

Cosas son que los años verdes traen.
Querrá Dios que don Carlos caiga en
ello;
Que muchos se levantan aunque caen.
Envíamele acá.

DON PEDRO.

Si puedo hacello;
Que teme tu virtud, porque los malos
Huyen la luz.

ÁNGEL.

La vida es un cabello.
Yo no sé quién estima sus regalos,
Si de tan débil cosa está pendiente.

DON PEDRO.

Rinde la mocedad el fruto á palos.
Yo voy á hacer que venga.

(Váyase don Pedro.)

ÁNGEL.

[sente]
¡Oh Clara, au-
De tu casa legítima y tu Esposo!
Aunque es verdad que tengo á Dios pre-
[sente],
Y ejercito un oficio tan honroso,
Deseo tu remedio y que ya vengas;
Que puesto que en la tierra estoy glo-
[rioso],
Mi gloria aumentaré cuando la tengas.

Entre UN PLATERO.

PLATERO.

Como licencia me diste,
En la portería entré.

ÁNGEL.]

Hoy á llamarte envié;
Que en cuidado me pusiste.
La custodia.... ¿está acabada?

PLATERO.

Y con el mayor decoro
De primor, que alcanza el oro...
Digo, la plata dorada.

ÁNGEL.

Bien has hecho; que ha de ser
Casa del Señor del cielo,
Que en el compás de aquel velo
Se quiere en cifra poner.
Aunque tan grande, está allí
Como en la cruz y en el cielo.

PLATERO.

Aunque te agradó el modelo,
Con el arte le vencí.

ÁNGEL.

¡Dichoso tú, que fabricas
Casa á Dios!

DON PEDRO.

Tú mas dichosa,
Que tan santa y virtuosa
Le alabas y glorificas.
¡Dichosa tú, que mereces
Lo que al indigno se priva,
Pues eres custodia viva
Del mismo Dios tantas veces.

ÁNGEL.

Dios sabe, amigo, quién soy.
Deja á Dios toda alabanza.

PLATERO.

Dame dinero ó libranza
Que pueda cobrarse hoy;
Que me matan oficiales.

ÁNGEL.

Hoy tendrás todo el dinero.

DON CARLOS entre y GINES.

DON CARLOS.

Digo que esperar no quiero,
Y que entraré, pues no sales.

ÁNGEL.

¿Qué es esto?

DON CARLOS.

En el oratorio
Te esperaba, y me cansé.

ÁNGEL.

Reñirte quiero.

DON CARLOS.

¿Por qué?

ÁNGEL.

Porque es tan claro y notorio
Cómo tratas á mi hermana,
Y porque dice enojado

Mi padre que causa he dado
A cosa tan inhumana.
Tú, Carlos, ¿eres aquel
Que tan humilde decías
Que a doña Elena serías
Humilde, honesto y fiel?
Tú quien juraba sacar
Mentiroso á tu enemigo,
Y no hay en Ciudad-Rodrigo
Quien no te venga á culpar
De ingrato á tanta hermosura,
Y de atrevido á tu honor?

DON CARLOS.

El divino resplandor,
Llama de la lumbre pura
Que sale de aquesa cara,
Clara, me obliga á respeto;
Que si no, yo te prometo
Que no le tuviera, Clara.
Elena celosa ha dado
Causa á hablar mal de mi honor.

ÁNGEL.

Yo lo sé todo mejor,
Y en lo que andas ocupado,
Qué papeles escribiste
A quien sabes, y qué cosas
Con palabras amorosas
En su reja le dijiste.
Sé lo que habeis concertado,
Y sé...

DON CARLOS.

Detente, por Dios;
Que lo que pasa entre dos,
Dios te lo habrá revelado.
¡Oh, Clara, cuya virtud
Me avergüenza! en esos piés
Pido perdón.

ÁNGEL.

Esto es,
Carlos, buscar tu quietud.
No des á Elena ocasión,
Ni á mi padre estos enojos.

DON CARLOS.

Tendréla sobre mis ojos
Y la pediré perdón.

LA HORTELANA *entre*.

HORTELANA.

Acude presto, acude, soror Clara;
Que soror Magdalena en este punto,
Paseando la margen del estanque,
Cayó en sus aguas y se ha hundido en

ÁNGEL.

[ellas.

Dame licencia, Carlos.

DON CARLOS.

¡Qué desdicha!

HORTELANA.

Presto, Señora; que se está anegando.

ÁNGEL.

La Buena Guarda la estará guardando.
(*Váyanse los dos.*)

DON CARLOS.

¡Qué sientes desta santa?

GINÉS.

Que la tiene
En gran veneracion la ciudad toda,
Y que se cuentan della cosas raras.

DON CARLOS.

¡No ves cómo entendió mi pensamiento?
No ves cómo ha sabido los amores
Que trataba en secreto con doña Ana?

GINÉS.

Ella es un serafín en forma humana.

DON CARLOS.

Y o pienso desde hoy mas tenerla miedo,
Y enmendar mis locuras.

GINÉS.

Todo es burla,
Sino dormir, segura la conciencia.

DON CARLOS.

[Justo,
¡Quién no envidia, Ginés, un hombre
Sabiendo que es la vida tan incierta,
Y que es la muerte tan forzosa y cierta?

LA HORTELANA *entre*.

HORTELANA.

Para que no te vayas sin que sepas
Un milagro tan raro, y seas testigo,
Así como llegó Clara al estanque,
Entró por él, y sin mojarse el hábito,
Asió de un brazo á soror Magdalena,
Y la sacó á la orilla viva y sana.
Dilo á su padre y á su amada hermana.
(*Váyase.*)

DON CARLOS.

¡Qué te parece?

GINÉS.

Sin sentido quedo.

DON CARLOS.

Y yo confuso entre esperanza y miedo.

DOÑA CLARA *entre en hábito de labradora*.

DOÑA CLARA.

Si tan grande atrevimiento
No ha sido de Dios guiado,
Debo de ser mi pecado
Que quiere dar escarmiento,
Y anda á buscar su castigo;
Pues no solamente entré
En este traje, y á plé
Y sola en Ciudad-Rodrigo,
Pero hasta la misma puerta
De la casa que dejé,
Cuando á mi alma cerré
La que vió del cielo abierta.
Gente hay en la portería.
¡Ay, mi casa regalada!
Ay, soberana posada,
Donde mi Esposo tenia!
Ay Virgen divina, á quien
Encomendé aquel ganado,
Que dejé por mi pecado!
¡Habeisle guardado bien?
¡Quién lo duda, si de Dios
Cuanto quereis alcanzáis?

GINÉS.

Pues, hermana, ¿á quién buscáis?

DOÑA CLARA.

No os busco, Señor, á vos.

GINÉS.

¡Qué bonita labradora!

DON CARLOS.

Hermosa, por vida mía.

DOÑA CLARA.

Saber, señores, querría
Quién es abadesa agora
Deste santo monesterio,
Porque la quisiera hablar.—
¡Ay Dios! ¡Quién ha de contar
Tal deshonra y vituperio?

DON CARLOS.

La que es abadesa aquí

Es doña Clara de Lara.

DOÑA CLARA.

¡Doña Clara!

DON CARLOS.

¡Sí, y mas clara
Que el sol.

DOÑA CLARA.

¡Burlaisos de mí!

Pues ¿no ha tres años que es muerta?

DON CARLOS.

¡Muerta! Debeis de estar loca.

DOÑA CLARA.

¡Si este me conoce, y toca

Algo de mi historia incierta?

DON CARLOS.

Doña Clara es una santa;
Vive en este santo templo,
Dando á todo el mundo ejemplo,
Que sus alabanzas canta.
Agora acaba de hacer
Un milagro.

DOÑA CLARA.

¡Qué es aquesto?

GINÉS.

Vamos á decirlo presto.

(*Váyanse don Carlos y Ginés.*)

DOÑA CLARA.

¡Quién será aquesta mujer?
Yo ¿no soy Clara? ¡Ay de mí!
Pues ¿cómo aquí vive Clara?
Y mas que dijo de Lara;
Que tambien me llamo así.
Temblando estoy. ¿Qué será?

EL ÁNGEL *entre*.

ÁNGEL.

Clara, no te turbes; mira
Que de tu Esposo la ira
Se viene templando ya.

DOÑA CLARA.

¡Sois, Señora, la Abadesa?
Que tengo mucho que hablaros,
Y solamente en miraros
Parece que el miedo cesa.
Dícenme que os llamais Clara;
Y aunque Clara en luz tan pura,
Oid una Clara oscura,
Que á vuestra luz se declara.
Yo soy...

ÁNGEL.

No me digas mas.
Ya sé quién eres.

DOÑA CLARA.

Ya sé
Que eres santa; escuchamé.

ÁNGEL.

Clara, en tu convento estás.
Entra, y en tu celda propia
El hábito que dejaste
Cuando á tu Esposo negaste
(De tu voto hazaña impropia),
Toma del mismo lugar;
Que en el tuyo quedé yo
Cuando Félix te engañó.

DOÑA CLARA.

Los piés te quiero besar.
¡Quién eres, Señor?

ÁNGEL.

No digas
A nadie lo que ha pasado,
Sino en confesion. Yo he estado
Sufriendo tantas fatigas
Como me ha dado el servir
El gobierno tantos años:
Recupera aquellos daños
De tu pasado vivir
Con debida penitencia,

¶ Parece que el Ángel no habla estos tres versos, sino que interiormente inspira á doña Clara este pensamiento.

Porque te vuelva tu Esposo
A su pecho generoso,
Después desta larga ausencia.

DOÑA CLARA.

Di, ¿quién eres? Oye, aguarda.

ÁNGEL.

Basta que sepas agora
Que sirvo á cierta señora.

DOÑA CLARA.

Dime el nombre.

ÁNGEL.

Buena Guarda.

DOÑA CLARA.

Animosa quiero entrar,
Siguiéndole.

ÁNGEL.

Venir puedes.

DOÑA CLARA.

Esposo, ¡tantas mercedes!...

ÁNGEL.

Ya se lo puedes llamar.

† CARRIZO y FÉLIX, *de pobres.*

CARRIZO.

¿Que nadie nos conoce? ¡Extraña cosa!

FÉLIX.

No venimos nosotros para menos.

CARRIZO.

Todo sucede mal á quien ingrato
Corresponde á tan altos beneficios
Como de Dios recibe.

FÉLIX.

Este es el templo

Adonde yo fui indigno mayordomo.

CARRIZO.

¡Qué miedo, Félix, de mirarle temo!

FÉLIX.

Y o pienso que los cielos me han traído
Para que agora pague mi pecado.

CARRIZO.

Y yo ¡mondaré nisperos? Mas dime,
¿Cómo podrás cobrar, sin declararte,
La hacienda por que vienes? Que es sin

[duda]

Que tú y Clara faltando un mismo día,
Han de pensar que tú su París fuiste,
Y pienso que los dos serémos Troya;
Que nos han de abrasar en vivo fuego,
Si viene algun jéu que egudie en griego.

[go.

Entre EL FINGIDO.

FÉLIX.

Este es sin duda el sacristan que agora
Tienen aquestas monjas: llega y habla.

[le.

CARRIZO.

Deo gracias.— ¡Qué temor me sobre!

[viene!

CARRIZO FINGIDO.

Por siempre. ¿Para qué á esta puerta
Vaya á ladela iglesia.

[viene?

CARRIZO.

Diga, hermano,
¿Quién es el sacristan que agora sirve
Este convento?

CARRIZO FINGIDO.

Yo. ¿No me conoce?
Pero debe de ser extraño.

† Entranse.

‡ Carrizo.

CARRIZO.

Extraño

De todo bien, y propio de mi daño.

CARRIZO FINGIDO.

Sels años há que en esta casa vivo.

CARRIZO.

¿Sels años? Mire, hermano, que se enga-
Que agora tres estaba aquí Carrizo. [na;

CARRIZO FINGIDO.

Pues Carrizo es el mismo que está ago-
CARRIZO. [ra.

¡Carrizo!

CARRIZO FINGIDO.

Si; que ese es mi propio nom-
CARRIZO. [bre.

¿Él se llama Carrizo?

CARRIZO FINGIDO.

Así me llamo.

CARRIZO.

¿Oyes aquesto?

FÉLIX.

Atento estoy á todo.

CARRIZO.

[do?

¿Que él es Carrizo? ¿Cómo ó de qué mo-
CARRIZO FINGIDO.

Porque Juan de Carrizo fué mi padre,
Y mi madre Lúisa de Montalbo,
Cristianos viejos.

CARRIZO.

Esos lo eran míos.

CARRIZO FINGIDO.

Tuve una hermana que murió pequeña,
Y otra casada en Salamanca.

CARRIZO.

¡Cielos!

Que perderé el juicio.

FÉLIX.

Aguarda un poco;

Que hay mas secreto en esto ó estoy

[loco.

Diga, Señor, ¿quién es el mayordomo

Destas señoras?

CARRIZO FINGIDO.

Es Estéban Félix.

FÉLIX.

¡Estéban Félix!

CARRIZO FINGIDO.

Si, muy buen hidalgo,

Y no de poca hacienda.

FÉLIX.

¡Santo cielo!

Pues ¿no há tres años ya que es muerto
[ese hombre?

CARRIZO FINGIDO.

¡Muerto! Agora le vi con la Abadesa.

FÉLIX.

Y ¿quién es la Abadesa?

CARRIZO FINGIDO.

Doña Clara.

FÉLIX.

¿Doña Clara de Lara?

CARRIZO FINGIDO.

Si, la propia.

FÉLIX.

Carrizo, ó es espíritu diabólico
Este mancebo, ó celestial y angélico,
Porque hombre de la tierra es imposi-
CARRIZO FINGIDO. [ble.

Digan, señores, ¡mandánme otra cosa?

FÉLIX.

Que os guarde Dios.

‡ Retírase el Carrizo fingido.

CARRIZO.

¿Si somos los que fuimos?

FÉLIX.

¿Si me he mudado yo?

CARRIZO.

Tórnome loco.

FÉLIX.

Procuremos hablar á la Abadesa,
Y sabrémos qué es esto.

CARRIZO.

¡Mi pecado

En otro el ser que soy ha transformado.

*Entranse, y salga DOÑA CLARA, ya en
su primero hábito, y DON PEDRO, su
padre.*

DON PEDRO.

Bien tengo que agradecerte,
Clara: ¡venturoso el día
Que para la vejez mía
Fabriqué muro tan fuerte!
Cárlas me pidió perdon.

DOÑA CLARA.

Pues ¿quién, señor padre, es Cárlas?
—A todos tiemblo de hablarlos,
Porque no sé la ocasion.

DON PEDRO.

Como estás tan embebida
En Dios, aun de tu cuñado,
Que á tu hermana has restaurado,
Por momentos se te olvida.

DOÑA CLARA.

¡Ah, sí! Cárlas, el marido
De...

DON PEDRO.

De tu hermana.

DOÑA CLARA.

Es así.

DON PEDRO.

Casástele tú, y á mí
Me sacaste de sentido,
Y al cabo ya de tres años,
¿Preguntas de quién lo es?
—En fin, se puso á mis pies
Y confesó sus engaños.

DOÑA CLARA.

Sin duda que este es marido
De Elena, y reñido habrán.—
Ellos amigos se harán,
Todo se pondrá en olvido.

DON PEDRO.

Don Cárlas así lo dice;
Y yo, Clara, que es razon,
Te debo su conversión.

DOÑA CLARA.

Señor, lo que pude hice.
—Este debia de ser
Mozo travieso sin duda.

† LA PORTERA y EL PLATERO.

PLATERO.

Dice que á firmarla acuda;
Que agora lo puede hacer.

PORTERA.

Firme vuestra caridad

Esta cédula á Lamberto.

DOÑA CLARA.

¿Cómo?

PORTERA.

Que vive, es lo cierto,
Clara en otra claridad.—
¿No le conoces?

DOÑA CLARA.
¿Quién es?
PORTERA.
El platero.
DOÑA CLARA.
Pues ¿qué quiere?
PORTERA.
La firma, porque no espere.
DOÑA CLARA.
¿La firma? Vuelva despues.
PORTERA.
Si la custodia he traído,
Y prometiste el dinero,
¿Qué he de hacer?
DOÑA CLARA.
A este platero
Este dinero han debido
Por la custodia que ha hecho.—
Mostrad; que quiero firmar.
DON PEDRO.
Todo, amigos, es pensar
En cosas de mas provecho.
PORTERA.
Que escribas al Almirante
Te ha pedido doña Inés.
DOÑA CLARA.
¿Sobre qué?
PORTERA.
¡Harto bueno es
En caso tan importante,
Y estando tu primo preso!
DOÑA CLARA.
¿Adónde?
PORTERA.
En Madrid lo está.
DOÑA CLARA.
¡Ah, sí! Bien me acuerdo ya,
Aunque no bien del suceso.
PORTERA.
La muerte de don Luis.
DOÑA CLARA.
Sí, sí.
DON PEDRO.
Toda está en el cielo.
PORTERA.
Pues vámonos; que recelo
Que á fuerte ocasion venis.
(Váyense todos.)

DOÑA CLARA.
En extraña confusion
El alma tengo ocupada;
Que mal los puede entender
Quien há tres años que falta.
Esos ¡ay cielo! ha tenido
Tan buena guarda esta casa,
Que para mí confusion
Todas son buenas y santas.
¡Qué diferente gobierno
Es el que agora se halla!
Qué olor del cielo que tienen
Cuántas me miran y hablan!
Y aunque no sé responder
A las cosas de que tratan,
Ellas me dan la disculpa:
Dicen que estoy elevada.
Pues yo haré, mi dulce Esposo,
Por estarlo en vos, con ansias
Tan amorosas y dulces,
Que allá se me quede el alma.

† FÉLIX y CARRIZO.

FÉLIX.
Tomblando llevo, y es justo.
CARRIZO.
Parece que es doña Clara.
FÉLIX.
Transformada está en el cielo.
CARRIZO.
Pienso que el alma le falta.
FÉLIX.
Mírala bien.
CARRIZO.
Ella es;
Que desta manera estaba
Cuando salimos de aquí.
Mas ¡ai fué alguna fantasma
La que llevaste á Toledo?
FÉLIX.
Sí, porque dicen que es santa
Y hace milagros; y aquí
¿Cómo ó por adónde entrara,
Si la hubiéramos llevado?
CARRIZO.
Ya vuelve en sí.
FÉLIX.
¿Cosa extraña!
DOÑA CLARA.
¿Quién está aquí?

FÉLIX.
¿No conoces
A Félix? ¿De qué te espantas?
DOÑA CLARA.
¿No quieres que en verte tiemble,
De mis desventuras causa?
CARRIZO.
Y ¿á Carrizo no conoces?
FÉLIX.
Señora, ¿cómo te hallas
En tu hábito, en tu honor,
En tu virtud y en tu casa?
DOÑA CLARA.
Cuando salí del convento,
Y me viste que lloraba,
Dije con tiernos suspiros
A aquella imagen sagrada
Que, ya que yo me perdía,
Sirviese de buena guarda
A las que dejaba aquí;
Y la Reina soberana,
En mi lugar y en el vuestro,
Las puso tal, que bastaban
Para gobernar mil mundos.
Estas, supliendo la falta
Que los tres habemos hecho,
Han vuelto por nuestra fama.
Dejásteme, y yo perdida,
Aunque para Dios ganada,
Hice dura penitencia,
Mas pequeña á culpas tantas.
Vine y con la guarda hablé,
Que en la confesion me manda
Solo decir el suceso,
Y á las partes que le tratan,
Que sois los dos, á quien ruego
Por las piadosas entrañas
De Dios, que bagais penitencia.
FÉLIX.
Dame aquesas manos santas,
Y tu bendicion con ellas;
Que sin entrar en mi casa,
Iré á confesar mis culpas;
Y á que en una jerga parda
Se envuelva este triste cuerpo.
CARRIZO.
Quien para mal te acompaña;
Para el bien lo hará mejor.
FÉLIX.
Aquí, para ejemplo, acaba,
Como verdadera historia,
Senado, La Buena Guarda.

Si quis dicitur aduersus Adam et bonos mores, tanquam non dictum, et omnia sub correctione S. M. E.

En Madrid, á 16 de abril de 1610.
LOPE DE VEGA CARPIO.

Leído sea el Santísimo Sacramento.

En la misma hoja, á la vuelta :

Examine esta comedia, cantares y entremeses della, el secretario Thomás Gracian de Antisco, y dé su censura. En Madrid, á 27 de abril 1610 años.—*Una rubrica.*

Esta comedia, intitulada *La Encomienda bien guardada*, habiéndola visto tambien representar el señor licenciado Tejada, del Consejo de su majestad, etc., y otros señores, se puede representar. Madrid, á 16 de junio 1610.—*THOMAS GRACIAN DANTISCO.*

Podráse representar esta comedia de *La Encomienda bien guardada*; atento que yo la he visto representar y otros señores. En Madrid, á 16 de junio 1610.—*Rubrica* (la de Tejada probablemente).

Vista y examinada esta comedia por el licenciado Melchior Mirante y el licenciado (lo que sigue está ya escrito en la hoja siguiente) Benito de Galvez, fiscal del reverendísimo arzobispado de Sevilla, hallamos no tener cosa contra la Santa Fe Católica; y así, se puede representar. Fecho en Sevilla, á veinte y nueve de mayo de 611.—*EL LICENCIADO BENITO GALVEZ.*—*EL LICENCIADO MELCHIOR DE ALMIRANTE.*—*Grande.*

Por mandado del señor Vicario he visto la comedia intitulada *La Buena Guarda*, y no tiene cosa contra la Santa Fe ni costumbres; y así, se le podrá dar licencia para representalla, al autor. En Madrid, á tres dias de Noviembre de 1614.—*EL LICENCIADO LUIS TRAVEÑO.*

El licenciado Alonso de Illéscas, teniente de vicario general de Madrid, por la presente doy licencia (se) para que se represente esta comedia, que se intitula *La Buena Guarda*, atento que nos consta, por el exámen que de ella se ha hecho, que no tiene cosa contra la Fe ni buenas costumbres. En Madrid, á tres de noviembre de mil y seiscientos y catorce años.—*EL LICENCIADO ALONSO DE ILLÉSCAS.*

EL DESPERTAR Á QUIEN DUERME.

PERSONAS.

EL CONDE ANSELMO.
RUGERO.
UN CAPITAN.
UN ALCAIDE.
EL DUQUE DE URGEL.

LA REINA DE SICILIA.
ESTELA, *princesa*.
JACINTO,
PEROTE, } *villanos*.
MONTANO,

DANTEO, }
SILVIA, } *villanos*.
FILENA, }
UN GOBERNADOR.
DOS GUARDAS.

VILLANOS.
MÚSICOS.
CRIADOS.
ACOMPAÑAMIENTO.
SOLDADOS.

La escena es en Barcelona y sus cercanías.

ACTO PRIMERO.

Sala en el palacio del conde Anselmo, en Barcelona.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE ANSELMO, UN CAPITAN
y ACOMPAÑAMIENTO.

CAPITAN.

¿Qué tristeza pude haber,
Que le cansó á vuestra alteza?

CONDE.

Para oprimir la tristeza
No hay en los reyes poder.
Conde soy de Barcelona,
Hija tengo, en opinión
Que Castilla y Aragón
Le ruegan con la corona.
Paz tengo, y bienquisto soy
De mis vasallos, de quien,
Con ser temido, también
Soy amado; y triste estoy.

CAPITAN.

Si acaso es melancolía
De la muerte, ó del tener
En poco todo el poder
Que muere y vive en un día;
Si es mirar la brevedad
De aquesta vida prestada,
Y que es toda polvo ó nada
La mayor felicidad;
Si es mirar con el secreto
Que va corriendo la vida,
A la vejez impedida,
De tierra frágil sugeto;
Esa consideración
Enrístete á muchos sabios.

CONDE.

No los humanos agravios
Causa de mi pena son,
Fabio; aunque tengo por bien
Que un hombre temple las glorias
Mortales en las memorias
De su desprecio también.
Otra cosa me fatiga,
Otra me tiene suspenso,
Que cada vez que la pienso,
A mayor pena me obliga.
Y porque conozco en tí
Que me pagas este amor,
Oye la causa.

CAPITAN.

Señor,
Bien puedes fiar de mí,
Como de quien ha servido
Con tanta satisfacción.

CONDE.

Oye aparte. Cosas son
De mi estado.

CAPITAN.

¿Cómo han sido?

CONDE.

Bien has oído decir
A Rugero de Moncada.

CAPITAN.

De sus cosas poco ó nada,
Porque gusta de vivir
Retirado en un aldea.

CONDE.

Solo su nombre sé yo;
Pues todo mi mal nació
De que mi sobrino sea.
A su padre, Capitan,
Quitó el mío estos estados
Por pleitos mal sentenciados;
Que tal vez siguiendo van
A la fuerza los derechos,
Y los libros á las armas.

CAPITAN.

¿De qué prevención te armas,
Si entre cuatro humildes techos
Rugero contento vive,
Sin que haya visto persona
A la suya en Barcelona?
¿A quién habla? ¿á quién escribe?
¿Con quién, de toda la corte,
Trata amistad? ¿Qué has sabido,
O qué rumor ha movido
Que á tus sospechas importe?
¿Hay alguna novedad?

CONDE.

No, Fabio, ninguna cosa;
Que solo está sospechosa
Mi conciencia en su verdad.

CAPITAN.

Pues si Rugero, contento
De cuatro pobres lugares
Vive, sin que tú le amparez,
Con limitado sustento;
Si no ha visto caballero
En toda su vida, ó sola
La menor pieza de gola,
Ni ha ceñido blanco acero;
Si trata de su labranza
Como un pobre labrador,
¿Qué te ha causado, Señor,
Recelo ó desconfianza?

CONDE.

Ya, Fabio, te respondí
Que su justicia y verdad,
Que desde su soledad
Pueden hacer guerra en mí.
— Parte al lugar, disfrazado,
Fabio, donde está Rugero,

Fingiéndote caballero,
Que de tu gente apartado,
Tras de un ciervo te has perdido;
Y á solas trata con él
Si siente el hecho cruel,
O si le ha puesto en olvido.
Procura saber su pecho.

CAPITAN.

Todo me parece mal,
Porque no he visto señal
De su enojo y su despecho.

CONDE.

Mira si algun movimiento
O secreta prevención
De armas tiene.

CAPITAN.

Todas son
Sombras de tu pensamiento.
Pero, lo mejor que pueda,
A saber su intento iré.

CONDE.

Yo entre tanto engañaré
La sospecha que me queda;
Que nunca el alma se mueve,
Fabio, sin mucha ocasión.

CAPITAN.

Ya pago á tu prevención
El secreto que se debe.

(*Vanse.*)

Campo á la entrada de un pueblo.

ESCENA II.

RUGERO.

Si se buscare ejemplo
De la mudanza humana
Para añadir alguno á las historias,
Escribase en tu templo,
¡Oh fortuna tirana!
La mia para ejemplo de tus glorias;
Que todas tus memorias,
Marios y Belisarios,
Césares y Pompeyos,
Con laureles plebeyos,
Aplausos, triunfos y despojos varios,
No igualaran mi estado,
Si me tuviera yo por desdichado.
Muda el invierno frío
Su hielo en primavera;
Muda el verano, de la tierra espejo,
Su lustre; entra el estío;
Pasa la edad ligera
El viejo, y muda el brio en el consejo,
Por parecer mas viejo;
La flor que aromatiza,
En fruto el árbol trueca,
La rama en leña seca,
La leña en fuego, el fuego en su ceniza,

Del Fénix nacimiento;
Múdase en tierra el agua, el agua en
Pues si todo se muda, [viento].
¡Qué mucho que Rugero
Se haya mudado en bárbaro villano,
Y en alma tosca y ruda
De labrador grosero
La que tuvo de noble cortesano?
Decreto es soberano,
Y le llamo piadoso
Por concederme vida,
Que mudanza á caída
Ya no puede tenerme temeroso.
¡Dichoso el que no puede
Caer, por mas que la fortuna rueda!

ESCENA III.

PEROTE, FILENA, SILVIA, JACINTO,
MONTANO, DANTEO, OTROS VILLA-
NOS; músicos, con instrumentos. —
RUGERO.

MÚSICA.

*Que si verde es la verbena,
Mas blanca es el azucena.*

RUGERO.

¡Mal haya, amén, quien trocara
Este por ningún estado!

FILENA.

El señor está en el prado;
Para el instrumento, para.

DANTEO.

Ya las uñas le desvío
Con que le hacía gruñir.

FILENA.

Non cale sino reír;
Cada cual mire su brio.
¡No se ha puesto hoy gentil hombre?

RUGERO.

Dejaldos cantar por mí.

PEROTE.

Antes se digiere á tí
Todo este baile en tu nombre.

MONTANO.

Dirige decir tenías;
Que no *digiere*, Perote.

PEROTE.

Nunca falta quien me note.

RUGERO.

A la fe, zagalas mías,
Que venis en ocasion
Que me habeis de entretenir.

JACINTO.

Todas os darán placer;
Que mozas discretas son. —
Canta, que te valga el cielo,
Y bailarán con mil lazos
Estos mozos.

PEROTE.

Estos mazos.

ESCENA IV.

EL CAPITAN. — DICHOS.

CAPITAN.

Que me he perdido recelo...
Mas siempre me pierda así.
¡Oh, qué gallardos pastores!
¡Está por dicha, señores,
El pueblo cerca de aquí?

JACINTO.

El pueblo es aquel que, al pié
De aquella peña asentado,
Está mirando este prado,
Que como su alfombra fué:

Y el señor, el que mirais;
Que bien el tallo lo enseña.

RUGERO.

El pueblo es cosa pequeña
Para que déis os sirvais.
Si acaso venis perdido,
Posad en mi voluntad.

CAPITAN.

Para tan noble ciudad
Un rey no lo hubiera sido.
Oadme los piés.

RUGERO.

Vos á mí

Es justo que me lo déis.

CAPITAN.

¡Qué nombre, Señor, tenéis?
Que desde el punto que os vi,
Os tuve veneracion
Como á persona real.

RUGERO.

Un labrador principal
De pérdida estimacion.
Rugero soy de Moncada.
¡Nunca me oísteis decir?

CAPITAN.

Sóis á quien debo servir
Con la vida y con la espada.
¡Es posible que vivis
En aquesta soledad?

RUGERO.

Mi quietud es mi ciudad.

CAPITAN.

Para el alma, bien decís;
Pero vos, que habeis nacido
Tan altamente, Señor,
¡Ese divino valor
Tenéis cubierto de olvido?
No os acordais que os quitaron
Vuestro reino injustamente?

RUGERO.

Acuérdome desta fuente,
Cuyas aguas me mostraron
Su espejo para vestirme
Hoy, cuando en ellas miraba
Que, faltando el viento, estaba
Su cristal seguro y firme.

CAPITAN.

¡No os acordais, es posible.
Del agravio que os han hecho?

RUGERO.

Acuérdome de aquel techo,
Verde, hermoso y apacible,
Que aquellos olmos componen
A ese bosque, que entre yerba,
A las salas que reserva,
Las del palacio perdonen.

CAPITAN.

¡Posible es que de un estado
Donde un tirano reside,
Su dueño propio se olvide?

RUGERO.

Acuérdome deste prado,
Que cruzan mil arroyuelos,
Venas de cristales puros,
Donde retozan seguros
Temerosos conejuelos.
Más precio el oír cantar
Estos serranos que veis,
Que cuanto vos me podeis
De vuestra corte acordar.
Há muchos años que estoy
Contento con esta vida.

CAPITAN.

Poco el valor os convida
De vuestra sangre.

RUGERO.

Yo soy

Lo que quiere la fortuna.
Si estoy quieto, ¡qué me falta?
Pues la mas suprema y alta
No tiene quietud ninguna.
¡Puedo comer y vestir
Mas de por un hombre yo?

CAPITAN.

Quien desa suerte vivió,
Aun no merece vivir.
¡Qué fama Pirro dejara,
Alejandro, Jérris, Ciro,
Si de la tierra que miro,
Su ambicion se contentara?

RUGERO.

Y esos ¡cuántos piés despues,
De todo el mundo, ocuparon?

CAPITAN.

Muertos, en siete acabaron.

RUGERO.

Pues bástanme siete piés.
¡Allá no dijo Lucano
De Pompeyo, introduciendo
A Cordo, que estaba haciendo
La huesa á tan gran romano:
«No cupo en el mundo vivo;
Mirad dónde cupo muerto?»
Pues si en mí mal estoy cierto,
Muerto estoy, como os lo digo.

CAPITAN.

No os pretendo replicar.

RUGERO.

Bien haréis. Venid conmigo,
Y comeréis, como amigo,
De lo que os pudiere dar.

CAPITAN.

Iré á recebir merced.

FILENA. (Ap.)

El diablo le trujo acá.

RUGERO. (Á los villanos.)

¡Hola! no falseis allá;
Cuidado en venir tened.

SILVIA.

Vamos, Filena, y sirvamos
En la mesa y la cocina.

FILENA.

Aunque allá tiene á Marina,
A servirle todos vamos.

(Vase.)

Sala en el palacio del Conde.

ESCENA V.

EL CONDE, ESTELA.

CONDE.

Mas estimo tu obediencia
Que cuantas virtudes tienes,
Con ser de tanta excelencia.

ESTELA.

Cuando tan resuelto vienes,
¡Quién te ha de hacer resistencia?
Demás que si el de Aragon
Es á tu satisfacion,
Sin que te dé maravilla
Que yo me incline á Castilla,
Forzaré mi inclinacion.

CONDE.

Y es conveniente que á quien,
Como padre, al fin, intenta

« En la edicion antigua de que nos servimos para hacer esta, se halla viciadísimo el texto. Aquí dice: «Quedo toro suelto vienes.» No presumimos haber adivinado en otros pasajes lo que escribiría el autor.

Tu mayor descanso y bien,
Esté la obediencia atenta
Y la inclinación también.
Los vasallos, de mi estado
Quisieran darte marido,
Pues lo hubiera tan honrado
Dentro en su patria nacido
Y entre sus leyes criado;
Mas yo, por cierto disgusto,
No les concedo este gusto.

ESTELA.

¿Esto te lo pudo dar?

CONDE.

Deben todos de tirar
A un blanco, aunque noble, injusto.
¿Nunca has oído decir
A Rugero de Moncada?

ESTELA.

¿No es muerto?

CONDE.

Para sentir

Lo que su vida me enfada,
Le deja el cielo vivir.

ESTELA.

No me acuerdo quién decía
Que era de tu sangre.

CONDE.

Y tanto,

Que la de mis venas fría
Enciende y provoca á espanto.

ESTELA.

Pues ¿por qué?

CONDE.

Por ser tan mia

Rugero. Sobre el condado
De Cerdania y Barcelona,
Y cuanto el Pirene helado
De aquella parte corona,
Y de aquesta el mar salado,
Pleiteó su padre y el mío,
Hasta venir á parar
En batalla y desafío;
Mas vino á sujetar;
Que era de gallardo brio.
Muy en la vejez de Oton
Nació Rugero, que vive,
Estela, en esta ocasión,
De quien tal pena recibe
Mi abigido corazón;
Que, aunque en una pobre aldea
Su habitación pobre sea,
Puede ser que en pensamiento
Ara el mar y surque el viento,
Si la corona desea.

ESTELA.

De un hombre tan desvalido,
Entre bárbaros criado
Y entre desdichas nacido,
¿Tienes, gran Señor, cuidado?

CONDE.

No puedo echarle en olvido.

ESTELA.

¿Qué temes dél, si en su vida
Ha salido de una sierra?

CONDE.

Temo que tu paso impida,
Y que, yo muerto, con guerra
Esta corona te pida.

ESTELA.

Pues ¿quién le ha de dar favor?

CONDE.

Quien para yerno le quiera.

ESTELA.

De un hombre tan sin valor,
Nunca yo, Señor, tuviera
Ni esperanza ni temor..

ESCENA VI.

EL CAPITAN. — DICHOS.

CAPITAN. (Al Conde.)

Donde me mandaste fui.

CONDE.

¿Viste á Rugero?

CAPITAN.

Aunque vi

Un gallardo caballero,

No me pareció Rugero.

CONDE.

Luego ¿no es él?

CAPITAN.

Señor, si;

Mas vive tan descuidado,
Tan ajeno del valor
A que ha nacido obligado,
Tan rústico labrador
Y tan contento en su estado,
Que no parece que es él.

CONDE.

¿Es gallardo?

CAPITAN.

Con extremo.

Habló en sus cosas con él,
Y no las siente.

CONDE.

Eso temo.

CAPITAN.

Pues asegúrate dél.

CONDE.

¿No ves que es disimular?

CAPITAN.

Más precia el otro la fuente
Y el monte para cazar,
Y el ser señor de la gente
Rústica dese lugar;
Más precia salir al prado,
De mil flores esmaltado,
De mil arroyos vestido,
Que todo el reino perdido.

CONDE.

Tú vienes, Fabio, engañado.
Vuelve y mira bien su tierra,
Si hay armas, si hay movimiento
O prevenciones de guerra.

CAPITAN.

Ya te he dicho el pensamiento;
Y advierte, Señor, que yerra
Quien despierta á su enemigo.

CONDE.

Vuelve por mi gusto, Fabio.

CAPITAN.

Yo voy; pero si te digo
Que apenas sabe su agravio,
Ni está bien ni mal contigo,
¿Para qué das ocasión
A que del sueño despierte?

CONDE.

Cosas que me importan son.
De lo que digo me advierte
Mientras que escribo á Leon. (Vase.)

ESCENA VII.

ESTELA, EL CAPITAN.

ESTELA.

Oye, Fabio.

CAPITAN.

¿Qué me quieres?

ESTELA.

Ya sabes tú cuán curiosas
Son de saber las mujeres.

CAPITAN.

Las feas, no las hermosas,
Y tú en extremo lo eres.

ESTELA.

¿Qué hombre es este Rugero?

CAPITAN.

No he visto en toda mi vida
Mas gallardo caballero,
Si lo es el que tanto olvida
Los agravios y el acero.

ESTELA.

Pues dile que es primo mío.

CAPITAN.

Yo lo haré; mas ¿á qué efeto?

ESTELA.

De estimar el deudo mío.
(Ap. Daréle el alma en secreto,
Si despertare su brio.)
(Vase.)

Plaza del pueblo en que vive Rugero.

ESCENA VIII.

PEROTE, SILVIA, JACINTO, FILENA, DANTEO, MONTANO, VILLANOS.

SILVIA.

Aunque os pese por los ojos,
Será alcalde mi sobrino.

FILENA.

No llevas, Silvia, camino
De reportar tus enojos.

PEROTE.

Alcalde tengo de ser,
O alborotaré el lugar.

DANTEO.

¿De qué sirve porhildiar,
Si el Señor le ha de escoger?

JACINTO.

Si los alcaldes son dos,
¿Qué importa que el uno sea?

PEROTE.

No hay hombre en toda la aldea
De mas perjeño, par Dios.
¿Quién de vosotros me iguala?
Decid, zagalas hermosas,
¿Quién tiene en todas las cosas
Mas brio, donaire y gala?
¿Quién juega al marro mejor?
¿Quién lucha mas en el prado?
¿Quién ha tañido y cantado
Con mas despejo y primor?
Con la flauta y tamboril
¿Quién ha hecho alborotar
La mocedad del lugar,
Si entra mayo y sale abril?
¿Y aquello de Peranton,
Y cata el lobo dó va?
Pues si danzo, ¿quién podrá
Tenirme comparacion?
Pues lo que es cascabel gordo
Es negocio temerario;
Que, puesto en el campanario,
Haré que me escuche un sordo;
Y mas si taño á nublado,
San Martín y san Millán,
Guarda el vino y guarda el pan,
Ni para en monte ni en prado.
Los muérganos, ¿quién jamás
Vió tañer tan semejante,
Si soplara por delante
Lo que soplo por detrás?

MONTANO.

Perote tiene razon;

Que lo merece muy bien.
Haz que la vara le dén,
Silvia, en aquesta ocasion;
Que lo que faltare en él,
Sobrará en el otro alcalde.

SILVIA.

Todos lo ois.

FILENA.

No es de balde
El hacer Silvia por él;
Que á la he que la ha compuesto
Un romance muy sentido.

JACINTO.

¿Es poeta?

FILENA.

Es tan cumprido,
Que á serlo se ha descompuesto.

JACINTO. (Á Perote.)

De cuál eres? Porque son
Sus epítetos notables.
Eres de los admirables,
De legítima opinion,
O eres poeta movido,
Con faciones y sin alma?

SILVIA.

Señor viene.

PEROTE.

Quedo en calma.
¡Quién hubiera respondido!

ESCENA IX.

RUGERO, EL CAPITAN.—DICHOS.

RUGERO.

Apenas, Capitan, os conocia.
¡Otra vez por acá!

CAPITAN.

De vuestra casa
Vengo, señor Rugero, de buscareis.

RUGERO.

Della sois dueño, y gran placer me die-
El hablaros en ella como á dueño. ¡ra
¡Qué buena suerte mía os ha traído?
Que desde el otro día os he cobrado
Justísima afición; que vuestros méritos
Obligan á quereros y estimaros.

CAPITAN.

Ya no puedo, gallardo caballero,
De vuestro amor y cortesía obligado,
Negaros la ocasion de mi venida;
Porque la profesé toda mi vida. (tío,
Sabed que el conde Anselmo, vuestro
Conociendo el agravio que os ha hecho,
Ha dado en no poder vivir seguro,
Y está de vuestra vida con cuidado.
Hácame que os visite por momentos,
Y sepa vuestro mismo pensamiento.
Yo le he dicho que á vos no se os acuer-
Del agravio pasado, y que estimando da
La paz del alma, que vivis contento;
Mas él no quiere estarlo, y me ha man-

[dado

Que venga á ver si acaso teneis armas,
Si escribís á los reyes vuestros deudos,
Si tratáis de casaros, y en qué parte,
Sin otras cosas que le enseña el miedo,
Tantas, que apenas referillas puedo.

RUGERO.

Vuelvo á deciros, generoso Fabio,
Que por todo su estado y otros muchos
No trocará el sosiego que aquí tengo
Y la pura llaneza con que vivo.
Verdad es que, si yo tengo derecho
Tan justo á Barcelona, el cielo es justo,
Y el cielo volverá por mi justicia.

CAPITAN.

Yo no puedo, Rugero, aconsejaros

Lo que puede este miedo descubriros.
Vos sois tan mi señor como es el Conde,
Y pudiera decir, con mas justicia: [cia.
Y esto no es deslealtad, aunque es mali-
Dijome Estela que os dijese aparte
Que os acordeis que es vuestra prima.

RUGERO.

El cielo
Haga dichosa á Estela, con marido
Que con mayores reinos honre el suyo.

CAPITAN.

¿Tan tíbiamente habláis en estas cosas?

RUGERO.

¿Qué fuerzas tengo yo para mas fuerza?

CAPITAN.

Por no tocarem deslealtad, hablando
En el señor que sirvo y que me envía,
Me vuelvo á Barcelona.

RUGERO.

El cielo os guarde.

CAPITAN. (Ap.)

Oaqueste hombre es filósofo ó cobarde.
(Vase.)

ESCENA X.

RUGERO y LOS VILLANOS.

RUGERO. [compañeros?

¿Qué hay, mis amigos? ¿Qué hay, mis
Vasallos pobres, de llaneza ricos,
¿Qué se os ofrece? ¿A qué os habeis jun-

JACINTO.

Par Dios, Señor, que se ha llegado el día
Que acabaron sus varas los alcaldes,
Y quieren hacer otro en competencia.

RUGERO.

¿Quién lo pretende?

PEROTE.

Yo, con tu licencia.

RUGERO.

Perote, pues ¿tú quieres ser alcalde?

PEROTE.

¿No tengo yo caletre suficiente?

SILVIA.

Pues hónrale, Señor, que Dios te guar-
Que todos los zagales te lo ruegan.

RUGERO.

¿Sabes leer?

PEROTE.

Leer, Señor, no supe,
Por mas años que anduve en el escuela;
Mas razonablemente escribo.

RUGERO.

¡Bueno!

PEROTE.

Con diez años de escuela y mil azotes,
Del pan, pen, pin, pon, pun pasar no

RUGERO.

Pues ¿cómo escribes, y leer no sabes?

PEROTE.

Porque hay muchos, Señor, que hacen
Fuera de que escribir es fácil cosa;
Porque, en sacando yo los algodones,
Escribo de una vuelta todo el pliego.

RUGERO.

A saberlo, te hiciera, por tus partes,
Mi secretario.

PEROTE.

Despachara en breve,
Sin estos comprimidos que se usan.

JACINTO.

En siendo cumplimientos, no se excu-
Da la vara, Señor, al buen Perote;

Que Silvia no lo pide de vergüenza,
Y sé que lo desea.

RUGERO.

¿Tú deseas?

Que le demos la vara?

SILVIA.

Así te veas
Señor de Barcelona y de Cerdania;
Que me lo pide con extremo Albania.

RUGERO.

Pues por Albania, y porque es muy
Tenga la vara. [justo,

PEROTE.

¡Vivas, gran Rugero,
Mas que un censo perpétuo de una casa!
Tú verás qué gobierno tiene el pueblo.

RUGERO.

Tenga la otra, por si acaso fuere
Perote menos cuerdo que imagino,
Jacinto, por su buen entendimiento.

JACINTO.

El cielo tus estados restituya.

PEROTE.

Zagales, haya un poco de aleluya.

RUGERO.

Esta noche podeis hacer la fiesta.
Dejadme agora solo.

PEROTE.

¡Voto al soto,
Que en empuñando el palo!...

MONTANO.

Ten cordura.

PEROTE.

Venid y beberéis de lo malvado...
Ya entenderéis que digo malvasia.

FILENA.

Por mil años y buenos, mi Jacinto.

JACINTO.

Para serviros, mi Filena amada.

PEROTE.

Rabiando estoy por her una alcaldada.
(Vase.)

ESCENA XI.

RUGERO.

¿Qué es esto, mi olvidada entendimien-
[to?

¡No era bien despertar de tanto olvido?
Un hombre de tan alto pensamiento!

¡Vive entre cuatro rústicos dormido!
¡Fui yo quien de un tirano tan sangrien-
Agravio tan cruel ha recibido?

¿Así vengo á mi padre? Así mi ofensa?
Y ¡mi enemigo mis agravios piensa!

¡Soy yo, soy yo Rugero de Moncada,
Legítimo señor de Barcelona?

¡Es este mi baston, que mi dorada
Divisa ciñe y mi valor pregona?

¡Deciendo yo de la mejor espada
Que de laurel su guarnicion corona?

No duerme quien me tiene en tal esta-
[do,

Y ¡duermo yo, que soy elagraviado!
¿Cómo no guardo aquesta sola vida,

Ya que mi estado de cobrar me olvido?
Pues este á que despierte me convida,

¿Por qué causa á su voz estoy dormido?
Antes que el paso á mi remedio impida,

Abrir quiero los ojos del sentido:
Y algo me dice Estela, si me estima,

Pues me mandó decir que era mi pri-
[ma,

Animo, á mi remedio: escribir quiero
A Castilla, Aragon y á mi olvidada

Patria, que, viendo relucir mi acero,

Para el tirano sacará la espada.—
Patria, yo soy legítimo heredero;
Bien sabes que es verdad averiguada.
Yo, tu señor, favor, favor te pido.
Patria, despierto estoy, y no dormido.
(Vase.)

Palacio del Conde.

ESCENA XIII.

EL CONDE, EL CAPITAN.

CONDE.

Dime toda la verdad.

CAPITAN.

Digo que vive contento
Rugero, sin pensamiento
De alterar tu majestad.

CONDE.

¿Qué armas, qué gente tiene?

CAPITAN.

¡Gente! Unos pobres villanos,
Rotos, descalzos, sin manos,
Con quien á los montes viene...
Y el primero que varea,
Que poda, que siega, es él.
¡Armas! en ellos ni en él
No hay cosa que acero sea.
Solo he visto una escopeta
Con que mata algún conejo,
Y un lanzon mohoso y viejo
Con su funda de bayeta,
Colgado de una armería
De tocino, queso y fruta;
Donde mejor ejecuta
Sus fuerzas que su osadía.
Verdad es que se turbó
Cuando en sus cosas hablé;
Que algunas le pregunté,
Y algunas me respondió.
Y al fin, con poca malicia,
Dijo para entre los dos:
«No importa, Señor; que Dios
Volverá por mi justicia.»

CONDE.

¿Que eso dijo!

CAPITAN.

Y eso ¡es mucho!

CONDE.

Y ¿eso te parece poco,
Si á tal furor me provocho
Con eso solo que escucho?
Ciertas eran mis sospechas.
Este se quiere vengar.

CAPITAN.

Y mas precia su lugar
Y aquellas cabañas hechas
De los mal labrados pinos
De quien humo espeso da,
Que los palacios de acá,
Hechos de diamantes finos.

CONDE.

¡Ay Fabio! nunca te fies
De agravio disimulado;
Nunca de cielo estrellado
En cuarta luna te guies;
Nunca de mar en bonanza,
Ni de un amigo traidor,
Ni de jñex con amor,
Ni heredero en confianza.
Yo voy á hacelle prender,
Y Rugero ha de morir.

CAPITAN.

No tengo qué te decir,
Ni tengo qué responder.
Piénsalo mejor primero.
(Vase el Conde.)

ESCENA XIII.

ESTELA.—EL CAPITAN.

ESTELA.

¿Dónde va mi padre airado,
Fabio?

CAPITAN.

A un caso mal pensado.

ESTELA.

¿Cómo?

CAPITAN.

A prender á Rugero.

ESTELA.

¡Prendelle! ¿Por qué razón?
¿Trata de guerra?

CAPITAN.

No trata

De guerra; que al Conde mata
Su sola imaginación.

ESTELA.

¿Qué le mueve?

CAPITAN.

Puro miedo.

ESTELA.

¿Podréis yo remediar?

CAPITAN.

Podrás.

ESTELA.

Pues voy á probar
Lo que con mi padre puedo.

CAPITAN.

Mucho podrás.

ESTELA.

Soy su espejo:

CAPITAN. (Ap.)

No le sucediera así
A Rugero, si de mí
Tomara el primer consejo.
(Vase.)

Plaza del pueblo.

ESCENA XIV.

JACINTO y PEROTE, con varas; SIL-
VIA, DANTEO, FILENA, MONTA-
NO, VILLANOS, MÚSICOS.

DANTEO.

Asiéntense los alcaldes.

JACINTO.

Todos asentarse pueden
Para tomar colación.

PEROTE.

Dejadme que yo me siente;
Y quien no hallare lugar,
Siéntese donde puiere.

JACINTO.

¿Qué nos teneis?

PEROTE.

Toston fino,

Que puede quebrar los dientes,
Y linda almendra tostada,
Con la madre del aceite,
Que es la que continuo brinda
Al vino famosamente.

JACINTO.

Son pulsos en que el beber
Suele conocer las veces.
Primero que venga el vino.
La vara arrimo: tenéme,
Y salgan estas zagalas.

PEROTE.

Si Jacinto bailar quiere,
Montano le tañerá.

JACINTO.

Solo aguardo que comience.—
Ea, Silvia.

SILVIA.

Ya yo salgo.

Mas ¿no veis que el Señor viene?

ESCENA XV.

RUGERO.—DICHOS.

RUGERO.

Todo el mundo se esté quedo.
Ni el puesto ni el baile dejen.

MONTANO.

Es tanta tu humanidad,
Que no hay cosa que no pudes.

RUGERO.

Hijos, alegres vasallos
Hacen al señor alegre;
No les trata el dueho mal
El tiempo en que se entretienen.
Vaya de baile; alegráos.

DANTEO.

Yo comienzo desta suerte:
(Cantan.)

A las cañas juguemos,
Señoras damas;
Que de cañas y de amores
Lo mejor son las entradas.
¡Afuera, afuera, afuera!
¡Aparta, aparta, aparta!
Los celos corren agora;
¡Qué mal corren! Qué bien paran!
Azul llevan la librea:
Por eso celos se llaman.
Ya corre la crueldad;
Con su cuadrilla encarnada;
Las banderillas partidas
De verde color de nácar.
El ausencia va tras ella,
Cuadrilla desesperada:
Bien dice el color que lleva,
Mil estrellas plateadas.
De negro sale el olvido,
Todo de sueños de plata;
Que viste el color pajizo
Con mil lunas de mudanza.
A las cañas juguemos,
Señoras damas;
Que de cañas y de amor
Lo mejor son las entradas.
Guárdate del toro, niña,
Que á mí mal herido me ha;
Niña, guárdate del toro,
Que á nadie guarda decoro
Sino á la lanza de oro,
Con que el interés le da.
Guárdate del toro, niña,
Que á mí mal herido me ha.

ESCENA XVI.

EL GOBERNADOR, SOLDADOS.—
DICHOS.

GOBERNADOR.

Ténganse todos al Conde.

RUGERO. (Ap.)

¡Válgame el cielo! ¿Qué gente
Y qué arcabuces son éstos?
¿Si quiere el Conde prenderme?

GOBERNADOR.

¿Quién es Rugero? Hablad luego.

RUGERO.
Yo soy.
GOBERNADOR.
Date preso.
RUGERO.
Advierte...
GOBERNADOR.
No hay que advertir.
PEROTE.
¿Cómo no?
Daca mi vara, Lorente.
GOBERNADOR.
Poned fuego.
SILVIA.
¡Ay, no, por Dios!
RUGERO.
¡Hola! nadie se inquiete.
El Conde me prende: basta.
Decir que el Conde me prende.
En mi casa ¿podré entrar?
GOBERNADOR.
No, sino en un coche.
RUGERO.
Llegue;
Que el cielo es mayor juez.
(*Llévase.*)
PEROTE.
Jacinto, si esto consientes,
¿Para qué somos alcaldes?
SILVIA.
¡Ay Silvia! vamos á velle;
Que me quiebra el corazón.
SILVIA.
¿Cosa que matalle intenten?
JACINTO.
Presto verás en qué para
El despertar á quien duerme.
(*Vase.*)

ACTO SEGUNDO.

Galería del palacio del Conde.

ESCENA PRIMERA.

CONDE, ESTELA.

CONDE.
Después, Estela, que vi
Cuán gallardo caballero
Es mi sobrino Rugero,
Que ya tengo preso aquí,
Recelo el peligro mío;
Pues no hay en España un hombre
Tan galán y gentil hombre,
Ni de tal despejo y brío.
Es un mancebo alentado,
Fuerte y grave, y de manera,
Que ningún hombre le viera,
Sin quedarle aficionado.
¿Qué hicieran los catalanes,
Si vieran tanto valor
En su mas propio señor?
ESTELA.
Bien es que este nombre allanes
De dificultades tantas,
Si es hombre tan valeroso.
CONDE.
Y un rostro tan generoso,
Que si los ojos levantas
A mirarle atentamente,

Dirás que mayor corona
Es digna de su persona.
ESTELA.
¿Que es tan gallardo y valiente?
CONDE.
Es tan valiente y gallardo.
ESTELA.
Pues ¿cómo estaba escondido
Un hombre tan bien nacido,
Entre sayal tosco y pardo?
CONDE.
Porque por dicha aguardaba
La ocasión que le quitó.
Presto remedio pondré.
Ya tu concierto se acaba;
Que presto serás mujer
Del príncipe de Aragón.
Queda en paz.

ESCENA II.

ESTELA.

Notables son
Las sospechas del poder.
¿Que no piensa el padre mío
Que soy mujer! y que un hombre
Noble, rico y gentil hombre,
Lado de tallo y brío,
¿Que no vea que ha de ser
Abrir á mi amor la puerta,
Pues la alabanza despierta
La mas dormida mujer!
Pues crea que en este día
Veré con mucho cuidado
Un hombre tan alabado.—
¡Hola!...

ESCENA III.

UN ALCALDE.— ESTELA.

ALCAIDE.

Señora...

ESTELA.

Querria
Daros, Alcalde, á entender
Lo que se acierta en servir
Al sol que quiere salir,
Más que al que se va á poner.
Yo tengo de ser señora
Deste condado, tan presto
Como el sol se hubiere puesto
Que se va eclipsando agora.
Palabra os doy de ponerlos
En el mas alto lugar
Que vos podais desear,
Y honraros y engrandecerlos,
Si me dejais en secreto
Entrar á ver á mi primo.

ALCAIDE.

Tanto el agradarte estimo,
Que, si gustas, te prometo
Su libertad.

ESTELA.

Eso no.

Si quién soy quiere saber,
Decid que es vuestra mujer;
Que lo demás diré yo.

ALCAIDE.

Aqueso es engrandecerme.

ESTELA. (*Ap.*)

Presto mi padre verá
A cuánto peligro está
El despertar á quien duerme. (*Vase.*)

ALCAIDE.

¡Guardas!

ESCENA IV.

DOS GUARDAS.— EL ALCALDE.

GUARDAS.

Señor...

ALCAIDE.

Si llegare
Cierta persona á la puerta,
Encubierta ó descubierta,
Nadie en miralla repare;
Que pienso que mi mujer
Tiene que hablar con Rugero.

GUARDA 2.º

Tu gusto es ley.

(*Vase el Alcalde.*)

ESCENA V.

PEROTE, JACINTO.— GUARDAS.

PEROTE. (*Ap. á Jacinto.*)

Lo primero,
Jacinto, que hemos de hacer
Es, con alguna invencion,
Darle cordeles y limas.

JACINTO.

Calla, si la vida estimas;
Que hay guardas en la prision.

GUARDA 1.º

¿Quién va?

JACINTO.

Tú puedes mejor
Con estas guardas hablar.

PEROTE.

Los alcaldes del lugar
De Rugero, mi señor.

GUARDA 2.º

¡Oh, qué notable visita!

GUARDA 1.º

Y ¿qué le traen?

PEROTE.

Un presente.

GUARDA 1.º

Y ¿qué es dél?

PEROTE.

No está presente;
Que es por relacion escrita.

GUARDA 2.º

Pues bien se pueden volver;
Que Rugero, su señor,
Ha menester confesor;
Regalos no ha menester.

JACINTO.

Luego ¿quién le matar?

GUARDA 2.º

No lo sé; pero sospecho...

PEROTE.

¡Voto al soto, que es mal hecho!
Apele á nuestro lugar;
Que alcaldes ha puesto en él,
Que miren por su justicia.

GUARDA 1.º

¿Qué hombre tan sin malicia!

GUARDA 2.º

(*Ap. Burlarme quiero con él.*)
Bajad, hermano, el pescuezo;
Que tenéis un abejon.

PEROTE.

De muelas colmenas son.
Nunca falta un estropiezo.
Mátemele su merced.

(*El guarda 2.º da un golpe á Perote.*)

GUARDA 2.º (Ap.)
 ¡Lindo pescozon le di!
 PEROTE.
 Hacia allá volar le vi.
 GUARDA 1.º
 Y, ¿tégole yo?
 PEROTE.
 Sí á fe.
 Pero baje un poco.
 GUARDA 2.º
 Bajo.
 (Perote da un golpe al guarda 1.º)
 PEROTE.
 ¡Lindamente le maté!
 GUARDA 2.º (Ap.)
 Vengóse.
 GUARDA 1.º (Ap.)
 Malicia fué.
 PEROTE.
 Ya va por el sayo abajo.
 GUARDA 2.º
 ¡Sabeisme acaso decir
 De cuántas cosas se hace
 Un gran tonto?

PEROTE.
 Que me place;
 Mas no os habeis de reír.
 De uno que de sí presume,
 Y es porñado y importuno;
 De un hidalgo, siempre ayuno,
 Todo cambray y perfume;
 De un sin valor pretendiente,
 De un discreto bachiller,
 De quien fia de mujer,
 De rocin ni de pariente;
 De un hombre que, por fiar,
 Ha venido á empobrecer;
 De quien fué oficial ayer,
 Y hoy quiere señor mandar;
 De quien toma oficio ajeno,
 O va donde no le llaman;
 De muchos que á otros disfaman,
 Siendo uno solo el que es bueno;
 De un hombre que por valiente
 Gusta de morir en pié,
 Y de quien piese que hay fe
 Con muerto ni con ausente;
 De un rico que no lo goza
 Y á la muerte lo reparte;
 De quien escribe sin arte,
 Y viejo casa con moza;
 De un escudero muy puesto
 En don Gaxmlo, mi señor;
 Del que es hombre de valor,
 Y anda, cual mujer, compuesto;
 De un declarado celoso,
 De un descuidado enemigo,
 Y otros muchos que no digo,
 Haréis un tonto famoso.

GUARDA 2.º
 ¡Vos sois villano? ¡A la puerta,
 Guardas!

GUARDA 1.º
 ¡Alerta, Loriano!
 (Entranse los guardas.)

ESCENA VI.

JACINTO, PEROTE.

JACINTO.
 No hablaste como villano.
 PEROTE.
 Tal vez un rústico acierta.
 A Rugero quién matar...
 Las guardas tienen cuidado...
 ¡Creerásme que estoy turbado?

JACINTO.
 Perote, ver y callar.
 PEROTE.
 Ver, Jacinto, y callar? ¡Cómo!
 Yo he de morir hoy con él.

JACINTO.
 Eres vasallo fiel.
 PEROTE.
 Y á pechos la empresa tomo,
 Cuando menos de morir
 O librar al gran Rugero.

JACINTO.
 Pues ¡qué has de hacer?
 PEROTE.
 Lo primero

Mos vamos á apercebir...
 Y las zagalas traigamos:
 Verás mi amor peregrino.
 Lo demás en el camino
 Te lo diré.

JACINTO.
 Vamos.
 PEROTE.
 Vamos.
 (Vanse.)

Prision de Rugero.

ESCENA VII.

RUGERO, con cadenas.

Quien busca solo un punto de firmeza
 En los estados de la vida humana,
 Constancia pida al mar, cuya grandeza
 Se mueve como cosa muy liviana.
 Discurre el sol con presta ligereza,
 Y sucede á la noche la mañana.
 Todo se altera en su veloz corrida;
 Que no hay seguridad en esta vida.
 Está contento el rico, y empobrece,
 Y el postrado en la tierra se levanta;
 Baja la palma, y el almendro crece,
 Corta la muerte una pequeña planta;
 El pajarillo libre desvanece
 Al aire libre, y en prisiones canta
 Despues, la pluma de la liga asida;
 Que no hay seguridad en esta vida.
 Yo, como libre pájaro, en mi nido
 Mi libertad al mundo publicaba;
 Y del oculto cazador asido [raba,
 Que el blanco en mí por el zarzal mi-
 El campo en que canté dejé teñido.
 Lo que verde me dió cuando cantaba,
 Rojo lo di, mostrando en mí caída
 Que no hay seguridad en esta vida.

ESCENA VIII.

ESTELA.—RUGERO.

ESTELA.
 Con razon de tu fortuna,
 Con tanto hierro á los piés,
 Te estás quejando.

RUGERO.
 ¿Quién es?
 ESTELA.
 Una mujer importuna;
 Que si se ha movido alguna
 A piedad de un hombre preso,
 Yo soy, que por tu suceso
 Tanto el verte he deseado,
 Que á cumplirlo me ha obligado,
 Aunque te parezca exceso.

RUGERO.
 Conviene con tu hermosura

Esa condicion piadosa,
 Puesto que el diamante es cosa
 La mas hermosa y mas dura.
 Si el oír mi desventura
 El corazon te movió,
 No lo quedé menos yo;
 Que lo que á tí ver un preso
 Te habrá parecido exceso,
 Consuelo me pareció.
 Si ha de ser tu calidad
 Conforme con tu persona,
 Mereces de Barcelona
 La mayor autoridad.
 Mas en esta soledad
 No debes de ser mujer;
 Mi alma debes de ser,
 Que hablándome en otra forma,
 De las desdichas me informa
 Que me quieren suceder.

ESTELA.

Para ser alma de un hombre
 De tu talle, soy muy vil;
 Que importara mas gentil
 En cuerpo tan gentil hombre.
 Es Rosimunda mi nombre,
 Mujer del alcaide soy;
 Y mi palabra te doy,
 Si aquí me trajo el deseo,
 Que despues que tal te veo
 Mas apasionada estoy.

RUGERO.

¿Burlaste de ver en mí
 Tan extraña diferencia?

ESTELA.

Antes veo en tu presencia
 Mas que en la fama creí.
 No vengo solo por mí;
 Tu prima me manda verte,
 Que algun bien quisiera hacerte.

RUGERO.

Pues dirásle, Rosimunda,
 Que se engaña, pues se funda
 Toda su vida en mi muerte.

ESTELA.

¿En tu muerte?

RUGERO.

Si el condado
 Me toca y soy su señor,
 Y solo por su temor
 Me prende su padre airado,
 Y cuando tiene tratado
 En Castilla y Aragon
 Casar á Estela, en prision
 Me pone, y trata matarme,
 ¿Qué bien puede desearme,
 Pues ayuda á su traicion?
 ¿Qué le hice yo á mi tío
 En el campo de una aldea,
 Si á Estela casar desea?
 Qué armas me vió, qué brio?
 Que apenas mi humilde río
 Barcas puede sustentar;
 Y galeras por el mar
 Se le antoja un leño roto;
 De dos árboles de un soto
 Lanzas quiere imaginar.
 Ejércitos de soldados
 Sus villanos se le antojan;
 Por municiones le enojan
 Carros de trigo cargados.
 La verde yerba en los prados
 Le han parecido trincheas,
 Las espadañas y enecas
 Parapetos y bastiones,
 Y las palas y azadones
 A las máquinas tesaas.
 Atambores le parecen
 Panderos y tamboriles,
 Por las flautas y añailes
 Los pifanos le estremecen.

Tanto sus sospechas crecen
Tan poderosas espigas...
—Por tu vida que le digas
Que solo tengo en mis eras
Campos que forman hileras
Con ejércitos de hormigas.

ESTELA.

Si él me oyera, ó fuera yo
De su Consejo de Guerra,
Se te dejara en la tierra,
Donde ya te sepultó
El que tu prision causó.
Si tu muerte ha de causar,
Que te procure librar
Tengo por mejor consejo.

RUGERO.

Mi vida en tus manos dejo.

ESTELA.

¡Quién te la pudiera dar!

RUGERO.

Bien podrás, con avisarme,
Cuando otra cosa no puedas.

ESTELA.

Si de mi amor cierto quedas,
Mucho pienso aventurarme.

RUGERO.

Pues ¿qué te ha movido á amarme?

ESTELA.

Lástima de ver quien eres,
Y piedad propia en mujeres.

RUGERO.

¿Quieres sacarme de aquí?

ESTELA.

Si puedo, fia de mí.

RUGERO.

Yo sé que podrás si quieres.
Si valermo prometiera
Un capitán ó señor,
Temiera que su favor
De poca importancia fuera,
Aunque mi bien pretendiera;
Mas prometerme mujeres
El bien que pienso tener,
Mi vida va asegurando,
Porque mujeres amando
Tienen el mayor poder.
Díganlo tantas historias,
Tantos famosos ejemplos,
Dignos de estar en los templos
De las antiguas memorias.
Hoy, Rosimunda, á sus glorias
Añade un hecho de fama.

ESTELA.

Quien te ha dicho que te ama
Y es de un hidalgo mujer,
Mas pretende por tí hacer
Que no ser solo tu dama.

RUGERO.

Si quies que diga verdad,
De manera estimo el verte,
Que mi prision, y aun mi muerte,
Tendré por felicidad.

ESTELA.

¿Lisonjas?

RUGERO.

A tu beldad
Pregunta si es esto amor.

ESTELA.

Afuera siento rumor.

RUGERO.

Véte.

ESTELA.

Adios.

RUGERO.

¿Volverás?

ESTELA.
Si.

RUGERO.

Triste quedo.

ESTELA.

Yo sin tí

Voy entre amor y temor.

(Vase.)

Galería del palacio.

ESCENA IX.

EL CONDE, EL CAPITAN.

CONDE.

Con esto se acaba todo.

CAPITAN.

¿Que en fin le quieres matar?

CONDE.

Ya no importa el replicar,
Sino prevenir el modo.
Yerro es abrir en efeto
Puerta que el secreto impida,
Porque con sangre vertida
Es imposible el secreto.
El veneno es el mejor.
Esto he de fiar de tí.

CAPITAN.

Notables cosas lei
De los venenos, Señor.
Algunos hay que dilatan
La vida el tiempo que quieren.

CONDE.

No quiero los que así hieren,
Sino los que luego matan.
Parte, y muestra la lealtad
Que te merece mi amor.

CAPITAN.

Voy á servirte, Señor.
(Ap. ¿Qué temeraria crueldad!
Dionisio el Siciliano
No fué tan bárbaro y fiero.) (Vase.)

ESCENA X.

ESTELA.—EL CONDE.

ESTELA.

¿Solo estás?

CONDE.

Y solo quiero
Poner, Estela, en tu mano
La corona de Aragon.
Hoy muere Rugero.

ESTELA.

¿Cómo?

CONDE.

Si se conficiona un pomo
De veneno.

ESTELA. (Ap.)

¿Qué traicion!

CONDE.

Tu amor tan cruel me ha hecho.

ESTELA. (Ap.)

A buen tiempo dentro el pecho
Ha tomado posesion.
¿Qué haré? ¿Cómo libraré
Mi vida, que está en la suya?
Cómo intentaré que huya?
¿Por dónde le sacaré?

(Ruido dentro.)

CONDE.

¡Hola! ¿qué es eso?

ESCENA XI.

GUARDAS.—DICHOS.

GUARDA 1.º

Señor,

Una danza de villanos,
Que en figura de gitanos
Hacen aqueste rumor,
Por alegrar las prisiones
De Rugero de Moncada.

ESTELA.

¡Oh qué gentil gente armada
De marciales municiones!
¡Buen ejército, Señor,
Para librar á Rugero!

CONDE.

Di que no entren.

ESTELA.

Antes quiero

Que me hagas un favor.

CONDE.

¿Cómo?

ESTELA.

Que licencia des
Que á aquesta reja se asome,
Porque algun alivio tome.

CONDE.

¿Es por velle?

ESTELA.

Verdad es.

CONDE.

¡Hola! decid que á la reja
Salga Rugero.

GUARDA 1.º

Yo voy.

CONDE.

Entre esa gente.

ESCENA XII.

PEROTE, JACINTO, SILVIA; FILE-
NA, DANTEO, VILLANOS, MÚSICOS;
después, RUGERO.—DICHOS.

ESTELA. (Ap.)

Yo estoy

Loca de amor y de queja.

JACINTO. (Ap. á Perote.)

Vé con tiento y habla bien.

PEROTE.

¿Es esta la torre?

JACINTO.

Si.

Mira que el Conde está allí.

PEROTE.

¡Mal fuego le abrase, amén!

FILENA.

Ya muy bien podéis cantar.

SILVIA.

Tañed. ¿De qué estáis turbados?
(Sale Rugero á una reja.)

RUGERO.

¿Qué buen campo de soldados
Que me ha salido á librar!

SILVIA.

¡Hola, Filena! ¿no ves
La Conda también allí?

PEROTE.

¿Es aquel Rugero?

JACINTO.

Si.

PEROTE.
Calla y danza.

JACINTO.
Toca pues.

DANTEO. (*Canta y bailan.*)

*A la lima, á la lima, que salva;
A la lima, que tocan al alba.
Estábase el ruiseñor
A la sombra de una rama,
Gorjeando con su pico
Sus amorosas desgracias.
¡Mal hubiese el cazador
Que le cautivó las alas,
Y le presentara al Rey
En la prision de una jaula!
Los pájaros de su aldea,
Buscando invenciones varias,
Unas limas le presentan,
Y al pie de la torre cantan:
A la lima, á la lima, que salva.*

CONDE.
Quedo, villanos, quedo; que parece
Malicia vuestro baile.

PEROTE.
¿Qué malicia?

CONDE.
Entrate allá, Rugero, luego al punto.
RUGERO.

¿Que solo aqueste bien no me concedes?
(*Vase.*)

ESCENA XIII.

Dichos, menos **RUGERO.**

ESTELA. (*Ap.*)
No he querido jamás volver el rostro,
Porque no me conozca.

CONDE. (*A Perote.*)
Di, villano,
¿Quién te dió esta canción?

PEROTE.
En nuestra aldea
Nos la compuso el sacristan Chaparro,
Que es hombre que ha jurado ser poeta,
Aunque jamás acierte en cosa alguna.

CONDE.
¿Qué limas y qué pájaro enjaulado
Es este que cantaban?

PEROTE.
Señor mío,
Mira qué lo que dicen los poetas,
Aun ellos no lo entienden muchas veces.
CONDE.

Mirad ese villano, guardas, ¡hola!
FILENA. (*Ap. á Silvia.*)
El diablo, Silvia, á la ciudad nos trujo.

SILVIA.
Temblando estoy.
GUARDA 2.º (*A Perote.*)
Estáte quedo, bestia.

PEROTE.
No dijo mal quien dijo que tenían
Los alguaciles algo de parteras, [ren.
Porque miran y atienden cuanto quie-

GUARDA 1.º
Dos limas hay aquí y aquesta sogá.

JACINTO. (*Ap.*) [hierto.
Toda nuestra invención se ha descu-

CONDE.
¡Limas y sogas! Muestra.
PEROTE. (*Ap.*)
Yo soy muerto.

ESTELA.
¡Hay tan grande maldad!

CONDE.
Mas ¿que quería
Librar al preso el bárbaro villano?

ESTELA.
El silencio lo dice, aunque no hubiera
Los testigos que ves: préndalos todos.

SILVIA.
Señora, ¿qué debemos deste enredo,
Si á las dos nos trujeron engañadas?

JACINTO.
Y de nosotros, gran Señor, se duela.

ESTELA.
Señor, éstos vinieron inocentes
De la maldad de aqueste; por mi vida,
Que solo prendan al que culpa tiene.

CONDE.
¿Sabían estos á lo que venías?

PEROTE.
No, Señor, no.
CONDE.

Pues déjenlos ir libres,
Y prended solamente al que es culpado.
Veamos si le libran esas limas,
Como á Rugero en la canción cantaban.

PEROTE. [dea
Pues ¿puedo ser yo preso, si en mi al-
Soy alcalde?

GUARDA 2.º
Que seas, mentecato.

CONDE.
Tirad con él, y vén conmigo, Estela;
Que te tengo que hablar en lo que sabes.

PEROTE. (*Ap.*)
El diablo me engañó con estas limas:
Tráje las dulces, y agrias se me han

CONDE. (*Ap.*) [puesto.
A darle este veneno estoy dispuesto.
(*Vanse el Conde, Estela, los guardas,
y Perote.*)

ESCENA XIV.

**JACINTO, SILVIA, FILENA, DANTEO,
VILLANOS, MÚSCOS.**

SILVIA.
¿Qué os parece?
JACINTO.
Temblando estoy, Filena.

FILENA.
Milagro fué que de la lima el agrio
No alcanzase á los dos.

SILVIA.
En verdad que os darán gentil garrote.
DANTEO.

No venia mal trazado;
La desdicha lo causó.

FILENA.
Bien el ruiseñor cantó;
Pero quedóse enjaulado.

Digo que era verderon,
Y cogiéronle en la liga.

SILVIA.
Pidió á Rugero la liga,
Y fué la de su prision.
¡Pobre verderon Perote!

JACINTO.

Muchas veces que le vía,
Su rostro me parecía
De hombre que le dan garrote.
Volvámonos á la aldea,
Y hagámonle decir misas.

FILENA.
Del mejor remedio avisas,
Pues ya no hay otro que sea.

SILVIA.
Ya no queda en el lugar
Quien haga tonos y cante.

FILENA.
Antes le será importante,
Pues al Conde ha de cantar.

DANTEO.
Luego cantará de miedo.

JACINTO.
Y despues con tal primor,
Que naide cante mejor,
Pues ha de cantar el credo.
(*Vanse.*)

Prision de Rugero. — Un dormitorio
en el fondo.

ESCENA XV.

EL CAPITAN, con un vaso.

A lo que puede llegar
Un sospechoso cuidado
De perder el alto estado,
Aquí se puede mirar.
Cualquiera cosa querida,
Siempre se suele estimar,
Porque se sigue en amar
La paz del alma y la vida.

ESCENA XVI.

ESTELA. — EL CAPITAN.

ESTELA.
Tente, Fabio; ¿dónde vas?

CAPITAN.
A asegurar tu corona.

ESTELA.
¿De quién?

CAPITAN.
De aquella persona.

ESTELA.
¿Preso?

CAPITAN.
Sí.

ESTELA.
No digas mas.
(*Saca una daga.*)

CAPITAN.
¿Daga sacas?

ESTELA.
Y con ella
Te he de matar...

CAPITAN.
Tente, paso.

ESTELA.
O te has de beber el vaso.

CAPITAN.
Reporta la mano bella;
Que yo le quiero beber.

ESTELA.
Bebe.

CAPITAN.
Espera y lo verás.

ESTELA. (*Ap.*)
Morir pensé que era mas.

Sin duda es fácil de hacer.

CAPITAN.
Por ver que has entrado aquí,
Te quiero tratar verdad.

De tu padre la crueldad
Justamente aborrecí;

Y no quise hacer traición
A mi señor natural,
Que es Rugero.

ESTELA.

¿Hay cosa igual?

CAPITAN.

Y así, a questa confeccion
No era mas que un blando sueño.

ESTELA.

Llámanme á Rugero.

CAPITAN.

Voy.

ESTELA.

Bien has hecho.

CAPITAN.

Noble soy.

Rugero es mi propio dueño. *(Entrase.)*

ESTELA.

Pide al amante celos el marido,
Con que despierta al que durmiendo

[estaba,

Y la que de ofender no se acordaba,

Le deja por sus celos ofendido.

Priva el padre la reja y el vestido

A la doncella humilde que no hablaba,

Y con la privación, lo que ignoraba

Sabe y escribe, y mira y deja el nido.

Tal vez á la justicia viendo, un hom-

[bre

Dice el delito que ignoraba hiciese,

Publicando su culpa en ir huyendo.

Quien desconfía y pierde no se asom-

[bre;

Que no hay cosa mas necia y peligrosa

Que despertará los que están durmien-

[do.

ESCENA XVII.

RUGERO.—ESTELA.

RUGERO.

Un capitán me ha mandado
Que saliese aquí.

ESTELA.

Es verdad.

Tú sabrás, aunque es crueldad,

Que á muerte estás condenado;

Y aun ese mismo traía

Un veneno que te dar.

RUGERO.

¿Que en fin me quieren matar?

ESTELA.

Ya el sol desampara el día.

Yo he prometido librarte;

Llave y caballo prevengo.

RUGERO.

Con una vida que tengo

Es imposible pagarte.

ESTELA.

En oyendo un silbo fuera,

Sal á la puerta: hallarás

Guarda, caballo... y aun mas.

RUGERO.

Con ese más no quisiera

Mas bien, si es el que imagino.

ESTELA.

No me puedo detener;

Que temo que me han de ver.

RUGERO.

Adios, Rafael divino,

Adios, ángel de mi guarda,

Adios, Rosimunda bella.

(Vase Estela.)

ESCENA XVIII.

PEROTE.—RUGERO.

PEROTE.

La buena industria es aquella

Que al hombre la vida guarda.

¿Qué mal lo supe trazar?

RUGERO.

¿Quién habla en esta prisión?

PEROTE.

Ecos destas piedras son,

Y de tus suertes azar.

RUGERO.

(Ap. No hay cosa que no alborote,

Cuando se trata de huir.)

¿No lo acaba de decir?

PEROTE.

Perote soy.

RUGERO.

¿Quién?

PEROTE.

Perote.

Todo estamos acá.

RUGERO.

¿Tú preso?

PEROTE.

La historia erré

De la lima que canté,

Que tal dentera me da.

RUGERO.

Pues ¿de qué te da dentera?

PEROTE.

De que me han dicho que es tanta,

Que los pasos de garganta

Se han de tomar de escalera.

RUGERO.

Todo lo habrán entendido.

PEROTE.

Harto mejor lo entendió

El Conde, pues me mandó

Agarrar por el vestido.

RUGERO.

Mucho me pesa de tí.

PEROTE.

Aquí ¿darán de cenar?

RUGERO.

Si has de morir, de pensar

Deja en el comer así.

PEROTE.

Señor, mientras que se vive,

Pienso que se ha de comer.

(Silban dentro.)

RUGERO.

¿Es silbo?

PEROTE.

¿Qué puede ser?

RUGERO.

Mi remedio se apercibe.

PEROTE.

Oí decir que les dan

Culebra á los presos, y esta

Con silbos es manifesta.

RUGERO.

A mí bien los silbos van.

Esa cortina, Perote,

Corro, y échate en mi cama;

Que voy á ver cierta dama;

Que no es bien que se alborote

La guarda, si no me ve;

Y echado tú, pensarán

Que soy yo.

PEROTE.

¿Cómo podrán?

RUGERO.

¿Cómo? Agora te dará
Esta ropa.

PEROTE.

Encaja presto.

¿Silban?

RUGERO.

Si.

PEROTE.

Véte con Dios.

(Vase Rugero.)

ESCENA XIX.

PEROTE.

Ya que la suerte á los dos
En tanto mal nos ha puesto,
¡Voto al sol, que he de probar
A lo que sabe dormir
En seda!

*(Entrase en el dormitorio y acuéstase
en la cama de Rugero.)*

ESCENA XX.

EL CONDE, EL CAPITAN.

CONDE.

A verle morir

Quise á la torre bajar.

CAPITAN. *(Ap.)*

No sé qué tengo de hacer,

Todo se va descubriendo.

CONDE.

A mi Estela hacer pretendo

Del rey de Aragon mujer;

Y no hay remedio seguro

Si no es que muera Rugero.

(Señalando la cama.)

¿Es este?

CAPITAN.

Si.

CONDE.

Verle quiero,

Satisfacerme procuro.

Ya está de sentido ajeno.

CAPITAN.

¿Qué harás? Que está reposando.

CONDE.

Parece que está soñando.

CAPITAN.

Debe de obrar el veneno.

CONDE.

Déjenle de aquesta suerte;

Que me parece acertado.

CAPITAN.

El duerme bien descuidado. *(It?)*

(Ap. ¿Qué he de hacer cuando despiere?)

CONDE.

Huélgame que perderé

El temor deste enemigo.

CAPITAN.

Mas vale que un falso amigo,

Supuesto que vivo esté.

CONDE.

Las señas, si bien se advierte,

Son de sueño.

CAPITAN.

¿Agora sabes

Que dicen autores graves

Que es imagen de la muerte?

CONDE.

Muérome por velle muerto.

Desvuélvele.

CAPITAN.

¿Para qué

Hasta que ya muerto esté
(Ap. Mejor dijera despierto.)

CONDE.

Yo quiero satisfacerme.

CAPITAN.

¿Posible es que se te oculta
El daño que te resulta
De *Despertar á quien duerme*?
Déjale y vamos de aquí;
Que al alba á velle vendrás,
Donde muerto le hallarás
Del veneno que le di.

CONDE.

Quiero tomar tu consejo,
Pues en esto no hay cautela.

CAPITAN.

No alboro temo á Estela.

CONDE.

Vamos.

(Vase.)

ESCENA XXI.

EL CAPITAN.

Durmiendo le dejo,
Y con un buen defensor,
Que es su prima, en tanto daño...
Aunque si yo no me engaño,
Debe de tenerle amor.—
Duerme, Ruger de Moncada,
La postrera noche triste,
Pues despertar no quisiste
A la voz de mi embajada.
Pero juntamente digo
Que quien duerme en el agravio,
Suele mil veces, si es sabio,
Despertar al enemigo.

(Vase.)

Sola.

ESCENA XXII.

RUGERO, con la cadena; ESTELA,
de hombre.

ESTELA.

Este monte es muy secreto:
Aquí la cadena quede.

RUGERO.

¿Podrásmela tú quitar?

ESTELA.

Todo quien ama lo puede.

RUGERO.

¿Qué bien lo ha hecho el caballo!
Parece que el campo alegre
Le da la yerba de balde,
Y se la pone en los dientes.

ESTELA.

¿Qué miras?

RUGERO.

Alguna piedra...

ESTELA.

Este arroyuelo las tiene,
Tan hijas de sus cristales,
Que perlas grandes parecen.

RUGERO.

Dale con aquesta daga.

ESTELA.

Está el hierro duro y fuerte.
La daga no tiene golpe,
Y podrá ser que se quiebre.

RUGERO.

Dale; que á mí ya me toca
Llamaros diamantes fuertes,

Rocas del mar combatidas,
Firmes á sus golpes siempre...
Dígoles por quien te envía,
¡Oh mancebo! desta suerte,
Y me ha dado libertad.

ESTELA.

Justamente lo mereces.

RUGERO.

A tí te debo también
La vida.

ESTELA.

Nada me debes,
Porque yo soy un criado.

RUGERO.

Como tu dueño pareces.
Pero aventurar tu vida
En el peligro presente,
Y á las ancas de un caballo
Servirme de escudo, excede
A todo encarecimiento;
Pues á sentirme la gente
Del Conde, la primer bala
Muerto en el suelo te tiende.

ESTELA.

Ya, Rugero de Moncada,
Estás sin cadena: véte
Donde el valor te guiare,
Y cuando pudieras, vuélvete
A cobrar tu propio estado.
Pero una palabra advierte.

RUGERO.

¿En qué te sirvo? Y perdona;
Que me es forzoso atreverme,
Pues de hierro me la quitas,
Que de oro la presente.
Sus eslabones quisiera
Que fueran diamantes.

ESTELA.

Tente;

Que me la puedo tomar.

RUGERO.

Notablemente me ofendes.

ESTELA.

Oyeme primero.

RUGERO.

Di.

ESTELA.

Aquella mujer valiente
Que te sacó de prision,
Te pide...

RUGERO.

Dímelo en breve;

Que si dudare de hacer
Cosa en que de mí se queje,
A manos de mi enemigo
Me traiga el cielo inclemente,
Fálteme nave en la mar
Si de la mar me valiere;
Ningun amigo me ayude,
Deudos, príncipes ni reyes,
Y véndanme mis vasallos,
Que es lo mas que un hombre siente.

ESTELA.

Pues dice aquella mujer
Que aunque en aprieto te vieres,
De ningún modo te cases
Adonde á ampararte fueres,
Hasta que cobres tu estado.

RUGERO.

Pues ¿qué puede haber que intente,
Si ella es casada y humilde,
Aunque es bien que la celebre
La fama por todo el orbe
Entre famosas mujeres?

ESTELA.

De su intento no sé nada.
¿Qué le diré?

RUGERO.

Que si fuere
Otra Elena y otra Erifile,
Lacedemonia y Argiense,
Y señora de mas reinos
Que estrellas el cielo tiene,
No me casaré, primero
Que ella diga lo que quiere,
Y me dé licencia.

ESTELA.

En fin,
Sangre de Moncada eres.
Voy á tomar el caballo;
Que ya la noche previene
La venida del lucero,
Y allí podrán conocerme.

RUGERO.

Pues llévala aqueste abrazo
Y esta cadena.

ESTELA.

Que lleve
El abrazo está en razon.

RUGERO.

¡Ay santo cielo!

ESTELA.

¿Qué sientes?

RUGERO.

¡Vive Dios, que eres mujer!

ESTELA.

Pues suétame.

RUGERO.

No te alteres.

ESTELA.

Conociste, como ciego,
Por el tacto solamente.

RUGERO.

Tienen aliento y blandura
De los hombres diferente,
Y un olor particular,
Que el alma y sentidos mueve.

ESTELA.

Rosimunda soy, Rugero,
Que por mejor defenderte,
Tomé este traje.

RUGERO.

Señora,

Mucho Rugero te debe.
¿Dónde vas? Quédate aquí.

ESTELA.

No es bien que tal me aconsejes;
Que conocerá el alcaide
Lo que temió tantas veces.
No desdoras mi virtud,
Fundada solo en quererte;
Que los nobles caballeros
Saben honrar las mujeres.

RUGERO.

Pues alto, ponte á caballo.
Parte; que si te detienes,
Hará mi amor desatinos;
Que eres un ángel de nieve,
Pues confesando el amor,
El mismo amor nos enciende.
De noche, y sola en un monte...

ESTELA.

Adios, adios. (Vase y vuelve.)

RUGERO.

¡Caso fuerte!

ESTELA.

Adios, Rugero.

RUGERO.

Ya veo

Que á Dios dices que me quede.

ESTELA.

Dios te guarde, Dios te libre.

RUGERO.
Ya te digo que me dejes,
Y no me des ocasion
Que la palabra te quiebre.

ESTELA.
Pues cuando tú me la rompas...

RUGERO.
¡Otra!

ESTELA.
Yo supiera hacerte
Conocer que no eras noble.

RUGERO.
Pues ¡vive Dios, que si vuelves!...
—Por una parte me mandas
Que te honre, y no consientes
Mi pensamiento, y por otra
Me incitas. — Ya sube. Fuése.

(Vase Estela.)
¡Hay mas notable mujer?

ESTELA. (Dentro.)
Rugero, Rugero, adviérte...

RUGERO.
¡Aun me persigues?

ESTELA. (Dentro.)
Escucha.

RUGERO.
¿Desde el caballo pretendes
Volverme á quitar el seso?

ESTELA. (Dentro.)
Quien la buena ocasion pierde,
Como engañado se espanta,
Como necio se arrepiente.
Yo soy Estela, tu prima.

RUGERO.
¡Mi prima!
ESTELA. (Dentro.)
Tu prima: adviérte
El amor y la piedad.

Pues te libré de la muerte,
Cúmpleme aquella palabra.

RUGERO.
¡Estela, Estela, detente!
Detente, señora mia. —
El aire corriendo vence. —
¡Señora, señora! escucha.

ESTELA. (Dentro, más lejos.)
Cobra tu estado, pues eres
Hombre mancebo y Moncada.

RUGERO.
¡Ah! ¡Plegue á Dios que tropieces...
Como no te hagas mal!
¡Ay Dios! que no conociese
Tantas veces á mi prima!
Detenida, álamos verdes;
Arboles, ponéos delante.

ESTELA. (Dentro, más lejos.)
Rugero, Rugero, emprende
Un reino y una mujer.
No me olvides, pues me tienes
Tan grandes obligaciones.

RUGERO.
Apenas razon se entiende.
¡Ay cielos! ¿á quién se ha dado
Tanto cabello como este,
Que no le supiese asir?

ESTELA. (Dentro, muy lejos.)
¡Rugero! Rugero!

RUGERO.
Tenme
Por hombre vil, si á tu gusto
Agravio en mi vida hiciera.
Yo voy á cobrar mi estado
Y á conquistarte, pues quieres
Ser mia; que yo soy tuyo
Agora y eternamente.

Mas Barcelona y el Conde
Y el mundo han de ver en breve
Lo que puede, aunque te vas,
El despertar á quien duerme.

ACTO TERCERO.

Sala del palacio.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE, EL CAPITAN, PEROTE,
GUARDAS.

CAPITAN.
¿Qué castigo se ha de dar
Á este misero villano?

CONDE.
Enseñar, Fabio, la mano,
Y comenzarme á vengar.

PEROTE.
Si *El despertar á quien duerme*
Tan mal se puede sufrir,
Al despertarme á morir
No hay ya mayor mal que hacermelo.
Pusisteme en la prision,
Eso no podeis negar;
Busqué adonde me acostar
Con villano corazon.
Hallé cama, y ropa hallé,
En que me acosté y cubrí.
Si era buena y me dormí,
¿En qué, señores, pequé?

CONDE.
Pues, villano, ¿en una cama
De seda!

PEROTE.
Ya yo pensé,
Cuando á palacio llegué
De tanta grandeza y fama,
Que en la casa de los reyes
Era todo seda y oro;
Que así se guarda el decoro
De los dueños, que dan leyes.
Y como yo presumí
Los platos en que comian,
Las cosas en que bebían,
Y algo que no digo aquí,
De seda á veces pensé
Que eran sus manos y cara.
¿Qué mucho que lo pensara
De la cama en que me eché?

CONDE.
¿Que era del Conde ignorabas?

PEROTE.
Sí, Señor; que en eso topa.

CONDE.
¿Tú te pusiste la ropa
También, porque imaginabas
Que á un villano en su prision
El Rey se la da de seda?

PEROTE.
No hay cosa que hacer no pueda
La ignorancia sin razon.

CONDE.
Conciérto sin duda fué,
Porque la guarda creyese
Que eras el Conde y se huyese.

PEROTE.
Yo no le vi ni le hablé.
Deseoso de dormir
Una vez á lo señor,
Entre seda y sin rumor,
Como se suele decir,
Sin cuidado del sustento,

Que hace á un hombre volver loco,
Ni de las deudas tampoco,
Que no es pequeño tormento,
Por despertar á las dos,
Por oír misa á las tres,
Y saber hacer despues
Las maravillas de Dios,
Me acosté donde me hallaste,
Por hartarme de dormir.

CONDE.
¡Vive Dios, que has de morir;
Que tú la guarda engañaste!

ESCENA II.

ESTELA, en su propio traje. — DIGNOS.

ESTELA.
¿Qué es esto?

CONDE.
¿No lo has sabido?

ESTELA.
No; que agora me levanto.

PEROTE.
Pues á mí por otro tanto,
Pues otro tanto he dormido,
Me manda el Conde matar.

CONDE.
Rugero, Estela, se fué,
Y aqueste villano hallé
Con su ropa en su lugar.

ESTELA.
¡Válgame Dios!
CONDE.
Esto pasa.

ESTELA.
¿Has visto tal maldad?

PEROTE.
Piedad, Señora, piedad;
Que á tu padre ni á tu casa
Ni á tí no he sido traidor.

ESTELA.
Bajeza es vengarse en tí.
PEROTE.
La muerte temo, ¡ay de mí!

CONDE.
Voy luego, al punto, á mandar
Que le quiten dos mil vidas.

PEROTE.
Cuando mi vida le pidas,
Será, Señora, obligar...

ESTELA.
Da libertad al villano;
Que sin duda fué inocente.
Y cuando librar intente
Á su señor por su mano,
Bien se ve que fué lealtad.

PEROTE.
¿Lealtad? y ¿cómo si fué!

CONDE.
Confiesa.

PEROTE.
¿Yo? ¿para qué?

CONDE.
La guarda desta ciudad
Salga, Capitan, al punto.
Corran la tierra.

CAPITAN.
Sí haré;
Y para buscallo haré
Todo un ejército junto.

CONDE.
A este corten las narices,
Ya que mi hija le abona,
Y salga de Barcelona.

PEROTE.

¡Sin las narices! ¿Qué dices?
Tú no miras, por ventura,
Con tu airado proceder,
Que tengo de parecer
Obispo de sepultura.

ESTELA.

¡Señor, señor!...

CONDE.

A lo menos

Las orejas.

PEROTE.

¡Las orejas!

CONDE.

¿De las orejas te quejas?

PEROTE.

¡Por Dios, que quedamos buenos!

¿Soy yo posta? ¿Hasme corrido?

¿Tan mal te hallabas en mí?

CONDE.

Esto se ha de hacer así.

PEROTE.

Señor, orejas te pido

Para poder oír mis quejas;

Que es el palacio lugar

Adonde siempre han de andar

Pidiendo todos orejas.

Orejas, orejas pido.

(Vase el Conde.)

ESCENA III.

ESTELA, PEROTE, GUARDAS.

ESTELA.

Salíos todos allá.

GUARDA 1.º

¿No han de cortárselas ya?

PEROTE.

¡Oh qué lindo entremetido,
Con las orejas ajenas!

ESTELA.

¡Salganse presto de aquí.

GUARDA 2.º

Señora mía, pues di,

¿A qué muerte le condenas?

PEROTE.

Señor desorejador,

Advierta que, si es hidalgo,

Emplee esa daga en algo

De que le resulte honor.

Corte una envidiosa lengua,

Que en casa no faltará.

GUARDA 1.º

¿No he de cortárselas ya?

GUARDA 2.º

Con el favor, se deslengua.

GUARDA 1.º

¿No se las corto en efeto?

ESTELA.

¡Mas ¿que os las cortan á vos?

GUARDA 2.º

Vámonos.

GUARDAS.

Señora, adios.

(Vase los guardas.)

ESCENA IV.

ESTELA, PEROTE.

ESTELA.

(Ap. ¿Qué he de hacer? En grande aprie-

ta! Está Rugero: hoy perece.

—Mas buena ocasión se ofrece.)

¡Sabrás guardar un secreto?

PEROTE.

Santa recuperadora
De mis narices y orejas,
¿En qué te sirvo?

ESTELA.

Las quejas

Tú ¡querrás satisfacer?

PEROTE.

Pues que yo no le ofendí...

ESTELA.

Dime, ¿serás hombre...

PEROTE.

Sí,

Hasta dejallo de ser.

ESTELA.

Para llevar una carta

A Rugero, tu señor?

PEROTE.

(Ap. Sin duda le tiene amor.)

No habrá cometa que parta

Con mayor velocidad.

ESTELA.

¿Sabes dónde está?

PEROTE.

Yo sé

Que le hallaré, de tu fe,

De tu amor, de tu lealtad.

ESTELA.

Vén, sabrás mi pensamiento.

Pero advierte que has de ir

Como cartero.

PEROTE.

El vivir

Me importa: iré como el viento,

Con aderezos famosos

De correo estafetil.

ESTELA.

Industria tienes sutil.

PEROTE.

Dineros serán forzosos;

Que es piés de los que caminan.

ESTELA.

Vén por la carta y dinero.

PEROTE.

Mucho te debe Rugero.

ESTELA.

Sus buenas partes me inclinan.

¿Tu nombre?

PEROTE.

Allá en el aldeo,

Perote.

ESTELA.

¿Y por acá?

PEROTE.

Pedro;

Que soy Pedro el que no medro.

En tu servicio me emplea.

ESTELA.

¿Hallaremos á Rugero,

Pedro?

PEROTE.

De mi diligencia

Confía.

ESTELA.

Siento su ausencia.

PEROTE.

¿Quiérase bien?

ESTELA.

Bien le quiero.

En fin, ¿posible será

Hallarlo?

PEROTE.

¿Tú desconfías?

ESTELA.

Pues ¿no?

PEROTE.

No; que pues me enfras,

Tú sabes adonde está.

(Vase.)

—

Playa.

ESCENA V.

EL DUQUE DE URGEL, RUGERO.

RUGERO.

El mar que estamos mirando,

No tiene tantas tormentas.

DUQUE.

No poco de las que cuentas,

Me estoy, Rugero, admirando.

RUGERO.

Querria, duque de Urgel,

Que me diceses tu favor,

Pues lo debes á mi amor,

Siempre á tus cosas fiel;

Que si cobro á Barcelona

Por ti, mas tuya será

Que mía.

DUQUE.

Bien cierto está

El valor de tu persona;

Pero, con solo un concierto,

Te daré dos mil vasallos,

Con mil ligeros caballos.

RUGERO.

Ya le escucho.

DUQUE.

Ya te advierto.

Yo tengo hermana, cual sabes,

Honrada y bella.

RUGERO.

Es verdad.

DUQUE.

Por nobleza y calidad

La piden hombres muy graves.

Cádate con ella, y yo

Tu condado cobraré,

Y con aquesto pondré

Causa á la guerra.

RUGERO.

Eso no.

Sabe Dios cuán bien me estaba;

Mas salir de Barcelona

Fué porque cierta persona

Me ayudó, porque me amaba,

A la cual palabra di

De no me casar sin gusto

Suyo.

DUQUE.

Cumplírselo es justo,

Porque lo han de hacer así

Los honrados caballeros,

Y Moncadas como vos.

Adios.

RUGERO.

El vaya con vos.

DUQUE.

Esto podría ofreceros;

Pero con causa bastante

De ser mi cuñado.

RUGERO.

El cielo

Os pague, Duque, el buen cielo.

DUQUE.

Mi ayuda fuera importante. (Vase.)

ESCENA VI.

RUGERO.

¿Qué tengo mas que esperar?
 ¡Oh mar, que miras mi fuego!
 Sal de tus márgenes luego,
 Llévame á tus aguas, mar!
 Pues para tan justa guerra
 No hay en la tierra favor,
 No me dejes al rigor
 De tan enemiga tierra.
 ¡Triste! ¿qué tengo de hacer?
 Casarme era cosa fea,
 Ni que otra en el mundo sea,
 Sino Estela, mi mujer.
 Pues ¿cómo podré cobrar,
 Sin casarme, este condado
 Que me tienen usurpado,
 Y en que me quieren matar?
 Yo ¿no me estaba en mi aldea?
 ¿Qué le hacia al Conde yo?
 ¿Para qué me despertó?
 Que no hay necesidad que sea
 Mas peligrosa en el mundo
 Que *Despertar á quien duerme.*—
 Mas ¿qué es esto que ofrecerme
 Quiere agora el mar profundo?
 ¡Oh qué poderosa armada!
 Gente en esquivo y á tierra
 Sale, y en forma de guerra.
 Una mujer con espada
 Y con baston desembarca.
 Todos la besan el pié.

ESCENA VII.

LA REINA DE SICILIA, *con espada*;
 SOLDADOS.—RUGERO.

REINA.

Para cuando vuelva, esté
 Puesto el tendalle en la barca,
 Porque me fatiga el sol.

RUGERO. *(A un soldado.)*

¿Quién es aquesta señora,
 Soldado, que llega agora,
 De guerra, al mar español?

SOLDADO.

Es la reina siciliana,
 Que contra Mallorca iba,
 Y la mar fiera y altiva,
 Sedienta de sangre humana,
 Derrotada la arrojó
 A vista de Barcelona.

RUGERO.

Pues ¿era de su corona
 Mallorca?

SOLDADO.

Presumo yo
 Que ha sido mas por venganza
 De un hermano que le han muerto.

RUGERO.

*(Ap. Todo mi remedio es cierto;
 Vuelva mi muerta esperanza.)*
 ¿Qué gente trae?

SOLDADO.

Serán
 Veinte mil hombres de guerra.

RUGERO.

Podrán allanar la tierra,
 Y mas con tal capitán.
 ¿Queréisle decir, soldado,
 Que está aquí el embajador
 De Rugero?

SOLDADO.

¿Quién, Señor?

RUGERO.

(Ap. Notable industria he pensado.)
 De Rugero de Moncada,
 El conde de Rosellon
 Y Barcelona.

SOLDADO.

Es razon

Que os diga tal embajada.—
 Aquí, mi Señora, está *(A la Reina.)*
 Del conde de Barcelona
 Un embajador, que abona...

REINA.

¿Quién es?

RUGERO.

Yo.

REINA.

Llegaos acá.

Alzáos.

RUGERO. *(Ap.)*

¿Qué airosal qué fiera!

REINA.

El Conde ¿piensa que yo
 Le vengo á hacer guerra?

RUGERO.

No,

Aunque de veros se infiera.
 Pero advierte que Rugero
 De Moncada, mi señor,
 Aunque es el Conde en rigor,
 Y legitimo heredero,
 No tiene agora el condado;
 Que Anselmo, su tio fiero,
 Se le ha quitado á Rugero.

REINA.

En eso no anda acertado;
 Y ya sé todo el suceso
 De boca de un catalán
 Que traigo por capitán
 De una nave; y os confieso
 Que le he cobrado alición
 A Rugero desde el día
 Que supe esta tiranía,
 Y su talle y discrecion;
 Que alaba mucho sus partes.

RUGERO.

Yo no os le quiero alabar,
 Porque soy parte. Hoy el mar
 Le mostró los estandartes
 De vuestra vistosa armada,
 Y parecióle ocasion
 De pedirlos, si es razon,
 Pues tenéis sangre Moncada,
 Le deis favor, pues podeis.
 Y si este reino ganais,
 Y esta empresa conquistais
(Que es cierto la ganaréis),
 Cada año os promete en parias
 Cien caballos y cien mil
 Escudos.

REINA.

Si es tan gentil,

Con partes tan necesarias
 Para la guerra y la paz,
 Otro partido es mejor,
 Pues es de mi gran valor
 Por tantas partes capax.

RUGERO.

Y ¿cuál será?

REINA.

Que se case
 Conmigo, y los dos cobremos
 Su estado, que bien podremos;
 Que no es bien que se intentase
 Sin juntar á Barcelona
 Con Sicilia por valor,
 Pues hay distancia mayor
 De coronel á corona.

RUGERO.

No traigo tal comision;

Pero sé que le está bien,
 Y que vos podeis tambien
 Honralle en toda ocasion.
 El es muy agradecido:
 Cobradle agora el condado;
 Que de no quedar casado
 Ni acetar ese partido,
 Ni venir en el concierto,
 Quedará en vuestra corona
 Rosellon y Barcelona.

REINA.

¿Será eso cierto?

RUGERO.

Y muy cierto.

REINA.

Pues yo pondré veinte mil
 Soldados sobre la playa
 Y haré que mi armada vaya
 Venciendo el viento sutil.

ESCENA VIII.

PEROTE.—DIGROS.

PEROTE.

¿Está Rugero aquí?

SOLDADO.

¿Qué es lo que quiere?
 Porque su embajador solo ha venido,
 Que es este que está hablando con la
 REINA. *[Reina.]*

Rugero, mi señor, dame mil veces
 Esos piés generosos.

RUGERO.

¿Estás loco?

*(Ap. Detente allá; no digas que me
 llamo
 Rugero, que me va la vida agora;
 Llámame embajador.)*

PEROTE.

Tan deslumbrado
 De parte de Rugero á hablarte vengo,
 Que, como ves, te llamo de su nombre.
 Esta carta me dió, muy afligido
 De no saber de ti... *(Ap. d. d. Llega el
 Estela mi señora, que te adora, foido.
 Esta carta me dió.)* Y que luego al
 punto

Respondas con el mismo mensajero.

RUGERO.

¿Quedaba bueno mi señor Rugero?

PEROTE.

Quedaba como un ángel, cuidadoso
 De tu salud; pudiera con envidia
 Miralle el sol.

REINA.

¿Que es tan galán Rugero?
 Oyeme por tu vida, mensajero.

PEROTE.

Señora, no soy digno de acercarme
 A tus divinos rayos; mas te juro
 Que estaba al escribir aquesta carta,
 Como si fuera un querubín del cielo.

REINA.

Todos me cuentan dél extrañas cosas.
 ¿Es rubio?

PEROTE.

Muy mas blanco que la nieve.

REINA.

¿Qué barba?

PEROTE.

No le vi, cuando escribía,
 El color de la barba que tenía,
 Por no atreverme tanto á su grandeza;
 Mas yo te juro que es mejor su talle
 Que puede imaginar el pensamiento.

Embajador... REINA.
 RUGERO.
 Señora... REINA.
 Mucho gusto
 Me van dando las nuevas de Rugero.
 En fin, ¿es tan gallardo caballero?
 Despacha con ese hombre, que si puedo
 Sin peligro llegar á Barcelona.
 Me hable alguna noche; que yo creo
 Que el viento me ha de ser tan favora-
 Que mañana me vea sin recelo [ble,
 En su playa, seguro, junto al muro.

RUGERO.
 Debajo de tu mano está seguro.

REINA.
 ¡Hola! leva esos ferros, leva, leva.
 La proa á Barcelona.

SOLDADO.
 Ya disparan.
(Vanse la Reina y los soldados.)

ESCENA IX. RUGERO, PEROTE.

PEROTE.
 ¿Qué reina etesta, gran señor? ¿Qué es
 RUGERO. [esto?
 Leer quiero la carta.
 PEROTE.
 Lee de presto.

RUGERO.
 ¡Ay Dios! qué confusion!
 PEROTE.
 Pues ¿qué tenemos?

RUGERO.
 Respondecme me importa.
 PEROTE.

Aunque mil vidas
 En llevar la respuesta aventurara,
 Tengo de hacer lo que me manda Este-
 RUGERO. [ta.

Vén, Pedro; que es discreta la cautela
 Donde la vida y honra importa á un
 PEROTE. [hombre.

Pues ¿qué reina es aquesta? Dime el
 RUGERO. [nombre.

Vén, Perote, tras mí, no tengas miedo;
 Que la palabra cumpliré, si puedo.

PEROTE.
 Volvámonos, Señor, á ser pastores;
 Que mas valen panderos que atambo-
 (Vanse.) [res.

Sala en el palacio del Conde.

ESCENA X. EL CONDE, ESTELA.

CONDE.
 No he sabido de Rugero;
 Todos se vuelven sin él.

ESTELA.
 Tu cuidado considero.

CONDE.
 Ni en la plaza hay nuevas dél.
 Ni el en monte ni en sendero.
 Pues pensar que en la ciudad
 Está escondido, es locura.

ESTELA.
 Pues le hacian amistad
 En Castilla, por ventura
 Está en ella.

CONDE.
 Así es verdad...
 —Mas pienso que en Aragon
 Tenia satisfacion
 Del duque de Urgel, su deudo.

ESTELA.
 Temo que, pagando feudo,
 Le pongan en posesion.

CONDE.
 Pues ¿cómo, Estela, podrán?

ESTELA.
 Pues tú ¿qué defensa tienes?
 ¿Qué gente, qué capitán,
 Qué muros de armas previenes,
 Pues sin un soldado están?

CONDE.
 Siempre, Estela, presumi
 Que se moviera Rugero.
 Yo mismo ocasion le di.
 Mas ya es hecho: soldar quiero
 El yerro que cometí.

ESTELA.
 ¿Soldar? ¿cómo?

CONDE.
 Con soldados,
 A defender prevenidos
 Nuestros muros levantados.

ESTELA.
 Por despertar los dormidos
 Develaste sus cuidados.
 ¿Cuánto mejor te estuviera
 Rugero en su monte!

CONDE.
 Fué
 Una medrosa quimera.
 Sin duda le desperté
 Para que yo no durmiera.

ESTELA.
 Ya estarás arrepentido.

CONDE.
 Temiendo estoy mayor daño.

ESCENA XI. EL CAPITAN.—DICHOS.

CAPITAN.
 Ya tu temor se ha cumplido,
 Con el mayor desengaño
 Que puedes haber tenido.

CONDE.
 ¿Cómo?

CAPITAN.
 Sobre la alta mar
 Se han descubierto cien velas,
 Que están ya para llegar;
 Sirven los vientos de espuelas,
 Con que las hacen volar.
 Veloces como un delphin,
 No hay vez que el viento las vuelva,
 Que no parezcan en fin
 Sus árboles una selva,
 Las flámulas un jardín.
 La fama, que, como ves,
 En los peligros socorre,
 Y á voces dice lo que es,
 Ya sobre las aguas corre,
 Sin que se moje los pies.
 Dice que toda esta armada,
 Con la reina de Sicilia,
 Trae Rugero de Moncada;
 Que se precia su familia
 De su brazo y de su espada.
 Y aun no sé si oí decir
 Si ya le tenían casado,
 O para no te mentir,
 De casarse concertado;
 Que esto querrán diferir

Para cuando señor sea
 De Barcelona.

ESTELA.
 Detente,
 Necio, importuno correo;
 Que tu lengua impertinente
 Habla en su mismo deseo.
 ¿Que se casa en Barcelona?
 ¿Así se puede ganar,
 Que de ser rey ya blasona,
 Porque el muro, y aun el mar,
 De agua y perlas se corona?
 Dadme á mí sola una espada,
 Dadme una rodela.

CONDE.
 Estela,
 ¿De qué estás tan enojada?
 Deja la espada y rodela;
 Que tambien soy yo Moncada.
 Ni está tan muerto el valor
 De mi sangre entre las venas,
 Que tenga infame temor
 A sus bordadas entenas
 De flámulas de color.—
 Vén conmigo, Capitán.

CAPITAN.
 Mal, Señora, me has tratado.

ESTELA.
 Fabio, no se casarán.
 CAPITAN. (Ap.)
 Sospecho que le ha pasado.

ESTELA.
 Antes mi muerte verán.
 (Vanse.)

ESCENA XII. ESTELA.

¿La reina de Sicilia con Rugero...
 En un instante!... ¡Oh fuego, oh mar,
 [oh tierra!
 ¿Cuántos engaños ¡ay! un pecho en-
 [cierra!
 ¡Oh inconstante, villano caballero!
 Por darte vida justamente muero;
 Por darte paz me vienes á dar guerra.
 Amor, ¿que siempre tu experiencia
 [yerra,
 Falso en cumplir, en prometer ligero?
 Haberte yo librado de la muerte,
 ¿Esto, ingrato Moncada, merecia?
 ¿Pagas tan mal mi fe! ¡mi feliz suerte
 Truecas en pena, en llanto mi ale-
 [gría!
 ¡Ay hombres sin verdad, falso el mas
 [fuerte!
 ¡Mal haya, amén, quien de vosotros fia!

ESCENA XIII. PEROTE.—ESTELA.

PEROTE.
 Dame esos reales pies.
 ESTELA.
 Mas con los pies en la boca.

PEROTE.
 Señora, ¿qué te provoca
 A que con los pies me des?

ESTELA.
 Tú seas muy mal venido.
 ¿Diste mi carta á aquel hombre?

PEROTE.
 ¿Cómo merece ese nombre,

¡Sea no consueña con correo y detos.
 Más abajo no se entiende que quiere un mar
 que se corona de agua y perlas. Aquí debe
 estar equivocado el texto, como en otras mu-
 chas partes.

Ni tanta fe tanto olvido?
Tu carta le dí, y es esta
La respuesta.

ESTELA.

Y ¡ha casado
Con la Reina, ó concertado
Qué puede darme en respuesta?

PEROTE.

¿Casado? ¡Qué lindo cuento!
¡Vive Dios, que tú has de ser
Su mujer, ó no ha de haber
Fuego en el cuarto elemento!
Esa Reina, en tierra ó mar,
Es malilla deste juego;
Que en acabándose, luego
La habemos de tripular;
Que Rugero, en tanto mal,
Sin armas y sin consejo,
La hizo tapa del espejo;
Pero tú eres su cristal.
Lee siquiera por mí,
Que ando entre lanzas y espadas.

ESTELA.

Por tí leo, tú me agradas.

PEROTE.

Habla quedo.

ESTELA.

Dice así:

(Lee.) «Cuando recibí tu carta, me
estaba persuadiendo la reina de Sici-
lia, á quien en figura de embajador le
pedia favor para cobrar mi estado, que
»Rugero se casase con ella; yo le dije
»que se lo escribiría; y así, te suplico
»que me envíes un caballero de quien
»sies, que diga que es Rugero de Mon-
»cada, para que con este engaño nos
»favorezca; que despues de tomada la
»posesion, ella tendrá por bien de
»volverse, y tú serás mi esposa; por-
»que, de no serlo, mas quiero perder
»el estado y vida.—Rugero.»

PEROTE.

¿Qué te dice el papellito?
¿Es Moncada algun villano?

ESTELA.

Amor, temer no es en vano,
Si á Rugero le permito
Hablar con esta mujer.

PEROTE.

Ella por embajador
Le tiene.

ESTELA.

Tengo temor
Que lo debe de saber.

PEROTE.

Es imposible; y así,
Es bien que algun caballero
Vaya á fingirse Rugero.

ESTELA.

¿Quién?

PEROTE.

Yo iré.

ESTELA.

Véte de ahí.

PEROTE.

Pues ¡piensas que hay diferencia
Entre los hijos de Adán,
Mas de que algunos están
En cueros por justa herencia,
Y otros de seda vestidos?

ESTELA.

Mas valor, mas talle quiero
Para imitar á Rugero,
Y para que sus sentidos
Se enamoren dél tambien.

PEROTE.

¿Tan mal talle tengo yo?
Como el de Rugero no,
Porque, en fin, le quieres bien;

Mas ponme unos folladicos
Y un sombrero marquesote,
Que en la frente y el cogote
Se tenga con dos clavicos;
Ponme un rojo apretador
De cabestros diamantinos
Y unos guantes ambarinos
Y una barba á lo señor,
Y eche la voz delicada
Con pausas como sangría,
Verás que por mas de un día
Soy Rugero de Moncada.

ESTELA.

Aguárdame aquí.

PEROTE.

Despacha
Con brevedad; que me muero
(Vase Estela.)

De miedo. —Si soy Rugero,
Yo pesco linda muchacha.

ESCENA XIV.

EL CONDE, EL CAPITAN, GUARDAS.—
PEROTE.

CONDE.

¿Tan presto ha tomado puerto?

CAPITAN.

No se puede defender.

CONDE.

Hoy tengo de perecer.

¿Quién está aquí?

PEROTE.

(Ap. Yo soy muerto.)

¿No me conoces, Señor?

CONDE.

¿Cómo en este traje estás?

PEROTE.

Por poder servirte mas
Soldado que labrador.

CONDE.

¿No dije que te cortasen
Las narices?

PEROTE.

Señor, sí.

CONDE.

¿Cómo las traes?

PEROTE.

Porque fui
Adonde bien me curasen,
Y habránme vuelto á nacer;
Que soy húmido de sienes.

CAPITAN.

Este es un loco. No tienes
Que culpar sino al temor.—
Véte, buen hombre, de ahí.

CONDE.

Vuélvanselas á cortar.

PEROTE.

Eso no quiero esperar.

CONDE.

Dejalde.

ESCENA XV.

EL CONDE, EL CAPITAN, GUARDAS.

CONDE.

Fabio, ¡ay de mí!
¿Qué me aconsejas? ¿Qué haré?
Que ya resistir no puedo,
Y á mayor mal tengo miedo.
Necio fui: yo desperté
Al que en un monte vivía,
De su tierra descuidado;
El cielo me ha castigado
La pasada tiranía.
Pues entregalle á Rugero

Todo el estado es quedar
Sin remedio.

CAPITAN.

Puedes dar

Un medio.

CONDE.

Consejo espero.

CAPITAN.

Entrégale á Barcelona,
Y déjate á Ruisellon,
Donde vivas.

CONDE.

Y es razon,

No solo por mi persona,
Pero por ver que me queda
Una hija sin remedio.
No hay tierra ni mar en medio.

CAPITAN.

Dame licencia que pueda;
Hoy tratarélo de paz.

CONDE.

Habernos con ella es bien.
Di que licencia te dén,
Si no viene pertinaz
En la venganza Rugero.

CAPITAN.

Vén á escribirle.

CONDE.

Si haré,
Pues á quien matar pensé,
Hoy llega soberbio y fiero.
(Vase.)

Acampamento de la Reina.

ESCENA XVI.

LA REINA, RUGERO, SOLDADOS.

REINA.

Mucho tarda.

RUGERO.

No podrá
Venir, como está escondido,
Si el Conde vive advertido
Del lugar adonde está,
Porque, poniéndole espías,
Le podrán matar.

REINA.

Pues di:
¿Que habemos de hacer aquí,
Esperando tantos dias?

RUGERO.

Conquistar esta ciudad.

REINA.

Pues ¿qué haré, si se resiste?...

RUGERO.

Embiste, Señora, embiste,
Y fia de la lealtad
De Rugero, mi señor,
Que él lo sabrá agradecer.

REINA.

Mientras no soy su mujer,
Ni sé si me tiene amor,
No me atrevo á aventurar
Una pluma de un soldado.
Para lo que me ha obligado,
Basta salir de la mar,
Dando al Conde tanto miedo.

RUGERO.

Pues yo ¿no estoy en resguardo
Mientras á Rugero aguardo?
Que satisfacerte puedo
Yo la cabeza por él.

REINA.

Si le pongo en posesion
Pagárame con traicion,
Habiéndole sido fiel.

RUGERO.
Pues dime, ¿quién gana mas,
O cuál casamiento excede
Al tuyo?

REINA.
Rugero puede,
Aunque tan seguro estás,
Querer bien en otra parte.

ESCENA XVII.

PEROTE. — DICHOS.

PEROTE.
¡Está aquí el embajador
De Rugero, mi señor?

RUGERO.
Aquí está.

PEROTE.
Escúchame aparte.

REINA.
No hay que escuchar: habla aquí,
O quítate la vida.

PEROTE.
Oye, Reina esclarecida,
No te receles de mí.
Digo que viene Rugero:
Esto en secreto advertía.

REINA.
Entre en la presencia mía
Seguro; que hablarle quiero.
¿Téngole yo de ofender?

RUGERO. (Ap.)
¿En qué confusión estoy!

PEROTE.
Señora, á llamarle voy. (Vase.)

RUGERO. (Ap.)
¡Ay, cielos! ¿Quién puede ser
El que mi nombre ha tomado?
¡Bien sabrá imitarme á mí!

ESCENA XVIII.

ESTELA, de hombre; PEROTE. —
DICHOS.

ESTELA.
¿Dónde está la Reina?

PEROTE.
Aquí.

REINA.
Seas, Rugero, bien llegado.

ESTELA.
Dame, Señora, tus pies.
RUGERO. (Ap. á Perote.)

PEROTE, ¿qué es esto? di:
¿Quién es el que viene aquí?

PEROTE.
Estela, ella misma es.

REINA.
¡Hola, sillas!

ESTELA.
Este día
Tuve yo tan deseado,
Que no sé cómo ha llegado.

REINA.
Por la buena suerte mía.

RUGERO. •
Dale los pies, gran Señor,
A tu criado.

ESTELA.
¡Buen criado!
REINA. (Ap.)
¿Qué príncipe tan gallardo!
No en balde le tuve amor.

• No consueña este verso con el anterior.

RUGERO.
Ya, Señor, tengo tratado
Con la Reina, mi señora,
Que gane y conquiste agora
Como suyo aqueste estado;
Y que tú le cumplirás
La palabra que te doy.

ESTELA.
Digo que tu esposo soy,
Y soy el que gano mas;
Y que no sé qué ventura
Pudo Rugero esperar
Como verse en tal lugar.

RUGERO. (Ap.)
¡Qué discreción! Qué hermostura!

ESTELA. (Ap. á Rugero.)
¡Ah, traidor! ¿Esto consientes?
(Hablan aparte Estela y Rugero.)

RUGERO.
Mi bien, fué fuerza en rigor.

ESTELA.
No hay fuerza; tú eres traidor. •

RUGERO.
Estoy por decir que mientes.

ESTELA.
Cuando todo sea verdad,
¿Por qué me abrasas de celos?

RUGERO.
Saben, Estela, los cielos
Que te he guardado lealtad.

ESTELA.
¿No había un duque de Urgel
Con gente de España?

RUGERO.
Si.
A pedirle favor fui.

ESTELA.
Pues ¿qué trataste con él?

RUGERO.
Queríame dar favor,
Casándome con su hermana:
Mira si es verdad muy llana
Que te tengo justo amor;
Porque si no te quisiera,
Aquel partido acetara;
Y si á la Reina estimara,
Mi nombre le descubriera.
Yo solo te estimo á tí;
Si aquesto te da cuidado,
Píerdase todo mi estado.

ESTELA.
¿Cierto?

RUGERO.
Mi señora, sí.

ESTELA.
Luego, si aquí lo descubro
Todo, ¿por bien lo tendrás?

RUGERO.
Si tú quieres, mucho mas
Que el reino por quien me encubro.

ESTELA.
No te quiero hacer pesar.
¿Qué tengo agora de hacer?

RUGERO.
Di que has de ser su mujer.

ESTELA.
Y aqueso ¿qué es?

RUGERO.
Engañar.

ESTELA.
Y ¿es bien hecho?

RUGERO.
Amor y guerra
Aquesta licencia dieron
Deade que los hombres fueron
Ambiciosos de la tierra.

REINA.
¿Cuándo acabarás de hablar
Con Rugero, embajador?

ESTELA.
Hablamos de tu valor,
De que saliste del mar,
Y que tenemos por cierto
Que en la ciudad entrarás.

REINA.
Y di, ¿qué mas?

ESTELA.
Fué lo mas
Que asentamos por concierto
Que yo al fin sea tu esposo.

REINA.
No quiero mayor riqueza,
Rugero, que tu belleza.

ESTELA.
En ser tuyo soy dichoso.
Pobre caballero soy,
Mas de lo que tú imaginas.

REINA.
Tus partes son peregrinas;
Contenta contigo estoy
Mas que con cuantas coronas
De imperios tiene la tierra.

ESTELA.
Comience, mi bien, la guerra.

REINA.
Echaré mil Barcelonas
Por el suelo en tu servicio.
ESTELA. (Ap. á Rugero.)

Perdida esta necia está.

RUGERO.
A todos nos tiene ya,
Dulce Estela, sin juicio.

REINA.
¡Hola! Ese fuerte escuadron
Camine luego á la puerta.

ESTELA. (Ap. á Rugero.)
Ya Leonardo le concierto.

ESTELA.
¿Qué lanzas?
SOLDADO 2.º
Cuatro mil son.

ESTELA.
¿Qué infantes?
SOLDADO 1.º
Serán seis mil.

ESTELA.
Toca las cajas.

REINA.
Marchemos.
(Vanse la Reina y soldados.)

ESCENA XIX.

ESTELA, de hombre; RUGERO,
PEROTE.

ESTELA.
Agora, mi bien, ¿qué harémos?

RUGERO.
Con ánimo varonil
Esforzaré mi fortuna
Hasta ver en lo que pára.

ESTELA.
Que ha menguado es cosa clara.

RUGERO.
Pues crecerá como luna.

ESTELA.
Ya la gente va marchando.

RUGERO.
Poca defensa hallarán.

ESTELA.
Vén; no te maten.

RUGERO.
No harán.
Vaya Perote guardando

Tu persona, porque pueda
Darme aviso en Barcelona.

PEROTE.

Haz cuenta, si amor me abona,
Que con un Hércules queda;
Que daré, si puede amor
Dar fuerza á una flaca mano,
Cuchillada de villano
Con ánimo de señor.

(*Vase.*)

ESCENA XX.

EL DUQUE DE URGEL, SOLDADOS.

DUQUE.

Arrepentido estoy de no haber dado
A Rugero favor, siendo Moncada.
Marchando con mi ejército, he llegado
A esta ciudad, de ejército cercada.
¿Qué gente es esta? Porque no ha pasa-
Por Aragon agora aquesta armada. [do

SOLDADO 1.º

Las banderas se ven muy á la clara,
Y ellas nos muestran bien, si se repara,
Gran Señor, que esta gente es extranje-
SOLDADO 2.º [ra.

Esta es, Señor, la reina siciliana,
Que de Mallorca la venganza fiera [na
Viene á intentar, como piadosa herma-
Del príncipe, ya muerto en su ribera.
DUQUE.

No.
Mercedi menos noble sepultura,
Será el amor igual á su hermosura.
Pues aunque tenga su favor Rugero,
Yo no me excuso de que tenga el mío.
Entre los de Sicilia mostrar quiero,
Como español y aragonés, el brío;
Y si recobro su amistad, espero,
Perdida por un loco desvario,
De casalle por fuerza con mi hermana.

SOLDADO 1.º

Gallarda va la gente siciliana.

DUQUE.

Ea, soldados nuestros, á la puerta;
Que no resisten mal los catalanes.

SOLDADO 1.º

Es gente valerosa; mas abierta
Se la darán los mismos capitanes.

DUQUE.

Rugero es su señor: como está cierta
La ciudad, los mas fuertes y galanes
No han de hacer resistencia.

SOLDADO 2.º

Así lo creo.

DUQUE.

Vamos pues á mostrar mi buen deseo.
(*Vase.*)

Atrio del palacio.

ESCENA XXI.

EL CONDE, EL CAPITAN, SOLDADOS.

CONDE.

Basta, soldados, no mas.
Ya, catalanes valientes,
Confieso que peleais
Como quien vencer no quiere.
Amor teneis á Rugero,
Y como le veis presente,
Entregaisle la ciudad.

CAPITAN.

Bien dices, Señor, bien temes.
Mas es gente natural;
Que no hay temor que te entreguen,
Aunque los tiranizabas.
Y perdona; que me mueve
La justicia de Rugero

¡Falta lo demás de este verso.

Y la verdad; mas, si quieres,
Entraré á morir por tí.

CONDE.

No, Capitan; Fabio, tenta.
Yo conozco que estas cosas
Otro mas alto las mueve.
Yo tengo el justo castigo
Del que despierta á quien duerme.

CAPITAN.

Pues ¿qué harémos? Que á palacio,
Conde, vitoriosos vienen.

CONDE.

Pedir perdon de las vidas;
Que esto basta que nos dejen.

(*Vase.*)

Plaza de la ciudad.

ESCENA XXII.

LA REINA, EL DUQUE, SOLDADOS.

REINA.

Tu ayuda fuera importante,
Si se resistieran.

DUQUE.

Cree

Que aunque Rugero es mi deudo,
Le negué el favor presente,
Y que mas vine por tí,
Que á la misma fama excedes,
Con ese valor heroico.

REINA.

Basta, Duque; que pretendes
Juntar á Marte y Amor,
Que es lo flaco con lo fuerte,
Pues con la espada en la mano
Veo que así te enterneces.

DUQUE.

Hame enternecido el alma,
Hermosa Dionisia, verte
Con mas divino valor
Que romanos y atenienses.

ESCENA XXIII.

EL CONDE, EL CAPITAN.—DICHOS.

CONDE.

A tus piés, aunque los hombres
El rendirse á las mujeres
Tienen por grande flaqueza,
Quiero yo, Dionisia, verme;
Que la que con tal valor
Á tantos hombres excede,
Bien es que los hombres rinda.

REINA.

Alzate, y dime quién eres.

CONDE.

El Conde soy.

ESCENA XXIV.

ESTELA, de hombre; RUGERO,
PEROTE.—DICHOS.

RUGERO. (*Ap. á Estela.*)

Ya rendido

La Reina á sus plantas tiene
El Conde, tu padre.

ESTELA.

Soy

Su hija. A llorar me mueve.

REINA.

La justicia de Rugero,
Que tienes, Conde, presente,
Movió mis armas, Anselmo;
Pues contra todas las leyes,
Tan divinas como humanas,
Este condado posees.
Fuera de eso, es ya mi esposo;
Y como su hacienda y bienes,
Lo vengo á cobrar por él.

CONDE.

Por justo derecho puedes.

REINA. (*Á Estela.*)

Llega, Ruger de Moncada;
Llega, esposo mío, y dénte
La posesion de tu estado,
Que justamente mereces.
Pero hasme de dar la mano,
Presente el Conde.

CONDE.

Si vienes

A burlarme, Reina bella,
Aunque soy tu preso, advierte
Que este mancebo que traes,
Y por ventura inocente,
No es Rugero de Moncada.

REINA.

¡Ay cielo santo! ¿Quién eres,
Que engañada me has traído?

ESTELA.

Mujer soy, Rugero es este;
Que porque estaba casado
Connigo secretamente,
Tomé su nombre.

REINA.

Este engaño,

Esta traición tan alevé,
Haré yo satisfacer,
Vil Rugero, con tu muerte.
Al duque de Urgel y al Conde
Hago en la causa jueces,
Y á Rugero desafío.

RUGERO.

Para que de mí te vengues,
Te doy desnuda mi espada.
Amor fué causa que fuese
Embajador de mi mismo;
Mas no tan villanamente
Que te engañase. Señora;
Porque Estela, si lo adviertes,
Te dió palabra de esposo,
Y della es bien que te quejes;
Y que con ella te cases
Te doy licencia.

REINA.

¿De suerte

Que ella sola me ha engañado?

DUQUE.

Es verdad; pero bien puedes
Trocar por Rugero al Duque,
Supuesto que tú mereces,
No duques de Urgel ni condes
De Barcelona, mas reyes.

ESTELA.

Dale, Señora, la mano;
Y tú, padre, pues ya puedes,
A Rugero como padre.

CONDE.

Yo quiero.

REINA.

Amor, pues no quieres

Que dos mujeres se casen,
Que se gocen dos mujeres.
Al Duque la mano doy.

DUQUE.

España te lo agradece.

ESTELA.

Y á mí, Rugero, los brazos.

CAPITAN.

Dios, por quien es os quiete.

PEROTE.

Y mis narices y orejas
¡Eran barro tantas veces?

RUGERO.

Alcaide de la ciudad
Te hago.

PEROTE.

Dios te prospere.
Ningun discreto, señores,
A su enemigo despierte.

RUGERO.

Y aquí, Senado, se acaba
El despertar á quien duerme.

EL ANZUELO DE FENISA.

PERSONAS.

CAMILO.
ALBANO.
FENISA.
CELIA.

LUCINDO.
TRISTAN.
DINARDA.
BERNARDO.
FABIO.

OSORIO, capitán.
CAMPUZANO.
TRIVIÑO.
OROZCO.
DON FÉLIX.

DONATO.
LISEO.
ESTACIO.
UN ESCUDERO.

La escena es en Palermo.

ACTO PRIMERO.

Puerto de Palermo.

ESCENA PRIMERA.

CAMILO, ALBANO.

CAMILO.

«Que estoy celoso, y voy leyendo en
Acaba aquel soneto castellano. [ellas.]»

ALBANO.

¿Dónde vais á matarme, plantas bellas?

CAMILO.

En la arena del mar miras, Albano,
Las estampas que deja tu Fenisa?

ALBANO.

Por ellas sigo su desden en vano,
Por besar el arena donde pisa.
Temo que el mar deshaga las señales,
Excediendo sus márgenes aprisa.

CAMILO.

Letras escribe con los pies?

ALBANO.

Y tales,
Que leyendo la historia de mis celos,
Aprendo penas á la causa iguales.
No han hecho furia ni rigor los cielos,
Para castigo de la humana vida,
Que sufran compararse á sus desvelos.

CAMILO.

Que tenga celos y que celos pida
Un hombre que se emplea en gran su-
Disculpa me parece conocida. [geto,
Porque quien ama, teme; y en efecto,
El temor de quien ama es una cosa
Que engendra en lo mas firme mal con-
Pero querer una mujer, famosa [ceto;
En engañar y en no querer ninguno,
Supuesto que confieso que es hermosa,
No tiene igual con desatino alguno;
Que no se llaman celos las traiciones.
Uno ha de amar, y tener celos de uno;
Mas ¿dónde una mujer forma escuadro-
[neas

De tantos hombres, que con menos gen-
Alejandro venció dos mil naciones! [te
¿Dónde hay un galán dentro y otro en-
frente,
Doce de á pie, cuarenta de á caballo,
Tal en la posesión, tal pretendiente!
Vergüenza es esta, y mas, que no lo
[hallo

Aun en los animales, pues sabemos
Que viven cien gallinas con un gallo;
Que glorioso levanta los extremos,
El pardo gamo entre cincuenta gamas,
De las puntas que nunca ofender ve-
Albano, deste género de damas [mos.
Huye la bolsa, pon en salvo el oro;
Que es lo demás andarte por las ramas.

ALBANO.

¿Qué manso que parece siempre el toro
Al que está en la ventana! y al letrado
Que cobarde el flamenco y tibio el moro!
El escribir un libro concertado
¿Qué fácil le parece al ignorante,
Y el llevar una cátedra al soldado!
¿Qué fácil le parece al estudiante
El conducir la nave al Occidente,
La religión al mercader tratante!
¿Qué fácil el hablar un presidente,
Un rey, un duque á un labrador gro-
[siero,

Y el olvidar á quien de amor no siente!
Amor no es calidad, gusto ni fuero;
Amor no es honra ni es mercadería,
Amor no es regidor ni caballero;
Amor es consonancia y armonía
Que hacen el deseo y la hermosura,
Con que se aumenta cuanto el cielo
[cria.

Si yo quisiera un bronce, una pintura,
Un ave, un árbol, cosa diferente
De mi naturaleza, era locura;
Pero ¿que amar una mujer intente,
Juzgas á desatino?

CAMILO.

¿Qué respuesta
Tan hija de tu amor impertinente!

ALBANO.

Mas ¿queme dices tú que fuera honesta
Dándome con Platon, cuyo aforismo
Ya me fastidia y con razon molesta?
Los que, siendo de amor único abismo,
Dicen que se ha de amar el alma sola,
Y que es amor pagalle con el mismo,
Un casto fuego dicen que acrisola
Sus sentidos amando, y en secreto
Hacen su media noche á la española.
Neron no confesaba hombre perfecto;
Pero decia que en gozar su gusto,
Cuál era descompuesto y cuál discreto.
Si amor es gusto, el que yo tengo es
Ama tú por allá dificultades; [justo,
Que no quiero sa bien por su disgusto.

CAMILO.

Las virtudes, Albano, y calidades
De una mujer son justo fundamento
De amor; que no las locas liviandades.
No hay en toda Sicilia (estáme atento),

Cuanto mas en Palermo, donde esta-
[mos,
Mujer de mas humilde pensamiento.
Al puerto, á la ciudad, al monte va-
[mos;
Allí hallarémos quien sus tretas diga,
Mas que arenas el mar y el bosque ra-
[mos.

ALBANO.

Lo mismo que te cansa, á mí me obliga.
Aquella libertad me rinde y mata,
Y el ver que deje amor y interés siga.
Una mujer que quiere y se recata
De ofender el galán con pensamientos,
Aunque la den un Potosí de plata,
Allá puede tratar de casamientos;
Que amor ha de ser fina picardía,
Poca seguridad, menos contentos.
No ha de estar el amor sin compañía,
Digo sin competencia y sin disgustos;
Que por la noche es tan hermoso el día.

CAMILO.

A fe que habeis hallado vuestro gusto.
Si eso es amor, Fenisa es alto objeto.
Digo que ameis, y que el amarla es jus-
[to.

ALBANO.

Esotro es amor bobo, este discreto. [)

ESCENA II.

FENISA y CELIA, con mantos. —
DICHOS.

CELIA.

Admirada, y con razon,
Fenisa, de tu venida,
Muestro tanta confusion.

FENISA.

Sospecho que se te olvida,
Celia...

CELIA.

¿Qué?

FENISA.

Mi condicion.

CELIA.

No sé qué tenga que ver
Con venir á la Aduana,
No siendo tú mercader;
Pues no eres tú muy liviana,
Aunque eres libre mujer.

FENISA.

Eso te ha de dar aviso
De que sin causa no vengo.

CELIA.

¿Es amor?

FENISA.

¡Tan de improviso!
 Pero yo ¡cuando le tengo,
 Si me adorase Narciso?
 Desde el primero que amé,
 Y que á olvidar me enseñó,
 Tan diestra en no amar quedé,
 Que de uno que me burló,
 En los demás me vengué.
 Notablemente se arroja
 Una mujer á querer,
 Cuando un gusto se le antoja;
 Pero mas á aborrecer,
 Cuando se cansa y se enoja.
 Según corre entre los hombres
 Esto de amar con engaño,
 De mi desden no te asombres:
 Basta al cuerdo un desengaño.
 ¡Qué es amor? No me lo nombres.
 No porque yo no perciba
 Sus regalos y su bien;
 Pero no es razon que viva
 Quien nació libre también,
 De un hombre libre cautiva.
 Yo he dado en esta flaqueza
 De burlar cuantos engaño.
 Esto que llaman belleza.

CAMILO. (Ap. á Albano.)

Celia sola la acompaña.

¡Celia?

ALBANO.

No mas.

CAMILO.

ALBANO.

¡Linda pieza!

¡Extraña imaginación
 Es venir á la aduana
 Deste puerto!

CAMILO.

Cosas son
 De su condicion liviana.

ALBANO.

Conozco su condicion.
 Palermo es famoso puerto
 De extranjeros y de trato.
 Algun lance ha descubierto.

CAMILO.

Ella es de Circe un retrato.
 De que te ha visto te advierto.

ALBANO.

Hablalla será mejor.—
 ¡Dónde bueno?

(A Fenisa.)

FENISA.

A ver el mar;
 Que me agrada su furor.

ALBANO.

Todo te suele agradar
 Cuanto carece de amor.
 Este desden de las ondas,
 Esta perpétua contienda
 Te agrada... Mas no respondas:
 Por lo que tiene de hacienda,
 Pienso que su márgen rondas.
 ¡En qué rico forastero,
 En qué mercader famoso,
 En qué extraño marinero,
 Echas el anzuelo hermoso
 Para buscar su dinero?
 ¡Qué es lo que buscas aquí,
 En el puerto deste mar?

FENISA.

Seguro estarás de mí
 Que no te vengo á buscar.

ALBANO.

Yo vengo á buscarte á tí.

FENISA.

¡Qué me quieres?

ALBANO.

Solo verte,
 Para alivio de una vida
 Que has condenado á la muerte.

FENISA.

¡Llamarásme tu homicida?

ALBANO.

No es poco bien conocerte.

FENISA.

Albano, si no has sabido
 Esta condicion que el cielo
 Me ha dado, que oigas te pido,
 Porque cese tu desvelo
 De competir con mi olvido.
 Yo tuve en mi nacimiento
 Una estrella, que me obliga
 A que en este mar violento
 Peces busque, peces siga,
 Como otras, aves del viento.
 ¡No has visto que un gran señor
 Va por los valles y cerros,
 Despeñado cazador,
 Ya con aves, ya con perros,
 Sin temer nieve ó calor?
 Pues eso mismo hay en mí; —
 Pero aplíqueme á pescar,
 Y á eso vengo por aquí;
 Tiendo la red en el mar;
 Que es la estrella en que nací.

Ojos y lengua son cebo
 Del anzuelo deste amor;
 Si pica, y es bobo y nuevo,
 Doyle cuerda, y del favor
 Asido un año le llevo.

Si es ladino y está diestro,
 Aunque calga, vuelve al mar,
 Porque ofendida me muestro
 Que, si no ha de aprovechar,
 Ocupe el anzuelo nuestro.
 Si yo viese la hermosura
 Mayor que naturaleza
 Ha dado á mortal criatura;
 Si viese mas gentileza,
 Mas tierno amor, mas blandura;
 Si viese por mí llorar,
 Si me viese eternizar
 Mas que Laura y que Beatriz;
 Si viese un mozo infeliz
 De mis balcones colgar;
 Si viese que por Fenisa
 Piramo se pasa el pecho,
 Y á Leandro ya en camisa,
 Mientras no viese provecho,
 Todo era cosa de risa.

CAMILO.

¡Oísteelo?

ALBANO.

Ya lo oí.—
 Escucha, Fenisa.

FENISA.

Dí.

ALBANO.

Si hubiese quien te llorase,
 Te amase... y te regalase...
 ¿Tendríasle amor?

FENISA.

Eso sí.

ALBANO.

¿Con qué te contentarás
 Para prueba deste amor?

FENISA.

Necio por extremo estás.
 ¿Quiéresme entender mejor?

ALBANO.

Sí.

FENISA.

Pues declárome mas.
 Quien tiene un jardín, ¿qué hace?

Riega, regala, cultiva
 La yerba ó árbol que nace,
 Para que despues reciba
 El fruto que satisfaca.
 Quien tiene un caballo hermoso,
 Asiste á verle comer,
 De su estancia cuidadoso;
 Hasta el herrar quiere ver,
 De sus estampas curioso.
 Mira el freno y el bocado
 Que lengua y boca no ofenda,
 Tráele bien enjaezado,
 Y por puntos le encomienda
 Al solícito criado.
 Bozales le manda hacer,
 Y rizar y componer
 De bandas de bizarría;
 Y todo esto para un día
 En que le quiere correr.
 ¿Hasme entendido?

ALBANO.

Bien creo

Que te entiendo.

FENISA.

Pues ¿qué aguardas,
 A conocer mi deseo?
 (Hablan bajo Albano y Fenisa.)

ESCENA III.

LUCINDO, TRISTAN.—DICHOS.

LUCINDO. (Á Tristan.)

¿Has contentado las guardas?

TRISTAN.

Que quedas contentas creo.
 Toda la ropa está fuera,
 No queda cosa en la nave.

LUCINDO.

¡Oh Sicilia!

TRISTAN.

¿Qué te altera?

LUCINDO.

¿Qué bien, tras tanto mar, sabe,
 Tristan, la verde riberal

TRISTAN.

Diráslo por las mujeres
 Que pascan por la playa.

LUCINDO.

¿Qué mal conocerme quieres!
 No hayas miedo tú que vaya
 Por el mar de sus placeres
 Esta nave de mi edad,
 Aunque bonanza prometa;
 Porque no hay seguridad
 En la mujer mas perfeta,
 De mudanza ó libertad.
 Advierte que no te digo
 Perfeta en virtud.

TRISTAN.

Pues ¿qué?

LUCINDO.

En amar.

TRISTAN.

Á amor béndigo.
 ¡Plega á Dios que no te dé
 De esa libertad castigo!

LUCINDO.

Si mi padre aquí me envía
 Desde Valencia, Tristan,
 Con esta mercadería,
 Y mis deudos, que allá están,
 Con hacienda suya ó mía;
 Si de lo que he de vender
 Tengo de cargar de trigo,
 Por qué me nombras mujer,
 Que es el mayor enemigo
 Del trato del mercader?
 Ni el fiar ni el porfiar,

Ni el alzarse ni el quebrar,
Ni el no pagar los señores,
Ni el morirse los deudores,
Ni la inclemencia del mar,
Igualan á que se arroje
Un mercader á querer,
Ni hay pirata que despoje
Como una hermosa mujer
Que entre los brazos le coge.

TRISTAN.

¡Plega al cielo que te dure
Tan alto conocimiento!

ALBANO. (Á Fenisa.)
En fin, ¡dices que procure
Regalarte?

FENISA.

Ese es mi intento,
Porque el amor se asegure;
Que no puede amor durar
Sin fundamento y estribo.

ALBANO.

Y ¿qué es el estribo?

FENISA.

El dar,
Porque es, no habiendo dativo,
Cantar mal y porfiar.

ALBANO.

Voy á tratar de tu gusto.
Dame esta noche licencia.

FENISA.

Si me regalas, ¿no es justo?
(Vase retirando Albano.)

ALBANO. (Á Camilo.)
Perdiendo voy la paciencia.
CAMILO.

Yo siento vuestro disgusto.
¿Pensais regalarla?

ALBANO.

SI;
Que estoy muriendo por ella.
CAMILO.

¿No os desapasiona aquí
Verla interesante?

ALBANO.

Es bella,
Y mas me amartela así.
Este interés y desden
Me obliga á ver si la venzo.
(Vase Albano y Camilo.)

ESCENA IV.

FENISA, CELIA, LUCINDO, TRISTAN.

FENISA. (Ap. á Celia.)

El hombre parece bien.

CELIA.

Pues llega á hablarlo.

FENISA.

¿Fuéronse?
Comienzo.

CELIA.

Ya no se ven.

FENISA.

¿Párecete pez el hombre
Que me será de provecho?

CELIA.

Llega, y pregunta su nombre.

FENISA.

Por mi vida, que es bien hecho.—
Dios os guarde, gentil hombre.

(Á Lucindo.)

LUCINDO.

Y á vos os dé un rico esposo,

Si sois libre; y si teneis
Marido, pues fué dichoso
En ser vuestro, le goceis
Sin pensamiento celoso.
¿Qué es lo que queréis de mí?

FENISA.

¿Cuándo llegastes aquí?

LUCINDO.

Hoy vi la tierra y la aurora
Juntas, pero el sol agora;
Que hasta veros no le vi.

FENISA.

Con poética licencia
Me habeis hecho vuestro sol.

LUCINDO.

Diómela vuestra presencia.

FENISA.

¿Qué nación?

LUCINDO.

Soy español.

FENISA.

¿De qué parte?

LUCINDO.

De Valencia.

FENISA.

Si fuérades de Toledo,
Tenia qué preguntaros.

LUCINDO.

Solo de Valencia puedo...

(Hablan bajo Lucindo y Fenisa.)

TRISTAN. (Á Celia.)

¿Puedo yo tambien hablaros?

CELIA.

Bien puede, estándose quedo.

TRISTAN.

Va de quedo, y digo así:

¿Quién es aquesta su ama?

CELIA.

Una dama.

TRISTAN.

¿Dama?

CELIA.

SI.

TRISTAN.

Y ¿de qué manera es dama?

CELIA.

¿Eso me pregunta á mí?

TRISTAN.

Pues ¿está mal preguntado?

CELIA.

¿Cómo es él hombre?

TRISTAN.

Formado

De cuatro elementos soy,
Tengo alma y cuerpo, y estoy

De potencias adornado,
Diferénciome á mujer

En las barbas y el valor.

No me mande proceder,

Sino advierta que en rigor

Dama es oficio, y no es ser.

Doncellas suelen decir

A muchas, sin advertir

Que se han de diferenciar;

Que hay doncellas de casar,

Y doncellas de servir.

Y así, dama ha de tener

Su diferencia forzosa.

CELIA.

Por lo menos es mujer

Discreta, gallarda, hermosa,

Y de honrado proceder.

TRISTAN.

Y ¿qué busca por aquí?

CELIA.

Nuevas de un perdido hermano,

TRISTAN.

Peligro correis así.

CELIA.

¿Peligro?

TRISTAN.

Luego ¿no es llano?

CELIA.

¿No es tierra segura?

TRISTAN.

SI;

Pero el mar, que estos altivos
Peñascos quiere exceder
Y sus límites nativos,
Sin duda os quiere prender
Por pescados fugitivos.

CELIA.

¿Lindo bellaco!

TRISTAN.

¿Yo lindot?

CELIA.

¿Tú conmigo españolizas?

FENISA. (Á Lucindo.)

Digo, mi bien, que me rindo.

LUCINDO.

Esta humildad solenizas.

FENISA.

Dime tu nombre.

LUCINDO.

Lucindo.

FENISA.

Si nombre de luz tenias,

¿Qué mucho que me encudieses?

LUCINDO.

Las desconfianzas mias

Querría que conocieses.

FENISA.

Español, ¿tú desconfías?

LUCINDO.

Pues ¿no ha de desconfiar

Un forastero?

FENISA.

No sé...

¿Nunca yo viniera al mar,

Pues otro en su playa hallé,

Donde me pienso anegar!

LUCINDO.

¿Que te he parecido bien?

FENISA.

No sé cómo te encarezcan

Estos mis ojos tan bien

Ese tallo, sin que crezcan

Las aguas del mar que ven.

Pere ¿qué digo? No mas.

Loca estoy. Hombre, ¿qué es esto?

¿Jesus! ¿qué hechizos me das?

LUCINDO.

¿Tan presto!

FENISA.

¿Ay Dios! véte presto.

—Mas, espera; ¿adónde vas?

LUCINDO.

A la posada: es forzoso.

FENISA.

Si por mis deudos no fuera,

Dulce español generoso,

En mi casa te la diera,

Como en el alma es forzoso.

Pero bien podrás entrar

Con decir que de mi hermano

Sabes nuevas.

LUCINDO.

¿Que hay lugar?

FENISA.
Sígueme.
LUCINDO.
Dame esa mano;
(Que te la quiero besar.
FENISA.
Espera. A Celia hablaré,
Para que avisada esté.
LUCINDO.
Y yo á este criado mio.
FENISA.
Celia...

CELIA.
Señora...
FENISA. (Ap. á Celia.)
Conño
Que lo que buscaba hallé.
No ha venido forastero
A Sicilia en muchos años,
Mercader ó caballero,
Donde puedan mis engaños
Pescar tan lindo dinero.
Una nave trae cargada
De paños, medias y rasos.

CELIA.
¿Hate dicho la posada?
FENISA.
Ya la sé.
CELIA.
Dichosos pasos,
Y tarde bien empleada!
Y ¿qué modo de hombre es él?
¿Es novicio moscate!
O discreto vergonzoso?
¿Procede á lo generoso?

FENISA.
Cayó como mosca en miel.
Dífele cuatro dulzuras,
Encarecile su tallo,
Y está mortal.

CELIA.
¿Qué procuras?
FENISA.
El cuerpo en cueros de jallo,
Y el alma con mataduras.
Tápate y vamos de aquí,
Porque nos venga siguiendo.
(Vanse las dos.)

ESCENA V.

LUCINDO, TRISTAN.

TRISTAN.
¿Eso te ha pasado?
LUCINDO.
Sí.
TRISTAN.
¿Qué mujer es?
LUCINDO.
No lo entiendo.
TRISTAN.
Mas ¿que se burla de ti?
LUCINDO.
De mí! Pues ¿qué me ha tomado?
TRISTAN.
¿Qué piensas tú que es mirar
Y hablar tierno y regalado?
Escrituras de pagar
Lo que se hubiere gozado.
Y para que no te asombre
Esta mi nueva opinión,
Advierte que hablando un hombre
Con las mujeres que son
Deste trato y deste nombre,
Los ojos están diciendo:

«Sepan cuantos esta vieren
Que nos estamos rindiendo,
A pagar cuanto quisieren
Los que nos están vendiendo.
Y renunciarnos las leyes
Que al discreto dan los reyes,
Y al galán por su decoro;
Mas no sé si las de Toro;
Que donde hay labranza, hay bueyes.
Solamente mientras trata
La de la *non numerata*
Pecunia queda en su fuerza.»

LUCINDO.
Aquí, Tristan, ¿quién me fuerza,
Quién me obliga, quién me mata?
Si dije que iría tras ella
Fué porque la vi tan bella;
Pero también puede ser
Una principal mujer
Y alguna ilustre doncella.

TRISTAN.
Doncella y ilustre no;
Que mujer que tiene lustre,
Con alguno se le dió.

LUCINDO.
Pues siendo una dama ilustre,
¿Qué pierdo en servirla yo?

TRISTAN.
¿Dama ilustre junto al mar?
LUCINDO.

¿No pudo salir á ver?
TRISTAN.
Pudo salir á pescar:
Buscona debe de ser.
Mas ¿que te ha de rebuscar?

LUCINDO.
Ahora bien: ¿qué puede hacer
Esta mujer, si es mujer
Que busca?

TRISTAN.
Notable daño,
Porque de su falso engaño
Todo se puede creer.

LUCINDO.
¿Es tomarme mi dinero?

TRISTAN.
Y eso ¿es poco?

LUCINDO.
No he vendido,
Puesto que vender espero,
Lo que á Sicilia he traído.

TRISTAN.
Tú eres lindo majadero.
¿No se lo darás despues?

LUCINDO.
No la veré despues.

TRISTAN.
Vamos;
Que apenas mueve los pies,
Para que no la perdamos.
—Pero temo que le des
El dinerillo que llevas.

LUCINDO.
Guarda tú la bolsa allí.
TRISTAN.
Muestra.—Pero no te atrevas
A dar la cadena.

LUCINDO.
Está
Con llave y con guardas nuevas.

TRISTAN.
Quitatela, por mi vida.

LUCINDO.
Toma, guárdala también,

TRISTAN.
No te enfades que te pida
Esas dos sortijas.

LUCINDO.
Bien.
TRISTAN.
Es esa piedra escogida;
Que el decir que los amantes
Tiran por las calles piedras,
Es por piedras semejantes;
Que una piedra tales hiedras
Son á consumir bastantes.

LUCINDO.
Eso se suele entender
Porque locos suelen ser.

TRISTAN.
Otro sentido has de darme.
Diamantes echa en la calle
Quien sirve una vil mujer.

LUCINDO.
Sin diamantes ni dinero
Y sin cadena voy.

TRISTAN.
Vamos;
Que si mar la considero,
Con causa nos desnudamos
Para pasarla primero.
(Vanse.)

ESCENA VI.

DINARDA, de camino, en hábito de
hombre; BERNARDO, FABIO.

DINARDA.
Parece que escupe el mar
Muchachos á la ribera.

BERNARDO.
La tierra sé que me espera,
La tierra quiero besar.

FABIO.
Es madre la tierra, en fin,
Y como madre sustenta.

DINARDA.
¿Qué temeraria tormental

BERNARDO.
No te faltara un delfín,
En quien ballaras ventura,
Que te sacara del mar,
Como al otro por cantar,
A ti por tanta hermosura.

DINARDA.
¿Qué habemos de hacer los tres,
Ya que á Sicilia llegamos,
Sin dineros y sin amos?

BERNARDO.
Servir.

DINARDA.
¿Servir?
BERNARDO.
Servir pues.
DINARDA.

Yo pienso hacernos soldado
Y sueldo de rey tirar.

FABIO.
Yo no me pienso soldar,
Porque nunca fui quebrado;
Pero si hay un capitán,
Le llevaré la jineta.

BERNARDO.
Por Dios, que es cosa sujeta.
FABIO.
Cuantos nacieren lo están.

BERNARDO.
¿Cuántos nacieron?

FABIO.
SÍ.

BERNARDO.
¿Cómo?

FABIO.
El rey sirve de ser rey,
De hacer justicia, dar ley;
El señor, de mayordomo,
De camarero, de ser
Gentilhombre ó de la boca,
O el oficio que le toca
A su pesar ó placer;
El prelado de acudir
A su iglesia diligente,
Al gobierno el presidente,
El oidor también á oír;
El alguacil á prender,
El alcalde á castigar,
El que es letrado á abogar,
A defender ú ofender;
Al proceso el escribano,
Al enfermo el que es doctor,
El oficial al señor,
Y al hidalgo el que es villano;
La casada á su marido,
A su padre la doncella,
Y el padre la sirve á ella
En la comida y vestido.
Mas ¿de qué sirve alargarse?
¿Quién hay que no sirva aquí
En darse á comer á sí,
En vestirse y desnudarse?
Diógenes con ventaja
Solamente no sirvió;
Pero dicen que vivió
Metido en una tinaja.

BERNARDO.
Verdad es que á sí ó alguno,
Todos sirven; mas quisiera
Que entre los tres no sirviera
Ninguno, Fabio, á ninguno.
Los tres somos españoles,
Que en saliendo de su tierra,
O sea en paz ó sea en guerra,
Se hacen príncipes y soles.
Hagamos lo mismo acá,
Y pues de España venimos,
Parezcamos lo que fuimos.

DINARDA.
Bien dice.

FABIO.
Bien dicho está.
Oíd, echemos los tres
Suertes quién será el señor,
Y al que saliere, en rigor
Sirvan los dos.

DINARDA.
Justo es.

BERNARDO.
Añadirémosle un don,
Dirémos que es caballero,
Y aunque con poco dinero,
Tendrá mucha presunción.
Acudirá á los soldados,
Acompañará al Virey,
Darle ventaja el Rey
Y las pagas de criados,
Con que alguna principal
Mujer de Sicilia venga,
Donde por ventura tenga
Ventura á español igual.
¿Qué os parece?

DINARDA.
Que parece

Hombre de Toledo en fin.

BERNARDO.
¿No es mejor que un amo ruin?

DINARDA.
Digo que sí treinta veces;
Porque, en efeto, es servir
A un bellaco mentecato,
Que á tres holas tire un plato.

FABIO.
Sí; pero habeis de advertir
Que en entrando en la posada,
Juntos hemos de comer;
Porque señor no ha de haber,
Si está la puerta cerrada.

DINARDA.
Bien dicho.

BERNARDO.
Pues va de suerte.
Tres reales tengo aquí.

FABIO.
¿Son de España todos?

BERNARDO.
Sí.

DINARDA.
Pues bien: ¿de qué nos advierte?

BERNARDO.
Ponlos en este sombrero.
El uno es real castellano,
El segundo valenciano,
Y de Navarra el tercero;
Quien sacare el de Castilla,
Ese es rey.

FABIO.
Meto la mano.
Yo he sacado el valenciano.

BERNARDO.
Perdiste.

FABIO.
No es maravilla.

BERNARDO.
Saca tú.

DINARDA.
Saco.

FABIO.
El que queda

Me toca.

DINARDA.
Y ser dueño á mí.

FABIO.
¿Es el de Castilla?

DINARDA.
Sí.

FABIO.
El premio te se conceda.

BERNARDO.
Sea en buen hora el señor.

FABIO.
Bien está empleado en tí;
Que aunque me cayera á mí,
No fuera el gusto mayor.

BERNARDO.
Por muchos años y buenos.
Seas dueño de los dos.

DINARDA.
Para servirlos por Dios,
Puedo decir á lo menos.

FABIO.
Con mil razones la suerte
Cayó en tu gentil persona.

DINARDA.
Quita el gentil, y perdona.

BERNARDO.
Va de nombre.

DINARDA.
Venga.

BERNARDO.
Advierte.

Haste de llamar don Juan.

DINARDA.
¿De qué?

BERNARDO.
Escoge.

DINARDA.
Escoger quiero;
Que no será yo el primero.

FABIO.
Famoso nombre es Guzman.

DINARDA.
Tómasele ya quien quiera.

FABIO.
Será Mendoza.

DINARDA.
Peor;

**Que no hay morisco aguador
Que no se enmendoce.**

BERNARDO.
Espera.

¿Quieres Sandoval ó Rojas,
Manrique, Zúñiga, Lara,
Cárdenas, Enriquez?

DINARDA.
Pára;

Todo el calendario arrojas.
El Lara escojo no mas:
Don Juan de Lara es mi nombre.

BERNARDO.
Por Dios, que vas gentilhombre.

DINARDA.
¿Habeis de venir detrás?

BERNARDO.
Pues ¿eso dudas?

DINARDA.
Aquí
Se ve la industria española. —
¡Hola, pajes!

BERNARDO.
¿Señor!...

DINARDA.
¡Hola!

FABIO.
¿Señor!...

DINARDA.
Venid por aquí.
(Vase.)

Sala en casa de Fenisa.

ESCENA VII.
FENISA, CELIA, LUCINDO, TRISTAN.

FENISA.
Séntate, por vida mía.

LUCINDO.
¿No ves que es tarde, mi bien?

FENISA.
Lo que en mí es amor, también
En tí ha de ser cortesía.

LUCINDO.
Alégrame tanto el ver
Tu casa tan bien compuesta,
Que esto tengo por mas fiesta
Que sentarme.

FENISA.
Hazme un placer:

Que lo que te diere gusto
Lo laves á tu posada.

LUCINDO.
No me dará gusto nada

Con partido tan injusto.
¡Qué bella Cleopatra!

FENISA.

Bella,
Porque amando se mató;
Que ya por tí hiciera yo
Lo que por Antonio ella.

LUCINDO.

¡Qué bello Narciso!

FENISA.

¡Ay Dios!
No te mires como él;
Y si has de ser tan cruel,
Parezcámonos los dos,
Tú en decir amores tales,
Y yo en ser eco á tu llanto.
¡Ríete?

LUCINDO.

De oír me espanto
Que con Narciso me iguales.
Yo soy, Fenisa, mas hombre,
Que lindo, robusto y fuerte.—
¡Oh qué Porcia!...

FENISA.

De su muerte
No quiere amar que me asombre;
Que las brasas, los enojos
Con que muere, de amor loca,
Si le entraron por la boca,
Me entran á mí por los ojos.

LUCINDO.

¡Es este Adónis?

FENISA.

Ansí
Te imagino yo, viniendo
De caza.

LUCINDO.

¡Qué estás diciendo?
Que parezco al jabalí.
Y lo que aquí cierto es,
Es que eres Vénus hermosa,
Por cuya sangre la rosa
Nació de tus blancos pies.
Aquí está la griega Elena.

FENISA.

Y el mismo París en tí.

LUCINDO.

¡Buena cama!

FENISA.

Limpia sí,
Y por tu esperanza, buena.
Mas ¿cómo se me olvidó
Regalarte!...

LUCINDO.

Deja agora
Regalos.

FENISA.

¡Celia!

CELIA.

Señora...

FENISA. (Ap. á Celia.)

Este ¿es mentecato?

CELIA.

No.

FENISA.

Pues ¿qué sientas?

CELIA.

Que es discreto.

FENISA.

¿En qué lo has visto?

CELIA.

En que ya

Viene sin cadena acá.

FENISA.

No lo advertí, te prometí.

Quedo; sin cadena viene.
El es bellaco.

CELIA.

Y ¡qué tal!
Lo que intentas saldrá mal.

FENISA.

¿Por qué?

CELIA.

Gran defensa tiene.

FENISA.

Engañar, Celia, un cuitado
Barbi-tonto, boqui-necio,
No fuera hazaña de precio
Ni digna de humor taimado;
Pasar un ingenio agudo
Es lo que se ha de estimar.
¿Cadena sabe guardar?

CELIA.

Y que se la pesques dudo.

FENISA.

Estudiar con mas cuidado;
Que engañar á un cauteloso
Es pleito dificultoso
Que hace estudiar al letrado.
Abreme esa librería
De engaños, trazas y enredos.

LUCINDO. (Ap. á Tristán.)

¿Qué temes?

TRISTAN.

Tengo mil miedos
A tu humor y cortesía.
¡Guarda! que te ha de engañar.

LUCINDO.

¿En qué, pues tienes el oro?

FENISA. (Ap.)

Circo, tu deldad imploro.

CELIA.

¿El cazo quieres gastar?

FENISA.

Vé por el primer anzuelo.
(Alto.) Traigan aquí colación.
(Vase Celia.)

ESCENA VIII.

FENISA, LUCINDO, TRISTAN.

FENISA.

Siéntate, amores.

LUCINDO. (Ap. á Tristán.)

Que son
Términos nobles recelo.
¿Qué he de perder en sentarme?
(Siéntanse en dos sillas.)

TRISTAN. (Ap. á su amo.)

¿Ya te sientas?

LUCINDO.

Calla, loco.

FENISA.

Háblame, mi vida, un poco;
Que está en tu mano alegrarme.

LUCINDO.

¿Qué te diré?

FENISA.

Que me quieres,
Aunque sientas.

LUCINDO.

No estoy muerto;
Mas bien te quiero, por cierto.

FENISA.

¿Por cierto? ¡Oh, qué lindo eres!
¿Qué es por cierto? ¡Tú eres, di,
Español?

LUCINDO.

Pues ¿no lo ves?

FENISA.

El por cierto no lo es;
El tallo y la lengua sí.
Yo aseguro que en mil años
No ha pasado otro por cierto
A Italia.

LUCINDO.

Que soy, te advierto,
Nuevo por reinos extraños.

FENISA.

Bien pareces de Valencia.

LUCINDO.

Somes muy tiernos allá.

FENISA.

El por cierto lo dirá.
Jura luego en mi conciencia,
Y queriendo encarecer
Lo que á darte gusto cuadre,
Di, por vida de mi madre;
Que bien será menester.
Vesme estar desatinada,
Y cuando desto te advierto,
Me respondes un por cierto
Envuelto en agua rosada!
No, español, yo no te agrado,
O tú quieres bien allá,
Y ausencia pena te da.
Oye: ¿estás enamorado?
Por mis ojos, por los tuyos,
Por los de amor, aunque ciegos,
Que te muevas á mis ruegos
Y me encarezcas los suyos.
¿Son negros, garzos ó azules?
¿Qué pelo, qué humor, qué tallo?
¿Pensaste agora en su calle?
Ea, no lo disimules;
En Valencia estás agora.
¿Qué hay nuevo en Valencia? Diga.
TRISTAN. (Ap.)

¡Oh socarrón!

LUCINDO.

Mi amiga,
Toda Valencia os adora.
Esto hay de nuevo; y si allá
Algun gusto me entretuvo,
Hasta veros vida tuvo.
Y porque os vi, muerto está.
Una mujer me quería
Dar á su madre por suegra,
Entre blanca y pelinegra,
Y el ingenio argentina.
Enviámonos las almas
En papeles cuatro meses;
Con requiebros portugueses
Trayendo este amor en pañales.
Vila en una huerta un día,
Mas cerca, menos hermosa;
Habléla, y la ballé enfadada;
Toquéla, y estaba fría.
Sali con menos pasión;
Y ofreciéndose esta ausencia,
No dejé cosa en Valencia,
Fuera de la obligación.

FENISA.

¡Ay de mí! ¿cómo era cierto!
¿Que hombre que á mí me agradase,
Otra amase, y me tratase
Con traición?

LUCINDO.

Oye.

FENISA.

Hasme muerto.

LUCINDO.

¿Lloras? El hemzo desvia.
TRISTAN. (Ap.)
¿Hay semejante bellaca?

LUCINDO.
El sol de esas nieblas saca,
Regalada prenda mía;
No me des esos enojos.

FENISA.
A fe que tiene él acá
Prendas que trujo de allí.

LUCINDO.
Tormento me dan tus ojos,
Verdades me hacen decir,
Mil jarros de agua me dan.

FENISA.
¿Donde las prendas están?

TRISTAN.
¿Hay tan notable fingir?

FENISA.
A fe que era la cadena.
Por eso se la quitó:
No lloro sin causa yo.

LUCINDO.
¿La cadena te dió pena?

TRISTAN. (Ap.)
El se ablanda: ¡vive Dios,
Que la cadena se anega!

LUCINDO.
Oye, mi vida, y sosiega.

TRISTAN. (Ap.)
Cadena, volved por vos.

LUCINDO.
Como no traigo dinero,
Hasta vender, la envíe
Con Tristan...

TRISTAN.
Yo la llevé
En casa de un caballero.

FENISA.
Y ¿qué dinero te dió?

TRISTAN.
No estaba en casa, y dejéla.

FENISA.
(Ap. El picarán me desvela;
Pero destos pesco yo.)
¿El dinero te ha faltado?—
¿Celia!

ESCENA IX.

CELIA; y despues, LISEO, ESTACIO
Y UN ESCUDERO.—DICHOS.

CELIA. (Dentro.)
Señora...

FENISA.
¿No vienes?
(Sale Celia con dos criados, con una
conserva, paño al hombro, taza y
salsa.)

CELIA.
Aquí la conserva tienes.

FENISA.
Come, mi vida, un bocado.—
Vé, Celia, y sácame aquí
El escritorio pequeño.—

(Vase Celia.)
Melindres come, mi dueño,
Del alma que vive en tí.
Come; que ya eres señor
Desa casa.

TRISTAN. (Ap.)
¿Qué criados
Tan bien puestos, tan honrados!

LUCINDO. (Ap. d su criado.)
Tristan...

L.—M.

TRISTAN.
Señor...

LUCINDO.
Grande error
Es no creer que esta dama
Es persona principal.

TRISTAN.
Hasta agora pensé mal
De sus obras y su fama.
Digo que pido perdon.

FENISA.
¿No hebes?

LUCINDO.
Dénme á beber.

TRISTAN. (Ap. d su amo.)
Necio has estado en comer.

LUCINDO.
Calla; que ha sido invencion;
Que el bocado que cogí,
Le guardé en el lienzo.

TRISTAN.
Bien.

LUCINDO.
Y luego fingí tambien
Que le comí.

TRISTAN.
¿Bebes?

LUCINDO.
Sí.

TRISTAN.
No bebas.

LUCINDO.
¿Qué puede haber
En el vino?

TRISTAN.
Mucho mal.

FENISA. (Ap.)
No ha comido. ¿Hay cosa igual?
Demonio debe de ser.

LUCINDO.
Agua bebo.

FENISA.
Agua le dén.

LUCINDO. (Ap.)
En agua no habrá sospecha.

FENISA. (Ap.)
Este mi engaño sospecha,
Y hele de engañar mas bien.

ESCENA X.

CELIA, con un escritorio pequeño.—
LUCINDO, FENISA, TRISTAN, LOS
CRIADOS Y EL ESCUDERO.

CELIA.
Ya el escritorio está aquí.

FENISA.
Llégamele luego acá.

CELIA.
¿Tienes la llave?

FENISA.
Aquí está;

Que en la manga la metí.

LUCINDO.
¿Qué tienes ahí?

FENISA.
Estos dias
Muy desproveldo está.

Bagatelas son, que allá
Soleis llamar niherías.

Estos son guantes: bien puedes
Tomar estos quatro pares.

LUCINDO.
¿Son de ámbas?

FENISA.
Sí. No repares.

LUCINDO.
Hácesme dos mil mercedes.

FENISA.
Pastillas has menester.
No son limpias las posadas.
Seis docenas extremadas
Me envió una monja ayer.
Toma, en ese papel van.
¿Qué tengo yo mas que darte?

LUCINDO.
¿Con qué puedo yo pagarte?—
Perdidos vamos, Tristan. (Ap. d él.)

TRISTAN.
En extraña confusion
Te ha puesto aquesta mujer.

FENISA.
Medias solia tener
De Nápoles.

LUCINDO.
Buenas son.

FENISA.
Tristan...

TRISTAN.
Señora...

FENISA.
Aquí van

Los pares.
TRISTAN.
Guárdete Dios.

FENISA.
Tambien las hay para vos;
Tomad.

LUCINDO.
¿Qué es esto, Tristan?
(Ap. d él.)

TRISTAN.
¿Qué ha de ser? Indias cifradas
En escritorios de amor.

LUCINDO.
Hácesnos tanto favor,
Que están las manos turbadas.

FENISA.
Toma este bolsillo.

LUCINDO.
Beso

Tus manos. Escucha.

FENISA.
Dí.

LUCINDO.
Dineros suenan aquí,
Y lo mismo dice el peso.

FENISA.
Cien escudos hallarás
Mientras no tienes dinero;
Y por lo que yo te quiero,
Que vayas pidiendo mas;

Que cuando muchos te sobren,
Me los pagarás, si quieres.

LUCINDO.
Hija de Alejandro eres.

TRISTAN.
Yo te juro que se cobren.

ESCUDERO. (Ap. d un criado.)
¿Qué pez es este?

LISEO.
No sé.

ESTACIO.
Un mercader valenciano.

LISEO.
Ganando va por la mano.

CELIA.
Perderáse por el pié.
ESTACIO.
Pues que Fenisa le fia,
Hipotecado tendrá.
LUCINDO.
Mi señora, tarde es ya,
Y también la hacienda mía
Quiere un poco de cuidado.
FENISA.
El cielo vaya contigo.
¡Haste de acordar, amigo,
Del alma que me has llevado!

LUCINDO.
Cadenas de obligaciones
Me acordarán mi ventura,
Pues sin las de tu hermosura,
En las que llevo me pones.
Pienso que sabré pagarte,
Aunque si esta nave fuera
De oro puro, no pudiera
Deste bien mínima parte.
¡Ojalá fueran sus jarcias!
Cuerdas de perlas de Oriente,

El corredor de su popa
Fuera de diamantes hecho,
De historias varias el techo,
Del pincel mejor de Europa;
Y para arrastrar en faldas
De tu ropa ricas telas,
Fueran brocado sus velas,
Sus árboles de esmeraldas,
La jarela de cadenas,
Los trinquetes y mesanas
De rubies como granas,
Y de coral las entenas!
Esta te diera en presente,
Y en la mitad del fogon
Pusiera mi corazón,
Porque ardiera eternamente.

FENISA.
Guárdeteme Dios mil años.—
¡Hola! Acompañalde todos.

LUCINDO. (Ap. á Tristan.)
¿Qué es esto?

TRISTAN.
Notables modos...
LUCINDO.

¿De qué?
TRISTAN.
De amor ó de engaños.
LUCINDO.

(Yo presumo que es amor;
Que amor en obras se ve.

TRISTAN.
En el fin te lo diré;
Que allá se sabrá mejor.
(Vase Lucindo, Tristan, el escudero
y los criados.)

ESCENA XI.

FENISA, CELIA.

CELIA.
A mucho te has atrevido.
FENISA.
Esta es ganancia segura.
CELIA.
Así Dios me dé ventura,
Que pienso que te ha entendido.
LUCINDO.
Pues ¿qué gusto puede haber
Como avisar y engañar?

4, 5 Los versos apellidos entre redondillas.

ESCENA XII.

**EL CAPITAN OSORIO; DINARDA, en
hábito de hombre; BERNARDO, FA-
BIO.— FENISA.**

OSORIO.
¿Puedo entrar?
FENISA.
Puedes entrar.
OSORIO.
Un huésped traigo á comer.
DINARDA.
Vuesamercé, mi señora,
Me tenga por su criado.
FENISA.
Seals, Señor, bien llegado.
¿Es de España?

OSORIO.
Y llega agora.
FENISA.

¿Caballero?
OSORIO.
¿No lo ves?
FENISA.
¿El nombre?
OSORIO.
Don Juan de Lara.
FENISA.

Buena cara.
OSORIO.
Llada cara.
DINARDA.
Partí de España habrá un mes;
Llegué á Sicilia en el día
De mi vida mas dichoso,
Pues veo ese rostro hermoso.

FENISA.
Estimo la cortesía.
¿A qué venis?

DINARDA.
A servir
Al Rey con los alimentos
De padre y madre avarientos,
Hasta quererse morir.

FENISA.
Dios los despache á su cielo.
DINARDA.

Pajes...
BERNARDO.
Señor...

DINARDA.
Responded.
FABIO.

Amén.
DINARDA.
Notable merced

Me hiciera.
FENISA. (Ap.)
¿Gentil mozolet?
DINARDA.

Llegué á un corro de soldados,
Hallé al señor capitán,
Que es de mi tierra, y que están
Deudos con deudas casados.
Ofrecíome su posada,
Y para mayor favor
Me trujo aquí.

FENISA.
Obliga á amor
Ver vuestra persona honrada.
No hay cartas mas afectivas,
Para que el favor se halle,
Que la buena cara y tallo.

OSORIO.
Comamos, Celia, así vivas.
CELIA.
Ya está todo prevenido.
BERNARDO. (Ap. á su compañero.)
Fabio...

FABIO.
¿Qué?
BERNARDO.
Ya la picaña
Se inclina al humor de España.
FABIO.
Hablándose están de oído.
BERNARDO.
En entrándose, me llevo.
FABIO.

¿A quién?
BERNARDO.
A la Francisquina.

FABIO.
Mas ¿que tenemos mohina?
BERNARDO.

Aqueso niego y reniego;
Que está la mujer por mí
Desde que el umbral pisé.
OSORIO. (A Fenisa.)

¿Ya me dais celos?
FENISA.
¿De qué?

Vos me enseñais cortesía.
OSORIO.
Vamos; que yo gusto mucho
Que honreis al señor don Juan.
DINARDA. (Ap.)

Tiernas las hembras están.
FENISA.
Escucha, Celia. (Ap. á ella.)

CELIA.
Ya escucho.
FENISA.

¿Notable español!
CELIA.
Gallardo.

FENISA.
En mi vida tuve amor;
Pero ya fuera mejor
No haberle visto.

CELIA.
Eso aguardo.
FENISA.

De Sevilla díes que es.
CELIA.

Es gente en extremo airosa.
FENISA.

Fuera de la cara hermosa,
Me matan piernas y piés.
CELIA.

Tienes lindo gusto.
FENISA.

El mío
Este despejo procura;
Que del hombre la hermosura
Consiste en piernas y brio.

OSORIO.
Venid, don Juan, á comer.
DINARDA.

Pajes...
BERNARDO.
Señor...
DINARDA. (Ap. á los pajes.)
¿Bueno val

BERNARDO.
¿Pica?
DINARDA.
Picada está ya...
Aunque fué sin alfiler.

ACTO SEGUNDO.

Habitación de Lucindo.

ESCENA PRIMERA.

LUCINDO, TRISTAN.

LUCINDO.
No te congoje, Tristan,
Que entre y salga quien quisiere;
Parientes suyos serán.

TRISTAN.
Por mí, sea lo que fuere
Este español capitan.
Bien sé que en un mes y mas
Que ninguna cosa das,
Y mil regalos recibes,
Seguro de engaños vives;
Pero de amor no lo estás.
Quien no da no tiene acción
A pedir celos, ni hacer
De agravios demostración;
Solo el dar en la mujer
Alcanza jurisdicción.
Ese al injusto adulterio
Del trato noble y sencillo
Puede llamar vituperio,
Porque tiene horca y cuchillo
Con su mero y mixto imperio.
Mas has de advertir también
Que la vas queriendo bien;
Y aunque no te cuesta nada,
¡Buena quedas, si se enfada
Y te trata con desden!
Que por ver que la desvía
De tu gusto otro interés
Que enriquecerla porfía,
Lo que no has dado en un mes,
Vendrás á darle en un día.

LUCINDO.
No pienso yo que Fenisa,
Tristan, por otro me deje;
Que eso de interés es risa.

TRISTAN.
Amor, obstinado hereje,
Las mismas verdades pisa.
El que en mujer se confía
Léjos está de discreto.

LUCINDO.
No ha sido la culpa mía:
Es la hermosura, en efeto,
Una breve tiranía.
Todos los sabios de Grecia,
Que vieran que una mujer
Cuanto es interés desprecia
Con hidalgo proceder,
Y que no es fea ni es necia;
Dígenes, ó Timon
Que jamás trató con gente,
Que vieran tanta afición,
Se rindieran tiernamente
Por amor á obligación.
Yo me resistí unos días;
Mas viendo tantas verdades,
Rendí mis vanas porfías.

TRISTAN.
Con razon me persuades.

LUCINDO.
Venció las sospechas mías.
TRISTAN.
Al principio fué el error.
LUCINDO.
No le pude hacer mayor
Que no retirarme luego.

TRISTAN.
Estando cerca del fuego,
Era forzoso el calor.

LUCINDO.
Si con la razon se mide,
No lo será que te asombre;
Que ¿cómo, hasta que le olvide,
Ha de retirarse un hombre
De una mujer que no pide?
Digo que si á mí me hicieren
Regalos, mientras me dieran
Y de pedirme se extrañen,
Doy licencia que me engañen
Cuantas mujeres quisieren.

TRISTAN.
No reprehando el entrar
En su casa, pues no hay dar
El valor de un alfiler...

LUCINDO.
Pues ¿qué dices?

TRISTAN.
El querer.

LUCINDO.
No lo he podido excusar.
Es bellísima, Tristan;
Y es justo que consideres
Partes que en el alma están.
La hermosura en las mujeres
Es gracia que á todos dan.
El villano y el señor
Ven la hermosura exterior;
La mas cuerda ó la mas loca
Para cualquiera se toca,
Pues ha de verla en rigor.
Sola una vez la hermosura
Goza el que llevó la palma;
Lo que es nuevo poco dura,
Lo que es secreto es el alma:
Esta el amor asegura.
Esta se muestra en el trato,
Deste nace mi afición;
Ya no hay amar con recato;
Que tras tanta obligación
Fuera baja de ingrato.
Yo la adoro, porque sé
Que es verdadero su amor.
Ya por esta puerta entré:
De interés competidor
No es bien que celoso esté.
Este español capitan,
Y otros que entran en su casa,
Ninguna pena me dan,
Porque es cosa que no pasa
De conversacion, Tristan.
Fuera de que yo he venido,
Y me iré cuando quisiere,
Gustoso y entretenido.
Adonde verla no espere,
Y el ausencia cause olvido.
Contaré en Valencia el cuento
A los amigos y damas
Con grande gusto y contento...

TRISTAN.
Con razon cuento le llamas.

LUCINDO.
¿Llamaron?

TRISTAN.
Sí.

LUCINDO.
Gente atento.

ESCENA II.

CELIA, con manto; EL ESCUDERO,
con un tabaque cubierto con un ta-
fetán. — Dichos.

CELIA.
¿Qué descuidado estarás
Desta visita!

LUCINDO.
Jamás,
Celia, lo estoy de tu dueño.

CELIA.
Allá nos quitas el sueño,
Y acá sin memoria estás.
Mas ¿que agora te levantas?

LUCINDO.
No duermen los mercaderes
Tanto, y mas con penas tantas.

CELIA.
¿Penas, si adorado eres?

LUCINDO.
¿De que las tenga te espantas?

CELIA.
Quisiera, para un presente
Que traigo, hallarte acostado;
Y este viejo impertinente
Tan tarde se ha levantado,
Como ya ni ve ni siente,
Que á mediodía he venido.

ESCUDERO.
Siempre me culpas á mí
De tu descuido y olvido.

LUCINDO.
¿Qué traes, mi Celia, aquí?

CELIA.
Sels camisas te he traído.
Mira ¡qué flamenca Holanda!
Pues no pienses que esto es randa;
Todo es fina cadeneta
De la aguja mas perfeta
Y de la mano mas blanda.

LUCINDO.
De la limpieza lo arguyo.

CELIA.
Este es corazon.

LUCINDO.
Y ¿cuyo?

CELIA.
De quien te le tiene dado;
Que mas puntas que ha labrado,
Le quedan pasando el suyo.
Mandóme que te vistiese
La mejor, y te dijese
Que ¡ojalá que ella pudiera
Servirte de camarera!
Y que un abrazo te diese.

LUCINDO.
Ese te daré yo agora,
Y á aquella tan gran señora
Iré á llevarle despues
Mil besos, para los piés
De donde nace el aurora.
Trae, Tristan, esa pieza
De tela, que Celia lleve
A su celestial belleza;
Que es encarnada, y su nieve
Tendrá mayor gentileza.

TRISTAN.
Yo voy.

CELIA.
Detente, Tristan;
Que sé que me matarán
Si la llevo.

LUCINDO.
¿Cosa extraña!

Mucho Fenisa se engaña;
Porque cuantos aman dan.
Y esto no fuera interés;
Que fuera señal de amor.

CELIA.

Este es su gusto: después
Podrás reñirla mejor,
Cuando en sus brazos estés.

LUCINDO.

Ya que ella es de condición
Tan esquiva, tú bien puedes
Tomar en esta ocasión
Estos escudos.

CELIA.

Mercedes
Como de tus manoz son.
No los he de recibir.

LUCINDO.

Pues aquí no lo verán.

ESCUDEÑO.

Las paredes lo dirán;
Que todas saben oír.

LUCINDO.

¡Notable mujer, Tristán!

TRISTAN.

Paintar en el viento quiero,
Y un monte soberbio entero
De átomos del sol hacer,
Pues he visto una mujer
Enemiga de dinero.
Antes pensé que la mano
Un letrado, un alguacil,
Un médico, un escribano,
Un barbero, un cirujano
Huyera al darle dinero,
Que una dueña quintañona
Y un reverendo escudero.

LUCINDO.

Todo Fenisa lo abona;
Con justa causa la quiero.
Dile, Celia, que esta tarde
La iré a ver, y que me aguardo
Con el deseo que estoy.

CELIA.

A pedir albricias voy.

LUCINDO.

El cielo, Celia, te guarde.
—Pero ¿qué miras?

CELIA.

Tu cama.

Me mandó mirar mi ama
Si señal se puede ver
De haber dormido mujer.

LUCINDO.

¿Celos?

CELIA.

Tienes mala fama.
También para que mirase
Las sábanas y almohadas,
Porque de allá te enviase
Unas de aljófar labradas.

LUCINDO.

¡Grande amor!

CELIA.

Por celos pase;
Que está ya que es compasión
Con tanta cara la triste.

LUCINDO.

Conozco mi obligación.
Adios.

CELIA.

Adios.

TRISTAN.

Tú naciste

De plác.

LUCINDO.

Mis venturas son.
(Vase.)

Patio en casa de Fenisa.

ESCENA III.

ALBANO, CAMILO,

CAMILO.

¿De qué os hacéis tantas cruces?

ALBANO.

¿No me tengo de espantar?
¿A qué mas pueden llegar
Unos brios andaluces?

CAMILO.

Luego ¿dais en que es mujer?

ALBANO.

Si no es mujer, estoy loco.

CAMILO.

No será mucho.

ALBANO.

No es poco,
Si ya no hay mas que perder.

CAMILO.

Vos ¿no veis que es desatino
Ver un manco y decir
Que es mujer?

ALBANO.

¿Quién puede ver

La fuerza de su destino?
En la mas bella ciudad
Que mira el sol en Europa,
Pues todo el oro que cria
Es para hacerle corona;
En la gran puerta de España,
Pues abriéndola dos flotas,
Entra por ella el gobierno
Universal para todas;
En Sevilla, y en la calle
Baños de la Reina mora,
Nació Dinarda, Camilo.
Tú juzgarás si es hermosa;
Que yo desde que la vi,
Juzgaba que della sola
Hiciera Zénxis de Elena
La estampa maravillosa.

Servilla, y después de un año
De paseos y de rondas,
Papeles y diligencias
De terceras cautelosas,
Rindióse á solo escribirme;
Que si dijera otra cosa,
A mi verdad y á su sangre
Haría ofensa notoria.

Todo aqueste amor fué en letras
Que á letra vista se cobran;
Mas no se pagó ninguna,
Aunque se acetaron todas.
No hay destino tan dichoso
Que no corte y interrompa
El acelerado rayo
De una estrella rigurosa.

Tiene el duque de Medina
(Ya entenderás que es Sidonia)
Junto á su casa en Sevilla

Un corredor de pelots.
Como era todo en un barrio,
Frecuentaba á todas horas
Su juego, ó viendo ó jugando;
Que va esta edad por la posta.

Tiene aqueste corredor,
No en frente, sino en la popa,
Las armas de los Guzmanes,
Y sobre el timbre y las hojas,
Que con diversos penachos
Cercan el escudo y orlas,
Al gran don Alfonso Perez
De Guzman, que el Bueno nombran,
Sobre el muro de Tarifa,
Que al moro la daga arroja
Para que mate á su hijo
(¡Divina hazaña española!);

Y debajo de las armas
Aquella sierpe espantosa
Que mató en Africa, haciendo
La hazaña de Hércules corta.
Entra por la boca el asta,
Sale por las duras conchas
El hierro bañado en sangre,
Cifre el escudo la cola.
Estas armas, timbre y sierpe,
Que aquesta pared adornan,
Un día estaba mirando
Grande juventud ociosa;
Porque acabado un partido,
Y desde una parte á otra
Peloteándose andaban,
Por ser la tarde lluviosa.
Dió un caballero á la sierpe
Un pelotazo en la boca,
Y dijo: «En Africa había
Una contienda dudosa
Sobre quién mató esta sierpe;
Pero sepan desde agora
Que yo la he muerto, pues hay
Testigos desta pelota.»
Respondí, aunque era de burlas,
Por la afición que me toca
A la casa de Medina:
«Cuando el moro hurtó la honra
En Africa á don Alonso,
Esta sierpe venenosa
La boca le mandó abrir;
Faltó la lengua; mas dióla
Don Alonso; y así el moro
Perdió el crédito y la joya.
—Miraré yo si la tiene.»
Me replicó. Yo, la cólera
Revuelta, asile del brazo
Y dije: «Lo dicho sobra;
Que el Guzman que tiene allí
La daga, si hurtais su gloria,
Os la tirará á los pechos.»
Mira qué ocasion tan loca!
Era su mayor amigo
Un hermano de la diosa
Que idolatraban mis ojos,
Pues fui de los suyos Troya.
Llegó y dijo: «Si esta sierpe
Saliera echando ponzoña
De donde la veis pintada,
Alguno que aquí blasona
Huyera, mientras mi primo
La despedazaba, y rota,
Honrara también sus armas
Como al Guzman de Sidonia.»
Respondí, sin reparar
En amor ni en otra cosa:
«Pues veamos quién la mata,
Quién huye ó quién se alborota;
Que yo quiero ser la sierpe
De Guzman, aunque Mendoza.»
Dije, y alzando la pala
Antes de sacar la hoja,
Le di con ella en los pechos;
Y como si la persona
Del mismo Guzman saliera
A la defensa forzosa,
Despejan el corredor,
Donde tras esta deshonra
Salieron heridos tres,
Y yo con justa victoria.
Mis padres, deudos y amigos,
Por excusar la discordia,
Que ya en todos se engendraba,
Por discreto acuerdo toman
Que me pase á Sicilia,
Y por cartas me acomodan
Con el de Feria, virey
De aquestas islas famosas,
Donde el ausencia y el tiempo,
Que cuanto quieren transforman,
Mudándose de Dinarda,
De Fenisa me enamoran,

En cuya casa hoy he visto
Este español, esta sombra,
Que si no es ella, una estampa
Las hizo. Esta fué mi historia.

CAMILO.

Old; que salen los dos.
No paseis mas adelante.

ESCENA IV.

FENISA, DINARDA, BERNARDO,
FABIO. — DICHOS.

FENISA. (A Dinarda.)
¿No quieres tú que me espante
De tu desden?

DINARDA.

No, por Dios,
Sino estar agradecida
A la lealtad que he mostrado
Al Capitan.

FENISA.

Tú has vengado
Muchos de quien fui homicida.
Mas mira que pensaré
Que es miedo, y que no es lealtad.

DINARDA.

Sabe amor que esto es verdad.
Con él en tu casa entré,
El me trujo, él te ha servido.
¿No ves tú que no es razon
Que haga tan vil traicion
A un hombre tan bien nacido?
Si solo y por mí te viera,
¡Ay, Dios! ¡cuán bien me empleara!
¿Qué de veces te abrazara!
¿Qué de amores te dijera!
Mi ventura no lo quiso,
Sino que en este accidente
Fuesen tus ojos la fuente,
Y yo su loco Narciso.
Tántalo soy: ya me toca
El morir y enloquecer,
Pues no te puedo beber,
Teniendo el agua á la boca.

FENISA.

Bien puedes tú con secreto
Ser dueño de quien te adora.

DINARDA.

No me lo mandes, Señora;
Que soy noble te prometo.
Osorio me trujo aquí.
Débole amor y dinero.

FENISA.

Pagarte esas deudas quiere.
(Hablan bajo.)

CAMILO.

¿Es ella en efeto?

ALBANO.

Sí.

CAMILO.

Pues ¿cómo tratan de amor
Dos mujeres? Loco estás.
Mas ¿por qué no os informais
Destos dos pajes mejor?

ALBANO.

Aguardad, por vida mía. —
¡Ah, hidalgo!

FABIO.

¿Decite á me?

ALBANO.

A vos digo, si podré
Hablaros en cortesía.

FABIO.

Dí grazia, patron, ¿che cosa
Mi volete?

ALBANO. (Ap.)

Estoy sin seso.

FABIO.

Parlate, signore, adesso.

ALBANO.

(Ap. ¡Ay, bella Dinarda hermosa!)

¿Quién es este caballero?

FABIO.

¿Questo gentiluomo?

ALBANO.

Sí;

FABIO.

Il signor Ruggiero.

ALBANO.

¡Ah! ¿sí?

¿Su nombre propio es Rugero?

Pues ¿de dónde es?

FABIO.

Veneziano,

Benchè venuto di Roma.

ALBANO.

¿No es español?

CAMILO. (Ap.)

¿Qué ira toma!

FABIO.

¡Guarda! ¿Spagnuolo marrano?

¡Cancaro che venga a tutti

Li traditori spagnuoli,

Furfanti, ladri, mariuoli,

Asassini per tre scuti!

ALBANO.

Camilo, ¿cosa inhumana!

Por Dios, que me vuelvo loco.

FABIO.

Aspetta di grazia un poco,

La canzone siciliana:

Se tutta la Sicilia,

Fosse macarrone,

Il faro di Messina

Vino moscatello,

Il monte Mongibello,

Formaggio grattato,

E tutto lo spagnuolo

Fossino ammazza,

¡Come trionfaria

Lo siciliano!

CAMILO.

Basta; que ya el pajecillo

Os da la yaya.

ALBANO.

Aguardad;

Que él me dirá la verdad.

FABIO. (Ap. á Bernardo.)

Apenas puedo sufrirlo.

BERNARDO.

Disimula, Fabio, un poco;

No conozcan á Dinardo.

FABIO.

Muero de risa, Bernardo.

¿Hablo bien?

BERNARDO.

Vuévesle loco.

ALBANO.

Piglia este escudo, fanciullo,

Y dime...

FABIO.

¿Che vuoi di me?

ALBANO.

Esta ¿es mujer?

FABIO.

¿Come? ¿Che?

¿Volete pigliar trastullo?

¿Donna lo signore mio?

¿Oimé! ¿che diavole è questo?

ALBANO.

Yo sé que de hombre se ha puesto.

FABIO.

No mi fastidiar, per Dio,

Ne mi faccia intrar in colera.

¿Femmina far lo signore!

BERNARDO.

¿Femmina?

FABIO.

Sí.

BERNARDO.

¿Uh traditore!

Tace per tua vita e tollera.

CAMILO.

Necio andaís.

ALBANO.

¿Cómo?

CAMILO.

Por Dios...

ALBANO.

En vuestra malicia he dado.

CAMILO.

Que pienso que han sospechado

Alguna fealdad de vos.

ALBANO.

Pues preguntar si es mujer

¿Os parece sospechoso?

CAMILO.

Que nos vamos es forzoso.

ALBANO.

Y forzoso enloquecer.

CAMILO.

Hablad despues á Fenisa;

Que nadie os dirá mejor

Si es hombre ó mujer.

ALBANO.

¡Oh amor!...

(Vanse Albano y Camilo.)

ESCENA V.

DINARDA y FENISA, hablando bajo;
BERNARDO, FABIO.

FABIO.

Muriéndome estoy de risa.

BERNARDO.

¿Fuéronse?

FABIO.

Los dos se van.

BERNARDO.

Pues yo sé, Fabio, que quedo

Con mas malicia que miedo.

FABIO.

¿Qué sospechas te la dan?

BERNARDO.

De que Dinardo es mujer.

FABIO.

Eso me parece á mí,

Aunque nunca me atreví

A procurallo saber.

Fuera de que está Fenisa

Loca por él.

BERNARDO.

Es verdad,

Aunque la dificultad

Con que la trata me avisa.

FABIO.

Luego el respeto que tiene

Al Capitan ¿es fingido?

BERNARDO.

Pienso que todo lo ha sido,

Y que de otra causa viene.

FABIO.
Desde hoy emprendo saber
Si es mujer.

BERNARDO.
Y yo, por Dios.

FABIO.
Pues comencemos los dos
Desde agora á pretender.

FENISA. (A Dinarda.)
En fin, don Juan, ¿te resuelves
A no pagar este amor?

DINARDA.
Conociendo mi valor,
Fenisa, ¿á probarme vuelves?
Haz una cosa: da traza
Que este capitán se ausente,
Pues tú podrás fácilmente
Esto, ó mudarle la plaza;
Y en su ausencia te prometió
Corresponder á tu amor.

FENISA.
Pues, mi bien, de tu valor
Fío, y la palabra aceto.

ESCENA VI. CELIA. — DICHOS.

CELIA.
Aquí está Lucindo.

FENISA.
¿Quién?
CELIA.
El mercader de Valencia.

FENISA.
Dame, mis ojos, licencia.
DINARDA.
Licencia tienes, mi bien.
(Vanse Fenisa y Celia.)

ESCENA VII. DINARDA; BERNARDO y FABIO, retirados..

DINARDA.
Siguiendo un loco pensamiento, vine
Desde Sevilla hasta Sicilia, cielos:
De vergüenza y honor rompí los velos;
Que no hay cosa que amor no desatine.
Mas ¿qué le sirve al alma que camine
Entre tantas congojas y desvelos,
Si sacándome amor, me vuelven celos,
Y no sé de los dos á cuál me inclino?
Aquí le hallé, con nuevo pensamiento
El alma, el gusto en otro amor extraño,
Con que mudó mi desatino intento.
No mas perjurá fe, no mas engaño;
Que es para heridas de un amor violento
Divina contrayerba el desengaño.

ESCENA VIII. LUCINDO, TRISTAN. — DICHOS.

LUCINDO.
¿No le dió Celia mi recaudo?

TRISTAN.
Pienso
Que tiene algunos huéspedes Fenisa.

LUCINDO.
¿Es caballo de Troya aquesta casa,
Que siempre está preñada de armas y

TRISTAN. [hombres?]
Pues ¿cuál audiencia pública, Lucindo,
Iguala al patio de una cortesana?
Aquí tiene sus horas, y aquí juzga.
Verás los abogados y terceros,
Los solicitadores y escribanos,
Que le envían papeles de procesos;
Sobornos de regalos y presentes,

Pleitos en vista, pleitos en revista.
A unos despacha y á otros entretiene,
Como tienen favor ó traen dineros.

LUCINDO.
¿Quién es este español que tan solícito
Frecuenta aquesta casa?

TRISTAN.
Este es... Sospecho
Que es el del alma.

LUCINDO.
Y yo ¿qué soy?

TRISTAN.
Del cuerpo.

LUCINDO.
Donafre tienes. Si Fenisa vive
En el cuidado que la ves conmigo,
Si le cuesto regalos y dineros,
¿Cuál otro puede haber que sea del al-

TRISTAN. [ma?]
¿Qué chapeton estás en estas Indias!
¿No sabes tú que hay almas en que ca-

[ben]
Mas de dos y de tres y de trecientos?
Cuando ves escribir treinta papeles
Una buena señora á treinta amantes,
Cuando ves que otros tantos la visitan,
Cuando ves que á uno pide el coche, á

[otro]
La basquiña, á cuál tiene dentro en

[casa,
A cuál habla en la reja, á cuál de noche,
¿Has de pensar que es alma edificada
A la traza de un grande monasterio
En que hay su dormitorio con sus cel-

[das,
Que de una puerta adentro caben todas?

LUCINDO. (A Dinarda.)
Hablaros, caballero, he deseado.

DINARDA.
No menos yo, que os soy aficionado.
Mas si es de celos de Fenisa, os pido
No los tengais de mí, porque á su casa
Me ha traído cuidado diferente.
¿Cuándo os volveis á España?

LUCINDO.
Yo he pensado
Que por todo este mes, porque á mi gus-
He despachado cuanto della truje. [to
Mas tiéneme cautivo el desta dama.]

DINARDA.
Con vos me pienso ir hasta Valencia,
Aunque soy de Sevilla, porque quiero
Ir á la corte y pretender en ella
La remuneración de mis servicios
Primero que á mi patria vuelva.

BERNARDO. (A Tristan.)
Diga,
Señor lacayo, ¿es español acaso?

TRISTAN.
Y ellos ¿qué son, señores pajarotes?

FABIO.
Noi altri siamo certi gentiluomini,
Venuti adesso adesso di Venezia.
Dica di grazia, e non montar in collera,
Come si chiama in Spagna quella lira
Con che fanno ai cavalli chiquichiqui.

TRISTAN.
Llámasse el diablo que te lleve.

BERNARDO.
¿Deso

[to?]
No mas se corre un hombre tan discre-

TRISTAN.
¿No saben qué han de hacer, señores pa-

[jes?]
Tener respeto á un hombre de mi tér-

FABIO. [mino.]
Sopra la mia parola, siate saro.

TRISTAN.
No entiendo de parola, háganse afuera;
Que les daré en mi lengua cuatro coces.

FABIO.
Bene dice per Dio: la è una bestia.

LUCINDO. (A Dinarda.)
Pues tendré á gran merced que nos ha-

DINARDA. [blemos.]
Adonde digo estoy.

LUCINDO.
Iré á buscarlos.

BERNARDO.
Fabio, don Juan se va.

FABIO.
Señor lacayo,
A rivederci a l'altro mondo.

TRISTAN.
Picaro,

Caballero soy yo.

FABIO.
Mi racommando.

DINARDA.
¿Pajes!

BERNARDO.
Señor...

DINARDA.
Hacia palacio vamos.

BERNARDO. (Ap. á Dinarda.)
¿Qué hay de Fenisa?

DINARDA.
Amores y promesas.

FABIO.
¿No te da nada?

DINARDA.
Ya se va trazando.

BERNARDO. (Ap. á Fabio.)
¿Parécete mujer?

FABIO.
Probarlo puedo;
Mas es probar cuchillo con el dedo.
(Vanse Dinarda, Bernardo y Fabio.)

ESCENA IX. CELIA. — LUCINDO, TRISTAN.

CELIA.
Mi señora te suplica,
Lucindo, que la perdones;
Que por ciertas ocasiones,
Que aquí no te significa,
No puede salir á verte.

LUCINDO.
Ya, Celia, me dió á entender
Que no es posible querer
La mujer que se divierte.
Está muy entretenida,
Es lindo don Juan de Lara.
Habrá picado en la cara:
Ahí, Celia, estará perdida.
Conozco su condicion:
Toda mujer que profesa
Esta cólera francesa,
No es firme de corazón.
¡Buena quedará yo agora;
Que su amor loco en exceso
Me ha puesto!

CELIA.
No digas eso;
Lucindo, de mi señora;
Que eres la vida por quien
Recibe aliento vital,
Y aunque el verte le esté mal,
Ella lo dirá mas bien. (Vase.)

ESCENA X.

LUCINDO, TRISTAN.

Escucha.
LUCINDO.

TRISTAN.

Enojada fué.

LUCINDO.

¿Qué le dije?

TRISTAN.

Ha sido error
Llamar fingido su amor.

(*Éntrense Lucindo y Tristan tras Celia.*)

Sala en casa de Fenisa.

ESCENA XI.

LUCINDO y TRISTAN, y luego,
FENISA y CELIA.

LUCINDO. (*Viendo salir á Fenisa.*)
¿Qué es esto, Tristan?

TRISTAN.

No sé.

(*Sale Fenisa de luto con una carta en la mano, y Celia sigue á su ama.*)

LUCINDO.

¿Luto vos, señora mía!
¿Qué toca es esa y qué llanto?

FENISA.

Para no afligiros tanto,
No veros, mi bien, quería;
Mas como allá dentro os
Ofender mi justo amor,
Estimo tanto mi honor,
Que á defenderle salí.
Vos sois la vida que vivo,
Vos los ojos con que veo,
El gusto con que deseo
El que de veros recibo.
Sois el aire que alimenta
Las olas del corazón,
Vos sois la respiración
Que para vivir me alienta.
Sois el nervimiento mío,
Sois la fe de mi verdad,
La ley de mi voluntad,
El alma de mi albedrío.
Y pues en tanto dolor
Os hablo tan tiernamente,
Creed que no es accidente,
Sino verdadero amor.

LUCINDO.

Fenisa y fénix, en quien
Se abrasa el alma que os di
Para renovarse en mí,
¿Qué es lo que tenéis, mi bien?
¿Qué os puede haber sucedido,
Dulce prenda de estos ojos,
Que en nubes de agua y de enojos
Vuestro sol tiene escondido?
¿Qué luto es este que enluta
Tu resplandeciente esfera?
¿Qué ocasión en tí tan fiera
Su sentimiento ejecuta?
¿Vos eclipsada, mi sol?
¿Vos con cercos de agua y llanto?
¿Que dure mi vida tanto?

FENISA.

¡Ay, mi adorado español!
Si queja podeis tener,
Es que estando vos presente,
Me pueda ajeno accidente
Afligir y entristecer.
Mas si sabéis la ocasión,
Pienso que disculparéis

Estas lágrimas que veis,
Porque, en fin, de sangre son.

LUCINDO.

¿Cómo de sangre?

FENISA.

Pues ya

Todo saberlo quereis,
En esta carta veréis
La causa, y quién me la da.

LUCINDO. (*Lee.*)

«Hermana mía, y la postrera vez que
podré llamaros hermana: á mi me
han sentenciado á muerte en vista y
revista. La parte, por ruegos del prin-
cipe de Butera, perdona por dos mil
ducados. No tengo humano remedio
de pagarlos; si allá hubiere alguno,
vuestra sangre soy, y anduve en
las entrañas mismas donde andu-
vistes. De Medina, etc. — Camilo F4-
niz.»

¡Extraña carta!

CELIA.

¡Ay de mí,
Que se cayó deamayada!

TRISTAN.

La carta es tierna.

LUCINDO.

¡Mi amada

Fenisa!

TRISTAN.

¿No hay agua?

CELIA.

Sí.

LUCINDO.

Pero no vayas por ella;
Que están mis ojos presentes;
Que es vergüenza, de otras fuentes
Que de las suyas, traella.
Coge aquí, Celia, aunque tanto
Dolor tiene el pecho lleno,
Que podrá darle veneno
Una drama de mi llanto. —
¡Ah, mi bien! ¿Vivis? Mas ¿quién
Preguntara tal error?
Vivir yo es señal mayor,
Porque vos vivais también.
Volved en vos; que habrá medio
Para ese mal.

FENISA.

¡Ay, mi hermano!

LUCINDO.

¿Habla?

TRISTAN.

Sí.

LUCINDO.

Amor soberano,
De tu piedad fué remedio.
Leon fué mi sentimiento,
Que la muerta gloria mía
Volvió á la vida, que había
Llegado al último aliento.
¿Qué puedo yo hacer por vos
Y ese desdichado hermano?

FENISA.

Todo remedio es en vano.

LUCINDO.

Busquémoselo los dos.

FENISA.

El que en esto puede haber
Es que, pues habeis vendido
La hacienda que habeis traído,
Segun dijisteis ayer,
Sobre mis joyas y hacienda
Me prestéis dos mil ducados;
Que, estos rigores pasados...

LUCINDO.

No tratéis, mi bien, de prenda;

Que no es pequeño el amor
Y obligación que yo os debo.

FENISA.

Herrarme quereis de nuevo.
Teneis español valor. —

LUCINDO.

Pero advertid, gloria mía,
Que un mercader sin dinero
Es como amor sin tercero,
Es como sin luz el día.
Habeisme de prometer
Pagar en breve; que ya
Mi partida cerca está,
Y será echarme á perder...

FENISA.

Luego que salga mi hermano,
Unas casas venderémos
Que cerca de aquí tenemos,
Y os pagaré de mi mano.
Pero tomad, por mi vida,
Mis joyas: yo gusto desto.

LUCINDO.

Tristan, parte á casa presto,
Y en el arca guarnecida
Un gato hallarás, que tiene
En oro dos mil ducados.
Esta es la llave.

CELIA.

¡Qué honrados
Pensamientos!

FENISA.

Al fin viene
De tierra, ejemplo en el mundo
En hacer bien y amistad.

LUCINDO.

Mas debo á tu voluntad.

FENISA.

Debesme un amor profundo.

LUCINDO.

¿No vas, Tristan?

TRISTAN.

Sí, Señor.

LUCINDO.

Pues ¿qué miras?

TRISTAN. (*Ap. á su ama.*)

¿Estás loco?

LUCINDO.

Déjame ser noble un poco,
Y no ingrato á tanto amor.
Yo conozco esta mujer,
Y yo lo sabré cobrar.

TRISTAN.

Las joyas puedes tomar.

LUCINDO.

Cuando fuere menester.

FENISA.

¿Qué os dice Tristan?

LUCINDO.

Querría
Que vuestras joyas tomara.
Es mercader, y repara
En prendas.

FENISA.

¡Por vida mía!...
(*Vase Tristan.*)

ESCENA XII.

LUCINDO, FENISA, CELIA.

LUCINDO.

Por vida vuestra, mi bien,
Que basta un cabello en prenda
De mas oro; y nadie entienda
Que otra quiero que me dén.
Las almas ¿tienen valor?

FENISA.
¿Qué mayor?
LUCINDO.
Si se celebra
Que de cada sutil bebra
Cuelga mil almas amor,
¿Qué mas prenda que un cabello
Donde mil almas están?
Mas voy á ver si Tristan
Yerra ó acierta con ello,
Para que lo traiga al punto.

FENISA.
Vénte hoy á comer conmigo,
Bizarro español.

LUCINDO.
Yo digo
Que vendré.

FENISA.
Y contigo junto
Vendrá todo el bien que tengo.
Vén, mi señor, y encamina
Este dinero á Mecina.

LUCINDO.
Espérame; que ya vengo. (Vase.)

ESCENA XIII.

FENISA, CELIA.

FENISA.
¿Fuése?
CELIA.
La escalera abajo.

FENISA.
Mamóla su señoría,
CELIA.
Mientras vemos luz es día:
No hagas fiestas, y habla bajo;
Que se puede arrepentir
De aquí á la posada el hombre.
Mas ¿á quién hay que no asombre
Tu artificioso vivir?

FENISA.
Calla; que es cosa de risa.
Como eso pescar verás.
No se ha de olvidar jamás
Del anzuelo de Fenisa.
Quedo; que llaman.

CELIA.
¿Quién sube?
FENISA.
Mira si matulla aquel gato.

ESCENA XIV.

TRISTAN.—DICHOS.

TRISTAN.
Para no mostrarme ingrato,
Ni un instante me detuve.
Aquí viene aquel dinero.

FENISA.
Muestra, á ver. Escundos son.
Tristan, pilla este doblon,
Y dile á aquel caballero
Que venga luego á comer;
Que le aguardo agradecida.
Y vuélvete, por mi vida;
Que tengo un poco que hacer.

TRISTAN. (Ap.)
¿De lo prestado barato?
¿Oh qué mal indicio es!
Este raton al revés
Nos ha cogido este gato. (Vase.)

ESCENA XV. FENISA, CELIA.

FENISA.
¿Bajóse?
CELIA.
Iba murmurando.
FENISA.
También murmuran los ríos,
Y de oír y ver sus brios
Se están los peces holgando.
¿Será gran descompostura
Besar este gato?

CELIA.
No;
Que es de algalia, y pienso yo
Que de su aliento asegura.

FENISA.
Ves aquí, Celia, á Lucindo
Besado en forma de gato.

CELIA.
¿No hay mujer que sin recato
Quiere y besa á un perro lindo?
Pues ¿por qué no besarás
Un gato que es como un oro?

FENISA.
Yo lo diera á quien adoro.
CELIA.
No lo digas, loca estás.

FENISA.
Quiero á don Juan, que me pierdo.
CELIA.
Llama á este gato don Juan.

FENISA.
¿Lllaman?
CELIA.
Sí, llamando están.

FENISA.
Pues con dinero me acuerdo
De amor, gran mal me apercibo.
Guarda este Lucindo en pelo.

CELIA.
Voy.
FENISA.
Cierra bien; que recelo
Del alma de oro que es vivo.
(Vase Celia.)

ESCENA XVI.

EL CAPITAN.—FENISA.

CAPITAN.
Después que vives ya tan recogida,
Fenisa, que á tu puerta y tu ventana
Apenas hay un hombre que resida
Un hora de la tarde ó la mañana.
Después que has dado en reducir tu vida
Al estilo y manera valenciana,
Ni admites juego ni conversa quieres:
¿Qué bien medran con esto las muje-
Solía yo ser tu galán de esquina, [res]
El bravo de tu puerta y el matante,
El que echaba los hombres en cecina,
Y de tu encantamiento era el gigante.
Ya duermes, como tímida gallina,
Debajo de las alas de tu amante,
Y antes que el sol acabe su carrera
No hay una mosca de tu puerta afuera.
Estás enamorada, que parece
Cosa imposible en condicion tan loca.
¿Qué luto es este y qué desden que ofre-
Tu vista y el silencio de tu boca? [ce]
¿Es don Juan por ventura el quemerece
Volver en agua tu cristal de roca?
Dame parte de todo como amigo.

FENISA. [go.
Bien tengo, Capitan, que hablar conti-
Siempre al favor de tu española espada
En Sicilia viví, gallardo Osorio;
Siempre, con libertad ó enamorada,
Mi pecho te mostré claro y notorio.

CAPITAN.
Mira que traigo aquí una camarada,
No para alfeñicarse en locutorio,
Sino para provecho de tu casa.

FENISA. [abrassa.
Pues suban todos, y hasta el dueño
CAPITAN. [cia.
¿Oh soldados! ¿Qué digo? Ya hay licen-

ESCENA XVII.

CAMPUZANO, TRIVIÑO, OROZCO.
—DICHOS.

CAMPUZANO.
Beso á vuesamercé las manos.

TRIVIÑO. Todos
Nos remitimos hoy á su elocuencia.

FENISA. (Ap.)
¿Españoles? Haránse de los godos.
OROZCO.

¿Hay sillas?
FENISA.
¿Celia!...
CAMPUZANO.
Bueno en mi conciencia.

ESCENA XVIII.

CELIA.—DICHOS.

FENISA. (Ap. á Celia.)
¿Guardaste aquello?
CELIA.
Está cuarenta codos
Debajo de la tierra.

FENISA. Bien has hecho.
CELIA. [vecho?
¿Qué chusma es esta? ¿Es gente de pro-
FENISA.

Soldados y españoles, plumas, galas,
Palabras, remoquetes, bernardinas,
Arrogancias, bravatas y obras malas.

TRIVIÑO. [nas.
Siempre me agradan estas francisqui-
OROZCO. [las?

¿Que siempre en agua de fregar resba-
TRIVIÑO.

Vos sois poeta; allá cosas divinas...

OROZCO.
No sé, á fe de soldado, desta seta;
Verdad es que en España fui poeta.

CAMPUZANO.
Y ¿erades vos de aquellos impecables,
Cuyos versos destila en alambique
La culta musa?

OROZCO.
Fui de los palpables,
Imitador de Laso y de Manrique.

CAPITAN.
Juguemos.
TRIVIÑO.
Vengan dados.
CAPITAN. (Ap. á Fenisa.)
Como entables

Juego en tu casa, y español se pique,
Habrá día que valga cien ducados,
Y docientos es poco.

CAMPUZANO.

Traigan dados.

(Van llegando un bufete; mete un escudero en una servilleta los dados, y comienzan á echar.)

ESCENA XIX.

TRISTAN.—DICHOS.

TRISTAN. (Á Fenisa.)

¿Puedote hablar?

FENISA.

¿Qué me quieres?

TRISTAN.

Mi señor queda á la puerta.

FENISA.

¿Qué quiere?

TRISTAN.

Comer, si acierta.

¡Gracias sois las mujeres!

¿No le convidaste?

FENISA.

¿Yo?

TRISTAN.

¡Luego olvidaste, Señora,

El concierto?

FENISA.

Pues ¿ya es hora?

TRISTAN.

¿Cómo es hora? La una dió.

FENISA.

¿La una?

TRISTAN.

Bien, por mi vida.

¡Tras el gato falsos tratos!

Pues cuando bajan los gatos,

Suelen sacar la comida.

CAMPUZANO.

Mas á trece.

TRIVIÑO.

Digo aquí.

CAMPUZANO.

Aquesto mas.

TRIVIÑO.

Topo y tengo.

TRISTAN.

Yo no topo á lo que vengo.

No lo habrá dicho por mí.

TRIVIÑO.

Nueve, y diez, y trece.

CAMPUZANO.

Bien.

OROZCO.

Esto le corre detrás.

TRISTAN.

Si corriera el gato mas,

No le alcanzarán tan bien.

FENISA.

Dile, Tristan, á tu dueño
Que han venido estos soldados,
Todos hidalgos honrados,
Con mi enojo, y no pequeño;
Que me perdone, y me vea
A la tarde.

TRISTAN.

No hay en casa

Cosa que comer, y pasa

La hora.

FENISA.

Dios le provea.

TRISTAN.

¡Dios le provea! Pues ¡llega
A puerta de algun convento?

FENISA.

Véte, Tristan.

CAMPUZANO.

Mas.

TRISTAN.

Reviento.

¡Ah juventud loca y ciega!

FENISA.

¿Oyes?

TRISTAN.

¿Qué?

FENISA.

Di que se venga

Esta tarde á merendar;

Que le quiero regalar.

TRISTAN.

Para purgar se prevenga;

Que á fe que en esta respuesta

No llevo mal testimonio.

FENISA.

Mira que hay aquí un demonio.

OROZCO.

La mitad me debeis desta.

TRISTAN. (Ap.)

Yo le llevo gentil lazo.

Aunque discreto, cayó.

El lindo gato le dió;

Mas ella lindo gatazo.

CAMPUZANO.

No juego mas.

(Vase.)

ESCENA XX.

FENISA, CELIA, OSORIO, CAMPUZANO, OROZCO, TRIVIÑO, CRIADOS.

FENISA.

¿Quién ganó,

Para darle el parabien?

OROZCO.

Para que barato os dén

Mis manos y os sirva, yo.

CAPITAN.

¿Tienes que comer?

FENISA.

No falta.

OROZCO.

Celia, tomad esto vos.

CAPITAN.

¿Hay criados?

FENISA.

Aquí hay dos.

CAPITAN.

Vayan Cosmillo y Peralta

Y traigan cuatro capones,

Seis perdices, tres conejos.

TRIVIÑO.

¿Y vino?

CAPITAN.

Cuatro pellejos.

CAMPUZANO.

¿Fruta?

CAPITAN.

Peras y melones.

FENISA.

Echa una pastilla aquí.

CAPITAN.

No habeis visto la limpieza

De Fenisa.

OROZCO.

Destá pieza

Ya lo demás presumi.

CAPITAN.

Venid, y veréis su aseó,
Su pintura, estrado y cama.

TRIVIÑO.

Por Dios, que es bizarra dama.

OROZCO. (Ap. á Osorio.)

Días há que la deseo.

Hablálda,

CAPITAN.

Tened paciencia.

OROZCO.

No es posible que repose.

CELIA. (Á su ama.)

¿Qué hay de Lucindo?

FENISA.

Quedóse

A la luna de Valencia.

(Vase.)

Calle.

ESCENA XXI.

LUCINDO, TRISTAN.

LUCINDO.

Pasaré con esta daga

Tu pecho.

TRISTAN.

Pues yo, Señor,

¿Qué culpa tengo, en rigor?

¿Qué quieres tú que le haga?

¿Qué tengo de responder,

Si estaban cuatro soldados

Coseletes?

LUCINDO.

¿Cómo? ¿Armados?

TRISTAN.

Yo los vi resplandecer.

Antes dije mil lisonjas,

Viendo en dagas y en lanzones

Mas hierro por guarniciones

Que á un locutorio de monjas.

Llega tú, llama y pregunta.

Quizá el gato te dirá:

«Hacia aquel desvan está.»

LUCINDO.

Llevo la color difunta.

¡Ah, mujer! Sospechas llevo

Que me has engañado.

TRISTAN.

Pasa

De engaño. Es robo.

LUCINDO. (Llamando.)

¡Ah de casa!

ESCENA XXII.

CELIA, *asomándose á una ventana.*—

DICHOS.

CELIA.

Pues ¿qué tenemos de nuevo?

LUCINDO.

Celia ó infierno, ¿qué es esto

Que hace tu ama conmigo?

CELIA.

Pues ¿de qué se queja, amigo,

Que viene tan descompuesto?

¡Jesus! ¿Infierno soy yo?

LUCINDO.

Lláname, Celia, ese cielo.

Quizá me engaña el recelo

Que otras veces me engañó.

CELIA.
Está comiendo: no creo
Que podrá salirte á hablar.

LUCINDO.
¡Es buen modo de burlar
Esto que á mis ojos veo!
¡No era el convidado yo?

ESCENA XXIII.

FENISA, á la ventana.—Dichos.

FENISA.
¿Con quién habla? ¿Qué es aquesto?

LUCINDO.
¡Mi vida!

FENISA.
¿Quién es?

LUCINDO.
¿Tan presto
De quién soy se te olvidó?

FENISA.
Soy algo corta de vista.

LUCINDO.
Pues no se te echa de ver;
Mas que lince sueles ser,
Sin que un muro te resista.
¿Por qué tu vista condenas,
Mas que á tus ojos ingratos,
Pues es tal, que hasta los gatos
Ves en las arcas ajenas?
Y cuando fueres tan corta
De vista, ¿no ha conocido
Mi voz, Fenisa, tu oído?

FENISA.
Esa, Lucindo, reporta,
Y vén esta noche acá;
Que agora fué un accidente
El estar aquí esta gente.
Y no te espantes si está,
Porque, como te pedí
El dinero que ya sabes
Para ocasiones tan graves,
Y me dijiste que sí,
Y Tristan no le ha traído,
Válgome de lo que puedo.

LUCINDO.
Agora me deja el miedo
Desocupado el sentido.—
Tristan, ¿que no se lo diste?

TRISTAN.
¿Cómo no? ¿Qué lindo cuento!
Y lo metió en su aposento
Celia.

LUCINDO.
Pues ¿qué es esto? ¿Ay triste!

FENISA.
¿Mandas otra cosa?

LUCINDO.
Escucha.

Quede definido aquí
Cómo el dinero te di.

FENISA.
Tuvieras razón, y mucha,
Si tú me le hubieras dado. (Éntrase.)

LUCINDO.
Tristan, habla.

TRISTAN.

Fuése ya:

LUCINDO.

¿Qué he de hacer?

TRISTAN.

Que entres allí;
Que yo me pondré á tu lado.

Todos españoles son,
Y todos te han de ayudar.

LUCINDO.
Las puertas quiero quebrar.
(Llaman recto.)

TRISTAN.
Tienes enojo y razón.

ESCENA XXIV.

OSORIO, CAMPUZANO, OROZCO Y
TRIVIÑO, con las espadas desnudas.
—Dichos.

CAPITAN.
¿Quién es el descomedido
Que, estando aquí honrada gente,
Llama temerariamente?

LUCINDO.
Yo, caballeros, no he sido.

CAPITAN.
Pues ¿quién?

LUCINDO.
Un paje, sospecho,
Que cuatro platos traía.

CAPITAN.
¿Platos?

LUCINDO.
Sí.
CAMPUZANO.
¿De quién sería?

CAPITAN.
De algun galán de provecho,
Y como sintió el ruido,
Se volvió.

CAMPUSANO.
Discreto fué.
OROSCO.
Vamos á comer; que á fe
Que fuera bien recibido.
(Vanse los soldados.)

ESCENA XXV.

LUCINDO, TRISTAN.

LUCINDO.
Con lindo anzuelo, con famoso estilo,
Con ser un pez tan diestro, me haburía-

[do.]
¿Qué bien que vuelvo á España despa-
[chado!]
Qué bien me ha herido por el mismo
[filo!]

¡Ah llanto del famoso cocodrilo!
Mi oído blandamente regalado,
A tus manos llegué, como engañado
Peregrino de amor que pasa el Nilo.
Dadme, cielos, venganza del anzuelo;
Desta mujer cruel-quebrad la caña;
Que es su artificio destrucción del sue-
[lo.]

Mirad que con sus lágrimas engaña,
Mirad que vuelvo, en tanto desconsuelo,
Lleno de amor y sin dinero á España.
(Vase.)

ESCENA XXVI.

TRISTAN.

Adios, Sicilia; adios, enredo isleño;
Adios, Palermo, puerto y franca puerta
A las naciones deste mundo abierta,
En quien tanta codicia rompe el sueño.
Adios, famoso gato, aunque peque-
[ño.]

Vivo os quedais, nuestra esperanza es
[muerta.]
Puesno volvéis á España, cosa es cierta
Queno se muda el gato con el dueño.
Adios, Fenisa: adios, gato del gato;
Adios, cabo de Gata, cuyo espejo
Puede servir de ejemplo y de recato.
Pero permita Dios que tu pellejo
Antes de un mes, por tu bellaco trato,
Sirva de gato á un avariento viejo.

ACTO TERCERO.

Posada de Dinarda.

ESCENA PRIMERA.

DINARDA, BERNARDO.

DINARDA.
Pues ¿cómo vienes así?

BERNARDO.
Estoy malo.
DINARDA.
¿Tú? ¿De qué?

BERNARDO.
No sé.
DINARDA.
¿Cómo que no sé?

BERNARDO.
Ni sé el mal, ni sé de mí.

DINARDA.
¿Hate probado la tierra?

BERNARDO.
Mas el cielo me ha probado.
¡Ay qué dolor que me ha dado!
¡Qué fuego mi pecho encierra!
¡Ay, ay! ¡Jesus! ¡qué accidente!
Tócame este pulso.

DINARDA.
Muestra.
BERNARDO.
Si es tanta la amistad nuestra,
Ponme la mano en la frente.

DINARDA.
Ni el pulso, Bernardo, tiene
Movimiento extraordinario,
Ni mas de aquel necesario
Calor á la frente viene.

BERNARDO.
Tócame el rostro.
DINARDA.
Ni en él

Tienes muestras de calor.
BERNARDO.
¡Ay, qué terrible dolor!

Ay, qué dolor tan cruel!
DINARDA.
¿Dónde?

BERNARDO.
Al pecho se ha abajado;
Saltos me da el corazón.

DINARDA.
Extraños dolores son.
BERNARDO.

De extraña causa me han dado.
Ponme la mano, así vivas,
Sobre el corazón.

DINARDA.
Si haré.
—Mas di al dolor que se está
Quedo.

BERNARDO.
Su accidente avivas.
¿No sientes que el corazón
Te dice la causa del?

DINARDA.
Yo no siento nada en él.
Estos sus efectos son.

BERNARDO.
¿No te dice nada?

DINARDA.
Nada.

BERNARDO.
¿Ni que eres tú quien le mueve?

DINARDA.
¿Yo?

BERNARDO.
Tú pues.

DINARDA.
¿Cosa que lleve?...
BERNARDO.
Quedo, quedo. ¿Esto te enfada?

DINARDA.
Luego ¿no me ha de enfadar
Que me tengas por mujer?

ESCENA II.
FABIO. — DICHOS.

FABIO.
¿Soy por acá menester?

BERNARDO.
Sí, porque quiere negar.

FABIO.
¿Por qué niegas lo que ya
Sabemos los dos?

DINARDA.
Por Dios,
Que es concierto de los dos.

FABIO.
Así concertado está;
Que solo esperando estaba
Que te defendieses del.

DINARDA.
¿Infames!

FABIO.
No seas cruel.
Deja invenciones, acaba.

BERNARDO.
Desde que entraste en la nave;
Echamos todos de ver
Que eras mujer.

DINARDA.
¿Yo mujer?

BERNARDO.
Tú pues.

DINARDA.
¿Yo?

BERNARDO.
Fabio lo sabe.

DINARDA.
Fabio, ¿qué has visto de mí?

FABIO.
Lo que no he visto.

DINARDA.
¿Villano!

BERNARDO.
Si pongo á la espada mano...

DETENTE.

DINARDA.
¿Forzaisme aquí?

BERNARDO.
Somos muy mozos los dos
Para viejos de Susana.

DINARDA.
¿Yo Susana!

FABIO.
Cosa es llana
En cuanto á mujer, por Dios;
Que dé lo que es la inocencia
Era testimonio en ti.

BERNARDO.
¿Llaman?

FABIO.
Sospecho que sí.

BERNARDO.
Perdí la ocasion.

FABIO.
Paciencia.

ESCENA III.
FENISA, CELIA. — DICHOS.

FENISA.
¿Nunca he de ver yo tu casa?

DINARDA.
Oh Fenisa! Oh mi señora!
Oh amiga Celia! Oh aurora
Del sol que el alma me abrasa!
En esta humilde posada
¿Tanto bien?

FENISA.
¿Adónde está
El Capitan?

DINARDA.
Salió ya.

FENISA.
Vengo, mi español, cansada
De comprar cosas que son
Forzosas á las mujeres.

DINARDA.
¿Quieres descansar, y quieres,
Por mi vida, colacion?

FENISA.
La que tomara de tí,
En la caja de esa boca
La estoy mirando.

DINARDA.
Era poca
Para servirte de mí
El azúcar de Canaria,
Ni cuanto labran Valencia
Y Lisboa.

BERNARDO. (Ap. á Fabio.)
Una advertencia
Nos ha de ser necesaria.
Esta ¿no ha venido aquí?
Pues calla, y déjala hacer.

FENISA.
Deja, don Juan, de ofrecer,
Pues es al revés en tí;
Que lo ordinario es besar
Y no ofrecer, y tú ofreces
Y no besas.

DINARDA.
Cuantas veces,
Fenisa, voy á intentar
Besar la imagen que amor
En su demanda me enseña,
Luego me aparta y despeña
Este siempre necio honor.
Pero ¿quieres, por mi vida;
Ver mi aposento y estancia,
Donde no hay paños de Francia,
Ni cama de oro vestida,
Escritorios alemanes
Ni portugueses olores,
Sino los deseos mayores
Y los gustos mas galanes?

FENISA.
Recíbolo á mas amor
Que si viera de Venecia
El tesoro, ó el que precia
Florenzia de su señor.
Ni el Aranjuez de España
Viera con mas alegría.

DINARDA.
Entra, dulce prenda mía.
(Vanse Dinarda y Fenisa.)

ESCENA IV.
FABIO, BERNARDO, CELIA.

BERNARDO. (Ap. á Fabio.)
¿Van juntos?

FABIO.
Sí.

BERNARDO.
¿Cosa extraña!
Ello es engaño sin duda,
Pues requiebrándose van.

FABIO.
Por los indicios que dan,
Bernardo, de intento muda.

BERNARDO.
Mudaréle donde sé
De cierta ciencia que quiero
Una mujer, y primero
De experiencia lo sabré.

FABIO.
Mas ¿que me quieres burlar
El pensamiento, y que quieres
A Celia?

BERNARDO.
Mi amigo eres;
Y aunque me puedo enojar,
Soy, Fabio, de parecer
Que los dos la conquistemos;
Que yo sé que no serémos
Muchos para una mujer.
(Cógela en medio.)

FABIO.
Celia...

BERNARDO.
Celia...

CELIA.
¿Qué queréis?

FABIO.
Yo te quiero.

BERNARDO.
Yo te adoro.

FABIO.
Yo me derrito.

BERNARDO.
Yo lloro.

CELIA.
¿Por tan libre me teneis?

BERNARDO.
Antes honrarte queremos.

CELIA.
Los medios son bien honrosos.

BERNARDO.
Somos extremos viciosos,
Y nuestra virtud te hacemos.

ESCENA V.
ALBANO, CAMILO. — DICHOS.

ALBANO.
Aquí Fenisa entró.

CAMILLO.
Pues aquí vive
El capitan Osorio, camarada
De ese don Juan.

ALBANO.

Sus pajes son aquestos.

CAMILO.

Y Celia aquella.

ALBANO.

¡Oh Celia! ¡en esta casa!

CELIA.

¡Parécete milagro?

ALBANO.

Dejo á Osorio [cho
Cuatro calles de aquesta, y no fué mu-
Tener á novedad que estéis en ella.

CELIA.

Eso del Capitan es cosa antigua.
Las mujeres, Albano, y deste gusto,
Pican en novedades por momentos.

ALBANO.

Pues ¿qué soldado vive aquí?

CELIA.

¡Oh qué gracia!
Vive la gentileza, la hermosura,
La perla mas preciosa que ha pasado
De España á Italia; vive el mismo Adó-
[nia,
De quien agora mi señora es Vénus.
Vive don Juan de Lara.

CAMILO. (Ap. á Albano.)

¿Qué os parece?
¿Será agora mujer don Juan de Lara?

ALBANO.

Celia, espera por Dios; escucha, Celia.
¿Fenisa con don Juan?

CELIA.

Deja los celos
Del Capitan, que nunca amó Fenisa,
Y cree que don Juan la tiene loca.

ALBANO.

Fenisa y don Juan dicen que se hablan!
Y ¿los has visto juntos?

CELIA.

Yo lo digo,
Y aun tú lo puedes ver.

ALBANO.

¡Válgame el cie-
[lo!

CAMILO.

Albano, si en las cosas que se dudan
No habemos de dar crédito á los ojos,
¿Qué probanza nos queda mas segura?
Dejad aqueste loco pensamiento;
Que don Juan no es Dinarda, vuestra
Ni lo ha de ser por fuerza. (dama,

ALBANO.

Agora digo
Que no es milagro en la naturaleza
La extraña diferencia de los rostros.
Yo estoy desengañado.

CELIA.

Mira, Albano,
Si mandas otra cosa.

ALBANO.

Dios te guarda.

CELIA.

Mi señora me llama.

BERNARDO.

Y á nosotros
Don Juan.

FABIO.

Hoy, Celia, has de quedar por

BERNARDO.

Y de los dos.

CELIA.

¿Qué tierna me han halla-
[do!

BERNARDO.

Dien caben muchas bestias en un prado.
(Vanse Celia, Bernardo y Fabio.)

CAMILO.

Resta de averiguar alguna cosa,
En razon de si aqueste caballero
Es hombre, y hombre que Fenisa ado-
[ra?

ALBANO.

A lo menos, Camilo, me ha servido
Este retrato de Dinarda bella
De alborotarme el alma de tal modo,
Que ha borrado la estampa de Fenisa.
(Vanse Albano y Camilo.)

Celle.

ESCENA VI.

ALBANO, CAMILO.

CAMILO.

No de otra suerte que la sombra huye
Al resplandor del sol, ó la mentira
Cuando se prueba la verdad gloriosa,
Huyó Fenisa, que era amor fingido,
A la luz del retrato de Dinarda,
Y quedastes, Albano, de su engaño
Libre: piedad que le debeis al cielo.
Porque desde el primero movimiento
De sus divinos tornos hasta el último
Que han dado sus esferas celestiales,
No se ha visto mujer tan engañosa.

ALBANO. (Viendo venir gente.)

Forasteros son estos.

CAMILO.

Y españoles.

ALBANO.

A la cuenta no há mucho que salieron
Del mar.

CAMILO.

Desalmacenar su hacienda vie-

ALBANO.

Vamos de aquí.

CAMILO.

¿Qué buenos talles tienen!
(Vanse.)

ESCENA VII.

LUCINDO, TRISTAN; DON FÉLIX,
DONATO.

DON FÉLIX.

El amistad de un camino
Tan largo, y haber hallado
En vos pecho tan honrado
Y entendimiento divino.
Lucindo, no me permite
Ni dejaros, ni dejar
De daros parte y lugar
Adonde á nadie se admite,
Que es lo que una alma atesora.
Lo que en la nave encubrí
Desde Vinaroz aquí,
Quiero que sepáis agora.—
Retirate allá, Donato.

LUCINDO.

Desviate allá, Tristan.

DON FÉLIX.

Leyes del mundo, que van
Donde quiere el tiempo ingrato,
Lucindo, mi edad mejor
En su sazón han cortado,
Como suele el toco arado
Llevar de paso la flor.
Yo vengo á matar un hombre
A Sicilia.

LUCINDO.

Habeisme honrado
En no haberme despreciadoPor la humildad de mi nombre;
Que siendo don Félix vos,
Caballero sevillano,
Yo mercader valenciano,
Tan desiguales los dos,
Debo estimar con razon
Que me trateis como amigo.

DON FÉLIX.

Bien veréis en lo que os digo
Si os he dado el corazon.

LUCINDO.

Para que no presumais
Que no estimo esa merced,
Que os quiero pagar creed,
Aunque de mi amor lo estáis.
¿Vos á Sicilia venis
A matar un hombre?

DON FÉLIX.

Vengo
A matar un hombre, y tengo
Razon.

LUCINDO.

Muy bien advertis.
Yo vengo á tomar venganza
De una mujer, y tambien
Tengo razon.

DON FÉLIX.

Si de quien
Hizo de vos confianza,
Lucindo, tenerse puede,
Mirad si puedo ayudaros.

LUCINDO.

Querria el caso contaros,
Si el tiempo lugar concede.
Yo vine á Palermo, habrá
Dos meses, y una mujer
Fingió quererme.

DON FÉLIX.

¿Querer
Saben?

LUCINDO.

Olvídanlo ya.
Regalóme, fingió estar
Enamorada de mí;
Que el anzuelo en que caí,
Pudiera entonces pescar
Al mas severo Caton,
Al mas recatado estilo;
Porque es aquí un cocodrilo
Que llora y mata á traicion.
Es entre dama y señora,
Entre cortesana y grave,
Que sabe engañar, y sabe
Ser firme hasta que enamora.
De allí abajo no hay amor,
Porque á quien ha de querer,
O ha de ser otra mujer,
O tratalla con rigor.
El anzuelo con que pesca,
Es regalar al que coge,
Para que despues se arroje.

DON FÉLIX.

¿Linda treta!

LUCINDO.

Linda y fresca.
Halléla en su casa un dia
Con mas luto que una mula
Canóniga...

DON FÉLIX.

¿Cuánto adula
Una falsa cortesía!

LUCINDO.

Dióme una carta de suerte,
Que vi en ella que quedaba
Preso su hermano, y que estaba,
Félix, sentenciado á muerte;
Mas que por dos mil ducados
La parte perdonaría.
Esto fué porque sabía,

O de mí ó de mis criados,
Que yo tenía el dinero
De lo que había vendido.
No vi este gato fingido,
Y dísele verdadero,
Porque con joyas y prendas
Me quería asegurar;
Mas no las quise tomar.

DON FÉLIX.

Necedad.

LUCINDO.

Muy bien enmiendas.

De allí adelante se fué
Secando, y no poco á poco;
Yo á su reja y puerta loco.
Algunas noches pasé.
Negó el dinero; entendí
Cobrarlo, y era sacar
Una sortija del mar.
Cuando el imposible ví,
Volvíme á Valencia, donde
No fui muy bien recibido,
De donde agora he venido
Para ver si corresponde
La venganza al pensamiento;
Que esta hacienda que registro,
No es mas de porque al registro
Acuda este loco hambriento.
Cuanto saqué de la nave,
Y metí en el aduana,
Fué ostentacion tan liviana,
Que apenas en ella cabe,
Y no vale cien escudos.

DON FÉLIX.

Así mi desdicha fuera;
Que como hacienda perdiera;
Ella y yo fuéramos mudos.

LUCINDO.

¿Es honra?

DON FÉLIX.

No es menos prenda.

LUCINDO.

Si; pero habeis de saber
Que en cualquiera mercader
Es honra también la hacienda.
Tras el caudal, si se pierde,
Va el crédito, pues perdido...

(Hablan bajo.)

ESCENA VIII.

FENISA, CELIA.—DICHOS.

CELIA.

Pues ¿no me dirás que ha sido?

FENISA.

Nadie, Celia, me lo acuerde.
Nadie me nombre á don Juan.
El que le abriere mi puerta,
No la verá mas abierta.

CELIA.

¡Jesus! ¿Lucindo y Tristan?

FENISA.

¡Válame Dios! ¿No era ido?

CELIA.

Fuése y ha vuelto.

FENISA.

¿A qué viene?

CELIA.

Vieo á ese trato que tiene.
¿Si te habrá puesto en olvido?

FENISA.

Los hombres, Celia, no olvidan
Adonde los tratan mal;
Que es condicion natural
Porfiar donde despiden.
Si de don Juan no viniera
Tan mohina, aquí le hablara.

CELIA.

Pues ¿qué fué aquesto?

FENISA.

«Repara,

Mira, advierte, considera
Lo que dirá el Capitan»...
Y tras esto, me ha rogado
Que diga que me ha gozado.

CELIA.

Los dos mirándote están.

LUCINDO. (Ap. á don Félix.)

¡Ay, don Félix! Esta es
La causa de mis enojos.

FENISA. (A Lucindo.)

¿Sabes algo destes ojos?
¿Qué es lo que en sus niñas ves?

LUCINDO.

Sé que esas niñas lo son
De manera en la mudanza,
Que dan menos esperanza
Después de la posesion.

FENISA.

Suelen los recién venidos
Abrazar los bien hallados.

LUCINDO.

Bien venidos tan cansados
Siempre son mal recibidos.
Pagásete de tu mano,
No fando de la mía
En la mayor niñería
Que pudo un pecho liviano.
Sabe Dios que no sentí
Perder, Fenisa, el dinero,
Mas ¿per mi amor verdadero,
Y verle fingido en tí;
Que con dar vuelta á Valencia,
Adonde hay padres honrados,
Traigo treinta mil ducados.

FENISA.

Tienes tú poca paciencia.
Yo solo quise probarte.
Confieso que recibí
El dinero, y me escondí
En la mira de adorarte.
Gusté de escuchar tus quejas,
Porque oyendo sus extremos,
Porque no nos arrojemos
Tienen las ventanas rejas.
El día que te partiste,
Con Celia envié á llamarte.
Acababas de embarcarte.
¿Qué buena noche me diste!
¿Qué lágrimas me costó
Haber querido, y querer
Probarte!

DON FÉLIX. (Ap.)

¡Astuta mujer!

LUCINDO. (Ap.)

Destá suerte me engañó.

FENISA.

No sé cómo te refiero
Aquel dolor desigual.
Solamente en tanto mal
Me consoló tu dinero.
Aquella prenda tomaba
En las manos, y decía
Cosas que quien las oía
Enternecida quedaba.

LUCINDO.

¿Es posible, mi señora.
Que merecí con mi ausencia
Lágrimas tuyas? Paciencia.
Necio fui, supelo agora.
¡Vive Dios, que si en la mar
Esa nueva me llegara,
Que á las aguas me arrojara,
Y te volviera á buscar!
En la calle estás, mi bien:

No es justo tenerte aquí.

Si tú me quieres así,
Yo te quiero así también.
Patria y padres, perdonad;
No ha de volver del dinero
A Valencia escudo entero.

¿Entero? ni la mitad.
Vé, Fenisa, á la aduana,
Infórmate si he traído
Hacienda, y por Dios te pido,
De esa beldad soberana,
Que en vendiéndola te entregues
En la plata y en el oro,
Pues me basta por tesoro
Que mirarte no me niegues.
¿Podréte agora abrazar?

FENISA.

Agora y siempre, mi bien.

LUCINDO.

Véte con Dios, y preven
Para esta noche lugar;
Que voy con aqueste hidalgo
En casa de un mercader,
Que merced me quiere hacer,
Por él, no por lo que valgo,
De que á cambio se me den
Tres mil ducados, en tanto
Que vendo...

FENISA.

De tí me espanto.
No era yo buena, mi bien,
Para negociar las cosas
De tu gusto?

LUCINDO.

Pues ¿tendrias
Quien me los diese?

FENISA.

Estos días

Ciertas doncellas hermosas
A un capitán han hablado
Que tiene ciertos escudos,
Que están suspensos y mudos
Sin provecho y con cuidado.
A cambio te los darán.
¿Para qué son?

LUCINDO.

Para trigo;
Que hay falta allá.

FENISA.

Espera, amigo;
Que estas te acomodarán.

LUCINDO.

De aquesta mercadería
Que traigo, hay agora acá,
Y si la vendo, será
Con poca ganancia mía.
Si aguardo un mes, ganaré
La mitad por medio, y quiero,
Tomando aqueste dinero,
Aunque pierda, pues podré
Desquitillo en la ganancia,
Fletar la nave.

FENISA.

Harás bien,
Y yo haré que te le dén.
Pero ¿será de importancia
El resguardo de tu hacienda?

LUCINDO.

Del almacén en que está
Daré las llaves.

FENISA.

Será,
Lucindo, bastante prenda.

LUCINDO.

Para tener mas lugar
De estar contigo, no quiero
Vender tan presto, y espero
Que te sabré regalar.

FENISA.
Harto regalo me ofreces
Con verte, dulce bien mío.
¿Pagarásme?

LUCINDO.
Yo confío
Pagarte como mereces.

FENISA.
Advierte que han de querer
Treinta por ciento.

LUCINDO.
Eso es cosa
Cruel.

FENISA.
Pues será forzosa.

LUCINDO.
No es razon.

FENISA.
Esto ha de ser.

LUCINDO.
Tú negocia que sean veinte,
Por vida de aqueos ojos.
—Mas no quiero darte enojos,
Mi alma; que pasa gente.
Yo te iré á ver esta tarde.
Habla á Fenisa, Tristan.

(Lucindo habla con don Félix.)

FENISA.
¿Tristan, qué bueno y galán!

TRISTAN.
Señora, el cielo te guarde.

FENISA.
Ya, como ricos venís,
Habréis por petición.

TRISTAN.
Otra ha sido la ocasión.

FENISA.
Ya sé lo que presumís.

TRISTAN.
¡Ojalá presunción fuera!
No es sino pura verdad.
¡Mal haya la voluntad
Que en quererte persevera!
Habiéndole tú engañado,
Viene este tonto á querer
A la mas falsa mujer.

FENISA.
¿Tristan!

TRISTAN.
Estoy enojado.
¡Si vieras al moscatel
En la mar, lleno de fuego,
Por hallar algun sosiego
Querer arrojar en él!
¡Si le vieras en Valencia
Llorar hasta que juntó
Tanta hacienda y se embarcó!
Pensé perder la paciencia.

FENISA.
¿Trae mucha?

TRISTAN.
Trae casi nada.
Treinta mil ducados son.

FENISA.
Probar quise su afición.
Su hacienda tengo guardada.

TRISTAN.
Agora bien, gaste su hacienda,
Vaya á ta casa esta vez,
Dé á sus padres tal vejez,
Cumpla bien con su encomienda;
Que con no volver á España
Con él, habré yo cumplido.

FENISA.
Tristan, no me has conocido.

TRISTAN.
Conozco quién es la caña
Adonde prendió el anzuelo
Que aquel gato nos pescó.

FENISA.
¿Qué vestido te hice yo
De un famoso terciopelo,
Con mil pasamanos de oro,
Que por irte le perdiste!

TRISTAN.
¿Vestido, por Dios, me hiciste?

FENISA.
¿Qué linda cosa!

TRISTAN.
Eso ignoro:
Pues tentado de galán,
Yo te llevaré este loco,
Que no ha de valerte poco.

FENISA.
Si me le llevas, Tristan,
El vestido y cien ducados
Son tuyos.

TRISTAN.
Besó tus pies.

FENISA.
Adios.

CELIA.
Adios.

LUCINDO. *(A don Félix.)*
Esta es
La ocasión de mis cuidados.

FENISA.
Mira, mi bien, que te espero.

LUCINDO.
Haz el dinero traer.

FENISA.
Pues advierte que ha de ser
Treinta por ciento el dinero.

LUCINDO.
Como quisieres.

CELIA. *(Ap. á Fenisa.)*
¿A quién
Lo piensas pedir?

FENISA.
A mí;
Que los dos mil tengo allí:
Los mil baré que me den
Sobre joyas y vestidos.
Treinta por ciento es ganancia,
Dime, de poca importancia?
Y este pierde los sentidos
Por mí, y si vende, es muy llano
Que me ha de dar cuanto tenga.

CELIA.
Guarda, Señora, no venga
Con intento mas villano;
Que los hombres suelen ser
Astutos en la venganza.

FENISA.
Al que dellos mas alcanza
Le engaña cualquier mujer.
Vamos por el aduana,
Y en el registro veré
Su hacienda, para que esté
Segura.

CELIA.
Esa prenda es llana,
Porque del libro sabrás,
Y el registro, lo que trae.

(Vanse las dos.)

ESCENA IX.

DON FÉLIX, LUCINDO, TRISTAN,
DONATO.

DON FÉLIX.
Si en el engaño no cae,
Lindo gatazo le das.

LUCINDO.
Que ella me le diese á mí
Es lo que agora deseo.

DON FÉLIX.
Que se va trazando creo
Para que suceda así.

ESCENA X.

EL CAPITAN OSORIO, DINARDA.—
DICHOS.

OSORIO.
No hay para qué satisfacerme en nada.
Yo sé que sois honrado caballero.

LUCINDO.
Gente es esta. Volved á la posada,
Mientras que solicito este dinero.
Y si habeis de matar por propia espada
Ese que os ofendió, deciros quiero
Mas seguro camino.

DON FÉLIX.
Yo quisiera
Que con secreto mi venganza fuera.
(Vanse don Félix, Lucindo y los criados.)

ESCENA XI.

DINARDA, OSORIO.

DINARDA.
Que estuviese Fenisa en mi aposento
No niego, Capitan; pero es muy llano
Que os vino á ver.

OSORIO.
Yo sé su pensamiento,
Y sé tambien su proceder liviano.
Encarcelar al sol, prender el viento
Me pareció mas fácil que el tirano [bre,
Pecho desta mujer rendirse á un hom-
Si es cosa justa que mujer la nombre.
Con esto ha conservado el artificio
De pescar las haciendas extranjeras,
Porque ese amor en gente de ese oficio
Derriba por el suelo sus quimeras.
Mas como el mas espléndido edificio,
Que inmortal á los tiempos consideras,
Está sujeto al rayo, tú lo fuiste,
Que con su libertad en tierra diste.
Ella te adora, yo lo sé: ¿qué dudas?

DINARDA.
Y ¿ofendote por dicha en que me adores?

OSORIO.
Están las piedras, del milagro, mudas;
Que lo es muy grande que te busque y
[llore.

Mas si á quien tantos desnudó desnudas,
No dudas que tu ingenio se mejore,
Por haber engañado al mismo engaño,
Al mismo enredo, astucia, traza y daño.
Corrido de las burlas que me ha hecho
Y tantos, al fin hombres, y extranjeros,
Quiero que pruebes á vengar mi pecho.
Solamente en materia de dineros.

DINARDA.
Si para alguna cosa de provecho
Fuere, don Juan, mi vida y sus aceros,
Ordena, manda, corta, pon y quita;
Que tú me obligas y un agravio incita.

OSORIO.
¿Agravio á ti?
DINARDA.
Despues sabrás el cuento.
OSORIO.
Mira : ninguna cosa estas mujeres
Buscan ni intentan , mas que el casa-
miento.
Toca esta tecla , si engañarlas quieres :
Debe de ser la causa el escarmiento
De sus livianos gustos y placeres ;
Y cuando aquesto no les dé codicia ,
El librarse tambien de la justicia.
Fuera desto , el temor que al tiempo tie-
nen ,
Viendo que ya se acaba la hermosura ,
Y que si á verse con arrugas vienen ,
No tienen cama ó posesion segura .
Muchos verás que así las entretienen ,
Diciendo que hoy , mañana , y por ven-
tura
En algunos es flor . ¿ Hasme entendido ?
DINARDA.
¿ Tú quieres que me finja su marido ?
OSORIO.
Déjame hacer ; verás el fin que llevo .
(*Vanse.*)

Sala en casa de Fenisa.

ESCENA XII.

**DINARDA, OSORIO; despues,
FENISA y CELIA.**

DINARDA.
Poco á poco á su casa hemos llegado.
OSORIO.
Tú serás de su Troya Sinon nuevo.
(*Salen Fenisa y Celia.*)
FENISA.
Todo el dinero tengo ya contado.
CELIA.
Paréceme, Fenisa, extraño cebo
Del anzuelo de amor tanto ducado.
FENISA.
¿ No ves que me informé de los que tie-
llámame al Capitan. [ne?
CELIA.
El mismo viene .
FENISA. (Ap. al Capitan.)
A buscarte enviaba.
OSORIO.
¿ En qué te sirvo ?
FENISA.
Ciertó dinero doy á cambio á un hom-
Codicioso de ver tanta ganancia ; ¡ bre,
Y porque espero otra mayor , querria
Que dijese que es tuyo , y que es ha-
be unas doncellas. [cienda
OSORIO.
¿ No te dari resguar-
[do?
FENISA.
Danme cincuenta cajas , por lo menos,
De paños y de sedas de Valencia ,
Y cien pipas de aceite registradas .
Desto tendré las llaves y el seguro
De las guardas del Rey ; que sin mi órden
No se dará á su dueño ni á otro alguno .
OSORIO.
Paréceme muy bien .
FENISA.
¿ Cómo no llegas ,
Don Juan ?

OSORIO.
Porque está agora vergonzoso
De cierta pretension .

FENISA.
Malicias tuyas.
OSORIO.
¿ Cómo malicias ! ¡ Viye Dios , que quise ,
Sabiendo que has estado en su aposen-
Pasarle el pecho con aquesta daga , [to,
Y que me dijo que le perdonase ,
Porque si alguna cosa te habia dicho ,
Era con solo intento de casarse !
Yo , viendo la ocasion de tu remedio ,
Y que con él casada , si te lleva
A España , allá serás lo que quisieres ,
Quiero perder de mi derecho y gusto ,
Porque te ganes tú ; que por ventura ,
Si voy á pretender , como sospecho ,
Te acordarás que tu remedio he hecho .

FENISA.
¿ Ay , Capitan ! ¿ Engañasme ?
OSORIO.
No creas
Que en mi vida engañé mujer ninguna .
FENISA.
¿ Ay , español , cómo conozco agora
La verdad española y el buen trato !
Si se efetúa , os doy el mismo día
Dos cadenas que valgan mil ducados .
OSORIO. [rica.
Yo le he dicho á don Juan que estás muy
FENISA.
No engañas á don Juan ; porque si digo
Verdad , puedo esta noche darle en dote
Catorce mil ducados como uno .

ESCENA XIII.

TRISTAN. — Dichos.

TRISTAN.
Lucindo , mi señor , queda esperando
Con los de la aduana .
FENISA.
Osorio , vamos . —
Tú , Celia , dile á Estacio y á Fabricio
Carguen ese dinero y que me sigan .
OSORIO.
Despediréme de don Juan .
FENISA.
Pues dile
Que es alma desta vida .
DINARDA. (Al Capitan.)
¿ Qué se ha he-
[cho?
OSORIO.
A un negocio forzoso los dos vamos .
Está loca Fenisa , y me promete
Mil ducados , don Juan , en dos cadenas . . .
Quédate por aquí .
DINARDA.
Guárdete el cielo .
TRISTAN. (Ap.)
¿ Oh qué bien se concierta ! Agora es
Fortuna , de tu paso diligente . [tiempo,
Por Dios que va á mamaria dulcemente .
(*Vanse todos , menos Dinarda.*)

ESCENA XIV.

DINARDA.
Perdidos pasos doy , gastando al vien-
Suspiros , llantos , locas diligencias : [to
Ya no me queda en qué probar pacien-
[cias ;
Que todo lo venció mi sufrimiento .

Si amor es un continuo pensamiento ,
¿ Qué mucho que le rompan mil ausen-
[cias ?
Pues querer que me quieran por vio-
[lencias ,
Ni es ley de amor ni generoso intento .
Mudóse Albano : ¡ oh tiempos misera-
[bles !
Y ¡ blasonan los hombres que adoramos ,
Que sus firmezas son incontrastables !
Mujeres sin disculpa nos mudamos ;
Los hombres no , porque si son muda-
[bles ,
Dicen que es por la causa que les da-
[mos .

ESCENA XV.

ALBANO. — DINARDA.

ALBANO.
Mucho me huelgo de hallaros ,
Don Juan , solo en este puesto .
DINARDA.
Y yo de veros y hablaros ;
Que tambien vengo dispuesto
A informarme y á informaros .
ALBANO. (Ap.)
¡ Válame Dios ! ¿ que este sea
Don Juan , y que no es Dinarda ?
¿ Quién ha de haber que lo crea ?
DINARDA.
(*Ap.* Mucho el temor me acobarda ;
Que conocerme desea .
Pues téngolo de negar ,
Si aquí supiese morir .)
Ya que me venis á hablar ,
O comenzad á decir ,
O comenzad á escuchar .
ALBANO.
Cuando en esta casa entrastes ,
Sabíades mi intencion :
¿ Por qué vos despues llegastes ?
DINARDA.
Eso está en el corazon ,
Que vos siempre me negastes .
Y solo Dios lo sabria ;
Porque un hombre al fin mudable
Tendrá dos mil cada día .
ALBANO.
(*Ap.* ¡ Jesus ! Que mire , que hable ,
Es la misma prenda mia .
Pero Celia me ha contado
Que de Fenisa ha gozado ,
Vesto no pudiera ser
Siendo este don Juan mujer ,
Como lo tengo soñado .
Quiérome disimular .)
Vuestros criados hablé ,
Cuando me quise informar .

DINARDA.
Pues bien , ¿ á qué efeto fué ?
ALBANO.
Al efeto de preguntar
Vuestra patria y vuestro nombre ;
Y burláronse de mí .
DINARDA.
Son pajes .
ALBANO.
No porque asombre
El veros venir aquí
Tan gallardo y gentil hombre ;
Que deso no estoy celoso ;
Mas para solo saber
Si sois hombre generoso ,
Porque con esta mujer
Procedais mas cauteloso .
DINARDA.
¿ Qué gracia en eso tenéis !

¿De cautelas me advertís?
Sin duda que las sabéis.

ALBANO.

Vos ¿para qué la servís?

DINARDA.

Vos ¿para qué la quereis?

ALBANO.

Yo por solo entretener
La ausencia de una mujer,
De quien desdichas me apartan,
Que eternamente se hartan
De verme morir y arder.

DINARDA.

¿Vos quereis mujer ausente?

ALBANO.

Quiero una mujer que adoro,
Tan bella, que no consiente
Que se le compare el oro,
Ni el mismo sol en oriente.
Como á imagen la tenía
En el altar del respeto,
Donde el alma le ofrecía;
Cuyo retrato os prometo
Hace en vos la ausencia mía.
Y de colores de amor
En la tabla del deseo
Os hizo con tal primor,
Que parece que la veo,
Aunque la cubre el temor:

DINARDA.

Quisiera saber quién era,
Para escribirle ese engaño
Que vuestra fe vitupera,
Porque viendo el desengaño,
Ausente os aborreciera.
Que á una piedra mueva á risa
Que aquí finjais adorar
A quien vuestro olvido pisa,
Y me vengais á matar
Por los celos de Fenisa.
Pues, Albano, estad atento
A lo que os voy á decir
De ese antiguo pensamiento:
Ni tengo que competir,
Ni vuestros engaños siento.
Deste que agora teneis,
Os digo que no intentéis
Entrar desde hoy en su casa,
Porque Fenisa se casa.

ALBANO.

¿Con quién?

DINARDA.

Allá lo sabréis.

Y ¿qué sirve preguntar
Con quién se casa esta dama?
Amando en otro lugar,
¿No veis que en eso se infama
La que estaba en el altar?

ALBANO.

Oid.

DINARDA.

¿Yo cuentos ajenos?

ALBANO.

(Ap. ¿Ay ojos de engaños llenos!)
¿Con quién se casa?

DINARDA.

Conmigo.

ALBANO.

¿Con vos?

DINARDA.

Sí, conmigo digo.

ALBANO.

Por muchos años y buenos.
(Vase Dinarda.)

ESCENA XVI.

ALBANO.

Acabóse. Ya ¿qué intento?
Por Dios, que me vuelve loco
Tan extraño pensamiento.
Ya mi desengaño toco,
Ya con la verdad consiento.
Ya me parece que es ella,
Ya me parece que no;
Mas lo que sacó de vella
Es que en mí resucitó
Cuanto he pasado por ella. (Vase.)

Calle.

ESCENA XVII.

CAMILO. — ALBANO.

CAMILO.

En vuestra busca he venido
Por la ciudad descompuesto,
Y á gran ventura he tenido
Hallaros en este puesto.

ALBANO.

Quedo, Camilo: ¿qué ha sido?

CAMILO.

Un hombre medio embozado,
Y español recién llegado,
Solicito preguntaba
Adónde Albano posaba.
Entre uno y otro soldado.
Llegué y díjese, y luego
Le pregunté qué os quería.
Mostró algún desasosiego,
Y dijo que volvería.
Sin que bastase mi ruego.
Seguíle, y en su posada
Pregunté quién era.

ALBANO.

¿Y bien?

CAMILO.

Ninguno me dijo nada.
Fui á la mar; que fué también
Una advertencia extremada;
Y una nave valenciana
Hallé que había surgido,
Pienso que ayer de mañana,
Y que aquesta había traído
Cierta gente sevillana.

ALBANO.

¿Sevillana dijo?

CAMILO.

Sí,

Pues don Félix está aquí,
El hermano de Dinarda.
De alguna traición te guarda.
(Hablan bajo.)

ESCENA XVIII.

LUCINDO, TRISTAN. — Dichos.

LUCINDO.

Altamente la cogí.

TRISTAN.

Divinamente cayó.

LUCINDO.

¿Está en la nave el dinero?

TRISTAN.

Nuestra gente le embarcó.

LUCINDO.

Pues si hace viento, ¿qué espero?

TRISTAN.

Lo mismo te digo yo.
Esta tiene mil valientes,
Que, descubierto el engaño,
Importa hallarnos ausentes.

LUCINDO.

¿Quién se hallara al desengaño!

TRISTAN.

Ni lo digas ni lo intentes.
Conozco que fuera justo
Alquilar una ventana,
Para mirar con tal gusto
Esta Circe cortesana
Rabiar de puro disgusto.
Pero, el peligro advertido,
Cójalos en alta mar,
Lucindo, aqueste ruido...

LUCINDO.

Tristan, ¿cuál ha de quedar!

TRISTAN.

Notable gatazo ha sido.
Todos tenemos anzuelo.
¡Hola, pícara gallarda!
Quédate adios.

LUCINDO. (Reparando en Albano
y Camilo.)

¿Qué recelo

Me ha dado esta gente!

TRISTAN.

Aguarda.

No es nada.

LUCINDO.

Dad viento, cielo,

A la nave con que trato;
Que de fama y tiempo ingrato
Mayor opinion espero,
Que Jason por su cordero,
Por este notable gato.
Cese la famosa historia
Del vellocino que frisa
Con la mas alta memoria;
Que el anzuelo de Fenisa
Me ha dado mayor victoria. (Vase.)

ESCENA XIX.

TRISTAN; ALBANO y CAMILO,
retirados.

TRISTAN.

Cielos, dad viento á la nave
En que me vuelvo á Valencia,
Para que en ella me alabe
Que pude vencer la ciencia
De la mujer que mañ sabe!
Cien ducados y un vestido
Hoy á Fenisa he cogido;
Mi amo tres mil ducados,
Que, los dos mil rescatados,
Mil por la ganancia han sido.
Quédate en paz, pescadora
De bolsas, anzuelo extraño
De gatos, áspid que llora:
Mamaste tu mismo engaño,
Circe de enredos autora.
Ya no será de importancia
Poner cebo á la ganancia,
Llorar, mover y fingir;
Que ojos que nos vieren ir
No nos verán mas en Francia. (Vase.)

ESCENA XX.

ALBANO, CAMILO.

CAMILO.

Bien me parece, y sería
Cuerda cosa ir á la mar.

ALBANO.

De esa nave en que venia
Me quiero luego informar,
Antes que se cierre el día;
Que no faltará algún hombre
Que sepa también el nombre,
Y las señas me dirán.

CAMILO.

Agravios ¡qué no podrán?
Lo que intenta, no te asombre,
Porque escribe el ofendido
En mármol, y el que ofendió
En agua.

ALBANO.

Pues he sabido
Que viene, no sé yo
Quien viva con tanto olvido.

CAMILO.

Bien haces, porque en efeto
El que agravia, ni de un muro
Ni del lugar mas secreto,
Aun no ha de vivir seguro
De sí mismo, si es discreto.

(Vase.)

Sale en casa de Fenisa.

ESCENA XXI.

FENISA, CELIA.

CELIA.

Contenta vienes.

FENISA.

No estuve
En mi vida mas contenta.
La suerte, á mi bien atenta,
Sobre su rueda me sube.
He vuelto un hombre á mi casa
Que la puede enriquecer;
Y seré de otro mujer,
Que por lo menos me abraza.

CELIA.

Seguro queda el dinero
Que á Lucindo agora has dado.

FENISA.

¡Con qué astucia le he engañado!
El es lindo majadero.
¡Hay hombre tan mentecato?
¡Estas bestias cria España?

CELIA.

Es toda España montaña
Barbara en ingenio y trato.
Mira tú qué policía,
Pues de plata que le ofrece
La India, á Italia enriquece,
A Francia y á Berberia!
¡Qué nacion sustenta el mundo,
Donde no corra por ley
Plata y armas de su rey?

FENISA.

¡Qué bien mis negocios fundo!
Treinta por ciento; y tras esto,
Lo que queda que pescar.
Destos querria yo hallar.

CELIA.

Pocos hallarás tan presto.

FENISA.

Las llaves del almacén
He puesto en el escritorio.
¡Adónde, Celia, fué Osorio?

CELIA.

Fué por don Juan.

FENISA.

¡Ay, mi bien!

L-m.

ESCENA XXII.

BERNARDO. — DICHOS.

BERNARDO.

Déme vuestra señoría,
Como á su paje, la mano.

FENISA.

¡Amigo Bernardo, hermano!...

BERNARDO.

Goces de tal compañía
Mas de mil años, amén.

FENISA.

Toma este anillo, Bernardo,
Por el español gallardo.
Que es dueño tuyo y mi bien.
Mira que el diamante vale
Cuarenta escudos, y mas.

BERNARDO.

Cuando me mandes verás
Que hay quien su firmeza iguale.

ESCENA XXIII.

FABIO. — DICHOS.

FABIO.

Della vostra signoria
Bacio le mani e li piedi.
E voglio chieder mercedi.

FENISA.

¡Oh, Fabio!

FABIO.

¡Oh, padrona mia!

Un secolo e più, Signora,
Godiate il vostro consorte,
Contenta sin a la morte,
E dapi del morta ancora.
Mal abbiate gelosia,
E Dio vi done figliuoli,
Maschi, belli et ispagnuoli.

FENISA.

El cielo hacerlo podria.
Toma esta joya, mi Fabio;
Que esa lengua me consuela.

FABIO.

¡Oh padroncina mia bella!

FENISA.

¡Oh paje discreto y sabio!

ESCENA XXIV.

OSORIO. — DICHOS.

OSORIO.

A decirte que le esperes
Me envia el señor don Juan.

FENISA.

¡Oh famoso Capitan,
Que mi padre y dueño eres!
Esta vuelta de cadena
En mi nombre has de traer.

OSORIO.

No era menester prender
A quien tu amor encadena;
Mas ya que tan liberal
El cielo te fabricó,
Traeréla en tu nombre yo,
A un esclavo tuyo igual.
Esto es gran favor, es mucho.

FABIO.

¡Vedete che ca me doglio!
Non lo voglio, non lo voglio;
Ma intratémelo in capuccio.

ESCENA XXV.

DINARDA. — DICHOS.

DINARDA.

Perdona si me he tardado.

FENISA.

Seas, mi bien, bien venido.

DINARDA.

Quien viene á ser tu marido
Al mayor bien ha llegado.

FENISA.

¡Qué te podria yo dar
Por esa palabra, amores?

DINARDA.

Muchas perlas, muchas flores
Desa boca y dese azar.

FENISA.

Toma este rico diamante
Para señal de mi fe.

DINARDA.

Pues señal de prision fué,
Sea el grillo y yo el amante.

FENISA.

En cambio de un gran palacio
Hoy te da el alma Fenisa.

FABIO. (Ap.)

Por Dios que reparte aprisa
Lo que ha pescado despacio.

ESCENA XXVI.

ALBANO, CAMILO. — DICHOS.

ALBANO.

Despues de que por mil años
Goces, hermosa Fenisa,
Al señor don Juan de Lara,
Honra y valor de Sevilla,
Sabe que llegando al mar
Para saber si venia
Cierta don Félix, por quien
Traigo en peligro la vida,
Vi una nave valenciana
Que con su zaloma y grita
Izaba las blancas velas,
Que ya el mauso viento heria,
Y que un hombre en una barca,
Abordándola, decia:
«Albano, Albano, esa carta
Daréis mañana á Fenisa.»
En esto un hombre en la playa,
Que á mi lado la tenia,
Me la dió; y volviendo el rostro
A la nave que se iba,
Dijo: «Yo se la daré.»
Y entonces con mucha risa
Él y un amigo ó criado
Suben por el borde arriba.
La nave, izando el trinquete,
Se alejó de las orillas,
Porque el viento refrescaba,
Hasta perderse de vista.
Yo no aguardé, cuidadoso
De saber lo que seria,
A mañana: esta es la carta.

FENISA.

(Ap. La color tengo perdida.)
Abre, Osorio.

OSORIO.

Dice así.

(Lee.) «Si bien te acuerdas, arpía,
»Con artificioso anzuelo
»Luto y lágrimas fingidas,
»Dos mil ducados pescaste...

FENISA.

¡Ah, Lucindo!

DINARDA.
¿Qué suspiras?
FENISA.
¡Válgame Dios! ¿Qué es aquesto?
OSORIO. (Lee.)
»Mas la industria vengativa
»Supo cobrar su dinero.

FENISA.
¿Cómo?
OSORIO. (Lee.)
»Una caja tenía,
»Para poder engañarte,
»Seis varas de paño encima.
»Las pipas todas son agua,
»Porque la primera pipa
»Tiene diez libras de aceite;
»No harás poco si te libras.
»Tres mil ducados me diste;
»Pues dos mil te di, enemiga.
»No es mucho que mil que quedan
»Por este cambio me sirvan;
»Que si tú á treinta por ciento
»De tu ganancia querías,
»De mentiras cobrarás,
»Pues has vendido mentiras.»

FENISA.
No leas; que si supiera
Volar, ó hubiera en Sicilia
Encantadores...

ALBANO.
Detente.

FENISA.
Déjame.

CAMILO.
En vano porfiás.
Ya la nave en alta mar,
Todas las velas tendidas,
Camina con viento en popa.

FENISA.
¡Santo Dios!
CAMILO.
¿Qué te santiguas?

FENISA.
Soy mujer, no os espantéis
Que esto sienta y que esto diga.—
Perdona, amado don Juan;
Que para la hacienda mía
No importan tres mil ducados.

DINARDA.
Mi bien, como no te aflijas;
Yo no tengo mucha pena.

ESCENA XXVII.

DON FÉLIX y DONATO, embazados;
DOS SOLDADOS.—DICHOS.

DON FÉLIX.
Siguiendo á los dos venía,
Y en ésta casa se entraron.

SOLDADO 1.º
Aquí hay gente.
DON FÉLIX. (A Donato.)
Aquí te arrima.
CELIA.
En la boda hay embazados.
DON FÉLIX.
Vuestas mercedes prosigan;
Que toda es gente de paz.
ALBANO.
Antes parece enemigo.—
Desembócese, ó por Dios,
Que los eche con mas prisa
Que entraron.

DON FÉLIX.
Un hombre soy,
(Desembózase.)

Que he venido hasta Sicilia
En busca vuestra.

ALBANO.
¿Es don Félix?

DON FÉLIX.
Y sin traición os querria
Hablar en el campo á solas.

CAMILO.
Este es campo.
OSORIO.
Ya me obligan...

DINARDA.
Ténganse; que estoy en medio.
Díganme la causa, y dicha,
Yo los pondré en la campaña.

ALBANO.
Don Félix tuvo en Sevilla
Una quistion, de la cual
Sacó dos ó tres heridas.

OSORIO.
¿No es mas?
ALBANO.
Si es mas no lo sé;
Él, que lo sabe, él lo diga.

DON FÉLIX.
Aunque es verdad que en los pechos
Me pusistes aquel día
La pala, que no es agravio
Tengo por cuarenta firmas.
No vengó por esa parte.
Más pesa la ofensa mía;
Que con la espada en la mano
No hay hombre que agravios pida.
Yo le cobré con reñir;
Si me hirieron, fué desdicha,
Porque llegó vuestra espada
Como pudiera la mía.

ALBANO.
Pues ¿qué pedis?
DON FÉLIX.
A mi hermana;

Y sin ella, ó sin la vida
De quien me la trujo aquí,
No he de volver á Sevilla.

ALBANO.
Yo no tengo vuestra hermana.

DINARDA.
Si la enemistad antigua
Cesa, y las manos os daís,
Y por esposa la estima
Albano, como es razon,
Yo haré que venga ella misma
A confirmar estas paces.

DON FÉLIX.
Esta es mi mano.

ALBANO.
Y la mía.

DINARDA.
Pues sabed que soy Dinarda.

FENISA.
¿Don Juan! Mi esposo!

ALBANO.
Desvía;
Que mi mujer no es tu esposo.

FENISA.
¿Don Juan!
DINARDA.
¿Qué don Juan, Fenisa?

Mujer soy.
FENISA.
Pues, Capitan,
Será razon y justicia
Que me vuelvan lo que he dado.
Dame mi cadena.

OSORIO.
Mira
Si hay algun bravo que venga,
Y en el campo me la pida.

FENISA.
Bernardo, dame el diamante.

BERNARDO.
¿Qué diamante?

FENISA.
Tú, enemiga,
Dame el que te di.

DINARDA.
No creo
Que tú tengas cosa fina.

FENISA.
Fabio, vuélveme la joya.

FABIO.
Vattene in forza e t'implicca.
CAMILO.
Aquí se acaba, Senado,
El anzuelo de Fenisa.

LOS NOVIOS DE HORNACHUELOS ¹.

PERSONAS.

EL REY DON ENRIQUE.
RUI LOPEZ DE AVALOS.
LOPE MELENDEZ.

MENDO, *criado*.
JIMENO, *criado*.
UN REY DE ARMAS.

ESTRELLA, *dama*.
INÉS.
BLANCA.

MARINA, *criada*.
BERRUEDO.
EL ALCALDE.—*CRÍADAS*.

ACTO PRIMERO.

*Sale LOPE MELENDEZ, de color,
y MENDO.*

MENDO.

¿No temes al Rey?

LOPE.

Aquí

No alcanza el poder del Rey;
Sirveme el gusto de ley;
No hay otro rey para mí.
Lope Melendez no mas
Es rey en la Extremadura;
Si Enrique reinar procura,
Castilla es ancha...

MENDO.

Tú das

En notable desatino.
Mira que á Enrique el Tercero
Tiembra, enfermo, el mundo entero;
Que es su valor peregrino;
Aunque, como león de España,
Tiene también por pensión
La cuartana del león.

LOPE.

Mendo, ¿qué interés te engaña,
Que has dado, en favor del Rey,
En ser consejero mío?

MENDO.

Duéleme tu desvario,
Sin Dios, sin razón, sin ley.
Soy tu criado, y no quiero
Conlocas adulaciones
Pagar las obligaciones
Que te debo: el lisonjero
Que otra cosa te aconseja,
Te ayuda á precipitar.
¿No temes que han de llegar
De una queja y otra queja
Las voces á los oídos
De Enrique, que es en efecto
Nuestro rey, tan justo y recto,
Que en miedo y amor unidos
Tiene á sus vasallos todos;
Y todos, por justa ley,
Confiesan que mayor rey
No le han tenido los godos;
Y que, aunque la enfermedad

Le obliga á estar en la cama
El mas del tiempo, su fama
Corre á la posteridad
Tan felizmente, que solo
Mira su desvelo eterno
La justicia y el gobierno,
Digno á su dichoso polo?
Que parece que á Castilla
Tiene desde allí en la mano
Con un freno, como al cano
Mar tiene arenosa orilla,
Que no le deja pasar
De los términos, que son
La justicia y la razón.

LOPE.

Ya me canso de escuchar
Tus disparates; que has dado
Hoy, sin quién para qué,
En filósofo; y no sé,
Mendo, cómo te he escuchado
Con paciencia, sin hacer
Otro mayor, conociendo
Mi condición, y sabiendo
Que en mí no pueden tener
Lugar mas que mi opinión,
Mi parecer, mi albedrío.
¿Tienes algo de judío?
Que aquesos miedos lo son.
Lope Melendez, el lobo
De Extremadura (que así,
Por el valor que hay en mí,
Con que el nombre á Alcides robo,
Me llama toda Castilla),
¿Del Rey se ha de recelar,
Viendo que á tan hondo mar
No es freno tan breve orilla?
¿De un enfermo ha de tener
Recelos este valor?
¿A quién ha dado el temor
De los cobardes poder?
Mi bisabuelo decía
De ordinario, y con verdad,
Que esta que llaman lealtad
Nació de la cobardía;
Que en el principio del mundo,
El que tuvo mas valor,
De esotros se hizo señor.

MENDO.

Ese fué medio segundo
Que despues los hombres dieron,
Para conservarse en paz
Y en justicia...

LOPE.

Pertinaz

Tus disparates te hicieron.

MENDO.

Hízose herencia despues,
Por excusar disensiones
En las nuevas elecciones;
Y fué comun interés
De los pueblos, para dar
Amparo y fuerza á las leyes,
El homenaje á los reyes

Que los han de gobernar;
En quien tal deidad se encierra,
Que los teme y los aclama
El comun, y Dios los llama
Vicedioses en la tierra.

LOPE.

Vive Dios, si me hablas más
Del Rey en toda tu vida,
Y darme no se te olvida,
En su favor, por demás
Consejos vanos y locos,
Que te mate!

MENDO.

Yo lo he estado;

Perdóname, que un criado
De estos ha de dar muy pocos;
Porque los que han de agradar
En todas las ocasiones,
Han de ser camaleones,
Que han de vestirse y estar
De la color de los dueños
A quien se llegan: verdades
Desnudas son necedades
Vestidas. Yo hablé entre sueños,
Y he despertado, y no sé
Lo que me he dicho, por Dios.
Tú y el Rey, Lope, á otros dos.
Haz cuanto gusto le dé,
Pues naciste valeroso,
Rico, libre y sin recelo,
Y te dió partes el cielo
Para alcanzar el dichoso
Renombre de soberano
Dueño del orbe. De menos
Fortuna, y con no tan buenos
Padres, un persa, un villano
Como el Tamórian, salió
A ser de dos Asias dueño,
Y en mas generoso empeño
Sus hazañas vinculó.
Tú, que decienes de aquellos
Famosos conquistadores
Que vistieron de temores
Tantos africanos cuelllos;
Y desde Pelayo, dando
A sus escuadras asombros,
Sacaron á España en hombros,
Sus glorias eternizando;
Y tú por tí, ¿no has de ser
Mayor ejemplo, mayor
Hipérbole de valor?

LOPE.

Solo esto, Mendo, es saber
Paladearme, y ganar
Gracias en mí de criado
Bien nacido y atentado;
Que mentir para medrar
Es uso de la razón
Del estado de servir.
Mendo, adular y fingir
Es la mas cuerda atención.
Adula; que en los criados,
A los dueños divertidos,

¹ Se imprime esta comedia por una copia manuscrita moderna, que nos ha franqueado el excelentísimo señor don Agustín Durán, y que hemos cotejado con otra antigua que posee el excelentísimo señor duque de Osuna. El tercer acto de este manuscrito difiere notablemente del moderno, el cual parece refundición del primitivo.

Los consejos no pedidos
Son desaciertos pesados.

MENDO.

El temor me ha vuelto en mí.

LOPE.

Di, Mendo, pues: ¿qué tenemos
De mozas?

MENDO.

Haciendo extremos
La del Fresno anda por ti.

LOPE.

Picóse la villaneja;
Mas es gusto muy agraz.

MENDO.

La del Arroyo del Saz
Siempre es una eterna queja.

LOPE.

Cansóme, por lo grósero,
A dos horas de gozada.

MENDO.

¿Y Aldónza?

LOPE.

Es mujer casada,
Y al fin hija de escudero.

MENDO.

¿Qué hemos de hacer de Gineza,
Que anda por tus disfavores
Loca?

LOPE.

Cuenta mis rigores,
Con los de Gila y Teresa,
Las novias de Villador.

MENDO.

Junto a la ermita encontré
Ayer a Leocadia.

LOPE.

¿A fe?

MENDO.

Habló conmigo en tu amor,
Y dijo que te tenía
Por mudable.

LOPE.

Dice bien;
Mas con todo, mi desden
Ha de probar.

MENDO.

A fe mía,
Que es hermosa la mujer
Del sacristan del Peral.

LOPE.

También, si no me andan mal
Las manos, la he de coger,
Y ha de entretenerse acá
Dos días, por mas favor
Que las demás.

MENDO.

¿Y Leonor?

LOPE.

¿Qué necia que es!—Vén acá,
Mendo: ¿has visto la infanzona,
Que llaman por su hermosura
La Estrella de Extremadura?

MENDO.

Divinas partes pregona
De su belleza la fama.
Todos dicen que es mujer
Peregrina.

LOPE.

Puede ser
Sol, aunque Estrella se llama.
Confieso que me trae, Mendo,
Perdido de enamorado,
Y en tan peligroso estado,
Que un imposible pretendo.
Y ha llegado a ser en mí

Tanta la fuerza de amor,
Que la he cobrado temor.

MENDO.

Prodigio parece en ti.

LOPE.

No sé qué misterio encierra
El cielo en esta mujer,
Que no la puedo perder
El respeto.

MENDO.

¡Que en la tierra
Cosa humana haya criada,
Que eso, Señor, te merece!
Imposible me parece.

LOPE.

Está en Estrella cifrada
Toda la humana belleza;
Y como idea de cuanto
Obra el cielo con espanto
De nuestra naturaleza,
Asombra á quien la profana
Con amorosos deseos.

MENDO.

Esos son de amor trofeos.

LOPE.

En otra mujer humana,
Mendo, no me sucediera
Este rendimiento á mí.
Desde el día que la vi,
Ardo en su amorosa esfera;
Y las demás que atropello,
Me sirven de entretener
Este imposible, hasta ver
Si amor de monstruo tan bello
Puede salir vencedor.
Esta es mi rey, esta sí
Tiene vasallaje en mí.

Sale UN CRIADO.

CRIADO.

Aquí ha llegado, Señor,
Del Rey un rey de armas.

LOPE.

¿Quién?

CRIADO.

Un rey de armas ha llegado
De Enrique, á ti despachado
Con una carta.

LOPE.

Está bien.

CRIADO.

¿Qué mandas?

LOPE.

Dile, Jimeno,
Que descanse en la posada
Ahora de la jornada;
Que despues me hablará.—Lleno
De confusiones me tiene
La carta del Rey.—Aguarda:
Hazle entrar; que me acobarda
Un pliego que del Rey viene.
Mas ¿que me envía á pedir
Dineros para la guerra
Del moro, y que de mi tierra
Gente le vaya á servir?

MENDO.

Claro está que se valdrá
De ti, como de vasallo
Tan noble y rico.

LOPE.

Excusallo

No podré, Mendo.

Sale EL REY DE ARMAS Y EL CRIADO.

CRIADO.

Allí está,
Hidalgo, Lope Melendez,
Mi señor.

REY DE ARMAS.

De su valor
Hace, hidalgo, su persona
Generosa ostentacion.

LOPE.

Vengais con bien. ¿Cómo queda
El Rey?

REY DE ARMAS.

Su indisposicion
Ordinaria le acompaña;
Pero con tanto valor,
Que estando enfermo en la cama,
No lo está el gobierno.

LOPE.

Son
Los castellanos muy cuerdos.

REY DE ARMAS.

Esta carta me mandó
Que en las manos te pusiese:
Vela y responde.

LOPE.

(Ap. Yo estoy
Desta novedad confuso.)
Mostrad, hidalgo; que yo
La leeré y responderé
Despacio.

REY DE ARMAS.

La ejecucion
De lo que su alteza manda
Pide menos dilacion.
No he de apartarme de aquí,
Porque así me lo ordenó
Enrique, sin la respuesta.

LOPE.

¡Notable resolucion!

REY DE ARMAS.

Obedezco al Rey así,
Que es mi natural señor.

LOPE.

Puntiales me parecen
Los reyes de armas.

REY DE ARMAS.

No honró
Poco Enrique tu persona,
Cuando por embajador
Desta carta un rey te envía
De armas, y como yo;
Que nosotros no salimos
A menos árdua faccion,
Melendez, que á un desafio
De un rey ó un emperador.

LOPE.

Desa suerte, el Rey sin duda
Me desafía.

REY DE ARMAS.

Eso no;

Que eres tú muy desigual
De Enrique, pues sois los dos,
Él tu rey, tú su vasallo;
Y los que yo he dicho son
Solamente sus iguales.
Enrique te hace este honor,
Porque tienes en Castilla
Tan grande nobleza.

LOPE.

Estoy
Por arrojar, Mendo, á este
Rey de armas, por un balcón,
Al foso deste castillo;
Que viene muy hablador.

MENDO.

Por mensajero no incurro
En culpa.

LOPE.

Mendo, por Dios,
Que no me he templado tanto
En mi vida.

MENDO.

No es valor,
En un hombre que ha venido
Con la fe que era razon,
De seguro, con despachos
Del Rey, ofenderle.

LOPE.

Soy
Poco prevenido, Mendo,
En las impaciencias.— Vos,
Hidalgo, venis despacio,
Y no estoy de prisa yo,
(*Siéntase Melendez solo.*)
Y es menester despacharos.—
Hazme, Mendo, relacion
De aquesta carta del Rey.

MENDO.

Así dica.

LOPE.

Atento estoy.

REY DE ARMAS.

Ya que tú has tomado asiento,
Yo le tomo; que es razon
Que un mensajero del Rey
Te merezca este favor.
(*Siéntase el Rey de armas.*)

LOPE.

Mendo, por Dios que este rey
De armas me ha de sacar hoy
De paciencia.

MENDO.

Esto es debido
A cualquier embajador.

LOPE.

El desembarazo es
Quien más me cansa.

MENDO.

Señor,
Trae dentro del cuerpo al Rey.

LOPE.

¿Qué importa donde yo estoy?

MENDO.

Como representa á Enrique,
Cumple con su obligacion.

LOPE.

Traerle, si así ha de ser,
Mendo, una cama es mejor;
Que si Enrique siempre enfermo
Asiste en ella, mejor
Representacion hará
En ella su embajador.
Y no debe de venir

A pedirme, como yo
Pensé, dinero y soldados
Contra el rey Almaymon
De Granada, por Enrique,
Pues tanta resolucion
Trae, Mendo, su mensajero;
Porque quien pide llegó
Siempre con modestia. Lee:
Saldré de esta confusion.

MENDO. (*Lee.*)

«Lope Melendez...

LOPE.

Prosigue.

MENDO.

«De Extremadura...

LOPE.

El me dió

Por apellido la tierra
Donde soy tan gran señor.

MENDO.

«Luego que os dé mi rey de armas
Este pliego...

LOPE.

Aguarda. ¿No
Pone ahí el Rey *primo nuestro*?

MENDO.

En este primer renglon
No escribe otra cosa mas.

LOPE.

Olvidósele, por Dios;
Que á mi no me escriben menos
Los reyes, desde que dió
A mi apellido en Castilla
Nombre el heroico blason
De sus condes y jüeces;
Pero perdonoselo
Por enfermo.—Mendo, pasa
Adelante.

REY DE ARMAS.

No se vió

Mayor soberbia. ☉

MENDO.

«Saldréis,

«Sin mas otra prevencion
«Que vos y cuatro criados,
«Y mi rey de armas con vos,
«Del lugar en que al presente
«Estuviereis: desde hoy
«En treinta dias, os mando,
«Sin hacer innovacion,
«Que parezcáis ante mí.
«Porque al servicio de Dios
«Y al mío importa. En Madrid
«Y septiembre veinte y dos.—
«Yo el Rey.»

LOPE.

Despacio está el Rey,
Y no me espanto; que son
Flemáticas las cuartanas.

REY DE ARMAS.

Por él la palabra os doy
Que le tiemblan en Castilla
Mas que él os tiembra.

LOPE.

Al humor

Me atengo con todo eso.

REY DE ARMAS.

Yo á su heroico corazon.

LOPE.

Yo al mío.

REY DE ARMAS.

«¿Qué respondes

Ahora; que bien sé yo
A quién me debo atener,
Si he de elegir de los dos.

LOPE.

«Mensajero sois, amigo;
Non merecéis culpa, non.»
«Esto mismo don García,
Rey de Leon, respondió
A un antepasado mío
En semejante ocasion.
Respondedle al Rey que Lope
Melendez su carta oyó,
Y que se espanta que ignore
Su bizarra condicion
Tanto, que á llamarle envíe
Con la determinacion
Que en esta carta le envía;
Sin acordarse que soy
Rico-hombre en la Extremadura
De caldera y de pendon;
Que mi padre, que Dios haya,
Mas vasallos me dejó
En ella que tiene almenas

Bárgos, Toledo y Leon;
Y que desde este castillo,
Que mira en naciendo el sol,
No veo cosa de quien sea
Otro dueño, si no yo.
Golfos de ganados míos,
Inundan los campos hoy;
Cuanto se ve nieve, es grana,
Oro cuanto flor se vió.
Mis toros con el de Europa
Tienen sola emulacion;
Mis caballos con los que
Rige el planeta mayor;
Que naciendo en mis dehesas,
Tan partos del viento son,
Que en su esfera pasan plaza
Con el neblí mas veloz.
De exhalaciones de espumas
Beben luciente esplendor;
Las diez leguas de la puente
De Guadiana al vellon
Que sus esmeraldas paca,
Senda estrecha pareció.
Si el Rey menester hubiere
Dineros, pidamelós,
Porque de marcos de plata
Tengo lleno un torreón;
Si soldados, mis vasallos
Tienen tan grande valor,
Que faltan mundos que rindan
Los aceros que les doy;
Que para armar cuatro mil
Hidalgos, en Badajoz
Tengo una hermosa armería
De arneses tranzados hoy.
Yo estoy en Extremadura
Con gusto, gracias á Dios;
Estése Enrique en Madrid,
Que es hermosa poblacion,
Y para su enfermedad
Elijió el cielo mejor
Que tiene villa en España;
Que á ser arbolario yo
Ó médico, fuera allá
A curarle la cesion
Prolija de que adolece;
O á no estar en Aragon
Y en Navarra sus hermanas
Casadas, Blanca y Leonor,
Tambien fuera á desposarme
Con cualquiera de las dos;
Porque, segun dicen todos,
Enrique tiene opinion
De honrado hidalgo en Castilla.
Y con esto, guardaos Dios...
—Y no dejen de llevarle
De comer á este infanzon
A su posada, Jimeno:
No diga el Rey que llegó
Criado suyo á mi casa
Sin sacar algun honor.

REY DE ARMAS.

Yo no vengo á descansar
Ni á comer, sino á ser hoy
De las órdenes del Rey
Tan legal ejecutor,
Que he de volverme á la corte
Desde aquí.

LOPE.

Vaya con vos

El cielo.

REY DE ARMAS.

El Rey tomará

La justa satisfaccion
Que piden desobediencias
Tan grandes.

LOPE.

Tomara yo

Que fuera de espada á espada,
Porque viéramos los dos

Quién ser por valor merece
Vasallo ó rey.

REY DE ARMAS.

Yo me voy,

Por no ocasionarle mas
A tu libre condicion
Desacatos contra el Rey.

LOPE.

Cuerdo andais, atento sois,
Antes que por el atajo.
Desde aqúese corredor,
Os ponga yo en el camino
De Madrid.

(Hace como que le quiere arrojar, y tíen-
nente los criados, y vase el Rey de
armas.)

REY DE ARMAS.

Este furor

No es de hombre humano.

LOPE.

Jimeno,

¿Fuése?

CRIADO.

Ya se fué, Señor.

LOPE.

¡Buen brio, Jimeno!

CRIADO.

• ¡El lleva
Gentil despacho, por Dios!

LOPE.

Haz ensillar tres rocines,
Mendo; que he de llegar hoy
A Hornachuelos.

MENDO.

Su infanzona

Te tiene loco de amor.

LOPE.

Vamos á ver, por prodigio
Que el cielo á la tierra dió,
En una estrella dos soles,
Con rayos de nieve un sol.

(Vase.)

Sale ESTRELLA, con venablo, espada y
daga, y sombrero de plumas, y INÉS,
criada.

ESTRELLA.

Toma este venablo, Inés,
Y haz á esa gente que aquí
Metan, Blanca, el jabali
Que dió la vida á mis pies;
Que es el mas bello animal
Que á los montes de Hornachuelos
Dieron por rayo los cielos.

INÉS.

¡Dichoso, pues al cristal
De tus manos mereció
Morir!

ESTRELLA.

¡Requiebro, Inés?
Y ¡a mí, que dirás despues
Que nunca amor me obligó!
¡A mí, que dices que he sido,
Siendo mujer, diferente
De las demás, que accidente
De inclinacion no he tenido
A cosa humana, me estás
Diciendo finezas?

INÉS.

Yo,

Por mujer, me atrevo.

ESTRELLA.

Porque me las debes?

INÉS.

Mas

Que á mí misma; mas si fuera
Hombre, poco te obligara.

ESTRELLA.

En que soy mujer repara,
Inés; que si me volviera
Hombre, estuviera conmigo
Mal.

INÉS.

¡Notable encarecer
De tu humor, siendo mujer!

ESTRELLA.

Cuando cierra libre sigo
En el monte, pienso que es
La mitad hombre.

INÉS.

A las veces,

Escarmentada pareces
Mas que desdeñosa.

ESTRELLA.

Inés,

Despues de ser algo en mi
Naturaleza, no son
Las nuevas de su opinion
En favor suyo; que aquí
Sé yo, sin escarmentar
Mas que en cabezas ajenas,
Sus palabras siempre llenas
De mentiras.

INÉS.

Si quejar

Les oyésemos tambien
De nosotras, á fe mía
Que quizá disculparia
Su término tu desden.

ESTRELLA.

No lo dudo yo tampoco.
El amor las atropella.

INÉS.

No han de ser todos, Estrella,
Como este fiero, este loco
De Lope Melendez.

ESTRELLA.

Antes

Eso es lo mejor, Inés,
Porque no encubre quién es;
Y hombres, Inés, semejantes,
Que están diciendo quién son,
A nadie engañan.

INÉS.

Haciendo

Fuerza, sí.

ESTRELLA.

Yo nunca entiendo
Que hay fuerza (esta es mi opinion);
Arrepentimiento sí,
Despues de ser despreciadas.
Las mas que han sido forzadas
Han mentido contra sí.
Todas me han de dar licencia;
Que algo pone de su parte
Gusto que, estando sin arte,
No muere en la resistencia.
En el monte encontré ayer
A Lope Melendez yo,
Y tan compuesto llegó
A hablarme, que pudo hacer
Su respeto cortesia
De mi ingrato proceder.¹
Desengañéle cortés²
De su engañada porfia;
Despidióse, y en suspiros,
Letras que escribió en los vientos,
Dilató sus pensamientos.

¹, ² No consueñan estos dos versos.

INÉS.

De los generales tiros
Está libre tu hermosura;
Que, como es de estrella á estrella,
Está en tu cielo mas bella,
Y no hay humana criatura
Que tenga con la osadia
Para ofenderte poder,
Porque á todos haces ver
Estrellas á mediodia.

ESTRELLA.

Favores, Inés, me estás
Haciendo.

INÉS.

Soy tu criada,
De tí mas enamorada
Que el sol, porque luz le das.
Y aunque de las partes es
Lope Melendez, que veo,
Para marido es empleo
De importancia y de interés,
Pues es rico hombre en Castilla,
Noble, poderoso, y das
Acrecentamientos mas
A tu casa y á esta villa,
Que ganaron tus abuelos
Del moro en Extremadura.

ESTRELLA.

Yo estoy contenta y segura
Conmigo y con Hornachuelos.
No quiero mas: la mayor
Ambicion que tener puedo,
Es la nobleza que heredo
En este heróico valor.
Mas precio la libertad
Con que al campo, con que al sueño
Y á la comida, sin dueño,
Que otro estorbo ó vanidad...³
Salgo á veces rodeada
De mis vasallos, y á veces
Sin testigos, sin jueces,
De las albas coronada,
A buscar un jabali,
Abriendo por los ijares
Bruto que espumando mares,
Nada y vuela á un tiempo así;
Y de mis manos herido,
Si de mi ardor alcanzado,
Busca el agua por sagrado
Y la muerte por partido,
Y el fugitivo cristal,
Donde sed y vida mata,
Al mar, que le aguarda plata,
Llega á pagarle coral,
Que ser en Castilla reina,
Ni de cuanto mira el sol
Desde el ocaso español
Adonde el aura se peina.

INÉS.

Eres diferente, al fin,
De las demás, como estrella
La mas nueva, la mas bella
Que ve el celeste jardín.

Sale BLANCA, criada.

BLANCA.

Ya, como mandaste, está
Puesto el jabali á recado.

ESTRELLA.

¿Y la testa del venado?

BLANCA.

Con las otras, donde da

³ O falta algo tras esta redondilla, ó hay en ella algun error de copia que descomponga el sentido, pues parece que este debería ser: *Más precio la libertad con que salgo al campo... que ser reina de Castilla.*

Ostentación la portada
De tu palacio, Señora.

ESTRELLA.

Bien está, Blanca.

BLANCA.

Si agora
No estás en algo ocupada,
Berrueco pide licencia
Para hablarte.

ESTRELLA.

¿Es el cabrero?

BLANCA.

Si, Señora.

ESTRELLA.

Verle quiero;
Que gusto de su inocencia.

BLANCA.

Viene con él el Alcalde;
Que pienso que le apadrina
Para no sé qué.

ESTRELLA.

Marina

Anda por aquí.

Unas:

Y cruel,
Porque nunca le ha querido
Dar á Berrueco un favor.

ESTRELLA.

Por cierto, ¡donoso humor!

BLANCA.

Dice que ser su marido
Está de Dios, aunque mas
Se esconda Marina del,
Y ande á lo damo cruel,
Sin dejarse ver jamás;
Que ha de ser su novia.

ESTRELLA.

Bueno,

Blanca: alabo la porfía
Y el buen gusto. ¡Lindo día
Tendremos! Dile á Centeno,
El alcalde, que con él
Entre: — y dame tú una silla.
Inés, reinar en Castilla
No iguala este gusto en él.

Salen LOPE MELENDEZ, MENDO
Y JIMENO.

LOPE.

Disculpe este atrevimiento
El amor; que en pensamiento
Tan grande, es fuerza y destino.

ESTRELLA.

Llega otra silla al señor
Lope Melendez.

LOPE.

¡Qué extraña

Severidad acompaña
Las partes de su valor!
No ha visto el mundo mujer
Mas peregrina, con tanta
Belleza y entendimiento.

ESTRELLA.

Sentáos, porque yo lo haga.

LOPE.

Siempre, Estrella, os obedeco
Con rendimientos el alma.

(*Siéntanse.*)

ESTRELLA.

¿Cómo venís?

LOPE.

Como siempre,

¡Falta un vaso.

A vuestras hermosas plantas
Sacrificando albedríos.

ESTRELLA.

Vendréis á honrar esta casa,
Y á tiempo que habeis de ser
Testigo en una extremada
Boda que se nos ofrece.

LOPE.

El nombre me sobresalta,
En vuestra casa, de boda.

ESTRELLA.

De ese miedo os da palabra
De aseguráros Estrella.

LOPE.

Será por la que me falta.

ESTRELLA.

No, á fe; sino porque yo
Jamás he estado inclinada
Al casamiento, ni á dar
Vida á quien...

LOPE.

Quisiera de almas
Sembrarós la tierra donde
Poneis los pies.

ESTRELLA.

Tengo en casa

Una pobre labradora,
Que nació en ella, ocupada
En ordinarios oficios,
Que por fea se recata
Tanto como por honesta,
Mas moza que despejada,
Menos hermosa que atenta,
Mas sufrida que aliñada.
Quiere casarse con ella
Un labrador de otras tantas
Partes, y pienso que viene
Con mí alcalde en la demanda
Desta empresa por padrino.

LOPE.

Para con vos le tomara
En mi amorosa porfía.

ESTRELLA.

Es el Berrueco extremada
Persona.

LOPE.

Notablemente,
Cortés siempre y nunca humana,
Se desentiende conmigo.

ESTRELLA.

Dad licencia que entren.

LOPE.

Basta
La que vuestros ojos toman
Para darme muerte.

ESTRELLA.

Blanca,

Hazlos entrar.

LOPE.

Dueños son
Con hermosa tirana
De los mayores sentidos.

ESTRELLA.

Esto, la pesca y la caza
Me entretienen en mi aldea.

LOPE.

Llamada esfera del alba,
Llamada corte del sol,
Llamada del cielo alcázar.

ESTRELLA.

Mucho habeis de entreteneros
Con los novios.

JIMENO.

¡Qué bizarra
Mujer! No he visto, Señor,
Mas ejércitos de gracia
En otra en toda mi vida.

LOPE.

Jimén, ninguna alabanza
Le viene corta:

Salen BERRUECO Y EL ALCALDE,
de villanos graciosos, Y BLANCA.

BLANCA.

Ya están

Aquí.

BERRUECO.

Alcalde, en cada pata
Pienso que llevo de plomo
Un galápago.

ALCALDE.

¿No basta,
Berrueco, que venga yo
Con vos, para entrar sin tanta
Vergüenza? Igualáos conmigo,
Y hagamos ambos al ama
Agora una reverencia
Con las caperuzas.

BERRUECO.

Vaya;

Que si me enquilotro, nadie
Me llevará la ventaja
En saber hacerla.

ALCALDE.

Agora.—

Guarde Dios, con boda larga;
Señora, á su señoría.—
¿Qué haces, Berrueco? Despacha.

BERRUECO.

La reverencia que pienso
Que es mejor...
(*Berrueco haga la reverencia echándose á rodar de espaldas.*)

ALCALDE.

¡Muy noramala!

Alzad; que sois muy jumento.

BERRUECO.

Por eso dí con la carga
En el suelo.

ALCALDE.

¿Tanto os pesa

Marina ya?

BERRUECO.

Imaginada
Una mujer para propia,
Derribará una montaña.
Mirad despues ¡qué será
En la mesa y en la cama!
Con Bercebu fue lo mismo,
Cuando se casó.

LOPE.

¡Qué raras

Figuras vienen los dos!

BERRUECO.

Ya estoy, Alcalde, sin gana
De casarme: si os parece,
Volvámonos.

ALCALDE.

¿Por qué causa?

BERRUECO.

Porque he entrado con mal pié,
Y está aquí, si no me engaña,
El lobo de las ovejas
Que en esta sierra se casan.
Ya olvido carne y veredas;
Temo que antes de encentalla,
Carnero viudo me deje.

ALCALDE.

Vendrá, Berrueco, por lana
Y volverá trasquilado.
Aunque él á esta casa guarda
Mucho respeto; que dicen
Que con nuestra ama se casa.

BERRUECO.
Pues hablad; que á toda ley,
Si él se casa con nuestra ama,
Tener por amigo al lobo
Es del ganado ganancia.

ESTRELLA.
Decid á lo que venís,
Alcalde.

ALCALDE.
Con merced tanta
Como nos hace, si haré.

ESTRELLA.
Decid.

ALCALDE.
Señora... ¡Qué mala
Lengua traigo hoy!

BERRUECO.
Escupid;
Que el beber tan de mañana
Y en ayunas, jamás hizo
Provecho.

ALCALDE.
Berrueco es...

BERRUECO.
Vaya.

ALCALDE.
Es hombre.

ESTRELLA.
Nadie lo duda.

ALCALDE.
Y Marina, una criada
Vuestra, mujer.

ESTRELLA.
Es así.

ALCALDE.
Si ahora los dos se casan,
Y merece que en mi casa,
Claro está.

ESTRELLA.
Cosa es tan clara,
Que no hay quien negarlo pueda.

ALCALDE.
Pues venga el Cura, y no hay nada
Mas que her.

ESTRELLA.
Por cierto vos,
Alcalde, sois de palabras
Sucintas.

ALCALDE.
Pues ¿de qué sirve,
Señora, andar por las ramas?

ESTRELLA.
Berrueco es hombre de bien,
Y merece que en mi casa
Le honre yo.

BERRUECO.
Yo he de ser
Siempre vuestro, pues me ampara
Vuestro favor, y me honra
Con Marina; y no sin causa,
Porque tuviese el efecto
Que ha tenido esta desgracia...
Está dicha, decir quise...
Y poder inquietarla,
Como soy novio novillo,
He traído á vuestra casa
Al Alcalde por cabestro.

ALCALDE.
Si fuere pulla, no valga.

ESTRELLA.
Yo estoy contento, Berrueco,
Con vuestra persona.—Blanca,
Haz á Marina que á vistas
De su desposado salga.

BLANCA.
Será menester que Inés
Me ayude también.

ESTRELLA.
Pues vaya
Inés contigo.

BLANCA.
A estas horas,
Melindrosa y recatada,
No habrá desvan que no busque
Para esconderse.

ESTRELLA.
Sacadla
Por fuerza, aunque esté en la cueva.
(Vase Blanca.)

BERRUECO.
Y era razón que se usara
Un saca-novias también,
Como saca-muelas.

ALCALDE.
¡Brava
Dicha, Berrueco, teneis!

BERRUECO.
Si me caso, ¿qué te espantas
Que se haya tan presto hecho?
Si fuera enviudar, tardara
Una eternidad.

LOPE.
Yo quiero,
Si me dais licencia, en tanta
Fiesta, ayudar á los novios,
No porque falta les haga
Nada en vuestra casa, Estrella,
Sino porque en vuestra casa
Estoy en esta ocasión.

ESTRELLA.
Dios os guarde; que obligada
Me teneis y agradecida
De cualquier suerte.

LOPE.
Mas blanda
Parece que corresponde
A mis deseos: acaba,
Amor, vence este imposible;
Que yo te prometo estatuas
De plata y oro, y mayores
Templos que Chipre te daba,
Cuando de jaspe no sean,
De los diamantes del alma.

Salen BLANCA y INÉS.

INÉS.
Ya sale Marina.

BERRUECO.
Agora
Me da, Alcalde, una quartana;
Que de piés y manos tiemblo.

ALCALDE.
El casamiento lo causa.

BLANCA.
De una tinaja de harina
La hemos sacado.

LOPE.
¡Extremada
Demostración de doncella!

ESTRELLA.
Es melindre de villana
De mi lugar. ¿No acabamos?
Para salir, ¿á qué aguarda?

BLANCA.
A que á puños rempujones
La echemos fuera.

BERRUECO.
Arrojaria
Con un trabuco.

*Sale MARINA, de villana simple, con
zapato de vaca y cabello corto y en-
harinada la cabeza, y póngase muy
medurada y honesta.*

MARINA.
Arre allá...
¡Han de inquietarme!

LOPE.
¡Extraña
Fantasma!

WENDO.
¡Notable tronco!

BERRUECO.
Alcalde...

ALCALDE.
¿Qué hay?

BERRUECO.
¿A qué aguardan?

**Echen á freir la novia;
Que ya viene enharinada.**

ESTRELLA.
Marina, mira á Berrueco,
Que ha de ser tu novio.

MARINA.
Vaya
Él á decir eso al Cura,
Que es el que desposa y casa;
Que yo no tengo que ver
En eso mas que una albarda.

ALCALDE.
¿Qué os parece de la novia,
Berrueco?

BERRUECO.
¿Qué? que tan mala
Cosa no he visto en mi vida.
No me tomeis la palabra;
Que me arrepiento de novio.

MARINA.
Hame vuelto al cuerpo el alma,
Porque estamos de un color.

LOPE.
La boda ¡está concertada
De esa manera!

ESTRELLA.
Ese estilo
No se ha de usar en mi casa,
Habiendo llegado á vistas.

BERRUECO.
¡Pruviera á Dios que llegara
A ciegas, y nunca viera,
Alcalde, cosa tan mala!
No me casaré con ella,
Si me hacen cuartos, y estaba
Por decir que chicharrones.
No es mejor que esta tarasca
Una horca, una picota?

ESTRELLA.
Berrueco...

BERRUECO.
¿Qué es lo que manda
Su merced?

ESTRELLA.
Dale á Marina
La mano de novio, acaba.—
Marina, dásela tú
También.

MARINA.
Muy de mala gana
Lo que me mandas haré.

BERRUECO.
Y yo, Marina endiablada,
¿Mondo nisperos?

ESTRELLA.

¿Qué es esto?
Acabad. ¡Qué flemma gastan!

BERRUECO.

Espere, cuerpo de Cristo;
Que á uno que ahorcan ó empalan,
Le dejan decir el credo
Antes que el verdugo haga
Su oficio; y casarse no es
Menos que ahorcarle el alma
Tambien. ¡Escarmentá en mí,
Solteros, que á vuestras casas
Solos os vais á dormir;
Que me casan por estafa!

ESTRELLA.

Dáos las manos.

BERRUECO.

¡Ya me arrojan
De la escalera! ¡Dios vaya
Conmigo!... Misas, señores,
De enviudar.—Marina, dáca
Esa mano de mortero.

MARINA.

Agradeceidlo á mi ama;
Que si no... No me apreteis;
(*Andando hacia atrás, se den las manos sin verse, y Marina dá una coz á Berrueco y hágale rodar.*)

Que os daré tan gran puñada,
Que escupais dientes dos días.

BERRUECO.

¡Sois, Marina, mula falsa?

ESTRELLA.

Ya es tarde, señores novios,
Y por esta tarde basta.—
Marina, alto; á su ejercicio.—
Berrueco, vaya á sus cabras.

MARINA.

No paro hasta mi cocina.

BERRUECO.

Ni yo hasta mi cabaña.

(*Cada uno por su puerta, se van corriendo.*)

ESTRELLA.

Y yo, con vuestra licencia,
Me ausento.

LOPE.

Dejad que el alma
Descifre tantos rigores
Como por quereros pasa.

ESTRELLA.

Decid; que la cortesía,
Que en vos sobra, en mí no falta.

LOPE.

(*Levántanse, y pónese cada uno á una puerta de los paños del tablado.*)

Estrella, de tus negras, celestiales,
Almas luces de amor, ¿quién ha po-

Salir con libertad, que no haya sido
Triunfo de tu desden en tus umbrales?
Diganlo de mis ansias inmortales

Tantos afectos, partos del sentido;
Lágrimas no, que fuera ya partido
Para lenguas y treguas de mis males.

En tan alto peligro acreditada
Queda la voz de un Icaro atrevida, ¿da;
Bien que en su mismo intento fabrica-

Porque contra cualquiera humana
(*vida,*)
De rigores de nieve estás armada,
De prodigios de fuego estás vestida.

ESTRELLA.

Lope Melendez, si el amor es fuego,

Nieve soy en los Alpes congelada;
Si trae flechas, de rayos ando armada;
Si es Dios, estrella soy; lince, si ciego.

Áspid soy al encanto, sorda al rue-
Dura roca del mar solicitada, (go,
Y á la voz de las Circeas encantada,
De bronce estatua en laberinto ciego.

Pues ya no puedo á la amorosa pal-
[ma
Ser menos que áspid, rayo, bronce,
[hielo,
Estrella, lince y piedra, en tu amor

O porque humana pague tu desvelo,
Pide á los cielos que te den otra alma,
O quejate de la que tengo al cielo.

ACTO SEGUNDO.

Salen EL REY DON ENRIQUE y RUI
LOPEZ DE ÁVALOS, con barba.

rui.

Goce, Señor, vuestra alteza,
Para remediar los daños
De este reino, muchos años
Salud; que daba tristeza
Verle tanto padecer
En enfermedad tan dura.

REY.

Rui Lopez, yo soy criatura
De Dios, y Dios ha de ser
El que me tiene de dar
Salud. Si él ve me conviene
Para servirle (pues tiene
Poder de dar y quitar),
Me la dé; porque pedir
Otra cosa fuera errar.

rui.

Parece que tu valor
Quiere, Señor, competir
Con tu prudencia.

REY.

Esto es llano.
Nunca el hombre ha de querer
Pedir, saber ni tener
Mas de lo que el soberano
Señor ordenare.

rui.

Todos
Se espantan de ver que estando
Tan enfermo, gobernando
Vivas, y tengas sujeto
Un reino como el que tienes.

Todos se dan parabienes
De verte tan justo y réto,
Tanto, que el cuidado esmalta
Y tu gran solicitud,
Supliendo con tu virtud
Lo que de salud te falta.

REY.

Rui Lopez, en la ocasion
El Señor cuidado tiene,
Cuando ve que nos conviene,
De dar fuerza al corazón.
Bien sabe Dios que deseo
Solo acertarle á servir,
Y aqúeste pueblo regir,
Y que en hacerlo me empleo;
Porque un hombre, aunque sea rey,
Debe, en fin, considerar
Que todo se ha de acabar,

Y que sujeto á la ley
Vive de naturaleza,
Que es el nacer y morir,
Y que Dios quiso subir
Su nada á tanta grandeza.
Y teniendo este retrato
Presente, no puede ser
Que este tal venga á caer
En la culpa del ingrato.

Así yo, para los dos,
Juzgo, y mi pecho no yerra,
Que soy, si humano en la tierra,
Teniente del Rey, que es Dios;
Por cuya causa, en su ausencia
Vivo (él lo sabe mejor)
Gobernando con amor,
Temiendo la residencia;
Que quien temor no ha tenido
De Dios, sin duda no quiere
Ser, ni es justo que lo espere,
De los que rige temido.
Y así yo quisiera hacer,
Rui Lopez, una jornada
A que el alma está obligada,
Y quiero en fin ir á ver
Aquella excelsa Señora
De Guadalupe.

rui.

Señor,
Aquese es grande rigor.
Si te levantas agora
De una enfermedad tan fuerte,
Es cierto que te condenas
A que se encierre en tus venas
Otra que te dé la muerte.

REY.

Rui Lopez, no hay que tratar.
Al punto tiene de ser
Mi partida: el responder
Ha de ser con aprestar
Lo necesario.

rui.

Señor...

REY.

¿Cómo tengo de decir
Que al punto me he de partir?
El persuadirme es error.

Sale UN CRIADO.

CRIADO.

El Rey de armas ha llegado,
De vuelta de Extremadura.

REY.

Decid que entro...

rui.

¡Gran cordura!

REY.

Que estoy con al cuidado.

Sale EL REY DE ARMAS.

REY DE ARMAS.

Déme vuestra majestad
Los pies, gran Señor.

REY.

Mis brazos

Tenéis con mas fuertes lazos.
Levantad.

REY DE ARMAS.

Si mi humildad
Favoreceis deste modo,
Podrá ser me desvanezca,
Y cual Icaro perezca,
Perdiendo, Señor, del todo
Mi dicha.

REY.

Melendez ¿viene?

REY DE ARMAS.

Señor, tan soberbio y loco
Como siempre, tuvo en poco
Tu carta; y así, conviene
Castigarle, pues por tí
El respeto que debía
Tenerme, con demasia
Atropelló fiero en mí.
Diciendo que si estuviera
En el valor de su espada
Ver, gran Señor, coronada
Su cabeza, que él supiera
Medirla tan bien contigo,
Que quedara vitorioso
Por lo fuerte y lo brioso.
Y en fin, siendo yo testigo,
Se atrevió á decir que, á estar
Alguna de tus hermanas
Soltera, sus soberanas
Partes viniera á gozar
Siendo su esposo; y de suerte
Atropelló mi persona
Sin respetar tu corona,
Que intentó darme la muerte.

REY.

¡Vive Dios, que estoy corrido
Ya de habero enviado,
Pues habiéndole escuchado
Tal, con valor atrevido
No le matasteis!

REY DE ARMAS.

Señor,
Fórzan vnos mis intentos,
Con tantos impedimentos
De criados: su furor
Quisiera que conocieras.

REY.

Este hombre al punto prended,
Y á recaudo le poned.
— Porque si valor tuvieras,
Y de tu rey escucharas
Injurias, aunque tu vida
Fuera á sus manos rendida,
Por lo meros intentaras
Matarle; y así, he pensado,
Pues fuiste á todo testigo,
Que de algun vil enemigo
Suyo vienes cohechado;
Porque un hombre bien nacido
¿Cómo puede responder
Tan contrario de su ser?
¿Levalde pues.

REY DE ARMAS.

¡Que haya sido
Tan desdichado! —; Señor!...

REY.

No hay que tratar. Pague así
Quien, en la ocasión, por mí
Volver no supo; el rigor
Pruebe de mi mano.

REY DE ARMAS.

Quiero

Obedecerte.
(*Llévanle.*)

REY.

Corrido

Estoy de aquesto que he oído,
Y tomar venganza espero
De tantas desobediencias
Como Melendez me ha hecho,
Pues obstinado su pecho
Tiene tan malas ausencias.
Aquí me he á sentendido,
Porque no pueda entender
Ninguno que puede haber
Quien á mí me haya perdido
El respeto; que bien creo
Que lo que dice es verdad.
Conozco la libertad

De Melendez, y deseo
Castigarle.

Sale RUI LOPEZ.

rui.

Ya, Señor,
Como tú mandaste, queda
En la torre.

REY.

¡Que no pueda
Enfrenar yo su rigor!
Ahora bien, Rui Lopez, hoy
Sin falta me he de partir.

rui.

A punto para servir
A tu majestad estoy.

REY.

Pues escuchadme: sacad
Ese hombre de la prision,
Y, sin saber mi intencion,
En mi guarda le llevad;
Que yo para qué os diré.]

aui.

Solo agradarte deseo,
Y en esto, Señor, me empleo.

REY.

Esto haced.

rui.

Yo os serviré.
(*Vase.*)

—

Salen INÉS y ESTRELLA.

ESTRELLA.

Llega, Inés, áquessa silla;
Que quiero esperar aquí
(Ya que al campo no salí,
Que para mí es maravilla)
A los novios.

INÉS.

¿Cuándo tienes
De darnos en justo empleo
Dueño igual á tu deseo,
De tantas partes y bienes?

ESTRELLA.

No tengo tales cuidados.

INÉS.

Deben de habelle los cielos
Dado este clima á Hornachuelos;
Que son pocos inclinados
Al casamiento, ó de tí
Aprenden, por imitarte.

ESTRELLA.

Inclinada mas á Marte,
Inés, que á Venus, nació.
Mas aquesta velación
Me cuenta.

INÉS.

Fué de esta suerte.
En los extremos advierte.

ESTRELLA.

Dí; que yo tendré atención.

INÉS.

Salí la boda de casa,
Como mandaste, á la ermita
Del lugar, porque á la iglesia
Se les hizo cuesta arriba.
Iba el acompañamiento
Muy en orden; que en la villa
No quedó, por tu respeto,
Hombre ni mujer lucida
Que á honrar á los desposados
No viniesen, con basquiñas
De seda y grana las mas,
Y ellos con blancas camisas.

Iba en esta procesion,
Por estandarte ó por guía
Anton el tamborilero,
Tocádoles las folias.
El barbero y el albéitar,
Preciados de guitarristas,
Pidieron al sacristan
Les hiciese una letrilla
De la historia de los novios,
Que cantando tan bien iban
En un bajo y un falsete,
Que pudiera ser de alquimia.
Entre Mencía y Centeno,
El Alcalde, que apadrinan
Los novios, como parientes
De su alicuña y de su tinea,
Dadas al revés las manos,
Haciendo raya, venian
Marina y Berruenco, Estrella:
Mira ¡cuál será Mencía!
Iba la novia compuesta
De mano de la madrina,
Entre aldea y caballera,
Entre palaciega y villa;
Que no quisieron los deudos,
Por gusto ó costumbre antigua
Del lugar, que tus criadas
Le pusiesen mano encima.
Tocáronla en almirante,
Tan alta, que parecia
El copete campanario
Y la campana Marina,
Porque llevaba, mas ancho
Que una conciencia en las Indias,
Un verdugado sin saya
Encima de la camisa.
Rogaron á Pedro Crespo
Las ayudase Dominga,
Su mujer, y despidió
Por tiple una chirimia.
Regañando y tropezando,
Cuál abajo y cuál arriba,
Que era menester dar voces
Para oír lo que decían,
Los dichos novios llegaron
A la ermita susodicha,
De la suerte que á la horca
Los delincuentes caminan,
Y el Cura salió con capa
A recibillos. Marina
Probó á entrar; pero la puerta
No era hecha á su medida.
Empezaron á arbitrar
Remedios. Unos decían:
«Derribese la pared
Una vara mas arriba.»
Otros, que hacer una zanja
Abajo mejor seria;
Otros, que entre cuatro dellos,
En una tabla tendida,
La metiesen, de manera
Que entrase intocable y limpia
Por la puerta; y á todo esto
Tiesa que tiesa Marina.
Llegó en esto un caminante,
Que pasaba de Sevilla
A la corte, y admirado
De los extremos que hacían
En una cosa tan fácil,
Les dijo, muerto de risa:
«Baje la novia (si acaso
No se ha armado la barriga,
Por intestinos, de estóques,
O de asadores por tripas)
La cabeza, y entrará
Por la puerta de la ermita.»
Parecióles el arbitrio
A propósito, y Marina,
Como ganso, bajó el cuello
Y entró en la iglesia en cuclillas.
Como quien prueba vinagre
Marina el rostro tenia;

Y Berruéco como quien
Jura falso y le castigan,
Cuando el yugo les echó
El sacristan Boceguillas,
Como si de plomo fuera,
Con ser de volante y cintas.
En el órgano entre tanto
Rajas el sastre se hacía
Hilvanando una sonata,
Mal tocada y bien cosida.
Estuvimos Blanca y yo
Muy falsas y presumidas,
De medio ojo entre los payos,
Las tres partes de la misa.
En este estado quedaron,
Cuando yo y Blanca, sin vida
De reir y de llorar,
Todo de una causa misma,
Dimos la vuelta á pedirte
De esta relacion albricias,
Y á prevenirte tambien,
Señora, de su venida;
Que ya de música y bailes
Los relinchos lo publican;
Que de lo que unos pesar,
Tienen otros alegría:
Cuya desconforme boda,
Nunca de esta suerte vista,
Si primero deseada,
Después llorada y reñida,
La hará la memoria eterna,
Ya que no en bronces escrita,
Por los novios de Hornachuelos
En el refran de Castilla.

Fiesta, y sale MARINA de la suerte que la pintaron, y BERRUECO á lo gracioso, dadas las manos al revés, y LOS ALCALDES.

MÚSICOS.
*Esta novia se lleva la flor;
Que las otras no.*

BERRUECO.
¿Vó galano, Alcalde?
ALCALDE.

Vais
Muy galano.

BERRUECO.
Pues yo os diera
La plumilla del sombrero
Porque vos el novio fuerais.

MARINA.
Andá, Berruéco.

BERRUECO.
Marina,
Ya vó. Al infierno quisiera
Primero, que no con vos.

MARINA.
Idos pues; que nadie os fuerza.

ESTRELLA.
Su asiento tomen los novios.

BERRUECO.
Séntome desta manera.
(*Séntanse los novios en un banco, espaldado con espaldas.*)

MARINA.
Tambien yo me asiento así.

BERRUECO.
Parece que andais en tema,
Marina, conmigo ya.

MARINA.
El andar lo será fuerza,
Berruéco, porque me caso
De mala gana.

BERRUECO.
¿Tan buena
La tengo, Marina, yo?

ALCALDE.
¿De aqueso modo se sientan?

BERRUECO.
¿Qué os parece, Alcalde?

ALCALDE.
Mal.
BERRUECO.
Pues, Alcalde, hacedvos cuenta
Que en mí y Marina se juntan
Aqueellas aves que imperan,
A quien llaman aguiluchos,
Y así, de aquesta manera
Es fuerza estar.

MARINA.
Claro está:
No me habeis de ver contenta
En vuesa vida la cara
Por delante, aunque supiera
No veros jamás.

BERRUECO.
Marina,
Por detrás, mirad que queman.

MARINA.
No hay que hablar, Berruéco: yo
Me he casado porque Estrella,
Nuestra ama, me lo ha mandado;
Mas no porque yo os tuviera
Voluntad, porque en mi vida
Os tuve amor ni celera.

BERRUECO.
Jurado.

MARINA.
Como cristiana.
BERRUECO.

No vale, porque sois nueva.

MARINA.
Vos mentís y rementís;
Que el sambenito en la iglesia
Antigua la cristiandad
De mi agüelo manifesta.

BERRUECO.
Por bien antigua: en verdad,
Que os honrais mucho.

MARINA.
Paciencia.

¿No basta? Mirá, Berruéco,
Vos y yo desta maneña
Somos como miel y queso,
Aceitunas y lentejas,
Hiel y vinagre, cebollas
Con azufre, berengenas
Con agraz, ajos y azúcar,
Mastuerzo verde con peras,
Lechugas con leche, pasas
Con pólvora, yerbabuena
Con alquitran; á este paso,
Como estas cosas conciertan,
Los dos conformes estamos.
Por el sigrio de mi agüela,
Berruéco, que me matais.

BERRUECO.
Pues ¿soy yo albarda?

MARINA.
¿Qué frema?
¿Entenderme no quereis?

BERRUECO.
Parecen alanzaderas
Aquesos dedos, Marina,
Y temo no se me metan
Por algun ojo. Sentáos;
¿No mirais que está aquí Estrella?

ESTRELLA.
Marina, ¿por qué tan mal
Quereis á Berruéco? Ea,
Sean amigos.

MARINA.
Yo, muesa ama,

No puedo pasarle. Ella
Pruebe á ver á enquistotarse,
Y verá si no le pesa.

Salen BLANCA.

BLANCA.
Lope Melendez, Señora,
En nuestro zaguan se apea,
Y entra á verte.

ESTRELLA.
Ya me enfada
En tomarse la licencia
Que no le dan: demasia
Me parece.—Inés, tú queda
A decirle cómo agora
Me he retirado indispueta;
Que con esto, si es discreto,
Conocerá que me pesa
Que me visite á menudo.

INÉS.
Yo haré lo que debo á deuda
Y criada tuya.

ESTRELLA.
Voyme.—

Vén, Blanca.

(*Vanse.*)
BERRUECO.
Solos nos deján,
Y el lobo viene. ¡Mal año!

Salen LOPE MELENDEZ y MENDO.

LOPE.
Excusa el pedir licencia
El ser yo de aquesta casa
Tan esclavo, Inés.

BERRUECO.
Ya llega.—
¿Señor!...

LOPE.
¿Qué hay, Berruéco amigo?

BERRUECO.
Yo me he casado, y de buena
Gana le pido se lleve,
Como á otras novias se lleva,
Este diminño, hasta tanto
Que otro diminño por ella
Venga; que yo le perdono
La merced, pues no es ofensa.

MARINA.
Yo digo tambien lo mismo;
Que al infierno, aunque mas huela
A chamusquina, mejor,
Ó á lo menos mas contenta,
Que no con Berruéco, iré;
Y de su mano y su letra
Marina, hoy en Hornachuelos,
Sin que dello se arrepienta,
Lo firma á quince del mes.

LOPE.
Yo os concertaré.—Y Estrella
¿Dónde está?

INÉS.
Señor, agora
Se ha retirado indispueta,
Y á mí me mandó que aquí,
Porque de vos tuvo nuevas,
Me quedase, y que con vos
La disculpase.

LOPE.
Esta ofensa
No admite disculpa. Estoy
Por atropellar las puertas
Y entrar á vengar mi enojo,
Porque melindrosa sea,
Cuando por dicha en infamia
Vivirá, dando sus prendas

A algun escudero vil,
Que en secreto y en mi ofensa
Goce sus prendas, y viva
En tal infamia contenta.

INÉS.

Hablad con mas atencion,
Lope Melendez, de Estrella;
Que tiene sangre en Castilla,
Para no sufrir ofensas
Ni aun con la imaginacion,
De tan ilustres parientes
Y hombres como vos.

LOPE.

Del Rey
Abajo, y aunque el Rey sea,
No me igualan.

Sale EL REY DE ARMAS.

REY DE ARMAS.

¿Quién del Rey
Habla aquí?

LOPE.

Quien rey espera
Ser del mundo. Loco estoy
De cólera.

REY DE ARMAS.

Aqueso fuera
A no tener vida Enrique,
Y aunque vida no tuviera,
Hay vasallos en Castilla
Que muchas muertes os dieran.
Mas yo no vengo á reñiros,
Sino á prevenir á Estrella
Que hoy el Rey en esta casa
Por huésped suyo se apea.

INÉS.

Esa es deuda conocida
Que tiene su dueño. A Estrella
Voy á avisar. (Vase.)

LOPE.

Mendo, luego
Porque al castillo me vuelva,
Para los dos dos caballos
Como dos vientos me apresta;
Que no quiero ver á Enrique.
(Vase, y Mendo.)

MARINA.

Agora sí está contenta.
Hoy al Rey he de pedir
Me aparte de vos.

BERRUECO.

Yo diera,
Marina indiabrada, albricias
Porque el Rey aqueso hiciera.

MARINA.

Pues yo se lo vo á pedir
Como un rayo.

BERRUECO.

Una saeta
Sos de plomo para mí.

ALCALDE.

Vamos, Berrueco; que es fuerza
Prevenir al Rey la entrada.

BERRUECO.

Vamos muy euhorabuena.
(Vanqe.)

Salen EL REY y RUÍ LOPEZ,
de camino.

REY.

Ruí Lopez, secretamente
Tres caballos me aprestad.

RUÍ.

En dar á tu majestad
Gusto, seré diligente. (Vase.)

Sale INÉS.

INÉS.

Estrella pide, Señor,
Licencia para besarte
Los piés, si por hospedarte
Lo merece.

REY.

Su valor
Conozco. Decilde que entre;
Que en su casa determino
Estar tiempo.

INÉS.

En el camino
Será posible la encuentre. (Vase.)

REY.

Dicenme que es muy hermosa,
Y tengo deseo de vella,
Por ver si el nombre de Estrella
Le está bien por ser preciosa.

Sale ESTRELLA.

ESTRELLA.

Tiene vuestra majestad
A sus piés una criada.

REY.

No mintió la fama en nada.—
Estrella, del suelo alzád.
¿Cómo estáis?

ESTRELLA.

Para servir
A tu majestad, estoy
Muy buena, y mas cuando soy
Tan dichosa, que acudir
Puedo á mis obligaciones
Teniendo un rey en mi casa.
Ella y el alma, no escasa
En aquestas ocasiones,
Os ofrezco.

REY.

Sois, en fin,
Quien sois.

ESTRELLA.

¿Qué es esto que intentas,
Amor? ¿Cómo así me afrentas?

Sale RUÍ LOPEZ.

RUÍ.

En la puerta del jardín
Están, Señor, tres caballos,
Como mandaste.

REY.

Pues luego
Venid.

ESTRELLA.

¿Qué violento fuego
Es este?

RUÍ.

Puede envidiallos
El viento por lo ligero.

REY.

Al Rey de armas llamad,
Y los dos me acompañad;
Que ya por partir me muero.
(Vanse el Rey y Ruí Lopez.)

Al entrar el Rey en casa de Estrella,
mandó que le preparasen tres caballos; des-
pues dijo que se proponía detenerse en casa
de Estrella algun tiempo; ahora se manifiesta
deseosísimo de marcharse, y no se deja ver el
motivo de tales contradicciones. Nótese además
que el acto II y III de esta comedia son tan
cortos, que entre los dos componen un número de
versos no mucho mayor que el de la primera
jornada sola. Estas dos circunstancias, omitiendo
otras,

ESTRELLA.

Pecho, ¿qué es lo que sentís?
Alma, ¿qué es lo que pasáis?
Deseos, ¿á quién buscáis?
Pensamiento, ¿á quién seguís?
Potencias, ¿cómo admitís
Pasión que me da dolor
Con tan profundo rigor?
Mas ¡ay! que me respondéis
Callando, que no teneis
Fuerza que fuerce el amor.
¿Que el ver á Enrique haya dado
Tal cuidado al alma mía!
Que con tan fuerte osadía
En el alma se haya entrado!
Cuidado, cese el cuidado;
Y si sentido teneis,
Sabad, si no lo sabeis,
Que al Rey no le obliga ley,
Y que, en fin, es vuestro rey,
Y burlado os quedaréis. (Vase.)

Sale LOPE MELENDEZ y MENDO.

LOPE.

Mendo!

MENDO.

Señor...

LOPE.

Muerto vengo
De recelos y pesar.

MENDO.

¿De qué?

LOPE.

De que ha de gozar,
Es el recelo que tengo,
Enrique á Estrella, y me espanto
Cómo en aquesta ocasion
Sufré el pecho tal pasión,
Sin hacer locuras, tanto.

MENDO.

Señor, el nombre de Rey
Encierra en sí gran secreto.

LOPE.

Mendo, ¿vuelves indiscreto
A tus locuras?

MENDO.

Por ley
El Rey es siempre temido.

LOPE.

Si en este cuarto estuviera
El Rey, en los dos se viera
Cuál mas valiente ha nacido.

Sale UN CRIADO.

CRIADO.

De tres caballos, Señor,
Tres caballeros se apean,
Y, en fin, habiarte desean.

LOPE.

A nadie tengo temor.
Diles que entren.

CRIADO.

Uno ha entrado.

LOPE.

Gran desenfado, por Dios!

Sale EL REY, solo.

REY.

¿Quién se llama de los dos

casí prueban que la comedia está mutilada;
fuera de esto, no puede dudarse que tiene
de cuando en cuando locuciones que no son
ó no parecen del autor.

Melendez? Que he deseado
Conocerle.

LOPE.

Yo me llamo
Lope Melendez.

REY.

Yo tengo
Cierto negocio, á que vengo,
Que hablar con vos, porque os amo.
Importa que nos quedemos
Solos.

LOPE.

Solos nos dejad.

(*Vanse Mendo y el criado.*)

REY.

Aquesta puerta cerrad.

LOPE.

Qué delicados estamos!

—Ya está cerrado.

REY.

Esa silla,

Por darme gusto, tomad.

LOPE.

Sténtome.

REY.

Pues escuchad.

LOPE.

Ya escucho, y con maravilla.

REY.

El enfermo rey Enrique,
Tercero en los castellanos,
Hijo del primer don Juan,
A quien mató su caballo,
Comenzó, Lope Melendez,
A reinar de catorce años,
Porque entonces los tutores
Del reino le habilitaron.
Por rey natural Castilla
Le veneraba, no tanto,
Que la edad á los descuidos
No les concediese mano:
Con la enfermedad tambien
Mas le desacreditaron
En la omision al respeto
Inobedientes vasallos.
El Rey, bien entretenido,
Pero mal aconsejado,
En la caza divertía
Atenciones á los cargos.
Dormido el gobierno entonces,
La justicia á los agravios
De los humildes servía,
Mas que de asombro, de aplauso.
Fuéronle, amigos fieles
Los días, avisos dando;
Que en veinte años nunca han sido
Prodigios los desengaños.
Volvió á Búrgos una noche
De los montes, mas cansado
Que gustoso: cenar quiso;
Y ninguna cosa hallando,
Al despensero llamó,
Y preguntóle enojado
Qué era la ocasion. El dijo:
«Señor, no ha entrado en palacio
Hoy un real; y en la corte
Estáis de crédito frito,
Y no hay nadie que les fie.
A vos ni á vuestros criados.»
Quitóse entonces el Rey
Un balandran que de paño
Traía, y al despensero
Se le dió para empeñarlo.
Una espada de carnero
Le trajo... ¡En qué humilde estado
Se vió el Rey! Comióla, al fin,
Porque en semejantes casos
Hacer valor del defecto
Siempre es de pechos bizarros.

Díjole, estando á la mesa,
El despensero: «Entre tanto
Que vos, Señor, cenais esto,
Con mas costoso aparato
Los grandes de vuestro reino
Están alegres cenando
De otra suerte, en cas del duque
De Benavente, tiranos
Siendo de las rentas vuestras
Y del reino, que os dejaron
Solo para vos, Enrique,
Vuestros ascendientes claros.»
Tomó el Rey capa y espada
Para salir deste engaño,
Y en el banquete se halló,
Valeroso y recatado,
Y escuchó tras de un cancel,
Con arrogantes desgarros,
Todo lo que cada cual
Refería que usurpado
Al patrimonio del Rey
Gozaba, con el descanso.
Que pocos años de Enrique
Aseguraban á tantos.
Publicó Enrique á otro día
Que estaba enfermo, y tan malo
En la cama de repente
De su accidente ordinario,
Que hacer testamento le era
Forzoso para dejarlos
El gobierno de Castilla
En los hombros. No faltaron
En el palacio de Búrgos
Apenas uno de cuantos
En cas del Duque la gula
Tuvo juntos, esperando
Que órden para entrar les diesen,
Cuando de un arnés armado,
Luciente espejo del sol,
Con un estoque en la mano
Entró por la cuadra Enrique,
Dando asombros como rayos.
Temblando y suspensos todos,
Con las rodillas besaron
La tierra, y sentóse el Rey
En su silla de respaldo,
Y al condestable Rui Lopez
Vuelto con semblante airado,
Le preguntó: «¿Cuántos reyes
Hay en Castilla?» El, mirando
Con temeroso respeto
Dos basiliscos humanos
En el Rey por ojos, dijo:
«Señor, yo soy entre tantos
El mas viejo, y en Castilla
Con vos, Señor soberano,
Desde Enrique, vuestro abuelo,
Con vuestro padre gallardo,
Tres reyes he conocido.
—Pues yo tengo menos años,
Replicó Enrique, y conozco
Aquí mas de veinte y cuatro.»
Entonces cuatro verdugos
Con cuatro espadas entraron,
Y el Rey dijo: «Hacedme rey
En Castilla, derribando
Estas rebeldes cabezas
De estos monstruos castellanos,
Que atrevidos ponen montes
Sobre montes, escalando
El cielo de mi grandeza,
El sol de quien soy retrato,
Y sobre todos fulminen
Rayos de acero esos brazos.»
Lágrimas y rendimientos
Airado á Enrique aplacaron;
Que á los reyes, como á Dios,
Tambien les obliga el llanto.
Con esto restituyeron
Cuanto en Castilla, en agravio
Del Rey, los grandes tenían;
Y dos meses encerrados

En el castillo los tuvo;
Y desde entonces vasallo
No le ha perdido el respeto,
Sino sois vos, que tirano
De Extremadura, pensais,
Lopez Melendez, que, estando
En cama Enrique, no tiene
Valor para castigaros;
Respondiendo á cartas suyas
Con tan grande desacato,
Que le obligais que en persona
El castigo venga á daros
Que mereceis, porque sirva
De temor á los contrarios,
De ejemplo á todos los reyes,
De escarmiento á los vasallos.
Lope Melendez, yo soy
(*Levántase de la silla y empuña el
Rey la espada, y Lope se quita el
sombrero.*)

Enrique; solos estamos:
Sacad la espada; que quiero
Saber de mí á vos, estando
En vuestra casa, y los dos
En este cuarto encerrados,
Quién en Castilla merece,
Por el valor heredado,
Ser rey ó vasallo lobo
De Extremadura. Monstráos
Soberbio agora conmigo
Y valeroso, pues tanto
Desgarrais en mis ausencias.
Venid; que tengo muy sano
El corazon, aunque enfermo
El cuerpo, y que está brotando
Sangre española de aquellos
Decendientes de Pelayo.

LOPE. (*De rodillas.*)

Señor, no mas: vuestra vista,
Sin conoceros, da espanto.
Loco he estado, ciego anduve.
¡Perdon, Señor! Si obligaros
Con llanto y con rendimiento
Puedo, como á Dios, cruzados
Teneis mis brazos, mi acero
A vuestros pies, y mis labios.
(*Eche la espada á los pies del Rey y
ponga la boca en el suelo, y Enrique
le ponga el pie en la cabeza.*)

REY.

Lope Melendez, así
Se humillan cuellos bizarros
De vasallos tan soberbios.
(*Hace el Rey que tiembla de frío como
de cuartana, y pásase.*)

—El accidente me ha dado
De la cuartana. ¿Teneis
Cama aquí cerca?

LOPE.

En el cuarto
Que pisais la tengo; pero
Es corta esfera de tanto
Soberano rey.

REY.

Abrid
Y decid á mis criados
Que me entren á desnudar;
Que de mi valor fiado,
Pasarla quiero esta noche
En vuestra casa.

LOPE.

No en vano
Los castellanos te tiemblan,
¡Oh Enrique, del mundo espanto!

ACTO TERCERO.

Sale EL REY ENRIQUE, leyendo un papel, y RUI LOPEZ; MELENDEZ, descubierto y apartado, como con recelo de llegar. EL REY DE ARMAS.

REY.
Rui Lopez...
rui.
Señor...
REY.
Cubrios.

rui.
Mi humildad, Señor, probais.
LOPE.

Bien castigados estáis,
Locos pensamientos míos.
Ayer, al Rey rebelado,
Señor y rey en mi tierra
Era... Pero el Rey encierra
Un respeto, que me ha dado
Que temer. ¿Que de esta suerte
Lope Melendez se vea!
¿Habrá en el mundo quien crea
Que yo he temido la muerte?
Rui Lopez está cubierto
Delante de mí; no soy
Ya quien era, pues estoy
En pie, humilde y descubierto.
¡Oh Enrique! Tu gran valor
Conozca el mundo, por mí.
Loco estoy de verme así.

rui.
Aquesta quedó, Señor,
Debajo de la almohada,
Y es de Estrella.

(Dale una carta al Rey Rui Lopez.)

REY.
Bien está.
Dadla, Rui Lopez, acá;
Que se me quedó olvidada,
Si bien aun no la he leído.—
¡Lope Melendez!...

LOPE.
Señor...
REY.
Llegad aquí.

LOPE.
¡Gran valor!
REY.
Bien veis que solo he venido,
Por vuestras inobediencias,
A castigaros así.
Melendez, pues que de mí
Tuvistes malas ausencias,
Será fuerza castigar
Con piedad y con justicia
Vuestros yerros y malicia.

LOPE.
Responderé con callar.

REY. *(Dale un papel.)*
En este papel escritos,
Está con informacion,
Melendez, la sinrazon
De vuestros muchos delitos.
Los capítulos mirad,
Y á todos me responded.

LOPE.
Señor, piedad y merced
De vos espero.

REY.
Tomad.
Y pues lo ordenan los cielos;

Mi tribunal ha de estar
Desde hoy en este lugar,
A quien llaman Hornachuelos.
Vamos, Rui Lopez; que quiero
Escribir á Portugal.

(Vase el Rey y Rui Lopez.)

LOPE.
Yo, soberbio, elegí el mal
De que agora triste muero.
Ahora bien, quiero leer
Los capítulos que aquí
Han escrito contra mí.—
Pero letra de mujer
Es esta: quiero leerla.
Mas ¡cielos! ¿qué estoy mirando?
¿Qué dudo? ¿Qué estoy dudando?
La firma; no dice Estrella?
¡Ay muerte! ¡Ay rigor! ¡Mi vida
Acaba. ¡Oh tirano rey!
¿Con qué justicia ó qué ley
Vienes á ser mi homicida?
Aquí dice: «Mi señor,
«Desde aquel punto que os vi,
«Por mi dueño os conocí,
«Y en fin os rendí mi amor.»
—¡Aquestos son los agravios
Que el Rey me manda mirar?
Sin duda quise acabar
Mi vida; pues si mis labios
Mas razones pronunciaron,
Es cierto que mis sentidos,
A tanto rigor rendidos,
De todo punto acabaran.
¡Ay Estrella! Si perdiera,
No mi vida, mas mil vidas
Que al cuerpo tuviera asidas,
Tanta pena no sintiera
Como en ver que ames al Rey.
Tan fiero soy, que de mí
Te olvidas, Estrella, así,
Sin Dios, sin razon ni ley?
¡Ay, Enrique! ¿Qué veneno
Es aqueste que me has dado?
¿Qué bien de mí te has vengado,
Pues, con vivir, tanto peno,
Que agora pierdo el sentido!
Mas no me puedo quejar,
Enrique, de tí, ni dar
A mí mal algun partido;
Que buena sentencia has dado,
Enrique. Pero en efecto
Eres rey y eres discreto,
Y yo vasallo culpado.
Pero allí se quedó el Rey
De armas: quíerole hablar.
Allá me quiero acercar,
Pues lo dispone la ley
De la corteza.

REY DE ARMAS.
Él viene

A verme.

LOPE.
¡Mandais, hidalgo,
Que os haga servicio en algo?

REY DE ARMAS.
El Rey mandado me tiene
Que me quede aquí, y os lleve
A una torre.

LOPE.
Si es así,
El acero os rindo aquí.
Justo es que su rigor pruebe.

REY DE ARMAS.
Necesidad no teneis
De quitarle; que no es justo.

LOPE.
Haré en todo vuestro gusto:

REY DE ARMAS.
En la torre lo daréis.
(Vase.)

*Sale MARINA, corriendo tras
BERRUECO con un leño.*

MARINA.
Esperá un poco, y veréis,
Berrueco, si os despachurro.

BERRUECO.
No por la tranca me escuro,
Sino porque no enviudeis;
Que no heis de veros, Marina,
En ese espejo.

MARINA.
Mas plés
Teneis que manos.

BERRUECO.
¿Quién no es,
Con un dimulio, galina?
Un Barrabás sois vestido,
Una fantasma calzada,
Una arpa bantizada
Y un camello con marido.
Espantajo de la viña
Que Bercebú ha vendimiado,
Langosta que ha profesado,
Espetera con basquiña,
Sastre de coser contiendas,
Lechon de medio ojo, bitvan,
Avestruz con soliman,
Gallo de Carnestolendas,
Longinos á pié, Caifás,
Capon molde de hacer monas,
India de las Amazonas,
Y trescientas cosas mas:
No he de acostarme con vos,
Andéis cruel, andéis blanda,
Si el mismo Rey me lo manda,
Y el Sol, despues de Dios,
Y si en esto pertinax
Llegais de mí á concebir,
Juro á Dios que habeis de ir,
Marina, á parir á Orgaz.

MARINA.
Entenderme no queréis:
Yo soy, aunque pese á mi ama,
Berrueco, quien en la cama
Da en reurtir que no entreis.
Para eso esta tranca así,
Y con ella he de moleros
Las costillas, si atreveros
Quereis á poner en mí
Una mano. No hay que hablar:
Por el sigro de mi padre,
Como me parió mi madre
Toda mi vida he de estar,
Si estoy mil años con vos.
¡Qué! ¿quereis enquitotarme,
Berrueco, y despachurrarme?
¡Malos años para vos!
Que he de llevar adelante
Mi interés y mi mohina.

BERRUECO.
Quien os dicitena, Marina,
Hace el pecado elefante.

MARINA.
Yo sé, pues, Berrueco, quién
A almizquele me pesara,
Y camino de la clara
Fuente del Olmo también
Quien mas de una vez me espéra.
A que allí por agua vaya,
Y el polvo que hace mi saya,
Traga como si ámbar fuera;
Y dice entre el arrebol

De la vergüenza y la queja :
 « Novia, el polvo de la oveja
 Para el lobo es alcohol. »
 Yo, con eterno desden,
 Voy y vengo de la fuente,
 Y, el viérnes principalmente,
 Yendo á la fuente también
 Con la de Ginés Carrasco,
 Que anda á ser novia aprendiendo,
 Me fué requiebros diciendo
 Que ablandaran un peñasco;
 Y siempre sin responder,
 Mas que mujer meramente,
 Metí el cántaro en la fuente,
 Que comenzó á reverter.
 Luego entre la espuma ó nieve
 De la plata de sus olas
 Perlas viendo y cabriolas,
 Que quien las mira las bebe,
 Prosiguió y dijo : « Marina,
 Si por lágrimas vinieras
 Fuente en mis ojos tuvieras
 Mas clara y mas cristalina. »
 Quiso pellizcarme, y yo,
 Antes de llegar á mí,
 Con una cox respondí,
 Y él con un ¡ay! se apartó,
 Yendo y quedándose al mal,
 De que su llanto me avisa,
 La fuente llena de risa
 Y el cántaro de cristal.
(Marina debe haber arrojado la tranca, y Berrueco la coge y da tras Marina.)

BERRUECO.
 ¡Ah! ¡ay! Marina, esperá.
 ¡A mi celera, celera!
 MARINA.
 Aqueso no : guarda fuera.
 BERRUECO.
 La tranca os alcanzará.
 MARINA.
 ¡Ay, Berrueco!
 BERRUECO.
 Esperá un poco,
 Y no os penseis escurrir,
 Porque os tengo de seguir
 Hasta el infierno.

MARINA.
 ¿Estáis loco?
 ¡Ay! Ay!

Sale ESTRELLA.

ESTRELLA.
 ¿Qué ruido es aqueste?
 ¡Hola! ¿qué es eso?
 BERRUECO.
 Señora...
 ESTRELLA.
 Tenéos, Berrueco.

BERRUECO.
 ¡Ah, traidora!
 Dejad que un palo le preste;
 No será mas de uno.

ESTRELLA.
 ¡Bueno!

¿Qué es esto?
 BERRUECO.
 Un berrinche tal,
 Que de celera mortal
 Tengo todo el pecho lleno.

ESTRELLA.
 Di, ¿qué es aquesto, Marina?

MARINA.
 Señora, Berrueco ha dado,
 Como por mí enquistado,
 Ahora en andar con mohina.

BERRUECO.
 ¿Y la fuente clara?
 MARINA.
 Yo
 Mas clara soy que la fuente.
 BERRUECO.
 ¿Y el viérnes principalmente?
 Tan emberrinchado está,
 Que hasta que probeis la tranca
 No tengo de sosegar.

MARINA.
 Con el berrinche heis de estar
 Toda la vida.

BERRUECO.
 Potranca
 Sois en el correr.

ESTRELLA.
 ¿Qué es esto?
 MARINA.

Señora, Berrueco quiere
 Espachurrarme, y no espere
 Ver tal cosa, y por aquesto
 Es el berrinche.

BERRUECO.
 Mentir
 Sabels. ¿Y la fuente clara?

MARINA.
 No me apureis.

BERRUECO.
 Si alcanzara
 La tranca, hiciera decir
 La verdad.

ESTRELLA.
 Berrueco, baste
 Que esté de por medio.

BERRUECO.
 Bueno.
 Bien el alcalde Centeno
 Me aconsejaba.

MARINA.
 Delante
 De Dios, que yo está, Berrueco,
 Sin sentido, de mohina.

BERRUECO.
 ¿La fuente clara, Marina!

ESTRELLA.
 Baste, digo. ¿Qué embeleco
 Es aqueste de la fuente?

BERRUECO.
 Marina lo contará,
 Que á la fuente clara irá
 El viérnes principalmente.
 ¡Voto al sol, Marina perra,
 Que me lo habeis de pagar,
 Y que os he de espachurrar!

MARINA.
 Si conmigo tenéis guerra,
 Yo otra tranca buscaré.
 Estáos quedo.

BERRUECO.
 Aguardá un poco;
 Que de celera estoy loco.

ESTRELLA.
 Mirad que me enfadaré.
 Berrueco, al punto de aquí
 Os id : pronto.

BERRUECO.
 Ya me voy.
 ¡Ciego de coraje estoy!

ESTRELLA.
 Acabad, ¡dos de ahí.

BERRUECO.
 ¡A fe, Marina, que vos
 Me lo teneis de pagar!

MARINA.
 Vos no me heis de espachurrar,
 O hemos de refirir los dos.

ESTRELLA.
 Fuése. ¿Qué es esto?
 MARINA.

Señora,
 Mi voluntad no se incrina
 A Berrueco, y con mohina
 Estoy de casada agora;
 Porque de la voluntad
 No es una persona dueño.
 Y cierto cuidado el sueño
 Me quita; de otra amistad
 Cosquillas amor me hace,
 Por lo cual el corazón,
 Llevado desta pasión,
 Me está haciendo tife, tafe.

ESTRELLA.
 ¡Ay, Marina! ¿cómo así
 Miro con simpleza igual
 El ejemplo de mi mal,
 Y que no hay valor en mí!
 Véte; que quiero quedar
 Sola, por si sola puedo.
 En tanto mal como quedo,
 Algun rato descansar.

MARINA.
 Ya me voy. *(Vase.)*

ESTRELLA.
 Amor, ¿qué es esto?
 Con qué libertad y ley,
 Decid, mi amor en el Rey
 Con tanta fuerza habeis puesto?
 ¡Estrella, que no sabía
 Sino amar la soledad,
 Huyendo de la ciudad
 Toda la noche y el día,
 Rendida al amor! ¡Yo muero!
 ¡Cielos, piedad, si sois cielos,
 Pues de mis vanos desvelos
 Remedio jamás espero!
 ¿Qué haré? que pierdo el sentido.
 ¿Que amor pueda en tiempo breve
 Volver en fuego la nieve
 De mi pecho endurecido!
 Loca estoy. ¡Oh fuerte ley
 De amor! ¿Cómo tu malicia
 No entendí? Pues ¿es justicia
 Que ame al Rey, aunque sea rey?
 ¡Ah, huésped vil! Ah, traidor!

Sale EL REY.

REY.
 ¿Qué es esto, que voces das?
 ¿Con quién enojada estás?

ESTRELLA.
 Señor...

REY.
 Habla.

ESTRELLA.
 Su valor.
 Pues á verme así ha llegado,
 Mis quejas ha de escuchar,
 Porque pueda descansar
 El alma deste cuidado.

REY.
 Di presto quién te ha ofendido;
 Que rey soy.

ESTRELLA.
 Escucha atento.—
 ¡Ah confuso atrevimiento!
 Decí, ¿en qué me habeis metido?—
 Justiciero Enrique,
 Que mas años reines
 Que ciudades gozas,
 Que vasallos tienes,
 Para cuya heróica

(Vase.)

Vencedora frente
Estrechos se juzgan
Cesáreos laureles,
Y de cuya espada
Temblando están siempre
Granadas y Túnez,
Oranes y Argeles;
Tú; de quien Castilla
Caballo parece,
Que enfrenado corres,
Que activo detienes;
Tú, que administrando
La paz y las leyes,
Los Trajanos pasas,
Los Licurgos vences,
Y con darte nombre
De enfermo, te excedes,
Sin achaque alguno,
A los demás reyes;
Justo es, pues á todos,
Enrique, lo eres,
Que á mí no me falte
Lo que á ti te debes.
Ya que del recato
Crédito que tienen,
En que libran ansias
Tan nobles mujeres,
Las treguas he roto
Para obedecerte,
Y el silencio aborta
Ocultas preñeces,
La lengua descifro
Lo que la enmudece,
Y los ojos hablen
Á orejas que duermen.
Y así, con la salva
Que á mi honor compete;
Que mi sangre pide,
Que mi aliento puede,
Te pido justicia,
Enrique, de un fuerte
Contrario, de un hombre
Bizarro y alevé,
Tan grande enemigo,
Que puede temerle
Leon y Castilla,
Como á su rey temen;
Tan libre, que nadie
Se atreve á ofenderle,
Aunque él á las almas
Gallardo se atreve.
En la mía, Enrique,
Conquistó valiente
Las soberbias torres
De mis altiveces;
Y siendo á otras armas
Empresa rebelde,
Rendida á la suya,
Coroné sus sienas.
Díle del alcázar
Donde me hice fuerte,
Las llaves del alma,
Y el alma en rehenes.
Alzóse el ingrato
Con ella, y pretendiendo
Sin ojos ni oídos
Matarme y perderme.
¡Mal haya quien fía
La vida que tiene
De un ladrón de casa,
De un tirano huésped!
De honrada, hasta agora,
Y de ciega siempre,
Ni traté quejarme,
Ni he querido verle;
Ya desconfiada,
Ya lince, ya fénix,
Que de sus cenizas
Se rejuvenece
Dándose á la llama,
El recato quiere,
Por ir á la vida,

Pasar por la muerte.
Reventando en ansias,
Tal como acontece,
De pólvora al aire
Mina que se enciende,
Que abortando rayos
De Fiegras ardientes,
Tanto sube el humo,
Que el sol se lo bebe;
Y fingiendo nubes
De monstruos terrestres,
Abre en los abismos
Puertas diferentes,
Ansí llena el alma
De agravios crueles,
Al silencio, Enrique,
Treguas le concede;
Y las quejas Argos
De lenguas me vuelven,
Si pavón de Juno
Fui primeramente.
Las ingratitudes
Los cielos ofenden,
Porque amor es alma
De cuanto hay viviente.
A amor corresponden
Todos dulcemente,
Sin que lo insensible
Se le privilegie.
A la yedra amante
El olmo agradece
Con estrechos lazos
De lisonjas verdes.
La africana palma,
Si al lado no tiene
La amada consorte,
Siempre vive estéril.
Con flores el prado
Festeja á la fuente,
Y ella su esmeralda
De plata guarnece.
Las peñas se abrazan,
Los montes parece
Que al sol enamoran
Cuando nace alegre.
A la primavera
Las selvas ofrecen
Dulces maridajes
De rosas silvestres.
Estrellas y rosas
De nácar y nieve
Requiebros se dicen;
Que la noche entiende.
Todo es amor, todo
Cuanto nace y muere;
Cuanto alienta y corre,
Cuanto vive y muere.
Ame por justicia
Quien amar no quiere,
Por común tributo
De inviolables leyes.
Por respeto humano,
Enrique, no dejes
De sembrar en todos
Penas y mercedes.
Por mí, por el mundo,
Por ti, por quien eres,
No deba quien pague,
Y pague quien debe.

REY.
Tan pesados he quedado,
Estrella, que al punto intento
Hacer que la deuda os paguen.—
¡Hola!

Sale RUI LOPEZ.

RUI.

Señor, ¿qué es aquesto?

REY.

Al punto á Lope Melendez
Traed de donde está preso.

RUI.

Yo voy por él.

REY.

Por mi vida,
Que me he enojado. ¡Qué bueno
Fuera, Estrella, que posara
Un rey de España, y de aquellos
Descendientes de Pelayo,
En vuestra casa, y por ello
Os dejara pesadumbres!
Hoy verá el mundo que templo
Con la piedad la justicia,
Con el amor los deseos,
Castigando como justo
Y premiando como cuerdo.

ESTRELLA.

Sin duda no me ha entendido.
¡A qué fin, decidme, cielos,
Puede llamar á Melendez?
Si me entendió, no me entiendo.

REY.

Estrella, ya por las venas,
Inficionándolas, siento
Que el humor esparce rayos
De carámbanos, y el cuerpo
Con el accidente tiembla.

ESTRELLA.

A ver, Señor; que mi fuego
Bastará á templar el frío
Que así os maltrata; y sospecho
Que, como volcan, pudiera
Prestaros rayos de fuego.

REY.

Esto es ordinario en mí,
Estrella; y así, no siento
Su prolija enfermedad,
A sus rigores ya hecho.

ESTRELLA.

Las intercadencias muestran
Del pulso, que va viniendo
Con gran fuerza, y por mi daño,
Con mil montañas de hielo.

Sale LOPE MELENDEZ Y RUI LOPEZ.

RUI.

Aquí está Lope Melendez.

LOPE.

¿Qué es esto, sentidos? ¡Cielos!
¿Qué es esto? La mano á Enrique
Tiene Estrella, y ¡yo lo veo,
Y no muero de pesar!...
Sin duda que yo no debo
De sentir, porque el sentido
Me ha dejado.

REY.

Luego, luego,
Melendez, á Estrella dad
La mano; porque yo desto
Gusto, y porque os doy en dote
El perdón de vuestros yerros,
Sin otras muchas mercedes,
Que adelante hacer intento
A vuestra casa.

LOPE.

¡Señor!...

REY.

Basta; que yo gusto desto.—
Estrella, dale la mano.

ESTRELLA.

¿Qué mal entendió mi pecho!

REY.

¿Qué aguardas, Estrella?

ESTRELLA.

Señor!...
Yo,

REY.
Acabad.
ESTRELLA.
Yo muero.
REY.
Ea, Melendez...
LOPE.
¡Vive Dios,
Que estoy!...
REY.
¿Qué aguardais? Qué es esto?
LOPE.
Ya la doy. Esta es mi mano.
(*Danse las manos desde lejos.*)
REY.
Con esto quedo contento.
Ya se pasó el accidente;
Me voy. Rui Lopez, de presto
Me venid á despertar.
rui.
Voy, Señor.
(*Vase el Rey y Rui Lopez, y quedan Melendez y Estrella, cada uno á la puerta del tablado.*)
ESTRELLA.
¿Qué es esto, Cielos?
LOPE.
¡Cielos, que así el Rey me trate!
ESTRELLA.
¡Que así castigue mi intento
El Rey!... Que no me entendiese!
De pena y de rabia muero.
LOPE.
¡Que el Rey así me castigue!...
Que así me mate!... Que puedo
Sufrir que me case así
Con quien ha sido, esto es cierto,
Su dama!...
ESTRELLA.
Sin duda estoy
Sin sentido: no le tengo,
Pues la mano he dado á un hombre
Que aborrezco con extremo.
No hay que tratar. ¡Vive Dios,
Que no de matarme primero
Que no rendirme á su gusto!
LOPE.
El Rey, siendo rey, es dueño
De la hacienda, de las vidas
De sus vasallos; mas ¡cielos!
¡De la honra y de las almas!...
¡Aquí los sentidos pierdo!...
Quítame la vida el Rey,
O destiérreme á otros reinos,
Y no me quite la honra.
Pero moriré primero
Que yo me afrente á mí mismo,
Pues nobleza y valor tengo.
Sale BERRUECO con la tranca, y pónese en medio de los dos.
BERRUECO.
Dicen que el Rey á los dos
Ha casado; y así, quiero
Darles muchos parabienes...
— Aunque, según yo los veo,
Pienso que se han de volver
En para-males y duelos.
LOPE.
Aparta, aparta, villano. (Vase.)
BERRUECO.
¡San Guarín! ¡San Nicodémus!
ESTRELLA.
Aparta, villano, aparta. (Vase.)
L.-III.

BERRUECO.
Parece que van corriendo
Cañas estos. ¡Vive Cristo,
Que son los novios, perfectos,
De Hornachuelos... Mas Marina
Viene allí: á la tranca apelo.
Sale MARINA corriendo, y dcese de la tranca.
MARINA.
Berrueco, echá acá mi tranca.
BERRUECO.
Con ella quémelos mal fuego.
MARINA.
Dadme mi tranca.
BERRUECO.
No es vuestra.
MARINA.
Mi tranca, digo.
BERRUECO.
No quiero.
MARINA.
¡Mal haya quien me casó
Con vos!
BERRUECO.
Marina, ¿tan presto
Os asperpentis?
MARINA.
No hago,
Porque há mucho que lo he hecho.
¿Qué trajistes vos?
BERRUECO.
¿Y vos?
MARINA.
Mas que vos.
BERRUECO.
Mentis.
MARINA.
No miento;
Que traje...
BERRUECO.
Decí, acabá.
MARINA.
Verá: yo traje, Berrueco,
Una gata y tres gatitos,
Doce platos y un mortero,
Una caldera y un jarro,
Y mil cosas que no cuento.
BERRUECO.
Si va por eso, Marina,
Yo traje un buey, aunque entiendo
Que, porque no sea de nones,
Connmigo par le habeis hecho.
Traje una montera nueva,
Un gaban, unos grigüescos,
Y aquesta tranca, Marina,
Con que quisiera moleros.
MARINA.
¡Malos años para vos!
BERRUECO.
Mirá, Marina, dejemos
Pesadumbres, y sabed
Como hay otro casamiento
En casa.
MARINA.
¿De quién?
BERRUECO.
¿De quién?
Hoy con nuestra ama se ha hecho
Y Melendez.
MARINA.
Y ya el cura
¿Los ha inquillotrado?

BERRUECO.
Entiendo
Que sí.
MARINA.
Y ¿quién los ha casado?
BERRUECO.
El Rey.
MARINA.
Pues mira, Berrueco,
El Rey es un gran judío.
BERRUECO.
Marina, yo así lo entiendo,
Y aun mas que judío, moro,
Pues á ser casamentero
Viene de... Pero ellos salen.
MARINA.
¡Ay! ay! Desta vez, Berrueco,
Si os ha escuchado, os ahorca!
BERRUECO.
Vos le dijistes primero
Judío.
MARINA.
No he dicho tal.
BERRUECO.
Callá, Marina.
MARINA.
No quiero.
Sale EL REY y RUI LOPEZ.
REY.
¡Que, en fin, tan cerca mi esposa
Viene?
rui.
Que estará sospecho
Esta noche en Guadalupe.
REY.
Rui Lopez, prevenid luego
Mi partida. ¿Qué villanos
Decid, Rui Lopez, son estos?
rui.
Son criados de esta casa.—
Despejad.
MARINA.
¿Que desperjemos
Dice? ¡Si quiere asperjar
Con hisopo este buen viejo
Al Rey, como anda tan malo,
En este cuarto?
BERRUECO.
Sospecho
Que sí.
rui.
¿No han oído?
BERRUECO.
Ya
Lo hemos oído.—Ya tiemblo.
rui.
Pues despejen noramala.
BERRUECO.
Ni norabuena queremos.
REY.
Dejadlos.—Venid acá.
¡Sois los novios mal contentos
Que celebra este lugar?
Llegad. No, no tengais miedo.
BERRUECO.
Somos, Señor; pero sepa
Que hay otros dos en el pueblo
Que nos mean la pajueta.
Pues somos los dos con ellos
Paloma y palomo, burra
Y borrico, y pan y queso.
Mire, Señor, que le aviso;
Mire, tome mi consejo,

Y no case donde busque,
Si tiene paz, guerra; infierno,
Teniendo gloria.

REY.

¿Quién son
Los que tú dices? Que quiero
Saberlo.

BERRUECO.

Estrella y Melendez
Son, Señor.
(*Suenan dentro espadas.*)

REY.

¡Hola! ¿Qué es esto?

RUÍ.

Adentro suenan espadas.

ESTRELLA. (*Dentro.*)

¡A ellos, Blanca!

BLANCA.

¡Inés, á ellos!

*Salen, retirándose con las dagas, ME-
LENDEZ y DOS CRIADOS; y ESTRE-
LLA, BLANCA y INÉS, con las
espadas, tras ellos.*

LOPE.

Señor, si aquí tu valor
No me ampara...

RUÍ.

Quedo, quedo;

Que está el Rey aquí.

ESTRELLA.

Aunque esté

De por medio el mundo entero,
Le he de matar.

RUÍ.

Tente, pára.

REY.

Pues á tanto atrevimiento
Sabré yo, aunque de mujeres,
Por soberbias, de los cuellos
Derribarles las cabezas.
Dejad la espada al momento;
Que también de las mujeres
Soy rey, y soy justiciero.
¿Qué desacato es aquesto?

ESTRELLA.

Este infame caballero,
Indigno de los favores
Que le estáis conmigo haciendo,
Me ha dicho, en mi propia cara
Muy altivo y muy soberbio,
Que no ha de vivir conmigo;
Y que morirá primero
Que venga en cosas infames,
Como es este casamiento;
Prosiguiendo que con damas
De los reyes, hombres buenos
No se casan, y que yo
Despojo tuyo primero
Era: con que me obligó
A mí y á las mías al hecho
Que diera memoria al mundo,
A no encontrarte.

LOPE.

Reviento

De pensar...

REY.

Cualquier villano
(Que no será caballero),
Si ha imaginado, tan solo
En su mismo pensamiento,
Que Estrella no es mas que el sol
Casta y limpia, con mi acero
Le castigaré.

(*Híncase Melendez de rodillas.*)

LOPE.

Señor,
Humilde á tus pies ofrezco
Mi vida. La culpa tienes,
Señor, tú propio de aquesto,
Pues tú este papel me diste,
Diciéndome que á mis yerros
Respondiese, y es de Estrella.
En el descifra su pecho
Amoroso. Yo soy noble,
Y perder tanto no siento
La vida como el honor.
De hacienda y vida eres dueño:
Manda y ordena; que yo
Humilde te reverencio.

REY.

Lope Melendez, alzá,

Y creed, sí, vive el cielo,
Que estoy corrido de ver
Que pensase un caballero
Que no estimé la nobleza.
Aquese papel, con celos
Leiste; que solo escribe
Estrella agradecimientos
De vasalla; pero yo
Desvío aqueste concierto,
Y hago merced á Estrella
(Porque ya mi esposa entiendo
Que está cerca) del oficio
De camarera, y espero
Daría marido mas noble,
Que la merezca, y os dejo
Para necio, pues lo fuistis.

ESTRELLA.

Hoy nuevamente me has hecho...

BERRUECO.

Señor, pues hoy se descasan,
Yo te pido...

MARINA.

Yo te ruego...

BERRUECO.

Me descases.

MARINA.

Me descases.

BERRUECO.

Que en ver á Marina tiemblo.

MARINA.

Yo, Señor, como nací,
He de morir... y á Berrueco
Aborrezco.

REY.

Yo os aparto.

MARINA.

Contenta estoy.

BERRUECO.

Yo contento.

REY.

Prevéngase la partida
A Guadalupe.

BERRUECO.

Y con esto

Da fin el refran antiguo
De *Los novios de Hornachuelos*.

EL TESTIMONIO VENGADO.

PERSONAS.

EL REY DON SANCHE EL
MAYOR.
EL CONDE FORTUN.
PEDRO SESE, *caballero*.
LA REINA DOÑA MAYOR.
DON GARCÍA.

DON GONZALO.
DON FERNANDO.
DOÑA JUANA.
CELIO, *criado*.
BELISARDO.
RAMIRO.

CELIA:
MARCELO.
CASTILLA.
ARAGON.
EL CONDE GARCÍ-RAMI-
REZ.

DON LUIS DE ACUÑA.
DOS MONTEROS.
GUARDIAS.
PASTORES.
CRIADOS.
CABALLEROS. — GENTE.

La acción pasa en Zaragoza, en un castillo y sus cercanías.

ACTO PRIMERO.

Galería del real alcázar, con ventanas que
dan á lo exterior y á lo interior.

ESCENA PRIMERA.

EL REY, EL CONDE FORTUN;
CRIADOS, *retirados*.

REY.

Esta ocasion me destierra.

CONDE.

Y es, Señor, muy justa ley;
Que la presencia de un rey
Es necesaria en la guerra;
Y pues el moro entre tanto
Con su persona pelea,
Es bien que la tuya sea
De su atrevimiento espanto.

REY.

Vino de una gran hazaña
Vitorioso el cordobés.

CONDE.

Por fama sabe quién es
El emperador de España;
Y así se te humillan todos,
Porque no se ha visto en hombre
La grandeza deste nombre
Ni aun en tiempo de los godos.
Don Sancho el Magno te llama
España con gran razon,
Por ser el mayor leon
De su Castilla tu fama.
Lo que Aragon cñe y mide
Es tuyo, tuya es Navarra
Hasta la española barra
Del mar, que á Francia divide;
A tu cetro y alta silla,
Por la Reina, mi señora,
Juntas con ellos agora
El condado de Castilla,
Herederó de tu hermano,
Que mataron en Leon
Los de Rui Vela á traicion,
Y así eres don Sancho el Máno.
Parte; que tu nombre solo
Basta á hacerte vitorioso,
Por ser invicto y famoso
Desde el uno al otro polo.

REY.

Conde, en mi breve partida
Tengo qué os encomendar:
Mi vida os quiero dejar,

Transformada en otra vida.
Solo este cuidado y miedo
Me le da mas que la guerra,
Ni el ausencia desta tierra,
De donde me parto y quedo.

CONDE.

Merezca de tu valor
Que tus cuidados me fies,
Y esa vida me confies
En que te transforma amor.
¿Quieres bien?

REY.

Bien quiero, amigo.

CONDE.

¿Venturosa tal mujer!

REY.

No es mujer.

CONDE.

¿Quién puede ser?

REY.

Hombre, y hombre igual conmigo. —
Retíraos todos allá.

(*Vanse los criados.*)

CONDE.

Puesto me has en confusion;
Mas ya de mi obligacion
Tu amor satisfecho está.

REY.

Yo quise bien á una dama,
Hermosa y de gran valor,
Que de la casa de Ainor
Tiene su apellido y fama.
Es su nombre doña Caya,
De quien tengo un hijo, á quien
Quiero por extremo bien;
Y antes, Conde, que me vaya...

CONDE.

Proseguir puedes.

REY.

Querría
Que no viniese á poder
De la Reina, mi mujer;
Que está en su vida la mía.
Anda un poco recelosa,
Y importa guardarle della.

CONDE.

Es madrastra al fin, y en ella
Será la envidia forzosa,
Aunque tres hijos te ha dado,
Que no tiene que envidiar.

REY.

Este pretende guardar
De su envidia mi cuidado.

No sé si acaso ha sabido
El lugar adonde está;
Y así, matarle podrá
Despues que yo sea partido.

CONDE.

Quiéroos decir la verdad,
Señor, pues me habeis fiado
A vuestro Ramiro amado.

REY.

¿Hay alguna novedad?

CONDE.

Sabed que la Reina ayer
Me preguntaba en secreto
Si dél sabia: en efeto,
Mal le debe de querer.
Yo, como á vos, encubrí
Que la historia no sabia.

REY.

¿Que al fin matarle queria?

CONDE.

Eso, Señor, presumí,
Y como callé, enojóse.

REY.

Ya su vida le fastidia.

CONDE.

No hay cosa como la envidia
Que menos duerma y repose.
Páreceme que está bien,
Señor, donde agora está.

REY.

Pues Conde, habeis de ir allá
Y regalalle tambien;
Que aunque natural, ha sido
De un ángel, que adoro en él;
Y por hijo de Raquel
Fué Josef el mas querido.
Un labrador ó criado
Del alcaide de Miralba
Es quien me le guarda y salva
Deste envidioso cuidado.
Por hijo suyo le tiene,
Sin que dél sepa otra cosa.

CONDE.

Anda la Reina envidiosa,
Y encubrirselo conviene.
Yo haré, Señor, diligencia...

¿Cómo sabe ya el Conde que el hijo de
doña Caya se llama Ramiro? Es claro que
arriba faltan versos. Tambien faltan en otras
partes de esta comedia, que es quizá la que
por imprimieron á Lope. Hay en ella mu-
chos trozos que no hemos podido entender.

ESCENA II.

PEDRO DE SESÉ.—EL REY,
EL CONDE.

SESÉ.

Los caballos están ya
A punto.

REY.

Y á punto está
Para partir mi paciencia.
¡Sacásteis, di, Sesé,
A la plaza?

SESÉ.

Señor, sí,
Y están aguardando á tí;
Cosa de que me admiré.

REY.

No hay cosa entre mis tesoros
Que estime como caballos;
Y así, voy á conquistarlos
Entre cordobeses moros.
¿Qué animal con él se iguala?

SESÉ.

Es bella su bizarría.

CONDE.

Mucho de noche y de día
Pedro Sesé los regala.

REY.

Sabe que es este mi gusto.

SESÉ.

Es bellissimo animal,
Fuerte, gracioso y leal.

REY.

Y de quien yo mucho gusto.
Préciese de su humildad
El camello, ande arrogante
De su ciencia el elefante,
El perro de su lealtad,
De su gran fuerza el león,
El ciervo de ser ligero,
El rinoceronte fiero
Tenga de sí presuncion;
Que la hermosa majestad
De un caballo excede á todos.

SESÉ.

Muchos cuentan de mil modos
Su nobleza y calidad:
Plinio, Varron, Columela
Y dos mil autores otros.

REY.

Mejor podemos nosotros
En la vista que en la escueta;
Que cuanto se escribe dellos
Hoy á práctica reduces
En caballos andaluces,
Que son por extremo bellos.

SESÉ.

Pues hay mil cosas secretas
Dellos cuando se engendraron.

CONDE.

Muchos autores pintaron
Sus propiedades perfectas;
Pero el decir que ser breve
De cabeza y de clin bello,
Y crespo y corto de cuello,
Ancho en pecho, de piés leve,
De piernas alto y derecho,
De rodillas desviado,
De vientre corto, y corvado
De los lados junto al pecho,
Largas cerdas, encrespadas,
Narices anchas y abiertas,
Las orejas aplicadas,
Y lo demás que ha de ser
Conforme al mejor pintor,

Se comparara mejor
Comparado á la mujer.

SESÉ.

Bien dice el Conde; que en todo
Ancho pecho, corto cuello,
Largas cerdas, y tras dello
Lo que al sentido acomodo,
Imagino que dirán
Hombres, niños y mujeres
Que es bello animal.

REY.

Tú eres
Por quien tal gusto me dan,
Que los regalas y adornas.
Pero el blanco que me dió
El rey cordobés...

SESÉ.

Creo yo
Que en eso á obligarme tornas;
Que porque mire por ellos,
Mi poco cuidado alabas.
Rompiendo está las aldabas
Del zaguan, por ir con ellos.
Pero mandas que no salga...

REY.

Y vuelvo á mandarlo agora;
Que mi casa no atesora
Riqueza que tanto valga.
Despues de doña Mayor
La Reina, y mis hijos, Conde,
Ninguna cosa responde
Tanto á mi gusto y amor.
Quiero al caballo en extremo.

ESCENA III.

LA REINA, DON GARCÍA, DON FER-
NANDO, DON GONZALO. — DICHOS.

REINA.

¿El Rey se parte?

SESÉ.

Señora,
En aqueste punto y hora.

REY.

(Ap. al Conde. Fortun, lo que os dije
Miradme por el rapaz.)
¡Oh mi señora!

REINA.

Esta guerra
No os deja á vos en mi tierra,
Ni á mí me deja en mi paz.
Con tener la barba cana,
Que es lo que yo mas adoro,
Preciais mas matar un moro
Que dar vida á una cristiana.
Colgad las armas, Señor,
Muy bien las podeis colgar,
Y dejadlas descansar;
Que así os darán mas honor.
Honrad á García con ellas,
A Fernando y á Gonzalo;
Que aunque á vos no los igualo,
Son mas mozos para ellas.
La lanza es justo dejalla;
Que pareceréis con ella
Que os vais arrimando á ella,
Y no que habeis de quebralla.
No son los consejos malos,
Y hallaréis en mi caricias,
Que son de amor las primicias
Y de mujer los regalos.
Y si es, mi señor, que os vais,
No sea como soleis,
Porque muerta me hallaréis
Si como soleis tornaiz.

REY.

Enjugad los ojos claros;
Que tendré por mal agüero

Ver eclipsado el lucero
Del cielo en que he de miraros.

Y si no fuera forzosa
Mi ausencia en esta partida,
No aventurara mi vida
En guerra dificultosa.
Esa lanza, que es mi arrimo,
Arrimada en algun pecho,
Me será de mas provecho,
Porque es el honor que estimo.
Este es el blason y armas
De mi justicia y mi ley:
Muchos pueden, pero el Rey,
No puede colgar las armas.
Bien fuera arinar á García,
A Fernando ó á Gonzalo;
Pero son de mas regalo
Que yo y vos, señora mía.
Esta vez queden con vos;
Que aun no me han de acompañar.

DON GARCÍA.

Dad á vuestra edad lugar
Y á vuestra sangre, por Dios,
Y no permitais, Señor,
Que así en Aragón quedemos.

DON FERNANDO.

Padre, entre tales extremos
Venza la fuerza al valor.
Entre García y Gonzalo
La misma suerte me quepa,
Porque todo el mundo sepa
Cuánto estimo este regalo.
Llevadnos, padre, con vos.

REY.

Hijos, no hay que replicar;
Vuestra madre habeis de honrar,
Y esto os encargo por Dios.
Sed los tres tan obedientes
A su gusto como es justo,
Conformando vuestro gusto,
Sin ser jamás diferentes.
Sed del alma tan hermanos
Como en la sangre lo fuistes.

DON GONZALO.

Teniendo la que nos distes,
Son vuestros recelos vanos.

REY.

Pues ya es tiempo de partir,
Oid aparte, Señora.

REINA.

Ya el alma que ausente os llora
Se comienza á dividir.
¿Qué es, Señor, lo que mandais?

REY. (Ap. á la Reina.)

Señora, al ingenio vuestro
En balde el camino nuestro
Por do este reino rijais.
La justicia y el gobierno
Os quedan, como quien tiene
Valor que á merecer viene,
Con las nueve, nombre eterno.
Tratad bien nuestros vasallos,
Oid al pobre afligido,
No sea el rico preferido;
Que la ley ha de igualarlos.
El bien comun os advierto,
Y destos tres la crianza,
Que son de nuestra esperanza
El fundamento mas cierto.
De cosas de mi regalo
No hay, Señora, que mireis
Sino es una, que sabeis
Que al mayor contento igualo.
Aquel caballo famoso
Que me dió el rey cordobés
Todo mi regalo es,
Porque es en extremo hermoso.
Pídeos que no suba en él
Nadie, aunque mi hijo sea.
Y con esto, adios.

REINA.
¿Que sea
Vuestro pecho tan cruel,
Que así os partais?

REY.
No conviene
Que ninguno me acompañe.—
Hijos, adios.

REINA.
¿Que esto dañe
A quien tanto amor os tiene?
Dejad que vaya con vos
Una legua.

REY.
Voy secreto.

REINA.
Y ¿que os partís en efeto?

REY.
Conde, adios.—Hijos, adios.

REINA.
Casi sin sentido estoy.
REY.
Esto quiebra el corazón.

REINA.
Quiero salir al balcon.

REY.
Nadie diga que me voy.
(*Vanse todos, menos los príncipes.*)

ESCENA IV.

DON GARCÍA, DON FERNANDO,
DON GONZALO.

DON GARCÍA.
¿Partióse?

DON FERNANDO.
Ya se partió.

DON GONZALO.
Helo visto y no lo creo.

DON GARCÍA.
Ni yo, porque lo deseo
Mucho.

DON FERNANDO.
Pues ¿quién como yo,
Que oprimido me ha tenido
Con su importuna vejez?

DON GARCÍA.
Yo he escapado del juez.

DON FERNANDO.
Y yo de Argel he salido.

DON GONZALO.
Y así agora viviremos...

DON GARCÍA.
Hoy con mayor libertad
De noche por la ciudad
A nuestro gusto andaremos.

DON FERNANDO.
¿Cómo le va á don García
De amores de doña Juana?

DON GARCÍA.
Que me quiere á la mañana,
Y aborrece á mediodía.
¿Y á vos con vuestra Leonora,
Fernando?

DON FERNANDO.
Bien me parece;
Que si agora me aborrece,
En ese punto me adora.

DON GONZALO.
¡Dravo hebrero os ha cogido!
A mí muy mejor me va.
Doña Inés me quiere ya,
Si quiero ser su marido.

DON GARCÍA.
¿Ya te pide casamiento?
Peor estás que los dos.

DON GONZALO.
Es casamiento por Dios;
Pero sabed que la miento.

DON GARCÍA.
¿No hablas á tu Leonora?
No se rinde, no se aplaca?

DON FERNANDO.
Es hablar á doña Urraca
Sobre pedir á Zamora.
Una brava cortesana
Dicen que ha venido hoy.
Vámosla á ver, porque estoy
Picado.

DON GONZALO.
De buena gana.

DON GARCÍA.
Vamos, y ponéos galanes;
Que no hay á quien dar cuenta.
Estas si tienen pimienta
De melindres y ademanes.

DON FERNANDO.
Canta como un serafín.

DON GARCÍA.
Bastara como un silguero.

DON FERNANDO.
¿Cómo nos va de dinero?

DON GONZALO.
Que no ha de faltar al fin.
¿No habrá quien quiera fiar
A un príncipe y dos infantes
Dineros sobre unos guantes?

DON GARCÍA.
A los dos quiero abonar,
Como no mudéis vestidos
Ni nombres.

DON GONZALO.
Si así ha de ser,
Hoy tenemos de correr
Como rayos detenidos.

DON GARCÍA.
Si el caballo estuvo atado
Tanto tiempo en el pesebre,
¿Qué mucho que el freno quiebre
Y que corra desbocado?
Ya que me llevan antojos
De privaciones pasadas,
Menester serán espadas
O que me tapen los ojos.

DON GONZALO.
Por si álguien se nos arroja,
¿Quién irá en esta ocasión?...

DON FERNANDO.
Don Luis, que es valenton
Y se pica de la hoja.
Aunque si los tres que vamos
No bastamos para tres,
Negocio de liebres es,
Y es mejor que no salgamos.

DON GARCÍA.
Para tres y aun para treinta.
Mas atended al balcon.
¡Ah, qué gentil ocasión!
Doña Juana hablarme intenta.
Callá.

Hecho posterior á la muerte del mismo
don Fernando que habla, que fué despues
primer rey de Castilla.

ESCENA V.

DOÑA JUANA, *que se asoma á una
ventana.*—DICHOS.

DON FERNANDO.
¿Es doña Juana?
DON GARCÍA.
Sí.

DOÑA JUANA.
¿Habla de mí vuestra alteza?

DON GARCÍA.
Hablo de vuestra belleza,
Que vive por alma en mí.
Hablo de vos, porque en vos
Se ve cuánto puede hablar
El que quisiere tratar
De los milagros de Dios.
Hablo de vuestros cabellos,
Que dan al sol resplandor,
Y de esos ojos, que amor
Se precia de hablar con ellos;
De ese rostro delicado,
Luz del clavel y jazmín,
De esos labios de carmín,
De ese donaire extremado,
Dese pecho de azucena,
Aunque de mármol helado.

DOÑA JUANA.
Como vos me habeis pintado,
Para imagen era buena.
Ese clavel colorado,
Azucenas y jazmín,
Volvedlo luego al jardín
De donde lo habeis hurtado.
Y el sol corrido se muestra,
Que su luz dejais atrás,
Porque yo no tengo mas
Que el ser servidora vuestra.

DON GARCÍA.
De burlas habeis hablado;
Que mi alma os engrandece.
No es eso lo que merece
La verdad de mi cuidado.
Si con la verdad mas pura
No os amo, mi bien, que puedo,
Nunca del reino que heredo
Merezca la investidura;
Y esa corona que aguardo,
Y por mí se conoce,
Un extranjero la goce
O algun hermano bastardo.
Y si se conoce amor
Por obras, señora mía,
Como por su luz el día,
Y el sol por su resplandor,
Mandadme; que al alma propia,
Adonde sois adorada,
No puede haber Scitia helada
Ni calurosa Etiopia.
Las arenas mas desiertas
Por serviros pasaré,
Y el fénix solo os traeré,
Si son sus fábulas ciertas.

DOÑA JUANA.
Menos encarecimientos,
Don García, y mas verdades;
Que entre iguales voluntades
No puede haber fingimientos.
Dejad la fénix segura;
Que está muy lejos de aquí.

DON GARCÍA.
No mucho, si en vos la vi,
Fénix de amor y hermosura;
Que por eso os lo llamais,
Aunque en lo demás escasa;
Que esotra fénix se abrasa,
Vos en mi fuego os helais.

DOÑA JUANA.
¿Sabéis con qué me contento?

DON GARCÍA.
Decidlo, así Dios os guarde.

DOÑA JUANA.
Haya carrera esta tarde,
Que un poco triste me siento,
Y saldremos al balcón
Todas las damas y amigas.

DON GARCÍA.
¿Oh amor, á pedir me obligas
Los caballos á Faeton!
Mi bien, ser el sol quisiera,
Porque en su eclíptica de oro,
Delante del sol que adoro,
Hurtando su luz, corriera.
Pero haré lo que mandais.
Estad á punto al balcón.

DOÑA JUANA.
Pues tomad ese listón,
Y adios, que es tarde.

DON GARCÍA.
¿Ya os vais?

DOÑA JUANA.
No es posible detenerme. (Vase.)

ESCENA VI.

DON GARCÍA, DON FERNANDO,
DON GONZALO.

DON GARCÍA.
¿Oh prendas del niño amor!

DON GONZALO.
¿Por Dios, extraño favor!

DON GARCÍA.
¿Qué mas favor pudo hacerme?
Aunque en palabras sucinta,
Ríndome de amor la palma;
Sangrarme quiero del alma
Con el favor desta cinta.
¿Oistes que me mandó
Que haya esta tarde carrera?

DON FERNANDO.
A acompañarte saliera,
Si favor tuviera yo;
Pero desfavorecido,
No me lo mandes.

DON GARCÍA.
Si harás;
Que de mi obligado estás,
Y de quien quieres querido.
Todas saldrán hoy aquí,
Y tu Leonora.

DON FERNANDO.
No sé;
Mas dijera que saldré,
Si favor tuviera allí.

DON GARCÍA.
Galan me pienso poner.
Hoy en el overo arranco.

DON FERNANDO.
Si dijeras en el blanco
Del Rey, hubiera que ver.

DON GARCÍA.
Pues ¡vive Dios, que he de entrar
En el blanco, en el terrero!
Que hacer estas fiestas quiero
Al sol, que me ha de mirar.

ESCENA VII.

LA REINA.—DICHOS.

REINA.
¿Qué haceis á solas los tres?

DON GARCÍA.
Culpamos, Reina, tu llanto,

Porque no es bien que sea tanto
Llanto que sin causa es.

REINA.
¿Es poco un marido ausente?

DON FERNANDO.
Bastante, albanesa casta.

DON GONZALO.
Para Penélope basta
Ser en todo diligente.

DON GARCÍA.
Gonzalo dice verdad;
Y hoy mi señor, al partir,
Nos mandó á los dos salir
Para alegrar la ciudad;
Y suplicarte querria
Que en el blanco cordobés
Licencia de andar me des
Por Zaragoza este dia;
Que no lo pediré mas,
Ni el Rey lo podrá saber.

REINA.
No podré yo aqueso hacer,
Y al Rey enojar podrás.

DON GONZALO.
Nunca en tu vida me has dado
Gusto que te haya pedido.
¿Posible es que tú has parido
Un hijo tan desdichado?
Apercíbanme caballos;
Que á Castilla quiero irme.

REINA.
Mil que pudieras pedirme,
García, pudiera dallos;
Pero este no.

DON GONZALO.
¿Que no harás?
Dime, madre: ¿qué molestia
Te importa darme una bestia?
¿No te importa un hijo mas?

REINA.
Di á Pedro Sesé que mando
Te le dé.

DON GARCÍA.
A esos piés daré
Dos mil besos.

REINA.
Alzate.
DON GONZALO.
Mucho alcanzó, don Fernando

REINA.
Mucho hago en lo que pides.

DON GARCÍA.
Hermanos, vamos de aquí.

REINA.
¿Estás ya contento?

DON GARCÍA.
Sí:
Tu amor con el mio mides.

DON FERNANDO.
Ponle un buen caparazon.

DON GARCÍA.
El de perlas y morado.

DON GONZALO.
¿Y bandas?

DON GARCÍA.
Blanco y leonado.

DON FERNANDO.
¿Y plumas?
DON GARCÍA.
Las mismas son.
(Vase los tres hermanos.)

ESCENA VIII.

LA REINA.

Jamás me diste, amor, algun conten-
to,
Que no le contrastasen mil dolores;
Sujetos siempre están tus amadores
Por pequeño favor á un gran tormento.
¿Qué pudo ser, amor, tu pensamien-
to

[to]
Cuando me colocaste en los amores
De don Sancho, y me dabas los favores
A medida de mi merecimiento,
Sino subirme á aquella dulce gloria
Para privarme della desta suerte,
Pues me privas del Rey, luz por quien
veo?

Que cuando esto me viene á la me-
moría,
A la terrible y espantosa muerte
Suplico de mi vida haga trofeo.

ESCENA IX.

SESÉ.—LA REINA.

SESÉ.
De vuestra majestad me maravillo.
¿Tal era justo que mandase agora?
¿No hubiera un alazan, blanco ó tordi-
famoso del ocaso hasta la aurora? [Ilo,
A estas reales plantas me arrodivo
Para pedirlos que no deis, Señora,
El blanco que mandó la real presencia;
Y perdonad mi falta de prudencia.

REINA.
Pedro Sesé valeroso,
Sábto, prudente y discreto,
Noble, leal, justo y reto,
No estéis de aquesto quejoso;
Que yo os juro que me cuesta
Harta pesadumbre el dallo.

SESÉ.
Dieras para este caballo
Contino un no por respuesta.
Un mandamiento del Rey
¿Es justo quebrarlo así?
Yo te digo desde aquí
Que su palabra es la ley,
Y que la debes cumplir;
Y esto te aviso, Señora.

REINA.
Pues ¿qué quieres que haga agora?

SESÉ.
¿Qué? Que tú me mandes ir
A decir que escoja otro,
Y deje el caballo blanco,
Haciéndole campo franco
Para el mas gallardo potro.
Entre, y con sus manos abra
Tu real caballeriza,
Y haga entre todos riza,
Y cúmplase tu palabra.
Deje el blanco; que te importa
Dar gusto al Rey, mi señor.

REINA.
Digo que tienes valor.
Vé, y de razones acorta,
Y dile á García que mando
Que deje el caballo luego.

SESÉ.
Voy con tu mando y mi ruego.

REINA.
Pues, Pedro Sesé, volando.
(Vase Sesé.)

ESCENA X.
LA REINA.

Apenas se engendra el hijo
En el seno maternal,
Cuando os amenaza un mal
En lugar de un regocijo;
Porque en el prolijo curso
De carga que tanto cuesta,
Os cansa, aflige y molesta.
Como se ve en su discurso.
¡Qué de fatigas y antojos!
¡Qué de deseos forzosos!
Y los mas ¡qué peligrosos
Y qué cargados de enojos!
En vispera temerosa
Del punto do no hay reparo
Es nublado el día mas claro
Y oscura la luz preciosa.
Por divina providencia
Y sus ministros sagrados
Sale á luz; ¡qué de cuidados,
Y vigilante asistencia
Con alguno es menester!
Y mas si da en ser prolijo;
Que el inobediente hijo
Nunca debiera nacer.
Obedece, don García,
Lo que pido, y si harás,
Aunque no sea por mas
De la paz del Rey y mia.

ESCENA XI.

DON GARCÍA, alborotado. — LA REINA.

DON GARCÍA.
¡Mandaste tú á aquel villano
Que el caballo no me diese,
Ya con la rienda en la mano?

REINA.
Sí, porque si se supiese,
Su enojo del Rey es llano.

DON GARCÍA.
Pues cuando me lo mandaste,
¿Cómo de ver no lo echaste?
¿Cómo lo miras agora?
Esto ¡es bien hecho, Señora?

REINA.
Mandólo el Rey, y esto baste.

DON GARCÍA.
Antes que él te hablase aquí,
No reparabas en eso.
El te lo ha mandado á tí.

REINA.
Ese es, García, un exceso
Muy villano para mí.
¿Quién me puede á mí mandar,
Sino el Rey?

DON GARCÍA.
Quien puede dar
A tu hijo estos enojos.

REINA.
¡Dese humedeces los ojos?
¡Vil mujer!... ¿Tú has de llorar?

DON GARCÍA.
Las lágrimas de flaqueza
Son lágrimas de mujer;
Mas las de rabia y tristeza
No es agua; fuego han de ser
Lágrimas de fortaleza.
Cuando, ya el pié en la estribera
Y la rienda en el arzon,
Voy á subir; cual si fuera
De los que han dado en Leon
A tu hermano muerte fiera,
O algun villano asturiano,

Me detuvo el pié y la mano;
Y así con la mano y pié,
Como villano quedé,
Detenido de un villano.
Bien le pudiera matar;
Pero porque ya he pensado
Que hay mucho que averiguar,
Esta venganza he dejado
A quien la puede tomar.

REINA.
¿Qué dices?
DON GARCÍA.
No digo nada.
REINA.
Quiero dejarte; que estás
Enojado.

(Vase.)

ESCENA XII.

DON GARCÍA.

¡Ah vil espada!...
— Mas tenéos, que importa mas
La honra del Rey vengada.
¡Qué me detiene el honor
De reina, ni el justo amor
De padre, para creer
Que es en efecto mujer,
Y capaz de todo error?
¿Qué haré? Que de enojo rabio.

ESCENA XIII.

DON FERNANDO, DON GONZALO. — DON GARCÍA.

DON FERNANDO.
Disimular y sufrir
A las veces, dice el Sábio.

DON GONZALO.
Esta pena y este agravio
¿Quién los puede resistir?

DON GARCÍA.
Pues, hermanos, ¿habeis visto
Ese villano malquisto
Lo que á la Reina mandó?

DON FERNANDO.
Luego ¡por él no le dió?
¿Cómo en matallo resisto?

DON GARCÍA.
En mas está.

DON GONZALO.
¿Cómo así?
DON GARCÍA.

Este afrenta á nuestro padre
Con la Reina, y yo lo vi.

DON GONZALO.
No és mi madre.

DON FERNANDO.
Ni mi madre.

DON GONZALO.
Ni él mi padre.

DON GARCÍA.
Aqueso sí;
Que el noble que no consiente,
Ni es de la fama avisado,
Del amigo y del pariente,
Bien puede ser desdichado,
Mas es de culpa inocente.
Un criado me llamad.

ESCENA XIV.

CELIO. — DICHOS.

DON FERNANDO.
Cello viene aquí.

DON GONZALO.
Bien andas.
Prosigue tu voluntad.

CRÍADO.
¿Qué es, Señor, lo que me mandas?
DON GARCÍA.

Los dos aquí me esperad.
¿No juraréis esto así?

DON FERNANDO.
Todos tu gusto queremos.

DON GARCÍA.
Hermanos, vamos de aquí.

DON FERNANDO.
No hagas tales extremos.

DON GARCÍA.
¿Sabes del Rey?

CRÍADO.
Señor, sí.

DON GARCÍA.
Pues mientras yo subo, ponte
A caballo; que ya Febo
Se encubre en nuestro horizonte.

CRÍADO.
Con todo, á dormir me atrevo
Desa otra parte del monte.
(Vase don García y el criado.)

DON FERNANDO.
¡Esta era la privanza
De Pedro Sesé, y su brio,
Su firmeza y su constancia?
¿Qué os parece, hermano mío?
¡Ah mundo! ¡vana esperanza!

DON GONZALO.
Ya mi espíritu imagina
Del Rey el fiero cuchillo,
Si la Reina á esto se inclina.

DON FERNANDO.
Mejor será remitillo
A la Justicia divina.

(Vase.)

Salen de una casa de pueblo.

ESCENA XV.

EL CONDE, BELISARDO.

CONDE.
Díjome el Rey, amigo Belisardo,
A la partida este secreto.

BELISARDO.
En todo
Se fia el Rey de vuestro entendimiento.

CONDE.
Mandóme que tuviese gran cuidado
Con Ramiro, su hijo, aunque del vues-
Tiene satisfacion bastante, y sabe (tro
Que quien hasta ser hombre le ha guar-
[dado,
Sabrá mejor agora, que es ya hombre.

BELISARDO.
Señor, como tal vez el faisán cansa,
Y suele ser la vaca apetitosa,
Y las mesas espléndidas agradan
Tanto como extendidas por la yerba,

Y como agradan los desiertos campos
Tal vez mejor que cultivados huertos,
Así es del Rey la singular grandeza.
En estos montes, á mi choza humilde
Suele venir, cansado de la caza,
Y por dicha cansado de la corte.
Aquí nuestra amistad tuvo principio
Desde los años del primero bozo,
Y así, de mis entrañas satisfecho,
Puras como las aguas destos ríos,
Me dió á Ramiro en sus primeros años,
Y le he criado entre estos altos montes
A las escarchas del helado enero
Y á las calores del ardiente julio.
No ha vestido camisa delicada
De la flamenca holanda ni la cuera
Del ámbar adobado de la India,
No ha ceñido la espada de Toledo
Ni ha calzado el zapato cortesano.
Ageo viste y pieles de animales,
Cayado trae, y en los pies abarcas,
Cazar es su ejercicio y hacer leña.
Al Rey le escribiréis que ya es muy
Que ¿para qué le guarda en estos hábi-
Tosco en la lengua, aunque de buen
Ingenio?

CONDE.
Ya es tiempo, Belisardo, de sacalle
Destas rusticidades y aspereza.
Yo lo escribiré al Rey, y él lo pretende,
Aunque por el temor de su madrastra
No quiere publicar que sea su hijo.

BELISARDO.
¿Tan grandes son sus celos?

CONDE.
Son notables.
¿Podré ver á Ramiro?

BELISARDO.
Está en el monte
Con una zagaleja, hija mía.

CONDE.
Pues ¿juntos los dejais?

BELISARDO.
Y eso ¿qué importa,
Si piensa que es su hermana, y se han
En nombre de mis hijos, siempre jun-
tos?
Mas escuchad; Señor, que entrambos
vienen.

ESCENA XVI.

RAMIRO, CELIA. — Dichos.

CELIA. (Dentro.)
Ten la sogá, no se escurra,
Y á un lado la leña pon.

RAMIRO. (Dentro.)
¿Hay tal desesperación
Como la de aquesta burra!

CONDE.
¿Qué es aquello?

BELISARDO.
Leña es,
Que deste monte han traído.

RAMIRO. (Dentro.)
¡Voto al sol, que se ha caído!
¡Yo digo, yo digo pues.

CONDE.
¿Hay cosa como ver esto
En un príncipe!

(Sale Ramiro.)

BELISARDO.
¡Ah Ramiro!

CONDE. (Ap.)
Al Rey en su tallo miro.
¿Qué grave rostro y modesto!

RAMIRO.
¿Qué hay, padre, que merendar?

CONDE. (trado!)
(Ap. ¿Con buen Dios os guarde ha en-
(A Belisardo. ¿Buen tallo?)

BELISARDO.
(Ap. al Conde. Es muy extremado.)
¿No tenéis mas que pensar?
Ea, noble y gentil garzon,
Besadle al señor, la mano.

RAMIRO.
No la beso á cortesano,
Padre, hablando con perdon.

BELISARDO.
¿Y Celia?

RAMIRO.
Ya viene ahí.
CELIA. (Sale.)
¿Qué es, padre, lo que queréis?

CONDE.
Hermosa hermana tenéis.

RAMIRO.
¿Pues bien? Dios la hizo así.

CONDE.
¿Qué hermosura tan extraña!
A un Rey puede dar antojo.

RAMIRO.
No la mireis de mal ojo;
Que quizá el diablo os engaña.

CONDE.
Mucho me he holgado de ver
Vuestros hijos, Belisardo,
Y á fe que el mozo es gallardo.

RAMIRO.
Pues ¿danos él de comer?

CONDE.
¿Qué fuerte y bien hecho está!
Pero de tal tronco vino.

RAMIRO.
Con muy buen pan y buen vino
Nos criamos por acá.

CONDE.
¿Queréis ir á la corte
Conmigo?

RAMIRO.
¿A oír mentiras?

CONDE.
¿Labrador, y en eso miras!

RAMIRO.
¿Hay cosa que mas importe?
¿Adónde está la verdad
Sino entre la pobre gente?
Que la mentira insolente
Siempre reina en la ciudad.

CONDE.
Bien sabe. Partirme quiero;
Que es tarde.

BELISARDO.
Yo iré con vos.

CONDE.
Eso no. — Ramiro, adios.

RAMIRO.
Adios, señor caballero.
¿No volveréis por acá?
Que os iba cobrando amor.

CONDE.
Presto.

CELIA.
Esta casa, Señor,
A vuestro servicio está.

CONDE.
Sois vos un rostro divino,
Y para cuando os caseis,
Yo os prometo, si queréis,
Seros liberal padrino.

CELIA.
Yo os beso, Señor, las manos.
(Vase el Conde.)

BELISARDO.
Hijos, venid á cenar.

RAMIRO.
¿Qué hay bueno?

BELISARDO.
No ha de faltar
Para tales dos hermanos.

RAMIRO.
¿Está todo aderezado?

CELIA.
Ya los manteles aplica.

RAMIRO.
¿Qué le diste á la borrica?

CELIA.
Un celemin de salvado.
(Vase.)

Salon del real alcázar.

ESCENA XVII.

EL REY, de camino; DON GARCÍA,
DON FERNANDO, DON GONZALO.

DON GARCÍA.
Más solo habiarte quería.

REY.
Para hacer un rey volver
Mucha causa es menester.
¿Qué es lo que quieréis, García? —
Hacéos todos á una parte. —
Comienza.

DON GARCÍA.
Escucha, Señor;
Que á tu supremo valor
Quiero como el sol probarte,
Aunque eres padre y soy hijo.

REY.
Harto confuso me tienes.
Habla: ¿por qué me entretienes?

DON GARCÍA.
Porque me ofendo y ajiño...

REY.
¿De qué?

DON GARCÍA.
De tu propia afrenta.

REY.
¿Yo afrentado!

DON GARCÍA.
Tú pues.

REY.
¿Cómo?

DON GARCÍA.
Como eres hombre.

REY.
Ya tomo
Sospecha: mi mal me cuenta.

DON GARCÍA.
No sé por dónde comience
En el deseo y temor;
Que me suspende el honor,
Y la sospecha me vence.

REY.
¿A un rey se puede afrentar,
Que no comprehende ley?

DON GARCÍA.

Si, porque es hombre, si es rey,
Y dió, como hombre, lugar.

REY.

Ya sospecho quien me afrenta,
Porque un hombre con mujer,
Aunque rey, puede temer
Cualquier género de afrenta.
Y ¡quién agravio me hizo
Con esa infame sin fe?

DON GARCÍA.

Mosen Pedro de Sesé,
Tu mismo caballero.
Parece cosa de sueño:
El mas vil de tus vasallos.

REY.

Mejor curó sus caballos
Que la yegua de su dueño.
¡Que la Reina es ruin agora,
Y no en tiempo que podía?
Mas sin duda lo sería;
Que un marido mucho ignora.
Si lo es, sin duda lo fué;
Si lo fué, duda sería
Que eres mi hijo, García.
Yo á lo menos no lo sé.

DON GARCÍA.

Señor, cuando me engendraste
Eras mancebo, y tambien
La Reina te quiso bien
Porque á su amor la obligaste.
Agora viejo fué el daño,
Cuando el gusto te faltó.

REY.

¡Que la Reina me ofendió?
No es posible, esto es engaño.
Pero mi hijo ¡pudiera
Decir esto de su madre?

DON GARCÍA.

Señor, si no fueras padre,
Otra respuesta te diera.
Y pues á hablar alto obligas,
Lleguen aquí mis hermanos;
Que no somos inhumanos,
Para que afrentas nos digas.
Y así, en presencia de todos
Sustento, y del Rey que reina,
Que es adultera la Reina,
Y la afrento de mil modos.
Y pues es fuero de España
Que el que así mujer afrente
En campaña lo sustento,
Lo sustentaré en campaña.
Mándala luego prender;
Que armado esperaré un año.

DON FERNANDO.

Si álguien piensa que es engaño,
Miente, y se debe crear
Lo que dice don García.

DON GONZALO.

Y yo lo afirmo tambien,
Y en campo esperaré á quien
Se anteponga, un año y día.

REY.

Basta, hijos; basta así.
Yo os doy campo, segun fuero,
Por si hubiere caballero
O por la Reina ó por mí.
Aunque si tales hermanos
Afirman esta verdad,
Sería temeridad
Probar con ellos las manos.
Mas si dentro de año y día
Nadle entrare en esta caña,
Será la Reina quemada
Hasta ser ceniza fria.

ESCENA XVIII.

EL CONDE. — DICHOS.

CONDE.

Al alboroto he llegado;
Que de Miralba venia,
De donde, Señor, traía
A vuestra alteza un recado.
Mas esto no es para agora.
Solo querria saber
Quién es quien pudo ofender
Á la Reina, mi señora.

DON GARCÍA.

Yo, Conde, lo afirmo así.
¡Quereislo defender vos?

CONDE.

Señor, á vos y á ella Dios
Os juzgue, y me guarde á mí.

ESCENA XIX.

SESE. — DICHOS.

SESE.

Licencia la Reina pide,
Señor, para hablar y verte.

REY.

Hoy mi afrenta con tu muerte,
Aunque es desigual, se mide.—
Quitadle, Conde, esa espada.

SESE.

¡A mí! Pues ¡por qué, Señor?

REY.

Por infame, por traidor.

SESE.

Yo sé que es espada honrada,
Y de mi sabien los cielos
Te he servido con verdad;
Que esta noble lealtad
Me dejaron mis abuelos.
¡No sabré por qué me prendes?

REY.

Por adúltero.

SESE.

¡Con quién?

REY.

Con la Reina.

SESE.

¡Cómo!

REY.

¡Bien!

¡De lo que saben te ofendes?

SESE.

¡Señor!...

REY.

Calla, vil, infame:

ESCENA XX.

LA REINA. — DICHOS.

REINA.

¡Qué es lo que dicen de mí?

REY.

¡Que podré mirarte así
Sin que tu sangre derrame?
Al castillo de Miralba,
Conde, presa la llevad.

CONDE. (A la Reina.)

Perdone tu majestad;
Que no es tiempo de otra salva.

REINA.

¡Señor! ¡Ah señor!...

(Vase el Rey.)

CONDE.

Ya es ido.

REINA.

¡Hijos!...

CONDE.

Ya se van tras él.
(Vanse los príncipes.)

ESCENA XXI.

LA REINA, EL CONDE, SESE.

REINA.

¡Qué es esto, Conde cruel?

CONDE.

Dios sabe que no lo he sido.
Con mosen Pedro os acusa
De adulterio...

REINA.

¡Quién?

CONDE.

No sé.

REINA.

¡Quién fué?

CONDE.

Vuestra sangre fué;
Que así en el mundo se usa.

REINA.

¡Pedro Sesé!

SESE.

¡Noble Reina!...

CONDE.

No hay que hablar. Vamos de aquí;
Que esto quiere el Rey así.

REINA.

No el Rey, la malicia reina.

¡Quién da deso testimonio?

CONDE.

Cualquiera desculpa es vana.

REINA.

El Dios que libró á Susana

Declare este testimonio.—

Hijos, ¡para esto os parí?

Hijos, ¡para esto os crié?

¡Por qué me dejais? Por qué?

Por qué me tratáis así?

Castigo del cielo es,

Que mis pecados confirman.

¡Que todos tres eso afirman?

CONDE.

Esto afirman todos tres.

REINA.

¡Preso he de ir, y preso este hombre!

CONDE.

Señora, si.

REINA.

¡Hay tal maldad?

Tan terrible crueldad

¡A quién habrá que no asombre?

SESE.

Dividámonos los dos.

CONDE.

Vamos de aquí, alta princesa.

REINA.

¡Ay, hijos! ¡cómo me pesa

Que ha de castigaros Dios!

ACTO SEGUNDO.

Campo y vista exterior de un castillo.

ESCENA PRIMERA.

RAMIRO.

¡Ay dulce libertad! ¡Cuán caro muer-

[tras,
Agora que de mí te has desterrado,
Aquel contento del antiguo estado,
Reliquias tristes de las glorias nues-

[tras!
¡Ah suertes, al glorioso bien sinies-

[tras!
¡Cuánto teneis vuestro rigor probado!
¡Triste de aquel á quien ha puesto el

[hado,
Planetas fieros, en las manos vuestras!
Viéndome, amor, sin armas, me ren-

[diste;
Lo que en otro es traicion, en tí es vi-

[toria
Mayor; por tí me abraso y me consu-

[mo.
¡Ay, bella soledad, que un tiempo

[fuiste
Sol del sentido y luz de la memoria,
Y agora deste fuego eres el humo!
Quiero aplacar el dolor
Que me affige y me fatiga;
Que ya mi dulce enemiga
Viene. Aquesta es mi Mayor.

ESCENA II.

LA REINA, BELISARDO. — RAMIRO.

BELISARDO.

Mandó el Rey que con secreto
En este castillo estéis.
Vos por cárcel lo teneis,
Y yo por gloria en efeto;
Que donde un ángel cual vos,
Reina, vive desta suerte,
Todo en gloria se convierte.

RAMIRO. (Ap.)

Hablando vienen los dos.

REINA.

No me llameis, Belisardo,
Reina; que el secreto importa;
Y con ventura tan corta,
¡Qué reino y corona aguardo?
Mas llamadme esclava, os ruego;
Porque ya se acerca el año
En que esta reina de engaño
Morirá por otro en fuego.
Y no penseis que dél huyo;
Morir es mi voluntad;
Que ha de nacer mi verdad
Como la fénix del suyo.

BELISARDO.

Dios hará que se arrepienta
Quien tal maldad os levanta;
Que el ser vuestra sangre espanta
Para no hacer lo que intenta.
Alegraros han las leyes
Del valor, aunque importunas;
Que en las adversas fortunas
Muestran corazón los reyes.
Aquí en esta soledad,
Como debido tributo,
Señora, os prometen fruto
Arboles y voluntad.

Yo os serviré, y mi Ramiro
Y mi Celia.

REINA.

¡Ay, hijos caros!

Que aunque ajenos, en nombraros
Muero, temo, ardo y suspiro.
La verdad de aqueste engaño
A Dios la he de remitir;
Mas no la quiero pedir,
Porque no les venga daño.
Quiero volver por mi honra,
Y tengo miedo á la suya.

BELISARDO.

El cielo os la restituya,
Moviendo á quien os deshonra.
Divertid el mal que asiste
Con vos, mirando esta fuente,
Aunque el agua y su corriente
Es como música triste;
Y cuando desto os canseis,
Volvéos, Señora, al castillo.

RAMIRO. (Ap.)

Cielos, no puedo sufrirlo.
O matadme, ó la llevéis.

BELISARDO.

Adios, Señora.

REINA.

El te guardare
Y de testimonio libre.

(Vase Belisardo.)

ESCENA III.

LA REINA, RAMIRO.

REINA.

Que aqueste me deje libre,
Y un hijo matarme aguardel!
¡Oh soledades, en quien,
Pues vuestra aspereza es tal,
O podré llorar mi mal
O podré reir mi bien!
Hagamos alarde un rato
De las penas que tenemos,
Porque con sangre lloremos
La que hemos dado á un ingrato.
Y no á uno, sino á tres,
Pues igualmente os quejais.

RAMIRO.

En hora buena pongais
Sobre estas flores los piés;
Que ya, en vez de sus espinas
Y calurosas arenas,
Brotan blancas azucenas
Y purpúreas clavellinas.
Vuestro gran recogimiento
Y vuestra gran soledad,
De encogida honestidad
Solían ser argumento;
Mas ya que el campo alegráis
Con esos hermosos ojos,
De que alivialis los enojos
Indicio á los nuestros daís.
Ya estos árboles se engrien
Y de fruto dan señales,
Y entre dientes de cristales
Aquestas aguas se rien.
Ya las tristes aves cantan
Sus amorosos empleos,
Y mis humildes deseos
A vuestro sol se levantan.
Todo se ríe y respira,
Porque esta es la vez primera
Que tan rica primavera
Nuestro campo viste y mira.

REINA.

¡Oh Ramiro! En hora buena
Vengas tan gran cortesano.

RAMIRO.

A fe, que estoy mas ufano

Que el oso con su colmena;
Aunque me ha dejado en calma,
Entre la miel destes bienes,
Salir de vos mil desdenes,
Que son abispas del alma.
Una vez dicen que Amor
Quiso coger un panal,
Y una abeja, al mismo igual,
Le dió notable dolor.
Quejósse á su madre bella,
Y ella entonces le replica:
«También tú eres cosa chica,
Y das tal dolor con ella.»
No sé si por semejanza
Entendéis mi desvario,
Divino imposible mio,
Imágen de mi esperanza,
La cual viene á ser tan loca,
Que hasta la muerte acompaña,
Por mas que le desengaña
El agua de aquea roca,
A tan raro amor, que puedes
Reducir á un pecho pobre,
Aunque tu esperanza sobre
A mas imposibles bienes.

REINA.

Ramiro, si mis desdichas
Me dieran lugar á amarte,
Sospecho que fueran parte
Esperanzas tan bien dichas.
Pero no sabes quién soy,
Y mi amor no te está bien.

RAMIRO.

Yo os pido solo un desden
Por toda el alma que os doy.
No me juzguéis por grosero,
Aunque grosero nací;
Para saber qué hay en mí,
Bien basta saber que os quiero.
Como el que en vasos gentiles
Pone diversos licores,
En los de oro los mejores,
Y en los de barro los viles;
Así el cielo almas infunde,
Y en su valor las conforma,
Porque mas gloria á la forma
De la materia redunde.
Pero tal vez por dar lustre
A un hecho herbóico y bizarro,
Pone en un pecho de barro
Un alma real y ilustre.
No digo que lo es la mía;
Aunque el alma que os amó
Y ese valor conoció,
Algo de real tenía.
Bien sé yo que estas abarcas,
Veçadas á andar tras bueyes,
Siguen mal lo que es de reyes,
De principes y monarcas;
Mas hasta la soberana
Fama, que engañarme pudo,
Tan bien camina el desnudo
Como el que viste de grana.

REINA.

Cuando á este castillo vine,
Ramiro, mas tosco estabas.

RAMIRO.

Era piedra que labrabas,
Porque en tus manos me afine.
Tuve encubierto el valor
Hasta que tú le sacaste,
Y mas dándome el engaste
De su pensamiento amor.
Al principio me tocó
Como el sol cuando salía;
Pero luego al mediodía
Cuando su fuerza abrasó.
No la purpura de Tiro
Digo yo que os podré dar,
Ni el coral tierno del mar,
La seda y tela de Epiro;

No de la India el tesoro,
Perlas y aljófar del Sur;
Que nuestra toska segur
No cava minas de oro.
No el traje de Asia bizarro,
Ni las sabeas aromas,
Donde las blancas palomas
De Vénus tiran el carro;
No el cristal único y raro,
No el jaspe bello y gentil,
Del elefante el marfil
Ni los mármoles de Paro,
Sino la fruta silvestre
Y la que yo he cultivado,
Luego que el verde granado
Sus rosas de nácar muestre;
La almendra tierna, la pera
Roja y verde, la manzana
Cubierta de gualda y grana,
Y la cermeña primera;
El nispero que madura,
Y conservada la serba,
La verde ciruela acerba,
La nuez presa en cárcel dura;
La miel sabrosa, la piña,
La fresa, que se deshace,
La guinda negra, que nace
En el linde de la viña;
De morales avarientos
El fruto negro y opimo,
De las uvas el racimo,
Pendiente de los sarmientos;
Verde cohombro y melón
Con las pálidas lechugas,
Las toronjas con verrugas,
Y como cera el limón;
El pajarillo cogido
Con la liga en el barbecho,
La calandria en el estrecho
Y el ruiseñor en el nido;
El cabritillo criado
Debajo del cesto á leche,
Y al fin, cuanto rinda y peche
El monte, el prado, el ganado;
Y entre estas cosas, me fundo
En que os daré un alma á vos,
Que, por parecerse á Dios,
Vale mas que todo el mundo.

REINA.

Veo en tí tanto valor,
Que por él, aunque me admiro,
Serás el primer Ramiro
A quien he tenido amor;
Que uno de tu nombre ha sido
Tan perseguido de mí,
Que ya me pesa por tí
De le haber aborrecido.

RAMIRO.

Si enseñada á aborrecer
Estás hombre de mi nombre,
Ya no es razon que me asombre
Que no me quieras querer.
¡Desdichado nombre mio,
Aborrecido de vos!
Mas mudarle, por Dios,
Si es que agradaros confío;
Y aunque tan secreta estéis,
Que hasta el nombre me encubrais.
Decidme cómo os llamais,
Para que el vuestro me déis.

REINA.

Correspondes de manera
A Belisardo, tu padre,
Que pues te ha faltado madre,
Cual ella es bien que te quiera.
Persona soy de valor;
Que no sepas mas te pido.
Mayor me llamo; que he sido
La desdichada mayor.
Pero porque gente sueña,
No me puedo detener.

RAMIRO.

¿Cuándo te volveré á ver,
Mayor, menor que mi pena?

REINA.

Cuando quisieres podrás.
Adios, y háblame despues.

RAMIRO.

No temas: mi hermana es.

REINA.

¿Quién dices?

RAMIRO.

Celia.

REINA.

¿No mas?

RAMIRO.

Y un labrador, con quien trata
De casarse.

REINA.

¿Quién?

RAMIRO.

Marcelo.

REINA.

De cualquiera me recalo.
Adios.

(Vase.)

ESCENA IV.

MARCELO, CELIA. — RAMIRO.

MARCELO.

Vuelve el rostro, ingrata.

CELIA.

Déjame.

MARCELO.

¿Cómo podré?

CELIA.

Como te dejo.

MARCELO.

No puedo.

Escúchame, Celia.

CELIA.

Está quedo.

MARCELO.

No tienes ley.

CELIA.

Ni tú fe.

Alzaré el cayado.

MARCELO.

Dame,

Mátame.

CELIA.

¡Oh perro! Si fuera...

MARCELO.

¿Qué ha de ser?

CELIA.

Hierro quisiera.

MARCELO.

Yerro es justo que se llame.
Mira que no te ofendí.

CELIA.

Yo ¿no te vi que la hablabas?

MARCELO.

¿Tú misma?

CELIA.

Pues.

MARCELO.

¿Dónde estabas?

CELIA.

¿Dónde estaba? Junto á tí.

MARCELO.

Tienes razon. En mi pecho;
Y por eso estoy corrido
De que no hayas sabido
El poco mal que te he hecho.

(Vase Marcelo y Celia.)

ESCENA V.

RAMIRO.

Mal la hablé, gran necio fui;
Que aunque fué casto el deseo
Que le mostré, de mi empleo
Ninguna cuenta le di.
¿Qué hemos de hacer, pensamiento?
Ahora bien, vivir importa,
Y la jornada mas corta
De amor es el casamiento.
Quiero á mi padre pedilla,
Encareciendo mi mal,
Si no soy tan desigual
Que no merezca servilla.
Socorred, benigno cielo,
Si ya no es locura fiera
Que el menor del suelo quiera
Gozar la mayor del suelo. (Vase.)

Monta.

ESCENA VI.
CELIA, MARCELO.

CELIA.

La verdad has de decirme.
¿Para qué entraste en su casa,
Sabiendo yo lo que pasa?

MARCELO.

Para solo divertirme.

CELIA.

¿De qué?

MARCELO.

De mi pensamiento.

CELIA.

Luego eso ¿no es agraviarme?

MARCELO.

Hicelo para vengarme
De mi celoso tormento;
Que en la fiesta del aldea
Te vi hablando, ya tú sabes...

CELIA.

¿Con quién?

MARCELO.

Tú es razon que acabes,
Celia, esa razon.

CELIA.

¿Que crea
Que yo le pueda ofender?

MARCELO.

Favoreciste á Silvano.

CELIA.

¡Ah traidor! Todo es en vano.
Disculpa quiereres tener.

MARCELO.

Hermosísima pastora,
Señora de mi albedrío,
Reina de mis pensamientos,
Esfera de mis sentidos,
Alma del alma que os doy,
Sol que adoro, luz que miro,
Fénix de quien soy el fuego,
Dueño de quien soy captivo,
Agradable primavera,
Retrato del paraíso,
Dotada de entendimiento
Y entendimiento divino:
Pastora, señora, reina,
Esfera, alma, albedrío,
Fénix, dueño, primavera,
Cielo, sol y paraíso,
Si te he ofendido, me abrasen
Celos, y en tu ausencia olvido.
Atraviésame una espada

Por dar al que está conmigo
(Que no hay muerte mas cruel
Que por ajeno delito),
Un pedreñal catalán,
Un dardo de un vizcaíno,
Una pica de un valón,
Una lanza de un morisco,
Una pistola francesa,
Una daga de tres filos,
Un cuchillo de Malinas
Por unos brazos malinos,
La pólvora de un barril,
El alquitran de un navío,
Un tiro de una galera,
Un rayo del cielo mismo:
Espadas, picas y lanzas,
Pedreñales, dardos, tiros,
Pólvora, fuego, alquitran,
Pistolas, dagas, cuchillos,
Si te he ofendido, me maten
Celos, y en tu ausencia olvido.
De aquellas cincuenta hermanas
Padezca el largo martirio,
Y, como Sisifo, lleve
Aquel espantoso risco;
De Atlante la dura forma,
En pedernal convertido;
De Ticio, en ver que en mi pecho
Haga un agulla su nido;
En la rueda de Ixion
Pene innumerables siglos;
De Prometeo las ansias,
Atado al Cáucaso altivo;
Como Tántalo procure
El sustento fugitivo,
Y de las tres furias tenga
El insaciable castigo:
De las hermanas Danaides,
De Prometeo, de Ticio,
De Ixion, de las tres furias,
De Tántalo, de Sisifo,
Si te he ofendido, me abrasen
Celos, y en tu ausencia olvido.

CELIA.

Labrador de mis entrañas,
Rey generoso á mis ojos,
Alma del alma que riges,
Vida por quien vida cobro,
Gallardo de pensamientos,
Bizarro entre mil curiosos,
Honrado de tus iguales,
Famoso deste á otro polo;
Mónstruo de amor y de ingenio,
Único todo y en todo,
Noble en condicion y traje,
Gentil en el talle airoso,
Labrador, rey, alma mía,
Gallardo, bizarro, hermoso,
Ingenioso, único, raro,
Honrado, noble, famoso,
Si no te adoro, de celos
Mueran mis sentidos locos.
El tiempo falte á mi vida,
Día y noche á mi reposo,
El invierno helado el sol,
La primavera Favonio;
Yerba en otoño y estío,
Fruto en plantas, sombra en chopos,
Agua en la siesta en las fuentes
Y en los rios caudalosos,
En los montes leña y pasto,
Flores en el prado hermoso;
Y el soto, en vez de su juncia,
Produzca espinas y abrojos.
Tiempo, día, noche, invierno,
Primavera, estío, otoño,
Yerba, plantas, sombra y agua,
Sotos, montes, prados, chopos,
Si no te adoro, de celos
Mueran mis sentidos locos.
El cielo me sea enemigo,
Y contrario el mar furioso,

Viento mi choza derribe,
Fuego abrase mi rastrojo;
La tierra no me sustente,
Y el agosto caluroso,
Lleve el agua mis sembrados,
Mis cabras hambrientos lobos;
Mis corderos mate el frío,
Mis colmenas lleve el oso,
Mis vacas mueran de rabia,
Mis toros de andar celosos.
El cielo, la mar, la tierra,
El fuego, el viento, el agosto,
Sembrados, cabras, corderos,
Ovejas, vacas y toros,
Si no te adoro, de celos
Mueran mis sentidos locos:

ESCENA VII.

DON GARCÍA, de caza.— CELIA,
MARCELO.

DON GARCÍA.

A plé, cansado, y de mi gente léjos,
Siguiendo las riberas deste río,
Del monte sus vislumbres y reflejos,
Hallar la senda ó el lugar porfio.
Las altas bayas, los hojosos tejos
Responden con el eco y son tardíos
Que el alma destas cuevas les enseña,
Eco otro tiempo ninfa, agora peña.
Ruido siento; si como lo hace el suelo,
En el cielo se hiciera, yo pensara
Que era justo castigo que del cielo
Tan justamente á mi maldad bajara.—
¡Hola! ¿quién está ahí?

MARCELO.

(Ap. Mi mal recelo.)

¡Oh mi Celia, oh mi bien, oh prenda
[cara!

(Ap. á ella. Tu cara esconde, que es un

CELIA. [caballero.)

Pues bien, ¿qué me ha de hacer?

MARCELO.

De celos muero.

CELIA.

Retírate de ahí, loco no seas.—
Respondedme y decid si vais perdido.

DON GARCÍA.

Y con la pena que es razon que veas,
Si no soy de tus manos socorrido.

CELIA.

En este monte hay diez ó doce aldeas,
Entre las cuales, en lo mas subido
Deste repecho, apenas sale el alba,
Cuando se ve el castillo de Miralba.
Deste es un labrador alcalde agora,
Tan grosero y tan pobre, que es mi pa-

[dre.

Pasad en él la noche hasta la aurora,
Si no hay remedio que mejor os cuadre.

DON GARCÍA.

Guiadme vos, bellísima pastora.
(Ap. Sin duda es este donde está mi
; Ay Dios! ¿si la hallaré?) [madre.

MARCELO. (Ap. á Celia.)

¿Llevalle quieres?

CELIA.

(Ap. á Marcelo. Calla, amigo, y no ha-
[bles ni te alteres.)

Yo creo que mi padre tendrá gusto
De regalaros, siendo caballero.

MARCELO. (Ap. á Celia.)

¿Que me has querido dar este disgusto?

CELIA.

[ro.

Seguidme pues; que a acompañaros quie-

DON GARCÍA. [Justo,
Veamos, y el cielo os pague, como es
Esta merced que en su clemencia es-
CELIA. [pero.

¿Vienes, Marcelo?

MARCELO.

Vé; que ya te sigo.

CELIA. (Ap. á Marcelo.)

¿Es mejor enojarte que ir conmigo?
(Vase don García y Celia.)

ESCENA VIII.

MARCELO.

¿Es posible que se fué?
¿Posible es que me dejó?
¿Que aquel hombre acompañó,
Y que sin ella quedé?
¡Así se guarda la fe!
Pero mis celos son tales,
Que forman sombras iguales:
Al fin son hijos de amor,
Cuyo bien paga el honor
Con censos de tantos males,
Son los celos una envidia
De talle y partes ajenas,
Con cuyas internas penas
El alma batalla y lidia.
Todo le cansa y fastidia
Al que sigue su tormento;
Son un veloz pensamiento,
Son una imaginación,
Que priva de la razon
Una razon dicha á lento. (Vase.)

Sala del castillo donde está confinada la
Reina.

ESCENA IX.

MARCELO.

Ya he llegado, imaginando,
Al castillo donde habita
La que mi mal solicita
Y adonde muero penando.
Mas ¿para qué muero amando?
Cesad, triste pensamiento;
Que si con el casamiento
Se acabara mi pasión,
Lo que fuere dilación
Será celoso tormento.

ESCENA X.

LA REINA.—MARCELO.

REINA.

¿Es Ramiro?

MARCELO.

Soy, Señora,

Su amigo Marcelo.

REINA.

¿Oh amigo!

Que nunca falta un testigo
A quien sus desdichas llora.

MARCELO.

¿Volvió Celia?

REINA.

No ha venido.

MARCELO. (Ap.)

¡Cielo! ¿que he llegado yo
Al castillo, y ella no?
¿Qué puede haber sucedido?

Si yo no diera lugar,
Seguro venir podía.—
Perdonad, Señora mía.

REINA.

¿Dónde vas?

MARCELO.

Voyla á buscar. (Vase.)

REINA.

¿A qué estado me han traído,
Entre aquestas soledades,
Las que tiene por verdades
El que jamás he ofendido!
Vida enojosa y pesada,
Tarde la muerte os socorre.

ESCENA XI.

RAMIRO.—LA REINA.

RAMIRO. (Ap.)

Sospecho que está en la torre
Colgada una antigua espada.
¡Ah, pesa al traidor villano
Que no las usa traer!

REINA.

¡Ramiro!

RAMIRO.

Puedes tener

Un leon con esa mano.
Para el primer movimiento,
Para el curso de la luna,
Para el orbe, á la fortuna,
Para el mismo pensamiento;
Y no me pares á mí,
Que llevo un justo pesar.

REINA.

Pues yo te quiero parar,
Si tanto puedo yo en tí.
¿Dónde vas?

RAMIRO.

Por una espada.

REINA.

¿Para qué?

RAMIRO.

Para que asombre...

REINA.

¿A quién?

RAMIRO.

Al alma de un hombre;
Que lo que es vida no es nada.

REINA.

¿Qué bravo estás!

RAMIRO.

Soy honrado.

REINA.

Kres labrador.

RAMIRO.

No importa;
Que en cualquiera mano corta
De un pecho que está agraviado.

REINA.

¿Qué te han hecho?

RAMIRO.

Un caballero

Desde aqueese cerro vi
Con mi hermana...

REINA.

¿Celia?

RAMIRO.

Sí.—

Suéltame, suelta.

REINA.

No quiero.

—¿Gozándola?

RAMIRO.

Mas ¡no nada!
Si eso viera quien la estima,
No le echara un monte encima,
Cuando me faltara espada?

REINA.

Pues ¿cómo venia?

RAMIRO.

Hablando.

Adios.

REINA.

¡Extraño valor!

Que así vuelva por su honor
Quien va las tierras arando,
Y yo, reina desdichada,
No tenga quién!... ¡Triste cosa!
(Vuelve Ramiro.)

RAMIRO.

Algo está vieja y mobosa;
No importa, al fin es espada.
Y pues mi brazo es bastante
Al valor que le he de dar,
Con sangre se ha de limpiar
Como si fuera diamante.

REINA.

¡Ah, Ramiro!

RAMIRO.

Poco valgo

Si hoy el mundo no revuelvo.

REINA.

¿No me respondes?

RAMIRO.

Ya vuelvo.

Voy á matar un hidalgo. (Vase.)

REINA.

En gran confusion me ha puesto
El ánimo deste mozo.
Solo en pensar me da gozo
Aquel tallo y noble gesto;
Que me dice el alma mía
Que ha de importar mi remedio.

ESCENA XII.

DON GARCÍA, peleando con RAMIRO;
CELIA.—LA REINA.

CELIA.

¿No basta estar de por medio?

DON GARCÍA.

¡Oh traidor! ¿A don García?

RAMIRO.

¿Qué don García?

DON GARCÍA.

Tu rey.

RAMIRO.

¿Qué rey?

DON GARCÍA.

Villano, yo soy.

RAMIRO.

Mentis.

DON GARCÍA.

¿Que en el suelo estoy?
Villanos, á toda ley.

REINA.

No le mates.

RAMIRO.

¿Cómo no?

REINA.

Ten la espada, hijo mío.

CELIA.

Paso, necio; ¡ten tu brío!

RAMIRO.

Mal conoces quién soy yo.
A tí te pienso matar.

CELIA.

¡Padre! padre! (Huye.)

RAMIRO.

Espera un poco.

¿La puerta cierras?

CELIA. (Dentro.)

Sí, loco.—

¡Padre! padre!—No has de entrar.
(Vase Ramiro.)

ESCENA XIII.

LA REINA, DON GARCÍA.

REINA.

¿Hate herido?

DON GARCÍA.

No, Señora.

La vida te debo á tí.

REINA.

¿Conócemes?

DON GARCÍA.

No.

REINA.

¡Ay de mí!

Tu madre soy, que te adora.

Mi García, ¿cómo estás?

¿Cómo te va, mi García?

DON GARCÍA.

No me hables, madre mía;
Que me maten valdrá mas.

REINA.

Tócame, dame esa mano.

García, mi bien, Señor...

DON GARCÍA.

(Ap. ¿Que un hombre, un hijo, traidor
Tal fuera, siendo cristiano?)
Déjame; que esa blandura
Es engaño que me obliga
A que lo contrario siga.

REINA.

No es sino sangre pura.

Muy grande regalo es

El verte; que te he engendrado.

Si las manos me has negado,

Yo quiero echarme á tus pies.

Dámelos y besarélos.

DON GARCÍA.

Reina, todo eso es engaño.

REINA.

Con mis lágrimas los baño,
Y con mi sangre enjuguélos.
Yo los envolví y besé,
Aquestos pechos te di.

DON GARCÍA.

¿Para qué me hablas así?

REINA.

Mi bien, porque te crié.

DON GARCÍA.

No, sino porque no entienda
Que mandaste al labrador
Que me matase.

REINA.

¡Ah traidor!

Mi inocencia me defiende.

DON GARCÍA.

Yo lo contaré á mi padre.

REINA.

Aguarda, quédate aquí,
Duerme conmigo.

DON GARCÍA.

¿Yo?

REINA.
Sí,
Sí, García, con tu madre.
Tu madre soy; ¿qué te asombras?
Tu madre soy, aunque mala;
Tu madre, que se regala
Contigo.

DON GARCÍA.
Mucho te nombras
Mi madre, cuadro ó no cuadro.
¿Para qué?

REINA.
Porque te acuerdes
Que mi vida y honra pierdes,
Habiendo sido tu madre.

DON GARCÍA.
Quiero ponerme en huida;
Que ya tu engaño sospecho.

REINA.
Vuelve á mirar este pecho
Que te dió sustento y vida.
García, hijo...

DON GARCÍA.
¡Oh traición!
Por el monte quiero huir. (Vase.)

REINA.
Y yo te quiero seguir,
Aunque rompa la prisión. (Vase.)

ESCENA XIV.

RAMIRO, BELISARDO.

RAMIRO.
Padre, ya no soy muchacho.

BELISARDO.
¡Vos en mi casa alboroto!

RAMIRO.
Una mano me habeis roto.

BELISARDO.
Suelta la espada, borracho.

RAMIRO.
¿Pensáis que vos seréis parte,
Si el diablo se me reviste?

BELISARDO.
¿A mis canas te atreviste?
¡Vive Dios, de atravesarte!
¿De cuándo acá son los bríos?

RAMIRO.
Desde siempre.

BELISARDO.
¡Bien, por Dios!

RAMIRO.
Tan bueno soy como vos.
Bien puedo matar judíos.

BELISARDO.
Y aun moros decir podía.
(Ap. ¿Qué valor tiene el rapaz!)
Tengamos la fiesta en paz.
¿Qué hizo tu hermana?

RAMIRO.
¿Ella mía?

BELISARDO. (Ap.).
Dice bien; que no lo es.

RAMIRO.
Con un hombre hablando estaba.

BELISARDO.
Y en eso ¿qué te agravaba?

RAMIRO.
Si no fué, fuera despues.
Renegad vos del hablar;

Que por ahí se comienza,
Y en perdiendo la vergüenza,
Dios lo puede remediar.

BELISARDO.
Tu hermana es muy virtuosa;
Así lo fueras tú.

RAMIRO.
¡Ah cielos!

BELISARDO.
Los que afrontan no son celos.

RAMIRO.
Pues ¿qué?

BELISARDO.
Malicia afrontosa.

RAMIRO.
Luego ¿un hombre ha de callar
Hasta saber lo que pasa,
Hasta caerse la casa?
El es un necio esperar.
Padre, vos estáis caduco,
Y sabeis poco, de veras.

BELISARDO.
¡Vive Dios, que merecieras
Estar!...

RAMIRO.
¿Dónde?

BELISARDO.
En un saúco.

RAMIRO.
¿Padre!...

BELISARDO.
¿Qué?

RAMIRO.
Resolución:

BELISARDO.
¿Cómo?
Yo ¿he de sosegar me?

BELISARDO.
Sí.

RAMIRO.
Pues procura casarme,
O echarme la bendición.

BELISARDO.
¿Adónde irás?

RAMIRO.
A la guerra,
O donde Dios me ayudare.

BELISARDO.
Casarte es bien, si se hallare
Con quién, tu igual, en tu tierra.

RAMIRO.
¿Qué! no, no. — Ya está buscado.

BELISARDO.
¿Quién?

RAMIRO.
Esa buena mujer.

BELISARDO.
¿Cuál?

RAMIRO.
¿Tanto es menester
Para saber mi cuidado?

BELISARDO.
¿Mayor dices?

RAMIRO.
Mayor pues.

BELISARDO.
¿Mayor!

RAMIRO.
Sí, porque es mayor,
Porque si fuera menor,
No me llegara á los pies.

BELISARDO.
¿Oh qué gracioso desvelo!

BELISARDO.

RAMIRO.
¡Espantaisos que la pida,
Si tengo yo una medida
Que da con su frente al cielo?

BELISARDO.
Ya no te puedo encubrir
Lo que eres. Escucha atento,
Para que tu pensamiento
No quiera al viento seguir;
Que no es bien desvanecerte
Con imposibles suspiros.

RAMIRO.
Gustaré, padre, de oiros.

BELISARDO.
Escucha.

RAMIRO.
Comienza.

BELISARDO.
Advierte.
Don Sancho, el Magno llamado,
Porque tiene monarquía
En los reinos de Aragon,
Leon, Navarra y Castilla,
Tuvo un hijo natural,
Que en estos montes se cria,
En una famosa dama,
De sangre y nobleza altiva.
Casóse luego, y temiendo
De la madrastra la ira,
Me le dió en guarda y crianza:
Si eres tú, tú lo adivina.
Aquí, famoso mancebo,
De los godos sangre antigua,
Te han criado aquestos brazos,
Con mas amor que codicia.
Aquí el erizado invierno
Pasabas las nieves frías,
Aquí el abrasado julio,
El sol en su fuerza estiva,
Ya por los montes llevando
Las ovejuelas tardías,
Ya por los sembrados valles
Segando rubias espigas.
Dame lástima que seas
Hijo de un rey, y que vivas,
Siendo el primero, en un monte
Con las fieras que le habitan,
Calzando toscas abarcas,
Vistiendo negra camisa,
Antiparas de pellejas,
En vez de oro y sedas finas;
Y porque veas si tienes
Mas acción á lo que aspiras,
Tres hermanos tienes, dellos
Es el mayor don García,
Ese que á tus pies has visto,
No sin causa, pues te avisa
Por tan justo agüero el cielo
Que reinarás en sus días;
Porque á la Reina, su madre,
Movidos de la malicia
De que no le dió un caballo
Que el Rey negado le había
Cuando se partió á la guerra
(Que á Córdoba entonces iba),
Le levantó que era incasta
Con un hidalgo de estima.
El está preso, y la Reina
Es la que con ojos miras
De mujer para ser tuya,
Siendo tu madrastra misma.
Con mi conciencia he cumplido,
O el Rey me mate ó me riña;
Que ya tienes muchas barbas
Para ser principe en cifra.
Vuelve, generoso godo,
Los ojos á la familia
De los reyes de quien vienes,
Desde Pelayo á Favila.
Libra esa pobre señora.
Y tu imperio y reino libra;

Que aunque yo no soy tu padre,
Amor de padre me obliga.

RAMIRO.

Habéis, Belisardo, hecho
Como noble, y así os doy
Palabra, como quien soy,
Que veáis de un hijo el pecho.
¿Que esta señora es la Reina,
Y que está afrentada así?

BELISARDO.

Hijo, gente viene aquí.

ESCENA XV.

LA REINA. — Dichos.

REINA. (Dentro.)

¿Que tal dureza en tí reina?
Que al fin te fuiste? (Sale.)

BELISARDO.

Señora...

No os aflijáis.

REINA.

¿Cómo no?

RAMIRO.

¿Quereis que le busque yo?

BELISARDO.

No le digas nada agora.

RAMIRO.

Quiero pedirlos perdón
Por el que no conocía.

REINA.

Antes te tengo afición,
No por ver tu valentía,
Sino por ver tu razón.

RAMIRO.

A Celia, Señor, llámala.

ESCENA XVI.

CELIA. — Dichos.

BELISARDO.

Ella viene.

RAMIRO.

Hermana amada,
Esta afrenta perdóna.

CELIA.

¡Para mí, Ramiro, espada!

RAMIRO.

Ya la espada no será,
Hermana, para matarte. —
Padre, retiráos aparte;
Que quiero hablar á Mayor...
— Aunque ya será mejor,
Señora, en público hablarte.
Yo soy Ramiro, Reina, yo tu alnado,
Y el que matar mil veces has querido;
Pero si cual madrastra me has tratado,
De lo que no pequé perdón te pido.
Tres hijos tienes, todos tres te han dado
Mal pago del sustento recibido;
Yo, que no le gusté, seré tu amparo,
Defendiendo tu honor honesto y claro.
Iré á la corte, donde armado en campo,
Haré que se desdiga mi enemigo;
Que si una vez en él la planta estampo,
Verás cómo hago allá lo que aquí digo.
Ni en junio el sol ni de la nieve el ampo
En el hebrero bastarán conmigo
A quitarme las armas ni las astas
Sin cubrir de laurel tus sienes castas.
Consuélate con otros cien monarcas
Que perdieron altísimos imperios;
Que esa tu vida guardarán las parcas

Para vengar tu afrenta y vituperios.
Debajo del sayal y las abarcas
Tiene el cielo secretos y misterios
Que el tiempo te dirá, cuando te veas
Donde te he de poner, y tú desear.
Dame tu bendición; — y tú, mi cielo,
Aquesos brazos; mas que nunca her-
[manos]
Hemos de ser, con mas ardiente celo. —
Vos, padre, no atendais á cortesanos.
Dádsela, por mi vida, al buen Marcelo.
Admitid mis consejos, que son sanos;
Que si vivo, yo haré que lo sean mucho.

CELIA.

¿Y qué? ¿Es verdad lo que á Ramiro

REINA. [escucho?

Hijo, que no lo siendo me das honra,
Ya que los que lo son me la han quitado,
(Hincado de rodillas, le bendice.)
Dios te bendiga y guarde.

RAMIRO.

Eso me honra.

Y hoy de nuevo me habéis vos engen-
[drado].

REINA.

Mi hijo sea no mas el que me honra.

RAMIRO.

Adios, casa, adios, monte, adios, gana-
Ya no veréis de hoy mas vuestro Ramiro;
Que pues Ramiro soy, la razón miro.

BELISARDO.

Aguarda, espera, hijo, porque lleves
Las lágrimas de aqueste viejo anciano.

CELIA.

Aguarda, hermano; que á mi nombre
Tiernos abrazos de querido hermano.

MARCELO.

Aguarda, espera, amigo, porque prue-
Del que te ha dado de amistad la mano,
Quien mas desea tu contento y gloria.

REINA.

Noble mancebo; ¡Dios te dé victoria!

ACTO TERCERO.

Vista exterior del real alcázar de Zaragoza.

ESCENA PRIMERA.

RAMIRO.

Ni por el hielo el elefante grave,
Ni jamás por el agua el fénix nuevo,
Ni en tierra el pez, ni por la mar el ave,
Ni menos en el aire el topo ciego,
Ni en tierra seca el ruiseñor suave,
Ni el plátano en la arena, el cisne en
[fuego],
Ni el hombre que es de padres princi-
[pales],
Sin las hazañas á su nombre iguales...
Ya he llegado á palacio: esta es la puer-
Por donde la mentira tiene entrada. [ta
Mal podrá mi verdad entrar, cubierta
De rota piel y abarca mal calzada.
¡Ah puerta, á la mentira siempre abier-
No por la arquitectura fabricada [ta,

¹ No es consonante de ciego y fuego.

² Queda pendiente el sentido; debe fal-
tar alguna estrofa despues ó antes de esta,
que parece además viciada.

Ilustre y noble, mas por tus blasones,
De tus castillos, barras y leones!
¿Cuándo entraré por tí con traje noble,
Con lanza en ristre y con ceñida espada,
No, como agora, con baston de roble,
La vista opuesta á gente mal mirada?
Y ¿cuándo les daré del trato doble
La paga, y quedará la Reina honrada?
Punición merecida, y el castigo;
Que ellos se desdigan si yo lo digo.
Como he venido á pié la noche toda,
Gran sueño me atormenta: dormir quie-
[ro],
Pues esta insigne grada me acomoda,
Cama conforme á mi sayal grosero.
¡Ah casa digna de mi sangre goda,
Recibe en tus umbrales tu heredero!
Soy natural, y soy de honrada madre,
Y al fin el primer hijo de mi padre.
(Échase y duérmese, y aparécensele
Castilla y Aragon, y el conde García
Ramírez.)

ESCENA II.

CASTILLA, ARAGON, GARCÍ-RAMI-
REZ. — RAMIRO.

CASTILLA.

Conde Garcí-Ramírez, el Primero,
Que fuiste muro, defensor y adarve
De España triste, contra Muza fiero,
Primero rey de Ainsa y de Sobrarbe,
Este villano que aquí ves grosero,
Despues que tú venciste al fiero alarbe,
Viene por sucesor de tu persona;
Que es digno de heredarte gran corona.
Sucedióle á tu hermano don García,
Don Fortunio; don Sancho fué el prime-
Luego Jimeno, Íñigo, que hacia [ro,
Guerra, como el Arista, al moro fiero;
Don García el Segundo, á quien un día
Mataron con su esposa, á quien prime-
[ro]

Sacó del vientre el hijo, que espirara,
Aquel Ladrón famoso de Guevara.
Don Íñigo Segundo, y el que abarca
Tuvo por nombre, don García el Ter-
[cero],

Y el Cuarto, á quien mató la airada
[parca]

De su florida edad en lo primero,
A quien agora hereda el gran monarca
Don Sancho el Magno, y á quien dar
[espero]

Por heredero, pues que soy Castilla,
Este villano, de su cetro y silla;
Porque él es solo digno de tenella,
Por voluntad del cielo, que castiga
A quien su madre deshonoró, y por ella
El hijo impropio á la defensa obliga.
Y el cielo, la venganza de su estrella,
La buena dicha y influencia amiga
Le llevan á ser rey del reino mío,
Y que ha de ser gran príncipe conño.

ARAGON.

No solo el cielo, valeroso Conde,
A ser rey de Castilla lo ha traído;
Pero porque á mi intento corresponde,
De mi Aragon le enseño obedecido;
Que el gran valor que aquel sayal es-
[conde],

Como la barra de oro en funda ha sido;
Y así pues, estas armas y bandera
Darle Aragon como á su rey espera.
La santa empresa deste testimonio
Que á la Reina castísima levanta
Don García, inducido del demonio,
A todos sus hermanos adelanta,
De cuyo valeroso matrimonio,

España gozara familia tanta;
Solo resta que tú por mano tuya
Honres su hechura y la persona tuya.

GARCÍ-RAMÍREZ.

Castilla y Aragón, reinos famosos,
A quien yo desde el tiempo de Rodrigo
Hice con mis hazañas tan gloriosos,
Contra el moro africano, mi enemigo,
De Ramiro los hechos valerosos,
Y de Dios la venganza y el castigo
(Que es Dios autor al fin de su memo-
ria),

Mi obligacion despertará su gloria.
Rey de Castilla y Aragón se llame
Y sucesor legítimo de España,
Y vengador del testimonio infame
Con fin dichoso de su ilustre hazaña;
Que no es razon que un bárbaro disfa-

(me
A quien tantas virtudes acompaña.
Quien honra padre y madre vive y me-

(dra;
Que así el dedo de Dios lo escribió en
[piedra.

Quiero cefirle esta famosa espada,
Porque se anime á la dichosa empresa;
Esta, que en sangre bárbara bañada,
De cortar cuellos bárbaros no cesa.—
Toma, ilustre mancebo; que harto

(honrada
Queda á tu lado, el mundo lo confiesa.
Vive en este glorioso reino, y goza
La famosa Toledo y Zaragoza.—
Y tú, Aragón, á tu Castilla abraza,
Pues sois ya de Ramiro.

ARAGON.

(Oh mi Castilla!
Muestra por mí, si el moro me ame-
[naza,
De hoy mas resplandeciente la cuchilla.

CASTILLA.

Por ti, Aragón, de hoy mas en campo
[plaza
Este leon, que al africano humilla,
Hará de tus castillos franco alarde.

GARCÍ-RAMÍREZ.

¡Oh pacíficos reinos! Dios os guarde.
(Vanse.)

ESCENA III.

RAMIRO.

Yo estoy despierto, y soñaba
Que una espada me ceñía
Un rey, que no conocía,
Y que entre sueños me hablaba...
— ¡Cielo! la espada está aquí.
Este sueño es maravilla.—
Y que Aragón y Castilla,
Me reconocen por sí.
¡Oh espada, corona y gloria
De mi primera milicia,
Del mando prenda notoria!
Pues sois la de mi justicia,
Seréis la de mi vitoria.
Aquí en aqueste capote,
Y grosero traje nota
Pareceréis sin decoro
Como pasamano de oro
En ropilla de picote.
Seréis delantera nueva
De edificio derribado,
Imágen que bestia lleva,
Diamante en plomo engastado,
Piedra en metal, oro en cueva;
Y así, cual sois os adoro,
Y esta cruz mil veces beso
Por prenda de mi tesoro.

ESCENA IV.

DON LUIS y DOS MONTEROS.—RAMIRO.

DON LUIS.

Es un extraño suceso.

MONTERO 1.º

Y ¿quién fué?

DON LUIS.

El autor ignoro.

Que durmiendo en una silla,

Le quiten al Rey la espada!

Fué notable maravilla.

Y ¿que no sintiese nada

Al tiempo de desceñilla!

El es negocio que adarva.

Quien con los reyes escarva,

Después lo suele ahorrar,

Y tanto se ha de guardar

La espada como la barba.

(Ap. á los monteros. Pero ¿qué villano

Es este?) [losco

RAMIRO. (Ap.)

El alma se altera

Cuando entre estos me embosco.

DON LUIS.

Parece en su vista fiera

Novillo erizado y hosco.

¡Bravo tallo, igual y fuerte!

¡Qué falso está, y de la suerte

Que si en concejo estuviera!

MONTERO 2.º

¿Quién un pescozon le diera?

DON LUIS.

Espera, Evandro.

MONTERO 2.º

¿Qué?

DON LUIS.

Advierte,

Por Dios, que tiene ceñida

La espada del Rey.

MONTERO 2.º

¿Qué dices?

DON LUIS.

Lo que es verdad conocida.

RAMIRO.

En figuras de tapices,

Moscas de real comida,

¿Qué me queréis?

DON LUIS.

Di, villano,

¿Quién esa espada te dió?

RAMIRO.

Dios.

DON LUIS.

¿Dios?

RAMIRO.

Dios digo, hermano.

DON LUIS.

Pues ¿cómo?

RAMIRO.

Pues ¿qué sé yo?

¿Entiéndelo hombre humano?

¿Sabe alguno sus secretos?

MONTERO 2.º

Este es ladrón disfrazado;

Bien lo muestra en sus efectos.—

Suelta, ladrón.

RAMIRO.

Soy honrado;

Dejadme, si sois discretos.

DON LUIS.

La espada, traidor, empuñas?

¡Al camarero!

RAMIRO.

¿Qué mucho?

DON LUIS.

¿Al valor de los Acuña?

RAMIRO.

Sí, que aunque soy gaviilicho,

Tengo ya bastantes uñas.

Háganse todos allá;

Si no, por vida del Rey...

MONTERO 1.º

¡Por el Rey jura!

DON LUIS.

Si hará;

Que es la espada de tal ley,

Que el mismo valor le da.

¡Muera! ¡matadle!

RAMIRO.

Llegad,

Si, por dicha, de morir

Teneis los tres voluntad.

DON LUIS.

Esto se puede sufrir?

A este villano matad.

(Ríen.)

¡No hay quien á ayudarme acuda?

¡Hola, hola! ¡Ah de la guarda!

Toda esta gente está muda.

ESCENA V.

EL CONDE, con LA GUARDA.—RAMIRO,

DON LUIS, MONTEROS.

MONTERO 2.º

Con aqueste ¿qué se aguarda,

Pues que la espada desanda?

(Ramiro mata al montero 2.º)

DON LUIS.

¡Ah traidor, villano fiero!

CONDE.

Tente, detente, grosero.

RAMIRO.

¿Quién sois vos?

CONDE.

Espera, aguarda:

El capitán de la guarda.

RAMIRO.

Pues á vos rendirme quiero.

CONDE.

¿Qué ha sido este desconcierto?

DON LUIS.

¡Evandro, amigos, ya es muerto!

La espada que le mató

Es la que al Rey le hurtó

Este villano encubierto.

Dame una alabarda, muera;

Que yo quiero atravesalle.

(Vase el montero 1.º)

RAMIRO.

Pues ¿á mí? ¿de qué manera?

CONDE.

Oyeme, don Luis, espera.

(Ap. ¡Bravo mozo, gentil tallo!)

RAMIRO.

¡Ah Señor! ¿No me conoce?

Ramiro soy.

CONDE.

¡Oh gallardo

Mancebo, que España goce!

RAMIRO.

Mándome ya Belisardo

Que el rostro desarrobece.

CONDE. (Ap. á Ramiro.)

Paso: no digas quien eres.

(Llévase el montero 2.º)

DON LUIS.

¿Que, habiendo muerto á un montero,
Que viva un villano quieres?

RAMIRO.

Soy honrado caballero,
Como el Rey, si al Rey prefieres.

ESCENA VI.

EL REY, DON GARCÍA, DON FERNANDO, DON GONZALO, EL MONTERO 1.º — RAMIRO, EL CONDE, DON LUIS, GUARDA.

REY.

¡Labrador con espada, y en mi casa
Mató un montero! Conde, ¿qué es
esto?

CONDE.

Dicen que aquí, sobre cobrar tu espada,
Que este buen labrador trujo ceñida,
Habiéndote faltado en tu aposento,
La desandó furioso para todos,
Y á todos igualmente los matara,
Si con tu guarda no llegara á tiempo.
A Evandro llevan muerto de sus manos;
Y si ha querido defender su vida,
Es, porque déi y de quién es te informes.

REY.

(Ap) ¿Qué prodigio es aqueste! ¡Extraño
¡Qué bravo mozo! qué arrogante y fle-
Un poco os desviad; que hablarle quie-
¡Quién eres?

RAMIRO.

Un labrador,
Porque quieres que lo sea.

REY.

¿De dónde eres?

RAMIRO.

De tu aldea,
O de tí diré mejor.

REY.

¿Quién es tu padre?

RAMIRO.

Ebro es.

REY.

¿Y tu madre?

RAMIRO.

Es una sierra.

REY.

¿Tu trato?

RAMIRO.

Escabar la tierra,
Que produce lo que ves.

REY.

¿Quién te dió esa espada?

RAMIRO.

Dios,

Que se venga por mi mano.

REY.

¿Por tí, siendo tú un villano?

RAMIRO.

Tan bueno soy como vos.

REY.

¿Qué dices?

RAMIRO.

Lo que has oído.

REY.

¿Tú mi igual?

RAMIRO.

Tanto lo estamos,
Que no nos diferenciamos
Sino solo en el vestido.

REY.

¿Por qué mataste al montero?

L. NI.

RAMIRO.

Levantóme un testimonio,
Inducido del demonio,
Como algun vil caballero.

REY.

Pues ¿qué decía de tí?

RAMIRO.

Que era ladrón de tu espada,
Como la Reina culpada
De alguno que viene aquí.
Porque así es esto verdad
Como haberla yo hurtado,
Estando tú, Rey, sentado
En tu trono y majestad.

DON GARCÍA.

¿De qué sabes tú que ha sido
Mentira?

RAMIRO.

Presto has de ver
Que otra vez te ha de vencer
Quien una vez te ha vencido.

DON GARCÍA.

¿Tú á mí!

RAMIRO.

Digalo tu madre.

DON GARCÍA.

¿Que á un villano oyendo estoy?

RAMIRO.

Ya tengo dicho que soy
Tan bueno como tu padre.
Y pues el cielo ha querido
Que sea llegado el tiempo
En que salga la verdad
Del abismo de su centro;
¡Oh rey famoso de España,
Reliquias de aquel mancebo
Que mataron en Leon,
En las Asturias de Oviedo!
Oh famosos capitanes,
Poderosos caballeros!
Oh palacio suntuoso,
Do vive el padre que tengo!
Oíd, oíd mis razones,
Aunque dichas de un mancebo;
Que en los mas humildes, Dios
Muestra su saber eterno.
Yo soy Ramiro, yo soy
Hijo del Rey y heredero:
Natural soy, que no espúreo;
Estos sí, todos lo fueron...
—Si no lo fueron, lo son,
Y serán para *in eterno*.
Pues desconocen la madre,
La misma que les ha hecho;
La cual dice que es ya mía,
Porque dijo: «Yo te engendro
Con la voluntad y el alma,
Pues con obras ya no puedo.»
Mi primer madre en España
Es viva, aunque goza el cielo,
Tan honrada y virtuosa
Como en sus obras apruebo.
En ella me engendró el Rey;
Yo por legítimo quedo:
Si se casó con mi madre
El Rey, sábelo su pecho;
Y si casó, que no puede
El que es de real vidueño
Engañar doncellas nobles,
Agravio y ofensa al cielo.
Esto quede aquí; ahora digo
Que desmiento en campo abierto
A uno, á tres, á un mundo junto,
Si en la Reina han puesto objeto;
Y los primeros con quien
Se ha de entender este reto
Son don García y Fernando,
Y don Gonzalo el tercero.
Reto el sustento y vestido
Espúreo y virginalero,

Flaca y femenil defensa
De sus femeniles cuerpos;
Reto las armas cobardes,
Gola, espaldar, grevas; peto,
En las cuales quedaría
Por estas manos deshechos.
Y vos, gallardo infanzón,
¿De qué os estáis sonriendo?
No escarnezais; que algun día
Os vi yo con menos miedo.
Concluyo, y digo, Señor,
Que la Reina, por quien vengo,
Es honrada, noble y santa,
Del pecado que le han puesto.
Y es tan bueno Pedro Sese,
Como honrado caballero;
Y al que otra cosa dijere,
Desde aquí reto y desmiento.

DON GONZALO.

¿Que tal sufro!

REY.

Paso, calla.

DON GARCÍA.

Señor...

REY.

No repliques, no.

Mi hijo es.

DON GARCÍA.

Y ¿qué soy yo?

Alto: acepto la batalla.

REY.

Y yo el campo os aseguro.

DON GARCÍA.

Tú á mí me desfavoreces.

RAMIRO.

Pues ¿qué otra cosa mereces,
Bárbaro, infame, perjuro?

DON GARCÍA.

¿Que tal sufro!

REY.

Entráos allá.

DON FERNANDO.

¡Vive Dios, si esto consientes!...

REY.

Y ¿qué hablas tú entre dientes?

DON FERNANDO.

Que espero en el campo ya.

DON GONZALO.

Y yo esperaré mejor
Con espada y lanza en mano,
Pues vuelves por un villano,
Habido en bastardo honor.

RAMIRO.

Mentis tres veces los tres.

REY.

Quitáos delante de mí.

DON FERNANDO.

Vamos, García, de aquí.

DON GONZALO.

¿Qué padre!

DON GARCÍA.

Bárbaro es.

REY.

Don Luis...

DON LUIS.

Señor...

REY.

Partíos á Miralba,
Y á la Reina traed como conviene
A una reina de España y mujer mía;
Que se ha de hallar presente á la bata-
Segun el fuero que guardar preten-
Vos, Conde, apadrinad mi buen Rami-
[ro,

Ponede á punto, armalde y dotrinalde,
Y dilátese tiempo al desafío,
Por el poco ejercicio de las armas.—
Y tú, retrato de aquel ánge! bello,
Defensor de mi honor, imagen mia,
Dame esos brazos, dignos de estos míos.

RAMIRO.

Señor, yo soy humilde hechura vuestra.

REY.

Levántate y entremos en mi cámara;
Que de espacio te quiero hablar y verte.

CONDE.

De gran valor da indicio.

REY.

Ofrece España su real corona.
(*Vase.*)

Campó.

ESCENA VII.

LA REINA, CELIA, MARCELO, BELISARDO, PASTORES.

BELISARDO.

Estaréis muy espantada
De ver nuestra rustiqueza;
Pues acá mas nos agrada
La pura naturaleza
Que la malicia ensayada.
Así casamos aquí
Nuestras hijas, procurando
Su igualdad y gusto así.—
Váyanse todos sentando.

PASTOR 1.º

Ya lo estoy.

PASTOR 2.º

Yo junto á tí;
Que por mí no ha de quedar.

MARCELO.

Ocupad este lugar,
Dueño del alma que tengo,
Aunque ya resuelto vengo
Que el alma habeis de ocupar.

CELIA.

Pues llegó, Marcelo, el día,
En que cumplió mi esperanza
El deseo que tenía,
La que tanto bien alcanza
Muy justamente porfia.

MARCELO.

El día que dió el imperio
De Roma Alejandro, en pago
Del dichoso captiverio,
Y Dido la gran Cartago
En afrenta y vituperio,
Cuando Aníbal venció en Canas,
Y Atíla vió las romanas
Plazas de sangre cubiertas,
Y entró Escipion por sus puertas
Con banderas africanas,
No igualan aqueste día,
Claro, alegre y venturoso,
En que gozo, Celia mia,
El triunfo de ser tu esposo,
Que es lo que al cielo pedía.

CELIA.

Yo, como no sé de historia,
Respondo que á mi memoria
Nunca fué el lluvioso abril
Tan deseado y gentil,
Ni mayo con tanta gloria,
Ni las parvas levantadas;
Ni el invierno amarillo;

De las haces desatadas,
Ni el ver quebrantar el trillo
Las espigas levantadas,
Nada desto iguala al bien
De que te doy parabien.

PASTOR 1.º

¿No están necios los casados?

PASTOR 2.º

¿Cuándo has visto enamorados
Que menos dulces estén?

PASTOR 1.º

Con grande extremo lo han sido.

PASTOR 2.º

En cuanto el Ebro contiene
¿Quién como ellos se han querido?

PASTOR 1.º

Desde Moncayo á Pirene
Famoso nombre han tenido.
¿Qué hiciera con este día
Ramiro?

PASTOR 2.º

El amor mostrara
Que á sus hermanos tenía.

PASTOR 1.º

¿Y si él también se casara?

PASTOR 2.º

Fuera lo que ser podía.

PASTOR 1.º

No miraba de mal ojo
A la madrina, Lisardo;
Pues el irse fué el enojo
De no cumplir Belisardo
La esperanza de su antojo.

PASTOR 2.º

No sé á quién oí decir
Que era rey.

PASTOR 1.º

Habla mas quedo;
Que te puede el padre oír.

PASTOR 2.º

El honrar nunca da miedo,
Si hablar mal no es de sufrir.
Y aun esta dicen que es reina,
Y que presa vive aquí.

PASTOR 1.º

Por la luz que agora reina,
No la hay mas bella de aquí
Hasta donde el sol se peina.
Par Dios, Ramiro fué honrado
Y tuvo gran pensamiento.
Ya debe de ser soldado.

PASTOR 2.º

Del paterno sentimiento
Estoy, Jacinto, admirado.
Casar á su hermana ha sido,
En su ausencia, brava cosa.

PASTOR 1.º

Aquí suena gran rüido.

MARCELO.

Ver nuestra madrina hermosa
Sin duda el monte ha querido.

BELISARDO.

No, Marcelo; más es esto.

MARCELO.

Levantémonos de aquí.

ESCENA VIII.

EL CONDE.—DICHOS.

CONDE.

Ninguno deje su puesto;
Esténse todos así.

REINA.

¿Conde! ¿aquí venis? ¿Qué es esto?

CONDE.

Oye aparte, Belisardo.

REINA.

¿Puedo yo oílo también?

CONDE.

Que vos lo sepais aguardo.

REINA.

¿Es de mi mal ó mi bien?

CONDE.

Viene el bien con paso tardo;
Y aunque se os ha detenido,
Creed que por bien ha sido.—
¿Qué era la fiesta?

BELISARDO.

Una boda,
Que será tragedia toda,
Si por su sombra ha venido.

CONDE.

¿A quién casais?

BELISARDO.

Desposaba

A Celia:

CONDE.

Obligado estaba

A ser su padrino...

REINA.

¿Cómo?

CONDE.

Mas á mi cargo lo tomo,
Pues la boda no se acaba.

BELISARDO.

Bien podréis; que la madrina
Es la Reina, mi señora.

CONDE.

Ya mi persona es ladina.

REINA.

Antes yo os lo ruego ahora.

CONDE.

¡Ah humildad, del mundo dina!
No hables ya desa suerte,
Señora; que espero verte
Puesta en tu grandeza y trono,
Porque es el cielo tu abono.

REINA.

¿De qué modo?

CONDE.

Escucha, advierte.

Con toscos y pobre vestido,
Calzada una dura abarca,
Mas con ánimo de rey
Que el traje mas vil esmalta,
Entró Ramiro en la corte
Un lunes por la mañana;
Y en el palacio una siesta,
Cuando el Rey durmiendo estaba,
Dicen que un hombre entre sueños
Le hurtó del lado una espada,
Preciosa por ser antigua,
Y mayorazgo en su casa;
Que del rey Garci-Ramirez,
Que fué defensor de España
Cuando la perdió Rodrigo
Por la traicion de la Cava,
Dicen que fué prenda insignie,
Y á los reyes de Navarra
De padre á hijo ha venido,
Hasta el que Magno se llama.
Esta, que al Rey le faltó,
En Ramiro halló la guarda.
Porque dicen que entre sueños
Se la cifieron fantasmas.
Sobre prenderle por hurto
Mató con las mismas armas
Un montero de Espinosa,

Hidalgo de las montañas.
Supo el Rey el desconcierto,
Y acudiendo á ver la causa
Con sus tres hijos y tuyos,
Los desafió en la cara,
Y los retó de traidores,
Diciendo que te levantan
El adulterio que afirman
Con Sesé, cosa que espanta.
Aolazóse el desafío,
Y á don Luis de Acuña manda
Que venga, Reina, por tí,
A quien la corte acompaña.
Yo vengo á darte este aviso,
Porque con secreto salgas,
Y á decirte que apadrino
A quien defiende tu fama.
Ya queda Ramiro ilustre
Diestro en rodela y espada,
Con deseo de salir
A la marcial estacada;
Y tus hijos tan cobardes,
Que rehusan la batalla,
Porque teme su mentira
De tu verdad la venganza.

REINA.

¿Posible es que llegó el día
En que se ha apladado el cielo
De mi pena y desconsuelo
Y de la desdicha mía?
Conde, Ramiro es mi hijo;
Que el gusto de sus hazañas
Lo reciben mis entrañas
Con aplauso y regocijo.
Antes que llegue, salgamos.
Di: don Luis viene cerca?

CONDE.

Llega donde el Ebro cerca
Estos montes.

REINA.

Alto: vamos.—

Y tú, Belisardo amigo,
No me dejes.

BELISARDO.

Mal podré;
Que si á Ramiro crié,
Con él moriré y contigo.—
Hijos, cese el regocijo,
Y todos me acompañad,

MARCELO.

Pues ¡has de ir á la ciudad?

BELISARDO.

Si: que está en ella mi hijo.
¡Ah Ramiro! ¡santa hazaña
Es aquesta en que te empleas!

CONDE.

¡Plegue al cielo que le veas
Rey absoluto de España!

(Vase.)

Sala del real alcázar.

ESCENA IX.

DON GARCÍA, DOÑA JUANA.

DON GARCÍA.

No podré sin tu favor
Vencer aqúese bastardo;
Y así, aquella cinta aguardo
Para esforzar mi valor;
Que aunque es cobarde y villano,
Como los tales lo son,
No sé si lleva razon,
Y Dios la espada en la mano.

DOÑA JUANA.

Si vuestra alteza no sabe
Muy cierto lo que sustenta,

No se ponga en esa afrenta,
Ni con tan vil muerte acabe.

DON GARCÍA.

¿Qué tengo yo que saber?
Los adulterios ¡no son
Indicios y presuncion
Entre el hombre y la mujer?
Cuando esperaba favor
De tus manos varoniles,
¡Haces, doña Juana, viles
Las fuerzas de mi valor!
Mas yo la culpa he tenido,
Doña Juana, en querer darte
Destas mis verdades parte:
Siempre sospechosa has sido.
Para las armas, es necio
Quien con mujer se aconseja.

DOÑA JUANA.

No forme de mí tal queja
Tu alteza, ni menosprecio;
Que como tanto lo estima
Mi corazón esta empresa,
Teme perder vuestra alteza
Mi alma, que es lo que estima.

DON GARCÍA.

Yo me voy á defender
Mis palabras y quien eres,
Ofendiendo á las mujeres
En esa madre ó mujer;
Que ya por no ver ninguna
Mujer ingrata, quisiera
Ser hijo de alguna fiera,
Y no de mujer ninguna. (Vase.)

DOÑA JUANA.

Véte á armar del propio yerro,
Aunque de acero te armas,
Y ruego á Dios que las armas
No sean mortaja de entierro. (Vase.)

ESCENA X.

EL REY, DON LUIS.

REY.

Basta para juez el mismo cielo;
Que un padre apasionado mal podía
Serio tan justamente de sus hijos;
Pero, como á quien toca la venganza,
Hoy me he de hallar presente al desa-

[flo.]

Estése Pedro Sesé en las prisiones,
Y á la Reina podréis decir que venga.
(Vase.)

Plaza delante del real alcázar.

ESCENA XI.

BELISARDO, MARCELO, CELIA, PAS-
TORES, GENTE.

BELISARDO.

Entrad, hijos, tomad lugar adonde
Veamos al famoso hermano vuestro
Hacer hazañas de su propia mano.

CELIA.

¿Qué significa aqueña leña, padre?

BELISARDO.

Que si acaso no vence el buen Ramiro,
Será quemada (que es de España el
[fuero])

La noble Reina, que inocente paga...
Que llega el día en que permita el cielo
Que su inocencia y su verdad se vea.

1 2 3 Redondilla visiblemente viciada.
4 Falta algun verso despues de este.

ESCENA XII.

EL REY, LA REINA, DON LUIS,
GUARDAS. — DICHOS.

REINA.

Humilde vengo á tus pícs. *

REY.

Alzáos, Señora, y ocupad el puesto
Que os da la ley. Traed vosotros leña,
Como es costumbre.

DON LUIS.

Aquí hay bastantes haces.

MARCELO.

El cielo santo á la venganza aspire,
Y á nuestro hermano con sus ojos mire.

REINA.

Leña del sacrificio riguroso
Desta culpada víctima inocente,
Que de mi llanto pagas la gran fuente,
Y no el rigor de mi engañado esposo.
Padre, sacrificaba, aunque piadoso,
Al santo Isaac; aquí es tan diferente,
Que el hijo sacrifica, ó lo consiente,
La madre, á quien negó el amor forzoso.
Pero la fe, que siempre firme estubo
En ese gran poder, dice que espere,
Sin temer que mi sangre se derrame;
Que Dios, que el brazo de Abraham
[detuvo,
Si es que probar en esto mi fe quiere,
Mejor tendrá la espada á un hijo infame.

ESCENA XIII.

RAMIRO, EL CONDE. — DICHOS.

BELISARDO.

¡Qué bravo ha entrado Ramiro,
Y qué gallardo tambien!
Bravo está armado, y me admiro
Que así las armas le estén.

MARCELO.

¿Qué mucho que bien le cuadre
Cuando le mira su padre?

CELIA.

¿Qué letra ha sacado allí?

BELISARDO.

Las letras dicen así:
Honrarás tu padre y madre.
Un mandamiento defiende:
¡Mira si puede perder!
Ya entra quien lo pretende.

MARCELO.

Todos tres deben de ser.
Nadie la verdad ofende.

ESCENA XIV.

DON GARCÍA, DON FERNANDO Y
DON GONZALO, armados; CARALLE-
ROS. — DICHOS.

CONDE.

Ya están, Señor, en la estacada todos.
¿Qué mandas que se haga?

REY.

Que el primero
Sea don García, pues nació el primero;
Y luego don Fernando y don Gonzalo.

CONDE.

Alto pues, don Ramiro: este es el día
En que levanta la cabeza España
Para mirar vuestra primera empresa,
Porque fué la mayor que tuvo principio.

* Verso octosílabo suelto entre endecasílabos.

RAMIRO.
Dadme pues la rodela, conde amigo;
Que con razon ¡quién teme á su enemi-

(*Dense, y cae don García.*)

DON GARCÍA.
Basta, poderoso hermano;
Basta, don Ramiro fuerte;
Basta, no me des la muerte,
Deten la espada y la mano.
Confieso que soy vencido.

RAMIRO.
Más es menester confieses.

DON GARCÍA.
Aunque la muerte me diéses,
Lo tengo bien merecido.
Confieso que levanté
Lo que de vergüenza callo,
Porque no me dió un caballo
La Reina, á quien afrenté.
A Dios, á ella y al Rey
Perdon pido.

RAMIRO. (*Al Rey.*)
¿Haslo entendido?

REY.
Basta, hijo; ya has cumplido
Con el rigor de la ley. —
Sacadle luego de ahí,
Y vosotros tres, villanos,
Solo en la traicion hermanos,
No estéis delante de mí. —
Sentenciad vos los traidores;
Que si no, por Dios, que luego
Los ponga en el mismo fuego.

REINA.
Dame esos piés vencedores,
Don Ramiro; que tú eres
Mi hijo.

RAMIRO.
Tu esclavo soy.

REINA.
Y á ti, mi señor, te doy
Mis brazos, pues que los quieres.
Y pues sentencia me pides,
A García desheredo,
Si con tu licencia puedo.

REY.
Tu agravio y mi afrenta mides.

REINA. (*A don García.*)
Y porque afrentado vivas

¡No se lea arriba que el Rey, aunque es
de suponer, haya pedido los brazos á la
Reina; debe faltar algo donde va puesta la
línea de puntos.

De tu infamia en cualquier parte,
Aunque pudiera matarte,
Yo te condeno á que vivas.
Vive, y viva tu pecado
Siempre en tu rostro y contigo;
Porque no hay mayor castigo
Que dar vida á un afrentado.
Doyle á Castilla, que es mía,
Con el reino de León,
A Ramiro.

REY.
Y yo á Aragón.
Rey es de todo este día.

REINA.
Si acaso España repara
En que yo no le parí,
Hoy ha de nacer de mí,
Como si yo lo engendrara.
Hijo te tengo de hacer
De la manera que puedo,
Y al traidor que desheredo
Quito la sangre y el ser.
Entra debajo el brial,
Si en las entrañas no puedes,
Porque legítimo heredas
Lo que pierdes natural;
Y si, como dicen, hace
La imaginacion efeto,
Yo le engendro en mi conceto,
Y así agora al mundo nace.
Tu madre soy. Sal, que llega
El parto, aunque sin dolor;
Que por parir tu valor,
Hasta el dolor se me niega.
Yo te parí claramente,
Tu madre soy...

MARCELO.
¡Brava cosa!
REINA.

Y á quien dijere otra cosa,
Le puedes decir que miente:

RAMIRO.
Digo que me has engendrado
Y que de ti soy nacido.

MARCELO.
Juro á Dios que le ha parido,
Celia, vestido y calzado.
¡Bravo valor!

CELIA.
Causa espanto.
¿Vistele entrar?

MARCELO.
Sí le vi.
Parildos todas así,
Y no os costaremos tanto.

RAMIRO.
Hoy nací de tus entrañas,
Nuevo hombre y nuevo español,
Como la lumbre del sol,
Para alumbrar tus hazañas.
Fui fénix en el morir,
Y tu la leña olorosa,
Y de tu ceniza hermosa
Vuelvo de nuevo á vivir.
Nadie se alabe que ha sido,
De cuantos Dios ha criado,
Ni mas honesto engendrado,
Ni mas sin dolor parido.
Del Rey soy hijo leal
Y tuyo en esta sazón,
Y si fuera Salomón,
Te labrara templo igual.

BELESARDO.
Y á mí ¿no me conocéis,
Gran Señor?

REY.
Ya, Belisardo,
Grandes premios darte aguardo.

RAMIRO.
Harto premiarle podeis;
Que por padre le he tenido.

REY.
Marqués de Miraliba es ya.

RAMIRO.
Celia, Marcelo ¿dó está?

MARCELO.
Señal, Señor, bien venido.
No pareces ya pastor;
Mas bien pareces soldado.

RAMIRO.
Siempre te tendré á mi lado
Con igual trato y amor.
Y pues ya Castilla es mía,
Señor de Arévalo eres.

MARCELO.
Como rey, muestras quien eres.

RAMIRO.
Mas haré por ti otro día.

REY.
Pues que por tu causa soy
Muy amado y muy tenido,
Vamos, Ramiro querido,
Y en mi lugar desde hoy
Por mí serás coronado
De Aragón y de Castilla;
Y acabe esta maravilla
Del testamento rogado.

EL DUQUE DE VISEO.

PERSONAS.

EL CONDESTABLE.
EL DUQUE DE VISEO.
EL REY DON JUAN.
LA REINA.
DON MANUEL, *niño*.
EL DUQUE DE GUIMARÁNS.

EL CONDE DE FARO.
DON ÁLVARO DE PORTUGAL.
DOÑA INÉS, *dama*.
DOÑA ELVIRA, *dama*.
DON EGAS, *privado*.
UN ESTUDIANTE.

MENESES, *paje*.
FELIPA,
DORENA,
BRITO,
COLOMBO,
TURINDO,
DON CARLOS.

DON LEONARDO.
DON LUIS.
DON DIEGO.
CRIADOS.
MÚSICOS.
DAMAS.
ACOMPANAMIENTO.

La accion pasa en Lisboa y otros puntos.

ACTO PRIMERO.

Sala en el real palacio.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDESTABLE, EL DUQUE DE VISEO.

CONDESTABLE.

De que se haya el Rey casado
Con vuestra hermana, Señor,
Pienso que me está mejor
El parabien que me han dado.
Recibo tanto contento,
Que no á vos, que vos á mí
Me le habeis de dar; y así,
Os doy su agradecimiento.
Si en África no me hallara,
Gran demonstracion hiciera.

VISEO.

Por lo menos, cierto fuera
Que vuestra excelencia honrara,
Como tan grande señor
Y en Portugal condestable,
Sus bodas.

CONDESTABLE.

Eso no hable,
Aunque es hacerme favor,
Señor, vuestra señoría;
Que donde hay personas tales,
Son méritos desiguales,
Como con la noche el día.
Quise, y no pude venir,
Ni hasta ahora hubo lugar;
Que le da la guerra á entrar,
Pero no le da á salir;
Y las cosas africanas
Están agora en estado
Que han menester mas cuidado,
Valor, experiencia y canas.
Del vuestro no hay que saber,
Pues se excusa el preguntar:
Cuanto á su alteza, privar,
Cuanto á su amor, pretender,
Cuanto á las damas, favor,
Cuanto á galas, alabanza,
Cuanto á casar, esperanza,
Y para todo, valor.
A los que de allá venimos,
Duque, no hay qué preguntar,
Pues que pudimos tornar,
Si bien ó mal anduvimos.

Lanzadas y cuchilladas,
Heridas todos los días,
Desafíos, valentías,
Limpiar los jacos y espadas:
Cosas realmente en que ha dado
La nobleza portuguesa
Muestra de quien es.

VISEO.

¿Qué empresa
Mas digna de un pecho honrado?
Por buen camino correis
A los que estamos acá.

CONDESTABLE.

¿Cómo con su alteza os va?

VISEO.

Ya su condicion sabeis.
No dicen que se parece
A don Alonso, su padre;
Más tiene el Rey de su madre.

CONDESTABLE.

Como esa plática crece;
Aunque no es malo que sea
Grave un rey.

VISEO.

En la humildad
Luce mas la majestad
Que la corona hermosea.

CONDESTABLE.

Nunca la mucha blandura
Fue al imperio provechosa.

VISEO.

Al ser amado es forzosa,
Si es con prudencia y cordura.

CONDESTABLE.

Los reyes son como nieve,
Que tratados, se deshacen.
Para ser mirados nacen;
Nadie á tocarlos se atreve.
Conservar esta blancura
Conviene á la majestad.

VISEO.

Si; pero tanta frialdad,
Conservada en tanta altura,
Helará los corazones
Y el amor de sus vasallos.
Bueno me parece honrarlos
Con obras y con razones.

CONDESTABLE.

No hablemos desto yo y vos,
Y esta máxima se crea:
Que cualquiera que el rey sea,
Al fin representa á Dios.
Y pues el de Portugal

Es vuestro primo y cuñado
Vos mereceis ser honrado,
Y él os hará honor igual.

ESCENA II.

EL REY DON JUAN DE PORTUGAL,
EL DUQUE DE GUIMARÁNS, EL
CONDE DE FARO Y DON ÁLVARO
DE PORTUGAL; ACOMPANAMIENTO.
—DICHOS.

GUIMARÁNS.

El Condestable está aquí.

CONDESTABLE.

Déme los plés vuestra alteza.

REY.

Bien vengais.

CONDESTABLE. (*Ap. al de Guimardns.*)
¿Con qué aspereza!

GUIMARÁNS.

Pues ¿á quién no trata así?

REY.

¿Cómo venis?

CONDESTABLE.

Con salud

Para servirlos, Señor.

REY.

¿Qué hay del África?

CONDESTABLE.

El valor,

La fortaleza y virtud,
Y siempre para ofrecer
La vida y sangre en servicio
Vuestro; que este es el oficio
Que los nobles han de hacer.
Podrá algunas relaciones
Ver de espacio vuestra alteza.

REY.

Holgáreme.

CONDESTABLE. (*Ap. al duque de Viseo*)
¿Qué aspereza!

VISEO.

Aun no os diré dos razones.

CONDESTABLE.

Mucho me había olvidado
De daros el parabien,
Aunque deste bien el bien,
Y con razon, nos le han dado
A los que amarnos debemos.
Y á los que tanto os amamos;
Pero en efeto os le damos

Del que recibido habemos.
Mil años goceis, Señor,
De su alteza.

REY.

Dios os guarde.

(*Vanse el Rey, el duque de Visco y el acompañamiento.*)

ESCENA III.

GUIMARÁNS, EL CONDESTABLE,
FARO, DON ÁLVARO.

GUIMARÁNS.

¿Qué os parece?

CONDESTABLE.

Llegar tarde;

Pero negociar peor.

DON ÁLVARO.

Poco todos merecemos:

Quien sirve y quien nó, es igual.

FARO.

Los que estando en Portugal
Galas y fiestas hacemos,
Y vos, que vertiendo estáis
Vuestra sangre, hoy alcanzamos
Un premio igual.

CONDESTABLE.

Léjos vamos

Del que á mis servicios dáis;
Que ya puede ser que sea
Su natural condiccion,
Y que en la satisfacion
Su heróico pecho se vea.

GUIMARÁNS.

¿Fuéste el de Visco?

FARO.

Sí.

Hablando se fué con él...

DON ÁLVARO.

No estuviera mal en él...

GUIMARÁNS.

No prosigais.

DON ÁLVARO.

¿Cómo así?

GUIMARÁNS.

Si el reino decis, no es cosa
Que aun se debe imaginar.

DON ÁLVARO.

Dejadme acabar de hablar;
Que esta fué razon piadosa.
Yo le ruego á Dios que viva
Dos mil años; decir quiero
Que Visco es caballero
Muy digno de que reciba
Premio igual á su virtud,
Como es un reino.

GUIMARÁNS.

Está bien:

Todos pedimos tambien
A Dios su vida y salud.
Viva el Rey; que, en fin, señores,
Es el natural señor.
Si ahora tiene rigor
Y nos niega sus favores,
Ya mudará con los años
La condiccion.

CONDESTABLE.

Tantos vivas,
Que el premio, Duque, recibas
En obras, no en desengaños.

GUIMARÁNS.

Si los cuatro, que nacimos
De un padre, y somos hermanos,
Y que piadosos y humanos
Otros reyes conocimos,

Nos juntamos á tratar
De la aspereza del Rey,
Ya damos, contra la ley
De nuestra lealtad, lugar
A que diga quien lo oyere
Que tratamos mal de quien
Queremos todos el bien,
Y que Dios guarde y prospere.
No, hermanos, no sea así;
Aspero ó tierno, sea ley
En todo servir al Rey.

CONDESTABLE.

¿Mirasme, por Dios, á mí?

GUIMARÁNS.

Aunque pudiera llamarte
El portugués africano,
Como á Escipion el romano;
Viendo á tu señor pagarte
Como su patria y senado
Pagó al otro, es mi intencion
Ponerle en el corazon
Desta paciencia el cuidado;
Y esta misma le aconsejo
Al conde de Faro.

FARO.

Yo,

¿Qué he dicho?

GUIMARÁNS.

Ejemplo nos dió

Buen padre, sirva de espejo.

Al Rey serville, y no mas.

Álvaro, como á menor,

Te quiero hablar con rigor.

Si acaso enojado estás,

Mira...

DON ÁLVARO.

No me diga nada

Vuestra señoría aquí;

Que es dar á entender que en mí

No hay satisfacion honrada.

Pensar que el Rey no es humano

No es delito, ni prudencia

Hablar mal hombre en ausencia

De tales hombres, hermano.

Sabe Dios cómo le adoro.

GUIMARÁNS.

Tú, y cualquiera noble igual,

Al que es su rey natural

Debe este justo decoro.

Quede entre los cuatro aquí,

Hermanos, determinado

Que el Rey ha de ser amado

Y servido. ¿Queda así?

TODOS.

Sí.

GUIMARÁNS.

Pues con este sí falta

Premio al Condestable ahora:

Vendrá tiempo (que mejora

Un tiempo lo que otro falta)

En que tenga el que mereco.

Vámosle á servir los tres,

Y él puede acudir despues.

CONDESTABLE.

Buen consejo el Duque ofrecio.

(*Vanse Guimaráns, Faro*

y don Alvaro.)

ESCENA IV.

EL CONDESTABLE.

Influya el cielo, influyan los plane-
[tas
(Que nacen con los hombres las fortu-
[nas)

Las condiciones, y tal vez algunas
En sugetos perfetos, imperfetas.
Las causas, á nosotros tan secretas,
Siendo disculpas, no les dén ningunas;

Que enviendo condiciones importunas,
Huyen las voluntades mas sujetas.

Aunque desde este polo al de Calisto
Gobierna un rey, de serlo no se alabe,
Si rey de voluntades no se ha visto.

¡Dichoso aquel que con prudencia sa-

[be
Vencer su condicion y ser bienquisto,
Que es de la voluntad la mejor llave!

ESCENA V.

DOÑA INÉS. — EL CONDESTABLE.

DOÑA INÉS.

Despues de mil parabienes
Que dar á vuestra venida,
Como quien en la partida
Os deseó tantos bienes;
Despues de haberme informado
De que venis con salud
(No del valor y virtud
Que en Africa habeis mostrado;
Que ese todos lo sabian
Antes de veros allá,
Y el mar y la fama acá
Tantas nuevas nos envian),
Vengo, señor Condestable,
A daros cuenta de mí.

CONDESTABLE.

Pues si vos me habláis así,
¿Cómo queréis que yo os hable?
Mas diré que aquí y allá,
El que fui y el que volví,
Soy tan vuestro como fui,
Y allá fui el mismo que acá.
Dos casamientos y mas
En Africa oí tratar:
El uno pudo engañar;
Pero el otro verdad es.
El de su alteza y su hermana
Del de Visco fué cierto,
El vuestro no sé.

DOÑA INÉS.

El concierto

Fué verdad, que hoy ó mañana
Firmaremos escrituras;
Mas no las pienso firmar
Sin vuestro consejo.

CONDESTABLE.

Hallar

Un hombre tantas venturas
Como se juntan en vos,
Viene de los mismos cielos.
Parabien os doy... con celes.

DOÑA INÉS.

¡Celos de mí!

CONDESTABLE.

Sí, por Dios;

Que toca á todo galan
Sentir que os caséis. Mas quiero
Conocer al caballero
A quien sus dichas os dan;
Que allá no llegó su nombre;
Que, de miedo de la mar,
Aun no se atrevió á pasar
La ventura de tal hombre

DOÑA INÉS.

Pues; anegárase en ella?

CONDESTABLE.

Eso debió de temer;
Que si envidia puede haber,
Será de cosa tan bella.

DOÑA INÉS.

Don Egas es con quien trato
Casarme; y de vos querria,
Como quien es sangre mia,
Y de su padre un retrato,
Que me digais si voy bien,

Porque oigo murmurar
Cosa á que no doy lugar...

CONDESTABLE.

Vos me obligastes tan bien,
Que os dijera el voto mio,
Si no fuerades mujer;
Que yo sé que suele hacer
La mas cuerda un desvario.
Id, mi señora, con Dios.
Bien acertais.

DOÑA INÉS.

Si ha de ser
Que de mí se ha de saber
Lo que tratare con vos,
Por vuestra vida y la mia,
Por quien soy, por el respeto
Que os debo, que este secreto...

CONDESTABLE.

No es prudente el que se fia.

DOÑA INÉS.

Mucho disfavor me haceis.
Corrida quedo.

CONDESTABLE.

No es justo;
Pero prefiriendo el gusto
Al daño que me oponéis,
Os diré lo que es razon
Que calleis, y que tengais
Prudencia en lo que tratáis,
Y en dejarlo discrecion;
Que otras causas podeis dar
Para no os casar con él.

DOÑA INÉS.

¿No es noble?

CONDESTABLE.

Hay nobleza en él
Que á todos nos puede honrar
Por la parte de su abuelo;
Su padre no os está bien.
Harto os he dicho.

DOÑA INÉS.

Si en quien
Pongo mi honor, con recelo
De que me caso engañada,
No me da mejor razon,
Mucho agravia mi aficion.

CONDESTABLE.

¡Ay, doña Inés! No hay espada
Como lengua de mujer.

DOÑA INÉS.

No lo son las nobles, Conde;
Que la mujer corresponde
A su sangre, y no á su ser.

CONDESTABLE.

Mucho me apretais.

DOÑA INÉS.

Merezca
De vos saber lo que intento.

CONDESTABLE.

Con no hacer el casamiento
No hay peligro que os ofrezca.

DOÑA INÉS.

Extraño estáis. Por mujer
Os pido aqueste favor.

CONDESTABLE.

Ya es ese mucho rigor.

DOÑA INÉS.

Yo lo tengo de saber,
O á esos piés he de morir.

CONDESTABLE.

Digo, Señora, que sea.

DOÑA INÉS.

La mujer, cuando desea,
No se sabe resistir.

CONDESTABLE.

Egas, de don Egas padre,

Fué hijo de un caballero
Cuyo origen fué extranjero
Por la parte de su madre.
Pasó al Africa, y diez años
Fué en Tánger gobernador;
Cautivó un Almanzor
De Fez, y llevó á sus baños,
Donde en una hermana suya
Tuvo este hijo, que fué
Llevado de Fez á fe,
Digo, á quien le restituía
A la fe santa, en que el padre
Vivió y murió, que yo adoro;
Así que, tu esposo es moro,
No por su padre y su madre,
Sino por aquesta abuela;
Que despues Egas fué un hombre
De grande valor y nombre,
Y que casó con Estela,
Una mujer principal,
Hija del gobernador
De Ceuta, y por su valor
Le honró el rey de Portugal,
Don Alonso, que Dios tiene,
Padre de nuestro don Juan.
Este marido te dan,
Tú verás si te conviene;
Y guardete Dios; que voy
A la comida del Rey.
Guarda el secreto á la ley
De quien eres y quien soy;
Pero si me has engañado,
Y estás casada con él,
En lo que te he dicho dél
Por tu culpa soy culpado.
Ya no puede ser desdicho;
Pero si, como sospecho,
Piensas decir: «Ya está hecho»,
Responderé: «Ya está dicho.» (Vase.)

ESCENA VI.

DOÑA INÉS.

¡Casada! No lo permita
El cielo, ni que yo venga
A casarme con quien tenga
Tal nota de infamia escrita.
Afuera, vil pensamiento.
Amor, si hubo amor alguno,
No me seas importuno
Con tan bajo casamiento.
Aquí cesó la esperanza
Y murió la pretension;
Que con tan justa razon
Honra será la mudanza.

ESCENA VII.

DON EGAS.—DOÑA INÉS.

DON EGAS.

Pues que me han dado licencia,
Y nuestras cosas están
De suerte, que de galan
Paso á tanta diferencia
Como es ser vuestro marido,
No me la negueis de hablaros
Para querer suplicaros
(Si mi amor lo ha merecido)
Señaleis, Señora, el día...
—Mas, cómo con tal tristeza
Me recibe esa belleza,
Que es de la tierra alegría?
¿Quién ha eclipsado esos ojos,
Que dan al alma desmayos?
¿Qué tierra, opuesta á sus rayos,
Causa á su hermosura enojos?
¿Quién, Señora, os ha ofendido,
O por qué de mí lo estáis?
¿Qué os han dicho, que mostrais
A mi memoria ese olvido?

DOÑA INÉS.

Ninguna cosa, don Egas;
Que si llego triste á veros,
Solo nace de perderos.

DON EGAS.

¡Perderme! ¿Cómo?

DOÑA INÉS. (Ap.)

¿Qué ciegas
Somos en cualquiera cosa
Que nos ofenda!

DON EGAS.

Esperad;
Que en tanta desigualdad
Está el alma temerosa.
Ayer fui vuestro y vos mía,
Y ¡hoy me decís que ya os pierdo!

DOÑA INÉS.

De que lo juré me acuerdo;
Pero el fiaco sé porfia
Con ánimo de vencermo.
No puedo más advertiros,
Que no es posible admitiros,
Sin arrojarne á perderme.
(Hace que se va.)

DON EGAS.

Pues ¿desa manera os vais?
Tenéos; que, ¡vive Dios,
Que habemos de ver los dos
Cómo y por quién me dejais,
Si el palacio se alborota!

DOÑA INÉS.

Por vos mismo.

DON EGAS.

¡A mí por mí!

DOÑA INÉS.

A vos por vos.

DON EGAS.

Si es así,
Alguna lengua me nota
De indigno, de desigual
A vuestro valor.

DOÑA INÉS.

No es bien
Que á mí por vos me la dén.

DON EGAS.

Pues ¿hay hombre en Portugal
De sangre tan conocida?

DOÑA INÉS.

Si no estuviera manchada
Por la parte mas honrada;
Pero está muy ofendida:
Y dar á mi padre nietos
Que descendan de Almanzor,
Dédice mucho al valor
Que es causa destes efetos.

DON EGAS.

Tened la lengua atrevida;
Que si de mujer no fuera,
¡Vive Dios, que no dijera
Otra palabra en su vida!
¿Quién es el infame á quien
Tales palabras oistes?
Que pues que vos las creistes,
Nunca me quisistes bien.
Decidlo presto, y veréis
Cómo á vuestros piés confiesa
Que miente.

DOÑA INÉS.

A muy alta empresa
Vuestra persona ofreceis.
No trateis deso; que es hombre
Que no le osaréis mirar.

DON EGAS.

Osándome él afrentar,
¡Habrá temor que me asombre!
¿Cuán bien se ha echado de ver
Que sois mujer sin valor,

Pues ya era vuestro mi honor,
Que os he llamado mujer!
No solo por mi volvísteis,
Pero hablando, me afrontastes.
Fues sin vergüenza me hablastes
De la que á mi mostrásteis.
Decid quién es, doña Inés,
O ¡vive el cielo!...

DOÑA INÉS.

¿Qué es esto?

¡Vos tan loco y descompuesto!

DON EGAS.

Por su honor ¡quién no lo es?
Del Rey abajo, no hay hombre
Que no desmienta y le mate.

DOÑA INÉS.

Disparate.

DON EGAS.

¡Disparate!

Decidme de presto el nombre.

DOÑA INÉS.

Hacéis un error notable;
Pero pues sois tan prolijo,
Cuanto os he dicho, me dijo
No menos que el Condestable.
¿Estáis contento?

DON EGAS.

Id con Dios.

DOÑA INÉS.

El os guarde.

(Vase.)

ESCENA VIII.

DON EGAS.

¡Extraña suerte,

Ser el contrario tan fuerte
Que no haya medio en los dos!
Mas, pues fui tan desdichado,
Y he sido tan venturoso
En que me mire amoroso
Un rey con todos airado;
Pues sus secretos me fia,
Pues hallé gracia en sus ojos,
Pues que soy quien sus enojos
Templa, deshace y desvia;
Pues no hay hombre con quien hable
De la suerte que conmigo,
Hoy tendrá justo castigo
La crueldad del Condestable.
Con la lengua me ofendió;
Con la lengua he de matarle,
Porque puedan castigalle
Las armas con que me hirió.
En él, con sus tres hermanos,
Una venganza he de hacer,
Que pudiera ejemplo ser
A los pasados tiranos.

ESCENA IX.

EL REY, LA REINA, VISEO.—
DON EGAS.

VISEO.

Desde aquí podrán ver vuestras altezas
El presente que envía el Condestable;
Que el Africa no tiene mas riquezas.

REY.

En extremo me dicen que es notable.

VISEO.

Alejandro no hiciera mas grandezas,
Ni fuera por mas hechos admirable,
Si tuviera el poder como el deseo.

* El sentido es: No solo por mi no volvísteis, sino que me afrontastes hablando. Esa omisión del adverbio negativo en casos así ocurre frecuentemente en las comedias de Calderón, pero no en las de Lope.

REINA.

¿No le verémos?

REY.

Desde aquí le veo.

REINA.

Favoreced al Condestable en esto.

Ponéos á ese balcon siquiera un rato.

REY.

No quiero parecer tan descompuesto.

REINA.

Y ¿no es mejor que parecer ingrato?

REY.

A los reyes no es lícito ni honesto
Pasar el justo límite al recato.
Lo que pudiere entrar aquí verémos;
De lo demás la relación tendrémos.

REINA. (Ap.)

¿Qué gravedad tan áspera y extraña!

VISEO.

Si quiere vuestra alteza que lo cuente,
Yo le diré...

REY.

Decid.

VISEO.

Aunque en España
Todo caballo es fuerte y excelente,
Y mas los que los céspedes que baña
Del caudaloso Bétis la corriente
Pacen en las dehesas arenosas
Que son cerca de Córdoba famosas,
Veinte caballos bárbaros envía,
Que si con otros tantos caminará
El sol, que ilustra y clarifica el día,
Cualquiera gran pintor los retratará.
Tres castaños, tres bayos y una pia,
Que si naturaleza la escara [cio
De un paño de su estudio, fuera indi-
Que en remendalle estuvo el artificio.
Dos morcillos que beben blanca nieve,
Estrellados de frentes, á quien tapa
Rico copete, que á cubrir se atreve
El medio cuello, de color de zapa.
Un melado feroz tras estos nueve,
Cuyo pellejo, á imitación de un mapa,
Parece que en pedazos desiguales
Muestra del agua y tierra las señales.
Seis blancos para un coche, que salen-
Del mar en barcos, cisnes parecían, [do
Que los remos las aguas dividiendo.
De las alas entonces les servían; [do
Tan blancos, que si el agua resurtien-
Daba en ellos, sus crines competían
De tal suerte, ensartando las espumas,
Que para crines les sirvió de plumas.
Tras estos, dos tostados alazanes,
Árabigos en casta como en nombre,
Tan pisadores, fuertes y galanes,
Que harán un corto enano gentilhom-
Sonando los bañados alacranes, [bre.
Para que mas su inquieta fuerza asom-
[bre,
Vienen sembrados dos gallardos rucios
De moscas blancas los pellejos lucios.
Todos traen sus sillas y jaeces,
De diversas colores y matices,
Y ellos sienten la gala; muchas veces
Vierten soberbia roja sus narices.
Los bayos, porque tá los encareces,
Traen de tela blanca los tellices,
Señal que para ti su talle y gala
La cubierta riquísima señala.
Esto, que ver no quieres, te he contado;
Lo demás, como alfombras, plata y oro,
Paños de aljófara en cendal labrado,
Y tafilete de artificio moro,
Aquí lo puedes ver; solo he guardado,
Por guardar á los hombres el decoro,
Para la postre, veinte esclavos, tales,
Que no los tiene rey del mundo iguales.

Sobre aljabas de bárbaros taballes
Traen sus alquicoles y honetas,
Coronados de plumas carmesíes
De Orán, con negros y altos martinetes;
Todos con argentados borceguines,
De oro y plata botones y corchetes,
Que labra en filigrana el africano
Con la imaginación mas que la mano.
Vienen veinte cautivas, que en labores
Pueden vencer las telas de Minerva,
Imitando los árboles y flores,
Las blancas aguas en la verde yerba.
Estas, para la Reina, de colores
Varías adorna, lo demás reserva
A vuestra vista el corto ingenio mío,
Que parece en su mar humilde río.

REY.

La relación parece tan notable,
Que hará despues pequeño su presente.

REINA.

Haced merced, Señor, al Condestable;
Que le tenéis obligación.

VISEO.

La gente
Llega á la plaza ya. Cosa admirable
Es ver lo que parece.

DON EGAS.

El vulgo siente
Con baja condición las novedades.
Artificios engañan voluntades.

REINA.

Yo quiero verlo, con licencia vuestra.

REY.

Id en buen hora vos.

REINA.

Vamos, hermano.

VISEO. (Ap. á la Reina.) [tra!

¿Qué airado rostro á los servicios mios!

REINA.

Pienso que el Condestable sirve en va-
(Vase la Reina y Viseo.)

ESCENA X.

EL REY, DON EGAS.

DON EGAS.

Si no me han hecho información sinies-
Por mala voluntad, Rey soberano, [tra
Que alguno tiene al Condestable noble,
Todo esto se dirige á un trato doble.

REY.

¿Qué decis, Diego?

DON EGAS.

Como soy testigo
De las murmuraciones de los cuatro
Hermanos portugueses, que mil veces
En corrillos de algunos caballeros
Les he reprehendido libertades
Que dicen contra tí, tengo creído
Que viene el Condestable á lo que dice
Alguno que no sabe de su boca.

REY.

¿A qué puede venir el Condestable?
Y ¿qué es lo que de mí públicamente
O en secreto murmuran sus hermanos?

DON EGAS.

Quejense de tus grandes asperezas,
Dicen que eres muy grave y arrogante,
Y que el rey don Alonso, que Dios tiene,
No los trataba así; y el otro día
Dijo el de Guimarán que los estados
No duraban gran tiempo entre los prin-

[cipes

Que despreciaban los vasallos nobles;
Y respondió el de Faro que no había
Príncipe tan ingrato en todo el mundo,

Y que, con ser coléricos y adustos
Los franceses, violentos y marciales,
Tenían en costumbre la blandura
Y afable trato de su rey; y á esto,
Don Alvaro, el menor hermano, dijo
Que algun día, Señor, conocerías
Cuánto mejor te fuera con prudencia
Disimular tu condicion esquivada.
Esto y mil cosas, que no es bien decirte,
Porque no te parezca que las trato
Con ánimo de hallar gracia en tus ojos;
De donde arguyo que verdad sería
Haberme dicho que estos han llamado
Al Condestable con tirano intento
De quitarte la vida, y la corona
Poner en la cabeza de tu primo
Y tu cuñado, el duque de Viseo,
Mozo gallardo, cuerdo y generoso,
Y lleno de excelencias y virtudes,
Y sobre todo, á quien el vulgo y plebe
Idolatra y celebra de tal modo,
Que si corre un caballo, no hay aplauso
Que no le den con vitoriosas voces;
Si hace alguna suerte, « Dios te guar-
[de.]»

Dicen con ansia que penetra el cielo;
Y le muestran en todas sus acciones
Inmenso amor en obras y razones.

REV.

El ánimo, don Egas, de los reyes
Ha de tener en todo igual templanza.
Vamba salió de entre el arado y bueyes,
Y luego vió lo que el gobierno alcanza.
Divinamente ejecutó las leyes
En sus tiranos, sin hacer mudanza
Del semblante real, que vez ninguna
Venció la adversa y próspera fortuna.
Ten secreto á las cosas que me cuentas;
Que yo, sin alterarme, estos hermanos
Castigaré de suerte, que no sientas
Por dónde á la venganza van las ma-
[nos.]

Altérese la mar con sus tormentas,
Levante á las estrellas montes canos;
Que ha de ser río un príncipe discreto,
Que va donde mas hondo, muy mas
[quieto.]

Mas dime: ya que yo les dé castigo
Al Condestable, á Guimarans, á Faro,
Y al hermano menor (que yo me obligo
Que á todos cuatro ha de costar bien
[caro].)

Mi primo el de Viseo ¿es mi enemigo?
¿Sabe esto mi cuñado? que reparo
Con justa causa en que culpado sea.

DON EGAS.

¡Jesús! Señor, tu alteza no lo crea.
Yo pienso que si acaso los hermanos,
Que contra tu corona se conjuran,
Se la ofrecieran, que él con propias
[manos]

Hiciera en ellos lo que en tí procuran.
De todo está inocente.

REV.

Los tiranos
Que á tal atrevimiento se aventuran,
Querrán saber primero su deseo:
Sospechas me da el duque de Viseo.
Y vive Dios, que si el amor que tengo
A la Reina, su hermana, no me atara
Las manos, que el castigo que preven-
En mi primo primero ejecutar! [go.
Que si por él, por sus virtudes, vengo
A daries ocasion, que la quitara [ra
Fuera razon de estado, y que no hubie-
Quien mejor para rey les pareciera.

DON EGAS.

No quiera Dios que por razon de estado
(Que muchas veces el demonio inventa)
El inculpable Duque tu cuñado
Pierda la vida, ó dalle alguna afrenta.

Castigar la justicia al que es culpado
Es imitar á Dios; no cuando intenta,
Por las razones de futuros daños,
Verter la sangre en propios y en extra-
[ños.]

¿No debe conservar el Rey su vida?

DON EGAS.

Debe, mas no quitarla al inocente.

REV.

Y si este da la causa á que atrevida
Le opone al cetro la plebeya gente?

DON EGAS.

Si su virtud la tiene tan rendida,
¿Es bien, Señor, que un rey cristiano
[intente]

Matar al virtuoso porque es bueno,
Y está de gracias y virtudes lleno?

REV.

Este punto es sutil.

DON EGAS.

No hay sutileza

Contra la ley de Dios.

REV.

En esto veo,
Don Egas, tu verdad y tu nobleza,
Y que condenas justamente al reo;
Pues viendo que amenaza tu cabeza,
Abogas por el duque de Viseo,
Y á los hermanos, que culpados miras,
Flechas de culpas y venganza tiras.
Disimula, don Egas, como digo,
En tanto que procuro de secreto
Dar á los cuatro hermanos el castigo,
De que verás tan presto el justo efecto.

DON EGAS.

Fuera de mí, no hay que buscar testigo.
Procede como príncipe discreto.

REV.

Tú verás mi prudencia.

DON EGAS.

Estoy seguro
Que conoces el bien que te procuro.
(Vase el Rey.)

ESCENA XI.

EL CONDESTABLE. — DON EGAS.

CONDESTABLE.

(Para sí.) Hay rigor como no haber
Vuelto los ojos siquiera
A un presente, que pudiera
Alejandro agradecer?
¿Hay tan brava condicion?
¿Cómo! ¿Egas está aquí?
Vióme, y aun vió que le vi,
Y vase. ¡Extraña ambición!
Ah don Egas, ah don Egas!
Detente.

DON EGAS.

¿Qué es lo que quiere
Vuestra excelencia que espere?

CONDESTABLE.

El día que á verme llegas,
Después de ausencia tan larga,
Huyes de mí, y no haces caso,
Cuando por tus ojos paso?
Mucho la soberbia alarga
En cerviz, pues no te deja
Alzarnos á ver un hombre
De mis prendas.

DON EGAS.

Que me asombre
Vuestra virtud me aconseja.
Pero no ha sido arrogancia,
Ni es bien que á mis ojos venza
Su peso, sino vergüenza,
En mi valor de importancia,
De mirar á quien debía.

Por noble, por portugués,
Por soldado, por quien es,
Y por justa cortesía,
Informar á una mujer,
Que me tuvo algun amor,
De otra suerte de mi honor.
Mas, pues me queréis hacer
Moro, yo os haré tal guerra,
Que no os la dieron las manos
De todos los africanos,
Como yo en la propia tierra.
Yo satisfaré la injuria
Que habeis hecho á mi opinión;
Que la ofensa sin razon
Las piedras obliga á furia. (Vase.)

ESCENA XII.

EL CONDESTABLE.

Quien fia de mujer algun secreto
Dando fe, como necio, á lo que jura.
Su honor, su vida pone en aventura,
Y pierde la opinion de ser discreto.
¡Oh siempre flaco y tímido sugeto,
Que tanta muerte y destrucion procura!
Naturaleza bárbara y perjura,
De nuestra confianza falso objeto! [ra
No en vano los primeros que la guer-
Vuestra temieron, y que al mundo
[asombró,
Llamaron para ejemplo de la tierra
Lengua la había, que es de mas re-
[nombre,
Y labio aquello que la boca cierra,
Para mostrarnos que el silencio es
[hombre.]

ESCENA XIII.

GUIMARANS. — EL CONDESTABLE.

GUIMARANS.

En soledad os tendré,
Hermano, el desahrimiento
De ver el poco contento
Que el Rey al presente da.
Tan poco gusto le ha dado,
Que en todo de verlo siente:
Ya no parece presente,
Que mas parece pasado.
Tened, hermano, consuelo
Que él sea el Rey: es razon
Cumplir con la obligacion
Que pone al vasallo el cielo.
Que esta en mí fué tan estrecha,
Que, con ver que os hace agravio,
Ni nuevo en su ofensa el labio,
Ni pienso lo que es sospecha.
Que claro está que él entiende
Que su grave condicion
No ha de engendrar aficion,
Que nadie con hielo enciende.

CONDESTABLE.

No es, hermano, mi tristeza
De la condicion del Rey,
Pues en mí el amarle es ley,
Y ella en él naturaleza.
Cual es, le estimo y le adoro,
La boca pongo á sus pies.
De otra causa y justa es,
Contra mi honor y decoro.

GUIMARANS.

¿Contra vuestro honor, hermano?
¿Qué decís?

CONDESTABLE.

El paraben
Me dió doña Inés (de quien
Fui un tiempo galán en vano)
De mi venida, y tras él
Me dijo que se casaba;
Pero que solo aguardaba

Para firmar un papel
Saber la cierta nobleza
De su esposo, de mi boca.
Yo con discrecion tan poca.
Como ella despues flaqueza,
Debajo de juramento
Le dije lo que sabia
Del Africa, y que entendia
Que era injusto el casamiento.
Apenas salia de aquí,
Cuando al novio lo contó,
Que aquí sin mí me dejó,
Y aquí se quejó de mí.

GUIMARÁNS.

Bien fuera justo culparos.
Ya sé que don Egas es
Quien pretende á doña Inés;
Pero no es justo aumentaros
La pena que habeis tenido.
Dejadme aquí, que ella viene.
Veré si remedio tiene
Que se desdiga.

CONDESTABLE.

Eso os pido;

Que si no le desagravio,
Yo quedaré con mal nombre
De haber ofendido á un hombre.

..... (Vase.)

ESCENA XIV.

DOÑA INÉS.—GUIMARÁNS.

DOÑA INÉS.

Bien parece el Condestable,
Señor Duque, ser quien es.
No ha nacido portugués
Tan valeroso y amable.
A vos, por todas las damas,
Os doy las gracias...—¿Qué es esto?
¿Conmigo estáis tan compuesto!

GUIMARÁNS.

Reprimiendo estoy las llamas
Que de vuestro agravio están
Abrazando el corazón.

DOÑA INÉS.

Los del Condestable ¿son
Del duque de Guimarán?
A lo del amor pasado
¿Lo llamais agravio agora,
Porque me caso?

GUIMARÁNS.

Señora,
No está de amor agraviado,
Ni que os caseis ha sentido;
Que los moros de Hazamor
Le han quitado vuestro amor
A lanzadas, que ha sufrido.
No habeis procedido bien
En descubrir el secreto,
Pues jurastes en efeto
De no lo decir tambien.
Mas ya que vuestra flaqueza
O la suya le han quitado
El honor á un hombre honrado
De tal virtud y nobleza,
Y de quien el Rey se fia
Con mucha causa y razon,
Porque de su discrecion
Seguramente confia,
Dos cosas habeis de hacer.
La primera desdeciros
(Que no importará advertiros
El cómo, pues sois mujer),
Y la segunda, casaros,
Con que se remedia todo,
Pues no podeis de otro modo
Del Condestable guardaros,
A quien habeis ofendido,

1 Falta un verso.

Quebrándole el juramento.
Don Egas, sin fingimiento,
Es hombre tan bien nacido,
Que nuestro padre decia
Que era su dendo su abuelo;
Y no es bien que os dé recelo
La abuela; que es nifieria,
Si el hombre es tan principal
Como veis; que si en Castilla
Lleva el caballo la silla,
Lo mismo es en Portugal.

DOÑA INÉS.

Con gran furia habeis venido,
Señor Duque, á revolver
Lo que solo puede ser
Remediado con olvido.
Don Egas lo hizo mal,
Si yo no lo hice bien:
A los dos culpa nos den,
Pues la tenemos igual;
Y al Condestable no asombro
Verme el secreto romper,
Si disculpa á una mujer
Ver que no le tuvo un hombre.
No trateis de desdecirme,
Ni habeis de lo que es casarme;
Que es imposible mudarme,
Y locura persuadirme.

Yo soy noble, y mis pasados
Lo han sido: busque don Egas
Noblezas que estén mas ciegas,
Y ojos que estén mas vendados.
Yo con valor español
Pretendo, aunque soy mujer,
Mi nobleza defender
De los átomos del sol.
Id en buen hora, y decilde
Al Condestable lo que es
Mi intento.

GUIMARÁNS.

Señora Inés,
Menos brava, más humilde.
Mirad que soy yo el tercero,
Y mi hermano el agraviado.

DOÑA INÉS.

Dejadme, que sois cansado.
¿Qué enfadoso caballero!

GUIMARÁNS.

Palabra me habeis de dar
De casaros, aunque estéis
Tan brava.

DOÑA INÉS.

Vos ¿no sabeis
Que no se dejan forzar
Las mujeres como yo?
No me asgais, que sois un necio.

GUIMARÁNS.

Ya para tanto desprecio
La paciencia me faltó.

(Dale un bofetón.)

Aprended con esto á hablar
Y á guardar secreto.

DOÑA INÉS. (Gritando.)

¡Ah cielos!

¡A mí bofetón!

GUIMARÁNS.

Son celos
De que os habeis de casar.

ESCENA XV.

EL REY, VISEO, EL CONDESTABLE,
FARO, DON ÁLVARO, DON EGAS.
— DICHOS.

REY.

¿Qué es esto?

GUIMARÁNS. (Ap.)

Perdido soy.

DOÑA INÉS.

¿Ya no lo veis en mi cara,
Que de la mano del Duque
Está pidiendo venganza?

(Arrimanse á Guimarán sus tres hermanos.)

A esto llegan los soberbios,
Los tiranos de tu casa,
Los que murmuran de tí,
Los que en corrillos te infaman,
Los que tu muerte desean,
Los que dan en tus espaldas,
Por no poder en el pecho.
Mil heridas de palabras.
Tú tienes, Señor, la culpa;
Que yo soy mujer, y basta
Decirte que soy mujer.

DON EGAS.

Tente.

REY.

¿Hay maldad tan extraña?
Déjala, no la detengas.

(Vase doña Inés.)

ESCENA XVI.

EL REY, VISEO, EL CONDESTABLE,
FARO, DON ÁLVARO, DON EGAS.

REY.

¿Cómo los cielos declaran
Lo que los pechos encubren!

DON EGAS.

¿Así la palabra guardas?
Aunque es justo que el castigo
En una pública plaza
Vengue á doña Inés, y el Rey
Junte la espada á la vara;
A mí, como á quien tenia
Nombre de su esposo...

REY.

Calla.

DON EGAS.

Me toca, señor invico,
Meter al Duque en campaña.

FARO.

No hables donde está el Rey,
Don Egas.

CONDESTABLE.

La confianza

Tu lengua libre desata;
Que si no estuviera aquí...

DON ÁLVARO.

Pues si no estuviera, ¿hablara?

GUIMARÁNS.

No hablara, porque no puede
Hablar el que no me iguala.

REY.

¡Bien, por Dios! ¿Qué te parece,
Primo, destas arrogancias?
Mira ¡qué cuatro columnas,
Que mi reino y vida amparan,
Tengo á mi lado! Mas creo
Que si una vez las abraza
Mi justicia, caerá en tierra
El templo de su esperanza.
Mira ¡con qué atrevimiento
Hoy todos cuatro en mi cara
Deshenden su desvergüenza!

VISEO.

Señor, la sangre los llama
A la defensa del Duque.
Muestra ahora la templanza
Divina de tu valor.

2 Falta un verso.

REY.
Guimaráns...
GUIMARÁNS.
Señor...
REY.
Las armas
Dad al duque de Viseo.
GUIMARÁNS.
Lo que vuestra alteza manda,
Hoy mi lealtad obedece.
Esta, Señor, es mi espada.
REY.
Llevadle vos á una torre,
Y allí le poned mi guarda;
Y el Condestable y el conde
De Faro tengan su casa
Por prision.

DON EGAS.
¿Cómo te olvidas
De don Álvaro?

REY.
No estaba
De don Álvaro advertido;
Que son tantos, que me cansan
Hasta el alma.

CONDESTABLE.
¿Tantos buenos
Cansan, Señor, hasta el alma?

REY.
Vénte conmigo, don Egas.
(*Vanse el Rey y don Egas.*)

ESCENA XVII.

VISEO, GUIMARÁNS, EL CONDESTABLE, FARO, DON ÁLVARO.

VISEO.
Vue señorías se vayan
A sus casas, porque el Duque
Va conmigo y con la guarda.

FARO.
¿Aquí puede haber paciencia?

GUIMARÁNS.
Conde de Faro, no hagás
Menos que tu obligación.
El Rey quiere, el Rey lo manda:
Al Rey obediencia, hermanos.

VISEO.
Como valeroso hablas.
Prenderte ha sido justicia:
Si es justicia, no te agravia;
Si no te agravia, no puedes
Quejarte; si quejas hallas,
Sea solo de tus dichas;
Que las dichas en las casas
De los reyes sirven más
Que las letras y las armas.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

EL DUQUE DE VISEO, DOÑA ELVIRA.

VISEO.
Esto me han encomendado,
Prima y mi señora: haced
Al de Guimaráns merced,
Aunque en delito culpado,
Que por ser contra mujer
Tenga ya desmerecido
Ser de mujer socorrido.

Mas vos no lo habeis desér.
Por ángel os tengo yo,
De su guarda lo seréis.

DOÑA ELVIRA.
Donaire, primo, teneis.
¿Yo hablar por él!

VISEO.
¿Por qué no?

DOÑA ELVIRA.
Pues siendo vos del Rey primo,
Y no menos que su hermano
De la Reina, ¿no es en vano
Rogarme á mí?

VISEO.
No me animo
A pedirle nada al Rey,
Porque há días, doña Elvira,
Que con mal gusto me mira,
Y no tiene el gusto ley.
Pues pedir nada á mi hermana,
Si es por quien él hace menos,
¿Para qué?

DOÑA ELVIRA.
¿No hay muchos buenos
En la corte lusitana?

VISEO.
Ya todos se lo han rogado,
Y el Condestable escribió
Al Rey de Castilla, y yo
Tengo también obligado
Al de Aragon y al de Francia;
Pero de ninguna suerte
De su enojo se divierte,
Ni es el favor de importancia.

DOÑA ELVIRA.
Pues donde escriben tres reyes,
De Aragon, Francia y Castilla,
¿Qué haré yo?

VISEO.
Todo se humilla,
Armas, libros, cetros, leyes,
Al poder de una mujer.

DOÑA ELVIRA.
¿Celos, duque de Viseo!

VISEO.
No, por Dios, sino deseo
Del bien que le habeis de hacer.
Mal sabeis vos lo que tira
Un cabello de una dama.
¿Qué pluma ó vara de fama
No se tuerce ó se retira?
Hablad al Rey, pues os tiene
Tanto amor, siendo tan grave,
Que tierno, blando y suave,
Prima, á requiebraros viene.
Y pues sola en Portugal
Mirais su rostro apacible,
Haced lo que es imposible;
Que esto es poder celestial.

DOÑA ELVIRA.
El Rey, discreto y preciado
De galán, como lo es,
Tiene gusto portugués,
Finge amor, finge cuidado;
Que la gala y discreción
No empleadas en servir
Las damas, suelen decir
Que no tienen perfección.
Por esto habré merecido
Que se entretenga su alteza
Conmigo, y que su aspereza
Temple su acero en mi olvido;
Que bien echaréis de ver
Que bien os admite á vos.
Para lo que espero en Dios
De mi dicha merecer,
No tengo correspondencia
Con vuestro primo que paso
De ser gala.

VISEO.
Aunque me abrase
Con celos su competencia,
Que habeis al Rey me convieno;
Y haced cuenta que aquí están
Del duque de Guimarán
Los tres hermanos que tiene,
Que todos lo mismo os piden.

ESCENA II.

EL REY Y DON EGAS, *sin ser vistos de—*VISEO Y DOÑA ELVIRA.

REY. (*Ap. á don Egas.*)
¿Sola no dices que estaba?

DON EGAS.
Sola entonces la dejaba.

REY.
Nunca los dos se dividen.
Enfadosa cosa es ver
Este mi primo, don Egas.

DON EGAS.
Mucho á imaginar te entregas
Cosa que no puede ser,
Y en que el Duque no es culpado,
Porque no es culpa en un hombre
Tener méritos y nombre
Para ser del mundo amado.

REY.
Mientras no tengo heredero,
Culpa es en este pensar
El vulgo que ha de heredar;
Y en él también considero
Los deseos, las quimeras
Y el fingirse virtuoso,
Apacible y amoroso
En las burlas y en las veras;
Todo para conquistar
Al vulgo.

DON EGAS.
Este amor te engaña;
No hay caballero en España
Mas para amar y estimar
Por su sencilla inocencia.

REY.
Lo que dice quiero oír.

DOÑA ELVIRA.
Digo que le iré á pedir,
Pues que vos me dáis licencia,
La vida del Duque.

VISEO.
El cielo
De un rey os haga mujer.

REY. (*Ap. á don Egas.*)
Y ¿puedes tú defender
Esta palabra el recelo?
Si él la sirve y la desea
Por mujer, ¿no es justa ley,
Pues dice que sea de un rey,
Que pide á Dios que él lo sea?

DOÑA ELVIRA.
Mujer de rey puede hacerme,
Si yo soy tan venturosa
Que llevo á ser vuestra esposa.

REY. (*Ap. á don Egas.*)
Y esto ¿no debe ofenderme?
Mirad si tienen tratado
Lo que temo, pues los dos
Me han de decir, vive Dios,
De que el Duque no es culpado.

DON EGAS.
No, Señor; que aquellas son
Palabras tan generales,
Que no muestran las señales
De estar falso el corazón.
Comun encarecimiento

Es de quien ama, y aun ley,
Decir: «Dios os haga rey.»

DOÑA ELVIRA. (Ap. á Viseo.)

El Rey nos miraba atento.

VISEO.

Si celos le habemos dado,
Mal se alcanzará el perdón;
Que celos venganzas son
Entre el amante y lo amado.
Quiero hacer que no le veo,
Pues él se guarda de mí.
Dile á lo que vino aquí.

DOÑA ELVIRA.

Adios, duque de Viseo.

VISEO.

Él os guarde y dé ventura
En lo que vais á pedir.

REY. (Ap. á don Egas.)

¿Vase?

DON EGAS.

Pues ¿no le ves ir?

REY.

Más mi recelo asegura
El fingir que no me ha visto.
(Vase el Duque, y llégase el Rey á doña Elvira.)

ESCENA III.

EL REY, DOÑA ELVIRA, DON EGAS.

REY.

¿Doña Elvira!

DOÑA ELVIRA.

¡Oh gran Señor,

Y cuán á tiempo mi amor,
Si vuestra gracia conquisto,
Os trujo aquí! donde ahora
Vuestro primo, el de Viseo,
Con aquel noble deseo
Que su pecho ilustra dora
De hacer bien, me importunaba
Que el perdón os suplicase
Del Guimarán, y templase
El enojo que mostraba
Vuestra alteza contra él,
Dando un medio vuestra mano,
Como señor soberano,
Y no como juez cruel.

REY.

Elvira, aunque hacemos leyes
Los reyes, está advertida
Que donde hay parte que pida,
No tienen poder los reyes.
Y espántome que mujer
Que debe ofendida estar,
Me aconseje el perdonar
Lo que puede ejemplo ser
De que no haya hombre en rigor
Que no se atreva á la cara
De la hermosura mas rara
Y de mas noble valor.

DOÑA ELVIRA.

No pido que vuestra alteza
Perdone agravio con parte,
Mas que de la suya aparte
La rigurosa aspereza;
Que bien puede, con pedir
A la parte que se aparte,
Ser como el todo la parte,
Y la culpa remitir.

REY.

Confieso que bien podré
Dar un medio pladoso
Como juez poderoso,
Y este por tí le daré.

DOÑA ELVIRA.

Deso tus piés tantas veces

Cuantas mercedes nos haces;
Que de las partes las paces
Son gloria de los jueces.
¿Qué medio tienes pensado?

REY.

Justo, santo, conveniente,
Y por cuyo honor presente
Cese el deshonor pasado.
Cásese con doña Inés
El duque de Guimarán,
Y con esto quedarán
Iguales.

DOÑA ELVIRA.

Buen medio es.

Si lo toma bien don Egas.

DON EGAS.

Pues yo ¿obedezco otra ley
Fuera del gusto del Rey?

DOÑA ELVIRA.

Mucho á la razón te allegas.
(Ap. Mejor dijera al favor.)

DON EGAS. (Ap.)

¿Sabe Dios cuánto lo siento!

DOÑA ELVIRA.

Sin duda este casamiento
Cubre y remedia su honor.
¿Quién mandas que vaya allá,
Que de tu parte le hable?

REY.

Ya está libre el Condestable,
Y decírselo podrá.

DON EGAS.

No se lo diga su hermano;
Vaya el duque de Viseo,
Pues tiene tanto deseo
De su bien.

REY.

Hoy en su mano
Dejo su muerte ó su vida.
Id, don Egas, á avisar
Al Duque le vaya á hablar.

DON EGAS.

Voy.

(Vase.)

ESCENA IV.

EL REY, DOÑA ELVIRA.

REY.

Si tú fueras servida
Que atropellara el poder
A la razón, yo lo hiciera,
Y habiendo parte, le diera
Libertad.

DOÑA ELVIRA.

No soy mujer
Que pidiera á vuestra alteza
Lo que no fuera muy justo;
Que me obligara á lo injusto
Contra mi honor y nobleza.
Mujer que pide por preso
Lo injusto, obligada queda
A que pedir se le pueda
Contra su honor todo exceso.
Tú has dado un medio real,
Digno de tu entendimiento.

REY.

Que sea sin voto, siento,
De la Reina trato igual.

DOÑA ELVIRA.

No scrá.

REY.

¿Cómo?

DOÑA ELVIRA.

Yo iré,
Y se lo diré á su alteza,
De cuya justa grandeza
Pladoso voto traeré.

REY.

Parte.

DOÑA ELVIRA.

Iré, con tu licencia. (Vase.)

ESCENA V.

EL REY.

Pensar que estoy engañado
En lo que estos han tratado
Me mueve el pecho á clemencia.
Pero ¿cómo puede ser
Que si don Egas lo oyó,
Me engañe? Y sabiendo yo
Que hay en el Duque poder
Y en sus tres hermanos graves
Para derribar mi imperio;
Que no tienen sin misterio
El mar cubierto de naves,
Grande amistad con Castilla,
Con Francia y con Aragon,
Que todos indicios son
Que han de derribar mi silla...
¡Válgame el cielo! Si hiciese
Un hombre un fuerte en mi tierra,
De donde si hubiese guerra,
Contra mí se defendiese,
¿No sería gran error
Consentir que le acabase?
Pues ¿cómo sufro que pase
Otra defensa mayor?
Estos cuatro hermanos son
Cuatro fuertes en mi tierra,
Que para tiempo de guerra
Han de ser la defension
Deste duque de Viseo,
Que aspira al reino sin falta,
Porque de empresa tan alta
Bastantes indicios veo;
Mas, pues no deja entenderse
Este nudo y remediarse,
Si no puede desatarse,
Yo sé que podrá romperse.
Alejandro dió el ejemplo:
Desterrar y dividir
Quiero estos cuatro, y huir
Deste peligro á este templo.
Desterraré de la corte
Al de Viseo tambien;
Que para mi paz no hay bien
Que mas ahora me importe;
Y con pequeña ocasion
Le haré dar la muerte á alguno
Destos hermanos, que en uno
Verán los demás quien son;
Porque si tienen intento
De matarme con su mano,
La sangre del muerto hermano
Le borre del pensamiento. (Vase.)

Sala en casa del duque de Viseo.

ESCENA VI.

GUIMARÁNS, EL CONDESTABLE,
FARO Y DON ÁLVARO.

CONDESTABLE.

Libertad nos ha dado, hermano, á todos,
Y la ciudad por cárcel hasta ahora;
Pero no es libertad con tantos modos
De sinrazones.

GUIMARÁNS.

¿Tanto el Rey adora
El gusto de don Egas?

FARO.

De los godos,

Gente bárbara entonces, Duque, ignora
La historia antigua cosas tan extrañas
Mientras reinaron en las dos Españas.

GUIMARÁNS.

Conde de Faro, y noble hermano mío,
Mi amor no os lleve á tal desenvoltura.
El Rey acierta en todo: es desvario
Pensar que por don Egas aventura
La justicia y razón; que su albedrío
En cuanto intenta y acertar procura
Camina con dos ángeles de guarda.

FARO.

No sé qué vano miedo te acobarda.
No digo que no sientas que esto es justo,
Mas que te quejes donde el mal te due-
[le.]

DON ÁLVARO.

Con tu humildad aumentas mi disgusto.
¿No quieres que un suspiro al cielo vue-
[le.]

GUIMARÁNS.

Don Alvaro, no sé: todo es injusto
Cuanto es murmuración. Deja que apele
A Dios de mis agravios; que las leyes
Solo a queste juez dan á los reyes.

ESCENA VII.

VISEO. — DICHOS.

VISEO.

Si la licencia me entré, porque esta casa,
Como es propia, excusa la licencia.

GUIMARÁNS.

Seals mil veces, Duque, bien venido.

VISEO.

¿Todos estáis acá?

CONDESTABLE.

¿No le parece

A vuestra señoría justa cosa [libres,
Que estemos presos, aunque estemos
Donde lo está el Duque?

VISEO.

Es tan piadosa,
Que á mí también á esta prisión me
[obliga
La ley de la amistad; pero no quiero
Que el Duque me agradezca esta visita,
Porque vengo del Rey con un recado.

GUIMARÁNS.

¿Destierro ó libertad?

VISEO.

Oídme atento,
Porque no es libertad el casamiento.

GUIMARÁNS.

¿Casamiento! ¿Qué es esto?

VISEO.

El Rey me manda
Que os diga (y no ha pensado que hace
[poco],
Duque de Guimaráns, que luego al pun-
[to
Con doña Inés os desposéis; que quiere
Que el honor que ha perdido recupere.

GUIMARÁNS.

¿Que me case manda el Rey
Con doña Inés?

VISEO.

Esto os digo,
So pena de su castigo,
Y de incurrir en la ley
De la lesa majestad,
Fue fué la ofensa en su casa.

GUIMARÁNS.

¿Que por eso el Rey me casa
Con doña Inés?

VISEO.

Perdonad,

Si esto os ha dado disgusto.

GUIMARÁNS.

Hermanos, todos estáis
Aquí: ¿qué me aconsejáis?

CONDESTABLE.

Que no es justo.

FARO.

Que no es justo.

DON ÁLVARO.

Yo, como menor, no tengo
Qué decir, ni es bien que hable
Donde habla el Condestable
Y el Conde.

GUIMARÁNS.

¿A qué punto vengo!

Y vos, duque de Viseo,
¿Qué decis?

VISEO.

No me pidáis

Consejo, pues ya lo emáis
De los que tan cerca veo
De vuestra sangre y honor.

GUIMARÁNS.

Decid al Rey que no es justo
Casarme contra mi gusto
Por el gusto de un traidor;
Y que es bajo el casamiento
Que por bofetón nos vino,
Pues es abrir el camino
Para todo atrevimiento.

Que la cara que ofendí,
También la supiera honrar
(Bien se me puede fiar),
Como ella me honrara á mí.

A todos ha parecido,
Para que nadie me note,
El no me casar con dote
Que ha hecho tanto ruido.

En la cara que escribí
«Aquí hay vergüenza tan poca»,
No es cédula que provoca
A entrar á vivir allí.

Ni es bien que en otras naciones
Se diga (que esto me esfuerza)
Que me he casado por fuerza,
Si me caso á bofetones.

No porque no puede ser
Mi igual doña Inés, mas solo
Porque deste al otro polo
Mi historia se ha de saber;
Que cuando fuera ganancia
De mi noble nacimiento,
No quiero yo casamiento
Con tan fea circunstancia.

CONDESTABLE.

Mis brazos te quiero dar,
Porque hasta ahora no has sido
Mi hermano.

FARO.

Yo he conocido
Lo que te debo estimar.

DON ÁLVARO.

Mis brazos le doy también,
Señor, á vuestra señoría.

VISEO.

Yo volveré á quien me envía;
Mas no despachado bien.
Y suplico cuanto puedo,
Aunque parezcan errores,
Siendo tan grandes señores,
Los recelos deste miedo,
Que se trate bien del Rey.
Que es nuestro dueño absoluto.

GUIMARÁNS.

Viseo, ese honrado fruto
Nace de vivir en ley

Que nos muestra como á vos
Que al Rey, en la paz ó guerra,
Respetemos en la tierra,
Porque está en lugar de Dios.
Los príncipes en el suelo
Somos en toda ocasión
Lo que los ángeles son
Delante del Rey del cielo.
Porque de aquel propio modo
Se debe por excelencia
A cuanto hiciere obediencia,
Y darles gracias por todo.

VISEO.

Si esta inferior jerarquía
Es imitación, Señor,
De la esfera superior,
Alto pensamiento os guía.
Yo voy, y le contaré
Vuestra humildad.

CONDESTABLE.

Id con Dios.

(Vase Viseo.)

ESCENA VIII.

EL CONDESTABLE, GUIMARÁNS,
FARO, DON ÁLVARO.

GUIMARÁNS.

Yo hice lo que los dos
Me aconsejastes.

CONDESTABLE.

Bien fué;

Que no os habeis de casar,
Dando al mundo qué decir;
Que bien sabréis vos sufrir
Un destierro en tierra ó mar.

GUIMARÁNS.

Mas ¿que al Africa me envía?

CONDESTABLE.

Como á mí, no lo dudéis.
Gracias á Dios, que teneis
Para entonces compañía.

DON ÁLVARO.

Miren vuestras excelencias
Que juntos estamos mal.

FARO.

Bien dices; que en tanto mal
No faltarán diligencias
Para saber lo que hablamos.
Un rato al Duque dejemos.

GUIMARÁNS.

Aquí estoy.

CONDESTABLE.

Presto os veremos:

FARO.

Vamos al palacio.

DON ÁLVARO.

Vamos.

(Vanse.)

Sala en el real palacio.

ESCENA IX.

EL REY, DON EGAS, DOÑA ELVIRA,
DOÑA INÉS.

DOÑA ELVIRA.

Ya te doy el parabién;
Que bien te lo puedo dar.

DOÑA INÉS.

¿Que me tengo de casar?

DOÑA ELVIRA.

Ya ¿no te he dicho con quién?

Y á la Reina mi señora
(Para que su voto diese,
Y sin ella no se hiciese)
Acabo de hablar ahora.
En ello está bien, y muestra
Contento.

DOÑA INÉS.
La fuerza es ley,
Siendo voluntad del Rey,
Pues esta sola es la nuestra.

REY.
Yo tengo, Inés, gusto desto.
Casada estaréis mejor.

DOÑA INÉS.
Plenso que será, Señor,
Pensamiento poco honesto.
¿Cómo le daré la mano
A quien la puso en mi rostro?
Humilde á esos piés me postro,
Como á señor soberano,
Para que mireis mejor
A cuál hombre me entregais;
Que mas honor me quitais
Adonde me dais honor.
Yo perdono al Duque, solo
Con que á Guimarans se vaya,
A Castilla ó á su raya,
Aunque es poco el otro polo
Para apartarle de mí,
Para no sentir mi afrenta.

REY.
Corre tu honor por mi cuenta.
Elvira lo quiere así:
Haz mi gusto, pues yo hago
El de Elvira.

DOÑA INÉS.
Obedecer
Es justo; que soy mujer.

DON EGAS. (Ap.)
Yo tengo mi justo pago.
Esta falsa arquitectura
Del edificio que alcé
Contra el Duque, hoy la tiré
Sobre mi propia ventura.
Perdí á lués, perdí á mí bien.
Por el mismo filo he sido
De mis contrarios herido,
Y muerto diré tambien.

ESCENA X.

WISEO.—DICHOS.

WISEO.
Yo fui, Señor, á la prision, adonde
De Guimarans el duque preso queda.
Dije vuestro recado...

REY.
Y ¿qué responde?

WISEO.
Que no es posible que casarse pueda,
Por ser violencia; no porque en tal da-
[ma] ceda.
No haya valor que al de su sangre ex-

En efecto, no quiere que la fama
Diga que se casó por tal suceso.

REY.
Hoy mi poder á la venganza llama.
¿Escuchóse jamás tan loco exceso
De vasallo á señor? Don Egas, parte;
Que estoy perdiendo de furor el seso.
Al Condestable di, sin que se aparte
De ti, que luego salga desterrado
Al Africa, á Castilla ó á otra parte.
Al de Faro tambien.

DON EGAS.
Estás airado...
REY.
Don Álvaro travieso tambien salga.

Y ¿el Duque? DON EGAS.

REY.
Ya lo tengo imaginado.
Yo haré este día una venganza hidalga
En hombre con mujer tan atrevido,
Sin que Castilla ni Aragon le valga.

DON EGAS.
Yo voy á obedecerte. (Vase.)

ESCENA XI.

EL REY, VISEO, DOÑA INÉS,
DOÑA ELVIRA.

WISEO.
No he querido
Pedirte, gran Señor, piedad, mirando
Que cada cual lo tiene merecido. [do,
Tambien crece en los reyes, castigan-
Su opinion y respeto: bien has hecho.
Salga la inobediencia murmurando;
Que este es castigo digno de tu pecho.

REY. [mo].
Todos los que á su rey le cansan, pri-
Como este y otros muchos que sospe-
No es bien echarlos luego. [cho,

WISEO.
Pues animo
Vuestro valor real contra los hombres
Que mas ahora en Portugal estimo,
Bien veréis si es razon.

REY.
Pues no te ásbombres
De que tambien te aleje de mis ojos,
Porque estás en la lista de sus nom-
[bres].

Y pues me das, cuñado, mas enojos
Que todos juntos, véte luego al punto.

WISEO.
¿Hablas por pesadumbre ó por antojos?

REY.
Primo, no repliqueis: por todo junto.
(Vase.)

ESCENA XII.

WISEO, DOÑA ELVIRA, DOÑA INÉS.

WISEO.
¿Qué os parece?
DOÑA ELVIRA.
Que no sé
Cómo os diga mi dolor.
Celos son de vuestro amor.

WISEO.
¿En qué mal punto le hablé!
Pensé con lisonjas viles
Ganar, Elvira, su gracia,
Y he caído en su desgracia.

DOÑA INÉS.
Son como telas sutiles
Las condiciones reales:
Cualquiera cosa las rompe.

WISEO.
Porque mi gusto interrompe
En ocasiones iguales,
Muestro, Elvira, sentimiento;
Que por la corte, no hubiera
Cosa en que yo recibiera
Mas gusto y mayor contento.
Y pues sé que celos son
(Que otra causa no le he dado
Sino es el ser su cuñado,
Que no es pequeña ocasion;
Que un cuñado es imposible
Que no enfade, porque tiene
Algo de suegro), conviene
Volver al rigor terrible

De su violencia y crueldad
La espalda y obedecer;
Que en los reyes suelen ser
Los enojos tempestad.
Parece que todo el suelo
Han de acabar truenos y agua;
Pero luego que desagua
La furia, serena el cielo,
El sol se muestra y declara.
Tal son los reyes airados;
Mas, los enojos pasados,
Vemos el sol de su cara.
Quedaos, Elvira, en buen hora.
Yo me voy.

DOÑA ELVIRA.
Si vez alguna
Se ha mostrado la fortuna
De mis desdichas autora,
Es en aquesta ocasion.
¿Pensais verme?

WISEO.
Yo os veré;
Que de secreto vendré,
Pues pocas las leguas son
Desde la primera aldea
De mi tierra, en que he de estar,
A Lisboa, si hay lugar
Para que de noche os vea.

DOÑA ELVIRA.
Ayudando á mi remedio
Doña Inés, no faltará.

DOÑA INÉS.
Lugar, señor Duque, habrá;
Que no hay mar ni tierra en medio
De dos que se quieren bien.

WISEO.
Pues voyme; que si en el vuestro
Hallara el amor que os muestro
Memoria, y el Rey desden,
Mientras mas piensa y procura
Que en el mundo po le habrá,
Mas presto amor buscará
Tiempo, lugar y ventura. (Vase.)

ESCENA XIII.

DOÑA ELVIRA, DOÑA INÉS.

DOÑA INÉS.
Triste quedas; es razon.
Gran caballero es Viseo.

DOÑA ELVIRA.
Tan justamente me empleo,
Que mis esperanzas son
Para dar invidia al mundo.
Merece ser rey.

DOÑA INÉS.
De suerte,
Que he sospechado su muerte,
Y en este temor lo fundo.

DOÑA ELVIRA.
Librete el cielo.

DOÑA INÉS.
Aquí vienen
Mis enemigos, adios. (Vase.)

ESCENA XIV.

EL CONDESTABLE, FARO, DON
ÁLVARO.—DOÑA ELVIRA.

CONDESTABLE.
Juntas estaban las dos.

FARO.
Amistad pienso que tienen.

CONDESTABLE.
Doña Elvira...

DOÑA ELVIRA.
¿A qué venis?

DON ÁLVARO.
Pues ¿qué ha dicho el Condestable?...

DOÑA ELVIRA.
¿Qué peligro mas notable,
Pues en desgracia vivís
De su alteza? y confirmada
Con lo que al Duque responde.

CONDESTABLE.
Si el Rey su gracia me esconde,
Mi voluntad no es culpada.
Las estrellas determinan
La ventura con los reyes,
Ellas ordenan las leyes,
A que los llevan y inclinan.
Yo le serví, doña Elvira.

DOÑA ELVIRA.
Don Egas os viene a hablar:
Tenga en vos mayor lugar
La obediencia que la ira.
Haced como caballero
En callar y obedecer;
Que consejo de mujer
Nunca fué malo el primero. (Vase.)

ESCENA XV.

DON EGAS. — EL CONDESTABLE,
FARO, DON ÁLVARO.

DON EGAS.
Aunque yo no quisiera, Condestable
De Portugal, venir con tales nuevas;
Siendo forzoso obedecer al Príncipe,
Cumpló, como vasallo, lo que manda.
Y manda el Rey que de su corte y rei-
Salgaís, eternamente desterrado. [no
Ansi os lo notifico.

CONDESTABLE.
Eternamente
Solo destierra Dios; que aunque su al-
[teza
Piense que eternamente nos verémos,
Ya vendrá día en que los dos estemos
En tribunal adonde su sentencia
Escuchen el rigor y la inocencia.

FARO.
Bien fuera que su alteza diera causa.

CONDESTABLE.
Quedo, conde de Faro; que del modo
Que al cielo no podemos preguntarle
Por qué nace uno pobre y otro rico,
Ansi á los reyes en decretos suyos.
El superior es Dios: ya tienen día
En que darán á Dios su residencia.

DON EGAS.
El Rey tendrá ocasion.

CONDESTABLE.
Y yo paciencia.

DON ÁLVARO.
¿Cuál ocasion el Condestable ha dado?

DON EGAS.
Don Álvaro, si aqui viniera escrita,
Yo lo dijera, á fe; pero no viene:
Y así, callar y obedecer conviene.

FARO.
Si no hubiera traidores en el mundo,
Troya estuviera en pié, Grecia en su
[fuerza.

Señor Conde, lo mismo os notifico.

DON ÁLVARO.
¿A mi hermano! ¿por qué?

DON EGAS.
Y á vos y todo.

FARO.
¿A don Álvaro!

DON ÁLVARO.
¡A mi!
DON EGAS.

Yo cumplo en esto
Mi obligacion: salí del reino presto.
(Vase.)

ESCENA XVI.

EL CONDESTABLE, FARO,
DON ÁLVARO.

CONDESTABLE. [cha?
«Salí del reino presto.» ¿Hay tal desdi-
FARO.

¿Esto sufriste á un bárbaro villano?
DON ÁLVARO.

¿Queréis aventurarme á mí, señores,
Que soy vuestro menor y mas inútil?

CONDESTABLE. [ta,
Don Álvaro, no intentes nuestra afren-
Ni des causa á los años que nos ha-
[cen.
Mas vale que inocentes padezcamos.

ESCENA XVII.

EL REY y DON EGAS, *entreadrien-
do una cortina, sin ser vistos de*
—EL CONDESTABLE, FARO y DON
ÁLVARO.

DON EGAS. [za.
Desde aqui puede verlos vuestra alte-
REY. (Ap. á don Egas.)
¿Podrán verme?

DON EGAS.
No te verán, sospecho,
O con esta cortina cubre el rostro.
REY.

Desde aqui quiero oír lo que murmu-
CONDESTABLE. [ran.
¿Cuán diferente de su padre ha sido
El rey don Juan! Oh santo don Alfonso!
¿Es posible que aqueste es hijo tuyo?

FARO.
No es posible que el Rey así nos trate,
Aunque su condicion tan fuerte sea.
De alguna aljaba aquestas flechassalen.

DON ÁLVARO.
Esa ¿no conocéis que es de don Egas?

DON EGAS.
Por mí comienzan ya: mire tu alteza
Si saben que me han dicho sus trai-
[ciones,

Pues temen que yo he sido el que las
CONDESTABLE. [dijo.

De todo tiene doña Inés la culpa.

DON ÁLVARO.
¿Que él se fie de hombre que ha tenido
Sus principios en Africa?

DON EGAS.
¿No escuchas
Las insolencias destos desterrados?
¿Cuál honra puedo yo tener mas grande
Que haberme dado en Africa principio
Mi generoso abuelo?

REY.
Pues ¿qué quicren
Decir estos en eso?

DON EGAS.
Que mi padre
Sirvió á los tuyos contra el moro en
[Africa,

Y que por eso me dejó esta hacienda,
Como si la que da la guerra á un homi-
No fuese la mejor. [bre

REY.
Pues ¿quién lo duda?
Los reyes por las armas lo ganaron;
Que la primera vez no lo heredaron.

CONDESTABLE.
Espero en Dios que sucesion no tenga.

FARO.
Y yo de ver al duque de Viseo
En el lugar que su virtud merece.

REY.
¿Ves cómo tienen trato con el Duque?

DON EGAS.
Dicen estos aqui lo que desean;
Mas no que sepa el Duque sus deseos.

REY.
¿Cómo defiendes tanto al Duque?

DON EGAS.
Estimo
La virtud de un mancebo generoso,
A quien hombres, muchachos y mu-
[jeres
Bendicen por las calles en Lisboa.

REY.
Calla, don Egas; que estás necio.
(Vase.)

DON EGAS.
Fuése.
No traigo muy segura la cabeza. (Vase.)

ESCENA XVIII.

EL CONDESTABLE, FARO,
DON ÁLVARO.

CONDESTABLE.
Parecíame que siento en aquel paño
Gente escondida.

FARO.
Creo, Condestable,
Que si en las casas tienen las paredes
Oídos, en palacio oídos y ojos.

DON ÁLVARO.
Y aun lengua; que su voz oí.

CONDESTABLE.
Pues vamos,
Antes que mayor daño nos resulte.

DON ÁLVARO.
Adios, Lisboa.

FARO.
Adios, querida patria.

DON ÁLVARO.
Entre los ojos tu desdicha llevo.

CONDESTABLE.
¿Oh mal aconsejado rey mancebo!
(Vanse.)

—
Plaza de una aldea.

ESCENA XIX.

FELIPA y BRITO, *riñendo*; COLOM-
BO, *con un palo en la mano, ponién-
dolos en paz.*

COLOMBO.
Detenéos en mal hora.
BRITO.
Cuando hay gente, bien hablaís."

FELIPA.
¿Esta suerte me tratas?
BRITO.
¡Verá pues de lo que llora!
COLOMBO.
Dejadla ya, si queréis.
BRITO.
Avaos, Colombo.
COLOMBO.
No quiero.
BRITO.
Apercibir el mortero
Y el albayaide podeis.
Majad rábanos; que os tengo
De hacer cardenales tales,
Que no haya mas cardenales
En Roma.
FELIPA.
¡A este punto vengo!
Sois un ruin.
BRITO.
¿Quién?
FELIPA.
Vos.
BRITO.
¿Yo?
FELIPA.
Sí.
BRITO.
No es posible.
FELIPA.
Yo lo sé.
BRITO.
Avaos, Colombo.
COLOMBO.
No haré,
Mientras que no os vais de aquí.
BRITO.
¿Yo soy ruin?
FELIPA.
Pues ¿qué sois vos?
BRITO.
Hablad con mas tiento, Felipa;
Que os estrujaré la tripa.
FELIPA.
Por eso hay juez.
BRITO.
¿Quién?
FELIPA.
Dios.
BRITO.
Mas ¿que me quiere acusar
A la santa Inquisición?
COLOMBO.
¿Sobre qué fué la cuestion?
BRITO.
Ahí fué sobre el habrar.
FELIPA.
Miente; que no tal.
BRITO.
Pues ¿qué?
FELIPA.
Sobre sus bellaquerías.
BRITO.
Avaos, Colombo.
COLOMBO.
En porfías
De vuesa madre me hallé,
Que fué por quien el refran
Quedó de las tjeretas;
Ni gruñían dos carretas
Lo que ella y el sacristan.
Mas luego me respientaba,
Que por medio me ponía.

FELIPA.
Mi madre menos sufría,
Menos ocasion le daba.
BRITO.
Era pequeña ocasion
Dar los bodigos á Juana?
Yo; no la vi una mañana,
Que la tiró un mojicon?
FELIPA.
Mentis.
BRITO.
¡Ay! ¿Mentis á mí?
Avaos, Colombo.
COLOMBO.
¿Qué es esto?
FELIPA.
Yo os lo diré.
COLOMBO.
Decid presto.
BRITO.
No, sino yo que lo vi.
FELIPA.
No lo diré sino yo.
BRITO.
Avaos, Colombo.
FELIPA.
Llegad;
Que ha de hacerme verdad
Lo que de mi madre habló.
BRITO.
¿Que me casase mi dicha
Con hija de un sacristan?
FELIPA.
¡Oh, que os dé Dios mal San Juan!
Y eso ¿no fué mi desdicha?
No érades vos un lacayo
Del Duque nuestro señor,
Que para ser labrador
Os puso mi abuela el sayo?
BRITO.
¿En verdad que fué blason,
Que quien caballos de reyes
Trataba, trate con bueyes?
COLOMBO.
¿Sobre qué fué la cuestion?
BRITO.
En verdad, Colombo hermano,
Celos.
COLOMBO.
¿Acabara yo
Para mañana!
FELIPA.
Hoy habló
Con Inés la de Montano,
Y la pellizcó al pasar,
Y aun la requiebró tambien.
BRITO.
¿Yo?
FELIPA.
Vos, lacayo.
BRITO.
Hablad bien;
Que la llegué á saludar.
FELIPA.
Tal salud tengais.
BRITO.
Amén.
FELIPA.
Haced de la zorra muerta.
BRITO.
Pues un requiebro ¿qué impuerta?
FELIPA.
¿No importa quererla bien?

ESCENA XX.

EL DUQUE DE VISEO, CASTRO y
MENESES, *de caminos*.—DICHOS.

VISEO.
Aquí podemos parar.
CASTRO.
No hay casa en aquesta aldea
Que tenga estancia, ni sea
Para que puedas pasar.
VISEO.
No reparemos en eso;
Que el ser de Lisboa cerca,
Con ningún precio se merca.
Ya os he dicho mi suceso.
MENESES.
Aquí está Brito casado,
El que tu lacayo fué.
VISEO.
En su casa posaré;
Que es secreto y hombre honrado.
BRITO.
¿Es aquel nuestro señor?
COLOMBO.
El Duque parece.
FELIPA.
El es.
BRITO.
Dadnos, Señor, vuestros piés.
VISEO.
Todos me tienen amor.
¿Es Brito?
BRITO.
¿No me conoce?
¿Dónde desta suerte?...
VISEO.
Aquí.
Huélgome de verte así.
BRITO.
¿Por su vida?
VISEO.
Así me goce.
BRITO.
Si vais, Señor, adelante,
Quedáos aquí solo un día.
VISEO.
Y aun muchos estar podria;
Que es por agora importante.
BRITO.
Cuando albricias me pidiera
Su excelencia, ¡voto al sol,
Que con ánimo español
Mi macho el rucio le diera!
Id, Colombo, á prevenir
La casa del Cura.
VISEO.
Amigo.
Aquí no ha de haber testigo;
Secreto pienso vivir.
En la humildad de tu casa,
Brito, pasaré mejor.
BRITO.
Tan alta merced, Señor,
De humanos méritos pasa.
VISEO.
Haced, Meneses, que luego
Que la ropa llegue aquí,
Se aderece.
MENESES.
Harélo así. (Vase.)
VISEO.
¿Qué cansado y triste llego!

Dadme una silla, y tú, Castro,
Saca tu instrumento un poco.
(Vase Castro.)

BRITO.
Estoy de contento loco.
¡Quién tuviera de alabastro,
De mármol, de jaspe, aquí
Un palacio suntuoso!

WISEO.
¿Conmigo el Rey sospechosos?
¿Qué desdichado nací!

ESCENA XXI.

DON CARLOS.— VISEO, COLOMBO,
BRITO, FELIPA.

DON CARLOS.
¿Está aquí el Duque, amigos?
WISEO.
(Ap. ¿Qué es aquesto?
¿Es don Carlos?) Don Carlos, ¿dónde
don Carlos. [bueno?
El Rey os manda que volváis.

WISEO.
¿Tan presto!
DON CARLOS.
Debló de arrepentirse.
WISEO.
No condono
El arrepentimiento en los enojos.
DON CARLOS.
Vamos.

WISEO.
Yo iré. (Ap. Mas de sospechas lleno;
Que llevo mis desdichas en los ojos.)
(Vase el Duque y don Carlos.)

ESCENA XXII.

COLOMBO, FELIPA, BRITO.

BRITO.
Mas ¡qué poco dura el bien!
FELIPA.
No pasa tan presto el mal.
BRITO.
Un huésped tan principal
Vinome grande tambien.
COLOMBO.
Yo pienso que ha de volver.
La ropa dejan aquí.

BRITO.
Pues, Helipa, siendo así,
Amistades quiero hacer.
Venid á limpiar la casa:
Haya en todo tanto aseo
Como si fuera en Viseo.

FELIPA.
Presto veréis lo que pasa.

BRITO.
Ser vuestro amigo deseo.

FELIPA.
Y yo darte mil abrazos.

COLOMBO.
Confirme el cielo esos lazos.

FELIPA.
Que ¡mal haya yo si creo
De Juana ni de Locia,
Aunque sean como un oro,
Que no me quereis!

BRITO.
Te adoro.
Borrega del alma mía.

L-114.

FELIPA.
Dame un abrazo en señal.

BRITO.
Avaos, Colombo.

COLOMBO.
Ahora sí.

FELIPA.
¿Quiéresme bien?

BRITO.
Como á mí.

FELIPA.
Pues vaya el mal para mal.
(Vase.)

Sala del real palacio.

ESCENA XXIII.

GUIMARÁNS; UN ALCAIDE.

GUIMARÁNS.
¿Que no quiere escuchar el Rey mis
ALCAIDE. [quejas?
Dicen que no hay orejas, hombres sá-
En tanto que hay agravios. [bios,
GUIMARÁNS.

¿De su tierra
Mis hermanos destierra?
ALCAIDE.
Así parece.

GUIMARÁNS.
Si en él resplandece la justicia,
Y hubo en ellos malicia, bien ha hecho,
Estando satisfecho de su culpa;
Pero si los disculpa todo el mundo,
Ciego está su profundo entendimiento.

ESCENA XXIV.

DON EGAS.— DICHOS.

DON EGAS.
En aqueste aposento el Rey os manda
Que entreis.

GUIMARÁNS. [oídos,
(Ap. ¿Qué es esto que anda en mis
Diciendo á mis sentidos lo que niega
La razon, que no llega á ver mi daño,
Cierta del desengaño de mi culpa?)
Don Egas, muchos os culpa quien os mira
Mover al Rey á ira.

DON EGAS.
¿Yo le muevo?
¿Qué buena paga llevo del servicio
Que he hecho al Rey! Mi oficio es la obe-
GUIMARÁNS. [diencia.
Y el mío la inocencia que he tenido.
(Ap. ¡Ay, cortesano fementido y ciego!)
Mirad que hay Dios, don Diego.

DON EGAS.
Entrad presto.
GUIMARÁNS. [nos.
Humilde estoy y puesto en vuestras ma-
¡Ah, qué poco durais, bienes humanos!
¡Dichoso aquel que vive en este suelo
Como que sabe que es su centro el cie-
(Entrase.) [lo!

ESCENA XXV.

DON EGAS, EL ALCAIDE.

ALCAIDE.
¿A qué llaman al Duque?

DON EGAS.
El Rey lo sabe.

ALCAIDE.
No pensé que tan grave era su culpa.

DON EGAS.
Más al Duque le culpa la sospecha
De conjuración hecha por las manos
De todos cuatro hermanos.

ALCAIDE.
¿Eso es cierto?

DON EGAS.
Como es tan encubierto, no se alcanza.

ESCENA XXVI.

EL REY.—DON EGAS, EL ALCAIDE.

REY.
(Ap. Hoy tendré confianza de mi vida,
Pensamiento homicida; hoy desde el
Bajarás hasta el suelo la cabeza. [cielo
Don Egas...

DON EGAS.
(Ap. Gran tristeza en todos veo.)
¿Qué tienes, pues?

REY.
Deseo de venganza,
Aunque este nombre alcanza la malicia;
Porque lo que es justicia, es virtud san-
[ta.

ESCENA XXVII.

WISEO, DON CARLOS.— DICHOS.

WISEO.
Dame tus pies.
REY.
Levanta, amado primo.
Notablemente estimo tu obediencia.

WISEO.
Venir á tu presencia no rehusara,
Si á morir me llamara vuestra alteza.

REY.
La obediencia es nobleza en el vasallo,
Que puede asegurarlo de sospecha,
Y en amistad estrecha el odio vuelve.

WISEO.
Quien ama presto absuelve cualquier
[duda.

Una verdad desnuda de artificio
Luego muestra el indicio de su fuerza
Contra quien mas se esfuerza á derri-
[balle.

Bien suele adelgazalla la mentira,
Si del extremo tira por rompella;
Pero no deshacella, que no puede.

REY. [yes
Un rey, que á todo excede, pues los re-
Deshacen y hacen leyes, mucho obliga
A respeto.

WISEO.
Eso diga el que te tengo,
Pues á servirme vengo con tal furia.

REY.
El que á reyes injuria, y en su ausencia
Habla sin diferencia de su estado,
Debe ser castigado gravemente.

WISEO. [ma
Cuando el rey es prudente, no se infor-
De alguno que transforma las verdades
En otras calidades diferentes;
Que hay muchos pretendientes desa-
[gracia,
Que estriba en la desgracia de los otros.

REY.

No juzgamos nosotros lo secreto.

VISEO.

Todo juez discreto guarda oído
Al ausente ofendido.

REY.

Lo que sabe
El rey, y es caso grave, ¿está obligado
A ser mas informado? Mas ¿qué espero?

VISEO.

Alejandro Severo, cuyo imperio
Fué tenido á misterio, no juzgaba
Si no se acompañaba de veinte hombres
De mas famosos nombres de letrados,
Que estaban celebrados en el mundo.

REY.

En mas razon me fundo que imaginas.
—Alzad esas cortinas, porque estimo
Que este ejemplo mi primo mire atento,
Porque tambien le sirva de escarmien-
to.*(Tirada la cortina, vese en una mesa
de lato el duque de Guimarán, des-
gollado.)*

VISEO.

¿Para qué, invicto Señor,
Que á Catón y Augusto excedes
En justicia y equidad,
Quieres que esto mire?

REY.

Advierte

Que te he mandado llamar,
Cañado, para que temples
Lós deseos y esperanzas,
Si de mi cetro la tienes.
¿Conoces esta cabeza?

VISEO.

No, Señor; porque no puede
Hallar mi memoria un hombre
Que á tu valor se atreviese.

REY.

El duque de Guimarán
Es el que tienes presente:
Mírale bien.

VISEO.

Pues el Duque
¿Fué á vuestra alteza rebelde?

REY.

No digo que lo examines,
Mas solo que lo contemples;
Porque de cosas tan graves
No se examinan los reyes.
Cuando sea necesario
Que á los principes parientes
Y á mi reino satisfaga,
Mis cartas lo harán en breve.
Véte á tu tierra, cañado,
Y vive tan rectamente,
Que no te engañe la sangre;
Que tal vez la sangre suele,
Aunque sustenta la vida,
En las venas corromperse,
Y por guardar la cabeza
La de los brazos se vierte.
Yo soy el rey, vivo estoy.

VISEO.

Y dos mil años aumente
El cielo, Señor, tu vida.
(Vase el Rey, don Ego y el Alcaide.)

ESCENA XXVIII.

VISEO, DON CÁRLOS.

VISEO.

Don Carlos, ¿qué te parece?

DON CÁRLOS.

Que el Rey os quiere mostrar
En el ejemplo presente,
Que no os engañe el aplauso
De la humana humilde plebe;
Que no os desvanezca el vulgo,
Que os adora y encarece;
Que el Rey vive y es casado,
Y esperanzas de hijos tiene.

VISEO.

Pues ¿cuándo no he sido yo
El deudo mas obediente
Que tiene su alteza? ¡Ay, Carlos,
Qué poco la envidia duerme!
Despertóla mi virtud
En algun pecho insolente,
Que no la afición del vulgo,
Que estima á quien lo merece.
Dios sabe mi corazón,
Y que al señor Rey ausente
He guardado aquel respeto
Que un hombre noble le debe.
Dadme licencia; que voy
Donde un monte y cuatro fuentes
Hablen conmigo; y aun creo
Que á las fuentes no me llegue,
Porque dicen que murmuran.

DON CÁRLOS.

A lo mejor se resuelve
Vuestro entendimiento, Duque.

VISEO.

Adios, corte, adios, jueces
Del albedrío del hombre.
¡Dichoso el que viva y muere
En su casa! que en su casa
Hasta los pobres son reyes.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

LA REINA, DOÑA ELVIRA.

REINA.

Dime toda la verdad.
Fíate de mí; bien puedes.

DOÑA ELVIRA.

Por tu mucha autoridad
Nace que obligada quedes,
Fuera de tu voluntad,
La sangre que tienes déla
A conservar á los dos.

REINA.

Yo seré hermana fiel,
Aunque me dió esposo Dios
Tan severo y tan cruel.

DOÑA ELVIRA.

¿Por qué causa le aborrece?

REINA.

Porque Portugal le adora,
Y él sabe que lo merece.

DOÑA ELVIRA.

Por mi desdicha, Señora,
Sus méritos encarece.
¡Pluguera á Dios que no fuera
De vuestra alteza el hermano
Tal que sospechas le diera!

REINA.

Si de ser al Rey tirano
El Duque intencion tuviera,
Yo, Elvira, diera la espada
Con que su cuello cortara;Pero que, estando inocente,
Acabar el Duque intente
Su injusto pecho declara.

DOÑA ELVIRA.

Yo presumo que casado
Estará déla mas seguro.
Esto habemos concertado;
Esto, Señora, procuro,
Y es de los dos deseado.
Verdad te quiero decir:
De noche suele venir
De la aldea donde está;
Que estima el hablarme ya
Mil veces mas que el morir.

REINA.

¿Qué notable atrevimiento!
Y ¿cómo viene mi hermano?

DOÑA ELVIRA.

Amor le dió el fingimiento,
Que con hábito villano
Disfraza su pensamiento.
Embárcase con un hombre
Fiel y de humilde nombre;
Háblame de noche un rato,
Y vuélvese con recato.
Antes que el alba le asombra.
Tres noches há que no viene;
Que estar el mar alterado
Con tormenta, le detiene.
Aunque en mis ojos le he dado
El mar que en bonanza tiene.
Esta noche viene aquí;
Si hablarle quieres, yo haré
Cómo pueda.

REINA.

¡Ay de mí, —

Que apenas me atreveré,
Habiendo tantas en mí!
Pues hablar al Rey es cosa
Difícil y peligrosa.
No sé qué habemos de hacer.

DOÑA ELVIRA.

Bien lo puedes emprender,
Pues ya viene á ser forzosa.

REINA.

La mano y la sangre están
Tan presentes á mis ojos,
Del duque de Guimarán,
Cuyos llorosos despojos
Voces á los cielos dan,
Que me tiembla el corazón.

DOÑA ELVIRA.

No temas, que en la ocasión
Serás Ester á sus plés
Deste Jérrjes portugués
Y deste español león.

REINA.

Yo voy; tú, Elvira, entre tanto
Ruega el buen suceso al cielo.

DOÑA ELVIRA.

Yo confío en su Autor santo
Que conociendo mi celo,
Se dolerá de mi llanto.*(Vase.)*

Campe y matina cerca de un pueblo.

ESCENA II.

VISEO, con un gacén de villano;
BRITO, MENÉSES, CASTRO.

BRITO.

Mientras el mar está así,
No hay tratar de ir á Lisboa.

VISEO.

En gna débil canoa
Me fuera yo cuanto á mí;
Que si es César alabado
Por el ánimo que tuvo
Cuando en la barquilla estuvo
Al rigor del mar airado,
No lo fuera menos yo
Entre amantes y galanes
Que él lo fué entre capitanes,
Cuyo valer enseñó
A no temer la fortuna.

BRITO.

Siempre soldados y amantes
Fueron, Señor, semejantes;
Que todo es guerra importuna,
Todo es conquista y porfía.
Pero no permita amor
Que te pongas al rigor
Del mar, cual César lo hacía;
Que él fué bienaventurado
Hasta alcanzar su corona,
Y á ti te tengo (perdona)
Por príncipe desdichado.
Si amor te fuerza á la guerra
Que conquista á doña Elvira,
Hasta que temple su ira
El mar, vamos por la tierra.

VISEO.

Hay grande peligro, Brito,
De ser conocido así.

BRITO.

Pues pasa en fiestas aquí,
O corre el verde distrito.
Destos campos, entre tanto
Que se abonanza la mar.

VISEO.

Quiero obedecerte, y dar
Por gloria á mis ojos llanto.

ESCENA III.

UN ESTUDIANTE. — DICHOS.

ESTUDIANTE.

Si el camino suele ser,
Llevando lo que es forzoso,
Tan cansado y enojoso,
Y tanto al solo ofender,
¿Qué gusto podré tener
A pié y con tal soledad
Y mucha necesidad,
Y mas llegando á una aldea,
Sin consuelo de que sea
Rica y famosa ciudad?
Que en efeto un hombre allí
Halla comida y sustento.
¡Oh, letras, cuánto tormento
Por vosotras pasa en mí!
Tratadme, letras, así;
Que no he de volver atrás.
¿Qué pobre y desauada vas,
Miserable filosofía,
Como el Petrarca decía,
Y en mí se contempla mas!
Allí hay dos hombres. — Señores,
¡Habrá limosna que darne,
Por Dios, para repararme
Un rato de estos calores?

VISEO.

Somos pobres labradores.

ESTUDIANTE.

Y yo tan pobre estudiante,
Que en no me dando al instante
Algo palpable y visible,
Tengo por cosa imposible
Poder pasar adelante.
Pues si yo me muero aquí,
Mucho mas que en sustentarme
Gastaré en enterrarme.

BRITO.

Quedo, no os murais así;
Que os pareceis, voto á mí,
A cierta mujer que había,
Que adonde quiera paria,
Si lo que se le antojaba
Al momento no lo daba
El hombre que lo tenía.

VISEO.

¿Dónde vais?

ESTUDIANTE.

Voy á estudiar
A Coimbra, donde he estado
Todo este curso pasado;
Que este me he de graduar.

VISEO.

¿Pobre sois?

ESTUDIANTE.

Merezco estar
Mas pobre, porque dejé
Mis cánones y estudié
Astrologia; de modo
Que me ocupé el tiempo todo,
Y necio y pobre quedé.

VISEO.

¿Astólogo sois?

ESTUDIANTE.

Señor,
Que la sé bien imagino.

BRITO.

Pues si vos sois adivino,
Adivinad, pecador,
Algun vestido mejor
Y otro pueblo en que comer;
Que aquí no habeis de tener
Sino pulgas y calor.

VISEO.

Calla, Brito; que ha venido
Todo el bien que he deseado.

BRITO.

¿Que por esto eres tentado?
Por cuerdo te había tenido.

VISEO.

Comida os daré y vestido
Y dineros que lleveis;
Si una figura me haceis.

ESTUDIANTE.

¿Quereis interrogacion
O nacimiento?

BRITO.

Intencion
De comer hacer podeis.
¡Ved lo que la hambre muestra!

ESTUDIANTE.

Calla, necio.

BRITO.

Pues, discreto,
Yo os probaré con efeto
Que es falsa la ciencia vuestra.

ESTUDIANTE.

No es para bestias la nuestra.

BRITO.

¿Quereis ver por qué no os creo?
Porque há rato que aquí os veo,
Y no decís ni sabéis
Que este labrador que veis
Es el duque de Viseo.

ESTUDIANTE.

El Duque! Dadme, Señor,
Los plés.

BRITO.

De aquesa manera,
Tambien yo me lo dijera.

ESTUDIANTE.

Fuera descubrirlo error,
Si él se encubre por temor.

VISEO.

Hazme, amigo, una figura
De mi desdicha ó ventura.

BRITO.

Hijo, si la habeis de hacer,
Sea despues de comer.
Allí arriba vive el cura.

VISEO.

Meneases...

MENESES.

Señor...

VISEO.

A este hombre
Dad de comer y recado
De escribir.

ESTUDIANTE.

Voy con cuidado,
Para gloria de tu nombre,
Para que este necio asombre,
De acertar.

BRITO.

Será á comer;
Que vos ¿qué podeis hacer?

MENESES.

Venid por aquí, Señor.

ESTUDIANTE.

Páguenos el cielo el favor.

VISEO.

Tú me la puedes traer.

(Vase Meneses y el Estudiante.)

ESCENA IV.

VISEO, BRITO, CASTRO.

VISEO.

En extremo estoy contento.

BRITO.

Por mas cuerdo te tenía.

VISEO.

No es, Brito, la astrologia
Para un rudo entendimiento.

BRITO.

Dióme aqueste pensamiento
Un librito que tenía
De Diógenes, y decía
Que del hombre se admiraba,
Si el gobierno contemplaba
Con que en su ciudad vivía.
Viendo para cada cual
Júz, pena, premio y ley,
Para la obediencia el rey
Y el médico para el mal,
Decía que era animal
Sábio; pero cuando vía
Que al astrologo creía,
Rudo animal le llamaba.

VISEO.

Diógenes acertaba;
Mas no amaba ni temía.
Dame un hombre con amor,
Y consultará el infierno,
Por ambicion, por gobierno,
O por temor del mayor.
Yo tengo amor y temor:
¿Qué no queres que consulte,
Aunque mas me dificulte
El ser verdad ó mentira?

BRITO.

Ruega al cielo, al cielo mira,
Para que bien te resulte.

ESCENA V.

FELIPA, DORENA. — DIGNOS.

FELIPA.

Solo está; nadie ha venido.

DORENA.

Guarde Dios á vuecelencia.

FELIPA.

¿No tiene linda presencia?

DORENA.

Tal su dicha hubiera sido.

VISEO.

Sabiendo mi soledad,

Tarde me venis á ver.

DORENA.

Hemos tenido que hacer,

Y yo estuve en la ciudad.

VISEO.

Pues, Dorena, ¿qué decían

De mis cosas por allá?

DORENA.

Que á la corte faltan ya

Los que mas la ennoblecían.

Todos tienen gran tristeza.

ESCENA VI.

COLOMBO, TURINDO, SERRANO,
músicos. — DIGNOS.

COLOMBO.

Bien podeis todos llegar.

TURINDO.

Pardiez que viene á alegrar
Todo el pueblo á vuesa alteza.

VISEO.

Quedo, Turindo; no es bien
Darme ese título á mí.

TURINDO.

Vos lo merecéis, y aquí
Todos quieren que os le dén.
A entreteneros venimos,
Gran Señor, pues no queréis
Ir hoy á caza.

COLOMBO.

Hoy veréis

Con el amor que os servimos.
Letras les dió el sacristán
A Melampo y á Fileno.

VISEO.

¿Hay algun romance bueno?

COLOMBO.

Sí, Señor, de don Roldán.
Mas este sacóle Brito
De su cholla.

BRITO.

Yo á la fo.

VISEO.

¿Sois poeta?

BRITO.

¿No se ve?

VISEO.

¿Adónde?

BRITO.

En el sobrescrito.

VISEO.

Pues ¿tienen fisonomía
Particular los poetas?

BRITO.

¿Luego no?

VISEO.

Cosas secretas...

BRITO.

¿No se conoce en la mia?
Lo primero ha de tener
Un poeta la cabeza
Sobre el hombro, porque es pieza
En que consiste el saber;
Junto al cabello la frente,
La nariz en la mitad
De la cara.

VISEO.

Eso'es verdad.

BRITO.

Y ¡cómo! Verdad patente.
La boca es de grande efeto
Que esté...

COLOMBO.

Mira lo que dices.

BRITO.

Debajo de las narices,
Para que sea discreto,
Y para comer tambien.

VISEO.

¿Lindas señas!

COLOMBO.

Extremadas.

VISEO.

Sentáos.

DORENA.

Aquí hay almohadas
Para que vos estéis bien.

VISEO.

Vaya un juego.

SERRANO.

¿Cuál será?

DORENA.

Hágase el del Rey.

FELIPA.

¿Famoso!

Puesto que será forzoso
Mirar á quién se le da,
Porque ha de ser muy discreto.

BRITO.

Si es por discreto, yo soy
El mas discreto.

COLOMBO.

Y yo ¡estoy

Por bestia?

SERRANO.

Tened respeto.

BRITO.

Colombo, ya os tengo dicho
Que conmigo no os metaís.

TURINDO.

Muy necios todos estáis.

BRITO.

Puesto se me ha en el capricho
Que os he de descalabrar,
Colombo.

VISEO.

Bueno está, Brito.

BRITO.

Yo callaré.

DORENA.

Yo los quito

A los dos de porfizar,
Dando al Duque, mi señor,
La corona.

SERRANO.

Dices bien.

Hazla pues de presto.

TURINDO.

Y ¿quién

Lo merece ser mejor?

DORENA.

Aquí de un verde laurel

Y las flores que abril pinta
La hará... Mas fáltame cinta.

FELIPA.

Toma este listón.

DORENA.

Con él

La tejere en dos momentos. (Vase.)

ESCENA VII.

DON CARLOS. — VISEO, BRITO, FE-
LIPA, COLOMBO, TURINDO, SER-
RANO, CASTRO, músicos.DON CARLOS. (Ap., sin sergido de los
demás.)Aunque con prisa he venido,
Viendo al Duque divertido
De sus altos pensamientos,
No le quiero interrumpir
El gusto con que en su aldea
Vive. ¿Quién habrá que crea
Que en esto se venga á ver?
¿Cuánto mejor vivirían
Aquí muchos cortesanos!

ESCENA VIII.

DORENA, con una guirnalda de flores.
— DIGNOS.

DORENA.

Basta; que á las propias manos
Las flores se me venían,
Como imaginaba el prado
Que eran para su señor.

FELIPA.

Pónsela.

DORENA.

Y fuera mejor

De Portugal.

VISEO.

En cuidado

Me habéis puesto. ¿Qué he de hacer?

FELIPA.

Dar oficios, porque luego
Dellos se comience el juego.

DON CARLOS. (Ap.)

¿Puede mas contento haber?
¿Dichoso el que vive aquí
Sin envidia y ambición!

VISEO.

Ya soy rey.

BRITO.

Y era razón.

VISEO.

Ni aun de burla habéis andi.—
Hago á Brito camarero,
Y á Colombo mayordomo.
¿Maestresala?

TURINDO.

Yo lo tomo.

VISEO.

Y á Serrano tesorero,
Caballerizo á Melampo.

COLOMBO.

Y á mí, Señor, ¿qué me hacéis?

VISEO.

Rey, con el laurel que veis,
Aunque de flores del campo.
(Llégase don Carlos al Duque.)¿Qué es esto, Carlos? ¿Adónde?...
DON CARLOS.

Cartas os traigo.

VISEO.

¿De quién?

DON CARLOS.

De la Reina.

VISEO.

¡Tanto bien!

De albricias, os hago conde.

DON CARLOS.

Recibo como de veras
La merced; leed aparte.

VISEO.

Si fuera á dároslo parte,
Todas fueran verdaderas.

(Lee.) «Hermano, doña Elvira me ha
dicho vuestro intento; yo estoy de-
terminada de hablar á su alteza; por
Dios os ruego que hasta que os vuel-
va á escribir no hagais las temerida-
des que me dicen que hacéis, y no
me respondais, por quitar sospe-
chas.—Doña Catalina.»
Yo he leído.

DON CARLOS.

Y yo querría

Volverme.

VISEO.

Quedaos aquí

Esta noche.

DON CARLOS.

No salí

Con mas plazo que este día.

Grande merced recibiera;

Mas daré sospecha allá.

VISEO.

No os merecemos acá.

DON CARLOS.

Adios; que la Reina espera. (Vase.)

ESCENA IX.

MENESES.—VISEO, FELIPÁ, DORE-
NA, COLOMBO, BRITO, TURINDO,
CASTRO, músicos.

MENESES.

El Estudiante se fué,
Y este papel me dejó. (Levantándose.)

VISEO.

Amigos, ya se acabó
El juego, ya no podré
Ser rey por hoy; mas volved
Mañana á ocupado estoy.
Guardaos Dios.

COLOMBO.

Contento voy.

VISEO.

A todos haré merced.
Y tú, entre tanto, Meneses,
Reparte entre todos luego
Mis ducados.

TURINDO.

¡Qué buen juego!

MENESES.

¡Qué harías mas si rey fueses?

VISEO.

¡Qué le diste al Estudiante?

MENESES.

Un doblon.

VISEO.

Pues ve tras él,
Y dale veinte.

MENESES.

Para él

Fué la figura importante.

VISEO.

Castro...

CASTRO.

Señor...

VISEO.

Parte luego

A Lisboa, y á don Carlos,
Que sabrá mejor honrarlos,
Lleva el turco y el gallego;
Y si es poco, lleva el bayo
Y el andaluz con los dos.

CASTRO.

Yo parto.

BRITO.

Guardete Dios

Para ser del mundo rayo,
Como Alejandro lo fué.

VISEO.

No me olvidaré de tí:
Cuando me vaya de aquí,
Brito, yo te dejaré
Cuanto á tu casa he traído,
Camas y tapicerías
Y plata.

BRITO.

Vivas mas días

Que el mismo tiempo ha vivido.

No vean jamás las gentes

Tu vejez, llegues igual

Hasta el juicio final

Con tus muelas y tus dientes.

VISEO.

Brito, el tiempo se abonanza;

Apresta el barco.

BRITO.

Hasta el mar

Sabrás ablandar con dar;

Que el dar lo imposible alcanza.

VISEO.

Vamos á Lisboa luego;

Que todo me siento arder,

Y no puede el agua hacer

Resistencia á tanto fuego.

(Vase¹.)

Salí del real palacio.

ESCENA X.

EL REY, DON LEONARDO, DON
LUIS, DON DIEGO.

REY.

[go
Para que entienda el miedo que le ten-
de que en Castilla de mis cosas hable,
No porque así de surrigor me vengo,
Os hago, don Leonardo, condestable.
También el premio á don Luis preven-

[go;

Que ha sido su servicio inestimable:
Duque de Guimarán se llame, y luego
Conde de Faro el capitán don Diego.

DON LEONARDO.

[dos,
Todos, Señor, á vuestros piés postra-
Estamos, como es justo, agradecidos.

DON LUIS.

Nuestros servicios fueron limitados,
Sin límite los premios recibidos.

DON DIEGO.

De que fueron en vos bien empleados,

¹ Habiendo salido músicos en la esce-
na vi, los cuales despues no han cantado ni
hablado, es de presumir que se ha suprimi-
do algo en las escenas anteriores á esta.

No solo lo mostraron admitidos, [os
Pero con premio tal, que hará animo-
A los que la virtud hace envidiosos.

DON LUIS.

La Reina mi señora viene á verte.

ESCENA XI.

LA REINA.—DICHOS.

REINA.

Hablar quisiera á solas á tu alteza.

REY.

Despedad, caballeros.

(Vanse los tres.)

ESCENA XII.

EL REY, LA REINA

REINA.

Si mi suerte

Halló gracia, Señor, en tu grandeza,
Hazme un favor.

REY.

De tu intencion me advierte.

REINA.

Mi hermano y doña Elvira...

REY.

Ya no empieza

De manera el favor que sea posible.

REINAP

¡Oh, cómo tienes condicion terrible!

REY.

¿No es casarse los dos?

REINA.

Y eso ¿no es justo?

REY.

Ni aun razonable: no tratemos desto.

REINA.

Pésame que por mí tengas disgusto.

REY.

¿Querías otra cosa?

REINA.

Solo aquesto.

REY.

Un justo amor no ha de pedir lo injusto.

REINA.

Guardete Dios.

REY.

¿Por qué te vas tan presto?

(Vase la Reina.)

No respondió. No es mucho; que es su

hermano.

Las lágrimas me encubre con la mano.

ESCENA XIII.

DON CARLOS.—EL REY.

REY.

¿Adónde vas, don Carlos?

DON CARLOS.

A su alteza

De la Reina buscaba.

REY.

¿Qué querías?

Dí la verdad.

DON CARLOS.

No es cosa de importancia,

Ni la buscara yo cuando lo fuera.

Llevé una carta al duque de Viseo,

Y véngola á decir que la he llevado.

REY.
¿Díote respuesta?
DON CÁRLOS.
No, Señor.
REY.
¿Qué dices?
DON CÁRLOS.
Que no me dió respuesta.

REY.
¿Qué hace el Duque?
DON CÁRLOS.
Cierto que vive el pobre caballero
Entre unos labradores, harto rico
Como tuviera un poco de filósofo.
Halléle entreteniéndose en mil juegos,
Representando un rey con sus vasallos,
Coronada de flores la cabeza.
Allí les repartía los oficios:
A cuál dellos hacia mayordomo,
A cuál su tesorero, á cuál le daba
Cargo de secretario; y desta suerte
Pasa la ausencia tuya y de la corte;
Que bien ha menester tanta paciencia
Quien vive en tu desgracia y en tu au-

REY. [sencia.
Vé, don Cárlas, y habla con la Reina.
DON CÁRLOS.
Beso tus plés. (Vase.)

REY.
¿Por qué de varios modos,
Camínos y discursos, me da el cielo
Aviso del intento deste mozo!

ESCENA XIV.

DON EGAS.—EL REY.

DON EGAS.
A darte gracias de mi parte vengo,
De la merced que has hecho á don Leo-
[nardo,
A don Lúls y al capitan don Diego.

REY.
No me olvido de tí, si por ventura
Me reprehendes el no haberte dado
El premio del aviso que me diste.
Los bienes de don Alvaro, su hermano
Del Condestable, muebles y vasallos
Te doy, don Egas.

DON EGAS.
Yo no lo decía
Para que se acordase vuestra alteza
De mis servicios.

REY.
¡Ah, don Diego! deja,
Deja de hablar en cosas que no impor-
[tan;

Tratemos de las mías, porque veas
Que en abonarme al duque de Visco
Has hecho un grande error.

DON EGAS.
¿De qué manera?

REY.
Cárlas, que viene ahora de su aldea,
Me dice que le ha visto coronado
De mas flores que pintan á Amalteas,
Y entra su gente, como rey, sentado.
Ahora podrás ver si lo desea,
Y está de sus amigos engañado.
Oficios daba, ya reparte oficios;
Que todos son de su esperanza indicios.
Segun esto, ¿qué quierres que presumas?

DON EGAS.
Que en esa burla y juego se entretiene.

REY.
Burlando estaba; pero, pues en suma
Por él la Reina á que le case viene

Con doña Elvira, la atrevida pluma
Con que ha llegado al Sol, perderle
[tiene.
Yo te la quiero dar, por darle enojos.

DON EGAS.
Abres los míos, por quebrar sus ojos.
En ella los he puesto de secreto;
Pero jamás, Señor, me declarara.

REY.
Vénte conmigo; que hoy tendrán efeto
Tus pensamientos.

DON EGAS.
En su amor repara.

REY. [creto
Cásate tú una vez; que el que es dis-
(Que en esto mas que en todo se de-
[ciara),

Sirviendo, amando y regalando, ad-
[quiere
Que le venga á querer quien no le
[quiere.

(Vase.)

Plaza y vista exterior del real palacio.

ESCENA XV.

WISEO y BRITO, de villanos.

WISEO.
A buen tiempo temé tierra.

BRITO.
Mucho fué no zozobrar
El barco, porque la mar
Le daba notable guerra
Con la mareta mayor
Que he visto en estos confines.
Pues el mirar los delñines
No era de menos temor:
Cuando en el agua dan vueltas
Y el lomo cerúleo asoman,
Los marineros lo toman
Por las señas mas resueltas
De que el mar se ha de alterar
Y correr tormenta fiera.

WISEO.
Mayor el alma la espera
En la tierra que en la mar.
¡Ay de mi corta ventura,
Brito, si el Rey me halla aquí!
Y ¡ay, Brito, triste de mí,
Si el Rey quitarme procura
Todo mi bien! que la adora,
Y de su loca afición
Nace la persecucion
Que estoy padeciendo ahora.

BRITO.
¡Ay de tí, y aun ay de Brito,
Pues de Wiseo el ducado
Será entonces vizcornado,
Y el Brito será cabrito!
Mas en empresa tan alta
Ten esperanza, de modo
Que vivas; que al faltar todo,
Nunca la esperanza falta.
—Necio soy en dar consejo
A un príncipe; pero amor
Me fuerza.

WISEO.
Cierto rumor
Oigo, Brito, en el espejo
De los cristales del marco.
¡Ay, si fuese el sol que adoro!
Que con ver sus rayos de oro,
Volveré contento al barco.

ESCENA XVI.

DOÑA ELVIRA, aseándose á una
ventana.—Dichos.

WISEO.
No me cogañó el pensamiento.

DOÑA ELVIRA.
¿Es el Duque?

WISEO.
Mi bien, sí.
DOÑA ELVIRA.
El alma me dió de tí,
Con divino movimiento.
¿Cómo estás?

WISEO.
Sin tí, perdido.
Y ¿tú sin mí?

DOÑA ELVIRA.
Muerta estoy,
Porque tras mis males, hoy
El mayor me ha sucedido.

ESCENA XVII.

EL REY y DON EGAS, aparecen de-
tras de doña Elvira, y escuchan lo
que dice.—Dichos.

DOÑA ELVIRA.
Ahí va en ese listón,
Atado en ese papel,
Todo el suceso cruel,
Porque no es esta ocasion
Para decirtelo á voces.
Ata tu papel, y adios.

WISEO.
¿Que aun no hablaremos les dos
Un instante?

DOÑA ELVIRA.
Ya conoces,
Mi señor, lo que te adora
El alma; no puede ser.

WISEO.
Lo que puedo responder,
Todo lo escribo, Señora,
En ese papel. Adios.

DOÑA ELVIRA.
Ya le subo. Adios te queda.

REY.
Suelta el papel.

DOÑA ELVIRA. (Ap.)
¿Que esto pueda
Mí desdicha! (Entrase.)

WISEO.
¡Ay de los dos,
Brito! que la voz del Rey
He conocido.

REY.
¡Hola, guarda!
(Entranse el Rey y don Egas.)

BRITO.
Pues ¿qué temor te acobarda
Contra la nobleza y ley
Que de caballero tienes?
Echa por aquí.

WISEO.
¡Ay mi bien!
No te dejas, que también
Conmigo en el alma vienes.
(Vase.)

Sala del real palacio.

ESCENA XVIII.

EL REY, DOÑA ELVIRA, DON EGAS.

DOÑA ELVIRA.

Señor, pues ya vuestra alteza
Que me casaba sabía,
No juzgue á libertad mía
Esta amorosa flaqueza.
Lo mismo le respondí
Hoy, que don Egas me habló.
Eso el Duque me escribió,
Para saberlo de mí,
Con esos dos labradores
Que estaban en el terrero.

REY.

Mal pagas lo que te quiero,
Mal estimas mis favores.
Quieres bien lo que aborrezco,
Y aborreces lo que estimo.

DOÑA ELVIRA.

Señor, si el Duque es tu primo,
Si á tu cuñado me ofrezco,
¿Puedo yo mejor casar?
¿No casaste con su hermana?

REY.

Elvira, si el ser liviana
No te pudiera culpar,
No fuera mala eleccion.
Casamientos por amores
Con pensamientos traidores
Llenos de sospechas son.
Casa con don Egas: mira
Que te puedo hacer mas bien
Que el Duque.

DON EGAS.

¿Tanto desden
Con quien os adora, Elvira?
Mirad que soy yo tan bueno
Como el Duque.

DOÑA ELVIRA.

¿Está consiente
Vuestra alteza?

REY.

Si no miente...

DOÑA ELVIRA.

Si miente, de infamias lleno.
¿Qué es decir que puede ser
Tanto como el Duque honrado?
Quien afrenta á tu cuñado,
¿En qué tiene á su mujer?

REY.

Elvira, menos rigor.

DON EGAS.

Déjela estar vuestra alteza.

DOÑA ELVIRA.

¿Tan bueno tál! ¿Qué nobleza
Puede tener un traidor?

DON EGAS.

Si presente no estuviera
El Rey...

DOÑA ELVIRA.

Ves aquí mi cara;
Que en lo que el Rey no repara,
Ningun testigo te espera.

DON EGAS.

¿No tengo cabeza yo?

DOÑA ELVIRA.

Tales cabezas están
Seguras: que á Guimarán
Nunca el Rey se la cortó
Por el bofetón de Inés,
Sino por traiciones tuyas.

DON EGAS.

¿Qué á mí, Elvira, me atribuyas
Lo que culpa de otros es?

REY.

No mas: quitate de aquí;
Que ya tus engaños veo.

DOÑA ELVIRA.

Si aborreces á Viseo,
Mátale, Señor, en mí.

(Vase.)

Calle: en una esquina una cruz con una
lámpara encendida delante.

ESCENA XIX:

WISEO, BRITO.

BRITO.

No hay casa ni tienda abierta
Con que le puedas leer.

WISEO.

Bruto, ¿qué luz puede arder
A una esperanza tan muerta?
Pues irme al mar sin que vea
Lo que escribe doña Elvira,
Es mover el cielo á ira,
Que mi remedio desea.
Vá corriendo hasta la plaza
Del Rocio; que por ventura
Hallarás lumbré.

BRITO.

Procura,
Pues ves que el Rey te amenaza,
Huir la ronda.

WISEO.

Si haré.

(Vase Bruto.)

ESCENA XX.

WISEO.

¡Ay noche! nunca te vi
Tan negra; mas para mí,
¿Cuándo tu luz no lo fué?
Luna, si escondes tu cara
Para que el Rey no me vea,
Sal, porque este papel lea,
Y máteme tu luz clara.
Una cruz pienso que está
En aquella esquina, y creo
Que tiene lumbré; deseo,
Vamos caminando allá.
No me engañé: ya se ven
Los rayos trémulos della.—
Lámpara, mas clara y bella
Que el sol, albricias os dén
Con alabanzas ahora
Mis ya despiertos sentidos,
Como suelen en sus nidos
Los pájaros al aurora.
Leer quiero, oh luz, con vos
El papel...— Divina cruz,
No se ofenda vuestra luz;
Que esto es servicio de Dios.
Casarme quiero, cruz santa,
Y á vos os hago testigo
Que algun traidor, falso amigo,
Que yo lo soy me levanta.
Por el divino Señor
Que en vos sus espaldas puso,
Que adoro al Rey.

(Suena dentro ruido de cadenas y una
trompeta ronca, y espántase el Duque.)

¿Qué confuso,

Qué ronco y triste rumor!

No acierto á leer. ¿Qué haré?
Temblando estoy. Cruz que adoro,
Yo os ofrezco cubrir de oro,
Si pediros la luz fué
Ofender vuestro valor.
—Allí cantan. ¡Ay de mí!
¿Si es mujer? pienso que sí,
Que está haciendo su labor.

ESCENA XXI.

UNA VOZ canta dentro tristemente.
—WISEO.

VOZ.

Don Juan, rey de Portugal,
Ese que llaman el Bravo,
Quejoso vive en Lisboa
De sus deudos y vasallos.
Con su fuerte condición
Piensa que quieren matarlo
Los portugueses famosos,
Cuatro inocentes hermanos.
Al Condestable destierra,
También al conde de Faro,
Y á don Alvaro el menor;
Que la envidia puede tanto.

WISEO.

Y ¡cómo, si envidias pueden
Hacer un hombre pedazos,
Desde los cercos del sol
Hasta el mar de sus agravios!

VOZ. (Dentro.)

Al duque de Guimarans
Mandó en público teatro
Cortar la honrada cabeza,
Digna de robe y de lauro.

WISEO.

Temblando estoy, y esta cruz
Me pone mayor espanto.
Irme quisiera, y no puedo.
Su luz me parece un rayo.

VOZ. (Dentro.)

Del buen duque de Viseo,
Maneja fuerte y gallardo,
Tiene mil quejas el Rey,
Con ser su primo y cuñado.
Guárdate, Duque inocente,
Guárdate, Abel desdichado;
Que malas informaciones
Ensangrientan nobles manos.

WISEO.

¿Que me guarde yo? ¿Por qué?
Por qué he de guardarme, estando
Inocente como estoy?

ESCENA XXII.

EL DUQUE DE GUIMARANS, difunto,
con manto blanco y la cruz de la ór-
den de Cristo pasa por delante del
DUQUE DE VISEO.

GUIMARANS.

Duque...

WISEO.

¡Ay cielos soberanos!

GUIMARANS.

Duque...

WISEO.

¿Qué es esto que veo!

GUIMARANS.

Duque...

WISEO.

Todo estoy temblando.

GUIMARANS.

Guárdate del Rey.

VISEO.
 ¿Qué dices?
 GUIMARÁNS.
 Que te guardes. *(Desapárase.)*

VISEO.
 ¡Cielo santo,
 Dad favor á un inocente!
(Cae, puesta la mano en la espada, la media defuera.)

ESCENA XXIII.

BRITO.—VISEO, caído en el suelo.

BRITO.
 ¡Con qué temerosos pasos
 Busqué la luz, que mas presto
 Dará el día hermoso y claro,
 Porque ya por el oriente
 Se miran celajes blancos!
 Aquí está el Duque... ¡Ay de mí!--
 Señor, ¿estás desmayado?
 ¿Qué tienes, Señor? Responde,
 Vuelve en tí, mira tu daño.
 Mira que se acerca el día.
 ¿Has caído?

VISEO.
 ¡Ay Brito! Vamos,
 Vamos á la mar.

BRITO.
 ¿Qué tienes?
 VISEO.
 ALLÍ lo sabrás de espacio.
(Vase.)

Orillas del mar.

ESCENA XXIV.

VISEO, BRITO.

BRITO.
 Por esta calle se ve,
 Señor, la orilla del mar.
 VISEO.
 ¡Ay Brito, no puedo andar!
 BRITO.
 ¿Cómo caíste?

VISEO.
 No sé...
 —Pero si ocasion no fué
 El ver lo que entonces vi
 Para estar fuera de mí,
 En mi vida tendré pena.

BRITO.
 Noche de tinieblas llena,
 ¿Qué peligros no hay en tí?
 ¡Qué bien de tus confusiones
 Los escarmentos dijeron
 Que tus tinieblas se hicieron
 Para amantes y ladrones!
 ¡Oh luz divina, que pones
 Gobierno y paz en el suelo,
 Oh luz, divino consuelo!
 Tú dices tu valor mismo.
 Noche eterna es el abismo,
 Y luz inmortal el cielo.
 Si la luz no te faltara,
 Por la oscuridad cruel,
 Para leer el papel,
 Nunca de tí me apartara.
 Fui por luz hermosa y clara,
 Y cuando con luz volví,

Tan desmayado te vi,
 Que aun ahora estás sin seso.

VISEO.
 ¡A quién tan triste suceso
 No le sacará de sí?
 En aquella encrucijada
 Donde me dejaste, Brito,
 Tiene todo aquel distrito
 Una lámpara colgada
 A la imagen venerada
 De la santísima Cruz;
 Quise leer en su luz
 El papel; y cuando llego,
 Sale della un trueno y fuego
 Como si fuera arcabuz.
 Luego... que apenas resisto
 Las lágrimas y el espanto...
 Veo con el blanco manto
 Y la roja cruz de Cristo
 El que de mis ojos visto
 Fué en palacio degollado,
 Aquel duque desdichado
 De Guimaráns. Mas al punto
 El fué el vivo, yo el difunto...
 Todo el cabello erizado,
 Pálido el rostro y sangriento,
 ¡Ay! dijo no mas, turbada
 La voz; y entonces la espada
 Con manos de hielo tiento;
 Y aunque con atrevimiento
 Tal vez el cuello ha cortado
 Del toro en Duero criado,
 O del africano moro,
 Allí cayó mi decoro
 Por la tierra desmayado.

BRITO.
 Todo el cabello me erizas
 Y como un alambre pones...
 —Pero son estas visiones
 Quimeras antojadizas.
 Como tanto sutilizas,
 Tu pensamiento, del viento
 Hace visiones.

VISEO.
 Yo siento
 Que no es sin gran ocasion,
 Aunque las visiones son
 Sombra que hace el pensamiento.

BRITO.
 Todo su rigor cruel
 Cesará con la alegría
 (Pues ya se declara el día)
 De lo que dice el papel.
 Sácale, y verás en él
 De todo tu mal consuelo.

VISEO.
 Dices bien.—¡Ay, santo cielo,
 Que el papel que le escribí
 Es este que tengo aquí!
 Ay de mí corta ventura!

BRITO.
 ¿Qué le has dado?
 VISEO.
 La figura

Del astrólogo le di.
 BRITO.
 Pues ¿adónde la tenías?

VISEO.
 Aquí con otros papeles.
 BRITO.
 Déjale y no te desveles.
 De buena mano le fías.

VISEO.
 No pueden pasar dos días
 Sin que á Lisboa volvamos.

BRITO.
 El suyo, Señor, leamos.

VISEO.
 ¿Que la figura le di!

BRITO.
 Lee el papel.

VISEO.
 Dice así.
(Lee.) «La Reina al Rey me pidió
 »Para tí, mi bien; que yo
 »Solo nací para tí.
 »Negóse, aunque le ha costado
 »Lágrimas (¡ah envidias ciegas!),
 »Y hoy dice que con don Egas
 »Me case (¡ay fiero cuñado!).
 »Tuvo fuerte, y él airado
 »Porfía; si mas porfía,
 »Tú verás la muerte mía
 »Primero que el Rey cruel...»

BRITO.
 Cierra, Señor, el papel;
 Que viene gente á la mar.

VISEO.
 Haz el barco desatar,
 Y entremos de presto en él.
 ¡Miserio yo! ¿Qué de cosas
 Una tras otra persiguen
 Mi vida, sin que milgüen
 Tantas ansias amorosas!
 Qué tragedias lastimosas
 Portugal pienso que mira
 En mí, por una mentira!
 Cielos, anégüeme el mar,
 Si á don Egas ha de dar
 La mano mi hermosa Elvira.
(Vase.)

Sala del real palacio.

ESCENA XXV.

EL REY, con un papel en la mano;
DON EGAS, DON CARLOS.

REY.
 Ahora, ¿qué dirás del Duque fiero?
 DON EGAS.
 Admirado me tiene la figura.

REY.
 Todo ha sido, en mi daño, verdadero.
 DON EGAS.
 Conozco ahora que reinar procura.

REY.
 Mira las doce casas, mira entero
 Todo este cuadro.

DON EGAS.
 En él su sepultura
 Trazó la astrología de su dueño;
 Que venir á ser rey el Duque es sueño.

REY.
 Carlos...
 DON CARLOS.
 Señor...

REY.
 ¿Qué te parece desto?
 DON CARLOS.
 Que no será verdad la astrología.

REY. [Lo,
 Rey dice que ha de ser el Duque pres-
 Y aquí lo funda en el que alumbra el día.
 No tiene estrella ni planeta opuesto,
 Saturno de su daño se desvía;
 En la parte mejor de su fortuna
 Le mira bien el sol, mejor la luna.
 No tiene aspecto menos que de trino
 En todas las figuras de importancia.

¡Falta un verso para completar décima.

DON EGAS.
¡No pudo errar, Señor, ese adivino,
O escribir por lisonja ó por ganancia?
Mas ¿cómo á tu poder el papel vino?

REY.
Porque lo quiso el cielo.

DON EGAS.
Si de Francia,
Castilla ó Aragon le viene ayuda,
Dirá verdad esta figura muda.

REY.
Vé, Carlos, á llamarle; di que al punto
Contigo venga, y porque presto vayas,
Vé por el mar.

DON CARLOS.
Yo voy. (Vase.)

ESCENA XXVI.

EL REY, DON EGAS.

REY.
Estoy difunto.

DON EGAS.
¿De cosas tan humildes te desmayas?

REY.
Don Egas, el remedio te pregunto.

DON EGAS.
Si ha de pasar las africanas playas,
Y con favor del moro hacerte guerra,
Más yerras en echarle de tu tierra.
Pues si se va á Castilla, ó si se pasa
A Francia ó Alemania, todo es daño.

REY.
¿Matarle?
DON EGAS.
En secreto, y no en tu casa,
Con que te libras de cualquier engaño.

REY.
¿Y la Reina?
DON EGAS.
¿Qué importa, si se abraza
Todo un reino?

REY.
Es mi esposa.
DON EGAS.
El desengaño
Dela maldad del Duque, pues es cuerda,
Hará, Señor, que el sentimiento pierda.

REY.
Esa hermana, don Egas, y es mi prima.
DON EGAS.
Pues déjale que reine y que te mate.

REY.
Mucho su sentimiento me lastima.
DON EGAS.
No hayas miedo que yo deso te trate.

REY.
¿De esa manera tu valor me anima?
DON EGAS.
Pues ¿qué te he de animar, si te com-
Tanto temor y amor? (bate)

REY.
¿Bien dices: muera.
¿Soy yo don Juan el Bravo?
DON EGAS.
Un poco espera.

ESCENA XXVII.

DON LEONARDO, DON LUIS,
DON DIEGO.—DICHOS.

DON LEONARDO. crito
El Condestable, gran Señor, me ha es-

Dándome el parabien, con gran pruden-
cia,
De la merced que me haces con su ti-
tulo.

DON LUIS.
Y á mí el de Faro con igual cordura.

DON DIEGO.
Pues no menos don Alvaro me escribe,
Y me encomienda sus vasallos.

REY.
Todos

Fingen que no lo sienten.
DON LEONARDO.

Por Dios, ruego
A vuestra alteza vuelva al Condestable,
Que es un gran caballero, aqueste ofi-
cio.

DON LUIS.
Y yo lo mismo por el Conde ruego.
DON DIEGO.

Lo mismo por don Alvaro te pido.
REY.

¿Qué presto su piedad os ha movido!
Mas, pues rogais por ellos, yo sospecho
Que debéis de seguir sus intenciones.
De su parcialidad os habeis hecho.

DON LEONARDO.
Nunca Dios quiera tal.

DON LUIS.
Si es que ellos tratan
Lo que sospechas, Dios lo sabe solo.

DON DIEGO. [esto.
Mucho nuestra lealtad se agravia en

ESCENA XXVIII.

DON CARLOS.—DICHOS.

DON CARLOS.
Notable dicha tengo en tu servicio.
Al entrar en la mar, al de Viseo
Topé con un criado, que llevaba
Un barco, y ya el arriaz, levantado
El reson de la proa y la mesana,
Daba á los aires la tendida vela.
Díjeme que por él venis, y luego
El barco á tierra acostan, y tomándola,
Dejó el gaban, y con espada y capa
Me sigue sin hablarme.

REY.
¿Dónde queda?

DON CARLOS.
Queda en la antecámara.

REY.
Pues éntre.

DON LEONARDO.
¿Aquí quieres hablarle?

REY.
Pues ¿qué importa?

ESCENA XXIX.

VISEO, en hábito muy galán; BRITO,
de escudero.—DICHOS.

BRITO. (Ap. á Viseo.)
Ten prudencia, y la cólera reporta.

VISEO.
Déme los piés vuestra alteza.

REY.
Detente; que no es razon
Dar los piés á la traicion
Que sube hasta la cabeza.

VISEO.
Mire vuestra alteza bien
Cómo me debe tratar.

REY.
¿Qué tengo ya que mirar?
Porque en tí no miro á quién.

VISEO.
Soy su primo, y no es mejor
Ninguno de los presentes.

REY.
¿Tú mi sangre! Mientes, mientes;
Que en mi sangre no hay traidor.

VISEO.
¿Yo traidor! ¿De qué manera?

Si al duque de Guimarán
Por traidor muerte le dan,
Todo Portugal lo fuera;
Que si cualquiera inocente
Que á vuestra alteza le dé
Sospecha es traidor, no sé
Qué vasallo ni pariente
Se pueda llamar leal.

REY.
Niega que aquesta figura
No te ofrece y asegura,
Viviendo yo, á Portugal.

VISEO.
Hízola un pobre estudiante
Por lisonja, y se la di
A Elvira ¡pau yerro.

REY.
Aquí
Ya no hay disculpa importante.

VISEO.
Si alguno de los presentes
Me ha infamado en la lealtad,
Ninguno dice verdad;
Solo tú, Señor, no mientes.

REY.
¿Cómo?

VISEO.
Que no mientes digo,
Sino es quien dice que soy
Traidor.

REY.
¿Soy rey ó quién soy?

¿Esto pasa sin castigo?
Matalde vos, Condestable.

DON LEONARDO.
Yo, Señor, culpa no veo.

REY.
Matalde, Conde.

DON LUIS.
Viseo
No ha sido en esto culpable.

REY.
Matalde, don Diego.

DON DIEGO.
Yo

REY.
No veo culpa.

REY.
Don Carlos,

Matalde.

DON CARLOS.
Debo imitarlos,
Y no hay causa.

REY.
¿Cómo no?

Don Egas, dalde la muerte.

DON EGAS.
No me lo mandes, Señor.

REY.
Nadie me mata á un traidor?

Pues muera de aquesta suerte.
(Dale el Rey con la daga, y él va reti-
rándose y cayendo con las bascas de
la muerte, y el Rey tras él y Brito.)

VISO.
¡Válgame el cielo, á quien hago
Testigo de mi inocencia! *(Entrase.)*

REY.
Yo ejecuté la sentencia,
Y de mi mano me pago. *(Entrase.)*

DON LEONARDO.
¡Braveza extraña!
DON EGAS.
Y crueldad
No vista en hombre.

ESCENA XXX.

EL REY, *que vuelve*; LA REINA, DON
MANUEL, *nieto*; ELVIRA, DAMAS.—
DON EGAS, DON LEONARDO, DON
LUIS, DON DIEGO.

REINA.
¡Qué es esto?
¡Vos, Señor, tan descompuesto!
DOÑA ELVIRA. *(Ap.)*
¡Qué temblais, alma? esperad.

REY.
Si algun hombre, Catalina,
Tuviera intento y deseo
De querer matar al Rey
Para alzarse con su reino,
¡Qué mereciera?

REINA.
La muerte.

REY.
Pues con eso libre quedo
De haber muerto á vuestro hermano.

REINA.
¡Señor! ¿mi hermano habeis muerto?

REY.
Quedo, quedo.

DOÑA ELVIRA.
¡Cielo santo!
¡Esto sufris en el suelo?
DON MANUEL.
¡Por qué habeis muerto, Señor,
A mi hermano?

REY.
Estadme atento.
Ya yo dije á vuestra hermana,
La Reina, en breve suceso,
Cómo me quiso matar.

DON MANUEL.
Pues ¿de qué sabeis que es cierto?

REY.
De papeles y de indicios.

DON MANUEL.
Envidiosos lisonjeros.

DOÑA ELVIRA.
Dadme licencia, Señor,
Para que entre á ver el cuerpo.

REY.
¡Querrás llorar á tu esposo?
DOÑA ELVIRA.
Mas que llanto á su amor debo. *(Vase.)*

ESCENA XXXI.

Los mismos, menos ELVIRA.

REY.
No quiero, Manuel, que alguno
Pueda presumir que he muerto
A tu hermano por codicia,
Y por eso darte quiero
Su estado, que en mi poder
Por todas las leyes tengo;
Que al que es traidor se confíscan.
Advertid, Manuel, con esto
Que en mi lengua portuguesa,
Para enmienda y escarmiento,
Marqués de Visco vos faço,
Duque de Aviso vos eo.
Guardáos, Manuel, y mirad
De vuestro hermano el ejemplo;
Y para que os acordeis,
Volved los ojos al cuerpo.

ESCENA XXXII.

*Descubren al DUQUE, sangriento, y en
una almohada la corona y el cetro;
y en otra doña ELVIRA, con la mano
en la mejilla.*

REINA.
Dadme licencia, don Juan,
Para no mirarle.

REY.
Pienso
Que no me llamastes rey
Por ver ya difunto el vuestro.
Idos, don Egas, con ella,
No haga algun desconcierto.
Id vos, don Carlos, tambien.
*(Vase la Reina, las damas, don Egas y
don Carlos.)*

ESCENA XXXIII.

EL REY, DON MANUEL, *nieto*; DON
LEONARDO, DON LUIS, DON
DIEGO.

REY.
Este ejemplo, caballeros,
Os toca á todos: mirad
Allí la corona y cetro.
Pero despertad á Elvira
De aquel desmayo.

DON LEONARDO.
No creo
Que volverá del desmayo,
Porque es el postrero sueño.

REY.
¡Es muerta Elvira?
DON LUIS.
Y tan fría,
Que ya no hay señal de aliento.
REY.
¿Matóse?
DON LEONARDO.
No se mató.
REY.
Pues ¿qué ha sido?
DON LEONARDO.
Amor inmenso.
(Dan voces dentro.)

REY.
¡Qué voces dan? Qué rumor
Es este? ¡Ah, guardas! ¡porteros!

ESCENA XXXIV.

DON CARLOS.—Dichos.

DON CARLOS.
Ha sucedido en el mundo
Tan espantoso suceso?

REY.
¡Qué es eso, Carlos?
DON CARLOS.
Señor,

Un labrador ó escudero
Del Duque, que desde el barco
Le vino hasta aquí siguiendo,
Así como vió á don Egas
Arremetió, y por el pecho
Le clavó toda la daga,
«Muere, villano,» diciendo.
Acudió la guarda á él,
Y mil pedazos le han hecho.

REY.
¡Valiente escudero y noble!
Háganle un honroso entierro.
¡Válame Dios! ¡Si don Egas
En estas cosas me ha puesto,
Pues Dios le castiga así!

DON LEONARDO.
Si como prudente y cuerdo
Nos quieres oír, sabrás
Que este traidor lisonjero
Te ha puesto en tantas desdichas.

REY.
Sí; mas no tienen remedio.
A doña Elvira y al Duque,
Que en la vida no pudieron,
Muertos los junte un sepulcro,
Para que se gocen muertos.

DON CARLOS.
Aquí acaba la tragedia
Del Gran Duque de Visco,
A quien dió muerte la envidia,
Como hace á muchos buenos.

EL CUERDO EN SU CASA.

PERSONAS.

MENDO.
LEONARDO.
DOÑA ELVIRA.
ANTONA.

SÁNCHO.
DON FERNANDO.
DON ENRIQUE.
MONDRAGON, *criado*.
LISENO, *pastor*.

ERGASTO, *pastores*.
GILOTE,
INÉS.
LEONOR.
LUCÍA.

TORINDO.
CRIADOS.
MÚSICOS.
ACOMPAÑAMIENTO.

La acción pasa en Plasencia y sus cercanías.

ACTO PRIMERO.

Cabaña de pastores en las cercanías de Plasencia.

ESCENA PRIMERA.

LISENO, GILOTE, ERGASTO.

LISENO.
En soplando el regañon,
Dios lo puede remediar.

ERGASTO.
¡Esta es vida de envidiar?
Haz lumbre, corta ramon.
¡Pesía el cierzo, que así sopla!

GILOTE.
El es persona gentil
Para amigo de alguacil.

ERGASTO.
Cautivo en Constantinopla
Esté quien pastor me hizo.

LISENO.
¡Al principio del verano
Te quejas, Ergasto hermano?

ERGASTO.
Esta es la nieve y granizo
De la montaña avileña.

LISENO.
Pues si el invierno de allí
Aun fuera verano acá,
Que nunca el invierno cesa.

GILOTE.
Los aires murmuradores
Me pasan.

LISENO.
Quisiera ver
Los que suelen componer
Estos libros de pastores,
Donde todo es primavera,
Flores, árboles y fuentes.

GILOTE.
En los tiempos diferentes
Nunca amor invierno espera;
Que cuanto en verano inventa
Es por tener el que ama,
Gil, el invierno en la cama.

LISENO.
Cuántos aman ¡tienen renta?

GILOTE.
Sin duda; porque el amor
Es para ociosos no mas.

LISENO.
Sospecho que por detrás
De aquel carrasco mayor
Viene un hombre en una yegua.

ERGASTO.
Pardiez, que parece el amo.

GILOTE.
¡El amo? Lince te llamo;
Que hay mas de un cuarto de legua.

LISENO.
Por Dios, Gilote, que es él;
La yegua conozco ya.

ERGASTO.
Ya el mastin tras él se va.

LISENO.
Ya están los perros con él.

ERGASTO.
Ya relincha á la querencia
La castañuela.

GILOTE.
Parió
Aquí el potro que vendió
Mendo al letrado en Plasencia.

ERGASTO.
Si relincharan así,
Cuando vieran las mujeres
Los dueños de sus placeres...

GILOTE.
Mas de alguna vez lo ví;
Y no fuera maravilla,
Pues el caballo del Cid,
Oyendo el son de la lid,
Relinchaba por la silla.

ESCENA II.

MENDO. — Dichos.

MENDO. (*Dentro*).
Llévala, Anton, al cortijo,
Y darsíala de comer.

ERGASTO.
El es, cierto.

GILOTE.
¡Qué placer!

LISENO.
ERGASTO.
¡Qué regocijo!
(*Sale Mendo.*)

LISENO.
¡Amo nuestro!
MENDO.
¡Oh mis pastores!
Todos en buen hora estéis.

GILOTE.
Par Dios, que no parecéis
Hombre que sabe de amores.
¡Al anochecer aquí,
Con estos aires y hielos!

MENDO.
Quien ama, libre de celos,
Bien puede venir así.
Diéronme tarde un aviso
Que del monte me cortaban
Leña, y á vueltas cazaban;
Y con furor improvisó
En la castaña subí,
Que salta como en el fuego:
Ahorro dos leguas, y llego;
Mas ninguna cosa ví,
Tanto, que á entender me doy
Que algun vecino, envidioso
De que asista al lado hermoso
De aquel ángel de quien soy,
Quiso desterrarme della,
Y por acá me arrojó.
Pero volveréme yo;
Que es bella, y muero por vella.

GILOTE.
Pardiez, que no vuelva al.
Pasa sin ella esta noche;
Que la luna el negro coche
Cubre de helado cristal,
Y llegarás aterido.
Mañana, cuando el oriente
Corone la rubia frente
De Febo recién nacido,
Irás á almorzar con ella.

MENDO.
Y ¡qué tendrás que me dar?

GILOTE.
Vellones no han de faltar
De lana merina y bella;
Destos, y nuestros gabanes,
Cama tendrás en la tierra,
Que la envidien en la guerra
Mas de cuatro capitanes.
Y no digo á quien desvela
El rebumbar la pelota,
Mas algun señor con gota,
Que no duerme en seda ó tela.
Tendrás las piernas envueltas
En un listado costal,
La frente en un cabezal
De varias plumas revueltas;
No de aquellas que desvelan
Escribiendo y estudiando;
Que estas brindan sueño blando
Do aves domésticas pelean.
Para dormirte tendrás
Nuestros vientos, no las cuentas,
Que desvelan, de las rentas,

Que ni las tomas ni das.
La cena, ya la adivinas:
Aguza, Ergasto, el cuchillo,
Cuelga un blanco cabritillo
De aquellas negras encinas.
Tú cuerta un buen asador
De aquella carrasca seca,
Y tú la helada manteca
Pon do se abrase al calor.
Sorberás leche, que el suelo
Cubre en barreños á parvas,
Que te encanezca las barbas,
Plegada del fuerte hielo;
Que con esto, y vino fuerte,
Adormirás tu persona,
Sin que echés menos á Antona
Hasta que el sol te despierte.

MENDO.

Por daros este placer,
Y para que no entendáis
Que el amor que me mostráis
No lo pienso agradecer,
O no sospechéis de mí
Que me ha olvidado el dinero
De cuando fui carbonero
(Que, en fin, carbonero fui,
O á lo menos ayudé
A mi padre, que me ha dado
El oro y este ganado,
Que primero carbon fué),
Digo que me quedo aquí.

GILOTE.

Vivas mas que un ciervo.

MENDO.

¡Guarda!

Que solo el nombre acobarda...
No porque hay sospecha en mí;
Pero tengo una mujer,
Que llaman por excelencia
La *Bella* en toda Plasencia,
Y puedo amar y temer.

GILOTE.

Pues vivas mas que un solar
De hijodalgo en la montaña,
Y mas que tela de araña
En techumbre de pajar,
Mas que corchos de colmenas
Que ni aguan viento pasa,
Mas que escritura de casa
Que va cobrando veintenas.
Tu barba, cual nieve en ampo,
Dure mas que en muro hiedra,
Y mas que mojon de piedra
En jurisdiccion del campo.
Vivas fuerte cada día
Mas que peñasco en el mar,
Mas que pila de lavar
En corral de casería;
Y porque veas que precio
Tu vida, extiende el compás;
¡Plega á Dios que dures mas
Que una visita de un necio!

MENDO.

¡Con qué te podré pagar,
Gilote amigo, ese amor?
—Pero escuchad, ¡qué rumor
Es este?

GILOTE.

Del encinar
Sale un rocín con un hombre.

MENDO.

De cazador es la traza.

GILOTE.

Él se ha perdido en la caza,
Porque es ordinario á un hombre.

MENDO.

Él nos ha visto, y se apea,
Por poder llegar acá.

ESCENA III.

LEONARDO. — DICHOS.

LEONARDO. (Dentro.)

¡Ah, buena gente!

MENDO.

¿Quién va?

LEONARDO. (Dentro.)

¿Quién queréis que ahora sea?
Un hombre soy, que he perdido
Dos podencos y un criado.

ERCASTO.

Mucho parece al letrado
Que á nuestra casa ha venido.

GILOTE.

Es el hidalgo que tiene
Aquella hermosa mujer.

MENDO.

El mismo debe de ser,
Que solo y perdido viene.

GILOTE.

¡Letrado y aficionado
A la caza, y con mujer
Hermosa!

ERCASTO.

Bien puede ser.
Por aliviar su cuidado.

GILOTE.

A la fe, debe de andar
(Que caza es ciencia de reyes)
A cazar algunas leyes,
Que no las debe de hallar;
Y echad de ver esta historia
En que ha perdido los perros,
Que son para tales yerros
Entendimiento y memoria.
(Sale Leonardo.)

MENDO.

¡Es vuesa merced acaso
El señor Leonardo?

LEONARDO.

Soy

Vuestro vecino, que voy
Perdido por este raso
Sin senda ó camino alguno.
Por buen agüero he tenido
Haberme aquí detenido.

MENDO.

Ya no hay remedio ninguno
Para volver á Plasencia.
Aquí os habeis de quedar.

LEONARDO.

Y ¿cómo podré pasar
Sin doña Elvira la ausencia?

MENDO.

Como yo la de mi Antona,
Que há menos que soy casado.
Todo el cielo se ha cerrado,
Nieve y borrasca pregona.
Lumbre harán, y cenaréis
Buen cabrito y leche en tarros,
Y entre lanudos zamarros
La mañana esperaréis.
Discreto sois, yo ignorante:
Aprovechad la fortuna.

LEONARDO.

No me estorbara ninguna
En ocasion semejante
Ver mi Elvira, á no ser vos,
Mendo, quien me deteneis,
Que un grande amor me debeis.
Y pésame que los dos
No seamos muy amigos,
Pues tan vecinos estamos.

MENDO.

Como por caminos vamos
Tan contrarios y enemigos,
Tengo á gran dificultad
Hacer amistades tales;
Porque dicen que de iguales
Es la perfecta amistad.
Vos letrado, yo ignorante;
Vos hidalgo, yo villano,
Será nuestro trato en vano,
No hallaremos semejante.
Yo hablaré de mis labores,
Y vos de libros y leyes;
Vos de negocios de reyes,
Yo de humildes labradores.

LEONARDO.

La vida, Mendo, contiene
Un mismo fin, que es vivir.
Que en el sabio hasta morir
Con el mas rudo conviene.
Cosas hay en que seremos
Muy semejantes los dos.

MENDO.

Hartísime merced.

LEONARDO.

Por Dios,
Que desde hoy mas nos tratemos.
Y visitense tambien
Nuestras mujeres.

MENDO.

Sí harán.

GILOTE.

Ya en la mesa hay vino y pan.

MENDO.

Venid; que os sabrá muy bien.

LEONARDO.

Pésame que Elvira espera;
Pero ¿qué se puede hacer?

MENDO.

Mañana la habeis de ver.

GILOTE. (Ap.)

Mas que nunca acá viniera...
Que un letrado, aunque perdona,
Entre villanos tan bajos,
Es como quien come ajos,
Y guantes de ámbar se pone.
(Vase.)

Sala en casa de Mendo en Plasencia.

ESCENA IV.

SANCHO, ANTONA.

SANCHO.

¡Esto te cansa de mí?
Hija, aunque tu suegro soy,
Ya como tu padre estoy
Con el mismo amor aquí.
No te espantes porque así
Te riña por tantas galas,
No por tenerlas por malas,
Sino es porque suelen ser
En una honesta mujer
De los pensamientos alas.

ANTONA.

Pues ¿qué tengo yo que exceda,
En que me tengas por vana?

SANCHO.

Ese corpiño de grana,
Que agirona ilustre seda;
Que aunque á mujer se conceda,
Y mujer propia, el vestido
Rico, nuevo y guarnecido,

Ha de ser considerado
Por la hacienda y el estado
De su padre y su marido.
Esas doradas patenas,
Que pueden en mi lugar
Ser lámparas de su altar,
De tantas labores llenas;
Esos corales, que apenas
Puede sustentar tu cuello;
Ese argentado cabello,
Esa chinela argentada,
Con tanto lazo y lazada,
Que aposenta piés tan bellos,
No dice á tu honestidad
Ni al estado de tu esposo;
Que no es hombre poderoso
Ni sale á plaza en ciudad,
Ni tiene mas calidad
De aquella que yo le di.
Ayer carbonero fui,
Y el tizne de aquel carbon
En cuarta generacion
No le apartará de sí.
Anda por tu vida, Antona,
Ya que te llaman la Bella,
Casada como doncella,
Recatando tu persona.
Y si te enoja, perdona;
Que mas de verte me alegro
Con un traje humilde y negro,
Que con galas de color;
Que es alcalde del honor,
Donde falta el padre, el suegro.

ANTONA.

Sancho, que Dios guarde,
Con fuertes razones
Persigues mis años,
Marchitas sus flores.
Mis galas os cansan,
Decís que perdones;
Licencia os han dado
Los tiempos veloces.
Nunca he visto viejo
A quien años sobren,
Que á sus mocedades
La cabeza torne.
Con su helada sangre
Y el humor que corre,
Viendo que en la vida
Ya comen los postres,
De todo se enfadan,
Porque no conocen
Lo que hay del que sale
Al sol que se pone.
Son las cuatro edades
Del hombre conformes
A cuatro animales:
Sus costumbres oye.
El tierno cordero
Desde cinco á doce
Salta, juega y brinca
Por valles y montes.
Pasan estos juegos,
Y desde catorce
Hasta treinta imita
Al caballo noble.
Galas y jaeces
Quiere que le adornen;
Pero por su gusto
Freno y riendas rompe.
Cumpliendo cuarenta,
No hay león que more
Mas fiero en Albania
Ni en los indios bosques.
Ya de vuestra edad
(Perdonad que nombre
Animal tan feo),
Parecís lechones;
Que todo es gruñir
Los días y noches,
Y hacer sepulturas
Con huecos torpos,

Ni son de provecho
Hasta que les corten
El cuello, y les saquen
Lo guardado á golpes.
Yo no me he casado,
Sancho, con dos hombres.
Mendo, vuestro hijo,
Quiere que me toque,
Quiere que me vista,
Quiere que me enoje,
Mas porque le agrade
Que porque le enoje.
Cuando nos pusieron
Con las bendiciones
El yugo en la iglesia,
Dijo el crego entonces
Que hiciésemos uno
De dos corazones.
Abrahan y Isaque
Y Jacob, á voces
Me acuerdo que dijo
En las oraciones;
Pero Sancho y suegro,
Así yo me goce,
Que nunca lo dijo,
Ni el que le responde.
No daré ocasion,
Así Mendo os honre,
Que por componerme,
Me desmatrimonio;
Que no está en las galas,
Cintas y listones
La virtud del alma,
Por quien él me adora.
Si yo me pusiera
Zapato de broche,
Cenojil de orillo
Y medias de monje,
Faldas que sirvieran
De encerado á un coche,
Y siendo mujer,
Pareciera cofre,
Por ventura Mendo
Se me fuera adonde
Cubren con holandas
Cuerpos de algodonos.
Rostros con mas aguas
Que algun chamelote,
Que, aunque se desmayen,
No mudan colores;
Guantes adobados
A usanza de corte,
Rizos y copetes,
Donaires y dones,
Me le cautivaran
Con su trato doble:
Dírales su hacienda,
Díranme de coces.
Yo me entiendo, Sancho;
Que quieren los hombres
Los cuerpos de seda,
Las almas de azogue.
Si carbon hiciste,
El amor doblones;
Quien de gusto es rico
No puede ser pobre.

SANCHO.

Atentamente escuché,
Antona, tu bien trazada
Respuesta: ya estás casada,
Ya con Mendo te casé;
Mal hice, libre te hablé.
Por él corres, no por mí:
Quejarte puedes, que fui
En el consejo atrevido,
Porque teniendo marido,
El tendrá cuenta de ti.
No le tengo por muy cuerdo;
Y porque sé lo que pasa,
Quise gobernar su casa;
Mas ya del refrán me acuerdo.
Loco soy si tiempo pierdo:

El se debe de entender,
Y tú debes de saber
Lo que os conviene á los dos;
Pero de mano de Dios
Viene la buena mujer.

(Vase.)

ESCENA V.

ANTONA.

¿Puede haber cosa que sea
De tan grande pesadumbre?
Mendo, de mis ojos lumbre,
Mi cuidado en tí se emplea.
Solo agradarte desea
El corazon que te he dado.
Si en vestirme no te agrado,
Tiempo hay, en que, desnuda,
Ni en mi lealtad pongas duda,
Ni recelo en mi cuidado.

ESCENA VI.

INÉS. — ANTONA.

INÉS.

Ponte, así te guarde el cielo,
A esa ventana, Señora;
Que pasan la calle agora
Las dos luces deste suelo:
Enrique, en un castañuelo
Que se pinta con la espuma
Todo el pecho, porque en suma
Cisne volviéndole van;
Y Fernando en alazan,
Que le pinta el viento en pluma.
Cuando no fueran sobrios
Del Obispo, y caballeros
(Que solo por extranjeros
Ya de ser vistos son diños),
Son en tal peregrinos,
Como en brio y gentileza.
Obliga á tu gran belleza
A ver y dejarse ver,
Para no venir á ser
Ingrata á naturaleza.
Han dado dos empellones
A sus caballos; mas luego
Con piedras, vueltas en fuego,
Llamaron á tus balcones;
Que sirviendo de eslabones
Las herraduras heridas,
Con centellas encendidas
Quieren despertar tu nieve;
Que el fuego de amor se atreve
A las mas seguras vidas.

ANTONA.

No prosigas; que no quiero
Salir á verlos. Inés,
Porque en nuestro daño es
Siempre la vista primero.
Es el mirar lisonjero
Casi principio de hablar;
Del hablar viene el obrar,
Del obrar las desventajas;
Quien llama con herraduras
Es imposible acertar.
Yo, por excusar enojos,
Si á mi honor das tanta mengua,
Pondré, suspensa mi lengua,
Dos candados en los ojos.
Si tiene Fernando antojos,
Póngalos en su caballo.

INÉS.

Señora...

ANTONA.

Calla...

INÉS.

Ya calló.

ANTONA.

Nunca á ruiñeflores voy.
Cisne doméstico soy;
Basta que cante mi gallo.
No hay caballos saltadores
Como dos bueyes de arada,
Vara como el aguijada,
Ni como silbos amores.

INÉS.

Yo digo que á Mendo adores;
Que mirar no es ofender.

ANTONA.

Nunca te fies del ver,
Porque es portillo la vista,
Por donde el amor conquista
La mas hermosa mujer.

(Vase.)

Campo y camino de Plasencia.

ESCENA VII.

MENDO, LEONARDO.

LEONARDO.

Volvi, Mendo, de estudiar,
Graduado en esta ciencia,
Y con los años que os dije,
De Salamanca á mi tierra.
Verdes años en su flor
Naturalmente me esfuerzan
A tratar de amor; yo amé
A Elvira, hermosa y discreta.
A pocas vueltas de calles,
Aunque en amor están llenas
De mil vueltas sus mudanzas,
Y sus danzas de revueltas,
Conoció mi voluntad;
Y para pagarme en ella,
Me aseguró con los ojos
Mi justa correspondencia.
Papeles y versos hice;
Que aunque la naturaleza
De los papeles autora,
Amores hacen poetas.
Ya, las noches del verano,
Hablabamos por la reja,
Cuando la menguante luna
Nos daba aquesta licencia;
Ya, conociéndome en casa,
Hablabamos por la puerta,
Hasta que el amor salió
Por las palabras expresas;
Que todas sus calenturas
Suelen salir á la lengua,
Como veneno del alma,
De sufrir el fuego enferma.
Hablóse mal en nosotros
Muchos dias en Plasencia,
Porque el amor es la cosa
Mas murmurada y sujeta.
Querria el padre casarme;
Y querria mas su hacienda,
Y aguardaba que yo mismo
Se la pidiese sin ella;
Mas viendo que le obligaba
La afigida parentela
(Que con los ojos ajenos
Juzgan de su mal las penas),
Dióme de su intento parte,
Dióme parte de su hacienda,
Y casóme con Elvira
Con gran regocijo y fiesta.

MENDO.

Muchos años os gocéis.
Mi historia tambien comienza
Por los principios de amor.

LEONARDO.

Holgárame de saberla.

MENDO.

Sancho, mi padre, que hoy vive
Y que mi casa gobierna,
Hacia por estos montes...
—No sé si tenga vergüenza
De hablar en cosas tan bajas
A un hombre de tantas letras,
Que es juntar con el brocado
Aquesta rústica jerga;
Mas como en camino suele
Hablar de un rey la grandeza,
Por entretener las horas,
A los que á su lado lleva,
Vos, aunque hidalgo y letrado,
Podéis suspender las vuestras
Con un villano ignorante
Hasta llegar á Plasencia. —
En fin, por los altos montes
Cortaba mi padre leña,
Que encendida en hoyos grandes,
Iba cubriendo de tierra,
De donde el carbon sacaba,
Que con tomizas en seras,
Y con ramos de madroños,
De robie y brezo cubiertas,
Yo llevaba á la ciudad:
Cuyo trato de manera
La hacienda aumentó á mi padre,
Que era señor de su aldea.
Era su padre de Antona
Labrador, y en ciertas cuentas
Trabé en su casa amistad;
Y entrando una tarde en ella,
Vi que jabonaba Antona
En una pila de piedra
Las sábanas de su casa.
¡Oh quién pintaría supiera!
Las mangas de la camisa,
Con dos alfileres presas
Al cabezon de los hombros,
Dejaban, Leonardo, fuera
Un brazo rollizo y blanco,
Que la aljorca en la muñeca
Parecía que era el mismo
Cirio de dorada cera;
Desde el cabezon al cuello
Se vian dos blancas pellas,
Como de esponjada nieve,
Como de helada manteca.
Una coña recogía
De los cabellos las hebras,
Dejando atrás un tranzado,
Que envidiarle el sol pudiera.
Labrada estaba la coña
De pinos y negra seda,
Por estar sobre sus ojos,
Mas altos que las estrellas.
En la garganta un collar
De azabaches y de perlas;
Que era nácar la garganta,
Y así naciera con ellas.
Daba golpes en la pila:
Salía la espuma fuera,
Y aunque eran copos de nieve,
Me parecieron saetas.
No pienso que amor ha herido,
Ni en las historias se cuenta,
Con saetas de jabon
Hombre con alma y potencias.
Díjale, lleno de espumas:
«Ten, hermosa lavandera,
Esos arcos de cristal,
Con que tiras blancas flechas.»
Alzó la divina cara,
Bañada en sangre y vergüenza,
Y viendo la negra mia,
Dijo burlando y risueña:
«Oí decir que el amor
Se fué á vivir á Guinea;

Si de allá venís, no es mucho
¡Que el jabon nieve os parezca.»
Sentíme abrasar el alma,
Imprimíome la voz tierna
En las entrañas de suerte,
Que di en olvidar la sierra.
Lavéme luego la cara,
Púseme una capa nueva,
Jubon, ropilla y calzones,
Compré un sombrero en la feria.
Aguardaba los domingos
Para mirarla en la iglesia,
Con mi camisa colchada,
En cada parte diez trenzas.
Llegó el día de San Juan,
Hice un jardín á su puerta,
Y puse con rojo almagre:
«Mendo de Antona la bella.»
Pardiez que me buile el alma
De acordarme de la fiesta
En que bailamos los dos
Y le di mis castañuelas.
Por abreviar (pues llegamos
A la ciudad) fué tan buena
Mi dicha, que agradeciendo
Los deseos por las muestras,
Diómela su padre, y luego
Nuestras bodas se comienzan
Con fiestas, que para mí
No eran fiestas, sino penas.
En mi vida he visto dia
Tan largo, ni tan pequeña
Noche, aunque no la dormí;
Que entre amantes es bajeza.
Madrugó el alba, envidiosa
De su divina belleza,
Y hallóme por un resquicio
Entre rosas y azucenas.
Dejó mi padre el carbon,
Murió mi suegro y mi suegra;
Si fué dicha, tú lo juzga.
Mudé vida, tengo hacienda,
Tengo labranza y ganados,
Y aunque, á Dios gracias, no tenga
Necesidad, todo es poco,
Pues no puedo hacerla reina.
Pero lo que no le doy
En oro, granas y telas,
Le doy en alma y regalos,
Joyas de mujer que es buena.

LEONARDO.

Alégrame el corazon,
Por lo que yo quiero bien,
Ver que otros amén tambien.
Pero no tenéis razon
En pensar que el amistad
No cabe entre desiguales,
Si el amor los hace iguales.

MENDO.

Decís, Leonardo, verdad.

LEONARDO.

Pues si es así, yo querria
Que ya nuestra amistad fuese
De provecho, y os hiciese
Hidalgo mi compañía.
Vos subís á labrador
De un padre ya carbonero;
Aspirad á caballero,
Subid á grado de honor.
Yo os diré cómo seréis,
Mendo, noble en pocos dias.

MENDO.

Tarde las costumbres mías,
Leonardo, mudar quereis.

(Vase.)

¡Probablemente aquí se entrarían los actores por un lado del teatro y volverían á salir por el opuesto, para indicar que estaban ya mas cerca de la villa.

Calle de Placencia.

ESCENA VIII.

LEONARDO, MENDO.

MENDO.

Esta es vuestra casa, entrad;
Que yo me voy. A mas ver.

LEONARDO.

Lo que os digo habéis de hacer,
Porque os tengo voluntad.

MENDO.

Señor, si trigo ó dinero
O cebada os importare,
Aqui estoy, como no pare
En hacerme caballero;
Porque labrador nací,
Y labrador moriré.

LEONARDO.

Presto en estado os pondré,
Que otro ser tengáis por mí.

ESCENA IX.

ANTONA. — DICHOS.

ANTONA. (Dentro.)

Yo le he sentido llegar;
De la ventana te quita.

(Vase Mendo.)

LEONARDO.

El que su bien solicita,
A nadie puede obligar;
Mas quien procura el ajeno,
Busca amigos, que al fin son
Buenos en toda ocasion,
Y Mendo en muchas es bueno.

ESCENA X.

DOÑA ELVIRA. — LEONARDO.

DOÑA ELVIRA.

Seais, Señor, bien venido.

LEONARDO.

¡Oh mi Elvira! y ¡qué mas bien
Para los ojos que os ven,
Y mas viniendo perdido!

DOÑA ELVIRA.

¡Perdido! Cosa que sea,
Mi bien, perdido de amor.

LEONARDO.

¡Celos?

DOÑA ELVIRA.

Hacedme un favor.

LEONARDO.

Mi alma el vuestro desea.

DOÑA ELVIRA.

¡Habéis la noche pasado
A vuestro gusto?

LEONARDO.

En un monte,
De todo aqueste horizonte
El mas solo y despoblado.
Pensaréis que por faltar
De vuestro lado, fingí
La caza; y es que perdí
En un espeso encinar
Los amigos y los perros,
Cuando de escarcha se pinta
La noche. Tiene su quinta
Mendo entre dos altos cerros,
Y quiso Dios que allí estaba;
Y aunque volverme quería,
Viendo que á la noche fria

Música el viento le daba,
Tuve cama en un gaban,
Y la cena en pobre mesa.

DOÑA ELVIRA.

De haber llorado me pesa
Ansias que sospechas dan;
Mas es condicion de amor:
No se ha de mudar por mí.

LEONARDO.

Satisfacer prometí
A Mendo, Elvira, el favor.
Es Mendo un hombre de bien,
Muy limpio, cristiano viejo,
Y ha de ser por mi consejo
Hidalgo desde hoy tambien.
Por mi vida y vuestra, Elvira,
Que no os despreciéis de ser
Amiga de su mujer,
Pues á ser hidalgo aspira;
Que pues tiene tanta hacienda,
Con que yo le dé la mano,
Ha de ser gran cortesano.
Para que aumentar emprenda
Los principios que ha tomado,
Visitad hoy su mujer,
Aunque ella pudiera haber
La visita anticipado.
Pero no se habrá atrevido,
Por humildad.

DOÑA ELVIRA.

Yo lo haré.
Descansad, que no pondré
Vuestras cosas en olvido;
Que hasta que tengáis gusto
De honrar á Mendo en su casa.

LEONARDO.

Todo lo que os digo pasa,
Y agradecerse es justo;
Que me ha contado su vida
Desde su quinta á Placencia.

DOÑA ELVIRA.

No fué sin causa esta ausencia.

LEONARDO.

Cualquiera cosa que pida
Me holgaré que se la dén.
Hagámosle vecindad;
Que aunque es humilde amistad,
Es de provecho tambien. (Vase.)

ESCENA XI.

DOÑA ELVIRA.

[tardos.
Hijos de amor, aunque de amor bas-
Celos, que con la capa de los cielos
Cubris vuestros engaños y desvelos,
Engaños breves, desengaños tardos;
Celos valientes, á inquietar gallardos
La causa que os obliga, locos celos,
De la clara verdad oscuros velos,
Y del sol del amor nublados pardos:
¡Qué haré, que me han mandado (aun-
[que me asombra)
Ver vuestra causa, y causa que es tan
[bella,
Que por ser celestial bella se nombra?
Sospecho que decís que vaya á vella.
Iré como quien tiene miedo ó sombra,
Que por ver si es verdad se abraza della.
(Vase.)

ESCENA XII.

DON FERNANDO, DON ENRIQUE,
MONDRAGON.

DON FERNANDO.

No mira mal ni habla mal.

DON ENRIQUE.

Ya debe de querer bien.

DON FERNANDO.

Temblando estoy del desden,
Porque es mujer principal,
Y es hidalgo su marido.

DON ENRIQUE.

Y ¡qué importa ser hidalgo,
Si ella se ha picado de algo?

DON FERNANDO.

Dase mi amor por vencido.
Pues al punto que lo advierta,
Se quejará á nuestro tio.

DON ENRIQUE.

Tomad el consejo mio
En no le rondar la puerta.

DON FERNANDO.

¡Cómo se ha de enamorar?
Pues en ocasiones tales
Los servicios personales
Tanto suelen obligar.

DON ENRIQUE.

Solicítelo terceras.

DON FERNANDO.

¡Conoces tú, Mondragon,
Estas que terceras son?

MONDRAGON.

Pasan tantas de primeras,
Que á montones hallarás
Quien ejecute este oficio,
Y te dé todo el indicio
De los que no pueden mas.

DON FERNANDO.

El ser este hombre letrado
Mucho mi amor desconfia.

DON ENRIQUE.

Tal fuera la pena mia,
Tal, Fernando, mi cuidado.

DON FERNANDO.

¡Cómo puede ser peor
Que amar la honesta mujer
De un hombre sabio?

DON ENRIQUE.

En querer
La mujer de un labrador.

DON FERNANDO.

Pues un simple, un ignorante,
¡No es mas fácil de engañar
Que quien puede penetrar
Por muralla de diamante?

DON ENRIQUE.

No, porque un hombre discreto,
Docto, entendido y letrado,
Es siempre mas confiado,
Es mas seguro y secreto.
Renega de un labrador
Zafio, rústico y grosero;
Que al sol la pondrás primero,
Que alguna falta en su honor.

DON FERNANDO.

Pues si la desconfianza
Es hija de los discretos,
Como dicen mil concetos
De amor, temor y esperanza,
¡Cómo un rudo labrador
Puede ser desconfiado,
Y confiado un letrado,
En las cosas de su honor?

DON ENRIQUE.

Los méritos, don Fernando,
Le descuidan de la ofensa,
Porque un bueno nunca piensa
Que nadie le está agravando.
Un labrador malicioso
Todos piensa que le engañan:
Si le honran y acompañan
Por cortés trato amoroso,
Si le quitan el sombrero,

No piensa que puede ser
Por él, mas que á su mujer
Se lo quitarán primero.
Todo lo colige allí,
Todo lo presume á mal,
Y aun el curso celestial
(Por experiencia lo vi)
Desfavorece los sabios;
Porque Venus no es amiga
De Mercurio, antes obliga
Para notables agravios.
A Marte mira mejor,
Y así á los hombres marciales
Las bajas y principales
Muestran peregrino amor.
Quiero, Fernando, y adoro
A una mujer, que por ella
Pierde Angélica la bella
El nombre que honró á Medoro.
Vecina de vuestra dama
Es esta hermosa mujer;
Su nombre, no puede ser
Que os le encubriese la fama.
¡Pluguiera á Dios que trocara
Amor la suerte del hado,
Que Mendo fuera letrado,
Y Leonardo cultivara!
No sé qué tengo de hacer.

DON FERNANDO.

Muy paradójico estás,
Pues á los que saben mas
Menos pretendes temer.
Mira, Enrique, que un hidalgo
Letrado y hombre de bien
Es de temer.

MONDRAGON.

Ahora bien,
A vuestros temores salgo
Con mi loca valentía.
¡Cuánto va que esas mujeres,
Si no mudais pareceres,
Como soleis cada día,
Os las traigo, como ovejas,
A comer sal en la mano!

DON ENRIQUE.

Mal conoces un villano,
Mondragon, junto de cajas.
No le engañará Merlin.

MONDRAGON.

Engañe yo su mujer,
Que un lince sabrán hacer
Animal de Medellín.

DON ENRIQUE.

¡Ay, Mondragon, si yo viese
Tierna á Antona á quien la mira!

DON FERNANDO.

¡Ay, Mondragon, si á mi Elvira
Hicieses tú que me oyese!

DON ENRIQUE.

¡Ay, Mondragon, si mi Antona
Me mirase!

DON FERNANDO.

¡Ay, Mondragon,
Si mi Elvira una razon
Oyese á alguna persona!

DON ENRIQUE.

¡Ay, Mondragon, si este Mendo
Hicieses de su ganado,
Que aun de mirallo en poblado
Con forma de hombre, me ofendo!

DON FERNANDO.

¡Ay, Mondragon, si tú hicieses
Que este Leonardo cegase,
Y que en sus leyes no hablase,
Con que castigado fuese!

MONDRAGON.

Basta tanto Mondragon;
Que un dragon enterneciera,

Si tantas voces oyera,
Vuestra amorosa pasion.
Yo me quiero transformar...
— Pero despues lo sabréis.
Venid, para que me deis
Lo que tengo de llevar;
Que hoy han de saber las dos
Que las deseais servir.

DON FERNANDO.

De seda te he de cubrir.

DON ENRIQUE.

Y yo de plata, por Dios.

MONDRAGON.

¿De seda y plata?

DON ENRIQUE.

Este día,
Si vences esta mujer.

MONDRAGON.

Par Dios, que he de parecer
Gualdrapa con chapería.

(Vase.)

Sala en casa de Mendo.

ESCENA XIII.

MENDO, ANTONA.

ANTONA.

No has de quitarme el enojo,
Si te viese deshacer.

MENDO.

¿Cómo te sabes valer
De tu imperio y de mi autojo!
¿No echas de ver que he pasado
Toda la noche sin ti?

ANTONA.

Pues por eso estoy ansi.
Bien conozco que te enfado.

MENDO.

¿Que me enfadas? ¡Plega á Dios
Que si por enfado fué,
Que nunca de paz nos dé
Solo un momento á los dos!
Yo salí con mil enojos
A ver quién talaba el monte,
Cuando tú deste horizonte
Te ibas poniendo á mis ojos.
Mira que te llamo sol.

ANTONA.

¡Lindos engaños me haces!

MENDO.

Hagamos, Antona, paces:
No salgas con arrebol,
Para llorar á la noche;
Que si de noche lo estás,
Del sol amanecerás
Del alba en el mismo coche.
Digo que al anochecer
Salí, y á la casería
Llegué en ocasion tan fría,
Que fué imposible volver.
Importunáronme allí
Tus pastores, al llegar
Leonardo al mismo lugar.

ANTONA.

¿Es este vecino?

MENDO.

Sí;

Que juntos hemos venido,
Donde hemos hecho amistad;
Que es hombre de calidad,
Muy hidalgo y bien nacido,
Y quiere que su mujer
Te visite cada día.

ANTONA.

¡Harto bien, por vida mía!
Su galán debes de ser.
Ya tratarás en discretas;
Mi necesidad te enfadó.
No en balde te digo yo
Que por galas te inquietas.
¡Ah, Mendo! cada uno intenta
Mejorar su gusto en algo;
Hallarás mujer de hidalgo,
Con don, con estrado y renta...
Renta ni estrado ni don
No lo has de hallar, sino el alma
Camino como la palma
Para entrarte de rondon.
Ea, ¿cómo te he de hablar?
Ya sin duda te ha pegado
Grandes tóidos el letrado.
Véte á su casa á estudiar;
Que también querrás que venga
Tal vez á enseñarme á mí.

MENDO.

Necia estás.

ANTONA.

Habla por tí.

ESCENA XIV.

GILOTE, INÉS. — Dichos.

GILOTE.

Nunca honor mi vida tenga,
Si nos puede dar honor.

INÉS.

Visitar tan gran señora
A una humilde labradora,
¿No te parece favor?

MENDO.

¿Qué es eso?

GILOTE.

A la puerta queda
La mujer de cierto hidalgo,
Destos de rocín y galgo,
Toda cubierta de seda.
¡Voto al sol, que no quisiera
Que acá me hubieras traído!

ANTONA.

¿Tan presto á verme ha venido?

MENDO.

Ea, mi Antona, sal fuera,
Y recíbela muy bien.

ANTONA.

Venga muy en hora mala.

GILOTE.

Para las dos en la sala
Pondré en qué os sentéis también.

ANTONA.

Descoge, Inés, esa estera,
Y en mal hora sea venida.

MENDO.

Haz buen rostro, por tu vida.

GILOTE. (Ap.)

Mas ¿que tenemos celera?

ANTONA.

¿Por qué me ha de visitar
Nadie á mí con verdugado?

MENDO.

¿Qué importa?

GILOTE.

Si falta estrado,
Llevarémosla al pajar.

ANTONA.

Sube una albarda, Gilote,
A la señora letrada.

GILOTE.
Y está recién remendada
De aquel mi viejo capote.

MENDO.
Mira que entra, y que será
Notable descortesía...

ANTONA.
¿Qué me quiere la judía?

GILOTE.
Loca de celos está.

ESCENA XV.

LEONARDO, DOÑA ELVIRA.—
Dichos.

DOÑA ELVIRA.
Por no haber yo reparado
En vecindad tan honrada,
He sido tan descuidada.

GILOTE.
¿Traeré la albarda al estrado?

INÉS.
Quitale, ignorante, allá.

ANTONA.
Yo, como soy labradora,
No sé estas cosas, Señora.

DOÑA ELVIRA.
¿No hay asientos?

GILOTE.
Aquí está
Una alfombra, y nos enseña
Que está en Argel quien la hizo.

DOÑA ELVIRA.
¡Buen tocado! lindo rizol!
Estése fuera esa dueña.

GILOTE.
Si su merced es servida,
Al pozo la llevaré.

ANTONA.
Así estoy, como no sé,
Mal tocada y peor vestida.

DOÑA ELVIRA.
Cierto que tanta hermosura
No está bien en ese traje.

ANTONA.
Este trujo mi linaje.

LEONARDO.
Quien ser honrado procura,
Mendo, á los que ya lo son
Ha de imitar; pues tenéis
Hacienda, es bien que intentéis
Serlo en la ajena opinion.
Comprad mañana un estrado
De damasco ó terciopelo.

MENDO.
Guárdeme, Leonardo, el cielo.

LEONARDO.
Yo os doy un consejo honrado.

MENDO.
Yo no le quiero tomar,
Porque sé que mi mujer
Se puede desvanecer.

LEONARDO.
Pues ¿en qué se ha de sentar
Una señora que viene
A veros?

MENDO.
Esta señora
Visita á una labradora,
Y sabe que no lo tiene.

DOÑA ELVIRA.
Un poco de agua quisiera.
L.—II.

MENDO.
¡Hola! traigan colacion.—
Tú, Inés, almendra y toston,
Y alguna camuesa ó pera.—
Tú, Gilote, trae el vino.

GILOTE.
La llave.

MENDO.
Pídele á Antona.
GILOTE.
(Ap. ¡Válgate Dios por persona
De la mujer del vecino!)
La llave de la bodega
Me mande dar, con perdon.

ANTONA.
¿Cómo se enreda el cordon!

GILOTE. (Ap.)
Hoy salgo gallina ciega.
(Vanse Inés y Gilote.)

ESCENA XVI.

LEONARDO, DOÑA ELVIRA,
MENDO, ANTONA.

LEONARDO.
Ya que colacion le dais,
No ha de ser toston ni pera.

MENDO.
Pues ¿qué queréis que le diera?

LEONARDO.
Muy á lo rústico andais.
Una caja de perada,
Algun vidrio de jalea,
Cidra en azúcar, grajea,
O con ámbur nuez moscada
Es lo que habeis de tener
Para honradas ocasiones.

MENDO.
Con almendras y tostones
Basta despues de comer;
Que, á venir por la mañana,
Buen torrexno era jalea,
Y ardiendo como una tea,
Vino de color de grana.
Esta es acá mi costumbre:
Así conservo mi hacienda.

ESCENA XVII.

GILOTE, INÉS. — Dichos.

GILOTE.
Ya viene aquí la merienda,
Y el jarro con un azumbre.

MENDO.
Echa en el vaso.

DOÑA ELVIRA.
No quiero
Mas del agua.

GILOTE.
Pues yo sí.

LEONARDO.
Si esto no aprendéis de mí,
Siempre seréis carbonero.
Comprad un jarro de plata
Y una copa, pues podéis.

MENDO.
¿Para qué, si en vidrio veis
Que es mas limpia y mas barata?
Nunca á mis padres les vi
Beber, ni por maravilla,
En vidrio; que un escudilla,
O un corcho que viene aquí,
Era su regalo todo.

Pues no soy yo mas honrado.
Si hay sed y vengo cansado,
Donde quiera me acomodo.

ANTONA.
Mi casa os quiero enseñar.
DOÑA ELVIRA.
Mucho gustaré de vella.

ANTONA.
No hay tela ó pintura en ella,
Ni grandezas que mirar.
Hay muy gentiles lechones,
Pollos, pavos, quesos nuevos,
Tinajas de aceite y huevos,
Higos, arrope y melones;
Por conserva calabaza,
Zanahoria y berengena.

GILOTE. (Ap. á Inés.)
¿Han visto, doña Jimena,
Y qué come de mostaza?
¿Qué comen estas hidalgas,
Inés?

INÉS.
Almibar no mas.

GILOTE.
Y aun por eso las verás
Ateridas como galgas.
No ha querido los tostones.

INÉS.
¿Qué presto se ha levantado!

GILOTE.
Tendrá el asiento enseñado
A almohadás y colchones,
Y habrále dado la estera
Algun sucio temporal.

LEONARDO.
Tomais mis consejos mal;
Pero este admitid siquiera:
Que vaya con doña Elvira
Á misa vuestra mujer.

MENDO.
Eso ¿cómo puede ser?

LEONARDO.
¿Que os honre, Mendo, os admira?

MENDO.
Doña Elvira irá con manto,
Y no le tiene mi Antona.

LEONARDO.
Pues honrad vos su persona;
Que hacerle manto no es tanto.

MENDO.
Tanto hérsele sería,
Que mañana no pudiera
Sufrirla, porque quisiera
Ser señora, y serlo mía.

LEONARDO.
Que sin manto no podrá
Ir con mi mujer.

MENDO.
No importa;
Que á la larga ó á la corta
Con sus iguales irá.

LEONARDO.
Eso de escaseza pasa.

MENDO.
Aunque veis que sé tan poco,
Vos sois en mi casa loco;
Que yo soy cuerdo en mi casa.

ACTO SEGUNDO.

Sale en casa de Leonardo.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA ELVIRA, LEONOR.

DOÑA ELVIRA.

Ya no lo puedo sufrir.

LEONOR.

Celos son para discretas.

DOÑA ELVIRA.

¿Quién lo dice?

LEONOR.

Los poetas.

DOÑA ELVIRA.

Como eso suelen mentir.

Tantos meses un letrado

Entra y sale sin amor

En casa de un labrador?

LEONOR.

Es el labrador honrado,
Hale cobrado amistad,
Porque se las hace en trigo,
Y otras cosas que no digo,
Que merecen voluntad.

DOÑA ELVIRA.

En la belleza de Antona
Debe de topar, Leonor.

LEONOR.

Pienso que te engaña amor.

DOÑA ELVIRA.

El cuidado en su persona
Y el descuido con la mía
Dicen bien á qué entra allá.

LEONOR.

Ese descuido en que está,
El mismo trato le cria,
Porque piensa que un casado
No quiere como un soltero.

DOÑA ELVIRA.

Porque ve que es verdadero
El amor con que es amado;
Que ya yo sé que el estar
Si me quiere ó no me quiere
Es lo que á los libres hiere
Esta enfermedad de amar.
Amor, águila en los cielos,
En la tierra es bestia mansa,
Que porque á veces se cansa,
Pónenle espuelas de celos;
Que aunque sabe que ha de hacer
Con el dueño la jornada,
En viendo tabla y posada,
Para; que quiere comer.

LEONOR.

Pues si de celos conoces
Que surten tan alto efecto,
Dale celos.

DOÑA ELVIRA.

Es discreto...

No habrá paz, tendremos voces.

LEONOR.

Antes, porque es su manjar,
Y tú estando entretenida,
Pasarás mejor tu vida.

DOÑA ELVIRA.

¿Quién puede á un sabio engañar?

LEONOR.

Puede la mujer mas necia.
Pues; qué gentil ocasión

Estos dos hermanos son!
Y uno que te adora y precia.

DOÑA ELVIRA.

¿Es don Enrique?

LEONOR.

No creo

Que te ha parecido mal.

DOÑA ELVIRA.

Entretimiento tal
Que no llegase á deseo,
No me pesara Leonor;
Pero el peligro imagino:
Que el amor es como el vino,
Que se sube á lo mejor.
Y la cabeza ocupada,
Da lo demás por perdido.

ESCENA II.

MONDRAGON, de estudiante.

—DICHAS.

MONDRAGON. (Ap.)

¿A qué buen tiempo he venido!
Mas siempre es fácil la entrada
Y difícil la salida.

LEONOR.

¿Qué buscáis?

MONDRAGON.

¿No vive aquí
Un doctor de leyes?

DOÑA ELVIRA.

Sí.

MONDRAGON.

¿Está en casa?

DOÑA ELVIRA. (Ap.)

Por mi vida

Que estoy por encaminalle
En cas de Antona.

LEONOR. (A Mondragon.)

¿Qué quieres?

MONDRAGON.

No es cosa para mujeres.
Volveré cuando le balle.

DOÑA ELVIRA.

Volved acá. ¿Qué queréis?

MONDRAGON.

Traigo de todo el derecho
Libros, si son de provecho:
Esta lista le daréis.
Hay Godofredos y Dinos,
Oldrados, Bartulos, Baldos,
Paulos Castrenses, Uvaldos,
Albericos y Aretinos,
Decios, Jasones, Rosatos,
Curcios, Decios, Amodeos,
Fulgosios, Ripas, Budeos,
Tiraquielos, Purpuratos,
Y otros mil.

LEONOR.

¿Qué lindo necio!

MONDRAGON.

Si los quisiere comprar,
Yo le volveré á buscar,
Y dárlos en buen precio. (Vase.)

ESCENA III.

DOÑA ELVIRA, LEONOR.

DOÑA ELVIRA.

Para mí son bernardinas
Todos aqueos doctores;
Que nuestras leyes mejores

Son perdices y gallinas,
Buenas joyas, buenas galas,
Paz en casa, hijos y gusto.

LEONOR.

Los libros me dan disgusto.

DOÑA ELVIRA.

Quitannos las buenas salas,
Y ocúpannos los maridos;
Que en entrándose á estudiar,
No hay hagernos acostar
Ni volverles los sentidos.
Si aquesta lista dijera
Cambrals, tocas, holandas,
Cortes, mantos, ricas bandas,
Raso de oro, primavera,
Damascos, telas, tabies,
Joyas, cadenas, diamantes,
Medias, zapatillas, guantes
Y papeles carmesiales,
Aun fueran libros, Leonor,
Para nuestra librería.

LEONOR.

Abre á ver, por vida mía.

DOÑA ELVIRA.

(Abre el papel, y lee medio turbada.)

Esto no viene al doctor.
«Siete años de servirte
»Aun no merecen verte
»Piadosa solo un hora:
»No eres lo que pareces,
»Porque pareces ángel,
»Y el corazon que tienes
»Mas es que de leones
»Y de tigres crueles.
»Cuándo, señora mía,
»Darás lugar que lleguen
»Mis suspiros de fuego
»A deshacer tu nieve?
»Cuándo querrás oírme,
»Y que su mal te cuente
»El alma, que te adora,
»Y que por tí padezca?
»Cuándo pues en tu casa
»Vives con tantas leyes...

»El premio que merecan?
»No son tus verdes años
»Para que los emplees
»En sierras tan heladas,
»Sino en jardines verdes.
»Hoy, si me das licencia,
»Con ánimo valiente
»Pondré por tí mi vida,
»O esperaré la muerte.»

LEONOR.

¿Qué te dicen los Jasones,
Baldos y Bartulos? Son
Libros de linda invencion.

DOÑA ELVIRA.

Amor es todo invenciones.

LEONOR.

Y el bellaco transformado
En figura de librero!...

DOÑA ELVIRA.

Leonor, responderle quiero.

LEONOR.

Presto te has determinado.

DOÑA ELVIRA.

Quiero entretener mis celos
Sin ofensa de mi honor.

LEONOR.

¿Voy por papel?

DOÑA ELVIRA.

Sí, Leonor.

Falta un verso.

LEONOR.
Benignos están los cielos.
DOÑA ELVIRA.
Hoy apostaré que tiene
Vénus la primera hora.
LEONOR.
Voy por el papel, Señora,
Mientras el librero viene.

(Vase.)

ESCENA IV.
DOÑA ELVIRA.

Celos hacen á veces buen efecto,
Siendo la sal de amor que tiene bastío,
Y es á veces su efecto desvario;
Que está á mudanzas el honor sujeto.
Leonardo, muypreciado de discreto,
Sabiendo que el peligro es suyo y mío,
A mi fuego responde helado y frío:
Señales claras de su amor sujeto.
No hay darnos ocasion, ó mucha ó
[poca;
Porque en llegando á haber descon-
[fianza,
Ha de salir el fuego por la boca;
Que si á picar á una mujer alcanza
La vibora de celos, dará loca
Libra de honor por onzas de venganza.
(Vuelve Leonor con recado de escribir.)

ESCENA V.
LEONOR.—DOÑA ELVIRA.

LEONOR.
Aquí está tinta y papel.
DOÑA ELVIRA.
Llega; que quiero escribir.
LEONOR.
Y ¡qué le piensas decir?
DOÑA ELVIRA.
Que no soy yo tan cruel.
(Pónese á escribir.)
LEONOR. (Ap.)
Lo que ha podido el pensar
Doña Elvira que se inclina
Su marido á su vecina!
Y débese de engañar;
Sino que nuestro letrado,
Por mandar en casa ajena,
Cosa que el sabio condena,
Nos pone en grande cuidado.—
LEONOR.
¡Ay, Señora, mi señor!

ESCENA VI.
LEONARDO.—DICHAS.

LEONARDO.
¿Qué escribes?
DOÑA ELVIRA.
Darle quisiera
La ropa á la lavandera
Por cuenta.—Escucha, Leonardo,
Seis camisas de Leonardo,
Seis mias. Mira que son
Las nuevas.
LEONOR. (Ap.)
¡Linda invención!
Próspero suceso aguardo.
DOÑA ELVIRA.
Cuatro tablas de manteles,
Ocho sábanas delgadas...
Más cuatro de las criadas.

LEONOR.
Olvidate, como sueles,
De poner paños de manos.

DOÑA ELVIRA.
Cuatro he puesto, un peñador,
Un delantal de Leonor,
Cuatro de puntas, dos llanos.

LEONOR.
¿Pusiste los escarpines?
DOÑA ELVIRA.
Toma; que todo va puesto,
Y dale la ropa presto.
(Dale doña Elvira el papel, y bésale
Leonor y vase.)

ESCENA VII.
LEONARDO, DOÑA ELVIRA.

DOÑA ELVIRA.
Vendrás de ver serafines,
Vendrás de leer á Orlando,
O de serlo con la Bella,
Vendrás de mirar en ella
Leyes, que vas olvidando.
Vendrás de ver la frescura
De camisa y delantal
De aquel ángel de cristal,
Engastado en plata pura.
Vendrás de hablar en latín
A quien no sabe romance,
Y vendrás de dar alcances
A la cinta de un chapín.
Vendrás de ver en un brazo
Azabache ó nieve fría;
Que pues lavaba ó cernía,
Era jabon ó cedazo.
Hubo trájón, her y crego?
¿Cómo te habló? ¿Qué te dijo?
¿Anduviste muy prolijo,
O despacháronte luego?
Presumo que le dirías:
«Bártulo no jabonó
Con mas gracias, ni alcanzó
Baldo esta pila en sus dias.
Yo he visto en la ley *artesa*¹
Y en el código *cedazo*,
Distincion de un *blanco brazo*,
Párrafo *muñeca gruesa*,
Que puede toda mujer
De baja y vil condicion
A los que letrados son
Darles mejor parecer.»
Pues, Leonardo, yo no puedo
Sufrirte: resuelta estoy.

LEONARDO.
Espera, loca.
DOÑA ELVIRA.
No voy
A matarme.
LEONARDO.
Hablemos quedo,
Mira que estás engañada;
Que solo te adoro á ti.
DOÑA ELVIRA.
Estás cansado de mí:
Soy perdiz, vaca te agrada.
LEONARDO.
Yo te estimo.
DOÑA ELVIRA.
No me quejo;
Pero, como eres letrado,

¹ El capítulo de los sombreros, citado por Molière en *El Médico por fuerza*, y la ley *Si quis casus*, párrafo *caponibus*, de que habla Racine en sus *Litigantes*, son invenciones posteriores á esta.

Pienso que me has estimado,
Leonardo, por tu consejo;
Y como de sabios es
Mudarle, consejo mudas:²
Y así, de consejo mudas:²
Donde diverso le ves.
No estuviera yo casada
Con un pobre labrador!

LEONARDO.
Mira que te he dado honor.
DOÑA ELVIRA.
Luego ¿yo no he sido honrada?
LEONARDO.
Que á la mujer el marido
Da honor, es negocio llano,
Texto expreso de Ulpiano,
Ley octava.

DOÑA ELVIRA.
Está perdido.
LEONARDO.
Hay un escrito de aquesto
Del gran César á Antonino:
De Valente á Valentino
Se lee lo mismo en un texto,
Código *De dignidad*,
Ley trece.

DOÑA ELVIRA.
Vete de ahí;
Que no hay leyes para mí
En una igual voluntad.
Pero quíerote advertir,
Porque veas que no sabes.

LEONARDO.
Dí con palabras suaves,
Porque te pueda sufrir.
DOÑA ELVIRA.
Dios dice que han de ser dos
En una carne.

LEONARDO.
Es así.
DOÑA ELVIRA.
Pues ¡qué hay mas en tí que en mí,
Si esta es ley, y ley de Dios?
Dame un letrado como él,
Ni de tanta autoridad.

LEONARDO.
Dices, Elvira, verdad;
Que es celos cosa cruel.

ESCENA VIII.
UN CRIADO.—DICHAS.

CRiado.
Aquí ha entrado un don Fernando,
Que es del Obispo sobrino.

LEONARDO.
Éntrate dentro.

DOÑA ELVIRA.
Al camino
De lo que estoy deseando
Me ha venido su venida.
Habláréle aquí delante;
Que mi primo el estudiante
Me ha pedido que le pida
Le ayude en la pretension
Que tiene á este beneficio.
LEONARDO.
Yo haré tambien buen oficio.
(Vase el criado.)
DOÑA ELVIRA.
Pondrásme en obligacion.

² 2. En uno de estos versos debe haber equivocacion.

ESCENA IX.

DON FERNANDO Y MONDRAGON, *de estudiantes*. — LEONARDO, DOÑA ELVIRA.

DON FERNANDO.
Téngame vuesa merced
Desde hoy por su servidor.

LEONARDO.
Tengo este grande favor
Por excesiva merced.

DON FERNANDO.
¿Es esta dama la prenda
De casa?

LEONARDO.
Para serviros.

DON FERNANDO.
Cuanto aquí puedo deciros
Solo con callar se entienda.

DOÑA ELVIRA.
Yo soy vuestra servidora,
Y tenía que os hablar.

DON FERNANDO.
Desde hoy me habeis de mandar
Como a un esclavo, Señora.

LEONARDO.
Sillas, hola. — ¿Qué ocasión
Os trujo a hacerme merced?

DON FERNANDO.
No haberos servido, creed
Que es mi corta condición.
Dad silla a aqueste mancebo,
Que es un estudiante honrado.

LEONARDO.
No había en él reparado. —
Serviros y honraros debo.
Aquí os sentad junto a mí.

MONDRAGON.
Será forzoso el lugar,
Porque os tengo de informar
De lo que nos trajo aquí.

DON FERNANDO.
Y yo entre tanto veré
Lo que vuestra esposa manda.

DOÑA ELVIRA.
Oid.
DON FERNANDO.
Decid.

MONDRAGON. (Ap.)
¡Buena andal!
LEONARDO.
Informadme vos.

MONDRAGON.
Sí haré.
Yo soy, Señor, licenciado
Desta ciudad, y soy hijo
De padres nobles.

LEONARDO.
En vos
Se ve su retrato mismo.

MONDRAGON.
Estudí por su contento
Gramática y los principios
De lógica, y por su gusto
A ser clérigo me aplico.
Amor...

LEONARDO.
Decid.
MONDRAGON.
(Sabe Dios)
Que con vergüenza lo digo)
Me desvia (al fin soy hombre)

¹ Moreto hubo de tener presente esta escena para escribir otra que tiene, bastante parecida, en *Las travesuras de Panaja*.

Deste tan santo camino.
Hay aquí cierta mujer,
Ojos zarcos, lindo pico,
Largas cejas, boca grande,
Dientes de marfil bruñido,
Largas manos, alto cuello...
Aunque no sé quién me dijo
Que era la pierna derecha
Mas que la izquierda tantico;
Mas no es cosa que la afea.

LEONARDO.
¿Importa al pleito haber sido
Mas larga una pierna que otra?

MONDRAGON.
Es que la verdad os pinto,
Y que han de importar las señas.

LEONARDO.
En el *Digesto* está dicho,
Párrafo *quibus si bene*,
Que no sale de su quicio
La particular noticia,
Mas que della recebimos
Lo que la experiencia prueba.

MONDRAGON.
Vila en su casa un domingo...
Pero pienso que era martes.

LEONARDO.
Y eso ¿qué importa?

MONDRAGON.
Está escrito:
«El martes es día aciago.»

LEONARDO.
(Ap. ¿Qué estudiante tan prolijo!)
Cierto, señor don Fernando,
Que este pleito es exquisito
De parte del informante.

DON FERNANDO.
Es ingenio peregrino.
LEONARDO.
Decid, Señor, vuestro pleito.

MONDRAGON.
En viéndola, ni Calixto,
Ni París, ni Vincislao,
Ni Tulio, ni Calepino
Tuvieron tan grande amor.

LEONARDO.
Calepino fué de un libro
Autor, que escribió en seis lenguas.

MONDRAGON.
Eso es lo mismo que digo,
Porque yo me dí a escribir
Versos como un cigüeñino;
Aunque unos me salían grandes
Y otros me salían chicos.

LEONARDO.
Lo que no da el natural
No es del arte preferido.
La ley *ubi repugnantia*,
Pienso que párrafo primo...

MONDRAGON.
En fin, me metí a poeta,
Mayor de los veinte y cinco,
Haciendo mis cuodlibetos
Para el lauro y grado altivo.
Dije mal (que es lo primero)
De vecinos y de amigos;
Enfadábanme sus versos,
Y agradábanme los míos;
Para parecer discreto
Andaba siempre torcido
El hocico hacia una parte.

LEONARDO.
¿Qué nos importa el hocico
Para el pleito deste amor?

MONDRAGON.
Soy por esto conocido,
Y el hocico es la sustancia.

LEONARDO.

(Ap. Debe de ser de cochino.)
¡Oye, señor don Fernando?

DON FERNANDO.
Señor mío...

LEONARDO. (Ap. a don Fernando.)
¿Qué estudiante
O qué diablo me ha traído?

DON FERNANDO.
Un hombre de raro ingenio,
Mas poeta que Virgilio,
Y mas que Tulio orador.

LEONARDO.
Y mas tonto que un pollino.

MONDRAGON.
Mire, señor licenciado...

LEONARDO.
Deje ramos y caprichos,
Y vamos a la sustancia.

MONDRAGON.
Eso es lo mismo que pido.

LEONARDO.
¿Forzó acaso a esta mujer?

MONDRAGON.
Hay en casa del Obispo
Un hombre, que me parece,
Y hay en casa de mi tío
Una mujer, que es retrato
De la mujer a quien sirvo.
Forzó aquel que me parece
A la que es retrato vivo
De la que yo quiero bien.
Fuése a cazar golondrinos;
Y la mujer que me toca
Dice que el hábito antiguo
Me quitó, por disfrazarme,
Y que soy el contenido.
Que le parezco es verdad,
Que me parece lo mismo:
Padezco porque parezco;
Pero no por el delito;
Porque el que a mí me parece,
No parece, y parecido,
Padecerá quien lo debe.

LEONARDO.
No lo entiendo, por Dios vivo.

MONDRAGON.
Pues aquí ha de entrar la pierna,
Y el ser mayor un tantico.

LEONARDO.
Luego ¿eso ha de ser la prueba?

MONDRAGON.
Eso es lo mismo que digo.
Midan estas dos mujeres,
Que la que tiene encogidos
Los nervos, esa es mi dama;
Y midannos los hocicos
A mí y al que me parece,
Y quedará conocido.

LEONARDO.
¿El que cometió el incesto?

MONDRAGON.
Eso es lo mismo que digo.

LEONARDO.
¡Oh, lleve el diablo los pleitos!

DON FERNANDO.
¿Qué es eso?

LEONARDO.
Que estoy corrido
De ver que no entienda un hombre.

DON FERNANDO.
¿Qué decís?

DOÑA ELVIRA.
Lo dicho, dicho.
DON FERNANDO.
¿Mohino estáis?
DOÑA ELVIRA.
Y yo con mucho gusto;
Que el señor don Fernando me ha man-
El primer beneficio. [dado
DON FERNANDO.
Y es muy justo.
(Ap. á Elvira. Amor dé la ocasión, vos
[el cuidado.)
(A Mondragon.) Vos por ahora no le
[deis disgusto.
MONDRAGON.
Servirle quiero yo, no darle enfado.
LEONARDO.
Es un pleito de hocicos: no hay quien
- Si no se va por leyes á Guinea. [vea,
DON FERNANDO.
¿En qué os entreteneis? Que yo querria
Desenfadaros.
LEONARDO.
Voy á caza á ratos.
DON FERNANDO.
Y ¿no jugáis?
LEONARDO.
Cuando hay melancolía,
Y son los libros al ingenio ingratos.
DON FERNANDO.
Juguemos hoy, que da ocasión el día.
DOÑA ELVIRA.
Aquí hay un jardinillo y seis retratos,
Londe podeis jugar.
MONDRAGON.
Barato quiere.
DON FERNANDO.
¿Cientos jugáis?
MONDRAGON.
Un moro los espere.
LEONARDO.
Con Mendo, labrador aquí vecino,
Suelo jugar.
DON FERNANDO.
Por él enviar podemos.

ESCENA X.

UN CRIADO. — DICHOS.

CRÍADO. (A don Fernando.)
Enrique está á la puerta.
MONDRAGON. (Ap. á don Fernando.)
Ese mohino
Del lado de la Bella le saquemos,
Pues para hablarla no hay otro camino.
LEONARDO.
A ver, Señor, el jardinillo entremos.
DOÑA ELVIRA.
Regaladle, Leonardo; que me importa.
DON FERNANDO. (Ap. á Mondragon.)
¡Sutil mujer!
MONDRAGON.
Los pensamientos corta.
(Vase.)

Sale en casa de Mendo.

ESCENA XI.

MENDO, ANTONA, GILOTE.

MENDO.
Si no estuvieras en días,
Como lo estás, de parir,
Yo te hiciera...

ANTONA.
No hay sufrir
Tus maldades.

MENDO.
¿Aun porfiás?
GILOTE.
Mirad que parece mal
Que riñais sin ocasion,
Y perdais la santa union
Que os juntó en amor ignal.
No os entiendan los vecinos,
Por Dios.

ANTONA.
En cosas de celos
Los infernos y los cielos
Han de oír mis desatinos.

MENDO.
¿Que salir y entrar me impidas
En cas de nobles y ricos?

GILOTE.
No tienen mil villancicos
Mas entradas y salidas
Que tú en casa del letrado.
Antona tiene razon.

MENDO.
¿Que tú has de dar ocasion
A que me riña un criado!

ANTONA.
No, sino véte á mirar
A la señora letrada,
Que como gallina echada
En su estrado suele estar.
Hoy la verias muy bueca,
Chafando los terciopelos
De la color de mis celos;
No con holanda ni rueca,
Sino enguantadas las manos
Y amortajadas en mudas,
Por todo el tiempo viudas,
Porque hay untos italianos.
Verias la gran gorguera,
Que parece que en un plato
Trae la cabeza, ó retrato
En caja de oro ó madera.
Verias que de rodillas
Trae en salva la criada
La cadenilla esmaltada,
Las sortijas, las manillas
Y el oloroso abanillo,
(Que el ámbar es lindo cebo),
Y al le hay agora nuevo.

Algun brinco ó cabestrillo,
Que yo no entiendo estos nombres;
Aunque sospecho y recelo
Que para quedarse en pelo
Dan sus cabestros los hombres.
Llegariase á decir
Razoncitas estudiadas;
Que á mujeres licenciadas
Tienta el diablo por oír.
Mas no siendo natural,
Volveríaste al dijoren,
Hizon, trájon y llevoren,
Que era carbon paternal.
Mas si con memoria estás
De tu carbon, nieve es ella:
Si te llegas mucho á ella,
¿No ves que la tiznarás?

MENDO.
¡Plegue á Dios, Antona mia!

ANTONA.
Aunque mas pliegues me des
Que hay en un calzon francés,
No plegarás mi porfía.

MENDO.
Pues no te dé Dios salud...

ANTONA.
Y yo ¿para qué la quiero,

Si otro tú tener espero;
Para mayor inquietud?

GILOTE.
¿Estáis locos?

MENDO.
¡Plegue á Dios!

GILOTE.
Quedo, que Leonardo ha entrado.

ESCENA XII.

LEONARDO. — DICHOS.

LEONARDO.
Juego habemos concertado,
Pardiez, Mendo, dos á dos;
Y porque no os excuseis,
Yo propio os vengo á llamar.

MENDO.
Pues ¿á qué quereis jugar,
Y con quién jugar quereis?

LEONARDO.
Siempre intento vuestro honor:
Caballero os quiero hacer;
Que vos y vuestra mujer
A Elvira y cierto señor
La polla babels de jugar
Esta tarde en el jardín.

MENDO.
¿Qué señor?
LEONARDO.
Señor en fin.

MENDO.
¿Es de fuera ó del lugar?

LEONARDO.
Es don Fernando, el sobrino
Del Obispo.

MENDO.
Solo Iré;
Que á Antona yo no osaré
Sacarla de su camino.
Son mozos... galas, caballos...
Gallos cantará á las seis;
Y esto de pollas, ya veis
Que es peligro donde hay gallos.
A juego de ganapierte
Nunca tuve buena gana;
Que el que pierde, entonces gana,
Y el que gana, despues pierde.
La polla es buena en la olla,
A solas la comen sabios;
Que de la mano á los labios
Tiene peligro una polla.
Ya yo sé que no es mi Antona,
Aunque la llaman la Bella,
Para que nadie por ella
Juegue su hacienda y persona;
Mas yo me conservo así
Para quitar la ocasion.

LEONARDO.
Teneis villana opinion.

MENDO.
De tales llanos nací;
Mas siendo llanos, que dellos
Hizo mi padre en la cumbre
Carbon, y el carbon es lumbre,
Quiero alumbrarme con ellos.
Si yo al ajo y la cebolla
Me acostumbro en mi labor,
¿Para qué con el señor
Tengo de jugar la polla?
Demás que no es bien hacer
Por donde la polla pierda...
Aunque agora se me acuerda
Que está cerca de poner.

LEONARDO.
En vuestra vida seréis
Mas que humilde labrador.

MENDO.
Acá me entiendo, Señor,
Si allá vos os entendeis.
Vamos los dos; que á los dos
Podemos allá jugar.

LEONARDO. (Ap.)
Mi enojo quiero callar;
Que me he enojado por Dios.
(*Vanse Leonardo y Mendo.*)

ESCENA XIII.**ANTONA, GILOTE.**

ANTONA.
¿Hay cosa, Gil, mas cansada
Que aqueste gobernador
De sus vecinos?

GILOTE.
Mayor
No le hay de aquí á Granada.

ANTONA.
Gil, ¿en qué consiste ser
Necio un hombre y estudiante,
Y sabio el que es ignorante,
Con su casa y su mujer?

GILOTE.
Mil estudiantes sutiles,
De ingenio á la ciencia atento,
Tienen corto entendimiento
Para las cosas civiles.
Verás tal vez un soldado
Gallardo gobernador,
Sin letras; y con valor
Para la guerra un letrado.
No lo sé, nací grosero;
Pero sé que en casa ajena
Gobierna mal quien no ordena
Muy bien la suya primero.
¿Quién te pusiera en razon,
Antona, en discursos prontos,
Los géneros que hay de tontos,
Que piensan que no lo son?
Hay tontos, como naciones,
Españoles y franceses,
Italianos, ingleses,
Alemanes, borgoñones.
Hay mil tontos marquesotes
Con cuidados de mujer,
Que nacieron para ser
Mártires de sus bigotes;
Mil que á bestias los condeno,
Porque ellas á dormir van
Sin freno, y ellos están
Toda la noche con freno.
Hay tontos apasionados
De suerte de sus amigos,
Que les dan mil enemigos,
Odiosamente alabados.
Hay tontos de gravedad;
Que pára en descortesía
Toda su sabiduría,
Que es muy gentil necedad.
Hay tontos de confianza,
Imposibles de vencer,
Que solo su parecer
Llevan por punta de lanza.
Hay tontos de puro buenos,
Que con sencilla intencion
Para sus amigos son
Arsénicos y venenos.
Hay tontos de andar podridos
De las cosas que suceden,
Que remediallas no pueden,
Y les quitan los sentidos.
Hay tontos de saber nuevas
De lo que en el mundo pasa,
Y no saben si en su casa
Nacen repollos ó brevas.
Hay tontos de no querer

Que nadie en el mundo sepa,
Sino que dentro les quepa
Cuanto puede el cielo hacer.
Hay tontos, que en viendo ajeno
Escrito de habilidad,
Aunque á toda esta ciudad
Agrade, por ser tan bueno,
Dicen: «Yo tengo de hacer
Una cosa nunca oída»;
Sin mirar que á la nacida
No iguala la por nacer.
Y cuando esté comenzada
Esta su historia ó conseja,
Es como preñado en vieja,
Gran barriga y todo nada.
Mas, porque el discurso pasa,
Por el mayor se condena
El que gobierna la ajena,
Y se descuida en su casa.

ANTONA.
Entre tanta tontería
¿Cómo no pones á Mendo?

ESCENA XIV.**DON ENRIQUE. — DICHOS.**

DON ENRIQUE. (Ap.)
Que ha de haber lugar entiendo,
Si es tanta la dicha mía,
Porque me avisa mi hermano
Que Mendo queda en el huerto
De Leonardo. Todo es cierto.
¿Ay dulces desden villano!

ANTONA.
¿Qué es esto?
DON ENRIQUE.
No os espanteis.
¿No está acá vuestro marido?
ANTONA.
No, Señor; que afuera es ido.
¿Qué es lo que á Mendo queréis?

DON ENRIQUE.
Vengo, Señora, á comprar
Su yegua la castañuela,
Porque me dicen que vuela.

ANTONA.
¿Amigo sois de volar?
GILOTE. (Ap.)
¿Yegua á comprar? ¡Malos años!
DON ENRIQUE. (A Gilote.)
Id vos á ver si ha llegado
A la puerta un mi criado
Con dos caballos castaños.

GILOTE.
¡Oy; mas no puedo entender
Qué pensamiento os engaña.
Con castaños y castaña
Gran casta queréis hacer. (*Vase.*)

ESCENA XV.**ANTONA, DON ENRIQUE.**

DON ENRIQUE.
¿No vendrá vuestro marido?
ANTONA.
Presto vendrá.

DON ENRIQUE.
¡Plega á Dios
Que nunca venga, y que vos
Me deis un momento oído!

ANTONA.
El oído os puedo dar,
Si es cosa que no se quita?

DON ENRIQUE.
Al amor, que os solicita,
Bien se lo podeis prestar.
ANTONA.
Hablad, Señor, desde afuera;
Que vendrá Mendo.

DON ENRIQUE.
No hará;
Que ahora jugando está
A la polla ó la primera.
De todos concierto ha sido;
Todos lo han de entretener:
Tiempo teneis de tener
En paz mi loco sentido.

ANTONA.
¿Qué sentido ó calabaza?
Mientras que Mendo viviere,
Ninguno en el mundo espere
Andar en su monte á caza.
Salid, Señor, en buen hora.

DON ENRIQUE.
¿Qué villano proceder!
ANTONA.
Pues ¿cómo puedo yo ser,
Siendo humilde labradora?
Aquí en casa de Leonardo
Hay lechuguillas y guantes,
Perlas, pastillas, diamantes;
Que aquí todo es paño pardo.
Id con Dios; que he de hacer pan,
Y se me huela la masa.

DON ENRIQUE.
Ya estoy, Antona, en tu casa.
ANTONA.
Los que os vieren, ¿qué dirán?

DON ENRIQUE.
Dame una mano.
ANTONA.
Atre allá.

ESCENA XVI.**GILOTE. — DICHOS.**

ANTONA.
Gil, pon este tonto en lista.
GILOTE.
O me ha engañado la vista,
O nuestro amo viene ya.

ANTONA.
¿Triste de mí!
DON ENRIQUE.
Pues ¿qué importa?

ANTONA.
Vivir siempre mal casada.
GILOTE.
Hallaros aquí ¿no es nada?
Pero la pena reporta.

DON ENRIQUE.
¿Cómo?
GILOTE.
Detrás dese paño
Os podeis luego esconder;
Que comienza á anochecer,
Y saldréis despues sin daño.
ANTONA.
Aquí os esconded, por Dios.
DON ENRIQUE.
Por vos solo me escondiera. (*Éntrese.*)
GILOTE.
Sal á recebirle afuera.

ESCENA XVII.

MENDO. — ANTONA, GILOTE.

MENDO.
¿Qué hacíais solos los dos?

ANTONA.
Del campo habemos tratado
Mientras vos jugado allá.

MENDO.
Jugado y perdido ya.

ANTONA.
¿Perdido?

MENDO.
Un amigo honrado.

¿Cómo?

MENDO.
Puestos á la mesa
Todos los cuatro á jugar,
No sé qué piés vi pisar,
Que aun el decirlo me pesa.
Pisaron, en fin, los piés
De Fernando á doña Elvira.

ANTONA.
¡Oh, cuánto un celoso mira!

MENDO.
¿Yo celoso!

ANTONA.
¿No lo ves?
Pasar piés ¿es de importancia?

MENDO.
Mucho es debajo de mesa
Pasar piés.

GILOTE.
¿No es mas empresa
Pasar caballos á Francia?

MENDO.
Todo es pena de la vida
En las leyes del honor.

ANTONA.
Adentro me voy. Señor;
Que está mi masa perdida. (Vase.)

ESCENA XVIII.

MENDO, GILOTE.

GILOTE.
Enojada se ha entrado, de celosa.

MENDO.
Yo, Gil, de aquellos piés vengo espanta-
GILOTE. [do.

Leonardo es sabio, tú eres malicioso;
Que al Fernando, mozo, loco y vano,
Quiso pasar los piés para hacer señas,
Ni Leonardo es culpado ni su esposa.
Pero ¿cómo lo viste?

MENDO.
Porque vide
Los piés de doña Elvira, y don Fernando
Puso una vez los piés sobre los míos.

GILOTE.
Y tú ¿qué hiciste?

MENDO.
Estábase callando.

GILOTE.
Favorecido vienes desta suerte.
¿Hiciste algun melindre como dama?
Para un hombre con celos era bueno.

MENDO.
Pues que de piés hablamos, ¿qué es
[aquello?
¿Nos son piés los que cubre aquella sarga?

GILOTE.
¡Piés! ¿Qué dices? Zapatos serán tuyos.

MENDO.
Y las medias de seda ¿serán mías?

GILOTE.
Oye aquí aparte.

MENDO.
Cuerdamente escucho
GILOTE. (Ap. á Mendo.)

A comprar una yegua don Enrique
Vino á tu casa, estando con Antona;
Entraste tú; de miedo allí se puso.

MENDO.
¿Estabas tú delante?

GILOTE.
Como ahora.

MENDO.
Desdichados en piés habemos sido
Leonardo y yo. ¿Qué haré?

GILOTE.
Juntos entrambos
A san Anton los ofreced.

MENDO.
Bien fuera,
Si con mi honor cortárselos pudiera.
(Descubre á don Enrique.)

¡Ah, caballero! Sin razon ha sido
Esconderos de mí, pues no lo es justo
Tomar consejo de mujer en esto,
Pues con el miedo nunca le dan bueno.
Mi mujer es honesta y virtuosa; [do,
Aquello fué temor; vos, que sola cuer-
Pudiéades salir, pues no importaba
El tratar de la yegua con el dueño;
Pues, si no es de su dueño en la presen-

[cia,
No se venden las yeguas en Plasencia.

DON ENRIQUE.
Erré por su consejo: perdon pido,
Y licencia también.

MENDO.
No salgais solo.
Salir quiero con vos, porque no vean
Que salís de mi casa los vecinos.

GILOTE. (Ap. á Mendo.)
Y ¿no fuera mejor que tú callaras,
Y le sacara yo siendo de noche?

MENDO. [tienda
No, Gil; pues quiero yo que a queste en-
Que no ha de entrar aquí, pues yo le he [visto:

Porque, con ver que entiendo lo que pa-
Apenas osará mirar mi casa. [sa

GILOTE.
Pues no dés á tu esposa pesadumbre.

MENDO.
¿Qué es pesadumbre? Librenme los cie-
Que la despierte con pedirle celos. [los
(Vanse.)

Calle.

ESCENA XIX.

DON FERNANDO, MONDRAGON.

DON FERNANDO.
Notable dicha he tenido.

MONDRAGON.
En los ojos se te ve.

DON FERNANDO.
Todo mi remedio fué
Un pleito mal entendido.

MONDRAGON.

Con notables bernardinas
He trazado tu amistad!

DON FERNANDO.

¿Que á un hombre de autoridad
Y el ejemplo que adivinas,
Tan sabio y tan entendido,
Te atrevieses de aquel modo?

MONDRAGON.

Pues entendiérase todo,
Si no le hablara atrevido.
El pensó desesperarse
Oyendo mis desatinos,
Aunque por dos mil caminos
Intentaba reportarse.
A mi corto entendimiento
Todo el pleito atribuyó,
Porque jamás entendió
El blanco de nuestro intento.
Acudiste lindamente
Con el juego.

DON FERNANDO.

A tiempo fué,
Que sin darme mano, el pié
Me declaró ocultamente;
Que vi los suyos tan llanos,
Correspondiendo despues,
Que he ganado por los piés
Cuanto perdí por las manos.

ESCENA XX.

DON ENRIQUE. — Dichos.

DON ENRIQUE.

Si algun hombre tiene el suelo
Mas desdichado que yo,
De cuantos amor les dió
La ocasion que envidia el cielo,
La vida quiero perder.

DON FERNANDO.

¡Oh Enrique!

DON ENRIQUE.

¡Fernando, hermano!...

DON FERNANDO.

¿Tan triste?

MONDRAGON.

El deseo villano
De aquella ingrata mujer
Le habrá puesto desta suerte.

DON ENRIQUE.

¡Plugüera á Dios que ansí fuera!

DON FERNANDO.

¿No entraste?

DON ENRIQUE.

Entré, y aun pudiera
Haber hallado mi muerte;
Que estando con ella hablando,
Entró Mendo, y la mujer
(Que le debe de temer),
Toda confusa y temblando,
Detrás de un paño me puso,
Donde el Labrador me vió.

DON FERNANDO.

¿Intentó matarte?

DON ENRIQUE.

No;
Mas cueradamente dispuso
Abonar á su mujer,
Y darme á entender á mí
Que supo que estaba allí.

MONDRAGON.

Demonio debe de ser.

DON ENRIQUE.

Sacóme él mismo de casa,
Y en la calle me dejó.

DON FERNANDO.

Mejor lo he pasado yo.

DON ENRIQUE.

Ya sé todo lo que pasa;
Que el labrador malicioso
Lo contaba á su mujer.

DON FERNANDO.

Luego ¿lo pudo entender?

DON ENRIQUE.

Y es el cuento harto donoso.
Pues los piés, que tú pensaste
Que en los de Elvira pusiste,
Al labrador se los diste,
Y con él te regalaste.

DON FERNANDO.

¡Al labrador!

DON ENRIQUE.

Dél lo sé,
Que á su mujer lo contó.

DON FERNANDO.

¡Lindo favor! ¡Triste yo!

MONDRAGON.

Tú pisaste un lindo pié,
Siuo que es mayor de edad.

DON FERNANDO.

Amor me engañó.

DON ENRIQUE.

Yo creo
Que no ha de hacer tu deseo
Con esta gente amada.

DON FERNANDO.

No desconfíes; que ya
Con Leonardo he concertado
Grandes cosas.

MONDRAGON.

Con cuidado;
Que Mendo en la calle está.

DON ENRIQUE.

Su padre viene con él.

ESCENA XXI.

MENDO, SANCHE.— Dichos.

MENDO.

Como á padre te doy cuenta.

SANCHE.

Tenla de tu casa y renta;
Que Antona...

MENDO. (Ap. á Sancho.)

Quedo, que es él.

DON FERNANDO.

Pasa y quítale el sombrero.

DON ENRIQUE.

Paso temblando.

DON FERNANDO.

¿De qué?

MONDRAGON. (Ap. á su amo.)

Al pasar mirale el pié,
Que regalaste primero.

(Vanse don Fernando, don Enrique
y Mondragon.)

ESCENA XXII.

MENDO, SANCHE.

MENDO.

¿Qué te parece?

SANCHE.

Que son
Caballeros comidos.

MENDO.

Comedimientos fingidos
Descomedimientos son.
Nunca tuve por valor
Que el hidalgo y caballero
Me quite, padre, el sombrero,
Para quitarme el honor.
De mas cuidado me ahorra
El que por delante cruza,
Calada la caperuza,
Que el que me quita la gorra.
Labrador con labrador,
Y villano con villano.

SANCHE.

Hijo, tú eres hombre llano,
La virtud es alto honor:
No tengo que aconsejarte.

ESCENA XXIII.

LEONARDO.— Dichos.

LEONARDO. (Para sí.)

Sin brazos nadie subió,
Sin amparo nadie vió
Su fortuna en alta parte.
Grande ventura he tenido
En que aqueste caballero
Honre mi casa: hoy espero
Ser honrado y preferido.
Para toda pretension
Favor en el suyo aguardo.

SANCHE.

Hijo, allí viene Leonardo.
No dice con mi carbon
El resplandor de sus letras.
Adios, Mendo.

MENDO.

Padre, adios.

(Vase Sancho.)

ESCENA XXIV.

LEONARDO, MENDO.

LEONARDO.

¿Qué tratábades los dos?

MENDO.

¿No lo ves? No lo penetras?
Cosas de hacienda y labranza.

LEONARDO.

Mendo, quien algo ha de ser,
Ha de procurar crecer
Siempre el estado que alcanza.
A vuestro padre he mirado
Humildemente vestido:
Ponga el carbon en olvido,
Y vestilde traje honrado.
Compralde capa y sombrero,
Y á que os honre persuadielde.

MENDO.

El que nació para humilde,
Mal puede ser caballero.
Mi padre quiere morir,
Leonardo, como nació;
Carbonero me engendró,
Labrador quiero morir,
Que al fin es un grado mas.
Haya quien are y quien cave;
Siempre el vaso al licor sabe.

LEONARDO.

Eso es caminar atrás.
Hay hombres como cangrejos,
Que nunca adelante van.

MENDO.

Y otros que en su casa están
Dando á la ajena consejos.

A vuestros hijos podeis
Poner, Señor, á estudiar;
Que los míos han de arar,
Aunque vos me perdoneis.
Los cetros y los arados
Dicen que iguala la muerte.

LEONARDO.

Es verdad.

MENDO.

Pues desafortuna.
¿De qué sirven los cuidados?

LEONARDO.

A lo menos, pues tratais
De hijos, será razon
Que en la presente ocasion
Padrino á un hidalgo hagais.
Don Enrique, este sobrino
Del Obispo, mi señor,
Es hombre de gran valor:
Hacelde, Mendo, padrino;
Que con este parentesco
Os dará la mano en todo.

MENDO.

Yo estuviera dese modo
Galan, por mi vida, y fresco,
Dándole ocasion á él
Para entrar á paso llano
A hacer el hijo cristiano,
Y á la mujer infiel.
Gilote le sacará,
Uno de esos labradores.

LEONARDO.

¿Qué padrino!

MENDO.

Harto mejores
Consejos darle podrá.
Si enseñar las oraciones
Es oficio del padrino,
Quien está en casa, imagino
Que tendrá mas ocasiones.
¿Para qué quiero, Señor,
Que le enseñe con los piés
Oraciones que despues
Puedan condenar su honor?

ESCENA XXV.

GILOTE.— Dichos.

GILOTE.

Acude, Señor; que ya
Parió tu Antona un garzon.

MENDO.

¡Buenas nuevas!

LEONARDO.

Buenas son.

MENDO.

Vámonos juntos allá.

LEONARDO.

Ir quierero por doña Elvira. (Vase.)

ESCENA XXVI.

MENDO, GILOTE.

MENDO.

¿Qué hay, Gilote, del zagal?

GILOTE.

Que no he visto cosa igual.
Va pide papas y mira.

MENDO.

¿Anduvo valiente Antona?

GILOTE.

A tres brincos le parió.

MENDO.

¿Quién fué la comadre?

GILOTE.

Yo,
Y fué forzoso, perdona.—
Ea, tamboril y flauta.

MENDO.

¡Es grande el niño ó chiquitot

GILOTE.

Pardiez, que es como un cabrito.
Ya queda diciendo tanta.

(*Vanse.*)

Calle.

ESCENA XXVII.

DON FERNANDO, DON ENRIQUE,
MONDRAGON, músicos.

DON ENRIQUE.

Aquí podeis cantar, porque descansen,
Cantando, mis pesares.

MÚSICOS.

Va de letra.

MONDRAGON.

Mendo estará acostado, porque Antona
En sus haciendas estará ocupada.

DON FERNANDO.

Írme, si templaís.

MÚSICOS.

¡Esto os enfada?

(*Cantan.*)

*Mas valeis vos, Antona,
Que la corte toda.
Las damas de corte,
Que su talle adornan
Con rizados y telas,
Donaires y joyas,
Rindan hoy al vuestro,
Bella labradora,
Todos sus estudios
En hacerse hermosas.
Mas valeis vos, Antona, etc.*

DON FERNANDO.

Todo está suspenso,
No hay una persona.

MONDRAGON.

Donde se madruga,
Presto se reposa.

MÚSICA.

Mas valeis, etc.

MONDRAGON.

¡Pesta á mi linaje!
El aire se asombra.
De humo del corral
El olor me enoja.
Si Antona ha parido,
La música sobra.

DON ENRIQUE.

Por Dios, que son pares
Insufrible cosa.

MONDRAGON.

De la calle os echan,
Como en la parroquia
Espíritus lanzan.

DON ENRIQUE.

Pues vamos ahora
Sin pares de Francia,
Y mudad de copia.

MONDRAGON.

Mientras pare Antona
Vamos á chaconá.

(*Vanse.*)

Sala en casa de Mendo.

ESCENA XXVIII.

GILOTE, TORINDO Y INÉS, con tor-
rijas en un plato.

INÉS.

Yo me las he de comer.

TORINDO.

¡Malos años!

GILOTE.

¡Linda gracia!

Cada uno juegue su pieza:
Pieza tocada, jugada.

INÉS.

Yo sé que ha de haber enojos,
Y que en echando la garra,
Todo ha de ser rebatúña.

TORINDO.

Pues mejor es que se partan.

GILOTE.

Juguémoslas á algun juego.

INÉS.

El de las mentiras vaya.

GILOTE.

Eso no; que eres mujer,
Y en el mentir nos la ganan.

TORINDO.

Calla; que tambien los hombres
Mentimos lo que nos basta.

INÉS.

¡Quién ha de ser el juez?

TORINDO.

Cata el letrado y letrada
Y nuese amo.

GILOTE.

Si son tres,
Estará justa la jala.

ESCENA XXIX.

MENDO, LEONARDO, DOÑA
ELVIRA.—Dichos.

MENDO.

Mucha merced me habeis hecho.
Entrad; que ya está en la cama.

DOÑA ELVIRA.

Mil parabienes os doy.

GILOTE.

Tenéos; que anda la casa
De alboroto con torrijas.
Juzgad los tres una causa.
Aqueste plato jugamos
A quién mas polida saca
Una mentira; aunque Inés,
Por mujer, tiene ventaja.
Oid antes que os entreis.

LEONARDO.

Todo es regocijo.

MENDO.

Vaya.

Diga Torindo primero.

TORINDO.

Digo que vi dos tinajas
Volar encima del sol,
Y que vi dos calabazas
Todas llenas de poetas,
Y músicos, que cantaban
Con dinero y sin envidia.

LEONARDO.

¡Notable mentira!

MENDO.

Extraña.

TORINDO.

Vi mas: que dos arrogantes
En paz y concordia estaban,
Y vi un reino en que ninguno
Quería oficios.

MENDO.

Va pasas
De una mentira.—Di tú.

INÉS.

Yo vi cuatro mil albardas,
Y que dijo cierto pueblo
Que faltaban otras tantas.
Yo vi un sabio venturoso,
Y vi un hombre que guardaba
De su mujer sus secretos,
Y vi un discreto sin canas.
Yo vi que callaba un necio,
Y que un tonto confesaba
Que era tonto.

MENDO.

Bien está.

GILOTE.

Es mujer, ¿de qué te espantas?
Que si no la haces callar,
Mentirá de aquí á mañana.
Yo no digo lo que vi,
Lo que sé digo.

MENDO.

Pues vaya.

GILOTE.

Yo sé que Mendo es judío
Y está en la iglesia su estampa,
Y que Leonardo es ladrón,
Y que doña Elvira es mala.

MENDO.

Calla, bestia; que es mentira.

LEONARDO.

Tan grande que á todas gana.

DOÑA ELVIRA.

Y ¡cómo si gana á todas!

GILOTE.

¿Con esto poco?

MENDO.

Esto basta.

¡Yo judío!

LEONARDO.

¡Yo ladrón!

DOÑA ELVIRA.

¡Yo ruin mujer!

INÉS.

Maldad clara.

GILOTE.

Pues zúmpome las torrijas.

INÉS.

La industria ha sido gallarda.

DOÑA ELVIRA.

Yo voy á ver la parida.

ESCENA XXX.

MONDRAGON.—Dichos.

MONDRAGON.

¿Está el señor Mendo en casa?

MENDO.

En casa está el señor Mendo.

MONDRAGON.

Don Enrique de Miranda,
Padrino del mayorazgo
Que veais duque de Mantua,
A la parida le envía
Un presente: ¿haced que salgan
Por él dos ó tres criados.

MENDO.

Responded que en esta casa

Es padrino un mozo mío,
Labrador de mi labranza,
Y volved lo que traeis.

LEONARDO. (Ap.)
¡Qué condicion tan villana!

MONDRAGON.
Voyme, y diréelo así.

MENDO.
Idos, salid noramala.

(Vase Mondragon.)
—Leonardo, desde aquel día
Que engañó á Adán, engañada
Con cosas de comer, Eva,
Los hombres, por su venganza,
Con las mismas de comer
A las mujeres engañan.

LEONARDO.
De nada nacistes, Mendo;
Para siempre seréis nada.

MENDO.
Pues sed vos cuerdo en la vuestra;
Que yo soy loco en mi casa.
(Vase.)

ACTO TERCERO.

Calle.

ESCENA PRIMERA.

DON FERNANDO, DON ENRIQUE.

DON FERNANDO.
No hallé remedio igual para que diese
Lugar Leonardo que á mi Elvira ha-
blase.

DON ENRIQUE. [blase.
Ya le convidé, hermano, por el orden
Que me dijiste, y le pedí que fuése-
[mos
Los dos al monte aquesta tarde misma;
Y es de suerte tu dicha, don Fernando,
Que ya ha acetado con muy mucho gus-
to El ir conmigo.

DON FERNANDO.

Dame mil abrazos.

DON ENRIQUE.

¡Oh, qué noche te espera! Desdichado
De quien ha de pasarla entreteniéndose-
[le,

Tan lejos de ablandar á una villana
Como están de nosotros los antipodas.

DON FERNANDO.

En fin, ¿no quiso que padrino fueses?

DON ENRIQUE.

Otra invencion busqué para servilla.
Mejor efecto le permita el cielo.

DON FERNANDO.

¿Cómo?

DON ENRIQUE.

De rico terciopelo he hecho
Un rebocillo, guarnecido de oro.
Este le pienso dar con cierta industria;
Que á doña Elvira persuadí le diese.
Con esto la malicia del villano
No podrá conocer mi pensamiento;
Y pasados, Fernando, algunos días,
Sabrá quién se lo dió la bella Antona,
Tan bella para mí como guardada
Deste hortelano bárbaro que tiene.

DON FERNANDO.

Sí, hermano; mas no perro de horte-
lano;

Que si comer no os deja la hortaliza,
El la come muy bien, pues hoy bautiza.
(Vase.)

ESCENA II.

GILOTE y LUCÍA, de padrinos de un
niño; SANCHO, ACOMPAÑAMIENTO DE
BAUTIZO.

SANCHO.

Todos con muy buen concierto,
Cuando tanto bien recibo,
Para que volvamos vivo
Este que llevamos muerto;
Que este efeto hará con él
El bautismo soberano.

LUCÍA.

Loco va el viejo.

GILOTE.

Es temprano.

LUCÍA.

No quita los ojos dél.

GILOTE.

Pues cuando le llame abuelo
Con media lengua el muchacho,
Andará como borracho,
Dando traspiés por el suelo.
¡Ah Lucía! si á la iglesia
Fuésemos los dos así,
Y el clérigo á tí y á mí,
Entre una y otra reja,
Nos dijera aquellas cosas
De Jacob y de Abraham!...

LUCÍA.

Tiempo habrá.

GILOTE.

¿No voy galán
Con estas bragas curiosas?

LUCÍA.

Vas como un sol.

GILOTE.

¿Sol con bragas?
Lucía.

Es porque sereno estás;
Que pienso que lloverás
Cuando deilas te deshagas.

(Vase los del bautismo.)

ESCENA III.

DON ENRIQUE, DON FERNANDO.

DON ENRIQUE.

A la iglesia van ahora.

DON FERNANDO.

¿Que desto guste un villano!
Un padrino cortésano
Y una madrina señora
Parecieran bien allí.

DON ENRIQUE.

A Mendo parecen mal.

DON FERNANDO.

Si tu encogimiento es tal,
Quéjate, Enrique, de tí.
Tratas este labrador
Con tanto miedo y respeto,
Que en tu vida tendrá efeto
La pretension de tu amor.
Si no me determinara
A que hablaras á Leonardo,
Y en esta casa que aguardo
Escasamente ocupara
Lo que él tantas tiene á solas
Para gozar del favor,
Ya me hubiera el mal de amor
Sumergido entre sus olas.
Entra con atrevimiento,
Pues hay agora ocasion;
Que en un bautismo es razon
Dar parabien del contento.

Mendo lo está, tú hallarás
Buen rostro en él y en Antona.
Si no te atreves, perdona;
Pero no te quejes mas.

DON ENRIQUE.

Bien dices: á los osados
Lleva en hombros la fortuna.
Mal puedo esperar ninguna
Con piés y brazos atados.
Entra con aqueste medio
Del parabien del bautismo.

DON FERNANDO.

De tu atrevimiento mismo
Sacaré amor el remedio.
(Vase.)

Sala en casa de Mendo.

ESCENA IV.

MENDO, ANTONA.

ANTONA.

Él iba como las flores.

MENDO.

Si era hijo de un clavel,
¿Qué mucho, Antona, que en él
Viesen las mismas colores?
Con la toca de parida
Me pareces de manera...

ANTONA.

Dilo.

MENDO.

¡Ay Dios, quién se atreviera!

ANTONA.

Luego ¿he de quedar corrida?

MENDO.

No; pero quisiera verte
Prenada otra vez, Antona;
Que el segundo parto abona
La primera y buena suerte,
Porque el volver á la fe
Es como dar un fiador.

ANTONA.

Deseo de labrador
Esto que me dices fué;
Que, como quiere al agosto
Ver de un grano tantos granos,
Y de un racimo en las manos
Tantos lagares de mosto;
Ansí tambien tanta cria
Como un enjambre de abejas.

MENDO.

Uvas y espigas y ovejas
En abundancia querria;
Mas porque de punto subas,
Hijos has de desear;
Pues que tienes que les dar
Ovejas y espigas y uvas.
Si fuera pobre, temblara
De verlos temblar al hielo;
Pero enriqueceme el cielo,
Venga quien lo coma.

ANTONA.

Pára.

ESCENA V.

MONDRAGON. —DICHOS.

MONDRAGON.

Mi señora el parabien,
Antona bella, os envia,
Y dice que aqueste día
Vendrá á servirlos tambien.
Y porque estéis con decencia
Para recibir al niño,

Dice que este rebocifio,
Que nadie ha visto en Plasencia,
Os pongais, y os sirvais dél,
Y que ¡ojalá todo fuera
De diamantes!

ANTONA.

¡Quién pudiera
Darle á Plasencia por él!
Descoged. ¡Qué linda cosa!
Tened: pondréntele.

MENDO.

Espera;
Que aunque de diamantes fuera
Digno desa cara hermosa,
Pero en cuanto á ser mujer
De un labrador, no es decente;
Que es ocasionar la gente
A murmurar y á ofender.—
Volved, y besad las manos
A doña Elvira en su nombre
Y el mío.

MONDRAGON.

Haréis que se asombre,
Y no seréis cortesanos.
Ella es amiga y vecina.

MENDO.

Ya están haciéndole agora
A Antona, que es labradora,
De grana una mantellina.
¡Solis su criado?

MONDRAGON.

No soy,
Sino de un gran caballero,
Su vecino.

MENDO.

Pues no quiero,
En el estado en que estoy,
Y mas por ajenos mozos,
Sus cortesanos aliños;
Porque tales rebocifios
Vienen con muchos rebozos.
A gente de su comercio
Está bien; que acá despues,
Aunque terciopelo es,
Quizá el pelo cubre el terció.
La felpa no es entre gente
Rústica puesta en costumbre,
Y es ponerme en pesadumbre
De que su costa sustente.
Y entre rudos labradores
No será guardar parejas
Subir de lana de ovejas
A las felpas de señores.
Y aunque pasamanos tiene,
No quiero yo pasamano
Que pase del pié á la mano
Lo que á mi estado conviene.
Id con Dios, y agradeced
La merced que nos han hecho.

MONDRAGON.

Que se han de enojar sospecho.

MENDO.

Pues no nos hagan merced.
(Vase Mondragon.)

ESCENA VI.

MENDO, ANTONA.

MENDO.

¡Estás enojada?

ANTONA.

¡Yo!

¡Por qué he de estar enojada?

MENDO.

Si rebocifio te agrada,
Tambien te lo daré yo.
Terciopelo es la blandura

De mis caricias, amada
Antona, y tan de Granada,
Que es felpa de tu hermosura.
Pues ¡qué mejor rebocifio,
Mas rico, galan y honesto,
Que darte un hermano, presto,
Del recién nacido niño?

ANTONA.

Rebózame con los brazos
Que me prometes y adoro;
Pasarán, pues son de oro,
De pasamanos á brazos;
Que si á ti te da disgusto,
A mí el alma me quitara;
Que nunca en galas repara
Mujer casada á su gusto.

ESCENA VII.

UN CRIADO.— DICHOS.

CRIADO.

Esta alhombra y almohadas
Doña Elvira envia aquí.

MENDO.

¡Qué cansancio para mí!

ANTONA.

Advierte que son prestadas,
Por las fiestas deste día.

MENDO.

Ni aun prestadas me está bien.

ESCENA VIII.

DOÑA ELVIRA.— DICHOS.

DOÑA ELVIRA.

Si no he dado el parabien
Tan presto como debia,
Si al bautismo no acudí,
Fué por no haber vos querido
Hacer lo que mi marido
Os suplicaba por mí.

ANTONA.

Yo sigo el gusto de Mendo;
Él ha nombrado padrinos.

DOÑA ELVIRA.

No hacéis tan buenos vecinos,
Como yo séroslo entiendo;
Pero si es su condicion,
No le quiero replicar.

ANTONA.

Ni aun me dejaba sentar;
Con saber que vuestras son
Esta alhombra y almohadas.

DOÑA ELVIRA.

Agravo hacéis á mi amor,
Pues tratáis con disfavor
Hasta las cosas prestadas.
Ya que madrina del niño
No habeis querido que fuese,
¡Era mucho que os sirviese
Con un pobre rebocifio!
Yo no le pienso decir
A Leonardo que volveis
Su presente.

MENDO.

Bien haréis;
Que no es bien darle á sentir
Este encogimiento nuestro.

ESCENA IX.

DON ENRIQUE, DON FERNANDO.

—DICHOS.

DON FERNANDO.

Entra, no tengas temor.

MENDO.

¡Qué es esto?

DON ENRIQUE.

¡Oh Mendo!

MENDO.

¡Señor!...

DON ENRIQUE.

A quien es servidor vuestro,
¡No convidais este día?
Pues mi hermano y yo venimos
Quejosos, que no supimos
Cuando el bautismo se hacia—
Pero viéndole pasar,
Nos apeamos á veros.

MENDO.

Más tengo que agradeceros
Que aquí os puedo declarar;
Pero, como soy villano,
Cosas de corte no entiendo.

DON ENRIQUE.

Con razon estamos, Mendo,
Muy quejosos yo y mi hermano.
Pero hablemos la parida;
Que de nosotros podeis
Estar cierto que teneis
Dos amigos.

DOÑA ELVIRA.

Por mi vida,
Que tomen luego, señores,
Sillas.

DON ENRIQUE.

Vos, en fin, sabeis
Estilo de corte.

DOÑA ELVIRA.

Hacéis

A esta casa mil favores.

MENDO. (Ap.)

En viendo sillas y estrado,
Temi visita de seda.

DON ENRIQUE.

Quien de parto hermosa queda,
Su esposo pone en cuidado.
¡Vivais mil años, amén!

ANTONA.

Para servirlos estoy
De la manera que soy.

DON ENRIQUE.

Y para mandar tambien.
Si no comeis con regalo,
De casa os traerán alguno.

ANTONA.

Siempre á regalos ayuno,
Mi estado á mi casa igualo.
Agradezco la merced.

DOÑA ELVIRA.

No te muestres tan esquivia;
Ansi vuestro hijo viva,
Que nos haréis gran merced,
Que nos trateis con llaneza.

DON FERNANDO.

Yo pensé que por vecina,
Fuérais vos la madrina.

DOÑA ELVIRA.

No tuve poca tristeza
En ver que no nos quisieron
A don Enrique y á mí.

MENDO. (Ap.)

¡Que esto es bueno, y que es así
Que las cortes prometieron

Esta cortesía, donde
No hay trato ni obligación!
Peligrosas leyes son,
El mismo daño responde.
Deste trato y cumplimientos
Se enciende la voluntad:
Comienza por amistad,
Y acaba por fingimientos.
Piensan estos que no sé
El fin de su pretensión.
Cada uno en su rincón
Con su familia se esté,
Si quiere vivir seguro;
Que visitas excusadas
Tienen mil hiedras quitadas
Del mas fuerte y alto muro.

ESCENA X.

GILOTE, LUCÍA, ACOMPAÑAMIENTO DE
BAUTIZO. — DICHOS.

GILOTE.
Acude, Señor; que ya
Viene el zagal chapuzado.

DON ENRIQUE.
¡Buen padrino!

MENDO.
Muy honrado.
DON ENRIQUE.

¿Es de casa?

MENDO.
En casa está.

DON ENRIQUE.
Sentémosle entre los dos.

ANTONA.
Muestra ese niño, Lucía.

GILOTE.
Sentaréme; que á fe mía
Que soy galán como vos.

DON ENRIQUE.
No habrá dama que os deseeche.

DON FERNANDO.
Ni la mas alta señora.

GILOTE.
Pardiez, que parezca agora
Torreznó entre pan de leche.
¡Hannos de dar colación?

MENDO.
Saca esas fuentes, Ergasto.

DON ENRIQUE.
¿Ha sido muy grande el gasto?

GILOTE.
Hay brava almendra y toston.

ANTONA.
Gil, allá se lo darán

A los zagales, no aquí.

MENDO.
Bien decis. — Tú, Ergasto, di
Que les den cecina y pan,
Y beban en abundancia
El ojo de gallo aloque.

GILOTE.
Pardiez, amo, que provoques
A la doncella de Francia.
Dejo el padrínago, y voy
A remojar el pescuezo;
Que traigo un gran estropiezo
Dende que padrino soy.

DON ENRIQUE.
Eso no; que es desatino
Que aquí solos nos dejeis.

GILOTE.
Callá; que vos no sabeis
Lo que puede el ser padrino.

(*Vanse Gilote, Lucía y el acompañamiento.*)

ESCENA XI.

MENDO; ANTONA, con el niño en
brazos; DOÑA ELVIRA, DON FER-
NANDO, DON ENRIQUE.

DOÑA ELVIRA.
¡Bendígate Dios, amén,
Y qué lindo es el rapaz!

DON ENRIQUE.
Pondrá sus padres en paz
Cuando reñidos estén.

DOÑA ELVIRA.
¡Lo que parece á su padre!

MENDO.
Es en figura de honor
El me fecit del pintor

Con que le marcó su madre.
Fuera de ser en servicio

De Dios, en justa razón
Los propios honrados son:

Nunca les falta un resquicio
Del padre...

DOÑA ELVIRA.
Es cosa muy cierta.

MENDO.
Que los de dama, aunque hermosa,
Son como que es coscoca,

Que de milagro se acierta.

ESCENA XII.

LEONARDO. — DICHOS.

LEONARDO.
Convidame esta tarde para el monte

El señor don Enrique, y muy despacio
Al bautismo se viene, y no se acuerda

Que me mandó poner botas y espuelas.
Por toda la ciudad ando en su busca,

Y está en conversacion tan descuidado
Como si no me hubiera convidado.

DON ENRIQUE.
Fernando me ha traído á esta visita,
Por la amistad que vos debeis á Mendo;

Mas, ¿qué pensais que tardaré en vestir-
me?

DOÑA ELVIRA.
¡Tan tarde quereis ir? No, por mi vida.

LEONARDO. [campo
Si roche se ha de hacer, porque en el
Nos balle el alba, lo mejor es esto.

DON ENRIQUE.
Pues vamos, y veréis que en un momen-
Están á punto perros y criados. [to

LEONARDO.
Elvira, adios. — Adios, señora Antona.

DOÑA ELVIRA.
Elos traiga con bien.

ANTONA.
El mismo os guarde.

DON ENRIQUE.
Mendo, gozad el mayorazgo un siglo.

LEONARDO.
No os doy el parabien, porque os he da-
Mil parabienes ya. [do

DON ENRIQUE.
Vamos, que es tarde.

MENDO.
Ya os dije entonces yo que Dios os guar-
[de.

(*Vanse Leonardo y don Enrique.*)

DON FERNANDO.
Notable es la afición que vuestro espo-
Tiene á la caza. [so

DOÑA ELVIRA.

Tanto, que el juicio
Pierde en hablándole de caza. *

MENDO. (Ap.)
Bien se ve que le tiene ya perdido,

Pues jamás en su casa cuerdo ha sido.

DOÑA ELVIRA.
Razon será dejaros; que este es día
De grande ocupacion.

ANTONA.
Pues vaya Mendo

A servirlos.

DON FERNANDO.
Fuera grande agravio *

De un caballero mozo, ni era justo
Que os dejase tan tarde vuestro esposo.

MENDO.
Con eso, y con que yo no lo merezco,
Dejo de acompañaros.

DOÑA ELVIRA.
Dios os guarde.

DON FERNANDO. (Ap. á doña Elvira.)
¿Puedoos hablar?

DOÑA ELVIRA.
Salgamos desta casa;

Que son estos villanos maliciosos.
(*Vanse doña Elvira y don Fernando.*)

ANTONA.
Mendo, á la cuna llevo el zagalejo.

MENDO.
Llévale con envidia de mis brazos.

ANTONA.
¿Qué dos claveles le he dejado impre-
En la cara! [sos

MENDO.
¿Cómo?

ANTONA.
A puros besos. *

(*Vase.*)

ESCENA XIII.

GILOTE. — MENDO.

GILOTE.
Mendo, á quien prospere el cielo

Con mas de cien mil ventajas,
Y esto que es agora pajas

Vuelva en raso y terciopelo:
¡Vivas mas años, amén,

Que aquel Juan de Espera en Dios,
Que iba al Jordan, y á los dos

Una misma vida os déni
Porque tanta colación,

Tanto vino, tanta pera,
Tanta fruta de la Vera,

Tanto regalo y toston,
Solo lo pudiera dar

Un hombre de tu valor.

MENDO.
¿Fué gran fiesta?

GILOTE.
La mejor

Que se ha visto en el lugar.
El ojo de gallo anduvo

Cerrando á todos los ojos,
Que no verán con antojos:

Dios sabe cómo yo subo.
Tal gallo me ha de volver

De color la mejor pieza;
Que pienso que en la cabeza

Su cresta me ha de poner.
En la frente de Pascual

* , * , *. Versos defectuosos.

Ya canta el quiquirquí,
A Torindo ya le vi
Escarbando en el corral.
Bato duerme con resollo;
Pero, en fin, que es justo hallo
Que corrais, Mendo, tal gallo,
Día que os nace tal pollo.
¡Voto á mí, que quien le viera
En la pila andar mirando
A una parte y á otra, cuando
Me le entregó la partera,
Que dijera, y justamente,
Que no es posible que sea
Meños que cura en su aldea
Muchacho tan deligental
Lindamente, dijo Gila:
«A la fe que ha de ser macho,
Viendo cuán fuerte el muchacho
El agua aumentó á la pila.»
Pues al tomar la candela,
De manera la apretó,
Que ni aun á mí me la dió,
Ni á su agüelo ni á su agüela,
Hasta que el buen cura viejo
En latín se lo pidió,
Que á todos nos pareció
La carta de san Alejo.
Pues no fué el donaire solo;
Por melindro la madrina,
Que aprende de su vecina,
Dijo...

MENDO.

¿Qué?

GILOTE.

Vale por volo.

MENDO.

Todo me sabe á alegría,
Todo me causa placer...
—Pero dame qué temer
No sé qué malicia mía.
Andan estos caballeros,
Que aquí en medio te asentaron
Y te honraron y alabaron,
En mis cosas muy ligeras.
Leonardo, que es cortesano,
Admitálos en su casa,
Adonde por gala pasa
Esto del plé y de la mano.
Yo no tengo aquellas sillas,
Porque de costillas son,
Y un peso de sinrazon
Sáfrerie mal las costillas.
Aquí está el buey del arado
Y el puerco en conversacion,
Y entrarán en ocasion
Que estén en el mismo estrado.

GILOTE.

Naciste de buena ley,
Y cuando eso no tuvieras,
Como esas cosas sufrieras
Nunca te faltara buey.
Sé que Enrique te ha cansado,
Y Fernando te amolina.

MENDO.

Acompaña á la vecina,
Gil, con notable cuidado,
Mientras al monte le lleva
Enrique...

GILOTE.

¿A quién?

MENDO.

A su esposo.

GILOTE.

Quien no vive cuidadoso,
En la cabeza le llueva.

MENDO.

No murmuremos; que todo
Puede ser santo.

GILOTE.

Es verdad;

Pero nunca la amistad
Es segura deste modo.

MENDO.

Villanos somos, en fin.
No sabemos cortesía.

GILOTE.

Yo quero mi villanía.
Sea unicornio y yo rocín.

MENDO.

Allá darás, rayo.

GILOTE.

Adién;

Que quien es cuerdo en su casa,
A solas su vida pasa;
Que á solas se pasa bien.
(*Vanse.*)

Sala en casa de Leonardo.

ESCENA XIV.

DOÑA ELVIRA, DON FERNANDO,
MONDRAGON, LEONOR.

DON FERNANDO.

¿Qué pierdes con el secreto?

DOÑA ELVIRA.

Nunca el secreto es de suerte
Que entre tantos se concierte,
Y en amando no hay discreto.

DON FERNANDO.

Haz que nos den de cenar;
Que en esto ¿qué ofensa cabe?

DOÑA ELVIRA.

Fernando, á un hombre tan grave
No tengo yo qué le dar.

DON FERNANDO.

Pues ya es tarde para irme.

MONDRAGON. (*Ap. á la criada*)

Leonor, si mi amo queda,
No hay que replicarme pueda,
Tu agravio mi enojo firme.
Aquí me pienso quedar.
De dos sábanas la una:
El su mitad importuna.

DOÑA ELVIRA.

Danos luego de cenar;
Que ha dado en ser porfiado
Don Fernando.

DON FERNANDO.

Si yo ceno,

Me iré luego.

MONDRAGON. (*Ap. á su amo.*)

Eso condeno;

Ni tú eres tan bien mandado.

Porfía, que vencerás.

LEONOR.

¿Quién á la puerta tocó?

MONDRAGON.

Sin duda se te antojó.

DOÑA ELVIRA.

Tocó, y aun abrió, que es mas.

Cabaladura he sentido.

LEONOR.

Mi señor es: ¿qué te pasmas?

MONDRAGON.

¿A media noche fantasmas!

DON FERNANDO.

Sospecho que es tu marido.

DOÑA ELVIRA.

Ponte detrás de la cama;

Que ya sube la escalera.

(*Entrase don Fernando.*)

MONDRAGON.

¿Y yo?

LEONOR.

Véte donde quiera.

(*Entrase Mondragon.*)

ESCENA XV.

LEONARDO.—DOÑA ELVIRA,
LEONOR.

LEONARDO. (*Dentro.*)

¡Hola!

DOÑA ELVIRA.

Ya viene.

LEONOR.

Ya llama.

Presto.

(*Use tras Mondragon. Sale Leonardo.*)

DOÑA ELVIRA.

¡Señor de mis ojos!

¿Tan presto?

LEONARDO.

Pues ¿no lo veis?

¿Por acostar!

DOÑA ELVIRA.

¿Qué queréis?

Hanme dado unos anteojos
De ver cerner y amasar.
En esto me entretenía;
Mas ya acostarme quería.

LEONARDO.

Pues vámonos á acostar;
Que vengo lleno de pena.

DOÑA ELVIRA.

¿Qué ha sucedido, Señor?

LEONARDO.

Cosa que os dará dolor,
Y de ser posible ajena.

DOÑA ELVIRA.

¿En don Enrique?

LEONARDO.

En el mismo.

DOÑA ELVIRA.

¿Cayó?

LEONARDO.

Por ser tan terrible,
Y el caballo algo insufrible,

Quiso poner los piés
A media legua de aquí
A un zaino; que para mí
Cualquier cobarde lo es;
Y viendo un muerto animal
En medio de la carrera,
Se espantó de tal manera,
Que del camino real
Se apartó por unas peñas,
Donde dió con don Enrique
En parte, que estuvo á pique
De confesarse por señas.
Cansado vengo y mohino.
Entrad; que yo os lo diré.

DOÑA ELVIRA.

Por cierto, en mal punto fué
La jornada y el camino.

Todo ha sucedido mal.

LEONARDO.

Bastaba ser cosa mía.

DOÑA ELVIRA. (*Ap.*)

Honor, pues no te ofendia,
¿Por qué en un peligro igual
Como el que miro, me pones?
Mas bien sé que acertar quieress,

¡Falta un verso.

Porque aprendan las mujeres
A buenas conversaciones.
(*Vanse Leonardo y doña Elvira.*)

ESCENA XVI.

MONDRAGON, LEONOR.

LEONOR.
¿A mí me pides consejo?
MONDRAGON.
Yo soy de manera loco,
Que estimo mi vida en poco,
Y de perderla me quejo.
Mas aquel pobre señor,
Que á Leonardo no ha ofendido,
Aunque es verdad que ha tenido
Mal pensamiento en su honor,
¿Por qué ha de perder la vida?

LEONOR.
No hará; que no lo verá.
Detrás de la cama está,
Y la cortina tendida.
En durmiéndose Leonardo,
Saldréis y os iréis los dos.

MONDRAGON.
Leonor, por amor de Dios,
Que alguna desdicha aguardo.
¿Párecete que es mejor
Entre alterado y lo mate?

LEONOR.
¿Oh qué gentil disparate!
MONDRAGON.
Librar quiero á mi señor.
LEONOR.

Tente.
MONDRAGON.
Yo lo haré; mas mira
Que despues no te arrepientas.

LEONOR.
Y ¡tú no adviertes que afrontas
Con su muerte á doña Elvira?
Que puesto que no es culpada,
Dirán todos que lo ha sido,
Viendo muerto á su marido.

MONDRAGON.
Envalino de honor la espada.
Pero vesme aquí que estoy
Sin poder salir de aquí:
¿Qué será despues de mí,
Que menos culpado soy?
Porque si este á don Fernando
Le da muerte, ha de matar
Los cómplices, sin dejar
Vida, una vez comenzando;
Que de un cierto veinticuatro
Hay una historia espantosa,
De corónicas en prosa
Y versos en el teatro.
Este dicen que mató
Las criadas y criados,
O inocentes ó culpados,
Tanto, que no perdonó
A un papagayo que hablaba,
Porque no se lo decia,
Y á una mona, porque hacia
Señas de hablar, y callaba.

LEONOR.
Habla bajo; que está cerca
Deste aposento su cuadra.

MONDRAGON.
¿Qué es aquello?

LEONOR.
El perro ladra.

MONDRAGON.
Leonor, mi muerte se acerca

LEONOR.
¿Habrá sentido Amadís

A don Fernando escondido?
Hablan sin hacer ruido.

MONDRAGON.
Cielo, si aquí no acudis
Con vuestra inmensa piedad,
¿Dónde habrá tan triste historia?

LEONOR.
¿Triste caso!
MONDRAGON.
¿Qué vitoria
Sacáis de aquesta crueldad?

LEONOR.
La puerta siento cerrar.

MONDRAGON.
¿Cerrada, y él sale fuera!
Todo me turba y altera:
Confesor irá á llamar.
Quiérome, Leonor, echar
Desta ventana á la calle.

LEONOR.
¿Para que muerto te halle
Mañana todo el lugar?

MONDRAGON.
¿Es muy alta?

LEONOR.
No hay ventana
Que no esté muy alta.

MONDRAGON.
¿Habrá
Donde me esconda?

LEONOR.
Aquí está
Una saca.

MONDRAGON.
¿Harina ó lana?

LEONOR.
Lana, pienso. Estoy turbada.

MONDRAGON.
Mas ¿que la ha de sacudir?
LEONOR.
Mi amo siento salir.
La puerta dejó cerrada.
Vén, porque estés escondido.
Camina.

MONDRAGON.
Delante voy.
A saca de lana voy:
Yo moriré sacudido.
(*Vase.*)

Calle.

ESCENA XVII.

LEONARDO, medio desnudo, con espada y broquel.

Bien dicen que hay pocos hombres
Valientes con muchas letras,
Porque en habiendo discursos,
No se vengán las ofensas.
¿A cuál hombre ha sucedido,
Tan sin cuidado y sospecha,
Tan extraña desventura
(Que es extraña, aunque no es nueva),
Que habiendo á un rudo villano
Con liciones indiscretas
Persuadido á tener honra,
Pensando yo que lo fuera,
Vengo á pedirle remedio
Para la mayor afrenta,
Para la mayor desdicha
Que han visto las flacas fuerzas?
¡Ay, cielo! ¿que habeis querido
Que mi hinchazon y soberbia,
Mis letras, saber y estudio

Este desengaño tengan?
Pero, ya que me reduce
A tan extraña miseria
Mi fortuna, que quien daba
Consejo á pedirle vengo,
Y no á Bártulo ni Baldo,
Sino á quien las duras piedras
De largos surcos escribe
Con la pluma de una reja,
Paciencia, veamos qué dice.—
¡Ah de casa!—¿Quién dijera
Que era yo loco en mi casa
Cuando era cuerdo en la ajena?—
¡Ah de casa! Ah Mendo! Ah Mendo!

ESCENA XVIII.

MENDO, y despues, ANTONA.—
LEONARDO.

MENDO. (*Dentro.*)
¿Quién llama? Que aun es apenas
Media noche.

LEONARDO.
Quien trae tantas,
Que apenas podrá tenerlas.
Abrid, y veréis quien soy.

MENDO. (*Dentro.*)
La voz conozco.

LEONARDO.
Quisiera
No ser conocido ya.

MENDO. (*Dentro.*)
Antona, presta paciencia.
Levántate, por tu vida;
Que á tales horas como estas
No llama en vano el vecino.

ANTONA. (*Dentro.*)
Ya me visto, abre la puerta.

ESCENA XIX.

LEONARDO.

¡Dichoso el labrador, que del arado
Vuelve á su casa con la blanca luna!
Come la pobre cena, si hay alguna;
De una simple mujer se acuesta al lado.

Allí ni por la joya ni el bordado
Con fingidas caricias le importuna,
Ni mas que de la mesa hasta la cuna
Le desvela solícito cuidado. [res
¡Oh tiempo miserable, pues que quie-
Que esté en un faldellín todo el decoro,
Y hasta para el chapla la plata adquie- [res!

¡Oh gran desdicha! pues despues [que el oro
Conquistó por los pies á las mujeres,
Perdieron muchos su mayor decoro.

ESCENA XX.

MENDO, con un arcabuz.—LEONARDO.

MENDO.
Perdonad; que no he podido
Darne en vestir mayor priesa.
¿En qué os sirvo? ¿Qué mandais?

LEONARDO.
Mendo, si lugar me diera
La desventura en que estoy,
Aquí con prolija arenga
Culpára cuantos presumen
Gobernar en casa ajena;

Pero bastará que os diga
Que soy un loco, una bestia,
Un necio y un desdichado,
Que es la ignorancia mas cierta.
Vos el cuerdo, vos el sabio,
Y vos, Mendo, el que sin letras
Fuistes cuerdo en vuestra casa.

MENDO.

¿Llorais?

LEONARDO.

No; que sale afuera
La ponzoña de las aguas,
Después que Elvira ó Elena
Me dió virtud de unicornio.

MENDO.

Casi entiendo vuestras quejas.
Pero buen ánimo: aquí
Hay arcabuz, plomo y cuerda.
¿Quién os agravia?

LEONARDO.

Tenéos;

Que pasa desta manera.
Llévome Enrique á este monte;
Cayó Enrique, di la vuelta,
Entré en mi casa, acostéme
Al lado de aquella fiera;
Y estando medio dormido,
Oígo á mi lado unas quejas
Como de quien se desmaya.
El perro á ladrar comienza,
Y Elvira á reñirle, dando
Culpa á Leonor, su doncella.
Corro la cortina, y veo
Que un hombre, en la parte estrecha
De la pared y la cama,
Viene cayendo á la tierra.
La causa debió de ser
Que como cupiese apenas
Y no viese, y respirar
El dolor no le conceda,
Se le cubrió el corazón,
Y dió gritos, de manera
Que dió á gritos mi infamia.

MENDO.

¿Qué hicistes?

LEONARDO.

Oílo apenas,
Cuando me acordé de vos,
Y envidié vuestra prudencia.
Saltó, y vístome, aunque mal;
Tomo mi espada y rodela,
Y queriendo ejecutar
El castigo de la ofensa,
Imaginé que sería
Mejor, cerrando las puertas,
Llamaros, porque no puedan
Escaparse ni romperlas;
Y las ventanas son altas.
Mendo, mi desdicha os duela;
Mendo, mirad á qué punto
Quiso la fortuna adversa
Reducir mi entendimiento,
Pues no hallo cosa que sea
Remedio en tanta desdicha,
Ni sé á quién los ojos vuelva,
Si no es á vos: advertid
Cuánto las cosas se truecan
Pues un villano á un letrado
Desta manera aconseja.

MENDO.

Si vos matais ese hombre,
Hacéis pública la ofensa,
Porque se engaña quien dice:
«La sangre lava la afrenta.»
Tiempo os queda de venganza.
Fíadme la honra vuestra;
Que yo iré con dos criados
Adonde el suceso entienda,
Conozca al hombre, y á Elvira
La engañe tanto, que crea
Que se puede asegurar.

LEONARDO.

Estoy tal, que aunque no fuera
Tan bueno el medio, tomara
Cualquier partido en mi ofensa.
Pero advertid que he de estar
Guardando siempre mi puerta.

MENDO.

Si la hubiérais guardado,
No hubiera sombras en ella.

LEONARDO.

¡Ay, Mendo! ¡Ay, sabio letrado!
Hoy pongo en las manos vuestras
Mi honor.

MENDO.

Levanta del suelo.

LEONARDO.

Aquí cayó mi soberbia.

(Vase.)

ESCENA XXI.

GILOTE y ERGASTO, armados gra-
ciosamente.— MENDO.

GILOTE.

De mañana nos dan voces.

ERGASTO.

Gil, ¿qué pendencias son estas?

MENDO.

¿Quién va?

ERGASTO.

Nuestro amo está aquí.

GILOTE.

¡Nostramo (Dios le mantenga)
De guardas de monumento
Nos pone, sin ser cuaremas!

MENDO.

¿Qué digo? Ninguno hable.
Seguidme; que hay cosas nuevas.

GILOTE.

¿Son de Leonardo?

MENDO.

Del mismo.

GILOTE.

¿Pues hagamos una apuesta,
Que ha visto alguna fantasma.

MENDO.

Calla, bestia.

GILOTE.

¿Es la bestia,
Y los que sin ver sus vigas,
Quitan las pajas ajenas.
(Vase.)

—

Sala en casa de Leonardo.

ESCENA XXII.

DON FERNANDO, DOÑA ELVIRA,
MONDRAGON, LEONOR.

DON FERNANDO.

Lo mejor es saltar por la ventana.

DOÑA ELVIRA.

Señor, harás mil pedazos.

MONDRAGON.

Mira

Que es cosa de gentil.

DON FERNANDO.

Es esperar de un bárbaro la ira.

DOÑA ELVIRA.

Que fué por la justicia cosa es clara.

DON FERNANDO.

Ansí lo imaginó, doña Elvira,
Por faltarle el valor de darnos muerte.

DOÑA ELVIRA.

A los peligros no es el bronce fuerte.
Romped á coces...

MONDRAGON.

Quedo; que han abierto.

ESCENA XXIII.

MENDO, GILOTE, ERGASTO. —
DICHOS.

MENDO.

Ninguno se alborote: yo he venido
A solo remediar el desconcierto,
Por mala suerte vuestra sucedido.

DOÑA ELVIRA.

¿Tú jótzgasme culpada?

MENDO.

No por cierto;
Mas ¿por cuál ocasión está escondido
Don Fernando detrás de tus cortinas?

DOÑA ELVIRA.

Mal haces si flaquezas imaginas.
Déjeme hablar por vanidad, que suele
Ser causa en la mujer de tantos da-
[ños.

Rogué que se fuese, importunéle;
Pero cególe amor, que es todo enga-
[ños.

Llamó Leonardo, y como tanto duele
El honor, que no sufre desengaños,
Sin consejo se puso á la defensa;
Mas desmayóse, y declaró la ofensa.

MENDO.

¿Hay donde pueda huirse ó esconderse?

LEONOR.

Pues ¿quién queda á la puerta?

MENDO.

Él mismo queda.

LEONOR.

En mi aposento...

MENDO.

A esconderse vaya
Donde librarse de la muerte pueda;
Que Mondragon ahora podrá hacerse
El que se desmayó.

MONDRAGON.

Lo que no exceda
De la vida, aquí está para servirte.

DON FERNANDO.

Pues yo me escondo.

MENDO.

Todo estriba en irte.

(Vase don Fernando.)

DOÑA ELVIRA.

Pues ¿qué remedia este hombre?

MENDO.

Verás presto
Lo que remedio. — Gil, llama á Leo-
Tú llama á Antona. [nardo. —

ERGASTO.

Voy.

(Vase Gilote y Ergasto.)

MONDRAGON.

¿En este puesto?

MENDO.

Aquí has de estar.

MONDRAGON.

Aquí la muerte aguardo.

DOÑA ELVIRA.

Si sales desto, rústico gallardo,
Mi restaurado honor, mi vida es tuya.

MENDO.

Al cielo, si te libras, se atribuya.

ESCENA XXIV.

ANTONA, LEONARDO, GILOTE. —
DOÑA ELVIRA, MENDO, MONDRAGON, LEONOR.

ANTONA.

Perdona; que el alboroto
Licencia nos dió de entrar.

LEONARDO.

Todo mi honor anda roto;
Pero morir ó matar
Escojo por mejor voto.

MENDO.

Ten el furor y la espada.

LEONARDO.

¡Los adúlteros me muestras,
Y la pides envainada?

MENDO.

En vano la furia muestras,
Mas que discreta, arrojada.
Entré en tu casa, Leonardo,
Con la llave que me diste;
Supe el cuento, y es gallardo,
Pues cuanta pena tuviste,
Darte de contento aguardo.
Detrás de la cama hallé
Al hombre que ves, que estando
Tan apretado y en pie,
Se desmayó.

LEONARDO.

Pues ¿quién fué?

MENDO.

Lacayo de don Fernando.

LEONARDO.

Pues ¿en mi casa y mi cama!

MENDO.

Leonor lo ha metido allí.
Mas volverá por su fama;
Que así me lo ha dicho á mi,
Y su marido se llama. —
¿No decís que os casaréis?

MONDRAGON.

Señor, perdonad; que amor
Me ha traído donde veis.

LEONARDO.

¿Es esto verdad, Leonor?
Que yo gusto que os caseis.

LEONOR.

Sí, Señor, yo le metí,
Como vi que tú llamaste:
No le dije yo que allí;
Mas él se turbó...

LEONARDO.

Esto basta.

Basta, que engañado fui.

DOÑA ELVIRA.

¡Cuitadas de las mujeres!
¡Qué presto nos atribuyen
Los hombres sus pareceres!
¡Mal hayan las que no huyen
De sus infames placeres!
Estas las caricias son,
Y este el triste galardón
Que de servirles medramos;
Siempre sin honra quedamos,
Siempre con mala opinión.
¡Bien hayan las que escogieron
Una religión estrecha
Y á los desiertos se fueron!

LEONARDO.

¡Elvira!...

DOÑA ELVIRA.

Ya no aprovecha.

LEONARDO.

La culpa, Elvira, tuvieron
Estos mozos. Por tus ojos,
Que cesen ya los enojos;
Que nunca yo lo creí.
Mas bien sabes lo que vi,
Y que no fueron antojos.
Hombre fué; que no fué sombra.

DOÑA ELVIRA.

Sombra lo incierto se nombra.
Déjame; que yo me iré
Mañana á mis padres.

LEONARDO.

Fué

Sombra que hasta el alma asombra.

MENDO.

Antona, ruégala tú;¹
Que quizá se ablandará.²

ANTONA.

¿Que enojada estáis?

DOÑA ELVIRA.

¡Jesús! ³

¡Yo infame!

ANTONA.

Bueno está ya. ⁴
Mirad que está arrepentido
Del enojo que os ha dado.
Mirad que es vuestro marido.

LEONARDO.

Si no fuéades criado
De un hombre tan bien nacido,
Yo os hiciera castigar.

MONDRAGON.

Si yo estoy con mi mujer,
¿Qué pena me pueden dar?

GILOTE.

Y ¿qué mayor puede ser
Que condenarle á casar?
¡Voto al sol, que es el delito
Terrible! mas que llevais
Gran porte en el sobrescrito.

MENDO.

Dáos las manos, pues quedais
Casados.

LEONARDO.

Yo lo permito.

ANTONA.

Y ellos también, á la fe;
Que tras un disgusto fué
Siempre boda entre casados.

GILOTE.

Y ¿qué harán los convidados?

MENDO.

Poner en lo firme el pie.
Abrir los ojos, guardando
Las ocasiones, haciendo
Argos el alma, velando,
A sus casas asistiendo
Y las ajenas dejando.
Nadie se fie en saber,
Por muy docto y bachiller
De la república honrosa;
Que es ciencia dificultosa
Esto de guardar mujer.
El peligro que se pasa
Advierta aquel que su honor
Sin este arancel lo tasa;
Porque con esto el autor
Dió fin al *Cuerdo en su casa*.

¹, ². Cuarteta entre redondillas.³, ⁴. Cuarteta entre redondillas.

LAS FAMOSAS ASTURIANAS,

COMEDIA DE LOPE DE VEGA CARPIO,

REVISADA

A DON JUAN DE CASTRO Y CASTILLA,

gentilhombre de la boca de su majestad, corregidor de Madrid.

De la antigua casa y nobleza de vuestra merced propuse á las musas la historia en acto cómico; y no habiéndome dado lugar el tiempo con pleitos, materia casi adversa á la quietud de su sagrado monte, dejé á mas ocio disponer este deseo á la voluntad, y su efeto á la obligacion; porque no es justo que cosas tan grandes no tengan el lugar que merecen, para ser tratadas con diferencia y respeto; y así, entretanto quise ofrecer á vuestra merced esta historia, que escribí en lenguaje antiguo para dar mayor propiedad á la verdad del suceso, y no con pequeño estudio, por imitarla en su natural idioma. Tuve en esta imaginacion presente aquella puerta insigne de la gran ciudad de Búrgos, á quien vuestra merced ha honrado tanto, que, como Roma dió la imagen á Scévola por único, parece que ha puesto en manos de vuestra merced su antigua calidad y grandeza, jamás ofendida del tiempo, que deshace las grandes casas, pero no los blasones de sus dueños. Vuestra merced la reciba en feudo de mi rendimiento y obligacion á tantas mercedes recibidas, y déle el cielo el lugar que su gran entendimiento y cristiano celo tienen tan merecido y yo deseo.

Capellan de vuestra merced,

LOPE DE VEGA CARPIO.

LAS FAMOSAS ASTURIANAS.

PERSONAS.

EL REY ALFONSO EL CASTO.
NUÑO OSORIO.
DON GARCÍA, *viejo*.
DOÑA SANCHÁ.
LAIN DE LARA.
SOL.
FISNANDO.

ALARICO.
FORTUNO.
TEUDO.
MELEDON.
FROILAN.
TENORIO.
SUERO.
AUDALLA, *mozo*.

AMIR, { *mozo*.
CELIN, {
TELLO.
PASCUAL, { *villanos*.
TORIBIO, {
LEONOR.
TOMÉ.
VELA, *soldado*.

ANZÚRES, *soldado*.
SOLDADOS CRISTIANOS.
SOLDADOS MOROS.
DONCELLAS.
MÚSCOS.
ACOMPAÑAMIENTO.
GENTE.

La escena es en Leon y en otros puntos.

ACTO PRIMERO.

Plaza de Leon con puerta de un monasterio.

ESCENA PRIMERA.

EL REY DON ALFONSO, *retirándose*;
FISNANDO, ALARICO, FORTUNO
y GENTE *amotinada*, *tras él*.

REY.

Al vuestro rey hacer tamaño tuerto,
Non es de buenos nin de fijosdalgo.

FISNANDO.

O muera, ó le prended.

REY.

Será mas cierto

Morir, traidores.

ALARICO.

Non cuideis en algo.

REY.

Ya estoy, villanos, en sagrado puerto.
De las aras de Dios me agarro y valgo.
(*Éntrase en el monasterio, y cierran.*)

FISNANDO.

Alfonso, hoy finará tu corto imperio.

ALARICO.

Los monjes han cerrado el monasterio.

FISNANDO.

¡Por la crisma bendita que posada
Traigo en la frente, que non deje el
Nin de camisa he de cubrir la espada,
Fasta que todo yaga descompuesto!

ALARICO.

[*da*:
La puerta es fuerte, en fierros aforra-
Non se podrá desquicionar tan presto;
Y si los monjes puyan á la torre,
Nuestra vida, á la fe, peligro corre.

FISNANDO.

Pues ¡qué pueden facer los capilludos?

ALARICO.

Tirar de en somo bien fornidos lanchos,
Y asaz que son de gruesos y membru-
Y en se guarir los parapetes anchos.

FISNANDO.

Non fulmos en matarle bien sesudos;

Mas cuiden los Alfonsos y los Sanchos
Que non han de reinar, nin sus injurias
Sofrir los homes de Leon y Asturias.

ESCENA II.

NUÑO OSORIO, EL CAPITAN TEU-
DO, FROILAN, TENORIO. — FIS-
NANDO, ALARICO, FORTUNO,
GENTE.

TEUDO.

¡Non llevarémos gente?

NUÑO.

Non me basto

A sofrenar, en viendo tan notorio
El daño de mi rey, Alfonso el Casto.

ALARICO.

Este es el montañés don Nuño Osorio.

NUÑO.

Siempre mi sangre en su servicio gasto.
¡Aqui, Teudo, Froilan; aqui, Tenorio!
¡Mueran estos traidores, y el Rey viva!
(*Pelean; los amotinados huyen.*)

TEUDO.

¡Verá cuál va la gente fugitiva!

NUÑO.

Por la casuella santa de Ilesonso,
Que non ha de quedar vivo ninguno.

TEUDO.

Pues á Fisnando cántale un responso.

NUÑO.

Y á Alarico no menos, y á Fortunio.

TEUDO.

Ya sale de la iglesia el nueso Alfonso.

NUÑO.

¡Oh fidalgoes! Non quede de vos uno
Que non yaga á los piés de Alfonso el
De tanta gloria y bienandanza lleno.

ESCENA III.

EL REY.—NUÑO, TEUDO, FROILAN,
TENORIO.

REY.

Non vos humiliédes tanto,
Amigos, pues que por vos,
Del querer del cielo en pos,
A tanto bien me levanto.
Los vuestros brazos me dad;

Que miembros de tal firmeza
Farán bien con la cabeza
Junta y unida igualdad.

NUÑO.

Rey nueso, cuanto nos honras,
Tanto á ti mismo levantas :
Deja besar esas plantas :
Que harto de asaz faces honras.
Aquellos homes traidores
De abolengo de otros tales,
¡Cómo pueden ser leales,
No lo siendo sus mayores?
Todos los que ves aqui
Son de aquellos asturianos,
Cuyos abuelos cristianos
Solares facen alli,
Por la pérdida de España ;
Estos, ganando á Leon
Con el valiente escuadron
Que salió de la montaña,
Ficieron rey á Pelayo,
A quien socedió Favila,
Primero Alfonso, y Froila,
De los africanos rayo,
Aunque por los suyos muerto,
Por vengar á Vimarano ;
Que el ser Cain de su hermano
Non era al cielo encubierto.
Reinaron Aurelio y Silo,
Y aunque á Dosinda pesó,
Mauregato socedió,
Bastardo y de tal estilo
(*¡Mala su memoria sea!*),
Que atal tributo dejó
De cien doncellas, que yo
Non quiera Dios que lo vea.
La merindad de Pravia
Le sopoltó; que debiera
Fincar en mala foguera,
Polvos al aire aquel dia.
Bermudo en pos del que digo,
Por estar vos desterrado
En Navarra, fué llamado
Al reino entonces conmigo ;
Mas él, que craro sabia
Que érades vos heredero
Legítimo y verdadero,
Que por padre vos venia,
En Sastagun se vistió
La cogulla de Benito,
Y renunció por escrito
El reino, que vos donó.
Segun esto, si sos vos
Fijo del rey don Froila,
¡Qué vos cansa y anquila
Ese, que mal haga Dios?
A vos, Alfonso, os atáse :
Quien vos lo niega es traidor.

REY.

Con tan noble defensor
Non hay traición que me dañe.
Páguenoslo Dios, amén,
Buena alcaide de León.

NUÑO.

Yo vos beso por el don
La mano, y el pie también.
Fágavos Dios, rey sesudo,
Tan temido y acatado,
Que tenga el vuestro reinado
Almas envidioso mudo.
Seáis de Dios temeroso
Y celador de su ley;
Que non puede ser buen rey,
Sin ser de Dios pavoroso.
Veáis las vuestas banderas
Sobre las aguas del Tajo,
Aunque vos cueste trabajo
El conquistar sus fronteras.
Y si vos socede bien,
Lleguen á Guadalquivir,
Y aun al mar oso decir,
Que puedan nadar también.
Crecza vuesa renta al año
Treinta mil maravedís.

REY.

Todo el bien que me decís
Non será por vuestro daño;
Que vos juro, el buen Osorio,
Que vos amo asaz y quiero
Por antiguo caballero,
De solar y hecho notorio,
Y por vuestra gran lealtad,
Y porque aquí me habeis dado
La vida, y aventurado
La vuesa á mi libertad;
Que si no fuera por vos,
Rompiéran el monasterio,
De nuestro honor vituperio
Y poco pavor de Dios.
Y tórnavos á endonar,
Por lo que me bendecís,
Omníes maravedís
De renta al vuestro yañar.

NUÑO.

Y yo á besarlos los pies.

REY.

A Teudo, mi capitán,
Doble sueldo le darán.

NUÑO.

Leal y fidalgo es.

TEUDO.

El cielo os dé larga vida.

NUÑO.

Vamos; que os quiero hacer
Fiestas.

TEUDO.

Hoy os ha de ver
Con la corona somida
Hasta los ojos León,
Porque mostréis en la faz
Que vos ha ofendido asaz
La mengua de su traición.

NUÑO.

Como al cuerpo los sentidos,
Son al gobierno los nervios,
El castigar los soberbios
Y el perdonar los vendidos.
Tenemos nuevos caballos,
Y la fiesta se aperceba.—
¡Viva Alfonso el Casto!

LOS OTROS.

¡Viva!

REY.

¡Bendígos Dios, mis vasallos
(Vanse.)

Monte.

ESCENA IV.

DOÑA SANCHA, con montera de caza,
vaquero y venabio.

DOÑA SANCHA.

¡Cuidaste que temía,
Oso feroz, peludo,
Tu catadura fiera doña Sancha?
Cuidaste que fuia,
Pues non facerlo pudo
El africano, que su campo ensancha?
La verde yerba mancha
Tu fiero humor sangriento,
Faciéndote de grana
La parda y roja lana,
Indicio de mi brazo y ardimiento;
Que destas bizarrías
Están colmadas las fazañas mías.
Non será tu cabeza
La primera que entolde
El lintel de la puerta de mi casa,
Puesto que tu fereza
Vendrá como de molde
Al arco que de reja á reja pasa.
Calor del sol me abrasa,
Sin el del ejercicio:
Faced, árboles, sombra,
Y vos, yerbas, alfombra;
Que non hay en las cortes edificio
Como le facen juntas
De los trabados álamos las puntas.
¡Oh, cristalinas fuentes,
Donde suelo tocarme,
Por haceros espejos de mi cara,
Con cercos relocientes
De yerba, en que sentarme,
Y tanta flor en que la vista pára!
Cuida Lain de Lara,
Que en estrado le atiendo
En cuadras de mi casa,
Porque con él me casa
Mi padre; y yo, que aun de le ver me
Ando por estas flores [ofendo,
Cazando fieras y olvidando amores.
Non á que el verme libre
Piensa mi pensamiento;
Lo ál arrojo de mi alma lueñe.
El dardo el brazo vibre,
Y al oso corpulento
En tierra el cuento la cuchilla enseña.
Lain de Lara sueña
Sus fingidos placeres;
Que yo por bosques quiero
Teñir el blanco acero;
Que non se amañan todas las mujeres
A destilar vainillas,
Que facen á los homes lechuguillas.

ESCENA V.

LAIN DE LARA, con una ballesta.—
DOÑA SANCHA.

LAIN. (Sin ver á doña Sancha.)

Con armas cazadoras
De fieras alimañas,
¡Quién vió jamás venir á caza fem-
Las viras matadoras [bras?
En ásperas montañas
Osos matan, amor, si bien te miem-
Mas tú, cruel, que siembras [bras;
Ya por tan luengos días
Al viento mi esperanza,
Sin que fagas mudanza
De tu rigor y las tristezas mías,

¡Oh, otra cosa.

Sabes que non hay fiera
Como mujer que olvida y persevera.
Non ando yo mezquino
Por las calles mirando
Las puertas de mi Sancha, non las re-
Non voy á hallar camino, [jas;
Amando y sospirando
Entre los hierros, de colar mis quejas.
Nin ve por las semejas
De mi rostro difunto
Desde las almofadas
Mis cuitas abrasadas,
Nin sentado en la silla le pregunto
Cortesos cumplimientos,
Non digo enamorados pensamientos.
En la sierra fragosa
La busco entre las fieras,
En los bosques de bojés y de tejós.
Ya con la red nudosa
Prendiendo aves ligeras,
Ya matando las liebres y conejos,
Ya, sirviendo de espejos
Los cristales corrientes,
Mirándose la cara,
Ya de sí misma avara,
Huyendo de mirársela en las fuentes,
Las hebras por donaire
Con mas ondas que el mar dorando el
Solo se diferencia [aire
De las fieras crueles,
En que ellas, á mi llanto eternecidas,
Non fuyen mi presencia;
Que entre aquestos laureles
Oyen mi voz, de mi dolor vencidas;
Y ella de las heridas
Que en mis entrañas face,
Fuye y me deja solo,
Desde que muere Apolo
Fasta que en brazos de la aurora nace.
¡Oh amor! ¡qué ley sofriera
Que fuiga una mujer y oiga una fiera?

DOÑA SANCHA. (Ap.)

Por las relias santas
Que yacen en Oviedo,
Que ha venido Lain á perturbarme,
Tras que vegadas tantas
Le he dicho que non puedo
Atender á sus cuitas ni casarme.

LAIN. (Ap.)

O quieren engañarme
Mis locas fantasías,
O doña Sancha es esta.
¡Non fueras ¡oh ballesta!
Arco de amor, que sus entrañas frías
Agora trascolaras,
Y rendida á mis quejas la fincaras?

DOÑA SANCHA. (Ap.)

Fuir quisiérase y non puedo;
Que será descortesía.

LAIN.

(Ap. Non es la sierra tan fría
Como es el amor con miedo.
Animo, turbada lengua;
Piés cobardes. ¡qué os helais?
Si de una fembra temblais,
Catársevos ha por mengua.)
¡Oh, Sancha hermosa!

DOÑA SANCHA.

¡Oh, Lain!

LAIN.

¡Siempre en el campo?

DOÑA SANCHA.

¡Qué cosa
Mas agradable y fermosa?

LAIN.

El cultivado jardín
Convienes á la tierna dama,
Que non la nevada sierra;
Que como al home la guerra,

Acuciadora de fama,
Tal á la fembra la paz,
El estrado y la labor.

DOÑA SANCHÁ.

Damas que cuidan de amor
Fallen sentadas solaz.
Yo, Lain, en este sino
Y en este planeta fui
Nacida al mundo, que á mi
Non me alegra el oro fino
En el dosel y el estrado,
Ni menos la mora alfombra,
Sinon la apacible sombra
Que facen olmos al prado.
Más precio esperar aquí
Que un jabali fiero asome,
Que oír blanduras de un home,
Puesto que fembra nací.

LAIN.

Quien tanta conversacion
Tiene con las fieras ya,
O fiera tornada está,
O sus entrañas lo son.
Abranda (que Dios te guarde)
Ese indomable albedrío
Al largo tormento mio,
Y non me remedies tarde.
El tu padre y mi señor
Mi esposa quiere facerte:
Non es cordura esconderte,
Sancha, y despreciar mi amor.
Tú has de ser mia.

DOÑA SANCHÁ.

Deten,

Lain, la lengua y la mano.

LAIN.

El ser yo tan cortesano
Faz qué no me trates bien.
Pues en el campo non quiero
Ser con tanta esquividad
Humilde; que mi humildad
Face tu rigortan fiero.
Esa mano me has de dar.

DOÑA SANCHÁ.

¡Ay, el home lo que diz!
Pues por la sobrepelliz
Que lleva el crego al altar,
Y aun por el santo barraco
De san Anton, vos prometo
Que si el chuzo vos espeto,
Que vos faga un buen foraco.
Non debédes de pensar
El valor de doña Sancha.

LAIN.

Tengo yo el alma atan ancha,
Que non lo es tanto la mar.
Non me la alteran tormentas
Nin me la menguan tormentos.
Faz tú, Sancha, sentimientos;
Que aun me regalo en que stentas.
Y advierte que estos desdenes
Me pagarás algun día;
Que por fuerza serás mia,
Y faré entonces que penes.

DOÑA SANCHÁ.

¡Yo tuya?

LAIN.

Ya está tratado,
Fiera, rebelde, enemiga
De tí misma.

DOÑA SANCHÁ.

Aunque él lo diga,
Non pienso tomar estado.

LAIN.

¡Ay, que ha dicho contra el santo
Mandamiento de honrarás
Tu padre y madre!

DOÑA SANCHÁ.

Aunque mas,

Astuto y artero tanto,
Me levantes testimuiños,
Non me farás que te quiera;
Que como vibora fiera
Aborrezco matrimonuiños.

LAIN.

Y ¿dejaráse morir?

DOÑA SANCHÁ.

Non fagas del zorro, no;
Que he leido en copras yo
Que saben homes fingir.

ESCENA VI.

SOL. — DICHOS.

SOL.

En tu búsqueda venia,
Trotando todo ese valle.

DOÑA SANCHÁ.

Non hay, Sol, quien no me falle
Somo desta fuente fria.
¿Qué hay en casa? ¿Es ya venido
El mio señor á yantar?

LAIN. (Ap.)

Aquí me quiero posar,
Entre esta yerba escondido.

SOL.

Antes vino de Leon
Lireno, que le ha contado
Que al Rey de nuevo han jurado
Los que mas fidalgos son,
Despues de aquella presura
Que entre los monjes sufrió;
Porque ya Osorio venció
Toda esa banda perjura;
El cual con los asturianos
Tales fiestas enordena,
Que está la ciudad mas llena
Que una granada de granos.
¡Ay Dios, si fueras allí!...
Mas no tienes condicion.

DOÑA SANCHÁ.

Las cosas de Osorio son
Tales, que me obligan ya
A ver de qué catadura
Es home de tanta pro,
Aunque nunca se me oyó
Atamaña desmesura.
Mas ¡siempre tengo de ser
Piedra, nieve, sierra, monte?
Pues, Sol, de camino ponte,
Faz en un carro poner
El paño de las seguras,
Y en las tablas un tapete.

SOL.

Hoy el cielo te promete
Mil linajes de venturas.

DOÑA SANCHÁ.

Desdichas lo contradicen.

SOL.

Es tu desden muy notorio.

DOÑA SANCHÁ.

Vamos á ver si este Osorio
Es tan galan como dicen.

(Vase las dos.)

ESCENA VII.

LAIN.

Non queda mas helado y pavoroso,
Zabulléndose el sol, el pajarillo,
Que de uno y otro pálido ramillo
Fabricaba su nido artificioso.
Que yo sin tí, dulce desden hermoso,

Tanto, que de vivir me maravillo,
Posándome por horas el cochillo.
Desesperanzas de mi bien dudosa.
¿Vaste á Leon? Bien facés; que es
Conviente á tu cruel naturaleza; [suenan
Diamante que no hay sangre que te de-
Deja para las fieras la dureza; [me
Que Dios fizo la fembra para el home,
Y non paratí misma tu belleza. (Vase.)

ESCENA VIII.

AUDALLA, monos, con bandera y cón; AMIR.

AUDALLA.

Mi parecer, Amir, es que la gente
No se acerque á Leon; que estos cris-
tianos
Suelen mudar diversos pareceres,
Y cuantas son entre ellos las cabezas,
Tantos son los acuerdos y consejos.

AMIR.

Bien dices, negociemos desde lejos;
Y tú puedes partir, famoso Audalla,
A hablar al rey Alfonso por el nuestro,
Y dalle la embajada de su parte;
Que non podrá ofendernos ni agravarla.

AUDALLA.

Pues quédese la gente en este monte,
En tanto que las párias nos concede;
Que somos pocos para estar mas cerca,
Y cada día crecen los cristianos
En número, en valor y atrevimiento,
Y bajan desas sierras ciento á ciento.

AMIR.

Su aspereza notable fué la causa
Que non las conquistase el fuerte Nana,
Y que ellos por sus altas asperezas
Pudiesen esconderse de su furia,
Sin recibir de su poder injuria.

AUDALLA.

Agradezcan los godos á Pelayo
La batalla feroz de Covadonga,
En que perdimos el gobierno todo,
El absoluto imperio y monarquía
De la infeliz y conquistada España,
Que de margen á margen fuera nos-

AMIR.

En sus reliquias su valor se muestra.

ESCENA IX.

CELIN, PASCUAL, TORIBIO. — DICHOS.

PASCUAL.

Señor, ¿dónde nos llevas desta suerte?

CELIN.

Pastores, no toméis prision ni muerte.

AUDALLA.

¿Qué es eso?

CELIN.

Dos villanos que he traído
Destos granados para que te informen.

AUDALLA.

Amigos, no toméis; de paz venimos,
No venimos de guerra.

TORIBIO.

Ne se espante
Que dos pobres pastores deste monte
Hayamos tal pavor de sus seguras,
Acosados de tantas desventuras.

PASCUAL.

Estamos admirados que tan cerca
De la insigne Leon llegue un ejército
Tan pequeño de moros.

AUDALLA.

Ya ¡no os digo
Que no vengo de guerra? Aunque mi
Armada viene para su defensa; ¡gente
Que entre enemigos puede haber ofen-
toribio. [sa.

Pues ¿dónde va con cajas y trompetas,
Atronando ese monte y sus solares,
Y con mas de docientos caballeros,
Sin mas de otros trecientos infanzones?
¿No sabe que en Leon viven leones?

AUDALLA.

Voy á cobrar las párias que sus reyes
Pagan al rey de Córdoba, mi dueño,
De quien soy capitán.

TORIBIO.

¡Las cien doncellas!

AUDALLA.

Por las doncellas voy.

TORIBIO.

¡Coitadas dellas!

AUDALLA.

¿Qué sabéis de Leon?

TORIBIO.

Que, descoidado
De tanta desventura, en grandes fies-
[tas
Ocupa el tiempo que debiera en armas.

AUDALLA.

¡Fiestas Leon!

PASCUAL.

Han fecho unos traidores
Un gran desaguisado al rey Alfonso.
Quisiéronle matar, y en el sagrado
De un monasterio se zampó fuyendo.
Tomó las armas el valiente Osorio,
Y venciendo á Fisanado y Alarico,
Libró su rey, que apareció otro día
Debajo de un dosel de tela de oro,
Coronada de rayos la cabeza,
Osorio al lado con desnuda espada,
Y todo el pueblo con laurel y oliva,
Diciendo á voces: «¡Viva Alfonso, viva!»
Esto fué al lado de la santa Iglesia,
Por cuyos muros azotando el viento
Colgaban los pendones de Pelayo,
De Favila, Fruela y de Bermudo,
Con los de Alfonso; Alfonso, que bien
[faya

Y que ganó renombre de Católico.
Por otra parte, con sus cregos todos
Estaba el santo Obispo revestido
Del camison labrado y la casuella.
Chifaron mas de un hora sobre un libro
Las flautas, que era groria de escucha-
[llas,

Y cantaron de Alfonso las batallas.

TORIBIO.

Tras esto ha de haber justas y torneos...
—Mas digo mal; que cesarán las fiestas
Con la venida vuesa, y los praceres
Se trocarán en llantos de mujeres.

AUDALLA.

¿En eso entiende el Rey?

TORIBIO.

En eso entiende
Alfonso valeroso, cuya mano
Hagan los cielos tan valiente y fuerte
Como la de Pelayo.

AUDALLA.

No prosigas. —
Camine, Amir, la gente á mejor puesto

Por lo que sucediere; que bastamos
Celin y yo para decir á Alfonso
La embajada del Rey.

AMIR.

Marche la gente.

TORIBIO.

¡Bravo africano!

PASCUAL.

¡Bárbaro valiente!

TORIBIO.

Ojo alganado.

PASCUAL.

Perros tiene el hato.

TORIBIO.

¡Maldiga Dios, Pascual, á Mauregato!

PASCUAL.

Coitadas las doncellas que llevaren.

TORIBIO.

Mas desdichadas son las que las paren.

PASCUAL.

Si yo fuera mujer, aunque muy bella,
Guardárame, á la fe, de ser doncella.

(Vase.)

ESCENA X.

DOÑA SANCHA, SOL.

SOL.

¿Qué te parece la fiesta?

DOÑA SANCHA.

Tan mal, que asaz voy cansada.

SOL.

Fiesta que á todos agrada

¿Te ha semejado molesta?

DOÑA SANCHA.

No sé qué darte en respuesta,

Mas de que en ella sentí

Que aquello mejor que vi

Fué para mí lo peor;

Porque comienzos de amor

Son desdichas para mí.

SOL.

¿Tú de amor?

DOÑA SANCHA.

Es atan nuevo,

Sol, para mí condicion,

Que se corre el corazon

De que á nombralle me atrevo.

Cuanto á resistirme pruebo,

Tanto mas me acucia y mata.

SOL.

¿Cosa que haber sido ingrata

Quiera el cielo castigarte!

DOÑA SANCHA.

Cuido que por esa parte

Mis libertanzas maltrata.

¡Oh! que mal hobiése el día

Que salimos del solar!

¿Qué bien dicen que el pesar

Es sombra de la alegría!

SOL.

¿Qué te fiz, Sancha mia,

La fiesta? Que esos cordojos

Deben de nacer de antojos.

DOÑA SANCHA.

Antojos fueron, y atales,

Que anda el alma en los umbrales

De las puertas de los ojos.

SOL.

Todos aquellos pendones

Que en la santa Iglesia vi,

Me entretuvieron á mí,

Y sus broslados leones,
Los cregos y crerigones,
Los calóndrigos, y el canto
De tanto chife y de tanto
Cantor que el alma penetra,
Y el Obispo con su mietra,
Que tienela faz de santo.
Desta guisa me embebi,
Que ni otra cosa caté.

DOÑA SANCHA.

Yo por lo seglar eché,
Y aun con eso me perdí.
A los homes atendí,
Que andaban en sus caballos,
Que me impuyaba á mirallos
Mi condicion belicosa,
Y del Rey la vista hermosa
Trascolóse á sus vasallos.
¿A quién te diré que vieron
Mis ojos?

SOL.

¿Mas que conjuño

A quién viste? Viste á Nuño.

DOÑA SANCHA.

A Nuño Osorio metieron
Los ojos, hasta que dieron
Con él en el alma propia;
Y dejáronme la copia
Tan estampada en su centro,
Que le sirve de alma dentro,
Aunque dos es cosa impropia.

SOL.

¿Que Osorio, Sancha, ha triunfado
De tu esquivia libertanza?

DOÑA SANCHA.

Y con tal desesperanza
De verme en seguro estado,
Que en llegando al desdichado
Solar en que me retira
Mi padre, con tanta ira
Pienso mi vida tratar,
Que si le ves abrasar,
Le digas: «Sancha suspira.»

SOL.

¿A la fe que te ha pegado

Buena arponada el rapaz!

DOÑA SANCHA.

Allá me estoviera en paz
En los silencios del prado;
La corte pone cuidado.

SOL.

Tiene peligros y enojos.

DOÑA SANCHA.

Que tenga de Nuño antojos
Fembra que yo, ¡no es vergüenza!
Magüer que ya fuera dueña,
Debiera reír mis ojos.

SOL.

¿Qué sientes entro de tí,
Que non se ve en la mesura?

DOÑA SANCHA.

Siento una cierta brandura
Que me sonsaca de mí.
Si cuido como le vi,
La sangre se me trascuella
Al corazon, que recela
Que se enfraquece de amor;
Ó es que busca su calor,
Porque en las venas se huela.
Andan mil imaginanzas
Al redor del sentido,
Y él muy loco y divertido,
Fingiéndome seguranzas.
Bien me alientan esperanzas
Que soy fembra de valor,
Aunque es Osorio señor
De buen solar.

SOL.
Habrá quedado;
Que tengo á la gente miedo.

ESCENA XI.

TORIBIO, LEONOR.—DICHAS.

TORIBIO.
¿Dónde está Sancha, Leonor?
LEONOR.
¿No la ves junto de ti?

TORIBIO.
¿Qué faces parada agora?
Vuelve á tu solar, Señora;
Tu padre envía por tí.
Que, como ya está tan viejo
Y asaz cargado de edad,
Mejor es su autoridad
Para la paz y el consejo.
Andan moros por allí,
Y aunque non vienen de guerra,
Non se comerán la sierra,
Pero los ganados sí.

DOÑA SANCHA.
¿Moros, Toribio?

TORIBIO.
Ha venido
Audalla, un gran capitán,
Con quien diz que á cobrar van
Aquel infame partido
Que fincó de Mauregato
Entre Córdoba y Leon;
Y aunque moros de paz son,
Non puede ganar el hato.
Vén á tomar la tu lanza,
Y en una yegua saldrás,
Para que se alueñen mas
De tu ganado y labranza.
El carro quedaba apuesta
Y las tus mujeres.

DOÑA SANCHA.
Vamos;
Que si nuestra gente armamos
De chuzo, dardo y ballesta,
Non llegarán, de pavor.

SOL.
¿Y los amorosos lloros?

DOÑA SANCHA.
En oyendo nombrar moros,
Non se me miembra de amor.
(Vanse.)

Alcázar de Leon.

ESCENA XII.

EL REY, con corona en la cabeza y cetro en la mano; TEUDO, con un pendon; NUÑO OSORIO, con una espada desnuda al hombro; MELEDON, ACOMPAÑAMIENTO.

TEUDO.
Pósate, gran Alfonso, en la tu silla,
Y toma posesion del tu palacio.

REY.
Vuestra lealtad me honora y maravilla.

NUÑO.
Toma aqueste pendon, divina rama
Del tronco de Pelayo generoso,
Con que ganó ciudad de tanta fama.

REY.
Donándomele vos, el buen don Nuño,

Non puede ser que yo non le levante
Con la cochilla que á mi lado empuño.
Fago voto solene á las relias
Y á la casuella santa de Iñefonso,
Con todas las demás santas y ricas,
De procurar ponerle en riba el Tajo,
Porque espante los moros andaluces,
Sin perdonar cansancio nin trabajo.
Este leon salió de la montaña,
Magüer que non se crían en Astúrias;
Y así, sospira por salir de España.
En Africa los hay; allá sospecho
Que volverá, no digo que vencido,
Mas á triunfar con vitorioso pecho.

ESCENA XIII.

SUERO. — Dichos; después,
AUDALLA.

SUERO.
Un moro cordobés, llamado Audalla,
Embajador del Almanzor, te pide
Le des licencia.

REY.
Bien podemos dalla;
Que oir al enemigo nunca impide.
(Vase Suero, y vuelve con Audalla.)

AUDALLA.
Dame tus reales piés.

REY.
Levanta, Audalla, del suelo;
Que tu fama y tu embajada
Te dan á mi lado asiento.

AUDALLA.
Por tal merced y favor
Otra vez los piés te beso.

REY.
¿Cómo queda nuestro amigo
Almanzor?

AUDALLA.
No queda bueno.

REY.
¿Viéneslo tú?

AUDALLA.
A tu servicio;
Y por Alá, que me huelgo
De verte, Alfonso, en estado
De tan dichosos sucesos.

REY.
Mercedes á mis vasallos;
Que, después de Dios, le debo
Este lugar en que estoy,
Y esta paz en que me veo.
¿Qué es lo que manda tu rey?

AUDALLA.
Alfonso, en breve te quiero
Dar cuenta de mi venida.
Ya sabes que aqueste reino
Posees con justas párias
Y con reconocimiento
Debido al rey mi señor.

REY.
No por mi culpa, á lo menos,
Sino de algun home indigno,
Que tuvo á traicion el cetro.

AUDALLA.
Culpa de quien fuere, en fin,
Alfonso el Casto, yo vengo
Por las cien doncellas; traigo
De resguardo para esto
Quinientos hombres no mas,
Que con trabajo sustento,
Por ser áspara Castilla,
Y porque traigo decreto
Que ahorque al hombre que hiciere
Mal á hidalgo ni á pechero.

Desto podrás colegir
Que traigo justo deseo
De que luego me despaches
Que quiero volverme luego.

REY.
Confieso que en este punto
Quisiera mas por los cerros
De las Astúrias beladas,
Con abarcas de pellejos,
Guardar diez pobres ovejas,
Y romper terrones secos
Con la reja del arado,
Que la corona que tengo.
Tomalda allá; que no es justo
Que cubra indignos cabellos
De rey que por esto pasa.

TEUDO.
Non es, el mi Alfonso, tiempo
De facer esas moñas.

REY.
Pues ¿cuándo mas tiempo, Teudo?
NUÑO. (Ap. al Rey.)

Non te apasionés así
Delante del mandadero
De Almanzor, sino dile
Que espere afuera, que cedo
La respondida darás;
Que non es bien que esté dentro
De tu consejo el morico,
Que diga allá tu consejo.

REY.
(Ap. á Nuño. Prácame, Nuño, en buen
Pero non te adarves desto; [hora;
Que soy home, y non soy piedra,
Y ellas facen sentimiento.)
Salte, honrado moro, afuera
Mientras la respuesta acuerdo.

AUDALLA.
Mira bien que non te engañen
Consejos de hombres soberbios.
Cien mil moros en campaña
Puede Almanzor, mi dueño,
Poner en un mes, que pasen
La Sierra-Morena fieros;
Hombres que al arzon colgado
Llevan el pobre sustento,
Bizcochos, dátiles, higos
Y bolsas de agua, de cuero;
Que con el cordon alcanzan
De cualquier corto arroyuelo,
Caminando, la bebida,
Con que mas fuertes y rectos
Que vosotros con el vino,
Sobre el mismo arzon durmiendo,
Caminan, sin apearse,
Cincuenta leguas y ciento.

REY.
Ya conozco lo que valen,
Y ellos á nosotros.

AUDALLA.
Creo,
Rey, que aunque es de tu enemigo,
Has de tomar mi consejo. (Vase.)

ESCENA XIV.

Los mismos, menos AUDALLA.

NUÑO.
¿Por los huesos de mi padre,
Que se me pasman los huesos
De ver que fable este moro
Donde hay tantos homes buenos!
Y que, á no venir de paz
Y salvaguarda en efeto,
Que le diera una puñada
Que le fundiera los sesos.

REY.
¿Qué os parece, ádalgos, que fagamos!

TEUDO.

A la fe, gran Señor, pagar las párias,
Pues tan sin armas y sin gente estamos,
Cosas á la defensa necesarias.
Si las párias al moro le negamos,
Correrías fará por partes varias,
Pagarán los coitados que non deben,
Y por ciento, faréis que dosmil lleven.
Non es de responder soberbia alguna;
Que non semejan bien los soberbiosos
De fracas fuerzas y menor fortuna,
Opuestas á los homes poderosos.
No apruebo, no, negarle vez ninguna;
Que fuera fecho de homes aviltosos;
Mas sea quando estemos bien seguros
De defender las vidas y los muros.

NUÑO.

No sé, Teudo valiente, cómo puedes
Fablar en que se rindan párias tales.
¡Tú pasas por tal cosa! Tú concedes
Que estas fsebras padezcan tantos ma-

Non tienes tú de quien quejoso que-
Pues de la paz con deshonor te vales.
Non hijas, non hermanas; que á tene-

Cuidaras de negar las cien doncellas.
¡Morir non es mejor ganando fama,
Que non perder la que mancharte

TEUDO.

Osorio, esto razon de estado llama;
Que en lo demás en nada me prefieres.

NUÑO.

Cien mujeres ¡es bien para la cama
De un moro vil?

TEUDO.

¡Qué importan cien mujeres,
Si por negallas mueren cien mil homes?
Eso es soberbia; que es razon que do-

NUÑO.

¡Cien mujeres non importan?

TEUDO.

Si en la casa
De cualquiera vecino ves, Osorio,
Nacer mas fsebras que varones, pasa
Por este dafio, pues es bien notorio
Hartas mujeres quedan. Esas casa;
Que non farás tan presto desposorio,
Quando paran despues otras mujeres,
Que parirán despues cuantas quisieres.
Si el moro desde Córdoba camina,
Robando las ciudades y lugares,
Y esta nos pone en misera ruina;
Por ciento ¡es bien que tantas desampa-
El valor de los homes imagina, [res?
Y en el de las mujeres non repares.

NUÑO.

Antes por una sola non cuidara
Que cien homes el moro cautivara.
Oigan tantas fazañas en historias
El valor de las fsebras en el mundo.

MELEDON.

Y ¡non bastan, Osorio, las memorias
De aquella Cava, ó cueva del profundo?
Alabo tu valor, y tus vitorias
Lo dicen; pero en mas justicia fundo
Que por esta vegada den las párias,
Pues non hay las defensas necesarias.

REY.

Calla, Nuño, por mí vida,
Pues todos están de acuerdo
Que por esta vez se den.

NUÑO.

Saldréme yo del consejo.

REY.

No harás, por vida de Alfonso;

Antes endonarte quiero
El cargo de que las lleves.

NUÑO.

¡Eso mas?

REY.

Non me consuelo
Si no pasa por tu mano.

NUÑO.

En vez de favor, me has fecho
Un castigo asaz cruel.

REY.

Féchense las suertes luego
De las cincuenta fidalgas.

NUÑO.

De puro pesar reviento.

MELEDON.

Quinientas fidalgas hay,
Por lista que fizo Suero.

REY.

Pues traeidas, Meledon,
Y saque cincuenta un niello,
Para que Osorio las traiga,
Y dé á sus padres consuelo;
Que bien será menester
Todo su valor y esfuerzo.—
¡Hola! Vos llamad el moro.
(Van á avisar.)

ESCENA XV.

AUDALLA; LOS DE ANTES.

AUDALLA.

A ver lo que acuerdas vengo.

REY.

Vergüenza, moro, me oprime;
Que non me cato denuedo
Para decirte que estoy
Atenido á malos fechos.
Sabe aquel Señor que pisa
Los serafines mas bellos,
Y que cielo y tierra tiene
Con tres soberanos dedos,
Que quisiera que la muerte
Collar ficiera á mi cuello
Del filo de su guadaña,
Antes que dar á tu dueño
Cien ángeles inocentes,
Que en el su trono pidiendo
Estén justicia de mí.
Lo demás, que yo non puedo,
Te dirán esos fidalgos.

(Vase.)

AUDALLA.

Pues, hidalgos, ¡qué tenemos?

NUÑO.

¡Mírasme á mí?

AUDALLA.

Pues ¡á quién?

NUÑO.

¡Plugüera á Dios, mandadero,
Que ficiéramos los dos,
Sin arrogancias ni retos,
Un desafío en campaña,
Y que consistiera en esto
El dar las párias ó non!

AUDALLA.

¡Plugüera á Dios, caballero!
Que non soy de los que allá
Tiene mi nacion en menos.
Pero ¡quién eres?

NUÑO.

Yo soy

Nuño Osorio.

AUDALLA.

Basta.

NUÑO.

Tengo
Poco nombre por allá.

AUDALLA.

Antes, de verte manchebo
Me estoy admirando aquí.
Que eras viejo me dijeron.

NUÑO.

Siempre los homes famosos
Parecen mas presto viejos.

AUDALLA.

Yo soy Audalla Almeli que.

NUÑO.

Alguna noticia pienso
Que tengo del nome tuyo.

AUDALLA.

Y ¡no de mis obras?

NUÑO.

Luego

Te puedes partir, Audalla,
A tu escuadron; que muy cedo
Te llevaré cien doncellas;
Que el Rey quiere (¡ah, santo cielo!)
Que sea yo el que las lleve.

AUDALLA.

Pues, Osorio, allá te espero;
Y guárdete Alá.

NUÑO.

Non sé
Cómo la espada detengo;
Que este moro soberbioso
Es la cabeza de aquellos
Que han de llevar las doncellas,
Y cuido que fuera bueno
Darle cuatro cochelladas
Por aquellos pestorejos,
Con que hasta Córdoba fuera
Rodando por esos suelos.

ACTO SEGUNDO.

Sala en casa de don García.

ESCENA PRIMERA.

DON GARCÍA, SOL.

DON GARCÍA.

¡Dónde la mi fja está?

SOL.

¡Ya non sabes dónde fué?

DON GARCÍA.

A peligro va.

SOL.

¡Por qué?

DON GARCÍA.

Porque por el monte va;
Y lo que yo le pedí
Era defender la casa
En tanto que el moro pasa;
Que diz que se aloja aquí.

SOL.

Tú, mi señor don García,
Tienes culpa de sus mañas,
Pues haciendo en las montañas
Matanza en la morería,
A doña Sancha engendraste
Tan fja de tu valor,
Que luego que del rumor
De los moros la avisaste,
Vino al solar de Leon,
Y sobiendo en una yegua,

Por mas de una grande legua
Que tienes joridicion,
Escribiendo con la lanza
Y el acerado pavés,
Por todo el monte que ves
Va haciendo seguridad.

DOÑA SANCHÁ.

¿Quién fué con ella?

SOL.

Allá fueron

Armados los labradores,
De su ganado pastores.
Dos halastas me pidieron
Y dos buenos capacetes,
Que saqué de tu armería.

DOÑA SANCHÁ.

Ya, Sol, non la nombres mía,
Nin la mi edad inquietes.
Pasó el tiempo en que cobierto
De mallas fasta los piés,
O con el dorado arnés
Por como del brazo abierto,
Con solo asir el arzon,
Si alguna memoria tienes,
Me posara en los borrenes
De la silla del troton;
Y que ¡ay de la escuadra mora
Por donde colara el fierro,
(Si en alabarme non yerro,
Ende mas caduco en sora)!
Que todos gritaban luego:
«Cata, que va don García.»
Mas llegó la vejez mía
Cuando al tiempo veloz plugo,
Y está en las venas heladas
De tal guisa aquel calor,
Y tan opreso el valor
De mis fazañas pasadas,
Que aunque agora me cifera
La espada, y non la colgara,
Non cuido que la sacara
De la vaina, aunque quisiera.
Pues á la fe, que solia
Dar tan buenas cohilladas,
Que un home hasta las quijadas
Por el cerebro partia.

ESCENA II.

DOÑA SANCHÁ, con un peto ó jaco de
malla y una lanza, y una banda
colorada; TORIBIO y PASCUAL, con
ballistas y morriones.—DICHOS.

DOÑA SANCHÁ.

¿Por mi pregunta el mio padre?

DOÑA SANCHÁ.

¿Es mi hija?

SOL.

¿Non la ves?

DOÑA SANCHÁ.

Non hay gusto que me des
Nin que con mis años cuadro,
Como verte con valor,
Ya que non fui venturoso
Que fueras hijo famoso,
Y non fembra de inhor.
Aunque non te niego el miedo
Con que de tu daho estoy.

DOÑA SANCHÁ.

Segura en tu sangre voy,
Que ser ferida non puedo.

DOÑA SANCHÁ.

¿Qué has fecho?

DOÑA SANCHÁ.

Una vista di
A la escuadra de ese moro,

Sin que aviltase el decoro
Con que tu hija nació.
Ende mas, que non salieron
Ni á mí ni á los tres criados;
Que del ganado arredrados,
Tienda en el valle hicieron.

DOÑA SANCHÁ.

Yo tengo un poco que quiero
A solas hablar contigo.

DOÑA SANCHÁ.

Si non ha de haber testigo,
¡Hola! tomad este acero,
Y colgaide en la armería,
Y en el lancero posad
Este fresno, y aguardad
En fuera, por vida mía.

(Vanse Sol y los criados.)

ESCENA III.

DOÑA SANCHÁ, DOÑA SANCHÁ.

DOÑA SANCHÁ.

Fija, yo tengo ya bastantes años
Para culdar en la vecina muerte;
Que, como con el tiempo el edificio
Se va desmoronando, y es indicio
De que amenaza ya total ruina,
Así en la edad la muerte se avecina.
Cuando destas paredes, de humo lle-
[nas,
Se van cayendo á tierra las almenas,
Non me permitas, non, morir sin gusto;
Que cuido que en la muerte haberle
[puede,
Cada que un padre muere consolado
De que deja sus hijos en estado.
Téngote sola á ti; luego tú sola
Eres mi pensamiento.

DOÑA SANCHÁ.

Nunca he sido
Desobediente ¡oh padre! á tus quere-

[res.

¿Qué estado al tu pracer donarme quie-
[res?

DOÑA SANCHÁ.

El de casada, fija de mis ojos,
Para que el aboengo de mi casa,
Ya que non se dilate por varones
Del apellido de Leon, leones,
Se destienda por fembra tan leona,
Que mas face honoranza que baldona.
Es Lain un fidalgo bien sesudo,
Home de pro para la paz y guerra,
Y que tiene solar en muesa tierra.
Los Laras son famosos caballeros,
Y este mancebo escurre de su alcur-
Atan derechamente como debe. [nia
Yo traté su buen padre, Sancho Lara,
Y fuimos á la guerra de Galicia [años,
Habrás cuarenta y nueve ó cincuenta
Y aun aquella vezada francamente
Me dió la su cochilla, que estimaba,
Con unos talabartes carmesies.

DOÑA SANCHÁ.

Non te alueñes agora del sogeto;
Que si te miembros de tus mocedades,
Non finarás la fabla en todo el dia.

DOÑA SANCHÁ.

Pues digo que Lain es noble y rico,
Tan bien acostumbrado y vergonzoso,
Que me ha jurado, fija, en su concien-
[cia

Que non ha conocido fembra alguna,
Y pasa de treinta años, que no es poco,
Segun está la edad, pues ya los homes
De veinte y cinco ó veinte y seis se ala-
[ban

De que tienen amores con las fembras;
Que es lástima de ver cuál está el mun-
[do.

DOÑA SANCHÁ.

Lain tiene las partes y virt. des
De que tú le acompañas; yo non quiero
Responder como fembra libertada.
Dale, bien que tasadas, esperanzas;
Que yo diré, Señor, de aquí á seis me-
[ses

Mi voluntad; que non es largo plazo.

DOÑA SANCHÁ.

Respóndate mi gozo y este abrazo.
Voy contento en extremo; pero advierte
Que non te enfades si viniere á verte.
(Vase.)

DOÑA SANCHÁ.

Tamafia desaventura
Por fembra non socedió.—
¡Sol! ¡Hola, Sol!

ESCENA IV.

SOL.—DOÑA SANCHÁ.

SOL.

Aquí está.

DOÑA SANCHÁ.

Ferida estoy de tristura.

SOL.

¡Mal hobiera, la mi Sancha,
La porrida del tu padre!
¿Qué te fabló que non cuadro?

DOÑA SANCHÁ.

Facer la fuesa muy ancha
Es desquillitro además
De quien ha dicha pequeña;
Y faceria cuando nieña
Asaz le conviene mas.
El mio padre, Sol, me fuerza
A casarme con Lain.
Pedí seis meses, á fin
De que mi gusto no tierza,
Y porque en ellos podria
Otra cosa suceder.

SOL.

Non has de ser su mujer,
Si mas que Jacob porfia.

DOÑA SANCHÁ.

Yo te lo juro, mi Sol;
Que Nuño Osorio es mi esposo!

SOL.

Non hay home tan famoso,
Ni tan gallardo español.

DOÑA SANCHÁ.

¡Ay, Sol! que estoy mal ferida!
Nin duermo nin como ya.

ESCENA V.

LAIN, TORIBIO.—DICHOS.

TORIBIO.

Sola, aunque con Sol, está,
Que es la su prima querida.

LAIN.

Es dia Sancha, y sereno
Non estuviera sin Sol,
Aunque de tanto arrebol
Para mis mudanzas lleno.—
(Retirase Toribio.)

Sancha, el tu padre me ha dado
Licencia que te visite,
Cada que amor lo permite
En fucia de desposado.
Non me trastiernes la fax
Por esquivanza de honor;
Que no deslustra el valor
Aquello que al dueño praz.
Da licencia á que te dán

Los homes del mi solar
 Un presente, de estimar
 Por la voluntad tambien;
 Que yo le he compuesto ufano
 En cestas de mimbrres hoy,
 Si tan favorito soy
 Que pongas en él tu mano.
 Nueces y avellanas nuevas
 En sus cárceles, tan brandas,
 Que si partir se las mandas,
 Aunque á tus perlas te atrevas,
 Se las puedes confiar
 Sin pavor de que las dañen;
 Y estas quise que acompañen
 Las piñas del mi pinar,
 Toda la cáscara enjuta,
 Y de tal guisa, que luego
 Que las arrimes al fuego,
 Te darán su blanca fruta.
 Viene mas un lindo escriño
 De pechibiertas granadas,
 De jazmines coronadas
 Para mas fermoso aliño;
 Que si non te fago agravios,
 Semejan (no te amolines)
 Los granos y los jazmines
 A tus dientes y á tus labios.
 Viene un cabrito manchado
 De tal guisa pieza á pieza,
 Que sola naturaleza
 Le pudiera haber pintado;
 Y para que no me tache
 Nadie de vil amador,
 En un cincho de color
 Un Santiago de azabache.
 Mas todo es poco, á la fe,
 Para tu gran señorio,
 Y mas si pierde por mio;
 Que nunca yo te agradé.

DOÑA SANCHÁ.

Lain, á mi padre amado
 Debo yo ser obediente,
 Non cuando forzarne intento
 A tomar sin gusto estado.
 Estoy léjos de pensar
 En matrimonios agora.

(Vase retirando.)

LAIN.

Pues ¿por qué te vas, Señora,
 Y non me quieres hablar?
 Aguarda, percata un poco
 La fiera culta en que yago;
 Ca non de tamaño estrago
 Guariré menos que loco.

(Vase doña Sancha.)

ESCENA VI.

LAIN, SOL; TORIBIO, retirado.

LAIN.

Has vido, Sol, qué rigor
 Y qué enemiga me tiene?
 Fembra palaciana viene
 A ser villana en amor.
 Dígola yo calloheros
 Los mis amores á Sancha?

SOL.

A la fe, Sancha se ensancha
 De ver que son verdaderos.
 Y tú asaz tienes comprido
 El castigo que mereces:
 Faces presentes de nueces,
 Que non es ál que roído.
 Ma Dios, que si yo toviera
 Zarafuelles de varon,
 Que yo buscara ocasion
 En que no me la debiera.
 Mientras plañes se te engrie,
 Dalle donas la empeora;
 Que nunca la fembra llora

Sinon quando el home rie.
 Muda en otra el tu querer,
 Y verás si finge ó no.

LAIN.

Y ¿adónde fallaré yo
 A tan polida mollier?

SOL.

¿Seméjote muy grosera?
 ¿Non te parecen mis brios,
 Si non pierden por ser mios,
 Para que les dés celera?

LAIN.

Si tú quieres, mi Sol bella,
 Yo la faré desperar.

SOL.

Digo que tē quiero amar,
 Empor que te vengues della.

LAIN.

D'hoy mas soy el tu galan.

SOL.

Y yo soy la tu galana.
 Ven á fablarme mañana:
 Verás; qué celos le dan!

LAIN.

Voy contento, porque cnido
 Que le habemos de dar pena.

SOL.

Dios te dé ventura buena.
 (Vase Lain.)

ESCENA VII.

TORIBIO, SOL.

TORIBIO.

Non me despraz el descuido.

SOL.

Toribio, ¿aquí estabas?

TORIBIO.

Si,
 Y el tu concierto escoché.
 ¿Quieres á Lain? Bien sé
 Que te denuestras de mí.
 Pues fidalgo soy asaz,
 Si bien pobre labrador.

SOL.

Que tú non sabes de amor.
 Allí tú faciendas faz.

TORIBIO.

¿Non sé de amor?

SOL.

Non se cata
 Amor de gente grosera.
 Voy á cuidar mi espetera;
 Que ha de estar como una prata
 Enantes de anochecer. (Vase.)

ESCENA VIII.

TORIBIO.

¿Prega á Dios, ya que me pones
 En tales obligaciones
 Cual nunca pensé tener,
 Pues te llevo á maldigar
 Siendo de mí tan amada,
 Que el agua que está posada
 En las llaves del fogar,
 Tan herviente caiga en tí,
 Que las manos te chamusques;
 Y que si la frida busques,
 Non parezca por allí!
 Quiebres calorces escodillas
 Y seis pratos gallineros,
 Y á poder de moros fieros
 Vayas con las cien doncellas.

ESCENA IX.

DOÑA SANCHÁ.—TORIBIO.

DOÑA SANCHÁ.

¿Fuése ya el cansancio mio?

TORIBIO.

Ya tu cansancio se fué,
 Aunque ya non hay por qué
 Facelle atanto desvío;
 Que Sol, la tu grande amiga,
 Le quiere, y delante mi
 Le enseñó á tenerte á tí
 Homecillo y enemiga.

DOÑA SANCHÁ.

¿Sol?

TORIBIO.

La miesma; que ferida
 De amoricos de Lain,
 Fa zorroclocos á fin
 De ser de Lain querida.
 Ma Dios, que si non me fuera
 Por vergüena de señor,
 Que non fuera labrador,
 Y á ser soldado me fuera!
 Que á quien tanto sol le ha dado
 Bien se le puede llamar,
 Y sueldo del Rey tirar
 Ataño á fidalgo honrado.
 Y aun quizá non me verán
 En el solar esta noche,
 Porque quando el sol se abroche,
 Tendré señor capitán.
 A pedir licencia voy
 A señor para la guerra;
 Non quiero estar en la sierra,
 Pues á dos soles estoy. (Vase.)

ESCENA X.

DOÑA SANCHÁ.

Eq. libertanzas de soltera vida
 Pasé lo jóven de mis verdes años,
 Enojos fice al tiempo, á amor regaños;
 Que non me tuvo por jamás rendida.
 Cuidaba yo que era pasion fingida
 Cuando sentia encaramar sus daños.
 ¡Coltada! ¿Qué faré? que mis engaños
 Me llevan á la muerte de corrida.

Fabla de amor quien su rigor non
 [sabe,
 Y con el sabio el ignorante arguye;
 Mas guarde el corazon que non le
 [trabe.

Pero sial tiempo el tiempo resituye,
 De qué sirve fuir? que amor es ave,
 Y alcanza con las alas á quien fuye.

ESCENA XI.

TELLO.—DOÑA SANCHÁ.

TELLO.

Perdonad si me colé,
 Dueña, sin vuesa licencia;
 Que en la tan linda presencia,
 Serio del solar se os ve.
 Fágovos ende mesura;
 Y si tengo perdonanza
 (Que de buenos bien se alcanza),
 Pescudo á vuesa hermosura
 Si está acaso en el solar
 Don García de Leon.

DOÑA SANCHÁ.

Non ha sido yerro, non,
 Si venides á buscar
 El mio señor, escodero.
 Mas de qué parte decid.

TELLO.
De aquel tan famoso, ardid
Y montañés caballero,
Don Nuño Osorio.

DOÑA SANCHÁ.
¿De quién?

TELLO.
De don Nuño.

DOÑA SANCHÁ.
¡Santo Dios!
¿Servís á don Nuño vos?

TELLO.
Y los míos padres también
A los suyos les sirvieron.

DOÑA SANCHÁ.
Escodero, que bien fayas,
Y de bien en mejor vayas
Cual siempre los buenos fueron,
Escocha una puridad.

TELLO.
Yo vos, Señora, prometo
De tenérvosla secreto.
Non hayáis temor, fablad.

DOÑA SANCHÁ.
Ese tu Osorio galan,
¿Qué dueña sirve en Leon
De las muchas que afición
A su mesura tendrán?
Que azaz es home poldo,
Y á pié y á caballo airoso.

TELLO.
Dama, que hayades reposo
Con bien andante marido,
Yo sé todos sus secretos,
Y nunca le vi querer
Nin amoricos facer,
Ni otros quillotos y efetos;
Que la guerra non le ha dado
Tanto vagar, que pudiese
Amar quien le mereciese,
De muchas que le han amado.

DOÑA SANCHÁ.
Doyle este anillo.

TELLO.
¿Por qué?

DOÑA SANCHÁ.
Porque el fidalgo guerrero
Non ha de ser amorero;
Que pierde mucho, á la fe.
Y porque soy inclinada
A las armas, me dió gusto
Saber que un home robusto
Non semeje fembra en nada.

TELLO.
Por la cruz véra, Señora,
Que, como acá me he tardado,
El se ha cansado y se ha entrado.

DOÑA SANCHÁ.
Bien fizo, y venga en buen hora.

ESCENA XII.

NUÑO. — DICHOS.

NUÑO.
Tello, que Dios faga mal,
¡Parécete buen servir
Dejarme afuera gafir
En los poyos del portal,
Y estarle en conversacion?

TELLO.
Cuando veas con quién fué,
Desculparásme, á la fe.

NUÑO.
Cato que tienes razon,
Y aun afirmo que te suebra. —

Perdonad, señora mía,
Si mi corta cortesía
La vuesa práctica quiebra;
Que á saber que departiendo
Con Tello estábades vos,
Non vos ficiera á los dos
Con la mi venida estruendo.
Bien cuido que sois la fija
De don García; que es craro,
Porque non querrá tan raro
Valor que otra alma le rija.
Tenedme por servidor,
Y dadme las vuestas manos.

DOÑA SANCHÁ.
Efetos tan palacianos
Son fijos de tal valor.
Soy quien cuidais, y muy vuesa
Por vuesa buena opinion,
De que dais satisfacion
Como el talante lo muesa.
De hoy mas aqueste solar,
De vuesa persona honrado,
Tendrá el nome confirmado
Con que le suelen nombrar.
Es su apellido Leon,
De godos que vienen dél;
Y hoy, que vos estáis en él,
Le donais confirmacion.
Mucho folgará el buen viejo
De mi padre, don García,
De veros; que fué algun día
En paz y guerra parejo,
Y vos tiene voluntad.
¡Ibades á caza acaso?
Porque non es este paso
Camino de la ciudad.
Como quiera que haya sido,
Habeis de dormir aquí;
Que si non por él, por mí
Lo faréis, pues yo lo pido;
Que por fembra non será
Mal baldonada de vos.

NUÑO. (Ap.)
Non sé qué diga, ma Dios:
Pues ¿qué dire, si non sé?
¿Es posibre que esta era
Doña Sancha de Leon?
Alterado el corazon,
Puya por salir enfuera.
¡Oh qué gallarda fidalga,
Y rica fembra además!

TELLO. (Ap. á Nuño.)
¿Qué tienes que tal estás?

NUÑO.
Non lo sé, ¿que Dios me valga!
Cata ¿qué facciones bellas!

TELLO.
Mirada y mirando admira;
Que parece que si mira
Face en el alma cosquillas.

NUÑO.
¡Mal faga Dios al morico
Que por las párias llegó!
Non el Rey que me envió;
Que viva á Dios le suplico.
Pero non tuvo razon
De darme este cargo á mí...
Pero, pues leal nací,
Animo, buen corazon.
Non cuideis en esto mas;
Faced lo que os manda el Rey,
Pues que los vuestros su ley
Non la entortaron jamás.
Aunque me muriera, Tello,
Por esta fembra atan linda,
Que no hay alma que non rinda
Desde la planta al cabello,
Non ficiera cosa indina
De home Osorio, como só.

TELLO.
Cipion, Nuño, dejé
Fama en el mundo devina,
Solo por ser continentes
Con la dueña de Cartago.

ESCENA XIII.

DON GARCÍA. — DICHOS.

DON GARCÍA.
Si á los vuestos piés non yago,
Non hay ál que me contente.

NUÑO.
Manténgavos Dios, amén;
Que la vuesa senetud
Á la mia juventud
Non debe acoller tan bien.
Tenédos en plé, García;
Non vos finqueis de fnojos.

DON GARCÍA.
Non cuidaba que míos ojos
Vieran tan alegre día.
¡Nuño Osorio en la mi casa!
¿Tanto bien en mi solar?

NUÑO. (Ap. á Tello.)
Creciendo va mi pesar,
La causa adelante pasa.
Non sé cómo reprimir
Las lágrimas, viendo al viejo,
Pues vengo á quebrar su espejo.

TELLO.
Non se lo cuides decir
Fasta la noche pasada.
Salga el sol, y á la partida
Con tan fiera despedida
Le pagarás la posada.

NUÑO.
García, por ser ya tarde,
Non vos digo á lo que vengo:
Mañana partirme tengo;
Que non hay tiempo que aguarde.
Madrugad, y fablarémos
En la hacienda mayor
Que ha tenido el nuesto honor
Empós que á España tenemos.

DON GARCÍA.
Cada que vos me queráis,
Me fallaréis, el mi Nuño;
Que agora non vos repunó
En cosa que me mandais.
Aunque quisiera saber
Qué negocio vos traia.

NUÑO.
De vuesa fija, García;
Que non vos quiero tener
Toda la noche sospenso.

DON GARCÍA.
Abora bien, á cenar vamos;
Que despues á tiempo estamos.

NUÑO.
Mandad que fechen un pienso
A los caballos no mas;
Que non yantaré bocado,
Porque vengo mal guisado
Y fatigoso además.

DOÑA SANCHÁ.
Non fagais al padre mio
Ese tuerto, en no yantar.

NUÑO.
Non es justo calofiar
Mi desgana por desvío.
Mataráme cena alguna.

DOÑA SANCHÁ.
Una conserva no mas.
NUÑO.
Non acostumbro jamás

El yantar cesa ninguna
Cuando me siento cual veis.
Non me fagais que me dañe.

DON GARCÍA.

Pues, fíja, á vos os atañe
Que el lecho á Nuño poseis.
Entrad, y en la cuadra mía
Le faced al caballero,
Y en la sala al escodero.

DON GARCÍA.

Yo voy.—¡Qué grande alegría!

Toda voy regocijada.—

¡Sol, Leonor, Elvira, Inés!

NUÑO.

Descansaré; que después
Vos diré la mi jornada.

DON GARCÍA.

¿Cómo está el Rey, que Dios guarde,
Y en su servicio mantenga?

NUÑO.

Bueno en su real hacienda,
Faciendo en vistoso alarde
De grandezas y virtudes,
Igrejas y monasterios.

DON GARCÍA.

Déle Dios tantos imperios,
Tantas honras y saludes
Como hay en un campo aristas
A la que el trigo sazona,
Y á su guarnida persona
Felicisimas conquistas.

A su buen padre alcancé,
En las sus guerras servi,
Sus hermanos conocí,
Y en sus discordias me hallé.
¡Gracias á Dios, que Bermudo
La cogulla se posó,
Y el Evangelio cantó!
Bien fizo, reinar non pudo.
Yo testigo de la misa
Del obispo de Leon.

NUÑO.

Cuando tan noble blason
Padres de tan alta guisa
Non vos hobieran donado,
Vuestras fazañas atales
Las conquirieran iguales.

ESCENA XIV.

LEONOR.—Dichos.

LEONOR.

El lecho está ya pasado,
Y otro tal al escodero.

DON GARCÍA.

Entrad, Nuño, á descansar.

NUÑO.

Licencia me podeis dar:
Zomirme en el lecho quiero,
Porque vengo muy cansado.

DON GARCÍA.

Fágavos Dios venturoso.

TELLO. (Ap.)

Cuanto hay en casa es fermoso.
La nieña me pone agrado.

(Vanse Nuño y Tello.)

ESCENA XV.

DON GARCÍA, LEONOR.

DON GARCÍA.

¿Qué posaron en el lecho
De Nuño?

LEONOR.

Atan linda ropa,

Que non hay lavada copa
Que así lluzga fasta el techo.

Las coberturas de red,
Ya las sabes cuáles son,
Que el mismo rey de Leon
Las toviera por merced.
De almazares de moricas
Posaron el rodapié,
Las almofadas non sé
Que puedan ser atan ricas.
Labradas todas están
De pinos de oro y seda:
Non es mas linda la rueda
Que face el pavon galan.
Hay dos frazadas de lana
Con seis listas de colores,
Que en ellas cuidando flores
Puede salir la mañana.
El cobertor, á la fe,
Es tan luengo, que pudiera
Vestir tu casa, aunque fuera
Como la del Rey se ve.
Las sábanas bien serán
Buenas, en casa filadas,
Ende mas, tan perfumadas
Con mil yerbas de san Juan.

DON GARCÍA.

Fágate Dios bien andante.
Véte á servir.

LEONOR.

Guárdeos Dios. (Vase.)

ESCENA XVI.

DOÑA SANCHÁ.—DON GARCÍA.

DOÑA SANCHÁ.

Ya se zomieron los dos.
La luz les quité delante,
Aunque asaz se dormirán;
Que el cansancio los acucia.

DON GARCÍA.

Sancha, yo tengo flucia
Que grande bien nos traerán.

DOÑA SANCHÁ.

Si fuera merced del Rey,
Que asaz es de mercendero,
Non cobriera el mandadero
La nueva, nin fuera ley.
Otra cosa, padre mio,
Se me ha puesto en el caletre,
Ni es mucho que la penetre
De sus razones y brio.

DON GARCÍA.

Estoy en tu pensamiento.
Mas ¿que se viene á casar?

DOÑA SANCHÁ.

¿Quién lo pudo caletrar
Mejor que tu entendimiento?
La vergüenza, las colores,
La dilacion en fablar,
Todas daban á cuidar
Que eran quillotos de amores.
¿Non le viste atan turbado?

DON GARCÍA.

Extiéndese por Leon
De tu virtud la opinion.

DOÑA SANCHÁ.

En las fiestas, padre amado,
Me debió de ver Osorio;
Y como soy belicosa,
Y la su espada famosa
Le faz al mundo notorio,
Fuera de ser tu valor
De todo el mayor testigo,
Querrá emparentar contigo.

DON GARCÍA.

Yo he conocido el su amor,
Y aun he conocido el tuyo,

Y quizá con este fin
Non puedes ver á Lain.

DOÑA SANCHÁ.

De Lain de Lara fuyo,
Porque non me causa agrado.
Fazme atamaño pracer,
Que dés á Nuño á entender
Que entendiste su cuidado;
Que él quizá con la vergüenza
Non se atreve á decrerar,
Y si se vuelve al logar
Sin dar de su intento seña,
Perderémos la ocasion.

DON GARCÍA.

Mas que tú le estimo y quiero.

DOÑA SANCHÁ.

¡Este sí que es caballero
Para heredar tu blason!
Pon el famoso cuartel
De sus aspás y sus lobos
Con tu leon, farán robos
En el pagano cruel.

DON GARCÍA.

Tú, departiendo en tu amor,
Non miras, fembra liviana,
Que se viene la mañana.

DOÑA SANCHÁ.

Pues entra á dormir, Señor,
Y al salir del sol acude.

DON GARCÍA.

No hay fembra que no apetezca...

DOÑA SANCHÁ.

¡Oh, prega á Dios que amanezca
Aun antes que me desnude!
(Vanse.)

Vista exterior de la casa de don García.

ESCENA XVII.

LAIN, de noche; TOMÉ, músicos.

LAIN.

Non acordeis los estromentos hora,
Fasta que requiramos si por dicha
Están en poso todos los criados.

TOMÉ.

Si non salen á arar á los barbechos,
Dormirán como peñas á estas horas.
Porque de la salud el sueño es este.

LAIN.

Yo temo que la noche se me acueste.

TOMÉ.

Non cuido que atan cedo salga el alba

LAIN.

Tardé en venir desde el casar.

TOMÉ.

Es léjos.

LAIN.

Asomos dan allí de sus reflejos.

TOMÉ.

Engáñate el locoero cuyos rayos
Facen aquella espléndida crurura. [ro,
Si non me miembro mal, mirando el Car-
Non puede escracer en harto tiempo,
Porque está la Bocina asaz homilde.

LAIN.

Cantad, á ver si la cruel se asoma,
Que tan aviesos mis pesares toma.

MÚSICOS.

*Paríome mi madre
Una noche escura,
Cubríome de luto,*

*Fálleme ventura.
Cuando yo nací,
Hora fué menguada;
Ni perro se oía
Ni gallo cantaba;
Ni gallo cantaba,
Ni perro se oía,
Sino mi ventura,
Que me maldecía.*

LAIN.
¡Oh, qué tristura tamaña!
El espíritu se me roba.
¿Quién hizo tan mala trova?

UN MÚSICO.
Un home de la montaña,
Que es asaz endechador
Y palaciano además.

LAIN.
Non me la cantédes mas;
Cantadme trovas de amor.

ESCENA XVIII.

CELIN, AMIR, MOROS. — DICHOS.

ANTR.
En aqueste casar habrá ganado.

CELIN.
Pues llegad con secreto, no nos sientan;
Que si se quejan al famoso Audalla
Los labradores que estas casas viven,
Y nos manda colgar de aquestos pinos,
Serémos para siempre sus vecinos.

ANTR.
Pues si no tiene Audalla en este monte
Alojados tan mal, mientras se llegan
Las párias (que no es mucho que se
[tarden,
Pues por lo menos buscan cien donce-
[llas),
¿Qué quiere que comamos sus soldados?

CELIN.
Aquí cerca hay corrales de ganados.

LAIN. (Ap. á su criado.)
Por el caldero santo de que saca,
Tomé, las hisopadas nuevo preste,
Con que el agua bendita nos arroja,
Que anda gente puyando las paredes.

TOMÉ.
¿Por las paredes puyan?

LAIN.
¿Non lo catas?

TOMÉ.
El fierro saco, vive Dios.

LAIN. (Alto.)
¿Qué gente?

ANTR. (Ap.)
Perdidos somos; estos son soldados.
CELIN. (Ap.) [dos.
Cristianos son que guardan sus gana-

LAIN.
¿Non hablan?

TOMÉ.
¿Qué es hablar, si son pantasmás?
¿Non veis los camisones?

LAIN.
Sea quien fuere.

TOMÉ. [nos.
Mueran, magüer que fuesen los dimu-

ANTR. (Ap.)
Huir es lo mejor.

LAIN.
Ya van fuyendo.

TOMÉ.
Dimuños son.

LAIN.
Pues lleven este tajo.

TOMÉ.
¿Non ves los piés de gallo por debajo?
(Acuchillan á los moros, y vanse tras ellos.)

ESCENA XIX.

TORIBIO Y PASCUAL, con lanzones;
después, NUÑO Y TELLO.

TORIBIO.
¡Aquí, Señor, aquí; que andan ladrones!
PASCUAL.
Si está ya levantado Nuño Osorio,
A fe que non se alaben de sus hurtos.
(Sale Nuño á medio vestir.)

NUÑO. [to?
¿Qué es aquesto, fidalgos? ¿qué es aquesto?
¿Quién en tanta presura vos ha puesto?
TORIBIO.
Ladrones, á la fe, que á los corrales
Debían de acudir.

PASCUAL.
Aquí hay señales.
(Sale Tello.)

TELLO.
¿Qué es esto, el mio señor?
NUÑO.
Ya non es nada.

Acaba de vestirme; que ya el día
Asoma por enriba de aquel monte.

TELLO.
Toma, Señor, y la ropilla ponte.

TORIBIO.
Ladrones, y riñendo con espadas,
Que facian ladrar los nunesos perros,
Y aun los que están en los vecinos cer-

NUÑO. [ros.
Sea quien fuere, non hayais pavores;
Que si solo el olor del nome mio
Les dió, cuando llegaron á robaros,
Eso solo bastó para que fuyan.

TORIBIO.
Bien dices: non hay ámbar cual la fama,
Fumo oloroso de divina llama.

ESCENA XX.

DON GARCÍA, con espada y paves.
— DICHOS.

DON GARCÍA.
Aunque há días que dejé
Dormir la espada en un cravo,
A un escándalo tan bravo,
Ma Dios, que la descolgué.—
¿Qué es esto, fijos?

NUÑO.
Fuyeron
Del corral unos ladrones.

DON GARCÍA.
De los aceros los sones,
Osorio, ¿á qué efeto fueron?

TORIBIO.

Para los perros serian,
Que salieron á morder.

DON GARCÍA.
¡Oh, nunca tengan pracer!
Despertar los que dormían!
Tornadvos, Nuño, á posar.

NUÑO.
Ya, Señor, estoy vestido,

Endemás que, amanecido,
No me vuelvo á ensabanar.

DON GARCÍA.
Tomara yo cada día,
A la fe, destos retozos,
Para madrugar los mozos
En esta hacienda mía.
Idvos adentro los dos;
Que á Osorio quiero fablar.

TORIBIO.
Dosa, Pascual, que almorzar.

PASCUAL.
Eso te cale, ma Dios.
(Vanse Tello, Pascual y Toribio.)

ESCENA XXI.

DON GARCÍA, NUÑO.

DON GARCÍA.
Osorio, la vergüenza que has tenido
Anoche al allegar á mi posada,
Me ha fecho á mí tan libre y atrevido,
Por la licencia de la edad pasada.
Mi fija y yo pensamos que has venido
Porque el valor de mi solar te agrada;
Y como estás mancebo, aun ser podría
Juntases tu hacienda con la mía.
Yo, Nuño, lo tendré por bien andanza,
Y te daré las doblas mas fermosas
Que ha visto el sol, ni avara mano al-

[canza,
Y ganadas con armas fazañosas.
Trigo non me las dió, mas pura lanza.
Tantos años há ya que están guardosas;
Mas non las cubre moño; que soy viejo,
Y en contallas asaz lúcias las dejo.
De Sancha de Leon, mi fija amada,
Non te quiero decir virtud ninguna.
Soy padre, y tengo el alma apasionada;
Que aun madre le faltó desde la cuna.
Es fembra que se pone la celada,
Y el mujeril tocado la importuna;
Non es tan laboriosa de vainillas
Como de ver facer un fresno astillas.
Es propia para ti, valiente Nuño;
Que la podrás llevar como amazona,
Con esta misma que desnuda empuño,
Para la defension de tu persona.
Non te fará, por esta cruz, rasguño
Moro ó cristiano en pos de la corona [da,
Del rey ó el crego, que non faga enmieu-
Demás de que te adama por su prenda.

NUÑO.
Nobre viejo don García,
A quien por padre respetan
Todos los homes de pro
Que ser fidalgos profesan:
Más que para responderos
Mi helada y turbada lengua,
Hora estaban los mis ojos
Para plañir sus endechas.
Non me basta el corazón
Para que vos dé respuesta,
Habiéndole yo tenido
Fuerte con homes y fieras.
Mas siendo, como es forzoso,
Sacaré de mi fraqueza
Una lengua de dolor
Que vos pase las orejas.
Estando al mio rey Alfonso
Firmando en la santa iglesia
Por rey de Leon y Asturias,
Con tantas alegres fiestas
(Que non estaba jurado
Por las traiciones y guerras
Que le echaron á Navarra
Empues de muerto Fruela),
Vino de Córdoba un moro...
—;Triste la su vida sea;

Mohoso dardo le mate,
Que non dorada fineta!—
Vino como mandadero
Del africano que reina
En la mas parte de España
Y en la mas florida tierra.
¡Haya mal poso la Cava!
Que si ella doncella fuera,
Non tributáramos nos
Al Africa cien doncellas.
Por estas vino, y el Rey
Fizo consejo, en que hobiéra
Mayor mal si non templara.
Mi condicion su prudencia.
Fueron Meledon Fernandez,
Suero Diaz, Teudo Vela
De parecer que se diesén,
Y endespues tambien lo acuerdan
Nuño Velasco Velazquez,
Pero Ruiz, Sancho de Dueñas,
Amaro de Santibáñez
Y Ordoño Juarez de Albelda.
Dicen que non era justo
Que estando Leon sin fuerzas,
Destruya la tierra el moro,
Viendo que el feudo le niegan.
Non pudleron facer mas;
Pero el Rey facer pudiera
Que non trujera yo el cargo
Que tanto dolor me cuesta.
Las suertes sacó un rapaz,
Que non de diez años era;
Tocó á vuesa fija Sancha
Ser una de las cincuenta
Que se sacan, como veis,
De la asturiana nobreza.
Si me pesa, Dios lo sabe;
Y mas agora me pesa,
Que me la dais por esposa,
Y que he visto que es tan bella.

DON GARCÍA.

¡Yaga mi cuerpo triste en sepultura
Enantes que de aquí mueva las plantas,
Acompañen las fieras mi tristura
Y escurezcan el sol las luces santas,
Plañan la mi tamaña desventura
Los homes que han tenido fijas tantas,
Pues una sola, que en el alma adoro,
La doy á Osorio, y él la lleva al moro!
Non debiera nacer home que nace
Para bañar á la vejez sus canas
Del agua que aun no tiene y que deshace
De la nieve que ya las fizo nfanas.
Conozco que mi muerte al cielo praxe:
Tal bocan á la fin gorrias humanas,
Pues una fija, que era mi tesoro,
La doy á Osorio, y él la lleva al moro.

ESCENA XXII.

DOÑA SANCHÁ.—Dichos.

DOÑA SANCHÁ.

¿Esta? ¿Qué es esto, el mi señor? ¿Qué cuita es

DON GARCÍA.

¡Mi fija, entrad vos dentro; que non quie-
Miraros á la cara atan apuesta, [ro.
Sinon es darme imágen, pues ya mue-

DOÑA SANCHÁ.

Gran mal vuestro dolor me manifiesta.
¿Qué vos ha dicho aqueste caballero?

DON GARCÍA.

Él no me ha dicho nada; mas yo lloro
Que os doy á Osorio y que él os lleva

NUÑO.

[al moro.

Sancha, anoche non cené,
De dolor de mi embajada.—
La suerte vos ha caído
De las doncellas cristianas.—

Valor teneis, si el valor
A tales desdichas basta.
—Lo demás fablen mis ojos
Con el llanto que los baña;
Que non me ha cabido á mí
Menos parte en la desgracia,
Pues os pierdo y pues os llevo.
Ojos, sabiad; lengua, calla.

DOÑA SANCHÁ.

¿Tiene alguna fembra el mundo
Con desventura tamaña?
En mal que plañen dos homes,
¿Qué faré, fembra coitada?
Que parezco, puesta en medio
De sus lágrimas amargas,
Fuente de mármol, de quien
Procede á los dos el agua.
Romperé con tristes voces
La tela del cielo santa,
Enterneceré sus luces.
¿Qué faré?

DON GARCÍA.

Non fagas nada
Mientras me voy á morir;
Que non te han de ver mis canas
Entre los brazos del moro.

NUÑO.

Si vuesa desesperanza
Me acorre de aquesta guisa,
Bien se fará mi jornada,
Bien saldré con el decreto
De lo que mi rey me manda!
Non digo que non plañais
En desventura tanta,
Mas que mostreis el valor
Que vuesa sangre acompaña.

(Vase don García.)

ESCENA XXIII.

DOÑA SANCHÁ, NUÑO.

DOÑA SANCHÁ.

Si vos parece, don Nuño,
Que el entendimiento basta,
Non teneis entendimiento.

NUÑO.

Bien lo cuido, doña Sancha.
Non me ganais en facer
Sentiduras en ell alma,
Ya por heridas de amor,
Ya por naturales ansias;
Pero ¿qué remedio?

DOÑA SANCHÁ.

Adios;
Que un home que yo cuidaba
Que fuera amor de mi vida,
Ni como esposo me ampara,
Ni como nobre me obliga,
Ni como de ley cristiana
Por caridade me ayuda,
Ni cual fidalgo, por armas.
¡Nunca yo te amara, Osorio,
Nunca viera la tu cara.
Nunca en tu mucha nobreza
Posara mis esperanzas!—
¡Sol, Leonor, dueñas, doncellas!
Venid á mis almofadas;
Farémos endechas tristes.

NUÑO.

Aguarda, mi vida, aguarda.

DOÑA SANCHÁ.

Non puedo mirarte, Osorio.

NUÑO.

Tien razon, suébrale causa;
Que quien face lo que yo,
De piedra son sus entrañas.

ACTO TERCERO.

Sala en casa de don García.

ESCENA PRIMERA.

DON GARCÍA; TORIBIO, de soldado.

DON GARCÍA.

Ni en fechos de mis mayores,
Ni en armas del mio blason,
Ni en mis alcurnias, que son
En Astúrias las mejores,
He conocido, Toribio,
Ser mis valores atales,
Como en ver que á tantos males
Tenga la mi vida alivio.
Mas he oido decir
Que los pechos que están llenos
De diferentes venenos
Suelen por eso vivir;
Que en competencia refilda
Sobre la joridicion,
Non tocan al corazon,
Que es principio de la vida.

TORIBIO.

Suele en el acometer
Ser de mas violencia el mal;
Que en despues non es atal
Que non se pueda soffer.
Mucho has fecho, y mas farás
En esta despedidura;
Si aquí la vida te dura,
Non hay que decirte mas.
Yo, como non he tenido
Corazon tan fuerte, en sora
Para ir con mi señora
De sueldo me he vestido.
Por lo menos la veré
Fasta que al moro la entreguen.
Endespues mios ojos cieguen.

DON GARCÍA.

Y yo agora cegaré,
Porque si la luz se va
Que de mis ojos lo es,
¿Cómo tendré vista empués
Que tan eclipsada está?

ESCENA II.

DOÑA SANCHÁ, de luto.—Dichos.

DOÑA SANCHÁ.

Non sé cómo comience
Para pediros, el mio padre amado
(Tanto el dolor me vence),
La bendicion, habiendo ya llegado
La mi triste partida.

DON GARCÍA.

Mejor dirás el fin de aquesta vida.
Non tratemos agora
De nuesa desventura, que tratada,
La pena acuciadora
De la muerte cruel resta aumentada.
Pósate de finojos,
Y anegaránse en lágrimas mis ojos.

DOÑA SANCHÁ.

Védesme á vuestas prantas,
Famoso don García: ¡á Dios pruguie-
Y á las ánimas santas [ra,
Que llevó san Miguel de su foguera,
Aburadas en fuego,
Que me matara ese cochillo luego!
¡Oh cuánto mejor fuera

Que me pasara el cuello, y no que un
Al suyo me posiera, [moro
Y que contra mi ley y mi decoro,
Vaya tal astoriana
A ser su denostada barragana!

DON GARCÍA.

Fija, non vos conviene
El toller os la vida el vuestro padre.
Lo que del cielo viene,
Pensad que non hay ál que mas os ena-
¡Oh muerte! el arco quelebra; [dre.
Que un gran dolor para cochillo sue-
Vos vais donde ha querido [bra.
Aquel cobarde y fiero Mauregato,
Que á nuesa sangre ha sido
Atan dañoso vendedor ingrato,
Y endespues los leoneses,
Que ya facen de fembras sus paveses.
Atended, fija mia,
Los mios consejos.

DOÑA SANCHÁ.

Ya vos oigo atenta.

DON GARCÍA.

Allá en la Morería
Sabén quien sois, non vos farán afren-
Casaros han con moro [ta.
Igual á vuestras prendas y decoro.
En toda ley las leyes
Del matrimonio vos podeis guardallas.
Moros hay muchos reyes:
Sabidas vuestas partes, por honrallas,
Reina seréis por dicha...
—Mal dije: reina sí; mas por desdicha.
Faced al moro noble
Que vos copiere en suerte, fija amada,
Que de su ley se doble
Con caricias de amor; que si se agrada
De vusco, non hay cosa
Que non faga por vos, que sois fermo-
Y si non le placiere, [sa.
La lev de Cristo sepan por lo menos
Los fijos que toviere.
Que por la vuesa parte son tan buenos.
La ley santa enseñaldos,
Y cada que nacieren chapuzaldos.
Mosaldes la doctrina,
Con lo que vuesa madre os enseñaba.
Mi vida ya camina
Encia la muerte, que el dolor bastaba;
Pero si alcanzo alguno,
Luego que dos tengals, enviadme el
Decilde, fija, al moro [uno.
Que non perderá nada con su abuelo;
Y el alto Dios que adoro
Vos feche bendicion desde su cielo,
Tomando la mi mano: [no.
Magüer que non soy crego, soy cristia-

DOÑA SANCHÁ.

Los vuestros piés os beso
Por los consejos santos.

DON GARCÍA.

Lo que es razon os muestro.
Ergulos, non estéis afinojada,
Si non queréis ser pila
Desta fuente, que lágrimas está.

ESCENA III.

NUÑO, VELA, ANZÚRES, SOLDADOS
CRISTIANOS.—DICHOS.

NUÑO.

Non entré, con el pavor
Que la vuestra despedida
Me daba, noble señor.

DON GARCÍA.

Nuño Osorio, en la partida

Crece el llanto y el dolor.
Non sé qué vos diga ya,
Tal la mi ánima está.
La vida llevais con vusco,
La muerte resta con nusco,
Que el arco frechando va.
Yo non tengo qué os decir
Sobre lo que hemos hablado,
Nin de nuevo maldecir
Al leonés deshonorado
Que atal pudo consentir.
Solo pienso que sería
Non sin valor advertencia,
Al donar la fija mia
A la morisca violencia
Este miserable día,
Contalle su calidad
Al capitán cordobés,
Y decir que en su ciudad,
Pues atan comprida es
De principes de su edad,
La dén marido de quien
Algun nieto la rescate,
Y el mio solar tambien;
Que pienso que faz remate
En lo que mios ojos ven.
¡Cuán al revés pensé yo
Que Osorio le prolongara,
Cuando á mi casa llegó,
Y que sus lobos juntara
Al leon que ya tinó!
Pero ya sus lobos son
De tan fiera condicion,
Que á ensangrentar su pelleja
Llevan al moro mi oveja,
Sin defensalla el leon.
Las párias en prata y oro,
En caballos y en halcones
Paga el cristiano y el moro;
Mas dar fembras los varones
Non es varonil decoro.
Cuando desta infame prueba
Volvais, decildes por nueva
Que quedo espantado acá,
Non de Alfonso que las da,
Mas de Osorio que las lleva.

NUÑO.

Aguardad, oid, García;
Non sin respondida os vais.
(Vase don García.)

VELA.

Fuése; que el dolor le guía.

ESCENA IV.

DOÑA SANCHÁ, NUÑO, VELA, TO-
RIBIO, ANZÚRES, SOLDADOS CRIS-
TIANOS.

DOÑA SANCHÁ.

Osorio, non lo tengals
De un padre á descortesia;
Endemás que un gran dolor
Tiene de poder fablar
Licencia de embajador.

NUÑO.

Ya es hora de caminar
Y de esforzar el dolor.
Yo non vos miro á la cara
Por non tomar sentimiento.

DOÑA SANCHÁ.

Aquí, Toribio, repara,
Mientras puyo en el jumento,
Ya sin espuela y sin vara;
Que fasta aquí solia ser
En los mis fechos varon,
Y al caballo las poner;
Mas ya que tan fracas son,
Voy como fraca mujer.
Al mio padre le dirás
Que á la Virgine del Monte

Diga diez misas ó mas,
Y luego á caballo ponte;
Que cedo me alcanzáras.

TORIBIO.

Yo faré lo que me ordenas.

DOÑA SANCHÁ.

Vén, Osorio.

NUÑO. (Ap.)

Su valor

La sangre hiela en mis venas.

DOÑA SANCHÁ.

Homes, non hayáis pavor;
Que á cobardes matan penas.

(Vanse todos, menos Toribio.)

ESCENA V.

TORIBIO.

A la fe, que si esto fuera
Por armas de dos á dos,
Y con Sancha las bobiera,
Magüer que mujer, ma Dios,
El moro non la collera.
¡Non le copiera á Leonor
Esta suerte de doncellas?

ESCENA VI.

LAIN, con la espada desnuda y una
rodela.—TORIBIO.

LAIN.

(Pars sí. Pienso que es cierto el ru-
Que han ferido las estrellas [mor;
Voces de tierno dolor.
Aquí está un home, y soldado
Del fidalgoite venido
Por mal año del solar,
Y aun de todos sus vecinos.)
Home, que si eres soldado,
Te mate el primer morico,
¡Qué es lo que dicen de Sancha?

TORIBIO.

Presto me has desconocido.
Non soy sueldado, Señor,
Nin con Osorio he venido.
Toribio soy; ¿non me ves?

LAIN.

¡Qué es esto, amigo Toribio?

TORIBIO.

Vino ese Nuño, ó dimuño
(Que como dimuño ha sido,
Pues se lleva los cristianos
Donde non se sirve á Cristo),
Y la mi señora lleva,
Por enriba desos pinos,
Adonde está el moro Audalla.

LAIN.

¡Que la suerte le ha cabido
De las cincuenta fidalgas?

TORIBIO.

Todo es vero cuanto digo.
¡Pruguiera á Dios non lo fuere!

LAIN.

Yo soy muerto.

TORIBIO.

Y yo morido

LAIN.

¡Nuño Osorio se llamaba
Ese capitán que vino
A facer cosa tan vil?
¡En home de su opido,
En home de su opinion
Cupo tan mal fecho?

TORIBIO.

Quiso
El Rey que un home de pro,
Porque fuese obedecido,
Viniese por los solares
Con cien homes que ha traído,
Todos con buenas corazas,
Bien apuestos y guaridos.

LAIN.

¡Cien homes?

TORIBIO.

Yo los conté
Por en somo del ejido:
Cincuenta son de a caballo,
Con lanzas como unos pínos.

LAIN.

¿Y los otros?

TORIBIO.

También vienen
A caballo.

LAIN.

Desvarios
De home inorante.

TORIBIO.

A la fe,
Con el dolor amarrido.

LAIN.

¡Non tuviera diez fidalgos,
O mis parientes ó amigos!

TORIBIO.

¡Con diez á ciento!

LAIN.

Y estoy

Por ir solo.

TORIBIO.

¡Estás perdido?
¿Es home Osorio de burlas?

LAIN.

Para morir sin joicio,
¿Qué importan ciento ni mil?

TORIBIO.

Tente y cobra tu sentido.

LAIN.

La muerte al cielo pido,
Pues se me va la vida y no la sigo.
¡Ay, Sancha de los mios ojos,
Sancha de los ojos lindos,
Sancha del tranzado largo,
De oro crespo, rubio y rizo;
Sancha de la crencha bella,
Atada en coifa de pínos!
Ma Dios, que sobre el cabello
La vi sentar un domingo.
Con no escuchar de su boca
Sino desdenes y olvidos,
Perlas eran sus palabras,
Sus labios corales lisos.
La muerte al cielo pido,
Pues se me va la vida y no la sigo.
Mas ¿qué fago? ¡Sandio yo,
Caballero mal nacido!
¿Yo soy Lara? yo deciendo
De aquel godo Atanagildo?
¿Doña Sancha de Leon,
El mi amor, el mi principio,
Que antes ni en pos non amé
Otra fembra, por Dios vivo,
Ha de gozar un Zulema,
Un Almanzor, un Celindo?

TORIBIO.

¡Hola! ¡non catas que fablas
Sandeces de home sin tino?
¡Por Dios vivo juras tú!
¡Non temes que por castigo
Te zampuce so la tierra
Un rayo del cielo?

LAIN.

Amigo,

Non caté lo que decia:
En aquel Señor confo
Perdonará la mi culpa;
En demás que mi delito
Es de home que está sin seso,
Y faré buenos testigos
En ir á morir agora.

TORIBIO.

Detente.

LAIN.

Guardad mis filos,
Fidalgos los de Leon,
Que os vendeis vosotros mismos
Por no morir de una vez.

TORIBIO.

¿Dónde vas?

LAIN.

A resistillós;
Que un home sin joicio
Por mil espadas colará atrevido.
(*Vanse.*)

Campo.

ESCENA VII.

AUDALLA, AMIR, CELIN, MOROS.

AUDALLA.

A no decirme el Rey que era contento
De rendirme las párias, no esperara.

AMIR.

¿Qué puede ser tan gran detenimiento?

CELIN.

Ya por ventura en dárte las repara.

AUDALLA.

[miento
Si han hecho nuevo acuerdo, senti-
Pienso mostrar, que viéndome la cara
Diga una cosa, y otra estando ausente.

CELIN.

Serán consejos de su altiva gente.

AMIR.

Son atrevidos estos asturianos, [zas.
Y van creciendo en número y en fuer-

AUDALLA.

¿Qué pueden ya los miseros cristianos,
Por mas que con tus miedos los esfuer-
[zas?

ESCENA VIII.

TELLO.—DICHOS.

TELLO.

¿Adónde está, gallardos africanos,
El Capitan?

CELIN. (*Ap. á Audalla.*)

Correos hay, no tuerzas
De las párias un átomo.

AUDALLA.

Ni puedo;
Que tengo al Rey y á sus enojos miedo.
Yo soy el Capitan.

TELLO.

Y yo he venido,
Valiente Audalla, á darte aviso agora
Que estés con la tu gente apercebido
A recibir las párias.

AUDALLA.

No atesora
Mi Rey, en cuantas joyas le han traído

De los dorados reinos del aurora,
Cosa que estime en mas.

TELLO.

Sal á ese prado

Con tu escuadron.

AUDALLA.

¿Quién viene?

TELLO.

Un gran soldado;
Nuño Osorio se llama.

AUDALLA.

Ya su fama
Y su persona he visto: es caballero
De gran valor y generosa rama,
De tronco entre cristianos el primero;
Y aunque por esto mismo me desama,
Por sus hazañas y opinion le quiero.
Darte quiero un presente que le lleves.

TELLO.

[bes.
Por el que te ha de dar bien se le de-
AUDALLA.

¿Hay mujeres hermosas?

TELLO.

Tan fermosas
Que las de antaño exceden; mas entre
[ellas
Como á las hojas las bermejas rosas
Excede Sancha de Leon las bellas.
Non hay entre cristianas generosas,
Atanto de casadas cual doncellas,
Fembra de mas valor nin fermosura.

AUDALLA.

Por mia la acoto.

TELLO.

¡Habrá buena ventura.

AUDALLA.

[bres,
Pónganse en ala mis quinientos hom-
Que coronen el prado con mas varias
Colores que sus plantas de mil nom-
[bres,
Para que puedan recibir las párias.

AMIR.

[bres.
Veráslos tan gallardos, que te asom-
TELLO. [trarias,
Quien párias dió, á la ley de Dios con-
En el infierno yaga con Pilatos.

CELIN.

¿Qué dices?

TELLO.

Que de un ángel son retratos.

ESCENA IX.

NUÑO, TORIBIO, ANZÚRES.—
DICHOS.

NUÑO.

¿Que por todo el camino viene Sancha
Los brazos y las piernas descubiertas?
ANZÚRES.

Es cosa que nos lleva sin sentido,
Y que cuidamos que le habrá perdido.

NUÑO.

Non puede, amigos, ser de otra manera;
Porque con seso non se descubriera.

TORIBIO.

Non puedo contener, capitan fuerte,
Las lágrimas de ver la mia señora
Venida en tanto mal.

NUÑO.

Con causa llora.

TORIBIO.

Los blancos brazos y los tiernos pechos,
Que non se descubrieron en su casa
A Sol, su prima, ni á Leonor, su amiga,
Los trae descubiertos por el campo.

NUÑO.

Que Sancha de Leon, entre cien homes,
Siendo fembratan cuerda y bien nacida,
Camine con los brazos y las piernas
Descubiertas á todos craramente,
Non puede ser fazaña deshonestas.
Ala fe, Anzúres, que ha perdido el seso,
Y que esta sinrazon se le ha tollido.

ANZÚRES.

Pues ¿cuídas lo fíciera en su sentido?

NUÑO.

Non lo fíciera fembra tan constante,
Tan colmada de honor y de crianza.

ANZÚRES.

La pena, Nuño, de cuidar que un moro
Ha de pisar su virginal decoro,
¿Qué non podrá?

NUÑO.

Podrá lo que ha podido,
Que es quitarle el honor con el sentido.
Confíesovos, soldados valerosos,
Que cuando la miré venir desnuda,
Con ser atan fermosa, branca y linda,
Que llevaba las hojas de los árboles,
Cuánti mas que los ojos de los homes,
Quité los míos por vergüenza, y dije:
«No el seso, que el dolor, á Sancha ri-
[ge.]»

ANZÚRES.

Non hay soldado (con ser libres homes,
Y solteros los mas y mancebicos)
Que se atreva á mirarla; y si la mira,
Non de codicia del su amor sospira,
Mas llora de dolor, viendo tal dama
Que de pesar su honestidad infama.

ESCENA X.

TELLO.—DICHOS.

TELLO.

Ya dí, Señor, á Audalla tu recado,
Y corona de moros este prado,
Guardando las párias que le llevas,
Con dulzainas, tambores y jubebas.
Dióme un presente, Osorio, que te diese,
Atan rico, que es digno de tí mismo:
Cuatro caballos nobles, andaluces,
Un rosillo, dos bayos, cabos negros,
Y un blanco escrito á ruedas, que pa-
[rece]
Que le han pintado adrede, y cada uno
Con un alfanje damasquino, atado
Por el arzon con una cuerda de oro,
Nielado el pomo, la contera y brazos,
Que Alfonso se pudiera honrar con ello.

NUÑO.

No me lo digas, no; déjame, Tello.

TELLO.

Pues ¿qué dirás, si ya, Señor, sopieses
Cómo tiene el morazo, que mal haya,
Escollida por fembra á doña Sancha?

NUÑO.

Buen pro le hará, que sandia se ha tor-
[nado].

TELLO.

¿Sandia, Señor?

NUÑO.

¿Non basta que lo diga?
Loca y sandia la tiene su fatiga.
Las piernas y los brazos descubiertos,
Camina entre nosotros.

TELLO.

¡Triste caso!

ESCENA XI.

VELA.—DICHOS.

VELA.

Ya están, Señor, enfrente de los moros
Las cien doncellas.

NUÑO.

Bien lo vi en sus lloros.

VELA.

Apenas, gran Señor, los descubrieron,
Cuando mil gritos y alaridos dieron,
Non maldigando solo á Mauregato,
Sinon á Alfonso, de cobarde, ingrato,
Y á tí tambien, Señor, que las entregas.
Verás las todas que, de llanto ciegas,
El campo siebran de oro del cabello.

NUÑO.

Su duelo escucho y non me maravello.
Mas ¿qué hay de doña Sancha?

VELA.

Un caso extraño:
Que así como desnuda vió los moros,
Las piernas y los brazos se bacubiertos,
Y vestida y honesta y vergonzosa,
Cerróse toda como rubia rosa
Que en ausencia del sol las hojas junta,
Marchita, triste, pálida y difunta.

NUÑO.

¿Que se ha vestido?

VELA.

Si que se ha vestido.

NUÑO.

Traelda aquí.

TORIBIO.

Yo voy, Señor, por ella.
[Vase.]

NUÑO.

Saber quiero la causa que ha tenido.

VELA.

De tí, Señor, se ofende y se querella.

NUÑO.

Non tengo culpa yo; del Rey ha sido.

ANZÚRES.

Mal fecho fué; ¡tan principal doncella!

NUÑO.

En las suertes non hay culpa ninguna;
Culpar debiera Sancha su fortuna.

TORIBIO.

Aquí viene doña Sancha.

ESCENA XII.

DOÑA SANCHA, TORIBIO.—NUÑO,
TELLO, VELA, ANZÚRES, SOLDADOS CRISTIANOS.

NUÑO.

Pues ¿cómo vestida vienes,
Tú, que desnuda venias?

DOÑA SANCHA.

Osorio, ¿que non lo entiendes?

NUÑO.

¿Cómo lo puedo entender,
Pues facen esas sandeces
Los que non tienen juicio,
Y tú vemos que le tienes?

DOÑA SANCHA.

Atiende, Osorio cobarde,
Afrenta de homes, atiende,
Porque entiendas la razon,
Si non entenderla quieres.
Las mujeres non tenemos

Vergüenza de las mujeres;
Quien camina entre vosotros
Muy bien desnudarse puede.
Porque sois como nosotras,
Cobardes, fracas y endebres,
Fembras, mujeres y damas;
Y así, no hay porque non deje
De desnudarme ante vos,
Como á fembras acontece.
Pero cuando vi los moros,
Que son homes, y homes fuertes,
Vestime; que non es bien
Que las mis carnes me vieses.
¿Qué honestidad he perdido,
Cuando vengo entre mujeres?
Ninguna, pues que lo sois
Tan cobardes y tan leves;
Pero non cuando los moros,
Que son homes.

NUÑO.

Sancha, tente,
Tente, Sancha; que me matas,
Me enfurias y me ensandeces.
¡Por el alcázar divino,
Por las deidades celestes,
Por la sangre de mis padres,
Que en brancos mármoles duermen
En San Salvador de Oviedo,
Que non el mundo me afrente
Con el nome de mujer,
Cuando mil vidas perdiese!
¡Porque somos fembras viles
Las tus carnes non defiendes,
Y á los moros las cobijas
Porque son homes valientes!—
¡Hola, soldados! Alfonso,
Sus consejeros, sus leyes,
Sus paces y sus conciertos
En este punto perecen.
Quinientos moros están
Armados, cual veis, enfrente:
Ciento somos; toca al arma;
Que asaz ha fecho quien muere.
¿Yo mujer? ¡Ante mis ojos
Se desnudan! Si la hueste
Fuera del mismo Alejandro,
Dario, César, Pirro ó Jérges,
Non dejara de morir
Por lo menos, y tenerme
Por tan home como soy.

ANZÚRES.

Non has dicho eternamente
Palabra tan bien fablada.

VELA.

¡Nosotros somos mujeres,
Osorio, y moros los homes!

TELLO.

Señor, si agora consientes
Esta afrenta, ¿qué dirán
Los que en pos de nós vinieren?

NUÑO.

Que non hay que rehortir;
Esto faré cada siempre
Que el cielo me diese vida.
La vida presto se pierde;
La fama por siempre dura,
Y vueta de gente en gente
Fasta los fines del mundo.

DOÑA SANCHA.

¡Oh Nuño gallardo y fuerte!
¡Oh gloria de los Osorios!
Contentate que me cuestas
El haberme descubierto,
Que en mi prez valor non tiene.
Acomete esos quinientos;
Que yo pondré á mis mujeres
Las armas que vos sobraren;
Que con el dolor que vienen,
Farán mas que dos mil homes.
Y si se quejare el Rey

O el reino de lo que faces,
¿Qué importa que nos degüelle?
Ende mas que Dios fará
Y el su Apóstol, que defiende
Este rincón, donde yace,
Que Alfonso la furia temple.

NUÑO.

¡Oh valerosa asturiana!
Si vida el cielo me ofrece,
Yo te pagaré el valor.—
¡Santiago!

DOÑA SANCHÁ.

Osorio, acomete. (Vase)

TODOS.

¡Santiago!

(*Éxtranse todos, y principia dentro la batalla.*)

ESCENA XIII.

AUDALLA, NUÑO, AMIR, SOLDADOS
MOROS, SOLDADOS CRISTIANOS, *todos dentro.*

AUDALLA.

¿Qué es esto? ¿Destasuerte pagan pá-
Los cristianos al rey de España?

NUÑO.

¡Oh perro!

Esas que le han pagado son contrarias
Al cielo y al valor de aqueste fierro.

AUDALLA.

Yo te haré deshacer en partes varias,
Y á las aves poner en ese cerro.

NUÑO.

Mira por tí, villano; á ver si toma
Tu defension el pérfido Mahoma.

(*Salen todos peleando.*)

AMIR.

¡Mueran, valiente Audalla, los cristia-
Quinientos somos. [nos!

NUÑO.

¡Linda fama adquieres,

Cuando ciento muramos á tus manos!

ESCENA XIV.

DOÑA SANCHÁ, con un gran número
de DONCELLAS armadas de espada y
rodela, que se ponen al lado de
Osorio.—DICHOS.

DOÑA SANCHÁ.

Llebad de aquesta guisa las mujeres.

NUÑO.

Estimo, Sancha, tus valientes manos.

DOÑA SANCHÁ.

Tú eres quien me da valor.

NUÑO.

Tú eres

Porquien he de hacer del moro estrago

AUDALLA.

¡Aquí Mahoma, aquí!

NUÑO.

¡Y aquí Santiago!

(*Vanse.*)

Sala en el alcázar de Leon.

ESCENA XV.

EL REY, TEUDO, SUERO,
MELEDON.

REY.

Las joyas que voy juntando;
Mis fidalgos, son á efeto,
Si á la avaricia sojeto
Me vádes imaginando,
De hacer una cruz de oro
De inestimable valor,
Que dar á san Salvador
Por prenda de la que adoro.
Non vos cale en esta guisa
Dar caloña á lo que fago;
Que non de cosas me pago
Que la ley cristhana pisa.
Los diamantes y amatistes,
Los rubies y balajes,
Girasoles de linajes
Que atan diferentes vistas,
Las zafirras y esmeraldas,
Crisólitos y topacios,
Han de ocupar los espacios
De la faz y las espaldas.
Esto fué juntar tesoro,
Non á la fe por codicia.

TEUDO.

¿Cuidas tú que fué malicia
Cuidar que juntabas oro?
Non, Señor, si soldemente
Que alguna guerra esperabas,
Con que defender pensabas
De los moricos tu gente;
Que asaz, buen Alfonso, basta
El nombre y santa opinion
De Casto, aunque es compasion
Que de tí non dejes casta.

SUERO.

¿Con quién, invito Señor,
Piensas hacer esa cruz,
Que dará á tus obras luz
Y devino esplendor?
¿Dónde fallarás platero
De tan alta platería?

REY.

Escorrid la tierra mia
Vos, Meledon, y vos, Suero,
Fasta que topeis un home
Asaz suficiente deso,
Que vos guise de maeso,
Ya por obras, ya por nome;
Que non ha de haberse visto
Cruz de tamaño valor.

MELEDON.

Sepa tu merced, Señor,
Que la adoracion que á Cristo,
A la cruz debe el cristiano;
Y así, es bien facería atal.

REY.

Daré de mi amor señal,
En aprecio soberano,
De aquel Señor que se puso
En ella por mis pecados.

TEUDO.

Piés y brazos acabados,
¿Non farás algo de yuso?

REY.

Un pié sobre que se pose.

TEUDO.

¿E non farás los iodios
Que le hicieron desvios?

REY.

Mejor en gracia repose

Y en fuesa de mis pasados,
Que niingun jodio faga;
Que aun pintados non me paga
De mirallos segurados,
Cuanti mas facerlos de oro.

TEUDO.

Pues muy de jodios es
Tener oro fasta en piés.

REY.

Non será en la cruz que adoro.

ESCENA XVI.

AMIR.—DICHOS.

AMIR.

¿Está el Rey aquí?

REY.

¿Quién es?

SUERO.

Un morico mal ferido.

REY.

Home, ¿de dónde has venido?

AMIR.

Escucha.

REY.

Prosigue pues.

AMIR.

De Córdoba soy, Alfonso;
Aquí vine con Audalla,
Señor de Úbeda y Baeza.
De Montilla y Guadalcázar,
Alguacil mayor del rey
Que tiene el cetro en España,
A quien, porque en paz os deje,
Pagais los de Asturias párias.
El os habló de su parte
Y dió real embajada
En razon de lo que digo,
Que no con violencia de armas;
Pudiérades responder
Que no os agrada el pagarlas,
Y á Córdoba se volviera,
Adonde el Rey las cobrara;
Mas respondistes, el Rey
(Si reyes los vuestros llaman
A los que, haciendo traicion,
Rompen su firma y palabra),
Que esperase á pocas leguas
De Leon, mientras se daba
Orden de juntar la gente,
Que estaba en diversas casas.
Esperó; llegó un soldado
Un mártir por la mañana,
Que dijo que Nuño Osorio
Ya con las párias llegaba.
Dímosle todos albricias,
Codiciosos de cristianas;
Que no pienso que tendréis
Por mal gusto el estimarlas.
Apareció sobre un monte
Con cien doncellas que al alba
Daban por cien soles luz,
Y cien hombres de armas blancas.
Puso Audalla sus quinientos,
Como el que las esperaba,
En forma de luna abierta...
Digo, al menguar de su cara.
Mas, movida entre ellos mismos,
Por dicha, de no entregarias
Nueva plática y acuerdo,
Mandaron tocar las cajas.
Embisten el escuadron
Con ballestas y con lanzas,
De suerte que las mujeres
Con piedras y con espadas
Hicieron tan altos hechos,
Tan espantosas hazañas,
Que de quinientos que fuimos

Apenas los ciento escapan.
Murió Audalla, porque Nuño
Le deshizo á cuchilladas,
Con ser el hombre mas bravo
Que de Africa vino á España.
Huyeron por esas sierras
Los que la vida estimaban;
Yo solo á avisarte vengo
Para decirte en la cara
Que no es de reyes mentir
Ni faltar á su palabra;
Y que si no lo has sabido,
Hagas en Nuño venganza,
Autor de aquesta traicion,
Porque, de no castigaria,
¡Ay de Leon! ay de ti!

REY.

Calla, moro, escucha y calla;
Que estoy rablando de enojo.

SUERO.

Este es Nuño Osorio.

REY.

Aguarda:

Verás el mayor castigo
Que ha fecho rey en España.

ESCENA XVII.

NUÑO, DOÑA SANCHÁ, LAIN, VE-
LA, TORIBIO, ANZÚRES, DONCE-
LLAS, SOLDADOS CRISTIANOS.—DICHOS.

NUÑO.

Postradvos todos al Rey,
Y lo que quisiere faga.

REY.

Non hay cómo satisfaga
La venganza nin la ley.

NUÑO.

Rey Alfonso, que Dios guarde...

REY.

Nuño Osorio, mal venido...

NUÑO.

Licencia de hablarte pido.

REY.

Pára-tu traidor alarde;
Non pasen mas ante mí
Los que te han acompañado.

NUÑO.

¿Estás, buen Rey, enojado?

REY.

Justamente contra tí
Tengo homecillo y enojo.

NUÑO.

Si me escuchas, quedarás
Bien satisfecho además.

REY.

Non quiero yo tu despojo,
Non tu traidora victoria,
Aunque digna de alabanza,
Porque ningun prez alcanza
Nin tien derecho á memoria
Quien non faz la mandadura
Del su rey, tuerta ó derecha,
Porque estuences faz sospecha
Que non le cata mesura.

NUÑO.

El mio rey, oid si os praz;
Despues tollerme podréis
La vida, si vos queréis;
Que pescuezo tengo asaz.

REY.

Por las fojas del misal,
Adonde yacen pintados
Los santos apostolados,

Que fableis por vuestro mal.—
¡Hola! llamad un verdugo.

NUÑO.

Oidme en tanto, Señor,
Por aquel pasado amor
Que ya tenerme vos plugo.

DOÑA SANCHÁ.

Oilde, Rey generoso,
Non estéis desaforado
Con quien honra vos ha dado;
Que es fidalgo facendoso.

REY.

Por vos, fembra, escocharé,
Que pareceis mesurada.

DOÑA SANCHÁ.

Soy de buen padre engendrada.

REY.

¿Quién el vuestro padre fué?

DOÑA SANCHÁ.

Don García de Leon.

REY.

Ma, Dios, que aun es mi pariente.

DOÑA SANCHÁ.

Fablad, Osorio valiente;
Que el Rey vos dará atencion.

NUÑO.

Yo llevé las cien doncellas,
Las pecheras y fidalgas,
Famoso rey de Leon,
De Astúrias y las montañas,
Para entregar á los moros
Y á su capitan Audalla,

Como lo dirá el presente,
Que estuences me vió llevarlas.
Del solar de don García
Saqué, Rey, á doña Sancha,
Mujer asaz belicosa
Y digna de eterna fama.

Ella por todo el camino,
Quitada su saboyana,
Iba los brazos y piernas
Descubiertos á luz crara.

Nos tuvimoslo á sandez,
Y non quisimos miralla;
Que aun hay en homes mesura
A tiempo que en fembras falta.

Cuando Sancha vió los moros,
Vistióse cedo, y miraba
Si alguno dellos la via,
Vergüenosa y recatada.

Como la vimos vestir,
Pescudámosle la causa,
Y dijo que entre nosotros
De ir desnuda non coidaba,

Por ser, como ella, mujeres
Viles, endebres y fracas;
Pero que en viendo los moros,
Homes fuertes, homes de armas,

Se recató, como fembra
Que del home se recata.
Apenas lo oí, Señor,
Cuando, á tener luenga barba,
Pedazos me la ficiera;

Mas pagólo la mi cara.
Juré por Dios, que non pude
A tan gran jura quebrarla,
De non entregar las donas,

De non dar las viles párias;
Socedió lo que ya sabes.
Así los cielos te fagan
El mas dichoso, buen rey,

En todas las tus andanzas,
Que juzgues lo que ficieras
Si en aquel prado te hallaras,
Viéndote llamar mujer,

Fidalgo y de ley cristiana,
Y llamar home valiente
A un moro de ley contraria.
Córtame, Rey, la cabeza,

Aquí tengo la garganta:
Home moriré, non fembra,
Como los que dan las párias.

REY.

Quedo, Osorio: todos somos
Homes, de Dios por la gracia.
Non soy yo fembra; ma, Dios,
Magüer que Casto me llaman;
Que el Casto fué por virtud,
Non porque el brio me falta;
Que una cosa es non querer,
Y otra la fraqueza humana.

SUERO.

Nuño Osorio, yo soy Suero;
Lo que el Rey ha dicho basta
Para que de hoy en delante
Non digan fembras ni damas
Que los homes somos fembras.

MELEDON.

Si dije que se pagaran,
Non cuidé yo que valian
Las mujeres á las armas.
Non se paguen mas al moro.

REY.

Véte, moro, enhoramala.
Di al tu rey que cien doncellas
Son cien chuzos y cien lanzas.
Que venga como quijere;
Que las fembras mas bastan
A defenderse á sí mismas.

AMIR.

Presto veréis la venganza
Que hace mi rey de vosotros.

NUÑO.

Aun bien que las tus adargas
Saben ya los mnesos golpes.

DOÑA SANCHÁ.

A bocados, á puñadas,
Los desfaremos las fembras.

NUÑO.

Dad algo á Lain de Lara,
Rey, que en aquesta ocasion
Fizo notable matanza
En los cordobeses moros.

LAIN.

El premio desta batalla
Vos pido que Sancha sea.

NUÑO.

Eso no; que doña Sancha
Ha de ser mujer de Osorio,
Y seido vos de mi hermana,
Que es la fembra mas fermosa
Que hay en todas las montañas.

LAIN.

Digo que, pues Sancha os quiere,
Buena pro, Nuño, vos faga.

REY.

Yo seré á los dos padrino.

TORIBIO.

Y yo á dar nuevas tan altas
Voy al Sol de aquel buen viejo.

REY.

A Osorio le doy por armas
Al rededor de los lobos
Diez y seis famosas aspas,
A Lain fago desde hoy
El capitan de mi guarda.

NUÑO.

Aquí, Senado, hacen fin
De don Nuño las fazañas.

DOÑA SANCHÁ.

Eso non.

NUÑO.

Pues ¿quién, Señora?

DOÑA SANCHÁ.

Las famosas asturianas.

DE 'COSARIO A COSARIO,

COMEDIA DE FREY LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO,

DEDICADA

A LA SEÑORA DOÑA ANA FRANCISCA DE GUZMAN,

mujer del señor Licenciado Sancho Flores, del Consejo de su Majestad en el de Indias.

HEROÍNAS llamaban los antiguos á las mujeres ilustres por virtud y entendimiento, ó que lo eran de excelentes varones, constituidos en altas dignidades, causas por donde este nombre tan justamente conviene á vuestra merced, quanto hace mayor mi atrevimiento en dedicarle esta fábula: Mas, como los que desean hacer algun servicio, no hay ocasión que no les parezca á propósito, tuve por mas acertado, sirviendo, parecer atrevido, que temiendo, desconfiado; solamente quiero serlo en loar en vuestra merced los méritos que al principio propuse, calificados de tan conocida nobleza, pues para mi atrevimiento en poner esta fábula á la claridad de su grande ingenio, hallo en mi deseo disculpa, y para sus alabanzas fuera imposible. Dios guarde á vuestra merced.

LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO.

DE COSARIO A COSARIO.

PERSONAS.

DON JUAN.
DON FERNANDO.
MENDO.

FABIO.
CELIA.
LISARDA.

ELISA.
LUCINDO.
TEODORO.

LAIN.
TREBACIO.
INÉS.

La escena es en Madrid.

ACTO PRIMERO.

Sala en casa de don Fernando.

ESCENA PRIMERA.

FERNANDO, LISARDA, FABIO.

DON FERNANDO.
¿Con ese desden te vas?

LISARDA.
Con este desden me voy.

DON FERNANDO.
Pues, por la fe de quien soy,
Que no he de quererte mas.

LISARDA.
Si pudieres, bien harás.

DON FERNANDO.
¿Si pudiere, bien haré?
Pues yo pienso que podré;
Que si te digo verdad,
Al son de tu libertad
Hace mudanzas mi fe.

LISARDA.
Cuando los hombres que amaís
Otros gustos pretendéis,
De que os dejan os valeis,
Mil enredos fabricais:
Humildes amando entráis,
Soberbios queréis salir.

DON FERNANDO.
No te quiero persuadir,
Lisarda, á lo que has de ver,
Pues mas puedes tú saber
Que yo te puedo decir.

LISARDA.
Diráme amor sus verdades,
Descubriendo tus mentiras.

DON FERNANDO.
Cuando celoso me miras,
¿Te quejas de libertades?

LISARDA.
¿Para qué me persuades
A que no te quiero bien?

DON FERNANDO.
No quieres tú que me den
Sospechas esos desprecios?
No sabes tú que los necios
Se pican con el desden?

LISARDA.
Cuando yo desden te hiciera,
Antes, Fernando, pensara
Que discreto te obligara
Y que necio te ofendiera.

DON FERNANDO.
Amando, amor persevera
En quien tiene discrecion.

LISARDA.
Antes los desdenes son
Espuelas con que camina;
Que amor no se desatina
Cuando hay llana posesion.

DON FERNANDO.
Como quiera que ello sea,
Quien desdeña, tibia está,
Pues cuando ocasiones da,
Muestra que olvidar desea.

LISARDA.
Y quien ama, cuando vea
Que lo que quiere se enfria,
¿Estará esperando el día
De que la deje, Fernando?
¿Cuánto es mejor que picando,
Le vuelva á lo que solia?

DON FERNANDO.
¿Cuándo te he dado ocasion
Para usar desos remedios?

LISARDA.
Tuyos han sido los medios,
Mias las desdichas son.

DON FERNANDO.
No hay en amor sinrazon
Como celos sin tonellos.

LISARDA.
Si tú me matas con ellos,
No fué sin razon sentillos,
Pues basta para pedillos
Que tú puedas merecellos.

DON FERNANDO.
¿Yo te he dado celos?

LISARDA.
Si,
Conociendo lo que vales;
Porque no hay celos iguales
Como haber partes en tí.
Si te amé cuando te vi,
Cualquiera te puede amar:
Luego bien es recelar
Que lo que yo quise bien,
Querrán los otros tambien,
Y que te pueden buscar.
Esto ¿es dar celos, ó no?

DON FERNANDO.
En tanta bachillería,
Lisarda, decir podría
Que ya el amor se acabó.
Pues por mas razones yo
Tendría celos de tí;
Que no han de buscarme á mí,
Como á tí los que te ven.

LISARDA.
¿No hay en nosotras tambien
Conocimiento?

DON FERNANDO.
No y sí;
Que no es bien que una mujer
Le diga amores á un hombre
Porque limpio y gentil hombre
Le acierte en la calle á ver,
Y un hombre bien puede hacer,
Con su libertad, su gusto.
Mas, pues dar celos es justo,
Yo te los daré, y de modo...

LISARDA.
Alto: declaróse todo;
No me darás mas disgusto.

DON FERNANDO.
Espera.

LISARDA.
Suelta.
DON FERNANDO.
No seas

Tan bárbara.
LISARDA.
Suelta el brazo.
DON FERNANDO.
Llegó de mi muerte el plazo;
Desesperarme deseas.
(Vase Lisarda.)

ESCENA II.

DON FERNANDO, FABIO.

FABIO.
¿Que aquestos desdenes veas,
Y quieras esta mujer!

DON FERNANDO.
¿Ay, Fabio! ¿qué puedo hacer?

FABIO.
Poner en otra el deseo.

DON FERNANDO.
Demonios son cuantas veo:
¿Cómo las puedo querer?

FABIO.
¿Cómo crees que Lisarda
Quiera bien á los que mira,
Si por demonio te admira
La que miras mas gallarda?

DON FERNANDO.
¿Llaman?

FABIO.
Sí.
DON FERNANDO.
¿Si es ella?

FABIO.

Aguarda.

DON FERNANDO.

Fué de mi amor ilusion.

FABIO.

Hombres de camino son.

DON FERNANDO.

¡Válgame Dios! ¿quién serán?

FABIO.

El dueño es barto galán.

DON FERNANDO.

El viene á mala ocasion.

ESCENA III.

DON JUAN, *vestido de camino*; MENDO, TREBACIO.—Dichos.

DON JUAN.

El es sin duda. ¿Qué dicha!
¡Don Fernando!

DON FERNANDO.

¿Quién es?

DON JUAN.

¡Bueno!

Solo el veros tan ajeno
Será en el veros desdicha.
Miradme bien; que por dicha
Tengo señas que os dirán
Que soy don Juan.

DON FERNANDO.

¡Mi don Juan!

¡Don Juan mio! Solo vos
Me alegráades, por Dios,
Hoy, que mil muertes me dan.

DON JUAN.

Quejoso me habeis dejado
De no me haber conocido.

DON FERNANDO.

Vos sois el desconocido,
Pues tanto os habeis mudado.

DON JUAN.

Siempre mi amor firme ha estado.

DON FERNANDO.

¡Oh cómo venis en día
Que necesidad tenía
De tanto bien como vos!

DON JUAN.

¡Pleitos? ¡Muertes?

DON FERNANDO.

No, por Dios;

Mayor desdicha es la mía.

DON JUAN.

¿Mayor que pleitos?

DON FERNANDO.

Mayor.

DON JUAN.

¿Que pleitos?

DON FERNANDO.

Que pleitos pucs.

DON JUAN.

¿Mas que amor?

DON FERNANDO.

Mayor mal es.

DON JUAN.

¿Mayores penas que amor?

DON FERNANDO.

Celos ¿no es mayor rigor?

DON JUAN.

Mayor.

DON FERNANDO.

Pues yo tengo celos.

DON JUAN.

Bien traia yo recelos

De hallaros enamorado;
Celoso no; que os han dado
Muchos méritos los cielos.

DON FERNANDO.

Conmigo habeis de posar
Mientras disponeis de vos.

DON JUAN.

Id por la ropa los dos;
Que no lo puedo excusar.

TREBACIO.

Mendo se puede quedar,
Por si es algo menester.

MENDO.

Pues haz la ropa traer,
Porque Madrid y meson
Mayores peligros son
Que la mar ni la mujer.

(Vase Trebacio.)

ESCENA IV.

DON FERNANDO, DON JUAN,
FABIO, MENDO.

DON JUAN.

Años há, Fernando mio,
Que en edad florida y tierna
Partí de aqueste lugar,
Roma de Felipe excelsa:
Felipe, monarca insigne
De dos mundos, que contempla
El sol en la cuna de oro
Y en el sepulcro de perlas.
Fué la causa haber perdido
Su serenísima reina
España, á quien yo serví;
Que quiso el cielo con ella
Aumentar número al coro
De los ángeles, pues era
De los que adornan el cielo
Vivo retrato en la tierra.
En la puente toledana,
Aun ahora se me acuerda
Que me dijistes: «Don Juan,
Ruego al cielo que no sean
Estos los últimos lazos
Ni estas las postreras prendas;»
Y que al responderos yo,
Os dieron breve respuesta
Las lágrimas en mis ojos,
Y en la posta las espuelas.
Pues vaimos aquí que os respondo
Que no fueron las postreras:
Ya os vuelvo á dar mas abrazos
Con mas gusto y menos pena.
Llegué, Fernando, á Sevilla,
Ciudad cuyas plantas besan,
Con labios de plata y oro,
Las antárticas riberas.
Desde allí pasé á Sanlúcar,
Troqué por la mar la tierra,
Pasé la barra, por quien
Tantas de las indias entran.
Llevaba yo seis vestidos,
Un trencellín, dos cadenas,
Y apenas tres mil reales:
¿Qué caudal para esta empresa!
Videme en lo alto un día,
Y miré la mar soberbia
Léjos de la tierra amada,
Y de las estrellas cerca.
«¡Válgame Dios! (dije entonces)
¿Dónde voy ó quien me lleva
Por caminos sin señales
De pisadas ni de ruedas?
¡Oh temeraria codicia,
Que hallaste en las aguas senda,
Mesones en las espumas
Y techos en las estrellas!¡Es el norte algun pastor,
Que le preguntas si yerra,
Cuando caminas de noche,
Y él desde léjos te enseña?
Con una pequeña aguja.
Corres la mar y la tierra,
Dividida en dos pedazos:
¿Sin piés vas? ¿Con alas vuelas?
¿Qué llevo á las indias yo?
Qué terciopelos? Qué sedas?
Pero llevo pocos años,
Que son la mayor riqueza.»
No me engañé, no, Fernando,
Pues estuve un año apenas
En Santa Fe de Bogotá,
Cuando una hermosa doncella
Puso los ojos en mí...
Mejor pienso que dijera
Dos estrellas, pues que fueron
De mi dicha las mas ciertas.
Caséme por caballero:
¡Bien hayan, amén, las tierras
Adonde tiene valor,
Mas que el oro, la nobleza!
Mucho la quise y me quise;
Dióme su padre con ella
Setenta mil pesos: mira
Lo que un casamiento pesa.
Mil y cuatrocientas veces
Y poco mas de sesenta
Pasó el sol la mar de España
Para venir á la nuestra,
Mientras los dos nos gozamos;
Quiero decir que con ella
Cuatro años casado estuve;
Que estar de mi patria fuera
Me hizo contar los días,
No el cansarme de querella.
Pasó, en fin, á mejor vida,
Y aunque hermosa y Madalena
(Que así se llamó), yo fui
Quien hizo la penitencia.
Fué sobre el parto de un ángel,
Que vivió despues de muerta
Las horas que me bastaron
Para no perder mi herencia.
Pátonme á España gozoso,
Fernando, trayendo á ella
Un casamiento de plata,
Mucho peso y poca pena:
Si así son los casamientos,
No sé cuál hombre se queja.
Pues despues de envidiar presto,
Quedé con famosa hacienda.
Pero apenas por la mar
Venía á la patria bella,
Cuando entre la Dominica
Y Matallino se altera.
Estremécense las aguas,
Y los delfines por ellas
Comienzan á dar indicios
De la futura tormenta.
Desnudóse el sol sus rayos,
Vistióse de nubes negras,
Que rasgándose, escupían
Granizos entro cometas.
Al son de su artillería
La misera nave tiembla;
Marineros y pilotos
«¡Alíja, alíja!» vocean.
Todo lo que no fué plata
Del mar visita la arena;
Que aun en aquestos peligros
Hay quien la plata respeta.
Ya el austro, el euro y el noto
Combaten en competencia
El pobre leño, desnudo
De las jarcias y las velas;
El *larga*, el *vira* y el *doga*
Entre las plegarias suenan.
Acomete el euro el árbol,
Y con poderosa fuerza

Chafaldetes y brandales
 Por el campo del mar siembra.
 Ya ni de larga, amantillo,
 Trizas ni escotas se acuerdan,
 Ni si babor ó estribor
 Son mano izquierda ó derecha.
 Ya de siete palmos de agua
 Iba la zarlingadlena;
 Que en vez de bombas, los ojos
 Con las lágrimas la aumentan.
 En la bitácora estaba
 Seguro el piloto apenas,
 La nave en montes de espuma
 Parece el arca de Armenia...
 —Pero ¿para qué te canso?
 La poderosa Princesa
 De Atocha pidió á su Hijo
 Que cesase la tormenta.
 Cesó, llegamos á España,
 Mañana pienso ofrecella
 El voto en plata, y en alma.
 Que es el que el cielo desea.

DON FERNANDO.

Don Juan, cuanto me has contado,
 Que en fin pasa y en fin cesa,
 Son desdichas sobre espuma,
 Que se deshacen con ella.
 ¡Ay de tormentas de fuego,
 Que en mar de amor atormentan
 Un alma que no halla puerto,
 Y halló por su daño puerta!
 Entre aquesa confusión
 Deja lomas y faenas,
 Romperse el bauprés, los clavos,
 Sembrar lonas y tarjetas
 Entre el alarga y amaina,
 Y que el árbol desenredan
 De toda la obencadura
 Iras del viento soberbias.
 Las áncoras de esperanza
 En fuertes gúmenas cuelgan,
 Y con los dientes herrados
 Muerden la invisible tierra.
 Sale el sol, serena el cielo,
 San Telmo, don Juan, se sienta
 En el pajaril, y causa
 Que la gavia resplandezca;
 Pero yo, que en mar de amor
 Voy en confusión mas cierta,
 Y con tormenta celosa
 Mi voluntad me gobierna,
 Mayor mal, mayor desdicha
 Puedo contar que la vuestra.
 Hoy es el último día
 En que mi nave se anega;
 Hoy se ven mis esperanzas
 A pique, hoy el mar se venga
 De mi codicia, sin ser
 De oro, de plata ni perlas...
 Miento; que mas plata y oro
 Y mas perlas hay en ella,
 Y mayor codicia arguyen
 Indias del sol y de estrellas.
 Entre las sirtes y eurípos,
 Entre las dulces sirenas
 De Madrid nació Lisarda;
 Yo para morir por ella.
 ¡Quién la supiera pintar!
 Quién de su hermosura fuera
 Céuxis, sin juntar las cinco,
 Para retratar á Elena!
 Es Lisarda tan hermosa
 Como si naciera necia,
 Y es tan discreta Lisarda
 Como si naciera fea.
 Si canta, se para el aire,
 Y el que entre sus labios suena
 La celestial armonía
 Suspende al son de las cuerdas.
 Si danza, en su movimiento
 De suerte los ojos lleva,

Que se para el pensamiento
 A pensar en lo que piensa.
 Si escribe un papel, diréis
 Que le han dado los poetas
 Las frases y locuciones,
 Con que enamora las piedras;
 Pero ¿qué desdicha mía
 Así me obliga á quererla,
 Que ha dado en darme pesares,
 De mi verdad satisfecha?
 Ya con celos me lastima,
 Ya me mata con sospechas,
 Ya con desdenes me enciendo,
 Ya con ausencias me hiela.
 Hoy se acaba mi temor,
 Hoy estamos de pendencia;
 Yo debo de ser la causa,
 Si es causa temer perderla.
 ¡Mal haya quien en Madrid
 Ama á ninguna de veras,
 Pues es cosa mas segura
 Vestir el gusto de mezcla!
 Si yo pintara al amor
 En la corte, no le hiciera
 Desnudo, sino abrigado,
 Y con dos bolsas por flechas.
 Pintárale con sus botas,
 Su fieltro y capa aguadera,
 Porque el amor en Madrid
 Siempre ha de andar con espuelas.
 A lo menos los discretos,
 En este mar de sirenas,
 Mudan casas á su gusto
 Con todas las estafetas.
 Si viene la de Sevilla,
 Uama sevillana sea;
 Si la de Castilla viene,
 Castellana os entretenga.
 Cuando yo salgo refido
 Con celos ó con sospechas,
 Y voy á Atocha ó al Prado,
 A palacio, á la comedia,
 Viendo tanto mozo ilustre,
 Tanto copete y guedejas,
 Tanto calzon, tanta liga,
 Tanto cambray, tanta seda,
 Vuelvo mas celos que truje,
 Y digo: «¿Quién hay que vea
 Tanto lindo, que no escoja,
 Y olvide por cosas nuevas?
 Y cuando estime su fe,
 Su salud y su vergüenza,
 En primero movimiento
 ¿Qué pensamiento no peca?»
 Don Juan, vos venis bisoño,
 Pocos años, mucha hacienda:
 ¡Ay de vos, que os embarcáis
 Para mayores tormentas!
 ¡Oh, cuál os han de poner,
 Luego que en la corte os sientan,
 Esos pesos que decís
 Que tanto trabajo os cuestan!
 Por ello el pésame os doy;
 Dios sabe lo que me pesa.
 Del pesar que habeis de dar
 Al que os trajo, cuando os pierda.
 Lo mismo que os digo aquí,
 Quisiera que me dijera
 Algun experimentado
 Antes que tanta inocencia
 Embarcara en este mar,
 Donde ya los vientos suenan
 Con que se muda Lisarda,
 Y mi esperanza se anega.
 Ya rompen las sinrazones
 El árbol de mi paciencia,
 Ya las jarchas de papelés
 Airados enojos siembran,
 Ya todo el sol del amor
 Se esconde en oscuras nieblas,
 Celos animan los rayos,
 Y los desengaños truenan.

Abrióse toda la nave,
 La quilla vió las arenas,
 Fuése á pique, muerto soy:
 Vos podréis llevar las nuevas.

DON JUAN.

¡Qué gracia que habeis tenido!

DON FERNANDO.

Antes pienso que es desgracia,
 Pues de Lisarda la gracia
 Toda mi desgracia ha sido.

DON JUAN.

Pues si yo amare en Madrid,
 Fernando, con vuestro ejemplo,
 La mar me sirva de templo.

DON FERNANDO.

En los pesos advertid,
 Y venid á descansar.

DON JUAN.

Si yo diere solo un peso
 Mientras nos perdiere el peso...

DON FERNANDO.

Aquí os le sabrán quitar.

DON JUAN.

¿Dan hechizos? ¿Hay enredos?
 ¿Andan para hacer quimeras
 Chapines sobre tijeras?
 ¿Hay conjuros? ¿Causan miedos?
 Pues ¿veis? ¿Cuántos puede haber
 No me han de pescar un peso,
 Porque avisado, os confieso
 Que me sabré defender.

DON FERNANDO.

Otros mas bravos que vos
 Han sido, garlando así,
 Hijos prodigos aquí.

DON JUAN.

Ahora bien, guárdeme Dios,
 Y dadme vos un papel
 Que me pueda gobernar.

DON FERNANDO.

Yo os enseñaré el lugar;
 Que hay grandes cosas en él,
 Cosas y casas y casos.

DON JUAN.

Puesto me habeis tantos miedos,
 Que pienso decir mas credos
 Que diere en la corte pasos.
 (Vase don Fernando y don Juan.)

ESCENA V.

FABIO, MENDO.

FABIO.

Y vuesa merced, galán,
 ¿Piensa guardarse también?

MENDO.

Los ejemplos que se ven
 Fregonil miedo me dan.

FABIO.

¿El nombre?

MENDO.

Mendo me llamo.

¿Y voacé?

FABIO.

Fabio es mi nombre.

MENDO.

¿Podrá aquí tener un hombre
 Algo á sombra de su amo?

FABIO.

¿Qué trae de Potosí?

MENDO.

Nuevas que caer se ve,
 Y por eso me guardé
 Que no diese sobre mí.

FABIO.
¿Eso trae?
MENDO.
Y hablar mucho,
Como los que de allá vienen,
Vicio notable que tienen.

FABIO.
Ya pienso que parte escucho.

MENDO.
Luego, ¿aquí no me querrán
Por hablar y prometer?

FABIO.
Yo le enseñaré mujer
Que le quiera por galán.

MENDO.
¿Quién?

FABIO.
La horca.

MENDO.
Luego aquí
¿No hay mas de dar y tomar?

FABIO.
Yo le enseñaré el lugar.

MENDO.
Voy con él.

FABIO.
Venga tras mí.
(*Vanse.*)

—

Calle.

ESCENA VI.

CELIA, TEODORO, LUCINDO, INÉS,
LAIN.

LUCINDO.
Bien podeis tomar de aquí
Lo que fuéredes servida.

CELIA.
No tomé nada en mi vida
Que se me ofreciese así.

TEODORO.
Si de la calle Mayor
No hay en las tiendas, Señora,
Para servirlos ahora,
Joyas de tanto valor,
Puerta de Guadalajara
Y Platería os darán
Lo que Lucindo, galán,
En su promesa declaró.

CELIA.
Recibo la cortesía,
Pero las obras no puedo;
Que vengo con cierto miedo.

LUCINDO.
No es miedo, es desdicha mía.
Tomá siquiera, en señal
De que estimais mi deseo,
Unos guantes de ámbar.

CELIA.
Creo
Que me he declarado mal.
Digo, señores, que aquí
Me le podrían hacer;
Que á quien tengo que temer,
Pienso que viene tras mí.

TEODORO.
Vámonos; que no es razon
Dar pesadumbre á esta dama.
(*Retranse Teodoro y Lucindo.*)

LUCINDO. (*Ap. á Teodoro.*)
¿Sabeis vos cómo se llama?

TEODORO.
Y su casa y condicion.
Por eso dejad la empresa;
Que es mujer que no ha querido
Nadie que la haya servido.

LUCINDO.
¿Tanta libertad profesa?

TEODORO.
Tiene por trato burlar
Y reir de cuantos sabe
Que la sirven.

LUCINDO.
No se alabe
Desa manera de amar,
Porque si viene á caer,
Ha de dar venganza justa.

TEODORO.
Es discreta, libre, y gusta
De picar y entretener.
(*Vanse Teodoro y Lucindo.*)

ESCENA VII.

CELIA, INÉS, LAIN.

CELIA.
¿Qué cansados gentilhombres!

INÉS.
Son estos del escuadron
De los lindos.

CELIA.
Malos son.—
¿Sabeis vos, Lain, sus nombres?

LAIN.
¿Quieres añadir la lista
De los que sueles burlar?

CELIA.
Si hallara en quien ocupar
El alma, el gusto, la vista,
Quisiera, como mujer;
Pero unos hombres se usan
Que de querer nos excusan,
Ni ellos se pueden querer;
Porque inventan tales cosas,
Que nos hurtan cada día
Esto que darnos solia
Para parecer hermosas.
Yo me entiendo en no rendirme
Hasta hallar, cuando se ofrezca,
Un hombre que me merezca
Por hombre y por hombre firme.

INÉS.
Aquí vienen dos galanes.

CELIA.
¿Buen talle de forastero!

ESCENA VIII.

DON FERNANDO, DON JUAN,
MENDO.—DICHOS.

DON FERNANDO. (*Ap. á don Juan.*)
¿Bella moza!

DON JUAN.
Habría que lo.

DON FERNANDO.
¿Qué melindres!
DON JUAN.
¿Qué ademanes!

DON FERNANDO.
Ya los caireles del manto
Niegan licencia.

DON JUAN.
No harán.

DON FERNANDO.
Atrevido sois, don Juan.
DON JUAN.
De melindres no me espanto.
¿Por qué pensais que no traen
Tocas las mujeres ya?

DON FERNANDO.
Mas aire al rostro les da,
Y mejor los rizos caen.

DON JUAN.
Son engaños conocidos;
Que por mejor escuchar,
No se han querido tapar
Con las tocas los oídos.— (*Llégase.*)
Supuesto que un forastero,
Señora, tiene ocasion
De mayor admiracion,
Admirarme de vos quiero.

De Madrid, tan aumentado
De edificios, me admiré;
Al Jordan pienso que fué,
Segun está remozado.
Déjéle viejo, está mozo;
Debe de haberse teñido,
Y como hombre aquí nacido,
De verle me alegre y gozo.
Tambien he visto mujeres
Destas de petos armados,
Que pudieran ser letrados
Con tan lindos pareceres;
Pero mujer como vos
No la he visto en cuantas vi.

CELIA.
Señor forastero, aquí
Nos admiramos los dos;
Que yo tambien lo estoy ya
De vuestro talle y despejo.

DON JUAN.
Mirándome en vuestro espejo,
Seré lindo, claro está.

CELIA.
Con ojos os he mirado
De confiado, Señor.

DON JUAN.
Fuera temerario error,
Forastero y confiado.
Dadme licencia; que quiero
En estas tiendas comprar
Cosas que suelen faltar
A un hidalgo forastero.

CELIA.
¿Qué os falta?
DON JUAN.
Guantes y oro.

Para ligas.
CELIA.
Y ¿no habrá
Guantes para todos?

DON JUAN.
Ya
Lo miro.
(*Mete la mano en la faltriquera.*)

CELIA.
El lenguaje ignoro.

DON JUAN.
Pensará vuesamerced,
Como consultar me vió
La faltriquera, que yo
Daba en medio de la red?
Pues este papel sacaba.
Esté atenta.

CELIA.
¿Para qué?
DON JUAN.

Oiga.
CELIA.
Diga.

DON JUAN.
Si diré.
INÉS. (Ap. á su ama.)
... usa estás.
CELIA.
No estoy muy brava.
DON JUAN. (Lee.)
Memoria de lo que tengo
de dar en Madrid...
CELIA.
Prosiga.
DON JUAN. (Lee.)
Besamanos cuando hablare,
»Lisonjas y cortesías;
»He de dar también oídos
»A verdades, no á mentiras.
»Dar reverencia á los grandes,
»Que gustan de recebiria;
»Dar buenas pascuas á todos,
»Buenas noches, buenos días;
»Dar gusto en cuanto pudiere,
»Dar lugar en las visitas,
»Dar la mano á cualquier dama
»Que cayere ó que desliza,
»Como no pase la tal
»De cuarenta años arriba;
»Dar tallo, si hay ocasión;
»Y al ir por la calle os miran;
»Dar celos, si dieren celos,
»Y dar repique, si pican;
»Dar honra á todo mayor;
»Dar gracias, y no decirías,
»Y dar en no dar á nadie
»Sino palabras fingidas.»
Yo he leído la memoria,
Y no dice que dé guantes;
Que de cosas semejantes
No debe de hablar la historia.
Comprarélos para mí,
Con vuestra licencia. Adios.—
Vamos, Fernando.
DON FERNANDO.
De vos
Menos valor presumí.
(Vanse don Fernando y don Juan.)

ESCENA IX.

CELIA, INÉS, MENDO, LAIN.

CELIA. (A Mendo.)
¡Ah, hidalgo! Detenga el paso.
MENDO.
Oleré mal, detenido.
CELIA.
¿Quién es este presumido?
MENDO.
No es Boscan ni Garcilaso;
Pero es mi amo don Juan,
Indiano y rico, en efeto.
CELIA.
No muestra ser lo discreto
Garcilaso ni Boscan.
MENDO.
Mal os habrá parecido.
CELIA.
No, sino bien; que su tallo
Obliga.
MENDO.
Puedo alaballe
De discreto y bien nacido,
Sino que le han puesto miedo.
CELIA.
¿Miedo? ¿De qué?
MENDO.
De la corte,

Y presumo que le importe
Tener el caballo quedo.
CELIA.
Gran vicio de los indianos,
El hablar mucho y dar poco.
MENDO.
En no siendo un hombre loco,
Infaman su lengua y manos.
Don Juan no sabe querer;
En Sevilla se perdian
Mujeres por él, que hacian
Extremos.
CELIA.
Bien puede ser;
Pero por no darles nada,
Perdería la ocasión.
MENDO.
Mal sabeis su condicion.
Si algun amigo le agrada,
Le da su hacienda, y os juro
Que da á pobres y soldados
Cada mes muchos ducados;
Mas quiere vivir seguro.
Hallá á Madrid diferente;
Mil espíritus malos
Andan en él.
CELIA.
Desatinos.
MENDO.
Esto se ve claramente.
Demonios hasta los techos
Tiene Madrid: no hay que honralle,
Pues no se topa en la calle
Sino cruces en los pechos.
Y de aquí á sacarse viene,
Si el miedo á verdad reduces,
Que lugar con tantas cruces
Muchos espíritus tiene.
Don Juan con esto ha jurado
No querer ni dar un higo;
Que don Fernando, su amigo,
Le ha avisado y le ha enseñado.
Casarse quiere no mas
Con cien mil ducados; quiere
Vivir en paz.
INÉS.
Si él pudiere,

Bien hará.
CELIA.
En lo cierto estás;
Pero ya vienen aquí
Muchos bravos que despues
Son mansos.
MENDO.
Y aun eso es
Lo que teme.
CELIA.
Nunca vi
Cosa que así me agradase.
¿Quieres esta noche hacer
Que don Juan me vaya á ver,
Ó que por mi calle pase,
Y daréte veinte escudos?
MENDO.
Como esta moza me dés,
Te le llevaré despues,
Y despues hablen los mudos.
CELIA.
Tenla por tuya.
MENDO.
El venir
De camino...
CELIA.
Dí tu nombre.
MENDO.
Pudiera cual gentilhomme
Ser noble, os puedo decir,
Con dos letrías no mas,

Con que se espantan los gatos,
Si mis abuelos ingratos
Me las pusieran detrás.
Za dicen á un gato, y va
Por los tejados huyendo;
Luego si me llamo Mendo,
Fuera Mendoza con za.
CELIA.
Mendo, de tu buen humor
Grandes cosas me prometo.
MENDO.
Soy bellaco á lo discreto.
CELIA.
No tienes cosa mejor.
MENDO.
Tu nombre y tu calidad
Me muero ya por saber.
¿Tienes coche? ¿Eres mujer
De todo y autoridad?
Coches bien sé yo que hay hartos
Destos que en verde guarnecen,
Que ellos peñascos parecen
Y los caballos lagartos;
Y otros que no son parientes,
Donde llevan los señores,
En bestias de dos colores,
Treinta y nueve diferentes;
Y otros que en fin los celebran,
Y no sin razon alguna,
Con ruedas de la fortuna,
Que por momentos se quiebran;
Y otros que de andar caminos
Han venido á estar de modo,
Que sepultados en lodo,
De coches, se hacen cochinos.
El Faetonte de tu coche
¿Es cochero y despensero?
¿Tienes cochera? El cochero
¿Dónde le lleva de noche?
CELIA.
Mendo, todo lo sabrás
Si esta noche vas á verme.
MENDO.
Ya comienzo á disponerme;
Pero ¿qué señas me das?

CELIA.
En la calle de San Luis,
Por su cera en un balcon
Verás un lienzo, en razon
De que acertéis, si venís.
MENDO.
Inés, ¿estarás alerta?
INÉS.
Esperándote estaré.
MENDO.
¿Qué hora?
INÉS.
Las diez.
MENDO.
Vendré,
Si el mundo se desconcierta.
Mas mira que has de ser mia.
INÉS.
Como en ella se contiene.
MENDO.
Adios. (Vase.)

ESCENA X.

CELIA, INÉS, LAIN.

INÉS.
¿Qué es esto que tiene
Tu mudanza?
CELIA.
Fantasía.

¡Haste enamorado?
CELIA.
¿No me conoces?
¡Yo?
¡Pues qué?...
CELIA.

De verle hablar me piqué;
Nadie tan libre me habló.
Este engañado mozo
Tengo yo de sujetar,
Y en llegándole á abrasar,
Tengo de ser toda un hielo.
Ansi, ¿vos traéis papel
A la corte de no dar?
Vos os venís á burlar
De que no hay guantes en él?
Si me costase mil vidas,
Le he de ver llorar por mí.—
Lain, echa por ahí.

LAIN.
¿De tu gravedad te olvidas?
CELIA.
En la corte ¿hay moscatel
Mas digno de castigar?
Un alma le ha de costar
Cada letra del papel.
(Vase.)

Otra calle.

ESCENA XI.

LISARDA, TEODORO, LUCINDO,
ELISA.

TEODORO.
Estaba de mar á mar
La calle Mayor.
LISARDA.
Si haría.
¿Qué damas?
LUCINDO.
Muchas había
Para vender y comprar.
Con Fabricio estaba Anarda;
Cortes de Milan le di.
LISARDA.
¿No estaba Lisandra allí?
TEODORO.
Y por extremo gallarda.
Elisa, dando una estrella,
Con las pestañas hacia
Rayos hermosos.

LISARDA.
Si haría;
Que por lo moreno es bella.

LUCINDO.
Dando virillas Leonora,
Pisaba como un frison;
Pero en aquesta ocasion
Amaneció nueva aurora:
Celia pienso que se llama.
Llegué, piqué, y ofrecía;
Pero dijo que tenía
Angel de guarda su fama.
Esperé, y vi que llegó
Don Fernando.

LISARDA.
¿Habló con ella?
LUCINDO.

Poco; pero fué la estrella
Que un forastero guió,
Que debe de ser su amigo.

LISARDA.
Él viene, dadme lugar.
LUCINDO.
De haberte dado pesar
Me pesa, Dios me es testigo.
(Vase Lucindo y Teodoro.)

ESCENA XII.

DON JUAN, DON FERNANDO, MEN-
DO.—LISARDA, ELISA.

DON FERNANDO.
A traerte vengo aquí
Tus papeles.

LISARDA.
Si vendrás;
Que ya no te acordarás
De papeles ni de mí.
Pero guárdalos allá,
Llévalos á la señora
Que estabas hablando agora,
Y que te quieren sabrá.
¿Qué de cosas le darías!
Ya quedará sin valor
Toda la calle Mayor.
Si quieres las joyas mías,
Yo te las daré tambien.
Regálala; que es razon.

DON FERNANDO.
Lisarda, no es ocasion
Para celos ni desden.
Traia al señor don Juan
Para que te conociese.

DON JUAN.
Para que os viese y sirviese.
LISARDA.
Pienso que, como es galan,
Será entendido y discreto
El señor don Juan.

DON JUAN.
Seré
Vuestro esclavo con la fe
Que á vuestro dueño prometo.

LISARDA.
Vuestra amistad me ha contado
Fernando, y vuestro valor.

DON JUAN.
Todo lo debe á mi amor
Y habernos juntos criado.

LISARDA.
Lo que de vos me decía
Me enamoraba de vos.
DON JUAN.
Somos un alma los dos,
Y hablaba en mí como mia;
Y pues á serviros vengo,
Cesen enojos.

LISARDA.
Es justo
Obedecer vuestro gusto.

DON JUAN.
A mucha merced lo tengo.

LISARDA.
Mas Fernando ha de llevarme
Adonde esa dama vea,
Y en su presencia, aunque sea
A mi honor aventurarme,
Decir que me quiere á mí.

DON FERNANDO.
Si sé la casa, si haré.

LISARDA.
Pues entre tanto estaré
Triste, y celosa de tí.

DON JUAN.
Detenida.

DON FERNANDO.
Va enojada.
ELISA.
¿Cómo te vas dese modo?
LISARDA. (Ap. á Elisa.)
Por mostrar sentirlo todo,
Puesto que no siento nada.

ELISA.
El tercero es caballero;
Por él haréis amistad.
LISARDA.
Si va á decir la verdad,
Mas me agradaba el tercero.
(Vase Lisarda y Elisa.)

ESCENA XIII.

DON FERNANDO, DON JUAN,
MENDO.

DON FERNANDO.
¿Qué os parece?
DON JUAN.
Que es hermosa;
Que es mucho estando enojada.
Con el partido me agrada
Que deja de estar celosa.

DON FERNANDO.
No sé la casa.

MENDO.
Yo sí;
Que con esta dama habló.
DON JUAN.

¿Tú?
MENDO.
Y de su boca sé
Que está perdida por tí.
DON JUAN.
¿Por mí, Mendo? ¿Cómo ó cuándo?

MENDO.
De haberte visto.
DON JUAN.
Dirías

Que era indiano.
MENDO.
¿Desconfías?

DON FERNANDO.
Vos me iréis desengañando.
DON JUAN.
¿Mas que me quieren pescar
Los pesos?

DON FERNANDO.
Eso es lo cierto.
Ya sabéis lo que os advierto.

DON JUAN.
Pesos, no me déis pesar;
Que si un ángel en belleza
Fuera mujer de Madrid,
Fuera en defenderme un Cid.

MENDO.
Pues prueba tu fortaleza
En ir á verla.

DON JUAN.
Si haré.
DON FERNANDO.

¿Guarda la ocasion!
DON JUAN.

¿Quién? ¿Yo?
DON FERNANDO.
¿No eres hombre, don Juan?

DON JUAN.
No.
DON FERNANDO.
Ahora bien, yo lo veré.

DON JUAN.
Si esta me quiere burlar,
¿Hay mas que burlarme della?

DON FERNANDO.
Mirad que es discreta y bella.

DON JUAN.
Que yo me sabré guardar.
¿Diráme falsos amores?
Yo tambien. ¿Pedirá?

DON FERNANDO.
Sí.

DON JUAN.
Darle palabras.

DON FERNANDO.

Así...

DON JUAN.
Y favores por favores.

DON FERNANDO.
Yo veré tu valentía.

DON JUAN.
Guía, Mendo.

MENDO. (Ap.)
¡Ah, bella Inés!
Agárrete yo, y despues
Mas que se queje á su tia.
(Vase.)

Sala en casa de Celia.

ESCENA XIV.

CELIA.

Quedó toda mujer, por ley divina,
Sujeta al hombre, y fué de Dios senten-
Perdió la libertad la inobediencia; [cia:
Que á estar sin ella su belleza inclina.

Con esto algunas veces determina
Romper el yugo, de su culpa herencia,
Y con sutil ingenio y diligencia
Oprimir los ingenios imagina.

Tal vez rinde á sus gustos y placeres,
¡Oh libertad! para que mas te asom-

[bres,
Los hombres de mas varios pareceres;

Tal vez sus letras, armas y sus nom-
[bres;

Que es el mayor blason de las mujeres,
Siendo sujetas, sujetar los hombres.

ESCENA XV.

INÉS.— CELIA.

INÉS.
Ya todo está prevenido
Como lo tienes mandado.
Huéspedes la casa espera,
Por el refrán castellano.
Sillas, camas y bufetes
Parece que se acabaron
De hacer, por lustre y limpieza.

CELIA.
Gracias, Inés, á tus manos.

INÉS.
En todos los aposentos
Humo oloroso espirando
Las boninas portuguesas,
Penetran los aires claros.
A solo mirar su aseó
Puede venir ese indiano
Desde Lima ó desde Chile.

CELIA.
No hay cosa que obligue tanto,
Inés, á un hombre de bien,

Porque es la casa retrato
De la limpieza del dueño.

INÉS.
A la puerta están llamando.

CELIA.
Baja, y mira si es don Juan.

INÉS.
Lain estaba avisado.

ESCENA XVI.

DON JUAN, DON FERNANDO, MEN-
DO, FABIO, LAIN.— Dichas.

LAIN.
Aquí están.

INÉS.
¡Qué lindo talle!

DON JUAN.
Con vuestra licencia entramos.

LAIN.
Aquí mi señora está.

DON JUAN.
Aquí está el sol de sus rayos,
Y el alma traigo abrasada.

DON FERNANDO. (Ap. á don Juan.)
Mirad que pienso que estamos
En los palacios de Circe.

DON JUAN.
(Ap. á don Fernando. Dejádme á mí, y
[hablad paso.]

No daba crédito á Mendo,
Señora, en favores tantos,
Hasta ahora que merezco
Ver los dos cielos cifrados
De esos ojos, donde amor
Vive, y mata con dos arcos.

CELIA.
¿Lisonjas, señor don Juan,
A quien os está esperando
Con mil verdades del alma?

DON JUAN.
Las mismas, Señora, os hablo;
Que desde que os vi en la tienda,
Mil pensamientos me han dado
Que me comprastes con ella,
Y que era tienda de esclavos.

CELIA.
Señor don Fernando, hablad.

DON FERNANDO.
Aquí os estaba escuchando;
Que en tanta conformidad
No es menester concertaros.

CELIA.
¿Quién duda que ha parecido,
Viendo mi poco recato,
Al señor don Juan que soy...

DON JUAN.
No digais mas; que este cuarto
Bien muestra que el dueño dél
Tiene pensamientos altos.

CELIA.
Mis padres, gracias á Dios
(Bien lo sabe don Fernando),
Me dejaron sangre, y renta
Mas de cuatro mil ducados.
Hay plata, hay joyas, vestidos,
Esclavos y coche.

DON JUAN.
Paso,
No digais que hay mas nobleza
Que ese entendimiento claro
Y esa divina hermosura,
Por quien ya de amor me abraso.

CELIA.

Quando eso fuera verdad,
Bien me lo debeis.

DON JUAN.
No hallo
Respuesta á tanta merced.
(Hablan bajo.)

MENDO. (Ap. á Inés.)
Señora Inés, pues quedamos
De concierto, como sabe,
Que de porte de mi amo
Ha de ser mía, no tenga
Tanta parola con Fabio.

FABIO.
Mendo, no soy hombre yo
Que á mis amigos les hago
Agravio en sus gustos.

INÉS.
Mendo,

Ansí salgas de lacayo
Esta cuaresma que viene,
Que si de amores tratamos,
No los comiences por celos;
Que los que así comenzaron,
Ya tienen tan mal agüero,
Que dan el fruto del rastro.

FABIO.
Dice la verdad Inés.

MENDO.
Inés, si de celos trato,
No es por tener mal principio,
Sino que me han avisado
Que en la corte no se mira
Si hablan dos ni tres ni cuatro,
Y si cinco le saliesen,
Que no dejarán el campo.
Dile á Fabio que eres mía,
Porque con esto sellamos
La fe de aqueste concierto.

INÉS. (Ap. á Fabio.)
Fabio, aquí no tengo espacio
Para decirte que soy
Tuya:

MENDO.
¿Cómo?

FABIO.
Estáme dando
Satisfacion de que es tuya.

LAIN.
¿Oyen, señores lacayos?
Desababen la mujer;
Que no es casa deos tratos,
Y sálganse al corredor.

MENDO.
Pues, señor Arias Gonzalo,
¿Esto le da pesadumbre?

LAIN.
A no estar aquí sus amos...
INÉS.

Idos abajo, Lain,
Y tomad vuestro rosario.

CELIA.
¿Que es eso, Inés?

INÉS.
Que ya es tarde.

CELIA.
¿Tarde?

INÉS.
A malitines tocaron
En la Vitoria.

DON JUAN.
Bien pueden,
Pues se ha rendido el contrario.

CELIA.
Mucho me he holgado de veros,
De conoceros y hablaros;

¡Plegue á Dios que por bien sea!
Pero ¿qué males, qué daños
No serán bienes por vos?

DON JUAN.

Mucho me habéis obligado.
De mala gana me voy.—
Perdido estoy, don Fernando.

DON FERNANDO.

Si os pagan, ¿de qué os quejáis?

CELIA.

Sabe el cielo si le pago.

DON JUAN.

Adios, Celia de los cielos.

CELIA.

Adios, indiano gallardo.

DON JUAN.

¿Veréis mañana?

CELIA.

Pues ¿no?

DON JUAN.

De aquí á mañana hay mil años.—

(Ap. á don Fernando. Fernando, per-
[dida queda].)

DON FERNANDO.

Guardad la boca del trato.

DON JUAN.

Es risa que la conozco.

DON FERNANDO.

Risas hay que engendran llantos.

CELIA.

Inés...

INÉS.

Señora...

CELIA. (Ap. á Inés.)

Este necio

Piensa que me voy picando.

¡Oh, cuál le pienso poner!

INÉS.

Guárdate dél, que es indiano.

DON JUAN. (Ap. á don Fernando.)

Luego ¿pensáis que la quiero?

¿Veis sus ojos y sus manos?

¡Vive Dios, que me parecen

Al diablo!

DON FERNANDO.

Guardaos del diablo.

CELIA. (Ap. á Inés.)

Inés, ¿piensas que le quiero?

¿Ves aquel talle bizarro

Y aquel mirar lisonjero?

Pues mas de verle me enfado,

Que á los que debo dineros.

INÉS.

No se te olvide el recato:

Mira que he visto en el hombre

Que te ha de hacer un engaño.

CELIA.

Déjame fingir.

DON JUAN. (Ap. á don Fernando.)

Dejadme

Fingir.

CELIA.

¡Ay, gallardo indiano!

DON JUAN.

¡Ay, cortesana del cielo!

CELIA.

Ya me pierdo.

DON JUAN.

Ya me abraso.

CELIA. (Ap. á Inés.)

Si le quiero bien, Inés,

No viva un hora.

DON JUAN. (Ap. á don Fernando.)

Fernando,

Si la quiero bien, me maten.

DON FERNANDO.

Pienso que os pagais entrambos.

ACTO SEGUNDO.

Sala en casa de Lisarda.

ESCENA PRIMERA.

LISARDA, ELISA.

ELISA.

¡Tan adelante ha pasado

Tu loca imaginación?

LISARDA.

Elisa, desdichas son

De un pensamiento engañado.

Querer bien es accidente.

ELISA.

Si; mas no queriendo bien...

LISARDA.

No hay victoria que le dén

Al amor mas excelente.

No es gloria tan conocida

De su cetro y majestad

Rendirse la voluntad

Cuando á nadie está rendida;

Pero rendida rendirse,

Esa es victoria de amor;

Que á lo bueno lo mejor

Debe en razon preferirse.

Si no amara á don Fernando,

¿Qué hiciera, viendo á don Juan,

En amarle, pues le están

Cuántas le ven, alabando?

Quererle queriendo ha sido

Efeto de su rigor;

Al amor venció el amor.

ELISA.

No hay amor si no hay olvido.

LISARDA.

Aquí, sin olvido, pasa

Mi amor á otro amor mejor;

Que yo no dejé mi amor,

Sino mudéle á otra casa.

ELISA.

A gran peligro te pones,

Si ha de amarte, siendo amigo

De Fernando.

LISARDA.

El castigo

De amorosas sinrazones

Es dejar una mujer.

Déjeme Fernando á mí.

ESCENA II.

DON FERNANDO.—DICHOS.

DON FERNANDO.

Mi nombre en tu boca oi,

Con causa debió de ser;

Y pues en diciendo mal,

Luego se aparece un hombre.

Yo pienso que vengo al nombre

Por otra ocasion igual.

LISARDA.

No te engañas, eres sabio,

Porque el que agravia apercibe;

Que el que el agravio recibe
Siempre piensa en el agravio.

DON FERNANDO.

¿Yo te agravo?

LISARDA.

Si despues

Que don Juan vino, Fernando,

Por andarle acompañando

Ni me hablas ni me ves,

Claro está que mi verdad

Se agravia de tu mentira.

DON FERNANDO.

Que estés, Lisarda, me admira

Celosa de mi amistad.

¿Es mucho, recién venido,

Serville y acompañalle?

LISARDA.

¡Aquí no puedes hablalle,

Sin ponerme en tanto olvido?

¡No le regalara yo,

Y te viera á tí?

DON FERNANDO.

Bien fuera,

Si don Juan lugar me diera,

Despues que se enamoró.

LISARDA.

¿Don Juan está enamorado?

DON FERNANDO.

A lo menos dél lo está

Una mujer, por quien ya

O fingo ó tiene cuidado.

LISARDA.

¡Buena traza de invencion

Halló, Fernando, tu gusto

Para excusar mi disgusto

Y proseguir tu intencion!

Eres tú quien quieres bien,

Y echas á don Juan la culpa!

DON FERNANDO.

El te dará mi disculpa,

Y satisfará tambien;

Que no es justo que el amor,

Lisarda, que me has tenido,

Ponga otro amor en olvido.

LISARDA.

Amor se funda en temor.

Los hombres, en cuanto veis,

Por mudable condicion,

Sois como el camaleon,

Que aquella color teneis.

Débesle de haber rogado;

Como es tan del alma amigo,

Que para cumplir conmigo

Diga que está enamorado.

Y ¿quién es esa señora?

DON FERNANDO.

Celia dice que se llama.

LISARDA.

¿Celia? ¡Oh qué gracia! Esa dama

Ya vuesamerced la adora.

¡No es la misma á quien un día,

Hecho un gínoves de amor,

Toda la calle Mayor

De un golpe la prometia?

¡Jesus! ¿Esa le ha picado?

¿La que nunca quiso bien,

La niña de su desden

Y la sirena del Prado?

¿La linda, la transparente,

La cristalina señora,

La que á todos enamora

Y escribe lo que no siente?

¿En ese mar se anegó?

¿Ese peligro le ha muerto?

DON FERNANDO.

Lisarda, yo estoy muy cierto

Que te burlas.

LISARDA.
¿Burlas yo,
Cuando me estoy abrazando?
Ahora bien, vaya á buscar
A don Juan.
DON FERNANDO.
¿Querrásle dar
Pesadumbre?
LISARDA.
¿Estoy burlando?
Vaya; que quiero saber
Quién es de Celia galán.
DON FERNANDO.
Voy á buscar á don Juan.
Tú me has de echar á perder. (ase.)

ESCENA III.

LISARDA, ELISA.

ELISA.
¿Qué intentas?
LISARDA.
Verle.
ELISA.
No sé
Si aciertas.
LISARDA.
Siempre el error
Fué el atributo de amor.
ELISA.
Que estabas, imaginé,
Celosa de don Fernando.
LISARDA.
Todo cuanto ves fingí
Solo por velle.
ELISA.
De ti
Me estoy, Lisarda, admirando.
Nadie celosa te viera,
Que burlas imaginara.
LISARDA.
En que ya viene repara.

ESCENA IV.

DON JUAN, MENDO.—DICHAS.

DON JUAN. (Ap. á Mendo.).
¿Eso le enoja y altera?
MENDO.
No quiso entrar, por no ver
Los celos que ha de pedir.
DON JUAN.
Mejor dirás por no oír.
MENDO.
Todo será menester.
DON JUAN.
Lisarda, ¿qué enojos son
Los que por mi causa tienes
Con don Fernando?
LISARDA.
¿Previenes
La ya tratada inyección?
Ya los dos habréis tratado
Que digas que quieres bien
A Celia.
DON JUAN.
Templa el desden...
MENDO.
Tañerá mejor templado.
DON JUAN.
Y escucha, así Dios te guarde.
MENDO.
Mal escuchará con celos.

LISARDA.
Así te guarden los cielos,
Que para engañarme es tarde.
Ea, ¿quién es de los dos
El que á Celia quiere bien?
¿Eres tú ó Fernando?
DON JUAN.
¿Quién?
Ni él ni yo somos, por Dios.
LISARDA.
Luego ¿no eres tú?
DON JUAN.
Bien creo,
Lisarda, que á Celia amara;
Que Fernando, cosa es clara
Que tiene en tí su deseo.
Ella dice que me adora;
Pero tengo tanto miedo,
Que amar en Madrid no puedo,
Y mas á la tal señora;
Que me dicen que ha burlado
Cuantos hombres la han servido.
LISARDA.
¿Es falta no haber querido?
DON JUAN.
No es falta; pero es cuidado;
Porque debo pensar yo
Que lo mismo hará de mí;
Pues no tengo de hallar si
Donde todos hallan no.
LISARDA.
¿Quién te ha dicho que en la corte
No hay amor?
DON JUAN.
Fernando fué:
Con sus preceptos entré,
Su estrella ha sido mi norte,
El me guía y favorece.
LISARDA.
Miente Fernando en pensar
Que aquí no se sabe amar
A quien justo amor merece.
La causa de ser aquí
Las mujeres recatadas
En su honor, son las burladas,
De que mil ejemplos vi.
Hay hombres con tanto engaño,
De tan varios pareceres,
Que tienen tantas mujeres
Como días tiene el año.
Y como ellas ven que son
De tan ciega variedad,
No ponen la voluntad
Sino con grande ocasión.
Don Juan, amor hay aquí;
Los hombres la culpa tienen,
Si á no ser queridos vienen.
DON JUAN.
Yo vivo muy necio así;
No sé qué tengo de hacer.
LISARDA.
¿Amaras, si por ventura
Hallaras fe y hermosura
En una noble mujer?
DON JUAN.
¿No ves mi edad y mis bríos?
LISARDA.
Pues yo te la quiero dar;
Que bien puedes confiar
Tus temores de los míos.
DON JUAN.
Dime sus señas, á ver.
LISARDA.
Es de mi cuerpo y mi talla,
Limpia en casa, y en la calle
Bizarra.

DON JUAN.
¿Gentil mujer!
¿Qué cabello?
LISARDA.
Como el mío.
DON JUAN.
¿Los ojos?
LISARDA.
Los míos son.
DON JUAN.
Iguala la condicion
Con el donaire y el brio?
LISARDA.
Tú la verás.
DON JUAN.
Dime el nombre.
LISARDA.
Lisarda.
DON JUAN.
¿Eres tú?
LISARDA.
Yo soy,
Que sin respuesta me voy.
DON JUAN.
Eres mujer.
LISARDA.
Tú eres hombre.
(Vase Lisarda y Elisa.)
ESCENA V.
DON JUAN, MENDO.
DON JUAN.
¿Oh qué bien á amar me enseñas!
Poned aquí la esperanza.
MENDO.
Bien confirmó la mudanza
De las damas madrileñas.
DON JUAN.
¿Y dice que aquí hay amor!
MENDO.
No se quejaba Fernando
Sin causa.
DON JUAN.
Yo estoy temblando.
MENDO.
¿Querrá por dicha, Señor,
Alcanzar parte también
Del oro indiano que traes?
Pero en la invención no cacas
De los celos y el desden.
DON JUAN.
Todo lo entiendo.
MENDO.
¿Qué harás?
DON JUAN.
Defenderme.
MENDO.
A lo doncella
Respondiste.
DON JUAN.
La mas bella
Pienso aborrece la mas.
MENDO.
Luego ¿en Celia no has picado?
DON JUAN.
Ni aun primero movimiento.
MENDO.
Bien haces, ten firme.
DON JUAN.
Intento
Burlar y no ser burlado.
MENDO.
Fregonas, ó sean criadas

De mas tildo, el que es discreto
Suele tener con secreto
Y con interés ganadas.
Descubren famosamente
La voluntad de sus amas.
¿Qué sirve andar por las ramas?
Yo quiero á Inés; que Inés siente.
No he guardado el arancel
En Madrid, porque no tengo
Qué me quiten; y así, vengo
Menos observante en él.
Soy como los que caminan
Sin dinero: voy cantando,
La bella Inés conquistando,
Cuyos ojuelos me inclinan.
Cogla de espacio ayer,
Astrólogo me fingí,
Y por la mano la vi
Que era de carne y mujer.
Hicele mil trantojos
Astrológicos y vanos
Por las rayas de las manos
Y los rayos de sus ojos;
Y sintiendo la mujer
Ser cierta mi astrología,
La boca, que se reía,
Me dejó reconocer;
Que un albéitar también puede
Llamarse astrólogo ya;
Que por la boca dirá
Cuanto á una bestia sucede.
Pagada, en fin, de mi amor,
No tenértele, me dijo,
Su ama, y que el punto fijo
Era engañarte, Señor.
Por eso, alerta al dinero;
Que hay hermosura gatesca,
Red barredera que pesca
Todo amante majadero.
Sigue con aquesta ingrata
La cordobesa canción.
Vén del río Marañon,
No del río de la Plata.
A quien te amare, que abras
Alma y bolsa es bien, Señor;
Pero á quien no tiene amor,
Darle perros y palabras.

DON JUAN.

Mendo, fla tú de mi
Que Celia, aunque sepa mas,
No me ha de engañar jamás,
Y mas oyéndote á ti.
Así, ¿que eso dice Inés?

MENDO.

Advierte que has de callar.

DON JUAN.

Lo que me piensa engañar
Le ha de suceder despues.

MENDO.

Eso importa, que yo sea
Con Inés explorador.

DON JUAN.

¿Mal haya quien tiene amor
A quien interés desea!

(Vase.)

Sala en casa de Celia.

ESCENA VI.

CELIA, INÉS; TEODORO, con un papel.

TEODORO.

¿A qué efeto me has mandado
Que este papel te trujese?

CELIA.

Pues que no hay de qué te pese,

Sabrás lo que has preguntado.

¿Bien conoces á don Juan?

TEODORO.

Aquí por puntos le veo.

CELIA.

Rendirle, Teodor, deseo;
Que es libre cuanto es galan.

TEODORO.

Y ¿no puedes?

CELIA.

Yo no puedo;
Pero á celos no he llegado,
Y por eso te he llamado.

TEODORO.

Aun de burlas tengo miedo.

CELIA.

Para picar este indiano,
Te has de fingir mi galan.

INÉS.

Pienso que llama don Juan.

TEODORO.

Si le picas, ten por llano
Que vencerás su tibieza.

CELIA.

Voyme, y tú darás á Inés
El papel.

TEODORO.

Dar celos es
Mas fuerza que la belleza.
(Vase Celia.)

ESCENA VII.

DON JUAN, MENDO.—INÉS,
TEODORO.

MENDO. (Ap. á su amo.)

Un gentil hombre está hablando
Con Inés.

DON JUAN.

¿Buen tallo!

MENDO.

Habrá

Mil destos.

DON JUAN. (Ap.)

Papel le da.

MENDO.

¿Qué atento le estás mirando!

TEODORO. (A Inés.)

¿Harás esto por mí?

INÉS.

Haré

Todo cuanto yo pudiere.

TEODORO.

Pues adios.

(Vase Teodoro, dejando un papel
á Inés.)

ESCENA VIII.

DON JUAN, MENDO, INÉS.

DON JUAN. (Ap. á Mendo.)

Quien esto viere

¿Tendrá fe?

MENDO.

No tendrá fe.

¿Quieres que llegue á Inesilla
Y la dé dos bofetadas?

DON JUAN.

Aun en pensarlo me enfadas.

MENDO.

Esta es de amor la cartilla.

DON JUAN.

¿Señora Inés!

INÉS.

¡Mi don Juan,
Honra y gala desta corte!

DON JUAN.

No habrá sido malo el porte
Que por el papel le dan.

INÉS.

¡Ay! ¿Vióle? Aunque está acostado
En el pecho, es el papel
Mas blanco...

DON JUAN.

¿Vendrán en él
Discreciones de pensado?

MENDO.

No hayas miedo que le falte
Su poquitico de juego
Del vocablo, y con él luego,
Para lustre y para esmalte,
Cuatro vocabilitos nuevos:
Y en este particular...

INÉS.

Malicias no han de faltar.

MENDO.

Hay mil discretos mancebos.

INÉS.

Doliéronme todo ayer
Las muelas. Dije á Teodoro
Mi mal, mozo como un oro,
Y de galan proceder,
Tan pladoso y tan honrado,
Que me trajo esta oracion.

DON JUAN.

Muestra.

MENDO.

Si no es invencion,
Dame, por Dios, un traslado.

DON JUAN.

¿Es para santa Polonia?

INÉS.

Eso me dijo.

DON JUAN.

Ya leo.

(Lee.) «Alma y luz de mi deseo,
»Si en aquesta Babilonia
»De la corte, la belleza
»Reina con tanta razon...

MENDO.

¿Quién es este babilon,
Que por Babilonia empieza?

DON JUAN. (Lee.)

«Vos sola el lauro tenéis.»

MENDO.

¿Lauro y Babilonia?

DON JUAN.

Espera.

(Lee.) «A lo menos yo os le diera:
»Vos sola le merecéis.»

MENDO.

¿Linda oracion!

DON JUAN.

Pienso yo
Que el dolor te quitará.

MENDO.

A santa Celia dirá;
Que á santa Polonia no.

DON JUAN.

¿Leo mas?

INÉS.

No lea mas;
Que me engañó aquel traidor.
Basta, que trata de amor.

DON JUAN.

¿Qué ignorante, Inés, estás!

MENDO.
Tal le dé Dios la salud.
DON JUAN.
Toma, Inés, dale á tu ama;
Que oracion de tanta fama
Tendrá notable virtud.
No soy celoso, bien puedes...

INÉS.
Corrida voy. ¡Que Teodoro
Me engañase!

MENDO.
Es como un oro,
Haráte dos mil mercedes.
Es galan, discreto y noble.

INÉS.
Con las muelas me ha engañado.

MENDO.
Oye, no me dé traslado;
Que me dolerán al doble.
(Vase Inés.)

ESCENA IX.

DON JUAN, MENDO.

MENDO.
¿Qué tenemos?
DON JUAN.
Tanto cuanto
Piqué en el cebo.
MENDO.
¿Es de celos?
DON JUAN.
Basta, que me pone lazos.
MENDO.
Dios sabe lo que ya temo.
DON JUAN.
Démosle una herida.
MENDO.
¿Cómo?
DON JUAN.
Por los filos.

MENDO.
Deja á Mendo
El cargo de la vengauza.
DON JUAN.
¿Sabes, Mendo, cómo quedo?
MENDO.
Ya sé que estás asomado;
Que es principio por lo menos.

ESCENA X.

CELIA, INÉS.—DICHOS.

CELIA. (A Inés.)
¿Tú le habías de tomar?
INÉS.
Engañóme.
CELIA.
Luego, luego
Toma el manto, no has de estar
Mas en mi casa.
DON JUAN.
¿Qué es esto?
CELIA.
¡Tú papel! Ni de Teodoro
Ni de cuantos Dios ha hecho.
DON JUAN.
No os enojeis; que no importa.
CELIA.
¿Cómo que no? Sin leerlo,
Le tengo de hacer pedazos.

DON JUAN.
Y yo, Señora, cogerlos.
¡Pobre papel! Pues, por Dios,
Que, por discreto y por cuerdo,
No merecís ser rasgado;
Pero es desdicha en discretos
El estar hechos pedazos,
Y este lo fué con extremo;
Pues del cielo desas manos
Por ventura, por soberbio,
Cual otro Luzbel cayó,
Hecho pedazos, al suelo.
¡Qué lástima! ¡Quién pudiera
Juntarle!

MENDO.
¿Hay mas de coserlo,
Y será papel y mapa,
Que se pinta de remiendos?

DON JUAN.
Ahora bien, quedad con Dios.
Estos pedazos me llevo.

CELIA.
¿Para qué?

DON JUAN.
Para curarme;
Que son, Señora, los pelos
Del perro que me mordió,
Para no rabiar de celos. (Vase.)

ESCENA XI.

CELIA, MENDO, INÉS.

CELIA.
¿Hay desdicha semejante?
Tenle, Mendo.
MENDO.
¿Cómo puedo?
Mal le has pagado.
CELIA.
¿Por qué?
MENDO.
Porque ha burlado á sus deudos,
Y dejado de casarse,
Por quererte.
CELIA.
Yo ¿qué he hecho?
MENDO.
No es nada; pero no importa,
El se casará.
CELIA.
Dejemos,
Pues yo no he dado ocasion,
Tan necia plática, Mendo.
¿De cuándo acá se ha tratado
Materia de casamiento
Con don Juan?

MENDO.
¡Bueno, por Dios,
Para matarle su suegro,
Rico y noble, cada día!

CELIA.
¿Suegro! ¿Qué dices?
MENDO.
Que creo

Que con el pesar de ahora
Le verás casado presto.
Es un ángel su mujer.

CELIA.
¿Un ángel?
MENDO.
Tiene el cabello
Negro, engarzado, y las cajas
Como dos arcos del cielo,
Sobre la mayor blancura
Que han visto los Pirineos
Cuando en sus peñascos forma
Castillos de nieve el viento.

Los ojos son dos diamantes;
Que por milagro estupendo
Permitió naturaleza
Que hubiese diamantes negros.
Las narices una flecha,
Como en el reloj la vamos,
Que á las perlas de la boca,
Riéndose mas á menos,
Hace letras que señalan
Conforme van descubriendo.
Este círculo que digo
Tiene de púrpura un cerco,
Que á solo teñir claveles
Pudiera gamar dineros;
Y para hacer azucenas
Cuanto en sus mamos contemplo,
Le diera abril sus mañanas
Para regalado lecho.
De sus pechos ¿qué diré?
Pero el amor un invierno,
Tirando pelias de nieve,
Le puso dos en los pechos.
De su garganta (no es risa)
Es cristal con tanto extremo,
Que cuando bebe hipocrís,
Se ve bajar por el cuello.
De su entendimiento...

CELIA.
Calla,
Majadero; que me has muerto.
Véte, y no me entres aquí.

MENDO.
Perdona; que fué mi intento
Pintarte lo que mi amo
Desprecia por tu respeto;
Y yo una moza rolliza,
Ojidiabla, cuyo ceño
Con capote de dos faldas
Sirve á sus ojos de fieltro,
La nariz con un virote,
—La boca...

CELIA.
Déjame, necio.
MENDO.
Perdona; mas ¿qué importaba
Pintarte lo que yo quiero?
—Las manos desta mujer...

INÉS.
Véte, Mendo; que sospecho
Que le ha de costar la vida.

CELIA.
Traidor don Juan, tú me has muerto.
MENDO. (Ap.)
Lindo gatazo la he dado.
CELIA.
¡Mal hayan, amén, mis celos!
¡Casarse don Juan!
(Vase Mendo.)

ESCENA XII.

CELIA, INÉS.

CELIA.
¿Bájose?
INÉS.

Ya se fué.
CELIA.
Pues si le quiero,
No tenga un hora de vida.
Pero la invencion que emprendo
Ha de pasar adelante.
Rendir tengo este mozueto
A pura invencion, Inés.
Parte á su casa corriendo,
Y di que la pesadumbre
De ver que le han dado celos
Me ha dado un mal de improviso.
INÉS.
¿Qué mal?

CELIA.
Que sangrada quedo,
Y que una liga me envíe
Para el brazo.

INÉS.
Yo sospecho
Que te ha picado en el alma
La punta del casamiento.

CELIA.
¡Así! un poco me ha picado...
Solo he sentido el desprecio.

INÉS.
Principio quieren las cosas.

CELIA.
Hasta el medio hay mil remedios.
(Vase.)

Habitacion de don Juan.

ESCENA XIII.

DON JUAN, TREBACIO.

TREBACIO.

Si no han bastado los consejos santos
De don Fernando, ¿qué podrán contigo
Los de un ayo y criado, aunque son tan-
[tos,

Pues se obedecen mas al mas amigo?

DON JUAN.

Amor, á quien jamás dieron espantos
Rigores, amenazas ni castigo,
Rebelarme pudiera á tu respeto;
Mas yo no tengo amor.

TREBACIO.

Eres discreto.
Mas ¿qué piensas hacer?

DON JUAN.

Solo vengarme
Desta mujer; ayuda tú mi intento.
Yo finjo que á Madrid vengo á casarme
Por darle celos, que los suyos siento.
Tú has de ir á reprehenderme y á cul-
[parme

De que no se ejecuta el casamiento,
Fingiéndote mi suegro, y que te obliga
Saber que tengo á Celia por amiga.

TREBACIO.

Yo te he visto el amor y la venganza,
Don Juan, entre los ojos, y en los labios
Encubres el temor con la esperanza,
Que te le han de quitar celos y agravios.
Yo iré á refírte, y tengo confianza,
Si puede hacer amor amantes sabios,
Que has de olvidar, si es cosa conoci-
[da

Que un amante vengado presto olvida.
Celia es mujer por todo extremo her-
[mosa,

Tiene invencion, que no hay mujer sin
[ella,

Aunque esta, por discreta y cautelosa,
Para solo hacer mal se vale della.
Diréle que desprecias á tu esposa,
Discreta, bien nacida, ilustre y bella,
Por estar, como Ulises, detenido,
Comiendo lotos y bebiendo olvido.
Y ¡plegue á Dios que saigas con victoria
De las sirenas de Madrid! que creo
Que ha de perder tu libertad la gloria
Que fué en Sevilla tu mayor trofeo.
De don Fernando la llorosa historia
Templar, don Juan, pudiera tu deseo;
Mas quien desprecia ajenos desenga-
[ños,

¡Qué tarde llorará sus propios daños!
(Vase.)

ESCENA XIV.

DON JUAN.

[tiende
Dígame quien lo sabe ó quien lo en-
Qué camino, distancia ó diferencia
Hay entre amor y celos, ó ¿una esencia
A dos cuerpos contrarios comprehen-
[de?

Si el limpio amor de celos se defien-
[de,

¿En qué tienen los dos correspondien-
[cia?

Si entre celos y amor hay competencia,
¿Cuál de los dos ser el amor pretende?
Equivocos parecen, y es forzosa
La consecuencia, estando en sus des-
[velos,

Crece de amor la llama rigurosa.
Y aunque es juntar con los abismos
[cielos,

O los celos y amor son una cosa,
O no ha de haber amor si faltan celos.

ESCENA XV.

MENDO.—DON JUAN.

MENDO.

Mira si te has de negar
O decir que estás aquí;
Que pregunta Inés por tí.

DON JUAN.

¿Inés?

MENDO.

Si.

DON JUAN.

Déjala entrar.

MENDO.

¿Déjala entrar? Pues ¿tú eras
El que aquel papel juntabas,
Y no verla mas jurabas?
No es posible que no quieras.

DON JUAN.

No quiero; mas saber quiero
(Que no he de ser descortés)
Qué es lo que me quiere Inés.

MENDO.

¡Oh qué cortés caballero!
—Entra, dama y secretaria
De aquel discreto papel.

ESCENA XVI.

INÉS.—DICHOS.

INÉS.

¿Defiéndesme hablar con él?

MENDO.

No, si es cosa necesaria.

INÉS.

¡Señor don Juan de mis ojos!

DON JUAN.

¡Oh, ángel!

MENDO. (Ap.)

¡Oh, Lucifer!

INÉS.

Bien nos han dado que hacer
Vuestros injustos enojos.
De ver vuestra pesadumbre
Queda Celia, mi señora,
Sangrada.

DON JUAN.

Llovió el aurora
Sangre, faltóle al sol lumbre.

MENDO.

Disparate.

INÉS.

¡Es maravilla,
Cuando las penas suceden?

MENDO.

Por Dios, que á mi amo pueden
Sangrarle de ballestilla.

DON JUAN.

¡Mal hayan, amén, mis celos,
Que causaron tanto mal,
Que una fuente de cristal
Fuese prodigio á los cielos!
¿Sintiólo mucho?

INÉS.

Su cara
Cubrió un jazmin.

DON JUAN.

¡Quién la viera!
Si amor el barbero fuera,
Con sus flechas la sangrara.

INÉS.

Yo os juro que cuando vi
Un atrevido oficial
Y en un risco de cristal
Una fuente de rubí,
Que me pensé desmayar,
Porque estaban tan perfitas
Las rosas como violetas
Entre cogollos de azahar.

DON JUAN.

No lo digas, no me mates.

INÉS.

Cuando ya el brazo le via,
Pensé que se le cala
Una sarta de granates.
La cinta te traigo aquí
Con que tormento le dió;
Pero siempre confesó
Que era la sangre por tí.
La picadura amorosa
Le vi en el brazo quedar,
Como la suele dejar
Abeja que pica en rosa.
Atóla, y tendrás mañana
El cabezal de cambray.

DON JUAN.

¡Qué perlas, qué joyas hay,
Qué piedras, qué plata indiana,
Para pagarte igualmente?
¡Oh cinta! A fe de español,
Que cuando enfermara el sol,
Pudiera atarle la frente.
¡Oh cinta! No es mas preciosa
La de aquellos doce sinos,
Por cuyos varios caminos
Espira su luz fogosa.
Aunque lazo y prision mia,
Ya sois línea equinocial
De aquel cielo de cristal,
Donde es el sol la sangría;
Pues en aquel brazo atado
Serán circulo las venas,
Y habrá un cielo de azucenas
Y un sol de sangre eclipsado.

INÉS.

Pidióme una liga vuestra.

DON JUAN.

Esta bandilla tomad,
Y el ser de oro perdonad
Ya por la llaneza nuestra;
Que bien sé que de diamantes
Fuera poco.

INÉS.

Guárdeos Dios.

DON JUAN.

No faltarán para vos,
Inés, chapines y guantes.
(Vase Inés.)

ESCENA XVII.

DON JUAN, MENDO.

MENDO.

¿Qué has hecho?

DON JUAN.

La banda di.

MENDO.

¿Ya rompes el arancel?

DON JUAN.

No hay este precepto en él,
Y ha de haber honor en mí.
Dime tú, ¿qué pareciera
Si una liga le enviara?
Ya fuera bajeza clara,
O mucha llaneza fuera.
¿Qué importa aquella bandilla?
Pero parte, Mendo, allá:
Finja ó no finja, ya está
Mi pensamiento á la orilla;
No porque tengo de entrar,
Mas presumiendo su engaño,
Porque prevengo mi daño
Con no amar, fingiendo amar.
Dí que yo quedo sangrado
De ver que ella se sangró,
Por el susto que me dió,
O por hallarme obligado;
Y que una liga me envíe
Porque me sirva de banda.

MENDO.

Ya el seso en los aires anda.
¿Cuánto va que ella se rie?
Pero tengo para mí
Que Celia no se sangró.

DON JUAN.

Pues eso mismo haré yo.

MENDO.

No la pagas bien así,
Si es verdad que se ha sangrado.

DON JUAN.

Pues ¿qué es lo que puedo hacer?

MENDO.

Purgarte para exceder
La fineza que ha mostrado.

DON JUAN.

Parte, y haz lo que te digo.

MENDO.

Voy.

(Vase.)

ESCENA XVIII.

LISARDA Y ELISA, con mantos
y tapadas.—DON JUAN.

LISARDA. (A Elisa.)
Pienso que solo está.

DON JUAN.

¿Quién es?

LISARDA.

Quien es vuestra ya.
¿Está con vos vuestro amigo?

DON JUAN.

Aunque estoy solo, está aquí.
¿Qué le quereis?

LISARDA.

No le quiero
Como le quise primero, (Descúbresse.)
Después que con él os vi.
Quitéle el alma, que os di;
Que para mejor lugar
Nadie me puede culpar;
Que con negarme mi honor
Licencia, dice el amor
Que me la puedo tomar.

No juzgueis á atrevimiento
El deciros mi afición,
Pues vuestros méritos son
La causa de mi tormento;
Culpad al merecimiento,
Y al justo amor disculpad;
No mireis en amistad,
Porque ofendido, en rigor,
Con lo que mata el honor
Enciende la voluntad.
Vos tenéis la culpa en ser
Tan gentilhombre y galán;
Que á mí ninguna me dan
De haber nacido mujer.
No quereros fuera hacer
Agravio al cielo y perderos;
Y así, es mejor conoceros,
Y ser (aunque honor lo impida)
Por quereros atrevida,
Que necia por no quereros.

DON JUAN.

Si en la humana autoridad
Alguna ley se establece
Que á las de Dios se parece,
Es la ley del amistad.
El que ofende su verdad
Las leyes del cielo ofende,
De donde claro se entiende
Que no disculpa el amor
Los preceptos del honor,
Que la ley de Dios defiende.
Agradezco en cortesía,
Lisarda, tu voluntad;
Tú, mirando mi lealtad,
La justa disculpa mía.
Quien imposibles porfía
Emprende cosas terribles:
Tú las juzgarás posibles;
Mas ¿qué te doy á entender,
Si es condición de mujer
Perderse por imposibles?
Mal nacido pensamiento
De tu entendimiento ha sido,
Si es que puede haber nacido
Tu amor de tu entendimiento.
Fíame tu atrevimiento
Fue pensar mal de mi honor;
Piensa, Lisarda, mejor,
Pues bajamente sospechas;
Que de las cosas mal hechas
Nunca fue disculpa amor.

LISARDA.

Nunca una mujer honrada,
Si esto presumes de mí,
Vino á declararse así
Para volverse burlada.
¿Qué es ser amigo?

DON JUAN.

Cifrada

La amistad es ser lo que eres.

LISARDA.

Luego de amigo difieres
En no quererme querer;
Y tú lo dejas de ser,
Pues lo que él quiere no quieres.
Si fueras, don Juan, su amigo,
Claro está que me quisieras,
Porque si su amigo fueras,
Lo mismo fueras conmigo.
Más pareces su enemigo.
Pues de no querer se infiere
Lo que él quiere.

DON JUAN.

Quien suplere
Que es lealtad el amistad,
Dirá que él quiere lealtad;
Luego quiero lo que él quiere.

LISARDA.

Cuando los hombres quereis,

¿Qué fácil disculpa hallais!
En lo que no deseais
¿Qué de finezas que hacéis!

DON JUAN.

Y vosotras ¿qué emprendéis?

LISARDA.

Cuando en ocasión ignal
Correspondiéramos mal,
No viniéramos á ser,
Ni yo la primer mujer
Ni tú el primer desleal.

ESCENA XIX.

DON FERNANDO.—DICHOS.

DON FERNANDO. (Ap.)

¿Qué es esto? ¿Lisarda aquí?

DON JUAN. (Ap.)

Muerto soy! Fernando llega.

DON FERNANDO.

Lisarda!

LISARDA.

¿De qué te admiras?

DON FERNANDO.

¿No admiran las cosas nuevas?

LISARDA. (A don Fernando.)

¿Adónde están dos mujeres,
Que quien hoy os vió con ellas
Me dijo que aquí venían?

DON FERNANDO.

Locuras tuyas son estas.

DON JUAN.

(Ap. ¿Hay mas graciosa invención?
¿Qué habrá que en Madrid no sepa?)
Ello es fuerza que la ayude;

Ayudaría por fuerza.
Fernando, Lisarda tiene
De vuestra lealtad sospechas.
Aquí ha llegado celosa;
Dios sabe lo que me cuesta
Defender vuestra amistad.

DON FERNANDO.

Lisarda, ¿por qué no dejas
De dar á don Juan enojos?

LISARDA.

Porque él me ha dado mil penas
Después que vino á Madrid.

DON JUAN.

Ella debe de quererlas;
Que yo ¿qué penas le doy?

DON FERNANDO.

Deja celosas quimeras,
Y quiere bien á don Juan.

LISARDA.

Bien le querré, como sea
Agradecido á mi amor,
Y á ti no te lleve á Celia;
Pero yo sé que por ti
Me trata de tal manera,
Que no serémos amigos.

DON JUAN.

¿Qué haré yo que le parezca
Bien á Lisarda, si ya
De mis lealtades se queja?

LISARDA.

Ahora bien, ¿no sois amigos?
Pues yo os digo que no sea
Para mí bien.

DON FERNANDO.

¿Por qué no?

Don Juan, habíalda, tenélda,
Dálde vos satisfacciones.

DON JUAN.

Lisarda, mucho me pesa

Que estéis conmigo enojada
Y que don Fernando tenga
Por mi amistad pesadumbres.

LISARDA.

Yo quedaré satisfecha,
Como vos me acompañéis.
(A don Juan.)

DON JUAN. (A don Fernando.)
¿Queréis vos darme licencia? ●

DON FERNANDO.

Merced me haréis.

DON JUAN. (A Lisarda.)

Voy con vos,
Pues Fernando aquí se queda.

LISARDA.

Vencer tengo tu desden,
Si cien mil almas me cuesta.

(Vase Lisarda, Elisa y don Juan.)

ESCENA XX.

DON FERNANDO.

Justas sospechas con celoso intento
Se atreven á poner desconfianza [za
En la lealtad, donde el temor no alcan-
Ni se atreve á pensar el pensamiento.

No presumo en don Juan atrevimien-
Ni de Lisarda tan cruel mudanza; [to,
Mas ¡qué amistad, qué fe, que confian-

za,
Si se ciega de amor, no lleva el viento?
No es posible que me hayan ofendi-

[do,
Pues yo, de solo haberlo imaginado,
Con disculparme amor, estoy corrido.

Dejadme, celos, que me habeis tur-
[bado;
Mas mujer y ocasion ¡qué no han po-

[dido,
Si amor nació traidor y disculpado?
(Vase.)

Sala en casa de Celia.

ESCENA XXI.

CELIA, con banda en el brazo, INÉS.

INÉS.

Parece que te has sangrado,
Con el melindre que estás.

CELIA.

La banda me alegra mas,
Si está su dueño picado.

INÉS.

Bien hizo en él la sangría
La punta de aquel papel,
Pues picó, Señora, en él,
Y banda de oro te envía.

CELIA.

Pienso que me va queriendo.

INÉS.

¿Y tú á él?

CELIA.

Ni aun lo imaginó.

ESCENA XXII.

MENDO. — DICHAS.

MENDO.

Elo ha sido desatino.

INÉS.

Mendo ha venido.

L-R.

CELIA.

¿Qué hay, Mendo?

MENDO.

Aquel necio, que me ha dado
Agora tanto pesar,
Pues porque te vió sangrar,
Por fineza se ha sangrado.

CELIA.

¿Qué dices?

MENDO.

Acá me envía
Por una liga ó favor.

CELIA.

Esta cadena es mejor,
Y tambien es prenda mia.

MENDO.

Liga quítere, no cadena.

CELIA.

Parte, y di que me ha llegado
Al alma veris sangrado.

MENDO.

Está muriendo de pena.
Voyle á dar este consuelo;
Que no duerme ni reposa.
(Ap. ¡Cadenita! ¡Linda cosa!)
Guárdete, Señora, el cielo. (Vase.)

ESCENA XXIII.

CELIA, INÉS.

INÉS.

¿Cadena de oro le das?

CELIA.

¿Qué quíteres? Ya está cobrada.
Demás, que está disculpada,
Inés, con que va por mas.

INÉS.

Mil veces el pescador
Pierde el cebo.

CELIA.

¿Qué hay perdido?

Fianza la banda ha sido
Y el pensar que tiene amor.
Lo que un amante novel
Da lo primero, es caudal.

INÉS.

Será huevo de nidal,
Que van poniendo sobre él.

CELIA.

Todo el dar es comenzar;
Quien dió una vez, á dar viene;
Que el dar, no sé qué se tiene,
Que pica como el jugar.
En fin, prende; en fin, es prenda
El dar.

INÉS.

¿Que prenda le nombres?

CELIA.

Deben de pensar los hombres
Que juntan allí su hacienda.
Mira á un príncipe, á quien yo
Admiro, habiendo mirado
Que si da en dar á un criado,
Da siempre porque le dió.
Cualquier cosa que le dan,
Si es primera, ha de tener
En mucho toda mujer,
Porque por allí se van.
Deste principio se goce,
Y espere mejor fortuna;
Que un reloj, porque dió una,
No pára hasta dar las doce.

INÉS.

Con tan buenos documentos
¿Quién podrá errar?

MENDO.

Aquí está.

INÉS.

Don Juan ha venido ya.

CELIA. (Ap.)

¡Ah celos, de amor pimientos!

ESCENA XXIV.

DON JUAN, con banda, como sangra-
do; MENDO. — DICHAS.

DON JUAN.

Considerando, mi bien,
Que te sangraste, he querido
Que pagasen á tus brazos
Tan dulce deuda los mios.
Halléme con pocas fuerzas;
Pero cuando Mendo vino,
Con tu favor me infundió
El espíritu perdido.
¿Cómo estás?

CELIA.

¡Ay, mi señor!

¡Qué cruel eres conmigo!
Siéntate; que te desmayas.

DON JUAN.

No estoy bueno.

CELIA.

Bien lo ha dicho
Tu color. ¿Por qué saliste
De casa?

DON JUAN.

Por verte, he sido
Atrevido á mi salud;
Tendréla habiéndote visto.
¿Qué tienes?

CELIA.

Falta de sangre.
(Desmáyase.)

DON JUAN.

Agua, Inés. ¡Serafin mio!
¡Ah, mi bien! Volved en vos.—
Llega, Mendo.

(Vase Inés y vuelve al punto.)

MENDO.

Es desatino
Haceros diciplinantes
De amores.

DON JUAN.

Pierdo el juicio.

INÉS.

Aquí está el agua.

DON JUAN.

¡Ah, mi bien!

MENDO.

Mójale el rostro tantico.

DON JUAN.

Volví en sí.

CELIA.

¡Jesus! ¿Qué tengo?

MENDO. (Ap.)

¿Mas que pide con hocico
Que venga el padre del alma?

DON JUAN.

O sea el haber tenido
Pena de verte, Señora,
O la sangre que he perdido,
Que yo tambien me desmayo.

(Desmáyase.)

MENDO.

Agua, Inés.

CELIA.

¡Ah, señor mio!

Mójale el rostro.

MENDO.

¡Ah, Señor!

CELIA.
Hay rosa con el rocío
Del alba, como don Juan
Con el agua?

MENDO.
Dale un grito.

CELIA.
¡Ah, Señor!
DON JUAN.
¡Jesus! ¿Qué tengo?

MENDO. (Ap.)
Mas que pide por lo túbio,
Que venga el padre del alma?

DON JUAN.
¿Quién está aquí?
MENDO. (Ap.)
¡Oh, qué lindo!

Dos sirenas y un delin;
Y como fuera bien dicho,
Dos sotanas y un caballo.

CELIA.
¡Ay, mi bien, cuál me has tenido!

MENDO. (Ap. d Inés.)
Inés, mientras estos hablan
Sus fingidos desatinos,
¿Sabes tú cuál miente mas?

INÉS.
De mi ama yo te digo
Que te tiene poco amor;
De tu amo he presumido
Que, pues por ella se sangra,
Que debe de estar herido.

MENDO.
Ni una gota se ha sacado.

INÉS.
¿Qué dices?
MENDO.
Que lo ha fingido.

INÉS.
Muy bien ha hecho.

MENDO.
¿Por qué?

INÉS.
Porque ella ha hecho lo mismo.

ESCENA XXV.

TREBACIO, con el sombrero puesto.
DICHOS.

TREBACIO.
Con este entretenimiento,
¿Qué mucho, don Juan perdido,
Que no te quieras casar?
Niega agora lo que he visto.
¿Es Celia aquesta señora?

CELIA.
¡Ay de mí! ¿Quién ha traído
Este hombre aquí?

DON JUAN.
Paso, Celia;
Que es mi suegro.

TREBACIO.
Estoy corrido
De ver por quién despreciaste
Un serafín como el mío.
¡Ah, don Juan! ¡cuán mejor fuera
Que nunca hubieras venido
De Lima, para engañarme
Y á tus parientes y amigos!
Conciertas el casamiento,
Firmasle tú y yo le firmo,
Doyte á cuenta mi dinero,
Y gástasle sin juicio
En semejantes empleos?

CELIA.
Caballero, ya que ha sido
Tan grande el atrevimiento,
Que no lo sea, os suplico,
El de tratarme tan mal;
Porque esta casa ha tenido
Un dueño, que si viviera,
Por noble, estimado y rico,
Le pudiéades servir.
Aquí don Juan ha venido
Con el respeto que es justo.

TREBACIO.
Hizo el enojo su oficio.
Perdonadme; que venia
Mal informado.—Vos, hijo,
Venid conmigo; que es justo
Que os honre el venir conmigo.

DON JUAN.
Digo que tenéis razon.
Amores no son delitos.
Voy con vos.

TREBACIO.
¿No vienes, Mendo?

MENDO.
Ya voy, mi señor; que pido
Mis escarpines á Inés.
(Vanse don Juan y Trebacio.)

ESCENA XXVI.

CELIA, INÉS, MENDO.

CELIA.
Apenas, Mendo, resisto
Las lágrimas.

MENDO.
No dirás
Que Mendo no te lo dijo.

CELIA.
¿Casarse don Juan!
MENDO.
Pues ¿quieres

A don Juan?
CELIA.
No le he querido;
Pero agora me he picado.

MENDO.
Celos son infernos vivos.

CELIA.
Yo nunca he tenido amor;
Que he sido un helado risco,
Una figura de mármol,
Sin ojos y sin oídos,
Un cuerpo de duro bronce,
Que naturaleza quiso
Animar con un diamante;
Ya soy cera, ya soy vidrio.
Diligencias he de hacer
Con oro, ruegos y amigos,
Tres cosas que han derribado
Los mas altos edificios,
Que espanten este lugar,
En cuyo pequeño río
Fui sirena, en cuyo soto
Verde fui ninfa de Ovidio,
En cuya calle Mayor,
Banco de Flándes, peligro
Del mar, donde se anegaban
Coches, que son sus navios;
En cuyo Prado fui un olmo
Entre sus fuentes dormido,
Que vi las de algunos ojos
Que murmuraban rendidos.
Pero ya soy quien se rinde
A amor loco, á celos indios,
Porque tormentos y agravios
Tienen por sombra el castigo.

CELIA.
¿Qué es esto, Mendo?
MENDO.
¿No ves
Que con la de Calahorra
Habemos dado á tu dama?
CELIA.
Celos, celos, yo me rindo.
Pagaros quiere en verdades
Tantos amores fingidos.

ACTO TERCERO.

Calle.

ESCENA PRIMERA.

DON JUAN, MENDO.

MENDO.
No ha sido buena invencion,
Pues Celia se ha descuidado.

DON JUAN.
Por picar, quedé picado:
Tales mis desdichas son.
Pensé que Celia, abrasada
De verme casar, hiciera
Extremos, y es de manera,
Que está mas tibia y helada.

MENDO.
Luego ¿ya la quieres bien?

DON JUAN.
Mendo, no sé qué te diga;
Sospecho que el trato obliga.

MENDO.
Y la flaqueza tambien;
Pero haz cuenta que tú eres
Un enfermo, y yo un doctor,
Para saber si es amor.

DON JUAN.
Luego ¿verme el pulso quieres?

MENDO.
No, sino entender tu mal
Por tu misma relacion,
Aunque hay enfermos que son
De condicion desigual.

Opilada, solicita
La doncella medios tales,
Y á nueve meses cabales
La opilacion se le quita.
Hay rostros como pimientos,
Que por lo encendido espantan,
Y al hígado le levantan
Testimonios por momentos.
Hay otros descoloridos,
Lázaros resucitados,
Que se llaman resfriados,
Y fué de puro encendidos.
Toma unciones un vicioso,
Y dice que procedió
De que con nieve bebió
Estando muy caluroso.
¿Que la verdad tanto pesa!
Pero entre tantos engaños,
Bubas, necedades y años
No hay nadie que los confiesa:

DON JUAN.
Mendo, pues que te has fingido
Doctor, escucha mis males:
Verás si por las señales
Tengo amor ó tengo olvida.
Yo tengo cierta inquietud
Entre calor y entre frio,
Traigo desmayado el brio

Y achacosa la salud.
Si estoy en conversacion,
No sé lo que están hablando;
Lo que estoy imaginando
Cosas diferentes son.
Si me buscan, ya sabrás
Cuán enfadado me escondido;
Si me hablan, no respondo
A propósito jamás.
Si estoy comiendo, pregunto
Si he bebido; cuando duermo,
Parecen sueños de enfermo,
El cielo y la tierra junto.
La noche mas fria y negra
Mas hermosa me parece,
La música me entristece
Y la soledad me alegra.
Cuando a los representantes
Oigo sus celos y enojos,
Las lágrimas a los ojos
Se me vienen por instantes.
Si leo historia amorosa,
Celoso el amante invidio,
O sea en su verso Ovidio,
O sea Heliodoro en prosa.
Hago versos, con tener
Las pocas letras que tengo;
Si de ver á Celia vengo,
Muero por volverla á ver.
Háceseme breve el día
Que en su presencia se pasa,
Hállome bien en su casa,
Hállome mal en la mía.
Mendo, pues eres doctor,
Si aquesto es amor me di;
Que no me parece á mí
Que debe de ser amor.

MENDO.

¿No has visto preguntar luego
A un doctor: «¿Vuesamerced
Tiene bascas? ¿Tiene sed?
¿Siente algun desasosiego?
Saque la lengua,» y así
Otras cosas semejantes?
Pues oye tú, y no espantes
Si te preguntare.

DON JUAN.

DI.

MENDO.

¿Hate dado tentacion
De dar á Celia dinero?

DON JUAN.

Sí, Mendo.

MENDO.

Amor verdadero:
Ciertas las señales son.
Moriatur, no hay remedio;
Que, por no darte temor,
Lo digo en latín.

DON JUAN.

Doctor,

¿No habrá un medio de por medio?

MENDO.

Récipe para esa tos
Aquam de guardar doblonis,
Sirupi conversationis
De otra mujer, *uncias* dos;
Que con esto y *fregatorium*
De piernis, esa inquietud
Cesará, y tendrás salud
In sacula seculorum.

ESCENA II.

DON FERNANDO.—DICHOS.

DON FERNANDO.

Perdido vengo á buscaros;
Pero es de risa...

DON JUAN.

Eso, bien.

DON FERNANDO.

Porque presumo tambien
Que habeis, don Juan, de alegraros.
Celia, aquella vuestra dama,
Se casa.

DON JUAN.

¿Se casa!

DON FERNANDO.

Sí,

Y de su boca entendi
Que se venga porque os ama.
Caballero aragonés
Es el novio.

DON JUAN.

Esa venganza
Fué por perder la esperanza
De mi amor ó mi interés.
Fingi yo que me casaba,
Por picarla.

DON FERNANDO.

Hicisteis bien.

DON JUAN.

Y ella lo fingió tambien,
Viendo que mi amor cesaba.
¿El nombre del novio?

DON FERNANDO.

¿El nombre?

Don Anastasio.

DON JUAN.

¿De qué?

DON FERNANDO.

De Palermo.

DON JUAN.

Bien se ve
El tordo y rumbo del hombre.
¿Queréis que vamos á vella?

DON FERNANDO.

Ella sale.

ESCENA III.

CELIA, INÉS.—DICHOS.

CELIA. (*Dentro.*)

Dame, Inés,

Un manto.

DON JUAN.

El aragonés
Lleva una mujer tan bella,
Que á Angélica deja atrás.

DON FERNANDO.

Será el dichoso Medoro.

DON JUAN.

Yo Orlando.

DON FERNANDO.

Pues guarda el oro.
(*Sale de su casa Celia con Inés.*)

CELIA.

Famoso indiano, ¿aquí estás?

DON JUAN.

Vengo á darte el parabien;
Que Fernando me ha contado,
Señora, que te has casado.

CELIA.

Y que he acertado tambien.

DON JUAN.

Así lo creo de tí.

CELIA.

Así lo puedes creer.

DON JUAN.

Hoy he visto á mi mujer.

CELIA.

Hoy á mi marido vi,

DON JUAN.

A mí, si digo verdad,
No me ha parecido bien.

CELIA.

Pues lo mismo á mí tambien,
Dejando la calidad.

DON JUAN.

¿Por qué te casas?

CELIA.

Por tí,

Que casarte concertaste.

DON JUAN.

Fué porque tú me picaste.

CELIA.

Tú me has dado causa á mí.

DON FERNANDO.

Pues los dos no estáis casados,
Yo os quisiera concertar:
(*Ap. Que tengo que asegurar
Ciertos celos cuidados.*)
Ni Celia se case mas,
Ni don Juan.

CELIA.

Sea por mí.

DON FERNANDO.

¿Dices sí?

DON JUAN.

Dijera sí,

Pues tal ocasion me das;
Mas mi suegro me prestó
Dos mil ducados un día,
Mientras mi hacienda venia;
Tarda, en fin, y no sé yo
Cómo pueda suspender,
Sin pagar, el casamiento.
Pues pagarle, ya que miento,
Celia, por fuerza ha de ser.

CELIA.

En Madrid ¿te ha de faltar?
¿No hay onzas de oro? No hay plata
Vieja? Todo el mundo trata
En esto.

DON JUAN.

Siento el tomar,
Porque si no pago al plazo,
Doblo la deuda; y así
Van cargando sobre mí,
Y de un lazo en otro lazo.
Pues si hay pleito, unos por otros
Juran, y los dichos truecan...
—Y si aquí los jueces pecan,
No lo juzguemos nosotros.

CELIA.

¿Que á la república viene
Tanto mal?

DON JUAN.

Quien la preside
Esto mire, y no se olvide,
Pues de Dios el lugar tiene.—
Partida de cien ducados
Me costará despues mil.

DON FERNANDO.

Es hurto honrado y sutil.

DON JUAN.

Buscarlos quiero prestados.
Tú, mientras viene mi hacienda,
Me los podías prestar;
Que un alma bien puede estar,
Mientras que te pago, en prenda.
Con esto yo deshiciéra
El casamiento tratado.

CELIA.

Para mí nó era prestado
Lo que de gracia te diéra;
Pero envíame tu plata,
La cadena que te di
Y otras coailas así,

Que no quiero ser te ingrata;
Que con mis joyas también
Yo haré buscar el dinero.

DON JUAN.

Voy por ellas.

CELIA.

Y yo espero.

DON JUAN.

Esto sí que es querer bien.

DON FERNANDO.

En fin, ¿quedais concertados?

DON JUAN.

Pues ¿no?

DON FERNANDO.

Y mis celos contentos.

DON JUAN. (Ap.)

Tú verás que con trescientos
Te pesco dos mil ducados.

MENDO. (Ap.)

Pienso que esta voluntad
Va fundada en interés;
Mas daré tormento á Inés,
Ella dirá la verdad.

(Vanse don Juan, don Fernando
y Mendo.)

ESCENA IV.

CELIA, INÉS.

INÉS.

¿Tú prestas dos mil ducados?

CELIA.

Déjame, Inés, recibir
Las joyas, que han de servir
De despicar mis cuidados;
Que no los verá en su vida.

INÉS.

Luego ¿ya le quieres bien?

CELIA.

¿Qué es querer? Aquí hay también
Con quien el amor se olvida.

INÉS.

En fin, ¿le tienes?

CELIA.

Sospecho,
Porque el hombre es gran traidor,
Tan diestro en cosas de amor,
Que no hay entendelle el pecho.
Si se acerca, unos amores
Tiene que las piedras mueven,
Humildades que se atreven
Hasta las cosas mayores.
Caricias tan abrasadas,
Que no las sabré pintar,
Y en llegándose á enojar,
Tibiezas en nieve heladas.
Hace que emprende los labios,
Y suspéndele el respeto;
Finalmente, es tan discreto,
Que obliga con los agravios.

INÉS.

Y eso ¿no es amor?

CELIA.

Mas yo le sabré olvidar.

INÉS.

A Teodor puedes amar,
Que lo merece su fe,
O á Lucindo, que es galán.

CELIA.

No hallo en ellos el agrado,
El despejo, el desenfado
De mi don Juan.

INÉS.

¿Mi don Juan?

CELIA.

Pues ¿qué importa don Juan mío,
Cuando él no lo está escuchando?

INÉS.

Otros te andan paseando
De no menos gracia y brio.

CELIA.

¿Qué risa me solicita,
Aunque el mirarlos me enfada,
La sayita arremangada
Y colgando la daguita!
¿Has visto tal devaneo
Ni una invención tan liviana?

INÉS.

Traen alzada la sotana
Por descubrir el manteo.
Pero al fin es mocedad,
Que no es para hacerla amor;
Que no se ofende el valor
Con la gala.

CELIA.

Así es verdad;

Pero yo te digo, Inés,
Que antes que olvide á don Juan,
En amistad estarán
Los elementos que ves.
Habrá con celos razón,
Que suelen escuchar pocas,
Y dejarán de ser locas
La invidia y la presunción.
Dejará de murmurar
El que aprende del que sabe,
El villano de ser grave,
Subido en alto lugar.
Aunque estos ya traen consigo
La pena de su arrogancia,
Porque hay muy poca distancia
De la soberbia al castigo.
Vén, haré lo que pudiere.

INÉS.

Tú pasarás triste vida.

CELIA.

Olvidaré, si me olvida,
Y querré, si me quisiere.

INÉS.

En fin, tú la mas helada,
¿Sientes de amor el rigor?

CELIA.

No debe de ser amor,
Sino estar enamorada.

(Vanse.)

Sola en casa de Lisarda.

ESCENA V.

LISARDA, ELISA; después, DON
FERNANDO y FABIO.

LISARDA.

Pon ese bufete ahí,
Y papel y tinta en él.

ELISA.

Todo lo traje con él.

LISARDA.

Siéntome, y escribo así.
(Escribe.) «A tí, el hombre mas ingratu»
«De cuantos sustenta el cielo...» [to
(Sigue Lisarda escribiendo, y salen
acechando don Fernando y Fabio.)

FABIO. (Ap. á su amo.)

Escriba.

DON FERNANDO.

Lo que es recelo.

FABIO.

Sin causa tomes mal trato.

DON FERNANDO.

¿Son celos, Fabio, pensar
Que un agravio puede ser?
Porque en amor de mujer
Hay muy poco que fiar.
Es la mudanza mayor
De su firmeza y quietud,
No ofendiendo la virtud
De las que tienen valor.
Son celos una pasión,
Que cuando invidia no hubiera,
De solo celos se hiciera,
Pues la misma envidia son.
¿No has visto, Fabio, escribir:
«Dése esa carta á mi hermano,
Y dirá del don Fulano?»
Pues lo mismo has de inferir
De celos y amor fiel,
Si escribiese un amador:
«Dése esta carta al amor»
Que los celos dirán del.
Y es tan grande este rigor,
Que ignorantes contradicen,
Que si celos no lo dicen,
No es posible que haya amor,
Pues tanto gusto recibe
De sus penas y desvelos,
Que solamente los celos
Saben la casa en que vive.

FABIO. (Ap. á su amo.)

El papel cierra.

DON FERNANDO.

No hará;

Que le verá yo primero.

LISARDA.

¿Quién es?

DON FERNANDO.

Yo.

LISARDA.

Suelta.

DON FERNANDO.

No quiero.

LISARDA.

Muestra, acaba, suelta ya.

DON FERNANDO.

Yo le tengo de leer.

¿De qué sirve porfiar?

LISARDA.

Quisieratele yo dar,

No le quiero defender,

Pues le escribo para tí.

DON FERNANDO.

¿Para mí? Ya se verá.

LISARDA.

Sí, tú le verás.

DON FERNANDO.

¿Que ya

A mí me escribes así?
(Lee.) «A tí, el hombre mas ingratu»

«De cuantos sustenta el cielo»

«Mármol con alma de hielo,

«Y de tí mismo retrato.»

Pues ¿esto me viene á mí?

LISARDA.

Luego ¿no te viene bien,

Si me hiela tu desden,

Si tu amor me enciende así?

DON FERNANDO.

(Lee.) «Culpas la firme amistad»

«Por disculpar tu rigor.»

Esto me vendrá mejor.

LISARDA.

Luego ¿no es eso verdad?

DON FERNANDO.
¿Qué amistad culpo?

LISARDA.
¿No culpas

A don Juan?

DON FERNANDO.
¿Qué puedo hacer?

LISARDA.
(Lee.) «Y de no venirme á ver
»Con su amistad te disculpas.»

FABIO.
Bien dice, Señor.

DON FERNANDO.
¡Ah, cielos!

Con equivocadas razones
En contingencia me pones
Las ocasiones de celos.
(Lee.) «De verme tienes temor...»
Y esto ¿es verdad?

LISARDA.
¿No es verdad,
Si te riño su amistad
Y te ofende mi rigor?
Pasa adelante.

DON FERNANDO.
Si haré.

(Ap. Celos, callad y escuchad.)
(Lee.) «Por no mirar mi lealtad.»

LISARDA.
Bien digo contra mi fe.

DON FERNANDO.
(Lee.) «A Celia has dado en querer,
»¡Ah, dulce enemigo mio!»
Aquí no hay que hablar con brio.
¿Qué tienes que responder?
¿Qué dices?

LISARDA.
Luego ¿no quieres
A Celia, y yo estoy celosa?

DON FERNANDO.
No hay cosa mas ingeniosa
Que el amor en las mujeres.

LISARDA.
Lee, acaba de leer.

DON FERNANDO.
Ya leo. ¿Qué desvarío!

(Lee.) «Y con saberlo, porfío;
»Hechizos deben de ser.»

LISARDA.
Digo bien; que amor injusto
Mas es hechizo que amor.

DON FERNANDO.
¿Hechizo?

LISARDA.
Sí, que en rigor
Ya se te ha acabado el gusto.
Lee; que no le defiende,
Ni hay por qué.

DON FERNANDO.
Bien puede ser.
Quiero volverle á leer;
Que á pedazos, mal le entiendo.
(Lee.) «A tí, el hombre mas ingrato
»De cuantos sustenta el cielo,
»Mármol con alma de hielo
»Y de tí mismo retrato.
»Culpas la firme amistad
»Por disculpar tu rigor,
»De verme tienes temor
»Por no mirar mi lealtad.
»A Celia has dado en querer,
»¡Ah, dulce enemigo mio!
»Y con saberlo porfío;
»Hechizos deben de ser.»
Hasta aquí llegado habia.

LISARDA.
(Quitando el papel á don Fernando.)
Pues no verás lo demás,
Porque si tan libre estás,
No has de sujetar la mia.

(Rompe el papel.)

DON FERNANDO.
¿Rompes lo que queda?

LISARDA.
Sí.

DON FERNANDO.
Debe de ser lo amoroso.

LISARDA.
Quiero yo que estés celoso,
Como yo lo estoy de tí.

(Vase, y Elisa con ella.)

ESCENA VI.

DON FERNANDO, FABIO.

DON FERNANDO.
¿Qué sientes?

FABIO.
¿Qué he de sentir,
Sino que tiene razon?

DON FERNANDO.
¿Razon es una traicion?

FABIO.
¿Cuál es traicion?

DON FERNANDO.
Escribir.

FABIO.
Pues ¿ya no has visto tu engaño?

DON FERNANDO.
Mayor desengaño espero.
Juntar los pedazos quiero;
Que quiero juntar mi daño. (Cógelos.)

ESCENA VII.

DON JUAN.—DICHOS.

DON JUAN.
¿Qué es esto que haceis, Fernando?

DON FERNANDO.
Hice, don Juan, unos celos
Pedazos, y vuelvo agora,
Desesperado, á cogerlos.

DON JUAN.
Pues ¿qué pretendéis?

DON FERNANDO.
Juntarlos

Para saber si son ciertos.

DON JUAN.
Errais, porque divididos
Los enemigos, son menos,
Y juntaréis contra vos
Gran copia de pensamientos.
¿Qué los mirais divertido?
Pienso que quereis con ellos
Dar cartas.

DON FERNANDO.
Bien puedo darlas;
Que voy entendiendo el juego;
Mas por no dar las espadas,
Con la baraja me quedo;
Que no quiero que hablen cartas,
Sino que callen remedios.

DON JUAN.
Ya me dais cartas, sin darlas;
Y eso de espadas no entiendo.
Sé que son cartas de copas,

Todas llenas de veneno;
Y aunque el juego no conozco,
Debe de ser de los cientos,
Pues pretendéis darme pique.

DON FERNANDO.
¿De qué os picais?

DON JUAN.
Deso y desto.
Alzad la cara á mirarme.

DON FERNANDO.
Tengo vergüenza de veros
Para no quereros bien;
Que os he querido en extremo.

DON JUAN.
¿Son celos de mí, por dicha?

DON FERNANDO.
Por desdicha serán celos;
Ya vos sabeis los principios.

DON JUAN.
Poco, Fernando, os merezco.
¿Esta duda en mi lealtad!

DON FERNANDO.
Aquí descuidado llego,
Hallo escribiendo á Lisarda,
Cójole el papel, y leo
Razones...

DON JUAN.
Decid.

DON FERNANDO.
No sé...

Rasgóle, y fuése diciendo
Que era para mí.

DON JUAN.
Pues bien,
¿Qué es de la culpa que tengo?

DON FERNANDO.
¿Quereis perdonarme?

DON JUAN.
No.

Hasta que el papel juntemos.

DON FERNANDO.
Ya le he visto, y ya sabeis,
Don Juan, si el amor es cuerdo.
De vos no he formado queja.

DON JUAN.
Pues ¿qué quiere ser aquello
De darme cartas de espadas?

DON FERNANDO.
Yo os lo diré.

DON JUAN.
Decid presto.

DON FERNANDO.
Los oros son interés,
Bastos un amante necio,
Amor, don Juan, las espadas,
Y las copas son los celos.
Destos bebi; perdonad,
Si acaso no estuve cuerdo,
Pues no quiere bien ni es hombre
Quien tiene seso con ellos.
No os veo querer á Celia,
Y como tan libre os veo,
Tiemblo á cualquiera ocasion.

DON JUAN.
Sosegad el pensamiento;
Que, de miedo que tenia
De quebrar vuestros preceptos,
No os he dicho la verdad
Del amor que á Celia tengo.
Ya os podeis vengar de mí,
Cuando os respondí soberbio
Que avisado no podia
Ser tan bisono y tan necio.
Bien dijistes que en Madrid
Habia hechizos, enredos,
Cosas y casas y casos,

Mares de peligros llenos;
 Ahora mejor podeis,
 Pues una mujer me ha muerto,
 Darlo con risa, Fernando,
 El pésame de los celos.
 Celia y yo burlando entramos,
 Y tomamos, como diestros,
 Las negras, que señalaban
 Al rostro, al brazo y al pecho;
 Mas ya las espadas blancas
 Llevan intento diverso,
 Y tienen por blanco el alma,
 Como desprecian el cuerpo.
 Hoy la he querido probar;
 Que deshacerle prometo,
 Si me da dos mil ducados,
 El tratado casamiento.
 Ella me promete á mí
 Dejar el que le han propuesto
 De un cierto don Anastasio,
 Cuyo apellido es Palermo.
 ¿Sabéis vos en Aragón
 Qué apellidos son aquestos?

DON FERNANDO.

Boleas, Cardonas, Borjas,
 Pradas, Centellas, Cabreros,
 Albiones y otros muchos
 Oigo decir por momentos;
 Mas Palermos, no por Dios.

DON JUAN.

Ahora bien, poco va en eso.
 Yo he fingido que aun se tiene
 La contratacion mis pesos.
 ¿Darame este dinerillo?

DON FERNANDO.

Si quiere, podrá; que creo
 Que de treinta mil escudos
 Pasa su hacienda, y sospecho
 Que como son miserables,
 Naturalmente es muy cierto
 Que es verdadero su amor,
 Si prestan ó dan dineros,

DON JUAN.

¿Treinta mil ducados?

DON FERNANDO.

Sí.

DON JUAN.

Pues tan rico casamiento
 ¿No ha tenido opositores?

DON FERNANDO.

Muchos; mas ninguno dellos
 Hasta ahora hemos sabido
 Que le hubiese satisfecho.
 Los unos deja por lindos;
 Que dice que no se hicieron
 Los lindos para maridos,
 Sino unos hombrazos cuerdos,
 Que llevan sobre los hombros
 La carga del casamiento.
 Otros deja por barbados;
 Que dice que estos nacieron
 Para ermitaños pintados
 O para padres del yermo.
 Otros por mal hechos deja;
 Que dice que los mal hechos
 Es fuerza tener las almas
 Proporcionadas al cuerpo.
 Mil deja por bachilleres,
 Por conñados, por necios;
 Finalmente, se presume
 Que para su entendimiento
 Hará un marido de barro.

DON JUAN.

En Alcorcon es grosero;
 Mejor le hará en Estremoz,
 Que es barro de quien sabemos
 Que le comen las mujeres.
 Mas ¿si todo su soberbio
 Fausto, su vana hermosura,

Su pompa y su devaneo
 Hubiese rendido yo?

DON FERNANDO.

¡Vive el cielo, que sospecho
 Que os rotulen por las calles
 Como á poeta moderno!
 Aunque pagueis el almagre,
 Como de algunos sabemos.

DON JUAN.

Pues ¡yo vitor, don Fernando!
 Ella me quiere, y yo tengo
 Dos mil ducados en prenda.

DON FERNANDO.

¿Quereis que vamos por ellos?

DON JUAN.

Vamos; que estarán contados.

DON FERNANDO.

Que os habeis de perder temo.

DON JUAN.

Quírame Celia, Fernando,
 Y ahórquense los preceptos.

DON FERNANDO.

Como vos guardéis, don Juan,
 «A la mujer de tu amigo»
 El de «no codiciarás»
 Con el debido respeto
 (Y de vuestro honor lo creo),
 Los del mundo importan menos.

(Vanse.)

Sala en casa de Celia.

ESCENA VIII.

CELIA; TEODORO, muy galan;
 LUCINDO, INÉS.

TEODORO.

¿Vengo á tu gusto para novio?

CELIA.

Vienes,
 Teodoro, tan galan, que me bapesado,
 Viendo la gala y discrecion que tienes,
 Que no fueses de veras desposado.

TEODORO.

¿Con qué donaire y gracia me entretie-
 Celia, como si fuese yo criado [nes,
 En la humildad de una pequeña aldea!
 Yo te obedezco, y lo que quieres sea.

LUCINDO.

Teodor, bien debe Celia á tus intentos,
 Si no correspondencia, obligaciones.
 Tú vienes muy galan, tus pensamien-

[tos

Obras merecen, cuanto mas razones.
 Ya puede ser que aquestos casamien-

[tos,

En que fingido novio te compones,
 Vengan á ser en tí despues de veras.

TEODORO.

[stieras!

¡Pluguiera, Celia, á Dios que tú qui-

CELIA.

Por agora, Teodor, solo es mi gusto
 Vengarme deste indiano y darle celos.

TEODORO.

[to.

De darle celos, pues que gustas, gas-

LUCINDO.

Que no le quieres mal me dan recelos.

CELIA.

[gusto.

Nadie á quien quiere bien le da dis-

LUCINDO.

Pues si quieres pagar celos con celos
 ¿Quién quieres que no piense que le

TEODORO.

[adoras

Dice muy bien.

CELIA.

MI pensamiento ignora-
 INÉS.

Señora, aquí está don Juan.

CELIA.

Ponéos de acompañamiento.

DON FERNANDO.

No entiendo tu pensamiento

ESCENA IX.

DON JUAN, DON FERNANDO, MEN-
 DO, FABIO, TREBACIO.—Dichos.

DON JUAN.

(Ap. Ya todos juntos están.)
 (A Fabio ap. ¿Vienen los talegos?)

MENDO.

Yo

Traigo el uno, el otro Fabio.

DON FERNANDO. (Ap. á don Juan.)

Negocia, como hombre sabio,
 El sí por sí, el no por no.

DON JUAN. (Ap. á Mendo.)

¿Quién son aquestos?

MENDO.

Serán

Los que han de dar el dinero.

DON JUAN.

Esperad; que hablarla quiero. —
 ¡Mi Celia!

CELIA.

¡Señor don Juan!

DON JUAN.

Aquí vengo con Trebacio,
 Que mi suegro habia de ser,
 Por el dinero.

CELIA.

Aunque ayer

Tuve de buscarle espacio,
 No me pareció raxon,
 Porque supe que venia
 Quien ya, como prenda mia,
 Viene á tomar posesion.
 Y pues veis que ya ha llegado
 Anastasio, mi señor,
 Perdonadme si es error
 No dar dinero prestado;
 Que como él queño ha de ser
 Desta hacienda, y yo su prenda,
 No quise yo de su hacienda,
 Sin su gusto, disponer.

DON JUAN.

Por Dios, que nos ha burlado.

DON FERNANDO.

Luego ¿no rotularémos
 Tu nombre?

DON JUAN.

¿Cómo podemos?

MENDO.

¿Sabes que me da cuidado?

DON JUAN.

¿Qué, Mendo?

MENDO.

Si han de caber
 Aquí los dos mil ducados.
 (Saca un costal grande, y otro Fabio)

TREBACIO.

Don Juan, aquí no hay burlados,
 Yo solo lo vengo á ser.

DON JUAN.

Sabe Dios, Señor, que estoy
En extremo arrepentido;
Que me perdonéis os pido,
Pues conozco lo que soy.
Palabra os doy de casarme
Con vuestra hija; que es justo.

TREBACIO.

Ya, sobre tanto disgusto,
¿Con qué podeis obligarme?

DON JUAN.

Ruégale, Celia, pues ya
Te casaste, que me dé
A doña Angela.

CELIA.

Sí haré. —

Señor, si Madrid está
Del casamiento advertido,
Mal haréis en que no sea,
Pues ya don Juan ser desea
De doña Angela marido.
Haced aquesto por mí.

TREBACIO.

Ahora bien, sea por vos,
Como se casen los dos
Aquesta noche.

DON JUAN.

Sea así.

Y pues este caballero
Que ha venido de Aragón,
Tendrá mas satisfacción
Viendo que casarme quiero,
Le suplico que en mi casa
Se case, y juntas se harán
Las bodas.

TEODORO.

Señor don Juan,
Ya os casais, Celia se casa.
Aquí no hay que tener celos;
Si ella quiere, yo tambien.

CELIA.

Si ha de ser para mas bien
Y para excusar recelos,
Digo que vamos, y sean
Juntos estos casamientos.

MENDO. (Ap. á don Juan.)

No entiendo tus pensamientos.

DON JUAN.

Solo en vengarme se emplean.
Después sabrás cómo.

DON FERNANDO.

Vamos.

DON JUAN.

Adios, señores.

TEODORO.

Adios.

(Vase don Juan, don Fernando
y Trebacio.)

ESCENA X.

CELIA, TEODORO, LUCINDO, INÉS,
MENDO, FABIO.

MENDO.

Cargados vamos los dos.

FABIO.

Notable peso llevamos.—
¡Buena va don Juan!

MENDO.

Corrido.

FABIO.

Demonio es esta mujer.

MENDO.

Juntos debe de tener

La voluntad y el olvido.—
Inés, ¿es esto verdad? (Ap. á ella.)

INÉS.

No me preguntes verdades;
Que en tantas desigualdades
No puede haber igualdad.

MENDO.

¿Tiéndela ya por mujer
Don Anastasio?

INÉS.

Pues ¿no?

MENDO.

De doña Angela sé yo
Que está ahora por nacer.

INÉS.

Mi ama es de calidad
Tan notable y impaciente,
Que ni yo sé cuándo miento
Ni cuándo dice verdad.
Hoy, como has visto, se casa,
Y hoy lloraba por don Juan.

MENDO.

En fin, las bodas ¿se harán?

INÉS.

Si este humor no se le pasa.

MENDO.

Luego ¿ya no serás mía?

INÉS.

Allá verás.

MENDO.

¿Burlas?

INÉS.

Véte.

MENDO.

¡Mal haya, Inés, el pobrete
Que de pobretas se fia!
(Vase Mendo y Fabio.)

ESCENA XI.

CELIA, TEODORO, LUCINDO, INÉS.

TEODORO.

¿Que le quieres bien?

CELIA.

¿Qué importa?

LUCINDO.

¿No fuera mejor casarte
Con Teodoro, y no burlarte
De tantos?

CELIA.

De hablar acorta;

Que me muero por don Juan;
Que si á doña Angela veo,
Y conozco su deseo,
Y que casados están,
De rabia, me casaré
Contigo.

TEODORO.

No querré yo.

CELIA.

¿Por qué razon?

TEODORO.

Porque no;

Que yo tambien rabiaré.
Y mas vale que tú seas
El dueño de aquesta rabia,
Si ese tu don Juan te agravia,
Y si vengarte deseas.

LUCINDO.

Mal hacéis en no acetar
Pensamientos tan honrados;
Que con treinta mil ducados
Ninguno puede rabiar.

TEODORO.

No rabiará; mas podria
Bramar, si mujer le dan;
Que quiere bien á don Juan.

LUCINDO.

Es hablar de bizarría,
Porque desto del querer
Nadie se puede alabar.

TEODORO.

La fama debe guardar
Cualquiera noble mujer.

LUCINDO.

La fama el honor se llama,
Y ella se guarda.

TEODORO.

Es error,
Porque yo sé que el honor
Nace de la buena fama.

(Vase.)

Sale en casa de Lisarda.

ESCENA XII.

LISARDA, DON FERNANDO, ELISA.

LISARDA.

Vuélveme á dar á entender,
De tus celos satisfecho,
Lo que he de hacer por don Juan.

DON FERNANDO.

Erré, Lisarda, en tenerlos;
Pero son de calidad,
Que no se ha escapado dellos
Desde la tela al sayal
Y desde el cayado al cetro.
De las aves, que desatan
El pico sonoro al viento,
Las no entendidas canciones
Has de entender que son celos.
De la blanca y roja aurora,
Esposa del claro Febo,
Cuando á llamarle madruga,
Revueltas en cándidos velos,
Lo que castiga á la noche,
Que va de su luz huyendo,
Porque ha detenido al sol,
Has de entender que son celos.

Cuando vieres en un prado,
Artificioso platero
Del esmalte de las flores,
En competencia saliendo
La encarnada minutisa,
La pálida flor del trébol
Y el lirio azul y dorado,
Has de entender que son celos.
Cuando una fuente sonora
Finge que se va riendo,
Y miente por murmurar
De sus mismos arroyuelos,
Aquellas perlas que tira,
De cristal pedazos crespos,
Balas que imagina el aire,
Has de entender que son celos.
Cuando en los brazos de una ama
Vieres un muchacho tierno,
Que no sabiendo palabra
Inventa vocablos nuevos,
Llorar porque al otro niño
Dijo amores ó dió besos,
Hasta que al cuello le pone,
Has de entender que son celos.

LISARDA.

Disculpado estás conmigo.

DON FERNANDO.

Con esto, Lisarda, entiendo
Que ya me habrás perdonado.

LISARDA.

Ya perdonado te tengo.

DON FERNANDO.

Don Juan, el que blasonaba
Que del lazo en que cayeron
Tantos hombres en Madrid,
Cortesanos y discretos,
Habla de salir libre,
Adora á Celia, y sus pesos
Ya deben de andar por alto,
Mas que pesados, ligeros.
Celia se casa, y él quiere
Fingir lo mismo.

LISARDA.

Ya entiendo.

DON FERNANDO.

Tú has de ser la novia.

LISARDA.

¿Yo?

DON FERNANDO.

Trebacio ha de ser su suegro,
Doña Angela has de llamarte.
Démole aqueste contento;
Que Celia le ha prometido
Venir á verle, trayendo
Su novio don Anastasio
De Palermo ó del infierno.
Haz esto por mí.

LISARDA.

Ya sabes

Que te adoro, y obedezco.

DON FERNANDO.

Voy á ver si se han vestido;
Que soy de acompañamiento. (Vase.)

ESCENA XIII.

DON JUAN. — LISARDA, ELISA.

LISARDA.

Si me hubieras avisado,
Diferentes aderezos
Esperaran á la novia.
Hoy cesan mis pensamientos.

DON JUAN.

¿Sabes ya, bella Lisarda,
Cómo has de ser mi mujer,
Y el nombre que has de tener,
De doña Angela gallarda?

LISARDA.

Ya sé el premio que me aguarda,
Don Juan, de haberte querido:
Traza del amor ha sido,
Porque tu injusto desden
Aun no me hiciera este bien,
Si no fuera bien fingido.
Pero tienen tal valor
Tus grandes merecimientos,
Que de tales fingimientos
Se satisface mi amor.
Y aunque es el gusto traidor
Al alma, por tí perdida,
De quien eres sombra y vida,
Tanto estimo el que me dan,
Que estoy contenta, don Juan,
De ser tu mujer fingida.
Pongo á mi amor por testigo,
Aunque el tuyo no lo crea,
Que me pesa de que sea
Celia tan cruel contigo.
El respeto de tu amigo
Ha sido justo respeto;
Perdona á amor, que en efeto,
Todo respeto desprecia,
Pues si fui en quererte necia,
Tú en no quererte discreto.
A Celia deseo ver,
Por ver mujer tan dichosa

Que tú la qui ras; que es cosa
Que se debe agradecer.
Pero si es de otro mujer,
¡Plegue á Dios que enviude presto,
Porque os goceis, y si en esto
Puede haber mas dilacion,
Hágale alguna traicion;
Que pienso que es yerro honesto.

DON JUAN.

Lisarda, tu cortesía
De manera me ha obligado,
Que el alma y vida te he dado.
Que aquella ingrata tenia.
Para que tú fueses mía,
Sin ofender á Fernando,
Fué amor, como es dios, trazando
Que te finjas mi mujer;
Que no se puede ofender
Del sí que me das burlando.
Ya te quiero hidalgamente,
Y correspondo á tu amor,
Pues le mereces mejor
Que quien no le entiende y siente.
Difiniste cuerdate
El amor, Lisarda, un día:
Que el buen amigo tenia
De su amigo el mismo ser;
Con que siendo su mujer,
Vienes también á ser mía.
Que Celia me despreciase
Te obligó á lo mismo á tí,
Para no vestirme así
Lo que Celia desechase.
Estimar lo que estimase
Fué razon, siendo quien eres;
Porque todas las mujeres
Aman lo que ven amar,
Por invidia ó por pensar
Imaginados placeres.
En fin, los dos nos casamos,
O de burlas ó de veras;
Y así, es razon que me quieras,
Y que los dos nos queramos.
En las almas nos juntamos,
Pues que no puede ser mas;
Y pues en la mía estás,
Aunque el sí dichoso aguarda,
Palabra te doy, Lisarda,
De no olvidarte jamás.

ESCENA XIV.

MENDO. — DICHOS.

MENDO.

Ponte de novia, Señora,
Así vivas muchos años,
Y te dé Dios mas ventura
Que le ha de dar á mi amo. —
Tú, Señor, muda semblante
A guisa de desposado;
Que vienen ya los que esperas.

DON JUAN.

Como es fingido, no hallo
Semblante que me poner.
¿Cómo es un novio?

MENDO.

Espetado,

Y con la cara á lo bobo,
Risueña hácia entrambos lados,
Buen cuello, fino cambray,
Nuevo sombrero y zapatos,
Rapado del mismo día,
Los bigotes levantados,
Cabestrillos ó cabestros,
Cuera y guantes adobados,
Y un costal de necedades.

DON JUAN.

En todas las señas falto,
Como soy novio fingido.

MENDO.

Ellos vienen, habla paso.

ESCENA XV.

CELIA, TEODORO, LUCINDO, TREBACIO, DON FERNANDO, INÉS FABIO. — DICHOS.

LISARDA.

Perdonad si ya tan tarde
Para recebiros salgo.

CELIA.

¿Es doña Angela?

DON FERNANDO.

Ella es.

CELIA.

(Ap. Animo me va faltando.)
Perdonad no conoceros,
Y dadme á besar las manos.

LISARDA.

Vos á mí me dad las vuestras.
¿No queréis? Pues sean los brazos

CELIA.

Mucho me he bolgado de veros,
De conoceros y hablaros.
Linda dama sois.

LISARDA.

Yo soy

Servidora vuestra.

CELIA.

Alabo

El gusto al señor don Juan.

LISARDA.

Yo al señor don Anastasio
El que ha tenido en serviros.

TEODORO.

Yo mi dicha, pues estando
Tan lejos de merecerla,
Vengo á merecerla tanto.

LUCINDO.

No se ha turbado ni dicho
Cosa indigna el desposado.

TREBACIO.

Es discreto por extremo
El señor don Anastasio.

CELIA. (Ap. á Inés.)

De celos me estoy muriendo.

INÉS.

Ten paciencia.

CELIA.

Si me abrazo,

¿Cómo he de tener paciencia?

INÉS.

Considerando tu daño.

DON FERNANDO.

Señores, no hay que esperar;
Pues que ya juntos estamos,
Déle la mano don Juan
A doña Angela.

DON JUAN.

La mano

Y el alma, como á mi esposa.

LISARDA.

Yo soy dichosa en llamarnos
Mi dueño, esposo y señor.

CELIA.

(Ap. ¿Soy piedra? ¿Qué estoy mirando?)
Tened las manos. [do]

DON JUAN.

¿Qué es esto?

CELIA.

Yo, que os detengo las manos,
Y este casamiento impido.

LISARDA.
¿Tú? ¿Por qué?
CELIA.
Porque me ha dado
La palabra á mi primero.
TRESACIO.
¿A mi hija aqueste agravio?
¿Vive Dios!...
MENDO.
Tengan al suegro.
LUCINDO.
Señores, ténganse, paso;
Que esto han de hacer las razones,
Y no las armas.
DON JUAN.
Estando
Dando la mano á mi esposa,
Celia, ¿me impides la mano?
¿No estás casada?
CELIA.
Yo no.
DON JUAN.
¿Y el señor don Anastasio?

CELIA.
Fué, por picarte, fingido.
TEODORO.
Verdad es; que yo me llamo
Teodoro.
DON JUAN.
Pues si pensaste,
Celia, con engaños tantos
Picarme con casamiento,
Yo he fingido el mismo engaño.
Doña Angela no es mi esposa;
Que lo ha de ser de Fernando.
LISARDA.
Es verdad, yo soy Lisarda.
DON FERNANDO.
Y yo quien le da sus brazos.
CELIA.
¿No me darás tú los tuyos,
Pues no menos te los pago
Que con darte, don Juan mio,
Alma y treinta mil ducados?
DON JUAN.
El alma acepto no mas.

MENDO.
Y el dinero, mentecato.
Porque es mujer, sin dinero,
Diablo pintado en retablo.
DON JUAN.
Con esto, Celia, verás
Que *De cosario á cosario*
Solo se ahorra...
MENDO.
Señores,
Dén á Mendo á Inés.
FABIO.
Y á Fabio
A Elisa, pues con Lucindo
Se casa don Anastasio.
LUCINDO.
¿Quereis vos?
TEODORO.
Yo solo quiero
Pedir perdon al Senado
Por el poeta y por mí,
Si habemos errado en algo.

LA VENGADORA DE LAS MUJERES,

COMEDIA DE FREY LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO,

DEDICADA

A LA SEÑORA FENISA CAMILA

Desde que supe que querian imprimir *La Vengadora de las mujeres* (que por ventura por este intento andaba perdida por la corte), previne dirigirla á vuestra merced, como á persona á quien mas justamente tocaba el titulo, pues la vencido mas mujeres con su hermosura, que hombres han engañado con palabras de casamiento, lazo en que tan fácilmente caen. Y aunque yo estaba en sagrado, así por el oficio, como porque en las ventanas de los años no alcanza el toro, quise hacer este gusto á vuestra merced, por si pudiese persuadir su imaginacion que fué el dueño desta fábula. Vanidad es en una mujer despreciar los hombres; pues cuando Aristóteles dijo que la mujer le apetecia como la materia á la forma, no pensó que era pequeño el encarecimiento. Mas responderá vuestra merced que Dios, habiéndole criado, le halló solo, y que le dió la mujer por compañía, de donde querrá inferir que él debe apetecerla, y que ella puede huirle. El argumento es falso, porque saliendo dél mismo, ha de volver á su primera causa, como á la mar los rios. El solo, dijo el filósofo, que era Dios ó bestia. Vuestra merced no puede ser lo primero; mire al peligro en que se pone con lo segundo; y si le ha de suceder lo que á Laura, que, con todas sus letras, sus estudios, cuidados y melindres, vino á querer sugeto donde, si la mentira del disfraz fuera verdad de la persona, mas que de las mujeres, habria sido la vengadora de los hombres, no intente por vanidad cosas que, no teniendo por fundamento la virtud, se oponen á la naturaleza. No ame vuestra merced, pero no aborrezca; no diga bien de los hombres, pero no los infame, siquiera porque sus padres desearon que lo fuese, y les pesó de que naciese mujer; y aun á la misma naturaleza, que por su falta la hizo hombre imperfecto; título que dieron á la mujer tantos filósofos. Mas porque no parezca que, habiendo de ser esta carta direccion de esta comedia, y (como en los libros se usa) primera en las licencias de las lisonjas, hace estilo nuevo, aseguro á vuestra merced que la tengo por hermosa, y que la tendré por discreta si la veo de la opinion de Laura, con algun dichoso Lisardo que la merezca; porque la mas pintada mariposa, sin que la busque la llama, se abrasa en ella, y nos han enseñado los ejemplos de las historias, así antiguas como modernas, notables castigos de semejantes libertades. Por lo menos entran aquí los avisos de los poetas, y el de Horacio, con Garcilaso, cuando dijo:

En tanto que de rosa y azucena...

Porque vuestra merced podria aguardar á tiempo que los mismos de quien ahora se burla, se burlasen della. Dios guarde á vuestra merced.

Capellan de vuestra merced,

LOPE DE VEGA CARPIO.

LA VENGADORA DE LAS MUJERES.

PERSONAS.

ARNALDO, *príncipe*.
ALEJANDRO, *duque*.
AGUSTO, *príncipe*.

LISARDO, *príncipe*.
LAURA, *princesa*.
DIANA, *dama*.

LUCELA, *dama*.
OTAVIO, *criado*.
JULIO, *criado*.

CAMILO.
CRIADOS.
ACOMPANAMIENTO.

La escena es en la corte de Bohemia.

ACTO PRIMERO.

Sala en el palacio de Laura.

ESCENA PRIMERA.

LAURA, con una carta; ARNALDO.

LAURA.

Si sospechoso os dejé,
Aunque no tendréis razon,
Yo os daré satisfacion.

ARNALDO.

Leed la carta.

LAURA.

Si haré.

(*Lee.*) «Bien sé que no hay en el mundo quien merezca el divino valor de la princesa Laura; mas suplico á vuestra majestad no pierda por vecino lo que otros pretenden ganar por extranjeros: mi embajador lleva poder para efetuar los capitulos que ofrezco. Guarde Dios á vuestra majestad.» — Federico, príncipe de Transilvania.»

ARNALDO.

¿Qué dice?

LAURA.

Que no habeis sido
Quien mi casamiento trata.

ARNALDO.

De que á tantos seais ingrata,
Estoy, hermana, ofendido.
A mi me es fuerza casaros;
Sabe Dios si hacer quisiera
Un hombre tal, que pudiera
Alabarse de igualaros;
Pero, pues no puede ser,
Imaginad que es querer
Darle un imposible nombre,
Porque al imperio del hombre
Se ha de rendir la mujer.

LAURA.

Pensaréis que es arrogancia
Dilatar mi casamiento,
Porque á mi merecimiento
Hay infinita distancia.
Engañalos, porque soy
La misma humildad.

ARNALDO.

Estoy
Confuso, que despreciéis
Todos cuantos hombres veis,
Pues en la causa no doy.
Vos gallarda, vos discreta,
Vos con salud, ¿qué razon

Os tiene á tal opinion
Barbaramente sujeta?
Si el haber tanto estudiado
Ocasion, Laura, os ha dado
Para haceros singular,
Es cansaros y cansar
Vuestro ingenio y mi cuidado;
De donde vengo á entender
Que si esto de fama y nombre
Hace tan soberbio al hombre,
Será locura en mujer.

LAURA.

Ni el haber tanto estudiado
A eso me ha desvanecido,
Sino solo que he querido
Satisfacer mi cuidado,
Los hombres aborrecer.

ARNALDO.

Pues decidme, ¿qué os han hecho?

LAURA.

Ninguna cosa.

ARNALDO.

Sospecho

Que ocasion debe de haber.

LAURA.

Si poneis el pensamiento
En mi honor, es loco intento.

ARNALDO.

Pues decidme la ocasion.

LAURA.

Por volver por mi opinion
Os la diré: estadme atento.
Antes, generoso Arnaldo,
Que á las artes liberales
Diese principio, ni hubiese
Ocasion para indignarme,
Habia dado en leer
Los libros mas principales
De historias y de poesias,
Y de tragedias de amantes.
Hallaba en todos los hombres
Tan fuertes, tan arrogantes,
Tan señores, tan altivos,
Tan libres en todas partes,
Que de tristeza pensé
Morirme, y dije una tarde
A una dama, á quien solia
Comunicar mis pesares:
«Filida, ¿qué puede ser
Que en cualquier parte que traten
De mujeres, ellas son
Las adúlteras, las fáciles,
Las locas, las insufribles,
Las varias, las inconstantes.
Las que tienen menos ser
Y siguen sus libertades?»
Eso (Filida me dijo),
Laura, solamente nace
De ser dueños de la pluma

De cualquiera accion que hacen.
Por ellas no hay Roma ó Grecia
Ni Troya que no se abraze;
Luego nos dan con Elena
Y con el robo de París.
De todo tienen la culpa;
Y los hombres, inculpables,
Son los santos, son los buenos,
Y los que de todo saben.
Concebi tal ansia en mí,
Que propuse, por vengarme,
De no querer bien á ninguno
Ni permitir que me hablen,
Y dándome á los estudios,
Quedar suficiente y hábil
Para escribir faltas suyas;
Que algunas en ellos caben;
Que ni ellos son todos buenos,
Ni ellas todas malas salen.
Por lo menos, á mi ejemplo,
Escribirán por vengarse.
Si Semiramis valiente
Venció tantos capitanes,
Su hijo dicen que amó
Solamente por quitalle
El laurel de la cabeza,
Sin otras hazañas grandes.
Que hizo esta famosa reina.
Si Dido quiso matarse
Por guardar su castidad
Que no la gozase nadie,
Luego hay un hombre que diga
Que se mató por vengarse
De los agravios de Enéas.
Con quien fué huésped facil.
Desde el principio del mundo
Se han hecho tiranos grandes
De nuestro honor y albedrío,
Quitándonos las ciudades,
La plata, el oro, el dinero,
El gobierno, sin que baste
Razon, justicia ni ley
Propuesta de nuestra parte.
Ellos estudian y tienen
En las universidades
Lauros y grados, en fin,
Estudian todas las artes.
Pues ¿de qué se queja el hombre
De que la mujer le engaña,
Si otra ciencia no le queda
En todas las que ella sabe?
La mujer es imposible
Que adquiera, tenga ni guarde
Hacienda, ahogando pleitos
Ni curando enfermedades.
Pues en algo esta mujer,
Si está ociosa, ha de ocuparse.
Dirán que en hacer labor;
No es ocupacion bastante,
Porque el libre entendimiento
Vuela por todas las partes,

Y no es el hacer vainillas
En holandas ni en cambrayes
Escura filosofía,
Ni el almohadilla lugares
De Platon ni de Porfirio,
Ni son las randas y encajes
Los párrafos de las leyes.
En fin, para no cansarte,
Yo quiero vengar, si puedo,
Agravios, de aquí adelante,
De mujeres, pues lo soy.
Y que este nombre me llamen.

ARNALDO.

Pésame, Laura querida,
Que tan sin causa aborrezcas
Los hombres, que á ser te ofrezcas
Su enemiga y su homicida.
A muchos costó la vida
Amar, querer, defender
El honor; y la mujer
Nació del hombre, y de modo,
Que es como parte del todo
Que nos da principio y ser.
Muchos las han celebrado
En libros de verso y prosa;
Y es, mi Laura, injusta cosa
Que de uno te hayas cansado
Que fué amando desdichado,
O en su ausencia ó casamiento;
Pero yo, que, al tuyo atento,
Aun no dispongo del mío,
Perdóname si porfío
En tan justo pensamiento.
Mira que ser singular
Puede un sabio, no un prudente;
Que es término trascendente
Que desvanece hasta dar
En locura, y porfiar
Contra lo justo no es justo.
No me des, Laura, disgusto;
Que si aborrecerlos quieres
Por vengar á las mujeres,
No tienen todas tu gusto.
¿Qué te importa el ser casada,
Laura, para defender
El honor de la mujer?
Dirás que estar obligada,
Siendo de tu esposo amada.
Dirás bien; pero si el nombre
De hombre infamas porque asombre
Esa locura en que das,
Por lo menos no dirás
Que fuiste mujer sin hombre. (Vase.)

ESCENA II.

LAURA.

La envidia y las virtudes abrazarse,
La verdad con los tiempos encubrirse,
Dejar quien había mal de arrepentirse,
Y el poder ofendido de vengarse;
Un pobre que fué rico de quejarse,
Y un necio liberal de consumirse;
Un alto de caer por preferirse,
Y un bajo de subir por humillarse;
Ser cuerdos en el loco los enojos,
De los que obraron bien faltar los nom-
[bres,
Sin sombra de disgustos los placeres;
Ciegos los celos y el amor con ojos,
Veré primero que querer los hombres
Ni dejar de vengar á las mujeres.

ESCENA III.

JULIO, con un libro.—LAURA.

JULIO.

Para mi humor y ejercicio
Andar con dificultades,

Es como tratar verdades
A quien miente por oficio.
¡Válgate Dios por extraño
Filósofo!

LAURA.

¿Julio amigo!

JULIO.

Al fin vine á dar contigo;
Pero yo te desengañó
De que no daré en saber,
Aunque tú la ciencia seas,
Y presumo que desearas...

LAURA.

¿Qué, Julio?

JULIO.

Echarme á perder.
Yo no tengo inclinación
A las letras: ¿qué me quieres?

LAURA.

Si eras necio, y sabio eres,
¿Qué mayor transformación?

JULIO.

Si fuera necio, no creo
Que hacerme sabio pudieras;
Que si ignorante dijeras,
Fuera posible al deseo.
De un ignorante, en efecto,
Hacer un sabio es posible;
Pero es alquimia imposible
Hacer de un sabio un discreto.

LAURA.

Pues ¿qué libro traes ahí?

JULIO.

A Aristóteles traía;
Que como yo le entendía,
Ninguno me entendía á mí.

LAURA.

Luego ¿tú no eres de aquellos
Que se precian de saber
Lo que quieren entender?

JULIO.

Por ser necio fuera dellos.
Pero tengo inclinación
Mas humilde, por no dar
Risa á quien pueda notar
Mi ignorancia con razón.
Mas dejando aparte el gusto
Con que me haces estudiar,
¿Cómo te va de casar?
¿Dijiste sí? que es muy justo.
Claro está que no lo excusa
Tu singular parecer.
¿Podrélo saber?

LAURA.

Si el ser

Mujer, del rigor me excusa
Con que aborrezco el casarme,
También podrán ofenderme
Y muchos daños hacerme,
Y por inútil dejarme.
A mi hermano dije aquí
Que yo no me casaría.

JULIO.

Pues ¿por qué, señora mía?

LAURA.

Por temor.

JULIO.

¿Temor en tí?

LAURA.

Mucho he leído, y estoy
Con los hombres enojada.

JULIO.

¡Ah, cómo estás engañada!...

LAURA.

¿Defiéndelos?

JULIO.

Hombre soy.

LAURA.

No temas, Julio; que á tí
Solo tengo voluntad,
En tanta diversidad.

JULIO.

¿Por qué méritos á mí?

LAURA.

Por hijo de una mujer
Que me crió, y por criarte
Conmigo.

JULIO.

No sé en qué parte
Escriben, y puede ser,
Que le echaron á un león
Un perro pequeño, y viendo
Que al golpe del brazo horrendo
No mostraba turbación,
Dejóle vivo, y con él
Se crió; mas cuando vió
Que era grande, ensangrentó
Las negras uñas en él.

LAURA.

No hayas temor, Julio amigo;
Que yo no quiero matar
Los hombres, solo vengar
Mujeres.

JULIO.

Lo mismo digo,
Nueva gallarda amazona;
Pero yerras en dejarte
De casar, porque el casarte
Conviene á tu real persona.
Y pues es aborrecer
Al hombre tu pensamiento,
Ejecuta el casamiento.

LAURA.

Casada, ¿qué puedo hacer?

JULIO.

¡Pésala tal! Matalle á celos,
A enojos y á pesadumbres.

LAURA.

No me han dado esas costumbres
Ni esa inclinación los cielos.

JULIO.

Alguna mujer á quien
Un hombre hubiera ofendido,
Con solo hacerle marido
Pudiera vengarse bien.
Pero cierto que si amor
Enlaza dos bien casados,
Que son bienaventurados.

LAURA.

En fin, padre del honor
Llamaron al matrimonio.

JULIO.

Porque cubre en su nobleza
Toda la humana flaqueza.
Como es claro testimonio
Ver con cuánta libertad
Sale una mujer preñada,
Sin temer, porque es casada,
Ser vista de una ciudad.
Tras esto, cuanto los ojos
Ven, tanto suelen pedir,
Y todos han de acudir
A cumplirlle sus antojos.
Como si de estar preñada
Tuviese culpa el que lleva
La almendra verde ó la breva,
La torta ó trucha empanada.

LAURA.

Es común obligación,
Julio, porque el mundo aumenta.

JULIO.

Y ¿no le aumenta, á esa cuenta,
Lo que fué sin bendición?

LAURA.
Ya respondes, ya parece
Que sabes.
JULIO.
Úsase agora;
Pero advierte, gran señora,
Lo que tu estado merece,
Y da este gusto á tu hermano.

LAURA.
Sin duda que se le diera,
Si la fama no corriera
En darme gusto á la mano.

JULIO.
¿Cómo?

LAURA.
Sábase de mí
Que á los hombres aborrezco,
Y si me caso, merezco
Cuántas venganzas en mí
Hará mi esposo por ellos.

JULIO.
¡Ay, Laura! que á muchas salva
Amanecer con el alba
Con unos ojuelos bellos
A medio abrir, de dormidos,
Mirando su resplandor
Al marido, á quien amor
Abre los cinco sentidos;
Y cuando el calor del sueño
Las mejillas le ha enrojado,
Y el labio, en carmin bañado,
Está brindando á su dueño,
No creas que hay mas venganza
Que pagar censo al amor
Sin la pensión del temor
Que á los solteros alcanza.
Si amanece una mujer
Al lado de su marido,
El rostro desguarnecido
Del pasamano de ayer,
Los ojos en campo azul,
El rostro verde y sin toca,
Las mejillas y la boca
De holandilla de baul,
Desconfie; que es razon;
Pero quien...

LAURA.
Déjalo en quien,
Julio, y á mi estudio vén.

JULIO.
Luego llamaré á lición.

LAURA.
Llama á Lucela y Diana;
Proseguiré lo que leo.

JULIO.
Yo pienso que tu deseo
Hará su esperanza vana.

LAURA.
Sin hombres puede vivir
El mundo.

JULIO.
¡Grande locura!

LAURA.
¿Qué dices?

JULIO.
Que tu hermosura
Te comienza á desmentir.
(*Vanse.*)

Campo.

ESCENA IV.

LISARDO, *de camino*; OTAVIO.

LISARDO.
¿Eso responde?

OTAVIO.
Pienso que pudieras,
Si entraras en la corte disfrazado,
Pues de ninguno conocido fueras.

LISARDO.
Quedarme en esta aldea fué acertado,
Porque si la respuesta me trajeras
Como yo imaginé, con mas cuidado
Y ostentacion en la ciudad entrara.
¿Es Laura hermosa?

OTAVIO.
Es peregrina y rara;
Mas todo lo deshace la locura
De aborrecer los hombres y casarse.

LISARDO.
¿Qué tema de mujer duró segura?

OTAVIO.
Desta puede temerse y recelarse.

LISARDO.
Yo pienso ver, Otavio, su hermosa.

OTAVIO.
Bien puede vuestra alteza disfrazarse,
Y atreverse á la corte del Bohemio.

LISARDO.
Yo llevo de humillarme justo premio.
¡Al transilvano príncipe desprecias,
Hermosa Laura?

OTAVIO.
No será disculpa
No haberte visto.

LISARDO.
¡Ay esperanzas necias!
Responderá que mi humildad me cul-
[pa.]

OTAVIO.
¿Qué le importa al valor de que te pre-
[cias]
Esta arrogancia, si quien soy te culpa?
—Gente camina en tropa.

LISARDO.
Todos creo
Que llevan á la corte este deseo.

ESCENA V.

ALEJANDRO, AGUSTO, DOS CRIADOS.
— Dícnos.

ALEJANDRO. (*A Agusto.*)
Si no os hubiera hallado en el camino,
Las nuevas me volvieran á Ferrara.

AGUSTO.
Que lo mismo pudieran imaginó,
Duque, si en el camino no os hallara.
¡Bravo desden!

ALEJANDRO.
Extraño.

AGUSTO.
Peregrino. [*ra.*]
Dicen que es Laura en todas ciencias ra-

ALEJANDRO.
Pues ¿cómo ha dado en este pensa-
[miento],
Si le consta el valor del casamiento?

AGUSTO. [*bres.*]
Porque quiere escribir contra los hom-
Porque quiere vengar á las mujeres.

ALEJANDRO.

Agusto, si es discreta, no te asombres;
Que tienen pensamientos bachilleres.

OTAVIO. (*A su criado.*)

¿Quién son estos señores?

CRÍADO.

Son sus nombres
Y sus estados, si saberlos quieres,
Alejandro, gran duque de Ferrara
(Que solo el nombre pienso que hasta-
[ra].)

Y el otro es el famoso y fuerte Agusto,
Hijo del rey de Albania. Hanse topado
En el camino, y con amor, que es justo,
Cortésmente los dos acompañado.

OTAVIO.

¿A qué van á la corte?

CRÍADO.

Un mismo gusto
Presumo que los lleva, aunque enga-
[ñado],
Pues no quiere casarse la Princesa.

ALEJANDRO.

Digna parece de los dos la empresa.
Vos por Agusto, á quien el nombre
Y yo por Alejandro. [*obliga,*

AGUSTO.

Juntos vamos
A conquistar tan bárbara enemiga,
Aunque en tan alta empresa nos per-
[amos].

ALEJANDRO.

Pues este pensamiento se prosiga
Con la amistad y amor que profesa-
Y venza el que pudiere. [*mos,*

AGUSTO.

Laura hermosa,
¿Cómo naciste sábia y rigurosa?
(*Vanse Alejandro, Agusto y los dos criados.*)

ESCENA VI.

LISARDO, OTAVIO.

OTAVIO.

¿Oíste lo que dijo?

LISARDO.

Y que pretenden
Servir los dos á Laura; mas yo creo
Que la conquista que los dos preten-
Querrá guardar amor á mi deseo. [*den*

OTAVIO.

En público servir á Laura entienden.

LISARDO.

Yo disfrazado, porque en Laura veo
Ingenio que no puede ser vencido
Sin amor, sin industria y sin vestido.
(*Vanse.*)

Bala en el palacio de Laura.

ESCENA VII.

LAURA, DIANA, LUCELA, JULIO.

LAURA.

¿No venis mas?

DIANA.

No pudieron
Casilda, Fabia y Dantea.

LAURA.

Asentáos por orden.—Julio,
No llegue nadie á la puerta.

JULIO.
Ya sé, Señora, que soy
Portero desta academia,
Aunque es vergüenza, siendo hombre.

LAURA.
¿De qué es, Julio, la vergüenza?

JULIO.
De que vengas á leer
A las damas de tu escuela
Liciones contra los hombres,
Que os aman y reverencian;
Y que yo, que al fin lo soy,
Lo escuche y guarde la puerta.

LAURA.
No te finjas querelloso:
Yo sé, Julio, que te hueigas.—
Oid vosotras.

DIANA.
Ya estamos
A tus liciones atentas.

LAURA.
Quedamos ayer, amigas,
En que á los hombres les ciega
Lo que llaman hermosura,
Bien de la naturaleza;
Y como amor es deseo,
Aqueste amor solo muestran:
Por interés propio suyo,
Dan, sirven y hacen finezas.
Repita Diana agora
La licion.

DIANA.
Dijo su alteza
Que no era amor, ni le habla,
El que los hombres nos muestran,
Porque queriéndose á sí,
Era amor suyo, y esfuerza
Su opinion (pues de quererse
A sí nace que nos quieran)
Querer los hombres á quien
Les hace gusto; y si piensan
Que querer su mismo gusto
Las mujeres agradezcan,
Es disparate y locura.
De suerte que si es discreta
La mujer, hará lo mismo,
Si su flaqueza ó su estrella
La obligan á querer bien
A algun hombre.

JULIO. (Ap.)
[Que yo tenga
En estas proposiciones,
Siendo estudiante, paciencia!
Que sufra aquestas.... No sé
Si lo diga. ¿Son doncellas?
Son diablos? ¿Hay tal maldad?
¿Que digan (y lo sustentan)
que no es amor el del hombre,
Y que no hay hombre que tenga
Amor sino es á sí mismo?
¿Que gaste un hombre su hacienda,
Su vida, su honor, sus pasos
Por su no sé si es belleza
(Que ellas saben si merecen
que en esta opinion las tengan);
Y con saber que en el hombre
Hay divinas excelencias,
Nos desprecien deste modo!

DIANA.
Finalmente, vuestra alteza
Dijo que no nos obliga
Este amor, si somos cuerdas,
A agradecer á los hombres
Más que á la naturaleza,
Que esa obligacion les dió.

LAURA.
Adelante.
DIANA.
Vuestra alteza

Dijo tambien que si alguno
Por amor amar pudiera
O supiera, amara el alma
Y á sus tres nobles potencias,
Por opinion de Platon;
Porque el amor que desea
El cuerpo es amor bastardo;
Que el legitimo no llega
A tocar cosas mortales
Y que mañana perezcan.
Lo inmortal ama el amor,
De donde luego contempla
Al Criador en la criatura;
De manera que se acerca
A aquel angélico amor,
Fuego que abrasa y recrea
Los espíritus celestes.

LAURA.
Muy bien.
JULIO. (Ap.)
Muy mal.
LAURA. (A Diana.)
Hoy quisiera
Tener qué darte.

JULIO. (Ap.)
Pues déle
Una estampa. ¿Hay insolencia
Como esta nueva invencion?

LUCELA.
Con tu licencia: no queda
Probada aquella opinion.

LAURA.
¿De qué manera, Lucela?
LUCELA.
Los filósofos antiguos,
Sean de Italia ó de Grecia,
Concedieron dos amores:
El que primero comienza,
Y el que, por llamar al otro,
Llamaron correspondencia.
Si solo hubiera el amor
Propio, y solamente hubiera
Quererse un hombre á sí mismo,
Hasta su tiempo estuviera
Engañado el mundo; y vemos
Que nuestros sabios no llegan
A lo que aquellos antiguos.
Ejemplo innegable sean
Aristóteles, Platon,
Y otros muchos que celebra
La fama.

LAURA.
Aquí no es bien
Con argumentos, Lucela,
Responder á los maestros:
LUCELA.
Mi señora, quien enseña,
A los discípulos debe
Satisfacer.

LAURA.
Oye, y piensa
Que si quien anda á aprender,
Por ignorancia ó soberbia
Anda á poner objeciones,
Confundirá las escuelas,
Y en su vida sabrá nada.

LUCELA.
Saquemos un entimema,
Si te parece, Señora,
De toda esta controversia.

LAURA.
No hay qué sacar; escuchad.
Concedese á la que llega
A tratar del matrimonio,
Que con gran recato advierta
En las partes de su esposo;
Porque si la cama y mesa
Aumenta amor en algunos,
En otros enfado aumenta.

El mas cuerdo se convierte
En un demonio, y apenas
Se mira en la posesion,
Cuando la mayor belleza
Desprecia, deja y olvida
Por la mas necia y mas fea;
Que si la propia mujer
Le sufre, por santa y cuerda,
Piensa, como él es demonio...

JULIO.
Camilo llama á la puerta,
Y por fuerza quiere entrar.

LAURA.
Pues dile que entre sin fuerza.

ESCENA VIII. CAMILO.—DICNOS.

CAMILO.
El Principe me ha mandado
Que te advierta que han venido
Dos novios, que no han sabido
Los muchos que has despreciado.
Es el duque de Ferrara,
Alejandro, el uno, y hombre
Que deste polo su nombre
Al contrapuesto no para;
Y el otro, Señora, es
Príncipe de Albania.

LAURA.
¿De
Que ya voy.
CAMILO.
Harélo así. *(Vase.)*

LAURA.
Y tú, Lucela, despues
Repetirás la licion.
(Vanse las tres.)

JULIO.
¿Hay locura semejante?
Entendimiento arrogante,
¿Quién te dió tal opinion?

ESCENA IX. LISARDO, OTAVIO.—JULIO.

OTAVIO.
Notablemente han entrado.
LISARDO.
Muy conforme á su grandeza.
OTAVIO.
Pero ¿dónde va tu alteza,
Desta suerte disfrazado?

LISARDO.
Calla; que hay un hombre aquí.
JULIO.
(Ap. Aquestos son forasteros.)
¿Dónde bueno, caballeros?
¿Cómo se han entrado así?

LISARDO.
Las pinturas nos llevaron
Los ojos, los pies se fueron
Tras ellos; si os ofendieron,
Las faltas nos disculparon.

JULIO.
¿De qué nacion?

LISARDO.
Español.
JULIO.

Bueno.
OTAVIO. (Ap. á Lisardo.)
¿Español te has fingido?
LISARDO. *[querido*
(Ap. á Julio. Sé bien la lengua.) Ha

Ver el palacio del sol,
Y ofrecer á Laura bella
Algunos libros famosos;
Que sus estudios curiosos
Tambien me obligan á vella,
Y á ofrecerle lo que digo.

JULIO.

Bien recibido seréis,
Y si libros la traeis,
Seréis su mayor amigo.
Mas ¡suénase por allá
Que escribe contra los hombres,
Y que aborrece sus nombres?

LISARDO.

En esa opinion está.

JULIO.

¿Habels estudiado?

LISARDO.

Soy

Graduado en leyes.

JULIO.

Bien;

Que dellas sabe tambien.

LISARDO.

Por sola esa nueva os doy
Ese diamante.

JULIO.

Yo os beso

Las manos por tal merced,
Y por vuestro me tened;
Que honrar y servir profeso
A España toda mi vida
Por natural devocion.

OTAVIO. (Ap.)

No hay tan duro corazon,
Que al dar la puerta le impida.
¡Cómo le movió el diamante!

JULIO.

Los principes han llegado.
Aqui estaréis retirado
Mientras pasan adelante;
Que yo haré que mi señora
Os vea.

LISARDO.

Aqui me retiro.

OTAVIO. (Ap. á Lisardo.)

De ver tu intento me admiro.

LISARDO.

Mi industria comienza agora.

ESCENA X.

ARNALDO, AGUSTO, ALEJANDRO,
LAURA, DIANA, LUCELA, acom-
pañamiento.—DICHOS.

ARNALDO.

Aqui podréis tomar un rato asientos.

ALEJANDRO.

Las honras y mercedes recibidas
Nós dan á las demás merecimientos.

AGUSTO.

Obligan almas y cautivan vidas.

ARNALDO. (Ap. á Laura.)

Encubre, Laura, aqui tus pensamien-
Obligarásme si el rigor olvidas; [tos;
Que no merecen hombres destos nom-
[bres

Tratarlos mal, como á comunes hom-
ALEJANDRO. (Ap. á Augusto.) [bres.

Por cierto que es hermosa, y que me
Que de tal opinion esté infamada. [pasa

AGUSTO.

Si no es difícil, no hay honrosa empresa.

LAURA. [ré forzada.)

(Ap. á Arnaldo. Ya de tu imperio calla-
(Ap. á Diana. Escáchame, Diana. Quien

[profesa

Aborrecer los hombres, disculpada
Con que vengar pretende á las muje-
¡Por qué los mira?) [res,

DIANA.

Escrupulosa eres.

Si vienen estos principes, ¡qué ofensa
Se hace con verlos, á lición ninguna
De las que nos has dado?

LAURA.

La defensa

De no hablar es no ver.

DIANA.

¡Cosa importuna!

¿No habla quien no ve?

LAURA.

Quien mira piensa;

Quien piensa, admite; y no hay mujer
Que, si mira, no admita. [ninguna

DIANA.

Un argumento

Quiero ponerte.

LAURA.

¡Extraño pensamiento!

DIANA.

[ro,

Si miro y pienso, y porque pienso y mi-
Amo lo que he mirado y he pensado,
Bueno es lo que miré; mas ¡qué me
[admiro

Si obliga lo que es bueno á ser amado?

LAURA.

No todo aquello por que yo suspiro
Puede ser bueno; y más si me ha en-
[ganado

La apariencia del bien, pues dan ve-
[neno

Tal vez en oro; así el mirar condeno.

ALEJANDRO. (Ap. á Augusto.)

No mira Laura á nadie.

AGUSTO.

En eso veo

De su rigor la condicion villana.

ARNALDO. (Ap. á Laura.) [creo,

Habla, hermana; que pienso, y aun lo
Que murmuran de verte tan tirana.

LAURA.

No me puedo esforzar, aunque deseo
Hablar por darte gusto.

LISARDO. (Ap. á Otavio.)

Soberana

Belleza adorna á Laura, si hay belleza
Que no ofenda tan bárbara aspereza.

OTAVIO.

En fin, ¿te agrada?

LISARDO.

No diré que he visto

Cosa que mas mis ojos agradase;
Menos sus rayos que del sol resisto,
Y me pienso allegar, aunque me abra-
[se.

OTAVIO.

Ya se levantan.

LISARDO. (Ap.)

Si este bien conquisto,

Mi nombre haré que al de Alejandro
ALEJANDRO. [pase.

No es justo, gran señora, daros pena.

LAURA.

Perdon os pido, no me siento buena.

(Vase.)

ARNALDO.

Laura despues satisfará, señores,
Lo que hoy le niega la primera vista.

ALEJANDRO.

Ver á su altura son grandes favores.
Dadme licencia que á su lado asista.

LUCELA. (Ap. á Diana.)

¿Cuál destos es mejor?

DIANA.

Pues ¡hay mejores!

Laura el mirar por su opinion resista;
Que yo quiero mirar, aunque la siga.

LUCELA.

Y yo tambien, si la verdad te digo.

(Vanse Augusto, Alejandro, Arnaldo, Lu-
cela, Diana y el acompañamiento.)

ESCENA XI.

LISARDO, JULIO, OTAVIO.

JULIO.

¿Qué os parece?

LISARDO.

Que es belleza

Sin igual; pero ofendida
De aquel rigor, que corrida
Tiene á la naturaleza.
Ser mujer y no querer,
Contradice, aunque porfia,
La humana filosofia.

JULIO.

Bien sabe que la mujer
Ha de apetecer el hombre;
Cual la materia á la forma;
Y aunque en esto se conforma,
Es con diferente nombre
Y tanta bachilleria,
Que no se deja entender.
Mas ya debe de volver.

LISARDO.

¡Dichosa la suerte mia!

ESCENA XII.

LAURA.—DICHOS.

JULIO. (A Laura.)

Un español ha venido
Solo á verte, y yo te ruego
Que le honres.

LAURA.

¿Estás loco?

JULIO.

Tiene grande entendimiento.

LAURA.

Pues él, viene á disputar
Conmigo?

JULIO.

Ese fuera exceso

Digno de mayor castigo
Que el de aquel mozo soberbio
Que pensó con falsas plumas
Escribir su atrevimiento
En el papel de los rayos
Del sol, y con cera el fuego.
Trae mil libros curiosos.

LAURA.

¡Ay, Julio! Yo quiero vellos.
Llámale, llámale.

JULIO.

Llega,

Español.

LISARDO.

Llegaré, ciego

De esos rayos, á besar
Las estampas que en el suelo
Imprimen tus pies.

LAURA.
Aizáos.
(Ap. á Julio ¡Qué buen tallo!)
JULIO. (Ap. á Laura.)

No me acuerdo
Que te oyese tal palabra;
De donde, Señora, infiero
Que mil cosas se aborrecen,
Que tratadas...

LAURA.
Calla, necio.
JULIO.
Trata, pesia tal, los hombres,
Antes que digas mal dellos.

LAURA. (Ap. á Lisardo.)
¿Cómo os llamais?

LISARDO.
Yo, Señora,
Eslavo vuestro primero,
Y despues Lisardo.

LAURA.
Bien.
JULIO. (Ap.)
¿Bien tambien? Bueno va esto.

LAURA.
¿Cómo venistes aquí?

LISARDO.
Aunque no soy sabio, intento
Imitar sus opiniones.
Los mas celebrados fueron
Por andar peregrinando
Las partes del universo:
Aristóteles, Platon
Divino, al fin su maestro;
Sócrates, de quien Plutarco
Fué historiador, y otros griegos
Hicieron grandes viajes,
Que no todos los sabemos.
En la patria yo, Señora,
Peregriné varios reinos,
Vi generosas ciudades,
Comuniqué los ingenios
Mas famosos en Italia
Y Flándes, de donde vengo.
En la corte de Brusélas
Trataban dos caballeros
Un día de tu valor
En el palacio; escuchélos,
Y entre las demás virtudes,
Tus estudios añadieron
En todas lenguas y ciencias.
Luego al alma el pensamiento
Este deseo propuso,
Y el pensamiento al deseo,
Y así dije: «No he de ver
Mi patria, España, primero
Que vea esta gran senora;
Porque si á mi casa vuelvo
Sin verla, no he visto nada,
Y haré cuenta, si la veo,
Que he visto al sol en sus rayos,
El Fénix raro en su pecho,
La inteligencia en su rostro,
Que mueve el otavo cielo,
En la influencia de amor
A Vénus en el tercero,
Y en la claridad la luna,
Que ilustra al cuarto elemento.
Mas porque la ley de Persia
Se cumpla en mí, que primero
Que entraban á ver al rey
(Que era pocas veces esto),
Le daban algun presente,
Dar á vuestra alteza quiero
De los libros mas curiosos
Los que le agradaren.

LAURA.
Cierito
Que lo estoy, noble español,
L-III.

De oiros hablar y veros.
¿Qué nombre ó ciudad de España
Nombre y nacimiento os dieron?

LISARDO.
Zaragoza de Aragon.

LAURA.
Ilustre ciudad y reino.
¿Padres?

LISARDO.
Claro está, Señora,
Que tengo de honrarme dellos
Donde no soy conocido,
Y así, los paso en silencio.

LAURA.
¿Traéis lista de los libros?

LISARDO.
Sí, Señora.

LAURA.
Leed.
LISARDO.
No quiero
Cansaros con los comunes,
Aunque clásicos y buenos,
Pues todos los tendréis ya.
Fidoro.

LAURA.
¿Qué lengua?
LISARDO.
Es griego,

Y traducido en latin
Por el doctísimo Ismenio.

LAURA.
¿Qué escribe?

LISARDO.
Las excelencias
Del hombre, en prosas y en versos.

LAURA.
No tratéis mas dese libro;
Dejalde; que no le quiero.

LISARDO.
¿Por qué?

LAURA.
Aborrezco los hombres.

LISARDO.
¿Algun agravio os han hecho?

LAURA.
Leed adelante.

LISARDO.
Arfando.
LAURA.

¿Qué escribe?

LISARDO.
Escribe el gobierno
Del hombre, á la imitación
De la económica.

LAURA.
Y luego

Tratará de las mujeres
Y de aquel tirano imperio
Con que las mandan los hombres.
Quemalde; que no le quiero.

LISARDO.
Evandro.

LAURA.
¿Qué trata?

LISARDO.
Escribo
Dos amores y dos Vénus,
Una divina, otra humana.

LAURA.
Bueno, adelante.

LISARDO.
Heracleo.
Este escribe alquimia.

LAURA.
Echalde
En un crisol en el fuego.

LISARDO.
Fablo de Arcano.

LAURA.
¿Qué trata?

LISARDO.

Magia natural.

LAURA.
Bien puedo

Leerle.

LISARDO.
Seguramente.
Filopenes, de venenos.

LAURA.
Señalalde, por si acaso
Matar los hombres intento.

LISARDO.
Paso, divina amazona;
Tened mas lástima dellos.—
Lauro.

LAURA.
¿Qué escribe?

LISARDO.
Alabanzas

De las mujeres.

LAURA.
Bien creo
Que quien se llamaba Lauro
Se precie deste argumento.

¿Qué nacion?

LISARDO.
Es español.

LAURA.

¿Oh, cuánto á España debemos
Las mujeres!

LISARDO.
Es verdad.
No hay nacion que en mayor precio
Las tenga ni mas las sirva.
El hombre que vale menos
Gasta en vestir su mujer
Mas que en el dote le dieron.—
Laurencio.

LAURA.
¿Qué escribo?

LISARDO.
Trata
De cómo un hombre discreto
Se ha de casar, y en qué edad.

LAURA.
Señalad ese Laurencio.

LISARDO.
Aquíes Tacio.

LAURA.
Dejalde.

LISARDO.

Trata amores.
LAURA.
Ya le tengo.

LISARDO.
Lidio, historia de Lucrecia.

LAURA.
Famoso; pero dejemos
La lista para despues,

Y escogeré los que fueren
A mi propósito.

LISARDO.
Creo
Que hallaréis cosas notables.

« Falta un verso.

LAURA.

¿Quereisme servir? que pienso
Que para mí librería
Y estar mi estudio compuesto
Como merecen mis libros
Y como honrallos deseo,
A propósito seréis.

LISARDO.

Señora, si yo merezco
Serviros, ¿qué mayor bien
Pedirles puedo á los cielos?
Digo que quedo á serviros,
Y que tan contento quedo,
Que por no decir locuras
Tan justas, no lo encarezco.

LAURA.

¡Julio!

JULIO.

Señora...

LAURA.

Señala

Dentro en palacio aposento
A Lisardo.

JULIO.

El primer hombre
A quien tal merced has hecho.
(Vase Laura y Julio.)

ESCENA XIII.

LISARDO, OTAVIO.

LISARDO.

¿Qué dices, Otavio?

OTAVIO.

Digo

- Que todo va sucediendo
Mejor que lo imaginaste;
Pero es locura en exceso
Conquistar una mujer
Hecha de aborrecimientos
De hombres, y con dos señores
(Que la han de servir haciendo
Tan grandes ostentaciones)
Por competidores.

LISARDO.

Necio,

El peligro en las mujeres
No está en quien las mira téjos,
Porque á quien se aleja mas
Sabes que le quieren menos;
Por eso luego se olvidan
De los ausentes y muertos.
Pero si un hombre se acerca,
Guárdese el mas casto pecho;
Que no quemaron á Troya
Desde las naves los griegos.
Caballo preñado de hombres
Puso á las murallas fuego;
Que menos puede un gigante
Fuera, que un enano dentro.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

DIANA, LUCELA.

DIANA.

Hizo tan justa elección
En el español la Infanta,
Por ser, como sabes, tanta,
Lucela, su discreción,

Al darle el honroso oficio
De secretario, que ha dado,
Contra el desden profesado,
Muestras de su buen juicio,
Porque no sé yo de quién
Puede hacer mas confianza.

LUCELA.

O en tí ó en ella hay mudanza
De aquel injusto desden.
Digo injusto, pues lo es
Aborrecer á los hombres.

DIANA.

¡Ay, Lucela! No los nombres,
Si lo ha de saber despues;
Que la temo de tal suerte,
Que resisto sin razon
La forzosa inclinación
Que de quererlos me advierte.
Porque tú no habrás leido
Que pueda posible ser
Aborrecer la mujer
Al hombre.

LUCELA.

Bien sé que ha sido
General efeto en Laura
Tratar de nuestra defensa,
Porque desta suerte piensa
Que su opinión se restaura;
Mas tú, que, á mi parecer,
Ya miras al secretario,
No firmarás lo contrario.

DIANA.

Dejara de ser mujer;
Pero está cierta, Lucela,
Que pudiera ser que amara.
Si para encubrirlo hallara
Algun engaño ó cautela.
No me mirado al español
Sin cuidado; pero creo
Que si fuese mi deseo
Un átomo de su sol,
Laura con vista real
Del águila mas famosa
Le viera; y aunque era cosa
Justa, perfecta y igual
Amar por honesto fin,
Temerosa de perder
Su gracia, no he de querer.

LUCELA.

Pues ¿qué pretendes en fin?

DIANA.

Seguir su vana opinión.

ESCENA II.

LAURA, LISARDO, JULIO. -- DIGNOS.

LISARDO.

Pues si es hombre ocasionado
La mujer, y le ha faltado
La perfección del varón,
Como Aristóteles dice
En los *Físicos*, Señora,
¿Cómo tu opinión agora
A la razon contradices?

LAURA.

Secretario, si llamó
El filósofo con nombre
A la mujer de ser hombre,
Y perfección le faltó,
Ya por lo menos confiesa
Que lo pudo ser.

LISARDO.

Quedando
Imperfecta, fué mostrando
Que de hacer mujer le pesa.

JULIO.

Tiene razon mi señora,

Y parece que tú quieres
Que haya mundo sin mujeres,
Y tantas como hay agora!
Si las que nos han parido,
Hombres parieran no mas,
Y no nacieran jamás
Mas mujeres que han nacido.
En justa razon me fundo,
Términos son de argüir
Que habíamos de parir
Para conservar el mundo.

LISARDO.

Julio, la filosofía
Solamente dió á entender
La imperfección que en mujer
Desde su principio había;
Que no que naturaleza
Siempre engendrara varen,
Para dar mas perfección
Al mundo, adorno y belleza.
Ella atiende á lo mejor;
Por eso el hombre lo es,
Saliendo mujer despues,
Como que fué por error
Faltar á lo que pretende,
Culpando los instrumentos
Para obrar.

DIANA.

Tus argumentos

Laura, mi señora, entiendo,
Y se burla de tí y dellos;
Pues esa misma razon
Con que los hombres lo son
Le ha obligado á aborrecellos.
Dime alguno que haya sido
Sin mujer.

LISARDO.

No puede ser.

DIANA.

Pues confiesa que aquel ser,
De mujer le han recibido.

LISARDO.

No, Diana; que le tiene
Del hombre;— y esta cuestion
Tratar en otra ocasion
Con mas decencia conviene.

LUCELA.

Laura se ha de persuadir,
Y confesarse inferior.

LISARDO.

Eso es, ó tener amor,
O por lo menos sentir
Bien de los que le han tenido.

LAURA.

¡Yo amor, secretario! ¿A quién?

LISARDO.

A un hombre.

LAURA.

Dices muy bien,
Si el hombre hubiera nacido...
Mas mientras naturaleza
No hiciere por mi diseño
Un hombre, es cosa de sueño
Querer rendir mi firmeza.

LISARDO.

Si le ha de hacer á tu gusto,
Elige de los que están
En palacio.

LAURA.

No tendrán
Méritos, Lisardo, al justa.

LISARDO.

Luego, como oro en crisol,
¿Quieres que venga á poner
Ese imaginado ser?

LAURA.

Eso quisiera, español.

LISARDO.

Y ¿pensabas esperar
A que la naturaleza
Pusiera tanta belleza,
Que te pudiera agradar?
¿A que el hombre se formara,
Y fuera creciendo así
Hasta ser perfecto?

LAURA.
Sí.

LISARDO.

¿En buena edad te alcanzarás!
Ahora, no en balde los sabios
Hablaron de las mujeres
Como sabes, pues tú quieres
Satisfacer tus agravios
Con tantas sofisterias
Y opiniones singulares.

DIANA.

Lisardo, cuando repares
En que ofenden las porfías,
Repara en que has de tener
Tres enemigas aquí.

LISARDO.

Diana, no hay ser en mí
Que no conozca su ser.

DIANA.

Pues ¿qué pretendes?

LISARDO.

No mas
Que argüir; que el argüir
No es lo mismo que sentir
La verdad.

LUCELA.

Luego ¿darás
Mas valor á la mujer?

LISARDO.

En cuanto á haberme rendido,
Pues muchos sabios han sido
Dese mismo parecer.

LAURA.

Luego ¿confiesas que aquello
Que es mas firme es lo mejor?

LISARDO.

No, Señora; que el amor
Hizo que diese el cabello
Sansón á los filisteos.

LAURA.

Y ese amor ¿de qué nació?

LISARDO.

De la hermosura que vió
Para rendir sus deseos.

LAURA.

Y esa hermosura ¿en qué estaba?

LISARDO.

En mujer.

LAURA.

Pues si era suya,
De aquea fuerza se arguya
Que al mas libre sujetaba.

LISARDO.

No confesaré yo tal;
Que tambien mata el veneno,
Y no por eso es mas bueno,
Sino una cosa mortal.

LAURA.

Desigual comparacion,
Pues los venenos son feos,
Y lo que rinde deseos
Son belleza y perfeccion.

LISARDO.

Y una adelfa ponzoñosa
No tiene alegre hermosura,
Cuando en hoja verde oscura
Produce encarnada rosa?
Y una espada que despierte

De su acero resplandor,
Que al sol parece mejor
Y con sus rayos se mide,
No mata, y es en razon
Espada hermosa y dorada?

LAURA.

Ni la adelfa ni la espada
Matan con viva intencion;
La mujer sí, que al mirar,
Cuando hay perfeccion allí,
Lleva las almas tras sí,
Y esto es rendir sin matar.
Porque si mata el acero,
Su hermosura ensangrentó;
La hermosura en mujer, no;
Que rindió el alma primero.
Venenos los cuerpos matan,
El alma no, y la mujer
Del alma lo suele ser.

JULIO.

Tambien los cuerpos maltratan,
Quitándoles la salud.

LISARDO.

Eso sí, Julio; defiende
Nuestra parte.

JULIO.

No se entiende
En ofensa á tu virtud.

LAURA.

Venid vosotras conmigo;
Dejad á Lisardo aquí.

LISARDO.

¿Haste cansado de mí?

LAURA.

Eres muy flaco enemigo.

LISARDO.

Bien dices, rendido estoy.

DIANA.

Quien rinde no está rendido.

LUCELA.

¿Qué dices?

DIANA.

Que no ha querido
Rendirse.

JULIO.

¿Dónde vas?

LAURA.

Voy
A entretenerme al jardin.

DIANA.

Venid conmigo; deseo
No os quedeis, porque no veo
Destos principios buen fin.

(Vanse todos, menos Lisardo.)

ESCENA III.

LISARDO.

¿Qué pretende mi locopensamiento,
Volando al sol con alas atrevido?
Un loco amor que le ha desvanecido,
Por su hermosura, en la region del
viento.

Disculpase de tanto perdimiento
Con decir que es mejor morir perdi-
Que ninguno murió por atrevido, [do]
Sin fama de su mismo atrevimiento.

Mas ¿qué gloria, qué título, qué
nombre
Puedo esperar cuando me alienta el
aura

De su favor, cuando el temor me asom-
bre;
Pues es forzoso, si mi ser restaura,
Ya que el ser aborrece por ser hombre,
Dejar de ser para querer á Laura.

ESCENA IV.

ALEJANDRO.—LISARDO.

ALEJANDRO.

A dicha notable tengo
Hallarte en esta ocasion.

LISARDO.

Aumentas mi obligacion.

ALEJANDRO.

Lisardo, á pedirte vengo
Que, pues de aquesta cruel
Solo tú mereces nombre
De agradable, por ser hombre
Me des una parte dél.
Ya te dije, habrá seis dias,
Mi amor y mis pretensiones.

LISARDO.

Quien no escucha tus razones,
¿Cómo escuchará las mías?
No há un instante que conmigo
Se enfadó sobre querer
Ensalzar, siendo mujer,
Nuestro mayor enemigo;
Y como réplicas son
Forzosas en argumentos,
Cansóse de mis intentos
Y de mi justa opinion.
Bien pudiera defender
Laura, Alejandro, las bellas
Mujeres, pues hay en ellas
Muchas que lo pueden ser
Por virtudes, por hazañas
Y por otras mil razones;
Pero no con opiniones
Tan singulares y extrañas,
Y dando en aborrecer
Los hombres...

ALEJANDRO.

Esa victoria
Me ha de dar corona y gloria;
Que al fin es Laura mujer.
Pero no sin tu favor,
Porque yo, Lisardo, hallé
Remedio para que esté
Agradecida á mi amor.
Manda mi casa, mi estado;
Tú eres el Duque, yo soy
Tu esclavo.

LISARDO.

Gracias te doy
Del remedio que has hallado
Mas que del ofrecimiento;
Porque hallar cómo vencer
Esta invencible mujer
Me ha dado mayor contento.
Y pues que de mí te fias
Y te tengo de ayudar,
Dí cómo pudiste hallar
Remedio en tan pocos dias.
¿A qué monte de la luna,
A qué Tesalia has quitado
Las yerbas, ó quién te ha dado
Conocimiento de alguna
Que rinda su voluntad?

ALEJANDRO.

Viéndome yo (si el secreto
Me guardas, como discreto)
En tanta dificultad,
Supe que cierta mujer
Hacer hechizos sabía,
Tales, que solo podia
Sus asperezas vencer;
Y viéndome tan ajeno
Del remedio que ya aguardo,
El antidoto, Lisardo,
Hice del mismo veneno.
Venza mujer á mujer,
Dije, y lábrese un diamante
Con otro, y Laura constante

Comiencio á saber quere-
Consultéla, y pide, en fin,
Una cinta de su frente,
O otra cosa solamente
Que se dirija á este fin,
Con tal que ha de haber tocado
Su cuerpo ó rostro.

LISARDO.

No sé,

Duque, si crédito dé,
Como le da tu cuidado,
Al hechizo que refieres;
Si bien he visto y leido
Que han desta suerte rendido
Muchos hombres las mujeres.
Pero si tan cierto estás,
Prosigue, Señor, tu intento;
Que aunque es fuerte atrevimiento,
El rigor de Laura es mas.

ALEJANDRO.

Faltan las cintas; que á ti
Te será fácil entrar
Donde las puedas tomar,
Y dárme las luego á mí.

LISARDO.

¿Está el misterio que toquen
Su rostro?

ALEJANDRO.

No mas.

LISARDO.

Pues parte

Y déjame.

ALEJANDRO.

Si á obligarte
Puede ser que te provoquen
Oro y diamantes, el suelo
Que pisas hará cubrir.

LISARDO.

Tú has de vencer.

ALEJANDRO.

O morir.

LISARDO.

Logre tu esperanza el cielo.
(Vase Alejandro.)

ESCENA V.

LISARDO.

¡Extraña imaginación,
Querer vencer con hechizo
A Laura, que el cielo hizo
De tan fuerte condicon!
Cintas me pide: yo haré
Que en otro sugeto pruebe
Lo que puede y lo que mueve,
Y que ella segura esté.—
Este es Julio: en él querría
Hacer aquesta experiencia,
Porque contra toda ciencia
Me valga la industria mía.

ESCENA VI.

JULIO.—LISARDO.

JULIO.

Yo pienso que he de pedir
Para dejar esta casa
Licencia.

LISARDO.

¿Qué hay, Julio amigo?

JULIO.

Los desatinos de Laura.

LISARDO.

Habrá dicho en el jardín
Excelencias y alabanzas

De las señoras mujeres,
Y de los hombres infamias?

JULIO.

Estábele yo diciendo,
Dando materia las plantas,
Que las unas con las otras
Naturalmente se casan,
Y cómo no daban fruto
Las palmas enamoradas,
De aquellos racimos de oro,
Sin la vista de otras palmas.
Enseñábele las flores,
Que medran con las que aman;
Las aves, que solas lloran,
Y que acompañadas cantan;
Y viendo el agua á una fuente,
Díjale también que el agua
Se casaba con la tierra.
Y ella entonces, enojada,
Con el marfil de la mano
Rompió la sonora plata,
Y bañóme rostro y cuello.

LISARDO.

Si fuera, Julio, Diana,
Hoy eras ciervo, y vivieras
Las selvas.

JULIO.

Aun bien que hallara
Compañeros en mi mal,
Que no sienten su desgracia.
Pero ¿qué has hecho despues
Que te dejamos?

LISARDO.

Pensaba
De Laura en las asperezas,
Y por divertir el alma,
A Aristóteles leía,
Y hallé una cosa extremada.
Dice que el cuerpo que tiene
Un niño cuando se balla
De siete años, aquello
Y otro tanto, sin que haya
Mas ó menos, tendrá hombre.

JULIO.

Si naturaleza falta
Hace un enano, ó que sale
Mal formado de la estampa,
¿Hará lo mismo también?

LISARDO.

¿Quién lo duda?

JULIO.

¡Cosa extraña!

Los pintores dan, Lisardo,
A una figura gallarda,
Tomando la simetría
Del rostro, otros nueve, y hallan
Que entonces está conforme
Y igual el cuerpo á la cara.

LISARDO.

Si nueve veces el rostro
Forman el cuerpo que basta
A hacer que tenga esbelteza,
Como dicen en Italia,
Presto podremos saber,
Con demostración tan clara,
Si eres perfeto.

JULIO.

¿Qué quieres?

LISARDO.

Medirte.

JULIO.

Detente.

LISARDO.

Aguarda;
Que aquí traigo aquestas cintas,
Prendas de una hermosa dama,
Y te mediré con ellas.

JULIO.

Siempre los hombres que andan

A saber curiosidades,
A cuantos tratan enfadan.

LISARDO.

¿Qué sabe el que no desea
Hacer de las cosas raras
Experiencia?

JULIO.

Si midieras
Un hombre que por la espalda
Tuviera á Sierra-Morena
Y en el pecho á Guadarrama,
¿Cómo pudieras saber
La verdadera distancia?

LISARDO.

Déjame medir tu rostro
Desde el cabello á la barba.

JULIO.

Parece que me santiguas.

LISARDO.

Estáte quedo, y repara
En esta curiosidad.

JULIO.

Un hombre se lamentaba
De que la naturaleza
Así barbasé las caras,
Que hubiese de haber barberos.

LISARDO.

Pues ¿no es gente que nos causa
Gran limpieza, y que nos quita,
Cada vez que nos desbarba,
Diez años al parecer?

JULIO.

Es verdad; no se quejaba
Sino de naturaleza.

LISARDO.

Luego ¿era bien que criara
Todos los hombres lampiños?

JULIO.

Solo eso para ser damas
Falta á algunos; pero advierte
Que la mayor arrogancia
De un hombre está en una silla,
Aguardando la navaja
Con un babador al cuello.
Sin saber si el que le rapa,
Perdiendo el juicio entonces,
Le cortará la garganta.
Pues ¿ver con cuánta crueldad
Tuercen la boca, y la pasan
A otro lado con tal gesto,
Que parece que regañan!
Y tras esto, que despues
La barba mas estimada,
La que vió mas bigotera,
Gastó mas tinta y mas ámbar,
La lleven á la basura,
¿No es crueldad?

LISARDO.

Mira que llaman
A la barba la hermosura
Del hombre.

JULIO.

Ahora bien, ¿qué hallas
De mi rostro? ¿Tengo nueve
Desde el cabello á la planta?

LISARDO.

No habrá pintor en el mundo,
Julio, que te ponga falta,
Ni dama que no te quiera.

JULIO.

Como yo mire á las damas
Con telas y con cadenas,
Ninguna me pondrá tacha.

LISARDO.

(Ap. Yo voy á buscar al Duque,
Porque pruebe, y no con Laura,
En estas cintas su hechizo.)

Mira, Julio, qué me mandas ;
Que tengo que hacer.

JULIO.
El cielo
Tan filósofo te haga,
Que venzas de Laura el pecho.

LISARDO.
Ya he perdido la esperanza. (Vase.)

ESCENA VII.

LAURA, ARNALDO.—JULIO.

ARNALDO.
Dame ese gusto, así vivas.

LAURA.
Servirte, Arnaldo, deseo.

ARNALDO.
Como las ninfas te veo,
En Ovidio, fugitivas.
Mira que es forzoso ya
Hacer aquesta eleccion :
Príncipes gallardos son ,
Y todo este reino está
Con amorosos deseos.
Agosto es muy gentilhombre ,
Y Alejandro al de su nombre
Vence en iguales trofeos.
Elige, hermana, y tendrás
Un esclavo en mí.

LAURA.
Sí haré,
Aunque no sé si podré,
Si tanta prisa me das.
Prueben la espada y la pluma
Esos príncipes, y quien
Me pareciere mas bien ,
De ser mi esposo presuma.

ARNALDO.
Y ¿qué han de hacer?

LAURA.
Un torneo
De á caballo, no de á pié ;
Aunque en el de á pié se ve
Cuanto imagina el deseo
En gala, en tallo y en brío.

ARNALDO.
Mil dificultades hallo
En torneos de á caballo.

LAURA.
Yo lo imposible porfío,
Y el de á pié niños, mujeres
Le pueden ejercitar.

ARNALDO.
Y ¿en qué han de poder probar
La pluma como tú quieres ?

LAURA.
En un libro de alabanzas
De las mujeres.

ARNALDO.
No seas
Tan bárbara.

LAURA.
Pues no creas
Que tengan sus esperanzas
De otra suerte posesion.

ARNALDO.
Ahora bien, voy, aunque siento
Que solo á tu casamiento
Pretendes la dilacion. (Vase.)

ESCENA VIII.

LAURA, JULIO.

LAURA.
Enojado va mi hermano.

JULIO.
Con razon.

LAURA.
Julio, ¿aquí estás?
JULIO.
Buenas dos pruebas les das ;
Probarán vencerte en vano.
¿Libro mandas escribir?
Diez años han menester,
Si á Horacio se ha de creer ;
Que tantos suele pedir.
Si bien hay hombres agora
De tanta sabiduria,
Que escriben diez en un dia,
Y si de prosa, en un hora.
Pero son, aunque lo pida
El vulgo, para quien vienen,
Libros fimeras, que tienen
Veinte y cuatro horas de vida.

LAURA.
Julio, llámame á Diana.
JULIO.
Voy á darte el parabien
De que á querer hombre bien
Tu pensamiento se allana. (Vase.)

ESCENA IX.

LAURA.
De otra suerte lo dijeras
Si supieras cuál estoy,
Y la venganza que doy
A los hombres tan de veras.
Yo vine á sus manos fieras
Cuando menos lo pensé :
No sé cómo me fié
De mi mayor enemigo ;
Pero si no fué castigo,
Desdicha y venganza fué.
¿Quién me dijera que yo,
Aunque es ley de Dios, amara
A mi enemigo, y buscara
El veneno que me dió ?
Quien menos lo imaginó
Es al fin quien me ha rendido,
Y mayor venganza ha sido
Que un hombre tan desigual
Me ocasione á tanto mal
Como por él me ha venido.
Pero primero que entienda
Que le quiero, abrazará
El hielo, y el fuego hará
Que el campo del mar se encienda.
Seré, por mas que me ofenda
Amor, causándome enojos,
Rendida sin dar despojos,
Fortaleza sin mudanza,
Deseo sin esperanza,
Y amor con vista y sin ojos.
¿Cómo podré defender
De las mujeres los nombres,
Si de parte de los hombres
Amor me quiere poner?
Diligencias puede hacer,
Pero no me ha de rendir ;
Porque si un preso sufrir
Puede un tormento, y negar,
Yo sabré amar y callar,
Y á mas no poder, morir.

ESCENA X.

DIANA.—LAURA.

DIANA.
Julio dice que tu alteza
Me llama.

LAURA.
Quise, Diana,

Tratar contigo de amor
Sobre la lición pasada.

DIANA.
Grande es, Señora, su fuerza.
Pruebas con razones varias
Que se puede resistir,
Y alegas historias sacras
Con no menores discursos
De las que has leído humanas.
Así es verdad ; pero advierte
Que son tantas las contrarias,
Y tienen tantos ejemplos
De su fuerza en cuerpos y almas,
Que como no entra en defensa
De las mujeres que alabas
El amor de honesto fin,
Contradecirte pensaba
Cuando estuviéramos solas ;
Que bien sabes que quien ama
Para el casamiento tiene
Disculpa, y aun alabanza.
Aristóteles, Señora,
En los *Físicos*, ¿no trata
De que la naturaleza
Por el fin se mueve, y llama
Todas las cosas que miran
Al fin, cosa necesaria?
Luego siendo el casamiento
El fin á que amor señala,
Necesario es ver y oír.

LAURA.
¿Y si se trata, Diana,
En ausencia un casamiento?

DIANA.
Ya por lo menos por fama
Se oye, se ve y se desea,
Y se enana por cartas.

LAURA.
¿Y si lo tratan los padres?

DIANA.
La imaginacion le basta,
Pues por lo que ha conocido
Lo no conocido trata,
Como el filósofo dice.

LAURA.
¡Ay, Diana ! si no amaras,
No respondieras así.

DIANA.
Yo no amo ; que tu gracia
Estimo mas que mi ser ;
Pero amara, si te hallara
Dispuesta, no digo á amar,
Si es imposible en las causas
Que das para no querer,
Pero á confesar que es casta
La voluntad que ama ; en fin,
Que es ley divina y humana.

LAURA.
Vencida de la razon,
Ya estoy un poco mas blanda,
Ya no tengo aquel rigor.

DIANA.
¡Gracias á los cielos ! gracias
A tu ingenio ! que al fin dél
Ha nacido esta mudanza.
¿Qué te importa, si defiendes
A las mujeres que amparas,
Amar los hombres?

LAURA.
No sé.
Amor, que los celos causa,
Me ha de dar celos de todas ;
Pues mira si podré amallas
En llegando á amar á un hombre.

DIANA.
Pues si amas á quien te ama,
¿Qué celos puedes tener
De quien amas?

LAURA.
Nadie paga
Tan al justo, Diana amiga,
Que de obra ó de palabra
No dé celos.

DIANA.
¿Eso dices?
Como si quisieras hablar.

LAURA.
Sí quiero.

DIANA.
¡Válgame el cielo!
Dame la tierra que estampan
Tus pies, por tanta merced
Como me has hecho.

LAURA.
Pues trata
Tu amor conmigo; que quiero,
Como á toda mi privanza,
Decirte mis pensamientos.
En fin, ¿tú quieres, Diana?

DIANA.
Sí, Señora: soy mujer.

LAURA.
¿A quién amas?

DIANA.
Amo, Laura,
Al secretario Lisardo.

LAURA.
¡Ah traidora! No aguardaba
Mas de saber que tenías
Amor.

DIANA.
Luego ¿tú no amas?

LAURA.
No, enemiga; que esto ha sido
Invención por verte el alma.
Trata luego de olvidar
A Lisardo; que si hablas
Mas en su amor, no has de estar
En mi gracia ni en mi casa,
Y aun haré echarte del reino.

DIANA.
No pensé que me estimabas
Tan poco.

LAURA.
Véte de aquí.

DIANA.
Yo me iré, pues tú lo mandas.

LAURA.
Oye.

DIANA.
¿Qué quieres?

LAURA.
Lisardo
¿Quiérete á tí?

DIANA.
Ni aun levanta
Los ojos para mirarme;
Que este pensamiento anda
Entre mis ojos y yo.

LAURA.
Véte.

DIANA. (Ap.)
¿Cuánto un deseo engaña!
Dijele mi amor, erré.
Triste queda, voy turbada. (Vase.)

ESCENA XI.

LAURA. [vido]
¿Qué es aquesto? Lisardo se ha atre-
A rendir mi opinión libre y gallarda,
Y afligeme el amor porque se tarda;
Que es tirano que aflige resistido.

Síguele el corazón, y convencido,
Rendido esfuerza lo que al fin aguarda,
Y aunque resista, el alma se acobarda,
Y enferma la razón, se da á partido.
Mas yo, que con mi espíritu peleo,
Defiendo mi razón con mi disculpa;
Y cuando ya se rinde mi entereza,
Antes quiero á las manos del deseo
Morir del mal, por encubrir mi culpa,
Que buscar el remedio en mi flaqueza.

ESCENA XII.

JULIO. — LAURA.

JULIO.
Basta, Señora; que ya
Se ha concertado el torneo.
Solo en el libro el deseo
Suspense y confuso está;
Pero buscarán poetas
Que escriban.

LAURA.
Sí buscarán;
Pero pocos hallarán,
Si bien el nombre interpretas;
Porque de ignorantes legos
¿Cómo se podrá fiar
Competencia que ha de dar
A la fama tantos pliegos?
En lo que toca al torneo...

JULIO.
Alejandro es mas galán.
Todos el premio le dan,
Suyo ha de ser el trofeo.

LAURA.
¿Alejandro?

JULIO.
Sí, Señora.
LAURA.
Pues ¿tiénesle inclinación?

JULIO.
Solo en su servicio son
Mis pensamientos agora.

LAURA.
No solías tú querer
A Alejandro.

JULIO.
Así es verdad,
Porque es esta voluntad
Acabada de nacer.

LAURA.
Pésame que se la tengas.

JULIO.
Aun con esta inclinación
Quieres tomar ocasión
Para decir que te vengas.
Pues dime, ¿quién ha venido
Como el duque de Ferrara?
En su persona repara:
¿Qué gallardo! qué lucido!
Qué lindo rostro! qué talle!
Qué discreción!

LAURA.
Cállate, necio,
Si te compra amor con precio...

JULIO.
¿Por qué me mandas que calle?

LAURA.
Porque te debe de haber
Pagado para tercero.

JULIO.
¿Plega á Dios, que si le quiero
Mas de por solo querer
Un hombre de tal valor,
Ni él me ha dado cosa alguna,
Que venga á tan vil fortuna,
Que me trate mal tu amor!

ESCENA XIII.

LISARDO. — DIANOS.

LAURA.
Este es Lisardo.

LISARDO.
Quisiera
Ser Virgilio, gran señora,
Porque en tu alabanza agora
Divinamente escribiera,
En justo agradecimiento
De haber rendido tu gusto
A lo que es tan santo y justo,
Como es ya tu casamiento.
Está toda la ciudad
Contenta, y los pretendores
Llenos de celos y amores,
Sin hallar dificultad
En pelear y escribir,
Previendo varias sumas
De dos maneras de plumas,
Para escribir y salir.
Yo, que tengo inclinación
A alguno, que no te digo,
Pór galán y por amigo
Y de mi propia nación,
Te suplico que me des
Para el torneo un favor.

JULIO.
Si es á quien yo tengo amor,
Pondréme, Laura, á tus pies.
¿Es Alejandro ese hombre?

LISARDO.
No es Alejandro.

JULIO.
Pues ¿quién?

LISARDO.
Agora no me está bien
Que sepa nadie su nombre.
Esto á mi señora pido.

JULIO.
El favor solo ha de darme
A Alejandro, pues su talle
Le tiene bien merecido.
No hay caballero en la corte
Como Alejandro.

LAURA.
Ya estás
Necio. No me trates mas,
Aunque la vida te importe,
De Alejandro, Julio, aquí;
Y véte luego.

JULIO.
Si haré,
Si te canso; mas yo sé
Que te has de servir de mí,
Y que por ser el señor
Que en todo á todos excede,
Alejandro solo puede,
Laura, merecer tu amor. (Vase.)

ESCENA XIV.

LAURA, LISARDO.

LISARDO.
Esta opinión de Julio, gran señora,
Se funda en interés.

LAURA.
Mejor pudieras
Culpar la tuya, pues se atreve agora
A lo que no pensé que te atrevieras.

LISARDO.
Sí sé; que aqueste príncipe te adora,
Y es español. No digo que le quieras;

Pero que tu favor solo deseo
Para que mas galan salga al torneo.

LAURA.

¡Príncipe y español!

LISARDO.

Y que ha venido

Solo á servirte.

LAURA.

¿Público ó secreto?

LISARDO.

[sido,

Secreto; que en su amor siempre lo ha
Y yo por él lo mismo te prometo.

LAURA.

Pues ¿cómo aquesas nuevas me has
Si me conoces?

LISARDO.

[traído,

Fuera yo indiscreto,
Si por otro interés que tu bien solo
Solicitará amor al mismo Apolo;
Que de que goce España tal princesa,
Recibo yo la gloria que le alcanza
Al buen vasallo que lealtad profesa.

LAURA.

[ranza;

Pues pierde para entrambos la espe-
Que ni Ferrara me verá duquesa,
Nápoles reina, aunque su pluma y lanza
Compitan en valor con las estrellas,
Ni España, aunque su nombre ponga en
[ellas.

Ya sabes que entretengo deste modo
Al Rey, mi hermano: si por dicha quie-

[res

Saber qué nombre illustre me acomode
La vengadora soy de las mujeres. [do,
Con esto, secretario, he dicho todo
Cuanto puedo decir; no hay mas qué

LISARDO.

[esperes.

¡Brava resolución!

LAURA.

De aquí adelante

Me llama, aunque mujer, Laura dia-
[mante;

Y porque cierta bachillera dama
En ti pone los ojos, está cierto
Que si sé que la quieres y te ama, [to.
Podrás llamarte en mi desgracia muer-

LISARDO.

¿Dama me quiere á mí? ¿Cómo se llama?

LAURA.

Tú lo sabrás mejor, y yo te advierto
Que si miras mis damas este día, [mia.)
Verás tu muerte. (Ap. Y yo veré la

LISARDO.

¡Plega á Dios, mi señora, que los cielos
Me priven de tu vista si he mirado
Dama de tu palacio! y si recelos
Te han engañado...

LAURA.

No me han engañado.

(Ap. Antes que tenga amor, me matan
[celos.

¿Qué es esto, amor? Apenas engendra-
Ya sales por los ojos y la boca? [do,
¿Mas podrá que el honor, la razon loca?)

LISARDO. (Ap.)

[to?

¿Qué tiene Laura, cielos? ¿Qué es aque-
¿Cómo se turba Laura? ¿Quién me en-
[gaña?

Pensaré pensamiento tan honesto
Que soy yo a queste príncipe de España?
De divinas colores se ha compuesto:

Pues si la nieve de clavel la baña
Destos vivos esmaltes y colores,
Bien pide mi esperanza tomar flores.

¡Atreverme á ser tan atrevido? [ñado.
Mas no; que su vergüenza me ha enga-
¿Si piensa en el castigo merecido?

En eso la divierte su cuidado.

Amor, si las colores desto han sido,
No vais por flores á su hermoso prado;
Que puede ser que por tan gran locura
En aspides las vuelva su hermosura.

LAURA.

Lisardo, yo he pensado que sería
Desta dama que digo, atrevimiento.
Dame palabra que desde este día
No tendrás amoroso pensamiento.

LISARDO.

Mil palabras te doy, señora mía,
Y no de aquellas que se lleva el viento;
Que bien sé yo que quien servirte debe
Ha de vivir mas puro que la nieve.

LAURA.

No te quiero tan nieve ni tan puro;
Mas si de casto amor quieres ejemplo,
Mirame sola á mí, que ser procuro
De honesta voluntad heróico templo.

LISARDO.

¿Que te mire me mandas? Yo te juro
Por esos ojos, que jamás contemplo
Otra cosa que á ti.

LAURA.

¿Mis ojos juras?

LISARDO.

No ha sido error en cosas tan seguras.

LAURA.

En efeto, ¿quedamos concertados
Que has de mirarme á mí?

LISARDO.

Si, mi señora.

LAURA.

Si una virtud os lleva encaminados,
No hay que tener temor.

LISARDO.

¿Quién teme agora?

LAURA.

De Diana nacieron mis cuidados.
¿Tú no la quieres bien?

LISARDO.

El alma adora

Esa honesta virtud.

LAURA.

Lisardo, advierte
Que tengo de quererte sin quererte.
Con esto excusarás de amar ninguna
Destas que mis liciones aborrecen.

LISARDO.

Aunque fuera Diana aquella luna [cen,
En quien del sol los rayos resplande-
Que no quiero mas bien ni mas fortuna
Que saber que mis ojos te merecen.
Dame el favor que pido; que es mi
Este español. [amigo

LAURA.

Pues tráele aquí contigo.

LISARDO.

Harélo así si me honras, Laura her-
Deste favor. [mosa,

LAURA.

Por darte gusto quiero

Darle esta banda de color celosa.

LISARDO.

Volvería verde, aunque es azul, espero.

LAURA.

Secretario, ya sabes que es la cosa
Mas valiente el callar.

LISARDO.

Morir primero.

LAURA.

Quien calla su ventura ó su esperanza,
Lo que jamás pensó, callando alcanza.

(Vase.)

ESCENA XV.

LISARDO.

¿Qué notables confusiones
Son estas? ¿Qué pensamientos,
Qué cifras, qué fantasías?
Amor vencedor, ¿qué es esto?
¿Qué dice Laura? ¿Qué tiene?
¿Si os ha engañado? si ha hecho
Prueba de vuestro valor
Con aquel sutil ingenio?
Burlas son, burlas han sido.
Volved, esperanza, al pecho;
No os vais, no subáis tan alto;
Que os perderéis por el viento.
Pues no os perdáis, aunque es justo;
Mirad que dice el proverbio
Que son las desconfianzas
Efetos de los discretos.

ESCENA XVI.

OTAVIO.—LISARDO.

OTAVIO.

¿Podré hablarte?

LISARDO.

Otavio mío,

Tú vienes á lindo tiempo.
Alto, á prevenir caballos
Y galas para el torneo.
Azules son las colores,
Puesto que celos no tengo,
Porque ya mis esperanzas
Quieren disfrazarse en celos.
Pajes y lacayos viste;
Que la estrella que deseo,
Si sale á darnos favor,
Nos vuelve á todos en cielo.
Tú vendrás vestido, Otavio,
Que eres príncipe diciendo,
De Portugal, en España,
Por mi padrino y mi dueño.
Así entrarás en palacio,
Como que asistes sirviendo
A Laura.

OTAVIO.

Paso. Señor,

Paso: ¿estás loco? ¿Qué es esto?
Antes de hablarte palabra,
Me has dicho tantas, que creo
O que ya Laura te quiere,
O que ya has perdido el seso.
Lo que es prevenir caballos
Y galas para el torneo,
Es justo y digno de ti;
Que entre tantos caballeros
No ha de faltar tu valor;
Mas ser yo príncipe, entiendo
Que no es acuerdo acertado;
Que haremos algun enredo,
De que nos resulte daño.

LISARDO.

Yo no te pido consejo;
Solo que calles te pido,
Y que me sigas te ruego;
Que son leyes del criado
La obediencia y el silencio.

ACTO TERCERO.

Jardín.

ESCENA PRIMERA.

JULIO, y después, LAURA.

JULIO.

Ya queda abierto el jardín;
Bien puedes, Señora, entrar.
(Sale Laura, quitándose unas armas.)

LAURA.

No me puedo desarmar
Del todo.

JULIO.

Venciste, en fin.
¡Qué bizarra que has andado!

LAURA.

Guárdame, Julio, secreto.

JULIO.

En un diamante, en efeto,
He visto al sol engastado.
Grande fué tu atrevimiento.

LAURA.

Mayor fué mi obligacion.
Aunque sepas la ocasion,
No sabrás mi pensamiento;
Y así, has de tener paciencia. (Vase.)

JULIO.

Esta vez vi armada á Pálas.
¡Oh Laura hermosa, que iguales
En las armas y en la ciencia!

ESCENA II.

DIANA.—JULIO.

DIANA.

¡Quién es aquel caballero
Que por el jardín entró?

JULIO.

Lo mismo pregunto yo,
Y responde el jardinero
Que es del Príncipe criado.

DIANA.

¡Quién las llaves le daría?

JULIO.

No sé mas de que es galán.

DIANA.

Ya sé que el precio le dan
De mas fuerza y valentia;
Pero no á Laura, si es,
Como tú dices, criado.

JULIO.

Antes piense que le han dado
La victoria al ferrarés.

DIANA.

¡Quién? ¡Alejandro?

JULIO.

Pues ¿quién?

DIANA.

Con el de lo blanco es risa.

JULIO.

Voyme.

DIANA.

Y ¿á qué tan aprisa?

JULIO.

Debes de quererle bien.

DIANA.

Si es quien sospecho, es muy justo.

JULIO.

¡Quién piensas?

DIANA.

Laura.

JULIO.

¡Qué dices?

¡Laura!

DIANA.

No te escandalices.

JULIO.

Darásle extraño disgusto,
Si sabe que lo imaginas.

DIANA.

Como se fué del balcon
A la primera ocasion,
Y cerraron las cortinas,
Creí que no estaba allí;
Y agora, viéndola entrar,
Acabé de confirmar
Lo que entonces presumí.

JULIO.

No creas que una mujer
Emprendiera desatino
Tan grande.

DIANA.

Lo que imagino,
Si no fué, pudiera ser;
Que mil valientes mujeres
Han hecho hazafias iguales.

JULIO.

No quiero que las señales;
Que basta que tú lo eres. (Vase.)

ESCENA III.

LISARDO, OTAVIO.—DIANA.

LISARDO.

Hoy me quisiera matar,¹
Vencido y desesperado.²

OTAVIO.

El de lo blanco, en efeto,
Llevó el premio.

LISARDO.

Estoy celoso
De verte entrar mas airoso,
Mas galán y mas discreto.

OTAVIO.

Mira que está aquí Diana.

LISARDO.

Retírate, Otavio, allí.—
(Apártase Otavio.)
Perdonadme; que no os vi. (A Diana.)
Lugar tendremos mañana.
Lláname su majestad.

DIANA.

¡Lisardo!

LISARDO.

¡Diana hermosa!

DIANA.

Yo lo fuera, á ser dichosa,
En que tanta voluntad
Fuera de ti conocida.

LISARDO.

Otras veces desta culpa
Te he dado á Laura en disculpa;
Laura, en fin, de mí servida,
Que me manda no mirar
A otra dama que á su alteza,
Cuya virtud y nobleza
Puedo honestamente amar.

DIANA.

¡Amar y mirar, Lisardo?

LISARDO.

Sí, con platónico amor.

¹ y ² Dos versos sueltos entre dos redondillas.

DIANA.

De aquel pasado rigor
No menos soltura aguardo.
Será fuente detenida;
¡Oh qué furiosa ha de ser
En comenzando á correr
A querer y á ser querida!
Lisardo, á las ocasiones
Es perderse el acercarse;
Ya debe de rebelarse
Laura á sus mismas liciones.
¡Qué sirve quererse hacer
De tan varonil sugeto,
Pues ha de ser, en efeto,
La mejor mujer, mujer?
¡Oh cómo se ha conocido
Que la mayor fortaleza
De la mujer es flaqueza,
Y amor el mayor olvido!
La mas firme fué mas vana;
La mas grave, lisonjera;
La mas dura fué de cera,
Y la mas cuerda, de lana.
¡Quién la vió dar cada día
Preceptos contra los hombres,
Dándoles infames nombres
De traidores á porfia!
¡Para qué fué tan tirana
De amor para honesto fin,
Si habia de ser en fin
La mas honesta liviana?
¡Quiera, y déjenos querer,
Porque vea á quién le toca
La mas principal, mas loca
Y la de mas ser, sin ser. (Vase.)

ESCENA IV.

LISARDO, OTAVIO.

LISARDO.

¡Otavio! Otavio!

OTAVIO.

Señor...

LISARDO.

¡Qué has oído?

OTAVIO.

Lo que basta

Para saber que contrasta
Torres, como rayo, amor.

LISARDO.

Celosa parte Diana.

OTAVIO.

Laura viene.

LISARDO.

Allí me espera.
(Apártase Otavio.)

ESCENA V.

LAURA.—LISARDO; OTAVIO, retirado.

LAURA.

Hablarte á solas quisiera.

LISARDO.

Lugar tendremos mañana;
Que el español viene aquí
Que hoy ha salido al torneo.
Llegue vuestra alteza. (A Otavio.)

LAURA. (Ap. á Otavio.)

Creo

Que es diferente el que vi,
Y el que mi banda llevó
Y hoy ha salido al torneo.

OTAVIO.

Mirais con otro deseo,
O lo estoy mirandoos yo.

LAURA.

Caballero, si á una dama
Es justo tratat verdad,
Decidme quién sois; que en veros
Justas sospechas me dais.
Lisardo dice que sois
Príncipe de Portugal;
Para vos pidió favores,
Fieme de su lealtad.
No se los di para vos,
Bien me podeis perdonar;
Que ni os he visto, ni es justo
Dar prendas sin voluntad.
El caballero que vi
Con mi celosa señal
(Otra vez perdou os pido)
Mas es, que vos sois, galan.
Decidme, si lo merezco
Por tener sangre real,
Quién es Lisardo y quién vos.

OTAVIO.

Señora, á la majestad
De vuestra heroica persona
No puedo ser desleal.
Si vos me guardais secreto,
Sabréis quién soy.

LAURA.

Si pensais
Que soy mujer, engañaisos,
Aunque las pretendo honrar.
Yo os juro de no decir
Cosa de que os venga mal,
Aunque me cueste la vida.

OTAVIO.

Pues ya es razon que sepais
Que este es el gran Federico,
Que habréis oido nombrar,
Príncipe de Transilvania,
Famoso por tierra y por mar;
No Lisardo, ni español,
Aunque español en amar;
Que solos los españoles
Aman con firmeza igual.
Salió de azul al torneo;
Bien le vistes tornear,
Bien vencer aventureros,
Valiente como un Roldán;
Pero está desesperado
De que perderos podrá,
Pues le venció un caballero
Que es, como el sol, celestial.
Salió con rayos al campo,
Imposibles de mirar,
Blancas armas, blancas plumas,
Divisa de castidad;
Y aunque este no ha parecido...

LAURA.

Basta, no me digais mas,
Sino dejad que le hable.

OTAVIO.

Los piés, Señora, me dad. (Vase.)

ESCENA VI

LAURA, LISARDO.

LAURA.

Lisardo, ya se ha partido
El caballero español.

LISARDO.

Y yo vuelvo á ver mi sol
Mas claro y mas atrevido.

LAURA.

¿Por qué no viste el torneo?

LISARDO.

Soy un caballero honrado;
Vine pobre, y obligado
De mi valor y deseo;

Y de envidia, no he querido
Ver tanto galan.

LAURA.

Yo fuera
Quien diera, si lo supiera,
Con que salieras lucido.

LISARDO.

Beso la tierra que pisas;
Pero ¿quién te agradó mas?

LAURA.

¿Son celos?

LISARDO.

Tú lo sabrás.

LAURA.

Oye, español, sus divisas.

LISARDO.

Pues ¿no me dirás primero,
Pues le has hecho tal favor,
Qué has sentido del valor
Del español caballero?

LAURA.

Despues, Lisardo, sabrás
Cuanto se encubre en los buenos.
Oye agora lo que es menos,
Mientras que sabes lo mas. [asiento
Despues que Arnaldo en el supremo
Ocupó su lugar, y yo en el mio
Con alas de oro por el manso viento
La fama de que soy el precio envío,
Al aplauso templado el instrumento,
Entró Alejandro con gallardo brio;
Alejandro, gran duque de Ferrara,
Que el sol á verle en su balcon se para.
Con calzas verdes, armas blancas lle-

[va,

Pendiente al hombro un verde manto
Con mil hiedras de aljófar, labor nue-

[va,

Dequien, si álamo no, firme fué muro.
Con los padrinos y el aplauso eleva
El vulgo, ya de su valor seguro,
En un caballo, de los vientos pluma,
De la cña al codon rico de espuma.
Afirmóse en el sitio ya dispuesto, [jas
Y entró con mas soberbia que ventu-
El principe de Nápoles al puesto,
Las altas piezas de la vista bajas,
Fuerte caballo, de color honesto, [jas
Danzando al son de las templadas ca-
Manto, penacho y calzas carmesies,
Sembrado de granadas de rubies.
Siguióle Enrique, de Campania con-
En un ruco rodado corpulento, [de,
Que á las trompetas con gemir respon-
Celoso de seguir las por el viento. [de,
Su pensamiento un negro manto escon-

[de,

Aunque quiso decir su pensamiento,
Pues entro mil estrellas circunstancias
Se mostraba una luna de diamantes.
El aleman gallardo Lucidoro
Entró arrogante, de leonado y plata,
En un melado que del carro de oro
Del sol, para vencer al sol, desata;
Y con igual belleza que decoro,
La rienda á un bayo florisei dilata,
Depardo y naranjado, tan gallardo,
Que todo á la inquietud parece pardo.
Aqui llegó Rodulfo palatino,
Al son de la baqueta, levantando
Un overo español, cuyo camino
Parece que en el aire va buscando.
Otra vez, á la tierra mas vecino,
Parece que en el agua va nadando;
Calzas, plumas y manto negro lleva,
De algun antiguo amor tristeza nueva.
Entre otros muchos, para no cansarte,
Bizarro tu español la plaza mide,
Sobre color azul, al mismo Marte,

Que á la esfera del sol rayos despidе.
Un tostado alazan, como con arte,
Naturaleza á círculos divide, [bebe,
Y en los matices que uno en otro em-
Sobre negro color manchas de nieve.
Mi banda vi que el pecho le partia.
Que si, como era azul, fuera dorada,
La ecítica del sol viera aquel día
De mas vivas estrellas matizada.
El alazan tan á compás venia, [rada,
Que al tiempo de asentar la planta her-
Dijeras cada vez que en alto vuela
Que tomaba consejo con la espuela.
Describirte el valor con que arrogante,
Cuando le obliga la señal que enristre,
Convertido en un monte de diamante,
Pasó la lanza de la cuja al ristre,
Serán las luces que sustenta Atlante
Querer que á cierto número registre.
Muchos venció; gloriosa estaba España
De verle ya señor de la campaña,
Cuando sin otra música ni trompa,
Padrinos, prevencion, nombre ni fama,
Hizo que la de todos interrompa
Un caballero, que el mejor se llama.
Todo de blanco, la soberbia pompa
Mostró en servicio de su casta dama,
Hasta el caballo blanco, y por los fines
Lazadas blancas sobre rizas cines.
Sobre las armas una esfinge bella,
Cuya letra decia: «Yo me entiendo.»
Llevaba airoso, aunque cifrado en ella
Cuanto el casto color iba diciendo. [lla,
Entró en el campo con tan buena estre-
Que á tu español y á los demás vencien-
Quedándose primero en la victoria, [do,
De todos se llevó la palma y gloria.
Yo entonces la opinion de quenno pue-

[den

Quererse bien los hombres puse en du-
[da,
Porque si las virtudes tanto exceden,
Confesaré que su valor se muda. [den,
De hoy mas conmigo acreditados que-
Y mas cuando tu ingenio les ayuda;
Que eres, Lisardo, tal, que es bien que
[esperes

Que se rinda el valor de las mujeres.

LISARDO.

Laura, de tu relacion
Quedo celoso de suerte,
Que con disfrazada muerte
Me has engañado á traicion.
El español con razon
Puede estar desesperado,
Pues habiendo levantado
Sus esperanzas al cielo,
Quedó como suele al hielo
Arroyo por verde prado.
Ese blanco caballero,
Que dices que te agradó,
Diré que á mí me venció,
Pues por él de celos muero.
Pero ya deberle quiero
Que te obligase á querer;
Mas ¿qué no podrá vencer
Hombre que tan arrogante
Pudo ablandar el diamante
De tan valiente mujer?
En fin ¡oh Laura! estarás,
Si no tierna, agradecida,
De verte de hombre querida,
Que no quisiste jamás.
Esto me consuela mas,
Ya que desdichado fui,
Pues es fuerza que de mí,
Y del alma que te adora,
Tengas lástima, Señora,
Porque la tengan de tí.

LAURA.

Menos ternura, Lisardo.

¡Flaqueza en tí! ¿Qué es aquesto?
 ¡Yo amor! ¿Qué dices? ¡Tan presto!
 Pues ves cuánto mi honor guardo,
 Si sabes que me acobardo,
 No digas que yo he querido
 Blasonar de lo que he sido,
 Sabiendo cuánto es mejor
 Vivir sin tener amor
 Que cautivar mi sentido.
 Habla pues.

LISARDO.

Fáltame aliento.

LAURA.

¿Tú tienes celos de tí?

LISARDO.

De mí, Laura, no los tengo.

LAURA.

El caballero que dices
 No vendrá mas, esto es cierto.
 ¿Qué hay de la lición primera?

LISARDO.

Agora que te contemplo,
 Como mandaste, y te miro
 Cuanto honestamente debo,
 Si de segunda lición
 Te parece que ya es tiempo,
 Aquí me tienes; que el alma
 Me sirve de libro abierto.

LAURA.

Pasar adelante puedes
 Del mirar, si bien honesto.

LISARDO.

¿A qué, Laura?

LAURA.

A desear.

LISARDO.

Segunda lición desear,
 A la tercera esperanzas,
 ¿Adónde diréis que llego?
 Pero ya sabes, Señora,
 Que, si no es habiendo puesto
 Término al deseo, puede...

LAURA.

No lo digas, ya te entiendo.
 Desear no desearme.

LISARDO.

Para un estudiante nuevo
 Es ésta buena lición.
 Que vuelvo atrás te confieso,
 Y le aprender desconfío.

LAURA.

Pues desea que lleguemos
 A declararnos los dos.

LISARDO.

Y ¿qué me dirás, si vengo
 A desear declararme?

LAURA.

¿Es poco lo que prometo?

ESCENA VII.

DIANA, que se queda oculta escuchando.—LAURA, LISARDO.

DIANA. (Ap.)

Esto va perdido ya.

LISARDO.

No es poco; pero deseo...

LAURA.

Míralo bien.

LISARDO.

Una mano.

LAURA.

Que me has de perder sospecho.

DIANA.

(Ap. Linda cosa es estorbar
 A dos amantes, con celos.)
 Tu hermano, señora mía,
 Viendo acabado el torneo,
 Dice que abrevien el libro
 Los pretendientes, creyendo
 Que tú, por tu dilación,
 Le pides de tantos pliegos.

LAURA.

(Ap. Y ¡plega á Dios que tus ojos,
 Diana, se plieguen presto!)
 ¿Hay tal modo de matarme?
 Véte, Lisardo... (Ap. Que quiero
 Descomponerme con esta.)

LISARDO. (Ap. á Laura.)

Mira que importa el silencio. (Vase.)

ESCENA VIII.

LAURA, DIANA.

LAURA.

Tú, Diana, no venias
 A traerme ese recado.

DIANA.

Y no te habrás engañado.

LAURA.

Pues bien, ¿qué es lo que querías?

DIANA.

Como me has dado, Señora,
 Liciones de aborrecer,
 Las quisiera de querer,
 Para querer desde ahora;
 Que ya pienso que podrás,
 Pues ya quieres bien.

LAURA.

¡Yo! ¿A quién?

DIANA.

A Lisardo quieres bien,
 Honestamente no mas.

LAURA.

¡Yo á Lisardo!

DIANA.

Pues si no,
 Déjamele á mí querer;
 Que aun no le dejas volver
 La libertad que me dió.

LAURA.

¿Que te quiera?

DIANA.

Si él me quiere,

¿Será mucho?

LAURA.

Eso es mentira.

DIANA.

Ya tu lenguaje me admira.

LAURA.

Digo que por mí se muere,
 Y que por saber quién es,
 Correspondo á un justo amor;
 Que yo sé que su valor
 Me disculpará despues.
 Y cuando llega á decir,
 Quien es de mi calidad,
 Que tiene amor, es maldad
 Quererlo contradecir.
 Diana, en resolucion,
 Yo amo, deja de amar;
 Que no es este tu lugar.

DIANA.

Soy tu igual.

LAURA.

Tienes razon;
 Pero con la diferencia

De mi parienta y mi dama.
 Ama, pues hay tantos, ama;
 Que de hoy mas tienes licencia.
 Mira, y no me des enojos,
 Si amar tu gusto desea,
 Como á Lisardo no sea;
 Que te sacaré los ojos. (Vase.)

ESCENA IX.

DIANA.

¿Hay semejante rigor?
 ¿Hay locura semejante?
 Pero ¿qué firme diamante
 No vuelve de cera amor?
 ¡Ay de mí! Perdí mi bien,
 Perdí toda mi esperanza.

ESCENA X.

LUCELA.—DIANA.

LUCELA.

¿Tú triste? ¿Tanta mudanza!
 ¿De quién te quejas?

DIANA.

¿De quién?
 De Laura, Lucela: en fin,
 Mujer, ama Laura ya,
 Declarada Laura está,
 Ya su desden hizo fin;
 Y para que lo confirmes,
 Lucela, basta saber
 Que edificios de mujer
 Duran poco tiempo firmes.
 ¿Qué falta no les ponis?
 Qué culpas no les hallaba?
 Sus traiciones infamaba
 Laura de noche y de día.
 Pero ¿quién ha de creer,
 Aunque amor su ser restaura,
 Viendo tal ejemplo en Laura,
 Cosas dichas por mujer?
 Ama, si quieres amar;
 Que ya nos dice que amamos.
 Como á su amor observemos
 Aquel sagrado lugar.
 Ama desde hoy más sin pena
 Pues ya quedan sus liciones
 Cubiertas de mil borrones
 Y escritas en el arena. (Vase.)

ESCENA XI.

LUCELA.

Dulces victorias de amor,
 Levantad blasones altos,
 Pues nunca se han visto faltos
 De nobleza y de valor.
 ¿Para qué Laura blasona,
 Y lo que enseña no hace,
 Y al amor que la deshace
 Hoy sus triunfos no perdona?
 Ame, pues nació mujer,
 Pues que solo por amar
 Han venido á sujetar
 Muchas reinas su poder. (Vase.)

Sala del palacio de Laura.

ESCENA XII.

AGUSTO, ALEJANDRO, ARNALDO,
ACOMPAÑAMIENTO.

AGUSTO.

Ya que diste licencia que tan breve
El libro fuese, generoso Arnaldo,
Conociendo de Laura el pensamiento,
Manda que luego se presente el libro;
Que aunque del precio estoy desconfi-

do,

No perderé en las letras, si en las armas
No tengo la ventura que merezco.

ARNALDO.

Para servirlos, cuanto puedo ofrezco.
A Laura quiero hablar, y sepa Laura
Que son injustas ya sus dilaciones.

ALEJANDRO.

Darás con obras alma á las razones.
Más vale un libro solo, si ha cifrado
Lo mas que muchos sabios han escrito.

AGUSTO.

De la hermosura de la bella Elena
Dos mil libros y mas escribió Didimo,
Pero cansados todos, y que fueran
Mas estimados cuando fueran menos.
Siquiera porque son pocos los buenos.

ARNALDO.

Yo doy palabra que mañana, y antes,
Si puede ser, pronuncie la sentencia;
Que no se ofende en esto la excelencia
De la virtud, ingenio y gallardía,
Piedad, valor, modestia y cortesía
De la mujer á quien se rinde el hombre;
Antes es gloria de su mismo nombre.

ALEJANDRO.

Con esto quedas, Príncipe, advertido
De lo que mas conviene á mi descargo.

AGUSTO.

Prosperante los cielos.

ARNALDO.

Y levanten [bros,
Vuestros heroicos hechos á las cum-
Emulacion de las celestes lumbres.

(*Vase Agosto, Alejandro y el acompañamiento.*)

ESCENA XIII.

LAURA.—ARNALDO.

LAURA.

¿Qué es lo que tratas de mí?

ARNALDO.

Laura, estos príncipes quieren,
De las causas que refieren
Hallar los premios en ti.

LAURA.

¿Han escrito?

ARNALDO.

Ya han escrito.

LAURA.

Presenten los libros.

ARNALDO.

Creo

Que dilatas su deseo.

LAURA.

Di que á Penélope imito.

ARNALDO.

¿Quién lo duda, si deshaces
Por la noche, Laura mía,
La tela que todo el día
Con tanto artificio haces?

LAURA.

Júntalos; que ya deseo
Sacarte de ese cuidado.

ARNALDO.

Voy en tu amor confiado,
Con ansias de ver tu empleo. (*Vase.*)

ESCENA XIV.

LAURA.

Ya se acerca, pensamiento,
Sin poderse detener,
El decir que soy mujer,
Y que sus efectos siento.
¿Qué pretendo ya? ¿qué intento
Cuando amor me castigó?
¿Qué necia pensaba yo
Que sin el hombre pudiera
Vivir de aquesta manera,
Y al mejor tiempo faltó!
Perdonen las que lo son;
Que no es esto hacer ofensa
A la primera defensa
Que dió mi imaginación.
Defenderlas es razon:
Yo las quiero defender;
Mas no dejar de querer
Al hombre; que sin el hombre
Aun no está seguro el nombre
Desto que llaman mujer.

ESCENA XV.

LUCELA, con un papel.—LAURA.

LUCELA.

Por no hablarte en cosas mías
Con enojo, este papel
Te dirá lo que por él
Tan al contrario entendías.

LAURA.

Pues ¿tú me das memorial?

LUCELA.

Y muchas despues tambien,
Para que oyéndolas bien,
No salga el decreto mal.

LAURA.

(*Lee.*) «Lucela, hija del conde Teo-
odoro, dice que por haber servido á
vuestra alteza cuatro años y haber
seguido sus opiniones, no ha queri-
do bien á nadie. Suplica á vuestra al-
teza le dé una lición de querer, pues
ya vuestra alteza quiere.»
Pues ¿á quién quieres amar?

LUCELA.

A Agosto.

LAURA.

Pues si es tu gusto,
Habla norabuena á Agosto;
Que no lo puedo estorbar.

LUCELA.

Páguete, Señora, el cielo
Tanto bien, tanto favor.

(*Vase.*)

LAURA.

¿Hay tal enredo de amor?
Mayor desdicha recelo.

ESCENA XVI.

DIANA, con otro papel.—LAURA.

DIANA.

Si estás para decretar
Este memorial agora,
Hazme esta merced, Señora,
Pues tienes tiempo y lugar.

LAURA.

¿Has hablado con Lucela?

DIANA.

Ni la he visto.

LAURA.

Muestra á ver.
(*Ap.* ¿Cosa que viniese á ser
Algun engaño ó cautela!)

(*Lee.*) «Diana, prima de vuestra al-
teza, dice que, pues que vió tan im-
posible el amor de Lisardo, le ha
puesto en Alejandro. Pide y suplica á
vuestra alteza sea servida darle un
pasaporte de querer; no se le anteje
mañana otra cosa, y pierda lo que ha
querido tanto tiempo.»

Basta, villanas; que hacéis
Burla de mí. ¿Qué es aquesto?
¿Dos memoriales tan presto!
¿Cómo ya mi amor sabeis?
Véte, y no vuelvas aquí.
¿Hay tal burla? ¿Hay tal maldad?

DIANA. (*Ap.*)

Venguéme de la crueldad
Con que se vengó de mí. (*Vase.*)

ESCENA XVII.

LISARDO.—LAURA.

LISARDO. (*Ap.*)

¿Dónde me llevas, amor?
Entre tantas esperanzas
De llegar al mayor precio;
No me mates, como á necia,
Por injustas confianzas.
Aquesta es Laura divina...
Mal dije, humana es mejor,
Pues ya por serio, á mi amor
Piadosamente se inclina.

LAURA.

¿Es Lisardo?

LISARDO.

El mismo soy,
Que venia triste á verte,
Sospechoso de mi muerte,
Que pienso que ha de ser hoy.

LAURA.

Por tí, Lisardo, padezco
Notables persecuciones.

LISARDO.

¿Para qué dadas liciones?

LAURA.

Para que ya te aborrezco,
Pues tú tambien me das vaya.

LISARDO.

No te enojos; que al amor
Ningun trabajo ó temor
Le enflaquece ó le desmaya.

ESCENA XVIII.

JULIO.—DICHOS.

JULIO.

Huélgome que estáis agora
Juntas dos habilidades,
Dos monstruos y dos ingenios
En el mundo singulares;
Dos ángeles, y no es mucho,
Pues conviene con el ángel
El hombre, como sabeis,
En una de las tres partes.
Yo quiero bien, y pues ya
Dan licencia que se trate
En esta casa de amor,
Dadme un remedio que hasta
Para no querer.

LAURA.
¿Por qué?
Si es amor para casarte,
Julio, lícito es amor.
Ama; que no es como de antes.

JULIO.
Es muy forzoso olvidar.

LAURA.
¿Es en persona mudable?
¿Es en mujer imposible?
¿Quiere bien en otra parte?
Dime la causa.

JULIO.
La causa
Es tan fuerte, que me salen
Colores al rostro, Laura,
Y se me altera la sangre.

LAURA.
¿A quién quieres?

JULIO.
Quiero á un hombre.

LAURA.
¿Jesus! El cielo te guarde
De dar en tan grande error.

JULIO.
No ha sido en mi mano amarle.

LAURA.
Julio, si amando á mujer
No es el amor medicable,
Amando á un hombre, ¿qué esperas?

JULIO.
Que algun escolar me saque
Este espíritu del cuerpo.
¿Que, ni que calle ó que hable,
Que esté velando ó durmiendo,
De mis sentidos se aparte
Alejandro!

LAURA.
¿Quién? ¿El Duque?

JULIO.
¿Que esto por un hombre pase!
Yo he de perder el juicio.

LAURA.
¿Grande lástima!

LISARDO.
Notable;
Pero aquí aparte me escucha,
Que de su remedio trate.
(Ap. á Laura. Alejandro me pidió
Que unas cintas te tomase
Para hechizarte con ellas;
Yo, por no ver hechizarte,
Si á otra persona engañaba,
Quise que en Julio probase;
Y fingiendo que media
Su rostro, llegué á su carne.
Dile las cintas, y ha hecho
La hechicera que le ama
Julio: no le digas nada,
Así los cielos te guarden.)

LAURA. (Ap. á Lisardo.)
Doy la palabra.

LISARDO.
Al fin, Julio,
Dice el sabio Lusúarte
Que para olvidar á un hombre
Es menester que te bañes
Dos veces en agua fuerte,
Y que con sal y vinagre
Te laves despues muy bien,
Y que cuatro noches andes
Descalzo sobre garbanzos.

JULIO.
¿Estudiastes eso aparte?
¿Gentil secreto en verdad?

LISARDO.
Pues dime, Julio, ¿no sabes
Que los mayores remedios
Mayores dolores traen?

JULIO.
Haste desenamorado
De alguna ocasion bastante
Con ese récipe tú?
¿Por ventura te bañaste
Con agua fuerte, que gasta
Las piedras y aun los diamantes?
Con sal y vinagre curan
Los toros que vivos salen
De las garrochas del coso;
Mas no á los pobres amantes.
Aun ya pisar los garbanzos
Pudiera hacerlo; que un paje,
Que en penitencia le dieron
Que en las suelas los echase
De los zapatos, echólos
Cocidos por no picarse.
¿Qué haré, triste? que me muero
Por Alejandro.

LAURA.
No hables
Desa suerte.

JULIO.
¿Qué he de hacer,
Si no puedo, aunque me maten?
¿Pobre Julio! Yo soy muerto.
¿No amara yo una comadre,
Una vieja, una hechicera,
Una tal con treinta parches,
Una con papos de mona,
Que se pusiera el almagre
Con la mano del mortero,
Una setentona facil,
Teñida en cola de buey
Los blancos caniculares!
¿Un hombre, un hombre! ¿Qué haré?

LAURA. (Ap. á Lisardo.)
Temiendo estoy que se mate.

LISARDO.
Tu hermano viejo. Despues
Intentarás consolarle.

ESCENA XIX.

ARNALDO, ALEJANDRO, AGUSTO,
LUCELA, DIANA, ACOMPAÑAMIENTO.
—DICHOS.

ARNALDO.
¿Laura!

LAURA.
Señor...

LISARDO. (Ap. á Laura.)
Laura, mi muerte ha llegado.¹

LAURA.
No temas.

LISARDO.
Temo, Señora,
Aquel caballero fuerte,
Blanco en que acertó mi muerte.

ARNALDO.
Laura, no puedes agora
Excusarte de pasar
Por lo que tú misma quieres.

LAURA.
¿Bien vengaré las mujeres,
Si me obligas á casar!

JULIO.
Pues ¿qué venganza mayor?

ALEJANDRO.
En esta proposicion

¹ 2 Un hemistiquio y un verso sin asonancia ni consonancia con los demás.

Mas muestras tu discrecion
Que en las pasadas rigor.

ARNALDO.
Faltando, heróicos señores,
Aquellos dos caballeros,
Blanco y azul, que primeros
Se han de llamar vencedores,
Pues no deben de querer
Casarse, ó ya lo estarán,
Pues no parecen ni dan
Para este caso poder;
Alejandro es el mejor,
Y el que ha escrito en alabanza
De la mujer cuanto alcanza
Ingenio, industria y valor;
Y así, con licencia mia,
Puede merecer su mano.

ALEJANDRO.
Duedor á mi buena suerte
Soy por un premio tan alto
De mi amor y mis deseos.

LISARDO.
Eso no, porque si el blanco
Caballero no parece,
El azul está esperando.

ARNALDO.
Pues ¿quién es?

LISARDO.
Yo soy.

ARNALDO.

¿Qué dices?

LISARDO.
Que he ganado
El premio que está propuesto.

ARNALDO.
Pues ¿cómo? ¿No eres Lisardo?

LISARDO.
Para ganar esta empresa,
Con ese nombre me llamo.

ARNALDO.
Pues ¿quién eres?

LISARDO.
Federico,
El príncipe transilvano;
Y porque veais que fui
El vitorioso en el campo,
Aquesta es la banda azul.

AGUSTO.
(Ap. Valedme, industria; ¿qué agnar-
Federico, si el segundo
Fuiste, por primero gano;
Que soy aquel caballero
A quien todos llamais blanco.
Bien sabeis que es Laura mia
Y que merezco su mano. [do])

LAURA.
Con mentira no; que yo,
Por mostraros que ha llegado
El valor de las mujeres
Al mas vitorioso lauro,
Armada en blanco salí
A venceros, y á mostraros
Cómo salí con mi intento.

LISARDO.
Das un imposible caso,
Que es no casarte, Señora;
Y así, merezco tu mano
Por el segundo lugar.

ALEJANDRO.
Ese le toca á Alejandro,
Porque no has escrito el libro,
Y yo en el libro he ganado
Primero lugar á todos.

LISARDO.
Antes yo, pues aquí hago

³ Falta un hemistiquio.

Presentacion del que agora
Para su alabanza traigo;
Que si la de las mujeres
Con razones has probado,
Yo presento un libro vivo,
Que es Laura, en que estáis mirando
Las virtudes y excelencias,
Y todo el valor cifrado
Que hay en todas las mujeres.

ALEJANDRO.

Quando se admita el engaño
Con que procedes aquí,
Es contra lo decretado
Darte á Laura, porque fuiste
Su criado ó secretario,
Y tercero de mi amor,
Que en un caballero honrado
Es afrenta.

LISARDO.

A lo que dices
Yo respondiera en el campo
Que nunca yo fui tercerc,
Ni de tu amor he tratado
Con Laura.

ALEJANDRO.

Testigos tengo.

LISARDO.

¿Qué testigos, Alejandro?

ALEJANDRO.

Estas cintas que me diste
De Laura.

LISARDO.

Pues has llegado
A tratar tu misma afrenta.—
Sabe, generoso Arnaldo,
Que quiso hechizar á Laura,

Y me pidió del tocado
Cintas para hacer con ellas
Que le amase; pero en vano,
Porque dándole estas cintas,
Que á Julio el rostro tocaron,
Julio ha estado, por hechizos,
De Alejandro enamorado.

JULIO.

¿Hay tal maldad? ¡Vive Dios,
Que quiero desafiáros!
Mas pedid primero á Laura
Se duela de los trabajos
Que he pasado amando á un hombre,
Sin saber cómo ni cuándo.
Dadme las cintas; que quiero
Quemárlas, y lleve el diablo
Cuantos se valen de hechizos;
Que solo han de ser amados
Por sus méritos los hombres.
Y el que fuere cojo ó manco,
O tuviere otros defectos
Que suelen ser tras los años,
Hechícelos con el dinero,
Que es el hechizo mas sabio,
Y ahorrará de guedejas,
Bigoterías y estofados.

ALEJANDRO.

Bien pudieras, Federico,
Excusar, siendo obligado
Al secreto por quien eres,
Decirle, oyéndole tantos;
Pero yo te haré entender
Si los caballeros...

ARNALDO.

Paso;

Que si Laura tiene amor

Al príncipe transilvano,
No querrá verle en peligro
Antes de verle en sus brazos.—
Laura, ¿quiéresle?

LAURA.

Si quiero.

JULIO.

¡Oh! Gracias al cielo santo,
Que confiesas que hombre quieres!

ARNALDO.

Alejandro, si casaros
Con Laura no fué posible;—
Agustó, si os han quitado
El premio, por mas ventura,
Aquí os están esperando
Diana y Lucela.

ALEJANDRO.

Doy

A mi Diana la mano.

AGUSTO.

Y yo á Lucela.

JULIO.

Y yo estoy

Por impedir, como damo,
El matrimonio del Duque.

LAURA.

Yo me he rendido, Senado;
Y pues vivir no es posible
Sin hombres, y yo me caso,
No pierda *La vengadora*
De las mujeres, pues tanto
Cuanto aborrecerlos quise.
Tanto los estimo y amo.

EL ARENAL DE SEVILLA.

PERSONAS.

DOÑA LAURA, *dama*.
DON LOPE, *caballero*.
LUCINDA, *dama*.
URBANA, *vieja*.
FAJARDO, *capitan*.
CASTELLANOS, *capitan*.
ALBERTO.

TOLEDO, *criado*.
FLORELO.
UN FORASTERO.
UNA MULATA.
UN SARGENTO.
CARREÑO, *soldado*.

ORTIZ,
ALVARADO, } *soldados*.
GUILLÉN,
SERVANDO, } *criados*.
FELICIO,
GARRIDO, *bravo*.

UN AGUADOR.
UN ALGUACIL.
UN LADRON.
DOS MOROS DE GALERA.
TRES ARRABECES.
CUATRO ENBOZADOS.
UN SOLDADO.

La accion pasa en Sevilla.

ACTO PRIMERO.

El Arenal de Sevilla, con vista del Guadalquivir.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA LAURA Y URBANA,
con mantos.

DOÑA LAURA.
Famoso está el Arenal.
URBANA.
¿Cuándo lo dejó de ser?
DOÑA LAURA.
No tiene, á mi parecer,
Todo el mundo vista igual.
Tanta galera y navío
Mucho al Bétis engrandece.

URBANA.
Otra Sevilla parece,
Que está fundada en el río.

DOÑA LAURA.
Como llegan á Triana,
Pudieran servir de puente.

URBANA.
No le he visto con mas gente.

DOÑA LAURA.
¿Quieres que me sienta, Urbana?
URBANA.

Mejor será que lleguemos
Hasta la Torre del Oro,
Y todo ese gran tesoro
Que va á las Indias, verémos.

DOÑA LAURA.
Como cubierto se embarca,
No mueve mis pasos tardos.
¿De qué sirve el ver en fardos
Tanta cifra y tanta marca?

URBANA.
Notable es la confusion.
DOÑA LAURA.

Lo que es mas razon que alabes,
Es ver salir desias naves
Tanta diversa nacion,
Las cosas que desembarcan,
El salir y entrar en ellas,
Y el volver despues á veillas
Con otras muchas que embarcan.
Por cuchillos el francés,

Mercerías y Ruan,
Lleva aceite; el alemán
Trae lienzo, fustán, llantés;
Carga vino de Alanís.
Hierro trae el vizcaíno.
El cuarton, el tiro, el pino;
El indiano el ámbar-grís,
La perla, el oro, la plata,
Palo de Campeche, cueros.
Toda esta arena es dineros.

URBANA.
Un mundo en cifra retrata.

DOÑA LAURA.
Los barcos de Gibraltar
Traen pescado cada día,
Aunque suele Berbería
Algunos dellos pescar.

URBANA.
Es cosa de admiracion
Ver los que vienen y van.

DOÑA LAURA.
Lo que en el pasaje están
En grande número son.

URBANA.
Por aquí viene la fruta,
La cal, el trigo, hasta el barro.

ESCENA II.

DON LOPE, TOLEDO.—*Figuras*.

DOÑA LAURA. (*Ap. á Urbana*).
¡Gallardo mozo!

URBANA.
Bizarro.
Echa el manto, el rostro en alita.

DOÑA LAURA.
¿Qué importa cuando me vea
Un forastero?

URBANA.
Es galán.
TOLEDO. (*Á su amo*).

Ya, Señor, todos se van.
DOÑA LAURA. (*Ap.*)
Gallardamente pasea.

DON LOPE.
Dícenme que está el piloto
En Triana; hablarle quiero.

TOLEDO.
Fíetemos barco primero;
Que con el mucho alboroto

De que se parte la flota,
Podrá ser que no le hallemos.

DON LOPE.
Busca un barco que fíetemos.
TOLEDO. (*Ap. á su amo*).

Allí traerá una sola.
DON LOPE.
No es tiempo de eso, Toledo.
Embarquemos nuestra ropa:
Ruega á Dios por viento en popa.

TOLEDO.
En viendo carne, no puedo
Dejar de pedir un cuarto
Al precio que sale el todo.

DON LOPE.
Toledo, ya voy de modo,
Que le ocasiones me aparto.
Sálveme mi tierra, en fin,
Por causa de una mujer:
Yo la debo aborrecer.

TOLEDO.
Por Dios, que es un serafín.

DON LOPE.
Téngame quiero los ojos.
Hago mil veces la cruz.

TOLEDO.
Dár dote en ellos se le va,
Del de de causa se enoja.

DON LOPE.
No quiero luz de mujer;
Quiero es la misma escuridad.

TOLEDO.
¿Tú prestas el sol de tu edad,
Señor, se quiere poner?
No estás en la primavera,
Y ya tratas del estío!

DON LOPE.
Pierden mis años el brio
A manos de aquella fiera.
Pásome en tal ocasion,
Que tengo por mí que Alberto
Ya será muerto.

TOLEDO.
Si es muerto,
Dícele haya dado perdón.
Ya estás en salvo, y te vas
A las Indias.

DON LOPE.
Y eso ¿es poco?

TOLEDO.
Ella fue libre, y él loco;
Tú no pudiste hacer mas.

DON LOPE.
Abreviar es menester;
Que ya se quieren partir.
¡Oh, qué vitoria es buir
Las armas de una mujer!
Dícenme que el General,
Un mancebo á quien la fama
Don Jerónimo le llama
De Córdoba y Portugal,
Es ido á embarcarse ya;
Que don Francisco Duarte
Le llama aprisa.

TOLEDO.
¿En qué parte?

DON LOPE.
Necio, en Sanlúcar está.

TOLEDO.
¿Y la flota?

DON LOPE.
Está en Bonanza.

TOLEDO.
¿Qué es Bonanza?

DON LOPE.
Donde el río
Entra en el mar.

TOLEDO.
Señor mío,
Mucho la experiencia alcanza.
Desta vez soy marinero.

DON LOPE.
Yo he de ir en la capitana,
Si es que el pasaje me allana
Por cartas de un caballero
Que es muy cercano pariente
Del padre del General.

TOLEDO.
Un hombre tan principal
Harálo famosamente.
¿Quién es su padre, don Lope?

DON LOPE.
Es el conde del Villar.
¡Ojalá que al embarcar,
Si no es partido, le tope,
Porque las cartas le dé!

TOLEDO.
¿Daráte su mesa?

DON LOPE.
Es llano;
Que es un Alejandro Mano.

TOLEDO.
Toda su vida lo fué,
Segun en este Arenal
Me dijo ayer un criado
Que con su ropa ha quedado,
Y es el alguacil real.

DON LOPE.
Ya le conozco.

TOLEDO.
Sirvió
Don Jerónimo este oficio
Otra vez.

DON LOPE.
Por ese indicio
Su majestad se le dió.
En Indias fué general.

TOLEDO.
Todavía estas mujeres
Te miran.

DON LOPE.
¿Qué necio eres!

TOLEDO.
No he visto mudanza igual.
Míralas; que no es veneno.

DON LOPE.
De pensarlo me desmayo.
He sido herido de rayo,

Y espántame cualquier trueno.
Entra en un barco, y pasemos
A hablar aqueste piloto
A Triana.

TOLEDO.
De mi voto,
Primero el barco fletemos.

DON LOPE.
¿Tanta ropa nos ahoga,
Que en los barcos del alijo
No podrá ir?

ESCENA III.

TRES ARRAEZES, en tres barcos. —
DICHOS.

DOÑA LAURA. (Ap. á Urbana.)

¿Qué le dijo?

TOLEDO.
Entra en este, que ya boga.

URBANA.
No sé; de embarcarse tratan.
Sin duda á las Indias va.

ARRAEZ 1.º
Entre en este.

ARRAEZ 2.º
Llegue acá.

DOÑA LAURA. (Ap. á Urbana.)

Si un día elirse dilatan,
He de hablar este mancebo.

ARRAEZ 3.º
Aquí, que nos vamos, éntre.
(*Entran en un barco don Lope y Toledo.*)

URBANA. (Ap. á doña Laura.)

¿Quién ha de haber que le encuentre?

DOÑA LAURA.
Yo sabré ponerle un cebo,
Con que él me vaya á buscar.
Entra en el barco con él;
Que estando tan cerca del,
Le daré ocasion de hablar.

ARRAEZ 2.º
Aquí, señoras, aquí.

DOÑA LAURA.
¿Arraez!

ARRAEZ 3.º
Señora...

DOÑA LAURA.
Quedo,

Tened la plancha.
DON LOPE.
Estas se vienen tras mí.

TOLEDO.
Piensan que eres moscatel.

DON LOPE.
Tendránme por pernilero.

TOLEDO.
¡Bueno!
(*Entran en el barco doña Laura y Urbana.*)

DON LOPE. (Ap. á Toledo.)
Santiguarme quiero;
Que va el diablo en el batel.

TOLEDO.
¿Un ángel te lo parece?

DON LOPE.
Sí; que del cielo cayó
Cuando la ocasion me dió,
Con que este nombre merece.
Pasa, y salgámonos luego;
Que esperar es desvario.

TOLEDO.
Calla; que dentro del río
No puede quemar el fuego.
(*Vanse en el barco por el río don Lope y Toledo, doña Laura y Urbana y el arraez 1.º*)

ESCENA IV.

UNA MULATA, con una merienda.
SERVANDO Y FELICIO. — EL ARRAEZ 1.º y EL 2.º, en sus barcos.

SERVANDO.
Di que vienes muy cansada.

MULATA.
¿No es nada hasta el Arenal?

FELICIO.
Perra, en la puerta Real
Estuvo un hora asentada.

MULATA.
Y hasta allí desde la feria,
¿También es poco el camino?

SERVANDO.
¿Mal haya un hacha y tocino!

MULATA.
Quite allá; que de miseria
De no lo querer gastar
El amo que Dios nos dió,
Como he de morir, sé yo
Que no me querrá pringar.

FELICIO.
Siéntese á aguardar aquí
Mientras vienen, y yo voy
Por una guitarra.

MULATA.
Estoy,
De rabia, fuera de mí.

SERVANDO.
Quedo, señora Mulata.

MULATA.
Con mil honras, seo bergante.
No venga quien le quebrante
Los huesos.

SERVANDO.
Diga, patata,
¿Será el membrillo cocido,
Lacayo del Veinticuatro?
Porque desos no hay en cuatro,
Si le desnudo el vestido
A la de *me fecit Joanes*,
Para hacer cribas.

MULATA.
¿Qué bien!
Menester será que den
Aviso á los sacristanes.

FELICIO.
Déjala; que es una loca. —
¡Hola, Arraez! A San Juan
De Alfarche á cenar van
Mis amos.

ARRAEZ 2.º
Calle la boca,
Y en este barco se meta.

FELICIO.
¿Qué he de dar?

ARRAEZ 2.º
Doce reales
No es mucho; que en tiempos tales
Los dan hasta la Barqueta.

FELICIO.
Ocho está bien.

ARRAEZ 2.º
Con la flota
No se va por eso.

ARRAÑEZ 1.º
Aquí
Teneis quien vaya.
ARRAÑEZ 2.º
Eso sí.
¿Qué presto que os alborota,
Cristóbal, cualquier ganancia!
¡Voto al hijo de mi abuelo
Que daís ocasión!... ¡diréto?
ARRAÑEZ 1.º
El hablar no es de importancia,
Sino el her lo que han de her
Los hombres.
SERVANDO.
Téngase allá.
ARRAÑEZ 2.º
¿Por vida de!...
FELICIO.
Bueno está,
Y no hay mas qué responder;
Que está en medio gente honrada.
ARRAÑEZ 2.º
Por un real tengo de ir.
SERVANDO.
Bien os podéis prevenir.
ARRAÑEZ 2.º
Hablar y hablar todo es nada.
SERVANDO.
Compadre, bueno está ya.
Mientras venimos, poned
Barco y toldo á punto.
FELICIO.
Haced
Lo que importa.
ARRAÑEZ 2.º
A punto está.
(*Vanse Servando y Felicio.*)

ESCENA V.

GARRIDO, *rebozado, con la espada á
lo valiente.* — LA MULATA, LOS AR-
RAÑEZES.

GARRIDO. (*Á la Mulata.*)
¿De qué está triste?
MULATA.
No sé.
GARRIDO.
Hable, digo.

MULATA.
Hablar quisiera.
GARRIDO.

¿Cómo está esa manera?
¿Es porque el galán se fué?

MULATA.
Dejadme estar en buen hora,
Garrido, pues no sois hombre
Mas que en las barbas y el nombre.
GARRIDO.

Hable bajo. ¿Por qué llora?

MULATA.
Saben el hombre que trato;
Cualquiera me trata así.

GARRIDO.
Si en ausencia hablan de mí,
No me ofende en el zapato.
Y ella, por su mala lengua,
Habla de estar no mas...

MULATA.
Con tales hombres jamás
Saldrá una mujer de mengua.
Estos que de aquí se van
No me han ofendido á mí,
Mas de porque él... Basta así.

L.—III.

GARRIDO.
Dilo, Juana.
MULATA.
Es mi galán.
GARRIDO.
Yo buscaré esos dos hombres,
Y no mas.
MULATA.
¿Quién te fiara
Cosas de su gusto!
GARRIDO.
Para,
O ensartaréte mas nombres
Que caben en tus virtudes;
Que ya digo que yo iré,
Y que á esos hombres veré,
Y no mas.
MULATA.
Siempre me acudes,
Como Santelmo, en la gavia.
GARRIDO.
Pues, mulata historiadora,
¿Es porque la sufro agora
Que me muerda con la rabia?
¿Por vida de!...
MULATA.
Ten la mano.
GARRIDO.
Ya sabe que soy Garrido,
Y no mas.

MULATA.
Quien me ha ofendido
Merece esa furia, hermano.
GARRIDO.
Yo le toparé, y no mas.

MULATA.
Mis amos vienen.
GARRIDO.
Adios.

¿Cuándo te veré?
MULATA.
A las dos:
Por donde sueles, vendrás.

GARRIDO.
Pues no me dé mas enojos.

MULATA.
Digo que tuya será.
GARRIDO.
Mire que la mataré,
Y no mas.

MULATA.
Adios, mis ojos.
(*Vanse la Mulata y Garrido.*)

ESCENA VI.

Dos MOROS DE GALERA, *con sus almillas
y grillos, que sacan una tienda de
lienzo*; UN SARGENTO y CARREÑO,
ALVARADO, ORTIZ y GUILLEN,
con arcabuces.

SARGENTO.
Poned, moros, esa tienda.
MORO 1.º
Ya al armar no damos prisa.
CARREÑO.
Bien haya el que tierra pisa
Con cuatro blancas de hacienda!
GUILLEN.
No sé á quién parece bien
La vida de la galera.

ALVARADO.
Como si en ella naciera,
Me agrada, por Dios, Guillen.

MORO 2.º
Ya el tenda estamos armada.
SARGENTO.
Pues pon esa mesa, moro.
ORTIZ.
Pues, señor Carreño, ¿hay oro?
CARREÑO.
Oro, Ortiz, á la trocada.
SARGENTO.
Arrimen los arcabuces.
ORTIZ.
¿Qué gentil cuerpo de guarda!
MORO 1.º (*Al otro.*)
Tomar, Mustafá, el albarda;
Que ser diablos andaluces.
GUILLEN.
¿No jugamos, Alvarado?
ALVARADO.
Tiendan los huesos ahí,
Y lo que me come aquí
Lo lleve el primer soldado.
CARREÑO.
¿Y en perdiendo?

ALVARADO.
Echar al cuello
La cuerda de la pretina.
GUILLEN.

A diez.
ALVARADO.
Estoy con mohina.
CARREÑO.

No juguéis.
ALVARADO.
Quiero perdello.
MORO 2.º

El calza que haber cabado,
En el talega meter.
MORO 1.º (*Ap. al 2.º*)
E vos ¿qué pensalde hacer?

MORO 2.º
Sabet que tener pensado
Engañar un becarilio
Destos que andar por el playa;
Despos decelde que vaya
A cobrar el dinerillo.
MORO 1.º

¿Cómo hacer?
MORO 2.º
Merá, metemus
El calza en este talega.
E enseñamus cuando llega,
E logo aquel escondemus;
E sacando el parecido,
Lleno de trapos, hacer
Que llevar, pensando ser
El que tenelde vendido.

ESCENA VII.

UN FORASTERO. — DICHO.

FORASTERO. (*Para sí.*)
Despues que en Sevilla estoy,
No he visto máquina igual.
¿Tiendas en el Arenal!
Sin duda hay juego: allá voy.
No han llegado las galeras
De Nápoles mas gallardas.
MORO 1.º (*Ap. á su compañero.*)
Salir al contro. ¿Qué tardas?
MORO 2.º
¡Ah, hedalgo! ¿Comprar tejeras,
Navajas, peines, cochillos,
Medias bonas?

FORASTERO.
Tened, paso.
¿Hay buenas medias acaso?
MORO 2.º
Coger este, pecarillos;
Abrir el ojo, é merar
Qué media estar estas dos.
La lana estar, joro á Dios,
De ovejas.

FORASTERO.
No hay que dudar.
MORO 2.º
¿No poder ser de carneros?

FORASTERO.
Pudiera.

MORO 2.º
Meraría ben.
Este cuadrado también
Estar para caballeros.

FORASTERO.
¿Cuánto quieres?

MORO 2.º
Docs reales.

FORASTERO.
¿Quieres ocho?

MORO 2.º
Dar acá.
No ver el térez, que está
Debajo aquellos tendales;
Que quitar logo el dinero,
É si replicar, mandar
Zotar al cómitre.

FORASTERO.
(Ap. Es dar
Una blanca.) Darlos quiero.
Toma.

(Cambian los moros el talego; dan al
forastero el que tiene los trapos, y
quédanse con el que tiene el par de
medias calzas.)

MORO 2.º
Mostralde, y adios.— [Iera.)
(Ap. al otro moro. Huir, Mostafá, á ga-
(Vanse los dos moros.)

FORASTERO.
Quiero ver la media afuera.
¡Oh, si comprara otras dos! —
¡Ay de mí! ¿Qué es lo que saco?
Trapos y papeles son.

¿Hay tan extraña invención?
MORO 2.º (Dentro.)
¡Ah, cristianillo! Ah, beliaço!
¿Qué te parece el media?

FORASTERO.
Perres, á galera iré.

MORO 2.º
Entrar acá, bona fe.

FORASTERO.
Si el capitán no remedia
Tan grande bellaquería...

CARREÑO.
Quedo: gatazo le han dado.

ORTIZ.
¿Qué es esto, señor soldado?
No haya mas, por vida mía.

FORASTERO.
Compré unas medias á un moro,
Y el beliaço en un momento
Me las voló por el viento...

ALVARADO.
Eso sébento de coro.

FORASTERO.
Y en otra talega igual
Me dió los trapos que veis.

ORTIZ.
¡Muy buen recado teneis!

CARREÑO. (Ap.)
El hombre es algo pardal.

ALVARADO.
¿Esta treta no entendistes?

FORASTERO.
Soy de Castilla, Señor.
Entrar quiero allá.

ORTIZ.
Es peor;

Que os matarán.
CARREÑO.
¿Qué le distes?

FORASTERO.
Ocho reales.

CARREÑO.
De importancia
Os habrá de ser sufrir.

ORTIZ.
Ojos que los vieron ir
No los verán mas en Francia.
Y no entreis en la galera;
Que habrá culebra espantosa.

FORASTERO.
Ya viene.
ALVARADO.
Es segura cosa
Que le mireis desde afuera.

ESCENA VIII

OTROS MOROS DE GALERA, todos con ca-
pas y grillos, y con herradas para
llevar agua; detrás, UN SOLDADO,
con arcabuz.— Dichos; despues, los
dos MOROS de antes.

FORASTERO.
¿Dónde van estos ansí?
CARREÑO.
A hacer agua á San Francisco.

FORASTERO.
Él es un gentil aprisco.
MORO 2.º (Al 1.º)
El gatazo estar allí.

SOLDADO.
Vayan, señores perrazos,
Sin hurtar cosa ninguna.

MORO 1.º (Ap.)
Al porta hortamos cetuna,
Aunque romper corpo é brazos.
(Vanse los moros y el soldado que los
acompaña.)

ESCENA IX.

EL SARGENTO, CARREÑO, ORTIZ,
ALVARADO, GUILLEN, EL FO-
RASTERO.

FORASTERO.
¿Esto hay en el Arenal?
¡Oh, gran máquina, Sevilla!

ALVARADO.
¿Esto solo os maravilla?

FORASTERO.
Es á Babilonia igual.

ALVARADO.
Pues aguardad una flota,
Y veréis toda esta arena
De carros de plata llena,
Que imaginario alborota.

FORASTERO.
Préciese de su edificio
Zaragoza eternamente,
Segovia de su gran puente,
Toledo de su artificio,
Barcelona del tesoro,
Valencia de su hermosura,
La corte de su ventura,
Y de sus almenas Toro,
Búrgos del antigua espada
Del Cid, por tantos escrita;
Córdoba de su mezquita,
Y de su Alhambra Granada,
De sus sepulcros Leon,
Avila del fuerte suelo,
Madrid de su hermoso cielo,
Salud y buena opinion;
Y de su hermoso Arenal
Solo se precie Sevilla,
Que es otava maravilla
Y una plaza universal.

(Vase.)

ESCENA X.

EL SARGENTO y LOS CUATRO SOLDADOS.

ALVARADO.
Fuése el hombre, y de manera,
Que va de contento loco.

ORTIZ.
Cuanto ha encarecido es poco,
No tiene el mar tal ribera.
Esta es una puerta indiana,
Que pare tantos millones,
Puerto de varias naciones,
Puerta para todos llana.
Toda España, Italia y Francia
Vive por este Arenal,
Porque es plaza general
De todo trato y ganancia.

CARREÑO.
Cuchilladas son aquellas.
GUILLEN.
Soldados son, que pelean
Con los corchetes.

ALVARADO.
Que sean;
No nos metamos en ellas.

GUILLEN.
Nunca esta contienda fiera
Acaban de reducilla
Los corchetes de Sevilla
Y soldados de galera.

CARREÑO.
Es, como en los animales,
Secreta naturaleza.

ESCENA XI.

UN LADRON, huyendo de UN AL:
GUACIL.— Dichos.

LADRON.
Echaréme de cabeza
En estos blandos cristales.

(Arrójase al río.)

ALGUACIL.
Tengan al ladron.

ALVARADO.
Yo flo
Que no le coja esta vez.

GUILLEN.
¿Qué salto dió!

ORTIZ.
Como un pez
Se arrojó dentro del río.

CARRERÑO.
Ya le acogen en galera.
ALVARADO.
No le sacarán de allí.

ESCENA XII.

UN AGUADOR, con su cántaro y su
cestilla de anís.—DICHOS.

AGUADOR.
¡Agua y anís!
GUILLÉN.
Eso sí.—
¿Quereis beber?
ALVARADO.
Bien quisiera.
GUILLÉN.
Echad, buen hombre, una jarra.
ALVARADO.
Si fuera en esta ocasión
El anís que dice, oston,
Y el agua sumo de parra...
No la echéis.

AGUADOR.
¡Agua y anís!
(*Vanse el Alguacil y el Aguador.*)

ESCENA XIII.

EL CAPITAN FAJARDO, EL CAPI-
TAN CASTELLANOS.—EL SAR-
GENTO, LOS CUATRO SOLDADOS.

FAJARDO.
¿Esto pasa?
CASTELLANOS.
Eso se escribe,
Y que á venir se apercebe
Al puerto.

FAJARDO.
¿Qué me decís?
CASTELLANOS.
Digo que es nueva muy cierta
Que al conde de Niebla han hecho
General, y que sospecho
Que jornada se concierta.

FAJARDO.
Sucede al Adelantado,
Como nuevo sol que viene,
Que de su puesto sol, tiene
De ser el Conde sol, dado.
La noche de la tiniebla
Que su ausencia nos dejó
Cuando su sol se eclipsó,
Deshace el conde de Niebla.
Partióse el Adelantado,
Y el Conde se adelantó,
Por llegar donde llegó
El sol de tan gran soldado.
De tal Niebla sale el sol,
Que el Africa, aunque abrasada,
Teme el rayo de la espada
Del nuevo conde español;
Que la espada del Padilla,
Que la solía allanar,
Dió al pez espada del mar
En herencia esta cuchilla.
Contento estará su padre,
Guzman Bueno entre los buenos.

CASTELLANOS.
No pienso que lo está menos
Su excelentísima madre.
Agora podrá mirar,
Pues con sus ventanas rifa,
Que la daga de Tarifa
Se ha vuelto espada en el mar.

FAJARDO.
En fin, las de España tiene
El Conde.

CASTELLANOS.
Suspense quedo
De no ver al gran Toledo.

FAJARDO.
¿Quién á las de Italia viene?
CASTELLANOS.

No sé; mas tengo entendido
Que vendrá el de Santa Cruz,
Que tal rayo de la luz
De su muerto padre ha sido;
Aquel heróico Bazán,
Que en la gran casa del Viso
Que hablen las paredes quiso
Con historias que allí están.

FAJARDO.
Bien lo dirán los fanales
De Francia, de Inglaterra
Y Berbería.

CASTELLANOS.
La guerra
No ha tenido hombres iguales.
De mil banderas se ve
Toda su iglesia entoldada.

FAJARDO.
Del duque de Alba la espada
En tierra otro rayo fué;
Y así, en San Leonardo de Alba
Muestran trofeos; que el sol
Deste Alejandro español
Fué de la milicia el alba.

CASTELLANOS.
Vos, ¿iréis esta jornada?

FAJARDO.
Sí, tal soldado comienza,
Paréceme que es vergüenza
Tener la espada envainada.
Hoy quiero dormir en tierra,
La galera me perdone.
(*Disparan dentro un cañonazo.*)

CASTELLANOS.
Quedo; que en medio se pone
Quien ese camino os cierra.
Una pieza han disparado.

FAJARDO.
¿Si es salva?

CASTELLANOS.
No, sino leva.

FAJARDO.
Entre sus ecos me lleva
Un pensamiento burlado.

CASTELLANOS.
Avisados nos tenía
La bandera en el garcés.

FAJARDO.
Esa pusieron despues
Que fué la esperanza mía
Donde vos sabeis que está.

ESCENA XIV.

EL SARGENTO, DOS MOROS.—DICHOS.

SARGENTO.
Ea, señores soldados,
¿Cómo no están aprestados?
La Capitana se va.
Leva tienda; leva, perros.
¿He de doblar una sogá?
¿No ven que la chusma boga?
¿No ven que zarpan los ferros?
Acosta, moro, el batel.—
Llega tú el hombro.

ORTIZ.
Alvarado,
Esto es hecho.

ALVARADO.
Hame pesado.
ORTIZ.
Dicen que hemos de ir á Argel.
(*Vanse el Sargento, los cuatro soldados
y los moros.*)

ESCENA XV.

FAJARDO, CASTELLANOS.

CASTELLANOS.
En fin, ¿os quereis quedar?
FAJARDO.
Es fuerza quedarme en tierra;
Que también en tierra hay guerra
Más que la guerra del mar.
Adoro aquella mujer:
No excuso esta noche el vella.
CASTELLANOS.
Hacéis muy poco en querella.

FAJARDO.
Ella se deja querer.
¡Ah, desdicha el ser soldado!
En habiendo pensamiento
Que haya de tener contento,
No le falta algun nublado.
Luego hay leva, luego hay salva,
Luego hay señal de partenza;
Ya jornada se comienza,
Ya es á la noche, ya al alba,
Ya suena el pito, ya parte...
¡Oh, soldados de la mar!
¿Quién pudiera imaginar
Que andaba en el agua Marte?

CASTELLANOS.
Extraño monstró de guerra
Es el que en la mar seguimos:
Como las nutras vivimos,
Ya en el agua, ya en la tierra.
Mas, siendo del mar soldados,
Puesto en razon ha de estar
Que los soldados del mar
Tengan los gustos agudados.

FAJARDO.
Vayan con Dios las galeras.
Yo me iré mañana al Puerto,
O el lunes á lo mas cierto.

CASTELLANOS.
¿Que la quereis tan de veras?

FAJARDO.
Estoy loco, estoy de suerte,
¡Oh capitán Castellanos!
Que entre pensamientos vanos
Voy caminando á la muerte.
Debajo de que los dos
Estamos ya reformados,
Dejemos de ser soldados,
Y quedáos aquí, por Dios.
Pasemos este verano
En esta hermosa ciudad,
Que compite en majestad
Con el aplauso troiano;
Que si el Conde viene, y sale
A jornada, tiempo habrá:
Todos iremos allá,
Aunque á ninguno señale.
Si don Pedro de Toledo
Volviere, ya vos sabeis
Que nos honra. ¿Qué teméis?

CASTELLANOS.
A la opinion tengo miedo.
Don Pedro no ha de volver;
Que dicen que va á Milan;

Pero el Toledo ó Bazan
Nos han de favorecer.
Quiéroos servir y quedarme,
Y creed, Fajardo, en esto
Que á gran peligro me he puesto
Por servirlos.

FAJARDO.

Por honrarme...

Pero ¡pesta tal! tenéos.
Doña Laura viene aquí.
¿Es forastero aquel?

CASTELLANOS.

Si.

FAJARDO.

¡Oh, infierno de mis deseos!
Siempre celos, siempre enojos.

CASTELLANOS.

Del río salen.

FAJARDO.

Vendrán.

De Triana; que no están
Una hora libres sus ojos.

ESGENA XVI.

DOÑA LAURA, URBANA, DON LOPE, TOLEDO.—DICHOS.

FAJARDO. (Ap. á Castellanos.)

¿Llegaré?

CASTELLANOS.

No me parece
Que estará puesto en razón;
Que el barco dió la ocasión,
Y su tallo lo merece.
¿Qué importa que la haya hablado
Y que agora la acompañe?

FAJARDO.

Siempre he visto que al fin dañe
No estorbar lo comenzado.

DOÑA LAURA. (A don Lope.)

Tengo á mucha cortesía
Que me hagais este favor.

DON LOPE.

El vuestro es tanto mayor
Cuanto hay de la noche al día.
Solo pensé que era llana
Nuestra gente de Castilla.

DOÑA LAURA.

Todo el cuerpo de Sevilla
Es un alma castellana.
También hay blandura acá.

DON LOPE.

Adonde hay tanta hermesura
Por fuerza ha de haber blandura.

DOÑA LAURA. (Ap.)

Enterneciéndose va.

DON LOPE.

Desde que en el barco os vi,
Siento con vuestra belleza
Aliviada una tristeza
Que me dió cuando partí;
Y deste dichoso efeto
Tengo ya tal esperanza,
Que si el pensamiento alcanza,
Un alto bien me prometo.

DOÑA LAURA.

Que en algo os haya servido
Tengo á notable ventura.

DON LOPE.

De hoy mas, á vuestra hermesura
Llamaré río de olvido,
Pues en su serena calma
Dejaré desde este día
Una memoria baldía
Que me mata en el alma.

DOÑA LAURA.

Dejaréis en vuestra tierra
Alguna prenda.

DON LOPE.

Dejé.

Una prenda que empañé
A un tirano que la encierra.
Costóme algunos suspiros
Seguir sus vanos placeres;
Que las mas de las mujeres
Al mejor tiempo hacen tiros.
Y como estaba engañada
El alma que satisfizo,
De los tiros que me hizo,
Hube de sacar la espada.
Saquéla para un hidalgo.
Noble por cierto; que es justo
Honrar al que da disgusto.
Si un hombre se tiene en algo;
Que afrentar, aunque sea un loco,
Ausente, al que se atrevió
A ofenderos, pienso yo
Que es tenerse un hombre en poco.

Digo, en fin, que la saqué
Y que con ella le herí,
Y por lo que toca á mí,
Bien satisfecho quedé.
Mis padres (gracias á Dios.
Que aun los tengo, y que él los guarde)
Quisieranme mas coharde...
— Sospecho que os causo á vos.
Hablemos en otra cosa.

DOÑA LAURA.

Proseguid; que gusto deso.

DON LOPE.

Sintieron con grande exceso
El ver mi ausencia forzosa;
Pero por librar mi vida
De deudos, que al fin lo son,
Y mi cuerpo de prision,
Ordenaron mi partida.
Quieren que á las Indias pase,
Porque tengo un deudo en Lima,
Que es lo mas que los anima,
Y que allá me muera ó case;
Que todo pienso que es uno,
Si no acierto. Aquí he llegado
A tiempo que no ha quedado
Piloto ó soldado alguno
De los que en la flota van.
Ya están en Sanlúcar todos,
Donde por diversos modos
O se embarcan ó lo están.
Fuése el General también,
Y don Francisco Duarte
Da prisa, y dicen que parte
La flota (y parta con bien)
Dentro de dos ó tres días.
Vine esta tarde á fletar
Un barco para alijar
Algunas cosillas mías;
Pasé á Triana, en quien vive
Un piloto; y mi cuidado,
Cómo quien sobre borrado
Nuevo pensamiento escribe,
Ha quedado tan oscuro.
Que, siendo el alma el papel,
Vos sola escribís en él
Cifras que saber procuro.
Mirad vos ¡qué confusion,
Estar yo tan de partida,
Y llevarme vos la vida!

DOÑA LAURA.

Cosas diferentes son.

FAJARDO. (Ap. á Castellanos)

Mucho se alargan: presumo
Que tarde al remedio llevo.
Sin duda se enciende el fuego,
Pues acá me ha dado el humo.

CASTELLANOS.

Dellegar, podría ser
Que resultase disgusto.
No pongais riendas al gusto
De la mas cuerda mujer,
Porque no saben de freno,
Y en queriéndose echar,
O siempre habeis de trotar,
O quedaros al sereno.

DOÑA LAURA.

Si vos os vais, mi señor,
A una tan larga jornada,
No tenéis que temer nada
De un recién nacido amor.
Cuando salgais de Triana,
El río abajo, veréis
Un templo, donde tendréis
Cierta vista y salud llana.
Los Remedios es su nombre:
Remediad ese rigor,
Y creed que con amor
No pasa á las Indias hombre.

DON LOPE.

Decis bien; que no es posible
Que quien tiene amor presente,
Jornada tan larga intente,
Porque es ánimo terrible.

DOÑA LAURA.

Lo que puede hacer por vos,
Caballero, una mujer
Que os vió y no os ha de ver,
Es rogar por vos á Dios.
Este os guarde, y solo os digo
Que me pesa de que os vais.

DON LOPE.

No me iré, si vos gustais
Que me quede.

DOÑA LAURA.

No me obligo

A poder tanto con vos.

DON LOPE.

Vos sola podréis, Señor,
Detenerme.

FAJARDO. (Ap. á Castellanos.)

¿Ves agora

Cómo se acercan los dos?

DON LOPE.

Esperad; ¿dónde vivís?

DOÑA LAURA.

¡Jesus! Decir no lo quiero.

DON LOPE.

Mirad, mi bien, que me muero.

DOÑA LAURA.

Sin duda alguna os morís,
Y en una razon lo fundo...

DON LOPE.

Vuestra hermosura será.

DOÑA LAURA.

Que quien á las Indias va,
Dicen que va al otro mundo.

DON LOPE.

¿Queréis saber mi afición,
Aunque sea liviandad?
Alguna prenda me dad,
Y en prenda de obligacion
Os daré cuantas traía
De mis pasados deseos,
Porque goceis los trofeos
De victoria que fué mía.

DOÑA LAURA.

¿Qué os daré?

DON LOPE.

Una cinta es prenda.

DOÑA LAURA.

De valor no la pidais;
Que si al otro mundo os vais,

No es bien que lleveis mi hacienda ;
Que pues con hacienda ajena
Os morís, como decís,
Si no la restituís,
Andará vuestra alma en pena.

DON LOPE.

Por fuerza lo habrá de andar.

DOÑA LAURA.

Esta es la cinta : tened.

DON LOPE.

En pago desta merced
Os quiero un retrato dar,
Que os juro que no ha podido
Sacármele un padre viejo.

DOÑA LAURA.

La carta de san Alejo

Habrá este retrato sido.

¡Oh qué divina mujer!

¡Es viva como pintada?

DON LOPE.

Para mí, pintada es nada,

Y viva no tiene ser.

DOÑA LAURA.

Y ; téngole de guardar

Hasta que volváis?

DON LOPE.

Pues ¿ no,

Si llevo esta cinta yo

Para reliquia en la mar?

DOÑA LAURA.

Adios, Señor.

DON LOPE.

El os guarde.

(*Apártase.*)

¡Que esto me suceda agora!

URBANA.

Vamos ; que es tarde, Señora.

DOÑA LAURA.

Vamos, Urbana ; que es tarde.

FAJARDO. (*A doña Laura.*)

¡No tendrá necesidad

Vuesamercé de escudero?

DOÑA LAURA.

Antes es noche, y le espero.

FAJARDO.

Segura está la ciudad ;

Que ya se van las galeras.

DOÑA LAURA.

Y vos ¿ no os vais?

FAJARDO.

Quedo aquí

En otra mayor.

DOÑA LAURA.

¿ Por mí

Lo decís?

FAJARDO.

Si, á fe.

DOÑA LAURA.

¿ De veras?

FAJARDO.

Tan de veras, que el respeto

Que os guardo me ha detenido.

Bien os habrá entretenido.

Si es, como galán, discreto.

DOÑA LAURA.

Hasta en casa de una amiga

Quiero que me acompañéis.

FAJARDO.

Pues que no me respondeis,

Alguna causa os obliga.

DOÑA LAURA.

No lo conozco, por Dios :

En ese barco le hallé.

(*Venae delante Fajardo y Castellanos.*)

DOÑA LAURA.

¿ Fuése, Urbana?

URBANA.

No se fué.

Parados están los dos.

DOÑA LAURA.

No le pregunté, turbada,

Dónde posaba.

URBANA.

¿ Qué importa?

DOÑA LAURA.

¡ Ay, Urbana, que no corta
En todos brazos la espada!
Este hombre sabe una treta,
Con que ha podido matarme.
Mal hice en no declararme.

URBANA.

Antes has sido discreta ;
Que parece hombre de bien,
Y de muy poco dinero.

(*Venae las dos.*)

ESCENA XVII.

DON LOPE, TOLEDO.

DON LOPE.

Digo que por ella muero,
Aunque mil muertes me dén.

TOLEDO.

Vamos, don Lope, de aquí.

Lleve el diablo la mujer.

¿ Quiéreste echar á perder?

DON LOPE.

Cuando la ví, me perdí.

TOLEDO.

Taparme quiero los ojos,

Hago mil veces la cruz.

DON LOPE.

Aquel donaire andaluz

¿ A quién no causara antojos?

Pienso que me he de perder.

Toledo, véia á seguir.

TOLEDO.

¡ Oh qué vitoria es huir

Las armas de una mujer!

DON LOPE.

No te burles, vé corriendo.

TOLEDO.

¿ Para qué, si á tercer alba

Hacen en la flota salva.

Ya de la barra saliendo?

DON LOPE.

Bestia, si no vas tras ella,

¡ Vive el cielo, que te mate!

TOLEDO.

¿ Tú no ves que es disparate?

DON LOPE.

No es eleccion, que es estrella.

Esto es amor, no es antojos ;

Amor es correspondencia,

Esto es, fuerza de influencia

Y sangre dulce en los ojos.

Espíritus son, Toledo ;

Toledo, espíritus son.

TOLEDO.

Sean con la maldición ;

Que bien se ve en el euredo.

Si aquellos dos capitanes

No me dan dos cintarazos,

Mis piés burlarán sus brazos.

¿ Son deudos ó son galanes?

DON LOPE.

Son el diablo que te lleve.

TOLEDO.

La puerta del Arenal

No han pasado.

DON LOPE. (*Amenazando á Toledo.*)

¿ Hay cosa igual?

TOLEDO.

Alguna furia le mueve.

(*Vase.*)

ESCENA XVIII.

DON LOPE.

[*zas.*]

Sembrando en tu Arenal mis esperan-

¡ Oh, Sevilla! ¿ qué fruto será el mío,

Que ni del llanto bastará el rocío,

Ni del ligero tiempo las mudanzas?

¡ Oh tú, que del ocaso al norte alcan-

[*zas!*]

Pensamiento, menor que el desvario,

Si en la arena siembras deste río,

Tu cosecha será desconfianzas.

Si comparas tu arena con mis males,

Tú ni la Libia, de montañas llena,

Teneis bastante copia de arenales.

¡ Oh principio terrible de mi pena!

Si en el son las arenas desiguales,

¿ Qué fin espero de sembrar tu arena?

ESCENA XIX.

CUATRO ENBOZADOS.—DON LOPE.

ENBOZADO 1.º

¡ Ah, gentilhombre!

DON LOPE.

¿ Quién llama?

ENBOZADO 2.º

¿ No lo ve? Cuatro hombres son.

DON LOPE.

Pues á mí, ¿ por qué razon?

(*Ap. Deudos son de aquella dama :*

Sin duda se han ofendido.)

¿ Qué quieren?

ENBOZADO 3.º

Comer.

DON LOPE.

¿ Comer?

Pues yo ¿ qué tengo que ver

Con hombres que no han comido?

¿ Querránme comer á mí?

¿ Son caribes por ventura?

(*Ap. Arenal y noche escura!*

Por mi mal, Sevilla, os vi.)

Si acaso basta un doblon,

Que ese tengo les confieso.

ENBOZADO 4.º

No hacemos nada con eso,

Y tiene poca razon ;

Que somos los cuatro honrados,

Y no lo habemos de hurtar.

DON LOPE.

Por serio yo, quise dar

Esos dineros prestados.

Llévenle ; que en un doblon

Bien hay para vino y pan.

ENBOZADO 5.º

Eso á pobretos lo dan,

Y tiene poca razon.

DON LOPE.

Segun estoy obligado

A la merced que me han hecho,

Que lo pago mal sospecho.

ENBOZADO 2.º

Vuarced es hidalgo honrado.

Mire que es corta racion,

Cuando ahiadiera otros nueve.

EMBOZADO 1.º
Yo sé que hará lo que debe,
Y tiene poca razón.

DON LOPE.
Deben de pensar que yo
Nací con hora menguada.

EMBOZADO 2.º
Suelte la capa y la espada.

DON LOPE.
¡Oh, perros!

EMBOZADO 1.º
Dale.
(Acuchillan á don Lope.)

EMBOZADO 4.º
Cayó.
DON LOPE.
Muerto me han; que cuatro á uno
Tiene imposible defensa.
(Quitan á don Lope la capa y la espada,
y vanse.)

ESCENA XX.

DOÑA LAURA, URBANA, TOLEDO.
—DON LOPE, caído en tierra.

TOLEDO.
Está de suerte, que piensa
Que no habrá remedio alguno.

DOÑA LAURA.
Si él quedó desconsolado,
Toledo, mas lo fui yo.

TOLEDO.
¿Cómo el soldado os dejó?

DOÑA LAURA.
Porque yo engañé al soldado.

TOLEDO.
Aquí quedó.— Mal lo ha hecho;
Que por mí fe, que se ha ido.

DON LOPE.
¡Ay, Dios!

DOÑA LAURA.
¿No sientes ruido?

TOLEDO.
Mayor desdicha sospecho.

DON LOPE.
¿Si me podré levantar?

TOLEDO.
La voz es de mi señor.—
¡Señor!

DON LOPE.
Espera, traidor,
Si me vienes á matar.

DOÑA LAURA.
¡Triste de mí! ¿Si está herido?

TOLEDO.
¿Qué tienes, Señor?

DON LOPE.
Toledo,
¿Eres tú?

TOLEDO.
Ya de mi miedo
Miro el agüero cumplido.
Doña Laura viene aquí.

DOÑA LAURA.
Señor, ¿qué desdicha es esta?

DON LOPE.
Es lo que el veros me cuesta;
Y aun es poco, pues os vi.
Cuatro embozados han hecho
Esta bazaña.

DOÑA LAURA.
Muerta soy.

DON LOPE.
No, mi bien; que vivo estoy
Solo en tocando ese pecho.

URBANA.
¡Ah, Señora! Vuelve en tí.

DOÑA LAURA.
Úrbana, quieras ó no,
Este hombre he de curar yo,
Pues le han herido por mí.

URBANA.
¿Por tí, siendo unos ladrones?

DOÑA LAURA.
Si por esperarme ha sido,
Por mí está don Lope herido.

URBANA.
A gran peligro te pones.

DON LOPE.
No presumo que es mortal
La herida.

DOÑA LAURA.
No, pues yo vivo,
Que en el alma la recibo,
Y tiene vida inmortal.—
Entre los dos poco á poco
A mi casa le llevad.

DON LOPE.
Señora, ¡tanta piedad!

TOLEDO.
Estoy de coraje loco.
¡Que no llegara á ocasión!

DON LOPE.
Ya nuestra Indiana jornada
Paró en el eco, que es nada.

TOLEDO.
Mira por tí, que es razón,
Y déjate de pensar
En las Indias; que la vida
Es temerosa partida,
Y la muerte el mayor mar.

URBANA.
Mira que es libertad esta
Contra tu honor y quietud.

DOÑA LAURA.
Procuraré su salud,
Si dos mil vidas me cuesta.
URBANA. (Ap. á doña Laura.)
¿Quieres que en casa le tope
El Capitan?

DOÑA LAURA.
Solo estimo
Mi gusto. Di que es mi primo.

DON LOPE.
¡Ay, doña Laura!
DOÑA LAURA.
¡Ay, don Lope!

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

LUCINDA, en hábito de gitana, muy
bizarra; FLORELO.

FLORELO.
Este es el gran Arenal
De Sevilla.

LUCINDA.
¿Si está en ella
Don Lope?

FLORELO.
Lucinda bella,
No hay parte mas principal
Para hallarle brevemente;
Porque á ver tantas galeras
Cubre sus blancas riberas
Agora infinita gente;
Que no hay hombre, no hay mujer
Que no salga al Arenal
A mirar grandeza tal,
Cual nunca se espera ver;
Porque han bajado galeras
De toda Italia, y venido
A la ocasión que has oído
Mil naciones extranjeras.
Por la carta de su padre
En Medina se decía,
Y por el llanto que hacia
Su adigida y triste madre,
Que estaba en Sevilla herido
De cuatro ladrones fieros,
Quedando de sus aceros
En este Arenal tendido;
Y pues no fué con la flota
De Tierra-Firme, y Alberto
Tiene salud, ten por cierto
Que ha tomado otra derrota,
Y que aquí se habrá quedado
A lo fértil de la tierra,
O que para aquesta guerra
Debe de estar alistado.

LUCINDA.
La contraria estrella mía,
Florelito, con que nací,
No querrá que para mí
Dichoso amanezca un día.
Desde Medina he venido,
Por este honroso interés,
En el hábito que ves
A buscar mi bien perdido;
Porque conforme á quien soy,
Como tuviera licencia,
No llegara á su presencia
Menos oculta que voy.
En esta tierra jamás
Echará mi amor raíces,
Porque esa carta que dices
Há cuatro meses y mas
Que don Lope la escribió
A sus padres, y es muy cierto
Que estará ya ausente ó muerto,
Que es lo mismo.

FLORELO.
Pienso yo,
Lucinda, que el sentimiento
De sus padres en Medina
Lo hubiera dicho. Imagina
Que te engaña el pensamiento,
Y que á mí me dice el mío
Que para fin de tu mal
Le has de ver en su Arenal
De aqueste famoso río.

LUCINDA.
Cuando sus blancas arenas
Se vuelvan perlas, Florelito,
Minas el centro del suelo,
Corriendo plata sus venas,
Y no digo que este río
Se vuelva primero atrás.
Pues el mar, que puede mas,
Le vuelve atrás con tal brio;
Mas que cuando por él veas
Casas y edificios graves,
O vueñas ninfas sus naves,
Como las de Troya á Enéas;
Y destas galeras grandes
En medio de la corriente
Veas hacer una puente
Sobre los bancos de Flándes;
Y que en todas sus antenas,
Que cubre alquitran enjuto,

Nace y cuelga el verde fruto
De ramas y de hojas llenas,
Y que de la quilla al tope
Se vuelvan oro y coral,
Que pueda en esto Arenal
Ver en mi vida á don Lope.

FLORELO.

¡Extraña desconfianza!...
Y esa es la esperanza mía;
Que siempre quien desconfía,
Lo que no esperaba alcanza.
Mira que en este Arenal
Se vieron los que en su vida
Se pensaron ver.

LUCINDA.

Perdida
Va la esperanza en mi mal.
Solo mi fortuna sigo,
Como el que en el mar incierto,
No tomando el propio puerto,
Tomara el puerto enemigo.

FLORELO.

Y este traje ¿ha de durar?

LUCINDA.

Lo que fuere menester.

FLORELO.

¿Sabrás hablar?

LUCINDA.

Sabré hacer
Las piedras, llorando, hablar.
Si los que aman, por momentos,
A los campos donde lloran
Les ruegan que á quien adoran
Les digan sus pensamientos;
Si á los árboles y ríos
Que los vayan á contar,
¿Por qué no sabré yo hablar,
Florela, en los males míos?

FLORELO.

La lengua de las gitanas
Nunca la habrás menester,
Sino el modo de romper
Las dicciones castellanas;
Que con eso y que zacees,
A quien no te vió jamás,
Gitana parecerás.

LUCINDA.

Y aun tú pienso que lo crees;
Que no me he vestido mal.

FLORELO.

Estás mucho mas hermosa.

¿A ver? Di:

LUCINDA.

Cara de rosa...

FLORELO.

Es su lengua natural.
No he visto tal en mi vida.

LUCINDA.

Véte á Gradas, mientras yo
Comienzo lo que intentó
Una esperanza perdida;
Que allí podrá ser que esté,
Y no es bien que estés conmigo.

FLORELO.

Pues voyme.

LUCINDA.

Adios.—¡Oh, enemigo
Don Lope! Oh, traidor, sin fe!
(Vase Florela.)

ESCENA II.

LUCINDA.

Nace en Egipto el fiero cocodrilo,
Que al peregrino llama en voz humana,

Con que á su cueva y boca el paso allana
Del que ha seguido su engañoso estilo.
No lo es el llanto que por tí destilo,
Ni porque de tu vida soy tirana;
Que aunque traigo vestidos de gitana,
Nací en Medina, y no ribera el Nilo.
Peregrino del alma que te adora,
Lucinda soy, que sin ventura vengo
A decir á los hombres la ventura.
Dame, dame esa mano vencedora;
Que si ventura de tomarla tengo,
Su palma la vitoria me asegura.

ESCENA III.

FAJARDO, CASTELLANOS. —
LUCINDA:

FAJARDO.

Léjos estoy de sufrir,
Capitan, tantos enredos.

CASTELLANOS.

Fajardo, amor todo es miedos.
No hay sino callar y oír.

FAJARDO.

No sé de dónde nos vino
Este primo tan pesado.

CASTELLANOS.

Notable asiento ha tomado,
Para venir de camino.

FAJARDO.

Mientras la herida duró,
Que le regalase estimo;
Mas ¿qué quiere aqueste primo,
Si há tres meses que sanó?

CASTELLANOS.

Ese parentesco ignoro;
Mas para mí, á fe de honrado,
Que pienso que le ha curado
Como Angélica á Medoro.

FAJARDO.

No quiera Dios tal suceso,
Aunque dél estoy temblando,
Porque vendré á ser Orlaudo
En la venganza y el seso.
Dijome que el mismo día
Que en este Arenal le halló,
Una cuadrilla le birló,
Que la capa le pedía.
Dos meses tardó en estar
Don Lope del todo sano;
Después dijo que el verano
No era razon caminar;
Y otros tres le tiene en casa,
A pesar de mis enojos.

CASTELLANOS.

Ella os engaña á los ojos,
Y vos no veis lo que pasa.

FAJARDO.

No me puedo persuadir;
Que quien de mí se defiende,
Más honra y virtud pretende.

LUCINDA. (Ap.)

A estos dos quiero pedir;
Mas primero será bien
Estudiar el parlamento;
No entiendan mi pensamiento,
Y otra limosna me dén.

CASTELLANOS.

Debajo de que no os ama,
Capitan, esta señora,
Y que, en fin, teméis si agora
Deste caballero es dama,
Y que os pide casamiento,
O no hay hablar sin desden;
Yo pienso que os está bien
Mudar de tierra y de intento.

El río cubren galerías
Que esperan su general,
Y este famoso Arenal
Mil naciones extranjeras.
Vinieron los galeones,
Que descansan en Horcadas;
Ya no hay tratar de jornadas
A mas remotas regiones.
Esta dicen que es á Argel,
Y aunque no es nueva, es honrosa.

FAJARDO.

¡Plega á Dios que sea dichosa!

CASTELLANOS.

Yo tengo esperanza en él.

FAJARDO.

Trágica llama la historia
Esta misma en Carlos Quinto.

CASTELLANOS.

El tiempo en tiempo sucinto
Le quitó la palma y gloria.

FAJARDO.

Que diera fin á esa guerra
Nadie lo debe dudar,
Si fuera Augusto en la mar
Como César en la tierra.

CASTELLANOS.

Van en tan buena ocasion,
Que al tiempo no hay que temer.

FAJARDO.

Yo pienso que quiere hacer
Una gran demostracion
Filipo, que guarde el cielo
Muchos años para bien
De España.

CASTELLANOS.

Querrá tambien

Poner al bárbaro suelo
Del Africa algun espejo.
Y que esto ó que aquello sea,
¿Cuál hombre en servir no emplea
Su espada á tal rey?

FAJARDO.

Es tanto
Lo que á doña Laura estimo,
Que, con ser quien veis que soy,
Remiso en partirme estoy.

CASTELLANOS.

No es mala espuela este primo.

FAJARDO.

Parézcome á Masínisa
En aquesta remision.

CASTELLANOS.

Yo al romano Cipión,
Que deste error os avisa;
Y pues veis que desta suerte
Vuestra opinion se restaura,
Sea Sofonisba Laura,
Y vuestra ausencia su muerto.

LUCINDA. (Ap.)

Estos hombres son soldaos.
Mal bago en no me atrever,
Porque podrian saber
Del dueño de mis cuidados.
No soy pobre; que en efeto,
Si en esta ocasion lo fuera,
Su conversacion rompiera,
Aunque hablaran mas secreto.
¡Oh, quién le pudiera hurtar,
Porlograr mi pensamiento,
A un pobre el atrevimiento
Con que entra en cualquier lugar!
Pero es justo que se aparte
La diferencia en los dos,
Porque, como el pobre es Dios,
Entra por cualquiera parte;
Que aunque dos quieran hablarse
Por el mas secreto modo,

Como Dios lo entiende todo,
Es imposible guardarse.

CASTELLANOS.

Aguarda en este Arenal
La gente que le corona,
Solo á don Juan de Cardona,
Que es capitán general,
Porque quieren las galeras
Hacerle gran fiesta y salva;
Que le aguardan desde el alba
Con mil diversas banderas,
Flámulas y gallardetes
Llenos de armas, cifras, soles,
Que de los altos penoles
Tocan á los filarétes.
Clarines y chirimías
Hacen bailar en el centro
Las ninfas que viven dentro
Del agua en alcobas frías,
A quien el aire importuno,
Oyendo voces tan nuevas,
Da con el eco en las Cuevas,
Monasterio de San Bruno.

FAJARDO.

En la batalla naval
Se halló don Juan de Cardona.

CASTELLANOS.

Estimaba su persona
El de Austria á la suya igual.
El fué á descubrir la armada
Del turco sobre Lepanto.

LUCINDA.

(Ap. Si á todos espero tanto,
Si estoy con todos turbada,
¿De qué sirve la invención?
Ahora bien...) Cara de rosa,
Ansi Dios haga dichosa
Tu vida y tu pretensión,
Me des una cosa buena
Desa generosa mano.

FAJARDO.

¡Vive Dios, ángel gitano,
Que estoy rico de harta pena!
Si esta quereis y desgracias,
Tengo mil qué daros pueda.

LUCINDA.

No, Señor : desa moneda
Harta tengo yo, á Dios gracias.

CASTELLANOS.

¡Bella mujer!

FAJARDO.

Hay de aquestas
Algunas limpias y hermosas.

CASTELLANOS.

Sí, pero muy desdenosas
Y notablemente honestas;
Que tienen extraña ley
Con sus maridos.

LUCINDA.

Tenemos

Hartos trabajos.

CASTELLANOS.

¡Qué extremos!

LUCINDA.

Dame, Señor, así el Rey
Te haga comendador,
Dame, Capitán honrado.

FAJARDO.

Qué buen brio!

CASTELLANOS.

No he topado
Entre estas otro mejor.
¡Quieres ir á mi posada?
Dírame allá la ventura.

LUCINDA.

Y ¿cómo estará segura

De esa tu presencia honrada?
Honrados días vivas.

CASTELLANOS.

Yo

Te haré un juramento aquí.

LUCINDA.

¡Quién se fíara de ti,
Ojos falsos!

CASTELLANOS.

¿Por qué no?

LUCINDA.

Juntar la estopa y el ascua
Nunca llares discreción.—
Dame una consolación,
Tú, cara de pan de pascua.

FAJARDO.

¿Dónde tienes tu marido?

LUCINDA.

Dale á Dios : bien cerca está.

FAJARDO.

En las galeras irá
Preso, y jamás ofendido.
Estas son mujeres solas.
¡Con qué lealtad van al Puerto,
En siendo que arriban cierto
Las galeras españolas!
Allí les llevan dinero,
Regalos, ropa, calzado.
Tanto, que fuera forzado
Por ver amor verdadero.

CASTELLANOS.

Hacéos gitano.

FAJARDO.

Si haré.

CASTELLANOS.

No hay camino de galeras
Mas seguro.

FAJARDO.

Si tú fueras

La gitana de mi fe...

LUCINDA.

Muestra, dame acá esa mano,
Ya que no me das dinero.—
¡Qué mano de caballero!
¡Qué largo Alejandro Mano!

ESCENA IV.

EL LADRON. — Dichos.

LADRON. (Ap.)

Mientras aquesta gitana
Dice á aquestos la ventura,
Haré mi herida segura.

(Va alzando la capa á Fajardo.)

FAJARDO.

Toma, y no mientas, hermana.

LUCINDA.

Larga te dé Dios la vida.
Tú estás con un gran desden
De una dama...

FAJARDO.

Dice bien.

LUCINDA.

Porque piensas que te olvida.

FAJARDO.

Todo es verdad.

LUCINDA.

Un traidor
Te quiere mal, y lo encubre.

FAJARDO.

¡Vive el cielo, que descubre
Todo el libro de mi amor!

LUCINDA.

Has servido, y no te paga
Quien debiera conocerte.
(El ladrón saca la bolsa á Faja.)

LADRON. (Ap.)

Yo hice muy bien mi suerte.
Así Dios tus cosas haga,
Gitana, y quiera que tope
Contigo sola algún día. (Vase.)

ESCENA V.

LUCINDA, FAJARDO,
CASTELLANOS.

LUCINDA.

Así por cierto tenía
La mano el señor don Lope.
¿Conoceisle?

FAJARDO.

No quisiera.

LUCINDA. (Ap.)

¡Ay, cielo!

FAJARDO.

¡Ay, suerte cruel!

Porque no me habies en él,
Te daré limosna... Espera.
Espera.

CASTELLANOS.

¿Qué buscáis?

FAJARDO.

¡Buena!

CASTELLANOS.

Yo tengo dinero.

FAJARDO.

Aquí

Cincuenta escudos metí
En un bolsillo, y bien lleno,
Y bien lleno; y solo hallo
El llenzo y estos papeles.—
Vil gitanilla, si sueles,
Para sustentar el gallo,
Entretenerte desta suerte
Al que dices la ventura,
Mientras haciera procura
En el que se ocupa en verte
El ladrón que traes contigo,
Mi dinero me has de dar,
O te tengo de matar.

LUCINDA.

¿Qué es esto, cielo enemigo?

CASTELLANOS.

¡Hay semejante maldad!
La misma la habrá tomado.

LUCINDA.

Si entre tanto os la han hurtado,
Yo no lo sé, en mi verdad.

CASTELLANOS.

Que la misma la hurtaría;
Y este es negocio muy llano,
Porque os tomaba una mano
Y otra en la bolsa metía.

LUCINDA.

Hurtárosela fuera error,
Pues habiéndome de dar
Limosna, era cierto echar
Menos la bolsa, Señor.
¿Veis cómo estáis engañado?

CASTELLANOS.

Mientras llamo un alguacil,
Desnudaíla.

FAJARDO.

¡Qué sutil!

Me la asíó por este lado!
Desnudaíla.

LUCINDA.
No toques,
Capitan, á mi persona;
Que si el tallo no la abona,
La abonará lo que veis.
Desviaos.

FAJARDO.
¿No eres gitana?

CASTELLANOS.
¿No lo veis? Habla muy bien.

LUCINDA.
Yo haré que el dinero os dé.

FAJARDO.
¿Cómo?

LUCINDA.
Mujer castellana
Soy, y mujer principal;
Y si alguno os lo tomó
(Como eso he creído yo
Que pasa en este Arenal),
No soy tan pobre, que aquí
No os dé lo que os han hurtado.

FAJARDO.
Con eso me he despicado,
Que fué como juego en mí;
Y creed que soy persona
Que os puedo servir en algo.

LUCINDA.
Talle tenéis de hombre hidalgo,
Y el término lo pregona.
Solo porque soy mujer
Merezco vuestro favor.

FAJARDO.
¿Extraño enredo!

LUCINDA.
Es de amor;
Que él solo le supo hacer.

CASTELLANOS.
Es el capitan Fajardo,
Señora, muy caballero.
No le abono lisonjero
Por premio que déis aguardo,
Sino porque déis feis
Cualquiera cosa, en razon
De su fama y opinion;
Que yo sé bien que podeis.
Decide á qué habeis venido
Y en lo que os puede servir;
Que esto es mas razon sentir
Que no el dinero perdido;
Que yo sé que de su hacienda
En menores ocasiones
Ha dado satisfacciones.

LUCINDA.
Pues debajo de esa prenda,
Diré quién soy, y á qué vengo
Disfrazada en el vestido
Que veis.

FAJARDO.
Caso extraño ha sido.

LUCINDA.
Pues tan buen amparo tengo.
Oid mi historia, si oílla
No os cansa.

FAJARDO.
El pecho descubre.

CASTELLANOS.
¡Válame Dios lo que cubre
El Arenal de Sevilla!

LUCINDA.
De nobles padres y abuelos,
Noble capitan Fajardo,
Para campo de desdichas
Nací en Medina del Campo.
Mudó el Tercero Filipo
Su corte, casa y criados
A Valladolid, y fué

Mudar tambien necesario
De allí la Chancilleria,
Con quien tambien se mudaron
Mi ventura y muchos pleitos,
De que me resultan tantos.
Ennoblecíose la villa,
Y, como en tiempos pasados,
Vino á estar con mayor lustre;
Que floreciendo sus pagos,
Poblóse con extranjeros
Venidos por varios casos,
No habiendo casa sin huésped,
Causa de todo mi daño,
Porque le cupo á la mía
Un noble mancebo hidalgo,
De buena presencia y rostro
Y en la mitad de sus años.
Puso los ojos en mí;
Que es nuestro pleito ordinario,
Y muy propio á forasteros
Dar á su huésped tal pago.
Bien sabe el cielo mi intento,
Y que con justo recato,
Mientras mas altos sus ojos,
Miré con ojos mas bajos,
No porque yo despreciara
Las partes de un cortesano
Tan galán y caballero,
Siendo el pensamiento casto;
Mas porque el mío vivia
En otro pecho ocupado
De un caballero, á quien yo
Debía de amor seis años.
Era su nombre don Lope,
Sus partes no las alabo;
Que mal las dirá quien es
Parte en adorarle tanto.
Cayóle, de ver á Alberto
(Que es el nombre del contrario)
A don Lope una tristeza,
Que su vida puso al cabo;
Y al cabo de algunos dias
Pudieron los celos tanto,
Que en el campo de Medina
Salieron los dos al campo.
Dijole que de secreto
Conmigo estaba casado,
Y que en pretender servirme
Le hacia notable agravio;
Que la palabra le diese,
Como caballero honrado,
De no mirarme en su vida:
Y dióla para su daño;
Que aunque es verdad que despues
Sus ojos se moderaron,
Sus palabras se midieron,
Y se enfrenaron sus pasos,
De suerte que yo le via
Algunas veces, mirando,
Morirse los suspiros
Entre la lengua y los labios,
No sé dónde á sus amigos
Enseñó Alberto un retrato
Que un cierto pintor famoso,
Pienso que Guzman llamado,
De solo verme una fiesta,
Hizo con divina mano;
Que, como naturaleza,
Hace su pincel milagros;
Y fué tanta su desdicha,
Y los amigos tan falsos,
Que contaron á don Lope,
Aunque Alberto estaba salvo,
Que se alabó que era dueño
Del dueño de aquel retrato,
Con que incitando su ira,
Dieron principio á este caso.
Buscóle, y hallóle un viérnes,
Siempre en amor desdichado,
Junto á la Chancilleria,
Y otra vez le sacó al campo,
Donde afeando el haber

La fe y palabra quebrado,
Metió mano, y le dejó
Por muerto, y quitó el retrato.
Vínose huyendo á Sevilla,
Dejándome mil trabajos
Entre deudos de un herido
Y padres de un agraviado.
Quiso pasarse á las Indias,
Y el cielo, viendo mi agravio,
Le detuvo en esta arena
Con tres heridas ó cuatro.
Escribe que está muy bueno
Quien fué para mí tan malo,
A quien busco en este traje;
Que me dicen que es soldado.
Si sabeis déi, caballeros,
Por Dios, que os muevan mis daños,
Porque no se vaya á Argel
Hombre que me cuesta tanto.

FAJARDO.

¡Extraña lealtad!

CASTELLANOS.

Merece

Justo lugar en el templo
De la fama.

FAJARDO.

Tal ejemplo

Su flaco ser engrandece.—
Pena me ha dado la vuestra,
Y en fe de que esto es verdad,
Tendrá vuestra voluntad
Para su amparo la nuestra.
Y porque tengais consuelo,
Ese don Lope está aquí,
Porque cayó para mí
Como otro rayo del cielo.
En una casa, en que adoro
Una mujer, se ha curado,
Donde ha sido regalado,
Y dicen que fué Medoro.
Prima la llama: no sé
Si esta prima es verdadera;
Mas no es la cuerda primera
Que por prima falsa esté.
Hacemos un instrumento
Cinco en esta misma casa;
Que donde el infierno abrasa
No habrá tan discorde acento.
Es la prima quien te digo,
Que doña Laura se llama,
Falsa hasta agora en la fama,
Y siempre falsa conmigo.
La segunda y la tercera
Hacen Toledo y Urbana,
Un criado y una anciana,
Que suenan mal donde quiera;
La cuarta y requinta ha sido
Don Lope, porque sospecho
Que de la prima se ha hecho,
Y tiene el mismo sonido;
Yo vengo á ser el bordon,
En quien la música estriba;
Que no quiere amor que viva
Sin bordon tanta pastion.
Mira tú si este instrumento
Será dulce á tus oídos;
Que por lo que es mis sentidos,
Yo estoy tal, que ya no siento.

LUCINDA.

Bien echaba yo de ver
Que cuando mi bien hallara,
No menos mal me costara
Que es el venirle á perder.
¡Pluguiera al cielo, señores,
Que con la flota se fuera,
Porque Laura no le hiciera
Medoro de sus amores!
Allá se quedara en Lima
O en otra mayor distancia,
Antes que hacer consonancia
Con esta fingida prima.

Ya no hay remedio en mi mal,
Aunque mas lágrimas vierta,
Que tiene desde su puerta
Granos a queste Arenal.
Cinco meses de su casa
Terribles hábitos son.

FAJARDO.

Quedo; que en esta ocasion
La misma que os digo pasa.
Fingid lo que habeis fingido,
Y podeis llegarla á hablar;
Que el dueño no ha de tardar
De su amor y vuestro olvido.
Ya nuestros nombres sabels;
Idos á Gradas mañana,
Adonde, hermosa gitana,
A los dos nos hallaréis;
Que para todo suceso
Es nuestro propio interés
Serviros.

LUCINDA.

¿Que aquesta es?
Justamente pierde el seso,
Y yo he de perder el mio.

FAJARDO.

Adios, porque no nos vea.

CASTELLANOS.

Extrañas cosas rodea
Amor.

FAJARDO.

Apartaos del rio.

(Vanse los dos.)

ESCENA VI.

DOÑA LAURA, URBANA.—LUCINDA.

DOÑA LAURA.

Apenas habrá lugar
De donde se pueda ver.

URBANA.

Jamás estimé placer
Que costase tal pesar.
Hase cifrado Sevilla,
Como todo el mundo, en mapa,
Tanto, que el arena tapa
En esta trillada orilla.
Hoy bravas galas se han puesto.
Tiende los ojos.

DOÑA LAURA.

No hay cosa
Para sus luces hermosa,
Estando mi sol traspuesto.

URBANA.

Anda agora; que aunque esté
Una mujer obligada,
No puede estar tan atada,
Que no alcance á lo que ve.
¿No has visto en el campo acaso
Atado un buey ó un jumento,
Que no tiene mas sustento
Ni puede alargar el paso
De lo que la sogá alcanza?
Pues eso mismo ha de hacer
La cautelosa mujer,
Mientras no intenta mudanza.
Si don Lope te guardare,
Si en fin le tienes amor.
Pace todo al rededor
Lo que la sogá alcanzare.

DOÑA LAURA.

Reir me has hecho.

URBANA.

Pues mira
Qué yerba destas te agrada.

LUCINDA.

(Ap. Quiero llegar, y turbada,
El mismo amor me retira.

Ella ha de ser.) Dad, por Dios,
Cara buena, cara hermosa,
Noble, honesta, vergonzosa,
Que el cielo os guarde á las dos,
Algo á esta pobre gitana.

DOÑA LAURA.

¡Gracioso talle!

URBANA.

Extremado.

DOÑA LAURA.

¡Buen vestido!

URBANA.

¡Buen tocado!

LUCINDA.

Así la hermosa mañana
De tu edad logren los cielos,
Y hasta la serena tarde
Con mucho gusto la guarde
(Ap. Ardiéndome estoy de celos),
Que dés á la gitánica
Algo con aquesas manos.

DOÑA LAURA.

¿Qué me dirás?

URBANA.

Cuentos vanos.

LUCINDA.

Da pues una limosnica.
Quita el guante, quita presto;
Que la mano ha de mostrar
Lo que quiero adivinar.
(Ap. No se lo digo por esto.)

DOÑA LAURA.

Toma, di lo que quisieres;
Que en creeros su amor loco
Se conoce bien que es poco
Lo que saben las mujeres.
¿Qué me puedes tú decir
Que me pueda suceder?

LUCINDA.

(Ap. Y tú ¿qué puedes hacer,
Que no me cueste el vivir?)
Ahora bien, ¡qué linda mano
Que tienes! Besalla quiero...
(Ap. Por si la besó primero
Aquel mi amado tirano.)

DOÑA LAURA.

Di pues.

LUCINDA.

En nombre de Dios
Esta cruz hago sobre ella...
Mas ¿no me das con qué hacella?

DOÑA LAURA.

Toma a queste real de á dos.

LUCINDA.

Vivás lo que yo deseo...
(Ap. Que si no mas de eso vives,
Por gran milagro recibes
La vida con que te veo.)
Torno á hacer la cruz; permite
Que otra vez tu mano hermosa
Bese, porque cierta cosa
Que en ella tienes te quite.
Hoy ¿acaso hala tocado
Algun hombre?

DOÑA LAURA.

¿Importa?

LUCINDA.

Sí.

Pues si han tocado.

LUCINDA.

(Ap. ¡Ay de mí!)

Besado ¿no?

DOÑA LAURA.

Y aun besado.

LUCINDA.

Quisierátela morder,
Por eso que estás diciendo.

DOÑA LAURA.

Quedo, paso.

LUCINDA.

Voy haciendo

Todo lo que es menester.

URBANA.

Sin duda que es hechicera.

LUCINDA.

Mal conoces la gitana.
Mas ¿que te llamas Urbana?

URBANA.

¿Hay tal cosa?

LUCINDA.

¿Esto te altera?

DOÑA LAURA.

Alguien le ha dicho tu nombre.

LUCINDA.

Un cardillo corredor.

DOÑA LAURA.

¿Sabrás el mio?

LUCINDA.

Mejor.

Laura, tú quieres un hombre.

DOÑA LAURA.

Si no hiciera cruz, creyera,
Oyendo cosas tan graves,
Que era demonio.

LUCINDA. (Ap.)

Aun no sabes

Los tormentos que te diera.

DOÑA LAURA.

¿Hombre yo?

LUCINDA.

Y á entender das

A tus deudos y á otra gente
Que es este hombre tu pariente.

DOÑA LAURA.

¡Jesus! No me digas mas.

LUCINDA.

Y mas, que es medio casado
Este hombre...

DOÑA LAURA.

¡Triste de mí!

LUCINDA.

Esta raya dice aquí
Que engañas cierto soldado.

URBANA.

No prosigas; anda, véte.

LUCINDA.

Calla tú; que yo sé bien
Que te sirven.

URBANA.

Dime quién.

LUCINDA.

Dos sombreros y un bonete.

URBANA.

Laura, lleva esta mujer
A casa, porque es sin duda
Que hará que don Lope acuda,
Y el mundo, si es menester,
A cuanto fuere tu gusto.

DOÑA LAURA.

¿Quieres ir á mi posada?

LUCINDA.

Sí, por Dios; que eres honrada,
Y darte contento es justo.
¿Dónde vives?

DOÑA LAURA.

A los Baños

De la Reina Mora.

LUCINDA.

Iré

Sin duda, y allá os diré
Untos y aceites extraños
Para el rostro, para dientes,
Para el cabello y las manos,
Y hechizos que veréis llanos,
Para enloquecer las gentes.
Tengo piedras, yerbas, flores,
Oraciones y palabras,
Nóminas, que quiero que abras,
Para secretos de amores,
Que te quitarán el seso.
(Ap. ¡Qué les digo de mentiras!)

DOÑA LAURA.

Cosas dices que me admiras.

LUCINDA.

Veréis el fin del suceso.

DOÑA LAURA.

Este hombre que viene aquí
Es el que has adivinado.

LUCINDA. (Ap.)

Cielos, aunque os he llamado
Para que os dolais de mí,
Nunca en mayor ocasión.
Dadme esfuerzo, ó moriréme;
Que viene á quien solo teme
Mi afligido corazón.

ESCENA VII

DON LOPE, TOLEDO.—DICHAS.

DON LOPE.

¡Laura mía!

DOÑA LAURA.

¡Señor mío!

DON LOPE.

¿Qué puesto es este?

DOÑA LAURA.

¿No es bueno?

URBANA.

Todo está de gente lleno.

DON LOPE.

Hoy no habrá lugar vacío;
Que no ha quedado persona
En Sevilla, desde el alba,
Que no salga á ver la salva
Y al gran don Juan de Cardona.
¿En qué te has entretenido?

DOÑA LAURA.

Con esta gitana estaba.

DON LOPE.

¡Brava, por mi vida!

DOÑA LAURA.

Brava

De talle, rostro y vestido.—
Dile, amiga, á este galán
La ventura.

TOLEDO.

Y luego á mí,

Que soy medio zahorí,
Aunque no me llamo Juan.
Y sepa que me parió
Mi madre, en gran puridad,
La noche de Navidad.

DON LOPE.

(Ap. ¿Duermo? ¿Qué es esto? ¿Soy yo?
¿Esta es gitana?) ¡Toledo!

TOLEDO.

Señor...

DON LOPE. (Ap. á Toledo)

Mira esta mujer.

TOLEDO.

Aire tiene y parecer
De aquel tu pasado enredo.

DON LOPE.

No vi cosa semejante.

TOLEDO.

Suele hacer naturaleza
Tal vez igual la belleza
De un cristal y de un diamante.

DON LOPE.

Si en ser posible cupiera
El venir á este lugar,
¿Cómo pudiera dudar
Que aquesta Lucinda fuera?
Cosas son de admiración,
Que hace por milagro el cielo.

LUCINDA. (Ap.)

De verle, tengo en un hielo
Engastado el corazón

DOÑA LAURA.

Lope, ¿no le dais la mano?

LUCINDA. (Ap.)

¿Cómo me la puede dar
Quien me la pudo negar?

DON LOPE.

¡Hola!

TOLEDO.

Señor...

DON LOPE. (Ap. á Toledo.)

Esto es llano.

Lucinda es con el disfraz
Que miras. Oye la voz.

TOLEDO.

No hay animal tan feroz
Para impedir nuestra paz,
Como una mujer celosa.
Ella ha sabido tu gusto.

DON LOPE.

¿Hay tan extraño disgusto?
Hay tan atrevida cosa?
Hay desatino mayor
Como tan largo camino?

TOLEDO.

No le llares desalino,
Si sabes lo que es amor.
Disimula; no lo entienda
Laura.

DON LOPE.

Eso solo querría.

DOÑA LAURA.

Algo habeis hecho este día.
Mi bien, mi querida prenda,
Pues que le negais la mano
A quien teméis que lo diga.

DON LOPE.

Diversa causa me obliga,
Y habeis sospechado en vano.

DOÑA LAURA.

Pues ¿por qué?

DON LOPE.

Nunca he creído

Lo que dice esta mujer.

DOÑA LAURA.

Debeisla de conocer.

LUCINDA.

Antes no me ha conocido.

DON LOPE.

Tan mala ventura un día
Me pronosticó, Señora,
Que desde la misma hora
Dejé lo que pretendía;
Y estuve tan mal con ella,
Porque verdad no trató,
Que juré, y pienso que yo
Lo cumplo, de aborrecella.

LUCINDA.

Como Dios es sobre todo,
Y está sujeto á su mano,
No puede el ingenio humano

Prevenir el cierto modo.
El no entendió la verdad;
Que yo en todo la decía.

DON LOPE.

Luego ¿fué la culpa mía?

LUCINDA.

De tu libre voluntad;
Que intentaste injustamente
Tu deshonor con el mío.

DOÑA LAURA.

¿Qué fué el caso?

DON LOPE.

El desafío

Que os dije.

LUCINDA.

Decid que os cuento

Cuál tuvo peor suceso.

DOÑA LAURA.

Sin duda te preguntó
Si saldría.

LUCINDA.

Allá salió

Con menos razón que seso,
Sin entender la verdad,
O sin quererla entender.

DOÑA LAURA.

Pues ¿cómo puede tener
Culpa?

DON LOPE.

Yo sé su maldad.

TOLEDO.

Anda, Señor, no la culpes;
Que es una gitana honrada.

LUCINDA.

No niego que estoy culpada,
Como tú mi honor disculpes.
Muestra esa mano; que quiero
Decirte verdad agora.

DON LOPE.

¿Quieres que la dé, Señora?

DOÑA LAURA.

Por ver lo que dice muero.

LUCINDA.

(Ap. Y yo por tomar la mano.)
Dame un dinero, y haré
La cruz.

DON LOPE.

(Ap. Quien aquesto ve
No diga que vive en vano.)
Ves aquí aqueste real.

LUCINDA.

Tan justamente he vivido,
Que aquesta moneda ha sido
De mi venta desleal.

DON LOPE.

Di... (Ap. á ella. Y advierte que te es-
Laura.) [cucha

LUCINDA. (Ap. á don Lope.)

Ya estoy advertida.

DON LOPE.

¿Qué me dices de la vida?

LUCINDA. (Ap. á don Lope.)

Pésame que tengas mucha,
Aunque ruego á Dios por ella,
Por ver si mi honor restaura;
Pero si te goza Laura,
Muera en llegando á ella.

DON LOPE.

Habla bajo.

LUCINDA.

¿Cómo puedo?

DON LOPE.

Callando.

LUCINDA.

Hay grande pasión.

ENFRÉNALA.
DON LOPE.
LUCINDA.
 No hay razón.
DON LOPE.
 Quedo, Lucinda.
LUCINDA.
 No hay quedado.
DON LOPE.
 No seas loca.
LUCINDA.
 Estoy perdida.
DON LOPE.
 Tiempo habrá.
LUCINDA.
 El dolor es fuerte.
DON LOPE.
 Calla.
LUCINDA.
 No temo la muerte.
DON LOPE.
 Daré tela.
LUCINDA.
 Estoy sin vida.
DOÑA LAURA.
 ¿Qué es eso? ¿Qué hablais?
LUCINDA.
 Pretende
 Que no diga las verdades.
DOÑA LAURA.
 Pues ¿eso le persuades?
DON LOPE.
 ¿Piensas tú que ella me entiende?
 Todas estas ignorantes
 Viven con aquesta flor.
DOÑA LAURA.
 Pregunto : ¿tú me amor?
LUCINDA.
 Sois en amor semejantes.
 Para esto no es menester
 Mirar rayas de su mano ;
 Que este rostro soberano
 La da mejor á entender.
 El te quiere , y tú le quieres.
DOÑA LAURA.
 En secreto te ha pedido
 Que lo digas. ¿No ha querido,
 O ahora quiere, otras mujeres?
LUCINDA.
 Que ha querido fué verdad.
 Solo á tí te quiere agora.
TOLEDO.
 (Ap. Poner quiero paz.) Señora,
 Mira esta mano, y callad.
LUCINDA.
 Mírola en nombre de Dios.
 Cara de pocos amigos
 Tienes.
TOLEDO. (Ap. á Lucinda.)
 Lucinda, testigos
 Tengo honrados, mas de dos,
 De que fui siempre y seré
 Tu amigo, y tú lo verás
 No quiero que digas mas
 En la raya de mi fe.
LUCINDA.
 Tú fuiste siempre chismoso ;
 Esta raya lo publica.
TOLEDO.
 Mi lealtad te significa
 Astrólogo mentiroso,
 Sino que tú no lo entiendes.
LUCINDA.
 Esta dice que de-pues,

Por gusto de tu interés,
 A cierta inocente vendes.
TOLEDO.
 No dices cosa acertada ;
 Gobiérnate la pasión.
LUCINDA.
 Si me informa la razón,
 ¿Cómo puedo errar en nada?
 Niega aquí que aquesta raya
 No te hace grande alcahuete.
TOLEDO.
 Suelto, gitana, y no apriete
 Tanto á un hombre, antes se vaya ;
 Que dice dos mil mentiras.
DON LOPE.
 Ya la salva han comenzado.
 Mira el Bétis coronado,
 Laura...
LUCINDA. (Ap.)
 Y tú, cielo, ¿no miras
 Esta maldad?
DON LOPE.
 De mil gentes,
 Que por ver y por oír
 Parece que han de servir
 De fagina á sus corrientes.
 ¡Oh!, famosa capitana
 De España, qué piezas tiras!
LUCINDA. (Ap.)
 Más balas, cuando la miras,
 Tira tu mano inhumana.
DON LOPE.
 La de Nápoles gallarda
 Responde agora primero.—
 Acércate, Laura.
LUCINDA.
 Hoy muero.—
 Aguarda, don Lope, aguarda.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

FAJARDO, CASTELLANOS.

FAJARDO.
 No ha tenido efecto nada
 De cuanto se imaginó.
CASTELLANOS.
 Justamente se llamó,
 Señor Capitan, jornada.
FAJARDO.
 Tan lucida infantería
 Y tantos aventureros
 Bien mostraran los aceros
 A Francia y á Berbería.
 Los secretos de los reyes
 Algo á los del cielo imitan.
CASTELLANOS.
 Dueños son de todo : quitan,
 Ponen y introducen leyes.
FAJARDO.
 Con todo, á mi parecer,
 Se ha hecho una gran facción ;
 Que siempre fui de opinión
 Que se ha de dar que temer.
CASTELLANOS.
 Es alta razón de estado
 Mostrar valor y defensa,
 Porque el enemigo piensa
 Que hay dineros y cuidado.

Es el nervio de la guerra
 El dinero, y esta obra
 Muestra que el dinero sobra.
 Ya, en fin, estamos en tierra.
 Y tierra de la mejor
 Que el sol mira.
FAJARDO.
 ¡Oh, gran Sevilla.
 Que sola tu maravilla
 De todas tiene el valor.
 Colosos, anfiteatros,
 Faros, piras, mausoleos,
 Unicos al mundo y solos,
 Estatuas, templos, teatros,
 No se pueden alabar
 De que tuvieron grandeza
 En llegando á la belleza
 De este famoso lugar.
CASTELLANOS.
 Méjico y Venecia son
 Dos ciudades celebradas,
 Porque, sobre el mar fundadas
 Con notable perfeccion,
 Son ciudades y son naves ;
 Pero en tierra, nadie quite
 Lauro á Sevilla.
FAJARDO.
 Compíte
 Con las ciudades mas graves.
 Dejemos la preeminencia,
 La nobleza y exencion
 En el reino de Aragon,
 De Zaragoza y Valencia ;
 Que estas dos, en su corona,
 De España lo pueden ser.
CASTELLANOS.
 ¿Qué hay de deseos de ver,
 Fajardo, á aquella persona?
 ¿Cuánto va que deseais
 Que os lo pregunte?
FAJARDO.
 No sé.
 Con su primo la dejé.
CASTELLANOS.
 Y con su primo la hallais.
FAJARDO.
 No sé yo si su firmeza
 Durará tanto en un ser ;
 Que es Laura en obras mujer,
 Aunque es ángel en belleza.
 Como quiera, yo me siento
 Razonable de mi mal :
 Sembré amor en arenal,
 Vino agosto y cogí viento.
 El mar debió de lavarme
 La mancha que me quedó,
 O el fuego en ella cesó
 De abrasar y de matarme.
CASTELLANOS.
 No hay duda : si desatina
 El alma desta dolencia,
 Récipe meses de ausencia,
 Que es la mejor medicina.
 Suele una purga de celos
 Revolver en vez de obrar,
 Y á veces suele imitar,
 En ser milagro, á los cielos.
 ¿Verémosla?
FAJARDO.
 Con vergüenza
 Estoy por decir que sí ;
 Que amor, en viéndome aquí,
 Dónde se acaba, comienza.

ESCENA II.

ALBERTO, *con un capotillo y su espada cenida.*— Dichos.

ALBERTO. (Ap.)
Quiero informarme. ¿Qué aguardo?
CASTELLANOS.

De lo que es razon excedes.

ALBERTO.
¿Quién es de vuestras mercedes...

FAJARDO.

¿Cómo?
ALBERTO.
El capitán Fajardo?

FAJARDO.
(Ap. ¿Qué será esta novedad?)
Castellanos, ¿diré el nombre?

(Ap. d. él.)

CASTELLANOS. (Ap. d. Fajardo.)
¿Es este hombre mas de un hombre?

FAJARDO. [Una ciudad;
(Ap. d. Castellanos. Ni esto es mas de
Pero hay muchos dentro della.)
Yo soy; ¿qué es lo que mandáis?

ALBERTO.
Que aquesta carta leáis:
Veréis lo que quiero, en ella.

CASTELLANOS.
Leedla, y no os alborote.

FAJARDO.
Armas no me dan cuidado.

CASTELLANOS. (Ap.)
Pues parece que está armado
Debajo de aquel capote.
Mas que venga un escuadron.

FAJARDO.
Paces la firma confirma.

CASTELLANOS.
¿Por Dios?

FAJARDO.
Sí.
CASTELLANOS.
¿Cúya es la firma?

FAJARDO.
De Fabricio de Leon.
CASTELLANOS.

¿Dónde está?
FAJARDO.
En Medina es fecha.

CASTELLANOS.
¿Cansóse de pretender?

FAJARDO.
Oid; que empiezo a leer.

CASTELLANOS.
Sin favor poco aprovecha.

FAJARDO.
(Lee.) «A los grandes amigos se han
de pedir grandes amistades. El que
os dará esta es un caballero, á quien
tengo las obligaciones que á vos, que
no hay mayor encarecimiento. Tiene
en Sevilla un enemigo que le ha agra-
viado; va á lo que podeis entender.
Haced cuenta que soy yo mismo. De
Medina. — El capitán Fabricio de
Leon.»

Vuesa merced sea venido
En buen hora á esta ciudad;
Que con toda voluntad
En esto será servido,
Y en lo demás que se ofrezca.
Llégnese mas. ¿Cómo está
Fabricio?

ALBERTO.

Cansado ya
De sentir que no merezca
Lo que otros muchos, que ayer
Comenzaron á servir.
Y en que no pudo venir
Conmigo, se echa de ver.

FAJARDO.
¿Cómo ha sido este suceso?

ALBERTO.
Refí en el campo, y hirióme
Un hombre.

FAJARDO.
¿Quién hay que tome
Por agravio solo eso?

¿Hubo armas aventajadas?
Hubo algun hombre escondido?
¿Fué, por dicha, antes herido
Que sacasen las espadas?
Que con ellas, aunque hubiese
Palabras muy afrentosas,
No importa.

ALBERTO.
Hubo muchas cosas
De que es razon que me pese.

FAJARDO.
¿Cómo?

ALBERTO.
Que herido caí,
Y entonces á mí llegó.

FAJARDO.
Apostaré que os tomé
Prenda alguna.

ALBERTO.
Señor, sí.
CASTELLANOS.

Era en batalla campal,
Y vos acaso francés.
No es eso agravio.

ALBERTO.
Sí es.

CASTELLANOS.
Si vos lo tenéis por tal,
Vos os habeis agraviado,
Porque donde no se halló
Agravio, ese lo quedó
Que piensa que está agraviado.

ALBERTO.
Oid por lo que lo digo.

FAJARDO.
¿Cómo fué?

ALBERTO.
La quistion fué
Porque un retrato mostré
De una dama á un cierto amigo,
Habiendo palabra dado
De no la hablar; y sabia
Este hombre que yo tenia
Este retrato guardado
En el pecho: este me abrió,
Y habiendo tenido en nada
Que le abriese con la espada,
Con la mano, me pesó.

FAJARDO.
¿Llévosele?

ALBERTO.
Sí.
FAJARDO.
No estáis
Agraviado; que riñendo
No hay agravio, y mas siguiendo
La causa que me contais.
Sean espadas ó sean manos,
Esto alcanzo yo á entender,
Debajo del parecer
Del capitán Castellanos,
A que me remite en todo.

CASTELLANOS.

Vos lo habeis tan bien tratado,
Que el duelo mas acertado
No lo escribe de otro modo.
¿Hay agravio ni hay alevé,
Y lo firmaré.

FAJARDO.
Señor,
Si algun amigo traidor
A que os inquietéis os mueve,
De muchos que revolver
El agua clara es su oficio
(Dejando aparte á Fabricio,
Que esto no pudo saber),
Una cédula firmada
De cinco ó seis capitanes
Os dará, los mas Guzmanes
Que vió Flándes con la espada;
Y aun del gran don Bernardino
De Avellaneda, por quien
Tiembra el mar Indio, y tambien
Teme el inglés su camino,
Pues agora está en Sevilla,
De que no estáis agraviado.
Solo hay, pues sois tan honrado,
Que á este Arenal, á esta orilla
Os sacaremos ese hombre
Para que quedeis mejor,
Y habialde.

ALBERTO.
Digo, Señor,
Que eso quiero.

CASTELLANOS.
Diga el nombre;
Que se me ha puesto en la frente*
Que en cierta persona tope.

ALBERTO.
Llámasse ese hombre don Lope.

CASTELLANOS.
¿Válate Dios, por pariente!

ALBERTO.
¿Es vuestro deudo, por dicha?

FAJARDO.
Por mi desdicha lo ha sido.

ALBERTO.
¿Como? que lo habré tenido
Por azar de mi desdicha.

FAJARDO.
No os alteréis; mas sabed
Que es el mayor enemigo
Que tengo.

ALBERTO.
Dios me es testigo
Que me habeis hecho merced
En desengañarme aprisa.

FAJARDO.
Yo sé todo vuestro cuento
Desde el primer fundamento,
Porque estas amenazas pisa
La causa desa quistion,
Que á los dos nos la ha contado.

ALBERTO.
¿Lucinda?

FAJARDO.
Sí; que ha llegado,
Siguiendo su pretension,
A esta ciudad, disfrazada.

ALBERTO.
¿Tendrála don Lope?

FAJARDO.
Creo

Que ya para su desco
Es esa historia pasada.
Goza don Lope una dama
Que es la flor desta ciudad,
Y me cuesta voluntad.

ALBERTO.
¿El nombre?
FAJARDO.
Laura se llama.
ALBERTO.
Segun eso, bien podré
Ver á Lucinda.
FAJARDO.
Decid
Que desde Valladolid
Ese vuestro intento fué,
Y no trateis de pendencia.
ALBERTO.
Muerdo por ella, por Dios.
FAJARDO.
¡Buenos venimos los dos,
Tras tantos meses de ausencia!
Ahora bien, venid conmigo.
ALBERTO.
¡Ay, Lucinda! que tú eres
Mi agravio. Espera, si quieres;
Que vengo á refirir contigo.
(*Vase.*)

—
Calle con portal de casa de doña Laura.

ESCENA III.

DON LOPE, LUCINDA.

DON LOPE.
Déjame de importunar;
Porque no te puedo ver.
LUCINDA.
¡Que esto escuche una mujer!
DON LOPE.
Como eso habrás de escuchar.
LUCINDA.
¡Piensas que te tengo amor,
Porque aquí me ves venir?
DON LOPE.
Pienso que sabrás fingir,
Porque lo sabeis mejor.
Pero si amor no me tienes,
Mucho de tu honor desdoras.
¿Qué me buscas? ¿Qué me lloras?
¿Qué te cansas? ¿A qué vienes?
Meses há que estás aquí
Con estos hábitos locos;
Si á ti te parecen pocos,
Mil siglos son para mí.
¿A qué vienes á esta casa?
¿Qué te debo yo? ¿Qué quieres?
Demontros sois las mujeres,
Solo el desprecio os abraza.
Mira que das ocasion
A que Laura, á quien adoro;
Pienso que soy el tesoro
Que busca tu amor ladrón.
No me inquietes, ni consumas
Esa belleza, Lucinda;
No hay cosa que mas se rienda
Al viento, que polvo y plumas
Y hermosura de mujer.
Empléala en quien te adora,
Porque yo, Lucinda, agora
Ya tengo quien lo ha de ser.
Mira que el sol, aunque tema
Que eres dama cortesana,
Como te mira gitana,
La tez del rostro te quema.
Tiempo fué que, resistiendo
Tu sol al otro, se viera
Mas fuerza y fuego en su esfera,
Quedando el del cielo ardiendo;

Mas ya que tú misma has dado
En andar aquí sin dueño,
Vence el sol al sol pequeño
Que vi en tu rostro cifrado;
Y dame lástima el verte.
Dí á Florelo que te adorne
De tu traje, y que te torne
A Medina de otra suerte;
Que yo me quiero casar,
Y excusarás esta pena.

LUCINDA.
No tiene granos de arena
La Libia, peces el mar,
Aves el aire, ni estrellas
El cielo, que á tus maldades
Igualen.

DON LOPE.
Tales verdades
¿Te cansan?

LUCINDA.
Matas con ellas.
¡Esto me has dicho! Esto vengo
A tener en galardón
De mi profunda pasión
Y los trabajos que tengo?
Esto merece venir
Por ti en este humilde traje,
A pesar de mi linaje,
Que no lo pudo impedir;
Sufrir que estés con tu dama,
Sin decirle mi deseo,
Los meses que há que te veo
En la mesa y en la cama?
¡Oh grande fuerza de honor!
Créeme, que amor no ha sido;
Que pagado con olvido,
Nunca es verdadero amor.
Honor es el cierto nombre;
Que es donde mas se echa el resto,
Cuando una mujer ha puesto
Su esperanza en solo un hombre.
El tenerla solo en ti
Me ha dado este sufrimiento,
Pensando que mi tormento
Te hiciera doler de mí.
Verte al principio con Laura
Celos me dió y me abrasó;
Pero ese veneno fué
El que mi vida restaura.
Ya no hay rastro en mí de amor;
El honor fué el que quería
Que venciese mi porfía;
Que es siempre necio el honor,
Porque el querer remedialle
Resulta en mayor deshonra;
Que las voces de la honra
No se han de dar en la calle.
Por ellas, don Lope, anduve;
Limosna pedí por ellas,
Porque pensé hallar en ellas
Prendas que en mi casa tuve.
Mira mi honor á qué viene,
Y si es justo remedialle,
Que buscase yo en la calle
Lo que Laura en casa tiene.
Todo esto, que te obligara
Si piedra no hubieras sido,
Es con lo que te he ofendido.
Vuelve á mirarme, repara.
Yo soy, yo me vi algun día
Libre, y como estoy te vi.

DON LOPE.
Si como me pintas fui,
Ya no soy el que solía.
Todo en mudanzas consiste:
No te cause maravilla;
Que yo me mudé en Sevilla
Del que en Medina me viste. (*Vase.*)

ESCENA IV.

LUCINDA.

Vaste, en fin, porque sin duda
Te vencieran mis razones.
Romped el freno, pasiones,
Desatad la lengua muda,
Decid á voces feroces
Mi desventura inmortal;
Que quien tiene un grande mal
Bien puede dar grandes voces.
¡Oh puertas! ¡Oh casa! ¡Infierno
Donde no puedo sacar
Con cantar ni con llorar
Aquel mi tirano eterno!
¿Qué haré, que estoy como loca?
La paciencia vuelva en furia
La venganza de la injuria,
Que hasta las piedras provoca.
¡Oh, si viniera Florelo,
Y el intento ejecutara
Que tengo!

ESCENA V.

FLORELO, con vara de alguacil.

—LUCINDA.

FLORELO.

¡Señora!

LUCINDA.

Pára,

Florelo, pára; que el cielo
Por milagro te ha traído.
¿Es esa la vara?

FLORELO.

Si,

Hoy la compré, y hasta aquí
Con poco miedo he venido;
Porque hay tantas en Sevilla,
De guardas, de comisiones,
Que á distintas ocasiones
Suelen venir de Castilla,
Que un año puedo traella
Sin que se sepa quién soy.

LUCINDA.

Pues determinada estoy
A lo que has de hacer con ella.
Yo me entro en casa; tú llama,
Como concertado está.

FLORELO.

Entra.

Adios. (*Vase.*)

ESCENA VI.

URBANA; y luego, DOÑA LAURA. —
FLORELO.

FLORELO. (*Llamando.*)

¿Quién está acá?

URBANA. (*Dentro.*)

¿Quién llama?

FLORELO.

(*Ap. Invencion de fama.*)

Diga, reina, á su señora
Que un alguacil está aquí.

DOÑA LAURA. (*Dentro.*)

¿Alguacil?

URBANA. (*Dentro.*)

Señora, sí.

(*Salen doña Laura y Urbana.*)

DOÑA LAURA.

¿Qué quiere en mi casa agora?

FLORELO.

Serviros, no os altereis.
Esta es una provision
Real; yo á su comision
He venido, como veis.
Pensé pasar hasta el Puerto,
Y dicenme que está aquí
Lo que busco.

DOÑA LAURA.

¿Cómo así?

FLORELO.

Ciertó ladrón encubierto.

DOÑA LAURA.

¿Ladrón en mi casa!

FLORELO.

Creo
Que vos estáis descuidada,
Y por ventura engañada...

DOÑA LAURA.

Saber el ladrón desco.

FLORELO.

Que si yo culpada os viera,
Bien veis que trajera gente,
Y cuanto hallara presente,
Dentro en la cárcel pusiera.
Es el ladrón un don Lope
Que tenéis en vuestra casa.

DOÑA LAURA.

¿Cómo, ladrón!

FLORELO.

Esto pasa,
Y quiera Dios que le tope;
Que él volverá á las galeras,
De donde se fué.

DOÑA LAURA.

¿Qué es esto?

FLORELO.

Esta provision dice esto;
Mal conocéis sus quimeras.
Hase hecho caballero,
Y es gitano conocido.

URBANA.

¿Gitano?

FLORELO.

Gitano ha sido.

DOÑA LAURA.

¿Qué escucho!

URBANA.

¿Qué oigo!

DOÑA LAURA.

¿Qué espero?

FLORELO.

Trae una cruz, que descubre
Cuando quiere; si aquí viene,
Mirar muy bien os conviene
Las uñas que el ladrón cubre;
Porque el día que se vaya,
Os ha de dejar en cueros.
A este otros compañeros
Hirieron en esa playa
Por un hurto que partian,
Y él dicen que le ha escondido
En una casa, y que ha sido
Esta algunos me decian;
Mas no lo quiero creer;
Que esa cara, esas faciones
No son de encubrir ladrones.
Voy á buscar su mujer,
Que dicen que agora vino;
Aunque este desvergonzado
Cuatro veces se ha casado.

DOÑA LAURA.

De congoja desatino.—
Urbana, aun no puedo hablar.

URBANA.

Yo estoy temblando.

FLORELO.

Señora,

Yo voy á buscar agora
Esta mujer, que ha de estar,
Segun me han dicho, en Triana.
Si algo deste hombre sabeis,
A la puerta me hallaréis
De la Lonja ó la Aduana.

(Vase.)

ESCENA VII.

DOÑA LAURA, URBANA.

DOÑA LAURA.

Desdichado fué aquel día
Que fuimos al Arenal.

URBANA.

¿Habrá desventura igual!

DOÑA LAURA.

¿Hay pena como la mía?
¿Desventurada! ¿Qué haré?
¿Con este hombre me casaba!
¿Este amaba y regalaba!

URBANA.

No pienses en lo que fué;
Remedia lo por venir.

DOÑA LAURA.

¿Está por ventura, Urbana,
En casa aquella gitana?

URBANA.

Denantes la vi salir;
No sé si por dicha ha vuelto.

DOÑA LAURA.

Dale una voz.

URBANA. (Llamando.)

¿Maldonada!

ESCENA VIII.

LUCINDA.—DICHAS.

LUCINDA.

Es la mujer enojada
Lo mismo que el diablo suelto.
Presto don Lope ha de ver
Lo que ha hecho.

DOÑA LAURA.

Perra infame,

Que es justo que así te llame
Por ser de un ladrón mujer.
Tú y el infame gitano
De tu marido habeis hecho
Cueva mi casa y mi pecho
De ladronés.

LUCINDA.

Ten la mano,

Si la verdad has sabido;
Que yo, una pobre mujer,
Debo encubrir y querer
Lo que quiere mi marido.
Hartas veces le decía,
Que tú me vias con él
En contienda tan cruel,
Que tu amor no merecia
Que te hiciese tanto engaño.
Y por mí (que ahora lo digo)
No está casado contigo;
Que fuera mayor el daño.
¿Hale buscado justicia?
¿Es alguacil de galera?

DOÑA LAURA.

Todo es verdad.

LUCINDA.

Considera

Que no pegué de malicia.
Mi marido me mandó

Que callase lo que viese:
De que esto contigo hiciese,
Dios sabe que me pesó.
Y porque anoche queria
Robarte con seis quitanos,
Ligeros de piés y manos,
Que andan en su compañía,
Refinimos, y en el portal
Me puso toda esta cara
Como veis.

DOÑA LAURA.

Oye, y repara

Si has visto maldad igual.

LUCINDA.

Esta noche han de robarte;
Que, como ve que ha venido
El alguacil, ha querido
Llorando, por él dejarte;
Que ya no le cumple estar
En Sevilla sola un hora.
Mira tú, hermosa señora,
En qué me puedes culpar.

DOÑA LAURA.

¿Cómo! Un hombre semejante
¿Es gitano?

LUCINDA.

Luego ¿no?

Tan gitano como yo,
Y se llama Bustamante.

URBANA.

No hay que aguardar.

DOÑA LAURA.

Entra luego,

Cierra esa puerta muy bien,
Pon con la loba también
La aldaba.

LUCINDA. (Ap.)

Prendióse el fuego.

DOÑA LAURA.

Mañana busco una casa.

No se sepa que yo he sido

La que á un gitano ha querido. (Vase.)

ESCENA IX.

LUCINDA, URBANA.

LUCINDA.

Ved lo que en el mundo pasa.

URBANA.

Di, Maldonada, y Toledo
¿Era gitano también?

LUCINDA.

Balla y volteá muy bien;
Dos veces ha dicho el credo,
Y del cordel se ha librado.

URBANA.

¡Oh, bellaco! y me decía
Que también se casaría
Conmigo!

LUCINDA.

Es también casado.

URBANA.

¡Dios me libre! A cerrar voy. (Vase.)

LUCINDA.

Esto se ha hecho á mi gusto,
Porque gusto del digusto
Que hoy á don Lope le doy.

ESCENA X.

DON LOPE, TOLEDO. — LUCINDA.

DON LOPE.

Aquí se está todavía.

LUCINDA.
¿Es don Lope?
DON LOPE.
¿Qué me quieres?
LUCINDA.
¡Ay, hombres! Sin las mujeres,
De vosotros ¿qué sería?—
Aquí han llegado seis hombres,
Que pienso que son soldados,
Todos á matarte armados.

TOLEDO.
¿A matarle?
DON LOPE.
No te asombres.
TOLEDO.
¿Cómo no, pese á mi abuelo?
¿Si es el capitán Fajardo?
LUCINDA.
Así le llamó un gallardo,
Que bundia, de bravo, el suelo,
Y traía dos pistolas.

TOLEDO.
¿Pistolas?
DON LOPE.
No hayas temor,
Toledo.
TOLEDO.
¿Quieres, Señor,
Morir dando cabriolas?
Vámonos luego de aquí.

LUCINDA.
Si entras, te han de matar.
DON LOPE.
Pues ¿he de dejar de entrar?
TOLEDO.
Entra, y Dios me guarde á mí.

LUCINDA.
Solo á mí me preguntaron
Quién mas con Laura vivía.

DON LOPE.
¿Dijiste que yo?
LUCINDA.
Quería;
Que tus obras me animaron:
Y después dije que yo
Y dos gitanos que hacían
Barrenos y que vivían
De sus manos.

TOLEDO.
Bien habló.
LUCINDA.
Preguntáronme que dónde,
Y dije que en el Corral.

TOLEDO.
No anduvo Lucinda mal.
DON LOPE.
A su nobleza responde.

LUCINDA.
Como os vistsis de gitanos,
Podeis entrar y salir,
Porque estos han de venir
Con las armas en las manos,
Y no os han de conocer;
Que avisando á Laura yo,
Abrirá Urbana.

DON LOPE.
Ella dió
En lo que habemos de hacer.
Pero ¿cómo por Sevilla
Iré yo desa manera?

TOLEDO.
¿No andas otros?
DON LOPE.
No quisiera.

TOLEDO.
¿Es alguna aldea ó villa,
Que han de mirar dos gitanos?
DON LOPE.
Ahora bien, vamos de aquí.
TOLEDO.
Sálvate, y vuélveme á mí
Sacristán de luteranos.
(*Vanse los dos.*)

ESCENA XI.

LUCINDA.

Alarga riendas, pensamiento loco,
Si descansa el amor con la venganza;
Que cuando entre los males hay mudanza,
Yo pienso que los males duran poco. ¿Ja,
Si con tus alas el remedio toco,
No se anegue en la pena la esperanza;
Logre su pretension la confianza,
Si al cielo con mis lágrimas provoco.
Mitigad, corazón, vuestros desvelos,
Esforzad el valor de mis porfías
Mientras os miran los piadosos cielos;
Porque con celos estorbar dos días
Que no se gocen los que dan los celos
Basta para templar las penas mías.

(*Vase.*)

ESCENA XII.

FAJARDO, CASTELLANOS, ALBERTO
Y UN SARGENTO, *con rodela y capas.*

FAJARDO.
Esta es la casa de Laura,
Aquí don Lope reside.
CASTELLANOS.
Todas estas calles mide
A pasos, bebiendo el aura
Que en aquellos marcos toca.

ALBERTO.
Tomad esas dos esquinas.
FAJARDO.
¿Qué es lo que hacer imagináis,
Siendo la razón tan poca?

ALBERTO.
No haré cosa, que os quejeis
De mi término.

FAJARDO.
Eso creo.
ALBERTO.
Volver por mi honor deseo,
Y que presentes estéis
Vos y el señor Castellanos.
En esta esquina os poned.

FAJARDO.
Lo que os aconsejo haced,
Y quedad amigos llanos;
No diga Laura que yo
Ando en esto.

ALBERTO.
No dirá;
Que Laura os conoce ya.

FAJARDO.
Laura no me conoció;
Porque si me conociera,
Yo pienso que me estimara.

ALBERTO.
¿Quién de mujer se quejara,
Si buena elección tuviera!
El sargento Carpio y yo
En esta esquina estaremos.

CASTELLANOS.
El órden obedecemos
Que vuestro gusto nos dió;
Pero ¿qué pensáis hacer,
Si don Lope sale ó entra?

ALBERTO.
Si no es que de azar me encuentra,
Muy presto lo habeis de ver.

ESCENA XIII.

DON LOPE Y TOLEDO, *vestidos de gitanos.*—*Dichos.*

DON LOPE.
Vé, Toledo, poco á poco,
Reparando en las entradas
De las calles.

TOLEDO.
¿No te agradas
De verme en forma de loco?
En mi vida he visto así,
Si no es en danzas, gitanos.

DON LOPE.
A venir vestidos llanos,
Como esta tarde los vi,
¿Qué diferencia se hallara
Para entrar desconocidos?

TOLEDO.
Bien dices; que en los vestidos
Solamente se repara.
¿Señor!...

DON LOPE.
¿Qué dices?
TOLEDO.
Advierte
Cuáles están las esquinas.

DON LOPE.
¿Que vengan treinta gallinas
Para un hombre desta suerte?

TOLEDO.
Cuando se viene á matar,
Está muy puesto en razón
Armar todo un escuadron,
Y todo junto esperar;
Cuando se viene á refirir,
Es cosa muy diferente.

DON LOPE.
Llama á Urbana prestamente,
Y di que me salga á abrir.

TOLEDO.
¿Ce, Urbana! ¿Qué digo? ¿Urbana!

DON LOPE.
Llama mas recio, Toledo.

TOLEDO.
¿Urbana, ce, Urbana!

DON LOPE.
Quedo;
Ya se asoma á la ventana.

ESCENA XIV.

URBANA, *á una ventana.*—*Dichos.*
Después, DOÑA LAURA.

URBANA.
¿Quién es?
TOLEDO.
¿No me has conocido?
Un gitano.

URBANA.
¿Bien, por Dios!
TOLEDO.
Bien puedes decir que doña

URBANA.

Laura, Laura, ya han venido.
Llega, por tu vida, y mira
En el hábito que están.
(*Asómase á la ventana doña Laura.*)

DON LOPE.

Yo soy, mi bien.

DOÑA LAURA.

Ganapan,
Tu desvergüenza me admira.
¿Aquí has osado venir?

DON LOPE.

¿Qué dices, Laura?

DOÑA LAURA.

¿Qué digo?

Ladron infame, ¡conmigo!

TOLEDO. (*A su amo.*)

Esto debe de fingir,
Porque estos no te conozcan.

DON LOPE.

Laura, ¿eres tú la que hablas?
Si no es que por dicha entablas
Que aquestos me desconozcan.

DOÑA LAURA.

Yo soy, infame gitano;
Yo soy: ya sé todo el cuento.

TOLEDO. (*A su amo.*)

¿No entiendes su pensamiento?

DON LOPE.

Gitano dijo, es muy llano.
Ella debe de saber
Que yo he de venir así,
Y que estos están aquí.
Pues no me han de conocer;
Que yo me he de aprovechar
De la industria que he fingido,
Y dar su lengua al vestido.

TOLEDO.

Prueba á hablar.

DON LOPE.

Ya empleo á hablar.

(*Hablando como los gitanos.*)

Laura, con la bendición
De Dios, ábreme la puerta;
Verás que despues de abierta
Te digo cierta invencion.
Ábreme, cara de plata;
Abre, que vengo cansado
De trabajar.

DOÑA LAURA.

Maldonado,

Si yo fuera tan ingrata
A mi propio gusto y ser
Como en la flaqueza cabe
De mujer, maldad tan grave
Vengara como mujer.
Mas respeto de que soy
Noble, y que erré como noble
(Que esto mas que el trató doble
Tuyo en disculpa te doy),
Quiero ponerme la culpa;
No quiero hacer castigarte
Ni que en esta ó otra parte
Se publique mi disculpa.
Bien pudiera abrirte agora,
Y que en mi casa te hallara
La justicia, si bastara
A quien tal deshonra llora;
Pero porque no se entienda
Que tu bajeza he querido,
Y que en ningún tiempo he sido
De un gitano infame prenda,
Te ruego que no parezcas
En Sevilla...

DON LOPE.

¿Hablas de veras?

L.-III.

DOÑA LAURA.

Siquiera porque en galeras
Otro tanto no padezcas,
O porque no sea mi dicha
Que te ahorquen.

TOLEDO. (*A su amo.*)

¿Qué te altera?

¿No ves que desta manera
Te estorba una gran desdicha?

DON LOPE.

Calla, Toledo, por Dios;
Que es mucho para fingido.

ALBERTO. (*A los suyos.*)

El gitano la ha ofendido,
Y están riñendo los dos.

FAJARDO.

En su casa, estos villanos,
De Laura! ¡Gracioso estilo
De vivir!

CASTELLANOS.

Si hay cocodrilo,
¿No quieres que haya gitanos?

ALBERTO.

Es corral de vecindad,
Como se usan en Sevilla?

FAJARDO.

No sé, por Dios: maravilla
En Laura esta novedad.

DON LOPE. (*A Laura.*)

Bien puedes agora abrir,
Que estos no me han conocido;
Que con aqueste vestido
Bien puedo entrar y salir.

URBANA.

¿Tienes vergüenza, ladron?
Que no le conocen dice.

DON LOPE.

(*A su criado.* Mucho aquesto contra-
Toledo, á nuestra invencion.) [dice,
Laura! Laura! Bueno está.
No me han conocido, no.

DOÑA LAURA.

Pues que te conozco yo,
¿Qué mas mal puede ser ya?
Si, mereciendo la muerte,
Te perdono con piedad,
¿Qué aguardas en la ciudad,
Gitano vil, desa suerte?
Piensas que los embozados
No sé tambien que lo son?
No lograrás la traicion;
En la puerta hay dos candados.
No entrarán, no robarán
La casa, como imaginas.

DON LOPE.

¿Gitanos por las esquinas!
Loco estoy ó ellas lo están.—
Laura, tú has perdido el seso.
Si es por los que están allí
El quererme hablar así,
Baja, y cuéntame el suceso;
Que entre la puerta hablaré
De lo que pasa, contigo.

DOÑA LAURA.

Bien te conozco, enemigo,
Y lo que pretendes sé.
Matarme quieres, traidor,
Y quedando sola Urbana,
Entrarte por la ventana.

TOLEDO. (*A su amo.*)

Esto es de veras, Señor.
Apostaré que Lucinda
Debe de andar por aquí.
Si esto le ha dicho de ti,
Por Dios que la industria es linda;
Y que nos hizo vestir
Para fingir lo que ves.

DON LOPE.

(*Ap.* Suya esta máquina es.
¡Oh, lo que sabe fingir!)
¿Crees, Laura, por ventura
Que soy gitano?

DOÑA LAURA.

Pues ¿no,

Si tu mujer me contó
Lo que tu engaño procura,
Y vino aquí un alguacil
Para llevarte á galeras?

DON LOPE.

(*Ap.* Todas han sido quimeras
De aquel ingenio sutil.)
¡Mi mujer!

DOÑA LAURA.

Y te has casado
Cuatro veces.

DON LOPE.

Oye aquello.

¿Que así pudiese creello
Quien me ha visto y me ha tratado?
¿Yo gitano? Yo ladron?
¡Oh flaqueza de mujer,
Fáciles para creer
Cualquiera supersticion!
Si creéis cosas como estas,
No es engañaros hazafia;
Que si el demonio os engaña,
Es porque os halla dispuestas.
¿Quién cree la astrologia
Judiciaria? La mujer.
¿Quién es fácil de creer
La engañosa geomancia?
La mujer. ¿Quién en las suertes?
La mujer. ¿Quién el hechizo?
La mujer; que dellos hizo,
Con ignorancia, mil muertes,
Siendo todo loco engaño
Y contrario á nuestra fe.—
Abre, Laura; que no fué
Jamás don Lope gitano.
Y aunque me viene á matar
Toda esta gente, y estoy
En tal peligro... (*A los caballeros.*) Yo
A quien venís á buscar. [soy
Don Lope soy de Agramonte,
De Navarra descendí,
En Valladolid nací,
Que no gitano, en el monte.
Don Lope soy.

ALBERTO.

Pues, don Lope,
Oye á un hombre que te espera
Sin traicion, ni Dios lo quiera,
Aunque durmiendo te tope.

DON LOPE.

¿Quién eres?

ALBERTO.

Yo soy Alberto.

DON LOPE.

¿En qué estás de mí agraviado?

ALBERTO.

En que herido, me has tomado
Un retrato, el pecho abierto;
Y me he de matar contigo,
Porque tu amigo no soy.

DON LOPE.

Si del retrato te doy
El dueño, ¿serás mi amigo?

ALBERTO.

No me le puedes tú dar
De suerte que me esté bien
Acetarle.

DOÑA LAURA.

Urbana, vén
A abrir; que se han de matar.

La gitana me ha engañado;
Que don Lope es caballero.

URBANA.

¡Oh, traidor!

(*Quítanse de la ventana.*)

ESCENA XV.

DON LOPE, ALBERTO, FAJARDO,
CASTELLANOS, TOLEDO, EL
SARGENTO.

DON LOPE.

Espera.

ALBERTO.

Espero.

DON LOPE.

Bien ves que estoy desarmado.
Satisfecho estás de mí
Que sabré refir contigo.

ALBERTO.

Por eso no soy tu amigo;
Que tú no lo estás de mí.

DON LOPE.

Si estoy; que quien esperó
Tan honrado á quien lo fué,
Siempre yo le imaginé
Por tan hombre como yo.

FAJARDO.

Quedo, no pase adelante
La plática.

ALBERTO.

¿De qué modo?

FAJARDO.

Porque ha satisfecho á todo
Con respuesta semejante;
La cual tan honrada ha sido,
Que quien la contradijere
Y lo contrario tuviere;
Queda por mí desmentido.
Refir dos, y herir el uno,
Es suceso; imaginar
Que es mas hombre, es agraviar,
Y no lo ha de hacer ninguno;
Pero cuando yo herí,
Y al herido que esperó
Tengo en tanto como yo,
No está agraviado de mí.

ALBERTO.

Los brazos os quiero dar,
Don Lope.

FAJARDO.

Vos habéis hecho
Lo que de ese honrado pecho
Fué justo siempre esperar.
Las amistades confirmo.
A Fabricio de Leon
Escribiré la razon.

CASTELLANOS.

Yo lo asfirmo.

SARGENTO.

Y yo lo asfirmo.

ESCENA XVI.

DOÑA LAURA, URBANA. — DICHOS.

DOÑA LAURA.

¡Han parado, Capitan,
Tus celos en este enredo?

FAJARDO.

Hice lo que debo y puedo,
Los presentes lo dirán.
Don Lope y Alberto son
Amigos.

DON LOPE.

Así es verdad;
Mas fáltale á esta amistad
La justa confirmacion.

ESCENA XVII.

LUCINDA, FLORELO. — DICHAS.

LUCINDA. (*Ap. á Florelo.*)

Quiero ver en qué ha parado.

FLORELO.

Juntos á la puerta están
Don Lope y el Capitan.

LUCINDA.

Don Lope está disfrazado.
Sin duda que mi invencion
Está descubierta ya.

URBANA.

Aquí la gitana está.

DON LOPE.

Lucinda, yo ¿soy ladrón?
¡A mí me haces tomar
Este enredo por tu mano,
Y á Laura me haces gitano!

ALBERTO.

¡Lucinda en este lugar!

DON LOPE.

Alberto, yo ¿no decía,
Aunque lo tuviste á sueño,
Que si quisieses, el dueño
Del retrato te daría?
Vesle aquí.

ALBERTO.

Déjame ver,
Lucinda, esos bellos ojos,
Si tantas penas y enojos
Lo bastan á merecer.
Déjame ver las estrellas
Que á su cielo me han guiado,
Aunque como está nublado,
Lucinda, ho hay luz en ellas.
Vesme aquí, resucité
Para buscarte, salí
De mi patria, y aun de mí,
Por tanta firmeza y fe.
¿Qué traje es este? ¿Qué intentas?
¿En qué te puedo servir?

LUCINDA.

¡Oh, Alberto! En solo impedir
El curso de mis afrentas.
Los dos habemos venido
Solo á procurar honor.
¿Tienes tú el tuyo?

ALBERTO.

En rigor

Yo cobré mi honor perdido;
Pero ¿qué te falta á tí?

LUCINDA.

Solo en público saber
Si es de don Lope mujer
Laura.

DON LOPE.

Yo digo que sí.

DOÑA LAURA.

Y yo tambien.

DON LOPE.

Esta mano

Te doy.

DOÑA LAURA.

Yo tomo la tuya.

LUCINDA.

Pues con esto, es bien que huya
Del mundo.

ALBERTO.

Es intento vano.

Detente; que si yo valgo
Para amparo de tu honor,
Conmigo estarás mejor,
Aunque soy un pobre hidalgo;
Que te volveré á Medina,
Y irás á tu patria honrada.

FLORELO.

A hacerlo estás obligada.

DON LOPE.

Padrino soy.

DOÑA LAURA.

Yo madrina.

FAJARDO.

Ea, Lucinda.

LUCINDA.

No estoy

Dudosa por lo que él vale,
Sino porque no le iguale
Esta mano que le doy.

ALBERTO.

Mil veces las tuyas beso.

TOLEDO.

Urbana, la tuya aguardo.

URBANA.

Vesla aquí.

CASTELLANOS.

Señor Fajardo,

¿Qué os parece del suceso?

FAJARDO.

Que de todo estoy contento,
Y de suerte, que, por Dios,
Que, á ser posible, yo y vos
Tratáramos casamiento.

CASTELLANOS.

A mí la espada me salva.

ALBERTO.

¡Bravos truenos!

DON LOPE.

• ¡Gran tiniebla!

FAJARDO.

Es que entra el conde de Niebla
Haciendo á Sevilla salva.

DON LOPE.

Vamos juntos á la orilla
A ver el gran General,
Dando fin en su arenal
Al Arrenal de Sevilla.

EL PIADOSO VENECIANO.

PERSONAS.

FULGENCIO.
OTAVIO, *hijo de Fulgencio.*
LEONCIO.
PERSIO.
TADEO.
LUCINDA.
SIDONIO.

GERARDO.
JULIA.
ELISA.
SILVIA.
URBINO.
FILENO, *villano.*
MARCELO.

UN CAPITAN.
UN SECRETARIO.
UN TAMBOR.
UN ALGUACIL.
EVANDRO, *viejo.*
BELARDO, *villano viejo.*
SABINO.

FINEO.
EL DUQUE DE VENECIA.
SENADORES.
MÚSICOS.
ALABARDEROS.
ALGUACILES.

La acción pasa en Venecia y Ferrara.

ACTO PRIMERO.

Plaza en Venecia.

ESCENA PRIMERA.

FULGENCIO, LEONCIO; PERSIO y
TADEO, *en hábito de turcos.*

FULGENCIO.

¿Estás bien en lo que digo?

LEONCIO.

Ya sé que he de dar lugar
A que pueda preguntar
Que por qué vienen conmigo.

FULGENCIO.

Y, vosotros, ¿entendeis
Por qué causa habeis tomado
El hábito disfrazado,
Con que turcos pareceis?

PERSIO.

Bastantemente se entiende
Que es este disfraz, Señor,
Solo para dar temor
A una mujer que te ofende.
Y cuando fuera verdad
El dar muerte á su marido,
Fuera el hábito fingido,
Y cierta nuestra lealtad.

TADEO.

No tienes en tus criados,
Para toda ejecucion,
De quién hacer eleccion,
Como de los dos llamados.
Ya sé que se ha de fingir
Querer un hombre matar;
Que hay desto al ejecutar
Lo que de hacer á decir.

PERSIO.

Cuando te importara, y fuera,
No digo este ciudadano,
Sino el Duque veneciano,
Animo en los dos hubiera.
Véte, y déjanos fingir
Lo que, cuando verdad sea,
Conocerás quién desea,
Fulgencio, hacer ó decir.

FULGENCIO.

Satisfecho, Persio, estoy:
Estaldo entrambos de mí,
Si sabéis que soy quien fui,
Y que haré como quien soy.
Vi por mí mal esta fiera,

Con este noble casada,
Tan casta y tan recatada,
Que hacerme Tarquino espera.
No hay hiedra en muro, no hay lazos
De parra que al olmo enreda,
Que igualar con ella pueda,
De su marido en los brazos.
No sé dónde se ha forjado
Aqueste casado amor;
Que amor, puesto que es furor,
Corre en casados templado.

LEONCIO.

Ordinaria suele ser
En ellos esa templanza,
Como se ve en tu esperanza
Y el dueño desa mujer;
Que mas esperando quieres
Que el su cierta posesion;
Mas la buena es excepcion
De las comunes mujeres.
Y cuando, en fin, la que es tal
Da en querer á su marido,
Ni hay tiempo, muerte ni olvido,
Porque es amor inmortal.
Tras esto, ha de merecer
El hombre por si este amor,
Porque si tiene valor,
Tendrá famosa mujer.

FULGENCIO.

¡Cuántos, Leoncio, preciados
De lindos, ricos y bellos,
No han tenido sus cabellos
Seguros desos cuidados!
Cuántos, con alto valor,
Han visto desigualdades,
Por serlo las voluntades,
En las prendas de su amor!
Cuántos, que no merecieron
Ser de la gente notados,
Han sido mas desdichados
Que otros que la causa dieron!

LEONCIO.

Es de parte del sugelo
De su injusta compañía
Tal vez tal la alevosia,
Que pierde al cielo el respeto.

Y estando á todo ignorante,
No es bofetón, pero es guante,
Que te tira por mentis.
Bien queda el hombre obligado
A poner bien su opinion;
Pero, en fin, no es bofetón
Que con la mano se ha dado.

! Falta un verso, lo menos.

Sidonio tiene valor,
Buen tallo y entendimiento:
No es mucho que este contento
Engendre en Lucinda amor.
Júntase la honra luego
Del matrimonio, que es cosa
Dulce, sagrada y honrosa,
Contra tu amor loco y ciego.
No te quiero aconsejar;
Que ya sé que es sin remedio,
Porque estás de amor en medio,
Que es como tormenta en mar.
Véte, y pongámosle miedo
A esta mujer de valor,
Pues que no basta el amor.

FULGENCIO.

Mal podré lo que no puedo.
Mi pretension ayudad,
Y, del consejo, estad ciertos
Que es como hablar con los muertos
O enseñar la necedad.
Soy ciego de nacimiento;
Nunca vi, ni aun lo pensé;
Pues mirad lo que será
Ciego del entendimiento.
Pues si los ojos lo son
Del alma, que ha de guiar,
¿Qué razon me ha de enseñar
La color de la razon?
Voyme, y en Rialto espero
Que respuesta me traigais. (Vase.)

LEONCIO.

Bien advertidos estáis.

PERSIO.

Eso hicimos lo primero.

TADEO.

Quedo; que Lucinda sale.

ESCENA II.

LUCINDA.—LEONCIO, PERSIO,
TADEO.

PERSIO.

Sola viene.
LUCINDA. (Al salir.)
Vuelvo luego.

LEONCIO. (Ap. á sus compañeros.)
Advertid que á hablarla llego.

TADEO. (Ap.)

No hay sol que su rostro iguale.

LEONCIO. (A Lucinda.)

Dios te guarde.

LUCINDA.

¿Qué me quieres,

Correo de aquel tirano,
Solicitador villano,
Que por mi deshonra mueres?
Sombra que de ver me asombro,
Viento lleno de furor,
Que el manto del santo honor
Me quieres quitar del hombro;
Lisonjero de palacio,
Que, por lo que él interesa,
Quiere que dé tan apriesa
Lo que gané tan despacio;
Espía contra mi honor,
Que mis defensas impides,
Por derribar con ardidés
El fuerte de mi valor;
Mina que vas procurando
Derribar el fundamento
De mi casto entendimiento,
Cuando mas le estoy velando:
¿No sabes que solo el verte
Tanta tristeza me causa?

LEONCIO.

Si otras veces fui la causa
De enojarte y de ofenderte,
Esta por lo menos soy
De tu vida y tu remedio,
Yaquella virtud que en medio
De sus extremos estoy.
Ya no hago por Fulgencio;
Ya contra Fulgencio hago,
Que me ha dado justo pago...
La causa quede en silencio;
Que algun día la sabrás.
Basta que él hoy me ha contado
Que vive determinado...
—Apártate un poco mas.

LUCINDA.

¿Qué es la determinación?

LEONCIO.

Las piedras suelen oír.

LUCINDA.

Bien me lo puedes decir;
Que las que ves, sordas son.

LEONCIO.

Fulgencio, viendo que ha sido
De tu marido el amor
La causa de tu rigor,
Matar quiere á tu marido.

LUCINDA.

¡Válgame el cielo!

LEONCIO.

Esto pasa.

Piensa que le soy fiel;
Pero, por vengarme dél,
Vine corriendo á tu casa.
Págame este honrado aviso,
No en dinero (que no quiero),
Pues no merezco dinero
Si por mi agravio te aviso),
Pero en moneda que poca
Suele correr en mujer,
Que es el callar y poner
Justo silencio á tu boca.
Hoy por cosa bien ligera
Me puso el fiero villano
Dos ó tres veces la mano...
—Referirte lo me altera.
Basta: no te digo mas.
Acaba con esta bestia,
Porque no te dé molestia,
Por el peligro en que estás.
Hazle gusto; que es un hombre
Poderoso y atrevido;
Que ni tú ni tu marido
Perdeis vuestro honrado nombre;
Que yo, porque no me dé
Otra vez esta ocasion,
Le dejaré, y con razon
Hoy á Ferrara me iré.

¿No ves dos turcos allí,
De dos alfanjes armados?
Pues estos vienen pagados
Para darle muerte aquí;
Gente que con una nave
De granas se ha de partir
Mañana antes de salir
El sol, si hay viento suave;
Y que en corso no podrás
Despachar destas riberas
De Venecia las galeras,
Ni hallar justicia jamás.

LUCINDA.

¿Que estos turcos ha enviado
Solo á matar á Sidonio?

LEONCIO.

Inducido del demonio,
Y de celos liciado,
Que es infierno de por sí;
Porque amor vive en los cielos,
Y en el infierno los celos.

LUCINDA.

¿Qué he de hacer? ¡Triste de mí!

LEONCIO.

Hoy le puedes ocupar
En alguna cosa en casa,
Sin que entienda lo que pasa.

LUCINDA.

La justicia quiero hablar.

LEONCIO.

Pues ¿cómo serás creída?
Y habiéndose paces hecho
Con el Turco, es sin provecho,
Y es deshonra conocida;
Que no ha de dar el Senado
Tormento á turcos aquí
Porque digas que te di
Aviso tan mal pagado.
Pero escucha: yo diré
A los turcos que he traído,
Que está fuera tu marido,
Que ayer á Florencia fué;
Y con esto volverán
A su nave y á su tierra,
Sin hacerte agravio. Y cierra
Tu boca.

LUCINDA.

¿Que al fin se irán?

LEONCIO.

En el punto que lo entiendan.

LUCINDA.

Pues vé, y hazme este placer;
Que á fe de noble mujer...

LEONCIO.

Basta; haré que no lo emprendan.

LUCINDA.

Tú verás el galardón.

LEONCIO.

¡Ah Lucinda! que no sabes
Que tiene este hombre las llaves
De toda tu perdición.
Librate dél, dale gusto;
Que no has de perder honor
En satisfacer su amor
De un tirano tan injusto.
Gozarás de tu marido
En paz, porque de otra suerte
Ha de intentar darle muerte.

LUCINDA.

¿Qué desdichada he nacido!
Vé, Leoncio, y de aquí lleva
Estos bárbaros crueles.

LEONCIO.

No le trates como sueles;
Prueba á hablarle, á verle prueba;
Que tratado, perderás,
Lucinda, el seso por él;

Que el serte en esto cruel
Es amor, no puede mas.
No es su condicion tan dura
Como tú juzgas, contigo;
No es Fulgencio tu enemigo,
Sino tu misma hermosura.
Tu amor le ha quitado el seso.

LUCINDA.

Lleva estos hombres de aquí.

LEONCIO. (A Persio y Tadeo.)

Amigos, á saber fui
Del dueño de aquel suceso,
Y hoy se ha partido á Florencia.

TADEO.

¿Que no está aquí?

LEONCIO.

Ya se fué.

TADEO.

¿Cuándo volverá?

LEONCIO.

No sé.

PERSIO.

Pues revoque la sentencia;
Que nos habemos de ir
Mañana al amanecer.

LEONCIO.

¿Que no os podeis detener?

PERSIO.

Esto le puedes decir.

TADEO.

Nosotros hemos perdido
Bellos quinientos ducados.
(Vanse Persio y Tadeo.)

ESCENA III.

LUCINDA, LEONCIO.

LEONCIO.

Ya se van, desesperados
De no hallar á tu marido.
En obligacion me estás.
Voy tras ellos, hasta ver
Si se embarcan. ¿Has de hacer
Su gusto?

LUCINDA.

Vé donde vas.

LEONCIO.

Deseo tu bien.

LUCINDA.

No puedo

Hablarte, con el disgusto.

LEONCIO.

Con solo cumplir su gusto,
Truecas en provecho el miedo. (Vase.)

ESCENA IV.

LUCINDA.

Dudoso estado á lamentar me obliga
La misera fortuna en que me veo:
Veo el peligro, y puesto que le creo;
No sé si dél me guarde ó si le siga.
¿Será mejor rendirme á la enemiga
Fuerza, y guardar la vida que deseo,
O que muera la gloria que poseo
Donde la fama mis hazañas diga?
¿Rendiré de mi amor la fortaleza
A un hombre que dos vidas pone en
Mas ¿cómo ofenderé tanta nobleza?
Morir quiero y ganar eterna palma;
Que no hay mayor desdicha ni hajeza
(Que dar el cuerpo, no queriendo el alma.)

ESCENA V.

SIDONIO.—LUCINDA.

SIDONIO.

¡Duran en tí todavía
Las tristezas con que matas
Entre esas manos ingratas,
Lucinda, la vida mía?
¡No cesas de dar suspiros
Entre una y otra razón,
Haciendo mi corazón
Negro blanco de sus tiros?
¡No cesan tus ojos bellos
De ser fuentes, que á parar
Vienen de mi pecho al mar,
Anegando el alma en ellos?
Y á lo menos, si no dejas
Suspiros, tristeza y llanto,
¡Por qué, amor, me niegas tanto
La causa por que te quejas?
¡Por qué, si dices que soy,
Lucinda, tu propia vida,
Quieres verla consumida
En la confusión que estoy?
¡Ay! si yo tu vida fuera,
¡Cuánto mejor me trataras,
Pues por vivir tú, buscaras
La paz en que yo viviera!
Tu muerte debo de ser;
Mas ¡ay Dios! si fuera cierto
Ser yo, Lucinda, tu muerto,
Por vengarte y no te ver!
Si son tristezas, mi vida,
Nacidas de aborrecerme,
Con no verte y con no verme
Haré que la causa impida.
Yo me apartaré de tí,
Hoy me saldré de Venecia;
Que mi amor tu vida precia,
Puesto que me mate á mí;
Porque va tan adelante
Tu fiera melancolía,
Que no hay resistencia mía
Á tu dolor semejante.
Quédate, mi bien, con Dios,
Mira mis hijos, y advierte...

LUCINDA.

¡Estás loco?

SIDONIO.

Estoy, de verte,
Loco, ó lo estamos los dos.
¡Por qué me tienes así?
¡O es que mi muerte deseas?

LUCINDA.

Pues porque triste me veas,
¡Eso has de pensar de mí?

SIDONIO.

Lucinda, cuando el señor
A quien sirve noche y día
Le mira sin alegma,
Es señal de poco amor.
Cuando el amigo fiel
Al amigo muestra enfado,
Es señal que está cansado,
Y quiere apartarse dél.
Cuando el juez mira al reo
Con tristes ojos y cara,
Es señal que le declara
De la sentencia el deseo.
Cuando aquel á quien se debe,
Al deudor deja de hablar,
Es que ya quiere cobrar
Y que viene el plazo en breve;
Y así, cuando la mujer
No muestra gusto al marido,
Ó ya le tiene perdido,
Ó ya le quiere perder.

LUCINDA.

En todo estás engañado,

Única esperanza mía,
Porque la melancolía
No es efecto del cuidado;
Que yo no tengo tristeza,
Sino aquesta enfermedad;
Que en mi amor y voluntad
Es inmortal la firmeza.
Yo procuraré alegrarme
Por no te dar pena á tí,
Pues ausentarte de mí,
Bien sabe Dios que es matarme.
Y no agravies de tal suerte
El alma, con que te adoro;
Que ofendiendo tu decoro,
Das ocasión á mi muerte.

SIDONIO.

¿Que te alegrarás?

LUCINDA.

Sí haré.

Tú, mi vida, lo verás.

SIDONIO.

Pues ¿cómo te alegrarás,
Porque todo á punto esté?
¡Quieres ver las islas bellas
Llenas de templos-famosos,
Que con brazos amorosos
Sirve el mar de muro en ellas?
Quieres ver el Bucentoro,
De que el Senado se precia?
Quieres ver hoy de Venecia
El celebrado tesoro?
Quieres ver esos jardines,
Pensiles del mismo mar,
Que á sus aguas suelen dar
Sombra con verdes jazmines?
Quieres ir hoy á Rialto,
Y comprar joyas ó sedas?
¡Qué pedirás que no puedas?
¿En qué á tu servicio faltó?
¿Tengo yo vida sin tí?
¿Hame visto nadie hablar
Con quien te pueda enojar?
¿Estás celosa de mí?
Habla, mis ojos, mi bien;
No me des tantos enojos...
—Mas pido que hablen los ojos,
Y ¡hanme de hablar con desden!
¡Plega á Dios que si en mi vida
Te ofendió mi pensamiento,
Porque, en el consentimiento
Es satisfacción perdida,
Que la pierda luego aquí;
Porque por no darte enojos,
En los pies traigo los ojos,
Y el alma, Lucinda, en tí.
Y mira que no hay marido
Tan galán de su mujer,
Que quiera satisfacer
Tanto, cuando no ha ofendido.

LUCINDA.

Mi vida, yo estoy segura
De tu amor, y el buen deseo
De tu pensamiento creo:
Así Dios te dé ventura.
Aun con personas extrañas
Cumplimientos son prolijos,
Y por vida de tus hijos,
Que conozco tus entrañas.
Mas, pues alegrarme quieres,
Desde hoy la merced recibo;
Mas mira que te apercibo
Que has de hacer como quien eres
En cumplir lo prometido.

SIDONIO.

No habrá cosa, prenda mía,
Si te ha de dar alegría,
Imposible á tu marido.

LUCINDA.

Pues con esa confianza,
Lo primero que has de hacer

Para que pueda tener
De mi salud esperanza,
Es no salir en dos días
De casa de ningún modo,
Mientras que fuera acomodo
Ciertas sospechuelas mías.

SIDONIO.

¿Cómo? ¿Tú quieres salir,
Y yo en casa he de quedar?

LUCINDA.

Quírome yo asegurar,
Y tú no lo has de impedir.

SIDONIO.

¿Quién te ha dicho que en Venecia
Yo hablo mujer ninguna?

LUCINDA.

A mí me lo ha dicho alguna,
Que mi vida y salud precia.

SIDONIO.

¡Vive Dios, que te ha engañado!
Traigan la góndola luego.

LUCINDA.

Esto, mi señor, te ruego.

SIDONIO.

Basta; ya estoy obligado.
Digo que estaré dos días,
Y dos años que tú quieras.
Averigua tus quimeras,
Pregunta por cosas mías;
Que yo sé que no hallarás
Cosa en que haya puesto el pié,
Digo, en que mujer esté,
De quien sospechosa estás.
¿Quién irá contigo?

LUCINDA.

Irán

Julia y Gerardo.

SIDONIO.

En buen hora.

¿Vas contenta?

LUCINDA.

Voy agora

Donde mis sospechas van;
Voy donde mi daño impida
Y conozca tu lealtad.
(Ap. Aunque, si digo verdad,
Voy á procurar tu vida.)

ESCENA VI.

SIDONIO.

Incrédulo es amor, y amor es cosa
Que cuanto dicen cree. Pues ¿qué es
esto,
Si cree siempre amor, y amor me ha
puesto
La confianza en opinión dudosa? ¿posa?
Si yo me quedo, ¿adónde va mi es-
Y estando triste, ¿se alegró tan presto!
Mas ¿cómo dudo yo de un pecho ho-
nesto,
Pues engañada puede estar celosa?
Seguiría fuera justo; mas ¿qué piensa
Mi loco amor, cuando sospecha arguya
De lo que estar desengañado puedo?
Que si ella tiene celos sin mi ofensa,
Bien puedo yo tenerlos sin la suya;
Que celos no es el daño, sino el miedo.

(Vase.)

Sala en casa de Fulgencio.

ESCENA VII.

FULGENCIO, LEONCIO.

FULGENCIO.

¿Que lo creyó?

LEONCIO.

De tal suerte,
Que entiendo que hará tu gusto;
Que le dió notable susto
De su marido la muerte.
Estaban Persio y Tadeo
Famosamente vestidos,
Que me engañaban fingidos,
Y que fuesen turcos creo.
Fingi que de ti enojado,
Iba á darle aquel aviso,
Donde vieras de improvviso
Su hermoso color turbado;
Que apenas oyó que el fin
Tu amor de su esposo ordena,
Cuando el campo de azucena
Se le volvió de carmin.
Pero negocióse bien;
Que creo que este temor
Ha de hacer mas que tu amor
Para vencer su desden.
Yo la vi determinada,
No porque ya lo decia;
Pero, pues no respondia,
Como otras veces, airada,
Principios hay, pues estuvo
Muda; que quien siempre habló,
Cuando calla, es que mudó
El pensamiento que tuvo.

FULGENCIO.

Leoncio, si desta ingrata
Alcanzo lo que deseo,
Sea Tarquino, sea Tereo,
Aunque mate á quien me mata,
De mi hacienda serás dueño.
Mi hijo Otavio no quiero
Que me herede; que primero
Esta palabra te empeño.
A fe de noble y patricio,
Mi hacienda te he de entregar.

LEONCIO.

Ese amor te obliga á hablar,
Y á mí el tuyo á tu servicio.
Consigue lo que pretendes,
Y déjame á mí servir;
Que en prometer y fingir
Son los amadores duendes;
Que apenas lo alcanzarás,
Cuando te dé un resfriado,
Que no te muevas del lado
Donde enamorado estás.
A tu hijo guarde Dios,
Tú le goceas y él te herede;
Que por ley y razon puede.

FULGENCIO.

Si uno tengo, tendré dos.
Mi hijo te quiero hacer,
Mi amor te engendra: bien puede;
Todo al amor se concede.

LEONCIO.

Grande amor debe de ser.

FULGENCIO.

El amor siempre lo es.

LEONCIO.

El mayor se mira en ti,
Pues que me ha engendrado á mí,
Tan grande como me ves.

FULGENCIO.

¡Ay Lucinda! no quisiera
Vencerte con amenazas;

Pero si ardides y trazas
Son honra en la guerra fiera,
Honra será de mi amor
Vencerte con este enredo,
Pues amor te ha puesto miedo
Para minarte el honor.

ESCENA VIII.

PERSIO. — DICHO.

PERSIO.

Todo te sucede bien.

FULGENCIO.

¿De qué suerte, Persio mio?

PERSIO.

Vencerás el desafío
Deste famoso desden,
O no sé de astrología
Del cielo desta mujer.

FULGENCIO.

¡Ay Persio! ¿qué puede haber
Que resulte en gloria mía?

PERSIO.

En una góndola rica
Con una alfombra turquesca,
Que de crea blanca y fresca
Un toldo por cielo aplica,
Con una sola criada
Y el arráez que los remos
Mueve, dando á sus extremos
Plata en espuma nevada,
Viene la hermosa Lucinda,
Tan señora de la mar,
Que la ha jurado abrasar
Cuando no se humille y rinda.
Amor ya le rinde el arco,
Vénus todo su elemento,
Y en sus cabellos el viento
Quiere hacer velas al barco.
La calle de agua en que viene
Se estrecha para tocarla,
Y el agua quiere anegarla,
De envidia y celos que tiene.
Tanto, en fin, el mar la premia,
Que pienso que la barquilla
Carga en sus hombros la quilla
De las ninfas de Venecia.
Toma una góndola luego,
Entra, Señor, en el mar;
Que bien podrás conquistar
En tanta agua tanto fuego.

FULGENCIO.

¿Llega cerca?

PERSIO.

Cerca llega.

Si su fuego has de seguir,
Navega, y podrás decir
Que por fuego se navega.

FULGENCIO.

Dices bien: voy á saber
El efeto de aquel miedo
Que le ha puesto nuestro enredo.

PERSIO.

Ya no tienes qué temer;
Que todo está de tu parte.

FULGENCIO.

Amor, si este bien que adoro
Me das, un alma de oro
Tengo de sacrificarte.

LEONCIO.

Esa al interés la ofrece.
Sin oro al amor le pidas;
Que los tesoros de Midas,
Si es verdadero, aborrece.

Una góndola hay allí,
En ella puedes entrar.
(*Vanse.*)

Sala en casa de Sidonio.

ESCENA IX.

SIDONIO, GERARDO.

FULGENCIO.

A seguir voy por la mar
El fuego que llevo en mí.

SIDONIO.

¿Que solo á Julia llevó?

GERARDO.

No quiso que la sirviese.

SIDONIO.

¿Cómo? ¿Que sola se fuese!

GERARDO.

Luego que en la barca entró,
Me dijo que me volviese.

SIDONIO.

Pues ¿no fué nuestro concierto
Que fueses tú por su guarda?

GERARDO.

¿Qué recelo te acabarda?

SIDONIO.

Amor vive en un concierto,
Y es consonancia gallarda
Mientras celos y desvelos
Con quimeras no han turbado
Aquel orden de los celos;
Porque el amor con los celos
Es reloj desconcertado.
Adonde ha de dar la una
De una fe con galardón,
Dan las dos, que son traicion
Y agravio, con que importuna
La quietud de la razon.
Si se suelta con sospechas,
Y el desengaño no viene
A dejarlas satisfechas,
Nunca pára basta que tiene
Nuestras cabezas deshechas.
Luego en las letras se ve
Que el relojero se fué,
Y que anda el reloj liviano,
Porque señala la mano
Que hay desconcierto en la fe.

GERARDO.

Donde el desengaño justo
Da un amor tan verdadero
Es, Sidonio, el relojero,
Presto el volante del gusto
Vuelve al concierto primero.
Aquí no hay pensar engaño,
Porque es tan cierta la fe,
Que ella misma es desengaño.
Antes sospecho que fué
Recelosa de su daño;
Que la tristeza que tiene,
Celos entiendo que son.

SIDONIO.

Con siniestra informacion
Alguno á engañarla viene,
Sin duda, de mi aficion.
Y extraños efetos hace;
Que de haberla dado celos
Nacen tambien mis desvelos.

GERARDO.

El fuego del fuego nace,
Como del aire los hielos.
Y pues á reloj comparas
Los celos, en desconcierto,

Que señalan tiempo incierto,
Y celoso te declaras
Donde con celos has muerto,
Tambien diré yo que amor
Es como reloj de arena;
Que una vez al amador
Corre toda junta y llena
La medida del favor;
Mas otra vez la fortuna
Vuelve el reloj á la dama,
Que toda la arena llama,
Sin que al hombre deje alguna
De gusto, hacienda ni fama.
Así que, quien ha de amar,
Reloj de arena ha de ser,
Que una vez la ha de tener;
Mas otra vez la ha de dar,
Si se ha de corresponder.

SIDONIO.

Pedirme, Gerardo, á mí
Que no saliese de casa,
De mas que sospechas pasa.

GERARDO.

Si estar celosa de tí
Sus pensamientos abrasa,
No querrá que salgas della,
Porque no avises adonde
Quiere averiguallos ella.

SIDONIO.

Eso el honor lo responde,
Que solo vuelve por ella.
Pero de cualquiera suerte,
No es posible al sufrimiento
Tener quedo el pensamiento,
Por mucho que le divierte
Lo que de sus prendas siento.
Palabra le di, esto pasa,
De que no saldré de aquí;
Pero ¿cuál razon compasa
Que cuando salgo de mí,
No pueda salir de casa?
Gerardo, aunque pude hacer
Pleito homenaje, el poder
Me absuelve de todo ultraje,
Porque no hay pleito homenaje
Entre marido y mujer.
A buscarla voy.

GERARDO.

Si quieres,
Iré contigo.

SIDONIO.

Aunque amigos,
Aquí es mejor que me esperes;
Que no han de ser con testigos
Celos de propias mujeres.

(Vanse.)

Plaza.

ESCENA X.

FULGENCIO, LUCINDA, JULIA.

LUCINDA.

¡Mal término!

FULGENCIO.

Amor me esfuerza.

LUCINDA.

Amor no es vil.

FULGENCIO.

Es tirano.

LUCINDA.

¡Mano á mí!

FULGENCIO.

No es en mi mano.

LUCINDA.

¡Fuerza á mí!

FULGENCIO.

Tu desden fuerza.

LUCINDA.

Dejadme volver.

FULGENCIO.

No puedo.

LUCINDA.

¿Sabeis quién soy?

FULGENCIO.

Cielo mio.

LUCINDA.

Y ¡al cielo asis?

FULGENCIO.

Desvario.

LUCINDA.

Estáos quedo.

FULGENCIO.

Muerto quedo.

LUCINDA.

¿Vos sois caballero?

FULGENCIO.

Sí.

LUCINDA.

No lo mostrais.

FULGENCIO.

Estoy loco.

LUCINDA.

Y aun necio.

FULGENCIO.

No lo fui poco.

LUCINDA.

¿En qué?

FULGENCIO.

En quereros así.

LUCINDA.

No me querais.

FULGENCIO.

Bien quisiera.

LUCINDA.

Pues quered.

FULGENCIO.

¿Cómo podré?

LUCINDA.

Queriendo.

FULGENCIO.

Querer no sé.

LUCINDA.

Sabed.

FULGENCIO.

¡Ojalá supiera!

LUCINDA.

Yo no os quiero.

FULGENCIO.

Yo os adoro.

LUCINDA.

Necedad.

FULGENCIO.

¿Quién ama cuerdo?

LUCINDA.

Quien sabe.

FULGENCIO.

Ya no me acuerdo.

LUCINDA.

¿Qué perdicion!

FULGENCIO.

¿Qué tesoro!

LUCINDA.

Mi infierno sois.

FULGENCIO.

Vos mi cielo.

LUCINDA.

No se juntarán los dos.

FULGENCIO.

Por eso vivo yo en vos,
Por tener cielo en el suelo;
Y mal, Lucinda, pagais
Este verdadero amor.

LUCINDA.

Amo á mi esposo.

FULGENCIO.

En rigor,

Lo que es justo amar amais;
Pero ya que os quiero así,
Y que esta mi estrella fué,
¿Por qué no pagais mi fe?

LUCINDA.

Porque otra fe vive en mí.
Nací para quien fué mio:
Mientras vive, no he de ser
De ningun hombre mujer;
Que es infamia y desvario.

FULGENCIO.

Luego ¿no era mucho error
El que yo en matarle hacia,
Si él muerto, Lucinda mia,
Es justo el tenerme amor?

LUCINDA.

Por eso vengo á buscaros;
Y adviértos...

FULGENCIO.

No hay qué advertir.

No hay de matarme á morir
Mas distancia que enojaros.
Cien mil ducados de trato
Pisan soberbios el mar,
Y otros tantos puedo dar
Libres á algun pecho ingrato.
Vos teneis hija pequeña,
Yo tengo un hijo pequeño
Para legitimo dueño
De cuanto el mar os enseña.
Casémoslos, y serán
Los mas ricos de Venecia.

LUCINDA.

El bien nadie le desprecia.
Cásense; que bien podrán.
Corto dote le daré;
No son veinte mil ducados.

FULGENCIO.

Sí; mas nosotros casados,
Porque todo junto esté.

LUCINDA.

¡Casados, siendo casada!

FULGENCIO.

Quitar el inconveniente,
Matando á vuestro...

LUCINDA.

Detente,
Furia en mi mal conjurada;
Que tu hacienda, cuando fuera
Cuanto encierra esta ciudad,
Ni toda su cantidad,
Si el mundo se considera,
Pueden igualar la vida
De mi esposo.

FULGENCIO.

Sin tu gusto

Le mataré.

LUCINDA.

Fiero, injusto,
Bárbaro, alevé, homicida,
Yo me quejaré al Senado,
Yo diré tu pretension.
Justo es el Duque, y lo son
Todos los que tiene al lado.
Yo haré que te dén la muerte.

JULIA.

¡Ay, Señora, tu marido!

LUCINDA.
Huye.
FULGENCIO.
Desdichado he sido. (Vase.)
JULIA.
Que viene turbado advierte.

ESCENA XI.

SIDONIO. — LUCINDA, JULIA.

SIDONIO.
¿Es esta la confianza
Que tuve siempre de tí?
¿Cuán vanamente creí
Que eras mujer sin mudanza!
¿Es esto el fingir los celos
Que averiguar pretendías,
Las tristezas que tenías
Y el suspirar á los cielos?
Es esto, infame, el pedirme
Que en mi casa me estuviese
Dos días, porque no viese
La paga de amor tan firme?
Es esta la obligacion,
Cuando mi esposa no fueras,
Que debías á quien eras
Y á padres que tales son?
Es esto lo que me debes
De amor, pues mi libertad
No mueve la voluntad
A lo que la tuya mueves?
Con ser hombre, no he mirado
Mujer desde que te vi;
Y tú, mujer, ¡hoy aquí
A un hombre ocasion has dado!
¿Qué haré? ¿Pondré por ventura
En público en tí la mano?
¿Verá un noble ciudadano
Venecia en tanta locura?
¿Lavaré mi honor manchado
En la sangre dese pecho?

LUCINDA.
Ten la daga.
SIDONIO.
¿A qué despecho,
Lucinda, me has provocado?
LUCINDA.
¿En esto me estimas?
SIDONIO.
Di,
¿Mereces tú que te estime?
LUCINDA.
Si soy la que es justo, dime,
¿Por qué me tratas así?
Y pues no puede ser menos
De que sepas la verdad
(Que la ofensa en la lealtad
Obliga á mucho á los buenos),
Sabe, Sidonio querido,
Luz de los ojos también,
Por esa quietud, su bien,
Y que otro bien no han tenido,
Que há gran tiempo que este loco
Me sirve desengañado,
Lo que siempre te he callado
Y siempre he tenido en poco.
Mi tristeza procedía
De tu honor, aunque seguro,
Y la quietud, que procuro
Como propia salud mía.
Hoy de una nave sacó
Dos turcos para matarte;
Sápelo, y quise guardarte
Para remediallo yo.
Pédite que no salieses
De casa por los dos días
Que este peligro tenías,
Y sin saberlo vinieses.

Aquí le estaba diciendo
Que iba á quejarme al Senado.

SIDONIO.
Aguarda.
LUCINDA.
¡Ay, Dios! ¿Qué has pensado?
Que tu vida estoy temiendo.
SIDONIO.
Hablar un amigo suyo,
Que le aparte deste intento.
LUCINDA.
¡Plega á Dios!
SIDONIO.
Mi pensamiento
Es solo el sosiego tuyo.
LUCINDA.
Mira dos hijos que tienes.
SIDONIO.
Mis hijos, Lucinda, son. (Vase.)

ESCENA XII.

LUCINDA, JULIA.

LUCINDA.
Voces me da el corazón
Que hoy pierdo todos mis bienes.
JULIA.
Perdido va de color.
Algun mal suceso emprende.
LUCINDA.
Mucho á un hombre noble ofende
Que le ofendan el honor.
Ángeles de mis entrañas,
Por vuestro padre rogad.
JULIA.
Con justísima piedad
El rostro en lágrimas bañas.
Pero mi señor es cuerdo:
El sabrá lo que ha de hacer.
LUCINDA.
No me queda qué perder,
Mi bien, si tus ojos pierdo;
Que aunque dos niñas tan bellas
Me quedan de tus despojos,
¿Qué valen niñas sin ojos,
Pues tú eres los ojos dellas?
(Vase.)

ESCENA XIII.

SIDONIO, FULGENCIO.

SIDONIO.
Inquietar á la mujer
De un noble, tan atrevido,
Y siendo yo su marido,
¿Puede ningun hombre hacer?
¿Solicítalla y traella
Con tanto desasosiego!
FULGENCIO.
Sidonio, aunque estaba ciego,
Os vi cuando hablé con ella.
Pésame de que hayais sido
El sugeto deste agravio;
Y que caiga en hombre sabio,
A buena dicha he tenido.
Vos lo sois, y de mi error
Conoceréis la disculpa,
En que ya el mundo no culpa
Yerros que nacen de amor.
Yo pondré enmienda en mis pasos.
SIDONIO.
¿Por qué me intentas matar?
FULGENCIO.
Fué invencion para obligar

Sus pensamientos escasos;
Que eran dos criados míos,
Que vestí de aquella suerte,
No para daros la muerte;
Para templar sus desvíos;
Que os adora de manera,
Que pensé que esta amenaza
Era la mas cierta traza
Con que vencerla pudiera.
Vos tenéis una mujer,
De Italia segundo honor.

SIDONIO.
Tarquino era emperador,
Y vos sois un mercader;
Que me espanto, por Dios vivo,
Que os haya la hacienda dado
Sobervbia que haya llegado
A sol mas que el sol altivo.
Que cuando de una criada
De Lucinda lo supiera,
Para casaros no fuera
Vuestra intencion estimada,
Porque sois, si rico, loco,
Y si patricio, arrogante.

FULGENCIO.
Si fué mi humildad bastante,
Lo dice el tenerme en poco;
Que si no os hubiera dado
Tan baja satisfacion,
No fuera en esta ocasion
De vos en poco estimado.
Y para que verdad sea
Que soy arrogante y loco,
Y que os tuve y tengo en poco,
Toda Venecia lo crea,
Serviré vuestra mujer
Públicamente.

SIDONIO.
Villano,
Con la lengua de la mano
Solo podré responder.

FULGENCIO.
Yo castigaré tu boca.
SIDONIO.
Y yo tu arrogante pecho.
(Empujan y riñen.)

FULGENCIO.
¿Muerto soy! (Vase herido.)
SIDONIO.
Bien está hecho,
Cuando la razon provoca.
Cayéndose va, por Dios,
Herido de muerte va;
La plaza alterada está.
Esto podéis, honra, vos.
Quiero por este canal
En esta góndola entrarme.
Gran gente viene á buscarme;
La herida ha sido mortal.
Írme ahora á Fusina,
Y á Rovigo desde allí;
Que es Ferrara para mí
Ara sagrada y divina.
¿Quién sufriera igual deshonra?
¡Ay, Lucinda! Ay, hijos míos!
Que os dejan mis desvarios
Sin padre, pero con honra.

¹ La acotacion del original dice á la letra:
Me dan mano, aunque allí no hay espadas;
porque no han de andar sin ella en la comedia.

ACTO SEGUNDO.

Plaza donde está la casa de Lucinda.

ESCENA PRIMERA.

LUCINDA; JULIA; GERARDO,
de camino.

LUCINDA.
Quiero volver á abrazarte.
¿Adónde queda mi bien?

GERARDO.
Asegurado tan bien,
Que no será el mundo parte
Para que enojo le dén.
Desde Rovigo á Ferrara
Partió con grande secreto,
Y en ella el Duque le ampara.

LUCINDA.
¿Que ya es soldado en efeto?
¡Ay, Julia! ¿Quién tal pensara!

JULIA.
Señora, libre su vida,
Y por cualquier medio, sea.

LUCINDA.
Sola su vida desea
El alma, á la suya asida.

JULIA.
Bien en la guerra se emplea;
Que es ejercicio de reyes.

GERARDO.
No ha sido el guardarse en vano;
Que aquel antiguo romano
No iguala en guardar sus leyes
Al Senado veneciano.
Y como sabe el rigor,
Sabe también que la guerra
Le defenderá mejor.

LUCINDA.
No digo, amigos, que yerra;
Su falta siente mi honor;
Y cuando no me importara
Que su presencia me honrara,
Mi amor por sí no sufriera
Que mi Sidonio viviera
Donde yo no le gozara.
Sus hijos lloran, y yo siento
Juntos su dolor y el mío,
Y cuanto en mi sentimiento
Lloro, á Sidonio lo envío,
Como á mi propio elemento.
Lloran hasta las paredes
En su ausencia.

JULIA.
Creerlo puedes,
Porque las han desuadado.

GERARDO.
¡Buena la casa ha quedado!

JULIA.
¡Oh, rigor, que al daño excedes!

GERARDO.
¡Nada, Señora, te deja
El Senado, con que vivas,
Mientras Sidonio se aleja?

LUCINDA.
De sus manos vengativas
Solo me queda esa queja.
Toda mi hacienda ha tomado;
Que aun apenas me ha dejado
Con que me vaya á Ferrara.

GERARDO.
No importa; el Duque le ampara.
Muestre su enojo el Senado;

Que para salir de aquí
No te ha de faltar dinero.
La carta lo dice así.

LUCINDA.
Otra vez leerla quiero.
GERARDO.
Yo escucharla.

LUCINDA.
Advierte.
GERARDO.

Di.

LUCINDA.
(Lee.) «Gerardo te dirá dónde que-
do, dulce esposa de mi alma, con el
cual podrás venir con tus hijos á
consolar la mayor tristeza y soledad
que ha tenido corazón humano. Pien-
so que Aurelio será amigo en la ad-
versa fortuna, como lo fué en la prós-
pera; pídele de mi parte lo necesario
para tu camino, y vén donde te aguar-
dan mis ojos, y á mis queridos hijos
mis abrazos.—Tu marido.»
Aquí pondré yo la boca,
Y el alma poner quisiera.

JULIA.
A partir luego provoca.
LUCINDA.
Quiero hablar á Aurelio.
(Tocan dentro un tambor.)
GERARDO.

Espera.
Esta ¿no es caja?
LUCINDA.
¿A qué toca?

JULIA.
A Leoncio he visto allí,
Criado de aquel cruel,
Y un secretario con él.

LUCINDA.
Mal será, mal para mí;
Qué bien no lo espero dél.

ESCENA II.

LEONCIO, PERSIO, TADEO, UN SE-
CRETARIO, UN TAMBOR.—DICHOS.

LEONCIO.
¿Con qué alboroto y dolor
Memorias de mi señor
Me traen á ver su casa!

PERSIO. (Bajo á Leoncio.)
Ella por su puerta pasa.

SECRETARIO.
Pues echa el bando, tambor.

TAMBOR. (Pregonando.)
«El serenísimo Duque de Venecia
ofrece dos mil ducados á cualquiera
que le trujere preso á Julio Sidonio,
reo de la muerte de Fulgencio Justi-
niano, ó mil si le trujera la cabeza;
y en caso que tenga algún grave de-
lito, se le perdona. Mándase pregonar
para que venga á noticia de todos.»

LEONCIO.
Pasa adelante; que allí
Vive también un pariente,
Y quiero vengarme así.

(Vanse Leoncio, Persio, el Secretario
y el Tambor.)

¹ Su casa, ó la casa, de Sidonio, quiere
decir Leoncio.

ESCENA III.

LUCINDA, JULIA, GERARDO.

LUCINDA.
Aun no está seguro ausente.
¿Qué es esto, triste de mí?

GERARDO.
Gran mal es este, por Díos,
Y gran rigor del Senado.

LUCINDA.
Fuerte remedio ha buscado
Para matar á los dos.

JULIA.
¿Adónde hallará sagrado?

GERARDO.
Ya no le habrá para él;
Que la codicia cruel
Abrió camino en el mar;
Otro mundo supo hallar,
Porque estaba el oro en él.
La codicia hizo tiranos,
Mató padres, mató hermanos,
Y propios hijos mató.

LUCINDA.
¿Que esto el Senado mandó?
¡Ah, senadores villanos!
¡Vosotros sois los patricios,
Por únicos celebrados,
Como pájaros fenicios?
¡Oh indignos de ser llamados
Para tan altos oficios!
¿Dos mil ducados ofreces
Por una inocente vida,
Senado, infame mil veces?

GERARDO.
Templa la lengua atrevida,
Con que el dolor encareces;
Que el Senado es bueno y justo,
Y el delito en una plaza
Pública es grave é injusto.

LUCINDA.
¿Que hallase ahora esta traza
Para aumentar mi disgusto!
¿Adónde estará seguro
Mi bien? ¿Qué amparo, qué muro
Le librará de un traidor,
De otras muertes agresor,
Y de nacimiento oscuro?
Cuando codicia no sea
Quien le prenda ó quien le mate,
Todo homicida que vea
En Sidonio su rescate,
Hará una hazaña tan fea.

JULIA.
Señora, el haberle muerto
A Fulgencio en lo seguro
De la ciudad, fué el concierto
Del decreto fiero y duro,
Que muestra el peligro cierto.
El Senado está enojado;
Ejecuta la partida,
Y buscad los dos sagrado.

LUCINDA.
Iré á defender mi vida,
Aunque le pese al Senado.

GERARDO.
¿Qué presto la lengua mueve
El que es culpado, y se atreve
A poner lengua y malicia
En el que hace justicia
Por cumplir con lo que debe!
Id á hablar á Aurelio, y luego
Parte á Ferrara, Señora.

ESCENA IV.

EL SECRETARIO, UN ALGUACIL.

— Dichos.

SECRETARIO. (Ap.)
A muy buena ocasion llego,
Si se ausentaban agora.

LUCINDA. (Ap.)
Otra vez tocan á fuego.
¿Qué quieren estos aqui?

ALGUACIL.
¿Vive aqui Lucinda?

LUCINDA.
Si.

SECRETARIO.
¿Sois vos?

LUCINDA.
Yo soy.
SECRETARIO.
Escuchad.
El Senado esta ciudad
Os da por cárcel.

LUCINDA.
¿A mí!
SECRETARIO.

A vos.

LUCINDA.
¿En qué soy culpada?

SECRETARIO.
Allá lo podréis saber.
Solo estaréis avisada
Del daño que os puede hacer
Su justa furia indignada;
Porque es pena de la vida,
Y á vuestros hijos tambien.

LUCINDA.
¿Fui yo acaso el homicida
Para que cárcel me den?

ALGUACIL.
No respondais atrevida,
Sino con mucho respeto.

JULIA.
¿No sabes la libertad
Desta gente?

LUCINDA.
Yo os prometo
De estar en esta ciudad,
Que es mi cárcel en efeto;
Mas mis hijos ¿no podrán
Ir con su padre?

ALGUACIL.
Tambien
Presos, como vos, están.

LUCINDA.
Dice el Senado muy bien,
Justa sentencia les dan.
Mi alma mis hijos son;
Preso el cuerpo, estélo el alma.

ALGUACIL.
No es muy estrecha prision
Venecia.

LUCINDA.
¿Qué firme palma
Resiste á tanta passion?

SECRETARIO. (Ap. al Alguacil.)
Vamos; que esto queda bien.

ALGUACIL.
Avisad esto en los barcos.

SECRETARIO.
Yo haré que un pregon les dén,
Y en la plaza de San Marcos
Lo haré pregonar tambien.

(Vase el Secretario y el Alguacil.)

ESCENA V.

LUCINDA, JULIA, GERARDO.

LUCINDA.
¿Qué te parece, Gerardo?
Ya es imposible partirme.
¿Qué sufrimiento habrá firme
Donde es el valor bastardo?
Un hombre era menester;
Porque valor de mujer,
¿Cómo podrá resistir?

GERARDO.
Ni hallo qué te decir,
Ni te acierto á responder;
Pero sé que me conviene
Partir volando á Ferrara,
Por el peligro que tiene
Sidonio.

LUCINDA.
Parte, y repara
Que tras ti su muerte viene.
Avisale que ha mandado
Este dinero el Senado,
Y perdonar cualquier reo.

GERARDO.
Ser un Mercurio deseo,
De piés y manos alado.
¿Podrásle escribir?

LUCINDA.
No sé;
Pero dirásle en Ferrara
Que con fe rara quedé
En Venecia, y fe tan rara,
Que no tiene igual mi fe.
Di que llorando escribí,
Lágrimas por tinta; di
Que lloré sangre por él,
Que fué mi rostro el papel,
Y que tú las viste allí;
Que todas las letras fueron
Amor, lealtad, soledad,
Desdicha, ausencia, verdad;
Y di que las imprimieron
El alma y la voluntad,
Que de amor imprenta son,
Donde en letras de Ferrara
Las imprime mi passion
Desde el papel de la cara
Al papel del corazón.

GERARDO.
Pon las lágrimas en calma;
Y á Dios, que te dé la palma
Desa paciencia.

LUCINDA.
A mi bien
Con bien te lleve, y tambien
Lleve este cuerpo á su alma.
(Vase.)

—
Explanada dentro de Ferrara, con vista
de muro y puerta al campo.

ESCENA VI.

SIDONIO, MARCELO, URBINO.

MARCELO.
Fuera de lo que es valor,
Poco pareceis soldado.

SIDONIO.
¿En qué á este nombre he faltado?

URBINO.
En que no teneis amor.
La gala en la soldadesca,
Hasta llegar la ocasion,

Amores, Sidonio, son,
No solo el dado y la gresca.
¿No veis la conformidad
Que tienen Venus y Marte?

MARCELO.
Sabed que todo es un arte,
La guerra y la voluntad.

SIDONIO.
Luego ¿por eso decia
Ovidio que militaba
Cualquier persona que amaba?

URBINO.
El arte igualar quaria;
Porque en el amor hay velas,
Hay sospechas, hay espías,
Y en noches de invierno frias
Cuidadosas centinelas;
Hay ardides, hay recelos,
Hay minas, hay contracifras,
Hay mensajeros, hay cifras,
Hay competencias y hay celos,
Y finalmente, hay gozar
Del triunfo de una vitoria,
En que consiste la gloria
De amar y de pelear.

SIDONIO.
Por esa misma razon
Los pleitos guerra serian.

MARCELO.
Los mismos cuidados crian,
Todos asechanzas son,
Y aun sospecho para mí
Que un pretendiente es soldado.

SIDONIO.
Y no poco desvelado.
URBINO.
Ya lo sé; que ya lo fui.

SIDONIO.
Marcelo, la mayor guerra
Es servir: quien servir quiere,
Sea el dueño el que se fuere,
Fueres desvelos encierra.
Allí si que hay competencias,
Trazas, sospechas, temores,
Estratagemas, traidores,
Envidias, celos y ausencias.
Verás la desconfianza
Del favor que le fastidia
Poner escalas de envidia
Al muro de la prianza.
Verás un siempre temer,
Un eterno idolatrar,
Un diestro lisonjear
Y un incierto pretender.
Verás un notorio engaño,
Unas armas de mentira,
Con su disfraz á la ira,
Y siempre de fiesta al daño.
La fuerza que se pretende
Es el favor del señor,
Por cuyo incierto favor
El mas amigo le vende.—
No quiero guerra fingida,
Ya que mi desdicha fiera
Me trujo á la verdadera
En lo mejor de mi vida.
De Venecia sois los dos,
Por desdicha estáis aquí;
Sirvamos al Duque así
Mientras nos remedia Dios;
Que os juro que ni servir
Ni amar puedo, aunque quisiese.
URBINO.
Que de tu daño nos pese
No hay, Sidonio, qué decir
Que encarecimiento sea.
Somos de una patria, y nobles,
Donde hicieron tratos dobles
Que así la ajena nos vea.

A nosotros nos obliga
Nuestro padre desterrado
De aquesta ausencia al cuidado,
De tanta pena fatiga;
A ti el volver por tu honor,
Y la muerte de Fulgencio.

SIDONIO.

Poco, amigos, diferencio
El vuestro de mi dolor.
Solo os podréis consolar,
Que aquí vuestro padre amado
Teneis, aunque desterrado
De aquel famoso lugar.
Pero yo, que estoy ausente
De mis hijos y mujer,
¿Qué gusto puedo tener,
Por mas que tenerle intente?
Deje el alma en tres pedazos,
Lucinda, Félix y Elisa;
Trocóse en llanto la risa
De aquellos tiernos abrazos.
Sentábame yo á comer,
Libre de ajenos cuidados,
Con mis hijos regalados
Y mi querida mujer;
Siéntome agora á sentir
Que estoy sin ellos comiendo
Lágrimas, que van diciendo
Lo que no os puedo decir.
Aquellas razones tiernas
Que de sus bocas oía,
Retrato de la armonía
De las esferas eternas,
No las escucho ¡ay de mí!
Y así, tan sin gusto vivo
Como en el hierro el cautivo,
Pues mas libertad perdí.

MARCELO.

Porque á tal dolor nos mueves,
Te queremos divertir,
No con amar, con fingir,
Por lo que á Lucinda debes.
Vamos de noche á gozar
La libertad de soldados,
No por balcones honrados,
Donde el sol no puede entrar,
Mas por las libres ventanas,
Viendo, con pagar el porte,
Estas enfermas de corte,
Que se llaman cortesanas.
O vamos, si aun esto solo
No te atreves á fingir,
A ese campo á ver salir
La blanca hermana de Apolo,
Y gozando el fresco viento,
Al son de un arroyo manso
Darémos algun descanso
A nuestro comun tormento.

SIDONIO.

Al campo iré con buen gusto,
Porque en fin su soledad
Me mueve á mayor piedad
Deste mi destierro injusto;
Y por ver si en el camino
Veo por dicha á Gerardo;
Que há desde ayer que le aguardo,
Y algo temo, pues no vino.
Y si os digo la verdad,
Que á tales amigos debo
(Pues en deciroslo pruebo
La fuerza de la amistad),
Sabed que aguardo con él
A mis hijos y á mi esposa.

URBINO.

Fué la mas discreta cosa,
Siendo Gerardo fiel,
Que pudiste imaginar
Para dar fin á tu pena;
Porque hace patria la ajena,
Si el bien se puede gozar.
Esta puerta al campo sale.

MARCELO.

Aquel prado y bosque ameno
Está de mil sombras lleno.

URBINO.

No hay frescura que le iguale.

MARCELO.

Hacen las flores y plantas
Un laberinto aquel suelo.

URBINO.

Y los pájaros un cielo
Con diversidades tantas.

-(Vase.)

Campo inmediato á Ferrara.

ESCENA VII.

SIDONIO, MARCELO, URBINO.

SIDONIO.

¡Qué bella está la arboleda,
Bañándose en los cristales
Destas fuentes desiguales!

MARCELO.

¡Qué bien la hiedra se enreda
Por estos olmos sombríos!

URBINO.

¡Qué bien desas blancas sierras
A fertilizar las tierras
Bajan fuentes y hacen rios!

SIDONIO.

No son los campos hibiéos
Mas floridos y olorosos.

MARCELO.

Tus pesares cuidadosos,
Tus abrasados deseos
Sosiega, Sidonio, un poco.
Descansa en aquesta yerba,
Cama que el cielo reserva
A quien de amor está loco;
Y yo aquí me quiero echar.

SIDONIO.

Desceniréme la espada.

URBINO.

Flores te hacen almohada;
Bien te puedes reclinar.

SIDONIO.

Aquí me tiendo sobre ellas,
Como en alfombra preciosa
De la primavera hermosa,
A lamentar mis querellas,
Cual suele tal vez en ramo
El ruiseñor que perdió
Los hijos, pues pierdo yo
El nido que adoro y amo.

-(Ase Urbino á Sidonio.)

MARCELO.

Tenle fuerte; que ya tengo
La espada.

SIDONIO.

¡Oh, fieros traidores!

URBINO.

Atale bien.

SIDONIO.

¡Que á mayores
Desdichas y penas vengo!

URBINO.

Atale muy bien las manos.

SIDONIO.

¡Oh, perros! ¡Por qué razon?

MARCELO.

Luego sabrás la ocasion.

SIDONIO.

Vosotros ¿sois venecianos?
Sois parientes de Fulgencio?

URBINO.

No.

SIDONIO.

Pues ¿qué causa os obliga
A que esta maldad se diga
De vosotros?

MARCELO.

Con silencio

Camine á esa casería,
Donde nuestra gente está.

SIDONIO.

Si habeis de matarme allá,
Hacedme una cortesía:
Que no digais á mi esposa
Que soy muerto.

URBINO.

No queremos

Matarte; que preten-emos
Otra hazaña mas piadosa.
El Senado ha pregonado
Que al que te llevare preso,
Si está por cualquier suceso
Fugitivo ó desterrado,
Le dará luego perdon...
Digo, preso ó muerto sea;
Que solamente desea
Que entiendan su indignacion.
Hermanos somos los dos;
La traicion que hemos fingido
No es traicion, piedad ha sido;
Que la traicion sabe Dios.
Nuestro padre desterrado
Queremos los dos librar,
Porque mas puede obligar
Por un amigo, un padre honrado.—
Parte á llamarle, Marcelo,
Que en la casería está,
Por si quiere que entre allá
(Que de algunos me recelo),
O camine desde aquí.

MARCELO.

Yo voy.

(Vase.)

ESCENA VIII.

SIDONIO, atado; URBINO.

SIDONIO.

¡Que dar libertad
A tu padre por piedad,
Tu traicion disculpa en mí?
¡Ah, Urbino! ¡qué mal intento
Habeis tenido los dos!
Para el mundo y para Dios
Fué injusto ese pensamiento;
Que aunque para el padre sea,
No ha de ser el bien con daño
De quien matais por engaño
De hazaña tan baja y fea.
Mas pues, siendo caballeros,
Habeis hecho esta traicion,
Y á mi limpio corazon
Os quereis mostrar tan fieros,
No nace solo de vos;
Que á veces, cuando castiga,
En la mano mas amiga
Pone la justicia Dios.
¡Ay, hijos del alma mía!
Ay, mi Elisa! Ay, Félix mio!
Las lágrimas que os envío,
Hijo, os muevan algun dia
Para que vengueis á un padre
Que hoy han venido entre dos,
Pues os quitan padre á vos,
Y remedio á vuestra madre.

ESCENA IX.

MARCELO, EVANDRO.—SIDONIO,
atado.

EVANDRO.

Y ¿adónde le teneis preso?

MARCELO.

Aquí le habemos atado.

URBINO.

Vén, Señor, regocijado
Deste dichoso suceso;
Que volverás á tu casa
Con tus hijos y mujer.

SIDONIO.

¿En fin me vienes á ver?
En fin sabes lo que pasa?

EVANDRO.

Véngote, Sidonio, á ver,
Por ver con mis propios ojos
Si eran ciertos los enojos
Que de verte he de tener;
Porque, supuesto que oía
A Marcelo tu prision,
No creía la traición.
Aunque la prision creía;
Y pésame de tal suerte
De verte atado y vendido,
Que en haber hasta hoy vivido,
Me quejo ya de la muerte.
¡Pluguiera al cielo que ayer
La flaca estambre cortara,
Antes que hoy á ver llegara
Lo que nunca pensé ver!
Y si no fuera piedad
Que con su padre han usado,
Sidonio, el haberte atado,
Aunque piadosa maldad,
Con la que traigo ceñida
Las dos vidas les quitara,
Porque solo les ampara
Ver que intentaron mi vida.
Estoy loco de disgusto
De que esto hiciesen contigo;
Que con daño del amigo
No hay provecho que sea justo.
Cuando por tí me venderían,
Diera su error por mas noble,
Y no fuera el trato doble
Cuando esa amistad te hicieran.
Más piedad quiero que arguya,
Como al amigo le cuadre,
Dar por él al mismo padre;
Que, en fin, es hacienda suya.
Dar por el padre al amigo,
Como él no lo dé por bueno,
Es dar lo ajeno, y lo ajeno
No es piedad, sino castigo.
El que les doy es su afrenta,
Que es el castigo mayor.

URBINO.

Por el padre no es traidor
Quien dar vida al padre intenta.

EVANDRO.

Calla, infame, no prosigas;
Desataré yo las manos
Que dos amigos tiranos
Ataron en paz y amigas.
Quitáos delante de mí.

MARCELO.

¿Esto merece el querer
Darte vida?

EVANDRO.

Eso ha de ser,
Hijos, como yo os la di;
Que es con la mucha nobleza
Que heredé de mis mayores;
Pero no siendo traidores,
Porque, aunque es por mí, es bajeza.
¡Pluguiera, Sidonio, á Dios

Que hubiera por mí el Senado
Lo que por tí pregonado!
Vengáste de los dos;
Que con el mismo cordel
Me llevaras á Venecia,
Porque vieras lo que precia
El que es noble al que es fiel.

SIDONIO.

Estoy de tu honrado pecho,
Evandro, tan admirado,
Que apenas respuesta he dado
A la merced que me has hecho.
Solo te quiero advertir
Que si con aquel engaño
Me ataron, y con mi daño
Quieren el tuyo impedir,
Agora libre me iré
Contigo, á que me presentes
Donde tu descansas intentes.

EVANDRO.

Necedad piadosa fué,
Sidonio, la destos locos.
Perdona sus culpas graves,
Pues tienes hijos, y sabes
Que amando, son cuerdos pocos.
Y vénte á cenar conmigo
A la heredad en que estoy;
Que mi palabra te doy
De ser te mas noble amigo
Que la sangre que desprecia
La que tengo desde hoy;
Pues aunque su padre soy,
Ha sido hazaña muy necia.

SIDONIO.

Yo me fiara de tí,
Evandro, si me buscara
Roma, Venecia, Ferrara
Y el campo que tiene en sí;
Mas voy á buscar un hombre
Que mi esposa ha de traer.
Solo te juro tener
De hoy mas de tu amigo el nombre,
Y si Dios me da remedio,
Conocer la obligación.

EVANDRO.

Detenerte no es razon,
De tanto peligro en medio.
Véte con Dios.

SIDONIO.

Él te guarde,
Evandro, y dé libertad. (Vase.)

ESCENA X.

EVANDRO, MARCELO, URBINO.

EVANDRO.

¿Qué os parece esta maldad?
Qué estás mirando, cobarde?
¡Vive Dios, si no mirara!...

MARCELO.

Darte vida con su muerte
¿Fué traición?

EVANDRO.

Marcelo, advierte,

Atiende, aprende, repara
Que la vida propia es cosa
De mas estima, y no es justo
Hacer por ella lo injusto.

URBINO.

Nuestra crueldad fué piadosa.
Perdona, padre querido;
Que ninguno fué traidor
Amando, porque el amor
Lo tiene así recibido.
Leyes son de su derecho,
Quererte nos obligó.

EVANDRO.

No os culpo el amarme yo;

Repruebo lo que es mal hecho.
Vamos, y sabed los dos
Que á la ley de la amistad
Habeis de guardar lealtad,
Después de la ley de Dios.
(Vase.)

Monte en el territorio de Ferrara.

ESCENA XI.

BELARDO; luego, SILVIA.

BELARDO.

Echa por esa parte
Las cabras, Silvia, entre esos dos ar-
Cuyo cristal reparte [royos,
Liquida nieve á los profundos hoyos
Que forman los estíos;
Que á no ser ya lagunas, fueran rios.
¿Verá dónde las guía!
Chasquea, Silvia, el cáñamo en la seda

SILVIA. (Dentro.)

Si el manso se desvia,
¿Adónde quieres que seguirle pueda?

BELARDO.

Desvia de los trigos;
Que es hacienda de ausentes y de ami-
Echalas á lo bajo. [gos.

SILVIA. (Dentro.)

¡Malas adelfas venenosas pazcan!

BELARDO.

¿No hay por aquese atajo...

SILVIA. (Dentro.)

Nunca otras crias de sus vientres naz-
BELARDO.

Tomillos y cogollos
De renuevos de encinas y rebollos?
(Sale Silvia.)

SILVIA.

¿Qué extraño os habeis hecho,
Después que estáis tan viejo! Hablad
Ya van por el repecho, [mas paso.
Escombrando la yerba de lo raso;
Que ni han oido el trigo,
Ni de miedo de vos vienen conmigo.
¡Voto al sol, que no habian
De pasar los zagales de treinta años!
Luego que canas crian,
Son de tratar y de sufrir extraños.
¡Lindo humor se os ha hecho,
Después que teneis barbas en el pe-
Si vos, porque tuvistis [cho!
Servir un mayoral por gran trabajo,
De Florencia os venistis,
¿Por qué no sufriréis y hablaréis bajo
A quien os sirve agora?
Mas ¿qué noche está bien con el aurora?

BELARDO.

¿Noche soy en efeto?

SILVIA.

Si no sois noche, declináis de tarde.

BELARDO.

¡Ah, Silvia, cuán discreto
Es el tiempo veloz, aunque cobarde!
Vivir el mozo quiere;
Mas no ser viejo, aunque por serio
Déjente á tí que vayas [muere.
Hacia donde repasta el otro loco,
Y que entre aquellas hayas
Hable en perdido, y del ganado poco,
Y todos serán cuerdos.

SILVIA.

Viejos, sueltos de lenguas, de pies ler-

GERARDO.
¡Verá por dónde corre!
Huyendo alguna fiera van las cabras.
Pues nadie las socorre,
Allá voy yo. (Vase.)

ESCENA XII.**SILVIA.**

¡Qué rústicas palabras!
Qué condiccion tan fiera!
Antes de un monte, que su hija, fuera.
Márgenes deste río,
Ceñidas de violetas y azucenas;
Verde bosque sombrío,
Amorosos testigos de mis penas;
Prado fresco y ameno,
¡Qué tanto habrá que vistis á Fileno?
Hermosas arboledas,
Gloria del natural, del arte espanto;
Fuentes puras y ledas,
Que debeis las crecientes á mi llanto;
Monte, de fieras lleno,
¡Qué tanto habrá que vistis á Fileno?
A eterno llanto y pena,
Si están mis ojos de Fileno áusentes,
El cielo me condena:
Decidme, río, bosque, prado y fuentes,
Pues veis que lloro y peno, [tes,
¡Qué tanto habrá que vistis á Fileno?

ESCENA XIII.**FILENO, sin ver á — SILVIA.****FILENO.**

En tanto que voy siguiendo
Mi segura libertad,
Paced, ovejuetas, libres
La yerba que el prado os da.
No os detengais en ninguna,
Y pareceréisme mas;
Que adonde siento mas gusto,
Muestro menos voluntad.
Fuentes claras, que á los ríos
Tributo en plata pagais,
Si nuestros pechos tuvieran
Esa hermosa claridad,
Yo amara el mas blanco y bello,
Que estas sierras viendo están
Con envidia de su nieve
Y de su dureza igual.
Llámanme sus bellos ojos;
Pero en cogiéndome allá,
Tratáranme como dueñas...
En fin, tratáranme mal.
Serán como los señores,
Cuando quieren procurar
Un criado de su gusto,
Que prometen mas que dan;
Porque en sabiendo que es suyo,
Es condiccion natural
Trátalle con tal desprecio,
Que se aborrece ó se va.
Diceme que me desea;
Pero ¿quién creyese tal?
Aunque bien puedo creer
Que me desea engañar.
Yo la vi llorar un día,
Sentada en este arroyo;
Mas vi que era cocodrilo,
Que llora para matar.
Luego, pasando este arroyo,
Hizo parar su cristal
Con descubrir mas que el pié,
Para obligarme á mirar.
Pero si estrellas no juntan
Las voluntades jamás,
Poco la hermosura puede,
Las gracias corridas van.

(Ap. ¡Ay de mí! Silvia me escucha.
Mal hablé, quiero callar;
Que si por hablar castigan
Por aborrecer ¡qué harán?)
SILVIA.

No te encubras: ya te he visto,
Fileno, diciendo mal
De la fe con que te adoro.

FILENO.

Engañada, Silvia, estás.
Ya estimo tus pensamientos;
Temo solamente entrar
En esta mar, cuyas olas
Anegan la libertad.
Silvia, no es defecto tuyo
No amarte.

SILVIA.

Pues ¡qué será?

FILENO.

Miedo de perderme amando
En aqueste mar de amar.

SILVIA.

¿Que en efeto estás resuelto
A no quererme?

FILENO.

Podrás

Contar los granos primero
De aquel menudo arenal,
Las hojas de aquestos olmos,
Y del manto celestial
Las blancas argenterías,
Con que guarnecido está.
Los átomos que se miran
En el sol podrás contar,
Las sospechas de un celoso
Que pasa de justa edad,
Las envidias del poeta
De los que supieron mas,
Y las malicias de un necio
Cuando dos hablando están.
Silvia, yo quiero ser mío.

SILVIA.

Pues si yo te amare mas,
Nunca yo tenga contento,
Nunca me falte pesar,
Nunca goce sin disgusto
La pascua de Navidad,
Ni amanezca sin pendencia
La mañana de San Juan.
Un necio me quiera bien
(Bien sé que tú no serás),
Que presumas de discreto
Y se precie de galán.
A mis blancas ovejuetas
Nieguen, Fileno, de hoy mas
Estas dehesas su yerba,
Estas fuentes su cristal.
Piedra sepulte mis viñas,
Langostas coman mi pan,
Talen mi fruta estudiantes
Cuando empiece á madurar;
Finalmente, antes que á ti
Mis padres me quieran dar,
Para enterrarme en la iglesia,
Me entreguen al sacristán.

FILENO.

¿Diceslo de veras?

SILVIA.

Digo

Que me atreveré á jurar
Que no te he visto en mi vida.

FILENO.

¿Tan presto amais y olvidais?
SILVIA.

Amor sin correspondencia
No ha de crecer ni medrar.
Si olvidas, daránle olvido,
Y amor, si sabes amar.

ESCENA XIV.**GERARDO y SIDONIO, sin ver á — SILVIA y FILENO.****SIDONIO.**

Desviáte, Gerardo, del camino,
Ya que de hallarte tuve tal ventura.

GERARDO.

Destos pastores las cabañas rústicas
Te podrán defender, si disfrazado
Te atreves á vivir, Sidonio, en ellas;
Y te prometo que es remedio solo
A tropel tan extraño de fortunas;
Que si los hombres de una se lamentan,
Tú puedes de las muchas que te siguen.

FILENO.

Adios, Silvia; que voy tras el ganado,
Que he de llevar aquesta noche al mon-
[te.

SILVIA.

Véte, y plega á los cielos soberanos
Que antes que el alba los corone de
Loboste lleven tu querido manso. [oro,

FILENO.

Como amor no me lleve los sentidos,
No hay maldiccion que tema.

SILVIA.

Amando mueras.

FILENO.

Aun esa, Silvia, es maldiccionde veras-
(Vase Fileno; Silvia se retira, quedán-
dose en el fondo.)

ESCENA XV.**SIDONIO, GERARDO; SILVIA, retirada.****SIDONIO.**

¡Ay, Gerardo! ¿qué dices?

GERARDO.

Lo que escuchas.
Al tiempo cuando tu querida esposa
La partida amorosa prevenia,
Y ya como Latona caminaba,
En una mano el bello sol de Félix,
Y la luna de Elisa en otra mano,
El agua de tu vista deseada
Enturbió la crueldad y el pregon triste
Del Senado: incitando á los villanos,
Promete al que llevare tu cabeza
Mil escudos, Sidonio, y dos mil viva,
Fuera de perdonar cualquier delito.
Mas esto ya no fuera de importancia,
Pues pudieras librarte y esconderte;
Pero prender á tu Lucinda hermosa
Y á tus queridos hijos (que en efeto
No los dejan salir, y mas agora [cos,
Que han puesto guardas y avisado bar-
Con pena de la vida al que los pase),
Es llorosa tragedia de la vida.

SIDONIO.

¡Ay, Gerardo! Bien sé que la justicia
Del severo Senado hará muy presto
Venganza en mi cabeza de su injuria;
Que, como tiene allá mi dulce nido,
Con los hijos querrá coger al padre.
Vuelve, y dile á mi esposa dónde que-
[do,

Que aunque sea guardando en estos
[montes,
Ganado pobre, guardaré mi vida
En tanto que otra cosa ordena el cielo.
Aquí podrá escribirme.

GERARDO.

Jamás desamparalla. Yo te ofrezco

SIDONIO.
Así lo creo
De tu valor.

GERARDO.
Mas di, Señor, ¿qué orden
Podrá tener para vivir Lucinda,
Habiéndole el Senado riguroso
Quitado cuanta hacienda le dejaste?

SIDONIO.
Gerardo, aquellos ángeles, que viven
De mi culpa inocentes, cada día
Pedirán con chillidos lastimosos
Sustento desde el nido, como pájaros,
Al cielo, que sustenta cuanto cria.
Algunas joyas tiene, venda algunas,
Y acuda á los amigos en faltando;
Que por eso se llaman los amigos
Segundos padres.

GERARDO.
¿Plega á Dios lo sean!
Que está ya la amistad tan diferente
De lo que en otros tiempos se estima-
[ba,
Que llamaba un discreto á los amigos
Segundos enemigos; que este nombre
Tienen los que no hacen bien, pudien-
[do.
Parte, Gerardo, y cuando puedas, vuel-
A darme aviso de mis hijos caros [ve
Y mi amada mujer.

GERARDO.
Guárdete el cielo.
SIDONIO.
Y déme en tanto mal algun consuelo.
(Vase Gerardo.)

ESCENA XVI.

SIDONIO, SILVIA.

SILVIA.
(Ap. Gran tiempo han estado hablando
Dos hombres, y el uno es ido.
¿Si es que el camino han perdido,
Y acaso le van buscando?)
¡Ah, hidalgo! ¿Buscáis la senda
De aque-se monte á Ferrara?

SIDONIO.
Con el sol de vuestra cara,
No es mucho que hallarla entienda.
Amaneció, ya veré
El camino que perdí;
Mas, pues vuestros ojos vi,
Diré que errando acerté.

SILVIA.
La noche se va acercando;
Que si sol os parecía,
Ya que yo me recogía,
Iban sus sombras bajando.
No habiendo de ir á Ferrara,
No sé dónde podáis ir
Hasta que vuelva á salir
Del sol la diadema clara;
Que supuesto que hay aldeas,
Léjos deste monte están.

SIDONIO.
Ya esta noche me darán
Cama estos juncos y neas;
Que llevo cierto recelo,
Y me está bien esconderme.

SILVIA.
Obligáisme á entermecerme
Con la gracia que os dió el cielo.
¿Qué os ha sucedido allá?
Fiaros podeis de mí;
Que, aunque mujer, no nací
Con lengua.

SIDONIO.
Ferrara está
Llena, cual veis, de soldados.
Uno delllos, fanfarron,
Me hizo una sinrazon...

SILVIA.
Son en la ciudad cansados.
Donde quiera ha de haber guerra,
Que los soldados estén.

SIDONIO.
Decis, Señora, muy bien;
Mucho destruyen la tierra.
Con uno saqué la espada.

SILVIA.
¿Matástele?

SIDONIO.
En eso queda,
Si no es que Dios le conceda
Remedio.

SILVIA.
No se os dé nada.

SIDONIO.
¿Cómo no, si está mi vida
En el peligro que veis?

SILVIA.
Porque vos vida teneis,
Que puede ser socorrida.
Quitáos aque-se vestido,
Y quedáos en la montaña.

SIDONIO.
¿Quién vive en vuestra cabaña?
¿Es padre acaso ó marido?

SILVIA.
Un padre que no le da
A quien ya le merecía.

SIDONIO.
Muy justa melancolía.

SILVIA.
De notable humor está.
Pero no tengais recelo
De que mal le parezcáis;
Que como hablarle sepáis,
Os servirá por el suelo.
Es tentado de leer,
Y aunque es hombre labrador,
Se desvaneca á dotor
Y precia de bachiller.
Hablalde en tiempos pasados
Del Duque, que tiene Dios,
Y seréislo luego vos
De su casilla y ganados.
No tengais pena, mostrad
Valor en el tiempo adverso.

SIDONIO.
(Ap. ¿Qué hablar tan noble y diverso
De tanta rusticidad!)
Del cielo es este consuelo,
Gracias mis males le dén;
Que no fuera tanto bien
Menos que del mismo cielo.
Dime tu nombre.

SILVIA.
Mi nombre

Es Silvia.

SIDONIO.
Pues, Silvia bella,
Guia coñtu hermosa estrella
Al puerto que busca un hombre;
Que la tabla de la mar
En que paso esta tormenta,
Y esta en que el milagro asienta
Mi vida, pondré en tu altar.
Hablaré á tu padre, y quiero
Servirle y ser tu Jacob,
Con mas paciencia que Job,
Al julio, al nevado enero.
Y si, en pago de los daños
Que causa un amor cruel,

Quisieres ser mi Raquel;
Serviré los mismos años;
Que con el bien que me ofreces
Está el alma tan rendida,
Que será corta la vida
Para lo que tú mereces.

SILVIA.
Pues sígueme, y di tu nombre.
SIDONIO.

Lucindo.
SILVIA. (Ap.)
¡Gallardo talle!
No he visto en todo este valle
Tan linda presencia de hombre.

SIDONIO. (Ap.) [verte.
Lucinda, aquí me quedo, pues no hay

SILVIA. (Ap.)
Amor, á mí me pierdo si le miro.

SIDONIO. (Ap.)
En estas soledades me retiro.

SILVIA. (Ap.) [te.
En tal desigualdad no hay pecho fuer-

SIDONIO. (Ap.)
Por ser tu vida excusaré mi muerte.

SILVIA. (Ap.)
¿A qué notable pensamiento aspiro!

SIDONIO. (Ap.)
Por tí, como la tórtola, suspiro.

SILVIA. (Ap.) [suerte!
¡Ay, Dios, si en este encuentro está mi

SIDONIO. (Ap.)
Dame nuevas de tí, prenda querida.

SILVIA. (Ap.)
¿Qué gloria tiene en verme mi sentido!

SIDONIO. (Ap.)
Engaño temo de lealtad fingida.

SILVIA. (Ap.) [pido...
Amor ó cielos, dadme el bien que os

SIDONIO y SILVIA. (Ambos aparte.)
Ya que me tienen entre muerte y vi-

SILVIA. (Ap.) [da...
Temor...

SIDONIO. (Ap.)
Amor...

SILVIA. (Ap.)
Engaño...

SIDONIO. (Ap.)
Ausencia.

SILVIA. (Ap.)
Olvido

ACTO TERCERO.

Plaza en Venecia.

ESCENA PRIMERA.

OTAVIO, LEONCIO, PERSIO,
TADEO.

LEONCIO.
Ya que te has ceñido espada,
Ya eres hombre noble, Otavio;
Advierte que está obligada
A satisfacer su agravio
En virtud y ley de honrada.
Ya que te has dado la edad
Discurso, fuerzas y brío,
Advierte con qué crueldad
A tu padre y señor mío
Dió muerte una libertad.

Moverté á lástima puedes
De aquella sangre, aunque fría,
Si no es que como ella quedes,
Pues que la ves cada día
Hecha jaso en las paredes.
Sé como el hijo que tanto
Quiso ofrecer sangre y llanto
Al tûmulo generoso,
Siendo un hecho tan honroso
De Italia y del mundo espanto.

OTAVIO.

Leoncio, sí al padre mio
Debo obligacion y amor,
Ya se lo pago en dolor,
Y con esta edad y brio
En su venganza mejor.
Con su misma sangre escribo
Su agravio, y el vengativo
Corazon, viéndola, salta,
Que el blanco mármol esmalta
De la casa donde vivo.
Tanto vengarle deseo,
Que durmiendo, muchas veces
Sueño que doy muerte al reo.

LEONCIO.

Licencia dan los jûeces;
En lo que es justo te empleo,
No hay peligro y hay razon.
Esto decreta el Senado;
Busca tú la ejecucion.

OTAVIO.

Su ausencia ha sido el sagrado
De su vida y su traicion.
¿Dónde buscarle podré?
¿Qué camino seguiré?
¿Por dónde quieres que vaya?
¿A qué ciudad, á qué playa
Donde se sepa que esté?
Iré entre el indio y escita,
Y á la tierra mas remota
Que el blanco tártaro habita,
Donde apenas llegó flota,
Ni se vió su arena escrita.
Peregrino como el griego,
Penélope haré mi honor
Hasta que le ponga fuego.

LEONCIO.

¡Oh Telémaco en valor,
Que al sol no quedaste ciego!
Mis brazos te quiero dar.
Mas mira ¡cuán cerca tienes
De quien te puedes vengar,
Pues hoy á tenerle vienes
Dentro del mismo lugar!
Desde un monte de Ferrara,
Donde me han dicho que vive,
Y de sus penas le ampara,
Disfrazado le recibe
Su casa y su prenda cara,
Que es aquella mujer bella,
Tan bella, querido Otavio,
Que le mataron por ella.
Mira si hoy puedes tu agravio
Vengar en sus brazos della.

OTAVIO.

¿A su casa viene el fiero?

LEONCIO.

Tantos años han pasado,
Que con hábito grosero
Viene, á pesar del Senado,
Adonde fué caballero.

OTAVIO.

No digas tal. ¿Que aquí vive?

LEONCIO.

No vive; mas viene á ver
Sus hijos.

OTAVIO.

Y ¡le recibe
Esa atrevida mujer?

LEONCIO.

Ninguna ley lo prohíbe.

OTAVIO.

Pues ¿esto sufre el Senado?

LEONCIO.

El Senado ya ha mandado
Que le maten ó le prendan.

OTAVIO.

¡Que estos traidores me ofendan
De nuevo, haciendo sagrado
El lugar de su delito,
Sin ver que tiene el agravio
Su dueño en mármol escrito!
Vamos. Por vida de Otavio,
Que hoy la vida á entrambos quito. —
Guía, Persio.

PERSIO.

No estás lejos.

La casa es esta que ves;
Que en estos corrales viejos,
Por cuyo techo á sus pies
Hace el sol tantos espejos,
Viven despues que el Senado
Su hacienda les ha quitado.

OTAVIO.

Llama, rompe aquella puerta.

TADEO.

Con una cox está abierta.

PERSIO.

El mancebo es hombre honrado,
Y dicen que no ha sufrido
El verse desnudo y roto;
Y en fin á la guerra es ido.

ESCENA II.

LUCINDA. — DICHOS.

LUCINDA.

¡En casa tanto alboroto!

LEONCIO.

Esta de tu Troya ha sido,
Otavio, el incendio y fuego.

LUCINDA.

¿Qué es esto? ¿Cómo tan ciego
Llegais á una casa honrada?

OTAVIO.

Cava, para España espada;
Elena, afrenta del griego;
Circe de mi padre amado,
Que en ceniza le conviertes,
¡No basta que hayas causado
Su muerte? ¿Cómo á otras muertes
De nuevo ocasion has dado?
¿Aquí escondes tu marido?

LUCINDA.

Por tus palabras, mancebo,
Tu persona he conocido.
Yo no te agravio de nuevo,
Ni entonces culpa he tenido;
Porque ni á mi esposo hablé
En locuras de tu padre,
Ni á su muerte le incité.

OTAVIO.

Fiera, de viboras madre,
Causa y culpa tuya fué:
Causa la de tu hermosura,
Y culpa la de tu lengua.
Yo te mataré.

LEONCIO.

Procura

Tu venganza sin tu mengua.

PERSIO.

Tente, Señor; que es locura.

LUCINDA.

¡Ay, que me matan! ¡Vecinos!
¡Justicia!

(Entrase.)

ESCENA III.

OTAVIO, LEONCIO, PERSIO,
TADEO.

TADEO.

Tente, Señor.

OTAVIO.

A mayores desatinos,
Tadeo, me incita amor.

TADEO.

Son de tu nobleza indinos.

OTAVIO.

Paréceme que miraba
En sus ojos mi sangriento
Padre, que hablándome estaba.

ESCENA IV.

ELISA. — DICHOS.

ELISA. (Dentro.)

¡Que tuvo ese atrevimiento!
Tal flecha de tal aljaba. (Sale.)

¿Qué es esto, mozo atrevido?

¡Para una mujer la espada,

Y que nunca te ha ofendido!

Que antes tú á la desdichada

Quitaste hacienda y marido.

Tú, por quien vive en pobreza

Quien tuvo tanta riqueza;

Tú, por quien perdió su esposo,

El mas gallardo y hermoso

Que formó naturaleza;

Tú, por quien su hijo es ido

Por toda Italia perdido,

Por no se ver en su tierra

Pobre, buscando la guerra,

Y huyendo la del sentido;

Tú, por quien yo, que nací

Noble, y rica me crié,

Si no muero, vivo así,

¡Pones en la puerta el pié,

Adonde no hay manos! Di.

Si su dueño aquí viviera,

Justa tu cólera fuera;

Pero, mancebo, ¿qué quieres

A dos tan pobres mujeres?

OTAVIO.

No te vayas; vuelve, espera.

ELISA.

Tú ¿qué me puedes querer?

OTAVIO.

¿Que eres hija desta fiera?

ELISA.

Desta piadosa mujer

Soy hija.

OTAVIO.

Escuchame, espera.

ELISA.

Tengo allá dentro qué hacer.

OTAVIO.

¿Que eres hija de Sidonio?

ELISA.

Hija de Sidonio he sido.

¿No es mi rostro el testimonio?

OTAVIO.

¿Es posible que ha nacido

Tal ángel de tal demonio?

ELISA.

Demonio ó ángel, yo soy

Hija suya y de Lucinda.

¿Quieres mas? porque me voy.

(Aprtase.)

OTAVIO (Ap.)
¡Habrá fiera que no rinda
La hermosura? Loco estoy.

LEONCIO.

Entra, Señor, á buscar
A Sidonio.

OTAVIO.

Leoncio, tente.
Ya es sagrado este lugar
Con tal imagen presente.
No me mande nadie entrar.

LEONCIO.

¡Agora sales con eso,
Muerto un padre por el suyo
Con tan sangriento suceso!

OTAVIO.

¡Era aqueste padre tuyo?
¡Qué te va, Leoncio, en eso?

LEONCIO.

Quien su sangre te confía,
¡De gentil valor se ampara!

OTAVIO.

¡Qué haré de su sangre fría,
Si despues que vi su cara,
Me abrasa toda la mia?

LEONCIO.

Por una mujer presente
¡Haces hazafia tan vil?

OTAVIO.

David era mas valiente,
Y en mirando á Abigail,
Templó la furia á su gente.
Si por solo una pintura
Libró una ciudad el griego,
De un hombre en efeto hechura,
¡Qué haré, si á este lienzo llevo,
Y pintó Dios su hermosura?

ELISA. (Ap.)

¡Qué buen talle de mancebo!
A no ser compeltidor,
Pensara que el loco amor
En este dorado cebo
Quería coger mi honor.
Si ya fué su padre así,
Gran valor tuvo mi madre.

OTAVIO.

Vamos, Leoncio, de aquí:
Ya que me han muerto á mi padre,
No quieran matarme á mí.

LEONCIO.

A fe que lo has heredado.

OTAVIO.

Leoncio, si me engendró
Cuando estaba enamorado,
Su imaginacion formó:
Amor soy imaginado.
¡Vive Dios, de no ofender
En mi vida esta mujer!
Muy bien muerto está mi padre.
Porque si fué tal la madre,
Debiólo de merecer.

(Acercándose á Elisa.)

Gozad, hermosa señora,
Esos años con quien pueda
Mereceros; que á mí agora
Solo la envidia me queda
En el alma, que os adora.
A vuestro padre buscaba:
Bien se ve claro que erré,
Pues donde él su muerte hallaba,
Señora, no imaginé
Que tambien mi muerte estaba.
Pero mi plática ataja.
Ese sol que así me abrasa.
A decir voy en mi ultraje

Que se guarden desta casa,
Que es peste de mi linaje.
(Vanse Otavio, Leoncio, Persio
y Tadeo.)

ESCENA V.

ELISA.

¡Adónde huyes, si á vengarte vienes,
Alma de aquel amor jamás vencido?
O ¿por qué me castigas, si no he sido
De quien la queja de tu agravio tienes?
Pague Lucinda sola sus desdenes,
Roba sus bienes, busca su marido;
Que si los bienes saca el ofendido,
¡Por qué sacas las almas y los bienes?
¡Oh fénix del amor del padre tuyo,
Que en sus cenizas renacistes luego,
Para que pague por mi madre el suyo!
Si para su venganza vuelas ciego,
Que ha de ser nuestro amor eterno ar-
[guyo;
Que si eres fénix tú, yo soy tu fuego.

(Vase.)

Campo en el territorio de Ferrara.

ESCENA VI.

SILVIA, FILENO.

FILENO.

¡Tanto desden, Silvia mia!

SILVIA.

¡Qué quieres? Trocose amor,
Todas las cosas se mudan,
Varias las edades son.
Si vimos en el verano
Herir con tal fuerza el sol,
Luego en el invierno vemos
Templado su resplandor.
Tú me abrasabas, Fileno,
Y entonces te helaba yo;
Ya me bielas y te abraso,
Mudónos el tiempo el son.
No dances en mi mudanza,
Ni saltes en mi rigor;
Que tarde vuelve á cogerla
Quien desprecia la ocasion.

FILENO.

No sé, Silvia, cómo diga
La causa de que nació
Este amor que agora tengo,
Si son los celos amor.
Gran tiempo he vivido libre,
Nunca el tuyo me obligó,
Tus regalos me cansaban,
Matábame tu favor.
Tu sombra me daba pena,
Espantábame tu voz,
Tomaba, de verte, agüero.

SILVIA.

Soy mujer, y era razon.

FILENO.

Y desde que el otro día
El disfrazado pastor,
El extranjero Lucindo,
El que de Ferrara huyó,
Junto á un arroyo sentado
Un hora te requiebró
Mientras que estabas lavando,
Sin recato de tu honor,
Tus colias y sus camisas,
Tendido el cabello al sol,
Y los brazos, que afrontaban
Las espumas del jabon,
Desnudos hasta los hombros,

No sé si en los snyos vió
Mayor peso el moro Atlante
Que tuve de celos yo.
Ya sé, Silvia, que le quieres,
Ya sé que os casais los dos.
Mal me haga Dios, si me basta
Paciencia ni discrecion.
No lo he de ver con mis ojos.
Yo me iré; que así Damon
Olvidó á la bella Antandra:
Ausencia es muerte de amor.

SILVIA.

Tarde me amenazas. Véte;
Porque, así me guarde Dios
Y me logre con Lucindo,
Que no te lllore.

FILENO.

¿No?

SILVIA.

No.

FILENO.

Pues, fiera, si te casares,
Déle Dios tal condicion,
Que antes de un mes te arrepientas,
Y mueras antes de dos.
Jamás se vean con trigo
Ni tus eras ni tu troj,
Ni tus lagares con uvas,
Ni tus frutas con sazón.
Bastardos te traiga á casa,
Por falta de bendicion,
Y tenga aquellas dos gracias,
Mujeriego y jugador.
Venga á casa cuando pierda
De suerte, que de una cox
Te arroje detrás de un arca
Sin pan; que con ello no.
Aborézcate en extremo,
Y tras este desamor,
Esté de tí muy celoso;
Que es la mayor maldicion. (Vase.)

ESCENA VII.

SILVIA.

Véte seguro que te rasgue el sayo,
Fileno, por asirte y detenerte;
Que ya ni me desmayo para verte,
Ni menos de no verte me desmayo.
Pasó tu verde primavera en mayo,
Y vino el sol que pudo deshacerte;
Cuando es cometa amor no es amor

[fuerte;

Que amor, para ser fuerte, ha de ser

[rayo.

Rayo es agora el que me abrasa]

[arde.

Ni merece el favor quien no le sienta:
Perdiste la ocasion, hórasla tarde;
Que el bien que la mujer rinde pre-

[seale,

No se ha de dilatar, porque es cobarde,
Y de cuanto promete se arrepiente.

ESCENA VIII.

SIDONIO, de villano, y GERARDO,
sin ver á SILVIA.

GERARDO.

Lee la carta, y verás
Si te engaño en lo que digo.

SIDONIO.

Nunca yo, Gerardo amigo,
Dudé los daños jamás.

SILVIA. (Ap.)

¡Qué quiere este veneciano
Con tantas cartas aquí?

SIDONIO.

Escucha la carta.

GERARDO.

Dí.

SILVIA. (Ap.)

Temo, y no he temido en vano.
Quiero escuchar escondida,
Aunque por mi daño sea;
Porque quien ama desea
Saber su muerte ó su vida.

SIDONIO.

(Lee.) «No puede ya mi necesidad
sufrir los años de tu ausencia, y aun-
que ésta se remedia con mi trabajo,
dámelo muy grande el guardar tu
hija, hermosa y pobre, dos cosas oca-
sionadas á cualquier deshonor. Da al-
gun remedio; que la persiguen mu-
chos; que si tú puedes guardar tu
cabeza, es porque la tienes; que yo
no puedo guardar su honra, porque
no la tengo.»

¡Válgame Dios! No creyera,
Gerardo, que aqueste mal
Me faltaba.

GERARDO.

En daño igual,

Lo que has de hacer considera.

SIDONIO.

Vénte, Gerardo, conmigo.

GERARDO.

¿Dónde?

SIDONIO.

A Venecia.

SILVIA.

Detente;

Que no te vas solamente,
Pues que me llevas contigo.

SIDONIO.

¡Silvia!

SILVIA.

No hay Silvia, traidor.

SIDONIO.

¿Cómo?

SILVIA.

La carta he escuchado.

SIDONIO.

¿Pues?...

SILVIA.

Ya sé que eres casado.

SIDONIO.

¿Qué te debo?

SILVIA.

Solo amor.

SIDONIO.

Pues no te quejes de mí,
Si es que solo amor te debo;
Que á despreciar no me atrevo
Mis hijos y honor por tí.
Silvia, yo soy veneciano,
Casado en Venecia estoy;
Que por una muerte, voy
Huyendo el rigor tirano.
Los años que estuve aquí,
Sincero amor te traté,
Porque agradeci tu fe
Y tu pena agradeci.
Forzosa me es el ausencia,
No puedo mas.

SILVIA.

Soy mujer...

SIDONIO.

No llores.

SILVIA.

Siento perder
Tu honrado trato y presencia.
Detente aquí solo un día.

L.-II.

SIDONIO.

Ní un punto puedo, por Dios;
Que hoy hemos de ver los dos
El mar de la patria mia.
No me detengas; recelo
Mi muerte. Voyme.

SILVIA.

¡Ay de mí!

¿Nunca vendrás por aquí?

SIDONIO.

Sí vendré.

SILVIA.

Guárdate el cielo.

Abrazame.

SIDONIO.

Que me place.

(Vanse Sidonio y Gerardo.)

ESCENA IX.

FILENO. — SILVIA.

FILENO.

¡Ah, traidora! Bien te veo.

SILVIA.

¿Qué quieres? Solo deseo
Ver si tu amor de amor nace;
Pero si nace de celos,
¿Por qué tengo yo de amarte?

FILENO.

Si mis celos fueron parte,
Silvia, de encender mis hielos,
¿Por qué los desprecias tanto,
Ni por ellos á mi amor?
¿Qué tiene aqueste pastor?
Yo ¿no taño, ballo y canto?
Yo ¿no puedo competir
Con él en talle y persona?

SILVIA.

Fileno, si amor te abona,
No tienes mas que decir;
Y si tenérmele fuera
Verdad, sin duda olvidara
A Lucindo, y te adorara,
Y por marido quisiera.
Mas como sé tu desden,
No he de quererte jamás.

FILENO.

Luego ¿yo te agrado mas?

SILVIA.

Siempre me pareces bien.

FILENO.

Pues, Silvia del alma mía,
Olvida aquel extranjero;
Que por mí esposa te quiero.

SILVIA.

¿Cierto?

FILENO.

No es tan claro el día.

SILVIA.

Dame la mano.

FILENO.

Esta es

La mano y el alma.

SILVIA.

Muestra,

Pues hoy es una la nuestra.

FILENO.

Habla á Belardo.

SILVIA.

Después.

FILENO.

Silvia, ¿que ya no le quieres?

SILVIA.

Yo le echaré deste valle,
Donde en mi vida le halle.

FILENO.

¡Gran bien!

SILVIA. (Ap.)

Aprended, mujeres,
Cuando al honor os conviene,
A reparar lo perdido.
No lloreis por el que es ido,
Sino engañad al que viene.

(Vanse.)

Calle en Venecia.

ESCENA X.

SABINO y FINEO, con espadas y
delas, en hábito de noche; música.

SABINO.

¿Que aquí vive?

FINEO.

Esta es la casa.

SABINO.

¿Que es tan bella?

FINEO.

Es como un oro.

SABINO.

Si es oro, con tal tesoro
¿Tan grande pobreza pasa?

FINEO.

Es oro de un avariento.
Que no se aprovecha dél.

SABINO.

Acometelde con él.

FINEO.

¡Pideme...!

SABINO.

¿Qué?

FINEO.

Casamiento.

SABINO.

Guarda la gamba.

FINEO.

Si fuera

Menos pobre, bien me estaba.

SABINO.

¿Hay honra?

FINEO.

El mundo la alaba.

SABINO.

Es riqueza verdadera.

FINEO.

No quiere mi padre.

SABINO.

¿No?

FINEO.

Dice que el suyo está ausente,
Porque á cierto su parlante
Con poca razon mató.

SABINO.

Por Dios, que es esa la hija
De Sidonio.

FINEO.

Así es verdad.

SABINO.

¡Bueno, vive Dios! Templad.

UN MÚSICO.

¡Si quiere aquesta clavija.

SABINO.
Pues échome en este suelo
En tanto, por no lo oír.

FINEO.
Yo os pienso en todo seguir,
Para ver mejor su cielo.

ESCENA XI.

OTAVIO, LEONCIO y PERSIO, con
armas y hábito de noche.—DICHOS.

OTAVIO.
Puertas de mi dulce amiga,
Hija de aquel mi enemigo,
Que, para mayor castigo,
Quiere el cielo que os persiga.
Aquí le vine á buscar,
Y aquí también me perdí,
Porque su hermosura vi
Donde le pensaba hallar.
Ya que es remedio imposible
Darme á mi padre, que es muerto,
Dad á mi esperanza puerto;
Que yo vivo, y es posible.
Troquemos, hermosa madre
De mi Elisa clara y bella,
Pues casándome con ella,
Me la darás por mi padre.
Perdóname, padre mío:
Tú me enseñaste que amase
Lo que en esta casa hallase,
Y es menor mi desvario;
Que tú buscabas lo ajeno,
Y yo lo que puede ser
Mío, siendo mi mujer.

LEONCIO.
Que aun eso digas condono.
Y habla bajo; que hay aquí
Gente por el suelo echada.

OTAVIO.
Ni dellos se me da nada,
Ni si me estorbas, de tí.

PERSIO.
Una ventana han abierto.

OTAVIO.
Mi sol á su oriente sale.

PERSIO. (Ap.)
Poco mi defensa vale.

OTAVIO.
Vengo á buscar quien me ha muerto.

ESCENA XII.

ELISA, á una ventana.—DICHOS.

ELISA.
Gente por la calle pasa.

OTAVIO.
Y tan sin alma por vos,
Que sabe, Señora, Dios
Que la tuve en vuestra casa.

ELISA.
¿Quién es?

OTAVIO.
Un hombre que ayer
Era tan vuestro enemigo,
Cuanto ya es hoy vuestro amigo.

ELISA.
¿Puedo yo el nombre saber?

OTAVIO.
Otavio Justiniano
Es mi nombre.

FINEO. (Á los músicos.)
No cantéis,
Al estilo cortesano,
A la dama y al galán.

SABINO.
¿Qué bueno es esto, por Dios!
La esquina le guardan dos.

FINEO.
Y los dos hablando están.

SABINO.
Preven la espada, Fineo.
OTAVIO. (Ap. á Elisa.)

¿Que tan venturoso he sido?
ELISA.
Muy bien me habeis parecido.
Veros despacio deseo.

OTAVIO.
¿Dónde iréis mañana á misa?

ELISA.
Vamos al amanecer...

ESCENA XIII.

SIDONIO, con capa, sombrero y es-
pada; GERARDO.—DICHOS.

SIDONIO. (Á Gerardo.)
Por ella debe de ser.

GERARDO.
Toda esta gente hace Elisa.

SIDONIO.
¿Triste de mí! ¿Que mi casa
Vive en tanto deshonor!

GERARDO.
No tienen culpa, Señor;
Que toda es gente que pasa.
Y en fin, cada cual procura
Lo que es bueno para sí,
Como saben que hay aquí
Pobreza con hermosura.

FINEO. [za.
Muera el infame que á esta puerta lle-
(Acometen, espada en mano, á Otavio.)

OTAVIO.
¿Aquí, criados!

SIDONIO.
¿Esta infamia veo?

GERARDO.
¿Pendientes por mi hija!

GERARDO.
No te acerques;
Que vendrá la justicia por ventura.
(Huyen Leoncio y Persio.)

OTAVIO. [dejado
¿Ah, traidores, que al fin me habeis
Solo! ¿Mal haya quien de tales fia!
(Fineo y Sabino retiran á cuchilladas
á Otavio.)

SIDONIO.
Matando están á un pobre caballero.
A socorrerle voy: aquí me aguarda.

GERARDO. [go.
¿Cómo que aguarde? Yo también te si-
(Éntranse Sidonio y Gerardo.)

ESCENA XIV.

ELISA, en la ventana.

[to.
¿Ay triste! Ya sin duda Otavio es muer-
No tengo que dudar, ya es muerto Ota-
[vio;

Que hasta ser mi mal, para ser cierto.
Pues aquí del honor faltó el agravio,
Venecia culpará mi desconcierto;
Y si el Senado es justo como sabio,
No hay duda que me mande dar la
[muerte.—

Otavio vuelve aquí: ¿qué dulce suer-
(Quítase de la ventana.) [te!

ESCENA XV.

SIDONIO, OTAVIO, GERARDO.

SIDONIO.
No volverán; que van muy bien heri-
Envañad vuestra espada. [dos

OTAVIO.
El cielo os guarde,
Y os pague la merced que me habeis
[hecho;
Y estad cierto que en tanto que yo viva,
Me mostraré, cual debo, agradecido.

SIDONIO.
Yo soy, como lo veis, un extranjero,
Que en este punto llego de Cremona.
¿Por qué ocasión ha sido esta penden-
[cia?

OTAVIO.
Celos pienso que son.

SIDONIO.
¿Oyes, Gerardo? (Ap. á el.)
[Elisa!
(Ap. ¡Ah, Lucinda cruel! Ah, infame
—Sin duda que vos érades querido
De alguna dama.

OTAVIO.
Pues os debo tanto
(Que en efeto, Señor, la vida os debo),
Sabed que yo soy hijo de Fulgencio,
Un noble que mató (como es muy pé-
Sidonio, caballero veneciano. [bico)
Ayer ceñí la espada que hoy desnudo;
Y un Leoncio traidor, que hoy me ha
[dejado,
Me aconsejó que, pues edad tenía,
Mengase el muerto padre. Los mance-
[bos

Somos, para tomar consejos, fáciles.
Dijéronme que á veces disfrazado
Sidonio entraba á visitar sus hijos;
Fuíle á buscar, hallé su mujer sola,
Quise darle la muerte, y se la dió,
Si no saliera entonces una hija [nece,
Mas hermosa que el sol cuando ama-
Que me tuvo la espada y aun el alma.
Y mirad si es verdad que me la tiene,
Pues la vine á buscar aquesta noche.

SIDONIO. [res?
Luego ¿esta Elisa no es mujer de amo-
OTAVIO.

¿Cómo de amores? Es la hora misma.
Es un ángel del cielo; y no es milagro
Que sea honrada, porque tiene ejem-
En la matrona casta de su madre; [plo
Que por serio mataron á mi padre

SIDONIO.
Idos, hidalgo, en buen hora,
Y vaya aqueste criado
Con vos.

OTAVIO.
Estoy obligado,
Y es merced que estimo agora,
Porque sabiendo mi casa,
Mañana della os sirvais.

SIDONIO.
Cuando lo que soy sepais,
Sabréis todo lo que pasa.
Y no me hablaréis con gusto.

OTAVIO.
Vive Dios, que cuando fuera
Sidonio, que no me diera
Sobresalto ni disgusto!
Que si mi padre mató,
Fué por su honor, y si aquí
Me ha dado la vida á mí,
En mí le resucitó.

SIDONIO.

Id con Dios; que yo no soy
Mas de lo que agora vels.

OTAVIO.

¿El nombre no me diréis?

SIDONIO.

Félix.

OTAVIO.

Con eso me voy;
Que ya se declara el día.
Conmigo habeis de comer.

SIDONIO.

Iré á serviros y á ver
El fin desa cortesía.

(Vase Otavio y Gerardo.)

ESCENA XVI.

SIDONIO.

Honra tengo, aunque pensaba,
Cielos, que no la tenía;
Que mas que la vida mia
Perder mi honor estimaba.
Y estimo la que le di
A este mozo; que obligar
Al enemigo es hallar
La puerta al bien que perdí.
No porque puede ser parte
Para el perdon del Senado;
Pero al suyo está obligado
Por lo que obligado parte.
No se ignala bien alguno
Al de procurar amigos;
Que, en fin, de dos enemigos
Es bueno ganar el uno.
Llamar quiero antes que el día
Llame á despertar la gente.
Ah de casa!

ESCENA XVII.

LUCINDA; y luego, ELISA.—SIDONIO.

LUCINDA. (Dentro.)

¡Ay dulce ausente!

¿Si es su voz?

SIDONIO.

¡Ah esposa mia!

(Sale Lucinda.)

LUCINDA.

¿Eres tú, Señor?

SIDONIO.

Yo soy.

Pues ¿cómo vestida estás?

LUCINDA.

Abrazame, y lo sabrás.

SIDONIO.

¿Y Elisa?

(Sale Elisa.)

ELISA.

Padre, aquí estoy.

SIDONIO.

Pues ¿tambien vestida Elisa?

LUCINDA.

Para no dejarnos ver,
Cuando quiere amanecer,
Sidonio, vamos á misa.

SIDONIO.

¿Cómo estás?

LUCINDA.

Ya ¿no lo ves?

Pobre y sin tí.

SIDONIO.

¿Dónde está

Mi hijo?

LUCINDA.

A la guerra va.
Es hombre, soldado es.

SIDONIO.

¿No te ha escrito?

LUCINDA.

No sé del
Desde que de aquí salió.

SIDONIO.

Mi Elisa, hoy he visto yo
Que sois honrada y fiel;
Pero, aunque fiel y honrada,
No sé si vuestra belleza
De tan estrecha pobreza
Está bien aconsejada.
Yo vengo á daros remedio,
De vuestra madre avisado.
Sois tesoro mal guardado,
De mil ladrones en medio.
Sabed que vengo á traeros
Dos mil ducados.

LUCINDA.

Señor,

¿Qué persona de valor
Tanta merced quislo haceros?
¿Dos mil ducados!

SIDONIO.

Sí, amiga.

Estos vale mi prision.
Y quiero en esta ocasion
Que toda Venecia diga
Que por piedad que he tenido
De vuestra necesidad,
Con tal liberalidad
Mi cabeza os he ofrecido.
Venid, Lucinda, al Senado:
Decid que vos me traéis,
Porque el dinero ganeis
Que tantos han procurado.
Llevadme, esposa querida;
Seré yo por vuestra mano
El piadoso veneciano,
Que dió por su honor la vida.

LUCINDA.

Si prometeis y llorais,
No dais lo que prometeis;
Que mal liberal hacéis,
Pues que sentís lo que dais.
Quien da no lo ha de sentir;
Y pues vos lo sentís tanto,
No déis, porque darme el llanto
Es condenarme á morir.
Y espántame que digais
Que yo venda vuestra vida,
Cuando Lucinda querida
Con lágrimas me llamais.
Si puede servir la mia
Para remediar la vuestra,
El alma leal os muestra
Que es la misma que sois.

SIDONIO.

Lucinda, no hay que tratar.
Yo vengo determinado
Que has de llevarme al Senado.

LUCINDA.

Mi bien, ¿quién me matar?
¿Para qué dices locuras?
Si me pruebas, no es razon
Probarme con tu prision
Después de mis desventuras.
Pruébame en darte la vida,
Di al Senado que la quiera,
Déme la muerte mas fiera
Que ha sido vista ni oída.
Mas no me pruebas así;
Que aunque te burles conmigo,
Es darme un grande castigo
De ofensas que no hay en mí.

SIDONIO.

Lucinda, esposa, señora,
Elisa está aquí culpada,
No porque no ha sido honrada,
Mas porque es amada agora.
No quiera Dios que la vengza
Necesidad; que en mujer
Escalas suele poner
Al honor y á la vergüenza.
Muera yo.

ELISA.

Pues, padre mio,
¿Qué es lo que yo puedo hacer,
Que os pueda á vos ofender?
¿Con qué gusto, con qué brio?
Yo pienso que son las galas,
Que están en liviano pecho,
Alas de infamia, que han hecho
A muchas mujeres malas;
Pero si yo no las tengo
Desde que vos me fallais,
Y pobre y rota me hallais,
¿En qué á daros celos vengo?

SIDONIO.

Hija, galas en mujer,
Mayormente en las doncellas,
No consiste en el tenellas,
Sino en querellas tener.
Yo sé que me importa así:
Vendedme, y comprad honor;
Que muerto estaré mejor
Que vivo sin honra aquí.
Esta es ya resolución:
Dos mil ducados que valgo
Os quiero dar, con que salgo
De mi justa obligacion.
¡Gracias á Dios, que mi vida
Puso en tan subido precio.
Por ser Fulgencio tan necio,
Y Lucinda tan querida!
Llevadme luego las dos,
Porque el dinero empleeis
En honra, aunque la teneis.

LUCINDA.

Nunca lo permita Dios.
No me hagais dar mil voces.

SIDONIO.

¿Voces das?

LUCINDA.

Si; loca estoy.

ELISA.

¡Padre, padre!

SIDONIO.

Padre soy;

No sé si tú lo conoces.
¡Ay, hija! que es el honor.
Cuando le guarda doncella,
Arena en mano, que della
Se sale, si aprieta amor.
Llevadme, digo.

LUCINDA.

Detente;

Que vienes loco.

SIDONIO.

Mi bien;

Haz que la muerte me dén.

ELISA.

Padre, matadme.

LUCINDA.

Aquí hay gente.

ESCENA XVIII.

EL CAPITAN DE LA GUARDA y CUATRO ALABARDEROS.—DICHOS.

CAPITAN.

¿Quién da voces aquí?

SIDONIO.
Ya no hay remedio.
El capitán es este de la guarda.

LUCINDA.
Tú has tenido la culpa.

UN ALABARDERO.
En esta casa
Vive Lucinda, esposa de Sidonio.

CAPITAN.
¿Qué gente?

SIDONIO.
Un hombre.

CAPITAN.
¿Qué hombre?
SIDONIO.

Forastero,
Que trujo cartas de Ferrara.

CAPITAN.
¿Oh cielos!

¿No eres Sidonio tú?
SIDONIO.
Ya mi desdicha
Quiere que acabe vida tan cansada.
Sidonio soy.

CAPITAN.
Date á prision, ó mátenle.
SIDONIO. [muerto.]

Doyme á prision; que menos valgo
CAPITAN.

Tirad con él.
LUCINDA.
Tus voces culpa han sido.

Vén, Elisa, conmigo.
SIDONIO.
Ya mi suerte

No quiere que dilate mas mi muerte.
ALABARDERO.

Dos mil ducados la prision te vale.
CAPITAN.

Cien escudos os mando, si bien sale.
(Vase.)

Salen en el palacio del duque ó dux
de Venecia.

ESCENA XIX.

EL DUQUE, SENADORES.

DUQUE.
Esta carta que veis, Selin envia.

SENADOR 1.º
La liga ya trazada se efectúe
Con el Emperador, Florencia y Roma.

SENADOR 2.º
Y está puesto en razon que la palabra
Prometida se cumpla.

SENADOR 3.º
Es mas conforme
A nuestra religion.

SENADOR 4.º
¿Qué gente es esta?

ESCENA XX.

UN SECRETARIO, OTAVIO.—DICROS.

SECRETARIO.
Este mancebo está preso
Porque hoy con un pistoleta
Le hallaron.

DUQUE.
No nos promete

Su edad y rostro mas seco.—
¿Por qué un arma prohibida
Te has atrevido á traer?

OTAVIO.
Señor, para defender
De un enemigo la vida.

DUQUE.
¿Quién eres?

OTAVIO.
El hijo fui
De Fulgencio, el que mató
Sidonio.

DUQUE.
Pues ¿quién trató
De querer matarte á tí?

OTAVIO.
Anoche me acuchillaron
Porque una calle pasé,
Y como quién es no sé,
Con estas armas me hallaron.

ESCENA XXI.

ALGUACILES, que traen preso á EVAN-
DRO.—DICROS.

SENADOR 1.º
¿Qué gente es esa?

SECRETARIO.
En su casa
Al viejo Evandro han hallado,
De Venecia desterrado.

DUQUE.
¿La desvergüenza que pasa!—
¿Cómo te has venido aquí?

EVANDRO.
Por ver mis hijos, Señor.

SECRETARIO.
Aquí traen al traidor
De Sidonio.

SENADOR 2.º
¿Cómo así?

SECRETARIO.
En su casa le prendió
El capitán de la guarda.

SENADOR 3.º
Metelde.

SECRETARIO.
Su premio aguarda.

SENADOR 4.º
Justamente le ganó.

ESCENA XXII.

ALABARDEROS, que conducen preso á
SIDONIO, LUCINDA y ELISA.

DUQUE.
¿A qué mas puede llegar,
Sidonio, tu desvergüenza?
¿Qué humildad habrá que venza
Tu culpa?

SENADOR 2.º
No hay que culpar
A Sidonio; que no ha sido
El que ha venido á Venecia.
Dios, que su justicia precia
Al castigo le ha traído.
Llevalde á la plaza luego,
Y paguen al Capitán.

SENADOR 3.º
Muy justo premio le dan.

LUCINDA.
Señores, oidme os ruego.

DUQUE.
¿Quién eres?

LUCINDA.
La mujer soy

De Sidonio.
SENADOR 2.º
Habla si quieres.

DUQUE.
Siempre llorais las mujeres.

LUCINDA.
Señor...

DUQUE.
Habla, oyendo estoy.
LUCINDA.

Senado discreto y justo,
Duque ilustre veneciano;
Íncrito honor y defensa
Del gran león de San Márcos:
En defensa de su honor,
Cerca de vuestro palacio,
Mató Sidonio, mi esposo,
A Fulgencio Justiniano.

Seis años há que en un monte
Ha vivido desterrado.
Como tomasteis mi hacienda,
Y él me ha faltado seis años,
Vine á notable pobreza,
Y mi desventura á tanto,
Que mi hijo me dejó
Y se fué á Roma soldado.
Esta hija que aquí veis,
Que para moveros traigo,
Quedóme, pobre y hermosa,
Sujeta á cualquier engaño.

Viendo que se me atrevian
Mancebos desenfrenados,
Escribí á Sidonio ausente
El peligro de su daño.
El, como padre piadoso
Y que su honor tiene en tanto,
A Venecia y á mi casa
Vino anoche disfrazado.
Halló que Otavio y Fineo
(Ya sabéis quién es Otavio)
Se mataban por mi Elisa.

Púsose de Otavio al lado...
El diga si le tibró,
Pues entre tantos contrarios
Salvó su vida, que vuelve,
De la de su padre en pago.
Hablóme, y díjome así:
«Llévame, esposa, al Senado,
Porque llevándome preso,
Te den los dos mil ducados.

Con estos libra tu hija,
Y no permitas que al cabo
De mis peregrinaciones
Pierda el honor que le guardo.»
A las voces que yo daba
Por no hacer tan atroz caso,
Y al llanto desta doncella,
Que era entonces justo el llanto,
El capitán de la guarda
Entró, como veis, armado,
Y prendió quien ya venia
A la muerte paso á paso.
Gran Duque, Senado ilustre,
Haced un hecho cristiano,
Digno de la gran Venecia
Y desos pechos hidalgos.
Cuenta España, Francia cuento
Que el gran león de San Márcos
Sabe perdonar corderos
Y castigar lobos bravos.

DUQUE.
¿Qué os parece? De mi voto,
Como no réplique Otavio,
Yo perdonara á Sidonio.—
Tú ¿qué respondes?

OTAVIO.

Que alabo,
Señores, vuestra piedad;
Mas si quereis perdonarlo,
Ha de ser con un concierto.

DUQUE.

¿Qué concierto?

OTAVIO.

Justo y santo.
Que me dé á su hija Elisa
Por mujer.

DUQUE.

Mancebo honrado,
Por la palabra que has dicho,
Digna del mismo Alejandro,
Quiero que te dé por dote
Su misma hacienda el Senado.

SIDONIO.

Hijo, padre te quité
Bueno, patricio y hidalgo;
Mas con lágrimas te vuelvo
Otro que no valga tanto.

OTAVIO.

Yo sé que en vos le mejoro.

LUCINDA.

Elisa, ¿dale la mano.

OTAVIO.

Su esposo soy.

ELISA.

Yo su esposa.

SIDONIO.

Gran Duque, perdona á Evandro,

Que habiéndome, por su vida,
Sus hijos preso y atado,
Me dió libertad; y es justo
Que seais con todos franco.
Venecianos somos todos;
Vos, justísimo Senado,
Quien ha de premiar los buenos
Y dar castigo á los malos.

DUQUE.

Libren á Evandro también.

EVANDRO.

Vivais, señores, mil años.

SIDONIO.

Aquí acaba la comedia
Del piadoso veneciano.

LAS PACES DE LOS REYES,

Y JUDÍA DE TOLEDO.

PERSONAS.

DON ESTÉBAN ILLAN.
EL CONDE DON MANRIQUE.
FERNAN RUIZ.
LOPE DE ARENAS.
EL REY ALFONSO VIII.
DOÑA COSTANZA, dama.
DOMINGUILLO, truhan.
DON NUÑO.

DOÑA ELVIRA.
PERO DIEZ, soldado.
DON ILLAN, mancebo.
GARCERÁN MANRIQUE.
DOÑA LEONOR, reina.
DON BLASCO.
RAQUEL, judía.
SIBILA, su hermana.

BELARDO, hortelano.
FILENO, viejo.
DAVID, judío.
LEVÍ, su hijo.
DON MILLAN.
BELTRAN DE ROJAS.
ENRIQUE, niño.
CLARA, dama.

UN ÁNGEL.
UNA SOMBRERA.
UN BARBERO.
CRIADOS.
MÚSICOS.
ACOMPANAMIENTO.
SOLDADOS.
GENTE.

La escena es en Toledo y sus cercanías, en el castillo de Zurita y en Illésos.

ACTO PRIMERO.

Vista exterior de la Iglesia de San Roman en Toledo.

ESCENA PRIMERA.

DON ESTÉBAN ILLAN y EL CONDE DON MANRIQUE, en la torre de la iglesia.

CONDE.

¡Toledo por Alfonso, rey legítimo de Castilla! Toledo por Alfonso, Hijo del rey don Sancho el Deseado, Y del Emperador de España nieto!

DON ESTÉBAN.

¡Toledo por Alfonso, castellanos, No por Fernando de Leon, su tío! Alfonso es vuestro rey, Alfonso viva!

ESCENA II.

FERNAN RUIZ, LOPE DE ARENAS, GENTE, con espadas desnudas.—DICHOS.

FERNAN.

¿Quién alborota la ciudad, soldados? ¿Qué es este dedecir que viva Alfonso? ¿No sabéis que Toledo se defiende Por el rey de Leon, y que yo tengo Su alcázar por Fernando, pague los muros No se darán al de Castilla en tantos años Que tenga los quince años que su padre Mandó en su testamento? ¿Qué dais vosotros?

CONDE.

Fernan Ruiz, aunque Fernando lleva De Toledo las rentas, y se llama Injustamente su señor, bien sabes Que Alfonso, su sobrino, es rey legítimo;

Bien sabes que ha querido y procurado Quitarle el reino, y que guardó su vida La gran lealtad de los hidalgos de Avila, Que le han criado y defendido siempre.

Toledo quiere darse á su rey; deja Que el Rey goce á Toledo.

FERNAN.

La ciudad por Fernando, ¿cómo quiere Si se guarda [res] Que la pueda cobrar el niño Alfonso?

DON ESTÉBAN.

¡No fué concierto que, si entrar pudiese Alfonso en la ciudad, se obedeciese?

LOPE.

Así es verdad, Estéban; mas ¿no miras Que es imposible entrar? ¿Por qué alborotáis [rotas] Desde esa torre la ciudad? Advierte [te]. Que es alto San Roman; pero no esfuerza.

DON ESTÉBAN.

Si yo os mostrase el Rey, si Alfonso estuviese en Toledo, caballeros, ¿no sería justo obedecerle?

FERNAN.

¿Cómo [tas] Pueda ser que, guardándose las puertas Con tanta vigilancia, Alfonso entrase?

ESCENA III.

EL REY ALFONSO, niño, en la torre.—DICHOS.

DON ESTÉBAN.

Castellanos, ¿no es este el rey Alfonso? No es este vuestro rey?

FERNAN.

¡Cielos! ¿Qué veo?

DON ESTÉBAN.

Este es Alfonso, si os preciais de godos.

CONDE.

Hablad, Señor, decid quién seáis á todos.

REY.

Generosos castellanos, Yo soy el rey de Castilla. No os parezca maravilla Que me tengan estas manos; Ellas y Avila me han dado La vida, que el desvario Del rey de Leon, mi tío,

Tantas veces me ha quitado. Manrique me trujo al muro De Toledo, y dentro dél Me puso un pecho fiel, Hidalgo, noble y seguro. Este es Estéban Illan, Que por alcázar me ha dado, Mientras ando desterrado, La torre de San Roman. Aquí estoy. Si no estoy bien, Si no estoy en lo que es mio, Combatidme; que yo os fio Que me defiendan tambien. Ea, volved las espadas Contra vuestro rey, subid.

FERNAN.

Rey, mi señor, oid.

REY.

Decid.

FERNAN.

Todas están envainadas, Y nunca permita Dios, Por su poder soberano, Que espada de castellano Saiga jamás contra vos. El alcázar que tenía Os dejo; pero no puedo Esperar más en Toledo. Vos sabéis la lealtad mía; Mas sobre vuestra crianza, Laras y Castros tenemos Bandos, que averiguaremos Algun día lanza á lanza. Bien me entiende el Conde.

CONDE.

Aquí,

Y siempre que tú quisieras; Que he sido leal.

FERNAN.

Si eres;

Pero aprendiste de mí.

CONDE.

Yo te buscaré.

FERNAN.

Ya sabes

Que te aguardaré, Manrique.

(Vanse Fernan Ruiz y los que vinieron con él, menos Lope de Arenas.)

Ref. 2.º. 1.º. 2.º. 3.º. 4.º. 5.º. 6.º. 7.º. 8.º. 9.º. 10.º. 11.º. 12.º. 13.º. 14.º. 15.º. 16.º. 17.º. 18.º. 19.º. 20.º. 21.º. 22.º. 23.º. 24.º. 25.º. 26.º. 27.º. 28.º. 29.º. 30.º. 31.º. 32.º. 33.º. 34.º. 35.º. 36.º. 37.º. 38.º. 39.º. 40.º. 41.º. 42.º. 43.º. 44.º. 45.º. 46.º. 47.º. 48.º. 49.º. 50.º. 51.º. 52.º. 53.º. 54.º. 55.º. 56.º. 57.º. 58.º. 59.º. 60.º. 61.º. 62.º. 63.º. 64.º. 65.º. 66.º. 67.º. 68.º. 69.º. 70.º. 71.º. 72.º. 73.º. 74.º. 75.º. 76.º. 77.º. 78.º. 79.º. 80.º. 81.º. 82.º. 83.º. 84.º. 85.º. 86.º. 87.º. 88.º. 89.º. 90.º. 91.º. 92.º. 93.º. 94.º. 95.º. 96.º. 97.º. 98.º. 99.º. 100.º.

ESCENA IV.

EL REY, DON ESTEBAN y EL CONDE, en la torre; LOPE DE ARENAS, abajo.

LOPE.

Aunque Toledo se aplique
A dar á Alfonso las llaves,
El castillo de Zurita
No he de dar, aunque el Rey venga,
Hasta que quince años tenga.

CONDE.

Lope, á los nobles imita.

LOPE.

Si es testamento del Rey,
Su padre, ¿por qué he de dar
Lo que le podréis tomar?
Guardalle es mas justa ley.
¿Qué sé yo cuál de vosotros,
Si con las fuerzas se ve,
Querrá ser rey?

CONDE.

Yo no sé
Que haya tal hombre en nosotros;
Porque quien al Rey guardó
De la furia de su tío,
Y con tan hidalgo brio
Le amparó y le defendió
Desde que, envuelto en pañales,
De tantos fué perseguido,
¿Cómo, de ambicion movido,
Podrá hacer hajezas tales?

REY.

¿Lope de Arenas!...

LOPE.

¿Señor?...

REY.

¿Por qué el castillo me niegas?
¿No sabes tú que le entregas
A tu rey?

DON ESTEBAN.

¿Qué gran valor!

LOPE.

Quien me le ha entregado á mí,
Á vuestro padre obedece.

REY.

¿Esa respuesta merece
Tu rey?

LOPE.

Siendo justo, sí.
Si habeis de tener quince años,
Servios, Señor, por Dios,
De que le tenga por vos.

REY.

Bastan estos desengaños
De la lealtad de mi gente
Para dármele.

LOPE.

No puedo.

REY.

Pues pondrá luego Toledo
Su gran corona en mi frente;
Que yo te le irá á quitar
Con las armas.

LOPE.

Bien podeis;
Mas mientras no le tomeis,
Señor, no os le puedo dar. (Vase.)

ESCENA V.

EL REY, DON ESTEBAN, EL CONDE.

REY.

¿Qué os parece deste hidalgo?

CONDE.

Que con su buena intencion
Piensa que á haceros traicion,
Y no á defenderos, salgo.
Tomad la corona aquí,
Y sacad luego la espada.

REY.

Ya la tuviera sacada,
A estar, como en vos, en mí.
Cenildmela, Conde, os ruego;
Que vos veréis el estrago
Que en estos villanos hago.

CONDE.

Vamos, y cenilda luego;
Que sin duda seréis vos
De tantas virtudes lleno,
Que os llamen Alfonso el Bueno.

REY.

Conde, el bueno solo es Dios.

CONDE. (Ap. á don Esteban)

¿Qué os parece del rapaz?

DON ESTEBAN.

Que ha de ser para su tierra
Un César para la guerra
Y un Numa para la paz.
(Vase.)

Sala en el castillo de Zurita.

ESCENA VI.

DOÑA COSTANZA, DOMINGUILLO.

DOÑA COSTANZA.

Tarda de venir don Lope;
Novedad hay en Toledo.

DOMINGUILLO.

Pensar, Señora, no puedo
En qué su tardanza tope.
Fernán Ruiz el castellano
Tiene en aquesta ocasion
Por Fernando de Leon
El alcázar toledano.
Las puertas están guardadas
De armas y gente por él.

DOÑA COSTANZA.

Yo tengo el corazon fiel,
Y de las cosas pasadas
Voy sacando las presentes.

DOMINGUILLO.

Amar y temer es ley
De amor.

DOÑA COSTANZA.

La lealtad del Rey
Tiene mil inconvenientes.
Dicen muchos que es razon
Que se guarde el testamento.

DOMINGUILLO.

Lo mismo, Señora, siento,
Y es lo demás confusion.
Al Rey ¿por qué se han de dar
Las fuerzas que á cobrar viene,
Mientras su edad no las tiene
Para saberlas guardar?
Que estén por él es mejor,
Que no que alguno las tenga
Que antes que él á reinar venga.
Pero admírame tu amor.
Pensaba yo que estuvieras
Mas celosa de las damas
De Toledo, si es que amas
Lo que cuidadosa esperas,
Que no de los cortesanos
Que andan al lado del Rey.

DOÑA COSTANZA.

Si amor tiene ya por ley

Sospechas y celos varios,
Yo sé que el mayor amor
Es desear una dama
La vida de lo que ama.

ESCENA VII.

UN CRIADO. — Dices.

CRIADO.

El Alcaide, mi señor,
Ha llegado en este punto
A la puerta del castillo.

DOÑA COSTANZA.

Toma, Liseno, este anillo;
Di que mi bien todo junto.
¿Viene bueno?

CRIADO.

Y con cuidado
De defender esta fuerza.

DOÑA COSTANZA.

¿A quién?

CRIADO.

Al Rey.

DOÑA COSTANZA.

¿Qué le es fuerza?

CRIADO.

Dice que haberlo jurado
A Gutier Fernandez, que es
Quien la fuerza le entregó.

DOÑA COSTANZA.

Al Rey se la diera yo,
Y quejarse despues.

DOMINGUILLO.

¿Cómo? ¿Por qué causa ó ley,
Si hizo pleito homenaje?

DOÑA COSTANZA.

Domingo, no cabe ultraje
En servir á Dios ni al Rey.
Dios sobre todo, el Rey luego.
Voy á ver mi Lope. (Vase.)

ESCENA VIII.

DOMINGUILLO, EL CRIADO.

DOMINGUILLO.

Di,

¿Qué hay en Toledo?

CRIADO.

No vi

Cosa que llegase á fuego.
Que don Esteban Millan
Al Rey metió de secreto
En la ciudad, y á este efeto
La torre de San Roman
De alcázar le sirve agora.

DOMINGUILLO.

Pues si Alfonso está en Toledo,
Pierda quien le guarda, el miedo.
Lo mas fuerte vive y mora.

CRIADO.

¿Qué importa, si tantas fuerzas
No se le dan, y esta, que es
De las mas fuertes que ves?

DOMINGUILLO.

¿Qué bien su partido esfuertas!
Vete con Dios.

CRIADO.

Voy á ver

Si se acaba de apaar. (Vase.)

ESCENA IX.

DOMINGUILLO.

Camino he venido á hallar
Para tener de comer.
Si dar la fuerza al Rey pruebo,
Bravamente le servi.
Mas, como lo digo así,
Si á Lope de Arenas debo
La misma vida que vivo,
La crianza y ser que tengo?
Pero, si á pensarlo vengo,
De todo mi bien me privo.
Lo vivido ya pasó,
Lo que falta es lo que importa,
Y aunque es la vida tan corta,
¿Dónde puedo tener yo
Mi remedio mas seguro?
De don Lope soy privanza;
Que es la mas cierta esperanza
Del fin del bien que procuro;
Y yo sé que en toda España
Dirán, viendo mi intencion,
Que fué á don Lope traicion,
Y para mi rey hazafia. (Vase.)

Iglesia Mayor de Toledo.

ESCENA X.

ACOMPANIAMIENTO, y detrás, EL CONDE,
DON ESTÉBAN, DON ILLAN, DO-
ÑA ELVIRA y EL REY.

CONDE.

Hoy, que venis á armaros caballero,
Heróico Alfonso, claro descendiente
De Sancho, igual en armas al Primero,
Y en la desdicha que llorais presente,
Oid, como legítimo heredero
De aquel principe invicto y excelente.
A qué debe quedaros obligada
Al diestro lado la ceñida espada.
La ley de Dios, Alfonso, su fe santa
Habeis de defender siempre con ella,
Y para dilatarla en gloria tanta,
Habeis de hacer que el moro tiemble de
Al Bétis, al Genil, que se levanta [lla.
A ver del Tajo la corriente bella,
Habeis de dar un tajo de tal modo,
Que su cristalse vuelva ensangre todo.
La patria y reino vuestro defendido
Será de vos; daréis, Alfonso, amparo
A la justicia y leyes que ha tenido
Del uno y otro vuestro abuelo claro.
Las damas, pues que dellas habeisido,
Y sois de quien sabeis féñix tan raro,
Tendrán defensa en ese blanco acero.
¿Haréislo así?

REY.

Manrique, en vos lo espero,
Con cuyo amparo, de su fe divina
Seré defensa, y de mi patria amada.

CONDE.

Costumbre es de Castilla peregrina
Que os cñia quien veréis la ilustra espa-
Corred alsanto Apóstol la cortina, [da.
Por quien fué de los moros restaurada;
Que su imágen es hecha de tal modo,
Que os la pondrá y hará dichoso en todo.
(Descubren sobre un altar y gradas á
Santiago, á caballo, armado y con
una espada dorada en la mano.)

REY.

¿La imágen me podrá ceñir, Manrique,
La espada?

CONDE.

Si, Señor; que está labrada
Con artificio igual, que á quien se apli-
[que
A sus piés, le podrá ceñir la espada.

REY.

Dejadme que al Apóstol le suplique
La haga de vitorias siempre honrada.

CONDE.

Subid las gradas al altar; que luego
Oír el Apóstol vuestro santo ruego.

REY.

Apóstol, primo de Cristo,
Diego, santo caballero
De los cielos, cuyo acero
España dichosa ha visto
Tantas veces en defensa
De su cerviz oprimida:
Tomad esta tierna vida
En vuestra virtud inmensa.
Un rey de Castilla soy,
Que en las mantillas lo fui;
Nunca al Rey mi padre vi;
Señor, este nombre os doy.
Sed mi padre en defenderme

De mi tío, que es leon,
Y quiere en esta ocasion
Como á cordero ofenderme.
Cefidme de vuestra mano
Esa espada; que os prometo
Hacer que os tenga respeto
El mas rebelde africano.
Yo os juro, si llego á ser
Hombre, de hacer que esa espada,
De rojo color bañada,
Se vea resplandecer
En los mas hidalgos pechos
Que tenga toda Castilla,
Porque con esa cuchilla
Tomen vuestro nombre á pechos.
Cruz y espada de Santiago
Haré que se llame en ellos,
Porque por vos y con ellos
Haga en los moros estrago.
(Cíñele la imágen la espada, con músi-
ca, y luego le echa la bendicion, y él
se baja de las gradas.)

DON ESTÉBAN.

Ya que ceñida el Rey la espada tiene,
Será bien que le calce vuestra esposa
Las espuelas.

CONDE.

Illan, Elvira viene
Para servir á Alfonso cuidadosa.—
Sentáos, Señor.

REY.

Hidalgos, si conviene,
Por ser costumbre, que esta dama her-
[mosa
Me calce las espuelas, llegue luego;
Pero si no, que no me calce os ruego;
Que si juré para ceñir la espada
Defender á las damas, no es defensa
Que me calce señora tan honrada;
Antes parece que les bago ofensa.

DOÑA ELVIRA.

Si fuera la mujer mas celebrada [sa,
Que tuvo Roma en su grandeza inmen-
No mereciera á vuestros piés llegarme.
Dejad que os sirva, si quereis honrarme.

REY.

¿No se puede excusar?

DON ESTÉBAN.

De ningún modo.

REY.

Calzadme pues.

DOÑA ELVIRA.

A vuestros piés se humilla
Esta esclava, Señor.

REY.

Injusto apodo.
Sois del mundo la otava maravilla.

CONDE.

Ya que sois, Señor, rey, honraldo todo,
Como es costumbre antigua de Castilla:
Mandad, haced mercedes.

REY.

Justo fuera,
Si de qué las hacer, Conde, tuviera.
Yo, niño rey, diez años perseguido,
Sin patria, sin palacio, sin posada,
Por una y otra parte siempre huido,
¿Qué puedo dar, pues nunca tuvenada?
Mas ya que hoy tomo el cetro, y me he
[ceñido,
Para cobrar mis reinos, esta espada,
Busquemos á los moros, porque quiero
Daros lo que ganare con su acero.

DON ESTÉBAN.

Bien dice el Rey en esto.

CONDE.

Tan bien dice,
Que le bendice, Estéban, todo el suelo.

ESCENA XI.

DON NUÑO.—DICHOS.

DON NUÑO.

Si, pero no ha de entraren la conquista
De las tierras extrañas el que tiene
Tantas guerras y daños en las propias.
Cobre Alfonso las suyas, y cobradas,
Podrá poner la mano en las ajenas.

CONDE.

Don Nuño dice bien; que será justo
Que dé principio á las que están mas cer-
don nuño. [ca.

Cobremos el castillo de Zurita
De don Lope de Arenas, y entretanto
Podrá quedar el Rey entreteniéndose.

REY.

[Nuño,
¿Cómo, quedarse el Rey! ¿Sabels, don
Qué corazon gobierna aqueste pecho?
¿Para quedarme me ceñis la espada?
Pues esta no es espada que se queda;
Que quien me la cñó no me la diera
Si no supiera el temple que tenia.
Advertid que es espada de Toledo:
Mirad; qué lindo acero! Este es un tajo
Que en el agua del Tajo toma el temple;
Este un revés, que no le hará en su
A las obligaciones que he jurado. [vida
Pues quien sabe que corta desta suer-
También sabrá cercar ese castillo. [te,
Sigame el que quisiere, ¡ah, caballeros!
Que de Santiago son estos aceros.

CONDE.

¿Hay valor semejante? Bien parece
Nieto de tal abuelo.

DON NUÑO.

Y de tal padre
Heróico hijo.

DOÑA ELVIRA.

Es sol que resplandece
Del alba hermosa de tan noble madre.

DON ESTÉBAN.

Si como en la virtud, en la edad crece,
Ese nombre de sol es bien le cuadre.

CONDE.

[no.
Bien cuadra á quien está de bondad lle-

DON ESTÉBAN. [no.
Pues, señores, seguid á Alfonso el Bue-
(*Vanse.*)

Jardín del castillo de Zurita.

ESCENA XII.

LOPE DE ARENAS, DOÑA COSTANZA.

LOPE.
En tanto que el fiero Marte
Su esfera sangrienta cierra,
Y á la paz la fiera guerra
Humilla el rojo estandarte;
Mientras el son animoso
De la trompeta sonora
Cesa, me agrada, Señora,
La paz del ocio amoroso.
Quejaste de verme fiero;
Vesme aquí tierno en tus brazos,
Adonde con varios lazos
Vencer esas hiedras quiero.
No tiene aqueste jardín
Mas hojas en tantas flores,
Que el alma te dice amores,
Principios de amor sin fin.
Ya no me podrás culpar
Que vengo alirado y feroz.

DOÑA COSTANZA.
Baja, don Lope, la voz;
Que hay quien te pueda escuchar.
Y amores, aunque á mujer
Propia, donde son verdades,
No sé si son necedades,
Mas suélenlo parecer.

LOPE.
¿Quién en el jardín está?
DOÑA COSTANZA.
Dominguillo agora entró.

LOPE.
Criado que crio yo,
Sin causa recelo os da.
Es Dominguillo la llave
De cuantos secretos tengo;
Siempre con él voy y vengo,
Todo cuanto intento sabe.
Aunque fuerades mi dama,
Y no mi propia mujer,
Jamás supiera ofender
Con su lengua vuestra fama.
Es por todo extremo honrado,
Aunque no es muy bien nacido.

DOÑA COSTANZA.
Ya del jardín se ha salido,
Viendo que me he recatado.
Para solo hablar de amor
Con debida honestidad
Siempre fué la soledad,
Lope, el testigo mejor.
De una dama supe un día
Que tanto se recataba,
Que á los árboles miraba,
Y esto á las hojas decía:
«Que veais me causa enojos
Mis amorosas congojas,
Porque, como teneis hojas,
Están cerca de ser ojos.»

LOPE.
Costanza, el bien sin testigos,
Muchos dicen que no es bien:
No te espantes de que den
Parte dél á sus amigos.

DOÑA COSTANZA.
Sí, esposo; pero los mas
Toman tanta parte dél,

Que se nos quedan con él,
Y no le vuelven jamás.
En tu vida donde quieras
Dos veces llesves amigo.

LOPE.
Ya no dirás que contigo
No hablo de amor de veras;
Ya, Costanza, no podrás
Culpar la guerra.

DOÑA COSTANZA.
Ya puedo
Presumir que de Toledo
Vienes, Señor.

LOPE.
¿Eso mas?
No sé por dónde los cielos
Os dieron este rigor,
Que jamás hablais de amor
Que no me os piqueis con celos.
Di agora que allá me vino
Este tierno sentimiento.

DOÑA COSTANZA.
Tú juzgas tu pensamiento;
Yo voy por otro camino.

ESCENA XIII.

DOMINGUILLO.—DICHOS.

DOMINGUILLO.
¡Agora en jardines verdes,
Lope de Arenas, estás?
Agora al sueño te das,
Cuando es razon que recuerdes?
Agora á escuchar las fuentes
Destos bellos cuadros bajas,
Y los pifanos y cajas
De un ejército no sientes?
Agora con tu Costanza
Das á las aves envidia,
Y Alfonso no te fastidia
Con tanto pavés y lanza?
Agora tratas de amor,
Niño ciego, la conquista,
Cuando otro niño con vista
Viene á conquistar tu honor?
Agora estás descuidado,
Cuando Alfonso, cuidadoso,
Con ejército famoso
Hace seiva lo que es prado?
Que siembra por su horizonte
Sus lanzas en tanto exceso,
Que no hay bosque mas espeso
Ni mas enramado monte.
El no oír, me maravillo,
El relinchar los caballos,
Porque tardan de alojallos,
Lope, en tu mismo castillo.
Ponte á la defensa luego;
Que, aunque es niño, es español,
Y rayo de tanto sol,
Que puede abrasarte en fuego.

LOPE.
Necio vienes, Dominguillo,
Pues no has visto en tantos días
Que no hay humanas porfias
Contra tan fuerte castillo.
Reirme quiero de ti
Y de Alfonso; que los dos
Pareceis niños, por Dios:
El en venir contra mí,
Y tú en decir que me guarde.
Los años de Troya son
Pocos en esta ocasion,
Aunque á sus piés los aguarde.
Alfonso no tiene culpa
En esta temeridad;
Que su poca y tierna edad
De todo error le disculpa.

De los condes y vasallos
Me río, pues le han traído.
Pero ¡ves todo el ruido
De armas, cajas y caballos?
A dos meses de esperar
Quedará tan sordo y quedo,
Que se vuelvan á Toledo
A comer y á descansar.

DOÑA COSTANZA.
¿No sabes tú que este fuerte
Es y ha sido inexpugnable?

DOMINGUILLO.
¿Es mucho que en esto os hable,
Y que tema desta suerte?

LOPE.
No es mucho; pero es error
Dar temor el que le tiene
A quien con ánimo viene
De ganar fama y honor. —
Venid, Costanza, conmigo.

DOÑA COSTANZA.
Yo sola, aunque soy mujer,
Puedo el fuerte defender.

DOMINGUILLO.
Lo mismo, Señora, os digo.
DOÑA COSTANZA.
Dadme un pavés y una lanza.

LOPE.
Al muro, Costanza, al muro.
(*Vanse Lope y doña Costanza.*)

ESCENA XIV.

DOMINGUILLO.

¡Oh, cómo parte següro,
Con su querida Costanza,
En la fuerza deste fuerte,
Porque no sabe que soy
Quien al Rey le ha de dar hoy,
A ella luto y á él la muerte!
Yo sé en el fuerte un portillo,
Por donde pienso salir,
Ir, venir, entrar y huir
A la plaza del castillo.
Presto verá lo que pasa;
Que daña con gran rigor
En el cuerpo el mal humor
Y el ladrón dentro de casa.

Vista exterior del castillo de Zurita.

ESCENA XV.

**SOLDADOS, con cajas y bandera, DON
NUÑO, EL CONDE, DON ESTE-
BAN, EL REY, con gola y baston,
PERO DIEZ.**

REY.
Aquí podeis hacer alto.

DON NUÑO.
¿Qué bien gobierna!

CONDE.
Harto bien.

REY.
Era aquel sitio tambien
De agua y yerba escaso y fulto.
Fuera desto, no tenía
De ningún modo reparo.

DON NUÑO.
Todo lo que dice es claro.

DON ESTÉBAN.
Alguna deidad le gula.

REY.

Estará Lope de Arenas
Confiado en que este fuerte
Es como el nombre lo advierte.

DON NUÑO.

Ya parece en las almenas.

DON ESTEBAN.

A lo menos sus soldados
Y una gallarda mujer;
Que él debe de pretender
Tener los puentes guardados.

ESCENA XVI.

DOÑA COSTANZA Y SOLDADOS, en el
muro.—DICHOS.

REY.

¿Podré, belicosa dama,
Llegaros á hablar seguro?

DON NUÑO. (Al Rey.)

No te acerques tanto al muro.

DON ESTEBAN.

Bien podrá, pues que le llama;
Que Lope no ha pretendido
Ser traidor, sino cumplir
El homenaje.

REY.

Hasta oír,

Quise llegarme atrevido;
Que sois mujer principal,
Y de damas como vos
Confío mucho, por Dios.

DOÑA COSTANZA.

Teneis condicion real.

REY.

¿Cómo os llamais?

DOÑA COSTANZA.

En sabiendo

Quién sois, os lo diré.

REY.

Soy

El Rey.

DOÑA COSTANZA.

Parabien os doy.

REY.

De ese parabien me ofendo;
Que no soy rey desde ayer:
Desde la cuna lo fui.

DOÑA COSTANZA.

No os doy parabien aquí,
Rey, de vuestro mismo ser.
De la espada y del baston
Y de la guerra primera
¿No era justo que os le diera?

REY.

Teneis, Señora, razon;
Y creed que me ha pesado
Que hayais al muro salido.

DOÑA COSTANZA.

¿Tan mal os he parecido?

REY.

Antes, de veros me agrado;
Pero, á la guerra primera,
Me pesa mucho de ver
Por defensa una mujer.

DOÑA COSTANZA.

¿Pareceos cosa ligera?

REY.

Cuando me ceñí la espada,
Juré siempre defendellas;
Pues si vengo contra ellas,
Queda la jura quebrada.

DOÑA COSTANZA.

Cortesano sois; no es mucho.
Los reyes nacen con canas.

REY.

Parece que en las ventanas
Requiebros tiernos escucho.

DON ESTEBAN.

Déjate de entretener
Damas en esta ocasion.

REY.

Decid quién sois, si es razon.

DOÑA COSTANZA.

Del Alcaide soy mujer.

REY.

Gocéis por muchos años.

DOÑA COSTANZA.

Muchos mas ós gocéis vos.

REY.

Pues ¿cómo os envía á vos
En sucesos tan extraños?

DOÑA COSTANZA.

Débele de parecer
Que basta para el rigor
De un niño conquistador
Defensa de una mujer.

REY.

Mal su buen crédito abona.
Pues no se aseguren nada,
Ni los muros de mi espada,
Ni su honor de mi persona.

DOÑA COSTANZA.

Antes, como no ofendeis
Con la persona el honor,
Menos el muro, Señor,
Con la espada que traéis.

REY.

No os pongais en ocasion
De que sepais lo que valgo;
Que hombre y rey, á serlo salgo.

DOÑA COSTANZA.

No os enojeis.

REY.

No es razon;
Pero, porque habeis salido,
Y cumplir lo que he jurado,
Tratemos de paz.

DOÑA COSTANZA.

Yo he dado

Un medio.

REY.

¿Qué medio ha sido?

DOÑA COSTANZA.

Entre dentro un caballero,
Y con don Lope lo trate,
Seguro que no le mate.

REY.

¿Quién irá?

DON NUÑO.

Yo mismo quiero

Destos conciertos tratar.

REY.

Entra.

DON NUÑO.

Voy.

DOÑA COSTANZA.

Y yo, Señor,

Avisaré á Lope.

(Retírase doña Costanza, y don Nuño
va á la puerta del castillo.)

REY.

Amor

Engendra un cortés hablar.

CONDE.

Los soldados no han de ser
Tiempos.

REY.

Há poco que estoy

En la guerra. Por quien soy,
Que es discreta la mujer

ESCENA XVII.

DOMINGUILLO.—EL REY, EL CON-
DE, DON ESTEBAN, PERO DIEZ,
SOLDADOS.

DOMINGUILLO.

Dejadme llegar.

UN SOLDADO.

Espera.

REY.

¿Qué es eso?

EL SOLDADO.

Un hombre del fuerte,

Que quiere hablarte.

DOMINGUILLO.

No el verte

Me trujo desta manera,
Sino el natural amor
Y la debida lealtad.

REY.

Conozco tu voluntad.

¿Qué quieres?

DOMINGUILLO.

Oye, Señor.

Si te doy este castillo,

¿Darásme qué coma?

REY.

Si.

DOMINGUILLO.

¿A fe de rey?

REY.

Si; mas di

Tu nombre.

DOMINGUILLO.

¿Yo? Dominguillo.

REY.

Hombre pareces de humor.

DOMINGUILLO.

Soy de Lope la prianza;
Mas su misma confianza
Será su muerte, Señor.
Yo te quiero dar el fuerte;
Que en diez años que aquí estás
Harás menos que en un mes.

REY.

¿Tú!

DOMINGUILLO.

Si, Señor.

REY.

¿De qué suerte?

DOMINGUILLO.

Matando á Lope de Arenas.

REY.

Pues ¿cómo, si es tu señor?

DOMINGUILLO.

No es mi señor un traidor,
Que te niega estas almenas.
Tú eres mi rey.

REY.

Es así;

Mas ¿cómo volver podrás,
Si te han visto que aquí estás.
Para farse de tí?

DOMINGUILLO.

Si se hallase algun soldado
Que me sufriese una herida
(No que le cueste la vida,
Que en eso tendré cuidado),
Decir puedo que salí
A emprender aquella hazaña.

CONDE.
Lo que pide es cosa extraña.
REY.
¿Hay entre todos aquí
Soldado alguno que quiera
Sufrir una herida á este hombre?

DON ESTÉBAN.
Por ganar tal fama y nombre,
Sospecho que alguno hubiera.

CONDE.
Pues ¿cómo una herida adarva
A hombres como vosotros?

REY.
Míranse unos á otros,
Y á todos tiembla la barba.

PERO DIEZ.
Yo digo que sufriré,
Si te importa tanto el fuerte,
Una herida, y aun la muerte.
Ea, la herida me dé.

REY.
¿De dónde eres?
PERO DIEZ.
De Toledo.

REY.
Claro estaba de saber.
CONDE.

¿De dónde pudiera ser
Mejor un hombre sin miedo?
Dime, soldado, tu nombre.

PERO DIEZ.
Pero Diez me apellido.

ESCENA XVIII.

LOPE DE ARENAS, en el muro. —
DICHOS.

DON ESTÉBAN.
Al muro Lope ha salido.
REY.
Vive Dios, que eres muy hombre!
No me olvidaré de tí.
Hiérole tú, Dominguillo;
Que te mira en el castillo
Lope.

DOMINGUILLO.
¿Quieres tú?

PERO DIEZ.
Yo sí.

DOMINGUILLO.
¿Dónde quieres que te dé?

PERO DIEZ.
En la cabeza, villano.

DOMINGUILLO.
Vuelve la espalda.
PERO DIEZ.
Es en vano
Eso, no la volveré.

DOMINGUILLO.
¿Villano á mí! Toma. (Huye.)

PERO DIEZ.
¡Oh perro!

CONDE.
Segúilde.
DOMINGUILLO.
Abridme, Señor;
Que he muerto un hombre.

DON ESTÉBAN.
¡Ah, traidor!

LOPE. (Retirándose.)
Abrid.
UN SOLDADO. (Dentro.)
Entra.

LOPE. (Dentro.)
Cierta.
SOLDADO. (Dentro.)
Cierro.

ESCENA XIX.

EL REY, EL CONDE, DON ESTÉBAN, PERO DIEZ, SOLDADOS.

DON ESTÉBAN.
Bien el huir ha fingido.

CONDE.
¡Hombre astuto!

REY.
Temerario.

DON ESTÉBAN.
El curar es necesario
Soldado tan bien herido.

REY.
¿Quieresme, Pedro, creer?
Con nacer como nací,
Hoy tengo envidia de tí:
Lo que eres quisiera ser.
Más, por tan alto interés,
Quisiera la fortaleza
De esa herida en la cabeza,
Que la corona que ves.
Haz cuenta, Pedro fiel,
Que esta herida y sangre honrada
Es una cinta encarnada
Con que has atado el laurel.
Más que las del fuerte al doble
Honran tu frente esas puertas;
Pésame que sangre viertas,
Porque sin duda es muy noble.
Mas, pues Diez te apellidas,
Llégame ese escudo acá;
Que con diez dedos hará
Una herida diez heridas.

(Úntase diez dedos en la sangre y hace diez bandas en el escudo.)

De tu sangre mis dos manos
Estas diez bandas harán,
Y por armas quedarán
A los Diez toledanos.
Harás el campo de plata,
Pues las bandas son color.

PERO DIEZ.
Desta sangre fiad, Señor,
Que jamás se muestre ingrata;
Que quien así la ofreció,
Mil vidas os ofreciera.

REY.
Véte á curar.

CONDE.
No creyera
Esto de Alejandro yo.
Mil años te guarde el cielo.

DON ESTÉBAN.
Indicios bastantes son
De su mucha discreción
Y de su piadoso celo.
Vén, Señor, á descansar:
Seguro tienes el fuerte.

REY.
Compralle con una muerte
De un noble, me da pesar.

CONDE.
Advertid que sois soldado;
No os habeis de enternecer.

REY.
Bien decís; que no he de ser
Piadoso ni enamorado.

(Vanse.)

Sala del castillo.

ESCENA XX.

LOPE, DOMINGUILLO.

LOPE.
Notablemente anduviste.
DOMINGUILLO.

Quise que el Rey y su gente
Supiesen que un inocente,
Que tú criaste y tuviste
En tu casa por jugar,
Sabe hacer hazañas tales;
No los hombres principales,
A quien sueldo sueles dar.

LOPE.
No digas que un inocente.
En Roma no cuentan mas
De Scévola; yo jamás
Te imaginé tan valiente.

DOMINGUILLO.
Pues si necesario fuera,
No dudes que me dejara
Quemar la mano, y pensara
Que entre flores la tuviera.

LOPE.
Yo te aseguro que el Rey
Está bien triste por esto.

DOMINGUILLO.
Alzará el cerco muy presto.

LOPE.
Hombre eres de buena ley.
No en balde bien te he querido,
No en balde siempre he fiado
Mi vida de tu cuidado.

DOMINGUILLO.
No te engañas, justo ha sido,
Porque solo soy bastante
Que no dure el cerco un día.

LOPE.
Hoy afeitarme querría.

DOMINGUILLO.
Deja, Señor, que me espante.
Tiénete Alfonso cercado,
Y ¿ocupaste en niñerías?

LOPE.
Hacen oficio de espías
Estos dos que me ha enviado
El Rey por embajadores,
Y porque entiendan de mí
Que me estoy durmiendo aquí
Al son de sus atambores,
La barba me quiero hacer.
Haz que vengan por acá.

DOMINGUILLO.
Éntrate, Señor, allá;
Y haré que te venga á ver
Don Nuño, porque se espante
Del descuido con que estás.
(Vase don Lope.)

ESCENA XXI.

DOMINGUILLO.

No imaginé que jamás
Viera ocasión semejante.
¿Qué mas atado le quiero,
Que de los paños cercado?
No ha muerto hombre amortajado
Como aqueste caballero.
El barbero vino ya...
Ya en la silla se ha sentado...
— ¿Qué aguardo? ¿Qué estoy turbado,
Pues que la ocasión me da,

No solamente cabellos,
Como á muchos que la ven,
Pero la barba tambien
Para asirle della y dellos?
Arrimado á aquel rincón
He visto un venablo fuerte.
Quiera el cielo que le acierte
Por la espalda al corazón.
Yo tiro, bien ó mal salga, (Tírale.)
Para salir del castillo.

ESCENA XXII.

DON LOPE, UN BARBERO.—
DOMINGUILLO.

LOPE. (Dentro.)
¡Ay! ¡Santa María me valga!
DOMINGUILLO.
Las espaldas le pasé.
¿Qué aguardo? (Vase.)
BARBERO. (Dentro.)
¡Hay tan gran maldad?
Gente, soldados, llegad
Presto; que el traidor se fué.

ESCENA XXIII.

SOLDADOS, que sacan á DON LOPE,
atravesado con un venablo; DOÑA
COSTANZA, DON NUÑO.

DON NUÑO.
¿Qué es esto?
LOPE.
¡Ay, Nuño querido!
De un traidor hazaña fea;
Que no es posible que sea
Sino de un hombre mal nacido.
DOÑA COSTANZA.
No creísteis mis consejos;
Fíateis de un traidor.
LOPE.
Señora, túvele amor,
Que mira el mal desde lejos.
—Por instantes se me quita
La habla... Ya es justa ley,
Pues muero, entregar al Rey
El castillo de Zurita.
Tomad vos, Nuño, la llave,
Y en mi nombre la llevad.
Lo que hice disculpad,
Pues mi juramento sabe;
Y decid que en tantos daños,
Primero mis desvarios
Cumplieron todos los míos,
Que él cumpliese los quince años.

DON NUÑO.
Él murió.
DOÑA COSTANZA.
Culpado muere
En fiarse de un traidor;
Que no en serlo á su señor.
DON NUÑO.
Llevalde. Y pues no hay qué espere,
Con las llaves quiero ir
Por las albricias al Rey.
(Entran á don Lope y vase don Nuño.)

ESCENA XXIV.

DOÑA COSTANZA.

¿Con qué justísima ley
Merece un hombre morir,
Que cerca del alma pone
Hombre de vil nacimiento,

Fiado en su entendimiento,
Por mas que el amor le abone!
Don Lope, amigos leales
Grande bien suelen hacer;
Pero estos se han de escoger
De personas principales.
No ha dado el cielo castigo
A un hombre de honra y verdad,
Como la falsa amistad;
Porque del cierto enemigo
Un hombre puede guardarse,
No del amigo fingido.

ESCENA XXV.

EL REY, EL CONDE, DON ESTÉ-
BAN, DOMINGUILLO, SOLDADOS.—
DOÑA COSTANZA.

REY.
¡Oh cuánto lo habrá sentido!
DON NUÑO.
No es posible consolarse.
REY.
Costanza, cuando os hablé
De esotra parte del muro,
No entendí que tan seguro
Pusiera en el fuerte el pié,
Ni vos pensastes venir
A tan miserable estado.
DOÑA COSTANZA.
De haber el fuerte cobrado,
No tengo yo qué decir.
Cosas de la guerra son,
Que las mujeres no entienden,
Y que todas se defienden
Con ser vuestra la razón.
Si me pesa de mi esposo,
Vos propio lo juzgaréis;
Pero más de que le déis
Sagrado tan generoso
Al infame que le ha muerto.
Y perdonad si me voy.
Por no decir donde estoy
Algun tierno desconcierto. (Vase.)

ESCENA XXVI.

DICHOS, menos DOÑA COSTANZA.

CONDE.
No le ha faltado razón;
Pero vos habeis cobrado
El fuerte, y sois obligado
A justa satisfacción.
Dadde, Señor, de comer.
Como lo habeis prometido.
REY.
Pues quede aquí difinido
Lo que este habrá menester.
DON ESTÉBAN.
Con dos mil maravedís.
Rey Alfonso, cada un año,
Tendrá bien, si no me engaño.
REY.
¡Bien, don Estéban, decid?
Esos de renta le déis;
Pero porque con su lengua
Y manos no ponga en mengua,
O dé la muerte tambien
A alguno sobre seguro,
Sáquele los ojos luego.
DOMINGUILLO.

¡Señor!...
REY.
No hay tratar de ruego.
DOMINGUILLO.
¿Qué buenos dos mil de juro!

DON NUÑO.
Mil maravedís te caben
A cada ojo. ¿Qué quieres?
DOMINGUILLO.
¿Tú eres rey? Tirano eres.
REY.
¿Quieres que tu vida acaben?
DOMINGUILLO.
¿Esa es condicion real?
REY.
Dos premios te doy tambien.
La traicion te pago bien,
Ser traidor te pago mal.
DOMINGUILLO.
Tu padre y tu abuelo imita.
REY.
Lo mismo hicieran que yo.
Al que el golpe recibió
Hago alcaide de Zurita,
Y si Costanza quisiere,
Yo la dotaré con él.
DOMINGUILLO.
Tambien yo he sido fiel;
Mas ya que premio no espere,
Sino por premio castigo,
Haz que de aquestos dos ojos
Saquen el uno.
REY.
¿Qué enojos!
Si tuvieras, enemigo,
Dos mil, dos mil te sacara,
Pues tú los sacaste á quien
Te crió y te hizo bien.
(Vase el Rey, el Conde y don Estéban.)

ESCENA XXVII.

DOMINGUILLO, SOLDADOS.

SOLDADO 1.º
Paciencia, hermano, y repara
En que te dan de comer.
Come y calla. ¿Qué te altera?
DOMINGUILLO.
Ver si está limpio quisiera;
Que no es buen comer sin ver.
SOLDADO 2.º
Como no comais pasteles
Ni compreis cosa guisada,
No tenéis que temer nada.
DOMINGUILLO.
¿Que con eso me consueles!
SOLDADO 1.º
Dáos renta el Rey, y ¡gemís
Por la vista!
DOMINGUILLO.
¿Es como quiera?
¿Hay alguno que lo quiera
Por dos mil maravedís?
SOLDADO 2.º
Camina, hermano, y no llores.
DOMINGUILLO.
¿Que en fin me habeis de dejar...
SOLDADO 1.º
¿Cómo se puede excusar?
DOMINGUILLO.
A buenas noches, señores?

ACTO SEGUNDO.

Iglesia Mayor de Toledo.

ESCENA PRIMERA.

DON ILLAN, GARCERÁN MANRIQUE.

DON ILLAN.

Holgárame de saber,
Garcerán, todo el suceso.

GARCERÁN.

Después tratáremos de eso;
Que mas tiempo es menester.

DON ILLAN.

Mientras que los reyes llegan,
Algo me podeis contar,
Pues da el tardarse lugar,
Aunque las fiestas le niegan.

GARCERÁN.

Por las que están á mi cargo
Lo negaba. Estadme atento:
Sabréis de paso mi intento,
Y perdonad si me alargo.
Luego que tomó á Zurita
El rey don Alfonso Octavo,
Muriendo Lope de Arenas
De la herida de un venablo,
El buen conde don Manrique,
Mi padre, que fué su amparo,
Fué con su gente siguiendo
A Fernán Ruiz de Castro.
Libre en el campo se vió,
Donde las armas trocando,
Para no ser conocido
Fernando con un hidalgo,
Fué el Conde mi padre muerto,
Y yo de tierra de Campos,
Donde á la sazón vivía,
De poco mas de diez años,
Traldo á servir al Rey,
No á criarme en su palacio,
Como los meninos suelen,
Entre galas y regalos.
Criéme al lado de Alfonso
Con las armas en las manos,
Cobrando fuerzas y villas
De sus reinos rebeldos.
Cuando ya le pareció
A Alfonso que de Fernando,
Su tío y rey de Leon,
Estaba libre y vengado;
Oyendo decir la guerra
Santa, á que príncipes tantos
Iban á Jerusalem,
Pasó la mar con Ricardo,
Noble rey de Inglaterra,
Que para cobrar el santo
Sepulcro de Cristo, dió
Por el Asia tantos pasos.
A todos le acompañé,
Hasta que sobre los campos
De Belen venció el inglés
Al Saladino siríaco.
De las hazañas de Alfonso
Aficionado Ricardo,
Le ofreció á Leonor, su hija,
Que Alfonso estimaba tanto.
Volvímos, Illan, á España,
Y desde ella dos prelados
Y yo partimos á Londres,
De la cual en breve espacio
Esta señora trujimos,
Y en Búrgos se desposaron,
Donde ingleses y españoles
Las fiestas han celebrado.
De allí, como ves, Alfonso

Viene á Toledo gallardo,
En edad que de su nombre
Tiembra el bárbaro africano.
Aquí pretende juntar
Sus generosos vasallos,
Y ir á Córdoba y Sevilla
Contra Zulema y Benzaido;
Que los caballos que hoy beben
En las corrientes del Tajo,
Del Bétis han de beber
Con sangre mora manchado.

DON ILLAN.

Los reyes entran, detente.
Después tendrémos espacio.

GARCERÁN.

Siempre, Illan, para servirte
Me reconozco obligado;
Que á don Estéban, tu padre,
Debo la espada que traigo.
Él me la cñó en Galicia,
Junto al altar de Santiago.

ESCENA II.

ACOMPÑAMIENTO DE CABALLEROS, y de-
trás, EL REY DON ALFONSO, hom-
bre ya, y LA REINA DOÑA LEO-
NOR, de las manos, y DON BLASCO.
—DICHOS.

DON BLASCO.

Estas llaves, Rey inclito, te ofrece
Toledo, y de sus nobles ciudadanos
Las almas, donde siempre el amor cre-
Y besa humilde tus reales manos.—[ce
Y á vos, en quien la gloria resplandece
De los reyes franceses y britanos,
Su frente humilla, Reina generosa,
Que el cielo en sucesión haga dichos;
Que en lo demás, yo pienso que os ha da-
Igual á vuestros méritos, Señora, [do
En este sol de rayos coronado,
Que hoy goza el mundo en tan hermosa

[aurora.

REY.

Agradecido estoy á su cuidado,
Y á Toledo prometo desde agora
Mayores privilegios y exenciones.

DON BLASCO.

Nuevos muros de fe y lealtad le pones.

REY.

¿Qué os parece, mi Leonor,
Desta famosa ciudad?

REINA.

Que no la he visto mejor:
Fortaleza y majestad
La coronaron de honor.
Mas de cuanto vi en Castilla
Ni en el límite de España,
Cuyo valor maravilla,
Ni esta poblada montaña,
Digna de ser vuestra silla,
Ni cuanto vimos los dos
En las fiestas deste día,
Me ha parecido, por Dios,
Alfonso del alma mía,
Lo menos que miro en vos.

REY.

Pues si yo viera, Leonor,
A Troya en su libertad,
A Grecia en su gran valor,
A Roma en su majestad,
A España en su antiguo honor;
Aunque no hubiera en los dos
Este lazo con que Dios
Quiso juntarnos aquí,
No me pareciera á mí
Lo menos que miro en vos.

DON ILLAN.

Déme los plés vuestra alteza.

REY.

Conoced á don Illan,
Que es Toledo por nobleza,
Hijo de tal capitán,
Que es laurel de su cabeza.
La santa iglesia ha pintado
En el techo del trascoro
A don Estéban armado,
Honor debido al decoro
De tan cristiano soldado.
A caballo le veréis,
Cosa digna de sus glorias.

DON ILLAN.

Aquí, Señora, teneis
La imagen de sus memorias,
Antes que al coro lleguéis.

REINA.

Bien se representa en vos
Su valor, y que los dos
Sois desta ciudad columnas.

DON ILLAN.

Que mil prósperas fortunas
Os guarde y aumente Dios.

REY.

Garcerán...

GARCERÁN.

Señor...

REY.

Advierte
Que á orillas del Tajo quiero
Ir esta tarde.

GARCERÁN.

Iré á hacerte

Algun reparo primero,
Por ser el calor tan fuerte;
Que los palacios ya son
Mas ruinas que palacios.

REY.

Repararlos es razon.

GARCERÁN.

Tajo en todos sus espacios
Ha tomado posesion.
Desde que salió por ellos,
Galiana, no han tenido
Reparo.

REY.

Vamos á vellos.

GARCERÁN.

Aunque el agua no ha querido,
Haré que te sirvas dellos.

REY.

¿Vamos, amada Leonor?

REINA.

Aquí estoy para servirlos.

REY.

¿Qué bien que pagais mi amor!
Pero podeis persuadiros
Que iguala vuestro valor.
No os ofenda encarecer
Mi amor, Leonor, deste modo

REINA.

¿Cómo me pudo ofender,
Si este valor nace todo
De que soy vuestra mujer?

REY.

No te olvides, Garcarán.

GARCERÁN.

No estoy pensando otra cosa

DON ILLAN.

Gallardos los reyes van.

GARCERÁN.

Es la Reina muy hermosa,
Y él por extremo galán.

(Vase.)

Hearta del Rey á la orilla del Tajo.

ESCENA III.

RAQUEL, SIBILA.

RAQUEL.

¿Parecióte bien Leonor?

SIBILA.

Para hermosura extranjera,
No pienso yo que pudiera,
Raquel, parecer mejor.

RAQUEL.

¿Es posible que te agrada
Aqueella nieve del norte?
¿Qué cosa habrá que reporte,
Con una hermosura helada,
El gusto de quien la mira?
¡Oh tal! ¡Oh brio español!
No pica al nacer el sol,
Ni al tiempo que se retira;
Al mediodía parece
Que tiene fuerza mayor.
En España vive amor;
Su brio y gusto merece
Que reine Vénus en ella.
La Chipre que celebró
La antigüedad, pienso yo
Que llevó hermosuras della.
Yo, Sibila, aunque no soy
Cristiana, soy española;
Que basta esta gracia sola.

SIBILA.

En tu pensamiento estoy,
Aunque sé que no tenemos
Las hebreas de nación
De briosas opinión.

RAQUEL.

Es porque no la queremos.
Como vemos los cristianos
Huir de la sangre nuestra,
¿De qué sirve darles muestra
Del brio en lengua ni en manos?
— Luego que pasar la vi
A su iglesia con su esposo,
Aunque era su rostro hermoso,
Su condicion presumí.
Yo te digo que aunque pruebe
Alfonso á tenerla amor,
Que nunca de su Leonor
Beba los gustos sin nieve.

SIBILA.

No se te ha echado de ver,
Raquel, el haberte helado
De haber á Leonor mirado;
Más te debí de encender,
Pues desde allí te has venido
A bañar al Tajo luego.

RAQUEL.

¿No puede haber algún fuego
En esa nieve escondido?

SIBILA.

¡Fuego! ¿Cómo?

RAQUEL.

¿No podía
Lo que la Reina me heló,
Abrasarme Alfonso?

SIBILA.

No.
Pues dala en nieve tan fría;
Que el sol, cuando reverbera
De nieve, no da calor.

RAQUEL.

Alfonso me debe amor.

SIBILA.

Es rey.

RAQUEL.

Aunque no lo fuera.

Considero yo entre mí
Aquel brio de soldado
Junto á un ángel tan helado...

SIBILA.

¿Tú quieres bañarte?

RAQUEL.

Sí.

SIBILA.

Pues dejemos en su casa
Los reyes.

RAQUEL.

Esta arboleda,
Por cuyas plantas tan leda
El agua del Tajo pasa,
Pienso que puede encubrirme.

SIBILA.

No hay un ave que te vea.

RAQUEL.

Como amor lince no sea,
Nadie podrá descubrirme.

SIBILA.

El amor dicen que es ciego.

RAQUEL.

No para ver lo que ama.

SIBILA.

Pues ¿qué?

RAQUEL.

El honor, tiempo y fama
Que pierde. Mira, te ruego,
No se escondan por ahí
Los amantes de la hebreá
Susana, y como ella sea.

SIBILA.

Fía tu cuidado en mí.

RAQUEL.

¡Ay, Dios!

SIBILA.

¿Qué fué el accidente?

RAQUEL.

Pensé que el Rey me miró...
— Y es que, como me agradó,
Le tiene el alma presente.

(*Entranse en una arboleda.*)

ESCENA IV.

EL REY, GARCERÁN.

REY.

Huígome de tratar contigo á solas,
Por esta orilla donde el manso viento
Encrespa al Tajo las corrientes olas,
Mi siempre recogido pensamiento.
Aunque le traigo, Garcerán, conmigo,
No siempre le apercibo en lo que siento.
Su rostro un hombre trae siempre con-
Y no le puede ver sin un espejo; [sigo.
Y así, llaman espejo á un hombre ami-
Mi pensamiento miro en tu consejo; [go.
Que verle sin tu espejo es imposible,
Y por eso contigo me aconsejo.
Yo pasé, Conde, mocedad terrible,
Perseguido de propios y de extraños,
Más que parece á tal edad posible.
Vestí las armas sin tener diez años.
Saqué la espada á luz, cobré mi reino,
Y el cielo me libró de tantos daños;
Caséme, amo á Leonor, contento reino.
Si no ensancho los reinos heredados,
¿Qué dejaré á mis hijos?

GARCERÁN.

Aquí cierra
La puerta amor, que abrieron tus pasa-
[dos;
Mas no te excusas de seguir la guerra,
Porque la fe, Señor, mas se dilate,

Y salga el moro de tu misma tierra.
Las fronteras de Córdoba combate.
Pues cuando ve que cueigas las espue-
Se calza el africano el acicate. [las,
El viene, si no vas; pues ¿qué rece-
Si el amor de tu esposa note abraza [las,
Y en la defensa de tu amor te hielas?
— ¿Qué te diviertes?

REY.

Por aquí vén, paff,
Ansí te guarde, Garcerán, el cielo,
Y aumente las grandezas de tu casa.
¿No ves en los cristales, vuelta en hielo,
Una ninfa del Tajo, que porfia
Hacer del agua á todo el cuerpo un velo?
No ves del dulce Ovidio la poesía,
Verdad en las riberas de Toledo,
Como él en las de Arcadia la fingia?

GARCERÁN.

Que á los dos sienta y vea tengo miedo.
No vi, por Dios, Señor, tanta hermo-
Miraría sin deseo apenas puedo. [sura.

REY.

¿Cuál escultor jamás hizo figura
De pário mármol tan perfecta y bella,
Ni la imaginación de nieve pura?
No sé qué pueda comparar con ella.

GARCERÁN.

Ea, ¡Señor, Señor!

REY.

¿Llamas?

GARCERÁN.

Sí llamo.

REY.

Pues bien...

GARCERÁN.

Parece que te vas tras ella.

REY.

Ya se enjuga y se viste. ¡Oh verde ramol
Rayo te abraze, que le das la ropa.
Desde el extremo al tronco te disfamo.

GARCERÁN.

[pa,
¿Qué! ¿quisieras roballa como á Euro-
O que por esta selva se anduviera, [pa?
Como el tiempo de Adán, el viento en po-
Nunca tal de tus ojos presumiera.
Así miró David otra hermosura,
Que estaba haciendo cristalina esfera
Las claras aguas de una fuente pura,
Que le costó despues fuentes de llanto.

REY.

[ral
¡Oh nuevo mal! ¡Oh extraña desventu-
GARCERÁN.

[to
¿Qué tienes? que me das notable espan-
En la mudanza que en tu rostro has he-
[cho.

REY.

No pensé que mi daño fuera tanto.

GARCERÁN.

¿Puede ser mas que emponzoñarte el
Aqueste basilisco con sus ojos? [pecho

REY.

Mayor estrago, mayor mal sospecho.

GARCERÁN.

¿Estrago de tan fáciles antojos?

REY.

¿No ves en los vestidos que es hebreá,
De que me pueden resultar enojos?

GARCERÁN.

Como solo mirar con ellos sea,
No repares en eso; y si reparas,
Guárdate de emprender cosa tan fea.

REY.

Garcerán, el servir tiene dos caras,
Verdad, y gusto del señor. Agora
Ponte en la de mi gusto.

GARCERÁN.

¡Oh cuántas raras
Virtudes que hay en tí, Señor, desdora
Tan feo error!

REY.

Aun no me has entendido.

GARCERÁN.

Mira, Señor, que tu Leonor te adora.

REY.

Vístete, Garcerán, deste vestido;
Ponte la cara de mi gusto, y calla.

GARCERÁN.

No te enojas, Señor: perdon te pido.

REY.

Ya está vestida; di que quiero hablalla.

GARCERÁN.

Aquí tengo aquel paje que conoces;
Llamaréle, y podrá tu amor contalla.

REY.

¡Qué graciosa locura!

GARCERÁN.

No des voces.

Yo la hablaré, si aquí me esperas.

REY.

Parte.

GARCERÁN.

Y no te enojas mas, así la goces.

REY.

Al pié deste moral quiero esperarte.

(Vase Garcerán.)

ESCENA V.

EL REY.

No te engrandezcas ya ¡oh mar de
[España!]

Por las riquezas que en tus ondas crias,
Pues mas que de tus ondas nos envías,
Lastiene el Tajo, que estos olmos baña.
Si en altas naves por la tierra extraña
El oro esparces de tus venas frías,
Mejor le hallan aquí las manos mías
Entre su verde juncia y espadaña.

Si por coral te alabas, unos labios
Vencen el árbol que en tu seno crece,
Con fruta que enloquece a los mas sa-
[bios.]

Pues si lustroso nácar te enriquece,
Puede hacer a las tuyas mil agravios
La perla que en sus aguas resplandece.

ESCENA VI.

BELARDO, FILENO.— EL REY.

BELARDO. (A Fileno.)

Pardiez, vos teneis donaire.
Si esta es la huerta del Rey,
Haga premática y ley
Que no entren el sol ni el aire.

FILENO.

¿Cómo tengo de guardar¹
En no los dejar llegar?²
Dénme la balde a mí.

BELARDO.

No gruñais; que os haréis viejo.

FILENO.

No estuviera en tu pellejo,
Para descuidarme así!

BELARDO.

¿Tan descuidado os parezco?

¹, ² Dos pareados entre dos redondillas;
quizá formaban el centro de una.

FILENO.

Andá, Belardo, en mal hora.

BELARDO.

Si los trabajos que agora
Me pudren (al diablo ofrezco
Quien me ha dado la ocasion).
Tuvierades vos, Fileno,
Vos viéradel veneno
Que traigo en el corazon.

FILENO.

¿Qué te han hecho?

BELARDO.

Ya ¡no nada!

Con los perros desta huerta
Traigo pendencia encubierta,
Y para mí declarada.

FILENO.

¿Cómo así?

BELARDO.

Yo no lo sé.

Despues de muerto, á la fe,
Dicen que han de conocerme.

FILENO.

¿Despues te han de conocer?

BELARDO.

Mientras vivo lo procuro;
Que, despues de muerto, os juro
De no se lo agradecer.

FILENO.

¿Que hay á quien tu vida pese?

BELARDO.

Es la envidia mal nacida.

FILENO.

Dales buen palo.

BELARDO.

En mi vida

Hice mal, aunque pudiese.
Todos me muerden en vano;
Que al fin de tantos destierros,
Ellos se quedan por perros,
Y yo me quedo hortelano.

FILENO.

Ahora bien, con la paciencia
Viene el remedio.

BELARDO.

Ya tarda.

FILENO.

Todo este cuadro me escarda,
Belardo, con diligencia;
Que está cubierto de yerba,
Mientras pongo aquel plantel.

BELARDO.

Adios.

(Vase Fileno.)

ESCENA VII.

EL REY, BELARDO.

REY.

(Para sí. Tirano cruel,
Que á ningún mortal reserva,
Es el amor: ni perdona
La majestad ni el poder,
Pues agora esta mujer
Mi pensamiento aficiona.
¿Si sabrán estos villanos
Su casa, su estado y nombre?)
¡Hola! ¿Qué digo? ¡Ah, buen hombre!
Parad un poco las manos.

BELARDO. (Canta.)

Hortelano era Belardo

³ Falta un verso. En los quince siguientes
parece que Lope de Vega, con su nombre po-
ético de Belardo, habla de sí propio.

En las huertas de Valencia;
Que los trabajos obligan
A lo que el hombre no piensa.

REY.

Hombre de bien, ¿a quién digo?
¿Habeis visto en esta huerta
Una dama, que á bañarse
Vino á esta tabla siesta?

BELARDO. (Canta.)

Pasado el hebrero loco,
Flores para mayo siembra;
Que quiere que su esperanza
Dé fruto á la primavera.

REY.

Oidme pues, si quierais.

BELARDO.

¿Quién es?

REY.

Oid norabuena
Cuando os habla gente honrada,
Aunque el trabajo os suspenda.

BELARDO. (Canta.)

Yo me iba, madre,
A Ciudadreale;
Errara el camino
En fuerte lugar.

REY.

Mas ¿que si me enojo os doy
Algun golpe, con que sientan
Vuestros oídos mis manos,
Pues las voces no aprovechan?

BELARDO.

Está el hombre trabajando;
No es mucho que no os entienda.

REY.

Si; pero yo sé que nace
De vuestra condicion terca.

BELARDO.

¿Qué es, Señor, lo que mandais?

REY.

¿Habeis visto en la ribera
Deste rio dos mujeres?

BELARDO.

Si vi, y en extremo bellas;
Pero tienen una falta,
Si no me engaña la muestra:
Que pienso que son judías.

REY.

Llamadlas, buen hombre, hebreas.

BELARDO.

¡Las necesidades del mundo,
En que funda sus quimeras!
Todo es lisonja y engaño,
Todo es locura y soberbia.
A Dios le llaman de vos,
Al hombre llaman de alteza,
Cortesana á la mujer
Que está sin honra y vergüenza,
Mocedades á los vicios,
A los hurtos diligencias,
A la pobreza deshonra,
Y honra al fausto y la riqueza,
Valiente al que es temerario,
Discrecion á la cautela,
Moreno al negro atezado,
A la envidia competencia,
Al que escribe secretario,
Aunque en las cárceles sea,
Donde el secreto mayor
Los pregoneros le cuentan;
Los oficios llaman artes;
Todos los nombres se truecan.
Solo á la muerte no mudan,
Porque iguala cuanto encuentra.

REY.

Agradásmeme, aunque grosero.

DELARDO.

Debajo desta pelleja
Puso Dios alma tambien,
Como á vos, con tres potencias.
Mas, volviendo á la pregunta,
Esas dos, malas ó buenas,
Se están bañando allí enfrente.

REY.

¿Sabes su estado y su hacienda?

DELARDO.

Debajo de ser quien son,
¿Qué mas quereis saber dellas?
Si alguna os parece bien,
Y sois persona de prendas,
Como se parece en vos,
Huid de aquí treinta leguas.

REY.

No me quiero yo casar.

DELARDO.

¿Para qué puede ser buena
Una mujer mal nacida,
Si tenéis un hijo en ella?

REY.

(Ap. Miedo me ha puesto el villano.)

Dime, amigo: ¿en esta huerta
Entraron con gente, ó solas?

DELARDO.

¿Cuándo viste gente destas
Que fuese pobre jamás?
Un coche y gentil merienda
Las trujo adonde las veis.

REY.

¿Que es gente rica?

DELARDO.

¿Pudiera

Ser pobre?

REY.

Guárdeos el cielo.

DELARDO.

Y á vos, Señor, os defendía
De dar en tan gran error;
Porque si cristiana fuera,
Ya tuviérais disculpa;
Mas, en su ley, es bajeza...
¿Un hidalgo como vos!

REY.

Parece que el cielo enseña

Hasta los rudos villanos.

¡Oh, amor, terrible es tu fuerza!

ESCENA VIII.

GARCERÁN.—EL REY.

GARCERÁN.

Con diligencias que hice,
A los palacios llevé
Aquella mujer sin fe,
Que así tu fe contradice.
Ya está en ella como el dueño,
Supuesto que Gallana
Se volvió después cristiana.

REY.

Garcerañ, mi fe te empeño,
Que si me hubieras traído
De Granada y de Sevilla
Las llaves, y hasta la silla
De Orán mi pendon subido,
No recibiera contento
Como el que en esto me has dado.
¿En los palacios ha entrado?

GARCERÁN.

Y hasta tu mismo aposento.
Ya sabe que eres el Rey;
Que no se pudo excusar.

REY.

¿Qué haré, Garcerañ?

L-11

GARCERÁN.

Pensar

Que es de tan infame ley,
Y ganar tan gran vitoria
Como el vencerse á sí mismo.

REY.

¿Cómo, si todo el abismo
Me atormenta la memoria
De la hermosura que vi,
Porque la memoria es fragua,
En los cristales del agua,
Del fuego que vive en mí?
Dime su nombre.

GARCERÁN.

Raquel.

REY.

Con su hermosura conviene.
Si tanto costarme tiene,
No quiero ser tan fiel.

GARCERÁN.

El otro sirvió dos veces
A siete años; pero á ti
No ha de sucederte así;
Que hoy la ves y hoy la mereces.

REY.

¿Qué no puede un rey?

GARCERÁN.

Advierte
Que tiene padre y hermano,
Uno mozo y otro anciano.

REY.

Ningun temor me divierte,
Pues no es el mayor bastante.

GARCERÁN.

¿Gran fuerza de amor!

REY.

Cruel.

Espera, hermosa Raquel,
A Jacob, tu nuevo amante.

(Vanse.)

Sala en el alcázar de Toledo.

ESCENA IX.

LA REINA, DON BLASCO, CLARA.

REINA.

¿No ha vuelto Alfonso á Toledo?

DON BLASCO.

Irá esos bosques abajo
Por las riberas que Tajo
Baña en cristal puro y lido,
O habrá por dicha subido
A los montes que su extremo
Miran en él.

REINA.

Mucho temo.

Nunca, don Blasco, he temido
Como en aquesta ocasión.

DON BLASCO.

Parece que tienes celos.

REINA.

Tengo á lo menos recelos,
Que deudos cercanos son.

DON BLASCO.

No te arrojes, por tu vida,
A tan mala enfermedad,
Ni en tu libre voluntad
Les des, Señora, acogida.
El Rey, mi señor, te adora;
No despiertes á quien duerma.

REINA.

¿Cómo podré defenderme

De mi pensamiento agora,
Si vive dentro de mí?

DON BLASCO.

Podrás con entretenerte.

REINA.

Tú, si puedes, me divierte:
Veré si me olvido así.

DON BLASCO.

A jugar podrás un rato
Divertir esa pasión.

REINA.

Males que de veras son,
Nunca en el juego los trato.
Dame, Clara, escribanía.
Llama tú quien cante un poco.
(Vase don Blasco.)

CLARA.

Muy presto tu amor da en loco.

REINA.

¿Poco es ausencia de un día?
Aquí escribo. Allí te aparta;
Que tú lo verás despues.

ESCENA X.

GARCERÁN.—LA REINA, escribiendo;
CLARA.

GARCERÁN. (Bajo á Clara.)

¿Qué hace la Reina?

CLARA.

¿No ves

Que está escribiendo una carta?

GARCERÁN.

Conmigo ha venido el Rey,
Dejando el río famoso;
Que corre tan presuroso
Para exceder de la ley
De un justo y debido amor.

CLARA.

¿Dónde queda?

GARCERÁN.

Cerca está.

CLARA.

¿Muy cerca?

GARCERÁN.

Y que ha entrado ya.

ESCENA XI.

EL REY; LA REINA, escribiendo;
GARCERÁN, CLARA.

REY. (Bajo.)

Quedito, no hagais rumor.
¿Qué hace mi Leonor?

CLARA.

Escribe

Para divertir tu ausencia.

REY.

¿Sintióla?

CLARA.

Tan sin paciencia,
Que es un milagro que vive.

REY.

Salios allá fuera un poco.

GARCERÁN. (A Clara.)

Yo tengo que hablarte.

CLARA.

Vamos.

(Vanse Garcerañ y Clara.)

ESCENA XII.

EL REY; LA REINA, *escribiendo*.REY. (*Para sí.*)

Di, amor, ¿qué fin esperamos
Con un principio tan loco?
Decid, alma: «Loca estoy.»

REINA. (*Escribiendo.*)

Loca estoy...

REY. (*Para sí.*)

Con mis acentos
Responde á sus pensamientos
Leonor, á fe de quien soy.
Basta, que yo quiero bien.

REINA. (*Escribiendo.*)

Quiero bien...

REY. (*Ap.*)

¡Otra razón!

¡Vive Dios, qué es confusión
Y mal agüero también!
Mas vale oír la acabar
El ríngon, y responder.

REINA. (*Escribiendo.*)

No te he visto desde ayer.

REY. (*Ap.*)

Conmigo debe de hablar.
Sin duda que son consejos
De mi ausencia.

REINA. (*Escribiendo.*)

Estoy mortal...

REY. (*Ap.*)

¡Oh, si declarase el mal
Que tiene!

REINA. (*Escribiendo.*)

Mi mal es celos.

REY. (*Ap.*)

¡Ay de mí! Si ha puesto espías
Y sabe lo que ha pasado,
¿Qué hará?

REINA. (*Escribiendo.*)

Morir de cuidado

Conviene á las penas mías.

REY. (*Ap.*)

No la engaña el pensamiento;
Que el basilisco que vi
Me tiene fuera de mí
Desde hoy. ¡Qué extraño tormento!

REINA.

Y, ¿cómo al lo es extraño!

REY. (*Ap.*)

Aquí acertó á responder;
Que pienso que esta mujer
Ha de ser...

REINA. (*Escribiendo.*)

Para mi daño...

REY.

(*Ap.* No la quiero aguardar mas.)
Leonor, ¿qué es esto?

REINA.

Señor...

REY.

¿A quién escribes, Leonor?

REINA.

A tí, pues ausente estás.

REY.

¡Yo ausente!

REINA.

Pues desde ayer,

¿No es ausencia?

REY.

No, Señora;
Que aunque lejos, como agora

Presente me habeis de ver;
Porque donde estoy sin vos,
Os veo mejor que aquí.
¿Qué habeis escrito?

REINA.

Escribi

Mil disparates, por Dios.

No es justo que los veais.

REY.

Dejad el papel.

REINA.

Leed;

Pero haréisme gran merced,
Si cerrado le rasgais.

REY. (*Lee.*)

«Loca estoy de vuestra ausencia,
»Sin paciencia estoy también;
»Pero, como os quiero bien,
»No es mucho estar sin paciencia.

REINA.

«Para qué queréis, Señor,
Mis disparates leer?

REY. (*Lee.*)

»No te he visto desde ayer.
»¿Qué mucho morir de amor!
»Affigame mil recelos,
»Estoy mortal; pero en suma...

REINA.

Probaba, Señor, la pluma.
No leas mas.

REY. (*Lee.*)

»Mi mal es celos.

»Tardas: morir del cuidado
»Convienes á las ansias mías;
»Tal día en todos los días
»Desta tu vida he pasado.
»¿Qué extraño tormento y pena
»Es celos! Y el desengaño
»Pienso que para mi daño
»Mi propio cuidado ordena.»

REINA.

Ahí llegaba, pensando,
Alfonso querido, en tí.
¿Qué has hecho, mi bien, sin mí?

REY.

Sin tí, no; que, imaginando
En tu valor, tan presente
Te tengo como aquí estás.
Después, mi bien, lo sabrás
Mas clara y mas tiernamente.
Retírate, por mi vida;
Que siento gente y rumor.

REINA.

Pienso que os cansa mi amor.

REY.

Cuanto os digo se os olvida.
Vos no me podeis cansar;
Que sois este mismo aliento
Con que respiro.

REINA. (*Ap.*)

¿A qué intento

Me ha mandado retirar?
No voy contenta, ni es justo
Cuando tiene estado nuevo
Con dama, á decir me atrevo,
Que tan bien le viene al gusto (*Vase.*)

ESCENA XIII.

DON ILLAN.—EL REY.

(*Tocan dentro un atambor.*)

DON ILLAN.

(*Ap.* Ya, gran señor, el conde Nuño Pe-
Ha hecho de la gente que ha llegado,
Que son mas de cuarenta compañías,

Un lucido escuadron, y acompañándole
Lo noble de tu corte, las ofrece
A tus balcones en vistoso alarde.
Suplicate, Señor, que á verle salgas,
En premio del deseo de servirte,
Porque ha sabido que llegaste agora.

REY.

(*Ap.* ¡A lindo tiempo guerra,
Cuando con mis sentidos,
Ya reinos divididos,
Sobre ganar la tierra,
La traigo yo en el alma,
Donde siempre el amor lleva la pal-
llan, di que me deje. [*ma!*])

DON ILLAN.

¿Cómo así me respondes?
¿Por qué tu rostro escondes?
¿Pretendes que se queje
Aquel noble soldado,
Que así te ha defendido y te ha criado?
¿Aquel de los mejores
Que de Avila salieron?
Mira que te le dieron
Por padre tus mayores;
Que está, puedo decirte,
Rojo de sangre y blanco de servirte.

REY.

Que venga blanco ó rojo,
¿Qué importa, si esta tarde
No quiero ver su alarde?

DON ILLAN.

No recibas enojo.
Yo diré que se vuelva
Para cuando tu gusto se resuelva.

REY.

Illan, di que despida
Nuño toda la gente;
Que de un nuevo accidente
Tengo el alma ofendida.
Di que cuelgue la espada.

DON ILLAN.

Basta; que ha sido la jornada nada.
[*Vase.*]

ESCENA XIV.

GARCERÁN.—EL REY.

GARCERÁN.

¡Aun no supliste, con mostrarte alegre,
Fingir siquiera una palabra sola,
Disimular del nuevo amor la pena!
Clara me ha dicho que hay adentro lá-
grimas. [*grimas.*]

REY.

Para cuando la noche, que ya llega,
Tienda de todo punto el negro manto,
Garcerán, dos caballos apercebe;
Que me aguarda Raquel, y fues concier-
Que se quede en la huerta. [*te*]

GARCERÁN.

¿No me entiendes

Lo que te digo de estos nuevos celos?

REY.

Ahí quiero que viva; que en efecto,
Mis visitas serán menos notadas.

GARCERÁN.

Mejor fuera, Señor, que fueran menos.
Entra, por Dios, y con disculpa alguna
Alegremos la Reina, mi señora.

REY.

Pienso que ya de que me parta es hora.

GARCERÁN.

(*Ap.* ¿Qué le habrá dado esta mujer? Mas
Que seguirá cansancio, como suele,
A tales accidentes amorosos.

No quiero replicarle, aunque era justo,
Porque la privación no aumente el gus-
to. [*to.*]

Si te quieres partir, todo está á punto.

REY.

Partirme quiero luego; que no puedo,
Garcerán, dilatar las esperanzas
De aqueste bien.

GARCERÁN.

Pues vén, Señor, conmigo.

REY.

Haz cuenta que soy ciego y que tesigo.
(*Vanse.*)

Hacedad el Rey, con entrada á los palacios
de Gallana.

ESCENA XV.

DAVID, LEVÍ.

DAVID.

Esto me envía á decir,
Y que el Rey en este fuerte
La ha encerrado de tal suerte,
Que es imposible salir.

LEVÍ.

¡Fuerte llamas lo que todos
Palacios de Gallana,
Puerta para todos llana
Desde en tiempo de los godos?

DAVID.

Hijo, donde quiere un rey
Hacer fuerza, eso la tiene,
Y sobre todo, conviene
Solo obedecer su ley.
Yo pienso que la vería
Acaso; y como mancebo
(Cosa que en un rey no apruebo,
Y mas siendo sangre mía),
Mandaría á sus criados
Que la trajesen aquí.

LEVÍ.

Padre, cuando eso sea así,
¿En qué somos desdichados?
Alfonso ¿no es rey?

DAVID.

Sí es.

LEVÍ.

Pues ¿qué honor guardáis en vano
Donde no hay tan vil cristiano
Que no nos traiga á sus piés?
¿No es mejor tener favor,
Y ser nosotros temidos,
Donde somos abatidos
Por ley que no tiene honor?
¿No puede ser que Raquel
Mezcle esa sangre á la tuya?

DAVID.

Como es poca edad la tuya,
Juzgas de amor como en él.
Si tuvieras estas canas,
Vieras cómo ya son leyes
Que nadie como los reyes
Hacen esperanzas vanas.
Leonor sabrá dél, primero
Que al Rey prometa callar,
Este amor, este lugar
Con estilo lisonjero;
Y mientras trate de amor
El Rey á Raquel fiel,
Para matar á Raquel
Buscará espada Leonor;
Y en teniéndola buscada,
Saldrá el Rey por una puerta,
Y por otra, al daño abierta,
Entrará á Raquel la espada.

LEVÍ.

Siempre los viejos soñais
Fragedias: melancolía
Propia de la sangre fría

Que á los espíritus dáis.
Alégrate, por mi vida;
Que en aquel balcon está.

DAVID.

Este labrador dirá
Si hay álguien que nos lo impida.

ESCENA XVI.

BELARDO, con un lanzon. — Dichos.

BELARDO.

¿Quién va allá?

LEVÍ.

Gente segura.

BELARDO.

La fruta vendrán á hurtar.

LEVÍ.

No venimos sino á hablar...

DAVID.

Hablarle bajo procura.

LEVÍ.

Una dama que está aquí,
Que á aquesta huerta ha venido.

BELARDO.

¿Es una que no ha comido
Tocino en su vida?

LEVÍ.

Sí.

BELARDO.

Pues ¿para qué la queréis?
Que, á ser olla, era la cosa
Mas mala y menos sabrosa
Que hallar ni comer podeis.

LEVÍ.

¿Qué importa hablarla?

BELARDO.

No creo

Que os han de dejar entrar...

— Pero bien podeis llegar;
Y aunque de noche, la veo
Con la poca claridad
Que de las estrellas sale.
Entrad.

DAVID.

No hay sol que la iguale.

LEVÍ.

Padre, buen ánimo: entrad.
(*Vanse padre é hijo.*)

ESCENA XVII.

BELARDO.

El demonio me hizo á mí
Andar guardando esta huerta,
Que no tien cerca ni puerta.
Todos se entran por aquí:
Por aquí son las meriendas,
Aquí todos los amores,
Aquí los competidores,
Los celos y las contiendas;
Aquí el venir á nadar,
Hasta espulgarse es aquí.—
El cielo se aniebla allí
Y se comienza á enojár.
¡Relámpagos! Buenas noches.
¡Truenos!... ¡y en la era el pan!
Otro. Soldado se han
Los caballos á los coches.
Santiago, decía mi abuela,
Cuando los truenos oía,
Que por el cielo corría
Con su espada y su rodela.
¡Oh qué terrible aguacero!
Si dura... Iréme á la choza.

(*Vase.*)

ESCENA XVIII.

EL REY.

El que tanta gloria goza,
Como en tus brazos espero,
¿Qué puede, Raquel, temer?
Perdióseme Garcerán
Por volver por un gaban,
Viendo empezar á llover.
Es tan grande mi deseo,
Que aguardarle no pudiera
Un punto, si me trujera
Mas riquezas que poseo.
¿Qué terrible oscuridad!
Qué relámpagos y truenos!
Y están los cielos serenos
Sobre la misma ciudad.
Solo en la huerta parece
Que el cielo muestra su furia;
Debe de ser que mi injuria
Siente, riñe y aborrece.
Hablan las nubes tronando,
Y rasgándose los cielos:
Deste mi amor tienen celos,
Y lloviendo, están llorando.
Los relámpagos con fuego
Muestran el que ya me espanta,
El viento el polvo levanta
Para decir que soy ciego.
Brama el Tajo por salir
A templar aqueste ardor;
Pero no es fuego el amor
Con quien puede competir.
Tiemblan los árboles juntos,
Sus hojas llaman á Alfonso,
Como el último responso
Que se dice á los difuntos.
¡Válgame el cielo! Otra nube
Tan negra deciendo allí.
Mas ya se aparta de mí,
Y por donde baja sube.

ESCENA XIX.

UNA VOZ, dentro.—EL REY.

UNA VOZ. (*Cantando triste, dentro.*)

Rey Alfonso, rey Alfonso;
No digas que no te aviso:
Mira que pierdes la gracia
De aquel Rey que rey te hizo.

REY.

Dentro de la misma nube
Parece que la voz dijo
Que de aqueste atrevimiento
Estaba el cielo ofendido.

LA VOZ. (*Dentro.*)

Mira, Alfonso, lo que intentas,
Pues desde que fuiste niño,
Te ha sacado libre el cielo
Entre tantos enemigos.
No des lugar desta suerte,
Cuando hombre, á tus apellidos.
Advierte que por la Cava
A España perdió Rodrigo.

REY.

¡Vive el cielo, que le entiendo,
Y que todos son hechizos
De Leonor, para quitarme
El gusto que emprendo y sigo!
Los palacios son aquestos;
Yo entro.

ESCENA XX.

Cuando EL REY va á entrar, aparece UNA SOMBRA con rostro negro, ténico negra, espada y daga ceñida.

REY.
¡Cielo divino!
¿Qué es esto que ven mis ojos? —
¿Eres hombre? ¡Hola! ¿A quién digo?
¿No hablas?

(Desaparece la Sombra.)
Desaparecióse.
Mas ¿de qué me maravillo?
¡Viven los cielos, que fué
Sombra de mi miedo mismo!
Entraré por la otra parte,
Saltando el arroyo limpio
Desta acequia. ¡Ay, cielo santo!
(Vuelve á aparecer la Sombra.)
Otra vez la sombra he visto. —
¿Qué quieres? ¿qué me persigues?
¿Quién eres?

ESCENA XXI.

GARCERÁN.—EL REY, LA SOMBRA.

GARCERÁN.
Tarde he venido.
REY.
¿Eres sombra ó eres hombre?
Habla y dime: «Yo te sigo;»
Que hombre soy para escucharte,
Ya seas muerto, ya seas vivo.
GARCERÁN.
Allí he sentido una voz.

(Desaparece la Sombra.)

REY.
También agora se ha ido.
GARCERÁN.

¿Quién va?

REY.
¡Otra sombra tenemos!
Pero esta en efeto ha dicho
Con voz humana: «¿Quién va?»

GARCERÁN.
¿Quién va? ¿No responde?

REY. Amigos.

GARCERÁN.
¿Es el Rey, mi señor?

REY. Sí.
¿Eres Garcerán?

GARCERÁN.
El mismo.
¿Qué tienes, que estás temblando?

REY.
Notables cosas he visto.

GARCERÁN.
¿Cómo, Señor?

REY.
Nubes, sombras,
Truenos, tempestad, granizo,
Música en los mismos aires.

GARCERÁN.
¿Qué temerarios prodigios?
Mas ¿qué haces á la puerta?

REY.
No puedo entrar; que porfio,
Y veo una sombra delante.

GARCERÁN.
A Dios tienes ofendido.
Volvamos á la ciudad.

REY.
Calla; que todo es hechizo.

GARCERÁN.
¿Hechizo?
REY.
Yo sé de quién.

GARCERÁN.
Mira que sin duda ha sido,
Para apartarte de aquí,
Del mismo cielo artificio.

REY.
Cobardías, Garcerán.
GARCERÁN.
¿Eso dices?

REY.
Esto digo.
GARCERÁN.
Pues meto mano á la espada,
Y entro adelante, atrevido.

REY.
Yo te sigo, Garcerán;
Que amor me quita el juicio;
Y perdida la razón,
Conozco el daño, y le sigo,
Porque, donde está sujeto,
¿De qué sirven los sentidos?
(Echa Garcerán mano á la espada, y
entra el Rey tras él.)

ACTO TERCERO.

Sala del alcázar.

ESCENA PRIMERA.

DON ILLAN, DON BLASCO

DON ILLAN.
Este papel me dieron de la Reina,
Señor don Blasco, por el cual me avisa
Que á las horas que veis venga al alcázar.
DON BLASCO. [zar.
Illan, yo imaginaba que era solo,
Porque me manda á mi también lo mismo.
¿Qué nos podrá querer? [mo.
DON ILLAN. alguna cosa
Del remedio de Alfonso por ventura.

ESCENA II.

BELTRAN DE ROJAS.—DICHOS.

BELTRAN.
Guárdeos el cielo, caballeros.
DON ILLAN. ¿Bueno!
¿También Beltran de Rojas?
BELTRAN.
Yo pensaba
Que á nadie hallara aquí, porque la Rei-
Me mandó que viniese con secreto, [na
Por aqueste papel, á aqueste sitio.
DON BLASCO.
A lo mismo los dos venido habéis.
¿Sabeis lo que nos quiere?
DON ILLAN. Imaginamos
Que se quiere quejar de sus desdichas.

ESCENA III.

GARCERÁN.—DICHOS.

GARCERÁN.
Yopienso que he tardado.—¡Oh caba-
DON BLASCO. (Ap.) ¡Uleros!
Guárdeos el cielo, Garcerán Manrique.
BELTRAN.
Pues este viene, no será de Alfonso
Lo que trata la Reina, pues ha sido
Quien sabe los secretos de su pecho,
Y en este desatino le acompaña.

GARCERÁN.
Espántome de hallaros desta suerte,
Si no venimos todos á una cosa,
Pues por este papel, con gran secreto,
La Reina me mandó que venga solo.
DON ILLAN.
A todos nos advierte de lo mismo.
GARCERÁN.
Luego ¿todos venimos á una cosa?
BELTRAN.
Quedo; que sale ya la Reina hermosa.

ESCENA IV.

LA REINA Y EL PRÍNCIPE ENRIQUE,
niño, de luto los dos.—DICHOS.

DON BLASCO.
¿Luto! ¿Por quién, Señora?
REINA. Bien pudiera
Imaginar don Blasco mi desdicha.—
Cerrad las puertas de escuadra luego.
BELTRAN.
Ya están cerradas. Siéntese su altera,
Y diga para qué nos ha llamado.
DON ILLAN. (Ap.)
¿Qué triste viene!
GARCERÁN. (Ap.)
Lástima me ha dado.

REINA.
Noble Blasco de Guzman,
Gallardo Beltran de Rojas,
Illan de Toledo, ilustre
Por hazañas tan heroicas;
Fuerte Garcerán Manrique,
Que con tan altas victorias
De Jerusalem volvistis
A vuestra patria famosa;
Por ser, como sois, en quien
Estriba este reino agora,
Columnas de quien se afirma,
Nobleza con quien se adorna,
Con secreto os he juntado,
En desdicha tan notoria,
Para que el remedio della
Entre todos se proponga.
Alfonso, cuyas virtudes
El Bueno, cual veis, le nombran,
Ya pierde el nombre que tuvo,
Con una hazaña tan loca.
Siete años há que encerrado
Con aquella hebrea hermosa,
Segunda Cava de España,
Vive retirado á solas.
No se acuerda de sí mismo,
Ni atiende ni acude á cosa
De su reino, de su vida,
De su fama y de su honra.
Raquel reina, Raquel tiene
De Castilla la corona;
Da banderas á las armas,
Y á las letras nobles ropas.
Ella castiga, ella prende,

Y ha sido tan rigurosa,
Que á vuestro rey tiene preso,
Siá darle tan sola un hora
De libertad en siete años.
¡Qué prision tan vergonzosa!
Pensaréis que hablo en la parte
Que como á mujer me toca?
Bien pudiera, pues es justo;
Mas en esto se reporta
Mi sentimiento de suerte,
Que una palabra tan sola,
Para decirle mi pena,
No ha salido de mi boca.
Mis lágrimas le han hablado,
Aunque su curso interrompa;
Mas ¡qué podrán voces de agua
En peñas de orejas sordas?
Lo que me mueve es mirar
Que Dios se ofende y se enoja
De suerte deste pecado,
Que ya la venganza toma.
Bajan de la Andalucía,
De Granada y de Archidona,
Los moros, y al Rey se atreven
De quien temblaron la sombra.
La Sierra-Morena pasan,
Y destruyendo á Almodóvar,
Pasan las campos de Utiel,
Y en Ciudad Real se alojau.
A este paso, castellanos,
Presto del Tajo en las ondas,
Por dicha con sangre vuestra,
Beberán sus yeguas moras;
Presto en estos altos muros,
En vez de banderas rojas,
Verán pendones azules,
Que ya tan cerca tremolan;
Presto en esta santa Iglesia,
Donde la Reina y Señora
Del cielo puso los piés,
Pondrá los huesos Mahoma.
Pues ¡cómo no os afrentais
De que una mujer os ponga
En tanto mal? ¡Qué es aquesto?
Vosotros sois sangre goda?
Vosotros sois descendientes
De la sangre generosa
Que ganó aquesta ciudad,
Espejo de toda Europa?—
Tú eres Blasco de Guzmán?—
Tú eres Illán, tú, que borras
De tu padre don Estéban
La imagen de sus memorias?
El metió á Alfonso en Toledo;
Tú de Toledo le arrojas,
Pues que consientes que viva
En tanta infamia y deshonra.—
Y tú ¡eres Rojas Beltrán?
Pues ¡como no tienes rojas
Las mejillas de vergüenza
Del dabo que te provoca?—
Y tú, Garcerán Manrique,
Que del Asia honrado tornas,
¿Cómo no ves que te llaman
Autor de tan torpe historia?
Tú ayudas á tu señor
A que como bestia corra
Sin freno por tantos vicios.
Dime: ¿con qué te soborna?
Has mezclado allí tu sangre?
Pues, fiera gente española,
Este es Enrique, mi hijo:
O matadme esa traidora,
O él y yo, pues no teneis
Manos, fuerzas, sangre ni honra,
A Inglaterra nos vamos,
Donde la casa piadosa
De Ricardo nos sustente.

(Vase.)

ESCENA V.

EL PRÍNCIPE ENRIQUE, DON ILLÁN,
DON BLASCO, DON BELTRAN,
GARCERÁN.

BELTRAN.
¡Señora!...
DON BLASCO.
¡Reina!...
GARCERÁN.
¡Señora!...
DON ILLÁN.
Detente, por Dios.
ENRIQUE.
Villanos,
¿Cómo se ha de detener,
Si para tan vil mujer
No teneis honra ni manos?

DON ILLÁN.
Advierte, Príncipe, advierte
Que no hay villanos aquí.

ENRIQUE.
Todos lo sois para mí,
Pues me tratáis desta suerte;
Que de aquesta esclava Agar
Saldrá algun niño Ismael,
Tan bastardo como él,
Que me pretenda matar.

GARCERÁN.
Señor, ¿qué habemos de hacer,
Siendo Alfonso, vuestro padre,
Nuestro rey?

ENRIQUE.
Ver que mi madre
Es dese Alfonso mujer.
Pese á tal con los villanos
Que esta bajaza consienten!
Posible es que no se afrenten
Esas armas y esas manos?

DON BLASCO.
Señor, tratadnos mejor.
ENRIQUE.
Muy buenas canas, por cierto!
¿Qué bien la nieve ha cubierto
El monte de vuestro honor!
Por Dios, Blasco de Guzmán,
Que acudís muy bien al nombre!

GARCERÁN.
¿Qué hará, si llega á ser hombre?

DON ILLÁN.
Tiene razon, Garcerán.

ENRIQUE.
¿Qué hidalgos!

DON ILLÁN.
Señor, advierte...
ENRIQUE.
¿Qué quieras, Illán, que advierta,
Si veo á mi madre muerta,
Y á mi padre desa suerte?
Teneis vos por qué volvais
Por esa hebrea?

DON ILLÁN.
Yo!
ENRIQUE.
Vos.
DON ILLÁN.
Limpio soy, Señor, por Dios;
Que puesto que rey seáis,
De emperadores diciendo
De Constantinopla yo:
Paleólogo me dió
Esta sangre que defendo.
Del primero que á Toledo
Vino, el Toledo tomé.

BELTRAN.

Mirad, Señor, que no fué
Sufrir esto culpa ó miedo.
Todo en que es nuestro rey para.
Templad, templad las congojas.

ENRIQUE.
¿Qué quierais, Beltrán de Rojas?

BELTRAN.
Señor, que volvais la cara.

ENRIQUE.
¡La cara! ¡A lindos trofeos!
Para qué, si el Rey aquí
Sirve de espejo, y en mí
Os habeis de ver tan feos?
Mas, por vida de mi madre,
Que otra vez no la veais,
Si primero no matais
La hechicera de mi padre. (Vase.)

ESCENA VI.

DON ILLÁN, DON BLASCO, DON
BELTRAN, GARCERÁN.

BELTRAN.
¡Extraña confusion! ¿Qué decís desto?

GARCERÁN.
¿Qué me miráis á mí? Yo no sé nada;
Pero para el remedio estoy dispuesto.
Diréis que ¡cómo sacaré la espada (do,
Contra mujer que el Rey me ha confía-
Y de quien es por tanto extremo ama-

[da]
Diréis que ¡cómo habiendo acompaña-
Tantos años en este desatino [do
Al Rey en este error precipitado,
Para ayudarnos hallaré camino? [mana,
Y habrá alguno que diga que á su her-
Cómplice deste mal, también me incli-

[no.
Pues ¡plega á aquella sangre soberana
Que se vertió por mí, que si ha tenido
Culpa, ni ha sido en este error liviana,
Yosea el primero que, cayendo herido
De vuestras manos, pague al justo cielo
Lo que en diversas cosas le he ofendi-

BELTRAN. [do!
Garcerán, yo conozco tu buen celo;
Yo sé que te has muy bien aconseja-
Nadie de tu virtud tendrá recelo; [do;
Mas, como desde niño te has criado
Con Alfonso, no es mucho que, celosa
La Reina, te haya alguna vez culpado.
Al principio no fué tan enojosa [tilla
La perdicion del Rey; mas ya en Cas-
Y en toda España es insufrible cosa.
Inglaterra, ya con maravilla [tenta.
De ver nuestro descuido, armarse in-
No hay en el reino ya ciudad ni villa [ta.
Que no murmure y sienta aquesta afren-
Cobremos nuestro rey, que está cauti-

GARCERÁN. [vo.
Justísima es la hazafia que se intenta.
Digo que por mi parte me apercibo.

DON BLASCO.
Pues yo seré el primero.

DON ILLÁN.
Y yo el segundo.

GARCERÁN.
La razon es mi rey, con ella privo.

BELTRAN.
Daréis ejemplo de lealtad al mundo.
(Vase.)

Huerta del Rey á orillas del río.

ESCENA VII.

EL REY, RAQUEL, SIBILA.

REY.

¿No traen las cañas?

SIBILA.

Ya viene

Con ellas el hortelano.

REY.

Fresca entrada de verano!
Mas tal primavera tiene.

RAQUEL.

Tras tantos años de amor,
¿Decís lisonjas agora?

REY.

Amor es niño, Señora,
Y es con los años mayor.
Pues si es amor ya crecido,
¿Por qué no será verdad?

RAQUEL.

Porque el no haber novedad
Causa desprecio y olvido.

REY.

¿Olvido en mí? ¡Plega á Dios!...

RAQUEL.

No jureis; que ya lo creo.

REY.

Más nuevo es hoy mi deseo
Que cuando le puse en vos.
Sois mi señora y mi reina,
Sois mi diosa, sois por quien
Vivo, sois todo mi bien;
Sois quien en mi alma reina.
Mayor, Señora, sois vos;
Que si yo reino en Castilla,
Vos en mí.

(*Vase.*)

ESCENA VIII.

FILENO y BELARDO, con unas cañas
de pescar.

BELARDO.

Por esta orilla
Se van hablando los dos.

FILENO.

¿Por dónde ó cómo llegaste
A ser del Rey conocido?
Siendo tú tan encogido,
¿Cuando ó por dónde le hablaste?

BELARDO.

Puesto que soy labrador,
Ya sabes que sé leer,
Y un libro me dió á entender
(Que era de un discreto autor)
Que eran los reyes deidades
Hasta llegarlos á hablar;
Que despues suele humillar
El trato las majestades.
Con esto, como le vía
Pasar por aquí mil veces,
Flores, frutas, aves, peces
De rodillas le ofrecía.
Agradóle el buen humor,
Y en la huerta que ha labrado,
Jardinero me ha criado,
Barquero y pescador.

FILENO.

¿Qué harán agora?

BELARDO.

Han pedido

Estas cañas: pescarán;

Luego en el barco entrarán,
De oro y seda guarnecido,
Con un tendal de damasco
Y flores que les he puesto.

FILENO.

¿Dónde irán?

BELARDO.

A cierto puesto
Que asombra un alto peñasco,
Donde se suelen lavar.

FILENO.

¿Su merienda habrá también?

BELARDO.

Si ello pareciera bien.

FILENO.

Pues ¿tú sabes murmurar?

BELARDO.

Pues ¿quién son mas murmurados,
Fileno, de sus errores,
Que aquestos grandes señores,
Y de sus mismos criados?
Lástima tengo de ver
A Alfonso fuera de sí.

ESCENA IX.

SIBILA, EL REY, RAQUEL.—DICHOS.

SIBILA.

Ya están las cañas aquí.

REY. (*A Raquel.*)

¿Qué cañas son menester
Donde tus ojos están?
Mas no son almas los peces,
Ni hubiera para dos veces
En cuantos nadando van.

RAQUEL.

Con una me contentara.

REY.

Pon el cebo en el anzuelo
Que dió á tus ojos el cielo,
Y en lo que puedes reparar.

RAQUEL.

Dejándote por galán
Que cumples tu obligacion,
Y de cuya estimacion
Tal vez sospechas me dan,
Echo en tu nombre la caña.

REY.

Y yo en el tuyo también.

(*El Rey y Raquel echan los anzuelos
al río.*)

RAQUEL.

Haz una cosa, mi bien,
Ansí te dé Dios á España.

REY.

¿Cómo?

RAQUEL.

Que lo que sacares
Sea, Alfonso, para mí,
Y lo que yo, para ti.

REY.

Me espanto que en eso pares.
Si el mundo, como se pinta
En una pequeña esfera,
Sacar del agua pudiera
Colgado de aquesta cinta,
Hoy le ofreciera á tus pies.

RAQUEL.

Bésos las manos, Señor.

SIBILA.

¿Pican?

RAQUEL.

No.

SIBILA.

¡Bravo rigor!

RAQUEL.

Es muy presto.

REY.

¿Presto es?
Muy simples los peces son,
Que no pican en tu anzuelo.

SIBILA.

Picó.

RAQUEL.

Tira.

(*Saca el Rey, enganchada en el anzuelo,
una calavera.*)

REY.

¡Ay santo cielo!
¿Qué notable confusion!

RAQUEL.

¿Qué es esto!

REY.

¿Me parecer,
Es una muerte.

RAQUEL.

Y ¿qué sera!

BELARDO.

Señora, la calavera
De algun niño puede ser,
Que habrán echado en el río.

REY.

No te aflores.

RAQUEL.

No puedo
Dejar de cobrarla miedo;
Que bien sabes, señor mío,
Que fué concierto que fuese
Para mí lo que sacases.

REY.

De que en eso imaginases,
Me pesa.

RAQUEL.

Pues no te pese;
Que ya veo que esto ha sido
Una cosa accidental.

BELARDO.

Trabóse en ella el sedal,
Y á fe, que está bien asido.

RAQUEL.

Sacar quiero para ti;
Que ha picado.

REY.

Tira, arriba.
(*Saca Raquel, con su anzuelo, un
ramo verde.*)

¿Qué es eso?

RAQUEL.

Un ramo de oliva.

REY.

¿Un ramo de oliva?

RAQUEL.

Sí.

REY.

También es que se trabó
A las ramas el anzuelo.
No pesques mas.

RAQUEL.

Dejarélo.

REY.

Entra en el barco.

RAQUEL.

Eso no,
Porque con tantos azares
No quiero entrar en el río.

REY.

Por esos ojos, bien mío,
Que en aqueo no repares.

ESCENA X.

UN CRIADO.—Dichos.

CRIADO.
Aquí está Fernán Rúiz.

REY.
¿El de Castro?

CRIADO.
Sí, Señor.
REY.

A este viejo tengo amor.
Es de aquel tiempo infeliz
En que, niño, me seguí
Mi tío el rey de León...
—Y pienso en esta ocasión
Que le busca y desafia
Garcerán, porque mató
Al Conde su padre; y quiero
Guardar este caballero,
Que en mi niñez me guardó;
Que si le ve Garcerán,
A los dos he de perder.

RAQUEL.
Las paces podeis hacer;
Que con eso la tendrán.

REY.
Yo voy con él, mi Raquel,
A la ciudad.

RAQUEL.
Id con Dios.
(*Vanse el Rey y el criado.*)

SIBILA.
¿Qué harémos aquí las dos?

RAQUEL.
Ninguna cosa sin él.
Y pues ya se fué, te ruego
Que nos vamos al palacio;
Que he menester grande espacio
Para templar este fuego.
Por Alfonso no he llorado;
Ya que se fué, llorar quiero,
No porque creo el agüero,
Mas porque temo el pecado.
(*Vanse las dos.*)

ESCENA XI.

BELARDO, FILENO.

FILENO.
Triste está.
BELARDO.
Tiene razón;
Que aunque soy rudo y grosero,
Esta pesca darte quiero,
Fileno, declaración.
La muerte que el Rey sacó
Para Raquel, claro está
Que muestra su muerte ya.
La oliva que ella pescó
Para el Rey, muestra que, muerta
Esta afición pertinaz,
Quedará este reino en paz.

FILENO.
¿La oliva?
BELARDO.
Es cosa muy cierta,
Porque siempre oí decir
Que la oliva significa
Paz, y que á la paz se aplica;
Y si esta viene á morir,
¿Qué mas paz? La paz es cierta
Entre el Rey y su Leonor,
Porque se tendrán amor.

FILENO.
Gran gente ha entrado en la huerta.

BELARDO.
Muchos caballeros son.
FILENO.
Mudados de color vienen.
BELARDO.
Algun desafío tienen.
FILENO.
Todos vienen de cuestion.

ESCENA XII.

GARCERÁN, DON BLASCO, DON
ILLAN, BELTRAN, OTROS CABALLE-
ROS Y EL CRIADO.—Dichos.

DON ILLAN.
Tú lo has hecho bien, Mendoza,
Como de tí se esperaba.

BELTRAN.
Hoy ha de morir la Cava,
Que de nuestro mal se goza.

GARCERÁN.
Fué gran milagro que el Rey
Con Fernán Rúiz saliese.

CRIADO.
Que yo el recado le diese
Fué mayor.

DON BLASCO.
¿Qué humana ley
Sufre que esta infamia viva?

BELTRAN.
¿Va el Rey lejos?

CRIADO.
Léjos va.
Ya de la huerta saldrá.

DON ILLAN.
Hoy la mano vengativa
Del cielo nos ha tomado,
Señores, por instrumento
De castigo y de escarmiento.

BELARDO. (*Ap. á Fileno.*)
Por detrás deste encañado
Quiero escaparme, Fileno,
Y contar esto á Raquel;
Que estas armas y tropel
¿Para qué puede ser bueno?

FILENO.
Bien harás. Véle á decir
Que anda esta gente en la huerta.
(*Vase Belardo.*)

DON ILLAN.
Hoy será su muerte cierta,
Porque no es posible huir.

GARCERÁN.
Los pasos están tomados,
Puesto que aviso tuviera.

DON BLASCO.
Recorramos por defuera
Todos aquestos cercados.

BELTRAN.
Vamos; que será el primero
Que la ofenda.

DON ILLAN.
¿Tú no mas?
GARCERÁN.

El que se quedare atrás,
O es villano ó lisonjero.
(*Vanse.*)

Sala en el palacio de Galiana.

ESCENA XIII.

RAQUEL, SIBILA; *después*, BELARDO

SIBILA.
Deja ya, Raquel, el llanto.

RAQUEL.
¿Ay Sibila! ¿cómo puedo?
Volverme quiero á Toledo;
Que de estar sola me espanto.

SIBILA.
¿Sola estás? ¿No hay mil criados?
Y tu padre ¿no está aquí
Con nuestro hermano?

RAQUEL.
¿Ay de mí!
Todos crecen mis cuidados.
Cuando el rayo de Leonor
Decienda de su poder,
En mas vidas ha de hacer,
Sibila, estrago mayor.
Mal hice en dejar salir
A mi Alfonso de la huerta;
Que la mas cerrada puerta
Sabe la desdicha abrir.

(*Sale Belardo.*)
BELARDO.
Advierte, hermosa Raquel
Si tienes algo que temas,
Que con turbado semblante,
Capas y espadas diversas,
Caballeros de Toledo
Hoy han entrado en la huerta.
No son de amistad señales,
Sino de traicion y fuerza.
Hablando están en secreto,
Ya se paran, ya se acercan;
Algunos vienen delante,
Y algunos atrás se quedan.
No hay árbol donde no hagan
Consejo; y es bien que adviertas
Que consejo, y en el campo,
Siempre es consejo de guerra.
Yo soy un pobre hortelano;
Esto me enseñan las letras
Que aprendí, siendo muchacho,
En la corte y en la escuela.

RAQUEL.
Labrador honrado y noble,
¿Qué me dices? ¿Qué me cuentas?
¿Caballeros y con armas!
¿Ay Dios! no vienen á fiestas.
Así los cielos piadosos
Tus trigos sembrados crezcan,
Así como el cielo nieve,
Lluevan lana tus ovejas,
Así tus árboles lleven
Fruta como el Tajo arenas,
Que vayas á toda prisa,
Y digas al Rey que venga
A librarme de su furia.

SIBILA.
Voces dan.

ESCENA XIV.

BELTRAN, DON ILLAN, y *después*,
DON BLASCO y otros.—Dichos.

BELTRAN. (*Dentro.*)
Romped las puertas.

BELARDO.
Huye, Señora.

RAQUEL.
No puedo.

DON ILLAN. (*Dentro.*)
Entrad, hidalgos, y muera
La Circe que al Rey cautiva,
Y la hechicera Medea.
(*Salen con las espadas desnudas don Blasco, Beltran, don Illan y otros caballeros.*)

RAQUEL.
¿Buscáisme á mí, caballeros?

DON BLASCO.
Pues ¿quién quieres tú que sea
La que, siendo una mujer,
Tantas espadas merezca?

RAQUEL.
La que fué mas desdichada,
Pienso que mejor dijeras.

DON ILLAN.
¿Desdichada! ¿Por qué causa
Por desdichada te cuentas?
¿No has gozado un rey siete años,
Que ni su gente en la guerra
Ni su mujer en la paz
Le han visto un hora siquiera?

RAQUEL.
¿Qué buen gozo, si este fin
Es todo el bien que me queda
De haber ese rey gozado!
¿Pluguiera al cielo que fuera
Un labrador como aquel!

BELARDO.
Suplicole no me meta
En sus historias á mí.

RAQUEL.
¡Oh amor! de cualquier manera
Has de acabar en desdichas.
¡Malditas tus glorias sean!

BELTRAN.
¿Qué queréis, si no es posible
Que otro fin mas dulce tenga?

DON BLASCO.
Caballeros, ¿qué aguardáis,
Si en la muerte desta Elena
Vuestro remedio consiste
Y el de toda España?

TODOS.
¡Muera!
(*Hicriencia.*)

RAQUEL.
Muero en la ley de mi Alfonso;
Testigos los cielos sean.
Creo en Cristo, á Cristo adoro.

BELTRAN.
La ley de Cristo confiesa.
(*Muere Raquel.*)

DON ILLAN.
Muera su hermana Sibila.

SIBILA.
¿A mí? ¿Por qué?

DON ILLAN.
Porque sea
Esta venganza famosa.
(*Matan á Sibila.*)

BELTRAN.
Muertas en su estrado quedan.—
¿Quién eres tú?

BELARDO.
El hortelano
Soy yo, Señor, desta huerta.

BELTRAN.
También este ha de morir.

BELARDO.
Es verdad, cuando Dios quiera;
Pero agora, ¿por qué causa?

BELTRAN.
Que cuanto esta casa encierra,
Se ha de pasar á cuchillo.

Oldme.
BELARDO.

BELTRAN.
¿Qué?

BELARDO.
Escuchad.
BELTRAN.

Abrevia.

BELARDO.
Yo sé dónde está el tesoro,
Plata, joyas y cadenas.

DON BLASCO.
No le mateis.

DON ILLAN.
Alto pues.—
Adónde está nos enseña.

BELARDO.
Echad todos por aquí.

BELTRAN.
Vamos.
BELARDO. (*Ap.*)
Si cojo la puerta,
No me ha de alcanzar el Cid
En su caballo Babelca.
(*Vanse.*)

Átrio del alcázar.

ESCENA XV.

EL REY, GARCERÁN.

REY.
¿Qué me dices, Manrique?

GARCERÁN.
Señor, no descompongas
Tu majestad, ni pongas
Tu ilustre vida á pique
De que pierda Castilla
Un rey, de todo el mundo maravilla.

REY.
Y ¿qué! ¿será ya muerta?

GARCERÁN.
Señor, tu entendimiento
Te valga en tal tormento.
Yo los dejé á la puerta;
No dudes que han entrado,
Y el blanco pecho en púrpura bañado.

REY.
Traíganme postas luego.

GARCERÁN.
Ya, Señor, lo han oído,
Y por ellas han ido.

REY.
¿Qué temerario fuego!
Las entrañas me abrasa.
No ha de quedar ninguno de mi casa.

ESCENA XVI.

LA REINA, EL PRÍNCIPE ENRIQUE.
—**DICHOS.**

REINA.
Enrique, tú has de ir delante.

ENRIQUE.
Delante, Señora, voy,
Puesto que temblando estoy.

REY.
¿Hay libertad semejante?
Pues ¿tú pareces aquí!

REINA.
No vengo como mujer.
Tu hijo vengo á traer.

Por defensa contra tí.
Solo desta imágen soy
El marco que la guarnece;
Si el retrato te parece,
Mira que en su guarda estoy.
Mirarse un hombre en su hijo
Es considerar que fué
Pequeño, porque no está
En su rigor firme y fijo.
Mírate, mi Alfonso, aquí,
Mira aquesta piedra fina;
No á mí, Señor, que la mina
Donde la hallaste fui.
Mi vida ya la desamo;
Porcia he de ser, si eres Bruto;
Mas sírvete deste fruto,
Ya que das al fuego el ramo.
No sé por qué el ver te espanta
La prenda que aquí te doy;
Haz cuenta que jaula soy,
Y este el pájaro que canta.
Mira que te adoro y quiero,
Cuando mas daño me haces;
Que bien puedes hacer paces
Con tan honrado tercero.

REY.
¿Es posible que te atrevas
A parecer á mis ojos?

ENRIQUE.
Padre, cesen los enojos.

REY.
¿Cómo? ¿Que á hablarme te muevas?

ENRIQUE.
Padre, el haberme engendrado
Es para que si fallais
Del mundo, dejar podais
Otro vos en vuestro estado.
Pues si á mí me ha hecho Dios
Otro vos, que es hoy tan cierto,
¿Por qué, después que sois muerto,
No tengo de hablar por vos?

REY.
¿Yo estoy muerto!

ENRIQUE.
Habrá siete años;
Porque el vivir es obrar
Las cosas en su lugar,
Y no por medios extraños.
Si es vuestro oficio asistir
A Castilla, y no la veis;
Si vivís y la perdeis,
¿Qué es lo que llamais vivir?

REY.
Caballos.

GARCERÁN.
Ya, gran Señor,
Postas á la puerta están.
Pero es noche.

REY.
Garcerán,
Ya no hay que tener temor.
Vamos á Diéscas los dos,
Y ¡ojalá sin vida llegue!

GARCERÁN.
¿Que tanto un error te ciegue!

REY.
Ruega que me alumbre Dios.
(*Vanse el Rey y Garcerán.*)

ENRIQUE.
Madre, ¿no iremos tras él?

REINA.
Aguarda; que viene gente.

ESCENA XVII.

DON BLASCO, BELTRAN, DON ILLAN.
—LA REINA, EL PRÍNCIPE.

DON BLASCO.
Ya queda, Reina excelente.
Muerta en su estrado Raquel.
REINA.
Y el Rey ¿lo sabe?
DON ILLAN.
En la huerta
Concerté con Garcerán
Se lo dijese.
REINA.
Hoy tendrán
Paz sus reinos, Raquel muerta.
BELTRAN.
¿Qué ha hecho?
REINA.
Terribles cosas,
Y por la posta se parte
A Madrid.

DON BLASCO.
Aconsejarte
Quiero dos harto forzosas :
La primera, que le sigas ;
La segunda, que le hables.
REINA.
Blasco, entrambas son notables.
Tiemblo de ir. No me lo digas.

DON ILLAN.
Señora, Raquel murió,
Y el Rey se ha de consolar.
Quien ama ha de porfiar,
Porque siempre amor venció.
Habla al Rey, lleva á tu hijo,
Para que su enojo acabes.

REINA.
Bien parece que no sabes
Las cosas que á mí me dijo.
Está muy fresco el dolor.

DON ILLAN.
Bien dice Guzmán, Señora.
REINA.

Y ¿cuándo irá?
DON ILLAN.
Luego.
DON BLASCO.
Agora.

REINA.
Por la mañana es mejor.
DON BLASCO.
Antes del alba has de estar
Con él. Animate y parte.

ENRIQUE.
Yo también quiero animarte,
Pues te quiero acompañar.
REINA.

Vamos pues.
ENRIQUE.
Si con despecho
Te recibe, ponme á mí
Delante para que allí
Tope su espada en mi pecho.
(Vase.)

Posada del Rey en Illéscas.

ESCENA XVIII.

EL REY, GARCERÁN.

GARCERÁN.
Por descansar siquiera del camino,
¿No dormirás, Señor, solo un momen-
[to?
REY.
¿Cómo podrá dormir mi desatino?
GARCERÁN.
Mira que el estrellado firmamento
Se viste de la luz del alba hermosa,
Purificando el aire en su elemento.
Ya baja la mañana envuelta en rosa,
Bañando sus mejillas de colores.
Por Dios, ¿ha de mirarte vergonzosa?
REY.
Mira que los consejos son errores,
Mañique amigo, en pechos obstina-
Yo lloro con razón. [dos.

GARCERÁN.
No lo es que llores.
REY.
Véte, y descansa un poco.

GARCERÁN.
Tus cuidados.
Quisiera descansar.

REY.
Véte, y no seas
Pesado, amigo, si ellos son cansados.
GARCERÁN.
Quiero dejarte.

REY.
Vuelve cuando veas
Que un poco mas el alba se declara.
GARCERÁN.
Haré solo, Señor, lo que desees.
(Vase.)

ESCENA XIX.

EL REY.

[ra,
Raquel hermosa, más que el cielo cla-
Yo moriré muy presto: aguarda, espera.
Parece que me escucha y que se para.
Ya pensarás que de tu muerte fiero
No he de tomar venganza. Espera un

[poco;
Que no ha de quedar hombre que no

[muera.
¡Dichoso yo, si me volviese loco! [do,
Señor, valedme; que me voy perdién-
Mientras que mas en mis desdichas to-

[co.
Páreceme que estoy á Raquel viendo,
Que, abierto el pecho, muera con mi

[nombre.
Nome culpes, mi bien, pues note ofen-

[do.
No ha de quedar de todos vivo un hom-

[bre.
Blasco muera el primero, y llan luego,
De muerte tan cruel, que á España

[asombro.
Beltran de Rojas arderá en un fuego;
Y aun este Garcerán me ha parecido

Que no está libre. ¡A qué locuras llego!
Aguarda, hermoso espíritu, vestido
De resplandores del hermoso cielo;
Desnudo quede amor, su cifra y nido,

O llévame contigo deste suelo, [ra
Teñido de tu sangre; que en cualquier
Parte que estés, la quiero yo por cielo.

¿Qué luz es esta? ¡Si es Raquel! Espera.

ESCENA XX.

Oyese una música celeste y aparece
UN ANGEL al REY.

ÁNGEL.
Alfonso, muy ofendido
Está Dios de tus palabras,
De las blasfemias que dices
Y de que tomes venganza.
Vuelve á tí; que si no enmiendas
Lo que has dicho y lo que tratas,
Grande castigo te espera,
Notable rigor te aguarda.
Dios quiere, para que entiendas
Lo que á Dios le desagrada
El sentimiento que has hecho,
Que no te herede en tu casa
Hijo varón; morirán
Sin el reino, por desgracias.
Vuelve en tí, no digas cosas
Que aun á las piedras espantan,
Cuanto mas al cielo, á quien
Debes eterna alabanza. (Vase.)

REY.
Pequé, Señor, ofendí
Vuestra majestad; perdon.

ESCENA XXI.

GARCERÁN.—EL REY.

GARCERÁN. (Saliedo.)
¿Qué terrible confusion!
¿Voces el Rey?

REY.
¡Ay de mí!
GARCERÁN.
Señor, ¿de rodillas vos?

REY.
Pues ¿deso te maravillas?
¿No estará un rey de rodillas
A un embajador de Dios?

GARCERÁN.
Luz hallé en el aposento
Cuando entré; ya va faltando...

REY.
Es que yo la voy tomando,
Y de tinieblas saliendo.
¿No hay una imagen aquí
De gran devoción y fama?

GARCERÁN.
De la Caridad se llama.

REY.
Garcerán, llévame allí.

GARCERÁN.
Señor, diferente os hallo;
Ídme diciendo lo que es.

REY.
Haz cuenta que á Pablo ves
Derribado del caballo.
(Vase.)

Vista exterior de la iglesia de la Caridad
en Illéscas.

ESCENA XXII.

LA REINA, EL PRÍNCIPE, DON BLASCO,
DON ILLAN, BELTRAN, CLARA.

REINA.
Aquí dicen que está; que no ha partido.
DON ILLAN.
Bien le puedes hablar.

REINA.
Primero quiero
Hablar con Dios.

DON BLASCO.
Ese principio ha sido
Siempre el mejor, mas cierto y verda-
REINA. — [dero.

La fama que esta imágen ha tenido,
Y lo que de la Santa Reina espero,
Divino original de su hermosura,
Dichoso fin en todo me asegura.
Entremos en el templo; que sospecho
Que ha de ser de los dos puerta dora-
ENRIQUE. [da.

Hoy mueva el cielo de mi padre el pe-
En nido de paloma tan sagrada. [cho

REINA.
Yo haré labrarla del cimientto al techo,
Si me otorga esta paz.

BELTRAN.
Será llamada
Casa de Paz.

DON BLASCO.
¿Qué caridad mas justa?
¡Oh virtud, de que el cielo tanto gustal
(*Entran en la iglesia.*)

Interior de la iglesia.

ESCENA XXIII.

LA REINA, EL PRÍNCIPE, CLARA,
DON BLASCO, BELTRAN, DON
ILLAN.

REINA.
Hacia aquella parte oscura
A rezar, Blasco, me aparto.
Toda la gente desvia.

DON BLASCO.
Apartémonos, hidalgos.
(*Descubren la imágen, y la Reina se
hincó de rodillas y se echa el manto.*)

DON ILLAN.
¡Sola una lámpara tiene
Casa de tantos milagros?

BELTRAN.
Gastan todas las limosnas
Que dan á este templo santo
En sustentar pobres viudas,
Vestir pobres y curarlos.

DON ILLAN.
¡Obra santa!
DON BLASCO.
Y bien grandiosa.
Fué prenda al fin de tal mano.

BELTRAN.
¿Cómo vino aquí?

DON BLASCO.
Ilefonso,
De Toledo pastor santo,
La tenía en su oratorio
Por un celeste regalo,
Y la envió á dos beatas
Para consuelo y amparo,
Y en su casa le hicieron
Un templo, hasta que ha llegado
A la grandeza que hoy vemos.

ESCENA XXIV.

EL REY, GARCERÁN.— Dichos.

REY.
Entra, amigo; que me abraso.

GARCERÁN.
Descubierta está la Virgen.
REY.
La fuente es adonde aguardo
Que ha de aplacarse la yerba
Con que tiró mi pecado. —
Oscuro está, bien me viene.
Quiero dar gritos.

GARCERÁN.
Callando,
Oye Dios.

REY.
Ya lo sé, amigo.

GARCERÁN.
Pide perdón.

REY. (*De rodillas.*)
Ese aguardo. —

Virgen...
REINA.
May bien sabéis vos...

REY.
Mi culpa...

REINA.
Que sois mi amparo.

REY. •
Perdonáda.

REINA.
Y siendo así...

REY.
Vuestro amor...

REINA.
Mi Alfonso amado...

REY.
Me guie.

REINA.
Tenga perdón.

REY.
Pues sois estrella...

REINA.
Miraldo...

REY.
A mi Leonor...

REINA.
Que su amor...

REY.
Me llevad.

REINA.
Le trae turbado.

REY.
¡Garcerán!

GARCERÁN.
Señor, ¿qué tienes?

REY.
Llega á quien está rezando
Aquí delante, y dirás

Que rece un poco mas bajo;
Que me divierten sus quejas.

GARCERÁN. (*A la Reina.*)
Cierta hidalgo apasionado

Suplica á vuestra merced,
No que suspenda su llanto,

Ni su devoción no ostente,
Y á este sol divino y claro

Pida su luz, mas que un poco
Baje la voz, entre tanto

Que hace una cuenta que está
Confusa entre miedo y llanto,

Y le divierten las voces.

REINA.
Decid, Señor, á ese hidalgo

Que yo he perdido un marido
Tal, que aunque éntre Alfonso Oclavo,

No es mejor, y que consiste
En el pedirlo el cobrarlo;
Que me perdone por Dios.

GARCERÁN.
Jasto es, Señora, estimario.
(*Vuélvese al Rey.*)

REINA. (*Ap. al Príncipe.*)
¿No es Garcerán?

ENRIQUE.
Él parece.

¿Si está aquí mi padre amado?

REINA.
Si él está aquí, Virgen bella,
Nuestras paces os encargo.

REY.
Déjala, amigo, que llore.

Por ventura podrán tanto
Sus lágrimas, que eternezcan
Aqueste pecho de mármol.

(*Clara se pone de rodillas al lado
de Garcerán.*)

CLARA.
¡Ah, caballero! ¿qué digo?

¡Garcerán!

GARCERÁN.
Al alma ha dado
Nueva vida aquesta voz.

¡Clara hermosa!

CLARA.
Habla mas paso.

La que hablaste era la Reina.

GARCERÁN.
¡Santo Dios! Y el Rey, mudado
Del intento que tenía,

Es el que está suspirando.
Luego vuelvo.

(*Vuélvese Clara junto á la Reina.*)
Gran señor,

La Reina...

REY.
¿Llora su agravio?

GARCERÁN.
Está aquí.

REY.
Y tiene razon.

(*Habla Garcerán bajo al Rey.*)
REINA. (*A Clara.*)

Al irse, quedé dudando
Si era Garcerán amigo.

CLARA.
El Rey, dijo, que ha mudado
El intento que tenía,

Y viene á buscar tus brazos.
¿Ves el bullo?

REINA.
Bien le veo.

Nueva Dios su pecho airado.
Quiero hablar, porque me entienda.

REY. (*A Garcerán.*)
Estaba, amigo, rezando.

No te entendí, y ya me alegro
De las nuevas que me has dado.

ENRIQUE.
El cielo ablande su pecho.

REINA.
De Dios espero el amparo.

REY.
¡Ay Reina del alma mía!

¡Dejas de pedir tu agravio,
Y procuras mi perdón?

Garcerán, ¿has escuchado
Quejas tan enternecidas,

Agravios que obliguen tanto
A pedir perdón, á amar,

A olvidar el reino y mando,
Y arrojádomé á sus piés,
Decirle yo su cuidado?

La humildad obliga á Dios,
Y perdon alcanza el llanto.

(*Llégase á la Reina.*)

REINA.

¡Ay, Jesús!

REY.

Yo soy, Señora.—
Virgen, juramento os hago
En señal que viví ciego,
Y por vos la vida aguardo,
De adorar á mi Leonor
Mientras de mi vida el plazo
Llega á sus últimos fines,
Deuda que pagar aguardo.
(*Abrazanse.*)

REINA.
Indigna soy de esos brazos.

GARCERÁN.

Llegad todos, caballeros.

BELTRAN.

¿Qué gente es esta? Apartaos.

GARCERÁN.

El Rey es.

DON BLASCO.

¡Señor!...

REY.

Amigos,
Conozco que anduve errado.
Nadie lo pasado trate.

DON ILLAN.
Es muy justo.

ENRIQUE.

Padre amado,

Menos airado, bien puedo
Pedir la mano.

REY.

Y mis brazos.

Volvámonos á Toledo,
Donde mil fiestas hagamos.

DON BLASCO.

Prevendrémostas al punto.

DON ILLAN.

Aquí se acaba, Senado,
Las paces de los dos reyes,
Historia de Alfonso Octavo.

EL CARDENAL DE BELEN,

COMEDIA DE LOPE DE VEGA CARPIO,

DIRIGIDA AL PADRE MAESTRO FRAY HORTENSIO FÉLIX PARAVICINO,

predicador de su majestad y provincial dignísimo de la sagrada religion de la Santísima Trinidad,
redencion de cautivos.

SÉNECA, en el libro *De la tranquilidad de la vida*, y en el capítulo *De las amenazas de la muerte*, para prevenir lo que dijo Canio Julio á un tirano, le llama: *Vir in primis magnus*, y prosigue: *Cujus admirationi ne hoc quidem obstat, quod nostro saeculo natus est*. Notables palabras de aquel filósofo contra los que piensan que no se puede alabar ni estimar lo que habemos conocido y tratado, y que solo es digno de fama lo que no vimos ni conocimos. Confieso á vuestra paternidad ingenuamente que en mi vida fui desta opinion; antes bien me causaron mayor admiracion las obras de los ingenios que vi y traté, si los hallé dignos de alabanza, al igual de los antiguos, en las mismas materias que escribieron. No sufren algunos la fama grande en los vivos; y por adquirirla ellos, se valen de tantas peregrinidades como Anaxágoras, que para ostentar su ingenio llamó negra á la nieve, no sin risa de Ciceron; cuyo camino precipita á muchos mal contentos de la verdad comun, por irse solos. Otros, que siendo ignorantes, juzgan, *non quantum ad quid rei, sed quantum ad quid nominis*, como en el segundo de los *Físicos* dijo por los ciegos Aristóteles, son opuestos *ex diametro* á la luz, y les ofende la claridad del nombre ajeno; y como no pueden escribir, ni para deleitar ni para enseñar, amenazan con que pueden reprehender. Finalmente, no se halla quien, por esta ó por aquella razon, no remita la fama á las cenizas. *Fama post cineres*, dijo Ovidio; *gloria non moritur*, Claudiano; *viribus ingenio, caetera mortis erunt*, Virgilio; y que *post mortem vivere facit*, Livio; aunque á Ovidio, á Claudiano, á Virgilio y á Livio contradiga Boecio en el metro sétimo del segundo libro, *Mors spernit altam gloriam*, y pregunte por los huesos de Fabricio, el rígido Caton y el valeroso Bruto. ¡Desdicha humana, remitir precisamente la fama para el sepulcro, donde callando la lengua, hablen los mármoles, y que lo que se merece en vida, se reserve para la muerte, cuando el que no vió ni conoció al que escribe (y él tenga tan poco que le agradecer, como quien ya no siente) haga tan diferente idea de su rostro! Si no dijese vuestra paternidad que es bien que hable el bronce de una sepultura, como trompeta, á los oídos de la envidia, sordos á la alabanza de los buenos, sabios y virtuosos. No niego la obligacion á la propia fama, premio de la virtud y de la honesta vida, pues dijo Ciceron que: *Futurae post obitum famae, etiam detracto sensu, consulendum est*; pero si la virtud máxima carece de envidia, por opinion de tantos, ¿por qué no gozará de la fama en vida quien la merece muerto? Engañase quien piensa que los que ya lo son no tienen enemigos; pues dejando aparte tanta suma de ejemplos, en nuestros dias el Bocalino, ignorante maldiciente, escribió en sus *Raguallos del Parnaso* que el gran capitan Gonzalo Fernandez de Córdoba no merecia llamarse grande: á cuyas frias razones respondió docta y bastantemente, en libro particular, Antonio de Porras, cuyo nombre se sacó de su anagrama:—por cuyos temores justos bien puedo yo decir de vuestra paternidad lo que Séneca de Canio Julio: *Vir in primis magnus*, y que no obsta á su alabanza *quod nostro saeculo natus est*. Al doctísimo padre Ibañez, al discreto Castro Verde, al clarísimo ingenio de fray Plácido de Tosantos y otros padres dignísimos, ¿qué objecion puede ser haber nacido en este siglo? ¿Por qué ha de perder la historia del padre doctor Mariana, de Alonso Lopez de Haro, de Luis Cabrera de Córdoba y Gil Gonzalez de Avila, del valor que

las han de dar los futuros siglos, por haber nacido en este? ¿Qué debe el valenciano Salat á Hipócrates, ni el granadino Berrio á Bártulo, Fernando de Herrera á Horacio, el Mudo á Apéles, y Felipe Rogera á Orfeo Tracio? Yo, doctísimo padre, con diferente opinion, daré siempre alabanza y admiracion á vuestra paternidad y á los divinos frutos de su peregrino ingenio; y quanto mas le he tratado y visto, en mayor veneracion pienso tenerle; y así, *Non ego* (con Horacio) *meis chartis in ornatum silebo*, sino que algun dia me dilataré á sus loores, si bien con ruda, pero ya conocida pluma. Bien atento á esta verdad, hizo su majestad á vuestra paternidad uno de sus predicadores, y su sagrada religion su provincial dignísimo: grados sobre que vendrá bien alguno de mis deseos cumplido, y conforme á la esperanza de tal sugeto, *non ex amore judicium hoc, sed ex judicio amor*, como dijo Filipo Beroaldo en una epístola. Y porque esta no exceda del justo límite, ofrezco á vuestra paternidad esta comedia, intitulada *El Cardenal de Belen*, por la devocion grande que tiene al gran padre san Jerónimo, y la veneracion con que lee y trae sus lugares en el púlpito, donde aseguro á vuestra paternidad que pienso, quando le escucho, que con el ingenio de Crisólogo, habla la lengua que mereció en la de Grecia llamarse de oro. *Et abstt assentatio*, pues como dijo un sabio, no puede ser especie de adulacion, *cum laus postulationem non praecedat*. Con lo referido pues paga vuestra paternidad á quien le escucha con mas afecto; pues aunque fuese tan docto como Pico de la Mirandula, podia responderle lo que Ángelo Policiano en una epístola, que, por ser tan notable como breve, la pondré toda: *Quod honoris mei causa, tu quoque sederis inter auditores meos, non habeo gratiam, nam si placui, jam retuli, si non placui, nec debeo*. Dios guarde á vuestra paternidad, como sus altas virtudes, grandes letras y peregrino ingenio merecen, y yo deseo.

Capellan y aficionadísimo servidor de vuestra paternidad,

LOPE DE VEGA CARPIO.

EL CARDENAL DE BELEN.

PERSONAS.

GREGORIO, obispo.	EUSEBIO.	DARIO.	SAN MERCURIO.	MARÍA.
JERÓNIMO.	VICENCIO.	TREBELIO.	PAULINIANO.	JOSEF.
MALCO.	LAMBERTO.	LIBANIO.	RUFINO.	ÁNGELES.
ELISA.	SAN AGUSTIN.	SULPICIO.	OROSIO.	CARDENALES.
MARINO.	PASCUAL.	EL EMPERADOR	GASPAR.	OMSPOS.
EL DEMONIO.	BRAS.	JULIANO.	MELCHOR.	ROMANOS Y ROMANAS.
EL MUNDO.	ANTON.	LICENO.	BALTASAR.	SOLDADOS.
SABINO.	ROMA.	GERARDO.	ESPAÑA.	MÚSICOS.
UN JUEZ.	EUSTOQUIA.	NUMANCIO.	FELICIA.	CRUADOS.
PAULA.	SAN DÁMASO.	MAGRINO.	JESUS.	HEBREOS.

ACTO PRIMERO.

Salen GREGORIO NACIANCENO, obispo de Constantinopla, y SAN JERÓNIMO, mancebo, en hábito de estudiante.

GREGORIO.

No quiero de tu intencion, Jerónimo, disuadirte.

SAN JERÓNIMO.

¿Quién pudiera persuadirte
Que es divina vocacion!
Yo he nacido en Esclavonia,
En Estridon, celebrado
Lugar, y que está asentado
Entre Dalmacia y Panonia.
A Roma, imperio del mundo,
Nuestros padres nos trajeron
A mí y á una hermana, y dieron
Aquel principio en que fundo
El fin de mi salvacion,
Que fué el bautismo sagrado;
Que no vine bautizado
A Roma desde Estridon;
Que hasta tener cierta edad,
No dan aquel agua pura
Agora, si por ventura
No obliga necesidad.
Al estudio me pusieron
De las artes liberales,
Dándome maestros tales
Y tan célebres, que fueron
En gramática Donato,
Y en retórica el divino,
Como Platon, Vitorino,
A los cuales no fui ingrato;
Pues antes de haber cumplido
Veinte años, de Roma fui,
Para enseñar lo que oí,
Con grande aplauso elegido.
Las fiestas, que ocioso estaba
De mis liciones, con puras
Lágrimas las sepulturas
Y los templos visitaba
De los apóstoles santos
Y los mártires divinos,
Que por tan varios caminos
Vencieron peligros tantos;
Y por tener ocupada
El alma en mas perfeccion,
Dime á la santa lición
De la Escritura Sagrada;
Y como oyese nombrarte,

Gran Gregorio Nacianceno,
Vaso de virtudes lleno,
Y en Italia celebrarte
Por único inteligente
En la Escritura Sagrada,
Díome, aunque larga jornada,
De verie un deseo ardiente.
Así la ambicion se doma,
Pues vine á aprender de tí,
Y tu discípulo fui,
Cuando era maestro en Roma.
En Constantinopla hallé
Tus letras y santidad,
Estudí con humildad;
Que en tu virtud estudié.
Pero como la gran fama
De los padres que en distrito
Moran del desierto Egipto,
Por el mundo se derrama,
Hame dado este deseo
De ver su vida, y probar
Si puedo mortificar
Los afectos que en mí veo.
Ya de Evagrio, obispo santo
Y mi tio, una heredad
Vendí, que en esta ciudad
Se estimó algun tiempo en tanto.
Réstame tu bendicion.
Maestro, si eres servido.
Esta y tu licencia pido,
Y de mis faltas perdona.
Dámela, padre bendito,
Y apartémoslos los dos;
Que quiero buscar á Dios
Por los desiertos de Egipto.

GREGORIO.

Jerónimo, no pudiera
Venirme, al fin de mi vida,
Nueva como tu partida,
Que tal tristeza me diera.
Como á hijo te he tenido,
Y como tan estimado,
No mis letras enseñado,
Mas las tuyas aprendido.
Santísimos padres fueron
Los que tuviste, y bien sé
Con qué oraciones y fe
Tantas veces te pidieron.
Hijo fuiste de oraciones;
Y así, el nombre que te han dado,
En griego dice *sagrado*:
Mira qué nombre te pones!
Que aunque es Eusebio el primero,
Por tu padre así llamado,
Es Jerónimo ó Sagrado
El que despues considero.
Bien cumples la obligacion

Del nombre, pues es sagrado,
Y vas á Dios consagrado
En aquesta vocacion.
Al sagrado celestial
De la soledad te acoges:
Sagrado principio escoges
Para aquel fin inmortal;
Que supuesto que te veo
Tan tierno y en años tales,
El cielo te dará iguales
Las fuerzas con el deseo.
Santísimos padres son
Los que viven en Egipto
Y en Nitria, por el distrito
De tan áspera region.
Tú vivirás á su ejemplo,
Y de suerte vivirás,
Que por Dios á ser vendrás
Gran columna de su templo.
El te dé su bendicion,
Y á mí que antes de morir
Oiga mil cosas decir
De tu rara perfeccion.

SAN JERÓNIMO.

Adios, mi padre querido.

GREGORIO.

Adios, hijo.

SAN JERÓNIMO.

Adios, Señor.

GREGORIO.

Lágrimas me pide amor.

SAN JERÓNIMO.

Con las mismas me despido.

Queda con mucha alegría.

GREGORIO.

¿De qué la puedo tener?

SAN JERÓNIMO.

De que nos hemos de ver

En mejor patria algun dia.

(Vanse.)

Sale MALCO, viejo, padre del yerno.

MALCO.

Puesto que le parezca
Al sabio Estagirita,
¡Oh soledad! que es Dios ó es bestia el
Sin que déi se carezca, [solo,
Es bien que me permita
Que vive el mas feliz de polo á polo.
Si cuando el rojo Apolo
De dormir se levanta,
Se levanta sediento

El misero avariento,
A quien ni el hielo ni el calor espanta,
Y solícito muere
Por el dinero que al dinero adquiere;
Si al pleito y al litigio
El caudillo sale,
Y por ventura la verdad ofende;
Si el otro que es prodigio
Por lo que puede y vale,
Se levanta a escuchar al que pretende;
Si el otro que es deciente
Del César o el Troyano,
A gobernar el mundo;
Si el otro el mar profundo,
De las espumas de sus naves cano,
Y en la mar y en la tierra
Todo es solicitud, trabajo y guerra;
Si con armas doradas
Pasa la dura muerte
El pecho del soldado y del que viste
Las telas delicadas,
Y el mas robusto y fuerte
Con mas débil flaqueza se resiste;
Toda la vida es triste,
Y alegre sola aquella
Que en soledad se pasa
En tan estrecha casa,
Que á duras penas solo cabé en ella.
¡Oh bienaventurado
Quien vive solo, estando acompañado!
No quisó el alto cielo
Que soledad gozase,
Mas que en el yermo tenga compañía,
Y que en desierto suelo
Mujer me acompañase,
Pero tan buena como el sol al día.
Deciende, Elisa mía;
Comamos, si te agrada;
Baja del monte al prado,
De flores coronado,
Ya jaspes vivos desta fuente helada;
Deciende al viejo esposo,
De tus dulces palabras deseoso.

ELISA, el cabello tendido, con un vestido de palma, ceñido de hojas, vaya bajando de un monte con una caudilla.

ELISA.
Ya el sol, esposo mío,
Que destos altos montes
Las sembras igualaba con sus rayos,
Y el ver por lo sombrío
De aquestos horizontes
Las aves y animales con desmayos,
Y los floridos mayos
Destos prados volverse
Agostos calurosos,
Y sus ramos frondosos
Por la fuerza del sol entristecerse;
De reloj me servian,
Y que esperabas á comer decían.
Siéntate en esta peña,
Para los dos bastante;
Pondré la mesa, y comerémos juntos.

MALCO.
Siempre, Elisa, me enseña,
Que te miro delante,
Esa alegre humildad divinos puntos.

ELISA.
Así, Malco, difuntos
Nos hallarán conformes
Los padres deste yermo.

MALCO.
Si alguno queda enfermo,
Será mejor, Elisa, que te informes,
Y esto le lleva luego.

ELISA.
Todos tienen salud; come, te ruego.

MALCO.

Bendigo el pan en nombre
De aquel Dios Trino y Uno;
Bendigo la hortaliza que has traído;
Y para que se asombre,
Si hay animal alguno,
Bendigo aquella fuente que ha servido,
Con cristal guarnecido
De arenillas doradas,
De copa tantos años
Que estos montes extraños
Habitamos los dos, tan olvidadas
Aquellas en que bebe
Vino el deleite sepultado en nieve.

En comenzando á comer, salga SAN JERÓNIMO, con una túnica de sayal y unas alforjas de libros y un báculo.

SAN JERÓNIMO.

Por esta senda que sigo,
Mundo, olvidado de tí,
Bien puedo decir por mí
Que traigo mi bien conmigo.
Basta vuestra compañía,
Libros, en tal soledad,
Para estudiar la verdad
Que á tanta verdad me guía.
Si un filósofo sin fe
La hacienda en el mar echó,
¡Qué mucho que deje yo
Eso, que mi hacienda fué?
Si otro se sacó los ojos
Porque á la especulación
De las cosas que altas son
Le daba la vista enojos,
¡Qué mucho que yo me privo
De aquellas vistas livianas
De las doncellas romanas
Donde tal incendio vive?
Hoy quiero estudiar en vos,
Sin ojos y sin hacienda,
Para que nada me ofenda,
¡Oh ciencia infinita, Dios!
Por aquesta soledad
Os voy buscando, bien mío,
Y que os he de hallar confío
Por silencio y humildad. —
Mas ¡ay, Dios! ¡Qué es lo que veo?
Un monje y una mujer
Comen juntos. ¿Puede ser,
O es ilusión del deseo?
Allí en una peña he visto
Un viejo santo elevado,
Otro en una quiebra echado,
Mirando en éxtasi un Cristo;
Otro con una cadena
Atado á un árbol el pié,
Y tal la celda miré
De hierros agudos llena,
Para no poder volver
El rostro á ninguna parte;
Y aquí, aunque pobre y sin arto,
¡Este con esta mujer!

MALCO.

Gracias os damos, Señor,
Pues habéis sido servido,
Sin haberlo merecido,
De hacernos tanto favor.
¡Qué sabroso ha estado el pan,
Y qué linda la hortaliza,
Que esa mano fertiliza,
Y que de balde nos dan!
Vamos á beber, Elisa;
Que ya nos llama la fuente
Con el son de su corriente
Y con su música y risa.

SAN JERÓNIMO.

Detente, padre, por Dios;

Oye á un mancebo extranjero...
—Y tú también, porque quiero
Preguntaros á los dos.
Huyendo el mundo, he venido
A esta santa soledad;
Que me entró su santidad
Al alma por el oído.
Grandes ejemplos me han dado
Padres que por ella he visto,
De asperezas que por Cristo
Constantemente han pasado.
¿Cómo estáis juntos los dos?
¿Sois casados? ¿Qué es aquesto?

MALCO.

Escucha, mancebo honesto,
Atentamente, por Dios.
Mis padres, de quien yo era
Único y solo heredero,
Viendo mi edad suficiente,
Me obligan á casamiento,
Porque su casa y su sangre
Fuese por mí procediendo.
Respondo que yo tenía
Propósito verdadero
De ser monje, con que irritó
Padres, amigos y deudos.
Desprecio sus amenazas,
Salgo de mi patria huyendo,
Y entre Cálquidos y Minas
Hallo un espantoso yermo.
Pido el hábito á sus monjes,
La nueva vida comienzo,
Poniendo á mis verdes años
Con mis penitencias freno.
Después de larga oración,
Buscaba, amigo, el sustento,
Haciendo cestas de mimbrres,
Menudas redes ó anzuelos.
Ya después de muchos años
Cayóme en el pensamiento
Ver á mi patria, y también
Dar á mi madre consuelo
(Que en el yermo había oído
Que era ya mi padre muerto),
Por vender mis posesiones
Y labrar un monasterio
De lo que á mí me tocaba...
—Pero ¿por qué me avergüenzo?
Que también imaginé
Reservar para mi cuerpo
Alguna parte, después
De la que á los pobres debo.
Clamaba mi padre abad
Contra mi intento, diciendo
Que me tentaba el demonio,
Y que muchos que se han vuelto
De aquesta manera al siglo,
Mas que ganaron perdieron.
Mil ejemplos me traía,
Bañado en llanto; mas viendo
Que los atropello todos
Y que no bastan ejemplos,
Sus brazos cadena hacia
De mis piés, que se partieron
Finalmente de sus brazos,
Para su daño ligeros.
Hay una gran soledad
Entre Heroes y Adessa, pienso
Que de mas de ochenta millas,
Donde moros sarracenos,
Con tiendas y pabellones,
Hacen ciudad el desierto;
Por el temor de los cuales,
Los que han de pasar por ellos,
Hacen un grande escudron;
Y así, nosotros haciendo
Bien de setenta personas,
Mozos, mujeres y viejos,
El nuestro, nos atrevimos
A oponer al suyo el nuestro;
Pero al medio del camino
Un grueso ejército vamos

de bárbaros ismaelitas
En caballos y camellos,
Los cuerpos medio desnudos
Con albarnoces cabiertos,
Y de unas tocas listadas
Coronados los cabellos;
Los arcos y los carcajes
Pendientes del hombro izquierdo,
Y los bien fornidos brazos
Vibrando lanzas de abeto.
Fuimos cautivos, en fin,
Y yo, miserable, preso
Con una mujer de aquellas:
Que á los dos nos cupo un dueño.
Carne cruda nos ponían
Y leche de los camellos
Por comida y por bebida,
Hasta que llegando al centro
De la interior soledad,
A su mujer y hijos vemos.
Quitáronme mi vestido
Por el gran calor del cielo,
Y dándome sus ganados,
De monje, pastor me vuelvo.
Andaba solo en el campo,
Orando á Dios y diciendo
Las oraciones y salmos
Que aprendí en el monasterio;
Mas como me viese el moro
Leal, y que iba en aumento
Por mi cuidado el ganado,
Para echarme grillos nuevos,
Con la cautiva mujer
Me manda casar. Yo luego
Replico que no es posible
En la fe y ley que profeso;
Él, desnudando la espada,
Me hubiera pasado el pecho,
Si su piadosa mujer
No se le pusiera en medio.
Danos una cueva, en fin,
A los dos por aposento,
Donde yo, bañado en llanto,
De mis desdichas me quejo;
Que viendo que era castigo
De mi ignorante deseo,
Después de mil quejas tristes,
Saqué un cuchillo del seno,
Y dije á la mujer:
«Desdichada esposa, hoy quiero
Que, antes mártir que marido,
Me goce tu indigno pecho.»
Ella entonces animosa,
Filo y mano deteniendo,
«Por Jesucristo, me dijo,
Que no pierdas alma y cuerpo;
Que si tú quieres ser casto,
Yo tanto mas; que te ofrezco
Poner en tu santo amparo
La castidad que pretendo;
Y si vivimos los dos,
Nuestro concierto encubriendo,
¿Quién duda que nuestros amos
Nos tengan amor inmenso?»
Quedé mudo, quedé absorto,
Quedé tal, que te confieso
Que me puso su virtud
A la virtud nuevo aliento.
Améla como á mujer;
Pero con tanto recelo,
Que nunca toqué su carne
Ni vi desnudo su cuerpo;
Porque lo que había ganado
En la guerra, tuve miedo
Que lo perdiese en la paz,
Siendo tan fácil perderlo.
Vivi con ella diez años,
Amándonos con exceso
Nuestros dueños, hasta tanto
Que me vino al pensamiento
Un día mi triste estado,
Y á la santa mujer ruego

Que nos huyamos. Huimos
Con sustento y con dos cueros.
Estos, en llegando á un río,
Hinchamos, y los plés puestos
Sobre los dos, navegamos,
Llevando encerrado el viento.
Caminamos por la orilla
Casi tres días enteros,
Ya sin sustento y sin agua,
Cuando caminando veo
En dos camellos dos moros
A toda furia, y sospecho
Por el súbito temor
Lo que sin duda fué cierto.
Pero mirando una cueva
De escorpiones y de régulos,
Que, abrasados del calor,
Buscaban las sombras dentro,
En ella á morir entramos;
Y obligándonos el miedo
A quedarnos á una parte
Y no penetrar al centro,
Entró el criado, y á voces,
«¡Salid, ladrones!» diciendo,
Saltó una fiera leona,
Que despedazó su cuerpo.
Viéndole el moro tardar,
A ver la causa soberbio
Vino á la cueva, y halló
La misma muerte al encuentro.
Nosotros toda la noche,
Tan fiero animal temiendo,
Solo por muro tuvimos
La virginidad del pecho.
Ya salía el alba, cuando,
Sus cachorrillos asiendo
En la boca la leona,
Salió de su albergue estrecho.
Nosotros, después de un rato,
Los camellos previniendo
Que el moro dejado había,
Venimos por el desierto
Al ejército romano;
Y porque en mi monasterio
Era ya muerto el abad,
A mi casta esposa tengo
De la manera que has visto,
Para dar tan alto ejemplo.

SAN JERÓNIMO.

Con notable admiración,
Padre mío, te he escuchado;
Que ninguno me la ha dado
Mayor en esta región,
Ni de semejante ejemplo.
Y tú, mujer venerable,
Dame licencia que hable
En tu castísimo templo.
Muchas de la antigua edad
Del carro y trono se abajen,
No á ti, mujer, sino imagen
De pureza y castidad.
Callen Sofronia romana,
Marcia, Fara y Medulina,
Eufrosina alejandrina
Y Edeltrudis anglicana.
Es vuestra historia tan varia,
Y tales os hizo Dios,
Que estoy mirando en los dos
Un nuevo Crisanto y Daria.
Dadme vuestra bendición;
Que vengo á las soledades,
Huyendo las vanidades
De la mortal presunción.
Ya sin sospechas ningunas
Deste mar espero el puerto,
Si á la puerta del desierto
He hallado tales columnas.
Jerónimo me apellido,
Desde Roma vengo aquí;
Rogalde, padres, por mí
A aquel por quien he venido.

MALCO.

El te dé, illustre mancebo,
Lo que desees.

ELISA.

No hay duda
De que á tus ruegos acuda.

MALCO.

Tú serás un Pablo nuevo.

ELISA.

Tú serás un nuevo Antonio.

MALCO.

Resiste, si quieres palma.

ELISA.

Busca la quietud del alma,
Que es divino patrimonio.

SAN JERÓNIMO.

Por dónde podré tomar
Mejor senda, padre mío?

MALCO.

Pasa este pequeño río,
Sube aquel alto pinar,
Y entre unas sendas estrechas
Unas cuevas hallarás,
Por donde seguro vas;
Que van al cielo derechas.

SAN JERÓNIMO.

Adios, mundo; adios, ciudades;
Adios, cuidados del suelo;
Porque los bienes del cielo
Se hallan bien por soledades. (Vase.)

ELISA.

¿Qué honestidad de mancebo!

MALCO.

¿Qué hermosura y qué virtud!

ELISA.

Con cuánta solicitud
Va por camino tan nuevo!

MALCO.

Dios le debe de gular.

Sale MARINO, en hábito seglar

MARINO.

¿Si le hallaré por aquí?
¡Ay Dios, qué ocasión perdi
De procurarme salvar! —
Padres, que prospere el cielo
En santidad como en días,
Tantos que las carnes frías
Amortaje blanco pelo,
Habeis visto por aquí
Un mancebo celestial,
Envuelto en pardo sayal,
Que huye del mundo y de mí?
Que sabed que le servía,
Y que dél aficionado,
Ciencia y virtud he estudiado,
Que sin él perder podría.
¿Dónde fué? ¿Por dónde va?

MALCO.

Hijo, ese santo mancebo,
Cuyo propósito apruebo,
Cerca deste arroyo está;
Mas á lo que dél colijo,
Quiere buscar soledad;
Y aunque era justa piedad
Que con él vivieras, hijo,
Por agora no es razon:
Y si admites mi consejo,
Aunque ignorante, por viejo
Y antiguo en esta región,
Haz una verde enramada
De aquellas peñas en frente,
Y allí vive penitente,
Si la soledad te agrada.
No perturbes su quietud,
Así Dios te favorezca;

Que hasta que él resplandezca,
Para imitar su virtud.
Desde lejos le verás,
Hasta que llegue ocasión
Que él conozca tu intención.

MARINO.
No quiero ofenderle mas.
Pero dame, padre amado,
Un saco, si acaso tienes.

MALCO.
Vén conmigo á ver mis bienes,
Y escoge el mas bien tratado.

MARINO.
Vamos, padre.
MALCO.
Vén, Elisa.

ELISA.
Por esta senda irás bien.

MARINO.
¡Ay, mundo! dichoso quien
Tus vanas riquezas pisa!
(*Vanse.*)

Salen EL DEMONIO y EL MUNDO.

DEMONIO.
¡Debían de faltar en los desiertos
De Nítria, Siria, Egipto y Palestina
Almas de vivos entre cuerpos muertos?
¡Faltaba un Juan egipcio, de divina
Vida, un Benon angelico, un Teonio,
Un Didimo, que al cielo el mundo in-
[clina?

¡Faltaban un san Siro, un Apolonio,
Un Macario, eremita alejandrino,
Un Pablo celestial y un claro Antonio,
Para seguir tan áspero camino,
Dejando á Italia y al romano suelo
El monstro de Jerónimo divino?
¡Maldito sea aquel primero vuelo
Que di desde los cielos á la tierra,
Si se llama volar caer del cielo!

¡No tenemos acá quien nos dé guerra?
¡Estaban estas peñas sin vecinos?
¡Ninguno á su aspereza se destierra?
Si estos peñascos bárbaros y pinos
Se alquilaran, acaso enriquecieran
Los dueños deste mar circunvecinos;
Mas todos juntos, Mundo, no me alte-
Lo que solo Jerónimo; que tanto [ran
De su virtud mis celos consideran.

MUNDO.
¡Ya juzgas á Jerónimo tan santo?

DEMONIO.
Pues no le ves, dese peñasco Atlante,
Que apedrea el infierno con un canto?
¡De qué me importa á mí ser arrogan-
[te,
Si ese David, que el brazo en honda
[vuelve,

Derriba con la piedra mi gigante?
Nunca para su pecho la revuelve,
Que no lastime aquel rebelde mio,
Que de espíritu en fuego se resuelve.
Hoy habemos de entrar en desafío
Con su imaginación; estad alerta.

MUNDO.
Podrá ser que le venza el poder mio.

DEMONIO.
¡Qué es verle estar en esa peña yerta,
Tendido al sol, los huesos abrasados,
Que de pura flaqueza desconcierta;
Y á nosotros de velle tan helados,
Con treinta años de edad tan valeroso,
Que volvemos corridos y afeitados?

MUNDO.
Algunos del distrito peñascoso
De Egipto y Nítria tengo yo vencidos.

DEMONIO.
Agora es tiempo; ¡oh Mundo cauteloso!
Mueve con tus sirenas sus oídos.

Salen SAN JERÓNIMO.

SAN JERÓNIMO. [aplican,
Los que átus plantas su hermosura
Y á tu divino sol hacen diadema,
Que con tan soberana epifonema
Santo, mil veces, Santo reduplican,
Tu inexcusable esencia testifican
Con ver que su poder al tuyo tema,
Divino Teos, Majestad Suprema,
Que tantos atributos significan.

Si al triángulo santo que contiene
Tu círculo divino, el pensamiento,
Tal vez como veloz, confuso viene,
En mi pequeño mundo mira atento
Tu semejanza, pues el alma tiene
Memoria, voluntad y entendimiento.

DEMONIO.
Mirad cómo se ha quedado
En alta contemplación.

MUNDO.
Como los misterios son,
Le han subido y elevado.

DEMONIO.
En aquel divino Teos
Y soberano Jehová
El alma poniendo está,
Sus potencias y deseos.
Vengan imaginaciones
De las doncellas de Roma.
Ea, Mundo, á cargo toma
Lascivas contemplaciones.
Antonio ha resucitado,
Fénix Jerónimo es;
No aguardes á que despues
Esté de su piedra armado;
Que si la pone en la honda,
Me ha de quebrantar la frente.

MUNDO.
Ya tiene un coro presente,
Aunque en el cielo se esconda.

Salen TRES ROMANOS y TRES DAMAS, co-
ronados de flores, con LOS MÚSICOS.
Canten y dancen así.

MÚSICOS.
A Venus divina
Vamos á ofrecer,
No la palma ingrata
Ni el cetro laurel,
Sino el verde mirto,
Y revuelta con él
Verbena amorosa,
Violeta y clavel.
Ardan corazonces
De quien quiere bien,
En sus blancas aras,
Y viven despues.
Démonos las manos,
Los brazos tambien,
Y con lazos dellos
La vamos á ver,
Hecha reverencia
Dos veces y tres,
A su templo hermoso:
Sembremos por él
Tréboles, violetas,
Coronas de rey,
Salvias y tomillos,
Verde mirabel.

(*Bailen.*)

Que quien vive sin gustos de Venus
Soledades al hielo y al sol,
Como bestia pasa la vida;
Que no es hombre de razon.
Amor es un dios
De tanto valor,
Que no hay cosa mas dulce que pida
La humana imaginación.

SAN JERÓNIMO.
Aquí ¡no quieren dejarme
De las romanas doncellas
Sus corros y danzas bellas!
Que vengan á atormentarme,
Entre tanta penitencia,
Estas imaginaciones!
Que estos huesos, ya carbones,
Haciendo al sol resistencia,
Tengan fuerza contra mí!
Pues esperad, miserables;
Que por cosas mas estables
Viene Jerónimo aquí.
Yo me pondré de manera,
Que aun no me conozca yo.

DEMONIO.
¿Dónde, Mundo, se subió?

MUNDO.
No lo entiendo. El fin espera.

DEMONIO.
Pues la danza proseguid.

MUNDO.
Demonios, vaya adelante,
Hasta que os tire y espante
Con aquel canto David.

MÚSICOS.
A Venus le pintan
Dos blancas palomas,
Que guian su carro,
Cebadas de gozos.
Con arrullos menas
Las dos se enamoran,
Y á criar sus hijos
Cada luna tornan.
Los peces del mar
A amarse provocan;
Al aurora llaman
Nácaros y conchas.
Las fieras serpientes,
Abiertas las bocas,
Viendo las murenas,
Dejan la ponzosha.

(*Bailen.*)

Que quien vive sin esta gloria
Soledades del yermo de Egipto,
La naturaleza ofende,
Y su ser pone en olvido.
Amor es un niño
Tan tierno y tan lindo,
Que las almas heladas enciende,
Y es de sus penas descanso y alivio.

(*Véase San Jerónimo en lo alto, abriendo
el pecho de la túnica, con un canto
en la mano, y un Cristo en una pe-
ña.*)

DEMONIO.
Parad, ¡pesar de quien soy!
Que se está abriendo aquel pecho.
¡Oh, pellicano deshecho
De amor de Dios! Yo me voy.

MUNDO.
Y todos vamos tras tí.

SAN JERÓNIMO.
Cristo mio, oid mi canto,
Pues os canto con el canto
Que en soledad aprendí.
En dos puntos, sol y mi,
Se encierra el canto, mi Dios;
El sol que canto sois vos,
Yo soy el mi, y el compás

Este canto, que es quien mas
Nos ha juntado á los dos.
¡Ay, si pudiese hacer yo
Con canto tan entonado
Una solfa en mi costado,
Como la lanza os pintó,
Pues que de regla os sirvió
Para las gotas sangrientas,
Puntos para mis afrentas,
Donde, semínima vuelto,
El sol en eclipse envuelto,
Desbarató el armonía
Del mundo, pues aquel día
Temió que estaba resuelto!
Cantad, canto, en este pecho
Con un eterno dolor
Deste piadoso Señor
Misericordias que ha hecho.
Quede cantando deshecho,
Y ayúdenle los sentidos,
A cinco voces heridos,
O á tres mis potencias tres;
Que el alma quien canta es,
Y son de Dios los oídos.
Despertad, Cristo bendito,
Al canto de quien os canta;
Despertad de la cruz santa,
Cama que os dió el delito.
Ya con el canto os imito,
Pues donde os amo me doy.

UNA VOZ.

Jerónimo, ya lo estoy.
Mucho tu canto me agrada.
A tu voz, en mi templada,
Que soy piedra, ayudad ya,
Mis ángeles.

SAN JERÓNIMO.

¿Quién dará
Voz á mi lengua turbada?
(*Él vaya subiendo hasta el Cristo que
está en la peña, y dentro cantando.*)

MÚSICA. (Dentro.)

Desde este desierto suelo
Subo Jerónimo tanto,
Porque le levanta un canto
El pecho y la voz al cielo.
(*Ciérrese.*)

—

Salgan MARINO, ya en hábito de mon-
je, y SABINO, romano.

SABINO.

Yo sé que la obediencia le es forzosa.

MARINO.

Días há que le quise hablar, y días
Que pienso que Jerónimo se ha ido (to;
(*Nosé si llega al cielo, pues no es muer-*
mas no vive en la tierra el que en Dios
(vive)

Para aprender mejor la lengua hebrea.

SABINO.

¿Dónde?

MARINO.

A Jerusalem; que como intenta
Trasladar las divinas Escrituras,
El no saberla bien le hace gran falta.

SABINO.

¿Dónde vivía?

MARINO.

En estas altas peñas,
Con penitencia que jamás se ha visto;
Que á la imagen santísima de Cristo
Tal música le daba con un canto,
Que no le agrada la del cielo tanto.

SABINO.

Aquel sumo pontífice Liberio,
Que agora rige de san Pedro el barco,

Le enviaba á llamar con mucha prisa:
Tal noticia le han dado de sus letras
Y su gran santidad, porque el demo-
nia movido la lengua de un hereje (nio
Llamado Arrío, á quien Constancio si-
[que,
Que tiene agora el cetro del imperio.
Con aquesto persigue los católicos,
Y tengo para mí que no se excusa,
Por el bien de la Iglesia, el gran Jeró-
[nimo
De dar la vuelta á Roma á defenderla.

MARINO.

Basta, Sabino, que lo mande el Papa,
Cuando no fuera la ocasión tan justa.
Y pues es fuerza que criados lleve,
Hoy á Jerusalem los dos partamos;
Que no pienso dejalle hasta quemuera.

SABINO.

Haces, Marino, tu provecho en esto.

MARINO.

No dejaré mi sol por todo el mundo.
Nací para heliotropio de Jerónimo; [ve,
Que adonde quiera que su sol se vuel-
Como yerba del sol me voy volviendo.

SABINO.

Camina, y vamos juntos á buscarle.

MARINO.

No habrá llegado á la ciudad sagrada.

SABINO.

No le busca la Iglesia sin misterio.

MARINO.

Harále luego cardenal Liberio.

(Vanse.)

Salen SAN JERÓNIMO y UN HEBREO.

SAN JERÓNIMO.

No es posible que yo pueda
Con esta lengua salir.

HEBREO.

Tu ingenio puede decir
Que atrás de ninguno queda.

SAN JERÓNIMO.

De la ambición desta gloria
Por justa humildad me bajo.

HEBREO.

No hay cosa de que el trabajo
No saiga con la victoria.

SAN JERÓNIMO.

Torno á ver á Daniel.

HEBREO.

Di el capítulo tercero;
Que en el segundo ó primero
Ya no hay que dudar en él.

SAN JERÓNIMO. (Lee.)

«Nabucodonosor hizo una estatua
»De oro, su altitud sesenta codos;
»De ancho tenía seis; y esta la puso
»En el campo de Dura, en Babilonia...

HEBREO.

Aquí dice *envió*. Pasa adelante.

SAN JERÓNIMO.

«Sátrapas, magistrados, jueces, du-
»Tiranos, grandes y prefectos, princi-
[pes...

HEBREO.

«De las regiones», dice.

SAN JERÓNIMO.

«Para que cuando quiso dedicalla,
»Viniesen todos juntos á adoralla.»

HEBREO.

Paréceme que vas bien.
Yo tengo qué hacer agora;

Mañana al fin de la aurora
Volveré á verte también;
Que aquí puedes aguardarme.

SAN JERÓNIMO.

Vén, hebreo, por tu vida,
Porque esta lengua aprendida,
La caldea has de enseñarme.

(Vase el hebreo.)

No hallo yo aquí la blandura
Que en Plinio y en Ciceron.
Quiero un poco de Platon
Gozar la ingenua diuizura.

(Lee en otro Hbro.)

La *Apología* topé del docto Sócrates.
Y dice así: «¿Qué causa os han traído,
»Oh famosos varones atenienses!
»Los que me acusan? No la sé por

[cierto.

»Por qué caso me olvidan de mí propio?

»Y aunque mintiendo pienso que os

[agraden,

»Con tal fuerza de afecto os persua-

»Mas dejemos á Platon

[den.]

Que á su Sócrates defienda,

Y para que no se ofenda,

Oigamos á Ciceron. (*Saque otro Hbro.*)

Habla aquí Ciceron con Junio Bruto

De la naturaleza de los dioses.

«Como hasta agora estén mal explica-

»En la filosofía muchas cosas, [das

»Que tú no ignoras por dificultosas...»

—;Válame Dios! ¿qué me ha dado?

»Ay, qué terrible calor!

Parece que un grande ardor

Se ha en mis venas derramado.

¿Jesus! ¿Qué tengo? ¿Qué es esto?

Aquí me quiero subir...

—Aunque ¿cómo puedo huir

De fuego en el alma puesto?

(Arrímese á una invencion.)

¿Válgame Dios! que me abraso

De una calentura ardiente.

Con improviso accidente

Muero, y muchas muertes paso.

¡Ay, cielo! piedad de mí!

Asido por el cuello á una invencion,

se descubre en ella UN ÁNGEL, que

le lleve del cabello de la otra par-

te, donde se descubre un tribunal

con CUATRO ÁNGELES, y UN PRESI-

DENTE ó JUEZ, con una vara, en

una silla ó trono.

ÁNGEL.

Aquí, Señor, ha llegado
Aquel hombre que mandaste.

JUEZ.

¿Quién eres?

SAN JERÓNIMO.

Señor, cristiano.
Esta es la fe que profeso
Por el bautismo sagrado,
Porque en Roma recibí
Agua y Espíritu Santo.
Cristiano en efeto soy.

JUEZ.

Mientes; que ciceroulano

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

En Ciceron, no es agravio
Llamarle del mismo nombre.
¡Hola!

ÁNGEL.

¿Señor?...

JUEZ.

Azotaldo.

ÁNGEL.

Las espaldas apercibe.

(*Azótale.*)

SAN JERÓNIMO.

Pequé, Señor, Señor santo,
Omnipotente, piadoso,
Pequé; conozco mi engaño.
Pequé, Señor.

ÁNGEL.

Gran Señor,

De rodillas humillados
Los ángeles, te pedimos
Te dignes de perdonarlo.

SAN JERÓNIMO.

¿Quién, Señor, en el infierno
Lamará tu nombre sacro?

ÁNGEL.

Perdona, Señor divino,
Yerro de sus verdes años.
Dale tiempo en que se enmiende.

JUEZ.

Jure.

SAN JERÓNIMO.

Señor soberano,
Oiganme cielos y tierra
El juramento que hago.
No leeré mas en mi vida
A los oradores sabios
Ni á los gentiles poetas.

JUEZ.

Ángeles...

ÁNGEL.

Señor...

JUEZ.

Dejaldo.

SAN JERÓNIMO.

Bendigo tu santo nombre,
Y en trasladar los sagrados
Libros de tus Escrituras
Prometo gastar mis años.
(*Ciérrese la cortina, tocando las trompetas, y acaba el primer acto.*)

ACTO SEGUNDO.

Salen PAULA, romana, y EUSTOQUIA, su hija, y MARINO, en hábito de estudiante.

PAULA.

Con razon su amparo toma.

EUSTOQUIA.

No ha venido sin misterio.

MARINO.

Obedeciendo á Liberio,
Vino Jerónimo á Roma.
Ordenóle cardenal
De edad de treinta y tres años,
Porque en casos tan extraños
Tenga autoridad igual;
Que Arrio, el herejarca
Mayor que la Iglesia tiene,
Con muchos secuaces viene
Para zozobrar su barca.
Constancio, el emperador,

Y no constante en la fe,
Y Juliano, el que hoy se ve
Del imperio sucesor,
Siguen su error detestable,
A quien Jerónimo opuesto,
Altas cosas ha compuesto,
Dignas de un hombre admirable
Por letras y santidad.

PAULA.

Liberio tambien sintió
Con Arrio en lo que escribió.

MARINO.

Dices, oh Paula, verdad;
Y así, por Félix depuesto,
Volvió otra vez á la silla,
Dando al mundo maravilla
Ver que se implicase en esto.
Constancio, perseguidor
De la Iglesia, en sus cristianos
Puso las sangrientas manos
Para sustentar su error.
Han muerto muchos; mas ya
Cesa la persecucion.

EUSTOQUIA.

Con este santo varon
Segura la Iglesia está.

PAULA.

Lo que en ella ha padecido
Atanasio, varon santo,
Espanta al mundo.

MARINO.

Otro tanto
En el Oriente han temido
El gran Basilio y Gregorio
Nacianceno, á quien Juliano,
Fiero apóstata cristiano,
Como es á Roma notorio,
Promete quitar la vida
Cuando vuelva de vencer
Los persas.

PAULA.

Bien podrá ser
Que el mar su fiereza impida.

MARINO.

Si á Roma vuelve, ¡ay de Roma!

EUSTOQUIA.

Constancio la culpa tuvo.

PAULA.

Natarle en su mano estuvo.

EUSTOQUIA.

¿Qué hará, si la Persia doma,
De crueldades en Oriente!
Constancio se contentó
De que clérigo ordenó,
Por temor, á este insolente.
Si la vida le quitara,
Seguro el mundo estuviera.

PAULA.

Italla en quietud viviera
Y Roma en paz descansara.

MARINO.

Ha dado en ser hechicero,
Y sus bahañas consulta
Al demonio.

PAULA.

Así resulta
Dellas efecto tan fiero.
De sangre de los cristianos
Muertos, sus agüeros toma.

EUSTOQUIA.

No venga tal bestia á Roma.

MARINO.

Temblando están los romanos,
Y mas los que van con él
Que los que quedan acá.

EUSTOQUIA.

Sospéchase que será
Un Calígula cruel.

PAULA.

¿Cómo podremos hablar
Á Jerónimo?

MARINO.

Señora,
No será posible agora;
Mañana tendrás lugar;
Porque están los cardenales
En cónclave á la eleccion
Del Papa en esta ocasion,
Y aun dicen que están neutrales,
Y se podrá detener.

PAULA.

Dios los sabrá conformar,
Porque no se dé lugar
Al daño que puede haber.
Mas cerca del Consistorio
Siento ruido de gente.

MARINO.

Voces dan alegremente.
¿Si salió Paulo ó Gregorio?

PAULA.

Sin duda que la eleccion
Ha salido declarada.

EUSTOQUIA.

Toda Roma está alterada.
Alegres las voces son.

MARINO.

El nombre, por Dios, oíd.
UN ROMANO. (*Dentro.*)

Dámaso, Dámaso, Roma,
La llave de Pedro toma.

OTRO. (*Dentro.*)

¿Quién?

EL ROMANO.

Dámaso, de Madrid. (*Sale.*)

Alégrate, Roma bella,
Con tan divina eleccion,
Pues en tanta confusion
Sale tan divina estrella.
Da gracias por tal bahaña
Al pontífice mayor.

MARINO.

Tened un poco, Señor.
¿De dónde hay papa?

ROMANO.

De España,
Y de España, del famoso
Reino de Toledo.

MARINO.

Oíd.

¿Sábese el lugar?

ROMANO.

Madrid.

MARINO.

¡Oh muchas veces dichoso!
Porque reyes y soldados
Y hombres sabios ha tenido,
Que han puesto en eterno olvido
La gloria de los pasados.
Solo un papa le faltaba.

ROMANO.

No faltaba; que tenía
A Melquíades, que hacia,
Cuando á Roma gobernaba,
La silla santa dichosa.

MARINO.

¿Que dos papas han nacido
En Madrid?

ROMANO.

Su tierra ha sido
En producirlos famosa.

MARINO.
Haga mil fiestas España.
ROMANO.
¡Viva España!
VOCES. (Dentro)
¡España viva!
MARINO.
Sus corrientes aperciba
Tajo, que á Toledo baña,
Para dar arenas de oro
De albricias á nuestro mar.
EUSTOQUIA.
Ya salen.
PAULA.
Quiero esperar.
MARINO.
Desde aquí sus piés adoro.

*Tequen chirrimias, y con el mayor
acompañamiento que puedan, salgan
algunos obispos y cardenales, y des-
trá SAN DÁMASO, hablando con
SAN JERÓNIMO, ya en hábito de
cardenal.*

MARINO.
No te vayas, porque luego
Jerónimo volverá;
Que el Papa se quedará,
Por dar á Roma sosiego,
En esta casa primera,
Que es del decano Julian.
PAULA.
¡Con qué aplauso y gozo van!

Salgan DARÍO y TREBELIO.

DARÍO.
Roma su grandeza espera.
TREBELIO.
Dámaso es pobre, y no tiene
Cosa que le pueda dar.
DARÍO.
Un discreto gobernar
Es lo que á Roma conviene.
TREBELIO.
Dicen que Dámaso es santo.
DARÍO.
Pues reparta santidad;
Que no hay cosa en la ciudad
Que pueda importarle tanto.
TREBELIO.
También dicen que es letrado,
Retórico y elocuente,
En teología eminente,
Y en prosa y verso extremado.
Roma bien imaginó
Que Jerónimo lo fuera.
DARÍO.
A lo menos no perdiera,
Si con Dámaso ganó.
TREBELIO.
Bien se ve la santidad
De Dámaso, pues ha sido
A tal varón preferido.
DARÍO.
Es notable el amistad
Que los dos santos se tienen.
TREBELIO.
Jerónimo viene aquí.
DARÍO.
Gran gente sale.
TREBELIO.
Es así;
Que de acompañarle vienen.

Sale SAN JERÓNIMO.

PAULA.
Dame esos piés, pastor santo.
SAN JERÓNIMO.
¡Oh, Paula! ¿Tanta humildad,
Si virtud y calidad
En tí se igualaron tanto?
Aun no te he podido dar
El pésame de la muerte
De tu esposo; pero advierte
Que me ha faltado lugar.
El goza; oh Paula! de Dios.
No pare tu pensamiento
En cosas de polvo y viento.—
¿Cómo estáis, Eustoquia, vos?
EUSTOQUIA.
Buena, Señor, de salud,
Supuesto que no soy buena.
SAN JERÓNIMO.
De nobleza venis llena,
Y lo estaréis de virtud.
Querria que consagreis
Toda esa hermosura á Dios.
EUSTOQUIA.
Mi libertad pongo en vos;
Vos, Señor, se la daréis.
SAN JERÓNIMO.
Una cándida azucena
Para el celestial jardín
Habeis de ser.
EUSTOQUIA.
A ese fin
Este principio se ordena.
SAN JERÓNIMO.
Paula, ¿qué os ha parecido
De esta eleccion?
PAULA.
Santamente;
Que si es voz de Dios la gente,
Hoy la voz de Dios se ha oído.
SAN JERÓNIMO.
No se puede encarecer
La virtud deste pastor.
Téngole notable amor.
PAULA.
Bien se os ha echado de ver.
SAN JERÓNIMO.
Hoy he visto la grandeza
De Roma en esta eleccion,
Y rendida la ambicion
A los piés de la pobreza.
Mas ¡ay, Dios! ¡oh Paula mía!
Que en medio de la romana
Soberbia, del oro y grana,
Del aplauso deste día,
A suspirar me aparté
Por la soledad de Egipto,
Por aquel santo desierto
En que mis penas dejé.
Dejé penas, traje penas,
Penas por penas troqué;
Que las penas que dejé
Estaban de gloria llenas.
Mucho la soberbia pompa
De esta ciudad le detiene
A quien del silencio viene;
No hay libro que no le rompa,
No hay quietud que no le quite,
No hay tiempo que no le estrague.
PAULA.
También hay premio que pague,
Y que esa pérdida esquite.
Escribe, santo pastor,
Traslada, corrige, enmienda,
Pon al desatino rienda
De los que siguen su error.

Mira que importas á Roma,
Donde ya su clerecía
Del camino se desvia
Que por tus castigos toma.
No te canse esta grandeza,
Pues Anastasio y Basilio
Por dar á la Iglesia auxilio
Dejan la humilde pobreza
(Dejan, digo, en lo exterior);
Y sábele que querria
¡Oh Jerónimo! este día
Pedirte un grande favor.

SAN JERÓNIMO.
Entra, Paula, entra segura
Que pudo tu santidad
Merecer mi voluntad
Casta, honesta, limpia y pura.
Entra, y pide lo que quieres
Que yo pueda hacer por tí;
Que quien es ejemplo en sí,
Será espejo de mujeres,
PAULA.
Entra, Eustoquia, pues que tantos
Frutos nos da la ocasion.
EUSTOQUIA.
Tal es la conversacion
De los perfectos y santos.
(Váase.)

*Salen SOLDADOS, caja y bandera, LI-
BANIO, SULPICIO y EL EMPERA-
DOR JULIANO.*

JULIANO.
¿A mí se atreven los persas?
¿Los persas viles á mí!
Soy por dicha el que vencí
Tantas naciones diversas?
Soy aquel que sujetó
Los franceses? Soy Juliano,
De cuya invencible mano
Toda la tierra tembló?
¿Qué digo la tierra? El cielo;
Que el cielo me ha de temblar,
Porque es pequeño lugar
Para mi grandeza el suelo.
Por este sacro laurel
Que ciñe mi digna frente,
Que sujetando el Oriente,
Tengo de vengarme dél.
No pienso subir al cielo
Con montes, como gigante,
Porque á sus rayos delante
Pondré montañas de hielo.
Bastará decir *Juliano*
Para que se desencajen
Sus firmes polos, y bajen
Rotos á mi eterna mano.
¿Qué se piensa el Galileo
Que ha de poder contra mí?
Por fuerza cristiano fui,
Nunca lo tuve en deseo.
Apóstata me han llamado;
No lo niego, yo lo soy;
Aunque por disculpa doy
Que fui cristiano forzado.
¡Oh, Libanio, mi maestro!
Si á Roma vuelvo, yo haré
Que su cabeza á mi pié
Sienta el rigor que le muestro.
Pisarla tengo mas reces
Que Atila.

LIBANIO.
Y harás muy bien,
Porque obediencia te den
Con el amor que mereces.
JULIANO.
Déjame á Basilio, pues,

Y á Gregorio Nacianceno:
Viertan agora el veneno,
Que ha de ser sangre despues.
Déjame á Atanasio á mí,
Y á ese cardenal que agora
Roma venera y adora.

LIBANIO.

¿Dices Jerónimo?

JULIANO.

Sí.

Es azote de arrianos,
No respeta el samo imperio.

LIBANIO.

Mucho se engañó Liberio,
Hechura fué de sus manos.

JULIANO.

El conocerá las mias.
Mirad si es tiempo de entrar,
Como ellos dicen, á obrar
Mis locas hechicerias.
Sacrificar al demonio
Quiero por este suceso.
Que soy su amigo confieso,
Y este es mayor testimonio,
Pues le sacrifico y doy
Honra, lucienso y cuerpos muertos;
Que á sus oráculos ciertos
En obligacion estoy.
Cristo no me respondiera
Como él me responde aquí.

LIBANIO.

Bien puedes entrar; que allí
El difunto cuerpo espera.

JULIANO.

Voy, Libanio. Y ¡ay de tí,
Persia! Tomad el laurel;
Que no quiero entrar con él.
Respeto al demonio así.

SULPICIO.

Mal haces, Libanio amigo,
En sufrir que Juliano
Blasfeme á Dios soberano,
Ya que es de Dios enemigo.
Cristo Santísimo está
A la diestra de su Padre;
María, su Virgen Madre,
Reina de los cielos ya,
Sobre los coros sentada
De los ángeles, la luna
Tiene por trono; y ninguna
Nación, en la Scitia belada
O en la zona mas ardiente,
La dejará de llamar
Bienaventurada, y dar
Esta corona á su frente.
Mal está al Emperador,
Puesto que apóstata sea,
Que con blasfemia tan fea
Afrente el cesáreo honor.
¿Qué fin espera tener,
Si con esta loca tema
De Cristo santo blasfema
Y de su eterno poder?

LIBANIO.

Donaire tienes, Sulpicio.
¿Qué apasionado cristiano
Te muestras contra Juliano!
A no importar tu servicio,
Hoy á Roma te enviara.

SULPICIO.

¡Ojalá que así lo hiciera!

LIBANIO.

Quien su poder considera,
Poco en el cielo repara.

SULPICIO.

¿Qué poder puede tener,
Aunque mas sofista seas,

Un hombre, aunque rey le veas,
Que á Dios se pueda oponer?

LIBANIO.

Tú me preguntas á mí,
Y yo quiero preguntarte.

SULPICIO.

Ya sabes que en cualquier parte
Sabré responderte á tí.

LIBANIO.

Pues dime: agora ¿qué hará
El hijo del carpintero?

SULPICIO.

Oye: responderte quiero.
Labrando sin duda está
Un ataúd, en que entierren
A Juliano.

LIBANIO.

¿Al César?

SULPICIO.

Sí,

Para que mas presto aquí
Sus viles huesos encierren;
Que el que, Libanio, has llamado
El hijo del carpintero,
Es Dios, y Hijo verdadero
De Dios eterno y sagrado.
Tomad esa insignia allá;
Que á un hombre que, en testimonio
De ser demonio, al demonio
Honra y sacrificio da,
No es bien que le sirva y siga
Un cristiano capitan.

LIBANIO.

Matalde.

SULPICIO.

Lleguen, verán
A lo que esta causa obliga.

LIBANIO.

Dejalde, y vamos á dar
Cuenta al César.

SULPICIO.

¿Qué locura!

Dios es el que siempre dura;
Que el César ha de cesar.

(Vase.)

Salen LICENO y GERARDO, con sotanillas y herruuelos, ó como clérigos.

LICENO.

Digo que salió Paula de su casa,
Y Eustoquia, por mas señas.

GERARDO.

Muchas veces

Jerónimo, Liceno, las visita;
Pero su santidad es conocida
Y las costumbres de su limpia vida.

LICENO.

No digo yo tampoco que se puede
Poner esta objecion lasciva á Paula,
Ni hacer ofensa á la doncella Eusto-

[quia;

Y ser santo Jerónimo es sin duda.
Pero es alta ocasion para vengarnos
De lo que nos persigue con su lengua,
Y la reformation en que nos pone;
Porque, como por él se rige el Papa,
Y á todo cuanto dice le da crédito,
Ya no hay clérigo en Roma ó preten-

[diente

Que no procure ser santo ó hipócrita.

GERARDO.

¿Quién mete con nosotros á Jerónimo?
Escriba norabuena contra berejes.
Cristianos somos, sacerdotes somos,
Y si no son tan buenas las costumbres,

Por lo menos la fe vive en las almas,
De donde no saldrá con mil martirios.
No todos pueden ser santos y buenos,
Aunque fuera mejor buenos y santos.
¿Para qué nos persigue desta suerte?

LICENO.

Su deshonra intentemos ó su muerte.

GERARDO.

Si te digo verdad, ya su deshonra
Macrino intenta con un raro embasto.

LICENO.

¿De qué manera?

GERARDO.

Como á los maitines

Jerónimo devoto se levanta
Todas las noches, esta ha concertado
Que le ponga un criado que es su ami-
Donde tiene el vestido y el capelo, [go,
Una ropa de seda roja encima...
De mujer, ya lo entiendes; y si acaso,
Sin reparar en ella, se la viste,
Todos le aguardan al entrar del coro
Para darle la vaya; que esta afrenta,
O le echará de Roma, ó con el Papa
Le privará de crédito, de suerte
Que le entregue á las manos de la

LICENO.

[muerte.

La industria es extremada. Y tambien
Que á Dámaso le informan de que tie-
Secreto amor con Paula, la viuda [ue
De Toxocio, romano caballero.

GERARDO.

De cualquiera manera es bien que sal-
De Roma esta fantasma del desierto.

LICENO.

Por cierto que él es docto y gran letra-
Mas poco sufridor de gente moza. [do,
— Este es Martino, su privado grande.

GERARDO.

De allí dicen algunos que le trajo.
Hagámonos amigos deste mozo;
Que si le pervertimos, será espía
Que nos revele sus secretos todos.

LICENO.

Perseguirle tenemos de mil modos

Sale MARTINO.

GERARDO.

¡Oh, generoso Martino!

MARTINO.

¡Oh, señores! ¿dónde bueno?

LICENO.

A rondar un poco á Roma
Y á coger al Tibre el fresco.
En alzando la sotana,
Hay calzon de terciopelo,
Y aun de tela de color.
Espada, broquel y peto
No lo tiene capitan
Como los dos le daremos,
Si se pica de la hoja;
Que nos han dicho que es diestro.

GERARDO.

¡Oh qué moxuelas, Martino,
Hoy de Nápoles vinieron!
No hay marfil como sus manos,
Oro como sus cabellos,
Púrpura como sus labios,
Sol como sus ojos bellos
Y perlas como sus dientes.
Cantan en dos instrumentos,
Que parece que han hurtado
El armonía del cielo.
Una es flaca y otra es gorda;
Y porque anden flaco y véneus,

Habrí copia en abundancia
De lágrima y vino greco.

LICENO.

Tras esto, para la una,
Seis concertado tenemos
Ir á poner á Marfodio
Cierta pasquinada al pecho
Contra aquestos aranceles
Que por modo de gobierno
Hace Jerónimo agora,
Ese tu hipócrita dueño.
Y luego habemos de ir
A cierta casa, en que creo
Que hay mas de treinta presuntos
Y ciertos pavillos nuevos,
Que con pequeño trabajo
Nos dicen que alcanzaremos
Para cierta matizada,
Que el español llama almuerzo;
Porque, como lo es el Papa,
Estos vocablos sabemos.
Ea, ¿de qué estás parado?

MARTINO.

Tiéneme, infames, suspense
El ver vuestra desvergüenza.
¿Es posible (do lo creo)
Que professais orden sacro?
¿Vosotros andais en esto?
Decid, infamia romana:
¿Vosotros damas y juego?
¿Vosotros hurtos y robos?
¿Vosotros con deshonesto
Lenguaje hablais mal de un santo,
Pasado por el desierto,
Que es el crisol mas notable,
Adonde el divino fuego
Apura las almas santas?
¿Aquel heróico mancebo,
Nuevo Baulista, que pudo
Sufrir penitente el yerno
En sus mas floridos años?
¿A Jerónimo, que, haciendo
Mas vida de ángeles que de hombre,
Sustentaba en unos huesos
Un espíritu que en Dios
Estaba todo suspenso?
A Jerónimo, traidores,
Para ser columna electo
Del santo templo de Cristo
Y antorcha de su evangelio?
¿Aquel que sus Escrituras,
Viejo y Nuevo Testamento,
De lengua caldea y siria
Y hebrea va traduciendo?
¿El que por ruegos de Paula
Ha corregido el salterio
Del Rey profeta y pastor,
Y que fué de Cristo abuelo?
El que en eterna oración
Pasa las horas del tiempo?
El que al gran Dámaso ayuda
En el pastoral gobierno,
Y que sirve de farol
A la nave de san Pedro
Contra la gran tempestad
De los piratas soberbios
Arrio, y Helvidio, el infame
Que puso lengua sin freno
En la estrella de Jacob,
En la Emperatriz del cielo?
¿A Jerónimo, que estaba
A sus inclemencias puesto
En los desiertos de Nitria,
Donde algunos que le vieron,
Pensando que era peñasco
(Tan pardo estaba su cuerpo),
Por pensar que no le vian,
Sin hablarle se volvieron?
¿Aquel que con una piedra
Dando golpes en su pecho,
Le abriera Dios en el suyo,

Si no le tuviera abierto,
Porque los dos se mostraron
Los corazones deshechos,
Si Cristo por el costado,
Jerónimo por en medio?
Aquel que con el demonio
Carne y mundo acometieron,
Para volver resistidos,
De infame vergüenza llenos?
Aquel de quien toda Roma
Dice que es digno supuesto
Para que ocupe su silla,
Si falta, por ser ya viejo,
El español que le rige?
¿Hipócrita á un hombre bueno
En las costumbres morales,
Por humildad y silencio.
Letras divinas y humanas,
Prudencia, ingenio y consejo,
Y para la ley divina,
Con una espada de fuego,
Un nuevo y divino Elías
En el Testamento Nuevo?
De Dios os venga el castigo,
Sacrilegos, viles, ciegos,
Apóstatas como Judas,
Que vendeis vuestro maestro;
Hombres que, con esa capa
Del sacerdocio supremo,
Andais á quitar la honra
Del que os la da por lo menos:
Salid del templo de Cristo,
Vendedores tisonjeros;
Salid, salid.

LICENO.

Tente, espera.

GERARDO.

No aguardes.—Huye, Liceno;
Que está loco este ignorante.

MARTINO.

¡Oh, sabios de aqueste tiempo!
El que os dice la verdad
Ese es ignorante y necio.
(*Vase.*)

Salen EL PONTÍFICE DÁMASO, NUMANCIO y CRIADOS.

DÁMASO.

Las letras de Jerónimo no tienen [bres
Igual en todo el mundo, y sus costum-
Con las letras, Numancio, bien convie-
[nen.

Así del Evangelio están las lumbres
Encima de los montes, dando al suelo
Divino resplandor sus altas cumbres.
Yo pienso que le trajo á Roma el cielo
Para que en el gobierno me ayudase
Con su divina pluma y santo celo,
Y porque la Escritura trasladase,
Y escribiese tan altos aforismos,
Con que la vida el que es cristiano pase.
Ya tiemblan dél en los infiernos mismos
Estos seudoprophetas, que destierra
A los profundos báratros y abismos.

NUMANCIO.

Muchos estima la ignorante tierra [tos;
Por santos, gran pastor, que no son san-
Que la opinión vulgar por puntos yerra.
¡Oh cuántos, pescador divino, oh cuán-
Con velo de cubierta hipocresía [tos
Suelen llenos estar de vicios tantos!
Aquel que ser hipócrita porfia
En esta mortal vida el premio tiene;
De su mano se paga el mismo día.

DÁMASO.

Eso, amigo Numancio, no conviene

Con lo que de Jerónimo trataba;
Que á ser materia muy distinta viene.
De santo y justo al Cardenal alaba,
Y al que no le imitare vitupera.

NUMANCIO.

Yo sé cuán á propósito te hablaba.

DÁMASO.

Mucho tu lengua, ya mordaz, me altera.
¿Qué dijera el apóstata Juliano
Que de mayor exorbitancia fuera?
¿Jerónimo es hipócrita?

NUMANCIO.

Tan vano,

Puesme aprietas, Señor, que tiene pues-
En confusión tu cóncave romano. [to

DÁMASO.

No sé qué te responda, porque en esto
La respuesta mejor era el castigo.

NUMANCIO.

¿Que tú me le des estoy dispuesto,
Quando no te probare lo que digo.

DÁMASO.

Primero pensaré que es noche el día
Y el fiero lobo del cordero amigo.

NUMANCIO.

¿Conoces una Paula que vivía
Casada con Toxocio habrá seis meses,
Caballero que Roma obedecía?
¿Qué dirás de Jerónimo, si vieses
Que visita su casa, y él la suya,
Y que tratan de amor los dos suplicies?

DÁMASO.

El cielo ¡oh lenguas viles! os destruya.
¿A qué puede llegar malicia humana,
Que pueda compararse con la tuya?
¡Oh, matrona santísima romana,
Ejemplo de mujeres mas famoso
Que cuantos nos dejó la edad anciana!
¡Oh, tú, varon perfecto y religioso,
Castísimo Jerónimo, que excedes
Al cristalino cielo luminoso! [des,
Habla, Numancio bárbaro, bien pue-
Porque de los secuaces de Liberio
La lengua vil y la malicia heredes,
Pues á mí me acusaron al imperio,
Como si fuera mi juez humano,
No menos que de infamia de adulterio.
¿A qué no llega el pensamiento humano?
Mas bien sé que lo hacéis porque corri-
Vuestro clero sacrilego romano. [go
Esto en el gran Jerónimo os afige,
Porque os obliga á que imiteis á Cristo,
Que con limpieza sus ministros rige.
Bien sé que con vosotros me enemisto
Porque le favorezco, estimo y quiero
Por las virtudes que en su pecho he vis-
[to.

Salid de aquí; que al envidioso clero
Presto pondré...

NUMANCIO.

Pastor de Pedro, escucha.

DÁMASO.

Ya, de piadoso, me volveis severo.

NUMANCIO.

Tiene razón; que la malicia es mucha.
(*Vase.*)

Salen MACRINO, LICENO y GERARDO.

MACRINO.

Puse la ropa en lugar
Que sin duda la tomé.

LICENO.

Si él la ropa se vistió,
En Roma no ha de pasar.

GERARDO.
Yo lo tengo por sin duda,
Si la puse entre el vestido,
Porque le es muy parecido.

MACRINO.
Yo me espanto que no acuda
A maitines, como suelo,
Porque ya han hecho señal.
La burla ha de ser igual,
Para que la fama vuele.
Pero estoy muy admirado
De aquel lego de Marino,
Que con tanto desatino
Os haya á los dos hablado.

LICENO.
Presamos que descubriera
Alguna hilaza entre el oro;
Pero habló con el decoro
Que Jerónimo pudiera.
Aun me traigo las colores
De aquella reprehension.

GERARDO.
Pienso que fué prevencion
De tenernos por traidores;
Que si los pechos supiera,
No pudiera hablar mejor.

MACRINO.
El descubriros fué error,
Antes que el suyo se viera.
Pero ¿no es este Numancio?

GERARDO.
Triste viene.

LICENO.
¿Qué tenemos?

Sale NUMANCIO.

NUMANCIO.
Que es bien que menos echemos
La libertad de Constancio.
¡Ojalá que Juliano,
Aunque apóstata, viniera
A Roma, y que la rigiera
Con aquella indigna mano,
Antes que sufrir sujeta
Tanto nuestra libertad;
Que ya no hay adversidad,
Que Dámaso no prometa!
Habléle en el negro amor
De Jerónimo y de Paula,
Y pensé ostar en jaula
Al son del hierro mi error.
¡Cuán se puso contra mí,
Contandome el adulterio
Que del se dijo al imperio!

LICENO.
Y ¿qué hiciste?

NUMANCIO.
Enmudecí,
Viendo que Dámaso es santo
Y Jerónimo también.

GERARDO.
Que son santos dices bien;
Mas no nos opriman tanto.
Mas presto tendrá remedio
Con la nuestra tu afliccion,
Porque ha llegado ocasion
Que está del peligro en medio.

NUMANCIO.
¿Cómo?

GERARDO.
Entre el rojo vestido
Pudo Macrino poner
Una ropa de mujer,
Que pienso que se ha vestido.
Aquí estamos esperando
A ver si la tiene puesta,
Porque ha de haber grande fiesta.

NUMANCIO.
Pues esperalde callando,
Porque sospecho que viene.

LICENO.
Marino viene con él.

GERARDO.
La burla ha de ser cruel,
Si puesta la ropa tiene.

Sale SAN JERÓNIMO, con la ropa,
Y MARINO, detrás.

SAN JERÓNIMO.
Sálvanos, gran Señor, cuando velamos,
Y guardanos también cuando dormi-
Veláremos con Cristo soberano, [mos;
Y en paz, con su favor, descansaremos,
Y guardanos, Señor de cielo y tierra,
Como á las niñas de tus mismos ojos.

MARINO.
Cúbrenos con la sombra de tus alas.

SAN JERÓNIMO.
Y ten misericordia de nosotros.

MARINO.
Sobre nosotros tu piedad declenda,
Como de ti tenemos esperanza.

SAN JERÓNIMO.
Señor inmenso, mi oracion escucha.

MARINO.
Vengan á ti de mi clamor las voces.

SAN JERÓNIMO.
Aquesta habitacion, Señor, visita,
Y de nuestro enemigo aparta lélos
Las asechanzas, y tus santos angeles
En ella habiten, porque en paz nos guar-
Tu bendicion sobre nosotros venga den.
Por Cristo, que es tu Hijo y Señor nues-
MARINO. [tro.

Amén.

LICENO.
¡Hola! ¿No veis los dos hipócritas,
Que vienen á la iglesia á los maitines,
Rezando cabizbajos?

NUMANCIO.
Razon tienes.
Mas ¿no mirais que el cielo aquí des-
[cubre
Cuanto del hombre la malicia encubre?

GERARDO. [nimo
Dices muy bien; que el cardenal Jeró-
Se ha puesto, en vez de los sagrados ha-
La ropa de la dama que le agrada, [bitos,
Y que deja en su cama por ventura.

SAN JERÓNIMO.
¿Marino! ¿qué es aquesto?

MARINO.
No lo entiendo.

LICENO.
Esto, ¿dirá el Pontífice que es justo?

MARINO. [ro?
Con esto, ¿hará sermones contra el cie-
¿No estuviera aquí junta toda Roma!

SAN JERÓNIMO.
¿Yo ropa de mujer! Marino, toma.

MARINO.
¿Señor! ¿qué es esto?

MARINO.
Vamos, vamos todos,
Y llamemos, primero que se quite
La ropa de mujer, toda la iglesia.

GERARDO.
Bien dices; vamos, porque todos sepan
La gravedad del cardenal Jerónimo,
Que en forma de mujer viene á maitines.

SAN JERÓNIMO. [as
Paciencia; que ya entiendo vuestros á
MARINO.

Das en vestirme solo, que aun no pides
Lumbre siquiera; y estos por venganza
De que los haces que en coaciertovivas,
Y que tengan respeto á que á sus manos
Declenda aquel Señor de cielo y tierra,
Hante puesto esta ropa entre las tuyas.
Y agora digo que es razon que huyas.

SAN JERÓNIMO.
¡Ay, soledad amada!
Ay, soledad querida!
¿Quién te trocó por Babilonia fera,
Jerusalén sagrada,
Donde mi honesta vida
Pasaba entre dos peñas su carrera?
¡Oh, confusion, que altera
El alma y los sentidos!

¡Oh, sirena engañosa,
Que con voz deleitosa
Nos tienes encantados y dormidos!
Quien gusta de tus bieques
No sabe el hierro que en el oro tienes.

¡Ay, cuán mejor vivía
Entre mis pardas peñas,
Al sol de Siria por el julio ardiente,
Donde la fuente fría,
Hallada por las señas
Del concertado son de su corriente,
Tan abundantemente
Satisfacia el pecho,
Cual vaso cristalino
De aromático vino,

El pecho hambriento, á solas yerbas
Que no hay mejor comida [hecho!
Que la conciencia de una honesta vida.
Quédate, invicta Roma,
Con tu soberbio fausto,
Tu envidia y ambiciones; que yo me vuel-
Adónde beba y coma [ro

Sin este censo infausto,
Púrpura roja en que ceniza envuelvo.
Desde aquí me resuelvo
A volverme al Egipto,
A ver mis monjes santos,
Provocado de tantos,
Que deste mar las olas me han escrito
Adonde con la quilla
En tus rocas toco mi navicilla.

Preven, Martino, al punto
Cómo de Roma salga.
No mas, envidia: tu veneno he visto
Al tal peligro junto;
Huir de ti me valga.
Dáme perdon el sucesor de Cristo.

MARINO.
Por bueno eres malquisto.
Así camina el mundo.

SAN JERÓNIMO.
Otro envidie la grana
De la corte romana;
Que yo en mi saco de sayal me fundo.
Morir me da cuidado;
Y así, es mejor vivir amortajado.

(Vase.)

Sale en cajas, y soldados, huyendo;
JULIANO Y LIBANIO.

JULIANO.
No es posible. ¿Que yo soy
César del romano imperio,
Pues de dos peras descaldas
Huyendo, sin honra, vengo?
¡Así el demonio ha mentido,
Que con tantos cuerpos muertos

En su oráculo me dijo:
«Subirás como este incienso?»
Pero no me dijo mal,
Si yo supiera entenderlo;
Que el incienso pára en humo,
Y en humo subí deshecho.
Oráculos fementidos,
Que dabais falsos agüeros,
Quien os cree y quien os sigue
Carece de entendimiento.
¿Qué dirá Roma de mí?
¿Qué dirá el mundo, que creo
Que estaba de mi valor
Todo temblando y suspenso?
¿Qué es esto, inconstante diosa?
Mujer fortuna, ¿qué es esto?
¿Tú tienes tanto poder
En los humanos sucesos?
¿Tú derribaste los mios
De donde yo los he puesto,
Con tanta fuerza de industria
Y con tan divino ingenio?
¿No hay alguno de vosotros,
Soldados viejos ó nuevos,
Que me mate?

LIBANO.

¿Ya, Señor,
Pierdes el valor tan presto?
¿De qué te espantas que mude
Tus pretensiones el tiempo,
Si al cielo importunan tantos
Que están temblando de miedo?
Un monje llamado Saba,
En las peñas de un desierto
Está en eterna oración,
Pidiendo tu muerte al cielo;
Didimo santo, lo mismo,
Y Gregorio Nacianceno
Con Basilio y Anastasio,
El Papa, el romano pueblo,
Jerónimo, aquel gran hombre
Que tiene la Iglesia en peso,
Bércules, del Papa atlante
Con su pluma y su consejo.
Pero, Señor, no es valor
Que desanimas por esto
Este ejército romano,
Aunque ejército deshecho.

(Toquen dentro.)

JULIANO.

Los persas vuelven, Libano.
¿Qué me aconsejas que puedo
Hacer en tanta desdicha?

LIBANO.

Ya que en la fuga te has puesto,
Seguirla, y volviendo á Roma,
Castigar su loco exceso;
Que la fortuna se muda
Y el tiempo, en diversos tiempos.

JULIANO.

Consejo al fin de sofista.
Acometed; que no quiero
Que cielo ó tierra me ayude.
Yo voy, á morir dispuesto.

(En acometiéndose unos á otros, diga
Juliano, con la espada desnuda.)

¡Maldito sea el laurel
Por quien á este punto vengo!
Ya no conviene al vencido,
Sino al triunfador soberbio.
¡Oh, gran Hijo de María!
Bien cristianos me dijeron
Que ya el ataud me hacia
El Hijo del carpintero.
¡Ay del pescador de Roma!
¡Ay del harco de san Pedro!
¡Ay del timon y las llaves!
¡Ay de Italia, si allá vuelvo!

De una tramoya baje de golpe con una
lanza SAN MERCURIO, armado todo.

SAN MERCURIO.

Blasfemo del Hijo santo
Del gran Padre sempiterno,
Dios me manda que te mate,
Y que se junten mis huesos
En el sepulcro en que estoy;
Que de mi sepulcro vengo,
De donde tomé esta lanza,
Con que he de pasarte el pecho.

(Ahora.)

JULIANO.

Detente, espera, vision;
Oye, escucha. No hay remedio.
Muerto soy por mi soberbia;
Que mi soberbia me ha muerto.
Galileo, ya venciste;
Vencisteme, Galileo.
Tomar quiero de mi sangre
Para arrojársele al cielo.
Toma; que ya te la doy.
Hártate ya, Nazareno;
Que confieso tu poder,
Y mi flaqueza confieso.
¡Oh, maldito el hombre sea
Que se fia de hechiceros,
De agüeros supersticiosos
Y de oráculos inciertos!
Adios, romano laurel;
Que voy al eterno fuego
Porque quise contrastar
La barquilla de san Pedro.

ACTO TERCERO.

Salen EUSEBIO, VICENCIO
Y PAULINIANO, monjes.

EUSEBIO.

Cansado ¡oh Pauliniano!
Jerónimo de las iras,
Envidias, trazas, mentiras
Del libre clero romano
(Que no digo de mil buenos,
Para que no te alborotes,
Justos, santos, sacerdotes,
Vasos de virtudes llenos),
Dejó á Roma, y en el puerto
De Ostia á Siria se embarcó,
Y con bonanza llegó
A tomalle en el desierto.
Sintiendo Roma su ausencia,
Tormento á Numancio dió,
Porque Dámaso sintió
La falta de su presencia;
Y él confesó en el tormento
Que, inducido del demonio,
Aquel falso testimonio
Tuvo primer fundamento.
Confesó que había mentido,
Por tener al Cardenal
Envidia y odio mortal;
Y de su error convencido,
Fué en público castigado,
Volviendo por su opinion
Jerónimo, en ocasion
Que ya quedaba embarcado.
Muchas cartas escribió
A personas virtuosas,
Cuyas penas con pláticas
Lágrimas Roma sintió.
Llegado, en fin, al desierto,

A sus monjes visitando,
Le recibieron llorando;
Que tambien es agua el puerto.

Cuatro años vivió en él
Con áspera penitencia,
Hasta que la diligencia
Del Pontífice, y con él
Otros cardenales santos
Y obispos, fué de tal modo,
Que le mudaron del todo,
Diciéndole que, pues tantos
Frutos seguirse podían
De que á muchos enseñase,
Aqueellas peñas dejase
A los que en ellas vivían;
Y que pues su pretension
No era la sacra tiara,
Fuese Moisés con la vara,
Y no sacerdote Aaron;
Que edificase siquiera
Algun monasterio santo;
Y aunque ha resistido cuanto
El mas humilde pudiera,
Al fin á Jerusalem
Vino, donde ha visitado
Todo aquel mapa sagrado,
Tierra y mar de nuestro bien.
Desde allí, con mucha gente
Que hasta Belen le siguió,
El monasterio fundó
Que estás mirando presente.

PAULINIANO.

Extrañas cosas contáis.
Y ¿tenéis regia?

VICENCIO.

Ya ha hecho

Una, digna de su pecho.

PAULINIANO.

En puerto seguro estáis.
Mas ¿qué se dice en Belen
De Paula, aquella matrona
Que tanto la fama abona?

VICENCIO.

Que viene á Jerusalem
A ver los santos lugares
Que anduvo en su vida y muerte
Cristo Jesus.

PAULINIANO.

Desa suerte,

Cuando á los sacros altares
Del sepulcro y del Calvario
Haya adorado, vendrá
A ver su maestro.

EUSEBIO.

Ya

La espera, aunque el tiempo es vario,
Y en este mar peligroso.

PAULINIANO.

¡Oh santísima mujer!

EUSEBIO.

Los jardines quiere ver
De su regalado esposo.

VICENCIO.

Jerónimo viene aquí.

Salen SAN JERÓNIMO, MARINO,
RUFINO Y LAMBERTO, monjes.

SAN JERÓNIMO.

¡Qué bien llamaron portal
Al que es puerto celestial,
Y al que es cielo para mí!
¡Oh soberano Belen,
Divina casa de pan,
Dónde en pajas nos dan
Para nuestra hartura y bien!
En ti colgaré el vestido

De la soberbia romana,
La roja púrpura y grana,
Que pongo en eterno olvido;
No como los instrumentos
De los hijos de Israel
En cautiverio cruel,
Por no cantar descontentos,
Sino por haber salido
De Babilonia á este bien.

PAULINIANO.

¡Oh cardenal de Belen,
Jerónimo esclarecido!

SAN JERÓNIMO.

¡Oh Pauliniano amado!

PAULINIANO.

Vengo, padre, al respaldor
De tu sol.

SAN JERÓNIMO.

Más al amor

De aqueste portal sagrado.
Hemos hecho un monasterio,
Amigo, en que se recojan
Los que del mundo se enojan
Y de su vil cautiverio;
Y una casa, que si fuera
Cosa posible que un día
La Santísima Maria
A Belen volver pudiera
Con el Hijo de Dios vivo
En sus entrañas sagradas,
Y Josef con las honradas
Canas, padre putativo,
Hallaran en que posar,
Sin que aquel huésped sin fe,
Por verlos venir á pié,
No los quisiera albergar.

PAULINIANO.

Padre, toda Palestina,
Toda Siria, todo Egipto
Sabe que en este distrito
Muestras tan alta doctrina.
Recibe en tu amparo santo
A Pauliniano.

SAN JERÓNIMO.

Quiero

Darte mis brazos.

PAULINIANO.

Espero

De tu doctrina bien tanto,
Como es el puerto seguro
De mi vida y salvación.

SAN JERÓNIMO.

Yo vengo á leer lición.

PAULINIANO.

Y yo escucharte procuro.

SAN JERÓNIMO.

Padres, sentaos, y escuchad.

EUSEBIO.

Toma, padre venerable,
Tu asiento.

MARINO.

¡Qué amor notable!

VICENCIO.

¡Qué virtud!

RUFINO.

¡Qué santidad!

SAN JERÓNIMO.

La distincion en general ¡oh padres!
De las criaturas, escuchad atentos.

LAMBERTO.

Ya escuchamos, Señor.

MARINO.

Y ¡qué contentos!

SAN JERÓNIMO.

La criatura del mundo de tres suertes
Os quiero declarar: corporal una,

Como los elementos; otra, hijos,
Es espiritual, como los ángeles;
Otra delllos compuesta, como el hombre.
Tambien la corporal naturaleza [bre.
Se distingue (escuchad) en cuerpos lú-
[cidos,

Como son las estrellas, y en opacos,
Como la tierra, los metales y otros,
Y en transparentes, como el aire y agua.
Creaturas quaedam habent esse tantum;
Digo que tienen ser algunas solo,
Como las piedras; otras tienen vida,
Como las plantas, y otras sienten, como
Los animales: *Quaedam intelligere*
Ut homines et angeli.

EUSEBIO.

¡Que entienden

Dices, Señor, como los hombres y ánge-
[les?

SAN JERÓNIMO.

El mundo se distingue de tres suertes.

EUSEBIO.

Y ¡cuáles son?

SAN JERÓNIMO.

La una el Arquetipo.

LAMBERTO.

¡Qué es Arquetipo?

SAN JERÓNIMO.

Dios, que de *archos* viene,
Que es príncipe, y de *typus*, que es fi-
[gura,

Porque es la principal, y es el ejemplo
Deste mundo sensible.

EUSEBIO.

¡Cuántos dices?

SAN JERÓNIMO.

Tres digo, con el hombre, que se llama
Pequeño mundo destes tres: oídme.
San Juan, en el capítulo primero,
In mundo erat: veis el primer mundo,
Adonde estaba Dios.

EUSEBIO.

Bien, y ¡el segundo?

SAN JERÓNIMO.

El mundus, dice luego, que *per ipsum*
Factus est.

EUSEBIO.

Y ¡el tercero?

SAN JERÓNIMO.

El que se sigue:

El mundus cum non cognovit.

MARINO.

Padre,

Padre y señor, ¡qué es esto que aquí
[viene,

Que tal ferocidad y aspecto tiene?

EUSEBIO.

Huye, divino cardenal Jerónimo;
Que sin duda es leon, que le ha traído
La rabia de la hambre al monasterio.

SAN JERÓNIMO.

Hijos, hijos, oid; esperad hijos.
Mas ¡qué me canso? Todos van huyen-
[do.]

(Sale un leon.)

¡Ah, Marino, Marino!

MARINO.

¡Ay, padre mío!

Ay, fiera! no sepultes á mi padre,
Pues importa á la Iglesia, nuestra ma-
Que viva aqueste vaso cristalino. [dre,
Libra, Señor, á Daniel divino.
(Llégase el leon á san Jerónimo, mos-
trándole la mano.)

SAN JERÓNIMO.

¡A mi vienes, y á ellos dejas!
No vienes sin ocasión.

Espera, amigo leon.

¡Qué tienes? ¡De qué te quejas?

¡Quién en ocasión igual

Te ha ofendido, cómo y cuándo?

La mano me está enseñando.

¡Si tiene en ella algun mal?

Dámela, á ver quién te causa

Tal dolor. ¡Bondad divina!

En ella tiene una espina:

No se quejaba sin causa.

¡Queréis que os la saque? ¡Si?

¡Si decís? Tened paciencia,

Porque, con vuestra licencia,

Haré de salir ansi. —

Veíala aquí. — Pero tambien

La materia ha de salir.

Aquí os conviene sufrir.

Porque se ha de apretar bien.

Sabed, amigo leon,

Que traigo siempre conmigo

Ungüento (á vos os lo digo)

De una cierta confeccion,

Para las lagas del canto

Con que me doy en el pecho.

Quizá os será de provecho.

Esperad: no os quejéis tanto,

Y apretaréos una venda.

¡Oh, qué agradecido estáis!

Los plés, hijo, me besais

Dios en vuestra ayuda entienda.

Volved por acá despues,

Para que os vuelva á curar.

(Vase el leon.)

No pudiera con hablar

Ser mas humilde y cortés.

¡Oh gran leon de Judá!

Despues que vos sois cordero,

Parece que no es tan fiero

El leon del mundo ya.

¡Cómo es posible que el hombre

Se os muestre ingrato, Señor,

Si este humilla su rigor?

EUSEBIO. (Dentro.)

De leon bastaba el nombre.

Huye, Vicencio.

VICENCIO. (Dentro.)

No sé

Cómo le habemos de echar.

SAN JERÓNIMO.

Voces comienzan á dar.

Sin duda que no se fué.

PAULINIANO. (Dentro.)

Huya, padre, al refetorio. —

Cierre la puerta, fray Juan.

Sale MARINO, con un capacete
y un lanzon.

MARINO.

Supuesto que huyendo van

De un peligro tan notorio,

A mí me trae el amor

De mi padre á un desconcierto,

Porque pienso que le ha muerto

De aquella fiera el rigor.

¡Si es aquel? Sin duda es él.

¡Ah, padre!

SAN JERÓNIMO.

¡Quién es?

MARINO.

Yo soy,

Que de aquesta suerte voy

Contra esta fiera cruel.

Padre, ¡no es muerto?

SAN JERÓNIMO.

Marino,

No temas.

MARINO.

¿De qué manera
Mató, padre, esta fiera,
Que desas montañas vino?
Déme su ayuda y favor;
Que estoy temblando de miedo.

VOCES. (Dentro.)

¡Guarda el león!

MARINO.

Ya no puedo
Tener la lanza, Señor.
Todo me ha cubierto un hielo.

SAN JERÓNIMO.

Mira que aqueste león
No viene sin ocasión.

MARINO.

Por mis pecados, recelo.

SAN JERÓNIMO.

Yo le saqué de la mang
Una espina que traía;
Caréle, y con alegría
De verse curado y sano,
Va por todo el monasterio,
Donde debe de querer
Esta deuda agradecer.
Sirva de algun ministerio.
¿Qué oficio podremos darle?

MARINO.

Que se vaya es el mejor,
Porque tiemblo de temor
Solamente de miralle.
Padre, échémole de aquí:
Vén tú delante conmigo.

SAN JERÓNIMO.

No es justo, Marino amigo,
Si él quiere servirme así.

MARINO.

¿De manera que seguro
Le podré ver y tocar?

SAN JERÓNIMO.

Desde hoy le podrás mandar.

MARINO.

¿Mandar?

SAN JERÓNIMO.

Si, yo le aseguro.

MARINO.

Y si se descuida un día
De la obediencia jurada,
Y me da una manotada,
¿Será obediencia la mía?

SAN JERÓNIMO.

Vé presto, y date el pollino
Que el pan nos suele traer;
Si que le lleve á pacer.

MARINO.

¿Qué dices?

SAN JERÓNIMO.

Esto, Marino.

Vé, por obediencia, luego.

MARINO.

Iré, por ella, á morir.

SAN JERÓNIMO.

Yo sé que te ha de servir.

MARINO.

Que pidas á Dios, te ruego,
Haya piedad de mi pecho;
Que para tan fuerte lid
Ni soy Sansón ni David.

VOCES. (Dentro.)

¡Guarda el león!

MARINO.

Esto es hecho. (Vase.)

Sala EUSEBIO.

EUSEBIO.

Albricias, padre nuestro, dame albricias.

SAN JERÓNIMO.

¿De qué, mi Eusebio?

EUSEBIO.

De que agora llegan
Paula, Eustoquia y algunas santas vir-
genes,
Que, dejando la patria insigne, Roma,
Han visitado los lugares santos.

Salen PAULA, EUSTOQUIA Y FELI-
CIA, y quien acompañe.

SAN JERÓNIMO.

¿Paula en mi monasterio!

PAULA.

Sí, Jerónimo.

Dame esos santos piés.

SAN JERÓNIMO.

Mejor dijeras
Si en albricias los brazos me pidieras.
Y á no ser sacerdote, Paula santa,
Y en esta dignidad constituido,
Las manos te besara muchas veces.—
¿Cómo vienes, mi Paula?— Y ¿tú, mi
Eustoquia?
¡Oh soberano Dios! ¿Que en las muje-
res

Hay tanto valor, virtud tan grande!

PAULA.

Yo vengo á tu servicio, padre mío.

EUSTOQUIA.

Y yo con mil deseos, padre amado,
De volver á escuchar tu voz divina.

SAN JERÓNIMO.

Cuéntame, Paula, tu viaje santo.

PAULA.

Escucha, mi Jerónimo, y advierte:
Resumiréle en breve desta suerte.
Después de largos naufragios
¡Oh columna de la Iglesia!
Que pasé, dejando á Roma,
Ya en la mar y ya en la tierra,
Yo llegué, padre, á Sidon
Y á la ciudad de Sarepta;
Luego á Tiro y Tolemaida,
Y entré por Magedo, aquella
Donde murió el rey Josías.
Dándonos luego licencia
La tierra de Palestina,
De tantos misterios llena,
Vimos la ciudad de Lida,
A quien dió tanta excelencia
El divino apóstol Pedro,
Resucitando á Doreas.
Pasé por Arimatía,
Ciudad de Josef; desde ella
A Jope, el puerto por donde
Huyó Jonás el profeta.
Vi el castillo en que Cleofás
Y Lucas, viendo en la mesa
A Cristo partir el pan,
Conocieron su presencia;
Y desde este á Gabaon,
Adonde fué la pelea
En que Josué detuvo
Del sol la carrera eterna.
Por no cansarte, llegué
A Jerusalem, aquella
Sacra ciudad, que sentada
Está en medio de la tierra.
Derribéme en el Calvario,
Donde aquella vida inmensa,

Muriendo, venció la muerte
En la batalla postrera.
Entré en el santo sepulcro
Con tantas lágrimas tiernas,
Que como fuentes misojos,
Lavaron sus blancas piedras.
Desde allí subí á Sion,
Ciudad de David, que, puesta
Sobre aquellos montes santos,
La celestial nos enseña.
Vi la casa donde Cristo
Celebró la postrer cena,
Y donde dejó á su Esposa
Aquella divina prenda,
Que en un pequeño bocado
Encierra tanta grandeza,
Que no puede Dios dar mas
Que lo que ha dado con ella.
Vi la columna en que estuvo
Atada su carne tierna,
Donde aun estaban señales
De la sangre de sus venas.
Sali de allí, y á la torre
Pasé donde Raquel bella
Oyó á Jacob los suspiros
Tantos años de firmeza;
Y donde oyeron tambien
Otros pastores las nuevas
Del recién nacido infante,
Gloria del cielo y la tierra.
Pasé á la ciudad de Gaza,
Famosa por sus riquezas,
Donde bautizó Felipe
Al eunuco de la Reina;
Entré en la casa de Sara,
Y vi á la mano derecha
Aquel roble en que Abraham
Oyó tan alta promesa.
Vi luego á Hebron, en quien dicen
Que duerme Adán, y que encierra
A Abraham, Jacob y Isaac,
Que no es pequeña excelencia.
Dejó un desierto espantoso
Y las ciudades que anega,
Habiendo sido abrasadas,
El mar con sus aguas muertas.
Miré la estatua de sal
Y de Lot la oscura cueva;
Vi las viñas de Engaddi,
Que el rubio bálsamo llevan.
Mas dejando el mediodía,
Y la tierra de la venta
De Josef por sus hermanos,
A Jerusalem doy vuelta.
Vi el monte de las Olivas
Con las estampas impresas
Que subiendo Cristo al cielo,
Dejó para eternas señas;
La villa de Betfagé,
La casa de Madalena,
La ciudad de Jericó,
De quien las rosas celebran.
Vi donde vieron los ciegos,
Y de Zaqueo la higuera,
La fuente de amargas aguas,
Que el nuevo Eliseo trueca.
Vi luego las del Jordan,
Donde aquellas doce piedras
Los apóstoles señalan,
Fundamentos de la Iglesia,
Y donde cuando el Bautista
Bañó á Cristo la cabeza,
Dijo el Padre: «Este es mi hijo,
Que me agrada y me deleita.»
Pasé á Egipto y á Socot,
En que Sansón, de gran fuerza,
Derribó con la quijada
Tanta gente filisteá.
Vi las peñas que habitaste,
Y vi los monjes por ellas,
Que hoy admiran tus virtudes,
Vigilias y penitencias.

No quiero cansarte mas,
Sino decirte que creas
Que me miras desde Roma
Tus virtudes y excelencias.
Ya de mi largo viaje
Paré en Belén; este sea
Centro de toda mi vida.
Dame tu hábito y regla
Para que, como en Belén,
De Cristo casa primera,
Teneis monasterio de hombres,
Mujeres tambien le tengan.

SAN JERÓNIMO.

Paula, como yo conozco
Tus virtudes y tus prendas,
No es menester que me digas
Qué fin, qué centro deseas.
Ya sé, Paula, á lo que vienes,
Quién te guía y quién te enseña.
Ven conmigo; que de espacio
Quiero que mi vida entiendas,
La regla y el instituto
Que aquestos padres profesan,
Conforme al cual á tus monjas
La darás, para que puedan
Adonde Cristo nació
Nacer de nuevo á su Iglesia,
Como soberanas palmas,
Fuertes lirios y azucenas.

PAULA.

Todas, santísimo padre,
La recibirán contentas.

SAN JERÓNIMO.

Dios os dé su bendición,
Para que velando atentas
Os balle el divino Esposo
Cuando llame á vuestras puertas.
(Vase.)

Salen SAN AGUSTIN, *de obispo*, y OROSIO, *español, en hábito de estudiante.*

SAN AGUSTIN.

Gran consuelo he tenido, Orosio amigo
(Tal tienes de tus letras digna fama),
En ver tu rostro y en hablar contigo.

OROSIO.

La tuya por el orbe se derrama,
Sol de la Iglesia, cuyos rayos sigo,
Pues que mirando su divina llama,
De España, y desde Córdoba, en per-

[sona

He venido, Agustín, á verte á Hipona.
Y no digo yo á la Africa desierta,
En medio de los trópicos fundada;
Pero á la Libia y Scitia mas incierta,
Aquella por el fuego y esta helada.
Agora pues, que la verdad concierta
Con la fama, en tu vista declarada,
Puesto que me bastaban tus escritos,
De tanta erudicion como infuitos,
Dime, Agustín divino, con tu raro
Y soberano ingenio milagroso,
Esta quistion del alma, que al mas cla-
Tiene en España tímido y dudoso. [ro
Platon y otros filósofos afirman
Que antes de ser las almas infundidas
Fueron criadas, y esto nos confirman
Adonde son por ellos difundidas.
Mil por allá sus opiniones firman,
Después de ser muy bien controverti-
Mas yo, que de tu ingenio solo fio, [das;
El que es tu parecer tendré por mio.

SAN AGUSTIN.

Erró Platon, Orosio, aunque digamos
Lo que dijo Aristóteles, pues vemos
Que es mas amiga la verdad, y esta-

[mos

Mas obligados á quien mas queremos.
Lo que por esta parte disputamos,
Escrito para España te daremos;
Pero con un concierto, y de otra suerte
No esperes que contigo me concierte.
Vive en la Tierra Santa un peregrino,
Que de Belén el cardinal se llama,
Cuyo nombre es Jerónimo divino,
Mayor gigante que su misma fama.
Sin él ninguna cosa determino;
Amole en Cristo, y él tambien me ama:
Los dos familiarmente nos tratamos,
Aunque tan léjos como ves estamos.
Llevarás una carta, y de mi parte
Visitarás el santo penitente
Del pesebre de Cristo, en cuya parte
Halló su centro y tiene á Dios presente.
Este á la Iglesia desde allí reparte
El oro de sus obras eminente;
Este es agora el santo patriarca,
Que para sus diluvios funda el arca.
Llevarás á tu España gran consuelo,
Y reliquias tambien de haberle visto,
Después de las que tiene el santo suelo,
Vestigios ya del sacerdote Cristo.

OROSIO.

Oh, padre amado! veré abierto el cielo,
Si su vista santísima conquisto.
Dame la carta.

SAN AGUSTIN.

Vén, y escribiréla,
Y luego al viento y mar darás la vela.
(Vase.)

Sale MARINO, *con un pollino y el leon.*

MARINO.

Como digo de mi historia,
El hermano leon vino
(Advierta, señor pollino,
Pues es flaco de memoria)
Con una espina en la mano.
Nuestro padre le curó,
Y como ve, le dejó
(Esté atento) bueno y sano;
De suerte que, agradecido,
A servir se quedó en casa.
Todo lo demás que pasa.
Si no lo ha visto, lo ha oido;
Que no lo podrá negar,
Pues tales orejas tiene:
Agora sepa que viene
A llevarle á pasear.
Váyase al campo con él,
Y pacará á sus anchuras,
Pues tendrá espaldas seguras
Y salvoconduto en él.—
Y él, oiga, hermano leon,
Guárdele bien de algun lobo,
Fiera venenosa, ó robo
De algun cuatrero ladron.
¿Entiende? ¿Dice que sí?
Ahora pues, tome el cabestro,
Y lleve ligero y diestro
Al señor asno de aquí.
Vayan al campo los dos,
Y él pazca de buena gana
Hasta que oiga la campana.
Ea pues, vayan con Dios.

*Tome el leon el cabestro, y lleve el po-
llino, y salga* SAN JERÓNIMO.

SAN JERÓNIMO.

¿En qué entiende, fray Marino?

MARINO.

¿No le ve, mi padre amado?

Nuestro leon he enviado
Que lleve al campo el pollino.

SAN JERÓNIMO.

¿Hale ya perdido el miedo?

MARINO.

Si un jumento le perdió,
¿Es mucho que pierda yo
Todo el que tenerie puedo
Al rey de los animales?

SAN JERÓNIMO.

Vaya á ver qué estado tiene
El monasterio, pues viene
Siempre en ocasiones tales;
Y diga á Paula que irá
Mañana á ver su edificio.

MARINO.

Es de tu piedad oficio.
Lo que me mandas diré;
Y hasme dado un gran consuelo
En que vaya á ver la hermosa,
Pura, honesta y santa esposa
Del dulce Esposo del cielo. (Vase.)

SAN JERÓNIMO.

Aquí, Señor divino;
Aquí si que descansa dulcemente
Quien á buscaros vino
Desde aquel polo donde estuvo ausen-
Aquí si que ejercita [te;
La profunda humildad, en que os imi-
Mi Dios, entre otras cosas [ta.
Que he compuesto, por dicha importa-
Por almas religiosas [nado
Y el romano pontífice sagrado,
Sabed que unos maitines
Me han enseñado á hacer los serafines;
Que como en el pesebre
Santísimo, en que fuistes vos nacido
Vivo, es bien que celebre
El nacimiento nuestro esclarecido,
Y que á la misma hora
Se digan á tal sol y á tal aurora.
Suplicoos, gloria mia,
Que aunque es cosa tan vil quien los
En comun alegría [ha hecho,
Los cante vuestra Iglesia; que sospe-
Que será su memoria [cho
Para su devocion y vuestra gloria.
Mas antes, Dios eterno,
Que perficione estos oficios santos,
El canto dulce y tierno
Escuche yo de serafines tantos,
Y vea de qué suerte
Nació la vida á remediar mi muerte.
Vea yo al dulce Esposo
Y á la divina Emperatriz del cielo,
Al niño Dios hermoso,
Con el fuego de amor sufriendo el hie-
Y á pastores y reyes [lo,
Besar el pié del Rey que al sol dió leyes.

*Levántense en alto, y descábrase una
cortina en que se vean* MARÍA, JO-
SEF y NINO; *y por un lado del mon-
te bajen* PASTORES, *y por otro* TRES
REYES.

PASCUAL.

Llega, y daremosle, Bras,
El presente á la parida.

BRAS.

¿Quién le diera el alma y vida,
Y trecientas cosas mas!

ANTON.

Digámosle una cancion.

PASCUAL.

Digámosla enborabuena.
Oye, que música suena.

ERAS.
Los mismos ángeles son.
(Canten.)

*Mañanicas floridas
Del frío invierno,
Recordad á mi Niño,
Que duerme al hielo.*

PASCUAL.
*Mañanicas dichosas
Del frío diciembre,
Aunque el cielo os siembre
De flores y rosas,
Pues sois rigurosas,
Y Dios es tierno...*

MÚSICA.
*Recordad á mi Niño,
Que duerme al hielo.
(Por la otra parte diga un rey.)*

GASPAR.
Llega, amigo Baltasar;
Que aquí la estrella paró.

BALTASAR.
Tan grande la he visto yo,
Que el cielo puede alumbrar.

MELCHOR.
Aquellos sin duda son
Los padres de nuestro bien.

BALTASAR.
Música suena en Belén.

GASPAR.
Escuchemos la canción.
(Canten.)

*Alegrados, pastores,
Ya viene el albor.
Tened alegría;
Que ya viene el día.
Alégrese el suelo
Con tal regocijo,
Pues de Dios el Hijo
Hoy baja del cielo,
Y en humano velo
Por vuestros amores.
Alegrados, pastores,
Ya viene el albor.
Tened alegría;
Que ya viene el día.*

Salga abajo MARINO, azotando al león,
y ciérrese todo, y EL SANTO vaya
bajando.

MARINO.
Esa cuenta me habeis dado,
¿Y al monasterio volveis?
O vos dormido os habeis
Y la bestia os han hurtado,
O con natural fiera,
Traidor, os le habeis comido.
Decid la verdad: ¿qué ha sido?
¿No decís con la cabeza?
No me pago de mentiras.
Azote crudo ha de haber.
¿Qué es del asno?

SAN JERÓNIMO.

¿Puede ser
Que, no temiendo las iras
De un animal tan feroz,
A quien tanto ayer temías,
Hoy te azotas? ¿En qué fías,
Que aun osas darle una voz?

MARINO.

Padre, en tu santa obediencia.

SAN JERÓNIMO.

¿Qué ha hecho?

MARINO.

Al campo llevó

El pollino; mas volvió,
Como ves, á tu presencia.
Sin duda se le ha comido.

SAN JERÓNIMO.

Antes se le habrán hurtado.—
¿Cómo os habeis descuidado?—
Dice que estaba dormido.—
Presto, volvedle á buscar,
O ayunaréis cuatro días.

(Vase el león.)

MARINO.

Él va furioso. Hoy podrias
A tus monjas visitar;
Que desean tu presencia.

Salen EUSEBIO y OROSIO.

EUSEBIO.

Un español está aquí.

SAN JERÓNIMO.

¿Dice que me busca á mí?

EUSEBIO.

Con notable diligencia.

OROSIO.

Dame tus pies, ¡oh padre venerable!

SAN JERÓNIMO.

¿Quién eres, hijo?

OROSIO.

Orosio me apellido.
De España vine al Africa al notable
Ingenio de Agustín esclarecido;
Que, todo aquel distrito miserable
Agora en opiniones dividido,
Me enviaba á saber cuál era cierta
De una quistion que á muchos descon-
[cierta.

Agustín me mandó que de su parte
Con esta carta me partiese á verte,
En que de todo debe de informarte.
Mira la duda, y la respuesta advierte,
Porque dice que el cielo quiso darte
Tan alto ingenio y tan dichosa suerte,
Que te debe la Iglesia el rico estado
A que por tus escritos ha llegado.
No acaba de contar tus traslaciones,
Epístolas, comentarios y obras raras,
Trabajos que has pasado en las versio-
Cuyas lenguas difíciles declaras. [nes,

SAN JERÓNIMO.

Póneme mi Agustín obligaciones
Cada día tan grandes, si reparas
En lo poco que soy, que solo creo
Que de actos de humildad tiene deseo.
Es Agustín una ave caudalosa
Que á los rayos del sol atenta mira,
Cuya dulzura y elegancia hermosa
Obliga al cielo y á la tierra admira.
Pasa del sol su pluma milagrosa,
Su corazón nos dice que suspira;
Que no tiene la Iglesia tal letrado,
Ni Dios un corazón tan abrasado.
Leeré las cartas, y daré respuesta,
Mas que á tu duda, á su humildad di-
En que la caridad me manifiesta [vina,
Con que á los cielos Agustín camina.

Salen TRES HEBREOS, huyendo del león.

HEBREO 1.º

¡Favor, favor, Señor!

SAN JERÓNIMO.

¿Qué gente es esta?

MARINO.

Del león huye, y á tus pies se inclina.

HEBREO 2.º

Perdona, cardenal de Belén santo,
Y cúbreños debajo de tu manto.

SAN JERÓNIMO.

Tente, fiera.—Vosotros, decid presto
Cómo venis así.

HEBREO 3.º

Padre, un pollino
Estaba solo en ese campo, el puestito
No de tu monasterio muy vecino.
No vimos al león, que estaba en esto
Durmiendo entre la yerba al pie de un

[pino.

Hurtámosle: confieso que fué culpa,
Aunque el hallarle solo nos disculpa.
Una récua llevamos de camellos;
Que aceite y otras cosas trajinamos.
Volvíamos ya; mas luego en ellos
Vimos la fiera á quien la bestia hurta-

[mos,

Porque erizando de temor los cuellos,
Luego sobre nosotros la miramos.
Él en efeto tan cortés ha sido,
Que á todos á Belén nos ha traído.
En casa estamos todos y el pollino.
Del aceite te hacemos un presente,
Y déjanos volver nuestro camino. [te.
Mándale star; que Dios tu vida aumen-

SAN JERÓNIMO.

Yo me voy con Orosio.—Tú, Marino,
Da sus camellos á esta pobre gente.

MARINO.

A fe, padre, que todos merecieran
Que entre las uñas del león se vieran.

HEBREO 1.º

¡Ay, hermano! por Dios, téngale un po-
En tanto que nos vamos. [co

MARINO.

Ya le tengo [loco.
Por quien lo manda.—Estáte quedo,
Pero aguardenme aquí; que luego ven-

HEBREO 1.º

[go.
Huye, Ismael.

HEBREO 3.º

La tierra apenas toco.

MARINO.

¡Oh qué famosa cena le prevengo! [go.
Toque la mano; que ya yo soy su ami-
Al reditorio voy, venga conmigo. (Llévele.)

Salen RAFAEL, ángel, y EL DEMONIO.

DEMONIO.

Ángel, las manos detén.
Bástame mi gran tormento,
Sin que mayor me le dén.

ÁNGEL.

¿Que tengas atrevimiento,
Vil, para entrar en Belén?
Cuando no hicieras conceto
De que Dios nació en efeto
En el lugar que se ve,
Que aquí Jerónimo esté
Ha de obligarte á respeto.

DEMONIO.

Si á Dios en su mismo trono,
Y á Cristo en ese desierto
Se le pierdo y no perdono,
Y encubierto ó descubierto,
Deste laurel me coronó,
Tendré respeto á Belén
Y á su cardenal? ¿No miras
Que soy cardenal también?

ÁNGEL.

Por las puertas de mentiras
Que en tus entrañas se ven.
¿Con que eres cardenal sales
Al cabo de tanto duelo?
Mas de equivocados te vales,

Porque quien cayó del cielo
Tendrá muchos cardenales.
Mas no tratemos de cuántos;
Que ya entiendo tus oncesitos,
Y era honrarte en parte alguna,
Pues Cristo en una columna
Fué pontífice de tantos.
En el desierto estuviste,
A Jerónimo probaste;
Mas de cuanto en él hiciste,
¿Qué fruto, infame, sacaste?
Tiempo y trabajo perdiste.
Aquí ¿qué puedes hacer,
Pues que lo mismo ha de ser?

DEMONIO.

Pues ¿para qué me das voces,
Si ya mi envidia conozco
Y mi valiente poder?
¿Aun no me ha de dar cuidado
Este santo monasterio,
Que en Belén tiene fundado,
Ángel de mi cautiverio,
Adonde me tiene atado?
Los cuatro que Paula ha hecho,
Esta divina matrona,
¿No han de lastimarme el pecho?

ÁNGEL.

Si esto te aflige, perdona,
Y escucha.

DEMONIO.

MI mal sospecho.

ÁNGEL.

Después que por las mudanzas
Del tiempo perdidos quedan
Estos monasterios santos
(Tal es del tiempo la fuerza),
En la venturosa España,
Y felicísima era
Del Onceno don Alfonso,
Verás cómo se renueva
De Jerónimo sagrado
El orden, hábito y regia,
Porque quiere Dios que á España
Su restauración se deba.
De un camarero del Rey,
Don Pedro Fernandez Pecha,
Tendrá principio en Lupiana
Su primera casa é Iglesia.
Tantos varones insignes
Irán procediendo della,
Que si quisiera contillos,
Fuera infinita la cuenta.
Daráles Gregorio Onceno
Su confirmación, que espera
Ser de tanta gloria á España,
Por lo que resulta della.
Daráles Bartolomé
Su nombre en esta primera
Casa; que es bien que un apóstol
Tan firme el principio sea.
En la Sisa de Toledo,
Monte que el Tajo hermosa,
Fundarán segunda casa,
Y en Guisando la tercera.
Luego procediendo irán
En la plana de Jabea,
En Gandía, en Guadalupe,
Donde habrá una imagen bella
De la que pisó tu frente,
Que vuelva en cielo la sierra.
Peñalonga en Portugal,
Y en Cataluña la Reina
De Aragón darán principio
Al hábito que profesa
El cardenal de Belén,
Para tu envidia; y tras estas
San Blas de Villaviciosa
Y la Virgen de la Rueda,
Después de la Mejorada;
Una casa en Talavera,
La Trinidad de Mallorca

Y la Murta de Valencia;
San Jerónimo de Espejo
Y San Miguel de Morcuera,
Armedilla y Frex del Val,
Dos soberanas esferas
De dos imágenes santas
De la que es del cielo puerta.
Junto á Córdoba también
Valparaíso, que pueda
Ser del cielo paraíso
En religión y obediencia;
En Sevilla y en Zamora,
Y para insigne grandeza
San Jerónimo de Yuste
En la Vera de Plasencia;
Madrid, el templo real,
Que buésped de reyes sea,
La Concepción, Corpus Christi,
Y en Valladolid la Reina,
Que del Prado es su apellido.

DEMONIO.

Deten, Rafael, la lengua;
Que me consumes de envidia.

ÁNGEL.

Pues ¿qué harás cuando refiera
A San Lorenzo el Real?
Porque ha de hacer competencia
Al templo de Salomón.

DEMONIO.

¿Que solo en España sea
Jerónimo tan dichoso
En que tales hijos tenga?

ÁNGEL.

Si te contase varones
Santos y doctos en ella,
¿Qué sufrimiento tendrías?

DEMONIO.

Ángel, ya estoy sin paciencia.
En sus postrimeros días
A Jerónimo me enseña.

ÁNGEL.

Pues pasemos por el tiempo,
Por sus virtudes y letras,
Por sus santos ejercicios;
Que como es luz de la Iglesia,
Que con su pluma la alumbró,
Quiere Dios, Luzbel, que sea
Larga su vida.

DEMONIO.

¿Qué años?

ÁNGEL.

Ciento menos uno.

DEMONIO.

Venga,
Venga el tiempo de su fin.

ÁNGEL.

De esa edad quiero que veas
A Jerónimo sagrado
Cómo vive y en qué piensa.

Corre EL ÁNGEL una cortina, y véase una mesa, y SAN JERÓNIMO, con una barba blanca muy larga, vestido de cardenal, escribiendo, el león echado á un lado.

SAN JERÓNIMO.

¿Quién no tiembla, Juez divino, eterno,
De tu juicio, pues á nadie excepta?

DEMONIO.

¿Qué habla?

ÁNGEL.

De la muerte y del infierno,
(Tóquese un ángel una trompeta al oído, y véase arriba un medio arco, en el medio del cual está un Juez, una

boca de infierno á un lado, con algunas almas, y en la otra san Miguel, con un peso.)

SAN JERÓNIMO.

¿Oh cuánto me estremece la trompeta,
Que con su voz sonora y temerosa
El alma mas pacífica inquieta!
Oh santa humanidad! ¿Tan rigurosa
La hermosa cara con tu humilde be-
[chura,
Siendo esa misma la que amó la Espe-
[ra?

¿Quién no teme morir, por muy segu-
ra que la parezca que la cuenta tiene
Con quien el mismo pensamiento apu-
[ra?

Señor, piedad; que ya mi muerte vie-
Siempre tengo al oído la trompeta: [ne.
Mi espíritu, temiendo, se detiene.
En tus manos santísimas le aceta.
(Tórnela á tocar la trompeta, y abrí-
rese la cortina del todo.)

DEMONIO.

Del pleito teme la vista,
Y el premio que justamente
Debe Dios á su conquista,
El hombre mas penitente
Después de san Juan Bautista.
Estése el otro avariento
Con su dinero adorado,
El lascivo en su contento,
Viva el señor regalado
Y muera Lázaro hambriento.
En este mar van y vienen,
O con bonanza ó con calma:
Todos al fin se entretienen;
Mas cuando se aparta el alma,
Verán el temor que tienen.
A mí no me da cuidado
Que este engañe, aquel blasfeme,
Pues cobraré de contado.
Mas si Jerónimo teme,
¿Quién puede estar descuidado?

Salen EUSEBIO, PAULINIANO, VICEN-
CIO y MARINO, y traen á SAN JE-
RÓNIMO, con un Cristo en la mano.

EUSEBIO.

De la cama, padre amado,
No quieres aprovecharte
Aun al tiempo que has llegado?

SAN JERÓNIMO.

Vivi desnudo y sin arte,
No es bien que muera acostado.
De rodillas moriré;
Que yo sé que estar podré,
Dándome Dios su favor.

MARINO.

¡Ay, mi buen padre y señor!
¿Qué haré, si te vas? ¿qué haré?

SAN JERÓNIMO.

Hijos, la regla os he dado,
Con que os gobernéis. Nombrado
Queda Eusebio por prior.
La obediencia y el temor
De Dios os dejo encargado.
Vivid en paz; que yo muero.—
Cristo, mi alma recibe
En el tránsito postrero.

PAULINIANO.

¿Murió?

VICENCIO.

Si; pero en Dios vive.

EUSEBIO.

Cerrad.

DEMONIO.

Ya murió. ¿Qué espero?

Salen ESPAÑA y ROMA.

ROMA.

¡Comigo, España, te pones?

ESPAÑA.

Esta es santa competencia.

ÁNGEL.

Roma y España compiten.

DEMONIO.

No hay naciones que aborrezca

Como estas dos, Rafael:

Roma, porque vive en ella

El gran sucesor de Pedro;

Y España, porque profesa

Tanta lealtad á la fe.

ÁNGEL.

No temas que falte della.

DEMONIO.

Mas lo quisiera temer.

ESPAÑA.

Si despues que aquí se pierda

Por guerras y por tiranos,

Pues se esperan tantas guerras

Sobre el sepulcro de Cristo,

El órden, hábito y regla

De Jerónimo divino

En mis reinos se renueva,

¿No merezco yo esta gloria?

ROMA.

No, porque, puesto que sea

Junto al pesebre de Cristo,

Y en esta bendita cueva

De Jerónimo el sepulcro,

Vendrá tiempo en que le tenga

Roma por tan gran tesoro.

ÁNGEL.

Roma es bien que le merezca,

Y que traslade su cuerpo,

Como miembro, su cabeza.

ROMA.

Ángel santo, que gustaste

Por tantos mares y peñas

Este divino Tobías,

¿Cómo pintaré en mi Iglesia

De Jerónimo la imagen?

ÁNGEL.

Roma venturosa, espera;

Que te le quiero mostrar,

Porque á retratalle aprendas,

Y desta suerte le pintes.

*(San Jerónimo se descubre en unos pe-
ñascos, colgado el hábito y capelo de
un árbol, con el canto en la mano, el
pecho descubierto, el león á los pies,
y mirando á un Cristo.)*

DEMONIO.

¿Esto me mandais que vea?

Roma, España, el mundo todo,

Oid una cosa nueva,

Oid; que yo, que el Demonio

De tal manera respeta

Esto penitente santo,

Que no entrará donde sepa

Que está su imagen pintada.

ÁNGEL.

Aquí da fin la comedia

Del cardenal de Belen,

Luz y doctor de la Iglesia.

EL MEJOR MOZO DE ESPAÑA,

TRAGICOMEDIA DE LOPE DE VEGA CARPIO,

DEDICADA

A PEDRO VERGEL,

criado de la casa y corte de su majesta

ESCRIBE Filotimo, en su *Teatro celeste*, que siempre que alguno de los dioses tenia gusto ó necesidad de discurrir la tierra, llevaba en su compañía á Aristocrato, hombre de excelentes partes y virtudes; y que peregrinando por Albania Júpiter, Marte y Mercurio; Lisandro, poeta griego, que los habia alojado en un jardin suyo, escribió las alabanzas de aquellos dioses y le puso entre ellos; pero que, leyendo los versos á Mercurio, le dijo: «Ese es Aristocrato, noble ateniense, tan agradable á los dioses por sus servicios, que no hacen jornada en la tierra donde no los sirva: ponle en su lugar, con el que tienen las cosas humanas, cuando se tratan las excelencias y grandezas de las divinas.» Quien siempre ha visto á vuesamerced con los dioses de la tierra, estimado de los reyes y grandes, mas satisfechos de sus servicios y buenas partes que de Aristocrato lo estaba Júpiter, bien puede, entre aquellas alabanzas, escribir las suyas; y pues tan lucidamente se mira en todas sus jornadas, no es justo que falte desta, para que tengan los principes referidos, y otras personas de letras y armas, quien los acompañe y defienda. Vaya pues vuesamerced honrando estas doce de mi Parte xx; que yo lo estoy mucho de que llegue con sus dueños á mi alojamiento, pobre jardin, si bien de flores del ingenio, cultivado humildemente de mi rudeza. Si aquí pudiera yo dilatarme en su alabanza, por consejo de Mercurio, espacioso campo me habian ofrecido sus gracias y singulares partes. ¿A quién no mueve el ánimo, para estimar á vuesamerced, amarle y conocerle, ver juntas en un sujeto tantas cosas tan dignas de alabanza, que de cualquiera dellas se honraran muchos? La persona, el brio, el buen gusto, el donaire, la gala, la condicion, la liberalidad, la honrada lengua, el espíritu levantado á cosas grandes, la destreza en las armas y el valor en la ejecucion, con tan notables ejemplos, que habiendo hecho pedazos (con sola la capa y la espada) dos toros ferocísimos en Lisboa, preguntaban algunos fidalgos á los criados de su majestad «si vuesamerced era portugués, ó habia deseado serlo». No me atrevo á referir tantas cosas como pudiera en razon de su gallardo ánimo, por no despertar la envidia; diré solamente, en prueba de servicios de criado de la casa y corte de su majestad, que el que hizo al Rey nuestro señor Felipe III en la jornada de Francia (á que yo me hallé presente), cuando en aquella formidable tempestad entre Irun y Fuenterrabia, airado el cielo, soberbio el mar y perdido el camino, estuvo cerca de perder la vida; pues no fué menos que dársela, en tanto desamparo conducirle al puerto. Estos y muchos servicios á reyes, principes y señores, extranjeros y propios, le han hecho á vuesamerced tan amable y bien recibido entre ellos, que tendria por hombre bajo, de viles costumbres y entendimiento, quien no sintiese de sus méritos y partes lo que aprueban y abonan tan altos principes. De la envidia dijo un sabio «que carecia de sueño, por no perder un instante el ejercicio de su infame lengua». Vuesamerced con la espada, y yo con la pluma, echémosla deste lugar; que á vuesamerced ayudará el capitán Contreras, y á mí el licenciado Juan Perez de Montalvan, que nació donde vuesamerced y yo nacimos. Reciba pues agora, con el gusto que suele defender mis cosas de los malos poetas en los teatros públicos, esta comedia, intitulada *El mejor mozo de España*, que, cuanto á

mi juicio, la he dirigido al mejor mozo de España, dejando en su veneracion la dignidad real, siempre desigual á toda comparacion. Haga y diga la envidia lo que quisiere; que se quedará para quien es, y yo satisfecho de que lo sienten conmigo cuantos con desapasionado juicio miran y censuran las virtudes con la balanza de la razón, fieles de los pesos falsos que hace la malicia de los que nacen bárbaros y sin conocimiento de sus defetos. Mejor lo ha hecho vuesámerced, que solo ha tenido manos para defender amigos, lengua para honrar enemigos, y vara para prender voluntades.

Su capellan y amigo,

LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO.

EL MEJOR MOZO DE ESPAÑA.

PERSONAS.

LA INFANTA DOÑA ISABEL.
DOÑA JUANA, *dama*.
ESPAÑA.
RODRIGO.
DON GUTIERRE DE CÁRDENAS.
EL MARQUÉS DE VILLENA.
EL DUQUE DE NÁJERA.
MARTIN.
RINCON.

EL REY DON ENRIQUE.
DON FERNANDO, *infante de Aragon*.
DON FADRIQUE.
CELINOA.
ISABEL, *criada*.
PERALTA.
EL DUQUE DE SEGORBE.
DON RAMIRO.
DON JUAN.

DON PEDRO.
DON SANCHO.
EL MAESTRE DE CALATRAVA.
UN HERMANO DEL DUQUE DE SEGORBE.
UN SECRETARIO.
UN PAJE.
UN CABALLERO FRANCÉS.

UN CAPITAN.
UN MORO.
UN HEBREO.
ACOMPAÑAMIENTOS.
CABALLEROS.
SOLDADOS.
CRIADOS.
DANZANTES.
MÚSICOS.
GUARDAS.

La acción pasa en Valladolid y otros varios puntos.

ACTO PRIMERO.

Habitación de la infanta doña Isabel en Valladolid.

ESCENA PRIMERA.

LA INFANTA DOÑA ISABEL; DOÑA JUANA, *con una rueca y huso*.

DOÑA ISABEL.

Dame, Juana, esa labor.

DOÑA JUANA.

Aquí la tienes, Señora.
—Muy bien pudieras agora Entretenerte mejor.

DOÑA ISABEL.

¿Mi labor te maravilla?

DOÑA JUANA.

No sé cómo se convenga
Ver que una rueca entretenga
A una infanta de Castilla.
Si por dicha viera hilar
A doña Urraca en Zamora,
No me espantara, Señora,
O en el solar de Vihar
A las dos hijas del Cid,
Doña Sol y doña Elvira;
Pero ¡á tí! Mucho me admira.

DOÑA ISABEL.

¿Qué hay nuevo en Valladolid?

DOÑA JUANA.

De propósito te asientas.

DOÑA ISABEL.

Esta tela hacer porfio,
Y á Jerusalem la envío.

DOÑA JUANA.

Pues ¿á quién se la presentas?

DOÑA ISABEL.

A los altares que allá
El santo Sepulcro tiene,
Para sábanas.

DOÑA JUANA.

¿Quién viene?

ESCENA II.

RODRIGO, *con una guitarra*.—DICHAS.

RODRIGO.

Aquí Rodriguillo está.

DOÑA ISABEL.

¡Oh! seas muy bien venido.
¿Qué hay, Rodrigo, por allá?

RODRIGO.

Todo el mundo hablando va
De lo bien que ha sucedido,
Señora, al Rey, vuestro hermano,
En la batalla de Olmedo.
Mas siempre que veros puedo,
Es con la rueca en la mano.

DOÑA ISABEL.

Leer me habrás visto tambien:
Yo no quiero estar ociosa.

RODRIGO.

Sois discreta y virtuosa.

DOÑA ISABEL.

Tres cosas parecen bien:
El religioso rezando,
El gallardo caballero
Ejercitando el acero,
Y la dama honesta hilando.

RODRIGO.

A la parca antiguamente
Con una rueca pintaban:
Hilo á la vida llamaban,
Y pienso que propiamente.
Vos hilais, bella Isabel,
Con manos tan escogidas,
Que podeis hilar las vidas
Que teneis suspensas dél.
Hilad; que os quiero cantar
Un romance, que hoy ha hecho
Cierta poeta en barbecho,
Que hogaño le han de sembrar.

DOÑA ISABEL.

Dí, á ver.

RODRIGO.

Pues hilad, y oid,
Hilandería celestial;
Y si se cantare mal,
Tened paciencia y sufrid.

(Canta.)

Maldiciendo va Rodrigo
La hermosura de la Cuba
Por los campos de Jerez,
Donde perdió la batalla.
Siguiéndole viene Muza,
Guiando la retaguarda,
Con el conde don Julian,
Aquel que le trujo á España.
«¡Maldiga el cielo mis ojos,
Dice el Rey, pues fueron causa
Del estrago que padece
Por su delito mi patria!»

DOÑA JUANA.

Ella se ha dormido.

RODRIGO.

Y yo.

Pienso que por no me dar
Algo por este cantar,

DOÑA JUANA.

De tristeza se durmió;
Que en hablándola de moros,
No la da mucho placer.

RODRIGO.

Valiente debe de ser.

DOÑA JUANA.

Mil vidas y mil tesoros
Suele decir que gastara
En echillos desta tierra
A pura fuerza de guerra,
Si ella en Castilla reinara.

RODRIGO.

No está muy lejos de ser;
Que don Alonso, su hermano
Del rey don Enrique, es llan
Que le habrá de suceder;
Y si á don Alonso falta
Sucesion, será Isabel
Su reina.

DOÑA JUANA.

El sueño es cruel.

RODRIGO.

Algo en él la sobresalta.

DOÑA JUANA.

Dejémosla descansar;
Que la desvela el cuidado
De ver el reino alterado,
Y sus hermanos llegar
A las armas por momentos,
Y el ver que en Olmedo ha sido
Su hermano Alfonso vencido.
(*Varde doña Juana y Rodrigo.*)

ESCENA III.

DOÑA ISABEL. (*Hablando entre sueños.*)

¿Qué me quereis, pensamientos?
Por Rodrigo, desdichado
En las armas y el amor,
Quedó el español valor
Al africano postrado.
Los reyes cristianos fueron
Tan valerosos en todo,
Que al ya muerto valor godo
Vida con las armas dieron.

Yo soy mujer : no me toca
La guerra ; á mi hermano sí.

ESCENA IV.

Oyese dentro toque de cajas. Aparece ESPAÑA, vestida de luto, en el suelo, y un moro por un lado á caballo, y un hebreo por el otro, teniéndola entre los pies.—DOÑA ISABEL.

ESPAÑA.

Oye, Isabel.

DOÑA ISABEL.

¡Ay de mí!

ESPAÑA.

Si á lástima te provoca
El ver mi luto y tristeza,
Y estar á los pies que ves...

DOÑA ISABEL.

El moro sin duda es
El que oprime su cabeza,
Tantas veces coronada,
Y de oro y laurel ceñida.

ESPAÑA.

Isabel esclarecida,
Trueca la ruca en espada;
Que no eres de las mujeres
Que han de hilar, mas pelear.

DOÑA ISABEL.

¡Pelear!

ESPAÑA.

Y quien librar
Puede mi cuello, tú eres,
Del moro y del fiero hebreo,
Que has de desterrar de España;
Que guarda el cielo esta hazaña
A tu valor y deseo;
Aunque siempre quedaré
Con temor del moro fiero,
Hasta que reine un tercero,
Que mi libertad me dé.
(Vuelven á sonar cajas; desaparece la vision, y despierta la Infanta.)

ESCENA V.

DOÑA ISABEL.

Detente, ligero sueño...
—Pero no se detendrá;
Que es sueño alegre, y dirá
Que no es Isabel su dueño.—
¡Doña Juana de Guzman!
¡Rodrigo!—Sola he quedado.
Grandes cosas he soñado;
Pero ¿qué verdad tendrán?
¡Las manos de una mujer,
El valor, ingenio y celo,
Buscaba en verdad el cielo!
Mas ¡ay, Dios! bien puede ser.
A España oprimida vi
Del africano y hebreo:
Sueños son de mi deseo.
¿Si serán verdades?

ESCENA VI.

DOÑA JUANA.—DOÑA ISABEL.

DOÑA JUANA.

Sí.

DOÑA ISABEL.

¿Quién dijo sí?

DOÑA JUANA.

Yo, Señora,

Y ¡plega á Dios que no yerre!
Que pregunta don Gutierre
Si te puede hablar agora,
Y yo le he dicho que sí.

DOÑA ISABEL.

Luego ¿no me respondiste
A lo que decir me oíste?

DOÑA JUANA.

A quien digo respondí.

ESCENA VII.

DON GUTIERRE DE CÁRDENAS, EL
MARQUÉS DE VILLENA, EL DU-
QUE DE NÁJERA.—DICHAS.

DUQUE DE NÁJERA.

No es tiempo de mas licencia.

MARQUÉS.

Todos entramos tambien
Al pésame y parabien.

DON GUTIERRE. (Ap.)

¡Qué generosa presencia!

MARQUÉS. (Ap.)

Su virtud me maravilla.

DUQUE DE NÁJERA.

El parabien, mi señora,
Que os doy es, que desde agora
Sois princesa de Castilla;
Y el pésame de que es muerto
Don Alfonso, vuestro hermano.

DOÑA ISABEL.

¡Mi hermano!

DUQUE DE NÁJERA.

Ansí el bien humano

Es miserable y incierto:

DOÑA ISABEL.

Tanto pudo la tristeza
De verse vencido?

MARQUÉS.

Aquí,

Pues que ya sabeis de mí
Mi lealtad y mi nobleza,
Os tengo de aconsejar
Vuestro bien y el de Castilla.

DON GUTIERRE.

Que sienta no es inaravilla.

MARQUÉS.

Dejad, Isabel, de hilar,
Dejad la ruca, Señora;
Que es ya menester la espada.

Castilla vive alterada,
Toda Castilla os adora.
Vuestro hermano el Rey no tiene
Sucesion, esto es verdad.
El bien público mirad;
Que deis licencia conviene
A que os busquemos marido.

DUQUE DE NÁJERA.

Sí, Señora, esto ha de ser;
Que, aunque por una mujer
Fué un tiempo Israel regido,
Barac al fin peleaba,
Y ella el gran pueblo regia.

MARQUÉS.

Presumid, señora mia,
Que en vuestra vida se acaba
La línea de aquellos reyes
Gloriosos y victoriosos,
Que por siglos tan dichosos
Dieron á Castilla leyes.
No excuseis el casamiento.

DOÑA ISABEL.

Marqués de Villena, yo
No puedo deciros no;
Pero diré lo que siento.
Mi hermano es rey y es mi hermano.

MARQUÉS.

No prosigais, perdonad,
Las ambiciones mirad

Del vil interés humano;
Y que, si él lo ha de tratar,
Consejos le han de inducir
A no querer permitir
Seais quien le ha de heredar.
Hoy el Arzobispo y yo,
Y los demás caballeros,
Su reina quieren haceros,
Y juraros.

DOÑA ISABEL.

Eso no.

No hay tratar de consentir,
Sin que me nombre heredera.

DUQUE DE NÁJERA.

Y si Castilla se altera
Y comienza á dividir,
Como por dicha lo está,
Y doña Juana se casa,
Y España en guerras se abrasa,
Cual veis el ejemplo ya
En la batalla de Olmedo,
Que tantas vidas costó?

DOÑA ISABEL.

Haréle esta salva yo,
Con que disculpada quedo;
Que despues, yo soy mujer,
Aunque en la ruca ocupada,
Que sabré ceñir la espada
Y me sabré defender.
No temais; que tiene el cielo
Deseos del bien de España
Con una notable hazaña.

DON GUTIERRE.

Basta vuestro santo celo,
Para que de tanto mal
Nos libre en esta ocasion.

DOÑA ISABEL.

Que le digais es razon,
Y obediencia natural,
Al Rey, mi hermano, que luego
Me jure por su heredera,
Sin que doña Juana quiera
Causar su desasosiego,
Pues no es su bija, y lo sabe
Su santidad del pastor
De Roma; y pues es mejor
Que de declararse acabe,
No quiera por gusto ajeno
Contra conciencia heredalla.

DON GUTIERRE.

Muchos intentan casalla;
Mucho su intento condeno,
Pues á título ha de ser
De heredera de Castilla.

DOÑA ISABEL.

Que yo sabré reducilla,
Aunque soy pobre mujer,
Hecha esta ruca baston,
A que deje tanto engaño;
Y del hilado deste año,
Que algunas madejas son,
Haré cuerdas para atar
Las manos á los traidores,
Que á legítimos señores
Pretenden desheredar;
Y de las manos atadas
Se las subiré á los cuellos,
Y si hay pocas, mis cabellos
Les servirán de lazadas.

(Vase, y doña Juana la sigue.)

ESCENA VIII.

EL MARQUÉS, EL DUQUE DE
NÁJERA, DON GUTIERRE.

MARQUÉS.

¿Que os parece?

DUQUE DE NÁJERA.

Que ha mostrado
El valor que imaginé.

DON GUTIERRE.

Yo, que de su pecho sé
Lo que hasta agora he callado,
Os puedo decir, señores,
Que della os podeis fiar.

MARQUÉS.

Al Rey nos importa hablar.

DON GUTIERRE.

Los antiguos escritores,
Que á mujeres belicosas
Dieron nombre, si á ésta vieran,
Yo sé que laurel la dieran.

MARQUÉS.

Tragedias tan lastimosas
Como pasan por Castilla,
¿Quién duda que al cielo muevan?

DUQUE DE NÁJERA.

Cuando en las virtudes prueban,
Son portento y maravilla
Las mujeres, caballeros.

MARQUÉS.

Vamos; que, aunque esta es mujer,
Con esa ruela ha de hacer
Temblar algunos aceros.

(Vanse.)

—
Está en el alcázar de Toledo.

ESCENA IX.

MARTIN, RINCON.

MARTIN.

Siempre que se da librea,
El que es hidalgo convida.

RINCON.

No hice cosa en mi vida
Que á modo de estaña sea.

MARTIN.

Advierta el señor Rincon
Que es patente lacail,
Y que es de gente muy vil
No hacer aquí la razon.
Cuando el Marqués dió al cochero
Aquel vaquero de paño,
Nos dió á todos el buen año
Y destripamos un cuero,
Dejándole, así me goca,
A puro hinchir la limeta,
Como tripa de poeta
Entre las once y las doce.
La gente de bien no tiene
El gastar por pesadumbre.
Humánese á media azumbre,
Pues con calzas nuevas viene.

RINCON.

Yo soy hidalgo, y no puedo
Pechar por caso ninguno.

MARTIN.

Hidalgo es día de ayuno:
Basta, satisfecho quedo.
Ya sé yo que ha de caer
El nombre hidalgo en vigilia.

RINCON.

Con gente de mi familia
Iré á la tarde á beber;
Que con él no estoy de gusto,
Por las copillitas de Inés.

MARTIN.

¡Ojalá que por eso es
El retruécano y disgusto?
Pues ¡compúese yo cosa
Indigna de su zapato?

RINCON.

Cualquier hombre de buen trato
Hable liso en buena prosa.
¿Quién le mete á él en ser
Poeta?

MARTIN.

Pues ¿no ha sabido
A lo que aquesto ha venido?
¿Tiemblo en dársele á entender!
Pero dejémoslo aquí;
Que soy algo sospechoso,
Aunque no tan malicioso
Como se dice de mí.
Pero escuche las copillitas,
Por si está mal informado.

RINCON.

Diga.

MARTIN.

¿A cuál enamorado
No hicieron versos cosquillas?
Dos cosas para un efeto,
Aunque es de diverso nombre,
Dice que ha hecho todo hombre,
O sea necio ó sea discreto,
Que influyan ó no los cielos
En él esta inclinacion:
Que es, versos con aficion,
Y necedades con celos.
Va de coplas.

RINCON.

Diga á ver.

MARTIN.

No se ponga á lo señor.

RINCON.

Por escucharle mejor.

MARTIN.

Discreto debe de ser.
(Lee.) ¡Inés me pide una palmilla verde
Para cierto sayuelo ajironado;
Y yo la digo que se vaya al prado.
Inés me pide raso azul; que quiere
Guarnecelle con él, ¡extraño caso!
Y yo le muestro el cielo azul y raso.
Inés me pide que la dé un manto;
Y yo la digo, del manto mohino,
Que se le pida á un clérigo vecino.
Inés me pide lienzo para faldas;
Y yo la digo que, su paso á paso,
Se vaya por las faldas del Parnaso.

RINCON.

No pase mas adelante
En una cosa tan fria.

MARTIN.

¿No le agrada esta poesía?

RINCON.

¿Está loco?

MARTIN.

No se espante.

RINCON.

Ballestilla ha menester
Para sangrarse la vena.

MARTIN.

Poeta soy de á docena,
Y él tambien debe de ser
Destos que á su madre apenas
Dos cartas escribir saben,
Y cuando sudando acaben,
Van de necedades llenas;
Y luego muy asentados
Juzgan historias y versos
Con pareceres diversos,
Y, entre ignorantes, letrados.
Y aun esto no es tanto mal;
Mas unos archidiscretos,
Que escuchan con mas efetos
Que hombres con gota coral,
¿Cómo los consiente el mundo?

RINCON.

Y á él ¿cómo le consiente,
Siendo tan impertinente?

MARTIN.

Yo con razones me fundo,
Y de todo digo bien;
Que solo me desagrada
Quien habla, y no escribe nada.

RINCON.

Mi amo.

MARTIN.

Y el Rey tambien.

ESCENA X.

EL REY ENRIQUE, EL MARQUÉS
DE VILLENA, EL DUQUE DE NÁ-
JERA, DON GUTIERRE.— DICHOS.

REY.

A todos los perdono, á todos digo,
Sin excetar ninguno, que las armas
Haya tomado contra mí.

DUQUE DE NÁJERA.

Los cielos,
De quien eres imagen tan piadosa,
Tu vida aumenten, generoso Enrique,
Pues vitorioso, á todos perdonaste,
Y ofendido, á ninguno castigaste.

MARQUÉS.

Señor, muerto el infante don Alfonso,
Murió tambien su preension; ya sabes
Que es heredera tu divina hermana
La princesa Isabel: concede agora
A Castilla, á tus reinos y vasallos
Esta merced, de que por tal la jures.

REY.

Marqués, yo soy contento de jurarla.
Ya sé que es Isabel la que es legítima
Heredera en Castilla; y así, quiero
Que á doña Juana y á su madre prenda,
Y que su preension ninguna sea.
Todo esto yo lo tengo declarado.
La verdad, la razon tiene esta fuerza:
Mi conciencia me manda que os lo diga.

DON GUTIERRE.

[trando
Muestras, Señor, quien eres, y mos-
Juntamente el valor, muestras el celo.
¿Dónde quieres, Señor, que sean las

REY.

[vistas?
Será bien que en los Toros de Guisando
Nos veamos los dos, y allí podamos
Jurar á mí Isabel por mi heredera.
Pero advertid que aqueste juramento
Con una condicion se le permito.

DUQUE DE NÁJERA.

Siendo la condicion tan razonable
Como en caso tan justo se requiere,
¿Quién duda que se acete?

REY.

Yo sospecho
Que está muy en razon, Duque de Náje-
ra,

Que Isabel no se case (pues no es justo)
Sin mi licencia; que aunque rey no fue-
Ni ella de mis estados heredera, [ra,
Ser yo su hermano es cierta preemi-
nencia,
Que la obliga y la fuerza á mi licencia.
¿Quereislo así?

DUQUE DE NÁJERA.

Ninguno contradice
Lo que es tan justo.

REY.

Vamos á escribirla.
(Vanse el Rey, el Duque, el Marqués
y Rincon.)

ESCENA XI.

DON GUTIERRE, MARTIN.

DON GUTIERRE.

Martín...

MARTIN.

Señor...

DON GUTIERRE.

Estas albricias gana
De doña Juana de Guzmán, volando.
Dí que la diga á la Princesa luego
Que el Rey quiere jurarla, y que ya llevo
A decirle lo que hay de todo el caso.

MARTIN.

¡Quién tuviera las alas del Parnaso!
Las leguas seme harán distancias bre-
[ves.]

DON GUTIERRE.

Mira que voy tras tí; que solo quedo
A hablar al arzobispo de Toledo.

(Vase.)

MARTIN.

¡Cómo que hable á doña Juana en es-
[to?]
¡Vive Dios, que he de entrar hasta su
[cámara]
De la Princesa y darle aquestas nuevas.
Aunque me turbe y diga necedades!
Turbarse es respetar las majestades.
(Vase.)

Habitación de doña Isabel en Valladolid.

ESCENA XII.

DOÑA ISABEL, DOÑA JUANA.

DOÑA ISABEL.

A extraño tiempo he llegado.
Pero mudanza ha de haber.

DOÑA JUANA.

Hoy no tienes que comer.

DOÑA ISABEL.

Dale ese anillo á un criado.
Persigueme el Rey, mi hermano,
Mal le aconsejan de mí.
A mi madre apenas vi.

DOÑA JUANA.

Todos se cansan en vano;
Que ha de vencer tu verdad.
Tú reinarás en Castilla,
Tú vendrás á reducilla
A su antigua libertad.

DOÑA ISABEL.

Mal aconsejado Enrique,
No me ha de querer jurar.

DOÑA JUANA.

Solo en Castilla un lugar
Hay que tu remedio aplique.

DOÑA ISABEL.

¿Lugar para mí seguro?
¿Cómo se llama?

DOÑA JUANA.

El Casar.

DOÑA ISABEL.

¿El Casar?

DOÑA JUANA.

Sí, porque es dar
A tu verde bledra un muro.
Aunque eres de tal valor,
Eres, Señora, mujer;
Sin muro, no ha de poder
Crecer tu vida y tu honor.

¹ Por esta insegura indicacion se dice en el encabezamiento de la escena ix que este cuadro de la comedia pasa en Toledo, aunque parece que el Rey se hallaba entonces en Madrid. Otras veces no indica Lope de manera alguna el lugar de la accion; y así, lo hemos señalado con arreglo á la historia.

DOÑA ISABEL.

Si es destos reinos el bien,
Digo que quiero casarme;
Pero en el determinarme
Consiste su mal tambien.

DOÑA JUANA.

No puedes en esto errar.

DOÑA ISABEL.

Antes sí; que la razon
Del reino á esta pretension
A muchos ha de llamar;
Y como se ha de escoger
Uno solo, no sabemos
Si el mejor acertaremos.

ESCENA XIII.

MARTIN, con fletero de camino.—

DICHAS.

MARTIN.

Esto es volar, no es correr;
Déme los piés vuestra alteza.

DOÑA JUANA.

No soy la princesa yo.

MARTIN.

Vuestro talle me engañó,
Y vuestra rara belleza.

DOÑA ISABEL.

¿A qué vienes dese modo?

MARTIN.

Don Gutierre, mi señor,
Tu repostero mayor...

DOÑA ISABEL.

Pues bien...

DOÑA JUANA.

Turbado está todo.

DOÑA ISABEL.

¿Si tenemos mal suceso,
Pues este se ha entrado aquí?

MARTIN.

Díjome: «A la Reina di...»

DOÑA ISABEL.

¿Qué reina?

MARTIN.

Y con eso ceso.
Mandad responder, y adios.

DOÑA ISABEL.

Pues ¿qué has dicho?

MARTIN.

Este recado
Que mi señor me ha mandado.

DOÑA ISABEL.

Reportémosle las dos.—
Vén acá. ¿Fué don Gutierre
De Cárdenas ó el marqués
De Villena?

MARTIN.

Sí, los tres...

Y no os espanteis que yerre.
Fuimos y hablamos al Rey,
Y dijo que os jurará,
Porque sois princesa ya,
Por justo derecho y ley.
Y por señas, que en llegando
Adonde os han de jurar,
Han de correr y matar
A los toros de Guisando.

DOÑA JUANA.

Esto es que se ha concertado
Jurarte en Guisando.

MARTIN.

Sí,

Porque han de comer allí
Lo que estuviere guisado,
Y se han de correr los toros.

DOÑA JUANA.

Yo sé lo que aquesto ha sido.

Que ha caminado y bebido.

MARTIN.

Mataré cuarenta moros
Por servir á la Princesa.
Bien conoceis á Martin.

DOÑA ISABEL.

Mis cuidados hacen fin.

DOÑA JUANA.

Todo con jurarte cesa.
Ligados con juramento
Tus enemigos, ¿qué harán?

DOÑA ISABEL.

Quebrarle; mas no podrán.

ESCENA XIV.

DON GUTIERRE.—DICHOS.

DON GUTIERRE.

Atrás he dejado el viento.
Déme los piés vuestra alteza.

DOÑA ISABEL.

Buen mensajero enviastes.

DON GUTIERRE.

¿Llegó?

DOÑA JUANA.

Harto bien le informastes.

DON GUTIERRE.

Muy conforme á su grandeza
Fué la respuesta del Rey.
Ya por su heredera os jura;
Que solamente procura
Lo que es legitima ley.
A los Toros de Guisando
Os partid, Señora, luego.

DOÑA ISABEL.

Que lo prevengais os ruego,
Porque huyendo y caminando,
Hoy no tuve que comer.

DON GUTIERRE.

Presto os veréis en estado
Que volvais lo que os han dado.
Partid; que es bien menester.

DOÑA ISABEL.

Vamos, besaré la mano
Al Rey, mi hermano.

(Vanse doña Isabel y doña Juana.)

ESCENA XV.

DON GUTIERRE, MARTIN.

MARTIN.

Y á mí,

¿No me paga nadie aquí?

DON GUTIERRE.

¿Qué hay, Martin?

MARTIN.

Que vine en vaso.

DON GUTIERRE.

Agora hay grande pobreza;
Tiempo habrá para pagar.

MARTIN.

Aun tengo qué la prestar,
Si lo ha menester su alteza.

DON GUTIERRE.

Todos la habemos prestado.
Vén, y con ella camina;
Que es la mujer mas divina
Que ha puesto el mundo en cautividad.

MARTIN.

Mándame dar de comer,
Y trotaré como posta;
Que pues nos hace la costa,
No habemos de perecer.

DON GUTIERRE.

Tu cuidado lo merece,
Y ella merece servilla.

MARTIN.

¡Viva Isabel de Castilla,
Que es mujer que lo merece!
(*Vanse.*)

Una calle de Zaragoza.

ESCENA XVI.

DON FERNANDO DE ARAGON, *de noche*; DON FADRIQUE.

DON FADRIQUE.
Yo le juro á vuestra alteza
Que me espantó lo que vi.

DON FERNANDO.
Harto mas, Fadrique, á mí
La fama de su belleza.

DON FADRIQUE.
No he visto yo en Aragon
Dama de aquella persona.

DON FERNANDO.
Bien merece la corona.

DON FADRIQUE.
Suyos esos reinos son;
Pero cuando no heredara,
Por virtud y gentileza
Los mereciera.

DON FERNANDO.
Belleza
Me dicen que tiene rara.
¡Oh! qué habrá de pretendores
Para Isabel!

DON FADRIQUE.
Portugal

La pide.
DON FERNANDO.
No le está mal.

DON FADRIQUE.
Pero son competidores
Él y el francés.

DON FERNANDO.
¿Qué francés?

DON FADRIQUE.
El príncipe de Guiana.

DON FERNANDO.
La nobleza castellana,
¿No trata de aragones?

DON FADRIQUE.
No te lo sabré decir.

DON FERNANDO.
Por Dios, Fadrique, yo fuera
Suyo, si ella me quisiera.

DON FADRIQUE.
Bien lo puedes escribir
Al Almirante, tu abuelo;
Que si á Isabel se lo dice...

DON FERNANDO.
El ofrecermo desdices
De quien soy.

DON FADRIQUE.
Si quiere el cielo,
Aunque el mundo os desconcierte,
No tendrá el mundo poder.

DON FERNANDO.
Allá deben de tener
Otro pensamiento.

DON FADRIQUE.
Advierte
Que suele la cortedad
Perder grandes ocasiones.

DON FERNANDO.
Yo tengo en estos balcones
Un poco de voluntad;

Porque entre sus clavellinas,
Fadrique, vi una mujer,
Que las pudiera vencer
Con sus colores divinas.
Lo verde me dió esperanza,
Y lo carmesí alegría.

DON FADRIQUE.
¿Aqui?

SL.
DON FERNANDO.

DON FADRIQUE.
¡Bueno, á fe mía!
DON FERNANDO.

¿Es cosa que no la alcanza
Por ventura el pensamiento?

DON FADRIQUE.
No, Señor; mas vuestra alteza
Puede manchar su nobleza
Con cualquier atrevimiento.

DON FERNANDO.
No lo entiendo.

DON FADRIQUE.
Pues yo sí.

DON FERNANDO.
¿Es casada esta mujer?

DON FADRIQUE.
Quírote dar á entender,
Señor, lo que vive aqui.
Esta es mora, aunque es honrada,
De los que dicen que son
Sangre del rey de Aragon.

DON FERNANDO.
¿Mora?

DON FADRIQUE.
Noble y celebrada;
Y no es la falta que tiene.
Pues que vive en nuestra ley,
Manchar la sangre de un rey,
Si con ella se entretiene,
Sino tener una madre
Que á Circe en hechizos vence.
Librete Dios que comience,
Y á los principios te cuadre.
¿Has oído la judía
Que tuvo á Alfonso siete años
Fuera de sí con engaños?
Pues lo mismo ser podría,
Si aqui te metes, Señor;
Pues no habemos de aguardar
Que la vengan á matar
Después de tan largo amor.

DON FERNANDO.
¿Que esta es mora y hechicera?

DON FADRIQUE.
Huye, Señor, desta casa.

DON FERNANDO.
Yo te diré lo que pasa.

DON FADRIQUE.
Huyendo y hablando.

DON FERNANDO.
Espera;

Que la palabra la he dado
De hablarla esta noche aqui,
Y esta siempre la cumplí.

DON FADRIQUE.
No estás con esta obligado.
¿Qué importa que sea mujer?

DON FERNANDO.
Cumpliré aqui mi palabra,
Y aunque las dos puertas abra,
No la pienso hablar ni ver.
Llama.

DON FADRIQUE.
¡Ah del balcon!

ESCENA XVII.

CELINDA, *saliendo d un balcon.*—
Dichos.

CELINDA.
¿Quién es?

DON FADRIQUE.
¿Mas no te estaba escuchando?
DON FERNANDO.

Yo soy.

CELINDA.
¿Quién es?
DON FERNANDO.
Don Fernando.

DON FADRIQUE.
Guarda de tocar los pies
En el umbral de la puerta;
Que hay mil hechizos aquí.

CELINDA.
¿Vuestra alteza mismo?
DON FERNANDO.
SL.

DON FADRIQUE.
¿Mas que si la ves abierta,
Que te has de entrar? Y á la fe
Que no has de poder salir.

CELINDA.
Mucho tengo que os decir;
Mas agora no podré.
A mi madre le he contado
Esta merced que la haceis.

DON FERNANDO.
¿Madre, Señora, teneis?

CELINDA.
Y con ingenio extremado,
Que os holgaréis de tratalla.
Dijome, y así os lo digo,
Que habeis de ser su enemigo,
Y aun dice que desterralla.

DON FERNANDO.
¿Yo á vuestra madre! ¿Por qué?
Yo no soy rey, ni aun lo espero.

CELINDA.
Hame dicho que primero
Que os hable, esta carta os dé.

DON FERNANDO.
¿Carta á mí!

CELINDA.
Cierto papel,
Que no sé lo que contiene.
Allá va.

DON FERNANDO.
Echad.

DON FADRIQUE.
¿Mas que viene
Todo el infierno con él?

DON FERNANDO.

Ya la cogí.
CELINDA.
Pues adios;
Que hasta veria, no hay hablaros.

DON FERNANDO.
Ni yo pretendo forzaros,
Siendo enemigos los dos.
(*Éntrase Celinda.*)

ESCENA XVIII.

DON FERNANDO, DON FADRIQUE.

DON FADRIQUE.
¿Fuése?
DON FERNANDO.
¿No lo ves, Fadrique?

DON FADRIQUE.
Dios nos hizo merced.

DON FERNANDO.
¿Cómo?

DON FADRIQUE.
Por la sospecha que tomo
De que algun hechizo aplique.

DON FERNANDO.
Que no hay que tener temor.
Muérome por ver qué escribe.

DON FADRIQUE.
No abras; que te apercibe
Algo que te cause amor.

DON FERNANDO.
Yerbas, palabras y piedras
¿Tienen virtud?

DON FADRIQUE.
Como imán
Hipólitus juntarán
A las mas lascivas Fedras.

DON FERNANDO.
Mas ¿quién dejara de ver
Este papel?

DON FADRIQUE.
Es verdad
Que es natural propiedad
El deseo de saber.
(Ap. El peligro estoy mirando,
Y muero por ver lo que es.)

DON FERNANDO.
Por consejos que me des,
Sé que lo estás deseando.
La luna se desemboza
Del nublado con que estaba.
Abro el papel.

DON FADRIQUE.
Abre, acaba.

DON FERNANDO.
¡Oh, cuánto el alma se goza
Cuando cumple algun deseo
Que tuvo por privación!
(Abre el papel, y está en él esto pintado.)

DON FADRIQUE.
Letras y pinturas son.

DON FERNANDO.
¡Extrañas enigmas veo!
Aquí hay, Fadrique, una espada,
Y á sus dos lados aquí
Una F y una I,
Una y otra coronada.
Debajo della hay gran gente,
Que con diferente traje
Yace degollada.

DON FADRIQUE.
Baje
Edipo otra vez, y intente
Declarar tales enímas
Y jeroglíficos tales.

DON FERNANDO.
¡Con las coronas reales
F y I!

DON FADRIQUE.
Si acaso estimas
Mi crédito, gran señor,
Guárdate destas mujeres.

DON FERNANDO.
Fadrique, medroso eres.

DON FADRIQUE.
Si soy; que te tengo amor.

DON FERNANDO.
Pues que presumes de sabio,
¿Qué puede significar?

DON FADRIQUE.
La espada ¿qué puede dar
Sino venganza y agravio,

Muerte, estrago y destruición,
Como lo dice esta gente,
Aunque en traje diferente?

DON FERNANDO.
Estos, enemigos son.
No es traje de los cristianos,
Sino de moros y hebreos.

DON FADRIQUE.
De tu bien son mis deseos,
Por los cielos soberanos.
Y esta F y esta I
Que estás, gran Señor, mirando,
Deben de decir Fernando.
¿No es así?

DON FERNANDO.
Pienso que sí,
Respeto de la corona.
Pero la I ¿qué dirá?

DON FADRIQUE.
Pues que coronada está,
Significa otra persona.

DON FERNANDO.
¿Cosa que diga Isabel?

DON FADRIQUE.
Que no hay nombre que con I
Comience...

DON FADRIQUE.
Inés.

DON FERNANDO.
Es así.

Pero ¿qué presumes dél?

DON FADRIQUE.
Que cuando Inés no dijera,
Dirá injuria, iniquidad,
Ira, infelicidad,
Infamia, injusticia...

DON FERNANDO.
Espera;
Que puede decir imperio,
Y si en latín se leyese,
Que *Ferdinandus* dijese.
Pues no será gran misterio
Que *Imperator* sea la I.

DON FADRIQUE.
Tú lo has muy bien declarado,
Si Dios te pone en estado
Que todo suceda así.

DON FERNANDO.
El rey don Juan fué mi padre,
Y agora tiene heredero.
Ni lo creo ni lo espero.

DON FADRIQUE.
A muchos, Fernando, es madre
La fortuna, y á otros es
Madrastra.

DON FERNANDO.
Es verdad, Fadrique.

No porque yo le suplique
Casos de tanto interés;
Pero para prevenir
Los males, no por temellos
(Que anticipallos sin vellos
Es temer mas que sufrir),
Hanme las letras cuadrado.
Haz que me hagan un vestido,
Venga buen ó mal sentido,
Destas dos letras bordado.
Sobre la F y la I
Pon las coronas tambien.

DON FADRIQUE.
Pienso que parezca bien.

DON FERNANDO.
Yo prometo desde aquí
Tenerlas por cifra mía,
Y si mi fortuna rueda,
Ponerlas en la moneda
Que yo labraré algun día.
Vén; que voy aficionado

A estas letras coronadas;
Que estas gentes degolladas
No me dan mucho cuidado;
Que son los moros y hebreos,
Que echaré de España yo.

(Vase.)

Sala en el monasterio de Guisando.

ESCENA XIX.

EL REY DON ENRIQUE, LA INFANTA
DOÑA ISABEL, EL DUQUE DE
NÁJERA, EL MARQUÉS DE VI-
LLENA, ACOMPAÑAMIENTO DE AMBOS,
CABALLEROS, GUARDA, MÚSICA.

DOÑA ISABEL.

Dadme; Señor, esos pies.

REY.

Isabel, queridá hermana,
Ese es exceso; tenéos.

DOÑA ISABEL.

Vuestra mano me levanta,
Como á quien está en la tierra,
Si no me ayuda y ampara.

REY.

Mucho me huelgo de veros.
¿Salud tenéis?

DOÑA ISABEL.

La que hasta

Para serviros, Señor.

REY.

Yo quisiera que en España
Os juraran heredera.

DOÑA ISABEL.

Tantas mercedes no hallan
Lugar en mi corto pecho.

REY.

Mejor estaréis sentada...
—Y todos la mano os besen;
Que es aquí cosa excusada
Tratar de las ceremonias,
Por ser cansadas y largas.
La mayor, Isabel mía,
Es mi gusto y mi palabra,
Y la verdad.—Grandes, nobles,
Prelados, letras y armas,
Oid lo que vuestro rey
De su voluntad declara,
Sin fuerza, sin invención.
Isabel con justa causa
Es legitima heredera,
Y aquí por tal la declara
Mi postrera voluntad.
Esto los cielos me mandan,
Su justicia y mi conciencia.

DUQUE DE NÁJERA.

¡De Castilla y las montañas,
Princesa doña Isabel!

TODO.

¡Viva mil veces!

REY.

Ya aguardan

Todos á besar tu mano.

DOÑA ISABEL.

Dénse á Dios eternas gracias.

(Con la música, le besan la mano de dos
en dos, y en acabando se levantan
el Rey y la Princesa.)

¡Faltan tres versos para completar una
redondilla.

REV.

Salios todos afuera.—
Duque, oid.

DUQUE DE NÁJERA.

¿Qué es lo que mandas?

REV.

¿Está ya la Reina presa?

DUQUE DE NÁJERA.

Y su hija, y entregadas
A quien guardarlas sabrá.

REV.

Estése afuera la guarda.

(Vanse todos, menos la Princesa.)

ESCENA XX.

EL REY, DOÑA ISABEL.

REV.

Isabel esto se ha hecho
Con razon; los tiempos andan
De la manera que ves.
Castilla está aficionada
A tu valor y virtud;
Si por ventura te casas
Sin que yo sepa con quién,
Tu muerte ó la mia trazas;
Que tú no puedes reinar
Mientras yo vivo.

DOÑA ISABEL.

Ya estaba

De tu licencia advertida;
Y aunque yo no te heredara,
No me casara sin ella.

REV.

Muy á propósito hablas.
Quiérenme mal en Castilla:
La causa que muchos hallan,
Es no tener sucesion,
Y otras mil cosas que tratan
Desvalidos y invidiosos,
Que pudiera en la batalla
De Olmedo castigar bien;
Pero la infame venganza
Es indigna de los reyes,
Y siempre la piedad santa
Lo que les da mayor nombre,
Mayor gloria, mayor fama.
Yo he perdonado mi injuria,
Yo te he jurado, yo, hermana,
He hecho lo que tú quieres;
Que tú me obedezcas falta,
En justo agradecimiento.

DOÑA ISABEL.

Como tú tengas constancia
En no volver á tus cosas,
Que en España y en Italia,
Y en Francia y en todo el mundo
Desigualmente se tratan,
Cumpliré lo prometido.

REV.

Pues come conmigo, hermana,
Y hágate el cielo dichosa,
Tanto, que de toda España
Y lo demás reina seas.

DOÑA ISABEL.

Por no pagarte en palabras
Solo, me pongo á tus plés.

REV.

Levanta, Isabel, levanta.
Dícenme que estás muy pobre.

DOÑA ISABEL.

Estoy muy necesitada.

REV.

Yo haré que te den dineros.
¿Tienes deudas?

DOÑA ISABEL.

Cosa es clara.

REV.

Yo haré al marqués de Villena
Que á todas tus deudas salga.

DOÑA ISABEL.

Beso mil veces tus plés.

(Vanse.)

Vista exterior del monasterio de Guisando.

ESCENA XXI.

DON GUTIERRE.

Las amistades de Enrique
Y la princesa su hermana
Con grande amor se han tratado;
Mas mi poca confianza
Aun no me quita el temor,
Que si Isabel no se casa,
El mismo peligro tiene.
¡Vive Dios, que he de casarla,
Aunque pese á quien pesare!
Que no ha de quedar España
Sin la sangre de Castilla,
De los godos heredada,
Que á su principio y valor
No alcance memoria humana.
Quiero tomar mi caballo.—
¡Hola!

ESCENA XXII.

MARTIN.—DON GUTIERRE.

MARTIN.

Señor...

DON GUTIERRE.

Aquí aguarda

En este zaguan, Martin,
Y tenme espuelas y vara.

(Vasc.)

ESCENA XXIII.

MARTIN.

¿Quién le mete al amo mio
En estas cosas agora?
Que reine ó no esta señora,
¿No es notable desvario?...
Sirva á quien reina, y no mas;
Que andar en lo porvenir
No es de quien quiere vivir,
Ni fué seguro jamás.

ESCENA XXIV.

RINCON, PERALTA.—MARTIN.

RINCON.

Digo que está mal jurada,
Y que doña Juana es reina.

PERALTA.

Yo, que Isabel vive y reina,
A sustentar de mi espada.

MARTIN.

Quedo, señores. ¿Qué es esto?
¿Sobre qué es esta quistion?

PERALTA.

Cosas de los reyes son,
Que en cuidado nos han puesto.

MARTIN.

Pues ¿quién mete á dos lacayos
En las cosas de los reyes,
Ni en quitar ni poner leyes,
Sino en remendar sus sayos?
Reine quien quisiere Dios,
Y dén paja á sus caballos.

PERALTA.

¿No somos tambien vasallos
Y castellanos los dos?

MARTIN.

¿Qué dice él?

RINCON.

Que doña Juana
Es princesa de Castilla,
Y sobre esto me acuchilla.

PERALTA.

Y yo, que del Rey la hermana;
Porque, en fin, doña Isabel,
No anda en opinion agora,
Y es una santa señora.

MARTIN.

Eso dice él, y eso él.
Pues digo yo que apostar
Es en esto lo mas sano;
Que en Salamanca, un verano
Que servi á cierto escolar,
Sobre una cátedra hacian
Los dichos cien mil apuestas;
Porque no son cosas estas
Que de las armas se fian.

PERALTA.

¿Qué es lo que va por allí?

MARTIN.

Mi amo, por Dios, parece.

ESCENA XXV.

DON GUTIERRE, DOÑA ISABEL.—
DICHOS.

DON GUTIERRE.

Cierto el peligro se ofrece.
Señora, echad por aquí.

DOÑA ISABEL.

¿Tan presto tanta mudanza!

DON GUTIERRE.

Esto pueden consejeros.

DOÑA ISABEL.

Gutierre, libra mi vida;
Que en gran peligro me veo.

(Vanse la Princesa y don Gutierre.)

MARTIN.

Señores, voy tras mi amo;
Que á mi Princesa, su dueño,
No sin causa de temor
La saca del monasterio.

PERALTA.

Todos harémos lo mismo.
(Vanse.)

ESCENA XXVI.

EL REY, ACOMPAÑAMIENTO DE CABA-
LLEROS.

REV.

Yo tomé tarde el consejo;
Prenderla será mejor.

UN CABALLERO.

Pienso que en salvo la ha puesto
Don Gutierre.

REV.

Pues matalde.

CABALLERO.

Va con ella.

REV.

¡Oh qué mal hecho!

CABALLERO.

¿Qué necesidad tenías
De jurarla?

REV.

Yo no creo
Que sin mi gusto se case;
Pero lo que dicen temo.
¿En quién han puesto los ojos?

CABALLERO.

En personas los han puesto
Que te han de dar pesadumbre.
El prelado de Toledo
Dica que, como á heredera
Legítima destos reinos,
Para tener sucesion,
Es justo casarla luego.

REY.

Préndanle.

CABALLERO.

Ya no es posible.
Todos se fueron huyendo,
Pienso que con intencion
De tratar del casamiento.
Unos dicen que la casan
Con el Giron que en el pecho
Trae la cruz de Calatrava,
Porque es de los reyes deudo.
Otros, que al Duque famoso
De Segorbe es justo acuerdo,
Porque en fin no es castellano;
Otros, de envidia ó de miedo,
Quieren que sea francés;
Otros, y aun los mas, sospecho
Que á Alfonso el de Portugal,
Ya viudo; otros dijeron
Que se traiga de Alemania
Algun principe mancebo
De los de la casa de Austria.

REY.

¿Soy yo por ventura muerto?
¿Qué es esto, vasallos míos?
Vasallos míos, ¿qué es esto?
Yo ¿no soy agora vivo?
Yo ¿no soy señor del reino?
No he vencido diez batallas,
Y de los moros soberbios
Ganado treinta pendones,
Que han entoldado los templos?
¿Vive Dios, que ha de casarse
Con mi gusto, y que si quiero,
Que no ha de ser en diez años!

CABALLERO.

Advierte que tienen puestos
Los ojos en Aragon.

REY.

¿En Aragon! ¿A qué efeto?

CABALLERO.

El infante don Fernando,
Mozo gallardo y dispuesto,
Y que tiene al almirante
De Castilla por abuelo,
Y está en Aragon valido,
Despues de haber, como un Héctor,
Ayudado en Perpiñan
A su padre...

REY.

¿Vive el cielo
Que no haya rey en Castilla
Mientras yo tuviere el cetro!

ACTO SEGUNDO.

Salvan el palacio del Duque de Segorbe.

ESCENA PRIMERA.

EL DUQUE DE SEGORBE, SU SE-
CRETARIO, ACOMPAÑAMIENTO.

SECRETARIO.

Por secretos que han venido
Desde Castilla á Valencia,
Se sabe de cierta ciencia.

DUQUE DE SEGORBE.

¿Qué justa eleccion ha sido!
No pudieran hallar hombre
En Castilla como yo.
Pero ¿quién te lo contó?

SECRETARIO.

No hay cosa que tanto asombre
Como ver que aun por la mar
Ninguna cosa se encubra.

DUQUE DE SEGORBE.

Pues ¿quién hay que lo descubra?

SECRETARIO.

La que sabe penetrar,
Como luce, las paredes;
Por eso espíritu llama
Cierta poeta á la fama.

DUQUE DE SEGORBE.

Es verdad; mas tambien puedes
Pensar que, por ser incierta,
Dos trompetas la pintaron,
Porque muchos se engañaron,
Que la tuvieron por cierta.

SECRETARIO.

Las trompetas son señal,
Si no me engaño tambien,
Que la diestra dice el bien,
Como la siniestra el mal.
Tú eres rey de Castilla;
No tienes que estar dudoso.

DUQUE DE SEGORBE.

De mi origen generoso
No nace la maravilla,
Sino de ser tanto el bien;
Porque no hay en todo el orbe,
Como el Duque de Segorbe,
Quien lo merezca tan bien.
Diez mil ducados te mando
Si fuere verdad, Coloma;
Y este anillo en prendas toma,
Con que me ejecutes, cuando
Me vieres rey en Castilla.

SECRETARIO.

Como rey, Señor, procedes
En hacer tales mercedes:

DUQUE DE SEGORBE.

Si yo me veo en la silla
De aquel reino, tú verás
Que esto sea lo de menos.

ESCENA II.

UN PAJE.—DICHOS; despues, UN
CRIADO.

PAJE.

De alegría y galas llenos,
Cual no se ha visto jamás,
Caballeros castellanos
De los caballos se apean,
Porque dicen que desean,
Señor, desarte las manos.

DUQUE DE SEGORBE.

Ello es cierto que soy rey.
Sin duda vienen por mí.

SECRETARIO.

Yo ¿no te lo dije así?

DUQUE DE SEGORBE.

Cumplir la palabra es ley
De cualquier hombre, y los reyes
Mas obligados están,
Pues son los que ejemplo dan.
Y los preceptos y leyes.
Diez mil ducados te di;
Veinte mil te mando agora.

SECRETARIO.

No en balde tan gran señora,
Gran Duque, se emplea en tí.

PAJE.

Y á mí, Señor, ¿qué me mandas?

DUQUE DE SEGORBE.

Dos mil ducados, Ortaño.

PAJE.

Rey seré si los empuño.
Ni quiero ni sirvo mas.
Mil años de Isabel goces.

DUQUE DE SEGORBE.

A todos os pienso honrar.
(Sale un criado.)

CRIADO.

Ya se deben de apearse;
Que así lo dicen las voces.
Dame alguna cosa á mí.

DUQUE DE SEGORBE.

Mil ducados, Ponce, os doy.

CRIADO.

Por besar tus piés estoy.

SECRETARIO.

Ya entraron.

CRIADO.

Ya están aquí.

ESCENA III.

DON RAMIRO, DON JUAN y DON
GUTIERRE, de camino.—DICHOS.

DON GUTIERRE. (Ap. á sus compañeros.)

Si nos agradare el trato
Y el entendimiento, harémos
La embajada que traemos.

DON RAMIRO.

La Princesa vió el retrato,
Y no se desagrado.

DON GUTIERRE.

Si he de llevar á Castilla
Rey que poner en la silla,
Tambien quiero estarlo yo.

DON JUAN.

Veisle allí.

DON GUTIERRE.

¿Qué grave está!

Ni nos mira ni recibe.

DON RAMIRO.

Si tan confiado vive,
Por vasallos nos tendrá.

DON GUTIERRE.

Hasta agora rey tenemos,
Y viva Enrico mil años.

DON RAMIRO.

¡Ah! lo que pueden engaños!

DON GUTIERRE.

(Ap. No me agradan los extremos.)
Vuestra excelencia me dé
Las manos para besallas.

DUQUE DE SEGORBE.

Tomad.

DON GUTIERRE. (Ap. á don Ramiro.)

¿Hemos de tomallas?

DON RAMIRO.

Muy presto las dió; no sé.

DON GUTIERRE.

¿Qué lindas manos teneis!
Qué blandas y bien tratadas,
A los guantes enseñadas,
En que siempre las poneis!
La paz se os echa de ver
Que en esta tierra gozáis.
Parece que os las curais:
Cuidado debe de haber.
Como allá los castellanos
Andamos siempre en la guerra

De la conquistada tierra,
Tenemos ásperas manos.
La manopla no las hace,
Tan blandas, Señor, en fin,
Como el guante y el jazmín
Que por estas huertas nace.
Mil años goceis las manos,
Y mirad qué nos mandais.

DUQUE DE SEGORBE.
¿Cómo desas suerte os vais,
Caballeros castellanos?
Parad en mi casa un poco,
Y siquiera descansad.

DON RAMIRO.
Ya hemos visto la ciudad.

DON GUTIERRE.
Pues á volver me provoco,
Yo sé que esto nos conviene.
Adios, Duque, adios.

DUQUE DE SEGORBE.
No os vale
Desa suerte; que afrentais
Mi casa.

DON GUTIERRE.
El que á veros viene,
¿Qué puede haber que os iguale?
La prisa no da lugar.

DON RAMIRO.
Caballos vuelve á tomar.

SECRETARIO.
Caballos pide...

CRIAO.
Ya sale.
DON JUAN. (Ap. á don Gutierrez.)
Descontento vienes dél.

DON GUTIERRE.
Pensamientos fueron vanos.
El tiene muy lindas manos;
Pero no para Isabel.
(Vanse.)

ESCENA IV.

EL DUQUE DE SEGORBE, EL SECRETARIO, EL PAJE, EL CRIADO.

SECRETARIO.
¡Buenos habemos quedado!
CRIADO. (Ap.)
Yo bien entiendo lo que es.

SECRETARIO.
Tiempo quedaba despues.
La gravedad que has mostrado
No era á propósito agora.

DUQUE DE SEGORBE.
Con razon quedo corrido.

CRIADO.
Muy delicados han sido.

SECRETARIO. (Ap.)
Donde la soberbia mora
No puede haber buen suceso.

ESCENA V.

EL HERMANO DEL DUQUE DE SEGORBE.—DICHOS.

HERMANO.
¿Qué es esto, hermano?

DUQUE DE SEGORBE.
No sé.
Desdichas.

HERMANO.
Agora entré
Loco, de alegre, os confieso,
De las nuevas que me dieron;
Y la gente vi salir,
Acabada de venir.

¿Qué hicieron ó qué os dijeron?

DUQUE DE SEGORBE.
Porque las manos les di
Para besallas, hermano,
Se fueron desa manera.

HERMANO.
Eso poco ¿les altera?

DUQUE DE SEGORBE.
Fué melindre castellano.
Id tras ellos; que no es bien
Que una cosa, que decilla
Aun es vergüenza, á Castilla
Quite un rey, y á mi tambien
Una señora tan bella,
Que estimo mas que reinar.

HERMANO.
Y ¿podrélos alcanzar?

DUQUE DE SEGORBE.
Sin duda.

HERMANO.
Con mala estrella
Debieron de entrar aquí.
Por la posta voy tras ellos.

DUQUE DE SEGORBE.
Volved, hermano, á traellos;
Que si aquí los ofendi
Con alargárlas las manos,
Besaré á todos los pies.

SECRETARIO.
Vuestra la desdicha es,
Discretos los castellanos.
(Vanse.)

Un camino.

ESCENA VI.

DON GUTIERRE, DON RAMIRO, DON JUAN.

DON GUTIERRE.
Esto me desagradó.

DON JUAN.
Con mucha razon ha sido.

DON GUTIERRE.
¿Lo que fuera presumido
Quien tan presto presumió!

DON RAMIRO.
Bien será que se le acuerde
De lo que perdió por vano.

DON GUTIERRE.
Otros ganan por la mano,
Y este por la mano pierde.

DON RAMIRO.
Lindamente respondistes,
Cuando las manos nos dió.

DON GUTIERRE.
A Isabel la diré yo,
Caballeros, lo que vistes,
Porque no me culpe en nada.

DON RAMIRO.
Ella os quiere de tal modo,
Que os disculpará de todo.

DON GUTIERRE.
En mano tan regalada
No ha de entrar el castellano
Cetro, y por mi cuenta quede.

DON RAMIRO.
Vióle, y disculparse puede,
Que quiso alargar la mano.

DON GUTIERRE.
Alargóla de manera,
Que cinco de largo dió.

DON JUAN.
¡Hermoso juego perdió!

DON RAMIRO.
Ganarle entonces pudiera.

DON JUAN.
¡Blandas manos!

DON GUTIERRE.
¿Manos? ¡Vanse
Pensamientos!

DON RAMIRO.
¿Qué bien andas?

DON GUTIERRE.
El cetro, por ser tan blandas,
Se le cayó de las manos.

ESCENA VII.

EL HERMANO DEL DUQUE DE SEGORBE, EL SECRETARIO.—DICHOS

HERMANO.
¡Ah, caballeros!

DON GUTIERRE.
¿Quién es?

HERMANO.
No me conocéis? Yo soy,
Yo, que á vuestros pies estoy.

DON GUTIERRE.
Dadme, mi señor, los pies...
Y mirad que eso no es justo.

HERMANO.
Volved, volved á Segorbe,
Porque no es razon que estorbe
Tanto bien, tanto disgusto.
El Duque está arrepentido.
Mirad que es contra conciencia.

DON GUTIERRE.
No mas de á ver á Valencia
Habemos los tres venido;
Y pareciónos besar
Las manos (y no fué error)
Al Duque, á tan gran señor,
Que tan bien las sabe dar.
Esto fué nuestra jornada.

HERMANO.
Señores, no es justa ley
Que dejéis de llevar rey
Por cosa tan mal pensada.
Volved por Dios.

DON GUTIERRE.
¿Rey? ¿Por qué?
Rey tenemos en Castilla.

HERMANO.
Es mozo, no es maravilla;
Yerro de la sangre fué.

DON GUTIERRE.
Vuélvase vuesañoría:
Sepa que le han engañado;
Que ni deso se ha tratado,
Ni desta suerte sería
Cuando se hubiera de hacer.
Mas si llegare ocasion,
Será muy justa razon
A tal señor proponer,
Y como quien ya le ha visto,
Decir las partes que tiene.

HERMANO.
Si es que del cielo no viene,
¿Qué pretendo? qué resisto?
Id, caballeros, con Dios;
Que si de Dios estuviera,
Cuando un pie mi hermano diera,
Le besarades los dos.
(Vase, y con él el Secretario.)

ESCENA VIII.

DON GUTIERRE, DON RAMIRO, DON JUAN.

DON JUAN.
Ánimo, á la fe, tenía

De hacernos cualquier pesar.

DON GUTIERRE.

Con caminar y callar
Se acabará la porfía.
Y yo pienso que esta ha sido
Dicha de cierto Giron,
Que será en esta ocasión
De la Princesa marido.

DON RAMIRO.

¿El Maestre?

DON GUTIERRE.

Ansí lo creo.

DON JUAN.

En él se emplea muy bien.

DON GUTIERRE.

Él lo merece tan bien,
Que ayuda á nuestro deseo.
Si carias no recibimos
Que á Zaragoza pasemos,
Hacia Calatrava iremos.

DON JUAN.

En balde á Segorbe fuimos.

DON RAMIRO.

No faltan pocas jornadas.

DON GUTIERRE.

Cesa ¡oh fortuna cruel!
Que Castilla y Isabel
Para alguno están guardadas.

(Vase.)

Habitación de la Princesa en Madrigal.

ESCENA IX.

DOÑA ISABEL, DOÑA JUANA.

DOÑA JUANA.

En grande peligro estás.

DOÑA ISABEL.

Nunca yo sin él estoy.
Mientras mas huyendo voy,
Enrique me sigue mas.

DOÑA JUANA.

Ni Enrique casarte quiere,
Ni que te cases.

DOÑA ISABEL.

Allá

Tratando Gutierre está
Mi casamiento.

DOÑA JUANA.

Prospera
Tu vida y salud el cielo;
Que tanta persecucion
Tendrá fin por galardón
De la piedad de tu celo.

ESCENA X.

EL DUQUE DE NÁJERA.—DICHAS.

DUQUE DE NÁJERA.

Un caballero francés
Quiere habiarte.

DOÑA ISABEL.

¡Agora á mí,

Duques!

DUQUE DE NÁJERA.

Mi señora, sí.

DOÑA ISABEL.

¿A qué propósito es?

DUQUE DE NÁJERA.

La gran cruz trae en el pecho...

DOÑA ISABEL.

¿De quién?

DUQUE DE NÁJERA.

De san Juan, Señora,
Por donde conozco agora

Que es casamiento; y sospecho
Que es la gran cruz testimonio,
Porque me da cierta luz
Que, trayendo la gran cruz,
Será la del matrimonio.

DOÑA ISABEL.

Entre.

DUQUE DE NÁJERA.

Ya en tu cuadra está.

ESCENA XI.

UN CABALLERO FRANCÉS DEL HÁ-
BITO DE SAN JUAN.—DICHOS.

FRANCÉS.

Con esta carta de Luís, de Francia
Rey, gran señora, y muy amigo vuestro,
Mil veces beso esas heroicas manos.

DOÑA ISABEL.

No estéis desa manera, cubrios luego.

FRANCÉS.

No me cubro delante de las damas;
Que aunque tan viejo soy, y el orden
Nos priva de su dulce compañía, [mio
No de servir las y estimarlas tanto,
Y mas á vos, que sois del cielo santo
Un milagro tan raro y peregrino,
Que muestra sois de su poder divino.

DOÑA ISABEL.

Cubrios, por mi vida.

FRANCÉS.

Es no estimarla
No daros obediencia: hacerlo quiero.

DOÑA ISABEL.

Leeré la carta. (Lee para sí.)

FRANCÉS. (Ap. al duque de Nájera.)

En Francia tiene fama
La gallarda Isabel de muy hermosa,
Muy discreta y cortés, muy entendida,
Señor duque de Nájera; mas veo
Que excede vista, y que tratada admi-
DUQUE DE NÁJERA. [ra.

No os cuento sus virtudes, porque te-
[mo

Que me faltara tiempo en muchos años,
Cuanto mas en el breve que tenemos.

FRANCÉS.

¡Oh, plega al cielo que le cumpla á
Este deseo! [Francia

DOÑA ISABEL.

Yo lei la carta, [de
En la cual vuestro rey me honra, y pi-
Que, dándoos, Monseñor, en todo cré-
Trate con vos el resolver ahora [dito,
Casarme con su hermano.

FRANCÉS.

Yo os prometo,
Si no me engaña justo amor, que el [príncipe
De Guiana os merece, si en el mundo
Para vos puede haber merecimiento.

DOÑA ISABEL.

Tales nuevas me dan de su persona.
Id en buen hora á descansar; que lue-
[go

Os enviaré á llamar, y perdonadme
Si no pudiere ahora regalaros;
Que como voy de Enrico fugitiva,
Ápenas tengo casa donde viva.

FRANCÉS.

Bésos mil veces los piés. (Vase.)

ESCENA XII.

DOÑA ISABEL, DOÑA JUANA,
EL DUQUE DE NÁJERA.

DOÑA ISABEL.

Duque, ¿qué os parece desto?

DUQUE DE NÁJERA.

Que entre los que os han propuesto,
Es dignamente el francés;
Pero si viene el Giron,
Como tenemos tratado,
Excluir lo no pensado
Está mas puesto en razon.

DOÑA ISABEL.

Vamos; que os quiero enseñar
Lo que le he escrito á Gutierre,
Antes que la carta cierre.

DUQUE DE NÁJERA.

Si pretendéis regalar
Al embajador francés,
Yo tengo con qué, Señora.

DOÑA ISABEL.

Pues bien será hacerlo agora;
Que no habrá lugar despues.
(Vase.)

Venta cerca de Zaragoza.

ESCENA XIII.

DON GUTIERRE, DON RAMIRO,
DON JUAN, MARTIN.

DON GUTIERRE.

Esta me trujo Martin,
Y le respondí que iría.

MARTIN.

Con grande temor venia,
Y en ella escrito mi fin.

DON RAMIRO.

¿Hay muchas guardas?

MARTIN.

Están

Todos los caminos llenos.

DON RAMIRO.

¡Nosotros andamos buenos!

MARTIN.

En el pensamiento dan.

De que venis á Aragon

Para llevar á Fernando.

DON JUAN.

¿Si nos están esperando?

DON GUTIERRE.

Celos de Fernando son.

DON RAMIRO.

Tiene divino valor,
Y á Enrique dará pesar;
Que Castilla le ha de amar.

MARTIN.

Aun aquí tengo temor.

Esa carta de Isabel

En una azcona metí,

Con que caminé hasta aquí.

DON JUAN.

¿Cómo?

MARTIN.

Doblando el papel,
Entre el hierro y la madera.

DON GUTIERRE.

¿Que están con tanto cuidado?

MARTIN.

Por el aire no ha pasado
Volando el ave ligera,
Cuando piensan que es marido,
Que viene para Isabel.

DON GUTIERRE.

Pues pasaremos con él
Presto, siendo Dios servido.
Tú partirás desde aquí
A decir que cerca estoy

De Zaragoza, y que voy
Para ejecutario ancí.

MARTIN.

¿No ha de haber carta?

DON GUTIERRE.

No sé

Si á peligro nos ponemos.
Basta decir que entráremos;
Basta decir que hablaré
Al infante don Fernando,
Y llevaré su respuesta.

MARTIN.

Mas segura carta es esta.
Iré contento y volando.

DON GUTIERRE.

¿Cómo queda doña Juana?

MARTIN.

Con mil deseos de verte.

DON GUTIERRE.

¿Estaba hermosa?

MARTIN.

Y de suerte

Me habló, la propia mañana
Que con tu carta llegué,
Que pensé volverme loco.

DON GUTIERRE.

Píntala, á ver.

MARTIN.

Sé muy poco;

Pero yo la pintaré.
Los cabellos, que tenía
Por encima de la frente,
Eran oro y sol de oriente,
Que por el viento esparcía.
La frente, debajo dellos,
Era de un blanco matiz;
Y estábase la nariz
Puesta entre los ojos bellos.
Las cejas pienso que estaban
Sobre los ojos, que hacían
Cosquillas á cuantos vian,
De ver cómo los miraban.
Debajo de la nariz
Estaba luego la boca,
De verse á sí misma loca,
Como un pico de perdiz.
Hacíame, cuando hablaba,
Ciertos candiles tan bellos,
Que diera el amor por ellos
Cuatro flechas de su aljaba.
Descubriáanse los dientes,
A media rienda de risa;
Que andaba el alma de prisa
Por ver sus perlas lucientes.
Las orejas, no me afige
El no verlas, ni podía;
Mas pienso que las tenía,
Pues oyó lo que le dije.
La garganta era tan bella,
Que en la blancura que pinto,
Si bebiera vino tinto,
Se viera el color por ella.
Los pechos, si aquí no yerra
Ser de amor tiros y balas,
Pudieran ser alcabalas
Del mayor rey de la tierra.
Las manos, que allí mostró,
Tanto al cristal se comparan,
Que temí se le quebraran
Cuando la carta me dió.
Y toda junta, si dan
Licencia amor y servir,
Era, por no te mentir...
Doña Juana de Guzmán.

DON GUTIERRE.

Altamente la has pintado.
Toma estos cuatro doblones.

MARTIN.

Dobles tus años.

DON GUTIERRE.

Si pones

En la partida cuidado,
A la vuelta lo verás.

MARTIN.

Un ave seré, Señor,
Y seré un procurador;
Que no hay que decirte mas.
(*Vanse.*)

Salen en el alcázar de Zaragoza.

ESCENA XIV.

DON FERNANDO, DON FADRIQUE,
DON PEDRO y DON SANCHO, *con
palas.*

DON FERNANDO.

No juego mas.

DON FADRIQUE.

Por mi vida,
Que otros diez tantos juguemos.

DON FERNANDO.

Yo sé que los perderémos.

DON FADRIQUE.

Corta por mí la partida.

DON FERNANDO.

No, por vida de la /

Con la corona, Fadrique.

DON FADRIQUE.

Ya no es bien que te replique.—
¡Hola! De vestir aquí.

DON FERNANDO.

Tomad esa pala allá.

DON SANCHO.

Bien saca don Pedro.

DON FADRIQUE.

Bien.

DON PEDRO.

Como á don Sancho me dén,
Seguro el partido está.

DON SANCHO.

Su alteza vuelve mejor.

DON FERNANDO.

¿Qué hubo anoche, caballeros?

DON PEDRO.

Cenamos despues de veros.

DON FERNANDO.

¿Y luego?

DON PEDRO.

Un poco de amor.

DON FERNANDO.

Cuente cada uno aquí

Lo que anoche le pasó;

Que tambien lo diré yo.

DON SANCHO.

¿Mientras nos vestimos?

DON FERNANDO.

Sí.

DON SANCHO.

Va de cuento.

DON FERNANDO.

Ya le espero.

DON SANCHO.

Yo salí (que no debiera,
Como lo dice el refrán)
De zapato blanco y media.
Entré en la calle que sabe
Don Pedro; y al dar la vuelta,
Desde un portal me llamó
Cierta dama, haciendo señas.
Llegué, y vi que se tapaba;

Dijela dos cosas tiernas,
Y echéla al cuello los brazos.
Díome un olor de grajea,
Y saquéla hácia la calle.
Donde vi que era una negra,
Cuyos hocicos me han puesto
Tanta tinta, que aun apenas
Agua de ángeles y trébol,
De ámbar y de otras mezclas,
Color y olor me han quitado.

DON FERNANDO.

¡Buena lance!

DON FADRIQUE.

¡Extremada empresa!

DON FERNANDO.

Diga mi amigo Fadrique.

DON FADRIQUE.

Yo, con mi espada y rodela,
Cuando te dejé en el Coso,
Fuí á ver dos ó tres doncellas
Que en cierta casa hacen nido,
Si no es vivir de conejas.
Hallélas muy ocupadas
En hacer limpias hojuelas,
Con las manos en la masa,
Sirviéndoles de manteca
(Las camisas en los hombros,
Las mangas, digo), y por ellas
Descubriendo blancos brazos,
Para luchar sobre apuestas.
Diéronme un poco de fruta,
Diciendo que eran orejas
De abad; crefflo y comí;
Y era tan fina pimienta,
Que pensé perder el seso.
Y presumiendo que dellas
Pudiera tomar venganza,
Con aplauso, risa y fiesta
Tanta harina me tiraron,
Que salí como si fuera
Agun raton de molino.

DON FERNANDO.

No es mucho que lo parezcas.
A don Pedro toca agora.

DON PEDRO.

Mis desdichas no se quedan
En aquesas niñerías;
Que mas adelante llegan.
Yo servía cierta dama
Destas que llama una dueña
Las herejes de sus años,
Porque nunca los confiesan,
Y con quien saben que tienen
Poco menos de cincuenta,
Porfían que treinta cumplen
Para las primeras yerbas;
Destas que por la mañana
A una persona indigesta,
Por lo que tienen de pasas,
Pueden servir de ciruelas;
Y llevóme mi pecado
Anoche á las doce á vella,
Hora de tales visiones,
Y halléla desta manera.
El cabello á las espaldas,
Y los piés en una artesa,
Que tenía al rededor
Infinidad de candelas;
Y en varias partes del suelo
Caractéres, cercos, yerbas,
Y otras mil bellaquerías
Que estas infames profesan.
Díome un miedo, que en un punto
Todo el calor de las venas
Fué al principio de la vida;
Que era justo socorrerla.
Como vió que la sentí,
Dió un grito; y, las velas muertas,
Me obligó á salir aprisa;
Y con el miedo y la pena,

En un pilar de la casa,
Pensando que era la puerta,
Encontré con las narices
Por reservar la cabeza.
De allí á la puerta volví,
Y no topando con ella,
Por huir de la mujer,
Metí los pies en la artesa.
Torcióse á un lado, caí,
Y entrando gente con velas,
Mojado, y mas adelante,
Me hallé galápago en ella.

DON FERNANDO.

¡Gracioso cuento!

DON PEDRO.

Extremado.

DON FERNANDO.

Pero si tú sirves viejas,
Pago fué de tu mal gusto.

DON PEDRO.

Délas al diablo su alteza;
Que se remozan de suerte,
Con untos y aguas diversas,
Con galas, rizos y enredos,
Que no hay hombre que lo crea.
Pero pues le toca, diga.

DON FERNANDO.

Yo llevaba anoche puesta
Una gallina, bordada
De colores y de letras,
Unas FF y unas II.
Que son agora mi empresa,
Por un extraño capricho;
Y entrando á ver ciertas deas,
Empezan á interpretar
Si quise decir en ellas
Mas, por dicha, que dos nombres;
Y una dijo: «Fama Intenta;»
Otra: «Fernando invencible;»
Y otra: «Fernando inquieta;»
Tal dellas, «Fe injusta;» dijo;
Tal dijo: «Fuerte inclemencia;»
Y tal: «Favor imposible;»
Y en extremo me contenta:
A quien, por mejor sentido,
Dí dos vueltas de cadena;
Aunque no tengo favores
Que imposibles me parezcan.

ESCENA XV.

UN CRIADO.—Dichos; *después*, DON
RAMIRO, DON JUAN, DON GU-
TIERRE.

CRIADO.

A vuestra alteza hablar quieren
Dos forasteros, que llegan
A esto solo á Zaragoza.

DON FERNANDO.

Muy enhorabuena vengan.
(*Avisa el criado, y salen don Ramiro,
don Juan y don Gutierre.*)

DON GUTIERRE.

Después de besar tus pies,
Hablarte aparte quisiera.

DON FERNANDO.

Dejadnos un rato solos.
Fádrigue, ponte á esa puerta.—
¡Quién sois?

(*Vanse don Fadrique, don Pedro
y don Sancho.*)

ESCENA XVI.

DON FERNANDO, DON GUTIERRE,
DON RAMIRO, DON JUAN.

DON GUTIERRE.

Yo soy don Gutierre
De Cárdenas; la princesa

De Castilla es mi señora.

DON FERNANDO.

Quitaré de la cabeza
El sombrero, caballero,
Mientras que me habláis en ella.

DON GUTIERRE.

¡Por qué, Señor?

DON FERNANDO.

Porque es justo,
A quien el mundo respeta,
Hacelle esta cortesía
En presencia y en ausencia.
No es Isabel mujer, no
(Si es posible que lo sea),
Que se ha de hablar en su nombre
Sin hacelle reverencia.

DON GUTIERRE.

¡Don Juan! Don Juan! Don Ramiro!

DON RAMIRO.

¡Qué quereis?

DON JUAN.

¡Qué prisa es esta?

DON GUTIERRE.

Rey teneis; besad sus pies.

DON RAMIRO.

Que por muchos años sea.

DON FERNANDO.

¡Caballeros! ¡qué es aquesto?

DON GUTIERRE.

Por temor de que no sepan
En Zaragoza, Señor,
Nuestra venida, se queda
Este regocijo así.
Entre personas propuestas
Para reyes de Castilla,
A quien Isabel hereda,
Érades vos, porque algunos
Han perdido por soberbia
Este lugar; pero vos
Apercibid la cabeza
A la corona, que os llama;
Que la cortesía vuestra
Nos ha enamorado á todos.

DON FERNANDO.

Apenas hallo respuesta...

DON RAMIRO.

Mejor es que no la deis,
Porque acaso no se entienda
Que hemos venido por vos.

DON GUTIERRE.

Señor, digna es esta empresa
De un hijo de tales reyes.
Castilla su bien espera
De esas generosas manos.
Partamos adonde os vea
Isabel, con gran secreto.

DON FERNANDO.

No hay mas en que me detenga
Que en pagar solos diez tantos,
Que de á diez escudos eran,
Que he perdido á la pelota.

DON GUTIERRE.

¡Bien, por Dios! ¡Eso os da pena?
Vámonos; que no por eso
Será cargo de conciencia.

DON FERNANDO.

¡Cómo saldré?

DON GUTIERRE.

Disfrazado.

DON FERNANDO.

¡Qué traje?

DON GUTIERRE.

Señor, cualquiera,
Con que escapeis del peligro.

DON FERNANDO.

Pues será mozo de espuelas

Hasta llegar á Castilla.

DON GUTIERRE.

Y yo llevaré á la Reina
El mejor mozo de España.

DON FERNANDO.

Bien decís, si le contenta.

(*Vanse.*)

Habitacion de la Princesa en Duernas.

ESCENA XVII.

DOÑA ISABEL, DOÑA JUANA.

DOÑA ISABEL.

Esto dije al Rey de Francia.

DOÑA JUANA.

Y fué justo resolver.
Lo que ha de poderse hacer
No es á tan larga distancia.

DOÑA ISABEL.

El príncipe de Guiana

Hallará lo que merece.

DOÑA JUANA.

Al de Aragon ¿no apetece
La nobleza castellana?

DOÑA ISABEL.

¡Despachaste al mensajero?

DOÑA JUANA.

Igualando el viento fué.

DOÑA ISABEL.

¡Con qué entreteñer podré
Horas que tan triste espero?

DOÑA JUANA.

Con pensar en Aragon.

DOÑA ISABEL.

¡Y si visto no me agrada?

DOÑA JUANA.

Pues que no piensas en nada,
Los mismos efetos son.
Demás de que yo sé bien
Las prendas de don Fernando.

DOÑA ISABEL.

Castilla le está esperando.

DOÑA JUANA.

Y tú le esperas también.

DOÑA ISABEL.

Enviaron á llamar
Algunos grandes, que son
Sus deudos, al gran Giron.

DOÑA JUANA.

Tan pobre te ven estar,
Que de su Giron te amparan.

DOÑA ISABEL.

¡Gran caballero el Maestre!

DOÑA JUANA.

Bien será que serlo muestre
Si estas cosas se declaran.

DOÑA ISABEL.

Yo no estoy determinada
A quién tengo de escoger.

DOÑA JUANA.

Los cielos, que lo han de hacer,
No te tienen olvidada.
Hice una bachillería...
Juego de mujeres.

DOÑA ISABEL.

¡Cómo?

DOÑA JUANA.

De un abecé letras tomo,
Que traigo en la manga un día,
Y echándolas bien revueltas,
Dí en sacar letras, por ver
De qué nombre eres mujer.

DOÑA ISABEL.
Y ¿estaban juntas ó sueltas?
DOÑA JUANA.
Ves aquí las cedulillas.
DOÑA ISABEL.
Y ¡será ofensa de Dios
Entretenernos las dos?...
DOÑA JUANA.
¿Quieres hacer maravillas?
DOÑA ISABEL.
Muy bien dices, porque es juego.
¿Qué nombre tiene la A?
DOÑA JUANA.
Aquí Antonio escrito está,
Y la B Bernardo luego,
La C dice Constantino,
La D Diego, la E Enrique,
Y la F es bien se aplique
A Fernando.
DOÑA ISABEL.
Bien le vino.
Pero en esta letra es bien
Que póngas una corona.
DOÑA JUANA.
Ya tu deseo le abona.
DOÑA ISABEL.
Y mi esperanza también.
DOÑA JUANA.
Una F coronada
¿Qué dirá?
DOÑA ISABEL.
Fernando, rey.
DOÑA JUANA.
El te agrada á toda ley.
DOÑA ISABEL.
Aun no he visto si me agrada.
DOÑA JUANA.
Pues ¿de qué te sirve honralle,
Si algo tu honor no penetra?
DOÑA ISABEL.
De coronar una letra
Que tiene tan lindo talle.
DOÑA JUANA.
¿La F?
DOÑA ISABEL.
Sí; que se escribe
Con mas gracia que otra alguna.
DOÑA JUANA.
Secreto amor te importuna.
DOÑA ISABEL.
Las demas letras describe.
DOÑA JUANA.
La G Gerónimo, y la H
Hermenegildo, que fué
Rey de España.
DOÑA ISABEL.
Bien lo sé.
DOÑA JUANA.
La I Juan.
DOÑA ISABEL.
No hay quien la tache;
Que tiene gracia ese nombre.
DOÑA JUANA.
Contigo tenerla espero.
DOÑA ISABEL.
Yo, Juana, casarte quiero;
Que tengo pensado el nombre.
DOÑA JUANA.
Harásme salir colores.
DOÑA ISABEL.
Aguardo para casarte
Tener buen dote que darte.

DOÑA JUANA.
¿Qué mayor que tus favores?
DOÑA ISABEL.
Gutierre te quiere bien;
Yo quiero bien á Gutierre.
DOÑA JUANA.
Con eso no habrá que yerre.
DOÑA ISABEL.
Y á ti te agrada también.
DOÑA JUANA.
La L Laurencio.
DOÑA ISABEL.
Dí.
DOÑA JUANA.
La M Manrique, y viene
Solo Nicasio en la N.
DOÑA ISABEL.
¿Y Nicolás?
DOÑA JUANA.
Es así.
Ordoño en la O, y la P
Pedro, la Q Quarto y Quinto;
Con R á Rodrigo pinto,
Y á Tomás pongo en la T.
DOÑA ISABEL.
La S se te olvidó.
DOÑA JUANA.
Sancho. ¿Y la Z?
DOÑA ISABEL.
No hay hombre...
DOÑA JUANA.
En España solo el nombre
De Zollo conozco yo.
DOÑA ISABEL.
A punto viene Rodrigo.
En la manga las revuelve.

ESCENA XVIII.

RODRIGO. — DICHAS.

RODRIGO.
Otra vez dicen que vuelve,
Ya mas que hermano, enemigo,
El Rey contra vos, Princesa.
DOÑA ISABEL.
Bien segura es esta villa.
RODRIGO.
¿Podrá el Conde resistilla?
DOÑA ISABEL.
Podrá, puesto que me pesa
Que mi hermano esté tan fiero.—
En esa manga hallarás
Veinte cédulas y mas,
Y ninguna de dinero.
Saca una, para ver
Qué letras sacas en ella.
RODRIGO.
¿Es burla?
DOÑA ISABEL.
¿Es tiempo de hacella?
RODRIGO.
¿Hay que me pueda morder?
DOÑA JUANA.
Acaba; que estás pesado.
RODRIGO.
Una cédula saqué
Dentro de un anillo.
DOÑA JUANA.
Fué
Que me le dejé olvidado
Hoy lavándome las manos.
DOÑA ISABEL.
¿Dentro del anillo? Cosa

Bien notable y prodigiosa,
Supuesto que en juegos vanos.
DOÑA JUANA.
Abre la cédula, á ver.
DOÑA ISABEL.
F es esta, y por mi vida,
Que en el anillo metida,
Me quiso dar á entender,
Aunque acaso sucedió,
Que Fernando ha de ser rey;
Que el anillo á toda ley
F y nombre coronó.
DOÑA JUANA.
Bien dices, pues á la letra
Sirvió de corona de oro.
RODRIGO.
Si me debéis el tesoro
Que tal enigma penetra,
Pagadme el haber sacado
La letra que deseais,
Ya que nunca me pagais.
DOÑA ISABEL.
Dame ese anillo prestado,
Juana, y deberéte dos.
DOÑA JUANA.
Tome vuestra alteza.
DOÑA ISABEL. (A Rodrigo.)
Ten.

RODRIGO.
Agora procedéis bien.
Mil años te guarde Dios.
DOÑA ISABEL.
Ruido siento. ¿Si acaso
Sobre la villa el Rey viene?
Segura defensa tiene
Para detenerle el paso;
Aunque el Conde de Buendía,
Cuya es Dueñas, donde estoy,
Me dijo en los ojos hoy
Que no la resistiría.

DOÑA JUANA.
Pues huye luego de aquí,
Como él á prenderte venga.
DOÑA ISABEL.
Huyamos, hasta que tenga
Hombre que vuelva por mí.
(Vanse.)

Venta.

ESCENA XIX.

DON GUTIERRE, DON RAMIRO, DON
JUAN, EL PRÍNCIPE DON FER-
NANDO, vestido de mozo de cami-
no; MARTIN.

DON GUTIERRE.
Huégome de haberte hallado
A la entrada de Castilla.
Por Dios que me maravilla
Lo mucho que has caminado.
MARTIN.
El servirte me da aliento,
Y el ver que es bien de Isabel;
Que solo pensar en él
Mide mis piés con el viento.
¿Qué habeis allá negociado?
DON GUTIERRE.
Venirnos sin hacer nada.
MARTIN.
Castilla está alborotada
De que á Fernando has hablado,
Porque tal aragonés
Dicen que á Isabel merece.

Y ella mejor le apetece
Que no al príncipe francés.
A tu doña Juana oí
Que habla bien la Reina dél.

DON GUTIERRE.

Ya le dije de Isabel...
Lo que en fin no es para tí.

MARTIN.

Yo pensé que le trujeras;
Que allá le están esperando.

DON GUTIERRE.

Temerá á Enrique Fernando.

MARTIN.

Bueno fuera que volvieras
A Zaragoza, Señor;
Que dicen que el gran Maestre
Viene á Feria.

DON GUTIERRE.

Aunque le muestre

Castilla al Maestre amor,
No sé cómo eso ha de ser.—
Entra y mira esos caballos,
Que en acabar de pensillos
Los habemos de correr.

MARTIN.

¿Quién es aqueso mancebo?
Que para ser del camino
Viene entonado y mohino.

DON RAMIRO.

Es en el oficio nuevo.
Su amo le quiere bien,
Y á caballo le envió.

MARTIN.

Camináramelo yo
Desa manera también.
Entro á ver estos caballos.
¡Ah, galán! entre conmigo

DON FERNANDO.

Vaya por su parte, amigo;
Que luego voy á pensillos.

MARTIN.

Venga pues, y beberemos;
Que le quiero conocer.

DON FERNANDO.

He acabado de beber.

MARTIN.

Qué melindroso, y qué extremos!
Hombres emperrojados
No son para los caminos,
Sino estos cata-vinos
Alegres y despejados.
¿Qué vino se vende aquí?

DON FERNANDO.

Un vinillo razonable.

MARTIN.

Abra, pues, la boca y hable,
Pesar del diablo y de mil
Mozo de á pié con valona,
Polainita pespuntada,
Y con espuela dorada
Y alféñicada persona,
¿Para qué le traen acá?

DON FERNANDO.

Estoy recién desposado,
Y mi moza me ha labrado
Todo lo que viendo está.

MARTIN.

Que nunca topo yo quien
Me dé á mí sino zarzas!
¿Trae alforjas ó bizarras?

DON FERNANDO.

Eso y esotro también.

MARTIN.

¿Tiene un hueso de tocino?

DON FERNANDO.

No, por Dios; que se acabó.

MARTIN.

Adivináralo yo.
En efeto, ¿es bueno el vino?

DON FERNANDO.

Y tiene brio y retozo,
Bachiller y picativo.

(Vase Martín.)

ESCENA XX.

DON FERNANDO, DON GUTIERRE,
DON RAMIRO, DON JUAN.

DON FERNANDO.

Milagro fué salir vivo
De las manos deste mozo.

DON GUTIERRE.

Deshaciéndonos de risa,
Viendo á vuestra alteza, estamos.

DON FERNANDO.

Si este lacayo llevamos,
Bien podemos darnos prisa.

DON GUTIERRE.

El hombre es de lindo humor.

DON FERNANDO.

Cerrados, es menester
Que procuremos comer.

DON RAMIRO.

¿Juntos?

DON FERNANDO.

Pues ¿no?

DON RAMIRO.

No, Señor.

DON FERNANDO.

Sí, por mi vida; que es bien
Para deslumbra la gente.

DON GUTIERRE.

Pues con su amo se siente
El que le sirve tan bien.

ESCENA XXI.

MARTIN, con un jarro de vino
y una copa.—Dichos.

MARTIN.

Razonablejo es el vino.
Tome y beba.

DON FERNANDO.

Ya bebí.

MARTIN.

Mire que lo traigo aquí
A la usanza del camino.

DON FERNANDO.

No lo be menester, á fe.

MARTIN.

Tome, ó daréle con ello.

DON FERNANDO.

Mostrad; que quiero bebello.

MARTIN.

Beba y brinde, y beberé.

DON FERNANDO.

Brindis.

MARTIN.

Respondo caraus.
Bonitamente lo encierra;
Y, á la usanza de mi tierra,
Deo gloria et sanctis laus.

¿Bebió?

DON FERNANDO.

¿No lo ve?

MARTIN.

Pues bebo,

Y brindole á la salud
De su guitarra ó laúd.

DON FERNANDO.

Haré la razon.

MARTIN.

Ya entrevo.

DON FERNANDO. (Ap. á don Gutierre.)
Este hombre me ha de matar.

DON GUTIERRE.

Despacharéle á Castilla.

DON FERNANDO.

No porque memoravilla;
Que bien sé disimular.

MARTIN.

Tres mozas, una tras de otra.
Tome, beba.

DON FERNANDO.

No es razon.

MARTIN.

Voyle cobrando afición,
Por vida de mi quillotra.

DON FERNANDO.

Guarde el vinillo, y despues
Le daré con qué bebamos.

MARTIN.

Toque, y despues nos veamos. (Vase.)

DON FERNANDO.

¡Lindo humor!

DON JUAN.

¡Precioso es!

DON GUTIERRE.

Alto, á comer, porque habemos
Al punto de caminar;
Que va la vida en llegar
Adonde llegar tenemos:
No se nos meta un Giron
Donde despues se nos quede.

DON FERNANDO.

Cuando la fortuna ruede,
Sus mismos efetos son.

(Vuelve Martín.)

MARTIN.

Ya queda el jarro guardado.
Venga á la caballeriza.

DON FERNANDO.

Justamente soleniza
El vino, que es extremado.
Los amos quieren comer;
Luego hablaremos de espacio.

MARTIN.

Aquí hay moza de palacio.

DON FERNANDO.

Soy desposado de ayer.

DON GUTIERRE.

Ea, Ginés, acompaña
A Martín.

DON FERNANDO.

Ya ¿no lo ves?

MARTIN.

¿Ginés?

DON FERNANDO.

Sí.

MARTIN.

¡Vive Dios, que es
El mejor mozo de España!

ACTO TERCERO.

Piazza de Villarrubia de Guadiana.

ESCENA PRIMERA.

EL MAESTRE DE CALATRAYA, UN
CAPITAN, CRIADOS.

CAPITAN.

Toda Castilla se espanta
De que te bayas detenido.

MAESTRE.
Quise partir prevenido
Donde la defensa es tanta;
Porque no fuera razon
Ir á Castilla de modo,
Que lo perdiéramos todo.

CAPITAN.
Hoy pondrás á tu Giron
La corona de Castilla.

MAESTRE.
No es la primera que tiene.

CAPITAN.
Grande es la gente que viene
De Córdoba y de Sevilla.

MAESTRE.
¿Cómo estará mi Isabel?

CAPITAN.
Esperándote estará.

MAESTRE.
Rey de Castilla soy ya.

CAPITAN.
Si la fortuna oruel
No muda el fácil semblante;
Que suele al primero viento...

MAESTRE.
Ese es necio pensamiento.

CAPITAN.
Sí; pero no es arrogante.

MAESTRE.
Presto me veré en la silla
De Castilla.

CAPITAN.
Eso recelo.

MAESTRE.
Aunque no quisiese el cielo,
He de ser rey de Castilla.

CAPITAN.
¿Qué dices? Vuelve, Señor,
A desdecirte.

MAESTRE.
Esto digo.

CAPITAN.
Ya de caminar contigo
Llevaré justo temor.

MAESTRE.
Pues ¿cómo puedo dejar
De ser rey?

CAPITAN.
Muy fácilmente,
Si el cielo no lo consiente,
O si lo quiere estorbar.

MAESTRE.
No sé qué me ha dado aquí.
¡Ay, ay, ay!

CAPITAN.
¿Dónde, Señor?

MAESTRE.
Aquí me ha dado un dolor.
Ay, ay!

CAPITAN.
¿A este lado?

MAESTRE.
Sí.

CAPITAN.
Dolor de arrepentimiento
De palabra tan mal dicha,
Fuera justo.

MAESTRE.
¡Hay tal desdicha!
Yo muero... Morir me siento.
¿Qué será esto? ¡Ay de mí!
Gran mal es este que tengo.
Mal he hablado: á morir vengo
Por esto que dije aquí.

L-III.

No es posible que otra cosa
Haya sido la ocasion.

CAPITAN.
¿Qué notable confusion!
MAESTRE.
Detente, mano piadosa;
Que bien sé que á tu disgusto
Ninguno puede reinar,
Ni aun vivir.

CAPITAN.
Si castigar
Es atributo tan justo
A quien castigo merece,
Mas gloria te da el perdon.

MAESTRE.
Aquí mi loca ambicion
Con mi esperanza fenece.
Ni seré rey de Castilla,
Como lo pensaba ser,
Ni pienso que he de poder
Salir vivo de la villa.
Criados, si espiro aquí,
Volveréisme á Calatrava.

CAPITAN.
¿Qué miseramente acaba!
MAESTRE.
Muero. ¡Ay Dios, piedad de mí!
(*Vanse.*)

Sala de posada.

ESCENA II.

DON GUTIERRE, DON JUAN, DON
RAMIRO, EL PRÍNCIPE DON FER-
NANDO, MARTIN.

DON RAMIRO.
Ya pocas leguas tenemos
Desde aquí.

DON GUTIERRE.
Para el deseo,
Ramiro, infinitas veo.

DON JUAN.
Ea, Martín, ¿cenaremos?

MARTIN.
Ya se queda aderezando.
Entre á ayudarme Ginés.

DON GUTIERRE.
Vé tú; que él irá despues.

MARTIN.
¿Siempre se ha de estar holgando?

DON FERNANDO.
Ya ¿no hago lo que puedo?

MARTIN.
¿Lo que podeis! ¿Aun hablais?
Comeis y no trabajais.

DON GUTIERRE.
Ea, Martín, hablad quedo,
Y dejad tanta ojeriza
Como con Ginés teneis.

MARTIN.
No es mas de aquesto que véis.
Ni aun en la caballeriza
Pone su macho el señor;
Que en entrando en la posada,
Se sienta sin hacer nada.

DON GUTIERRE.
¿Linda tema!

DON RAMIRO.
¿Lindo humor!

DON FERNANDO.
Yo ¿qué tengo de hacer mas?

DON GUTIERRE.
Ea, descansad un poco.

MARTIN.
¿Hay mozo tan para poco!

DON FERNANDO.
Terrible, Martín, estás.
Ya voy á ver los caballos.

MARTIN.
¿Mas á dormir?

DON FERNANDO.
¿Qué os va á vos?

MARTIN.
¿Qué os va á vos! ¿Bueno por Dios!
Solo tengo de pensallos,
Solo darles de beber.
Pues á la fuente llevad
Vuestro macho, ó perdonad;
Que yo no lo pienso hacer.
(*Vanse don Gutierre, don Ramiro, don Juan y don Fernando.*)

ESCENA III.

MARTIN.

Él se entró.— Si es mentecato,
O por dicha socarron,
Sepa que mi condicion,
Puesto que con bestias trato,
Es para gente de bien.
¡Vive Dios, si desempuño
Lo que compré en Cuenca ogaño,
Y todos favor le dén,
Que le dé una cuchillada,
Que le metan un colchon
Por mecha! ¿Hacerse moscon!

ESCENA IV.

ISABEL.—MARTIN.

ISABEL.
¿Qué alborotas la posada,
Lacayo del rey Heródes?

MARTIN.
No me falta ya, por Dios,
Sino que os junteis los dos,
El se burle, y tú me apodes.

ISABEL.
¿Es con Ginés la quistion?

MARTIN.
La quistion es con Ginés.

ISABEL.
No vi tal mozo, despues
Que sirvo en este meson.

MARTIN.
Es gentil socarronazo.
Pero, Isabel, por tus ojos,
Que me quites los enojos.

ISABEL.
Quite allá.

MARTIN.
Dame un abrazo,
Ansí te dé Dios ventura.

ISABEL.
Camina á lo que has de hacer.

MARTIN.
¿Desdefito?

ISABEL.
¿Suelo ser

MARTIN.
Mas blanda?

MARTIN.
No eras tan dura
Cuando pasé por aquí,
Y prometiste quererme.

ISABEL.
¿Qué hace aquel mozo?

MARTIN.
Duerme.

ISABEL.
En triste punto le vi.
MARTIN.
¿Qué tienes tú con Ginés?

ISABEL.
Yo nada.
MARTIN.
Alarga una garra,
Ansí te logres bizarra.
ISABEL.
No mude el compas de piés;
Que le daré dos sopapos.

MARTIN.
Si me diere, yo sé treta
Contra sopapos, pobreta.

ISABEL.
Lacayon.

MARTIN.
Percha de trapos.
ISABEL.
Vaya á ponerse el mandil;
Que le asentaré los cinco.

MARTIN.
Pues no te me quiebres, brinco,
Y sírveme de candil. (Vase.)

ESCENA V.

ISABEL.
¡Ay de mí! que en cuantos años.
En esta casa he vivido,
Firme como piedra he sido,
Tanto á propios como á extraños;
Y desde que vi llegar
Este mozo aragonés,
No acierto á mover los piés
Donde le acierto á mirar.
¡Hay tan lindo talle y cara!
Hay tal presencia!

ESCENA VI.

DON FERNANDO.—ISABEL.

DON FERNANDO. (Saliendo.)
Yo iré,
Y á beber le llevaré,
Si en eso el enojo para.

ISABEL.
¿Con quién vienes de quistion?
DON FERNANDO.
Con Martin, mi compañero.

ISABEL.
¿Pues ¿con ese majadero
Se pone tu discrecion?

DON FERNANDO.
Pues ¿qué quieres, Isabel,
Si da en perseguirme?

ISABEL.
¿A tí?
DON FERNANDO.
Él no me conoce á mí.

ISABEL.
¿Quieres que te vengue déi?
DON FERNANDO.
No, Isabel; que es un villano,
Y no vengo de Aragon
A hacer en esta ocasion
Mal á ningun castellano.
Antes pretendo su bien;
Que por eso vengo acá.
Y si desto trato ya
Contigo, Isabel, tambien,
Es porque Isabel te llamas;

Que este nombre me aficiona
Mas que toda la corona
De Castilla.

ISABEL.
Si me amas,
¡Ay Ginés! como yo á tí,
Llévame contigo allá;
Que donde quiera será
El mayor bien para mí.
Apenas pusiste el pié
Esta tarde en la posada,
Cuando quedé lastimada,
Y sin sentido quedé.
Llévame contigo, amores,
Y tendrás una mujer
Que te sabrá mantener
Y traerá como unas flores.
De esclava te serviré,
Tu ropa competirá
Con la del Rey.

DON FERNANDO.
Bien podrá;
Que á competir llegaré.
Pero no vamos agora
A la corte á estar de asiento.
Estimo tu pensamiento;
Que aunque no eres gran señora,
Se debe á toda mujer
Respeto y obligacion,
Si muestra alguna aficion.

ISABEL.
Y ¿cuándo piensas volver?

DON FERNANDO.
Presto pienso que será.

ISABEL.
Darte mil abrazos quiero.

DON FERNANDO.
Detente, y mira primero
Si Martin despierto está.

ESCENA VII.

MARTIN.—DICHOS.

MARTIN.
Si está, y paréceme bien
Que no falte habilidad
Para esa conformidad.
Y ella, picaña, tambien,
¿No mira que estoy yo aquí?

ISABEL.
Desvie la mano y calle,
Porque sepa que aquel talle
Tiene hechizos para mí.

MARTIN.
Vaya dentro noramala,
Y saque una mesa presto.

ISABEL.
Voyme por no ver su gesto,
Seor bestial maestresala.

MARTIN.
Espere, y ayudará.
ISABEL.
No he menester yo su ayuda.
A sus caballos acuda. (Vase.)

ESCENA VIII.

DON FERNANDO, MARTIN.

MARTIN.
Ginés, con mucha cautela
Vais procediendo conmigo.
Esta moza es cosa mia.

DON FERNANDO.
Yo, Martin, ¿qué la decía?

MARTIN.
Luego ¿no soy yo testigo
De aquel poquito de abrazo?

DON FERNANDO.
Ella me quiso abrazar;
Mas no la dejé llegar;
Que la puse en medio el brazo.

MARTIN.
Por tan para poco os tengo,
Que lo creo.

DON FERNANDO.
Bien podeis;
Que no es esta, aunque la veis,
La Isabela por quien vengo.

MARTIN.
Dadme palabra, Ginés,
De tratarla como á mula.

DON FERNANDO.
No lo entiendo.

MARTIN.
¿Disimula?
Que bien entiendo lo que es.
No hay cosa mas olvidada
Que vuestra mula de vos.

DON FERNANDO.
¿Ansí? Ya entiendo, por Dios.
Volvé á echarle la cebada.

MARTIN.
Por vos vuelvo, con seguro
Que á Isabel me dejaréis.

DON FERNANDO.
Esta, y cuantas vos mandeis;
Porque la que yo procuro...
(Ap. Tiene una / coronada,
Escrita en mi corazon.)

(Vase Martin.)

ESCENA IX.

DON GUTIERRE, DON JUAN, DON
RAMIRO.—DON FERNANDO.

(Sacan una mesa con la cena.)

DON GUTIERRE.
Bien es que en esta ocasion
Esté la puerta cerrada.

DON RAMIRO.
Bien puede ya vuestra alteza
Cenar, si fuere servido.

DON FERNANDO.
Mil cosas me han sucedido.
DON GUTIERRE.

Del hábito la bajeza
Le pondrá en mil ocasiones.

DON FERNANDO.
Celos de cierta Isabel
Tienen á Martin cruel.

DON GUTIERRE.
¿Con él todas las quistiones?
DON JUAN.

Mucho pueden vino y celos.
DON FERNANDO.
Siéntome á cenar. Cerrad.

DON RAMIRO.
Cerrado está. Comenzad.

DON FERNANDO.
Traigo notables recelos
Que nos han de conocer.

DON GUTIERRE.
Ya, Señor, pronto llegamos.
(Siéntase don Fernando, y descábranse
los tres caballeros.)

ESCENA X.

MARTIN.—DICHOS.

MARTIN.

¿Qué es esto?

DON FERNANDO. (Ap.)

En peligro estamos.

DON GUTIERRE. (Ap.)

Dios nos ha de socorrer.

MARTIN. (Ap.)

¿Cómo el mozo socarrón
Está á la mesa sentado,
Solo, grave y entonado,
Y los que mis amos son,
Sirviéndole sin sombrero?
¿Oste, puto!

DON FERNANDO.

¿Quién entró?

DON GUTIERRE. (Ap. á don Ramiro.)
¿Cerrastes?

DON RAMIRO.

Don Juan cerró.

DON JUAN.

Cerré; pero fué primero.

DON RAMIRO.

Yo con vos me descuidé.

DON FERNANDO. (Ap.)

Ello está todo perdido.

MARTIN.

¡Buen provecho!

DON FERNANDO.

Bien venido.

MARTIN.

¡Vos sentado, y mi amo en pié!

DON FERNANDO.

Es apuesta que hemos hecho.

DON GUTIERRE.

Con Ginés tengo apostado
(Y pienso que me ha ganado,
Y que le hará buen provecho)
Que no se come la cena
De todos.

MARTIN.

Bien puede ser;
Pero no la ha de comer
Toda, por vida de Elena;
Que donde sirven en pié
Los amos, y están sentados
Los mozos, hay convidados,
Y yo el primero seré.

DON GUTIERRE.

Levántate, necio.

MARTIN.

Calle;
Que esto es el mundo al revés.
Bríndeme, señor Ginés;
Come, y volveré á brindalle.
¡Ho! ¡dénme de beber.
¿No hay alguien que cante aquí?

DON FERNANDO.

Dénle á beber.

MARTIN.

Eso sí,
Y á su salud ha de ser;
Que aunque, como lo sospecho,
Sea persona principal,
Un truan no le está mal.
Las mesas le pagan pecho.

DON RAMIRO.

Toma, bebe.

MARTIN.

Brindis digo
A la salud de Isabel.

DON FERNANDO.

¡Lindo nombre! que por él
A hacer la razón me obligo.

DON GUTIERRE. (Ap.)

¡Que se entrase de ese modo!
La culpa tuvo don Juan.

DON JUAN. (Ap. á don Gutierre.)
Gente siento.

DON GUTIERRE.

¿Qué dirán?

DON RAMIRO. (Ap. á don Fernando.)
Señor, perdido va todo.

Déjese la cena así.

DON FERNANDO.

Quitad esa mesa allá.

MARTIN.

Pues ¿qué? ¿No se cena ya?

DON GUTIERRE.

No; que viene gente aquí.

MARTIN.

Si no ha sido de malicia,
Habeis hecho, de alterados,
La mesa de amancebados
Cuando llama la justicia.

DON GUTIERRE.

Ea, quitese de aquí,
Y entrémonos á cenar.

MARTIN. (Ap.)

Algo vengo á sospechar.
Mas hay que Ginés allí.

(Vanse don Gutierre, don Ramiro,
don Juan y Martin.)

ESCENA XI.

DON FERNANDO.

Dulcísima Isabel, no te encarezco
Que paso ardiente Libia ó Cítia helada,
Ni en golfo de la mar fortuna airada
Por tí, con traje desigual padezco;
Ni que la sangre al bracamán ofrezco,
Alguna pena en gloria transformada,
Con que á estimarme quedes obligada,
Pues ya por mis trabajos te merezco.

Estos de mi intención serán indicios;
Tú, si della y de mí te persuades,
Recibirás humildes sacrificios.

Amor nunca estimó las calidades;
Que no dan calidades los servicios;
Solo menen valor las voluntades.

ESCENA XII.

DON FADRIQUE, UN CRIADO.—
DON FERNANDO.

DON FADRIQUE.

Pon la maleta á recado;
Que hay mucha gente, y son joyas.

EL CRIADO.

Ya conozco aquestas Troyas.

DON FADRIQUE.

Ten, por tu vida, cuidado.

CRIADO. (A don Fernando.)

Mancebo, ¿es de la posada?

DON FERNANDO.

Forastero soy, Señor.

CRIADO.

¡Ah! ¿huésped! ¿Gentil humor!
¿No hay nadie que dé cebada? (Vase.)

ESCENA XIII.

DON FERNANDO, DON FADRIQUE.

DON FADRIQUE.

¿Dónde camina, y con quién?

DON FERNANDO.

Señor, aquí cerca vamos.

DON FADRIQUE.

¿Son castellanos sus amos?

DON FERNANDO.

Y aragoneses también.
(Ap. Muriendo me estoy de risa.
No puedo disimular.)

¿Fadrique en este lugar!

¿Dónde y á qué con tal prisa?

DON FADRIQUE.

¿Jesus! ¿Qué es esto que veo?

¿Es mi príncipe y señor?

DON FERNANDO.

Yo soy; que el tenerte amor

Te descubre hasta el deseo.

DON FADRIQUE.

¿Dónde vas desá manera?

DON FERNANDO.

A casarme, donde ya

Por dote un reino me da.

DON FADRIQUE.

¡Ojalá que un mundo fuera!

Yo, si te digo verdad,

Solo á buscarte salí.

¿Por qué me dejaste así?

DON FERNANDO.

No mas de por brevedad.

Mas vén, Fadrique, conmigo;

Que mucho huelgo de verte.

DON FADRIQUE.

¿Cómo puedo agradecerte
Tanta merced?

DON FERNANDO.

Por testigo

De mis bodas me acompañe.

DON FADRIQUE.

¿Mozo de espuelas! Mas bien

Te viene, si eres también

El mejor mozo de España.

(Vase.)

Habitacion de la Princesa en Madrigal.

ESCENA XIV.

DOÑA ISABEL, DOÑA JUANA.

DOÑA ISABEL.

¡Oh, cuánto mejor me fuera
De Dueñas no haber salido!

DOÑA JUANA.

El Rey dicen que ha venido,
Y que estas villas altera
Con ejército formado;
Que ya no le da el Giron
Celos.

DOÑA ISABEL.

Pues ¿quién?

DOÑA JUANA.

Aragon.

DOÑA ISABEL.

Mucho temor me ha causado
Del gran Maestre la muerte,
Y que fuese de improviso.

DOÑA JUANA.

¿No hay de don Gutierre aviso?

DOÑA ISABEL.

Días há que no me advierte
De cosa que nos importe.
A Dueñas quiero volver,
Pues con el Rey no ha de haber
Disculpa que le reporte;
Que mejor estaré allí
Con el Conde de Buendía.

DOÑA JUANA.
Sí; mas suceder podría
Que te topasen así.

DOÑA ISABEL.
Ir de noche y disfrazada,
Juana, todo lo asegura.

DOÑA JUANA.
Si en Dueñas estás segura,
Y del Conde acompañada,
No me ha parecido mal.
Mas ¿qué disfraz llevaremos?

DOÑA ISABEL.
De labradoras irémos;
Que es á mi desdicha igual,
Y á mis trabajos, el traje.

DOÑA JUANA.
No hay cosa á que la fortuna,
Cuando se muestra importuna,
Las majestades no baje.

DOÑA ISABEL.
Vén; que la noche y el cielo,
Juana, nos darán favor.

DOÑA JUANA.
Mujeres, todo es temor.

DOÑA ISABEL.
Sin hombres, todo es recelo.
(*Vanse.*)

Campo.

ESCENA XV.

EL REY, EL MARQUÉS DE VILLE-
NA, SOLDADOS.

REY.
Haced alto, soldados, haced alto;
Que no es seguro caminar de noche
Con persona real.

MARQUÉS.
En esta tienda
Puedes dormir un rato, señor mío.

REY. [*de*]
La oscuridad, Marqués, también impi-
El paso á los soldados: descansenos.

MARQUÉS.
Yo entiendo, gran señor, que si viniera
Persona alguna á darte pesadumbre,
Se supiera, se hallara y se prendiera.
La fama muchas veces se adelanta.

REY.
Decis muy bien; pero el descuido suele
Poner en ocasion de un desatino
Al hombre mas seguro. ¡Hola! soldados,
Cuidado, y no se pase por el aire
Un ave, sin que tenga dello aviso.

MARQUÉS.
Alerta, amigos; que nos va la vida
En que la entrada al de Aragón se im-
[pida.

(*Retranse el Rey y el Marqués.*)

ESCENA XVI.

SOLDADOS.

SOLDADO 1.º
Si está de Dios de la princesa nuestra
El casamiento, ¿qué se muelen todos?

SOLDADO 2.º
Yo sé que todo el mundo lo desea.

SOLDADO 3.º
Yo sé que el estorbarlo es imposible.

SOLDADO 1.º
Con el de Portugal se trata agora.

SOLDADO 2.º
El príncipe francés era extremado;
Que don Alonso al fin está viudo.

SOLDADO 3.º
No quiso al de Guiana la Princesa.

SOLDADO 1.º
De que muriese el gran Prior me pesa.

SOLDADO 2.º
¿Entendeis del subir de las cabrillas?

SOLDADO 3.º
Yo sé poco del norte y de su carro;
Mas bien se ve que es tarde.

SOLDADO 1.º
Gente suena.

SOLDADO 2.º
Dos labradoras son; no os cause pena.

ESCENA XVII.

DOÑA ISABEL Y DOÑA JUANA, *de*
labradoras.—Dichos.

DOÑA ISABEL.
Por aquí vamos mejor.

DOÑA JUANA.
Antes he sentido gente.

SOLDADO 1.º
Ténganse.

DOÑA ISABEL.
Pascuala, tente.

SOLDADO 2.º
¿Quién va?

DOÑA JUANA.
Mujeres, Señor.

SOLDADO 3.º
¿Adónde á estas horas van?

SOLDADO 2.º
Pellizca á esotra del lado.

DOÑA ISABEL.
Pan llevábamos, soldado,
Y habemos vendido el pan.

SOLDADO 3.º
¿Quiérense quedar aquí?

Que hay gente tan desalmada,
Que podrán...

DOÑA ISABEL.
No importa nada.

DOÑA JUANA.
¡Ay, ay! ¡Oh triste de mí!

ESCENA XVIII.

EL REY, EL MARQUÉS.—Dichos.

REY.
¿Hacia dónde es el ruido?

MARQUÉS.
Cerca le sentí.

REY.
¿Qué es esto?

SOLDADOS.
Dos mujeres nos han puesto
En cuidado.

REY.
Siempre han sido
Causa de nuestro cuidado.

SOLDADO 3.º
Son dos pobres labradoras.

REY.
¿Dónde vais á tales horas?

DOÑA ISABEL.
Al lugar, señor honrado;

Que habemos el pan vendido

Al ejército del Rey;
Aunque yo no sé en qué ley
Ha hallado, visto ni oído
Que traiga campo de guerra
Contra una flaca mujer,
Cuando hay moros que poder
Echar de su misma tierra.

REY.
Hermana, para la gente
Que la ayuda, es la que traigo.

DOÑA ISABEL.
Así bien haceis: ya caigo
En que sois el Rey pariente.
Mas también es cosa extraña
Que no la dejeis casar,
Si en fin os ha de heredar,
Ni en Francia, Italia ni España.
¿Sois por dicha inmortal vos?

REY.
Mirad la opinion, Marqués,
Del vulgo!

MARQUÉS.
La misma es.

DOÑA ISABEL.
Pues de carne os hizo Dios;
Y no despreciéis la vuestra,
Ni queráis ser tan cruel
Con la cuitada Isabel,
Que tanta aficion os muestra.

REY.
¿Quién le podrá persuadir
Al vulgo?

MARQUÉS.
Entre vulgar gente
Esto de Isabel se siente.

DOÑA ISABEL.
Ahora bien, déjenos ir;
Que somos para casar.
No suceda alguna cosa.

REY.
Id con ellas.

DOÑA JUANA.
¿La raposa
Al pollo quereis juntar?
Quedáos, soldados, con Dios.

REY.
Dejalda pues.
DOÑA ISABEL.
Vén, Pascuala.
DOÑA JUANA. (*Ap.*)
No ha sido la industria mala:
La vida nos dió á las dos.
(*Vanse doña Isabel y doña Juana.*)

ESCENA XIX.

EL REY, EL MARQUÉS, SOLDADOS.

REY.
No sé qué tengo de hacer
Para asegurar mi tierra.

MARQUÉS.
Ni el castigo ni la guerra
Puede á propósito ser.
Esta no es mas de opinion.
Quieren que Isabel se case.

REY.
¿Que esto sin mi gusto pase?
Ni en Francia ni en Aragón.
¿Que no pueda remediar
Que Isabel me dé disgusto!

MARQUÉS.
Ello debe de ser justo.

REY.
Yo tengo de porfiar

Hasta ver si puedo ser
A estorbarlo poderoso.

MARQUÉS.

Si serás, pues es forzoso.

REY.

Isabel será mujer
De quien yo tuviere gusto,
Y no será de otro modo.

MARQUÉS.

Así te suceda todo.

REY.

No pido mas de lo justo.

(*Vanse.*)

Calle en Dueñas.

ESCENA XX.

MARTIN, RINCON.

RINCON.

En fin, ¿venis de Aragon?

MARTIN.

Aquí bien se puede hablar.

RINCON.

No hay gente en este lugar
Que no viva á devoción
De la divina Isabel.

MARTIN.

Nadie de Enrique será.

RINCON.

Ella está en él.

MARTIN.

¿Aquí está?

RINCON.

Harto temerosa dél;
Pues dél salió habrá tres dias,
Pero dicen que volvió.

MARTIN.

Hoy vine delante yo,
Por no sé qué nñerías,
Que no quieren que las sepa.

RINCON.

Pues ¿hay secretos?

MARTIN.

Notables.

RINCON.

Pues nunca en secretos hables.

MARTIN.

No tengo pecho en que quepa
Caso de tanto contento.
Pienso que novio traemos.

RINCON.

Quedo, y sin hacer extremos;
Que me recelo del viento.

MARTIN.

Hay historias peregrinas.
Yo he comido con un rey...

RINCON.

Punto en boca á toda ley.

MARTIN.

Mas de quinientas gallinas.
¿Cómo está Inés?

RINCON.

Zahareña
Y sin un diente.

MARTIN.

¿De qué?

RINCON.

De un mojin que le pegué
Por celos de cierta dueña.

MARTIN.
¿No iríamos á beber?
RINCON.
Aquí lo hay caro.

MARTIN.

Camina;
Que es la mejor medicina
El descansar y el comer.

Habitación de la Princesa en Dueñas.

ESCENA XXI.

DOÑA ISABEL, EL DUQUE DE
NÁJERA.

DOÑA ISABEL.

En tal peligro nie vi.

DUQUE DE NÁJERA.

No he podido sosegarme.
¿Posible es que vuestra alteza
A ninguno diese parte?

DOÑA ISABEL.

Este valor me dió el cielo.

DUQUE DE NÁJERA.

No hay cosa que mas me espante
Que el no la haber conocido.

DOÑA ISABEL.

Todo se lo debo al traje.

ESCENA XXII.

DOÑA JUANA.—DICHOS; *despues*,
DON GUTIERRE.

DOÑA JUANA.

¿Albricias, señora mia!

DOÑA ISABEL.

Buenas sean.

DOÑA JUANA.

Si son tales.

No sé si tienes agora
Tesoros con que me pagues.
Don Gutierre, y no sé quién,
Está en Dueñas.

DOÑA ISABEL.

¿Qué bien haces
De pedir justas albricias!
(*Sale Don Gutierre.*)

DON GUTIERRE.

Dadme vuestros piés reales.

DOÑA ISABEL.

Seais mil veces bien venido;
Que en las alegres señales
Veo que venis contento.

DON GUTIERRE.

Escucha, Señora, aparte.

DOÑA ISABEL.

Perdonad, Duque.

DUQUE DE NÁJERA.

Que ofenda. No hay cosa

(*Vase.*)

ESCENA XXIII.

DOÑA ISABEL, DOÑA JUANA, DON
GUTIERRE.

DON GUTIERRE.

Parti á buscarte
Marido igual, si en el mundo
No fuera imposible hallarle.
Llegué á Valencia, pasé
A Segorbe, y una tarde
Pedí las manos al Duque;

Y él, de la fama arrogante
De verse rey de Castilla,
Diólas, así Dios te guarde.
Díjeme que eran muy buenas
Para sacar de los guantes;
Y di la vuelta á Aragon,
Sin que mas me declarase.
Hallé al divino Fernando,
Mozo de gallardo talle,
Que jugaba á la pelota.
Tu nombre le dije, y antes
Que el negocio le dijese,
Ni el suceso le contase,
Se quitó el sombrero, y dijo:
«Mientras de Isabel me hables,
No tengo de estar cubierto.»
Tan discretas humildades
Me abrieron el corazon,
Y dije sin reportarme:
«Rey tenemos, caballeros;
Llegad, la mano besalde.»
Hizonos muchas caricias;
Concertamos que tomase
Hábito de mozo, y fué
Un disfraz con mil verdades;
Pues viniendo con nosotros,
Bien merece que le llamen
El mejor mozo de España.

DOÑA ISABEL.

No sé si podré pagarte
Las buenas nuevas, Gutierre;
Pero, puesto que te agrade,
Advierte que le he de ver
Primero que esto se trate.

DON GUTIERRE.

Digo que mil veces sea.
Mas, porque no entienda nadie
Que ha venido, aunque ya el Rey
Hizo que su campo marche,
Aquí entrarán todos juntos
Los señores que le traen;
Y el que una capa gascona
Trujere, mirale aparte,
Porque ese es Fernando...

DOÑA ISABEL.

Bien.

DON GUTIERRE.

Que yo haré que se destape
Cuando en él pongas los ojos.

DOÑA ISABEL.

Gutierre, por ellos parte,
Y entren con poco ruido.

DON GUTIERRE.

No es menester avisarme.

DOÑA JUANA.

¿Cómo estáis, de paso?

DON GUTIERRE.

Estoy

Para servirlos.

DOÑA JUANA.

Habladme

Sin cumplimiento.

DON GUTIERRE:

Sin él

Os digo que sois un ángel,
Y que he estado, en vuestra ausencia
Lleno de celos notables.

DOÑA JUANA.

La Reina espera.

DON GUTIERRE.

Yo voy,

Pues habrá tiempo en que os hable.

(*Vase.*)

ESCENA XXIV.

DOÑA ISABEL, DOÑA JUANA.

DOÑA ISABEL.

En confusion estoy, y justamente,

Del intento que sigo temerosa;
Pero en causa tan justa y tan forzosa
Mejor es proceder osadamente.

De lo que la vergüenza no consiente,
Parece que está el alma deseosa;
La fama de Fernando es milagrosa;
Y teme el corazón que le contente.

Pero como la vista y los oídos [justo,
Andan siempre encontrados, verle es
Y contentense todos los sentidos.

No quiero que después se queje el
[gusto,
Que viven, porque fueron atrevidos,
Las potencias del alma con disgusto.

ESCENA XXV.

DON JUAN, DON RAMIRO, DON GUTIERRE, DON FADRIQUE Y OTROS
CABALLEROS muy bizarros, y EL PRÍN-
CIPE DON FERNANDO, con capa gas-
cona y embozado.—DOÑA ISABEL,
DOÑA JUANA.

DON GUTIERRE. (Ap. á los que vienen
con él.)

Entrad todos poco á poco,
Y arrimáos á esas paredes;
Tu, Señor, mirarla puedes.

DON FERNANDO. (Ap. á don Gutierre.)
Estoy, de mirarla, loco.

DON GUTIERRE.
A hablarla llevo.

DON FERNANDO.

Y de mí,
Gutierre, ¿qué le dirás?

DON GUTIERRE.

Que sois vos;—y lo demás
Amor lo dirá por mí.

DOÑA JUANA. (Ap. á doña Isabel.)
¿Qué miras?

DOÑA ISABEL.

Estoy mirando

Si veo el de la gascona.

DOÑA JUANA.

Él tiene gentil persona.

DON GUTIERRE. (Ap. á doña Isabel.)
¿Qué te parece Fernando?

DOÑA ISABEL.

Que me parece muy bien.

DON GUTIERRE.

Esto es hecho, salgan fuera.
¿Qué diré?

DOÑA ISABEL.

Gutierre, espera...
—Pero llévalos, y vén.

DON GUTIERRE.

Si te agrada, no dilates
El remedio de Castilla.

DOÑA ISABEL.

Un obispo hay en la villa.

DON GUTIERRE.

¡Plega al cielo que retrates
A tus divinos abuelos!
¿Hay tan discreta respuesta,
Tan casta ni tan honesta?
Guardente un siglo los cielos.
Por no decir «casar quiero»,
Decís, reina de Castilla:
«Un obispo hay en la villa.»
Pues voy por él.

DOÑA ISABEL.

Aquí espero.

DON GUTIERRE.

Caballeros, salgan todos
Conmigo á esa primer sala.

DOÑA JUANA. (Ap. á doña Isabel.)

¡Lindo brio!

DON FERNANDO. (Ap. á don Gutierre.)

¡Extraña gala!

DON GUTIERRE.

¡Agrádate?

DON FERNANDO.

De mil modos.

¿Y yo á ella?

DON GUTIERRE.

Que la obliga

A la bendición de Dios.

DON FERNANDO.

Pues agradados los dos,
San Pedro me la bendiga.

(Vanse todos los caballeros.)

ESCENA XXVI.

EL DUQUE DE NÁJERA.—DOÑA ISA-
BEL, DOÑA JUANA.

DOÑA ISABEL.

Duque...

DUQUE DE NÁJERA.

Señora...

DOÑA ISABEL.

A Gutierre

Decid que ya sin recelo
Venga el Príncipe.

DUQUE DE NÁJERA.

¿Qué? ¡Cielo!

DOÑA ISABEL.

Y haced que el palacio cierre.
DUQUE DE NÁJERA.

Ya está el Conde de Buendía
Con guarda á la puerta.

DOÑA ISABEL.

Bien.

(Vase el Duque.)

DOÑA JUANA.

¿Puedo darte el parabien?

DOÑA ISABEL.

Podrás, secretaría mía;
Porque si la fama fué
Del aragonés tan bella,
Mayor es la vista que ella.

DOÑA JUANA.

¿Qué retrato en él se ve
De aquellos conquistadores
De Valencia y de Cerdeña!

DOÑA ISABEL.

¿Qué alabanza no es pequeña?

DOÑA JUANA.

¿Qué linda señal de amores!

DOÑA ISABEL.

Ya no te puedo decir
Mas de que he sido dichosa.
De presencia tan hermosa,
Cualquiera puede argüir
El alma que ha de tener.

ESCENA XXVII.

RODRIGO.—DOÑA ISABEL,
DOÑA JUANA.

RODRIGO.

Dame los pies dos mil veces;
Que hoy, mas que nunca, mereces
Que te vengan á ofrecer
Párias los indios remotos,
Oro, perlas, ámbar...

DOÑA ISABEL.

Tente,

Porque no sienta la gente,

Rodrigo, tus alborotos.
Mira que este casamiento
Es de rezado y no mas.

RODRIGO.

Yo sé que le cantarás
En el mejor instrumento,
Y responderá la fama.

DOÑA JUANA.

Ya vuelve el Rey descubierto.

ESCENA XXVIII.

DON FERNANDO, EL DUQUE DE
NÁJERA, DON GUTIERRE, DON
FADRIQUE, DON JUAN, DON RA-
MIRO, y OTROS CABALLEROS.—DICHOS.

DON GUTIERRE. (Ap. á don Fernando.)
De lo que has de hacer te advierto.

DON FERNANDO.

¿En qué puede errar quien ama?
—Déme esos pies vuestra alteza,
Si es que merece mi boca
Tierra que con ellos toca.

DOÑA ISABEL.

Cubrid, Señor, la cabeza
Del laurel que castellanos
Os dan, pues tan vuestro es;
Que yo no daré los pies
A quien he de dar las manos.

DON FERNANDO.

Ni en tal bien cabe respuesta,
Ni en mi pecho tanto bien.

DOÑA ISABEL.

Gutierre, sillas preven.

DON GUTIERRE.

Aquí están.

DOÑA ISABEL.

La vuestra es esta.

DON FERNANDO.

A vos la derecha os toca,
Por mi señora y mi reina.

DON GUTIERRE. (Ap. á don Ramiro.)

Quien de mano de Dios reina
Las mismas piedras provoca.

DON RAMIRO.

Calla; que tiempo vendrá
De celebrar tanto bien.

DOÑA JUANA. (Ap. á don Gutierre.)

¿Daremosle el parabien?

DON GUTIERRE.

Hablando con ella está;
No le interrumpáis agora
Este gusto al desposado.

DOÑA ISABEL.

¿Cómo habéis, Señor, llegado?

DON FERNANDO.

Como el que viene, Señora,
A merecer tal merced,
Tanto bien, tanto favor.

RODRIGO.

A Rodriguillo, Señor,
Aunque inútil, conoced.

DON FERNANDO.

¿Quién es?

DOÑA ISABEL.

Aquí se ha criado:
Canta bien y no habla mal,
No es bachiller, y es leal.

DON FERNANDO.

Pobre estoy, y no he heredado,
Aunque rico de ventura.
Esta cadena tomad.

RODRIGO.

No prendáis mi libertad,
Pues que la teneis segura.

Y en pago, mientras que viene
El Obispo á desposaros,
Me obligo á regocijaros
Con lo que esta casa tiene.

DON FERNANDO.

Haréisme mucho placer.

RODRIGO. (*Yendo hácia la puerta.*)

Pues entrad á danzar luego.

ESCENA XXIX.

Sale una DANZA y bailan, y en acabando, sale MARTIN.—DICHOS.

DON FERNANDO.

A lo de Castilla os ruego.

DOÑA ISABEL.

Pues desá suerte ha de ser.

MARTIN.

Dadme, gran señor, perdón

De las palabras pasadas.

No os conocí, ya lo veis.

DON FERNANDO.

Martin, antes me obligabais.

Y en fe de que lo confieso,

Te quedarás en mi casa,

Para cuando pueda hacerte

Merced.

MARTIN.

No en balde te alaba

Castilla, Aragon y el mundo.

DON FERNANDO.

¿Qué es lo que toca esta caja?

ESCENA XXX.

Tocan, y descúbrese ESPAÑA (ó CASTILLA) en el caballo en que estaba el MORO que la tenía á sus piés; y están á los de ella MOROS y HEBREOS; tiene una tarjeta en la mano con la F y la I coronadas.—DICHOS.

CASTILLA.

Fernando heróico, Isabel

Divina, Castilla os llama:

Para bien sea, y por bien

Mío el lazo que os enlaza,

En que os espera ya el mundo

Con las mayores hazañas

Que se hayan escrito en él.

Aquí se ven coronadas

La F y la I que os dijo

En aquel papel Sultana.

Esta granada mirad,

Que habeis de poner por armas

Entre el castillo y león

Y la aragonesa banda.

Yo, que oprimida me vi,

Y que al pié del moro estaba

Y del incrédulo hebreo,

Estoy en grandeza tanta,

Que espero poder tener

Hasta los fines de Arabia

Con Fernando é Isabel,
Que vivan edades largas.

(*Desaparecen.*)

DON FERNANDO.

Espera, Castilla, en Dios,

Para gloria y alabanza

De su fe y nombre divino,

Que cumpliré tu palabra.

DOÑA ISABEL.

¡Gutierre!...

DON GUTIERRE.

Señora mía....

DOÑA ISABEL.

Da la mano á doña Juana.

DON GUTIERRE.

No quiero premio mayor.

DOÑA ISABEL.

Yo daré el dote que falta.

DON FERNANDO.

Y yo salgo por fiador,

Y la Princesa, que basta,

De que pagaré á Fadrique,

DON FADRIQUE.

Aquí el servicio es la paga.

DON GUTIERRE.

Aquí la primera parte,

Noble Senado, se acaba,

Para empezar la segunda

Del mejor mozo de España.

FUENTE OVEJUNA.

PERSONAS.

EL REY DON FERNANDO.
LA REINA DOÑA ISABEL.
EL MAESTRE DE CALATRAVA.
DON MANRIQUE.
FERNAN GOMEZ.
LAURENCIA.

FRONDOSO.
PASCUALA.
JACINTA.
ORTUÑO.
FLORES.
ESTÉBAN, *alcalde*.

ALONSO, *alcalde*.
JUAN ROJO.
MENGO.
BARRILDO.
LEONELO.
CIMBRANOS, *soldado*.

UN JUEZ.
UN NIÑO.
TRES REGIDORES.
LABRADORES Y LABRADORAS.
SOLDADOS.
MÚSICOS.
ACOMPANAMIENTO.

La acción pasa en Fuente Ovejuna y otros puntos.

ACTO PRIMERO.

Habitación del maestro de Calatrava
en Almagro.

ESCENA PRIMERA.

EL COMENDADOR FERNAN GOMEZ,
FLORES, ORTUÑO.

COMENDADOR.

¿Sabe el Maestro que estoy
En la villa?

FLORES.

Ya lo sabe.

ORTUÑO.

Está, con la edad, mas grave.

COMENDADOR.

Y ¿sabe tambien que soy
Fernan Gomez de Guzmán?

FLORES.

Es muchacho : no te asombre.

COMENDADOR.

Cuando no sepa mi nombre,
No le sobra el que me dan
De Comendador mayor?

ORTUÑO.

No falta quien le aconseje
Que de ser cortés se aleje.

COMENDADOR.

Conquistará poco amor.
Es llave la cortesía
Para abrir la voluntad,
Y para la enemistad
La necia descortesía.

ORTUÑO.

Si supiese un descortés
Cómo le aborrecen todos
Y querrian de mil modos
Poner la boca á sus pies,
Antes que serlo ninguno,
Se dejaría morir.

FLORES.

¿Qué cansado es de sufrir!
Qué áspero y qué importuno!
Llaman la descortesía
Necedad en los iguales,
Porque es entre desiguales
Linaje de tiranía.

Aquí no te toca nada;
Que un muchacho aun no ha llegado
A saber qué es ser amado.

COMENDADOR.

La obligacion de la espada
Que se ciñó, el mismo día
Que la cruz de Calatrava
Le cubrió el pecho, bastaba
Para aprender cortesía.

FLORES.

Si te han puesto mal con él,
Presto lo conocerás.

ORTUÑO.

Vuélvete, si en duda estás.

COMENDADOR.

Quiero ver lo que hay en él.

ESCENA II.

EL MAESTRE DE CALATRAVA,
ACOMPANAMIENTO. — DICHOS.

MAESTRE.

Perdonad, por vida mía,
Fernan Gomez de Guzmán;
Que agora nueva me dan
Que en la villa estáis.

COMENDADOR.

Tenia

Muy justa queja de vos;
Que el amor y la crianza
Me daban mas confianza,
Por ser, cual somos los dos,
Vos maestro en Calatrava,
Yo vuestro comendador
Y muy vuestro servidor.

MAESTRE.

Seguro ¹, Fernando, estaba
De vuestra buena venida.
Quiero volveros á dar
Los brazos.

COMENDADOR.

Debeisme honrar;
Que he puesto por vos la vida
Entre diferencias tantas,
Hasta suplir vuestra edad
El Pontífice.

MAESTRE.

Es verdad.

¹ Seguro quiere decir aquí descuidado,
ajeno.

Y por las señales santas
Que á los dos cruzan el pecho,
Que os lo pago en estimaros,
Y como á mi padre honraros.

COMENDADOR.

De vos estoy satisfecho.

MAESTRE.

¿Qué hay de guerra por allá?

COMENDADOR.

Estad atento, y sabréis
La obligacion que teneis.

MAESTRE.

Decid; que yo lo estoy ya.

COMENDADOR.

Gran Maestro, don Rodrigo
Tellez Giron, que á tan alto
Lugar os trajo el valor
De aquel vuestro padre claro,
Que de ocho años en vos
Renunció su maestrazgo,
Que despues por mas seguro
Juraron y confirmaron
Reyes y comendadores,
Dando el pontífice santo
Pío Segundo sus bulas,
Y despues las suyas Paulo,
Para que don Juan Pacheco,
Gran maestro de Santiago,
Fuese vuestro coadjutor:
Ya que es muerto, y que os han dado
El gobierno solo á vos,
Aunque de tan pocos años,
Advertid que es honra vuestra
Seguir en aqueste caso
La parte de vuestros deudos;
Porque muerto Enrique Cuarto,
Quieren que al rey don Alonso
De Portugal, que ha heredado,
Por su mujer, á Castilla,
Obedezcan sus vasallos;
Que aunque pretende lo mismo
Por Isabel don Fernando,
Gran principe de Aragon,
No con derecho tan claro
A vuestros deudos; que, en fin,
No presumen que hay engaño
En la sucesion de Juana,
A quien vuestro primo-hermano
Tiene agora en su poder;
Y así, vengo á aconsejaros
Que junteis los caballeros
De Calatrava en Almagro,
Y á Ciudad-Real tomeis,

Que divide como paso
A Andalucía y Castilla.
Para tomarlos á entrambos
Poca gente es menester,
Porque tienen por soldados
Solamente sus vecinos
Y algunos pocos hidalgos,
Que defienden á Isabel
Y llaman rey á Fernando.
Será bien que déis asombro,
Rodrigo, aunque niño, á cuantos
Dicen que es grande esa cruz
Para vuestros hombres flacos.
Mirad los condes de Urueña,
De quien venis, que mostrando
Os están desde la tumba
Los laureles que ganaron;
Los marqueses de Villena,
Y otros capitanes, tantos,
Que las alas de la fama
Apenas pueden llevarlos.
Sacad esa blanca espada;
Que habeis de hacer, peleando,
Tan roja como la cruz;
Porque no podré llamaros
Maestre de la cruz roja
Que teneis al pecho, en tanto
Que teneis blanca la espada;
Que una al pecho y otra al lado,
Entrambas han de ser rojas,
Y vos, Giron soberano,
Capa del templo inmortal
De vuestros claros pasados.

MAESTRE.

Fernan Gomez, estad cierto
Que en esta parcialidad,
Porque veo que es verdad,
Con mis deudos me concierto.
Y si importa, como paso,
Ciudad-Real al intento,
Veréis que como violento
Rayo sus muros abraso.
No porque es muerto mi tío,
Piensen de mis pocos años
Los propios y los extraños
Que murió con él mi brio.
Sacaré la blanca espada,
Para que quede su luz
De la color de la cruz,
De roja sangre bañada.
Vos ¿adónde residís?
¿Teneis algunos soldados?

COMENDADOR.

Pocos, pero mis criados;
Que si dellos os servís,
Pelearán como leones.
Ya veis que en Fuente Ovejuna
Hay gente humilde, y alguna
No enseñada en escuadrones,
Sino en campos y labranzas.

MAESTRE.

¿Allí residís?

COMENDADOR.

Allí

De mi encomienda escogí
Casa entre aquestas mudanzas.
Vuestra gente se registre;
Que no quedará vasallo.

MAESTRE.

Hoy me veréis, á caballo,
Poner la lanza en el ristre.

(Vanse.)

Plaza de Fuente Ovejuna.

ESCENA III.

LAURENCIA, PASCUALA.

LAURENCIA.

Mas que nunca acá volviera.

PASCUALA.

¿Pues á la he que pensé
Que cuando te lo conté,
Mas pesadumbre te diera.

LAURENCIA.

¡Plega al cielo que jamás
Le vea en Fuente-Ovejuna!

PASCUALA.

Yo, Laurencia, he visto alguna
Tan brava, y pienso que mas;
Y tenía el corazón
Brando como una manteca.

LAURENCIA.

Pues ¿hay encima tan seca
Como esta mi condición?

PASCUALA.

Anda ya; que nadie diga:
Desta agua no beberé.

LAURENCIA.

¡Voto al sol que lo diré,
Aunque el mundo me desdiga!
¿A qué efeto fuera bueno
Querer á Fernando yo?
¿Casárame con él?

PASCUALA.

No.

LAURENCIA.

Luego la infamia condeno.
¿Cuántas mozas en la villa,
Del Comendador fiadas,
Andan ya descalabradas!

PASCUALA.

Tendré yo por maravilla
Que te escapes de su mano.

LAURENCIA.

Pues en vano es lo que ves,
Porque há que me sigue un mes,
Y todo, Pascuala, en vano.
Aquel Flores, su alcahuete,
Y Ortaño, aquel socarrón,
Me mostraron un jubón,
Una sarta y un copete:
Dijéronme tantas cosas
De Fernando, su señor,
Que me pusieron temor;
Mas no serán poderosas
Para contrastar mi pecho.

PASCUALA.

¿Dónde te hablaron?

LAURENCIA.

Allá

En el arroyo, hoy habrá
Seis días.

PASCUALA.

Y yo sospecho
Que te han de engañar, Laurencia.

LAURENCIA.

¿A mí?

PASCUALA.

Que no, sino al cura.

LAURENCIA.

Soy, aunque polla, muy dura
Yo para su reverencia.
Pardiez, mas precio poner,
Pascuala, de madrugada,
Un pedazo de lunada
Al huego para comer,
Con tanto zalacaton

De una rosca que yo amaso,
Y hurtar á mi madre un vaso
Del pegado canjilón;
Y mas precio al mediodía
Ver la vaca entre las coles,
Haciendo mil caracoles
Con espumosa armonía;
Y concertar, si el camino
Me ha llegado á causar pena,
Casar una berengena
Con otro tanto tocino;
Y despues un pasa-tarde,
Mientras la cena se aliña,
De una cuerda de mi viña,
Que Dios de pedrisco guarde;
Y cenar un salpicon
Con su aceite y su pimienta,
Y irme á la cama contenta,
Y al inducas tentacion
Rezalle mis devociones,
Que cuantas raposeras,
Con su amor y sus porfías,
Tienen estos bellacones;
Porque todo su cuidado,
Despues de darnos disgusto,
Es anochecer con gusto
Y amanecer con enfado.

PASCUALA.

Tienes, Laurencia, razon;
Que en dejando de querer,
Mas ingratos suelen ser
Que al villano el gorrión.
En el invierno, que el frío
Tiene los campos helados,
Decienden de los tejados,
Diciéndole «tío, tío»,
Hasta llegar á comer
Las migajas de la mesa;
Mas luego que el frío cesa,
Y el campo ven florecer,
No bajan diciendo «tío»,
Del beneficio olvidados,
Mas saltando en los tejados,
Dicen: «Judío, judío.»
Pues tales los hombres son:
Cuando nos han menester
Somos su vida, su ser,
Su alma, su corazón;
Pero pasadas las ascuas,
Las tías somos judías,
Y en vez de llamarnos tías,
Anda el nombre de las pascuas.

LAURENCIA.

No fiarse de ninguno.

PASCUALA.

Lo mismo digo, Laurencia.

ESCENA IV.

MENGO, BARRILDO, FRONDOSO.—
DICHAS.

FRONDOSO.

En aquesta diferencia
Andas, Barrildo, importuno.

BARRILDO.

A lo menos aquí está
Quien nos dirá lo mas cierto.

MENGO.

Pues hagamos un concierto
Antes que lleguéis allá,
Y es, que si juzgan por mí,
Me dé cada cual la prenda,
Precio de aquesta contienda.

BARRILDO.

Desde aquí digo que sí.
Mas si pierdes, ¿qué darás?

MENGO.

Daré mi rabel de boj,

Que vale mas que una troj,
Porque yo le estimo en mas.

BARRILDO.

Soy contento.

FRONDOSO.

Pues lleguemos.—
Dios os guarde, hermosas damas.

LAURENCIA.

¿Damas, Frondoso, nos llamas?

FRONDOSO.

Andar al uso queremos:
Al bachiller, licenciado;
Al ciego, tuerto; al bisojo,
Bizzo; resentido, al cojo,
Y buen hombre, al descuidado.
Al ignorante, sesudo;
Al mal galán, soldadesca;
A la boca grande, fresca,
Y al ojo pequeño, agudo.
Al pleitista, diligente;
Gracioso al entremetido;
Al hablador, entendido,
Y al insufrible, valiente.
Al cobarde, para poco;
Al atrevido, bizarro;
Compañero, al que es un jarro,
Y desenfadado al loco.
Gravedad, al descontento,
A la calva, autoridad;
Donaire, á la necedad;
Y al pié grande, buen cimientio.
Al buboso, resfriado;
Comedido, al arrogante;
Al ingenioso, constante;
Al corcovado, cargado.
Esto al llamaros imito;
Damas, sin pasar de aquí;
Porque fuera hablar así,
Proceder en infinito.

LAURENCIA.

Allá en la ciudad, Frondoso,
Llamase por cortesía
De esa suerte; y á fe mía,
Que hay otro mas riguroso
Y peor vocabulario
En las lenguas descorteses.

FRONDOSO.

Querria que lo dijese.

LAURENCIA.

Es todo á esotro contrario:
Al hombre grave, enfadoso;
Al que es veraz, descompuesto;
Melancólico, al compuesto,
Y al que reprehende, odioso.
Importuno, al que aconseja;
Al liberal, moscatel;
Al justiciero, cruel,
Y al que es piadoso, madeja.
Al que es constante, villano;
Al que es cortés, lisonjero;
Hipócrita, al limosnero;
Y pretendiente, al cristiano.
Al justo mérito, dicha;
A la verdad, imprudencia;
Cobardía, á la paciencia,
Y culpa, á lo que es desdicha.
Necia, á la mujer honesta;
Mal hecha, á la hermosa y casta,
Y á la honrada..... Pero basta;
Que esto basta por respuesta.

MENGO.

Digo que eres el dimiño.

BARRILDO.

Soncas que lo dice mal.

MENGO.

Apostaré que la sal
La echó el cura con el puño.

LAURENCIA.

¿Qué contienda os ha traído,
Si no es que mal lo entendí?

FRONDOSO.

Oye, por tu vida.

LAURENCIA.

Di.

FRONDOSO.

Préstame, Laurencia, oído.

LAURENCIA.

Como prestado, y aun dado,
Desde agora os doy el mio.

FRONDOSO.

En tu discrecion confío.

LAURENCIA.

¿Qué es lo que habeis apostado?

FRONDOSO.

Yo y Barrildo contra Mengo.

LAURENCIA.

¿Qué dice Mengo?

BARRILDO.

Una cosa

Que, siendo cierta y forzosa,
La niega.

MENGO.

A negaría vengo,
Porque yo sé que es verdad.

LAURENCIA.

¿Qué dice?

BARRILDO.

Que no hay amor.

LAURENCIA.

Generalmente, es rigor.

BARRILDO.

Es rigor y es necedad.
Sin amor, no se pudiera
Ni aun el mundo conservar.

MENGO.

Yo no sé filosofar;
Leer ¡ojalá supiera!
Pero si los elementos
En discordia eterna viven,
Y de los mismos reciben
Nuestros cuerpos alimentos,
Cólera y melancolía,
Flema y sangre, claro está.

BARRILDO.

El mundo de acá y de allá,
Mengo, todo es armonía.
Armonía es puro amor,
Porque el amor es concierto.

MENGO.

Del natural, os advierto
Que yo no niego el valor.
Amor hay, y que entre sí
Gobierna todas las cosas,
Correspondencias forzosas
De cuanto se mira aquí;
Y yo jamás he negado
Que cada cual tiene amor
Correspondiente á su humor.
Que le conserva en su estado.
Mi mano al golpe que viene
Mi cara defenderá,
Mi pié, huyendo, estorbará
El daño que el cuerpo tiene.
Cerraránse mis pestañas
Si al ojo le viene mal,
Porque es amor natural.

PASCUALA.

Pues ¿de qué nos desengañas?

MENGO.

De que nadie tiene amor
Mas que á su misma persona.

PASCUALA.

Tú mientes, Mengo, y perdona;
Porque ¿es mentira el rigor
Con que un hombre á una mujer,
O un animal quiere y ama
Su semejante?

MENGO.

Eso llama

Amor propio, y no querer.

¿Qué es amor?

LAURENCIA.

Es un deseo

De hermosura.

MENGO.

Esa hermosura

¿Por qué el amor la procura?

LAURENCIA.

Para gozarla.

MENGO.

Eso creo.

Pues ese gusto que intenta

¿No es para él mismo?

LAURENCIA.

Es así.

MENGO.

Luego ¿por quererse á sí,
Busca el bien que le contenta?

LAURENCIA.

Es verdad.

MENGO.

Pues dese modo,
No hay amor, sino el que digo,
Que por mi gusto le sigo,
Y quiero dármele en todo.

BARRILDO.

Dijo el cura del lugar
Cierta dia en el sermón
Que habia cierto Platon,
Que nos enseñaba á amar;
Que este amaba el alma sola
Y la virtud de lo amado.

PASCUALA.

En materia habeis entrado,
Que por ventura acrisola
Los caletres de los sabios
En sus cademias y escuelas.

LAURENCIA.

Muy bien dice, y no te muelas,
En persuadir sus agravios.
Da gracias, Mengo, á los cielos,
Que te hicieron sin amor.

MENGO.

¿Amas tú?

LAURENCIA.

Mi propio honor.

FRONDOSO.

Dios te castigue con celos.

BARRILDO.

¿Quién gana?

PASCUALA.

Con la quistion

Podeis ir al sacristán,
Porque él ó el cura os darán
Bastante satisfacion.

Laurencia no quiere bien,

Yo tengo poca experiencia:

¿Cómo daremos sentencia?

FRONDOSO.

¿Qué mayor que ese desden?

ESCENA V.

FLORES.—DICHOS.

FLORES.

Dios guarde á la buena gente.

PASCUALA.

Este es del Comendador Criado.

LAURENCIA.

¡Gentil azor!

¿De adonde bueno, pariente?

FLORES.

¿No me veis á lo soldado?

LAURENCIA.

¿Viene don Fernando acá?

FLORES.

La guerra se acaba ya,
Puesto que nos ha costado
Alguna sangre y amigos.

FRONOSO.

Contadnos cómo pasó.

FLORES.

¿Quién lo dirá como yo,
Siendo mis ojos testigos?
Para emprender la jornada
Desta ciudad, que ya tiene
Nombre de Ciudad-Real,
Juntó el gallardo Maestro
Dos mil lucidos infantes
De sus vasallos valientes,
Y trescientos de á caballo
De seglares y de freiles;
Porque la cruz roja obliga
Cuanto al pecho la tienen,
Aunque sean de orden sacro;
Mas contra moros, se entiende.
Salió el muchacho bizarro
Con una casaca verde,
Bordada de cifras de oro,
Que solo los brazaletes
Por las mangas descubria,
Que seis alamares prenden,
En un brido corpulento,
Rucio, rodado, que al Bétis
Bebió el agua, y en su orilla
Despuntó la grama fértil;
El codon labrado en cintas
De ante, y el rizo copete
Cogido en blancas lazadas,
Que con las moscas de nieve,
Que bañan la blanca piel,
Iguales labores teje.
A su lado Fernan Gomez,
Nuestro señor, en un fuerte
Melado, de negros cabos,
Puesto que con blanco bebe.
Sobre turca jacerina
Peto y espaldar luciente,
Con naranjada orla saca,
Que de oro y perlas guarnecce.
El morrion, que corona
Con blancas plumas, parece
Que del color naranjado
Aquellos azares vierte;
Cebida al brazo una liga
Roja y blanca, con que mueve
Un fresno entero por lanza,
Que hasta en Granada le temen.
La ciudad se puso en arma;
Dicen que salir no quieren
De la corona real,
Y el patrimonio defienden.
Entróla bien resistida,
Y el Maestro á los rebeldes,
Y á los que entonces trataron
Su honor injuriosamente,
Mandó cortar las cabezas,
Y á los de la baja plebe,
Con mordazas en la boca,
Azotar públicamente.
Queda en ella tan temido
Y tan amado, que creen
Que quien en tan pocos años
Pelea, castiga y vence,
Ha de ser en otra edad

Rayo del Africa fértil,
Que tantas lunas azules
A su roja cruz sujete.
Al Comendador y á todos
Ha hecho tantas mercedes,
Que el saco de la ciudad
El de su hacienda parece.
Mas ya la música suena:
Receblde alegremente;
Que al triunfo las voluntades
Son los mejores laureles.

ESCENA VI.

EL COMENDADOR, JUAN ROJO, ESTEBAN, ALONSO, ORTUÑO, músicos, LABRADORES.

músicos. (Cantan.)

*Sea bien venido
El Comendador
De rendir las tierras
Y matar los hombres.
¡Vivan los Guzmanes!
¡Vivan los Girones!
Si en las paces blando,
Dulce en las razones.
Venciendo moricos,
Fuerles como un roble,
De Ciudad-Real
Viene vencedor;
Que á Fuente Ovejuna
Trae sus pendones.
¡Viva muchos años,
Viva Fernan Gomez!*

COMENDADOR.

Villa, yo os agradezco justamente
El amor que me habeis aquí mostrado.

ALONSO.

Aun no muestra una parte del que sien-
Pero ¡qué mucho que seais amado, [te.
Mereciéndolo vos?

ESTEBAN.

Fuente Ovejuna
Y el regimiento que hoy habeis honra-
[do,
Que recibais os ruega y importuna
Un pequeño presente, que esos carros
Traen, Señor, no sin vergüenza alguna,
De voluntades y árboles bizarros,
Mas que de ricos dones. Lo primero
Traen dos cestas de polidos barros;
De gansos viene un ganadillo entero,
Que sacan por las redes las cabezas,
Para cantar vuestro valor guerrero.
Diez cebones en sal, valientes piezas,
Sin otras menudencias y cecinas,
Y mas que guantes de ámbar sus corte-
Cien pares de capones y gallinas, [zas.
Que han dejado viudos á sus gallos
En las aldeas que mirais vecinas.
Acá no tienen armas ni caballos,
No jaeces bordados de oro puro,
Si no es oro el amor de los vasallos.
Y porque digo puro, os aseguro
Que vienen doce cueros, que aun en

Por enero podréis guardar un muro,
Si delllos aforrais vuestros guerreros,
Mejor que de las armas aceradas;
Que el vino suele dar lindos aceros.
De quesos y otras cosas no excusadas
No quiero daros cuenta: justo pecho
De voluntades que teneis ganadas,
Y á vos y á vuestra casa buen prove-

COMENDADOR.

Estoy muy agradecido.
Id, regimiento, en buen hora.

ALONSO.

Descansad, Señor, agora,
Y seais muy bien venido;
Que esta espadaña que veis
Y juncia á vuestros umbrales,
Fuera perlas orientales,
Y mucho mas mereceis,
A ser posible á la villa.

COMENDADOR.

Así lo creo, señores.
Id con Dios.

ESTEBAN.

Ea, cantores,
Vaya otra vez la letrilla.
músicos. (Cantan.)

*Sea bien venido
El Comendador
De rendir las tierras
Y matar los hombres.
(Vanse los alcaldes, los labradores y músicos.)*

ESCENA VII.

EL COMENDADOR, LAURENCIA, PASCUALA, ORTUÑO, FLORES.

COMENDADOR.

Esperad vosotras dos.

LAURENCIA.

¿Qué manda su señoría?

COMENDADOR.

¡Desdenes el otro día!

Pues ¿conmigo? ¡Bien por Dios!

LAURENCIA.

¿Habla contigo, Pascuala?

PASCUALA.

Conmigo no, tirta ahuera.

COMENDADOR.

Con vos hablo, hermosa liera,
Y con esotra zagala.
¿Mias no solís?

PASCUALA.

Si, Señor;
Mas no para cosas tales.

COMENDADOR.

Entrad, pasad los umbrales;
Hombres hay, no hayais temor.

LAURENCIA.

Si los alcaldes entraran
(Que de una soy hija yo),
Bien huera entrar; mas si no...

COMENDADOR.

Flores...

FLORES.

Señor...

COMENDADOR.

¿Qué reparan
En no hacer lo que les digo?

FLORES.

Entrad pues.

LAURENCIA.

No nos agarre.

FLORES.

Entrad; que solís necias.

PASCUALA.

Arre;
Que echaréis luego el postigo.

FLORES.

Entrad; que os quiere enseñar
Lo que trae de la guerra.

COMENDADOR. (Ap. á Ortuño.)

Si entraren, Ortuño, cierra. (Entrasc.)

LAURENCIA.
Flores, dejadnos pasar.
ORTUÑO.
Tambien venis presentadas
Con lo demás.

PASCUALA.
¡Bien á fe!
Desvlese; no le dé...

FLORES.
Basta; que son extremadas.

LAURENCIA.
¡No basta á vuestro señor
Tanta carne presentada?

ORTUÑO.
La vuestra es la que le agrada.

LAURENCIA.
Reviente de mal dolor.
(*Vanse las dos.*)

FLORES.
¡Muy buen recado llevamos!
No se ha de poder sufrir
Lo que nos ha de decir
Cuando sin ellas nos vamos.

ORTUÑO.
Quien sirve se obliga á esto.
Si en algo desea medrar,
O con paciencia ha de estar,
O ha de despedirse p: esto.

(*Vanse.*)

Habitacion de los reyes en Medina
del Campo 1.

ESCENA VIII.

EL REY DON FERNANDO, LA REINA
DOÑA ISABEL, MANRIQUE, ACOM-
AÑAMIENTO.

DOÑA ISABEL.
Digo, Señor, que conviene
El no haber descuido en esto,
Por ver á Alfonso en tal puesto,
Que su ejército previene;
Y es bien ganar por la mano
Antes que el daño veamos;
Que si no lo remediamos,
El ser muy cierto está llano.

REY.
De Navarra y de Aragon
Está el socorro seguro,
Y de Castilla procuro
Hacer la reformation
De modo, que el buen suceso
Con la prevencion se vea.

DOÑA ISABEL.
Pues vuestra majestad crea
Que el buen fin consiste en eso.

DON MANRIQUE.
Aguardando tu licencia
Dos regidores están
De Ciudad-Real: ¿entrarán?

REY.
No les nieguen mi presencia.

ESCENA IX.

DOS REGIDORES.—DICHOS.

REGIDOR 1.º
Católico rey Fernando,
A quien ha enviado el cielo,

1 No lo expresa la comedia.

Desde Aragon á Castilla,
Para bien y amparo nuestro:
En nombre de Ciudad-Real
A vuestro valor supremo
Humildes nos presentamos,
El real amparo pidiendo.
A mucha dicha tuvimos
Tener título de vuestros;
Pero pudo derribarnos
Deste honor el hado adverso.
El famoso don Rodrigo
Tellez Giron, cuyo esfuerzo
Es en valor extremado,
Aunque es en la edad tan tierno,
Maestre de Calatrava.
El ensanche pretendiendo
Y el honor de la encomienda,
Nos puso apretado cerco.
Con valor nos prevenimos,
A su fuerza resistiendo,
Tanto, que arroyos corrian
De la sangre de los muertos.
Tomó posesion, en fin;
Pero no llegara á hacerlo,
A no le dar Fernan Gomez
Orden, ayuda y consejo.
El queda en la posesion,
Y tus vasallos seremos
Suyos, á nuestro pesar,
A no remediarlo presto.

REY.
¿Dónde queda Fernan Gomez?

REGIDOR 1.º
En Fuente Ovejuna creo,
Por ser su villa, y tener
En ella casa y asiento.
Allí, con mas libertad
De la que decir podemos,
Tiene á los súbditos suyos
De todo contento ajenos.

REY.
¿Teneis algun capitán?

REGIDOR 2.º
Señor, el no haberle es cierto,
Pues no escapó ningun noble
De preso, herido ó de muerto 1.

DOÑA ISABEL.
Ese caso no requiere
Ser de espacio remediado;
Que es dar al contrario osado
El mismo valor que adquiere;
Y puede el de Portugal,
Hallando puerta segura,
Entrar por Extremadura
Y causarnos mucho mal.

REY.
Don Manrique, partid luego,
Llevando dos compañías;
Remediad sus demasias,
Sin darles ningun sosiego.
El Conde de Cabra ir puede
Con vos; que es Córdoba osado,
A quien nombre de soldado
Todo el mundo le concede;
Que este es el medio mejor
Que la ocasion nos ofreea.

MANRIQUE.
El acuerdo me parece
Como de tan gran valor.
Pondré límite á su exceso,
Si el vivir en mí no cesa.

DOÑA ISABEL.
Partiendo vos á la empresa,
Seguro está el buen suceso.

(*Vanse.*)

1 Este romance no parece de Lopez; lo mismo sucede con varios trozos de la comedia.

Campo de Fuente Ovejuna.

ESCENA X.

LAURENCIA, FRONDOSO.

LAURENCIA.
A medio torcer los paños,
Quise, atrevido Frondoso,
Para no dar que decir,
Desviarme del arroyo,
Diciendo á tus demasias
Que murmura el pueblo todo,
Que me miras y te miro,
Y todos nos traen sobre ojo.
Y como tú eres zagal
De los que huelan briosos,
Y excediendo á los demás,
Vistes bizarro y costoso,
En todo el lugar no hay moza,
O mozo en el prado ó soto,
Que no se afigure diciendo;
Que ya para en uno somos;
Y esperan todos el día
Que el sacristan Juan Chamorro
Nos eche de la tribuna,
En dejando los piporros.
Y mejor sus trojes veas
De rubio trigo en agosto
Atestadas y colmadas,
Y sus tinajas de mosto,
Que tal imaginacion
Me ha llegado á dar enojo:
Ni me desvela ni aflige,
Ni en ella el cuidado pongo.

FRONDOSO.
Tal me tienen tus desdenes,
Bella Laurencia, que tomo,
En el peligro de verte,
La vida, cuando te oigo.
Si sabes que es mi intencion
El desear ser tu esposo,
Mal premio das á mí fe.

LAURENCIA.
Es que yo no sé dar otro.

FRONDOSO.
¿Posible es que no te duelas
De verme tan cuidadoso,
Y que imaginando en tí,
Ni bebo, duermo ni cómo?
¿Posible es tanto rigor
En ese angélico rostro?
¿Viven los cielos, que rabio!

LAURENCIA.
Pues salúdate, Frondoso.

FRONDOSO.
Ya te pido yo salud,
Y que ambos, como palomos,
Estemos, juntos los picos,
Con arrullos sonorosos,
Después de darnos la Iglesia...

LAURENCIA.
Dilo á mí tío Juan Rojo;
Que aunque no te quiero bien,
Ya tengo algunos asomos.

FRONDOSO.
¡Ay de mí! El Señor es este.

LAURENCIA.
Tirando viene algun corzo.
Escóndete en esas ramas.

FRONDOSO.
Y ¡con qué celos me escondo!

(*Ocultase.*)

ESCENA XI.

EL COMENDADOR, *con una ballesta*.—
LAURENCIA; FRONDOSO, *oculto*.

COMENDADOR.

No es malo venir siguiendo
Un corcillo temeroso,
Y topar tan bella gama.

LAURENCIA.

Aquí descansaba un poco
De haber lavado unos paños;
Y así, al arroyo me torno,
Si manda su señoría.

COMENDADOR.

Aquesos desdenes toscos
Afrentan, bella Laurencia,
Las gracias que el poderoso
Cielo te dió, de tal suerte,
Que vienes á ser un monstruo.
Mas si otras veces pudiste
Huir mi ruego amoroso,
Agora no quiere el campo,
Amigo secreto y solo;
Que tú sola no has de ser
Tan soberbia, que tu rostro
Huyas al señor que tienes,
Teniéndome á mí en tan poco.
No se rindió Sebastiana,
Mujer de Pedro Redondo,
Con ser casadas entrambas,
Y la de Martín del Pozo,
Habiendo apenas pasado
Dos días del desposorio?

LAURENCIA.

Estas, Señor, ya tenían,
De haber andado con otros,
El camino de agradaros;
Porque también muchos mozos
Merecieron sus favores.
Id con Dios, tras vuestro corzo;
Que á no veros con la cruz,
Os tuviera por demonio,
Pues tanto me perseguís.

COMENDADOR.

¡Qué estilo tan enfadoso!
Pongo la ballesta en tierra,
Y á la práctica de manos
Reduzgo melindres.

LAURENCIA.

¡Cómo!
¿Eso hacéis? ¿Estáis en vos?

COMENDADOR.

No te defiendas.

FRONDOSO. (Ap.)

Si tomo
La ballesta, ¡vive el cielo,
Que no la ponga en el hombro!

(Cógela.)

COMENDADOR.

Acaba, ríndete.

LAURENCIA.

¡Cielos,
Ayudadme agora!

COMENDADOR.

Solos
Estamos; no tengas miedo.

FRONDOSO.

Comendador generoso,
Dejad la moza, ó creed
Que de mi agravio y enojo
Será blanco vuestro pecho,
Aunque la cruz me da asombro.

COMENDADOR.

¡Perro, villano!...

¡Falta un verso

FRONDOSO.

No hay perro.—
Huye, Laurencia.

LAURENCIA.

Frondoso,
Mira lo que haces.

FRONDOSO.

Véte.

(Vase Laurencia.)

ESCENA XII.

EL COMENDADOR, FRONDOSO.

COMENDADOR.

¡Oh, mal haya el hombre loco,
Que se descifre la espada!
Que, de no espantar medroso
La caza, me la quitó.

FRONDOSO.

Pues pardiez, Señor, si toco
La nuez, que os he de aplotar.

COMENDADOR.

Ya es ida. Infame, alevoso,
Suelta la ballesta luego.
Suéltala, villano.

FRONDOSO.

¡Cómo?
Que me quitaréis la vida.
Y advertid que amor es sordo,
Y que no escucha palabras
El día que está en su trono.

COMENDADOR.

Pues ¡la espalda ha de volver
Un hombre tan valeroso
A un villano? Tira, infame,
Tira, y guárdate; que rompo
Las leyes de caballero.

FRONDOSO.

Eso no. Yo me conformo
Con mi estado, y pues me es
Guardar la vida forzoso,
Con la ballesta me voy.

(Vase.)

COMENDADOR.

¡Peligro extraño y notorio!
Mas yo tomaré venganza
Del agravio y del estorbo.
¡Que no cerrara con él!
¡Vive el cielo, que me corro!

ACTO SEGUNDO.

Plaza de Fuente Ovejuna.

ESCENA PRIMERA.

ESTEBAN, UN REGIDOR.

ESTEBAN.

Así tenga salud, como parece
Que no se saque mas agora el pósito.
El año apunta mal y el tiempo crece,

Y es mejor que el sustento esté en depó-
Aunque lo contradicen mas de trece.

REGIDOR.

Yo siempre he sido, al fin, deste propó-
En gobernar en paz esta república.

ESTEBAN.

Hagamos dello á Fernán Gomez supli-
No se puede sufrir que estos astrólogos,

En las cosas futuras ignorantes, [go
Nos quieran persuadir con largos prólo-
Los secretos á Dios solo importantes.

¡Bueno es que, presumiendo de teólo-
Hagan un tiempo el de después y antes!
Y pidiendo el presente lo importante,
Al mas sabio veréis mas ignorante.
¡Tienen ellos las nubes en su casa,
Y el proceder de las celestes lumbres!
¡Por dónde ven lo que en el cielo pasa,
Para darnos con ello pesadumbres!
Ellos en el sembrar nos ponen tasa:
Daca el trigo, cebada y las legumbres,
Calabazas, pepinos y mostazas...
Ellos son, á la fe, las calabazas.
Luego cuentan que muere una cabera,
Y después viene á ser en Trasilvania;
Que el vino será poco, y la cerveza
Sobrá por las partes de Alemania;
Que se helará en Gascuña la cereza,
Y que habrá muchos tigres en Hircania;
Y al cabo, que se siembre ó no se [siembre,
El año se remata por diciembre.

ESCENA II.

LEONELO, BARRILDO. — DICHOS.

LEONELO.

A fe que no ganteis la palmatoria,
Porque ya está ocupado el mentidero.

BARRILDO.

¿Cómo os fué en Salamanca?

LEONELO.

Es larga historia.

BARRILDO.

Un Bártulo seréis.

LEONELO.

Ni aun un barbero.
Es, como digo, cosa muy notoria
En esta facultad lo que os refiero.

BARRILDO.

Sin duda que venis buen estudiante.

LEONELO.

Saber he procurado lo importante.

BARRILDO.

Después que vemos tanto libro impres-
No hay nadie que de sabio no presuma.

LEONELO.

Antes que ignoren más sientopor eso,
Por no se reducir á breve suma;
Porque la confusión, con el exceso,
Los intentos resuelve en vana espuma;

Y aquel que de leer tiene mas uso,
De ver letreros solo está confuso.
No niego yo que del imprimir el arte
Mil ingenios sacó de entre la jerga,
Y que parece que en sagrada parte
Sus obras guarda y contra el tiempo [alberga,

Y este las distribuye y las reparte.
Débese esta invención á Gutemberg.
Un famoso tudesco de Maguncia,
En quien la fama su valor renuncia.
Mas muchos que opinión tuvieron gra- [ve,

Por imprimir sus obras la perdieron;
Tras esto, con el nombre del que sabe,
Muchos sus ignorancias imprimieron.
Otros, en quien la baja envidia cabe,
Sus locos desatinos escribieron,
Y con nombre de aquel que aborrecias,
Impresos por el mundo los envían.

BARRILDO.

No soy de esa opinión.

LEONELO. El ignorante
Es justo que se venga del letrado.
BARRILDO.
Leonelo, la impresion es importante.
LEONELO.
Sin ella muchos siglos se han pasado,
Y no vemos que en este se levante
Un Jerónimo santo, un Agustino.
BARRILDO.
Dejaldo, y asentáos; que estáis mohino.

ESCENA III.

JUAN ROJO, UN LABRADOR.—
DICHOS.

JUAN ROJO. [le,
No hay en cuatro haciendas para un do-
Si es que las vistas han de ser al uso;
[que note
Que el hombre que es curioso, es bien
Que en esto el barrio y vulgo anda con-
LABRADOR. [fuso.
¿Qué hay del Comendador? No os albo-
JUAN ROJO. [rote.
¿Cuál á Laurencia en ese campo puso!
LABRADOR.
¿Quién fué cual él tan bárbaro y lascivo?
Colgado le vea yo de aquel olivo.

ESCENA IV.

EL COMENDADOR, ORTUÑO, FLO-
RES.—DICHOS.

COMENDADOR.
Dios guarde la buena gente.
REGIDOR.
¡Oh, Señor!
COMENDADOR.
Por vida mía
Que se estén.
ESTÉBAN.
Vusiñoría
Adonde tuele se siente;
Que en pié estaremos muy bien.
COMENDADOR.
Digo que se han de sentar.
ESTÉBAN.
De los buenos es honrar;
Que no es posible que dén
Honor los que no la tienen.
COMENDADOR.
Síentense; hablarémos algo.
ESTÉBAN.
¿Vió vusiñoría el galgo?
COMENDADOR.
Alcalde, espantados vienen
Esos criados de ver
Tan notable ligereza.
ESTÉBAN.
Es una extremada pieza.
Pardiez que puede correr
Al lado de un delincuente
O de un cobarde en quistion.
COMENDADOR.
Quisiera en esta ocasion
Que le echarais diligente
A una liebre, que por piés
Por momentos se me va.
ESTÉBAN.
Sí haré, par Dios. ¿Dónde está?

COMENDADOR.
Allá vuestra hija es.
ESTÉBAN.
¡Mi hija!
COMENDADOR.
Sí.
ESTÉBAN.
Pues ¿es buena
Para alcanzada de vos?
COMENDADOR.
Reñilda, Alcalde, por Dios.
ESTÉBAN.
¿Cómo?
COMENDADOR.
Ha dado en darme pena.
Mujer hay, y principal,
De alguno que está en la plaza,
Que dió, á la primera traza,
Traza de verme.
ESTÉBAN.
Hizo mal;
Y vos, Señor, no andais bien
En hablar tan libremente.
COMENDADOR.
¡Oh, qué villano elocuente!
¡Ah Flores! haz que le dén
La Política, en que lea,
De Aristóteles.
ESTÉBAN.
Señor,
Debajo de vuestro honor
Vivir el pueblo desea.
Mirad que en Fuente Ovejuna,
Hay gente muy principal.
LEONELO.
¿Vióse desvergüenza igual?
COMENDADOR.
Pues ¿he dicho cosa alguna
De que os pese, Regidor?
REGIDOR.
Lo que decis es injusto.
No lo digais; que no es justo
Que nos quiteis el honor.
COMENDADOR.
¿Vosotros honor teneis?
¿Qué freiles de Calatrava!
REGIDOR.
Alguno acaso se alaba
De la cruz que le poneis,
Que no es de sangre tan limpia.
COMENDADOR.
Y ¿ensuciola yo juntando
La mía á la vuestra?
REGIDOR.
Cuando
Es mal, mas tiñe que alimpia.
COMENDADOR.
De cualquier suerte que sea,
Vuestras mujeres se honran.
ESTÉBAN.
Esas palabras deshonoran;
Las obras no hay quien las crea.
COMENDADOR.
¿Qué cansado villanaje!
¡Ah! Bien hayan las ciudades,
Que á hombres de calidades
No hay quien sus gustos ataje;
Allá se precian casados
Que visiten sus mujeres.
ESTÉBAN.
No harán; que con esto quierdes
Que vivamos descuidados.
En las ciudades hay Dios,
Y mas presto quien castiga
COMENDADOR
Levantáos de aquí.

ESTÉBAN.
¿Que diga
Lo que escuchais por los dos?
COMENDADOR.—
Salí de la plaza luego;
No quede ninguno aquí.
ESTÉBAN.
Ya nos vamos.
COMENDADOR.
Pues no ansí.
FLORES.
Que te reportes te ruego.
COMENDADOR.
Querrian hacer corrillo
Los villanos en mi ausencia
ORTUÑO.
Ten un poco de paciencia.
COMENDADOR.
De tanta me maravillo.
Cada uno de por sí
Se vayan hasta sus casas.
LEONELO.
¡Cielol! ¿que por esto pasas?
ESTÉBAN.
Ya yo me voy por aquí.
(Vanse los labradores.)

ESCENA V.

EL COMENDADOR, ORTUÑO,
FLORES.

COMENDADOR.
¿Qué os parece desta gente?
ORTUÑO.
No saben disimular;
Y no quierdes escuchar
El disgusto que se siente.
COMENDADOR.
Estos ¿se igualan conmigo?
FLORES.
Que no es aqueso igualarse.
COMENDADOR.
Y el villano ¿ha de quedarse
Con ballesta y sin castigo?
FLORES.
Anoche pensé que estaba
A la puerta de Laurencia,
Y á otro, que su presencia
Y su capilla imitaba,
De oreja á oreja le dí
Un beneficio famoso.
COMENDADOR.
¿Dónde estará aquel Frondoso?
FLORES.
Dicen que anda por ahí.
COMENDADOR.
¿Por ahí se atreve á andar
Hombre que matarme quiso!
FLORES.
Como el ave sin aviso,
O como el pez, viene á dar
Al reclamo ó al anzuelo.
COMENDADOR.
¿Que á un capitán cuya espada
Tiemblan Córdoba y Granada,
Un labrador, un mozuelo
Ponga una ballesta al pecho!
El mundo se acaba, Flores.
FLORES.
Como eso pueden amores.

ORTUÑO.

Y pues que vives, sospecho
Que grande amistad le debes.

COMENDADOR.

Yo he disimulado, Ortuño;
Qué si no, de punta á puño,
Antes de dos horas breves,
Pasara todo el lugar;
Que hasta que llegue ocasión
Al freno de la razón
Hago la venganza estar.—
¿Qué hay de Pascuala?

FLORES.

Responde

Que anda agora por casarse.

COMENDADOR.

¿Hasta allá quiere fiarse?...
FLORES.

En fin, te remite donde
Te pagará de contado.

COMENDADOR.

¿Qué hay de Olalla?

ORTUÑO.

Una graciosa

Respuesta.

COMENDADOR.

Es moza briosa.

¿Cómo?

ORTUÑO.

Que su desposado
Anda tras ella estos días
Celoso de mis recados,
Y de que con tus criados
A visitalla venias;
Pero que si se descuida,
Entrarás como primero.

COMENDADOR.

¡Bueno, á fe de caballero!
Pero el villanejo cuida...

ORTUÑO.

Cuida, y anda por los aires.

COMENDADOR.

¿Qué hay de Inés?

FLORES.

¿Cuál?

COMENDADOR.

La de Anton.

FLORES.

Para cualquiera ocasión
Te ha ofrecido sus donaires.
Habléla por el corral,
Por donde has de entrar si quieres.

COMENDADOR.

A las fáciles mujeres
Quiero bien y pago mal.
Si estas supiesen ¡oh Flores!
Estimarse en lo que valen...

FLORES.

No hay disgustos que se igualen
A contrastar sus favores.
Rendirse presto desdice
De la esperanza del bien;
Mas hay mujeres también
Por que el filósofo dice
Que apetece á los hombres
Como la forma desea
La materia; y que esto sea
Así, no hay de qué te asombres.

COMENDADOR.

Un hombre de amores loco
Huélgase que á su accidente
Se le rindan fácilmente,
Mas despues las tiene en poco;
Y el camino de olvidar
Al hombre mas obligado,
Es haber poco costado
Lo que pudo desear.

ESCENA VI.

CIMBRANOS.—DICHOS.

CIMBRANOS.

¿Está aquí el Comendador?

ORTUÑO.

¿No le ves en tu presencia?

CIMBRANOS.

¡Oh gallardo Fernan Gomez!
Trueca la verde montera
En el blanco morrion,
Y el gaban en armas nuevas;
Que el maestre de Santiago,
Y el conde de Cabra cercan
A don Rodrigo Giron,
Por la castellana reina,
En Ciudad-Real; de suerte
Que no es mucho que se pierda
Lo que á Calatrava sabes
Que tanta sangre le cuesta.
Ya divisan con las luces,
Desde las altas almenas,
Los castillos y leones
Y barras aragonesas.

Y aunque el Rey de Portugal
Honrar á Giron quisiera,
No hará poco en que el Maestre
A Almagro con vida vuelva.
Ponte á caballo, Señor;
Que solo con que te vean,
Se volverán á Castilla.

COMENDADOR.

No prosigas; tente, espera.—
Haz, Ortuño, que en la plaza
Toquen luego una trompeta.
¿Qué soldados tengo aquí?

ORTUÑO.

Pienso que tienes cincuenta.

COMENDADOR.

Pónganse á caballo todos.

CIMBRANOS.

Si no caminas apriesa,
Ciudad-Real es del Rey.

COMENDADOR.

No hayas miedo que lo sea.
(Vanse.)

Campo de Fuente Ovejuna.

ESCENA VII.

LAURENCIA y PASCUALA, huyendo;
MENGO.

PASCUALA.

No te apartes de nosotras.

MENGO.

Pues; aquí teneis temor!

LAURENCIA.

Mengo, á la villa es mejor
Que vamos unas con otras
(Pues que no hay hombre ninguno),
Porque no demos con él.

MENGO.

¿Que este demonio cruel
Nos sea tan importuno?

LAURENCIA.

No nos deja á sol ni á sombra.

MENGO.

¡Oh! rayo del cielo baje,
Que sus locuras ataje.

LAURENCIA.

Sangrienta fiera le nombra,

Arsénico y pestilencia
Del lugar.

MENGO.

Hanme contado

Que Frondoso, aquí en el prado,
Para librarte, Laurencia,
Le puso al pecho una jara.

LAURENCIA.

Los hombres aborrecia,
Mengo; mas desde aquel día
Los miro con otra cara.
¡Gran valor tuvo Frondoso!
—Pienso que le ha de costar
La vida.

MENGO.

Que del lugar,

Se vaya será forzoso.

LAURENCIA.

Aunque ya le quiero bien,
Eso mismo le aconsejo;
Mas recibe mi consejo
Con ira, rabia y desden;
Y jura el Comendador
Que le ha de colgar de un pé.

PASCUALA.

¡Mal garrotillo le dé!

MENGO.

Mala pedrada es mejor.
¡Voto al sol, si le tirara
Con la que llevo al apero,
Que al sonar el crujidero,
Al casco se le encajara!
No fué Sábalo, el romano,
Tan vicioso por jamás.

LAURENCIA.

Heliogábalo dirás,
Mas que una fiera inhumano.

MENGO.

Pelicalvaro, ó quien fué;
Que yo no entiendo de historia;
Mas su cativa memoria
Vencida de este se ve.
¿Hay hombre en naturaleza
Como Fernan Gomez?

PASCUALA.

No;

Que parece que le dió
De una tigre la aspereza.

ESCENA VIII.

JACINTA.—DICHOS.

JACINTA.

Dadme socorro, por Dios,
Si la amistad os obliga.

LAURENCIA.

¿Qué es esto, Jacinta amiga?

PASCUALA.

Tuyas lo somos las dos.

JACINTA.

Del Comendador criados,
Que van á Ciudad-Real,
Más de infamia natural
Que de noble acero armados,
Me quieren llevar á él.

LAURENCIA.

Pues, Jacinta, Dios te libre;
Que cuando contigo es libre,
Conmigo será cruel. (Vase.)

PASCUALA.

Jacinta, yo no soy hombre
Que te puedo defender. (Vase.)

MENGO.

Yo sí lo tengo de ser,
Porque tengo el ser y el nombre.
Llégate, Jacinta, á mí.

JACINTA.
¿Tienes armas?
MENGO.
Las primeras
Del mundo.
JACINTA.
¡Oh, si las tuvieras!
MENGO.
Piedras hay, Jacinta, aquí.

ESCENA IX.

FLORES, ORTUÑO, SOLDADOS.—JACINTA, MENGO.

FLORES.
¿Por los plés pensabas irte?
JACINTA.
Mengo, ¡muerta soy!
MENGO.
Señores...
¡A estos pobres labradores!...
ORTUÑO.
Pues ¡tú quieres persuadirte
A defender la mujer?
MENGO.
Con los ruegos la defendo;
Que soy su deudo, y pretendo
Guardalla, si puede ser.
FLORES.
Quitáde luego la vida.
MENGO.
¡Voto al sol, si me emberrincho,
Y el cáñamo me descincho,
Que la lleveis bien vendida!

ESCENA X.

EL COMENDADOR, CIMBRANOS.—
DICHOS.

COMENDADOR.
¿Qué es eso? ¿A cosas tan viles
Me habeis de hacer apear!
FLORES.
Gente de este vil lugar
(Que ya es razon que aniquiles,
Pues en nada te da gusto)
A nuestras armas se atreve.
MENGO.
Señor, si piedad os mueve
De suceso tan injusto,
Castigad estos soldados,
Que con vuestro nombre agora
Roban una labradora
A esposo y padres honrados;
Y dadme licencia á mí
Que se la pueda llevar.
COMENDADOR.
Licencia les quiero dar...
Para vengarse de tí.
Suelta la bonda.

MENGO.
¡Señor!...
COMENDADOR.
Flores, Ortuño, Cimbranos,
Con ella le atad las manos.
MENGO.
¿Así volveis por su honor?
COMENDADOR.
¿Qué piensan Fuente Ovejuna
Y sus villanos de mí?
MENGO.
Señor, ¿en qué os ofendí,
Ni el pueblo, en cosa ninguna?
L.—III.

FLORES.
¿Ha de morir?
COMENDADOR.
No ensuciéis
Las armas, que habeis de honrar
En otro mejor lugar.
ORTUÑO.
¿Qué mandas?
COMENDADOR.
Que le azotéis.
Llevalde, y en ese robe
Le atad y le desnudad,
Y con las riendas...
MENGO.
¡Piedad,
Piedad, pues sois hombre noble!
COMENDADOR.
Azotalde hasta que salten
Los hierros de las correas.
MENGO.
¡Cielos! ¿á hazañas tan feas
Quereis que castigos falten?
(Flores, Ortuño y Cimbranos se llevan
á Mengo.)

ESCENA XI.

EL COMENDADOR, JACINTA,
SOLDADOS.

COMENDADOR.
Tú, villana, ¿por qué huyes?
¿Es mejor un labrador
Que un hombre de mi valor?
JACINTA.
¡Harto bien me restituyes
El honor que me han quitado
En llevarme para tí!
COMENDADOR.
¿En quererte llevar?
JACINTA.
Sí;
Porque tengo un padre honrado,
Que si en alto nacimiento
No te iguala, en las costumbres
Te vence.
COMENDADOR.
Las pesadumbres
Y el villano atrevimiento
No tiemplan bien un alrado.
Tira por ahí.
JACINTA.
¿Con quién?
COMENDADOR.

Conmigo.
JACINTA.
Míralo bien.
COMENDADOR.
Para tu mal lo he mirado.
Ya no mia, del bagaje
Del ejército has de ser.
JACINTA.
No tiene el mundo poder
Para hacerme, viva, ultraje.

COMENDADOR.
Ea, villana, camina.
JACINTA.
¡Piedad, Señor!
COMENDADOR.
No hay piedad.
JACINTA.
Apelo de tu crueldad
A la Justicia divina.
(Llévanla y vance.)

Calle en Fuente Ovejuna.

ESCENA XII.

LAURENCIA, FRONDOSO.

LAURENCIA.
¿Cómo así á venir te atreves,
Sin temer tu daño?
FRONDOSO.
Ha sido
Dar testimonio cumplido
De la aficion que me debes.
Desde aquel recuesto vi
Salir al Comendador,
Y fíado en tu valor,
Todo mi temor perdí.
Vaya donde no le vean
Volver.

LAURENCIA.
Tente en maldecir,
Porque suele mas vivir
Al que la muerte desean.

FRONDOSO.
Si es esto, viva mil años,
Y así se hará todo bien,
Pues deseándole bien,
Estarán ciertos sus daños.
Laurencia, deseo saber
Si vive en tí mi cuidado,
Y si mi lealtad ha hallado
El puerto de merecer.
Mira que toda la villa
Ya para en uno nos tiene,
Y de cómo á ser no viene,
La villa se maravilla.
Los desdeñosos extremos
Deja, y responde no ó sí.

LAURENCIA.
Pues á la villa y á tí
Respondo que lo serémos.

FRONDOSO.
Deja que tus plantas bese
Por la merced recibida,
Pues el cobrar nueva vida
Por ella es bien que confiese.

LAURENCIA.
De cumplimientos acorta;
Y para que mejor cuadre,
Habla, Frondoso, á mi padre,
Pues es lo que mas importa,
Que allí viene con mí tío;
Y fía que ha de tener
Ser, Frondoso, tu mujer,
Buen suceso.

FRONDOSO.
En Dios confío.
(Éntrase Laurencia en su casa.)

ESCENA XIII.

ESTÉBAN, EL REGIDOR.—FRONDOSO.

ESTÉBAN.
Fué su término de modo,
Que la plaza alborotó:
En efeto procedió
Muy descomedido en todo.
No hay á quien admiracion
Sus demasías no den;
La pobre Jacinta es quien
Pierde por su sinrazón.
REGIDOR.
Ya á los Católicos Reyes,
Que este nombre les dan ya,
Presto España les dará
La obediencia de sus leyes.

Ya sobre Ciudad-Real,
Contra el Giron que la tiene,
Santiago á caballo viene
Por capitán general.
Pésame; que era Jacinta
Doncella de buena pro.

ESTÉBAN.
Luego á Mengo le azotó.

REGIDOR.
No hay negra bayeta ó tinta
Como sus carnes están.

ESTÉBAN.
Callad; que me siento arder,
Viendo su mal proceder,
Y el mal nombre que le dan.
Yo ¿para qué traigo aquí
Este palo sin provecho?

REGIDOR.
Si sus criados lo han hecho,
¿De qué os afligís así?

ESTÉBAN.
¿Quereis mas, que me contaron
Que á la de Pedro Redondo,
Un día, que en lo mas hondo
Deste valle la encontraron,
Después de sus insolencias,
A sus criados la dió?

REGIDOR.
Aquí hay gente: ¿quién es?

FRONDOSO.
Yo,
Que espero vuestras licencias.

REGIDOR.
Para mi casa, Frondoso,
Licencia no es menester;
Debes á tu padre el ser,
Y á mí otro ser amoroso.
Héte criado, y te quiero
Como á hijo.

FRONDOSO.
Pues Señor,
Fiado en aqueese amor,
De tí una merced espero.
Ya sabes de quién soy hijo.

ESTÉBAN.
¿Hate agraviado este loco
De Fernán Gomez?

FRONDOSO.
No poco.

ESTÉBAN.
El corazón me lo dijo.

FRONDOSO.
Pues, Señor, con el seguro
Del amor que habeis mostrado,
De Laurencia enamorado,
El ser su esposo procuro.
Perdona si en el pedir
Mi lengua se ha adelantado;
Que he sido en decirlo osado,
Como otro lo ha de decir.

ESTÉBAN.
Vienes, Frondoso, á ocasión
Que me alargarás la vida,
Por la cosa mas temida
Que siente mi corazón.
Agradezco, hijo, al cielo
Que así vuelvas por mi honor,
Y agradezco á tu amor
La limpieza de tu celo.
Mas como es justo, es razón
Dar cuenta á tu padre desto;
Sole digo que estoy presto,
En sabiendo su intención;
Que yo dichoso me hallo
En que aqueeso llegue á ser.

REGIDOR.
De la moza el parecer
Tomad antes de acatello.

ESTÉBAN.
No tengais deso cuidado,
Que ya el caso está dispuesto:
Antes de venir á esto,
Entre ellos se ha concertado.
—En el dote, si advertís,
Se puede agora tratar;
Que por bien os pienso dar
Algunos maravedís.

FRONDOSO.
Yo dote no he menester;
Deso no hay que entristeceros.

REGIDOR.
Pues que no la pide en cueros,
Lo podeis agradecer.

ESTÉBAN.
Tomar el parecer della,
Si os parece, será bien.

FRONDOSO.
Justo es; que no hace bien
Quien los gustos atropella.

ESTÉBAN. (Llamando.)
¡Hija! ¡Laurencia!....

ESCENA XIV.

LAURENCIA, saliendo de su casa.—
DICHOS.

LAURENCIA.
Señor...

ESTÉBAN.
Mirad si digo bien yo.
¿Ved qué presto respondí—
Hija, Laurencia, mi amor
A preguntarte ha venido
(Apártate aquí) si es bien
Que á Gila, tu amiga, dén
A Frondoso por marido,
Que es un honrado zagal,
Si le hay en Fuente Ovejuna...

LAURENCIA.
¿Gila se casa?

ESTÉBAN.
Y si alguna
Le merece y es su igual.

LAURENCIA.
Yo digo, Señor, que sí.

ESTÉBAN.
Sí; mas yo digo que es fea,
Y que harto mejor se emplea
Frondoso, Laurencia, en tí.

LAURENCIA.
¿Aun no se te han olvidado
Los donaires con la edad?

ESTÉBAN.
¿Quiéresale tú?

LAURENCIA.
Voluntad
Le he tenido y le he cobrado;
Pero por lo que tú sabes...

ESTÉBAN.
¿Quieres tú que diga sí?

LAURENCIA.
Dilo tú, Señor, por mí.

ESTÉBAN.
¿Yo? Pues tengo yo las llaves,
Hecho está.—Ven, buscaremos
A mi compadre en la plaza.

REGIDOR.
Vamos.

ESTÉBAN.
Hijo, y en la traza
Del dote ¿qué le diremos?
Que yo bien te puedo dar
Cuatro mil maravedís.

FRONDOSO.
Señor, ¿eso me decís?
Mi honor quereis agraviar.

ESTÉBAN.
Anda, hijo; que eso es
Cosa que pasa en un día;
Que si no hay dote, á fe mía
Que se echa menos después.

(Vase Estéban y el Regidor.)

LAURENCIA.
Di, Frondoso, ¿estás contento?

FRONDOSO.
¿Cómo si lo estoy! ¿Es poco,
Pues, que no me vuelvo loco
De gozo, del bien que siento?
Risa vierte el corazón
Por los ojos de alegría,
Viéndome, Laurencia mía,
En tan dulce posesión.

(Vase.)

Campo de Ciudad Real.

ESCENA XV.

EL MAESTRE DE CALATRAVA, EL
COMENDADOR, FLORES, ORTU-
ÑO, SOLDADOS.

COMENDADOR.
Huye, Señor; que no hay otro remedio.

MAESTRE.
La flaqueza del muro lo ha causado,
Y el poderoso ejército enemigo.

COMENDADOR.
Sangre les cuesta y infinitas vidas.

MAESTRE.
Y no se alabarán que en sus despojos
Pondrán nuestro pendón de Calatrava,
[bastaba]

COMENDADOR.
Que á honrar su empresa y los demás

COMENDADOR.
Tus desinios, Giron, quedan perdidos.

MAESTRE.
¿Qué puedo hacer, si la fortuna ciega
A quien hoy levantó, mañana humilla?

VOCES. (Dentro.)
¡Victoria por los reyes de Castilla!

MAESTRE.
Ya coronan de luces las almenas,
Y las ventanas de las torres altas
Entolúan con pendones vitoriosos.

COMENDADOR.
Bien pudieran desangre que les cuesta.
A fe que es mas tragedia que no fiesta.

MAESTRE.
Yo vuelvo á Calatrava, Fernán Gomez.

COMENDADOR.
Y yo á Fuente Ovejuna, mientras tratas
O seguir esta parte de tus deudos,
O reducir la tuya al Rey Católico.

MAESTRE.
Yo te diré por cartas lo que intento.

COMENDADOR.
El tiempo ha de enseñarte.

MAESTRE.
¡Ah pocos años.
Sujetos al rigor de sus engaños!
(Vase.)

Campe de Fuente Ovejuna.

ESCENA XVI.

ACOMPAÑAMIENTO DE BODA, MÚSICOS,
MENGO, FRONDOSO, LAURENCIA,
PASQUALA, BARRILDO, JUAN RO-
JO, ESTÉBAN.

MÚSICOS. (Cantan.)

¡Vivan muchos años
Los desposados!
Vivan muchos años!

MENGO.

A fe, que no os ha costado
Mucho trabajo el cantar.

BARRILDO.

Supiéraslo tú trovar
Mejor que él está trovado.

FRONDOSO.

Mejor entiende de azotes
Mengo que de versos ya.

MENGO.

Alguno en el valle está,
Para que no te alborotes,
A quien el Comendador...

BARRILDO.

No lo digas, por tu vida;
Que este bárbaro homicida
A todos quita el honor.

MENGO.

Que me azotasen á mí
Cien soldados aquel día...
Sola una honda tenía;
Pero que le hayan echado
Una melecina á un hombre,
Que, aunque no diré su nombre,
Todos saben que es honrado,
Llena de tinta y de chinias,
¿Cómo se puede sufrir?

BARRILDO.

Hárialo por reir.

MENGO.

No hay risa con melecinas;
Que aunque es cosa saludable...
Yo me quiero morir luego.

FRONDOSO.

Vaya la copla, te ruego,
Si es la copla razonable.

MENGO.

¡Vivan muchos años juntos
Los novios, ruego á los cielos,
Y por envidia ni celos
Ni riñan ni anden en puntos.
Lleven á entrambos difuntos,
De puro vivir cansados.
¡Vivan muchos años!

FRONDOSO.

¡Maldiga el cielo el poeta,
Que tal coplon arrojó!

BARRILDO.

Fué muy presto...

MENGO.

Pienso yo

Una cosa desta seta.
¡No habeis visto un buñolero,
En el aceite abrasando
Pedazos de masa echando
Hasta llenarse el caldero?
¡Que unos le salen hinchados,
Otros tuertos y mal hechos,
Ya zurdos y ya derechos,
Ya fritos y ya quemados?
Pues así imagino yo
Un poeta componiendo,
La materia previniendo,

Que es quien la masa le dió.
Va arrojando verso aprisa
Al caldero del papel,
Confiado en que la miel
Cubrirá la burla y risa.
Mas poniéndolo en el pecho,
Apenas hay quien los tome;
Tanto, que solo los come
El mismo que los ha hecho.

BARRILDO.

Déjate ya de locuras;
Deja los novios hablar.

LAURENCIA.

Las manos nos da á besar.

JUAN ROJO.

Hija, ¿mi mano procuras?
Pídela á tu padre luego
Para tí y para Frondoso.

ESTÉBAN.

Rojo, á ella y á su esposo
Que se la dé el cielo ruego,
Con su larga bendición.

FRONDOSO.

Los dos á los dos la echad.

JUAN ROJO.

Ea, tañed y cantad,
Pues que para en uno son.

MÚSICOS. (Cantan.)

*Al val de Fuente Ovejuna
La niña en cabellos baja;
El caballero la sigue
De la cruz de Calatrava.
Entre las ramas se esconde,
De vergonzosa y turbada;
Fingiendo que no le ha visto,
Pone delante las ramas.
¿Para qué te escondes,
Niña gallarda?
Que mis linceos deseos
Paredes pasan.
Acércose el caballero,
Y ella, confusa y turbada,
Hacer quiso celosías
De las intrincadas ramas;
Mas como quien tiene amor
Los mares y las montañas
Atraviessa fácilmente.
La dice tales palabras:
«¿Para qué te escondes,
Niña gallarda?
Que mis linceos deseos
Paredes pasan.»*

ESCENA XVII.

COMENDADOR, FLORES, ORTUÑO,
CIMBRANOS, SOLDADOS.—DICHOS.

COMENDADOR.

Estése la boda queda,
Y no se alborote nadie.

JUAN ROJO.

No es juego aqueste, Señor,
Y basta que tú lo mandes.
¿Quieres lugar? ¿Cómo vienes
Con tu belicoso alarde?
¿Venciste? Mas ¿qué pregunto?

FRONDOSO. (Ap.)

¡Muerto soy! ¡Cielos, libradme!

LAURENCIA.

Huye por aquí, Frondoso.

COMENDADOR.

Eso no; prendelde, atalde.

JUAN ROJO.

Date, muchacho, á prisión.

FRONDOSO.

Pues ¿quieres tú que me maten?

JUAN ROJO.

¿Por qué?

COMENDADOR.

No soy hombre yo
Que mato sin culpa á nadie;
Que si lo fuera, le hubieran
Pasado de parte á parte
Esos soldados que traigo.
Llevarle mando á la cárcel,
Donde la culpa que tiene
Sentencie su mismo padre.

PASQUALA.

Señor, mirad que se casa.

COMENDADOR.

¿Qué me obliga el que se case?
¿No hay otra gente en el pueblo?

PASQUALA.

Si os ofendió, perdouadle,
Por ser vos quien sois.

COMENDADOR.

No es cosa,
Pascuala, en que yo soy parte.
Es esto contra el maestro
Tellez Giron, que Dios guarde;
Es contra toda su órden
Y su honor, y es importante
Para el ejemplo el castigo;
Que habrá otro día quien trate
De alzar pendon contra él,
Pues ya sabeis que una tarde
Al Comendador mayor
(¡Qué vasallos tan leales!)
Puso una ballesta al pecho.

ESTÉBAN.

Si puesto que el disculparle
Ya puede tocar á un suegro,
No es mucho que en causas tale
Se descomponga con vos
Un hombre, en efeto, amante;
Porque, si vos pretendéis
Su propia mujer quitarle,
¿Qué mucho que la defienda?

COMENDADOR.

Majadero sois, Alcalde.

ESTÉBAN.

Por vuestra virtud, Señor.

COMENDADOR.

Nunca yo quise quitarle
Su mujer, pues no lo era.

ESTÉBAN.

Si quisistes...—Y esto baste;
Que reyes hay en Castilla,
Que nuevas órdenes hacen,
Con que desórdenes quitan.
Y harán mal, cuando descansen
De las guerras, en sufrir
En sus villas y lugares
A hombres tan poderosos
Por traer cruces tan grandes.
Póngasela el Rey al pecho;
Que para pechos reales
Es esa insignia, y no mas.

COMENDADOR.

¡Hola! la vara quitálde.

ESTÉBAN.

Tomad, Señor, norabuena.

COMENDADOR.

Pues con ella quiero dalle,
Como á caballo brioso.

ESTÉBAN.

Por señor os sufro. Dadme.

PASQUALA.

¡A un viejo de palos das!

LAURENCIA.

Si le das porque es mi padre,
¿Qué vengas en él de mí?

COMENDADOR.
Llevalda, y haced que guarden
Su persona diez soldados.
(*Vase el Comendador con los suyos, lle-
vándose presos á Frondoso y Lau-
rencia.*)

ESTÉBAN.
Justicia del cielo baje. (*Vase.*)

PASCUALA.
Volvióse en tuto la bda. (*Vase.*)

BARRILDO.
¿No hay aquí un hombre que hable?

MENGO.
Yo tengo ya mis azotes,
Que aun se ven los cardenales,
Sin que un hombre vaya á Roma.
Prueben otros á enojarle.

JUAN ROJO.
Hablemos todos.

MENGO.
Señores,
Aquí todo el mundo calle.
Como ruedas de salmón
Me puso los atabales.

ACTO TERCERO.

Sala de concejo en Fuente Ovejuna.

ESCENA PRIMERA.

ESTÉBAN, ALONSO, BARRILDO.

ESTÉBAN.
¿No han venido á la junta?

BARRILDO.
No han venido.

ESTÉBAN.
Pues mas apriesa nuestro daño corre.

BARRILDO.
Ya está lo mas del pueblo prevenido.

ESTÉBAN.
Frondoso con prisiones en la torre,
Y mi hija Laurencia en tanto aprieto,
Si la piedad de Dios no los socorre...

ESCENA II.

JUAN ROJO, EL REGIDOR.—DICHOS;
después, MENGÓ.

JUAN ROJO. [tanto]
¿De qué dais voces, cuando importa
A nuestro bien, Estéban, el secreto?

ESTÉBAN.
Que doy tan pocas es mayor espanto.

MENGO.
Tambien vengo yo á hallarme en esta
ESTÉBAN. [junta].

Un hombre cuyas canas baña el llanto,
Labradores honrados, os pregunta
Qué obsequias debe hacer toda esta

[gente]
A su patria sin honra, ya perdida.
Y si se llaman honras justamente,

¿Cómo se harán, si no hay entre nos-
[otros]

Hombre á quien este bárbaro no afren-
[te]

Respondedme: ¿hay alguno de vos-
[otros]

Que no esté lastimado en honra y vida?
¿No os lamentáis los unos de los otros?

Pues si ya la teneis todos perdida,
¿A qué aguardais? ¿Qué desventura es
[esta?]

JUAN ROJO.
La mayor que en el mundo fué sufrida.
Mas pues ya se publica y manifiesta
Que en paz tienen los reyes á Castilla,
Y su venida á Córdoba se apresta,
Vayan dos regidores á la villa,
Y echándose á sus piés, pidan remedio.

BARRILDO.
En tanto que Fernando al suelo hu-
A tantos enemigos, otro medio [milla]
Será mejor, pues no podrá, ocupado,
Hacernos bien, con tanta guerra en me-
[dio].

REGIDOR.
Si mi voto de vos fuera escuchado,
Desamparar la villa doy por voto.

JUAN ROJO.
¿Cómo es posible en tiempo limitado?

MENGO.
A la fe, que si entiendo el alboroto,
Que ha de costar la junta alguna vida.

REGIDOR.
Ya, todo el árbol de paciencia roto,
Corre la nave de temor perdida.

La hija quitan con tan gran fiereza
A un hombre honrado, de quien es regi-
La patria en que vivis, y en la cabeza [da
La vara quiebran tan injustamente.

¿Qué esclavo se trató con mas bajeza?

JUAN ROJO. [intente?]
¿Qué es lo que quierdes tú que el pueblo

REGIDOR.
Morir, ó dar la muerte á los tiranos.
Puessomos muchos, y ellos poca gente.

BARRILDO.
¿Contra el Señor las armas en las manos!

ESTÉBAN.
El Rey solo es señor despues del cielo,
Y no bárbaros hombres inhumanos.

Si Dios ayuda nuestro justo celo,
¿Qué nos ha de costar?

MENGO.
Mirad, señores,
Que vais en estas cosas con recelo.

Puesto que por los simples labradores
Estoy aquí, que mas injurias pasan,
Más cuerdo represento sus temores.

JUAN ROJO.
Si vuestras desventuras se compasan,
[mos?]

Para perder las vidas, ¿qué aguarda-
Las casas y las viñas nos abrasan:
Tiranos son; á la venganza vamos.

LAURENCIA, desmelenada.—DICHOS.

LAURENCIA.
Dejadme entrar, que bien puedo,
En consejo de los hombres;

Que bien puede una mujer,
Si no á dar voto, á dar voces.

¿Conoceis me?

ESTÉBAN.
¿Santo cielo!

¿No es mi hija?

JUAN ROJO.
¿No conoces

A Laurencia?

LAURENCIA.
Vengo tal,
Que mi diferencia os pone
En contingencia quién soy.

ESTÉBAN.
Hija mía!

LAURENCIA.
No me nombres
Tu hija.

ESTÉBAN.
¿Por qué, mis ojos?

¿Por qué?

LAURENCIA.
Por muchas razones,
Y sean las principales,
Porque dejas que me roben
Tiranos sin que me vengues.
Traidores sin que me cobres.
Aun no era yo de Frondoso,
Para que digas que tome,
Como marido, venganza;
Que aquí por tu cuenta corre;
Que en tanto que de las bodas
No haya llegado la noche,
Del padre, y no del marido,
La obligacion presupone;
Que en tanto que no me entregan
Una joya, aunque la compre,
No han de correr por mi cuenta
Las guardas ni los ladrones.
Llévome de vuestros ojos
A su casa Fernán Gomez:
La oveja al lobo dejasteis,
Como cobardes pastores.
¿Qué dagas no vi en mi pecho?
¿Qué desatinos enormes,
Qué palabras, qué amenazas,
Y qué delitos atroces,
Por rendir mi castidad
A sus apetitos torpes!
Mis cabellos ¿no lo dicen?
Las señales de los golpes
¿No se ven aquí, y la sangre?
¿Vosotros sois hombres nobles?
¿Vosotros padres y deudos?
¿Vosotros, que no se os rompen
Las entrañas de dolor,
De verme en tantos dolores?
¿Ovejas sois, bien lo dice
De Fuente Ovejuna el nombre.
Dadme unas armas á mí,
Pues sois piedras, pues sois bronce,
Pues sois jaspes, pues sois tigres...
—Tigres no, porque feroces
Siguen quien roba sus hijos,
Matando los cazadores
Antes que entren por el mar,
Y por sus ondas se arrojen.
Liebres cobardes nacistes;
Bárbaros sois, no aspañoles.
Gallinas, ¡vuestras mujeres
Sufrís que otros hombres gocen!
Ponéos ruecas en la cinta:
¿Para qué os ceñís estoques?
¿Vive Dios, que he de trazar
Que solas mujeres cobren
La honra destos tiranos,
La sangre destos traidores,
Y que os han de tirar piedras,
Hilanderas, maricones,
Amujerados, cobardes,
Y que mañana os adornen
Nuestras tocas y basquiñas,
Solimanes y colores!
A Frondoso quiere ya,
Sin sentencia, sin pregones,
Colgar el Comendador
De una almena de la torre:
De todos hará lo mismo;
Y yo me huelgo, medio-hombres,
Porque quede sin mujeres

Esta villa honrada, y torne
Aquel siglo de amazonas,
Eterno espanto del orbe.

ESTÉBAN.

Yo, hija, no soy de aquellos
Que permiten que los nombres
Con esos títulos viles.
Iré solo, si se pone
Todo el mundo contra mí.

JUAN ROJO.

Y yo, por mas que me asombre
La grandeza del contrario.

REGIDOR.

Muramos todos.

BARRILDO.

Descoge
Un lienzo al viento en un palo,
Y mueran estos inornes.

JUAN ROJO.

¿Qué orden pensais tener?

MENGO.

Ir á matarle sin orden.
Juntad el pueblo á una voz;
Que todos están conformes
En que los tiranos mueran.

ESTÉBAN.

Tomad espadas, lanzones,
Ballestas, chuzos y palos.

MENGO.

¡Los reyes nuestros señores
Vivan!

TODOS.

¡Vivan muchos años!

MENGO.

¡Mueran tiranos traidores!

TODOS.

¡Traidores tiranos mueran!

(Vanse todos los hombres.)

LAURENCIA.

Caminad; que el cielo os oye.
—¡Ah mujeres de la villa!
Acudid, porque se cobre
Vuestro honor, acudid todas!

ESCENA IV.

PASCUALA, JACINTA, OTRAS MUJERES.
—LAURENCIA.

PASCUALA.

¿Qué es esto? ¿De qué das voces?

LAURENCIA.

¡No veis cómo todos van
A matar á Fernan Gomez,
Y hombres, mozos y muchachos,
Furiosos, al hecho corren?
¿Será bien que solos ellos
Desta hazaña el honor gocen,
Pues no son de las mujeres
Sus agravios los menores?

JACINTA.

Di pues: ¿qué es lo que pretendes?

LAURENCIA.

Que puestas todas en orden,
Acometamos un hecho
Que dé espanto á todo el orbe.
Jacinta, á tu grande agravio,
Que seas cabo corresponde
De una escuadra de mujeres.

JACINTA.

No son los tuyos menores.

LAURENCIA.

Pascuala, alférez serás.

PASCUALA.

Pues déjame que enarbole
En un asta la bandera:
Verás si merezco el nombre.

LAURENCIA.

No hay espacio para esp.
Pues la dicha nos socorre:
Bien nos basta que llevemos
Nuestras tocas por pendones.

PASCUALA.

Nombremos un capitán.

LAURENCIA.

Eso no.

PASCUALA.

¿Por qué?

LAURENCIA.

Que adonde
Asiste mi gran valor,
No hay Cides ni Rodamontes.
(Vanse.)

Seis en casa del Comendador.

ESCENA V.

EL COMENDADOR, FLORES, ORTUÑO, CIMBRANOS; FRONDOSO, con las manos atadas.

COMENDADOR.

De ese cordel que de las manos sobra,
Quiero que le colguéis, por mayor pe-

FRONDOSO.

¿Qué nombre, gran Señor, tu sangre co-

COMENDADOR.

Colgalde luego en la primera almena.

FRONDOSO.

Nunca fué mi intencion poner por obra
Tu muerte entonces.

(Alboroto dentro.)

FLORES.

Grande ruido suena.

COMENDADOR.

¿Ruido?

FLORES.

Y de manera, que interrompen
Tu justicia, Señor.

ORTUÑO.

Las puertas rompen.

COMENDADOR.

¡La puerta de mi casa, y siendo casa
De la encomienda!

FLORES.

El pueblo junto viene.

ESCENA VI.

JUAN ROJO, dentro. — Dichos;
después, MENGÓ.

JUAN. (Dentro.)

Rompe, derriba, hunde, quema, abra-

ORTUÑO.

Un popular motin mal se detiene.

COMENDADOR.

¡El pueblo contra mí!

FLORES.

Tan adelante, que las puertas tiene
Echadas por la tierra.

COMENDADOR.

Desatalde.

Templa, Frondoso, ese villano alcalde.

FRONDOSO.

Yo voy, Señor; que amor les ha movi-

[do.]

(Vanse.)

MENGO. (Dentro.)

¡Vivan Fernando y Isabel, y mueran
Los traidores!

FLORES.

Señor, por Dios te pido
Que no te hallen aquí.

COMENDADOR.

Si perseveran,
Este aposento es fuerte y defendido.
Ellos se volverán.

FLORES.

Cuando se alteran
Los pueblos agraviados, y resuelven,
Nunca sin sangre ó sin venganza vuel-

COMENDADOR.

En esta puerta, así como rastrillo,
Su furor con las armas defendamos

FRONDOSO. (Dentro.)

¡Viva Fuente Ovejuna!

COMENDADOR.

¡Qué caudillo!

Estoy porque á su furia acometamos.

FLORES.

De la tuya, Señor, me maravillo.

ESCENA VII.

ESTÉBAN, FRONDOSO, JUAN ROJO,
MENGO, BARRILDO y LABRADORES,
armados todos.—EL COMENDADOR,
FLORES, ORTUÑO, CIMBRANOS.

ESTÉBAN.

Ya el tirano y los cómplices miramos.
¡Fuente Ovejuna! Los tiranos mueran.

COMENDADOR.

Pueblo, esperad.

TODOS.

Agravios nunca esperan.

COMENDADOR.

Decídmelos á mí; que iré pagando,
A fe de caballero, esos errores.

TODOS.

[do.]
¡Fuente Ovejuna! ¡Viva el rey Fernan-
¡Mueran malos cristianos y traidores!

COMENDADOR.

¡No me queréis oír? Yo estoy hablando;
Yo soy vuestro señor.

TODOS.

Nuestros señores
Son los Reyes Católicos.

COMENDADOR.

Espera.

TODOS.

[ra]
¡Fuente Ovejuna! ¡Fernan Gomez mue-
(Pelean: el Comendador y los suyos
van retirándose, y los amotinados se
entran persiguiéndolos.)

ESCENA VIII.

LAURENCIA, PASCUALA, JACINTA
y OTRAS MUCHAS MUJERES, armadas.—
Dichos, dentro.

LAURENCIA.

Parad en este puerto de esperanzas,
Soldados atrevidos, no mujeres.

PASCUALA.
¡Los que mujeres son en las venganzas,
En él beban su sangre, es bien que es-
JACINTA. [peres?

Su cuerpo recojamos en las lanzas.

PASCUALA.
Todas son de esos mismos pareceres.
ESTÉBAN. (Dentro.)

¡Muere, traidor Comendador!

COMENDADOR. (Dentro.)

Ya muero.

¡Piedad, Señor, que en tu clemencia es-

BARRILDO. (Dentro.) [pero!

Aquí está Flores.

MENGO. (Dentro.)

Dale á ese bellaco;

Que es fué el que medió dos mil azotes.

FRONDOSO. (Dentro.)

No me vengo si el alma no le saco.

LAURENCIA.

No excusamos entrar.

PASCUALA.

No te alborotes.

Bien es guardar la puerta.

BARRILDO. (Dentro.)

No me aplaco.

¡Con lágrimas agora, marquesotes!

LAURENCIA.

[pada

Pascuala, yo entro dentro; que la es-

No ha de estar tan sujeta ni envainada.

(Vase.)

BARRILDO. (Dentro.)

Aquí está Ortuño.

FRONDOSO. (Dentro.)

Córtale la cara.

ESCENA IX.

FLORES, huyendo de MENGO.—PAS-
CUALA, JACINTA, MUJERES; des-
pués, LAURENCIA Y ORTUÑO.

FLORES. [pado.

Mengo, ¡piedad! que no soy yo el cul-

MENGO.

Cuando ser alcabuate no bastara,

Bastaba haberme el pícaro azotado.

PASCUALA.

Dánoslo á las mujeres, Mengo, para...

Acaba por tu vida.

MENGO.

Ya está dado;

Que no le quiero yo mayor castigo.

PASCUALA.

Vengaré tus azotes.

MENGO.

Eso digo.

JACINTA.

Ea, muera el traidor.

FLORES.

¡Entre mujeres!

JACINTA.

¡No le viene muy ancho?

PASCUALA.

¡Aqueso Horas?

JACINTA.

Muere, concertador de sus placeres.

PASCUALA.

Ea, ¡muera el traidor!

FLORES.

¡Piedad, señoras!

(Sale Ortuño huyendo de Laurencia.)

ORTUÑO.

Mira que no soy yo...

LAURENCIA.

Ya sé quién eres.—

Entrad, teñid las armas vencedoras

En estos viles.

PASCUALA.

Moriré matando.

TODAS.

Fuente Ovejuna, y viva el rey Fernando!

(Vase.)

Habla del rey don Fernando en Toro.

ESCENA X.

EL REY DON FERNANDO, EL MAES-
TRE DON MANRIQUE.

DON MANRIQUE.

De modo la prevención

Fué, que el efecto esperado

Llegamos á ver logrado

Con poca contradicción.

Hubo poca resistencia;

Y supuesto que la hubiera,

Sin duda ninguna fuera

De poca ó ninguna esencia.

Queda el de Cabra ocupado

En conservación del puesto,

Por si volviere dispuesto

A él el contrario osado.

REY.

Discreto el acuerdo fué,

Y que asista es conveniente,

Y reformando la gente,

El paso tomado esté.

Que con eso se asegura

No podernos hacer mal

Alfonso, que en Portugal

Tomar la fuerza procura.

Y el de Cabra es bien que esté

En ese sitio asistente,

Y como tan diligente,

Muestras de su valor dé;

Porque con esto asegura

El daño que nos recela,

Y como fiel centinela,

El bien del reino procura.

ESCENA XI.

FLORES, herido.—DÍAMOS.

FLORES.

Católico rey Fernando,

A quien el cielo concede

La corona de Castilla,

Como á varón excelente;

Oye la mayor crueldad

Que se ha visto entre las gentes

Desde donde nace el sol

Hasta donde se escurece.

REY.

Repórtate.

FLORES.

Rey supremo,

Mis heridas no consienten

Dilatar el triste caso,

Por ser mi vida tan breve.

De Fuente Ovejuna vengo,

Donde, con pecho inclemente,

Los vecinos de la villa

A su señor dieron muerte.

Muerto Fernan Gomez queda
Por sus súbditos alevés;
Que vasallos indignados
Con leve causa se atreven.
Con título de tirano,
Que le acumula la plebe,
A la fuerza desta voz
El hecho fiero acometen;
Y quebrantando su casa,
No atendiendo á que se ofrece
Por la fe de caballero
A que pagará á quien debe,
No solo no le escucharon,
Pero con furia impaciente
Rompen el cruzado pecho
Con mil heridas crueles,
Y por las altas ventanas
Le hacen que al suelo vuele,
Adonde en picas y espadas
Le recogen las mujeres.
Llévanle á una casa muerta,
Y á porfía, quien mas pueda,
Mesa su barba y cabello,
Y aprieta su rostro hieren.

En efecto fué la furia
Tan grande que en ellos crece,
Que las mayores tajadas
Las orejas á ser vienen.
Sus armas borran con picas,
Y á voces dicen que quieren
Tus reales armas fijar,
Porque aquellas les ofenden.
Saqueáronle la casa,
Cual si de enemigos fuese,
Y gozosos entre todos
Han repartido sus bienes.
Lo dicho he visto escondido,
Porque mi infelice suerte
En tal trance no permite
Que mi vida se perdiese;
Y así estuve todo el día
Hasta que la noche viene,
Y salir pude escondido
Para que cuenta te diese.
Haz, Señor, pues eres justo,
Que la justa pena lleven
De un riguroso caso
Los bárbaros delinquentes:
Mira que su sangre á voces
Pide que tu rigor prueben

REY.

Estar puedes confiado
Que sin castigo no queden.
El triste suceso ha sido
Tal, que admirado me tiene,
Y que vaya luego un juez
Que lo averigüe conviene,
Y castigue los culpados
Para ejemplo de las gentes.
Vaya un capitán con él,
Porque seguridad lleve;
Que tan grande atrevimiento
Castigo ejemplar requiere;
Y curad á ese soldado
De las heridas que tiene.

(Vase.)

Plaza en Fuente Ovejuna.

ESCENA XII.

ESTÉBAN, FRONDOSO, BARRILDO,
MENGO, LAURENCIA, PASCUALA,
LABRADORES Y LABRADORAS.

(Traen la cabeza de Fernan Gomez
en una lanza.)

MÚSICOS. (Cantan.)

¡Muchos años vivan

Isabel y Fernando,
Y mueran los tiranos!

BARRILDO.

Diga su copla Frondoso.

FRONDOSO.

Ya va mi copla á la fe;
Si le faltare algun pie,
Enmiéndelo el mas curioso.
«¡Vivan la bella Isabel,
Y Fernando de Aragon,
Pues que para en uno son,
El con ella, ella con él!
A los cielos San Miguel
Lleve á los dos de las manos.
¡Vivan muchos años,
Y mueran los tiranos!»

LAURENCIA.

Diga Barrildo.

BARRILDO.

Ya va;

Que á fe que la he pensado.

PASCUALA.

Si la dices con cuidado,
Buena y rebuena será.

BARRILDO.

«¡Vivan los reyes famosos
Muchos años, pues que tienen
La vitoria, y á ser vienen
Nuestros dueños venturosos!
Salgan siempre vitoriosos
De gigantes y de enanos,
Y ¡mueran los tiranos!»

MÚSICOS. (Cantan.)

¡Muchos años vivan, etc.

LAURENCIA.

Diga Mengo.

FRONDOSO.

Mengo diga.

MENGO.

Yo soy poeta donado.

PASCUALA.

Mejor dirás lastimado
Del envés de la barriga.

MENGO.

«Una mañana en domingo
Me mandó azotar aquel,
De manera que el rabel
Daba espantoso respingo;
Pero ahora que los pringo,
¡Vivan los reyes cristianigos,
Y mueran los tiránigos!»

MÚSICA.

¡Vivan muchos años, etc.

ESTÉBAN.

Quité la cabeza allá.

MENGO.

Cara tiene de ahorcado.

REGIDOR.

Ya las armas han llegado.

ESCENA XIII.

JUAN ROJO, que trae un escudo con
las armas reales.—DICHOS.

ESTÉBAN.

Mostrá las armas acá.

JUAN.

¿Adónde se han de poner?

REGIDOR.

Aquí en el Ayuntamiento.

ESTÉBAN.

¡Bravo escudo!

BARRILDO.

¿Qué contento!

FRONDOSO.
Ya comienza á amanecer,
Con este sol, nuestro día.

ESTÉBAN.

¡Vivan Castilla y Leon
Y las barras de Aragon,
Y muera la tiranía!
Advertid, Fuente Ovejuna,
A las palabras de un viejo;
Que el admitir su consejo
No ha dañado vez ninguna.
Los reyes han de querer
Averiguar este caso,
Y mas tan cerca del paso
Y jornada que han de hacer.
Concertáos todos á una
En lo que habeis de decir.

FRONDOSO.

¿Qué es tu consejo?

ESTÉBAN.

Morir

Diciendo *Fuente Ovejuna*,
Y á nadie saquen de aquí.

FRONDOSO.

Es el camino derecho.
Fuente Ovejuna lo ha hecho.

ESTÉBAN.

¿Quereis responder así?

TODOS.

Sí, sí.

ESTÉBAN.

Pues yo quiero ser
Agora el pesquisidor,
Para ensayarnos mejor
En lo que habemos de hacer.
Sea Mengo el que esté puesto
En el tormento.

MENGO.

¿No hallaste

Otro mas flaco?

ESTÉBAN.

¿Pensaste

Que era de veras?

MENGO.

Di presto.

ESTÉBAN.

¿Quién mató al Comendador?

MENGO.

Fuente Ovejuna lo hizo.

ESTÉBAN.

Perro, ¿si te martirizo?

MENGO.

Aunque me mateis, Señor.

ESTÉBAN.

Confiesa, ladrón.

MENGO.

Confieso.

ESTÉBAN.

Pues ¿quién fué?

MENGO.

Fuente Ovejuna.

ESTÉBAN.

Dalde otra vuelta.

MENGO.

Es ninguna.

ESTÉBAN.

Cagañon para el proceso.

ESCENA XIV.

EL REGIDOR.—DICHOS.

REGIDOR.

¿Qué hacéis desta suerte aquí?

FRONDOSO.

¿Qué ha sucedido, Cuadrado?

REGIDOR.

Pesquisidor ha llegado.

ESTÉBAN.

Echá todos por ahí.

REGIDOR.

Con él viene un capitán.

ESTÉBAN.

Venga el diablo: ya sabéis
Lo que responder teneis.

REGIDOR.

El pueblo prendiendo van,
Sin dejar alma ninguna.

ESTÉBAN.

Que no hay que tener temor.
¿Quién mató al Comendador,
Mengo?

MENGO.

¿Quién? Fuente Ovejuna.

Habitacion del maestro de Calatrava
en Almagro.

ESCENA XV.

EL MAESTRE, UN SOLDADO.

MAESTRE.

¿Que tal caso ha sucedido!
Infelice fué su suerte.
Estoy por darte la muerte
Por la nueva que has traído.

SOLDADO.

Yo, Señor, soy mensajero,
Y enojarte no es mi intento.

MAESTRE.

¿Que á tal tuvo atrevimiento
Un pueblo enojado y fiero!
Iré con quinientos hombres,
Y la villa he de asolar;
En ella no ha de quedar
Ni aun memoria de los nombres.

SOLDADO.

Señor, tu enojo reporta;
Porque ellos al Rey se han dado,
Y no tener enojado
Al Rey es lo que te importa.

MAESTRE.

¿Cómo al Rey se pueden dar,
Si de la encomienda son?

SOLDADO.

Con él sobre esa razon
Podrás luego pleitear.

MAESTRE.

Por pleito ¿cuándo salió
Lo que se entregó en sus manos?
Son señores soberanos,
Y tal reconozco yo.
Por saber que al Rey se han dado,
Me reportará mi enojo,
Y ver su presencia escojo
Por lo mas bien acertado;
Que puesto que tenga culpa
En casos de gravedad,
En todo mi poca edad
Viene á ser quien me disculpa.
Con vergüenza voy; mas es
Honor quien puede obligarme,
Y importa no descuidarme
En tan honrado interés.

(Vase.)

Plaza de Fuente Ovejuna.

ESCENA XVI.

LAURENCIA.

Amando, recelar daño en lo amado,
Nueva pena de amor se considera;
Que quien en lo que ama daño espera,
Aumenta en el temor nuevo cuidado.
El firme pensamiento desvelado,
Si le aflige el temor, fácil se altera;
Que no es á firme la pena ligera
Ver llevar el temor al bien robado.

Mi esposo adoro; la ocasión que veo
Al temor de su daño me congenera,
Si no le ayuda la felice suerte.
Al bien suyo se inclina mi deseo:
Si está presente, está cierta mi pena;
Si está en ausencia, está cierta mi [muerte].

ESCENA XVII.

FRONDOSO.—LAURENCIA.

FRONDOSO.

¡Mi Laurencia!

LAURENCIA.

¡Esposo amado!
¿Cómo á estar aquí te atreves?

FRONDOSO.

¡Esas resistencias debes
A mi amoroso cuidado?

LAURENCIA.

Mi bien, procura guardarte,
Porque tu daño recelo.

FRONDOSO.

No quiera, Laurencia, el cielo
Que tal llegue á disgustarte.

LAURENCIA.

¡No temes ver el rigor
Que por los demás sucede,
Y el furor con que procede
Aqueste pesquisador?
Procura guardar la vida.
Huye, tu daño no esperes.

FRONDOSO.

¿Cómo que procure quieres
Cosa tan mal recibida?
¡Es bien que los demás deje
En el peligro presente,
Y de tu vista me ausente?
No me mandes que me aleje;
Porque no es puesto en razon
Que por evitar mi daño,
Sea con mi sangre extraño
En tan terrible ocasión.

(Voces dentro.)

Voces parece que he oído,
Y son, si yo mal no siento,
De alguno que dan tormento.
Oye con atento oído.

ESCENA XVIII.

UN JUEZ, ESTÉBAN, UN NIÑO, PAS-
CUALA Y MENGÓ, en la cárcel in-
mediata.—DICHOS.

JUEZ. (Dentro.)

Decid la verdad, buen viejo.

FRONDOSO.

Un viejo, Laurencia mía,
Atormentan.

LAURENCIA.

¡Qué porfia!

ESTÉBAN. (Dentro.)

Déjenme un poco.

JUEZ.

Ya os dejo.

Decid, ¿quién mató á Fernando?

ESTÉBAN.

Fuente Ovejuna lo hizo.

LAURENCIA.

Tu nombre, padre, eternizo.

FRONDOSO.

¡Bravo caso!

JUEZ.

Ese muchacho

Aprieta. Perro, yo sé

Que lo sabes. Di quién fué.

¿Callas? Aprieta, borracho.

NIÑO. (Dentro.)

Fuente Ovejuna, Señor.

JUEZ.

¡Por vida del Rey, villanos,
Que os ahorque con mis manos!
¿Quién mató al Comendador?

FRONDOSO.

¡Que á un niño le den tormento,
Y niegue de aquesta suerte!

LAURENCIA.

¡Bravo pueblo!

FRONDOSO.

Bravo y fuerte.

JUEZ.

Esa mujer al momento
En ese potro tened.
Dale esa mancuerna luego.

LAURENCIA.

Ya está de cólera ciego.

JUEZ.

Que os he de matar, creed,
En este potro, villanos.
¿Quién mató al Comendador?

PASCUALA. (Dentro.)

Fuente Ovejuna, Señor.

JUEZ.

Dale.

FRONDOSO.

Pensamientos vanos.

LAURENCIA.

Pascuala niega, Frondoso.

FRONDOSO.

Niegan niños: ¿qué te espantas?

JUEZ.

Parece que los encantas.

Aprieta.

PASCUALA.

¡Ay cielo piadoso!

JUEZ.

Aprieta, infame. ¿Estás sordo?

PASCUALA.

Fuente Ovejuna lo hizo.

JUEZ.

Traedme aquel mas rollizo,
Ese desnudo, ese gordo.

LAURENCIA.

¡Pobre Mengo! ¡Él es sin duda!

FRONDOSO.

Temo que ha de confesar.

MENGO. (Dentro.)

¡Ay, ay!

JUEZ.

Comienza á apretar.

[Falta un verso.]

MENGO.

JUEZ.

¿Es menester ayuda?

MENGO.

¡Ay, ay!

JUEZ.

¿Quién mató, villano,
Al señor Comendador?

MENGO.

¡Ay, yo lo diré, Señor!

JUEZ.

Afloja un poco la mano.

FRONDOSO.

Él confiesa.

JUEZ.

La espalda. Al palo aplica

MENGO.

Quedo; que yo

Lo diré.

JUEZ.

¿Quién lo mató?

MENGO.

Señor, Fuente Ovejuna.

JUEZ.

¡Hay tan gran bellaquería?
Del dolor se están burlando
En quien estaba esperando
Niega con mayor porfia.
Dejaldos; que estoy cansado.

FRONDOSO.

¡Oh Mengo, bien te haga Dios!
Temor que tuve de dos,
El tuyo me le ha quitado.

ESCENA XIX.

BARRILDO y EL REGIDOR salen de
la cárcel con MENGÓ.—FRONDO-
SO, LAURENCIA.

BARRILDO.

¡Vitor, Mengo!

REGIDOR.

Y con razon.

BARRILDO.

¡Mengo, vitor!

FRONDOSO.

Eso digo.

MENGO.

¡Ay, ay!

BARRILDO.

Come. Toma, bebe amigo.

MENGO.

¡Ay, ay! ¿Qué es?

BARRILDO.

Diacitron.

MENGO.

¡Ay, ay!

FRONDOSO.

Écha de beber.

BARRILDO.

Ya va.

FRONDOSO.

Bien lo cuela. Bueno está.

LAURENCIA.

Dale otra vez á comer.

MENGO.

¡Ay, ay!

BARRILDO.

Esta va por mí.

LAURENCIA.

Solenemente lo embebe.

FRONDOSO.
El que bien niega bien bebe.
BARRILDO.
¿Quieres otra?
MENGO.
¡Ay, ay! Sí, sí.
FRONDOSO.
Bebe; que bien lo mereces.
LAURENCIA.
A vez por vuelta las cuela.
FRONDOSO.
Arrópale, que se hiela.
BARRILDO.
¿Quieres mas?
MENGO.
Sí, otras tres veces.
¡Ay, ay!
FRONDOSO.
Si hay vino pregunta.
BARRILDO.
Si hay: bebe á tu placer;
Que quien niega ha de beber.
¿Qué tiene?
MENGO.
Una cierta punta.
Vamos; que me arromadizo.
FRONDOSO.
Es aloque: este es mejor.
¿Quién mató al Comendador?
MENGO.
Fuente Ovejuna lo hizo.
(*Vanse Barrildo, el Regidor y Mengo.*)

ESCENA XX.

FRONDOSO, LAURENCIA.

FRONDOSO.
Justo es que honores le dén.
Pero decidme, mi amor,
¿Quién mató al Comendador?
LAURENCIA.
Fuente Ovejuna, mi bien.
FRONDOSO.
¿Quién le mató?
LAURENCIA.
Dadme espanto.
Pues Fuente Ovejuna fué.
FRONDOSO.
Y yo ¿con qué te maté?
LAURENCIA.
¿Con qué? Con quererte tanto.

Habitacion de los reyes en Tordesillas.

ESCENA XXI.

EL REY, LA REINA, DON MANRIQUE.

DOÑA ISABEL.
No entendí, Señor, hallaros
Aquí, y es buena mi suerte.
REY.
En nueva gloria convierte
Mi vista el bien de miraros.
Iba á Portugal de paso,
Y llegar aquí fué fuerza.
DOÑA ISABEL.
Vuestra majestad le tuerza,
Siendo conveniente el caso.
REY.
¿Cómo dejais á Castilla?

DOÑA ISABEL.
En paz queda, quieta y llana.
REY.
Siendo vos la que la allana,
No lo tengo á maravilla.
DON MANRIQUE.
Para ver vuestra presencia
El maestro de Calatrava,
Que aquí de llegar acaba,
Pide que le deis licencia.
DOÑA ISABEL.
Verle tenia deseado.
DON MANRIQUE.
Mi fe, Señora, os empeño,
Que, aunque es en edad pequeño,
Es valeroso soldado. (*Vase.*)

ESCENA XXII.

EL MAESTRE, EL REY, LA REINA.

MAESTRE.
Rodrigo Tellez Giron,
Que de loaros no acaba,
Maestre de Calatrava,
Os pide humilde perdon.
Confieso que fui engañado,
Y que excedí de lo justo
En cosas de vuestro gusto,
Como mal aconsejado.
El consejo de Fernando
Y el interés me engañó:
Injusto fué; y así, yo
Perdon humilde os demando.
Y si recibir merezco
Esta merced que suplico,
Desde aquí me certifico
En que á serviros me ofrezco,
Y que en aquesta jornada
De Granada, adonde vais,
Os prometo que veais
El valor que hay en mi espada,
Donde sacándola apenas,
Dándole fieras congojas,
Plantaré mis cruces rojas
Sobre sus altas almenas;
Y mas quinientos soldados
En serviros emplearé,
Junto con la firma y fe
De en mi vida disgustaros.

REY.
Alzad, Maestre, del suelo;
Que siempre que hayais venido,
Seréis muy bien recibido.

MAESTRE.
Sois de afligidos consuelo.

DOÑA ISABEL.
Vos, con valor peregrino,
Sabeis bien decir y hacer.

MAESTRE.
Vos sois una bella Ester,
Y vos un Jérjes divino.

ESCENA XXIII.

DON MANRIQUE.—DICHOS.

DON MANRIQUE.
Señor, el pesquisidor
Que á Fuente Ovejuna ha ido,
Con el despacho ha venido
A verse ante tu valor.

REY.
Sed juez destos agresores.

MAESTRE.
Si á vos, Señor, no mirara

Sin duda les enseñara
A matar comendadores.

REY.
Eso ya no os toca á vos.

DOÑA ISABEL.
Yo confieso que he de ver
El cargo en vuestro poder,
Si me lo concede Dios.

ESCENA XXIV.

EL JUEZ.—DICHOS.

JUEZ.
A Fuente Ovejuna fui
De la suerte que has mandado,
Y con especial cuidado
Y diligencia asisti.
Haciendo averiguacion
Del cometido delito,
Una hoja no se ha escrito
Que sea en comprobacion;
Porque conformes á una,
Con un valeroso pecho,
En pidiendo quien lo ha hecho,
Responden: «Fuente Ovejuna.»
Trecientos he atormentado
Con no pequeño rigor,
Y te prometo, Señor,
Que mas que esto no he sacado.
Hasta niños de diez años
Al potro arrimé, y no ha sido
Posible haberlo inquirido
Ni por halagos ni engaños.
Y pues tan mal se acomoda
El poderlo averiguar,
O los has de perdonar,
O matar la villa toda.
Todos vienen ante tí
Para mas certificarte:
Dellos podrás informarte.

REY.
Que entren, pues vienen, les di.

ESCENA XXV.

**ESTÉBAN, ALONSO, FRONDOSO,
LAURENCIA, MENGÓ, LABRADORES
Y LABRADORAS.**

LAURENCIA.
¿Aquestos los reyes son?

FRONDOSO.
Y en Castilla poderosos.

LAURENCIA.
Por mi fe, que son hermosos:
¿Bendígalos san Anton!

DOÑA ISABEL.
¿Los agresores son estos?

ESTÉBAN.
Fuente Ovejuna, Señora,
Que humildes llegan agora
Para serviros dispuestos.
La sobrada tiranía
Y el insufrible rigor
Del muerto Comendador,
Que mil insultos hacia,
Fué el autor de tanto daño.
Las haciendas nos robaba
Y las doncellas forzaba,
Siendo de piedad extraño...

FRONDOSO.
Tanto, que aquesta zagala,
Que el cielo me ha concedido,
En que tan dichoso he sido,
Que nadie en dicha me iguala,
Cuando conmigo caso,

Aquella noche primera,
 Mejor que si suya fuera,
 A su casa la llevó;
 Y á no saberse guardar
 Ella, que en virtud florece,
 Ya manifesto parece
 Lo que pudiera pasar.

MEMO.

¡No es ya tiempo que hable yo?
 Si me dais licencia, entiendo
 Que os admiraréis, sabiendo
 Del modo que me trató.
 Porque quise defender
 Una moza de su gente,
 Que con término insolente,
 Fuerza la querían hacer,
 Aquel perverso Neron,

De manera me ha tratado,
 Que el reverso me ha dejado
 Como rueda de salmon.
 Tocaron mis atabales
 Tres hombres con tal porfia,
 Que aun pienso que todavía
 Me duran los cardenales.
 Gasté en este mal prolijo,
 Porque el cuero se me curta,
 Polvos de arrayan y murta,
 Mas que vale mi cortijo.

ESTÉBAN.

Señor, tuyos ser queremos.
 Rey nuestro eres natural,
 Y con título de tal
 Ya tus armas puesto habemos.
 Esperamos tu clemencia,

Y que veas esperamos
 Que en este caso te damos
 Por abono la inocencia.

REY.

Pues no puede averiguarse
 El suceso por escrito,
 Aunque fué grave el delito,
 Por fuerza ha de perdonarse.
 Y la villa es bien se quede
 En mí, pues de mí se vale,
 Hasta ver si acaso sale
 Comendador que la herede.

PROMOSO.

Su majestad habla, en fin,
 Como quien tanto ha acertado.
 Y aquí, discreto Senado,
Fuenteovejuna da fin.